



**Library of the
University of North Carolina**

Endowed by the Dialectic and Philan-
thropic Societies

**THE LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF
NORTH CAROLINA**



**ENDOWED BY THE
DIALECTIC AND PHILANTHROPIC
SOCIETIES**

PQ6171
.A2
B6
t.7
1917



10003063060

This book is due at the LOUIS R. WILSON LIBRARY on the last date stamped under "Date Due." If not on hold it may be renewed by bringing it to the library.

DATE DUE	RET.	DATE DUE	RET.
MAR 15 1979	MAR 14 '79	OCT 22 1983	
SEP 14 1979	AUG 2 '79		
FEB 2 1980		OCT 25 '89	
		NOV 25 1989	
		NOV 21 '89	
AUG 12 1980	AUG 21 '80		
FEB 21 1981		APR 04 2003	
		APR 07 2003	
SEP 3 1981			
MAR 8 1982	MAR 9 '82		
SEP 19 1982			
MAR 8 1983			
OCT 25 1983			
MAY 7 1984			
NOV 18 1984			

P4 6, 71
A 2
B 6
2. 7
1917

BIBLIOTECA

DE K5

AUTORES ESPAÑOLES

DESDE LA FORMACION DEL LENGUAJE HASTA NUESTROS DIAS

ORDENADA E ILUSTRADA POR

D. BUENAVENTURA CARLOS ARIBAU

~~~~~  
TOMO SÉPTIMO  
~~~~~

COMEDIAS

DE

DON PEDRO CALDERÓN DE LA BARCA

COLECCIÓN MÁS COMPLETA QUE TODAS LAS ANTERIORES

HECHA E ILUSTRADADA POR

D. JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH

~~~~~  
TOMO PRIMERO

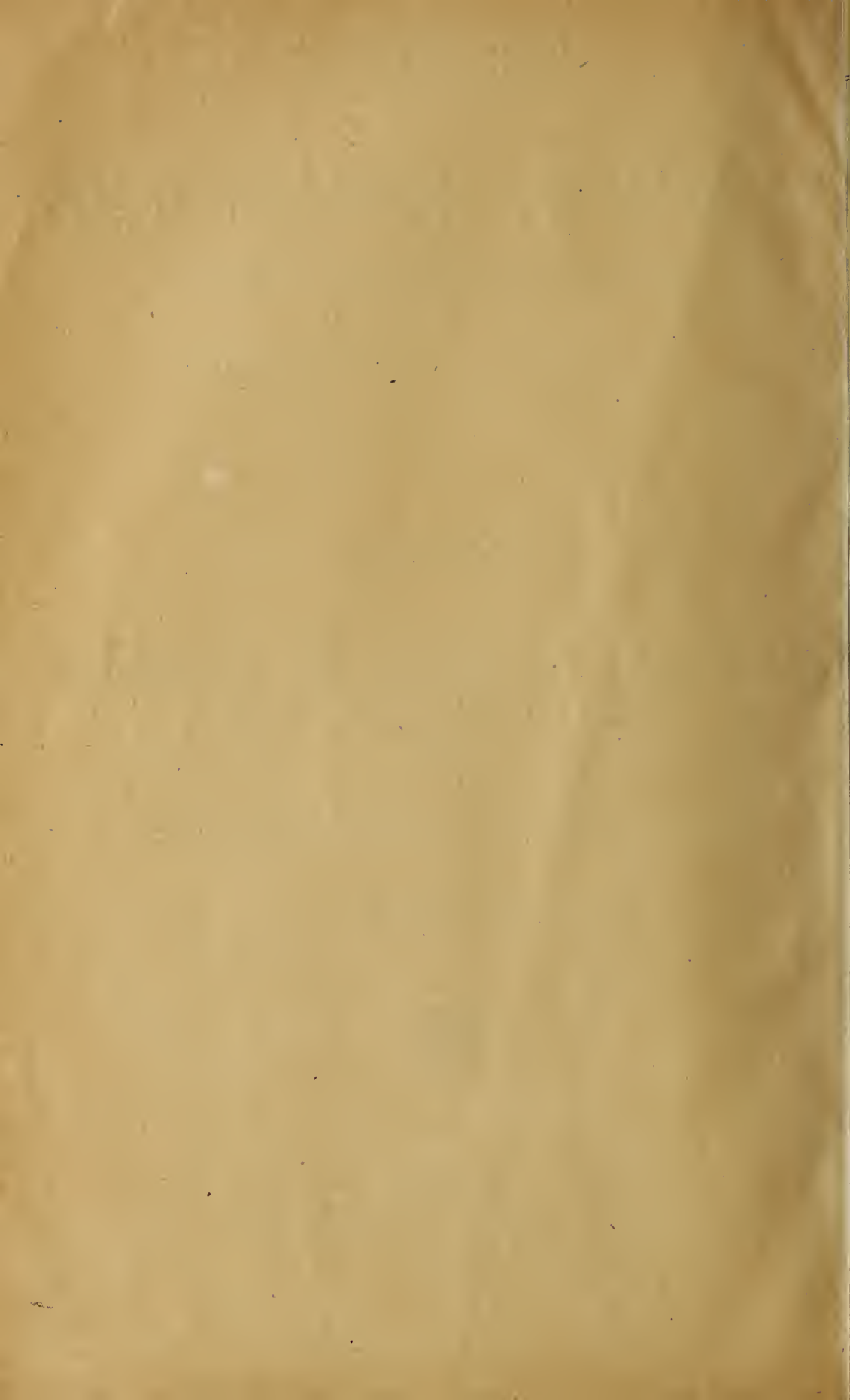


MADRID

IMPRENTA DE LOS SUCESORES DE HERNANDO  
CALLE DE QUINTANA, 33

1918







## PROLOGO.

---

SEGUN el comun parecer de las personas capaces de voto en materias de literatura, tres cosas necesita la edicion buena de un libro clásico : la historia del autor, la de sus obras y el juicio de ellas : una biografía, una noticia bibliográfica y un exámen crítico. A muy leve costa se puede cumplir tal precepto, cuando se trata de reimprimir las comedias de DON PEDRO CALDERON DE LA BARCA : hecha está, bien ó mal, su biografía, y publicados hay hartos dictámenes propicios y adversos al escritor; la lista de sus producciones, arreglada por orden rigoroso de tiempos, no puede hacerse completa. Se nos ha conservado la fecha de algunas; otras, que recuerdan sucesos contemporáneos, la traen en su propio contexto; de las restantes, aunque sepamos el año de una impresion, ignoramos cuándo fuéron escritas ó representadas por primera vez. Salieron á luz, como expresamente dice en su *Biblioteca* Nicolas Antonio, parte sueltas, y parte en coleccion, siendo muy probable que las coleccionadas hubieran sido ántes impresas separadamente; pero de aquellas ediciones originales, raro es el ejemplar que se halla, y aun los que aparecen, apróvechan muy poco, en razon de que no suelen traer año, pueblo, ni oficina de la impresion : falta notable por la cual no podemos contestar victoriosamente á los eruditos franceses, que aseguran hoy con grande ufanía que no fué Pedro Corneille quien imitó en su *Heracleo* como generalmente se habia creido hasta ahora, la comedia de CALDERON titulada *En esta vida todo es verdad y todo mentira*, sino que por el contrario nuestro poeta imitó en esa composicion al autor de *Cinna* y de *Polieucto*. Redúcese pues nuestra tarea casi exclusivamente en esta ocasion á reunir y trasladar escritos ajenos, para no repetir lo que está ya dicho. Y aunque se leeria mejor, traducida en lenguaje mas llano, la biografía de CALDERON ordenada por Don Juan de Vera Tasis y Villarroel, que es la que se ponía en todas las ediciones del autor que reimprimimos; como al cabo es la mas autorizada, como no podríamos hacer mas que renovarla en su mayor parte, corrigiendo sí los yerros que notó en ella Don Gaspar Agustin de Lara; la hemos adoptado aquí, agregándole alguna noticia, de poco bulto á la verdad, que por otro lado hemos adquirido. La consideracion ya expuesta de sernos imposible decir nada nuevo, debería impedirnos tratar del mérito respectivo de las obras de CALDERON, porque habiendo formado los preliminares de este volumen con veinte artículos de diez y ocho plumas españolas (muy ilustres algunas), que forman una como galería crítico-histórica desde los tiempos de CALDERON hasta el presente, difícil sería dar con un pensamiento que allí no estuviese ya formulado : con declarar que el XVIII, escrito por el Ilustrísimo Señor Don Antonio Gil de Zárate, es el que mejor nos parece, ahorrábamos trabajo el lector y nosotros. Pero juzgaron tan desacertadamente en nuestro concepto á CALDERON DE LA BARCA ciertos humanistas y poetas del siglo pasado, que no podemos consentir se lean sus equivocadas censuras, hasta haber hecho al lector alguna advertencia, para que así, con pleno conocimiento de causa, los juzgue á ellos y nos juzgue á nosotros. Vamos pues á decirle algo de lo que pensamos de CALDERON.



Corre como opinion incontrovertible en el vasto dominio que comprende la república de las letras, que los dos monumentos notables de la capacidad poética de los españoles, lo mejor que en poesía se ha escrito en España, son el Romancero y el Teatro. Dulce es en efecto el lamentar de los pastores á quienes prestó su encantadora voz Garcilaso : Fray Luis de Leon, el cantor de Eliodora y el autor de la epístola á Fabio celebraron dignamente la Ascension del Señor, la batalla de Lepanto, la Rosa, el Clavel y la Arrebolera; pero si no contáramos otros autores que estos en nuestro parnaso, mal pudiéramos blasonar de que teníamos una poesía nacional y grande. Nacional, enteramente nacional y propia, la tenemos en nuestros romances históricos, caballerescos y moriscos; española y grande, la tenemos en nuestra comedia antigua, la cual aventaja mucho al romance, porque animada con el mismo espíritu que él, y tomando de él la materia á veces, le da mayores proporciones, y sustituye á la relacion muerta la representacion y accion viva; de manera que la comedia española antigua es el romance, y es todavía mas que el romance. No creo que podamos en conciencia poner á los épicos y líricos de nuestro siglo de oro frente á frente con los de Grecia y Roma, porque aparecerian pequeños en su presencia, y tendrian que hacerles muchas restituciones; pero nuestro Lope, nuestro Tirso, Alarcon, Moreto, Rojas, y CALDERON sobre todo, pueden encararse muy bien con Sófocles y Eurípides, Plauto y Terencio, sin necesidad de bajar los ojos: nuestro teatro vale tanto como el suyo, y no es hijo del suyo. Ahora bien, el príncipe de la escena castellana, lo cual vale tanto como decir, el ingenio mas eminente de la poesía española, es CALDERON. Se escandalizarán tal vez, de que le concedamos tan glorioso título, los que admiran con cierta especie de idolatría la pura y tersa dicción de Garcilaso y Rioja, la fe y majestad de Fray Luis y de Herrera: tambien admiramos nosotros á estos esclarecidos ingenios que tanta gloria dan á las bellas letras castellanas; pero no hemos podido olvidar aun aquel principio de la clase de retórica: «en la jerarquía poética el primer puesto pertenece al épico, el segundo al cómico, el tercero y último al lírico.» Los españoles no tenemos aun verdadera epopeya: nuestro teatro resume en sí el elemento épico y lírico, indistintamente mezclados con el dramático: es pues el mayor poeta español el que fuere mayor poeta dramático; el puesto de primer poeta heróico no está lleno todavía en España.

Cuando en el año de 1624 Felipe IV, *el Ingenio*, sucedió á su padre, *el Devoto*, Lope de Vega empuñaba el cetro de la escena española. Mientras él vivió, lucieron modestamente á su lado Tirso, Alarcon, Rojas y Moreto, repartiendo su celebridad con otros poetas visiblemente inferiores á ellos; muerto Lope, CALDERON le hizo olvidar y oscureció á todos sus contemporáneos. Y sin embargo no era CALDERON tan fecundo como Lope, ni tan hábil ó feliz en la expresion de la ternura, ni en la dicción tan claro y sencillo. Faltaba á CALDERON el gracejo cómico de Tirso de Molina y de Moreto: faltábale la escrupulosa lima y firme propósito doctrinal de Alarcon; á Rojas ni á los autores de segundo orden, nada tenia que envidiar: Rojas era otro CALDERON de proporciones mas reducidas. ¿Por qué pues CALDERON, que no aventajaba á ciertos competidores suyos en todo, pudo conseguir la preferencia sobre ellos? La respuesta es muy fácil. Para divertir, para entretener á un público, basta darle en el teatro puro lenguaje, buenos versos, vivos diálogos, sazonados chistes y sensata doctrina, para ir mas allá, para arrebatár á ese público y entusiasmar á una nacion entera por espacio de medio siglo, era indispensablemente necesario descollar, como en efecto descolló CALDERON sobre todos los dramáticos españoles, en los dos puntos mas importantes del poema escénico: en la forma y en el espíritu, en el cuerpo y en el alma, en arte y en nacionalidad.

El drama español, constituido por el maravilloso ingenio de Lope, drama diferente del griego como la España de Felipe III y la Grecia de los tiempos



Alcibiades, era, cuando CALDERON principió á florecer, una ingeniosa novela, dialogada y en verso, á la cual daba asunto una competencia amorosa, bien entre caballeros, bien entre príncipes. CALDERON, que fué ménos inventor que perfeccionador, aceptó el género de Lope, escribió esa novela ingeniosa, y empleó en ella mayor ingenio: combinó esas competencias de amor, y las hizo mas reñidas, mas difíciles de solucion, mas copiosas de peripecias, mas interesantes; pintó príncipes y caballeros, y los pintó mas príncipes y mas caballeros que los habia retratado ninguno; representó en fin una misma cosa, pero muy grande y bella, en el mayor número de sus dramas: el caballero español, el carácter nacional en su mas elevada expresion y con su mas noble y gallardo aspecto. ¿Quién no aplaude y admira al pintor, que respetando la semejanza, da belleza singular al retrato? Eran los españoles del siglo XVII apasionados amantes de su ley, de su rey y de la belleza; principalmente eran valerosos y enamorados. CALDERON, que siguiendo las pisadas de Lope, habia de poner en escena competencias de amor siempre que manejara asuntos profanos, miró al rededor de sí, miróse á sí propio, y no viéndolo en sí ni en el resto de la sociedad española, mas elementos sociales y dramáticos que honor y galantería, tomó lo mas bello de aquel y lo mas brillante de esta, y abrió en el teatro cátedra pública de galantería y honor, proponiendo por modelos un caballero y una dama típicos, que reprodujo continuamente. El caballero está allí fiel y maravillosamente delineado; la dama aparece con mas esplendor que verdad, porque en el caballero español todo lo bello era dramático, y en la mujer principal española no era dramático todo lo bello. El caballero español era valiente, apasionado y celoso; defendia á la mujer, amparaba á todo el que necesitaba su auxilio; podia amar, y podia decirlo: no sufría competidor; no habia sacrificio que no hiciese por la amada ó por el amigo; no habia poder que le hiciera sacrificar su honra: todo esto era bello en la realidad y en la imitacion poética, en el mundo y en el teatro; y así no habia que hacer mas que trasladarlo de la vida al poema. Pero la dama española de entónces; recatada y honesta, que obedecía dócil á su padre cuando le daba un esposo, y era fiel á este esposo y le amaba al fin, aunque al principio le repugnara, no podia ser presentada así en el teatro, porque donde falta lucha, no hay interes, y la virtud paciente, por mas bella y admirable que sea, no es de efecto dramático: parece en el teatro que el que se resigna es porque siente poco, y el que siente poco, no excita vivo interes. Tenia pues CALDERON que formarse una dama algun tanto ideal, reuniendo en una persona rasgos de carácter, pertenecientes á mujeres de clases distintas: hízola altiva, grave y discreta como la señora de corte; determinada, traviesa y sagaz, como la hija de vecino; un poco egoísta, es decir, incapaz de amistad con otra mujer, como lo son todas, porque la verdadera y única amistad posible en la mujer es el amor, su verdadero y único amigo es el hombre. Tambien animaba el honor á esta encantadora criatura; pero la diferencia de sexo establecia una total diferencia entre su modo de obrar y el del hombre: aquel hacia alarde público de su amor; esta necesitaba ocultarlo á su familia y al público: las tinieblas nocturnas, el traje negro de manto, y la oportuna falta de cuidado con llaves y puertas, facilitaban entrevistas al galán y la dama, ya en la reja, ya en la calle, ya en el mismo aposento de ella, donde un discreto y honestísimo coloquio solia ser turbado por la terrible aparicion del padre ó del hermano ofendidos, ó por la aciaga visita de una rival ó un competidor que convertian la dulce plática en acalorada riña de celos. Así corrían sus amores cada vez mas contrastados y mas encendidos, hasta que un malogrado escondite, ú otro accidente, les daba cierto grado de publicidad doméstica, en cuyo apretado conflicto el honor, inexorable como el destino, decidia la suerte de todos. Por cumplir en tal caso con el honor, consentian el hermano y el padre que la hija y la hermana se uniera con el hombre en quien ellos no hubieran pensado; por cumplir con el honor, que así lo exigia, la dama y el ga-

lán contraían tal vez un enlace, que poco ántes resistían ó repugnaban, y el espectador que lo presenciaba, se iba á su casa nada inquieto por la futura felicidad de los violentos cónyuges : el honor que mandaba el sacrificio, daba fuerzas para cumplir deberes, de cuyo virtuoso ejercicio nacia prontamente la dicha. Tales eran en general las personas que introducía CALDERON en sus dramas profanos, escuela práctica de galantería honesta y rígido honor : tal era el hombre de la época y país donde escribía ; y por eso los españoles de aquel tiempo declararon unánimes intérprete digno suyo al poeta que los representaba como eran y como les convenía ser. Las damas hubieran podido desconocerse ; pero á la mujer basta que se la pinte bella, aunque no sea parecido el retrato ; las que van al teatro, se dan por contentas en advirtiendo que están bien pintados los hombres.

Fundado el drama de CALDERON sobre la preciosa base del honor convertido en nacionalidad, claro es que este drama no podía ménos de ser útil, beneficioso, civilizador y moral. El honor en sí, aunque peque de inmoral si se lleva á perniciosos extremos, es moral en su esencia : el honor convertido en nacionalidad ha de ser de preciso moralmente bueno, porque las naciones, lo mismo que los individuos, aunque tengan cualidades buenas y malas en su carácter, pueden solo gloriarse de lo recomendable que tengan. Por esto nos admira mucho en las críticas que de CALDERON se hicieron en el siglo pasado, leer una y otra vez repetido que en el teatro de CALDERON no hay que buscar doctrina. Por ventura, el enseñar á ser hombre de honor y buen caballero ¿ nada supone ? Supone tanto, que esta sola enseñanza excusa la mayor parte de los documentos dados por los autores cómicos de la escuela francesa. Molière, el gran Molière, el poeta cómico, el poeta filósofo por excelencia, ¿ qué decía al público á quien dirigía sus lecciones ? « Hombre que me escuchas, no seas misántropo, no seas avariento, no seas hipócrita, no apalees á tu mujer, no te dejes casar á palos. » CALDERON, maestro de caballeros, no tenía necesidad de inculcar ninguna de estas máximas, porque el caballero cumplido ni es enemigo de los hombres, ni es miserable, ni aparenta la santidad que no tiene, ni da palos ni los recibe. Da, sí, y recibe cuchilladas, contraviniendo al quinto mandamiento y á los bandos de policía ; pero ni los valientes lo son de balde, ni la templanza es la virtud que descuella mas en los enamorados.

De no haber considerado los humanistas del siglo último que nuestro teatro antiguo, perfeccionado por CALDERON, vivía de los dos elementos ya citados, honor y galantería, rasgos constitutivos del carácter de los españoles, de ahí nació que notaran en las obras de CALDERON varios defectos de arte, que en él (y lo mismo acontece en todos nuestros antiguos dramáticos) no son defectos. Cúlpanle, porque introduce en la comedia reyes y príncipes, mezclados con personas de inferior jerarquía ; tálchanle de poca variedad en los caracteres ; tildasele de escasez de chiste, ó *vis cómica*. Ridículos cargos son todos tres. Siendo el teatro de CALDERON honor y galantería, claro es que tenían derecho á figurar en ese teatro todas las personas en quienes concurrían las circunstancias de galantería y honor, que hasta ahora no se han considerado ajenas de los príncipes ; siendo uno el honor, claro es que los hombres de honor deben parecer siempre unos mismos : por eso en el drama de CALDERON no está ni debe estar la variedad en los caracteres, sino en los lances, en las ocasiones de probar ese honor, en la combinacion de la fábula, donde CALDERON, aunque se repite á veces, como sucede á todo el que vive y escribe mucho, es no obstante rico y vario de una manera que sorprende. Y como el honor y la galantería de CALDERON no son ridículos ; como su dama y su galán no son figurones, sino figuras muy nobles y bellas ; como los amores de este galán y esta dama son apasionados y honestos, y por consiguiente no dan materia al escarnio, viénese á los ojos que tan digna pareja no puede hacer reír á su costa, como los personajes viciosos : riese en las comedias de CALDERON, pero la risa no brota de los caracteres, sino de las situaciones ; riese col-



el gracioso, que puede ser personaje ridículo, porque no es caballero; y en verdad que los graciosos de CALDERON, léjos de adolecer de monotonía, léjos de parecerse unos á otros, varían muchísimo entre sí. Risa ó llanto, compasion ó desprecio es lo que únicamente se propusieron excitar los dramáticos griegos, y lo que han recomendado los preceptistas modernos; pero entre la burla y la piedad cabe muy bien el cariño libre de lástima, y el entusiasmo hácia una persona, capaz de excitar la noble emulacion de ser como ella. Los dramáticos griegos posteriores á Aristófanes castigaban el vicio en la comedia, segun se nos dice; los dramáticos griegos castigaban, ó por lo ménos presentaban infeliz á la virtud, como se ve en los personajes de Ifigenia, Polixena y Antígona: CALDERON hizo tambien algo de esto con su Mariamne ó Mariene, con la hija del Alcalde de Zalamea y *La niña de Gomez Arias*, aunque tambien sobre el altar de las inocentes víctimas sacrificó á los verdugos: ¿por qué pues no le habia de ser lícito conmover, interesar al público en favor de un hombre ó una mujer de bien, que afligidos por su mala suerte durante cierto espacio de tiempo, eran despues venturosos? Riámonos de Euclion y de Pírgopolinices, compadezcamos á Edipo y Alceste; pero admiremos al Don Carlos de *No siempre lo peor es cierto*, y séanos lícito desear parecernos á él. Pobrementes pensaban los que entendian que para instruir al pueblo en el teatro, no habia otro medio que satirizar lo que fuera malo: el recomendar lo bueno tiene la ventaja de que para todos es la leccion, y á ninguno se ofende. Mas efecto hace lo que mejor se recibe, mas útil es lo que á mayor número de individuos alcanza: corregir avaros, hipócritas, misántropos, marisabidillas y pedantes, bueno es; pero crear hombres de honra, es incomparablemente mucho mejor, porque lo uno es como echar una leva para lanzar de la sociedad á unos cuantos individuos, y lo otro es constituir una sociedad; lo uno viene á ser policía ordinaria, lo otro es alta ciencia política: para lo uno basta un ingenio agudo, observador y maligno; para lo otro se necesita grande ingenio y corazón grande y sano. Si se niega que el teatro corrige, replicarémos que siempre es mas glorioso representar lo bello, que remedar lo deforme de una nacion: lo mas grande y bello de la poesía es la epopeya, y la epopeya no satiriza. Por eso CALDERON ha puesto en escena muchas veces al buen caballero, y muy pocas al malo; aunque necesitaba en efecto presentar algun retrato de ese feo carácter, para que la leccion que se proponia dar fuese completa. Desde el Don Carlos de *No siempre lo peor es cierto*, hasta Gomez Arias, ha establecido una escala de criminalidad en materia de honor, donde á todos los reos alcanza la pena de que se han hecho merecedores. El artificioso Lotario, que figura en *Lances de amor y fortuna*, pierde la mano de Aurora, á cuyo logro iban todos sus artificios encaminados; el temerario Don Juan de *No hay cosa como callar*, vuelve sobre sí y repara la ofensa que habia hecho á la virtuosa Leonor; el inicuo Don Alvaro; que atropella y no quiere recibir despues por esposa á la hija del Alcalde de Zalamea, perece injusticiado. Los galanes acuchilladores se ven perseguidos por la justicia; las damas callejeras se ven amenazadas no ménos que de muerte por sus padres ó hermanos; y aun cuando se casan con el que prefieren, adviértase que este, que parece premio, es moralmente como un castigo: se casan porque su opinion está comprometida; se casan porque habiendo adquirido sus amores cierta publicidad, el honor exigia la boda; pero el haber adquirido esta publicidad con sus amores, era ya una pena: los casamientos, en que terminan muchas comedias de CALDERON, son en cierto modo casamientos producidos por el escándalo, casamientos (digámoslo así) de gobierno político, nada apetecibles para una doncella bien criada, y por consiguiente poco ó nada peligrosos: atendido el carácter de la época, no convivaban con la imitacion; enseñaban, sí, con el escarmiento.

Quede sentado pues que en las obras dramáticas de CALDERON hay doctrina, hay un fin social ó político, generalmente hablando, fin que se observa aun hasta en algunas de sus fiestas reales, ó comedias de espectáculo, de magia y música, donde no se

deben pedir al autor maravillas : en las comedias devotas , indisputable es que hay un fin piadoso. Los críticos nada pios del siglo pasado, se enfurecieron contra lo que no acertaban á comprender ; anatematizaron en folletos y periódicos á CALDERON , como á escritor perjudicial á la fe y á las costumbres (no siendo aquella muy ardiente, ni estas muy ejemplares á la sazón), y prohibidos ya los autos, obtuvieron á principios de este siglo que se prohibiese tambien la representacion de varias comedias suyas, entre ellas las de *El príncipe constante*, *El príncipe de Fez*, y ; *LA VIDA ES SUEÑO* ! Sueño parece, porque alguna de esas composiciones, como otras varias de CALDERON , habia sido escrita con determinado objeto moral y filosófico. En la de *Hombre pobre todo es trazas* y en *El astrólogo fingido* reprendió la estafa y la impostura ; en *Agua mansa*, la mógigatería ; en *La dama duende* y *El galán fantasma*, la credulidad supersticiosa ; en *Cuál es mayor perfeccion* y *No hay burlas con el amor*, escarmentó á las damas necias y bachilleras, y á los galanes presumidos de indiferentes ó de muy dueños de sí. Añádase á estas obras el pensamiento admirable de *La vida es sueño*, con el cual nada hay comparable en Corneille ni en Molière ; añádanse mas de quince dramas de asunto devoto ó sagrado ; añádanse los setenta y tres autos sacramentales de que consta la edicion hecha por los herederos de Don Pedro Pando ; y señálesenos un autor moderno que haya hecho otro tanto por la moral en la escena.

Lo mismo podrémos decir respecto de los caractéres. CALDERON satisfacía las necesidades de su época, pintando un solo carácter ó dos, el buen caballero y el malo ; pero en el teatro español, artículos de necesidad y artículos de lujo abundan á la vez. En *Cuál es mayor perfeccion*, hay tres caractéres : la necia, la discreta y el indiferente ; en *No hay cosa como callar*, el hijo calavera, el padre recto y la dama libre ; y para excusar largas citas, los cuatro celosos, Heródes, Gutierre, Lope de Almeida y Don Juan de la Roca ; el príncipe Segismundo en *La vida es sueño*, el singular Alcalde de Zalamea junto con el mas singular Don Lope de Figueroa, y por último el mártir sublime de Portugal, Don Fernando, muestran si sabía CALDERON dibujar caractéres cuando lo necesitaba.

Confesarémos, á pesar de todo lo dicho, que en la pintura de caractéres no es de ordinario tan feliz como en el manejo de la trama y conocimiento de los recursos propios para producir, mantener y avivar la curiosidad y el interes. Aquí sí que es difícil buscarle competidor, sobre todo fuera de España : no creemos que haya dramático antiguo ni moderno que en esto le exceda ; dudamos haya quien llegue á él. Tambien esto le fué censurado en el último siglo como exceso punible ; en el presente, la trama de CALDERON es la que priva : el artificio de las obras de Scribe, las de sus imitadores y rivales, es el mismo de nuestro poeta : trama de Calderon y diálogo de Moratin es ó debe ser la buena comedia moderna.

Pero CALDERON no respetó las unidades. — La de accion sí ; las de lugar y tiempo las quebrantó sin necesidad á veces ; las quebrantó á veces muy oportunamente. El argumento que se elige es el que debe dar la regla : unos piden la observancia estricta de las tres unidades, otros permiten mayor ó menor licencia : CALDERON no distinguió de casos..... Es llegado el momento de señalar los defectos de CALDERON.

De dos especies han de ser estos : de moralidad y de arte. Las escapatorias de las doncellas y las resistencias á la justicia han sido condenadas con grande rigor : no las defenderémos en general ; pero hay algunas que no son culpables. Natural y justo es que huya la mujer á quien el padre ó el hermano persiguen de muerte, sin razon grave ; natural es, si no justo, que, por salvar el crédito de una dama, ponga en huida un galán á unos alguaciles impertinentes. Palabras y expresiones hay á veces en CALDERON, que hoy suenan mal ; pero cuando se escribieron eran tolerables : afortunadamente son muy contadas. La sospecha de infidelidad conyugal se ve en las comedias de CALDERON castigada con pena de la vida : atrocidad espantosa para nuestra época, en que tomando ejemplo del Salvador, se perdona el adulterio sin dificultad. —



¡Oh! Somos ahora muy cristianos, mucho mas cristianos que nuestros mayores.... en solo este punto. — Pero nó escarnezcamos una benignidad necesaria y justificable : siempre las ideas mas humanas son preferibles. No es peligrosa la doctrina de CALDERON : leyes y costumbres la están rechazando. En su tiempo aquello era lo que privaba : léanse las aprobaciones de los cuatro tomos de CALDERON, publicados durante su vida ; léanse las de los otros cinco, impresos posteriormente, que á ese fin se copian á continuacion de este prólogo, y se hallará que el Maestro José de Valdivieso, capellán mozárabe de la Santa iglesia de Toledo, y poeta devoto, afirma que no hay comedia de CALDERON que no encierre mucha doctrina moral para la reformacion, muchos avisos para los riesgos, muchos escarmientos, muchos desengaños para los incautos. En el mismo sentido las encomiaron el Padre Guerra, el cronista Don Juan Baños de Velasco y otros.

Defectos de arte. — Muchos de los que Luzan, Nasarre y Don Nicolas Fernandez de Moratin advirtieron en las obras de nuestro insigne poeta, carecen seguramente de excusa ; otros la tienen. Es muy frecuente en CALDERON trasladar á un personaje de un punto á otro, sin mas preparacion ni mas arte que decir : « Ahora estoy en mi casa, ahora estoy en la calle, ahora estoy en el cuarto de mi querida. » Con hacer esta prevencion y entrarse un par de veces entre bastidores por un lado, y volver por otro, salia CALDERON de la dificultad : licencia que no se puede conceder á un hombre que tanta habilidad poseia para plantear bien una fábula escénica. Las faltas gramaticales y de versificacion tampoco deben disimulársele, si en efecto son suyas, lo cual es bien dudoso, pues no conocemos, como se dirá mas adelante, el texto genuino de los escritos de CALDERON. Los testimonios que levanta á la historia y á la geografia, son á veces muy reprehensibles. ¿Qué ganaba la comedia, ó por mejor decir la tragedia, titulada *El mayor monstruo los celos*, con hacer á Jerusalem y á Ménfis puertos de mar, suponer acaecida en esta última ciudad, y no en Alejandría, la muerte de Marco Antonio y Cleopatra, llevar hasta Ménfis á Octavio, mandar este que desde Jafa trajesen allí á Heródes, como si fuera un viaje de cuatro léguas, y luego, sin mayor motivo que ántes, ir él con Heródes á Jerusalem? De esta infidelidad histórica y geográfica, seguramente que el futuro matador de Mariamne no resultaba mas celoso, ni su infeliz esposa mas digna de lástima. Pero ¿qué efecto hubiera producido en nuestros teatros en tiempo de los Felipes de Austria un desembarco, sin la correspondiente salva de cañonazos? ¿Qué compañía cómica hubiera representado el *Júdas Macabeo*, si la toma de Jerusalem se hubiese de haber ejecutado al arma blanca, sin el estrépito de la pólvora? Hércules, Ulises, Coriolano, Júdas, Augusto, Heródes, ¿cómo hubieran podido agradar á los madrileños del siglo xvii, sino disfrazados de golilla y trocados en españoles castizos? El poeta necesita agradar : acontece con él poema dramático lo mismo que con los vestidos, el qué no es de moda no gusta.

Pero ¿por qué, se nos dirá, por qué echaba mano CALDERON de asuntos históricos ó mitológicos, una vez que debia conocer cuán imposible le era manejarlos propia y debidamente? Aquí es necesario advertir que muchas de esas composiciones históricas ó mitológicas fuéron funciones que dieron los reyes Felipe IV y Carlos II á su corte ; y así se deben considerar, ya como dramas de espectáculo, ya como comedias de magia, y en todo caso como piezas de circunstancias : por ellas, aunque tienen hartos primores, no debe juzgarse el mérito de CALDERON, como no se juzga á Molière por su *Princesa de Elide*, su *Melicerta*, ni sus *Amantes magníficos*. Debe advertirse ademas que en el año de 1644 estableció el Consejo de Castilla que no se escribieran comedias de *invencion*, sino históricas y *sin amores* : disposicion que de cierto no fué cumplida, puesto que no dió fin del teatro ; pero el autor que tenia mas obligacion de sujetarse á ella en la forma posible, era el poeta regio, era CALDERON.

Habrà quien le perdone como nosotros las comedias mitológicas, en atencion á haber escrito las de capa y espada ; habrá quien le pase sus anacronismos voluntarios y

caprichosos, sus relaciones larguísimas, pero gallardamente versificadas; sus apar-tes en duo, en terceto ó en coro, y aquello de interrumpir una frase corta con media docena de aydemies, de ¡cielos! ¡qué pena! ¡qué rabia! ¡yo muero! ¡suerte cruel!... aquellas faufarronadas á competencia en que dos actores no se hartan de alabarse á sí propios, diciendo : *yo soy rayo, yo soy fuego, yo soy furia, yo soy muerte*; las coincidencias de la música con el diálogo; las palabras proféticas, y cosas así; pero difícilmente le disimulará ninguno los dos graves defectos que muchos, casi todos sus censores, le echan en cara : lenguaje oscuro y afectacion é inpropiedad en la expresion de los afectos. Que la frase de CALDERON es á veces poco comprensible para nosotros, no hay por qué negarlo; pero tampoco se debe poner en duda que en su tiempo entendian todos á CALDERON, pues que de todos era aplaudido, lo mismo de los doctos que de los ignórantes, lo mismo en la corte que en las provincias : el Padre Fray Manuel de Guerra celebra en la aprobacion de la quinta parte de comedias de CALDERON, la claridad de los conceptos de nuestro autor, y el feliz tino con que supo unir lo conceptuoso con lo perceptible. Luzan mismo habló de CALDERON alguna vez casi en iguales términos. El estilo de CALDERON era corriente en su tiempo, usándose aun en los asuntos mas familiares, aun en las cartas : habíase sustituido la significacion figurada á la propia en las voces, y la metáfora tenia ya el valor mismo de la locucion simple y genuina. *Cinco jazmines* eran los cinco dedos de la mano; *crystal* significaba tez, cutis, carnes blancas; los ojos de una mujer eran *luces, humbres, rayos*; el cabello *ébano* ú *oro*. El cabello suelto (figuradamente hablando) hace ondas; el mar las hace en sentido recto : hé aquí la cabellera de una rubia convertida por semejanza en un Océano de oro con sus naves, que serán la mano y el peine, los cuales naufragarán si es preciso, para llevar al último extremo la alegoría. En la comedia de *Mejor está que estaba* se leen los extravagantes versos siguientes, en que retrata CALDERON á una dama que se arreglaba el tocado para acostarse.

De los cuidados del día  
Ya absuelto el cabello ví,  
Siendo océano de rayos,  
Donde la mano feliz,  
Bucentoro de cristal,  
Corrió tormenta de Ofir.

Para entender bien esta enrevesada cláusula hay que tener presente la Biblia y la Historia de Venecia; pero muchos lectores nuestros habrán oido como nosotros aquella tan vulgar seguidilla :

En el mar de tu pelo  
Navega un peine,  
Y entre las ondas que hace,  
Mi amor se duerme.

Véase pues cómo la alegoría de CALDERON se habia hecho popular, en tales términos, que despojada de la parte erudita, ha llegado hasta nosotros cantada en las calles. Pero en tiempo de CALDERON el reino de Ofir y la famosa nave en que anualmente celebraba el dux de Venecia su desposorio con el mar, eran igualmente conocidos de aquel auditorio que por espacio de siglo y medio llevó el alto nombre de *Senado*; la aficion á la poesía y al teatro eran grandes; los poetas se contaban por miles; el rey y el titulo de Castilla, el teólogo y el judío, el menestral y el fraile, la camarista y la monja, todos hacian comedias : el que no las escribia, no escapaba de la aficion á verlas. En el teatro (*corral* entónces) se congregaba una turba de gente de oficio, que gracias á la baratura del precio, no perdía funcion, y á fuerza de ver muchas, llegaba á ponerse en el caso de comprenderlas y juzgarlas bien casi todas. Allí concurrían los primeros



magnates, los escritores, los letrados, y aun los religiosos á veces en muy gran número (1): espectadores tan inteligentes, ya por su educacion literaria, ya por la costumbre de asistir á las representaciones escénicas; espectadores que en los intermedios del espectáculo requebraban á las damas, ó se burlaban del mal cómico en el mismo lenguaje, con los propios flóeos y epigramas de CALDERON, ¿cómo no habian de comprenderle, cuando entendian á Don Antonio de Mendoza? CALDERON, oscuro á veces y afectado para nosotros, era claro y propio para sus coetáneos, porque (exceptuando á Rioja y algun otro con él) escribió como á la sazón se escribia; habló, ó hizo hablar, como entónces hablaban (2).

Aquella afectacion de lenguaje, á la que sin duda contribuyó en parte la celebridad que obtuvieron las poesías de Góngora, no se debe atribuir sin embargo exclusivamente á ese ni á otro escritor mas antiguo, ni á todos juntos: no procedia solo de la falta de estudios severos que mantuvieran en vigor los preceptos del buen gusto: venia tambien del espíritu galante que reinaba en nuestra península. La galantería, aunque se parece al amor, no es el amor mismo: es hija suya, hija por cierto algo vana, bachillera y ponderativa. Emplea el verdadero amante por lo comun la expresion mas sencilla y breve: una mirada, un suspiro le satisface; el galan no se contenta con esto: necesita encarecimientos grandes para pintar su afecto, frases ingeniosas y peregrinas; aquel dice su amor, este diserta sobre él; el uno le deja sentir, el otro se empeña en probarlo con argumentaciones lógicas; el primero es un hombre que ama solamente para ser amado, el segundo ama para obtener amor y admiracion: amor, por lo que siente; admiracion, por lo que dice. De aquí las hipérboles, los retruécanos, la forma silogística aplicada á todo, la copia de máximas, los certámenes ó academias sobre puntos psicológicos: justas de ingenio que naturalmente habia de introducir CALDERON en sus poemas, puesto que los veia tan introducidos en la sociedad que representaba.

En las comedias de capa y espada, y en las palaciegas puramente de enredo, no ofende mucho esa hojarasca retórica, porque se consiente sin dificultad en situaciones poco apuradas; en los dramas cuyo asunto se acerca á lo trágico, producen malísimo efecto. La afectacion de la galantería cabe en un diálogo amoroso, en que dama y galan solamente se tienen que decir castos amores ó quejas templadas; pero en los grandes conflictos de la vida, en la lucha fiera, en medio de la terrible explosion de las mas vehementes pasiones; allí no cabe galantería, allí no se admiten silogismos ni discreteos; allí ha de hablar el corazón y ha de enmudecer la agudeza: el ingenio está en el corazón entónces. CALDERON en estos casos, ó de propósito ó por

(1) En las *Obras líricas y cómicas de Don Antonio de Mendoza*, se hallan estos versos de un romance, en que se refiere el estreno de la comedia *De un castigo, dos venganzas*, escrita por Montalban:

« Fui, señor, á la comedia  
Esta tarde, donde hallé,  
Poco es pensar un Madrid,  
Nada es decir un Babel.  
  
Senos, retretes, retiros  
Se inundaron de mujer,  
De hombre y frayle... ¿Frayle digo?  
Llenóse todo con él.  
Celosías recoletas  
Fuéron campaña y vergel  
De la mas cuerda matrona  
Y del mas rígido juez.  
No aquella civilidad (*vulgaridad*)  
Tan dicha de un alfiler  
Cupiera; ni aun tu ambicion,  
Que es lo ménos que yo sé. »

(2) Léase (pag. xxiv, col. 2.<sup>a</sup> de este vol.) la Aprobacion que á la *Parte cuarta* hizo en el año 1682 Don Francisco de Avellaneda, y se hallará una prosa tan afectada y oscura, que los conceptos alambicados de CALDERON parecen modelos de sencillez, comparados con ella.

instinto, cumple á medias con las exigencias del arte, y cede á medias á la tiranía del mal gusto dominante en su época: mezcla la verdad con la falsedad, poniendo alternativamente en boca de sus héroes, ya rasgos de sentimiento y pasión admirables, ya conceptos alambicados, frías sutilezas, cavilaciones malamente ingeridas. CALDERON, como Corneille, pocas veces acertaba á expresar bien la ternura: es grande, no es dulce; sublime, no halagüeño: sus mujeres no sienten, ó no expresan sus sentimientos como mujeres, sino como hombres: como ellos se irritan en lugar de afligirse: es mas frecuente en ellas la ira que el llanto. Pero vuélvase á tener presente lo que ya va dicho: aquella afectación, aquella declamación, aquella impropiedad en la manera de expresar el sentimiento, defecto gravísimo para nosotros, no era grave, ni aun era defecto en el siglo de Lope: dada la situación, y puestos en su lugar los accidentes principales de ella, el espectador la comprendía, la sentía; y lejos de ofenderse por las galas de ingenio que el autor desplegaba allí, hubiera echado ménos su falta, si el escritor hubiese respetado mas escrupulosamente la verdad y el arte (1). Cuando el crítico moderno lee una de esas fábulas, en que tan revueltas suelen andar la pasión y la declamación, la verdad y la mentira, le sucede lo que al viajero que caminando en un día de sol clarísimo, descubre un edificio notable: desea registrarlo, dirígese al dueño, y penetra con él en una hermosa capilla gótica, cuyas ventanas están cubiertas de lienzos. Como el forastero viene de la luz, nada percibe al pronto: en vano el dueño le pondera la rara perfección de las efigies que adornan los nichos; el huésped solo alcanza á distinguir unos bultos como de frailes, con grandes florones de oro sobre los hábitos, circunstancia que le obliga á preguntar si los padres franciscanos ó capuchinos habian hecho uso de los bordados que se llevan hoy en los uniformes. Hubiérase detenido mas, y sus ojos se hubieran acostumbrado á la media luz del templo: hubiera entónces visto y admirado sus maravillas; hubiera notado que las estatuas eran hermosas, y que á pesar de aquellos adornos vistosos y ricos, bien que ajenos del hábito, el hábito, sin embargo, era el propio y estaba bien hecho. Lo mismo nos acontece cuando recorremos ligeramente las obras de nuestros antiguos dramáticos: todo nos parece oscuro al principio; pero, si seguimos pacientemente el exámen, la oscuridad se va disminuyendo por grados: la arquitectura del templo aparece; su ornato brilla, y su riqueza nos asombra y confunde. CALDERON entónces, arrebatándonos en el carro de Elías, nos coloca en medio del espacio, entre la mansion de Dios y la cárcel del hombre, y desde las anchas llanuras del éter nos señala con majestuoso ademan, ya arriba la Jerusalem mística, ya abajo la ciudad de David, en que espira Mariamne; ya el purgatorio de San Patricio, ya el sacro monte que recobra por mano de Heraclio el prodigioso madero, *Iris de paz que se puso entre las iras del cielo y los delitos del mundo*; ya, volviendo la vista á la dulce patria, nos hace presenciar la dolorosa fuga del obispo Urbano, que rendida Toledo al infiel, saca y se lleva á las montañas de Asturias las venerandas reliquias de los mártires españoles; ya siglos despues, el glorioso triunfo de Alfonso VI, y la bizarra competencia entre el montañés y el mozárabe sobre la admision del rezo romano. Del carro del profeta salta al Olimpo: con un soplo le destruye, con una voz crea de sus ruinas otro Olimpo nuevo con otro Júpiter, otro Apolo y otras deidades superiores é inferiores, de nombres iguales y distinta fisonomía; parando por fin su vuelo en los muros patrios, donde reúne ante sí todo lo grande, bello y seductor de su país, á quien enriquece con todo lo grande y bello de todas las regiones del mundo. Astro deslumbrador, apenas deja distinguir las manchas de su disco, porque la fuerza de su luz obliga al punto á cerrar los ojos.

(1) Bien lo conocia CALDERON, cuando en *El acaso y el error* escribió estos versos, despues de una escena de sutilezas amorosas:

FABIO.

¡Palaciegas discreciones!  
Poco fruto y mucho ruido.

FISBERTO.

Déjalos vivir, pues de esto  
Se pagan los entendidos.



Dejada ya la parte, digámoslo así, espiritual de los escritos de CALDERON, y considerándolos como objetos puramente materiales, como libros impresos, admirémoslos ahora de la suerte que les ha cabido. Las comedias de CALDERON que, en su tiempo y despues, hubieran debido publicarse á expensas del pais cuya gloria extendian, fueron presa de la rapacidad y la ignorancia, impresas por editores bandoleros, que las robaban desfigurándolas, para que se conociera ménos el hurto. CALDERON se limitó á quejarse del daño, sin pasar nunca á ponerle remedio. CALDERON, segun parece, solo corrigió las pruebas de dos comedias suyas(1): de las demas ni siquiera imprimió una sola por sí, de lo que hoy resulta que no conocemos verdaderamente el teatro de DON PEDRO CALDERON DE LA BARCA. Su amigo Don Juan de Vera Tasis y Villarroel ofreció, muerto ya DON PEDRO, publicarlas todas, restableciendo por manuscritos fidedignos el texto viciado; pero el amigo del gran poeta se obligó á mas de lo que podia cumplir. Vera Tasis (como sin rebozo afirma Don Gaspar\*Agustin de Lara) no poseia las obras inéditas de CALDERON que habia heredado la Congregacion de Presbíteros naturales de Madrid: Vera Tasis no poseia ni manuscrito ni impreso el texto genuino de todas las otras comedias de CALDERON, aunque sí habria conseguido el de algunas. Las dos comedias tituladas *Mañana será otro día* y *El Astrólogo fingido* fueron reimpresas por Vera Tasis en vista de algun ejemplar adulterado, ya por los cómicos, ya por los impresores, no habiendo tenido presentes ediciones antiguas, en que estaban mucho mas completas, mucho mas cercanas á lo que debió escribir CALDERON. Hemos visto un ejemplar suelto de *La devocion de la Cruz*, con el título de *La Cruz en la sepultura*, cuyas variantes (de que insertarémos algunas al fin de esta obra) no fueron aprovechadas por Vera Tasis. Hemos creido notar en algunas comedias falta de versos; todo lo cual nos induce á creer que Vera Tasis, viendo tan mal paradas las obras de su amigo, y pobre de medios para restablecer la leccion original, las corrigió como le pareció mejor, librando muchas de ellas de graves yerros, ya que no de todos los que tenian: de modo que en cierto número de poemas habrá labor de tres manos distintas al ménos, la del autor, la del primero que tuvo por conveniente enmendarle la plana, y la de Vera Tasis que, muerto su amigo, podia hacer cuanto quisiera sin ningun género de responsabilidad. De todos modos, su edicion es por punto general la mas autorizada, y hay que seguirla, mientras no aparezcan manuscritos ó impresos preferibles á ella: no tendrémós las obras de CALDERON como él las escribió; pero las tendrémós como se hallan, ó lo ménos mal que se pueden tener. Calamidad ha sido esta beneficosa en parte para CALDERON, como observa con chiste Don Gaspar Agustin de Lara: los primores que se hallan en las obras de CALDERON deben atribuírsele: los defectos pueden achacarse á manos extrañas.

Convendrá ahora determinar primero cuáles y cuántas son las comedias de CALDERON; y por dicha suya y nuestra, él propio lo dejó declarado. Diez meses ántes de su fallecimiento, hubo de contestar á una carta del Excelentísimo Señor Duque de Veragua, que le pedia desde Valencia nota cabal de sus comedias y de sus autos: formó y le remitió CALDERON ambas listas, y en la de comedias incluyó la titulada *Hado y divisa de Leonido y de Marfisa*, la cual, segun afirma Vera Tasis, y es general creencia, fué la última que escribió. Se ocupó despues en la composicion de los autos sacramentales que habian de representarse el día del Córpus del año siguiente; pero no se halla noticia de que trabajase ya comedia ninguna, ni es creible, porque el mal estado de su salud penosamente le permitiria cumplir con la tarea anual de los autos, que, si eran cuatro, debian dar bastante que hacer á un octogenario achacoso. Así el número de ciento y once comedias que comprende la lista formada por CALDERON en julio del año 1680, debe ser el verdadero y total de las suyas, aunque se le atribuian ademias otras tantas, poco mas ó ménos. Vera Tasis le dió ciento y veinte en el catálogo

(1) *Las armas de la hermosura* y *La señora y la criada*, impresas en la Parte cuarenta y seis de Comedias de varios autores, año de 1679.

que puso al fin de la *Parte sexta*, y ciento veinte y dos en el de la *novena*, comprendiendo en ambas notas las ciento y once de la lista de CALDERON, y las once siguientes :

*Las CADENAS DEL DEMONIO.*  
*CÉFALO Y POÓCRIS, burlesca.*  
*EL CONDENADO DE AMOR.*  
*DESAGRAVIOS DE MARÍA.*  
*La EXALTACION DE LA CRUZ.*  
*NADIE FIE SU SECRETO.*  
*El SACRIFICIO DE EFIGENIA*  
*La SEÑORA Y LA CRIADA.*  
*La SIBILA DEL ORIENTE.*  
*La VIRGEN DE MADRID.*  
*Las TRES JUSTICIAS EN UNA.*

A cuyo número añadió estas siete, para cada una de las cuales habia escrito un acto  
 DON PEDRO.

*CIRCE Y POLIFEMO.* (Es de CALDERON la 3.<sup>a</sup> jornada.)  
*ENFERMAR CON EL REMEDIO.* (La 1.<sup>a</sup>)  
*La MARGARITA PRECIOSA.* (La 3.<sup>a</sup>)  
*El MEJOR AMIGO EL MUERTO.* (La 3.<sup>a</sup>)  
*El MONSTRUO DE LA FORTUNA.* (La 1.<sup>a</sup>)  
*El PASTOR FIDO.* (La 3.<sup>a</sup>)  
*El PRIVILEGIO DE LAS MUJERES.* (La 1.<sup>a</sup>)

De modo que, segun Vera Tasis, su amigo compuso desde la edad de trece años á la de ochenta y uno, ciento veinte y dos comedias por sí solo, y siete en compañía de otros ingenios, habiendo sido la primera de aquellas la de *San Elias, ó el carro del cielo*, y la última la de *Hado y divisa de Leonido y de Marfisa*. De las ciento veinte y dos, juntó Vera Tasis ciento y ocho en nueve tomos de á doce cada uno, anunciando para el décimo, que no llegó á imprimirse, las trece siguientes :

*El ACASO Y EL ERROR.*  
*El CARRO DEL CIELO.*  
*La CELESTINA.*  
*CERTÁMEN DE AMOR Y CELOS.*  
*EL CONDENADO DE AMOR.*  
*DESAGRAVIOS DE MARÍA.*  
*DON QUIJOTE DE LA MANCHA.*  
*SAN FRANCISCO DE BORJA.*  
*El TRIUNFO DE LA CRUZ.*  
*La VIRGEN DE LA ALMUDENA.* Primera y segunda parte.  
*La VIRGEN DE LOS REMEDIOS.*  
*La VIRGEN DE MADRID.*

Nueve de ellas eran indudablemente de CALDERON; las otras tres no debian serlo. Del *Carro del cielo*, *Don Quijote*, *Celestina* y *Certámen de amor y celos*, no hallamos noticia de haber sido impresas. Nuestra Señora de los Remedios, Nuestra Señora de la Almudena, San Francisco de Borja, El acaso y el error, y El sacrificio de Efigenia, ú otras seis de iguales títulos y distinta mano, hubieron de ser dadas á luz por medio de la estampa, pues constan en el *Indice de todas las comedias impresas en España hasta el año de 1716*, formado por Don Juan Isidro Fajardo, que existe manuscrito en la Biblioteca nacional, y se hallan tambien, á excepcion de la de *El acaso y el error*, en el índice impreso en Madrid por Alfonso de Mora en el año de 1735, que comprende las obras dramáticas que tenian de venta los herederos del librero Francisco Medel de Castillo. Nosotros, sin embargo, no hemos visto impresa ninguna de esas composiciones. En la *Parte cuarenta y tres de Comedias nuevas* (Madrid 1678) hay una, de mucho



mérito en su clase, con el título de *El Fénix de España*, *San Francisco de Borja*, escrita por un ingenio de esta corte, la cual fué representada en el Colegio imperial, cuando se celebró la canonización del Santo. El *Índice* de Alfonso Mora, ó de los herederos de Medel, trae á la página 43, dos comedias con el idéntico título de *El Fénix de España*, una de CALDERON y otra de Calleja; en la página 102 señala tres comedias de *San Francisco de Borja*, una de CALDERON, otra del licenciado Calleja y otra de Melchor Fernandez de Leon; pero Don Juan Isidro Fajardo, que al folio 22 vuelto de su *Índice* pone una comedia de *El Fénix de España*, como de CALDERON, dice expresamente mas abajo que la de *El Fénix de España*, contenida en la *Parte cuarenta y tres, de Varios*, es obra de Don Diego Calleja: ademas de esto, Vera Tasis incluye *El Fénix de España* en la lista de las comedias que llevan falsamente el nombre de CALDERON. Si el testimonio de Vera y Fajardo es cierto (que lo dudamos por esta vez), entónces para nosotros es hasta ahora desconocido el *San Francisco de Borja* que escribió CALDERON, y lo mismo *Nuestra Señora de la Almudena* y *Nuestra Señora de los Remedios*, á pesar de haber sido impresas. Pero *El San Francisco, de un ingenio de esta corte*, atribuido por Fajardo á Calleja, nos parece muy calderoniano para no ser de Don PEDRO; y á fe que no dirémos lo mismo del que se atribuye á Melchor Fernandez de Leon.

De *El acaso y el error* no ha venido á nuestras manos impresion alguna; pero sí tenemos un manuscrito, copia del que existe en el archivo del teatro de la Cruz. *El acaso y el error* parece, aunque cercenado, el verdadero original de *La señora y la criada*, comedia que CALDERON no incluyó en el número de las suyas, dándonos mucho que pensar con tal omision. Afirma Vera Tasis en la advertencia al lector que puso al principio de la *Parte quinta*, y va trasladada en estos preliminares, página xxv, columna 2.<sup>a</sup>, que DON PEDRO CALDERON le permitió imprimir las dos comedias que hay suyas en el tomo XLVI de *Varios Autores*, y corrigió las pruebas de ambas: de las dos piezas de CALDERON que comprende el libro, *La señora y la criada* es la segunda; y sin embargo, al formar CALDERON su catálogo un año después, apuntó allí el título de *El acaso y el error*, y no el de *La señora y la criada*: lo que prueba cuando ménos que aquel, y no este, era el título verdadero de la comedia; siendo muy de extrañar que repasando CALDERON las pruebas de su obra, permitiese que la titularan de otro modo, y no se atreviese á añadir, ni siquiera como título doble, el que él preferia. Lo peor es que Don Gaspar Agustin de Lara, amigo de CALDERON tambien, y mas íntimo que Vera Tasis á lo que parece, sostuvo que (á no acudir á la Congregacion de Presbíteros naturales de Madrid, cosa que Vera Tasis no hizo), nadie podia poseer el verdadero texto de las comedias de CALDERON, porque ni él imprimió ninguna por sí, ni consintió de buena gana en que se las imprimiesen, ni quiso corregirlas por mas instancias que se le hicieron, diciendo que las corrigiera quien las imprimia: de suerte que si Lara tiene razon, se puede creer que *La señora y la criada* es una refundicion de *El acaso y el error*, hecha por cualquier poeta dramático; y si es cierta la asercion explícita de Vera Tasis, *La señora y la criada* es *El acaso y el error*, corregida por CALDERON mismo. Sea lo que fuere, nosotros nos felicitamos de poder ofrecer á nuestros lectores la primera, no privándoles por eso de la refundida, porque sería quitarles el placer de cotejar una con otra. Y no se nos haga la objecion de que nos exponemos á mezclar obras de CALDERON con otras ajenas, porque en nuestro humilde parecer todas las colecciones de CALDERON adolecen del mismo achaque. Siete á lo ménos, de las once comedias añadidas por Vera Tasis á la lista de CALDERON, han de pertenecer á otras plumas en parte, si no es en todo. Nada nos es posible afirmar en cuanto á *Nuestra Señora de Madrid*, ni *Los desagravios de María*, que nunca vimos; pero la de *El condenado de amor* (tan rara como las dos anteriores, porque no hay noticia de que las hayan impreso) ofrece la particularidad notable de estar escrita casi toda en romance, con unas pocas décimas, y algunos trozos en endecasílabos aconsonantados, sin que

haya en sus tres jornadas una sola redondilla ó quintilla : rareza que no ocurre en ninguna comedia de CALDERON. El estilo no dista mucho del calderoniano , porque todos nuestros dramáticos le imitaban en aquella época ; pero faltan allí los rasgos valientes de su ingenio, y en la trama, su rico, vario y admirable artificio. Es una funcion de circunstancias , una fiesta de palacio, hecha probablemente en obsequio de la reina Doña Mariana de Austria por un discípulo de CALDERON , que recuerda tal vez al maestro, pero que no puede equivocarse con él.

Respecto al *Sacrificio de Efígenia*, que tampoco hemos visto , tenemos precision de advertir que á pesar de haberse impreso con el nombre de CALDERON una de las dos composiciones que llevan ese título , y se atribuyen á Don José Cañizares, la *Efígenia* que Vera Tasis anunció como de CALDERON en el tomo VI de *Comedias*, impreso en 1682, no pudo ciertamente ser escrita por Cañizares, que solo tenia seis años entonces. La segunda parte de *El sacrificio de Efígenia*, ó sea Ifigenia en Aulis, no es, á nuestro parecer, de la propia mano que la primera ; pero no debe de eso inferirse que sea de CALDERON , porque de seguro fué escrita con posterioridad á la primera, pues á ella se hace relacion en los últimos versos. Hubo pues, ó parece que hubo, una Ifigenia anterior á la de Cañizares, que no es hoy conocida, y que en su totalidad no debe ser obra de CALDERON, como no lo es la comedia burlesca de *Céfalo y Pócris*. No es de creer que, si CALDERON hubiera hecho un ensayo en la parodia , se le hubiese olvidado apuntar en su lista una obra tan rara en él

Algo inclinados nos sentimos á creer que el drama de *La exaltacion de la Cruz*, impreso por Vera, y el de *El triunfo de la Cruz*, inédito hasta hoy, vengan á ser una misma pieza, en cuyo título equivocó el impresor las primeras palabras, confundiendo así dos hechos históricos tan diferentes como la restauracion de la Santa Cruz, hecha por el emperador Heraclio , y la célebre batalla de Ubeda ó las Navas de Tolosa. Sea cierta ó no esta conjetura, no puede negarse que en *La exaltacion de la Cruz* y en *Las cadenas del demonio* hay varios pasajes muy dignos y propios de la pluma de CALDERON ; y aunque no se pueda exactamente decir lo mismo de *Nadie fie su secreto* y *Las tres justicias en una*, todavía se hallan rasgos allí , que nos inducen á creer que tambien puso CALDERON en ellas la mano. Verosímil nos parece, por tanto, que esas cinco comedias fuesen de las que solian componer dos ó tres autores juntos para sacar de un apuro á los cómicos ; y por eso no las incluíria CALDERON en su lista, donde tambien incluyó las otras siete escritas en compañía de Rojas, Coello, Belmonte y otros, de las cuales ya se hizo mencion. *La Sibila del Oriente* es una refundicion del auto sacramental titulado *El árbol de la vida*, refundicion que de cierto CALDERON no hizo, porque en las listas enviadas al Señor duque de Veragua está el auto, y no está la comedia : no es de presumir que se le olvidase ó no quisiera introducir en la lista una obra toda suya, por haberla escrito dos veces, cuando incluyó la de *Los cabellos de Absalon*, que es una recomposicion de la comedia ó tragedia del maestro Tirso de Molina, titulada *La venganza de Tamar*.

Repitiendo pues en ménos palabras lo que va dicho, en nuestro sentir DON PEDRO CALDERON DE LA BARCA no escribió por sí solo mas que las ciento y once comedias, cuya lista formó en julio de 1680.

De las ciento y once recogió Vera Tasis en su coleccion hasta el número de ciento y una, con siete mas en que pudo CALDERON tener parte. *La señora y la criada* es refundicion de *El acaso y el error*, hecha quizá por CALDERON mismo.

Ademas de las ciento y una, coleccionadas por Vera Tasis, parece que fuéron impresas las cuatro siguientes, que no se hallan.

NUESTRA SEÑORA DE LA ALMUDENA, primera y segunda parte.  
NUESTRA SEÑORA DE LOS REMEDIOS  
SAN FRANCISCO DE BORJA.



Tampoco se hallan estas otras cinco, que no consta se hayan impreso.

*El CARRO DEL CIELO.*

*La CELESTINA.*

*CERTÁMEN DE AMOR Y CELOS.*

*DON QUIJOTE DE LA MANCHA.*

*El TRIUNFO DE LA CRUZ.*

Hemos hallado manuscrita la de *El acaso y el error*, que tambien fué impresa.

Yacen pues olvidadas y perdidas nueve comedias de CALDERON : no hemos podido encontrar mas que una de las diez que faltaban (1).

En cambio (perdidoso cambio, en verdad) hubimos la de *El condenado de amor*, que es una de las otras cuatro que atribuye á CALDERON Vera Tasis, ademas de las siete mencionadas arriba. Son pues hasta hoy ignoradas enteramente de nosotros :

*Los DESAGRAVIOS DE MARÍA.*

*El SACRIFICIO DE EFIGENIA.*

*La VIRGEN DE MADRID.*

Las cuales solo en parte pueden ser obra de CALDERON.

La edicion presente, que irá dividida en cuatro volúmenes, comprenderá :

1.º Las ciento y ocho comedias coleccionadas por Vera Tasis, de las cuales pertenecen exclusivamente á CALDERON ciento y una.

2.º Las siete comedias escritas por CALDERON y otros, que no fuéron incluidas por Vera Tasis en su coleccion, aunque dió cuenta de ellas, y de las cuales son muy raras las cinco.

3.º *El acaso y el error*, pieza rarísima, que irá en el segundo tomo, precediendo á *La señora y la criada*, para que los eruditos puedan hacer el cotejo de ambas.

4.º *El Condenado de amor*, inédita, que (sea dicho con perdon del Señor Vera Tasis) no nos parece de CALDERON. Los inteligentes decidirán.

5.º *El Fénix de España, San Francisco de Borja*, drama que Don Juan Isidro Fajardo atribuye á Don Diego Calleja, pero que desdice mucho ménos de CALDERON que *Céfalo y Pócris* y *Las tres justicias en una*.

Total ciento diez y ocho comedias : diez mas de las que dió Vera Tasis

Tenemos esperanza de obtener otras dos, en cuyo caso nuestra coleccion constará de ciento veinte dramas del príncipe de nuestros poetas.

Este primer tomo comprende treinta : el segundo y el tercero constarán de mas : el cuarto de ménos.

Entre los artículos que preceden á las comedias incluidas en este primer tomo, hay varios que no se han copiado íntegros por no ser necesario ni conveniente. Nótese diferencia y aun contrariedad en ellos, comparados unos con otros; pero pueden recíprocamente servirse de correctivo.

En el cuarto y último tomo, pondremos por apéndice :

1.º Noticia de las ediciones de CALDERON y observaciones sobre ellas.

2.º Como consecuencia del artículo anterior, un registro, donde hasta el punto posible, se establezca el orden cronológico y fecha de la composicion ó publicacion de dichas comedias.

3.º Imitaciones hechas por CALDERON, imitaciones que se le han hecho, juicios críticos nuestros y de otros.

4.º Opiniones de autores extranjeros notables acerca del mérito de CALDERON.

5.º Variantes de gran importancia.

(1) En los libros de la Congregacion de Presbíteros naturales de Madrid, no se hallan noticias acerca de los manuscritos de CALDERON que ella heredó.

No trataremos de los autos, porque de ellos se hará á su tiempo coleccion separada.

No se ha hecho ni hará mencion de los entremeses, porque los de nuestro poeta irán con otros muchos en una coleccion que está formando para la BIBLIOTECA DE AUTORES ESPAÑOLES nuestro apreciabilísimo amigo el Señor Don Aureliano Fernandez Guerra.

Tal va á ser la edicion nueva de las comedias de CALDERON, cuyo primer tomo ofrecemos al público. Nuestro objeto no es dar una edicion completamente digna del gran dramático y de la nacion que le produjo: nuestro objeto es acudir á la necesidad presente., reimprimiendo un libro que hace gran falta, pues consumida muchos años há la edicion que Don Juan Fernandez de Apontes principi6 en 1760, y concluyó en 1763, carecemos los españoles de una obra que tienen los alemanes, merced á la constancia, saber y exquisito gusto de Don Juan Jorge Keil, á quien, lo mismo que al Señor Federico Adolfo de Schack, autor de la *Historia de la literatura y arte dramática de los españoles*, á los Señores Luis de Viel-Castel, Adolfo de Puibusque, Philarète Chasles, y otros literatos de diversos países, tributaremos los elogios á que son acreedores. El trabajo preparatorio que exige una edicion clásica de CALDERON ocuparia casi la vida de un hombre: seria preciso viajar por España y países extranjeros, comprando á toda costa ediciones y manuscritos de CALDERON; y cotejados larga, escrupulosa y atinadamente unos con otros, pudiérase entonces depurar y fijar el texto de estas excelentes obras dramáticas, que deberian salir á luz bajo los auspicios de la Corona ó del Gobierno. El editor de la BIBLIOTECA DE AUTORES ESPAÑOLES y el colector de las comedias de CALDERON, cuyas fuerzas no alcanzan á tanto, se ven precisados á decir humildemente al público:

Limitado es el don, rico el deseo.

—Cuanto puedo te doy.

Dirigiendo á cada lector en particular, al presentarle nuestro libro, estas palabras de un *Diablo*, predicador de la verdad esta vez.

Por tu vida (1)

Que leas un rato en él:  
Hallarás en sus escritos  
Siempre odiosos los delitos,  
La virtud siempre muy fiel,  
Las palabras muy compuestas  
Muy atento el pundonor,  
Y las pláticas de amor,  
Aunque finas, muy honestas;  
Que el ingenio tan medido  
Aun lo indecente dispone,  
Que ó no lo escribe, ó lo po  
Como debiera haber sido.  
Y el alma suele beber  
En las historias divinas  
Disfrazadas las doctrinas  
Con máscara de placer.

(1) Comedia de *El Fénix de España*, San Francisco de Boria, de un ingenio, acto 2.º



## ADVERTENCIAS.

LAS comedias de DON PEDRO CALDERON DE LA BARGA van divididas en escenas, en obsequio de la claridad; y las variaciones de lugar, se expresan donde quiera que ocurren. En los encabezamientos de las escenas, los nombres de la persona ó personas que salen, van separados con un guion de los nombres de la persona ó personas con quienes se encuentran y discurren. Así, por ejemplo, cuando en la página 7 de este tomo, columna 1.<sup>a</sup>, se halla impreso :

ESCENA II. (*Del segundo acto.*)

CLARIN. — CLOTALDO.

Debe entenderse :

CLARIN, *que sale.* — *Estaba* CLOTALDO.

En la página 2, columna 1.<sup>a</sup> se verá :

ESCENA III. (*Del primer acto.*)

CLOTALDO, SOLDADOS. — SEGISMUNDO, ROSAURA, CLARIN

Lo cual significa :

CLOTALDO Y SOLDADOS, *que salen á la escena, hallándose antes en ella* — SEGISMUNDO, ROSAURA Y CLARIN.

Por la razon que indicamos en el prólogo á las *Comedias escogidas de Fray Gabriel Tellez* (tomo v de esta BIBLIOTECA), imprimimos aquí tambien con sola una vocal, de las dos que tienen, aquellas palabras en que el autor hace sinéresis, y no es posible pronunciarlas formando diptongo, porque la identidad del sonido no lo permite. Así, en lugar de *creer* y *buscándolos*, pondremos *crêr* y *buscándôls*, siempre que lo exija la medida del verso.

En tiempo de CALDERON era práctica general escribir indistintamente *dêl* y *de el*, *della* y *de ella*, *agora* y *ahora*, *efeto* y *efecto*, *vistes* y *visteis*, etc. : nosotros hemos respetado esa costumbre, arreglándonos á las ediciones mas autorizadas.





# APROBACIONES Y ADVERTENCIAS

## Ó PRÓLOGOS

# A LAS COMEDIAS DE CALDERON,

PUBLICADAS

EN NUEVE TOMOS Ó PARTES, DESDE EL AÑO 1635 HASTA EL DE 1682.

### PARTE PRIMERA.

#### PRIMERA EDICION.

APROBACION del Maestro Josef de Valdivieso, capellan del Eminetísimo Señor cardenal de Toledo, Don Bernardo de Rojas y Sandoval, y mozárahe en la santa iglesia de Toledo. — Muy poderoso Señor: En estas comedias que me mandó ver V. A. y que escribió DON PEDRO CALDERON DE LA BARCA, cuyo ingenio es de los de primera clase en la novedad de las trazas, en lo ingenioso de los conceptos, en lo culto de las voces y en lo sazonado de los chistes, sin que haya alguna que no encierre mucha doctrina moral para la reformation, muchos avisos para los riesgos, muchos escarmientos para la juventud, muchos desengaños para los incautos y muchas sales para la diversion; basta su nombre para su mayor aprobacion, pues en los teatros se las ha merecido de justicia. Por todo lo cual, y no hallar cosa disonante á la verdad católica de nuestra sagrada religion, ni peligrosa á las costumbres, merece la licencia que suplica á V. A. Este es mi parecer, salvo, etc. — En Madrid en 23 de noviembre de 1635. — El Maestro Josef de Valdivieso.

#### SEGUNDA EDICION. — 1682.

##### AL QUE LEYERE.

(Advertencia de Don Juan de Vera Tasis y Villarroel.)

Estas comedias, que por desfiguradas desconoció su autor en su primera parte, ya ilustradas en esta nueva luz con que las retocó el desvelo mio, las verás con tan propias facciones, que no ignores por ellas el verdadero retrato de su dueño, pues todos los escritos lo son en opinion de Quintiliano; y siendo este tan primoroso, no pudo eximirse de ajenos colores que le ofendiesen, ya que con mano grósera no le borrasen. Pongo al principio de ellas el epilogo de su vida, que le dediqué en su forzosa muerte, por colocarle en el primer tomo de sus obras, y repetirle obligado el justo y debido obsequio, como tambien la tabla de las comedias solas que escribió con tantos aciertos, y el número de autos; que aunque reservaba esta noticia para quando publicase el primer tomo de ellos, las prolijas instancias de muchos me han precisado

á ponerlos aquí, y asimismo por tener noticia que andan usurpados de varias y ridículas opiniones. Esta te certifico que no lo es, pues los mas he visto de su letra, y todos rubricados de su mano. *El de los obreros del Señor*, que anda en otras memorias por suyo, es de Don Francisco de Rojas; impreso mas há de sesenta años, y ni este, ni la comedia *Bien vengas, mal, si vienes solo*, se habia de arrojar DON PEDRO, dejando de poner mas de veinte grandes comedias, y mas de veinte y seis mayores autos: desventura de nuestro siglo es que la pasion ignorante intente deslucir lo que el amor de la verdad se desvela en examinar. Esto se me ofrece que advertir por satisfacer á la curiosidad, hasta que con la segunda, tercera, cuarta, novena y décima parte de sus comedias, dándome Dios vida, te sirva muy pronto. Vale.

### PARTE II.

#### PRIMERA EDICION.

APROBACION del Maestro Josef de Valdivieso, capellan del Eminetísimo Señor cardenal de Toledo, Don Bernardo Rojas y Sandoval, y mozárahe en la santa iglesia de Toledo. — Muy poderoso señor: Por mandado y comision del señor Don Antonio Valdés, del Consejo real de S. M., he visto este libro de doce comedias, escritas por DON PEDRO CALDERON, y representadas en los mayores teatros de España con aplausos repetidos en numerosos concursos; y no hallo en ellas cosa disonante á la verdad católica de nuestra sagrada religion, ni peligrosa á las costumbres. El ingenio del autor es tan conocido, que seria desacuerdo intentar sus alabanzas, por ser superior á las mayores, y todas se dicen en diciendo que es DON PEDRO CALDERON. Merece la licencia que suplica á V. A. Este es mi parecer, salvo, etc. — En Madrid en 22 de abril de 1637. — El Maestro Josef de Valdivieso.

#### SEGUNDA EDICION. — 1682.

##### ADVERTENCIAS AL QUE LEYERE.

(De Vera Tasis.)

Continuando con el preciso empeño de mi amistad, hice riguroso exámen de las comedias que contiene esta

segunda parte; y hallando diminutas las mas y defectuosas todas, pasé á corregirlas por sus originales, algunos de la mano de su autor; otros, por adulterados, de ajena letra. La que en la antigua impresion de este libro se intitulaba *El mayor monstruo del mundo*, la encontré muy otra en el contexto y el título, como lo es el de *El mayor monstruo los celos*, y el argumento como en este se leirá: confiando en nuestro Señor publicar muy pronto el tercero tomo, que no tiene menores yerros que los notados, pues concurriendo ignorancia y negligencia en imprimirle, era forzoso fraguarse los mas proporcionados; y los que en este advertirá el desapasionado lector, son tan leves escrúpulos de la prensa, que podrá corregirlos, sin desvelado estudio. *Vale.*

### PARTE III.

#### PRIMERA EDICION.

APROBACION del Ilustrísimo Señor Don Manuel Mollinedo y Angulo, cura propio que fué de la parroquial de Santa María la Real de la Almudena, y hoy obispo del Cuzco.— Por comision del señor Don García de Velaseo, vicario en esta villa de Madrid, he visto un libro de diversas comedias, compuestas por Don PEDRO CALDERON DE LA BARCA, caballero de la orden de Santiago, capellan de honor de S. M. y de los señores Reyes nuevos en la santa iglesia de Toledo; y siendo el autor tan estimado y aplaudido no solo en nuestra España, sino en las mas naciones del mundo, habiendo traducido sus obras en su idioma, cualquiera aprobacion y censura mia quedará muy corta; solo sé decir que continuamente le quisiera estar oyendo, porque la eficacia en sus razones y elegancia en el hablar excede á toda ponderacion: si alguna cosa es óbice de estar reputado por el mayor de todos los siglos, es conocerle nuestro, y verificarse *Natus propheta in patria sua*, achaque de nuestra cortedad ó malicia. El libro corresponde á su autor, pues los versos son tan grandes, que cualquiera docto podrá sacar mucho fruto para la materia en que se ejercitare: el estilo tan casto como acostumbra, sin que lo cómico y gustoso lo contraiga á término que no sea muy decente. Por lo cual juzgo que es muy digno de que salga á luz y se dé á la estampa.— Santa María de Madrid á 15 de junio de 1664.— Don Manuel Mollinedo y Angulo.

#### SEGUNDA EDICION. — 1682.

##### PRÓLOGO.

(De Vera Tasis.)

Publicó esta tercera parte de comedias en otro tiempo Don Sebastian Ventura de Vergara, con la vana ostentacion de amigo de nuestro Don PEDRO; y tambien por restaurarlas (según dijo) de los acumulados yerros que le imputaban en las repetidas fatigas de la prensa; mas cuando su celosa solicitud quiso hacer á Don PEDRO una honra, su perezoso descuido le fraguó una injuria, pues ninguna de cuantas andan impresas con nombre suyo padecía tantos errores como estas: lo cual verificará el que diligente ó curioso cotejare la de *El laurel de Apolo*, que ahora sale, con la que él permitió imprimir, que ademas de concluirla en un medio verso, faltándola mas de doscientos, las demas en los razonamientos están designados. Las de *Tambien hay duelo en las damas*, y *La hija del aire*, primera y segunda parte, tambien estaban diminutas; y padecian la misma calamidad todas las otras,

cuyos achacados descuidos supo enmendarlos el discreto y perdonarlos el autor. Sin ellos (á mi juicio) salen ahora á nueva luz; y si hubiere quedado alguno, protesto que no es suyo, pidiendo al estudioso me le disimule, mientras entrego á su censura la *Historia*, que tengo escrita y ofrecida, de nuestra Señora de la Almudena, patrona de Madrid, y despues las demas comedias y autos de Don PEDRO.

### PARTE IV.

#### PRIMERA EDICION.

APROBACION de Don Francisco de Avellaneda y de la Guerra, censor de las comedias por S. M.— Muy poderoso Señor: Por mandado de V. A. he visto un libro de doce comedias de Don PEDRO CALDERON DE LA BARCA, cuarta parte de ellas, que se da á la estampa para que califiquen las mejores observaciones de los ojos cuantos discretos primores han logrado los oidos en tantos repetidos aciertos como voccean inmortales sus aplausos. Diganlo sin emulacion todas las naciones, pues en sus dialectos traducidas las veneran, coronando los laureles de sus estimaciones la siempre digna frente de su gloriosa fama, sin que el rayo de la emulacion pueda injuriar la defendida posteridad que la guarece contra la ojeriza de los tiempos. No es disipar los altos grados de los remontados cisnes, que se elevaron al mas encumbrado Olimpo de sus plausibles ideas con tantos felices vuelos de sus doctas plumas, el que con vandad mi cariño diga (dentro de las precisiones del arte en novedad de trazas pasos del tablado, valentia en el movimiento de las figuras é invenciones de teatros, siendo el mas festivo del empeño de los reales festejos) que este ingenio superando los primores de cada uno, hacerse singular entre todos; sin que este sentir mio sea osadia caridosa por las veneraciones que le tributo, sino verdad apoyada en todo el resto de tantas repetidas calificaciones como la ilustran. Exclame Roma (no por mejor patria) el haberle faltado un hijo en que ennoblecier por mayor asombro la mejor estatua á fatigas de Fidias y Lisipos: ni del buril afanes, ni del pincel colores, pudieron exaltar mas relevantes ejecuciones, que las que á la continua tarea de estos estudios se vineulan en los siempre fijos fundamentos del templo de su memoria, sin segundo en nuestro siglo. Si en el limitado vuelo de la pluma pudieran estrecharse sus elogios, dijera lo que le contribuye la mit en los breves rasgos que la gobiernan, haciendo escudo y reparable antidoto de las mas doctas que le defienden contra la ponzoña de la envidia, comun cosecha de los tiempos en propagar Zoilos contra Homeros. Ociosa dejó siempre á la censura la discrecion del autor, anticipando en los eréditos de sus aciertos la licencia, que tan merecida le tiene á V. A. Este es mi sentir.— Madrid á 18 de junio de 1672.— Don Francisco de Avellaneda.

#### SEGUNDA EDICION. — 1684.

##### AL QUE LEYERE.

(Vera Tasis.)

Dejo advertido en la *Verdadera quinta parte* de Don PEDRO CALDERON, que publiqué dias há, los motivos que excitaron mi atencion á recoger y distinguir las comedias suyas, de las que con su nombre se divulgaban: allí dije que una de estas era la de *El conde Lucanor*; y cuando va incluida en este tomo, me es preciso distinguirla de



aquella que corre impresa en la *Parte quince* de varios autores, pues porque DON PEDRO la reprobo por adulterada, diciendo en el prólogo que hizo á esta cuarta parte: *La comedia de El conde Lucanor, hallará el que tuviere curiosidad de cotejarla con la que anda en la parte quince, que á pocos versos mios, prosigue con los de otro: si buenos ó malos, remítome al colejo*, me obligó á que hiciese entónces aquella distincion, y ahora esta advertencia; y procuraré cuanto ántes publicar las partes novena y décima, para perfeccionar el empeño que he tomado, como tambien el de dar muy presto á luz la *Historia de nuestra Señora de la Almudena. Vale.*

## PARTE V.

### PRIMERA EDICION

(Hecha por Vera Tasis.)

APROBACION de Don Juan Baños de Velasco y Acevedo, cronista general que fué de estos reinos de Castilla y Leon. — Muy poderoso Señor: Obedeciendo á V. A. he visto los libros de comedias y sainetes varios del insigne poeta español DON PEDRO CALDERON DE LA BARCA, que con gratísimo desvelo ha recogido su intimo amigo y mi amigo Don Juan de Vera Tasis y Villarroel, cuya alabanza será siempre menor que los grandes méritos de la fama que supo granjear al laborioso afán de sus insuperables estudios; y conformándome con el grande juicio de Plinio, puedo decir de sus dulces y elegantes escritos: *Omnia mihi tantò laudabiliora, quantò jucundiora, et tantò jucundiora quantò laudabiliora. Plin. libr. 9. epist. 34*; y confieso con sincera humildad que al ver comedias tan útiles y deleitables, cobarde mi pluma solo tiene aliento para respetarlas, viéndolas tan defendidas por sí y aprobadas de la muy docta y erudita del Reverendísimo Padre Maestro Fray Manuel de Guerra y Rivera: uno y otro solo me deja lugar para la admiracion y no voz para la censura. *Magna laus non adest ad admiratione, admiratio autem non parit verba, sed silentium. Gellius, lib. 5. cap. 4*. Y así puede V. A. conceder la licencia que pide Don Juan para que logre publicar esta utilidad comun; pues no tiene encuentro con el decoro de la majestad, ni con la buena política. Este es mi sentir. — Madrid y mayo 6 de 1682. — Don Juan Baños de Velasco y Acevedo.

### ADVERTENCIA Á LOS QUE LEYEREN.

(De Vera Tasis.)

La codicia de algunos libreros y la ignorancia de muchos trasladados han ocasionado los innumerables errores que padece todas las comedias de España, ya haciéndolas imprimir diminutas y defectuosas, ó ya trasladándolas sin conocimiento de ellas, intitulándolas unos y otros con supuestos autores, tanto por autorizar su maliciosa culpa, cuanto por darlas mas interesado valor: atrevimiento que no perdonó las siempre inimitables de aquel venerado fénix DON PEDRO CALDERON DE LA BARCA; pues aunque su modestia disimuló cuanto pudo este continuado yerro, no puede mi respeto y obligacion dejar de atajarle ántes que llegue á excesivo, ya que no en todo, en alguna parte; y mas acordándose de las repetidas persuasiones que muchos amigos suyos y yo le hicimos para que en vida declarase las suyas, juntándolas en tomos separados de las ajenas. Y aunque, por el ceño grande que siempre tuvo con sus obras y con los que se las usurpaban, no con-

descendió con nuestros ruegos, ya vino á permitir á mi celosa instancia la pretendida licencia de darlas á la prensa y pasarlas prietas de ellas: vanidad que no podrán usurparme cuantos blasona: de mayores amigos suyos, pues pueden desengañarse viendo que empecé á usar de ella en las dos comedias que puse en la parte cuarenta y seis de varias; y cuando en vida le merecí este singular favor, yerro fuera en mí muy descolorido y ajeno de toda razon, si en muerte no me valiera de él para sacrificarle los tesoros de mi voluntad; y no ménos notable si habiéndolas de poner en partes separadas, intitulara esta *la sexta*, cuando en vida tambien fué la primera capitulacion el deshacerla; y cuando aun en muerte me lo está mandando en el prólogo del primer tomo de sus autos, con estas palabras: «Pues no contenta la codicia con haber impreso tantos hurtados» escritos mios, como andan sin mi permiso adocenados; »y tantos como sin ser mios, andan impresos con mi nombre, ha salido ahora un libro intitulado QUINTA PARTE DE COMEDIAS DE CALDERON, con tantas falsedades como haberse impreso en Madrid y tener puesta su impresion en Barcelona; no tener licencia ni remision ni del Vicario ni del Consejo, ni aprobacion de persona conocida; y »finalmente, de diez comedias que contiene no ser las cuatro mias, ni aun ninguna pudiera decir, segun están »no cabales, adulteradas y defectuosas, bien como trasladadas á hurto para vendidas y compradas de quien ni »pudo comprarlas, ni venderlas»: por cuya causa intituló esta *la verdadera quinta parte*. En la cuarta que publicó Don Pedro, quiso distinguir las ajenas, y su acaecida edad no permitió pudiese hacer entero juicio de ellas, y así solo señaló cuarenta; pero no puso las suyas, que era el verdadero distinguirlas de las otras: por lo cual me fué preciso pasar á hacer exámen mas riguroso, viendo (á mi parecer) cuantas comedias se han impreso en España, con cuyo prolijo desvelo, he recogido unas y otras, quedando vanamente descansado por conocer que á las propias quité infinitos errores con que andaban impresas y trasladadas; y las que andan debajo de su nombre, las separé de ellas; y para que á todos conste cuáles son las verdaderas y cuáles las supuestas, se ponen aquí unas y otras.

### COMEDIAS SUPUESTAS QUE ANDAN BAJO EL NOMBRE DE DON PEDRO CALDERON (1).

En el juego de varias.

Los empeños de seis horas.  
La tercera de sí misma.  
El escándalo de Grecia.  
La española de Florencia.  
El vencimiento de Turno.  
Los desdichados dichosos.  
Las canas en el papel.  
El conde Lucanor.  
El mejor padre de pobres.  
Los empeños de un plumaje.  
Amor, ingenio y mujer.  
Séneca y Neron.  
El rigor de las desdichas.  
Saber desmentir sospechas.  
Las vísperas sicilianas.  
Industrias contra el poder.  
Vencerse es mayor valor.  
Mudanzas de la fortuna.  
Los celos hacen estrellas.  
El Tuzaní de las Alpujarras.  
El rey Don Pedro en Madrid.  
Cómo se comunican dos estrellas contrarias.

(1) Se ha omitido la lista de las verdaderas, porque mas adelante se copia la que formó Calderon mismo.

Un castigo en tres venganzas.  
 Sucesos del principe Lisardo.  
 Marco Aurelio y Cleopatra.

*En las que andan sueltas.*

Los triunfos de José.  
 La paciencia de Job.  
 La batalla de Sopetran.  
 La roca del honor.  
 La codicia rompe el saco.  
 La palabra en la mujer.  
 La victoria de Fuente-rabla.  
 Del Rey abajo ninguno.  
 El casamentero.  
 La respuesta está en la mano.  
 Amor con amor se obliga.  
 El mal pagador en pajas.  
 El mayor rey de los reyes.  
 El rollo de Ecija.  
 El tejedor de Segovia, 1.<sup>a</sup> y 2.<sup>a</sup>  
 El conde Don Sancho Niño.  
 La prudente Abigail.  
 El imposible mas fácil.  
 El castigo del pensé qué.  
 El mejor testigo el rey.  
 El prodigio de Alemania.  
 El saco de Ambéres.  
 El venturoso por fuerza.  
 El esclavo de Maria.  
 Enseñar á ser buen rey.  
 Haz bien y guárdate.  
 Las mujeres cuando quieren.  
 El blason de los Mendozas.  
 Engañar para reinar.  
 El lucero de Castilla.  
 Muchos indicios sin culpa.  
 Celos no ofenden al sol.  
 La mayor lineza.  
 Encantos del marques de Villena.  
 Obrar bien, que Dios es Dios.  
 El mejor testigo.  
 Porfiando vence amor.  
 El Polifemo.  
 El caballo vos han muerto.  
 El premio añade el valor.  
 Yo me entiendo.  
 La bárbara de los montes.  
 El casamiento en la muerte.  
 Día de San Blas en Madrid.  
 La dicha del retraido.  
 Honra, confusion y amor.  
 El perdon castiga mas.  
 El pedir con mal intento.  
 Prueba de amor y amistad.  
 El mejor testigo es Dios.  
 La cena del rey Baltasar.  
 El paje de Don Álvaro.  
 Lo que hace un manto.  
 Huyendo vence el honor.  
 Las tres edades de España.  
 El rey ángel.  
 Cada cual lo que le toca.  
 Donaires de Mengo.  
 El Fénix de España.  
 El honor contra la fuerza.  
 El castañar de Toledo.  
 Cada cual á su negocio.  
 El amor hace prodigios.  
 El Ángel de la guarda.  
 El amor hace discretos.  
 Celo de amor y amistad.

El galán sin dama.  
 Quien calla otorga.  
 Las amazonas.

*Manuscritas.*

La necesidad del discreto.  
 La fianza satisfecha.  
 Aventuras de Oliveros y lealtad de Artus de Algarbe  
 El capitán Cornejo.  
 Santa Teodora.  
 La pulida Sayaguesa  
 La duquesa Rosimunda.  
 Los Reyes magos.

Algunas mas podrá ser se ballen de las que le prohijan ; porque hay quien asegure que todas cuantas se imprimen en Sevilla para pasar á las Indias, las gradúan con el nombre de Don Pedro, por intereses particulares que se les siguen á los que hacen cambio de los talentos ajenos; pero de las legitimas no creo que habrá otras, por tener en mi poder solo las que he señalado rubricadas de su mano; y aunque muchas de aquellas son de tan ingeniosa inventiva, que pueden ilustrar á los ingenios mas célebres del orbe, su profunda modestia nunca permitió que se las arrogasen por el escrúpulo grande que hacia de usurpar estudios y desvelos ajenos; y así el distinguirlas no se lo atribuya la censura maliciosa á desprecio, pues me consta que siempre veneré las de aquel gloriosísimamente elevado espíritu de nuestro Don Antonio de Solís, y entre las que le prohijan, se halla la siempre plausible de *Las amazonas*, que escribió este soberano autor con tantos aciertos como las demas; y así (vuelvo á decir) habiendo mi celosa obligacion y obediente gratitud de poner en tomos separados las que fueren suyas, ha sido preciso verlas todas, dando principio con este, para salvar la justa objecion que podia ponerme la discreta censura, y obedecer el respetado precepto de Don Pedro en todo.

De la comedia de *El conde Lucanor*, que pongo por suya y por ajena, hallará el escrupuloso en el cuarto tomo de sus comedias entera satisfaccion; y de la de *Amar despues de la muerte*, la daré á su tiempo, pues quedo continuando los demas tomos, para que los aclare la luz de la prensa.

En este y en los que publicare, hallará el ingenioso tanto que aprender, cuanto el ignorante que censurar; y mas si tropieza en la claridad de los dulces versos, que nunca afectó en las comedias de capa y espada; pues con toda reverencia, y sin injuria de tantos célebres ingenios de nuestra España, confieso que solo nuestro Don Pedro supo encontrar un nuevo arte de escribir con propiedad de voces, por muy pocos en el mundo practicado, y de ninguno excedido, por que en él fué naturaleza lo que en otros estudio; y cuando quiso unir el estudio y naturaleza, vean las comedias de historia ó fábula, ó cualquiera de los autos sacramentales, y admirarán conceptos, sentencias, tropos y figuras inimitables.

Este pues (lector discreto) planeta luminoso, que con los rayos de sus lucientes escritos ilustra todo el orbe, cuyo oriente y ocaso mereció nuestro hemisferio, sepultado quedara en los mas de sus estudios, si mi desvelo, vigilancia y veneracion no los expresara á la prolíja tarea de repetidos afanes, quedando mi gratitud felizmente descansada y gloriosamente reconocida á los continuos favores con que supo labrarla en vida para vivir en muerte, sacrificándole todos mis afectos: y estos son los motivos que han ejecutado mi voluntad para publicar estas obras, deseando siempre con toda humildad me enmiendes los cometidos errores que en este y en los demas libros advirtieres, como tambien que viva en la sucesion de los siglos quien fué tan gloriosa admiracion de ellos Vale.



PARTE VI.

PRIMERA EDICION.

(Publicada por Vera Tasis.)

La aprobacion de Don Juan Baños de Velasco es repetición de la dada al tomo v.

PARTE VII.

PRIMERA EDICION.

(Hecha por Vera Tasis.)

LICENCIA DEL ORDINARIO.

Nos el Doctor Don Antonio Pascual, Arcediano de las Selvas, dignidad en la santa iglesia de Girona y vicario de esta villa de Madrid y su partido, por la presente y por lo que á nos toca damos licencia para que se pueda imprimir un libro intitulado *Séptima parte de Comedias*, su autor DON PEDRO CALDERON DE LA BARCA, caballero que fué del orden de Santiago, capellan de honor de S. M. y de los señores Reyes nuevos en la santa iglesia de Toledo: atento por la censura del Reverendísimo Padre Maestro Fray Manuel de Guerra y Ribera, del órden de la Santísima Trinidad, predicador de S. M., nos consta no tiene cosa contra nuestra santa fe y buenas costumbres.—Dada en Madrid á 17 de abril de 1682 años. — Doctor Don Antonio Pascual.—Por su mandado, Juan Álvarez de Llamas, notario.

AL DISCRETO Y PRUDENTE LECTOR.

(Vera Tasis.)

Estas comedias de DON PEDRO CALDERON, que aun siendo suyas no han podido eximirse de ajenos yerros, salen hoy (discreto y prudente lector) limpias, cabales y desagraviadas de las graves injurias que de la pluma y el molde padecieron. En ellas admirarás un vivo y hermoso espejo del desengaño, guarnecido de políticas y morales virtudes, que reprenden y castigan la desahogada libertad de los vicios, sirviendo de inocente diversion á los sentidos, suministrando singulares especies á las ideas, y previniendo saludables ejemplos á todos los accidentes humanos, cuyo concepto explica aquella alta y grave definición que de ellas hace el sapientísimo, ilustrísimo y Reverendísimo señor Don Fray Juan de Caramuel, citando al elocuentísimo Tulio, que abraza su pensamiento con elegancia dulce en estos versos:

*Humanæ est vitæ speculum comédia: monstrat  
Quæ-ve ferat juveni commoda, quæ-ve seni.  
Quid præter tepidosque sales, excutiatque verba,  
Et genus eloqui purius inde petas.  
Quæ gravia in mediis occurrant lusuibus et quæ  
Jucundis fuerint seria mixta jocis.  
Quàm sint fallaces servi, quàmque improba semper,  
Fraudeque et omni generis fœmina plena dolis.  
Quàm miser, infelix, stultus et ineptus amator,  
Quàm vix specedant, quæ bene capta putes.*

No ménos aplaude este discretísimo autor á nuestro DON PEDRO, que á los mayores ingenios de todo el orbe:

vean sus apasionados los tres *Cálamos* suyos, y en repetidos elogios reconocerán el altísimo concepto que de él hacia, sin moverle la pasión de compatriota suyo. Si en este libro, lector discreto, echares ménos la eruditísima aprobacion del Reverendísimo Padre Maestro Guerra, ya la hallarás donde con nueva estimacion la veneres, por verla de su doctísimo autor adelantada y excedida; que él solo pudiera entre los estudiosos adelantarse y excederse á sí mismo, para que acaben de romper sus dientes los mordaces detractores, que ociosamente han intentado mellar el inmortal simulacro de su fama. Las demas comedias de DON PEDRO, saldrán (dándome Dios vida) muy en breve, para darme lugar á que yo te sirva del corto caudal mio con el Poema heroico y *Paráfrasis de Job*, que te he ofrecido. Vale.

PARTE VIII.

PRIMERA EDICION.

(Hecha por Vera Tasis.)

SUMA DE LA APROBACION.

Por comision del Señor vicario de esta villa de Madrid y su partido, aproló este tomo de la octava parte y todos los demas de comedias de DON PEDRO CALDERON DE LA BARCA, caballero del órden de Santiago, capellan de honor de S. M. y de los señores Reyes nuevos en la santa iglesia de Toledo, el Reverendísimo Padre Maestro Fray Manuel de Guerra y Ribera, doctor teólogo y catedrático de filosofía en la universidad de Salamanca, predicador de S. M. y su teólogo, examinador sinodal de este arzobispado, del órden de la Santísima Trinidad, redencion de cautivos.—Su fecha en Madrid á 14 de abril de 1682.

AL QUE LETERE.

(Vera Tasis.)

El octavo tomo de los ingeniosos desvelos del cómico poeta español, y cuarto en órden, de los que mi cuidadosa tarea ha publicado, te ofrezco, lector mio, para calificación de mi segura voluntad. Muchas de las comedias que contiene habrás visto en los teatros representadas y en los libros impresas; pero ninguna en unas y otras tan cabal, como las que agora salen á la luz pública; pues si un juicio-sa capacidad pasare al exámen de su cotejo, no dudo que te deba repetidos agradecimientos mi cuidado, asegurándote que sin larga y continua prolijidad es dificultoso el vencer tanto imposible, el cual solo podrá ponderarle quien con afectuosa gratitud le experimenta. Las demas que en mi poder quedan, están en sus traslados tan inciertas, que hasta conseguir otros mas verdaderos, habré de suspender el proseguir el noveno tomo, pasando á repetir en la prensa los cuatro primeros, que te aseguro no tienen ménos yerros que los advertidos en los que tengo publicados; pues aun no bastó el respeto de su autor vivo, para eximirse del riesgo que suelen padecer á manos de los traslados y moldes. Y como el verdadero amor es preciso que pase mas allá de la muerte, yo que fui quien más entrañablemente amé á DON PEDRO; pues como *omni tempore diligit. qui amicus est*, es forzoso que á repetidas instancias de la voluntad, cuando parece que acabo, empiece de nuevo á ejercitar mi obligacion, tomando esta fatiga por alivio, para que todo ceda en su obsequio y en honra y gloria de Dios, que te guard

—  
PARTE IX.  
—

## PRIMERA EDICION.

(Hecha por Vera Tasis.)

## SUMA DE LA APROBACION.

Por comision del señor Don Antonio Pascual, Arcediano de las Selvas, dignidad en la santa iglesia de Girona, y vicario de esta villa de Madrid y su partido, aprobó este tomo de la novena parte y todos los demas de comedias de DON PEDRO CALDERON DE LA BARCA, caballero del orden de Santiago, capellan de honor de S. M. y de los señores Reyes nuevos en la santa iglesia de Toledo, el Reverendísimo Padre Maestro Fray Manuel de Guerra y Ribera, doctor teólogo y catedrático de filosofia en la universidad de Salamanca, predicador de S. M. y su teólogo, examinador sinodal de este arzobispado, del orden de la Santísima Trinidad, redencion de cautivos. Su fecha en Madrid á 14 de abril de 1682.

AL LECTOR.

(Vera Tasis.)

Pongo en tus manos y en el teatro comun este noveno tomo de comedias del célebre poeta español DON PEDRO

CALDERON DE LA BARCA : ninguna de ellas la leerás como andaban manuscrita ó impresa; porque solicitando unas y otras originales, se ha procurado corregir y ajustar con la mayor legalidad posible esta impresion : si en cualquiera de ellas notares algun deslíz ó borron, no le achagues á descuidado delito suyo, sino á grosera ignorancia mia, pues como tal la confieso, y la sujeto á la juiciosa correccion de los discretos. La comedia de *Amar despues de la muerte* (como dejó advertido en la verdadera quinta parte) la desconoció por suya DON PEDRO, no tanto por hallarla con el título de *El Tuzant de la Alpujarra*, cuanto por verla adulterada y diminuta en la impresion. La de *Un castigo en tres venganzas*, que tambien está en la quinta falsa, padecia la misma calamidad; y por eso se anota allí y aqui se publican ambas, desmintiendo los errores de la prensa. La de *Bien vengas mal*, dije en el primer tomo que no era de DON PEDRO, á causa de haber visto otra con el mismo título; y registrando esta que ahora te presento, reconozco por lo artificioso de la traza y la naturaleza del verso, que es legitimo parto suyo. Las demas, aunque todas estaban defectuosas, van corregidas y cabales, por lo que no pretendo mas gloria que haberle acertado á servir con la voluntad, para que desapasionado suplas la cortedad de mi entendimiento. *Valé*.



# ARTICULOS BIOGRAFICOS Y CRITICOS

ACERCA

## DE DON PEDRO CALDERON DE LA BARCA Y SU TEATRO.

### I.

#### DE DON JUAN DE VERA TESIS Y VILLARROEL.

FAMA, VIDA Y ESCRITOS DE CALDERON.—(*Publicado en la VERDADERA QUINTA PARTE DE COMEDIAS DE CALDERON.  
impresa en Madrid, año 1682.*)

MAL se estrechará en la esfera breve de mi labio quien generosamente ocupa todas las lenguas de la fama, y mal ceñiré á un epílogo tan corto al que no cabe en los dilatados espacios de los siglos; porque quien pone márgenes al resplandor, mas que lisonjea agravia su claridad. Pero fiado en el afecto mio, que suplirá la capacidad del asunto suyo, corro veloz la pluma para describir en un abreviado suspiro un permanente sollozo, que le resucite en el ancho templo de la memoria de cuantos en la posteridad le registraren; y sean sus elegantes escritos los que con mas viva y eficaz lengua persuadan, enseñen y muevan á todos los estudiosos, resultando los venerados ecos de sus numerosas voces desde Madrid, en España, en Europa y en el orbe entero, porque solo el orbe podrá ser esfera capaz de percibirlos; que habiendo mi celosa obligacion de publicarlos á nueva luz, es preciso que á sus religiosas cenizas erija un túmulo honorario que las cele, ya que no las abrigue, valiéndose para tanto empeño de una de las muchas plumas de su fama, en tanto que otras, mas bien cortadas que la mia, publican elogios dignos de su nombre.

Parece que á la suma Providenciá, en quien todo es fácil, cuesta algun desvelo formar varones insignes que han de llenar los abultados anales de los siglos, pues por siglos nos los concede; y este con notable particularidad lo fué, porque le empezó el año de 1601 (1), día de la santísima Circuncision de su humano Hijo, nuestro Señor, y día que pudo esta feliz coronada villa de Madrid señalar con piedra blanca, pues le mereció por hijo, donde, aun sin pisar los alegres umbrales de la vida, ya parece que con tristes ecos anunciaba aquel glorioso ruido que habia de hacer en los distantes términos del mundo; pues ántes de abrir las orientales puertas, lloró en el materno seno, por entrar en el mundo con la sombra de la tristeza, quien, como

(1) CALDERON, como se verá mas adelante, nació en 17 de enero de 1600.

(Nota del colector, de quien son igualmente las demas, á excepcion de tres.)

nuevo sol, le habia de llenar de inmensas alegrías : cuya ponderable noticia me participó la señora Doña Dorotea Calderon de la Barca, hermana suya, y ejemplarísima religiosa en el real convento de Santa Clara de Toledo, asegurando que les oyó decir á sus padres muchas veces como tres habia llorado ántes de nacer. Ni en el número ni en la singularidad cargo ahora la consideración, porque este breve discurso mas permite referir que ponderar.

Fué DON PEDRO CALDERON DE LA BARCA hijo de Don Diego Calderon de la Barca Barreda y Doña Ana María de Henao y Riaño : por el apellido de su padre, ilustrísimo, pues los Calderones de la Barca Barreda gozaron el fuero de antiguos hijosdalgo en el valle de Carriedo de las montañas de Búrgos, adonde esta noble familia se retiró desde la imperial ciudad de Toledo en la pérdida de España, segun se deduce de sus mas clásicas historias y verídicos nobiliarios. Por el de su madre, fué de los principales caballeros de los Estados-Bajos de Flándes, descendientes del señor de Mons de Henao, y de antiguo tiempo venidos á Castilla, como tambien de los esclarecidos Riaños, infanzones de Astúrias.

Los primeros años pasó con la educacion de sus nobles y virtuosos padres ; y ántes de cumplir los nueve de su florida edad, descubrió un gallardo y fecundo ingenio, con que le aplicaron en este grande colegio de la Compañía á los rudimentos de la gramática, donde su diligente vivacidad se adelantó en poco tiempo á todos sus contemporáneos ; con cuya admiracion le trasladaron sus padres desde aquella docta escuela á la mayor del orbe, madre gloriosísima de todas las ciencias y de los mas vehementes ingenios que han ilustrado las edades. En esta pues insigne universidad de Salamanca, con el laborioso afan de sus continuados estudios, á pocos años se hizo señor de las mas recónditas especulaciones matemáticas y profundidades filosóficas, con noticia grande de la geografía, cronología, historia política y sagrada, penetrando con su perspicaz sutileza los mas íntimos secretos de ambos derechos, civil y canónico, con que en cinco años de estudios se hizo capaz de tantas noticias, que le juzgaban profeso en todas las ciencias, labrándole unas y otras, para nuestra veneracion, perfectísimo poeta, pues ya en esta edad tenia ilustrados los teatros de España con sus ingeniosas comedias.

El año de 19 dejó á Salamanca, cultivando el precioso fruto que en ella habia cogido su estudiosa aplicacion, al lado de muchos grandes señores de esta corte. El de 25 pasó, por su natural inclinacion, á servir á S. M. al estado de Milan y despues á los de Flándes, en cuyo noble ejercicio supo hermanar con excelencia las armas con las letras : invencion muy en lisonja de ellas, pues ciñendo la espada al lado, honró su cabeza con las plumas. Mucho se hubiera adelantado en este honroso ejercicio (1), á no haberse servido S. M. de llamarle para el de sus reales fiestas, honrándole el año de 36 con una merced de hábito, que se puso el 37 ; y aunque el de 40, al salir las órdenes militares (2), le excusó, mandándole escribir aquella célebre

(1) En las armas debió hacer CALDERON poca fortuna, segun se infiere de lo que dice Don Gaspar Agustin de Lara en dos octavas de su *Obelisco fúnebre á la memoria del mismo CALDERON*

«Canto 1.º, octava 50.

Ya en edad varonil, tiempo oportuno  
Le pareció para cortar la pluma  
Con los filos de Marte ; que es todo uno  
Minerva y Pálas para el noble, en suma.  
La milicia siguió, aunque opuesta Juno  
A sus progresos, porque no consuma  
El tiempo en el los hechos memoriosos  
De sus progenitores valerosos.

(2) Don José Pellicer y Tovar, cronista del reino de Aragon, da las dos noticias siguientes acerca de DON PEDRO, en sus *Avisos históricos*, impresos en los tomos xxxi y xxxii del *Semanario erudito* que publicó Don Antonio Valladares y Sotomayor.

«Avisos de 28 de febrero de 1640.

En el aviso pasado di cuenta del incendio del Buen Retiro, por mayor : ahora por menor hablaré de otras circunstancias. Tenia el señor Conde-Duque prevenida una gran fiesta y dos comedias en el coliseo nuevo, con muchas tramo-  
yas, y aquello tan bien aderezado, que no podia alcanzar mas la imaginacion.... El domingo antecedente, estando ensayando las comedias, en unas cuchilladas que se levantaron, dieron algunas heridas á DON PEDRO CALDERON, su autor : que parece fué presagio de lo que sucedió el lunes siguiente.

Avisos de 5 de noviembre de 1641.

Vino DON PEDRO CALDERON DE LA BARCA, caballero del orden de Santiago, enviado por él señor marques de la Hi-

a) Habla Madrid.

Octava 52 del mismo canto.

Con prudente valor, en la milicia  
De esfuerzo invicto dió nobles señales,  
Por las cuales le diera la justicia  
Puestos, si militara entre mortales.  
Y sintiendo á Belona no propicia,  
En paz dejó los campos marciales,  
Conduciéndole Apolo á mis riberas (a),  
Capitan general de sus banderas.»



fiesta de *Certámen de amor y celos*, que se representó en los estanques del Buen-Retiro (1), su honrado espíritu y vivaz ingenio quiso cumplir con las dos obligaciones; pues en breve tiempo concluyó la comedia, y tuvo lugar para seguirlas á Cataluña, asentando plaza en la compañía del Excelentísimo señor conde-duque de Olivares, donde asistió hasta ajustarse la paz de los dos reinos, que volvió á la corte, y S. M. le hizo nueva merced de treinta escudos de sueldo al mes, en la consignacion de la artillería. El de 49, hallándose en Alba con el Excelentísimo señor Duque, le mandó S. M. por su real decreto volver á la corte á trazar y describir aquellos célebres arcos triunfales para la feliz entrada de su augusta esclarecida esposa, Doña María Ana de Austria, nuestra señora, gloriosísima reina madre. El de 51, por su real cédula, le dió licencia el consejo de las Órdenes para hacerse sacerdote, con que atajó aquellos ardentísimos impulsos militares, dedicándose al mas forzoso obsequio del Señor de los ejércitos, como tambien á la dulce quietud de las festivas musas. El de 53 repitió S. M. sus generosos honores, dándole una de las capellanías de los señores Reyes nuevos de Toledo, de que tomó posesion en 19 de junio de dicho año. El de 65, considerándole distante para el empleo de sus reales fiestas, le honró con otra capellanía de honor en su real capillá, haciéndole corrientes los gajes y emolumentos de Toledo en esta corte, y dándole una pension en Sicilia, con otras especiales y continuas mercedes en reconocimiento de sus grandes servicios y premio de sus altos merecimientos; que aquel cuarto gloriosísimo Monarca fué magnánimo en premiar, por ser generoso en conocer los hombres de habilidad, con cuyo motivo anhelaban los espíritus valientes al glorioso afán de los combates con generosa ambicion de conseguir el digno premio, labrándose, en aquella felicísima serie, mas fecundos ingenios que han florecido en todas las edades

Obligóle asimismo con premio y aplauso esta siempre ilustre y coronada villa de Madrid algunos años á escribir uno de los autos sacramentales, con que celebra su festivo día; y reconociéndole despues por único, acordó que los continuase solo, como lo hizo por espacio de treinta y siete años, escribiendo al mismo tiempo los de Toledo, Sevilla y Granada, hasta que en aquellas insignes ciudades faltaron estos festejos; y aun mas allá de la vida pasan los justísimos aplausos de esta imperial villa, pues los repite en sus festividades, con acertada resolucion de continuarlos. El mismo año de 63 fué recibido por congregante en la venerabilísima y nobilísima Congregacion del glorioso apóstol San Pedro, de Presbíteros naturales de esta corte. El de 66 fué electo capellan mayor de dicha venerable Congregacion, y el de 81, agradecido á tantos singulares beneficios, se los recompensó dejándola por su universal heredera en el remanente de sus bienes, que fué el año que nos le arrebató la muerte, de nuestros amantes ojos, domingo á 25 de mayo, día gloriosísimo de la pascua de Pentecostes, desconsolado para todos sus afectos y lamentable para mí, que me faltó á un tiempo maestro, padre y amigo. El invisible golpe de su muerte hirió muchos corazones, que por los labios y por los ojos desahogaron su sentimiento, ya en amargas quejas, y ya en dulces canciones; pues lágrimas y acentos en obsequiosa demostración se unieron á dedicarle aplausos y congojas, como tributo debido á la castellana deidad de los respetos.

Díganlo con voz mas docta aquellos eruditísimos elogios con que le celebraron los esclarecidos caballeros del alcázar de Valencia, y aquellos elegantísimos de la muy noble ciudad de Lisboa, los de Nápoles, Milan y Roma, con los que en Madrid han publicado y esperan publicar tantos célebres ingenios. Dígalo tambien el cenotafio honorario que le dedicó la venerable Congregacion de Presbíteros naturales para la eterna memoria de los siglos, y tantos doctos fúnebres epitafios como en esta y otras naciones le lloran difunto y le admiran inmortal.

Gesen (podia yo decir) tantos nobles sentimientos, pues ya á unos y á otros nos queda por consuelo en esta precisa larga ausencia el retrato vivo que dejó para nuestra veneracion en

nojosa desde Tarragona, á dar cuenta á S. M. del estado de aquel ejército y de la forma con que lo tenia puesto; tambien de cómo se habia reformado la caballería, por estar los soldados desmontados; dejando solo algunos capitanes de los de mas experiencia. Trajo las listas del ejército, que llega á nueve mil hombres, y las plantas de la plaza, con todo lo concerniente á esta materia. Pasó al Escorial, donde estaba S. M., que Dios guarde, y volvió en el coche del señor Conde-Duque, haciéndole relacion de todo con mucha puntualidad, y del canje ó trueco que piden los catalanes de prisioneros de una parte á otra.»

(1) No era ya la primera que se representaba sobre el estanque del Retiro. Véanse los documentos que preceden á la comedia *El mayor encanto amor*, páginas 385 y siguientes de este volumen.

sus elegantes escritos, pues cada uno de ellos es una viva imágen en que copió su incomparable entendimiento. Confirmento mas de cien autos sacramentales, mas de ciento veinte comedias, sin descaecer en ninguna edad con ellas; pues empezó grande con la de *El carro del cielo*, de poco mas de trece años, y acabó soberano con la de *Hado y divisa*, de ochenta y uno, coronando su madura edad doscientas loas divinas y humanas, cien sainetes varios, el libro de la entrada de la augusta Reina madre, nuestra señora; un dilatado discurso sobre los cuatro Novisimos, en octavas; un tratado defendiendo la nobleza de la pintura; otro en defensa de la comedia; canciones, sonetos, romances, con otros metros á varios asuntos, premiados en el primer lugar de certámenes y academias y en el juicio de todos los discretos cortesanos, que fuéron innumerables.

¿Qué otra cosa, repito, es cada uno de estos discursos, que una pintura espirante y un perfecto retrato suyo, á quien ni la injuria de las edades, ni la malignidad de la envidia podrá desfigurar ni oscurecer? Sus obras las venera y guarda la librería del colegio mayor de Oviedo en Salamanca, como tambien las mas selectas de España. Sus autos, reconociéndolos nuestros católicos Monarcas como joyas dignas de reales capacidades, se los remitían, explicando con ellos su voluntad, á los señores Emperador de Alemania y Rey de Francia.

Sus comedias se han hecho las mas plausibles de todo el orbe, pues en la mayor parte de él se hallan traducidas en frances, en italiano y otras lenguas, porque todas á una dignamente han celebrado sus singulares aciertos, cuya estudiosa aplicacion y decente divertimiento no se atreve á ponderar ni defender mi tosca humilde pluma, cuando estás y las demas comedias honestas de España las aprueba y califica la elevada sobre todas del *Fénix orador* (generoso blason tambien de esta coronada villa de Madrid, venturosa madre suya), el elocuentísimo y reverendísimo Padre Maestro Fray Manuel de Guerra y Ribera, á quien sus muchos émulos labraran corona para la eternidad, si ya no se la hubieran labrado sus grandes merecimientos; y cuando tambien, al ver aprobacion tantas veces docta, cesó en la suya prorumpiendo en venerables admiraciones la de aquel modesto, noble y erudito caballero Don Juan Baños de Velasco, dignísimo cronista general de estos reinos: accion heroica, y obra la mas acertada que hizo en su vida, pues con ella falleció, reverenciando y siguiendo las huéllas de nuestro venerado DON PEDRO CALDERON, su compatriota.

Estas son las mas verdaderas noticias que he podido averiguar, así por el informe de su hermana y parientes, como por las informaciones que repetidas veces se le hicieron; y este es un corto resumen de su vida, hasta que en líneas mas dilatadas la describa nueva fama. Este fué el honrado y premiado caballero de tres católicos monarcas, los señores reyes Don Felipe III, el Piadoso; Don Felipe IV, el Grande; y Don Carlos II, el Deseado, que Dios guardé, pues siempre con mano liberal, derramaron en él copiosísimos favores, ya eligiéndole el primero para el logro de sus festividades, y ya haciéndole continuas honoríficas mercedes. Este fué aquel dulce cisne que supo llorar ántes de nacer y cantar aun despues de morir, para eternizar su vida sin pasar por el caos tremendo del olvido; pues en la llama del amor sacramentado renació fénix inmortal de su fama en su gloria, á merecer las justas aras que le erigen discretas veneraciones; siendo en este y todos los tiempos generosamente favorecido de los Excelentísimos señores condestable de Castilla, duque del Infantado y duque de Alba, y dignamente solicitado del Excelentísimo señor conde-duque de Olivares, marques del Carpio y Eliche, duque de Medina de las Torres, y príncipe de Stillano, magnánimos protectores suyos. Este fué el oráculo de la corte, el ansia de las extranjerías, el padre de las musas, el linde de la erudicion, la luz de los teatros, la admiracion de los hombres, el que de peregrinas virtudes estuvo ornado siempre; pues su casa era el abrigo general de los desvalidos (1), su condicion la mas prudente, su humil-

(1) No es de omitir el magnífico elogio que Don Gaspar Agustin de Lara hace de la caridad y modestia de CALDERON.

«Obelisco fúnebre, canto 1.º, octavas 74, 75 y 76.

Siempre fué su limosna la primera  
Para aliviar al pobre desvalido.  
Con mano generosa, si lijera,  
Fué el miserable enfermo socorrido.  
De toda desnudez reparo era,  
Aun ántes de informarse del oído:

En él hallaba á un tiempo, todo junto,  
El vivo su descanso y el difunto.

Fuéron sus actos de virtud tan llenos,  
Tan nobles juntamente y cortesanos,  
Que desmintiendo, al parecer, lo buenos,  
Se acreditaban á la vista humanos.



dad la mas profunda, su modestia la mas elevada, su cortesía la mas atenta, su compañía la mas segura y provechosa, su lengua la mas cándida y honradora, su pluma la mas cortesana de su siglo, y que no hirió jamas con mordaces comentarios la fama de ninguno, ni manchó con libelos á los maldicientes, ni su oído atendió á las detracciones maliciosas de la envidia; y este, en fin, fué el príncipe de los poetas castellano; que suscitó con su sagrada poesia á griegos y latinos; pues en lo heróico fué culto y elevado; en lo moral, erudito y sentencioso; en lo lírico agradable y elocuente; en lo sacro, divino y conceptuoso; en lo amoroso, honesto y respectivo; en lo jocoso, salado y vivo; en lo cómico, sutil y proporcionado. Fué dulce y sonoro en el vers sublime y elegante en la elocucion, docto y ardiente en la frase, grave y fecundo en la sentencia, templado y propio en la traslacion, agudo y primoroso en la idea, animoso y persuasivo en la inventiva, singular y eterno en la fama.

*Te celebrant alii quanto decet ore, tuasque  
Ingenio laudes uberiore canunt.*

(Ovid., lib. 2. Trist.)

## II.

### DE DON ANTONIO DE IZA ZAMÁCOLA.

BIOGRAFÍA DE DON PEDRO CALDERON DE LA BARCA. — (Madrid, imprenta de Boix, 1810.)

DON PEDRO CALDERON DE LA BARCA BARREDA, GONZALEZ DE HENAO, RUIZ DE BLASCO Y RIAÑO, nació en Madrid en 17 de enero de 1600, segun él mismo aseguraba, y fué bautizado en la parroquia de San Martin en 14 de febrero siguiente (1), siendo sus padres Don Diego Calderon de la Barca Barreda, natural de la misma villa, señor de la casa de Calderon de Sotillo en la jurisdiccion de Reinosa, y secretario de cámara del Consejo de Hacienda, y Doña Ana Gonzalez de Henao, de la propia naturaleza.

Otórgo su testamento con fecha 20 de mayo de 1681 ante Juan de Búrgos, escribano de número, y un codicilo cerrado en 25 del mismo, bajo cuyas disposiciones falleció con inaudita tranquilidad el domingo de Pascua de Pentecostes á 25 del propio mes y año, en el cuarto principal de la casa, calle de las Platerías, número 4 antiguo y 95 moderno de la manzana 175 (2).

Publicado su testamento y abierto el codicilo con las formalidades de la ley, se reconoció por heredera universal á la venerable y nobilísima Congregacion de Presbíteros naturales de Madrid, con la condicion de que el remanente de sus bienes le impusiese en renta, y asistiese con toda ella á su hermana Doña Dorotea, religiosa de Santa Clara en la ciudad de Toledo, por

Valiase tal vez de piés ajenos  
Por negar la noticia á proprias manos,  
En cuantos ya pudieran ser indicios  
De vanidad, que es vicio de los vicios.  
Fué liberal, sin ser desperdiciado;  
Sin parecer perdido, manirotado;

Solo por dar, distribuyó lo dado,  
Sin que tocase de interes el coto.  
A todos dió igualmente con agrado,  
Y á ninguno le dió con alboroto;  
Que ha de correr la dádiva tan lenta  
Que apenas á quien llega no lo sienta.»

(1) En el libro cuarto de bautismos de dicha parroquia, y al folio 87, se halla la siguiente partida: «En la villa de Madrid á 14 dias del mes de febrero de 1600, yo Fabian de San Juan Romero, teniente de esta de San Martin, bauticé á Pedro, hijo del secretario Diego Calderon de la Barca, y de Doña Ana Maria de Nao: fuéron sus padrinos el contador Antolin de Serna y Doña Ana Calderon; fuéron testigos Lúcas del Moral y Juan de Montoya, y lo firmé.— Fabian de San Juan Romero.»

(2) La partida de defuncion que consta al folio 161 del libro de fallecimientos de la parroquia del Salvador, que empieza en 1650 y concluye en 1685, dice así: «En 26 de mayo de 1681 se enterró en esta iglesia de San Salvador de la villa de Madrid Don Pedro Calderon de la Barca, caballero del órden de Santiago, capellan de los señores Reyes de Toledo y de honor de S. M., en la bóveda de una capilla que es de Don Diego Ladron de Guevara, que está á mano izquierda como se entra por la puerta principal de esta dicha iglesia. Otorgó su testamento ante Juan de Búrgos, escribano del número de esta dicha villa. Dejó por sus testamentarios al señor doctor Don Juan Mateo Lozano, cura propio de la iglesia parroquial de San Miguel de esta dicha villa, y al señor Don Diego Ladron de Guevara, caballero del órden de Calatrava, y otros. Dieron de limosna á la fábrica de esta dicha iglesia ciento veinte y cinco reales. Tocó de cuarta quinientas misas.»

(Esta nota y la anterior se hallan en la biografia publicada por Zamácola.)

los dias de su vida, y que á su fallecimiento se emplease la misma suma en los fines piadosos de la venerable Congregacion.

Dejó dispuesto por encargo especial que su cuerpo se enterrase sin fausto, llevándose descubierto para que ofreciese desengaño de lo perecedero de esta vida; y á las once de la mañana del dia 26 de mayo se verificó el entierro entre un numeroso concurso y con asistencia de toda la música de la Real Capilla á la vigilia y misa, siendo conducido el cadáver por sus dignos amigos, herederos y hermanos, los Presbíteros naturales, bajándole luego los capellanes mayores que habian sido, á una bóveda subterránea de nueve piés en cuadro, propia de la capilla, hoy totalmente demolida, pero que en lo antiguo se nombraba de *San José*, y estaba situada á los piés de la iglesia y á la izquierda de la puerta principal, venerándose en ella la imagen de la Sentencia de Jesus, siendo patrono el señor Don Diego Ladron de Guevara, caballero del orden de Calatrava, á quien dejó por su testamentario en union del doctor Don Juan Mateo Lozano, cura párroco de la iglesia de San Miguel, capellan de honor y predicador de S. M. Y en el dia 2 de junio siguiente le hizo la Congregacion de Presbíteros las honras en dicha parroquia, á cuyo acto asistió la mayor parte de la nobleza y cuantos particulares de todas clases pudo contener el templo.

Tres hermanos tuvo DON PEDRO CALDERON DE LA BARCA, que lo fueron Don Diego, bautizado en la parroquia de San Martin en 1596, que sucedió en la casa de su padre; Don José, que sirvió por mas de treinta años en varios empleos de la milicia, hasta teniente de Maestre de Campo general, y murió peleando sobre el puente de Camarasa en 1645; y Doña Dorotea, á quien legó los intereses de sus bienes; pero habiendo fallecido esta en el siguiente año de 1682, recayó el todo del usufructo en la Congregacion de Presbíteros, su heredera universal. Otros varios parientes, ó por lo ménos vástagos, de la ilustre alcurnia de CALDERON se han distinguido en las letras, y entre ellos hacemos justa conmemoracion de Don Fernando Calderon de la Barca, del célebre Calderon de Montalvan, de Don Gabriel Diaz Varea Calderon, Don Juan Calderon de Robles, Don Antonio Calderon y Don Juan Calderon.

Agradecida la venerable corporacion de Presbíteros á su generoso congregante, quiso perpetuar su memoria distinguiendo el sitio donde se hallaba sepultado, costeando al efecto los mármoles que puso en el mismo año de 1682, con la inscripcion formada al intento por la misma Congregacion, y sobre ella un retrato original, al oleo, de CALDERON DE LA BARCA, firmado por el autor Francisco Zorrilla, de unas tres cuartas de alto; para cuya colocacion comisionó á los señores Don Juan Mateo Lozano y licenciado Don Juan Diaz Mariño, ambos individuos de dicha congregacion de Presbíteros, y el segundo su tesorero y beneficiado, quienes para realizarlo tuvieron que vencer no pocas dificultades. El epitafio dice así:

D. O. M.

D. PETRUS CALDERONIUS DE LA BARCA, MANTUÆ  
URBE NATUS, MUNDI ORBE NOTUS.

RUBRO D. JACOBI STEMMAE AURATUS EQUES,  
CATHOLICORUM REGUM TOLETI,

PHILIPPI IV ET CAROLI II MATRITI AD HONOREM  
FLAMEN.

CAMOENIS OLIM DELICRARUM AMÆNISSIMUM FLUMEN

QUE SUMMO PLAUSU VIVENS SCRIPSIT,

MORIENS PRÆSCRIBENDO DESPEXIT.

MYSTARUM EX INDIGENIS COETUM

HÆREDEM HAC LEGE RELIQUIT.

UT VERÆ GLORIÆ CIPIDUM TUMULARET INGLORIUM;

MUNIFICO TAMEN GRATUS BENEFACTORI,

HOC MARMORE CONDIDIT

OCTOGENARIUM.

ANNO DOMINI M D C LXXXII.

NEC REGUM PLAUSU FIDE VRES INGENIO.



ACERCA DE DON PEDRO CALDERON DE LA BARCA.

Cuya traduccion ha ejecutado la distinguida Academia Greco-Latina, en obsequio á la memoria del inmortal poeta, en esta forma (1).

D. O. M.

*Don Pedro Calderon de la Barca,  
natural de Madrid, célebre en todo el mundo.  
Caballero del hábito de Santiago,  
Capellan de la de Reyes nuevos de Toledo,  
y de honor de SS. MM. Don Felipe IV y Don Carlos II.  
Fué rio de delicias muy amado de las musas.  
Despreció al morir  
las obras que escribiera con extraordinario aplauso.  
A la venerable Congregacion de Sacerdotes naturales de esta corte  
instituyó hcreuera, con esta condicion:  
Que sepultase sin pompa al que no apetecia otra gloria que la eterna.  
La Congregacion no obstante, en muestras de gratitud  
á tan liberal bienhechor,  
le dió sepultura bajo este mármol.  
Vivió ochenta años.  
Año del Señor M. D. C. LXXXII.  
No en real aplauso ni en talento fies.*

Debajo de esta lápida principal se colocó otra circular, ochavada, con la siguiente memoria.

LA VENERABLE CONGREGACION DE SACERDOTES NATURALES DE ESTA VILLA PUSO AQUI ESTA INSCRIPCION CON PERMISO DE DON DIEGO LADRON DE GUEVARA, CABALLERO DEL ÓRDEN DE CALATRAVA, PATRON DE ESTA CAPILLA. 1682.

Finalmente, la ilustre Congregacion, inconsolable por la pérdida de su hermano predilecto, fundó en dicha iglesia un aniversario perpetuo en el dia 26 de mayo de cada año; pero le mandó suprimir la visita eclesiástica en 1690, así como anteriormente desaprobó los gastos del epítafio y otros, que sin embargo pasó en cuentas en fuerza de gestiones y por un acto de justicia, porque la Congregacion costeó todos los gastos sin auxilio de parientes ni corporaciones.

Sus virtudes le adquirieron el título de *Venerable*, que le distinguia ya en los dias de su existencia; y aun se asegura que el tribunal de la Inquisicion, tomando apóyo en solo sus obras dramáticas, fué el único que impidió el que despues de algunos años se entablase expediente de beatificacion.

(*Á la biografía sigue la noticia siguiente.*)

El monumento fúnebre con que honraron á CALDERON los sacerdotes sus compatriotas, estaba próximo á desaparecer. Ruinosa la iglesia del Salvador, urgia evitar que las cenizas de CALDERON fuesen confundidas entre sus escombros. Ya se habia hecho una tentativa para robar su retrato: arrancado de su lugar en un momento en que estaba sola la iglesia, la diligencia de los dependientes de ella estorbó que se pudiese sacar el hurto, y el ladron hubo de huir, abandonando la presa. Los señores Don Joaquin Marracci y Soto, Don Antonio de Iza Zamácola, y Don Francisco Perez concibieron entónces el patriótico pensamiento de trasladar á otra parte los despojos mortales de CALDERON, poco ántes que el Excelentísimo Ayuntamiento de Madrid, movido de igual impulso, se ocupase tambien en el propio designio. Los señores mencionados, mayordomos los tres de la Sacramental de San Nicolas, acudieron á esta digna corporacion,

(1) La Academia ha procurado dar á su traduccion el verdadero valor, sin embargo de los graves defectos que halla en la inscripcion original. (*Nota de la biografía.*)

solicitando que cediese para sepulcro de CALDERON el punto mas á propósito en la capilla perteneciente al cementerio de la misma, sito en las inmediaciones de la puerta de Atocha. Obtenido de la Sacramental el mas generoso beneplácito, se dirigieron los autores del proyecto á la venerable Congregacion de Sacerdotes naturales de Madrid y al Excelentísimo Señor conde del Asalto, heredera la una y descendiente el otro de DON PEDRO CALDERON DE LA BARCA; y con su permiso y el de las autoridades competentes, se hizo la exhumacion el dia 12 de junio de 1840, depositándose provisionalmente el humilde ataúd que encierra los preciosos restos del gran dramático, casi reducidos á polvo, en la propia iglesia.

El proyecto del Ayuntamiento era y debía ser diferente. Señalado el magnífico convento de San Francisco para panteon de los españoles célebres, allí parece que piensa el Ayuntamiento erigir un túmulo digno del varon á quien se destina, del templo donde ha de colocarse y de la corporacion que ha de construirlo. Mientras tanto que las circunstancias permitén al Ayuntamiento llevar á cabo su designio, CALDERON descansará en la capilla de la Sacramental de San Nicolas, cumpliéndose así los deseos del cuerpo municipal mas adelante, y los de los señores Iza, Marracci y Perez ahora, quienes para subvenir á los gastos de esta obra han invitado en particular á las corporaciones literarias de esta capital, y abierto ademas una suscripcion para todo el que quiera concurrir á tan sagrado objeto.

### III.

#### DE DON GASPAR AGUSTIN DE LARA.

PRÓLOGO Á LA OBRA TITULADA *OBELISCO FÚNEBRE, PIRÁMIDE FUNESTO A LA INMORTAL MEMORIA DE DON PEDRO CALDERON DE LA BARCA.* — (Año de 1684, en Madrid.)

ÚLTIMA y mas numerosa excelencia de esta familia nuestro DON PEDRO CALDERON, supo unir al esplendor de sangre que le dió el cielo, las resplandecientes luces de sus virtudes, los astros luminosos de su sabiduria y el luminar flamante de su ingenio, habiendo dejado para la imitacion ciento y once comedias, con muchas loas y sainetes, que se estrenaron la mayor parte de ellas en festejos de las Católicas Majestades, alumbrando aciertos al gobierno político, militar y económico, con aplauso y gusto majestuoso de los Reyes, con aceptacion atenta de la prudente política, con respeto heróico de la milicia valerosa y con veneracion discreta de la economía cristiana; y las demas, representadas en los teatros de esta corte con el gusto y admiracion universal, llenando al juicio mayor, al estudio mas grande y al ingenio mas remontado todos los espacios del deseo; dejando solo á la envidia capacidad para la imitacion; facilitando siempre con novedad aquellos elevados imposibles, que no alcanzaron las mas caudalosas plumas antiguas y modernas, como lo manifiesta doctísima y elocuentísimamente en la aprobacion de la *Nueva quinta parte de sus Comedias* el Reverendísimo Padre Maestro Fray Manuel de Guerra y Ribera, doctor teólogo y catedrático de filosofia en la universidad de Salamanca, predicador de S. M. y su teólogo, examinador sinodal del arzobispado de Toledo.

Dejó tambien para la imitacion setenta autos, con mas de cien loas sacramentales, sin otros muchos pequeños que se usaban antiguamente, de que no hizo memoria por no tener aquella proporcion medida (de que fué primer autor), con que perfeccionó este género de representaciones.

En estos sacramentales vuelos se excedió á sí mismo, discurriendo y examinando lo que el mas atento vigilante caudal no alcanzó; causando admiracion á los linceas mas agudos, considerándole Argos con cien ojos desvelados para los argumentos soberanos que propone, para los conceptos divinos con que los concluye, para el decoro de los adornos con que los trata, las moralidades con que los ilustra, las sentencias con que los apoya, las doctrinas con que los califica, la elocucion distinta con que los declara, y la discreta sal con que los sazona.

Si se numerasen sus escritos, se fatigarían los números y faltara papel para numerarlos. No solo dejó modelos perfectísimos para que se imiten en verso, mas tambien normas elocuentes



para que se sigan en prosa: dígalo el libro en folio que escribió, de la entrada de la angustísima reina madre, nuestra señora, Doña Mariana de Austria; que para prueba de sus elegantes cláusulas, no es la menor el saber que Don Lorenzo Ramirez de Prado, del Consejo Supremo y Cámara de Castilla (Justo Lipsio español), que fué superintendente de aquella celebridad, permitió se imprimiese en su nombre. Otros muchos papeles escribió; y si se juntaran estos, las comedias, autos, loas, sainetes y asuntos escritos en todo género de metros, dados á luz universal, junto con lo que dejó en borradores (entre los cuales ha de haber trescientas octavas inimitables, discurriendo en los Novísimos, qué me las leyó á mí, diciendo que le faltaban de hacer otras ciento, que habia de tener el cuarto), llenaran no pocos estantes de cuerpos de libros; porque no hubo academia en que no lograse el primer aplauso, certámen en que de justicia no consiguiese el primer premio, fiesta que no se celebrase con sus consonancias, ni autor de libro, para engrandecerle, que no desease y consiguiese su aprobacion ó elogio; que la fecundidad de su ingenio, con generosidad cortesaneamente agradable, todo lo producía.

Acabada de escribir esta cláusula (1), se me ofreció una duda, y es que habiendo dejado Don Pedro por heredera en el remanente de sus bienes á la Congregacion del glorioso apóstol San Pedro, siendo todo el útil que resultara de sus escritos herencia suya, ¿cómo no está el privilegio de la *Verdadera quinta parte* (ni de la sexta y séptima que han salido despues de su muerte) de *Comedias* en su cabeza, habiendo valido al impresor (como dicen todos los librerros) en ménos de un año mas de tres mil ducados, sacada la costa de la impresion? — Con que sea trasferible la herencia y que la haya trasferido la Congregacion, se me podrá responder á esta duda; mas no siendo así, yo siempre dudaré cómo pueda la Congregacion dejar de ser heredera del privilegio de los libros, y que deje de tener derecho á percibir lo que han valido las impresiones; porque siendo el instituto de su ejercicio emplearse en obras pias, fuera faltar á él, defraudando, no sin grave escrúpulo de conciencia, á los pobres el caudal de las fatigas de Don Pedro, que dejó destinado para alivio de sus ahogos en su piadosa disposicion, que fué la causa de hacerla heredera.

Acerca de la edad de Don Pedro Calderon, no puedo dejar de proponer la cuenta que yo hago en mi *Obelisco*, y la que hallo hecha en la *Verdadera quinta parte* de sus *Comedias*. Dice esta que nació el año de 1601, día de la Circuncision del Señor, y que murió á 25 de mayo de 1681, y segun esto habia de tener Don Pedro ochenta años, cuatro meses y veinte y cinco días; y de esta cuenta se retrata, pues se pinta en el retrato de ochenta y un años. Mi cuenta la hago por la que muchas veces he visto hacer al mismo Don Pedro (y todos cuantos le comunicaron harán la misma), pues decia habia nacido el año de 1600, á 17 de enero, día de San Antonio Abad: de forma que tenia cuando murió ochenta y un años, cuatro meses y ocho días. Disminuir á los varones grandes una respiracion de vida, es usurparles un inmortal aliento de fama, cuando no hay día sin línea en sus desvelos, que no le señale con piedra blanca, y no le aclame con dorado clarín. Comprueben esta verdad los cordiales amigos (y si lo fué, como dice, quien no hace esta cuenta, tambien lo comprobará), á quienes convidaba este día de su natal, celebrándole con los graciosísimos cuentos que con festiva gracia referia de sus niñeces, y en particular el de que no sentia tanto los azotes del maestro, como que los muchachos de la escuela le llamasen *el Peranton*, por llamarse *Pedro*, y haber nacido el día de *San Anton*. Haga ahora la prueba real de estas dos cuentas el que quisiere saber la edad que tenia Don Pedro, y el día que nació, sacando las consecuencias que fuere servido.

Pasaré ahora á dar razon de haber impreso despues de este prólogo las dos cartas originales que me participó Don Carlos del Castillo, caballero del hábito de Santiago, cuyas cortesanas prendas son dignas de todo aplauso, habiendo merecido el íntimo cordial afecto de Don Pedro Calderon, y la única estimacion de su verdadera amistad, dejándole por uno de sus testamentarios. La primera es del Excelentísimo Señor duque de Veragua, siendo virrey y capitán general del reino de Valencia, en cuyo contexto se reconocerá compite el augusto esplendor de tan soberano príncipe con la excelsa majestuosa llama de su divino entendimiento, pues resplandece generosamente iguales, ilustrando y enriqueciendo á la sabiduría. (¡O! si tuviese muchas emu-

(1) Se han omitido muchas por innecesarias en este fragmento.

hiciones esta excelentísima antorcha, para que se avivasen los ingenios que yacen apagados en las pálidas pavesas de la despreciada necesidad!) Esta es la causa principal por que se da á luz pública, pues sus cláusulas son puntos sobre que se puede construir al difunto el mas glorioso monumento.

La segunda es respuesta de DON PEDRO CALDERON, en donde desengañado verá el que pretende acaudalar sus obras verdaderas, cuán en vano lo solicita, cuando lo experimentó imposible su propio autor; pues dice en ella *que por los títulos las conocia, y por el contexto las ignoraba*. Y los caminos por donde el ocio pudo juntar algunas, son tan poblados de fraudes, que aun percibiéndolas de la misma mentira, se pudieran tener por mas verdaderas; porque si se adquieren por el de los comediantes, las dan defraudadas, ó porque no las goce nadie como ellos las tienen, ó por disculparse de que no las han dado, cuando les puede hacer ese cargo el autor. Si se logran por la via de los que las hurtan, las trasladan con tanto susto, que las llenan de errores. De forma que por ninguna parte pueden haberse adquirido verdaderas, porque bien saben todos que DON PEDRO jamas dió ninguna comedia suya a la prensa, y que las que se imprimieron fué contra su voluntad (1): tanto que aun corregirlas nunca quiso, aun pidiéndolo personas de autoridad. Lo mas que decia era que las corrigiesen ellos, ya que se hubiesen de imprimir sin su gusto; cediendo esta cortesania á lo importuno de quien para el buen despacho de un libro solicitaba una comedia suya. Y de esta forma todos los que las imprimieron y corrigieron en vida de DON PEDRO con los errores y defectos que le obligaron á desconocerlas por suyas, pueden imprimirlas hoy, alegando el lugar del primer tomo, impreso en el prólogo de sus Autos, que alega el que las está imprimiendo ahora, diciendo *que las quita los infinitos errores con que andaban impresas y trasladadas*, cosa digna de loor grande, si puede ser posible.

Aunque DON PEDRO CALDERON padeció los penosos habituales achaques de la edad, hasta el último aliento de la vida le conservó el cielo tan sano el juicio, que se desmintió humano, si en los aciertos de su muerte se acreditó divino; que es al contrario de lo que leo en las advertencias de la *Verdadera quinta parte*, pues dicen que *su achacosa edad no permitió pudiese hacer entero juicio de sus comedias*. Para distinguirlas, no tuvo necesidad DON PEDRO de desvelarse en leer títulos de las de los otros: con hacer memoria de los suyos, las distinguia de los ajenos; que lo contrario era dejar puerta abierta á todos cuantos quisiesen hacerlos, poniéndolos en su nombre, acrecentándose cada día el número, y dejando en disputa si eran ó no de DON PEDRO; y así siempre habrán de ser suyos solos aquellos que él declaró lo eran; los demas, aunque estén en su nombre, bien se deja conocer que son supuestos.

Y ¿quién podrá haber que se persuada que la memoria de todas las comedias que se ponen en la *Verdadera quinta parte*, está rubricada de DON PEDRO, cuando él mismo confiesa que

(1) En comprobacion de lo que afirma aqui Don Gaspar Agustin de Lara, véase este pasaje de la carta que sirve de prólogo á la *Cuarta parte de Comedias* de CALDERON, impresa en Madrid, año 1672.

«Mándame Vmd., señor y amigo mio, que para sobrellevar la soledad á que le han reducido sus desengaños, le remita los libros incluidos en la memoria de su carta, en cuya última línea especialmente pone los libros de comedias, en que andan algunas mias esparcidas. Yo, con el deseo de obedecer en todo, á pesar del dejo con que ya miro esta materia, y desimaginado (por el poco afecto que he puesto en andar en sus alcances) de lo que habia de encontrar en ella, acudí á buscarlos; y no solo hallé en sus impresiones que ya no eran mias las que lo fueron, pero muchas que no lo fueron, impresas como mias, no contentándose los hurtos de la prensa con añadir sus yerros á los mios, sino con achacarme los ajenos; pues sobre estar, como antes dije, las ya no mias llenas de erratas, y, por el ahorro del papel, aun no cabales (pues donde acaba el pliego acaba la jornada, y donde acaba el cuaderno acaba la comedia), hallé, ya adoeenadas y ya sueltas, todas estas que no son mias. (*Sigue la lista.*)

....Un amigo mio me dijo: Pues no tiene remedio lo pasado, enmendad lo por venir. ¿Cómo? le pregunté. Y él me respondió: Imprimiendo vos vuestras comedias, atajaréis la sinrazon de que otro las imprima. Si veis (le dije) que ya no las busco para enviarlas, sino para consumir las, ¿cómo me aconsejais el aumentarlas? A que replicó: Ni el recogerlas es posible, ni el que no crezcan fácil. Sabed que hay persona que, de las últimas que aun no han corrido esa fortuna, tiene para imprimir un libro; y es tan atento, que por no daros pesar se ha valido de mí, para que solicite vuestra permission. No me habéis en ella (le dije), porque no he de dárta. Pues tened entendido (prosiguió) que no es sola la persona por quien os pido quien las tiene, y que de no imprimirlas él en Madrid, donde con mi asistencia salgan ménos erradas, será sin duda el que otros las envíen á Zaragoza ó á Sevilla, de donde vendrán, sin poder vos remediarlo, como las demas, mal corregidas. Viendo yo que el que empezaba en ruego, acababa en amenaza, y amenaza tan factible, dándole no sé si al partido ó al despecho: Haced vos lo que quisiéredes (le dije); pero con condicion, si se imprimiere, que ha de ser la de *Lucanor* alguna de ellas. Aquí entra la citada prueba, de que aun las mias no lo son, pues hallará el que tuviere curiosidad de cotejarla con la que anda en la *Parte quince*, que á pocos versos mios, prosigue con los de otro; si buenos ó malos, remitome al cotejo. Tomóme la palabra, y á pocos días me trujo el libro impreso.»



*las desconocia por el contexto, y por los títulos no?* Porque ¿cómo habia de firmar aquello que desconocia por suyo? Y siendo esto así, tampoco habrá quien crea rubricó los títulos por donde las conocia; pues no pudo Don Pedro prevenir en vida el que despues de muerto hubiese quien pretendiese hacer creer al mundo que firmaba por propio lo que confirmaba por ajeno.

Y porque en los títulos de sus comedias no se compre el fraude (ya que no se evite vender el error), se pone aquí la memoria de todos los que tienen las que escribió, que es copia de la original que envió al Excelentísimo Señor duque de Veragua, para que la grande estimacion de sus obras consista en el mayor aplauso que ellas mismas se adquirieron, cuando siendo todas representadas en esta corte, emporio de los mayores ingenios del orbe, se examinaron y admiraron á un tiempo sin defecto alguno; y en que de los que en ellas reconoció, procedidos de los malos traslados y peores impresiones, se originó el desconocerlas por suyas: de que se debe inferir que todos los errores que se reconocieren, serán causados de quien pretende enmendar ahora los que no tuvieron cuando su autor las dió la última perfección que se reconoció en su primer exámen: siendo la mayor gloria para su posteridad el que siempre se tengan por perfectas, aun á resistencia de las imperfecciones que el tiempo caduco las pudiere introducir, y la ignorancia balbuciente presumiere enmendar.

Por cuyas razones se advierte que todas las obras que no salieren por disposicion del doctor Don Mateo Lozano, capellan de honor de S. M. y cura propio de la parroquial de San Miguel de esta corte (á quien Don Pedro por cláusula de testamento dejó todos sus papeles, y por uno de sus testamentarios, como á mas dilecto, íntimo amigo del alma, en cuyos brazos la dió á su Criador), no pueden ser verdaderamente suyas. Y porque de las razones de su carta se sacarán mejores consecuencias para prueba de lo dicho, no me detengo mas en este punto.

CARTA DEL EXCELENTÍSIMO SEÑOR DUQUE DE VERAGUA, ESCRITA Á DON PEDRO CALDERON DE LA BARCA, SIENDO VIREY Y CAPITAN GENERAL DEL REINO DE VALENCIA.

«Habiendo deseado recoger todas las comedias de Vmd., mas para erédito de mi buena eleccion, que para vanidad de mi inteligencia, he hallado tan confundidos sus títulos y tan menoscabado su número, que me he resuelto á recurrir á Vmd., para que pasando de oráculo de los ingenios en comun oráculo de su ingenio, en particular me declare estas dudas; pues no puede haberla en que será mas digno empleo de su númen el desagraviarse de los descuidos propios ó de las equivocaciones ajenas, que el haber por tan dilatado curso de años sido objeto de los aplausos ajenos con los cuidados propios, cuanto va de ser Vmd. quien se califique, á ser los demas los que le veneren. Y así, pues debo á mi fortuna la natural inclinacion que siempre le he profesado, suplico á Vmd. tenga á bien expresar con toda individuacion cuáles son todás sus comedias, enviándome una nómina de sus títulos, para que pueda yo con esta regla irlas buseando, con la seguridad de que no me defraudará la diligencia la incertidumbre de conseguir las de otro; y para este fin incluyo á Vmd. la memoria de todás las que hasta ahora tengo en cinco partes, que corren con el nombre de suyas, pidiéndole me diga si háy mas; y tambien dónde hallaré las de la otra memoria, que tambien incluyo, en que he apuntado las que por ahora he echado ménos. Y este primer punto asentado, pasemos á otro, y permítame Vmd. que empiece riñéndole, pues cuanto ha granjeado del mundo en aplausos, parece se lo retribuye en desprecios; y por rigida que sea la filosofía, no hallo yo que toquen sus desengaños en ingratitudes.

¿Qué cosa es, que siendo Vmd. la gloria de nuestra nacion, logre con tanta flojedad este timbre, que no se acuerde de la obligacion en que le imponè, para no dejar aventurado el lustre que á todos los españoles nos resulta en sus obras, en la contingencia de su desperdicio? Y especialmente en los autos, donde despues de haber tenido sudando tanto número de años la paciencia de los doctos y la curiosidad de los discretos, imprime un tomo, ofreciendo los demas, para recrecer la sinrazon de no haberlo hecho. No, Señor Don Pedro, Vmd. está

demasiadamente bien consigo, ó demasiado mal con los otros; y cualquiera de estos extremos es muy contra la verdadera templanza; y así protesto á Vmd. en nombre de todos (ya que la casualidad de mi intento me constituye voz prorumpida de la expectacion) que esto es injuriar muchos deseos y muchas estimaciones: por lo cual vuelvo á suplicar á Vmd. prosiga la impresion de sus autos (no digo bien que la prosiga: que la fenezca, digo), dando á la estampa á un tiempo todos los que ha hecho; y si para ello le faltan á Vmd. los medios que corresponden, dígame cuáles quiere que yo le ofrezca, y se pondrán donde fueren menester las cantidades que fueren necesarias: siendo bien infeliz muestra del siglo, que á quien lo merece todo, se llegue á recelar le pueda faltar nada. Y lo que de esta insinuacion me ha de dar Vmd. en agradecimientos, démelo en puntualidades, que me serán la verdadera satisfaccion; y en el ínterin que se logra, hágame Vmd. gusto de enviarme, tambien con las comedias, una memoria aparte de los títulos de todos sus autos, y trate Vmd. de no negárseme á uno ni á otro, engañando su modestia con su atencion. Guarde Dios á Vmd. muy largos años. Real de Valencia y junio 18 de 1689. — Su mas aficionado servidor de Vmd.

EL ALMIRANTE DUQUE.

#### RESPUESTA DE DON PEDRO CALDERON.

«Excelentísimo Señor: Bien ha sido menester, Excelentísimo Señor, la suma dicha de tenerme V. E. en su memoria, para consuelo de las penalidades en que me halla, á causa de una leve caída, á quien han hecho grave achaques y años, pues ha resultado de ella el haberme impedido de todo un lado: con que, por no escribir á V. E. de ajena letra, lo he dilatado hasta que algo convalecido, me permite tomar la pluma. Pero no por eso he perdido tiempo en obedecer á V. E.; pues lo retardado me ha servido de hacer acuerdo en orden al cumplimiento de lo que me manda y me riñe; bien que con mas aprecio de lo que me riñe, que de lo que me manda. Y cuando una y otra razon no me sirva de disculpa, discúlpeme el que tomar plazo para responder á V. E. ha sido por no hallarme con razones que signifiquen la estimacion, respeto y veneracion en que me ponen las no merecidas honras que V. E. me hace. Y aun no pára en eso la disculpa, sino en que, despues de haberlas meditado, me hallo tan sin ellas como ántes; y así, remitiéndome á que la benignidad de V. E. me salga por fiadora (pues sola su grandeza puede ser desempeño de mi reconocimiento), paso á la obligacion en que me pone su mandato.

Yo, Señor, estoy tan ofendido de los muchos agravios que me han hecho libreros y impresores (pues no contentos con sacar sin voluntad mia á luz mis mal limados yerros, me achacan los ajenos, como si para yerros no bastasen los míos; y aun esos mal trasladados, mal corregidos, defectuosos y no cabales), tanto que puedo asegurar á V. E. que aunque por sus títulos conozco mis comedias, por su contexto las desconozco; pues algunas que acaso han llegado á mi noticia, concediendo el que fuéron mías, niego el que lo sean, segun lo desemejadas que las han puesto los hurtados traslados de algunos ladroncillos que viven de venderlas, porque hay otros que viven de comprarlas; sin que sea posible restaurar este daño, por el poco aprecio que hacen de este género de hurto los que, informados de su justicia, juzgan que la poesia mas es defecto del que la ejercita, que delito del que la desluce. Esta desestimacion y poco caso que los señores jueces privativos de imprentas y librerías tal vez han hecho de mi queja, me han puesto en tal aborrecimiento, que no hallo mas remedio que ponerme de su parte, haciendo yo tambien desprecio de mí mismo. En este sentir pensaba mantenerme, cuando la no esperada dicha de tenerme V. E. en su memoria me alienta de manera, que con su patrocinio proseguiré la impresion de los autos, que son lo que solo he procurado recoger, porque no corran la deshecha fortuna de las comedias, temeroso de ser materia tan sagrada, que un yerro ó de pluma ó de la imprenta, puede poner un sentido á riesgo de censura; y así remito á V. E. la memoria de los que tengo en mi poder, con la de las comedias, que así esparcidas en varios libros, como no ofendidas hasta ahora, se



» conservan ignoradas, para que V. E. disponga de uno y otro, en cuyo nombre proseguiré la  
 » impresion de los autos, luego que me halle convalecido, de que daré parte á V. E., reser-  
 » vando la liberalidad que me ofrece para cuando necesite valerme de ella. Cuya vida Nuestro  
 » Señor guarde con las felicidades y puestos que merece, y este humilde capellan suyo le desea.  
 » Madrid y julio 24 de 1680. — Excelentísimo Señor. — B. L. M. de V. E. su humilde capellan  
 » DON PEDRO CALDERON DE LA BARCA.»

## MEMORIA DE COMEDIAS DE DON PEDRO CALDERON, ENVIADA AL EXCELENTISIMO SEÑOR DUQUE DE VERAGUA

## TOMO PRIMERO.

*La vida es sueño.*  
*Casa con dos puertas.*  
*El purgatorio de San Patricio.*  
*La gran Cenobia.*  
*La devocion de la Cruz.*  
*La puente de Mantible.*  
*Saber del mal y del bien*  
*Launces de amor y fortuna.*  
*La dama duende.*  
*Peor está que estaba.*  
*El sitio de Bredá.*  
*El Príncipe constante.*

## TOMO II.

*El mayor encanto amor.*  
*Argénis y Poliarco.*  
*El galan fantasma.*  
*Judas Macabeo.*  
*El médico de su honra.*  
*La Virgen del Sagrario.*  
*El mayor monstruo del mundo.*  
*El hombre pobre todo es trazas.*  
*A secreto agravio, secreta venganza.*  
*El astrólogo fingido.*  
*Amor, honor y poder.*  
*Los tres mayores prodigios.*

*Fieras afemina amor.*  
*La estatua de Prometeo.*  
*El Tuzani de la Alpujarra.*  
*Amado y aborrecido.*  
*El jardín de Ealerina.*  
*Darlo todo, y no dar nada.*  
*De un castigo tres venganzas.*  
*¿Cuál es mayor perfeccion, hermosura ó discrecion?*  
*Luis Perez el gallego.*  
*Mujer, llora y vencerás.*  
*Basta callar.*  
*La Virgen de los Remedios.*  
*Auristela y Lisidante.*  
*Mejor está que estaba.*  
*Mañana será otro día.*  
*La Virgen de la Aludena, primera y segunda parte.*  
*El mágico prodigioso.*  
*San Francisco de Borja.*

## TOMO III.

*En esta vida todo es verdad y todo mentira.*  
*El maestro de danzar.*  
*Mañanas de abril y mayo.*  
*Los hijos de la fortuna.*  
*Afectos de odio y amor.*  
*La hija del aire, primera y segunda parte.*  
*Ni amor se libra de amor.*  
*El laurel de Apolo.*  
*La púrpura de la rosa.*  
*La fiera, el rayo y la piedra.*  
*Tambien hay duelo en las damas.*

## TOMO IV.

*El postrer duelo de España.*  
*Eco y Narciso.*  
*El monstruo de los jardines.*  
*El encanto sin encanto.*  
*La niña de Gomez Arias.*  
*El gran príncipe de Fez.*  
*El Faetonte.*  
*La aurora en Copacabana.*  
*El conde Lucanor.*  
*Apolo y Climene.*  
*El golfo de las Sirenas.*  
*Fineza contra fineza (1).*

*Los dos amantes del cielo.*  
*Amigo, amante y leal.*  
*El secreto á voces.*  
*Hado y divisa de Leonido y de Marfisa*  
*Las armas de la hermosura.*  
*Duelos de amor y lealtad.*  
*El segundo Scipion.*  
*El castillo de Lindabridis.*  
*Don Quijote de la Mancha.*  
*La Celestina.*  
*No hay cosa como callar.*  
*El José de las mujeres.*  
*El triunfo de la Cruz.*  
*Los empeños de un acaso.*  
*Primero soy yo.*  
*El agua mansa.*  
*Agradecer y no amar.*  
*Para vencer á amor, querer vencerle*

1) Las que siguen son las no coleccionadas y las inéditas hasta entónces.

*No siempre lo peor es cierto.  
Gustos y disgustos son no mas que imaginacion  
Dicha y desdicha del nombre.  
Manos blancas no ofenden.  
El escondido y la tapada.  
Cada uno para sí.  
La desdicha de la voz.  
Antes que todo es mi dama.  
Los tres afectos de amor.  
El pintor de su deshonra.  
No hay burlas con el amor.  
Dar tiempo al tiempo.  
¡Fuego de Dios en el querer bien!*

*La cisma de Inglaterra.  
El acaso y el error.  
Celos, aun del aire, matan.  
Andrómeda y Perseo.  
El alcalde de Zalamea  
La banda y la flor.  
Con quien vengo, vengo  
El alcaide de sí mismo.  
El carro del cielo.  
De una causa dos efectos.  
Bien vengas mal, si vienes solo.  
Certámen de amor y celos.  
Los cabellos de Absalon.*

## IV.

## DEL REVERENDISIMÓ PADRE MAESTRO FRAY MANUEL DE GUERRA Y RIBERA.

APROBACION DEL QUINTO TOMO DE COMEDIAS DE CALDERON, *primero que publicó Don Juan de Vera Tasis y Villarroel, firmada por el Padre Guerra, en el convento de la Trinidad de Madrid, á 14 de abril de 1682.*

TIENEN las comedias tres clases, porque se reducen á tres clases los genios. Para los medianamente avisados son indiferentes, para los discretos son buenas, para los necios pueden ser malas. Esta sospecha me la funda la naturaleza misma. Los medianamente avisados son regularmente de unos genios blandos, que no apuran mucho los objetos, no exprimen demasiado el jugo de aquello que miran y oyen. Estos toman aquella lijera diversion de los ojos y los oídos, sin pasar á penetrar más allá lo escondido de los objetos : para estos se queda puramente indiferente.

Para los discretos es buena ; porque si es de santo, como penetran el primor de los números, les mueve á ternura ; si es de historia, reparan el ejemplo ; si es de pasos amatorios, se irritan, si no van tan puros. De todas sacan utilidad : estos no tienen peligro ; y la razon es, porque ocupado el entendimiento en atender los defectos ó los primores, no deja lugar á que puedan distraerse los sentidos.

Por esta misma razon pueden ser para los necios malas ; porque como no tienen entendimientos que ocupar, aplican todos sus sentidos al ver, y es fácil que faltando el ayo del entendimiento, se deslice algún sentido. Bien deseara mi buena intencion que para estos estuviera la puerta cerrada ; porque aunque conozco que es remota la contingencia del mal, me inclino á que no es tan contingente la del bien.

Habiendo deseado cumplir con la obligacion comun, me resta ahora la particular, y es de tales comedias : las comedias son tales, que son de DON PEDRO CALDERON DE LA BARCA.

Sin agravio de tantos insignes poetas como han ilustrado é ilustran el teatro del mundo y de esta corté, me han de permitir que diga que solo nuestro DON PEDRO CALDERON bastaba para haber calificado la comedia, y limpiado de todo escrúpulo el teatro. Este grande juicio, estudio y ingenio pisó con tal valentia y majestad la cumbre de lo cómico, que solo ha dejado á la envidia capacidad para desearle imitar : no lo dice mi amor y respeto, sus comedias lo dicen.

¿Quién ha casado lo delicadísimo de la traza con lo verosímil de los sucesos ? Es una tela tan delicada que se rompe al hacerla, porque el peligro de lo muy sutil es la inverosimilitud. Alargue la admiracion los ojos á todos sus argumentos, y los verá tan igualmente manejados, que andan litigando los excesos. Las comedias de santo son de ejemplo, las historiales de desengaño, las amatorias de inocente diversion sin peligro. La majestad de los afectos, la claridad de los conceptos, la pureza de las locuciones, la mantiene tan tirante, que aun la conserva dentro de las sales de la gracia. Nunca se desliza en puerilidades, nunca se cae en



bajeza de afectos. Mantiene una alta majestad en el argumento que sigue, que si es de santo, le ennoblece las virtudes; si es de príncipe, le enciende á las mas heróicas acciones; si es de particular, le purifica los afectos. Cuando escribe de santo, le ilustra el trono; cuando de príncipe, le enciende el ánimo; cuando de particular, le limpia el afecto.

Este monstruo de ingenio dió en sus comedias muchos imposibles vencidos. Noten cuántos. Casó con dulcísimo artificio la verosimilitud con el engaño, lo posible con lo fabuloso, lo fingido con lo verdadero, lo amatorio con lo decente, lo majestuoso con lo tratable, lo heróico con lo inteligible, lo grave con lo dulce, lo sentencioso con lo corriente, lo conceptuoso con lo claro, la doctrina con el gusto, la moralidad con la dulzura, la gracia con la discrecion, el aviso con la templanza, la reprension sin herida, las advertencias sin molestia, los documentos sin pesadez; y en fin, los desengaños tan caídos y los golpes tan suavizados, que solo su entendimiento pudo dar tantos imposibles vencidos.

Lo que mas admiro y admiré en este raro ingenio, fué que á ninguno imitó (1). Nació para maestro, y no discípulo; rompió senda nueva al Parnaso, sin guia escaló su cumbre. esta es para mí la mas justa admiracion, porque bien saben los eruditos que han sido rarísimos en los siglos los inventores.

Solo el singular ingenio de nuestro DON PEDRO pudo conseguir hacer caminos nuevos, sin pisar los pasos antiguos; los miró, no para seguirlos, sino para adelantarlos: voló sobre todos. Puedo decir de esta insigne pluma lo que dijo el eruditísimo Macedo; de Tasso, que *solo pecó en no pecar*. O lo que dice de su idolatrado Camoens, que aun contentó con los pecados veniales. Son tan artificiosos los defectillos lijeros que puede notarle la escrupulosa melancolía de los críticos, que debo juzgar que los puso para mayor hermosura, por habilidades los deslices.

Para todos los accidentes humanos ministran las comedias de DON PEDRO ejemplos, y es tan discreta la medicina, que dejan, por lograrla, ambiciosa la llaga. Sirva este rasgo de sus obras de venerable lisonja á sus respetadas cenizas, y viva eterno en la mente de los estudiosos para viva idea de los aciertos.

## V.

### DE DON IGNACIO DE LUZAN.

LA POÉTICA Y REGLAS DE LA POESÍA, obra impresa por primera vez en Zaragoza, año de 1757, y reimpressa en Madrid, corregida y aumentada por el autor, en la oficina de Don Antonio de Sancha, año de 1789. Capitulo 1.º del libro III.

ESTABA reservado el hacerla á DON PEDRO CALDERON DE LA BARCA, que empezó á darse á conocer cuando Lope declinaba; y así como este oscureció á los que le precedieron, CALDERON anubló aun al mismo Lope, y casi le desterró de los teatros. Alcanzó CALDERON tiempo mas favorable. Felipe II, monarca serio, achacoso y retirado, no veía comedias. Felipe III, devoto é inclinado á otras diversiones, acaso hacia escrúpulo de verlas y aun de permitir las; y así no tengo noticia de que comedia alguna de Lope se representase á los Reyes. Al contrario CALDERON, floreció cuando era jóven Felipe IV, en cuya persona sobresalían las inclinaciones y habilidades caballerescas, junto con la de hacer versos. Llevó las comedias á Palacio, donde se representaban con magníficas decoraciones. El mismo escribió algunas, y se le atribuyen las que se dicen *de un ingenio de esta corte*. Estimó y agasajó á los poetas, de forma, que si hubiese tenido conocimiento del arte y mejor gusto, su tiempo hubiera sido el de la perfeccion de nuestra dramática, por los grandes ingenios que concurrían. Era CALDERON el mas sobresaliente de todos; y como á su crianza caballerosa y á la profesion militar, que siguió hasta que se hizo sacerdote, añadió la frecuencia de la corte y el trato amistoso con personas de la primera jerarquía, se formó un lenguaje tan urbano, tan ameno y seductivo, que en esta parte no tuvo competidor en su tiempo, y mucho ménos despues. Sus comedias son

(1) Este elogio, que DON PEDRO CALDERON no necesita, es exagerado. (Véase mas adelante la nota puesta al artículo vi.)

de tres clases : unas, las que llaman *de teatro*, esto es, las que se representan con decoraciones, máquinas y mutacion de escenas; otras, las *heróicas*, cuyos asuntos é interlocutores son de alta clase ; y otras, las que llamamos *de capa y espada*, en que intervienen caballeros y damas, ó personas inferiores, en su traje regular (que entónces era la capa y la espada de golilla en los hombres), sin decoracion ni mudanza de escena. En las dos primeras clases siguió, como todos, el rumbo de Lope, aunque con alguna mas nobleza y regularidad; pero en las de capa y espada no sé que tuviese modelo. La invencion, formacion y solucion de enredo complicadísimo; las discreciones, las agudezas, la galantería, los enamoramientos repentinos; las rondas, las entradas clandestinas y los escalamientos de casas; el punto de honor, la espada en mano, el duelo por cualquier cosa, y el matarse un caballero por castigar en otro lo que él mismo ejecutaba; las damas altivas, y al mismo tiempo fáciles y prontas á burlar á sus padres y hermanos, escondiendo á sus galanes aun en sus mismos retretes; las citas nocturnas á rejas ó jardines; los criados pícaros, las criadas doctas en todo género de tercería, por cuya razon hacen siempre parte principal de la trama; y en fin, la pintura exagerada de los galanteos de aquel tiempo y los lances á que daban motivo, todo era suyo. Digo exagerada, pues no creo fuesen tales como él los pinta; y si lo eran, tienen poca razon los que envidian el recato de aquellas damas, cuyas liviandades quedaban siempre premiadas y airoas. Prescindiendo de lo perteneciente á la moral, que con razon le han censurado muchos; por lo que mira al arte, no se puede negar que sin sujetarse CALDERON á las justas reglas de los antiguos, hay en algunas de sus comedias el arte primero de todos, que es el de interesar á los espectadores ó lectores, y llevarlos de escena en escena, no solo sin fastidio, sino con ansia de ver el fin: circunstancia esencialísima, de que no se pueden gloriarse muchos poetas de otras naciones, grandes observadores de las reglas. Algunos le tachan de poca variedad en los asuntos y caractéres, diciendo que el que haya visto lo que hacen y dicen el Don Pedro y la Doña Juana de una comedia, puede figurarse lo que harán y dirán el Don Enrique y Doña Elvira de otra. No es mal fundada esta crítica; pero á quien tiene las calidades superiores de CALDERON y el encanto de su estilo, se le suplen muchas faltas; y aun suelen llegar á calificarse de primores, hasta que viene otro, que igualándole en virtudes, carezca de sus vicios. Como este no se ha dejado ver todavía entre nosotros, conserva CALDERON casi todo su primitivo aplauso: sirvió y sirve de modelo, y son sus comedias el caudal mas reductible de nuestros teatros.

## VI.

### DE DON BLAS NASARRE

DISERTACION SOBRE LAS COMEDIAS DE ESPAÑA, QUE SIRVE DE PRÓLOGO A LA REIMPRESION DE LAS COMEDIAS Y ENTREMESSES DE MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA, hecha en Madrid por el mismo Nasarre, año de 1749, en la imprenta de Antonio Marin.

TENEMOS ciertamente muchas piezas de teatro escritas con todo el arte, con caractéres naturales y propios, con buena moral, con maraña y enredo verosímil, con las unidades tan apetecidas y decantadas, con diction hermosa y correspondiente, y que agradan, divierten é instruyen al vulgo y á los cortesanos, y que quitan el sobrecejo á los Catones, purgando con gracia y risa los vicios de todos; pero no hay que buscar estas comedias entre las de Lope de Vega, ni las de DON PEDRO CALDERON, ni de otros que los imitaron.

Es verdad que á CALDERON le levantaron altares como á un dios del teatro, y que su ingenio superior tropezaba algunas veces con cosas inimitables; pero acompañadas con otras tan poco nobles, que se puede dudar si la bajeza de ellas ensalza lo sublime, ó si el sublime hace ménos tolerable su bajeza. A nadie imitó cuando escribia de propósito: todo lo sacaba de su propia imaginacion; abandonó sus obras al cuidado de la fortuna, sin elegir las circunstancias nobles y necesarias de sus asuntos, y sin descartar las inútiles. Despreció el estudio



de las antiguas comedias (1) : sus personas vagan desde el Oriente al Occidente, y obliga á los oyentes á que vayan con ellas ahora á una parte del mundo, ahora á la otra. La ufanía, el punto de honor, la pendencia y bravurá, la etiqueta, los ejércitos, los sitios de plazas, los desafíos, los discursos de estado, las academias filosóficas, y todo cuanto ni es verosímil ni pertenece á la comedia, lo pone sobre el teatro. No hace retratos, espejos, ni modelos, si no decimos que lo son de su fantasía. Es verdad que para disculparle quieren decir que retrata la nación, como si toda ella fuése de caballeros andantes y de hombres imaginarios. Pues ¿qué diré de las mujeres? Todas son nobles, todas tienen una fiera á los principios, que infunde en lugar de amor, miedo; pero luego pasan de este extremo, por medio de los celos, al extremo contrario, representando al pueblo pasiones violentas y vergonzosas, y enseñando á las honestas y incautas doncellas los caminos de la perdición, y los modos de mantener y criar amores impuros, y de enredar y engañar á los padres y de corromper á los domésticos; esperanzándolas con el fin de casamientos desiguales y clandestinos, en desprecio de la autoridad de los padres, disculpados solo con la pasión amorosa y extremada (que se pinta como honesta y decente), que es la peste de la juventud y el escarnio de la edad proveya. Es verdad que en esta parte retrata mas de lo que era razón que se viese; pero retrata como honesto y aun heroico lo que no es lícito representar sino como reprehensible. Da al vicio fines dichosos y laudables, endulza el veneno, enseña á beberlo atrevidamente y quita el temor de sus estragos.

Hace hablar á sus personas una lengua seduciente, con metáforas ensartadas unas en otras, y tan atrevidas y fuera de modo, que los sueños de los calenturientos de Horacio serían menos desvariados. No hablan ciertamente así las gentes á quienes no falta del todo el juicio, ni aun las mas apasionadas; siendo cierto que les repugnan del todo las que llaman discreciones, y aun mas las erudiciones afectadas, fuera de tiempo y sazón, equivocadas y traídas de los cabellos; y de todo esto viste y engalana CALDERON sus comedias. Sus amantes, sus desfavorecidos, á nadie se parecen; y así no retrata, ántes bien desfigura, y peca gravemente en esto contra la razón y contra el arte de la comedia; y no solo contra este poema, sino contra todos, porque toda poesía debe ser como la pintura, la cual consiste en la imitación de la naturaleza.

No acuerdo para esto á Aristóteles, á Horacio ni á Quintiliano: sobraré lo que en el acto octavo de la incomparable *Celestina* se reprende al héroe de la comedia.

«*Calisto*. Ni comeré hasta entónces, aunque primero sean los caballos de Febo apacentados en aquellos verdes prados que suelen, cuando han dado fin á su jornada.»

«*Sempronio*. Deja, señor, esos rodeos, deja esas poesías; que no es habla conveniente la que á todos no es común; la que todos no participan, la que pocos entienden. Di *aunque se ponga el sol*, y sabrán todos lo que dices.»

Cotéjese la frase reprendida en Calisto, cuando lo pintan casi loco de enamorado y haciendo soliloquios, con las que usan las personas de las comedias de CALDERON. Cotéjese con las de sus galanes, damas y lacayos, y en los mayores aprietos de la maraña, y se verá que ni humana ni poéticamente son sufribles.

No supo CALDERON que los autores de las comedias, conociendo la utilidad de ellas, se deben revestir de una autoridad pública para instruir á sus conciudadanos, persuadiéndose que la patria les confía tácitamente el oficio de filósofos y de censores de la multitud ignorante, corrompida ó ridícula. Es así, que los preceptos de la filosofía puestos en los libros son áridos y casi muertos, y mueven flacamente el ánimo; pero presentados en los espectáculos animados, lo conmueven vivamente. El filósofo austero se desdeña de ganar los corazones. El tono dominante de sus máximas ú ofende ó cansa. El cómico excita alternativamente mil pasiones en el alma: hácelas servir de introductoras de la filosofía: sus lecciones nada tienen que no sea agradable, y están muy apartadas del sobrecejo magistral, que hace aborrecible la enseñanza y aumenta la natural indocilidad de los hombres. Pero ¿qué digo? El cómico no da lecciones

(1) Lójos de despreciarlas, aprovechó los argumentos de algunas. *Lances de amor y fortuna*, y *A secreto agravio secreta venganza*, incluidas en este primer tomo, son imitaciones, aunque muy libres, de *Palabras y plumas* y *El celoso prudente*, de Tirso de Molina. Verdad es que para Nasarre no eran las de Tirso comedias antiguas ni buenas.

algunas : cada uno de los oyentes se las da á sí mismo , y se toma los dictámenes que quiere inspirarnos , sin que pensemos que nos los quiere dar.

Estas y otras consideraciones hicieron decir al sabio y elocuente jesuita Porée , que la comedia enseña mejor que la historia , siendo la historia mejor que la filosofía , porque la comedia elige los ejemplos de los vicios desgraciados y de las virtudes coronadas. La historia pinta los hombres que fueron y ya no existen : la comedia los representa vivos y existentes ; los vemos á ellos mismos , no á sus retratos ; oímos sus discursos , y ejecutan en nuestra presencia las mismas acciones de que la historia solo conservó la memoria. Véase á esta luz ; qué nos representa CALDERON , y cuánto se apartó del fin que debió siempre tener por mira ! ¿ Qué vicio nos pinta ridiculo y despreciable ? Qué carácter sostiene desde el principio al fin de la fábula ? ¿ Cuando triunfan la verdad y el juicio ? Cuando el vicio y la extravagancia , decaidos de su esperanza , son expuestos á la vergüenza y á la risa ?

El enredo liace toda la esencia de sus comedias , el carácter está absolutamente despreciable ; rara vez se contenta con una materia simple y única : parece que al contrario quiere sostener su genio con la variedad de acciones que toma de dos ó tres asuntos. Parecióle tal vez que esta , que es verdadera pobreza , era riqueza de imaginacion. Mezcla , no liga los asuntos ; pero de modo tan infeliz , que parece se ven representar de una vez dos comedias , en tanto una escena de la una y en tanto de la otra ; lo que es tan contrario á las leyes del teatro como á las del juicio. Las reglas y leyes del teatro , digo , que el exacto conocimiento del corazon humano sacó y hizo seguras para excitar y entretenir el placer que causan ciertas pasiones.

## VII.

### DE DON NICOLAS FERNANDEZ DE MORATIN.

DISERTACION QUE PRECEDE A LA *PETIMETRA*, COMEDIA NUEVA, ESCRITA CON TODO EL RIGOR DEL ARTE por el mismo Don Nicolas Fernandez de Moratin , entre los Arcades de Roma FLUMISRO THERVODONCIACO.— ( Madrid , en la oficina de la vinda de Juan Muñoz , año de 1762 )

Aunque el arrojarle uno á empeños imposibles , con razon es vituperado de los cuerdos , suele haber pasiones tan vehementes , que ofuscando el entendimiento , no dejan conocer la temeridad. Yo bien conozco la mia ; pero el amor de la patria puede tanto conmigo , que á trueque de vindicarla en lo que pueda de las injurias de los extraños , me expongo evidentemente á las de los críticos y maldicientes de casa. Bien pudieran excusarme esta afrenta muchos doctos españoles , que con mas felicidad , mas años y mas estudios que los míos , sabrán perfeccionar la comedia. Solamente esta proposicion era empeño de mayores fuerzas ; pues parece blasfemia el decir que habiendo en el mundo Lope , CALDERON , Moreto , Solis , Candamo y otros , haya que añadir perfeccion á la comedia.—Pues lo cierto es que los extranjeros , y algunos naturales , se burlan de las nuestras ; y aun ha habido quien afirme que no tenemos una perfecta. Lope dice que escribió seis con las reglas que manda la *Arte Poética* : con que fuera de estas ( que él no señala cuáles sean , ni á mi noticia han llegado ) , podemos con licencia suya echar á un lado por desarregladas , y consiguientemente imperfectas , las muchas que produjo aquel insigne varon.

Aquí es donde oigo yo levantarse contra mí la turba-multa de los necios , llamándome atrevido , temerario , sacrilego y blasfemo , enemigo de la patria , pues digo contra sus hijos semejantes insolencias , habiendo merecido muchos de ellos los mayores elogios de los hombres mas insignes del orbe ; y en fin , rematarán diciendo que las comedias así como están logran aplauso , y que ¿ si querré yo saber mas que Lope , ni CALDERON , ni otros muchos , que levantaron á los cielos las musas españolas ? Pero ni todas esas voces me espantan . ni todos los defensores juntos estiman ni veneran mas á nuestros célebres poetas , que yo los estimo y los venero.

Para agradar al pueblo , no es preciso abandonar el arte ; y si alguna comedia ó tragedia escritas sin él agradan , no es por la precisa circunstancia de que estén desarregladas ; pues si la



tal composición tuviera el arte, sería al doble mas aplaudida. No solamente espero impugnaciones de los necios, pero aun de algunos mas estudiosos, que dirán que yo no escribo nada de nuevo, pues no hago mas que repetir lo que dice Aristóteles en su *Poética*, y lo que han repetido muchísimos comentadores suyos en las mas cultas naciones; pero esta impugnación me sirve de defensa contra la que me censure de introductor de novedades, pues nuestros mas selectos autores han tocado ya este punto felizmente; y el condenar yo el método de nuestras comedias, no es atrevimiento mio, pues lo confesó primero el mismo Lope de Vega. Cervantes blasfema de ellas. Cascales en sus *Tablas poéticas* se rie. Don Ignacio Luzan, á quien estiman los extranjeros aun mas que los naturales, enseña en su *Poética* con admirable doctrina y profunda erudición todo lo que llevo dicho. Don Gregorio Mayans y Siscar hace lo mismo; y últimamente, el señor Montiano y Luyando, en el *Discurso de las tragedias españolas*, hace una severa, aunque justísima critica de los autores españoles que faltaron á estos preceptos; y no es extraño que yo escriba en esta forma, pues no hay enmienda alguna; y las pocas comedias que hoy dia salen á luz, sacan los mismos defectos y aun mas que las antiguas: de suerte que parece que ha sido en balde el trabajo de estos grandes hombres, padres de la patria y de la española república literaria. Los errores de las comedias españolas son tantos, que en algun modo disculpan á los extranjeros, quienes con ridículas mofas y sátiras se han burlado de nuestros grandes autores, sin que les hayan valido tantos y tan grandes primores como se ven en sus dramas; porque como la obra está mal concertada en todo el cuerpo, no la libra de la critica alguna parte, por mas que no esté dañada.

El célebre Luzan hizo un capítulo aparte de los defectos mas comunes de nuestras comedias; y aunque en algun modo parezca que repito lo que dijo este gran poeta (1), diré brevemente algunos, sin que por eso se infiera que yo no estimo como debo á nuestros cómicos. La comedia de *San Amaro*, la de los *Los siete durmientes*, *Los trabajos de Adán y Eva*, *El conde de Saldaña* y otras infinitas, mas que comedias se pueden llamar historias representadas, segun la duración de sus acciones. La desunion de lugar se nota en las mejores y mas bien parladas comedias nuestras, pues hay alguna, cuyas tres jornadas se representan en las tres partes del mundo, y me admiro que no hayan puesto cuatro actos, para que no quede desconsolada la América; pero ya se acordó de ella el Maestro Tirso de Molina, que en *Las hazañas de los Pizarros* saltó desde Trujillo al Perú; y yo he visto comedia del giro que hizo en el orbe la nave *la Victoria*, donde es gusto hallarse, ya en el estrecho de Magallanes, ya en las islas Marianas, ya en las Filipinas, ya en las Molucas y Maldivias, ya en el Cabo de Buena-Esperanza, ya en las Canarias, hasta llegar á Sanlúcar, donde se empezó la comedia. En la unidad de acción se puede verificar mejor que en cosa ninguna el gusto estragado del vulgo, que dijo Lope. La culpa de esto, es sin duda que la tiene el profundo CALDERON (2), quien con la inmensa fantasía de que pródigamente le dotó naturaleza, amontonó tantos lances en sus comedias, que hay alguna, que de cada acto ó jornada se pudiera componer otra muy buena; y el vulgo embelesado en aquel laberinto de enredos, se está con la boca abierta, hasta que al fin de la comedia salen absortos, sin poder repetir toda la sustancia de ella. Pero los hombres de juicio, que saben que la comedia se hizo para corregir las malas costumbres, y que no podemos cumplirlo sin entenderlo, conocen que es superflua é inverisímil toda aquella redundancia, la cual es originada de la libertad que se toman en que dure la acción lo que ellos quieren; pues si la redujeran á los límites del arte, no pudieran en tan poco tiempo desatar tantos enredos; y si alguno lo conseguia, tropezaba con la inverisimilitud, porque es imposible, ó á lo ménos muy extraño, que en un dia y en un paraje le sucedan á un hombre tantos acasos. Otras impropiedades no menores se notan en nuestras comedias. Sea la primera en la de *El cerco de Roma*, por el rey longobardo Desiderio, que estando acampado este pagano á vista de aquella ciudad, ve en sueños á Carlo-Magno en Francia, y á Bernardo, que está en España: lo que aunque no es imposible que pudiera soñar él, lo es que se lo haga percibir visiblemente al audi-

(1) Si Luzan era gran poeta, CALDERON ¿qué sería?

(2) CALDERON no tendría la culpa de los abusos que reinaban antes que él floreciera. En el año de 1604 ya estaba escrita la comedia de Lope *El Nuevo mundo de Colon*, que pasa en España y América: entónces tenía CALDERON cuatro años.

torio, el cual lo está oyendo todo, y viendo desde su asiento tres parajes tan distantes, lo que pudiera haber evitado el autor con hacer referir el sueño en alguna pequeña relacion. No es ménos duro despues aquel paso tan desatento, que sucede en Roma, ya acabado de llegar Bernardo, cuyas descorteses faufarronadas y arrogancias vanas y jactanciosas, impropias en tal lance y en persona de su esfera, mas deslucen que acreditan á aquel valiente español. En *La cisma de Inglaterra*, el embajador de Francia hace y dice su embajada delante de todas las damas de palacio; y en la de *Rendirse á la obligacion*, otro embajador da su embajada á la reina en un jardin, delante de los jardineros; y uno de ellos (que es un príncipe disfrazado) riñe con el dicho embajador, porque anduvo descomedido con la reina. Si estos pasos son ó no son verisímiles, senténcienlo los desapasionados juiciosos; que yo no quiero causarme en vano. La altura del estilo sublime de nuestras comedias es censurada tambien; porque hablando, como se supone, los actores de repente, no pueden proferir agudezas tan artificiosas y sutiles como se oyen á cada paso, y mas debiendo ser personas humildes y plebeyas. Otras impropiedades hay: v. g. no guardar el carácter del sugeto, de la nacion y el siglo en que se supone. Los lances tan frecuentes de las tapadas, quiero que los sentencie todo el mundo, y diga cualquiera si no conoceria por la voz y por otras mil señales á su hermana ó dama, ó á otra con quien tenga mucha comunicacion; y suele haber conversaciones bien largas, y la señora está muy segura, fiada solo á la raridad de un manto, sin que la conozca quien continuamente suele estar pensando en ella. La instruccion moral, que es el alma de la comedia, pocas son las que la tienen, siendo circunstancia esencialísima; porque el fin de la poesía es enseñar deleitando, y para esto es la comedia; y hay algunas que aunque su asunto principal no es manifestamente malo, suelen tener algunas cláusulas, que pudieran compararse con las de Menandro y Aristófanes; y este es el motivo por que han sido perseguidas las comedias tantas veces por varones religiosos y cristianos, lo que no sucediera si estuvieran segun el arte que enseña á ultrajar el vicio y á dejar siempre triunfante la virtud. De todo lo arriba dicho se origina una cuestion, y es, si nuestros autores cómicos supieron el arte, ó no. Muchos son de la segunda opinion, y dicen que si acaso le supieron, ¿cómo no le mostraron en una ú otra comedia con distincion, escribiendo alguna en particular para los doctos quien escribió tantas veces para los necios? Pero se acredita de ello quien tal piensa; pues del gran Lope consta que le supo, cuando supo distinguir, aun en sus mismas comedias, las unas de las otras. Y aun sin esta razon, ¿quién pudiera persuadirse que un hombre de tan vasta erudicion y doctrina como Lope ignorase una cosa tan trivial para quien discurría divinamente en materias mas profundas? Una cosa es el capricho y otra la ignorancia, y de esta no tuvo nada el gran poeta español: él dió en aquel arte nuevo, y CALDERON le siguió, como vió la aceptacion de las comedias de Lope; que no porque ignoraba el modo de hacer bien una comedia; y lo mismo digo de los demas autores de aquel tiempo, en el cual, aunque no se practicaba, se sabía el arte en España, pues Cascales le enseña bien.

Ahora vuelve la pregunta: ¿cómo aunque están sin arte, agradan tanto nuestras comedias? A esto digo sin lisonja que ¿á quién no ha de agradar y embelesar por extremo aquella prodigiosa afluencia, tan natural y abundante del profundo CALDERON, por cuya dulce boca hablaron suavidades las musas? ¿Quién no admira la discrecion de Solís, de Don Francisco de Rojas, de Don Agustín Moreto, de Candamo, de Montalvan y otros muchos? Y ¿qué hombre habrá tan idiota, que no admire absorto la facilidad natural y la elegancia sonora del fecundísimo Lope?

Esto que digo ingenuamente, es para que se vea el justo aprecio que yo hago del mérito y la virtud, y que yo no he concebido ningun odio ni envidia contra tan insignes hombres, los cuales abandonaron el arte, que no ignoraban, solamente por capricho y novedad, y esto ha sido lo que les ha quitado la estimacion entre los doctos; porque aunque en las mismas comedias desarregladas se encuentran cosas altísimas, sucede lo que en una ciudad mal dispuesta, que aunque tenga edificios suntuosísimos, todos se lastiman de verlos mal empleados en semejante paraje; y no son todas las comedias totalmente imperfectas, pues hay muchas, que si no son buenas, lo quedaran con poquísimo reparo, v. g.: *Los empeños de un acaso*, *Antes que todo es mi dama*. *El amor al uso*, *Tambien hay duelo en las damas*, *Mejor está que*



estaba, No siempre lo peor es cierto, El esclavo en grillos de oro, El tramposo con las damas, y otras, de las cuales hay alguna, que con solo quitarla ó añadirla una palabra, quedaba perfecta.

## VIII.

## DEL MISMO DON NICOLAS FERNANDEZ DE MORATIN.

DESENGAÑO AL TEATRO ESPAÑOL. (Folleto de diez y seis paginas en 8.º, sin año de impresion.)

PARA que las obras arregladas no agraden, es menester que la omnipotencia de Dios trastorne y pervierta todo el orden de la naturaleza, porque el arte está fundado en ella, y una obra con arte es lo mismo que decir una obra buena; y siendo así, no puede ménos de agradar, y se experimenta en las comedias mas arregladas; y así habrá visto V. cuán gustoso está el pueblo viendo representar un carácter bien sostenido, como en *El domine Lucas*, *El músico por amor*, *El labrador Juan Pascual*, *El amor al uso*, *Don Lucas del Cigarra*, *Cuál es mayor perfeccion*, *El hechizado por fuerza*, *Don Domingo de Don Blas*, *El castigo de la miseria*, y otras que ahora no me ocurren, de las cuales hay algunas traducidas en frances, y son allí muy estimadas, y aquí tambien, no obstante que no carecen de algunas faltas que se disminuyen por los grandes primores de que abundan, y no saben conocer los que tan ciegamente se precian de *chorizos* y *polacos* (1). El mismo pueblo, que en tan mala opinion está, conoce la futilidad de nuestras comedias, y lo conocen los mismos cómicos, cuando se valen de mil invenciones para atraer á la gente: unas veces con iluminaciones inverisimiles y decoraciones de teatro, y lo que llaman *tramoyas*; otras veces dividen la comedia, para que haya mas entremeses; otras apelan á diferencia de tonadillas y recitados, y otras tienen que andar suplicando á los bailarines; y ya sabe V. que al coliseo donde hay mejor bailarín, acude toda la gente: prueba cierta del corto mérito de la comedia, y que no es el pueblo tan bárbaro como le juzgó Lope de Vega; y aunque en los méritos literarios no me comparo con él, hago atrevidamente esta reflexion. Yo, por volver por la verdad y el honor de mi nacion, reputada de las otras de bárbara é inculta por la confesion de este autor, sin arrimo ni proteccion he sacado la cara á defenderla en lo que pueda, aun con saber que me exponia á la befa de los necios, que son muchos. Lope, por autorizarse él solo, abatió y despreció á toda su nacion, injusta é ingratamente, tratándola de irracional, como si fuera de distinta naturaleza que las otras con quienes la quitó el crédito. ¿A cuál de los dos debe mas favor la nacion? ¿Quién será hijo mas fiel de la patria? Dígolo esto porque á los que escribimos así, nos llaman extranjeros y desertores, como si tuviéramos obligacion de sostener los desvarios de los nuestros; y sin duda alguna fué Lope de Vega Carpio el primer corrompedor del teatro, y al mismo tiempo Cristóbal de Virues. No es esta impostura mia, ni tienen que capitularme por eso sus secuaces, pues su arte disparatado de hacer comedias está lleno de confesiones que me disculpan. Allí confiesa que escribe bárbaramente por dar gusto al pueblo, que él graduó de bárbaro. Confiesa que cuando ha de escribir, echa de su estudio á Plauto y á Terencio, y que encierra los preceptos con seis llaves. Confiesa que todas sus comedias, fuera de seis, pecaron gravemente contra el arte. Confiesa que lo que mas le daña es haberlas escrito desarregladas. Confiesa que él es mas bárbaro que todos, pues da preceptos contra el arte, exponiéndose á que Italia y Francia le llamen ignorante, etc. ¿Qué dirán ahora los que, sin saber lo que se pescan, dicen que Lope y Calderon elevaron nuestro teatro, habiendo sido sus principales corruptores? A la verdad Lope, envanecido con aquella fecundidad prodigiosa de que le dotó el cielo, sin semejante en otro siglo ni en nacion alguna, quiso arrebatar con la multitud de sus obras toda la gloria que alcanzaron los antiguos; y así abandonó los preceptos, y aun puso por precepto el abandonarlos; y con su afluencia y esta libertad, dió á las tablas mas de dos mil y

(1) *Chorizos* se llamaban los apasionados del teatro del Príncipe, los de la Cruz *Polacos*.

doscientas piezas; pero siempre confesando que eran desahregladas, y aun con todo eso sufrió sauras mordacisimas, que le tiraron á la cara Villegas, Argensola, y Cervantes en su *Don Quijote*, en boca del canónigo, y otros. A este monstruo de naturaleza siguió DON PEDRO CALDERON DE LA BARCA, no igual en la fecundidad; mas tampoco interior en la elegancia, que por ser tanta, impropia del estilo cómico, es una continua inverisimilitud. Los preceptos que él sigue fueron los de su capricho, autorizados por Lope, con que se infiere cuales serán; y ni aun quiso que tuviesen disculpa los que neciamente le aplauden, pues sus obras, y las de los otros poetas cómicos de su tiempo, confiesan claramente en muchas partes los errores que cometen contra la unidad de tiempo, lugar y accion. Me acuerdo haber leído (aunque no tengo ahora presente en qué comedias) que la imaginacion puede anteponer unas cosas á otras, y variar los tiempos y lugares; que el poeta farfulla y mete en pocas horas muchos años; que el tiempo se pasa corriendo por su gusto; aunque á costa de criticos sartenazos, y otras cosas semejantes: de lo que inferiré V. que el mismo CALDERON conoce sus desaciertos, y que estos que le aplauden no le entienden, ni aun le saben leer, ni ménos distinguir lo que es bueno y lo que malo. Pero todos estos defectos me parecen nada respecto de otro mayor, que es la falta de instruccion moral. Despues del púlpito, que es la cátedra del Espíritu Santo, no hay escuela para enseñarnos, mas á propósito que el teatro; pero está hoy día desatinadamente corrompido. El es la escuela de la maldad, el espejo de la lascivia, el retrato de la desenvoltura, la academia del desuello, el ejemplar de la inobediencia, insultos, travesuras y picardías. No le parezca á V. mucho, pues le mismo que yo digo dicen todos, aunque no con tanta claridad. ¿Quisiera V. que su hijo fuese un rompe-esquinas, mata-siete, perdona-vidas, que galantease á una dama á cuchilladas, alborotando la calle y escandalizando el pueblo, foragido de la justicia, sin amistad, sin ley y sin Dios? Pues todo esto lo atribuye CALDERON á Don Félix de Toledo como una heroicidad grande. ¿Quisiera nadie que su hija, aunque con fin de matrimonio, no contenta con entrar ocultamente en su casa á un hombre tan revoltoso (1), vaya á la posada de un mozo solo, como la mas infame barbacanera? Pues Doña Leonor da ejemplo de ello á las mocitas solteras. Yo creo que nadie se allanaria á lo dicho, ni aun la canalla rematadamente perdida, que es la que aprueba tales liviandades, porque las ve aplaudidas y premiadas en los teatros.

## IX.

## DEL MISMO DON NICOLAS FERNANDEZ DE MORATIN.

## DESENGAÑO SEGUNDO AL TEATRO ESPAÑOL.

QUE CALDERON fuese muy católico y muy docto, yo no lo niego; pero que nos dió malísimos ejemplos en sus comedias, lo pruebo en mi primer *Desengaño*; y que no obstante su ciencia, erró muchas veces la historia, geografía, etc., se puede ver en sus obras; pues en la comedia *Los tres afectos de amor* y otras, se acuerda muy de antemano de escopetas y pólvora. En *La gran Cenobia* hace á Decio sucesor de Aureliano, y en *La Sibila del Oriente* pone el Danubio en el Asia. En otra parte trabuca las situaciones de Hipona, Cartago, Atenas, etc. Y en el auto *La devocion de la misa*, hace á Leon pueblo de Astúrias (2), y otros descuidos que nota Luzan, y muchos

(1) En *La Petimetre*, única comedia que escribió Don Nicolás Moratin, las damas reciben visitas de sus galanes á hurto del tío que cuida de ellas. hablan con ellos largamente á solas, y los esconden en un cuarto con una criada, la cual, para que el tío no entre allí, dice que está en camisa, mirándose las pulgas. Hay tambien su poquito de desafío: hay niña que se va á misa asida al brazo de su obsequiante, y otras frioleras que puede ver el curioso. Si esto era inmoral en las comedias antiguas, ¿por qué lo repitió Moratin en la suya, destinada por él á servir de modelo? Ello es que los cómicos (los cuales, segun el mismo Don Nicolás, conocian el poco mérito de las comedias antiguas) desconocieron el mucho de *La Petimetre* y no la quisieron representar.

(2) La accion de este auto se supone en tiempo del Conde Garci-Fernandez. El gracioso *Pernil* dice al soldado *Pascual Vivas* estas expresiones:

«Persona, que pensé que eras  
Un amo, que allá en Leon,  
Asturiana patria nuestra,  
Dió la muerte á cierto hidalgo.»

entender, no es esto decir precisamente que Leon fuese entonces pueblo de Astúrias, sino aludir á que en al



mas se le pudieran notar : olvidar la naturaleza, y en vez de retratarla desfigurarla, es muy frecuente en DON PEDRO CALDERON. El principio de su comedia *La vida es sueño* lo acredita. Yo quisiera saber si una mujer que cae despeñada por un monte con un caballo, en vez de quejarse donde la duele y pedir favor, le dice todas aquellas impropias pedanterías, que las entiende el auditorio como el caballo. Si algun su apasionado cayese por las orejas, llámelo *hipógrifo violento*, y verá cómo se alivia.

## X.

## DE DON VICENTE GARCÍA DE LA HUERTA.

No puedo verdaderamente alcanzar por qué razon colocó entre las comedias de nuestro teatro ménos sujetas á censura Don Ignacio Luzan, sabio español y muy digno de alabanza por su ingenio y conocimientos en la poética y en otras muchas materias, las dos intituladas : *Dicha y desdicha del nombre* y *De una causa dos efectos*, diciendo de ellas en su tratado de *Poética*, página 411 (1), que *hallarán los críticos muy poco ó nada que reprender, y mucho que admirar y elogiar*; siendo así que en la una se muda la escena, en la primera jornada, de Parma á Milan, y la otra de Mantua á Milan igualmente, cuyo defecto es ciertamente muy considerable y sustancial, y no de aquellos que admiten venia ni disimulo; pues aun los ménos escrupulosos no pueden tolerar semejantes quiebras y traslaciones de la escena, las cuales, ni otras faltas de esta naturaleza, no se hallan en otras muchas comedias heróicas, que en las demas circunstancias son á lo ménos comparables con las dos expresadas: infiriéndose de esto que Luzan se olvidó en este caso enteramente de las reglas que acababa de fijar tan rigurosa como extensamente en aquel mismo tratado de *Poética*, y por consiguiente, que hay una muy manifiesta y palpable contradicción entre su crítica y sus preceptos, la cual es mucho mas extraña, por cuanto despues se hace cargo de este defecto, hablando de la primera de las dos expresadas comedias.

El mismo Luzan, notando en el propio lugar otros defectos de diferentes comedias, dice que en la intitulada *Con quien vengo, vengo*, hace CALDERON puerto de mar á la ciudad de Verona. Es verdad que en las impresiones ordinarias se halla que se supone ser pueblo marítimo en uno ó dos pasajes nada principales ni importantes, y no puerto de mar, que es cosa muy diferente en el lenguaje de los geógrafos y en el comun modo de hablar; pero yo tengo dos copias del tiempo de CALDERON de esta misma comedia, en las cuales no se halla semejante error, y sólo se habla del rio que rodea parte de la ciudad de Verona, que es el Athesis antiguo, llamado ahora Adige, uno de los mas caudalosos de Italia. No será extraño que el error notado por Luzan, y otros muchos que se hallan en otras comedias, sean alteraciones hechas por remendones ignorantes, ó por los malsines envidiosos, de quienes CALDERON se quejaba justamente.

No es menor la equivocacion de Luzan, quando dice en la página 425, que en la comedia *Mejor está que estaba* hace CALDERON á Viena corte de Bohemia, sin mas fundamento que el haber adoptado un error de imprenta, que hay en la primera escena de ella, en la relacion de Flora, en la que al verso octavo se imprimió *Bohemia* en lugar de *Viena*. Esta equivocacion de Luzan fué sin duda originada de no haber leído la expresada comedia, pues con esto solo hubiera visto que no se habla en toda ella ni una vez sola de Bohemia. ¡Cuántos se habrán engañado con esta autoridad!

gun tiempo lo habia sido, lo cual es cierto; pues antiguamente el pais de los *Astures*, comprendia el territorio de Leon. Hoy decimos á cada paso : « La cosecha del reino de Leon, de Valencia, de Jaen, etc. se ha perdido »; y bien sabemos todos que ya no son reinos esas provincias.

(1) De la primera edicion.

## XI.

## DE DON LEANDRO FERNANDEZ DE MORATIN.

NOTA 63 AL DISCURSO HISTÓRICO SOBRE LOS ORIGENES DEL TEATRO ESPAÑOL. (*Tomo 1 de las obras de MORATIN. — Madrid por Aguado, 1830.*)

El prólogo que puso Don Blas Nasarre á las comedias de Cervántes contiene excelentes doctrinas acerca del arte dramático; pero aquel literato se dejó llevar muchas veces de sus propias imaginaciones, de un espíritu de patriotismo mal entendido, y de un empeño no disculpable en desacreditar á Lope y CALDERON, suponiéndolos corruptores de nuestro teatro, como si le hubieran hallado ménos defectuoso, como si alguno de sus contemporáneos hubiera escrito con mayor acierto. Véanse aquí los errores que me han parecido mas notables en el citado prólogo, relativos á nuestra historia literaria y á otras materias de buen gusto y discernimiento crítico.

«Los árabes y moros fuéron excelentes en las representaciones dramáticas. — Los trovadores provenzales fuéron los primeros que escribieron comedias. — En las obras poéticas de Alfonso el Sabio, en las de Gonzalo de Berceo y romances antiguos, se conservan testimonios auténticos de nuestras composiciones teatrales, con muchos siglos de anterioridad á las pias farsas de los italianos y franceses. — Los peregrinos que iban á Santiago cantaban y representaban al vivo los misterios de la religion y las historias sagradas, de cuya costumbre quedaron las relaciones de ciegos y los autos sacramentales. — Cervántes compuso sus comedias con la misma idea que el *Quijote*, haciéndolas de intento desarregladas y llenas de desatinos, á fin de purgar del mal gusto y mala moral al teatro. — Cuando Lope empezó á escribir, eran ya las comedias adultas y perfectas, y él las volvió á las mantillas. — CALDERON fué el segundo corruptor del teatro. — Molière puso en escena algunas de las comedias de este autor, que tuvieron y tienen mucho aplauso y aprobacion entre los franceses. — Guillen de Castro, Rojas y Solís guardaron la moderacion que pide el estilo de las comedias. — Tenemos mayor número de comedias perfectas y segun arte, que los franceses, italianos é ingleses juntos. — Tenemos comedias ajustadissimas á la razon y al arte, que en nada son inferiores á las de Molière, Wicherley, Maffei y Riccoboni. — Don Estéban Manuel de Villegas es comparable á los mejores poetas griegos.»

Si me preguntasen mi opinion acerca de los artículos precedentes, responderia sin peligro de ser desmentido: «Todo es falso.»

## XII.

## DE DON PEDRO ESTALA.

En la disertacion del bibliotecario Nasarre se pretende elevar hasta el cielo á algunos cómicos nuestros desconocidos, con el fin de abatir hasta el extremo á Lope, CALDERON y los demas que siguieron á estos. Nasarre los llama corruptores del teatro; pero la corrupcion, como observa Napoli Signorelli, supone un estado anterior de perfeccion; ¿y dónde están esas comedias perfectas anteriores á Lope? Todos los extranjeros imparciales confiesan que Lope y sus secuaces dieron un realce al teatro español, que fué el origen de los grandes progresos que hizo, principalmente en Francia; y Nasarre emplea toda su erudicion é ingenio en desacreditar á estos grandes hombres, para sustituir en su lugar no sé qué comediógrafos que nadie ha visto, y que no deben salir del olvido en que yacen sepultados.

La época del mayor esplendor de nuestro teatro, fué el reinado de Felipe IV, el cual fué muy apasionado al teatro, fomentó á los cómicos, y él mismo compuso la comedia intitulada *El*



*conde de Essex*. En su tiempo floreció CALDERON, que compitió en la fecundidad con Lope de Vega, y le excedió en la invencion y disposicion de las fabulas. Los que lijeramente niegan á CALDERON estas prendas, afirmando que todas sus comedias son semejantes, seguramente han leído muy pocas ó ninguna, y desde luego carecen de principios para juzgar en el asunto. Es verdad que hay unas cuantas comedias, de las que mas andan en manos de todos, en las cuales CALDERON emplea unos medios muy semejantes para el enlace y desenlace; pero en tanta multitud de composiciones era casi imposible que CALDERON no se copiase á sí mismo, mayormente trabajando sus comedias con tanta precipitacion.

CALDERON tenia genio mas propio para la tragedia que para la comedia, como lo muestra en varias escenas de sus dramas, y principalmente en *El tetrarca de Jerusalem*, en *La niña de Gomez Arias*, y en la segunda parte de *La hija del aire*. Sus comedias llamadas vulgarmente de capa y espada son mas regulares que las heróicas: observa en ellas un estilo mas propio de la comedia, y algunas necesitan de muy poca correccion para ser perfectas, como *Casa con dos puertas*, *Los empeños de un acaso*, *Primero soy yo*, y algunas otras. Parece que no tenia CALDERON talento propio para pintar en ridículo, pues no vemos entre sus comedias ninguna de las que llaman de carácter (1).

### XIII.

#### DE DON JOSÉ LUIS MUNARRIZ

LECCIONES SOBRE LA RETÓRICA Y LAS BELLAS LETRAS, por HUGO BLAIR, traducidas del inglés, con adiciones acerca de la literatura castellana. (Madrid, en la oficina de Garcia y compañía, 1801. Tomo IV, leccion 43, comedia española.)

HABIA mucha brillantez en las comedias de Lope, y rasgos de imaginacion y de talento que no tenían las de sus contemporáneos. En virtud de estas prendas arrojó á todos ellos del teatro, y llegó á tiranizar este en términos, que ni el público ni los *autores* querian comedias sino de Lope: de Lope, que diariamente les daba el placer de la novedad; de Lope, que por satisfacer esta misma ansia de la novedad no se detenía en arreglarlas, y por esta misma razon, apagada ya la curiosidad, tenía que darles, y con ménos trabajo les daba otras nuevas, que el que hubiera tenido en arreglar las primeras. CALDERON alcanzó mejores tiempos. Cotho observa Luzan, llevó las comedias al palacio de Felipe IV, de un príncipe magnífico y apasionado de la brillantez. En el palacio de este príncipe los asuntos debían de ser no ménos magníficos que su genio, heróicos y tratados á su gusto. Las decoraciones, las máquinas, la grandilocuencia se hicieron una parte esencial del drama: de aquí nacieron las *comedias de teatro*, en las que CALDERON siguió el rumbo ó el desarreglo de Lope; y á ejemplo de CALDERON lo siguieron igualmente los demas poetas de su tiempo. Contento el auditorio con el aparato de la representacion, la nobleza de los asuntos y la riqueza del lenguaje y del verso, consideró como punto ménos principal el manejo de la accion, la exhibicion de los caracteres y la observancia del decoro. En una corte alegre, en que á ejemplo de un rey jóven é ingenioso todos los cortesanos eran joviales, decidores y amigos de la diversion y del placer, se dió á todos los asuntos un giro festivo y amoroso; y por mas nobles y aun trágicos que fuesen, se trataron cómicamente, y con una mezcla de lo mas gracioso y aun chocarrero con lo mas serio y lastimoso. Trataban únicamente de divertirse, y era preciso que los asuntos mas graves y aun terribles se presentasen bajo de un aspecto festivo, ó á lo ménos no del todo trágico ó ceñudo. Esto hizo nacer las *tragicomedias*, esto dió lugar á la poca ó ninguna observancia de las unidades, á hacer historias ó novelas los que debieran ser dramas, y esto hizo en cierto modo inevitables los defectos de plan en las comedias de teatro, que fuéron hasta poco hace las mas aplaudidas y concurridas. Así se observa que estos defectos son mas comunes en ellas que en las *de capa y espada*. ¿Y podrá culparse enteramente á nuestros escritores cómicos de que cediesen al torrente de la costumbre, del gusto arraigado en fuerza de ella, y de la utilidad que les traía su

(1) De *figuron*, quiso decir Estala, olvidando que el *Don Toribio de Guárdate del agua mansa* es un *figuron*, un carácter notable ridículo.

condescendencia? No es esto decir que estas causas puedan colhonestar el desarreglo, sino que deben influir para que lo disimulemos en parte; y mas cuando vemos que á veces sabian arreglar la comedia, y que si ha llegado á ser adagio la censura de Boileau, demasiado general, del ningun riesgo con que nuestros cómicos encierran en un dia años enteros, y presentan ya hombre hecho en la tercera jornada al que estaba en mantillas en la primera ó segunda, deseñada la multitud de comedias disformes, tenemos aun bastantes que contraponer á las escogidas del teatro frances.

En nuestros cómicos, y señaladamente en CALDERON, Rojas, Moreto y otros, vemos un maravilloso que no nos parece ya verosímil; un pundonor caballeresco que hace á los personajes desafiarse por cualquiera cosa, y los tiene siempre con la espada en la mano, ó con el duelo en la punta de la lengua; falta de decoro en las mujeres, que se enamoran de golpe y andan en busca de sus amantes, unas veces disfrazadas de hombres, y otras á la sombra de un velo, de un jardin ó de una reja; y sobra de licencia en los criados que, á título de *graciosos*, se entrometen en las conversaciones mas serias, y tercián en ellas con los mas graves personajes. Aquí es preciso no perder de vista que el gran mérito de nuestros escritores es haber pintado las costumbres de su tiempo, objeto principal del poeta cómico, y en el que aventajaron á Plauto y á Terencio. En efecto, vemos en ellos un retrato, sin duda fiel, de las costumbres de su edad, aun mas fiel del que nos presentan los historiadores. Yo no puedo convenir con Luzán en que sean exagerados los lances de CALDERON. Pintando las costumbres de su tiempo no hubiera podido agrandar, si los espectadores no las hubiesen hallado conformes á la verdad mas exacta. Si hay algun grado de exageracion en la pintura, esta la hubiera dado un nuevo mérito, pues el drama no debe retratar personas y lances determinados, sino que de la reunion de varios, bien escogidos, debe formar, por decirlo así, un grupo para el mayor realce y belleza del cuadro, y para que la sátira, como mas general ó ménos determinada, sea mas útil al paso que mas inocente. ¿Y estamos por ventura ahora en situacion de juzgar de la verdad ó falsedad de sus pinturas? ¿No tenemos otras costumbres? ¿No están ya aquellas anticuadas en gran parte? ¿No nos consta que las ideas caballerescas dominaban aun la imaginacion española por la impresion que dejaron los libros de caballería, lectura favorita de tiempos poco anteriores; que estas ideas habian acrecentado la pasion del hombre á todo lo maravilloso; que el pundonor gótico hacia concebir ofensas en la accion ó palabra ménos descomedida, y dictaba el hacerse justicia por su mano; que este mismo pundonor tenia en demasiada sujecion al bello sexo, dando un imperio violento á los hombres sobre sus hijas y hermanas; y que este imperio y el estrecho recato á que obligaban á las mujeres, hacia que estas tratasen de sacudirlo, de burlar su vigilancia, y de ofrecerse al primer advenedizo que las sacaba de tan duro pupilaje? El encierro mismo que observaban entónces las mujeres, mas estrechamente que en el dia, las estimulaba á buscar el solaz de la música. El galanteo se hacia con músicas. Aquellas las oían desde las rejas bajas, ó detras de sus celosías; y las oían acompañadas de sus criadas. Se confiaban á estas por precision; y las criadas ¿no habian de ser sus confidentas? ¿No habian de proporcionar las entradas clandestinas de los amantes? Estos, ¿no habian de rondar y acechar el momento en que pudiesen entrar en el jardin ó escalar la casa? Si tropezaban con otra música, ¿no habian de entrar en celos de si se daba á su dama? En la incertidumbre, ó á impulsos de una jactancia harto natural, ¿no se habian de empeñar los galanteadores en que desearazasen la calle los que miraban como enemigos? De este empeño, ¿no habian de resultar riñas, duelos, heridas y aun muertes? ¿Y quiénes eran estos galanes tan matones? La flor de nuestra nobleza, que habia pasado á las guerras de Flándes; que de allí volvia con un espíritu marcial y aun mas caballeresco, y volvia á su patria con un soldado que habia sido un criado y su camarada; y hallando ó sospechando infiel á su dama, trataba de introducirse para averiguarlo: el criado hablaba á la criada; esta proporcionaba la ocasion, y ya introducido el amo, hacia alarde de su pasion, de su fidelidad, de sus penalidades, y aun de sus proezas, que le habian de dar nuevo realce á los ojos de ella; y el criado, remedando el lenguaje del amo, galanteaba tambien á la criada, y era no ménos fanfarron ó vanaglorioso, aunque con la desigualdad de su clase. Esto influyó sin duda en la mucha parte que nuestros cómicos dieron á la relacion de proezas militares, y á la intervencion de los criados en la accion y el diálogo; y



si lo observamos, no solo en las comedias de un carácter medio, sino en las heroicas; si vemos hoy con disgusto que los *graciosos* se familiarizan con los príncipes y las damas de mayor elevacion, ¿deberemos olvidar que por mucho tiempo era harto comun en los palacios y casas grandes mantener un bufon, un enano con el que se entretenian los señores, un Rodrigo, un vejete que acompañaba á las señoras á misa y á paseo? Nada de esto debe parecernos inverosímil en nuestras comedias, siendo constante que en el siglo último hemos visto tan sensibles al menor desaire á los militares y caballeros; hemos tenido provincias en que aun se usaban los mantos, y llevados con tal arte que á su sombra se fomentaban no pocos galanteos en las calles y aun en las iglesias; provincias en que apenas habia una casa que tuviese ventanas sin reja ó celosía; y provincias en que las músicas de noche eran muy comunes, y ocasion de muchas pependencias y escenas tales como las de nuestras comedias. Así deberemos confesar que nuestros escritores cómicos fueron muy verdaderos y felices en la pintura de las costumbres; como que pintaron las de su tiempo, que es lo que era de su cargo. Si en algo los hallo defectuosos por esta parte, es en no haber sacado mas partido de sus pinturas, haciéndolas de una utilidad moral. En *El caballero*, de Moreto, tan caballeros son Don Lope y Don Diego como Don Félix. En la de Rojas, *No hay amigo para amigo*, tan arrojada es Aurora como Estrella. A CALDERON se le tacha tambien la poca variedad que da á los personajes. Despues del poco contraste que resulta de aquí en los caracteres, nace tambien la debilidad en el ridículo, que hubiera resaltado mas si los cómicos presentando un caballero pundonoroso y puntiagudo, le hubiesen contrapuesto otro sesudo y juicioso, que hiciese ver y desaprobase las ideas góticas y el injusto proceder de aquel; y al lado de una dama no bastantemente recatada, hubiesen puesto una matrona ejemplar, ó una doncella tan recogida como honesta.

Tambien son defectuosos sin disputa nuestros cómicos en haber trasladado á otros tiempos y paises las costumbres de su pais y de su siglo. Pero pintaban para su pais, y á este fin era mas oportuna tal pintura, que la de los siglos y paises remotos.

CALDERON era hombre instruido; pero no podia contener la travesura de su ingenio. Así desatendia la historia y las reglas mas obvias del arte para enmarañar bien un asunto. Este era su fuerte: este le atraia la admiracion y el embeleso de los espectadores: tentacion halagüeña que le hizo poner todo su conato en tener suspenso é interesado al auditorio, y no reparar para lograrlo en la moralidad de la accion y de los lances, ni aun en la delicadeza de la expresion. Era buen versificador. Sucedió en el teatro á Lope de Vega, que sobresalió en este talento. Le fué preciso no dejarse vencer en esta parte, y su empeño le hizo excederse no pocas veces en la lozanía de las descripciones y floridez del estilo. Compuso muchas comedias por la precision de surtir al teatro de Palacio y los de la corte, de los cuales era, y con razon, el poeta favorito; y como le era mas fácil disponer un enredo de su invencion, que seguir el orden metódico de la historia, fué mas desarreglado en las comedias históricas que en las de asuntos fingidos y en las de capa y espada, que abandonadas á su mérito intrínseco y fuerza cómica, necesitaban sobresalir mas en ella. Casi todas las buenas comedias de CALDERON son notables por el enredo; y como la solucion no es ménos feliz, pertenecen propiamente á esta clase. De ella son: *Los empeños de un acaso*, *No siempre lo peor es cierto*, *Antes que todo es mi dama*, *Dicha y desdicha del nombre*, *La dama duende*, y *Bien vengas, mal, si vienes solo*; y siendo excelentes en su línea, le acreditan por el primer dramático moderno en la clase de comedias de enredo.

#### XIV.

#### DE DON FRANCISCO MARTINEZ DE LA ROSA.

APENDICE SOBRE LA COMEDIA ESPAÑOLA. (Tomo II de las obras literarias de dicho señor. — París, 1827.)

EN circunstancias tan prósperas, y al declinar ya Lope de Vega, se presentó en la palestra un rival poderoso, destinado á desterrar casi de la escena al que habia ejercido en ella tan absoluto imperio: tal era CALDERON. Dotado de ingenio el mas agudo, de imaginacion no tan

vehemente como osada y florida, de invencion ménos vasta que la de Lope, pero mas sutil y artificiosa; no tan rico en el habla, aunque tambien fácil y puro; buen versificador, ya que no tan gran poeta, parecia que CALDERON habia nacido para ocupar el puesto que iba á dejar vacío su célebre predecesor, y aun tal vez para sacarle ventaja. De familia noble, de educacion esmerada, y bien acogido en una corte tan culta y galante, pudo desde luego CALDERON observar el cuadro vasto y ameno que se presentaba á su vista, y dar á su locucion y á su estilo aquel barniz limpio y suave que tanto agrada en el teatro.

Mas por desgracia, las cualidades de ese poeta, su siglo y su nacion influyeron en él desventajosamente, contribuyendo á alejarle de la buena senda: el talento de CALDERON era grande; su instruccion no escasa, aunque no bastante sana y escogida; nació en una época de contagio, en que por todas partes cundian la afectacion y el culteranismo; vió delante de sí á un Lope, que habia sobresalido tanto, sacudiendo las trabas del arte; sintióse él propio mas inclinado á lucir las dotes espontáneas del ingenio, que las que se adquieren á costa de continuo trabajo y de penosa observacion, y halló mas fácil y lisonjero pintar con libertad y gracia, que esclavizarse á retratar fielmente costumbres y caracteres. La índole de su talento, el ejemplo de los demas dramáticos, el gusto del público, todo le convidaba á buscar en sus dramas la novedad y artificio, mas bien que la imitacion y verdad, hallándose seguro de que lograria luego con la viveza y brillo de los colores disimular las faltas de correccion en el diseño.

Si aun en tiempo mas llano y mas sencillo, y casi entre los juegos de su niñez, empezó ya nuestro teatro cómico á admitir en la escena reyes y personajes ilustres; y si despues habia continuado haciéndolo con aceptacion y aplauso, no era de esperar que renunciase en el reinado de Felipe IV á tan ambiciosas pretensiones, reduciéndose á modesta medianía. La proteccion de la corte, su lujo y el deseo de vistosos espectáculos, convidaban á los poetas á dedicarse á *comedias heróicas* (1); incitábalos tambien á ello el gusto de aquel tiempo, inclinado á todo lo que era hinchado y pomposo; cabia en tales argumentos dar mayor soltura á la imaginacion, alzar el tono del estilo, engalanar la frase, ostentar mas artificio en los versos, en una palabra, todo lo que agradaba mas al público, y lo que costaba ménos á nuestros dramáticos. No es, por lo tanto, de extrañar que mostrasen estos mucha aficion á tales composiciones, mas confiados de sobresalir en ellas con su ingenio, que temerosos de los peligros que de cerca les amenazaban.

Léjos estuvo CALDERON de evitarlos; y el que de edad de trece años habia empezado por componer *El carro del cielo*, daba harto motivo de temer que, con el impulso de su propio aliento y la grata acogida del público, se empeñase mas y mas en tan desacordadas empresas. Así aconteció efectivamente: CALDERON malgastó grandísima parte de sus fuerzas en la composicion de *dramas heróicos*, en los cuales la mala eleccion de argumentos, aunque á veces no desnudos de interes y belleza, resaltó todavia mas por los gravísimos defectos que comunmente la acompañaban. Y ¿qué podia esperarse de comedias forjadas sobre las proezas de la *Gran Cenobia*, ó sobre la vida de *Semíramis*, apellidada *La hija del aire*; sobre los cuentos de Roldan y del gigante Galafre en el *Puente de Mantible*; sobre un príncipe de Polonia encerrado por su padre como una fiera; sobre los ímpetus de Coriolano y las lágrimas de Veturia, y sobre otros asuntos semejantes tan impropios de la comedia? Que el poeta no cnidase de la verosimilitud del plan, ni del curso natural de los incidentes, ni de la verdad en los caracteres: que estropease mas de una vez la historia, confundiese los hechos, y cometiese en geografía y en cronología los errores mas crasos; y que no acertando á pintar tan varias costumbres conforme á la nacion, al tiempo y á las demas circunstancias peculiares que cada drama requeria, se diese

(1) Hasta las disposiciones de la autoridad contribuian y aun precisaban á ello, como lo prueba esta noticia dada por Don José Pellicer y Tovar.

« Avisos de 1.º de marzo de 1644.

En lo que mas ahora se habla en Madrid es en las leyes que se han puesto á comedias y comediantes. Hanse hecho á instancia de Don Antonio de Contreras, del Consejo Real de Castilla y Cámara. En primer lugar, que no se puedan representar de aquí adelante de inventiva propia de los que las hacen, sino de historias, ó vidas de santos. »

La segunda cláusula del dictamen dado por el Consejo de Castilla en dicho año sobre este asunto, era, segun lo trae Don Casiano Pellicer en su *Tratado sobre el origen de la Comedia*, parte primera, páginas 217 y 218: « Que las comedias se redujesen á materias de buen ejemplo, formándose de vidas y muertes ejemplares, de hazañas valerosas, de gobiernos-políticos, y que todo esto fuese sin mezcla de amores. »



por satisfecho con amontonar incidentes, con enredarlos no sin artificio, y con delirar en estilo altisonante, que el estragado gusto del público aclamaba como sublime.

No se debe pues calificar el mérito de CALDERON por esa clase de composiciones, tan celebradas en su tiempo como desacreditadas hoy día, sino por el talento que mostró en otras, de las que puede considerarse, ya que no como padre, al ménos como uno de los que mas contribuyeron á ennoblecerlas: tales son las comedias *de capa y espada*, así llamadas por el traje con que se representaban. No es decir tampoco que estas composiciones desempeñasen el fin que debieran haberse propuesto; pero ya era no pequeña ventaja hacer bajar á la comedia de las nubes, por decirlo así, y enseñarla á andar en terreno llano: ya era un paso muy adelantado presentar en la escena cuadros de la sociedad civil, intrigas domésticas, sucesos comunes entre personas particulares; con lo cual se ganaba, no solo cultivar argumentos mas propios de la comedia, sino mejorar el estilo, el diálogo y la versificación, tomando un tono mas templado y conveniente, en vez de aturdir los oídos con sentencias huecas y clausulones retumbantes.

Por mala suerte no aspiró CALDERON al honroso título de censor de costumbres, tal vez porque en su época lo juzgó inútil, cuando no peligroso; y hallándose en una corte de fiesta y galanteo, protegido y lisonjeado, tuvo por mas seguro y cómodo dejarse llevar de la corriente, y emplear su talento en dorar ciertos vicios brillantes, que veía ensalzados por todas partes, que no presentarlos desnudos en la escena para escarnecerlos y desterrarlos. Esta es la imputacion mas grave que puede hacerse á CALDERON; pues muy frecuentemente se ven en sus comedias, no solo disculpadas y ennoblecidas, sino coronadas con el mas feliz éxito acciones vituperables, en vez de haberse propuesto el poeta, cual debiera, sacar á la vergüenza los vicios y defectos ridículos que presentaba en su tiempo la sociedad, para esgrimir contra ellos las finas armas de su ingenio.

Habiéndolo hecho así, no solo hubiera procurado grandes bienes, en vez de causar graves daños, sino que habria mejorado mucho sus composiciones dramáticas, aun consideradas bajo el aspecto literario: proponiéndose zalar en cada drama un vicio ó defecto ridículo, y dedicándose por precision á la pintura de caractéres, como estos son en el mundo tan varios, sus retratos también lo hubieran sido; mas empeñándose el poeta en forjar sus dramas á fuerza de enredar incidentes, logró con su gran talento interesar y divertir, llevando suspensa la curiosidad de una escena en otra: pero no bastó la mucha fecundidad y agudeza de su ingenio á libertarle de aparecer con desdoro suyo pintor amanerado. Algunos incidentes se ven tan repetidos en sus comedias, que hasta suelen llamarse por dónaire en el trato comun *lançes de Calderon*; y por lo que hace á caractéres, ¡cuánto no se parecen entre sí los galanes valientes y favorecidos, las damas enamoradas y desenvueltas, los segundos quejosos é importunos, las segundas desairadas y celosas, los padres necios, los hermanos espadachines, y los criados truhanes, insolentes y entremetidos!

En lo que brilla el gran talento de CALDERON, no es en la parte de caractéres, sino en el artificio dramático: cualidad preciosa, que le valió en su tiempo tantos aplausos, que le sostiene todavía con crédito en nuestro teatro, y que le ha adquirido gran renombre en el extranjero, especialmente en el de Alemania. En la mayor parte de los dramáticos se nota escasez y dificultad en la invencion y en la trama; en CALDERON solo se advierte exceso y demasia: en comedias de otros autores el espectador corre á la par del poeta, y aun le gana tal vez el paso, previendo el curso y término de los sucesos; con CALDERON siempre se queda atras y se reconoce inferior. *La Dama duende*, *Casa de dos puertas mala es de guardar*, *El secreto á voces*, *No hay burlas con el amor*, *Peor está que estaba*, y otras muchas composiciones suyas, manifiestan no solo su mérito sobresaliente en este punto, sino de lo que hubiera sido capaz, si la razon y el buen gusto hubiesen moderado el ímpetu de su fantasia; porque á veces es tal la abundancia de incidentes, que su peso cansa y agobia, y tan artificioso el enredo dramático, que ántes parece maraña que nudo.

De cuyo origen nacieron tambien otros gravísimos defectos en las obras de ese poeta; pues aunque fuese comunmente diestro y feliz en los desenlaces, tuvo mas de una vez que cortar al fin lo que desatar no podia: entre tanto cúmulo de incidentes, muchos de ellos bellos y singulares, mezcló desacertadamente otros, poco naturales y escogidos, y en composiciones tan

complicadas y artificiosas fué mas difícil sujetarse á la estrechez de las reglas dramáticas. No cometió CALDERON, es cierto, en esta especie de comedias urbanas los absurdos y extravagancias que en las *heróicas*; pero incurrió en licencias culpables, ménos dignas de excusa en él que en ningún otro, porque tan raro era su talento, que sin hallar nunca obstáculos ni dificultades que le detuviesen, solo habia menester templanza y cordura.

Ademas de la invencion y artificio, poseia CALDERON otras muchas cualidades de gran precio; y aunque el gusto severo condene hoy dia en sus comedias tantas flores y pespuntos de ingenio, siempre queda que admirar en ellas la urbanidad amena, la diction purísima y la versificacion agradable. Mas, por lo que respecta á sus contemporáneos, debió CALDERON encantarlos: muchos de sus defectos reputábanse entónces bellezas; y en una época de ingenio y de galanteria, ¡cuánto no debería agradar ver unas damas tan discretas y apasionadas, y unos amantes tan rendidos y pundonorosos, con el requiebro siempre en los labios y la mano en la espada! Lope de Vega habia sacado á la comedia de su desaliño y rustiquez, dándole mas ornato y decoro; en CALDERON ya se ve un poeta de corte, y de la corte de Felipe IV.

## XV.

### DE DON FRANCISCO JAVIER DE BURGOS.

DON PEDRO CALDERON DE LA BARCA. (*Artículo reimpresso en El PANORAMA, periódico literario de Madrid, en los números 98 y 99 de la SEGUNDA ÉPOCA, correspondientes al 12 y al 19 de noviembre de 1840.*)

Nació en Madrid, pero no en 1.º de enero de 1604, como dice su grande amigo y coronista Don Juan de Vera Tasis y Villarroel, sino en uno de los primeros dias de 1600, pues consta por la partida de bautismo que inserta en sus *Hijos de Madrid* Don Juan Alvarez y Baena, que fué bautizado el 14 de febrero de dicho año de 1600 en la parroquia de San Martín.

Colmado de bienes, favorecido por los tres últimos soberanos de la dinastía austriaca, solícitado y protegido por el condestable de Castilla, por los duques del Infantado, Alba y Medina de las Torres, por el conde-duque de Olivares, marques del Carpio, príncipe de Estillano y otros magnates, y honrado con el aprecio y con la admiracion de sus contemporáneos, CALDERON murió en Madrid en 23 de mayo de 1681, dejando una reputacion que nunca perecerá.

Segun las épocas, las obras dramáticas de este ilustre poeta han sido juzgadas ó como portentos de ingenio, ó como modelos de extravagancia; y esta diversidad de opiniones, que podría explicarse diciendo que una era la del siglo XVII, y otra la del XVIII, continúa con harto asombro de los que meditan, en el siglo XIX, sin que haya podido fijarse todavía de un modo positivo el concepto sobre el mérito de CALDERON. Don Nicolás Antonio, que inoderado siempre en la alabanza y en el vituperio, parecia no participar del espíritu característico de ninguna época determinada ó exclusiva, dijo en el siglo XVII, hablando de CALDERON, ser opinion comun que él fué casi el único cuya reputacion dramática igualó á la de Lope de Vega, y que le aventajó en algunas prendas. «Todo cuanto el ingenio puede hacer para enredar y desenredar las fábulas, dice el ilustre biógrafo, para presentar en la escena todos los casos de la vida, y vencer todas las dificultades, otro tanto le debe á él la comedia. Ademas, en el número de las composiciones y en su talento dramático fué, exceptuando á Lope, el primero de todos los poetas de esta clase, ora compusiese piezas sagradas, ora profanas, por cuya razon lo empleó frecuentísimamente Felipe IV, juez bien perspicaz é inteligente en estas materias.» El juicioso, el circunspecto, el amante de lo clásico Don Ignacio de Luzan, escribia en el capítulo 13 del libro 3.º de la *Poética*, impresa en 1757: «En CALDERON admiro la nobleza de su locucion, que *sin ser jamas oscura ni afectada*, es siempre elegante; y especialmente me parece digna de muchos encomios la manera y traza ingeniosa con que este autor, teniendo dulcemente suspenso á su auditorio, ha sabido enredar los lances de sus comedias, y particularmente de las que llamamos de capa y espada, entre las cuales hay algunas donde hallarán los críticos muy poco ó nada que reprehender, y mucho que admirar y elogiar. Tales son las comedias *Primero soy yo, Dar tiempo al*



tiempo, *Dicha y desdicha del nombre*, etc. (1)» Desde los años de 1625 á 1630 que empezó CALDERON á ser elogiado, nunca hasta el de 1757 lo habia sido ménos que lo fué por Don Ignacio de Luzan.

Sin embargo, poco despues de esta época se empezó á perder totalmente el respeto á CALDERON; y los Nasarres, Montianos, Moratines, Clavijos y otros eruditos, declamaron amargamente contra nuestros poetas antiguos. Encarnizáronse mas particularmente contra nuestro autor, y contra el padre de la comedia española, Lope de Vega, siendo de todos aquellos críticos severos el que mas escribió ó difundió mas su doctrina, Don José Clavijo y Fajardo, redactor del *Pensador Matritense*, periódico bastante útil, que empezó á publicarse en Madrid en 1762. El mayor número de literatos de tertulias ó de cafés, que nunca tienen opinion propia, y que diciendo en una parte lo que oyen en otra, suelen al cabo de cierto tiempo ser calificados de hombres de gusto, repitieron con mucho énfasis las ideas y aun las expresiones del *Pensador*, las exageraron, si en ello habia exageracion, y dejaron por cosa asentada que Don PEDRO CALDERON DE LA BARCA fué un poeta extravagante. La escuela dramática alemana vino en breve á vengarle de estos insultos, le declaró el primer ingenio del imperio de Talía, y renovó una cuestion que hace mucho tiempo deberia estar decidida. Clavijo, declamando violentamente contra la corrupcion del gusto dramático en el siglo xvii, intentaba rectificar la opinion de su nacion, y hacerla volver al gusto clásico, que es el que asegura la duracion de las producciones literarias, y que se veia ya renacer en dos composiciones de Don Agustin Montiano y Luyando. En ocasiones semejantes, y por tan respetables motivos, es permitido recargar alguna vez la crítica; pero si esto era lícito á Clavijo por esta razon, no habia por qué deferir ciegamente á su opinion, cuando se prescindiese del motivo, ó cuando no se estuviese en el caso que él. Así pues, era menester hacer justicia imparcialmente, examinar lo que se criticaba, y sentar el juicio sin exagerar el elogio ni la reconvencion.

No es de nuestro propósito inquirir aquí por qué camino se corrompió en tan poco tiempo el gusto clásico en la literatura española; basta establecer que Don PEDRO CALDERON DE LA BARCA le encontró corrompido, y lo que es mas, que el primero de sus predecesores en la carrera dramática, el ilustre Lope de Vega le habia encontrado viciado tambien; pues aunque ántes de él hubiese uno ú otro poeta distinguido compuesto una ú otra pieza dramática ménos defectuosa, ó si se quiere, completamente arreglada á las leyes del arte, estas no habian hecho fortuna en sus representaciones, y se posponian á las extravagancias antiguas. Cuando nació nuestro autor, tenia treinta y ocho años Lope, y sesenta lo ménos cuando aquel ilustre ingenio empezó á darse á conocer. Lope por su parte habia dado á la contextura de las fábulas teatrales una libertad, un ensanche extraordinario y monstruoso, y esto en tiempo que su coetáneo Don Luis de Góngora habia dado al estilo un giro igualmente exagerado y ridículo, que desgraciadamente tenia muchos admiradores. Doce ó quince poetas dramáticos, que se habian hecho célebres al mismo tiempo que Lope y ántes que CALDERON, habian acreditado el nuevo género de comedias del padre del teatro español, y quince ó veinte líricos el nuevo estilo de Góngora. Don Francisco de Rojas y Zorrilla, muy conocido aun hoy por su preciosa comedia de *Entre bobos anda el juego*, habia encarecido sobre los extravíos de Lope de Vega, Mira de Amescua, Don Guillen de Castro, Don Jerónimo Cáncer, etc.; y aplicando á la comedia el gongorismo con toda su oscuridad y sus despropósitos, habia hecho ya del diálogo dramático una jerga ininteligible. El mismo maestro Lope y los demas contemporáneos se avergonzaron de pasar por ménos ingeniosos que Rojas, y se empeñó una lucha sobre quién diria mas disparates, lucha en que no se desdeñaron de tomar parte el facilísimo Tellez, el elegante Moreto, y algunos de los hombres mas ilustres de aquella época.

Tal era el estado de nuestra literatura, cuando al advenimiento de Felipe IV al trono, empezó á oirse el nombre de CALDERON. En tales circunstancias es difícil, por no decir imposible, resistir al torrente, y sobre todo cuando un monarca poderoso, que cultiva las letras, sigue la misma mala escuela, y con su ejemplo autoriza, sanciona ó consolida la corrupcion; que era lo que puntualmente sucedia en España. DON PEDRO CALDERON escribió pues sus comedias en el viciado y detestable estilo de su tiempo, lleno de figuras, ó atrevidas, ó incoherentes, ó absurdas, de

(1) En la segunda edicion de la poética de Luzan (1789) no se halla este pasaje, que debe ser uno de los que remó el autor ó su hijo Don Juan.

locuciones extravagantes, y de ideas falsas ó ridiculas; pero en medio de esto se ve en ellas un interes siempre sostenido. Sus versos, cuya contextura métrica es admirable, tienen tanta armonía, que el poeta mas severo no puede resistir á su prestigio, por mas que vea alguna vez que solo contienen disparates rimados. En suma, CALDERON tiene golpes de teatro magníficos, habla á veces al corazon, y arrastra siempre á la imaginacion y la cautiva: testigo el efecto constante y casi mágico, que por mas de dos siglos ha producido la representacion de sus piezas, y que produciria aun hoy, si se supiesen recitar sus hermosísimos versos; testigo el gran poeta cómico de nuestros dias, que hablando de ciertas comedias bárbaras, que hace veinte y cinco años se representaban con mucho aplauso, decia: «¡Cuánto mas valen Solis, Moreto, CALDERON y Rojas cuando deliran, que estos otros cuando hablan en razon!»

Si se exigiesen de nosotros otras pruebas del juicio que acabamos de formar, no tendríamos mas que remitir á nuestros lectores á cualquiera de las piezas que componen el teatro de este hombre insigne, en todas las cuales se encuentra por donde quiera interes constante, versificación magnífica y estilo monstruoso. En algunas se hallan además sentencias luminosas y oportunamente aplicadas, y á veces el lenguaje puro y fácil que conviene al diálogo dramático, como por ejemplo en muchas escenas de *La dama duende*, de *Para vencer á amor, querer vencerle*, de *No siempre lo peor es cierto*, de *Fuego de Dios en el querer bien*, y de *El secreto á voces*, por no hablar de otras en que tambien hay pasajes admirables, ya por la fuerza ó la novedad de los pensamientos, ya por la gracia ó la majestad del estilo, ó ya por el efecto teatral de la situacion, y en que el dramático madrileño no quedó inferior á los primeros modelos de este género, y se mostró igualmente capaz de aterrar con los lúgubres acentos de Melpómene, que de divertir con los festivos ecos de Talía.

Pero en las comedias de argumentos caseros, llamadas de capa y espada, porque se representaban con este traje, que era el que entónces usaban todos, y el que usan aun hoy los alguaciles, fué en las que nuestro CALDERON sobresalió particularmente, rasgueando con un pincel vigoroso y magistral las costumbres de su tiempo. Los que en las piezas que de esta clase escribió nuestro poeta, se quejan de no ver mas que desafíos, escondites de galanes, raptos de doncellas y un pundonor exagerado y quisquilloso, no reparan sin duda en que el poeta no creó estos usos ó estos sentimientos, sino que eran los de la época y del pais en que vivía; no reflexionan que las comedias verdaderas, ó propiamente dichas, deben siempre pintar las costumbres de la sociedad en que se supone pasar la accion, y que es tan ridículo reprender á CALDERON por haber retratado estos usos, que hoy ya no existen, como lo sería reprender al cultísimo Terencio, porque en su *Andria* presenta á Glicerio dando chillidos que le arrancan los dolores del parto, y pidiendo proteccion á Juno; á la partera mandando que laven á la parida, á unos y á otros poniendo al hijo de Pánfilo á la puerta de la casa del viejo Simon, y otras cosas que están mas lejos de nuestros hábitos y de nuestros usos, que los pendencieros amores del siglo xvii. Aun podríamos añadir que en las costumbres de dicho siglo hay en medio de estas extravagancias mucho que nos convendría aprender ó imitar. El cuidado con que los amantes se recataban de los padres ó hermanos de sus queridas, prueba que la autoridad doméstica estaba en toda su fuerza, á lo ménos cuando se trataba del honor. La galantería caballeresca, de que eran consecuencias la exaltacion del amor, la fidelidad en cumplir lo prometido, la disposicion constante para socorrer al que necesitaba favor, es una virtud social, que no estaria demas que se conservase. Las academias de damas y caballeros, en que se proponian y ventilaban cuestiones muy ingeniosas, tenian la ventaja de hacer necesaria alguna instruccion para figurar algo en el mundo, en el cual estaban seguros de no poder representar el menor papel ciertos hombres de pocos alcances ó de ninguna instruccion, que desde que se desterró aquel uso pudieron andar mas á sus anchas. En fin, el amor á la patria, el horror á cierta clase de vicios que estaban reputados por bajos, el hábito de emprender todo aquello que el valor podia superar eran otras tantas ventajas de las costumbres en los tiempos de CALDERON.



## XVI.

## DE DON FERMIN GONZALO MORON.

ENSAYO HISTÓRICO-FILOSÓFICO SOBRE EL ANTIGUO TEATRO ESPAÑOL. (REVISTA DE ESPAÑA Y DEL  
EXTRANJERO, tomo VII. — Madrid, 1843.)

EN brillante estado legó Lope de Vega el teatro español al célebre poeta madrileño DON PEDRO CALDERON DE LA BARCA, cuyo genio dramático fué indudablemente superior al suyo.

Si Lope de Vega se distingue por la fluidez del verso, la invencion, la dignidad y dulzura de los sentimientos, CALDERON es el poeta que refleja mejor las ideas, creencias y costumbres de los españoles. Es por excelencia el poeta del honor y de la religion, y estos eran los objetos caros, sagrados para nuestros ascendientes. El respeto á las mujeres, la deferencia caballeresca hácia las mismas, sacrificándolo todo al honor de una dama, la defensa de este en caso de cualquier agravio, la delicadeza de los sentimientos y el pundonor en todas sus acciones: he aquí lo que se descubre en el fondo filosófico de sus comedias, y especialmente en *Casa con dos puertas mala es de guardar*, *El médico de su honra*, *A secreto agravio secreta venganza*, *El mayor monstruo los celos*, *El alcalde de Zalamea*, *Las armas de la hermosura*, *No siempre lo peor es cierto*, *Amigo, amante y leal*, y *Los empeños de un acaso*. Considerado su teatro en la parte artística ó de desempeño, se admira una imaginacion inagotable, trozos brillantes de poesia lírica, y una facilidad en la intriga y enredo, que desespera, y en que no ha sido dado todavía á ningún poeta anterior ni posterior excederle, ni acercársele con gran distancia.

La deferencia al honor de las mujeres se halla recomendada por Laura en la *Casa con dos puertas mala es de guardar*, cuando dice á Félix:

Mira, por Dios, lo que haces;  
Pues en quien es caballero,  
El honor de las mujeres  
Siempre ha de ser lo primero.

Pero obsérvase en especial ese idealismo respetuoso hácia el bello sexo en las *Armas de la hermosura*. Versa esta comedia sobre los tan trágicos sucesos ocurridos en Roma por el destierro de Coriolano; y tan vestida á la española está, que en lugar de presentar CALDERON los hechos tan interesantes y dramáticos de la historia, prefiere falsificar esta, y supone á Coriolano enamorado de Veturia, desterrado de Roma, y puesto al frente de los sabinos para atacarla, porque el Senado no quiso otorgar su peticion, hecha á instancias de su amante, de revocar las leyes suntuarias que acababa de establecer contra el lujo y los adornos de las mujeres. Esta comedia marca perfectamente la diferencia de las costumbres de Roma, y de España en la fastuosa corte de Felipe IV. Es grandioso el personaje de Coriolano en la historia romana, y sobre manera dramáticas las palabras y lágrimas que Veturia emplea para templar el furor y la indignacion noble de su hijo; mas en CALDERON el primero es pueril, y la segunda una despreciable coqueta. La deferencia al bello sexo es noble y honrosa, cuando se consideran su debilidad y sus virtudes; pero es ridícula y humillante, cuando el hombre se mezcla en la defensa de sus frivolidades y caprichos, y esto último es lo que se observa en la comedia de CALDERON, sobre todo al fin de la misma, cuando dice Coriolano:

.....Advierte  
Que nunca dije que había  
Negádosela rebelde  
A mi dama; que el mas noble  
Puede negar justamente  
Lo que le pide, á su patria,  
A su padre, á sus parientes,  
A su amigo y enemigo:

Pero á su dama no puede,  
Y mas cuando su hermosura  
Con armas del llanto vence

Y concluye :

.....Primeramente ,  
Que las mujeres que hoy  
Tiranzadas contiene ,  
Se pongan en libertad ;  
Y á las que volver quisieren  
A Sabinia , no se impidan  
Ni sus personas ni bienes.  
Que las que quieran quedarse,  
Restituidas se queden  
En sus primeros adornos  
De galas , joyas y afeites  
Que á la que se aplique á estudios  
O armas , ninguno la niegue  
Ni el manejo de los libros ,  
Ni el uso de los arneses :  
Sino que sean capaces ,  
O ya lidien ó ya aleguen ,  
En los estrados de togas ,  
Y en las lides de laureles.  
Que el hombre que á una mujer ,  
Donde quiera que la viere ,  
No la hiciere cortesía ,  
Por no bien nacido quede.  
Y por mayor privilegio ,  
Mas grave y mas eminente ,  
Pues por las mujeres yo  
Sin honra me vi , se entregue  
Todo el honor de los hombres  
A arbitrio de las mujeres.

Tal es la última arenga del héroe de esta pieza ; y si bien hay en estos sentimientos algo de ridículo y de exagerado , son la demostracion mas clara de que la deferencia al bello sexo fué uno de los resortes ó medios dramáticos de nuestros distinguidos ingenios.

Mas la comedia donde la dignidad y la inocencia candorosa de la mujer , el idealismo mas exaltado del amor y del respeto hacia la mujer están pintados de un modo interesante y dramático , es la de *No siempre lo peor es cierto*. En ella , el galán Don Carlos , despues de herir en el cuarto de su dama al que suponía ser su rival y hallarse escondido en el mismo , no obstante su indignacion y amargo dolor por creer infiel á su amada , viendo á esta en peligro de su honor por la entrada de su familia , la arrebató , cuida de ella con la mas esmerada consideracion , y lleva su generosidad hasta permitir su enlace con el que juzga ser su rival , á fin de que no quede manchada su honra.

Mas si interesante y bellísimo aparece el carácter de Don Carlos , el de su amada Leonor es una creacion angelical. Ella amaba á Don Carlos con la mas apasionada sublimidad , y habia despreciado á Don Diego , quien valiéndose de una criada , logró introducirse en el aposento en que se hallaban Leonor y Don Carlos , y donde fué herido por este. Leonor comprende lo justo del enojo de su amante ; mas sin entrar en explicacion alguna , solo afirma su inocencia , esperando con resignacion que el tiempo la aclare , y padeciendo el mas acerbo dolor , hasta que su enemigo mismo por una serie de sucesos y combinaciones en que tanto descolló el númen de CALDERON , confiesa su culpabilidad y la de la criada de Leonor.

Si la deferencia mas ideal y el delicado respeto á la mujer forma una de las principales bellezas dramáticas del poeta madrileño , es otra el honor en el hombre , quien ejecuta por él las acciones mas nobles , y no sufre el menor agravio en el mismo. Por eso las pendencias , los duelos y cuchilladas son tan frecuentes en las piezas de CALDERON , y por ello tambien se ha repre-



dido la perjudicial influencia de sus comedias, aunque no anda en esto muy acertada la crítica, pues él pintaba las costumbres y halagaba las inclinaciones de su tiempo, y no es justo exigirle la filosofía del actual.

En la comedia *A secreto agravio, secreta venganza*, se descubre bien este sentimiento del honor, cuando Leonor dice á su esposo Don Lope :

Ya no quiero que el amor,  
Sino el valor, me aconseje.  
Servid hoy á Sebastian,  
Cuya vida el cielo aumente;  
Que es la sangre de los nobles  
Patrimonio de los reyes;  
Que no quiero que se diga  
Que las cobardes mujeres  
Quitán el valor á un hombre.  
Cuando es razon que le aumenten.

Y cuando Don Lope dice á Don Luis :

¿Qué es á creer? si llegara  
A imaginar, á pensar  
Que águien pudo poner mancha  
En mi honor... ¿qué es en mi honor?  
En mi opinion y en mi fama,  
Y en la voz tan solamente  
De una criada, una esclava,  
No tuviera, ¡vive Dios!  
Vida que no le quitara,  
Sangre que no le vertiera,  
Almas que no le sacara,  
Y estas rompiera despues,  
A ser visibles las almas.

En *El mayormonstruo los celos*, el Tetrarca se decide á mandar la muerte de su mujer, á quien ahora, para que no sea de Otaviano, y dice :

No te acobarde lo horrible  
De una historia tan extraña;  
Que cuando murmuren unos  
Que hubo quien dejó por manda  
Un homicidio, creyendo  
Que así sus penas engaña,  
Que así sus quejas desmiente,  
Que así desdice sus ausias,  
Y que así enmienda sus celos,  
Otros habrá que lo aplaudan;  
Pues no hay amante ó marido  
(Salgan todos á esta causa)  
Que no quisiera ver ántes  
Muerta, que ajena su dama.

Empero donde resplandece el honor español en todo su brillo y pureza es en *Los empeños de un acaso*, y especialmente en la comedia *El alcalde de Zalamea*. No se invoca ni se defiende el honor en la última por un noble, sí que por un villano ó labrador de Zalamea, á quien un capitan de ejército le ha robado su hija. La nobleza, el pundonor y la rectitud se ven delicadamente retratados en el bien delineado carácter del labrador, pudiendo ser esta comedia la mejor demostracion de lo generalizada que se hallaba la honradez y la grandeza de los sentimientos en todas las clases del pais. El labrador era alcalde de Zalamea, y habia mandado la prision del capitan raptor, y es interesante el diálogo entre aquel y el bien sostenido carácter

del general Don Lope de Figueroa, que le reprende la prision del capitan, como una extralimitacion de sus facultades.

DON LOPE.

¿Sabeis ¡vive Dios! que es  
Capitan?

CRESPO.

Si, ¡vive Dios!  
Y aunque fuera el general,  
En tocando á mi opinion  
Le matara.

DON LOPE.

A quien tocara  
Ni aun al soldado menor  
Solo un pelo de la ropa,  
Viven los cielos, que yo  
Le ahorcara.

CRESPO.

A quien se atreviera  
A un átomo de mi honor,  
Viven los cielos tambien,  
Que tambien le ahorcara yo.

DON LOPE.

¿Sabeis que estáis obligado  
A sufrir, por ser quien sois,  
Estas cargas?

CRESPO.

Con mi hacienda,  
Pero con mi fama no.  
Al Rey la hacienda y la vida  
Se ha de dar; pero el honor  
Es patrimonio del alma,  
Y el alma solo es de Dios.

Mas donde aparece toda la honradez y pundonor del alcalde de Zalamea es en el diálogo con el capitan.

Ya que yo como justicia  
Me valí de su respeto  
Para obligaros á oirme,  
La vara á esta parte dejo,  
Y como un hombre no mas  
Deciros mis penas quiero, etc.

El capitan, que forzó á la hija del honrado labrador, resiste con arrogancia su pretension; y este por último le manda ahorcar, interviniendo Felipe II para aprobar en el fondo esta sentencia. El trozo que acabamos de citar es un cuadro brillante y acabado por la sublimidad de los sentimientos, lo dramático de la situacion, y la verdad y propiedad del carácter; y es sin disputa esta comedia una de las mas acabadas de CALDERON.

El tercer resorte dramático de CALDERON fué el sentimiento religioso, tan vivo en el pueblo español, y que excitó y halagó en sus comedias *La vida es sueño*, *La devocion de la cruz*, *El Josef de las mujeres*, *Los dos amantes del cielo*, *El cisma de Inglaterra*, y sus numerosos autos sacramentales, que versaron sobre objetos morales y sagrados, cuyos personajes son alegóricos, y su objeto la veneracion de algun misterio, ó la demostracion de alguna verdad religiosa ó moral. Al hablar de los siglos medios, observamos el nacimiento de la poesia y del drama vulgar en los templos, romerías, procesiones y festividades religiosas. Notamos tambien que no solo la religion era el principio civilizador de la sociedad, si que se encargó de procurar al pueblo el solaz y la distraccion. Y como siempre toda literatura nacional refleja los sentimientos que se arraigaron profundamente en la vida y las costumbres de un pais, de aquí el que en España, donde el principio religioso era tan fuerte y poderoso como ya hemos demostrado, fué muy



frecuente hasta el siglo xviii la representacion de comedias de santos y autos sacramentales en las iglesias y en las grandes festividades religiosas. Escribieron en este género casi todos los poetas españoles; pero su gloria fué oscurecida completamente por los autos sacramentales de CALDERON. En ellos campea la rica imaginacion de CALDERON, la exaltacion religiosa, y un misticismo elevado, mezclado de ese tinte ideal y filosófico, tan propio de su genio, y que ha valido á nuestro poeta la admiracion y entusiasmo de los literatos alemanes.

Las antecedentes reflexiones bastarán á dar á conocer el númen dramático de CALDERON en la parte filosófica. En la artística, si Lope de Vega descolló por la fluidez del verso y la fecundidad de su genio, no fué ménos célebre CALDERON por la gala y pompa oriental de su poesía, por la facilidad prodigiosa del enredo y combinacion sorprendente de sucesos, por la abundancia de conceptos y palabras.

Con respecto á la facilidad de la intriga y del enredo, admira esta siempre en las comedias de CALDERON, hasta perderse el lector ó el espectador en un intrincado laberinto, de donde le saca siempre con sorpresa el genio del poeta. Esta cualidad no puede demostrarse sino siguiendo paso á paso el movimiento de una pieza, y por ello recomendamos la lectura de sus comedias, para conocer la rica imaginacion de CALDERON, y este carácter distintivo del teatro español en su parte artística, ó de desempeño material. Se observan tambien prodigadas en las piezas de tan esclarecido ingenio las sentencias, las definiciones, y hasta los silogismos, en que pagó su tributo á la corrupcion del buen gusto en la poesía, y á la educacion pedantesca y escolástica comun á la sazón en Europa, y sobre todo en España. Para que CALDERON fuese el fiel reflejo en el teatro de todo lo que habia sido popular en nuestro pais, ensayó igualmente en sus comedias el género ó romance caballeresco, siendo notable en el mismo *El jardin de Falerina* y *Hado y divisa de Leonido y de Marfisa*. Préstase difícilmente al teatro este género, y nada por lo mismo de recomendable ofrece en la parte filosófica: admiranse solo en la artística la multitud de aventuras y las mutaciones de lugares y paisajes, tan frecuentes en las mismas como en los autos sacramentales, y que debian halagar extraordinariamente la imaginacion de un pueblo tan amante como el español de todo lo maravilloso.

Resumiendo ahora nuestro juicio sobre CALDERON, no podemos ménos de manifestar que si su genio hubiese de sujetarse á las estrictas reglas de los preceptistas, la reputacion y mérito del mismo serían tan inferiores como los que estos le han señalado. Si se le considerase como pintor de pasiones y caracteres en general, haciendo abstraccion de la sociedad en que él vivia, su númen dramático apareceria mediano. Calderon era un poeta español, hablaba á españoles, sus comedias se representaban ante el pueblo español: así debe juzgársele en nuestro concepto; y de este modo CALDERON es un poeta nacional de primer orden, porque supo reflejar cual nadie los sentimientos y las creencias de nuestro pais. Afortunadamente eran nobles y sublimes, y el poeta es noble y sublime, adornada su musa con los brillantes colores de una naturaleza y un cielo hermosos, de una corte magnífica y de habitantes entusiastas de todo lo que es bello é ideal. La verdad dramática en su fondo la desconoció en general como Lope de Vega, porque el carácter español, noble y sublime por honor, no ofrece esa parte terrible y profunda de los héroes de Shakespeare. A pesar de la semejanza que presenta en su marcha la civilizacion europea, hay una diferencia notable entre la literatura del Norte y del Mediodía. Se ve en la primera inculcado fuertemente el genio de la edad media en su rústica grandeza, con sus profundas y terribles pasiones, y con un tinte severo y melancólico. Ella refleja fielmente la vida moral de los hombres del Norte, esforzados en sus acciones, y profundamente terribles y tristes en sus sentimientos. La literatura del Mediodía presenta por el contrario la belleza y alegría de un cielo y de una naturaleza hermosa, y la existencia brillante, muelle y algo voluptuosa de sus habitantes. Podria decirse bien que la literatura del Norte deriva sus bellezas de todo lo que es íntimo, profundo y doloroso en el corazon humano, mientras la del Mediodía considera la vida como un magnífico festin, y busca entretener la imaginacion y cautivar los sentidos con la pintura de todo lo que es maravilloso, dulce y sorprendente. Esto nos ha decidido siempre en favor de la literatura del Norte. La poesía, en su esencia y en su mayor elevacion, es para nosotros la copia ó el reflejo de todo lo que hay mas fuerte, íntimo y profundo en la vida moral de la especie humana. Como para resaltar mas la

sabiduría y el orden, ha repartido Dios el bien y el mal sobre la tierra, y ha impreso en el alma del hombre el sentimiento del placer y del dolor, de la alegría y del infortunio. Mas del mismo modo que parece en la naturaleza física prevalecer la cantidad del mal sobre la del bien, así en la moral la parte íntima y dolorosa afecta mas profundamente el corazon humano, que la dulce y agradable. Por eso se ha visto siempre que el dolor y el infortunio produjeron las bellezas mas sublimes, y que un sentimiento profundo y melancólico inspiró las composiciones de los mas eminentes poetas del mundo. Léanse los mas brillantes cuadros de Homero, de Sófocles y Eurípides, del Dante y del Tasso, de Milton, de Lope de Vega, de Schiller y de Byron, y se observará siempre el sello del dolor y de la amargura. Esta es la razon por la que preferimos la literatur del Norte á la del Mediodia, por la que reconocemos la superioridad de Shakespeare sobre CALDERON en la pintura de pasiones y caractéres. Pero al expresarnos de esta suerte, no se crea que la historia de España no presentaba á la imaginacion de los poetas los hombres de hierro del Norte con sus misteriosas y profundas pasiones. Al traves del tinte oriental de nuestras costumbres, la lucha de ocho siglos con los árabes, emprendida por todos los sentimientos mas fuertes en el corazon humano, habia dado al carácter español el mas altivo y grandioso temple, y nuestros caballeros de los siglos xiii, xiv y xv podian competir y excedian indudablemente en calidades magnánimas á los del Norte; mas nuestros poetas del siglo xvi no supieron pintarlos con la profundidad necesaria, porque aquella grandeza colosal habia desaparecido, y la fiel y enérgica descripción de los mismos, requería una fuerza y poder de imaginacion de que carecian, y un trabajo artístico y de meditacion que se descuidó siempre por nuestros mas esclarecidos ingenios. Es tan cierta esta observacion, que en *El médico de su honra*, de CALDERON, en *Las mocedades del Cid*, de Guillen de Castro, y en otras comedias célebres, los sucesos son por sí dramáticos, los caractéres profundos y grandes, y sin embargo sentimos un vacío al comparar el desempeño y la accion del drama con lo que los hechos requieren; y esto solo se explica porque el poeta no ha sabido apoderarse de su situacion y pintarla en su grandeza, porque las pasiones y los caractéres que describe son superiores á su genio. Aplícase sobre todo esta observacion á CALDERON, que manejó toda clase de argumentos. En casi todas las situaciones dramáticas hay falsedad de sentimientos y mucha abundancia de palabras; y cualquiera que sea la lengua y la forma de expresion de un país, nos parece que siempre revelan falta de verdadero genio y energia moral; y esto nos impide comparar CALDERON á Shakespeare en la pintura de los caractéres y pasiones. En una sola cosa asemejanse ambos: en que aplicaron al teatro todos los géneros mas varios de poesia, y reflejaron todo lo que habia mas grave, profundo é íntimo en la vida moral de su respectivo país. Ostenta el poeta del Mediodia mayor fecundidad de imaginacion que el del Norte; pero la de este es mas profunda. Distingue al primero la pompa y riqueza mas lujosa en la descripción de situaciones y pasiones, mientras el segundo revela en una frase, en dos palabras, todo lo que hay mas íntimo y misterioso en el corazon humano. Los dos son sin duda el ornamento y los mas bellos genios de su nacion, y la memoria del poeta madrileño será respetable y sagrada para los españoles, mientras aprecien y recuerden con emocion y con entusiasmo las brillantes páginas de su historia, y todo lo que hubo noble, generoso y magnánimo en el carácter español.

## XVII.

### DE DON RAMON MESONERO ROMANOS.

RAPIDA OJEADA SOBRE LA HISTORIA DEL TEATRO ESPAÑOL. (SEMANARIO PINTORESCO, segunda serie, tomo iv. — 1842.)

Mucho habia adelantado la comedia española con Lope de Vega y sus imitadores; pero por desgracia no estaba aun formado el gusto en este punto, y el mismo ingenio de aquel, sublime é independiente de toda regla, perjudicó extraordinariamente á los verdaderos progresos



del arte. Porque acostumbrados los ánimos de los espectadores á la multiplicidad de lances é incidentes en la accion, á la mezcla extravagante de lo trágico y cómico, y en fin, á los ingeniosos disparates, era menester un genio igual al suyo en atrevimiento, y que le excediese mucho en juicio, para dirigir la comedia hácia la verdadera senda de la razon y el buen gusto.

Puede decirse que este genio brilló en DON PEDRO CALDERON DE LA BARCA. Contemporizando hasta cierto punto con el gusto que Lope había extendido, hizo sin embargo desaparecer sus monstruosidades, é imaginó la verdadera comedia española, la cual, si bien todavía defectuosa en el plan, es encantadora en su desempeño. Sus muchísimos dramas (porque aun le alcanzó la manía de escribir mucho) son por lo general admirables por el artificio de su accion; el ingenio con que se la conduce hasta el fin, teniendo al espectador en una continua sorpresa; la nobleza de los caractéres, principalmente amorosos, el estilo sentencioso y sublime, y la armonía encantadora del verso. Entre ellos los hay, en donde los críticos mas severos hallarian poco que reprender en cuanto á la regularidad de su plan: tales son, *Dicha y desdicha del nombre*, *Mejor está que estaba*, *Dar tiempo al tiempo*, *Casa con dos puertas*, *Los empeños de un acaso*, y otros varios.—Los hay tambien en el género trágico ó del drama elevado, en el cual, aunque con los defectos anejos á la época, sobresalió tambien CALDERON. *La vida es sueño*, *El Tetrarca de Jerusalem*, *El alcalde de Zalamea*, *El médico de su honra*, *A secreto agravio secreta venganza*, son creaciones de primer orden, que darian á CALDERON el título de nuestro primer dramático, si no le hubiese sabido merecer por otra clase de comedias de que puede decirse que fué el original inventor.

Hablamos de las comedias llamadas de enredo y de *capa y espada*, en que tan hábilmente supo pintar las costumbres galantes de su época, y trazar cuadros de tan prodigioso interés, que en vano han pretendido competir con él cuantos poetas han alcanzado despues aplausos en nuestra escena. *La Dama duende*, *El escondido y la tapada*, *Mañanas de abril y mayo*, *Gustos y disgustos*, *Cuál es mayor perfeccion*, y otras ciento que pudiéramos citar, colocan á CALDERON en una línea especial, en un puesto eminente sobre cuantos dramáticos han inventado antes y despues enredos teatrales, y son un testimonio claro de que su inagotable imaginacion le suministraba una rica vena de recursos poéticos, y le hacia parecer siempre nuevo, siempre ingenioso y siempre admirable. Nisolo lo fué para los españoles: los autores mas clásicos de Francia é Italia se apresuraron á rendirle el homenaje debido á su talento: Corneille le debió su *Heraclio*; Molière tomó la idea de *Las mujeres literatas* en la de *No hay burlas con el amor*, y el célebre Metastasio le imitó repetidas veces.

Tuvo la fortuna este insigne poeta de haber vivido bajo el reinado de Felipe IV, príncipe decidido protector del teatro, y poeta él mismo, pues se sabe que escribió algunas comedias bajo el nombre de un *Ingenio de esta corte*, entre ellas algunas apreciables, como es la de *Dar la vida por su dama*. No es pues extraño que engrandeciese con sus mercedes al poeta mayor de su siglo. Por eso CALDERON recibió en vida los testimonios mas marcados de su benevolencia: sus comedias se representaban en el gran teatro que este príncipe hizo construir en el sitio del Buen-Retiro, y aun una de ellas, *Certámen de amor y celos*, fué representada con inmensos gastos en el estanque grande del mismo sitio, por disposicion del duque de Olivares.

CALDERON nació en Madrid de una familia ilustre, en enero de 1600, y recibió una distinguida educacion; fué geógrafo, cronologista, historiador, matemático y canonista; estudió en Salamanca, fué militar, y despues sacerdote, caballero del hábito de Santiago, capellan de honor de S. M. y de los Reyes nuevos de Toledo; murió en 25 de mayo de 1681, y fué enterrado en la iglesia de San Salvador de Madrid, y allí han permanecido sus restos hasta que por una suscripcion voluntaria del pueblo de Madrid fué trasladado al cementerio de la puerta de Atocha, en abril del año pasado de 1841.

## XVIII.

## DE DON ANTONIO GIL DE ZARATE.

MANUAL DE LITERATURA, SEGUNDA PARTE, tomo II. (Madrid, imprenta de Boix, 1844)

CUAL consecuencia precisa del gran movimiento dramático que se habia desarrollado en España, despues de tantos escritores con tan varias cualidades, pero siguiendo todos un mismo sistema; al cabo de tan inmenso caudal de comedias sobre cuantos asuntos pueden imaginarse; como remate y corona de aquella época floreciente para el teatro español, tenia que aparecer algun ingenio feliz que reuniese en sí las cualidades sobresalientes de este teatro, que lo elevase á su mayor altura, y fuese, por decirlo así, la última expresion de aquella escuela dramática nueva, original, y tan diferente de la antigua. A Lope de Vega le faltó fuerza y arte para la combinacion de sus fábulas; Tirso pecaba por licencioso y procaz; Moreto no poseía toda la inventiva necesaria; Alarcon se presentaba con poca idealidad; Rojas era exagerado y gongorino: se necesitaba pues un hombre que al artificio para disponer planes hábilmente combinados, á la urbanidad y decoro, á la fecunda imaginacion, al lenguaje poético y armonioso, reuniese las dotes de aquellos escritores: facilidad, abundancia, espíritu caballeresco, gracia, filosofia, elevacion, conocimiento del corazon humano y de las pasiones, y, lo que tal vez escaseó en todos, sublimidad en los pensamientos. Cualidades tan varias, tan raras, tan difíciles de reunir en una sola persona, eran precisas para formar el poeta dramático español perfecto. No bastaba ser apto para la poesia elevada, para la pintura de las grandes pasiones, si no se poseía tambien la gracia y soltura que permiten trazar cuadros familiares; poco era tener chiste para las situaciones cómicas, sin la facultad de remontarse á la expresion de los mas nobles afectos. Nuestro teatro no conocia la division de géneros, no consentia la perfeccion en unos y la mediocridad en otros; los mezclaba todos; exigia todos los talentos reunidos; y su inmensa variedad, al paso que engendraba multitud de comedias desarregladas y monstruosas, hacia mas difícil la tarea del que intentase llegar á la perfeccion; no siendo dado alcanzarla sin poseer cualidades extraordinarias y portentosas. Favorecia, sí, la inmensa avenida de ingenios medianos que escriben sin arte, que exageran los defectos de un sistema, porque no alcanzan sus bellezas, que tal vez logran ante un público ansioso de novedades triunfos efimeros que pronto quedan sepultados en un eterno olvido; pero no podia producir mas que uno solo de esos ingenios sublimes que abrazan todos los primores del arte, que vencen todas las dificultades, que realizan en sus obras inmortales el bello ideal del género que cultivan, y cuyo nombre por lo tanto resuena en todas las naciones y traspasa los mas remotos siglos. Tal fué DON PEDRO CALDERON DE LA BARCA, príncipe de los poetas dramáticos españoles, y bajo cuyo imperio llegó nuestra escena á su mayor altura, sin que despues le fuese dable otra cosa mas que descender, cayendo en la postracion que siempre sigue á los grandes esfuerzos.

En CALDERON pues tenian que reunirse todas las excelencias del sistema dramático acepto á los ojos de la nacion española, propio de la edad moderna, y cuyas bases fuéron asentadas por el gran Lope de Vega: excelencias que hasta entónces se habian presentado diseminadas entre variedad de ingenios. Pero como este sistema no aspiraba á una bondad absoluta, como encerraba en sí vicios, los unos inherentes á su propia naturaleza, los otros debidos al modo que tuvo de constituirse; como por otra parte las circunstancias literarias de la época, circunstancias calamitosas para el buen gusto, no podian ménos de influir en todo aquel que escribiese para el público, era tambien indispensable que CALDERON pecase en muchas cosas, pues no hubiera sido la viva y verdadera representacion del ingenio poético español, á no reunir en grado igual sus prendas y sus defectos. Así pues no presentaremos á CALDERON como un dechado de la perfeccion poética, sino como un portento de la naturaleza, superior tal vez en dotes á todos los ingenios conocidos; pero que abusando de estas dotes, así se entrega indiferente á lo malo, como sabe alcanzar lo mas sublime del arte. Semcjante á la



naturaleza en su exuberante lozanía, crea la maleza estéril al pié de la elevada y fructífera palma.

No se puede tampoco juzgar á CALDERON sin considerar la época en que escribió, así en la parte política, como en la moral, religiosa y literaria. En su tiempo habian llegado á su complemento y desarrollo los principios de toda clase sembrados en la nacion, cuando, expulsados los moros de la Península, se reunió toda en una sola monarquía, que no contenta ya con sus límites naturales, hizo alarde de sus fuerzas, llevó su pendon á todos los puntos del mundo conocido, buscó otro nuevo para sus hazañas, y aspiró durante muchos años á la dominacion universal. Estos principios que abrigaban el gérmen de una grandeza inmediata y de una futura decadencia, habian llevado el Estado al punto en que la primera declinaba ya, y empezaba la última con rapidez prodigiosa. De aquí pues la mezcla de cualidades contradictorias en los españoles de entónces.

En lo político, no era España aquella potencia formidable que ponía en peligro la libertad de toda Europa: rotos sus invencibles tercios, menguado su inmenso territorio, combatida en su propio seno por rebeliones obstinadas ó trinnfantes, oscurecido su prestigio, conservaba sin embargo el orgullo de la pasada gloria, y la elevacion de ánimo que procura un gran poder, pero sin la enerjía suficiente para producir grandes cosas; siendo por lo tanto activa y desgraciada. El poder absoluto se habia consolidado; y robustecido el trono, tanto como en otro tiempo fué débil, los sentimientos monárquicos, fundados en el derecho divino de los reyes, estaban profundamente grabados en los corazones. La religion, afianzada con tantas guerras contra los infieles, y conservada en su pureza por la Inquisicion, se ostentaba ardiente, fervorosa y con firmes creencias. La moral, apoyada en el honor y los sentimientos religiosos, era rígida, y no transigia con deslices de ninguna clase, castigándolos severamente. La literatura, cultivada por claros ingenios, y rica en bellas producciones, habia hecho de la lengua española una lengua europea, siendo de todas las modernas la que tenia mas pompa y mas vigorosa armonía. Pero á la par de tan altas cualidades, existian los defectos que la degradacion acarrea: el valor degeneraba en fanfarronería, el pundonor en espíritu pendenciero, la galanteria en atrevimiento, la lealtad en servilismo, la religiosidad en supersticion, el cuidado de la fama en tiranía doméstica, la pompa del lenguaje en altisonancia, el ingenio en ridiculo culteranismo. Así pues los hombres eran valientes, enamorados, caballerosos, galantes, pundonorosos, fieles á su rey y á su dama, observadores rígidos de su palabra, en extremo religiosos, y siempre bien hablados; pero se mostraban tambien pendencieros, fanfarrones, celosos, opresores de sus mujeres y hermanas, cruelmente vengativos, llenos de supersticiosas creencias, y afectados y oscuros en sus estudiados discursos. Las mujeres aparecian altivas, recatadas, devotas y discretas; pero la opresion y vigilancia que se ejercia sobre ellas las hacia astutas en sus amores, ingeniosas para conducir una intriga secreta, é hipócritas en toda su conducta. Tales son los galanes que presenta CALDERON en sus comedias; tales las damas que saca á la escená. CALDERON no tan solo retrató perfectamente las costumbres de su época, sino que reprodujo en sus obras el espíritu, los afectos, las creencias, el lenguaje del mismo siglo con exactitud admirable: los que en él nos parecen ahora defectos, no lo eran entónces; y de no tenerlos, careceria de aquel sello de verdad que el poeta dramático debe imprimir á todas sus composiciones.

Tan profundamente grabado estaba en CALDERON este carácter esencialmente nacional, que en cada escena, en cada frase, en cada palabra se revela, imposibilitándole de pintar nada que no fuese español. Vanamente recorre en sus numerosos dramas todas las naciones, todas las épocas de la historia, todas las creencias; vanamente deja el mundo real, y se interna en la fábula ó en la region de las alegorías: siempre es el mismo; con él ningun hecho, ningun héroe toma el colorido local; con él jamas se oye el lenguaje que corresponde á sus personajes: así como tenia que prestarles á todos el habla castellana, castellanos los hacia en sus acciones, en sus ideas, en sus afectos. Solo le queda en CALDERON á todo lo extranjero los nombres, y aun á veces desfigurados; en lo demas, todo tiene que pasar bajo las horcas caudinas que su profunda nacionalidad impone á cuanto no es de su patria. Nadie á su lado hallaba acceso, como no fuese disfrazado con ropilla y ferreruelo.

Para que esto sucediese, claro está que CALDERON tenia que ser en todo un español puro, y presentar en sí una viva imagen de su siglo. Con efecto, en su persona se reunieron el caballero, el soldado, el cortesano y el sacerdote; y en todas estas condiciones fué poeta para reproducir con admirable pincel los afectos é ideas que las distinguen. Aunque no estamos tan ignorantes de su vida como respecto de otros célebres dramáticos, ignoramos sin embargo las particularidades de ella que necesitaríamos para tener su verdadero retrato en cada uno de esos estados; mas por lo que se sabe, y por lo que se deduce de la lectura de sus obras, se puede asegurar que fué valiente, honrado, discreto, enamorado, en extremo religioso, leal á toda prueba, y como sus galanes, algo pendenciero.

Si atendemos á la larga vida de este poeta, durante la cual, desde muy jóven, no dejó de escribir, el número de ciento veinte comedias que es el mayor que se le atribuye, no sorprende; pues aun contando solo desde la edad de veinte años, no salen á dos cada uno; y á otros tantos ascenderian á lo mas los autos sacramentales, resultando el tiempo de tres meses para cada una de sus composiciones dramáticas. Aunque las mas serian hechas sin duda alguna en mucho ménos tiempo, siempre se ve que no trabajaba sus obras con la precipitacion de Lope; y prueba de ello es que para concluir en mas de ocho dias la fiesta de *Cerámén de amor y celos*, tuvo que hacer un esfuerzo: no le hubiera ciertamente embarazado á Lope el tener que marcharse á la guerra al otro dia de empezada una comedia, para darla ya terminada.

El sistema de CALDERON no era sin embargo susceptible de tanta velocidad como el de Vega. Hay en las comedias de aquel mucho mas artificio; y sus planes, por lo bien combinados, requerian mucho mas detenimiento. No obstante, una vez arreglados, no creemos que le costase gran trabajo el desempeño. A su natural facilidad debió añadir la que procura una larga práctica; y pruebas se hallan no pocas en sus obras de que solia escribir con bastante desaliño.

A grandes elogios y á sangrientas críticas ha dado lugar este insigne poeta entre los extranjeros; pues entre nosotros, exceptuándose algunos críticos del siglo pasado que le trataron de delirante, nunca ha dejado de ser aplaudido por el pueblo, hasta ahora en que, por el contrario, los literatos le ensalzan, y el público no asiste á la representacion de sus dramas. Los alemanes sobre todo, se han entusiasmado por él en estos últimos tiempos, y no han contribuido poco á la fama de que hoy goza en Europa, hasta en las naciones donde antes era objeto de burla y menosprecio. Por lo tanto, creemos deber nuestro el transcribir aquí el elocuente elogio que de él hace el célebre crítico Schlegel, tomando esta traduccion de la de Sismondi. Dice así:

«Apareció, en fin, DON PEDRO CALDERON DE LA BARCA, genio no ménos fecundo, escritor no ménos ágil que Lope, pero mucho mas poeta, poeta por excelencia, si alguna vez ha merecido hombre alguno este título. Renovóse para él, mas no en grado muy superior, la admiracion de la naturaleza, el entusiasmo del público, y la dominacion del teatro.... En el número casi infinito de sus obras, no se encuentra nada debido á la casualidad: todo está trabajado con la habilidad mas perfecta, siguiendo seguros y consecuentes principios y con miras profundamente artísticas: lo cual no pudiera negarse, aun cuando se considerase como una manera este estilo puro y elevado del teatro romántico, y se tuviesen por desairados estos atrevidos vuelos de la poesia, que se elevan hasta los últimos límites de la imaginacion. CALDERON ha cambiado por todas partes en su propia substancia lo que habia servido solamente de forma á sus predecesores, y para alcanzarlo, bastábanle solo las mas notables y delicadas flores. De aquí proviene que repite á menudo muchas expresiones, muchas imágenes, muchas comparaciones, y hasta muchos juegos de situacion, aunque era demasiado rico para tomar prestado, no digo de los demas, sino de sí mismo. La perspectiva teatral es á sus ojos la parte esencial del arte; pero esta vista, cerrada para otros, llega á ser positiva para él: no conozco ningun autor dramático que haya sabido como él poetizar el efecto, y que le haya hecho obrar tan poderosamente sobre los sentidos, haciéndolo al mismo tiempo tan aéreo.

» Sus dramas se dividen en cuatro clases: representaciones de historias de santos, sacadas de la Escritura, piezas históricas, mitológicas, ó tomadas de cualquiera otra invencion poética, y pinturas en fin de la vida social en las costumbres modernas. En un sentido riguroso, no



pueden llamarse históricas mas que las obras fundadas sobre la historia nacional: CALDERON ha tratado con mucha verdad las antigüedades españolas; pero tenia de otra parte una nacionalidad muy decidida, y pudiera decirse muy ardiente, para poder mudarse en otra esencia. Pudo, cuando mas, identificarse con los pueblos que un sol esplendoroso anima, tales como los del Mediodía ó del Oriente; pero nunca con los de la antigüedad clásica ó del Norte de Europa. Cuando ha escogido en la historia de estos pueblos asuntos, los ha tratado de una manera fantástica en extremo. La mitología griega no ha sido para él mas que una fábula encantadora, ni la historia romana mas que una hipérbole majestuosa.

» Sin embargo, deben ser consideradas sus representaciones religiosas como históricas hasta cierto punto; pues aun cuando CALDERON las haya envuelto en una poesía mas rica aun, ha expresado siempre en ellas con gran fidelidad la mayor parte de los caracteres de la historia hebrea ó de la Sagrada Escritura. Distingúense ademas estos dramas de las demas comedias históricas por las altas alegorías que pone frecuentemente en escena, y por el entusiasmo religioso con que ha hecho brillar el poeta en las representaciones que eran destinadas á la fiesta del Santo Sacramento, el universo, que pintaba alegóricamente con llamas de púrpura y de amor. En este último género de composiciones ha sido admirado, sobre todo por sus contemporáneos, y á este género daba él mismo la mas alta preferencia.

» Hizo CALDERON algunas campañas en Flándes y en Italia, y sometióse, como caballero de Santiago, á los deberes militares de esta órden, hasta que abrazó el estado eclesiástico; y de esta manera anunció exteriormente hasta qué punto era la religion el sentimiento dominante de su vida. Si es verdad que el sentimiento religioso, la lealtad, el valor, el honor y el amor son las bases de la poesia romántica, bajo estos auspicios debe seguramente haber nacido, desarrollándose y tomado el mas atrevido vuelo en España. La imaginacion de los españoles era osada, como su espíritu emprendedor, y ninguna aventura espiritual les parecia peligrosa. Ya antes de esta época se habia manifestado el gusto del pueblo por lo sobrenatural mas increíble en los romances de caballería; queria este pueblo tornar á ver las mismas cosas en el teatro, y como en esta época, llegados los poetas españoles al mas elevado punto de cultura en las artes y de perfeccion social, tratando estos asuntos les inspiraron una alma musical, y purificándolos de cuanto tenian de corporal y grosero, no les dejaron mas que los colores y los olores, resulta un encanto irresistible de este contraste hasta entre la forma y el fondo. Los espectadores creian ver en la escena una aparicion de la grandeza de su nacion, que estaba ya medio destruida, despues de haber amenazado conquistar el mundo, mientras que veian derramar en una poesia siempre nueva toda la armonia en los mas variados metros, toda la elegancia del juego mas espiritual, y toda la magnificencia de imágenes y comparaciones, que podia permitir su lengua sola. Los tesoros de las mas apartadas zonas eran, tanto en poesia como en realidad, importados para satisfacer á la madre patria; y puede decirse que en el imperio de esta poesia, asi como en el de Carlos V, no se ocultaba el sol nunca.

» Hasta en los dramas de CALDERON que representan las costumbres modernas, y que en su mayor parte descienden al tono de la vida vulgar, nos sentimos encadenados por un encanto fantástico, sin que sepamos considerarlos como comedias en el sentido ordinario de la palabra. Las comedias de Shakespeare están compuestas siempre con las costumbres inglesas, porque la imaginacion cómica debe referirse á las cosas locales y conocidas, y la parte romántica está siempre tomada de cualquier teatro meridional, porque no es el sol natal suficientemente poético. En España, por el contrario, pueden ser aun consideradas las costumbres nacionales bajo un punto de vista ideal. Es verdad que esto no hubiera sido posible, á habernos introducido CALDERON en la vida doméstica, en donde la necesidad y el hábito lo reducen todo á límites estrechos y vulgares. Sus comedias concluyen, como las de los antiguos, en casamientos; pero ¡cuán diferente es todo cuanto precede al desenlace! En estas, para satisfacer pasiones sensuales y miras egoistas, se emplean á menudo medios muy inmorales: los hombres, con todas las fuerzas de su espíritu, no son mas que entes físicos opuestos los unos á los otros, que tratan de aprovecharse de sus debilidades para sorprenderse mutuamente. En las otras domina ante todas cosas, un sentimiento ardiente y apasionado que ennoblece

todo lo que le rodea, porque liga á todas las circunstancias una afección del alma. CALDERON nos representa, es verdad, sus principales personajes de ambos sexos en los primeros albores de la juventud y entregados á la esperanza de todos los goces de la vida; pero el premio por el cual luchan y por que ansían, desdeñando todo lo demas, no puede á sus ojos trocarse por ningun otro bien. El honor, el amor y los celos son las pasiones dominantes: su juego noble y atrevido forma el nudo de las comedias, sin que se complique por medio de travesuras ó de industriosos engaños; el honor es siempre en ellas un sistema ideal que descansa sobre una moral elevada que santifica el principio, sin dejar pensar en las circunstancias. Puede llegar á ser el arma de la vanidad, descendiendo á opiniones vulgares y á preocupaciones; pero bajo todos estos aspectos se reconocen siempre en él las huellas de una idea elevada. Dificil me sería encontrar una imágen mas perfecta de la delicadeza con que representa CALDERON el sentimiento del honor, que la tradicion fabulosa sobre el armiño, que estima tanto, segun se dice, la blancura de su piel, que ántes de ensuciarla, se entrega él mismo á la muerte, al verse perseguido por los cazadores. Este sentimiento del honor no es ménos poderoso entre las damas de CALDERON, dominando el amor, que no encuentra lugar mas que al lado de él, sin merecer la preferencia. Conforme á los sentimientos que el poeta expone, consiste el honor de las mujeres en amar solo á un hombre honrado y sin tacha alguna, y con una perfecta pureza, y en no sufrir ningun homenaje equivoco que pueda ofender á la mas severa dignidad femenina. Este amor exige un secreto inviolable hasta que una union legal permite declararlo públicamente; y esta sola condicion le pone á cubierto de los tiros emponzoñados de la vanidad, que se gloriaria de pretensiones ó adquiridas ventajas. Aparece de este modo el amor como un voto secreto y una religion oculta. Es verdad que siguiendo esta doctrina, están permitidas la astucia y la disimulacion, que el honor proscribía por otra parte absolutamente; pero las mas delicadas consideraciones se ven aun observadas en la liga del amor con los demas deberes, entre otros el de la amistad. El poder de los celos, despiertos siempre, siempre terribles en su explosion, no está como entre los orientales, ligado á la posesion, y si á las mas ligeras preferencias del corazon y á la manifestacion mas imperceptible. Ennoblécese al amor, porque este sentimiento llega á envilecerse cuando no es completamente exclusivo. El nudo que estas diversas pasiones habian formado, no produce frecuentemente resultado alguno, y entónces es la catástrofe verdaderamente cómica; otras veces toma un giro en extremo trágico, y entónces llega á ser el honor un destino contrario, á quien no puede satisfacerse sin sacrificar su ventura y caer en el crimen.

» Esta es pues la indole mas elevada de los dramas que los extranjeros llaman comedias de intriga, y á los cuales, conforme á la costumbre con que se les pone en escena, han dado los españoles el título de comedias de *capa y espada*. Ordinariamente no tienen de burlesco mas que el papel del criado bufon, que es conocido bajo el nombre de *gracioso*. Este sirve solamente para parodiar los motivos poéticos conforme á los cuales obra su amo, haciéndolo á menudo de la mas elegante manera y del modo mas ingenioso. Raras veces es empleado como instrumento para aumentar el embrollo con sus astucias, lo cual es debido con mas frecuencia á fortuitos acontecimientos, aunque de una invencion admirable. Otras obras dramáticas son llamadas comedias de *figuron*: los demas papeles son en ellas comunmente los mismos; pero se distingue entre ellos una figura precisamente representada en caricatura. No puede negarse á muchas piezas de CALDERON el título de comedias de *carácter*, aunque no se deben esperar los mas delicados rasgos del talento característico de los poetas de una nacion cuyos sentimientos apasionados y cuya melancólica imaginacion no podrian avenirse con el espacio y la sangre fria de la observacion.

» Ha dado CALDERON á otra clase de sus obras el nombre de *fiestas*, las cuales habian sido en efecto destinadas á ser representadas en la corte, en las mas solemnes ocasiones. Segun su pompa teatral, las frecuentes mudanzas de decoraciones, los prodigios que á vista del espectador se representan, y hasta la música que se ha introducido en ellas, pudiera dárseles el nombre de *óperas poéticas*: tienen efectivamente mas poesia que las demas composiciones de este género, puesto que por solo el brillo de aquella pudieran obtener el mismo efecto que en las óperas sencillas no se obtiene, sino por las decoraciones, la música y la danza. En estas



obras se abandona el poeta á los mas atrevidos vuelos de su imaginacion, y sus representaciones pertenecen apenas á la tierra.

» Pero el carácter de CALDERON brilla sobre todo cuando se ocupa de asuntos religiosos : no pinta el amor sino es con rasgos vulgares, y no le hace hablar sino el lenguaje poético del arte ; mas la religion es el amor que le es propio : este es el corazón de su corazón, y por ella solamente pone en movimiento las teclas que penetran y conmueven el alma profundamente. Parece que no quiso hacer otro tanto en las circunstancias puramente mundanas : su piedad le hace penetrar con claridad en las mas confusas relaciones. Este hombre venturoso se habia librado del laberinto y del desierto de la duda en el asilo de la fe, desde donde contempla y pinta, con una serenidad que nada puede turbar, el curso de las tempestades del mundo. Para él la existencia humana no es un enigma oscuro : sus mismas lágrimas, como una gota de rocío sobre una flor, presentan al resplandor del sol la imagen del cielo ; su poesía, cualquiera que sea el asunto que trate aparentemente, es un himno infatigable de gozo sobre la magnificencia de la creacion ; solemniza con una admiracion alegre y siempre nueva los prodigios de la naturaleza y del arte, como si los viera siempre por la vez primera, con un brillo que el uso no ha empañado aun. Este es el primer desentramiento de Adán, acompañado de una elocuencia y de una sobriedad de expresiones que pueden dar solamente el conocimiento de las mas secretas propiedades de la naturaleza, la mas alta cultura del ingenio, y la reflexion mas madura y grave. Cuando reúne los mas apartados objetos, los mas grandes y los mas pequeños, las estrellas y las flores, el sentido de sus metáforas es siempre la relacion de las criaturas con el Criador comun, y esta irrebatadora armonía, este concierto del universo, es de nuevo para él la imagen del eterno amor, que todo lo comprende.

» Florecia aun CALDERON, cuando en las demas partes de Europa dominaba el gusto amanerado en las artes, y la literatura declinaba hacia el prosaismo, que tan general llegó á ser en el siglo XVIII. Por esta razon puede ser considerado como puesto sobre la mas alta cima de la poesía romántica : todo su esplendor ha sido invertido en sus obras, del mismo modo que en un fuego artificial se acostumbraba reservar los mas variados colores, las mas brillantes luces para la última explosión »

El entusiasmo brilla en este elocuentísimo trozo, y despues de él, nada puede decirse en elogio de CALDERON. Mas así como hay críticos que ensalzan de tal suerte á este gran poeta, existen otros que no le son tan favorables, y entre ellos Sismondi, que convierte en defectos las bellezas que Schlegel le atribuye. En su concepto, CALDERON es el hombre de la miserable época de Felipe IV: falso en las costumbres que representa, falso en su lenguaje, exagerado en todo, excede á todos los poetas castellanos, y aun á los mas ridículos conceptistas de Italia, en amaneramiento y en el modo de alambicar las ideas; es incapaz de expresar las pasiones y de pintar los grandes dolores, mezclando una poesía importuna en las situaciones mas despedazadoras; y aunque suele tener situaciones de un efecto admirable, jamas se encuentra en él una expresion patética ó sublime por su verdad y sencillez. Critica en extremo su falta de colorido local y de verdad histórica, atribuyéndola á ignorancia; y por último dice que es el poeta de la Inquisicion, no inspirando mas que horror por la religion que profesa, á la cual solo atribuye pasiones feroces y una moral corrompida.

La enorme diferencia que existe entre estos dos juicios nace de que sus autores juzgan á CALDERON con arreglo á distintos sistemas. Schlegel le considera desde las alturas de la mas elevada poesía, y le coloca en el punto culminante del romanticismo; y Sismondi le mira al traves de la prosaica manera de los dramáticos franceses, y ademas, en la parte religiosa, con todas las prevenciones de un protestante contra la comunión católica. Bajo estos dos distintos aspectos, el elogio y la alabanza son ciertos; más diremos : si se considera el arte en el punto en que hoy día se encuentra, tan distante de las exageraciones románticas como del rigorismo clásico; si se atiende á las ideas de la época presente, el juicio verdadero de CALDERON puede resultar de la mezcla de ambos juicios : en el primero se hallan brillantemente ensalzadas sus verdaderas bellezas; en el segundo vemos presentados sus verdaderos defectos; mas estos no destruyen el mérito de aquellas, y son tanto menos atendibles, cuanto mas consideramos á CALDERON, no con respecto á nuestro siglo, sino relativamente á la época en que ha vivido;

y cuanto mas nos acercamos á las regiones de la alta poesía, dejando el mundo real, que es el patrimonio de la comedia tal cual hoy la entendemos, para internarnos en el ideal, que era donde se colocaban nuestros dramáticos antiguos.

Sea defecto, sea belleza, estos poetas han procurado siempre dar mas á la fantasía que á la razon y al juicio: han querido alucinar primero que convencer; han preferido cuadros brillantes y sorprendentes, á las pinturas exactas de la naturaleza; y en vez de conmover los corazones haciendo derramar lágrimas, tienen por objeto recrear imaginaciones vivas y ardientes. Si es este un defecto, es el de todo nuestro teatro; y CALDERON que, como hemos dicho, habia venido á ser su complemento y quinta esencia, no podia ménos de tenerlo; ántes bien le correspondia alcanzar mas brillantez, mas magia que sus antecesores. Siguiendo el camino que agradaba á la nacion para la cual escribia, llegó al último limite, y fué el encanto de sus contemporáneos. Despójesele de esos defectos que tiene, y ya no será el poeta español: su prestigio desaparece, su poder queda aniquilado, y cae de sus manos el cetro del teatral imperio.

Ese espíritu esencialmente español, esa exuberancia de poesía que, á la verdad, traspasa los límites permitidos, esa profusion de imágenes y de hipérboes, ese lenguaje florido y musical, esos caractéres ideales, esa exageracion de ciertos sentimientos nobles y pundonorosos, esa religiosidad, sin duda, supersticiosa: todo eso era lo que entusiasmaba á los espectadores que aplaudian las comedias de CALDERON, así como todo eso es tambien lo que en la actualidad las hace ménos concurridas en el teatro. Nosotros no encontramos en ellas nuestros usos ni nuestros afectos; buscamos otra especie de sensaciones, necesitamos trasportarnos en idea á la época en que se escribieron, y esto lo hacen únicamente los literatos, no el público que va á buscar placeres conformes á sus gustos actuales. Pero si sería error en CALDERON, viviendo ahora, escribir del modo que lo hizo, tambien lo hubiera sido seguir diferente rumbo, teniéndoselas que haber con españoles del siglo xvii.

Que estos españoles no eran ya los del siglo anterior; que conservaban la altivez de su pasada prepotencia, contrastando con el decaimiento de la monarquía; que la Inquisicion habia influido harto desgraciadamente en sus costumbres y sentimientos religiosos: esto ya lo hemos dicho, y estamos conformes en ello con Sismondi; pero creemos que este escritor lleva demasiado léjos su critica, y que preocupado con su idea, deja de ver la parte noble y bella que tienen esas cualidades, parándose únicamente en la que merece vituperio. Reprueba la fanfarronería, el humor pendenciero, el carácter vengativo de los héroes de CALDERON que, segun él, solo viven en el duelo y el asesinato; pero no ve el honor que resalta en ellos, su lealtad, sus sentimientos caballerosos, su cortesanía, la generosidad que los anima, y otras mil prendas que, no por ser á veces exageradas, dejan de merecer elogios. Atribuye á las mujeres una relajacion de costumbres que no tenían, y olvida su delicadeza hasta en el amor mas ardiente; no le prenda su constancia y las virtudes de que hacen á cada momento alarde. Por último, anatematiza supersticiones dignas de reprobacion, pero no percibe el espíritu verdaderamente religioso que anima siempre al poeta, su ardiente fe, sus firmes creencias, y aquel estudio profundo de los misterios cristianos que desenvuelve con tanta filosofia en medio de torrentes de poesía encantadora, sabiendo sacar efectos teatrales de lo mas abstracto que la religion conoce.

En la parte artística, tampoco hace justicia Sismondi á CALDERON. Nada dice del ingenioso artificio con que están dispuestos sus dramas, de sus bien meditadas combinaciones, de la perfeccion de sus planes. Esta perfeccion no es á la verdad la de los dramáticos franceses: no observa CALDERON la unidad de tiempo ni de lugar, varía con frecuencia la escena, amontona á veces incidentes que al parecer pudieran descartarse; pero es la perfeccion del género que seguía. Las situaciones se enlazan bien entre sí y se deducen con naturalidad unas de otras: el movimiento de la accion nunca pára, el interes ó la curiosidad crece á cada instante, se sigue el argumento con facilidad; y aunque la trama se complica á veces demasiado, se desenlaza de un modo sorprendente, pero sin inverosimilitud ni esfuerzo. Hasta esos incidentes, que parecen superfluos, suelen ser necesarios para la inteligencia de la fábula; y es tal la trabazon de sus diferentes partes, que los refundidores que han intentado reducir sus



obras á mas arregladas formas, ó no lo han conseguido, ó han aumentado la confusion y el embrollo.

Sobresalen en CALDERON las ideas sublimes, las imágenes atrevidas, mas bien que los rasgos de pasion y sensibilidad; pero fuera de que no es raro encontrar trozos verdaderamente tiernos, y confesando que ha echado á perder muchas situaciones patéticas con el prurito de ostentar una poesía extemporánea, tenemos aquí otro defecto del sistema y del gusto de la época. Ciertamente, preferible es en muchos casos una exclamacion sentida, á la mas bella amplificacion poética; pero el público de CALDERON no era de este modo de pensar, y hubiera tenido por poco ingenioso al poeta que se hubiese contentado con un ¡ah! de horror de un amante al ver muerta á su querida, en vez de manifestar su dolor con expresiones, á la verdad, poco naturales, pero enfáticas y ponderativas.

Reconocemos en el estilo de CALDERON todos los defectos que le atribuye Sismondi; pero es preciso tener presente que en su tiempo estaba en su mayor auge el género culto, y no solamente era difícil libertarse de él, sino que el público no hubiera apreciado al poeta exento enteramente de un defecto que tanto nos choca ahora, y que entónces se tenia por el mayor esfuerzo del arte. CALDERON es mas gongorino que Lope, Tirso y Moreto, pagando hartos tributos al culteranismo; pero el que lea sus dramas, advertirá fácilmente que este defecto lo usa, si así puede decirse, con discrecion y cordura; y como eligiendo los parajes y las obras en que puede incurrir en él con ménos daño de los efectos teatrales. Fuera de esto, una cualidad en que los vence á todos, y que Sismondi no se hallaba en situacion de apreciar es la armonía. La versificacion de CALDERON es una música continuada que encanta y enajena, produciendo una especie de arrobamiento celestial, á cuyo mágico efecto se le perdona todo: muchas veces no se le comprende bien, y sin embargo se le oye con delicia. Este don de la armonía era en él todo natural, sin que nada le debiese al arte: brotaban de su pluma raudales de dulces versos como manan de ciertas plantas los aromas; y como estos sobresalen siempre aun de entre la broza con que se mezclan, así aquella melodía seductora se deja sentir á pesar de los muchos defectos que suelen oscurecer su estilo. Estos defectos son bastantes; y ademas de los ya señalados, se deben indicar la oscuridad y la incorreccion. Notable es, en verdad, el desaliño con que á menudo escribe; y por esta y otras muchas razones de las que hemos manifestado, CALDERON no nos parece el autor que primero conviene poner en manos de los jóvenes. Aunque de su estudio se debe sacar gran provecho, es preciso tener para leerlo el juicio y el buen gusto formados: de otro modo, deslumbrados los jóvenes con sus brillantes cualidades, seducidos por su mágica armonía, no verán sus defectos, se acostumbrarán á ellos, y los imitarán, ya que no les sea dado alcanzar sus bellezas.

CALDERON, despues de vivir largos años, admirado de sus compatriotas, agasajado por los reyes, y lleno de riquezas, pero usando siempre de su fortuna con modestia, templanza, y en beneficio de los pobres, murió sin desmentir los principios religiosos que tanto resplandecen en sus obras, dejando por universal heredera del remanente de sus bienes á la Congregacion de que era miembro y capellan mayor. Esta decretó á su memoria un monumento que por mas de siglo y medio ha estado en San Salvador de Madrid. Derribada esta parroquia, los huesos del ilustre poeta han sido trasladados solemnemente en abril de 1841 á la capilla del cementerio de San Nicolas, fuera de la puerta de Atocha, donde hoy existen.

## XIX.

### DE DON ANTONIO ALCALA GALIANO.

HISTORIA DE ESPAÑA, redactada y anotada con arreglo á la que escribió en inglés el doctor DUNHAN. —  
(Madrid, 1845, tomo v.)

Al frente de los autores españoles en este ramo, merece ser y está puesto DON PEDRO CALDERON DE LA BARCA: en la invencion feliz, en la formacion del enredo y desenredo de sus comedias,

ingenioso y acertado; en idear caracteres, casi siempre común, aunque en raras ocasiones, como en su Segismundo de *La vida es sueño*, en su *Alcalde de Zalamea* y otros, aun en esto acertó á ser eminente; en sus conceptos valiente, si bien con frecuencia afectado; con altas calidades para lírico, para trágico, para cómico, con frecuencia desperdiciadas por sutilezas, hinchazon y pedantería; con fluidez, soitura, pompa, sonoridad en la versificación; ya natural en la expresion, ya violento: una de las primeras glorias de España, en fin, aunque por muchos años tasada en ménos de su justo valor, y hoy acaso, á consecuencia de los elogios de algunos extranjeros, repetidos por no pocos de sus paisanos, avaluado en grado todavía superior al de su verdadero merecimiento.

## XX.

## DE DON MANUEL JOSÉ QUINTANA.

LAS REGLAS DEL DRAMA, ENSAYO DIDÁCTICO. (Tomo II de las poesías de dicho señor. — Madrid, Imprenta Nacional, año 1821.)

...De consejo y reglas impaciente,  
 Audaz inunda la española escena  
 El ingenio de Lope omnipotente;  
 Y con su dulce inagotable vena,  
 Con su varia invencion, con su ternura,  
 De asombro y gusto á sus oyentes llena.  
 Mas enérgico y grave, á mas altura  
 Se eleva CALDERON, y el cetro adquiere  
 Que aun en sus manos vigorosas dura.  
 ¡Dichoso, si á la fuerza con que hiere,  
 Si al fuego, si á la noble bizarria,  
 En que hacerle olvidar ninguno espere,  
 Uniera su valiente poesia  
 La variedad de formas y semblante  
 Que á cada actor diferenciar debia!  
 Nadie pudo emular su luz brillante  
 Entre tanto rival: Moreto solo  
 Osó tal vez ponerse delante,  
 Cuando inspirado por el mismo Apolo  
 Pintó el desden de la sin par *Diana*,  
 Haciéndola admirar de polo á polo.  
 Tales de la comedia castellana  
 Los astros fueron ya; y en su destino  
 Enseñan claro á la razon humana,  
 Que si asiste al poeta el don divino  
 De interesar y de animar la escena,  
 Siempre se abre al aplauso ancho camino.  
 Y el ceño de la crítica serena.



# LA VIDA ES SUEÑO.

## PERSONAS.

BASILIO, *rey de Polonia.*  
SEGISMUNDO, *príncipe.*  
ASTOLFO, *duque de Moscovia.*  
CLOTALDO, *viejo.*  
CLARIN, *gracioso.*

ESTRELLA, *infanta.*  
ROSAURA, *dama.*  
SOLDADOS.  
GUARDAS.

MÚSICOS.  
ACOMPAÑAMIENTO.  
CRIADOS.  
DAMAS.

*La escena es en la corte de Polonia, en una fortaleza poco distante y en el campo.*

## JORNADA PRIMERA.

A un lado monte frágoso y al otro una torre cuya planta baja sirve de prision á Segismundo. La puerta, que da frente al espectador, está entreabierta. La acción principia al anochecer.

### ESCENA PRIMERA.

ROSAURA, CLARIN.

*(Rosauro vestida de hombre aparece en lo alto de las peñas, y baja á lo llano; tras ella viene Clarin.)*

ROSAURA.

Hipogrifo violento  
Que corriste parejas con el viento,  
¿Dónde rayo sin llama,  
Pájaro sin matiz, pez sin escama,  
Y bruto sin instinto  
Natural, al confuso laberinto  
Destas desnudas peñas  
Te desbocas, arrastras y despeñas?  
Quédate en este monte,  
Donde tengan los brutos su Faetonte;  
Que yo, sin mas camino  
Que el que me dan las leyes del destino,  
Ciega y desesperada  
Bajaré la aspereza enmarañada  
Deste monte eminente,  
Que arruga al sol el ceño de su frente.  
Mal, Polonia, recibes  
A un extranjero, pues con sangre escribi  
Su entrada en tus arenas, [bes  
Y apenas llega, cuando llega á penas.  
Bien mi suerte lo dice;  
¿Mas dónde halló piedad un infelice?

CLARIN.

Dí dos, y no me dejes  
En la posada á mí cuando te quejes;  
Que si dos hemos sido  
Los que de nuestra patria hemos salido  
A probar aventuras,  
Dos los que entre desdichas y locuras  
Aquí habemos llegado,  
Y dos los que del monte hemos rodado,  
¿No es razon que yo sienta  
Meterme en el pesar, y no en la cuenta?

ROSAURA.

No te quiero dar parte  
En mis quejas, Clarin, porno quitarte,  
Llorando tu desvelo,  
El derecho que tienes tú al consuelo.  
Que tanto gusto habia  
En quejarse, un filósofo decia,  
Que, á trueco de quejarse,  
Habian las desdichas de buscarse.

CLARIN.

El filósofo era [diera  
Un borracho barbon : ¡oh! ¡quién le

Mas de mil bofetadas!  
Quejarse despues de muy bien dadas.  
¿Mas qué haremos, señora,  
A pié, solos, perdidos y á esta hora  
En un desierto monte,  
Cuando se parte el sol á otro horizonte?

ROSAURA.

¿Quién ha visto sucesos tan extraños!  
Mas si la vista no padece engaños  
Que hace la fantasía,  
A la medrosa luz que aun tiene el día,  
Me parece que veo  
Un edificio.

CLARIN.

O miente mi deseo,  
O termino las señas.

ROSAURA.

Rústico nace entre desnudas peñas  
Un palacio tan breve,  
Que al sol apenas á mirar se atreve :  
Con tan rudo artificio  
La arquitectura está de su edificio,  
Que parece, á las plantas  
De tantas rocas y de peñas tantas  
Que al sol tocan la lumbre.  
Peñasco que ha rodado de la cumbre.

CLARIN.

Vámonos acercando;  
Que este es mucho mirar, señora, cuan-  
Es mejor que la gente [do  
Que habita en ella, generosamente  
Nos admita.

ROSAURA.

La puerta  
(Mejor diré funesta boca) abierta  
Está, y desde su centro  
Nace la noche, pues la engendra dentro.  
(*Suenan dentro cadenas.*)

CLARIN.

¿Qué es lo que escucho, cielo!

ROSAURA.

Inmóvil bulto soy de fuego y hielo.

CLARIN.

¿Cadenita hay que suena?  
Mátenme, si no es galeote en pena :  
Bien mi temor lo dice.

## ESCENA II

SEGISMUNDO, *en la torre.* — ROSAURA, CLARIN.

SEGISMUNDO. (*Dentro.*)

¡Ay misero de mí! ¡Ay infelice!

ROSAURA.

¿Qué triste voz escucho!  
Con nuevas penas y tormentos lucho.

CLARIN.

Yo con nuevos temores.

ROSAURA.

Clarin.....

CLARIN.

Señora.....

ROSAURA.

Huyamos los rigores  
Desta encantada torre.

CLARIN.

Yo aun no tengo  
Animo para huir, cuando á eso vengo.

ROSAURA.

¿No es breve luz aquella  
Caduca exhalacion, pálida estrella,  
Que en trémulos desmayos,  
Pulsando ardores y latiendo rayos,  
Hace mas tenebrosa  
La oscura habitacion con luz dudosa?  
Si, pues á sus reflejos  
Puedo determinar (aunque de lejos)  
Una prision oscura,  
Que es de un vivo cadáver sepultura;  
Y porque mas me asombre,  
En el traje de fiera yace un hombre  
De prisiones cargado,  
Y solo de una luz acompañado.  
Pues huir no podemos,  
Desde aquí sus desdichas escuchemos :  
Sepamos lo que dice.

*(Abrense las hojas de la puerta, y descúbrese Segismundo con una cadena y vestido de pieles. Hay luz en la torre.)*

SEGISMUNDO.

¡Ay misero de mí! ¡Ay infelice!  
Apurar, cielos, pretendo,  
Ya que me tratáis así,  
Qué delito cometi  
Contra vosotros naciendo :  
Aunque si nací, ya entiendo  
Qué delito he cometido :  
Bastante causa ha tenido  
Vuestra justicia y rigor,  
Pues el delito mayor  
Del hombre es haber nacido.  
Solo quisiera saber  
Para apurar mis desvelos,  
(Dejando á una parte, cielos,  
El delito del nacer),  
¿Qué mas os pude ofender,  
Para castigarme mas?  
¿No nacieron los demas?  
Pues si los demas nacieron,  
¿Qué privilegios tuvieron  
Que yo no gocé jamas?  
Nace el ave, y con las galas  
Que la dan belleza suma,  
Apénas es flor de pluma,  
O ramillete con alas,  
Cuándo las etéreas alas  
Corta con velocidad,  
Negándose á la piedad

Del nido que deja en calma ;  
 Y teniendo yo mas alma ,  
 Tengo ménos libertad ?  
 Nace el bruto, y con la piel  
 Que dibujan manchas bellas ,  
 Apenas signo es de estrellas  
 (Gracias al docto pincel),  
 Cuando atrevido y cruel,  
 La humana <sup>4</sup> necesidad  
 Le enseña á tener crueldad,  
 Mónstruo de su laberinto :  
 ¿ Y yo con mejor instinto  
 Tengo ménos libertad ?  
 Nace el pez, que no respira,  
 Aborto de ovas y lamas,  
 Y apenas bajel de escamas  
 Sobre las ondas se mira,  
 Cuando á todas partes gira,  
 Midiendo la inmensidad  
 De tanta capacidad  
 Como le da el centro frio :  
 ¿ Y yo con mas albedrio  
 Tengo ménos libertad ?  
 Nace el arroyo, culebra  
 Que entre flores se desata,  
 Y apenas, sierpe de plata,  
 Entre las flores se quiebra,  
 Cuando músico celebra  
 De las flores la piedad,  
 Que le da la majestad  
 Del campo abierto á su huida :  
 ¿ Y teniendo yo mas vida  
 Tengo ménos libertad ?  
 En llegando á esta pasion,  
 Un volcan, un Etna hecho,  
 Quisiera arrancar del pecho  
 Pedazos del corazon :  
 ¿ Qué ley, justicia ó razon  
 Negar á los hombres sabe  
 Privilegio tan suave,  
 Excepcion tan principal,  
 Que Dios le ha dado á un cristal,  
 A un pez, á un bruto y á un ave ?

ROSAURA.

Temor y piedad en mi  
 Sus razones han causado.

SEGISMUNDO.

¿ Quién mis voces ha escuchado ?  
 ¿ Es Clotaldo ?

CLARIN. (Ap. á su amo.)

Dí que sí.

ROSAURA.

No es sino un triste (¡ay de mí!)  
 Que en estas bóvedas frias  
 Oyó tus melancolías.

SEGISMUNDO.

Pues muerte aquí te daré,  
 Porque no sepas que sé  
 Que sabes flaquezas mías.  
 Solo porque me has oído,  
 Entre mis membrudos brazos  
 Te tengo de hacer pedazos.

CLARIN.

Yo soy sordo, y no he podido  
 Escucharte.

ROSAURA.

Si has nacido  
 Humano, baste el postrarme  
 A tus pies para librarme.

SEGISMUNDO.

Tu voz pudo entermecerme,  
 Tu presencia suspenderme  
 Y tu respeto turbarme.  
 ¿ Quién eres? que aunque yo aquí  
 Tan poco del mundo sé,  
 Que cuna y sepulcro fué

Esta torre para mi :  
 Y aunque desde que nací  
 (Si esto es nacer) solo advierto  
 Este rústico desierto,  
 Donde miserable vivo,  
 Siendo un esqueleto vivo,  
 Siendo un animado muerto :  
 Y aunque nunca vi ni hablé,  
 Sino á un hombre solamente  
 Que aquí mis desdichas siente,  
 Por quien las noticias sé  
 De cielo y tierra, y aunque  
 Aquí, porque mas te asombres  
 Y mónstruo humano me nombres,  
 Entre asombros y quimeras,  
 Soy un hombre de las fieras,  
 Y una fiera de los hombres :  
 Y aunque en desdichas tan graves  
 La política he estudiado,  
 De los brutos enseñado,  
 Advertido de las aves,  
 Y de los astros suaves  
 Los círculos he medido;  
 Tú solo, tú has suspendido  
 La pasion á mis enojos,  
 La suspensio á mis ojos,  
 La admiracion á mi oído.  
 Con cada vez que te veo  
 Nueva admiracion me das,  
 Y cuando te miro mas,  
 Aun mas mirarte deseo.  
 Ojos hidrópicos creo  
 Que mis ojos deben ser ;  
 Pues cuando es muerte el beber,  
 Beben mas, y desta suerte,  
 Viendo que el ver me da muerte,  
 Estoy muriendo por ver.  
 Pero véate yo y muera ;  
 Que no sé, rendido ya,  
 Si el verte muerte me da,  
 El no verte qué me diera.  
 Fuera, mas que muerte fiera,  
 Ira, rabia y dolor fuerte ;  
 Fuera muerte : desta suerte  
 Su rigor he ponderado,  
 Pues dar vida á un desdichado  
 Es dar á un dichoso muerte.

ROSAURA.

Con asombro de mirarte,  
 Con admiracion de oírte,  
 Ni sé qué pueda decirte,  
 Ni qué pueda preguntarte :  
 Solo diré que á esta parte  
 Hoy el cielo me ha guiado  
 Para haberme consolado,  
 Si consuelo puede ser  
 Del que es desdichado, ver  
 Otro que es mas desdichado.  
 Cuentan de un sabio, que un día  
 Tan pobre y misero estaba,  
 Que solo se sustentaba  
 De unas yerbas que cogia.  
 Habrá otro (entre sí decía)  
 Mas pobre y triste que yo ?  
 Y cuando el rostro volvió,  
 Halló la respuesta, viendo  
 Que iba otro sabio cogiendo  
 Las hojas que él arrojó.  
 Quejoso de la fortuna  
 Yo en este mundo vivía,  
 Y cuando entre mí decía :  
 ¿ Habrá otra persona alguna  
 De suerte mas importuna ?  
 Piadoso me has respondido ;  
 Pucs volviendo en mi sentido,  
 Hallo que las penas mías,  
 Para hacerlas tú alegrías  
 Las hubieras recogido.  
 Y por si acaso mis penas  
 Pueden en algo aliviarte,  
 Oyelas atento, y toma

Las que dellas me sobren.  
 Yo soy.....

## ESCENA III.

CLOTALDO, SOLDADOS.—SEGISMUNDO, ROSAURA, CLARIN.

CLOTALDO. (Dentro.)

Guardas desta torre,  
 Que, dormidas ó colardes,  
 Disteis paso á dos personas  
 Que han quebrantado la cárcel...

ROSAURA.

Nueva confusion padezco.

SEGISMUNDO.

Este es Clotaldo, mi alcaide.  
 ¿ Aun no acaban mis desdichas ?

CLOTALDO. (Dentro.)

Acudid, y vigilantes,  
 Sin que puedan defenderse,  
 O prendedles, ó matadles<sup>2</sup>.

VOCES DENTRO.

¡ Traicion !

CLARIN.

Guardas desta torre,  
 Que entrar aquí nos dejasteis,  
 Pues que nos dais á escoger,  
 El prendernos es mas fácil.

(Salen Clotaldo y los soldados : él con una pistola, y todos con los rostros cubiertos.)

CLOTALDO. (Ap. á los soldados al salir)

Todos os cubrid los rostros ;  
 Que es diligencia importante  
 Mientras estamos aquí  
 Que no nos conozca nadie.

CLARIN.

¿ Enmascaraditos hay ?

CLOTALDO.

O vosotros que ignorantes,  
 De aqueste vedado sitio  
 Coto y término pasasteis  
 Contra el decreto del Rey,  
 Que manda que no ose nadie  
 Examinar el prodigio  
 Que entre esos peñascos yace.  
 Rendid las armas y vidas,  
 O aquesta pistola, áspid  
 De metal, escupirá  
 El veneno penetrante  
 De dos balas, cuyo fuego  
 Será escándalo del aire.

SEGISMUNDO.

Primero, tirano dueño,  
 Que los ofendas ni agravies,  
 Será mi vida despojo  
 Destos lazos miserables ;  
 Pues en ellos, vive Dios,  
 Tengo de despedazarme  
 Con las manos, con los dientes  
 Entre aquestas peñas, ántes  
 Que su desdicha consienta  
 Y que llore sus ultrajes.

CLOTALDO.

Si sabes que tus desdichas,  
 Segismundo, son tan grandes  
 Que ántes de nacer moriste  
 Por ley del cielo ; si sabes  
 Que aquestas prisiones son  
 De tus furias arrogantes  
 Un freno que las detenga,  
 Y una rueda que las pare ;  
 ¿ Por qué blasonas ? La puerta  
 (A los soldados.)

<sup>2</sup> Prendedles y matadles, en vez de prendedlos y matadlos : licencia poética, no muy frecuente por fortuna en Calderon.

<sup>4</sup> Natural.



Cerrad de esa estrecha cárcel;  
Escondedle en ella.

SEGISMUNDO.

¡Ah, cielos,  
Qué bien haceis en quitarme  
La libertad! porque fuera  
Contra vosotros gigante,  
Que para quebrar al sol  
Esos vidrios y cristales,  
Sobre cimientos de piedra  
Pusiera montes de jaspe.

CLOTALDO.

Quizá, porque no los pongas,  
Hoy padeces tantos males.

*¡Llévanse algunos soldados á Segismundo, y enciérranle en su prision.*

#### ESCENA IV.

ROSAURA, CLOTALDO, CLARIN,  
SOLDADOS.

ROSAURA.

Ya que vi que la soberbia  
Te ofendió tanto, ignorante  
Fuera en no pedirte humilde  
Vida que á tus plantas yace.  
Mnévate en mi la piedad;  
Que será rigor notable,  
Que no hallen favor en tí  
Ni soberbias ni humildades.

CLARIN.

Y si humildad ni soberbia  
No te obligan, personajes  
Que han movido y removido  
Mil autos sacramentales,  
Yo, ni humilde ni soberbio,  
Sino entre las dos mitades  
Entreverado, te pido  
Que nos remedies y ampare.

CLOTALDO.

¡Hola!

SOLDADOS

Señor...

CLOTALDO.

A los dos

Quitad las armas, y atadles  
Los ojos, porque no vean  
Cómo ni de dónde salen.

ROSAURA.

Mi espada es esta, que á tí  
Solamente ha de entregarse,  
Porque al fin, de todos eres  
El principal, y no sabe  
Rendirse á menos valor.

CLARIN.

La mia es tal, que puede darse  
Al mias ruin: tomadla vos.

*(A un soldado.)*

ROSAURA.

¿Si he de morir, dejarte  
Quiero, en fe desta piedad,  
Prenda que pudo estimarse  
Por el dueño que algun día  
Se la ciñó: que la guardes  
Te encargo, porque aunque yo  
No sé qué secreto alcance,  
Sé que esta dorada espada  
Encierra misterios grandes,  
Pues solo fiado en ella  
Vengo á Polonia á vengarme  
De un agravio.

CLOTALDO. *(Ap.)*

¡Santos cielos!

Qué es esto! ya son mas graves  
Mis penas y confusiones.  
Mis ansias y mis pesares.  
¿Quién te lo dió?

ROSAURA.

Una mujer.

CLOTALDO.

¿Cómo se llama?

ROSAURA.

Que calle

Su nombre es fuerza.

CLOTALDO.

De qué

Infieres ahora, ó sabes,  
Que hay secreto en esta espada?

ROSAURA.

Quien me la dió, dijo: « Parte  
A Polonia, y solicita  
Con ingenio, estudio ó arte,  
Que te vean esa espada  
Los nobles y principales,  
Que yo sé que alguno dellos  
Te favorezca y ampare »;  
Que por si acaso era muerto,  
No quiso entonces nombrarle.

CLOTALDO. *(Ap.)*

¡Válgame el cielo, qué escucho!

Aun no sé determinarme

Si tales sucesos son

Ilusiones ó verdades.

Esta es la espada que yo

Dejé á la hermosa Violante.

Por señas que el que ceñida

La trajera, habia de hallarme

Amoroso como hijo,

Y piadoso como padre.

¿Pues qué he de hacer *(¡ay de mí!)*

En confusion semejante,

Si quien la trae por favor,

Para su muerte la trae,

Pues que sentenciado á muerte

Llega á mis piés? ¿Qué notable

Confusion! ¿Qué triste hado!

¿Qué suerte tan inconstante!

Este es mi hijo, y las señas

Dicen bien con las señales

Del corazon, que por verlo

Llama al pecho, y en él bate

Las alas, y no pudiendo

Romper los candados, hace

Lo que aquel que está encerrado,

Y oyendo ruido en la calle

Se asoma por la ventana:

El así, como no sabe

Lo que pasa, y oye el ruido,

Va á los ojos á asomarse,

Que son ventanas del pecho

Por donde en lágrimas sale.

¿Qué he de hacer? *(¡Valedme, cielos!)*

¿Qué he de hacer? Porque llevarle

Al Rey, es llevarle *(¡ay triste!)*

A morir. Pues ocultarle

Al Rey, no puedo, conforme

A la ley del homenaje.

De una parte el amor propio,

Y la lealtad de otra parte

Me rinden. Pero ¿qué dudo?

La lealtad del Rey ¡no es ántes

Que la vida y que el honor?

Pues ella viva y él falte.

Fuera de que si ahora atiendo

A que dije que á vengarse

Viene de un agravio, hombre

Que está agravado, es infame. —

No es mi hijo, no es mi hijo,

Ni tiene mi noble sangre.

Pero si ya ha sucedido

Un peligro, de quien nadie

Se libró, porque el honor

Es de materia tan frágil,

Que con una accion se quiebra,

O se mancha con un aire,

*1 De que, se diria ahora.*

¿Qué mas puede hacer, qué mas,  
El que es noble, de su parte,  
Que á costa de tantos riesgos  
Haber venido á buscarle?

Mi hijo es, mi sangre tiene,  
Pues tiene valor tan grande;  
Y así, entre una y otra duda,  
El medio mas importante  
Es irme al Rey, y decirle  
Que es mi hijo, y que le mate.

Quizá la misma piedad

De mi honor podrá obligarle;

Y si le merezco vivo,

Yo le ayudaré á vengarse

De su agravio; mas si el Rey,

En sus rigores constante,

Le da muerte, morirá

Sin saber que soy su padre. —

Venid conmigo, extranjeros,

*(A Rosaaura y Clarin.)*

No temais, no, de que os falte<sup>2</sup>

Compañía en las desdichas,

Pues en duda semejante

De vivir ó de morir,

No sé cuáles son mas grandes

*(Vanse.)*

Salon del Palacio Real en la corte<sup>3</sup>.

#### ESCENA V.

ASTOLFO Y SOLDADOS *que salea por un lado, y por el otro LA INFANTA ESTRELLA y DAMAS. Música militar dentro y salvas.*

ASTOLFO.

Bien al ver los excelentes

Rayos, que fueron cometas

Mezclan salvas diferentes

Las cajas y las trompetas

Los pájaros y las fuentes

Siendo con música igual,

Y con maravilla suma,

A tu vista celestial

Unos, clarines de pluma,

Y otras, aves de metal;

Y así os saludan, señora,

Como á su reina las balas,

Los pájaros como Aurora,

Las trompetas como á Palas

Y las flores como á Flora;

Porque sois, burlando el día

Que ya la noche destierra,

Aurora en el alegría,

Flora en paz, Palas en guerra,

Y reina en el alma mia.

ESTRELLA.

Si la voz se ha de medir

Con las acciones humanas,

Mal habeis hecho en decir

Finezas tan cortesanías,

Donde os pueda desmentir

Tedo ese marcial trofeo

Con quien ya atrevida luchó;

Pues no dicen, segun creo,

Las lisonjas que os escucho,

Con los rigores que veo.

Y advertid que es baja accion,

Que solo á una fiera toca,

Madre de engaño y traicion,

El halagar con la boca

Y matar con la intencion. —

ASTOLFO.

Muy mal informada estais,

Estrella, pues que la fe

De mis finezas dudais,

Y os suplico que me oigais

La causa, á ver si la sé.

<sup>2</sup> No temais que os falte, sería mejor.

<sup>3</sup> Calderon no la nombra: sin duda le pareció poco necesario, por ser el drama de pura invencion.

Falleció Eustorgio tercero,  
 Rey de Polonia, y quedó  
 Basilio por heredero,  
 Y dos hijas, de quien yo  
 Y vos nacimos.—No quiero  
 Cansar con lo que tiene  
 Lugar aquí.—Clorilene,  
 Vuestra madre y mi señora,  
 Que en mejor imperio ahora  
 Dosel de luceros tiene,  
 Fué la mayor, de quien vos  
 Sois hija; fué la segunda,  
 Madre y tía de los dos,  
 La gallarda Recisunda,  
 Que guarde mil años Dios;  
 Casó en Moscovia, de quien  
 Nací yo. Volver ahora  
 Al otro principio es bien.  
 Basilio, que ya, señora,  
 Se rinde al comun desdeu  
 Del tiempo, mas inclinado  
 A los estudios que dado  
 A mujeres, enviudó  
 Sin lujos, y vos y yo  
 Aspiramos á este Estado.  
 Vos alegais que habeis sido  
 Hija de hermana mayor;  
 Yo, que varon he nacido,  
 Y aunque de hermana menor,  
 Os debo ser preferido.  
 Vuestra intencion y la mia  
 A nuestro tio contamos:  
 El respondió que queria  
 Componernos, y aplazamos  
 Este puesto y este dia.  
 Con esta intencion sali  
 De Moscovia y de su tierra;  
 Con esta llegué hasta aquí,  
 En vez de haceros yo guerra,  
 A que me la hagais á mi.  
 ¡Oh! quiera Amor, por mi dios,  
 Que el vulgo, astrólogo cierto,  
 Hoy lo sea con los dos,  
 Y que pare este concierto  
 En que seais Reina vos,  
 Pero Reina en mi albedrio,  
 Dándos, para mas honor,  
 Su corona nuestro tio,  
 Sus triunfos vuestro valor  
 Y su imperio el amor mio.

ESTRELLA.

A tan cortes bizarria  
 Ménos mi pecho no muestra,  
 Pues la imperial monarquia,  
 Para solo hacerla vuestra  
 Me holgara que fuera mia;  
 Aunque no está satisfecho  
 Mi amor de que sois ingrato,  
 Si en cuanto decís, sospecho  
 Que os desmiente ese retrato  
 Que está pendiente del pecho.

ASTOLFO.

Satisfaceros intento  
 Con él.... Mas lugar no da  
 Tanto sonoro instrumento,

(Tocan cajas.)

Que avisa que sale ya  
 El Rey con su parlamento.

## ESCENA VI.

EL REY BASILIO, ACOMPAÑAMIENTO.—  
 ASTOLFO, ESTRELLA, DAMAS, SOLDADOS.

ESTRELLA.

Sabio Tales....

ASTOLFO.

Docto Euclides....

ESTRELLA.

Que entre signos....

ASTOLFO.

Que entre estrellas....

ESTRELLA.

Hoy gobiernas....

ASTOLFO.

Hoy resides....

ESTRELLA.

Y sus caminos....

ASTOLFO.

Sus huellas....

ESTRELLA.

Describes....

ASTOLFO.

Tasas y mides....

ESTRELLA.

Deja que en humildes lazos. ...

ASTOLFO.

Deja qué en tiernos abrazos....

ESTRELLA.

Hiedra dese tronco sea.

ASTOLFO.

Rendido á tus piés me vea.

BASILIO.

Sobrinos, dadme los brazos,

Y creed, pues que leales

A mi precepto amoroso

Venis con afectos tales,

Que á nadie deje quejoso

Y los dos quedeis iguales:

Y así, cuando me confieso

Rendido al prolijo peso,

Solo os pido en la ocasion

Silencio, que admiracion

Ha de pedirle el suceso.

Ya sabeis (estadme atentos,

Amados sobrinos míos,

Corte ilustre de Polonia,

Vasallos, deudos y amigos),

Ya sabeis que yo en el mundo

Por mi ciencia he merecido

El sobrenombre de docto,

Pues, contra el tiempo y olvido,

Los pineales de Timantes,

Los mármoles de Lisipo,

En el ámbito del orbe

Me aclaman el gran Basilio.

Ya sabeis que son las ciencias

Que mas curso y mas estimo,

Matemáticas sutiles,

Por quien al tiempo le quito,

Por quien á la fama rompo

La jurisdiccion y oficio

De enseñar mas cada dia;

Pues cuando en mis tablas mir

Presentes las novedades

De los venideros siglos,

Le gano al tiempo las gracias

De contar lo que yo he dicho

Esos círculos de nieve,

Esos doseles de vidrio

Que el sol ilumina á rayos,

Que parte la luna á giros;

Esos orbes de diamantes,

Esos globos cristalinos

Que las estrellas adornau

Y que campean los signos,

Son el estudio mayor

De mis años, son los libros

Donde en papel de diamante

En cuadernos de zafiro,

Escribe con líneas de oro,

En caracteres distintos,

El cielo nuestros sucesos,

Ya adversos ó ya benignos.

Estos leo tan veloz,

Que con mi espíritu sigo

Sus rápidos movimientos

Por rumbos y por caminos.

¡Pluguiera al cielo, primero

Que mi ingenio hubiera sido

De sus márgenes comento,

Y de sus hojas registro,  
 Hubiera sido mi vida  
 El primero desperdicio  
 De sus iras, y que en ellas  
 Mi tragedia hubiera sido,  
 Porque de los infelices  
 Aun el mérito es cuchillo,  
 Que á quien le daña el saber,  
 Homicida es de si mismo!  
 Dígalo yo, aunque mejor  
 Lo dirán sucesos míos,  
 Para cuya admiracion  
 Otra vez silencio os pido.  
 En Clorilene, mi esposa,  
 Tuve un infelice hijo,  
 En cuyo parto los cielos  
 Se agotaron de prodigios.  
 Antes que á la luz hermosa  
 Le dices el sepulcro vivo  
 De un vientre (porque el nacer  
 Y el morir son parecidos)  
 Su madre infinitas veces,  
 Entre ideas y delirios  
 Del sueño, vió que rompía  
 Sus entrañas atrevido  
 Un monstruo en forma de hombre  
 Y entre su sangre teñido,  
 La daba muerte, naciendo  
 Vibora humana del siglo.  
 Llegó de su parto el día,  
 Y los presagios cumplidos  
 (Porque tarde ó nunca son  
 Mentirosos los impíos)  
 Nació en horóscopo tal,  
 Que el sol, en su sangre tinto,  
 Entraba sañudamente  
 Con la luna en desafío;  
 Y siendo valla la tierra,  
 Los dos faroles divinos  
 A luz entera luchaban,  
 Ya que no á brazo partido.  
 El mayor, el mas horrendo  
 Eclipse que ha padecido  
 El sol, despues que con sauge  
 Lloró la muerte de Cristo,  
 Este fué, porque anegado  
 El orbe en incendios vivos,  
 Presumió que padecía  
 El último parasismo:  
 Los cielos se oscurecieron,  
 Temblaron los edificios,  
 Llovieron piedras las nubes,  
 Corrieron sangre los ríos.  
 En aqueste pues del sol  
 Ya frenesí, ó ya delirio,  
 Nació Segismundo dando  
 De su condicion indicios,  
 Pues dió la muerte á su madre,  
 Con cuya fiera dijo:  
 Hombre soy, pues que ya empiezo  
 A pagar mal beneficios.  
 Yo, acudiendo á mis estudios,  
 En ellos y en todo miro  
 Que Segismundo sería  
 El hombre mas atrevido,  
 El principe mas cruel  
 Y el monarca mas implo,  
 Por quien su reino vendria  
 A ser parcial y diviso,  
 Escuela de las traiciones  
 Y academia de los vicios;  
 Y él, de su furor llevado,  
 Entre asombros y delitos,  
 Habia de poner en mí  
 Las plantas, y yo rendido  
 A sus piés me habia de ver,  
 (¡Con qué vergüenza lo digo!)  
 Siendo alfombra de sus plantas  
 Las canas del rostro mio.  
 ¿Quién no da crédito al daño,  
 Y mas al daño que ha visto  
 En su estudio, donde hace



El amor propio su oficio ?  
 Pues dando crédito yo  
 A los hados, que divinos  
 Me pronosticaban daños  
 En fatales vaticinios,  
 Determiné de encerrar  
 La fiera que habia nacido,  
 Por ver si el sabio tenia  
 En las estrellas dominio.  
 Publicóse que el infante  
 Nació muerto, y prevenido  
 Hice labrar una torre  
 Entre las peñas y riscos  
 De esos montes, donde apenas  
 La luz ha hallado camino,  
 Por defenderle la entrada  
 Sus rústicos obeliscos.  
 Las graves penas y leyes,  
 Que con públicos edictos  
 Declararon que ninguno  
 Entrase á un vedado sitio  
 Del monte, se ocasionaron  
 De las causas que os he dicho.  
 Allí Segismundo vive  
 Misero, pobre y cautivo,  
 Adonde solo Clotaldo  
 Le ha hablado, tratado y visto.  
 Este le ha enseñado ciencias;  
 Este en la ley le ha instruido  
 Católica, siendo solo  
 De sus miserias testigo.  
 Aquí hay tres cosas: la una  
 Que yo, Polonia, os estimo  
 Tanto, que os quiero librar  
 De la opresion y servicio  
 De un rey tirano, porque  
 No fuera señor benigno  
 El que á su patria y su imperio  
 Pusiera en tanto peligro.  
 La otra es considerar  
 Que si á mi sangre le quito  
 El derecho que le dieron  
 Humano fuero y divino,  
 No es cristiana caridad;  
 Pues ninguna ley ha dicho  
 Que por reservar yo á otro  
 De tirano y de atrevido,  
 Pueda yo serlo, supuesto  
 Que si es tirano mi hijo,  
 Porque él delitos no haga,  
 Vengo yo á hacer los delitos.  
 Es la última y tercera  
 El ver cuánto yerro ha sido  
 Dar crédito fácilmente  
 A los sucesos previstos:  
 Pues aunque su inclinacion  
 Le dicte sus precipicios,  
 Quizá no le vencerán,  
 Porque el hado mas esquivo,  
 La inclinacion mas violenta,  
 El planeta mas impío,  
 Solo el albedrío inclinan,  
 No fuerzan el albedrío.  
 Y así, entre una y otra causa  
 Vacilante y discursivo,  
 Previene un remedio tal,  
 Que os suspenda los sentidos.  
 Yo he de ponerle mañana,  
 Sin que él sepa que es mi hijo  
 Y Rey vuestro, á Segismundo  
 (Que aqueste su nombre ha sido)  
 En mi dosel, en mi silla,  
 Y en fin, en el lugar mio,  
 Donde os gobierne y os mande,  
 Y donde todos rendidos  
 La obediencia le jureis;  
 Pues con aquesto consigo  
 Tres cosas, con que respondo  
 A las otras tres que he dicho.  
 Es la primera que siendo  
 Prudente, cuerdo y benigno,  
 Desmintiendo en todo al hado

Que dél tantas cosas dijo,  
 Gozaréis el natural  
 Principe vuestro, que ha sido  
 Cortesano de unos montes  
 Y de sus fieras vecino.  
 Es la segunda, que si él  
 Soberbio, osado, atrevido  
 Y cruel, con rienda suelta  
 Corre el campo de sus vicios,  
 Habré yo piadoso entónces  
 Con mi obligacion cumplido;  
 Y luego en desposeerle  
 Haré como Rey invicto,  
 Siendo el volverle á la cárcel  
 No crueldad, sino castigo.  
 Es la tercera, que siendo  
 El principe como os digo,  
 Por lo que os amo, vasallos,  
 Os daré reyes mas dignos  
 De la corona y el cetro;  
 Pues serán mis dos sobrinos,  
 Que junto en uno el derecho  
 De los dos, y convenidos  
 Con la fe del matrimonio,  
 Tendrán lo que han merecido.  
 Esto como rey os mando,  
 Esto como padre os pido,  
 Esto como sabio os ruego,  
 Esto como anciano os digo;  
 Y si el Séneca español,  
 Que era humilde esclavo, dijo,  
 De su república, un rey,  
 Como esclavo os lo suplico.

ASTOLFO.

Si á mi el responder me toca,  
 Como el que en efecto ha sido  
 Aquí el mas interesado,  
 En nombre de todos digo  
 Que Segismundo parezca,  
 Pues le basta ser tu hijo.

TODOS.

Dános al principe nuestro,  
 Que ya por rey le pedimos.

BASILIO.

Vasallos, esa fineza  
 Os agradezco y estimo.  
 Acompañad á sus cuartos  
 A los dos atlantes míos,  
 Que mañana le veréis.

TODOS.

¡Viva el grande rey Basilio!

(*Entranse todos acompañando á Estrella y á Astolfo; quédase el Rey.*)

### ESCENA VII.

CLOTALDO, ROSAURA, CLARIN.—  
 BASILIO.

CLOTALDO.

¿Podréte hablar? (Al Rey.)

BASILIO.

¡Oh Clotaldo!

Tú seas muy bien venido.

CLOTALDO.

Aunque viniendo á tus plantas  
 Era fuerza haberlo sido,  
 Esta vez rompe, señor,  
 El hado triste y esquivo  
 El privilegio á la ley  
 Y á la costumbre el estilo.

BASILIO.

¿Qué tienes?

CLOTALDO.

Una desdicha,  
 Señor, que me ha sucedido,  
 Cuando pudiera tenerla  
 Por el mayor regocijo.

BASILIO.

Prosigue.

CLOTALDO.

Este bello jóven,  
 Osado ó inadvertido,  
 Entró en la torre, señor,  
 Adonde al Principe ha visto,  
 Y es...

BASILIO.

No os alijais, Clotaldo:  
 Si otro día hubiera sido,  
 Confesé que lo sintiera;  
 Pero ya el secreto he dicho,  
 Y no importa que él lo sepa,  
 Supuesto que yo lo digo.  
 Vedme despues, porque tengo  
 Muchas cosas que advertiros  
 Y muchas que bagais por mí;  
 Que habeis de ser, os aviso,  
 Instrumento del mayor  
 Suceso que el mundo ha visto:  
 Y á esos presos, porque al fin  
 No presumais que castigo  
 Descuidos vuestros, perdono (Vase.)

CLOTALDO.

¡Vivas, gran señor, mil siglos!

### ESCENA VIII.

CLOTALDO, ROSAURA, CLARIN.

CLOTALDO.

(Ap. Mejoró el cielo la suerte:  
 Ya no diré que es mi hijo,  
 Pues que lo puedo excusar.)  
 Extranjeros peregrinos,  
 Libres estais.

ROSAURA.

Tus piés beso

Mil veces.

CLARIN.

Y yo los viso,  
 Que una letra mas ó ménos  
 No reparan dos amigos.

ROSAURA.

La vida, señor, me has dado;  
 Y pues á tu cuenta vivo,  
 Eternamente seré  
 Esclavo tuyo.

CLOTALDO.

No ha sido

Vida la que yo te he dado,  
 Porque un hombre bien nacido,  
 Si está agraviado, no vive;  
 Y supuesto que has venido  
 A vengarte de un agravio,  
 Segun tú proprio me has dicho,  
 No te he dado vida yo.  
 Porque tú no la has traído,  
 Que vida infame no es vida.  
 (Ap. Bien con aquesto le animo.)

ROSAURA.

Confieso que no la tengo,  
 Aunque de ti la recibo;  
 Pero yo con la venganza  
 Dejaré mi honor tan limpio,  
 Que pueda mi vida luego,  
 Atropellando peligros,  
 Parecer dádiva tuya.

CLOTALDO.

Toma el zcero bruñido  
 Que trajiste; que yo sé  
 Que él baste, en sangre teñido  
 De tu enemigo, á vengarte;  
 Porque acero que fué mio  
 (Digo este instante, este rato  
 Que en mi poder le he tenido),  
 Sabrá vengarte.

ROSAURA.

En tu nombre  
 Segunda vez me le ciño,  
 Y en él juro mi venganza,

Aunque fuese mi enemigo  
Mas poderoso.

CLOTALDO.

¿Eslo mucho?

ROSAURA.

Tanto, que no te lo digo,  
No porque de tu prudencia  
Mayores cosas no fio,  
Sino porque no se vuelva  
Contra mí el favor que admiro  
En tu piedad.

CLOTALDO.

Antes fuera

Ganarme á mí con decirlo;  
Pues fuera cerrarme el paso  
De ayudar á tu enemigo.  
(Ap. ¡Oh si supiera quién es!)

ROSAURA.

Porque no pienses que estimo  
Tan poco esa confianza,  
Sabe que el contrario ha sido  
No ménos que Astolfo, duque  
De Moscovia.

CLOTALDO.

(Ap. Mal resisto

El dolor, porque es mas grave,  
Que fué imaginado, visto.  
Apuremos mas el caso.)  
Si moscovita has nacido,  
El que es natural señor,  
Mal agraviarte ha podido:  
Vuélvete á tu patria pues,  
Y deja el ardiente brio  
Que te despeña.

ROSAURA.

Yo sé,

Que aunque mi príncipe ha sido,  
Pudo agraviarme.

CLOTALDO.

No pudo,

Aunque pusiera atrevido  
La mano en tu rostro. (Ap. ¡Ay cielos!)

ROSAURA.

Mayor fué el agravio mío.

CLOTALDO.

Dilo ya, pues que no puedes  
Decir mas que yo imagino.

ROSAURA.

Si dijera; mas no sé  
Con qué respeto te miro,  
Con qué afecto te venero,  
Con qué estimacion te asisto,  
Que no me atrevo á decirte  
Que es este exterior vestido  
Enigma, pues no es de quien  
Parece: juzga advertido,  
Si no soy lo que parezco,  
Y Astolfo á casarse vino  
Con Estrella, si podrá  
Agraviarme. Harto te he dicho.

(Vanse Rosaura y Clarin.)

CLOTALDO.

¡Escucha, aguarda, detente!  
¿Qué confuso laberinto  
Es este, donde no puede  
Hallar la razon el hilo?  
Mi honor es el agraviado,  
Poderoso el enemigo,  
Yo vasallo, ella mujer:  
Descubra el cielo camino;  
Aunque no sé si podrá,  
Cuando en tan confuso abismo  
Es todo el cielo un presagio,  
Y es todo el mundo un prodigio.

## JORNADA SEGUNDA.

### ESCENA PRIMERA.

BASILIO, CLOTALDO.

CLOTALDO.

Todo, como lo mandaste,  
Queda efectuado.

BASILIO.

Cuenta,

Clotaldo, cómo pasó.

CLOTALDO.

Fué, señor, desta manera.  
Con la apacible bebida,  
Que de confecciones llena  
Hacer mandaste, mezclando  
La virtud de algunas yerbas,  
Cuyo tirano poder  
Y cuya secreta fuerza  
Así al humano discurso  
Priva, roba y enajena,  
Que deja vivo cadáver  
A un hombre, y cuya violencia,  
Adormecido, le quita  
Los sentidos y potencias...  
— No tenemos que argüir,  
Que aquesto posible sea,  
Pues tantas veces, señor,  
Nos ha dicho la experiencia,  
Y es cierto, que de secretos  
Naturales está llena  
La medicina, y no hay  
Animal, planta ni piedra,  
Que no tenga calidad  
Determinada, y si llega  
A examinar mil venenos  
La humana malicia nuestra,  
Que dén la muerte, ¿qué mucho  
Que, templada su violencia,  
Pues hay venenos que maten,  
Haya venenos que aduerman?  
Dejando aparte el dudar,  
Si es posible que suceda,  
Pues que ya queda probado  
Con razones y evidencias...  
— Con la bebida, en efecto,  
Que el opio, la adormidera  
Y el beleño compusieron,  
Bajé á la cárcel estrecha  
De Segismundo; con él  
Hablé un rato de las letras  
Humanas, que le ha enseñado  
La muda naturaleza  
De los montes y los cielos,  
En cuya divina escuela  
La retórica aprendió  
De las aves y las fieras.  
Para levantarle mas  
El espíritu á la empresa  
Que solicitas, tomé  
Por asunto la presteza  
De un águila caudalosa,  
Que despreciando la esfera  
Del viento, pasaba á ser  
En las regiones supremas  
Del fuego rayo de pluma,  
O desasido cometa.  
Encarecí el vuelo altivo,  
Diciendo: «Al fin eres reina  
De las aves, y así, á todas  
Es justo que las prefieras».  
El no hubo menester mas;  
Que en tocando esta materia  
De la majestad, discurre  
Con ambicion y soberbia;  
Porque en efecto la sangre  
Le incita, nueve y alienta  
A cosas grandes, y dijo:

«¡Que en la república inquieta  
De las aves también haya  
Quien les jure la obediencia!  
En llegando á este discurso,  
Mis desdichas me consuelan;  
Pues por lo ménos, si estoy  
Sujeto, lo estoy por fuerza;  
Porque voluntariamente  
A otro hombre no me rindiera».  
Viéndole ya enfurecido  
Con esto, que ha sido el tema  
De su dolor, le brindé  
Con la pócima, y apenas  
Pasó desde el vaso al pecho  
El licor, cuando las fuerzas  
Rindió al sueño, discurrendo  
Por los miembros y las venas  
Un sudor frío, de modo,  
Que á no saber yo que era  
Muerte fingida, dudara  
De su vida. En esto llegan  
Las gentes de quien tú fias  
El valor desta experiencia,  
Y poniéndole en un coche,  
Hasta tu cuarto le llevan,  
Donde prevenida estaba  
La majestad y grandeza  
Que es digna de su persona.  
Allí en tu cama le acuestan,  
Donde al tiempo que el letargo  
Haya perdido la fuerza,  
Como á ti mismo, señor,  
Le sirvan, que así lo ordenas.  
Y si haberte obedecido  
Te obliga á que yo merezca  
Galardon, solo te pido  
(Perdona mi inadvertencia)  
Que me digas, ¿qué es tu intento,  
Trayendo desta manera  
A Segismundo á palacio?

BASILIO.

Clotaldo, muy justa es esa  
Duda que tienes, y quiero  
Solo á ti satisfacerla.  
A Segismundo mi hijo  
El influjo de su estrella  
(Bien lo sabes) amenaza  
Mil desdichas y tragedias:  
Quiero examinar si el cielo,  
Que no es posible que mienta,  
Y mas habiendonos dado  
De su rigor tantas muestras,  
En su cruel condicion,  
O se mitiga, ó se templa  
Por lo ménos, y vencido  
Con valor y con prudencia  
Se desdice; porque el hombre  
Predomina en las estrellas.  
Esto quiero examinar,  
Trayéndole donde sepa  
Que es mi hijo, y donde haga  
De su talento la prueba.  
Si magnánimo la vence,  
Reinará; pero si muestra  
El ser cruel y tirano,  
Le volveré á su cadena.  
Ahora preguntará,  
¿Que para aquesta experiencia,  
Qué importó haberle traído  
Dormido desta manera?  
Y quiero satisfacerte,  
Dándote á todo respuesta.  
Si él supiera que es mi hijo  
Hoy, y mañana se viera  
Segunda vez reducido  
A su prision y miseria,  
Ciertó es de su condicion  
Que desesperara en ella;  
Porque sabiendo quién es,  
¿Qué consuelo habrá que tenga?  
Y así he querido dejar



# LA VIDA ES SUEÑO.

Abierta al daño la puerta  
Del decir que fué soñado  
Cuanto vió. Con esto llegan  
A examinarse dos cosas :  
Su condición, la primera ;  
Pues él despierto procede  
En cuanto imagina y piensa :  
Y el consuelo la segunda ;  
Pues aunque ahora se vea  
Obedecido , y después  
A sus prisiones se vuelva ,  
Podrá entender que soñó,  
Y hará bien cuando lo entienda  
Porque en el mundo, Clotaldo,  
Todos los que viven sueñan.

CLOTALDO.

Razones no me faltaran  
Para probar que no aciertas ;  
Mas ya no tiene remedio ;  
Y según dicen las señas,  
Parece que ha despertado,  
Y hacia nosotros se acerca

BASILIO.

Yo me quiero retirar :  
Tú, como ayo suyo, llega,  
Y de tantas confusiones  
Como su discurso cercan,  
Le saca con la verdad.

CLOTALDO.

En fin, que me das licencia  
Para que lo diga ?

BASILIO.

Sí ;  
Que podrá ser, con saberla,  
Que conocido el peligro  
Mas fácilmente se venza.

## ESCENA II.

CLARIN. — CLOTALDO.

CLARIN. (Ap.)

A costa de cuatro palos,  
Que el llegar aquí me cuesta,  
De un alabardero rubio  
Que barbó de su librea,  
Tengo de ver cuanto pasa ;  
Que no hay ventana mas cierta,  
Que aquella que, sin rogar  
A un ministro de boletas,  
Un hombre se trae consigo ;  
Pues para todas las fiestas,  
Despojado y despejado  
Se asoma á su desvergüenza.

CLOTALDO.

(Ap. Este es Clarin, el criado  
De aquella ¡ ay cielos !, de aquella  
Que, tratante de desdichas,  
Pasó á Polonia mi afrenta.)  
Clarin, ¿ qué hay de nuevo ?

CLARIN.

Hay,

Señor, que tu gran clemencia,  
Dispuesta á vengar agravios  
De Rosaura, la aconseja  
Que tome su propio traje.

CLOTALDO.

Y es bien, porque no parezca  
Liviandad.

CLARIN.

Hay que mudando  
Su nombre, y tomando cuerda  
Nombre de sobrina tuya,  
Hoy tanto honor se acrecienta,  
Que dama en palacio ya  
De la singular Estrella  
Vive.

CLOTALDO.

Es bien que de una vez  
Tome su honor por mi cucuta.

CLARIN.

Hay que ella está esperando  
Que ocasion y tiempo venga  
En que vuelvas por su honor.

CLOTALDO.

Prevencion segura es esa ;  
Que al fin el tiempo ha de ser  
Quien haga esas diligencias.

CLARIN.

Hay que ella está regalada,  
Servida como una reina,  
En fe de sobrina tuya,  
Y hay que viniendo con ella,  
Estoy yo muriendo de hambre  
Y nadie de mí se acuerda,  
Sin mirar que soy Clarin,  
Y que si el tal Clarin suena,  
Podrá decir cuanto pasa  
Al Rey, á Astolfo y á Estrella ;  
Porque Clarin y criado  
Son dos cosas que se llevan  
Con el secreto muy mal ;  
Y podrá ser, si me deja  
El silencio de su mano,  
Se cante por mí esta letra :  
*Clarin que rompe el albor,  
No suena mejor.*

CLOTALDO.

Tu queja está bien fundada ;  
Yo satisfaré tu queja,  
Y en tanto sirveme á mí.

CLARIN.

Pues ya Segismundo llega.

## ESCENA III.

(Vase.) Músicos, cantando, y criados, dando  
de vestir á SEGISMUNDO, que sale  
como asombrado. — CLOTALDO,  
CLARIN.

SEGISMUNDO.

¿ Válgame el cielo, qué veo !  
¿ Válgame el cielo, qué miro !  
Con poco espanto lo admiro,  
Con mucha duda lo creo.  
¿ Yo en palacios suntuosos ?  
¿ Yo entre telas y brocados ?  
¿ Yo cercado de criados  
Tan lucidos y briosos ?  
¿ Yo despertar de dormir  
En lecho tan excelente ?  
¿ Yo en medio de tanta gente  
Que me sirva de vestir ?  
Decir que sueño es engaño :  
Bien sé que despierto estoy.  
¿ Yo Segismundo no soy ?  
Dadme, cielos, desengaño.  
Decidme, ¿ qué pudo ser  
Esto que á mi fantasía  
Sucedió mientras dormía,  
Que aquí me he llegado á ver ?  
Pero sea lo que fuere,  
¿ Quién me mete en discurrir ?  
Déjame quiero servir,  
Y venga lo que viniere.

CRIADO 1.º

(Ap. al criado 2.º y á Clarin.)

¿ Qué melancólico está !

CRIADO 2.º

¿ Pues á quién le sucediera  
Esto, que no lo estuviera ?

CLARIN.

A mí.

CRIADO 2.º

Llega á hablarle ya.

CRIADO 1.º (A Segismundo.)

¿ Volverán á cantar ?

SEGISMUNDO.

No,

No quiero que canten mas.

CRIADO 2.º

Como tan suspenso estás,  
Quise divertirte.

SEGISMUNDO.

Yo

No tengo de divertir  
Con sus voces mis pesares ;  
Las músicas militares  
Solo he gustado de oír.

CLOTALDO.

Vuestra Alteza, gran señor,  
Me dé su mano á besar,  
Que el primero os ha de dar  
Esta obediencia mi honor.

SEGISMUNDO. (Ap.)

Clotaldo es : ¿ pues como así,  
Quien en prision me maltrata.  
Con tal respeto me trata ?  
¿ Qué es lo que pasa por mí ?

CLOTALDO.

Con la grande confusion  
Que el nuevo estado te da,  
Mil dudas padecerá  
El discurso y la razon ;  
Pero ya librártelo quiero  
De todas ( si puede ser ),  
Porque has, señor, de saber  
Que eres principe heredero  
De Polonia. Si has estado  
Retirado y escondido,  
Por obedecer ha sido  
A la inclemencia del hado,  
Que mil tragedias consiente  
A este imperio, euando en él  
El soberano laurel  
Corone tu augusta frente.  
Mas fiando á tu atencion  
Que venerás las estrellas,  
Porque es posible vencellas  
Un magnánimo varon,  
A palacio te han traído  
De la torre en que vivías,  
Mientras al sueño tenías  
El espíritu rendido.  
Tu padre, el Rey mi señor,  
Vendrá á verte, y dél sabrás,  
Segismundo, lo demas.

SEGISMUNDO.

Pues vil, infame, traidor,  
¿ Qué tengo mas que saber,  
Después de saber quien soy,  
Para mostrar desde hoy  
Mi soberbia y mi poder ?  
¿ Cómo á tu patria le has hecho  
Tal traicion, que me ocultaste  
A mí, pues que me negaste,  
Contra razon y derecho,  
Este estado ?

CLOTALDO.

¿ Ay de mí triste

SEGISMUNDO.

Traidor fuiste con la ley,  
Lisonjero con el Rey,  
Y cruel conmigo fuiste ;  
Y así el Rey, la ley y yo,  
Entre desdichas tan fieras  
Te condenan á que mueras  
A mis manos.

CRIADO 2.º

Señor.....

SEGISMUNDO.

No

Me estorbe nadie, que es vana  
Diligencia ; ¡ y vive Dios !  
Si os poneis delante vos,  
Que os eche por la ventana.

CRIADO 2.º

¡ Huye, Clotaldo.

CLOTALDO.

¡Ay de ti,

Qué soberbia vas mostrando,  
Sin saber que estás soñando! (Vase.)

CRIADO 2.º

Advierte....

SEGISMUNDO.

Aparta de aquí

CRIADO 2.º

Que á su Rey obedeció.

SEGISMUNDO.

En lo que no es justa ley  
No ha de obedecer al Rey,  
Y su príncipe era yo.

CRIADO 2.º

El no debió examinar  
Si era bien hecho ó mal hecho.

SEGISMUNDO.

Que estais mal con vos sospecho,  
Pues me dais que replicar.

CLARIN.

Dice el Príncipe muy bien,  
Y vos hicisteis muy mal.

CRIADO 2.º

¿Quién os dió licencia igual?

CLARIN.

Yo me la he tomado.

SEGISMUNDO.

¿Quién

Eres tú, di?

CLARIN.

Entremetido,  
Y deste oficio soy jefe,  
Porque soy el mequetrefe  
Mayor que se ha conocido.

SEGISMUNDO

Tú solo en tan nuevos mundos  
Me has agradado.

CLARIN.

Señor,

Soy un grande agradador  
De todos los Segismundos.

## ESCENA IV.

ASTOLFO.—SEGISMUNDO, CLARIN.  
CRIADOS, MÚSICOS.

ASTOLFO.

¡Feliz mil veces el día,  
O Príncipe, que os mostrais,  
Sol de Polonia, y llenais  
De resplandor y alegría  
Todos esos horizontes  
Con tan divino arbol;  
Pues que salís como el sol  
De los senos de los montes!  
Salid, pues, y aunque tan tarde  
Se corona vuestra frente  
Del laurel resplandeciente,  
Tarde muera.

SEGISMUNDO.

Dios os guarde.

ASTOLFO.

El no haberme conocido  
Solo por disculpa os doy  
De no hourarme mas. Yo soy  
Astolfo, duque he nacido  
De Moscovia, y primo vuestro:  
Haya igualdad en los dos.

SEGISMUNDO.

Si digo que os guarde Dios,  
¿Bastante agrado no os muestro?  
Pero ya que haciendo alarde  
De quien sois, desto os quejais,  
Otra vez que me veais  
Le diré á Dios que no os guarde.

CRIADO 2.º (A Astolfo.)

Vuestra Alteza considere  
Que como en montes nacido  
Con todos ha procedido.

(A Segismundo).

Astolfo, señor, prefiere....

SEGISMUNDO.

Cansóme como llegó  
Grave á hablarme, y lo primero  
Que hizo, se puso el sombrero.

CRIADO 2.º

Es grande.

SEGISMUNDO.

Mayor soy yo.

CRIADO 2.º

Con todo eso, entre los dos  
Que haya mas respeto es bien  
Que entre los demas.

SEGISMUNDO.

¿Y quién

Os mete conmigo á vos?

## ESCENA V.

ESTRELLA.—Dichos.

ESTRELLA.

Vuestra Alteza, señor, sea  
Muchas veces bien venido  
Al dosel que agradecido  
Le recibe y le desea,  
Adonde, á pesar de engaños,  
Viva augusto y emiuente,  
Donde su vida se cuente  
Por siglos, y no por años.

SEGISMUNDO. (A Clarín.)

Dime tú ahora, ¿quién es  
Esta beldad soberana.  
¿Quién es esta diosa humana,  
A cuyos divinos pies  
Postra el cielo su arbol?  
¿Quién es esta mujer bella?

CLARIN.

Es, señor, tu prima Estrella.

SEGISMUNDO.

Mejor dijeras el sol.  
Aunque el parabien es bien (A Estrella.)  
Darme del bien que conquisto,  
De solo haberos hoy visto

Os admito el parabien:  
Y así, de llegarme á ver  
Con el bien que no merezco,  
El parabien agradezco,  
Estrella, que amanecer  
Podeis, y dar alegría  
Al mas luciente farol.

¿Qué dejais que hacer al sol,  
Si os levantaís con el día?  
Dadme á besar vuestra mano,  
En cuya copa de nieve  
El aura caudores bebe.

ESTRELLA.

Sed mas galan cortesano.

ASTOLFO. (Ap.)

Soy perdido.

CRIADO 2.º

(Ap. El pesar sé  
De Astolfo, y le estorbaré.)  
Advierte, señor, que no  
Es justo atreverse así,  
Y estando Astolfo....

SEGISMUNDO.

¿No digo

Que vos no os metais conmigo?

CRIADO 2.º

Digo lo que es justo.

SEGISMUNDO.

A mí

Todo eso me causa enfado.

Nada me parece justo  
En siendo contra mi gusto.

CRIADO 2.º

Pues yo, señor, he escuchado  
De tí que en lo justo es bien  
Obedecer y servir.

SEGISMUNDO.

Tambien oiste decir  
Que por un baleon, á quien  
Me canse, sabré arrojar.

CRIADO 2.º

Con los hombres como yo  
No puede hacerse eso.

SEGISMUNDO.

¿No?

¡Por Dios! que lo he de probar.  
(Cógela en los brazos y entrase, y to-  
dos tras él, volviendo á salir inme-  
diatamente.)

ASTOLFO.

¿Qué es esto que llevo á ver?

ESTRELLA.

Idle todos á estorbar. (Vase.)

SEGISMUNDO. (Volviendo.)

Cayó del baleon al mar:

¡Vive Dios! que pudo ser.

ASTOLFO.

Pues medid con mas espacio  
Vuestras acciones severas,  
Que lo que hay de hombres á fieras,  
Hay desde un monte á palacio

SEGISMUNDO.

Pues en dando tan severo

En hablar con entereza,  
Quizá no hallareis cabeza  
En que se os tenga el sombrero.

(Vase Astolfo.)

## ESCENA VI.

BASILIO.—SEGISMUNDO, CLARIN,

CRIADOS.

BASILIO.

¿Qué ha sido esto?

SEGISMUNDO

Nada ha sido.

A un hombre, que me ha cansado,  
Deste balcon he arrojado.

CLARIN. (A Segismundo.)

Que es el Rey está advertido.

BASILIO.

¿Tan presto una vida cuesta  
Tu vequía al primer día?

SEGISMUNDO.

Dijome que no podia  
Hacerse, y gané la apuesta.

BASILIO.

Pésame mucho que cuando,  
Príncipe, á verte he venido,  
Pensando hallarte advertido,  
De hados y estrellas triunfando,  
Con tanto rigor te vea,  
Y que la primera accion  
Que has hecho en esta ocasion,  
Un grave homicidio sea.

¿Con qué amor llegar podré

¡Polonia no tenia puertos: Calderon por consiguiente no pudo colocar la accion del drama en una ciudad marítima. A este cargo que se ha hecho al autor por estos dos versos, creo que se responde muy fácilmente. Mar se llamaba en tiempo de Calderon al de Ontigola, que es un estanque; Mar se llamó después al estanque grande de los jardines de la Granja. Cayó del balcon al mar, querrá, segun esto, decir: «cayó á un estanque de los jardines de palacio, cayó á estanque que está debajo del balcon».



A darte ahora mis brazos,  
Si de sus soberbios lazos,  
Qué están enseñados sé  
A dar muerte? ¿Quién llegó  
A ver desnudo el puñal  
Que dió una herida mortal,  
Que no temiese? ¿Quién vió  
Sangriento el lugar, adonde  
A otro hombre le dieron muerte,  
Que no sienta? que el mas fuerte  
A su natural responde.  
Yo así, que en tus brazos miro  
Esta muerte el instrumento,  
Y miro el lugar sangriento,  
De tus brazos me retiro;  
Y aunque en amorosos lazos  
Ceñir tu cuello pensé,  
Sin ellos me volveré,  
Que tengo miedo á tus brazos.

SEGISMUNDO.

Sin ellos me podré estar  
Como me he estado hasta aquí;  
Que un padre que contra mí  
Tanto rigor sabe usar,  
Que su condicion ingrata  
De su lado me desvia,  
Como á una fiera me cria,  
Y como á un monstruo me trata  
Y mi muerte solicita,  
De poca importancia fué  
Que los brazos no me dé,  
Cuando el ser de hombre me quita.

BASILIO.

Al cielo y á Dios pluguiera  
Que á dártele no llegara;  
Pues ni tu voz escuchara,  
Ni tu atrevimiento viera.

SEGISMUNDO.

Si no me le hubieras dado,  
No me quejara de ti;  
Pero una vez dado, si,  
Por habérmele quitado;  
Pues aunque el dar la acción es  
Mas noble y mas singular,  
Es mayor bajeza el dar,  
Para quitarlo despues.

BASILIO.

¡Bien me agradeces el verte,  
De un humilde y pobre preso,  
Príncipe ya!

SEGISMUNDO.

Pues en eso  
¿Qué tengo que agradecerte?  
Tirano de mí albedrío,  
Si viejo y caduco estás,  
¿Muriéndote, qué me das?  
¿Dasme mas de lo que es mío?  
Mi padre eres y mi rey;  
Luego toda esta grandeza  
Me da la naturaleza  
Por derecho de su ley.  
Luego aunque esté en tal estado,  
Obligado no te quedo,  
Y pedirte cuentas puedo  
Del tiempo que me has quitado  
Libertad, vida y honor;  
Y así agradéceme á mí  
Que yo no cobre de ti,  
Pues eres tú mi deudor.

BASILIO.

Bárbaro eres y atrevido:  
Cumplió su palabra el cielo;  
Y así, para él mismo apelo,  
Soberbio y desvanecido.  
Y aunque sepas ya quién eres,  
Y desengañado estés,  
Y aunque en un lugar te ves  
Donde á todos te prefieres,  
Mira bien lo que te advierto,  
Que seas humilde y blando,

Porque quizá estás soñando,  
Aunque ves que estás despierto. (Vase.)

SEGISMUNDO.

¿Que quizá soñando estoy,  
Aunque despierto me veo?  
No sueño, pues toco y creo  
Lo que he sido y lo que soy.  
Y aunque ahora te arrepientas,  
Poco remedio tendrás;  
Sé quien soy, y no podrás,  
Aunque suspires y sientas,  
Quitarme el haber nacido  
Esta corona heredero;  
Y si me viste primero  
A las prisiones rendido,  
Fué porque ignoré quién era;  
Pero ya informado estoy  
De quien soy, y sé que soy  
Un compuesto de hombre y fiera.

### ESCENA VII.

ROSAURA, en traje de mujer.—SEGISMUNDO; CLARIN, CRIADOS.

ROSAURA. (Ap.)

Siguiendo á Estrella vengo,  
Y gran temor de hallar á Astolfo tengo;  
Que Clotaldo desca  
Que no sepa quién soy, y no me vea,  
Porque dice que importa al honor mío:  
Y de Clotaldo fio  
Su efecto, pues le debo agradecida  
Aquí el amparo de mi honor y vida.

CLARIN. (A Segismundo.)

¿Qué es lo que te ha agradado  
Mas de cuanto aquí has visto y admirado?

SEGISMUNDO.

Nada me ha suspendido;  
Que todo lo tenía prevenido;  
Mas si admirarme hubiera  
Algo en el mundo, la hermosura fuera  
De la mujer. Leía  
Una vez yo en los libros que tenía,  
Que lo que á Dios mayor estudio debe,  
Era el hombre, por ser un mundo breve;  
Mas ya que lo es recelo  
La mujer, pues ha sido un breve cielo;  
Y mas beldad encierra  
Que el hombre, cuanto va de cielo á  
Y mas si es la que miro. [tierra;

ROSAURA. (Ap.)

El Príncipe está aquí; yo me retiro.

SEGISMUNDO.

Oye, mujer, detente;  
No juntes el ocaso y el oriente,  
Huyendo al primer paso;  
Que juntos el oriente y el ocaso,  
La luz y sombra fría,  
Serás sin duda sincopa del día.  
¿Pero qué es lo que veo?

ROSAURA.

Lo mismo que estoy viendo, dudo y  
[creo.

SEGISMUNDO. (Ap.)

Yo he visto esta belleza  
Otra vez.

ROSAURA. (Ap.)

Yo esta pompa, esta grandeza  
He visto reducida  
A una estrecha prision.

SEGISMUNDO

(Ap. Ya hallé mi vida.)

Mujer, que aqueste nombre  
Es el mejor requiebro para el hombre,  
¿Quién eres? que sin verte  
Adoracion me debes, y de suerte  
Por la fe te conquisto, [visto  
Que me persuado á que otra vez te he  
¿Quién eres, mujer bella?

ROSAURA.

Disimular me importa. Soy de Estrella  
Una infelice dama.

SEGISMUNDO.

No digas tal; di el sol, á cuya llama  
Aquella estrella vive,  
Pues de tus rayos resplandor recibe:  
Yo vi en reino de olores  
Que presidia entre escuadron de flores  
La deidad de la rosa,  
Y era su emperatriz por mas hermosa;  
Yo vi entre piedras finas  
De la docta academia de sus mias  
Preferir el diamante,  
Y ser su emperatriz por mas brillante;  
Yo en esas cortes bellas  
De la inquieta república de estrellas,  
Vi en el lugar primero  
Por rey de las estrellas al lucero;  
Yo en esferas perfectas,  
Llamando el sol á cortes los planetas,  
Le vi que presidia,  
Como mayor oraculo del día. [llas,  
¿Pues cómo si entre flores, entre estre-  
Piedras, signos, planetas, las mias be-  
Prefieren, tú has servido [llas  
La de ménos beldad, habiendo sido  
Por mas bella y hermosa,  
Sol, lucero, diamante, estrella y rosa?

### ESCENA VIII.

CLOTALDO, que se queda al paño.—SEGISMUNDO, ROSAURA, CLARIN, CRIADOS.

CLOTALDO. (Ap.)

A Segismundo reducir deseo, [veo!  
Porque en fin le he criado; mas qué

ROSAURA.

Tu favor reverencio:  
Respóndate retórico el silencio:  
Cuando tan torpe la razon se halla,  
Mejor habla, señor, quien mejor calla.

SEGISMUNDO.

No has de ausentarte, espera.  
¿Cómo quieres dejar de esa manera  
A obscuras mi sentido?

ROSAURA.

Esta licencia á vuestra Alteza pido.

SEGISMUNDO.

etc con tal violencia  
No es pedir la, es tomarte la licencia.

ROSAURA.

Pues si tú no la das, tomarla espero.

SEGISMUNDO.

Harás qué de cortés pase á grosero,  
Porque la resistencia  
Es veneno cruel de mi paciencia.

ROSAURA.

Pues cuando ese veneno,  
De furia, de rigor y saña lleno,  
La paciencia venciera,  
Mi respeto no osara, ni pudiera.

SEGISMUNDO.

Solo por ver si puedo,  
Harás que pierda á tu hermosura el  
Que soy muy inclinado [miedo,  
A vencer lo imposible: hoy he arrojado  
De ese balcón á un hombre, que decía  
Que hacerse no podía;  
Y así por ver si puedo, cosa es llana  
Que arrojare tu honor por la ventana.

CLOTALDO. (Ap.)

Mucho se va empeñando.  
¿Qué he de hacer, cielos, cuando  
Tras un loco deseo  
Mi honor segunda vez á riesgo veo?

ROSAURA.

No en vano prevenia  
A este reino infeliz tu tiranía  
Escándalos tan fuertes  
De delitos, traiciones, iras, muertes.  
Mas qué ha de hacer un hombre,  
Que no tiene de humano mas que el  
Atrevido, inhumano, [nombre,  
Cruel, soberbio, bárbaro y tirano,  
Nacido entre las fieras?

SEGISMUNDO.

Porque tú ese baldon no me dijeras,  
Tan cortés me mostraba,  
Pensando que con eso te obligaba;  
Mas si lo soy hablando deste modo,  
Has de decirlo, vive Dios, por todo.—  
Hola, dejadnos solos, y esa puerta  
Se cierre, y no entre nadie.

(Vanse Clarín y los criados.)

ROSAURA.

Yo soy muerta.—

Advierte....

SEGISMUNDO.

Soy tirano,  
Y ya pretendes reducirme en vano.

CLOTALDO.

(Ap. ¡Oh qué lance tan fuerte! [muerte.  
Saldré á estorbarlo, aunque me dé la  
Señor, atiende, mira. (Llega.)

SEGISMUNDO.

Segunda vez me has provocado á ira,  
Viejo caduco y loco.  
¿Mi enojo y mi rigor tienes en poco?  
¿Cómo hasta aquí has llegado?

CLOTALDO.

De los acentos desta voz llamado,  
A decirte que seas  
Mas apacible, si reinar deseas;  
Y no, por verte ya de todos dueño,  
Seas cruel, porque quizá es un sueño.

SEGISMUNDO.

A rabia me provocas,  
Cuando la luz del desengaño tocas.  
Veré, dándote la muerte,  
Si es sueño ó si es verdad.

(Al ir á sacar la daga se la detiene  
Clotaldo, y se pone de rodillas.)

CLOTALDO.

Yo desta suerte

Librar mi vida espero.

SEGISMUNDO.

Quita la osada mano del acero.

CLOTALDO.

Hasta que gente venga,  
Que tu rigor y cólera detenga,  
No he de soltarte.

ROSAURA.

¡Ay cielo!

SEGISMUNDO.

Suelta, digo,

Caduco, loco, bárbaro, enemigo,  
O será desta suerte, (Luchan.)  
Dándote ahora entre mis brazos muerte.

ROSAURA.

Acudid todos presto,  
Que matan á Clotaldo. (Vase.)  
(Sale Astolfo á tiempo que cae Clotaldo á sus piés, y él se pone en medio.)

## ESCENA IX.

ASTOLFO. — SEGISMUNDO, CLOTALDO.

ASTOLFO

¿Pues qué es esto,

Príncipe generoso?

¿Así se mancha acero tan brioso

En una sangre helada?

Vuelva á la vaina tan lucida espada.

SEGISMUNDO.

En viéndola teñida

En esa infame sangre.

ASTOLFO.

Ya su vida

Tomó á mis piés sagrado,  
Y de algo ha de servirle haber llegado.

SEGISMUNDO.

Sírvate de morir; pues desta suerte  
También sabré vengarme con tu muerte  
De aquel pasado enojo.

ASTOLFO.

Yo defendiendo

Mi vida; así la majestad no ofendo.

(Saca Astolfo la espada, y riñen.)

CLOTALDO.

No le ofendas, señor.

## ESCENA X.

BASILIO, ESTRELLA y ACOMPAÑAMIENTO. — SEGISMUNDO, ASTOLFO, CLOTALDO.

BASILIO.

¿Pues aquí espadas?

ESTRELLA (Ap.)

¡Astolfo es, ay de mí, penas airadas!

BASILIO.

¿Pues qué es lo que ha pasado?

ASTOLFO.

Nada, señor, habiendo tú llegado.

(Envainan)

SEGISMUNDO.

Mucho, señor, aunque hayas tú venido:  
Yo á ese viejo matar he pretendido.

BASILIO.

¿Respeto no tenias  
A estas canas?

CLOTALDO.

Señor, ved que son mias:  
Que no importa veréis

SEGISMUNDO.

Acciones vanas,

Querer que tenga yo respeto á canas;

Pues aun esas podría (Al Rey.)

Ser que viese á mis plantas algun día.

Porque aun no estoy vengado

Del modo injusto con que me has criado.

(Vase.)

BASILIO.

Pues ántes que lo veas,

Volverás á dormir adonde creas

Que cuanto te ha pasado,

Como fué bien del mundo, fué soñado

(Vanse el Rey, Clotaldo y el acompañamiento.)

## ESCENA XI.

ESTRELLA, ASTOLFO.

ASTOLFO.

¡Qué pocas veces el hado,  
Que dice desdichas, miente,  
Pues es tan cierto en los males,  
Cuanto dudoso en los bienes!  
¿Qué buen astrólogo fuera,  
Si siempre casos crueles  
Anunciara; pues no hay duda  
Que ellos fueran verdad siempre!  
Conocerse esta experiencia  
En mí y Segismundo puede,  
Estrella, pues en los dos  
Hace muestras diferentes.  
En él previno rigores,  
Soberbias, desdichas, muertes,

Y en todo dijo verdad,  
Porque todo, al fin, sucede;  
Pero en mí, que al ver, señora,  
Esos rayos excelentes,  
De quien el sol fué una sombra  
Y el cielo un amago breve,  
Que me previno venturas,  
Trofeos, aplausos, bienes,  
Dijo mal, y dijo bien;  
Pues solo es justo que acierte  
Cuando amaga con favores  
Y ejecuta con desdenes.

ESTRELLA.

No dudo que esas finezas  
Son verdades evidentes;  
Mas serán por otra dama,  
Cuyo retrato pendiente  
Al cuello trajisteis cuando  
Llegásteis, Astolfo, á verme;  
Y siendo así, esos requiebros  
Ella sola los merece.  
Acudid á que ella os pague,  
Que no son buenos papeles  
En el consejo de amor  
Las finezas ni las fees  
Que se hicieron en servicio  
De otras damas y otros reyes.

## ESCENA XII.

ROSAURA, que se queda al paño. —

ESTRELLA, ASTOLFO.

ROSAURA. (Ap.)

¡Gracias á Dios que llegaron  
Ya mis desdichas crueles  
Al término suyo, pues  
Quien esto ve nada teme!

ASTOLFO.

Yo haré que el retrato salga  
Del pecho, para que entre  
La imagen de tu hermosura.  
Donde entra Estrella no tiene  
Lugar la sombra, ni estrella  
Donde el sol; voy á traerle. —  
(Ap. Perdona, Rosaura hermosa,  
Este agravio, porque ausentes,  
No se guardan mas fe que esta  
Los hombres y las mujeres.) (Vase)

(Adelántase Rosaura.)

ROSAURA. (Ap.)

Nada he podido escuchar,  
Temerosa que me viese.

ESTRELLA.

¡Astrea!

ROSAURA.

Señora mía.

ESTRELLA.

Heme holgado que tú fueses  
La que llegaste hasta aquí;  
Porque de ti solamente  
Fiara un secreto.

ROSAURA.

Honras,

Señora, á quien te obedece.

ESTRELLA.

En el poco tiempo, Astrea,  
Que ha que te conozco, tienes  
De mi voluntad las llaves;  
Por esto, y por ser quien eres,  
Me atrevo á fiar de tí  
Lo que aun de mí muchas veces  
Recaté.

ROSAURA.

Tu esclava soy.

ESTRELLA.

Pues para decirlo en breve,  
Mi primo Astolfo (bastara  
Que mi primo te dijese,  
Porque hay cosas que se dicen



Con pensarlas solamente),  
Ha de casarse conmigo,  
Si es que la fortuna quiere  
Que con una dicha sola  
Tantas desdichas descuente.  
Pesóme al el primer día  
Echado al cuello trajese  
El retrato de una dama :  
Hábele en él cortesmente,  
Es galán, y quiere bien,  
Fué por él, y ha de traerle  
Aquí; embarázame mucho  
Que él á mí á dármele llegue :  
Quédate aquí, y cuando venga,  
Le dirás que te le entregue  
A ti. No te digo mas;  
Discreta y hermosa eres :  
Bien sabrás lo que es amor.

(Vase.)

**ESCENA XIII.**

ROSAURA.

¡Ojalá no lo supiese!  
¡Válgame el cielo! ¿quién fuera  
Tan atenta y tan prudente,  
Que supiera aconsejarse  
Hoy en ocasión tan fuerte?  
¡Habrà persona en el mundo,  
A quien el cielo inclemente  
Con mas desdichas combata,  
Y con mas pesares cerque?  
¿Qué haré en tantas confusiones,  
Donde imposible parece  
Que halle razon que me alivie,  
Ni alivio que me consuele?  
Desde la primer desdicha,  
No hay suceso ni accidente  
Que otra desdicha no sea;  
Que unas á otras suceden,  
Herederas de si mismas.  
A la imitación del Fénix,  
Unas de las otras nacen,  
Viviendo de lo que mueren,  
Y siempre de sus cenizas  
Está el sepulcro caliente.  
Que eran cobardes, decía  
Un sabio, por parecerle  
Que nunca andaba una sola;  
Yo digo, que son valientes,  
Pues siempre van adelante,  
Y nunca la espalda vuelven:  
Quien las llevaré consigo,  
A todo podrá atreverse,  
Pues en ninguna ocasión  
No haya miedo que le dejen  
Digalo yo, pues en tantas  
Como á mi vida suceden,  
Nunca me he hallado sin ellas,  
Ni se han cansado hasta verme,  
Herida de la fortuna,  
En los brazos de la muerte.  
¡Ay de mí! ¿qué debo hacer  
Hoy en la ocasión presente?  
Si digo quien soy, Clotario,  
A quien mi vida le debe  
Este amparo y este honor,  
Conmigo ofenderse puede;  
Pues me dice que callando  
Honor y remedio espere.  
Si no he de decir quien soy  
A Astolfo, y él llega á verme,  
¿Cómo he de disimular?  
Pues aunque fingirlo intenten  
La voz, la lengua y los ojos  
Les dirá el alma que mienten?  
¿Qué haré? ¿Mas para qué estudio  
Lo que haré, si es evidente,  
Que por mas que lo prevenga,  
Que lo estudie y que lo piense,  
En llegando la ocasión,  
Ha de hacer lo que quisiera

¡Hablar en equivalia ántes á hablar de.

El dolor? porque ninguno  
Imperio en sus penas tiene.  
Y pues á determinar  
Lo que ha de hacer no se atreve  
El alma, llegue el dolor  
Hoy á su término, llegue  
La pena á su extremo, y salga  
De dudas y pareceres  
De una vez; pero hasta entónces  
Valedme, cielos, valedme.

**ESCENA XIV.**

ASTOLFO, que trae el retrato.— ROSAURA.

ASTOLFO.

Este es, señora, el retrato;  
Mas ¡ay Dios!

ROSAURA.

¿Qué se suspende  
Vuestra Alteza? ¿qué se admira?

ASTOLFO.

De oírte, Rosaura, y verte.

ROSAURA.

¿Yo Rosaura? Hase engañado  
Vuestra Alteza, si me tiene  
Por otra dama; que yo  
Soy Astrea, y no merece  
Mi humildad tan grande dicha  
Que esa turbación le cueste.

ASTOLFO.

Basta, Rosaura; el engaño,  
Porque el alma nunca miente;  
Y aunque como á Astrea te mire,  
Como á Rosaura te quiere.

ROSAURA.

No he entendido á vuestra Alteza,  
Y así no sé responderle :  
Solo lo que yo diré,  
Es que Estrella (que lo puede  
Ser de Venus) me mandó  
Que en esta parte le espere,  
Y de la suya le diga  
Que aquel retrato me entregue,  
Que está muy puesto en razon,  
Y yo misma se lo lleve.  
Estrella lo quiere así,  
Porque aun las cosas mas leves  
Como sean en mi daño,  
Es Estrella quien las quiere.

ASTOLFO.

Aunque mas esfuerzos hagas,  
¡Oh qué mal, Rosaura, puedes  
Disimular! Di á los ojos,  
Que su música concierten  
Con la voz; porque es forzoso  
Que desdiga y que disuene  
Tan destemplado instrumento,  
Que ajustar y medir quiere  
La falsedad de quien dice,  
Con la verdad de quien siente.

ROSAURA.

Ya digo que solo espero  
El retrato.

ASTOLFO.

Pues que quieres  
Llevar al fin el engaño,  
Con él quiero responderte.  
Dirásle, Astrea, á la Infanta  
Que yo la estimo de suerte,  
Que, pidiéndome un retrato,  
Poca lineza parece  
Enviársele, y así,  
Porque le estime y le precie  
Le envío el original;  
Y tú llevárselo puedes,  
Pues ya le llevas contigo,  
Como á ti misma te lleves.

ROSAURA.

Cuando un hombre se dispone,  
Restado, altivo y valiente,  
A salir con una empresa,  
Aunque por trato le entreguen  
Lo que valga mas, sin ella  
Necio y desairado vuelve.  
Yo vengo por un retrato,  
Y aunque un original lleve,  
Que vale mas, volveré  
Desairada; y así, déme  
Vuestra Alteza ese retrato,  
Que sin él no he de volverme.

ASTOLFO.

¿Pues cómo, si no he darle,  
Le has de llevar?

ROSAURA.

Destá suerte.

Suéltale, ingrato.

(Trata de quitárselo.)

ASTOLFO.

Es en vano.

ROSAURA.

¡Vive Dios, que no ha de verse  
En manos de otra mujer!

ASTOLFO.

Terrible estás.

ROSAURA

Y tú aleve.

ASTOLFO.

Ya basta, Rosaura mía.

ROSAURA.

¿Yo tuya? Villano, mientes.

(Están asidos ambos del retrato.)

**ESCENA XV.**

ESTRELLA.— ROSAURA, ASTOLFO.

ESTRELLA.

Astrea, Astolfo, ¿qué es esto?

ASTOLFO. (Ap.)

Aquesta es Estrella.

ROSAURA.

(Ap. Déme

Para cobrar mi retrato,  
Ingenio el amor.) Si quieres (A Estrella.)  
Saber lo que es, yo, señora,  
Te lo diré.

ASTOLFO. (Ap. á Rosaura)

¿Qué pretendes?

ROSAURA.

¡Mandástemte que esperase  
Aquí á Astolfo, y le pidiese  
Un retrato de tu parte.  
Quedé sola, y como vienen  
De unos discursos á otros  
Las noticias fácilmente,  
Viéndote hablar de retratos,  
Con su memoria acordéme  
De que tenía uno mío  
En la manga. Quise verle,  
Porque una persona sola  
Con locuras se divierte;  
Cayóseme de la mano  
Al suelo : Astolfo, que viene  
A entregarte el de otra dama,  
Le levantó, y tan rebelde  
Está en dar el que le pides,  
Que en vez de dar uno, quiere  
Llevar otro; pues el mío  
Aun no es posible volverme,  
Con ruegos y persuasiones :  
Colérica é impaciente  
Yo, se le quise quitar.  
Aquel que en la mano tiene,

Es mio, tu lo verás  
Con ver si se me parece.

ESTRELLA.

Soltad, Astolfo, el retrato.  
(*Quitase de la mano.*)  
ASTOLFO.

Señora....

ESTRELLA.

No son crueles  
A la verdad los matices.

ROSAURA.

¿No es mio?

ESTRELLA.

¿Qué duda tiene?

ROSAURA.

Ahora di que te dé el otro.

ESTRELLA.

Toma tu retrato, y vete.

ROSAURA. (*Ap.*)

Yo he cobrado mi retrato,  
Venga ahora lo que viniere. (*Vase*)

### ESCENA XVI.

ESTRELLA, ASTOLFO.

ESTRELLA.

Dadme ahora el retrato vos  
Que os pedi; que aunque no piense  
Veros ni hablaros jamas,  
No quiero, no, que se quede  
En vuestro poder, siquiera  
Porque yo tan neciamente  
Le he pedido.

ASTOLFO.

(*Ap.* ¿Cómo puedo

Salir de lancé tan fuerte?)  
Aunque quiera, hermosa Estrella,  
Servirte y obedecerte,  
No podré darte el retrato  
Que me pides, porque...

ESTRELLA.

Eres

Villano y grosero amante.  
No quiero que me le entregues;  
Porque yo tampoco quiero,  
Con tomarle, que me acuerdes  
Que te le he pedido ya. (*Vase*)

ASTOLFO.

Oye, escucha, mira, advierte. —  
¡Válgate Dios por Rosaúra!  
¿Dónde, cómo, ó de qué suerte  
Hoy á Polonia has venido  
A perderme y á perderte? (*Vase.*)

Prision del Principe en la torre.

### ESCENA XVII.

SEGISMUNDO, como al principio, con  
pieses y cadena, echado en el suelo;  
CLOTALDO, DOS CRIADOS Y CLARIN.

CLOTALDO.

Aquí le habeis de dejar,  
Pues hoy su soberbia acaba  
Donde empezó.

UN CRIADO.

Como estaba,

La cadena vuelvo á atar.

CLARIN.

No acabes de despertar,  
Segismundo, para verte  
Perder, trocada la suerte,  
Siendo tu gloria fingida  
Una sombra de la vida,  
Y una llama de la muerte.

CLOTALDO.

A quien sabe discurrir,

Así es bien que se prevenga  
Una estancia, donde tenga  
Harto lugar de argüir. —  
Este es al que habeis de asir,  
(*A los criados.*)

Y en este cuarto encerrar.  
(*Señalando la pieza inmediata.*)

CLARIN.

¿Por qué á mí?

CLOTALDO.

Porque ha de estar  
Guardado en prision tan grave,  
Clarín que secretos sabe,  
Donde no pueda sonar.

CLARIN.

¿Yo, por dicha, solicito  
Dar muerte á mi padre? No.  
¿Arrojé del balcon yo  
Al Icaro de poquito?  
Yo sueño ó duermo? ¿A qué fin  
Me encierran?

CLOTALDO.

Eres Clarín.

CLARIN.

Pues ya digo que seré  
Corneta, y que callaré,  
Que es instrumento ruin.  
(*Llévanle, y queda solo Clotaldo*)

### ESCENA XVIII.

BASILIO, rebozado. — CLOTALDO,  
SEGISMUNDO, adormecido.

BASILIO.

Clotaldo.

CLOTALDO.

¿Señor! ¿así

Viene vuestra Majestad?

BASILIO.

La necia curiosidad  
De ver lo que pasa aquí  
A Segismundo (¡ay de mí!),  
Deste modo me ha traído.

CLOTALDO.

Mirale allí reducido  
A su miserable estado.

BASILIO.

¿Ay Principe desdichado  
Y en triste punto nacido!  
Llega á despertarle, ya  
Que fuerza y vigor perdió  
Con el opio que bebí.

CLOTALDO.

Inquieto, señor, está,  
Y hablando.

BASILIO.

¿Qué soñará

Ahora? Escuchemos, pues.  
SEGISMUNDO. (*Entre sueños.*)

Piadoso principe es  
El que castiga tiranos:  
Clotaldo muera á mis manos.  
Mi padre bese mis piés.

CLOTALDO.

Con la muerte me amenaza.

BASILIO.

A mí con rigor y afrenta.

CLOTALDO.

Quitarme la vida intenta.

BASILIO.

Rendirme á sus plantas traza.  
SEGISMUNDO. (*Entre sueños.*)

Salga á la anchurosa plaza  
Del gran teatro del mundo  
Este valor sin segundo:  
Porque mi venganza cuadre,

Vean triunfar de su padre  
Al principe Segismundo. (*Despierta.*)  
¿Mas ay de mí! ¿dónde estoy?

BASILIO.

Pues á mí no me ha de ver:  
(*A Clotaldo.*)

Ya sabes lo que has de hacer.  
Desde allí á escucharle voy. (*Retrase.*)

SEGISMUNDO.

¿Soy yo por ventura? ¿soy  
El que preso y aherrado  
Llego á verme en tal estado?  
¿No sois mi sepulcro vos,  
Torre? Si. ¡Válgame Dios,  
Qué de cosas he soñado!

CLOTALDO. (*Ap.*)

A mí me toca llegar,  
A hacer la deshecha ahora. —  
¿Es ya de despertar hora?

SEGISMUNDO.

Si, hora es ya de despertar.

CLOTALDO.

¿Todo el día te has de estar  
Durmiendo? ¿Desde que yo  
Al águila que voló  
Con tardo vuelo seguí,  
Y te quedaste tú aquí,  
Nunca has despertado?

SEGISMUNDO.

No,  
Ni aun agora he despertado;  
Que según, Clotaldo, entiendo,  
Todavía estoy durmiendo:  
Y no estoy muy engañado;  
Porque si ha sido soñado  
Lo que vi palpable y cierto,  
Lo que veo será incierto;  
Y no es mucho que rendido,  
Pues veo estando dormido,  
Que sueñe estando despierto.

CLOTALDO.

Lo que soñaste me di.

SEGISMUNDO.

Supuesto que sueño fué,  
No diré lo que soñé,  
Lo que vi, Clotaldo, sí.  
Yo desperté, yo me vi  
(¿Qué crueldad tan lisonjera!)  
En un lecho, que pudiera  
Con matices y colores  
Ser el catre de las flores  
Que tejí la primavera.  
Aquí mil nobles rendidos  
A mis piés nombre me dieron  
De su principe, y sirvieron  
Galas, joyas y vestidos.  
La calma de mis sentidos  
Tú trocaste en alegría,  
Diciendo la dicha mía,  
Que, aunque estoy desta manera,  
Principe en Polonia era.

CLOTALDO.

Buenas albricias tendria.

SEGISMUNDO.

No muy buenas: por traidor,  
Con pecho atrevido y fuerte  
Dos veces te daba muerte.

CLOTALDO.

¿Para mí tanto rigor?

SEGISMUNDO.

De todos era señor,  
Y de todos me vengaba;  
Solo á una mujer amaba...  
Que fué verdad, creo yo,  
En que todo se acabó,  
Y esto solo no se acaba. (*Vase el fin.*)



CLOTALDO.

(Ap. Enternecido se ha ido  
El Rey de haberle escuchado.)  
Como habíamos hablado  
De aquella águila, dormido,  
Tu sueño imperios han sido;  
Mas en sueños fuera bien  
Honrar entónces á quien  
Te crió en tantos empeños,  
Segismundo, que aun en sueños  
No se pierde el hacer bien. (Vase)

## ESCENA XIX.

SEGISMUNDO.

Es verdad; pues reprimamos  
Esta fiera condición,  
Esta furia, esta ambición,  
Por si alguna vez soñamos:  
Y si haremos, pues estamos  
En mundo tan singular,  
Que el vivir solo es soñar;  
Y la experiencia me enseña  
Que el hombre que vive, sueña  
Lo que es, hasta dispartar.  
Sueña el rey que es rey, y vive  
Con este engaño mandando,  
Disponiendo y gobernando;  
Y este aplauso, que recibe  
Prestado, en el viento escribe:  
Y en cenizas le convierte  
La muerte ¡(desdicha fuerte!) :  
¿Que hay quien intente reinar,  
Viendo que ha de despertar  
En el sueño de la muerte?  
Sueña el rico en su riqueza,  
Que mas cuidados le ofrece;  
Sueña el pobre que padece  
Su miseria y su pobreza;  
Sueña el que á ineducar empieza,  
Sueña el que afana y pretende,  
Sueña el que agravia y ofende,  
Y en el mundo, en conclusion,  
Todos sueñan lo que son,  
Aunque ninguno lo entiende.  
Yo sueño que estoy aquí  
Destas prisiones cargado,  
Y soñé que en otro estado  
Mas lisonjero me vi.  
¿Qué es la vida? Un frenesí:  
¿Qué es la vida? Una ilusión,  
Una sombra, una ficción,  
Y el mayor bien es pequeño;  
Que toda la vida es sueño,  
Y los sueños sueño son.

## JORNADA TERCERA.

## ESCENA PRIMERA.

CLARIN.

En una encantada terre,  
Por lo que sé, vivo preso:  
¿Qué me harán por lo que ignoro,  
Si por lo que sé me han muerto?  
¿Que un hombre con tanta hambre  
Viniese á morir viviendo!  
Lástima tengo de mí;  
Todos dirán: «bien lo creo»;  
Y bien se puede creer,  
Pues para mí este silencio  
No conforma con el nombre  
Clarín, y callar no puedo.  
Quien me hace compañía  
Aquí, si á decirlo acierto,  
Son arañas y ratones:  
¡Miren qué dulces jilgueros!  
De los sueños desta noche  
La triste cabeza tengo  
Llena de mil chirrimías,  
De trompetas y embelecios.

De procesiones, de cruces,  
De disciplinantes; y estos  
Unos suben, otros bajan,  
Unos se desmayan viendo  
La sangre que llevan otros:  
Mas yo, la verdad diciendo,  
De no comer me desmayo;  
Que en una prision me veo,  
Donde ya todos los días  
En el filósofo leo  
Nicomédes, y las noches  
En el concilio Niceno.  
Si llaman santo al callar,  
Como en calendario nuevo,  
San secreto es para mí,  
Pues le ayuno y no le huelgo;  
Aunque está bien merecido  
El castigo que padezco.  
Pues callé, siendo criado,  
Que es el mayor sacrilegio.  
(Ruido de cajas y clarines, y voces dentro.)

## ESCENA II.

SOLDADOS. — CLARIN.

SOLDADO 1.º (Dentro.)

Esta es la torre en que está.  
Echad la puerta en el suelo:  
Entrad todos.

CLARIN.

¡Vive Dios!

Que á mí me buscan, es cierto,  
Pues que dicen que aquí estoy.  
¿Qué me querrán?

SOLDADO 1.º (Dentro.)

Entrad dentro.

(Salen varios soldados.)

SOLDADO 2.º

Aquí está.

CLARIN.

No está.

TODOS LOS SOLDADOS.

Señor...

CLARIN. (Ap.)

¿Si vienen borrachos estos?

SOLDADO 1.º

Tú nuestro príncipe eres;  
Ni admitimos ni queremos  
Sino al señor natural,  
Y no á príncipe extranjero.  
A todos nos da los pies.

LOS SOLDADOS.

¡Viva el gran Príncipe nuestro!

CLARIN. (Ap.)

Vive Dios, que va de véras.

¿Si es costumbre en este reino

Prender uno cada día

Y hacerle príncipe, y luego

Volverle á la torre? Sí,

Pues cada día lo veo:

Fuerza es hacer mi papel.

SOLDADOS.

Danos tus plantas.

CLARIN.

No puedo,

Porque las he menester

Para mí, y fuera defecto

Ser príncipe desplantado.

SOLDADO 2.º

Todos á tu padre mesmo

Le dijimos que á tí solo

Por príncipe conocemos,

No al de Moscovia.

CLARIN.

¿A mi padre

Le perdisteis el respeto?

Sois unos tales por cuales.

SOLDADO 1.º

Fué lealtad de nuestro pecho.

CLARIN.

Si fué lealtad, yo os perdono.

SOLDADO 2.º

Sal á restaurar tu imperio.

¡Viva Segismundo!

TODOS.

¡Viva!

CLARIN. (Ap.)

¿Segismundo dicen? Bueno:

Segismundos llaman todos

Los príncipes contrahechos.

## ESCENA III.

SEGISMUNDO. — CLARIN, SOLDADOS.

SEGISMUNDO.

¿Quién nombra aquí á Segismundo?

CLARIN. (Ap.)

¡Mas que soy príncipe huero!

SOLDADO 1.º

¿Quién es Segismundo?

SEGISMUNDO.

Yo.

SOLDADO 2.º (A Clarín.)

¿Pues cómo, atrevido y necio,

Tú te hacías Segismundo?

CLARIN.

¿Yo Segismundo? Eso niego.

Vosotros fuisteis los que

Me segismundeasteis: luego

Vuestra ha sido solamente

Necedad y atrevimiento.

SOLDADO 1.º

Gran príncipe Segismundo,

(Que las señas que traemos

Tuyas son, aunque por fe

Te aclamamos señor nuestro),

Tu padre el gran rey Basilio,

Temeroso que los cielos

Cumplan un hado, que dice

Que ha de verse á tus pies puesto,

Vencido de tí, pretende

Quitarte acción y derecho

Y dársele á Astolfo, duque

De Moscovia. Para esto

Juntó su corte, y el vulgo,

Penetrando ya y sabiendo

Que tiene rey natural,

No quiere que un extranjero

Venga á mandarle. Y así,

Haciendo noble desprecio

De la inclemencia del hado,

Te ha buscado donde preso

Vives, para que asistido

De sus armas, y saliendo

Desta torre á restaurar

Tu imperial corona y cetro,

Se la quites á un tirano.

Sal, pues; que en ese desierto,

Ejército numeroso

De bandidos y plebeyos

Te aclama: la libertad

Te espera; oye sus acentos.

Voces dentro.

¡Viva Segismundo, viva!

SEGISMUNDO.

¿Otra vez ¡qué es esto, cielos!

Quereis que sueñe grandezas,

Que ha de deshacer el tiempo?

¿Otra vez quereis que vea

Entre sombras y bosquejos

La majestad y la pompa

Desvanecida del viento?

¿Otra vez quereis que toque

El desengaño, ó el riesgo

A que el humano poder  
Nace humilde y vive atento?  
Pues no ha de ser, no ha de ser  
Mirarme otra vez sujeto  
A mi fortuna; y pues sé  
Que toda esta vida es sueño,  
Idos, sombras, que fingís  
Hoy á mis sentidos muertos  
Cuerpo y voz, siendo verdad  
Que ni teneis voz ni cuerpo;  
Que no quiero majestades  
Fingidas, pompas no quiero  
Fantásticas, ilusiones  
Que al soplo ménos ligero  
Del aura han de deshacerse,  
Bien como el florido almendro,  
Que por madurar sus flores,  
Sin aviso y sin consejo,  
Al primer soplo se apagan,  
Marchitando y desluciendo  
De sus rosados capillos  
Belleza, luz y ornamento.  
Ya os conozco, ya os conozco,  
Y sé que os pasa lo mismo  
Con cualquiera que se duerme:  
Para mí no hay fingimientos;  
Que, desengañado ya,  
Sé bien que *la vida es sueño*.

SOLDADO 2.º

Si piensas que te engañamos,  
Vuelve á esos montes soberbios  
Los ojos, para que veas  
La gente que aguarda en ellos  
Para obedecerte.

SEGISMUNDO.

Ya

Otra vez vi aquesto mismo  
Tan clara y distintamente  
Como ahora lo estoy viendo,  
Y fué sueño.

SOLDADO 2.º

Cosas grandes

Siempre, gran señor, trajeron  
Anuncios; y esto sería,  
Si lo soñaste primero.

SEGISMUNDO.

Dices bien, anuncio fué;  
Y caso que fuese cierto,  
Pues que la vida es tan corta,  
Soñemos, alma, soñemos  
Otra vez; pero ha de ser  
Con atención y consejo  
De que bemos de despertar  
Deste gusto al mejor tiempo;  
Que llevándolo sabido,  
Será el desengaño ménos;  
Que es hacer burla del daño  
Adelantarle el consejo.  
Y con esta prevención  
De que cuando fuese cierto,  
Es todo el poder prestado  
Y ha de volverse á su dueño,  
Atrévamonos á todo.—  
Vasallos, yo os agradezco  
La lealtad; en mí lleváis  
Quien os libre osado y diestro  
De extranjera esclavitud.  
Tocad al arma, que presto  
Vereis mi inmenso valor.  
Contra mi padre pretendo  
Tomar armas, y sacar  
Verdaderos á los cielos.  
Puesto he de verle á mis plantas....  
(Ap. Mas si antes desto despierto,  
¿No será bien no decirlo,  
Supuesto que no he de hacerlo?)  
TODOS.  
¡Viva Segismundo, viva!

## ESCENA IV.

CLOTALDO. — SEGISMUNDO, CLARIN, SOLDADOS.

CLOTALDO.

¿Qué alboroto es este, cielos?

SEGISMUNDO.

Clotaldo.

CLOTALDO.

Señor... (Ap. En mi  
Su rigor prueba.)

CLARIN. (Ap.)

Yo apuesto,

Que le despeña del monte. (Vase.)

CLOTALDO.

A tus reales plantas llevo,  
Ya sé que á morir.

SEGISMUNDO.

Levanta,

Levanta, padre, del suelo;  
Que tú has de ser norte y guía  
De quien tie mis aciertos;  
Que ya sé que mi crianza  
A tu mucha lealtad deho.  
Dame los brazos.

CLOTALDO.

¿Qué dices?

SEGISMUNDO.

Que estoy soñando, y que quiero  
Obrar bien, pues no se pierde  
El hacer bien, aun en sueños.

CLOTALDO.

Pues señor, si el obrar bien  
Es ya tu hlsou, es cierto  
Que no te ofenda el que yo  
Hoy solicite lo mismo.  
¡A tu padre has de hacer guerra!  
Yo aconsejarte no puedo  
Contra mi rey, ni valerte.  
A tus plantas estoy puesto,  
Dame la muerte.

SEGISMUNDO.

¡Villano,

Traidor, ingrato! (Ap. Mas ¡cielos!  
El reportarme conviene,  
Que aun no sé si estoy despierto.)  
Clotaldo, vuestro valor  
Os envidio y agradezco.  
Idos á servir al Rey,  
Que en el campo nos veremos.—  
Vosotros tocad al arma.

CLOTALDO.

Mil veces tus plantas beso. (Vase.)

SEGISMUNDO.

A reinar, fortuna, vamos;  
No me despiertes, si duermo,  
Y si es verdad, no me aduermas.  
Mas sea verdad ó sueño,  
Obrar bien es lo que importa;  
Si fuere verdad, por serlo;  
Si no, por ganar amigos  
Para cuando despertemos.  
(Vase, tocando cajas.)

Saton del Palacio Real.

## ESCENA V.

BASILIO Y ASTOLFO.

BASILIO.

¿Quién, Astolfo, podrá parar prudente  
La furia de un caballo desbocado?  
¿Quién detener de un río la corriente  
Que corre al mar soberbio y despeñado?  
¿Quién un peñasco suspender valiente  
De la cima de un monte desgajado?  
Pues todo fácil de parar se mira,  
Mas que de un vulgo la soberbia ira.  
Dígalos en bandos el rumor partido

Pues se oye resonar en lo profundo  
De los montes el eco repetido,  
Unos ¡Astolfo! y otros ¡Segismundo!  
El dosel de la jura, reducido  
A segunda intención, á horror segundo,  
Teatro funesto es, donde importuna  
Representa tragedias la fortuna.

ASTOLFO.

Señor, suspéndase hoy tanta alegría;  
Cese el aplauso y gusto lisonjero,  
Que tu mano feliz me prometia;  
Que si Polonia (á quien mandar espero)  
Hoy se resiste á la obediencia mia,  
Es porque la merezca yo primero.  
Dadme un caballo, y de arrogancia lleno,  
Rayo descienda el que blasona trueno.  
(Vase.)

BASILIO.

Poco reparo tiene lo infalible,  
Y mucho riesgo lo previsto tiene:  
Si ha de ser, la defensa es imposible, [ne.  
Que quien la excusa mas, mor la previe-  
¡Dura ley! ¡fuerte caso! ¡horror terrible!  
Quien piensa huir el riesgo, al riesgo  
[viene:  
Con lo que yo guardaba me he perdido;  
Yo mismo, yo mi patria he destruido.

## ESCENA VI.

ESTRELLA. — BASILIO.

ESTRELLA.

Si tu presencia, gran señor, no trata  
De enfrenar el tumulto sucedido,  
Que de uno en otro bando se dilata  
Por las calles y plazas dividido,  
Verás tu reino en ondas de escarlata  
Nadar, entre la púrpura teñido  
De su sangre, que ya con triste modo,  
Todo es desdichas y tragedias todo.  
Tanta es la ruina de tu imperio, tanta  
La fuerza del rigor duro, sangriento,  
Que visto admira, y escuchado espanta.  
El sol se turba y se embaraza el viento,  
Cada piedra un pirámide levanta,  
Y cada flor construye un monumento,  
Cada edificio es un sepulcro altiro,  
Cada soldado un esqueleto vivo.

## ESCENA VII.

CLOTALDO. — BASILIO, ESTRELLA

CLOTALDO.

¡Gracias á Dios que vivo á tus piés llevo!

BASILIO.

Clotaldo, ¿pues qué hay de Segismundo?

CLOTALDO.

Que el vulgo, monstruo despeñado y cie-  
La torre penetró, y de lo profundo [go,  
Della sacó su principe, que luego  
Que vió segunda vez su honor segundo,  
Valiente se mostró, diciendo fiero,  
Que ha de sacar al cielo verdadero.

BASILIO.

Dadme un caballo, porque yo en persona  
Vencer valiente un hijo ingrato quiero;  
Y en la defensa ya de mi corona  
Lo que la ciencia erró, venza el acero.  
(Vase.)

ESTRELLA.

Pues yo al lado del Sol seré Belona:  
Poner mi nombre junto al suyo espero;  
Que he de volar sobre tendidas alas  
A competir con la deidad de Pálas  
(Vase, y tocan al arma.)

## ESCENA VIII.

ROSAURA, que detiene á CLOTALDO

ROSAURA.

Aunque el valor que se encierra  
En tu pecho, desde allí



Da voces, óyeme á mí,  
Que yo sé que todo es guerra.  
Bien sabes que yo llegué  
Pobre, humilde y desdichada  
A Polonia, y amparada  
De tu valor, en ti hallé.  
Piedad; mandáste me (! ay cielos!)  
Que disfrazada viviese  
En palacio, y pretendiese,  
Disimulando mis celos,  
Guardarme de Astolfo. En fin  
El me vió, y tanto atropella  
Mi honor, que viéndome, á Estrella  
De noche habla en un jardín:  
Deste la llave he tomado,  
Y te podré dar lugar  
De que en él puedas entrar  
A dar fin á mi cuidado.  
Así altivo, osado y fuerte,  
Volver por mi honor podrás,  
Pues que ya resuelto estás  
A vengarme con su muerte.

CLOTALDO.

Verdad es que me incliné,  
Desde el punto que te vi,  
A hacer, Rosaura, por tí  
(Testigo tu llanto fué)  
Cuanto mi vida pudiese.  
Lo primero que intenté,  
Quitarte aquel traje fué;  
Porque, si acaso, te viese  
Astolfo en tu propio traje,  
Sin juzgar á liviandad  
La loca temeridad  
Que hace del honor ultraje.  
En este tiempo trazaba  
Cómo cobrar se pudiese  
Tu honor perdido, aunque fuese  
(Tanto tu honor me arrastraba)  
Dando muerte á Astolfo. ¡Mira  
Qué caduco desvario!  
Si bien, no siendo rey mío,  
Ni me asombra, ni me admira.  
Darle pensé muerte; cuando  
Segismundo pretendió  
Dármela á mí, y él llegó,  
Su peligro atropellando,  
A hacer en defensa mía  
Muestras de su voluntad,  
Que fueron temeridad,  
Pasando de valentía.  
¿Pues cómo yo ahora (advierde),  
Teniendo alma agradecida,  
A quien me ha dado la vida  
Le tengo de dar la muerte?  
Y así, entre los dos partido  
El efecto y el cuidado,  
Viendo que á tí te la he dado,  
Y que del la he recibido,  
No sé á qué parte acudir:  
No sé á qué parte ayudar,  
Si á tí me obligué con dar,  
Dél lo estoy con recibir;  
Y así, en la acción que se ofrece,  
Nada á mi amor satisface,  
Porque soy persona que hace,  
Y persona que padece.

ROSAURA

No tengo que prevenir  
Que en un varón singular,  
Cuanto es noble acción el dar,  
Es baja el recibir.  
Y este principio asentado,  
No has de estarle agradecido,  
Supuesto que si él ha sido  
El que la vida te ha dado,  
Y tú á mí, evidente cosa  
Es, que él forzó tu nobleza  
A que hiciese una baja,  
Y yo una acción generosa.  
Luego estás del ofendido,

Luego estás de mí obligado,  
Supuesto que á mí me has dado  
Lo que dél has recibido;  
Y así debes acudir  
A mi honor en riesgo tanto,  
Pues yo le preliero, cuanto  
Va de dar á recibir.

CLOTALDO.

Aunque la nobleza vive  
De la parte del que da,  
El agradecerla está  
De parte del que recibe.  
Y pues ya dar he sabido,  
Ya tengo con nombre honroso  
El nombre de generoso:  
Déjame el de agradecido;  
Pues le puedo conseguir  
Siendo agradecido, cuanto  
Liberal, pues honra tanto  
El dar como el recibir.

ROSAURA.

De tí recibí la vida,  
Y tú mismo me dijiste,  
Cuando la vida me diste,  
Que la que estaba ofendida  
No era vida: luego yo  
Nada de tí he recibido;  
Pues vida no vida ha sido  
La que tu mano me dió.  
Y si debes ser primero  
Liberal que agradecido  
(Como de tí mismo he oído),  
Que me des la vida espero,  
Que no me la has dado; y pues  
El dar engrandece mas,  
Si ántes liberal, serás  
Agradecido despues.

CLOTALDO.

Vencido de tu argumento,  
Antes liberal sere.  
Yo, Rosaura, te daré  
Mi hacienda, y en un convento  
Vive; que está bien pensado  
El medio que solicito;  
Pues huyendo de un delito,  
Te recoges á un sagrado;  
Que cuando desdichas siente  
El reino, tan dividido,  
Habiendo noble nacido,  
No he de ser quien las aumente.  
Con el remedio elegido  
Soy en el reino leal,  
Soy contigo liberal,  
Con Astolfo agradecido;  
Y así escoge el que te cuadre,  
Quedándose entre los dos,  
Que no hiciera; vive Dios!  
Mas, cuando fuera tu padre.

ROSAURA.

Quando tú mi padre fueras,  
Sufriera esa injuria yo;  
Pero no siéndolo, no.

CLOTALDO.

¿Pues qué es lo que hacer esperas?

ROSAURA.

Matar al Duque.

CLOTALDO.

¿Una dama,  
Que padre no ha conocido,  
Tanto valor ha tenido?

ROSAURA.

Si.

CLOTALDO.

¿Quién te alienta?

ROSAURA.

Mi fama.

CLOTALDO.

Mira que á Astolfo has de ver...

ROSAURA.

Todo mi honor lo atropella.

CLOTALDO.

Tu rey, y esposo de Estrella.

ROSAURA.

¡Vive Dios que no ha de ser!

CLOTALDO.

Es locura.

ROSAURA.

Ya lo veo.

CLOTALDO.

Pues véncela.

ROSAURA.

No podré.

CLOTALDO.

Pues perderás...

ROSAURA.

Ya lo sé.

CLOTALDO.

Vida y honor.

ROSAURA.

Bien lo creo.

CLOTALDO.

¿Qué intentas?

ROSAURA.

Mi muerte.

CLOTALDO.

Mira

Que eso es despecho.

ROSAURA.

Es honor.

CLOTALDO.

Es desatino.

ROSAURA.

Es valor.

CLOTALDO.

Es frenesi.

ROSAURA.

Es rabia, es ira.

CLOTALDO.

En fin, ¿que no se da medio  
A tu ciega pasión?

ROSAURA.

No.

CLOTALDO.

¿Quién ha de ayudarte?

ROSAURA.

Yo.

CLOTALDO.

¿No hay remedio?

ROSAURA.

No hay remedio.

CLOTALDO.

Piensa bien si hay otros modos...

ROSAURA.

Perderme de otra manera. (Vase.)

CLOTALDO.

Pues si has de perderte, espera,  
Hija, y perdámonos todos. (Vase.)

CLOTALDO.

Campo.

## ESCENA IX.

SEGISMUNDO, vestido de pieles; SOLDADOS, marchando; CLARIN.  
(Tocan cajas.)

SEGISMUNDO.

Si este día me viera  
Roma en los triunfos de su edad primera.  
¡Oh, cuánto se alegrara  
Viendo lograr una ocasión tan rara,  
De tener una fiera  
Que sus grandes ejércitos rigiera.  
A cuyo altivo aliento  
Fuera poca conquista el firmamento!

Pero el vuelo abatamos,  
Espíritu; no así desvanecemos  
Aqueste aplauso incierto,  
Si ha de pesarme cuando esté despierto,  
De haberlo conseguido  
Para haberlo perdido;  
Pues mientras ménos fuere,  
Ménos se sentirá si se perdiera.

(*Tocan un clarín.*)

CLARIN.

En un veloz caballo,  
(Perdóname, que fuerza es el pintallo  
En viniéndome á cuento)  
En quien un mapa se dibuja atento,  
Pues el cuerpo es la tierra, [ra,  
El fuego el alma que en el pecho encier-  
La espuma el mar, y el aire es el suspiro,  
En cuya confusión un caos admiro; [to,  
Pues en el alma, espuma, cuerpo, alien-  
Monstruo es de fuego, tierra, mar y vien-  
De color remendado, [to;  
Rucio, y á su propósito rodado,  
Del que bate la espuela;  
Que en vez de correr vuela;  
A tu presencia llega  
Airosa una mujer.

SEGISMUNDO.

Su luz me ciega.

CLARIN.

¡Vive Dios, que es Rosaura!

(*Retírase.*)

SEGISMUNDO.

El cielo á mi presencia la restaura.

### ESCENA X.

ROSAURA, con vaquero, espada y daga. — SEGISMUNDO, SOLDADOS.

ROSAURA.

Generoso Segismundo,  
Cuya majestad heroica  
Sale al día de sus hechos  
De la noche de sus sombras;  
Y como el mayor planeta,  
Que en los brazos de la aurora  
Se restituye luciente  
A las plantas y á las rosas,  
Y sobre montes y mares,  
Cuando coronado asoma,  
Luz esparce, rayos brilla,  
Cumbres baña, espumas borda;  
Así amanezca al mundo,  
Luciente sol de Polonia,  
Que á una mujer infelice,  
Que hoy á tus plantas se arroja,  
Ampares por ser mujer  
Y desdichada: dos cosas,  
Que para obligarle á un hombre,  
Que de valiente blasona,  
Cualquiera de las dos basta,  
Cualquiera de las dos sobra.  
Tres veces son las que ya  
Me admiras, tres las que ignoras  
Quién soy, pues las tres me viste  
En diverso traje y forma.  
La primera me creiste  
Varon en la rigurosa  
Prisión, donde fué tu vida  
De mis desdichas lisonja.  
La segunda me admiraste  
Mujer, cuando fué la pompa  
De tu majestad un sueño,  
Una fantasma, una sombra.  
La tercera es hoy, que siendo  
Monstruo de una especie y otra,  
Entre galas de mujer  
Armas de varon me adornan.  
Y porque compadecido  
Mejor mi amparo dispongas.  
Es bien que de mis sucesos

Trágicas fortunas oigas.  
De noble madre nací  
En la corte de Moscovia,  
Que, según fué desdichada,  
Debí de ser muy hermosa.  
En esta puso los ojos  
Un traidor, que no le nombra  
Mi voz por no conocerle,  
De cuyo valor me informa  
El mió; pues siendo objeto  
De su idea, siento ahora  
No haber nacido gentil,  
Para persuadirme loca  
A que fué algún dios de aquellos,  
Que en metamorfosis llora  
Lluvia de oro, cisne y toro  
En Danae, Leda y Europa.  
Cuando pensé que alargaba,  
Citando alexes historias,  
El discurso, hallo que en él  
Te he dicho en razones pocas  
Que mi madre, persuadida  
A finezas amorosas,  
Fué, como ninguna, bella,  
Y fué infeliz como todas.  
Aquella necia disculpa  
De fe y palabra de esposa  
La alcanzó tanto, que aun hoy  
El pensamiento la llora;  
Habiendo sido un tirano  
Tan Eneas de su Troya,  
Que la dejó hasta la espada.  
Enváñese aquí su hoja,  
Que yo la desnudaré  
Antes que acabe la historia.  
Deste pues mal dado nudo  
Que ni ata ni aprisiona,  
Ó matrimonio ó delito,  
Si bien todo es una cosa,  
Nací yo tan parecida,  
Que fui un retrato, una copia,  
Ya que en la hermosura no,  
En la dicha y en las obras;  
Y así, no habré menester  
Decir que poco dichosa  
Heredera de fortunas,  
Corrí con ella una propia.  
Lo mas que podré decirte  
De mí, es el dueño que roba  
Los trofeos de mi honor,  
Los despojos de mi honra.  
Astolfo... ¡Ay de mí! al nombrarle  
Se encoloriza y se enoja  
El corazón, propio efecto  
De que enemigo le nombra. —  
Astolfo fué el dueño ingrato,  
Que olvidado de las glorias  
(Porque en un pasado amor  
Se olvida hasta la memoria),  
Vino á Polonia, llamado  
De su conquista famosa,  
A casarse con Estrella,  
Que fué de mi ocaso antorcha.  
¡Quién crerá, que habiendo sido  
Una estrella quien conforma  
Dos amantes, sea una Estrella  
La que los divide ahora?  
Yo ofendida, yo burlada,  
Quedé triste, quedé loca,  
Quedé muerta, quedé yo,  
Que es decir, que quedó toda  
La confusión del invierno  
Cifrada en mi Babilonia;  
Y declarándome muda  
(Porque hay penas y congojas  
Que las dicen los afectos  
Mucho mejor que la boca),  
Dije mis penas callando,  
Hasta que una vez á solas,  
Violante mi madre (¡ay cielos!)  
Rompió la prisión, y en tropa  
Del pecho salieron juntas,

Tropezando unas con otras.  
No me embaracé en decirlas;  
Que en sabiendo una persona  
Que, á quien sus flaquezas cuenta.  
Ha sido cómplice en otras,  
Parece que ya le hace  
La salva y le desahoga;  
Que á veces el mal ejemplo  
Sirve de algo. En fin, piadosa  
Oyó mis quejas, y quiso  
Consolarme con las propias:  
Juez que ha sido delincuente,  
¡Qué fácilmente perdona!  
Escarmentando en sí misma,  
Y por negar á la ociosa  
Libertad, al tiempo fácil,  
El remedio de su honra.  
No le tuvo en mis desdichas;  
Por mejor consejo toma  
Que le siga, y que le obligue,  
Con finezas prodigiosas,  
A la deuda de mi honor;  
Y para que á ménos costa  
Fuese, quiso mi fortuna  
Que en traje de hombre me ponga  
Descuelga una antigua espada  
Que es esta que ciño: ahora  
Es tiempo que se desnude,  
Como prometí, la hoja,  
Pues confiada en sus señas,  
Me dijo: «Parte á Polonia,  
Y procura que te vean  
Ese acero que te adorna,  
Los mas nobles; que en alguno  
Podrá ser que hallen piadosa  
Acogida tus fortunas,  
Y consuelo tus congojas.»  
Llegué á Polonia en efecto:  
Pasemos, pues que no importa  
El decirlo, y ya se sabe,  
Que un bruto que se desboca  
Me llevó á tu cueva, adonde  
Tú de mirarme te asombras.  
Pasemos que allí Clotaldo  
De mi parte se apasiona,  
Que pide mi vida al Rey,  
Que el Rey mi vida le otorga,  
Que informado de quien soy,  
Me persuade á que me ponga  
Mi propio traje, y que sirva  
A Estrella, donde ingeniosa  
Estorbé el amor de Astolfo  
Y el ser Estrella su esposa.  
Pasemos que aquí me viste  
Otra vez confuso, y otra  
Con el traje de mujer  
Confundiste entrambas formas.  
Y vamos á que Clotaldo,  
Persuadido á que le importa  
Que se casen y que reinen  
Astolfo y Estrella hermosa,  
Contra mi honor me aconseja  
Que la pretensión deponga.  
Yo, viendo que tú, ¡oh valiente  
Segismundo! á quien hoy toca  
La venganza, pues el cielo  
Quiere que la cárcel rompas  
De esa rústica prisión,  
Donde ha sido tu persona  
Al sentimiento una liera,  
Al sufrimiento una roca,  
Las armas contra tu patria  
Y contra tu padre tomas,  
Vengo á ayudarte, mezclando  
Entre las galas costosas  
De Diana, los arneses  
De Pálas, vistiéndome ahora  
Ya la tela y ya el acero,  
Que entrambos juntos me adornan.  
Ea pues, fuerte caudillo,  
A los dos juntos importa  
Impedir y deshacer



Estas concertadas bodas :  
A mí, porque no se case  
El que mi esposo se nombra,  
Y á ti porque, estando juntos  
Sus dos estados, no pongan  
Con mas poder y mas fuerza  
En duda nuestra victoria.  
Mujer vengo á persuadirte  
Al remedio de mi honra,  
Y varon vengo á alentarte  
A que cobres tu corona.  
Mujer vengo á enternecerte  
Cuando á tus plantas me ponga,  
Y varon vengo á servirte  
Con mi acero y mi persona.  
Y así piensa, que si hoy  
Como mujer me enamoras,  
Como varon te daré  
La muerte en defensa honrosa  
De mi honor; porque he de ser,  
En su conquista amorosa,  
Mujer para darte quejas,  
Varon para ganar honras.

SEGISMUNDO. (Ap.)

Cielos, si es verdad que sueño,  
Suspendedme la memoria,  
Que no es posible que quepan  
En un sueño tantas cosas.  
¡Válgame Dios, quién supiera,  
O saber salir de todas,  
O no pensar en ninguna!  
¿Quién vió penas tan dudosas?  
Si soñé aquella grandeza  
En que me vi, ¿cómo ahora  
Esta mujer me reliere  
Unas señas tan notorias?  
Luego fué verdad, no sueño;  
Y si fué verdad (que es otra  
Confusion, y no menor),  
¿Cómo mi vida le nombra  
Sueño? Pues ¿tan parecidas  
A los sueños son las glorias,  
Que las verdaderas son  
Tenidas por mentirosas,  
Y las fingidas por ciertas?  
¿Tan poco hay de unas á otras,  
Que hay cuestion sobre saber  
Si lo que se ve y se goza,  
Es mentira ó es verdad!  
¿Tan semejante es la copia  
Al original, que hay duda  
En saber si es ella propia?  
Pues si es así, y ha de verse  
Desvanecida entre sombras  
La grandeza y el poder,  
La majestad y la pompa,  
Sepamos aprovechar  
Este rato que nos toca,  
Pues solo se goza en ella  
Lo que entre sueños se goza.  
Rosaura está en mi poder,  
Su hermosura el alma adora,  
Gocemos, pues, la ocasion;  
El amor las leyes rompa  
Del valor y la confianza  
Con que á mis plantas se postra.  
Esto es sueño; y pues lo es,  
Soñemos dichas ahora,  
Que despues serán pesares.  
Mas ¡con mis razones propias  
Vuelvo á convencerme á mí!  
Si es sueño, si es vanagloria,  
¿Quién por vanagloria humana  
Pierde una divina gloria?  
¿Qué pasado bien no es sueño?  
¿Quién tuvo dichas heroicas  
Que entre sí no diga, cuando  
Las revuelve en su memoria:  
Sin duda que fué soñado  
Cuanto vi? Pues si esto toca  
Mi desengaño, si sé

T. VII.

Que es el gusto llama hermosa,  
Que la convierte en cenizas  
Cualquiera vicuto que sopla,  
Acudamos á lo eterno,  
Que es la fama vividora  
Donde ni duermen las dichas,  
Ni las grandezas reposan.  
Rosaura está sin honor;  
Más á un príncipe le toca  
El dar honor, que quitarle.  
¡Vive Dios! que de su honra  
He de ser conquistador,  
Antes que de mi corona.  
Huyamos de la ocasion,  
Que es muy fuerte.—Al arma,  
(A un soldado.)  
Que hoy he de dar la batalla,  
Antes que la oscura sombra  
Sepulte los rayos de oro  
Entre verdinegras ondas.

ROSAURA.

¿Señor! ¿pues así te ausentas?  
¿Pues ni una palabra sola  
No te debe mi cuidado.  
Ni merece mi congoja?  
¿Cómo es posible, Señor,  
Que ni me mires ni oigas?  
¿Aun no me vuelves el rostro?

SEGISMUNDO.

Rosaura, al honor le importa,  
Por ser piadoso contigo,  
Ser cruel contigo ahora.  
No te responde mi voz.  
Porque ni honor te responda;  
No te hablo, porque quiero  
Que te hablen por mi mis obras,  
Ni te miro, porque es fuerza,  
En pena tan rigurosa,  
Que no mire tu hermosura  
Quién ha de mirar tu honra.  
(Vase, y los soldados con él.)

ROSAURA.

¿Qué enigmas, cielos, son estas?  
Despues de tanto pesar,  
¿Aun me queda que dudar  
Con equivocadas respuestas!

## ESCENA XI.

CLARIN.—ROSAURA.

CLARIN.

¿Señora, es hora de verte?

ROSAURA.

¡Ay Clarin! ¿dónde has estado?

CLARIN.

En una torre encerrado  
Brujuleando mi muerte,  
Si me da, ó si no me da;  
Y á figura que me diera,  
Pasante quinola fuera  
Mi vida: que estuve ya  
Para dar un estallido.

ROSAURA.

¿Por qué?

CLARIN.

Porque sé el secreto  
De quien eres, y en efeto,  
Clotaldo... ¿Pero qué ruido  
Es este? (Suenan cajas.)

ROSAURA.

¿Qué puede ser?

CLARIN.

Que del palacio sitiado  
Sale un escuadron armado  
A resistir y vencer  
El del fiero Segismundo.

ROSAURA.

¿Pues cómo cobarde estoy,  
Y ya á su lado no soy

Un escándalo del mundo,  
Cuando ya tanta crueldad  
Cierra sin orden ni ley? (Vase.)

## ESCENA XII.

CLARIN. — SOLDADOS, dentro.

Voces de unos.

¡Viva nuestro invicto Rey!

Voces de otros.

¡Viva nuestra libertad!

CLARIN.

¡La libertad y el Rey vivan!  
Vivan muy enhorabuena,  
Que á mí nada me da pena  
Como en cuenta me reciban  
Que yo, apartado este día  
En tan grande confusion,  
Haga el papel de Neron,  
Que de nada se dolia.  
Si bien me quiero doler  
De algo, y ha de ser de mí:  
Escondido, desde aquí  
Toda la fiesta he de ver.  
El sitio es oculto y fuerte,  
Entre estas peñas. — Pues ya  
La muerte no me hallará,  
Dos ligas para la muerte.  
(Escóndese; tocan cajas, y suena rui-  
do de armas.)

## ESCENA XIII.

BASILIO, CLOTALDO y ASTOLFO,  
huyendo. — CLARIN, oculto.

BASILIO.

¡Hay mas infelice rey!  
¡Hay padre mas perseguido!

CLOTALDO.

Ya tu ejército vencido  
Baja sin tino ni ley.

ASTOLFO.

Los traidores vencedores  
Quedan.

BASILIO.

En batallas tales  
Los que vencen son leales,  
Los vencidos los traidores.  
Huyamos, Clotaldo, pues,  
Del cruel, del inhumano  
Rigor de un hijo tirano.  
(Disparan dentro y cae Clarin herido  
de donde está.)

CLARIN.

¡Válgame el cielo!

ASTOLFO.

¿Quién es  
Este infelice soldado,  
Que á nuestros piés ha caído  
En sangre todo teñido?

CLARIN.

Soy un hombre desdichado,  
Que por quererme guardar  
De la muerte, la busqué.  
Huyendo della, encontré  
Con ella, pues no hay lugar,  
Para la muerte, secreto:  
De donde claro se arguye,  
Que quien mas su efeto huye,  
Es quien se llega á su efeto.  
Por eso tornad, toriad  
A la lid sangrienta luego;  
Que entre las armas y el fuego  
Hay mayor seguridad  
Que en el monte mas guardado.  
Pues no hay seguro camino  
A la fuerza del destino  
Y a la inclemencia del bado;  
Y así, aunque á libraros vais

De la muerte con huir,  
Mirad qué vais á morir,  
Si está de Dios que murais.

(*Cae dentro.*)  
BASILIO.

¡Mirad que vais á morir,  
Si está de Dios que murais!  
¡Qué bien (! ay cielos!) persuade  
Nuestro error, nuestra ignorancia  
A mayor conocimiento  
Este cadáver que habla  
Por la boca de una herida,  
Siendo el humor que desata  
Sangrienta lengua que enseña  
Que son diligencias vanas  
Del hombre, cuantas dispone  
Contra mayor fuerza y causa!  
Pues yo, por librar de muertes  
Y sediciones mi patria,  
Vine á entregarla á los mismos  
De quien pretendí liblarla.

CLOTALDO.

Aunque el hado, señor, sabe  
Todos los caminos, y halla  
A quien busca entre lo espeso  
De las peñas, no es cristiana  
Determinación decir  
Que no hay reparo á su saña.  
Si hay, que el prudente varón  
Victoria del hado alcanza;  
Y si no estás reservado  
De la pena y la desgracia,  
Haz por donde te reserves.

ASTOLFO.

Clotaldo, Señor, te habla  
Como prudente varón  
Que madura edad alcanza,  
Yo como jóven valiente.  
Entre las espesas matas  
De esc monte está un caballo,  
Velo abortó del aura;  
Huye en él, que yo entre tanto  
Te guardaré las espaldas.

BASILIO.

Si está de Dios que yo muera,  
O si la muerte me aguarda  
Aquel, hoy la quiero buscar,  
Esperando cara á cara.

(*Tocan al arma.*)

#### ESCENA XIV.

SEGISMUNDO, ESTRELLA, ROSAURA,  
SOLDADOS, ACOMPAÑAMIENTO. —  
BASILIO, ASTOLFO, CLOTALDO.

UN SOLDADO.

En lo intrincado del monte,  
Entre sus espesas ramas,  
El Rey se esconde.

SEGISMUNDO.

¡Seguidle!

No quede en sus cumbres planta  
Que no examine el cuidado,  
Tronco á tronco, y rama á rama.

CLOTALDO.

¡Huye, señor!

BASILIO.

¿Para qué?

ASTOLFO.

¿Qué intentas?

BASILIO.

Astolfo, aparta.

CLOTALDO.

¿Qué quieres?

BASILIO.

Hacer, Clotaldo,

Un remedio que me falta.—

Si á mi buscándome vas,

(*A Segismundo.*)

Ya estoy, Principe, á tus plantas:  
(*Arrodillándose.*)

Sea dellas blanca alfombra  
Esta nieve de mis canas.  
Pisa mi cerviz, y huella  
Mi corona; postra, arrastra  
Mi decoro y mi respeto;  
Toma de mi honor venganza,  
Sirvete de mi cautivo;  
Y tras prevenciones tantas,  
Cumpla el hado su homenaje,  
Cumpla el cielo su palabra.

SEGISMUNDO.

Corte ilustre de Polonia,  
Que de admiraciones tantas  
Sois testigos, atended,  
Que vuestro Principe os habla.  
Lo que está ueteriniao  
Del cielo, y en azul tabla  
Dios con el dedo escribió,  
De quien son cifras y estampas  
Tantos papeles azules  
Que adornan letras doradas,  
Nunca engaña, nunca miente;  
Porque quien miente y engaña  
Es quien, para usar mal dellas,  
Las penetra y las alcanza.  
Mi padre, que está presente,  
Por excusarse á la saña  
De mi condicion, me hizo  
Un bruto, una fiera humana:  
De suerte, que cuando yo  
Por mi nobleza gallarda,  
Por mi sangre generosa,  
Por mi condicion bizarra  
Hubiera nacido dócil  
Y humilde, solo bastara  
Tal género de vivir,  
Tal linaje de crianza,  
A hacer fieras mis costumbres:  
¡Qué buen modo de estorbarlas!  
Si á cualquier hombre dicesen:  
«Alguna fiera inhumana  
Te dará muerte»: ¡escogiera  
Buen remedio en desmentirla  
Cuando estuviera durmiendo?  
Si dijeran: «Esta espada  
Que traes ceñida, ha de ser  
Quien te dé la muerte»; vana  
Biligencia de evitarlo  
Fuera entonces desnudarla  
Y ponérsela á los pechos.  
Si dicesen: «Golfos de agua  
Han de ser tu sepultura  
En monumentos de plata»;  
Mal hiciera en darse al mar,  
Cuando soberbio levanta  
Rizados montes de nieve,  
De cristal crepas montañas.  
Lo mismo le ha sucedido  
Que á quien, porque te amenaza  
Una fiera, la despierta;  
Que á quien, temiendo una espada,  
La desnuda; y que á quien mueve  
Las ondas de una borrasca:  
Y cuando fuera (escuchadme)  
Dormida fiera mi saña,  
Templada espada mi furia,  
Mi rigor quieta bonanza,  
La fortuna no se vence  
Con injusticia y venganza,  
Porque ántes se incita mas;  
Y así, quien vencer aguarda  
A su fortuna, ha de ser  
Con cordura y con templanza.  
No ántes de venir el daño  
Se reserva ni se guarda  
Quien le previene; que aunque  
Puede humilde (cosa es clara)  
Reservarse dél, no es  
Sino despues que se balla

En la ocasion, porque aquesta  
No hay camino de estorbarla.  
Sirva de ejemplo este raro  
Espectáculo, esta extraña  
Admiracion, este horror,  
Este prodigio; pues nada  
Es mas, que llegar á ver  
Con prevenciones tan varias,  
Rendido á mis piés á un padre.  
Y atropellado á un monarca.  
Sentencia del cielo fué;  
Por mas que quiso estorbarla  
El, no pudo; ¿y podré yo  
Que soy menor en las canas,  
En el valor y en la ciencia,  
Vencerla?—Señor, levanta, (*Al Rey.*)  
Dame tu mano; que ya  
Que el cielo te desengaña  
De que has errado en el modo,  
De vencerla, humilde aguarda  
Mi cuello á que tú te vengues:  
Rendido estoy á tus plantas.

BASILIO.

Hijo, que tan noble accion  
Otra vez en mis entrañas  
Te engendra, principe eres.  
A ti el laurel y la palma  
Se te deben; tú venciste;  
Corónete tus hazañas.

TODOS.

¡Viva Segismundo, viva.

SEGISMUNDO.

Pues qué ya vencer aguarda  
Mi valor grandes victorias,  
Hoy ha de ser la mas alta  
Vencerme á mí.—Astolfo dé  
La mano luego á Rosaura,  
Pues sabe que de su honor  
Es deuda y yo he de cobrarla.

ASTOLFO.

Aunque es verdad que la debo  
Obligaciones, repara  
Que ella no sabe quien es;  
Y es bajeza y es infamia  
Casarme yo con mujer....

CLOTALDO.

No prosigas, tente, aguarda.  
Porque Rosaura es tan noble,  
Como tú, Astolfo, y mi espa.  
Lo defenderá en el campo;  
Que es mi hija, y esto basta

ASTOLFO.

¿Qué dices?

CLOTALDO.

Que yo hasta voy á.

Casada, noble y honrada,  
No la quise descubrir.  
La historia desto es muy lar,  
Pero en fin, es hija mia.

ASTOLFO.

Pues siendo así, mi palabra  
Cumpliré.

SEGISMUNDO.

Pues porque Estrella

No quede desconsolada,  
Viendo que principe pierde  
De tanto valor y fama,  
De mi propia mano yo  
Con espeso he de casarla  
Que en méritos y fortuna,  
Si no le excede, le iguala.  
Dame la mano.

ESTRELLA.

Yo gano

En merecer dicha tanta.

SEGISMUNDO.

A Clotaldo, que leal  
Sirvió á mi padre, le aguardan



LA VIDA ES SUEÑO.

Mis brazos, con las mercedes  
Que él pidiera que le haga.

UN SOLDADO.

Si así á quien no te ha servido  
Houas, ¿á mí que fui causa  
Del alboroto del reino,  
Y de la torre en que estabas  
Te saqué, qué me darás?

SEGISMUNDO.

La torre; y porque no salgas  
Della nunca, hasta morir  
Hás de estar allí con guardas;

Que el traidor no es menester  
Siendo la traición pasada.

BASILIO.

Tu ingenio á todos admira.

ASTOLFO.

¡Qué condicion tan mudada!

ROSAURA.

¡Qué discreto y qué prudente!

SEGISMUNDO.

¿Qué os admira? ¿qué os espanta,  
Si fué mi maestro un sueño,

Y estoy temiendo en mis ansias  
Que he de despertar y hallarme  
Otra vez en mi cerrada  
Prision? Y cuando no sea,  
El soñarlo solo hasta;  
Pues así llegué á saber  
Que toda la dicha humana  
En fin pasa como un sueño,  
Y quiero hoy aprovecharla  
El tiempo que me durare:  
Pidiendo de nuestras faltas  
Perdon, pues de pechos nobles  
Es tan propio el perdonarlas.

# SABER DEL MAL Y DEL BIEN.

## PERSONAS.

EL REY DON ALFONSO EL VII DE  
CASTILLA.  
DON ALVARO DE VISEO.  
EL CONDE DON PEDRO DE LARA.  
DOÑA HIPOLITA DE LARA.

DOÑA LAURA DE QUIÑONES.  
DOÑA JACINTA DE SILVA.  
ORDOÑO.  
IÑIGO.  
FABIO, criado.

LUCINDO, criado.  
GARCIA, criado de Don Alvaro.  
JULIO, criado del Conde.  
LICIA, criada de Doña Hipólita.

*La escena es en Toledo y en las inmediaciones de una quinta próxima al Tajo.*

## JORNADA PRIMERA.

Valle sombrío, al pié de un monte, cuya  
falda se verá á un lado.

### ESCENA PRIMERA.

DOÑA HIPOLITA, LAURA Y JACINTA,  
de caza, con galas y plumas.

DOÑA LAURA.

En tanto que el gran planeta  
Con ardientes rayos dore  
El mundo, hurtando su injuria  
La oposicion de dos soles,  
Puedes descansar en esta  
Parte mas remota, donde  
Tejidas nubes de hiedra  
Rústicamente se oponen  
Al sol, porque defendido  
El sitio á las sinrazones  
Del tiempo, el luego lo dnde  
Para que el fuego lo ignore.

DOÑA JACINTA.

Aquí puedes descansar  
En tanto que los veloces  
Caballos (envidia hermosa  
De Flegon, Pirois y Etonte),  
Pagan en coral y nieve  
Nieve, coral, fruta y flores.

DOÑA HIPOLITA.

Doña Jacinta de Silva,  
Doña Laura de Quiñones,  
Amigas mías, en quien  
Igualmente amor dispone  
Un alma y un albedrío,  
Dando generosa y noble  
Un corazon á tres pechos,  
Y á un pecho tres corazones :  
Aquí con vosotras quiero  
Hoy divertir los rigores  
De un amor que engendra en mí  
Varias imaginaciones.  
El rey Don Alfonso, hijo  
De Doña Urraca, á quien pone,  
O la envidia ó la traicion,  
Injustamente en prisiones,  
Porque dicen que trataba  
De entregar el reino al conde  
Don Pedro, mi hermano, y esto  
La tiene en aquesta torre,  
Donde vivimos : en fin,  
El rey Don Alfonso, jóven  
Tan galán y tan brioso,  
Que en Venus, madre de amores,  
Le dió Marte la fiereza,  
Le dió la hermosura Adónis,  
A mis desdenes constante  
Solicita mis favores,  
Siendo el laurel de sus rayos,  
La clice de sus ardores,  
Por cuya causa mil veces  
A caza viene á estos montes ;  
Y por esto, ó por temor

Mi hermano levanta sobre  
Los hombros de su privanza  
Máquinas y presunciones.  
Aconsejádme las dos  
En tal caso, pues conoce  
En la ocasion vuestro pecho  
Dónde está el peligro, y dónde  
El interes.

DOÑA JACINTA.

Si permites

El consejo á mis razones,  
¿ Qué mujer no es ambiciosa ?  
¿Cuál al no previene y dispone  
Antes el mando que el gusto ?  
Que el poder todo lo rompe.  
Y si en la esfera del mundo  
El rey es sol de los hombres,  
Y tú de tan gran planeta  
La inteligencia y el móvil,  
Ama al Rey.

DOÑA LAURA.

Mal la aconsejas ;

Pues si el rey es sol, y en orbe  
De zafir alumbra, ¿ quién ?  
No vive atento al desorden  
De sus rayos ? pues apenas  
Una nube se le opone,  
Cuando todos al instante  
Su mancha y error conocen ;  
Lo que no sucede cuando  
Turba los aires veloces  
Una nube, porque son  
Mas notados los mayores.

Voces dentro.

¡ Muera ! ¡ Matadle !

DON ALVARO. (Dentro.)

Villanos,

¡ Tantos para solo un hombre !  
¡ Válgame el cielo !

### ESCENA II.

DON ALVARO, que baja despeñado y  
herido, con la espada en una mano,  
y un pan en la otra, y viene á caer  
á los piés de las damas.—DOÑA III-  
POLITA, DOÑA LAURA, DOÑA JA-  
CINTA.

DOÑA LAURA.

¿ Qué es esto ?

DOÑA JACINTA.

Precipitado del monte  
Un hombre baja.

DOÑA LAURA.

Y bañado

En el rojo humor que corre  
De sus venas, ya parecen  
Lengua de sangre las flores.

DOÑA HIPOLITA.

Aunque el horror y el espanto  
Son de mis plantas prisiones,  
El ánimo generoso,  
La piedad altiva y noble

Me llaman á socorrerle.—

Hombre infelice, á quien pone  
(A Don Alvaro.)

La fortuna en tal estado,  
Que en las entrañas de un monte  
Es tu sepulcro una Peña  
Y tu piramide un roble ;  
Si acaso te deja el alma  
Últimas inspiraciones  
Para que hoy á tus sentidos  
Puedan penetrar mis voces,  
Oye lástimas y quejas  
De quien aun no te conoce,  
Y llora desdichas tuyas ;  
Que puede ser, si las oyes,  
Que cobres nuevo valor,  
Que nuevo espíritu cobres ;  
Que es vida de un desdichado  
Hallar quien sus penas lllore.

DON ALVARO.

Hermosísimas señoras,  
Cuya voz, cuyas acciones  
Ninfas os dicen del valle,  
Diosas os llaman del bosque,  
No ha sido el mayor agravio  
De mis pasados rigores  
Rendir la vida á la accion  
Del hado antes que al golpe,  
Sino el haberla guardado  
De tan furiosos rigores,  
Para morir á esos piés,  
Donde mi sangre me estorbe  
El veros. Mas si en vosotras,  
Para mi dicha, dispone  
Piedad y hermosura el cielo,  
Muévao el ver cómo corre  
De mi rostro á vuestras plantas,  
Siquiera porque fué noble,  
Copioso raudal de sangre  
De las heridas atroces  
(Si no tambien de los ojos),  
Pues tales son mis pasiones,  
Que no extrañaré de mí  
Que sangre mis ojos lloren.

### ESCENA III.

EL REY, EL CONDE, IÑIGO, OR-  
DOÑO.—DICHOS.

REY.

¿ Qué es esto ?

DOÑA HIPOLITA.

Mejor lo diga

Este asombro, que mis voces,  
Este espanto, que mis penas,  
Este horror, que mis razones....

REY. (A Don Alvaro.)

¿ Quién eres ?

DON ALVARO.

Quien á tus plantas

Es bien que la vida cobre  
Antes de hablar, y despues  
Te responda. Señor, oye :  
Un pobre soy, que ahora huyendo



En mi patria los rigores  
De la fortuna (que tienen  
Fortuna también los pobres),  
Desesperado de hallar  
Piedad alguna en los hombres,  
Huyendo de los poblados,  
Me salgo al campo á dar voces,  
Por ver si entre fieras hallo  
Tan rigurosos favores;  
Y no fué en vano, pues tuve  
En desiertos horizontes  
El cristal de esos arroyos  
Y la yerba de esos montes,  
Y no esta piedad divina  
En las humanas acciones  
De vuestra gente; pues hoy,  
Viéndos, Señor, nuevo Adónis,  
Seguir las fieras, herir  
Las aves, medir el bosque,  
Procurando algun sustento,  
Llegué á vuestros cazadores.  
Que estaban dando á los canes  
El tosco manjar que comen.  
Envidioso de los brutos,  
Dije humilde: Dad á un pobre  
Algun sustento; mas ellos  
Soberbiamente responden  
No tienen cosa que darme;  
Yo desesperado entónces,  
«¿Cómo, lo que dais á un perro  
Se sabe negar á un hombre?»  
Dije: y la necesidad,  
Que el mayor respeto rompe,  
Ni hay agravio á que se rinda,  
Ni hay peligro á que se postre.  
Me obligó á quitar á un perro  
Aqueste pan: y feroces  
Vuestros criados sacaron  
Las espadas. (¿Qué rigores!)  
Saqué la mia, y rendido  
Mas á la hambre que á los golpes  
De sus aceros, aunque  
Eran muchos, caí del monte,  
Donde, bañado en mi sangre,  
Te pido que los perdones  
Mi muerte; pues fué piedad  
Darla con fieras acciones  
A un hombre tan desdichado,  
Que la cara no conoce  
Del hien; porque siempre tuvo  
Agravios, penas, dolores,  
Llantos, miserias, y hoy muere  
Desdichado, humilde y pobre.

REV.

Conde.

CONDE.

Señor...

REV.

Con cuidado

Haced curar ese hombre.

Y vos sabed quién ha sido

(A Inigo y Ordoño.)

Dueño de una accion tan torpe.

CONDE.

Venid, Señor, en mis brazos;

(A Don Alvaro.)

Que mueven vuestras razones

A lástima; y cuando no

Fuera del Rey este órden,

Por mí lo hiciera.

DON ÁLVARO.

Los cielos

Os paguen accion tan noble;

Que esta es la primera dicha

Con que el cielo me socorre,

Porque ha de ser la postrera.

(Llévanle el Conde, Inigo y Ordoño.)

## ESCENA IV.

DOÑA HIPOLITA, DOÑA LAURA,  
DOÑA JACINTA. — EL REY.

DOÑA LAURA.

¿Qué dignas son tus acciones  
De tu pecho!

DOÑA HIPOLITA.

Plegue al cielo,

Invicto Alfonso, que logres  
Las esperanzas altivas,  
Coronando tus pendones  
El águila de dos cuellos,  
A dos imperios conformes.  
Mas poco son dos imperios:  
Dueño te aclame del orbe  
La fama con letrás de oro  
Sobre láminas de bronce.

REV.

La primera vez ha sido,  
Hipólita, que he llegado,  
A tanta nieve postrado,  
A tanto fuego rendido,  
Y que piedades ha oído  
Mi rendimiento constante:  
Mucho tiene de diamante  
Tu desden y tu rigor,  
Pues que, sin sangre, el amor  
No fué á labrarte bastante.  
¿Pluguiera á Dios fuera mia  
La que venció tu crueldad!  
Debiérale esa piedad  
A tu rigor este día,  
A mi pena tu alegría;  
Que en los extremos del hado,  
No hay hombre tan desdichado  
Que no tenga un envidioso,  
Ni hay hombre tan venturoso  
Que no tenga un envidiado.  
Bien su condicion se advierte  
En mí, que estoy envidiando  
A un misero, agonizando  
En los brazos de la muerte,  
A un hombre que desta suerte  
Piedad y lágrimas das:  
En cuyo efecto verás  
Que no hay, de mudanza llenos,  
Bien, que no pueda ser ménos,  
Mal, que no pueda ser mas.

DOÑA HIPOLITA.

¡Jesus! Señor, vuestra Alteza  
Viva, fenix español,  
La edad luciente del sol,  
Que en alta naturaleza  
Una acaba y otra empieza,  
Sin temer mudanza alguna  
De la imagen de la luna,  
Ni el olvido se le atreva;  
Porque sus aplausos deba  
Al tiempo y á la fortuna.  
Que yo no soy tan cruel  
Como os habré parecido;  
Pues ningún rayo ha ofendido  
La majestad del laurel:  
Reservadas viven del  
Las hojas, que manseolo  
Son de la ninfa de Apolo;  
Y así estais de mi rigor  
Libre vos solo, Señor,  
Porque sois mi laurel solo.

REV.

¿Luego ya con sus favores  
Podrá coronarme el sol,  
Siendo el laurel español  
Rey de las plantas y flores?

DOÑA HIPOLITA.

Bastará que sus rigores  
Resista privilegiado.

REV.

Nunca estubo en peor estado  
Mi pensamiento amoroso,  
Pues ni el bien me hace dichoso,  
Ni la pena desdichado.

DOÑA HIPOLITA.

¿Luego vuestra Majestad  
Mas estimara un rigor  
Cierto, que un dudoso amor?

REV.

Sí; porque la voluntad  
Adora allí la crueldad,  
Que vida y muerte le daba.  
Un hombre, que se criaba  
Con veneno, adolecía  
De un grave dolor el día  
Que el veneno le faltaba.  
Yo así, que siempre adoré  
Rigores tuyos; yo así,  
Que tus desprecios sentí  
Y tus desdenes amé,  
Con veneno me crié:  
Y estoy de gloria tan lleno  
Cuando siento, lloro y peno  
Tu desden y tu rigor,  
Que adoleciera mi amor  
A faltarle este veneno.  
Aborrécame, y verás  
Que habrá mas bien que me ofrezcas:  
Pues cuanto mas me aborrezcas,  
Tengo de quererte mas.  
Los rigores que me das,  
Amor en el alma escribe,  
Y por glorias los recibe.

(Doña Hipólita hace ademán de irse.)

¿Así ausentas tu belleza?

DOÑA HIPOLITA.

Esto es dar á vuestra Alteza

El veneno con que vive.

(Vanse las damas.)

## ESCENA V.

IÑIGO y ORDOÑO, que truen preso á  
GARCIA. — EL REY

IÑIGO.

Todo el monte he recorrido,  
Y solo este hombre he encontrado  
Que haya en su temor mostrado  
La gran culpa que ha tenido  
En este caso; porqué  
Entre dos peñas le vi  
Escondido, y cuando así  
Hallarle pude, tal fué  
La turbacion, que callando  
Ni se absuelve ni disculpa,  
Con que confiesa su culpa.

REV.

¿Quién eres?

GARCIA.

(Ap.) ¡Estoy temblando!

Si al Rey le digo que soy  
Un criado del que allí  
Riñó con su gente, aquí  
Vengará su enojo hoy.  
Pues disimular pretendo,  
Y decirle que yo he sido  
Quien su gente ha defendido,  
Porqué así librarme entiendo.)  
No es bien que yo, por callar,  
Pierda la vida, que espantos  
En la corte ha dado á cuantos  
La han perdido por hablar;  
Y así disculparme quiero,  
Diciendo cómo, ó por qué  
Me escondí. La causa fue  
Para limpiar este acero,  
Que estaba en sangre bañado,  
Pues llegando á tiempo yo,

Que vuestra gente sacó  
Las espadas, á su lado  
Cerré luego con aquel  
Que era el de la ardiente espada.  
Y tiré una cuchillada  
Tan soberbia y tan cruel,  
Que si, como dió en el suelo,  
En la cabeza le diera,  
Hacerle algun mal pudiera:  
Al fin, por piedad del cielo,  
No le alcancé. ¿Mas no vió  
Tu majestad este día  
Una herida que traía?

REY.

Si

GARCÍA.

Pues no se la di yo;  
Pero tanto le apreté,  
Que, haciéndole retirar,  
Hasta aquí le hice rodar.  
Aquesta la causa fué  
De hallarme escondido allí,  
Descansando

REY.

¿En fin, tú fuiste  
El que las heridas diste  
A este hombre?

GARCÍA.

Señor, si.

REY.

Pues denle...

GARCÍA. (Ap.)

Dichoso he sido:  
Lindamente he negociado.

REY.

Garrote, á un árbol atado,  
Porque necio y atrevido,  
Siquiera no se disculpa  
Delante de mí, y porqué  
Confiesa el mismo que fué  
El agresor de la culpa.

GARCÍA.

Suspende la rigurosa  
Sentencia, señor, que has dado  
A un hombre tan desdichado,  
Que en su vida acertó en cosa;  
Pues por librarse, fingió  
Lo que ahora le acrimina;  
Porque no hay mayor gallina  
En todo el mundo que yo.  
¿Yo, señor, haber reñido!  
¿Yo haber sacado la espada!  
¿Yo haber dado cuchillada!  
La mayor mentira ha sido  
Que he dicho en toda mi vida,  
Aunque las he dicho buenas;  
Porque soy hombre, que apenas  
Fuí ni aun mental homicida.  
Criado soy del que aquí  
Con vuestra gente rió;  
Y pensando ahora yo  
Escaparme, esto fingí,  
Porque mi suerte se notó.  
Y pues digo la verdad,  
Mande vuestra majestad  
Suspende este garrote;  
Que aunque á la desdicha mía  
Este falta, sobrarán  
Garrotes, que hartos nos dan  
Los fulleros cada día:  
Y no será bien que aquí  
Pregone, perdiendo yo,  
Que un rey fullero me dió  
Muerte de garrote á mí.

REY.

¿Si este es loco!

IÑIGO.

No lo dudo.

GARCÍA.

Si es que conmigo los pones,

Don Sénecas, dos Platones  
Son Vinorrio y Pollocrudo.  
Manda que me dejen ir  
Libre deste fiero ultraje,  
Que yo hago pleito homenaje  
Gran Señor, de no servir  
A hombre que saque jamas  
La espada con los señores,  
Monteros y cazadores  
De sus reyes.

REY.

Libre estás. (Vase García.)

Y tu, Iñigo, haz poner  
La carroza. — (Ap. Antes que el sol  
Entre en el mar español,  
Pienso á este sitio volver.)

## ESCENA VI.

EL CONDE. — EL REY, IÑIGO,  
ORDOÑO.

CONDE.

Ya le han curado, y no ha sido  
De peligro ni cuidado  
Su mal; porque desmayado  
A la sangre que ha perdido,  
O al golpe de la caída,  
Flaqueza alguna mostró;  
Pero luego que cobró  
Con tus favores la vida,  
Pudo ya sentirse bueno.  
Lo que te aseguro aquí  
Es, que hombre en mi vida vi  
De mas perfecciones lleno.  
Si es valiente, ya le viste,  
Cuando en alto levantada,  
Rayo de acero su espada  
La miraste y la creiste.  
Es muy bien hecho y brioso;  
Porque habiéndole mandado  
Dar un vestido, ha quedado  
Muy galán y muy airoso.  
Es discreto al parecer,  
Aunque por tal no le aprecio:  
Que es, cuanto fácil un necio,  
Difícil de conocer  
Un discreto; pero en calma  
La voz, la lengua en prisiones,  
Agradece con acciones,  
Que son afectos del alma.

REY.

De manera le has pintado,  
Que si un hombre igual hubiera,  
Dignamente mereciera  
Ser de todo el mundo amado:  
Y cuando no fuera así,  
Saber que á ti te agradó,  
Bastaba para que yo  
Le estimase; y pues aquí  
Con suerte tan importuna,  
Después de prodigios tales,  
A tus piadosos umbrales  
Le ha arrojado la fortuna,  
Hazle algun favor: y advierte  
Que quiero, Conde, que sea  
Tan grande, que en él se vea  
Lo que te estimo. de suerte,  
Que hoy he de ver si has llegado  
A lugar tan poderoso,  
Que puedes hacer dichoso  
A un hombre tan desdichado.  
(Vanse el Rey y el Conde.)

## ESCENA VII.

IÑIGO, ORDOÑO.

IÑIGO.

¿A qué mas ha de llegar  
Su amistad y su privanza?  
Ya no tiene la esperanza  
Mas término á que aspirar.

ORDOÑO.

Dignamente ha merecido  
El lugar que el Rey le ofrece.

IÑIGO.

¿Pues cómo, si le merece,  
Le tiene? ¿En qué le ha servido  
Para pasar esto aquí?  
¿Don Pedro en qué mereció  
Su gracia? ¿En que pretendió  
Ser rey de Castilla? Di.  
¿Bueno es que altivo y cruel  
Tenga presa á Urraca bella;  
Y lo que es castigo en ella,  
Hacerlo favor en él!

ORDOÑO.

De esa manera asegura  
El reino, que no pudiera,  
Sin él hoy.

## ESCENA VIII.

EL CONDE. — DICHOS.

CONDE.

(Ap. ¿Envidia fiera!

¿Tu veneno qué procura?  
¿Qué se trata, caballeros?

IÑIGO.

En decir con la razón  
Que os quiere el Rey.

CONDE. (Ap.)

Estos son,

Palacio, tus lisonjeros.

IÑIGO.

Y pocos favores hace  
A un hombre, que su cuchilla  
Pudo hacer rey en Castilla.

CONDE.

Iñigo, Iñigo, si nace  
De ignorancia ó de malicia,  
La ignorancia despertad,  
O la malicia templad;  
Que es soberana justicia  
El Rey; y aunque yerre, vos  
No lo habeis de remediar:  
Porque nadie ha de juzgar  
A los reyes, sino Dios. (Vanse.)

## ESCENA IX.

DOÑA LAURA y DOÑA HIPOLITA.

DOÑA HIPOLITA.

Dime, ¿qué evidencia tal  
Imaginación te ofrece?

DOÑA LAURA.

No mas de que me parece  
Que este es hombre principal.

DOÑA HIPOLITA.

¿En qué lo ves?

DOÑA LAURA.

Lo primero,

En verle tan desdichado;  
Pues ya parece que el hado  
Niega, cruel y severo,  
La ventura á la nobleza;  
Porque efectos no se ven  
Adonde opuestas no estén  
Fortuna y naturaleza:  
De donde tan recibido  
Este argumento ha quedado,  
Que vale: ¿Este es desgraciado?  
Si: luego este es bien nacido.

DOÑA HIPOLITA.

La mayor dicha del suelo  
En tener nobleza está;  
Que si las riquezas da  
La fortuna varia, el cielo  
La sangre; y no hay duda alguna



Que esta es la dicha mayor,  
Cuanto es mas noble y mejor  
El cielo que la fortuna.  
Luego si el bien mas dichoso  
En la sangre ha consistido,  
Vale : ¿Aqueste es bien nacido?  
Si : luego este es venturoso.

DOÑA LAURA.

Sin nobleza, no pudiera  
Ser de ánimo tan valiente,  
Que solo él á tanta gente  
Las espaldas no volviera.

DOÑA HIPÓLITA.

Estas acciones no son  
Hijas de la bizarria ;  
El morir no es valentia ,  
Sino desesperacion.  
El hombre mas alentado  
Es un hombre finalmente,  
Y el que á su riesgo es valiente ,  
Llámale desesperado.

DOÑA LAURA.

¿Y tan cuerdas las razones,  
Las palabras tan limadas,  
Las penas tan declaradas,  
Tan medidas las acciones?  
Quejarse de la fortuna  
Ningun hombre humilde sabe ;  
Porque en su pecho no cahe  
Sino una queja importuna,  
Llorada rusticamente.

DOÑA HIPÓLITA.

Con el viento el mar se altera,  
Con celos brama una fiera,  
Y un monte con cansa siente :  
Luego lágrimas y acciones  
En los hombres han de hallarse ;  
Que para saber quejarse  
A nadie faltan razones.

DOÑA LAURA.

¿Y el verle ahora tan galan  
Con un vestido prestado,  
Con aseo y sin cuidado,  
No lo acredita?

DOÑA HIPÓLITA.

Ahi están

Tus engaños, y he sentido  
Que eso te parezca bien.  
¿Qué puede ser hombre, á quien  
Viene cualquiera vestido?

DOÑA LAURA.

¿Qué rigurosa y cruel!  
Solo en deslucirle das !

DOÑA HIPÓLITA.

¿Qué temeraria que estás  
En volver tanto por él !

DOÑA LAURA.

Siento, Hipólita, ver cuánto  
Culpas su merecimiento.

DOÑA HIPÓLITA.

Y yo tambien, Laura, siento  
Ver que tú le alabes tanto.

## ESCENA X.

GARCIA. — DOÑA HIPOLITA, DOÑA LAURA.

GARCIA. (Ap.)

Aqui me trae mi deseo  
Buscando... ¿Válgame Dios !  
O son dos damas, ó dos  
Arcángeles con manteos.

DOÑA HIPÓLITA.

¿Qué es lo que buscáis?

GARCIA.

Señora,

Aquí...

DOÑA LAURA.

Decid.

GARCIA.

Busco yo

Un amo, que Dios me dió,  
Que es aquel á quien ahora  
Dieron no sé qué disgusto,  
Sin Dios, sin razon ni ley,  
Los montereros del Rey ;  
Y yo tuviera por justo  
Que tras los enojos fieros,  
Si las dos, mas lisonjeras,  
Sois las señoras monteras,  
Mujeres de los monteros,  
Me dejeis entrar á verle.

DOÑA HIPÓLITA.

¿No hubiera sido mejor  
En la ocasion con valor  
Ayudarle y defenderle.  
Que venirle á ver ahora ?

GARCIA.

Pues si yo estuviera allí...

DOÑA LAURA.

¿Qué?

GARCIA.

¿No me dieran á mi  
Tambien? Es cierto, señora.

DOÑA HIPÓLITA.

¿Cómo á tan pobre señor  
Servis?

GARCIA.

Porque yo soy tal,  
Que, aunque él me paga muy mal,  
Le sirvo mucho peor.  
Y así de aquesta manera  
Los dos podemos vivir,  
Pues no hallara, si me fuera,  
Ni yo otro á quien servir,  
Ni él otro que le sirviera.

DOÑA LAURA.

¿Y quién es él, en efeto?

GARCIA.

¿Qué terrible tentacion!  
Con demonios San Anton  
Nunca se halló en tal aprieto,  
Como con ángeles yo.  
Pero con decir concluyo  
Que soy criado ; mas cuyo,  
Eso no lo diré yo.

DOÑA HIPÓLITA.

Esperad de mí favores.

DOÑA LAURA.

Si este desengaño toco,  
Rico te haré.

GARCIA.

Poco á poco,  
Mis ángeles tentadores.

DOÑA HIPÓLITA.

Deseamos saber quién es.

GARCIA.

Y yo deciros deseo  
Que es Don Alvaro Viseo,  
Un gallardo portuques ;  
Pero callarlo he jurado....

DOÑA LAURA. (Ap.)

¿Hágante los cielos bien !

DOÑA HIPÓLITA. (Ap.)

¿Maldigite Dios, amen!

¿Qué gran disgusto me has dado !

GARCIA.

Y no lo puedo decir.

DOÑA LAURA. (Ap. á Hipólita.)

¿Ves, Hipólita, si yo

Digo bien ?

DOÑA HIPÓLITA.

¿Y quién fió  
Que este no pueda mentir?

GARCIA.

Mas él mismo viene allí,  
Y no quiero que me vea  
Con las dos, porque no crea  
Esta liviandad de mí ;  
Porque solo este secreto,  
Despues que soy su criado,  
De cuantos supe he contado ;  
Mas soy criado, en efeto. (Vase.)

## ESCENA XI.

DON ALVARO. — DOÑA HIPOLITA.  
DOÑA LAURA.

DON ALVARO. (Ap.)

¿Dime, hasta cuándo, fortuna,  
Objeto tuyo he de ser ?  
¿O cuándo tengo de ver  
En tu faz piedad alguna ?

DOÑA LAURA.

Hablarle, Hipólita, quiero,  
Y hacerle, pues su valor  
Conozco, un cortés favor ;  
Que solo este amor espero  
Lograr ; pues si su presencia  
Tanto te desagrado,  
Podré aventurarme yo  
Segura en la competencia.

DOÑA HIPÓLITA.

¿Pues puedo, Laura, ¡ay de mí!  
Competir contigo yo ?

DOÑA LAURA.

Llámale tú, porque no  
Me declare tanto aquí ;  
Que al favor que le he de dar,  
Presuma que mi aficion  
Busca tambien ocasion.

DOÑA HIPÓLITA.

¿Yo tambien le he de llamar ?

DOÑA LAURA.

Oficio es entre las dos  
De amiga discreta.

DOÑA HIPÓLITA.

(Ap. Muero

De celos.) ¿Ah, caballero !

DON ALVARO.

¿A mí me llamáis ?

DOÑA HIPÓLITA.

A vos.

DON ALVARO.

Al nombre no respondí ;  
Porque un hombre que ha llegado  
Tan pobre y tan desdichado,  
No puede entender por sí  
Título que á serlo llega  
De quien por sí lo adquirió.

DOÑA HIPÓLITA. (Ap. á Laura.)

¿Ves si el criado mentió,  
Pues ser caballero niega ?

DOÑA LAURA. (Ap. á Hipólita.)

Mas con negarlo declara  
Serlo ; pues si humilde fuera,  
Antes se desvaneciera  
Con el bien, que se humillara.

DON ALVARO.

Si enojos, señora, son,  
Que mi atrevimiento espera,  
Porque con alas de cera  
He tocado la region  
Del fuego, donde abrasadas  
Las hojas que el aire mueve,  
Son mariposas de nieve  
Con visos iluminadas :  
Castigue tanto esplendor  
Mi inadvertencia en los ojos,  
Flechando penas y enojos,  
Rayo á rayo y flor á flor.

DOÑA LAURA.

Mas piedades que castigo  
Aqueste cuidado dice.  
¿Cómo os sentís?

DON ÁLVARO.

Tan felice,  
Que á mí me pregunto y digo :  
¿Quién soy? y desvanecido  
Le respondo á mi cuidado :  
Quien hoy fuera desdichado,  
Si dichoso hubiera sido ;  
Pues todo el pasado mal  
No iguala al presente bien,  
Como ahora mis ojos ven.

DOÑA LAURA.

Yo os vi á mis plantas mortal.

DON ÁLVARO.

Es la vida un girasol  
Que tiene hermosura incierta,  
¿Pues quién no vive y despierta  
A los alientos del sol?  
Muerto llegué á vuestras plantas,  
Flor marchita entónces fui;  
A vuestros rayos viví.

DOÑA LAURA.

¿Y cómo de penas tantas  
Estáis?

DON ÁLVARO.

Solo en este brazo  
Un golpe tengo cruel.

DOÑA LAURA. (Dale una banda.)

Poned esta banda en él.

DON ÁLVARO.

Será de mi cuello lazo,  
Será....

DOÑA LAURA.

¿Qué ha de ser? Callad,  
Porque aqueste no es favor  
Ocasinado de amor,  
Sino de necesidad.

(Vase.)

DOÑA HIPÓLITA. (Ap.)

Alma, ¿qué es esto que ves?

DON ÁLVARO.

Perdonad á un atrevido,  
Que por ser agradecido,  
Bien puede ser descortes.  
En fe de lo cual, me atrevo  
A saber cómo se llama  
Esta bellísima dama  
A quien tanta piedad debo.

DOÑA HIPÓLITA.

(Ap. ¿Otro lance, amor, me pones?  
Pues aunque quieras perderme,  
Vencerte sabré, y vencerme.)  
Doña Laura de Quiñones.

(Vase.)

## ESCENA XII.

EL CONDE y JULIO.—  
DON ÁLVARO.

EL CONDE.

Vuélvete, Julio, que allí  
Está el galán forastero,  
Y á solas hablarle quiero,  
Por saber quién es aquí. (Vase Julio.)

DON ÁLVARO.

Pobre y miserable un día  
Llegó á los piés de Alejandro  
El doctísimo Tehandro,  
Celebrado en la poesía :  
Y queriendo con alguna  
Merced el César ufano  
Hacer paces (aunque en vano)  
Entre el ingenio y fortuna,  
Le dió tan preciosos dones,  
Que desvanecer pudieran  
A la ambición, cuando fueran

Los átomos ambiciones.

Suspense el sabio quedó  
Sin responder, temeroso  
A la merced, y dudoso  
Alejandro preguntó :  
¿Cómo el bien das al olvido  
Y á la memoria el agravio?  
Tú, cómo puedes ser sabio,  
Siendo desagradecido?  
A quien Tehandro miró,  
Diciendo : Si el gusto está  
En la mano del que da,  
Y del que recibe no,  
Yo no debo agradecerte  
El bien que me haces aquí;  
Tú has de agradecerme á mí  
El darte yo desta suerte  
Ocasión en que mostré  
Tu pecho grandeza tal,  
Pues no fueras liberal,  
Si no fuera pobre yo.—  
Fácil es la aplicación,  
Ilustre Don Pedro, á quien  
Debo la vida y el bien;  
Pues si en aquesta ocasión  
Favor mi desdicha alcanza,  
Tú la fama esclarecida;  
Y si tú me das la vida,  
Yo te he dado la alabanza;  
Y así soy mas liberal,  
Pues tú una vida me has dado,  
Que en efecto es bien prestado.  
Y yo una fama inmortal.

CONDE.

Confieso que agradecido  
Debo ser, y que he quedado  
En la ocasión obligado,  
Y en el término excedido;  
Y así, porque empiezo yo  
A pagaros lo que os debo,  
Si está el bien en dar, me atrevo  
A pedir....

DON ÁLVARO.

Eso no;

Porque si os ha de costar  
La vergüenza del pedir  
Lo que habeis de recibir,  
Poco tengo yo que dar ;  
Y tan poco, que he pensado  
Daros en esta ocasión  
Escarnimientos, que en fin son  
Hádidas de un desdichado.  
Pero si dijo un discreto :  
«Aunque amigo pobre fui,  
Mas que oro y plata te di;  
Pues que te di mi secreto,»  
Estimad el don en mucho,  
Que del pecho no saliera  
Si para el vuestro no fuera,  
Y escuchadme.

CONDE.

Ya os escucho.

DON ÁLVARO.

Yo soy, ilustre Don Pedro  
De Lara, español Atlante,  
En cuyos hombros se asienta  
La quinta esfera de Marte;  
Yo soy (el aliento aquí  
Trabado, la voz coharde,  
Torpe la lengua, y helado  
El pecho, quierén que falte  
Valor para pronunciar  
Mi nombre, y mis ojos hacen  
Con lágrimas y suspiros  
Competencia al mar y al aire)  
Don Alvaro de Visco.  
Ya lo dije; no os espante,  
Sabiendo quién soy, el verme  
Tan pobre y tan miserable;  
Que representar tragedias  
Así la fortuna sabe,

Y en el teatro del mundo

Todos son representantes.  
Cuál hace un rey soberano,  
Cuál un principe ó un grande  
A quien obedecen todos ;  
Y aquel punto, aquel instante  
Que dura el papel, es dueño  
De todas las voluntades.  
Acabóse la comedia,  
Y como el papel se acaba,  
La muerte en el vestuario  
A todos los deja iguales.  
Digalo el mundo, pues tiene  
Tantos ejemplos delante :  
Digalo la fama, pues  
No hay muerte en que no se halle :  
Digalo quien ayer era  
Hermano de un condestable,  
De un conde de Guimaras  
Cuñado, y deudo por sangre  
De otros muchos caballeros,  
Todos nobles y leales,  
Y muertos á manos todos  
De la envidia, monstruo infame,  
Disimulado en lisonjas,  
Como entre flores el áspid,  
En un público teatro.  
Mas ¡ay memorias, dejadme!  
¿No me atormentéis, recelos!  
Pues todos no sois bastantes  
Para quitarme la vida :  
Pero repetidme, dadme  
Con mi desdicha en los ojos,  
Porque ya que no me maten.  
Puedan dejarme á lo ménos  
Con dolor tantos pesares.  
A Don Pedro de Coimbra  
Vi agonizando en su sangre :  
Ah, plegue á Dios no la oiga,  
Cuando inocente le clame!  
Y al condestable (¡ay de mí!)  
En palacio (¡duro trance!)  
Fuerte error! triste desdicha !  
Espectáculo admirable !  
Muerto á las manos de un rey,  
Y á aquel, que poder tan grande  
Tuvo, le vi reducido  
A siete piés de un cadáver.  
Yo, viendo que en el castigo  
Todos fuéramos iguales,  
Habiéndolo sido todos.  
En ser vasallos leales...  
(Que esta era la culpa mía :  
Pues ruego á Dios, que él me faue,  
Y arrojadas de sus manos  
Culebras de fuego bajen,  
Que los cielos se me cierren,  
Se me enfurezcan los aires,  
Se me abra en bocas la tierra,  
Se me retiren los mares,  
Y yo, enemigo de todos,  
Rabiando me despedace  
El corazón, y á hocados  
Le coma, y leba mi sangre,  
Si en el enojo del Rey  
Tuve en algun tiempo parte,  
Ni sé por qué nos castiga  
Con escándalos tan grandes.)  
Yo viendo, pues, tan cercana  
Mi desdicha, por librarme,  
No de la muerte, pues fuera  
Lisonjeramente amable,  
Sino de tan vil indicio,  
Y por esperar que saque  
La verdad su luz, rompiendo  
Estas nubes, que deshacen  
Tanto esplendor como el sol  
En tornasoles cambiantes,  
Que en tumba de mármol muere  
Y en cuna de flores nace,  
A Castilla vine, donde  
Estoy tan pobre, que á nadie



Oso mirar, porque entiendo  
Que todos mis penas saben,  
Sino solamente á vos,  
A quien descubro mis males,  
A quien mis desdichas digo,  
Cuento mis adversidades,  
Por daros, ya que no puedo  
Satisfacciones bastantes  
A tanto honor, desengaños  
De la fortuna inconstante;  
Porque esta diosa....

CONDE.

Detente,  
Espera, aguarda, no acabes  
Tan peligroso discurso;  
No prosigas, no me mates;  
Porque afligido no sé  
Lo que siento al escucharte,  
Que el corazón por los ojos  
Deshecho á pedazos sale.  
Ya sé, Alvaro, ya sé  
Que esa diosa, que en altares  
Vivió idolatrada un tiempo,  
A quien dieron ignorantes  
Los hombres bultos de bronce  
Sobre columnas de jaspe,  
Es de aspecto tan confuso,  
De tan dudoso semblante,  
De tan engañoso trato  
Y de condicion tan fácil,  
Que, á quien la mira, parece  
Que diversos rostros hace,  
Como el girasol que muestra  
Verdes y rojos celajes.  
Ya sé que pone las plantas  
Sobre una rueda, á quien trac  
Tan veloz el tiempo, que  
No hay discurso que la alcance:  
Y ya sé que su hermosura  
Es maravilla; que nace  
Al alba, y muere á la noche,  
Como efímera fragante.  
Y siendo así que he llegado  
Yo mismo á desengañarme,  
Aun prevenido la tento  
Esperando cada instante  
El golpe. Y así he pensado  
Que de aquel rayo tan grande  
Tus voces han sido el trueno,  
Pues han venido delante,  
Y téneme, por estar  
En tan levantada parte;  
Porque el rayo y la fortuna  
Su mayor efecto hacen  
En la eminencia del monte  
Que en la humildad de los valles:  
Pues aquí vive seguro  
El lirio, que humilde nace,  
Y allí no el roble, que quiso  
Ser contra el cielo gigante.  
Yo, pues, viendo que del Rey  
Y el reino tengo las llaves,  
Quiero tener hoy en vos  
Un espejo en que mirarme,  
Un ejemplar en que temerme,  
Y un sagrado en que ampararme,  
Y al fin un despertador  
Que con voces desiguales  
Me esté tocando al oído  
Cada punto, cada instante;  
Porque si representando  
Una tragedia (escuchadme,  
Que en vuestro concepto mismo  
Quiero también explicarme),  
Si representando un hombre  
En Roma en carros triunfales  
Una tragedia, mandó  
Que el cuerpo desenterrasen  
De un gran amigo, y que siempre  
Se le tuviesen delante;  
Porque el sentimiento allí  
Tanto en él se transformase,

Que llevado del afecto,  
Pudiese en acciones tales  
Mover el pueblo llorando:  
Yo, teniéndos por imágen  
De la fortuna, pues fuisteis  
De la fortuna un cadáver,  
Teneros delante quiero,  
Porque pueda transformarme  
Tanto en vos, que mis afectos  
Vuestro dolor arrebaten.  
Y fuera desto, si todo  
En las cosas naturales  
Con la oposicion se aumenta,  
Porque viene á conservarse  
Un enemigo con otro,  
Juntemos hoy dos caudales:  
Yo pondré contentos míos,  
Poned vos vuestros pesares;  
Yo venturas, vos desdichas;  
Y así vendrémos iguales  
A saber los dos á un tiempo  
De glorias y adversidades,  
Porque quiero que seamos  
Los dos amigos tan grandes,  
Que dejemos admiradas  
A las futuras edades.

DON ÁLVARO

Si no acierto á responder,  
No os admire, no os espante;  
Que como mi pecho nunca  
Esperaba el bien, no sabe  
Cómo le ha de recibir.  
El cielo, señor, os guarde  
Los siglos que el mundo cuenta  
De aquel prodigio, que sabe  
Su sepulcro y cuna, siendo  
Gusano, ceniza y ave:  
Que el que yo de mí os ofrezco,  
Si es satisfaccion bastante,  
Es un amigo leal.

CONDE.

Solo eso pudo obligarme,  
Porque como está Castilla  
Deshecha en parcialidades  
Con mi privanza, no sé  
Si tengo de quien fiarme,  
Y así me faltaba solo  
Un amigo.

DON ÁLVARO.

Si mi sangre  
Os da fianza de mí,  
Yo lo soy vuestro.

CONDE.

Pues dadme  
Palabra que no seréis  
Ingrato.

DON ÁLVARO.

Un traidor me mate,  
Si no fuere eterno ejemplo  
De los amigos leales.

CONDE.

Pues yo os pondré en tal lugar,  
Que la envidia no os alcance.

DON ÁLVARO.

Tendréis en mi pecho entonces  
Un escudo de diamante.

CONDE.

Tendré al ménos un traslado  
En quien llegue á consolarme,  
Cuando sepan los dos  
De los bienes y los males.

## JORNADA SEGUNDA.

Salon de palacio.

## ESCENA PRIMERA.

GARCÍA, JULIO.

JULIO.

Venga en buen hora el señor  
García: ¿cómo le va?

Mas gordo y mas lucio está  
Despues que es gorra. Mejor  
Vida debe de pasar  
Ahora en la corte, que cuando  
Se andaba briboneando,  
Que otros llaman tunar.

GARCÍA.

¿Que aquesto tengo de oír  
De un lacayo! ¿qué he de hacer?

JULIO.

Callar, que en fin por comer  
Todo se puede sufrir.

GARCÍA.

García, ¿que esto consientes?  
¡Paje!

JULIO.

¡Gorra!

GARCÍA.

¿Que me corra  
Este pringonazo!

JULIO.

¡Gorra!

GARCÍA.

Eres un potaje, y mientes.  
JULIO.

Ya toca aquesto en honor:  
¡Saca la espada!

GARCÍA.

Sí haré,

Y con ella te diré  
Mi sentimiento mejor;  
Porque en sacando la espada,  
Y con gran desembarazo  
Revueltá la capa al brazo<sup>1</sup>,  
Calo el sombrero, voime y no hago nada  
(Vase)

JULIO.

Por la mano me ganó  
En esta fuga lijera;  
Pues si un poquito se espera  
Y él no huye, huyera yo.

## ESCENA II.

ÍÑIGO, ORDOÑO.—JULIO.

Íñigo

El Rey ha despreciado  
Nuestros consejos, pues tan sin cuidado  
Hoy, en nada repara.  
Por complacer al gran conde de Lara  
A la Reina ha traído  
Al alcázar, y aquí mas advertido  
La tiene.

ORDOÑO.

Esas son cosas

A los ojos del vulgo sospechosas,  
Cuanto mas á los nuestros.  
Íñigo, haced los sentimientos vuestros  
Mas reportados, cuerdos y advertidos,  
Porque el palacio es ojos, es oídos:  
No sabéis quién os oye y ve....

Íñigo.

Yo puedo  
Quejarme á voces, pues sin premio que-  
De mis servicios. [do

ORDOÑO.

¡Ved si en vano he hablado!  
Cuanto habeis dicho sabe ese criado

JULIO. (Ap.)

Haré yo desta suerte,  
Que no le oí ni vi. (Vase.)

ORDOÑO.

¡Tu daño advierte!

<sup>1</sup> Este verso endecasílabo, que pone de intento Calderon, encierra un pensamiento de Cervantes, muy conocido.

## ESCENA III.

EL REY, EL CONDE, DON ALVARO. — IÑIGO, ORDOÑO.

CONDE.

Mandó tu majestad para que viese  
Si soy tan poderoso que pudiese  
Hacer felice á un hombre desdichado,  
Que le pusiese en tan supremo estado  
Que excediese al deseo :  
Dile grandes riquezas ; mas no creo  
Que estas le hagan dichoso ;  
Que el ánimo desprecia generoso  
A la codicia, bestia tan ingrata, [mata.  
Que con su aliento á quien la engendra  
Y viendo que no es dicha la riqueza,  
Por levantárle á la mayor grandeza,  
Polo, centro y cenit de glorias tantas,  
Le traigo, gran señor, á vuestras plantas,  
Porque viéndosc en ellas, [tas;  
Venza la oposicion de las estrellas.  
Veréis así, que soy tan poderoso, [so.  
Que á un desdichado pude hacer dicho-  
(Pónese de rodillas Don Alvaro.)

DON ALVARO.

Y tanto, que corrida  
La fortuna, mirándose excedida  
De vuestra invicta mano,  
En vano anhela, solicita en vano  
Al centro derribarme  
De mis desdichas, pues á coronarme  
De rayos, si me humilla, me levanta :  
Tanto fué tu poder, mi dicha tanta.

REY. (Al Conde.)

¿Qué merced le habeis hecho?

DON ALVARO.

Esta, señor ; porque de mi sospecho,  
Aunque haya recibido [sido.  
Muchas, que esta no mas merced ha  
Estando el sol delante,  
¿Qué estrella no caduca ? ¿O qué fra-  
Rosa, de color bella, [grante  
No es pálido despojo de una estrella ?  
¿Qué flor, la mas hermosa,  
No es marchito desmayo de una rosa ?  
¿Qué planta, qué hoja verde  
Con una flor la vanidad no pierde ?  
Pues yo así, aunque le tenido  
Dicha, señor, con tu presencia, he sido  
Planta, flor, rosa, estrella,  
A quien el sol desluzce y atropella.

REY.

(Ap. ¿Bien dispuesto conceto !  
¿Qué galán ! qué brioso ! que discreto !)  
Conde, sabed su calidad, y della  
(Ap. al Conde.)

Me avisaréis ; porque conforme á ella  
Hacerle merced quiero.

CONDE.

Ya yo estoy informado, y considero  
Estal, que aunque en la cámara sirviera  
A vuestra Majestad, lo mereciera ;  
Porque es...

REY.

Decid.

CONDE.

Don Alvaro Viseo,

De la fortuna misero trofeo.  
Sangre tiene de rey.

REY.

¿Y si ofendido

Queda, porque te amparo, habiendo  
CONDE. [buido?

Tu majestad no crea  
De tan ilustre sangre accion tan fea ;  
Que no es posible que hombres que han  
Con amorosas leves [llegado  
A solo ver el rostro de los reyes,  
Traicion intenten.

REY.

¿Pues de qué está lleno

El mundo ?

CONDE.

De ponzoña y de veneno,  
Con que á la fama y la virtud altiva  
La envidia postra, la ambicion derriba

REY.

Vos la merced le hicisteis ;  
No he de quitarle lo que vos le disteis.  
(Vase.)

CONDE.

(Ap. No quiero darle agora  
La nueva, por no darle en dos testigos,  
A un tiempo con un bien dos enemigos.)  
Iñigo, Ordoño, vuestras manos beso.

IÑIGO.

Atlante al fin de tan prolijo peso,  
No os dejan los cuidados  
Hablar á vuestros deudos y criados.

## ESCENA IV.

JULIO. — CONDE, DON ALVARO, IÑIGO, ORDOÑO.

JULIO.

Ahora á buen tiempo llego. —  
Escucha, Señor, aparte, (Al Conde.)  
Que tengo un poco que hablarte,  
Que importa, y ha de ser luego.  
Mira cómo hablas delante  
Deste Iñigo, y sabrás  
Que no habla muy bien detras.

CONDE.

Loco, bárbaro, arrogante,  
Necio, vil, traidor, villano.  
Que así es justo que te llame :  
Tu lengua ha mentido, infame ;  
Y por no manchar la mano  
En sangre tan vil, aquí  
Templo la cólera mia. —  
¿Qué pensais que me decia ?

(A Iñigo y Ordoño.)

Que hay quien dice mal de mí.  
Y es mentira ; porque ¿quien  
Crejera que hablasen tal  
De quien á nadie hizo mal,  
Y á los que puede hace bien ?  
¿Qué agravios causó el poder,  
Iñigo y Ordoño ? ¿Yo  
Tengo algun quejoso ? No ;  
A todos pretendo hacer  
Gusto. Pues cuando quisiera  
Murmurar alguno aquí,  
Y dijera mal de mí,  
¿No mintiera ? Si mintiera,  
Si mintiera.

IÑIGO. (Ap.)

¿Estoy turbado !

ORDOÑO. (Ap.)

El ha hablado con los dos  
Cuerdamente.

IÑIGO. (Ap.)

¿Vive Dios,

Que he de matar al criado !

(Vanse Ordoño é Iñigo.)

CONDE.

Tú vete de casa luego,  
Que no has de servirme mas.

JULIO.

Advierte, señor, que estás,  
Sin causa, de enojo ciego. (Vase.)

## ESCENA V.

EL CONDE, DON ALVARO.

CONDE.

(Ap. Poco airosos han quedado ;  
¿Vive Dios ! que me han temido.

De que Julio se haya ido  
En extremo me ha pesado.)  
Ya estamos solos los dos :  
Esta es la primer columna  
Del templo de la fortuna,  
Que empiezo á labrar en vos.  
El Rey merced os ha hecho,  
Don Alvaro, de una llave  
De su cámara.

DON ALVARO.

Hoy alabe

La fama tu heróico pecho.

CONDE.

Cumplimientos ¿para qué ?

DON ALVARO.

Estos no lo son en mí.

CONDE.

Desde el instante que os vi,  
A serviros me incliné :  
Fuerza de mi estrella ha sido,  
Y así no me agradezcais  
Nada que en mi amor veais.  
Y sabed, que yo he sentido  
Haber despedido aquí  
A ese criado ; y porqué.  
Estos no piensen que fué  
Ceremonia, os pido aquí  
Que con gusto mio vos  
Le recibais, pues será  
Lo mismo, puesto que ya  
Tan uno somos los dos.  
Y así nadie habrá que pueda  
Por tan fácil condenarme,  
Ni él por ingrato culparme,  
Pues ni se va ni se queda.

DON ALVARO.

En esta parte tambien  
Tengo que rogáros yo.  
García ayer me pidió,  
Que mis venturas le dén  
Parte á él ; y así desea  
Serviros, señor, y creo  
Que tan altivo desco  
Es digno que tuyo sea.  
Así espera adelantarse,  
Cansado ya de seguir  
Mi fortuna hasta morir.

CONDE.

¿Cómo ha de poder negarse  
Cosa de que gustais vos ?  
Desde aquí quedan trocados,  
Entre los dos, los criados.

## ESCENA VI.

GARCIA. — DICHOS.

GARCIA.

(Ap. Aquí están juntos los dos ;  
Ponerme delante quiero  
Porque se acuerde de mí  
Y de lo que le pedí,  
Pues sirviendo al Conde, espero  
Verme mas grave algun dia.)  
Ya la fortuna, señor,  
Trueca el desden en favor.

DON ALVARO.

¿Pues de qué es tanta alegría ?

GARCIA.

Pasaba por el terrero,  
Y la dama que te ha dado  
La banda, que tú has contado,  
Me dijo : ¿Ce caballero !  
Yo la dije : Así me llamo ;  
Y ella con tierno ademan  
Me dijo....

DON ALVARO.

¿Qué ?



GARCÍA.

Tan galán  
Sois vos, como vuestro amo.

DON ÁLVARO.

¡Maldigite el cielo, amen!

GARCÍA.

¡A ella la maldiga el cielo,  
Que lo dijo! Mas recelo  
Que la respondí muy bien.

DON ÁLVARO.

¿Cómo?

GARCÍA.

Dijela muy grave :  
¿Tan galán? Aquoso no ;  
Que mucho mas lo soy yo.  
Pero aquí el discurso acabe ;  
Que mas venturoso has sido  
Si su bermosura codicias .  
Pues me dijo que en albricias  
De no sé qué, que ha sabido ,  
Una joya me ha de dar.

DON ÁLVARO.

Y tú, ¿qué has de darme á mí  
Por otras nuevas que aquí  
Te puede el mundo envidiar ?  
Ya eres del Conde criado.

GARCÍA.

Esclavo suyo seré.  
Dame la mano.

CONDE.

¿Por qué  
A Don Alvaro has dejado ?

GARCÍA.

Dicen que por mejoría.

CONDE.

¿Y aquesa es lealtad perfeta?

GARCÍA.

¿No sabes tú lo que aprieta  
La hambre de mediodía ?  
¿Es grande cosa el comer !  
Escucha lo que pasó  
A un hombre que se casó.  
El padre de su mujer  
Se obligaba á sustentarle ,  
Y leyendo el escribano :  
«Item, el señor fulano  
Se obliga desde hoy á darle  
Tanto tiempo de comer,»  
Dijo el triste desposado :  
¿No dice mas? Pues errado  
Viene, y echado á perder ;  
Porque se ha de declarar  
Lo que yo he de recibir ,  
Que ahí, señor, ha de decir :  
«De comer y de cenar.»  
Y respondiéndole : En esto  
Se entiende; dijo : No hay tal ;  
Porque hay suegro literal  
Que no entiende mas del testo  
Sin la glosa; y por quitar  
Pleitos que pueden venir ,  
«De cenar» ha de decir ,  
O no me quiero casar. —  
Ved si le apretaba bien  
La hambre nocturna.

CONDE.

Si.

GARCÍA.

Demas, que yo sirvo en tí  
A Don Alvaro tambien ;  
Que solo este honor adquiero.

CONDE. (A Don Alvaro.)

Ahora bien; quedáos con Dios,  
Que tengo que hacer.

DON ÁLVARO.

Y á vos

Os guarde.

GARCÍA.

Seguirle quiero.

CONDE.

¿Tal puntualidad, García?

GARCÍA.

Yo perderé ese cuidado,  
Porque en fin cualquier criado  
Sirve bien el primer día. (Vanse.)

### ESCENA VII.

DON ÁLVARO

Por aqueste corredor,  
Línea y eclíptica breve  
De hermosos soles, que dan  
A un ocase mil orientes,  
Desde el cuarto de la Reina  
Bizarras las damas suelen  
Bajar á aquestos jardines,  
Chipres, donde Vénus duerme.  
Quiero esperar á la vista,  
Por si tan dichoso fuese  
Que Doña Laura pasase,  
Doña Laura, á quien le debe  
Mi humildad tantos favores,  
Y mi amor tantos desdenes.  
Mas Doña Hipólita llega.  
¿Qué airosa y qué bella viene!  
Si lo que es obligacion  
En Laura divina, hubiese  
De ser eleccion, amara  
A Hipólita. Mas detente,  
Imaginacion, que en vano  
A mirar el sol te atreves.

### ESCENA VIII.

DOÑA HIPOLITA, LICIA. — DON  
VARO

DOÑA HIPOLITA.

Este es aquel forastero  
De quien hablábamos, este (A Licia)  
Es Don Alvaro Visco.

LICIA.

Parece que hablarte quiere.

DOÑA HIPOLITA.

(Ap. Y parece que mi pecho  
Lo desea y lo aborrece;  
Porque en mí mis pensamientos  
Relean confusamente  
Por llegarse y por huir :  
Bien como la aheja suele,  
Bien como la mariposa,  
Que se acobarda y se atreve  
A la rosa y á la llama,  
Hasta que confusamente  
Enamoradas las dos  
La luz y la pompa pierden.)  
Licia.

LICIA.

Señora....

DOÑA HIPOLITA.

Yo temo  
Que esta ocasion me despeñe ;  
Y así, por si llega á hablarme,  
Estar á la vista puedes :  
Y si vieres en mi afecto,  
Accion ó razon que puede  
Declararme, estorba entónces  
La ocasion; que en fin advierte  
Mejor el lance el que mira,  
Que el que juega. Ya me entiendes.

DON ÁLVARO.

Como á la primera causa  
De mis esperados bienes,  
Vengo á hahlarlos, porque en fin  
Ya paga quien agradece.  
De la cámara soy ya,  
Y estas honras y mercedes  
Todas nacieron de vos ;  
Y así á vuestro centro vuelven.

DOÑA HIPOLITA.

Haber sido causa yo  
De efectos tan diferentes,  
Agradezco á mi fortuna :  
Tanto la vuestra se aumente,  
Que la fama no la olvide,  
Y la envidia no la acuerde.

DON ÁLVARO.

Si porque soy mas dichoso,  
Me hablais tan severamente,  
Mejor estaba con ser  
Desdichado, pues alegre  
Os vi el rostro, no enojado :  
Ved que ingratitud parece  
Ver que donde hallé la vida  
Entónces, ahora encuentre  
La muerte, pues bastará  
Un átomo solamente  
De vuestro enojo á matarme ;  
Y en una causa no pueden  
Verse efectos tan contrarios  
Como fuéron vida y muerte.

DOÑA HIPOLITA.

Si pueden ; pues á un alicuto  
Una llama vive y muere ;  
Una flor ofrece al áspid  
Ponzoña, y tambien ofrece  
Miel dulcísima á la abeja.  
Una víbora ¿no tiene  
La ponzoña y la triaca,  
Don Alvaro? Luego pueden  
Verse en una misma causa  
Dos efectos diferentes ;  
Y tanto, que sean trasuntos  
De la vida y de la muerte.

DON ÁLVARO.

No sé en qué pueda enojaros .  
Quien os sirve.

DOÑA HIPOLITA

No se entiende  
Que esto lo digo por vos,  
Sino por mí.

DON ÁLVARO.

¿De qué suerte?

DOÑA HIPOLITA.

¿No puedo estar triste yo,  
Y advirtiéndome que proceden  
De un amor gustos y celos,  
Que son enemigos siempre,  
Haber hecho este discurso?

LICIA. (A Doña Hipólita.)

Allí brevenido tienes  
El recado de escribir.

DOÑA HIPOLITA.

¿Qué dices?

LICIA. (Ap. á su ama.)

¿Qué, no me entiendes ?  
Yo te ví ya declarada.

DOÑA HIPOLITA. (Ap.)

¡Ay Licia! á buen tiempo vienes,  
Porque me iba despeñando  
Amor lisonjeramente,  
Vuelva mi respeto en mí,  
Y tú á tu contrato vuelve.

DON ÁLVARO.

Mas fácil fué presumir  
Que contra mi pecho fuese  
El enojo, que pensar  
Que dar cuidado pudiese  
Amor á quien al amor —  
Se le ha dado tantas veces ;  
Fuera de que en vuestros labios  
Imposible me parece  
Aun el haberle escuchado :  
Porque el amor que se atreve  
A palacio, no es amor.

DOÑA HIPOLITA.

¿Pues qué?

DON ÁLVARO.

Una deidad que mueve,  
Una estrella que arrebató,  
Una inclinación que vence,  
Una humana adoración  
A lo hermoso solamente,  
Un respeto á lo divino,  
Que ni desea ni quiere  
Mas premio que solo amar.

DOÑA HIPÓLITA.

¿Y entre ese respeto y ese  
Temor, esa adoración  
Que arrebató y que suspende,  
Entre esa deidad que inclina  
En palacio, haber no puede  
Quien quiera esperando?

LICIA. (A Doña Hipólita.)

Mira  
Que ya es tiempo de que entres  
En el cuarto de la Reina.

DOÑA HIPÓLITA.

Bien dices, Licia. (Ap. á ella. Dejeme  
Llevar de mi pensamiento.  
Ya voy; al contrato vuelvo.)

DON ÁLVARO.

Este es amor en palacio.

DOÑA HIPÓLITA.

¿Y vos queréis desta suerte  
A la vuestra?

DON ÁLVARO.

Si, obligado.....

DOÑA HIPÓLITA.

¿Pues qué atrevimiento es ese,  
El que confiesa que aquí  
Ni aun el sol ha de atreverse  
A amar?

DON ÁLVARO.

Digo que la quiero;  
Pero como digo siempre...

LICIA. (Acercándose á Doña Hipólita.)  
Advierte ..

DOÑA HIPÓLITA.

Déjame Licia.

LICIA.

Que Laura y Jacinta vienen...

DOÑA HIPÓLITA.

(Ap. á Licia. Si te mandé que avisases,  
Ya te digo que me dejes  
Aunque despenar me veas;  
Que las mas cuerdas mujeres  
Pueden callar con amor,  
Pero con celos no pueden.)  
(A Don Alvaro. ¿Cómo delante de mí  
Se pronuncia desá suerte?)

DON ÁLVARO.

Huir el rostro á tu rigor  
Será lo mas conveniente,  
Pues no puedo disculparme..

(Ap. ¿Qué abismo, cielos, es este

De enojos y de favores,  
De desaires y desdenes,  
De quejas y de lisonjas,  
Que ni se ven ni se entienden?)(Vase.)

LICIA.

Ya están contigo las dos:  
Mira si mi voz te miente.

## ESCENA IX.

DOÑA LAURA. DOÑA JACINTA, LU-  
CINDO. — DOÑA HIPÓLITA, LICIA.

DOÑA HIPÓLITA. (Ap.)

Pues no puede mi deseo  
Declarar mis penas, llegue,  
Estorbando, á sustentarse.  
Déme amor ingenio, y dénme  
La industria celos y arte.  
Para estorbar sutilmente  
Sus favores. Yo he de hacer

Que jamas á amarse lleguen,  
Con ingenio y con industria.  
Esto ha de ser desta suerte.

(Habla aparte con Licia.)

DOÑA LAURA. (A Lucindo.)

Oye aparte: busca en casa  
Del Conde al hombre que fuere  
De Don Alvaro criado,  
Y esta le da.

(Dale una caja, y vase Lucindo.)

DOÑA HIPÓLITA.

Vete, y vuelve

Prevenida deste engaño.

(Dale un papel á Licia, y vase.)

LICIA.

Verásle fingir de suerte

Que le creas.

DOÑA HIPÓLITA.

¿Qué mujer

No sabe fingir si quiere?

DOÑA LAURA.

(Ap. á ella. Jacinta, así por saber

Todos los secretos deste

Caballero, á su criado

Granjeo liberalmente.)

¿Hipólita!

DOÑA HIPÓLITA.

¿Laura hermosa!

DOÑA JACINTA.

¿Pues que soledad es esta?

DOÑA HIPÓLITA.

Fineza que ya me cuesta

Una pasión amorosa.

DOÑA LAURA.

Es muy filósofo amor:

La soledad le recrea.

DOÑA JACINTA.

¿Bien haya quien no desea

Su agrado ni su rigor,

Su favor ni su desden!

¿Bien haya quien no esperó

Su gloria, y bien haya yo

Que en mi vida quise bien!

## ESCENA X.

LICIA. — DOÑA HIPÓLITA, DOÑA  
LAURA, DOÑA JACINTA.

LICIA (A Hipólita.)

Señora, ya declarada  
Contra tí de amor la guerra,  
Ardides el campo avisada.  
Conviene estar avisada.  
Oye lo que ahora oí  
De quien lo sabe muy bien;  
Y á tí te importa tambien,  
Laura hermosa.

DOÑA LAURA.

¿Cómo así?

LICIA.

Sabiendo que eres amiga  
De Hipólita mi señora,  
Alfonso pretende ahora  
Que tu misma lengua diga  
Si Hipólita quiere bien  
En otra parte, ofendido  
De solo haber presumido  
Que esto causa su desden.  
Y para aquesto ha mandado  
A Don Alvaro Viseo,  
Forastero, que el deseo  
Te consagre enamorado,  
Que te sirva cuidadoso  
Fingidamente; y así  
Pretende saber de tí  
Este secreto amoroso.

DOÑA LAURA.

¿Qué dices?

LICIA.

Lo que es verdad.

Por eso, aunque ya le veas  
Muy constante, no le creas,  
Que es fingida voluntad. (Vase.)

DOÑA JACINTA.

Y aun por eso se atrevió;  
Que aun á mirarte no osara,  
Si el Rey no se lo mandara,  
Un hombre que aquí llegó  
Por suerte tan lastimosa.

DOÑA HIPÓLITA.

Yo, Laura, nada diré,  
Porque en esta parte sé  
Que llevo á ser sospechosa;  
Pero ya yo lo sabía.

DOÑA JACINTA.

Tú tienes, Laura, un amante  
Muy finísimo y constante:  
Quiérelle por vida mia,  
Porque todo lo merece,  
Y está muy enamorado,  
Y granjea su criado. (Vase.)

DOÑA HIPÓLITA.

¿Pues aquesto te entristece?

¿Y esto te suspende así?

Tú, Laura, en aquesta parte

No tienes de qué quejarte,

Que todos quieren así.

¿Cuál hombre de engaños lleno,

De solo fingir no trata?

(Ap. Muera así quien así mata:  
No lo hace mal el veneno.) (Vase.)

## ESCENA XI.

DOÑA LAURA.

¿Ay amor, falsa sirena,  
Cuya queja, cuya voz,  
Rompiendo el aire veloz  
Dulcissimamente suena,  
Y está de traiciones llena!  
¿Ay amor, serpiente ingrata,  
Que en sus afectos retrata  
La pasión que me provoca;  
Pues halaga con la boca  
A quien con la cola mata!  
¿Ay amor, veneno vil,  
Que viene en vaso dorado!  
¿Ay amor, áspid pisado  
Entre las flores de abril!  
¿Mal haya una vez y mil  
Quien tus engaños consiente!  
Miente tu lisonja, miente  
Tu halago, tu voz, tu pena;  
Porque cres, amor, sirena,  
Áspid, veneno y serpiente.

## ESCENA XII.

DON ÁLVARO. — DOÑA LAURA

DON ÁLVARO. (Ap.)

Fuése Hipólita, y quedó  
Laura; ¡venturoso he sido!

DOÑA LAURA. (Ap.)

¿Oh qué falso que ha venido  
A que le escuchase yo!

DON ÁLVARO.

Amor la ocasión me dió;  
Perdonad, Laura, si llevo  
A mirar el sol tan ciego,  
Que rescisto su luz pura,  
Salamandra de hermosura,  
Como otras lo son de fuego.  
Hoy, que del Rey tan honrado  
Me miro, Laura, no sé  
Si me atreva á decir que,  
Mas firme y mas alentado,  
A vuestros pies he llegado  
Solo á decirlos que he sido



Tan feliz, que he merecido  
Adoraros.

DOÑA LAURA. (Ap.)

¿Qué rigor!

¿Dónde hay verdadero amor,  
Si este puede ser fingido?  
Iréme sin responder;  
Porque de mi enojo temo  
Un grave y notable extremo.  
(Intenta irse, Don Alvaro la detiene.)

DON ALVARO.

¿Qué es esto que llego á ver?  
¿Pues en qué os puede ofender  
Mi amor, que oblique á ponerlos,  
Sol hermoso? Si á ofenderos  
Llegó el alma con amaros,  
Mal podrá desenojaros,  
Pues mal podrá no quereros.

DOÑA LAURA. (Ap.)

Si fingida voluntad  
Puede imitarse tan bien,  
Si es tal la mentira, ¿quién  
Conocerá la verdad?

DON ALVARO.

Volved, señora, escuchad  
Voces de un pecho rendido:  
Si el verme así habeis sentido,  
Porque quisierais que fuese  
Hechura de amor, no os pese  
Verme así, porque yo he sido  
Un hombre tan desdichado,  
Que aun he envidiado de un can  
El sustento que le dan,  
Nada, Laura, me ha trocado  
La dicha: á tus piés postrado  
Estoy.

DOÑA LAURA.

(Ap. Si así con fingir  
Saben los hombres mentir,  
¿Quién dice de las mujeres?  
¿Déjame, honor! ¿qué me quieres?  
Que no lo puedo sufrir.)  
Villano, mal caballero;  
Que noble no puede ser  
Quien engaña á una mujer  
Con amor tan lisonjero:  
Ni el honor vuestro mi fiero  
Rigor causa, ni he sentido  
Veros del Rey tan querido,  
Porque me excedáis; que así  
Estáis tan lejos de mí,  
Como ántes de haber subido. (Vase.)

DON ALVARO.

¿Qué es lo que pasa por mí?  
Que yo á mí mismo pretendo  
Entenderme, y no me entiendo.  
¿Qué vi? ¿Qué escuché? ¿Qué oí?  
Cuando tan pobre me vi,  
Los favores merecía  
De Hipólita y Laura; hoy día  
Rico, me dejan las dos.  
¿Qué juntos andan, ay Dios,  
El pesar y la alegría!

### ESCENA XIII.

JULIO. — DON ALVARO

JULIO.

A tus piés vengo á arrojarme,  
O gallardo portugués,  
Y de tus invictos piés  
No tengo de levantarme,  
Si tu amistad no destierra  
El enojo que se esconde  
En las entrañas del Conde  
Contra mí, pues que no yerra.  
Quien yerra por acertar.

DON ALVARO.

Julio, no me atreveré  
A pedirlo, porque sé

Que dello le ha de pesar;  
Pero lo que haré por tí,  
Será recibirte yo  
Con su gusto; él me mandó.  
Julio, que lo hiciese así.  
En tanto pues que se pasa  
El enojo, aquí estarás  
Conmigo: así no te vas,  
Ni sales fuera de casa.

JULIO.

Digo que de ti recibo  
Mil honras: tu esclavo soy,  
Pues honrado desde hoy  
Contigo en su casa vivo;  
Y aunque yo mercedes tales  
Por tí vengo á recibir,  
Solo agradezco el vivir  
Por morir á sus umbrales.

(Vase Don Alvaro.)

### ESCENA XIV.

GARCIA. — JULIO.

GARCIA.

¿Bien venido sea el buen Julio!  
¿Cómo va? ¿Diz que ha quedado  
Criado huérfano del Conde,  
Mi señor?

JULIO.

Trocó las manos  
La fortuna, pues ya soy  
De Don Alvaro criado.

GARCIA.

¿Conceptico? ¿Bueno, bueno!  
Pero la hambre, no me espanto,  
Los ingenios sutiliza.  
Acuda, y le daré algo;  
Que al buen Julio, si, en verdad,  
Le quiero como á mi hermano.  
Acuda, acuda.

JULIO.

¿Que sufra  
Tal desprecio de un menguado!

### ESCENA XV.

LUCINDO, con una joya en una caja. —

GARCIA, JULIO.

LUCINDO.

(Ap. Mas fácil es preguntar,  
Que errar.) Señores hidalgos,  
Digan, ¿cuál es de los dos  
De Don Alvaro el criado?

GARCIA.

El señor Julio ó Agosto:  
Por lo seco y por lo flaco  
Le pudierais conocer.

LUCINDO.

Pues para vos, señor, traigo  
En esta caja una joya,  
Que vale muchos ducados.  
Ya sabéis quién os la envía;  
Y así aquí será excusado  
Deciros el nombre. El cielo  
Os guarde, señor, mil años.

(Dale la caja, y vase.)

JULIO.

¿Joya para mí? ¿Qué es esto?  
¿Si me la dió por engaño?  
Pero no, pues preguntó  
Mi nombre.

GARCIA. (Ap.)

Yo estoy rabiando.  
¿Joya para Julio? ¿Cielos!

### ESCENA XVI.

FABIO. — GARCIA, JULIO.

FABIO. (Ap.)

Solo á que se vaya aguardo  
El hombre que está con él.

JULIO.

Advierte aquí cómo, cuando  
Quiere el bien hallar á un hombre  
Le holla en cualquier estado.

GARCIA.

No pierdo las esperanzas  
De que es de carbon.

JULIO.

Pues abro,  
Diamantes son.

GARCIA.

¿Si esta fuese  
La joya que me ha mandado  
A mí Laura? ¿Vive Dios,  
Que me aboracara!

FABIO.

(Ap. ¿Qué despacio

Estan! Para darle á uno,  
Yo no puedo esperar tanto.  
El que á aqueste lado estaba  
Dijeron. ¿Si se ha mudado?  
Pero ¿qué importa? Ya sé  
Que es el que fuere criado  
Del Conde.) Digan voacedes,  
¿Cuál de los dos á quien hablo,  
Sirve á Don Pedro?

GARCIA. (A Julio.)

Hoy verás  
Que si joyas vienen dando,  
Es mucho mejor la mia.  
Yo sirvo al Conde. (A Fabio.)

FABIO.

A este lado  
He de hablar solo con vos.  
Que os traigo cierto recado

GARCIA.

Ahora, Julio, verás  
Si es mucho mejor.

JULIO.

Aguardo  
La joya.

FABIO.

Ya es tiempo. Este  
Es el recado que os traigo.  
(Saca la daga, hiérrale y vase.)

GARCIA.

¿Muerto soy! Jesus! confi...

JULIO.

¿Qué joya es esa?

GARCIA.

¿Es el diablo  
Que me lleve!

JULIO.

¿Qué te dieron?  
GARCIA.

Aquí en la cabeza un tanto,  
Y en la cara un cuanto.

JULIO.

¿Cómo?  
¿En la cara? Aqueso es malo.

GARCIA.

Y aun todo. Mas ahí verás,  
Que á quien dan no escoge. Vamos.  
Llévame, Julio, por Dios,  
En casa de un cirujano,  
Que este beneficio simple  
Me le convierta en curado.  
Por un instante me erró  
La dicha que habia esperado,  
Y por otro me acertó  
La desdicha. ¡Ah, cielo santo!  
Para Julio hubo diamante  
Tan grande como un guijarro;  
Y un guijarro para mí  
Como un diamante. ¿Qué en vano  
Sus estados muda el hombre!  
Que el que fuere desdichado,

No estará de su fortuna  
Séguro en ningún estado.

JULIO.

¿De dónde pudo venirte  
Esta herida?

GARCÍA.

Yo la aguardo

De tantas partes, que antes  
Me huelgo, y discursos hago,  
Diciendo: ¡gracias á Dios,  
Que sali deste cuidado! (Vanse.)

### ESCENA XVII.

ÍÑIGO, ORDOÑO.

ÍÑIGO.

Trocó Fabio la suerte,  
Y á García infelice dió la muerte.

ORDOÑO.

Siempre severo el hado  
Castiga al inocente, no al culpado;  
Y por esto quisiera  
Tener yo parte en vuestra envidia fiera.  
ÍÑICO.

Segun eso ya puedo  
Hablar con vos, y deponer el miedo:  
Pues oiga el alma atenta  
Lo que ofendida la razon intenta.  
Yo estoy en un estado.  
Que envidioso de verme mal premiado,  
Tanto este afecto sigo.  
Que he ejecutado lo que ahora digo.  
La firma contrabice  
Del Conde, y una carta en ella hice  
Con tan grande cuidado,  
Que á las manos del Rey habrá llegado.  
Fingiendo que la envia  
A su hermano Maunrique, en que decia...  
Pero el Rey viene; luego  
Os diré lo demas. (Vanse.)

### ESCENA XVIII.

EL REY, leyendo una carta; despues  
EL CONDE.

REY.

Turbado y ciego,

Lo que estoy viendo dudo.  
¿Esto pudo ser cierto? No, no pudo,  
Porque no corresponde  
Ami amor que traicion quepa en el Con-  
Pero entre mis papeles [de.  
La carta estaba: ¡hay penas mas crue-  
La cólera me ciega. [les!  
¿Quién, sino el Conde, á mis papeles  
Segunda vez la leo, [llega?  
Por ver si es ilusion esto que veo. (Lee.)

CONDE. (Saliendo.)

Los piés, señor, te pido.

REY.

¡Oh Conde, á qué mal tiempo habeis  
[venido!

CONDE.

¿Cómo, señor, airado  
El rostro me volveis? ¿Vos enojado?  
¿Vos sin gusto conmigo?  
Como sombra del sol tus rayos sigo...  
¿Qué es esto?

(Dale la carta al Conde.)

REY.

¿Conoceis aquesta firma?

CONDE.

Mia parece; el alma lo confirma.

REY.

Pues leedla, si es vuestra.

CONDE. (Ap.)

Horror su rostro y su semblante muestra.  
(Lee.) «Por reinar no hay traicion...»  
Señor, no es mia.

REY.

Leed mas. — (Ap. Vive Dios que se ha  
[turbado!])

CONDE. (Ap.)

¿Quién vió veneno en vaso tan penado?  
(Lee.) «Por reinar, no hay traicion, ni  
»privanza como reinar. La Reina pade-  
»ce, el Rey me teme, el pueblo me  
»ama. Yo estoy de la pasada ocasion  
»arrepentido.»

REY.

Conde, aunque yo no crea  
Que esta traicion de vuestro pecho sea,  
Y que la envidia derribaros quiso,  
Ya que verdad no sea, es un aviso  
Que me despierta y llama, [os ama.  
Viendo que el Rey os teme, el pueblo  
Yo soy rey, y yo puedo  
Vivir sin vos, atropellando el miedo  
Que ese brazo me daba,  
Cuando infante en Galicia me criaba.  
Sabed, Conde, ó culpado ó perseguido,  
Que soy rey, que hasta aquí no lo ha-  
[bia sido.

CONDE.

¿Cómo, señor, pueden ser  
Obras de un pecho tan limpio  
Las que ois vos enojado,  
Las que yo turbado admiro?  
Yo, que en vuestra infancia, cuando  
El clavel recién nacido,  
Desplegado no se había  
De su rosado capillo,  
Despreciando inconvenientes,  
Atropellando peligros,  
De vuestra primera cuna  
Os saqué en los brazos míos,  
Y en las mantillas, que así  
Lo repite el pueblo á gritos,  
Dije: ¿Cómo, castellanos,  
Confusos y divertidos  
Os mostrais, teniendo rey,  
Que aunque ahora es tierno niño,  
Gigante será, que dé  
Miedo á los futuros siglos?  
Este es vuestro rey, hidalgos,  
De Alfonso y de Urraca hijo,  
Legítimamente dueño  
De las Barras y Castillos. —  
Esto dije, y en la iglesia  
Mayor, os obedecimos;  
Yo el primero. Mas no es mucho  
No os acordeis de servicios,  
Que en aquella edad os hice;  
Pero que advertiais os digo,  
Que ántes que vos fuerais rey,  
Era yo leal: testigos  
Son los cielos. En ausencia  
Vuestra, á ser mas atrevido,  
Quisieron hacerme rey;  
Y quizá, señor, los mismos  
Que hoy quieren hacerme nada.  
¿Pues cómo se ha convenido  
Obedeceros infante,  
Y jóven no? Quien no quiso  
Sin peligro coronarse,  
¿Cómo querrá con peligros  
Tan grandes, como perdiendo  
La gracia vuestra? Rey mio,  
Mi señor, mirad que anda  
En palacio un basilisco,  
Que con la vista da muerte,  
Monstruo de sus laberintos.  
No cerreis, señor, los ojos,  
Ya que cerrais los oídos  
A mis quejas, á mis voces,  
Mis lágrimas y suspiros. (Vase el Rey.)  
Mas no los podeis cerrar;  
Porque aqueste aliento mio  
Llegará al cielo, rompiendo  
Esos velos cristalinos.

Que el sol viste de topacios  
Y la luna de zafiros.

### ESCENA XIX.

DON ALVARO.—EL CONDE.

DON ÁLVARO.

¿Qué extremos, Conde, son estos?  
CONDE.

¡Ay Don Alvaro! ¡ay amigo!  
Ya esta llama se desata,  
Ya caduca este edificio,  
Ya se desmaya esta flor,  
Ya da este monte crujidos.  
Estos son de mi privanza  
Los últimos parasismos;  
Y ya despierto de un sueño,  
De un letargo, de un delirio.  
He visto al Rey enojado,  
Disgustado al Rey he visto.  
¿Con qué congojas lo siento!  
¿Con qué afectos que lo digo!  
Cuando el cristal despenado  
Con undoso precipicio  
Desde la cumbre de un monte  
Baja, hecho sierpes de vidrio,  
Con poco caudal nos causa  
Tal escándalo y ruido,  
Que finge á los moradores  
Las siete bocas del Nilo;  
Y es, porque bajó: yo así,  
Que ahora me precipito,  
Y en mi sentimiento caigo  
Desde la cumbre al abismo,  
Bravo estruendo pienso hacer.  
Dadme un descanso, un alivio  
Entre rosas ó entre penas:  
Alvaro, consejo os pido.  
Pero no, no me le deis,  
Que ya de un discurso mio  
Me acuerdo: un cadáver soy,  
Y en vuestro rostro he leído:  
«Como tú te ves me vi,  
Veráste como me miro.»

DON ÁLVARO.

El mundo todo es presagios,  
El cielo todo es avisos,  
El tiempo todo mudanzas,  
Y la fortuna prodigios.  
No desmayeis porque ahora  
Manso arroyo cristalino  
Bajais despenado al valle  
Desde alcázares y riscos;  
Que al agua precipitada  
Pudo luego el artificio  
Levantarla, cuanto pudo  
Despenarla al precipicio.  
Mientras más bajeis, mas fuerzas  
Cohrais, mas valor, mas brio  
Para levantaros solo.  
Don Pedro, una cosa os digo,  
Que los enojos de un rey  
Son cometas cuyos giros  
Anuncios son de sucesos  
Adversos; por eso huidlos,  
Pues no se examinan culpas,  
Si se ejecutan castigos.  
Pase el enojo, el cometa  
Severo; y en tanto, amigo,  
Ausentáos vos, que yo quedo  
En palacio, donde afirmo  
Que no os vais, pues que se queda  
Este pecho, que es lo mismo.  
Yo cuidadoso sabré  
Quién son vuestros enemigos,  
Y aventurando la vida,  
(¿Qué es la vida? poco he dicho)  
El sér, el honor, el alma,  
Félice en vuestro servicio,  
Sacaré á luz la verdad  
Destos nublados que han sido



# SABER DEL MAL Y DEL BIEN.

La noche de vuestro honor,  
Hasta que claros y limpios  
Deje el sol, venciendo sombras,  
Cabellos crespos y rizos,  
Haciendo nubes de nácar  
Claros troneras de vidrio.

CONDE.

Poca fuerza contra mí  
La fortuna habrá tenido,  
Si este bien no me ha quitado,  
Que es mucho bien un amigo.  
Pediré licencia al Rey  
Para ausentarme: advertido  
Vivid en palacio vos;  
Y solo una cosa os digo,  
Porque no desconfiéis  
De mí, y es que no he tenido  
Culpa.

DON ÁLVARO.

¡Jesus! ¡tal agravio  
A mi amistad? De vos fio  
Lo que debo, y cuando no  
Lo hiciera, el haberos visto  
Padecer os disculpara;  
Pues ya dice el haber sido  
Infeliz, ser inocente;  
Que dar sin culpa castigos  
Es inclinación del hado,  
Y es de la fortuna oficio.

CONDE.

Dadme los brazos, que el pecho  
Os responde agradecido.

DON ÁLVARO.

Y á vos el alma os responda,  
Deshecha en los ojos míos

CONDE.

Obligación vuestra es  
Levantarme por caído.

DON ÁLVARO.

Si, como vuestra el caer  
Por levantado lo ha sido,  
De modo que ya los dos  
Navegamos un mar mismo.

CONDE.

Sí, pues los dos igualmente  
Del bien y del mal supimos.

## JORNADA TERCERA.

Montes con peñascos cubiertos de matas.

### ESCENA PRIMERA.

EL REY, ORDOÑO, ÍÑIGO, DON  
ÁLVARO.

REY.

Dejadme solo; ninguno  
Quede conmigo.

ÍÑIGO.

Melancolia!

¡Cruel

ORDOÑO.

¡Notable!

(*Vanse Ordoño é Íñigo.*)

REY.

¡Álvaro, pues tú también  
Me dejas?

DON ÁLVARO.

Quien dice á todos,  
No excepta á nadie.

REY.

Así es;  
Mas quien la ley establece,  
Puede derogar la ley.  
Quédate solo conmigo;  
Serás tú solo á quien dé  
Parte de mis sentimientos;

Que no es posible que un rey  
Viva, sin tener un polo  
Con quien partir el poder;  
Que Atlante no sustentara  
Tanta máquina, á no ser  
El Olimpo de los cielos  
Para columna también.  
Mas cómo á tantos favores  
Posible ha sido que estés  
Suspense? No me agradezcas  
La elección, y que te dé  
Lugar en el pecho mío?

DON ÁLVARO.

No, señor invicto, pues,  
Mas que agradeceros, tengo  
Que dudar y que temer.  
Los lógicos naturales  
Suponen, que un hombre esté  
En un desierto, que solo  
Haya pisadas en él.  
Naturalmente este hombre  
Tal silogismo ha de hacer:  
Aquí hay pisadas, aquí  
Ha habido gente; y también  
Naturalmente es forzoso  
Que haya de seguirias; pues  
Ha de ir donde fueren ellas:  
Discurso que suele hacer  
Un bruto, si es que los brutos  
Discurrir, pues que se ve  
Por las estampas seguirse  
Unos á otros tal vez.  
Este principio asentado,  
La aplicación oye dél.  
En el monte de fortuna  
Perdido estoy, pues no sé  
Por dónde he llegado á verme

En su eminencia, ni quién  
Me guíe; pero animoso  
Subir quise, cuando hallé  
En el camino la estampa  
De un desafiado pie,  
Que me decía: «No subas,  
Pues que yo bajo. ¿No ves  
En mis avisos, que vas  
A subir para caer?»

Y era la verdad, pues cuantas  
Señales consideré,  
Todas hácia mi venían.  
Pues si un bruto capaz es  
De un instinto que le enseña  
Este argumento, ¿por qué  
Ha de faltarme á mí, cuando  
Voy por camino, que en él  
Están vivas las memorias  
De Don Pedro? Luego es bien  
Que dude, tema y procure  
Seguirle, perdido á él,  
O que espere á que se borren  
Las estampas de sus pies.

REY.

Si hubiera, Álvaro, creído  
Que traidor el Conde fué,  
No hubiera el Conde quedado  
Con la vida. Yo llegué  
A desengañarle solo  
De que pudiera sin él  
Vivir. ¿Díjale yo mas,  
Álvaro, de que era el rey?  
Si por esto me pidió  
Licencia, di, ¿fuera bien  
Detenerle?

DON ÁLVARO.

No, Señor:  
Pero quitarle despues  
Rentas, lugares y villas?

REY.

Eso solo fué temer,  
Que no estuviese Don Pedro  
Retirado, con poder

Mayor que yo; ese castigo  
Materia de estado fué.

DON ÁLVARO.

Si, mas con tanto rigor,  
Que ha llegado á menester  
Valerse, señor, de algunos  
Amigos para comer.

REV.

Desengañe su arrogancia,  
Escarmiente su altivez,  
Que no ha de tener ninguno  
Enterezas con su Rey.  
Y esto, Don Álvaro, aparte:  
En tu vida me hables dél,  
Ni con él te correspondas;  
Que, ¡vive Dios! que si sé  
Que le escribes, que me enoje.  
Quiero desta suerte ver  
Si los rigores ablandan  
Hoy de Hipólita el desden  
Mas que un tiempo los favores;  
Porque me dicen que es  
Política del amor

Tratar mal, por querer bien.  
Y apurando esta verdad,  
Escucha lo que has de hacer:  
Salió apenas de la corte  
El Conde, cuando también  
Ella salió de palacio,  
Y vino á esta quinta, á quien  
El Tajo sirve de alfombra  
Y las nubes de dosel.  
Yo vengo á caza por verla,  
Y tú has de decirle que  
Compre la vida del Conde  
Con un favor que me dé,  
O de todos sus rigores  
Tengo de vengarme en él.  
Esto le dirás, y yo,  
Para llegar á saber  
Cómo me sirves, y cómo  
Ella te responde, haré  
Destas murtas y jazmines  
Un apacible cancel:  
Y escondido entre estas peñas  
Que el paso forzoso es  
Por donde ella cada día  
Sale al campo, escucharé  
Su respuesta. Espera tú  
En esta parte, hasta que  
El aurora de la tarde  
Salga hermosa á florecer  
Con las manos, cuantas flores  
Marchitó profano el pie.  
Aquesto has de hacer.

DON ÁLVARO.

Señor,

Ya tú sabes que llegué  
A tus plantas por el Conde;  
No se compadece bien  
Solicitar yo el amor  
De hermana suya, despues  
Que él solicitó mi dicha.  
Y por última merced,  
Te suplico que á otro mandes  
Que este recado le dé;  
Pues no es decencia que sea  
Yo el tercero tuyo.

REY.

Bien  
Te disculpas; pero dime,  
¿A quién valieras, á quién  
En la ocasión ayudarás,  
A tu amigo, ó á tu rey?

DON ÁLVARO.

A mi rey.

REY.

Pues yo lo soy;  
Ya sabes lo que has de hacer.  
(*Escóndese el Rey.*)

DON ALVARO. (Ap.)

¡Ob inconstancia desigual  
De nuestro discurso! ¿Quién  
Aplausos gozó del bien,  
Sin las pensiones del mal?  
Pues mi pecho, en pena igual,  
Del bien y el mal ha sabido,  
Solo una cosa te pido,  
Fortuna; y es, pues que estoy  
Contigo en paz desde hoy,  
Dés mi memoria al olvido.  
Déjame en aqueste estado,  
Ni envidiado, ni envidioso,  
Donde ni alija al dichoso.  
Ni consuele al desdichado.  
Y supuesto que he llegado  
A un punto fijo, deten  
La rueda, y en tu vaiven  
Otro mi lugar no ocupe;  
Déjame á mí, que ya supe  
De tu mal y de tu bien.

## ESCENA II.

EL CONDE. GARCIA. — DON ALVARO, EL REY, *escondido*.

GARCIA.

¿Dónde vas?

CONDE.

Tras mi deseo,  
Discurriendo y vacilando,  
Por este monte buscando  
A Don Alvaro Viseo;  
Pues de su nobleza creo,  
Que viéndome como estoy,  
Y cuán infelice soy,  
Remedio á mi pena sea,  
Para que en los dos se vea  
Lo que va de ayer á hoy.  
No puedo en palacio, no,  
Por ser conocido en él,  
Buscarle (¡ah suerte cruel!);  
Y así hoy, que á caza salió  
El Rey, ocasiou me dió  
Para que en el monte pueda  
Hablarle, porque conceda  
A mi llanto pena alguna.  
¿Estos son, diosa fortuna,  
Los efectos de tu rueda?

GARCIA.

¿Qué diosa ó que calabaza?  
Dila una deidad sin sér,  
Una inconstante mujer  
Que asegura y amenaza;  
Mas no ha sido mala traza  
Para aliviar tu dolor,  
Venir buscando, señor,  
A Don Alvaro; pues creo,  
Que su amistad, su deseo,  
Su obligacion, su valor,  
Su justo agradecimiento,  
Su condicion generosa,  
Liberalidad piadosa,  
Y propio conocimiento,  
Alivien tu sentimiento.

CONDE. (Reparando en Don Alvaro.)  
¿No es el que está solo?

GARCIA.

Sí:

Llega, y confía; que aquí  
Toma puerto tu fatiga,  
Y basta que yo lo diga.

CONDE.

Temblando llevo: ¡ay de mí!  
—Alvaro, si ha sido mucha  
Mi desdicha, bien se advierte,  
Pues llevo...

DON ALVARO. (Ap.)

A ocasiou tan fuerte,  
Que el Rey te mira y escucha.

CONDE.

Con la vergüenza que lucha,  
Por decir y por callar.  
¿Cómo se podrá explicar  
Quien solo sabe sentir?  
¿O cómo sabrá pedir  
Quien solo ha sabido dar?  
En tal ocasiou, ninguna  
Persona que á los dos viera,  
En los dos no conociera  
El rostro de la fortuna.  
Desde el monte de la luna  
Ayer la mano te di,  
Para levantarte á ti;  
Cai del lugar primero  
Donde quedaste, y espero  
Que tú me la des á mí.  
¿Cómo te podré decir  
La miseria de mi estado,  
Sin decirte que he llegado  
A haber menester pedir?  
No vengo yo á recibir  
De ti lo que me has debido:  
No á cobrar de ti he venido  
Deudas de plazos tan breves;  
No pido porque me debes,  
Sino solo porque pido.

DON ALVARO. (Ap.)

¡Ay cielos! ¿qué puedo hacer,  
Que el Rey me mira y advierte  
Mis acciones? ¿De qué suerte  
Le pudiera responder,  
Sin ser ingrato, ni ser  
Desleal? Si algo le digo,  
Se enojará el Rey conmigo;  
Si callo, ingrato seré  
A tanta amistad. ¿Qué haré  
Entre mi Rey y mi amigo?  
Muera la amistad, y muera  
Con ella mi vida; pues  
Esta entre mis dudas es  
La eleccion mas verdadera.

(Hace que se va.)

CONDE.

¿Pues cómo desta manera  
Te vas, sin que el labio abras?  
Tu mismo sepulcro labras,  
Si nombre de ingrato cobras:  
¿Qué he de esperar de las obras  
De quien niega las palabras?  
No me ofendo, ántes me obligo  
De que en desdichas tan graves  
Vuelvas la espalda, pues sabes  
Que está segura conmigo.  
¿Así te vas, y de amigo  
Borras los ilustres nombres?  
Pues, Alvaro, no te asombres  
Diga la fama importuna,  
Que en buena ó mala fortuna  
Las dichas mudan los hombres.  
¿Vive Dios, que has de escucharme;  
Y ya que no merecí  
Otro galardón de tí,  
Que no has de poder quitarme  
Este gusto de quejarme!  
¿Eres tú aquel á quien yo  
Quise tanto? ¿el que me dió  
Palabra de que por mí  
Volvería ausente?

DON ALVARO.

Sí.

CONDE.

¿Y no te disculpas?

DON ALVARO.

No.

CONDE.

¿Pues por qué, ingrato, por qué  
Conoces el beneficio  
Para negarle? ¿Es indicio

De lealtad, amor y fe?  
¿Qué me respondes?

DON ALVARO.

No sé. (Vase.)

## ESCENA III

Dichos, *ménos Don Alvaro*.

CONDE.

¡Hay mas penas, mas enojos!  
Si lágrimas son despojos  
Que disculpan los agravios,  
Nada me digan tus labios,  
Que harto me han dicho tus ojos.  
No responde y enmudece,  
De que llevo á presumir,  
Que calla por no decir  
Penas que el cielo me ofréce;  
Pues mas fácil me parece  
Haber mi mal presumido,  
Que tu ingratitud creído;  
Y es mas cierto haber pensado  
Que yo sea desdichado,  
Que tú desagradecido.

GARCIA.

¡Vive Cristo, que se fué,  
Y que solo respondí  
Una vez, sí, y otra, no;  
Y por última: no sé!  
¿Yo no te lo dije? A fe  
Que si tú á mí me creyeras,  
Que nunca á hablarle vinieras.  
Aguarda, mientras le digo  
Que es un desleal amigo.

CONDE.

¿Ya, pensamiento, qué esperas?  
¿Qué esperas, memoria mía?  
¿Qué espera mi confianza,  
Si ha faltado la esperanza  
Que en un amigo tenía?  
Que era infeliz no creía,  
Mientras probaba el castigo  
De los cielos; ahora digo  
Que lo soy, ahora lo creo,  
Pues tan infeliz me veo,  
Que ya no tengo un amigo.  
Arboles, peñas y flores,  
Pues faltan para mis quejas  
A los hombres las orejas,  
Ténganlas vuestros rigores.  
¡Vive Dios, que son traidores  
Los que matarme han querido!  
Inigo y Ordoño han sido,  
Porque á los dos desmentí,  
Los que se vengán de mí.

REY. (Escondido.)

Su llanto me ha enternecido  
Mucho hago en resistir  
El dolor y el sentimiento;  
Que á sus extremos atento,  
Mil veces quise salir  
A hablarle, y por no decir  
Adonde estoy, he callado.  
Gente á esta parte ha llegado  
Ya; los que esperaba son:  
Yo he perdido la ocasiou  
De haber ahora escuchado  
A Hipólita; porque allí  
Está el Conde, y ella viene.  
El retirarme conviene,  
No me vea el Conde aquí.  
Aunque la ocasiou perdí,  
Por lo ménos ha servido,  
Haber estado escondido,  
De haberme desengañado  
Que el Conde no está culpado.  
Sabré cauto y advertido  
La verdad.

(Vase.)



ESCENA IV.

GARCIA. — EL CONDE.

GARCIA.

Ya dije que era  
Ingrato, soberbio, vano,  
Mal caballero y villano,  
Y que, si yo le cogiera  
Cuerpo á cuerpo, yo le hiciera  
Que ménos ingrato fuese.

CONDE.

Y él ¿qué dijo?

GARCIA.

El cuento es ese,  
Que nada me respondió;  
(Ap. Porque no lo dije yo  
De manera que lo oyese.)

CONDE.

¿Ay García! ¿en qué consiste  
El ser yo tan desdichado?

GARCIA.

En que yo soy tu criado.

CONDE.

¿Por qué es mi suerte tan triste?

GARCIA.

Porque á mi me recibiste.

CONDE.

¿Hay desdicha mas cruel!  
¿Cómo, García, de aquel  
Traidor podré asegurarme?  
¿Qué haré yo para vengarme?

GARCIA.

Acomodarme con él;  
Quedarás de tus cuidados  
Vengado; pues desde hoy  
Serás muy feliz, que soy  
La peste de los criados.  
Tres romanos celebrados  
Dueños del caballo fueron  
Seyano, y los tres murieron.  
Si azar el caballo es,  
Hable el mundo de otros tres  
Que en lacayo azar tuvieron.

CONDE.

¿Qué haré?

GARCIA.

Despedirme á mi;  
Que de mi mala figura  
Se anda buyendo la ventura.  
(Ruido dentro.)

CONDE.

¿No has oído gente?

GARCIA.

Si.

CONDE.

Mucho sentiré que aquí  
Me vean.

GARCIA.

Pues mientras pasa,  
Detras de esta Peña, escasa  
De sombras, podras ponerte.

CONDE.

Dices bien. ¿Oh avara suerte!  
¿Aun peñas me das por tasa?

(Escóndese.)

ESCENA V.

DON ALVARO por una parte, HIPO-  
LITA por otra. — EL CONDE, GAR-  
CIA, escondidos.

DON ALVARO.

(Ap. Ya llega Hipólita, adonde  
El Rey escondido intenta  
Escuchar entre los dos  
Mi cuidado y su respuesta.  
Aquí finé donde quedé,  
Y detrás de aquellas peñas  
Que, á pesar del tiempo, viven

T. vu.

De verdes hojas cubiertas,  
Veo el bulto. ¿Qué turbado  
Llego á tan loca experiencia!  
¿Perdona, lealtad; perdona,  
Amistad, porque esto es fuerza!)  
Bella Hipólita (que en esto  
Ya te habrán dicho las señas  
Tu desdicha, porque dice  
Infeliz quien dice bella),  
Escúchame atentamente,  
Entre lágrimas y quejas,  
Los sentimientos que el alma  
Da desde el pecho a la lengua.

CONDE. (A García.)

García, ¿qué será aquesto?

GARCIA.

Calla, para que lo sepas.

DOÑA HIPÓLITA.

Alvaro, ¿qué turbación,  
Qué suspensiones son estas?  
Hablad, que turbada el alma,  
Hablad que la vista atenta  
A vuestras razones vive,  
No de otra suerte, que llega  
Un hombre al mortal veneno  
Que ha de matarle, y espera  
A que le mate el dolor,  
Muriendo desta manera  
Entre el temor y la duda  
De cobarde, el que pudiera  
Morir de animoso. Hablad,  
Declaraos de presto, y sea  
La desdicha quien me mate,  
Y no los temores della.

DON ALVARO.

El Rey mi señor, á quien  
Tu celebrada belleza  
Liberamente castiga,  
Cuanto avaramente premia,  
Ofendido de que haya  
A la majestad defensa,  
Y tenga el honor sagrado  
En quien ampararse della;  
Deponiendo el gusto, quiere  
Valerse ya de la fuerza.  
Hipólita, ¿un poderoso  
Ofendido, qué no intenta?  
Para lo cual me mandó  
Que yo de su parte venga  
A decirte que si mides  
Igualmente la belleza  
Con el rigor, él también  
Medirá igualmente atentas  
La crueldad con la justicia,  
Tomando de otra manera  
Contra tu sangre las armas;  
Y aquí te pido que adviertas  
Cuán mansamente castiga  
Por tu respeto su ofensa.  
Y así dice, que si tú  
De ser ingrata no dejas,  
Dejará de ser piadoso;  
Que tú en esta parte seas  
Juez de tu causa, advirtiéndolo  
Su amor. Mi embajada es esta.  
(Ap. Bien el Rey me habrá escuchado.  
Por eso llegué tan cerca.)

CONDE. (A García.)

¿Cómo es posible, (¡ay de mí!)  
Ofendida la paciencia,  
Sufrir tanto?

GARCIA.

Disimula,

Y lo que responde espera.

DOÑA HIPÓLITA.

Delitos hay tan atroces,  
Que ya cuando un hombre llega  
A cometerlos, no hay ley  
Que disponga su sentencia;

Y es, porque nunca previno  
La imaginación, que hubiera  
Quien los cometiese. Así  
Muda, turbada y suspensa,  
No sé yo qué responder;  
Que no pensaba que fuera  
Posible que á tal estado  
Pudiese llegar mi ofensa.  
Mas pues quebrasteis la ley,  
Quiero daros la respuesta:  
Mal caballero, villano,  
Que no es posible que sea  
De ilustre sangre quien es  
Desagradecido, y deja  
De ser amigo por ser  
Poderoso; ave funesta  
E ingrata, que al mismo dueño  
Que la regala y alberga  
Saca los ojos, después  
Que la crió, como fiera;  
A aquella ave generosa,  
Aquella ave dulce, aquella  
Tan noble y agradecida.  
Que si en la casa en que llega  
A anidar, liviana esposa  
Hace á su señor ofensa,  
Ella muere de dolor,  
Mira; que al reves intentas,  
En casa que fué tu albergue,  
Del noble dueño la afrenta.  
No, no me quejo del Rey,  
Por no presumir que pueda  
Ser verdad que un rey tan justo  
Se valiera de la fuerza  
Contra una mujer, sabiendo  
Que hay en mi honor resistencia,  
Que hay en mi pecho valor,  
Y hay en mi sangre defensa:  
De ti me quejo, de ti,  
Que en ocasión como aquesta  
No preveniste que habia  
De ser esta la respuesta.  
O culpado ó inocente  
Está mi hermano; esto es fuerza.  
Si está culpado (que yo  
No presumo que tal sea),  
Examinele su culpa,  
Escarmíentele su pena;  
Que ménos inconveniente  
Es que culpado padezca,  
Que no inocente mi honor,  
Cuando su vida defienda.  
Si no está culpado el Conde,  
El vencerá las sospechas,  
Negras nubes que se oponen  
A la luz de la nobleza;  
Como el sol, que derramando  
El horror de las tinieblas,  
Sale mas bello; que tiene  
La verdad divinas fuerzas.  
Esto diréis, al Rey no,  
Pues no es razón suya esta,  
Sino á algunos lisonjeros,  
Que con las alas de cera,  
Sin temer del sol los rayos,  
Escalar al cielo intentan;  
Y á vos mismo, conociendo  
Que si mas vidas tuviera  
Que piedras tiene este monte,  
Que tiene ese mar arenas,  
Todas las perdiera, todas,  
Desesperada, en defensa  
De mi honor. Y si del Conde  
En una mano tuviera  
La vida, en otra la muerte,  
Yo mesma, Alvaro, yo mesma

1 En el sitio en que pasa la escena no hay mar inmediato, pero el río Tajo está cerca. Así pues, como en la comedia anterior, se ve que Calderon solta dar el nombre de mar á cierta cantidad de agua, usando una hipérbole.

Hoy con esta le matara,  
Por no ofenderle con esta. (Vase.)

CONDE. (A García.)

Si ántes de pesar no pude  
Poner freno á la paciencia,  
Ya de placer...

GARCÍA.

Calla ahora.

DON ÁLVARO.

(Ap. ¡Qué mujer tan noble y cuerda!

¡Hágante los cielos bien!

¡Qué gusto he tenido en verla

Tan prudente, tan altiva,

Honrada, firme y resuelta!)

(Al tiempo que él va á volver el rostro  
para hablar al Rey, sale el Conde,  
y túrbase Don Alvaro.)

Ya, Señor, habrás oído

De Hipólita la respuesta.—

¡Mas qué es esto!...

## ESCENA VI.

DON ÁLVARO, EL CONDE, GARCÍA.

CONDE.

Desengaños

Del mundo, Alvaro, que enseñan  
A vivir.

DON ÁLVARO,

¡Válgame el cielo!

GARCÍA.

¡La tramoya ha estado buena!

¡Alcabuético me sois?

CONDE.

¡Qué disculpa habrá, que pueda,

Cobarde, satisfacer

Tantos géneros de quejas?

¡Vive Dios!... (Empuña la espada

DON ÁLVARO.

¡Deten la espada!

Deja, illustre Pedro, deja

Que me dé la muerte, antes

Que tu acero, mi vergüenza:

Que aunque pudiera, es verdad,

Satisfacerte, y pudiera

Disculparme, un puñal tengo

Al peelo, un lazo á la lengua,

Un nudo al cuello, y en fin,

Una mordaza que sella

Mis labios. Pero si aguardas

A que la verdad se sepa,

Y salgan á luz los rayos

Que ahora entre nubes densas

Son embozos que deshacen

Del sol las doradas trenzas,

Sabrás que, por ser leal,

Soy traidor. ¡Ah, quién pudiera

Declarar mas! Pero basta

Que lo diga, porque entiendas

Que para explicarme mas

No me da el tiempo licencia.

Mas solamente te digo

Que soy tu amigo, y adviertas,

Que tal vez los ojos nuestros

Se engañan, y representan

Tan diferentes objetos

De lo que miran, que dejan

Burlada el alma. ¡Qué mas

Razon, mas verdad, mas prueba,

Que el cielo azul que miramos?

¡Habrà alguno, que no crea

Vulgarmente que es zafiro,

Que hermosos rayos ostenta?

Pues ni es cielo ni es azul.

¡Pero qué razon mas cierta,

Que parecerte traidor

Sabiendo tú mi inocencia?

¡Vive Dios! digo otra vez,

Que soy tu amigo, con muestras

Tan leales, que algun día

Querrá el cielo que las creas.

En tanto que esta verdad

Sabes, en tanto que llega

La luz deste desengaño,

No desconfies, no temas,

No dudes de mi lealtad,

Para que en esto te deba

Aun darme mas que la vida,

El honor y la riqueza,

Cuando llegué á estos umbrales

Tan pobre, que me fué fuerza

Tomar de un perro el sustento.

¡Cómo ha de tener soberbia

Ni ser desagradecido,

Quien desto, Conde, se acuerda?

CONDE.

No sé cómo responder,

Que en varias dudas envuelta

El alma, cree lo que oye,

Cuando lo que mira niega.

Mas yo he de quejarme al Rey

Hoy del Rey mismo, con cuerda

Resolucion, entablando

Con Don Alvaro la queja;

Y hasta entónces sufrir quiero

Callando, enojos y penas.

¡Venganza, cielos, venganza!

¡Paciencia, cielos, paciencia! (Vase.)

## ESCENA VII.

DON ÁLVARO, GARCÍA.

GARCÍA.

¡Alcabuético me sois?

DON ÁLVARO.

García, detente, espera.

GARCÍA.

Si haré; que tambien yo vengo

A pedirte, que siquiera

Me des una cuelillada

Del mismo tamaño que esta,

Para que quede, señor,

Igual la correspondencia.

DON ÁLVARO.

¡Oyó el Conde cuanto dije

A Hipólita?

GARCÍA.

De manera

Que no lo oyera mejor

A decirselo un trompeta

¡Que no te dije en mi vida

Otra cosa, si te acuerdas,

Sino: «señor, cuando hables

Con las Hipólitas, sea

Quedo»; y no quisiste hacerlo?

DON ÁLVARO.

Y ¿qué dijo?

GARCÍA.

Muy atenta

La vista, clavada en tí,

Decía desta manera:

«¡Alcabuético me sois,

Alvaro? Pues para esta»;

Y no hablaba otra palabra.

Y aquesto acabado, venga

Algo.

DON ÁLVARO. (Arrójale una sortija.)

Toma, y déjame.

GARCÍA.

Loco estás, pues tiras piedras.

¡Pero hácia dónde cayó?

## ESCENA VIII.

JULIO. — DON ÁLVARO, GARCÍA.

JULIO.

¡Qué buscas de esa manera,

García?

GARCÍA.

No busco nada:

Pasa adelante; no seas

Tan curioso, que allí está

Tu amo, que busco unas yerbas

(Los dos buscan por el suelo.)

Para hacer un defensivo

Contra el mal de la jaqueca.

JULIO.

Pues busca las yerbas tú,

Que yo he hallado una piedra

Que vale mucho dinero.

GARCÍA.

¡Hay desdicha como aquesta!

Ésa es la que yo buscaba,

Y es mía.

JULIO.

Engañarme intentas,

Por que tú yerbas buscabas

Para el mal de la cabeza.

GARCÍA.

Por Dios, que es mía, y haré

Una informacion muy plena

De como yo la perdí

JULIO.

Y tan perdida, que es fuerza

Que no la vuelvas á hallar,

Ó vente tras mí por ella (Vase.)

GARCÍA.

¡Oyes, Señor? La sortija

Que tú me diste...

DON ÁLVARO.

¡Que vuelvas

A matarme! ¡Vive Dios,

Que te rompa la cabeza!

¡Vive el cielo, que te mate,

García, si no me dejas!

GARCÍA.

Hombres, que sois desgraciados,

Decidme por vida vuestra,

¡Qué debo yo haecer aquí

Viendo que el diablo rodea

Que á mí me den la sortija

Y que el otro dé con ella?

Yo me llevo los porrazos,

Y él el diamante se lleva.

¡Venganza, cielos, venganza!

¡Paciencia, cielos, paciencia! (Vase.)

## ESCENA IX.

EL REY.—DON ÁLVARO, muy pen-  
sativo.

REY.

¡Alvaro! ¿qué suspensión,

Qué delirio, qué tristeza

Es esta?

DON ÁLVARO.

El Conde, Señor...

REY.

Ya lo sé, no me refieras

Que llegó á hablarte, y que tú

Enternecido quisieras

Consolarle, y yo tambien;

Porque escuchando sus quejas,

Resuelvo que es imposible

Que traidor el Conde sea;

Que él á solas no extrañara

Su culpa, si la tuviera.

Y para satisfacerme,

He de usar de una cautela:

Verás su lealtad premiada,

Y castigada su ofensa.

¡Qué hay de Hipólita?

DON ÁLVARO.

Pensando,

Que aquí escondido me oyeras...

REY.

Fulme, porque vi perdida

La ocasion; mas ¿qué hubo en ella?

DON ÁLVARO.

Dijela lo que mandaste



Y trocöse de manera  
La suerte, que me oyó el Conde;  
Y así dice que en defensa  
De su honor, importa poco  
Que el Conde la vida pierda.

REY.

¡Vive Dios que ese valor  
Me ha obligado de manera,  
Que lo que fué tema amando,  
Ya premiando ha de ser tema!

¡Habrá algún hombre en el mundo

Que desengañado quiera,  
O que quiera aborrecido  
Porfiar contra su estrella?

No, pues ya que yo llegué

A la última experiencia,

Desengañó mi esperanza:

Muera yo, porque ella muera.

Tan honestamente quise

A Hipólita, que si fuera

Mas venturoso mi amor,

Me pesara á mí por verla

Rendida, porque mas quiere

Quien llega á querer de veras,

El honor de lo que ama,

Que el fin de lo que desea.

Este es amor dado á un rey;

Y para que mejor sea,

Verá mi amor desengaños,

Acrisolando las fuerzas

De amistad, lealtad y honor.

DON ÁLVARO.

Íñigo y Ordoño llegan.

## ESCENA X.

ÍÑIGO, ORDOÑO. — EL REY, DON

ÁLVARO.

ÍÑIGO.

Retirado vuestra Alteza,  
No deja hallarse.

REY.

(Ap. En mi daño.

Donde acaba un desengaño,

Otro desengaño empieza.

Íñigo y Ordoño son

De los que el Conde recela

Su daño, y una cautela

Puede en aquesta ocasion

Ayudarme. Yo lei

Un discurso, que decia

Que ningún hombre podia

Oír su culpa tan en sí,

Que no se turbase; y quiero

Con esta curiosidad

Acrisolar la verdad

Del desengaño que espero )

Ordoño.

ORDOÑO.

Señor...

REY.

Advierte

Lo que tú has de hacer por mí.

ORDOÑO.

Sabré yo ofrecer por ti

En los brazos de la muerte

Mi vida.

REY. (Al oído.)

Pues solo quiero

Que á lo que dijere yo,

Nunca me digas que no,

Sino siempre muy severo

Dirás que sí. sin temor.

ORDOÑO.

Ház cuenta que ya lo ves.

REY. (Alto.)

Ordoño, en fin, verdades

Lo que dices?

ORDOÑO.

Sí, señor.

REY.

¡Ese hombre, en efecto, fué

(Por Íñigo.)

El que la carta escribió

(Ap. á él. A nada digas que no.)

Para Don Manrique, en que

Le avisaba que quería

Levantarse contra mí

El Conde? Responde.

ORDOÑO.

Sí.

REY.

(Ap. No es vana la industria mía,

No se ha declarado mal

El secreto. ¡Vive Dios,

Que se han turbado los dos!)

¡En fin él fué el desleal,

El alevé y el traidor?

ÍÑIGO. (Ap.)

¡Válgame el cielo, que así

Me vendiese Ordoño!

REY. (A Íñigo.)

Dí,

¿Esto es verdad?

ÍÑIGO.

Sí, señor;

Que ya que Ordoño llegó

A descubrirte mi culpa,

Quiero tener por disculpa

Solo el confesarla yo.

Lo que dice Ordoño es cierto.

DON ÁLVARO. (Ap.)

¡Hay suceso mas felice!

REY.

No es Ordoño el que lo dice,

Sino tú, tu desacierto,

Tu malicia y tu crueldad:

Caso que el cielo previene

Para enseñarnos que tiene

Mucha fuerza la verdad.

## ESCENA XI.

EL CONDE, DOÑA HIPÓLITA, DOÑA

LAURA. — Dichos.

DOÑA HIPÓLITA. (Al Conde.)

¿Dónde vas, señor? Espera.

CONDE.

Dejadme, Hipólita y Laura;

Porque en presencia del Rey

He de entablar mi venganza.

REY.

¿Qué es aquello?

CONDE.

Ilustre Alfonso

De Aragon y de Navarra,

Cuyo nombre viva eterno

En los labios de la fama,

Permite que ahora llegue

Tan ofendido á tus plantas,

Que me obliga el sentimiento

A romper la ley, que manda

Que el que ha de morir, no muera,

Mirando á su Rey la cara.

Yo ofendido de un alevé

Amigo.....

REY.

Detente, aguarda,

Que el sentimiento te ciega,

Que la presuncion te engaña.

No estás informado bien

Alfonso VII de Castilla se tituló Emperador, por las conquistas que hizo, aunque poco duraderas, en Aragon y en Navarra.

De la amistad que te guarda,  
De su lealtad y valor,  
Respondo yo á la demanda:

Don Alvaro es noble amigo;

No hay en su término mancha

De ingratitud, y que yo

Pongo sobre mí la causa,

Siendo tercero entre dos

Amigos tales, que aguarda

El tiempo á hacerlos eternos

En vividoras estatuas.

Y porque mayor firmeza

Desde hoy tenga amistad tanta,

Pasando á deudo, le doy

Por esposa á vuestra hermana,

Asegurándos de todo

Cuerdamente; y esto basta.

Hipólita, desta suerte

Premia quien de veras ama;

Que dar por pesares gustos

Es la mas noble venganza.

Vos, Alvaro, ya sabéis

Qué esposa teneis.

DON ÁLVARO.

Levantas

A las nubes mi fortuna,

Al cielo mis esperanzas.

DOÑA HIPÓLITA. (Ap.)

Logró su industria el amor,

Después de fortunas tantas:

Aquí mi ventura empieza.

DOÑA LAURA. (Ap.)

Aquí mi ventura acaba:

Murió mi amor, mi deseo.

REY.

Agora, Don Pedro, falta

Que hagáis dos cosas por mí:

La una es, quitar la causa

A las lenguas lisonjeras;

Que ignorantemente hablan;

Que tomeis estado: otra

Es, que volviendo á mi gracia,

Seais otra vez el centro

De mi amor y mi privanza.

Y así, por daros de todo

Satisfacción y venganza,

Conde, en Íñigo y Ordoño

Sed vos juez de vuestra causa,

Y pronunciad su sentencia.

CONDE.

Si tú, con prudencia tanta,

Me enseñas á perdonar,

De ti he de aprender; y basta,

Porque ellos mismos no vean

Su error, que al momento salgan

De Toledo desterrados.

Y por hacer lo que mandas,

En tu presencia, señor,

Doy la mano á Doña Laura,

Si mi humildad y deseo

Merecen ventura tanta.

Y me quedaré á servir

Con mayores esperanzas

De que sabré, pues ya supe

Del bien y del mal.

GARCÍA.

¡Aguarda!

Ya sabrán vuestras mercedes,

Que en el punto que se casan

Las damas de la comedia,

Es señal de que se acaba;

Y siendo así, poco á poco

Vuestras mercedes se vayan,

Admitiendo los deseos

Y perdonando las faltas,

Sin morder en la comedia,

Porque otros vengan mañana.

# LANCES DE AMOR Y FORTUNA.

## PERSONAS.

LOTARIO, CONDE DE URGEL.  
EL CONDE DE RUISELLON.  
RUGERO.  
ALEJO, criado.

CELIO, criado.  
AURORA.  
ESTELA.

DIANA.  
SOLDADOS.  
MÚSICOS.  
CRIADOS.

*La accion pasa en Barcelona, y sus alrededores.*

## JORNADA PRIMERA.

Plaza de Barcelona.

### ESCENA PRIMERA.

RUGERO, ALEJO, *vestidos de camino. (Lacan dentro cajas.)*

RUGERO.

¡Gracias á Dios que he llegado,  
Noble Barcelona, á verte!

ALEJO.

Y no ha sido menor suerte  
Que tanto bronce animado  
Hoy con salva nos reciba.

RUGERO.

Mal articuladas voces  
Rompen los vientos veloces.

*(Voces dentro.) Unos.*

¡Viva Aurora!

*Otros.*

¡Estela viva!

RUGERO.

No pudo engañarse ahora  
Entre el rumor el oído;  
Las hijas del Conde han sido  
Las dos, Estela y Aurora.  
¿Qué será?

ALEJO.

¿Qué te da pena,

Que voces al viento escriban,  
Que Aurora y Estela vivan?  
Vivan muy en hora buena,  
Y vamos á la posada,  
Donde nosotros tambien  
Vivamos; porque no es bien  
(Despues de tanta jornada)  
Morirnos sin descansar.

RUGERO.

¿A la posada sin ver  
A mi hermana, y sin saber  
Qué ocasion pudo causar  
Tal novedad?

ALEJO.

Si, por Dios,

A la posada, y despues  
De haber descansado un mes,  
Y de haber dormido dos.  
Saldrémos de mejor gana  
Por Barcelona tú y yo,  
A ver si viven ó no,  
Y á visitar á tu hermana.

RUGERO.

A las puertas de palacio  
Dividida en bandos vi  
Mucha gente; desde aquí  
Escuchemos.

ALEJO.

¡Lindo espacio!

*(Retíranse los dos.)*

## ESCENA II.

*Por una parte, ESTELA, EL CONDE DE RUISELLON, y por otra, AURORA, LOTARIO y SOLDADOS.—RUGERO, ALEJO, retirados.*

ESTELA.

Ya sabes, hermosa Aurora,  
Y ya todo el mundo sabe,  
De mi justicia informado,  
Como el Conde nuestro padre  
(Que Dios haya) en Margarita  
Su esposa (que eterna yace  
En mejor imperio) tuvo  
Dos hijas; mas con tan grande  
Diferencia, que las dos  
Hemos de ser, aunque iguales  
En sangre, no en el valor  
Que comunicó una sangre;  
Pues el Conde, ántes que el nudo  
Del matrimonio enlazase  
Dos almas, de su hermosura  
Firme galán, tierno amante  
La sirvió. Si fué culpada  
En este amor, tú lo sabes,  
Pues publicaste haciendo  
Sus necias facilidades.  
Si fué su esposa despues,  
Tambien fué su dama ántes,  
Y el futuro matrimonio  
No la disculpó de fácil.  
Casóse con ella en fin,  
Que es el yugo mas suave,  
Cuando á su coyunda llegan  
Dispuestas dos voluntades.  
Nací yo, y el Conde muerto,  
Tú, por mayor, te llamaste  
Condesa de Barcelona,  
Sin ser legítima parte;  
Pues hay cláusula que diga,  
Y hay antigüedad que mande,  
Que si hay legítimo hijo,  
Este herede, y cuando falte,  
El bastardo y natural:  
Luego á mí es bien que me aclamen  
Por señora, siendo yo  
Legítima, pues durante  
El matrimonio nací;  
Y tú natural, pues ántes  
Que fuese su esposa, fuiste  
Fruto humilde, si no infame.  
Quise por piadosos medios  
Convencerte y obligarte,  
Haciendo campo del duelo  
Juridicos tribunales;  
Pero tú, con mas poder,  
Con mas industria ó mas arte,  
Hiciste á los jueces tuyos;  
Que no hay cosa que no alcance  
Sin justicia el interes,  
Pues quien la tiene no sabe  
Sobornar; quien no la tiene,  
Como del medio se vale,  
¿Insigue lo que desea;

Y por esto en tiempos tales  
Vemos valer las mentiras,  
Y padecer las verdades.  
Saliste con la sentencia;  
Pero yo viendo parciales  
Los jueces, para mi apelo  
De una sinrazon tan grande.  
Ya no quiero que te informes  
De mi justicia legales  
Derechos, sino las voces  
De la trompeta y el parche;  
Y así trueco hojas de libro  
A las hojas de diamante,  
Los consejos á las fuerzas,  
Los depuestos tribunales  
A las campañas, las plumas  
Que atrevidas se deshacen  
Entre los rayos del sol,  
A cuyo mal se abaten,  
A las plumas tisonjeras  
De los vistosos plumajes.  
Que en opuestos tornales  
Son primaveras del aire.  
La toga trueco á la malla;  
Que en las escuelas de Marte,  
El soldado que pelea  
Es el letrado que sabe.  
Señores hay que me sigan,  
Príncipes hay que me amparen,  
Reyes que me favorezcan,  
Y vasallos que me aclamen:  
Su legítima señora;  
Y cuando todos me fatten,  
No podré faltarme yo,  
Que soy de mi misma atlante;  
Pues el invencible acero  
Será en mi mano bastante  
Para postrar á mis piés  
Montes de dificultades.  
Suene alentado el clarín,  
Resuene oprimido el parche,  
Gima el bronce repetido,  
Y abrasado el plomo brame;  
Que no solo á Barcelona  
Pienso gobernar triunfante,  
Pero sujetar despues  
Del mundo las cuatro partes.

AURORA.

Si la pasion y el enojo.  
En tu discurso dejases  
Lugar adonde cupiese  
El desengaño, bastante  
Le vieras en tus razones;  
Pues la que juzgas mas grande  
En tu favor, hoy pudiera  
Contra ti misma informarte.  
Tambien confieso que el Conde  
(Quiera el cielo que descanse  
En mayor quietud) murió,  
Sin que entre las dos dejase  
Declarada la justicia,  
Causa de enojos tan grandes:  
Confieso que enamorado  
De una dama, cuya sangre,



Cuyo valor y virtud  
Vive en estatuas de jaspe  
(Que no es bien, cuando no fuese  
Tal, que yo la murmurase;  
Porque ¿quién me honrará á mí  
Si yo misma no sé honrarme?)  
Solicitó sus favores,  
De cuyas finezas, ántes  
Que se casase, gozó  
Anticipadas señales;  
Mas no ántes de ser su esposo;  
Porque si entónces amantes  
Se dieron palahra, ya  
Se casaron; que es bastante  
Matrimonio para el cielo  
La union de dos voluntades.  
Y cuando no fuese así,  
El día que llegó á darle  
La mano, legitimó  
Mi persona. Y esto baste,  
Sin el comun parecer  
De hombres doctos, á quien hace  
Tu malicia lisonjeros,  
Cuando en ocasiones tales  
A los que sabios gobiernan,  
Y á los que juzgan leales,  
No hay soborno que los venza,  
Ni interés que los ablande.  
Mas cuando de la sentencia  
A ti apelas, y arrogante  
El templado acero vistas,  
Cuyos hermosos celajes  
Sirvan de espejos al sol,  
Y en tornasoles errantes,  
Hecha una selva de plumas  
La celada, retratase  
Un sol que entre pardas nubes  
Sepultando estrechas sale:  
Cuando el valeroso Conde  
De Ruisellon hoy te ampare  
Con dineros y con gente,  
Como esposo y como amante:  
Cuando en tu ejército asistan  
Uno ó muchos desleales,  
(No sé si alguno me escucha,  
No importa; paso adelante)  
Que te ofrezcan su favor,  
Que su señora te llamen,  
Siendo causa entre las dos  
De tantas enemistades:  
No importa; que tambien yo  
Sabré aliva, y no cobarde,  
Vestir el templado acero,  
Y en un caballo arrogante,  
Parto que engendró la tierra,  
Hijo del fuego y del aire,  
Sabré humillar tus soberbias,  
Abatir tus vanidades,  
Deshacer tus pensamientos,  
Postrando altivez tan grande.  
Y así, Estela, ántes que llegue  
Con acciones semejantes  
A romper montes de acero,  
Despojo á mi ofensa fácil;  
Antes que llegue ofendida  
A vencerte y derribarte.  
Parte el Estado conmigo.  
Mandemos en él iguales;  
Tuyo será, siendo mío;  
No te muevan, no te ablanden  
Imposibles pretensiones  
Tan léjos de ejecutarse.  
Y este no es temor; pues cuando  
(Como tú dijiste) branie  
El bronce y el plomo gima,  
Sonando el clarín y el parche,  
No habrá temor que me venza,  
No habrá furia que me espante,  
Asombro que me estremezca,  
Ni muerte que me acobarde.  
¿Qué me respondes?

ESTELA.

Que quiero  
Mandar sola, y no es bastante  
Tu razon á convencerme  
Con lindas humidades.  
Hoy te declaro la guerra.

AURORA.

Pues bien será desterrarte;  
Que apartar al enemigo,  
Es razon. Sal al instante  
De Barcelona.

ESTELA.

Si haré;  
Y me huelgo de dejarte  
En el Estado que tienes,  
Por tener mas que quitarte.

RUISELLON.

Aurora, no te parezca  
Que con amenazas tales  
Como tu valor promete,  
La venzas, ni me acobardes.  
De tu Estado (si es que es tuyo),  
Estela saldrá al instante  
Para ser señora en otro,  
Mientras vuelve á coronarse  
En este; pues faltará  
Luz al fuego, aliento al aire,  
Agua al mar, flores al suelo,  
Antes, bella Aurora, ántes  
Que mi Estado, hacienda y vida  
A Estela divina fallen.

LOTARIO.

Yo de Aurora bella sigo  
Los banderas, por hallarme  
De parte de su justicia;  
Y hasta que llegue triunfante  
A ser única en el cetro  
Como en la beldad, mi sangre,  
Mi ser, mi vida y mi Estado  
Rendido á sus plantas yace.

Unos.

¡Viva Estela!

Otros.

¡Aurora viva!

AURORA.

Pues la guerra declaraste,  
Guardate de mí, que soy  
Fuego, que un monte d' shace.

ESTELA.

Yo rayo, hijo de ese fuego.

AURORA.

Ira soy, que vierte sangre.

ESTELA.

Yo soberbia, que la bebe.

AURORA.

Yo un basilisco.

ESTELA.

Yo un áspid. (Vanse  
todes, menos Rugero y su criado.)

### ESCENA III.

RUGERO, ALEJO.

ALEJO.

¿A qué hemos venido acá?  
¿A solo guerra, señor?

RUGERO.

Si la guerra altivo honor  
Fuera de la patria da,  
En ella será forzoso  
Darle mas adelantado,  
Dime, ¿á cuál te has inclinado  
De las dos?

ALEJO.

Estoy dudoso  
Hasta ahora.

RUGERO.

¿En qué lo estás?

ALEJO.

Pues me preguntas en qué,  
Dirélo: en que yo no sé  
En qué parte están los mias.  
Mas dime tú á quién te inclinas.

RUGERO.

Son dos prodigios humanos,  
Dos sugetos soberanos,  
Son dos mujeres divinas,  
Son de la hermosa duenos;  
Y Aurora es ángel en lin.

ALEJO.

Y Estela es un seralín,  
Si hay serafines trigüños.

RUGERO.

Es Aurora ..

ALEJO.

No prosigas;  
Que estás obligado ahora  
Al concepto de la Aurora,  
Y no quiero que le digas..  
¿Mas hablas de veras?

RUGERO.

Si.

ALEJO.

¿En un punto, en un instante  
Puede un hombre hablar amante?

RUGERO.

Bien puede ser.

ALEJO.

¿Cómo? di.

RUGERO.

Quando amor con arco y flecha  
Los corazones heria,  
Espacio el alma tenia  
Para morir satisfecha  
De un blando dolor; despues  
Que pólvora se inventó,  
Y armas de fuego tomó,  
Hace el efecto que ves:  
Y así en un punto amor ciego  
Vence ya; porque no es bien  
Que mate despacio, quien  
Mata con armas de fuego (Vanse.)

Sala en el palacio de la Condesa.

### ESCENA IV.

LOTARIO, CELIO.

LOTARIO

No hay mujer, Celio, en rigor,  
Que aunque se muestre ofendida,  
Le pese de ser querida,  
Que es un exámen amor  
Del ingenio, del valor,  
De la hermosura extremada,  
La discrecion celebrada;  
Y siendo imposible cosa  
Que una sienta ser hermosa,  
Lo es que sienta ser amada.  
Yo quiero, y aunque no alcanza  
Mi amor coharde hasta ahora  
Merecer tan gran señora,  
No he perdido la esperanza.  
Todo vive á la mudanza  
Sujeto, y mas la mujer;  
Y así, aunque hoy la llegué á ver  
Ofenderse y desleñarse,  
Espero que por mudarse  
Ha de venirme á querer.  
Ame y sienta su rigor  
Hasta ver la suerte mia,  
Que al fin vence quien porfia,  
Y mas en guerras de amor.

CELIO.

Si tú eres conde, señor,  
De Urgel, y por tu persona  
Digno de mayor corona,  
¿Qué temes, cuando á tu estrella

Nada excede Aurora bella,  
Condesa de Barcelona?  
Aquí viene.

### ESCENA V.

AURORA, DIANA.—LOTARIO, CELIO.

LOTARIO.

(Ap. El sol me ciega,  
Si la miro : hermosa es.)  
Hoy á esos invictos piés (A Aurora)  
Un nuevo soldado llega,  
Que á vuestro servicio entrega  
Un escuadron de soldados,  
Donde vienen alistados,  
Para amaros y servirlos,  
Lágrimas, penas, suspiros,  
Pensamientos y cuidados.  
Por capitán viene amor  
Resuelto á cualquiera daño,  
Y por cabo el desengaño,  
Cabo y lin de su rigor;  
Por artillero mayor  
El corazon, porque luego  
Que os mira, turbado y ciego,  
Rayos á los vientos da;  
¿Qué mucho si en él está  
Toda la esfera del fuego?  
Luego os vienen á servir  
De centinelas mis ojos:  
Bien que mis penas y enojos  
No les dejarán dormir,  
Ellos sabrán resistir  
Sueño á la noche y al día;  
Y para perdida espía  
Viene mi loca esperanza,  
Que bien este nombre alcanza  
Mi esperanza, por ser mia.  
Para hacer mivas, tambien  
Conmigo vienen los celos,  
Porque siempre sus desvelos  
Lo mas escondido ven:  
Ingenieros son, á quien  
Ninguna máquina yerra,  
Pues en la amorosa guerra  
Saca á luz su resplaudor  
Estratagemas de amor  
De debajo de la tierra.  
Esto os ofrezco, y despues  
Mi vida, Aurora, entre tantas;  
Que es bien sirva á vuestras plantas  
Vida que tan vuestra es.  
Todo se ofrece á esos piés;  
Triunfal, y vuestra persona,  
Digna de mayor corona,  
La imperial ceñida vea,  
Porque todo el mundo sea,  
De quien es hoy Barcelona.

AURORA.

Invicto conde de Urgel,  
Cuya heróica frente viva,  
Ya coronada de oliva,  
Ya ceñida de laurel,  
No es ser altiva y cruel  
El no ofrecerlos la vida,  
A esa accion agradecida,  
Porque, dudosa y turbada,  
No sé si estoy obligada,  
No sé si estoy ofendida.  
Si aqueste favor merezco  
Como mujer que amparais,  
Y de amor os olvidais,  
A vuestras plantas me ofrezco,  
Yo le estimo y le agradezco;  
Pero si el favor intimo  
Que ofreceis (mal me reprimo),  
Como mujer que quereis,  
Que amais y que pretendéis,  
Ni le agradezco, ni estimo.  
Así á un tiempo combatida,  
No sé, desta accion dudosa,  
Si he de responder quejosa,

Lotario, ó agradecida.  
No fué ofensa el ser querida;  
El decírmelo lo fué:  
Mi respuesta en vos se ve,  
Diga vuestra voz turbada  
Si quereis que esté agraviada,  
O que agradecida esté.

LOTARIO.

Es argumento en amor  
Tan sofístico y tan nuevo,  
Que á determinar no atrevo  
De dos males el menor.  
No sé cuál me esté peor,  
O no amaros, ó no veros  
Obligada; si el quereis  
Es ley, fuerza es agraviaros;  
Pues si os ofende el amaros,  
¿Qué hiciera el aborreceros?  
De cualquiera suerte muero  
En el loco amor que sigo,  
Si le callo y si le digo,  
Si os aborrezco ó si os quiero:  
Y pues que la muerte espero.  
Cada punto, cada instante,  
Mátame un amor constante;  
Que necia eleccion hiciera  
Quien de mudable muriera,  
Pudiendo morir de amante.  
Así el favor que mirais,  
Amor fué quieu lo causó:  
Sabed que os adoro yo.  
Y no me lo agradezcais:  
Aunque si vos misma hallais  
Que la culpa de amor fué  
El decirlo, yo amaré  
Callando, porque se escriba  
Que soy una estatua viva  
Que se ofrece á vuestra fe.  
Yo os doy palabra que siga  
Vuestra justicia y derecho,  
Sin que dé muestras el pecho,  
Y sin que la lengua diga  
Que es amor el que me obliga:  
Pero vos, divino encanto,  
No esteis satisfecha tanto,  
Que podrá ser (no os asombre),  
Que la Aurora que os dió el nombre,  
Os dé su amor y su llanto.

(Vanse Lotario y Celio.)

### ESCENA VI.

AURORA, DIANA.

DIANA.

¿Qué en tí, señora, estuviste!  
Y no sé en leyes de amor  
Si es crueldad, ó si es valor  
El que tanto se resiste.

AURORA.

¿Qué bien, Diana, dijiste,  
Pues no es valor, ni crueldad!  
Valor, pues la voluntad  
A ajeno dueño rendi;  
Ni es crueldad, pues que ya vi  
Otro dueño con piedad.  
No sé qué digo (¡ay de mí!);  
Mas bien, Diana, lo sé:  
Yo vi, yo quise, yo amé.  
Ya lo dije, ya rompí  
El secreto; y pues de tí  
Fío los necios enojos,  
De mis fáciles autojos,  
Salgan con cordura poca  
Los suspiros á la boca,  
Las lágrimas a los ojos.  
Mucho, Diana, te fio;  
Pero bien esta mi pecho  
De tu lealtad satisfecho;  
Vuelvo, pues, al llanto mio.  
Blasonaba mi albedrío  
De libre (mal blasonaba),  
Y un día, que lugar daba

A necias melancolias,  
Sola por las galerias  
Del jardin me paseaba.  
El mar á una parte via,  
Que con azules bosquejos,  
Entre las sombras y léjos,  
Varios países fingia;  
A otra un jardin, donde habia  
Flores de rizadas plumas,  
Tal, que es razon que presumas  
Entre léjos y colores,  
Al jardin un mar de flores,  
Y al mar un jardin de espumas.  
Allí el viento levantaba  
Edificios de cristal,  
Y el aura aquí celestial  
Los de rosas humillaba;  
Allí el agua murmuraba  
De los céliros herida,  
Y en las hojas repetida  
La tierra aquí; y en tal calma  
Toda era sombras el alma,  
Toda imágenes la vida.  
Dispuesta la voluntad  
A amar entónces vivia;  
Que amor es filosofia  
Hallada en la soledad.  
La ociosa curiosidad  
Al parecer, me culpaba  
De que yo sola no amaba,  
Y díjeme: Yo tambien  
Amara, si hubiera á quién.  
Divertida en esto estaba  
Cuando á mis piés un retrato  
De un hombre (que acaso allí  
Perdió alguna dama) vi,  
Cuyo pincel no fué ingrato  
Al dueño. Suspensa un rato,  
Dudé si era cierto, ó era  
Una imagen lisonjera  
De mi misma fantasia,  
A quien el alma decia:  
A este amara, si á este viera  
En fin, los vanos desvelos  
De un triste, ó la privacion  
De una imposible aliecion,  
O la espuela de los celos,  
O la fuerza de los cielos,  
Que su máquina perfeta,  
Siempre en sí misma inquieta  
Contra mi pecho previno  
En aquel punto el destino  
De algun amante planeta.  
Fué en fin mi desdicha (vi  
Un hombre) ó mi estrella fué:  
A este quise, y á este amé,  
Mi libertad á este di.  
Advierte, Diana, aquí,  
Si yo en mis locos desvelos  
Celos tengo y amor (¡cielos!),  
Con tan extraño rigor,  
Que ni sé á quién tengo amor  
Ni sé de quién tengo celos.

DIANA.

Con admiracion te escucho.  
¿Que no sabes cuyo fué?

AURORA.

A nadie lo pregunté.

DIANA.

Muestra, yo conozco mucho,  
Lo diré. (Ap. Conmigo lucho.)

AURORA.

Mira, Diana.

DIANA.

¿Ay de mí!

AURORA.

¿Háblele conocido?

DIANA.

Sí.



AURORA.  
¿Sabes su nombre?  
DIANA.  
¿Pues no  
He de saberlo, si yo  
Este retrato perdi?  
AURORA.  
¿Qué dices? Midan los cielos  
Mi dolor con tu dolor;  
Mis celos dije y mi amor,  
Tu amor dijiste y tus celos:  
Unos son nuestros desvelos,  
Presto, Diana, vengaste  
Tu agravio.  
DIANA.  
Señora, baste  
La presuncion hasta aqui;  
Que aunque es verdad que perdi  
El retrato que tú hallaste,  
Tu temor ha sido vano;  
Porque el retrato que ves...  
AURORA.  
No dudes, di cuyo es.  
DIANA.  
Es de Rugero mi hermano.  
AURORA.  
Hoy nueva esperanza gano  
Con tal desengaño yo.  
DIANA.  
Quando de aqui se partió  
A Italia, para una dama  
Que amaba...  
AURORA.  
¿Y ya no la ama?  
DIANA.  
No, pues della se ausentó.  
Se retrató, y disgustado  
Me lo dejó á mi, y no á ella.  
AURORA.  
¿Y era esa dama muy bella?  
DIANA.  
No hermosa, mas con agrado.  
AURORA.  
¿Y está muy enamorado  
Todavía?  
DIANA.  
No, señora.  
AURORA.  
¿Sábeslo tú?  
DIANA.  
¿Quién lo ignora?  
AURORA.  
¿De qué?  
DIANA.  
Sélo claramente  
De que es hombre, y está ausente.  
AURORA.  
¿Y era su nombre?  
DIANA.  
Leonora.

ESCENA VII.

ALEJO. — AURORA, DIANA.

ALEJO.  
¡Válgate Dios por Diana,  
O por diablo! ¿Dónde estás?  
DIANA.  
¡Ah soldado! ¿dónde vas?  
ALEJO.  
A besar de buena gana  
Con toda esta boca alana,  
Por el gusto deste día,  
El pié de vuesañoria;  
Tragaré, cuando le bese,  
El chapín, como si fuese  
Chapín de pastelería.

DIANA.  
Alejo!  
ALEJO.  
Señora.  
DIANA.  
Cesa  
De loquear.  
ALEJO.  
A esto hací.  
DIANA.  
Considera que está aqui  
Mi señora la Condesa.  
ALEJO. (A Aurora.)  
A mi pecador me pesa,  
Y mucho de haber llorado  
Tan grosero y tan turbado  
A vuestras plantas, señora;  
Mas no fuéades Aurora,  
A no haberme deslumbrado.  
Beso, no el pié ni escarpín  
Que el pié alabastrino toca,  
Ni aun besa mi sucia boca  
El zapato, ni el chapín,  
Ni la tierra, que está al fin  
Tan cerca; si no se yerra  
Mi memoria, aqui se encierra  
Piedra de un rayo, esta beso,  
Y vendrá á quedar mi beso  
A siete estados de tierra.  
DIANA. (A Aurora.)  
Es un loco...  
ALEJO.  
¿Quién lo ignora?  
DIANA.  
Y así á mi hermano entretiene.  
AURORA.  
¿Viene Rugero?  
ALEJO.  
No viene,  
Porque ha venido, señora.  
A la puerta queda ahora  
Esperando á ver su hermana,  
La bellissima Diana.  
Mas yo, que no sé esperar,  
Me entré acá dentro, hasta hallar  
Tu hermosura soberana,  
Por no perder mi por qué.  
AURORA.  
Esta cadena te doy; (Le da una.)  
Que estando con guerras hoy,  
Es bien que albricias te dé  
De que en mi campo se ve  
Tal soldado.  
ALEJO.  
¿No dirás  
Talés, puesto que verás,  
Que somos los dos iguales,  
Dos tales, y aun dos por cuales?  
Que él ni yo no somos mas.  
AURORA.  
Dí que entre Rugero á verme.  
(Vase Alejo.)

ESCENA VIII.

AURORA, DIANA, RUGERO, ALEJO.

AURORA.  
Diana, tu pecho fiel  
No le descubra mi amor;  
Y pues de tí me fié,  
Débate mas mi secreto  
Que tu sangre. Advierte pues  
Que el día que mi afición  
Digas á Rugero, en él  
He de vengarme; tirana,  
Mas que piadosa, seré.  
DIANA.  
Conocerás mi lealtad.  
Mas dime, ¿cómo sabré,

Si hace, visto, el mismo efecto?  
Y es fácil, como me des  
Una seña.

AURORA.  
Pues Amor  
Y Marte á un tiempo se ve  
En mi pecho (estame atenta),  
Los dos la seña han de ser:  
Marte, si parece mal,  
Amor, si parece bien.  
Lo primero que nombrare  
Me ha parecido. (Salen Rugero y Alejo.)  
RUGERO. (Arrodillase.)

A tus piés  
Llega, bellissima Aurora,  
Un soldado, cuya fe  
Pretende abrasado y ciego  
Resistir y defender  
Tanto fuego, tantos rayos,  
Como el águila, que ve  
Al sol mismo, y en el viento  
Reina de las aves es.  
Mas no soy águila yo,  
Mariposa sí, que al ver,  
Haciendo á la llama visos  
Las alas de rosicler,  
Muere en su mismo deseo.  
Mas si con vida me ves,  
Tampoco soy mariposa,  
Sino aquel pájaro, aquel  
Prodigio, que nace y muere  
Hijo y padre de su ser;  
Pues en mis propias cenizas  
Perdi la vida, y despues  
La volvió á resucitar  
Tal favor y tal merced;  
Siendo mi vida á la llama,  
Al fuego y al sol tambien,  
Mariposa si se quema,  
Águila hermosa si os ve,  
Y Fénix si muere y vive  
A vuestros ojos; porque  
Sea solo un corazon  
Imágen de todos tres.

AURORA.  
Seais, Rugero, bien venido.  
Ya, ¿qué tengo que temer,  
Si en mi defensa se emplea  
De vuestro brazo el poder?  
Alzad, no esteis en la tierra,  
Rugero; porque no es bien  
Que quien merece los brazos,  
Tanto sin ellos esté.  
Dad los vuestros á Diana,  
Vuestra hermana, que yo sé  
Que ha dias que lo desea:  
Llegad á hablarla.

RUGERO.  
Despues,  
Señora, hablaré á Diana,  
Que ahora no es tiempo.

AURORA.  
¿Por qué?

RUGERO.  
Porque en la presencia vuestra  
Ni ha de huscar, ni tener  
El alma segundo objeto,  
Señora; porque no es bien  
Mudar á segunda especie  
La gloria que en vos se ve.  
¿Si no es para mejorarse,  
Quién se mudó? Siendo, pues,  
Cierto mi argumento, yo  
Que he llegado á merecer  
Veros, ¿por qué he de dejar,  
Hasta que vos me deis,  
Pues no puedo mejorarme?

AURORA. (Ap.)  
¿Qué argumento tan cortés!

DIANA.

Dice bien Rugero, y yo  
Perdono al tiempo esta vez  
La dilacion por tal causa. —  
¿Qué te parece? (Ap. á Aurora.)

AURORA.

No sé.

DIANA.

¿Quién vive, Marte ó Amor?

AURORA.

Yo te lo diré despues. —  
Mucho habeis estado ausente.  
(A Rugero.)

RUGERO.

Mucho, que no pudo ser  
Poco, estádolo de vos.

AURORA.

Aunque por disgusto sé  
Que os ausentásteis, quisiera,  
Solamente por saber  
(Que en efecto fué el primero  
Delito de la mujer),  
Quisiera que me dijerais  
Todo el caso como fué;  
Que tendré gusto de oírle  
Muy despacio.

RUGERO.

No podré,

Que está ya muy olvidado;  
Pero la obediencia es ley.

DIANA. (Ap. á Aurora.)

¿Qué tenemos, paz ó guerra?

AURORA.

Yo te lo diré despues.

RUGERO.

En la ilustre Barcelona,  
A cuyo altivo dosel  
El mar con rizas espumas  
Argenta el sagrado pié,  
Nací noble, que en un hombre  
La dicha primera es;  
Moncada, en fin, deudo tuyo,  
Que no hay mas que encarecer.  
El ocio y la juventud  
¿A quién libraron, á quién  
Del yugo de amor? Perdona,  
Que es fuerza, si has de saber  
La causa, que hable de amor  
En tu presencia.

AURORA.

Está bien;

Prosigue, di.

RUGERO.

En un caballo

Por Barcelona pasé  
Un día, que mis desdichas  
Todas nacieron en él;  
Que este día en un reja  
Con mas cuidado miré  
Una dama, á quien serví  
Algunos dias...

AURORA.

Tened,

Que vais muy aprisca; poco  
Os han llegado á deher  
Ese caballo, esa dama,  
Pues la relacion haceis  
Sin pintar uno ni otro,  
Que es de relaciones ley.

RUGERO.

No es importante el caballo,  
Y si la dama lo es,  
¿Quién en presencia del alba  
Pintará la noche? ¿Quién  
Con el sol verá un lucero,  
Ni una llama, cuando esté  
Lleno de rubias estrellas  
El cristalino dosel?

¿Quién pintó un cárdeno lirio  
En presencia del clavel?

¿Un alheli de la rosa?  
Y al fin, bella Aurora, ¿quién  
Pintará ajena hermosura,  
Dónde la vuestra se ve?  
Pues mas quiero que mi voz  
Sujeta, señora, esté  
A descuidos de ignorancia,  
Que á culpas de descortes.

AURORA.

Las vuestras perdono, y quiero  
Muy por extenso saber  
Cómo fué todo.

RUGERO.

Escuchadme,

Que desta manera fué.

DIANA. (Ap. á Aurora.)

¿De qué ramas le coronas?  
¿Es oliva, ó es laurel?  
Declárate ya.

AURORA.

No puedo;

Yo te lo diré despues.

RUGERO.

Sali en un caballo hermoso,  
A quien el docto pincel  
De naturaleza hizo  
Con mas estudio, y á quien  
Hijo del viento engendró  
En las orillas de aquel  
Centro de animados rayos,  
Un andaluz cordobes:  
Todos los cuatro elementos  
Hicieron un mapa en él,  
Tierra el cuerpo, mar la espuma,  
Viento el alma y fuego el pié.  
Este, pues, aire sin plumas,  
Rayo sin luz, este pues,  
Ocupaba tan señor  
De mis acciones y dél,  
Que su instinto no tenia  
Mas obediencia ó mas ley,  
Que el gobierno de las manos  
Y la eleccion de los piés:  
Cuando en un balcon, señora,  
Que, ó por asistir en él  
Un sol, ó por ser azul,  
Pedazo de cielo fué,  
Vi una dama, vi al sol mismo,  
Que mas triste alguna vez,  
Por el balcon del oriente  
Le he visto yo amanecer.

Al hacerla cortesia  
Hasta el suelo me incliné;  
Que, por lisonjear al dueño,  
Sabe un bruto ser cortes.  
Doradas hebras al viento  
Flechaba, que amor cruel,  
Cansado del arco y flecha,  
Trocó la aljaba á la red.  
Cejas grandes, ojos negros  
Que sobre la hilanca tez,  
Muestra que la oposicion  
Es hermosura tambien.  
Pequeña boca, que junta  
Era un hermoso clavel,  
Y partida, dos rubíes,  
Que sirviendo de cancel  
Al tesoro de sus perlas,  
Dejaban ver y no ver  
El marfil, tal vez negado,  
O concedido tal vez.  
Manos blancas, gentil talle,  
Y en todo tan gentil fué,  
Que con ser amor su dios,  
Con amor no tuvo fe.  
En fin, era en breve suma  
Del soberano poder  
El mas dilatado aniego

Que hizo el natural pincel;  
Era un rasgo...

AURORA.

Bien está,

Rugero.

RUGERO.

No os enojeis

Si como fué os lo repito;  
Que desta manera fué.

AURORA.

Aunque fuese, habeis andado  
Muy grosero y descortés;  
Bien que la pintarais quise,  
No que la pintarais bien.  
No prosigais; que no quiero  
Que en el cándido papel  
De mis orejas, se imprima  
La imágen de quien haceis  
Vuestras razones matices,  
Siendo la lengua el pincel.

RUGERO.

Señora,

AURORA.

Basta, Rugero.

RUGERO.

Mirad, que la causa fué  
Vuestro gusto.

AURORA.

Y mi pesar. —

Diana, conmigo ven.

DIANA. (A Aurora.)

¿Eres Vénus, ó eres Pálas?

AURORA.

No sé, Diana, no sé:  
Marte venció con los celos,  
Amor venció con la fe;  
Guerra dice quien le oye,  
Paz publica quien le ve;  
Laurel es, si he de olvidar;  
Oliva, si he de querer;  
Y al fin, ya Vénus, ya Palas,  
Entre el favor y el desden,  
Venció amor para conmigo,  
Y Marte para con él.  
¿Mas qué es esto? (Se oyen cajas.)

## ESCENA IX.

LOTARIO. — AURORA, DIANA, RUGERO, ALEJO.

LOTARIO.

Bella Aurora,

Sal donde tu hermosa vista  
Del necio vulgo resista  
La turbacion: porque ahora,  
Viendo que Estela se parte,  
Ya de la piedad movidos,  
Ya del interes vencidos,  
Muchos, valiendo su parte,  
Que no se ausente desean,  
O por ostentar lealtades,  
O por valer novedades.  
Y como á tí no te vean,  
Sus lágrimas te harán guerra;  
Porque á todos despidiendo  
Va con engaños, diciendo  
Que su hermana la destierra  
De Barcelona: de suerte,  
Que allí tu presencia importa:  
Este alboroto reporta.

AURORA.

¿Pues Barcelona no advierte  
Que queda en su amparo Aurora,  
Hermana mayor de Estela,  
Y sin engaño ó cautela  
Su legítima señora?  
Si Estela á sí se destierra,  
Yo ni la fuerzo, ni sigo;  
Quédese á mandar conmigo,



Y cese por mí la guerra.  
Viva en Barcelona altiva,  
Teniendo en ella igual parte;  
Porque entre el Amor y Marte,  
Muera Marte y Amor viva.  
(*Vanse Aurora y Diana.*)

ESCENA X.

RUGERO, LOTARIO, ALEJO.

RUGERO.

Pues desta ocasion espero  
Honrrarme, no me neguéis  
Los brazos que me debeis.

LOTARIO.

¡Oh valeroso Rugero!  
¿Quién duda que una ocasion  
Lloy tenga á los dos aquí?

RUGERO.

Yo solo diré de mí,  
Que la justa pretension  
De Aurora sigo, y por ella  
Daré mil veces la vida,  
Dichosamente perdida  
En su servicio. ¡Qué bella,  
Qué cuerda, qué generosa!  
Le dió igual naturaleza  
El ingenio y la belleza.  
¡Qué liberal! ¡qué piadosa!  
Siempre la paz pretendió.  
Cuando razon no tuviera,  
Por sus virtudes se hiciera  
Señora del mundo.

ALEJO.

Yo.

Mientras que los dos habláis,  
Ver en lo que para quiero  
Esta novedad.

LOTARIO.

Rugero,

Bien claramente mostrais  
En lo que cuerdo decís,  
Y en lo que valiente haceis,  
La fama que mereceis,  
La opinion que conseguís.  
¿Quién, Rugero, no procura  
Seguirla en esta ocasion?

RUGERO.

Su valor, su discrecion  
Y celebrada hermosura,  
Que en competencia se atreve  
Á la luz que nos fatiga,  
¿Qué voluntades no obliga?  
¿Qué corazones no mueve?  
Que haya quien negue me espanto,  
Su valor.

LOTARIO.

Basta, Rugero,

Que bien que la alabes quiero,  
Mas no que la alabes tanto.  
(*Ap.* Siempre amor fué desigual,  
Pues de lo que quiere bien  
Siente que le digan bien,  
Siente que le digan mal.  
No hicieron cosa los cielos  
Tan sujeta á sus mudanzas:  
Celos dan las alabanzas,  
Y los desprecios dan celos.  
El nombre en ajenos labios  
Siempre dar penas pretende,  
Pues con lisonjas se ofende,  
Y se ofende con agravios.  
¿Cómo con Rugero haré,  
Que aun para alabar su nombre.  
Ni la imagine ni nombre?)

RUGERO.

¡Qué cuerdamente que fué  
Publicando paz! ¡Por Dios,  
Que es su valor singular!

LOTARIO.

¿En ella volveis á hablar?

RUGERO.

Hablo porque callais vos.

LOTARIO.

(*Ap.* Mucho Rugero atropella:

Al principio de un engaño  
Puede remediarse el daño;  
Diréle mil males della.)  
Calló, porque nunca yo  
Lo que es dudoso afirmé;  
Y aunque la sirvo, no sé  
Si tiene justicia ó no;  
Pues si Estela no tuviera  
Tambien su justicia clara,  
Estas guerras no intentara,  
Ni el de Ruisellon le diera  
Favor. Esto es cuanto á esto;  
Cuanto á que hermosa se ofrece,  
Lo es, si á vos os lo parece,  
Para vos; pero es muy presto.  
En cuanto el haber pensado  
Que es tan cuerda y tan discreta,  
Prudente, sabia y perfeta,  
Quedaréis desengañado.

RUGERO.

Aurora es señora mia,  
Y dejando aparte el ser  
La mas principal mujer,  
Cuyo honor es sol del día;  
Quien pensare que no fué  
La mas bella y mas hermosa,  
Cuerda, afable y generosa  
Del mundo... Sustentaré  
Solo, desnudo ó armado  
En el campo, en la estacada,  
Cuerpo á cuerpo, espada á espada,  
Que á lo ménos se ha engañado,  
Y á lo mas mentido.

LOTARIO.

Presto

Será tu muerte castigo  
De mi agravio. (*Sacan las espadas.*)

ESCENA XI.

AURORA, DIANA, ALEJO.—RUGERO,

LOTARIO.

ALEJO.

Fuera, digo.

AURORA.

¡Espadas aquí! ¿Qué es esto?

RUGERO.

Es satisfacerte así  
De una ofensa.

LOTARIO.

Es defenderte  
De una injuria desta suerte.

AURORA.

¿Cómo me aniparéis á mí  
Los dos, y reñis los dos,  
Si causa de entrambos fué?

LOTARIO.

Yo, señora, la diré.

RUGERO.

Y yo tambien.

AURORA.

Callad vos,  
Rugero, y hable el de Urgel.

LOTARIO. (*Ap.*)

¡Válgame el ingenio hoy!

AURORA. (*Ap.*)

Así no verán que estoy  
Apasionada por él.

RUGERO.

A ningún temor me obliga  
Que lloy el Conde en tu presencia  
Diga, Aurora, la pendencia;

Mas temo que no la diga.  
Quédese en aqueste estado,  
Y lo que ello fuere sea.

LOTARIO.

El que partidos desea,  
Ya se conliesa culpado:  
Siempre al silencio se obliga  
El que sin razon se ve.

AURORA.

Decidme vos cómo fué.

RUGERO.

No hayas miedo que él lo diga.

LOTARIO.

Mientras tu vista procura  
Apaciguar aquel bando,  
Quedamos los dos hablando  
De tu valor y hermosura,  
Y dije: «Cuando no fuera  
La legítima señora,  
Por sus virtudes Aurora  
Reina del mundo se hiciera,  
Demas de que su justicia  
Es clara». A esto respondió:  
«No hablo en esas cosas yo;  
Porque la humana malicia  
A Estela no la moviera,  
Sin tener justicia clara,  
A que guerras intentara,  
Ni el de Ruisellon la diera  
Favor. Esto es cuanto á esto:  
Cuanto á que hermosa se ofrece,  
Lo es, si á vos os lo parece,  
Para vos». Mas descompuesto  
Le repliqué: «Es muy mal hecho  
Y en un caballero espanta,  
Que tenga distancia tanta  
Entre la lengua y el pecho».  
Dijo que no me tocaba  
Reñir por causa tan poca.  
Yo le dije: «Si me toca;»  
Y con cólera mas brava  
Proseguí: «que es luz del día  
Aurora...» No digo aquí  
Lo mas que dije de tí,  
Y que lo sustentaria  
En el campo, como era  
Todo nuestro honor Aurora.  
Esta es la verdad, señora.

RUGERO.

¡Pluguiera á Dios que lo fuera!  
Porque yo soy....

AURORA.

Bien está.

RUGERO.

Quien....

AURORA.

Me desprecia y ofende.

RUGERO.

Tu fama....

AURORA.

Borrar pretende.

RUGERO.

Es engaño.

AURORA.

Baste ya.

RUGERO.

Oígame tu Alteza.

AURORA.

Mucho

Debo á mi paciencia.

RUGERO.

Yo

Soy....

AURORA.

Quien en mi ofensa habló.

DIANA. (*Ap.*)

¿Esto de Rugero escucho?

RUGERO.

No, sino que solo intenta  
Que tu fama eterna vuele.  
Como en el teatro suele  
Errarse el que representa,  
Y otro que los versos sabe,  
Decirlos por el que erró;  
Así suspendido yo  
A tu enojo hermoso y grave,  
Tardé en hablar siendo fiel,  
Y enmendóme mi contrario;  
Mas cuanto ha dicho Lotario,  
Son versos de mi papel:  
Y aunque tu rostro me ciega,  
Viven los cielos, que yo  
Soy el que te defendió.

AURORA.

Tarde la disculpa llega.  
A Lotario he examinado  
Con muestra mas verdadera,  
Y en mi ofensa no dijera  
Quien estaba enamorado:  
Así á creerle me obligo,  
Pues vos no lo estais de Aurora,  
Sino solo de Leonora  
Venid, Lotario, conmigo;  
Muestrén mis favores hoy,  
Con agrado y con desden.  
Lo que puede el hablar bien.  
(Ap. á Diana. ¡Ay Diana, muerta voy!)  
(Vanse todos, ménos Rugero.)

## ESCENA XII.

RUGERO.

¿A quién no espanta y admira  
Ver, con tanta novedad,  
Que padezca la verdad  
A manos de la mentira?  
¡Oh pasión dura y cruel  
De la estrella en que nací!  
Yo las gracias merecí,  
¡Y viene á gozarlas él!  
Ya no tendré dicha alguna;  
Pues aunque en tanto rigor  
De mi parte esté el amor,  
De la suya la fortuna.  
Y si en la opinion dudoso  
Mi amor es amor hurtado,  
Finezas del desdichado  
Serán premios del dichoso.  
Sal, oculto resplandor  
De la verdad: ¿dónde estás?  
Verémos quién puede mas,  
La fortuna, ó el amor.

## JORNADA SEGUNDA.

Playa de Barcelona.

## ESCENA PRIMERA.

AURORA, DIANA.

DIANA.

Esta es la verdad, señora.

AURORA.

Diana, en vano procuras  
A mis desdichas consuelo,  
Ni á mis ofensas disculpa.

DIANA

Que él fué el que te defendia,  
Con mil juramentos jura.

AURORA.

Algo habia de decir;  
Pero tú, Diana, juzga  
Que si de un hombre tuvieses  
Mil experiencias seguras  
De su amor y sus finezas,  
Y de otro apenas una,  
Que ántes creyeras que habia

Vuelto á las espaldas tuyas  
Por tí el que te habia querido.  
¿Quién lo niega, quién lo duda?  
Rugero es el que me ofende.

DIANA.

Satisfacción que es tan justa  
Hoy te diera con su muerte;  
A no mirar que es locura;  
Pues ya su vida le importa,  
Para que el tiempo y fortuna  
Saquen la verdad á luz;  
Y pues se dice que nunca  
Quiebra, esperemos del tiempo  
Las experiencias que apura.

AURORA.

¿Y si llega la experiencia  
Cuando ya mi pecho ocupan  
Resucitados deseos  
Entre esperanzas difuntas?  
Mas con todo, quiero hacer,  
Pues tú lo pretendes, una  
Experiencia entre los dos:  
Sabré, con arte é industria,  
Cuál me ofende, cuál me obliga.

DIANA.

Verás como se disculpa;  
Y pues vienes á alegrarte  
A estos jardines, que usurpan  
Al año la primavera  
Y aquí la tienen por suya,  
Treguas den Amor y Marte,  
Señora, á las penas tuyas,  
Y alégrate.

AURORA.

Mal podré;  
Porque tarde llega ó nunca  
El contento al desdichado.

## ESCENA II.

LOTARIO; después RUGERO.—DICHAS

LOTARIO.

Ya vuestra Alteza, si gusta,  
Podrá en el mar divertirse:  
En su orilla está una urca,  
Que es cisne de plata y oro,  
Siendo los remos las plumas:  
Nada, pensando que vuela,  
Cuando sus cristales sulca.  
Entre vuestra Alteza en ella;  
Será, si su espalda ocupa,  
Toro de mejor Europa,  
Proteo de luz mas pura. (Sale Rugero.)

RUGERO.

El de Ruissellon y Estela,  
Teniendo su armada junta,  
Vienen contra Barcelona,  
Cuyo poder se asegura  
La victoria; esto he sabido.  
Ahora vuestra Alteza supla  
Por el aviso el pesar,  
Si de mi boca le escucha;  
Que aunque vuestra Alteza esté  
Adonde todos procuran  
Divertirla y darla gustos,  
Yo, que no he salido nunca  
Lo que son, mal podré darlos;  
Y así estos pesares sufra,  
Que de un hombre desdichado  
Son dádivas como suyas.

AURORA.

El mismo semblante tienen,  
Cuando en mis extremos luchan,  
Las glorias que los pesares;  
Pues ni aquestos me disgustan,  
Ni aquellos me dan contento;  
Y por mostrar que se aunan  
Tanto en mí, que los estima  
Igualmente mi fortuna,  
A los dos os doy las gracias

De las dos nuevas. (Ap. Escucha,  
Diana, esta es la experiencia  
Que mi desengaño busca.)  
Y ya que los dos estais  
Presentes, de aquella duda  
Pasada á los dos abuelo:  
Mi pecho á ninguno culpa,  
Y no creo que ninguno  
Diga de mí cosa alguna  
Que me ofenda; y si la dijo,  
Quizá por causas ocultas,  
Le perdono.

LOTARIO.

Tus piés beso  
Dos mil veces. Hoy pronuncias  
La sentencia de mi vida.  
Tanto se aumente la tuya,  
Que imites la edad luyente  
Del sol, que por siglos dura.

AURORA

¿Pues no llegais vos, Rugero,  
A darme las gracias?

RUGERO.

Nunca  
Di gracias del beneficio  
Que no he recibido. Injusta  
Es tu liberalidad  
Para conmigo, si excusas  
El enojo de esa suerte  
De quien te ofende é injuria.  
Lotario, pues lo agradece,  
Debe de ser (¿quién lo duda?)  
Quien ha menester perdón;  
Yo no; que donde no hay culpa,  
El perdón está de mas.  
¿De qué servirá la cura  
Donde jamás hubo herida?  
No hay respuesta sin pregunta,  
Satisfacción sin agravio,  
Ni sin delito disculpa

LOTARIO.

(Ap. ¡Vive Dios, que estoy corrido!  
El temor me cegó; nunca  
Es mi turbación.) Rugero,  
Si agradecido me escuchas,  
No fué porque en mi favor  
Agora el perdón resulta,  
Sino por ver olvidada  
La ofensa, que siendo tuya,  
Publiqué yo. Esto agradezco  
Solamente.

RUGERO.

¿Que aun procuras  
Desmentir esos colores,  
Que en tus mejillas dibuja  
El temor?

LOTARIO.

¿Temor en mí?

(Mele mano á la espada.)

AURORA.

¿Lotario! ¿la espada empuñas?  
¿Rugero! ¿qué es esto? ¿Es bien  
Que esto en mi presencia sufra?

LOTARIO.

Esa mi brazo detiene.

Esa me enfrena.

DIANA. (Ap. á Aurora.)

¿Qué juzgas  
Desta experiencia?

AURORA.

No sé;  
En pié se queda la duda.—  
Si bien voy mas consolada,  
Y por mostrar que no turban  
Mi pecho las novedades,  
Llegue á la orilla la urca;  
Entrad, Lotario, conmigo  
(Ap. Desta manera se excusa



Su muerte, quedando solos,  
Y la sospecha importuna  
Que de mi amor resultara.  
Si á Rugero en tales dudas  
Nombrara.) Quedaos, Rugero.

DIANA

Yo, con la licencia tuya,  
No entraré en el mar, señora.

AURORA

Ya sé que del mar no gustas

DIANA.

Resisto mal su rigor.

AURORA.

Quédate en tierra. (Ap. ¡Ay fortuna,  
Y cuántas veces amor  
A su costa disimula!)

LOTARIO.

Llegue la urca á la orilla,  
Voces dulces y confusas  
Rompan los vientos, y todas  
Saluden al alba juntas.

### ESCENA III.

RUGERO, despues ALEJO.

(Cantan dentro.)

En vano se atreve, en vano,  
A quien la suerte no ayuda;  
Que el valor da la osadía,  
Y el galardón la fortuna.  
Quien no tiene ventura,  
Ofensas halla donde agrados busca.

RUGERO. (Repitiendo.)

¡ Quien no tiene ventura,  
Ofensas halla donde agrados busca!

(Sale Alejo.)

ALEJO.

Quiero preguntarte, ¿ á quién  
Tales suspiros envías?  
Dime, amante Jeremías  
De Boña Jerusalem.  
¿ Hay lamentación de amor?

RUGERO.

Vuelve, Alejo, al mar cruel,  
Verás mi desdicha en él,  
Oirás en él mi dolor.

ALEJO.

Ya volvi, y cuando temia  
Escuchar de un monstruo fiero:  
« ¡ Ay de tí, triste Rugero,  
Si no lloras noche y día! »  
Quieto miro el mar: no creo  
Que será tu dolor mucho,  
Pues dulce música escucho,  
Y un dorado barco veo  
Solamente.

RUGERO.

Pues advierte

Que, aunque quieto el mar se ostenta,  
Yo estoy corriendo tormenta,  
Yo estoy bebiendo la muerte.  
Estas voces que has oído  
Con amorosa atención,  
Exequias, exequias son  
De la vida que he perdido.  
El barco ataud famoso  
Es, que dice: En este puerto  
Yace un desdichado, muerto  
A manos de un venturoso.  
En él Lotario y Aurora  
Van, y la voz me asegura,  
Que quien no tiene ventura,  
En vano suspira y llora.

ALEJO.

A caber consuelo en tí,  
Solo lo pudiera ser,  
Cuando ves el barco, ver  
Que si va Lotario allí,

También los músicos van,  
Que los favores de Aurora  
Los estorbarán ahora,  
Y después los cantarán:  
Tú sabrás cuánto han hablado.  
Muy triste Marte se vió,  
Por saber quién le contó  
A Vulcano su cuidado,  
Y díjole el vil herrero:  
¿ No he de saber cuánto pasa  
Y no pasa, si en mi casa  
Tengo músico y cochero?  
Pero dejando esto, mucha  
Es mi turbación. Señor,  
Porque en el harco un rumor  
De tristes voces se escucha.

RUGERO.

¿ No ves que les hace guerra,  
Y que no les da lugar,  
Para poderse acercar,  
Un viento que de la tierra  
Los aparta?

ALEJO.

Ya los remos

Resistirán su rigor.

RUGERO.

Y ya con fuerza mayor  
Tierra y mar en sus extremos  
Luchan con violencia sinu;  
Y él que sus furias desata,  
Montes fabrica de plata,  
Torres levanta de espuma.  
Todo el reino de cristal,  
Monstruo de vidrio, gigante  
De zafir, es nuevo atlante  
De la esfera celestial.  
Tanto se atreve violento,  
Que ya será Aurora bella  
Nuevo signo, nueva estrella,  
Nueva luz del firmamento.

ALEJO.

Ya en los abismos se encierra.

RUGERO.

Entre las ondas veloces  
Sirvan de norte mis voces.  
¡ Ah patron; á tierra, á tierra!

ALEJO.

Ya triste y desesperado,  
Sin remedio alguno, choca  
En esa desnuda roca.

RUGERO.

Ya roto y despedazado  
En breves partes está.

ALEJO.

Bien de los celos de Anrora  
Estarás vengado ahora.

RUGERO.

Argos su vista me da,  
O el cielo quiere que vea  
( Tanto la piedad le mueve )  
Que en guerras de nieve á nieve,  
Cristal con cristal pelea:  
Y así entre los dos violento,  
Seguro podré liar  
Tanto fuego á tanto mar,  
Tanta llama á tanto viento.

ALEJO.

Señor, ¿ qué intentas? ¡ Señor!

RUGERO.

No hay peligro en que repare.  
( Arrójase al mar. )

ALEJO.

¡ Leandro te valga y ampare,  
Que es amante nadador!  
Poco riesgo le amenaza,  
Aunque el mar se haya alterado,  
Que de todo enamorado  
La cabeza es calabaza.

Mas yo, que no sé nadar,  
Rompiendo vientos veloces,  
Con mis lastimosas voces,  
Animo les quiero dar:  
Todo mortal abadejo,  
Que agora en remojo muere,  
Salga a tierra si pudiere.  
Tome de mi este consejo. ( Vase. )

### ESCENA IV.

RUGERO, trayendo en sus brazos  
desmayada á AURORA.

RUGERO.

Si en los brazos se ofrece  
Nuevo sol, de las ondas dividido,  
Hoy diré que amanece  
Segunda vez, segundo oriente ha sido  
Ese reino de plata,  
A cuyo abismo el cielo se desata.  
Mas ¡ ay de mí! ¡ qué miro!  
Nuevo dolor, nuevas desdichas creo,  
Mayor estrago admiro,  
Si la llama que traigo helada veo,  
En cuya sombra oscura  
Duerne el sentido y vela la hermosura  
¡ Ah mi bien! ah señora!  
Oye siquiera quejas repetidas  
De una alma que te adora,  
Y que rindiera á tu beldad mas vidas  
Que el mar sediento bebe.  
Ni oye, ni ve, ni alienta, ni se mueve.  
El cristal de su mano  
Helado yace, pálido el semblante;  
Piedad espero en vano.  
¡ Oh clavel deshojado, oh flor fragante,  
Oh maravilla fría,  
Cuya edad es el término del día!  
Ni el eco me responde,  
Ni sé qué ordene agora el albedrío.  
Iré á ver si hay adonde  
Pueda llevar este cadáver frío.  
Tú en tanto, peña dura,  
Depósito serás de su hermosura.  
( Reclínala sobre un peñasco, y vase. )

### ESCENA V.

LOTARIO. — AURORA, desmayada.

LOTARIO.

¡ Qué dulce cosa es la vida!  
Agonizando me saca  
El ansia de vivir, siendo  
De mi tormenta la tabla.  
¡ Oh madre tierra, qué bien  
Me recibes! dulce patria  
Eres. ¡ Mal haya quien fia  
Del viento sus esperanzas!  
En un punto, en un instante  
Sierras y edificios de agua  
Me coronaron de nubes,  
Y en otro abismo de plata  
Me escondieron, siendo el barco  
Al medir esta distancia,  
En monumento de arena  
Pálida tumba y mortaja.  
¡ Oh cuántas vidas le debes  
A la tierra! Mas de cuantas  
Tu hambriento rigor destruye,  
Tu sedienta furia acaba,  
Ninguna, ninguna ( ¡ ay cielos! )  
Causará desdicha tanta,  
Como la infeliz Aurora.  
Lloren aquesta desgracia  
Cielo, sol, luna y estrellas,  
Tierra, viento, fuego y agua:  
Y yo mas que todos llore;  
Llore, pues no pude darla  
Favor, cuando agonizando  
La vi en las ondas. El alma  
Parece que me repite,  
( Reparando en Aurora. )  
Entre sombras y fantasmas,

La misma imagen. ¡Ay cielos!  
 ¡Si es idea que retrata  
 Mi ilusión y mi deseo?  
 Mas no, verdades son claras,  
 Pues veo entre aquestas peñas,  
 Pálida, triste y helada  
 A Aurora. Sin duda el mar  
 La arrojó de sus entrañas  
 A esta orilla, por no ver  
 Sus estragos y venganzas;  
 O indigno de merecerla,  
 De sus ondas la trasladó  
 A este monte, como suele  
 Dejar en conchas de nácar  
 Las perlas que el mar concibe,  
 Hijas del sol y del alba;  
 O como entre los peñascos  
 Desde sus ondas saladas,  
 Envuelta en blancas espumas  
 La ballena escupe el ambar.  
 ¡Ay de ti, Aurora infelice!  
 ¡Ay Aurora desdichada!

AURORA. *(Volviendo en sí.)*

¿Dónde estoy? ¡Válgame el cielo!  
 ¿Quien me nombra? ¿quién me llama?

LOTARIO.

Quien llorando está tu muerte,  
 Y ya rendido á tus plantas,  
 En venturosas albricias  
 De tu vida, ofrece el alma;  
 Quien vive, si vives tú;  
 Quien, si tú mueres, se mata,  
 Porque mas tu vida estima.

AURORA.

¿Quién, sino amor, intentara  
 Tan peligrosa fineza  
 Y tan venturosa hazaña?  
 Pues me respondes quién eres,  
 Oye, y con mucha mudanza  
 Sábrase quién soy. Yo soy quien  
 De tu valor obligada,  
 A tu amor agradecida,  
 Despues de experiencias tantas,  
 Esta por última estima.  
 La vida te debo; basta  
 Que reconozca la deuda  
 Por lo ménos quien no paga.

LOTARIO.

*(Ap.)* ¿Qué es lo que escucho? Si aquí  
 Me ofrece con mano franca  
 Sus favores la fortuna.  
 Ningun temor me acobarda.  
 Si el mar la arrojó piadoso,  
 Y ella piensa que la amparan  
 Mis brazos, á nadie ofendo  
 En concederlo.) No haga  
 Tales extremos tu Alteza  
 Con quien no la sirve en nada.

AURORA.

Mucho te debo.

LOTARIO.

Es engaño;  
 Pues con sola una palabra,  
 Cuando la vida me debas,  
 Mas que me debes, me pagas.

#### ESCENA VI.

DIANA, CELIO; despues RUGERO y  
 ALEJO. — AURORA, LOTARIO.

CELIO.

Hácia esta parte los vi  
 Desde aquellas peñas altas.

DIANA

¿Es posible que te veo? *(A Aurora.)*  
 No lo creo.

AURORA.

Sí, Diana,  
 Posible es, porque a Lotario

Le debo ventura tanta.  
 El, á riesgo de la vida,  
 Me ha librado.

LOTARIO.

Mucho agravia  
 Tu Alteza á quien no la sirve.  
*(Salen Rugero y Alejo.)*

RUGERO.

Entre aquestas peñas pardas  
 La dejé, habiendo sacado  
 Un rayo sin luz, sin llama  
 Una antorcha, una venera  
 Sin aljôlar, una caja  
 Sin joya; que esto es al fin  
 Una hermosura sin alma.

ALEJO.

A las voces que tú diste,  
 Discurriendo á partes varias,  
 Como yo, desde esas quintas  
 Todos los vecinos bajan;  
 Y aun me parece que veo,  
 Si no es que el temor me engaña,  
 Viva á Aurora.

RUGERO.

Vuestra Alteza  
 Me dé, señora, sus plantas,  
 Y viva felices años,  
 Siempre activa, siempre ufana,  
 Mas que el sol estrellas dora,  
 Y flores matiza el alba.  
 Apenas desde esta orilla  
 Vi que los cielos desatan  
 Las furias, y que en un punto  
 Gime el viento y el mar brama:  
 Apenas vi el harco pobre,  
 Cómo zozobrando andaba,  
 Poca victoria del viento,  
 Fácil despojo del agua;  
 Apenas vi que en la roca  
 Se quiebra y se despedaza,  
 Cuando...

AURORA.

Arrojándos al mar,  
 Y nuevo bajel con alma,  
 Haciendo remos los brazos  
 Sujetasteis su arrogancia;  
 Y recibíendome en ellos,  
 De entre espumosas montañas  
 Me sacasteis. ¿No es verdad?

RUGERO.

Sí, señora.

AURORA.

Si esperara  
 Aqnesc favor de vos,  
 Muriera en mi confianza:  
 Peligrosa enfermedad,  
 Que hoy á muchas necias mata.  
 Si no llegara Lotario  
 Antes que vos, ¡qué burlada  
 Me hallara, señor Rugero,  
 Librando en vos mi esperanza!  
 ¡Mi muerte pudisteis ver  
 Desde la orilla con tanta  
 Flema, y al mar no os echásteis?  
 ¡Poco amor! Lotario estaba  
 Hoy en su mismo peligro,  
 Y pudiera, sin que en nada  
 Fuera culpado, salvar  
 Su vida; y aventurarla  
 Quiso por librarme á mi;  
 Y es fineza mas bizarra  
 La que, sin temer peligros,  
 De un riesgo á otro riesgo pasa.

RUGERO.

¿Que Lotario os libró?

AURORA.

Sí.

ALEJO.

¿Qué Lotario ó qué Lotaria?

AURORA.

Mucho quereis vuestra vida,  
 Sois muy temeroso de agua.

RUGERO.

¿Dícelo él?

AURORA.

Yo lo digo.

RUGERO.

Pues si tú lo dices, basta.  
 Es Lotario mas dichoso.

ALEJO.

¡Vive Dios!...

RUGERO.

Alejo, calla,  
 Que es quien lo dice su Alteza.

ALEJO.

Miente su Alteza.

RUGERO.

¿Que aun hablas?  
 Vive tú y vive dichosa *(A Aurora.)*  
 Por siglos y edades largas,  
 Y háyate dado la vida  
 Quien quiera que pudo darla;  
 Que á mí, como vivas tú,  
 Solo el saberlo me basta.  
 Solo te responderé  
 Al temor con que me infamas,  
 Que estoy mojado, y no pude,  
 Teniendo paciencia tanta,  
 Mojarme desde la orilla.

AURORA.

Bien está, Rugero, hasta.  
*(Vase con Diana)*

LOTARIO. *(Ap.)*

Yo no busqué la ocasion;  
 Pero no he de despreciarla.  
 Que no he de cerrar la puerta,  
 Si se entra la dicha en casa.  
*(Vase con Celio)*

#### ESCENA VII.

RUGERO, ALEJO.

ALEJO.

¡Buenos habemos quedado!

RUGERO.

¿Hay estrella mas contraria?  
 ¿Hay vida mas perseguida?  
 ¿Hay suerte mas desdichada?  
 ¿Hay hombre mas infelice?

ALEJO.

¿Hay mujer mas temeraria?  
 ¿Hay Lotario mas dichoso  
 En cuantos Lotarios se hallan?  
 ¿Hay hombre mas desgraciado,  
 Ni hay lacayo con tal plaga  
 Que oyendo lamentaciones  
 De la noche á la mañana,  
 Esté en tinieblas de amor?

RUGERO.

¿Lotario la libró?

ALEJO.

Calla,  
 Que es quien lo dice su Alteza.

RUGERO.

¿Qué haré?

ALEJO.

Enjugarte.

RUGERO.

Daré...  
 ¿Qué traza

ALEJO.

Irte á una chimenea.

RUGERO.

Para que hoy Aurora salga  
 Deste engaño?



ALEJO.  
Echarla dél.  
RUGERO.

¿Cómo...

ALEJO.  
A coces y á puñadas.  
RUGERO.

Diré que fui quien la dió  
La vida?

ALEJO.  
Llegando á hablarla.

RUGERO.  
¿Qué me dirá, si la digo  
Hoy, Alejo, que se engaña  
En pensar que fué Lotario?

ALEJO.  
Diráte muy remilgada:  
Mucho queréis vuestra vida;  
Sois muy temeroso de agua.

RUGERO.  
¡Maldígate el cielo, amen,  
Pues eso me dices!

ALEJO.  
Calla,  
Que es quien lo dice su Alteza.

RUGERO.  
Pues si ella lo dice, basta;  
Y yo la hago juramento  
Que en la guerra con las armas,  
Y con mi hacienda en la paz,  
He de servirla y amarla,  
Sin que sepa que yo soy;  
Pues no pretende mas fama  
Ni mas agradecimiento,  
Que amar quien de veras ama. (Vanse.)

### ESCENA VIII.

ESTELA, EL CONDE DE RUISELLON;  
después ALEJO y SOLDADOS.

RUISELLON.  
Ya desde aquí la illustre Barcelona  
Se mira opuesta á la celeste lumbre,  
Pues á la luz del alba se corona,  
Opuesta al ceño de una y otra cumbre.  
El mar, que sus extremos aprisiona,  
Mucha prision da á mucha pesadumbre,  
Cuando en su terso espejo nos retrata  
La luna de zafir ceñida en plata.

ESTELA.  
¿Qué puede responder, illustre Conde,  
La que tan obligada teme y duda?  
Harto el silencio con callar responde,  
Harto dice la lengua á veces muda;  
Pues si el concepto, que en el alma es-

[conde,  
No es posible que igual al labio acuda,  
Calla quien ama á extremos semejantes;  
Que el silencio es retórica de amantes.  
Solo me pesa que esta quinta sea,  
Y la tierra que ocupa nuestra gente,  
La hacienda que destruye y que sa-

[quea.  
De Rugero mi primo: porque ausente  
Ni contra mí ni en mi favor pelea.

RUISELLON.  
Es Rugero mi amigo, y si presente  
En Barcelona á esta ocasión se hallara,  
La verdad defendiera y amparara.  
No ha sido esta eleccion, ha sido en-

[gaño  
A fuerza por el sitio que hemos pucsto;  
Mas fácil es de redimir el daño  
Después de la victoria.

(Salen dos soldados con Alejo preso.)

SOLDADO 1.º

Llegad presto.

ALEJO.  
Lléguenme ellos á mí (¡rigor extraño!),  
Si importa. (Ap. ¡En mil peligros estoy  
[puesto!)

SOLDADO 2.º  
Este hombre hemos hallado....

ALEJO.  
Engaño ha sido.

SOLDADO 2.º  
¿Por qué? Di.

ALEJO.  
Porque no estaba perdido.  
SOLDADO 1.º  
Que solo hacía tu campo se venía,  
Y espía parece.

ALEJO.  
Preguntarle quiero,  
Para enmendarme, ¿en qué parezco  
[espía?

RUISELLON.  
¿Quién eres?

ALEJO.  
Un lacayo, hacía escudero.  
De un desdichado que en la traza mia  
Conoceréis, de un pobre caballero.  
Cuya hacienda, honra y vida es des-  
[graciada:

Sirvo en fin á Rugero de Moncada:  
Desgraciado en la hacienda, pues ahora  
En un punto la suya ve perdida:  
En la honra, pues siempre dél se ignora  
La alabanza que tiene merecida;  
Y en la vida tambien, pues sirve á Au-

[rora,  
Que le aborrece, y de su honor se ol-  
Y llévase tras sí mi poca dicha, [vida.  
Que es de participantes su desdicha.

ESTELA.  
¿Que Rugero mi primo en Barcelona  
Sirve en esta ocasión á Aurora bella?

ALEJO.  
Mas valiera que no; pues su persona  
Ni es estimada, ni se acuerdan della.  
Y si aquea hermosura que te abona  
Llegara mi señor á conocella,  
No fuera contra tí.

ESTELA.  
¿Que mal contento  
Rugero está de Aurora?

ALEJO.  
Así lo siento.  
Que un pobre caballero, que ha venido  
De tan largas ausencias empeñado;  
Que á riesgo de su vida la ha servido  
En mas de una ocasión; que se ha mos-  
En su defensa fuerte y atrevido; [trado  
Que la sirve su hermana, y no le ha dado  
Una ayuda de costa ni un sustento,  
Claro se ve que no estará contento.  
Solo á mi tiene ayuda desta costa,  
Que le ayuda á gastar lo que no tiene;  
Y á tí cuyo rigor pienso que á posta  
Hoy á acabar con sus haberes viene;  
Pues hoy su poca hacienda por la posta  
Tu gente ha despachado, y no previene  
Otra esperanza: todo cuanto habia,  
Guardado en esta quinta lo tenia;  
Y tan guardado está, que eternamente  
Lo verá de sus ojos.

ESTELA.  
Si Rugero,  
Como tan cuerdo, sabio y tan prudente,  
Y al fin como tan noble caballero,  
Ya que de Aurora esos rigores siente,  
A mi campo se pasa, hacerle espero  
Tanta merced, que su valor no ofenda  
Falta de galardón, fama ni hacienda.  
Y tú, porque lo digas así, vete  
Libremente, y tambien dirás á Aurora

La victoria que el cielo me promete  
Sañendo desta empresa vencedora.

RUISELLON.  
Descuidados están, y si acomete  
De improviso la gente, ¿quién ignora  
Que ya la fama en tu alabanza vuela?  
Vámonos, pues, llegando.  
(Tocan cajas.)

TODOS.  
¡Viva Estela.  
(Vanse.)

Jardín del palacio de Aurora.

### ESCENA IX.

LOTARIO, DIANA; AURORA, dur-  
miendo y con un ramillete de flores  
en la mano.

LOTARIO.  
¿Qué hace su Alteza?

DIANA.  
Reñidida  
Al temor que discurrió  
Sus sentidos, se quedó  
En una silla dormida  
En este jardín.

LOTARIO.  
Y en él  
Serán con su vista hermosa,  
Sus mejillas nueva rosa,  
Sus labios rojo clavel.

DIANA.  
No te acerques, y despierte  
Con el ruido.

LOTARIO.  
¿Qué temor,  
Puede acobardar mi amor?  
Puede contrastar mi suerte?

Si dicen que la fortuna  
Favorece al atrevido,  
Yo, que tan dichoso he sido,  
No pienso perder alguna.  
Mas ya á su hermoso arrebol  
Hacen mis sentidos salva;  
Hoy en los brazos del alba  
Desmayado he visto al sol.  
En su blanca mano tiene  
Unas flores; si es Aurora  
Del cielo, en la tierra es Flora,  
Pues sembrando rosas viene.

¿Si me atreveré á tomar  
Aquel ramillete? Si;  
Pues si dijeren que fui  
Atrevido, disculpar  
Puedo atrevimiento igual.  
Las rosas, responderé,  
De Aurora no las quité,  
Sino de un bello rosal.  
Esta arena blanda y bella  
Salpica una clara fuente;  
Húmeda está, fácilmente  
Diré mi ventura en ella.

(Escribe en la arena con el dedo.)  
«El que á tu rara belleza  
Aquellas flores hurtó,  
El alma en prendas dejó,  
Que esta es la mayor riqueza.» (Vase.)

### ESCENA X.

RUGERO, con un cofrecillo de joyas.—  
AURORA, dormida.

RUGERO.  
Sin que ninguno me vea  
Hasta el jardín he llegado;  
Pienso que el cielo me ha dado  
La ocasión que amor desea;  
Que en él Aurora dormida  
Está, y por no despertarla,

Todos quisieron dejarla.  
 ¡Oh nueva luz, nueva vida  
 De las plantas! Aunque oscura  
 La nube del sueño esté,  
 Bien por los claros se ve  
 El cielo de tu hermosura.  
 Aquí las joyas pondré,  
 Sin que diga cuyas son,  
 Pues en aquesta ocasión  
 Sus muchos alcances sé.  
 Letras en la blanda arena  
 Deste jardín (¡ay de mí!)  
 A sus plantas? Dice así,  
 Si es que acierto á leer mi pena:  
 «El que á tu rara belleza  
 Aquellas flores hurtó,  
 El alma en prendas dejó,  
 Que esta es la mayor riqueza».  
 Otro, antes que yo, llegó,  
 Y con intentos mejores.  
 Pues él vino á llevar flores,  
 Y á dejarlas vengo yo.  
 Borrará el mote amoroso:  
 No sabrán que aquí llegó:  
 Húrtele la dicha yo,  
 Que á un traidor, un alevoso.  
 Señas pondré, que por ellas  
 No se sepa quién ha sido  
 El que ha llegado y traído  
 Aquí estas joyas bellas.  
*(Borra lo que estaba escrito, y escribe.)*  
 «Quien en aquesta ciudad  
 Guerra espera por momentos,  
 A tales atrevimientos  
 Da licencia: perdonad.» *(Vase.)*

### ESCENA XI.

AURORA, despertando.

Hola, ¿qué es esto? Que aquí  
 Ruido senti, juraría;  
 Pero en las hojas sería  
 El viento. Mas no: si aquí  
 Un pequeño cofre veo,  
 Cierto es que alguno llegó,  
 Y que él también me llevó  
 El ramillete. No creo  
 Que haya ladrou tan felice,  
 A quien dé el sueño tirano  
 Tales prendas de mi mauo.  
 Pero así un rótulo dice:  
 «Quien en aquesta ciudad  
 Guerra espera por momentos,  
 A tales atrevimientos  
 Da licencia: perdonad.»  
 ¡Diana!

### ESCENA XII.

DIANA, y luego LOTARIO.—AURORA.

DIANA.

Señora.

AURORA.

Dí,

¿Quién en el jardín entró  
 Estando durmiendo yo?

DIANA.

A Lotario solo vi.

AURORA.

Mal el testigo primero  
 Empieza á decir: ¡Ay triste!  
 ¿Como Lotario dijiste,  
 No dijeras, á Rugero?

*(Sale Lotario.)*

LOTARIO.

¿Como se siente tu Alteza?

AURORA.

Mala estoy, mi muerte creo,  
 Pues cuanto oigo y cuanto veo  
 Todo me cansa tristeza.

*(Ap. Y es verdad, pues te oigo á tí,*

Y en ti veo aqueas flores  
 Cuyos vistosos colores  
 Sou veneno para mí.  
 Cada matiz diferente  
 Una yerba es ponzoñosa,  
 Un áspid es cada rosa,  
 Cada flor una serpiente.  
 Pero quizá será engaño,  
 Que acaso pudo cogellas.  
 Así sabré si son ellas,  
 Y máteme el desengaño.)  
 ¿Que flores habeis cogido  
 Del jardín?

LOTARIO.

Las que aquí veis  
 En cuyo enigma sabréis  
 Que cifras de amor han sido.

AURORA.

¿Por qué?

LOTARIO.

Porque el alma llena  
 De temor dice que tiene  
 Un bien perdido, y no viene  
 A ser torre sobre arena.  
 Es una dicha soñada,  
 Pues el cielo permitió  
 Que pueda tenerla yo;  
 Es una ventura hurtada,  
 Pues, sin voluntad del dueño,  
 Hoy en mis manos la ves.  
 Y con saber que al fin es  
 Hurto, fantasía y sueño,  
 No me costó muy barato:  
 Que sabe amor lo que fué  
 Lo que por prendas dejé.

AURORA.

Ya ¿qué pretendo? ¿Qué trato  
 De desengañarme mas?  
 Si en cifra, sueño y arena,  
 Gloria hurtada y propia pena  
 Bastantes señas me das?  
 Tú, que con extremo igual  
 Cada momento me pones  
 En nuevas obligaciones,  
 Ya altivo, ya liberal,  
 No sé, no sé cómo diga  
 Que venciste mi desden;  
 Porque no es mujer á quien  
 Un buen término no obliga.  
 Si fué contra ti algun día  
 Esquiva mi voluntad,  
 Ya tu liberalidad,  
 Tu agrado, tu cortesía  
 La venció, y así se ofrece  
 Mas agradecida ya.

LOTARIO.

*(Ap. ¡Válgame Dios! ¿qué será  
 Lo que tanto me agradece?)*  
 Si porque el alma he dejado  
 En prendas (que yo no sé  
 Si otra cosa te dejé)  
 Destas flores, te ha obligado,  
 No fué liberalidad.

AURORA.

Amorosos pensamientos  
 A tales atrevimientos  
 Dan licencia: perdonad.  
 Muy bien el mote entendí,  
 Y estimé lo que mostró  
 Tu amor liberal.

LOTARIO.

Si yo

En el arena escribi  
 Que el alma en prendas dejaba  
 Destas flores, verdad fué,  
 Pues solo el alma dejé,  
 Que es lo que mas estimaba.

AURORA.

¿Qué bien tu cordura dice

Que lo una vez ofrecido  
 Nunca ha de ser repetido!

LOTARIO. *(Ap.)*

¡Hay confusion mas felice! *(Vase.)*

### ESCENA XIII.

RUGERO, ALEJO.—AURORA, DIANA.

RUGERO.

¿Ya qué tengo que esperar?

ALEJO.

Esto es, señor, lo que pasa:  
 Estela vive en tu casa,  
 Sin quererla tú alquilar.

RUGERO.

¡Válgame el cielo!

AURORA.

¿Qué es eso?

RUGERO.

Señora...

ALEJO.

¿Qué desvario!

RUGERO.

Un suceso como mío,  
 Sabrás que es malo el suceso.  
 Estela en mi quinta ha entrado,  
 Y mi hacienda ha destruido.

ALEJO.

Y pagarnos no ha querido  
 Auu medio año adelantado.

AURORA.

¿Cuándo os tengo de escuchar,  
 Ó cuándo quereis que os vea,  
 Decid, decid, que no sea  
 Para darme algun pesar?  
 Nunca habeis llegado á verme  
 Que no haya sido anunciando  
 Desdichas. ¿Andais buscando  
 Malas nuevas que traerne?  
 De vos, Rugero, escuché  
 Si gente Estela tenía,  
 De vos supe que venia,  
 De vos, que ha llegado sé.  
 ¿Qué es esto? ¿Tanto os holgais  
 De las penas que advertís,  
 Que todas me las decís,  
 Y ninguna remediais?  
 ¿Cuán al contrario se halla  
 En otro un amor tan justo,  
 Pues no diciendo el disgusto,  
 Aun el beneficio calla!  
 Y porque veais los dos  
 Qué haberme dado me niega,  
 Diana, ese cofre llega  
 De Lotario.

ALEJO.

¡Vive Dios!

RUGERO.

Calla.

ALEJO.

Que este es de Rugero....

RUGERO.

¿Qué dices?

ALEJO.

Y que él ha sido....

RUGERO.

¡Mientes!

ALEJO.

Quien eso ha ofrecido.

AURORA.

¿Tambien vos sois embustero?

ALEJO.

¡No están los embustes malos.  
 Pescadas las joyas!

AURORA.

¿Vos



Flirgis así? ¡Vive Dios,  
Que haga mataros á palos!

ALEJO.

Morir yo á palos no puedo.

AURORA.

¿Cómo os libraréis?

ALEJO.

Muy bien;

Porque ántes que me los dén...

AURORA.

¿Qué?

ALEJO.

Me moriré de miedo.

AURORA. (A Rugero.)

Vos, que siempre me teneis  
Una pena prevenida,  
No me habéis en vuestra vida;  
Que yo sé que excusaréis  
Mil disgustos; porque creo  
Que nunca es para alegrarme,  
Y sé que venís á darme  
Un pesar siempre que os veo;  
Porque á tal punto ha llegado,  
Como dicen, el temeros,  
Que ya no quisiera veros,  
Ni baberos visto pintado.

(Vase con Diana)

RUGERO.

Si siempre que á veros vengo  
Un disgusto se os previene,  
Nadie da lo que no tiene,  
Y así doy yo lo que tengo.  
¿Cómo ha de dar alegría  
Quien siempre tiene tristeza?  
Parto así con tu belleza  
El caudal y hacienda mia.  
Pues sirviéndos en secreto,  
Dirá una cifra desde hoy  
En mi escudo, que yo soy  
En amar el mas perfecto;  
Porque en mi suerte importuna  
Quede el cielo satisfecho.  
Examinando en mi pecho,  
Lances de amor y fortuna.

## JORNADA TERCERA.

Casa pobre en que vive Rugero.

### ESCENA PRIMERA.

ALEJO, RUGERO, con un escudo, pintadas en él cuatro eses, y una banda en el rostro.

RUGERO.

Guarda, Alejo, ese escudo,  
Para que su concepto quede mudo,  
Donde nadie le vea,  
Y por sus señas conocido sea.

ALEJO.

Cuéntame pues ahora  
Lo que ha pasado.

RUGERO.

Di la vida á Aurora;

Porque muerto el caballo...

ALEJO.

¡Mal haya quien tal dió!

RUGERO.

Calla.

ALEJO.

Ya callo.

RUGERO.

Cayó rendida en tierra,  
Cuando el furor de la trabada guerra  
En la campaña hacia  
Una esfera de fuego, y mi osadía  
Levantó al sol del suelo.  
Atlante fui, la máquina del cielo

Entre rayos y asombros  
Felice aseguré sobre mis hombros,  
Cuando, para mas gloria,  
Ya su gente cantaba la victoria.

ALEJO.

¿Y al fin allí dijiste  
Quién eras?

RUGERO.

No hice tal.

ALEJO.

¿Qué mal hiciste!

¿Esperas pues que con azar mas fuerte  
Un fullero de amor trueque la suerte?

RUGERO.

No es posible, que tengo  
Señas muy claras; ántes me prevengo  
A la mayor venganza.

ALEJO.

¿Si él tambien á saber la seña alcanza,  
Y mete á su provecho  
En garitos de amor el naípe hecho?

RUGERO.

No es posible, ni puede;  
Porque entónces el cielo le concede  
A Aurora el desengaño  
Mejor, porque verá...

ALEJO.

Temo tu daño.

RUGERO.

Si esta accion se atribuye, [guye;  
Que hizo así las demas, pues, bien se ar-  
Que el que en esta la miente  
En todas ha mentido.

ALEJO.

Así lo siente

Un eofrade, que dice  
Que el mentir es la cosa mas felice,  
Y el estar uno loco, [eo.  
Porque es de mucho gusto, y cuesta po-

RUGERO.

En fin vine rodeando largo espacio;  
Que como vivo á espaldas de palacio.  
Alejo, no quisiera [guiera.  
Que alguien me viera entrar, ó me si-

ALEJO.

Y vienes tan contento,  
Como si te esperara un opulento  
Banquete, donde hallaras  
En blancas mesas diferencias raras  
De cazas de la tierra, aves del viento,  
Peces del saladísimo elemento.  
Pues ya no hay que comer hasta este  
Si no te comes una pierna mia: [dia,  
Pues que empeñar, en casa  
Están nuestras alhajas tan por tasa,  
Que si no empeño agcra  
Algunos palos que me preste Aurora,  
Defendiendo á Lotario,  
No tengo nada encima.

RUGERO.

¿Oh tiempo vario!

¿Oh inconstante fortuna!

¿Oh riguroso hado! ¿Oh importuna

Suerte!

(Al hacer extremos Rugero da á Alejo  
un golpe en el rostro.)

ALEJO.

¿Cuerpo de Cristo!

Las estrellas jurara que había visto.

RUGERO.

Admiro así mi estado.

ALEJO.

Admírate otra vez de csotro lado,  
Que un duende no tuviera  
Mano de hierro mas pesada y fiera.  
¿Con qué, Señor, me diste?  
Pero ¿qué es lo que veo? ¿Bien hiciste!  
Otra vez te provoca,

Admírate otra vez, quiebra mi boca.  
¿Sortijon? diamantazo?  
No diera la de lana igual porrazo.  
¡Gracias á Dios, que al fin destos ex-  
Ya que vender tenemos! [tremos

RUGERO.

No tenemos.

ALEJO.

Que empeñar: no es muy malo. Yo es-  
[toy loco.

RUGERO.

Ni que empeñar tampoco.

ALEJO.

Pues duélame el porrazo, y diga ahora:  
¡Gracias á Dios que hay ya que dar á  
RUGERO. [Aurora!

Y dices bien, que para Aurora bella  
Es aquesta sortija. Hasta que á ella  
Se la dé, que esta caja honestamente  
La ha de guardar, el sol eternamente  
La ha de ver, hasta tanto  
Que la mire en sus manos.

ALEJO.

No me espanto;

Que una mujer que tanto lo agradece,  
Ese cuidado y mucho mas merece.

RUGERO.

De locuras acorta,  
Que no sabes, Alejo, lo que importa;  
Y es verdad, pues no sabes  
Que de mis hechos son señas tan graves,  
Que me la dió su mano  
Cuando la di la vida, y así es llano  
Que nadie hurtarle puede  
La dicha que el diamante me concede.  
(Siéntase Rugero en una silla, y qué-  
dase dormido.)

ALEJO.

Ni lo espero saber, pues ya no espero  
Vivir; pero quejarme solo quiero  
De que tu mano tal rigor prevenga,  
Que en penas semejantes,  
Para romperme las narices tenga,  
Y no para otra cosa, los diamantes.

Si de hambre murieses,  
¿Cómo hicieras despues? Y qué impor-  
La fama que dejaba [taba  
El caballero de las cuatro eses?  
¿No respondes? Rendido  
Al cansancio, ó la hambre, se ha dor-  
¿Oh qué sutil intento! [mido.  
Famoso es, si le logro, el pensamien-  
Si la sortija cojo, [to!  
Hago tres cosas; vengo aquel enojo  
De Aurora, pues á ella

Nunca se la dará; luego con ella  
Aseguro la vida de mi amor:  
Ladron piadoso de su honor me llamo,  
Viviendo deste modo,  
Y como yo, que importa mas que todo;  
Que una vez empeñada,  
Segura está la piedra, y mas guardada  
Para cuando importare.

(Mete la mano en el bolsillo de su amo,  
y sácale la caja.)

El dos de bastos meto. ¡Aqui me ampare  
Caco! La caja hallé. ¿Qué hermosa y bella  
Es la piedra! pondréle un canto en ella;

(Quítale la sortija, pónale una piedra,  
y vuélvele la caja al bolsillo.)

Que si él mismo no quiere que la vea  
El sol hasta que sea  
De Aurora, está con eso  
Mas engañado por el son y el peso.

(Golpes dentro.)

Llamaron á buen punto;  
Todo parece que ha llegado junto.

RUGERO, despertando.

¿Qué es eso?

ALEJO.  
Que han llamado  
A la puerta.  
RUGERO.  
¿Y quién es?  
ALEJO.  
Es un soldado.  
RUGERO.  
¿Soldado á mí? Entre pues.

### ESCENA II.

UN SOLDADO. — DICHOS

SOLDADO.  
Antes que bese  
Tus piés, deja admirarme de que fuese  
Tan humilde posada  
Palacio de un Rugero de Moncada;  
Y ahora dame tus manos.

RUGERO.  
Prolijos son excesos cortesanos,  
Y así su cumplimiento está excusado;  
Porque yo soy tambien pobre soldado.  
Decid, ¿qué me mandais?

SOLDADO.  
Solo quisiera  
Hablaros.

RUGERO.  
Pues, Alejo, salte afuera.  
ALEJO. (Ap.)  
Y yo lo deseaba.  
Rabiando por buscar á Celio estaba,  
Que me preste el dinero  
Con que comprar alguna cosa espero.  
(Vase Alejo.)

SOLDADO.  
Dijera los peligros que he pasado  
Hasta el haber llegado  
A vuestra casa, porque fuerza ha sido;  
Pero haste deciros que he venido  
Con ánimo y cautela  
Con esta para vos. (Dale una carta.)

RUGERO.  
¿Cuya es?  
SOLDADO.  
De Estela.  
RUGERO.  
¿Dichosa el alma vive!  
¿Estela á mí? Veré lo que me escribe.  
(Lee.) «Primo, yo he sabido vuestras  
» quejas, y vos no habeis ignorado mi  
» justicia; y así, para que quedemos yo  
» satisfecha y vos vengado, venid á mi  
» ejército, donde disculpare vuestros a-  
» gravios, adelantando vuestra persona.  
» Ahí van de primera muestra las joyas  
» que ese soldado lleva, y de creencia  
» esta carta. Dios os guarde.

» Vuestra prima ESTELA.»  
Si en una ocasion tan fuerte  
No os disculpara en rigor  
La exención de embajador,  
Yo mismo os diera la muerte.  
Pluma á queste acero fuera,  
Papel la tierra sucinta,  
Y vuestra sangre la tinta,  
Con que á Estela respondiera.  
Pero ya que os ha librado  
La ley que os aseguró,  
Decid á Estela que yo  
Jamás estuve engañado  
En la justicia de Anrora;  
Y que aunque tan pobre vivo  
Y quejoso, no recibo  
Esas joyas, y que ignora,  
Que, humilde y pobre, me fundo  
En que mas contento estoy  
Sirviendo así á Anrora hoy,  
Que siendo señor del mundo.  
Esto decid á su hermana,

Y llevad con el recado  
Las joyas, ántes, soldado,  
Que os eche por la ventana.  
SOLDADO.  
Obligarte pensé así,  
No ofenderte.  
RUGERO.  
Ya lo veo;  
Pero en mis dudas aquí  
Conmigo mismo peleó.  
¿Defiéndame Dios de mí!  
(Vase el soldado.)

### ESCENA III.

RUGERO.

Ya mi pecho desleal  
De la fortuna no es bien  
Quejarse en extremo igual:  
Ya me dió el bien; pero es bien  
Que vale ménos que el mal.  
¿Pero qué notable extremo  
De desdicha poner pudo  
Sombra al resplandor supremo?  
Mi desgracia; ¿qué bien dudo!  
Mi desdicha; ¿qué bien temo!  
Cuando aquesto á pensar llego,  
Fuego arrojo por despojos,  
Fuego á los aires entrego,  
Fuego vierto por los ojos;  
¿Que me abraso, fuego, fuego!

### ESCENA IV.

ALEJO, corriendo y trayendo que  
comer. — RUGERO.

ALEJO.  
¿Dónde está el fuego, señor,  
Que aquí no estoy satisfecho  
De su furia y su rigor?  
RUGERO.  
Bien dices, que está en mi pecho,  
Porque todo es fuego amor.  
ALEJO.  
¿De donde agora salió  
Tal frialdad, haber pudiera  
Fuego?

RUGERO.  
Sí, Alejo; ¿pues no?  
ALEJO.  
Por poco nos sucediera  
Hoy lo que le sucedió  
A un poeta con su ama.  
Como dicen que se inflama  
De un espíritu su pecho.  
De cuyo ardor satisfecho,  
Es el corazón la llama;  
El enfurecido estaba,  
Y tanto se divertía  
Del afecto que llevaba,  
Que todo cuanto escribía,  
A voces representaba  
Llegó al paso de un león,  
A aquella misma ocasion  
Que con la comida entraba  
El ama; y como él estaba  
Llevado de su pasión:  
¿Guarda el león! con voz fiera  
Dijo. Y el ama lijera,  
Que ya temió sus cosquillas,  
Con puchero y escudillas  
Rodó toda la escalera,  
Diciendo: ¡Ay Virgen sagrada,  
Librad á Mari-Guisada  
De sus uñas importunas!  
Quedando el amo en ayunas,  
Y la rucía ama rodada.  
No pienso que es menester  
Apicallo, cuando llego  
A casa con que comer.  
Y puesto que no hizo el fuego  
Lo que el león pudo hacer,

Siéntate á comer, pues ves  
Que te traigo qué, señor.

RUGERO.  
¿Con qué pagaré cortes  
Ahora tanto favor?  
ALEJO.  
Con no reñirme despues.  
(Llaman á la puerta.)  
RUGERO.  
¿Llaman á la puerta?

ALEJO.  
Sí.  
RUGERO.  
Quita todo esto de aquí.  
ESCENA V.  
UN CRIADO. — RUGERO, ALEJO.  
CRIADO.  
La condesa, mi señora,  
Que vais á palacio ahora.  
RUGERO.  
Iré, si la sirvo así. (Vase el criado.)  
Alejo, ya eu mi conceito  
Alta ocasion me prometo;  
Trae ese eseuo.—¡Oh si vieses  
Descifradas ya las eses  
Del amante mas perfecto! (Vanse.)

Sala en el palacio de Aurora.

### ESCENA VI.

LOTARIO, CELIO.

LOTARIO.  
¿Hiciste ese eseuo?  
CELIO.  
Sí,  
Pintadas las cuatro eses,  
Tal, que en los dos engañarse  
El mismo artifice puede.  
LOTARIO.  
Si el que vence por industria  
Se corona de laureles,  
Y es tan celebrado como  
El que por las armas vence;  
Y que hasta aquí en mi favor  
Tuve á la fortuna siempre;  
Pretendo, pues es mudable,  
Dejarla ántes que me deje,  
Y valerme del ingenio.  
Venga la industria la suerte,  
Que harto hace la fortuna  
Pues que la ocasion me ofrece.  
No fuera traidor, si el cielo  
No me biciera que lo fuese,  
Atribuyéndome glorias  
Que ya es fuerza que sustente;  
Demas de que por amor  
Ninguno este nombre tiene.

CELIO.  
Dices bien, y no lo fuera  
Mas al yerro que pretendes,  
Entre traiciones de amor  
Mezclar otras.

LOTARIO.  
¿De qué suerte?

CELIO.  
Hoy Alejo me pidió  
Que unos dineros le preste  
Sobre una sortija.

LOTARIO.  
Muestra.  
(Toma la sortija.)  
Prosigue, ¿qué te detienes?

CELIO.  
Díjale que me espere  
En su casa, y brevemente  
Le llevaria el dinero.



LOTARIO.

(Ella es!—¿Qué te suspendes?  
(Observando la sortija.)

CELIO.

Fui á su casa, y della vi  
Salir encubiertamente  
Y con recelo un soldado,  
A quien yo vi algunas veces  
Sirviendo al de Ruisellon.  
Dudé si era ó no, y halléme  
Tan empenado, que quise  
Seguirle, y vi claramente  
Que de la ciudad salia,  
Entre algunos mercaderes,  
Dislrazado y encubierto,  
De donde claro se infiere  
Que Rugero se cartea  
Con Estela.

LOTARIO.

Tú me ofreces  
Con una ocasion dos dudas:  
Y es una, pensar que ofende  
Rugero á Aurora; y la otra,  
Ver que este anillo parece  
A otro que he visto en sus manos;  
Y con mirar que es aqueste  
De tan extraña labor,  
Mas mis confusiones crecen.  
¿Pudo ser de Aurora?

CELIO.

Si.

LOTARIO.

Di, ¿cómo?

CELIO.

Muy fácilmente;  
Que Alejo es muy despejado,  
Y pudo ser se le diese  
Celebrando algun donaire.

LOTARIO.

Bien discurre, bien adviertes;  
Si es de Aurora, porque es suyo.  
Si no, porque lo parece,  
Toma el dinero que diste,  
Y el que Alejo te trajere,  
Que yo me quedo con él;  
Pues si Aurora no le tiene,  
Sin duda es suyo el diamante:  
Fuera de que no se puede  
Imitar tanto una piedra  
Tan perfecta y excelente.  
Tú, Celio, trae ese escudo,  
Y al descuido, si pudieres,  
Haz que Aurora te le vea,  
Y á este mismo puesto vuelve.

(Vase Celio.)

## ESCENA VII.

AURORA, DIANA.—LOTARIO.

AURORA.

(Ap. Amor, que en mi pecho vives,  
Amor, que en mi llanto mueres,  
Un día te doy de plazo,  
Un día de vida tienes;  
Pues si Rugero no es  
A quien mi pecho le debe  
Dos vidas en dos peligros,  
Y á quien di aquel excelente  
Diamante, tan prodigioso,  
Que desmentirse no puede;  
Diré, contando y midiendo  
Del tiempo las horas breves,  
De las horas los minutos:  
Corre veloz, porque llegue  
A un mismo tiempo á mi pecho  
O el desengaño, ó la muerte.)  
Lotario, ¿qué haces aquí?

LOTARIO.

Dándome estoy parabienes  
De que la divina fama

Hoy tus victorias celebre.

(Ap. ¿Cómo veré si el diamante  
En sus blancas manos tiene?)

AURORA. (Ap.)

¿Cómo sabré si este es?  
Diré mejor, ¿si no es este?

LOTARIO. (Ap.)

¿Qué ocasion podré tomar  
Para que los guantes deje?

AURORA. (Ap.)

¿Con qué ocasion saldré ya  
De confusiones tan fuertes?

LOTARIO.

Oi decir que en una mano  
Un golpe tu Alteza tiene.

AURORA.

Engaño, Lotario, fué.

LOTARIO.

No podré satisfacerme  
Del cuidado que he tenido,  
Si no es, señora, que llegue  
A verlas sanas.

AURORA.

Si á mi,  
Con ser mias, no me duelen,  
No querais mas desengaño.  
Peor pudiera sucederme,  
Si no llegara á aquel punto  
Un soldado tan valiente,  
Que me dió victoria y vida.

LOTARIO.

Eslo mucho quien bien quiere.

AURORA.

(Ap. ¿Qué espera mi sufrimiento?  
¿Mi desengaño, qué teme?  
¿Qué duda mi confusion?  
Muera, sabiendo que muere.  
No le hablaré en el diamante,  
Porque si acaso no es este,  
No se advierte para hacer  
Engaños. ¡Cielos, valedme!)  
Quisiera que me dijerais,  
Pues vuestro ingenio se atreve  
A competir con Apolo,  
De quien tanta luz le viene,  
¿Qué es lo quieren decir  
De un escudo cuatro eses?  
Buena ocasion os he dado;  
Pues siendo tan excelente  
Vuestro ingenio, mostrará  
En eso el valor que tiene.  
(Ap. Y bien he dicho el valor,  
¡Plegue á Dios que no lo muestre!)

LOTARIO.

(Ap. ¡Vive Dios, que estoy confuso!  
Mas no son precisas leyes  
De las enigmas y cifras,  
Decir una cosa siempre.  
Campo abierto es el ingenio;  
Decir varias cosas pueden  
Cuatro eses. Pues ¿qué dudo?  
Todo el ingenio lo vence.)  
Puesto que el ingenio mio  
No es tan grande, pues tú quieres  
Que descifre aquesas letras,  
Solo por obedecerte  
Y darte gusto, lo haré.

AURORA. (Ap.)

Ofrecióse fácilmente.

El es.

LOTARIO.

Acertar quisiera  
A agradarte.

AURORA. (Ap.)

Si eso temes,  
Acertarás á agradarme,  
Como á descifrar no aciertes.

## ESCENA VIII.

RUGERO, ALEJO.—AURORA, LOTARIO, DIANA.

RUGERO. (A Alejo.)

Guarda ese escudo, y ninguno  
Le vea. Si es que merece (A Aurora.)  
Mi boca besar tus plantas,  
Permiteme que las bese.

AURORA.

Para mi bien ó mi mal,  
Rugero, á buen tiempo vienes.

RUGERO.

¿Pues qué me mandas?

AURORA.

Que escuches

De Lotario lo que quieren  
Decir, por alto blason,  
De un escudo cuatro eses.

RUGERO.

¿Y para aquesto, señora,  
Me has llamado?

LOTARIO.

(Ap. ¡Favorece

Este atrevimiento, amor,  
Pues tú le disculpas siempre!)  
Un amante que no alcanza  
Por fruto de firme amor  
Sino desden y rigor,  
Sirve una desconfianza  
Sin galardón ni esperanza;  
Y con el fin de obediente,  
Siente el ver que eternamente  
Ha de quedar satisfecho  
Su cuidado; así su pecho  
En un punto sirve y siente.  
No es bastante el sentimiento  
A que deje de servir;  
Que sintiendo ha de sufrir  
Mas rigor y mas tormento:  
Y nunca al favor atento  
Sirve, siente y sufre el daño;  
Y aunque toca el desengaño,  
No hay quien á olvidar le obligue;  
Que despues de todo sigue  
Ya su estrella ó ya su engaño.  
Sirve, nunca mereciendo,  
Siente, janias esperando,  
Sufrir sus penas amando,  
Y sigue su amor sintiendo.  
Y desta manera entiendo  
Que á declararlas me obligo  
Las eses. pues así digo  
A tu belleza, que amante,  
Quejoso, triste y constante,  
Sirvo, siento, sufro y sigo.

AURORA. (Ap.)

¡Declaróse mi tormento!  
Nunca anaras ni sintieras,  
Ni esperarás, ni dijeras  
Por cifras tu pensamiento.  
¿Qué espera mi sufrimiento?  
¿Mi desengaño qué espera?

ALEJO.

Para hablar desta manera,  
Yo tambien, Señora, he sido  
Quien tu vida ha defendido:  
Si en eso consiste, espera.  
Cuatro eses ha de tener  
El amor siendo perfeto.  
(¡Dios me saque deste aprieto!)  
Por la primera ha de ser  
Sabañon, que ha de comer;  
Y pruébase esta verdad  
En que la necesidad  
El respeto al amor pierde,  
Que toda hermosura muere,  
Y masca toda deidad.  
Despues de comer, no hay duda

Que ha de vestirse esta dama;  
En la segunda se llama  
*Sastre* el amor, porque acuda  
A esta belleza desnuda.  
Y el amante, que no ha sido  
Para dar plato y vestido,  
Aunque á su fineza pese,  
Será á la tercera ese,  
Viendo y callando, *sufrido*.  
Y para el que no sufiere  
Tanta desdicha y afán,  
Es el amor *sacristan*,  
Que le entierre, pues se muere:  
De donde claro se infiere  
Que todo amor ha tenido,  
O verdadero ó fingido,  
Las eses deste blason,  
Siendo el amor *sabañon*,  
*Sacristan*, *sastre* y *sufrido*.

AURORA.

Aunque loco, bien advierte  
Que el ingenio pudo hallar  
Dos sentidos, para dar  
A un desengaño la muerte. —  
¿Qué decis vos? (A *Rugero*.)

RUGERO.

De otra suerte  
Yo las letras entendi;  
Y si me dierais á mi  
Licencia, dijera hoy  
Lo que siento.

AURORA.

Yo la doy.

RUGERO.

Pues estadme atenta.

AURORA.

Di.

RUGERO.

*Sabio* ha de ser amor, viendo la fama  
Del sugeto que estina hermoso y grave,  
Porque no sabe amar quien solo ama  
El cuerpo, si es que el alma amar no [sabe.

*Solo* ha de ser amor, solo una dama  
Ha de estimar en su prision süave;  
Que un esclavo no sirve á dos señöres,  
Ni caben en un alma dos amores.  
*Solcito* ha de ser, no procurando  
Ocasiones al gusto solamente,  
Sino las del pesar tambien, mostrando  
Que el gusto estima, y los pcsares siente.  
*Secreto* en fin, pues ha de callar, cuando  
Algun favor ó alguna accion intente.  
Y así será el amor, siendo perfecto,  
*Sabio, solo, solcito y secreto*.

AURORA. (Ap.)

Vuelva el amor, vuelva á encender la llama  
Del pecho. [ma

LOTARIO.

Aunque la cifra hallar pudieses,  
No me podrás quitar la altiva fania  
Del caballero de las cuatro eses:  
Por este escudo el orbe así me llama. (Sácale.)

No le desmentirás, aunque trajeses  
Otro, siendo muy fácil, contrahecho.

RUGERO.

Tú sabrás si es muy fácil, pues lo has  
Pero aqueste es el mio. (Descúbrela.)

AURORA

(Ap. En nueva duda

Una vez me acobardo, otra porfio: [da,  
No sé á cuál de los dos á un tiempo acu-  
Ya me aseguro, y ya me desconfio.  
¿Pero qué espera el alma ya, qué duda?)  
¿Cuál de los dos tiene un diamante mio?  
Declárese.

RUGERO.

¡Oh qué dicha tan segura!

Yo le tengo.

LOTARIO.

¿Es aqueste por ventura?

RUGERO.

Por desgracia será, porque el diamante  
Que busca Aurora, en esta caja viene,  
Comparado á mi amor, ménos constan- [te.

AURORA. (Ap.)

Muchas dudas el cielo me previene.  
Lotario, en desengaño semejante,  
Es el que la sortija misma tiene,  
Y Rugero la ofrece; ya no dudo,  
Disculpando el diamante y el escudo.

LOTARIO.

¿Es esta la piedra bella,  
Que en el cielo soberano  
De tu bellísima mano  
Fué, señora, errante estrella?

RUGERO.

Abre esta caja, y en ella  
Luego el diamante verás  
Que tú por señas me das. —  
Alejo, esta es la ocasion: (Ap. á él.)  
(Ap. Lograré mi pretension.)

AURORA.

No sé yo qué espero mas:  
Esta es la misma. Mas quiero  
Ver la caja. ¿Qué temor (Abrela.)  
Es este? ¿Es cifra de amor  
Aquesta piedra, Rugero?

RUGERO.

¡Cielos, qué miro!

ALEJO. (Ap.)

¿Qué espero,

Habiendo el daño causado?

AURORA.

Si es que piedra habeis llamado  
Desta suerte á mi belleza,  
Piedra será en la dureza.

RUGERO.

Y yo en lo inmóvil y helado.

AURORA.

Decid, ¿qué ha significado  
Esta piedra? ¿Enmudeceis?  
¿No hablais, no me respondeis?  
¿Qué decis?

RUGERO.

¡Soy desdichado! (Vase.)

## ESCENA IX.

Dichos, ménos Rugero.

ALEJO.

Breve respuesta te ha dado;  
Mas si, por lo que él calló,  
Puedo, señora, hablar yo,  
Sabrás que es Rugero fiel,  
Y que fué sin duda á él  
A quien tu mano le dió  
El diamante. Yo le hurté,  
Porque en desdicha tan fiera  
De hambre no se muriera  
La piedra en la caja eché,  
Y la sortija empené  
En Celio, de donde es llano,  
Que haya venido á la mano  
De Lotario

AURORA.

¿Qué quimera

Tan descarada! ¿Que quiera  
Un necio, un loco, un villano,  
Hacerme creer á mí  
Que á Rugero le di yo  
La sortija, que él la hurtó,  
Y que echó la piedra allí,  
Que él la empenó, porque así  
Venga á Lotario! ¿Qué espero?  
Picaro, vil, embustero,  
Quimerista, enredador,  
Mas que Rugero, traidor,

Y mas falso que Rugero;  
Pues con causa me provoco,  
Hoy morirás.

ALEJO.

¡Ay de mí!

AURORA.

¡Hota! ¿No habrá gente aquí  
Que mate á palos á un loco?

ALEJO.

Si habrá; vete poco á poco  
En mandarlo; que ya están  
Prevenidos, y lo harán  
Cuando de aquí salga... aunque  
No me tocarán.

AURORA.

¿Por qué?

ALEJO.

Porque no me alcanzarán.

(Vase corriendo.)

## ESCENA X.

AURORA, DIANA, LOTARIO.

AURORA.

Ya en los extremos que hago,  
Conocerás que no es nuevo  
Confesar lo que te debo,  
Y negar lo que te pago.  
Callando te satisfago  
Una y otra accion honrada,  
Cuando viéndome obligada,  
Te doy por respuesta á tí  
La que me dieron á mí,  
Que es decir: «Soy desdichada».

LOTARIO.

Aunque amor mi pecho abrasa,  
Nunca tan humilde ha sido,  
Que ha de esperar que el olvido  
Le desocupe la casa;  
Y pues mi desdicha pasa  
A tal desengaño, llegue  
El tayo, Aurora, tambien;  
Porque mi pecho no es bien  
Que mas verdades te niegue.  
Rugero es buen caballero;  
El vida y joyas te dió.  
Con industria quise yo  
Quitarle el bien que no espero.  
Y pues merece Rugero  
Las glorias que á mí me ofrece,  
Gócelas, pues las merece,  
Y diga mi voluntad,  
Pues se muere, la verdad.

AURORA.

Bien tu humildad me parece.

LOTARIO.

Y pues las verdades digo,  
Que tan mal me están á mí,  
Las que te están mal á ti  
Tambien á decir me obligo.  
De todo el cielo es testigo,  
Inquiere tú, sabe y ceta  
Quién con engaño y cautela  
En traje de mercader,  
Suele á Rugero traer  
Cartas del Conde y de Estela.  
Procura saber y oir  
Lo que en tu deshonra pasa:  
Quien de noche entra en su casa,  
De día suele salir.  
Algo había de añadir;  
Que yo en la pena que ves  
No espero mas gloria; y pues  
De todo advertida estás,  
Remédialo, y no podrás  
Quejarte de mí despues. (Vase.)

## ESCENA XI.

AURORA, DIANA.

AURORA.

¿Qué es esto, Diana?



DIANA.

Yo,

Aunque me pese, creré  
Que necio Rugero fué,  
Pues tu favor no estimó,  
Pero traidor, eso no.  
Y para que yo lo crea,  
Es menester que lo vea.

AURORA.

Y yo tanto me resisto,  
Que despues de haberlo visto,  
Tengo de dudar que sea.  
¿Cómo sabré lo que pasa  
En su casa?

DIANA.

¿Quién lo impide?

Un jardin solo divide  
Tu palacio de su casa;  
Y cuando la noche, escasa  
De luz, salga de occidente,  
Pasaremos fácilmente  
Adonde acechar podemos  
A Rugero, y dél sabremos  
Si este habla verdad, ó miente.

AURORA.

¿Podré pasar?

DIANA.

Buen remedio.

Fácil es de publicar  
Que se cayó, y derribar  
Una tapia que está en medio.

AURORA.

Bien dices, no hay otro medio:  
Las dos iremos. Rigor  
De un desatinado amor,  
Ya pienso que agadeciera,  
Que Rugero ingrato fuera,  
Como no fuera traidor.

(Vanse.)

Calle.— Es de noche.

## ESCENA XII.

EL DE RUISELLON, ESTELA, SOLDADOS.

RUISELLON.

La noche, que siempre ha sido  
Fúnesta sombra del sueño,  
En nosotros ha engendrado  
Bizarros atrevimientos.

SOLDADO 1.º

Bien dije yo, que era fácil,  
Sin padecer algun riesgo  
Como viniésemos solos,  
Entrar hasta aquí encubiertos;  
Porque como es esta guerra  
Entre naturales mismos,  
Dejan entrar y salir  
Muy fácilmente, diciendo  
Que es á vender y comprar,  
Hasta un número pequeño,  
Tal, que no les dé cuidado.

ESTELA.

Si logramos nuestro intento,  
Segura está la victoria;  
Porque teniendo á Rugero  
De nuestra parte, ¿quién duda  
La gloria del vencimiento?  
Pues segun Leonardo dice,  
Le vió en su pobre aposento  
El escudo de las eses,  
Que fué nuestro asombro y miedo;  
Porque es fuerza que tan pobre,  
Pague en agradecimientos  
Este amor y este cuidado.

SOLDADO 2.º

Esta es su casa.

RUISELLON.

Esperemos

Que nasc un hombre que ahora

Ocupa la calle, y luego  
Llamaremos.

## ESCENA XIII.

ALEJO. — Dichos.

ALEJO.

¡Ay de ti,

Pobre y desdichado Alejo!

Rota traigo la cabeza,  
Desgonzado traigo el cuerpo,  
Derrengada traigo el alma.

¡Ay de mí, yo vengo muerto!

(Va á entrar en casa de su amigo.)

ESTELA.

Entra en casa.

SOLDADO 1.º

Este es, sin duda,

Su criado.

RUISELLON.

Hablarle quiero. —

Oid, hidalgo.

ALEJO.

¿Hablán conmigo?

RUISELLON.

Con vos hablo.

ALEJO.

Pues no entiendo

Por hidalgo, por que yo  
Soy villano, y mucho ménos;  
Porque si ellos pecho pagan,  
Yo he pagado espalda y pecho.

RUISELLON.

¿Sois de Rugero criado?

ALEJO.

Criado fui de Rugero,

Cuando viví.

RUISELLON.

¿Estais herido?

ALEJO.

Tanto monta á palos muerto.

Si acaso Aurora os envía,  
Oficiales de refresco  
Para acabar esta obra,  
Duélaos el saber que tengo  
A ruedas, y de fortuna,  
Salmonado todo el cuerpo.

RUISELLON.

Amigo, fin diferente,

Y mas en provecho vuestro,  
Me obliga: decidme, pues,  
Desta verdad satisfecho,  
Si es que está Rugero en casa,  
Si podré hablar á Rugero,  
Advirtiendo que le importa.

ALEJO.

Como estamos ya tan hechos  
A llantos, aunque decís  
Que por bien venís, no os creo.  
Pero él no está ahora en casa;  
Mas vendrá (si esperáis) presto.  
Si le queréis aguardar,  
Entrad, caballeros, dentro;  
Que aquí estaréis mas seguros.

RUISELLON.

Bien decís, esperaremos  
En su casa, que es mejor;  
Porque le importa el secreto  
A él tambien, como á nosotros.

ALEJO.

Pues entrad, y mientras vuelvo  
Con luz, en este portal  
Estaréis.

RUISELLON.

Aquil os espero.

ESTELA.

Si hoy á Rugero llevamos,  
La victoria y triunfo es nuestro (Vanse.)

Sala en la casa de Rugero.

## ESCENA XIV.

AURORA y DIANA, á oscuras.

DIANA.

Fácilmente hemos llegado  
Hasta su mismo aposento,  
Si es que puedo distinguir  
Ser aqueste, andando á tientas.

AURORA.

Ven conmigo, y habla paso,  
Diana, que no sabemos  
Si hay álguien que nos escuche.

DIANA.

¿No será mejor acuerdo  
Estarnos en un lugar  
Quedas, sin andar á riesgo  
De hallar alguna escalera?  
Pues para lo que queremos,  
Luz ha de haber, y guiadas  
De sus hermosos reflejos,  
Mas advertidas entónces  
Escoger sitio podemos.

AURORA.

Dices bien, y aun me parece  
Que viene la luz á tiempo;  
Que aunque no quisiera, había  
De tomar tan buen consejo.

DIANA.

Acercándose va.

AURORA.

Aquí

Con la escasa luz ver puedo  
A esta parte un corredor,  
Y allí una sala.

DIANA.

Este puesto

Nos conviene; desde aquí  
Aparadas escuchemos  
Lo que pasa.

AURORA.

La pistola

Me da; que viven los cielos,  
Que si Rugero es traidor,  
He de matar á Rugero (Escóndense.)

## ESCENA XV.

ESTELA, EL DE RUISELLON; ALEJO, con luz. — AURORA, DIANA, escondidas.

ALEJO.

Entrad, señor, y sentaos;  
Que si yo mal no me acuerdo,  
Desde que con luz os vi,  
De haberos visto me huelgo.

RUISELLON.

¿Conocéisme?

ALEJO.

Creo que sí,

Y tengo mucho contento  
De veros; porque con vos,  
Y el hermano compañero,  
He de vengarne de Aurora.

AURORA. (Ap. á Diana.)

¡Diana, mi muerte veo!

¿No es aquel el Conde?

DIANA.

Sí.

AURORA.

¿No es Estela aquella? ¡Cielos,  
Verdades, verdades son  
Las traiciones de Rugero!

ESTELA.

¿Por qué tan quejoso vives

De mi hermana?

ALEJO.

Porque tengo

Sobradísima razon.

Porque hoy la dije lo cierto  
De un caso que ella ignoraba.  
Me entregó, sin algun duelo,  
Al brazo seglar de pajes,  
Condenado á mantener; y ellos  
Con tal gana lo tomaron,  
Que al mas mínimo boleó  
Audaba de viga en viga  
Como bruja por el techo.  
Pero yo se lo perdono,  
Si con vosotros me vengo  
Desta Aurora, desta alba,  
Noche para mí.

AURORA.

¿Qué espero...

DIANA

Repórtate.

AURORA.

Que no salgo

A matar un embustero?

## ESCENA XVI.

RUGERO, LOTARIO. — Dichos.

RUGERO. (Dentro.)

Esta, Lotario, es mi casa,  
Entrad, no temáis.

LOTARIO. (Dentro.)

No temo.

ALEJO.

Mi señor es el que llama,  
Y pues viene hablando, es cierto  
Que no viene solo. Allí  
Os retirad, que no quiero  
Que os vea, si no es seguro  
El huésped que trae.

RUISELLON.

Tu ingenio

Prevéneme muy bien. ¿Adónde  
Estaré?

ALEJO.

En este aposento.

(*Escóndense el de Ruisellon y Estela*  
—*Salen Rugero y Lotario.*)

LOTARIO.

Nunca Lotario temió.

RUGERO.

Así lo he creído. — Alejo,

Salte afuera.

(Vase Alejo, y cierra Rugero la puerta.)

## ESCENA XVII.

RUGERO, LOTARIO, AURORA y DIANA, escondidas.

LOTARIO.

¿Pues qué haceis?

RUGERO.

¿No lo veis? La puerta cierro;  
Y despues de haber cerrado,  
Pongo la llave en el suelo.  
Oídme ahora.

LOTARIO.

Ya escucho.

AURORA.

¿En qué puede parar esto?

RUGERO.

No os saqué al campo, Lotario,  
Porque salir no podemos  
De Barcelona, por causa  
Del sitio; y así, resuelto  
A refirir con vos, os dije  
Que me siguiérais; y haciendo  
Como tan valiente al fin  
Y gallardo caballero,  
Me seguisteis; que el temor  
No vive en altivos pechos.  
A mi casa os he traído,  
Lotario, con este intento,  
Por ser campo mas seguro.

Si no lo está vuestro pecho,  
Tomad esta luz, mirad  
El mas oculto aposento;  
Y si hubiere algun testigo,  
Yo me juzgo desde luego  
Por el mas vil, mas infame  
Y cobarde caballero.  
Pero despues de quedar  
De mí trato satisfecho,  
Me habeis de dar por escrito  
Que yo he sido el que primero  
Dijo alabanzas de Aurora,  
Cuando vos en su desprecio  
Hablasteis, y que trocasteis  
Entónces las suertes: luego  
Habeis de firmar tambien  
Que yo fui, pues es lo cierto,  
El que del mar la sacó,  
Y aquí de barato os dejo  
Las joyas, que no he de hablar  
En cosa que tenga precio;  
Que contrahicisteis despues  
El escudo, y con ingenio,  
Arte ó encanto, me hurtasteis  
Tambien el diamante bello  
Que disteis á Aurora: todo  
Lo habeis de firmar, ó expuestos  
Los dos á un peligro igual,  
Medir el templado acero,  
Y riñendo en esta sala,  
Brazo á brazo y cuerpo á cuerpo.  
Me habeis de quitar la vida,  
Que vendré á sentirla ménos  
Pues me quitasteis á Aurora,  
O yo la vuestra, advirtiéndome  
Que si en este desafío  
Quedaís á mis manos muerto,  
Os doy mi fe y mi palabra  
De tener siempre en secreto  
Vuestros engaños; si vos  
Me diereis muerte, en el suelo  
Está la llave, escapaos;  
Pues yo con cualquier suceso  
He de quedar esta noche  
De mi agravio satisfecho,  
O vivo desengañado,  
U honrado despues de muerto.

LOTARIO.

Ya que atento os escuché,  
A todo iré respondiendo  
Como lo oí: á que estais  
Solo en vuestra casa, creo  
Que así es, y en esta parte,  
Rugero, estoy satisfecho  
De vuestro valor. Y así,  
Respondiendo á lo primero,  
Digo que es verdad que yo  
Hablé en ofensa y desprecio  
De Aurora, á quien estimaba;  
Pero fué la causa dello  
Sentir que vos la alabais  
Tanto: dudando y temiendo,  
Como amante, pretendi  
Divertiros el deseo.  
Y hacer que no os empeñarais  
En amar (error de celos);  
Y así, si sentí al revés.  
No fué traicion ni mal hecho,  
Cuando lo que siento callo,  
El decirlo lo que siento.  
Yo salí del mar á nado,  
Cuando entre unas penas veo  
A Aurora, que desmayada,  
Estaba sola, y volviendo.  
Me agradeció á mí su vida:  
Diga ella si mi pecho  
Esta accion se atribuyó;  
Pues ignorando el suceso,  
Callé por no desmentirla.  
Tambien sucedió esto mesmo  
Con las joyas, que hasta hoy

No supe ser vuestras: luego  
No hubo engaño de mi parte,  
Si fué la causa de haberlo  
Unas flores que yo mismo  
La quité estando durmiendo.  
Solo el escudo me culpa;  
Que en lo del diamante, es cierto  
Que á Celio, un criado mio,  
Le empeñó un criado vuestro;  
Y así, cuando dijo Aurora  
En tan dudoso suceso,  
¿Quién tiene un diamante mio?  
Respondi, de engaño ajeno:  
¿Es aqueste por ventura?  
Si lo fué, ¿qué culpa tengo?  
Toda esta satisfaccion  
Doy porque en este aposento  
Estamos solos los dos;  
Que á haber un testigo, es cierto  
Que no la diera; porque  
Ya que empeñado me veo,  
He de sustentar valiente  
Que yo soy un caballero,  
A quien Aurora le debe  
Las finezas que habeis hecho;  
Y he de empezar castigando  
El altivo atrevimiento  
De llamarme á desafío;  
Pues no quedaré bien puesto,  
Si, siendo de vos llamado,  
Sin refirir con vos me vuelvo.  
Sacad la espada.

RUGERO.

Si haré.

(*Sacan las espadas y riñen. — Salen*  
*Aurora y Diana.*)

AURORA.

Y yo ántes que tú; pues tengo  
Mayor parte en este agravio,  
Satisfacerme á mí quiero.  
Traidor, ¿quanto has confesado  
Escuché.

RUGERO.

¿Qué es lo que veo?

AURORA.

Y como me has ofendido,  
Quedar satisfecha espero  
Con tu muerte.

LOTARIO.

Aquesta ha sido

Traicion; pues quando yo vengo  
Solo, traces contigo á Aurora.

AURORA.

Es engaño, que tú mesmo  
Me has traído.

LOTARIO.

¿De qué suerte?

AURORA.

Diciéndome que Rugero  
Era traidor, cuya causa  
Me obligó á venir á verlo  
Encubierta.

LOTARIO.

Y quando vengas,

Aurora, con ese intento,  
¿Podrás quejarte de mí,  
Si yo prevenido y cuerdo  
Antes te desengañé?

AURORA.

Es verdad, yo lo confieso;  
Y pues contra tí ayudé  
A Rugero con mi esfuerzo,  
Agora, puesto á mi lado,  
Me ayuda contra Rugero.

RUGERO.

¿Contra mí, por qué?



AURORA.

Porque eres

Traidor.

RUGERO.

¿Yo traidor? Los cielos  
Saben mi lealtad.

AURORA.

Y yo

Sé que en aqueste aposento  
Están el Conde y Estela,  
Que han venido con secreto  
A solo tratar mi muerte,  
Y te has escrito con ellos.

RUGERO.

¿El Conde y Estela aquí?  
¡Cielos, qué encantos son estos!  
(Salen el conde de Ruisellon y Estela.)

ESCENA XVIII.

EL DE RUISELLON, ESTELA; des-  
pués ALEJO.—LOTARIO, RUGERO,  
AURORA, DIANA.

ESTELA.

Ya que sabes donde estamos  
Encerrados, conociendo  
Que es imposible escaparnos,  
Por mejor partido tengo  
El entregarnos rendidos,  
Y tratar cualquier concierto

Que hacer quisieres. Y ahora  
Doy palabra, que Rugero  
No supo que yo aquí estaba.  
Es verdad que con intento  
De que mi parte ayndara,  
Le escribí; mas noble y cuerdo  
Respondió que te servía;  
Y pensando con mis ruegos  
Convencerle, vine á hablarle.  
Esto, señora, es lo cierto:  
Agora dame la muerte.

AURORA.

Los brazos, Estela, tengo  
Para mi hermana; y pues ya  
Se acaba con tal suceso  
Nuestra guerra, disponed  
Los partidos, que yo acepto  
Cuanto los dos dispusiereis;  
Que tales albricias debo  
En nuevas de un desengaño,  
Que le pago y agradezco,  
Dando á Rugero la mano  
De esposa.

RUGERO.

Tus plantas beso.

RUISELLON.

Yo, que en ser de Estela esposo  
La mayor ventura espero,  
La mano la doy, quedando,  
Aurora, á tus plantas puesto.

LOTARIO.

Nunca mejor se lograron  
Los engaños; que en efecto  
Siempre vive la verdad.  
Confuso y corrido quedo.  
Pero por satisfacer  
Las ofensas de Rugero,  
Hoy me caso con Diana,  
Haciendo el agravio deudo.

ALEJO. (Dentro.)

¡Abran aquí, ó vive Dios  
Que eche la puerta en el suelo!

(Abren la puerta, y sale Alejo.)

Todo lo he estado escuchando  
Por el pequeño agujero  
De la llave, y á las bodas  
No hay quien se acuerde de Alejo;  
Pero á las mentiras no hay  
Quien se olvide dél.

AURORA.

Ya espero

Satisfacerte.

RUGERO.

Y aquí,

Senado, acabe con esto,  
Lances de Amor y Fortuna  
Del amante mas perfecto,  
Como las eses lo dicen,  
Perdonando nuestros yerros.

# LA DEVOCION DE LA CRUZ.

## PERSONAS.

EUSEBIO.  
CURCIO, *viejo*.  
LISARDO.  
OCTAVIO.  
ALBERTO, *sacerdote*.

CELIO.  
RICARDO. } *Bandoleros*.  
CHILINDRINA.  
GIL, *villano gracioso*.  
BRAS. } *Villanos*.  
TRISO. }

TORIBIO, *villano*.  
JULIA, *dama*.  
ARMINDA, *criada*.  
MENGA, *villana graciosa*.  
BANDOLEROS, VILLANOS  
SOLDADOS.

*La accion es en Sena y en sus contornos.*

## JORNADA PRIMERA.

Arboleda inmediata á un camino que se dirige á Sena.

### ESCENA PRIMERA.

MENGA, GIL.

MENGA. (*Dentro*.)

¡Verá por dó va la burra!

GIL. (*Dentro*.)

Jo, dimuño; jo, mohina.

MENGA.

Ya verá por do camina:

Arre acá.

GIL.

¡El diablo te aburra!

¿No hay quien una cola tenga,  
Pudiendo tenella mil? (*Salen*.)

MENGA.

¡Buena hacienda has hecho, Gil!

GIL.

¡Buena hacienda has hecho, Menga,  
Pues tú la culpa tuviste!

Que como ibas caballera,

Que en el hoyo se metiera

Al oído la dijiste,

Por hacerme regañar.

MENGA.

Por verme caer á mí,

Se lo dijiste, eso sí.

GIL.

¿Cómo la hemos de sacar?

MENGA.

¿Pues en el lodo la dejas?

GIL.

No puede mi fuerza sola.

MENGA.

Yo tiraré de la cola,

Tira tú de las orejas.

GIL.

Mejor remedio sería

Hacer el que aprovechó

A un coche, que se atascó

En la corte esotro día.

Este coche, Dios delante,

Que arrastrado de dos potros,

Parecia entre los otros

Pobre coche vergonzante;

Y por maldicion muy cierta

De sus padres (¡hado esquivo!)

Iba de estribo en estribo,

Ya que no de puerta en puerta;

En un arroyo atascado,

Con ruegos el caballero,

Con azotes el cochero,

Ya por fuerza, ya por grado.

Ya por gusto, ya por miedo,  
Que saliesen procuraban:  
Por recio que lo mandaban,  
Mi coche quedo que quedo.  
Viendo que no importan nada  
Cuantos remedios bicieron,  
Delante el coche pusieron  
Un harnero de cebada.  
Los caballos, por comer,  
De tal manera tiraron,  
Que tosieron y arrancaron;  
Y esto podemos hacer.

MENGA.

¡Que nunca valen dos cuartos  
Tus cuantos!

GIL.

Menga, yo siento  
Ver un animal hambriento,  
Donde hay animales hartos.

MENGA.

Voy al camino á mirar  
Si pasa de nuestra aldea  
Gente, cualquiera que sea,  
Porque te venga á ayudar,  
Pues te das tan pocas mañas.

GIL.

¿Vuelves, Menga, á tu porfia?

MENGA.

¡Ay burra del alma mía! (*Vase*.)

### ESCENA II.

GIL.

¡Ay burra de mis entrañas!

Tú fuiste la mas honrada

Burra de toda la aldea;

Que no ha habido quien te vea

Nunca mal acompañada.

No eres nada callejera:

De mejor gana te estabas

En tu pesebre, que andabas

Cuando te llevaban fuera.

Pues ¿altanera y liviana?

Bien me atrevo á jurar, yo

Que ningun burro la vió

Asomada á la ventana.

Yo sé que no merecía

Su lengua desdicha tal;

Pues jamas para habrar mal

Dijo: Aquesta boca es mía.

Pues como á ella la sobre

De lo que comiendo está,

Luego al punto se lo da

A alguna borrica pobre. (*Ruidô dentro*.)

Mas ¿qué ruido es este? Allí

De dos caballos se apean

Dos hombres, y hacia mí vienen,

Despues que atados los dejan.

Descoloridos, y al campo

De mañana! Cosa es cierta

Que comen barro, ó están

Opilados. Mas ¿si fueran  
Bandoleros? ¡Aquí es ello!  
Pero lo que fuere sea,  
Aquí me escondo: que andan,  
Que corren, que salen, que entran.  
(*Escóndese*.)

### ESCENA III.

EUSEBIO, LISARDO. - GIL, *escondido*

LISARDO.

No pasemos adelante,  
Porque esta estancia encubierta  
Y apartada del camino,  
Es para mi intento buena.  
Sacad, Eusebio, la espada;  
Que yo, de aquesta manera,  
A los hombres como vos  
Saco á reñir.

EUSEBIO.

Aunque tenga  
Bastante causa en haber  
Llegado al campo, quisiera  
Saber lo que á vos os mueve.  
Decid, Lisardo, la queja  
Que de mí tepeis.

LISARDO.

Son tantas,  
Que falta voz á la lengua,  
Razones á la razon,  
Y al sufrimiento paciencia.  
Quisiera, Eusebio, callarlas,  
Y aun olvidarlas quisiera;  
Porque cuando se repiten,  
Hacen de nuevo la ofensa.  
¿Conoceis estos papeles?

EUSEBIO.

Arrojados en la tierra,  
Y los alzaré.

LISARDO.

Tomad.

¿Qué os suspendeis? Qué os altera?

EUSEBIO.

¡Mal haya el hombre, mal haya  
Mil veces aquel que entrega  
Sus secretos á un papel!  
Porque es disparada piedra  
Que se sabe quién la tira,  
Y no se sabe á quién llega.

LISARDO.

¿Habeislos ya conocido?

EUSEBIO.

Todos están de mi letra,  
Que no la puedo negar.

LISARDO.

Pues yo soy Lisardo, en Sena,  
Hijo de Lisardo Curcio.  
Bien excusadas grandezas  
De mi padre consumieron  
En breve tiempo la hacienda



que los suyos le dejaron ;  
 Que no sabe cuánto yerra  
 Quien, por excesivos gastos,  
 Pobres á sus hijos deja.  
 Pero la necesidad,  
 Aunque ultraje la nobleza,  
 No excusa de obligaciones  
 A los que nacen con ellas.  
 Julia pues (¡saben los cielos,  
 Cuánto el nombrarla me pesa!)  
 O no supo conservarlas,  
 O no llegó á conocerlas.  
 Pero al fin, Julia es mi hermana;  
 Que yo confieso que hiciera  
 Y advertid que no se sirven  
 Las mujeres de sus prendas  
 Con amorosos papeles,  
 Con razones lisonjeras,  
 Con ilícitos recados,  
 Ni con infames terceras.  
 No os culpo en el todo á vos  
 Que yo confieso que hiciera  
 Lo mismo, á darme una dama  
 Para servir la licencia.  
 Pero culpós en la parte  
 De ser mi amigo, y en esta  
 Con mas culpa os comprehende  
 La culpa que tuvo ella.  
 Si mi hermana os agradó  
 Para mujer (que no era  
 Posible, ni yo lo creo  
 Que os atrevierais á verla  
 Con otro fin, ni aun con este;  
 Pues ¡vive Dios! que quisiera  
 Antes, que con vos casada,  
 Mirarla á mis manos muerta):  
 En fin, si vos la elegisteis  
 Para mujer, justo fuera  
 Descubrir vuestros descos  
 A mi padre, ántes que á ella.  
 Este era término justo,  
 Y entonces mi padre viera  
 Si le estaba bien el darla,  
 Que pienso que no os la diera;  
 Porque un caballero pobre,  
 Cuande en cosas como estas  
 No puede medir iguales  
 La calidad y la hacienda,  
 Por no deslucir su sangre  
 Con una hija doncella,  
 Hace sagrado un convento;  
 Que es delito la pobreza.  
 Aqueste á Julia mi hermana  
 Con tanta prisa la espera,  
 Que mañana ha de ser monja,  
 Por voluntad ó por fuerza.  
 Y porque no será bien  
 Que una religiosa tenga  
 Prendas de tan loco amor,  
 Y de voluntad tan necia,  
 A vuestras manos las vuelvo,  
 Con resolución tan ciega,  
 Que no solo he de quitarlas,  
 Mas tambien la causa dellas  
 Sacad la espada, y aquí  
 El uno de los dos muera:  
 Vos, porque no las sirvais,  
 O yo, porque no lo vea.

## EUSEBIO.

Tened, Lisardo, la espada,  
 Y pues yo he tenido flemma  
 Para oír desprecios míos,  
 Escuchadme la respuesta.  
 Y aunque el discurso sea largo  
 De mi suceso, y parezca  
 Que, estando solos los dos,  
 Es demasiada paciencia;  
 Pues que ya es fuerza reñir,  
 Y morir el uno es fuerza;  
 Por si los cielos permiten  
 Que yo el infelice sea,

Oid prodigios que admiran  
 Y maravillas que elevan;  
 Que no es bien que con mi muerte  
 Eterno silencio tengan.  
 Yo no sé quién fué mi padre:  
 Pero sé que la primera  
 Cuna fué el pié de una Cruz,  
 Y el primer lecho una piedra.  
 Raro fué mi nacimiento,  
 Segun los pastores cuentan.  
 Que desta suerte me hallaron  
 En la falda de esas sierras.  
 Tres dias, dicen, que oyeron  
 Mi llanto, y que á la aspereza  
 Donde estaba, no llegaron  
 Por el temor de las licras.  
 Sin que alguna me ofendiese;  
 Pero ¡quién duda que era  
 Por respeto de la Cruz,  
 Que tenia en mi defensa?  
 Hallóme un pastor, que acaso  
 Buscó una perdida oveja  
 En la aspereza del monte,  
 Y trayéndome á la aldea  
 De Eusebio, que no sin causa  
 Estaba entonces en ella.  
 Le contó mi prodigioso  
 Nacimiento, y la clemencia  
 Del cielo asistió á la suya.  
 Mandó en fin que me trajeran  
 A su casa, y como á hijo  
 Me dió la crianza en ella,  
 Eusebio soy de la Cruz,  
 Por su nombre, y por aquella  
 Que fué mi primera guía,  
 Y fué mi guarda prunera.  
 Tomé por gusto las armas,  
 Por pasatiempo las letras;  
 Murió Eusebio, y yo quedé  
 Heredero de su hacienda.  
 Si fué prodigioso el parto,  
 No lo fué ménos la estrella,  
 Que enemiga me amenaza,  
 Y piadosa me reserva.  
 Tierno infante era en los brazos  
 Del ama, cuando mi fiera  
 Condición, bárbara en todo,  
 Dió de sus rigores muestra;  
 Pues con solas las encías,  
 No sin diabólica fuerza,  
 Partí el pecho de quien tuve  
 El dulce alimento: y ella,  
 Del dolor desesperada,  
 Y de la cólera ciega,  
 En un pozo me arrojó,  
 Sin que ninguno supiera  
 De mí. Oyéndome reir,  
 Bajaron á él, y cuentan  
 Que estaba sobre las aguas,  
 Y que con las manos tiernas  
 Tenia una Cruz formada  
 Y sobre los labios puesta.  
 Un día que se ahrasaba  
 La casa, y la llama fiera  
 Cerraba el paso á la huida,  
 Y á la salida la puerta,  
 Entre las llamas estuve  
 Libre, sin que me ofendieran:  
 Y advertí despues, dudando  
 Que haya en el fuego clemencia,  
 Que era día de la Cruz.  
 Tres lustros contaba apénas,  
 Cuando por el mar fui á Roma,  
 Y en una brava tormenta,  
 Desesperada mi nave  
 Chocó en una oculta peña:  
 En pedazos dividida,  
 Por los costados abierta;  
 Abrazado de un madero  
 Salí venturoso á tierra,  
 Y este madero tenia  
 Forma de Cruz. Por las sierras

De esos montes caminaba  
 Con otro hombre, y en la senda  
 Que dos caminos partia,  
 Una Cruz estaba puesta.  
 En tanto que me quedé  
 Haciendo oracion en ella,  
 Se adelantó el compañero;  
 Y despues dándome prieta  
 Para alcanzarle, le hallé  
 Muerto á las manos sangrientas  
 De bandoleros. Un día,  
 Riñendo en una pendencia,  
 De una estocada caí,  
 Sin que hiciese resistencia.  
 En la tierra; y cuando todos  
 Pensaron hallarla ajena  
 De remedio, solo hallaron  
 Señal de la punta fiera  
 En una Cruz que traía  
 Al cuello, que en mi defensa  
 Recibió el golpe. Cazando  
 Una vez por la aspereza  
 Deste monte, se cubrió  
 El cielo de nubes negras,  
 Y publicando con truenos  
 Al mundo espantosa guerra,  
 Lanzas arrojaba en agua,  
 Balas disparaba en piedras.  
 Todos hicieron las hojas  
 Contra las nubes defensa,  
 Siendo ya tiendas de campo  
 Las mas ocultas malezas;  
 Y un rayo, que fué en el viento  
 Caliginoso cometa,  
 Volvió en ceniza á los dos  
 Que de mí estaban mas cerca.  
 Ciego, turbado y confuso  
 Vuelvo á mirar lo que era,  
 Y hallé á mi lado una Cruz,  
 Que yo pienso que es la misma  
 Que asistió á mi nacimiento,  
 Y la que yo tengo impresa  
 En los pechos; pues los cielos  
 Me han señalado con ella,  
 Para públicos efectos  
 De alguna causa secreta.  
 Pero aunque no sé quién soy,  
 Tal espíritu me alienta,  
 Tal inclinacion me anima,  
 Y tal ánimo me fuerza,  
 Que por mi me da valor  
 Para que á Julia merezca;  
 Porque no es mas la heredada,  
 Que la adquirida nobleza.  
 Este soy, y aunque conozco  
 La razon, y aunque pudiera  
 Dar satisfaccion bastante  
 A vuestro agravio, me ciega  
 Tanto la pasion de veros  
 Hablando de esa manera,  
 Que ni os quiero dar disculpa,  
 Ni os quiero admitir la queja;  
 Y pues quereis estorbar  
 Que yo su marido sea;  
 Aunque su casa la guarde,  
 Aunque un convento la tenga,  
 De mí no ha de estar segura;  
 Y la que no ha sido buena  
 Para mujer, lo será  
 Para dama: así desea,  
 Desesperado mi amor  
 Y ofendida mi paciencia,  
 Castigar vuestro desprecio,  
 Y satisfacer mi afrenta.

## LISARDO.

Eusebio, donde el acero  
 Ha de hablar, calle la lengua.  
 (Sacan las espadas, y riñen; Lisardo  
 cae en el suelo, y procurando levantarse, torna á caer.)  
 ¡Herido estoy!

EUSEBIO.

¿Y no muerto?

LISARDO.

No, que en los brazos me queda  
Aliento para... ¡Ay de mí!  
Faltó á mis plantas la tierra.

EUSEBIO.

Y falte á tu voz la vida.

LISARDO.

No me permitas que muera  
Sin confesion.

EUSEBIO.

¡Muere, infame!

LISARDO.

No me mates, por aquella  
Cruz en que Cristo murió.

EUSEBIO.

Aquesa voz te defiende  
De la muerte. Alza del suelo;  
Que cuando por ella ruegas,  
Falta rigor á la ira,  
Y falta á los brazos fuerza.  
Alza del suelo.

LISARDO.

No puedo;

Porque ya en mi sangre envuelta  
Voy despreciando la vida,  
Y el alma pienso que espera  
A salir, porque entre tantas  
No sabe cuál es la puerta.

EUSEBIO.

Pues fíate de mis brazos,  
Y animate; que aquí cerca  
De unos penitentes monjes  
Hay una ermita pequeña,  
Donde podrás confesarte  
Si vivo á sus puertas llegas.

LISARDO.

Pues yo te doy mi palabra,  
Por esa piedad que muestras,  
Que si yo merezco verme  
En la divina presencia  
De Dios, pediré que tú  
Sin confesarte no mueras.

(Llévale Eusebio en brazos.)

GIL.

¡Han visto lo que le debe!  
La caridad está buena;  
Pero yo se la perdono.  
¡Matarle y llevarle á cuestras!

## ESCENA IV.

BRAS, TIRSO, MENGAS, TORIBIO.—

GIL.

TORIBIO.

¿Aquí dices que quedaba?

MENGAS.

Aquí se quedó con ella.

TIRSO.

Mírale allí embelesado.

MENGAS.

Gil, ¿qué mirabas?

GIL.

¡Ay Mengas!

TIRSO.

¿Qué te ha sucedido?

GIL.

¡Ay Tirso!

TORIBIO.

¿Qué viste? Danos respuesta.

GIL.

¡Ay Toribio!

BRAS.

Di, ¿qué tienes,  
Gil, ó de qué te lamentas?

GIL.

¡Ay Bras, ay amigos míos!  
No lo sé mas que una bestia.  
Matóle y cargó con él,  
Sin duda á salar le lleva.

MENGAS.

¿Quién le mató?

GIL.

¿Qué sé yo?

TIRSO.

¿Quién murió?

GIL.

No sé quien era.

TORIBIO.

¿Quién cargó?

GIL.

¿Que sé yo quien?

BRAS.

¿Y quien le llevó?

GIL.

Quien quiera.

Pero porque lo sepais,  
Venid todos.

TIRSO.

¿Dó nos llevas?

GIL.

No lo sé, pero venid,  
Que los dos van aquí cerca. (Vanse.)

Sala en casa de Curcio, en Sena.

## ESCENA V.

JULIA, ARMINDA.

JULIA.

Déjame, Arminda, llorar  
Una libertad perdida,  
Pues donde acaba la vida,  
También acaba el pesar.  
¿Nunca has visto de una fuente  
Bajar un arroyo manso,  
Siendo apacible descanso  
El valle de su corriente;  
Y cuando le juzgan falto  
De fuerza las flores bellas,  
Pasa por encima dellas  
Rompiendo por lo mas alto?  
Pues mis penas, mis enojos  
La misma experiencia han hecho;  
Detuviéronse en el pecho,  
Y salieron por los ojos.  
Deja que lllore el rigor  
De un padre.

ARMINDA.

Señora, adviérte...

JULIA.

¿Que mas venturosa suerte  
Hay, que morir de dolor?  
Pena que deja vencida  
La vida, ser gloria ordena;  
Que no es muy grande la pena  
Que no acaba con la vida.

ARMINDA.

¿Qué novedad obligó  
Tu llanto?

JULIA.

¡Ay, Arminda mía!

Cuantos papeles tenía  
De Eusebio, Lisardo halló  
En mi escritorio.

ARMINDA.

Supo que estaban allí?  
¿Pues él

JULIA.

Como aqueso contra mí  
Hará mi estrella cruel.  
Yo (¡ay de mí!) cuando le via

El cuidado con que andaba,  
Pensé que lo sospechaba,  
Pero no que lo sabía.  
Llegó á mi descolorido,  
Y entre apacible y airado,  
Me dijo que había jugado,  
Arminda, y que había perdido:  
Que una joya le prestase  
Para volver á jugar.  
Por presto que la iba á dar,  
No aguardó á que la sacase:  
Tomó él la llave y abrió  
Con una cólera inquieta,  
Y en la primera naveta  
Los papeles encontró.  
Mírome y volvió á cerrar.  
Y sin decir nada (¡ay Dios!)  
Buscó á mi padre, y los dos  
(¿Quién duda es para tratar  
Mi muerte?) gran rato hablaron  
Cerrados en su aposento;  
Salieron, y hacía el convento  
Los dos sus pasos guiaron.  
Según Octavio me dijo,  
Y si lo que está tratado  
Ya mi padre ha efectuado,  
Con justa causa me aflijo;  
Porque si de aquesta suerte,  
Que olvide á Eusebio desea,  
Antes que monja me vea,  
Yo misma me daré muerte.

## ESCENA VI.

EUSEBIO.—DICHAS.

EUSEBIO

(Ap. Ninguno tan atrevido,  
Si no tan desesperado,  
Viene á tomar por sagrado  
La casa del ofendido.  
Antes que sepa la muerte  
De Lisardo Julia bella,  
Hablar quisiera con ella,  
Porque á mi tirana suerte  
Algún remedio consigo  
Si, ignorado mi rigor,  
Puede obligarla el amor  
A que se vaya conmigo;  
Y cuando llegue a saber  
De Lisardo el hado injusto  
Hará de la fuerza gusto  
Mirándose en mi poder.)  
Hermosa Julia.

JULIA.

¿Qué es esto?

¿Tú en esta casa?

EUSEBIO.

El rigor  
De mi desdicha, y tu amor  
En tal peligro me ha puesto.

JULIA.

Pues ¿cómo has entrado aquí,  
Y emprendes tan loco extremo?

EUSEBIO.

Como la muerte no temo.

JULIA.

¿Qué es lo que intentas así?

EUSEBIO.

Hoy obligarte deseo,  
Julia, porque agradecida  
Dés a mi amor nueva vida,  
Nueva gloria á mi deseo.  
Yo he sabido cuánto ofende  
A tu padre mi cuidado:  
Que á su noticia ha llegado  
Nuestro amor, y que pretende  
Que tú recibas mañana  
El estado que desea,  
Para que mi dicha sea,  
Como mi esperanza, vana.



Si ha sido gusto, si ha sido  
Amor el que me has mostrado,  
Si es verdad que me has amado,  
Si es cierto que me has querido,  
Vente conmigo; pues ves  
Que no tiene resistencia  
De tu padre la obediencia,  
Deja tu casa; y despues  
Que habrá mil remedios piensa;  
Pues ya en mi poder, es justo  
Que haga de la fuerza gusto,  
Y obligacion de la ofensa.  
Villas tengo en que guardarte,  
Gente con que defenderte,  
Hacienda para ofrecerte  
Y un alma para adorarte.  
Si darme vida desear,  
Si es verdadero tu amor,  
Atrévete, ó el dolor  
Hará que mi muerte veas.

JULIA.  
Oye, Eusebio.  
ARMINDA.  
Mi señor  
Viene, señora.

JULIA.  
¿Ay de mí!  
EUSEBIO.  
¿Podiera hallar contra mi  
La fortuna mas rigor?

JULIA.  
¿Podrá salir?  
ARMINDA.  
No es posible  
Que se vaya; porque ya  
Llamando á la puerta está.

JULIA.  
¿Grave mal!  
EUSEBIO.  
¿Pena terrible!  
¿Qué haré?

JULIA.  
Esconderte es forzoso.  
EUSEBIO.

¿Dónde?  
JULIA.  
En aqueste aposento.  
ARMINDA.

Presto, que sus pasos siento.  
(Escóndese Eusebio.)

ESCENA VII.

CURCIO.—JULIA, ARMINDA; EUSEBIO, escondido.

CURCIO.  
Hija, si por el dichoso  
Estado que tú codicias,  
Y que ya seguro tienes,  
No das á mis parhienes  
La vida y alma en albricias,  
Del deseo que he tenido  
No agradecees el euaido.  
Todo queda efectuado,  
Y todo tan prevenido,  
Que solo falta ponerte  
La mas hizarra y hermosa,  
Para ser de Cristo esposa:  
Mira; qué dichosa suerte!  
Hoy aventajas á todas  
Cuantas se ven envidiar,  
Pues te verán celebrar  
Aquestas divinas bodas.  
¿Qué dices?

JULIA. (Ap.)  
¿Qué puedo hacer?  
EUSEBIO. (Ap.)  
Yo me doy la muerte aquí,  
Si ella le dice que si.

JULIA.  
(Ap. No sé cómo responder.)  
Bien, señor, la autoridad  
De padre, que es preferida,  
Imperio tiene en la vida;  
Pero no en la libertad.  
¿Pues que supiera antes yo  
Tu intento, no fuera bien?  
¿Y que tú, señor, tambien  
Supieras mi gusto?

CURCIO.  
No,  
Que sola mi voluntad  
En lo justo, ó en lo injusto,  
Has de tener tú por gusto.

JULIA.  
Solo tiene libertad  
Un hijo para escoger  
Estado; que el bado impio  
No fuerza el libre albedrio.  
Déjame pensar y ver  
De espacio eso; y no te espante  
Ver que término te pida;  
Que el estado de una vida  
No se toma en un instante.

CURCIO.  
Basta que yo lo he mirado,  
Y yo por tí he dado el si.

JULIA.  
Pues si tú vives por mí,  
Toma tambien por mi estado.

CURCIO.  
¿Galla, infame! ¿ealla, loca!  
Que haré de aqueste cabello  
Un lazo para tu cuello,  
O sacaré de tu boea  
Con mis manos la atrevida  
Lengua, que de oír me ofendo.

JULIA.  
La libertad te desiendo,  
Señor, pero no la vida.  
Acaba su curso triste,  
Y acabará tu pesar;  
Que mal te puedo negar  
La vida que tú me diste:  
La libertad que me dió  
El cielo, es la que te niego.

CURCIO.  
En este punto á erér llego  
Lo que el alma sospecho.  
Que no fué buena tu madre,  
Y manchó mi honor alguno;  
Pues hoy tu error importuno  
Ofende el honor de un padre,  
A quien el sol no igualó,  
En resplandor y belleza,  
Sangre, honor, lustre y nobleza.

JULIA.  
Eso no he entendido yo,  
Por eso no he respondido.

CURCIO.  
Arminda, salte allá fuera. (Vase.)

ESCENA VIII.

CURCIO, JULIA.

CURCIO.  
Y ya que mi pena fiera  
Tantos años he tenido  
Secreta, de mis enojos  
La ciega pasion obliga  
A que la lengua te diga  
Lo que te han dicho los ojos.  
La señoría de Sena,  
Por dar á mi sangre fama,  
En su nombre me envié  
A dar la obediencia al papa  
Urbano Tercio. Tu madre,

Que con opinion de santa  
Fué en Sena comun ejemplo  
De las matronas romanas,  
Y aun de las nuestras, (no sé  
Cómo mi lengua la agravia;  
Mas ¡ay infelice! tanto  
La satisfaccion engaña)  
En Sena quedó, y yo estuve  
En Roma con la embajada  
Ocho meses; porque entonces  
Por concierto se trataba  
Que esta señoría fuese  
Del pontífice: Dios haga  
Lo que á su estado conenga,  
Que aquí importa poco ó nada.  
Volvi á Sena, y hallé en ella...  
Aquí el aliento me falta,  
Aquí la lengua enmudece,  
Y aquí el ánimo desmaya.  
Hallé (¡ay injusto temor!)  
A tu madre tan preñada,  
Que para el infeliz parto  
Cumplia las nueve faltas.  
Ya me habia prevenido  
Por sus mentirosas cartas  
Esta desdicha, diciendo  
Que, cuando me fui, quedaha  
Con sospecha; y yo la tuve  
De mi deshonra tan clara,  
Que discurriendo mi agravio,  
Imaginé mi desgracia.  
No digo que verdad sea;  
Mas quien tiene sangre lidalga,  
No ha de aguardar á creer,  
Que el imaginar le basta.  
¿Qué importa que un noble sea  
Desdichado (¡oh ley tirana  
De honor! ¡oh bárbaro fuero  
Del mundo!) si la ignorancia  
Le disculpa? Mienten, mienten  
Las leyes; porque no alcanza  
Los misterios al efecto  
Quien no previene la causa.  
¿Qué ley culpa á un inocente?  
¿Qué opinion á un libre agravia?  
Miente otra vez; que no es  
Deshonra, sino desgracia.  
¿Buena es que en leyes de honor  
Le comprenda tanta infamia  
Al Mercurio que le roba,  
Como al Argos que le guarda!  
¿Qué deja el mundo, qué deja,  
Si así al inocente infama,  
De deshonra, para aquel  
Que lo sabe y que lo ealla?  
Yo entre tantos pensamientos,  
Yo entre confusiones tantas,  
Ni vi regalo en la mesa,  
Ni hice descanso en la cama.  
Tan desabrido conmigo  
Estuve, que me trataba  
Como ajeno el corazon,  
Y como á tirano el alma.  
Y aunque á veces discurría  
En su ahono, y aunque hallaba  
Verisimil la disculpa,  
Pudo en mi tanto la instancia  
Del temer que me ofendia,  
Que con saber que fué casta,  
Tomé de mis pensamientos,  
No de sus culpas, venganza.  
Y porque con mas secreto  
Fuese, previne una eaza  
Fingida, porque á un celoso  
Ficciones solo le agradan.  
Al monte fui, y cuando todos  
Entretenidos estaban  
En su alegre regocijo,  
Con amorosas patahras,  
(¡Qué bien las dice quien miente!  
¡Qué bien las erce quien ama!)  
Llevé á Rosmira, tu madre,

Por una senda apartada  
Del camino, y divertida  
Llegó á una secreta estancia  
Deste monte, á cuyo alhergue  
El sol ignoró la entrada,  
Porque se la defendían  
Rústicamente enlazadas,  
Por no decir que amorosas,  
Arboles, hojas y ramas.  
Aqui pues, adonde apénas  
Huella imprimió mortal planta,  
Solos los dos ..

### ESCENA IX.

ARMINDA. — Dichos.

ARMINDA.

Si el valor,

Que el noble pecho acompaña,  
Señor, y si la experiencia  
Que te han dado honrosas canas,  
En la desdicha presente  
No te niega ó no te falta,  
Exámen será el valor  
De tu ánimo.

CURCIO.

¿Qué causa

Te obliga á que así interrumpas  
Mi razón?

ARMINDA.

Señor...

CURCIO.

Acaba;

Que mas la duda me ofende.

JULIA.

¿Por qué te suspendes? Hahla.

ARMINDA.

No quisiera ser la voz  
De mi pena y tu desgracia.

CURCIO.

No temas decir la tñ,  
Pues yo no temo escucharla.

ARMINDA.

A Lisardo, mi señor...

EUSEBIO.

Esto solo me faltaba.

ARMINDA.

Bañado en su sangre traen,  
En una silla por andas,  
Cuatro rústicos pastores,  
Muerto (¡ay Dios!) á puñaladas;  
Mas ya á tu presencia llega:  
No le veas.

CURCIO.

¡Cielos! ¿Tantas  
Penas para un desdichado?  
¡Ay de mí!

### ESCENA X.

GIL, MENGA, TIRSO, BRAS Y TORIBIO, que traen á LISARDO muerto en una silla. — Dichos.

JULIA.

Pues ¿qué inhumana  
Fuerza ensangrentó la ira  
En su pecho? ¿Qué tirana  
Mano se bañó en mi sangre,  
Contra su inocencia airada?  
¡Ay de mí!

ARMINDA.

Mira, señora....

BRAS.

No llegues á verle.

CURCIO.

Aparta.

TIRSO.

Detente, señor.

CURCIO.

Amigos,

No puede sufrirlo el alma.  
Dejadme ver ese cadáver frio,  
Depósito inelíz de heladas venas,  
Ruina del tiempo, estrago del impío  
Hado, teatro funesto de mis penas,  
¿Qué tirano rigor (¡ay hijo mío!)  
Trágico monumento en las arenas  
Construyó, porque hiciese en quejas

[vanas]

Mortaja triste de mis blancas canas?  
¡Ay amigos! decid: ¿quién fué homicida  
De un hijo, en cuya vida yo animaba?

MENGA.

Gil lo dirá, que, al verle dar la herida,  
Oculto entre unos árboles estaba.

CURCIO.

Di, amigo, di, ¿quién me quitó esta vida?

GIL.

Yo solo sé que Eusebio se llamaba  
Cuando con él reñía.

CURCIO.

¿Hay mas deshonra?  
Eusebio me ha quitado vida y honra.

(A Julia.)

Disculpa agora tú de sus crueles  
Deseos la ambición; di que concibe  
Casto amor, pues, á falta de papeles,  
Lascivos gustos con tu sangre escribiste.

JULIA.

Señor...

CURCIO.

No me respondas como sueles:  
A tomar hoy estado te apercibe,  
O apercibe tambien á tu hermosura,  
Con Lisardo temprana sepultura. [quivo  
Los dos á un tiempo el sentimiento es-  
En este día sepultar concierto, [vivo,  
El muerto al mundo, en mi memoria  
Tú, viva al mundo, en mi memoria  
[muerta.  
Y en tanto que el entierro os apercibo,  
Porque no huyas cerrará esta puerta.  
Queda con él, porque de aquesta suerte,  
Lecciones al morir te dé su muerte.

(Vanse.)

### ESCENA XI.

JULIA; LISARDO, muerto; EUSEBIO.

JULIA.

Mil veces procuro hablarte,  
Tirano Eusebio, y mil veces  
El alma duda, el aliento  
Falta, y la lengua enmudece.  
No sé, no sé cómo pueda  
Hablar; porque á un tiempo vienen  
Envueltas iras piadosas  
Entre piedades crueles.  
Quisiera cerrar los ojos  
A questa sangre inocente,  
Que está pidiendo venganza,  
Desperdiciando claveles:  
Y quisiera hallar disculpa  
En las lágrimas que viertes;  
Que al fin heridas y ojos  
Son bocas que nunca mienten.  
Y en una mano el amor,  
Y en otra el rigor presente,  
A un mismo tiempo quisiera  
Castigarte y defenderte,  
Y entre ciegas confusiones  
De pensamientos tan fuertes,  
La clemencia me combate,  
Y el sentimiento me venee.  
¿Desta suerte solicitas  
Olígar me? ¿Desta suerte,  
Eusebio, en vez de finezas,  
Con crueldades me pretendes?

Cuando de mi boda el día  
Resuelta esperaba, ¡quieres  
Que en vez de apacibles bodas,  
Tristes obsequias celebre!  
Cuando por tu gusto era  
A mi padre inobediente,  
¡Lutos funestos me das  
En vez de galas alegres!  
Cuando, arriesgando mi vida,  
Hice posihle el quererte,  
¡En vez de tálamo (¡ay cielos!)  
Un sepulcro me previenes!  
Y euando mi mano ofrezco,  
Despreciando inconvenientes  
De honor, ¡la tuya bañada  
En mi sangre me la ofrezcas!  
¿Qué gusto tendré en tus brazos,  
Si para llegar á verme  
Dando vida á nuestro amor,  
Voy tropezando en la muerte?  
¿Qué dirá el mundo de mí,  
Sabiendo que tengo siempre,  
Si no presente el agravio,  
Quien le cometió presente?  
Pues cuando quiera el olvido  
Sepultarle, solo el verte  
Entre mis brazos, será  
Memoria con que me acuerde.  
Yo entónces, yo, aunque te adore,  
Los amores sos placeres  
Trocara en iras, pidiendo  
Venganzas; pues ¿cómo quieres  
Que viva sujeta un alma  
A efectos tan diferentes.  
Que esté esperando el castigo,  
Y deseando que no llegue?  
Basta, por lo que te quise,  
Perdonarte, sin que esperes  
Verme en tu vida, ni hablarme.  
Esa ventana, que tiene  
Salida al jardín, podrá  
Darte paso; por ahí puedes  
Escaparte; huye el peligro,  
Porque, si mi padre viene,  
No te halle aquí. Vete, Eusebio,  
Y mira que no te acuerdes  
De mí; que hoy me pierdes tú,  
Porque quisiste perderme.  
Vete, y vive tan dichoso,  
Que tengas felicemente  
Bienes, sin que á los pesares  
Pagues pension de los bienes.  
Que yo haré para mi vida  
Una celda prison breve,  
Si no sepulcro, pues ya  
Mi padre enterrarme quiere.  
Allí lloraré desdichas  
De un bado tan inclemente,  
De una fortuna tan fiera,  
De una inclinacion tan fuerte,  
De un planeta tan opuesto,  
De una estrella tan rebelde,  
De un amor tan desdichado,  
De una mano tan leve,  
Que me ha quitado la vida,  
Y no me ha dado la muerte,  
Porque entre tantos pesares,  
Siempre viva, y muera siempre.

EUSEBIO.

Si acaso mas que tus voces  
Son ya tus manos crueles  
Para tomar la venganza,  
Rendido á tus piés me tienes.  
Preso me trae mi delito,  
Tu amor es la cárcel fuerte,  
Las cadenas son mis yerros,  
Prisiones que el alma teme,  
Verdugo es mi pensamiento;  
Si son tus ojos los jueces,  
Y ellos me dan la sentencia,  
Por fuerza será de muerte.



Mas dirá entónces la fama  
En su pregon: «Este muere  
Porque quiso,» pues que solo  
Es mi delito quererte.  
No pienso darte disculpa;  
No parezca que la tiene  
Tan grande error; solo quiero  
Que me mates y te vengues.  
Toma esta daga, y con ella  
Rompe un pecho que te ofende,  
Saca un alma que te adora,  
Y tu misma sangre vierte.  
Y si no quieres matarme,  
Para que á vengarse llegue  
Tu padre, diré que estoy  
En tu aposento.

JULIA.

¡Detente!

Y por última razon,  
Que he de hablarte eternamente,  
Has de hacer lo que te digo.

EUSEBIO.

Yo lo concedo.

JULIA.

Pues vete  
Adonde guardes tu vida.  
Hacienda tienes, y gente  
Que te podrá defender.

EUSEBIO.

Mejor será que yo quede  
Sin ella; porque si vivo,  
Será imposible que deje  
De adorarte, y no has de estar,  
Aunque un convento te encierre,  
Segura.

JULIA.

Guárdate tú,  
Que yo sabré defenderme.

EUSEBIO.

¿Volveré yo á verte?

JULIA.

No.

EUSEBIO.

¿No hay remedio?

JULIA.

No le esperes.

EUSEBIO.

¿Que al fin me aborreces ya?

JULIA.

Haré por aborrecerte.

EUSEBIO.

¿Olvidarásme?

JULIA.

No sé.

EUSEBIO.

¿Veréte yo?

JULIA.

Eternamente.

EUSEBIO.

Pues ¿aquel pasado amor...?

JULIA.

Pues ¿esta sangre presente...?  
La puerta abren: vete, Eusebio.

EUSEBIO.

Iré por obedecerte.

¿Que no he de volverte á ver!

JULIA.

¿Que no has de volver á verme!

(Suena ruido, vanse cada uno por una  
parte, y entran el cuerpo algunos  
criados.)

## JORNADA SEGUNDA.

Monte.

## ESCENA PRIMERA.

RICARDO, CELIO, EUSEBIO, *en traje  
de bandoleros, con arcabuces.*  
(Suena un tiro dentro)

RICARDO.

Pasó el plomo violento  
Su pecho.

CELIO.

Y hace el golpe mas sangriento,  
Que con su sangre la tragedia imprima  
En tierna flor.

EUSEBIO.

Ponle una cruz encima,  
Y perdónele Dios.

RICARDO.

Las devociones  
Nunca faltan del todo á los ladrones.  
(Vanse Ricardo y Celio.)

EUSEBIO.

Y pues mis hados fieros  
Me traen á capitan de bandoleros,  
Llegarán mis delitos  
A ser, como mis penas, infinitos.  
Como si diera muerte  
A Lisardo á traicion, de aquesta suerte  
Mi patria me persigue,  
Porque su furia y mi despecho obligue  
A que guarde una vida,  
Siendo de tantas bárbaro homicida.  
Mi hacienda me han quitado.  
Mis villas confiscado,  
Y á tanto rigor llegan,  
Que el sustento me niegan.  
No toque pasajero  
El término del monte, si primero  
No rinde hacienda y vida.

## ESCENA II.

RICARDO, BANDOLEROS; ALBERTO,  
*preso.* — EUSEBIO.

RICARDO.

Llegando á ver la boca de la herida,  
Escucha, capitan, el mas extraño  
Suceso.

EUSEBIO.

Ya deseo el desengaño.

RICARDO.

Hallé el plomo deshecho  
En este libro que tenia en el pecho,  
Sin haber penetrado,  
Y al caminante solo desmayado:  
Vesle aquí sano y bueno.

EUSEBIO.

De espanto estoy y admiraciones lleno.  
¿Quién eres, venerable  
Caduco, á quien los cielos, admirable  
Han hecho con prodigio milagroso?

ALBERTO.

Yo soy, ó capitan, el mas dichoso  
De cuantos hombres hay: que he mere-  
cido ser sacerdote indigno, y he leído [cido  
En Bolonia sagrada teología  
Cuarenta y cuatro años con desvelo.  
Dióme Su Santidad, por este celo,  
De Trento el obispado,  
Premiando mis estudios; y admirado  
Yo de ver que tenia  
Cuenta de tantas almas,  
Y que apenas la daba de la mia,  
Los laurales dejé, dejé las palmas  
Y huyendo sus engaños,  
Vengo á buscar seguros desengaños

En estas soledades,  
Dónde viven desnudas las verdades.  
Paso á Roma á que el Papa me conceda  
Licencia, capitan, para que pueda  
Fundar un órden santo de eremitas;  
Mas tu saña atrevida  
Quita el hilo á mi suerte y á la vida.

EUSEBIO.

¿Qué libro es este, di?

ALBERTO

Este es el fruto,  
Que rinde á mis estudios el tributo  
De tantos años.

EUSEBIO.

¿Qué es lo que contiene?

ALBERTO.

El trata del origen verdadero  
De aquel divino y celestial madero  
En que animoso y fuerte,  
Muriendo, triunfó Cristo de la muerte.  
El libro, en fin, se llama  
«Milagros de la Cruz».

EUSEBIO.

¿Qué bien la llama

De aquel plomo inclemente,  
Mas que la cera, se mostró obediente!  
¡Pluguiera á Dios, mi mano  
Antes, que blanco su papel hiciera  
De aquel golpe tirano,  
Entre su fuego ardiera!  
Lleva ropa y dinero  
Y la vida; solo este libro quiero.  
Y vosotros salid acompañando  
Hasta dejarle libre.

ALBERTO.

Iré rogando  
Al Señor te dé luz para que veas  
El error en que vives.

EUSEBIO.

Si deseas

Mi bien, pídele á Dios que no permita  
Mucra sin confesion.

ALBERTO.

Yo te prometo  
Seré ministro en tan piadoso efeto,  
Y te doy mi palabra,  
(Tanto en mi pecho tu clemencia labra)  
Que si me llamas en cualquiera parte,  
Dejaré mi desierto  
Por ir á confesarte:  
Un sacerdote soy, mi nombre Alberto.

EUSEBIO.

¿Tal palabra me das?

ALBERTO.

Y la confieso

Con la mano.

EUSEBIO.

Otra vez tus plantas beso.  
(Vase Alberto con Ricardo y los bando-  
leros.)

## ESCENA III.

CHILINDRINA. — EUSEBIO.

CHILINDRINA.

Hasta venir á hablarte,  
El monte atravesé de parte á parte.

EUSEBIO.

¿Qué hay, amigo?

CHILINDRINA.

Dos nuevasharto malas.

EUSEBIO.

A mi temor el sentimiento igualas.

¿Qué son?

CHILINDRINA.

Es la primera,  
(Decirla no quisiera)

Que al padre de Lisardo  
Han dado...

EUSEBIO.

Acaba, que el efecto aguardo.

CHILINDRINA:

Comision de prenderte ó de matarte.

EUSEBIO.

Esotra nueva temo

Mas, porque en un confuso extremo,  
Al corazon parece que camina

Toda el alma, adivina

De algun futuro daño.

¿Qué ha sucedido?

CHILINDRINA.

A Julia...

EUSEBIO.

Nome engañao

En prevenir tristezas,

Si para ver mi mal, por Julia empiezas.

¿Julia no me dijiste?

Pues eso basta para verme triste.

¡Mal haya amen la rigurosa estrella

Que me obligó á querrella!

En fin, Julia... prosigue.

CHILINDRINA.

En un convento,

Seglar está.

EUSEBIO.

¡Ya falta el sufrimiento!

¿Que el cielo me castigue

Con tan grandes venganzas,

De perdidos deseos,

De muertas esperanzas,

Que de los mismos cielos,

Por quien me deja, vengo á tener celos!

Mas ya tan atrevido,

Que viviendo matando,

Me sustento robando,

No puedo ser peor de lo que he sido.

Despéñese el intento,

Pues ya se ha despénado el pensamiento.

Llama á Celio y Ricardo. (Ap. Amando

[muero!])

CHILINDRINA.

Voy por ellos.

(Vase.)

EUSEBIO.

Vé, y diles que aquí espero.

Asaltaré el convento que la guarda.

Ningun grave castigo me acobarda;

Que por verme señor de su hermosura,

Tirano amor me fuerza

A acometer la fuerza,

A romper la clausura,

Y á violar el sagrado;

Que ya del todo estoy desesperado.

Pues si no me pusiera

Amor en tales puntos,

Solamente lo hiciera,

Por cometer tantos delitos juntos.

#### ESCENA IV.

GIL, MENG. — EUSEBIO.

MENG.

¿Mas que encontramos con él,  
Segun mezquina nací?

GIL.

Menga, yo ¿no voy aquí?

No tenias ese cruel

Capitan de buñuleros;

Ni el hallarlo te alborote;

Que honda llevo yo y garrote.

MENG.

Temo, Gil, sus hechos fieros;

Si no, á Silvia á mirar ponte,

Cuando aquí la acometió;

Que doncella al monte entró;

Y dueña salió del monte,

Que no es peligro pequeño.

GIL.

Conmigo fuera cruel,

Que tambien entro doncel,

Y pudiera salir dueño.

(Reparan en Eusebio.)

MENG. (A Eusebio.)

¡Ah señor! que va perdido,

Que anda Eusebio por aquí.

GIL.

No eche, señor, por ahí.

EUSEBIO. (Ap.)

Estos no me han conocido,

Y quiero disimular.

GIL.

¿Quiere que aquesa ladron

Le mate?

EUSEBIO.

(Ap. Villanos son.)

¿Con qué podré yo pagar

Este aviso?

GIL.

Con huir

De ese bellaco.

MENG.

Si os oge,

Señor, aunque no le enoje

Ni vuestro hacer ni deir,

Luego os matará; y creed

Que con poner tras la ofensa

Una cruz encima, piensa

Que os hace mucha merced.

#### ESCENA V.

RICARDO, CELIO. — DICHOS.

RICARDO.

¿Dónde le dejaste?

CELIO.

Aquí.

GIL. (A Eusebio.)

Es un ladron, no le esperes.

RICARDO.

Eusebio, ¿qué es lo que quieres?

GIL.

¿Eusebio le llamó?

MENG.

Sí.

EUSEBIO.

Yo soy Eusebio; ¿qué os mueve

Contra mí? ¿No hay quien responda?

MENG.

Gil, ¿tienes garrote y honda?

GIL.

Tengo el diablo que te lleve.

CELIO.

Por los apacibles llanos

Que hace del monte la falda,

A quien guarda el mar la espalda,

Vi un escuadron de villanos

Que armado contra ti viene,

Y pienso que se acerca;

Que así Curcio determina

La venganza que previene.

Mira qué piensas hacer:

Junta tu gente, y partamos.

EUSEBIO.

Mejor es que agora buyamos,

Que esta noche hay mas que hacer.

Venid conmigo los dos,

De quien justamente fio

La opinion y el honor mio.

RICARDO.

Muy bien puedes, que por Dios,

Que he de morir á tu lado.

EUSEBIO.

Villanos, vida teneis,

Solo porque le lleveis

A mi enemigo un recado.

Deid á Curcio que yo

Con tanta gente atrevida

Solo defiende la vida,

Pero que le buseo no.

Y que no tiene ocasion

De buscarme desta suerte,

Pues no di á Lisardo muerte

Con engaño ó con traicion.

Cuerpo á cuerpo le maté,

Sin ventaja conocido,

Y antes de acabar la vida,

En mis brazos le llevé

Adonde se confesó,

Digna accion para estimarse;

Mas que si quiere vengarse,

Que he de defenderme yo. —

Y agora, porque no vean

(A los bandoleros.)

Aquestos por donde vamos,

Atados entre estos ramos,

Vendados sus ojos sean,

Poi que no avisen.

RICARDO.

Aquí

Hay eordel.

CELIO.

Pues llega presto.

GIL.

De San Sebastian me han puesto.

MENG.

De San Sebastian á mi.

Mas ate cuanto quisiere,

Señor, como no me mate.

GIL.

Oye, señor, no me ate,

Y puto sea yo si huyere.

Jura tú, Menga, tambien

Este mismo juramento.

CELIO.

Ya estan atados.

EUSEBIO.

Mi intento

Se va ejecutando bien.

La noche amenaza oscura

Tendiendo su negro velo.

Julia, aunque te guarde el cielo,

He de gozar tu hermosura. (Vanse.)

#### ESCENA VI.

GIL, MENG., atados.

GIL.

¿Quién habrá que ahora nos vea,

Menga, aunque caro nos cueste,

Que no diga que es aqueste

Peralvillo de la aldea?

MENG.

Vete llegando hácia aquí,

Gil, que yo no puedo andar.

GIL.

Menga, venmie á desatar,

Y te desataré á ti

Luego al punto.

MENG.

Ven primero

Tú, que ya estás importuno.

GIL.

¿Es decir, que vendrá alguno?

Pondré que falta un arriero

Las tres anades cantando,

Un caminante pidiendo,

Un estudiante comiendo,

Una santera rezando,

Hoy en aqueste camino,

Lo que á ninguno faltó;

Mas la culpa tengo yo.



*Una voz. (Dentro)*

Hacia esta parte imagino  
Que oigo voces; llegad presto.

GIL.

Señor, en buena hora acuda  
A desatar una duda,  
En que há rato que estoy puesto.

MENGA.

Si acaso buscalis, señor,  
Por el monte algun cordel,  
Yo os puedo servir con él.

GIL.

Este es mas gordo y mijór.

MENGA.

Yo, por ser mujer, espero  
Remedio en las ansias mías.

GIL.

No repare en cortesías,  
Desátame á mí primero.

### ESCENA VII.

CURCIO, OCTAVIO, BRAS, TIRSO,  
SOLDADOS.—GIL, MENGA.

TIRSO.

Hacia aquesta parte suena  
La voz.

GIL.

¿Que te quemas!

TIRSO.

Gil,

¿Qué es esto?

GIL.

El diablo es sutil;

Desata, Tirso, y mi pena  
Te diré despues.

CURCIO.

¿Qué es esto?

MENGA.

Venga en buen hora, señor,  
A castigar un traidor.

CURCIO.

¿Quién desta suerte os ha puesto?

GIL.

¿Quién? Eusebio, que en efeto  
Dice... Pero ¿qué se yo  
Lo que dice? El mos dejó  
Aqui en semejante aprieto.

TIRSO.

No llores pues, que no ha estado  
Hoy muy poco liberal  
Contigo.

BRAS.

No lo ha hecho mal,  
Pues á Menga te ha dejado.

GIL.

¡Ay Tirso! no lloro yo  
Porque piadoso no fué.

TIRSO.

Pues ¿por qué lloras?

GIL.

¿Por qué?

Porque á Menga me dejó.  
La de Anton llevó, y al cabo  
De seis, que no parecia,  
Halló á su mujer un día;  
Hicimos un baile bravo  
De hallazgo, y gastó cien reales.

BRAS.

¿Bartolo no se casó  
Con Catalina, y parió  
A seis meses no cabales?  
Y andaba con gran placer  
Diciendo: ¡Si tú lo vieses!  
Lo que otra hace en nueve meses,  
Hace en cinco mi mujer.

TIRSO.

Ello, no hay honra segura.

CURCIO.

¿Que esto llegue á escuchar yo  
Deste tirano? ¿quién vió  
Tan notable desventura?

MENGA.

Cómo destruirle piensa;  
Que hasta las mismas mujeres  
Tomaremos, si tú quieres,  
Las armas para su ofensa.

GIL.

Que aquí acude es lo mas cierto;  
Y toda esta procesion  
De cruces que miras, son,  
Señor, por hombres que ha muerto.

OCTAVIO.

Es a:di lo mas secreto  
De te lo el monte.

CURCIO. (Ap.)

Y aquí

Fué ¡cielos! donde yo vi  
Aquel milagroso efeto  
De inocencia y castidad,  
Cuya beldad atrevido  
Tantas veces he ofendido  
Con dudas, siendo verdad  
Un milagro tan patente.

OCTAVIO.

Señor, ¿qué nueva pasion  
Causa tu imaginacion?

CURCIO.

Rigores que el alma siente  
Son, Octavio; y mis enojos,  
Para publicar mi mengua,  
Como los niego á la lengua,  
Me van saliendo á los ojos.  
Haz, Octavio, que me deje  
Solo esa gente que sigo,  
Porque aqui de mí y conmigo  
Hoy á los cielos me queje.

OCTAVIO.

Ea, soldados, despedad

BRAS.

¿Qué decís?

TIRSO.

¿Qué pretendéis?

GIL.

Despiojad, ¿no lo entendéis?  
Que nos vamos á espulgar.

(Vanse todos, ménos Curcio.)

### ESCENA VIII.

CURCIO.

¿A quién no habrá sucedido,  
Tal vez lleno de pesares,  
Descansar consigo á solas,  
Por no descubrirse á nadie?  
Yo, á quien tantos pensamientos  
A un tiempo afligen, que hacen  
Con lágrimas y suspiros  
Competencia al mar y al aire,  
Compañero de mi mismo  
En las mudas soledades,  
Con la pension de mis bienes  
Quiero divertir mis males.  
Ni las aves, ni las fuentes  
Sean testigos bastantes;  
Que al fin las fuentes murmuran,  
Y tienen lengua las aves.  
No quiero mas compañía  
Que aquestos rústicos sauces;  
Pues quien escucha y no aprende,  
Será fuerza que no hable.  
Teatro este monte fué  
Del suceso mas notable,  
Que entre prodigios de celos  
Cuentan las antigüedades,

De una inocente verdad.

Pero ¿quién podrá librarse  
De sospechas, en quien son  
Mentirosas las verdades?  
Muerte de amor son los celos,  
Que no perdonan á nadie,  
Ni por humilde le dejan,  
Ni le respetan por grave.  
Aqui pues, donde yo digo,  
Rosmira y yo... De acordarme,  
No es mucho que el alma tiemble,  
No es mucho que la voz falte;  
Que no hay flor que no me asombre,  
No hay hoja que no me espante,  
No hay piedra que no me admire,  
Tronco que no me acobarde,  
Peñasco que no me oprima,  
Monte que no me amenace;  
Porque todos son testigos  
De una hazaña tan infame.  
Saqué al fin la espada, y ella,  
Sin temerme y sin turbarse,  
Porque en riesgos de amor nunca  
El inocente es cobarde:  
«Esposo, dijo, detente;  
»No digo que no me mates,  
»Si es tu gusto, porque yo  
»¿Cómo he de poder negarte  
»La misma vida que es tuya?  
»Solo te pido que antes  
»Me digas por lo que muero,  
»Y déjame que te abrace.  
Yo la dije: «En tus entrañas,  
»Como la vibora, traes  
»A quien te ha de dar la muerte.  
»Indicio ha sido bastante  
»El parto infame que esperas.  
»Mas no le verás, que anti s  
»Dándote muerte, seré  
»Verdugo tuyo y de un ángel.»  
«Si acaso, me dijo entonces,  
»Si acaso, esposo, llegaste  
»A creer flaquezas mías,  
»Justo será que me mates.  
»Mas á esta Cruz abrazada,  
»A esta que estaba delante,  
»Prosiguió, doy por testigo  
»De que no supe agravarte  
»Ni ofenderte; que ella sola  
»Será justo que me ampare.»  
Bien quisiera entonces yo,  
Arrepentido, arrojar me  
A sus piés, porque se via  
Su inocencia en su semblante.  
El que una traicion intenta,  
Antes mire lo que hace;  
Porque una vez declarado,  
Aunque procure emendarse,  
Por decir que tuvo causa,  
Lo ha de llevar adelante.  
Yo pues, no porque dudaba  
Ser la disculpa bastante,  
Sino porque mi delito  
Mas amparado quedase,  
El brazo levanté airado,  
Tirando por varias partes  
Mil heridas; pero solo  
Las ejecuté en el aire.  
Por muerta al pié de la Cruz  
Quedó, y queriendo escaparme,  
A casa llegué, y halléla  
Con mas belleza que sale  
El alba, cuando en sus brazos  
Nos presenta el sol infante.  
Ella en sus brazos tenía  
A Julia, divina imagen  
De hermosura y discrecion:  
¿Qué gloria pudo igualarse  
A la mía? que su parto  
Había sido aquella tarde  
Al mismo pié de la Cruz;  
Y por divinas señales,

Con que al mundo descubria  
Dios un milagro tan grande,  
La niña que había parido,  
Dichosa con señas tales,  
Tenia en el pecho una Cruz  
Labrada de fuego y sangre.  
Pero ¡ay! que tanta ventura  
Templaba el que se quedase  
Otra criatura en el monte;  
Que ella, entre penas tan graves,  
Sintió haber parido dos;  
Y yo entonces...

### ESCENA IX.

OCTAVIO. — CURCIO.

OCTAVIO.

Por el valle

Atraviesa un escaudron  
De bandoleros; y antes  
Que cierre la noche triste,  
Será bien, señor, que bajes  
A buscarlos, no osurezca;  
Porque ellos el monte saben,  
Y nosotros no.

CURCIO.

Pues junta

La gente vaya adelante;  
Que no hay gloria para mí,  
Hasta llegar á vengarme.

(Vanse.)

Vista exterior de un convento.

### ESCENA X.

EUSEBIO, RICARDO, CELIO, con  
una escalá.

RICARDO.

Llega con silencio, y pon  
A esa parte las escalas.

EUSEBIO.

leáro seré sin alas,  
Sin fuego seré Faeton:  
Escalar al sol intento,  
Y si me quiere ayudar  
La luz, tengo de pasar  
Mas allá del firmamento.  
Amor ser tirano enseña.  
En subiendo yo, quitad  
Esa escalá, y esperad  
Hasta que os haga una seña.  
Quien subiendo se despena,  
Suba hoy y baje ofendido,  
En cenizas convertido;  
Que la pena del bajar,  
No será parte á quitar  
La gloria de haber subido.

RICARDO.

¿Qué esperas?

CELIO.

Pues ¿qué rigor

Tu altivo orgullo embaraza?

EUSEBIO.

¿No veis cómo me amenaza  
Un vivo fuego?

RICARDO.

Señor,  
Fantasmas son del temor.

EUSEBIO.

¿Yo temor?

CELIO.

Sube.

EUSEBIO.

Ya llevo.

Aunque á tantos rayos ciego,  
Por las llamas he de entrar;  
Que no lo podrá estorbar  
De todo el infierno el fuego.

(Sube y entra.)

CELIO.

Ya entró.

RICARDO.

Alguna fantasia

De su mismo horror fundada,  
En la idea aereditada,  
O alguna ilusion seria.

CELIO.

Quita la escala.

RICARDO.

Hasta el día

Aquí le hemos de esperar.

CELIO.

Atrevimiento fué entrar,  
Aunque yo de mejor gana  
Me fuera con mi villana;  
Mas despues habrá lugar.

(Vanse.)

Celda de Julia.

### ESCENA XI.

EUSEBIO; JULIA, en el lecho.

EUSEBIO.

Por todo el convento he andado,  
Sin ser de nadie sentido,  
Y por cuanto he discurrido,  
De mi destino guiado,  
A mil celdas he llegado  
De religiosas, que abiertas  
Tienen las estrechas puertas,  
Y en ninguna á Julia vi.  
¿Dónde me lleváis así,  
Esperanzas siempre inciertas?  
¿Qué horror! ¿qué silencio mudo!  
¿Qué oscuridad tan funesta!  
Luz hay aquí; celda es esta,  
Y en ella Julia. ¿Qué dudo!

(Corre una cortina, y ve á Julia durmiendo.)

¿Tan poco el valor ayudo,  
Que ahora en hablarla tardo?  
¿Qué es lo que espero? ¿qué aguardo?  
Mas con impulso dudoso,  
Si me animo temeroso,  
Animoso me acobardo.  
Mas belleza la humildad  
Deste traje la asegura;  
Que en la mujer la hermosura,  
Es la misma honestidad.  
Su peregrina beldad,  
De mi torpe amor objeto,  
Hace en mí mayor efeto;  
Que á un tiempo á mi amor incito,  
Con la hermosura apetito,  
Con la honestidad respeto.  
¿Julia! ¡ah Julia!

JULIA.

¿Quién me nombra?  
Mas ¡cielos! ¿qué es lo que veo?  
¿Eres sombra del deseo,  
O del pensamiento sombra?

EUSEBIO.

¿Tanto el mirarme te asombra?

JULIA.

¿Pues quién habrá que no intente  
Huir de tí?

EUSEBIO.

Julia, detente.

JULIA.

¿Qué quieres, forma fingida,  
De la idea repetida,  
Solo á la vista aparente?  
¿Eres, para pena mía,  
Voz de la imaginación?  
Retrato de la ilusión?  
Cuervo de la fantasia?  
Fantasma en la noche fría?

EUSEBIO.

Julia, escucha, Eusebio soy,  
Que vivo á tus piés estoy;  
Que si el pensamiento fuera,  
Siempre contigo estuviera

JULIA.

Desengañándome voy  
Con oírte, y considero  
Que mi recato ofendido  
Mas te quisiera fingido,  
Eusebio, que verdadero.  
Donde yo llorando muero,  
Donde yo vivo penando,  
¿Qué quieres? ¡estoy temblando!  
¿Qué buseas? ¡estoy muriendo!  
¿Qué emprendes? ¡estoy temiendo!  
¿Qué intentas? ¡estoy dudando!  
¿Cómo has llegado hasta aquí?

EUSEBIO.

Todo es extremos amor,  
Y mi pena y tu rigor  
Hoy han de triunfar de mí.  
Hasta verte aquí, sufrí  
Con esperanza segura;  
Pero viendo tu hermosura  
Perdida, he atropellado  
El respeto del sagrado,  
Y la ley de la clausura.  
De lo cierto ó de lo injusto  
Los dos la culpa tenemos,  
Y en mí vienen dos extremos,  
Que son la fuerza y el gusto.  
No puede darle disgusto  
Al cielo mi pretension;  
Antes de esta ejecución,  
Casada eres en secreto,  
Y no cabe en un sugeto  
Matrimonio y religion.

JULIA.

No niego el lazo amoroso,  
Que hizo con felicidades  
Unir á dos voluntades,  
Que fué su efecto forzoso;  
Que te llamé amado esposo,  
Y que todo eso fué así,  
Confieso; pero ya aquí,  
Con voto de religiosa,  
A Cristo de ser su esposa  
Mano y palabra le di.  
Ya soy suya, ¿qué me quieres?  
Vete, porque el mundo asombres,  
Donde mates á los hombres,  
Donde fuerees las mujeres.  
Vete, Eusebio; ya no esperes  
Fruto de tu loco amor;  
Para que te cause horror,  
Que estoy en sagrado piensa.

EUSEBIO.

Cuanto es mayor tu defensa,  
Es mi apetito mayor.  
Ya las paredes salté  
Del convento, ya te vi;  
No es amor quien vive en mí,  
Causa mas oculta fué.  
Cumple mi gusto, ó diré  
Que tú misma me has llamado,  
Que me has tenido encerrado  
En tu celda muchos días:  
Y pues las desdichas mías  
Me tienen desesperado,  
Daré voces; sepan...

JULIA.

Tente,  
Eusebio, mira... ¡jay de mí!  
Pasos siento por aquí,  
Al coro atraviesa gente.  
¡Cielos, no sé lo que intente!  
Cierra esa celda, y en ella  
Estarás, pues atropella  
Un temor á otro temor.



EUSEBIO.

¡Qué poderoso es mi amor!

JULIA.

¡Qué rigorosa es mi estrella! (Vanse.)

—  
Vista exterior del convento.**ESCENA XII.****RICARDO, CELIO.**

RICARDO.

Ya son las tres, mucho tarda.

CELIO.

El que goza su ventura,  
Ricardo, en la noche oscura,  
Nunca el claro sol aguarda.  
Yo apuesto que le parece  
Que nunca el sol madrugó  
Tanto, y que hoy apresuró  
Su curso.

RICARDO.

Siempre amanece  
Mas temprano á quien desea;  
Pero al que goza, mas tarde.

CELIO.

No ereas que al sol aguardes  
Que en el oriente se vea.

RICARDO.

Dos horas son ya.

CELIO.

No creo  
Que Eusebio lo diga.

RICARDO.

Es justo;

Porque al fin son de su gusto  
Las horas de tu deseo.

CELIO.

¿No sabes lo que he llegado  
Hoy, Ricardo, á sospechar?  
Que Julia le envió á llamar.

RICARDO.

Pues si no fuera llamado,  
¿Quién á escalar se atreviera  
Un convento?

CELIO.

¿No has sentido,  
Ricardo, á esta parte ruido?

RICARDO.

Si.

CELIO.

Pues llega la escalera.

**ESCENA XIII.****JULIA, EUSEBIO, á una ventana. — RICARDO, CELIO.**

EUSEBIO.

Déjame, mujer.

JULIA.

Pues cuando

Veneida de tus deseos,  
Movida de tus suspiros,  
Obligada de tus ruegos,  
De tu llanto agradecida,  
Dos veces á Dios ofendo,  
Como á Dios, y como á esposo.  
Mis brazos dejas, haciendo  
Sin esperanzas desdenes,  
Y sin posesion desprecios!  
¿Dónde vas?

EUSEBIO.

Mujer, ¿qué intentas?

Déjame, que voy huyendo  
De tus brazos, porque he visto  
No sé qué deidad en ellos.  
Llamas arrojan tus ojos,  
Tus suspiros son de fuego,

Un volcan eada razon,  
Un rayo cada cabello,  
Cada palabra es mi muerte,  
Cada regalo un infierno:  
Tantos temores me causa  
La Cruz que he visto en tu pecho.  
Señal prodigiosa ha sido,  
Y no permitan los eiélos  
Que, aunque tanto los ofenda,  
Pierda á la Cruz el respeto.  
Pues si la hago testigo  
De las culpas que cometo,  
¿Con qué vergüenza despues  
Llamarla en mi ayuda puedo?  
Quédate en tu religion,  
Julia: yo no te desprecio,  
Que mas agora te adoro.

JULIA.

Escucha, detente, Eusebio.

EUSEBIO.

Esta es la escala.

JULIA.

Detente,

O llévame allá.

EUSEBIO.

No puedo,

Pues que, sin gozar la gloria  
Que tanto esperé, te dejó.  
¡Válgame el Cielo! caí.

RICARDO.

¿Qué ha sido?

EUSEBIO.

¿No veis el viento

Poblado de ardientes rayos?  
¿No mirais sangriento el eiélo  
Que todo sobre mí viene?

¿Dónde estar seguro puedo,

Si airado el eiélo se muestra?

Divina Cruz, yo os prometo,

Y os hago solemne voto

Con cuantas cláusulas puedo,

De en cualquier parte que os vea,

Las rodillas por el suelo,

Rezar un Ave Maria.

(Levántase, y vanse los tres, dejando

la escala puesta.)

**ESCENA XIV.****JULIA. (En la ventana.)**

Turbada y confusa quedo.

¿Aquestas fuéron. ingrato,

Las firmezas? ¿Estos fuéron

Los extremos de tu amor?

¿O son de mi amor extremos?

Hasta vencerme á tu gusto,

Con amenazas, con ruegos,

Aqui amante, alli tirano,

Porfiaste; pero luego

Que de tu gusto y mi pena

Pudiste llamarte dueño,

Antes de vencer, huiste.

¿Quién, siñó tú, veneió huyendo?

¿Muerta soy. eiélos piadosos!

¿Por qué introdujo venenos

Naturaleza, si había,

Para dar muerte, desprecios?

Ellos me quitan la vida;

Pues que con nuevo tormento

Lo que me desprecia buseo.

¿Quién vió tan dndoso efecto

De amor? Cuando me rogaba

Con mil lágrimas Eusebio,

Le dejaba; pero agora,

Porque él me deja, le ruego.

Tales somos las mujeres,

Que contra nuestros deseos,

Aun no queremos dar gusto

Con lo mismo que queremos.

Ninguno nos quiera bien,

Si pretende alcanzar premio;

Que queridas despreciamos,  
Y aborrecidas queremos.

No siento que no me quiera,  
Solo que me deje siento.

Por aquí eayó, tras él  
Me arrojaré. ¿Mas qué es esto?

¿Esta no es escala? Si.

¿Qué terrible pensamiento!

Detente, imaginacion,

No me despeñes; que creo

Que si llevo á consentir,

A hacer el delito llevo.

¿No saltó Eusebio por mí

Las paredes del convento?

¿No me holgué de verle yo

En tantos peligros puesto

Por mi causa? ¿Pues qué dudo?

¿Qué me aeobardo? ¿qué temo?

Lo mismo haré yo en salir,

Que él en entrar: si es lo mismo,

Tambien se holgará de verme

Por su causa en tales riesgos.

Ya por haber consentido,

La misma culpa merezco;

Pues si es tan grande el pecado,

¿Por qué el gusto ha de ser ménos?

Si eonsenti, y me dejó

Dios de su mano, ¿no puedo

De una culpa, que es tan grande,

Tener perdon? ¿Pues qué espero?

(Baja por la escala.)

Al mundo, al honor, á Dios

Hallo perdido el respeto,

Cuando á ceguedad tan grande

Vendados los ojos vuelvo.

Demonio soy, que he caído

Despeñado deste eiélo,

Pues sin tener esperanza

De subir, no me arrepiento.

Ya estoy fuera de sagrado,

Y de la noche el silencio

Con su oscuridad me tiene

Cubierta de horror y miedo.

Tan deslumbrada eamino,

Que en las tinieblas tropiezo,

Y aun no eaugo en mi pecado.

¿Dónde voy? ¿qué hago? ¿qué intento?

Con la muda confusion

De tantos horrores, temo

Que se me altera la sangre,

Que se me eriza el cabello.

Turbada la fantasia,

En el aire forma euerpos,

Y sentencias contra mí

Pronuncia la voz del eco.

El delito, que ántes era

Quien me animaba soberbio,

Es quien me aeobarda agora.

Apénas las plantas puedo

Mover, que el mismo temor

Grillos á mis piés ha puesto.

Sobre mis hombros parece

Que earga un prolijo peso

Que me oprime, y toda yo

Estoy enbierta de hielo.

No quiero pasar de aqui,

Quiero volverme al convento,

Donde de aqueste pecado

Alcance perdon; pues ereo

De la elemeneia divina,

Que no hay luees en el eiélo,

Que no hay en el mar arenas,

No hay átomos en el viento,

Que, sumados todos juntos,

No sean número pequeño

De los pecados, que sabe

Dios perdonar. Pasos siento.

A esta narte me retiro

En tanto que pasan, luego

Subiré sin que me vean.

(Retírase.)

## ESCENA XV.

RICARDO, CELIO. — JULIA, *retirada donde no los ve.*

RICARDO.

Con el espanto de Eusebio  
Aqui se quedó la escala,  
Y agora por ella vuelvo,  
No aclaré el día, y la vean  
A esta pared.  
(*Quitan la escala, y vanse; Julia llega donde estaba la escala.*)

JULIA.

Ya se fueron:

Agora podré subir,  
Sin que me sientan. ¿Qué es esto?  
¿No es aquesta la pared  
De la escala? Pero creo  
Que hácia estotra parte está.  
Ni aquí tampoco está. ¡Cielos!  
¿Cómo he de subir sin ella?  
Mas ya mi desdicha entiendo;  
Desta suerte me negais  
La entrada vuestra; pues creo  
Que, cuando quiero subir  
Arrepentida, no puedo.  
Pues si ya me habeis negado  
Vuestra clemencia, mis hechos  
De mujer desesperada  
Darán asombros al ciclo,  
Darán espantos al mundo,  
Admiración á los tiempos,  
Horror al mismo pecado,  
Y terror al mismo infierno.

## JORNADA TERCERA.

Monte.

## ESCENA PRIMERA.

GIL, *con muchas cruces, y una muy grande al pecho.*

GIL.

Por leña á este monte voy,  
Que Menga me lo ha mandado,  
Y para ir seguro, he hallado  
Una brava invención hoy.  
De la Cruz, dicen, que es  
Devoto Eusebio; y así  
He salido armado aquí  
De la cabeza á los pies.  
Dicho y hecho: ¡éles par diez!  
No encuentro, lleno de miedo,  
Donde estar seguro puedo;  
Sin alma quedo. Esta vez  
No me ha visto; yo quisiera  
Esconderme hácia este lado,  
Mientras pasa; yo he tomado  
Por guarda una cambrónera  
Para esconderme. ¡No es nada  
Tanta pua es la mas chica:  
¡Pléguele Cristo! mas pica  
Que perder una trocada,  
Mas que sentir un desprecio  
De una dama Fierabras,  
Que á todos admite, y mas  
Que tener celos de un necio.

## ESCENA II.

EUSEBIO.—GIL, *escondido.*

EUSEBIO.

No sé adónde podré ir:  
Larga vida un triste tiene,  
Que nunca la muerte viene  
Á quien le causa el vivir.  
Julia, yo me ví en tus brazos  
Cuando tan dichoso era,  
Que de tus brazos pudiera  
Hacer amor nuevos lazos.  
Sin gozar al fin dejé

La gloria que no tenía;  
Mas no fué la causa mía,  
Causa mas secreta fué;  
Pues teniendo mi albedrío,  
Superior efecto ha hecho  
Que yo respete en tu pecho  
La Cruz que tengo en el mio.  
Y pucs con ella los dos,  
¡Ay Julia! habemos nacido,  
Secreto misterio ha sido  
Que lo entiende solo Dios.

GIL. (Ap.)

Mucho pica, ya no puedo  
Mas sufrirlo.

EUSEBIO.

Entre estos ramos

Hay gente. ¿Quién va?

GIL. (Ap.)

Aqui echamos

A perder todo el enredo.

EUSEBIO. (Ap.)

Un hombre á un árbol atado,  
Y una Cruz al cuello tiene:  
Cumplir mi voto conviene  
En el suelo arrodillado.

GIL.

¿A quién, Eusebio, enderezas  
La oración, ú de qué tratas?  
Si me adoras, ¿qué me atas?  
Si me atas, ¿qué me rezas?

EUSEBIO.

¿Quién es?

GIL.

¿A Gil no conoces?

Desde que con el recado,  
Aqui me dejaste atado,  
No han aprovechado voces  
Para que águen (¡qué rigor!)  
Me llegase á desatar.

EUSEBIO.

Pues no es aqueste el lugar  
Donde te dejé.

GIL.

Señor,

Es verdad; mas yo que ví  
Que nadie llegaba, he andado,  
De árbol en árbol atado,  
Hasta haber llegado aquí.  
Aquesta la causa fué  
De suceso tan extraño.

EUSEBIO.

(Ap. Este es simple, y de mi daño  
Cualquier suceso sabré.)  
Gil, yo te tengo afición  
Desde que otra vez hablamos,  
Y así quiero que seamos  
Amigos.

GIL.

Tiene razon;

Y quisiera, pues nos vemos  
Tan amigos, no ir allá,  
Sino andarme por acá,  
Pues aquí todos seremos  
Buñoleros, que diz que es  
Holgada vida, y no andar  
Todo el año á trabajar.

EUSEBIO.

Quédate conmigo pues.

## ESCENA III.

RICARDO, BANDOLEROS; JULIA, *vestida de hombre, y cubierto el rostro.* — EUSEBIO, GIL.

RICARDO.

En lo bajo del camino.  
Que esta montaña atraviesa,  
Ahora hicimos una presa,  
Que segun es, imágino  
Que te dé gusto.

EUSEBIO.

Está bien

Lucgo della tratarémos.  
Sabe agora que tenemos  
Un nuevo soldado.

RICARDO.

¿Quién?

GIL.

Gil: ¿no me ve?

EUSEBIO.

Este villano,

Aunque le veis inocente,  
Conoce notablemente  
Desta tierra monte y llano,  
Y en él será nuestra guía:  
Fuera desto, al campo irá  
Del enemigo, y será  
En él mi perdida espia.  
Encabuz le podeis dar  
Y un vestido.

CELIO.

Ya está aqui.

GIL. (Ap.)

Tengan lástima de mí,  
Que me quedo á emhاندolear.

EUSEBIO.

¿Quién es ese gentil hombre  
Que el rostro encubre?

RICARDO.

No ha sido

Posible que haya querido  
Decir la patria ni el nombre;  
Porque al capitan no mas  
Dice que lo ha de decir.

EUSEBIO.

Bien te puedes descuhrir,  
Pues ya en mi presencia estás.

JULIA.

¿Sois el capitan?

EUSEBIO.

SI.

JULIA. (Ap.)

¡Ay Dios!

EUSEBIO.

Dime quién eres, y á qué  
Viniste.

JULIA.

Yo lo diré,

Estando solos los dos.

EUSEBIO.

Retiraos todos un poco. (Vanse.)

## ESCENA IV.

JULIA, EUSEBIO.

EUSEBIO.

Ya estás á solas conmigo;  
Solo árboles y flores  
Pueden ser mudos testigos  
De tus voces; quita el velo  
Con que cubierto has traído  
El rostro, y dime: ¿quién eres?  
¿Dónde vas? ¿qué has pretendido?  
Habla.

JULIA.

Porque de una vez  
(Saca la espada.)

Sepas á lo que he venido,  
Y quien soy, saca la espada:  
Pues desta manera digo,  
Que soy quien viene á matarte.

EUSEBIO.

Con la defensa resisto  
Tu osadía y mi temor;  
Porque mayor habia sido  
De la acción, que de la voz.



JULIA.

Riñe, cobardo, conmigo,  
Y verás que con tu muerte  
Vida y confusion te quito.

EUSEBIO.

Yo por defenderme, mas  
Que por ofenderte, riño;  
Que ya tu vida me importa;  
Pues si en este desafío  
Te mato, no sé por qué:  
Y si me matas, lo mismo.  
Descúbrete agora pues,  
Si te agrada.

JULIA.

Bien has dicho,  
Porque en venganzas de honor,  
Sino es que conste el castigo  
Al que fué ofensor, no queda  
Satisfecho el ofendido. *(De cubrese)*  
¿Conocesme? ¿qué te espantas?  
¿Qué me miras?

EUSEBIO.

Que rendido  
A la verdad y á la duda  
En confusos desvarios,  
Me espanto de lo que veo,  
Me asombro de lo que miro.

JULIA.

Ya me has visto.

EUSEBIO.

Si, y de verte  
Mi confusion ha crecido  
Tanto, que si antes de agora  
Alterados mis sentidos  
Desearon verte, ya  
Desengañados, lo mismo  
Que dieran ántes por verte,  
Dieran por no haberte visto.  
¿Tú, Julia, en aqueste monte?  
¿Tú con profano vestido,  
Dos veces violento en tí?  
¿Cómo sola aquí has venido?  
¿Qué es esto?

JULIA.

Desprecios tuyos

Son, y desengaños míos.  
Y porque veas que es flecha  
Disparada, ardiente tiro,  
Veloz rayo, una mujer  
Que corre tras su apetito,  
No solo me han dado gusto  
Los pecados cometidos  
Hasta agora, mas tambien  
Me le dan, si los repito.  
Sali del convento, fui  
Al monte, y porque me dijo  
Un pastor, que mal guiada  
Iba por aquel camino,  
Neciamente temerosa,  
Por evitar mi peligro,  
Le aseguré y le di muerte,  
Siendo instrumento un cuchillo  
Que él en su cinta traía.  
Con este, que fué ministro  
De la muerte, á un caminante  
Que cortesmente previno  
En las aucas de un caballo,  
A tanto cansancio alivio,  
A la vista de una aldea,  
Porque entrar en ella quise,  
Le pagué en un despoblado  
Con la muerte el beneficio.  
Tres dias fueron y noches  
Los que aquel desierto me hizo  
Mesa de silvestres plantas,  
Lecho de peñascos frios.  
Llegué á una pobre cabaña,  
A cuyo techo pajizo,  
Juzgué pabellon dorado  
En la paz de mis sentidos.

T. VII.

Liberal huésped fue  
Una serrana conmigo,  
Compitiendo en los desceos  
Con el pastor su marido.  
A la hambre y al cansancio  
Dejé en su albergue rendidos  
Con buena mesa, aunque pobre.  
Manjar, aunque humilde, limpio.  
Pero al despedirme dellos,  
Habiendo ántes prevenido  
Que al buscarme no pudiesen  
Decir: «nosotros la vimos.»  
Al cortés pastor, que al monte  
Salió á enseñarme el camino,  
Maté, y entré donde luego  
Hago en su mujer lo mismo  
Mas considerando entónces  
Que en el propio traje mio  
Mi pesquisidor llevaba,  
Mudármele determino.  
Al fin, pues, por varios casos,  
Con las armas y el vestido  
De un cazador, cuyo sueño,  
No imagen, trasunto vivo  
Fué de la muerte, llegué  
Aquí, venciendo peligros,  
Despreciando inconvenientes,  
Y atropellando designios.

EUSEBIO.

Con tanto asombro te escucho  
Con tanto temor te miro,  
Que eres al oído encanto,  
Si á la vista basilisco.  
Julia, yo no te desprecio;  
Pero temo los peligros  
Con que el cielo me amenaza,  
Y por eso me retiro.  
Vuélvete tú á tu convento:  
Que yo temeroso vivo  
De esa Cruz tanto, que huyo  
De ti. — Mas ¿qué es este ruido?

## ESCENA V.

RICARDO, BANDOLEROS. — DICHOS.

RICARDO.

Preven, señor, la defensa;  
Que apartados del camino,  
Al monte Curcio y su gente  
En busca tuya han salido.  
De todas esas aldeas  
Tanto el número ha crecido,  
Que han venido contra ti  
Viejos, mujeres y niños,  
Diciendo que han de vengar  
En tu sangre, la de un hijo  
Muerto á tus manos, y juran  
De llevarte por castigo,  
O por venganzas de tantos,  
Preso á Sena, muerto ó vivo.

EUSEBIO.

Julia, después hablaremos.  
Cubre el rostro, y ven conmigo;  
Que no es bien que en poder quedés  
De tu padre y mi enemigo.  
Soldados, este es el día  
De mostrar aliento y brío.  
Porque ninguno desmaye,  
Considere que atrevidos  
Vienen á darnos la muerte.  
O prendernos, que es lo mismo:  
Y si no, en pública cárcel,  
De desdichas perseguidos,  
Y sin honra nos veremos:  
Pues si esto hemos conocido,  
¿Por la vida y por la honra,  
Quién temió el mayor peligro?  
No piensen que los tememos,  
Salgamos á recibirlos;  
Que siempre está la fortuna  
De parte del atrevido.

RICARDO.

No hay que salir: que ya llegan  
A nosotros.

EUSEBIO.

Prevenidos.  
Y ninguno sea cobardo;  
Que, vive el cielo, si miro  
Huir alguno ó retirarse,  
Que he de ensangrentar los filos  
De aqueste acero en su pecho,  
Primero que en mi enemigo.

## ESCENA VI.

CURCIO Y GENTE, dentro. — DICHOS.

CURCIO. *(Dentro.)*

En lo encubierto del monte  
Al traidor Eusebio he visto,  
Y para inútil defensa  
Hace mirallas sus riesgos.

Voces. *(Dentro.)*

Ya entre las espesas ramas  
Desde aquí los descubrimos.

JULIA.

¡A ellos!

*(Vase.)*

EUSEBIO.

Esperad, villanos;  
Que, vive Dios, que teñidos  
Con vuestra sangre los campos,  
Han de ser undosos rios.

RICARDO.

De los cobardes villanos  
Es el número excesivo.

CURCIO. *(Dentro.)*

¿Adónde, Eusebio, te escondes?

EUSEBIO.

No escondo, que ya te sigo.  
*(Vanse todos, y disparan arcabuces dentro.)*

Otro lado del monte, en cuyo fondo habrá una Cruz.

## ESCENA VII.

JULIA.

Del monte que yo he buscado,  
Apénas las yerbas piso,  
Cuando horribles voces oigo,  
Marciales campanas miro.  
De la pólvora los ecos,  
Y del acero los filos,  
Unos ofenden la vista,  
Y otros turban el oído.  
¿Mas qué es aquello que veo?  
Desbaratado y vencido  
Todo el escuadrón de Eusebio  
Le deja ya el enemigo.  
Quiero volver á juntar  
Toda la gente que ha habido  
De Eusebio, y volver á darle  
Favor; que si los animo  
Seré en su defensa asombro  
Del mando, seré cuchillo  
De la parca, estrago fiero  
De sus vidas, vengativo  
Espanto de los futuros,  
Y admiración de estos siglos. *(Vase.)*

## ESCENA VIII.

GIL, de bandolero; después MENGA, BRAS, TIRSO Y VILLANOS.

GIL.

Por estar seguro, apénas  
Fui bandolero novicio,  
Cuando, por ser bandolero,  
Me veo en tanto peligro.  
Cuando yo era labrador,  
Eran ellos los vencidos;  
Y hoy, porque soy de la carda,  
Va sucediendo lo mismo.  
Sin ser avariento traigo

La desventura conmigo;  
Pues tan desgraciado soy,  
Que mil veces imagino  
Que, á ser yo judío, fueran  
Desgraciados los judíos.  
(*Salen Menga, Bras, Tirso y otros villanos.*)

MENCA.

¡A ellos, que van huyendo!

BRAS.

No ha de quedar uno vivo  
Tan solamente.

MENCA.

Hacia aquí  
Uno dellos se ha escondido.

BRAS.

Muera este ladrón.

GIL.

Mirad

Que yo soy.

MENCA.

Ya nos ha dicho

El traje que es bandolero.

GIL.

El traje les ha mentido,  
Como muy grande bellaco.

MENCA.

Dale tú.

BRAS.

Pégale, digo.

GIL.

Bien dado estoy y pegado.  
Advertid....

TIRSO.

No hay que advertirnos.

Bandolero sois.

GIL.

Mirad

Que soy Gil, votado á Cristo.

MENCA.

¿Pues no hablaras ántes, Gil?

TIRSO.

Pues, Gil, ¿no lo hubieras dicho?

GIL.

¿Que mas ántes, si el *yo soy*  
Os dije desde el principio?

MENCA.

¿Qué haces aquí?

GIL.

¿No lo veis?

Ofendo á Dios en el quinto:  
Mato solo mas, que juntos  
Un médico y un estio.

MENCA.

¿Qué traje es este?

GIL.

Es el diablo.

Maté á uno, y su vestido  
Me puse.

MENCA.

¿Pues cómo, di,

No está de sangre teñido,  
Si le mataste?

GIL.

Eso es fácil;

Murió de miedo, esta ha sido  
La causa.

MENCA.

Ven con nosotros,

Que victoriosos seguimos  
Los bandoleros, que agora  
Cobardes nos han huido.

GIL.

No mas vestido, aunque vaya  
Titiritando de frío.

(Vanse.)

## ESCENA IX.

EUSEBIO, CURCIO, peleando.

CURCIO.

Ya estamos solos los dos.  
Gracias al cielo que quise  
Dar la venganza á mi mano  
Hoy, siu haber remitido  
A las ajenas mi agravio,  
Ni tu muerte á ajenos filos.

EUSEBIO.

No ha sido en esta ocasion  
Airado el cielo conmigo,  
Curcio, en haberte encontrado;  
Porque si tu pecho vino  
Ofendido, volverá  
Castigado y ofendido.  
Aunque no sé qué respeto  
Has puesto en mí, que he temido  
Mas tu enojo que tu acero:  
Y aunque pudieran tus bríos  
Darme temor, solo temo,  
Cuando aquesas canas miro,  
Que me hacen cobarde.

CURCIO.

Eusebio,

Yo confieso que has podido  
Templar en mí de la ira,  
Con que agraviado te miro,  
Gran parte; pero no quiero  
Que pienses inadvertido  
Que te dan temor mis canas,  
Cuando puede el valor mío.  
Vuelve á reñir, que una estrella  
O algun favorable signo,  
No es bastante á que yo pierda  
La venganza que consigo.  
Vuelve á reñir.

EUSEBIO.

¿Yo temor?

Neciamente has presumido  
Que es temor lo que es respeto;  
Aunque, si verdad te digo,  
La victoria que deseo  
Es, á tus plantas rendido,  
Pedirte perdon; y á ellas  
Pongo la espada que ha sido  
Temor de tantos.

CURCIO.

Eusebio,

No has de pensar que me ánimo  
A matarte con ventaja.  
Esta es mi espada. (*Ap. Asi quito  
La ocasion de darle muerte.*)  
Ven á los brazos conmigo.  
(*Abrázanse los dos, y luchan.*)

EUSEBIO.

No sé qué efecto has hecho  
En mí, que el corazon dentro del pecho,  
A pesar de venganzas y de enojos,  
En lágrimas se asoma por los ojos,  
Y en confusion tan fuerte,  
Quisiera, por vengarte, darme muerte.  
Véngate en mí; rendida  
A tus plantas, señor, está mi vida.

CURCIO.

El acero de un noble, aunque ofendido,  
Nose mancha en la sangre de un rendido;  
Que quita grande parte de la gloria,  
El que con sangre borra la victoria.

(Voces. (Dentro.)

Hacia aquí están.

CURCIO.

Mi gente victoriosa

Viene á buscarme, cuando temerosa  
La tuya vuelve huyendo.  
Darte vida pretendo;  
Escóndete, que en vano  
Defenderé el enojo vengativo

De un escuadron villano,  
Y solo tu, imposible es quedar vivo.

EUSEBIO.

Yo, Curcio, nunca huyo  
De otro poder, aunque he temido el tuyo;  
Que si mi mano aquesta espada cobra,  
Verás, cuanto valor en tí me falta,  
Que en tu gente me sobra.

## ESCENA X.

OCTAVIO, GIL, BRAS y los demas villanos. — DICHOS.

OCTAVIO.

Desde el mas hondo valle á la mas alta  
Cumbre de aqueste monte, no ha que-  
Alguno vivo; solo se ha escapado [dado  
Eusebio, porque huyendo aquesta tar-  
EUSEBIO. [de...  
Mientes, que Eusebio nunca fué cobarde.

TODOS.

¿Aquí está Eusebio? ¿Muera!

EUSEBIO.

¡Llegad, villanos!

CURCIO.

¡Tente, Octavio, espera!

OCTAVIO.

¿Pues tu, señor, que habías  
De animarnos, agora desconfías?

BRAS.

¿Un hombre amparas que en tu sangre  
[y honra,  
Introdujo el acero y la deshonra?

GIL.

¿A un hombre, que atrevido  
Toda aquesta montaña ha destruido?  
A quien en el aldea no ha dejado  
Melon doncella, que él no haya catado,  
Y á quien tantos ha muerto,  
¿Cómo así le defiendes?

OCTAVIO.

¿Qué es, señor, lo que dices? ¿Qué pre-  
CURCIO. [tendes?

Esperad, escuchad (¡triste sube!)  
¿Cuánto es mejor que á Sena vaya preso?  
Date á prision, Eusebio; que prometo,  
Y como noble juro, de ampararte,  
Siendo abogado tuyo, aunque soy parte.

EUSEBIO.

Como á Curcio tomas, yo me rindiera:  
Mas como á juez, no puedo; [do.  
Porque aquel es respeto, y este es mie-

OCTAVIO.

¡Muera Eusebio!

CURCIO.

Advertid...

OCTAVIO.

Pues qué, ¿tú quieres  
Defenderle? ¿A la patria traidor eres?

CURCIO.

[suerte,  
¿Yo traidor? Pues me agravian desta  
Perdona, Eusebio, porque yo el primero  
Tengo de ser en darte triste muerte.

EUSEBIO.

Quitate de delante,  
Señor, porque tu vista no me espante;  
Que viéndote, no dudo  
Que te tenga tu gente por escudo.

(Vanse todos peleando con él.)

CURCIO.

Apretándole van. ¡Oh quién pudiera  
Darte agora la vida,  
Eusebio, aunque la suya misma diera!  
En el monte se ha entrado,  
Por mil partes herido:  
Retirándose baja despenado  
Al valle. Voy volando,



Que aquella sangre iría,  
Que con tímida voz me está llamando,  
Algo tiene de mía;  
Que sangre, que no fuera  
Propia, ni me llamara, ni la oyera.

(Vase.)

### ESCENA XI.

EUSEBIO, *que baja despeñado.*

Quando, de la vida incierto,  
Me despeña la mas alta  
Cumbre, veo que me falta  
Tierra donde caiga aduerto:  
Pero si mi culpa advierto,  
Al alma reconocida,  
No el ver la vida perdida  
La atormenta, sino el ver  
Cómo ha de satisfacer  
Tantas culpas una vida.  
Ya me vuelve à perseguir  
Este escuadron vengativo;  
Pues no puedo quedar vivo,  
He de matar ó morir:  
Aunque mejor será ir  
Donde al cielo perdón pida;  
Pero mis pasos impida  
La Cruz, porque desta suerte  
Ellos me den breve muerte,  
Y ella me dé eterna vida.  
Arbol, donde el cielo quiso  
Dar el fruto verdadero  
Contra el bocado primero,  
Flor del nuevo paraíso,  
Arco de luz, cuyo aviso  
En piélago mas profundo  
La paz publicó del mundo,  
Planta hermosa, fértil vid,  
Arpa del nuevo David,  
Tabla del Moisés segundo:  
Pecador soy, tus favores  
Pido por justicia yo;  
Pues Dios en ti padeció  
Solo por los pecadores.  
A mí me debes tus lóres;  
Que por mí solo muriera  
Dios, si mas mundo no hubiera:  
Luego eres tú, Cruz, por mí,  
Que Dios no muriera en ti,  
Si yo pecador no fuera.  
Mi natural devoción  
Siempre os pidió con fe tanta,  
No permitieseis, Cruz santa,  
Muriese sin confesion.  
No seré el primer ladrón  
Que en vos se confiese a Dios.  
Y pues que ya somos dos,  
Y yo no lo he de negar,  
Tampoco me ha de faltar  
Redencion que se obró en vos.  
Lisardo, cuando en mis brazos  
Pude ofendido matarte,  
Lugar di de confesarte,  
Antes que en tan breves plazos  
Se desatasen los lazos  
Mortales. Y agora advierto  
En aquel viejo, aunque muerto:  
Piedad de los dos aguardo.  
Mira que muero, Lisardo;  
Mira que te llamo, Alberto!

### ESCENA XII.

CURCIO. — EUSEBIO.

CURCIO.

Hacia aquesta parte está.

EUSEBIO.

Si es que venis à matarme,  
Muy poco hareis en quitarme  
Vida que no tengo ya.

CURCIO.

¿Qué bronce no ablandará  
Tanta sangre derramada!  
Eusebio, rinde la espada.

EUSEBIO.

¿A quién?

CURCIO.

A Curcio.

EUSEBIO.

Esta es (*Dóselo.*)

Y yo tambien á tus piés,  
De aquella ofensa pasada  
Te pido perdón. No puedo  
Hablar mas, porque una herida  
Quita el aliento á la vida,  
Cubriendo de horror y miedo  
Al alma.

CURCIO.

Confuso quedo.

¿Será en ella de provecho  
Remedio humano?

EUSEBIO.

Sospecho

Que la mejor medicina  
Para el alma es la divina.

CURCIO.

¿Dónde es la herida?

EUSEBIO.

En el pecho.

CURCIO.

Déjame poner en ella  
La mano, á ver si resiste  
El aliento. ¡Ay de mí triste!

(*Registra la herida, y ve la Cruz.*)

¿Qué señal divina y bella  
Es esta, que al conocella  
Toda el alma se turbó?

EUSEBIO.

Son las armas que me dió  
Esta Cruz, á cuyo pié  
Nací; porque mas no sé  
De mi nacimiento yo.  
Mi padre, á quien no señalo,  
Aun la cuna me negó;  
Que sin duda imaginó  
Que habia de ser tan malo.  
Aquí nací.

CURCIO.

Y aquí igualo

El dolor con el contento,  
Con el gusto el sentimiento,  
Efectos de un hado impío  
Y agradable. ¡Ay, hijo mío!  
Pena y gloria en verte siento.  
Tú eres, Eusebio, mi hijo,  
Si tantas señas advierto,  
Que para llorarte muerto,  
Ya justamente me aflijo.  
De tus razones colijo  
Lo que el alma adivinó.  
Tu madre aquí te dejó  
En el lugar que te he hallado;  
Dónde cometí el pecado,  
El cielo me castigó.

Ya aqueste lugar previene  
Informacion de mi error;  
¿Pero cuál seña mayor  
Que aquesta Cruz, que conviene  
Con otra que Julia tiene?  
Que no sin misterio el cielo  
Os señaló, porque al suelo  
Fuérais prodigio los dos.

EUSEBIO.

No puedo hablar, padre, ¡adios!  
Porque ya de un mortal velo  
Se cubre el cuerpo, y la muerte  
Niega, pasando veloz,  
Para responderte voz,

Vida para conocerte,  
Y alina para obedecerte.  
Ya llega el golpe mas fuerte,  
Ya llega el trance mas cierto  
¡Alberto!

CURCIO.

¿Que lllore muerto

A quien aborrecí vivo!

EUSEBIO.

¡Ven, Alberto!

CURCIO.

¡Oh trance esquivo!

¡Guerra injusta!

EUSEBIO.

¡Alberto! Alberto!

(*Muere.*)

CURCIO.

Ya al golpe mas violento  
Rindió el último aliento:  
Paguen mis blancas canas  
Tanto dolor. (*Tirase de los cabellos.*)

### ESCENA XIII.

BRAS, y luego OCTAVIO. — CURCIO:  
EUSEBIO, muerto.

BRAS.

Va son tus quejas vanas.

¿Cuándo puso inconstante la fortuna  
En tu valor extremos?

CURCIO.

En ninguna

Llegó el rigor á tanto  
Abrasen mis ojos  
Este monte con llanto,  
Puesto que es fuego el llanto de mis ojos.  
¡Oh triste estrella! ¡oh rigurosa suerte!  
¡Oh atrevido dolor!

(*Sale Octavio.*)

OCTAVIO.

Hoy, Curcio, advierte  
La fortuna en los males de tu estado,  
Cuántos puede sufrir un desdichado.  
El cielo sabe cuánto hablarte siento

CURCIO.

¿Qué ha sido?

OCTAVIO.

Julia falta del convento

CURCIO.

El mismo pensamiento, di, ¿podiera  
Con el discurso hallar pena tan fiero,  
Que es mi desdicha airada,  
Sucedida, aun mayor que imaginada?  
Este cadáver frio,  
Este que ves, Octavio, es hijo mío.  
Mira si basta en confusion tan fuerte  
Cualquiera pena destas á una muerte.  
Dadme paciencia, cielos,  
O quitadme la vida,  
Agora perseguida  
De tormentos tan fieros.

### ESCENA XIV.

GIL, FIRSO, VILLANOS. — DICHOS.

GIL.

Señor!

CURCIO.

¿Hay mas dolor?

GIL.

Los bandoleros,

Que huyeron castigados,  
En busca tuya vuelven, animados  
De un demonio de un hombre,  
Que encubre dellos mismos rostro

CURCIO.

[nombre]

Agora que mis penas fuéron tales,  
Que son lisonjas los mayores males.  
El cuerpo se retire lastimoso [honroso  
De Eusebio, en tanto que un sepulcro  
A sus cenizas da mi desventura.

TERSO.

¿Pues cómo piensas darle sepultura  
 Hoy en lugar sagrado, ¿gago?  
 Cuando sabes que ha muerto excomul-

BRAS.

Quien desta suerte ha muerto,  
 Digno sepulcro sea este desierto.

CURCIO.

¡Oh villana venganza!  
 ¿Tanto poder en ti la ofensa alcanza,  
 Que pasas desta suerte,  
 Los últimos umbrales de la muerte?  
 (Vase llorando.)

BRAS.

Sea en penas tan graves,  
 Su sepulcro las fieras y las aves.

OTRO.

Del monte despeñado  
 Caiga, por mas rigor, despedazado.

TERSO.

Mejor es darle agora  
 Rústica sepultura entre estos ramos.  
 (Colocan entre las ramas el cuerpo de Eusebio.)

Pues ya la noche baja,  
 Envuelta en esa lóbrega mortaja;  
 Aquí en el monte, Gil, con él te queda,  
 Porque sola tu voz avisa pueda,  
 Si algunas gentes vienen  
 De las que huyeron. (Vanse.)

GIL.

¡Linda flema tienen!

A Eusebio han enterrado  
 Allí, y á mi aqui solo me han dejado.  
 Señor Eusebio, acuértese, le digo,  
 Que un tiempo fui su amigo.  
 ¿Mas qué es esto? ó me engaña mi deseo,  
 O mil personas á esta parte veo.

## ESCENA XV.

ALBERTO. — GIL, EUSEBIO, muerto.

ALBERTO.

Viniendo agora de Roma,  
 Con la muda suspension  
 De la noche, en este monte  
 Perdido otra vez estoy.  
 Aquesta es la parte adonde  
 La vida Eusebio me dió,  
 Y de sus soldados temo  
 Que en grande peligro estoy.

EUSEBIO.

¡Alberto!

ALBERTO.

¿Qué aliento es este  
 De una temerosa voz,  
 Que repitiendo mi nombre  
 En mis oídos sonó?

EUSEBIO.

¡Alberto!

ALBERTO.

Otra vez pronuncia  
 Mi nombre, y me pareció  
 Que es á esta parte; yo quiero  
 Ir llegando.

GIL.

¡Santo Dios!  
 Eusebio es, y ya es mi miedo  
 De los miedos el mayor.

EUSEBIO.

¡Alberto!

ALBERTO.

Mas cerca suena.  
 Voz. que discurre veloz

El viento, y mi nombre dices,  
 ¿Quién eres?

EUSEBIO.

Eusebio soy;  
 Llega, Alberto, hacia esta parte,  
 Adonde enterrado estoy;  
 Llega, y levanta estos ramos.  
 No temas.

ALBERTO.

No temo yo.

GIL.

Yo sí. (Alberto le descubre.)

ALBERTO.

Ya estás descubierto.  
 Dime de parte de Dios,  
 ¿Qué me quieres?

EUSEBIO.

De su parte.

Mi fe, Alberto, te llamé,  
 Para que, ántes de morir,  
 Me oyese de confesion.  
 Rato há que hubiera muerto;  
 Pero libre se quedó  
 Del espíritu el cadáver;  
 Que de la muerte el feroz  
 Golpe le privó del uso,  
 Pero no le dividió. (Levántase.)  
 Ven adonde mis pecados  
 Confiese, Alberto, que son  
 Mas que del mar las arenas  
 Y los átomos del sol.  
 ¿Tanto con el cielo puede  
 De la Cruz la devocion!

ALBERTO.

Pues yo cuantas penitencias  
 Hice hasta agora, te doy,  
 Para que en tu culpa sirvan  
 De alguna satisfacción.  
 (Vase Eusebio y Alberto.)

GIL.

¡Por Dios, que va por su pié!  
 Y para verlo mejor,  
 El sol descubre sus rayos,  
 A decirlo á todos voy.

## ESCENA XVI.

JULIA, algunos BAMBOLINOS; despues CURCIO Y VILLANOS. — GIL.

JULIA.

Agora, que descuidados  
 La victoria los dejó  
 Entre los brazos del sueño,  
 Nos dan bastante ocasion.

UNO.

Si has de salirles al paso,  
 Por esta parte es mejor;  
 Que ellos vienen por aqui.  
 (Salen Curcio y villanos.)

CURCIO.

Sin duda que inmortal soy  
 En los males que me matan,  
 Pues no me mata el dolor.

GIL.

A todas partes hay gente;  
 Sepan todos de mi voz,  
 El mas admirable caso  
 Que jamas el mundo vió.  
 De donde enterrado estaba  
 Eusebio, se levantó,  
 Llamando á un clérigo á voces.  
 Mas ¿para qué os cuento yo  
 Lo que todos podeis ver?  
 Mirad con la devocion  
 Que está puesto de rodillas.

CURCIO.

¡Mi hijo es! ¡Divino Dios!  
 ¿Qué maravillas son estas?

JULIA.

¿Quién vió prodigio mayor?

CURCIO.

Asi como el santo anciano  
 Hizo de la absolucion  
 La forma, segunda vez  
 Muerto á sus plantas cayó.

## ESCENA XVII.

ALBERTO. — DICHOS.

ALBERTO.

Entre sus grandezas tantas,  
 Sepa el mundo la mayor  
 Maravilla de las suyas.  
 Porque la ensalce mi voz.  
 Despues de haber muerto Eusebio,  
 El cielo depositó  
 Su espíritu en su cadáver,  
 Hasa que se confesó;  
 Que tanto con Dios alcanza  
 De la Cruz la devocion.

CURCIO.

¡Ay hijo del alma mia!  
 No fué desdichado, no,  
 Quien en su trágica muerte  
 Tantas glorias mereció.  
 Asi Julia conociera  
 Sus culpas.

JULIA.

¡Válgame Dios!

¿Qué es lo que estoy escuchando?  
 ¿Qué prodigios este? ¿Yo  
 Soy la que á Eusebio pretende,  
 Y hermana de Eusebio soy?  
 ¿Mas sepa Curcio, mi padre,  
 Sepa el mundo y todos hoy  
 Las graves culpas: yo misma,  
 Sombrada á tanto horror,  
 Jaré voces: sepan todos  
 Cuantos hoy viven que yo  
 Soy Julia, en número infame  
 De las malas la peor.  
 Mas ya que ha sido comun  
 Mi pecado, desde hoy  
 Lo será mi penitencia;  
 Pidiendo humilde perdon  
 Al mundo del mal ejemplo,  
 De la mala vida á Dios.

CURCIO.

¡Oh asombro de las maldades!  
 Con mis propias manos yo  
 Te mataré, porque sea  
 Tu vida y tu muerte atroz.

JULIA.

Valedme vos, Cruz divina;  
 Que yo mi palabra os doy,  
 De hacer, volviendo al convento  
 Penitencia de mi error.  
 (Al querer herirla Curcio, se abraza de la Cruz que estaba en el sepulcro de Eusebio, y vuela.)

ALBERTO.

¡Gran milagro!

CURCIO.

Y con el fin  
 De tan grande admiracion,  
 La Devocion de la Cruz  
 Felice acaba su autor.



# ¿CUAL ES MAYOR PERFECCION?

## PERSONAS.

DON FELIX.  
DOÑA ANGELA.  
DON LUIS.  
DOÑA LEONOR.

DON ANTONIO.  
DON ALONSO.  
DOÑA BEATRIZ.  
INES.

ISABEL.  
JUANA.  
ROQUE.  
UN ESCUDERO.

*La escena es en Madrid.*

## JORNADA PRIMERA.

Sala en casa de Doña Leonor.

### ESCENA PRIMERA.

DOÑA LEONOR, INES, DON FELIX.

DON FÉLIX.

Famosa tarde tendrás.

DOÑA LEONOR.

Bien confieso que lo fuera,  
Si yo de gusto estuviera.

DON FÉLIX.

Pues ¿qué tienes?

DOÑA LEONOR.

No sé mas

De la necia pasión mía,  
De que lo que en su extrañeza  
Con causa fuera tristeza,  
Sin ella es melancolía.  
Mas tú, ¿qué noticias tienes  
Para pensar que será  
Buena, ó no, la tarde?

DON FELIX.

Ya

Que 'a' disculpa previenes  
De darme por entendido  
De quien las visitas son,  
Que hoy esperas, la objecion  
Con preguntarlo has vencido,  
De que contigo, Leonor,  
Hable en esto; y mas si es llano  
Que un acaso cortesano  
No es escrúpulo de honor,  
Que no se pueda decir,  
A una hermana: oye, y sabrás  
En qué fundo que hoy tendrás  
Bien en que te divertir.  
A la puente segoviana  
Día del Angel, con todos  
(Que para fiesta en Madrid;  
Basta el verse mos á otros);  
En tu coche (que esta tarde,  
A causa de tus penosos  
Accidentes, no queriendo  
Gozar de sus desahogos,  
Me le prestaste; que en casa  
Donde hay damas, es notorio  
Que á los hombres, tales días  
Aun son prestados los propios)  
Con dos amigos (Don Luis  
De Mendoza, y Don Antonio  
De Ayala, que son con quien  
Mas en Madrid me confronto)  
Sall, añadiendo al concurso,  
Ya que no pude un adorno,  
Un número, que sirviese.  
Si no de lustre, de estorbo.  
Dígalo el efecto, pues  
Aferrados en el golfo  
De tantas terrenas velas,

Como le surcan el corso,  
Doblando el cabo á la puente,  
Hubimos de tomar fondo  
En el estrecho que hace  
Su piélagos mas angosto,  
Al tiempo que de la guarda  
El orgullo presuroso  
Hacia á los reyes calle,  
Con que fué, Leonor, forzoso  
Que el coche, y el de dos damas,  
Si á la metáfora torno,  
Hubiesen de rozobrar  
Entre aquellos dos escollos  
De la calzada, que baja  
A la Tela, en cuyo abordo,  
Los dos coches enredados  
Con la prisa de los otros,  
Si ya no con la porfia  
De los cocheros, que solo  
Su honra está en cual rompe mas  
Aleros y guarda-polvos,  
Llegaron hasta lo llano,  
Donde en los bajos de un hoyo  
Dejó el nuestro al de las damas  
Un eje á la rueda roto.  
Si se cae ó no se cae  
Quedó, á tiempo que nosotros,  
Arrojándonos del nuestro,  
Acudimos presurosos.  
La cortina, que hasta allí,  
En recatados embozos,  
A media luz brinjuleaba  
Las personas sin los rostros,  
Franqueada con el acaso,  
Dió lugar á que dichoso  
Notase de una hermosura  
El mas apacible asombro.  
En mi vida, hermana, vi...  
(Perdóname, si aquí rompo  
Fueros á la urbanidad:  
Que aunque no ando ni ignoro  
Que en presencia de una dama,  
Aunque sea hermana, es loco  
El que á otra alaba; hay sucesos  
Que dispensan licenciosos,  
Mayormente cuando esti  
Tan recusado mi voto,  
Que quedándose en licencia  
No puede pasar á oprobio.)  
En mi vida, hermana, vi,  
Vuelvo á decir, tan hermoso  
Maridaje como hicieron,  
Mezclando pálido y rojo,  
Sus mejillas; y mas cuando  
Al sobresaltado asombro  
Del lance, vi no sé qué  
Desmandadas hebras de oro,  
Como acusándole al manto  
Que abandonase el rebozo,  
La bosquejaron á cercos,  
Y dibujaron á tornos.  
Con el susto la hermosura  
Creció mas, y mas si noto  
Que le purpureo dejó

A lo cándido tan solo,  
Que solamente en los labios  
Se hizo reacio, bien como  
Diciendo: «De sus mejillas  
Bien puedo huir temeroso;  
Mas de los labios no puedo»,  
Mostrando en unas y en otros  
Que no era en ellas ajeno  
Lo que en ellos era propio.  
Mas ¿para qué me detengo,  
Si aun ahora es culpa que absorto  
Ella peligre, y que yo  
No acuda á su amparo pronto?  
Llegué al coche, pues, que ya  
Mal afianzado en los hombros  
De gente de á pié, impedía  
Que acabase de dar todo  
El amenazado vuelco,  
Diciendo: «Pues es forzoso,  
Señoras, que vuestro coche  
De aquí no pase, y que de otro  
Hayáis de serviros, este  
Merezca ser tan dichoso,  
Que por estar mas á mano,  
Le admitáis.» Con mil enojos  
Destempladamente airados,  
Pero hermosamente airosos,  
Despidió el ofrecimiento,  
Echándose del destrozo  
La culpa. No es la primera  
Vez que pagamos nosotros  
Desmanes de los cocheros,  
Ni la primera tampoco  
Que la hermosura se dé  
Por mal servida de todo.  
La que iba, Leonor, con ella,  
Con mas cortesanos modos,  
Haciendo gala del susto  
Y desden del alboroto,  
Dijo: «El no estar, caballeros,  
(Seamos las dos quien somos)  
A la vergüenza de ser  
De tantos vulgares corros,  
Como á ver el coche así  
Se paran, blanco afrentoso,  
Nos obliga á que aceptemos  
Ofrecimientos, que otorgo.  
En fe de la cortesía,  
Que deben tan generosos  
Caballeros á las damas;  
Pues aquí hay perdido solo  
El que desacomodados  
Quedeis: deuda que yo pongo  
A cuenta de ser quien sois,  
Que es quien cobra con mas logro  
Las situaciones á quien  
Hace lo obligado heróico».  
Dijo, y ostentando á un tiempo,  
Ya del arte en el adorno,  
Ya en la enmienda del acaso,  
Lo entendido y lo brioso,  
(Cuando apela para el garbo,  
No tiene buen pleito el rostro),  
Pasó del estribo al nuestro,

Con que tubo de hacer lo propio  
La hermosa, que todavía  
En podridos soliloquios,  
Acordándose del daño.  
Se olvidaba del socorro.  
Con que tomando otra vez  
Vuelta el coche, en lo espacioso  
De la Tela las perdimos  
De vista, porque nosotros,  
Viéndonos á pié, fué fuerza  
Apelar á lo fragoso  
Del parque, y por su calzada  
Al prado nuevo. No toco  
En si quedé ó no, Leonor,  
O contento ó pesaroso  
Del lance; pues si contento  
Digo, no sé qué penoso  
Cuidado desmiento, que  
Hasta hoy en el pecho escondo;  
Y si pesaroso digo,  
Desmiento no sé qué gozo,  
Que tambien dentro el pecho  
Hasta ahora guardo; de modo,  
Que haciendo pesar y agrado  
De dos especies un monstruo,  
Ni á uno por agrado admito,  
Ni á otro por pesar conozco.  
Al fin, volviendo el cochero,  
De casa y calle me informo,  
Y á muy poca diligencia,  
Supe que de Don Alonso  
De Toledo, un caballero  
Rico, ilustre y generoso  
(Habiendo dicho Toledo,  
Ya lo habia dicho todo)  
Hija y sobrina las dos  
Son, en cuyos nombres noto  
De Angela y Beatriz noticias,  
Que una y mil veces recorro  
En la memoria, sin dar  
En cuándo, adónde ni cómo  
Los habia oido, hasta que  
Preguntando ahora curioso  
Mas que atento, qué visita  
Esperabas, reconozco  
Que eras tú á quien las habia  
Oido nombrar, y que, de otros  
Estrados amigas, vienen  
A verte hoy; yo envidioso  
Dije, tendrás buena tarde;  
Y con razon, pues forzoso  
Es, que gozando en las dos  
De lo discreto y lo hermoso,  
Leonor, buena tarde tengan  
Los oidos y los ojos.

DOÑA LEONOR.

Esas señoras un día,  
Que sin conocernos, fuimos  
Donde acaso concurrimos  
De una amiga suya y mia  
En la visita, me hicieron  
Tantos agasajos, que  
En obligacion, quedé  
De servirlos, con que fueron  
Creciendo en la voluntad  
Correspondencias, que son  
Sobre alguna inclinacion.  
Buen principio de amistad.  
Siempre que á casa de aquella  
Amiga nuestra volvían,  
Me avisaban y pedían  
Que nos viésemos en ella;  
Porque esto del visitar  
A quien no me visitó,  
Es cierto duelo que no  
Le quiere nadie empezar.  
Y aunque nie tocaba á mí,  
Por ser ellas dos, y ser  
Yo una sola, el no tener  
Salud, me hizo que hasta aquí  
Lo dilatase, con que

Salvando su vanidad  
El duelo en la enfermedad,  
Hoy vienen á verme, en fe  
Del mal; y si verdad digo,  
Lo estimo, porque en mi vida  
Vi mujer mas entendida  
Que lo es la Beatriz: testigo  
De su extremada cultura  
Sea, con aplauso justo,  
En las burlas el buen gusto,  
En las véras la cordura;  
En lo que cuenta, el donaire;  
En lo que dice, el cariño;  
En lo que viste, el alino;  
Y en todo, en fin, el buen aire;  
Tanto, para que concluya  
Los méritos de Beatriz,  
Que me tengo por feliz  
Solo en ser amiga suya.

DON FÉLIX.

Aunque el afecto los cielos  
Remitieron á una estrella,  
De parte de Angela bella  
Estoy por pedirte celos.  
¿Es posible que no sea  
Angela quien te debió  
Mayor inclinacion?

DOÑA LEONOR.

No,  
Porque aunque hermosa la vea,  
La hermosura para mí  
No es alhaja; mayormente  
Hermosura solamente.  
Tan a solas, que no vi  
Sentidos que mas en calma  
Digan: « Hermosa me soy,  
Y no mas. » Mil veces voy  
A ver donde tiene el alma,  
Creuyendo que es escultura,  
Y solamente la encuentro  
Una fantasma que dentro  
Anda de aquella hermosa.  
Si habla, es todo con enfado;  
Si responde, con frialdad;  
Si mira, con vanidad;  
Si escucha, con desagrado;  
Con todas presuntuosa  
Tanto, que extraños sus modos,  
Parece que tienen todos  
La culpa de que sea hermosa.

DON FÉLIX.

¿ Ves todo eso, Leonor? pues  
Todo eso y mas se asegura  
Afianzado en la hermosura.  
Ella de las damas es  
La única perfeccion rara:  
Tenga cualquiera que fuere,  
Todo lo que ella quisiera;  
Pero tenga buena cara.  
Sobre hermosa, en fin, no hay cosa  
Que suplir ni que vencer;  
Que no tiene una mujer  
Mas que hacer que ser hermosa.

DOÑA LEONOR.

Un tono que ines, tal vez  
Que á la labor engañamos,  
Con lo que oímos y hablamos,  
Cantar suele, ser juez  
De aquesta cuestion podia.  
Mas dejando la cuestion  
Quizá para otra ocasion,  
Si Beatriz es dama mia,  
Y Angela tuya, empeñados  
Los dos, será bien no ignores,  
Pues partimos los amores,  
Que partamos los cuidados.  
Yo á Beatriz regalaré:  
Trata tú de regalar  
A Angela.

DON FÉLIX.

Si haré. A enviar

Dulces voy.

DOÑA LEONOR.

No hay para qué.

Lo que son dulces, y son  
Chocolates y bebidas;  
Ya las tengo prevenidas;  
Alhajillas, que á ocasion  
De abrir un escarapate,  
Como acaso estén allí,  
Solo me faltan; y así,  
De enviarme tu amor trate  
Como relojes, cajillas,  
Y estuches de filigrana,  
De cristal y porcelana,  
Y si algunas sortijillas,  
Lazos y guantes quisieres  
Añadir, por eso cré...

DON FÉLIX

¿ Qué?

DOÑA LEONOR.

Que no me enojaré,  
Pues todo lo que tú hicieres,  
Será siempre lo mejor.

DON FÉLIX.

Ahora bien, si eso ha de ser,  
Leonor, voite á obedecer. (Vase.)

INES.

Al bajar del corredor,  
En la escalera ha encontrado,  
Con las visitas, que ya  
Subian.

DOÑA LEONOR.

Fuerza será,  
Habiéndolas encontrado,  
Acompañarlas.

## ESCENA II.

DOÑA ANGELA y DOÑA BEATRIZ:

DON FÉLIX, acompañándolas; UN  
ESCUDEIRO. — DOÑA LEONOR, INES

DOÑA ANGELA.

Muy bien

Pudiérades, caballero.  
Pues la asistencia en mi calle  
Basta para atrevimiento,  
Excusar el de seguirme  
Tan libremente grosero  
En casa de mis amigas,  
Donde de visita vengo.

DON FÉLIX.

De cuerdo, y necio, señora,  
Dos cargos me haceis: de cuerdo.  
En no abonar la eleccion  
Al créer que os sigo: de necio,  
En creer que si os siguiera,  
Sería tan desatento,  
Que diera esa razon mas  
A vuestros justos desprecios.  
Hermano soy de Leonor,  
Que á honrar venis: si saliendo  
De casa, quisio mi dicha  
Que de ella al paso os encuentro.  
¿ Cómo me pude excusar  
De haber de volver sirviéndoos  
Hasta su cuarto? Y así,  
Pues que ya á su vista os dejó,  
Ella á vos os desengañe,  
Y á mí me disculpe.

DOÑA ANGELA.

Aun eso

Vaya; que aunque ser hermano,  
Es tambien atrevimiento  
De mis amigas, por esta  
Vez, y no mas, lo dispenso.

DON FÉLIX.

El cielo os guarde. (Ap. ¿ Que sea



Tan absoluto el imperio  
De la hermosura, que aun haga  
De la sencillez aprecio !)

**ESCENA III.**

Dichos, *ménos Don Félix.*

DOÑA BEATRIZ. (Ap.)

Hermano de Leonor es,  
Cielos, este caballero,  
Que desde el día del Angel  
Tan en la memoria tengo?  
¿Pero para qué discurro  
En pasión que está tan lejos  
De ser pasión?

ESCUDERO.

¿Aqué hora

El coche vendrá?

DOÑA ÁNGELA.

En volviendo

Mi padre á casa, Munguía,  
Puede volver.

ESCUDERO.

El sercno

A esas horas hace daño.

DOÑA LEONOR.

Ines. (Ap. á ella.)

INES.

Señora.

DOÑA LEONOR.

En trayendo

Lo que enviare mi hermano,  
Trata de ponerlo luego  
En algun escaparaté  
Del camarín de allá dentro.

INES.

El caso es que lo envíe.

**ESCENA IV.**

DOÑA BEATRIZ, DOÑA ÁNGELA.

DOÑA LEONOR.

DOÑA LEONOR.

Una

Y mil veces agradezco  
A mis achaques, señoras,  
La dicha de mereceros  
Esta hora con que ya  
Tan bien hallada con ellos  
Pienso vivir, que los trueque  
De pesares á contentos.

DOÑA BEATRIZ.

Del hallaros levantada,  
Hermosa Leonor, me debo  
Una y muchas norabuena.

DOÑA ÁNGELA.

Yo no, que todas las vengo  
A pagar, por no deber  
Nada á nadie.

DOÑA LEONOR.

Con tan nuevo

Favor, siendo como es  
El gusto el mayor remedio,  
¿Qué mucho que á mejor aire  
Respiren mis sentimientos?  
Pasad á vuestros lugares.

DOÑA BEATRIZ

Aquí me quedará.

DOÑA LEONOR.

¿Eso

Cómo puede ser?

DOÑA BEATRIZ.

Ve tú,

Angela, toma tu asiento.

DOÑA ÁNGELA.

Ninguno hasta ahora es mío.

DOÑA LEONOR.

Ajustad los cumplimientos  
Las dos; que á mí no me toca  
Mas, que tomar el posadero.

DOÑA ÁNGELA.  
Si ha de ser, yo pasaré,  
Quede la virtud en medio. (Siéntase.)

DOÑA LEONOR.

¿Cómo estás?

DOÑA BEATRIZ

Para serviros;

Salud, á Dios gracias, tengo.

DOÑA LEONOR.

Vos ¿cómo estáis?

DOÑA ÁNGELA.

Así, así.

DOÑA LEONOR.

Que os haya ofendido temo  
En preguntar cómo estáis,  
Viéndos tan linda.

DOÑA ÁNGELA.

Esto tengo,

Pero si Dios me lo dió  
Grátis dato, ¿qué he de hacerlo?  
¿Helo de echar en la calle?

DOÑA LEONOR.

¿Qué bien compartido pelo!  
¿Qué bien asentados lazos!  
Por aquí anduvo el espejo  
Del buen gusto de Beatriz.

DOÑA BEATRIZ.

Agravio le hacéis en eso,  
Que Angela serlo de todas  
Cuantas hay, puede.

DOÑA ÁNGELA.

Si puedo,

Por si hablas en su ironía.  
Pero ahora que me acuerdo:  
¿Para qué tenéis hermano?

DOÑA LEONOR.

Para tener el consuelo  
De tener galán y esposo,  
En tanto que no le tengo

DOÑA ÁNGELA.

¿Galán, hermano y esposo?

DOÑA LEONOR.

Si, todó lo es Félix.

DOÑA ÁNGELA.

¿Y eso

Mas? ¿Hernando, esposo y  
Galán y *todo* á un tiempo!  
Mucho es para un hombre solo.

DOÑA LEONOR.

Dadme licencia (volviendo  
A la pregunta) que extrañe  
El decir con tanto ceño  
Que para qué tengo hermano.

DOÑA ÁNGELA.

Nada que digo es á tienta;  
Pues no sé para qué sea  
Tener un hermano bueno,  
Que se ande quebrando coches.

DOÑA LEONOR.

Eso es lo que yo no entiendo

DOÑA ÁNGELA.

Yo sí, y el Angel lo diga,  
Testigo, que por lo ménos,  
No me dejará mentir,  
Pues sin querer, hizo el nuestro  
Adremente pedazos.

DOÑA LEONOR.

¿Sin querer, y adrede?

DOÑA ÁNGELA.

Es cierto:

Ved ¿qué mayor grosería?

DOÑA BEATRIZ.

No digas, Angela, eso;  
Que en toda mi vida vi  
Mas cortesano y atreído

Caballero, que él anduvo;  
Y ántes saber agradezco  
Que sobre vuestro cariño  
Caiga el agradecimiento  
De su grande cortesía;  
Pues ya sucedido el riesgo  
De haberse quebrado el coche,  
Dejando el suyo, el primero  
Fué, para que no acabase  
De caer, que á socorernos  
Llegó, y quedándose á pié,  
Nos le dió.

DOÑA ÁNGELA.

¿Pues qué hizo en eso...

DOÑA LEONOR.

Dice bien.

DOÑA ÁNGELA.

¿Si iba yo allí?

DOÑA BEATRIZ.

Claro está, por tí, por cierto,  
Son todas las atenciones.

DOÑA ÁNGELA.

Mas no, sino no.

DOÑA LEONOR. (Ap. á Doña Beatriz)

Tu ingenio,

Tu prudencia y tu cordura,  
Beatriz, y tu entendimiento  
Solo tolerar pudiera  
Esta vanidad.

DOÑA BEATRIZ. (Ap. á Doña Leonor.)

¿Qué puedo

Hacer, si al quedar sin padre,  
Que en Indias en un gobierno  
Murió, hasta venir su hacienda,  
Que por instantes espero,  
Pues ya ha llegado á Sevilla,  
Otro retiro no tengo,  
Que la casa de mi tío,  
En cuya prision padezco  
Aquella antigua sententia  
De ligar el vivo al muerto?

DOÑA ÁNGELA.

Si es murmurar que por mí  
No fué, digalo el efecto,  
Pues, de los tres apeados,  
Desde aquel instante mismo  
A otro y tu hermano en mi calle  
A todas horas los veo  
Camaleones de esquina,  
Belherse por mí los vientos.

DOÑA LEONOR.

(Ap. ¿Qué fuera, que el otro fuese  
Don Luis! Apure el veneno.)  
No extraño yo que los dos,  
Llegando una vez á veros,  
Os adoren; lo que extraño  
Es, que el otro sea tan necio,  
Que no os adore también.

DOÑA ÁNGELA.

No para todos se hicieron,  
Leonor, iguales las dichas  
De morir á mis desprecios.  
Alguno para contar  
Las ruindades de mi incendio,  
Había de quedar vivo.

DOÑA BEATRIZ.

Ruinas querrás decir.

DOÑA ÁNGELA.

Eso,

O esotro: equivoqué el nombre.  
Y porque veais que no miento,  
Una criada, que de otra  
Casa en que sirvió primero,  
Le conocia, me dijo,  
Que es, si del nombre me acuerdo,  
Un Don Fulano de Tal.

DOÑA BEATRIZ.

Es un noble caballero.

No te olvides de su nombre,  
Por si le vieres, que aprecio  
De su buena elección hagas.

DOÑA LEONOR. (Ap.)

Buena ocasión perdí, ¡cielos,  
De saber si es él.

### ESCENA V.

INES.— DICHAS.

INES.

Señora,  
Lo que mi amo ha enviado, puesto  
Ya está en el escaparate,  
Que mandaste.

DOÑA LEONOR.

Ya te entiendo.

DOÑA BEATRIZ.

¿Que te vengas á contar  
Eso aquí?

DOÑA ÁNGELA.

Pues yo ¿qué cuento?

¿He dicho yo algo de que  
No esté todo Madrid lleno?  
Pues adonde mueren tantos,  
¿Qué importan dos mas ó ménos?

DOÑA BEATRIZ.

(Ap. Por tapar sus boberías  
Hablar de otra cosa intento.)  
¿Es esa hermosa de quien  
Dijisteis, si bien me acuerdo,  
Que algunos ratos su voz  
Os divierte?

DOÑA LEONOR.

Si, mas eso

Se entiende en nuestras labores:  
Que para no ser aquello  
He cantar al bastidor,  
Ni es primoroso ni es diestro  
Lo que canta.

DOÑA BEATRIZ.

Pues la tarde

Toda con vos es festejos,  
Entre á la parte este agrado.

DOÑA LEONOR.

Ines, toma el instrumento,  
Haz lo que manda Beatriz.

INES.

A mi pesar obedezco.

(Canta.) «¿Cuál es mayor perfección,  
» Hermosura ó discreción?»

DOÑA ÁNGELA.

Con la hermosura, ¿quién puede  
Tener competencia? Pero  
No hay que hacer caso, que al fin  
Todas son coplas los versos.

INES. (Canta.)

«Litigaban dos sentidos  
» Sobre ganar los despojos  
» De una alma, viendo los ojos,  
» Y escuchando los oídos.  
» Alegaban competidos  
» Cada uno en su opinión,  
» ¿Cuál es mayor perfección?»

DOÑA LEONOR. (Ap. á Doña Beatriz.)

¿Que de cuantas letras sabe,  
Hubo de escoger la ménos  
A propósito!

DOÑA BEATRIZ.

¿Por qué?

DOÑA LEONOR.

Porque sintiera que de esto  
Ángela desconfiara,  
Imaginando ó creyendo  
Que puede ser intención.

DOÑA BEATRIZ.

¿Ahora sabes el cuento  
Del loco, que preguntando

¿Qué cosa en el universo  
Es la mas bien repartida,  
Respondió: «El entendimiento,  
Porque cada uno está  
Con el que tiene contento?»  
No temas que desconfíe.

DOÑA ÁNGELA.

Nunca vi mote mas necio

INES. (Canta.)

«En la trabada conquista,  
» La sentencia se asegura,  
» Cuando en vista la hermosura,  
» La discreción en revista:  
» Con que el oído y la vista  
» No desisten de la acción,  
» ¿Cuál es mayor perfección,  
» Hermosura ó discreción?»

DOÑA LEONOR.

No cantes mas. Pues á honrar  
Venis mi casa, pretendo  
Que toda la honreis: venid,  
De un jardinillo que tengo,  
Gozaréis el poco adorno

DOÑA BEATRIZ.

Será del aliño vuestro.

DOÑA LEONOR.

Si le tomara de vos,  
Aunque empeorara de dueño.  
Mejorara de primores.

DOÑA ÁNGELA. (Ap.)

Gástense allá los conceptos  
Muy en buen hora, que yo  
A mi hermosura me atengo.

DOÑA BEATRIZ. (Ap.)

¿Quién crerá que haya pasión  
Tan obligada al silencio.

Que haya de morir callando?

DOÑA LEONOR. (Ap.)

¿Quién crerá que pueda, ¡cielos!  
Dar una necia cuidado

Tan solo con el recelo

De si era ó no Don Luis,

El segundo caballero? (Vanse las tres.)

### ESCENA VI.

ROQUE, con un azafate. — INES.

ROQUE.

Ce, Ines.

INES.

¿Qué es lo que quieres,  
Roque? ¿No adviertes que entro  
A servir las á estas damas  
Las bebidas?

ROQUE.

Que primero  
Tomase aqueste azafate,  
Que mientras pasó lijero  
Mi amo á la platería,  
Una joyera ha compuesto,  
Adonde á mi me dejó  
Para que le traiga; y temo  
Que haya tardado.

INES.

No has;  
Pues aunque antes que tú Celio  
Volvió con no sé qué alhajas,  
También vienes tú á buen tiempo.  
¿Qué traes aquí?

ROQUE.

¿Qué sé yo?

De mil trastos viene lleno.

INES.

Guantes, lazos, cintas: son  
Iguales dos aderezos,  
Que no discrepa uno de otro.

ROQUE.

Oye.

INES.

Aprisa

ROQUE.

¿Qué fué eso  
Que dijiste de bebidas?

INES.

Pues á tí, ¿qué te va en ello?

ROQUE.

¿Bebidas, y noirme á mí?  
Implican el argumento.  
¿Podrás echar hácia acá  
Cualque cosa?

INES.

Si por cierto.

¿Querrás agua de limón,  
Guindas ó canela?

ROQUE.

¿Luego,

Ines, todo el día es de agua?

INES.

No, que también darte puedo...

ROQUE.

¿Qué? ¿sorbete ó garapiña?

INES.

De aloja, que es lo que teng  
Para antes del chocolate.

ROQUE.

Pues que me hagas, te ruego,  
Del chocolate y de todas  
Esas cosas un compuesto,  
Y me llenes un gran vaso.

INES.

¿Estás loco?

ROQUE.

Hacer deseo

Un regalo, cual será  
Ver el chocolate lleno  
De guindas y de limón,  
Sorbete y aloja.

INES.

Eso

Será una gran porquería.

ROQUE.

Mejor que mejor; pues luego  
Les dirás á esas señoras,  
Que yo las manos las beso,  
Y que miren lo que son  
Sus pulideces, supuesto  
Que este vaso por defuera,  
Su estómago es por dentro. (Vanse.)

Una calle.

### ESCENA VII.

ROQUE, saliendo de casa de Don Félix;  
DON LUIS, DON ANTONIO

DON LUIS.

Roque, ¿está Félix en casa?

ROQUE.

No, señor, ántes corriendo  
A buscarle, donde dijo  
Que había de hallarle, vuelvo.

DON ANTONIO.

Dile que Don Luis y yo  
Le hemos buscado.

ROQUE.

Al momento

Se lo diré que le halle. (Vase.)

DON LUIS.

Pues no está en casa, tomemos  
La vuelta de aquesta esquina.  
(Ap. Llevarle de aquí pretendo  
Para poder volver yo,  
Por ver á Leonor, supuesto  
Que fuera Félix está.)



Y desvelarle pretendo  
El nuevo cuidado mío;  
Que una cosa es que mi afecto  
Me lleve tras sí, y otra,  
Que á las finezas que debo,  
Falte.

DON ANTONIO.

Tomemos; y ahora  
A la plática volviendo  
Que dejamos empezada,  
Proseguir.

DON LUIS.

Bien, no me acuerdo  
En qué quedamos.

DON ANTONIO.

En que

Ya ganada por lo ménos  
La espia de una criada  
Teneis, por conocimiento  
De otra casa en que sirvió.

DON LUIS.

Eso es todo lo que puedo  
Contaros hasta aquí; pues  
Si la memoria revuelvo,  
Es todo lo que me pasa;  
Que desde el punto ¡ay de mí!  
Que aquella hermosura vi,  
De su calle y de su casa  
Hecho humano girasol,  
No hay hora que tras su bella  
Luz, no me arrastre mi estrella;  
Mas no es sino todo el sol  
El que me arrastra; que ménos  
Que todo el sol en su esfera,  
Ser su nombre no pudiera.

DON ANTONIO.

De esos hipérboles, llenos  
De crepúsculos y albores,  
El mundo cansado está:  
¿No los dejaremos ya  
Siquiera por hoy? Señores,  
¿Que nunca me pase á mí  
Esto de una mujer ver,  
Que sea mas que una mujer!  
En cierta ocasion me vi  
En casa de una señora,  
De quien decian que era  
El alba su pordiosera,  
Y su mendiga la aurora.  
A oscuras quedé algun rato,  
Y su luz no me alumbró,  
Hasta que en la cuadra entró  
Un candil de garabato.  
Mirad ¡qué sol tan civil,  
El que arrastrando despojos,  
No puede hacer que sus ojos  
Alumbren lo que un candil!

DON LUIS.

¿Que toda la vida habeis  
De estar de ese buen humor?

DON ANTONIO.

¿Fuera del vuestro mejor?

DON LUIS.

Vos en esto no teneis  
Voto. Don Antonio, que hombre  
Que se alaba que no ha estado  
En su vida enamorado,  
De balde disfruta el nombre  
De racional.

DON ANTONIO.

Pues sepamos,

¿Cuánto mas irracional  
Es quien no distingue el mal  
Del bien! ¿En qué nos hallamos  
A los brutos superiores,  
Sino en saber distinguir  
El bien del mal?

DON LUIS.

Eso es ir

A filosofías mayores

De las que el caso requiere,  
Y no habemos de pasar  
De aquí. ¿Quién deja de amar  
Una hermosura?

DON ANTONIO.

Quien quiere,

Sin que ninguna pasion  
Quite que coma y repose,  
*Trovar quanto campar posse  
La vita d' un buon poltron.*

¿Yo me habia de rendir  
Por el mas hermoso dueño,  
A perder una hora el sueño?

¿Yo sacrificarme á ir,  
De tiernos suspiros lleno,  
Al umbral de la mas bella,  
Donde mi cielo sea ella,  
Y yo sea su sereno?  
¿Yo andar en desconfianza  
De uno y otro devaneo,  
Ajustando si el deseo  
Se friso con la esperanza?

¿Si el afecto descuidado  
Es crédito del olvido,  
Si el mérito desvalido  
Disimulo del agrado?

Y cuando mas á este modo  
Quieren callar mis desvelos,  
Hételos aquí los celos,  
Que lo echan á perder todo.  
De mis empleos, señores,  
Mejor las mudanzas van:  
Dance otro cierto el *galan*,  
Que yo he de danzar *flores*  
Al compas de una fortuna  
Poltroua.

DON LUIS.

¿Y cómo acomodas

El compas?

DON ANTONIO.

Queriendo á todas,

Y no queriendo á ninguna.

DON LUIS.

Amor de esas bizarrías  
Orlar suele su laurel.

DON ANTONIO.

¿Habeis estado en Ternel?

¿Conocisteis á Macías?

DON LUIS.

Mejor esirme que no  
Cansarme de ver reir  
A quien me mira morir.

(Vase.)

### ESCENA VIII.

DON FELIX, ROQUE.--DON ANTONIO.

DON ANTONIO.

Esperad.

DON FELIX.

Que aquí os dejó

A vos y á Don Luis, venia  
Diciéndome Roque.

DON ANTONIO.

Si,

Mas fuése huyendo de mi

DON FELIX.

¿Por qué?

DON ANTONIO.

Porque me reía

Dè un alto amor, en que ahora,  
Tiernamente enamorado,  
Anda como embelesado.

¿Os acordais la señora  
Del coche quebrado?

DON FELIX.

¿Cuál?

DON ANTONIO.

La cándida heldad leve,  
Que sierpcilita de nieve,

Tlgregito de cristal,  
Como á negros nos trató  
El día del Angel.

DON FELIX.

(Ap. ¡Cielos!

¿Qué escucho!) Y de sus desvelos,  
¿Qué os ha dicho?

DON ANTONIO.

¿Qué sé yo?

Aquello de que me abraso,  
Con su algo de girasol,  
Cielo, estrella, luna y sol,  
Y lo demas que en tal caso  
De derecho se requiere.  
Alcancémosle los dos;  
Porque tambien os risais vos  
De ver ¡qué conforme muere  
A manos de su pasion!  
¡Ternísimo majadero!

DON FELIX.

Si fuera y riera; pero...

ROQUE. (Ap.)

Risas hay que rabias son.

DON FELIX.

Si no tuviera que hacer  
Un negocio, á que volvía  
A casa... Id, por vida mía,  
Tras él vos, hasta saber  
En qué paraje se halla,  
Y contaréismeis vos  
Despues.

DON ANTONIO.

Norabuena: adios (Vase.)

### ESCENA IX.

DON FELIX, ROQUE.

DON FELIX.

¿Quién vió tan nueva batalla  
Como en un instante ¡cielos!  
En mi pecho ha introducido,  
Haber ¡ay Roque!) sabido  
Que causa Don Luis mis celos?

ROQUE. (Llamando.)

Cé, Don Antonio.

DON FELIX.

¿A qué, di,

Le llamas?

ROQUE.

No tiene que irse

A buscar de qué reirse,  
Pues puede reirse de ti.

DON FELIX.

¿En cuánto ¡ay de mí!) empeñado  
Ya mi amor se considera!

ROQUE.

Haz cuenta con la joyera,  
Y lo sabrás.

DON FELIX.

¿Mi cuidado

Ese habia, majadero,  
De ser?

ROQUE.

Bien creo que no,

Porque ese cuidado yo  
Se lo aclamaba al platero.

DON FELIX.

Calla, loco, y ven conmigo,  
Que ya es tan otra mi llama,  
Cuanto es perder á una dama,  
O aventurar un amigo.

ROQUE.

¿Qué poco cuidado á mí  
Lo uno ni lo otro me diéra! (Vanse.)

Sala en casa de Doña Leonor.

## ESCENA X.

DON LUIS; INES con luz.

INES.

Sin que te avise, ¿es posible  
Que á entrar hasta aquí te atrevas?

DON LUIS.

Sabiendo que no está en casa  
Don Félix, ¿en qué, pues bella,  
El atrevimiento estriba?

INES.

En no prevenir que pueda  
Haber otro inconveniente.  
Mi señora...

DON LUIS.

Dilo apriesa.

INES.

Está con unas amigas  
De visita, y que te vean.  
Ya verás que no es razón.

DON LUIS.

No me pongas en sospecha  
De imaginar que Leonor,  
Cansada de mis lineas,  
Te dió orden de que impidas  
La permitida licencia,  
Que tal vez me concedió.

INES.

No es eso, y porque lo veas,  
Lléga por aquesta parte,  
Donde en la cuadra se asientan  
Que cae al jardín.

DON LUIS.

Ya veo

Que es verdad. (Ap. ¡Cielos! Aquella  
Que á la luz de mejor luz  
Rayos á la noche presta,  
¿No es Ángela? ¿No es Beatriz  
Su prima? Si, ya, aunque verla  
Siempre fuera para mí  
Dicha, no sé si me pesa  
Verla amiga de Leonor.)

INES.

No tanto ahora te detengas,  
Sino, pues ya las has visto,  
Vete presto.

DON LUIS.

Norabueña.

INES.

Pero no salgas, detente.

DON LUIS.

¿Qué es eso?

INES.

Por la escalera  
Sube mi señor.

DON LUIS.

Decirle

Que vengo á buscarle, es necia  
Disculpa, estando en el cuarto  
De Leonor.

INES.

Pues aunque quieras  
Entrar, ya ves que no es  
Posible.

DON LUIS.

De aquesta reja

En la cortina me escondo. (Escondese.)

INES. (Ap.)

Hemos hecho buena hacienda.

## ESCENA XI.

DON FELIX, ROQUE. — Dichos.

DON FÉLIX.

Ines

Señor...

INES.

DON FÉLIX.

¿Vino á tiempo  
Lo que envié?

INES.

Y de manera  
Rico, adornado y pulido,  
Que aunque Angélica la bella  
Fuera Ángela, bastaría.

DON FÉLIX.

¿Y qué hacen ahora?

INES.

En esa  
Cuadra, donde han merendado,  
Se están.

ROQUE.

Y dime, Ines bella,  
Las damas tan lindas, ¿comen?

INES.

¿Aqueso preguntas, bestia?  
¿Comer las damas habian?  
¿Qué indecoro, qué indecencia!

ROQUE.

¿Por qué, di?

INES.

Porque las damas  
No comen, aunque meriendan.

DON FÉLIX.

Con otro gusto (¡ay de mí!)  
Desde esta parte estuviera  
Adorando, Ángela hermosa,  
Tu peregrina belleza,  
Si no me hubiera asaltado  
La no pensada violencia  
De los celos de Don Luis.

## ESCENA XII.

EL ESCUDERO. — Dichos.

ESCUDERO.

Suplico á usarced, mi reina,  
A mis señoras les diga  
Que tienen recado.

INES.

Ellas

Debieron de oír el coche,  
Porque las almohadas dejan.

DON FÉLIX.

Hacia esta parte me escondo.  
Y no quiero que me vean,  
Porque esperando las gracias,  
Que al paso estoy no parecza

INES.

Pues á tu cuarto te pasa,  
Mientras se van.

DON FÉLIX.

No quisiera,

Aunque ella no me ve á mí,  
Dejar ¡ay de mí! de verla.  
Detras de aquesta cortina...  
(Va á esconderse, y le ven las damas.)

## ESCENA XIII.

DONÁ LEONOR, DONÁ BEATRIZ,  
DONÁ ANGELA; y poco despues DON  
LUIS, al paño. — Dichos.

DONÁ LEONOR.

Félix, ¿para qué te ausentas?  
Que estas señoras darán  
De irlas sirviendo licencia,  
Y mas cuando fuera culpa,  
Que los criados que dejan  
A sus dueños en visita,  
Por ellos, Félix, no vuelvan.

DON LUIS. (Ap.)

La primera vez, que vi  
Amagado el lance es esta,  
Y no ejecutado.

DON FÉLIX.

Yo

Me ausentaba de vergüenza  
De lo mal que á sus mercedes  
Habrás servido.

DONÁ BEATRIZ.

Aunque sea

Falsedad, no lo será,  
Por lo ménos la respuesta.  
No solo favorecidas  
Y honradas vamos, mas llenas  
De tantos dones, que dudo  
Que desempeñarse pueda  
De sus muchos agasajos  
La poca fortuna nuestra:  
Si ya no con decir solo  
Que conocida la deuda,  
En vuestra casa, Don Félix,  
Hay quien deje el alma en prendas

DON FÉLIX.

Eso es honrar entendida  
A quien serviros desea.

DONÁ LEONOR.

Claro está.

DONÁ BEATRIZ. (Ap.)

¡Pluguiera al cielo!

DONÁ ANGELA.

No es en Dios, y en mi conciencia,  
Que tantas veces de cosas  
Nos ha dado, que no hay cuenta.

DONÁ BEATRIZ.

No habeis de pasar de aquí.

DONÁ LEONOR.

Llegar tengo hasta la puerta.

DONÁ BEATRIZ.

Señor Don Félix, quedaos.

DON FÉLIX.

El favor se me conceda  
De llegar hasta el estribo.

DONÁ ANGELA.

Llegad muy en hora buena,  
Gauareis vos este, y yo  
Perderé el de la paciencia.

DONÁ LEONOR.

Adios, amiga.

DONÁ BEATRIZ. (Ap. á Doña Leonor.)

¡Ay Leonor!

¿Quién sin escucha pudiera,  
Ya que tanto se confrontan  
Las inclinaciones nuestras,  
Desahogar contigo el alma?

DONÁ LEONOR.

Yo procuraré que tengas  
Ocasión de hacer por mí  
Esa confianza, cierta  
De que he de servirte.

(Vanse Doña Beatriz, Doña Angela y  
Don Félix.)

## ESCENA XIV.

DONÁ LEONOR, INES, DON LUIS

DON LUIS.

Ce,

Ce, Leonor.

DONÁ LEONOR.

¿Quién aquí...?

DON LUIS.

Deja

El sobresalto: yo soy.

DONÁ LEONOR.

Pues, Don Luis, ¿cómo... ¡qué pena!  
Aquí, cuando...?

DON LUIS.

A verte vine,

Tu hermano impidió la puerta,  
Y para que si volviera  
A otra parte le divertiese,  
He querido que no estés



Ignorante, y que lo sepas,  
Porque veas qué has de hacer.

DOÑA LEONOR.

Vuelve á esconderte, que entra.  
(*Escóndese Don Luis.*)

**ESCENA XV.**

DON FÉLIX. — Dichos.

DON FÉLIX.

¡Válgame el cielo, qué presto  
Una dicha, á quien debiera  
Dar en albricias el alma,  
Viendo cuán buena tercera  
En la amistad de Leonor  
Habían hallado mis penas,  
El cielo de uno á otro instante  
Quiso que en pesar se vuelva!

DOÑA LEONOR.

Félix, pues ¿qué sentimiento,  
Pues qué suspension es esa?  
Cuando esperaba que alegre  
Tendrías la norabuena,  
En ocasion de lograr  
El servir á quien festejas,  
¡Tan triste y confuso! ¿Qué  
Tienes?

DON FÉLIX.

¿Qué quieres que tenga,  
Ay Leonor! si no hay ventura,  
Que sin su pension no venga?  
Y esta es tal, que me embaraza  
Cuanto alborozos pueda  
Haber granjeado; pues cuando  
Se me entra el bien por las puertas,  
Por las puertas á su sombra  
Se me entra el mal; de manera,  
Que no basta que en mi casa  
La dicha un instante tenga,  
Para que no tenga ¡ay triste!  
También la desdicha en ella,  
Enlazadas una de otra.

DOÑA LEONOR.

(Ap. Sin duda presume ó piensa  
Que está aquí Don Luis.) ¿Pues qué,  
(Ap. ¿Qué mal el temor se alienta!)  
Qué te sucede?

DON FÉLIX.

No sé  
Cómo á decirte me atreva  
Que tu decoro, Leonor,  
No se aventure en materia  
Tan achacosa á tu oído,  
Sin que se pase á indecencia;  
Pero supla la objecion  
El sentimiento.

DOÑA LEONOR. (Ap.)

Estoy muerta.

DON LUIS. (Ap.)

¿Adónde tantas confusas  
Palabras, y tan suspensas  
Irán á parar?

DON FÉLIX.

Yo...

-DOÑA LEONOR. (Ap.)

¡Ay triste!

DON FÉLIX.

He sabido...

DOÑA LEONOR.

¿Qué recelas?

DON FÉLIX.

Que Don Luis de Mendoza...

DOÑA LEONOR. (Ap.)

¡Ay cielos, qué mal empieza!

DON FÉLIX.

Enamorado...

DOÑA LEONOR. (Ap.)

¿Qué escucho!

DON FÉLIX.

Pretende...

DON LUIS. (Ap.)

¿Qué oigo!

DON FÉLIX.

En mi ofensa...

DOÑA LEONOR. (Ap.)

Ya ¿qué hay que pensar?

DON LUIS. (Ap.)

Aquí

Amor y amistad se arriesgan.

DON FÉLIX.

A Angela.

DOÑA LEONOR. (Ap.)

¿Quién crerá, cielos,  
Que tales mis ansias sean,  
Que hayan podido tener  
A los celos por enmienda?

DON LUIS. (Ap.)

Absorto quedo al oírle;  
¿Pero quién, cielos, creyera,  
Que sean mis ansias tales,  
Que á un mismo tiempo me vean,  
Cielos que doy y me dan,  
Persona que haga y padezca?

DON FÉLIX.

Y aunque no acuso, Leonor,  
La eleccion, porque eso fuera  
Acusar mi amor, no puedo  
Dejar de sentir que vea  
Desde la orilla mi amor  
Antes que el mar, la tormenta;  
Antes que el humo, el incendio;  
Antes que el monte, la fiera;  
La ruina antes que la mina;  
Antes que la nube densa,  
El rayo ¡ay de mí! mostrando  
En la amiga competencia.  
Cuán impensados me asaltan.  
Cuán imprevistos me cercan,  
El nublado y el asedio,  
El fuego, el golfo, la niebla,  
El rayo, la ruina, el bruto,  
El incendio, y la tormenta.  
A Angela Don Luis adora,  
Y con tan grandes finezas,  
Que de día, ni de noche  
De sus umbrales se ausenta.  
Si me declaro con él,  
¿Qué razon hay que yo tenga,  
Que no la tenga él? Si de  
De declararme, es bajeza,  
Que no esté doble conmigo,  
Y yo lo esté con él; fuera  
De que es partido villano  
Que yo que me ofenda sepa,  
Y él no que le ofendo yo;  
Y pues no es la vez primera,  
Que donde andan celos, ande  
La amistad en contingencia,  
Quitémonos los embozos,  
Y lo que viniere venga:  
Mejor será de una vez,  
O asegurarla ó perderla.

(Vase.)

**ESCENA XVI.**

DOÑA LEONOR, DON LUIS, INES.

DOÑA LEONOR.

Entreabre esa ventana,  
Ines, y en viendo que deja  
Mi hermano la calle, ese hombre  
En ella pon.

DON LUIS.

Leonor bella,

Oye.

DOÑA LEONOR.

¿Qué mas he de oír?

DON LUIS.

Mis disculpas.

DOÑA LEONOR.

¿Puede haberlas

A tantas injurias, tantos  
Agravios, tantas cautelas?

DON LUIS.

Oye, y las sabrás.

DOÑA LEONOR.

Ni oír las

Quiero, falso, ni saberlas,  
Sino que te vayas luego  
Tan para siempre, que de esta  
Casa en tu vida te acuerdes.

DON LUIS.

Has de oírme, aunque no quieras.

DOÑA LEONOR.

¿Irás te, si te oigo?

DON LUIS.

Si.

DOÑA LEONOR.

Pues di.

DON LUIS.

Viéndome en mis penas  
Tan suspenso, Don Antonio  
Informarse quiso de ellas;  
Y como penas de amor  
No hay otras que las desmientan,  
Por no revelar que tú  
Eras, Leonor, dueño de ellas;  
Y por desviarle mas  
Que de ti escrúpulo tenga,  
Quise nombrarle otra dama.

DOÑA LEONOR.

Calla, calla; cesa, cesa,  
Falso, alevé, fementido;  
Y porque el que mientes veas,  
Y veas, que antes que Félix,  
Ya lo habia dicho ella;  
¿Qué criada es la que ya  
Tienes en su casa misma  
Sobornada?

DON LUIS.

¿Yo criada?

DOÑA LEONOR.

En vano fingir intentas:  
¡Muy buena boba enamoras!  
Ella me vengará de ella,  
Y tú de ella y de ti. Ines,  
¿Qué aguardas? La puerta cierra,  
Da con ese hombre en la calle,  
Y en tu vida á abrirle vuelvas.

DON LUIS.

Leonor mia, mira, mira...

DOÑA LEONOR.

Aquí no hay nada que vea.

INES.

Vamos, no vuelva mi amo.

DON LUIS.

Tú verás que mis finezas  
Te desenojan.

DOÑA LEONOR.

Y tú

La poca ó ninguna enmienda  
Que puede tener el que  
Da celos con una necia.

**JORNADA SEGUNDA.**

Sala en casa de Don Alonso.

**ESCENA PRIMERA.**

DON ALONSO, leyendo una carta;  
JUANA.

DON ALONSO.

¿Qué hacen Angela y Beatriz?

JUANA.

Las dos, señor, asentadas  
A las labores están,  
Que esta y las demás mañanas,  
A estas horas las divierten.

DON ALONSO.

Dilas que tengo que hablarlas  
Que á mi cuarto pasen; pero  
No, mejor será que vaya  
Yo al suyo, y no las estorbe  
La digna ocupacion, Juana,  
De la diversion, en que  
Dices á estas horas se hallan  
Bien entretenidas.

JUANA.

Tú

Lo verás.

DON ALONSO.

Aunque me engañas,  
Veré tambien qué labores  
Son estas

JUANA.

Las de dos damas,  
Que de entendidas y hermosas  
Se precian, supuesto que ambas,  
Una el ingenio se aficita,  
Y otra se estudia la cara. (Vanse.)

—  
Otro aposento de casa de Don Alonso.

## ESCENA II.

DOÑA ANGELA, *que está al tocador*;  
DOÑA BEATRIZ, *leyendo un libro*.  
— DON ALONSO; JUANA, *que va  
ayudar á Doña Beatriz*.

DON ALONSO.

¡Oh quién pudiera trocar  
Tan opuestas, tan contrarias  
Inclinaciones, y que  
Fuese Angela la inclinada  
Al aprnder, y Beatriz  
Al parecer! Mas ¡qué vana  
Pretension, si hay superior  
Arbitrio que las reparta!  
En cuyos opuestos génios  
Suspense quedé al mirarlas.

DOÑA ANGELA.

¿Es posible que no acabes  
De hacer esa trenza?

JUANA.

Si andas,

Por mirarte á todas luces,  
Tan inquieta, ¿qué te espantas?

DOÑA ANGELA.

Noramala para ti:  
¡Qué torpe y desaliñada!  
Si pudiera deslucirme  
Algo á mí, fucra tu maña.  
Tres tocados son con este  
Los que hoy has errado.

JUANA.

Aguarda,

Verás si tengo disculpa.

DOÑA ANGELA.

¿Qué disculpa, mentecata?

JUANA.

Estarte viendo, señora,  
Dentro de tu espejo; y tanta  
Es la suspension de ver  
Tu hermosura, que admirada,  
No es posible que te acierte  
A servir.

DOÑA ANGELA.

Si esa es la causa,  
Yerra otros tres por mi cuenta,  
Y tres mil, si tres no bastan.

JUANA. (Ap.)

Criadas, si oir no quereis  
Esto de las noramalas,  
Para vuestras amas no hay  
Medio como lisonjearlas.

DOÑA BEATRIZ.

Discreto amigo es un libro:  
¡Qué á propósito que habla  
Siempre en lo que quiero yo!  
Y qué á propósito calla  
Siempre en lo que yo no quiero,  
Sin que puntoso me haga  
Carga de por qué le elijo,  
O por qué le dejo! Blanda  
Su condicion, tanto que  
Se deja buscar si agrada,  
Y con el mismo semblante  
Se deja dejar, si cansa. —  
¿Señor, tú estabas aqui?

DON ALONSO.

Si, Beatriz, y haciendo estaba  
Discursos; ¡en cuánto diera,  
Porque la suerte trocara  
Aquel espejo á ese libro!

DOÑA ANGELA.

Pues ¿por qué, señor, te cansas  
De mis aliiños?

DON ALONSO.

Porque  
Verte, Angela, estimara  
Mas amiga de saber.

DOÑA ANGELA.

¿Pues he de ser yo letrada?  
Y cuando hubiera de serlo,  
¿Habria alguno en España,  
Que mejor parecer diera?

DON ALONSO.

Para de paso, esto basta.  
A veros, hija y sobrina  
(Mal dije), hijas digo, que ambas  
Lo sois, pues tú tambien eres.  
Beatriz, pedazo del alma...  
A veros, digo, he venido  
Con un cuidado: esta carta  
Lo dirá mejor que yo.  
Prevente para escucharla,  
Beatriz, pues á ti te toca  
El todo de estas desgracias.

(Lee.) «Octavio, en cuya confianza el  
Señor Don Alvaro, vuestro hermano  
mayor y amigo mio, dejó la hacienda  
que vino de Indias para mi señora Doña  
Beatriz, puesto en quiebra, ha faltado  
de esta ciudad; y aunque deja algu-  
nos efectos, no tan corrientes que no  
necesite de mucha diligencia su co-  
branza: repitidme poder, noticias y  
papeles, para que yo...»

No leo mas, porque me quiebra.  
El corazon, que sea tanta,  
Beatriz, tu poca fortuna,  
Que en lo mas y ménos hayas  
De necesitar de otro.

DOÑA BEATRIZ.

No, señor, extremos hagas,  
Que tu mejor sentimiento  
Será mi mayor desgracia.

DON ALONSO.

¿Cómo no? A Sevilla he de ir,  
Que no es para encomendada  
Esta diligencia á quien  
Le duela ménos la falta  
De tus aumentos.

DOÑA BEATRIZ,

Señor... (Arrodillase.)

DON ALONSO.

¿Qué haces? Del suelo levanta.

DOÑA BEATRIZ.

Será en vano, y no me tengo  
De levantar de tus plantas.  
Sin que, hesando tu mano,  
Me des con ella palabra  
De que no te ha de costar  
De esa hacienda la cobranza  
El menor desasosiego.  
Piérdase todo, que nada  
Importa con tu quietud:  
No el que sea desdichada  
En lo ménos, consecuencia  
De serlo en lo mas se haga,  
Aventurando, señor,  
Tu salud, tu edad, tus causas  
Por mí; que cuando á mi estado  
No le quede otra esperanza,  
Para entrarme en un convento  
Mis pobres joyuelas bastan.  
La mayor fineza sea  
El cuidar de ti yo.

DON ALONSO.

Basta.

Basta el ruego, Beatriz, que es  
Con tan nueva circunstancia.  
Que ruega uno y manda otro:  
Pues con las mismas palabras,  
Lo contrario que me ruegas,  
Parece que me lo mandas.  
Fuera de que es bien que sepas,  
Que de esta quiebra me alcanza  
No pequeña parte á mí,  
Que no quiero que obligada  
Quedes al cargo de todo;  
Y así, mientras la jornada  
Dispongo, y el modo ajusto  
En que ha de quedar mi casa  
(Bien que quedando tú en ella,  
Nadie, Beatriz, hace falta),  
Habré de valcrme de este  
Cahallero que con tanta  
Fineza en ti, de tu padre  
Vivas las memorias guarda. (Vase.)

DOÑA ANGELA.

Mucho me pesa, Beatriz,  
Por cierto; no te faltaba  
Mas ahora que ser pobre!  
Pero vive en confianza  
De que no te faltaremos  
Yo, y el que su estrella guarda  
Con la dicha de mi esposo,  
Pues no dudo...

DOÑA BEATRIZ.

¿Qué?

DOÑA ANGELA.

Que traiga

Tu remedio, sí, en algun  
Escudero de su casa.

DOÑA BEATRIZ.

Guárdete el cielo, por tanto  
Favor: no en vano liada  
En ti vivo yo.

(Vanse Doña Angela y Juana.)

## ESCENA III.

DOÑA BEATRIZ.

Y no en vano

Quiere ¡ay infeliz! tirana  
Esmerarse mi fortuna,  
Hasta ver á donde alcanza  
El sufrimiento en un pecho,  
Y el sentimiento en un alma.  
Pero de muy bajos medios  
Se vale esta vez, si trata  
De acrisolar mi paciencia;  
Porque contra mi constancia  
No es el interés exámen,  
Sin ver que teniendo armas  
En mí contra mí tan nobles,  
Tan generosas é hidalgas,  
Como mi propia memoria,



De las civiles se valga ;  
Y para que de una vez  
Desengañe su ignorancia ,  
Y sepa de cuáles puede  
Usar con mayor ventaja ,  
He de acordárselas todas .  
Yo , fortuna...

**ESCENA IV.**

JUANA, y luego DOÑA LEONOR.—  
DOÑA BEATRIZ.

JUANA.  
Una tapada  
De buen arte, al parecer,  
Afligida, ha entrado en casa,  
Y preguntando por ti,  
Licencia de habíarte aguada.

DOÑA BEATRIZ.  
¿A mí? ¿quién puede ser? pero  
Mujer, y afligida, basta :  
Bila que entre.  
(Vase Juana, y vuelve con Dona Leonor, tapada.)

DOÑA LEONOR.  
¿Podré hablarlos  
A solas?  
DOÑA BEATRIZ.  
Sí : salte, Juana,  
Allá fuera.

JUANA.  
A que es, señora,  
Embustidura, apostara  
La vida.

DOÑA BEATRIZ.  
¿Por qué?  
JUANA.  
Porque hay  
Mil de estas estafalarias,  
Que á título de limosna,  
Se estofan de lo que estafan. (Vase.)

**ESCENA V.**

DOÑA LEONOR, DOÑA BEATRIZ.

DOÑA BEATRIZ.  
Ya estoy sola, bien podrá,  
Señora, decir qué manda.  
DOÑA LEONOR  
Que me des, Beatriz, los brazos.  
DOÑA BEATRIZ.  
¿Leonor mía? ¿pues qué causa  
Hay que te obligue á venir  
De esta suerte?

DOÑA LEONOR.  
Oye, y sabráslo.  
Al despedirnos anoche  
Me dijiste que deseabas,  
En fe de la inclinación  
Que se ha confrontado en ambas,  
Desahogar tus desazones  
Conmigo; y tan obligada  
Quedé á que quieras de mí  
Hacer esta confianza.  
Que no vi la hora de verte;  
Y como si destapada  
A pagarte la visita  
Viniera, era cosa clara  
Que me había de asistir  
Angela, de quien recatas  
Tus sentimientos, supuesto  
Que dijiste que te holgaras  
Que habláramos sin escucha;  
Quise, habiendo esta mañana  
Ido á sacar á la puerta,  
Beatriz, de Guadalajara  
Un vestidillo, dejando  
A la vuelta una criada  
Con quien salí, no perder  
La ocasión, sino lograrla,

Aunque de paso; y así,  
Pues no saben con quién hablas,  
Mira en qué puedo servirte :  
¿Qué me quieres, que me mandas?  
Fíarte de mí bien puedes,  
Y si quieres que mis ansias,  
(Que también de anoche acá  
Hay novedad) que mis causas  
Quiten el miedo á las tuyas,  
Lo haré, aceptando la paga  
Antes que la obligación;  
Pues si en mí tenor reparas,  
Quizá te he menester mas  
Yo á ti, que tú á mí. Esto hasta  
Que te diga por ahora. (Llora.)

DOÑA BEATRIZ.  
Mas que tus labios me callan,  
Tus ojos, Leonor, me dicen.

DOÑA LEONOR.  
¿Pues qué esperas, pues qué aguardas,  
Para decirme tus penas,  
Si me ves llorar? pues nada  
Te empeña mas en decírlas,  
Que el ver que sabré llorarlas.

DOÑA BEATRIZ  
Aunque es verdad, Leonor mía,  
Que la ocasión descaba  
De comunicarte contigo  
Un cuidado, se adelanta  
Tanto tu pena á mis penas,  
Que he de rogarte me hagas  
El favor de hablar primero.

DOÑA LEONOR.  
Si es tomarme la palabra  
De que mis ansias, Beatriz,  
El paso á las tuyas abran,  
Yo lo haré. Sabrás (¡ay triste!)  
Que libre, activa y ufana,  
Burlando imperios de amor...  
¿La voz parece que extrañas?  
Pues no la extrañas, Beatriz,  
Que si he de contar mis varias  
Fortunas, fuera tibieza  
En mí dejar de contarlas;  
Pues fortuna sin amor,

No es mas que cuerpo sin alma.  
Burlando, digo otra vez,  
Imperios de amor, ufana,  
Activa y libre vivía.  
Cuando su deidad tirana,  
Ofendida de que fuese  
Yo la excepción de sus armas,  
Las que contra otras, por uso,  
Tomó contra mí en venganza.  
Don Luis, el mayor amigo  
De mi hermano, con la entrada  
Que el serlo le permitía  
A todas horas en casa,  
Y con el digno pretexto  
De esposo, medios y trazas  
Buscó de que yo entendiese  
Las mudas cifras del alma.  
No fueron dificultosas,  
Que mi hermano en su alabanza  
Siempre hablando, me quitó  
El cuidado de estudiarlas.  
Dejo aquí, por no causarte,  
Papeles, ruegos, criadas,  
Rejas, noches, y voy solo  
A que en fe de la palabra  
De esposo, empeñe el cariño,  
En cuya tranquila, blanda  
Paz, viento en popa, de amor  
Sulqué los piélagos, hasta  
Que los embates de celos  
Levantaron la borrasca.  
A Angela tu prima adora,  
Y no tan solo me agravía  
En la parte del afecto  
A quien tan ingrato falta;  
Pero en la parte también

De que mi hermano la ama,  
Y su competencia temo  
Que pase á mayor desgracia  
Si es que se encierran los dos;  
Porque sé que Félix anda  
Buscándole desde anoche  
Para decirle sus ansias :  
De suerte que entre mi hermano  
Y amante, sobresaltada  
Es fuerza vivir, teniendo  
El todo y la circunstancia ;  
Y así vengo á suplicarte,  
Pues como ladrón de casa.  
Es fuerza estar á la mira  
De lo que pasa y no pasa,  
Procures con tu cordura,  
Tu entendimiento y tu maña,  
Haciendo que Angela á entrambos  
Cierre el paso á la esperanza,  
Desviar aqueste empeño,  
Que á dos luces amenaza  
Mi vida, pues de cualquiera  
Suerte soy á quien alcanzan,  
U de Félix las ofensas,  
U de Don Luis las mudanzas.

DOÑA BEATRIZ.  
¿Qué poco, Leonor, me fias  
En lo mucho que me encargas!  
DOÑA LEONOR.  
¿Es desdeñarte, por ser  
Materia de amor?

DOÑA BEATRIZ.  
Aguarda,  
Y verás cuán al contrario ;  
Que antes si (¡ay Dios!) escucharas  
El discurso, Leonor mía,  
En que cuando entraste estaba,  
Vieras que por ser de amor  
Solo de mano me ganas;  
Pues lo que quise pedirle,  
Lo mismo es que tú me mandas.

DOÑA LEONOR.  
¿Pues qué era el discurso?  
DOÑA BEATRIZ.

Era,  
Recopilando desgracias,  
Hacer cargo á mi fortuna,  
De que de medios se valga  
Hoy contra mí tan civiles,  
Como que quitado me haya  
La esperanza de que pueda  
Salir de esta voluntaria  
Cárcel, donde mis respetos  
Me mantienen de una vana  
Necia beldad prisionera ;  
Pues la hacienda que esperaba,  
De anoche acá la he perdido,  
Pudiendo, si hacerme trata  
Asunto de sus victorias,  
Usar de mas nobles armas.  
Este era el discurso; ahora,  
Para que le entiendas, falta  
Saber qué armas eran estas ;  
¡Mas ay, qué necia ignorancia!  
Pues cuando dije, Leonor,  
Que ni desdén ni extraña  
Pláticas de amor mi oído,  
Dije bien si lo reparas.  
Que en su mar una fortuna  
Estamos corriendo entrambas.  
Libre también del tirano  
Imperio de amor me hallaba  
Yo, Leonor, cuando trocé  
En tormentas mis bonanzas;  
Y para que veas ¡Ay triste!  
Cuanto eucadena, y enlaza  
Un influjo nuestra estrella,  
Hube de amar á quien amas.  
No te asustes, que Don Félix,  
Sin mas amistad ni entrada  
En mi casa, y en mi pecho,

Que solo una cortesana  
Galanterla, en que hicieron  
Lo medido en las palabras,  
Y lo atento en las acciones  
Afiarte, sobre su gala,  
De su ingenio y su nobleza,  
Es el que (la voz me falta)  
Me debió el primer afecto,  
Sin presumir que pasara,  
Ni nunca pasar pudiera  
Del primer afecto, hasta  
Que repetida la vista,  
De esa calle viva estatua,  
Reconoció de mi prima  
El galanteo. ¡Mal haya  
Pasión tan incorregible,  
Que cuando quien es recata,  
Para que diga quien es,  
Es menester maltratarla!  
En fin, viendo cuanto vive  
Imposible mi esperanza,  
Fues tan desfavorecida  
El cielo quiere que nazca  
De méritos y caudales,  
Y todo, Leonor, me falta;  
Lo que decirte quería,  
Era, lo primero, me bagas  
Favor de que esta pasión  
Nunca de tu pecho salga;  
Pues mejor es que se esté  
Oculta, que desairada:  
Y lo segundo, que tú  
Le diviertas y disuadas  
Del empeño de mi prima,  
Pues razones tiene bartas,  
Que le desagraden de ella;  
Y para que tolerada  
Viva yo: ¡mira á qué bajo  
Partido se dan mis ansias,  
Que el no verle galán de otra,  
Para consuelo me basta!

DOÑA LEONOR.

Una hermosura, Beatriz,  
A las dos ofende: haya  
Contra la hermosura ingenio;  
Veamos quien puede mas.

DOÑA BEATRIZ.

Baja  
La voz y hablemos mas quedo,  
Que está Angela en esa cuadra.

## ESCENA VI.

DON ANTONIO, DON LUIS. — DICHAS.

DON ANTONIO.

¿Que á entrar os atreveis?

DON LUIS.

Sí,  
Que viendo que no está en casa  
Don Alonso, pues le he visto  
Fuera, quiero á la criada  
Que os dije, dar un papel.

DON ANTONIO.

Pues yo me quedo á la entrada.  
Para hacer alguna seña,  
Si alguien viene. (Retirase.)

DON LUIS. (Ap.)

Aunque me enfada  
Don Antonio en haber sido  
Quien dicho á Don Félix haya  
Mi amor, porque uno ni otro  
Presuman, ya que no caigan  
Dónde fue donde lo oí.  
No es justo darme de nada  
Por entendido hasta que él  
Se declare, á cuya causa  
No he querido que me balle  
Esta noche, porque añada,  
Dando á Isabel un papel,  
Siquiera esta circunstancia,

De que estoy mas empeñado  
Que él.

DOÑA BEATRIZ.

Encubrete. ¿Quién anda

Aquí?

DON LUIS. (Ap.)

Con Beatriz he dado.

DOÑA LEONOR. (Ap.)

¡Ah tirano! ¿quién pensara (Se encubre.)  
Que aquí habia yo de verte?

DON LUIS.

Quien... sí... cuando... vos... (Ap. El ha-  
Se me ha turbado en el pecho.) (Bla

DON ANTONIO. (Ap.)

Turbádose ha: ¡quién hallara  
Disculpa! (Sale.)

DOÑA BEATRIZ.

¿Pues' no decís

Qué buscáis?

DON ANTONIO.

A una criada

Buscando venimos: ¿qué  
El decirlo os embaraza?

DON LUIS. (Ap. á Don Antonio.)

¿Qué decís?

DON ANTONIO.

El caso es...

(Ap. Quiera Dios que con bien salga.)

Que en la casa que servia

Antes de esta, que es la casa

De una deuda del señor

Don Luis, de joyas y plata

Se hizo un grande hurto, y ella

Dijo, que aquella mañana

Vió un hombre salir, estando

Asonada á una ventana,

Y que le conoceria,

Si le viese.

DON LUIS. (Ap. á Don Antonio.)

Hombre, ¿qué trazas?

DON ANTONIO.

Háse prendido un ladrón

Con mil preciosas alhajas,

Y para que reconozca

Si es el que vió, y si de tantas

Son de su señora alguna,

Me ha encomendado la Sala,

Como oficial que soy de ella,

Que un requerimiento la haga.

El señor Don Luis, corrido,

Por ser criminal la causa,

De que vos sepais que él

En la diligencia anda

(Que al fin pensó que sin veros

Fuera posible el hablarla),

Se ha embarazado; mas yo,

A quien nada le embaraza,

Doy testimonio de que

Buscamos á la criada.

DOÑA BEATRIZ.

Está bien, y la que es

También sé. Isabel.

## ESCENA VII.

ISABEL. — DICHOS.

ISABEL.

¿Qué mandas?

DON ANTONIO. (Ap. á Don Luis.)

Vive Dios que lo ha creído.

DON LUIS. (Ap.)

Conforme á lo que la llama.

DOÑA BEATRIZ.

Ponte el manto, que con esos

Señores fuerza es que vayas.

ISABEL.

Pues yo, señora, ¿qué culpa  
Tengo en que...?

DOÑA BEATRIZ.

No digas nada.

Ve y ponte el manto; y los dos,

Pues yo permito llevarla,

Sea donde no tengais,

Que volver aquí á buscarla.

DON LUIS.

(Ap. No lo creyó mucho.) Ved...

DOÑA BEATRIZ.

No mas.

DON ANTONIO.

Que nosotros...

DOÑA BEATRIZ.

Basta,

Que ha de ir con los dos

DOÑA LEONOR. (Ap.)

¡No s

Cómo reprimo mi rabia!

## ESCENA VIII.

DON FELIX, ROQUE, y después DOÑA ANGELA. — DICHOS.

ROQUE.

Señor, ¿qué intentas?

DON FÉLIX.

Si yo

Le ví entrar y veo que tarda.

¿Por qué á lo que él se atrevió

No me atreveré yo?

ROQUE.

Aguarda,

Que aquí está él, Don Antonio,

Y Beatriz, y una tapada.

DON FÉLIX.

Oye, pues.

DOÑA ANGELA.

¿De cuando acá

Despides tú á mis criadas,

Beatriz? ¿Son tuyas ó mías?

DOÑA BEATRIZ.

Tuyas.

DOÑA ANGELA.

¿Pues cómo las mandas?

DOÑA BEATRIZ.

Como esos señores vienen

Por ella, y es cortesana

Acción, que por ella no

Tengan que volver.

DOÑA ANGELA.

Si tanta

Gente creyera que habia,

No saliera descuidada,

Porque hoy solo me toqué

Para el gasto de mi casa.

DON FÉLIX. (Ap. á Roque.)

¿Qué será esto?

ROQUE.

¿Qué sé yo?

DON LUIS. (Ap.)

¿Qué beldad tan soberana!

DON FÉLIX. (Ap.)

¿Qué peregrina hermosura!

DON ANTONIO.

Si os enojais de que salga

La criada, mejor es,

Aunque se pierda la instancia,

El que nos vamos sin ella.

DON LUIS.

Decís bien, vamos.

DOÑA LEONOR. (Ap.)

¿Qué ansia!

DON LUIS.

(Al irse hallan á Don Félix)

Don Félix, ¿vos aquí!



DON FÉLIX.

¿Pues  
Qué os admira? Qué os espanta  
Si vos estáis, que esté yo,  
Y quizá con mejor causa?

DOÑA LEONOR. (Ap.)

Mi hermano.

DOÑA BEATRIZ.

(Ap. Ya es otro el riesgo.)

¿Don Félix aquí?

DOÑA ÁNGELA.

¿Qué extrañas,  
Si el uno por Isabel  
Que venga el otro por Juana?

DON LUIS.

¿Por qué mejor?

DON FÉLIX.

Porque tengo

La que teneis, á que añada  
La de veniros buscando,  
Por tener una palabra  
Que hablar con vos.

DON LUIS.

Quien me busca

En parte tan excusada,  
No como amigo pretende  
Que responda.

DON ANTONIO.

¿Cómo se hablan

Los dos así? ¿Pues Don Luis,  
Don Félix, qué es esto?

LOS DOS.

Nada.

DOÑA ÁNGELA.

¿Qué bueno será ver cómo  
Los que se mueren, se matan!

DON FÉLIX.

Yo tengo que hablaros.

DON LUIS.

Yo

Que responderos.

DOÑA LEONOR. (Ap.)

¿Turhada

Estoy!

DOÑA BEATRIZ.

Ved, mirad...

DON FÉLIX.

De aquí

Salgamos, que de las damas  
Buenas campañas no son  
Los estrados.

DON LUIS.

¿Pues qué aguarda

Vuestro valor?

### ESCENA IX.

DON ALONSO. — Dichos.

DON ALONSO.

¿Cómo es eso

De estrados, y de campañas  
En mi casa? ¿cómo?

DON FÉLIX. (Ap.)

¡Bravo

Empeño!

DON LUIS. (Ap.)

¡Desdicha extraña!

DOÑA BEATRIZ. (Ap.)

¡Muerta estoy!

DON ANTONIO.

¿Roque, qué es esto?

ROQUE.

A esto, señor mío, llaman  
Cuando pierden los fulleros,  
Caerse á cuestras la casa.

DON ALONSO.

¿Aquel tanto atrevimiento?

¿Nadie responde ni habla?

¿Qué es esto, digo? y qué...

DOÑA ÁNGELA.

Yo

Lo diré en cuatro palabras.

DOÑA BEATRIZ. (Ap.)

Ella ha de echarlo á perder,  
Si lo dejo á su ignorancia.

DOÑA ÁNGELA.

Aquesos dos caballeros  
Enamorados, me...

DOÑA BEATRIZ.

Aguarda,

Que si no estabas aquí,  
¿Has de saberlo?

DOÑA ÁNGELA.

Pues tanta

Dificultad hay en que

Enamorados...

DOÑA BEATRIZ.

Si, calla,

Pues no lo viste. Señor,  
Estando yo en esta sala,  
Que Angela estaba allá dentro,  
Aquesta mujer tapada  
Huyendo se entró, diciendo,  
Que su honor y vida estaba  
A riesgo, y que por mujer  
La favorezca y la valga.

Tras ella esos caballeros,  
Y los que los acompañan,  
Entraron, y por la cuenta,  
Segun el lance declara,

El uno es el que la ofende,  
Y el otro es el que la ampara.

Púseme delante de ella,  
Y al verme, sin que la espada

Sacasen, á mi respeto  
Fuvieron atencion tanta,

Que dijo uno: Pues llegó

Esa fiera, esa tirana  
Enemiga al soberano

Sagrado de vuestras plantas.

Ella asegure. A que el otro

Dijo: Pues ya asegurada

Queda ella, ahora podemos

Los dos de nuestra demanda

Ajustar en otra parte

El duelo, que de las damas

Buenas campañas no son

Los estrados. ¿Pues qué aguarda

Vuestro valor? dijo el otro:

Con que volver las espaldas,

Quedarse ella, y entrar tú,

Fué uno, y esto es lo que pasa.

DOÑA ÁNGELA.

¡Oiga! que no era por mí

La pendencia!

DON ANTONIO. (A Roque.)

Aquesta dama

Tan bien miente como yo.

ROQUE.

Y aun mejor.

DON ALONSO.

Aunque no basta

Para el supremo decoro,

Que se le debe á mi casa,

Haber de su atrevimiento

Sido esa, Beatriz, la causa;

El respeto que han tenido

A tu persona, me ataja

Mucha parte de la ira.

DON FÉLIX.

Si hubiera de nuestra saña

Sido eleccion, por ser vuestra

Tuviérais en qué fundarla:

Mas si el acaso, ó el miedo

Se la dieron á esa ingrata,

Quien sin eleccion elige,

Enoja, pero no agravia.

DON ALONSO

Tambien aquea razón

Admito, para que haya

Otra mas que me disculpe

No echaros á cuchilladas

De mis umbrales. Señora, (A Leonor)

(Ap. Mude estilo mi templanza,

Que de hombres á mujeres

Son las frases muy contrarias)

De lances de amor y celos,

Mozo ful, nada me espanta;

Ya en mi casa entrásteis, ya

Es Beatriz la que os ampara,

A cuya cuenta correis:

Ved qué quereis que yo haga,

O qué quereis hacer.

DOÑA LEONOR.

Esto.

(Vase, llevándose del brazo á Don Luis.)

DON LUIS. (Ap.)

A mí me dice que vaya

Con ella: ¿quién será, cielos,

Esta mujer que me saca

De igual trance?

DON ANTONIO.

Con él vine,

Con él he de ir.

(Vase.)

### ESCENA X.

DON ALONSO, DOÑA ÁNGELA, DOÑA

BEATRIZ, DON FÉLIX, ROQUE.

DON ALONSO.

Hasta que haya

Alejádose de aquí,

Que no podáis alcanzarla.

No habeis de salir.

DON FÉLIX.

No haré,

Pues el mandarlo vos hasta.

DON ALONSO.

Angela, Beatriz, tenedlo,

Mientras que yo á mirar salga,

Si se ha perdido de vista.

### ESCENA XI.

Dichos, menos Don Alonso.

DON FÉLIX.

¿Quién vió, ni prontitud tanta

En un fracaso, ni en una

Desdicha atencion mas sabia?

ROQUE.

¿Eso admiras? ¿qué mnjer,

Señor, no nació dotada

En mentira infusa?

DOÑA BEATRIZ. (Ap.)

Cuerda

Anduvo Leonor, pues salva

El ser conocida, dando

Fuerza al engaño.

DOÑA ÁNGELA.

¿Qué nada

De cuanto tú viste vieses!

DON FÉLIX.

¿Cómo acudirá quien se halla

Con poco tiempo, y con dos

Obligaciones á entrambas?

Una es, Angela divina,

Hacerte cargo de tantas

Finezas, como me debes;

Otra es, darte á tí las gracias,

Discreta Beatriz, de tantos

Riesgos, como me restaras:

Y pues á una y á otra deuda

Razon sobra, y tiempo falta,

Supla una y otra, arrojarme

Igualmente á vuestras plantas:

A tí por lo que me libras.

Y á tí, por lo que me matas.

DOÑA ÁNGELA.

¿Es eso lo que os quedó  
Que decir á la tapada,  
Que se fué con otro?

DOÑA BEATRIZ.

Poco  
Os debe atención, que iguala  
Nada al agradecimiento.

DON FÉLIX.

¿Qué quereis, si hay quien le arrastra?

DOÑA BEATRIZ.

¿Qué he de querer? Mas si fuera  
Mia, yo la domeñara  
A que lo primero fuera  
Lo primero.

DON FÉLIX.

¿Hubiera traza

Para eso?

DOÑA BEATRIZ.

Querer quererla.

DON FÉLIX.

¿Y querer quererla basta?

DOÑA BEATRIZ.

No, mas dispone.

DON FÉLIX.

No hay  
Dispuesta materia que arda,  
Si está en otra parte el fuego.

DOÑA BEATRIZ.

Irla acercando la llama.

DON FÉLIX.

Cerca está, pero no prende.

DOÑA BEATRIZ.

Luego es consecuencia clara,  
Que no está dispuesta, y pues  
Disponerla, es aplicarla.

DON FÉLIX.

Decid, sin que mas os cueste,  
El cuidado de guardarla,  
Que hoy os quiero, sin teneros  
Cuidadosa.

DOÑA BEATRIZ.

Todo pára

Con que me hagais la merced  
De no volver á esta casa;  
Que no hay para cada día  
Un engaño, una tapada,  
Ni un deseo de la enmienda  
A atrevimientos, que agravian  
Mas, que imagináis; no solo  
A ella, á Ángela, á su fama,  
A mi tío, y á mí; pero  
A quién... no sé á quién.

DON FÉLIX.

No vaya  
Con tal duda; ¿á quién decis?

DOÑA BEATRIZ.

Preguntadlo á la tapada,  
Pues ella lo sabe, y ella  
Os lo dirá.

DON FÉLIX.

¿Duda extraña!

¿Ella lo sabe?

DOÑA BEATRIZ.

No sé,

Y sí sé.

DON FÉLIX.

¿En voces contrarias  
Respondéis?

DOÑA BEATRIZ.

Sí.

DON FÉLIX.

Mal podré

Sin conocerla.

DOÑA BEATRIZ.

Buscadla.

DON FÉLIX.

No sé á donde.

DOÑA BEATRIZ.

Yo tampoco.

Pero ella...

## ESCENA XII.

DON ALONSO. — DICHOS.

DON ALONSO.

Pues ya se alargan,  
Idos, caballero, y ved,  
Ya que fué la prisa tanta  
Que dió aquella dama á irse,  
Que no hubo lugar de que haga  
Amistades, que debiera,  
Pues salis de aquesta casa;  
Y correrá por mi cuenta  
Cualquier disgusto ó desgracia  
Que de este duelo resulte.

DON FÉLIX.

Yo os doy, señor, la palabra  
(Porque fué lance rifado,  
Sin empeño de importancia),  
Que por aquella mujer  
Segundo duelo no haya

DON ALONSO.

Oid, dejar la que os deja  
Es la mas cuerda venganza:  
Id con Dios.

DON FÉLIX.

Guardaos el cielo.

(Se retira con Roque.)

¿Qué es lo que llevo en el alma,  
Que con sentirlo lo ignoro?

ROQUE.

¿Pues qué ha sido?

DON FÉLIX.

Unas palabras,  
Tan confusas á una luz,  
A otra luz tan cortesanas,  
Que viendo á Ángela, el oírlas  
Me divirtió de mirarla.

(Vanse Don Félix y Roque.)

## ESCENA XIII.

DON ALONSO, DOÑA BEATRIZ, DOÑA ÁNGELA.

DON ALONSO.

Si cerradas estas puertas  
Estuvieran, no se entrarán  
Acá tales alborotos.

DOÑA BEATRIZ.

Descuido fué.

DON ALONSO.

¿No faltaba

Mas que era andarme yo ahora,  
Si mas el lance durara,  
Ajustando duelecitos  
De melenas y tapadas!  
Entraos las dos allá dentro:  
Mas oye, Beatriz.

DOÑA BEATRIZ.

¿Qué mandas?

DON ALONSO.

La jornada corre prisa,  
Ya ves que la ropa blanca,  
Dice quien es cada uno,  
Mayormente en las posadas,  
Si niester fuere alguna,  
Te ruego esta tarde salgas  
A prevenirla.

DOÑA BEATRIZ.

Saldré,

Señor, de muy buena gana  
Esta tarde por tí.

(Vase Don Alonso.)

## ESCENA XIV.

DOÑA BEATRIZ, DOÑA ÁNGELA.

DOÑA BEATRIZ.

¿Vienes,

Ángela?

DOÑA ÁNGELA.

Sí, que embobada  
Me he quedado de saber.  
Que los que á una mujer aman,  
Riñen por otra.

DOÑA BEATRIZ.

¿Qué quieres?

Como eso en el mundo pasa:  
No hay sino...

DOÑA ÁNGELA.

¿Qué?

DOÑA BEATRIZ.

Aborrecer

A los dos.

DOÑA ÁNGELA.

Desde mañana

(Porque hoy tengo que hacer unos  
Lazos) verán que no tratan  
De mas que de aborrecerlos  
Mis tres sentidos del alma.

DOÑA LEONOR.

Sí, que las cinco potencias  
Estarán muy ocupadas;  
Que aborrecer y hacer lazos  
Son dos cosas muy contrarias. (Váñse.)

Calte.

## ESCENA XV.

DOÑA LEONOR, tapada; DON LUIS,  
DON ANTONIO.

DOÑA LEONOR.

(Ap. Que me conozca no quiero  
Don Luis, y cómo podré  
Tomar el coche, no sé.)  
Pues ya os servi, caballero,  
No habeis de pasar de aquí.

DON LUIS.

¿Cómo obedeceros puede  
Mi obligacion, sin que quede  
Servidor á quien debi  
Haberme dado, no digo  
La vida, porque es menor  
Dávda, que fué el honor  
De una dama? Y si consigo  
Dejarla por vos segura  
Del riesgo que amenazó  
Su opinion, pues aunque no  
Fué cómplice su hermosura  
Del atrevimiento mio,  
Siempre las mujeres son  
Deudoras de la opinion  
En cualquiera desvario  
De los hombres, ¿cómo puedo  
Condenarme á no saber  
A quien lo he de agradecer?

DOÑA LEONOR.

Poco convencida quedo  
De la razon que me dais  
(Ap. Disfrazar en vano intento  
El habla y el sentimiento),  
Pues vos, á mí no me estais  
En obligacion ninguna;  
Que hallándome acaso allí,  
Y empeñada, cuando vi  
Que en tan deshecha fortuna  
Beatriz de mí se valia.  
¿Qué hice de su fingimiento  
En ayudar el intento.  
Pues así como así habia  
Yo de salirme de allí?

DON LUIS.

Sí, pero villano indicio  
Fuera, cuando el beneficio



Viene á resultar en mí,  
El no agradecerle yo.

DOÑA LEONOR.  
Pues supuesto que quereis  
Agradecerle, podréis,  
Con una accion.

DON LUIS.

¿Qué es?

DOÑA LEONOR.

Que no

Me sigais mas.

DON LUIS.

Eso es

Haber, señora, querido...

DOÑA LEONOR.

¿Qué?

DON LUIS.

Que el ser desagradecido

Me cueste el ser descortés;  
Pues si de vuestra porfía  
Vencirme, señora, intento,  
Falto al agradecimiento  
Por ir á la cortesía.

Y á dos afectos rendido,  
Ya que uno forzoso es,  
Mas quiero ser descortés,  
Que no desagradecido.

Quién sois, me decid, si ya  
Otro bien quereis hacerme.

DOÑA LEONOR.

Quizá os pesará de verme.

DON LUIS.

Quizá no me pesará.

Sepa, pues, quien sois, por Dios.

DOÑA LEONOR.

Estoy porque lo sepais,  
No mas de porque añadais  
Otro defecto á los dos.

DON LUIS.

¿Qué defecto?

DOÑA LEONOR.

(Ap. Mal, cruel

Pasion, cubrirete lie que rido.)

No sé si el de fementido,  
Falso, ingrato, alevé, infiel,  
Mal caballero, villano....

DON LUIS.

La causa no alcanzo.

DOÑA LEONOR.

¿No?

¿Quereis verla?

DON LUIS.

Sí.

DOÑA LEONOR.

Pues yo

Soy. ¡Ay de mí! mi hermano!

(Al descubrirse ve á su hermano.)

### ESCENA XVI.

DON FELIX, ROQUE. — Dichos.

DON LUIS. (Ap.)

¿Quién vió empeño mas cruel?

DOÑA LEONOR.

De aqueste portal pretendo  
Valerme: ved que estoy viendo  
Cranto os pasare con él;  
Y que si no pensais modo  
Para dejar de reñir,  
Me tengo de descubrir,  
Y hemos de acabar con todo. (Retírase.)

DON FELIX.

La tapada á quien siguió  
Don Luis, al ver que he llegado,  
A un portal se ha retirado. (A Roque.)

DON ANTONIO. (Ap.)

¿Qué debo hacer ahora yo,  
Hallándome entre los dos,

Puesto que, de ambos amigo,  
A uno falto si á otro obligo?

DON LUIS. (Ap.)

¿Qué he de hacer (¡válgame Dios!)  
Entre Félix y Leonor,  
Cuando creciendo recelos,  
A empeño de amor y celos  
Se va añadiendo el de honor?

DON FELIX.

Y pues lo quise mi estrella  
Que los alcance, sabrás,  
Roque, que me importa mas  
Que imaginas conocella;  
Y así aunque me veas reñir,  
No cuides de mí.

ROQUE.

No haré.

DON FELIX.

Sino tras ella te vé

Adonde quiera que ir  
La vieres.

ROQUE.

No he menester

Yo tan grande diligencia  
Como huir de una pendencia,  
Para ir tras una mujer.

DON FELIX.

Huélgome haberos hallado  
Tan presto.

DON LUIS.

A mí no me pesa.

DON ANTONIO.

A mí sí, que de las burlas  
Me sé pasar á las véras.  
Ninguno empuña la espada  
Sin mirar la diferencia  
Que hay para sacarla, cuando  
Suceden las contingencias  
Entre amigos ó no amigos,  
O el que la sacare entienda  
Que me halle al lado del otro.

DON LUIS.

Yo no la sacaré en esta  
Ocasión, que habiendo oído  
Que hay campañas, mal hiciera  
En sacarla, y mas adonde  
Hay quien impedirlo intenta.

DON FELIX.

Si lo dije, ¿á qué mas puede  
Obligarme que á ir á ella?

DON LUIS.

Pues guíad donde no haya  
Testigo que lo delienda.

DON ANTONIO.

Ni gueis vos, ni vos sigais,  
Sin que primero se advierta  
Que antes que allá hable el acero,  
Lo puede aquí hacer la lengua.

¿Qué se ha de contar mañana

De que dos hombres, que eran

Amigos ayer, hoy riñen,

Y mas por cosa tan ciega,

Como el amor de dos días?

Pues para que reñir deban

Dos amigos, ha de ser

Tan reservada materia,

Que á mas no poder se esté

Honestada por sí mesma.

¿Visteis una dama vos? (A Don Félix.)

DON FELIX.

Y rendido á su belleza,  
Confieso que la di el alma.

DON ANTONIO.

¿Pues adónde está la queja  
De que á otro, lo que á vos  
Os aconteció, acontezca?

¿Teneis vos algun favor? (A Don Luis.)

DON LUIS.

Ni amago de que le tenga.

DON ANTONIO.

¿Pues dónde está la esperanza,  
Que mas que un amigo pesa?  
Volved, necios, en vosotros,  
Y ya que la accion suspensa,  
Si no capitula paces,  
Por lo ménos firma treguas:  
Decidme vos: ¿sois amigo  
De Don Félix?

DON LUIS.

De maucra,

Que diera por él mil vidas.

DON ANTONIO.

¿Vos de Don Luis?

DON FELIX.

Nada precia

Mas, que su amistad, el alma.

DON ANTONIO.

Pues puesto que el reñir fuera  
Ya para enemigos tarde,  
Y para amigos apriesa,  
Hayámonos á razones.

DON LUIS.

Yo confieso que si hubiera  
Sabido antes de Don Félix  
La pasion (Ap. Esto me mueva  
Estarlo oyendo Leonor),  
De la mia desistiera;  
Porque en mí no ha sido mas  
(Ap. ¿Que haya de ser esto fuerza)  
Mas páguelo el gusto, y no  
La obligacion de sus prendas)  
Que el capricho de saber  
Hasta dónde la soberbia  
Llegaba de una hermosaura  
Tan vana.

DON FELIX.

Yo no pudiera

Nunca desistir la mia,  
Aunque supiese la vuestra,  
Con que arguye la ventaja  
Que hay, si bien se considera,  
De amor á capricho.

DON LUIS.

Hay,

Que no es la ventaja esa.

DON ANTONIO.

¿Luego si no enamorado  
Estais, y él lo está, compuesta  
Está la cuestion?

DON LUIS.

No está;

Que hay segundo duelo en ella,  
Que satisfacer.

DON ANTONIO.

¿Qué duelo?

DON LUIS.

Que siendo la vez primera  
Que su amor supe, en su casa  
De Angela, buscarme en ella  
Tan desatento y decir  
Que los estrados no eran  
Campañas, me obliga á que  
Nadie que lo oiga crea  
Que doy la satisfaccion,  
Que solo doy por quererla  
Dar, al tenor, y no...

DON ANTONIO.

Oid:

Quien nunca, Don Luis, dió muestras  
De que sabia reñir,  
Riña siempre que se ofrezca;  
Mas quien sentó su opinion  
Tanto como vos la vuestra,  
Deje de reñir, que mas  
Airoso que el otro queda,

Quien saben todos que sabe  
Reñir, y de reñir deja,  
Porque quiere acompañar  
El valor de la prudencia:  
¿Quereislo mejor? Don Félix,  
¿Pensaréis vos que pudiera  
Nunca dejar de reñir  
Don Luis por miedo ó flaqueza?

DON FÉLIX.

Y si otro lo pensara,  
Le matara en su defensa.

DON ANTONIO.

¿Creyérades vos, Don Luis,  
Que si una cosa sintiera  
Don Félix, dijera otra?

DON LUIS.

No, de ninguna manera.

DON ANTONIO.

Pues si uno no lo pensara,  
Y si otro no lo creyera,  
Vive Dios, que sera un ruin,  
Quien mal de este duelo sienta;  
Y vuélvome á mi principio:  
Donde hay amistad no hay tema:  
Finezas atropelladas  
Son algo mas que finezas.  
Si á un amigo no se sufre  
Tal vez una impertinencia,  
¿A quién se ha de sufrir? Daos  
A buenas, y de su estrella  
Siga el rumbo el que no puede  
No seguirle, y el que llega  
A verse allí superior,  
Palabra...

DON LUIS.

Tened la lengua:

Palabra no la he de dar;  
Baste que de Angela bella  
Nunca he estado enamorado:  
Quien me entendiére me entienda.

DON FÉLIX.

Dejadme echar á esas plantas,  
Y ved, si queréis á ellas  
Una y mil satisfacciones.

DON LUIS.

Haberla dado quisiera  
Mas, que admitirla.

DOÑA LEONOR. (Ap.)

Un celoso,

Cualquiera que escucha aprecia.  
(Doña Leonor sale del portal, y se va.)

### ESCENA XVII.

Dichos, menos Leonor.

DON LUIS. (Ap.)

Resolví salir Leonor  
En viendo que Félix queda  
Ya asegurado; con que  
Tambien yo lo quedo en que ella  
Vaya sin ser conocida.

DON FÉLIX.

¿La tapada no es aquella,  
Que supuso Beatriz?

DON LUIS.

Si.

DON FÉLIX.

Pues ya que la competencia  
Volvió á su amistad, adios,  
Que me importa conocerla.

DON LUIS.

Eso no: conmigo vino  
Tan recatada y cubierta,  
Que con haber sido yo  
El que eligió, no me ruega  
Mas de que no la conozca;  
Y no es justo si desea  
En cubrirse que dé á otro  
De descubrirla licencia:

Y ántes para asegurarla.  
Que nadie seguirla intenta,  
Por esotra parte habemos  
De irnos.

DON FÉLIX.

Vamos morabuena.

DON ANTONIO.

Sea, por un solo Dios,  
Donde no hablemos de véras;  
Que me teneis mareado,  
Casi vencido á que crea,  
Si hay celos ó si hay amor.

DON FÉLIX.

Pregúntaselo á mis penas.

DON LUIS. (Ap.)

Mejor pudiera á las mias:  
¿Mal haya elección que empeña  
A obligaciones, donde haya  
De quedar el gusto en prendas!

DON FÉLIX. (Ap. á Roque.)

Roque.

ROQUE.

Ya entiendo; el cuidado  
Pierde de que se me pierda;  
Que desde que del portal  
La vi salir, ojo alerta,  
Su guarda he sido de vista.

DON FÉLIX.

Pues siguela, hasta que sepas  
Donde vive y quién es. (Ap. Cielos,  
Haced que el enigma entienda,  
Que á ella remite Beatriz.) (Vanse.)

Otra calle.

### ESCENA XVIII.

DOÑA LEONOR, tapada, que se encuentra con INES; ROQUE, siguiéndolas.

ROQUE.

Ya da á la calle la vuelta  
Alargo el paso á alcanzarla,  
No entrándose en otra puerta,  
Me dé con el trascañon.

INES.

¿Era hora de que vinieras?

DOÑA LEONOR.

Ven, que hay mucho que contarte.

### ESCENA XIX.

ROQUE.

Con otra tapada encuentra.  
Y mano á mano las dos  
Entran en la calle nuestra,  
Y aun en nuestra casa. ¿Cómo  
Es esto? ¿Bueno es que tenga  
Mi amo contratado ya,  
Que á casa á buscarle venga,  
Y me haga á mi que la siga!  
Si ya no es que ella pretenda  
Darme el trascañon en casa...  
Pero no, por la escalera  
Sube y á la puerta llama,  
Cual pudo en su casa mesma.  
Volveré á buscar volando  
A mi amo, que es bien sepa  
La visita que le aguarda,  
Y la suma diligencia,  
Que la casa me ha costado. (Vase.)

Sala en casa de Doña Leonor.

### ESCENA XX.

DOÑA LEONOR é INES, quitándose los mantos.

DOÑA LEONOR.

Quitame este manto aprisa,

Que aunque no importara, Ines  
El que mi hermano supiera  
Que fui en casa de Beatriz,  
Importa que no lo sepa  
Por circunstancias que hubieron  
De obligarme á que por fuerza  
Me amparase de un portal,  
En que él me vió.

INES.

Pucs ya quieta  
Y segura estás, ¿no puedo  
Saber qué ha habido?

DOÑA LEONOR.

Oye atenta:

Llegué á casa de Beatriz... (Llaman.)  
Mira quién llama á esa puerta.

INES.

Mas parece invocacion,  
Que no relacion aquesta,  
Que es ella misma, señora.

### ESCENA XXI.

DOÑA BEATRIZ, con manto.—Dichas.

DOÑA LEONOR.

¿Qué decís? ¿qué es esto, bella  
Beatriz? ¿Tan presto me pagas  
La visita, que aun apenas  
He llegado, cuando ya  
Te dió cuidado la deuda?

DOÑA BEATRIZ.

Dijome, Leonor, mi tio,  
Porque una jornada aprresta,  
Que comprase no sé que  
Preveniciones para ella,  
Mas dadas á mi cuidado,  
Que al suyo; y viéndome fuera  
Ya una vez de casa, quise  
No volverme sin que sepa  
Qué te pasó con Don Luis;  
Que ser bravo lance es fuerza  
El que se hallase contigo.  
Embarazado, al ver que eras  
Tú la que de aquel empeño  
Le sacases.

DOÑA LEONOR.

Aun no cesan

¡Ay, Beatriz mia! suc-sos,  
Que mas á luz de novela  
Parecen imaginados,  
Que sucedidos. Resuelta  
A no descubrirme estuve;  
Porfíó en que me descubriera;  
Y á sus sinrazones mias,  
Que á sus razones atenta,  
Me descubri.

DOÑA BEATRIZ.

¿Qué diria

Al verte!

DOÑA LEONOR.

Aun eso se queda

Sin saber; porque al instante  
Mismo mi hermano...

INES.

Y él que entra,

Que parece que tu voz  
Hoy mas conjura, que cuenta.

DOÑA BEATRIZ.

¿Dónde podré retirarme?  
Que no quiero que me vea,  
Que es hacer muy sospechosa  
Mi venida, sobre cierta  
Plática, que allá tuvimos  
Los dos.

INES.

Pues en vano intentas

Esconderte, porque ya  
Te vió (Tápase Beatriz.)



ESCENA XXII.

DON FELIX, ROQUE. — Dichas.

DON FÉLIX. (A Roque.)

¿Qué es lo que me cuentas?

ROQUE.

Si no me crés, vesla allí.

DOÑA LEONOR. (Ap. con Doña Beatriz.)

En fin, no quieres que sepa

Que eres tu?

DOÑA BEATRIZ.

No, por Dios.

DOÑA LEONOR.

Pues

De hallarte aquí, sin que pueda

Preguntarme á mi quién eres,

Cuidado con la deshecha.

(Alzando la voz.)

Señora, ese caballero

No vive aquí, y bien pudiera,

Pues hay puerta en que llamar,

No entrarse hasta donde...

DON FÉLIX.

Espera,

Y no enojada, Leonor,

Te desazonas, ni ofendas

Con esta dama, negando

Que vivo aquí; que si piensas

Que es tomarme en tu decoro

Alguna libre licencia,

Te engañas; y bien podías

Tener hartas experiencias

De cuánto mis atenciones

Pundonorosas respetan

Los umbrales de tu cuarto.

Y porque no solo queja

Formes, pero aun el enojo

En agasajo conviertas;

Sabe que á esta dama debo

La vida, pues si por ella

Y el ingenio soberano

De Beatriz, Leonor, no fuera,

Don Luis, Angela, su padre

Y yo, ten por cosa cierta,

Nos hubiéramos perdido

Esta tarde.

DOÑA LEONOR.

¿Qué me cuentas?

DON FÉLIX.

Esto es para mas despacio,

Que ahora basta que sepas

Que el venir aquí es la dicha

Mayor que hay que me acozeca;

Pues sin saber cómo, hoy solo

Vi entrar el bien por mi puerta.

DOÑA LEONOR.

Siendo así, trueque el estilo.—

Perdonad, por vida vuestra,

El no saber que os estaba

En tan generosa deuda.

DOÑA BEATRIZ.

Perdonadme vos á mi,

Y aqueste agrado os merezca

El haber de recibirle,

Porque que es forzoso, encubierto.

¿Qué es esto, Leonor? (Ap. á ella.)

DOÑA LEONOR.

No sé.

Que eres la tapada piensa

De tu casa.

DOÑA BEATRIZ.

¿Qué causa hay

De que por ella me tenga?

DOÑA LEONOR.

Tampoco lo sé; mas puesto

Que por tan claro lo asienta,

Alguna tendrá; y así,

Convenir con él es fuerza.

DOÑA BEATRIZ.

Y á qué he de decir que vine?

DOÑA LEONOR.

Tú allá en tu ingenio lo inventa.

DON FÉLIX.

Ahora, señora, mil veces

Dejad que á las plantas vuestras

Ponga primero la vida,

Que os debo, y luego con ella

El alma, de agradecido

De excusar la diligencia

De ir á buscaros, á cuya

Causa mandé que os siguiera

Este criado; pues fué

Mi suerte hoy tan lisonjera

Que supiéreis vos mi casa,

Al ir yo á saber la vuestra.

DOÑA BEATRIZ. (Ap. á Doña Leonor.)

Bien haberte á tí seguido,

Y ballarme á mí se concurda.

DON FÉLIX.

Decidme, ¿qué me mandais?

Porque obedecida, tenga

La razon de suplicaros

Que me saqueis de una pena,

En que me puso Beatriz,

Deciendo que vos...

DOÑA BEATRIZ.

La lengua

Tened, que porque veais

Que lo que allá diría ella,

Es lo que yo aquí á deciros

Vengo de su parte, es fuerza

Adelantar la razon,

Pero mas sola quisiera.

DON FÉLIX.

Salte tú allá fuera, Roque.

DOÑA LEONOR.

Ines, allá dentro te entra.

DOÑA INES. (Ap.)

¿Secretico? no en mis dias,

Sin que saberlo pretenda.

ROQUE. (Ap.)

¿Caso reservado á mí?

No en mis meses, sin que quiera

Alcanzarle.

INES. (Ap.)

Que sería

Mal contado...

ROQUE. (Ap.)

Que error fuera...

LOS DOS. (Ap.)

El que volbiesen los mantos,

Y no volbiesen las puertas.

(Vanse los criados.)

ESCENA XXIII.

DON FELIX, DOÑA BEATRIZ, DOÑA

LEONOR.

DOÑA BEATRIZ.

Lo que Beatriz os diría

Es, que hay á quien ofenda,

Félix, vuestro galanteo,

Aun mas, si, que á Angela bella,

A su padre, y al honor

De su lustre y su nobleza;

Y tanto, que traeis la vida

Muy á riesgo de perderla;

No porque haya Angela dado

(Que inlamente mintiera)

Nunca ocasion, mas porque hay

Tan locas pasiones ciegas,

Que se empeñan, donde no

Saben en lo que se empeñan.

Un poderoso enemigo

Teneis, de tantas cautelas,

Que quizá hablando con vos

Está, y cuando mas os muestra

Descubierta el alma, es cuando

La tiene mas encubierta.

Yo (sea quien fuere) sé

Vuestro riesgo, y por sospechas

Que pueden tocarme, en que

El os mate, y yo le pierda,

Sabiendo cuanto es Beatriz

Prudente, advertida y cuerda,

Tapada, como me hallasteis,

Me fui á declarar con ella,

Porque su ingenio pusiese

A tanto peligro enmienda.

Que no bastaba me dijo,

Porque su prima era necia,

Loca, vana, y tanto, que

No ve la hora en que sucedan

Por ella escándalos, que hacen

Mas ruidosas las bellezas;

Y que así viniese yo

A deciros que ella os ruega

De su parte, que la hagais

Merced de que por sus puertas

No paseis; que sentiria

Mas, Félix, vuestra tragedia,

Que el deslustre de su prima.

Direis, al valerse ella

De mí, ¿cómo escogi al otro,

Teniendo en esta materia

Que hablar con vos? Pero fácil

Me parece la respuesta;

Con que quise desvelar

Para con vos la sospecha

De la segunda intencion,

Reservando para esta

Ocasion el declararme.

Tambien diréis que es muy nueva

Cosa hacer bien, y guardar

La cara; pues no os parezca

Que no hay razon; que si yo,

Don Félix, me descubriera,

Acabado estaha todo;

Pues por mí fácil os fuera

Que supiéscis quién es vuestro

Enemigo, y error fuera

Curar un daño con otro;

Pues saber basta en mis penas,

Que di el aviso á Beatriz,

Y Beatriz á vos, por señas

Que os pide que no llegueis

Ninguna noche á la reja

De la vuelta de su calle,

Porque os agnardan en ella.

Con esto, adios, y no hagais

Otra vez la diligencia

Dé que un criado me siga;

Pues cuando el cuidado os mueva

De saber quién soy, Beatriz

Os lo dirá, ya que es fuerza,

Pues ella os remite á mí,

El que yo os remita á ella.

(Vase)

ESCENA XXIV.

Dichos, menos Doña Beatriz

DON FÉLIX.

Oid, esperad...

DOÑA LEONOR.

No la sigas,

Que no es correspondencia

De un agasajo ni pesar.

DON FÉLIX.

No quiero mas de que sepa

Que peligros no retiran

A los hombres de mis prendas.

Vive Dios, que no ha de haber

Noche que no esté á sus rejas.

DOÑA LEONOR.

Será gran temeridad.

DON FÉLIX.

Que lo sea ó no lo sea,

Esto no te toca á tí.

DOÑA LEONOR.  
Pues toqueme...

DON FÉLIX.  
¿Qué?

DOÑA LEONOR.  
Que adviertas

Lo que debes á Beatriz,  
Pues allá el peligro emienda,  
Y aquí el peligro te avisa.

DON FÉLIX.  
¿Pero qué importa, si es fea,  
Y entendimiento no hay,  
Que se iguale á la belleza?

## JORNADA TERCERA.

Calle.

### ESCENA PRIMERA.

DON ANTONIO, *embozado como recatándose*; DON FÉLIX *mas él, y* ROQUE.

DON ANTONIO.  
No pongais tanto cuidado  
En conocerme: ya he dicho  
Que pienso que en este puesto  
Mas que os embarazo os sirvo,  
Y que no es la primer noche  
Que hablar á esa reja os miro.  
No me debe de importar,  
Pues lo veo y no lo impido.  
Llegad pues, llegad á ella,  
Que seguro estais conmigo  
Mas que pensais.

DON FÉLIX.  
Caballero,  
Los reservados motivos  
De una alma, no se revelan  
Fácilmente. No os he visto  
Otra noche sino es esta:  
Por eso no he pretendido  
Conoceros otra noche.  
Ya os vi, y no puedo conmigo  
Dejar de saber quién es  
De mis acciones testigo.

DON ANTONIO.  
Pues no os empeñeis, yo soy,  
Don Félix. *(descúbrense.)*

DON FÉLIX.  
¿Qué es lo que miro!  
¿Don Antonio?

DON ANTONIO.  
Si  
ROQUE.  
¿Esperabas  
Para mañana á decirlo?  
Que he estado de aquello de  
Pendiente el alma de un hilo.

DON FÉLIX.  
¿Pues, Don Antonio, qué es esto?

DON ANTONIO.  
Es saber vuestro peligro,  
Y sin que vos lo sepais,  
Quise venir á asistirlos

DON FÉLIX.  
La fineza os agradezco,  
Pero no el riesgo imaginó;  
Pues no tiene inconveniente,  
Cuando á ninguno compito,  
Hablar á una dama.

DON ANTONIO.  
Basta,  
Que disimulais conmigo,  
Como si yo no supiera  
Que es el ordinario estilo  
De un amante cortesano,

Negarse á cualquier indicio  
Del susto, muy en su duelo  
El disimulo al amigo.  
Yo sé que en aquesta calle,  
Centinela de vos mismo,  
Esperando la invasion  
De un poderoso enemigo.  
Estais en vela á un cuidado,  
Si desvelado á un cariño:  
Y aunque á él le ignorais, sabeis  
Que en lo fatal del destino,  
El mas ignorado riesgo,  
Es el riesgo mas preciso;  
Y así, sin haceros cargo  
De que es la amistad servicio,  
Todas las noches he estado  
Como veis.

DON FÉLIX.  
Mucho os lo estimo:  
¿Mas yo enemigo? ¿yo riesgo?  
¿Quién, Don Antonio, os lo ha dicho?

DON ANTONIO.  
Si lo hemos de decir todo,  
Roque fué el que me lo dijo.

DON FÉLIX.  
¿Pues tú de qué lo salias?

ROQUE.  
Si todo hemos de decirlo,  
De aquella dama tapada.  
A quien seguí, y en tu mismo  
Cuarto hallaste, sin romperse  
La tramoya donde vino.

DON FÉLIX.  
Pues ella contigo ¿cuándo  
Habló?

ROQUE.  
Cuando habló contigo;  
Porque como me mandaste,  
Que me saliese á no oírlo,  
A oírlo me salí; que en fin,  
Criados, dueñas y vecinos,  
¿De qué servimos, señor,  
Si de acechar no servimos?  
Contésete á Don Antonio,  
Pretendiendo leal y fino  
Te disuadiese el empeño;  
Si él, en vez de hacerlo, hizo  
La fineza de asistirte.  
Disculpado está el delito.

DON ANTONIO.  
Y bien disculpado está.  
Pues que el barrio recogido  
No está, y esta noche mas  
Temprano vuestro amor vino,  
Que otras noches: haciendo hora,  
Que me digais os suplico,  
De la noche al alba ¿qué  
Diablos teneis que decirnos?  
Porque cuando vos hablando,  
Estoy yo perdiendo el juicio,  
Y mas con una señora,  
Que, á lo que á todos he oído,  
No es la sabia Pitonisa,  
Si ya no es que discursivo  
De lo que visteis de día,  
Amante contemplativo,  
Enamorado de memoria;  
Que aunque es un cielo divino  
Lo lindo de su hermosura,  
¿Qué importa si anochecido  
Se apaga todo y se queda  
A buenas noches lo lindo?

ROQUE.  
Que enamore con linterna  
Mas de mil veces le he dicho,  
O que se traiga el lampion  
De Siquis, ó de Cupido,  
Con que maulero de amor,  
¿Podrá ser que halle perdidos

En los brios de lo hermoso  
Los trastos de lo entendido.

DON FÉLIX.  
¿Ay Don Antonio! si hubiera  
(Ya que en los extremos míos  
Para hab'ar esto con vos  
Rodado el lance se vino),  
Si hubiera, digo otra vez,  
De explicaros, de deciros,  
La novedad de un amor  
Tan nuevo, y tan peregrino,  
Que dudo que hasta hoy en otro  
Se haya escuchado ni visto,  
No acusárais estas horas;  
Antes ¡ay de mí! imaginó  
Que las tasarais á instantes,  
Aunque las vérais á siglos.  
Decirlo deseo, y deseo  
El callarlo; porque miro  
Que si lo digo, aventuro  
La verdad con que lo digo;  
Y si no lo digo, falto  
También al pequeño alivio  
De contarle, de manera.  
Que en dos afectos distintos.  
En el uno vengo á darme  
Lo que en el otro me quito.  
Pero entre una y otra duda,  
Parta la voz el camino;  
Pues el decirlo yo todo,  
Será callarlo y decirlo.  
Bien os acordáis de aquel  
Lance, en que todos nos vimos  
Restados, cuando Beatriz  
Tan rara emienda previno,  
Pues no contenta con darme  
La vida que me dio, hizo  
Que de intentar darme muerte,  
Me dé la tapada aviso.  
Dijome, pues, de su parte  
Aquello de un enemigo  
Poderoso, á quien mi amor  
Ofendia: agradecido  
La empecé á estar desde entónces;  
Pero por el caso mismo,  
Que el peligro me avisó,  
Abandonando el peligro,  
Vine aquella misma noche,  
Que es caravana del brio,  
Hacer aprecio del riesgo,  
Para hacerle desperdicio.  
En la calle estaba, cuando  
Vi que entreabierto un postigo  
De esa reja, una mujer  
En sumisa voz me dijo:  
¿Es Félix? Si, respondí:  
¿Segun eso no os han dicho,  
Prosiguió, que no vengais,  
Félix, de noche á este sitio?  
Antes de eso, dije, debe  
Inferirse que lo he oído.  
Pues que quiso que viniese,  
Quien que no viniese quisó.  
En fin, no perdamos tiempo;  
Desde pequeño principio  
Resultó de un lance en otro,  
Que ser Beatriz averiguo;  
Y aun no sé de qué pasión  
Con ingenioso designio,  
En voces adrede erradas,  
Acertados los indicios.  
Con que siguiendo su genio  
El íman de lo atractivo,  
No es Angela con quien hablo  
De noche, siendo á quien miro  
De día: ved de un amor  
El mas ciego laberinto,  
Que jamás se supo; pues  
Queriendo cada sentido  
Hacer bando de por sí,  
Con opuestos desvarios,



Si en Doña Angela lo hermoso  
Me suspende, lo entendido  
En Doña Beatriz; á una,  
Clicie de su luz la **sigo**  
Todo el tiempo que su luz  
Goza resplandores vivos  
Del sol; á otra, todo el tiempo,  
Que es la flor que en su capillo  
Se oculta, hasta que á la noche,  
Pundonoroso el capricho  
De que luce sin el sol,  
La hace en trémulos giros  
La perfeccionen á sombras,  
Sin iluminarla á visos.  
En cuya guerra civil,  
Ya lo dije, de sentidos  
Dentro de mi amotinados,  
Día y noche á dos asisto,  
Enamorado de dos;  
De la una si la miro;  
De la otra si la oigo,  
Llevándose á un tiempo mismo  
Hermosura y discrecion  
(Acabemos de decirlo),  
Si la hermosura los ojos,  
La discrecion los oídos.

DOÑA ANTONIO.

Una grande novedad  
Pensareis que me habeis dicho  
En que amais á dos.

DOÑA FÉLIX.

¿No lo es?

DOÑA ANTONIO.

No, que á mí me ha sucedido  
Mas de cuatrocientas veces.

ROQUE.

¿Qué pobrete no ha tenido  
En una parte el deseo,  
Y en otra parte el capricho?

DOÑA FÉLIX

La reja abren.

DOÑA ANTONIO.

Pues llegad,  
Que yo hácia allí me retiro.

## ESCENA II.

DOÑA BEATRIZ, á la reja.— DICHOS.

DOÑA BEATRIZ.

¿Es Don Félix?

DOÑA FÉLIX.

Y rendido

A la pena de esperar,  
Casi llegaba á culpar  
Tu tardanza.

DOÑA BEATRIZ.

Nunca ha sido  
Pena esperar; que si llena  
De susto a la posesion  
Una breve dilacion,  
¿Por qué ha de llamarse pena?  
¿Contrario efecto, no es justo  
Que á una causa se conceda  
Para que inferir se pueda  
De una pesadumbre un gusto?

DOÑA FÉLIX.

La gloria, Beatriz, de hablarte,  
Con la esperanza se alcanza;  
Luego tiene la esperanza  
La culpa en aquella parte,  
Que sentir toca al cuidado  
La dilacion del empleo;  
Luego es fuerza que al deseo  
Le dé la esperanza enfado.  
Del sol una propiedad  
Lo diga en la noche fria;  
Cuanto mas vecino al día,  
Es mayor la oscuridad.

DOÑA BEATRIZ.

Si, mas si llega á advertir  
Que al mirar su rosicler,  
El empezar á nacer,  
Es empezar á morir;  
¿Qué logra la posesion  
Del día en su lucimiento,  
Si es preciso que al aumento  
Siga la declinacion?  
Auje es en la astrologia  
No poder pasar de allí,  
Y término el hasta aquí  
Es de la filosofia;  
Luego la esperanza mas  
Que la posesion alcanza,  
Si cuando va la esperanza,  
La posesion vuelve atrás:  
Y poseido, á perder  
Llega estimacion tan grave,  
Pues no le admira hoy quien sabe  
Que mañana le ha de ver.

ROQUE.

¿Has oido aquello?

DON ANTONIO.

Si.

ROQUE.

Y dime, por vida mia,  
¿Hablan en algarabía?  
Porque yo nada entendi.

DON ANTONIO.

Si deben de hablar; mas yo  
A estas horas solo entiendo  
Que me estoy de sed muriendo:  
¿Sabes, Roque, si hay, ó no,  
Por aquí una casa, en que,  
O aguas, ó aloja se venda?

ROQUE.

Que hay detras de aquella tienda  
Una tabernilla sé.

DON ANTONIO.

¿Qué propia noticia tuya!

ROQUE.

Cada uno habla en lo que alcanza.

DOÑA FÉLIX.

Mucho os debe la esperanza.

DOÑA BEATRIZ.

No os admire de que arguya  
Tan en su favor, por qué  
Me está muy bien el tenella.

DOÑA FÉLIX.

¿Pues vos necesitais de ella?

DOÑA BEATRIZ.

Y aun de dos.

DON FÉLIX.

Eso no sé.

¿De dos esperanzas?

DOÑA BEATRIZ.

Si.

DON FÉLIX.

¿Cuáles son?

DOÑA BEATRIZ.

Vos las sabéis:  
Que dejéis de amar, y améis  
Mirad, Félix, siendo así,  
Que la ha menester á dos  
Varias luces mi pesar,  
Si la debo lisonjear.

DON FÉLIX.

No, que de ninguna vos,  
Que necesitais, os digo.

DOÑA BEATRIZ.

Mejor lo dirá mi estrella,  
Y mejor Angela bella.

## ESCENA III.

DOÑA ANGELA é ISABEL, á la reja.— DICHOS.

DOÑA ANGELA.

¿Quién la mete á usted conmigo?  
Y pues estoy acechando,  
Sin que me cause fatiga,  
Y sin que á mi padre diga:  
«Señor, aquí andan parlando,»  
Háblense allá sin que yo  
Entre en la danza.

DOÑA BEATRIZ.

¿Tú aquí!

¿Cómo, Angela?

DOÑA ANGELA.

Como si.

DOÑA BEATRIZ.

¿No te acuestas?

DOÑA ANGELA.

Como no.

DOÑA BEATRIZ.

Bien ves cómo te he cogido  
En el burto, que no en vano,  
Te quise ganar de mano  
En haber aquí venido,  
A ver esto.

DOÑA ANGELA.

¿Luego yo  
Soy sobre quien caen las quejas?

DOÑA BEATRIZ.

Caballero, á aquestas rejás  
No se habla.

DOÑA ANGELA.

¡Mal año... no!

DON FÉLIX.

Vamos de aquí: ¡ay infeliz!

DON ANTONIO.

¿Qué hay?

DON FÉLIX.

Ver con la sombra oscura  
A Angela con hermosura,  
Y con ingenio á Beatriz. (Vanse los tres.)

## ESCENA IV.

DOÑA BEATRIZ, DOÑA ANGELA,  
ISABEL.

DOÑA BEATRIZ.

Ven tú, y cierra esa ventana.

ISABEL.

¿Viste bien al hombre?

DOÑA ANGELA.

¿Y pues?

¿No habia de verle?

ISABEL.

¿Y quién es?

DOÑA ANGELA.

El hermano de la hermana.

ISABEL.

Pues ¿cómo celosa al vello,  
No sentiste que hable así  
Con Beatriz, quien te amó á tí?

DOÑA ANGELA.

Tú tienes la culpa de ello.

ISABEL.

¿Yo?

DOÑA ANGELA.

Si, que es muy fuerte cosa  
Querer que me acuerde yo,  
Si tú, majadera, no  
Me acuerdas que estoy celosa. (Vanse)

Sala en casa de Doña Leonor.

**ESCENA V.**

DOÑA LEONOR; INES *con luces.*

DOÑA LEONOR.

¡Ines, no me pesa oír  
Su queja; pero si ha sido  
Verse de mí aborrecido  
Lo que le obliga á venir  
Con rendimientos, ¿por qué  
Me tengo yo de quitar,  
Para volver á enfermar,  
La cura con que sané?

INES.

Dices bien; pero, señora,  
Quien de sanar busca medios,  
Aborrece los remedios  
En el punto que mejora.  
¿Por cuánto pudiera ser  
Que despedido dejara  
De venir y te pesara?

DOÑA LEONOR.

Yo no le he de oír ni ver.

INES.

Mira, ya que mi señor  
Seguro está hasta la hora,  
Que es cada voz de la aurora  
Clarín que rompe el albor,  
No le oigas ni le veas;  
Mas deja que desde allí  
Pueda oírte y verte á ti:  
Yo fingiré, sin que seas  
Sabidora para él,  
Que soy yo la que me atrevo  
A abrir la puerta.

DOÑA LEONOR.

No es nuevo

El lance.

INES.

¿Hay mas de que aquel  
Que le oiga de mala gana  
Cuando por viejo le muevo,  
Me le ponga hoy como nuevo,  
Y me le vuelva mañana?  
¿Qué dices?

DOÑA LEONOR.

No sé.

INES.

¿Voy? D!

Presto si ó no.

DOÑA LEONOR.

¿Qué sé yo?

INES.

Que si has dicho.

DOÑA LEONOR.

¿Que si?

INES.

Un no,

Que no se sabe qué es, es sí. *(Vase.)*

DOÑA LEONOR.

Vé, y aquí pensar me deja,  
Si es cierto ó no el refrán sabio  
De que se duerme el agravio  
Al conjuro de la queja.

**ESCENA VI.**

DOÑA LEONOR; DON LUIS É INES,  
*al paño.*

INES.

Mira que no te ha de oír,  
Ni ver.

DON LUIS.

Bástame, Inés bella,  
Que yo pueda oílla y vella;  
Pues si tengo de decir

La verdad, desde aquel día  
Que Leonor se retiró,  
A su principio volvió  
La ignorada pasión mía.

INES.

De un adagillo que á España  
Añadió Lope, se infiere...

DON LUIS.

¿Qué?

INES.

Quien piensa que no quiere,  
El ser querido le engaña.  
Mas yo me vuelvo á fingir,  
Que con ninguno aquí hablaba.

*(Acércase á su ama.)*

No era nadie el que llamaba.

DOÑA LEONOR.

¿Y acabóse ya de ir  
Ese necio que á mis rejas  
No deja de porfiar?

INES.

Debióronse de acabar  
Por esta noche las quejas  
Que prevenidas traía,  
Y habrá ido á dar á hacer  
Otras nuevas que traer  
Para mañana.

DOÑA LEONOR.

¿Qué fría

Cosa, pesada y cruel  
Es oír con desazon  
Los ecos de una pasión!

INES.

¡Noramala para él!  
Si tu favor merecía,  
Siendo tú en quien asegura  
El ingenio y la hermosura  
Su mejor medianería,  
Sin costarle en la atención  
De nivelada igualdad,  
Lo hermoso una necesidad,  
Lo feo una discreción,  
¿Quién metió á la tal persona  
En buscar caballerías,  
Hecho infante Bobalias,  
La infanta Bobalindona?  
Tienes sobrada razón  
De enojarte; mas, señora,  
El no nos escucha ahora:  
Toma la satisfacción,  
Que te da, pues cosa es clara  
Que perdon un yerro espera.

DOÑA LEONOR.

No bastara aunque me diera  
Tantas, Ines...

DON LUIS.

Si bastara;

Si tú quisieras, Leonor.

*(Llega.)*

DOÑA LEONOR.

¿Qué es esto?

INES.

¿Pues cómo entraste

Aquí?

DOÑA LEONOR.

El disimulo baste.  
Traidora, que...

DON LUIS.

Tu rigor  
No á Ines culpe sino á mí,  
Que no tiene culpa Ines  
De mis despechos; y pues  
Tú no te dueles de mí,  
Déjala que ella se duela,  
Y no acuses su piedad;  
Que no dejas tú crueldad  
Para nadie; ya que apela  
A tus plantas, Leonor bella,  
Mi culpa, oyeme en mi culpa  
No porque tengo disculpa,

Mas porque quiero tenella.  
Yo...

DOÑA LEONOR.

Señor Don Luis, *(en vano)*  
El satisfacerme es,  
Y puesto...

**ESCENA VII.**

DON FELIX. — DICHOS.

DON FÉLIX. *(Dentro.)*

Una luz, Ines.

DOÑA LEONOR.

¡Ay infelice! mi hermano.

INES.

Como llave maestra tiene,  
Entrar podrá.

DOÑA LEONOR.

¡Muerta estoy!

DON LUIS.

¿Qué haré?

DON FÉLIX. *(Dentro.)*

¿No bajas?

INES.

Ya voy.

DOÑA LEONOR.

Que te retires conviene  
A esc camarín.

DON LUIS.

Fuerza es. *(Escóndese.)*

INES.

¿Inventara esto el demonio?

*(Sale Don Félix.)*

DON FÉLIX.

En mi cuarto, Don Antonio,  
Con Roque esperad. Ines,  
Saca unos dulces, y de agua  
Un búcaro, porque tiene  
Sed un amigo que viene  
Conmigo.

INES. *(Ap.)*

¡Oiga, lo que fragua

La fortunilla!

DON FÉLIX.

Leonor,

¡Vestida á estas horas!

DOÑA LEONOR.

Si.

Pues ¿cuándo no me halla así  
El día, con el temor  
De los sustos y recelos,  
En que hasta volver me tienes?  
Mas como siempre que vienes,  
Te entras al instante *(Ap. ¡Ay cielos!)*  
En tu cuarto, no me ves  
Si en vela ó dormida estoy.

DON FÉLIX.

Don Antonio, de quien hoy  
Me hallo obligado, despues  
Que ese loco le contó  
Que un enemigo tenía,  
Ni de noche ni de día  
Me deja: tanto debió  
Mi amistad, á su amistad.  
Conmigo al umbral llegó,  
Dijo que tenía sed, yo  
Le dije: «En mi cuarto entrad;  
Que del de mi hermana, Ines,  
Que siempre esperando está,  
Agua y dulces sacará.»  
Aquesta la causa es  
De haber entrado; y en fin,  
Si oyéndome estás, ¿qué aguardas?  
¿Cómo en ir por ello tardas?  
Abre aqueso camarín,  
Daca un barro.

INES.

Si abriré.



Y dulces.  
DON FÉLIX.

INES.  
En todo estoy.  
Vete tú que ya yo voy.

DOÑA FÉLIX.  
Abre: yo los llevaré,  
No pases tú allá.

INES. (Ap.)  
¿Hay mobina

Cómo esta?  
DON FÉLIX.  
¿Qué sucedió?

INES.  
(Ap. ¿Para esto nos perdonó  
El lance de la cortina?)  
La llave se me ha perdido

DOÑA FÉLIX.  
¿Has visto que torpe estás?

INES.  
No hallo la llave.

DOÑA FÉLIX.  
Tu harás  
Que la abra así... Mas ¿qué ruido  
Dentro hay? (Quiebranse vidrios.)

INES.  
¡Ay de mí!  
Ladrones deben de ser. (Huye.)

### ESCENA VIII.

Dichos. menos Ines.

DON FÉLIX.  
¿Qué anda en él, he de ver.

DOÑA FÉLIX. (Ap.)  
Embarazarlo así,  
(Sale, y apaga la luz.)

Ya que al sentir que iba á abrir.  
Por retirarme encontré  
Con los vidrios que quebré.

DOÑA FÉLIX.  
O he de matar ó morir,  
O saber quien eres.

DOÑA LEONOR. (Ap.)  
¿Cielos!  
¿Qué haré en tan fiero rigor?

DON LUIS. (Ap. á ella.)  
Toma la puerta, Leonor...

DOÑA LEONOR.  
¿Dónde irán mis desconsuelos  
A dar?

DON LUIS.  
Que á que no te siga  
Me quedo. (Vase Leonor.)

### ESCENA IX.

DON ANTONIO; ROQUE, con luz —  
DON FÉLIX, DON LUIS.

ROQUE.  
Acudamos presto  
Al ruido.

DON ANTONIO.  
Trae luz. ¿Qué es esto?

DON FÉLIX.  
Mi desventura os lo diga.  
Tomad esa puerta y no  
Salga ninguno.

DON ANTONIO.  
Sí haré.  
DON LUIS. (Ap. á Don Antonio.)

Mirad, Don Antonio, en qué  
Os empeñais, que soy yo.  
DON ANTONIO. (Ap.)  
¿Quién habrá en el mundo oído  
Tan nuevo lance, que pende

De ser mi amigo el que ofende,  
Y mi amigo el ofendido!  
Uno en mi favor espera,  
Otro á mí se me declara:  
¿Quién, sin que á alguno faltara,  
A entrambos favoreciera!

DOÑA FÉLIX.  
¡Hombré, ya estoy contra tí,  
Y en aquella puerta está  
Quien salir no os dejará.

ROQUE.  
Yo tambien ¿no estoy aquí?  
Que siendo tres contra uno,  
Si fin al refrán no das,  
A tu lado me hallarás.

DOÑA FÉLIX.  
Medio no te queda alguno,  
Sino el morir, ó decir  
Quien eres.

DON LUIS.  
Pues á escoger  
Me das, el medio ha de ser...

DOÑA FÉLIX.  
¿Cuál? Di presto.  
DON LUIS.  
El de morir.  
(Ap. Hacia Don Antonio voy.)  
(Ap. á él. Que me déis paso prevengo.)

DON ANTONIO.  
Ved, si hay con quien vengo vengo,  
Que hay con quien estoy estoy.

DON LUIS.  
Pues sea de esta manera.  
(Abrázase con Don Antonio, y entrase  
con él.)

DOÑA FÉLIX.  
A los brazos arrestado  
Con Don Antonio ha llegado.

ROQUE.  
Y aun rodado la escalera.  
DON FÉLIX.  
Tras ellos ¡cielos! iré  
¡Ay enemiga Leonor!  
A restaurar de mi honor  
La parte que queda.

ROQUE.  
¿Qué  
Te toca, Roque? Quedarte  
Hasta que de empeño igual  
Lo que pasa en el portal  
Diga la segunda parte.

—  
Sala en casa de Don Alonso.

### ESCENA X.

DON ALONSO, DOÑA ANGELA.

DON ALONSO.  
Mira, Angela, lo que dices.

DOÑA ANGELA.  
Muy bien mirado lo tengo;  
Y así, antes que te partas,  
Quise decirte á efecto  
De que este cuento te llevas  
Hacia allá; porque sospecho  
Que oí decir que en los caminos  
Suele hacer gran falta un cuento:  
Y este de que Beatriz sale  
De noche á la reja, pienso  
Que no dejará de ser  
A criados y cocheros,  
(Pues las cosas de importancia  
Tú no has de tratar con ellos)  
Cuando no haya de que hablar,  
De algun entretenimiento.

DON ALONSO.  
(Ap. De que sea verdad, dos  
Grandes conjeturas tengo:  
Ser necesidad el decirlo,

Y necesidad el hacerlo.  
En Angela bien se ve  
Guardarlo para este tiempo;  
Y en Beatriz, pues finé el amor  
La necesidad del discreto.)  
Ven acá, vuelve á decirme,  
¿Lo has visto?

DOÑA ANGELA.  
Por estos mismos  
Ojos que se han de comer  
Mariposicas: que aquello  
De los gusanos, señor,  
No se ha de entender con estos.  
DON ALONSO.  
Disimula, porque viene  
Beatriz.

### ESCENA XI.

DOÑA BEATRIZ. — Dichos; luego  
ESCUDEIRO.

DOÑA ANGELA.  
Nací para eso.  
¿No sabes lo que á mi padre  
Le estaba ahora diciendo?  
Como en una reja anoche  
Estabas tomando el fresco,  
Y no mas. (Ap. ¿No disimulo  
Muy bien, señor?)

DON ALONSO.  
Si por cierto  
DOÑA BEATRIZ.  
Es verdad que anoche estaba  
A la reja; pero á efecto  
De que andaban por la calle  
Unas sombras; y queriendo  
Saber, señor, qué criada  
Les daba el atrevimiento  
(Que hay alguna que en tu casa  
Se conserva á mi despecho),  
La reja abrí.

DON ALONSO.  
Ese seria,  
A buen seguro, el intento.  
¿Pero por qué esa criada  
Ha de estar?

DOÑA ANGELA.  
Porque no tengo  
Otra y que sepa hacer  
Mas garrambinas del pelo;  
Y eso importa mas que esotro.

DON ALONSO.  
Pon tú, Beatriz, el remedio.  
(Ap. Disimule yo mejor,  
A pesar de algun recelo,  
Que aun ha quedado en el alma.)  
(Sale el Escudero.)

EL ESCUDERO.  
Ya, señor, está dispuesto  
Todo, bien puedes bajar.

DON ALONSO.  
Beatriz, adios, que yo espero  
Sacarte de ese cuidado.

DOÑA BEATRIZ.  
Sabe Dios que el que yo tengo  
Es tu salud, y que solo  
Tu descomodidad siento.

DON ALONSO.  
Adios, Angela: los brazos  
Me dad las dos. — Los extremos  
Bastan. Beatriz, por mi vida  
No llores.

DOÑA ANGELA.  
Yo, para eso,  
No llorara por mi padre:  
Por esto diria el proverbio  
DON ALONSO.  
Adios otra vez. (Ap. Aunque  
Nada al escrúpulo creo,  
Mucho al escrúpulo dudo;  
Pero no es para aquí esto.)

Abrazadme vos, Mungula.  
(Ap. á él. Y esta noche el aposento  
Vuestro procurad que esté,  
Sin que nadie lo vea, abierto,  
Y esperadme en él.)

ESCUDEIRO.

Ya sabes

Con la fe que te obedezco.

DON ALONSO. (Ap.)

Veré lo que hace esta noche,  
Y tomaré, por lo ménos,  
Resolucion para irme,  
O para valerme medio.

(Vanse Don Alonso y el Escudero.)

DOÑA ÁNGELA.

Ven acá: ¿lloras de veras?

DOÑA BEATRIZ.

¿Llora algún de burlas?

DOÑA ÁNGELA.

Pienso

Que sí; porque yo mil veces  
Me suelo llorar riendo.

(Vase.)

### ESCENA XII.

DOÑA BEATRIZ.

¡Válgame Dios, qué de cosas  
Concurren á un mismo tiempo  
A mi pensamiento affligido!  
Dígalo mi pensamiento,  
Pues cuando por una parte  
Voy, llevada del afecto  
De aqueste enigma de amor,  
Que le trato y no le entiendo,  
Me sale por otra parte  
Siempre Ángela al encuentro.  
Pero ¿qué mucho, qué mucho  
Que aun no sepa lo que siento,  
Si como nocturno amor,  
De las sombras le alimento?  
Oh cuánto!...

### ESCENA XIII.

DOÑA LEONOR.—DOÑA BEATRIZ.

DOÑA LEONOR.

Beatriz, perdona,

Si sin avisarte entro;

Que hoy no piden atenciones  
Las fortunas, que corriendo  
Vengo á tus piés tan deshechas,  
Que aun este manto sospecho  
Que es la tabla del naufragio,  
Tan acaso hallada; ¡ay cielos!  
Que es de una vecina adonde  
Tomé anoche el primer puerto.  
Mi alma, mi vida, mi honor  
A fiar de tí, Beatriz, vengo;  
Que no me atreviera de otra.

DOÑA BEATRIZ.

Sosígate, y cobra aliento.

¿Qué ha sucedido? ¿qué ha habido?

DOÑA LEONOR.

Don Luis anoche (¡yo muero!)  
Entró en mi casa; mi hermano  
En ella... ¡Válgame el cielo!

(Desmáñase.)

DOÑA BEATRIZ.

En mis brazos sin sentido  
Cayó con el desaliento  
Y la pasión que traía;  
Y aunque del grave suceso  
Que iba contando, el desmayo  
Trocó el discurso tan presto,  
Introducidos en él  
Félix y Don Luis, bien temo  
Que de Félix el honor  
Amanecido habrá esto...  
Y aunque corre prisa, mas  
Corre la de su remedio.  
Juana, Juana.

### ESCENA XIV.

JUANA.—DICHAS.

JUANA.

¿Qué me mandas?

DOÑA BEATRIZ.

Anda, por tu vida, presto,  
Ayúdame á que á Leonor  
A aquesa cuadra llevemos,  
Que reservada á los cofres,  
Detras de mi alcoba tengo;  
Que fuera dicha que nadie  
La viera.

JUANA.

Pues es á tiempo;

Que Angela con Isabel  
Está en el cuarto de adentro.

DOÑA BEATRIZ.

Algo suceder había,  
A pesar del hado fiero,  
En favor.

DOÑA LEONOR. (Recobrándose.)

¡Jesús mil veces!

En fin ¡ay Beatriz! riendo  
A mi hermano y á Don Luis  
Dejó en mi casa y... no puedo  
Proseguir... huyendo de ella...

DOÑA BEATRIZ.

Pues no prosigas, que luego  
Lo dirás: alienta ahora,  
Y cobrando algun esfuerzo,  
Haz por descansar conmigo.

DOÑA LEONOR.

En vano, Beatriz, lo intento;  
Que el corazón á pedazos  
Se está quebrando en el pecho.

DOÑA BEATRIZ. (A Juana.)

Pues ya ella se esfuerza á ir,  
Enciértrate por de dentro  
Con ella tú, mientras yo  
A la deshecha me quedo  
De desmentir las espías  
De Ángela: no ambas faltemos  
Juntas, y entren á buscarnos.  
(Vanse Leonor y Juana.)

### ESCENA XV.

DOÑA BEATRIZ.

Nadie la vió, todo esto  
Está solo: algo en favor  
(Otra vez á decir vuelvo)  
En tanto tropel de penas  
Había de sucedernos.  
¡Mas ay! que el favor es uno,  
Y ellas muchas; y aunque el cielo  
Nunca deja los resquicios  
Tan cerrados al consuelo,  
Que no pueda la esperanza  
Accecharlos entreabiertos;  
Tan tomados las desdichas  
Tienen los pasos, que pienso  
Que será fácil hallarlos,  
Pero no fácil vencerlos;  
Siendo la mayor de todas,  
Que el honor de Félix puesto  
A las censuras esté  
De quien sepa, por lo ménos,  
La pendencia; y por lo mas,  
Que su hermana; qué tormento!  
Falta de su casa. ¡Hombre,  
A quien, ó de mi hado el ceño,  
O de mi estrella el influjo  
Atrajeron á mi afecto,  
Desaire en su honor, y yo  
Capaz de él, sin que...!

### ESCENA XVI.

JUANA.—DOÑA BEATRIZ.

JUANA.

Ya ha vuelto

En sí, y dice que la veas.

DOÑA BEATRIZ.

Pues en tanto que yo entro  
A verla y á escribir, Juana,  
Dos letras, ponte corriendo  
El manto.

JUANA.

¿Dónde he de ir?

DOÑA BEATRIZ.

A buscar un caballero.

JUANA.

¿Quién es?

DOÑA BEATRIZ.

Don Luis de Mendoza.

JUANA.

Aunque de vista, acudiendo  
A esta calle, le conozco,  
No sé donde vive.

DOÑA BEATRIZ.

A eso

Nos puede servir de algo  
Siquiera el conocimiento  
De Isabel; y así, al descuido  
Se lo pregunta.

JUANA.

En efecto,

No hay mal que por bien no venga.

A obedecerte voy. (Vase.)

### ESCENA XVII.

DOÑA BEATRIZ.

¡Cielos!

Félix restado, y su honor,  
Y yo sabidora de ello,  
¿Y no tratar de enmendarlo?  
Eso no, que por mi mismo  
Pundonor debo acudirle  
Tan vana soy en aquesto,  
Que el tiempo de desairado  
Presumo que le aborrezco.  
Y así, Félix, donde quiera  
Que estás tu dolor sintiendo,  
Alienta, vive y respira,  
Adivinando, ó sabiendo,  
Que está seguro tu honor,  
Pues yo en mi poder le tengo. (Vase.)

Calle.

### ESCENA XVIII.

DON FELIX, DON ANTONIO.

DON FÉLIX.

No hay consuelo para mí,  
Don Antonio, ni ha de haberle,  
Viendo que aquel hombre ¡ay triste!  
Cuando á salir se resuelve,  
Llega con vos á los brazos,  
Y tanta fortuna tiene,  
Que desasido de vos,  
De vos y de mí pudiese,  
Tomando la calle ¡ay triste!  
Escapar tan velozmente,  
Que ni sé de él, ni de aquella  
Ingrata, tirana, alevé;  
Ni qué debo hacer.

DON ANTONIO.

Yo sí.

DON FÉLIX.

¿Pues qué aguardais?

DON ANTONIO.

Mirad, Félix,

La primera instancia, en casos  
Tan ásperos como este,  
Del acero es; la segunda,  
Del consejo. Si la muerte  
Le hubierades dado anoche,  
Desempeñarais valiente  
El dolor, mas no el honor,



Que es el que ahora os compete  
Desempeñar; que una cosa  
Es que el fracaso me enuentre,  
Y otra que le busque yo :  
Y así, lo que me parece  
Es, que el dolor tolerado,  
En ambas instancias muestre  
Que andando restado en una,  
Anduvo en otra prudente.  
Fuerza es que quién es se sepa.  
(Ap. ¡Quién decirse lo pudiese!  
Pero fíose de mí,  
Y fuerza es, que Leonor fuese,  
Claro está, de él á ampararse.)  
Y siendo, como se debe  
Presumir de su dolor,  
En quien nada el lustre pierde,  
Lo que os toca es tolerarlo,  
Ya lo dije, cuerdate :  
Poneros, Félix, de parte  
Del dolor, y hasta que muestre  
El veneno su malicia,  
Para que mejor recete  
Su antidoto la cordura,  
No hacer novedad. No os eche  
Nadie menos, ni repare  
En voz ni en semblante; aliente  
El corazon hácia afuera,  
Aunque hácia dentro reviente;  
Que los extremos de honrado,  
Tal vez ignorando, advierten.  
Y si aprovechan algunas,  
Dañan infinitas veces.  
¿Que hiciérais sin dolor  
A estas horas?

DON FÉLIX.

Me parece  
Que de Angela la calle  
Pasara, porque tuviese  
Su jurisdiccion el día,  
Hasta que á la noche entre  
En otra jurisdiccion  
El alma.

DON ANTONIO.

Pues, aunque os pese  
Habeis de venir á ella.

DON FÉLIX.

Porque se vea que tiene  
Ganas de sanar mi honor,  
Ningun remedio desprecie.  
Vamos, aunque es tan costoso,  
Como que de amor me acuerde,  
Y de él me olvide.

DON ANTONIO.

No olvida  
Quien se acuerda de que siente.

### ESCENA XIX.

DON LUIS, *al paño.* — Dichos.

DON LUIS.

¿No me bastaban, fortuna,  
Las confusiones crueles  
De no saber de Leonor.  
Ni dónde, ni cómo fuese,  
Sino que añadirme quisiera  
La de que Beatriz pretende  
Hablarme? ¿Qué me querrá?  
Pero sea lo que fuere,  
Pues el papel dice que  
Seguro en su casa entre,  
Veré qué me manda.

DON FÉLIX.

Oid.

¿Don Luis no es aquel que viene  
Hácia casa de Beatriz?  
Y aun en ella me parece  
Que entra.

DON ANTONIO.

¿Qué intentais hacer?

DON FÉLIX.

¿Qué queréis que hacer intente?  
Lo que hiciera sin dolor,  
Al ver que Don Luis me ofende.

DON ANTONIO.

¿Don Luis os ofende?

DON FÉLIX.

Si.

DON ANTONIO. (Ap.)

¿Quién, cielos, haberle puede  
Dicho que él es? Ved...

DON FÉLIX.

Quitad,

Pues vuestro consejo es este.

Don Luis, ah don Luis.

DON LUIS.

¿Quién llama?

DON FÉLIX.

Yo os llamo.

DON LUIS. (Ap.)

¡Ay de mí! ¡Don Félix,

Y demudado el semblante!

¿Si Don Antonio le hubiese

Dicho que soy yo el de anoche?

DON ANTONIO. (Ap.)

Echada está ya la suerte

Con todo el resto á una mano.

DON LUIS.

¿Qué mandais?

DON FÉLIX.

Saber qué tiene

Que hacer en aquesta casa,  
Don Luis, quien, ya que no ofreece

Clara palabra, la da

A entender tácitamente,

De no entrar en ella.

DON ANTONIO. (Ap.)

Ménos,

Que yo presumí, sucede.

DON LUIS.

(Ap. Bien se ve, que Don Antonio

No le ha dicho que yo fuese,

Y bien cuánto sobresalta

Cualquier vara al delincuente;

Y pues lo mas nos mejora

No lo ménos nos arriesgue.)

La palabra que á uno di

Cumpliré (el valor se esfuerce);

Que si vengo aquí, no vengo

Porque ver á Angela piense;

Y pues dar satisfacciones

De cómo un hombre procede

Nunca puede ser desaire;

Beatriz me llama por este

Papel: á ver á Beatriz

Vengo; y pues ella no tiene

Que daros pesar, ni yo

Porque el decirlo recede;

Pues ni el secreto me obliga,

Ni el escrúpulo me venee,

Tomad el papel, y adios.

(Vase.)

### ESCENA XX.

Dichos, ménos Don Luis.

DON FÉLIX.

¿Quién erérá que si tuviese

Lugar el corazon, donde

Nueva pena se alimenta,

Se le añadiera esta mas,

De que Beatriz ¡pena fuerte!

A Don Luis escriba y llame?

DON ANTONIO.

¿Cómo dice?

DON FÉLIX.

De esta suerte.

(Lee.) Pues podéis, sin que mi tío

Os sirva de inconveniente,

Señor Don Luis, os suplico

*Vengais al instante á verme,  
Que me importa, y os importa.*  
Don Antonio, aunque descelo  
En parte vuestro consejo,  
No tengo de hacer en este  
Lance, con dolor, lo que  
Sin él hiciera; que deje,  
Perdonad, de obedeceros.

DON ANTONIO.

¿Cómo?

DON FÉLIX.

Como si yo hubiese  
De obrar aquí, como obrara,  
Entrara donde supiese  
Que me ofende con Beatriz,  
Quien con Angela me ofende;  
Mas no es bien que nuevo empeño  
Hoy nuevo escándalo empiece;  
Que una cosa es que yo arguya  
Que la palabra me quiebre,  
Y otra que le informe ¡ay triste!  
En duelos, que el duelo aumenten  
Vamos de aquí, que no quiero  
Que algun delirio me fuerece  
A errarlo.

DON ANTONIO.

Decis bien, vamos.

### ESCENA XXI.

ROQUE. — Dichos.

ROQUE.

¿Es hora de que te encuentre?

DON FÉLIX.

¿Qué me quieres?

ROQUE.

De Beatriz

En casa dejaron este

Papel.

(Dáselo.)

DON FÉLIX.

¿De Beatriz? Oid,

Pues nada hay que á vos reserve.

(Lee.) Sin que esperéis, ni ta hora

Ni la reja, entrad á verme

Al anochecer, pues ya

No es mi tío inconveniente.

Con unas mismas razones,

Poco ó nada diferentes,

A mí y á Don Luis escribe;

Con que es forzoso que eese

Aquel primero motivo

De reportarme prudente,

Y vaya á saber qué es esto,

Supuesto que ya anochece.

Adios quedad.

(Vase.)

DON ANTONIO.

Id con Dios.

Agora tras los dos entre

Adonde intente escondido

Estar á lo que sucede.

Cumpla yo mi obligacion,

Y venga lo que viniere.

(Vase.)

ROQUE;

Tras ellos es bien también

Que yo por testigo entre,

Y lo que viniere venga.

(Vase.)

Sala en casa de Don Alonso.

### ESCENA XXII.

DON LUIS, DOÑA BEATRIZ; y poco

después DOÑA LEONOR, *al paño.*

JUANA, *con una luz.*

DON LUIS.

A serviros obediente

Vengo á ver qué me mandais.

DOÑA BEATRIZ.  
 Pon ahí esa luz, y vete  
 Donde puedas avisarme  
 Si hácia aquí Angela viniere :  
 Vos esperadme á esa parte.  
*(Llégase á una puerta, y llama bajito á Leonor.)*

Ge, Leonor, cc.

DOÑA LEONOR. *(Ap. á Beatriz.)*

¿Qué me quieres?

DOÑA BEATRIZ.

Que oigas, y no te descubras.

DOÑA LEONOR.

En todo he de obedecerte.

DOÑA BEATRIZ.

¿Qué prevención será esta?

DOÑA BEATRIZ.

Señor Don Luis, cuánto aleva  
 Es el hombre que á su amigo  
 En solo el gusto le ofende,  
 Vos lo sabéis, y sabéis  
 Qué será en el honor. Este  
 Principio asentado, vamos  
 A que siéndolo Don Félix  
 Vuestro, y siéndolo Leonor  
 Mía, á entrambos nos compete  
 Por él, por ella, por mí,  
 Y por vos mismo, que enmiende  
 El juicio lo que erró amor;  
 Y así, entendido que á ponerme  
 De parte de la razón  
 Os llamo y... Allí anda gente :  
 En tanto que quien es miro,  
 Retirnos á ese retret ;  
 Que si es quien sospecho, nada,  
 Ni aun con el tiempo, se pierde ;  
 Pues lo que os dijera á vos,  
 Será lo que á él le dijere :  
 Y así, ved que hablo con ambos.

*(Escóndese Don Luis.)*

DOÑA LEONOR. *(Ap.)*

¿Qué enigma, cielos, es este?

### ESCENA XXIII.

DON FELIX. — Dichos.

DON FÉLIX.

*(Ap. Sola está Beatriz : ¿pues cómo, si Don Luis llamado viene de ella, con ella no está? Mas no en discernir me empeñe, Ni darme por entendido.)*  
 Perdona, Beatriz, si á verte,  
 Llamado de tu papel,  
 No vine tan velozmente  
 Como quisieran mis ansias.

DOÑA BEATRIZ. *(Ap.)*

¿Llamado de Beatriz viene  
 También don Félix? ¿qué es esto?

DOÑA LEONOR. *(Ap.)*

¿Qué es lo que Beatriz pretende,  
 Que á mi hermano también llama?

DON FÉLIX.

¿Qué mandas, pues, y qué quieres?

DOÑA BEATRIZ.

Perdido el color, la voz  
 Torpe, el labio balbuciente,  
 A todas partes mirando,  
 Uno dices, y otro sientes.  
 ¿Qué miras?

DON FÉLIX.

Nada.

DOÑA BEATRIZ

¿Qué buscas?

DON FÉLIX.

N. sé.

DOÑA BEATRIZ. *(Ap.)*

Fuerza es que recele  
 Si sabe algo de que aquí  
 Leonor está

DON LUIS. *(Ap.)*

El alma teme

Si es su cuidado pensar  
 Si le engaño, y al no verme  
 Con Beatriz, juzga que estoy  
 Con Angela.

DON FÉLIX.

Porque no echés

De ver en mí ni un cuidado,  
 Ni otra nueva causa inventes;  
 No admires, Beatriz, que cuando  
 El alborozo de verme  
 Llamado de ti, debiera  
 Traerme á tus plantas alegre,  
 Triste me traiga un dolor.  
 Mi hermana *(Ap.)* ¡Ah tirana aleva!  
 Si voy á mentir, ¿qué mucho  
 Que de su traición me acuerde?)  
 A un accidente postrada,  
 Queda en manos de la muerte,  
 Y aun muerta para conmigo.

DOÑA LEONOR. *(Ap.)*

Nada en lo que finge miente,  
 Que es verdad, muriendo estoy.

DON LUIS. *(Ap.)*

¿Qué escucho! ¡cielo, valedme!  
 Sin duda donde ella fue  
 A ampararse, y socorrerse,  
 El la halló, y para matarla  
 Mas á su salvo, accidente  
 Va entablando, que despues  
 Mejor su venganza honeste.

DOÑA BEATRIZ.

Mucho de tan gran desgracia  
 Me pesa; pero consuele  
 Saber que de esos achaques  
 Se sana muy fácilmente,  
 Si se aplican los remedios  
 A tiempo; y como uno llegue,  
 La vereis mejor.

DON FÉLIX.

No sé.

DOÑA BEATRIZ.

Yo sí.

DON FÉLIX.

¿Cómo?

DOÑA BEATRIZ.

De esta suerte.

Hablemos, Don Félix, claro;  
 Que aunque es la verdad, Don Félix,  
 Que no se tratan achaques  
 Tan penosos como este,  
 Sin que empacho á quien los dice,  
 Y á quien los escucha cuesten;  
 Con todo eso, cuando caen  
 En quien mas que tú lo siente,  
 No es desdoro, y ántes es  
 Dicha que doliendo empiecen  
 Los remedios; que hay remedios,  
 Que no sanan, si no duelen.  
 Males, pues, de amor y honor  
*(No el oírlo te avergüence,*  
*Que en mí se ha quedado el rayo,*  
*Aunque hasta tí el trueno llegue)*  
 Son dos males tan contrarios,  
 Que el alma que los padece,  
 Implicándose uno á otro.  
 A sus mismas ansias muere.  
 Y son dos males tan uno,  
 Que si á la cura obedecen,  
 Y se convienen, el alma  
 Mejorada convalece.  
 El remedio del amor,  
 Es considerar que pende  
 La inclinación de un inlujio,  
 Que domina, aunque no vence.  
 El del honor, advertir  
 Que no hay venganza tan fuerte,  
 Como no tomar venganza,  
 Si hay otro fin que lo enmiende.

Con que de parte de amor,  
 A aquesas plantas, Don Félix,  
 Te suplico por Leonor,  
 Que el pasado erojo te niples.  
 Verros dorados llamaron  
 A sus yerros, mayormente  
 Cuando caen sobre sugeto,  
 Que si tú eligirle bubieses,  
 No le eligieras mas noble  
 En los naturales bienes.  
 En los bienes de fortuna  
 Mas rico, ilustre y decente.  
 Siendo así, ahora de parte  
 De Leonor otra y mil veces  
 A tus piés, Félix, te pido,  
 Que mires, que consideres  
 Que no hay quien se vengue, como  
 Quede bien sin que se vengue.  
 Lo ruidoso de la sangre,  
 Por templado que se cuente,  
 Suená á agravio; pero cuando  
 Se le emlaraza el que suene,  
 Por mas que corra ruidoso,  
 Suená á queja solamente;  
 Y siendo así que de amor  
 Y honor las suaves, leves  
 Medicinas no te applies,  
 Y estar mejor te parece  
 Ofendido que qujoso,  
 Y vengado que prudente  
*(Ap. Esto es, que sepa Don Luis*  
*Que otro remedio no tiene);*  
 La que á tus plantas humilde,  
 Postrada y reuidamente  
 Lloró, heróicamente altiva,  
 Sabrá en tus manos ponerte  
 A tu enemigo, porque  
 Tras lo lenitivo entre  
 Lo cáustico: fuego y sangre  
 Cautericen tus cruels  
 Ansias, y quedés mejor,  
 Cuando con esto lo quedés.  
 Dentro de mi casa está,  
 De donde salir no puede:  
 Un caballo de mi tío  
 En aquella esquina tienes,  
 Prevenidas estas joyas  
 Que para tu fuga llevés,  
 Y esta pistola en mi mano,

*(Saca una pistola)*

Para que de ti no piensen  
 Que ventajoso reniste,  
 Con que si él te diere muerte.  
 Se la daré en tu venganza;  
 Que aun muerto no quiero dejes  
 De quedar siempre mejor  
 Mira á lo que te resuelves...  
 Pero no, no te resuevas,  
 Sin que yo otra vez te ruegue  
 Que acudas á lo mejor.  
 De tu mismo honor te duele  
 En tí y en Leonor, supuesto  
 Que cuando muerto le dejes,  
 Y á tu casa vuelvas, ya  
 Podrá ser que á ella no encuentres.  
 Pues ¿qué haréis? Huir forzados  
 Ella y tú. ¿Será bien llevés  
 Tú contigo una desdicha,  
 Y ella otra, cuando puedes  
 Con no publicarla nunca,  
 Mejorarla para siempre?  
 Yo te he pagado hasta aquí  
 Un afecto que me dehes,  
 Y aun has de doberme otro;  
 Pues yo te ofrezco, Don Félix,  
 Si te restauras tu honor,  
 Desde aqueste instante serte  
 Tercera de Angela, y...

DON FÉLIX.

Basta,  
 Beatriz, las lágrimas cesen;



que ellas y la accion te estimo  
Como debo, y me convencen  
Tus razones de manera,  
Que es fuerza que las acete.

DOÑA BEATRIZ.

¿Dasmc esa palabra?

DON FÉLIX.

Si,

Siendo como me prometes,  
Noble.

DOÑA BEATRIZ.

Mira si lo es.

(*Saca á Don Luis*)

DON FÉLIX.

Aunque pudiera ofenderme  
De una amistad ofendida,  
Son tantos los intereses  
Que con vos, Don Luis, mejora  
Que nada hay de que me queje.

DON LUIS.

No sé qué respuesta daros,  
Sino es que los piés os hese  
A vos y á Beatriz, á quien  
Tanto bien mi vida debe.

DON FÉLIX.

Parezca, Don Luis, Leonor,  
Que á vos y á ella juntamente  
Daré los brazos y el alma.

DON LUIS.

¿Pues cómo, si tú la tienes  
A ese accidente rendida,  
Que en mi parezca, pretendes?

DON FÉLIX.

Yo no sé de ella.

DON LUIS.

Tampoco

Yo.

DOÑA BEATRIZ.

Yo sí.— Bien salir puedes,  
Leonor.

DOÑA LEONOR.

Humilde á tus plantas...

**ESCENA XXIV.**

DON ALONSO, *dentro*; luego DOÑA  
ANGELA y ROQUE. — Dichos.

DON ALONSO. (*Dentro*.)

Hoy á mis manos, alevé,  
Morirás.

DOÑA BEATRIZ.

¿Qué voz ¡ay triste!  
Aquella es?

TODOS.

¿Qué ruido es este?

DON FÉLIX.

Cuchilladas en tu casa  
Son.

DOÑA ÁNGELA. (*Saliendo*.)

¿Sabrán decirme ustedes  
Qué hay por acá?

ROQUE. (*Saliendo*.)

Don Antonio

Y yo, á ver lo que os sucede  
Estábamos á esa puerta,  
Cuando un hombre, al sentir gente,  
Sacó la espada, diciendo...

DON ALONSO. (*Dentro*.)

Hoy vengaré con tu muerte  
Los agravios de mi casa.

DOÑA BEATRIZ.

¡Mi tío! ¡Desdicha fuerte!

**ESCENA XXV.**

DON ALONSO, *riñendo con* DON AN-  
TONIO. — Dichos.

TODOS.

Teneos, señor Don Alonso,  
Que aquí ninguno os ofende.

DOÑA ÁNGELA.

¿Tan cerca estaba Sevilla,  
Que tan á prisa te vuelves?

DON ALONSO.

Todos me ofendeis, y en todos  
Me he de vengar.

DOÑA BEATRIZ.

Señor, tente;

Que cuantos están aquí,  
A solo servirte atienden.  
Leonor, sabiendo que estabas  
Desde esta mañana ausente,  
A vernos vino esta tarde:  
Su hermano el señor Don Félix,  
Viendo que ya era de noche,  
Para acompañarla viene  
Por ella, y esos señores  
Con él

DOÑA ÁNGELA.

Miente, señor, miente;  
Que Leonor no ha estado acá  
Esta tarde; que no pienses  
Que has de salirte esta vez  
Con los engaños que sueles;  
Que me ha reñido Isabel  
Que celosa no me muestre,  
Y he de mostrarme celosa.

DON ALONSO.

¿Celosa de quién?

DOÑA ÁNGELA.

De este,

El primero, que casarse  
Conmigo, señor, pretende.

DON LUIS.

Si casado con Leonor  
Estoy, ¿cómo eso ser puede?

DOÑA ÁNGELA.

Pues será de estotro, que  
Tambien aquí por mí viene.

DON FÉLIX.

¿Cómo, si yo de Beatriz  
Soy esposo porque muestre  
Que entre ingenio y hermosura,  
El que puede elegir, debe,  
Si para dama la hermosa,  
Para mujer la prudente?

DOÑA ÁNGELA.

Pues ello ha de ser alguno:  
Ya que no hay otro, sea este.

DON ANTONIO.

¿De mí celosa? ¿de cuándo  
Acá?

DOÑA ÁNGELA.

De cuando ello fuere.

DON ALONSO.

Caballero, que Leonor  
A ver á Beatriz viniese,  
Félix por su hermana, y que  
Se case con Beatriz Félix,  
Es ereer lo que está bien;  
Pero no que se sospeche  
Que á vos os ballo en mi casa,  
Y que mi honor no remedie.  
Dadle á Angela la mano.

DON ANTONIO

¿Yo?

DON FÉLIX.

¿Qué mal estaros puede,  
Si sois pobre y ella rica?

DON ANTONIO.

Ahora bien, coma y reviente;  
Echad esa mano acá.

DOÑA ÁNGELA.

Ahora bien, tonia!

DON ALONSO. (*Ap.*)

Como eche

Los escándalos de mí,  
Mas que bien ó mal se emplee.

ROQUE.

Con que dirá la comedia,  
Aunque á Don Antonio pese...

TODOS.

Que para dama la hermosa  
Para mujer la prudente.

# PEOR ESTÁ QUE ESTABA.

## PERSONAS.

DON CESAR URSINO.  
DON JUAN.  
EL GOBERNADOR DE GAETA.  
CAMACHO, *criado*.  
FABIO, *criado*.

FELIX, *criado*.  
FLERIDA, *dama*.  
LISARDA, *dama*.  
CELIA, *criada*.  
NISE, *criada*.

UN ALCALDE.  
UN CRIADO.  
ALGUACILES.  
CRIADOS.

*La escena pasa en Gaeta.*

## JORNADA PRIMERA.

Sala en casa del Gobernador.

### ESCENA PRIMERA.

EL GOBERNADOR, leyendo una carta,  
FELIX.

GOBERNADOR.

(Lee.) «Solo á vos, amigo y señor mío, me atreviera á decir desnudamente mis desdichas, como á persona que, si no fuere parte á remediarlas, será todo á sentir las. Desta ciudad, por causa de una muerte, se ausenta un caballero, de cuyas señas y nombre os informará ese criado. Lleva consigo una hija mía que, como cómplice en el primer delito, ha añadido el segundo. Haume dicho que pasa á España. Si fuere ese puerto el que toman por sagrado, detenedlos en él, aviniéndolos como con mis hijos, porque, ya que ellos anden errados en mi honor, yo de todo punto no le pierda.»

Mucho á sentir he llegado  
Este infelice suceso  
De Don Alonso, y confieso  
Que le estoy tan obligado  
En acordarse de mí  
En sus desdichas, que diera,  
Porque á ampararse viniera  
Este caballero aquí,  
Una rica joya; y juro  
Al cielo que mi valor  
Había de dejar su honor  
De toda opinión seguro;  
Porque es muy grande el empeño  
En que un hombre á otro le pone,  
Cuando á hacerle se dispone  
De tales desdichas dueño.  
Fuera de que yo le tengo  
Obligaciones muy grandes  
Desde que finimos en Flandes  
Amigos, y ya prevengo  
Hacer fuerzas por él,  
Y solo saber espero  
Quién es este caballero.  
Este homicida cruel  
De su vida y de su honor.

FELIX.

Don César Ursino es quien  
Un hombre mató, y también  
Robó á Flérída, señor;  
Que no hay duda que el sería.  
Pues por su hermosura bella  
Fué el desafío, y él y ella  
Faltaron el mismo día.  
Yo le conozco, y si quieres  
Que buscarle solicite,  
Dáme orden de que visite  
Las posadas, pues tú eres  
Gobernador; que yo vengo

De mil señas advertido,  
Que aquí ha de estar escondido.

GOBERNADOR.

Yo mismo en persona tengo  
De andarle con vos buscando,  
Y así avisarme podeis  
De las señas que traeis.

FELIX.

Aquesta mañana, cuando  
A la posada llegué,  
Pasar vi un criado suyo,  
De cuyas señas arguyo  
Que aquí Don César esté,  
Pues con él había venido.

GOBERNADOR.

¿Seguisteis le?

FELIX.

Ya encargué

A un camarada (porque  
No era dél tan conocido)  
Le siguiese, y me avisase  
Dónde le dejaba.

GOBERNADOR.

Bien:

Id y informaos de quien  
Le siguió, de cuanto pase,  
En su busca; y cuando haya  
Alguna luz, iré yo  
A prenderle; porque no  
Es bien que sin tiempo vaya;  
Que ir no juez alborotando  
El lugar, sin saber mas,  
Es advertirle no mas  
De que le andamos buscando,  
Y él se guardará mejor.

FELIX.

Cuerdamente has prevenido;  
Y de todo eso advertido,  
Volveré á verte.

GOBERNADOR.

¡Ay, honor!

En una fácil mujer  
A cuanto peligro estás!

### ESCENA II.

LISARDA, CELIA. — EL GOBERNADOR.

LISARDA.

Señor.

GOBERNADOR.

Hija, ¿dónde vas?

LISARDA.

Vengo á verte, y á saber  
¿En qué mi amor te merece  
Tan gran desaire, que así,  
Sin acordarte de mí,  
Salgas de casa? Parece  
Que estás triste.

GOBERNADOR.

No te espante

Ver en mí tan loco extremo,

Que al fin, como padre temo.

¿Qué perdido caminante  
En noche oscura llegó,  
Donde á un pasajero viese  
Robado, que no temiese?  
¿Qué marinero tocó  
El gollo, donde ignorado  
Está el escollo cruel,  
Sepulcro de otro bajel,  
Que no quedase admirado?  
¿Qué animoso cazador  
Encontró á la luz primera  
Muerto á manos de una fiera,  
Que no tuviese temor?  
Yo pues, en este papel,  
Caminante, he descubierto  
Dónde está el riesgo mas cierto;  
Marinero, he visto en él  
El bajío; y cazador,  
En él he visto la fiera  
Que darne la muerte espera:  
Porque al fin es el honor,  
Para quien su riesgo advierte,  
Caza, camino y bajel,  
Y están opuestos en él  
Eschollos, peligro y muerte.

(Vase.)

### ESCENA III.

LISARDA, CELIA.

LISARDA.

Llena estoy de confusiones.  
¿Si es que mi padre ha salido  
Algo, Celia, y ha querido,  
Con tan prudentes razones,  
Avisarme de que tiene  
Peligro su honor?

CELIA.

No sé;

Mas muy ponderado fue  
El sermón que nos previene.  
Sin duda que algo ha entendido  
De tu necia voluntad;  
Y si va á decir verdad,  
Mucha razon ha tenido  
En reñirte, porque seas,  
Tan á costa de tu honor,  
Heresiarca del amor;  
Pues introducir desear  
Nuevas sectas. Si tú amaras  
Como tus padres y abuelos,  
Con tus quejas y tus celos,  
Peñas y glorias, no hallaras  
Las dudas que en un amor  
Encubierto y disfrazado,  
De tu galán ignorado,  
Y sabido de tu honor.

LISARDA.

Celia, mas razon tuvieras  
De culpar mi necio amor,  
Cuando del primer error  
Advertida no estuvieras;  
Mas ya que desentendida  
Me has culpado de ese modo,  
Quiero advertirte de todo.



La fama y honra adquirida  
De mi padre, mereció  
Que su Majestad le diera  
Este gobierno, y viniera  
En él á servirle. Yo  
Con mi padre (claro está)  
Vine á Gaeta, y aquí  
Bien vista de todos fui,  
Y tan bien vista, que ya  
El serlo, Celia, sentía;  
Pues de ninguna manera  
Dueño de mi misma era.  
Cuando de casa salía,  
En cualquier parte escuchaba:  
«La hija del Gobernador»;  
Y en la iglesia era mayor  
El ruido cuando á ella entraba.  
Si salía, jamás allí  
Faltó quien me conociese,  
Ni fui á parte que no fuese  
Con publicidad; y así  
Era de todos notada:  
Si lloraba, ó si reía,  
En la plaza se sabía;  
Y deste aplauso cansada  
(Que aun causa la vanidad),  
Para que sin tanto juez  
Pudiese verme tal vez,  
Depuse la autoridad,  
Y con algunas criadas  
A esos jardines salía,  
Donde hablaba, y donde via  
Con libertad de tapadas.  
Un día que al mar salí  
(¡Oh cielos, y quién supiera  
En qué día el mal le espera!)  
En él á mi padre vi.  
Con la turbación forzosa  
En una quinta me entré,  
Donde un caballero hallé,  
Que, viéndome temerosa,  
En mi defensa se puso.  
Porque sin duda creyó  
Mayor mal cuando me vió,  
Y á ampararme se dispuso.  
Yo, agradecida á la acción,  
Mi riesgo le aseguré.  
Y á pocos lances hallé,  
No solo resolución,  
Sino ingenio y gracia al doble:  
Nobleza no digo; pues  
Hombre valiente y cortes,  
Ya había dicho que era noble.  
Dijome qué le dijese  
Quién era, á que respondí  
Que si quería que allí  
Algunas tardes le viese,  
Iria con condicion  
Que no había de saber  
Jamás quién era, ni hacer  
En esto demostracion  
De seguirme, ni rogarne  
Que el rostro le descubriese,  
Ni mi nombre le dijese.  
Volvió cortes á obligarme  
Jurándolo así. Confieso  
Que algunas tardes volví  
A verle, que él está allí,  
No sé si escondido ó preso;  
Porque no supe jamás  
Mas, de que se llama Fabio.  
Yo, que busco sin mi agravio  
El divertirme no mas,  
Sin peligro de mi honor,  
Pues él apenas lo sabe,  
Dejando aparte lo grave,  
Tengo.... iba á decir amor;  
Mas no me atrevo; porque  
La novedad que en mí veo,  
No es bien amor ni desco,  
Ni sé lo que es; solo sé

Que mi padre no ha de ser  
Con sus razones bastante  
Para que, amante ó no amante,  
Yo le deje de ir á ver.

CELIA.

Temo esas locuras, cuando  
Hechos los conciertos ya,  
Tu padre á tu esposo está  
Por instantes esperando;  
Y tanto, que ha ya mandado  
Que el cuarto bajo de casa,  
Cuya puerta al tuyo pasa,  
Limpio esté y aderezado,  
Porque ha de hospedarse en él.

LISARDA.

Esto solo me faltó,  
¡Ay Celia! para que yo  
De mi fortuna cruel  
Mejor me pueda quejar.

## ESCENA IV.

NISE. — LISARDA, CELIA; *después*

FLÉRIDA.

NISE.

Una bizarra mujer, (A Lisarda.)  
Forastera al parecer,  
Dice que te quiere hablar,  
Si das licencia.

LISARDA.

¿No dice

Quién es?

NISE.

Solo dice que es

Una mujer.

LISARDA.

Entre pues.

(Vase Nise, y sale Flérída con manto.)

FLÉRIDA.

Ya será puerto felice  
De mi fortuna, no en vano,  
Este suelo á que me ofrezco,  
Si besar en él merezco;  
Señora, esa blanca mano.  
(Descúbrese y arrodlíase.)

LISARDA.

Alzad, señora, del suelo:  
Ved, cuán gravemente yerra  
Quien así rinde á la tierra,  
Todas las luces del cielo.

FLÉRIDA.

Quando mi beldad lo fuera,  
Rendirme no fuera error  
A otro cielo superior;  
Que así es una y otra esfera.  
Fuéramos cielos las dos,  
Y estuvieran en el suelo  
Un cielo sobre otro cielo;  
Y estando rendida á vos  
Que ostentais luces tan bellas,  
Yo, que lloro mi fortuna,  
Seré el cielo de la luna  
Y vos el de las estrellas.

CELIA. (Ap.)

Bachillera es la señora.

LISARDA.

Estimo en mucho el favor,  
No por cielo superior,  
Que esotro ilumina y dora;  
Sino por ver que en las dos  
Está bien partido así,  
El hacerme estrella á mí,  
Haciéndos planeta á vos.  
¿Mas qué mandais, en efecto,  
En que os sirva?

FLÉRIDA.

En vos quisiera

Que noble amparo tuviera  
Una infeliz

LISARDA.

Si es secreto,

Quedaré sola.

FLÉRIDA.

No importa

Que sepan, si por bien es,  
Lo que han de saber después.

LISARDA.

Pues decid.

FLÉRIDA.

Yo seré corta.

Hermosísima Lisarda,  
En cuya belleza, en cuya  
Discrecion están de mas  
El ingenio y la hermosura,  
Yo soy... ¿Pero qué os importa  
Que encareceros presuma  
Limpio honor, ilustre sangre,  
Padre noble y fama augusta,  
Si en quien se confiesa pobre,  
Está padeciendo dudas  
La nobleza, y en quien llega  
A haber menester, se injuria  
El valor? Porque en efecto,  
Con suerte misera y dura,  
Los polres son en el mundo  
Sátiras de la fortuna.  
Una mujer soy no mas;  
Pero, por serlo, procura  
Mi desdicha hallar piedades,  
Que el valor no negó nunca.  
¡Oh quién trajera consigo,  
Para haceros mas segura  
Mi verdad, algún testigo  
Que mas que la lengua muda,  
Os informara de mí!  
Mas suplan su ausencia, suplan  
Su falta los ojos míos.  
Fuentes que mi rostro inundan:  
Serán testigos de abono  
Estas lagrimas, que juran  
Desde luego que es verdad  
Cuanto la lengua pronuncia.  
¡Mija soy de ilustres padres,  
Cuyo nombre es bien que cubra  
Por su respeto; pues basta  
Que destruyeran mis culpas  
Su honor allá, sin que aquí  
Su fama tambien destruya.  
Puso los ojos en mí,  
Entre otras personas muchas,  
Un caballero, mi igual  
En partes como en ventura.  
Solicitaba mi calle,  
Siendo (desde que madruga  
La aurora á peinar en flores  
Las madejas de oro rubias,  
Hasta que en techos de nieve  
Halla undosas sepulturas,  
Juzgado para sus rayos  
Todo el mar pequeña tumba)  
Girasol de mis ventanas,  
Haciendo galas confusas  
Con mil colores la calle  
Selva de galas y plumas.  
Girasol era de día;  
Pero desde que entre turbias  
Sombras el sol rebozando,  
A nuestros ojos se oculta,  
Era un Argos que velaba:  
A cuya constancia, á cuya  
Fineza postré el decoro  
De mi libertad. Disculpa  
Mi facilidad, que eres  
Mujer, y sabrás sin duda  
Cuanto nuestra vanidad  
De verse adorada gusta.  
En este estado llevaba  
Viento en popa la fortuna  
Nuestro amor, gozando alegres  
Ratos que la noche oscura

Dispensa entre dos amantes.  
Siendo jazmines y murallas  
De un jardín verdes testigos  
De mis temores y dudas;  
Porque así se estima mas  
Lo que mas se dificulta.  
Quién dudará que ellos fueron  
Nuestra tormenta? ¿Quién duda,  
Que ellos la calma de amor  
Volvieron montes de espuma?  
En bizarro caballero,  
Sin darle ocasion alguna,  
Dió en mirarme; pero hallando  
En mi desdenes é injurias,  
Paseando mi calle vió  
Que el recato y la cordura  
No era oro todo, y que amor  
Iba á la parte. Con furia  
Celosa quiso vengarse,  
(¡ Pensiones de amor injustas! )  
Y una noche triste y fea  
Aun mas que otras, pues la luna  
Sacó entre nubes el ceño  
Lleno de sombras y arrugas,  
Vino primero á la calle,  
Donde cauteloso hurta  
La seña, y entra al jardín  
A tiempo (¡ oh suerte importuna! )  
Que ya mi esposo venia:  
El cual viendo (¡ oh pena dura! )  
A las luces que en su muerte  
Temerosamente pulsa  
Ese trémulo farol,  
Esa lámpara nocturna,  
Entrar un hombre, tras él  
Entra, y ciego le pregunta,  
Con mal formadas razones,  
Que le diga lo que busca.  
El no le responde nada,  
Sino se emboza y empuña  
La espada. Yo que miraba,  
Ni bien viva ni difunta,  
Iba á responder por él,  
Cuando veo que se juntan  
Los dos, y brillando á un tiempo  
Las dos espadas desnudas,  
Se tiran. No así animados  
Cometas el aire cruzan,  
Como estos rayos de acero;  
Pues para que no les suplan  
El fuego, hicieron los dos  
Que fuego la tierra escupa.  
Quiso Dios, quiso mi suerte,  
( Ya que hubo de ser alguna )  
Que al pecho de mi enemigo  
Llegó primero una punta.  
« Muerto soy, » dijo, y cayó  
Sobre unas flores caducas,  
Que á ser tálamo nacieron,  
Y murieron siendo urnas.  
Mi esposo en viéndole ( ¡ ay cielo! ),  
Dijo en voces tartanudas:  
« Goza, ingrata, aquece amante  
Que á tales horas te busca,  
Pero en su sangre bañado,  
Y aun así no me asegura;  
Que, para matar de celos,  
Basta un muerto. » Yo confusa,  
Como pude, quise hablarle;  
Mas sin esperar disculpas  
( Que son Aleoran los celos,  
Que no se dan á disputa ),  
Salí del jardín, adonde  
El fuste y la rienda ocnpa  
De un rocín que le esperaba...  
¿ Diré un pájaro sin pluma?  
Sí, pues volaba. Yo triste  
Quedé muerta, cuando escuchan  
Mis oídos que en la calle  
Ya la vecindad murmura,  
Ya mi casa se alborota,  
Ya mis criados se turban,

Y ya mi padre infelice  
A voces por mi pregunta.  
No me atrevi á responderle;  
Antes teniendo la fuga,  
Por entónces á su enojo  
Por mejor y mas segura,  
Salí de casa, y me fui,  
Llena de asombros y angustias,  
A la de una amiga, adonde  
Estuve algun tiempo oculta.  
Supe en ella que mi amante  
Pasar á España procura;  
Y para satisfacerle  
Saltó, señora, en su busca;  
Pero no he hallado hasta aquí  
Seña ni razon alguna:  
Y advirtiéndome en tantos riesgos  
Que voy caminando á oscuras,  
Quiero á mi loca esperanza  
Dar en el mar sepultura  
Y así, habiendo de vivir  
Honrada á la sombra tuya,  
Porque habiéndome informado  
Tu valor y tu cordura,  
De tí, de tí he de valerme.  
No consientas pues, no sufras  
Que una mujer bien nacida  
Ande expuesta á las injurias  
Del tiempo. Criadas tienes,  
Y poco número es una.  
Mi opinion, señora, ampara,  
( Arródlase. )

Mis desdichas asegura,  
Mis temores favorece,  
Lisonjea mis fortunas.  
Mujer eres, por mujer  
Me favorece y ayuda,  
Así uo tengas amores,  
O los tengas con ventura.

LISARDA.

Alza, señora, del suelo,  
Y esas lágrimas enjuga;  
Que se correrá la aurora  
Si así su oficio la hurtas.  
No he menester mas testigos  
De abono que tu hermosura,  
Para creer que son ciertas  
Todas las desdichas tuyas  
Dí, ¿ cómo te llamas?

FLÉRIDA.

Laura.

LISARDA.

Pues, Laura, si de eso gustas  
Desde hoy quedas en mi casa  
No á servir, como procuras,  
Sino á ser servida. Entra  
En ella; que es cosa justa  
Que no te vea mi padre,  
Hasta que licencia suya  
Tenga para recibirte.

FLÉRIDA.

Guárdete el cielo. — ( Ap. ¡ Ay fortuna,  
No me sigas mas, que basta  
Vernie en tantas desventuras! ) ( Vase. )

CELIA.

No sé, señora, si aciertas  
( Si bien la piedad es justa )  
En admitir en tu casa  
Esta mujer.

LISARDA.

Pues ¿ qué dudas?

CELIA.

Que hay ya mujer en el mundo  
Que es doucella y que es viuda,  
Es villana y es señora,  
Y con cautela é industria,  
Si bien viste una mentira,  
Mejor una ama desnuda. ( Vase. )

Jardin de una quinta próxima á Gaeta.

## ESCENA V.

DON JUAN, DON CESAR, en traje de camino.

DON JUAN.

Grande ventura ha sido  
Haberme en esta quinta detenido,  
Don César, pues en ella  
Os hallo sin pensar.

DON CESAR.

Mi buena estrella  
Aqui os trajo; los brazos  
Me dad segunda vez.

DON JUAN.

Con tales lazos  
Y con nudo tan fuerte,  
Que no le pueda desatar la muerte.  
¿ Qué haceis aquí?

DON CESAR.

Son cosas  
Muy largas de contar y muy pesadas.  
Bien se ve que de Flandes  
Venis, Don Juan, pues ignorais tan gran  
Novedades. [des

DON JUAN.

Ya he oído,  
César, que una desgracia habeis tenido:  
Por eso me he admirado  
De hallaros hoy aquí tan desconsolado.

DON CESAR.

No lo estoy, Don Juan, mucho,  
Pues con temores y sospechas luchó;  
Que si no os conociera,  
De donde estoy á veros no saliera.  
Mientras pasaje espero  
( Porque embarcarme para España quic-  
Estoy aquí escondido, [ro],  
Que el dueño desta quinta me ha servido,  
Y en ella retirado  
Tengo por mas seguro su sagrado;  
Pues cuando alguien viniera,  
Tengo aprestado un barco en la ribera,  
Donde remando puedo  
Hacerme al mar, y asegurar el miedo.

DON JUAN.

Yo me buelgo de oiros,  
Y de llegar á tiempo en que serviros  
Podré. Sabed que tengo  
Mucha mano en Gaeta, porque vengo  
Amante venturoso  
A lograr un amor, y á ser esposo  
De la ilustre Lisarda,  
Rica, noble, bellissima, gallarda,  
Y al fin única hija  
De Don Juan de Aragon: nada os alija,  
Porque es en esta tierra  
Gobernador y capitán á guerra,  
Y de algo ha de valerme  
Tener el padre alcalde.

DON CESAR.

En vos hacerme  
Merced, no es ahora nuevo;  
Que me acuerdo muy bien de lo que os  
Goeis los desengaños [debu].  
De ese amor. De esa fe felices años;  
Y, aparte el cumplimiento,  
¿ No me diréis, amigo, con qué intento  
Aqui entrasteis?

DON JUAN.

Quería  
En esta quinta divertir el día;  
Que á Gaeta he venido  
( Como soldado al fin ) mal prevenido  
De joyas y de galas;  
Y aunque las de soldado no son malas,  
No son de desposado;  
Y quiero estar dos días retirado,  
Mientras que me prevengo



De mucho lucimiento; que no tengo  
De llegar como vengo de camino,  
A vista de mi esposa.

DON CÉSAR.

Ya imagino

Nas las venturas mías:  
Aquí os podeis estar csos dos dias  
Escondido conmigo

DON JUAN.

Lo hiciera, á no tener aquí un amigo,  
Que es alcaide del fuerte, ya avisado.  
Envíele un recado,  
Y divertido en esta  
Variedad, esperando estoy respuesta.  
Por eso mismo quiero  
Apartarme de vos; pues cuando espero  
Que á recibirme venga,  
No es justo que de vos noticia tenga.

DON CÉSAR.

Bien habeis reparado.

DON JUAN.

Quedad con Dios, que yo tendré cuidado  
De veros en secreto,  
Y que os he de servir, César, prometo.  
(Vase)

ESCENA VI.

CAMACHO. — DON CÉSAR.

CAMACHO.

¿Qué va que estás haciendo  
Agora un soliloquio reverendo,  
En que llamas á cuentas  
Al alma y los sentidos, y que intentas  
Que ande hecho diablo de auto el pen-  
[samiento]

Tras la memoria y el entendimiento?  
¿Señor, quién vive ahora?  
¿Vive Flérida ausente, ó la señora,  
Que tapada pretende  
Tener futura sucesion de duende?

DON CÉSAR.

Aunque siempre he tenido  
Por cansadas tus burlas, nunca cansido,  
Camacho, mas pesadas  
Que agora.

CAMACHO.

Pues ¿de qué, señor, te enfadas

DON CÉSAR.

De que hayas preguntado  
Quién vive en mi memoria y mi cuida-  
¿Puede, dí, en él y en ella [do].  
Vivir nadie, sino es Flérida bella?

CAMACHO.

Pues si amas de esa suerte,  
¿Cómo otro amor agora te divierte?

DON CÉSAR.

Porque ausente me veo,  
Tan léjos de su amor y mi deseo.

CAMACHO.

Y en su sede vacante te acomodas.  
Así lo hacemos ya todos y todas.

DON CÉSAR.

Perdí una noche triste  
Patria y amor.

CAMACHO.

Sola una cosa hiciste  
Que todos te han culpado.

DON CÉSAR.

¿Refirir allí?

CAMACHO.

No.

DON CÉSAR.

¿Cuál?

CAMACHO.

Haber dejado  
Allí á Flérida bella,  
Y ponerle tu en salvo ántes que á ella.

DON CÉSAR.

Dices bien; mas si ama  
Quien me culpa, di que entre a ver su da-  
Y con otro la vea; [ma  
Y cuando entónces tan atento sea,  
Que en ocasion tan fuerte  
Mida el dolor y la eleccion acierte,  
Me culpe; que yo sé que no lo errara  
Si agora á verme en la ocasion tornara;  
Porque de dos, la una  
No se yerra en el mundo cosa alguna.  
Mas ¿qué será de Flérida?

CAMACHO.

¿No oiste  
A un pasajero, cuando aquí veniste,  
Que en Nápoles por cierto se decia  
Que en un convento Flérida vivia?  
Mas por lo que hemos dicho  
De aquella dama andante del capricho  
Singular, ella viene;  
Y aquí lugar acomodado tiene  
Lo de *lupus in fabula*, que quiere  
Decir (según colijo)  
Que así Lope á sus fámulos lo dijo.

ESCENA VII.

LISARDA, CELIA, tapadas. — Dichos.

DON CÉSAR.

Ya mi deseo sabia,  
Al ver en pardo arrebol  
Salir rebozado el sol,  
Que era para el campo el día.  
Vengais á dar alegría,  
Sol disfrazado, á estas flores,  
Que bebiendo resplandores  
De una luz que no se ve,  
Como á su diosa, por fe,  
Os están diciéndo amores.

LISARDA.

Creer cortesana quiero  
Que las flores me dirán  
Esos favores, si están  
Oyéndos tan lisonjero;  
Porque á vos os considero  
Tan galán, que aun á las flores  
Habeis enseñado amores.

DON CÉSAR.

Antes dellas aprendí,  
Después que venís aquí,  
Las quejas y los favores:  
Y enseñarlas fuera error;  
Que no hay flor aquí delante  
Que, por haber sido amante,  
No se la entienda la flor.  
Todas tuvieron amor,  
Y pues amaron primero,  
No me bagais tan lisonjero.

LISARDA.

Sóislo mucho.

DON CÉSAR.

¿En qué lo veis?

LISARDA.

En que sin ver me queréis.

DON CÉSAR.

¿Pues no hay amor verdadero  
Sin ver lo que se ama?

LISARDA.

No.

DON CÉSAR.

Yo lo pruebo.

LISARDA.

¿Cómo?

DON CÉSAR.

Así.

¿Un ciego puede amar?

LISARDA.

Sí.

DON CÉSAR.

Pues como un ciego amo yo.

LISARDA.

El ciego, que nunca vió,  
Ama lo que considera,  
Y como verlo no espera,  
No desea verlo: luego  
Si pudiera ver el ciego,  
No amara lo que no viera,  
Y ahora al contrario, pues vos  
No sois ciego, y podeis ver,  
Sin ver no podeis querer.

DON CÉSAR.

Engañada estais por Dios!  
Porque este amor en los dos  
Es de mayor fundamento.

LISARDA.

¿Hay para eso otro argumento?

DON CÉSAR.

El objeto principal  
Es de una alma racional  
La luz del entendimiento:  
Este amo en vos; y si viera  
Sin nube esos rayos rojos,  
Hoy entre el alma y los ojos  
El amor se dividiera:  
Luego ménos firme fuera  
En dos mitades partido,  
Que este solo al alma unido.  
Ved si era justo en tal calma  
Quitar un amor del alma,  
Para dársele á un sentido.

LISARDA.

Cuando el alma dividiera  
Con los ojos su luz clara,  
Ménos el alma no amara,  
Aunque mas el amor fuera.

DON CÉSAR.

No entiendo de qué manera.

LISARDA.

Una luz de rosicler  
Arde, y si á su hermoso sér  
Otra pavesa se aplica,  
Su llama la comunica,  
Y ella no deja de arder.  
Fuego es amor, y da ciego,  
No viendo, en el alma enojos,  
Y aunque le enciendan los ojos,  
No dejará de ser fuego,  
Y tanto como ántes: luego  
Los ojos que están ajenos  
De luz y de sombras llenos,  
Arder entónces verás,  
Siendo en un sentido mas,  
Sin ser en el alma ménos.

CAMACHO. (A Celia.)

¿Y piensa imitar aquí  
Aquel estilo, doncella,  
De su ama? Diga: ¿y ella  
Ha de estar tapada?

CELIA.

Sí.

CAMACHO.

Pues no me ha de ver á mí  
Tampoco; que yo tambien  
Tengo honor.

CELIA.

Hace muy bien.

CAMACHO.

Estémos; cuerpo de Dios!  
De máscaras dos á dos,  
Y llévete el diablo, amen,  
Si jamas te descubrieres:  
Y ese tallazo ocultando,  
Lleve tu manto arrastrando  
Por donde quiera que fueres.  
Desenmantarte no esperes  
Jamás; tengas manto tanto,

Que te adore Garamanto,  
Y despues en el infierno  
Te estén dando manto eterno  
Las furias de Rada-manto.

DON CÉSAR. (A Lisarda.)

Convencido estoy; no quiero  
En el discurso pasado  
Teurme por disculpado,  
Y si amor no hay verdadero  
Sin ver, no seré grosero  
En descubriros. (*Quiere descubrirla.*)

LISARDA.

Mirad

Lo que haceis.

DON CÉSAR.

Hoy perdonad,  
Que he de veros.

LISARDA.

Bien podéis;

Mas quizá no me veréis  
Otra vez.

DON CÉSAR

Con novedad

Estoy admirando aquí  
Hoy de Psiquis y Cupido  
El engaño repetido,  
Pero al revés, porque allí  
Disfrizado Amor oí,  
Que entró á gozar el favor  
De Psiquis, y aquí es error  
El que ese manto concierta;  
Pues Psiquis está encubierta,  
Dejándose ver mi amor.  
Quitad ese oscuro velo,  
Quitad esa niebla oscura;  
Y si es cielo la hermosura,  
Haya gloria en ese cielo.  
Y si por eso en el suelo  
Cubrir tu hermosura vi  
Con manto de gloria, aquí  
Que hay, es razon bien notoria,  
Para el manto de gloria,  
Y de infierno para mí.

LISARDA.

Cuando con ingenio sumo  
Argüirme procurais,  
Tambien es bien que sepais  
Que usamos los mantos de humo;  
Y este de gloria presumo  
Que en humo convertiré,  
Pues me iré y no volveré.

DON CÉSAR.

Pues por si volveis ó no,  
Hoy tengo de veros yo.

LISARDA. (*Descúbrese.*)

¿Ya me visteis?

DON CÉSAR.

Sí, y no sé  
Por qué avarienta del día  
Rayos guardais. ¿Mas qué es esto?  
(*Dentro ruido.*)

LISARDA.

Todas son confusas voces  
Cuántas oigo.

## ESCENA VIII.

FABIO.—DICHOS.

DON CÉSAR.

¿Qué es aquesto,

Fabio?

FABIO.

Señor, hazte al mar,  
Porque este ruido, este estruendo  
Es que te viene buscando  
El Gobernador.

DON CÉSAR.

Véase

Que tuvo aviso que aquí  
Estaba.

LISARDA. (Ap.)

¿Válgame el cielo!

Mi padre viene ¡ay de mí!  
Buscándome; no fué incierto  
El aviso de hoy.

DON CÉSAR.

¿Qué haré?

CAMACHO.

Hazte al mar, y con los remos  
Quebra esos vidrios azules.

DON CÉSAR.

Quedad con Dios; que no puedo,  
Bella dama, esperar mas;  
Que me importa el ir huyendo  
De mis desdichas.

LISARDA.

Las mías

Llegarán, señor, mas presto  
Si os váis.

DON CÉSAR.

¿Qué queréis?

LISARDA.

Si sois,

Como mostrais, caballero,  
No desapareis así.  
A una mujer, que está á riesgo  
De perder honor y vida  
Solo por venir á veros.  
Mas soy de lo que pensais,  
Y si en esta parte quedo  
Sin amparo, con mi muerte  
Al mundo daré escarmiento;  
Que á mí me vienen buscando  
Porque soy hija... No puedo  
Pasar de aquí, porque ya  
Dan con la puerta en el suelo.

DON CÉSAR.

(Ap. Esto está peor que estaba.  
No hay sino morir; que un yerro  
Puede una vez cometerle;  
Mas ya advertido, no puedo.  
No se ha de decir de mí  
Que siempre á las damas dejo  
En el peligro.) Palabra (A Lisarda.)  
Os doy, que antes quede muerto,  
Que consienta en vuestro honor  
Ni en vuestra vida desprecios.  
Entrad á esconderos pues,  
Mientras yo á guardaros quedo;  
Porque en hallándome á mí  
Tengo, señora, por cierto  
Que no os busquen, porque soy  
Yo á quien buscan.

LISARDA.

Vamos presto,

Celia.

(*Entranse huyendo, y deja los chapines Celia.*)

CÉSAR. (A Camacho.)

Alza tú esos chapines.

CAMACHO.

Buena hacienda habernos hecho.

(*Alza Camacho los chapines, y escóndese.*)

## ESCENA IX.

EL GOBERNADOR, acompañamiento  
de ALGUACILES y CRIADOS.—CÉSAR y  
los demás, escondidos.

GOBERNADOR.

¿Sois vos Don César Ursino?

DON CÉSAR.

Nunca niega un caballero  
Su nombre.

GOBERNADOR.

Daos á brisión.

DON CÉSAR.

Ya lo estoy, y solo os ruego  
Consideréis que soy noble.

GOBERNADOR.

Ya sé quien sois; el acero  
No os desciñais, que con él  
Habeis de ir, aunque vais preso  
Una dama, que con vos  
Aquí ha de estar, haced luego  
Que, guardando á su persona  
Todo el decoro y respeto  
Que se la debe, parezca,  
Que ha de ir presa.

DON CÉSAR.

¿Dama?

GOBERNADOR.

Es cierto.

DON CÉSAR.

¿Dama aquí?

GOBERNADOR.

No hay que negarlo,

Que bien informado vengo,  
Y sé tambien que está aquí.  
Mirad esa casa.

(*A los alguaciles, que se entran.*)

DON CÉSAR. (Ap.)

¡Cielos!

¿Qué mujer puede ser esta.  
Que en tal ocasion me ha puesto?

(*Sacan los alguaciles á Camacho.*)

UN ALGUACIL.

Aquí está un hombre escondido.

GOBERNADOR.

¿Quién sois?

CAMACHO.

Soy un escudero

Deste caballero andante.

GOBERNADOR.

¿Por qué os escondéis?

CAMACHO.

Yo tengo

Este vicio de esconderme;

Que no lo hago á mal intento.

GOBERNADOR.

¿Qué guardais aquí?

CAMACHO.

Señor,

Unos chapines.

GOBERNADOR.

Ya veo

Indicios de lo que busco.

¿Dónde está dellos el dueño?

CAMACHO.

Yo soy.

GOBERNADOR.

¿Pues traéislos vos?

CAMACHO

Broqueles de corcho, pienso

Que están vedados, señor,

Por justas leyes del reino;

Mas no de corcho chapines.

¡Desdichado del enfermo,

Donde chapines no hubiere!

Dice un divino proverbio.

Está indispensto mi amo,

Y tráigolos por remedio.

Porque no sea desdichado.  
(*Sacan otros alguaciles á Lisarda, tapada.*)

UN ALGUACIL.

En el último aposento

Tapada estaba esta dama.—

Descubrios. (A Lisarda.)

GOBERNADOR.

Estad quedo.—

Señora, no os descubrais;

Que yo sé muy bien que os debo

Toda aquesta cortesía.

Perdonad, si por vos vengo.



DON CÉSAR.

Pues perdonad si con vos  
No va, porque yo resuelto  
Estoy ántes á morir  
Que abandonar su respeto.

GOBERNADOR.

Señor Don César Ursino,  
No blasonéis tan soberbio,  
Porque no será tan fácil,  
Como el decirlo, el hacerlo.  
Yo os sufro esta demasia  
Por mucha parte que tengo  
En el honor desta dama:  
Ya sé quién es, y pretendo  
En su respeto y honor  
Tanto, como vos, su aumento.  
Es tan mi amigo su padre,  
Que pienso que soy yo mesmo,  
Segun siento sus desdichas,  
Y os he sufrido por esto;  
Porque, aunque á vos no os conozco,  
Por el vuestro honor pretendo.

LISARDA. (Ap.)

¿Qué mas ha de declararse?  
Ciertas mis desdichas fueron.

DON CÉSAR.

Si yo dijera, señor,  
Que darle la vida puedo  
Contra vuestras armas, fuera  
Bien culparme de soberbio.  
Yo no intento defenderla;  
Morir no mas es mi intento;  
Tan fácil cosa es morir,  
Que podré salir con ello.

GOBERNADOR.

Mejor es que esto lo acabe  
La prudencia y el consejo;  
Que habeis de tener en mí  
Antes que juez, un tercero  
Que vuestros pleitos componga,  
Pues bien informado vengo  
De todo.

DON CÉSAR.

Pues si soy yo

El deliniente, y voy preso,  
¿Qué culpa tiene esa dama?

GOBERNADOR.

No me tengais por tan necio,  
Que no sé quién es. Venid  
Conmigo á una torre preso  
Vos, señor César Ursino;  
Que yo á esta dama prometo  
De regalarla en mi casa,  
Mostrando así mis deseos,  
Como si ella misma fuera  
Una hija que yo tengo.

LISARDA

(Ap. ¿Aquesto escucho? ¡Ay de mí!  
Ya aquí será mas acierto  
Apelar á la piedad.)

Señor, vengo en ese acuerdo.

(Ap. á César.)

DON CÉSAR.

Porque vos gustais, lo haré.

(A Lisarda.)

Señor, el partido aceto:

(Al Gobernador.)

En vuestra casa ha de estar.

GOBERNADOR.

Basta decir que lo ofrezco.—  
¡Hola!

UN ALGUACIL.

Señor...

GOBERNADOR.

En mi coche

Los dos habeis de ir sirviendo  
A aquesta dama, y decid  
A Lisarda que la ruego  
La tenga en su compañía; (Llévanla.)  
Que yo á llevaros me quedo  
A una torre. (A Don César.)

T. VII.

DON CÉSAR.

Con vos voy.

Muy honrado y muy contento.

(Vánse.)

## ESCENA X.

CELLA, CAMACHO.

CELIA.

¿Fuéronse?

CAMACHO.

Si.

CELIA.

Pues yo iré

Antes á casa corriendo.

CAMACHO

Por saber quien es tu ama,  
Vive Cristo que me alegro.

## JORNADA SEGUNDA.

Sala en casa del Gobernador.

## ESCENA PRIMERA.

NISE, CELIA; *después LISARDA, ERIA  
DOS Y ALGUACILES.*

NISE.

¿Celia, cómo vienes sola?

¿Dónde mi señora queda?

¿No me respondes? ¿qué tienes?

CELIA.

¡Ay Nise, que vengo muerta!

NISE.

¿Qué ha sucedido?

CELIA.

Sabrás

Que fuimos... Mas gente llega,  
Luego lo diré.

(*Salen los alguaciles y criados con  
Lisarda tapada.*)

UN ALGUACIL.

Avisad...

NISE.

¡Válgame Dios! ¿no es aquella?

EL ALGUACIL.

A Lisarda, mi señora,  
Que aquí un recado la espera  
Del señor Gobernador,  
Que de hablarla dé licencia.

CELIA.

(Ap. Disimular nos importa.)  
Mi señora está indisputa,  
No podéis entrar á hablarla:  
Dad el recado

ALGUACIL.

Que tenga,

Le dice, en su compañía  
Esta dama, y que la ruega  
La estime y regale mucho,  
Y á su ventura agradezca  
Conocer tan buena amiga.

CELIA.

De aquesa misma manera  
Lo diremos.

ALGUACIL.

Oid aparte:

Esta dama viene presa;  
Dígoles, porque tengais  
Mucho cuidado con ella.

(*Vanse los criados y alguaciles.*)

## ESCENA II.

LISARDA, CELIA, NISE.

LISARDA.

¿Fuéronse?

CELIA.

Sí, ya se fuéron.

LISARDA.

Quítame este manto, Celia,  
Dame otro vestido, Nise.

NISE.

¿Pues qué tramoyas son estas?

¿Tú presa en tu propia casa?

¿Tú de ti misma alcaidesa?

Declaráme este suceso,

Que estoy por saberlo muerta.

LISARDA.

Soy infeliz: ya con esto

Te he dicho que se conciertan

Contra mi amor y fortuna.

Mi padre con gran prudencia

Esta mañana me dió

A entender, lleno de quejas,

Que algo de mi amor sabia;

No quise creerlo (¡ay necia!),

Salí esta tarde, siguióme,

Y hallándome....

CELIA.

Deja, deja

Tan mal discurso, señora.

¿Cómo es posible que ereas

Que, pudiéndolo estorbar

En su casa con prudencia,

Tu padre fuese á buscarte,

Expuesto á que allí te viera

Tanta gente, y él hiciese

Pública su misma ofensa?

No, señora: mi temor

Fué que allá nos conociera,

O ántes de llegar á casa;

Mas ya que estamos en ella,

Nada temo, sino solo

Que pregunte por la presa

Que envié; porque no hay duda

De que cuando fué á prenderla,

Iba por otra mujer.

LISARDA.

Necia estás: ¿no consideras

Que dijo: «Yo tengo parte,

Como si su padre fuera,

En el honor desta dama,

Y disimulo por ella?»

Luego ya me conocí;

Que no son razones estas

Dichas acaso. Y decir

Que se expuso á que me vieran,

Ya se niega con decir

Que me estuviese encubierta.

No me arguyas; que sin duda

El me conoció.

CELIA.

¿Y qué piensas

Hacer?

LISARDA.

Echarme á sus piés

En el instante que venga,

Que al fin un padre no mata;

Y decir que mis tristezas

Fuéron causa de que fuese

A aquellos jardines.

## ESCENA III.

FLERIDA, DICHAS; *después el GOBERNADOR Y FELIX.*

FLERIDA.

Seas,

Mi señora, bien venida.

LISARDA.

Callemos, y nada entienda

(A Celia y Nise.)

Esta, porque aun no tenemos

De su talento experiencia.—

Fuí á visitar á una amiga. (A Flérída.)

(*Salen el Gobernador y Félix, que-  
dándose á la puerta.*)

GOBERNADOR.

Irás, Félix, con gran priessa  
A Nápoles, y dirás

A su padre, cómo queda  
Su hija Flérída en mi casa,  
Y en una torre Don César.

FÉLIX.

Si iré, señor; pero advierte  
Una duda que me queda.  
No entré contigo en la quinta,  
Porque los dos no supieran  
Que fui quien te dió el aviso;  
Y estando esperando fuera,  
Salió una mujer, por cuanto  
Puede ser que no sea ella;  
Porque una mujer tapada  
Desmiente mudas las señas.  
Yo la vi, mas no me afirmo  
De que mi señora sea,  
Y ir sin saberlo de cierto,  
Será yerro sin enmienda.

GOBERNADOR.

Has advertido muy bien.  
Aguárdate, llamaréla,  
Y afirmarásle.

FÉLIX.

Tampoco

Será justo que me vea,  
Porque si soy quien la sigue,  
Daré de mi lealtad queja,  
Y á quien tengo de servir,  
No es razón que me aborrezca.  
Si pudiera verla yo,  
Señor, sin que ella me viera,  
Sin mi riesgo, asegurara  
Mi temor.

GOBERNADOR.

Pues así sea:

Ven conmigo. Pero aquí  
Está mi hija.

FÉLIX.

Y con ella

Mi señora. No andes mas.  
La que está á su mano izquierda,  
Es Flérída

GOBERNADOR.

Fuerza fué

Que hubiese de ser aquella,  
Que es la que yo no conozco;  
Porque las demás que quedan,  
Son mi hija y sus criadas.

FÉLIX.

Pues con esta diligencia,  
Parto á Nápoles contento. (Vase)

#### ESCENA IV.

EL GOBERNADOR, LISARDA, FLÉRIDA, NISE, CELIA.

CELIA.

Mi señor.

FLÉRIDA. (Ap. á Lisarda.)

Si á hablarle llegas,

Háblale en mí, y que te dé  
Para admitirme licencia.

LISARDA.

Si haré.

FLÉRIDA.

Ruégaselo mucho.

LISARDA.

Alli retirada espera. (Retírase Flérída.)

CELIA. (Ap.)

Aquí fué Troya.

GOBERNADOR.

Lisarda,

¿Es bien que no me agradezeas  
La amiga que te he enviado?  
¿No respondes?

LISARDA.

(Ap. ¡Yo soy muerta!)

Señor, si por ser tu hija,  
Es posible que merezca  
Piedad en tí...

GOBERNADOR.

Ya querrás,

De agrado y lástima llena,  
Que la perdoue.

LISARDA.

Señor,

Quien tan levemente yerra,  
Ganado tiene el perdón.

GOBERNADOR.

No es tan leve como piensas.

FLÉRIDA. (Ap.)

¿Cómo le está hablando en mí!  
El de mirarme no cesa.

LISARDA.

¿Es mas de ir á unos jardines  
Disfrazada y encubierta?

GOBERNADOR.

Mas; que esa dama, Lisarda,  
Tiene padre, á quien debiera  
Guardar mejor el respeto.

LISARDA.

(Ap. ¡Con qué razones tan cuerdas

Me está penetrando el alma!)

No quieras, señor, no quieras

Afrontarme así; yo estoy

A tus piés.

(De rodillas)

GOBERNADOR.

¿Juzgas á afrenta

Negarte lo que me pides?

No lo es, hija, sino fuerza.

LISARDA.

De aquí no he de levantarme,

Sin que tu perdón merezca

FLÉRIDA. (Ap.)

¿Oh cuánto debo á Lisarda!

De rodillas se lo ruega.

GOBERNADOR.

No te canses, mi Lisarda,

En pedir eso; porque ella

De casa no ha de salir,

Hasta que marido tenga.

LISARDA.

Yo digo que será así. (Se levanta)

Y que ventana ni reja,

Vol verá á ver, si eso quieres;

Pero solo que merezca

Tu gracia te pido.

GOBERNADOR.

Eso

Es fácil; y porque veas

Si tiene mi gracia, eseucha,

Lisarda, de qué manera

La agasajo — Vos, señora, (A Flérída.)

Estéis muy en hora buena

En esta casa, que ya,

Mas que mia, será vuestra.

No me espanto de sucesos

De amor, y que á vos os tenga

Al el enfado, no es mucho.

Si están las historias llenas

De fortunas amorosas

Que tales sucesos cuentan.

He tenido á gran ventura

Que puerto seguro sea

Mi casa; della os servid,

Y estad segura que della

No saldréis, sin que primero

Salgais honrada y contenta

Todo tendrá lin dichoso

Brevemente, y mientras llega

Este tiempo, aquí estaréis;

Que de manera me ruega

Lisarda por vos, que pienso

Que ni misma vida os diera,

Dejando aparte quien sois,

Cuando no por vos, por ella.

LISARDA. (Ap.)

¿Válgame el cielo! ¿qué esueño?

CELIA. (Ap. á Lisarda.)

¿Ves, señora, cuánto yerras  
En presumir que tu padre  
Te conoció, pues él piensa  
Que esta es la presa?

LISARDA.

Es verdad;

Mas como es la vez primera  
Que el mal se convierte en bien,  
No le conocía; Quiera  
Fortuna que no se mude!

FLÉRIDA.

(Ap. Para que mas piedad tenga

De mis desdichas, Lisarda,

Toda mi historia le cuenta,

¿Oh cómo es bien entendida,

Que me quitó la vergüenza

De contarla yo!) Señor...

CELIA. (Ap.)

Ahora á perder nos echa;  
Mejor la fuera eallar

FLÉRIDA.

Quien tiene las altas prendas

De vuestro valor y sangre,

Es fuerza que piedad tenga.

Una mujer infelice

Hoy á vuestras plantas llega;

Pues que ya estais informado

De quien soy, tened clemencia

De mi honor; duélaos el verme

Peregrina en tierra ajena.

LISARDA. (Ap.)

Nise, Celia, ¿qué es aquesto?

Que como es la vez primera

que el mal se convierte en bien,

No le conozco

FLÉRIDA.

Y tú sella,

O bellísima Lisarda,

Mi rostro, pues á la deuda

Primera añades ahora

El afecto con que ruegas,

A tu padre y mi señor

Ampare mi vida.

LISARDA.

(Ap. Ella,

Hablando en sus penas, hace

Equivocos las ajenas;

Estorcemos el engaño.)

Amiga, no me agradezeas (A Flérída.)

Lo que yo he de agradecerle;

Que en esta ocasión, quisiera

Valer con mi padre mucho,

Para servirle.

GOBERNADOR.

No olendas

Así mi amor; que yo haré

(Tú lo verás) cuanto pueda.

LISARDA.

Señor, porque en este easo

Atentamente proceda,

Dime, ¿quién es esta dama?

GOBERNADOR.

Mujer es de muchas prendas,

A quien de su casa y padre

Un hombre robada lleva;

Para que veas, Lisarda,

En su ejemplo; cuánto yerra

Una mujer principal

Que á tales riesgos se entrega!

LISARDA. (Ap.)

¿Ay de mí!

ESCENA V.

UN CRIADO. — Dichos; despues DON  
JUAN.

CRIADO. (Al Gobernador.)

Un caballero,

Que de una posta se apea,

Por ti pregunta.



GOBERNADOR.

Ese es

Don Juan.

LISARDA. (Ap.)

¡Aun mas otra pena!

(Sale Don Juan vestido de camino con botas y espuelas.)

DON JUAN.

Felice yo, señor, que he merecido, Por tin dichoso de venturasantas, [do] Vuestras plantas besar; pues hoy han si Centro de mi ventura vuestras plantas: Hoy, pues, que tanto bien he conocido. A la fortuna le perdono cuantas Quejas della formé, pues que con una Dicha quedo deudor a la fortuna.

GOBERNADOR.

Vengais, Don Juan, con bien; que lá [muchos días] Que os haceis desear; mas de un cui- A esta casa debeis. [dado]

DON JUAN.

Dichas son mías, Porque llegué con bien, haber tardado

GOBERNADOR.

¡Oh qué bien os están las bizarrías, Las galas y las plumas de soldado! ¿A Lisarda no hablais?

DON JUAN.

Turbado llevo, Ciego á su amor, como á sus rayos ciego. Si merece favor tan soberano

(A Lisarda.)

Quien al dosel de tanto sol se atreve, Dadme, señora, vuestra blanca mano, Aljaba á quien Amor sus flechas debe; Porque siendo un prodigio mas que hu-

[mano]

Un monstruo celestial de fuego y nieve, Centre de los dossois, donde amor ciego Abrasa con cristal, hiela con fuego. La fama, hermosa con extremo os llama; Mas vista, sin extremo sois hermosa. Sola vos, desvalida de la fama, Podeis estar de su ambicion quejosa; Mas no, que ya vuestra beldad aclama Por única; y si queda temerosa A tantas perfecciones, no es culpada, Que sois vista, mayor que imaginada.

LISARDA.

Muchas veces oi que Amor vendado Hijo de Marte y Vénus ha nacido; Ahora lo creo, viendo que un soldado De la guerra lisonjas ha traído. Otros dicen que Adónis le ha engendra- Y todo en vos verdad ha parecido; [do,] Pues en vos se contempla en vuestra

[parte,

Valiente Adónis y gallardo Marte.

GOBERNADOR.

Basten los cumplimientos, que yo gusto De que el campo se quede por Lisarda.

DON JUAN.

Yo lo agradezco, porque fuera injusto Competirla. (Ap. ¡Qué bella es! qué ga-

[llardal])

GOBERNADOR.

Que descanséis agora será justo. Soldado sois, pobre hospedaje aguarda; Habreis de perdonar.

DON JUAN.

¿Cómo pudiera, Siendo de humano sol divina esfera? (Vanse.)

ESCENA VI.

LISARDA, CELIA.

LISARDA.

Celia, pues hemos quedado Solas un rato, ¿qué dices De mis sucesos?

CELIA.

Felices

Fines tuvo tu cuidado. ¿Hay cosa como pensar Mi señor, que aquella fué La presa?

LISARDA.

Pues si la ve

En su casa, sin estar Avisado de quién era, Justamente discurrió.

CELIA.

¿Ves cómo te dije yo, Señora, que era quimera Pensar que te conocia?

LISARDA.

La cosa es mas estremada Ver, sin estar avisada, Cuán á tiempo respondia.

CELIA.

Estas materias de amor, Aunque hablen acaso, ¿á quién No le suelen estar bien?

LISARDA.

Hoy empiezo otro temor.

CELIA.

¿Pues lo que hoy te ha sucedido, Y el esposo que ha llegado, Aquel tan necio cuidado No han de entregar al olvido?

LISARDA.

¿Qué mal, Celia, de amor sientes! ¿Mal conoces su rigor! No me dirás de un amor Que se rindió á inconvenientes; Y diréte yo de mil, Que solo porque tuvieron Inconvenientes, crecieron.

CELIA.

¿Qué argumento tan sutil!

LISARDA.

Ni he de dejar en prision Un hombre. Celia, que vi Dejarse prender por mi, Ni ha de ser mi presuncion Tan necia, que si es aquel El que esta dama buscó, Le he de estar queriendo yo. Desta sospecha cruel Saldré. Tú le has de llevar Un papel, y he de decir En él, si puede salir, Me venga esta noche á hablar. Y pues mi engaño no cesa, Y tan adelante pasa, Dentro de mi misma casa Ha de verme como presa.

CELIA.

Advierte....

LISARDA.

No hay que advertir.

CELIA.

Mira ...

LISARDA.

Ya no hay que mirar.

CELIA.

¿Haste de dejar llevar...?

LISARDA.

¿Y heme de dejar morir?

CELIA.

Considera....

LISARDA

No hables mas.

CELIA.

Tu peligro. ...

LISARDA.

Ya le veo....

CELIA

Tu vida....

LISARDA.

No la deseo.

CELIA.

Tu honor. ...

LISARDA.

¿Qué honor? Necia estás.

CELIA.

Solicito....

LISARDA.

¿Qué?

CELIA.

Tu bien,

Y temo....

LISARDA.

¿Qué?

CELIA.

Tu ruina.

LISARDA.

¿Pues has de ser peregrina Tú sola en Jerusalem?

CELIA.

¿Cómo?

LISARDA.

Como la criada Primera vienes á ser, Que la ha pesado de ver A su ama enamorada.

(Vanse.)

Habitacion en una torre.

ESCENA VII.

DON CESAR, CAMACHO.

CAMACHO.

¡Buenos hemos quedado!

DON CÉSAR.

¿Veslo? Pues todo es bien empleado, A trueco de haber visto Aquel rostro que vi

CAMACHO.

¡Cuerpo de Cristo Contigo, y con su rostro! Valiera tanto mas que fuera un mostro, Y que á un lado tuviera Otro con barbas; aunque yo le viera Y no estuvieras preso, Que haber visto perfecto con exceso Un ángel con malicia, Pues él nos ha entregado á la justicia

DON CÉSAR.

¿Tal dices?

CAMACHO.

¿Qué te espanta, Si ya se vive con malicia tanta? Y la primera vez no vino acaso Sino á espiarnos; porque fuera paso De caballero andante, Entrar las dos azas de mal talante, Huyendo de algun fiero Malandrin, demandando al caballero La mampare en su cuita, Magüer que fuese noble. Quita, quita Esto del pensamiento; Que es lástima sacar aqueste cuento De una selva encantada, Donde habló la Infanta mesurada Mil famosos requiebros A Esplandian, Belianis y Beltenébros.

DON CÉSAR.  
Pues dímme, si eso fuera, [ra?  
Por qué el Gobernador hoy la prendie-

CAMACHO.  
Por hacer la deshecha.

DON CÉSAR.  
No, Camacho, otra ha sido mi sospe-  
Y es que es aquella dama [clia,  
Mujer de lustre, de opinion y fama,  
Y alguna desventura  
(Que el hado no respeta á la hermosura)  
La tiene retirada;  
Y esto confirma estar siempre tapada,  
Y que el Gobernador, que la seguia,  
Tuvo estos dos avisos en un dia.  
¿No viste cuán turbada  
Fué á decirnos quién era, y embargada  
La voz, del pecho al labio,  
Enmudeció sin pronunciar su agravio?

CAMACHO.  
Dices bien. Segun esto,  
El grande amor de Flérída está puesto  
En olvido.

DON CÉSAR.  
No espero  
Que se pueda borrar amor primero.  
Enseña la moral filosofia,  
Que una forma donde otra forma habia  
No se puede estampar tan fácilmente.  
Explíquelo un ejemplo claramente:  
Cuando un pintor procura  
Linear una pintura,  
Si está lisa la tabla  
Fáciles rasgos en bosquejo entabla;  
Mas si la tabla tiene  
Primero otra pintura, le conviene  
Borrarla, no confunda  
Con la primera forma la segunda.  
Ya me labrás entendido:  
Tabla lisa al primer amor ha sido  
Mi pecho; mas si hoy quiere  
Introducir segundo amor, espere  
A ver borrada aquella  
Imágen que adoró divina y bella.  
Y así, aunque amor con fáciles enojos  
Desde el pecho á los ojos  
Lineas de fuego corra,  
Ahora no dibuja, sino borra.

CAMACHO.  
¿Sino borra? Está bien; yo respondiera  
Si una tapada á vernos no viniera.  
¿Que aun no hemos acabado  
Con el negro embleco del tapado!

### ESCENA VIII.

CELIA, tapada.—Dichos

CELIA.

Fabio, oíd

DON CÉSAR  
Bien venida  
Seas á dar á un casi muerto vida.

CELIA.  
Este papel recibo  
De aquella presa que afligida vive.

DON CÉSAR.  
Recibe tú un diamante,  
Hijo del sol, que fuera estrella errante,  
Si por tachón ó clavo,  
Se viera puesto en el zenit octavo.  
(Lee el papel.)

CAMACHO.  
Muestra á ver si es cetrino.

CELIA.  
No quiero; mire si es bien cristalino  
(Dale una hipa.)

CAMACHO.  
Pues ve aquí otro diamante,  
Al mismo semejante,  
Porque me deje vella  
Esta cara

CELIA.  
No haré.

CAMACHO.

Tal será ella.

CELIA.

¿Mala?

CAMACHO.

Si fuera buena,  
No fuera cara en manto, como en pena.

CELIA.

Pues mire si es muy fea.

CAMACHO.

No quiero verla.

CELIA.

Acabe.

CAMACHO.

No lo crea.

No quiero verla ya, si lo desear.

CELIA.

Toma el diamante tú, porque me veas

CAMACHO.

No quiero

DON CÉSAR.

Ya he leído.

Dile á mi hermosa presa que rendido  
Iré esta noche á vella.

CELIA.

Pues el cielo te guarde. (Vase.)

CAMACHO.

Adios, doncella;

Y dígale á su ama, aunque se corra,  
Que no se ensanche tanto; porque bor-  
En lin, ¿qué dice el papel? (ra.—  
(A Don César.)

¿Es tramoya nuevamente?

DON CÉSAR.

Que vaya á verla esta noche;  
Porque sobornadas tiene  
Las criadas de Lisarda,  
De manera que se atreve  
A que entre dentro del cuarto,  
Con dos mil impertinentes  
Requisitos, como son  
Que á nadie conmigo lleve,  
Y que ninguno lo sepa.

CAMACHO.

Y dices liberalmente,  
Que tú irás á verla, como  
Si en tu escritorio tuvieses  
Las llaves de aquesta torre?

DON CÉSAR.

¿Pues qué inconveniente es ese?

CAMACHO.

Las guardas.

DON CÉSAR.

Al son del oro

Las mas vigilantes duermen.

### ESCENA IX.

DON JUAN.—DON CÉSAR, CAMACHO.

DON JUAN.

A daros pésames yo.  
Y á que me deis parabienes  
Vengo, César, porque así  
Unos con otros se templan.  
Escriben los naturales  
De dos plantas diferentes  
Que son venenos, y estando  
Juntas las dos, de tal suerte  
Se templan, que son sustento.  
Y pues ser veneno suelen  
Las dichas y las desdichas,  
Y á los dos matarnos quieren,  
A vos á poder de penas,  
Y á mi á poder de placeres,  
Juntemos nuestros caudales

Y templemos desta suerte  
Mis bienes con vuestros males,  
Mis males con vuestros bienes.

DON CÉSAR.

Contento venis, Don Juan.

DON JUAN.

¿Quién duda, si llego á verme  
Dueño de la mayor dicha  
Que mi pensamiento puede  
Imaginar? Porque pasa  
El bien, que el amor me olrece,  
Mas allá del pensamiento.  
Estuve fingido ausente  
Dos dias en esta casa  
(Que ya os dije que del fuerte  
El alcaide es muy mi amigo):  
En ellos compré excelentes  
Loyas, hice cuatro galas,  
Cuidados que mi novio tiene.  
Tomé postas, y lingiendo  
Que entónces llegué, apeéme  
En el palacio; mal dije  
Palacio, si no es que fuese  
Ese palacio del sol,  
Mentira azul de las gentes,  
Hipócrita de sus galas,  
Pues no son lo que parecen.  
Vi en él reducido el cielo  
A sola una esfera breve,  
La primavera á una flor,  
El aura á un suspiro débil,  
La aurora á sola una perla  
De las que cria el oriente.  
El sol á un rayo; porque es  
Lisarda bella aura débil,  
Breve esfera, hermosa flor,  
Perla fina y sol ardiente.  
¿Felicé mil veces yo,  
A quien tal gloria previene  
Un amor bien empleado!

DON CÉSAR.

Y yo infelice mil veces  
A quien previene desdichas  
Un amor que no se entiende!  
Y pues han de ser mis penas  
Antídoto justamente  
De vuestras glorias, oídme:  
Supuesto que un caso quieren  
La pregunta y la respuesta,  
Y en amor habláis, conviene  
Responderos en amor.—  
Yo vi todo un sol de nieve,  
Todo un peñasco de fuego,  
Y en un deleitoso albergue  
Vi una estatua de jazmines,  
Coronada de claveles,  
A quien el mayo gentil,  
Que es rey de los doce meses,  
Por flor juró, y la aclamaron  
Toda la nobleza y plebe  
De las flores, al compas  
De las aves y las fuentes.  
No me preguntéis quién es.  
Que por Dios, que aunque quisiese  
Decirlo, no puedo, que es  
Una novela excelente;  
Mas solo os puedo decir  
Que en este papel me ofrece  
Si puedo romper la cárcel  
Hablarle esta noche y veros.  
Respondida que yo iría.  
Como si cierto tuviese  
Que me dejará el alcaide.

DON JUAN.

Pues yo he llegado, no temed  
Duda, César; no os rindais  
A vanos inconvenientes.—  
Camacho.

CAMACHO.

Señor.



DON JUAN.

Dirás

Al Alcaide que se llegue  
Aquí, que tengo que hablarle. —  
Es mi amigo, y fácilmente  
De aquí os dejará salir,  
Como yo conmigo os lleve.

(Vase Camacho.)

DON CÉSAR.

Supuesto que ya la noche  
Sus alas nocturnas tiende,  
Haciendo sombra á los días,  
Y en los campos de occidente  
Es un cadáver el sol  
Cada vez que resplandece,  
Bí que nos deje salir  
Luego.

ESCENA X.

EL ALCAIDE, CAMACHO. — DON CÉSAR, DON JUAN.

ALCAIDE.

Don Juan, pues ¿qué quieres?

DON JUAN.

Que sepas que no me he ido,  
Todavía soy tu huésped;  
Que donde vive Don César,  
Vivo yo.

ALCAIDE.

No es bien que aumentes  
Obligaciones, adonde  
Tengo tantas que me fuercen  
A servirte.

DON JUAN.

Aquesta noche  
Va conmigo, si merece  
Mi amistad esta fineza.

ALCAIDE.

Mil preceptos hay, mil leyes  
Para que de aquí no salga;  
Mas contigo no se entienden,  
Como palabra nie des  
Que ántes del día le vuelves.

DON JUAN.

Y desto te hago homenaje,  
Y cuanto te sucediere  
Correrá por cuenta mía.

DON CÉSAR.

Apénas la rubia frente  
Verá el alba coronada  
De rosas y de claveles,  
Cuando en la prision nie veas,  
Siendo tu esclavo dos veces.

ALCAIDE.

Pues con esa condicion,  
Abiertas las puertas tienes.  
A Dios, que os guarde.

(Vase.)

ESCENA XI.

DON JUAN, DON CÉSAR, CAMACHO.

DON JUAN.

Ea, Don César,

Guiad por donde quisiereis:  
Libre estáis. Vamos adonde  
Gustareis; que muy bien puede  
Fiarse de mí la espalda.

DON CÉSAR.

Quien es en su casa huésped,  
Y mas que huésped esposo,  
No es justo que tarde: hacedme  
Merced de iros.

DON JUAN.

Eso no;

Ni es término conveniente  
Que os saque para el peligro,  
Y que en el peligro os deje.

DON CÉSAR.

Quisiera....

DON JUAN.

No os excuseis,

Que he de ir con vos.

DON CÉSAR. (Ap.)

¿Lance fuerte!

Porque llevarle á su casa  
A que me guarde imprudente  
La espalda, haciendo traicion  
A su dueño, á quien él tiene  
Obligaciones mayores,  
No es justo.

DON JUAN.

¿Pues qué os suspende?

DON CÉSAR.

Pensaréis que soy ingrato  
En recatar neciamente  
De vos mi amor. ¡Vive el cielo,  
Que ni Pilades y Orestes  
Ni Eurialo y Niso fueron  
Amigos mas sin dobleces!  
Debajo desta palabra  
Hacedme merced, hacedme  
Favor de iros; porque yo  
Aunque deciros quisiese  
Quién es mi dama, ya he dicho  
Que no puedo. y me conviene  
Ir solo.

DON JUAN.

A tantas porfias  
Necio fuera en oponerme.  
Adios. (Ap. ¡Qué necio recato!  
¡Qué amor tan impertinente!) (Vase.)

DON CÉSAR.

Camacho.

CAMACHO.

Señor.

DON CÉSAR.

Preven

Con recado un pistoleta.

CAMACHO

Aquí le tienes; mas mira  
Si está bueno, no le lleves  
Mal prevenido.

DON CÉSAR.

No está:

Pedernal y cebo tiene.

CAMACHO.

¿Y tengo yo de quedarme?

DON CÉSAR.

Si.

CAMACHO.

Todas vuestras mercedes  
(A los espectadores.)

Sean testigos, que hubo  
Un lacayo que se quede.

(Vanse.)

Jardin en casa del Gobernador.

ESCENA XII.

LISARDA, NISE con luz.

LISARDA.

Nise

NISE.

¿Mi señora?

LISARDA.

¿Está

Mi padre acostado?

NISE.

Si.

LISARDA.

¿Don Juan?

NISE.

Recogido ya.

LISARDA.

¿Y nuestra presa?

NISE.

Estará

Llorando; que siempre así  
La veo noches y días  
Lamentar su destruicion.

LISARDA.

Ruina sus lagrimas son  
De las confusiones mías.  
¿Qué hace Celia?

NISE.

Está esperando

A la puerta con secreto  
A aqueste galán.

LISARDA.

Pues cuando

El entre aquí, sin respeto  
Me trata, disimulando  
Quien soy; porque ha de pensar,  
Viéndome en este lugar,  
Que la dama presa soy,  
Y que aquí por él estoy.

NISE.

Pues ya he sentido pisar  
Cobardemente.

LISARDA.

Sin duda

Viene ya.

ESCENA XIII.

CELIA, DON CÉSAR. — LISARDA, NISE.

DON CÉSAR.

Favor me dé  
La noche trémula y munda.

CELIA.

Pisa con tiento, porque  
Lisarda no está desnuda,  
Y duerme el Gobernador  
Aquí cerca.

DON CÉSAR.

Déme amor

Sus alas.

LISARDA.

Vengais con bien.

DON CÉSAR.

Donde esos ojos me den  
Nueva luz y resplandor.

LISARDA.

Celia, ponte tú á esta puerta,  
Que á ese cuarto corresponde  
De tu señor, y está alerta;  
Y tú, Nise amiga, donde  
Está Lisarda.

NISE.

Voy muerta

De temor.

LISARDA.

¿Qué te acobarda?

NISE.

Ver que está Lisarda allí.

LISARDA.

No temas, sus puertas guarda.

NISE.

Bien conviene hacerlo así,  
Que es un demonio Lisarda:  
Mujer es, que si supiera  
Que esto en su casa pasaba,  
Dos mil extremos hiciera.

DON CÉSAR.

¿Cuánto el alma descaba,  
Señora, que se ofreciera  
Para hablaros ocasion!  
Porque en laberintos vivo  
De una y otra confusion,  
Y no alcanzo ni percibo  
La causa desta prision.

LISARDA.

Pues fácil es de entender;  
Que buscando una mujer,  
Que robada habeis traído,  
Por eso á mí me han brendido.

DON CÉSAR.  
¿Mujer? ¿Cómo puede ser?

LISARDA.  
Siéndolo.

DON CÉSAR.  
Malos desvelos  
Vuestro ingenio agora halló  
Para salvar mis reuelos.  
¿Hombre tan bajo soy yo  
Que no pudiera dar celos?  
¿Y que si mujer tuviera  
Conmigo, estando los dos  
Juntos, tan humilde fuera  
Que á sus ojos eonsintiera  
Veros y hablarlos á vos?  
Vos me disteis á entender,  
Con el asombro y el ruego,  
Que os importaba no ser  
Conocida; y desde luego  
Empezásteis á temer:  
Luego ya tendréis por qué  
Guardaros; luego no fue  
Prenderos por otra allá,  
Si, desengañados ya,  
Os tienen presa; yo sé  
Que de algun celoso ha sido  
Diligencia: su mal fuerte  
Así vengar ha querido.

LISARDA  
¿Pues hubiera yo tenido  
Galan de tan poca suerte,  
Que con tan bajos desvelos  
Vengara sus deseconsuelos?  
No soy tan humilde, no,  
Ni tan poco dama yo  
Que no pudiera dar celos.  
Creed que soy principal  
Mujer, y que siendo tal,  
Puede haberme sucedido  
El lance que habeis sentido.

DON CÉSAR.  
Si ereo; mas saber cuál  
Quisiera.

LISARDA.  
Sentaos aquí.

(Al irse Don César á sentar se dispara la pistola de la cinta.)

DON CÉSAR.  
¿Válgame Dios!

LISARDA.  
¿Ay de mí!  
CELIA.

¿Muerta soy!  
DON CÉSAR.  
Se disparó  
La pistola.

NISE.  
¿Triste yo!  
GOBERNADOR. (Dentro.)  
¿Qué es eso? ¿Quién anda ahí?

LISARDA.  
Responded: ¿ay de mí triste!  
NISE.  
¿Quién podrá? ¿que estoy turbada!  
CELIA.

¿Yo estoy muerta!  
DON CÉSAR.  
¿Quién resiste  
Una desdicha causada  
De un acaso?

CELIA.  
Ya se viste;  
Que á la escasa luz, que está  
Dentro del enarto le veo  
¿omar sus vestidos: ya  
e pone en pie.

LISARDA.  
¿Mi fin creó!  
DON CÉSAR.

¿Qué haré?  
LISARDA.  
Esa ventana da  
A un patio, y él al portal;  
Arrojaos, señor, della,  
Y abrid la puerta; que es tal,  
La desdicha de mi estrella,  
Que me previene mas mal  
Del que presumis. Yo os doy  
Palabra que de quien soy  
Os informe, y que sepais  
A quién engañado amais.

DON CÉSAR.  
Por vos á matarme voy. (Vase.)

ESCENA XIV.  
EL GOBERNADOR, con espada. — L.  
SARDA, CELIA, NISE.

GOBERNADOR  
¿Quién salió agora de aquí?  
LISARDA.  
Nadie, señor. (¡Ay de mí!)  
GOBERNADOR.  
¿Qué tienes? ¿Tú tan turbada?

LISARDA.  
La pistola disparada  
Me turbó, euando la oí. (Dentro ruido.)

GOBERNADOR.  
¿Y aquello qué es?  
LISARDA.  
Yo, señor,  
No sé nada.

GOBERNADOR.  
Tomar quiero  
Esta luz, aunque en rigor,  
Si perdi el honor, no espero  
Que con luz hallé el honor. (Vause.)

Portal de la casa.

ESCENA XV.  
DON CÉSAR. á oscuras; despues EL  
GOBERNADOR, DON JUAN.

DON CÉSAR.  
En notable confusion  
Estoy la puerta buseando,  
Sin discurso y sin razon,  
En las sombras tropezando  
De mi misma turbacion.  
¿Qué en casa hubiese de ser  
Del Gobernador! ¡ay cielos!  
¿Qué remedio han de tener  
Mis desdichas y reuelos?  
Ciego estoy: ¿qué puedo hacer?  
Con la puerta no he encontrado.  
Este es sin duda el portal,  
Pues con una silla he dado  
De manos, que es puesto tal  
Su lugar determinado.  
Ya que remedio no espero  
Mayor en tal desventura,  
En ella esconderme quiero.  
Dejemos á la ventura  
Algo en lance tan severo.

(Métase en una silla de manos. Salen por una puerta el Gobernador con la luz y la espada desnuda, y por otra Don Juan con espada desnuda.)

GOBERNADOR.  
Aquí fué el ruido; acudid  
A las puertas, no se vaya.  
DON JUAN.  
Como tus voces oí,  
Señor, salí de la cama.

GOBERNADOR. (Ap.)  
A aumentar mis confusiones.  
DON JUAN.

¿Qué es esto?  
GOBERNADOR.  
No ha sido nada.  
(Ap. ¿Disimulemos, honor!)  
Pensé que en mi cuarto andaban,  
Sall á verlo, y ya me pesa;  
Porque mirando la casa  
Toda, no he encontrado á nadie:  
Y solo sirvió el mirarla,  
(Siendo solo una ilusion)  
De despertar á Lisarda,  
Que ya estaba reecogida;  
Y así...

DON JUAN.  
Señor, no te engañas  
En pensar que ha habido gente;  
Porque yo esenehé que andaban  
Aquí, y ruido como euando  
Se arroja de una ventana  
Una persona.

GOBERNADOR.  
(Ap. ¿Qué en vano  
Quise desmentir mi infamia!)  
Yo estoy ya desengañado,  
Que anduve toda la casa;  
Mas si tú no lo estás, tomá  
La luz y vuelve á mirarla.  
(Toma Don Juan la luz.)

DON JUAN.  
Ponte, señor, á esa puerta  
Para que ninguno salga,  
Que yo la miraré.

GOBERNADOR.  
Aquí  
No hay nada.  
DON JUAN.  
Si no se guarda  
En esta silla de manos.

GOBERNADOR.  
Pues bien fácil es mirarla.  
(Ve Don Juan en la silla á Don César,  
y él le hace señas que calle.)

DON JUAN. (Ap.)  
¿Válgame el cielo! ¿qué veo?

GOBERNADOR.  
¿Hay alguien?  
DON JUAN.  
Aquí no hay nada.  
(Ap. ¿Pluguiera á Dios!)

GOBERNADOR.  
Lo demás  
Yo lo he visto.

DON JUAN.  
Cosa es llana,  
Que yo me engañé, señor:  
Sin duda el aire que pasa,  
Alguna puerta cerró,  
Y esto fué del ruido eausa;  
Y así, vuélvete, señor.

GOBERNADOR.  
Véte, Don Juan, á tu cama,  
Seguro que no hubo gente.

DON JUAN.  
Vélo tú de que fué vana  
Mi ilusion, que yo lo estoy.  
(Vase el Gobernador.)

ESCENA XVI.  
DON JUAN; DON CÉSAR, en la silla.

DON JUAN.  
El presume que me engaña,  
Y yo que le engaño á él,  
Y los dos con una traza,  
Nos estamos desmintiendo  
Uno á otro las desgracias.  
¿Válgame el cielo! ¿qué haré



Rn confusión tan extraña?  
 ¿César escondido aquí!  
 César dentro de mi casa.  
 Y yo apadrinando á César!  
 Tercero soy de mi infancia.  
 Bien dijo que no podía  
 Decir quién era la dama;  
 Mas no pudiera decirlo  
 (¡Ay cielos!) siendo Lisarda.  
 Yo tengo ofendida aquí  
 La amistad, la confianza  
 Y el honor: pues dispongamos  
 A tres culpas tres venganzas.  
 En la silla donde está  
 Le mataré á puñaladas  
 ¿Pero cómo cumpliré  
 El homenaje y palabra  
 De volverle á la prisión?  
 ¿Quién vió confusiones tantas?  
 ¿He de quitar yo una vida  
 Que he jurado de guardarla?  
 ¿Qué es esto, cielos? ¿qué es esto?  
 ¡Hoy, en acciones contrarias,  
 Una mano le defiende,  
 Cuando otra mano le mata!  
 Pero á toda ley, él muera!  
 Que donde el honor se agravia,  
 No hay palabra ni decoro,  
 Ni riesgo que tanto valga. —  
 César.

(Sale Don César de la silla.)

DON CÉSAR.

Corrido de verte,

Salgo á arrojarle á tus plantas.

DON JUAN.

Sieme, César, y deja  
 Ceremonias excusadas.

DON CÉSAR.

¿Dónde me llevas?

DON JUAN.

Yo solo

Voy, y con capa y espada:  
 No te receles.

DON CÉSAR.

No temo

De tu sangre y de tu fama  
 Traición; qué si lo pregunto,  
 Es porque, ciego, no lagas  
 Cosa que quieras despues,  
 Y no puedas, remediála.

DON JUAN.

¿Cómo?

DON CÉSAR.

Como, si me escuchas,  
 Satisfacciones...

DON JUAN.

¿Pues haylas?

DON CÉSAR.

Si.

DON JUAN.

¡Plegue á Dios!

DON CÉSAR.

Las oírás

Aquí, y si de aquí me sacas,  
 No; que para aquí es la lengua,  
 Y para fuera la espada.

DON JUAN.

¿Qué satisfacciones hay,  
 Para haber con culpas tantas  
 Hoy ofendido mi honor,  
 Mi amistad y confianza?  
 Mi honor, pues te has atrevido  
 A quebrantar esta casa;  
 Mi amistad, pues que sabiendo  
 Que soy dueño de Lisarda,  
 La solícitas y sirves;  
 Mi confianza, pues hallas  
 En ella un tercero infame,

He quien contra mí te valgas.  
 Mira si tengo razon  
 De quejarme, pues agravias,  
 Siendo ingrato amigo, honor,  
 Amistad y confianza.

DON CÉSAR.

Cuando de los dos alguno  
 Por culpa esté, ó ignorancia,  
 Ofendido, soy yo solo  
 A quien indicas y agravias  
 De traidor y falso amigo,  
 Siendo para mí las aras  
 De la amistad un altar,  
 En quien sacrificio el alma  
 A tu honor. La causa fué  
 De quebrantar esta casa,  
 Vivir en ella quien della  
 No depende: es una dama.  
 Que está aquí presa, y con quien  
 Me prendieron. Esto basta,  
 Para que cortés y amante  
 Venga á verla, si me llama.  
 Tu amistad no está ofendida;  
 Que negarte yo mi dama  
 Fué decoro, fué respeto  
 Que tuve á la sombra y casa  
 De tu esposa; pues no quise  
 Decir que á su lado estaba  
 Mujer á quien yo mirase.  
 La confianza que falta,  
 Tan grande la hice de ti,  
 Que por ver que si agraviable  
 Esta casa, á quien tú tienes  
 Obligaciones tan altas,  
 Me habías de dar la muerte,  
 Lo callé; con cuya causa  
 Está tu honor satisfecho,  
 Tu amistad desengañada,  
 Tu confianza contenta;  
 Pues tú solamente agravias,  
 Quejándote de mi honor,  
 Amistad y confianza.

DON JUAN.

Aunque todas son disculpas,  
 No son disculpas que bastan:  
 Dame, para responderte,  
 Término de aquí á mañana.  
 DON CÉSAR.  
 Si haré, y allá en la prisión  
 Estaré.

DON JUAN.

En ella me aguarda.

DON CÉSAR.

Pues hasta mañana, adios.

DON JUAN.

Adios pues, hasta mañana.

## JORNADA TERCERA.

Sala en casa del Gobernador.

### ESCENA PRIMERA.

DON JUAN; despues CELIA.

DON JUAN.

Desde que la aurora fría,  
 Envolta en blanco arrebol,  
 Despierta diciendo al sol  
 Que es hora que venga el día,  
 Me tiene la pena mía  
 A estos umbrales clavado;  
 Que así quiere mi cuidado  
 Sus penas averiguar:  
 Y á esta presa no han de dar  
 Papel, aviso ó recado.  
 Hasta que la hable primero,  
 Cogiéndola inadvertida  
 Yo; que, á precio de mi vida,  
 Ver mi desengaño quiero.

Si en imaginarme muere,  
 Muera en saberlo; y si es tal  
 Que es á mi sospecha igual,  
 No haya en mis desdichas medio,  
 Y muramos del remedio,  
 Si hemos de morir del mal.  
 Esta es Celia. — ¡Oh Celia mía!

(Sale Celia.)

CELIA.

¡Mi señor! pues ¿á esta hora?

DON JUAN.

Dime, ¿qué hace tu señora?

CELIA.

Vestirse agora queria.

DON JUAN.

Saldrá á dar segundo día  
 Al campo.

CELIA.

A servirla voy.

¿Mandas algo?

DON JUAN.

Di que estoy

Adorando estos mimbres. —

(Vase Celia.)

¿Qué de penas, qué de males  
 Padece un celoso! Hoy  
 No saldrá la que yo quiero;  
 Pero tarde, aunque la aguarde;  
 Que viendo que viene tarde  
 El desengaño que espero,  
 Sin duda que es lisonjero;  
 Que si desengaño fuera  
 Mortal, tan presto viniera,  
 Que un instante no tardara.  
 ¡Oh! quién se desengañara!  
 ¡Oh! quién sin temor se viera!

## ESCENA II.

EL GOBERNADOR. — DON JUAN.

GOBERNADOR.

Don Juan.

DON JUAN.

Señor.

GOBERNADOR.

¿Pues aquí

Tan de mañana? Yo creo  
 Que con un mismo deseo  
 Madrugamos.

DON JUAN.

¿Cómo así?

GOBERNADOR.

Vos para buscarne á mí,  
 Y yo á vos.

DON JUAN.

¿Qué me mandais?

GOBERNADOR.

Porque de mi amor venís  
 El cuidado, ya no quiero  
 Dilatar el lisonjero  
 Favor que amando esperais.  
 Y porque sé del que aguarda  
 Cuánto suele padecer,  
 Esta noche habeis de ser  
 Dueño feliz de Lisarda.

DON JUAN. (Ap.)

¡Otro temor me acobarda!

GOBERNADOR. (Ap.)

Así las sospechas mías  
 Aseguro.

DON JUAN.

Si tenías

Por unos días, señor,  
 Dilatado este favor,  
 Dilatado algunos días:  
 Yo esperaré.

GOBERNADOR.

Yo aguardaba  
 Componer algunas cosas.

Para este caso forzosas;  
Ya lo están.

DON JUAN. (Ap.)  
¡Confusion brava!

GOBERNADOR.

(Ap. Aun peor está que estaba;  
Pues el que lo procuró  
Lo dilata; anoche vió,  
Sin duda, lo que yo vi.)  
Si hoy, Don Juan, no dais el sí,  
Mañana no querré yo.

(Vase.)

DON JUAN.

¡Qué prisa! Mas la que aquí  
Viene, es... ¡Muramos, cielos,  
Que no hay quien calle con celos!

### ESCENA III.

FLERIDA.—DON JUAN.

FLÉRIDA.

Señor, ¿tan temprano?

DON JUAN.

Si,

Y por solo verte á ti  
Tanto he madrugado hoy.

FLÉRIDA.

Siempre á tu servicio estoy.

DON JUAN.

Fiada en mi calidad,  
¿Me dirás una verdad?

FLÉRIDA.

Esa palabra te doy.

DON JUAN.

Bien puedes de mí fiarte,  
Porque siendo quien sospecho,  
De mi vida y de mi pecho  
Has de tener mucha parte.  
No temas, pues, declararte  
Conmigo. ¿Conoces, di,  
A César Ursino?

FLÉRIDA.

Si,

Y al cielo, señor, pluguiera  
Que nunca le conociera,  
Pues por él estoy aquí:  
Por él mi opinion difunta  
Yace en brazos del castigo.

DON JUAN.

(Ap. No dice mal el testigo  
A la primera pregunta.)  
¿Diste de noche ocasion  
Para hablarle?

FLÉRIDA.

Muchas son

Las ocasiones que di,  
Con harto riesgo.

DON JUAN.

(Ap. Eso sí;  
¡Dadme albricias, corazon!)  
Dime, en fin, si en un jardin  
Pasó...

FLÉRIDA.

No prosigas, no;  
Que en un jardin sucedió  
Toda mi desdicha, en fin.  
Testigo doy á un jazmin  
De mi tragedia cruel,  
Que estando los dos en él...

DON JUAN.

Ya basta, no digas mas,  
Que vida y alma me das.  
(Ap. Perdóname, amigo fiel,  
El temor que me acobarda;  
Ya mi desengaño vi.)  
Desto que ha pasado aquí,  
No digas nada á Lisarda,  
Y quédate adios. (Quiere irse.)

FLÉRIDA.

Aguarda.

¿Dónde de esa suerte vas?

DON JUAN.

Pues satisfecho me has,  
Ver á César es razon,  
Que me espera en la prision.  
No tengo de saber mas. (Vase.)

### ESCENA IV.

FLERIDA; despues LISARDA, CELIA.

FLÉRIDA.

¿A ver á César? ¿qué es esto?  
Que el inquirir y el saber,  
Y el decir que le va á ver,  
En nuevas dudas me ha puesto;  
Pero fácil es, supuesto  
Que con lo que preguntó  
Quiso saber si era yo:  
Con lo que le respondí,  
Confirmó luego que sí.  
Pues albricias se pidió.  
En decir que le va á ver  
Claramente me decia  
Que de su parte venia;  
En la prision, da á entender  
Que está preso. ¿Qué he de hacer  
Sino ir?

(Salen Lisarda y Celia.)

LISARDA.

¿Dónde?

FLÉRIDA.

Señora,

Pues que mi humildad no ignora  
Que tuyo mi bien será,  
Has de saber que aquí está  
Preso el que yo busco. Agora  
Lo supe, y él ha sabido  
(A tanto mi dicha pasa)  
Que estoy, señora, en tu casa.  
¡Oh qué gran ventura ha sido  
Haber á ella venido;  
Pues no me podrá culpar  
De que no me supe honrar  
En su ausencia! ¡Loca estoy!  
¿Que á César he de ver hoy? (Vase.)

### ESCENA V.

LISARDA, CELIA.

LISARDA.

Celia, añade otro pesar.

CELIA.

¿Qué pesar?

LISARDA.

Solo en los celos,  
Ménos lances á ver llega  
El que mira, que el que juega.  
¿Posible es que en mis recelos,  
Mis penas y mis desvelos  
No ves un temor que lucha?  
¿No ves que mi pena es mucha?  
¿Y que cuando un lance acaba,  
Vuelve á estar peor que estaba?

CELIA.

Dime, ¿de qué suerte?

LISARDA.

Escucha:

Dijo el portuges Virgilio  
En una dulce cancion:  
«Vi el bien convertido en mal,  
Y el mal en otro peor.»  
En otra parte un discreto  
Hidras cortadas llamó  
A las desdichas, pues donde  
Una muere, nacen dos.  
Tal me ha sucedido á mí;  
Pues cuando contenta estoy

De haber de un temor salido,  
Voy entrando á otro temor.  
Preso un día me juzgué,  
Y tan bien me sucedió,  
Que escapé de aquel peligro;  
Mas pagando la pension  
De los celos, que una dama  
Robada entónces me dió;  
Así que, alegre al principio,  
Y despues con mas dolor,  
Vi el bien convertido en mal,  
Y el mal en otro peor.  
Vino anoche aquel hidalgo,  
Saliendo de su prision  
Por verme; pedile celos;  
Si me satisfizo ó no,  
No lo sé; pero ya basta  
Que me satisface yo.  
Estando los dos hablando,  
La guia se le trabó  
De la espada á una pistola,  
Que no estaba en el fiador.  
No tenemos que argüir  
Si pudo ser, pues se vió  
Muchas veces, y un acaso  
Es la desdicha mayor.  
Sali deste susto luego;  
Que viendo que no le halló  
Mi padre, juzgué sin duda,  
Y no con poca razon,  
Que cayendo en el portal,  
Abierta la puerta halló.  
Y cuando deste suceso  
Daba gracias al amor,  
Vi el bien convertido en mal,  
Y el mal en otro peor.  
Esta presa vino aquí  
Tras de un hombre que la dió  
Palabra de casamiento,  
El cual, por una cuestion,  
Huyendo vino: este hombre,  
De mi libertad ladrón,  
Huyendo vino tambien  
Por cosas que cometió:  
Por cuanto pudiera ser  
El que esta dama buscó;  
Pues convienen en las señas  
De estar aquí, y en prision.  
Mira si me viene bien,  
Entre tanta confusion,  
Aquel adagio vulgar  
Que dice en pública voz:  
«Aun peor está que estaba»,  
Y aquella dulce cancion.  
Cuando diga á cielo y tierra,  
Mar y viento, luna y sol:  
Vi el bien convertido en mal,  
Y el mal en otro peor.

CELIA.

Señora, cuando en el mundo  
Solo hubiera un matador,  
Justamente discurrias  
En pensarlo; pero no  
Cuando hay tantos, porque ya  
Todos los hombres lo son  
Tres hay en una baraja  
Sola; deja esa ilusion;  
Que si los celos hicieron  
Tal figura, porque son  
Astrólogos, por lo mismo  
No debes creerlos, no.

### ESCENA VI.

CAMACHO.—DICHAS.

CAMACHO.

Lo de éntrome acá, que llueve,  
Y el cuélome de rondón.  
Son frases de este caso.  
Yo he de salir, ¡vive Dios!  
Deste encante.



CELIA.

Aquel criado  
De Fabio hasta aquí se entró.

LISARDA.

¿En esta casa el criado?  
El sin duda la avisó,  
De cómo en esta ciudad  
Está preso su señor.  
Averiguarlo pretendo;  
Y pues que nunca me vió  
El rostro, disimulemos.

CELIA. (A Camacho.)

¿Cómo sin mas atencion  
Os entraís aquí?

CAMACHO.

Entré andando;  
Si os he ofendido á las dos,  
Andando me volveré  
Al mismo compas y son.  
De lo cierto y lo galano  
Del danzar se me pegó,  
Que pié derecho deshaga  
Lo que pié izquierdo empezó:  
Y así me iré como vine.

LISARDA.

Decid, soldado, ¿quién sois?

CAMACHO.

A saberlo yo, os hiciera  
En eso poco favor,  
Pero no puedo decirlo,  
Porque yo no sé quién soy.  
Tan encantado me tiene  
Un amo que Dios me dió,  
Que yo no sabré de mí,  
Que ando en las selvas de amor,  
A lo de escudero andante,  
Siguiendo embozado un sol.  
Y hablando en capa y espada,  
Aquí busco á la mayor  
Invencionera de Europa:  
Si es alguna de las dos,  
Una dama que está aquí  
Presa, por un solo Dios  
Me lo diga; porque vengo  
Peregrino en estacion  
Solo á verla; que mi amo  
La cabeza me quebró,  
Su belleza encareciendo,  
Y quisiera verla yo  
A trueco de que me deje.

CELIA. (A Lisarda.)

¿Ves, señora, si mintió  
El astrólogo?

LISARDA.

No hizo;  
Que él busca la presa, y no  
Se tiene por presa ella.

CELIA.

¿Sutil imaginacion!

LISARDA.

Y en tanto que celos mienten,  
Diga verdades amor.—  
¿Tanto la encarece? (A Camacho.)

CAMACHO.

Sí.

LISARDA.

¿Qué? ¿belleza, ó discrecion?

CAMACHO.

Todo; que es dama *in utroque*,  
Como grado de doctor.

LISARDA.

¿Alácala mucho?

CAMACHO.

Mucho.

LISARDA.

¿Y está enamorado?

CAMACHO.

No.

No es esto porque la quiere;  
Porque otro primero amor  
Le tiene mas divertido;  
Porque esta dama de hoy  
Aun no pinta, sino borra.

LISARDA.

¿Qué borra?

CAMACHO.

Eso no sé yo,  
Ni entiendo; mas me parece  
Que os habeis sentido vos  
De que borre. Si sois ella,  
Decidme lo.

LISARDA.

(Ap. ¡Muerta estoy!)

Pues adivido, villano,  
Infame, falso, traidor,  
Yo no soy sino Lisarda,  
Hija del Gobernador,  
Y en mi casa no se usa  
Tratar ni sentir de amor.  
En tanto que está en mi casa  
Esa mujer, no es razon  
Que soliciteis hablarla;  
Que es sagrado del honor  
Esta casa. Y si volveis  
Aquí otra vez, ¡vive Dios!  
Que haré que cuatro criados  
Os echen por un balcon.

CAMACHO.

Pesaráme; y con tres basta;  
¿Qué son tres? sobrarán dos;  
¿Qué son dos? bastará uno;  
¿Uno? medio, un cuarteron.  
Un brazo, una mano, un dedo,  
Una uña sola bastó;  
Y así, me voy ántes que  
Ellos me arrojen. Adios.

(Vase.)

## ESCENA VII.

LISARDA, CELIA.

LISARDA.

Aun en los menores gustos  
Es mi desventura tal,  
Que el bien se convierte en mal.

CELIA.

Temores han sido injustos,  
Para sentirlos así.

LISARDA.

Ya lo llegué á imaginar,  
Y me he de desengañar.  
Hoy un papel le escribí,  
Y diciendo, Celia, fué,  
Que si dinero ó favor  
De su prision el rigor  
Pueden quebrantar, saldré  
A verle donde él quisiere,  
Fingiéndolo que yo tambien  
Quebranto mis guardas.

CELIA.

Bien.

LISARDA.

Y donde quiera que él fuere,  
Llevaré en mi compañía  
Esta dama; y siendo él,  
(¡No permita amor cruel  
Tan grande desdicha mia!)  
Desistiré de mi amor;  
Y si no, venceré, amando,  
Tantos imposibles.

CELIA.

Cuando

Sea el París de su honor,  
Hallándote de ese modo  
En irle á ver empeñada,  
Fuerza es volver desairada.

LISARDA.

Ingenio habrá para todo.

## ESCENA VIII.

FLERIDA, con manto. — DICHAS.

LISARDA.

Laura, ¿dónde vas así?

FLERIDA.

Con tu licencia, señora,  
Voy á una prision ahora,  
Donde está el alma.

LISARDA.

(Ap. Ay de mí!

Di que á matarme, y dirás  
Mejor. ¿Cómo he de sufrir  
Quedar yo, viéndola ir,  
En duda si es él?) ¿No hay mas,  
En las casas principales,  
De toniar el manto, y voy  
Donde quiero?

FLERIDA.

Tal estoy,

Que no me dejan mis males  
Discurrir con atencion;  
Ni es mucho, quien vino así  
Desde Nápoles aquí,  
Vaya de aquí á una prision.

LISARDA.

Con todo eso corre ya  
Por cuenta de quien te tiene  
En casa tu honor: si viene  
Mi padre, ¿qué nos dirá?

FLERIDA.

Yo volveré ántes que venga;  
Que no es, señora, muy tarde.

LISARDA.

Has de ir conmigo esta tarde  
A una visita.

FLERIDA.

¿Que tenga

Paciencia para no verle,  
Quieres?

LISARDA.

Hete menester.

FLERIDA.

Al instante he de volver,  
Que no quiero mas de verle.

LISARDA.

Pues eso no quiero yo.

FLERIDA.

Luego te vedré á servir.

LISARDA.

No te canses, que no has de ir.

FLERIDA.

Tú no te canses, que no  
Puedo, si en esto consiste.

## ESCENA IX.

EL GOBERNADOR.—DICHAS.

GOBERNADOR

¿Las dos en contienda igual?

LISARDA.

(Ap. A fe que has de hacer por mal,  
Lo que por bien no quisiste.)  
Quiérese de casa ir. (Al Gobernador.)  
Sin hablarte á ti primero.

FLERIDA.

Sí, señor, porqueirme quiero.

GOBERNADOR.

¿No hay mas de «quiénome ir?»

FLERIDA.

Yo confieso que debiera  
Tu licencia pretender;  
Mas si llegaste á saber  
Quién soy, y de qué manera  
Aquí estoy, no es liviandad  
Ir, si el alma lo desea.  
Adonde mi esposo vea,  
Que está preso.

GOBERNADOR.

Así es verdad;

Mas porque no le veais  
Presa habeis estado aquí.

FLÉRIDA.

¿Presa, señor? ¡ay de mí!

GOBERNADOR.

¿Ya tan olvidada estais?

¿No os acordais del jardín?

FLÉRIDA.

Sí, y el alma lo confiesa.

GOBERNADOR.

¿No vinisteis desde él presa?

LISARDA. (Ap.)

Llegó nuestro engaño al fin.

FLÉRIDA.

¿Presa yo? Mirad que no.

GOBERNADOR.

¿Yo mismo no os hallé allí?

FLÉRIDA.

¿Pues yo no me vine aquí?

GOBERNADOR.

¿Pues no os envié presa yo?

FLÉRIDA.

Dí, señora, por tu vida,  
Esto.

LISARDA.

¿Presa no viniste?

Por señas que me dijiste

Que te hallaron escondida

Dentro de la misma casa.

Pues yo ¿de qué lo supiera,

Si tu voz no lo dijera?

FLÉRIDA.

¿Qué es esto que por mí pasa!

GOBERNADOR.

Y aun lo negará con eso.

Pues quedáis solas las dos,

Acuérdaselo por Dios,

Que quiere quitarme el seso. (Vase.)

FLÉRIDA.

¿Presa me trajeron?

LISARDA.

No.

FLÉRIDA.

¿Pues quién tal rigor abona?

LISARDA.

Laura, esto es fuerza; perdona,

Porque primero soy yo.

Vente esta tarde conmigo,

Todo el suceso sabrás,

Y de esas dudas saldrás.

FLÉRIDA.

¡Paciencia! Tu sombra siga. (Vanse.)

—

Prision de Don César.

ESCENA X.

DON JUAN, DON CESAR.

DON JUAN.

César, corrido vengo  
De haber de vuestro amor desconfiado;

Mas por disculpa tengo

Que pintan al Amor ciego y vendado,

A quien dieron los cielos,

Para que le guiasen, á los celos

Mozos de ciego han sido

(No os parezca hajeza este conecto);

Ellos han condeuido

A Amor por donde quieren; y el sujeto

Y humilde á obedecellos.

Ha de creer lo que dicen ellos.

La respuesta que dije

Que hoy os habia de dar, ha sido esta;

Ningun temor me afige,

Admitid la disculpa por respuesta;

Ya yo estoy satisfecho; [cho.

Mas si vos no lo estais, rompmede el pe-

DON CESAR.

Don Juan, aunque pudiera

Agraviarme de vos, la queja mia

Remito; que no fuera

Amigo, como soy, si el primer dia,

Que os disgustais conmigo,

No os sufriera un defecto como amigo.

Confieso que era fuerte

La ocasion que tuvisteis, y confieso

Que el no darme la muerte

Entonces, fué valor; pero tras eso,

De otro hombre no sufriera,

Que mis satisfacciones no admitiera.

¿Cómo os desengañasteis?

DON JUAN.

Si fué eso hacer á mi amistad agravio,

¿Para que me acordasteis

Que os ofendi? Ya el corazon, ya el la-

Este secreto sella. [bio

Bella es la presa vuestra.

DON CESAR.

¿No es muy bella?

DON JUAN.

Sí; mas junto á Lisarda

Es junto al dia una tiniebla oscura,

Es una nube parda

Junto al sol: es un mar de la hermosura;

Ninguna se le atreve,

Que como arroyos fáciles los bebe.

DON CESAR.

Cuando tan bella sea,

No será tan discreta y entendida.

¿Quereis, Don Juan, que os lea

Un papel, pues la máscara corrida

Tiene amor, y á los dos, en penas tales,

Comunes son los bienes y los males?

DON JUAN.

Haréisme mucho gusto.

DON CESAR.

Mucho lo he encañecido, y no me atrevo.

ESCENA XI.

CAMACHO. — Dichos.

CAMACHO.

¿Que salí de aquel susto? [vo!

¡Gracias á Dios que el pié turbado mue-

DON JUAN.

¿Qué es eso?

DON CESAR.

¿De qué son las confusiones?

CAMACHO.

Vienen tras mí erizados y balcones.

Yo quise ver tu presa,

Por ver si era tan bella y tan gallarda

Como tu voz confiesa,

Y con un diablo hallé de una Lisarda,

La cual enfurecida

De saber á qué fuese mi venida,

Me dijo: «Esta no es casa

Donde á nadie se busca con recados;

Y si esto otra vez pasa,

De un balcon mandaré á cuatro erizados

Que os cehen.»

DON JUAN.

Eso creo muy bien della,

Porque es tan recatada como bella.

Mas el papel leamos,

Y aquece ingenio singular veamos.

DON CESAR. (Lee.)

«Si podeis sobornar vuestras guar-

das, como yo las mias, saldré esta

tarde á veros; mas con tres condicio-

nes: que tengais una silla á la puerta

de la iglesia mayor, y una casa donde

pueda hablaros, y os dejeis en casa

de la pistola.»

DON JUAN.

Buen estilo, y cortésano;

Pero temerario intento

Me ha parecido.

CAMACHO.

Oye un cuento:

Llevando un dia un villano

Una sogá y una estaca,

Una cabra, una cebolla,

Una polla y una olla,

Halló una grande bellaca.

Llamóle, y dijole: Gil,

Ven acá, parlemos hoy

En este campo.—Si voy

Cargado de alhajas mil,

(Dijo él) ¿cómo podré,

Sin que se me pierdan todas?

Dijo ella: Mal te acomodas;

Que eres necio bien se ve.

¿Qué llevas?—Tú lo verás,

Una cebolla, una olla,

Cabra, sogá, estaca y polla.—

¿Eso es mucho? ¿Pues hay mas

(Dijo) de hincar en el suelo

La estaca, y cuando lo esté,

Atar la cabra de un pié

Con la sogá, y en un vuelo,

Para asegurarlo mas,

Meter la polla en la holla,

Taparla con la cebolla

La boca, y así estarás

Seguro de que se abra,

Y tendrás, si eso te aloga,

Seguras estaca y sogá,

Pollá, olla, cebolla y cabra?—

Cuando quiere una mujer,

No hay inconveniente humano:

Lo imposible ha de hacer llano.

DON JUAN.

Y al fin, ¿qué pensais hacer?

DON CESAR.

Con gran gusto á hablarla fuera

Si fuera de noche, ó si,

Para salir hoy de aquí,

Licencia el Alcaide diera;

Y luego tuviera adonde

Verla.

CAMACHO.

Tan cargado estás

Como el villano, y aun mas.

DON JUAN.

A eso mi amistad responde:

Licencia, yo la tendré

Del Alcaide; para veros,

Mi cuarto puedo ofreceros

Sin ningun riesgo; porque

Cae á otra calle la puerta.

De aquí en un coche saldréis,

Y todo lo dispondréis

Como esa dama concierta.

CAMACHO.

No está la tramoya mala;

Tan bien lo has acomodado,

Que pienso que has estudiado

La leccion de la zagala.

DON JUAN.

Parte, Camacho, y preven

La silla; la llave es esta

Del cuarto; todo lo apresta

Para que suceda bien.

Ea pues, no tardes, vete.

CAMACHO.

Solo en esto seré presto,

Por ser parecido en esto

Cocinero y alcahete;

Pues sin probar un bocado

De los manjares que ha hecho,

Suele quedar satisfecho

(Vase.)



DON CÉSAR.  
Grandes finezas haceis.

DON JUAN.  
Aquestas albricias doy  
Al desengaño de hoy.

DON CÉSAR.  
¿En efecto, me ofrecéis  
La licencia, casa y cohecho?

DON JUAN.  
No es muy grande demasia,  
Que os quiero llevar de día,  
Porque vos no vais de noche.  
Pero aquí el Gobernador  
Entra.

DON CÉSAR.  
Novedad ha sido,  
Pues á la torre ha venido.

## ESCENA XII.

EL GOBERNADOR, CRIADO S.—DICHOS.

GOBERNADOR.  
Don Juan, ¿aquí estáis?

DON JUAN.  
Señor,  
Estoy ya preso también.

GOBERNADOR.  
¿Preso vos?

DON JUAN.  
Sí está mi amigo  
Preso, justamente digo  
Que lo estoy yo.

GOBERNADOR.  
Decís bien;  
Pero si ese es argumento  
Que vale, todos lo estamos,  
Pues que servir deseamos  
A Don César.

DON CÉSAR.  
Solo intento  
Callando llevar la palma  
De agradecido; que es mengua,  
Que quiera alzarse la lengua  
Con los afectos del alma:  
Solo te digo que Dios  
Esa vida anmente y guarde.

GOBERNADOR.  
Don Juan, dejadme esta tarde  
A Don César; que los dos  
Tenemos mucho que hablar.

DON JUAN.  
Ya te obedezco.  
DON CÉSAR.  
(Ap. ¡Ay de mí!  
¿Qué buena ocasión perdí!  
Tarde la podré cobrar.)  
Don Juan, ya veis lo que pasa;  
(A él aparte.)

Si acaso hubiere llegado  
La dama con el criado  
A esperarme á vuestra casa;  
Pues es mi tormento tanto,  
Id vos mismo, entrad con ella;  
Que yo sé que estará ella  
Bien tapada con su manto;  
Y decidla que no puedo  
Ir á verla; y pues sabéis  
Quién es, con ella no os déis  
Por entendido; y que quedo  
Muerto decid

DON JUAN.  
Sí diré.  
DON CÉSAR.  
Id en aque-so advertido,  
Que no os déis por entendido  
De quién es, Don Juan.

DON JUAN.  
No haré. (Vase.)

## ESCENA XIII.

DON CESAR, EL GOBERNADOR.

GOBERNADOR.  
Sentaos, Don César, aquí.  
(Siéntanse los dos.)

DON CÉSAR.  
En todo he de obedeceros.

GOBERNADOR.  
Habeis, César, de saber,  
Que en mis mocedades fui  
De Don Alonso Colona  
Grande amigo; y así vengo,  
Con la obligación que tengo  
A su honor y á su persona,  
A hablaros; y no os parezca  
Que como juez he venido.  
El, en efecto, ha querido  
Que yo á servirle me ofreciera,  
Y haciendo, como hombre sabio,  
Para lograr su quietud,  
La necesidad virtud  
Y obligación el agravio,  
Vuestro perdón ha ganado,  
Y en este pliego os lo envía;  
Porque á este remedio fia  
El ver su honor restaurado.  
Dice en fin, que como vais  
Casado con su hija bella,  
A su casa vos y ella  
Con mucho gusto volvais;  
Que como padre los brazos  
Tendrá abiertos.

DON CÉSAR.  
Vos haceis  
Como quien sois, y ponéis  
En el alma eternos lazos.  
Celos fuéron la ocasión  
De un furor desatinado;  
Mas ya estoy desengañado  
De que fuéron sin razón;  
Y así digo que he de ser  
Desde hoy de Flérida bella,  
Y me casaré con ella.

GOBERNADOR.  
Esta noche se ha de hacer.

DON CÉSAR.  
¿Teneis poder?

GOBERNADOR.  
¿Para qué,  
Si ella y vos estáis aquí?

DON CÉSAR.  
¿Flérida aquí? ¿cómo así?

GOBERNADOR.  
¿Buen descuido es este á fe!  
¿No está aquí? ¿no está en mi casa?

DON CÉSAR.  
Eso, señor, no sabía.

GOBERNADOR.  
¿No la hallé con vos el día  
Que os prendí?

DON CÉSAR.  
¿Qué es lo que pasa?

Señor, si habeis presumido  
Que es esa Flérida bella,  
¡Vive el cielo! que no es ella.

GOBERNADOR.  
¿Cómo puede haber mentido  
Un criado que la vió,  
Y decirlo ella también?

DON CÉSAR.  
¿Ello hay otra presa á quien  
Tengas en tu casa?

GOBERNADOR.

No;  
Es la que con vos estaba  
En el jardín.

DON CÉSAR.  
Es error,  
Que no es Flérida, señor.

GOBERNADOR.  
Ya mi paciencia se acaba.  
Si ella misma me confiesa  
Con mil rendidas razones  
Los amores y ocasiones,  
Si bien niega que está presa,  
¿Puede ser mentira?

DON CÉSAR.  
Pueden  
Convenir á otra mujer  
Esas señas.

GOBERNADOR.  
¿Puede ser,  
Si erizados lo conceden  
Que signiéndola han venido,  
La han visto y desengañado?

DON CÉSAR.  
Pues ha mentido el criado.

GOBERNADOR.  
Haréis que pierda el sentido.

DON CÉSAR.  
Llevaré á vella, y si ella  
Dice delante de mí  
Que es Flérida, desde aquí  
Estoy casado con ella.

GOBERNADOR.  
Decís bien, venid.

DON CÉSAR. (Ap.)  
¡Ay cielos,  
Sacadme de aqueste engaño!

GOBERNADOR. (Ap.)  
¡Dadme, cielos, desengaño  
De tan confusos desvelos!

DON CÉSAR.  
En fin, ella es la que andaba  
Escondida en el jardín?

GOBERNADOR.  
Sí.

DON CÉSAR.  
Pues no es Flérida, en fin.

GOBERNADOR.  
Pues peor está que estaba. (Vanse.)

Habitación de Don Juan en casa del  
Gobernador.

## ESCENA XIV.

LISARDA, FLERIDA, tapadas;  
CAMACHO.

CAMACHO.  
Esta es, señoras, la casa;  
Toda la ciudad rodé,  
Porque no fueseis segnidás.  
Yo apuesto que no sabéis  
Dónde estais.

LISARDA.  
Si hemos venido  
Corriendo siempre, sin ver  
La luz, y en este portal  
Apénas puse los piés,  
Porque dentro desta sala  
De la silla me apeé,  
Imposible es el saberlo.

CAMACHO.  
El órden que traje, fué  
Que, en dejándos aquí dentro,  
Volviese á cerrar despues  
Por defuera. Aquí os quedad,  
Que el hospedaje que veis,  
Aposento es de hombre mozo:

Bien hay que mirar en él.  
Adios.

(Vase)

Cae á ese hermoso verjel,  
Labor hace.

### ESCENA XV.

LISARDA, FLÉRIDA

FLÉRIDA. (Ap.)

Callando he venido

Toda la tarde, porque  
Camacho no me conozca.  
Ya voy echando de ver  
Que es verdad que está aquí César,  
Pues sus criados se ven.  
Pero ¡Lisarda tapada!  
¡Tan disimulado él!

Y yo por testigo desto!  
Quiera Dios que pare en bien

LISARDA.

Desahoguémonos un poco  
Aquí que nadie nos ve,  
Laura. Mas ¡válgame el cielo!  
(Reconoce el cuarto.)

FLÉRIDA.

¿De qué te admiras?

LISARDA.

No sé,

No sé, Laura. ¡Muerta soy!

FLÉRIDA.

¿Qué tienes?

LISARDA.

¿Qué he de tener

Si estoy en mi misma casa,  
Cuando encubrirme pensé  
Para un amoroso efecto,  
Que tú has de saber despues,  
Que para algo te he traído?  
Este aposento que ven  
Tus ojos, es de Don Juan:  
Tú, como huespeda, en él  
No entraste, y no lo conoces;  
Mas yo le conozco bien.

Tiene la puerta á otra calle;  
Que como tapada entré,  
Y vine sin ver por dónde,  
Sin luz, sin norte y sin ley,  
Pájaro nocturno he sido,  
Yo misma he dado en la red.  
¡Ay de mí! ¡yo estoy perdida!  
¿De quién (¡ay cielos!), de quién  
Podré quejarme? De nadie,  
Pues mía la causa fué.

Déjame desengañar,

Déjame reconocer

Si es verdad, si es ilusión.

¿Mas quién en el mundo cré

Que, señas que han de matar,

Mentiras pudiesen ser?

Estas sillas, estos cuadros,

Aquel escritorio, aquel

Espejo, estas colgaduras

Son las mismas. No hay que ver:

Yo estoy en mi misma casa

¿Cómo, ¡cielos! pudo ser?

Mas no tengo de rendirme

De la fortuna al desden;

Si para todo hay remedio,

Para aquesto le ha de haber.

Una puerta deste cuarto

Cae al mío (¡ay Dios!); si en él

Hubiese quien nos abriese...

Pues yéndonos de aquí, bien

Se remediaba el que aquí

No nos hallen, que despues

Alguna disculpa habrá;

Y cuando no, si una vez

Salgo yo de aquí, que nunca

Haya disculpa. Esta es,

Ácecha por esa llave.

FLÉRIDA.

Celia á una ventana, que  
Desde tu cuarto, señora,

LISARDA.

Pues aparta,

Llamaréla.—Celia, ce!

Ah Celia!—No sabe donde

Llaman, como no nos ve,

Y anda loca.—Aquí, á esta puerta.

### ESCENA XVI.

CELIA, dentro. — DICHAS.

CELIA. (Dentro.)

¿Pues quién llama aquí? ¿quién es?

LISARDA.

Yo soy, Celia; si es que puedes

(Luego la ocasion diré),

Abre esta puerta.

CELIA.

La llave

Mi señor ha de tener

Sobre un escritorio; cspere,

Volando por ella iré.

LISARDA.

¡Oh si tan presto vinieses

Como yo te he menester!

FLÉRIDA.

No será posible ya.

LISARDA.

¿Cómo?

FLÉRIDA.

Como oigo torcer

La llave de esotra puerta,

Y entra un hombre.

LISARDA.

Don Juan es.

¿Qué he de hacer? ¡Válgame el cielo!

Ingenio aquí es menester.

Laura, quitame este manto,

Y tápate, en tanto que él

Tarda en volver á cerrar.

Y hagamos del ladrón fiel.

(Toma Flérída el manto de Lisarda.)

### ESCENA XVII.

DON JUAN.—DICHAS

DON JUAN.

No está en la primera sala

Esta dama: querrá ver

Todo el cuarto.—Vos, señora...

¿Mas qué es esto?

LISARDA.

¿Qué ha de ser?

Que soy yo, señor Don Juan,

Tan galante y tan cortés,

Que viendo que os esperaba

Esta dama, sin tener

Quien la hiciese compañía,

Porque tan sola no esté,

Sali de mi cuarto yo,

Por esa puerta que veis,

A acompañarla; que sois

Buen galan, en buena fe.

¡Buen galan y buen esposo!

DON JUAN.

Señora...

LISARDA.

Callad, no deis

Disculpas mal prevenidas.

DON JUAN.

Yo no...

LISARDA.

Sois un descortes

Ingrato, mal caballero,

Poco amante y poco fiel.

DON JUAN.

¿Conocisteis á esa dama?

LISARDA.

¿Pues habia yo de ser  
Tan ingrata como vos,  
Llegando á reconocer  
A quien no me ofende á mí?

DON JUAN.

Pues escuchad y sabed...

LISARDA.

No estoy tan enamorada,  
Don Juan, que haya menester  
Satisfacción; no son celos  
Estos, sentimiento es  
Del agravio, del desprecio  
Que á mi vanidad haceis.  
En mi casa y á mis ojos  
Embozada otra mujer!  
¡Silla, corridas las puertas,  
Con escudero de á pie!  
¡Criado de puerta afuera,  
Que no saben si lo es  
Los de casa, reservado  
Para cierto menester  
De ser mastin de las damas!  
Todo lo alcanzo y lo sé.

DON JUAN.

Escuchad...

LISARDA.

No hay que decir.

DON JUAN.

Advertid...

LISARDA.

No os disculpeis.

DON JUAN.

Un amigo...

LISARDA.

Ya eso es viejo.

Quereisme dar á entender,  
Que un amigo os pidió el cuarto  
Para hablar á una mujer,  
Cosa entre mozos corriente:  
Frvola disculpa es.

DON JUAN.

Señora, escuchad, por Dios.

LISARDA.

Quien escucha que la dén

Satisfacciones, sin dnda

Se quiere satisfacer;

Yo no quiero, yo no quiero.

Dadme aquesa llave pues

DON JUAN.

No se ha de ir, sin que primero

Sepais...

LISARDA.

No lo he de saber:

Apartaos á ese lado.—

Váyase vuesa merced, (A Flérída)

Mi señora, y agradezca

Que soy quien soy, y es quien es.—

(Ap. Perdóname, amiga mia,

Que esto es fuerza.)

DON JUAN.

¡Oh dura ley

De amistad! Pues no ha de irse,

Sin que primero escucheis

De su boca mi disculpa.

LISARDA.

Si no lá quiero saber,

¿Qué me apurais?

DON JUAN. (A Flérída.)

Vos, señora,

Decid si me conoceis,

Decid quién es vuestro amante,

O, vive Dios, que diré

Quien sois vos.

LISARDA.

¿Mas voces dais?

¡Oh qué mal pleito teneis!



ESCENA XVIII.

CELIA. — Dichos.

(Sale Celia por la puerta á que llamó Lisarda.)

CELIA.

Señora.

LISARDA. (Ap.)

¿Qué quieres?

CELIA.

Ya

La puerta abrí.

LISARDA.

Tarde fué;

Pero bien está.

CELIA. (Ap. á su ama.)

¿Qué es esto?

LISARDA. (Ap. á Celia.)

Ir con tramoya, y hacer

A esta dama del manjar,

Que la he habido menester.

Mirad si la puerta estaba (A Don Juan.)

Abierta por donde entré.

DON JUAN.

¿Quién os niega esa verdad?

Gente viene (¡ay de mí!), y es

Vuestro padre. Solo os pido

Que esto no deis á entender.

LISARDA. (Ap.)

Primero soy yo que nadie:

Si buena disculpa hallé

Para no darte ni mano

Y librarme á mi, ¿por qué

La he de aventurar?

ESCENA XIX.

EL GOBERNADOR, DON CÉSAR,  
CAMACHO. — Dichos.

GOBERNADOR.

¿Qué es esto?

Vuestras voces escuché,

Y me obligaron, entrando

En casa, á llegar á ver

Qué sucedía. — ¿Tú aquí,

Lisarda?

LISARDA.

Aquí vine...

GOBERNADOR.

¿A qué?

LISARDA.

A visitar una dama.

GOBERNADOR.

¿Dama aquí? ¿Quién puede ser?

LISARDA.

Una dama de Don Juan

Es la tapada que veis.

GOBERNADOR.

Por cierto, señor Don Juan,

Muy poca razon teneis

En entrar así en mi casa...

DON JUAN

Pues tú me matas también,

Perdóneme la amistad;

Que no hay rigurosa ley,

Que diga que por su amigo

Un hombre llegue á perder

El honor, que hoy aventuro,

Si pierdo tan grande bien;

Y puesto que aquesta dama

Poco tiene que perder,

Pues ser dama de Don César

Saben ya cuantos la ven,

Desde el día que tú mismo

La fuiste á prender con él,

Sabe que la dama presa

Que tienes en casa es,

Que para hablar á Don César

Salió esta tarde. Si fué

Mucho yerro hacer espaldas

A un amigo, que me des

Castigo te pido.

FLÉRIDA. (Ap.)

¿Yo

A César hablar ó ver

Quise?

DON CÉSAR. (Ap.)

Si la descubierta

Es la dama que yo hablé,

¿Quién la tapada será?

GOBERNADOR.

Ya descubriros podeis,

Señora, pues conocida

Estais; que yerro no es

Muy grande salir á hablar

A vuestro esposo; y también

Me importa desengañarle

De que sois Flérída; que él

Dice que vos no lo sois.

FLÉRIDA.

Yo lo soy, señor; porque

Mujer que es tan infelice,

Otra no pudiera ser

Sino yo.

DON CÉSAR.

¡Cielos! qué veo!

GOBERNADOR.

Don César, decidme si es

Flérída ahora.

DON CÉSAR.

Si, señor.

GOBERNADOR.

¡Pues bueno es querirme hacer

Loco, diciéndome allá

César, que no podía ser,

Teniendo vos concertado

Salirla esta tarde á ver

Aquí!

LISARDA.

(Ap. Ya estoy consolada

De que no podrá mi bien

Convertirse en peor,

Pues tal desengaño hallé;

Y pues el amor perdi,

No vaya el honor tras él,

Haya ingenio para todo.)

Si todos quereis saber

El fin de las confusiones

Que á este lance padecéis,

Sabed que Flérída hermosa

De mí se vino á valer,

Y yo la traje engañada

Hasta aquí, porque á deber

A otro no llegue su honor:

Castigar á Don Juan fué,

Porque tenga mas respeto

A su casa y su mujer.

FLÉRIDA.

(Ap. ¿Para qué he de averiguar

El cómo, puesto que hallé

Mi honor?) Tuya soy. (A Don César.)

DON CÉSAR.

Y yo,

Puesto que vos lo quereis. (A Lisarda.)

LISARDA.

Si, porque el pesar me quite

Este gusto de hacer bien.

GOBERNADOR.

Pues ya que os brinda el amor,

Hacer la razon podeis,

Don Juan y Lisarda, dándos

Las manos.

DON JUAN. (A Lisarda.)

Tuya es mi fe.

CAMACHO.

El Peor está que estaba

Nunca ha encajado mas bien

Que ahora que están casados;

Y así; *ite, comædia est.*

DON CÉSAR.

Y como noble, senado,

Haced á su autor merced

De perdonarle sus faltas,

Pues se pone á vuestros piés

# EL SITIO DE BREDÁ.

## PERSONAS.

EL MARQUES ESPÍNOLA.  
EL CONDE JUAN DE NASAU.  
EL MARQUES DE BARLANZON.  
PABLOS BALLON.  
EL MARQUES DE BELVEDER.  
DON FRANCISCO DE MEDINA.  
DON FADRIQUE BAZAN.  
DON GONZALO DE CORDOBA.

DON LUIS DE VELASCO.  
DON VICENTE PIMENTEL.  
EL CAPITAN ALONSO LADRON.  
ENRIQUE DE NASAU.  
EL CONDE ENRIQUE DE VERGAS.  
EL PRINCIPE DE POLONIA.  
JUSTINO DE NASAU.  
ALBERTO, *vitejo*.

CARLOS, *niño*.  
MORGAN, *ingles*.  
MADAMA FLORA.  
MADAMA LAURA.  
MADAMA ESTELA.  
UN INGENIERO.  
UN SARGENTO.  
UN ESPÍA, SOLDADOS, VILLANOS, etc.

*La escena es en Bredá y otros puntos; la accion principia en el año 1623.*

## JORNADA PRIMERA.

Campo extramuros de Tornante.

### ESCENA PRIMERA.

ESPÍNOLA, ALONSO LADRON.

*(Toque de cajas y Trompetas dentro.)*

ALONSO.

Hoy es, señor, el venturoso día,  
Que obediente á las órdenes que diste,  
Tornante hospeda tanta bazarria.  
Que el tiempo de lisonjas y honor viste;  
Porque el bronce y las armas á porfia  
Le ven alegre y le oscurecen triste;  
Cuando, confusos entre si, presumo  
Que es la aurora su luz, la noche el bu-

[mo]

Aquí la plaza de armas has mandado  
Hacer, y aquí la frente de banderas,  
Que son ciento y noventa, y numerado  
El ejército ya por sus lileras, [llado  
Es la muestra que han hecho, y se ha ha-  
Que entre propias naciones y extranje-

[ras,

De ejércitos del Rey solo son treinta  
Y cuatro mil seiscientos y noventa.  
Las del país, que llaman *escogidos*,  
Son dos mil, de felices esperanzas;  
Y seis mil y ochocientos prevenidos  
De los que llaman *gente de finanzas*:  
De la liga católica lucidos  
Cinco mil y trecientos, que á venganzas  
Ya se previenen: cinco mil la gente  
De nuestro Emperador noble y valiente.  
Hasta aquí repetí la infantería  
Y no ménos admira la opulenta  
Majestad de la gran caballería:  
Si se reduce á número su cuenta,  
De ejércitos del reino, mas habia  
Siete mil y seiscientos y sesenta;  
Dos mil (no sé si diga Mártes fieros)  
De bandas, de hombres de armas y de

[arqueros.

ESPÍNOLA.

Mi humilde celo, mi temor piadoso  
Dichosamente sus aplausos fia  
A la fe de Filipo poderoso,  
Cuarto planeta de la luz del día;  
Y espero que su intento religioso  
Ha de asombrar en Flándes la herejía.  
Dando el sangriento fin de alguna hazaña  
Alabanzas al cielo, honor á España.

*(Tocan dentro.)*

Estos ¿quién son?

ALONSO.

Seis regimientos llegan  
Dos borgoñones, cuatro de alemanes,

Juyos tercios al conde Juan se entregan  
Y marques Barlanzon, ambos Roldanes.

### ESCENA II.

EL CONDE JUAN DE NASAU, *de ale-*  
*man*; EL MARQUES BARLANZON,  
*de tudesco*. — DICHOS.

JUAN.

Dadnos los piés. *(A Espínola.)*

ESPÍNOLA.

Los brazos no se niegan  
A des tan valerosos capitanes.  
Sean Vuesseñorias bien venidos.

JUAN.

Siendo de Vucexcelencia recibidos  
Con tanto honor, es fuerza lo seamos.

ESPÍNOLA.

¡Buena gente, Marques!

BARLANZON.

Señor, reeelo  
Que es de provecho; pues en fin lleva-

[mes

Gente nacida en el rigor del hielo.  
Vamos á Grave, ó al infierno vamos;  
Que voto á Dios, que ha de tener el cielo  
Pocos que aposentar, si considero  
Que están ya aposentados con Lutero.

*(Tocan cajas.)*

ALONSO.

Estos son italianos y valones.

ESPÍNOLA.

Sufren mucho en un sitio estos soldados.

ALONSO.

Si el saco esperan, sí.

ESPÍNOLA.

No los baldones,  
Que pelean tambien.

ALONSO.

Si están pagados.

### ESCENA III.

PABLOS BALLON, *de inglés*; EL  
MARQUES DE BELVEDER, *de ita-*  
*liano*. — DICHOS.

PABLOS.

Así cumplen, señor, obligaciones  
Los que á tu sombra viven obligados.

ESPÍNOLA.

Señor Pablos Ballon, ilustre conde  
De Belveder...

BELVEDER.

Por mí el honor responde.  
*(Tocan cajas.)*

ALONSO.

Estos son españoles. Ahora puedo  
Hablar, encareciendo estos soldados,

Y sin temor; pues sufren á pié quedo  
Con un semblante bien ó mal pagados.  
Nunca la sombra vil vieron del miedo,  
Y aunque soberbios son, son reporia-  
[dos.

Todo lo sufren en cualquier asalto,  
Solo no sufren que les hablen alto.  
En tres tercios su gente determina  
Divertirse, y tres maestros se previene:  
El uno es Don Francisco de Medina,  
Y Don Juan Claros de Guzman, que tiene  
Sangre al fin de Guzman; y por divina  
Muestra de su valor, con ellos viene  
Un capitan famoso, un Don Fadrique  
Bazan, á quien la fama altar dedique.

### ESCENA IV.

DON FRANCISCO DE MEDINA, *con há-*  
*bito de Santiago*; DON FADRIQUE  
BAZAN, *con gineja*. — DICHOS.

ESPÍNOLA.

Vuesa merced, señor Fadrique, sea  
Mil veces bien venido; que con esto  
Mi intento mas alcanza que desea.

MEDINA.

Siempre á servir al Rey estoy dispuesto.

DON FADRIQUE.

Previniendo la fama que lijera  
Los vientos rompe con veloces alas,  
Que lineas son de la sutil esfera,  
Troqué al acero cortesanías galas,  
Los ecos de la envidia lisonjera  
Al ruido leve de espirantes balas,  
La alegre corte á la marcial campaña,  
Y al fin por Flándes he trocado á Espa-

*(Tocan cajas.)* [ña.

ALONSO.

Don Gonzalo de Córdoba ha venido.

ESPÍNOLA.

Como en las guerras del Palatinado  
Maestre de campo general ha sido,  
Puesto ninguno en Flándes ha ocupado,  
Que no hay que darle; aunque haya me-

[recido

Victorioso, prudente, afortunado,  
Ser general, porque á su bisabuelo  
El enseñó repetido el cielo.  
No ha perdido faccion, y no ha tenido  
Suceso desdichado ni infelice,  
Gracias á su valor; porque yo he oido,  
Y á voces el ejército lo dice,  
Que todos los soldados han vencido  
Por Dios y por el Rey; suerte felice!  
Y los suyos (¿qué gloria á aquesta igua-  
[lo?]  
Por Dios y por el Rey y Don Gonzalo.



## ESCENA V.

DON GONZALO DE CORDOBA. —  
DICHOS.

ESPÍNOLA.

Ya no puedo temer desdicha alguna,  
Pues nuevo Amílcar, á decir me obligo  
Que va, ó gran Don Gonzalo, la fortuna  
De Fernandez de Córdoba conmigo.

DON GONZALO.

Vueexcelencia remita la importuna  
Retórica á los brazos, que, si hoy sigo  
Su milicia, del Bétis al Hidáspes  
Me harán eterno mármoles y jaspes.

(Tocan dentro un clarín.)

ALONSO.

Ya el gran Velaseo, general valiente,  
Va conduciendo la caballería.  
Con él viene el ilustre Don Vicente  
Pimentel, que llegó de Lombardia,  
Cabo de mil eaballos.

ESPÍNOLA.

Benavente,  
Ilustre rama de su trono, envía  
Aquel que al mundo dió fértiles plantas,  
Aunque la muerte ha mareitado tantas.  
Pues ya el rebelde bárbaro ¿qué espera,  
Si muerto el mundo á aqueste nombre

[yace,  
En enanto mira el sol desde la esfera  
Adonde siempre muere y siempre nae?  
En dos mitades dividir quisiera  
El alma.

## ESCENA VI.

DON LUIS DE VELASCO, DON VI-  
CENTE PIMENTEL. — DICHOS.

DON LUIS.

Bien tal honra satisface  
Nuestros deseos.

ESPÍNOLA.

Triunfos soberanos  
Tendréis conimitar vuestros hermanos

DON VICENTE.

Yo, que siendo el menor, será forzoso  
Serlo en valor también, hoy solícito  
Mostrar, de mis hermanos envidioso,  
Que, si no los excedo, los imito,  
Pues su blason el tiempo presuroso  
En láminas de bronce tiene escrito  
Cuando en la tierra y mar, para memo-

[rias,  
Se escriben con su sangre sus victorias.  
Murió en Vergas mi hermano Don Gar-

[cia:  
Lograda con su muerte su esperanza,  
Vueexcelencia perdone la osadía;  
Que no es vil, aunque es propia la ala-

[banza,  
Donde es tan justa. Aqueste mismo día  
Insigne triunfo nuestra gente aleanza;  
Que pareció, no triste, alegre suerte,  
Que pagó su victoria con su muerte.  
Don Alonso en Vereeli, que amparado  
De un escudo, por instantes esperaba,  
De máquinas de fuego rodeado.  
La ardiente flecha de encendida aljaba,  
De un rayo artificial arrebatado,  
Que trueno y lumbré á un mismo tiempo

[daba,  
Subió tan alto, que, entre fuego y viento,  
De sus huesos ignora el monumento.  
Cuando el mar, envidioso de la tierra,  
Del viento y fuego, por grandezas sumas  
Quiso en azul campaña, en naval guerra,  
Manchar con nuestra sangre sus espu-  
Y del profundo seno desenejerra [mas;

Dos aves holandesas, cuyas plumas  
Eran de piro, pues con él volaban,  
Que hijas del viento serlo imaginaban;  
Por heladas campañas discurría  
En su alcanee con otras dos Don Diego;  
Y cuando, atento á su faceion, se via  
Sordo el mar, mudo el aire y el sol ciego  
Cada cual de las enatro parecia  
Sobre ondas de sal, monte de fuego,  
Siendo á tanto espirar humo importuno  
Desusados volcanes de Neptuno  
La mas igual batalla que ha tenido  
En sus ondas el medio mar de Europa,  
Esta fué. Mas despues de haber veneido  
La española arrogancia cuanto topa,  
Mi hermano, á su fortuna agradeiedo,  
Estaba desarmándose en la popa,  
Y apenas quita el peto (¡oh suerte triste!  
¿Qué prevención á lo fatal resiste?)  
Cuando una bala (¡caso lastimoso!)  
Le rompe el pecho con furor violento,  
Porque alli con su sangre venturoso  
Quedase, y noble ya, tanto elemento.  
Entró en Nápoles muerto y victorioso.  
Y yo, que á un punto envidio lo que sien-

[to,  
Vengo á ofreeerá Dios y al Rey la vida,  
Cuanto bien empleada, bien perdida.

ESPÍNOLA.

Valerosos eaballeros,  
A cuyo poder augusto  
Hoy fia al Cuarto Filipo  
La máquina de dos mundos,  
Por órdenes de su Alteza  
La señora Infanta, cuyo  
Valor dignamente eterno  
Vivirá siglos futuros,  
Hoy á veinte y seis de agosto  
En Tornante estamos juntos.  
El invierno viene ya,  
En Flándes mas importuno;  
Porque, acercándose al norte,  
Va sintiendo sus injujos.  
Si no están entretenidos  
Los soldados en algunos  
De los sitios que se ofrecen  
Para victorioso asunto  
De nuestras armas, podrán  
Amoñarse; y no dudo  
Que la esperanza del saeo  
Pueda sufrir con mas gusto  
El grave peso á las armas,  
Cuando el diciembre, que anuncie,  
Molduras de escarcha y hielo  
Labre en sus hombros robustos.  
Dos plazas se nos ofreen,  
Que cualquiera dellas juzgo  
Por dichoso fin. Bredá

Tiene inexpugnable muro  
Por los fosos que la cercan;  
Que el siempre continuo curso  
Del Marc, río que inunda  
Sus cales, la ayuda mucho;  
Y es una plaza tan fuerte,  
Que han pasado siete lustros  
(Que son treinta y cinco años)  
Que la ganaron los suyos,  
Y nunca la hemos eobrado:  
Alfrenta y baldon injusto  
De las armas españolas:  
Pero así al cielo le plugo!  
Grave es una villa rica,  
Y de su asiento presumo  
Que fuera muy importante  
Al diheoso fin que busco.  
El conde Enrique de Vergas  
Doce mil eaballos tuvo  
A la vista de sus torres,  
Y escribió lo que pronuneio:  
«Yo estoy á vista de Grave,  
Donde informarme procuro

Qué gente tiene de guerra,  
Y qué defensa en sus muros.  
Y como á mí se me envien  
Ocho mil hombres, presumo  
Que podré tomarla, siendo  
De los ocho mil que busco,  
De los cuatro mil españoles.»  
Ahora advertidme, qué rumbo,  
Qué designio seguiremos;  
Porque yo siempre me ajusto  
Al parecer acertado,  
A los prudentes diseirsos  
De tan valientes soldados,  
Cuyo consejo procuro,  
Cuya voluntad estimo,  
Y á cuya voz me reduzgo

DON GONZALO.

Señor, si consideramos  
Que aqui dos plazas tenemos,  
En cuyo sitio podemos  
Entretenernos, y estamos  
Dudosos en la eleceion,  
Y el Conde avisa que en Grave  
Nuestro disinio se sabe,  
Estará con prevención  
Esperando á ver tu intento,  
Y tendrá toda la tierra  
Con prevenciones de guerra,  
Con municion y sustento.  
Bredá está mas descuidada,  
Pongamos sitio á Bredá.

BARLANZON.

¿Y no se advierte que está  
Bredá también mas cercada?  
Es una fuerza invencible,  
Y un sitio sin esperanza  
De victoriosa alabanza;  
Que por armas no es posible  
Tomarla, como se ve.  
Comiendo y no peleando,  
¿Quién ha de estar esperando  
A que por hambre se dé?

DON LUIS.

Quien advierta que la gloria  
Es mas prudente y modesta,  
Y mas noble enando enesta  
Mémos sangre la victoria.  
Si una vez se ven cercados  
Vendrán á darse á partidos,  
Y como estén conseguidos  
Nuestros intentos osados,  
Será mas piadosa hazaña  
Que ellos se vengan á dar,  
Como al fin venga á quedar  
Bredá por el Rey de España,  
Que es lo que se intenta.

JUAN.

Si,  
Mas que se den deseonfio;  
Pues pudiendo por el río  
Meterles socorro, así  
Podemos estar mil años  
Esperando á que se den.

DON VICENTE.

¿Y no se podrán también  
Remediar aqueos daños?

BARLANZON.

¿Y cuando se remediaran  
Con alguna estratagemia,  
Dejara de ser gran llema  
Esperar que se entregaran?

BALLON.

Si no quieren pelear  
Los españoles, sitiemos  
A Bredá, y nos estaremos  
Dos mil años sin llegar  
A las manos

DON FADRIQUE.

Ya se sabe  
Que siempre los españoles  
Son en la milicia soles.  
Vueexcelencia vaya á Grave,  
Y cumpla la voluntad  
De los que ocuparse quieren  
En sitio, que el saco esperen  
En mucha dificultad.

ESPINOLA.

Caballeros, bien está.

BALLON.

Ir á Grave es lo mejor.

(Oyense voces dentro.)

Unos. (Dentro.)

¡Vamos á Grave, señor!

Otros. (Dentro.)

¡Señor, vamos á Bredá!

ESPINOLA.

¡Oh españoles! ya es forzoso  
Que me determine yo;  
Y pues mi consejo halló  
Vuestro parecer dudoso,  
Vamos á Grave, que quiero  
Seguir en esta ocasion,  
Flamencos, vuestra opinion.

ALONSO. (Ap.)

Ya ¿con qué paciencia espero  
Que salgan estos gabachos  
Con cuanto quieren? Mas es  
Que los congracia el marques,  
Porque ve que están borrachos.

ESPINOLA.

El marques de Barlanzon  
Y el valiente conde Juan  
Con sus tercios llevarán  
La vanguardia.

JUAN.

Dignos son

Dese lugar mis deseos,  
Cuando el honor, que me llama,  
Espera ocupar la fama  
Con victoriosos trofeos.

BARLANZON.

Ve donde tú te aconsejes;  
Que yo en cualquiera ocasion  
Un auto de inquisicion  
He de hacer destes herejes.  
(Vanse el conde Juan y Barlanzon.)

ESPINOLA.

Señor, la caballeria  
Será de grande provecho  
En el costado derecho;  
Porque por allí podría  
Venir el conde Mauricio,  
Que á aquella parte se ve  
Su ejército.

DON LUIS.

Yo daré

De mis deseos indicio,  
Callando cuerdo y valiente;  
Que el reinitirse es gran mengua  
De las manos á la lengua.

ESPINOLA.

Vaya, señor Don Vicente.

DON VICENTE.

Iré á servirlos fiel.

(Vanse Don Luis y Don Vicente.)

ALONSO.

Bien dirán vuestros blasones  
Que aun es mas que cien flindones  
Un español Pimentel.

ESPINOLA.

En el izquierdo Ballon  
Ha de ir, acompañado

Del de Belveder, formado  
Un cuerpo á cada escuadron.

(Vanse Ballon y Belveder.)

Vingarte la artilleria,  
De todas partes cercada,  
Lleve en medio bien guardada;  
Que yo con la infanteria  
De los españoles quedo  
En la retaguardia.

ALONSO.

¡Andar!

Juro á Cristo, que he de hablar,  
Que ya sufrirlo no puedo.  
Hoy, sin dnda, has pretendido  
Oscurecer el honor  
De España. ¿Cuándo, señor,  
En la retaguardia han ido  
Españoles que se ofrecen?...

ESPINOLA.

Basta, capitau Ladron,  
Que yo sé en toda ocasion  
Honrarlos como merecen. —  
Oid, despues de reportaros,  
Lo que mi honor determina. —  
Don Francisco de Medina,  
A Don Juan Niño, á Juan Claros  
Y demas maestros de campo  
Españoles, les llevad  
Este orden, y avisad  
Que cuando ya marche el campo  
A Grave, la retaguardia  
Venga la vuelta á Bredá,  
Pues con aquesto vendrá  
Entónces á ser vanguardia,  
Y á ser Bredá la cercada;  
Que yo solo he pretendido,  
Con la muestra que he fingido,  
Que dejen desamparada  
Aquella fuerza, enviando  
A Grave, con falso intento,  
Municiones y sustento;  
Pero siempre imaginando  
Que este es el fin de una hazaña  
Tal, que á mí me ha de costar  
La vida, ó ha de quedar  
Bredá por el Rey de España.

(Tocan dentro cajas.)

MEDINA.

Beso mil veces tus piés.  
El ejército á marchar  
Empezar ya.

ESPINOLA.

Hasta llegar

A Teteringe no des  
El orden. Vue señoría (A Don Gonzalo)  
Ha de ser mi camarada,  
Porque así vea lograda  
Tan alta ventura mía;  
Porque si en vos considero  
Competidos igualmente  
Hoy un general valiente  
Y un prudente consejero,  
A conquistar me anticipo  
El mundo con fuerza altiva.  
Porque eterno el nombre viva  
De Isabel y de Filipo.

(Vanse.)

Campeo á la entrada de un pueblo inmediato á  
Bredá.

## ESCENA VII.

FLORA, ALBERTO, CARLOS, ENRI-  
QUE DE NASAU.

ENRIQUE.

¡Qué grave melancolía  
Con apacibles enojos  
Pudo en tus hermosos ojos  
Eclipsar la luz del día?

Cese la injusta porfía,  
Que con pálido ariebol  
Da rayos al tornasol,  
Que el mundo de luces dora  
Porque llorar el aurores  
Ya lo vimos, mas no el sol.  
A Bredá, madama, vienes,  
Donde te adora el lugar  
Por ídolo de su altar.  
Si esas lágrimas previenes  
En exequias á la vida  
De tu esposo, el llanto impida  
Verte de tu padre honrada,  
De tu hijo acompañada  
Y de tu esclavo servida.  
Supe que á Bredá venias,  
Y á este villaje sali  
A recibirte, que así  
Cumplen corteses porfias  
Las obligaciones mías.  
Descansa á esta sombra, en tanta  
Que nos da treguas el llanto  
Suspendo en tus bellos ojos,  
Porque desdichas y enojos  
Se han de sentir, mas no tanto.

FLORA.

Tan justo es mi sentimiento,  
Que quien pretende templar  
Su rigor, mas que el pesar  
Me quita el entendimiento.  
Si es forzoso mi tormento,  
Forzoso será que muera;  
Porque, si yo no sintiera,  
Tuviera en desdicha tanta  
Alma inferior á la planta,  
Al pez, al ave, á la fiera.  
De su centro con dolor  
Siente una piedra arrancada.  
Del cierzo la furia helada  
Siente una temprana flor,  
Brama una fiera, el rigor  
Dice mudo el pez, y el ave,  
Con tono dulce y suave,  
Canta amor y celos llora;  
Que al fin el que mas ignora,  
Sentir las desdichas sabe.  
Siente el cielo y se oscurece  
Cubierto de un pardo velo;  
Y si al fin no siente el cielo,  
Por lo ménos lo parece.  
Todo alteracion padece:  
Tal vez la tierra tembló,  
Bramó el aire, el mar gimió,  
Y el sol hizo al mundo guerra;  
Porque todos en la tierra  
Saben sentir, sino yo.  
Cuando en amorosos lazos  
Mi amante esposo ¡ay de mí!  
Ver esperaba, le vi  
Herido y muerto en mis brazos,  
Partida el alma á pedazos,  
Todas las armas rompidas,  
Y por funestas heridas  
Abrió, ¡qué infelices suertes!  
Bocas para entrar mil muertes,  
Y para salir mil vidas.  
Confieso que en la defensa  
De su religion murió;  
Mas para no sentir yo  
No es bastante recompensa.

ENRIQUE.

Enfrena el dolor, y piensa  
El sangriento fin que alcanza  
Mi rigor y tu esperanza;  
Que, si tu luz no se niega,  
Has de ver adónde llega  
El brazo de mi venganza.  
Daré al matador la muerte,  
Si le alcanzo. ¡A Dios pluguiera  
Que el mismo Espinola fuera,  
Porque de una misma suerte



Mi brazo atrevido y fuerte  
Hoy pusiera con la hazaña  
De venganza tan extraña  
Fin á tus desdichas grandes,  
Al miedo y temor de Flándes,  
Y á la presuncion de España!  
Que tanto se ensoberbece  
Con los aplausos que ves  
Dese noble ginoves,  
Que si á rendirle se ofrece,  
Estrecho el mundo parece:  
Y no es mucho, siendo tal  
Este altivo general,  
Que al Rey de España convida  
Con la hacienda y con la vida,  
Animoso y liberal.

FLORA.

El venirme yo á Bredá  
Es porque cierto se sabe  
Que piensa sitiar á Grave,  
Donde el ejército va.  
Allí el conde Enrico está  
Con su gente, por saber  
De aquella fuerza el poder  
Segun de su intento creo,  
Y con el mismo deseo  
Plaza de armas hizo ayer  
En Tornante el general,  
Donde el ejército vió  
Tan numeroso, que dió  
Envidia á la celestial  
Esfera, viéndote igual  
En todo á sus luces bellas;  
Porque al competir con ellas,  
Excedió, dando desmayos,  
En resplandor á sus rayos,  
Y en número á sus estrellas.  
De Quilche en el campo llano,  
Viniedo á Bredá, le vi;  
Y mil veces presumí  
Ser maridaje lozano  
Del invierno y del verano;  
Que en las armas los rigores,  
En las plumas los colores  
Eran, admirando al cielo,  
Los unos montes de hielo,  
Los otros campos de flore.  
No así los rayos corteses  
Del sol, con dulces fatigas,  
Mieses labraron de espigas  
En los abrasados meses,  
Como de los fresnos mieses  
La gallarda infantería;  
Y al mirarlos, parecía  
Que espigas de acero daba,  
Y que al compas que marchaba,  
El céfiro las movía.  
La caballería inquieta  
Pasó, abreviando horizontes.  
¿Diré que marcharon montes  
Con obediencia sujeta  
Al compas de la trompeta?  
Sí, pues al son lisonjero  
Del bronce dulce, aunque fiero,  
La tropa, que se desata,  
Era un escollo de plata,  
Era un peñasco de acero.

## ESCENA VIII.

MORGAN. — DICHOS.

MORGAN. (A Enrique.)

Del Príncipe mi señor  
Ahora trajo estas cartas  
Un correo, y yo sabiendo  
Que en este villaje estabas,  
Que está apenas media legua  
De la villa, sin tardanza  
Vine á traerle.

ENRIQUE.

Veré

Lo que su Alteza me manda

T. VII.

(Lee.) «Ahora acabo de saber

»Que el ejército de España,  
»Con prevenciones de guerra,  
»La vuelta de Grave marcha.  
»De Bredá saldréis al punto  
»Que esta recibais, sin falta,  
»Y la gente que estuviere  
»En la villa, se reparta  
»Para socorrer á Grave,  
»Con bastimento y con armas  
»Y munición; advirtiendo  
»No sea la gente tanta,  
»Que pueda hacer á Bredá  
»En tiempo ninguno falta.  
»Dejad por gobernador,  
»Para su defensa y guarda,  
»A Justino, nuestro hermano,  
»Y de la villa no salga  
»Tampoco el inglés Morgan;  
»Que, por estar en la cama,  
»No voy en persona yo.  
»Los cielos os guarden. Dada  
»En Vergas á veinte y seis  
»De agosto.» — ¡Desdicha extraña!  
¿Qué tanta gente de guerra,  
Morgan, estará alojada  
Ahora en Bredá?

MORGAN.

Ocho mil hombres

ENRIQUE.

Pues de aquesos ocho salgan  
Los dos mil, y por el río  
Vamos en veloces barcas  
Porque lleguemos mas presto,  
(Ap. O porque, yendo en el agua,  
Templen sus heladas ondas  
Este fuego que me abrasa.) (Vase.)

MORGAN.

Señora, forzoso es ya  
Me deis licencia á que vaya  
Sirviéndos, puesto que Enrique  
Faltó por tan justa causa  
A esta obligacion.

FLORA.

Yo estimo

La lisonja cortesana;  
Mas no he de entrar en Bredá  
Hasta que en sombras heladas  
Hagan los rayos del sol,  
Del mar, sepulcro de plata.  
En aquestas caserías  
Esperaré, acompañada  
De la familia que traigo,  
Y de mi padre, que basta  
Para excusaros de hacermé  
Esa merced.

MORGAN.

Mas agrada

Quien obedeciendo yerra,  
Que quien acertando cansa. (Vase.)

CÁRLOS. (A Flora.)

Mil veces he pretendido  
Buscar remedio á tus ansias;  
Mas yo, ¿cómo podré darte  
El consuelo que me falta?  
Mi padre perdió la vida  
En defensa de su patria,  
Si puede decir que muere  
Quien vive eterno á la fama.  
Contigo viene mi abuelo;  
Vive segura y honrada  
Al amparo de mis brlos,  
Y al respeto de sus canas.

ALBERTO.

En estas hermosas flores  
Te sienta un poco, y descansa,  
Mientras destas caserías  
Llamo la gente, que salga  
A entretenerte, y decirnos  
Qué nuevas tienen

FLORA. (Sentándose.)

Turbaóa

Estoy; que un temor me hiela,  
Una sospecha me abrasa,  
Y astrólogo el corazon  
No sé qué le avisa al alma.

(Quédase dormida.)

CÁRLOS.

Parece que se ha rendido  
Al sueño, y en él traslada  
A sus hermosas mejillas  
De los claveles la grana,  
Del jazmín la castidad,  
Mezclando púrpura y nácar.

(Suena dentro ruido.)

Pero ¿qué rumor es este?  
Desde aquellos montes bajan  
Temerosos los villanos,  
Que de su miedo se amparan.  
¿Qué les obliga? Pues duérme  
Flora, iré á saber la causa;  
Que, para darla cuidado,  
No será bien despertarla. (Vase.)

## ESCENA IX.

VILLANOS, dentro. — FLORA, dormida.

UN VILLANO. (Dentro.)

¡Huid, pastores, huid;  
Que el ejército de España  
Ya pisa vuestras riberas!

(Voces de villanos dentro.)

UNOS.

Pongamos fuego á las casas.

OTROS.

¡A la villa!

Otras voces.

¡Fuego, fuego!

(Despierta Flora.)

FLORA.

¡Fuego, que el alma se abrasa! —  
¡Padre! ¡hijo! ¿qué es aquesto?  
Sola estoy, no me acompañan  
Sino solas mis desdichas;  
Parece que no son hartas,  
Que aun para hacer compañía  
Hacen las desdichas falta.  
En un abismo de fuego  
Estoy ¡ay cielos! helada,  
Que al arbitrio del destino  
No le obedecen las plantas.  
Todo es iras el desierto,  
Todo es rayos la campaña,  
Todo es portentos la tierra,  
Todo es el cielo venganzas.  
Tanto, encendiendo los aires,  
A las nubes se levantan  
Las centellas, que parecen  
Estrellas desencajadas,  
Rayos que á la esfera suben,  
Luces que al abismo bajan,  
A sorberse todo el mundo  
Sola la menor de tantas.

## ESCENA X.

ALBERTO, CARLOS. — FLORA

ALBERTO.

Entre la piedad del fuego...

CÁRLOS.

Entre el rigor de las llamas...

ALBERTO.

Vengo á buscarte.

CÁRLOS.

He venido

A verte.

ALBERTO.

Oye lo que pasa.

(Vase.) A un lado desa ribera

Un tercio emboscado estaba,  
De suerte que no le vieron  
Las espías, que fué causa  
De que estuviere la gente  
Ahora tan descuidada.  
Salió de allí, y los villanos,  
Que así las órdenes guardan,  
Retirándose á la villa,  
Quemaron sus pobres casas.  
¡Perdidos somos! Bredá  
Sin duda ha de ser sitiada,  
Después que de bastimentos  
Y gente ha quedado falta.  
¡Huyamos pues! ¿qué esperamos?

FLORA.

De Grave salí por causa  
De huir el riesgo, y parece  
Que vine á buscarle: ¡tanta  
Es mi contraria fortuna,  
Mi desdicha y mi desgracia!  
Que el que ha de ser desdichado  
Las prevenciones le dañan.

## ESCENA XI.

ALONSO LADRON, dentro; después  
DON FADRIQUE — Dichos.

ALONSO. (Dentro.)

¡Huid, villanos!

ALBERTO.

Perdidos  
Somos; que ya su arrogancia  
Nos ha hallado.

(Sale Don Fadrique.)

DON FADRIQUE.

Mas piedad  
Tiene el fuego que mi espada.

FLORA.

A tus plantas, español  
Generoso (que la gala  
Tuya lo dice, y el brio  
No lo desmiente), á tus plantas  
Está pidiendo la vida  
Una mujer desdichada;  
Aunque si eres español,  
Mujer que te diga basta.  
No permitas que ese acero,  
Cuya cuchilla templada  
Está en la enemiga sangre,  
Que ya le sirve de vaina,  
Se ocupe en tres inocentes  
Vidas; porque, ¿qué alabanzas  
Darán manchar este cuello,  
Estas tocas y estas canas?  
Tres vidas están sujetas  
A un golpe: si acaso aleanza  
El orden que traes licencia  
A una piedad tan hidalga,  
Danos la vida. Yo quise  
Decirte (estaba turbada)  
Que á precio de algunas joyas,  
Piedras, perlas, oro y plata;  
Mas tu piadoso semblante  
Puso freno á mis palabras,  
Y á tanto respeto obliga  
Esa presencia bizarra,  
Que aun creo que el pensamiento,  
Con ser tan veloz, te agravia.  
Y si el orden con que vienes  
No admite este ruego, pasa  
Mi pecho el primero; así  
Moriré mas consolada,  
No mirándolos, porque  
Somos tres cuerpos y un alma.

DON FADRIQUE.

Hermosa madama, cuando  
Mi desdicha fuera tanta  
Que me obligara el respeto  
A tan lastimosa hazaña,

Le rompiera mas el hecho;  
Que ninguna ley agrava  
Tanto que en la ejecución  
Sea la obediencia infamia.  
No he de ser ménos cortés  
Que estas vvidoras llamas  
Que me están diciendo aquí  
El respeto que te guardan.  
Que, como en un templo á quien  
Sacrilego fuego abrasa,  
Quedó entre muertas cenizas  
La imagen libre, y la estatua  
De la diosa, que allí tuvo  
Altar, sacrificio y ara;  
Así por reliquia quedas  
De todas estas campañas,  
Compitiendo fuego á fuego,  
Rayo á rayo y llama á llama.  
No traigo mas orden yo  
Que llegar á las murallas  
De Bredá, donde venimos.  
Aquesas riquezas guarda;  
Y porque de otros soldados,  
Madama, segura vayas,  
Dos caballos he traído.  
Huid los dos, y á las ancas  
Del uno irás tú: españoles  
Son, no temas.

FLORA.

No me espantan;  
Que pienso que cortesía  
Saben los brutos de España.  
Mil años os guarde el cielo.  
(Vanse Flora, Alberto y Carlos.)

## ESCENA XII.

ALONSO LADRON.—DON FADRIQUE;  
después MEDINA.

ALONSO.

Tanto á todos te adelantas,  
Que el primero que ha llegado  
A vista de las murallas  
De Bredá, has sido, señor.

DON FADRIQUE.

Pues si vengo en la vanguardia  
Del tercio de Don Francisco  
De Medina, cosa es clara  
Que habia de ser el primero.  
¿Mas qué triunfo, qué alabanza  
Consigo de haberlo sido?

ALONSO.

Pues; cuerpo de Cristo! ¿es nada  
Llegar hasta aquí? Yo apuesto  
Que si se cuenta en España,  
Que no falte quien replique  
(Que nunca malsines faltan)  
Que el darte el lugar que tienes,  
Es lisonja ó alabanza.

DON FADRIQUE.

Carlos Quinto respondió,  
Diciéndole el duque de Alba  
Que temia no creyesen  
Algunos aquella hazaña  
De haber con solos siete hombres  
Sujetado siete barcas:  
«¿Qué importa que no lo crean,  
Si á mí el ser verdad me basta?»  
Y eso mismo te respondo  
En la ocasión que me aguarda:  
Cumpla con mi obligación,  
Que el que lo juzgue en España  
Por pasión ó por lisonja  
No viene á quitarme nada.

(Sale Medina.)

MEDINA.

¡Cuál huyeron los villanos!

ALONSO.

¡Oh qué maldita canalla!  
Muchos murieron quemados.

Y tanto gusto me daba  
Verlos arder, que decía,  
Atizándoles la llama:  
«Perros herejes, ministro  
Soy de la Inquisición santa.»  
(Tocan cajas.)

MEDINA.

De la villa van saliendo  
En tropas algunas mangas  
De arcabuceros.

DON FADRIQUE.

En tanto  
Que llega la retaguardia,  
Escaramuzar podremos  
Con ellos, y para guarda  
Podemos tomar aquestos  
Molinos de viento y agua.

ALONSO.

¿Molinos de viento? Ya  
Me parece su demanda  
Aventura del famoso  
Don Quijote de la Mancha.  
(Retiranse á un lado.)

## ESCENA XIII.

JUSTINO, MORGAN, soldados.—  
Dichos.

MORGAN.

¡Ea, famosos flamencos!  
Hoy las victoriosas armas  
Muestren sangrientas, que estan  
Siempre á vencer enseñadas.

JUSTINO.

No permitais que así tomen  
Puesto á vista de las altas  
Torres de Bredá. Humillemos  
Esta española arrogancia.

DON FADRIQUE.

Pues si conocéis que somos  
Españoles, ¿cómo aguarda  
Vuestro valor que volvamos,  
Pues sabeis, de veces tantas,  
Que los españoles nunca  
Vuelven con cobarde infamia  
De adonde una vez llegaron?

MORGAN.

¡Guerra, guerra!

DON FADRIQUE.

¡Cierra, España!  
(Pelean, y vanse.)

Vista exterior de los muros de Bredá

## ESCENA XIV.

ESPINOLA, NASAU, BARLANZON,  
DON VICENTE, soldados, un trompeta.

ESPINOLA.

¿Qué rumores aqueste que escuchamos?

JUAN.

Segun en breves léjos divisamos,  
El tercio de Medina  
A la muralla tanto se avecina,  
Que apoderado está de unos molinos,  
A la puerta de Ambéres tan vecinos,  
Que desde el muro, que asaltar promete,  
Distan no mas que tiro de mosquete.

ESPINOLA.

Pues Don Vicente Pimentel acuda  
Luego al punto á ayudarnos  
Con cuatro compañías de caballos.

DON VICENTE.

Ya, como ha descubierto lo restante  
Del ejército nuestro, el arrogante  
Escuadron que á estorbarlos ha salido,  
Y de quien hasta aquí se ha defendido,  
Cobarde se retira.

BARLANZON.

Su lijereza admira.



## ESCENA XV.

MEDINA.—DICHOS.

MEDINA.

Victoria ofrece su temprana ruina.

ESPÍNOLA.

¿Qué es eso, Don Francisco de Medina?

MEDINA.

A vista apenas de Bredá llegamos,  
 Cuando vueltas miramos  
 Todas las caserías,  
 Antes que en llamas, en cenizas frías;  
 ¡Tanta la actividad era del fuego!  
 Divulgóse la voz, y salió luego  
 De la ciudad á defender el paso  
 Un valiente escuadrón, que presumía  
 Sernos estorbo; mas la compañía  
 De Don Fadrique de Bazán, que era  
 De todas la primera,  
 De tal manera el puesto ha defendido...

ESPÍNOLA.

[dido.]

Don Francisco, no mas; ya os he enten-  
 No me alabeis á nadie; que no quiero  
 Parezcáis con verdades lisonjeras;  
 Y creed, que no han de agradecerse á un

[hombre]

Las acciones, por solo fama y nombre,  
 A que nace obligado.

Un noble caballero, que es soldado,  
 Con empresas, trofeos y blasones  
 No hace mas que cumplir obligaciones:  
 Luego ningún aplauso se percibe  
 En los triunfos que escribe  
 En su alabanza nueva,  
 Si paga en sangre lo que en sangre deba.  
 Lo que yo haré, será premiarles esto,  
 Dando á los españoles ese puesto.  
 Y pues tan cerca de Bredá se vieron,  
 Ya no será razon que atras se vuelvan:  
 A sustentar el puesto se resolvían,  
 Pues á tomarle allí se resolvieron.

MEDINA.

Y yo, que agradecido me confieso  
 Por tal merced, á Vueexcelencia beso  
 Las manos.

## ESCENA XVI.

ALONSO LADRON.—DICHOS.

ALONSO.

A los muros ha salido  
 A vernos todo el pueblo,

DON VICENTE.

¡Y qué lucido  
 Nos muestra sus almenas,  
 De variedad y de hermosura llenas!

ALONSO.

Bien parece, guardando sus decoros,  
 Terrado de Madrid en día de toros;  
 Pues verás, si la vista allá enderezas,  
 Un alto promontorio de cabezas.

## ESCENA XVII.

MORGAN, JUSTINO, FLORA, LAU-  
 RA, CARLOS Y ALBERTO, en los  
 muros de Bredá. — DICHOS, en el  
 campo.

LAURA.

¡Llégate á ver el campo numeroso,  
 Qué es á los ojos un objeto hermoso  
 Que suspende y divierte.

FLORA.

Ya vuestra ruina en su rigor se advierte.

ESPÍNOLA.

El marqués Barlanzon con un tronipeta

Llegue de paz al muro,  
 Y á su gobernador haga seguro  
 El intento que tengo,  
 Y con la gente que á sitiarte vengo;  
 Que, si quiere entregarse,  
 Y en buena guerra á tal partido darse,  
 Se admitirá; y si no se rinde luego,  
 Le tengo de abrasar á sangre y fuego.

BARLANZON.

Toca, trompeta, y vámonos llegando.  
*(Toca el trompeta, y vase Barlanzon.)*

JUSTINO.

De paz se va á los muros acercando  
 Con un trompeta un hombre.  
 Haré que mi respuesta les asombre.

MORGAN.

Si es en la guerra ceremonia usada  
 Pedir así partidos,  
 Muertos nos han de ver, y no vencidos.  
 Al cañón prevenido fuego apresta,  
 Y lléveles su muerte la respuesta.

*(Disparan dentro.)*

ESPÍNOLA.

Del muro dispararon.

DON VICENTE.

Y á Barlanzon en tierra derribaron.

JUAN.

Herido y arrastrando por la tierra,  
 Se va acercando mas.

ESPÍNOLA.

Valientes caballeros, acudamos.  
 A retiralle,

ALONSO.

Téngase Vueexcelencia, que aquí esta-  
 Mil soldados que iremos, [mos]  
 Y la ciudad y todo nos traeremos.

*(Vanse algunos á retirarle.)*

ESPÍNOLA.

Bien nos ha recibido  
 Bredá; yo pienso que esta salva ha sido  
 Adelantada gloria,  
 Que con fiesta publica mi victoria.  
*(Sacan á Barlanzon en hombros.)*

DON FADRIQUE.

¿Qué fué, Marques?

BARLANZON.

¿Ha visto Useñoría

Por ahí ciento y cincuenta  
 Diablos, que llevan una pierna á cuenta?  
 Pues esto fué: no es nada:

Una pierna no mas de una volada.  
 ¿Qué piensan estos perros luteranos?  
 ¿Piernas me quitan, y me dejan manos?

ESPÍNOLA.

Retírese el Marques ¡oh cielo, cuánto  
 Sentí su pena! en tanto  
 Que en tres partes su ejército dispongo  
 Y al señor Don Gonzalo le propongo

El intento que tengo prevenido;  
 Que yo, de sus consejos advertido,  
 De mi celo ayudado,  
 En la fe de Filipo confiado,  
 Vencer dichoso espero,  
 Y mas cuando al principio considero,  
 Que es tan dichoso el día  
 En que tan alta empresa determino:  
 Pues día de Agustino  
 Será felice contra la herejía,  
 Porque el piadoso celo  
 De esta divina bazaña  
 Dé triunfos á la fe, glorias al cielo,  
 Opinión á Filipo y hora á España.

## JORNADA SEGUNDA.

La tienda de Espínola.

## ESCENA PRIMERA.

ESPÍNOLA, escribiendo; á un lado  
ALONSO LADRON.

ESPÍNOLA.

Alonso.

ALONSO.

Señor.

ESPÍNOLA.

Ninguno

Llegue á hablarme, porque tengo  
 Mil cosas que despachar  
 A España, cuando me veo  
 Cercado de obligaciones  
 Y de mil cuidados lleno.

ALONSO.

Manda que no hagan ruido  
 En la ciudad; porque pienso  
 Que no te deje escribir  
 El que tienen allá dentro.

ESPÍNOLA.

¿Cómo?

ALONSO.

Están haciendo señas  
 Desde esos muros soberbios  
 Con chinillas de á cincuenta  
 Libras de plomo, lloviendo  
 Sobre nosotros granizo  
 De pólvora, tan espeso,  
 Que estorba el humo á la vista  
 Mas que la ilumina el fuego.

ESPÍNOLA.

Al ruido escribiré;  
 Que si en Julio César leo  
 Que en la guerra le tocaba  
 Una arpa, á cuyos acentos  
 Escribía sus victorias,  
 Yo que victorias no tengo  
 Escribiré más cuidados,  
 Incitado de los ecos  
 Del bronco, si no mas dulce,  
 Mas agradable instrumento.  
*(Disparan dentro.)*

ALONSO.

¡No es nada! Todos los diablos  
 Deben de andar allá dentro;  
 Que tanto fuego no puede  
 Salir sino del infierno.

ESPÍNOLA.

Esta la Gaceta es  
 Por donde advertirme quiero.  
 Dice así: *(Lee.) Milan. El duque  
 De Feria (gran caballero)  
 Salió con veinte mil hombres.—*  
 Aun es el mundo pequeño  
 Trofeo de su valor.

*(Disparan dentro.)*

ALONSO.

¡Oh cuál silban por el viento  
 Los pajaritos de plomo!

ESPÍNOLA.

Nápoles. El de Alba ha puesto  
 Toda su gente en campaña.—  
 ¡Que nunca guerras se vieron  
 Sin señor deste apellido  
 Ni soldado de Toledo!

*(Disparan dentro.)*

ALONSO.

Tira, que un doblon te cuesta  
 Cada tiro. Este consuelo  
 No me le podrás quitar.  
 Juro á Cristo, que me huelgo.

ESPÍNOA.

*El Brasil. Las dos armadas  
Desde Lisboa salieron  
Con la mas lucida gente  
Que se ha visto. —; Quiera el cielo  
Tengan el fin que desean!  
Génova (con temor leo)  
Oprimida está del duque  
De Saboya, porque ha puesto  
Su campo á dos leguas della,  
Y aun ha llegado su esfuerzo...—  
Yo sé bien que no llegara,  
Si yo estuviera. Mas vuelvo  
A mirar dónde llegó.  
A la montaña que ha puesto  
Naturaleza por guarda  
De sus edificios, siendo  
Rústico muro que sirve  
De columna al firmamento. —  
Perdone el valor, la envidia  
Perdone, si me enternezco  
Con tal nueva, que tal vez  
Es valor el sentimiento;  
Y mi patria me perdone,  
Si visto bruido acero  
Y no es en defensa suya;  
Que aunque tuviera por cierto  
Que habia (caso imposible)  
De ser humilde trofeo  
De las vencedoras armas,  
Que tantas veces pudieron  
Serlo de España (piedad  
De su generoso pecho);  
Y aunque supiera tambien  
Que bastara á defenderlo  
Mi persona, no dejara  
La empresa, que en Flándes tengo.  
Por mi patria, por mi honor,  
Ni por mi vida, no puedo  
Al Rey servirle con mas,  
Ni agradecerle con ménos.  
Génova tiene su amparo;  
Pues ¿qué temor, qué recelo  
Puede ocuparla, si solo  
El nombre de España ha puesto  
Terror al mundo, tocando  
Con sus manos sus extremos?  
Diganlo Italia, el Brasil  
Y Flándes, que á un mismo tiempo  
Embarazados con guerras,  
Su poder están diciendo.  
¿Qué mucho, pues, que un monarca,  
Que á un tiempo tiene doscientos  
Mil hombres en la campaña,  
Peleando y defendiendo  
La fe, pida á sus vasallos  
Que ayuden al justo celo,  
Sirvan á la accion piadosa  
De tan religioso efecto?  
El alma y la vida es poco;  
Que la hacienda de derecho  
Natural es suya; aunque  
A su dilatado imperio  
Sirva de testigo el sol,  
En que le falte un momento.*

## ESCENA II.

UN INGENIERO. — DICHOS.

INGENIERO.

¿Qué hace su Excelencia?

ALONSO.

Ahora

Su Excelencia está escribiendo.  
No puede hablarse.

INGENIERO.

Mandóme

Que ahora viniese.

ESPÍNOA.

¿Qué es eso?

ALONSO.

El Ingeniero está aquí.

ESPÍNOA.

Ve tú, llámame al momento  
A Don Gonzalo Fernandez  
De Córdoba, porque tengo  
Que aconsejarme con él. *(Vase Alonso.)*

## ESCENA III.

ESPÍNOA, EL INGENIERO.

ESPÍNOA.

Vaya diciendo, maestro,  
¿En qué estado están las barcas?

INGENIERO.

Señor, doce barcas tengo...

ESPÍNOA.

Bien le oigo; pero escribo,  
Porque no perdamos tiempo.

INGENIERO.

Sobre el rio fabricadas,  
Que llaman barcas de fuego.

ESPÍNOA.

Ya sé del modo que son.  
Tiene cada una dentro  
Gran turba (que así se llama)  
De piedras, árboles gruesos,  
Peñascos, piezas quebradas,  
Tierra, vigas, plomo y hierro.  
Estas tienen solo un hombre  
Cada una; y él, en viendo  
Que se acerca el enemigo,  
No hace mas que pegar fuego,  
Y arrojarle al agua; ella  
Empieza á encenderse luego,  
Arrojando de sí cuanto  
Encierra su vientre, siendo  
Un Etna de fuego horrible.

INGENIERO.

Estas tienen solo un riesgo.

ESPÍNOA.

Es, que no vengan á nado  
Los enemigos, y asiendo  
La ocasion, las mismas armas  
Nuestras les sirvan á ellos.

INGENIERO.

Sí, pero un remedio tiene.

ESPÍNOA.

Eso se remedia, haciendo  
Una estacada en el rio  
De muchos árboles, puestos  
En puntas unos con otros,  
Llenos de puntas de acero,  
Para que encontrando en ellas  
Ovas ó hombre, al momento  
Se hagan dos mil pedazos.  
¿No quiere decirme esto?

## ESCENA IV.

DON GONZALO, ALONSO LADRON. — DICHOS.

DON GONZALO.

¿Qué me manda Vueexcelencia?

ESPÍNOA.

Vaya á trabajar, maestro,  
Yo iré por allá despues.

*(Vase el Ingeniero.)*

Señor, un negocio quiero  
Conferir con Vueexcelencia,  
Para tomar su consejo.  
La señora Infanta escribe  
Que ha sabido por muy cierto  
Que el príncipe de Polonia  
Viene á Flándes, con intento

De ver el sitio famoso  
Que á Bredá tenemos puesto.  
Vueexcelencia ahora me diga,  
¿Qué entrada, recibimiento  
Y salva le hemos de hacer?  
Advirtiendo que es afecto  
A España, y en Roma ha estado  
De su parte, y despues desto,  
Que es príncipe soberano  
Y señor de dos imperios.

DON GONZALO.

Pues lo que se debe hacer  
Es, que el de Vérgas, fingiendo  
Una batalla trabada,  
Saque en su recibimiento  
Toda la caballería  
Dos leguas de Bredá, y luego  
El conde de Salazar  
Tenga los arcabuceros  
A una legua, y con la salva  
Real le reciban, haciendo  
Que al punto la artillería  
Responda en confusos ecos.  
Junto á la tienda, señor,  
De Vueexcelencia, al derecho  
Lado se levante otra,  
Donde al Príncipe esperemos  
Los maestros y capitanes,  
Ayudantes y sargentos,  
Con Vueexcelencia; y despues  
En sus acciones veremos  
Lo que se debe advertir.

ESPÍNOA.

Paréceme buen acuerdo.

## ESCENA V.

DON VICENTE. — DICHOS.

DON VICENTE.

Otra vez han intentado  
Hacer con un terrapleno  
Los de la muralla un dique;  
Y debe de ser su intento,  
Que como las ondas hajan  
Retardando y deteniendo  
Su curso, venga á verter  
Sobre el ejército nuestro  
Todo el rio, y anegarnos.

DON GONZALO.

Vueexcelencia para esto  
Puede hacerle nuevas madres  
Al rio, para que al tiempo  
Que se vaya rebalsando,  
Tomando otro curso nuevo  
No pueda ofendernos.

ALONSO.

Yo

Diera un arbitrio mas bueno  
Para impedirlo.

ESPÍNOA.

¿Y cuál es?

ALONSO.

Pusiera allí los tudescos,  
Y dijérase: «El dique  
Que veis se derribe luego,  
Ó morirémos ahogados»;  
Que yo aseguro que ellos,  
Por no beber agua, vayan  
A derribarlo al momento.

## ESCENA VI.

BARIANZON, con pierna de palo. — DICHOS.

BARIANZON.

Señor, unas buenas nuevas  
Traigo



ALONSO.

Y aun no es caso nuevo  
Que, siendo buenas, caminen  
Con piés de palo.

ESPÍNOLA.

Ya espero  
Saber qué sean.

BARLANZON.

Enrique

De Nasau su gente ha puesto  
A la vista nuestra, y dicen  
Que ha venido con intento  
De meter en la ciudad  
Socorro. Ahora verémos  
Si esto es guerra, ó si es estarnos  
Con las manos en el seno.

ESPÍNOLA.

El conde de Salazar  
Salga á campaña al momento  
Con el escuadron volante,  
Y estense quedos los tercios,  
Vengan por donde vinieren;  
Que no será buen acuerdo,  
Por acudir á una parte,  
El que otras desamparemos.

## ESCENA VII.

DON FADRIQUE BAZAN. — Dichos.

DON FADRIQUE.

Por la tierra y por el agua  
Quiéren meter el sustento  
Dentro de la fortaleza.

ESPÍNOLA.

Pues, Don Fadrique, ¿qué es eso?

DON FADRIQUE.

Barcas vienen por el rio  
Con gente y socorro.

ESPÍNOLA.

Esto

Me da mas cuidado. Al punto  
Sobre aquel fuerte, que ha hecho  
Pablos Ballon, cuatro piezas  
Se pongan. ¡Pluguiera al cielo  
Tuviera yo la estacada  
Hecha, que yo sé que presto  
Se volvieran!

DON FADRIQUE.

Pues ¿qué aguardas  
Para que se haga?

ESPÍNOLA

Temo

Que han quedado los soldados  
Sin fuerzas y sin aliento  
De las fortificaciones  
Hechas en tan breve tiempo,  
Y no querrán trabajar.

DON VICENTE.

Pues cuando no quieran ellos,  
¿Aquí no estamos nosotros?

DON FADRIQUE.

¿Qué esperamos, caballeros?  
Nosotros hemos de ser  
A esta faccion los primeros.

DON GONZALO.

Así á nuestra imitacion  
Veréis cómo acuden luego  
Los soldados.

(Toman todos espuelas, azadones y hachas.)

DON FADRIQUE.

Vengan hachas

Y azadones, poblaremos  
Ese candaloso rio

Destos árboles, haciendo  
Las ondas senda inconstante  
A los suspiros del viento

DON VICENTE.

Esta amena poblacion  
De los montes traslademos  
A las ondas, y parezcan  
Errantes bosques amenos.

DON GONZALO.

Unos corten, y otros lleven  
Los secos árboles.

(Disparan, y cae la tienda.)

ALONSO.

¡Cielos!

Desquiciado de los polos  
Se trastorna el firmamento.

ESPÍNOLA.

Una bala es, que se ha entrado,  
Derribando y deshaciendo  
Grande parte de mi tienda.

BARLANZON.

¡Miren qué poco respeto!  
¡Sin licencia se nos entran  
A conversacion!

ESPÍNOLA.

Al cielo

Doy gracias, que vivo estoy.

ALONSO.

Si no te hizo mal, lo mesmo,  
Aunque haya dado á tus plantas,  
Fueca haber dado en Toledo.

ESPÍNOLA.

¡A la estacada, soldados!

DON FADRIQUE.

Ya los españoles puestos  
Están para trabajar.

DON VICENTE.

Ya á los rudos instrumentos  
Truecan las doradas armas.

ESPÍNOLA.

¡Oh españoles, oh portentos  
De la milicia, y asombro  
Del mismo Marte! Yo espero,  
En vuestro valor bado,  
Que he de unir los dos imperios,  
Siendo escudo de Filipo  
El águila de dos cuellos. (Vanse.)

Sala en un castillo de Bredá.

## ESCENA VIII.

FLORA. LAURA.

LAURA.

Es la fama sol, que dió  
En una sutil vidriera;  
Pues aunque el sol quede fuera,  
El resplandor penetró.  
A mis oídos llegó,  
Guardándome á mi el decoro,  
Que en estos casos ignoro;  
El nombre de un caballero,  
Que no le he visto, y le quiero,  
No le conozco, y le adoro.  
Mas para informarme dél,  
Si es mi pena venturosa,  
Baste que es, ó Flora hermosa,  
Español y Pimentel.

A aquel agrado, y aquel  
Noble y discreto apellido,  
¿Qué pecho no se ha rendido?  
¿Qué gusto no se ha inclinado?  
¿Qué libertad se ha negado?  
¿Qué aficion se ha resistido?

FLORA.

Parecidas, Laura, son  
Tu desventura y la mia.

Libre del amor vivia,  
Cuando su dulce pasion  
Hizo en el pecho impresion;  
Pues en abismo tan liero  
Yo vi un cortés caballero,  
Que, aunque en el alma le imprimo,  
No sé quién es, y le estimo,  
No le conozco, y le quiero.  
Para que las dos estemos  
Satisfechas en los daños,  
De los confusos engaños  
Que igual las dos padecemos....  
Mas ¿qué notables extremos  
Nos causan nuevos enojos?

## ESCENA IX.

ESTELA. — LAURA, FLORA.

ESTELA

Esos hermosos despojos,  
Esparcidos por el viento,  
Dén suspiros á mi aliento,  
Dén lágrimas á mis ojos.

FLORA.

Estela, ¿qué es esto? ¿Así  
Haces extremos tan graves?

ESTELA.

Tú, que me consuelas, ¿sabes  
La causa que tengo?

FLORA.

Si,  
Si la sé, pues que perdí  
La libertad que perdiste,  
Vi los rigores que viste,  
Y lloro tu mismo mal;  
Porque es á todos igual  
Una desdicha tan triste.

ESTELA.

Segun eso, ¿ya has salido  
El bando que han publicado  
Morgan y Justino?

FLORA.

Ha estado  
Suspenso y mudo el sentido,  
En sus penas divertido.  
Pero ¿qué nueva impiedad  
Mandan?

ESTELA.

Que de la ciudad  
Salgan; qué torpes consejos!  
Los manechos y los viejos,  
Que tuvieren en su edad  
A ménos de quince años,  
Y á mas de sesenta.

FLORA.

¡Ay Dios!  
Que en ese bando los dos,  
Padre é hijo, que mis daños  
Con amorosos engaños  
Hacen dulces, comprendidos  
Están.

ESTELA.

Hoy verás perdidos  
Consuelos tan desdichados,  
Pues hoy saldrán desterrados,  
De su patria aborrecidos.  
Mas ¿para qué á decir llevo  
Lo mismo, Flora, que vos?

FLORA.

Si esta mi desdicha es,  
Ya en mis lágrimas me anego.

## ESCENA X.

MORGAN, tras de ALBERTO, y JUS-  
TINO, tras de CARLOS. — FLORA,  
LAURA, ESTELA.

MORGAN.

Salid de la villa luego

ALBERTO.  
¡Ay de mí!  
CÁRLOS.  
¿Podréis sufrir

Mi muerte?  
JUSTINO.  
Haheis de salir.

CÁRLOS.  
Señor, advierte...

JUSTINO.  
Ya está  
Advertido.

FLORA.  
¿Quién podrá  
Tantos golpes resistir?  
¿Posible es que tus tiranas  
Fuerzas no templan sus daños  
A la piedad destes años  
Y al respeto destas canas?  
Las fieras mas inhumanas  
Tienen respeto y amor;  
Pues ¿qué furia, qué rigor,  
Con injusto parecer,  
Hoy ha pretendido hacer  
Nuestra desdicha mayor?  
¿Qué importa una y otra vida  
Tan triste, tan desdichada,  
Una, sin razon cortada,  
Otra, sin razon rompida?  
Del céfiro la atrevida  
Furia marchita el candor  
Del mas vivo resplandor;  
Que no es trofeo bastante,  
Justino, una flor infante,  
Morgan, una helada flor.

JUSTINO.  
Madama, piadoso intento,  
Que no cruel, los destierra;  
Que inútiles en la guerra,  
No han de comer el sustento  
De aquellos, cuyo ardimiento  
Hoy resistirse pretende  
Al poder que nos ofende;  
Porque un viejo nos lastima,  
Un niño nos desanima,  
Y un soldado nos defiende.  
Mirando una peste va.  
De que estamos todos llenos;  
Y siendo la gente ménos,  
Ménos su furia será,  
El sustento durará  
Mas ya; que esto se imagina  
En la diestra medicina:  
Porque no llegue á tocar  
La peste al cuerpo, á cortar  
Un brazo se determina;  
Y en reparo natural,  
Cuando un golpe se endereza  
A herirnos en la cabeza,  
La mano acude leal  
Como á parte principal  
Así resistir podremos  
Estos bárbaros extremos;  
Que es bien, pues tales estamos,  
Porque todos no muramos,  
Que la mitad nos matemos.  
Y porque los expelidos  
Quejas no puedan tener,  
Tu hijo y padre han de ser  
En el bardo comprendidos.  
Pero á tus quejas movidos,  
Viendo que la pena airada  
Se mira en ti duplicada,  
Quiero en tan triste fortuna  
Seas comprendida en una,  
Y en otra privilegiada.  
Escoge: presentes tienes  
Los dos; y siendo hija y madre,  
Tienes hijo y tienes padre:  
Determina á quién previenes

La vida; y si te detienes,  
Quizá no tendrás lugar.  
Sola te quiero dejar,  
En tanto que á arrojar voy  
El puente: un hora te doy  
Para poderlo pensar.

(Vanse Morgan y Justino.)

### ESCENA XI.

FLORA. ALBERTO, CARLOS, LAURA,  
ESTELA.

FLORA.  
¿Adónde podré volver  
¡Cielos! en tantos, enojos,  
Si á todas partes los ojos  
Tienen desdichas que ver?  
¿A quién he de responder  
Cuando me llaman iguales  
Dos afectos principales,  
Dos impulsos diferentes,  
Dos aprehensiones vementes,  
Dos acciones naturales?  
No sé qué hacer ¡ay de mí!  
Mi vida ó mi muerte ignoro.  
Aquí me llama el decoro  
De padre, el amor allí  
De hijo; de aquel recibí  
El sér, que he de conocer;  
Pero á este le di el sér,  
Que he de aumentar generosa  
¿Qué eleccion es mas piadosa  
Obligar, ó agradecer?

CÁRLOS.  
¿Qué es lo que dudosa y triste  
Esperas para nombrarme?  
Pues á mí puedes quitarme  
La vida que tú me diste;  
No aquel sér que recibiste  
Puedes en esta ocasion  
Negar; y es mas noble accion  
Asistir con la piedad.  
Antes que la voluntad,  
Señora, á la obligacion.

ALBERTO.  
Si á la obligacion debemos  
Asistir siempre, ¿no ves  
Que, aumentar nuestro sér, es  
La obligacion que tenemos?  
Todos con esta nacemos;  
Y así debes acudir  
A tu hijo, y elegir  
Su vida; porque la mia  
Es sombra caduca y fria,  
Cuando él empieza á vivir.

CÁRLOS.  
Porque empiezo, debo ser  
Quien de Flora se despida;  
Pues teniendo ménos vida,  
Tengo ménos que perder.

ALBERTO.  
De otra suerte has de entender  
Ese modo de decir,  
De pensar y discurrir,  
Con que convencido estás;  
Pues quien ha vivido mas,  
Tendrá ménos que vivir.

CÁRLOS.  
Un árbol marchito vi  
Del sol á las luces rojas,  
Y vi cortarle las hojas  
Porque viva el tronco así.  
Rama dese tronco fui,  
Muera yo y la planta viva.

ALBERTO.  
Tambien veo al que cultiva  
Campos, si bien se aconseja,  
Que el tierno pimpollo deja,  
Y el seco tronco derriba.

CÁRLOS.  
¿No ves, Alberto, ese rio  
Que por opuesto lugar  
Del mar sale, y vuelve al mar  
Como á centro helado y frio?  
Pues así este curso mio  
A ti ha de volver. Tú fuiste  
Mar, que tus ondas me diste  
De ti he nacido; y así  
Es justo que vuelva á ti  
A darte el sér que me diste.

ALBERTO.  
¿Y tú no ves el farol  
Que el mundo de rayos dora,  
Que entre la noche y la aurora  
Mucra el sol y nace sol,  
Y siempre es un arrehol,  
Siempre es una llama ardiente?  
Así una vida consiente  
En dos una luz entera,  
Y es bien que en mi ocaso mucra  
Para que nazca en tu oriente.

CÁRLOS.  
Yo soy jóven, y tal vez  
Resistiré osado y fuerte.

ALBERTO.  
Yo no temeré la muerte,  
Pues ya he visto la vejez.

CÁRLOS.  
Madre...

ALBERTO.  
Hija...

FLORA.  
¿Qué jüez  
Se vió en las dudas que lucho?  
Mi dolor, mi llanto es mucho,  
Pues en tanta confusion  
El que tiene mas razon  
Es el postrero que escucho.  
Cuando un acero se entrega  
A dos imanes ¡ay Dios!  
Porque su violencia á dos  
Le inclina, á ninguno llega:  
Por darse á los dos, se niega;  
Y en trance tan importuno  
Respondiera solo á uno;  
Mas si dos causas me inflaman  
El pecho, porque me llaman  
Dos, no respondo á ninguno.

### ESCENA XII.

MORGAN. — DICHOS.

MORGAN.  
Dime, Flora, si eligió  
Alguno tu voto.

LOS DOS.  
Sí.

MORGAN.  
¿Y á quién has nombrado?

LOS DOS. A mí.

MORGAN.  
¿Quién va desterrado?

LOS DOS. Yo.

FLORA.  
Escucha, Morgan, que á uno  
Hice de mi voto empleo;  
Mas cuando nombrar deseo  
El uno, y me determino;  
Al primero que me inclino,  
Es al postrero que veo.  
Pero si atento al jüicio  
De mi voz el mundo está,  
En mis extremos verá  
Que doy de mi honor indicio.



Sea triste sacrificio  
Un hijo al piadoso altar  
De un padre; porque al juzgar  
En tan grande confusion,  
Será mas noble eleccion  
Agradecer que obligar.  
Carlos, Carlos, tú has de ser  
De mis brazos desterrado,  
Tú, ciegamente entregado,  
De la villa has de salir.

CÁRLOS.

Yo voy contento á morir.  
Dame, madre, mil abrazos  
Antes que tan breves lazos  
Pueda la muerte romper,  
Puesto que no me he de ver  
Otra vez en estos brazos.

MORGAN.

Vamos pues.

ALBERTO.

A mi dolor  
Ninguna desdicha iguala;  
¿Qué sentencia fuera mala,  
Si trajo tanto rigor  
La sentencia en mi favor?  
¡Oh, mal haya la importuna  
Estrella, que sin ninguna  
Piedad me inlluyó al nacer  
Larga vida, para ser  
Objeto de la fortuna!  
¡Plegue á Dios que en sus historias,  
Bredá, escriban mil naciones  
Con tu ruina sus blasones,  
Con tu sangre sus victorias!  
Cubra el olvido tus glorias,  
Y si alabanza deseas,  
Postrados tus muros veas:  
Corra sangriento el confín  
Tu misma sangre, y al fin  
Desierta campaña seas.  
Esas azules banderas,  
Que aspas queman en las luces  
Del sol, con las rojas cruces  
Entapicen sus esferas.  
A tus mismas ansias muera,  
Siendo una venganza extraña  
Fin desta infelice hazaña.  
Y porque todo lo tengas,  
¡Plegue á los cielos que vengas,  
Bredá, á ser del rey de España!

(Vanse.)

Vista exterior de los muros de Bredá.

### ESCENA XIII.

EL PRINCIPE DE POLONIA, ESPINOLA, DON GONZALO, ALONSO LADRON, DON LUIS DE VELASCO, DON FADRIQUE, DON VICENTE, ACOMPAÑAMIENTO.

(Tacan dentro atabales y trompetas, y al salir el Príncipe y Espinola, chirrimtas.)

ESPINOLA.

Venga tu Alteza, ó príncipe excelente,  
Cuya vida felice, cuyo estado  
En quieta paz, en dulce union se aumen-  
A lo voraz del tiempo reservado: [te,  
Venga tu Alteza venturosamente,  
En alas de su fama celebrado,  
Desde el dosel de su templada corte  
A los helados piélagos del Norte.  
¡Aquí su fama vivirá segura  
Las elades del pájaro fenicio,  
Que en llamas de su amor, en lumbre pu-  
A su misma deidad es sacrificio, [ra,  
De aquel que se labró la sepultura  
Y cuna se labró, dándose indicio

De inmortal, viendo que es prodigio hu-  
Ascuá y ceniza, pájaro y gusano. [mano,  
Que yo, con verme á tus divinas plantas,  
bueno me juzgaré de las estrellas,  
Sin prevenir la indignacion de cuantas  
Tristes influyen, predominan bellas;  
Que si á tan alta esfera me levantas,  
¿Qué oposicion podrán hacerme aquellas  
Sustitutas del sol, que en su portia  
Son mariposas de la luz del día?

PRINCIPE.

Vivas, ó Ambrosio (cuyo brazo fuerte  
Es repetido Marte en la campaña. [te,  
Dando al mundo terror, miedo á la muera-  
A Genova opinion, y honor á España),  
Vivas la edad del sol, en quien se advierte  
Un fénix celestial, que en rayos baña  
Las plumas, con que nueva vida adquie-  
[re,

Pues en tí nace cuando en otros muere.  
Que yo, despues de haberte conocido,  
Ni glorias mas, ni mas honor deseo;  
Que en tu presencia solo he conocido  
Mas triunfos que en imperios mil poseo.  
¡Felice patria aquella que ha tenido  
Siempre tan celebrado su trofeo!  
¡Felice por sus hijos su decoro!

ALONSO. (Ap.)

Y mas felice por su plata y oro.

PRINCIPE.

¿Quién es aquel prudente, aquel famoso  
A quien la fama superior confiesa  
A Trajano valiente y victorioso,  
En cuyos hombros dignamente pesa  
El imperio español, el valeroso  
Don Gonzalo de Córdoba?

DON GONZALO.

Tus plantas, al favor agradecido,  
Soberbio ya de haberle merecido.

PRINCIPE.

¡Vive Dios, Don Gonzalo, si tuviera  
Un vasallo mi imperio, que segundo  
A vuestro invicto abuelo conociera,  
Como en vos reconoce, con profundo  
Valor y ánimo heroico, no estuviera  
Reservada á mi imperio en todo el mun-  
Donde, desde la India á la Noruega, [do  
Bonde se ofrece el sol, donde se niega!—  
¿Ven qué estado, marques, está la fuer-  
¿No se rinde la villa? (A Espinola.) [za?

ESPINOLA.

Es imposible  
Que se pueda ganar jamas por fuerza;  
Que es su muro, señor, inaccesible.  
Mas no será posible que se tuerza  
Mi pretension altiva y invencible;  
¡Pues ha de ser de España, ¡vive el ciclo!  
O mi sepulcro este flamenco suelo.

PRINCIPE.

¿Y qué nuevas de adentro habeis tenido?

ESPINOLA.

Vuestra Alteza advirtió como soldado.  
Algunos, que rindiéndose han venido,  
Buenos principios de la entrega han da-  
[do.

Bastante indicio de su hambre ha sido  
Haber niños y viejos desterrado;  
Pero al salir, yo les salí al encuentro,  
Y hice otra vez que se volvieran dentro;  
Que, teniendo en el río la estacada,  
Imposible es socorro por la tierra.  
No tengo ya que recelarme en nada,  
Pues ellos mismos se han de hacer la  
[guerra.  
Mientras la gente es mas que está situa-  
[da,

Mas la victoria en mi esperanza cierra:  
Ni les asalto, ni combato el muro, [ro  
Que estoy con mas contrarios mas segu-

PRINCIPE.

No vi en mi vida tal razon de estado.

ESPINOLA.

Descanse ahora un poco vuestra Alteza;  
Saldrá despues, donde con mas cuidada  
Los cuarteles verá y su fortaleza;  
Y de todos sus puestos informado  
Podrá advertirme con la sutileza  
De su ingenio, porqué con la alta gloria  
Todos tengamos parte en la victoria  
Vuestra Alteza descanse.—Señor conde  
De Salazar, Useñoria puede  
Al Príncipe asistir.

DON LUIS.

Bien corresponde  
A mi cuidado el cargo que concede  
Vuestra excelencia, señor.

ESPINOLA

Yo voy adonde  
Ordene los cuarteles, porque quede  
Admirado de ver grandeza extraña.  
(Vase.)

PRINCIPE.

El mayor rey del mundo es el de España.

### ESCENA XIV.

EL SARGENTO MAYOR.—Dichos,  
ménos Espinola.

DON LUIS. (Al Príncipe.)

El sargento mayor hablarte quiere

SARGENTO.

Vengo á que vuestra alteza me dé el nom-

PRINCIPE.

¿Qué nombre os he de dar?

SARGENTO.

El marques quiere  
Que vuestra Alteza (y esto no le asombre)  
Gobierne todo el tiempo que estuviere  
En su ejército.

PRINCIPE.

Digno de renombre  
Es el marques; decidle que hoy le debo  
Esta lisonja; mas que no me atrevo  
A suplir la prudente fortaleza  
De su ingenio, y es fuerza el eximirme  
De peso que oprimió tanta grandeza.

SARGENTO.

Orden expresa tengo de noirme,  
Hasta que lleve el orden de tu Alteza.

PRINCIPE.

Pues no puedo á sus cargos evadirme,  
Es bien que á obedecerle me anticipe.  
Llegad, Sargento. El nombre es San Fe-  
(Vase el sargento.) [lipe.  
¡Por cuántos modos tiene lisonjeros,  
Aunque cortes, la lisonja entrada!  
¡Qué bien España hospeda forasteros!

DON LUIS.

Y aun es en hospedarlos desgraciada  
(Disparan dentro.)

PRINCIPE.

¿Qué salva es esta ahora, caballeros?

DON LUIS.

La vianda, que pasa aderezada  
Donde te está esperando.

PRINCIPE.

¡Oh españoles,  
De cortesía y de milicia soles!  
(Vanse todos, ménos Don Vicente, Don  
Fadrique y Alonso Ladron.)

DON FADRIQUE.

Con la libertad que ofrecen  
Las treguas al bronce dadas,  
Las murallas coronadas  
De hermosas damas parecen.

DON VICENTE.

Vámonos llegando al muro,  
Donde todos los soldados,  
Galanes y enamorados,  
Se acercan con el seguro  
Que tanta quietud consiente.

DON FADRIQUE.

Dos damas hermosas vi  
Ilacia esta parte.

ALONSO.

Y aquí

Advierta el piadoso oyente  
Que esto de esta suerte pasa,  
Cuando la guerra está quieta,  
Y que no pone el poeta  
La impropiedad de su casa.

## ESCENA XV.

FLORA y LAURA, en la muralla en  
puntos distantes.— DON FADRIQUE,  
DON VICENTE, ALONSO LADRON.

FLORA.

Yo vengo en esta ocasion  
A la muralla, por ver  
A quién he de agradecer  
A aquella pasada accion  
De haberme vuelto á mi hijo  
A mis brazos.

LAURA.

Y yo vengo  
Por ver si en algo entretengo  
El dolor en que me aflijo.

DON VICENTE. (A Flora.)

Llegaos vos á aquella parte,  
Que en esta me quedo yo.

DON FADRIQUE. (A Laura.)

Mil veces el cielo vió  
Juntos á Vénus y á Marte;  
Y así no es notable error  
Que hagan union tan segura  
El rigor con la hermosura,  
La guerra con el amor.

LAURA.

Los que le fingen valiente,  
Para que el nombre le cuadre,  
Le dan á Marte por padre;  
Que su orgullo no consiente  
Ser hijo de un vil herrero.

FLORA.

Vos no dcheis de saber  
Las leyes que ha de tener  
Por precepto el caballero  
Que aquí se fingiere amante.

DON VICENTE.

Si sé.

FLORA.

Sois español.

DON VICENTE.

Sí.

En qué lo visteis?

FLORA.

Lo vi

En que sois tan arrogante.  
No queréis ignorar nada;  
Todo á su brío lo fia  
La española bizarria,  
Con presuncion confiada

ALONSO.

Aunque os habeis engañado,  
¿Quién argüiros podrá?  
Cuando vuestro ingenio está  
Aquí tan sutilizado,  
Que la agudeza que escucho  
No es muy grande.

FLORA.

¿En qué lo veis,

Soldado?

ALONSO.

En que no comeis,  
Y el hambre adelgaza mucho;  
Tanto que es obligacion  
Que cualquiera sea discreta.

FLORA.

¿Y por qué?

ALONSO.

Porque en la dieta  
Teneis voto y opinion.

FLORA.

Con el hambre á veces lucho,  
Que vos no sufrirais quedo.

ALONSO.

¿En qué lo veis?

FLORA.

En el miedo;

Que el miedo acredita mucho  
Las cesas, y se os hiciera  
Mucho mayor de lo que es.—  
(Ap. Pero, alma, ¿qué es lo que vos?  
¿Ay pena celosa y fiera!  
Con Laura está el caballero  
Que á mí la vida me dió.  
No fui tan dichosa yo:  
Entre amor y celos muero.)

LAURA.

¿Cómo os llamais?

DON FADRIQUE.

Don Fadrique

De Bazan me llamo

LAURA. (Ap.)

¿Ay Dios!

No sois el fingido vos,  
Para que á vos me dedique.  
Con lo imposible me engaño:  
¿Cómo sabré si es aquel  
Don Vicente Pimentel?

DON FADRIQUE. (Ap.)

O finge á la vista engaño  
La muralla desde aquí,  
O aquella la dama es  
A quien piadoso y cortés  
Vida en los casares di.  
¿Cómo la pudiera hablar?

FLORA.

(Ap. Ya no puedo sufrir ¡cielos!  
A mis ojos tantos celos.  
Trocaré á Laura el lugar.)  
¿Ah Laura! ¿queréis ferirme  
Ese lugar por el mio,  
Que de cierto desvario  
Pretendo así asegurarme?

LAURA. (A Don Fadrique.)

Sí.—Dad licencia, que os doy  
La palabra de volver.—  
(Ap. Así pretendo saber  
Si es aquel.)

DON FADRIQUE.

Como quien soy  
Que no he visto, Don Vicente,  
Mujer en toda mi vida  
Tan cortés, tan entendida,

Tan hermosa y tan prudente.

Troquemos lugar (Ap. Así  
Le obligaré que me dé  
El que deseo.); porqué  
Gocéis de su ingenio aquí  
Un rato. (Truécause todos.)

DON VICENTE.

De buena gana;

Y aun la dama y todo os diera,  
Porque esta es muy bachillera  
Muy presumida y muy vana.

FLORA.

Faltándos dama tan bella,  
Diréis, gallardo español,  
Que en el ausencia del sol  
Os ha salido una estrella.

DON VICENTE.

No diré, pues advertido  
En engaño tan confuso,  
Sol, que una vez se me puso,  
Otra vez me ha amancejado.

FLORA. (Ap.)

¿Ay de mí! en vano procura  
Amor nuevas glorias ya  
Con mudarse, que no está  
En el lugar la ventura.

LAURA.

Mil deseos, que en mí están  
Luchando por conoceros,  
Me traen, caballero, á veros.

DON FADRIQUE.

Don Fadrique de Bazan  
Os dije que me llamaba,  
Y aquesto os vuelvo á decir;  
Que no tengo que mentir.

LAURA.

Pues ¿qué causa os obliga  
A mudaros?

DON FADRIQUE.

La que á vos.

FLORA.

Siempre los discursos van  
A su principio, si están  
En un pensamiento dos.

ALONSO.

¿Y qué es vuestro pensamiento  
En las mudanzas que haceis?  
Sin duda fantasmas veis  
Con el desvanecimiento.

FLORA.

Si os tengo de responder,  
Llegaos mas porque os entienda.

ALONSO.

¿Llegarme? ¿Dios me defienda!  
Que eso es lo que no he de hacer.

FLORA.

Pues hablar no será justo,  
Que á mí dar voces me cueste.

ALONSO.

Sí, que estais llenas de peste,  
Aunque es peste de buen gusto.

FLORA.

En mí aqueos accidentes  
No se dejan conocer.

ALONSO.

No, que si no hay que comer,  
No echaréis ménos los dientes.  
Pero confesadme á mí  
Si el amor la causa fué  
Desta mudanza.

FLORA.

No sé

Cómo deciros que sí.



ALONSO.

¿Hambre y amor? Imagino  
En este instante ¡por Dios!  
Que debéis de ser las dos  
Damas de hijos de vecino.

FLORA.

Por qué?

ALONSO

Las mas celebradas,  
En necesidades tan ciertas,  
Siempre las veo muy muertas  
De hambre, y muy enamoradas  
(*Tocan cajas.*)

Pero ¿qué ruido es aquel  
De cajas y de trompetas?

DON FADRIQUE.

El Príncipe de Polonia  
Que ya sale de la tienda  
A visitar los cuarteles.—  
Dadnos, señoras, licencia.

FLORA.

¿Volveréis á vernos?

DON FADRIQUE.

SI.

FLORA.

¿A qué hora?

ALONSO.

A cualquiera,  
Si no es á la del comer,  
Porque no conocen esta.

DON FADRIQUE.

Yo vendré.

FLORA.

Pues no os mudéis  
Otra vez, por vida vuestra;  
Que el mudarse á mí me toca  
Por ser mujer.

DON FADRIQUE.

Norabuena,

Firme seré.

FLORA.

Yo tambien.

LAURA.

¿Quién á vuestro campo fuera  
A ver la fiesta!

ALONSO.

A comer,  
Direis mejor; pero vengan,  
Con sola una condicion.

FLORA.

¿Cuál es?

ALONSO.

Que en una talega  
Traigan toda su comida;  
Bien cabrá, aunque sea pequeña,  
Porque no nos quedan ménos  
Enemigos en la fuerza.

(*Quítanse del muro las damas.*)

## ESCENA XVI.

EL PRINCIPE DE POLONIA Y ESPINOLA, con ACOMPAÑAMIENTO.—  
DON FADRIQUE, DON VICENTE,  
ALONSO LADRON. *Tocan dentro  
chirimías.*

ESPINOLA.

Esta, Príncipe excelente,  
Es Bredá invencible, y esta  
Es del rebelde enemigo  
La mas importante fuerza.  
Yace en los Países-Bajos.  
Donde los confines cierran  
De Batavia, de Celandia  
Y Brabante; bien lo muestra

El río, que decir Marc  
En flamenco idioma suena  
Lo que término ó confin  
En la castellana lengua.  
Está en la altura del polo  
Cerca del Norte cincuenta  
Y un grados: bien sus influjos  
Destemplados aires muestran.  
El sitio es triangular,  
Y sirvese por tres puertas,  
De Cinequen, de Valduque  
Y de Ambéres; hay en ellas  
Diez soberbios baluartes  
Que la guarden y defiendan,  
De Mansfelt y de Lamberto,  
Nasau, Mauricio, á quien llegan  
Norte, Holanda, Honoc, Locros,  
Bernebel y Blanquenberga.  
Los tres están repartidos  
Entre la gente francesa  
Y valona; están á cargo  
De un coronel, que sustenta  
Toda esa máquina en peso,  
Que es hombre de inteligencia,  
Muy altivo y ingenioso,  
Y que si por él no fuera,  
Se hubieran rendido, tanto  
Los anima y los alienta;  
Morgan se llama, es inglés.  
Los otros tres los gobiernan,  
Con gente de los países,  
Oteribe y Gris; y quedan  
Cuatro al señor de Loqueren.  
Justino de Nasau muestra,  
Gobernador de la villa,  
Gran valor y gran prudencia.  
Tiene dentro un suntuoso  
Templo, donde se celebran  
Predicas... Permite aquí,  
Que torpe dude la lengua,  
Que mudo falte el acento,  
Y quede la voz suspensa.  
¡Predicas...!; habiendo sido,  
Con piedad y reverencia,  
Culto del mayor milagro  
Que ha obrado la omnipotencia!  
Dios restaurar á su templo  
Airado á tantas ofensas.  
Tres fosos tiene en sus muros,  
Que aquí distantes la cercan,  
Y llena de fuego y agua,  
Es centro de tres esferas.  
Fundada está sobre el Marc,  
Siendo sus ondas soberbias  
Aun á los rayos de Jove  
Inexpugnable defensa;  
Y con estar sobre el agua,  
A tanto el ingenio llega  
De su belicosa gente,  
Nacida en efecto en tierra  
Donde la escuela de Marte  
Tiene por primera escuela,  
Donde ántes que á hablar, aprenden  
A pelear, pues las primeras  
Voces que escuchan naciendo,  
Son las cajas y trompetas;  
A tanto llega en efecto  
Su ingeniosa diligencia,  
Que están minados de suerte,  
Que, si asaltarla quisiera,  
Siendo posible ganarla  
Por las armas, no lo fuera  
Reducir á cantidad  
De números y de cuentas  
La gente que nos costara  
Ganar un palmo de tierra.  
Es capaz; ¡caso notable!  
De cien mil hombres de guerra;  
Pues hoy, con haberse muerto  
De una grave pestilencia  
Mas de ochenta mil personas,  
Quedan mas de otras ochenta.

Tiene mucho bastimento,  
Y cuando no le tuvieran,  
Esta es gente que en las calles  
Cavan, cultivan y sicembran;  
Y aquí unas rústicas plantas  
Son tan fértiles, que llevan  
En breves dias el fruto,  
De que á veces se sustentan.  
Tienen siempre en abundancia  
Para los caballos yerba;  
Labran la pólvora dentro:  
De suerte, que no desean  
Sino solo libertad;  
¡Quiera Dios que no la tengan!  
De fuera de la ciudad  
Bien ha visto vuestra Alteza  
Los cuarteles; pero quiero,  
Porque mas noticia tenga,  
Referirlos. Tiene el sitio  
(Cosa en nuestros tiempos nueva,  
Pues no le vieron mayor  
En los suyos Troya y Grecia),  
Tiene en torno treinta millas,  
Que son castellanas leguas  
Diez; y de suerte, que dista,  
Por la geometria hecha  
La demostracion, del muro  
Nuestro campo apenas media;  
Que, aunque á dos y media toca,  
Y en rectitud no pudiera  
Estar tan cerca; por eso  
En la figura se cuentan  
Del diámetro las líneas  
Con las puntas y las cuevas.  
Hizose el sitio tan grande,  
Porque, estando en esta tierra  
Tan pujante el enemigo,  
De ningún modo pudiera  
Cercarlos. Y es la razon  
(Yo lo he visto en la experiencial).  
Si para una villa sola,  
Que tiene apenas dos leguas  
De contorno, gasto diez,  
Para cercar las diez, fueran  
Por la multiplicacion  
Menester mas de docientas.  
Y si en diez sesenta y cinco  
Mil hombres tengo, no hubiera  
Para las docientas gente  
En toda Europa. Bien hecha  
Está la demostracion,  
Mas de un desvelo me cuesta.  
Son las fortificaciones  
Todas labradas á prueba  
De cañon, y las dividen  
Tres graduadas hileras,  
Inferior y superior  
Y mediana: de manera,  
Que pasean tres soldados  
A un mismo tiempo por ellas.  
En el valle de Cinequen,  
Que es este, puse mi tienda,  
Que es un portátil alcazar,  
Y está del muro tan cerca,  
Que ya he visto algunas veces  
Entrar sus balas en ella.  
De mi cuartel á la espalda  
Está un colegio é iglesia  
De los padres jesuitas,  
Que hasta aquí su celo llega.  
Aquí con gran devocion  
Los sacramentos frecuentan;  
Que es bien acudir por armas  
El que por la fe pelea.  
Mas abajo, algo inclinada  
Hacia la mano derecha,  
Guardada de artilleria  
La frente está de banderas;  
Son ciento y noventa; y luego  
Empiezan á formar vuelta  
Los tres tercios de españoles,  
Gente bizarra y experta

Don Juan Claros de Guzman  
(Ya se sabe su nobleza),  
Don Francisco de Medina,  
Don Juan Niño. Luego empiezan  
Regimientos alemanes,  
Y en una pequeña huerta  
El conde Juan de Nasau,  
Que es su cabo, se aposenta.  
El baron de Barlanzon  
Con los italianos cierra  
El primero fuerte real  
Del oriente; mas afuera  
El marques de Barlanzon.  
Fué la causa, que estuviera  
Doblado aqueste cuartel,  
Que a esta parte tuvo puesta  
Mauricio su gente; así,  
Para mayor resistencia,  
Se pusieron tres naciones  
Por esta parte, que eran  
Borgoñones y valoues  
Y los italianos. Esta  
Es del principe de Orange  
Una quinta hermosa y bella;  
Es casa de recreacion  
Suya, cuyas plantas besa  
El rio; por aqui sale  
De la villa con mas fuerza  
Despeñado, y á este llaman  
El bosque de las cigüeñas.  
Aqui tengo yo una inclusa  
Labrada para que vierta  
Toda su corriente el rio;  
Porque, estando el mar tan cerca,  
Pudiera ser de algun daño,  
Cuando á dar tributo llega,  
Corriendo del mediodia  
Su caudalosa soberbia  
Al setentrion. De aqui  
Se ha cogido el agua llena  
De veneno, que en la villa,  
Virtud de posibles yerbas,  
Avenenaron el rio,  
En cuyos hombros se asienta  
El segundo fuerte real.  
Luego, hasta el tercero, empiezan  
Otra vez los alemanes,  
Cuyo número á su cuenta  
Tiene el marqués de Braibones.  
Gente del país de afuera,  
Y liegueses siguen luego,  
Haciendo que les sucedan  
Irlandeses, escoceses,  
Y ingleses, con lo cual llegan  
Al fuerte real de occidente  
Las fabricadas trincheras.  
El marques de Belveder  
Con mas italianos muestra  
Su poder aqui; y por ser  
El camino de Bruselas  
Esta parte, no se ha puesto  
Aqui tanta resistencia.  
Este es un brazo del rio,  
Y al término donde llega  
A incorporarse, está el puente  
De barcas de fuego. Estas  
Son cada una un volcan,  
Que por instantes revientan  
Llamas, que entre fuego y humo  
Opuestas al cielo vuelan.  
Tiéncelas Pablos Ballon,  
Y en el puente hay cuatro piezas:  
De modo, que por el rio  
Es imposible que puedan  
Meter socorro; que está  
Debajo del agua hecha  
Una estacada, porqué  
Ya vimos que es sutileza  
De ingenieros navegar  
Barcas del agua cubiertas.  
Demas de toda esta gente  
Que está en los cuarteles, quedan

Veinte mil caballos fuertes,  
Que en volante escuadron llegan  
Socorriendo á cualquier parte,  
Porque en ningún tiempo sea  
Menester desamparar  
Puesto ninguno. Que llega  
(Vuestra Alteza advierte) esto  
A que el ejército tenga  
Mas de quince mil escudos  
De costa, que son por cuenta  
Seis mil doblones. ¿Qué rey,  
Sino el de España, pudiera  
Sustentarlo? Esto, sin sueldos.  
¿Qué mas bien? ¿qué mas grandeza?  
No se ha visto en todo el mundo  
Tanta milicia compuesta,  
Convocada tanta gente,  
Unida tanta nobleza;  
Pues puedo decir no hay  
Un soldado que no sea  
Por la sangre y por las armas  
Noble. ¿Qué mas excelencia?  
¿Qué mayor blason de España?  
¿Quiéran los cielos que sean  
Para mas honra de Dios,  
Propagacion de su Iglesia,  
Alabanza de Filipo,  
Honor suyo y gloria nuestra!

PRINCIPE.

Ya ¿qué tengo que mirar?  
Solo el Rey de España reina;  
Que todos cuantos imperios  
Tiene el mundo, son pequeña  
Sombra muerta á imitacion  
Desta superior grandeza.  
Admirado dignamente,  
Es bien que á Polonia vuelva.  
Donde tenga que envidiar  
Tales vasallos, que emplean  
Su valor tan altamente  
Por Rey, cuya vida sea,  
Desmintiendo á lo mortal,  
Como su alabanza, eterna.

## JORNADA TERCERA.

Sala de un castillo de Bredá.

## ESCENA PRIMERA.

JUSTINO, MORGAN; VECINOS DE BREDÁ,  
dentro; después FLORA.

Voces dentro.

¡Rindase la villa!

MORGAN.

De enojo y cólera voy.

JUSTINO.

Rabiando de pena estoy,  
Dando por los ojos fuego. —

(Pónese á un balcon.)

Vecinos, oid! ¿Así  
El temor os sobresalta,  
Que á nino y valor os falta  
Para resistir?

Voces dentro.

Sí.

JUSTINO.

¿No es lo misino el que llegó  
En su muerte á ser testigo,  
Que le mate el enemigo  
Que su mismo valor?

Voces dentro.

No.

(Sale Flora.)

FLORA.

No te cansas, que ya es mucha  
Tu pretension y su muerte.

JUSTINO

¿De qué modo?

FLORA.

Desta suerte;

Si no lo sabes, escucha.  
Después, Justino, que la dura guerra  
Puso á Flándes en tanto desconsuelo,  
Que no solo prodigio fué á la tierra,  
Sino tambien calamidad del cielo,  
Por ley de aquel que en su dosel encierra  
Caractères que imprime en azul velo,  
Con que reparte al mundo de una suerte  
Dádivas de la vida y de la muerte;  
Tanto la voluntad se ve rendida  
Al hambriento furor, al golpe fuerte,  
Que duda entre las luces de la vida,  
Que ignora entre las sombras de la muerte.  
Si asiste el alma á su porcion unida, [te  
Si falta desasida; y desta suerte,  
Como á un tiempo dolor y horror recibe,  
Ignota cuando muere ó cuando vive.  
Cuál por las calles, ya tristes desiertos,  
Con la voz en los labios temerosa, [tos,  
Va tropezando entre los cuerpos muertos.  
Por llegar á los brazos de su esposa;  
Y allí con los discursos mas inciertos  
Se quiere despedir, duda, y no osa,  
Porque teme, al formarse la palabra,  
Que el alma espera á que los labios abra.  
Cuál, negándose al misero sustento,  
Que le concede una porcion escasa,  
Le lleva la mitad de su alimento  
Al impedido padre, que en su casa  
Camaleon se vive de su afiento,  
Y á nueva vida con su vista pasa;  
Y como la piedad duda y estima,  
Una vez se desmaya, otra se anima.  
Cuál el cabello á su discurso deja  
Cubrir la espalda y enlazar el cuello;  
Y siendo su fatiga quien la aqueja,  
Piensa que es quien la ahoga su cabello;  
La manos tuerce y la sutil madeja  
Gruel aparta, y cuando vuelve á vello,  
Siendo lisonja de los aires vanos, [nos.  
Llora, y vuelve á torcer las blancas ma-  
Cuál pues á la corriente de ese rio  
Llega á templar la desigual congoja:  
Bébase el mar, y viendo el centro frio  
Otra vez, otra vez el labio moja.  
¿Qué fácilmente engaña el albedrio!  
Templa lased, y el hambre le acongoja;  
Que el natural deseo de la vida  
Agua le da, aunque alimento pida.  
¿Cuántos, de esa montaña despeñados,  
A su misma pasion vimos rcudidos?  
¿Cuántos, á su furor precipitados,  
Pendientes de un cordel, de un hierro he-  
De mortales venenos ayudados, [ridos,  
De prolijos peñascos oprimidos?  
Y al fin es, en tormentos tan esquivos,  
Bredá un sepulcro que nos guarda vivos  
Pues, qué alivio tenemos, qué esperanza,  
Si á nuestra muerte hemos de ser testi-  
Y para dar á España mas venganza, [gos,  
Somos nuestros mayores enemigos?  
¿Qué favor, qué socorro, qué mudanza  
Enmienda podrá ser á sus castigos,  
Si, cuando tantas penas padecemos,  
Nosotros á nosotros nos vencemos?  
¿Qué minas brotan de arrogancia llenas?  
¿Qué encuentro padecemos fuerte y du-  
[ro?  
¿Qué asalto nos derriba las almenas?  
¿Qué artilleria nos fatiga el muro?  
Nosotros nos labramos nuestras penas,  
Nosotros les hacemos mas seguro  
El triunfo. Pues, ¿qué hacemos? ¿qué es-  
[peramos?  
Atropos somos, nuestra vida bilamos.  
Ya Enrique de Nasau se ha retirado  
Imposible el socorro me parece;



Por agua y tierra el paso está tomado;  
Mengué el valor, y la desdicha crece.  
Esa nueva moneda que has labrado,  
¿Qué importa, si la plata no me ofrece  
Interés, y ella misma es infelice?  
*Bredá sitiada por España*, dice.  
¿No es furor que se mate quien no espera  
A que le mate el hambre dura y fuerte?  
Luego es furor también de esa manera,  
Porque no me la dé, darme la muerte.  
Entre del español la furia liera,  
Venza, triunfe y castigue de una suerte:  
Porque es furor, aunque el vivir dilate,  
Matarme yo, porque otro no me mate.

JUSTINO.

Madama, todo el rigor  
Veó, sufrí, siento y lloro;  
Mas de la muerte no ignoro  
Que será muerte mejor  
A las manos del valor,  
Que no á las del enemigo,  
Y así estos discursos sigo;  
Pero si no puede mas  
La humana fuerza, hoy verás  
Que a satisfacer me obligo  
Tantas quejas. No pretendo  
(*Asomado al balcón.*)

Para la esperanza mia  
De término mas de un día;  
Porque en este solo entiendo  
Que Enrique entrará rompiendo  
El sitio, que no ha podido;  
Que ya la gente ha venido  
De Marsil. Y siendo vana  
Esta esperanza, mañana  
Nos daremos á partido.  
Suframos hoy; que yo estoy  
Satisfecho que vendrá,  
Y que el socorro entrará  
En la villa.

Voces dentro.

Solo hoy  
Damos de término.

JUSTINO.

Soy  
Contento.

## ESCENA II.

LAURA. — Dichos.

LAURA.

Las voces mías  
Penetren las celosías  
De diamante y de zafir,  
Pues no podemos vivir  
Sino solos once días.

FLORA.

¿Qué es esto, Laura?

LAURA.

Han contado  
El sustento que tenemos  
En la villa, y no podemos,  
Con tanto límite dado,  
Vivir, ¡qué infelice estado!  
Sino once días

FLORA.

Pedir

Que nos vamos á rendir  
Al campo; que no hay ninguna  
Triste ó misera fortuna,  
Que no la enmiende el vivir.  
¿Es Bredá acaso Numancia?  
¿Pretende tan necia gloria?  
¿Será la primer victoria,  
Ni la de mas importancia?  
No es pérdida, que es ganancia  
La guerra; pues ¿qué esperamos?

¿Por qué no nos entregamos?  
Que no hay libertad perdida,  
Que importe mas que la vida.  
Vamos á rendimos.

TODOS.

Vamos. (*Vanse.*)

Acampamento de Espínola.

## ESCENA III.

*Disparan dentro, y salen* ESPINOLA,  
DON VICENTE, DON GONZALO,  
DON FRANCISCO DE MEDINA y  
ALONSO LADRON.

ESPINOLA.

¿Jesus mil veces!

DON GONZALO.

¿Así,

Señor, Vueexcelencia pone  
En tanto riego su vida?  
¿Qué alabanzas, qué blasones  
Podrán ser satisfaccion  
A una desdicha tan noble,  
Aunque España con su muerte  
El mundo á sus plantas poestre?

MEDINA.

Perdóneme Vueexcelencia,  
Que ha sido grande desórden,  
Y aun es desesperacion  
De su vida.

ALONSO.

O me perdone,  
O no me perdone á mí,  
Juro á Dios, aunque se enoje,  
Que fué grande necedad  
Llegar divertido adonde  
Pudieron con una bala,  
Que el viento encendido rompe,  
Quitar el freno al caballo,  
Que bañado en sangre corre.

ESPINOLA.

Señor Don Gonzalo, andaba  
Dando en los cuarteles órden  
Para esperar la ocasion  
Que hoy Enrique nos propone;  
Que el socorro que ha venido  
De Mansfelt, y otros señores  
De Flándes, le da esperanza  
Para que sus presunciones  
Piensten entrar en Bredá,  
Para cuyo efecto pone  
En la campaña docientos  
Carros, y treinta mil hombres  
En aquesto andaba, cuando  
Corrió los vientos veloces  
Un rayo, que lumbré y trueno  
Puso entre el plomo y el bronce.  
Quitóme el freno al caballo;  
Mas si no me alcanzó el golpe,  
Lo mismo fuera haber dado  
En Toledo

ALONSO. (*Ap.*)

Esas razones  
Dije, cuando entró la bala  
En la tienda, y desde entónces  
Se acuerda dellas. ¡Por Dios,  
Que no olvida lo que oye!

## ESCENA IV.

DON FADRIQUE. — Dichos.

DON FADRIQUE.

Ya Enrique se va llegando.  
¿No escuchas las dulces voces  
De las cajas y trompetas?  
¿No ves azules pendones

Que, á imitacion de las nubes,  
Ufanos al sol se oponen?

ESPINOLA.

¿Pues ves toda aquea gente,  
Que en formados escuadrones,  
Hace una selva de plumas  
En variedad de colores?  
Pues en viéndonos la cara,  
Plegue á Dios que no se tornen,  
Como otras veces lo han hecho.

DON VICENTE.

Ya de mas cerca se oyen  
Las cajas.

ESPINOLA.

Pues los cuarteles  
Esperen á ver por dónde  
Nos embiste, y los demas  
Tercios, puestos y naciones,  
No desamparen los suyos;  
Que el volante escuadron corre  
A todas partes, y hoy  
Espero que el cucllo dome  
A esta herética arrogancia,  
Religion dañada y torpe;  
Pues hoy en éualquier suceso,  
Que deste encuentro se note,  
Tengo de entrar en Bredá,  
Postrando á mis plantas nobles  
La oposicion de sus muros,  
La eminencia de sus torres.  
Si es bueno el intento nuestro,  
Porque ya sus presunciones  
Quedarán desengañadas,  
Y no hay poder que no estorbe;  
Si es malo, porque con él  
Nueva esperanza no cobre,  
Y vean tantas ruinas  
Sangrientas ejecuciones.  
Vue señoría, señor  
Don Gonzalo, á cargo tome  
En este cuartel de España  
El gobierno; y pues conoce  
Su cólera, cuando vea  
Que no pelean, reporte  
Su arrogancia; porque temo  
Que coléricos se arrojen,  
En viendo en otro cuartel  
Trabados los escuadrones. (*Vase.*)

## ESCENA V.

DON FADRIQUE, DON GONZALO,  
DON VICENTE, MEDINA y ALONSO  
LADRON.

DON FADRIQUE.

¿Oh si llegara por este  
Puesto de los españoles  
Enrique, qué alegre día  
Fuera á nuestras intenciones!

DON VICENTE.

No somos tan venturosos,  
Que esa dichá, señor, logre.

ALONSO.

Yo apostaré que va á dar  
Allá con esos linflones,  
Con quien se entienda inejor,  
Que dicen, cuando nos oyen  
*Santiago, cierra, España*,  
Que aunque á Santiago conocen,  
Y saben que es patron nuestro,  
Y un apóstol de los doce,  
El *cierra, España*, es el diablo,  
Y que llamamos conformes  
A los diablos y á los santos,  
Y que todos nos socorren.

MEDINA.

Si en el camino de Ambéres  
Vino marchando, se pone  
Frente de los italianos.

DON FADRIQUE.

Ya parece que se rompen  
Los campos.

ALONSO.

¡Cuerpo de Cristo!  
¡Que de aquesta ocasion gocen  
Los italianos, y estemos  
Viéndolo los españoles,  
Sin pelear!

DON GONZALO.

La obediencia  
Es la que en la guerra pone  
Mayor prision á un soldado;  
Mas alabanza y mas nombre  
Que conquistar animoso,  
Le da el resistirse dócil.

DON FADRIQUE.

Pues si no fuera mas gloria  
La obediencia, ¿qué prisiones  
Bastaran á detenernos?

(Tocan cajas.)

ALONSO.

Con todo eso, no me enojen  
Estos señores flamencos;  
Que si los tercios se rompen,  
Tengo de pelear hoy  
Aunque mañana me ahorquen.

DON VICENTE.

¡Qué igualmente que se ofenden!

(Tocan cajas.)

DON FADRIQUE.

¡Y qué bien suenan las voces  
De las cajas y trompetas  
A los compases del bronce!

MEDINA.

¡Viven los cielos, que han roto  
El cuartel de los valones!

(Tocan cajas.)

DON FADRIQUE.

Ya llega á los italianos.  
¡Que á tanto me obligue el orden  
De la obediencia, que esté,  
Cuando tal rumor se oye;  
Con el acero en la vaina!  
¡Que digan que estando un hombre  
Quedo, mas que peleando,  
Cumple sus obligaciones!

DON VICENTE.

Ya roto y desbaratado  
El cuartel se ve. ¿No oyes  
Las voces? ¡Por Dios que pienso  
Que entra en la villa esta noche!

ALONSO.

¿Cómo en la villa?

DON FADRIQUE.

¿En la villa?

La obediencia me perdona;  
Que no ha de entrar.

DON VICENTE.

Embistamos,

Que se enoje ó no se enoje  
El general.

DON GONZALO.

Caballeros,  
Piérdase todo, y el orden  
No se rompa.

DON FADRIQUE.

No se falta

A nuestras obligaciones,  
Que en ocasiones forzosas  
No se rompe, aunque se rompe.

DON VICENTE.

Pero atentos á la accion  
Que intenta atrevido un hombre,

Mudo el viento se detiene,  
Y el sol se ha parado inmóvil.

¿No ves al mayor sargento  
Italiano, que se opone  
Al ejército de Enrique,  
Y animando con sus voces  
Toda la gente, detiene  
El paso á los escuadrones  
Del enemigo? Esta accion  
Ha de darte eterno nombre,  
Carlos Roma, y dignamente  
Mereces que el Rey te honre  
Con cargos, con encomiendas.  
Con puestos y con blasones,  
Con la espada y la rodela  
Furioso los campos rompe.  
Y á su imitacion se animan  
Los italianos! ¡Que gocen  
Ellos la gloria, y nosotros  
Lo veamos! Aquí es noble  
La envidia, y aun la alabanza;  
Que España, que en mas acciones  
Se ha mirado victoriosa,  
No es razon que quite el nombre  
A Italia de la victoria,  
Si ellos son los vencedores.

DON FADRIQUE.

Desbaratados y rotos,  
Miden los vientos veloces  
Los flamencos, y ya queda  
Por suyo el honor; coronen  
Su frente altivos laureles,  
Y en mil láminas de bronce  
Eternos vivan, tocando  
Boy los extremos del orbe.  
(Vanse; tocan dentro, y dase la batalla.)

Vista exterior de los muros de Breda

## ESCENA VI.

ENRICO.

Yo juzgo que el mismo Marte  
Mis campos destruye y rompe  
Cada vez; ¡cielos! que veo  
Un bello, un gallardo joven  
Que, ministro de la parca,  
Tiene obediente á su estoque  
En cada amago una vida,  
Y una muerte en cada golpe.  
Aquel valiente italiano,  
Que con la rodela sobre  
Las armas, bello y valiente,  
Era Marte siendo Adónis,  
¡Ah quién supiera quién es!  
¡Cielos! que tanto aficione  
El valor, que el enemigo  
Le confiesa y le conoce!  
Sí, estos brazos mereciste;  
Vuélvanse mis escuadrones  
Desesperados de entrar  
En Breda; ya no provoquen  
Las cajas; á retirarnos  
Llaman, y Breda dé orden  
De entregarse; que imposibles  
Son ya todos mis favores.  
Entréguense infamemente;  
Que yo voy corrido donde  
Mi desdicha y su venganza,  
Mi muerte y su afrenta llora. (Vase.)

## ESCENA VII.

ESPINOLA, DON FADRIQUE, DON  
GONZALO, DON VICENTE, BAR-  
LANZON, ALONSO LADRON, DON  
LUIS DE VELASCO.

DON FADRIQUE.

Ya Enrique se ha retirado,

Desesperado de dar  
El socorro.

ESPINOLA

Si al llegar

Hoy, en los de Italia ha hallado  
Tal resistencia, ¿qué mucho  
Que se vuelva, pues bastaba,  
Donde su valor estaba,  
Para ofenderle?

ALONSO. (Ap.)

¡Esto escucho!

DON VICENTE.

Carlos Roma valeroso  
Al peligro se arrojó,  
Dignamente mereció  
Nombre inmortal y glorioso.  
Su Majestad premiará,  
Porque su valor se entienda,  
El pecho de una encomienda,  
Que tan merecida está,  
Puesto que los italianos  
En esta faccion han sido  
Solos los que han conseguido  
Tantos triunfos soberanos.

(Ruido dentro.)

DON GONZALO.

Gran novedad es aquesta,  
Que la vista maravilla.

DON VICENTE.

Fuegos hacen en la villa.

BARLANZON.

¿Cuál está la respuesta:  
Sin duda quieren quemarse  
Los herejes.

ALONSO.

No será

La primera vez; que ya  
Lo hemos visto, por no darse.

## ESCENA VIII.

MEDINA, con un ESPÍA en traje de vi-  
llano. — Dichos.

MEDINA.

Este es una oculta espía,  
Que disfrazado venía,  
Señor; él podrá decir  
Deste fuego el fundamento.

ESPINOLA.

¿Quién eres?

ESPÍA.

Un labrador.

BARLANZON.

Este es espía, señor:  
Mejor lo dirá el tormento.

ESPINOLA.

¿Dónde en este traje vas?

ESPÍA.

Pues tan desdichado fui,  
Que luego en tus manos di,  
De mi el intento sabrás.  
Resuelto y determinado.  
Siendo una encubierta espía,  
Dije á Enrique que entrara  
En la villa.

ESPINOLA.

¿Cómo?

ESPÍA.

A cada,

Por eso cartas no entrego.

ESPINOLA.

¿Y qué habías de decir?



ESPÍA.

Que se traten de rendir  
Con buenos partidos luego;  
Porque ya el conde Mauricio  
Ha muerto, y él ha quedado  
Ajeno y desesperado  
De ayudarles. Bien da indicio  
Desto el fuego, pues así  
Dicen que no hay que comer,  
Y no pueden defender  
Mas la fortaleza. A mí  
Decir la verdad me abone.

ESPÍNOLA.

En fin, ¿Mauricio murió?

BARLANZON.

El primero es que me ahorró  
De decir: ¡Dios te perdone!

ESPÍNOLA.

¡Hola! este hombre esté preso.

DON FADRIQUE.

Allí una blanca bandera,  
Con los vientos lisonjera,  
Está en la muralla.

ESPÍNOLA.

Eso

Es señal de paz. Lleguemos  
Al muro; que desde allí  
Habla un hombre, y desde aquí  
Me parece que le oírmos.  
Algun intento imagino.

## ESCENA IX.

MORGAN, en el muro. — DICHOS.

MORGAN.

Soldados, ¿está el marqués  
Donde me escuche?

ESPÍNOLA.

Sí.

MORGAN.

Pues

Estáme atento. Justino  
De Nasau, gobernador  
De Bredá, quiere entregar  
La fuerza, como aceptar  
Quiera el piadoso valor  
Tuyo un lícito partido.  
Y para que efecto tenga,  
Enrique de Vergas venga  
Aquí á tratarlo; que ha sido  
La causa de no salir  
El estar malo en la cama.

ESPÍNOLA.

Hoy es dichosa mi fama:  
Bredá se quiere rendir.  
¿Qué partido pedirá  
Que no sea fácil? — Ladron,  
Llamadme sin dilacion (*Vase Alonso*).  
Al conde Enrique, que ya  
Se entrega Bredá. — Diréis (*A Morgan*).  
A Justino, que me pesa  
De su enfermedad, y que esa  
Conveniencia que os haceis  
Aceptaré, como sea  
Tal que á to los esté bien.

MORGAN.

Pues, invicto Ambrosio, ¿quién  
Otro suceso desea?

DON GONZALO.

Dése la villa, y quedemos  
Señores della; y vencidos  
O entregados, los partidos  
Que pidieren aceptemos.

ESPÍNOLA.

Sí, porque no importan mas

Del mundo los intereses,  
Que haber estado dos meses  
Sobre este sitio; y jamas  
El ser liberales fué  
Desmérito. Así se vea  
Que es, lo que aquí se desca,  
Que esta fortaleza esté  
Por España. Para esto  
Tanto tiempo hemos estado,  
Tanta hacienda se ha gastado,  
Y tantas vidas se han puesto  
A peligro; pues advierte  
Ahora, ¿qué condiciou  
De mas consideracion  
No podrá ser que una muerte?

(*Retrase Morgan.*)

## ESCENA X.

ALONSO LADRON, EL CONDE DE  
VERGAS. — DICHOS.

ALONSO.

El Conde está aquí.

ESPÍNOLA.

¿Qué habrá,  
Señor; que advertirle á quien  
Alcanza y sabe tan bien  
Lo que debe hacerse? Ya  
Se quiere rendir la villa;  
Vue señoría ha de entrar  
Adentro á parlamentar.  
Y puesto que ella se humilla,  
No hay que apretar demasiado,  
Que mayor nobleza ha sido  
Tener lástima al vencido,  
Que verle desestinado  
Con arrogancia.

VERGAS.

Yo iré

Y advertiré sus razones;  
Veré sus proposiciones  
Y sus partidos oíré,  
Sin dejar efectuado  
Ninguno, y volveré á dar  
Cuenta; y para confirmar  
Lo que quedare tratado,  
Se nombrará diputado  
De ambas partes para el día  
Señalado.

ESPÍNOLA.

Useñoría

Lleve por acompañado  
Al marqués de Barlanzon.

VERGAS.

Con ese no mas iré  
Muy honrado.

BARLANZON.

Yo entraré

Con sola una condiciou:  
Que escondan al artillero  
Que la pieza disparó;  
Pues á conocerle yo,  
He de matarle primero  
Que hablar nada.

DON LUIS.

¿Y qué seguro

Nos dan?

BARLANZON.

¿Qué seguridad  
Mas que su necesidad?  
No hay que temer.

ESPÍNOLA.

¡Ah del muro!

MORGAN.

¿Qué es lo que mandas?

ESPÍNOLA.

Ya aquí

Está el Conde

MORGAN. (*A uno de los de adentro.*)

Brevemente

Echa el rastrillo, y el pucite  
En un punto, porque así  
Siempre el fuerte esté cerrado.

VERGAS.

Los dos habemos de entrar.

(*Cae el puente.*)

BARLANZON.

Estos andan por quebrar

La pierna que me ha quedado.

(*Vanse Vergas y Barlanzon.*)

ESPÍNOLA.

Yo espero entrar allá presto.

(*Ruido dentro del campamento.*)

## ESCENA XI.

SOLDADOS, dentro. — ESPÍNOLA, DON  
FADRIQUE, DON GONZALO, DON  
VICENTE, DON LUIS.

ESPÍNOLA.

Pero ¿quién causa este ruido?

Voces dentro.

No queremos que á partido  
Se dé la villa.

ESPÍNOLA.

¿Qué es esto?

DON FADRIQUE.

Parece que amotinado  
El ejército, no quiere  
Los partidos.

ESPÍNOLA.

Pues no altere

Mi intento, en esto acertado.  
Mas yo sabré con prudencia  
Obligarlos, recorriendo  
Los cuarteles, y pidiendo  
Su voto y su conveniencia.

DON GONZALO.

Este de tudescos es.

ESPÍNOLA.

Tudescos, Bredá se ofrece  
A partido; ¿qué os parece?  
¿Que le aceptemos?

Voces dentro.

Después

Que vimos el inhumano  
Rigor del helado invierno,  
Y sufrimos el eterno  
Fuego del cruel verano,  
No es bien que partido quieran.

DON FADRIQUE.

Estos son valones.

ESPÍNOLA.

Ya.

Valones, quiere Bredá  
Entregarse.

Voces dentro.

Cuando esperan

Los soldados aliviar  
Los trabajos padecidos,  
Con el saco entretenidos,  
¿Quiéres se vengan á dar  
Para librarse?

DON GONZALO.

Es en vano

Que pierdan sus intereses.

ESPÍNOLA.

Borgoñones, escoceses  
Y ingleses, hoy os allano  
Mi tienda, en ella podeis  
Vuestra codicia aplacar.  
Si Bredá se quiere dar,  
Su desigño no estorbeis.

Voces dentro.

Hemos padecido mucho,  
Y es muy poco interés cuanto  
Puedes darnos tú.

ESPÍNOLA.

¡Que tanto

Os mueva! ¿qué es lo que escucho?  
Que si todos van así,  
No tendrá efecto el intento.  
Así remediarlo intento:  
Oid, españoles.

DON FADRIQUE.

Di.

ESPÍNOLA.

Para una empresa tan alta  
Como el fin desta victoria,  
Para conseguir su gloria  
Solo vuestro voto falta.  
¿Qué respondeis?

Voces dentro.

Que se dé

Con partido, ó sin partido,  
Como quede conseguido  
Nuestro intento, y es, que esté  
Por el Rey. Y si no quieren  
Pasar esotras naciones  
Por pactos ni condiciones,  
Españoles se prefieren  
A darles todo el dinero,  
Joyas, vestidos y cuanto  
Tuvieren, porque con tanto  
Oro, que es un reino entero,  
Su codicia esté pagada,  
Nuestra gloria conseguida,  
Dando la hacienda y la vida,  
Tan dignamente empleada,  
Al Rey; pues mayor hazaña  
Es que no manche en tal gloria  
Con la sangre la victoria,  
Y sea Bredá de España.

TODOS.

Quede Bredá por el Rey,  
Y acepta la condicion.

DON FADRIQUE.

Todos á su imitacion  
Conviene, por justa ley,  
En las entregas, corridos  
De verlos tan liberales.

ESPÍNOLA.

¡Oh españoles! oh leales  
Vasallos, cuanto atrevidos,  
Para la guerra sujetos,  
Para la paz obedientes,  
Cuanto sujetos, valientes,  
Y en todo extremo perfectos!  
De la gentilidad dudo,  
Que por Dios hubiesen dado  
Altars á Marte armado,  
Y no á un español desnudo. *(Vanse.)*

Sala en el castillo de Bredá.

## ESCENA XII.

JUSTINO, EL DE VERGAS, MORGAN,  
BARLANZON, CRIADOS.

JUSTINO.

Useñoria, señor,  
Sea bien venido.

VERGAS.

Déne

Useñoria los brazos,  
Y diga cómo se siente.

JUSTINO.

No estoy bueno; mas ¿qué mucho  
No tenga salud, si este  
Término me pone hoy  
Poco ménos que á la muerte?

VERGAS.

Mucho ha sentido el Marques,  
Justino, vuestro accidente  
De poca salud.

JUSTINO.

Las manos

Al Marques beso mil veces.

BARLANZON.

Ya bastan las cortesias.  
Useñorias se sienten,  
Sepamos á qué venimos.

VERGAS.

Aunque no traigo poderes  
Del marques para firmar  
El concierto, como queda  
Convenido entre nosotros,  
Después diputados pueden  
De entrambas partes nombrarse,  
Para que lo que concierte,  
Capitulado, se firme.

JUSTINO.

Pues yo traigo escrito este  
Memorial de condiciones.

*(Saca un papel.)*

VERGAS.

Veamos pues.

JUSTINO.

Este bufete

Llegad, y dejadnos solos.

*(Llegan dos criados el bufete, y vanse.)*

Dice así: *(Lee.)* «Primeramente,

»Se dé perdon general

»A cuantos hoy Bredá tiene,

»En forma amplísima.»

VERGAS.

Es justo

Que, pues que se riuden, queden  
Perdonados. Adelante,  
Que el perdon se les concede.

BARLANZON.

Escribamos dos á un tiempo,  
Para que un traslado quede  
En Bredá, para resguardo,  
Y el otro al Marques se lleve.

*(Escriben Barlanzon y Morgan.)*

JUSTINO.

*(Lee.)* «La segunda condicion

»Es, que todos los burgeses

»Puedan quedar en la villa,

»Y en dos años resolverse

»Si quieren su domicilio;

»Y que, si no le quisieren,

»Puedan al fin de dos años

»Llevar ó vender sus bienes;

»Y que, si quisieren irse

»Al presente, libremente

»Lo puedan hacer, segun

»Que mejor les estuviere:

»Que los que quedaren, vivan

»En su religion.»

VERGAS.

No tiene

Que lér mas Useñoria,  
Que hay muchos inconvenientes.  
Que los burgeses *(vecinos)*  
Es lo mismo en Bredá queden  
O se vayan, y dos años  
Tengan para resolverse,  
Está bien.

BARLANZON.

¿Qué nos importa

Que se vayan ó se queden?

VERGAS.

Pero llevar sus haciendas,  
¿Cómo puede concederse,  
Si es dejar pobre la villa?

JUSTINO.

Si, pero los que tuvieran  
Hacienda en ella, jamas  
Se irán; porque ellos no pueden  
Llevar las casas y campos.

BARLANZON.

Y los tratantes, que tienen  
En los muebles las haciendas,  
¿No podrán llevar los muebles?

JUSTINO.

Si de burgeses tratamos,  
¿Qué importan los mercaderes?  
Fuera de que los partidos,  
Que en esto se les hicieren,  
Les harán irse ó quedarse.

VERGAS.

En esto he de resolverme:  
Escriban, «que los vecinos  
»Puedan salir al presente,  
»O en dos años, y llevar  
»O vender todos sus bienes.»  
Que toda esta condicion  
He llegado á concederles,  
Porque en esotra ha de ser  
Todo lo que yo quisiere.  
Vivir en su religion  
Nadie quitárselo puede;  
Pero con tales partidos,  
Que ha de ser ocultamente,  
Sin escándalo ninguno;  
Porque de ninguna suerte  
Han de tener señalado  
Lugar donde se celebren  
Su predicacion ni ritos,  
Ni enterrarse donde bubiere  
Poblado, ni ha de quedar  
Un dogmatista que llegue  
A informarlos en su secta,  
Que todos incontinente  
Han de salir de la villa.

JUSTINO.

Rigor demasiado es ese.

BARLANZON.

Pues rigor ó no rigor  
Demasiado, ó lo que fuere,  
No se ha de quitar un tilde  
Del capitulo.

JUSTINO.

Pues cesen  
Estas capitulaciones.

BARLANZON.

Ya han cesado.—Morgan, vuelve  
A echar el puente.

VERGAS.

Marques,

Deténgase.

BARLANZON.

Echen el puente,

Salgamos presto de aquí,  
No nos espanta la muerte;  
Que sabremos poner fuego  
A la villa, y que nos quemé  
Antes que vernos rendidos.  
¿Estáns muriendo de hambre,  
Y quieren hacersc fuertes?

JUSTINO.

Cuando de hambre muramos,  
No nos espanta la muerte;  
Que sabremos poner fuego  
A la villa, y que nos quemé  
Antes que vernos rendidos.

BARLANZON.

No teme el fuego un hereje.

VERGAS.

¿En qué quedamos?

JUSTINO.

En esto.

MORGAN.

En las fortunas cruces,



Cuando eres vencido sufres.  
Y sufrante cuando vences.

JUSTINO.

Vuelve á escribir.

BARLANZON.

Y yo vuelvo.

(Escribe.)

VERGAS.

Pero el capitulo es este:

«Que en su religion cualquiera  
»Pueda vivir quietamente,  
»Y que para los vecinos,  
»Que en su religion murieren,  
»Se le señale apartado  
»Un jardin donde se entierren.  
»Que se salgan los dogmatistas  
»De la villa brevemente,  
»Sin que en ella quede uno  
»Tan solo, pena de muerte.»

BARLANZON.

Ya está.

JUSTINO.

Antes que pasemos,  
¿Qué imposiciones ó leyes  
Han de tener los vecinos?

VERGAS.

Las que han tenido otras veces.  
Vean lo capitulado  
Con los de Brabante, y queden  
Con todas las exenciones,  
Que los brabanzones tienen;  
Que yo no innovo partidos.  
Mas tambien, como ellos, deben  
Recibir á los soldados  
Que de guarnicion pusiere  
Su Majestad, y se avengan  
Con ellos conformemente.

JUSTINO.

Escribase así: estos son  
Vecinos. Los mercaderes  
¿tratantes? ¿cómo quedan?

VERGAS.

Como ántes se estaban, queden:  
Solo que para salir  
A tratar afuera, lleven  
Pasaporte del que aquí  
Por gobernador hubiere,  
Y con este pasaporte  
Registrados, salgan y entren  
A tratar y contratar  
Cuanto se les ofreciere.

JUSTINO.

Ahora digo que en tal tiempo  
Los tesoreros no deben  
Dar cuentas, y los ministros  
Que fiel y rectamente  
Han servido al magistrado,  
Comprendidos se confiesen  
En el perdon general.

BARLANZON.

Pues ellos ¿qué culpa tienen  
En haber servido bien,  
Si así cumplen lo que deben?

VERGAS.

Que se entiendan los ministros  
Del modo que los burgueses.  
Solo, que no nos den cuenta  
Los tesoreros, nos tiene  
Dudosos

BARLANZON.

Esto es dinero:

No miremos intereses,  
No den cuentas; adelante.

JUSTINO.

¿Y de qué modo la gente  
De guerra saldrá? Porque  
No saliendo honrosamente,  
No saldrán.

BARLANZON.

Señor, de eso  
Todo cuanto ellos quisieren.

VERGAS.

Honrar al vencido es  
Una accion, que dignamente  
El que es noble vencedor,  
Al que es vencido le debe.  
Ser vencido no es afrenta:  
Luego no fuera prudente  
Acuerdo que no salieran  
Honrados. Sus armas lleven,  
Sus cajas y sus banderas.  
Mientras mas lucidos fueren,  
Será mayor la victoria;  
Porque esto se les concede  
A oficiales y á ingenieros;  
Y los demas dependientes  
De los ejércitos, saquen  
Sus familias y sus bienes.

BARLANZON.

Solo así por la señal  
De ser vencidos, no lleven  
Cuerdas caladas, ni balas,  
Sino en la boca.

JUSTINO.

Mas debe  
Honrarse al vencido, ya  
Que á esto nos trajo la suerte.

BARLANZON.

Pues esta, ¿no es harta honra,  
Y mucha mas que merecen?

JUSTINO.

Merecen mucho.

VERGAS.

Es verdad.

JUSTINO.

Y si no saquen, por ese  
Desprecio, la artillería,  
No saldrán.

BARLANZON.

Pues que se queden  
Con hambre y sed. (Ap. En mi vida  
Vi flamenco tan valiente.)

JUSTINO.

Pues quedemos á morir.

BARLANZON.

Aun bien, que no habrá que hacerles  
Las honras.

VERGAS.

A Useñorias  
Les suplico que se sienten.

JUSTINO.

Escriba que saquen armas  
Y artillería.

BARLANZON.

Ya es ese  
Mucho pedir.

VERGAS.

Cuatro piezas  
Saquen, y dos morteretes,  
Como no sean las cuatro  
De doce, que Bredá tiene  
Con armas de Carlos Quinto,  
Que este emperador valiente  
Las dejó á esta villa, y él  
Las hizo labrar; y cesen  
Las contiendas.

MORGAN.

Ya está escrito.

JUSTINO.

En este castillo tiene  
El gran principe de Orange  
Guardados algunos muebles.

VERGAS.

Que se saquen; para esto  
Se dan de plazo seis meses.

JUSTINO.

Algunos soldados hay,  
Que por dos inconvenientes  
No pueden salir: son deudas  
Y enfermedad.

VERGAS.

Los que deben,  
Hagan una obligacion  
De pagarlas llanamente,  
Y salgan.

BARLANZON.

¿Obligacion?

Eso es lo que ellos se quieren.  
¿Qué puntuales serán!  
Yo apuesto, que eternamente,  
Por su obligacion, aquestos  
Soldados son los que deben.

VERGAS.

Los enfermos, en sanando,  
Salgan, y aquellos que hubieren  
Estado dos años, puedan  
Vender dentro de dos meses  
Sus haciendas, y salir;  
Y los presos que estuvieren  
De ambas partes, queden libres.

JUSTINO.

Muy igual partido es ese.

VERGAS.

¿Hay mas capítulos?

JUSTINO.

No.

VERGAS.

Esto queda desta suerte.

BARLANZON.

¿Y cuándo se han de entregar?

JUSTINO.

Saldrémos á seis de aqueste  
Mes de junio.

VERGAS.

Bien está.

Cada uno su papel lleve,  
Nombraránse diputados  
Con órdenes y poderes,  
Si las capitulaciones  
Agradaren.

JUSTINO.

Me parece

Muy bien.

BARLANZON.

¿Qué hermosa es la villa!  
Una cosa solamente  
La faltaba; pero ya  
Perfecta en todo se ofrece.

JUSTINO.

¿Y qué era, alemán?

BARLANZON.

Flamenco,  
Tener el dueño que tiene. (Vanse.)

- Vista exterior de los muros de Bredá.

### ESCENA XIII.

ESPINOLA, DON FRANCISCO DE  
MEDINA, DON GONZALO, DON FA-  
DRIQUE, ALONSO LADRON Y SOT-  
DADOS.

ESPINOLA

Señor Don Francisco, ¿cómo  
Su Alteza ha quedado?

MEDINA.

Tiene

La salud que deseamos,  
Y que su virtud merece.  
Alegróse con la nueva,  
Y dice, señor, que quiere  
Oír la primera misa  
Que en la villa se celebre,

Y que la diga su obispo,  
Día del Corpus, con solemne  
Fiesta.

ESPÍNOLA.

Pues no se derriben  
Las trincheras y cuarteles,  
Que al fin se holgará de verlo.

DON GONZALO.

De la muralla parece  
Que se descuella otra vez  
Aquel levadizo puente. *(Lo echan.)*

MEDINA.

Y ya el conde Enrique sale.

#### ESCENA XIV.

EL DE VERGAS Y BARLANZON.—  
DICHOS.

ESPÍNOLA.

Uscñoria mil veces  
Sea, señor, bien venido.

VERGAS.

Todo su concierto es ese;  
*(Dale un papel.)*

Repásele Useñoria,  
Y mire qué le parece.

ESPÍNOLA.

Señor Don Gonzalo, en todo  
Estimo sus pareceres.  
*(Leen aparte Espínola y Don Gonzalo.)*

DON FADRIQUE.

¡Oh qué celebrado día!  
Bien el ejército tiene  
Soldados de treinta años  
De milicia, que no pueden  
Contar lo que yo he llegado  
A ver en tiempo tan breve.

DON GONZALO.

Todo aquesto está muy bien.

ESPÍNOLA.

No hay sino que al punto lleguen  
A rendirse. Ya Bredá  
Es del Rey de España, y ¡plegue  
Al cielo que el mundo sea  
Su trofeo eternamente!  
Despacharé un gentil-hombre  
Que al Rey, mi señor, le lleve  
Esta nueva; que á sus pies  
Quisiera humilde ponerle  
Cuanto el sol desde su esfera  
Ilumina, sin que deje  
De asistir á sus imperios,  
Temidos dichosamente,  
Desde la aurora de flores  
Hasta las sombras de nieve;  
Que Bredá, una villa humilde,  
Trofeo á sus plantas breve  
Se conoce; y que reciba  
El deseo, si es que tiene

Que agradecer el desco  
A quien en su nombre vence,  
Y mas quien, para defensa  
En sus ejércitos, tiene  
Los Córdoba y Guzmanes,  
Velascos y Pimentels. *(Cae el puente.)*

DON GONZALO.

Ya las puertas se han abierto.

#### ESCENA XV.

JUSTINO, ACOMPAÑAMIENTO. — DICHOS.

JUSTINO.

Señor, Vuexcelencia llegue,  
Y despues de haber firmado  
Los capítulos presentes,  
Reciba la posesion,

ESPÍNOLA.

Léanse públicamente  
Las condiciones.

JUSTINO.

Escuche,  
Que todas son desta suerte:  
*(Lee.)* « Perdon general á todos:  
» Que vecinos ó burgeses  
» Puedan quedar en la villa,  
» Viviendo muy quietamente  
» Sin escándalo: que haya  
» Un jardín en que se entierren:  
» Que salgan los predicantes:  
» Que se reciba la gente  
» De guarnicion, hospedados  
» Quieta y amigablemente:  
» Que no dén los tesoreros  
» Cuenta, y los vecinos queden  
» Exentos de imposiciones  
» Nuevas, y que se procede  
» Como con los brabanzones:  
» Que los ministros se entienden  
» En el perdon general:  
» Que tratantes salgan y entren  
» Con pasaportes: que saquen  
» Armas, piezas y mosquetes  
» Sin balas, y lleven cuatro  
» Piezas y dos morterces:  
» Que del principe de Orange  
» Se saquen todos los muebles:  
» Que hagan una obligacion  
» Los soldados que debieren,  
» Y que los enfermos tengan  
» Plazos de salir dos meses:  
» Que los presos de ambas partes  
» Estén libres. »

ESPÍNOLA.

Desta suerte

Lo firmo.

JUSTINO.

Pues da licencia  
Para que salga la gente. *(Vase.)*

ALONSO

Mucho te bolgarás de verlo.  
Que los predicantes vienen  
Cubiertos todos de luto,  
Señal del dolor que tienen;  
Los caballos despalmados,  
Que á cada paso parece  
Que mueren; muchos soldados  
Con sus hijos y mujeres.  
Mas, puesto que tú lo ves,  
¿Para qué pretendo hacerte  
Relacion? ¡Oh con qué hambre  
Que aquestas mujeres vienen!

#### ESCENA XVI.

SOLDADOS DE BREDÁ, MUJERES Y NIÑOS  
*por una parte; por otra entran los  
ESPAÑOLES, y despues á la puerta  
JUSTINO con una fuente, y en ella  
las llaves. — ESPÍNOLA, y los suyos.*

JUSTINO.

Aquestas las llaves son  
De la fuerza, y libremente  
Hago protesta en tus manos,  
Que no hay temor que me lierece  
A entregarla, pues tuviera  
Por ménos dolor la muerte.  
Aquesto no ha sido trato,  
Sino fortuna, que vuelve  
En polvo las monarquias  
Mas altivas y exelentes.

ESPÍNOLA.

Justino, yo las recibo,  
Y conozco que valiente  
Sois; que el valor del vencido  
Hace famoso al que vence.  
Y en el nombre de Filipo  
Cuarto, que por siglos reine,  
Con mas victorias que nunca,  
Tan dichoso como siempre,  
Tomo aquesta posesion.

DON GONZALO.

Dulces instrumentos suenen.

DON LUIS.

Ya el sargento en la muralla  
Las armas de España tiende.

SARGENTO.

Oid, soldados, oid,  
Escuchad atentamente:  
¡Bredá por el Rey de España!

ESPÍNOLA.

¡Y plegue al cielo que llegue  
A serlo el mundo, rendido  
Desde levante á poniente!  
Y con esto se da fin  
Al Sitio, donde no puede  
Mostrarse mas quien ha escrito  
Obligado á tantas leyes.



# CASA CON DOS PUERTAS MALA ES DE GUARDAR.

## PERSONAS

DON FELIX, *galan.*  
LISARDO, *galan.*  
FABIO, *viejo.*  
CALABAZAS, *lacayo.*

HERRERA, *escudero.*  
LAURA, *dama.*  
MARCELA, *dama.*  
SILVIA, *criada.*

CELIA, *criada.*  
LELIO, *criado.*  
CRIADOS.

*La escena pasa en Ocaña.*

## JORNADA PRIMERA.

Campo á la entrada de la villa.

### ESCENA PRIMERA.

MARCELA y SILVIA, *con mantos, como recelándose; detras LISARDO, CALABAZAS.*

MARCELA.

¿Vienen tras nosotras?

SILVIA.

Sí.

MARCELA.

Pues párate. — Caballeros, Desde aquí habeis de volveros, No habeis de pasar de aquí; Porque si intentais asi Saber quién soy, intentais Que no vuelva donde estais Otra vez; y si esto no Basta, volveos porque yo Os suplico que os volvais.

LISARDO.

Difícilmente pudiera Conseguir, señora, el sol Que la flor del girasol Su resplandor no siguiera : Difícilmente quisiera El norte, fija luz clara, Que el iman no le mirara; Y el iman difícilmente Intentara que obediente El acero le dejara. Si sol es vuestro esplendor, Girasol la dicha mia; Si norte vuestra porfia, Piedra iman es mi dolor; Si es iman vuestro rigor, Acero mi ardor severo; Pues ¿cómo quedarme espero, Cuando veo que se van Mi sol, mi norte y mi iman, Siendo flor, piedra y acero?

MARCELA.

A esa flor hermosa y bella Términos el dia concede, Bien como á esa piedra puede Concederlos una estrella : Y pues él se ausenta y ella, No culpeis la ausencia mia; Decid á vuestra porfia, Piedra, acero ó girasol, Que es de noche para el sol, Para la estrella de dia. Y quedaos aquí, porque Si este secreto apurais, Y á saber quién soy llegais, Nunca á veros volveré A aqueste sitio, que fué Campaña de nuestro duelo; Y puesto que mi desvelo

Me trae á veros aquí, Créd de mí que importa así.

LISARDO.

De vuestro recato apelo, Señora, á mi voluntad; Y supuesto que seria No seguirs corteia, Tambien será necesidad. Necio ó descortes, miradCuál mayor defecto es; Veréis que el de necio, pues No se enmienda; y así, á precio De no ser, señora, necio, Tengo de ser descortes. Seis auroras esta aurora Hace que en este camino Ciego el amor os previno, Para ser mi salteadora : Tantas há que á aquella hora Os hallo á la luz primera, Oculto sol de su esfera, De su campo rebozada Ninfá, deidad ignorada De su hermosa primavera. Vos me llamasteis, primero Que á hablaros llegara yo; Que no me atreviera, no, Tan de paso y forastero. Con estilo lisonjero, Aspid ya de sus verdores, No deidad de sus primores, Desde entonces fuisteis; pues Aspid, que no deidad, es Quien dá muerte entre las flores. Dijisteis que volviera Otra mañana á este prado, Y puntual mi cuidado Me trajo como á mi esfera. No adelanté la primera Ocasión; porque bastante No fué mi ruego constante A que corriese la fe (Que adora lo que no ve) Ese velo de delante. Viendo, pues, que siempre es nuevo El riesgo, y el favor no, Quiero á mi deberme yo Lo que á vuestra luz no debo; Y así á seguirs me atrevo, Que hoy he de veros ó ver Quién sois.

MARCELA.

Hoy no puede ser, Y así dejadme por hoy; Que yo mi palabra os doy De que muy presto saber Podais mi casa, y entrar A verme en ella.

CALABAZAS. (A Silvia.)

¿Y á ella, Doncella de esa doncella (La verdad en su lugar, Que yo no quiero infernar

Mi alma), hay cosa que la obligue A taparse?

SILVIA.

Y si me sigue, Tenga por muy cierto...

CALABAZAS.

¿Qué?

SILVIA.

Que me persigue; porqué Quien me sigue, me persigue.

CALABAZAS.

¡Ya sé el caso, vive Dios!

SILVIA.

¿Qué va que no le declaras?

CALABAZAS.

Muy malditísimas caras Debeis de tener las dos.

SILVIA.

Mucho mejores que vos.

CALABAZAS.

Y está bien encarecido, Porque yo soy un Cupido.

SILVIA.

Cupido somos yo y tú.

CALABAZAS

¿Cómo?

SILVIA.

Yo el pido, y tú el cu.

CALABAZAS.

No me está bien el partido.

MARCELA. (A Lisardo.)

Esto os vuelvo á asegurar Otra vez.

LISARDO.

Pues ¿qué fianza Le dejais á mi esperanza De las dos que he de lograr?

MARCELA. (Descúbrese.)

La de dejarme mirar.

LISARDO.

Usar de esa alevosia, Para turbar mi osadia, Ha sido traicion, pues ya Viéndós, ¿cómo os dejará, Quien sin veros os seguia?

MARCELA.

Quedad pues de mi seguro Que en breve tiempo sabréis Mi casa, y entenderéis Cuánto serviros procuro. Esto otra vez aseguro.

LISARDO.

Ya en seguirs soy de hielo.

MARCELA.

Y yo sin algun recelo, De que agradecida estoy, Por esta calle me voy.

LISARDO.

Id con Dios.

MARCELA.

Guárdeos el cielo (*Vanse los dos*.)

**ESCENA II.**

LISARDO, CALABAZAS.

CALABAZAS.

¡Linda tramoya, señor!  
Sigámosla, hasta saber  
Quién ha sido una mujer  
Tan embustera.

LISARDO.

Es error,  
Calabazas, si en rigor  
Ella se recata así,  
Seguirla.

CALABAZAS.

¿Eso diceis?

LISARDO.

Sí.

CALABAZAS.

Vive Dios, que la siguiera  
Yo, aunque hasta el infierno fuera.

LISARDO.

¿Qué me debe, necio, di,  
De haber cuatro días hablado  
Conmigo en este lugar,  
Para darla yo un pesar,  
De quien ella se ha guardado?

CALABAZAS.

Debe el haber madrugado  
Estos días.

LISARDO.

Ya que estamos  
Solos, y que así quedamos,  
Sobre lo que podrá ser  
Tan recatada mujer,  
Discurramos.

CALABAZAS.

Discurramos.

Dime tú, ¿qué has presumido,  
De lo que has visto y notado?

LISARDO.

De estilo tan bien hablado,  
De traje tan bien vestido,  
Lo que he pensado y creído  
Es, que esta debe de ser  
Alguna noble mujer,  
Que, donde no es conocida,  
Disimulada y fingida  
Gusta de hablar y de ver,  
Y por forastero á mi  
Para este efecto eligió.

CALABAZAS.

Mucho mejor pienso yo.

LISARDO.

Pues no te detengas, di.

CALABAZAS.

Mujer que se viene así  
A hablar con quien no la vea,  
Donde ostentarse desea  
Bachillera é importuna,  
Que me maten si no es una  
Muy discretísima fea,  
Que por el pío ha querido  
Pescarnos.

LISARDO.

¿Y si la hubiera  
Visto yo, y un ángel fuera?

CALABAZAS.

¡Vive Dios, que me has cogido!  
La Dama Duende habrá sido,  
Que volver á vivir quiere.

LISARDO.

Aun bien, sea lo que fuere,  
Que mañana se sabrá.

CALABAZAS.

¿Luego crees que vendrá  
Mañana?

LISARDO.

Si no viniere,  
Poco ó nada habrá perdido,  
La necia esperanza mía.

CALABAZAS.

El madrugar otro día  
¿Poca pérdida habrá sido?

LISARDO.

El negocio á que he venido  
A madrugar me ha obligado;  
No lo debo á este cuidado (*Vanse.*)

Sala en casa de Don Félix.

**ESCENA III.**

LISARDO, CALABAZAS; y luego DON FELIX, HERRERA.

CALABAZAS.

Cerca de casa vivió,  
Pues de vista se perdió  
Cuando á casa hemos llegado.

LISARDO.

Y tarde debe de ser.

CALABAZAS.

Sí, pues vistiéndose sale  
Quien á los dos nos mantiene,  
Sin ser los dos justas reales.  
(*Salen Don Félix y Herrera.*)

LISARDO.

Don Félix, bésus las manos.

DON FÉLIX.

El cielo, Lisardo, os guarde.

LISARDO.

¿Tan de mañana vestido?

DON FÉLIX.

Un cuidado, que me trae  
Desvelado, no permite  
Que sosiegue ni descanse.  
Pero vos, que os admirais  
De que á esta hora me levante,  
¿No me dijisteis anoche  
Que á dar unos memoriales  
Habíais de ir á Aranjuez?  
¿Pues cómo á Ocaña os tornasteis  
Desde el camino?

LISARDO.

Sí bien

Me acuerdo, regla es del arte,  
Que la pregunta y respuesta  
Siempre un mismo caso guarden;  
Y puesto que á mi pregunta  
Fué la respuesta mas fácil  
Un cuidado, de la vuestra  
Otro cuidado me saque,  
Que es quien á Ocaña me vuelve.

DON FÉLIX.

¿Apénas ayer llegasteis,  
Y hoy tenéis cuidado?

LISARDO.

Sí.

DON FÉLIX.

Pues por obligaros ántes  
Que me obigueis á decirle,  
Este es el mío: escuchadme.

CALABAZAS.

En tanto que ellos se pegan  
Dos grandísimos romances,  
¿Tendréis, Herrera, algo que  
Se atreva á desayunarme?

HERRERA.

Vamos hácia mi aposento,  
Calabazas; que al instante  
Que hayais vos entrado en él,  
No faltará algo fiambre. (*Vanse.*)

**ESCENA IV.**

DON FELIX, LISARDO.

DON FÉLIX.

Bien os acordais de aquellas  
Felicísimas edades

Nuestras, cuando los dos fuimos

En Salamanca estudiantes  
Bien os acordais tambien  
Del libre, el glorioso ultraje  
Con que de Venus y Amor  
Traté las vanas deidades.  
De su hermosura y sus flechas  
Tan á su pesar triunfante,  
Que de rayos y de plumas  
Coroné mis libertades.  
¡Oh nunca hubieran, Lisardo,  
Luchado tan desiguales  
Fuerzas, porque nunca hubieran  
Podido los dos vengarse,  
O hubiera sido su golpe,  
Puesto que á todos alcance,  
Por costumbre solamente,  
Flecha disparada al aire,  
Y no por venganza flecha  
Bañada en venenos tales,  
Que salió del arco pluma,  
Corrió por el viento ave,  
Llegó rayo al corazon,  
Donde se alimenta áspid!  
La primer vez que sentí  
Este golpe penetrante,  
Que sabe herir sin matar  
(Y aun esto es lo mas que sabe),  
En la juventud del año,  
Una tarde fué agradable  
Del abril; pero mal dije,  
Al alba fué. No os espante  
Ser por la tarde y al alba.  
Que con prestados celajes,  
Si bien me acuerdo, aquel día  
Amaneció por la tarde.  
Este, pues, como otros muchos,  
Por divertirme y holgarme  
Salí á caza, y empuñado  
Llegué de un lance á otro lance  
Al real sitio de Aranjuez.  
Que, como poco distante  
Está de Ocaña, él es siempre  
Nuestro prado y nuestro parque.  
Quise entrar á sus jardines,  
Sin saber qué me llevase  
A ver lo que tantas veces  
Había visto; que esto es fácil  
Todo el tiempo que no asisten  
Al sitio sus Majestades.  
En el de la isla entré....  
¡Oh cómo, Lisardo, sabe  
La desdicha prevenirse,  
El daño facilitarse!  
Pues como la mariposa,  
Que halagüenamente hace  
Tornos á su muerte, euando  
Sobre la llama flamante  
Las alas de vidrio mueve,  
Las hojas de carmin bate;  
Así el infeliz, llevado  
De su desdicha al exámen,  
Ronda el peligro, sin ver  
Quien al peligro le trae.  
Estaba en la primer fuente  
(Que es un peñasco agradable,  
Donde, temiendo el diluvio  
De sus cruzados cristales,  
Parece que van viniendo  
A él todos los animales)  
Una mujer recostada  
En la siempre verde márgen  
De murta, que la guarnece  
Como cenefa ó engaste  
De esmeralda, á cuyo anillo  
Es toda el agua diamante.  
Tan divertida en mirar  
Su hermosura en el estanque  
Estaba, que puse duda  
Sobre si es mujer ó imagen;  
Porque como ninfas bellas  
De plata bruñida hacen



Guarda á la fuente, tan vivas,  
Que hay quien espere que hablen;  
Y ella miraba tan muerta,  
Que no pudo esperar nadie  
Que se pudiese mover,  
La naturaleza al arte  
Me pareció que decía:  
«No blasones, no te alabes  
De que lo muerto desmientes  
Con mas fuerza en esta parte,  
Que yo desmiento lo vivo;  
Pues en lo contrario iguales,  
Sé hacer una estatua yo,  
Si hacer tú una mujer sabes,  
O mira un alma sin vida,  
Donde está con vida un jaspe.»  
Al ruido que entre las hojas  
Hice (¡ay de mí!), por llegarme  
A mirarla de mas cerca,  
Del éxtasis agradable  
(¡No fuese de amor!) volvió  
Con algun susto á mirarme.  
No me acuerdo si la dije  
Que ufana no contemplase  
Tanta beldad, por el riesgo  
De ser de si misma amante;  
Que donde hubo ninfa y fuente,  
No fué posible escaparme  
Del concepto de Narciso.  
Ella, honestamente grave,  
Sin responderme volvió  
La espalda, y siguió el alcance  
De una tropa de mujeres,  
Que andaba mas adelante,  
Midiendo de los jardines  
Ya los cuadros, ya las calles,  
Hasta que su pié llegó  
A hacer á todos iguales;  
Porque al pequeño contacto,  
Flores produjo fragantes  
Tantas la arena, que ya  
No pudo determinarse  
Si era calles, ó era cuadros  
El jardín por todas partes;  
Pues fueron rosas despues,  
Las que eran veredas ántes.  
El traje que se vestía  
Era un bien mezclado traje,  
Ni bien de corte, ni bien  
De aldea, sino á mitades,  
De señora en el aliño,  
De aldeana en el donaire.  
En un airoso sombrero  
Llevaba un rizo plumaje,  
A que tuvieran accion  
La tierra despues y el aire,  
Por el matiz ó la pluma,  
Sobre si era flor ó ave.  
Seguila hasta que llegó  
A la cuadrilla, que errante  
Coro tejido de ninfas,  
A los templados compases  
De hojas, pájaros y fuentes,  
Sonoramente sūaves,  
Cada paso era un festin,  
Cada descuido era un baile.  
A todas las conocia,  
En fin, como naturales  
De Ocaña, y solo ignoré  
Quién era de mis pesares  
La ocasion; que ya lo era,  
Porque desde el mismo instante  
Que la vi, sentí en el alma  
Todo lo que hoy siento. Nadie  
Diga que quiso dos veces;  
Que aunque aquí mire, allí hable,  
Aquí festeje, allí escriba,  
Aquí pierda y allí alcance,  
No ha de querer mas que una;  
Que no pueden ser iguales  
En el mundo dos efectos,  
Si de una causa no nacen.

De algunas de las que iban  
Con ella, pude informarme  
De quién era, y hallé en ella  
Mas calidad por su sangre,  
Que por su beldad. La causa  
De no haberla visto ántes,  
Fué por haberse criado  
En la corte con su padre,  
Hasta que á Ocaña se vino,  
Porque viva donde mate.  
No os digo que la servi  
Feliz y dichoso amante,  
Porque dichas que se pierden  
Son las desdichas mas grandes;  
Solo digo que obligada  
A mis finezas constantes,  
A mis servicios corteses  
Y á mis afectos leales,  
Mereci que alguna noche  
Por una reja me hablase  
De un jardín, donde testigos  
Fueron de venturas tales  
La noche y jardín; que solo  
A los dos quise fiarme:  
Porque al jardín y á la noche,  
Que son el vistoso alarde,  
Ya de flores, ya de estrellas,  
Hiciera mal de negarles,  
A las unas lo que influyen,  
Y á las otras lo que saben;  
Puesto que estrellas y flores  
Siempre en amorosas paces,  
Enlazadas unas de otras  
Eran terceras de amantes.  
Desta suerte, pues, teniendo  
La fortuna de mi parte,  
Viento en popa, del amor  
Corrí los inciertos mares,  
Hasta que el viento mudado  
Levantaron huracanes  
De una tormenta de celos,  
Montes de dificultades.  
Tormenta de celos dije:  
Ved, si alguna vez amasteis,  
¿Qué esperanza hay del piloto?  
¿Qué seguro de la nave?  
Bien créreis, Lisardo, bien,  
Cuando así escuchéis quejarne  
De los celos, que soy yo  
Quien los tiene: no os engañe  
El afecto de sentirlos  
Desta suerte; porque ántes  
Soy quien los he dado, y ellos  
Son en sus efectos tales,  
Que me matan dados, como  
Tenidos pueden matarme.  
¡Oh! ¿A qué nacen los que á ser  
Dados ni tenidos nacen?  
Hay una dama en Ocaña,  
A quien yo rendido amante  
Festejé un tiempo; esta, pues,  
Por darme muerte y vengarse,  
Se ha declarado con ella,  
Fingiendo finezas grandes  
Que á mi amor debe. ¡Ay Lisardo,  
Qué prontamente, qué fácil  
En los celos las mentiras  
Sientan plaza de verdades!  
Con esto se ha retirado  
Tal, que aun para disculparme  
No permite que la vea,  
No me deja que la hable.  
Mirad, pues, si este cuidado  
Consentirá que descanse,  
Cercado de tantas penas,  
Cargado de tantos males,  
Muerto de tantos disgustos,  
Lleno de tantos pesares;  
Y finalmente teniendo  
Sin culpa ofendido á un ángel,  
Pues el padecer sin culpa,  
Es la desdicha mas grande.

LISARDO.

Don Félix, aunque los celos,  
De quien así os quejáis, basten  
A dar pesadumbre dados,  
En no ser tenidos traen  
Anticipado el consuelo;  
Que el dolor es tan distante  
Desde darlos á tenerlos,  
Cuanto hay de ser un amante  
La persona que padece,  
O la persona que hace.  
Con lástima empecé á oiros  
Cuando los celos nombrasteis;  
Mas cuando dijisteis, que eran  
Engaños y no verdades,  
La lástima se hizo envidia;  
Porque no hay gusto tan grande  
Cuando hay desengaño, como  
Hacer damas y galanes,  
O paces para reñir,  
O reñir para hacer paces.  
Id á ver á vuestra dama,  
Que yo sé, aunque mas se guarde,  
Pues ella tiene los celos.  
Que ella está en aqueste instante,  
Mas que vos desengañarla,  
Deseando desengañarse.

## ESCENA V.

MARCELA y SILVIA, *abriendo una puerta, que estará cubierta con una antepuerta, y quedándose detras de ella.* — LISARDO, DON FELIX.

MARCELA. (Ap. á Silvia.)

Por esta puerta, que al cuarto  
De mi hermano, Silvia, sale  
Desde el mío, á verle vengo;  
Porque aunque él esté ignorante  
De que he salido hoy de casa,  
Con esto he de asegurarle.

SILVIA.

Detente, que está con él  
El tal huésped, y ya sabes  
Que no quiere mi señor  
Que llegue á verte ni hablarte.

MARCELA.

Y aun esa fué mi desdicha.  
Oigamos desde esta parte.

LISARDO.

Y si en tanto que este gusto  
Llega, queréis que yo trate  
De divertirlos, pues fué  
Concierto que os escuchase  
Un cuidado, y que os dijese  
El mío, oidme, escuchadme.

MARCELA.

Oye.

LISARDO.

Despues que troqué  
El hábito de estudiante  
Al de soldado, la pluma  
A la espada, la sūave  
Tranquila paz de Minerva  
Al sangriento horror de Marte,  
La escuela de Salamanca  
A la campaña de Flándes,  
Y despues, en fin, que hube  
(Sin valedor que me ampare)  
Merecido una ginetá,  
Premio á mis servicios grande,  
Por haberme reformado  
Entre otros capitanes,  
Ya la campaña acabada  
(Que no me viniera ántes),  
Pedí licencia, y partí  
A España, por ver si honrarne  
Merezco el pecho con una  
De las cruces militares,  
Que sobre el oro del alma,  
Son el mas noble realce.

Con esta pretension vine,  
Y su Majestad, que guarde  
El cielo para que sea  
Fénix de nuestras edades,  
Remitió mi memorial,  
A tiempo que á desahogarse  
De molestias cortesanas  
Vino á Aranjuez, admirable  
Dose! de la primavera.  
Mas ¿qué mucho que se alabe  
De serlo, si lá mas bella,  
La mas pura, mas fragante  
Flor, la flor de lis, la reina  
De las flores, tras sí trae  
Cuántas á envidia del sol  
Rayos brillan, luz esparcen  
Segui la corte, traído  
Mas de mi afecto constante  
Que de mi necesidad;  
Porque de ministros tales  
Hoy el Rey se sirve, que  
No es al mérito importante  
La asistencia, porque todos  
Acudir á todo saben;  
Gracias al cielo de aquel,  
Con quien el peso reparte  
De tanta máquina, bien  
Como Alcides con Atlante.  
Llegué en efecto á Aranjuez,  
Donde vos me visitasteis  
En una posada, y viendo  
Tan incómodo hospedaje,  
Como tienen en los bosques  
Escuderos y pleiteantes,  
Que me viniese con vos  
A Ocaña me aconsejasteis;  
Pues los días de la audiencia,  
Dos leguas era tan fácil  
Andarlas por la mañana,  
Y volverlas por la tarde.  
Yo, por vuestro gusto, mas  
Que por mis comodidades,  
Obedeci. Todo esto  
Ya vuestra amistad lo sabe;  
Pero importa haberlo dicho,  
Para que de aquí se eulace  
La mas extraña novela  
De amor, que escribió Cervantes.

MARCELA. (Ap.)

Aquí entro yo ahora.

LISARDO.

Un día,  
Que madrugué vigilante,  
Por llegar ántes que el sol  
Nuestro horizonte rayase,  
Junto á un convento, que está  
De Ocaña poco distante,  
Entre unos álamos verdes  
Vi una mujer de buen aire.  
Saludéla cortesmente,  
Y ella, ántes que yo pasase,  
Por mi nombre me llamó.  
Volví en oyendo nombrarme,  
Y diciendo á Calabazas  
Que con el rocío me aguarde,  
Llegué diciendo: «¡Dichoso  
El forastero, á quien saben  
Su nombre las damas!» Y ella,  
Con mas cuidado en taparse,  
Me respondió á media voz:  
«Caballero de esas partes  
No es forastero en ninguna;»  
Y añadió favores tales,  
Que me obliga la vergüenza,  
Por mi mismo, á que los calle;  
Porque no sé cómo hay hombres  
Tan vanos, tan arrogantes,  
Que de que ha habido mujeres  
Que los buscaron, se alaben.

SILVIA. (Ap.)

El cuenta nuestro suceso.

MARCELA.

¡Oh quién pudiera estorbarle,  
Antes que en Félix las señas  
Alguna malicia causen!

DON FÉLIX.

Proseguid.

LISARDO.

Ella, en efecto,  
Siempre embozado el semblante,  
Me despidió con decirme  
Que como no examinase  
Quién era, ni lá siguiere,  
Ótro día estaría á hablarme.  
Seis veces pues corrió al sol  
Las cortinas orientales  
Sumiller el alba, y seis  
Tapada hallé entre unos sauces  
Esta mujer. Yo, enfadado  
De recato semejante,  
Determiné de seguirla  
Hoy cuando á Ocaña tornase;  
Pero no pude, porque  
Volviendo ella por instantes,  
Me vió, y no quiso pasar  
De la vuelta desta calle.

DON FÉLIX.

¿Desta calle?

LISARDO.

Y á lá cuenta  
Vive hácia aquí, que al instante  
La perdí de vista. Aquí  
Me dijo que lá dejase  
Otra vez, porque su vida  
Aventuraba mi exámen.

DON FÉLIX.

¡Extraña mujer!

MARCELA. (Ap.)

Ya es fuerza  
Que las señas me declaren.

DON FÉLIX.

Proseguid.

LISARDO.

Yo, pues...

## ESCENA VI.

CELIA, con manto.— DICHOS.

CELIA.

Don Félix,

¿Podrá una mujer aparte  
Hablaros?

DON FÉLIX.

¿Pues por qué no?

MARCELA. (Ap.)

¡Oh á qué buen tiempo llegaste,  
Mujer ó ángel, para mí!

DON FÉLIX.

Luego irá el cuento adelante:  
Permitid ahora, por Dios,  
Que con esta mujer hable,  
Que es criada de la dama  
Que os dije.

LISARDO.

Pues que me maten,  
Si ello no es lo que yo he dicho.  
Ved el recado que os trae,  
Y adios; porque para estotro  
No importa que tiempo falte. (Vase.)

DON FÉLIX.

¿Era hora de vernos, Celia?

CELIA.

No te admires ni te espantes  
Que no me atreva á venir  
Á verte; porque si sabe  
Mi señora que te he visto,  
No habrá duda que me mate.

DON FÉLIX.

¿Tan cruel conmigo está?

CELIA.

Viniendo yo hácia esta parte  
A un recado, no he querido  
Dejar de verte y hablarte.

DON FÉLIX.

¿Y qué hace tu hermoso dueño?

CELIA.

Sentir, es lo mas que hace,  
Tu ingratitud.

DON FÉLIX.

¡Plegue á Dios,  
Si la ofendi, que él me falte!

CELIA.

¿Por qué á ella no se lo dices?

DON FÉLIX.

Porque no quiere escucharme.

CELIA.

Si tú hubieras de callar,  
Yo me atreviera á llevarte  
Donde lá hablaras.

DON FÉLIX.

¡Ay Celia.

No habrá mármol que así calle!

CELIA.

Pues vente agora conmigo:  
Yo haré una seña si sale  
Mi señor, y dejaré  
La puerta abierta; tú entrarás  
Hasta su cuarto podrás.

DON FÉLIX.

Dásmc nuevo aliento, dásmc  
Nueva vida.

CELIA.

Aquesta es  
La hora mejor; mas no aguardes,  
Vente tras mí.

DON FÉLIX.

Tras ti voy.

CELIA. (Ap.)

¡Ay bobillos, y qué fácil,  
A la casa de su dama,  
Es de llevar un amante!

(Vanse Don Félix y Celia.)

MARCELA.

¿Yo salí de lindo susto!

SILVIA.

Pues ¿cómo afirmas que sales,  
Si luego han de verse, luego  
Proseguirá el cuento?

MARCELA.

Antes  
Lo habré remediado.

SILVIA.

¿Cómo?

MARCELA.

Escribiéndole que calle  
Hasta que se vea conmigo;  
Y esto ha de ser esta tarde.

SILVIA.

¿Declarada por quién eres?

MARCELA.

¡Jesus, el cielo me guarde!

SILVIA.

Pues ¿que has de hacer?

MARCELA.

¿No es mi hermano  
De Laura, mi amiga, amaute?  
¿No sabe lo que es amor?  
Pues hoy he de declararme  
Con ella, y hoy has de ver,  
Silvia, el mas extraño lance



De amor, porque yo fingida...  
Pero no quiero contarle;  
Que no tendrá después gusto  
El paso, contado ántes. (Vase.)

Casa de Fabio.

### ESCENA VII.

LAURA, FABIO.

FABIO.

Notable es la tristeza,  
Que el rosicler turbó de tu belleza.  
¿Qué tienes estos días,  
Que entregada (¡ay de mí!) á melancolias  
Tales, á todas horas  
Triste suspiras, y rendida lloras?

LAURA.

Si yo, señor, supiera  
La causa de mi mal (¡Ap. A Dios pluguiera  
No la supiera tanto.),  
El consuelo mayor, menor el llanto  
Fuera, pues fuera entonces el sabella  
El primer aforismo de vencella.  
Pero la pena mía  
Es, señor, natural melancolia,  
Y así el efecto hace,  
Sin que llegue á saber de lo que nace;  
Que esta distancia dió naturaleza  
En la melancolia y la tristeza.

FABIO.

No sé lo que te diga,  
Sino que á tanto tu dolor obliga,  
Que rigoroso y fuerte  
Padeces tú el dolor, y yo la muerte;  
Pues ya vivir no espero,  
Mientras tan triste á ti te considero. (Vase.)

### ESCENA VIII.

LAURA.

¿Qué haré yo, que rendida,  
A pesar de mi vida,  
Vivo? ¿Qué es esto, cielos?  
Mas bien se deja ver que estos son celos;  
Porque una ardiente rabia  
Que el sentimiento agravia,  
Una rabiosa ira  
Que la razón admira,  
Un compuesto veneno  
De que el pecho está lleno,  
Una templada furia  
Que el corazón injuria; [qué liera,  
¿Qué áspid, qué monstruo, qué animal,  
Fuera ¡ay Dios! que no fuera,  
Compuesta de tan varios desconuelos  
La hidra de los celos?  
Pues ellos solos son á quien los mira,  
Furia, rabia, veneno, injuria y ira.  
¡Oh quién ántes supiera  
Aquella voluntad, Félix, primera  
Tuya! que no empeñara  
Tanto la mía, que hasta el fin llegara!  
Pues aunque no sabía  
De amor, cuando tan libre (¡ay Dios!) vi-  
Tampoco no ignoraba, [via,  
Que tarde ó nunca el que lo fué se acababa.  
Quiere á Nise en buen hora,  
Pero déjame á mí morir.

### ESCENA IX.

CELIA. — LAURA.

CELIA.

Señora.

LAURA

Celia, ¿qué hay?

CELIA.

Que he hecho

Mi papel, y sospecho

Que no muy mal, ¡así tu beldad viva!

Entré en su casa, díjeme que iba  
A un recado, y que acaso  
Pasando por su calle, aunque de paso  
Le quise ver. Con un suspiro entonces,  
Que ablandara los mármoles y brouces,  
Me preguntó por ti, turbado y ciego.  
Encarecí luego  
Tu enojo, y que si acaso tú supieras  
Que le había ido á ver, muerte me dieras;  
Y como que salía  
De mí, le dije: ¿por qué no venía  
Por instantes á darte  
Satisfacciones y desenojarte?  
Dijo, que porque estabas  
Tal, que no le escuchabas:

Díjeme, que viniera,  
Que yo, aunque á tanto riesgo me pusie-  
Hasta tu mismo cuarto le énteraria, [ra,  
Con tal que no dijese en algún día  
Que yo le había traído.  
Juró el secreto, y muy agradecido -  
El caso se concerta,  
Y está esperando en frente de la puerta  
La seña; voila á hacer, pues no está en [casa

Mi señor. Esto es todo lo que pasa.

LAURA.

Límale pues; que aunque de Nise creo  
Los celos que me da, tanto deseo  
Ver cómo se disculpa,  
Que quiero hacerle espaldas á la culpa: (Vase Celia.)

Pues la que mas celosa  
Se muestra, mas colérica y furiosa,  
Mas entonces desea  
Satisfacciones, aunque no las crea;  
Que es dolor el de celos tan extraño,  
Que se deja curar aun del engaño:  
Pues cuando el desengaño no consiga  
Conseguiré á lo ménos que él lo diga

### ESCENA X.

CELIA, DON FÉLIX. — LAURA.

CELIA. (Ap. á Don Félix.)

Fuera está de casa Fabio,  
Mi señor; el tiempo es este  
Mejor para entrar á hablarla.

DON FÉLIX.

Vida y ventura me ofreces.

CELIA.

Disimula que llamado  
De mí á entrar aquí te atreves. —  
¿Señor Don Félix, qué es esto?  
¿Cómo os entráis.?

DON FÉLIX.

Celia, tente.

CELIA.

¿Hasta aquí?

DON FÉLIX.

Celia, por Dios,

Que calles.

LAURA.

¿Qué ruido es ese?

CELIA.

¿Qué ha de ser? Que hasta esta sala  
Se ha entrado el señor Don Félix,  
Sin mirar, sin advertir,  
Que si acaso ahora viniese  
Mi señor, tú...

LAURA.

¿Caballero,

Pues qué atrevimiento es este?

¿Cómo en mi casa, en mi cuarto,  
Os entráis de aquesta suerte?

DON FÉLIX.

Como quien morir desea  
Nada mira, nada teme;  
Y si mi muerte ha de ser

Venganza de tus desdenes,  
Quiero morir á tus ojos,  
Por hacer feliz mi muerte.

LAURA. (A Celia.)

Tú tienes la culpa desto.

CELIA.

¿Yo, señora?

LAURA.

Si tuvieses

Cerrada esa puerta tú...

CELIA.

Cerrada estaba.

DON FÉLIX.

No tienes

Que reñir á Celia, que ella  
De mi error ¿qué culpa adquiere?  
Yo solo tengo la culpa;  
Ríñeme á mí solamente;  
Castígame solo á mí,  
Sino es ya que á reñir llegues  
A Celia, por la costumbre  
Con que la inocencia ofendes.

LAURA.

Dícas bien; error es mío  
De que me he dejado siempre  
Llevar, pues no habiendo tú  
Escrito á Nise papeles,  
No habiendo entrado en su casa,  
Y no habiendo ella ido á verte  
A la tuya, yo cruel,  
Colérica é impaciente,  
Inocente te persigo,  
Que eres tú muy inocente.  
Y siendo así, que yo soy  
Tan desigual, tan alevé,  
Tan injusta, tan mudable,  
¿Qué me buscas? ¿qué me quieres?

DON FÉLIX.

Solo quiero persuadirte  
Al engaño que padeces  
De tus celos.

LAURA.

¿Quién te ha dicho

Que yo tengo celos, Félix?

DON FÉLIX.

Tú misma te contradices.

LAURA.

¿De qué suerte?

DON FÉLIX.

Destá suerte.

O tienes celos, ó no:  
Si dices que no los tienes,  
¿Para qué finges enojos,  
Laura, de lo que no sientes?  
Si los tienes, ¿por qué, Laura,  
Desengañarte no quieres,  
Pues ninguno al desengaño  
Celoso la espalda vuelve?  
Luego para disculparme,  
O para satisfacer,  
Si los tienes, has de oirme,  
O hablarme si no los tienes.

LAURA.

Si fuera argumento tal,  
Que negarse no pudiese,  
Quien está enojada está  
Celosa, muy sutilmente  
Arguyeras; mas si no  
Se sigue precisamente,  
Pues puedo estar enojada  
Sin que á estar celosa llegue,  
Ni yo tengo que escucharte,  
Ni tú que decirme tienes.

DON FÉLIX.

Pues, vive Dios, que has de oirme  
Antes que de aquí me ausente,  
Celosa ó quejosa.

LAURA.  
¿Irás te oigo?

DON FÉLIX.  
Sí.

LAURA.  
Pues di, y vete.

DON FÉLIX.  
Negarte que yo he querido,  
Laura, á Nise...

LAURA.  
Oye, detente.  
¿Y es estilo de obligarme,  
Modo de satisfacerme,  
Decirme, cuando aguardaba  
Mil rendimientos corteses,  
Mil finezas amorosas,  
Fuesen verdad ó no fuesen,  
Que hay duelos de amor, adonde  
Queda bien puesto el que miente,  
Decirme en mi misma cara  
Que á Nise has querido? Advierte  
Que con lo mismo que piensas  
Que desenojas, ofendes.

DON FÉLIX.  
Si no me oyés hasta el fin...

LAURA.  
¿Desto disculparte puedes?

DON FÉLIX.  
Sí.

LAURA. (Ap.)  
¿Plegue á amor!

DON FÉLIX.  
Oye pues.

LAURA.  
¿Irás te?

DON FÉLIX.  
Sí.

LAURA.  
Pues di, y vete.

DON FÉLIX.  
Negarte que yo he querido,  
Laura, á Nise, fuera error;  
Mas pensar tú que este amor  
Es como el que te he tenido,  
Mayor error, Laura, ha sido;  
Pues si á Nise un tiempo amé,  
No fué amor, ensayo fué  
De amar tu luz singular,  
Que, para saber amar  
A Laura, en Nise estudié.

LAURA.  
A ciencias de voluntad  
Las hace el estudio agravio;  
Pues amor, para ser sabio,  
No va á la universidad;  
Porque es de tal calidad,  
Que tiene sus libros llenos  
De errores propios y ajenos;  
Y así en su ciencia verás  
Que los que la cursan mas,  
Son los que la saben ménos.

DON FÉLIX.  
Pues explíqueme mejor  
Otro ejemplo: nace ciego  
Un hombre, y discurre luego  
Cómo será el resplandor  
Del sol, planeta mayor,  
Que rumbos de zafir gira;  
Y cuando por fe le admira,  
Cobra en una noche bella  
La vista; y es una estrella  
La primer cosa que mira.  
Admirando el tornasol  
De la estrella, dice: «Sí,  
Este es el sol; que yo así  
Tengo imaginado al sol;»  
Pero cuando su arrebol

Tanta admiracion le ofrece,  
Sale el sol y le oscurece.  
Pregunto yo: ¿ofenderá  
Una estrella, que se va,  
A todo un sol que amanece?  
Yo así que ciego vivía  
De amor, cuando no te amaba,  
Como ciego imaginaba,  
Cómo aquel amor sería:  
Adoraba lo que vía,  
Presumiendo que era así  
El amor; mas ¡ay de mí!  
Que no vi al sol, vi una estrella,  
Y entretúveme con ella,  
Hasta que el sol mismo vi.

LAURA.  
Eso no: pues si me doy  
Por entendida contigo,  
Que Nise fué mi sol digo,  
Y que yo su estrella soy.  
Pruébalo: pues si yo estoy  
Contigo la noche fría,  
Y ella de día te envía  
A llamar, y estás con ella,  
¿Quién será el sol ó la estrella?  
¿Cuya es la noche ó el día?

DON FÉLIX.  
¿Vive Dios, Laura, que son  
Engaños tuyos, y plegue  
Al cielo, que si la he visto,  
Que un rayo me dé la muerte,  
Desde que á Ocaña viniste!  
¿Qué mas desengaños quieres  
De lo que cuenta de mí,  
Que escuchar que ella lo cuente;  
Pues es el mayor desaire  
Del duelo de las mujeres,  
Confesar sus celos, donde  
Lo escucha de quien los tiene?

LAURA.  
Yo sé que han sido verdades,  
Y no engaños aparentes.

DON FÉLIX.  
¿De qué lo sabes?

LAURA.  
De que  
Es mal que á mí me sucede,  
Y no puede ser mentira:  
Porque de los males suele  
Decirse, Félix, que fueron  
Astrólogos excelentes,  
Porque siempre adivinaron,  
Y dijeron verdad siempre.

DON FÉLIX.  
Por lo ménos ya confiesas  
Que son celos, y los sientes.

LAURA.  
¿Si me estás dando tormento,  
Es mucho que los confiese?

DON FÉLIX.  
Si tanto aprietan fingidos,  
Ciertos, ¿qué...?

CELIA.  
Mi señor viene.

LAURA.  
Vete por aquesa puerta  
De esotro cuarto; pues tiene  
Puerta á la calle.

DON FÉLIX.  
Di, ¿cómo  
Quedamos?

LAURA.  
Como quisieres.

DON FÉLIX.  
Yo querré desenojada...

LAURA.  
A verme esta noche vuelve,  
Que quiero verte esta noche,  
Aunque de Nise me acuerde.

DON FÉLIX.  
¡Ay, Laura, cuánto te engañas!

LAURA.  
¡Ay, cuánto me agravias, Félix!

CELIA.  
¡Ay, cuánto no sirve una  
Casa que dos puertas tiene!

## JORNADA SEGUNDA.

## ESCENA PRIMERA.

LAURA, CELIA por una puerta, y por  
otra MARCELA y SILVIA con mantos,  
HERRERA.

LAURA.  
Tú seas muy bien venida  
A esta casa.

MARCELA.  
Y tú seas,  
Amiga, muy bien hallada.

LAURA.  
Con tal visita, ya es fuerza  
Que lo esté.

MARCELA.  
Yo pienso ántes,  
Que te has de hallar mal con ella;  
Que vengo á darte cuidado.

LAURA.  
Yo le tengo, hasta que sepa  
En qué te puedo servir. —  
Llega aqueas sillas, Celia,  
Que aquí estaremos mejor  
Que en el estrado.

HERRERA.  
Quisiera  
Saber á qué hora vendré.

MARCELA.  
Al anochecer, Herrera,  
Podrá venir.

HERRERA.  
El sereno  
A esa hora tiene mas fuerza (Vase.)

MARCELA.  
Mi amiga eres, Laura hermosa.  
A quien dió naturaleza  
Noble sangre, claro ingenio;  
¿Pues de quién con mas certeza  
Me faré, que de quien es  
Mi amiga, noble y discreta?

LAURA.  
Con tan grandes prevenciones  
La proposicion empiezas,  
Que ya, mas que tú decirla,  
Estoy deseando saberla.

MARCELA.  
¿Estamos solas?

LAURA.  
Sí estamos. —  
Celia, salte tú allá fuera.

MARCELA.  
No importa que Celia lo oiga.

LAURA.  
Prosigue pues.

MARCELA.  
Oye atenta.  
Mi hermano Don Félix, Laura,  
Por amistad que profesan



El y un noble caballero  
Desde sus edades tiernas,  
Le trajo á casa estos dias,  
Que Araujuez, sagrada esfera  
Del cuarto Felipe, cifra  
La luz del cuarto planeta.  
Este hospedaje en efecto  
Fué con tan vana advertencia,  
Que para traerle á casa,  
La primer cosa que ordena  
Es, que retirada yo  
A un cuarto pequeño della,  
Les deje á los dos el mio,  
Y que tal recato tenga,  
Que escondida siempre dél,  
Ni alcance, Laura, ni entienda  
Que vivo en casa; que así  
(¡Mas qué acción tan poco atenta!)  
Pensó sanear la malicia  
De que Ocaña no dijera  
Que traía á casa un huésped  
Tan mozo, teniendo en ella  
Una hermana por casar:  
Y fué aquesto de manera,  
Que retirada á este cuarto  
Que te he dicho, aun una puerta  
Que sale al cuarto de Félix  
(Porque nunca presumiera  
Que había mas casa), la hizo  
Cubrir con una antepuerta,  
Y por ella á aderezarle  
Sola Silvia sale y entra.  
Dejemos, pues, á Lisardo,  
Que, sin que jamas entienda  
Que hay mujer en casa, vive  
Con este descuido en ella;  
Dejemos tambien á Félix,  
Que con esto solo piensa  
Que curó en salud el daño  
De que me hable y que me vea;  
Y vamos á mí, que viendo  
La prevencion con que intenta  
Mi hermano ocultarme, hice  
De la prevencion ofensa;  
Porque no hay cosa que tanto  
Desespere á la mas cuerda,  
Como la desconfianza.  
¡Cuánto ignora, cuánto yerra  
En esta parte el honor!  
Que es como él que olvidar piensa  
Una cosa, que el cuidado  
De olvidarla es quién la acuerda,  
Es como el que desvelado  
Se quiere dormir por fuerza,  
Que llamando al sueño, es  
El sueño quien le despierta;  
Y es como el que halla en un libro  
Borradas algunas letras,  
Que por solo estar borradas,  
Le da mas gana de lérlas.  
Este recato, en efecto,  
En Félix mi hermano, esta  
Curiosidad, Laura, en mí,  
O este destino en mi estrella,  
Despertaron un deseo  
De saber si el huésped era,  
Como gallardo entendido,  
Cosa que quizá no hiciera  
A no habérmelo vedado;  
Que en fin la culpa primera  
De la primera mujer,  
Esto nos dejó en herencia.  
Y para poder mejor  
Hablarle, sin que supiera  
Quién era la que le hablaba,  
Fui una mañana á esas huertas,  
Paso de Araujuez, por donde  
Había de pasar por fuerza.  
Llaméle pensando, Laura,  
Que el hablarle no tuviera  
Mayor empeño que hablarle  
Por curiosidad ó tema.

Mas ¡ay, que es fácil la entrada,  
Cuanto difícil la vuelta  
Del mas hermoso peligro!  
Dígame el mar desde afuera,  
Convidando con la paz  
A cuantos á verle llegan,  
Cuando jugando las ondas  
Unas con otras se encuentran;  
Pues el que mas confiado  
Pisó su inconstante selva,  
Ese lloró mas perdido  
La saña de sus ofensas.  
Yo así apacible juzgué  
El mar de amor; pero apenas  
Reconoci sus halagos,  
Cuando senti sus violencias.  
Pensarás que este cuidado  
Solo alcanza, solo llega  
A hallarme hoy enamorada;  
Pues mas nial hay que el que piensas,  
Porque de amor y de honor  
Estoy corriendo tormenta.  
Hoy, pues, Lisardo á Don Félix  
(Que yo detras de la puerta,  
Que te he dicho, lo escuchaba)  
De todo le daba cuenta,  
Si (no injuria declararme)  
No se lo estorbara Celia.  
Doblada quedó la hoja,  
Y temo que por las señas  
Del rostro, que ya me vió  
Lisardo, ó por la cautela  
Con que le hablé, ó por haber  
Seguidome hasta tan cerca  
De casa, puedan en Félix  
Moverse algunas sospechas;  
Y así, ántes que el discurso  
A enlazarle, Laura, vuelva,  
Me importa hablar á Lisardo.  
Para cuyo efecto queda  
Silvia ya con un papel,  
En que le digo que venga  
A verme á esta casa, donde  
Yo he de estar...

LAURA.

Detente, espera;

Que has usado neciamente,  
Marcela, de la licencia  
De la amistad: pues primero  
Que á ese Lisardo escribieras,  
Ni á mi casa le llamaras,  
Debieras mirar, debieras  
Advertir desde la tuya,  
Los inconvenientes desta.

MARCELA.

Ya, Laura, los he mirado,  
Sin que corran por tu cuenta.

LAURA.

¿De qué manera? Si yo...

MARCELA.

Escucha de qué manera.  
Tu casa tiene dos cuartos,  
Y del uno cae la puerta  
A otra calle; á Silvia dije  
Que le trajese por ella;  
De suerte que entrando, Laura,  
Por donde saber no pueda,  
En fin, como forastero,  
Si es casa tuya, ¿qué arriesgas?

LAURA.

Arriesgo el que lo pregunte,  
Y lo que hoy no sabe, sepa  
Mañana, y piense que yo  
Soy la tapada.

MARCELA.

Que adviertas,  
Te pido, que yo he de estar  
De visita y descubierta,  
Como si fuera mi casa,  
Dentro de la tuya misma.

LAURA.

Quando el verte á tí me libre  
A mí con esa cautela,  
¿Cómo me podré librar  
Del peligro de que venga  
Mi padre, y halle aquí un hombre?

MARCELA.

¿Luego ha de venir por fuerza  
Hoy, y luego has de cogernos  
En el primer hurto? Esta  
Fineza has de hacer por mí,  
Pues es tan digna fineza  
De tu sangre y mi amistad!

LAURA. (Ap.)

¡Oh, quién decirlo pudiera  
El tercer inconveniente,  
Pues no es el de menor pena  
Que acierte á venir Don Félix,  
Y me halle á mi hecha tercera  
De su hermana y de su amigo!

## ESCENA II.

SILVIA, con manto — DICHAS.

SILVIA.

A Ocaña he dado mil vueltas  
Hasta hallarle.

MARCELA.

Silvia, ¿qué hay?

SILVIA.

Que di tu papel, y apenas  
Le leyó, cuando tras mí  
Vino, y queda ya á la puerta  
Que me dijiste.

MARCELA.

Ya, Laura,

No hay como escusarte puedas.

LAURA.

De mala gana te sirvo  
En esto.

MARCELA.

Quitame, Celia,

Este manto: llama, Silvia,  
Tú á Lisardo, y tú no quieras  
(Vase Silvia.)

Verle, que cres muy hermosa  
Para criada.

LAURA.

Ya quedas

Hecha dueña de mi casa,  
Marcela: mira por ella. —  
(Ap. ¡Oh, á qué de cosas se obliga  
Quien tiene una amiga necia!) (Vase)

## ESCENA III.

SILVIA, LISARDO. — MARCELA.

SILVIA.

Esta es la casa, señor,  
De aquella dama encubierta,  
Que ya descubierta veis.

LISARDO.

¿Quién vió dicha como esta?

MARCELA.

Estariades, señor  
Lisardo, muy olvidado  
De que iría mi cuidado  
A buscaros.

LISARDO.

Mi temor

Confieso, y que la esperanza  
Desta ventura perdí;  
Que siempre andar juntos vi  
Fortuna y desconfianza.

MARCELA.

Aunque es verdad que pudiera  
Hoy, por el gusto de hablaros,

Señor Lisardo, llanaros  
A mi casa, no lo hiciera,  
A no tener que reñiros  
Un descuido contra mí.

LISARDO.

¿Descuido contra vos?

MARCELA.

Si,

De que me importa advertiros.

LISARDO.

Si vos misma disculpais  
Mi ignorancia, con que ha sido  
Descuido mal advertido,  
Ya importa que le digais,  
Porque no vuelva á incurrir  
En lo que ignorante estoy.

MARCELA.

¿A quién empezasteis hoy  
Nuestro suceso á decir,  
Que os estorbó una criada  
La relacion?

LISARDO.

Ya os entiendo,

Y aunque pueda, no pretendo  
Satisfaceros en nada;  
Porque mujer que de mí,  
Donde no soy conocido,  
Tanta noticia ha tenido;  
Mujer que se guarda así  
De un hombre, de quien yo soy  
Amigo; mujer, que tiene  
Criada en su casa, que viene  
Con las nuevas que le doy...  
Harto callando la digo,  
Harto conirme la muestro,  
Porque ántes que galan vuestro  
Fui de Don Félix amigo.

MARCELA.

Habéis sin duda pensado,  
Por las nuevas que yo os doy,  
Que dama de Félix soy;  
Pues estais muy engañado;  
Y esto me habéis de creer,  
Si algo cré quien dice que ama,  
Que no solo soy su dama,  
Mas que no lo puedo ser.

LISARDO.

Si los principios negais,  
Mal argumento teneis.  
¿De quién mi nombre sabeis,  
Y de mí informada estais?  
¿De quién, pues, habéis sabido  
(Decir puedo en un momento)  
Lo que en su mismo aposento  
A los dos ha sucedido?

MARCELA.

Para que aquí se concluya  
Lo que á dudar os obliga,  
Sabed que yo soy amiga  
De una hermosa dama suya.  
Esta, hablando pues conmigo  
En Félix, nuevas me dió  
De vos, porque en vos habló  
Como de Félix amigo;  
Y aunque él es tan caballero,  
En nadie un secreto cupo  
Mejor, que en quien no le supo;  
Y así suplicaros quiero  
Que á Don Félix no le deis,  
Señor, mas señas de mí,  
Ni le digais que yo os ví,  
Ni que mi casa sabeis;  
Porque me van en rigor,  
A una sospecha creída,  
Hoy por lo ménos la vida,  
Y por lo mas el honor.

LISARDO.

Bien pensaréis que ha cesado  
De mis dudas la razon,

Y ántes mayor confusion  
Es la que me habéis dejado:  
Porque si no sois...

#### ESCENA IV.

CELIA, *después* LAURA. — DICHOS.

CELIA.

Señora.

MARCELA.

¿Qué hay, Celia?

CELIA.

Que mi señor

Viene por el corredor.

MARCELA. (A Celia.)

Esto me faltaba ahora.

¿Podrá salir?

CELIA.

No, que viene

Por la puerta que él entró,

Y saber que hay otra no

Es posible, ni conviene.

Hasta aquí entra ya.

LISARDO.

¿Qué haré?

CELIA.

Esconderos es forzoso

En esta cuadra.

LISARDO.

Dudoso

Estoy.

MARCELA.

Presto, que si os ve ..

LISARDO.

¡Vive Dios, que estoy perdido!

(*Escóndese en un aposento.*)

(Sale Laura.)

MARCELA.

Cercada de penas muero.

LAURA.

¿Ves, Marcela? En el primero

Hurto al fin nos han cogido.

¡En buena ocasion me has puesto!

MARCELA.

¿Quién pudiera prevenir,  
Que ahora hubiese de venir  
Tu padre?

#### ESCENA V.

FABIO. — DICHOS.

FABIO.

Celia, ¿qué es esto?

Esta puerta, ¿cuándo abierta

Sueles, por dicha, tener?

LAURA.

Vínome Marcela á ver,  
Y por estar esa puerta  
La mas cerca de una casa  
Alonde ella estaba, yo  
La hice abrir; por ella entró,  
Y quedóse así: esto pasa.

FABIO.

Perdonad, bella Marcela;  
Que como la luz del dia  
Ya se va á poner, no os via.

LAURA. (Ap.)

¡Gran daño el alma recela!

CELIA. (Ap.)

¿Qué confusion!

SILVIA. (Ap.)

¿Qué temor!

MARCELA.

Yo, habiendo ahora sabido  
La tristeza que ha tenido

Laura, me trajo mi amor  
A verla, y ver si merezco  
De sus penas consolar  
La tristeza y el pesar.

LAURA.

Son tantas las que padezco,  
Que me añade mas dolor  
El remedio prevenido,  
Y ántes pienso que has venido  
A hacerme tú mayor;  
Que crece con el remedio  
Este accidente.

FABIO.

Nosé

Qué te diga, ni sabré  
Hallar á tus males medio. —  
Hola, traed luces aquí.

#### ESCENA VI.

CELIA, *con luces*, que pone sobre un  
bufete; HERRERA. — DICHOS

CELIA.

Ya aquí las luces están.

HERRERA

Las ocho y media serán,  
¿Habemos de irnos de aquí  
Esta noche, pues que ya  
Ha anochecido, señora?  
¿No es de recogernos hora?

MARCELA.

Pena el dejarte me da,  
Laura, con este cuidado; (Ap. á ella.)  
Pero excusarle no puedo.

LAURA.

Yo en fin á pagar me quedo,  
Las culpas que no he pecado.

MARCELA.

¿Qué puedo hacer? (¡Ay de mí!)  
Dame licencia.

FABIO.

Yo iré

Sirviéndos.

MARCELA.

No hay para qué

Me trateis, señor, así.  
Quedad con Dios.

LAURA. (Ap. á Marcela.)

Mejor es

Dejarle ir, para que pueda  
Irse este hombre que aquí queda.

FABIO.

Yo tengo de ir con vos.

MARCELA.

Pues

Me honrais tanto, replicar  
A vuestra gran corteja,  
Pareciera groseria.

FABIO.

La mano me habéis de dar.

MARCELA.

Sois tan galan, que no puedo  
Negaros ese favor.

(*Vanse Fabio, Marcela, Herrera  
y Silvia.*)

LAURA.

¿Hay, Celia, pena mayor  
Que la pena con que quedo?  
¿Quién crerá, que vo encerrado  
Aquí tengo un hombre que  
No conozco? Y si me ve,  
¿Quedará desengañado  
De que Marcela no ha sido  
El dueño de aquesta casa?



CELIA.

Todo cuanto aquí nos pasa,  
Fácil enmienda ha tenido  
Con irse ahora mi señor.  
Retírate tú de aquí:  
Yo le sacaré de allí  
Sin que pueda del error,  
En que está, desengañarse;  
Pues él sin veros se irá,  
Ni á tí ni á Marcela.

LAURA.

Ya

Solo falta efectuarse.  
La puerta abre; mas detente,  
Que parece que he sentido  
En esta sala ruidó.

CELIA.

Ya es otro el inconveniente.

## ESCENA VII.

DON FÉLIX. — LAURA, CELIA.

DON FÉLIX.

Apénas la sombra fría  
Tendió, Laura, el manto negro  
Capa de noche que viste  
Para disfrazarse el cielo,  
Cuando á tu puerta me hallaron  
Las estrellas; que el deseo  
Tanto anticipa las horas,  
Que á verte á estas horas vengo  
Haciendo el tiempo en tu calle,  
Porque no se pierda el tiempo.  
Vi que mi hermana salía  
De tu casa, y advirtiéndome  
Que tu padre la acompaña,  
Á entrar hasta aquí me atrevo;  
Porque las paces de hoy  
Me tienen con tal contento,  
Que no quise dilatar  
Solo un instante, un momento  
El verte desenojada.

LAURA.

Pues no haces bien, si es que advierto,  
Que un enojo apénas quitas,  
Cuando otro vas disponiendo.  
¿Tanto podía tardar  
(Ap. Apénas á hablarle acierto.)  
En recogerse la casa,  
Que temerario y resuelto  
Te entras aquí, sin mirar  
Que ha de volver al momento  
Mi padre?

DON FÉLIX.

Solo he querido  
Que sepas, Laura, que espero  
En la calle á que sea hora  
Para hablarte; porque luego  
No digas que de otra parte  
Vengo, cuando á verte vengo.  
En la calle pues estoy.

LAURA.

Eso sí; vuélvete presto,  
Que al punto que se recoja  
Mi padre, hablarnos podrémos  
Mas despacio. No me tengas  
Con tanto susto, que creo  
Que sospechoso (¡ay de mí!)  
Está ya del amor nuestro;  
Tanto, que á esa puerta falsa  
La llave ha quitado, (Ap. Esto  
Digo por asegurar  
El paso al que está acá dentro.)  
Y anda todos estos días  
A casa yendo y viniendo.

DON FÉLIX.

Por quitarte ese temor,  
Me voy, y en la calle espero.

FABIO. (Dentro.)

Hola, bajad una luz.

LAURA.

El viene ya.

CELIA.

Dicho y hecho.

(Toma Celia una luz, y vase.)

DON FÉLIX.

Si de esotra puerta dices  
Que quitó la llave, es cierto  
Que no hay por donde salir;  
Y así, en aqueste aposento  
Me esconderé.

(Va á entrar donde está Lisardo, y se pone delante Laura.)

LAURA.

Aguarda, espera;  
Que no has de entrar aquí dentro.

DON FÉLIX.

¿Por qué?

LAURA.

Porque siempre aquí  
Está mi padre escribiendo  
Mucha parte de la noche.

DON FÉLIX.

¡Vive Dios, que no es por eso!  
Porque al entreabrir la puerta  
He visto un bulto allá dentro.

LAURA.

Mira...

DON FÉLIX.

Aquí, ¿qué hay que mirar?

LAURA.

Advíerte...

DON FÉLIX.

Ya nada temo.

LAURA.

Que entra ya mi padre.

DON FÉLIX.

¡Ay triste,  
En qué gran duda estoy puesto!  
Si aquí hago alboroto, á Fabio  
De sins ofensas advierto;  
Si callo, sufro las mias.

## ESCENA VIII.

FABIO. — DICHOS.

FABIO.

¡Vos aquí, Félix! ¿qué es esto?

LAURA. (Ap. á Don Félix.)

Mira, por Dios, lo que haces;  
Pues en quien es caballero,  
El honor de las mujeres,  
Siempre ha de ser lo primero.

DON FÉLIX.

(Ap. Es verdad; disimular  
Tomo por mejor acuerdo,  
Si celos se disimulan.)  
Buscando á mi hermana vengo,

(A Fabio.)

Que me dijeron que aquí  
Estaba.

FABIO.

Ya yo la dejo  
En su casa, y vengo ahora  
De servirla de escudero.

LAURA.

Eso es lo mismo que yo  
Le estaba, señor, diciendo.

DON FÉLIX.

Dios os guarde por la honra  
Que á mi hermana la habeis hecho.

FABIO.

Ella os espera ya en casa.

DON FÉLIX.

(Ap. No sé (¡ay Dios!) lo que hacer debo.  
Estarme aquí, es necedad;  
Irme, si aquí un hombre dejo,  
Es desaire; alborotar  
Aquesta casa, desprecio;  
Pues esperarle en la calle,  
Si hay dos puertas, ¿cómo puedo  
Yo solo? ¡Oh, quién á Lisardo,  
Que es mi amigo verdadero,  
Consigo hubiera traído!  
Mas ya he pensado el remedio.)  
Quedad con Dios.

FABIO.

El os guarde.

DON FÉLIX. (Ap.)

Hoy he de ver, ¡vive el cielo!  
Si es verdad que la fortuna  
Ayuda al atrevimiento.

(Don Félix se va muy aprisa, Fabio  
llega hasta la puerta con él, y Celia  
después toma una luz y se va;  
Fabio toma otra luz.)

FABIO.

Alumbra, Celia, á Don Félix.  
Laura, éntrate tú acá dentro,  
Que tengo que hablar á solas  
Contigo.

LAURA. (Ap.)

Otro susto, ¡cielos!

Mi padre ¿qué me querrá?

Laura, ¿en qué ha de parar esto?

(Vanse.)

## ESCENA IX.

CELIA, que vuelve con la luz; despues LISARDO.

CELIA.

Sin esperar que bajara  
A alumbrarle, en un momento  
Se me desapareció Félix.  
Bien se deja ver su intento,  
Que es de dar presto la vuelta  
A la calle; mas primero  
Que él llegue, ya habrá salido  
Estotro; que en su aposento  
Está mi señor con Laura.  
No hay que esperar. Caballero, (A Lis.)  
En gran confusion estamos  
Por vos. (Sale Lisardo.)

LISARDO.

Ya sé lo que os debo;  
Que aunque he entendido muy poco  
Del caso, porque aquí dentro  
Llegaban muertas las voces,  
He entendido por lo ménos  
Los empeños desta casa.

CELIA.

Vamos de aquí.

LISARDO.

Vamos presto.

CELIA. (Ap.)

Salga él una vez de casa,  
Y mas que sucedan luego  
Muertes de hombres en la calle.  
(Apaga la luz, y vase con él.)

## ESCENA X.

DON FÉLIX; despues LAURA.

DON FÉLIX.

En un esconce pequeño  
Que hace la escalera, ántes  
Que la luz bajara, muerto  
De celos y de desdichas

Pude quedarme encubierto.  
Poco lugar han tenido  
De echar á este hombre, y no creo  
Que, sabiendo que en la calle  
Estoy, se atrevan á hacerlo.  
El fin con que he me quedado,  
A mis desdichas atento,  
Es de sacarle conmigo  
Hasta la calle, fingiendo  
Que soy criado de casa,  
Y que sé todo el suceso.

(*Légase á la puerta.*)

Esta es la puerta, y está  
Abierta. Ce, caballero,  
Seguidme: seguro soy.  
¿No me respondéis? ¿Qué es esto?  
Obligáreisme callando,  
¡Vive Dios! á que entre dentro. (*Entra.*)

(*Sale Laura con luz.*)

LAURA.

Nada me quería mi padre  
Que fuese de mas momento,  
Que decirme que mañana  
Ha de ir á un cercano puehlo,  
Adonde su hacienda tiene,  
Y yo á mis desdichas vuelvo.  
Celia, Celia, ¿dónde estás?  
Pondré que se han ido huyendo  
Todos, y que me han dejado  
En el peligro. Y es cierto;  
Pues nadie parece. ¡Ay triste!  
¿Qué he de hacer en tanto aprieto?  
Félix estará en la calle,  
Cuando estotro está aquí dentro.  
Pero aunque todo lo arriesgue,  
Esto ha de ser; que primero  
Soy yo. Perdone Marcela,  
Es a vez. Ce, caballero,  
A quien necia una mujer  
En tanto peligro ha puesto.  
No os espanteis de mirarme.

(*Sale Don Félix embozado.*)

DON FÉLIX.

¿Cómo puedo, cómo puedo  
Dejar de espantarme, Laura,  
De mirarte...?

LAURA.

¡Ay Dios! qué veo!

DON FÉLIX.

¿Tan mudable?

LAURA.

¡Ay infelice!

DON FÉLIX.

¿Y tan falsa?

LAURA.

¡Ay Dios! ¿qué es esto?

DON FÉLIX.

Esto es, Laura, esto es  
(Si es que yo á decirlo acierto)  
El desengaño mayor  
Que á un hombre han dado los celos.  
Pero miento, que no son  
Celos, sino agravios estos.

(*Púscase, y ella tras él.*)

LAURA.

(*Ap.* ¡Yo estoy muerta!) Félix mio,  
Mi bien, mi señor, mi dueño.

DON FÉLIX.

Mi mal, mi muerte, mi ofensa,  
¿Qué me quieres?

LAURA.

Que te quiero;

Te quiero, no mas.

DON FÉLIX.

Y yo,

Pues tú lo dices, lo creo;  
Porque no habiendo tenido  
Un hombre en este aposento;  
No habiendo dicho que estaba  
Cerrado el paso por esto;  
No habiendo venido tú  
A hablarme por él; no habiendo  
Visto yo... ¿Qué he de haber visto?  
Nada digo, nada entiendo.  
¡Mal haya yo, porque estuve  
Antes á tu honor atento,  
Y no...! Adios, Laura; adios, Laura.

LAURA.

Detente, porque primero  
Que te vayas, has de oirme.

DON FÉLIX.

¿Puede ser mentira esto?

LAURA.

Si, bien puede ser mentira.

DON FÉLIX.

¿Mentira lo que estoy viendo?

LAURA.

¿Qué viste?

DON FÉLIX.

El bulto de un hombre  
Que estaba en este aposento.

LAURA.

Algun criado sería.

## ESCENA XI.

CELIA, muy alborozada. — Dicuqos.

CELIA

Señora, ya por lo ménos  
Nada sucederá en casa,  
Que ya en la calle los dejo.

(*Ve á Don Félix, y túrbase.*)

DON FÉLIX.

Mira, si era algun criado.

CELIA.

¿Pues esto agora tenemos?  
¿Cómo aqui?... No puedo hablar.

LAURA.

¿Ves, Félix, con cuánto aprieto  
Se eslabonan mis desdichas?  
Pues culpa ninguna tengo.

DON FÉLIX.

Pues yo la culpa tendré.

LAURA.

Tanto te estimo y te quiero,  
Que aun no quiero yo decirlo,  
Porque te está mal saberlo.

DON FÉLIX.

¿Qué antiguo sagrado es ese  
De un culpado, en no teniendo  
Que responder! Esto en fin  
Se acabó, Laura, esto es hecho.  
Adios, adios.

LAURA.

Miva...

DON FÉLIX.

Suelta...

LAURA.

No has de irte así.

DON FÉLIX.

¡Vive el cielo,

Que dé voces que despierten  
Á tu padre, al mundo entero,  
Diciendo quien eres!

LAURA.

¡Félix!

DON FÉLIX.

Harás que pierda el respeto  
A tu hermosura, porque  
Nadie le tuvo con celos. (*Vase.*)

LAURA.

Tenle, Celia.

CELIA.

¿Yo tenerle?

LAURA.

Pues aunque vayas huyendo,  
Yo te buscaré. ¡Ay, Marcela,  
En qué de dudas me has puesto! (*Vanse.*)

Cuarto de Lisardo en casa de Don Félix.

## ESCENA XII.

LISARDO, CALABAZAS.

CALABAZAS.

Señor, ¿qué es lo que tienes?  
¿De dónde ó cómo á tales horas vienes?

LISARDO.

Ni sé de dónde vengo,  
Calabazas, ni sé lo que me tengo.

CALABAZAS.

Después de haberte ido  
Sin mí (cosa que nunca ha sucedido,  
Ni héchose con lacayo  
De bien), vuelves á casa como un rayo,  
Casi al amanecer, descolorido,  
Colérico, furioso, acontecido,  
Airado...

LISARDO.

No me mates,  
Ni empieces á decirme disparates,  
Sino pon las maletas; porque luego  
Me tengo de ir, y en tanto que á esto lle-  
A esotra cuadra pasa, [go,  
Mira si hablar á Félix puedo.

CALABAZAS.

En casa

El no está; que aunque ya ha amanecido,  
Creo que no ha venido  
A acostarse hasta agora.

LISARDO.

[nora?]

¿Félix él, que habrá estado (¿quién lo ig-  
Celebrando las paces con su dama;  
Que es la felicidad del que bien ama!  
Y yo, infeliz, á quien han sucedido  
Tantas cosas...!

CALABAZAS.

¿Qué han sido?

LISARDO.

Oye, porque me dejes,  
Con condicion que luego no aconsejes.  
Llamóme por un papel  
Aquella dama tapada,  
A que en su casa la vieses.  
A verla fui, y la criada  
Por un jardín me guió,  
Hasta que llegué á una sala  
De estrado, donde la misma  
Que vi en las huertas, estaba  
Tan bella como entendida:  
Esto, que te diga, basta.  
Muy á los primeros lances,  
Me dió á entender enojada  
No sé bien qué quejas, cuando  
Su padre á la puerta llama.  
Méteme en un aposento,  
Donde, después de pasadas  
Algunas conversaciones,  
De quien poco entendí ó nada  
(Porque como retirado



Estaba á puerta cerrada,  
Llegaban á mí confusas  
Las voces sin las palabras)  
La puerta un hombre entreabrió;  
La capa tercié y la espada  
Empuñé, y al mismo instante  
Me volvieron á cerrarla  
Por defuera, sin poder  
Ver el tallo ni la cara  
Del hombre. De allí á otro rato  
Triste, confusa y turbada,  
Otra moza me sacó  
Hasta la calle, con varias  
Prevencciones de que Félix  
No supiera desto nada.  
Yo pues, cercado de dudas  
Y de sospechas contrarias,  
Estoy sin saber qué hacerme  
En confusión tan extraña;  
Porque si á Félix le callo  
El lauce, ya acreditada  
La sospecha de que ha sido  
Dama suya, será ingrata  
Correspondencia, que él tenga  
A su enemigo en su casa;  
Si se lo digo, y no es  
Su dama, sino otra dama  
Que de mí se fia, el decirlo  
Es de mi nobleza infamia.  
Y así entre hablar y callar,  
La opinión mas acertada  
Es, pues dos daños me embisten,  
Volver á los dos la espalda.  
Así con esto á Don Félix  
No ofende lo que se calla,  
Ni lo que se dice, ofende  
A la mujer. Luego trata  
De poner toda la ropa,  
Que ántes que amanezca el alba,  
Con ocasion de que ya  
Hecha mi consulta baja,  
De Ocaña me tengo de ir,  
Aunque me deje en Ocaña  
En un ingenio la vida,  
Y en una hermosura el alma.

CALABAZAS.

Honrada resolucion!

LISARDO.

Porque apruehas y no causas,  
Toma aquel vestido que hice  
De camino, Calabazas.

CALABAZAS.

Tus manos, señor, te beso  
De resultas de las plantas,  
No tanto por el vestido,  
Aunque es dádiva extremada,  
Como por dármele hecho;  
Y en tanto que se levanta  
Quien la ropa me ha de dar,  
Escúchame en dos palabras  
Lo que hecho un vestido aborra.

(Mudando voces.)

—Señor maestro, ¿cuántas varas  
De paño son menester  
Para mí?—Siete y tres cuartas.  
—Con seis y media le hace  
Quiñones.—Pues que le haga;  
Mas si él saliere cumplido,  
Yo me pelaré las barbas.  
—¿Qué tafetan?—Ocho.—Siete  
Han de ser.—No quite nada  
De siete y media.—¿Ruan?  
—Cuatro.—No.—Si un dedo falta,  
No puede salir.—¿De seda?  
—Dos onzas, treinta de lana.  
—¿Bocací á los bebederos?  
—Media vara.—¿Angeo?—Otra tanta.  
—¿Botones?—Treinta docenas.  
—¿Treinta?—¿Habrá mas de contarlas?  
Cintas, faltriqueras, hilo:

Vamos con todo esto á casa.  
Junte vuesaerced los piés,  
Ponga derecha la cara,  
Tienda el brazo.—¿Seor maestro,  
Son matachines?—¿Qué gracia  
Hará el calzón!—Oye usted,  
La ropilla ancha de espaldas,  
Derribadica de hombros,  
Y redondita de falda  
—Frisa para las faldillas  
Haber sacado nos falta.  
—Póngala usted.—Que me place.  
—¡Ah! si; esto se me olvidaba:  
Entreteelas.—Deste viejo  
Ferreruelo me las haga.  
—Voy á cortarlo al momento.  
—¿Cuándo vendrá esto?—Mañana  
A las nueve.—La una es:  
¡Oh cuánto este sastre tarda!  
—Seor maestro, todo el día  
Me ha tenido usted en casa.  
—No he podido mas, que he estado  
Acabando unas enaguas,  
Que, como mil paños llevan,  
No fué posible acabarlas.  
—¡Ah! caballero, muy seca  
Está esta obra.—Remojarla.  
—Augusto vino el calzón.  
—De paño es, no importa nada,  
Que luego dará de sí.  
—Esta ropilla está ancha.  
—No importa nada, es de paño,  
Que ella embeberá (asi basta,  
Que los paños dan y enibeben  
Como el sastre se lo manda.)  
—El ferreruelo está corto.  
—Mas de media liga tapa,  
Y ahora no se usan largos.  
—¿Qué se debe?—Poco ó nada:  
Veinte del calzón, y veinte  
De la ropilla y sus mangas,  
Diez del ferreruelo, treinta  
De los ojales... y tantas  
Impertinencias, que en fin,  
Que me venga ó que me vaya,  
Quien me da un vestido hecho,  
Me da la mejor aliaja.  
A componer voy las tuyas;  
Aquí gloria y después gracia. (Vase.)

LISARDO

¿Qué locuras! ¿Quién tuviera  
Tu alegría, y no llegara  
Hoy á sentir los extremos  
De tantas penas, de tantas  
Confusiones y sospechas!  
¡Válgate Dios por tapada,  
Toda misterios y toda  
Prevencciones, sin que haya  
Nunca visto la verdad!

(Vuelve Calabazas.)

CALABAZAS.

Ya la dije á una criada  
Que me sacase la ropa;  
Porque hoy nos vamos á Irlanda.

LISARDO.

En efecto, me destierran,  
Antes de tiempo de Ocaña,  
Tramoyas de una mujer.

## ESCENA XIII.

MARCELA, con manto, SILVIA, sin él,  
y quedan á la puerta.—Dichos.

SILVIA.

Mira á qué te atreves.

MARCELA.

Nada

Me digas, porque no estoy

Para escucharte palabra.  
¿Que hoy se va, no dices?

SILVIA.

Sí.

MARCELA.

¿Pues Silvia, de qué te espantas  
Que baga locuras mi amor?  
Sin duda le dijo Laura  
Quién soy, y de mí va huyendo.

SILVIA.

¿Pues si esto temes, qué tratas?

MARCELA.

Hablarle ya claramente;  
Que puesto que á esta hora falta  
Mi hermano, ya no vendrá,  
Hasta que le lleven capa  
Y valona, ó sea de noche.  
Tú, Silvia, á esa puerta aguarda.  
(Vase Silvia.)

LISARDO.

Mira si ha venido Félix.

CALABAZAS.

Felix no, pero la dama  
¡apada si que ha venido.

LISARDO.

¿Qué dices?

CALABAZAS.

Ecce quam amas.

MARCELA.

Señor Lisardo, no sé  
Que sea accion cortesana  
El iros sin despediros  
Hoy de una mujer que os ama.

LISARDO.

¿Tan presto tuvisteis nueva  
De mi partida?

MARCELA.

Las malas

Vuelan mucho.

CALABAZAS. (Ap.)

¡Vive Dios,

Que con los demonios habla!  
¿Si es Catalina de Acosta,  
Que anda buscando su estatua?

MARCELA.

En fin, ¿os vais?

LISARDO.

Sí, y huyendo

De vos, que vos sois la causa.

MARCELA

De eso infiero que sabeis  
Ya quién soy (¡estoy turbada!);  
Y si el haberlo sabido  
Anticipa la jornada,  
Id con Dios; pero advirtiéndome  
Que fué en mí y en vos la causa  
Imposible de decirlo,  
Y imposible de callarla

LISARDO.

No os entiendo, pues no sé  
De vos (esta es verdad clara)  
Mas de lo que sé de vos:  
Y ántes la desconfianza  
Que haceis de mí, es quien me mueve  
Á irme.

(Mira Calabazas adentro.)

CALABAZAS.

Ce: por la sala  
Entra Don Félix.

MARCELA.

¡Ay triste!

LISARDO.

¿Qué os turba? ¿Qué os embaraza?  
¿Connigo estáis.

MARCELA.

Es verdad;  
Mas puesto que mis desgracias  
Unas con otras tropiezan,  
Y tan en mi alcance andan,  
Sabed, que yo soy... No puedo,  
No puedo hablar mas palabra,  
Que entra ya. Mi vida está  
En vuestras manos, guardadla;  
Que yo aqui me escondo. (*Escóndese.*)

LISARDO.

¡Cielos,  
Sacadme de dudas tantas!  
Ella es su dama sin duda,  
Pues que tanto dél se guarda.

## ESCENA XIV.

DON FELIX. — LISARDO; MARCELA,  
*escondida.*

DON FÉLIX.

Lisardo.

LISARDO.

¿Qué hay, qué traeis,  
Don Félix?

DON FÉLIX.

Traigo un pesar,  
Y véngote á consolar  
Con vos, que me aconsejéis.

LISARDO.

Cuando por haber faltado  
De casa... Vete de aqui.  
(*A Calabazas. Vase.*)

Toda la noche, creí  
Que habíades celebrado  
Las paces con vuestra dama,  
¿Al amanecer venís  
Con el pesar que decís?

DON FÉLIX.

Sí, que un mal á otro mal llama.  
¡Ay Lisardo! bien dijistes,  
Cuando hablasteis de los celos,  
Que sus mortales desvelos,  
Y que sus efectos tristes,  
Eran tan otros tenidos  
Que dados, cuanto se ofrece  
Entre quien hace y padece;  
Pues padecen mis sentidos  
El daño que ántes hicieron.  
¡Oh quién un siglo los diera,  
Y un punto no los tuviera!

LISARDO.

Pues ¿cómo ó de qué nacieron?  
(*Ap.*) ¡Vive Dios! que él ha seguído  
Esta dama, y que sus celos  
Son de mí y della.)

MARCELA. (*Ap.*)

Los celos

Dén mis penas á partido.

DON FÉLIX.

Muy rendido ayer llegué,  
Donde (¡ay de mí!) satisface  
Con los extremos que hice,  
Las lágrimas que lloré,  
Las mal fundadas sospechas  
Que de mí (¡ay celos!) tenía  
La hermosa enemiga mía;  
Y cuando ya satisfechos  
Estaban, y yo esperaba  
De los sembrados rigores  
Coger el fruto en favores,  
De la calle en que aguardaba  
Entré á verla muy contento;  
Y porque fué fuerza así  
Un aposento entreabri  
(Mal haya mi sufrimiento),  
Y en él (¡qué torpes desvelos!)  
El bulto de un hombre vi.

LISARDO. (*Ap.*)

¡Esto es lo que anoche á mí  
Me pasó, viven los celos!

DON FÉLIX.

¡Oh mal haya yo, porqué,  
Aunque su padre viniera,  
Y aunque su honor se perdiera,  
A darle muerte no entré!  
Quedarme pude escondido,  
Con ánimo de volver  
A buscar el hombre, y ver  
Quién era.

LISARDO.

¿Habeislo sabido?

DON FÉLIX.

No, porque ya una criada  
Le había sacado de allí.  
Tras él al punto salí;  
Pero no pude hallar nada.  
Así hasta el mediodía  
Toda la mañana he estado  
(¡Mirad qué necio cuidado!)  
Pensando que volvería.  
Ved si habrá en el mundo quien  
Tenga el dolor que yo tengo.  
Pues hoy aquí á tener vengo  
Celos, sin saber de quien.

LISARDO. (*Ap.*)

En este punto creí  
Todo cuanto imaginé;  
La dama esta dama fué,  
Y yo el encerrado fui.  
Las señas son; mas supuesto  
Que él no sabe que fui yo,  
Ni que ella aquí se ocultó,  
Ponga fin á todo esto  
Mi ausencia, puesto que así  
Todo el silencio lo sella;  
Pues no sabrá agravios della,  
Ni tendrá quejas de mí.

DON FÉLIX.

¿Agora suspenso estais?  
¿Cómo no me respondeis?

LISARDO.

Como admirado me habeis,  
Aun mas de lo que pensais.

DON FÉLIX.

¿Qué puedo hacer?

LISARDO.

Olvidar.

DON FÉLIX.

¡Ay, Lisardo, quién pudiera!  
CALABAZAS. (*A la puerta.*)

Señor, una dama ahí fuera  
Dice que te quiere hablar.

DON FÉLIX.

Ella es, que habrá venido  
A verme. Yo no he de vella.

LISARDO.

Mirad primero si es ella.

## ESCENA XV.

LAURA, tapada. — DICHOS.

DON FÉLIX.

¿No he de haberla conocido?  
Ella es, que en conclusion,  
Querrá agora que yo crea  
Que todo mentira sea.

LISARDO. (*Ap.*)

Ya es otra mi confusion:  
Si esta es la que Félix ama,  
Y dentro en su casa vió

Un hombre, y este fui yo,  
¿Quién es, quién, estotra dama?

LAURA.

Lisardo, por caballero  
Os ruego que os ausenteis,  
Y con Félix me dejéis,  
Porque hablar con Félix quiero.

DON FÉLIX.

¿Quién te ha dicho que querrá  
El Félix hablarte á ti?

LAURA.

Dejadnos solos.

LISARDO.

Por mí

Obedecida estais ya.  
(*Ap.*) Fuerza es dejar encerrada  
La otra dama hasta despues,  
Y estar á la vista. Nada  
Tengo ya que temer, pues  
No es su dama mi tapada.)  
(*Vanse Calabazas y Lisardo.*)

## ESCENA XVI.

LAURA y DON FELIX; MARCELA,  
*escondida.*

LAURA.

Ya que estamos los dos solos,  
Don Félix, y que podré  
Decir á lo que he venido,  
Escúchame.

DON FÉLIX.

¿Para qué?

Ya sé que quierés decirme  
Que ilusion, que engaño fué  
Cuanto allí vi y cuanto oí;  
Y si esto en fin ha de ser,  
Ni tú tienes qué decir,  
Ni yo tengo qué saber.

LAURA.

¿Y si nada de eso fuese,  
Sino todo eso al revés?

DON FÉLIX.

¿Cómo?

LAURA.

Escucha, oíráslo.

DON FÉLIX.

¿Irás te

Si te escucho?

LAURA.

Sí.

DON FÉLIX.

Di pues.

(Asoma Marcela.)

LAURA.

Negarte que estaba un hombre  
En mi aposento...

DON FÉLIX.

Deten.

¿Y es estilo de obligar,  
Modo de satisfacer,  
Decirme, cuando esperaba  
Un rendimiento cortes,  
Una disculpa amorosa,  
Confesar la ofensa? ¿Ves  
Cómo otra vez la repites,  
Porque la sienta otra vez?

LAURA.

Si no me oyes hasta el fin...

MARCELA. (*Ap.*)

¿Quién vió lance mas cruel!

DON FÉLIX.

¿Qué he de escuchar?

LAURA.

Mucho.



DON FÉLIX.  
¿Irás te  
Si te escucho?

LAURA.  
SI.

DON FÉLIX.

Di pues.

LAURA.

Negarte que estaba un hombre  
En mi aposento, y tambien  
Que Celia le abrió la puerta,  
No fuera justo; porque  
Negarle á un hombre en su cara  
Lo mismo que escucha y ve,  
Es darle á un desesperado,  
Para consuelo un cordel;  
Mas pensar tú que fué agravio  
De tu amor y de mi fe,  
Es pensar que cupo mucha  
En el puro rosicler  
Del sol, porque con mi honor  
Aun es sombra todo él.

DON FÉLIX.

¿Pues quién aquel hombre era?

LAURA.

No puedo decirte quién.

MARCELA. (Ap.)

¿Quien vió confusion igual!

DON FÉLIX.

¿Por qué?

LAURA.

Porque no lo sé.

DON FÉLIX.

¿Qué hacia escondido allí?

LAURA.

No lo sé tampoco.

DON FÉLIX.

¿Pues

Dónde la satisfacción  
Está?

LAURA.

En no saberlo.

DON FÉLIX.

¿Bien!

No saberlo es la disculpa,  
La culpa el saberlo es:

¿Pues cómo quieres que venza  
Lo que sé á lo que no sé?

Laura, Laura, no hay disculpa.

LAURA.

Félix, Félix, dejámé;

Que, aunque lo puedo decir,  
Tú no lo puedes saber.

DON FÉLIX.

Otra vez me has dicho ya

(Baldon ó despecho fué)

Eso mismo, y ¡vive Dios!

De no escucharlo otra vez;

Porque aquí me has de decir

La verdad desto...

MARCELA. (Ap.)

¿Qué haré?

Que, por disculparse á sí,  
Me ha de echar á mí á perder!

DON FÉLIX.

Que nada me está peor

Que el pensarlo.

LAURA.

Si diré.

MARCELA.

(Ap. No dirás; porque primero,  
Tus voces estorbaré

Con esta resolución.  
Amor ventura me dé,  
Como me da atrevimiento.)

(Pasa por delante tapada, como jurando  
a Don Félix; él quiere seguirle,  
y Laura le detiene.)

Solo esto he querido ver.

DON FÉLIX.

¿Qué mujer es esta?

LAURA.

Hazte

De nuevas.

DON FÉLIX.

Déjame que

La siga y la reconozca.

LAURA.

¿Eso querías tú, porqué  
Pudieras desenojarla,  
Diciéndola á ella despues  
Que me dejaste por ir  
Tras ella! Pues no ha de ser.

DON FÉLIX.

Laura mia, mi señora,  
El cielo me falte, amen,  
Si sé qué mujer es esta.

LAURA.

Yo sí; yo te lo diré:  
Nise era, que al pasar  
Yo la conocí muy bien.

DON FÉLIX.

Ni era Nise, ni sé yo  
Cómo estaba aquí.

LAURA.

Muy bien;

¿La disculpa es no saberlo,  
La culpa el saberlo es!  
¿Pues cómo quieres que venza  
Lo que sé á lo que no sé?  
Adios, Félix.

DON FÉLIX.

Si no basta

El desengaño que ves,  
¿Cómo quieres que yo crea  
Lo que tú, Laura, no crés?

LAURA.

Porque yo digo verdad,  
Y soy quien soy.

DON FÉLIX.

Yo tambien,

Y vi en tu aposento un hombre.

LAURA.

Yo en el tuyo una mujer.

DON FÉLIX.

No sé quien fué.

LAURA.

Yo tampoco.

DON FÉLIX.

Si supiste, Laura; pues  
Ya nie lo ibas á decir.

LAURA.

Ya, sin decirlo me iré,  
Por no dar satisfacciones  
A un hombre tan descortes.

DON FÉLIX.

Mira, Laura...

LAURA.

Suelta, Félix.

DON FÉLIX.

Vete, que es cosa cruel,  
Haber de rogar quejoso.

LAURA.

Quédate; que es rabia haber

De llevar traiciones, cuando  
Finezas vine á traer.

DON FÉLIX.

Yo bien disculpado estoy.

LAURA.

Si á eso vamos, yo tambien.

DON FÉLIX.

Pues vi en tu aposento un hombre.

LAURA.

Yo en el tuyo una mujer.

DON FÉLIX.

Si esto, cielos, es amar...

LAURA.

Si esto, fortuna, es querer...

LOS DOS.

¡Fuego de Dios en el querer bien!  
Amen. Amen.

## JORNADA TERCERA.

Cuarto de Marcela.

### ESCENA PRIMERA.

MARCELA, SILVIA.

SILVIA.

Grande atrevimiento fué.

MARCELA.

Como perdida me vi,  
Cuando ya á Laura escuché,  
Que iba á descubrir allí  
Cuanto en su casa pasó,  
Estorbar la relacion  
Quise con tan loca accion;  
Que, ya preciso un pesar,  
Algo se ha de aventurar.

SILVIA.

Así es verdad.

MARCELA.

La razon

Que me animó mas, fué ver  
A Lisardo, que esperaba  
Mas afuera, al parecer,  
En qué el suceso paraba  
De su encerrada mujer;  
Y como yo lo sabía,  
No temí la empresa mia:  
Pues, á no suceder bien,  
Ya en Lisardo al ménos quien  
Me defendiese tenia:  
Y en fin, ello sucedió  
Mejor que esperaba yo;  
Pues yo á mi cuarto pasé,  
Y en los celos que dejé  
El lance se barajó  
De suerte, que ni Lisardo  
Se empeñó por mí gallardo,  
Ni Laura el caso contó,  
Ni Félix me conoció,  
Ni yo mayor susto aguardo.

SILVIA.

Digo que fué extraño cuento,  
Y si escarmiento ha dejado,  
Será de mas fundamento.

MARCELA.

¿Pues cuándo dejó escarmiento,  
Silvia, un peligro pasado?  
Antes el haber salido  
Deste tan bien me ha movido  
A pensar cómo pudiera  
Ser que Lisardo volviera  
A verme.

SILVIA.

Oye, que hacen ruido.

## ESCENA II.

DON FELIX, *por la puerta escondida.*

— DICHAS.

DON FÉLIX.

Marcela.

MARCELA.

¿Qué novedad

Es entrar tú en mi aposento?

DON FÉLIX.

Es venir mi voluntad

Por luz á tu entendimiento,

Por consuelo á tu piedad.

Anoche, cuando saliste

De ver á Laura, yo entré

En su casa (¡ay de mi triste!),

Y vi en su casa, y hallé...

MARCELA.

Di, ¿qué ballaste? di, ¿qué viste?

DON FÉLIX.

Un hombre.

MARCELA.

¿Tal pudo ser?

DON FÉLIX.

Vinome á satisfacer;

Una mujer, que salió

De mi alcoba, lo estorbó...

MARCELA.

¡Miren la mala mujer!

DON FÉLIX.

Que con Lisardo debía

De estar. El, cuerdo y discreto

Presumiendo que ofendía

De mi casa así el respeto,

Dice que tal no sabía.

En fin, sea lo que fuere

(Que no hay nadie que lo diga),

Celosa Laura, no quiere

Que desengaños consiga,

Ni que disculpas espere.

Yo, por no dar á torcer

Tampoco mi sentimiento,

No la quiero hablar ni ver;

Pero quisiera saber

Hasta el menor pensamiento

Suyo. Para esto ha pensado

Una industria mi cuidado.

MARCELA.

¿Y es, si me la has de decir?

DON FÉLIX.

Que tú, hermana, has de fingir

Que un gran disgusto, un enfado

Conmigo has tenido, y que

En tanto que esto se pasa,

Te quieres ir á su casa:

Y así una espía tendré

Para el fuego que me abraza;

Pues tú á la mira estarás,

Y á pocos lances verás,

Quién este embozado es,

Y con secreto después

De todo me avisarás.

MARCELA.

Aunque hay bien que replicar,

llo; me iré á su casa.

DON FÉLIX.

No

Puede hoy ser; que por mostrar

Cuán poco mi mal sintió,

O por darme este pesar,

Hoy de su casa ha salido,

Y al mar de Antígola ha ido.

MARCELA.

Pues digo que irá mañana.

DON FÉLIX.

La vida me das, hermana;

Tuya desde hoy habrá sido.

(Vase.)

MARCELA.

¿Hay cosa, como llegar

Rogándome lo que yo

Puedo, Silvia, desear?

Pero mira quien se entró

En el cuarto sin llamar.

SILVIA.

Laura y Celia son, señora.

## ESCENA III.

LAURA, CELIA.--MARCELA, SILVIA.

MARCELA.

Laura mía, ¡á aquesta hora!

LAURA.

No te espantes desto, amiga;

Que á tanto una pena obliga.

MARCELA.

¿Quién lo duda? Quién lo ignora?

LAURA.

De la suerte que de mí

Te fuiste ayer á valer,

Vengo á valerme de tí.

CELIA.

Aprended, damas, de aquí,

Lo que va desde hoy á ayer.

LAURA.

Aquel hombre que dejaste

Cerrado, Marcela mía,

En mi casa, vió Don Félix.

MARCELA.

¡Jesus!

LAURA.

No importa que diga

El cómo ó el cuándo, puesto

Que bastaba ser desdicha,

Para que ella se estuviese

Desde luego sucedida.

Quisele satisfacer,

Y vine á tu casa, amiga,

Sin mirar á los respetos

A que el ser quien soy me obliga.

Entré en su aposento, y cuando

A representarle iba

Disculpas, que no tocasen

En tu opinión ni en la mía,

Una mujer, que detras

De su aposento tenía,

Y que era sin duda Nise...

MARCELA.

¿Quién duda que ella sería?

LAURA.

Salió á dar celos por celos.

MARCELA.

¡Hay tan gran bellaquería!

¿Y qué hizo Félix á eso?

LAURA.

El, aunque quiso seguirla,

Yo no le dejé. En efecto,

Las dos quejas repetidas,

Ni las tuyas quise oír,

Ni él saber quiso las mías.

Por mostrar que estaba (¡ay ciclos!)

Gustosa y entretenida,

(¡Oh cuán á costa del alma,

Marcela, un triste se anima!)

Al mar de Antígola hoy

Sali con unas amigas,

Donde, aunque debió alegrarme

Su hermosa apacible vista,

No pudo, que para mí

Ya se murió la alegría;

Tanto, que ni el ver la Reina,

Que infinitos siglos viva,

Para que flores de Francia

Nos den el fruto en Castilla,

Cómo en su verde carroza,

Que caballos del sol tiran,

Varado bajel de tierra

Llegó á abordar á la orilla:

Ni el ver tan ufano entonces

Ese breve mar, que imita

Del Océano las ondas

Encrespadas y movidas

De los céfiros suaves,

Cuando al mirar quien las pisa

Como plata las entorecha,

Y como vidrio las riza:

Ni el ver que ya el bergantin,

Coche del mar, pues le guían,

Como caballos, los remos,

A quien el freno registra

De un timon, abrió el estribo

De su hermosa barandilla,

Para que su popa ocupe,

Para que su escera admita

Un sol, á quien hizo guarda

No ménos que el alba misma:

Ni el ver las hermosas damas,

Que como flores seguían

La rosa, bien así como

Tejido coro de ninfas,

En las selvas de Diana

Profanas fábulas pintan:

Niel ver, en fin, que tan bello

Ya el bajel bogando iba

El piélago de cristal,

Que al acercarse á la isla

Del cenador, que con tantas

Flores el estanque habita,

No pudo determinar

Desde aparte, no, la vista,

Cuál el bergantin, ó cuál

Era el cenador; pues via

Flores en cualquiera tantas,

Que unas á otras competidas,

Naval batalla de flores

Se dieron muertas y vivas,

Me pudo aliviar: pues toda

Esta pompa hermosa y rica,

En los cristales bullicio,

En las flores alegría,

En los vientos suavidad,

En las hojas armonía,

En las damas hermosura

Y en todos los campos risa,

Llanto fué, llanto en mis ojos,

Celosa de Félix. Mira,

Si á quien esto no divierte,

Bastantemente peligra.

Yo no he de hablarle; porque

Es triste cosa, es indigna

Acción darle yo á torcer

Mis celos; y así querría

De una industria aquí valerme,

Sí es que mi amistad codicia;

Y es, que para que yo vea

Si Nise en su cuarto habita,

Le he de acechar esta noche

Por aquella puerta, amiga,

Que dijiste, y que á su cuarto

Cae y él tiene escondida.

¿Cómo faltar de mi casa

Podré? es fuerza que aquí digas;

Y responderé yo

Que hoy mi padre fué á una villa,

Adonde su hacienda tiene,

Y no vendrá en cuatro días.

Así que estas noches puedo

Ser tu huésped, si obliga

Mi amistad á esta fineza,

Pues es fineza de amiga

Tan principal, tan discreta,

Tan noble y tan entendida.



MARCELA.

¿Cómo te podré negar,  
Laura, lo que solicitas,  
Si con mi razón me arguyes,  
Si con mi dolor me obligas?  
Solo hay un inconveniente;  
Mas si tú lo facilitas,  
Ven desde luego á mi casa;  
Mal dije, á la tuya misma.

LAURA.

¿Cuál es el inconveniente?

MARCELA.

Tanto mi hermano te imita  
En el dolor y en la causa,  
(No importa que te lo diga;  
Primero somos nosotras)  
Que hoy me ha pedido que finja  
Con él un enojo, y vaya  
A ser por algunos días  
Tu huésped; porque yo  
Allá de adalid le sirva.  
Pues si no voy á tu casa  
Yo, porque estás tú en la mía,  
Dirá...

LAURA.

Escucha; ántes mejor  
Es que desde luego finjas  
Tú el enojo, y que te vayas;  
Pues con aquesto le obligas  
A que él esté mas seguro  
De que yo en su casa asista.

MARCELA.

Dices bien, que con mi ausencia  
Se sana esta malicia.

LAURA.

¿Cómo se ha de hacer?

MARCELA.

Así:

Dame el manto, y dirás, Silvia.  
Que fui en casa de Laura;  
Que para hacer mas creída  
La causa, quise ir de noche.  
(*Pónese el manto.*)  
Y despues (aparte mira)  
Busca á Lisardo, y dirásle  
Como mi afecto le avisa  
Que á verme vaya esta noche;  
Y quédate donde sirvas  
A Laura. Tú, Celia, ven  
Conmigo; pues nos obliga  
Esto á trocar con las casas  
Las criadas.

LAURA.

¿Tan aprisa?

MARCELA.

Estas cosas mas se aciertan,  
Mientras ménos se imaginan.

LAURA.

Marcela, á mi casa vas;  
Por ella y por mi honor mira.

MARCELA.

Por ella mira y mi honor,  
Pues te quedas tú en la mía.  
¿En qué ha de parar aqueste  
Trueco?

CELIA.

¿Quiéres que lo diga?  
En algun lance que á todas,  
O nos case, ó nos alija.

(*Vanse por una parte Celia y Marcela,  
y por otra Silvia y Laura.*)

Cuarto de Lisardo.

## ESCENA IV.

LISARDO, CALABAZAS.

LISARDO.

¿Qué papel es ese?

CALABAZAS.

Es

El que ha de ser, es y ha sido  
Del tiempo que te he servido,  
Cuenta estrecha.

LISARDO.

Dime pues,

¿A qué propósito agora...?

CALABAZAS.

A propósito de que hoy  
De tu servicio me voy.

LISARDO.

¿Por qué causa?

CALABAZAS.

¿Quién lo ignora?

Porque andas aquestos días  
Muy discreto.

LISARDO.

¿Qué has querido

Decir?

CALABAZAS.

Que andas divertido.

LISARDO.

Tales son las penas mías.

CALABAZAS.

Y no ha de ser tan discreto  
El amo, que ha de pensar  
Que no le puede guardar  
Calabazas el secreto.

Tú te andas solo contigo,  
Contigo solo te estás,  
Contigo vienes y vas,  
Y en fin, contigo y sin migo  
En cualquier parte te ven;  
Que parecemos, señor,  
El dinero y el amor.

Mirad; con quién, y sin quién!  
Si alguna tapada viene  
A verte, *salte allá fuera*;  
Si vas á verla, *aquí espera*,  
*Porque ir allá no conviene.*

¿Pues esto ha de ser así?

¿Pesar de quien me parió!

¿Para qué te sirvo yo?

Y así quiero desde aquí

Buscar amo mas humano;

Porque para mí, en rigor,

Ninguno será peor,

Aunque sea un lutcranó,

Aunque sea un presumido

de docto, siendo menguado,

Con ingenio un desdichado,

Sin él un entremetido,

Un poeta que hace trazas

de comedias, y seamos

Los criados y los amos

Todo en casa Calabazas,

Aunque sea un lindo compuesto,

Que hable meliflúo y despacio,

Y aunque galantee en palacio

Que es peor que todo esto.

LISARDO.

Las cosas que me han pasado

Tan públicas han venido,

Calabazas, que no ha sido

Forzoso haberlas contado

Para que las sepas; pues

Hablar á aquella tapada

En el campo, tan guardada

Verla en su casa despues,

Adonde me sucedió

Aquel ánce parecido

Al de Félix, que escondido

En su casa me pasó;

Venir á verme á la mía,

Adonde desengañado

De que esotra me ha dejado,

La que Don Félixquería;

Salir de allí tan veloz;

Irse, en fin, como se fué:

Ello se dice y se ve,

Sin que aquí tenga mi voz

que contar; pues aunque quiera,

No te puedo decir mas

De lo que tú viendo estás.

CALABAZAS.

Ella es gentil embustera.

LISARDO.

En cuanto á que estoy pensando

Qué es lo que me ha sucedido,

Es verdad, y estoy corrido

De estar creyendo y dudando,

Qué mujer es esta; pues

Cuando yo ser presumia

Dama de Félix, vivia

Sin discurrir: mas despues

Que estando conmigo ella,

De Félix la dama entró,

Y que me desengañó

De que era otra dama aquella,

Mayor deseo me ha dado

De saber quién es; pues puedo

Perder á su honor el miedito,

Que por Félix le he guardado.

CALABAZAS.

Yo bien pudiera decir

Quién es.

LISARDO.

¿Tú?

CALABAZAS.

Yo.

LISARDO.

Dilo pues.

CALABAZAS.

¡Vive Dios, que sé quién es!

LISARDO.

Pues no me hagas discurrir.

CALABAZAS.

¿Ella no es enredadora?

Quien es sé. ¿No es embustera?

Quien es sé. ¿No es bachillera?

Quien es sé. ¿No es habladora?

La misma razón lo enseña

Quien es, sí, jurado á Dios.

LISARDO.

Dilo.

CALABAZAS.

Aquí para los dos...

LISARDO.

Prosigue.

CALABAZAS.

Es alguna dueña.

LISARDO.

¿Qué disparate!

## ESCENA V.

SILVIA. — DICHOS; poco despues DON

FELIX.

SILVIA.

Lisardo,

Que aquí me escuchéis os pido.

CALABAZAS.

¡Mujer! ¿de dónde has caído?

LISARDO.

Ya lo que quieres aguardo.

SILVIA.

Una dama, de quien vos

La casa, señor, sabéis,

Que á su ventana llameis

Esta noche os pide. Adios.

(Vase.)

CALABAZAS.

Tapada de las tapadas,

Oye.

LISARDO.

Tente; ¿dónde vas?

CALABAZAS.

Deja, que no quiero mas  
De daria dos bofetadas,  
Que las lleve á su señora...

LISARDO.

¿Hay quién tus locuras crea?

CALABAZAS.

Porque otra vez no me sea  
Dueña enjerta.

LISARDO.

Escucha agora :

Pues que ya la noche fria,  
En mal distinto arrebol,  
Da priesa diciendo al sol  
Que se vaya con el dia,  
Y á mí esperándome están,  
Dame un broquel, y tú aquí  
Me espera.

CALABAZAS.

¿Yo esperar?

LISARDO.

Si.

CALABAZAS.

Espere un Judío de Oran;  
Que á casa, donde encerrado  
Estuviste, y aun corrido,  
Y hay padre de conocido  
Y galan de imaginado,  
No has de ir solo.

LISARDO.

Sí he de ir.

*(Sale Don Félix.)*

DON FÉLIX.

¿Dónde, Lisardo?

LISARDO.

No sé

Cómo callaros podré,  
Ni cómo os podré decir  
Lo que en Ocaña me pasa.  
¿Tenéis que hacer ahora?

DON FÉLIX.

¿Yo?

Ni en toda esta noche.

LISARDO.

¿No?

DON FÉLIX.

No, que el fuego que me abrasa,  
Por acrecentar su ardor,  
Treguas por ahora ha dado.

LISARDO.

Pues yo quiero mi cuidado  
Fiaros ya sin temor;  
Que si hasta aquí he suspendido  
La relacion que empecé,  
Respeto que os tuve fué;  
Pero habiendo ya sabido  
Que nada os puede tocar,  
Y sois quien sois en efeto,  
De mi amor todo el secreto,  
Hoy os tengo de fiar.  
Venid conmigo, y sabréis,  
Porque el tiempo no perdamos,  
Extraños sucesos.

DON FÉLIX.

Vamos;

Que mucha merced me haréis  
En divertir el dolor,  
De que mi pecho está lleno;  
Porque de amor el veneno  
Cure triaca de amor.

CALABAZAS.

Yo ¿qué he de hacer?

LISARDO.

Esperar

Aquí en casa á que vengamos.

*(Vanse Don Félix y Lisardo.)*

## ESCENA VI.

CALABAZAS.

¡Buenos, paciencia, quedamos,  
Sin ver ni oír, á callar!  
Cuando no tiene el servir  
Otro gusto, otro placer,  
Que escuchar para saber,  
Y saber para decir,  
Aun deste gusto me priva  
El recatarse de mí.  
Pues no ha de pasar así;  
Así Calabazas viva,  
Que por aquel mismo caso  
Que aquí de mí se guardó,  
Tengo de seguirle yo.  
Tras ellos, paso entre paso,  
Tengo de irme rebocado;  
Porque si yo, cual sospecho,  
No le murmuro y acecho,  
¿Para qué soy su criado?

*(Vase.)*

Camino de Ocaña.

## ESCENA VII.

FABIO, LELIO.

LELIO.

Aliéntate, que ya estás  
Cerca de Ocaña, señor.

FABIO.

Es tan notable el dolor,  
Lelio, que no puedo mas;  
Que aunque yo, por descansar,  
De la yegua me apeé,  
Y quise venir á pié  
Este rato, por dejar,  
Coi ejercicio vencido  
El dolor de la caída.  
Te confieso que en mi vida  
No me he visto tan rendido.

LELIO.

Ello fué dicha, señor;  
Pues apénas una legua  
Andada, cayó la yegua,  
Porque pudieras mejor  
Volverte á tu casa, donde  
Con mas cuidado podrás  
Curarte.

FABIO.

A esta pierna mas  
Todo el dolor corresponde,  
Que fué la que me cogió  
Debajo.

LELIO.

Súbete, pues  
Irás ántes.

FABIO.

Mejor es  
Andar otro poco, y no  
Dejar, Lelio, resfriar  
La caída.

LELIO.

Dices bien;  
Mas considero tambien  
Que ya ha empezado á cerrar  
La noche, y que lo que andado  
En tal parte se mejora,  
Se llega mas á deshora  
A tu casa, y quizas, cuando  
Ya recogida, no habrá  
Modo de curarte.

FABIO.

Bien

Dices: la yegua preven,

Que atada á ese tronco está.  
Y vamos, si esto restaura  
Mi salud; aunque yo creo  
Que ir á casa no deseo,  
Por no dar cuidado á Laura,  
Que me quiere de manera,  
Que temo que hoy ha de ser  
Su fin, si me ve volver  
Con una pena tan fiera.

LELIO.

Como hija, claro está  
Que lo sienta mi señora.

FABIO.

Pondré que aquesta es la hora  
Que está recogida ya.

LELIO.

¿Quién lo duda?

FABIO.

¡Oh cuánto siento

Haberla de despertar!  
Mas no lo puedo excusar.  
Lo que haré será, que atento  
A su quietud, llamaré  
Por la puerta principal;  
Pues con prevención igual  
Podrá ser, pues que se ve  
De su cuarto mas distante,  
No oírme.

LELIO.

Dispon agora

Tu salud, que mi señora  
Lo estimará.

FABIO.

No te espante

Verme con tanta fineza;  
Que soy en mi senectud,  
Amante de su virtud.  
Como otros de su belleza. *(Vanse.)*

Calle próxima á la casa de Fabio.

## ESCENA VIII.

LISARDO, DON FÉLIX; *despues CALABAZAS.*

DON FÉLIX.

Mucho me he holgado de oiros,  
Por ser la novela extraña.

LISARDO.

Esto es por mayor; que dejo  
De contar mil circunstanCIAS,  
Por no cansaros, Don Félix;  
Y pues sabéis que me aguarda,  
Idos con Dios, que ya es la hora.

DON FÉLIX.

Decirme á mí que una dama  
Vais á ver, y habermelo dicho  
Que tuvisteis en su casa  
Riesgo, y decir que me quede,  
Son dos cosas muy contrarias;  
Pues no soy de los amigos  
Yo, con quien solo se hablan  
Las cosas; que precio mas  
Las obras, que las palabras.  
Id á lograr vuestro amor  
Norabuena, que hasta el alba  
Yo sabré estar en la calle.

LISARDO.

A amistad, Don Félix, tanta,  
Mal hiciera en resistirme.

*(Sale Calabazas acechando.)*CALABAZAS. *(Ap.)*

Si cual veo lo que andan,  
Lo que hablan viera, yo viera  
Lo que andan y lo que hablan.  
Llegarme quiero.



LISARDO.

¿Qué es esto?

DON FÉLIX.

Un hombre, si no me engaña  
La vista, que tras nosotros  
Viene.

LISARDO.

Pues sacad la espada.

DON FÉLIX.

¿Quién va?

CALABAZAS.

Nadie ya; porque  
No diz que va el que se para.

DON FÉLIX.

¿Quién sois?

CALABAZAS.

Un hombre de bien.

LISARDO.

Pues pase, si acaso pasa.

CALABAZAS.

No paso, que me hago hombre.

DON FÉLIX.

Pues jugaré yo de espadas.

LISARDO.

Dadle la muerte.

CALABAZAS.

¡Detente!

¡Ay, ay! Señor, que me matas;  
Que soy Calabazas.

DON FÉLIX.

¿Quién?

CALABAZAS.

Calabazas.

LISARDO.

Calabazas,

¿Qué es esto?

CALABAZAS.

Es venir á ver

Dónde vais. *(Dante los dos.)*

DON FÉLIX.

¡Por Dios...!

CALABAZAS.

Ya basta.

LISARDO.

Dejadle; no alboroteis,  
Porque está cerca la casa  
Que buscamos.

DON FÉLIX.

¿Hacia aquí

Vive, Lisardo, la dama  
Que venis á ver?

LISARDO.

Sí, Félix.

DON FÉLIX.

¿Y es bizarra?

LISARDO.

Muy bizarra.

DON FÉLIX.

¿Tiene padre?

LISARDO.

Sí.

DON FÉLIX.

¿Y aquí

Os cerrasteis en la cuadra?

LISARDO.

Sí.

DON FÉLIX.

¿Y estando ella con vos,  
Entró la que me buscaba?

T. VII.

LISARDO.

Sí.

DON FÉLIX.

Ved que como la noche  
Llena está de sombras pardas,  
Mas oscura que otras veces,  
Pues aun la luna la falta,  
Podrá ser que os engañéis.

LISARDO.

No me engaño. A esta ventana  
He de llamar, y esta puerta  
Han de abrir.

CALABAZAS. *(Ap.)*

Ya sé la casa.

DON FÉLIX. *(Ap.)*

¿Esta ventana? ¿Esta puerta?  
¡Ay de mí, el cielo me valga,  
Que estas las de Laura son,  
Para mí dos veces falsas!

LISARDO.

Retiraos, porque yo  
La seña, que es esta, haga.

*(Hace la seña á la reja.)*

DON FÉLIX.

Si mal no me acuerdo ¡ay triste!

En la relacion pasada  
Ojisteis que la mujer,  
Que para habarlos aguarda,  
Es la que hoy escondida  
Dentro de mi cuarto estaba.

LISARDO.

Es verdad.

DON FÉLIX.

Y que la otra

Que vino...

## ESCENA IX.

CELIA. — DICHOS.

CELIA. *(En la ventana.)*

Ce.

LISARDO.

Ya me llaman.

CELIA.

¿Es Lisardo?

LISARDO.

Sí, yo soy.

DON FÉLIX. *(Ap.)*

Celia es esta.

CELIA.

Pues aguarda,

Abriré la puerta.

LISARDO.

Ya

Conmigo habló la criada,  
Y dice que viene á abrimme  
La puerta.

DON FÉLIX.

Antes que la abra,

Decid... *(Abre la puerta Celia.)*

LISARDO.

No puede ser antes.

DON FÉLIX.

Si es...

LISARDO.

Adios, porque me aguarda.

DON FÉLIX.

La dama...

CELIA.

Entrad presto.

LISARDO.

Hablarémos.

Luego

*(Al entrar Lisardo, quiere entrar Don  
Félix, y Celia cierra la puerta.)*

## ESCENA X.

DON FELIX, CALABAZAS.

DON FÉLIX.

¡Y en la cara

Con la puerta me dió Celia!

CALABAZAS.

Con cerradura no agravia  
Una puerta, aunque es de palo;  
Que el tener hierro la salva.

DON FÉLIX. *(Ap.)*

¿Qué es lo que pasa por mí?  
¿Quién vió confusiones tantas?  
En casa de Laura, ¡cielos!  
Viene buscando la dama,  
Que hoy de mi cuarto salió,  
Cuando entró en mi cuarto Laura?  
Luego ella no puede ser.  
Mas ¿quién ser puede en su casa?  
¡Oh quién no la hubiera dicho

A Marcela que dejara  
Para mañana el venir  
Aquí; que ella lo apurara!  
Pero mientras mas discurro,  
Mas lugar doy á mi infamia.  
Pues no discurramos, celos,  
Sino á ver la verdad clara  
Caminemos mas aprisa;  
Pues ella es Laura, ó no es Laura:  
Si no es ella, ¿qué se pierde  
En desengañar mis ansias?  
¿Y qué se pierde, si es ella,  
En perder la vida y alma,  
Después de Laura perdida?  
La puerta en el suelo caiga.  
Pero ¿cómo á esto me atrevo,  
Si á Lisardo la palabra  
Le he dado? Pero qué importa  
La amistad, la confianza,  
El respeto, ni el decoro?  
Que donde hay celos, se acaba  
Todo, porque no hay honor  
Ni amistad que tanto valga.

*(Da golpes á la puerta, para derribarla,  
y al mismo tiempo, mas lejos,  
dan tambien golpes dentro.)*

CALABAZAS.

¿Qué haces, señor?

DON FÉLIX.

Darte muerte...

CALABAZAS.

Si es posible, no lo hagas.

DON FÉLIX.

Mas ¿qué golpes son aquellos?

CALABAZAS.

¿De qué te admiras y espantas?

Otro será en otra parte  
Que le habrá dado otra rabia,  
Y da golpes á otra puerta.

FABIO. *(Dentro.)*

Abre aquí, Celia; abre, Laura.

CELIA. *(Dentro.)*

Mi señor es, ¡ay de mí!

DON FÉLIX.

Fabio es aquel. *(Cuchilladas dentro.)*FABIO. *(Dentro.)*

¡Esta infamia

Llego á ver!

CALABAZAS.

Por Dios, que allá  
Ya han llegado á las espadas.

DON FÉLIX.

¡Mal haya la puerta!

CALABAZAS.

Amen. (Vanse.)

Sala en casa de Fabio. — La escena está á oscuras.

## ESCENA XI.

LISARDO, con MARCELA en los brazos; despues FELIX y CALABAZAS.

LISARDO.

No temais, señora, nada;  
Que, aunque llaman á esta puerta,  
Seguro es quien á ella llama.

MARCELA.

Con vos, Lisardo, he de ir;  
Que como yo á vuestra casa  
Llegue, nada hay que temer,  
Si es que ella una vez me ampara.

LISARDO.

Venid, y no os receleis  
De un hombre que me acompaña.

MARCELA.

¿Es Félix?

LISARDO.

Sí.

MARCELA.

Pues mirad

Que es Félix...

LISARDO.

¿En qué reparas?  
Ya no es tiempo de recatos.—

(Salen Don Félix y Calabazas.)

¿Félix?

DON FÉLIX.

¿Quién va?

LISARDO.

Mis desgracias.

DON FÉLIX.

¿Qué ha sido aquesto?

LISARDO.

Que estando

Hablando con esta dama,  
Vino su padre de fuera,  
Llamó, y viendo que tardaban  
En abrirle, derribó  
La puerta y sacó la espada.  
Porque se apagó la luz  
Tuve lugar de librarla.  
Llevadla; que yo me quedo  
A guardaros las espaldas,  
Para que ninguno os siga;  
Que conmigo Calabazas  
Quedará.

CALABAZAS.

No quedará.

DON FÉLIX.

Mejor es con ella vaya,  
Y nos quedemos los dos.

LISARDO.

¿Tan sola hemos de dejarla?  
No es razon; pues la primera  
Obligacion es la dama  
En todo trance; así, Félix,  
Nos solo habeis de llevarla  
Y ponerla en salvo.

DON FÉLIX.

Es justo.

¿En fin, has venido, Laura, (A Marcela.)  
A mi poder?

MARCELA. (Ap.)

¿Ay de mí!

DON FÉLIX. (Ap.)

Yo estoy muerto.

MARCELA. (Ap.)

Estoy turbada.

DON FÉLIX.

Ven conmigo; que aunqu no  
Mereccs linezas tantas,  
Soy quien soy, y he de librarte.

MARCELA.

Hay mujer mas desdichada!

DON FÉLIX.

Hay hombre mas infelice!

(Vanse Don Félix y Marcela.)

## ESCENA XII.

FABIO, LELIO, con luz, y CRIADOS con las espadas desnudas. — LISARDO, CALABAZAS.

FABIO.

Aunque las fuerzas me faltan  
No las fuerzas del honor  
Para tomar mil venganzas.

LISARDO.

Deteneos, que ninguno  
De aqui ha de pasar.

FABIO.

Mi espada

Hará paso por el pecho  
Vuestro.

(Riñen todos.)

CALABAZAS.

¿Infeliz Calabazas!

¿Quién te metió en acechar?

LISARDO. (Ap.)

Pues que ya Félix se alarga,  
Antes que aqui me conozcan  
Mejor es volver la espalda:  
Esto es valor, no temor.

(Vase.)

FABIO.

Espera, cobarde, aguarda.

CALABAZAS. (Ap.)

¿Quién creyera que Lisardo  
En la ocasion me dejara?

LELIO.

Aqui se quedó uno dellos.

FABIO.

Pues muera, Lelio. ¿Qué aguardas?

CALABAZAS.

Detencos, ¡por Dios!

FABIO.

¿Quién sois?

CALABAZAS.

Si es que el miedo no me engaña,  
Un curioso impertinente.

FABIO.

Dejad la espada.

CALABAZAS.

La espada

Es poca cosa; el sombrero,  
La daga, el broquel, la capa,  
La ropilla y los calzones.

FABIO.

¿Sois criado del que agravia  
Esta casa?

CALABAZAS.

Si señor;

Porque es un agravia-casas,  
Que no se puede sufrir.

FABIO.

¿Quién es, y cómo se llama?

CALABAZAS.

Lisardo se llama. y es

Un soldado, camarada  
De Félix.

FABIO.

Porque no empiece  
Por la menor mi venganza,  
No te doy muerte

CALABAZAS.

Haces bien.

FABIO.

Y pues alguna luz hallan  
Mis desdichas, á buscar  
Iré á Félix. ¡Oh, mal haya  
Casa con dos puertas, pues  
Tan mal el honor se guarda! (Vanse.)

Casa de Don Félix.

## ESCENA XIII.

DON FELIX y MARCELA, á oscuras,  
despues HERRERA, LAURA y SILVIA.

DON FÉLIX. (Dentro.)

¡Hola! traed aqui una luz.

HERRERA. (Dentro.)

Ya la llevo, si es que hallan  
Luz unos ojos dormidos.  
(Salen al paño Laura y Silvia.)

LAURA. (A Silvia.)

Ya dentro del cuarto andan:  
Eseuchemos desde aqui.

DON FÉLIX.

Ya por lo ménos, ingrata,  
Ya por lo ménos no puedes  
Negarme...

LAURA. (Ap.)

Con mujer habla.

DON FÉLIX

En este lance, que eres  
Mudable, inconstante, falsa,  
Cruel, alevé, engañosa;  
Pues á nadie desengañan  
Mas cara á cara sus celos.

MARCELA. (Ap.)

Aqui mi vida se acaba.

DON FÉLIX.

¿Para esto viniste hoy  
A mi casa?

LAURA. (Ap.)

La que estaba

Tapada hoy es, pues la dice  
Que hoy ha venido á su casa.

DON FÉLIX.

En mi poder estás, mira  
Si habrá disculpa. ¡Mal haya  
Cuanto tiempo te he querido,  
Cuantas penas, cuantas ansias  
Padeí, y cuantas fincizas  
Hizo mi amor por tu causa!

LAURA.

¿No escuchas cómo confiesa  
Que la ha querido? ¿Qué aguarda  
Mi paciencia?

SILVIA.

¿Dónde vas?

LAURA.

No sé. (¡Ay Silvia, estoy turbada!)  
A escucharle de mas cerca.

DON FÉLIX.

¡Oh cuánto con la luz tardas!

HERRERA. (Dentro.)

Ya va la luz.

MARCELA. (Ap.)

¿Qué he de hacer,

Si la trae?



DON FÉLIX.

¿No dices nada?

Pero si estás convencida,

¿Qué has de decir?

*(Suéltala de la mano, vase retirando  
Marcela; y Laura viene á ponerse  
en medio de los dos; él la coge la  
mano, entendiendo que es Marcela.)*

MARCELA. (Ap.)

¡Oh si hallara

Por dondeirme; que á lo ménos  
La vida así asegurara!

DON FÉLIX.

Detente, no huyas, no huyas;  
Que no quiero mas venganza  
De tí, que sepas que se  
Esto.

LAURA. (Ap.)

Por otra me habla,  
Y he de eallar mis agravios  
Hasta que las luces traigan,  
Y vea que yo soy con quien  
Está.

MARCELA. (Ap.)

Confusa y turbada,  
La puerta hallé de mi cuarto;  
Este sagrado me valga,  
Pues fué dicha estar abierta.

SILVIA.

¿Eres Laura?

MARCELA.

No soy Laura.

¿Eres tú Silvia?

SILVIA.

Yo soy.

¿Qué es esto?

MARCELA.

Fortunas varias.

Cierra esa puerta, y conmigo

Ven, Silvia, aprisa. ¿Qué aguardas?

*(Vanse, cerrando tras sí la puerta.)*

## ESCENA XIV.

DON FELIX, LAURA; HERRERA, que  
saca luz.

HERRERA.

Ya están las luces aquí.

DON FÉLIX.

Déjalas, y afuera aguarda.

*(Vase Herrera, y cierra la puerta Don  
Félix.)*

LAURA. (Ap.)

¡Aquí es ello, cuando vuelva

A verme!

DON FÉLIX.

En efecto, Laura,

Yo soy quien solo guardó

A sus celos las espaldas.

LAURA. (Ap.)

¿Qué es esto? ¿Cómo de verme

Ni se turba ni embaraza?

DON FÉLIX.

Solo yo en el mundo traje

Para otro galán su dama.

Di ahora que yo te ofendo.

LAURA.

¡No está la deshecha mala!

¡Bien te alientas á fingir

La razón con que me agravias;

Pues viéndote convencido,

Cuando en tus brazos me hallas,

De haberme hablado por otra

A quien traes á tu casa,

Prosígues las quejas della  
Conmigo!

DON FÉLIX.

Solo eso falta

A mi paciencia ofendida,

Que tú agora creer me hagas

Que hablaba con otra yo.

LAURA.

¿Pues de qué, Félix, te espantas,

Si es verdad?

DON FÉLIX.

¿Pues dónde está

La mujer con quien yo hablaba?

LAURA.

Si una casa con dos puertas

Mala es de guardar, repara

Que peor de guardar será,

Con dos puertas una sala.

Ya se fué

DON FÉLIX.

Laura, por Dios,

Que me dejes. Vete, Laura,

Que me harás perder el juicio,

Si quieres que yo no haya

Traídote aquí, porque

Estando (la voz me falta)

Tu padre fuera, Lisardo...

No puedo hablar.

LAURA.

Tú te engañas;

Que yo escondida esta noche

En el cuarto de tu hermana

He estado, por solo ver

Esto que á los dos nos pasa;

Y ella...

DON FÉLIX.

Detente, que ahora

Lo veré. — Marcela, ¡hermana!

## ESCENA XV.

MARCELA, SILVIA. — DON FELIX,  
LAURA.

MARCELA.

¿Qué quieres? (Ap. Disimular

Importa, pues informada

Estoy de todo.)

DON FELIX.

Di, ¿ha estado

Contigo esta noche Laura?

MARCELA.

¿Laura conmigo, señor,

A qué efecto? Yo mañana

Había de ir á estar con ella;

Pero ¡ella conmigo!

LAURA.

Aguarda.

¿No vine esta tarde yo

A pedirte que en tu casa

Me tuvieras? ¿Y á la mía

Tú...?

MARCELA.

No prosigas, que nada

De eso es verdad.

DON FÉLIX.

Laura, ¿ves

Qué mal te salió la traza?

¿Estase esotra en su cuarto

Recogida y retirada,

Y dices que estás con ella?

LAURA.

Pues tú, Marcela, me agravias.

MARCELA. (Ap. á Laura.)

Sí, que soy primero yo.

LAURA.

Pues tanto me apuras, salgan

Verdades á luz, Marcela

Ha sido... *(Llaman dentro.)*

SILVIA.

A la puerta llaman.

LISARDO. (Dentro.)

Abrid, Don Félix.

DON FÉLIX.

Agora

Verás que todo se acaba;

Pues tu galán, Laura, viene.

LAURA.

Abí tengo yo mi esperanza.

MARCELA. (Ap.)

Aquí se deshace todo.

¿Quién á Lisardo avisara

De mi peligro! *(Retírase á un lado.)*

## ESCENA XVI.

LISARDO. — DIGNOS.

LISARDO.

Don Félix,

Porque ninguno llegara

A seguirme, tardé. ¿Dónde

Habeis puesto aquella dama?

DON FÉLIX.

Veísla aquí; pero primero

Que acabe con mi esperanza,

El verla en vuestro poder,

Me habeis de saear el alma.

LISARDO.

Hasta agora no ereí

Que caballeros, engañan,

De vuestras obligaciones,

A los que dellos se amparan.

La dama que os entregué,

Os pido.

DON FÉLIX.

¿No es esta dama

La que me entregasteis?

LISARDO.

No.

DON FÉLIX.

Solo aquesto me faltaba

Para acabar de perder

La paciencia!

MARCELA. (Ap.)

¡Ay desdichada!

LISARDO.

Si esta suponeis, Don Félix,

Porque os obliga otra causa,

Hablad mas claro conmigo.

LAURA.

Yo de confusiones tantas

Os sacaré.—Di, Lisardo,

¿Es esta á quien buscas y amas?

LISARDO.

Esta es. Si, aquí la tenéis.

¿Qué os ha obligado á ocultarla.

LAURA. (A Don Félix.)

¡Mira si estaba en su cuarto,

Recogida y retirada!

Primero soy yo, Marcela. *(Ap. á ella.)*

DON FÉLIX.

Corrido estoy; esta daga

Dé á una vil hermana muerte.

MARCELA.

Lisardo, mi vida ampara.

LISARDO. (Poniéndose delante.)

¿Hermana de Félix sois?

DON FÉLIX

Y en quien tomaré venganza.

LISARDO.

Sabeis quién soy, y es preciso  
Defenderla y ampararla  
Por mujer.

DON FÉLIX.

Tambien sabeis

Quién yo soy, y que en mi casa  
Méno que quien sea su esposo,  
No ha de atreverse á mirarla.

LISARDO.

Luego con serlo quedamos  
Bien los dos.**ESCENA XVII.**FABIO, CALABAZAS, CRIADOS. — Di-  
CHOS.

FABIO.

Esta es la casa,

Entrad.

DON FÉLIX.

¿Qué es esto?

FABIO.

Esto, Félix,

Es honor.

CALABAZAS. (Ap.)

¿Qué linda danza  
Se va urdiendo!

FABIO.

¿Dónde está

Un Lisardo, camarada  
Vuestro?

LISARDO.

Yo soy; porque nunca  
A nadie escondí la cara.

CALABAZAS. (Ap.)

Nunca la cara escondió,  
Pero volvió las espaldas.

FABIO.

¡Oh traidor!

DON FÉLIX.

Fabio, teneos;

(Pónense los dos á un lado.)

Que la cólera os engaña.

El enojo que traeis,

Si ha sido la ocasion Laura,  
Es conmigo, y me ha tocado  
Como á mi esposa guardarla.

FABIO.

No tengo qué responderos,

Si Laura con vos se casa.

DON FÉLIX.

Pues para que veais si es cierto,

Aquesta es mi mano, Laura.

Y pues el haber tenido

Dos puertas esta y tu casa,

Causa fué de los engaños

Que á mí y Lisardo nos pasan,

De la *Casa con dos puertas*,

Aquí la comedia acaba.



# EL PURGATORIO DE SAN PATRICIO.

## PERSONAS.

EGERIO, *rey de Irlanda*.  
PATRICIO.  
LUDOVICO ENIO.  
UN ANGEL BUENO.  
UN ANGEL MALO.  
FILOPO.

LEOGARIO.  
UN CAPITAN.  
POLONIA, *dama*.  
LESBIA, *dama*.  
LLOCÚA, *villana*.  
DOS CÁNONIGOS REGIARES.

DOS VILLANOS.  
UN VIEJO, *de villano*.  
PAULIN, *villano*.  
UN HOMBRE embozado.  
PUEBLO.

*La escena pasa en Irlanda, en la corte del rey Egerio.*

## JORNADA PRIMERA.

Orillas del mar.

### ESCENA PRIMERA.

EL REY EGERIO, *vestido de pieles*;  
LEOGARIO, POLONIA, LESBIA,  
UN CAPITAN.

REV. (*Furioso*.)

Dejadme dar la muerte.

LEOGARIO.

Señor, detente.

CAPITAN.

Escueha

LESBIA.

Mira...

POLONIA.

Advierte...

REV.

Dejad que desde aquella  
Punta vecina al sol, que de una estrella  
Corona su tocado,  
A las saladas ondas despeñado  
Baje quien tantas penas se aperebe:  
Muera rabiando quien rabiando vive.

LESBIA.

¿Al mar furioso vienes?

POLONIA.

Durmiendo estabas: di, señor, ¿qué tie-

REV.

Todo el tormento eterno  
De las sedientas furias del infierno,  
Partos de aquella fiera  
De siete cuellos, que la cuarta esfera  
Empaña con su aliento:  
En fin, todo su horror y su tormento  
De suerte en mí se encierra,  
Que yo mismo á mí mismo me hago guer-  
Cuando en brazos del sueño [ra,  
Vivo cadáver soy, porque él es dueño  
De mi vida; de suerte,  
Que vi un pálido amago de la muerte.

POLONIA.

¿Qué soñaste, que tanto te provoca?

REV.

¡Ay hijas! atended; que de la boca  
De un hermoso mancebo  
(Aunque misero esclavo, no me atrevo  
A injuriarle, y le alabo),  
Al fin, que de la boca de un esclavo  
Una llama salía,  
Que en dulces rayos mansamente ardía;  
Y á las dos os tocaba,  
Hasta que en vivo fuego os abrasaba.  
Yo en medio de las dos, aunque quería  
Su furia resistir, ni me ofendía

Ni me tocaba el fuego.  
Con esto pues, desesperado y ciego,  
Despierto de un abismo,  
De un sueño, de un letargo, un parasis-  
Tanto mis penas ereo, [mo.  
Que me parece que la llama veo,  
Y buyendo á cada paso  
Ardeis vosotras; pero yo me abraso.

LESBIA.

Fantasmas son ligeras [ras  
Del sueño, que introduce esas quime-  
Al alma y al sentido. (*Suena un clarín.*)  
¿Mas qué clarín es este?

CAPITAN.

Que han venido

A nuestro puerto naves.

POLONIA.

Dame licencia, gran señor, pues sabes  
Que un clarín, cuando suena,  
Es para mí la voz de la sirena;  
Porque á Marte inclinada,  
Del militar estruendo arrebatada,  
Su música me lleva  
Los sentidos tras sí; porque les deba  
Fama á mis hechos, cuando  
Llegue en ondas de fuego navegando  
Al sol mi nombre, y con veloces alas,  
Allí compita á la deidad de Palas. [dado  
(Ap. Aunque mas parte debe á este cui-  
El saber si es Filipo el que ha llegado.)  
(*Vase.*)

LEOGARIO.

Sal, señor, á la orilla  
Del mar, que la cabeza crespa humilla  
Al monte que le da, para mas pena,  
En prision de cristal cárcel de arena.

CAPITAN.

Divierta tu cuidado  
Ese monstruo nevado,  
Que en sus ondas dilata  
A espejos de zafir mareas de plata.

REV.

Nada podrá alegrarme;  
Tanto pudo el dolor enajenarme  
De mí, que ya sospecho [cho.  
Que es Etna el corazón, volcan el pe-

LESBIA.

¿Pues hay cosa á la vista mas suave  
Que ver quebrando vidrios una nave,  
Siendo en su azul esfera  
Del viento pez, y de las ondas ave,  
Cuando corre veloz, sulea lijera,  
Y de dos elementos amparada, [nada?  
Vuela en las ondas, y en los vientos  
Aunque agora no fuera  
Su vista á nuestros ojos lisonjera;  
Porque el mar alterado,  
En piélagos de montes levantado  
Riza la altiva frente,

Y sañudo Neptuno,  
Parece que importuno  
Turbó la faz, y sacudió el tridente.  
Tormenta el marinerio se presume;  
Que se atreven al cielo  
Montes de sal, pirámides de hielo,  
Torres de nieve, alcázares de espuma.  
(*Vuelve Polonia.*)

POLONIA.

¡Gran desdicha!

REV.

Polonia,

¿Qué es eso?

POLONIA.

Esa inconstante Babilonia

Que al cielo se levanta,  
Tanta es su furia y su violencia tanta,  
Con un furor sediento [to?)  
(¿Quién ha visto con sed tanto elemen-  
En sus entrañas bárbaras esconde  
Diversas gentes, donde  
A consagrar se atreve  
Sepuleros de coral, tumbas de nieve  
En bóvedas de plata;  
Porque el Dios de los vientos los desata  
De la prision que asisten,  
Y ellos sin ley y sin aviso embisten  
A ese bajel, cuyo clarín sonaba,  
Cisne que sus exequias se cantaba.  
Yo desde aquella cumbre,  
Que al sol se atreve á profanar la lum-  
Contenta le advertía, [bre,  
Por ver que era Filipo el que venia:  
Filipo, que en los vientos lisonjeras  
Tus armas tremolaban sus banderas;  
Cuando su estrago admiro,  
Y cada voz envuelta en un suspiro,  
Desvanece primero sus despojos,  
Efectos de mis labios y mis ojos,  
Porque dieron veloces  
Mas agua y viento en lágrimas y voces.

REV.

Pues, dioses inmortales,  
¿Cómo probais con amenazas tales  
Tanto mi sufrimiento?  
¿Queréis que suba á derribar violento  
Ese alcázar azul, siendo segundo  
Nembrot, en cuyos hombros  
Pueda escaparse el mundo,  
Sin que me cause asombros  
El ver rasgar los senos  
Con rayos, con relámpagos y truenos?

## ESCENA II.

PATRICIO, y luego LUDOVICO. —  
Dichos.

PATRICIO. (*Dentro.*)

¡Ay de mí!

LEOGARIO.

Triste voz

REV.

¿Que es eso?

CAPITAN.

A nado

Un hombre se ha escapado  
De la cruel tormenta.

LESBIA.

Y con sus brazos dar la vida intenta  
A otro infelice, cuando  
Estaba con la muerte agonizando.

POLONIA.

Misero peregrino,  
A quien el hado trajo y el destino  
A tan remota parte,  
Norte vocal mi voz podrá guiarte  
Si me escuchas; pues solo  
Por animarte hablo.  
Llegad.

(Salen Patricio y Ludovico, abrazados.)

PATRICIO.

¡Válgame Dios!

LUDOVICO.

¡Válgame el diablo!

LESBIA.

A piedad han movido.

REV.

Si no es á mí, que nunca la he tenido.

PATRICIO.

Señores, si desdichas  
Suelen mover los corazones, dichas;  
Sucedidas, no espero  
Que pueda hallarse corazón tan fiero,  
A quien no ablande un misero y rendido.  
Piedad, por Dios, á vuestras plantas pi-  
do.

LUDOVICO.

Yo no; que no la quiero.  
Ni de los hombres, ni de Dios la espero.

REV.

Decid quién sois; sabrémos  
La piedad y hospedaje que os debemos.  
Y porque no ignoreis quién soy, primero  
Mi nombre he de decir; porque no que-  
Que me habéis indiscretos, [ro  
Ignorando quien soy, sin los respetos  
A que mi vida os mueve,  
Y sin la adoracion que se me debe.  
Yo soy el rey Egerio,  
Digno señor deste pequeño imperio;  
Pequeño, porque es mío;  
Que hasta serlo del mundo, desconfío  
De mi valor. El traje,  
Mas que de rey, de bárbaro salvaje  
Traigo; porque quisiera  
Fiera así parecer, pues que soy liera  
A Dios ninguno adoro,  
Que aun sus nombres ignoro,  
Ni aqui los adoramos ni tenemos;  
Que el morir y el nacer solo creemos.  
Ya que sabéis quién soy, y que fué mi-  
Mi majestad, decid quién sois. [cha

PATRICIO.

Escucha:

Mi propio nombre es Patricio,  
Mi patria Irlanda ó Hibernia,  
Mi pueblo es Tox, por humilde  
Y pobre sabido apenas:  
Este entre el septentrion  
Y el occidente se asienta  
En un monte, á quien el mar  
Ata con prision estrecha,  
En la isla, que llamaron  
Para su alabanza eterna,  
Gran señor, isla de Santos:  
Tantos fuéron los que en ella  
Dieron la vida al martirio,

En religiosa defensa  
De la fe, que esta en los fieles  
Es la última fineza.  
De un caballero irlandes  
Y de una dama francesa,  
Su casta esposa, naci,  
A quien debí en mi primera  
Edad (fuera deste ser)  
Otro de mayor nobleza,  
Que fué la luz de la fe  
Y religion verdadera  
De Cristo, por el carácter  
Del santo bautismo, puerta  
Del cielo, como primero  
Sacramento de su Iglesia.  
Mis piadosos padres, luego  
Que pagaron esta deuda  
Comun, que el hombre casado  
Debíó á la naturaleza,  
Se retiraron á dos  
Conventos, donde en pureza  
De castidad, conservaron  
Su vida hasta la postrera  
Linea fatal, que rindieron  
Con mil católicas muestras,  
El espíritu á los cielos  
Y el cadáver á la tierra.  
Huérfano entónces quede  
Dehajo de la tutela  
De una divina matrona,  
En cuyo poder apenas  
Cumpli un lustro ó cinco edades  
Del sol, que en doradas vueltas  
Cinco veces ilustró  
Doce signos y una esfera,  
Cuando mostró Dios en mí  
Su divina omnipotencia;  
Que de flacos instrumentos  
Usa Dios, porque se vea  
Mas su majestad, y á él solo  
Se atribuyan sus grandezas.  
Fué, pues (y saben los cielos,  
Que no es humana soberbia,  
Sino celo religioso  
De que sus obras se sepan,  
El contarlas yo), que un día  
Un ciego llegó á mis puertas,  
Llamado Gernias, y dijo:  
Dios me envia aquí, y ordena  
Que en su nombre me des vista.  
Yo, rendido á su obediencia,  
La señal de la cruz hice  
En sus ojos, y con ella  
Pasaron restituidos  
A la luz, de las tinieblas.  
Otra vez, pues, que los ciclos  
Rehozados entre densas  
Nubes, con rayos de nieve  
Hicieron al mundo guerra,  
Cayó tanta sobre un monte  
Que desatada y deshecha  
A los rigores del sol,  
Inundaba de manera  
Las calles, que ya las casas,  
Sobre las ondas violentas  
Eran naves de ladrillo,  
Eran bajeles de piedra.  
(¿Quién vió fluctuar por montes?  
¿Quién vió navegar por selvas?)  
La señal de la cruz hice  
En las aguas, y suspensa  
La lengua, en nombre de Dios  
Les mandé que se volvieran  
A su centro; y recogidas,  
Dejaron la arena seca.  
¡Oh gran Dios! ¿quién no te alaba!  
¿Quién no te adora y confiesa!  
Prodigios puedo deciros  
Mayores; mas la modestia  
Ata la lengua, emudece  
La voz, y los labios sella.  
Creel en fin, mas inclinado

Que á las armas, á las ciencias  
Y sobre todas me di  
Al estudio de las letras  
Divinas, y á la leccion  
De los santos, cuya escuela,  
Celo, piedad, religion,  
Fe y caridad nos enseña.  
En este estudio ocupado,  
Sall un día á la ribera  
Del mar con otros amigos  
Estudiantes, cuando á ella  
Llegó un bajel, y arrojando  
De sus entrañas á tierra  
Hombres armados, cosarios  
Que aquestos mares infestaban  
Nos cautivaron á todos:  
Y por no perder la presa  
Se hicieron al mar, y dieron  
Al libre viento las velas.  
General deste bajel  
Filipo de Roqui era,  
En cuyo pecho se ballara,  
A perderse, la soberbia.  
Este, pues, há algunos días  
Que mar y tierra molesta  
De toda Irlanda, robando  
Las vidas y las haciendas;  
Solo á mí me reservó,  
Porque me dijo que, en muestra  
De rendimiento, me habia  
De traer á tu presencia  
Para esclavo tuyo. ¡Oh cuánto  
Ignorante el hombre yerra,  
Que sin consultar á Dios,  
Intentos suyos asienta!  
Dígallo en el mar Filipo;  
Pues hoy, á vista de tierra,  
Estando sereno el cielo,  
Manso el aire, el agua quieta,  
Vió en un punto, en un instante  
Sus presunciones deshechas;  
Pues en sus cóncavos senos  
Brama el viento, el mar se queja,  
Montes sobre montes fuéron  
Las ondas, cuya eminencia  
Moja al sol, porque pretende  
Apagar las luces bellas.  
El faul junto á los cielos  
Pareció errado cometa,  
O exhalacion abortada,  
O desenejada estrella.  
Otra vez en lo profundo  
Del mar tocó las arenas,  
Donde desatado en partes,  
Fuéron las ondas funestas,  
Monumentos de alabastro  
Entre corales y perlas.  
Yo (á quien el cielo no sé  
Para qué efecto conserva,  
Siendo tan inútil) pude  
Con mas aliento y mas fuerza,  
No solo darme la vida  
A mí, pero aun en defensa  
Deste valeroso jóven  
Aventurarla y perderla:  
Porque no sé qué secreto  
Tras él me arrebata y lleva,  
Que pienso que ha de pagarme  
Con grande logro esta deuda.  
En fin, por piedad del cielo,  
Salimos los dos á tierra,  
Donde espera mi desdicha,  
O doble mi dicha espera,  
Pues somos vuestros esclavos,  
Que nuestro dolor os mueva,  
Que nuestro llanto os ablande,  
Nuestro mal os entenezca,  
Nuestra afliccion os provoque  
Y os obliguen nuestras penas.

REV.

Calla, misero cristiano;



# EL PURGATORIO DE SAN PATRICIO.

Que el alma á tu voz atenta,  
No sé qué afecto la rige,  
No sé qué poder la fuerza  
A temerte y adorarte,  
Imaginando que seas  
Tú el esclavo, que en un sueño  
Vi respirando centellas,  
Vi escupiendo vivo fuego,  
De cuya llama violenta,  
Eran mariposas mudas  
Mis hijas Polonia y Lesbia.

PATRICIO.

La llama que de mi boca  
Salía, es la verdadera  
Doctrina del Evangelio;  
Esta es mi palabra, y esta  
He de predicarte á tí  
Y á tus gentes, y por ella  
Cristianas vendrán á ser  
Tus dos hijas.

REY.

Calla, cierra  
Los labios, cristiano vil,  
Que me injurias y me afrentas.

LESBIA.

Detente.

POLONIA.

¿Pues tú piadosa  
Te pones en su defensa?

LESBIA.

Si.

POLONIA.

Déjale dar la muerte.

LESBIA.

No es justo que á manos muera  
De un rey. (Ap. No es sino piedad,  
Que tengo á cristianos, esta.)

POLONIA.

Si este segundo Josef,  
Como Josef interpreta  
Sueños al rey, dé su efecto  
Ni dudes, señor, ni temas;  
Porque si el quemarme yo  
Es imaginar que pueda  
Ser cristiana, es imposible  
Tan grande, cómo que vuelva  
Yo misma segunda vez  
A vivir después de muerta;  
Y porque á tan justo enojo  
El sentimiento diviertas,  
Oigamos quién es esotro  
Pasajero.

LUDOVICO.

Escucha atenta,  
Hermosísima deidad,  
Porque así mi historia empieza.  
Gran Fgerio, rey de Irlanda,  
Yo soy Ludovico Enio,  
Cristiano también, que solo  
En esto nos parecemos  
Patricio y yo, aunque también  
Desconvenimos en esto;  
Pues aunque somos cristianos  
Los dos, somos tan opuestos,  
Que distamos, cuanto va  
Desde ser malo á ser bueno.  
Pero con todo, en defensa  
De la fe que adoro y creo,  
Perderé una y mil veces  
(Tanto la estimo y la aprecio)  
La vida; si, voto á Dios;  
Que pues le juro, lo creo.  
No te contaré piedades  
Ni maravillas del cielo  
Obradas por mí; delitos,  
Hurtos, muertes, sacrilegios,  
Traiciones, alevosías  
Te contaré; porque pienso

Que aun es vanidad en mí  
Gloriarme de haberlas hecho.  
En una de muchas islas  
De Irlanda nací, y sospecho  
Que todos siete planetas,  
Turbados y descompuestos,  
Asistieron desiguales  
A mi infeliz nacimiento.  
La luna me dió inconstancia  
En la condicion, ingenio  
Mercurio, mal empleado  
(Mejor fuera no tenerlo);  
Vénus lasciva me dió  
Apetitos lisonjeros,  
Y Marte ánimo cruel:

¿Qué no darán Marte y Vénus?

El Sol me dió condicion  
Muy generosa, y por serlo,  
Si no tengo que gastar,  
Hurto y robo cuanto puedo.  
Júpiter me dió soberbia  
De bizarros pensamientos,  
Saturno cólera y rabia,  
Valor y ánimo resuelto  
A traiciones; y á estas cosas  
Se han seguido los efectos.  
Mi padre, por ciertas cosas  
Que callo por su respeto,  
De Irlanda fué desterrado;  
Llegó á Perpiñan, un pueblo  
De España, conmigo, entonces  
De diez años poco ménos,  
Y á los diez y seis murió:  
¿Téngale Dios en el cielo!  
Huérfano quedé en poder  
De mis gustos y deseos,  
Por cuyo campo corri  
Sin rienda alguna ni freno.  
Los dos polos de mi vida  
Eran mujeres y juego,  
En quien todo se fundaba;  
Mira sobre qué cientos!  
No te podrá referir  
Mi lengua aquí por extenso  
Mis sucesos; pero haré  
Una breve copia dellos.  
Por forzar á una doncella  
Di la muerte á un noble viejo,  
Su padre; y por su mujer,  
A un honrado caballero  
En su cama maté, donde  
Con ella estaba durmiendo;  
Y entre su sangre bañado  
Su honor, teatro funesto  
Fué el lecho, mezclando entonces  
Homicidio y adulterio;  
Y al fin el padre y marido  
Por su honor las vidas dieron.  
Que hay mártires del honor:  
¿Téngalos Dios en el cielo!  
Huyendo deste castigo  
Pasé á Francia, donde pienso  
Que no olvidó la memoria  
De mis hazañas el tiempo.  
Porque asistiendo á las guerras,  
Que entonces se dispusieron  
Entre Francia y Inglaterra,  
Yo debajo del gobierno  
De Estéfano, rey francés,  
Milité, y en un encuentro  
Que se ofreció me mostré  
tanto, que me dió por premio  
De mi valor el rey mismo  
Una bandera. No quiero  
Decirte si le pagué  
Aquesta deuda bien presto.  
Volví á Perpiñan honrado,  
Y entrando á jugar á un cuerpo  
De guardia, sobre nonada  
Di un bofetón á un sargento,  
Maté á un capitán, herí  
A unos tres ó cuatro dellos.

A las voces acudí  
Toda la justicia luego,  
Y sobre tomar iglesia,  
Ya en la resistencia puesto,  
A un corchete de la muerte  
(Algo habia de hacer bien hecho  
Entre tantas cosas malas):

¿Téngale Dios en el cielo!  
Toméla en fin en un campo,  
En un sagrado convento  
De religiosas, que estaba  
Fundado en aquel desierto.  
Allí estuve retirado  
Y regalado en extremo,  
Por ser allí religiosa  
Una dama, cuyo deudo  
La puso en obligacion  
Deste cuidado. Mi pecho,  
Como basilisco ya,  
Trocó la miel en veneno,  
Y pasando despenado  
Desde el agrado al deseo,  
Monstruo que de lo imposible  
Se alimenta, vivo fuego  
Que en la resistencia crece,  
Llama que la aviva el viento,  
Disimulado enemigo  
Que mata á su propio dueño,  
Y en fin, deseo en un hombre,  
Que, sin Dios y sin respeto,  
Lo abominable y lo horrible  
Estima solo por serlo;  
Me atreví... Turbada aquí,  
Si desto, señor, me acuerdo,  
Muda fallece la voz,  
Triste desmaya el acento,  
El corazón á pedazos  
Se quiere salir del pecho,  
Y como entre oscuras sombras  
Se erizan barba y cabellos,  
Y yo confuso y dudoso,  
Triste y absorto, no tengo  
Animo para decirlo,  
Si le tuve para hacerlo.  
Tal es mi delito en fin  
De detestable, de feo,  
De sacrilego y profano  
(Harto así te le encarezco),  
Que de haberle cometido,  
Alguna vez me arrepiento.  
En fin me atreví una noche,  
Cuando el nocturno silencio  
Construía á los mortales  
Breves sepulcros del sueño;  
Cuando los cielos tenían  
Corrido el oscuro velo,  
Luto que ya por la muerte  
Del sol entapiza el viento,  
Y en sus exequias las aves  
Nocturnas, en vez de versos  
Cantan caistros, y en ondas  
De zafir, con los reflejos  
Las estrellas daban luces  
Trémulas al firmamento;  
En fin, esta noche entré  
Por las paredes de un muerto,  
De dos amigos válido  
(Que para tales sucesos  
No falta quien acompañe),  
Y entre el espanto y el miedo,  
Pisando en sombras mi muerte,  
Llegué á la celda (aquí tiemblo  
De acordarme), donde estaba  
Mi parienta, que no quiero  
Por su respeto nombrarla,  
Ya que no por mi respeto.  
Desmayada á tanto horror  
Cayó rendida en el suelo,  
De donde pasó á mis brazos;  
Y ántes que vuelta en su acuerdo  
Se viese, ya estaba fuera  
Del sagrado en mi desierto;

Adonde, si el cielo pudo  
Valerla, no quiso el cielo.  
Las mujeres persuadidas  
A que son de amor efectos  
Las locuras, fácilmente  
Perdonan: y así, siguiendo  
Al llanto el agrado, halló  
A sus desdichas consuelo;  
Aunque ellas eran tan grandes,  
Que miraba en un sujeto  
Escalamiento, violencia,  
lucesto, estupro, adulterio  
Al mismo Dios como esposo,  
Y al fin, al fin sacrilegio.  
Desde allí en efecto en dos  
Caballos, hijos del viento,  
A la vuelta de Valencia  
Fuimos, adonde fingiendo  
Que era mi mujer, vivimos  
Con poca paz mucho tiempo;  
Porque yo, hallándome ya  
Gastado el poco dinero  
Que tenía, sin amigos,  
Ni esperanza de remedio,  
De aquellas necesidades,  
Para la hermosura apelo  
De mi fingida mujer.  
Si hubiera de cuanto he hecho  
De tener vergüenza alguna,  
Solo la tuviera desto;  
Porque es la última hajeza,  
A que llega el mas vil pecho,  
Poner en venta el honor,  
Y poner el gusto en precio.  
Apénas desvergonzado  
A ella le doy parte desto,  
Cuando cuerda me asegura  
Sin extrañar el intento;  
Pero apénas á su rostro,  
Señor, las espaldas vuelvo,  
Cuando huyendo de mí, toma  
Sagrado en un monasterio.  
Allí, por orden de un santo  
Religioso, tuvo puerto  
De la tormenta del mundo,  
Y allí murió, dando ejemplo  
Su culpa y su penitencia:  
¡Téngala Dios en el cielo!  
Yo, viendo que á mis delitos  
Ya les viene el mundo estrecho.  
Y que me faltaba tierra  
Que me sufriese, resuelvo  
El dar la vuelta á mi patria;  
Porque en ella, por lo mío,  
Estaría mas seguro,  
Como mi amparo y mi centro,  
De mis enemigos. Tomo  
El camino, y en fin llego  
A Irlanda, que como madre  
Me recibió. Pero luego  
Fué madrastra para mí;  
Pues al abrigo de un puerto  
Llegué, buseando viaje,  
Donde estaban encubiertos  
En una cala cosarios,  
Y Filipo, que era de ellos  
General, me cautivó,  
Después, señor, de haber hecho  
Tan peligrosa defensa,  
Que aficionado á mi esfuerzo  
Filipo, me aseguró  
La vida. Lo que tras esto  
Sucedió, ya tú lo sabes,  
Que fué que enojado el viento,  
Nos amenazó cruel  
Y nos castigó soberbio,  
Haciendo en montes y mares  
Tal estrago y tal esfuerzo,  
Que estos hicieron donaire  
De la soberbia de aquellos.  
De trabucos de cristal  
Combatidos sus cimientos,

Caducaron las ciudades  
Vecinas, y por desprecio  
Tiraba el mar á la tierra,  
Que es munición de sus senos,  
En sus nácares las perlas,  
Que engendra el veloz aliento  
He la aurora en su rocío,  
Lágrimas de fuego y hielo;  
Y al fin para que en pinturas  
No se vaya todo el tiempo,  
Se fueron todas sus gentes  
A cenar á los infiernos.  
Yo, que era su convidado,  
También me fuera tras ellos,  
Si Patricio (á quien, no sé  
Por qué causa, reverencio,  
Mirando su rostro siempre  
Con temor y con respeto)  
No me sacara del mar,  
Cuando ya rendido el pecho,  
Iba bebiendo la muerte,  
Agonizando en veneno.  
Esta es mi historia, y agora  
Ni vida ni piedad quiero,  
Ni que mis penas te ablanden,  
Ni que te obliguen mis ruegos,  
Sino que me des la muerte,  
Para que acabe con esto  
Vida de un hombre tan malo,  
Que apénas podrá ser bueno.

REY.

Ludovico, aunque hayas sido  
Cristiano, á quien aborrezco  
Con tantas veras, estimo  
Tanto tu valor, que quiero  
Que en ti y Patricio se vea  
Mi poder á un mismo tiempo,  
Pues como levanto, humillo,  
Y como castigo, premio.  
Y así á ti te doy los brazos,  
Para levantarte en ellos  
A mi privanza, y á ti  
Te arrojó á mis plantas puesto,  
(Arroja en el suelo á Patricio, y le pone  
encima el pié.)

Significando los dos  
Las balanzas de este peso.  
Y porque veas, Patricio,  
Cuánto estimo y cuánto precio  
Tus amenazas, la vida  
Te dejo: vomita el fuego  
De la palabra de Dios,  
Para que veas en esto  
Que ni adoro su deidad,  
Ni sus maravillas temo.  
Vive pues: pero de suerte  
Pobre, abatido y sujeto,  
Que has de servir en el campo,  
Como inútil; y así quiero  
Que me guardes los ganados,  
Que por esos valles tengo.  
Veamos, si para que salgas  
A derramar ese fuego,  
Siendo mi esclavo, te saca  
Tu Dios de este cautiverio. (Vase.)

LESLIA.

A piedad Patricio mueve. (Vase.)

POLONIA.

Sino á mí, que no la tengo,  
Y á moverme alguno, antes  
Fuera Ludovico Enio. (Vase.)

## ESCENA III.

PATRICIO, LUDOVICO.

PATRICIO.

Ludovico, cuando humilde  
En tierra estoy, y te veo  
En la cumbre levantado,

Mayor lástima te tengo  
Que envidia. Cristiano eres  
Aprovéchate de serlo.

LUDOVICO.

Déjame gozar, Patricio,  
De los aplausos primeros  
Que me ofrece la fortuna.

PATRICIO.

Una palabra (si puedo  
Esto contigo) te pido.

LUDOVICO.

¿Cuál es?

PATRICIO.

Que vivos ó muertos,  
En este mundo otra vez  
Los dos habemos de vernos.

LUDOVICO.

¿Tal palabra pides?

PATRICIO.

Sí.

LUDOVICO.

Yo la doy.

PATRICIO.

Y yo la acepto. (Vase.)

Aldea cercana á la corte de Egerio.

## ESCENA IV.

FILIPPO, LLOCIA.

LLOCIA.

Perdonad, si no he sabido  
Serviros y regalaros.

FILIPPO.

Mas tengo que perdonaros  
De lo que os ha parecido;  
Pues cuando os llego á mirar,  
Entre un pesar y un placer,  
Os tengo que agradecer,  
Y os tengo que perdonar:  
Que agradecer la acogida,  
Que perdonar un mal fuerte;  
Pues me habeis dado la muerte,  
Y me habeis dado la vida.

LLOCIA.

A tan discretas razones  
Ruda y ignorante soy,  
Y así los brazos os doy,  
Por quitarme de cuestiones.  
Ellos sabrán responder,  
Callando, por mi deseo. (Se abrazan.)

## ESCENA V.

PAULIN. — DICHOS.

PAULIN. (Ap.)

¡Ay, señores, lo que veo!  
Que abrazan á mi mujer.  
¿Qué me toca hacer aquí?  
¿Matarlos? Si; yo lo hiciera,  
Si una cosa no temiera,  
Y es que ella me mate á mí.

FILIPPO.

Bella serrana, quisiera,  
Para pagar la posada,  
Que esta sortija extremada  
Estrella del cielo fuera.

LLOCIA.

No me tengais por mujer  
Que atenta al provecho vivo  
Mas por vuestra la recibí.

PAULIN. (Ap.)

¿Y aquí qué me toca hacer?  
Pero si marido soy



Y sortija miro dar,  
Lo que me toca es callar.

LLOCIA.

Otra vez el alma os doy  
En los brazos; que no tengo  
Dira joya ni cadena.

FILIPU.

Y la prision es tan buena,  
Que la memoria entretengo  
Con vos, de tantos pecares  
Como en sucesos tan tristes  
Me causaron, ya los vistes.  
Esos cristalinos mares.

PAULIN. (Ap.)

¡Ay, que otra vez la abrazó!  
¡Ah, señor! ¿no echa de ver  
Que es aquesa mi mujer?

FILIPU.

Vuestro marido nos vió,  
Quiero retirarme del;  
Luego vendré. (Ap. Si esto vieras,  
Polonia, quizá sintieras,  
Que mi desdicha ernel  
Me trajese á tal estado.  
¡Oh mar, al cielo atrevido,  
En qué entrañas han cabido  
Las vidas que has sepultado!) (Vase.)

## ESCENA VI.

PAULIN; LLOCIA, *después* FILIPU.

PAULIN.

(Ap. Ya se fué; bien puedo hablar  
Alto.) Esta vez, mi Llocia,  
Cogite, por vida mia,  
Y esta tranca me ha de dar  
Venganza.

LLOCIA.

¡Qué malicioso!  
¡Oh fuego de Dios en ti!

PAULIN.

¡Si yo los abrazos vi,  
Es malicia, ú es forzoso  
Lance que no pudo ser  
Malicia?

LLOCIA.

Malicia ha sido;  
Que no ha de ver un marido  
Todo aquello que ha de ver,  
Si no la mitad, no mas.

PAULIN.

Yo digo que so contento,  
Y la condicion consiento,  
Y pues dos abrazos das  
A ese diablo de soldado  
Que el mar acá nos echó,  
No quiero haber visto yo  
Mas del uno; y si he pensado  
Darte cien palos por dos  
Abrazos, hecha la cuenta,  
Al uno caben cincuenta.  
Y así juro á non de Dios,  
Que pues la sentencia das  
Y la cuenta está tan crara,  
Que has de llevarlos, repara,  
Cincuenta palos, no mas.

LLOCIA.

Ya es mucha marideria  
Esa, y aunque mas lo sea,  
Basta que un marido vea  
La cuarta parte.

PAULIN.

Llocia,  
Yo acepto la apelacion.  
Paciencia, y aparejarte,  
Que tambien la cuarta parte  
Veinte y cinco palos son.

LLOCIA.

No ha de hacer eso el que quiere.

PAULIN.

Pues dime ¿qué?

LLOCIA.

Entre los dos

No creer lo que veis vos,  
Sino lo que yo os dijere.

PAULIN.

Para eso mejor es,  
Llocia de Bercebu,  
Que tomes la tranca tú  
Y que con ella nie des.  
¿Estarás contenta? Si,  
Dando en amorosos lazos,  
Al otro los dos abrazos,  
Y los cien palos a mí.

(Vuelve Filipo.)

FILIPU. (Ap.)

¿Si se habrá el villano ido?

PAULIN.

A buen tiempo habeis llegado.  
Oídme, señor soldado:  
Yo estó muy agradecido  
Al gusto que me habeis hecho  
Hoy, en quereros valer  
De mi choza y mi mujer;  
Y aunque estó muy satisfecho  
Por tantas causas de vos,  
Ya que os hallais bueno y sano,  
Tomad el camino á mano  
Y la bendicion de Dios;  
Porque no quiero esperar  
Que, haciendo en mi casa guerra,  
Salga á ser carne en la tierra,  
Quien fué pescado en el mar.

FILIPU.

Malicia es, que habeis tenido  
Sin culpa y sin ocasion.

PAULIN.

Con razon ó sin razon,  
¿O soy ó no soy marido?

## ESCENA VII.

LEOGARIO, UN VIEJO VILLANO, PA-  
TRICIO.

LEOGARIO.

Esto se os manda, y que esté  
Sirviendo con gran cuidado,  
Siempre en el campo ocupado.

VIEJO.

Ya digo que así lo haré.

LEOGARIO.

Mas ¿qué es lo que miro allí?  
Filipo sin duda es.  
Gran señor, dame tus piés.

PAULIN.

¿Gran señor le llamó?

LLOCIA.

Si.

Agora me pagarás  
Aquí, Paulin, los porrazos.

FILIPU.

Leogario, dadme los brazos.

LEOGARIO.

Honor en ellos me das.  
¿Es posible que te veo  
Con vida?

FILIPU.

Aquí me arrojó  
El mar proceloso, y yo.  
Siendo misero trofeo,

De la fortuna, he vivido  
De villanos hospedado,  
Hasta haberme reparado  
De las penas que he sufrido.  
Y fuera desto, tambien  
El temer la condicion  
Del Rey; porque su ambicion  
¿A quién se rinde, ó á quién  
Con agrados escuchó  
Tragedias de la fortuna?  
Sin esperanza ninguna  
He vivido, hasta que yo  
Hallase quien sus enojos  
Templase en mi triste ausencia,  
Y el Rey me diese licencia  
Para llegar á sus ojos.

LEOGARIO.

Ya la tienes conseguida;  
Porque de tu muerte está  
Tan triste, que te dará,  
En albricias de la vida,  
La gracia. Vente conmigo;  
Que ya sucesos advierte  
De la fortuna, y volverte  
A su privanza me obligo.

PAULIN.

De mi pasado magin  
Pedir perdon me anticipo:  
Ya sabrá el señor Filipo  
Que yo soy un Juan Paulin.  
Perdóneme su mesté,  
Si mi cólera le affige;  
Que yo en todo cuanto dije,  
Por boca de ganso habré.  
A servirme me acomodo,  
Y aquí éstamos noche y dia  
Mi cabaña, yo y Llocia,  
Y sirvase Dios con todo.

FILIPU.

Yo voy muy agradecido  
Al hospedaje, y espero  
Pagarle.

PAULIN.

Pues, lo primero,  
Que allá os la lleveis, os pido;  
Pues con solo esto se sella  
Un grande gusto en los dos:  
A ella, porque va con vos,  
Y á mí, por quedar sin ella.  
(Vanse Filipo y Leogario.)

LLOCIA. (Ap.)

¿Hay amor tan desdichado  
Como el mio, que ha nacido  
En los brazos del olvido?

VIEJO.

Paulin, ya que hemos quedado  
Solos, dad los brazos luego  
A este nuevo labrador  
Que tenemos.

PATRICIO.

Yo, señor,  
Soy un esclavo, y os ruego  
Que como á tal me trateis.  
Para servir vengo aquí  
Al mas humilde, y así  
Os suplico me mandeis  
Como á esclavo, pues lo soy.

VIEJO.

¿Qué modestia!

PAULIN.

¿Qué humildad!

LLOCIA.

¡Y qué buen talle! En verdad,  
Que enficionándose voy  
A su cara

PAULIN.

¿Habrá llegado  
(Aquí para entre los dos)

Alguno aquí, de quien vos  
No os hayais enfiornado,  
Lloela?

LLOELA.

Sos un villano,  
Y en queriéndome celar,  
Me tengo de enamorar  
De todo el género humano.

VIEJO.

Paulin, de tu ingenio fio  
Una cosa, en que me va  
La vida.

PAULIN.

Decid, pues ya  
Sabeis el pergeño mio.

VIEJO.

Este esclavo que aquí ves,  
Sospecho que no es seguro,  
Y yo guardarle procuro  
Por lo que sahrás despues.  
A ti te hago guarda fiel  
De su persona; y así  
Te mando, que desde aquí  
Nunea te me apartes dél.

(Vase.)

### ESCENA VIII.

PATRICIO, PAULIN.

PAULIN.

(Ap. Buena comision me han dado.)  
Vuesa guarda enuidadosa (A Patricio.)  
Soy, y vos la primer cosa  
Que en mi vida habré guardado  
Gran enuidado he de tener,  
Ni he de comer ni dormir;  
Por eso, si os quereis ir,  
Muy bien llo podeis hacer  
Desde luego; y aun me haréis  
Un gran bien, pues despenado  
Quedaré deste enuidado.  
Idos por Dios

PATRICIO.

Bien podréis  
Fiaros de mí, que no soy,  
Aunque esclavo, fugitivo. —  
¡Oh Señor, qué alegre vivo  
En las soledades hoy;  
Pues aquí podrá adoraros  
El alma contemplativa,  
Teniendo la imágen viva  
De vuestros prodigios raros!  
En la soledad se halló  
La humana filosofia,  
Y la divina querria  
Penetrar en ella yo.

PAULIN.

Decidme, ¿con quién habrais  
Agora de aqueso modo?

PATRICIO.

Causa primera de todo  
Sois, Señor, y en todo estais.  
Esos cristalinos cielos,  
Que constan de luces bellas,  
Con el sol, luna y estrellas,  
¿No son cortinas y velos  
Del empireo soberano?  
Los discordes elementos,  
Mares, fuego, tierra y vientos,  
¿No son rasgos de esa mano?  
¿No publican vuestros lóres,  
Y el poder que en vos se encierra,  
Todos? ¿No escribe la tierra  
Con caracteres de flores  
Grandezas vuestras? ¿El viento.  
En los ecos repetido,  
No publica que habeis sido  
Autor de su movimiento?  
El fuego y el agua luego

¿Alabanzas no os previenen,  
Y para este efecto tienen  
Lengua el agua, y lengua el fuego?  
Luego aquí mejor podré,  
Inmenso Señor, buscaros.  
Pues en todo puedo hallaros:  
Vos conocisteis la fe,  
Que es de mi obediencia indicio;  
Esclavo os servid de mí,  
Si no, llevadme de aquí  
Adonde os sirva.

(Baja un ángel, que trae en una mano  
un escudo, y en él un espejo, y en  
la otra mano una carta.)

### ESCENA IX.

UN ANGEL.—Dienos.

ÁNGEL.

¡Patricio!

PATRICIO.

¿Quién llama?

PAULIN.

Aquí no os llamó  
Nadie. (Ap. El hombre es divertido:  
Poeta debe haber sido.)

ÁNGEL.

¡Patricio!

PATRICIO.

¿Quién llama?

ÁNGEL.

Yo.

PAULIN. (Ap.)

El habla, y á nadie veo.  
Pero hable, que no me toca  
A mí guardarle la boca.

(Vase.)

### ESCENA X.

EL ANGEL, PATRICIO.

PATRICIO.

Mis grandes dichas no ereo,  
Pues una nube mis ojos  
Ven de nacer y arrebol,  
Y que della sale el sol,  
Cuyos divinos despojos  
Son estrellas vividoras.  
Que entre jazmines y flores  
Viene vertiendo esplendores,  
Viene derramando anroras.

ÁNGEL.

¡Patricio!

PATRICIO.

Un sól me acobarda.

¿Quién sois, divino señor?

ÁNGEL.

Patricio amigo, Víctor  
Soy, el ángel de tu guarda:  
Dios á que te dé, me envia,  
Esta carta.

(Dale la carta.)

PATRICIO

Nuncio hermoso,

Paraninfo venturoso,  
Que en superior jerarquia  
Con Dios asistes, á quien  
En dulce, en sonoro canto  
Llamas: ¡Santo! Santo! Santo!  
Gloria los cielos os dén.

ÁNGEL.

Lé la carta

PATRICIO.

Dice aquí:  
«A Patricio. — ¿Mereció  
Tal dicha un esclavo? No.

ÁNGEL.

Abrela ya.

PATRICIO.

Dice así:

(Lee.) «Patricio, Patricio, ven,  
«Sácanos de esclavitud.»  
Incluye mayor virtud  
La carta, pues no sé quien  
Me llama. Custodio fiel,  
Mi duda en tus mano dejo.

ÁNGEL.

Pues mirate en este espejo

PATRICIO.

¡Ay cielos!

ÁNGEL.

¿Qué ves en él?

PATRICIO.

Diversas gentes están,  
Viejos, niños y mujeres,  
Llamándome.

ÁNGEL.

Pues no esperes

Tanto á redimir su afán.  
Esta es la gente de Irlanda,  
Que ya de tu boca espera  
La doctrina verdadera.  
Sal de esclavitud; que manda  
Dios que prediques la fe  
Que tanto ensalzar deseas;  
Porque su legado seas,  
Y apóstol de Irlanda. Ve  
á Francia á ver á Germano,  
Obispo; de monje toma  
El hábito; pasa á Roma,  
Donde letras te darán,  
Para conseguir el fin  
De tan dichoso camino,  
Las bulas de Celestino;  
Visitarás á Martin.  
Obispo en Tours, y ven  
Conmigo ahora arrebatado  
En el viento; que ha mandado  
Dios que noticia te dén  
De una empresa, que guardada  
Tiene el mundo para tí;  
Y conmigo desde aquí  
Has de hacer esta jornada. (Vuelan.)

## JORNADA SEGUNDA.

Sala de una torre en el palacio de Egerio

### ESCENA PRIMERA.

LUDOVICO, POLONIA.

LUDOVICO.

Polonia, aquel que ha querido  
Designalmente emplearse,  
No tiene de qué quejarse  
Si llega á ser preferido  
De otro amor; porque este ha sido  
Su castigo. ¿Quién subió  
Soberbio, que no cayó?  
Y así mi amor anticipo  
A Filipo; que Filipo  
Es mucho mayor que yo  
En la nobleza, que aquí  
Le dió la naturaleza;  
Mas no en aquella nobleza  
Que ha merecido por sí.  
Yo sí, Polonia, yo sí,  
Que por mí mismo he ganado  
Mas honor que él ha heredado.  
Testigo este imperio ha sido,  
A quien han enloquecido  
Las victorias que le he dado.  
Tres años ha que llegué  
A estas islas (que fué hoy  
Me parece), y tres que estoy  
En tu servicio, y no sé



Si referirte podré  
Presas, que tu padre encierra,  
Ganadas en buena guerra,  
Que Marte pudo envidiar,  
Siendo escándalo del mar,  
Siendo asombro de la tierra.

POLONIA

Ludovico, tu valor,  
O heredado ó adquirido,  
En mi pecho ha introducido  
Upa osadía, un temor,  
Un, no sé si diga amor,  
Porque me causa vergüenza,  
Cuando mi pecho comienza  
A sentir y padecer,  
Que me rinda su poder,  
Ni que su deidad me vea.  
Solo digo, que ya fuera  
Tu esperanza posesion,  
Si la fiera condicion  
De mi padre no temiera.  
Mas sirve, aguarda y espera.

## ESCENA II.

FILIPO. — Dichos.

FILIPO. (Ap.)

Si es que mi muerte he de hallar,  
¿Por qué la vengo á buscar?  
Pero ¿quién podrá tener  
Paciencia, para no ver  
Lo que le ha de dar pesar?

LUDOVICO.

Pues ¿quién fia que serás  
Mía?

POLONIA.

Esta mano.

FILIPO.

Eso no,  
Que sabré estorbarlo yo,  
Que no puedo sufrir mas.

POLONIA.

¿Ay de mí!

FILIPO.

¿La mano das  
A un advenedizo? (¡ay triste!)  
Y tú, que al sol te atreviste,  
Para que la pompa pierdas,  
¿Por qué, por qué no te acuerdas  
De cuando mi esclavo fuiste,  
Para no atreverte así  
A mi gusto?

LUDOVICO.

Porque hoy  
Me atrevo por lo que soy,  
Cuando no por lo que fui.  
Esclavo tuyo me vi,  
Es verdad; que no hay quien pueda  
Vencer la inconstante rueda;  
Pero ya tengo valor  
Para que iguale tu honor,  
Si no para que te exceda.

FILIPO.

¿Cómo excederme, atrevido,  
Infame?...

LUDOVICO.

En cuanto las hablé,  
Filipo, te has engañado.

FILIPO.

No engañé.

LUDOVICO.

Pues si no ha sido  
Engaño...

FILIPO.

¿Qué?

LUDOVICO.

Habrás mentido.

FILIPO.

Fuiste desleal. (Dale una bofetada.)

POLONIA.

¿Ay cielos!

LUDOVICO.

¿Cómo a tantos desconsuelos  
No tomo satisfacción,  
Cuando mis entrañas son  
Volcanes y mongibelos?  
(Sacan las espadas.)

## ESCENA III.

EGERIO, SOLDADOS. — Dichos.

REY.

¿Qué es esto?

LUDOVICO.

Un tormento eterno,  
Una desdicha, una injuria,  
Una pena y una furia  
Desatada del infierno.  
Ninguno por su gobierno  
Me llegue á impedir, señor,  
La venganza; que el furor  
Ni á la muerte está sujeto,  
Y no hay humano respeto,  
Que importe mas que mi honor.

REY.

Prendedle.

LUDOVICO.

Llegue el que fuere  
Tan osado, que se atreva  
A morir, porque le deba  
A su esfuerzo el ver que muere  
A tus ojos.

REY.

¿Que esto espere!

Seguidle.

LUDOVICO.

Desesperado,  
En roja sangre bañado,  
Pienso proceder un mar,  
Por donde pueda pasar  
Buscando á Filipo á nado.  
(Entranse riñendo.)

## ESCENA IV.

REY.

Esto solo me faltó  
Tras la nueva que he tenido,  
Y es, que el esclavo atrevido,  
Que de la prision huyó,  
De Roma á Irlanda volvió,  
Y predicando la fe  
De Cristo, tan grande fué  
El número que ha seguido  
Su voz, que ya dividido  
El mundo en bandos se ve.  
Díeme que es hechicero;  
Pues á muerte condenado  
De otros reyes, se ha librado  
Con escándalo tan fiero.  
Que ya atado en un madero  
Estaba, cuando la tierra  
(Que tantos muertos encierra  
En sus entrañas) tembló,  
Gimió el aire, y se eclipsó  
El sol, que en sangrienta guerra  
No quiso dar á la luna  
Luz, que en su faz resplandece;  
Que este Patricio parece  
Que tiene, sin duda alguna,  
De su mano á la fortuna.  
Esto he sabido, y que cuantos  
Entre prodigios y espantos  
Admiraron su castigo,  
Le siguieron, y hoy conmigo

Viene á probar sus encantos.  
Venga pues, é intentos vanos  
Examine entre los dos:  
Veremos quién es el Dios  
Que llaman de los cristianos.  
Muerte le darán mis manos,  
A ver si della se escapa  
En este sucinto mapa,  
Esfera de mi rigor,  
Este obispo, este pastor,  
Que viene en nombre del Papa.

## ESCENA V.

EL CAPITAN, SOLDADOS; LUDOVICO,  
preso. — EL REY.

CAPITAN.

Ludovico viene aquí  
Preso, despues que mató  
Tres de tu guarda y hirió  
A muchos.

REY.

Cristiano, di,  
¿Cómo no tiemblas de mi,  
Viendo levantar la mano  
De mi castigo? Aunque en vano  
Siento estas desdichas yo;  
Porque esto y mas mereció  
Quien hizo bien á un cristiano.  
No castigo, premio si  
Mereces tú, porque es bien  
Que á mi el castigo me den  
De haberte hecho bien á ti. —  
Preso le tened aquí  
Hasta su muerte. — Ya vano  
Es mi favor soberano;  
Muere á mi furor rendido,  
No por cristiano atrevido,  
Sino solo por cristiano. (Vause.)

## ESCENA VI.

LUDOVICO.

Si por eso muero, harás  
Mi infeliz muerte dichosa;  
Pues morirá por su Dios,  
Quien muriera por su honra:  
Y un hombre que vive aquí  
Entre penas y congojas,  
Dehe agradecer la muerte,  
Ultima línea de todas;  
Pues cortará su grandeza  
El hilo á vida tan loca,  
Que hoy empezara á ser mala  
Fénix de mortales obras,  
Por nacer en las cenizas  
De mi agravio y mi deshonra.  
Mi vida fuera veneno,  
Mi aliento fuera ponzoña,  
Que en Irlanda derramara  
Sangre vil en tanta copia,  
Que se borrara con ella  
De mi afrenta la memoria.  
¿Ay honor! rendido yaces  
A una mano rigurosa:  
Muera yo contigo, y juntos  
Los dos nos demos victoria  
De aquestos bárbaros, pues  
Un breve rato le sobra  
A mi vida; este puñal  
Tome en mi venganza honrosa.  
Mas ¿válgame Dios! ¿qué aliento  
Indemoniado provoca  
Mi mano? Cristiano soy,  
Alma tengo, y luz piadosa  
De la fe: ¿será razon  
Que un cristiano intente agora  
Una accion entre gentiles,  
A su religion impropia?  
¿Qué ejemplo les diera yo  
Con mi muerte lastimosa,

Sino que ántes desmintieran  
 Las de Patricio mis obras?  
 Pues dijeran los que aquí  
 Solo sus vicios adoran,  
 Y el alma niegan eterna  
 A la pena y á la gloria:  
 «Que nos predique Patricio  
 Al alma inmortal, ¿qué importa.  
 Si Ludovico se mata  
 Cristiano? También ignora  
 Que es eterna, pues la pierde.»  
 Y con acciones dudosas  
 Fuéramos aquí los dos,  
 El la luz y yo la sombra.  
 Baste que tan malo sea.  
 Que aun no me arrepiento agora  
 De mis cometidas culpas,  
 Y que quiera intentar otras:  
 Pues, ¡vive Dios! que mi vida,  
 Si fuera posible cosa  
 Escaparse, hoy fuera asombro  
 Del Asia, Africa y Europa.  
 Hoy empezara á tomar  
 Venganza tan rigurosa,  
 Que en estas islas de Egerio  
 No me quedara persona,  
 En quien no satisficiera  
 La pena, la sed rabiosa  
 Que tengo de sangre. Un rayo,  
 Para que la esfera rompa,  
 Con un trueno nos avisa;  
 Y despues entre humo y sombras  
 De fuego, fingiendo sierpes,  
 El aire trémulo acosa.  
 Yo así, el trueno he dado ya  
 Para que todos le oigan;  
 El golpe del rayo falta.  
 Mas ¡ay de mí! que se aborta,  
 Y ántes que á la tierra llegue,  
 Es de los vientos lisonja.  
 No, no me pesa morir  
 Por morir muerte afrentosa,  
 Sino porque acabarán,  
 Con mi edad temprana y moza,  
 Mis delitos. Vida quiero  
 Para empezar desde agora  
 Mayores temeridades;  
 ¡No, cielos, para otra cosa!

### ESCENA VII.

POLONIA. — LUDOVICO.

POLONIA.

(Ap. Yo vengo determinada.)  
 Ludovico, en las forzosas  
 Ocasiones, el amor  
 Ha de dar muestras. Agora  
 Tu vida está en gran peligro:  
 Mi padre airado se enoja  
 Contra tí, y de su furor  
 Huir el peligro importa.  
 Las guardas que están contigo,  
 Liberalmente soborna  
 Mi mano, y al son del oro  
 Yacen sus orejas sordas.  
 Escápate, porque veas  
 Cómo una mujer se arroja,  
 Cómo su honor atropella,  
 Cómo su respeto postra.  
 Contigo iré, pues ya es fuerza  
 Que contigo me disponga  
 Ya á vivir, ó ya á morir;  
 Que fuera mi vida poca  
 Sin tí, que en mi pecho vives.  
 Yo llevo dinero y joyas,  
 Bastantes para ponernos  
 En las Indias mas remotas,  
 Donde el sol hiela y abrasa,  
 Ya con rayos, ya con sombras.  
 Dos caballos á la puerta  
 Esperan; diré dos onzas,

Hijas del viento, aunque mas  
 Del pensamiento se nombran.  
 Son tan veloces, que aunque  
 Huyendo vamos agora,  
 Nos parecerá que vanos  
 Seguros en ellos. Toma  
 Resolución. ¿Qué imaginas?  
 ¿Qué te suspendes? Acorta  
 Los discursos; y porque  
 Fortuna, que siempre estorba  
 Al amor, no desbarate  
 Finezas tan generosas,  
 Yo iré delante de tí.  
 Sal, en tanto que ingeniosa  
 Divierto guardas, y doy  
 Espaldas á tu persona.  
 Aun el sol nos favorece,  
 Que despeñado en las ondas,  
 Para templar su fatiga  
 Los crespos cabellos moja. (Vase.)

### ESCENA VIII.

LUDOVICO.

A las manos me ha venido  
 La ocasion mas venturosa;  
 Pues sabe el cielo que fuéron  
 Las finezas amorosas  
 Que con Polonia mostré,  
 Fingidas, porque Polonia  
 Conmigo se fuese, adonde,  
 Valiéndome de las joyas  
 Que llevase, yo saliese  
 Desta infeliz Babilonia;  
 Porque, aunque en ella vivió  
 Estimada mi persona,  
 Era al fin esclavitud,  
 Y mi vida libre y loca  
 La libertad deseaba,  
 Que ya los cielos me otorgan.  
 Mas para el fin que desco  
 Ya me embaraza y estorba  
 Una mujer; porque en mí  
 Es amor una lisonja,  
 Que no pasa de apetito;  
 Y esta ejecutada, sobra  
 Luego al punto la mujer  
 Mas discreta y mas hermosa.  
 Y pues que mi condicion  
 Es tan libre, ¿qué me importa  
 Una muerte mas ó ménos?  
 Muera á mis manos Polonia,  
 Porque quiso bien en tiempo  
 Que nadie estima ni adora,  
 Y como todas viviera,  
 Si quisiera como todas. (Vase.)

### ESCENA IX.

EL CAPITAN; despues EL REY,  
 FILIPO, LEOGARIO.

CAPITAN.

Con orden vengo del Rey  
 A que Ludovico oiga  
 La sentencia de su muerte.  
 ¿Mas la puerta abierta, y sola  
 La torre? ¿Qué puede ser?  
 ¡Soldados! ¿No hay quien responda?  
 ¡Ah guardas, traicion! traicion!  
 (Salen el Rey, Filipo y Leogario.)

REY.

¿Qué das voces? ¿Qué pregonas?  
 ¿Qué es esto?

CAPITAN.

Que Ludovico  
 Falta, y que las guardas todas  
 Han huido.

LEOGARIO.

Yo, señor.  
 Aquí vi entrar á Polonia.

FILIPO.

¡Ay cielos! sin duda que ella  
 Le dió libertad. No ignoras  
 Que la sirve, y que mis celos  
 Me incitan y me provocan  
 A seguirlos. Hoy será  
 Hibernia segunda Troya. (Vase.)

REY.

Dadme un caballo, que quiero  
 Seguirlos por mi persona.  
 ¿Qué dos cristianos son estos,  
 Que, con acciones dudosas,  
 Uno mi quietud altera,  
 Y el otro mi honor me roba?  
 Mas los dos serán despojos  
 De mis manos vengadoras;  
 Que de mí no está seguro  
 Aun su pontifice en Roma. (Vanse.)

Selva en cuyo fondo está la choza de Paulin.

### ESCENA X.

POLONIA, huyendo herida; LUDOVICO,  
 con la daga desnuda en la mano.

POLONIA.

Ten la sangrienta mano,  
 Ya que no por amante, por cristiano  
 Lleva el honor, y déjame la vida,  
 Piadosamente á tu furor rendida.

LUDOVICO.

Polonia desdichada,  
 Pension de la hermosura celebrada  
 Fué siempre la desdicha;  
 Que no se avienen bien belleza y dicha  
 Yo el verdugo mas fiero,  
 Que atrevido blandió mortal acero,  
 Con tu muerte procuro  
 Mi vida; pues con ella voy seguro.  
 Si te llevo conmigo,  
 Llevo de mis desdichas un testigo,  
 Por quien podrán seguirme,  
 Hallarme, conocerme y perseguirme  
 Si te dejo con vida,  
 Enojada te dejo y ofendida,  
 Para que seas conmigo  
 Un enemigo mas (¡y qué enemigo!)  
 Luego por buen consejo,  
 Ilago mal si te llevo, y si te dejo.  
 Y así el mejor ha sido,  
 Que fiero, infame, bárbaro, atrevido,  
 Desleal, inhumano,  
 Sin ley ni Dios, te mate por mi mano;  
 Pues aquí sepultada,  
 En las entrañas rústicas guardada  
 Desta robusta peña,  
 Quedará mi desdicha, no pequeña;  
 Y tambien porque alcanza  
 Mi furia un nuevo modo de venganza,  
 Quedando satisfecho  
 De que mato á Filipo, si en tu pecho  
 Vive, y porque me cuadre,  
 No á Filipo no mas, sino á tu padre.  
 Causa primera fuiste  
 De mi deshonra triste,  
 Y así has de ser primera  
 Causa tambien de mi venganza fiera.

POLONIA.

¡Ay de mí, que he querido  
 Mi muerte fabricar! Gusano he sido  
 Que labró por su mano [¿Liano?  
 Su sepulcro. ¿Eres hombre? Eres cris-

LUDOVICO.

Demonio soy. Acaba, dando indicio  
 De todo.

POLONIA.

¡El Dios me valga de Patricio!  
 (Dala Ludovico de puñaladas; y cae  
 ella dentro.)



LUDOVICO.

Cayó sobre las flores,  
Sembrando vidas, derramando horro-  
Así mas libremente [ves.  
Escaparme podré, pues suficiente  
Hacienda me acompaña  
Para poder vivir rico en España,  
Hasta que disfrazado,  
Con el tiempo mudado,  
Vuelva á satisfacerme [duerme.  
De un traidor: que el agravio nunca  
Mas ¿dónde desta suerte  
Voy, pisando las sombras de la muerte?  
El camino he perdido,  
Y quizá voy por donde inadvertido,  
Huyendo de tiranos,  
Por escaparme de en sus propias ma-  
Si la vista no engaña, [nos.  
Albergue pobre y rústica eabaña  
Es esta. En ella quiero  
Informarme. (Llama.)

## ESCENA XI.

PAULIN, LLOCIA.—LUDOVICO.

LLOCIA. (Dentro.)

¿Quién es?

LUDOVICO.

Un pasajero

Perdido, triste y ciego,  
Oh labrador, impide tu sosiego.

LLOCIA. (Dentro.)

¡Ah Juan Paulin! despierta,  
Que parece que llaman á la puerta.

PAULIN. (Dentro.)

Yo estoy bien en la cama;  
Mira quién llama tú; pues por ti llama.

LLOCIA. (Dentro.)

¿Quién es?

LUDOVICO.

Un caminante.

PAULIN. (Dentro.)

¿Es caminante?

LUDOVICO.

Sí.

PAULIN. (Dentro.)

Pase adelante,  
Que aquesta no es posada.

LUDOVICO.

Ya del villano la malicia enfada.  
Derribaré la puerta. (Derribala.)  
Cayó en el suelo.

LLOCIA. (Dentro.)

Juan Paulin, despierta;  
Mira que han derribado  
La puerta.

PAULIN. (Dentro.)

Ya de un ojo he despertado;  
Mas del otro no puedo.  
Sal tú conmigo allá; que tengo miedo.  
(Salen Paulin y Llocia.)

¿Quién es?

LUDOVICO.

Callad, villanos.

Si morir no queréis hoy á mis manos.  
Perdido en este monte,  
A tu casa he llegado; así disponde  
A enseñarme el camino [gino  
De aquí al puerto, por donde yo ima-  
Que hoy escaparme puedo.

PAULIN.

Pues venga y vaya, y tome esa vereda,  
Y luego á esotra mano [llano;  
Suba si hay monte, y baje donde hay

Y en llegando, esté cierto, [puerto.  
Cuando en el puerto esté, que allí es el

LUDOVICO.

Mejor es que tú vengas  
Conmigo, ó vive el cielo [suelo.  
Que con tu sangre has de esmaltar el

LLOCIA.

¿No es mejor, eaballero,  
Pasar aquí la noche hasta el lucero?

PAULIN.

¿Qué piadosa os mostrais para nada!  
¿Ya estais del examinante inficionada?

LUDOVICO.

Lo que te agrada escoge:  
O morir, ó guiarme.

PAULIN.

No se enoje;

Que escojo, sin demandas ni respuestas,  
Ir, y aun llevaros, si queréis, á cuestras,  
No tanto por temer la muerte mia;  
Como por no le dar gusto á Llocia.

LUDOVICO.

(Ap. Este, porque no diga  
Por dónde voy á alguno que me siga,  
Del monte despeñado  
Ha de morir en el cristal helado  
Del mar.) A vos, que os recojais os pido,  
Que luego volverá vuestro marido.

(A Llocia.)

(Vanse los dos por un lado, y ella por  
otro.)

## ESCENA XII.

EL REY EGERIO. LESBIA, LEOGAR-  
RIO, EL CAPITAN: despues FILIPO.

LESBIA.

No hay rastro ninguno dellos;  
Todo el monte, valle y sierra  
Se ha examinado hoja á hoja,  
Rama á rama, y peña á peña,  
Y no se ha hallado evidente  
Indicio, que nos dé muestra  
De sus personas.

REY.

Sin duda

Los ha tragado la tierra,  
Para guardarlos de mí;  
Que en los eielos no estuvieran  
Seguros, no, viven ellos.

LESBIA.

Ya el sol las doradas trenzas  
Extiende desmarañadas  
Sobre los montes y selvas,  
Para que te informe el dia.

(Sale Filipo.)

FILIPO.

Vuestra Majestad atienda  
A la desdicha mayor,  
Mas prodigiosa y mas nueva,  
Que el tiempo ni la fortuna  
En fábulas representa.  
Buscando á Polonia vine  
Por esas ineultas selvas;  
Y habiendo toda la noche  
Pasado, señor, en ellas,  
A la mañana salió  
La aurora medio despierta,  
Toda vestida de luto  
Con nubes pardas y negras,  
Y con mal contenta luz  
Se ausentaron las estrellas;  
Que solo esta vez tuvieron  
Por venturosa la ausencia.  
Discurriendo á todas partes,  
Vimos que las flores tiernas  
Bañadas en sangre estaban,

Y sembrados por la tierra  
Despojos de una mujer:  
Fuimos siguiendo las señas,  
Hasta que llegamos donde  
A las plantas de una sierra,  
En un túmulo de rosas,  
Estaba Polonia muerta.

## ESCENA XIII.

POLONIA, muerta; y luego PATRICIO

— DICHOS.

FILIPPO.

Vuelve los ojos, verás  
Destroncada la belleza,  
Pálida y triste la flor,  
La hermosa llama deshecha:  
Verás la beldad postrada,  
Verás la hermosura yerta,  
Y verás muerta á Polonia.

REY.

¡Ay Filipo, esueña, espera!  
Que no hay en mí sufrimiento  
Con que resistirte puedan  
Tantos géneros de agravios,  
Tantos linajes de penas,  
Tantos modos de desdichas.  
¡Ay hija infeliz! ¡Ay bella  
Prenda, por mi mal hallada!

LESBIA.

El sentimiento no deja  
Aliento para quejarme.  
¡Tu infeliz hermana sea  
Compañera en tus desdichas!

REY.

¿Qué mano airada y violenta  
Levantó sangriento acero  
Contra divinas bellezas?  
Acabe el dolor mi vida.

PATRICIO. (Dentro.)

¡Ay de tí, misera Hibernia,  
Ay de tí, pueblo infelice!  
Si con lágrimas no riegas  
La tierra, y noches y dias,  
Llorando, ablandas las puertas  
Del eielo, que con eandados  
Las tuvo tu inobediencia.  
¡Ay de tí, pueblo infelice,  
¡Ay de tí, misera Hibernia!

REY.

¿Qué voces, eielos, tan tristes  
Y lastimosas son estas,  
Que me traspasan el pecho,  
Que el corazon me penetran?  
¡Sabed quién de mi dolor  
Impide así la terneza.  
¿Quién, sino yo, llora así,  
Y quién, sino yo, se queja?

LEOGARIO.

Este, señor, es Patricio,  
Que, despues que dió la vuelta  
(Como tú sabes) á Irlanda,  
De Roma, y despues que en ella  
Le hizo el pontífice obispo,  
Dignidad y preminencia  
Superior, todas las islas  
Discurre desta manera.

PATRICIO.

¡Ay de tí, pueblo infelice,  
¡Ay de tí, misera Hibernia! (Sale )

REY.

Patricio, que mi dolor  
Interrumpes, y mis penas  
Doblas con voces doradas,  
En falso veneno envueltas:  
¿Qué me persigues? ¿Qué quieres,  
Que así los mares y tierras

De mi Estado con engaños  
Y novedades alteras?  
Aquí no sabemos mas  
Que nacer y morir. Esta  
Es la doctrina heredada  
De la natural escuela  
De nuestros padres. ¿Qué Dios  
Es este que nos enseña,  
Que nos dé vida, despues  
De la temporal, eterna?  
El alma, destituida  
De un cuerpo, ¿cómo pudiera  
Tener otra vida allá  
Para gloria ó para pena?

PATRICIO.

Desatándose del cuerpo,  
Y dando á naturaleza  
La porcion humana, que es  
Un poco de barro y tierra;  
Y el espíritu subiendo  
A la superior esfera,  
Que es centro de sus fatigas  
Si en la gracia muere, y esta  
Alcanza antes el bautismo,  
Y despues la penitencia.

REY.

¿Luego esta beldad, que aquí  
En su sangre yace envuelta,  
Allá está viviendo agora?

PATRICIO.

Si.

REY.

Dáme un rasgo, una muestra  
De esa verdad.

PATRICIO. (Ap.)

¿Gran Señor,  
Volved vos por la honra vuestra!  
Aquí os importa mostrar  
De vuestro poder la fuerza.

REY.

¿No me respondes?

PATRICIO.

El cielo  
Querrá que responda ella.  
En nombre de Dios te mando,  
(*Extendiendo las manos sobre el cadáver de Polonia.*)

Yerto cadáver, que vuelvas  
A vivir, restituido  
A tu espíritu, y des muestras  
De esta verdad, predicando  
La doctrina verdadera.

POLONIA. (*Resucitando.*)

¿Ay de mí! ¿Válgame el cielo,  
Qué de cosas se revelan  
Al alma! Señor, señor,  
Deten la mano sangrienta  
De tu justicia; no esgrimas  
Contra una mujer sujeta  
Las iras de tu rigor,  
Los rayos de tu potencia.  
¿Dónde me podré esconder  
De tu semblante, si llegas  
A estar enojado? Caigan  
Sobre mí montes y peñas:  
Enemiga de mí misma,  
¡Hoy estimara y quisiera  
Esconderme de tu vista  
En el centro de la tierra.  
Mas ¿cómo, si á todas partes  
Que mi desdicha me lleva,  
Llevo conmigo mi culpa?  
¿No veis, no veis que esa sierra  
Se retira, que ese monte  
Se estremece? El cielo tiembla  
Desquiciado de sus polos,  
Y su fábrica perfecta

A mí me está amenazando  
Con su eminente soberbia:  
El viento se me oscurece,  
El paso á mis piés se cierra,  
Los mares se me retiran;  
Solo no me huyen las fieras,  
Que para hacerme pedazos  
Parece que se me acercan.  
¡Piedad, gran Señor, piedad!  
¡Clemencia, Señor, clemencia!  
El santo bautismo pido;  
Muera en vuestra gracia, y muera.  
Mortales, oid, oid:  
Cristo vive, Cristo reina,  
Y Cristo es Dios verdadero!  
¡Penitencia, penitencia!

(Vase.)

## ESCENA XIV.

Dioses, menos Polonia.

FILIPO.

¡Gran prodigio!

LESBIA.

¡Gran milagro!

CAPITAN.

¡Qué admiración!

LEOGARIO.

¡Qué grandeza!

REY.

¡Gran encanto! gran hechizo!

¡Que esto sufra, esto consienta!

TODOS.

¡Cristo es el Dios verdadero!

REY.

¡Que tenga un engaño fuerza  
Pueblo ciego, para hacer  
Maravillas como estas,  
Y no tengas tú valor  
Para ver que la apariencia  
Te engaña! Y para que aquí  
Quede la victoria cierta,  
Yo quiero rendirme, como  
Arguyendo me convenza  
Patricio. Atended, que así  
Nuestra disputa comienza.  
Si fuera inmortal el alma,  
De ningún modo pudiera  
Estar sin obrar un punto.

PATRICIO.

Si, y esa verdad se prueba  
En el sueño; pues los sueños,  
Cuántas figuras engendran.  
Son discursos de aquella alma  
Que no duerme, y como quedan  
Entonces de los sentidos  
Las acciones imperfectas,  
Imperfectamente forman  
Los discursos; y por esta  
Razon sueña el hombre cosas,  
Que entre sí no se conciertan.

REY.

Pues siendo así, aquel instante,  
O estuvo Polonia muerta,  
O no? Si es que no lo estuvo,  
Y fué un desmayo, ¿qué fuerza  
Tuvo el milagro? No trato  
Desto; mas si estuvo muerta,  
En uno de dos lugares  
Estar aquella alma es fuerza,  
Que son, ó cielo ó infierno:  
Tú, Patricio, nos lo enseñas.  
Si en el cielo, no es piedad  
De Dios que del cielo vuelva  
Ninguno al mundo, y que luego  
Este condenarse pueda,  
Habiendo estado una vez  
En gracia: verdad es cierta.

Si es que estuvo en el infierno.  
No es justicia; pues no fuera  
Justicia que el que una vez  
Pena mereció, volviera  
Donde pudiera ganar  
Gracia; y es fuerza que sean  
En Dios justicia y piedad,  
Patricio, una cosa mesma,  
Pues ¿dónde estuvo aquella alma?

PATRICIO.

Oye, Egerio, la respuesta.  
Yo concedo que del alma  
Bautizada centro sea  
O la gloria ó el infierno,  
De donde salir no pueda  
Por el especial decreto,  
Hablando de la potencia  
Ordinaria; pero hablando  
De la absoluta, pudiera  
Dios del infierno sacarla;  
Pero no es la cuestion esta.  
Que va á uno de dos lugares  
El alma, es bien que se entienda,  
Cuando se despidió el alma  
Del cuerpo en mortal ausencia  
Para no volver á él;  
Mas cuando ha de volver, queda  
En estado de viadora,  
Y así se queda suspensa  
En el universo, como  
Parte del, sin que en él tenga  
Determinado lugar;  
Que la suma Omnipotencia  
Antevió todas las cosas  
Desde que su misma esencia  
Sacó esa fábrica á luz  
Del ejemplar de su idea;  
Y así vió este caso entonces,  
Y seguro de la vuelta  
Que habia de hacer aquella alma,  
La tuvo entonces suspensa,  
Sin lugar y con lugar.  
Teología sacra es esta,  
Con que queda respondido  
A tu argumento, Y aun queda  
Otra cosa que advertir:  
Que hay mas lugares que piensas  
De la pena y de la gloria  
Que dices; y es bien que sepas  
Otro, que es el purgatorio,  
Donde el alma á purgar entra,  
Habiendo muerto en la gracia,  
Las culpas que dejó hechas  
En el mundo; porque nadie  
Entra en el cielo con ellas;  
Y así allí se purifica,  
Se aerisola allí y se acendra,  
Para llegar limpia y pura  
A la divina presencia.

REY.

Eso dices tú, y no tengo  
Muestra ni señal mas cierta  
Que tu voz. Dame un amago,  
Dame un rasgo, una luz de esa  
Verdad, y tóquela yo  
Con mis manos, porque vea  
Que lo es. Y pues que puedes  
Tanto con tu Dios, impetra  
Su gracia, pdele tú  
Que, para que yo le crea,  
Te dé un ente real que todos  
Le toquen; no todos sean  
Entes de razon. Y advierte  
Que solo una hora te queda  
De plazo, y en ella hoy  
Me has de dar señales ciertas  
De la pena y de la gloria.  
O has de morir. Vengan, vengan  
Los prodigios de tu Dios,  
Donde los tengamos cerea.  
Y por si no merecemos



Los otros glorias ni penas,  
Dénos ese purgatorio,  
Que ni uno ni otro sea,  
Donde todos conozcamos  
Su divina omnipotencia.  
La honra de Dios te va;  
Dile á él que la delienda.

(*Vanse todos, ménos Patricio.*)

### ESCENA XV.

PATRICIO.

Aquí, Señor inmenso y soberano,  
Tus iras, tus venganzas, tus castigos  
Rompan los escuadrones enemigos  
De una ignorancia, de un error profano.  
No piadosos procedas, pues en vano  
A tus contrarios tratas como amigos,  
Y ya que á tu poder buscan testigos,  
Rayos esgrima tu sangrienta mano.  
Rigores te pidió el celo de Elias,  
Y la fe de Moises pidió portentos;  
Y aunque tuyas no son las voces mías,  
Penetrarán el cielo sus acentos,  
Pidiéndote, Señor, noches y días,  
Portentos y rigores; porque atentos  
A glorias y tormentos,  
Por sombras, por figuras sea notorio  
Al mundo, cielo, infierno y purgatorio

### ESCENA XVI.

UN ANGEL BUENO, *por un lado*; y *por otro*, UN ANGEL MALO.—PATRICIO.

ÁNGEL MALO. (*Para sí.*)

Temeroso de que el cielo  
Descubra á Patricio santo  
Este prodigio, este encanto,  
Mayor tesoro del suelo,  
Quise, de rigores lleno,  
Como ángel de luz, venir  
A turbar y pervertir,  
Vertiendo rabia y veneno,  
Su petición.

ÁNGEL BUENO. (*Al malo.*)

No podrás,  
Monstruo cruel; porque soy  
Quien en su defensa estoy.  
Emudece, no hables mas. —  
Patricio, tu petición (*A él.*)  
Oyó Dios; y así ha querido  
Dejarte favorecido  
Con esta revelación.  
Busca en estas islas una  
Cueva, que es en su horizonte  
La bóveda de ese monte  
Y el freno de esa laguna;  
Y el que entrare osado á vella  
Con contrición, confesados  
Antes todos sus pecados,  
Tendrá el purgatorio en ella.  
En ella verá el infierno,  
Y las penas que padecen  
Los que en sus culpas merecen  
Tormentos de fuego eterno.  
Verá una iluminación  
De la gloria y paraíso;  
Pero dase cierto aviso,  
Que aquel que sin contrición  
Entrare, por solo ver  
Los misterios de la cueva,  
Su muerte consigo lleva,  
Pues entrará á padecer  
Mientras que Dios fuere Dios,  
El cual, por favor segundo,  
De las fatigas del mundo  
Hoy te sacará; y los dos  
Os veréis en la region  
Del empero soberano,  
Subiendo á ser ciudadano

De la celestial Sion,  
Dejando el mayor indicio  
Del milagro más notorio  
Del mundo, en el purgatorio,  
Que llamen de San Patricio  
Y en prueba de que es verdad  
Un milagro tan divino,  
Aquesta liera que vino  
A profanar tu piedad,  
Llevaré al oscuro abismo.  
Prision, calabozo y centro,  
Porque le atormenten dentro  
Su envidia y veneno mismo.

(*Desaparecen.*)

PATRICIO.

Gloria los cielos te den,  
Inmenso Señor, pues sabes  
Con maravillas tan graves  
Volver por tu honor tan bien —  
Egerio. (*Llamando.*)

### ESCENA XVII.

EL REY, FILIPO, LESBIA, LEOGAR-  
RIO, EL CAPITAN, PUEBLO. — PA-  
TRICIO.

REY.

¿Qué quieres?

PATRICIO.

Ven

Por este monte conmigo,  
Y cuantos vienen contigo  
Me sigan, y en él verán  
Imágenes, donde están  
Juntos el premio y el castigo.  
Verán un anago breve  
De un prodigio dilatado,  
Un milagro continuado,  
A cuya grandeza debe  
Admiración, que se atreve  
A disfrazar su secreto:  
Verán un rasgo perfeto  
De maravillas que están  
Guardadas aquí, y verán  
Infierno y gloria en efecto.

(*Vase, y sigue todos.*)

Parte remota del monte, con boca de una  
horrible cueva.

### ESCENA XVIII.

LOS MISMOS.

REY.

Mira, Patricio, que vas  
Entrando á una parte, donde  
Aun la luz del sol se esconde,  
Que aquí no llegó jamas.  
El monte que viendo estás,  
Ningun hombre ha sujetado;  
Que su camino intrincado  
En tantos siglos no ha sido,  
De humana planta seguido,  
De inculta fiera pisado.

FILIPPO.

Los naturales que aquí  
Largas edades vivimos,  
A ver no nos atrevimos  
Los secretos que hay ahí;  
Porque se defiende á sí  
Tanto la entrada importuna,  
Que no hay persona alguna.  
Que pase por su horizonte  
Los peñascos de ese monte,  
Las ondas de esa laguna.

REY.

Solo con agüeros graves  
Oímos, por mas espanto,

El triste, el funesto canto  
De las mas nocturnas aves.

FILIPPO.

De penetrarle no acabes.

PATRICIO.

No os cause el temor desvelos;  
Que mi tesoro de los cielos  
Se guarda aquí.

REY.

¿Qué es temor?

¿Pueden á mí darme horror  
Volcanes y mongibelos?  
Cuando con asombro sumo  
Llamas los centros respiren,  
Rayos las esferas tiren,  
Diluvios de fuego y humo,  
De mi valor no presumo  
Que me dé temor.

### ESCENA XIX.

POLONIA. — DICHOS.

POLONIA.

Detente,

Pueblo bárbaro, imprudente  
Y osado: con paso errante  
No pases mas adelante,  
Que está tu desdicha enfrente.  
Huyendo de mí misma, he penetrado  
Este rústico monte la espesura,  
Cuyo ceño, de robles coronado,  
Amenazó del sol la lumbre pura;  
Porque, en su oscuro centro sepultado  
Mi delito, viviese mas segura,  
Hallando puerto en seno tan profundo  
A los airados piclagos del mundo.  
Llegué á esta parte, sin haber tenido  
Norte que me guiase; porque es tanta  
Su soberbia, que nunca ha consentido  
Muda impresion de conducida planta.  
Su semblante intrincado y retorcido,  
Que visto admira, que admirado espanta.  
Causando asombros con inútil guerra,  
Misterio incluye, maravilla encierra.  
¿No ves ese peñasco, que parece  
Que se está sustentando con trabajo,  
Y con el ausia misma que padece,  
Ha tantos siglos que se viene abajo?  
Pues mordaza es que sella y emudece  
El aliento á una boca, que debajo  
Abierta está, por donde con pereza  
El monte melancólico hosteza.  
Esta, pues, de cipreses rodeada,  
Entre los labios de una y otra peña,  
Descubre la cerviz desaliñada,  
Suelto el cabello, á quien sirvió de greña  
Inútil yerba, aun no del sol tocada,  
Donde en sombras y lejos nos enseña  
Un espacio, un vacío, horror del día,  
Funeo albergue de la noche fría.  
Yo quise entrar á examinar la cueva  
Para mi habitación. Aquí no puedo  
Proseguir, que el espíritu se eleva,  
Desfallece la voz, muere el denuedo.  
¿Qué nuevo horror, qué admiración tan

[nueva]

Os contara, á no ser tan dueño el miedo,  
Helado el pecho y el aliento frío  
De mi voz, de mi accion, de mi albedrio!  
Apénas en la cueva entrar quería,  
Cuando escucho en sus cóncavos, veloces  
(Como de quien se queja y desconfía  
De su dolor), desesperadas voces.  
Blasfemias, maldiciones solo oía,  
Y repetir delitos tan atroces,  
Que pienso que los cielos, por no oillos,  
Quisieron á esa cárcel reducirlos.  
Llegue, atrévase, ose el que lo duda;  
Entre, pruebe, examine el que lo niega,  
Verá, sabrá y oirá, sin tener duda,

Furias, penas, rigores, cuando llega :  
Porque mi voz absorta, helada y muda,  
A miedo, espanto y novedad se entrega;  
Y no es bien que se atreva a los humanos  
A secretos del cielo soberanos.

PATRICIO.

Esta cueva que ves, Egerio, encierra  
Misterios de la vida y de la muerte.  
Pero falta decirte, cuánto yerra  
Quien en pecado su misterio advierte;  
Pero el que confesado se destierra  
Al temor, y con pecho osado y fuerte  
Entrare aquí, su culpa remitida  
Verá, y el purgatorio tendrá en vida.

REY.

¿Piensas, Patricio, que á mi sangre debo  
Tan poco, que me espante ni me asom-  
bre,  
O que como mujer temblando muevo?  
Decid, ¿quién de vosotros será el hombre  
Que entre? ¿Callas, Filipo?

FILIPO.

No me atrevo.

REY.

Tú, capitán, ¿no llegas?

CAPITAN.

Solo el nombre

Me atemoriza.

REY.

¿Atrévete, Leogario?

LEOGARIO.

Es el cielo, señor, mucho contrario.

REY.

Oh cobardes, oh infames, hombres viles,  
Indignos de ceñir templado acero,  
Si no de solo adornos mujeriles!  
Pues yo he de ser, villanos, quien primero  
Los encantos extraños y sutiles  
Destruye de un cristiano, un hechicero;  
Mirad en mí con tan valiente extremo,  
Que ni temo su horror, ni á su Dios temo.

(Va Egerio á la cueva, y al entrar se  
hunde con mucho ruido, y suben lla-  
mas, oyéndose muchas voces.)

POLONIA.

¿Qué asombro!

LEOGARIO.

¿Qué prodigio!

POLONIA.

¿Qué portentoso!

CAPITAN.

Llamas el centro de la tierra espira.

(Vase.)

LEOGARIO.

Los ejes rotos vi del firmamento. (Vase.)

POLONIA.

El cielo desató toda su ira. (Vase.)

LESBIA.

La tierra se estremece, y gime el viento.

(Vase.)

PATRICIO.

La mano vuestra, gran Señor, admira  
Vuestros contrarios. (Vase.)

FILIPO.

¿Quién será el sin juicio.  
Que entre en el purgatorio de Patricio?  
(Vase.)

## JORNADA TERCERA.

Calle. — Es de noche.

## ESCENA PRIMERA.

JUAN PAULIN, *de soldado ridículo*, y  
LUDOVICO, *muy pensativo*.

PAULIN.

Algun día había de ser,  
Pues fué fuerza que llegase,  
El que yo te preguntase  
Lo que pretendo saber.  
Ve conmigo. Yo sé  
De mi cabaña a enseñarte  
El camino, y a la parte  
Donde te embarcaste fui.  
Allí otra vez me dijiste:  
«A mi mano has de morir,  
O conmigo has de venir.»  
Y como á escoger me diste,  
Escogí del mal el mas;  
Que fué el venirme contigo,  
A quien como sombra sigo  
En cuantas provincias has  
Discurrido, Italia, España,  
Francia, Escocia, Inglaterra.  
Y en efecto, no hubo tierra,  
Que por remota y extraña,  
Se te escapase. Y al fin,  
Después de haber caminado  
Tanto, la vuelta hemos dado  
A Irlanda. Yo, Juan Paulin,  
Confuso de ver que vienes,  
Barba y cabello crecido,  
Mudando lengua y vestido,  
Pregunto, ¿qué causa tienes  
Para hacer estos disfraces?  
No sales de la posada  
De día, y en la noche helada  
Mil temeridades haces,  
Sin advertir que llegamos  
A una tierra, donde todo  
Está trocado, de modo  
Que nada, señor, dejamos  
Como lo hallamos. Egerio  
Desesperado murió,  
Y Lesbia su hija quedó  
Heredera deste imperio;  
Porque Polonia...

LUDOVICO.

Prosigne,

Sin que á Polonia me nombres.  
No me mates, no me asombres  
Con suceso que me obligue  
A hacer extremos. Ya sé  
Que Polonia al fin murió.

PAULIN.

El huésped me lo contó,  
Y me dijo cómo fué  
El hallarla muerta, y...

LUDOVICO.

Calla;

Porque no quiero saber  
Su muerte, pues no ha de ser  
Para sentilla y lloralla.

PAULIN.

Al fin me dijo que acá,  
Dejando horrores profanos.  
Todos son buenos cristianos;  
Porque un Patricio, que ya  
Murió...

LUDOVICO.

¿Patricio murió?

PAULIN.

El huésped lo dice así.

LUDOVICO.

(Ap. Mal mi palabra cumplí.)  
Prosigue.

PAULIN.

Les predicó  
La fe de Cristo, y en prueba  
De que es divina verdad  
Del alma la eternidad,  
Aquí descubrió una cueva,  
¿Y qué cueva! Atemoriza  
El oírlo.

LUDOVICO.

Ya lo sé.

Que otras veces lo escuché,  
Y el cabello se me eriza;  
Porque aquí los moradores  
Ven prodigios cada día.

PAULIN.

Como tu melancolía,  
Entre asombros y temores,  
No te deja hablar ni ver  
A nadie, y siempre encerrado  
Estás, señor, no has llegado  
A ver, oír y saber  
Estas cosas. Pero aquí  
Es lo que ménos importa:  
Mi prolija duda acorta,  
Y á lo que venimos di.

LUDOVICO.

Quiero á todo responderle.  
De tu casa te saqué,  
Y mi intento entonces fué  
Darte en el campo la muerte;  
Mas parecióme mejor  
Que, llevándote conmigo,  
Mi compañero y amigo  
Fueses, quitando el temor  
Que me causaba llegar  
A hablar á nadie; y en fin,  
Yendo conmigo, Paulin,  
Me pudiste asegurar.  
Varias tierras anduvimos,  
Nada en ellas te faltó;  
Y respondiéndote yo  
Agora á lo que venimos,  
Sabe que es á dar la muerte  
A un hombre de quien estoy  
Ofendido; y así voy  
Encubriendo desta suerte  
El traje, la patria, el nombre;  
Y de noche este fin sigo,  
Por ser mi fuerte enemigo  
El mas poderoso hombre  
De la tierra. Ya que á ti  
Fio todo mi secreto,  
Escucha para qué efeto  
Hoy me has seguido hasta aquí.  
Tres días há que llegué  
A esta ciudad disfrazado,  
Y dos noches que embozado  
A mi enemigo busqué  
En su casa y en su calle;  
Y un hombre que a mí llegó  
Embozado, me estorbó  
Por dos veces el matalle.  
Este me llama, y después  
Que voy, se desaparece  
Tan veloz, que me parece  
Que lleva el viento en los pies  
Hete esta noche traído,  
Porque si acaso viniere,  
Escapar de dos no espere;  
Pues entre los dos cogido,  
Le podremos conocer.

PAULIN.

¿Y quién son los dos?

LUDOVICO.

Tú y yo.



PAULIN.

Yo no soy ninguno.

LUDOVICO.

¿No?

PAULIN.

No, señor, ni puedo ser  
 Uno ni medio en notorios  
 Peligros con que me asombras  
 ¿Yo con las señoras sombras  
 Y señores purgatorios?  
 En mi vida me meti  
 Con cosas del otro mundo,  
 Y en justa razón lo fundo.  
 Mándame, señor, á mi  
 Que con mil hombres me maté;  
 Que en esta ocasión, yo sé  
 Que de todos mil huire,  
 Y aun de uno; que es dislate,  
 Digno del hombre mas loco,  
 Que haya quien morirse quiera  
 Por no dar una carrera,  
 ¿Cosa que cuesta tan poco!  
 Estimo en mucho mi vida:  
 Déjame, señor, aquí,  
 Y despues vuelve por mí.

LUDOVICO.

Esta es la casa: homicida  
 De Filipo hoy he de ser.  
 Veamos si el cielo pretende  
 Defenderle, y le defiende.  
 Aquí te puedes poner.

## ESCENA II.

UN HOMBRE EMBOZADO.—LUDOVICO, PAULIN.

PAULIN.

No hay para qué, que ya allí  
 Un hombre viene.

LUDOVICO.

Dichoso

Soy, si llega la ocasión  
 En que dos venganzas tomo;  
 Pues esta noche no habrá  
 A mis rigores estorbo,  
 Dando muerte á este embozado  
 Antes que á Filipo. Solo  
 Viene: él es; que ya las señas  
 Por el talle reconozco,  
 O porque me atemoriza  
 El miralle, y me da asombro.

EMBOZADO.

Ludovico.

LUDOVICO.

Ya há dos noches,  
 Caballero, que aquí os noto.  
 Si me llamais, ¿por qué huis?  
 Y si me buscasteis, ¿cómo  
 Os ausentasteis?

EMBOZADO.

Seguidme,

Sabréis quién soy.

LUDOVICO.

Tengo un poco

Que hacer en aquesta calle,  
 Y me importa quedar solo;  
 Porque en matándos á vos,  
 Tengo que matar á otro.  
 (Saca la espada y acuchilla al viento.)

Ó saqueis ó no la espada,  
 Desta manera dispongo  
 Dos venganzas. ¡Vive Dios!  
 Que el aire acuchillo y corto,  
 Y no otra cosa. Paulin,  
 Ataja tú por esotro  
 Lado.

T. VII.

PAULIN.

Yo no sé atajar.

LUDOVICO.

Pues he de seguirsos todo  
 El lugar, hasta que sepa  
 Quién sois. (Ap. En vano propongo  
 Darle muerte. ¡Vive Dios,  
 Que rayos de acero arrojo,  
 Y que de ninguna suerte  
 Le ofendo, liero ni toco!)  
 (Vase tras él acuchillándole, sin poderle tocarle.)

## ESCENA III.

FILIPO. — PAULIN.

PAULIN. (Ap.)

¡Vayan en buen hora! Ya  
 Salí de la calle, y otro  
 Se viene á mi; mas tentado  
 Estoy que algún San Antonio,  
 De figuras y fantasmas.  
 En esta puerta me escondo,  
 En tanto que aqueste pasa.

FILIPO.

Amor atrevido y loco,  
 Con los favores de un reino  
 Me haces amante dichoso.  
 Fuéste Polonia al desierto,  
 Donde entre peñas y troncos,  
 Ciudadana de los montes,  
 Isleña de los escollos  
 Vive, renunciando en Lesbía  
 El reino: yo codicioso  
 Mas que amante, á Lesbía sirvo,  
 A la majestad adoro;  
 De hablarla vengo á una reja,  
 Doude mil finezas oigo.  
 Mas ¿qué es esto? Cada noche  
 Un hombre á mis puertas topo.  
 ¿Quién será?

PAULIN. (Ap.)

Hácia mi se viene.

Mas ¿que hay para mí y todo  
 Fantasmilla?

FILIPO.

Caballero.

PAULIN.

A ese nombre no respondo;  
 No habla conmigo.

FILIPO.

Esa es

Mi casa.

PAULIN.

Yo no os la tomo;  
 Goceisla un siglo, sin huésped  
 De aposento.

FILIPO.

Si es forzoso

Estar en aquesta calle  
 (Que eso ni apruebo ni toco),  
 Dadme lugar á que pase.

PAULIN.

(Ap. Cortes habló y temeroso:  
 También hay sombras gallinas.)  
 Yo tengo un mucho, ó un poco  
 Que hacer; entrad norabuena,  
 Que á ningún señor estorbo  
 Que entre á acostarse, ni es justo.

FILIPO.

Yo la condicion otorgo.  
 (Ap. ¡Bravas sombras esta calle  
 Tiene: cada noche noto  
 Que delante de mí viene  
 Un hombre, y mas cuidadoso  
 Reparo, que se me piedad)

En estos umbrales propios,  
 Pero á mi ¿qué me va en esto?) (Vase.)  
 (Saca Paulin la espada, y hace que riñe.)

PAULIN.

Ya se fué: agora es forzoso  
 Esto. Aguarda, sombra fria,  
 Si eres sombra, ó si eres sombro.  
 No le alcanzo: ¡vive Dios!  
 Que el aire acuebillo y corto.  
 Mas si es este el eaballero,  
 Que en el screno nosotros  
 Esperamos, ¡vive Dios!  
 Que él es un hombre dichoso,  
 Pues ya se ha entrado á acostar.  
 Mas otra vez ruido oigo  
 De cuchilladas y voces:  
 Allí son, por aquí corro. (Vase.)

Otra calle.

## ESCENA IV.

EL EMBOZADO, LUDOVICO.

LUDOVICO.

Ya salimos, caballero,  
 De la calle: si era estorbo  
 Reñir en ella, ya estamos  
 Cuerpo á cuerpo los dos solos.  
 Y pues mi espada no ofende  
 Vuestra persona, me arrojo  
 A saber quién sois. Decídmelo,  
 ¿Sois hombre, sombra ó demonio?  
 ¿No hablais? Pues he de atreverme  
 A quitáros el embozo,  
 (Se le quita, y halla debajo un esqueleto.)

Y saber... ¡Válgame el cielo!  
 ¿Qué miro? ¡Ay Dios, qué espantoso  
 Espectáculo, qué horrible  
 Vision, qué mortal asombro!  
 ¿Quién eres, yerto cadáver,  
 Que deshecho en humo y polvo  
 Vives hoy?

EMBOZADO.

¿No te conoces?

Este es tu retrato propio.  
 Yo soy Ludovico Enio. (Desaparece.)

LUDOVICO.

¡Válgame el cielo! ¿qué oigo?  
 ¡Válgame el cielo! ¿qué veo?  
 Sombras y desdichas toco.  
 Muerto soy. (Cae en el suelo.)

## ESCENA V.

PAULIN. — LUDOVICO.

PAULIN.

La voz es esta  
 De mi señor: el socorro  
 Le llega á buen tiempo en mi.  
 ¡Señor!

LUDOVICO.

¿A qué vuelves, monstruo  
 Horrible? Ya estoy rendido  
 A tu voz.

PAULIN.

(Ap. El está loco.)

Que no soy el monstruo horrible;  
 Juan Paulin soy, aquel tonto,  
 Que sin qué ni para qué  
 Te sirvo.

LUDOVICO.

¡Ay Paulin! De modo  
 Estoy, que ignoro quién eres;  
 ¡Pero qué mucho, si ignoro  
 Quién soy yo! ¿Viste, por dicha,  
 Un cadáver temeroso,

Un muerto con alma, un hombre  
Que en el armadura solo  
Se sustentaba, la carne  
Negada á los huesos broncos,  
Las manos yertas y frías,  
Y el cuerpo desnudo y tosco,  
De sus cóncavos vacíos,  
Desencajados los ojos?  
¿Por dónde fué?

PAULIN.

Pues si yo  
Le hubiera visto, forzoso  
Fuera que no lo dijera;  
Pues en ese instante propio,  
Cayera de esotro lado  
Mas muerto que él.

LUDOVICO.

Y aun yo y todo;  
Pues la voz muda, el aliento  
Triste, el pecho pavoroso  
Visten de hiel al sentido,  
Calzan á los pies de plomo.  
Sobre mí he visto pendiente  
La máquina de dos polos,  
Siendo de tanta fatiga  
Breves atlantes mis hombros:  
Parece que se levanta  
De cada flor un escollo,  
De cada rosa un gigante;  
Porque sus cóncavos rotos,  
Quiere arrojar de su vientre  
Los muertos que guarda en polvo.  
Yo vi á Ludovico Enio  
Entre ellos. ¡Cielos piadosos,  
Escondedme de mí mismo.  
Y en el centro mas remoto  
Me sepultad: no me vea  
A mí, pues no me conozco!  
Pero si conozco, sí;  
Pues sé que fui yo aquel monstruo  
Tan rebelde, que á Dios mismo  
Se atrevió soberbio y loco:  
Aquel que tantos delitos  
Cometió, que fuera poco  
Castigo, que Dios mostrara  
En él sus rigores todos;  
Y que, mientras fuera Dios,  
Padeciera rigurosos  
Tormentos en los infiernos  
Mas despues desto conozco  
Que son hechos contra un Dios  
Tan divino y tan piadoso,  
Que puedo alcanzar perdon,  
Cuando arrepentido lloro.  
Yo lo estoy, Señor, y en prueba  
De que hoy empiezo á ser otro,  
Y que nazco nuevamente,  
En vuestras manos me pongo.  
No me juzgueis justiciero,  
Pues son atributos propios  
La justicia y la piedad:  
Juzgad misericordioso;  
Mirad vos qué penitencia  
Puedo hacer, que yo la otorgo.  
¿Que será satisfaccion  
De mi vida?

*Música (Dentro)**El purgatorio.*

LUDOVICO.

¿Válgame el cielo! ¿qué escucho?  
Acentos son sonoros;  
Iluminacion parece  
Del cielo, que misterioso  
Da auxilios al pecador.  
Y pues en él reconozco  
Lo que Dios inspira, quiero  
Entrar en el purgatorio  
De Patricio, y cumpliré,  
Sujeto, humilde y devoto,  
La palabra que le di

Viendo, si tal dicha toco,  
A Patricio. Si este intento  
Es terrible, es riguroso,  
Porque no hay humanas fuerzas  
Que resistan los asombros,  
Ni que sufran los tormentos  
Que ejecuten los demonios,  
Tambien fuéron rigurosas  
Mis culpas. Médicos doctos  
A peligrosas heridas  
Dan remedios peligrosos.—  
Vente conmigo, Paulin:  
Verás que á los pies me postró  
Del obispo, y que confieso  
Allí mis pecados todos  
A voces, por mas espanto.

PAULIN.

Pues para eso vete solo,  
Que no ha de ir acompañado  
Un hombre tan animoso:  
Y no he oído que ninguno  
Vaya al infierno con mozo  
A mi aldea me lle de ir;  
Allí vivo sin enojos,  
Y fantasma por fantasma,  
Bástame mi matrimonio

LUDOVICO.

Públicas fuéron mis culpas  
Y así públicas dispongo  
Las penitencias: ire  
Dando voces como loco,  
Publicando mis delitos.  
Hombres, lieras, montes, globos  
Celestiales, penas duras,  
Plantas tiernas, secos olmos,  
Yo soy Ludovico Enio;  
Temblad á mi nombre todos,  
Que soy monstruo de humildad  
Si fui de soberbia monstruo,  
Y tengo fe y esperanza  
Que me veréis mas dichoso,  
Si en nombre de Dios, Patricio  
Me ayuda en el purgatorio.

(Vase.)

Selva en cuyo centro se verá un monte, del  
cual descende Polonia.

## ESCENA IX.

POLONIA.

Quisiera ¡oh Señor mio!  
Que en estas soledades,  
Una y mil voluntades  
Os diera mi albedrio,  
Y liberal quisiera  
Que cada voluntad un alma fuera.  
Quisiera haber dejado,  
No un reino humilde y pobre,  
Sino el imperio sobre  
Quien, siempre coronado,  
Ilumina y pasea  
El sol, en cuantos círculos rodea.  
Esta humilde casilla,  
Tan pobre y tan pequeña,  
Parto de aquesta Peña,  
Octava maravilla  
Es, cuyo breve espacio,  
La majestad excede del palacio.  
Mas precio ver la salva  
Del día, cuando llora  
Blando aljófár la aurora  
En los brazos del alba,  
Y el sol hermoso en ellas  
Sale con vanidad borrando estrellas;  
Mas precio ver que baña  
Al descender la noche,  
Su luminoso coche  
En las ondas de España,  
Pudiendo la voz mia  
Aharos, Señor, de noche y día:

Que ver las majestades  
Con soberbia servidas,  
Siempre desvanecidas  
Con locas vanidades;  
Siendo ¡á quién no le asombra!  
La vida breve una caduca sombra.

## ESCENA VII.

LUDOVICO.—POLONIA.

LUDOVICO.

(Ap. Yo voy constante y fuerte:  
Mi espíritu me lleva  
Buscando aquella cueva,  
Donde el cielo me advierte  
La salud conocida,  
Teniendo en ella el purgatorio en vida.)  
Digasme tú, divina (A Polonia);  
Mujer, que este horizonte  
Vives, siendo del monte  
Moradora y vecina,  
¿Qué camino da iníicio,  
Para ir al purgatorio de Patricio?

POLONIA.

Dichoso peregrino,  
Que así buscando vienes  
De los mas ricos bienes  
El tesoro divino,  
Bien podré yo guiarte,  
Que por eso no mas vivo esta parte:  
¿Ves ese monte?

LUDOVICO. (Ap.)

Y veo

Mi muerte en él.

POLONIA. (Ap.)

¿Ay triste!

Alma, ¿qué es lo que viste?

LUDOVICO. (Ap.)

¿Si es ella? No lo creo.

POLONIA. (Ap.)

¿Si es él? No certifico.

LUDOVICO. (Ap.)

Esta es Polonia.

POLONIA. (Ap.)

Aquel es Ludovico

LUDOVICO.

Pero ilusion ha sido,  
Porque á volver me obligue  
De mi intento. Prosigne. (A Polonia.)

POLONIA. (Ap.)

¿Si vencerme ha querido  
El comun enemigo  
Con sombras?

LUDOVICO.

¿No prosigues?

POLONIA.

Ya prosigo.

Pues este monte tiene  
Ese prodigio dentro,  
A cuyo oscuro centro  
Nadie por tierra viene:  
Y así por agua llega,  
Que esa laguna en barcos se navega.  
(Ap. Con la venganza lucho,  
Con la piedad me venzo.)

LUDOVICO. (Ap.)

Nuevas dichas comiezo,  
Pues la miro y escucho.

POLONIA. (Ap.)

Peleando estoy conmigo.

LUDOVICO.

¿Muerto estoy! ¿No prosigues?



POLONIA.

Ya prosigo.

Esa laguna cerca  
 Todo el monte eminente  
 Y así mas fácilmente  
 Por ella está mas cerca  
 Un convento sagrado,  
 En medio de la isla fabricado.  
 Canónigos reglares  
 Le habitan, y á su cargo  
 Está el discurso largo  
 De avisos singulares,  
 De misas, confesiones,  
 De ceremonias y otras prevenciones,  
 Que debe hacer primero,  
 Quien padecer quisiere  
 En vida. (Ap. Pues no espere  
 Este enemigo fiero  
 Vencerme.)

LUDOVICO. (Ap.)

Mi esperanza  
 No ha de tener aquí desconfianza  
 Viendo el mayor delito  
 Presente, aunque me ofrece  
 Culpas en que tropiece,  
 Vencerme solicito.

POLONIA. (Ap.)

¿Con qué fuerte enemigo  
 Me veo!

LUDOVICO.

¿No prosigues?

POLONIA.

LUDOVICO.

Pero el discurso acorta;  
 Porque el alma me avisa  
 Que importa el irme aprisa.

POLONIA.

A mí tambien me importa  
 Que te vayas.

LUDOVICO.

Pues sea

Diciéndome, mujer, por donde vea  
 El camino.

POLONIA.

Ninguna

Persona de aquí pasa acompañada;  
 Y así la esfera helada  
 De esa breve laguna,  
 En un barco pequeño  
 Has de pasar, siendo absoluto dueño  
 De tus acciones. Llega,  
 Que en la orilla está atado;  
 Y en solo Dios fiado,  
 Los cristales navega  
 De esc piélago presto.

LUDOVICO.

A mí tambien me va la vida en esto;  
 Y así al barco me entrego.  
 ¿Qué horror al alma ofrece!  
 Un atahud parece;  
 Y yo solo navego  
 Por esta nieve fria. (Éntrase.)

POLONIA.

Pues no vuelvas atras, sigue y confia.

LUDOVICO. (Dentro.)

Venci, venci, Polonia,  
 Pues que no me ha rendido  
 Tu vista.

POLONIA.

Yo he vencido,  
 En esta Babilonia  
 Confusa, enojo y ira.

LUDOVICO. (Dentro.)

Tu fingido semblante no me admira,  
 Aunque tomases forma

Para que yo dejase  
 El fin que sigo, y que desconfiase.

POLONIA.

Mal el temor te informa,  
 De ánimo pobre y de temores rico,  
 Porque yo soy Polonia, Ludovico,  
 La misma á quien tú diste  
 Muerte, que venturosa  
 Hoy vivo, mas dichosa  
 En este estado triste.

LUDOVICO. (Dentro.)

Pues ya el alma confiesa  
 Su culpa, y mas de su rigor la pesa:  
 Mis errores perdona.

POLONIA.

Si hago, y tu intento apruebo.

LUDOVICO. (Dentro.)

Mi fe conmigo llevo.

POLONIA.

Esa sola te abona.

LUDOVICO. (Dentro.)

Adios.

POLONIA.

Adios

LUDOVICO. (Dentro.)

El su rigor aplaque.

POLONIA.

Y él con victoria de ese horror te saque.

Entrada del convento: en el fondo la cueva  
 de Patricio.

## ESCENA VIII.

DOS CANÓNICOS REGLARES; despues LU-  
 DOVICO.

CANÓNIGO 1.º

Las ondas de la laguna  
 Se mueven sin el veloz  
 Viento: sin duda á la isla  
 Llegan peregrinos hoy.

CANÓNIGO 2.º

Vamos á la orilla á ver  
 Quiénes tan osados son,  
 Que se atreven á tocar  
 Nuestra oscura habitacion.

(Sale Ludovico.)

LUDOVICO.

Ya el barco fié á las ondas,  
 Diré el atahud mejor.  
 ¿Quien navegó en su sepulcro,  
 Nieve y fuego, sino yo?  
 ¿Qué ameno sitio que es este!  
 Aquí pienso que llamó  
 A cortes la primavera  
 La noble y plebeya flor.  
 ¿Qué triste monte es aquel!  
 Tan disformes son los dos,  
 Que les hace mas amigos  
 La contraria oposicion.  
 Allí cantan tristes aves  
 Quejas que causan temor;  
 Aquí pájaros alegres  
 Enamoran con su voz.  
 Allí bajan los arroyos  
 Despeñados con horror,  
 Y aquí mansamente corren  
 Dándole espejos al sol.  
 En medio de esta fealdad  
 Y esta hermosura, saco  
 La frente un grave edificio  
 Miedo me causa y amor.

CANÓNIGO 1.º

Venturoso caminante,  
 Que te has atrevido hoy,  
 Llegá á mis brazos.

LUDOVICO.

Al suelo

Que pisas será mejor;  
 Y llévame, por piedad,  
 Agora á ver al prior  
 Que este convento gobierna.

CANÓNIGO 1.º

Aunque indigno, yo lo soy.  
 Habla, prosigue; ¿qué dudas?

LUDOVICO.

Padre, si dijera yo  
 Quién soy, temiera que huyendo  
 De mí, le diera temor  
 Mi nombre; porque mis obras  
 Tan abominables son,  
 Que, por no verlas, se cubre  
 De luto ese resplandor.  
 Soy un abismo de culpas  
 Y un piélago de furor,  
 Soy un mapa de delitos,  
 Y el mas grave pecador  
 Del mundo: y para decirlo  
 Todo en sola una razon  
 (Aquí me falta el aliento),  
 Ludovico Enio soy.  
 Vengo á entrar en esta cueva,  
 Donde, si hay satisfaccion  
 A tantas culpas, lo sea  
 Su penitencia. Yo estoy  
 Absuelto ya: que el obispo  
 De Hibernia me confesó,  
 E informado de mi intento,  
 Con agrado y con amor  
 Me consoló, y para tí  
 Aquestas cartas me dió. (Dáselas.)

CANÓNIGO 1.º

No se toma en solo un día  
 Tan gran determinacion,  
 Ludovico; que estas cosas  
 Mny para pensadas son.  
 Estad aquí algunos dias  
 Huésped, y despues los dos  
 Lo veremos mas despacio.

LUDOVICO.

No, padre mio, eso no;  
 Que no me he de levantar  
 Desta tierra, hasta que vos  
 Me concedais este bien.  
 Auxilio fué, inspiracion  
 De Dios la que aquí me trajo,  
 No vanidad, no ambicion,  
 No deseo de saber  
 Secretos que guarda Dios.  
 No pervirtais este intento,  
 Que es divina vocacion.  
 Padre mio, piedad pido,  
 Dad á mis penas favor,  
 Dad á mis ansias consuelo,  
 Dad alivio á mi dolor.

CANÓNIGO 1.º

Tú, Ludovico, no adviertes  
 Que pides mucho, y que son  
 Los tormentos del infierno  
 Los que has de pasar. Valor  
 No tendrás para sufrirlos.  
 Muchos, Ludovico, son  
 Los que entraron; pero pocos  
 Los que salieron.

LUDOVICO.

Temor

No me dan sus amenazas;  
 Que yo protesto que voy  
 Solo á purgar mis pecados,  
 Cuyo número excedió  
 A las arenas del mar  
 Y á los átomos del sol.  
 Firme esperanza tendré  
 Puesta siempre en el Señor,

A cuyo nombre vengido  
Queda el infierno.

CANÓNIGO 1.º

El fervor  
Con que lo dices, me obliga  
Que te abra las puertas hoy.  
Esta, Ludovico, es  
La cueva. (*Abren la boca de la cueva.*)

LUDOVICO.

¡Válgame Dios!

CANÓNIGO 1.º

¿Ya desmayas?

LUDOVICO.

No desmayo;  
Asombro el verla me dió.

CANÓNIGO 1.º

Aquí otra vez te protesto,  
No entres por causa menor,  
Que por pensar que así alcanzas  
De tus pecados perdón.

LUDOVICO.

Padre, ya estoy en la cueva:  
Aquí atiendan á mi voz  
Hombres, fieras, cielos, montes,  
Día, noche, luna y sol,  
A quien mil veces protesto,  
A quien mil palabras doy,  
Que entro á padecer tormentos  
Por ser tan gran pecador,  
Que tan grande penitencia  
Es poca satisfacción  
De mis culpas, y pensar  
Que está aquí mi salvación.

CANÓNIGO 1.º

Pues entra; y siempre en la boca  
Lleva, y en el corazón,  
De Jesús el nombre.

LUDOVICO.

Él sea  
Conmigo. Señor, Señor,  
Armado de vuestra fe  
En el campo abierto estoy  
Con mi enemigo; este nombre  
Me ha de sacar vencedor.  
La señal de la cruz hago  
Mil veces. ¡Válgame Dios!

(*Entra en la cueva, y cierran.*)

CANÓNIGO 1.º

De cuantos aquí han entrado  
Nadie tuvo igual valor.  
Dádsele, justo Jesús,  
Resista la tentación  
De los demonios, fiado,  
Divino Señor, en vos. (*Vanse.*)

## ESCENA IX.

LESBIA, FILIPO, LEOGARIO, EL  
CAPITAN, POLONIA.

LESBIA.

Antes pues que lleguemos  
Dónde nos lleva tu razón, podemos  
Decir á qué venimos  
Todos á verte; puesto que trajimos  
Determinado intento.

POLONIA.

Decid andando vuestro pensamiento,  
Y siguiendo mi paso,  
Porque os llevo á admirar el mayor caso  
Que humanos ojos vieron.

LESBIA.

Pues nuestras pretensiones estas fueron.  
Polonia, tú veniste  
A este monte, y en él vivir quisiste,

Haciéndome heredera  
En vida de un imperio: yo quisiera  
Darte en mi intento parte,  
Y así de todo aquí vengo a informarte.  
Mi voluntad te dejo,  
Preceptos pido, hermana, no consejo:  
Una mujer no tiene  
Valor para el consejo, y la conviene  
Casarse.

POLONIA.

Y es muy justo;  
Y si es Filipo el novio, ese es mi gusto;  
Pues con eso he podido.  
Lesbia, dejarte el reino y el marido,  
Porque todo lo debás  
A mi amor.

FILIPO

Las edades vivas nuevas  
Del sol, que cada día muere y nace,  
Y fénix de sus rayos se renace.

POLONIA.

Pues ya que habeis logrado  
Vuestro intento los dos, este cuidado  
Con que aquí os ha traído,  
Quiero que todos escuchéis qué ha sido  
Con fervientes extremos  
Vino un hombre, á quien todos conocen  
Buscando de Patricio [mos,  
La cueva, para entrar en su ejercicio  
Entró en ella, y hoy sale.  
Y porque aquí la admiración iguale  
Al temor y al espanto,  
Os traje á ver este prodigio santo.  
No os dije allá lo que era.  
Porque el temor cobarde no impidiera  
El fin que osado sigo;  
Y así os traje conmigo.

LESBIA.

Ha sido intento justo;  
Que yo con el temor mezclaré el gusto

FILIPO.

Todos saber deseamos  
La verdad de las cosas que escuchamos

POLONIA.

Si el valor le ha faltado,  
Y dentro de la cueva se ha quedado,  
Por lo ménos veremos  
El castigo; y si sale, dél sabrémos  
De aquí lo misterioso;  
Si bien sale, el que sale, temeroso  
Tanto, que hablar no puede,  
Y huyendo de las gentes, se concede  
Solo á las soledades.

LEOGARIO.

Misterios son de grandes novedades.

CAPITAN.

A buen tiempo llegamos,  
Pues que los religiosos que miramos,  
En lágrimas bañados,  
Con silencio á la cueva van guiados  
Para abrirle la puerta.

## ESCENA X.

CANÓNICOS, que llegan á la puerta de la  
cueva y la abren, saliendo de ella  
LUDOVICO, asombrado. — DICHOS.

CANÓNIGO 1.º

La del cielo, Señor, tened abierta  
A lágrimas y voces:  
Venza este pecador esos atroces  
Calabozos, adonde  
De vuestro rostro la visión se esconde.

POLONIA.

Ya abrió.

CANÓNIGO 1.º

¡Qué gran consuelo!

FILIPO.

Ludovico es aquel.

LUDOVICO.

¡Válgame el cielo!  
¿Es posible que he sido  
Tan dichoso, que ya restituído,  
Después de tantos siglos, me he mirado  
A la luz?

CAPITAN.

¡Qué confuso!

LEOGARIO.

¡Qué turbado!

CANÓNIGO 1.º

A todos da los brazos.

LUDOVICO

En mi serán prisiones, que no lazos.  
Polonia, pues te veo,  
Ya mi perdón de tus piedades creo;  
Y tú, Filipo, advierte  
Que un ángel te ha librado de la muerte,  
Dos noches que he querido  
Matarte: que perdones mi error pido.  
Y dejadme que huyendo  
De mí, me esconda el centro: así preten-  
Retirarme del mundo; [do  
Que quien vió lo que yo, con causa fundo  
Que ha de vivir penando.

CANÓNIGO 1.º

Pues de parte de Dios, Enio, te mando  
Que digas lo que has visto.

LUDOVICO.

A tan santo precepto no resisto;  
Y porque al mundo asombre,  
Y no viva un pecado muerto el hombre,  
Y á mis voces despierte,  
Mi relación, grave concurso, advierte.  
Después de las prevenciones  
Tan justas y tan solemnes,  
Como para tanto caso  
Se piden y se requieren,  
Y después que yo de todos  
Con fe viva y valor fuerte,  
Para entrar en esa cueva,  
Me despedí tiernamente;  
Puse mi espíritu en Dios,  
Y repitiendo mil veces  
Las misteriosas palabras  
De que en los infiernos temen,  
Pisé luego sus umbrales,  
Y esperando á que me cierran  
La puerta, estuve algún rato.  
Cerráronla al fin, y halléme  
En noche oscura, negado  
A la luz tan tristemente,  
Que cerré los ojos yo  
(Propio afecto del que quiere  
Ver en las oscuridades),  
Y con ellos desta suerte  
Andando fui, hasta tocar  
La pared que estaba en frente.  
Y siguiéndome por ella,  
Como hasta cosa de veinte  
Pasos, encontré unas peñas,  
Y advertí que por la breve  
Rotura de la pared,  
Entraba dudosamente  
Una luz, que no era luz,  
Como á las auroras suele  
El crepúsculo dudar,  
Si amanece ó no amanece.  
Sobre mano izquierda entré,  
Siguiendo con pasos leves  
Una senda, y al fin della  
La tierra se me estreñecce,  
Y como que quiere hundirse,  
Hacen mis plantas que tiembale.  
Sin sentido quedé, cuando  
Hizo que á su voz despierte



De un desmayo y de un olvido,  
Un trueno que horriblemente  
Sonó, y la tierra en que estaba  
Abrió el centro, en cuyo vientre  
Me pareció que caí  
A un profundo, y que allí fuesen  
Mi sepultura las piedras  
Y tierra que tras mí viene.  
En una sala me hallé  
De jaspe, en quien los cinceles,  
Obraron la arquitectura  
Docta y advertidamente.  
Por una puerta de bronce  
Salen y hácia mí se vienen  
Doce hombres, que vestidos  
De blanco uniformemente,  
Me recibieron humildes,  
Me saludaron corteses.  
Uno, al parecer entre ellos  
Superior, me dijo: «Advierte  
Que pongas en Dios la fe,  
Y no desmayes por verte  
De demonios combatido;  
Porque si volverte quieres,  
Movido de sus promesas  
O amenazas, para siempre  
Quedarás en el infierno.  
Entre tormentos crueles.»  
Ángeles para mí fueron  
Estos hombres, y de suerte  
Me animaron sus razones,  
Que desperté nuevamente  
Luego de improviso, toda  
La sala llena se ofreció  
De visiones infernales  
Y de espíritus rebeldes,  
Con las formas mas horribles  
Y mas feas que ellos tienen,  
Que no hay á qué compararlos.  
Y uno me dijo: «Imprudente,  
Loco, necio, que has querido  
Antes de tiempo ofrecerte  
Al castigo que te aguarda  
Y á las penas que mercedes:  
Si tus culpas son tan grandes,  
Que es fuerza que te condenes,  
Porque en los ojos de Dios  
Hallar clemencia no puedes,  
¿Por qué quisiste venir  
Tú á tomarlas? Vuelve, vuelve  
Al mundo, acaba tu vida,  
Y como viviste, muere.  
Entonces vendrás á vernos;  
Que va el infierno previene  
La silla que has de tener  
Ocupada eternamente.»  
No le respondí palabra,  
Y dándome fieramente  
De golpes, de piés y manos  
Me ligaron con cordeles,  
Y luego con unos garfios  
De acero me asen y hieren,  
Arrastrándome por todos  
Los claustros, adonde encienden  
Una hoguera, y en sus llamas  
Me arrojan. «¡Jesus, valédme!»  
Dijo. Huyeron los demonios,  
Y el fuego se aplaca y muere.  
Llévame luego á un campo,  
Cuya negra tierra ofrece  
Frutos de espinas y abrojos,  
Por rosas y por claveles.  
Aquí el viento que corría  
Penetraba sutilmente  
Los miembros, aguda espada  
Era el suspiro mas débil.  
Aquí en profundas cavernas  
Se quejaban tristemente  
Condenados, maldiciendo  
A sus padres y parientes.  
Tan desesperadas voces  
De blasfemias insolentes,

De reniegos y porvidas  
Repetían muchas veces,  
Que aun los demonios temblaban.  
Pasé adelante, y halléme  
En un prado, cuyas plantas  
Eran llamas, como suelen  
En el abrasado agosto  
Las espigas y las mieses.  
Era tan grande, que nunca  
El término en que fenece  
Halló la vista; y aquí  
Estaban diversas gentes  
Recostadas en el fuego.  
A cual pasan y trascienden  
Clavos y puntas ardiendo;  
Cuál los piés y manos tiene  
Clavados contra la tierra;  
A cuál las entrañas muerden  
Viboras de fuego; cuál  
Rabiando ase con los dientes  
La tierra; cuál á sí mismo  
Se despedaza, y pretende  
Morir de una vez, y vive  
Para morir muchas veces  
En este campo me echaron  
Los ministros de la muerte,  
Cuya furia al dulce nombre  
De Jesus se desvanecía.  
Pasé adelante, y allí  
Caraban, de los crueles  
Tormentos, á los heridos  
Con plomo y resina ardiente;  
Que echado sobre las llagas,  
Era cauterio mas fuerte.  
¿Quién hay que aquí no se afija?  
¿Quién hay que aquí no se eleva,  
Que no lllore y no suspire,  
Que no dude y que no tiemble?  
Luego de una casería  
Vi, que por puerta y paredes  
Estaban saliendo rayos,  
Como acá se ve encenderse  
Una casa, en quien el fuego  
Revierta por donde puede.  
«Esta, me dijeron, es  
La quinta de los delictos,  
El baño de los regalos,  
Adonde están las mujeres  
Que en esotra vida fueron,  
Por livianos pareceres,  
Amigas de olores y aguas,  
Unturas, baños y afeites.»  
Dentro entré, y en ella vi  
Que en un estanque de nieve  
Se estaban bañando muchas  
Hermosuras excelentes.  
Debajo del agua estaban  
Entre culebras y sierpes,  
Que de aquellas ondas traen  
Las sirenas y los peces:  
Helados tenían los miembros  
Entre el cristal transparente,  
Los cabellos erizados,  
Y traspillados los dientes.  
Salí de aquí, y me llevaron  
A una montaña eminente,  
Tanto, que para pasar  
De los cielos, con la frente  
Abolló, si no rompió,  
Ese velo azul celeste.  
Hay en medio de esta cumbre  
Un volcan, que espira y vierte  
Llamas, y contra los cielos  
Que las escupe parece:  
Deste volcan, deste pozo  
De rato en rato procede  
Un fuego, en quien salen muchas  
Almas, y á esconderse vuelven,  
Reptiendo la subida  
Y bajada muchas veces  
Un aire abrasado aquí  
Me cogió improvisamente.

Haciéndome retirar  
De la puerta hasta meterme  
En aquel profundo abismo.  
Salí del, y otro aire viene  
Que traía mil legiones,  
Y á empujones y vaivenes  
Me llevaron á otra parte,  
Donde agora me parece  
Que todas las otras almas  
Que habia visto, juntamente  
Estaban aquí; y con ser  
Sitio de mas penas este,  
Miré á todos los que estaban  
Allí con rostros alegres,  
Con apacibles semblantes,  
No con voces impacientes,  
Sino clavados los ojos  
Al cielo, como quien quiere  
Alejar piedad, llorando  
Tierna y amorosamente:  
En que vi, que este lugar  
El del purgatorio luce;  
Que así se purgan allí  
Las culpas que son mas leves.  
No me vencieron aquí  
Las amenazas de verme  
Entre ellos; antes me dieron  
Valor y ánimo mas fuerte.  
Y así los demonios, viendo  
Mi constancia, me previenen  
La mayor penalidad,  
Y la que mas propiamente  
Llaman infierno, que fué  
Llevarme á un río, que tiene  
Flores de fuego en su márgen,  
Y de azul se su corriente;  
Monstruos marinos en él  
Eran hidras y serpientes;  
Era muy ancho, y tenía  
Una tan estrecha puente,  
Que era una línea no mas,  
Y ella tan delgada y débil,  
Que á mí no me pareció  
Que, sin quebrarla, pudiese  
Pasarla. Aquí me dijeron:  
«Por ese camino breve  
Has de pasar; mira cómo;  
Y para tu horror advierte  
Como pasan los que van  
Delante.» Y vi claramente  
Que otros, que pasar quisieron  
Cayeron donde las sierpes  
Los hicieron mil pedazos  
Con las garras y los dientes.  
Invoqué de Dios el nombre,  
Y con él pude atreverme  
A pasar de la otra parte,  
Sin que temores me diesen  
Ni las ondas ni los vientos  
Combatíendome inclementes.  
Pasé al fin, y en una selva  
Me hallé, tan dulce y tan fértil  
Que me pude divertir  
De todo lo antecedente.  
El camino fui siguiendo  
De cedros y de laureles,  
Árboles del paraíso,  
Siéndolo allí propiamente.  
El suelo, todo sembrado  
De rosas y de claveles,  
Matizaba un espolín  
Encarnado, blanco y verde.  
Las mas amorosas aves  
Se quejaban dulcemente,  
Al compás de los arroyos  
De mil cristalinas fuentes.  
Y á la vista descubrí  
Una ciudad eminente,  
De quien era el sol remate  
A torres y chapiteles.  
Las puertas eran de oro,  
Tachonadas sutilmente

De diamantes, esmeraldas,  
 Topacios, rubies, claveques <sup>1</sup>.  
 Antes de llegar se abrieron,  
 Y en órden hácia mí viene  
 Una procesion de santos,  
 Ponde niños y mujeres,  
 Viejos y mozos venian,  
 Todos contentos y alegres.  
 Angeles y serafines  
 Luego en mil coros proceden  
 Con instrumentos suaves,  
 Cantando dulces motetes.  
 Despues de todo venia  
 Glorioso y resplandeciente  
 Patricio, gran patriarca,  
 Y dándome parabienes

<sup>1</sup> Una variedad del cristal de roca.

De que yo, ántes de morirme,  
 Una palabra cumplierse,  
 Me abrazó, y todos, mostrando  
 Gozarse en mis propios bienes.  
 Animóme y despidióme,  
 Dieiéndome que no pueden  
 Hombres mortales entrar  
 En la ciudad excelente  
 Que mandaba; que á este mundo  
 Segunda vez me volviese.  
 Y al fin por los propios pasos  
 Volví, sin que me ofendiesen  
 Espíritus infernales;  
 Llegué á tocar finalmente  
 La puerta, cuando llegasteis  
 Todos á buscarme y verme.  
 Y pues salí de un peligro,  
 Permitidme y concededme,

Piadosos padres, que aquí  
 Morir y vivir espere,  
 Para que con esto acabe  
 La historia que nos refiere  
 Dionisio el gran Cartusiano,  
 Con Enrique Saltareuse,  
 Cesario, Mateo Rodillo,  
 Domiciano Esturbaquense,  
 Membrosio, Marco Marulo,  
 David Roto, y el prudente  
 Primado de toda Hibernia  
 Belarmino, Beda, Serpi,  
 Fray Dimas, Jacob Solino,  
 Mensigano, y finalmente  
 La piedad y la opinion  
 Cristiana que lo defiende:  
 Porque la comedia acabe  
 Y su admiracion empiece.



# LA DAMA DUENDE.

## PERSONAS.

DON MANUEL.  
DON LUIS.  
DON JUAN.  
COSME, *gracioso*.

RODRIGO, *criado*.  
DOÑA ANGELA.  
DOÑA BEATRIZ.  
CLARA, *criada*.

ISABEL, *criada*.  
CRIADOS.  
GENTE.

*La escena pasa en Madrid.*

## JORNADA PRIMERA.

Calle.

### ESCENA PRIMERA.

DON MANUEL, COSME, *vestidos de camino*.

DON MANUEL.

Por un hora no llegamos  
A tiempo de ver las fiestas,  
Con que Madrid generosa  
Hoy el bautismo celebra  
Del primero Baltasar <sup>1</sup>.

COSME.

Como esas cosas se aciertan,  
O se yerran por un hora.  
Por una hora que fuera  
Antes Piramo á la fuente,  
No hallara á su Tisbe muerta:  
Y las moras no mancharan;  
Porque dicen los poetas  
Que con arroyo de moras  
Se escribió aquella tragedia.  
Por un hora, que tardara  
Tarquino, hallara á Lucrecia  
Recogida; con lo cual  
Los autores no anduvieran,  
Sin ser vicarios, llevando  
A salas de competencias  
La causa, sobre saber  
Si hizo fuerza, ó no hizo fuerza.  
Por un hora, que pensara  
Si era bien hecho ó no era,  
Echarse Hero de la torre,  
No se echara, es cosa cierta;  
Con que se hubiera excusado  
El doctor Mira de Méscua  
De haber dado á los teatros  
Tan bien escrita comedia;  
Y haberla representado  
Amarilis tan de veras,  
Que volatin del carnal  
(Si otros son de la cuarema),  
Sacó mas de alguna vez  
Las manos en la cabeza,  
Y puesto que hemos perdido  
Por un hora tan gran fiesta,  
No por un hora perdamos  
La posada; que si llega  
Tarde Abindarraez, es ley  
Que haya de quedarse afuera;  
Y estoy rabiando por ver  
Este amigo que te espera,  
Como si fueras galán  
Al uso, con cama y mesa,  
Sin saber cómo ó por dónde  
Tan grande dicha nos venga;  
Pues, sin ser los dos torneos,  
Hoy á los dos nos sustenta.

DON MANUEL.

Don Juan de Toledo es, Cosme,  
El hombre que mas profesa  
Mi amistad, siendo los dos  
Envidia, ya que no afrenta  
De cuantos la antigüedad  
Por tantos siglos celebra.  
Los dos estudiamos juntos,  
Y pagando de las letras  
A las armas, los dos fuimos  
Camaradas en la guerra.  
En las de Piamonte, cuando  
El señor duque de Feria  
Con la ginebra me honró,  
Le di, Cosme, mi bandera.  
Fué mi alférez; y después,  
Sacando de una reliquia  
Una penetrante herida,  
Le curé en mi cama misma.  
La vida, después de Dios,  
Me debe: deo otras deudas  
De menores intereses.  
Que entre nobles es bajeza  
Referirlas; pues por eso  
Pintó la docta academia  
Al galardón, una dama  
Rica, y las espaldas vueltas;  
Dando á entender, que, en haciendo  
El beneficio, es discreta  
Acción olvidarse del;  
Que no le hace el que le acuerda.  
En fin, Don Juan obligado  
De amistades y finezas,  
Viendo que su Majestad  
Con este gobierno premia  
Mis servicios, y que vengó  
De paso á la corte, intenta  
Hoy hospedarme en su casa  
Por pagarme con las mismas;  
Y aunque á Burgos me escribió  
De casa y calle las señas,  
No quise andar preguntando  
A caballo dónde era;  
Y así dejé en la posada  
Las mulas y las maletas,  
Yendo hácia donde me dice.  
Vi las galas y libreas,  
E informado de la causa,  
Quise, aunque de paso, verlas.  
Llegamos tarde en efecto,  
Porque...

### ESCENA II.

DOÑA ANGELA, ISABEL, *tapadas*.—  
DICHOS.

DOÑA ÁNGELA.

Si, como lo muestra  
El traje, sois caballero  
De obligaciones y prendas,  
Amparad á una mujer  
Que á valerse de vos llega.  
Honor y vida me importa  
Que aquel hidalgo no sepa

Quien soy, y que no me siga.  
Estorbad, por vida vuestra,  
A una mujer principal  
Una desdicha, una afrenta;  
Que podrá ser que algun día...  
¡Adios, adios, que voy muerta!  
(*Vanse las dos muy aprisa*)

COSME.

¿Es dama, ó es torbellino?

DON MANUEL.

¡Hay tal suceso!

COSME.

¿Qué piensas

hacer?

DON MANUEL.

¿Eso me preguntas?  
¿Cómo puede mi nobleza  
Excusarse de estorbar  
Una desdicha, una afrenta?  
Que, según muestra, sin duda  
Es su marido.

COSME.

¿Y qué intentas?

DON MANUEL.

Detenerle con alguna  
Industria; mas, si con ella  
No puedo, será forzoso  
El valerme de la fuerza,  
Sin que él entienda la causa.

COSME.

Si industria buscas, espera,  
Que á mí se me ofrece una.  
Esta carta, que encomienda  
Es de un amigo, me valga.

### ESCENA III.

DON LUIS, RODRIGO. — DON MANUEL, COSME.

DON LUIS.

Yo tengo de conocerla,  
No mas de por el cuidado  
Con que de mí se recela.

RODRIGO.

Síguela, y sabrás quién es.  
(*Llega Cosme, y retírase Don Manuel.*)

COSME.

Señor, aunque con vergüenza  
Llego: vuesaored me haga  
Tan gran merced, que me lea  
A quién esta carta dice.

DON LUIS.

No voy agora con flema.  
(*Detiéndole Cosme.*)

COSME.

Pues si flema solo os falta,  
Yo tengo cantidad de ella,  
Y podré partir con vos.

<sup>1</sup> El príncipe Don Baltasar Carlos, hijo de Felipe IV, nació á 17 de octubre de 1629.

Apartad.  
 DON LUIS.  
 DON MANUEL. (Ap.)  
 ; Oh qué derecha,  
 Es la calle! Aun no se pierden  
 De vista.  
 COSME.  
 Por vida vuestra...  
 DON LUIS.  
 ; Vive Dios , que sois pesado ,  
 Y os romperé la cabeza,  
 Si mucho me haceis..!  
 COSME.  
 Por eso  
 Os haré poco.  
 DON LUIS.  
 Paciencia  
 Me falta para sufriros.  
 , Apartad de aquí! (Empujale.)  
 DON MANUEL  
 (Ap. Ya es fuerza ,  
 Llegar. Acabe el valor  
 Lo que empezó la cautela.)  
 Caballero , ese criado (Llega.)  
 Es mío , y no sé que pueda  
 Haberos hoy ofendido ,  
 Para que de esa manera  
 Le atropelleis.  
 DON LUIS.  
 No respondo  
 A la duda ó á la queja,  
 Porque nunca satislice  
 A nadie. Adios.  
 DON MANUEL.  
 Si tuviera  
 Necesidad mi valor  
 De satisfacciones , crea  
 Vuestra arrogancia de mí ,  
 Que no me fuera sin ella.  
 Preguntar en qué os ofende ,  
 En qué os agravia ó molesta ,  
 Merece mas cortesía :  
 Y pues la corte la enseña ,  
 No la pongais el mal nombre ,  
 De que un forastero venga  
 A enseñarla á los que tienen  
 Obligacion de saberla.  
 DON LUIS.  
 Quien pensare que no puedo  
 Enseñarla yo...  
 DON MANUEL.  
 La lengua  
 Suspended , y hable el acero  
 DON LUIS.  
 Decis bien.  
 (Sacan las espadas , y riñen.)  
 COSME.  
 ; Oh quién tuviera  
 Gana de reñir!  
 RODRIGO  
 Sacad  
 La espada vos.  
 COSME.  
 Es doncella .  
 Y sin cédula ó palabra ,  
 No puedo sacarla.

#### ESCENA IV.

DOÑA BEATRIZ , CLARA , con mantos.  
 DON JUAN Y GENTE — Dichos.  
 DON JUAN.  
 Suelta ,  
 Beatriz.  
 DOÑA BEATRIZ.  
 No has de ir.

DON JUAN.  
 Mira que es  
 Con mi hermano la pendencia.  
 DOÑA BEATRIZ.  
 ; Ay de mi triste!  
 DON JUAN.  
 A tu lado (A Don Luis.)  
 Estoy.  
 DON LUIS.  
 Don Juan , tente , espera ;  
 Que , mas que á darme valor ,  
 A hacerme cobarde llegas.  
 Caballero forastero ,  
 Quien no excusó la pendencia  
 Solo , estando acompañado ,  
 Bien se ve que no la deja  
 De cobarde. Idos con Dios ;  
 Que no sabe mi nobleza  
 Reñir mal , y mas con quien  
 Tanto brio y valor muestra.  
 Idos con Dios.  
 DON MANUEL.  
 Yo os estimo  
 Bizarria y gentileza ;  
 Pero si de mí , por dicha ,  
 Algun escrúpulo os queda ,  
 Me hallareis donde quisiereis.  
 DON LUIS.  
 Norabuena.  
 DON MANUEL.  
 Norabuena.  
 DON JUAN.  
 ; Qué es lo que miro y escucho!  
 ; Don Manuel!  
 DON MANUEL.  
 ; Don Juan!  
 DON JUAN.  
 Suspensa  
 El alma no determina  
 Qué hacer , cuando considera  
 Un hermano y un amigo  
 ( Que es lo mismo ) en diferencia  
 Tal , y hasta saber la causa ,  
 Dudaré.  
 DON LUIS.  
 La causa es esta :  
 Volver por ese criado  
 Este caballero intenta ,  
 Que necio me ocasionó  
 A hablarle mal. Todo cesa  
 Con esto.  
 DON JUAN.  
 Pues siendo así ,  
 Cortés me darás licencia ,  
 Para que llegue á abrazarle.  
 El noble huésped , que espera  
 Nuestra casa , es el señor  
 Don Manuel. Hermano , llega ;  
 Que dos , que han reñido iguales ,  
 Desde aquel instante quedan  
 Mas amigos : pues ya hicieron  
 De su valor experiencia.  
 Dadme los brazos.  
 DON MANUEL.  
 Primero  
 Que á vos os los dé , me lleva  
 El valor que he visto en él ,  
 A que al servicio me ofrezca  
 Del señor Don Luis.  
 DON LUIS.  
 Yo soy  
 Vuestro amigo , y ya me pesa  
 De no haberos conocido ,  
 Pues vuestro valor pudiera  
 Haberme informado.  
 DON MANUEL.  
 El vuestro  
 Escarmentado me deja

Una herida en esta mano  
 He sacado.  
 DON LUIS.  
 Mas quisiera  
 Tenerla mil veces yo.  
 COSME.  
 ; Qué cortesana pendencia!  
 DON JUAN.  
 Venid al punto á curaros.  
 Tú , Don Luis , aquí te queda  
 Hasta que tome su coche  
 Doña Beatriz , que me espera ;  
 Y desta descortesía  
 Me disculparás con ella. —  
 Venid , señor , á mi casa ,  
 Mejor dijera á la vuestra ,  
 Donde os cureis.  
 DON MANUEL.  
 Que no es nada.  
 DON JUAN.  
 Venid presto.  
 DON MANUEL. (Ap.)  
 ; Qué tristeza  
 Me ha dado que me reciba  
 Con sangre Madrid!  
 DON LUIS. (Ap.)  
 ; Qué pena  
 Tengo de no haber podido  
 Saber qué dama era aquella!  
 COSME. (Ap.)  
 ; Qué bien merecido tiene  
 Mi amo lo que se lleva ,  
 Porque no se meta á ser  
 Don Quijote de la legua!  
 (Vanse Don Manuel , Don Juan y Cosme.)

#### ESCENA V.

DON LUIS , DOÑA BEATRIZ , CLARA ,  
 RODRIGO.  
 DON LUIS.  
 Ya la tormenta pasó.  
 Otra vez , señora , vuelva  
 A restituir las flores ,  
 Que agora marchita y seca ,  
 De vuestra hermosura el hielo  
 De un desmayo.  
 DOÑA BEATRIZ.  
 ; Dónde queda  
 Don Juan?  
 DON LUIS.  
 Que le perdoneis  
 Os pide ; porque le llevan  
 Forzosas obligaciones ,  
 Y el cuidar con diligencia  
 De la salud de un amigo  
 Que va herido.  
 DOÑA BEATRIZ.  
 ; Ay de mí ! ; Muerta  
 Estoy ! ¿ es Don Juan ?  
 DON LUIS.  
 Señora ,  
 No es Don Juan ; que no estuviere ,  
 Estando herido mi hermano ,  
 Yo con tan grande paciencia.  
 No os asustéis ; que no es justo  
 Que sin que él la herida tenga ,  
 Tengamos entre los dos.  
 Yo el dolor y vos la pena :  
 Digo dolor , el de veros  
 Tan postrada , tan sujeta  
 A un pesar imaginado ,  
 Que hiere con mayor fuerza.  
 DOÑA BEATRIZ.  
 Señor Don Luis , ya sabeis  
 Que estimo vuestras finezas



Supuesto que lo merecen  
Por amorosas y vuestras;  
Pero no puedo pagarlas;  
Que esto han de hacer las estrellas,  
Y no hay de lo que no hacen,  
Quien las tome residencia.  
Si lo que menos se halla,  
Es hoy lo que mas se precia  
En la corte, agradeceed  
El desengaño, siquiera  
Por ser cosa que se halla  
Con dificultad en ella.  
Quedad con Dios.

(Vanse Doña Beatriz y Clara.)

## ESCENA VI.

DON LUIS, RODRIGO.

DON LUIS.

Id con Dios.—

No hay acción que me suceda  
Bien, Rodrigo. Si una dama  
Veo airosa, y conocerla  
Solicito, me detienen  
Un necio y una pendencia;  
Que no sé cuál es peor:  
Si riño, y mi hermano llega,  
Es mi enemigo su amigo:  
Si por disculpa me deja  
De una dama, es una dama  
Que mil pesares me cuesta:  
De suerte que una tapada  
Me huye, un necio me atormenta,  
Un forastero me mata,  
Y un hermano me le lleva  
A ser mi huésped a casa,  
Y otra dama me desprecia  
De mal anda mi fortuna!

RODRIGO.

De todas aquesas penas  
¿Que sé la que sientes mas?

DON LUIS.

No sabes.

RODRIGO.

¿Que la que llegas  
A sentir mas, son los celos  
De tu hermano y Beatriz bella?

DON LUIS.

Engañaste.

RODRIGO.

¿Pues cuál es?

DON LUIS.

Si tengo de hablar de veras,  
(De ti solo me fiara)  
Lo que mas siento es que sea  
Mi hermano tan poco atento,  
Que llevar á casa quiera  
Un hombre mozo, teniendo  
Rodrigo, una hermana bella.  
Viuda y moza, y como sabes,  
Tan de secreto, que apenas  
Sabe el sol que vive en casa;  
Porque, Beatriz, por ser deuda,  
Solamente la visita.

RODRIGO.

Ya sé que su esposo era  
Administrador en puerto  
De mar de unas reales rentas  
Y quedó debiendo al Rey  
Grande cantidad de hacienda,  
Y ella á la corte se vino  
De secreto, donde intenta,  
Eseñada y retirada,  
Componer mejor sus deudas:  
Y esto disculpa á tu hermano;  
Pues, si mejor consideras  
Que su estado no la da  
Ni permiso, ni licencia

De que nadie la visite,  
Y que, aunque tu huésped sea  
Don Manuel, no ha de saber  
Que en casa, señor, se encierra  
Tal mujer, ¿qué inconveniente  
Hay en admitirle en ella?  
Y mas habiendo tenido  
Tal recato y advertencia,  
Que para su cuarto ha dado  
Por otra calle la puerta,  
Y la que salia á la casa,  
Por desmentir la sospecha,  
De que el envidado la habia  
Cerrado, ó porque pudiera  
Con facilidad abrirse  
Otra vez, fabricó en ella  
Una alacena de vidrios,  
Labrada de tal manera,  
Que parece que jamas  
En tal parte ha habido puerta.

DON LUIS.

¿Ves con lo que me aseguras?  
Pues con eso mismo intentas  
Darme muerte; pues ya ilices  
Que no ha puesto por defensa  
De su honor mas que unos vidrios,  
Que al primer golpe se quiebran.

(Vanse.)

Habitacion de Doña Ángela en casa de Don Juan.

## ESCENA VII.

DOÑA ANGELA, ISABEL.

DOÑA ANGELA.

Vuélveme á dar, Isabel,  
Esas tocas (¡pena esquivia!),  
Vuelve á amortajarme viva,  
Ya que mi suerte cruel  
Lo quiere así.

ISABEL.

Toma presto;  
Porque si tu hermano viene  
Y alguna sospecha tiene,  
No la confirme con esto,  
De hallarte de la manera  
Que hoy en Palacio te vió.

DOÑA ANGELA.

¡Válgame el cielo! Que yo  
Entre dos paredes muera,  
Donde apenas el sol sabe  
Quién soy, pues la pena mia  
En el término del día  
Ni se contiene, ni eabe:  
Donde inconstante la luna,  
Que aprende influjos de mi,  
No puede decir: «Ya vi  
Que lloraba su fortuna.»  
Donde en efecto encerrada  
Sin libertad he vivido,  
Porque enviudé de un marido,  
Con dos hermanos casada:  
¡Y luego delito sea,  
Sin que toque en liviandad,  
Depuesta la autoridad,  
Ir donde tapada vea  
Un teatro en quien la fama,  
Para su aplauso inmortal,  
Con acentos de metal  
A voces de bronce llama!  
¡Suerte injusta, dura estrella!

ISABEL.

Señora, no tiene duda  
El que mirándote viuda,  
Tan moza, hizarra y bella,  
Tus hermanos envidados  
Te celen; porque este estado  
Es el mas ocasionado  
A delitos amorosos;

Y mas en la corte hoy,  
Donde se han dado en usar  
Unas viuditas de azar,  
Que al cielo mil gracias doy  
Cuando en la calle las veo  
Tan honestas, tan frunciadas,  
Tan beatas y aturridas;  
Y en quedándose en manto,  
Es el mirarlas contento;  
Pues sin toea y devoción,  
Saltan mas á cualquier son,  
Que una pelota de viento.  
Y este discurso doblado  
Para otro tiempo, señora,  
¿Cómo no habemos agora  
En el forastero hablado,  
A quien tu honor encargaste,  
Y tu galán hoy le hiciste?

DOÑA ANGELA.

Parece que me leiste  
El alma en eso que hablaste.  
Cuidadosa me ha tenido,  
No por él, sino por mi;  
Porque despues, cuando oi  
De las cuchilladas ruido,  
Me puse (mas son quimeras),  
Isabel, á imaginar  
Qué él habia de tomar  
Mi disgusto tan de veras,  
Que habia de sacar la espada  
En mi defensa. Yo fui  
Necia en empeñarle así;  
Mas una mujer turbada  
¿Qué mira ó qué considera?

ISABEL.

Yo no sé si lo estorbó;  
Mas sé que no nos siguió  
Tu hermano mas.

DOÑA ANGELA.

Oye, espera

## ESCENA VIII.

DON LUIS.—DOÑA ANGELA, ISABEL.

DON LUIS.

¡Angela!

DOÑA ANGELA.

Hermano y señor,  
Turbado y confuso vienes  
¿Qué ha sucedido, qué tienes?

DON LUIS.

Harto tengo, tengo honor.

DOÑA ANGELA. (Ap.)

¡Ay de mí! sin duda es  
Que Don Luis me conoció.

DON LUIS.

Y así siento mucho yo  
Que te estimen poco.

DOÑA ANGELA.

Pues  
¿Has tenido algun disgusto?

DON LUIS.

Lo peor es que cuando vengo  
A verte, el disgusto tengo  
Que tuve, Angela.

ISABEL. (Ap.)

¿Otro susto?

DOÑA ANGELA.

Pues yo, ¿en qué te puedo dar,  
Hermano, disgusto? Advierte...

DON LUIS.

Tú eres la causa; y el verte.

DOÑA ANGELA.

¡Ay de mí!

DON LUIS.

Angela, estimar  
Tan poco de nuestro hermano...

DOÑA ÁNGELA. (Ap.)

Eso sí.

DON LUIS.

Pues cuando vienes  
Con los disgustos que tienes,  
Cuidado te da. No en vano  
El enojo que tenía  
Con él, el huésped pagó;  
Pues sin conocerle yo,  
Hoy le he herido en profecía.

DOÑA ÁNGELA.

Pues ¿cómo fué?

DON LUIS.

Entré en la plaza

De Palacio, hermana, á pié,  
Hasta el palenque; porqué  
Toda la descabazaba  
De cochles y caballeros  
La guardia. A un corro me fui  
De amigos, adonde vi  
Que alegres y bisonjeros  
Los tenía una tapada,  
A quien todos celebraron  
Lo que dijo, y alabarón  
De entendida y sazónada.  
Desde el punto que llegué,  
Otra palabra no habló,  
Tanto que á alguno obligó  
A preguntarla por qué  
Porque yo llegaba, había  
Con tanto extremo callado.  
Todo me puso en cuidado.  
Miré si la conocía,  
Y no pude; porque ella  
Le puso mas en taparse.  
En esconderse y guardarse.  
Viendo que no pude vella,  
Seguirla determiné:  
Ella siempre atras volvía  
A ver si yo la seguía,  
Cuyo gran cuidado fué  
Espuela de mi cuidado.  
Vendo desta suerte pues,  
Llegó un hidalgo, que es  
De nuestro huésped criado,  
A decir que le leyese  
Una carta; respondí  
Que iba de prisa, y creí  
Que detenerme quisiese  
Con este intento, por qué  
La mujer le habló al pasar;  
Y tanto dió en portar,  
Que le dije no sé qué.  
Llegó en aquella ocasión,  
En defensa del criado,  
Nuestro huésped, muy soldado.  
Sacamos en conclusion  
Las espadas. Todo es esto;  
Pero mas pudiera ser.

DOÑA ÁNGELA.

¡Miren la mala mujer  
En qué ocasión te había puesto!  
Que hay mujeres tramoyeras.  
Pondré, que no conocía  
Quién eras, y que lo hacía  
Solo porque la siguieras.  
Por eso estoy harta yo  
De decir (si bien te acuerdas)  
Que mires que no te pierdas  
Por muerceillas, que no  
Saben mas que aventurar  
Los hombres.

DON LUIS.

¿En qué has pasado

La tarde?

DOÑA ÁNGELA.

En casa me he estado,  
Entretenida en llorar.

DON LUIS.

¿Hate nuestro hermano visto?

DOÑA ÁNGELA.

Desde esta mañana no  
Ha entrado aquí.

DON LUIS.

¿Qué mal yo

Estos descuidos resisto!

DOÑA ÁNGELA.

Pues deja los sentimientos;  
Que al fin sufrirle es mejor;  
Que es nuestro hermano mayor,  
Y comemos de alimentos.

DON LUIS.

Si tú estas tan consolada,  
Yo tambien; que yo por ti  
Lo sentía. Y porque así  
Veas no dárseme nada,  
A verle voy, y aun con él  
Haré una galantería.

(Vase.)

## ESCENA IX.

DOÑA ÁNGELA, ISABEL.

ISABEL.

¿Qué dirás, señora mía,  
Después del susto cruel,  
De lo que en casa nos pasa?  
Pues el que hoy ha defendido  
Tu vida, huésped y herido  
Le tienes dentro de casa.

DOÑA ÁNGELA.

Yo, Isabel, lo sospeché  
Cuando de mi hermano oí  
La prudencia, y cuando vi  
Que el herido el huésped fué.  
Pero aun bien no lo he creído;  
Porque caso extraño fuera  
Que un hombre á Madrid viniera,  
Y hallase recién venido,  
Una dama que rogase  
Que su vida defendiese,  
Un hermano que le hiriese  
Y otro que le aposentase.  
Fuera notable suceso;  
Y aunque todo puede ser,  
No lo tengo de creer  
Sin verlo.

ISABEL.

Y si para eso

Te dispones, yo bien sé  
Por dónde verle podrás,  
Y aun mas que verle.

DOÑA ÁNGELA.

Tú estás

Loca. ¿Cómo, si se ve  
De mi cuarto tan distante,  
El suyo?

ISABEL.

Parte hay por donde

Este cuarto corresponde  
Al otro: esto no te espante.

DOÑA ÁNGELA.

No porque verlo deseo,  
Sino solo por saher,  
Dime, ¿cómo puede ser?  
Que lo escucho y no lo creo.

ISABEL.

¿No has oído que labró  
En la puerta una alacena  
Tu hermano?

DOÑA ÁNGELA.

Ya lo que ordena

Tu ingenio he entendido yo.  
Dirás que pues es de tabla,  
Algun agujero hagamos  
Por donde al huésped vcamos.

ISABEL.

Mas que eso mi ingenio entahla

DOÑA ÁNGELA.

Di.

ISABEL.

Por cerrar y encubrir  
La puerta, que se tenía,  
Y que á este jardín salía,  
Y poder volverla á abrir,  
Hizo tu hermano poner  
Portátil una alacena.  
Esta (aunque de vidrios llena)  
Se puede muy bien mover.  
Yo lo sé bien; porque, cuando  
La alacena aderecé,  
La escalera la arrimé,  
Y ella se fué desclavando  
Poco á poco: de manera,  
Que todo junto cayó,  
Y dimos en tierra yo,  
Alacena y escalera;  
De suerte, que en falso agora  
La tal alacena está,  
Y apartándose, podrá  
Cualquiera pasar, señora.

DOÑA ÁNGELA.

Esto no es determinar,  
Sino prevenir primero.  
Ves aquí, Isabel, que quiero  
A esotro cuarto pasar,  
Y he quitado la alacena.  
Por allá, ¿no se podrá  
Quitar tambien?

ISABEL.

Claro está;

Y para hacerla mas buena,  
En falso se han de poner  
Dos clavos, para advertir  
Que solo la sepa abrir  
El que lo llega á saher

DOÑA ÁNGELA.

Al criado que viniere  
Por luz y por ropa, di  
Que vuelva á avisarte á ti,  
Si acaso el huésped saliere  
De casa; que, según creo,  
No le obligará la herida  
A hacer cana.

ISABEL.

¿Y, por tu vida,

Irás?

DOÑA ÁNGELA.

Un necio deseo  
Tengo de saber si es él  
El que mi vida guardó:  
Porque, si le cuesto yo  
Sangre y cuidado, Isabel,  
Es bien mirar por su herida,  
Si es que segura del miedo  
De ser conocida, puedo  
Ser con él agradecida.  
Vamos, que tengo de ver  
La alacena; y si pasar  
Puedo al cuarto, he de cuidar,  
Sin que él lo llegue á entender,  
Desde aquí de su regalo.

ISABEL.

Notable cuento será.

Mas ¿si lo cuenta?

DOÑA ÁNGELA.

No hará,

Que hombre, que su esfuerzo igualo



A su gala y discreción,  
Puesto que de todo ha hecho  
Noble experiencia en mi pecho  
En la primera ocasión,  
De valiente en lo arrestado,  
De galán en lo lucido,  
En el modo de entendido,  
No me ha de causar cuidado  
Que diga suceso igual;  
Que fuera notable mengua  
Que echara una mala lengua  
Tan buenas partes á mal. (Vanse.)

Cuarto de Don Manuel. — Una atacena movable, hecha con anaqueles; vidrios en ella. Un brasero, etc.

## ESCENA X.

DON JUAN, DON MANUEL, UN CRIADO con luz; despues DON LUIS, Y OTRO CRIADO.

DON JUAN.  
Acostaos, por mi vida.

DON MANUEL.  
Es tan poca la herida,  
Que ántes, Don Juan, sospecho  
Que parece melindre el haber hecho  
Caso ninguno della.

DON JUAN.  
Harta ventura ha sido de mi estrella;  
Que no me consolara  
Jamás, si este contento me costara  
El pesar de teneros  
En mi casa indispuerto, y el de veros  
Herido por la mano  
(Si bien no ha sido culpa) de mi hermano.

DON MANUEL.  
Él es buen caballero,  
Y me tiene envidioso de su acero,  
De su estilo admirado,  
Y he de ser muy su amigo y su criado.  
(Llega Don Luis y un criado con un azafate cubierto, y en él un aderezo de espada.)

DON LUIS.  
Yo, señor, lo soy vuestro,  
Como en la pena que recibo muestro,  
Ofreciéndos mi vida;  
Y porque el instrumento de la herida  
En mi poder no quede,  
Pues ya agrardarme ni servirme puede,  
Bien como aquel criado  
Que á su señor algun disgusto ha dado,  
Hoy de mí lo despió.  
Esta es, señor, la espada que os ha herido;  
A vuestras plantas viene [rindo];  
A pediros perdon, si culpa tiene.  
Tome vuestra querella  
Con ella en mi venganza de mí y della.

DON MANUEL.  
Sois valiente y discreto:  
En todo me venceis. La espada aceto,  
Porque siempre á mi lado  
Me enseñe á ser valiente. Confiado  
Desde hoy vivir procuro;  
Porque ¿de quién no vivirá seguro  
Quien vuestro acero cñe generoso?  
Que él solo me tuviera temeroso.

DON JUAN.  
Pues Don Luis me ha enseñado  
A lo que estoy por huésped obligado,  
Otro regalo quiero  
Que recibais de mí.

DON MANUEL.  
¿Qué tarde espero  
Pagar tantos favores!  
Los dos os competís en darme honores.

## ESCENA XI.

COSME, cargado de maletas y cojines. — Dichos.

COSME.  
Docientos mil demonios  
De su furia infernal den testimonios,  
Volviéndose inclementes  
Docientas mil serpientes,  
Que, asiéndome, de un vuelo  
Den conmigo de patas en el cielo,  
Del mandato oprimidos  
De Dios, por justos juicios compellidos;  
Si vivir no quisiera sin injurias  
En Galicia ó Asturias,  
Antes que en esta corte.

DON MANUEL.  
Reporta...  
COSME.  
El repertorio se reporte.

DON JUAN.  
¿Qué dices?  
COSME.  
Lo que digo; [mucho].  
Que es traidor quien da paso á su enemigo.

DON LUIS.  
¿Qué enemigo? Detente.  
COSME.  
El agua de una fuente y otra fuente.

DON MANUEL.  
¿Y por eso te inquietas?  
COSME.  
Venía de cojines y maletas  
Por la calle cargado,  
Y en una zanja de una fuente he dado,  
Y así lo traigo todo  
(Como dice el refrán) pñesto de lodo.  
¿Quién esto en casa mete?

DON MANUEL.  
Vete de aquí, que estás borracho. Vete.  
COSME.  
Si borracho estuviera  
Méjor me enoja con el agua fuera.  
Cuando en un libro leo de mil fuentes  
Que vuelven varias cosas sus corrientes,  
No me espanto, si aquí ver determino,  
Que nacé el agua á convertirse en vino.

DON MANUEL.  
Si él empieza, en un año  
No acabará.

DON JUAN.  
El tiene humor extraño.  
DON LUIS.  
Solo de ti queria  
Saber (si sabes lér, como este día  
En el libro citado  
Muestras) ¿por qué pediste tan pesado  
Que una carta leyese? ¿Qué te apartas?

COSME.  
Porque sé lér en libros y no en cartas.  
DON LUIS.  
Está bien respondido.

DON MANUEL.  
Que no hagais caso dél, por Dios os pido.  
Ya le ireis conociendo,  
Y sabréis que es burlon.

COSME.  
Hacer pretendo  
De mis burlas alarde.  
Para alguna os convidó.

DON MANUEL.  
Pues no es tarde,  
Porque me importa, hoy quiero  
Hacer una visita.

DON JUAN.

Yo os espero  
Para cenar.

DON MANUEL.

Tú, Cosme, esas maletas  
Abre, y saca la ropa; no las metas  
Hasta limpiarlas harto.

DON JUAN.

Si quisieres cerrar, esta es del cuarto  
La llave; que aunque tengo  
Llave maestra, por si acaso vengo  
L'arde, mas que las dos, otra no tiene,  
Ni otra puerta tampoco. (Ap. Así convie-  
Y en el cuarto la deja, y cada día [ne.]  
Vendrán á aderezarle.

(Vanse todos, ménos Cosme.)

## ESCENA XII.

COSME.

hacienda mía,  
Ven acá; que yo quiero  
Visitarte primero;  
Porque ver determino  
Cuánto habemos sisado en el camino;  
Que, como en las posadas  
No se hilan las cuentas tan delgadas  
Como en casa, que vive en sus porfias  
La cuenta, y la razon por lacerias,  
Hay mayor aparejo de provecho,  
Para meter la mano, no en mi pecho,  
Sino en la bolsa ajena.

(Abre la maleta, y saca una bolsa.)  
Hallé la propia; buena está y rebuena.  
Pues aquesta jornada  
Subió doncella, y se apeó preñada.  
Contarlo quiero, aunque es tiempo per-  
[dido].

Porque yo ¿qué borregos he vendido  
A mi señor, para que mire y vea  
Si está cala? Lo que ello fuere sea.  
Su maleta es aquesta:  
Ropa quiero sacar, por si se aquesta [to].  
Tan presto; que él mandó que hiciese es-  
¿Mas por que él lo mandó, se ha de hacer  
Por haberlo él mandado [presto?]  
Antes no lo he de hacer, que soy criado.  
Salirme un rato es justo  
A rezar á una ermita. ¿Tendrás gusto  
De esto, Cosme? Tendré. — Pues, Cosme,  
[vamos].  
Que ántes son nuestros gustos que los  
[amos. (Vase.)]

## ESCENA XIII.

DOÑA ANGELA, ISABEL, que salen  
por la puerta disimulada con la tula-  
cena.

ISABEL.

Que está el cuarto solo dijo  
Rodrigo, porque el tal huésped  
Y tus hermanos se fuéron.

DOÑA ÁNGELA.

Por eso pude atreverme  
A hacer sola esta experiencia.

ISABEL.

¿Ves que no hay inconveniente  
Para pasar hasta aquí?

DOÑA ÁNGELA.

Antes, Isabel, parece  
Que todo cuanto previne  
Yo, fué muy impertinente,  
Pues con ninguno encontramos;  
Que la puerta fácilmente  
Se abre y se vuelve á cerrar,  
Sin ser posible que se eche  
De ver.

ISABEL.

¿Y á qué hemos venido?

DOÑA ÁNGELA.

A volvernos solamente;  
Que, para hacer sola una  
Travesura dos mujeres,  
Basta haberla imaginado;  
Porque al fin esto no tiene  
Mas fundamento, que haber  
Hablado en ello dos veces,  
Y estar yo determinada  
(Siendo verdad que es aqueste  
Caballero el que por mí  
Se empenó osado y valiente,  
Como te he dicho) á mirar  
Por su regalo.

ISABEL.

Aquí tiene

El que le trajo tu hermano,  
Y una espada en un bufete.

DOÑA ÁNGELA.

Ven acá. ¿Mi escribanía  
Trajeron aquí?

ISABEL.

Dio en ese

Desvario mi señor.  
Dijo que aquí la pusiese  
Con reado de escribir,  
Y mil libros diferentes.

DOÑA ÁNGELA.

En el suelo hay dos maletas.

ISABEL.

Y abiertas. Señora, ¿quieres  
Que veamos lo que hay en ellas?

DOÑA ÁNGELA.

Sí, que quiero neciamente  
Mirar qué ropas y alhajas  
Trae.

ISABEL.

Soldado y pretendiente,  
Vendrá muy mal alhajado.

(*Sacan todo cuanto van diciendo, y lo  
esparcen por la sala.*)

DOÑA ÁNGELA.

¿Qué es eso?

ISABEL.

Muchos papcles.

DOÑA ÁNGELA.

¿Son de mujer?

ISABEL.

No, señora,

Sino procesos que vienen  
Cosidos, y pesan mucho.

DOÑA ÁNGELA.

Pues si fueran de mujeres,  
Ellos fueran mas livianos  
Mal en eso te detienes.

ISABEL.

Ropa blanca hay aquí alguna.

DOÑA ÁNGELA.

¿Huele bien?

ISABEL.

Sí, á limpia huele.

DOÑA ÁNGELA.

Ese es el mejor perfume.

ISABEL.

Las tres calidades tiene  
De blanca, blanda y delgada.  
Mas, señora, ¿qué es aqueste  
Pellejo con unos hierros  
De herramientas diferentes?

DOÑA ÁNGELA.

Muestra á ver. Hasta aquí hierro  
De sacamuelas parece;

Mas estas son tenacillas,  
Y el alizador del copete  
Y los bigotes esotras.

ISABEL.

Item, escobilla y peine.  
Oye, que, mas prevenido,  
No le faltará al tal huésped  
La horma de su zapato.

DOÑA ÁNGELA.

¿Por qué?

ISABEL.

Porque aquí la tiene.

DOÑA ÁNGELA.

¿Hay mas?

ISABEL.

Sí, señora. Item,  
Como á forma de billetes,  
Legajo segundo.

DOÑA ÁNGELA.

Muestra.

De mujer son, y contienen  
Mas que papel. Un retrato  
Está aquí.

ISABEL.

¿Qué te suspende?

DOÑA ÁNGELA.

El verle; que una hermosura,  
Si está pintada, divierte.

ISABEL.

Parece que te ha pesado  
De hallarle.

DOÑA ÁNGELA.

¿Qué necia eres!

No mires mas.

ISABEL.

¿Y qué intentas?

DOÑA ÁNGELA.

Dejarle escrito un billete.  
Toma el retrato. (*Pónese á escribir.*)

ISABEL.

Entre tanto

La maleta del sirviente  
He de ver. Esto es dinero;  
Cuartazos son insolentes,  
Que en la república donde  
Son los principes y reyes  
Las doblas y patacones,  
Ellos son la comun plebe.  
Una burla le he de hacer,  
Y ha de ser de aquesta suerte:  
Quitarle de aquí el dinero  
Al tal lacayo, y ponerle  
Unos carbonos. Dirán:  
¿Dónde demonios los tiene  
Esta mujer? no advirtiendo  
Que esto sucedió en noviembre,  
Y que hay brasero en el cuarto.

(*Quita el dinero de la bolsa, y pone  
carbon.*)

DOÑA ÁNGELA.

Ya escribi. ¿Qué te parece  
Adónde dejó el papel,  
Porque, si mi hermano viene,  
No le vea?

ISABEL.

Allí, debajo

De la tohalla que tienen  
Las almohadas; que al quitarla,  
Se verá forzosamente.  
Y no es parte que hasta entónces  
Se ha de andar.

DOÑA ÁNGELA.

Muy bien adviertes.

Ponle allí, y ve recogiendo  
Todo esto.

ISABEL.

Mira que tuercen

Ya la llave.

DOÑA ÁNGELA.

Pues dejallo

Todo, esté como estuviere,  
Y á escondernos. Isabel,  
Ven.

ISABEL.

Alacena me fecit.

(Vanse por la alacena.)

## ESCENA XIV.

COSME.

Ya que me he servido á mí,  
De barato quiero hacerle  
A mi amo otro servicio. —  
Mas ¿quién nuestra hacienda vende  
Que así hace almoneda della?  
¿Vive Cristo, que parece  
Plazuela de la Cebada  
La sala con nuestros bienes!  
¿Quién está aquí? No está nadie,  
Por Dios; y si está, no quiere  
Responder. No me responda,  
Que me huelgo de que eche  
De ver que soy enemigo  
De respondones. Con este  
Humor, sea bueno, ó sea malo  
(Si he de hablar discretamente),  
Estoy temblando de miedo;  
Pero como á mí me deje  
El revoltoso de alhajas  
Libre mi dinero, llegue  
Y revuelva las maletas  
Una y cuatrocientas veces.  
Mas ¿qué veo? ¿Vive Dios,  
(*Registra la bolsa.*)

Que en carbonos lo convierte!  
Duendeillo, duendeillo,  
Quien quiera que seas ó fueres,  
El dinero que tú das  
En lo que mandares vuelve,  
¿Mas lo que yo hurto, por qué?

## ESCENA XV.

DON MANUEL, DON JUAN, DON LUIS. — COSME.

DON JUAN.

¿De qué das voces?

DON LUIS.

¿Qué tienes

DON MANUEL.

¿Qué te ha sucedido? Habla.

COSME.

¿Lindo desenfadado es ese!  
Si tienes por inquilino,  
Señor, en tu casa un duende,  
¿Para qué nos recibiste  
En ella? Un instante breve  
Que falté de aquí, la ropa  
De tal modo y de tal suerte  
Hallé, que, toda esparcida,  
Una almoneda parece.

DON JUAN.

¿Falta algo?

COSME.

No falta nada.

El dinero solamente  
Que en esta bolsa tenía,  
Que era mío, me convierte  
En carbonos.

DON LUIS.

Sí, ya entiendo.



DON MANUEL.

¿Qué necia burla previenes!  
¿Qué lria y qué sin donaire!

DON JUAN.

¿Qué mala y qué impertinente!

COSME.

No es burla esta, ¡vive Dios!

DON MANUEL.

Calla, que estás como sueles.

COSME.

Es verdad; mas suelo estar  
En mi juicio algunas veces.

DON JUAN.

Quedaos con Dios, y acostaos,  
Don Manuel, sin que os desvele  
El duende de la posada;  
Y aconsejadle que intente  
Otras burlas, al criado. (Vase.)

DON LUIS.

No en vano sois tan valiente  
Como sois, si habeis de andar,  
Desnuda la espada siempre,  
Saliendo de los disgustos  
En que este loco os pusiere. (Vase.)

## ESCENA XVI.

DON MANUEL, COSME.

DON MANUEL.

¿Ves cuál me tratan por tí?  
Todos por loco me tienen  
Porque te sufro. A cualquiera  
Parte que voy, me suceden  
Mil desaires por tu causa.

COSME.

Ya estás solo, y no he de hacerte  
Burla mano á mano yo;  
Porque solo en tercio puede  
Tirarse uno con su padre.  
Dos mil demonios me lleven  
Si no es verdad que salí;  
Y álguien, fuese quien se fuese,  
Hizo este estrago.

DON MANUEL.

Con eso

Ahora disculparte quieres  
De la necedad. Recoge  
Esto que esparcido tienes,  
Y entra á acostarte.

COSME.

Señor,

En una galera reme...

DON MANUEL.

Calla, calla, ó vive Dios  
Que la cabeza te quiebre.

(Entra en la alcoba.)

COSME.

Pesárame con extremo  
Que lo tal me sucediese.  
Ahora bien, vuelvo á envasar  
Otra vez los adherentes  
De mis maletas. ¡Oh cielos,  
Quién la trompeta tuviese  
Del juicio de las alhajas,  
Porque á una voz solamente  
Viniesen todas!

(Vuelve Don Manuel con un papel.)

DON MANUEL.

Alumbra,

Cosme.

COSME.

Pues ¿qué te sucede,  
Señor? ¿Has hallado acaso  
Allá dentro alguna gente?

DON MANUEL.

Descubrí la cama, Cosme,  
Para acostarme, y halléme  
Debajo de la tohalla  
De la cama, este billete  
Cerrado; y ya el sobrescrito  
Me admira mas

COSME.

¿A quién viene?

DON MANUEL.

A mí; mas de modo extraño.

COSME.

¿Cómo dice?

DON MANUEL.

Desta suerte

(Lee.) «Nadie me abra, porque soy  
»De Don Manuel solamente»

COSME.

¡Plegue á Dios, que no me creas  
Por fuerza! No le abras, tente,  
Sin conjurarle primero.

DON MANUEL.

Cosme, lo que me suspende  
Es la novedad, no el miedo;  
Que quien admira, no teme.

(Lee.) «Con cuidado me tiene vuestra  
»salud, como á quien fué la causa de  
»su riesgo. Y así, agradecida y lasti-  
»mada, os suplico me aviseis della, y  
»os sirvais de mí; que para lo uno y lo  
»otro habrá ocasion, dejando la res-  
»puesta donde hallasteis este: advierten-  
»do que el secreto importa, porque e-  
»día que lo sepa alguno de los amigos,  
»perderé yo el honor y la vida.»

COSME.

¿Extraño caso!

DON MANUEL.

¿Qué extraño?

COSME.

¿Eso no te admira?

DON MANUEL.

No;

Antes con esto llegó  
A mi vista el desengaño.

COSME.

¿Cómo?

DON MANUEL.

Bien claro se ve

Que aquella dama tapada,  
Que tan ciega y tan turbada  
De Don Luis huyendo fué,  
Era su dama, supuesto,  
Cosme, que no puede ser,  
Si es soltero, su mujer.  
Y dando por cierto esto,  
¿Qué dificultad tendrá  
Que en la casa de su amante,  
Tenga ella mano bastante  
Para entrar?

COSME.

Muy bien está

Pensado; mas mi temor  
Pasa adelante. Confieso  
Que es su dama, y el suceso  
Te doy por bueno, señor;  
¿Pero ella cómo podía  
Desde la calle, saber  
Lo que habia de suceder,  
Para tener este día  
Ya prevenido el papel?

DON MANUEL.

Después de haberme pasado,  
Pudo dársele á un criado.

COSME.

Y aunque se le diera, ¿él  
Cómo aquí ha de haberle puesto?

Pues nadie en el cuarto entró  
Desde que en él quedé yo.

DON MANUEL.

Bien pudo ser ántes de esto.

COSME.

Si; mas hallar trabucadas  
Las maletas y la ropa,  
Y el papel escrito, topa  
En mas.

DON MANUEL.

Mira si cerradas  
Esas ventanas están.

COSME.

Y con aldabas y rejas.

DON MANUEL.

Con mayor duda me dejas,  
Y mil sospechas me dan.

COSME.

¿De qué?

DON MANUEL.

No sabré explicallo.

COSME.

En efecto, ¿qué has de hacer?

DON MANUEL.

Escribir y responder  
Pretendo, hasta averiguallo,  
Con estilo que parezca  
Que no ha hallado en mi valor,  
Ni admiracion ni temor;  
Que no dudo que se ofrezca  
Una ocasion en que demos,  
Viendo que papeles hay,  
Con quien los lleva y los tray.

COSME.

¿Y de aquesto no daremos  
Cuenta á los huéspedes?

DON MANUEL.

No,

Porque no tengo de hacer  
Mal alguno á una mujer,  
Que así de mí se lio.

COSME.

¿Luego ya ofendes á quien  
Su galán juzgas?

DON MANUEL.

No tal,

Pues sin hacerla á ella mal,  
Puedo yo proceder bien.

COSME.

No, señor; más hay aquí  
De lo que á tí te parece:  
Con cada discurso crece  
Mi sospecha.

DON MANUEL.

¿Cómo así?

COSME.

Ves aquí que van y vienen  
Papeles, y que jamás  
Aunque lo examines mas,  
Ciertos desengaños tienen:  
¿Qué créras?

DON MANUEL.

Que ingenio y arte

Hay para entrar y salir,  
Para cerrar, para abrir,  
Y que el cuarto tiene parte  
Por dónde. Y en duda tal,  
El juicio podrá perder;  
Pero no, Cosme, creer  
Cosa sobrenatural.

COSME.

¿No hay duendes?

DON MANUEL.

Nadie los vió.

¿Familiares?  
COSME.  
DON MANUEL.  
Son quimeras.  
COSME.  
Brujas?  
DON MANUEL.  
Ménos.  
COSME.  
¿Hechiceras?  
DON MANUEL.  
¿Qué error!  
COSME.  
¿Hay súcubos?  
DON MANUEL.  
No.  
COSME.  
¿Encantadoras?  
DON MANUEL.  
Tampoco.  
COSME.  
¿Mágicas?  
DON MANUEL.  
Es necesidad.  
COSME.  
¿Nigromantes?  
DON MANUEL.  
Liviandad.  
COSME.  
¿Energúmenos?  
DON MANUEL.  
¿Qué loco!  
COSME.  
¿Vive Dios que te cogí!  
¿Diablos?  
DON MANUEL.  
Sin poder notorio.  
COSME.  
¿Hay almas del purgatorio?  
DON MANUEL.  
¿Que me enamoren á mí?  
¿Hay mas necia bobería!  
Déjame; que estás cansado.  
COSME.  
En fin, ¿qué has determinado?  
DON MANUEL.

Asistir de noche y día  
Con cuidados singulares  
(Aquí el desengaño fundo)  
Sin creer que hay en el mundo  
Ni duendes ni familiares.

COSME.  
Pues yo en efecto presumo  
Que algun demonio los tray,  
Que esto y mas habrá, donde hay  
Quien tome tabaco de humo.

## JORNADA SEGUNDA.

Habitacion de Doña Angela.

### ESCENA PRIMERA.

DOÑA ANGELA, DOÑA BEATRIZ,  
ISABEL.

DOÑA BEATRIZ.  
Notables cosas me cuentas.  
DOÑA ANGELA.

No te parecen notables,  
Hasta que sepas el fin.  
¿En qué quedamos?

DOÑA BEATRIZ.  
Quedaste  
En que por el alacena  
Hasta su cuarto pasastes,  
Que es tan difícil de verse  
Como fué de abrirse fácil;  
Que le escribiste un papel,  
Y que al otro día hallaste  
La respuesta.

DOÑA ANGELA.  
Digo pues  
Que tan cortés y galante  
Estilo no vi jamas,  
Mezclando entre lo admirable  
Del suceso, lo gracioso,  
Imitando los andantes  
Caballeros, á quien pasan  
Aventuras semejantes  
El papel, Beatriz, es este:  
Holgáreme que te agrade.  
(Lee.) «Fermosa dueña, cualquier que  
vos seais la condolida deste afanado  
caballero, y asaz piadosa minorais sus  
cuitas, ruegovoos me queráis facer sa-  
»bidor del follón mezquino, ó pagano  
»malandrín, que en este encanto vos  
»amancilla, para que segunda vegada  
»en vuestro nombre, sano ya de las pa-  
»sadas heridas, entre en descomunal  
»batalla, magüer que finque muerto  
»en ella; que non es la vida de mas pro-  
»que la muerte, tenudo á su deber un  
»caballero. El dador de la luz vos man-  
»pare, é á mi non olvide.

«El caballero de la Dama Duende.»

DOÑA BEATRIZ.  
Buen estilo por mi vida,  
Y á propósito el lenguaje,  
Del encanto y la aventura!

DOÑA ANGELA.  
Cuando esperé que con graves  
Admiraciones viniera  
El papel, vi semejante  
Desenfado, cuyo estilo  
Quise llevar adelante,  
Y respondiéndole así,  
Pasé...

ISABEL.  
Detente, no pases.  
Que viene Don Juan, tu hermano.

DOÑA ANGELA.  
Vendrá muy firme y amante  
A agradecerte la dicha  
De verte, Beatriz, y hablarte  
En su casa.

DOÑA BEATRIZ.  
No me pesa,  
Si hemos de decir verdades.

### ESCENA II.

DON JUAN.—DICHAS.

DON JUAN.

No hay mal que por bien no venga,  
Dicen adagios vulgares,  
Y en mí sé yo, pues que vienen  
Por mis bienes vuestros males.  
He sabido, Beatriz bella,  
Que un pesar, que vuestro padre  
Con vos tuvo, á nuestra casa  
Sin gusto y contento os trae.  
Pésame que hayan de ser  
Lisonjeros y agradables,  
Como para vos mis gustos,  
Para mí vuestros pesares;  
Pues es fuerza que no sienta  
Desdichas que han sido parte  
De veros; porque hoy amor

Diversos efectos hace,  
En vos de pena, y en mí  
De gloria, bien como el aspid,  
De quien, si sale el veneno,  
Tambien la triaca sale.  
Vos seais muy bien venida;  
Que aunque es corto el hospedaje,  
Bien se podrá hallar un sol  
En compañía de un ángel.

DOÑA BEATRIZ.  
Pésames y parabienes  
Tan cortesmente mezclasteis,  
Que no sé á qué responderos.  
Disgustada con mi padre  
Vengo: la culpa tuvisteis;  
Pues aunque el galán no sabe,  
Sabe que por el balcón  
Hablé anoche, y mientras pase  
El enojo, con mi prima  
Quiere que esté, porque hace  
De su virtud confianza.  
Solo os diré, y esto baste,  
Que los disgustos estimo;  
Porque tambien en mí cause  
Amor efectos diversos,  
Bien como el sol, cuando esparce  
Bellos rayos, que una flor  
Se marchita y otra nace.  
Hiere el amor en mi pecho,  
Y es solo un rayo bastante  
A que se muera el pesar,  
Y nazca el gusto de hallarme  
En vuestra casa, que ha sido  
Una esfera de diamante.  
Hermosa envidia de un sol,  
Y capaz dosel de un ángel.

DOÑA ANGELA.  
Bien se ve que de ganancia  
Andais hoy los dos amantes,  
Pues que me dais de barato  
Tantos favores.

DON JUAN.  
¿No sabes,  
Hermana, lo que he pensado?  
Que tú sola, por vengarte  
Del cuidado que te da  
Mi huésped, cuerda buscaste  
Huésped, que á mí me ponga  
En cuidado semejante.

DOÑA ANGELA.  
Dices bien, y yo lo he hecho,  
Solo porque la regales.

DON JUAN.  
Yo me doy por muy contento  
De la venganza. (Quiere irse.)

DOÑA BEATRIZ.  
¿Qué haces,  
Don Juan? ¿dónde vas?

DON JUAN.  
Beatriz.  
A servirte; que dejarte,  
Solo á tí por tí pudiera.

DOÑA ANGELA.  
Déjale ir.  
DON JUAN.  
Dios os guarde.

### ESCENA III.

DOÑA ANGELA, DOÑA BEATRIZ,  
ISABEL.

DOÑA ANGELA.  
Sí, cuidado con su huésped  
Me dió, y cuidado tan grande,  
Que apenas sé de mi vida,  
Y él de la suya no sabe.  
Viéndote á tí, con el mismo



Cuidado he de desquitarme;  
Porque de huésped á huésped  
Estemos los dos iguales

DOÑA BEATRIZ.

El deseo de saber  
Tu suceso, fuera parte  
Solamente á no sentir  
Su ausencia.

DOÑA ÁNGELA.

Por no cansarte,  
Papeles suyos y míos  
Fuéron y vinieron, tales  
(Los suyos digo) que pueden  
Admitirse y celebrarse;  
Porque mezclando las véras  
Y las burlas, no vi iguales  
Discursos.

DOÑA BEATRIZ.

Y él, en efecto,  
¿Qué es á lo que se persuade?

DOÑA ÁNGELA

A que debo de ser dama  
De Don Luis, juntando partes  
De haberme escondido del,  
Y de tener otra llave  
Del cuarto.

DOÑA BEATRIZ.

Sola una cosa  
Dificultad se me hace.

DOÑA ÁNGELA

¿Di cuál es?

DOÑA BEATRIZ.

¿Cómo este hombre  
Viendo que hay quien lleva y trae  
Papeles, no te ha espiado,  
Y te ha cogido en el lance?

DOÑA ÁNGELA.

No está eso por prevenir;  
Porque tengo á sus umbrales  
Un hombre yo, que me avisa  
De quién entra y de quién sale;  
Y así no pasa Isabel  
Hasta saber que no hay nadie.  
Que ya ha sucedido, amiga,  
Un día entero quedarse  
Un criado para verlo,  
Y haberle salido en balde  
La diligencia y cuidado  
Y porque no se me pase  
De la memoria, Isabel,  
Llévate aquel azafate  
En siendo tiempo.

DOÑA BEATRIZ.

Otra duda.  
¿Cómo es posible que alabes  
De tan entendido, un hombre  
Que no ha dado en casos tales  
En el secreto común  
De la alacena?

DOÑA ÁNGELA.

¿Ahora sabes  
Lo del huevo de Juanelo,  
Que los ingenios mas grandes  
Trabajaron en hacer  
Que en un bufete de jaspe  
Se tuviese en pié, y Juanelo  
Con solo llegar y darle  
Un golpecito, le tuvo?  
Las grandes dificultades,  
Hasta saberse lo son;  
Que sabido, todo es fácil.

DOÑA BEATRIZ.

Otra pregunta.

DOÑA ÁNGELA

Di cuál.

DOÑA BEATRIZ.

¿De tan locos disparates  
Qué piensas sacar?

DOÑA ÁNGELA

No sé.

Dijérate que mostrarme  
Agradecida, y pasar  
Mis penas y soledades,  
Si ya no fuera mas que esto,  
Porque necia y ignorante,  
He llegado á tener celos  
De ver que el retrato guarde  
De una dama, y aun estoy  
Dispuesta á entrar y tomarle  
En la primera ocasion;  
Y no sé cómo declare  
Que estoy ya determinada  
A que me vea y me hable.

DOÑA BEATRIZ.

¿Descubierta por quien eres?

DOÑA ÁNGELA.

¡Jesus, el cielo me guarde!  
Ni él, pienso yo, que á un amigo  
Y huésped traicion tan grande  
Hiciera; pues el pensar  
Que soy dama suya, hace  
Que me escriba temeroso,  
Cortés, turbado y cobarde;  
Y en efecto, yo no tengo  
De ponerme á ese desaire

DOÑA BEATRIZ.

Pues ¿cómo ha de verte?

DOÑA ÁNGELA.

Escucha,

Y sabrás la mas notable  
Traza, sin que yo al peligro  
De verme en su cuarto pase,  
Y él venga, sin saber dónde.

ISABEL.

Pon otro hermano á la márgen,  
Que viene Don Luis.

DOÑA ÁNGELA.

Después

Lo sabrás.

DOÑA BEATRIZ.

¿Qué desiguales  
Son los influjos! ¿Que el cielo  
En igual mérito y partes  
Ponga tantas diferencias  
Y tantas distancias halle,  
Que, con un mismo deseo,  
Uno obligue y otro canse!  
Vamos de aquí, que no quiero  
Que llegue Don Luis á hablarme.

(Quiere irse.)

#### ESCENA IV.

DON LUIS.—DICHAS.

DON LUIS.

¿Por qué os ausentais así?

DOÑA BEATRIZ.

Solo porque vos llegasteis

DON LUIS.

La luz mas hermosa y pura,  
De quien el sol la aprendió,  
¿Haye porque llevo yo?  
¿Soy la noche por ventura?  
Pues perdona tu hermosura  
Si atrevido y descortés  
En detenerte me ves;  
Que yo, en esta contingencia,  
No quiero pedir licencia,  
Porque tú no me la des.  
Que, estimando tu rigor,

No quiere la suerte mia  
Que aun esto, que es cortesía  
Tenga nombre de favor.  
Ya sé que mi loco amor  
En tus desprecios no alcanza  
Un átomo de esperanza;  
Pero yo, vicado tan fuerte  
Rigor, tengo de quererte,  
Por solo tomar venganza.  
Mayor gloria me darás,  
Cuando mas penas me ofrezcas;  
Pues cuando mas me aborrezcas,  
Tengo de quererte mas.  
Si desto quejosa estás,  
Porque con solo un querer  
Los dos vengamos á ser,  
Entre el placer y el pesar,  
Extremos, aprende á amar  
O enséñame á aborrecer.

Enséñame tú rigores,  
Yo te enseñaré finezas;  
Enséñame tú asperezas,  
Yo te enseñaré favores;

Tú desprecios, y yo amores;  
Tú olvido, y yo firme fe;  
Aunque es mejor, porque dé  
Gloria al amor, siendo dios,  
Que olvides tú por los dos;  
Que yo por los dos querré.

DOÑA BEATRIZ.

Tan cortesmente os quejais,  
Que, aunque agradecer quisiera  
Vuestras penas, no lo hiciera,  
Solo porque las digais.

DON LUIS.

Como tan mal me tratáis,  
El idioma del desden  
Aprendí.

DOÑA BEATRIZ.

Pues ese es bien  
Que sigais; que en caso tal,  
Hará soledad el mal  
A quien le dice tan bien.

(Quiere irse, y detiéndola Don Luis.)

DON LUIS.

Oye, si acaso te vengas,  
Y padezcamos los dos.

DOÑA BEATRIZ.

No he de escucharos. Por Dios,  
Amiga, que le detengas. (Vase.)

DOÑA ÁNGELA.

¿Que tan poco valor tengas  
Que esto quieras oír y ver!

DON LUIS.

¡Ay hermana! ¿qué he de hacer?

DOÑA ÁNGELA.

Dar tus penas al olvido;  
Que querer aborrecido  
Es morir, y no querer.

DON LUIS.

Quejoso, ¿cómo podré  
Olvidarla? ¿Que es error!  
Dila que me haga un favor,  
Y obligado olvidaré;  
Ofendido no; por qué  
El mas prudente, el mas sabio  
Da su sentimiento al labio;  
Si olvidarse el favor suele,  
Es porque el favor no duele  
De la suerte que el agravio. (Vanse.)

#### ESCENA V.

RODRIGO.—DON LUIS.

RODRIGO.

¿De dónde vienes?

DON LUIS.

No sé.

RODRIGO.

Triste parece que estás:  
¿La causa no me dirás?

DON LUIS.

Con Doña Beatriz hablé.

RODRIGO.

No digas mas; ya se ve  
En ti lo que respondió.  
Pero ¿dónde está, que yo  
No la he visto?

DON LUIS.

La tirana

Es huésped de mi hermana  
Unos días, porque no  
Me falte un enfado así  
De un huésped; que cada día  
Mis hermanos á porfia  
Se conjuran contra mí;  
Pues cualquiera tiene aquí  
Uno que pesar me dé:  
De Don Manuel, ya se ve,  
Y de Beatriz; pues los cielos,  
Me traen á casa mis celos,  
Porque sin ellos no esté.

RODRIGO.

Mira que Don Manuel puede  
Oírte, que viene allí.

## - ESCENA VI.

DON MANUEL.—DICHOS.

DON MANUEL. (Ap.)

¡Solo en el mundo por mí  
Tan gran prodigio sucede!  
¿Qué haré, cielos, con que quede  
Desengañado, y saber  
De una vez si esta mujer  
Hama de Don Luis ha sido,  
O cómo mano ha tenido  
Y cautela, para hacer  
Tantos engaños?

DON LUIS.

Señor

Don Manuel.

DON MANUEL.

Señor Don Luis.

DON LUIS.

¿De dónde bueno venis?

DON MANUEL.

De Palacio.

DON LUIS.

Grande error

El mío fué en preguntar,  
A quien pretensiones tiene,  
Dónde va, ni dónde viene;  
Porque es fuerza que ha de dar  
Cualquiera linea en Palacio, →  
Como centro de su esfera.

DON MANUEL.

Si solo á Palacio fuera,  
Estuviera mas despacio;  
Pero mi afán inmortal  
Mayor término ha pedido  
Su Majestad ha salido  
Esta tarde al Escorial,  
Y es fuerza esta noche ir  
Con mis despachos allá,  
Que de importancia será.

DON LUIS.

¡i ayudados á servir  
Luedo en algo, ya sabeis  
Que soy, en cualquier suceso,  
Vuestro

DON MANUEL.

Las manos os beso  
Por la merced que me haceis

DON LUIS

Ved, que no es lisonja esto.

DON MANUEL.

Ya veo que es voluntad  
De mi aumento.

DON LUIS. (Ap.)

Así es verdad,  
Porque negocies mas presto.

DON MANUEL.

Pero á un gulan cortésano  
Tanto como vos, no es justo  
Divertirle de su gusto;  
Porque yo tengo por llano  
Que estareis entretenido,  
Y gran desacuerdo fuera  
Que auschataros pretendiera.

DON LUIS.

Aunque hubiérais oído  
Lo que con Rodrigo hablaba,  
No respondiérais así.

DON MANUEL.

¿Luego bien he dicho?

DON LUIS.

Si,

Que aunque es verdad que lloraba  
De una hermosa el rigor,  
A la firme voluntad,  
La hace tanta soledad  
El desden como el favor.

DON MANUEL.

¿Qué desvalido os pintais!

DON LUIS.

Amo una grande hermosura  
Sin estrella y sin ventura.

DON MANUEL.

¿Conmigo disimulais  
Agora?

DON LUIS.

¡Pluguiera al cielo!

Mas tan infeliz nací,  
Que huye esta beldad de mí  
Como de la noche el velo  
De la hermosa luz del día,  
A cuyos rayos me quemó.  
¿Queréis ver con cuánto extremo  
Es la triste suerte mía?  
Pues porque no la siguiera  
Amante y celoso yo,  
A una persona pidió  
Que mis pasos detuviera..  
Ved si hay rigores mas fieros,  
Pues todos suelen buscar  
Terceros para alcanzar,  
Y ella huye por terceros.

(Vanse Don Luis y Rodrigo.)

## ESCENA VII.

DON MANUEL.

¿Qué mas se ha de declarar?

¡Mujer que su vista huyó,  
Y á otra persona pidió  
Que le llegase á estorbar!  
Por mí lo dice y por ella.  
Ya por lo ménos venci  
Una duda, pues ya ví  
Que, aunque es verdad que es aquella,  
No es su dama; porque él  
Despreciado no viviera,  
Si en su casa la tuviera.  
Ya es mi duda mas cruel.  
Si no es su dama, ni vive  
En su casa, ¿cómo así  
Escribe y responde? Aquí

Muere un engaño, y concibe  
Otro engaño. ¿Qué he de hacer?  
Que soy en mis opiniones  
Confusion de confusiones.  
¡Válgate Dios por mujer!

## ESCENA VIII.

COSME. — DON MANUEL.

COSME.

Señor, ¿qué hay de duende? ¿acaso  
Hasle visto por acá?  
Que de saber que no está  
Allá, me holgaré.

DON MANUEL.

Habla paso.

COSME.

Que tengo mucho que hacer  
En nuestro cuarto, y no puedo  
Entrar.

DON MANUEL.

Pues ¿qué tienes?

COSME.

Miedo.

DON MANUEL.

¿Miedo un hombre ha de tener?

COSME.

No le ha de tener, señor.  
Pero ve aquí que le tiene,  
Porque al suceso conviene.

DON MANUEL.

Deja aqñese necio humor,  
Y lleva luz, porque tengo  
Que disponer y escribir,  
Y esta noche he de salir  
De Madrid.

COSME.

A eso me atengo,

Pues dices con eso aquí  
Que tienes miedo al suceso.

DON MANUEL.

Antes te he dicho con eso  
Que no hago caso de ti;  
Pues de otras cosas me acuerdo,  
Que son diferentes, cuando  
En estas me estás hablando.  
El tiempo en efecto pierdo.  
En tanto que me despido  
De Don Juan, ten luz. (Vase.)

COSME.

Si haré.

Luz al duende llevaré,  
Que es hora qué sea servido,  
Y no esté á oscuras. Aquí  
Ha de haber una cerilla;  
En aquella lamparilla,  
Que se está muriendo allí,  
Encenderla agora puedo.  
¡Oh qué prevenido soy!  
Y entre estas y estotras voy  
Titiritando de miedo. (Vase.)

Cuarto de Don Manuel.

## ESCENA IX.

ISABEL, que sale por la alacena con  
un azafate cubierto.

Fuera están, que así el criado  
Me lo dijo. Agora es tiempo  
De poner este azafate  
De ropa blanca en el puesto  
Señalado.— ¡Ay de mí triste!  
Que como es de noche, tengo,



Con la grande oscuridad,  
De mi misma asombro y miedo.  
¡Válgame Dios, que temblando  
Estoy! El duende primero  
Soy que se encomienda á Dios.  
No hallo el bufete. ¿Qué es esto?  
Con la turbación y espanto  
Perdí de la sala el tientu.  
No sé dónde estoy, ni hallo  
La mesa. ¿Qué he de hacer? ¡Cielos!  
Si no acertase á salir,  
Y me hallasen aquí dentro,  
Dábamos con todo el easo  
Al traste. Gran temor tengo,  
Y mas agora, que abrir  
La puerta del cuarto siento,  
Y trae luz el que la abre.  
Aquí dió fin el suceso;  
Que ya ni puedo esconderme,  
Ni volver á salir puedo.

ESCENA X.

COSME, con luz. — ISABEL.

COSME.  
Duende, mi señor, si acaso  
Obligan los rendimientos  
A los duendes bien nacidos,  
Humildemente le ruego  
Que no se acuerde de mí  
En sus muchos embelecos,  
Y esto por cuatro razones:  
La primera, yo me entiendo;  
(Va andando, é Isabel detras dél, ha-  
yendo de que la vea.)

La segunda, usted lo sabe,  
La tercera, por aquello  
De que al buen entendedor...  
La cuarta, por estos versos:  
Señora Dama Duende,  
Duélase de mí,  
Que soy niño y solo,  
Y nunca en tal me vi.

ISABEL. (Ap.)

Ya con la luz he cobrado  
El tino del aposento,  
Y él no me ha visto; si aquí  
Se la mato, será cierto  
Que, mientras la va á encender,  
Salir á mi cuarto puedo;  
Que cuando sienta el ruido,  
No me verá por lo ménos,  
Y á dos daños el menor.

COSME.

¡Qué gran músico es el miedo!

ISABEL. (Ap.)

Esto ha de ser desta suerte.  
(Dale un golpe, y mátele la luz.)

COSME

¡Ay infeliz, que me han muerto!  
¡Confesion!

ISABEL.

Ahora podré  
Escaparme.

ESCENA XI.

DON MANUEL. — ISABEL, COSME.

DON MANUEL.

¿Qué es aquesto,  
Cosme? ¿cómo estás sin luz?

COSME.

Como á los dos nos ha muerto  
El duende: á la luz, de un soplo,  
Y á mí de un golpe.

DON MANUEL.

Tu miedo  
Te hará creer esas cosas.

7. VII.

COSME.

Bien á mi costa las creo.

ISABEL. (Ap.)

¡Oh si la puerta encontrase!

DON MANUEL.

¿Quién está aquí?

(Encuentra Isabel con Don Manuel, y  
él la tiene del azafate.)

ISABEL. (Ap.)

Peor es esto;  
Que con el amo he encontrado.

DON MANUEL.

Trae luz, Cosme, que ya tengo  
A quien es.

COSME.

Pues no le sueltes.

DON MANUEL.

No haré; vé por ella presto.

COSME.

Tenle bien.

ISABEL. (Ap.)

Del azafate  
Asió; en sus manos le dejo.  
Hallé la alacena; ¡Adios!

(Vase, dejándole el azafate en la  
mano.)

DON MANUEL.

Cualquiera que es, se esté quedo  
Hasta que traigan la luz;  
Porque si no, ¡vive el ciclo,  
Que le dé de puñaladas! —  
Pero solo abrazo el viento,  
Y encuentro solo una cosa  
De ropa y de poco peso.  
¿Qué será? ¡Válgame Dios,  
Que en mas confusion me ha puesto!

ESCENA XII.

COSME, con la luz — DON MANUEL.

COSME.

Téngase el duende á la luz.  
Pues ¿qué es dél? ¿no estaba preso?  
¿Qué es esto, señor?

DON MANUEL.

No acierto

A responder. Esta ropa  
Me ha dejado, y se fué huyendo.

COSME.

¿Y qué dices deste lance?  
Aun bien, que agora tú mismo  
Dijiste que le tenias,  
Y se te fué por el viento.

DON MANUEL.

Diré que aquesta persona,  
Que con arte y con ingenio  
Entra y sale aquí, esta noche  
Estaba encerrada dentro;  
Que, para poder salir,  
Te mató la luz, y luego  
Me dejó á mí el azafate,  
Y se me ha escapado huyendo.

COSME.

¿Por dónde?

DON MANUEL.

Por esa puerta.

COSME.

Harásme que pierda el seso.  
¡Vive Dios! que yo le vi  
A los últimos reflejos,  
Que la pavesa dejó  
De la luz, que me habia muerto!

DON MANUEL.

¿Qué forma tenia?

COSME.

Era un fraile  
Tamaño, y tenia puesto  
Un eucurecho tamaño;  
Que por estas señas creo  
Que era duende capuchino.

DON MANUEL.

¿Qué de cosas hace el miedo!  
Alumbra aquí, y lo que trajo  
El frailecito verémos.  
Ten este azafate tú.

COSME.

¿Yo azafates del infierno?

DON MANUEL.

Tenle pues.

COSME.

Tengo las manos  
Suecias, señor, con el sebo  
De la vela, y manejaré  
El tafetan que cubierto  
Le tiene; mejor será  
Que te pongas en el suelo.

DON MANUEL.

Ropa blanca es, y un papel.  
Veamos si el fraile es discreto.  
(Lee.) «En el poco tiempo que ha que  
»vivis en esa casa, no se ha podido  
»hacer mas ropa; como se fuere ha-  
»ciendo, se irá llevando. A lo que de-  
»cis del amigo, persuadido á que soy  
»dama de Don Luis, os aseguro que  
»no solo no lo soy, pero que no puedo  
»serlo; y esto dejo para la vista, que  
»será presto. Dios os guarde.»  
Bautizado está este duende,  
Pues de Dios se acuerda.

COSME.

¿Veslo,

Cómo hay duende religioso?

DON MANUEL.

Muy tarde es; ve componiendo  
Las maletas y cojines,  
Y en una bolsa pon estos  
Papeles, que son el todo  
A que vamos; que yo entiendo  
En tanto dejar respuesta  
A mi duende.

(Da unos papeles á Cosme, pónelos  
él sobre una silla, y Don Manuel es-  
cribe.)

COSME.

Aquí yo quiero,  
Para que no se me olviden  
Y estén á mano, ponerlos,  
Mientras me detengo un rato,  
Solamente á decir esto:  
¿Has creído ya que hay duendes?

DON MANUEL.

¿Qué disparate tan necio!

COSME.

Esto es disparate? ¡Ves  
Tú mismo tantos efectos,  
Como venirse á tus manos  
Un regalo por el viento,  
Y aun dudas? Pero bien baees,  
Si á ti te va bien con eso;  
Mas déjame á mí, que yo,  
Que peor partido tengo,  
Lo crea.

DON MANUEL.

¿De qué manera?

COSME.

Desta manera lo pruebo:  
Si nos revuelventa la ropa,

Te ries mucho de verlo;  
Y yo soy quien la compone,  
Que no es trabajo pequeño.  
Si á ti te dejan papeles,  
Y te llevan los conceptos;  
A mí me dejan carbonos,  
Y se llevan mi dinero.  
Si tuen dulces, tú te huelgas  
Como un padre de comerlos;  
Y yo ayuno como un puto.  
Pues ni los toco ni veo.  
Si á ti te dan las camisas,  
Las valonas y pañuelos;  
A mí los sustos me dan  
De escucharlo y de saberlo.  
Si, cuando los dos venimos  
Aquí, casi á un mismo tiempo,  
Te dan á ti un azafate  
Tan ascado y compuesto;  
A mí un mojicon me dan  
En aquestos pestorejos,  
Tan descomunal, tan grande,  
Que me hace escupir los sesos.  
Para ti solo, señor,  
Es el gusto y el provecho,  
Para mí el susto y el daño;  
Y tiene el duende en efecto,  
Para ti mano de lana,  
Para mí mano de hierro.  
Pues déjame que lo crea;  
Que se apura el sufrimiento,  
Queriendo negarle á un hombre  
Lo que está pasando y viendo.

DON MANUEL.

Haz las maletas, y vamos;  
Que allá en el cuarto te espere  
De Don Juan.

COSME.

¿Pues qué hay que hacer,  
Si allá vestido de negro  
Has de andar, y esto se hace  
Con tomar un ferrucllo?

DON MANUEL.

Deja cerrado, y la llave  
Lleva; que si en este tiempo  
Hiciera falta, otra tiene  
Don Juan.—Confuso me ausento  
Por no llevar ya sabido  
Esto, que ha de ser tan presto;  
Pero uno importa al honor  
De mi casa y de mi aumento,  
Y otro solamente á un gusto;  
Y así entre los dos extremos,  
Donde el honor es lo mas,  
Todo lo demas es ménos.— (Vanse.)

Cuarto de Doña Angela.

## ESCENA XIII.

DOÑA ANGELA, DOÑA BEATRIZ,  
ISABEL.

DOÑA ANGELA.

¿Eso te ha sucedido?

ISABEL.

Ya todo el embeleco vi perdido,  
Porque, si allí me viera,  
Fuerza, señora, fuera  
El descubrirse todo;  
Pero en efecto, me escapé del modo  
Que te dije.

DOÑA ANGELA.

Fué extraño

Suceso.

DOÑA BEATRIZ.

Y ha de dar fuerza al engaño,  
Sin haber visto gente,  
Ver que dé un azafate, y que se ausente.

DOÑA ANGELA.

Si tras desto consigo  
Que me vea del modo que te digo,  
Ni dudo de que pierda  
El juicio.

DOÑA BEATRIZ.

La atencion mas grave y cuerda  
Es fuerza que se espante,  
Angela, con suceso semejante;  
Porque querer llamalle  
Sin saber donde viene, y que se halle  
Luego con una dama  
Tan hermosa, tan rica y de tal fama,  
Sin que sepa quién es, ni dónde vive  
(Que esto es lo que tu ingenio le aperci-  
Y haya, vendado y ciego, [be]),  
De volver á salir y dudar luego,  
¿A quién no ha de admirar?

DOÑA ANGELA.

Todo advertido  
Está ya, y por estar tú aquí no ha sido  
Hoy la noche primera  
Que ha de venir á verme.

DOÑA BEATRIZ.

¿No supiera  
Yo callar el suceso  
De tu amor?

DOÑA ANGELA.

Queno, prima, no es por eso;  
Sino que estando en casa  
Tú, como á mis hermanos les abrasa  
Tu amor, no salen della,  
Adorando los rayos de tu estrella;  
Y fuera aventurarme,  
No ausentándose ellos, empeñarme.

## ESCENA XIV.

DON LUIS, *al paño*.—DICHOS.

DON LUIS. (Ap.)

Oh cielos! quién pudiera  
Disimular su afecto! quién pusiera  
límite al pensamiento,  
Freno á la voz y ley al sentimiento!  
Pero ya que conmigo  
Tan poco puedo, que esto no consigo  
Desde aquí he de ensayarme  
A vencer mi pasión, y reportarme.

DOÑA BEATRIZ.

Yo diré de qué suerte  
Se podrá disponer, para no hacerte  
Mal tercio, y para hallarme  
Aquí; porque sintiera el ausentarme,  
Sin que el efecto viera  
Que desco.

DOÑA ANGELA.

Pues di de qué manera.

DON LUIS. (Ap.)

¿Qué es lo que las dos tratan,  
Que de su mismo aliento se recatan?

DOÑA BEATRIZ.

Las dos publicaremos  
Que mi padre envió por mí, y harémos  
La deshecha con modos,  
Que creyendo que estoy ya ausente to-  
Vuelva á quedarme en casa... [dos.

DON LUIS. (Ap.)

¿Qué es esto, cielos, que en mi agravio

DOÑA BEATRIZ.

Y oculta con secreto,  
Sin estorbos podré ver el efeto...

DON LUIS. (Ap.)

¿Qué es lo que oigo, hado injusto?

DOÑA BEATRIZ.

Que ha de ser para mí de tanto gusto.

DOÑA ANGELA.

Y luego, ¿qué dirénos  
De verte aquí otra vez?

DOÑA BEATRIZ.

¿Pues no tendrénos  
(¿Que mal eso te admira!)  
Ingenio para hacer otra mentira?

DON LUIS. (Ap.)

Si tendreis. ¿Que esto escucho!  
Con nuevas penas y tormentos luchó

DOÑA BEATRIZ.

Con esto, sin testigos y en secreto,  
Deste notable amor veré el efeto;  
Pues estando escondida  
Yo, y estando la casa recogida,  
Sin escándalo arguyo  
Que pasar pueda de su cuarto al tuyo

DON LUIS. (Ap.)

Bien claramente infiero  
(Cobarde vivo, y atrevido muero)  
Su intencion. Mas dichoso  
Mi hermano la merece; ¡estoy celoso!  
A darle se preficre  
La ocasion que desea; y así quiere  
Que de su cuarto pase  
Sin quengadie losepa, y yo me abraze  
Y porque sin testigos  
Se logren (¡oh enemigos!)  
Mintiendo mi sospecha,  
Hacer quierco conmigo la deshecha.  
Pues si esto es así, cielo,  
Para el estorbo de su amor apelo:  
Y cuando esté escondida,  
Buscando otra ocasion, con atrevida  
Resolucion veré toda la casa,  
Hasta hallarle; que el fuego que me a-  
Ya no tiene otro medio; [brasa,  
Que el estorbar es último remedio  
De un celoso. Valedme, ¡santos cielos!  
Que abrasado de amor, muero de celos.  
(Vase.)

DOÑA ANGELA.

Está bien prevenido,  
Y mañana dirémos que te has ido.

## ESCENA XV.

DON JUAN.—DOÑA ANGELA, DOÑA  
BEATRIZ, ISABEL.

DON JUAN.

¡Hermana! Beatriz bella!

DOÑA BEATRIZ.

Ya te celebrámos niénos.

DON JUAN.

Si mi estrella

Tantas dichas mehora,  
Que me eche ménos vuestro sol, señora,  
De mi mismo envidioso,  
Tendré mi mismo bien por sospechoso;  
Que posible no ha sido  
Que os haya merecido  
Mi amor ese cuidado;  
Y así, de mi envidioso y envidiado,  
Tendré en tan dulce abismo  
Yo lástima y envidia de mi mismo.

DOÑA BEATRIZ.

Contradecir no quiero  
Argumento. Don Juan, tan lisonjero,  
Que quien ha dilatado  
Tanto el venirme á ver, y me ha olvidado,  
¿Quién duda que estaria  
Bien divertido, si, y allí tendria  
Envidia á su ventura  
Y lástima, perdiendo la hermosura  
Que tanto le divierte?  
Luego claro se prueba desta suerte  
Con cierto silogismo  
La lástima y envidia de sí mismo.



DON JUAN.

Si no fuera ofenderme y ofenderos,  
Intentara, Beatriz, satisfaceros  
Con deiros que he estado  
Con Don Manuel, mi huésped, ocupado  
Agora en su partida,  
Porque se fué esta noche.

DOÑA ÁNGELA.

¡Ay de mi vida!

DON JUAN.

¿De qué, hermana, es el susto?

DOÑA ÁNGELA.

Sobresalta un placer como un disgusto.

DON JUAN.

Pésame que no sea  
Placer cumplido el que tu pecho vea;  
Pues volverá mañana.

DOÑA ÁNGELA

(Ap. Vuelva á vivir una esperanza vana.)  
Ya yo me había espantado,  
Que tan de paso nos venia el enfado,  
Que fué siempre importuno.

DON JUAN.

Yo no sospecho que te dé ninguno, [to.  
Sino que tú y Don Luis mostrais disgus-  
Por ser cosa en que yo he tenido gusto.

DOÑA ÁNGELA.

No quiero responderte,  
Aunque tengo bien qué; y es por no ha-  
Mal juego, siendo agora [eerte  
Tercero de tu amor, pues nadie ignora  
Que ejeree amor las flores de fullero  
Mano á mano, mejor que con tercero.—  
Vente, Isabel, conmigo; (Ap. á ella.)  
Que aquesta noche misma á traer me  
El retrato; pues puedo [obligo  
Pasareon mas espacio y ménos miedo.  
Tenme tú prevenida  
Una luz, y en que pueda ir escondida;  
Porque no ha de tener, contra mi llama,  
Quien me escribe, retrato de otra dama.  
(Vase Doña Ángela é Isabel.)

## ESCENA XVI.

DOÑA BEATRIZ, DON JUAN.

DOÑA BEATRIZ.

No creo que te debo  
Tantas finezas.

DON JUAN.

Los quilates pruebo  
De mi fe (porque es mucha)  
En un disurso.

DOÑA BEATRIZ.

Dile.

DON JUAN.

Pues escucha.

Bella Beatriz, mi fe es tan verdadera,  
Mi amor tan firme, mi afición tan rara,  
Que, aunque yo no quererte deseara,  
Contra mi mismo afecto te quisiera.  
Estimate mi vida de manera.  
Que, á poder olvidarte, te olvidara,  
Porque despues por eleccion te amara:  
Fuera gusto mi amor, y no ley fuera.  
Quien quiere á una mujer, porque no  
[puede  
Olvidalla, no obliga con querella,  
Pues nada el albedrio le concede.  
Yo no puedo olvidarte, Beatriz bella,  
Y siento el ver que tan ufana quede,  
Con la victoria de tu amor mi estrella.

DOÑA BEATRIZ.

Si la eleccion se debe al albedrio,  
Y la fuerza al impulso de una estrella,

Voluntad mas segura será aquella  
Que no vive sujeta á un desvario.  
Y así de tus finezas desconfío,  
Pues mi fe, que imposibles atropella,  
Si viera á mi albedrio andar sin ella,  
Negara, vive el cielo, que era mío.  
Pues aquel breve instante que gastara  
En olvidar, para volver á amarte,  
Sentiera que mi afecto me faltara.  
Y huelgome de ver que no soy parte  
Para olvidarte, pues que no te amara  
El rato que tratara de olvidarte.

(Vase.)

Calle.

## ESCENA XVII.

COSME, huyendo de DON MANUEL,  
que le sigue.

DON MANUEL.

¡Vive Dios, si no mirara...

COSME.

Por eso miras.

DON MANUEL.

Que fuera  
Infamia mia, que hiciera  
Un desatino!

COSME.

Repara

En que te he sufrido bien,  
Y un descuido no está en mano,  
De un católico cristiano.

DON MANUEL.

¿Quién ha de sufrirme, quién,  
Si lo que mas importó,  
Y lo que mas te he enargado  
Es lo que mas se ha olvidado?

COSME.

Pues por eso se olvidó,  
Por ser lo que me importaba;  
Que si importante no fuera,  
¿En olvidarse, qué hiciera?  
Viven los cielos! que estaba  
Tan envidioso en traer  
Los papeles, que por eso  
Los puse aparte, y confieso  
Que el cuidado vino á ser  
El mismo que me dañó;  
Pues si aparte no estuvieran,  
Con los demas se vinieran.

DON MANUEL.

Harto es que se te acordó  
En la mitad del camino.

COSME.

Un gran cuidado llevaba,  
Sin saber qué le causaba;  
Que le juzgué desatino,  
Hasta que en el caso di,  
Y supe que era el cuidado  
El haberseme olvidado  
Los papeles.

DON MANUEL.

Di que allí

El mozo espere, teniendo  
Las mulas; porque tambien  
Llegar con ruido no es bien,  
Despertando á quien durmiendo  
Está ya; pues puedo entrar,  
Supuesto que llave tengo,  
Y el despaño, por quien vengo,  
Sin ser ser sentido sacar.

(Vase Cosme, y vuelve.)

COSME.

Ya el mozo queda advertido;  
Mas considera, señor;  
Que sin luz es grande error

Querer hallarlos, y el ruido  
Excusarse no es posible,  
Porque si luz no nos dan  
En el cuarto de Don Juan,  
¿Cómo hemos de ver?

DON MANUEL.

¡Terrible

Es tu enfado! ¿Agora quieres  
Que le alborote y le llame?  
¿Pues no sabrás (dime, infame,  
Que causa de todo eres)  
Por el tiento, dónde fué  
Dónde quedaron?

COSME.

No es esa

La duda, que yo á la mesa,  
Donde sé que los dejé,  
Iré á ciegos.

DON MANUEL.

Abre presto.

COSME.

Lo que á mi temor responde  
Es que no sabré yo adónde  
El duende los habrá puesto;  
Porque ¿qué cosa he dejado,  
Que haya vuelto á hallarla yo  
En la parte que quedó?

DON MANUEL.

Si los hubiere mudado,  
Luz entónces pedirémos;  
Pero hasta verlo, no es bien  
Que alborotemos, á quien  
Buen hospedaje debemos. (Vase.)

Cuarto de Don Manuel.

## ESCENA XVIII.

DOÑA ÁNGELA é ISABEL, que salen  
de la alacena.

DOÑA ÁNGELA.

Isabel, pues recogida  
Está la casa, y es dueño  
De los sentidos el sueño,  
Ladron de la media vida,  
Y sé que el huésped se ha ido,  
Robarle el retrato quiero  
Que vi en el lance primero.

ISABEL.

Entra quedo, y no hagas ruido.

DOÑA ÁNGELA.

Cierra tú por allá fuera,  
Y hasta venirme á avisar  
No saldré yo, por no dar  
En mas riesgo.

ISABEL.

Aquí me espera.

(Vase Isabel, cerrando la alacena.)

## ESCENA XIX.

DON MANUEL, COSME, á oscuras.—  
DOÑA ÁNGELA.COSME. (Hablando bajo con su amo  
junto á la puerta.)

Ya está abierto.

DON MANUEL.

—Pisa quedo;

Que, si aquí sienten rumor,  
Será alboroto mayor.

COSME.

¿Crérásme que tengo miedo?  
Este duende bien pudiera  
Tenernos luz encendida.

DOÑA ÁNGELA.

La luz que traje escondida,  
Porque de aquesta manera

No se viese, es tiempo ya  
De descubrir.

*(Saca una luz que trajo encubierta en una linterna.)*

COSME. *(Ap. á su amo.)*

Nunca ha andado  
El duende tan bien mandado.  
¿Qué presto la luz nos da!  
Considera agora aquí  
Si te quiere bien el duende,  
Pues que para tí la enciende,  
Y la apaga para mí.

DON MANUEL.

¡Válgame el cielo! Ya es  
Esto sobrenatural;  
Que traer con prisa tal  
Luz, no es obra humana.

COSME.

¿Ves

Como á confesar viniste  
Que es verdad?

DON MANUEL.

¿De mármol soy!

Por volver atrás estoy.

COSME.

Mortal eres: ya temiste.

DOÑA ÁNGELA.

Hacia aquí la mesa veo,  
Y con papeles es á.

COSME.

Hacia la mesa se va.

DON MANUEL.

¡Vive Dios, que dudo y creo  
Una admiración tan nueva!

COSME.

¿Ves cómo nos va guiando,  
Lo que venimos buscando,  
Sin que veamos quién la lleva?

*(Doña Ángela pone la luz en un candilero que habrá en la mesa, y toma una silla y sientase de espaldas á lo dos.)*

DOÑA ÁNGELA.

Pongo aquí la luz, y agora  
La escribanía verá.

DON MANUEL.

Aguarda, que á los reflejos  
De la luz todo se ve;  
Y no vi en toda mi vida  
Tan soberana mujer.

¡Válgame el cielo! ¿qué es esto?  
Hidras á mi parecer.  
Son los prodigios, pues de uno  
Nacen mil; ¿Cielos! ¿qué haré?

COSME.

Despacio lo va tomando,  
Silla arrastra.

DON MANUEL.

Imagen es

De la mas rara beldad,  
Que el soberano pincel  
Ha obrado.

COSME.

Así es verdad;

Porque solo la hizo él.

DON MANUEL.

Mas que la luz resplandecen  
Sus ojos.

COSME.

Lo cierto es,  
Que son sus ojos luceros  
Del cielo de Lucifer.

DON MANUEL.

Cada cabello es un rayo  
Del sol.

COSME.

Hurtáronlos dél.

DON MANUEL.

Una estrella es cada rizo.

COSME.

Si será; porque tambien  
Se las trajeron acá,  
O una parte de las tres.

DON MANUEL.

¿No vi mas rara hermosura!

COSME.

No dijeras eso á fe,  
Si el pié la vieras; porque estos  
Son malditos por el pié.

DON MANUEL.

¿Un asombro de belleza,  
Un ángel hermoso es!

COSME.

Es verdad, pero patudo.

DON MANUEL.

¿Qué es esto, qué intenta hacer  
Con mis papeles?

COSME.

Yo apuesto

Que querrá mirar y ver  
Lo que buscas, porque aquí  
Pongamos menos que hacer:  
Que es duende muy servicial.

DON MANUEL.

¡Válgame el cielo! ¿qué haré?  
Nunca me he visto cobarde,  
Sino solo aquesta vez.

COSME.

Yo sí, muchas.

DON MANUEL.

Y calzado

De prision de hielo el pié,  
Tengo el cabello erizado,  
Y cada suspiro es,  
Para mi pecho un puñal,  
Para mi cuello un cordel.  
Mas ¿yo he de tener temor?  
¿Vive el cielo que he de ver  
Si sé vencer un encanto!

*(Llega, y cógela de un brazo)*

Ángel, demonio, ó mujer,  
A fe que no has de librarte  
De mis manos esta vez.

DOÑA ÁNGELA. *(Ap.)*

¡Ay infelice de mí!  
Fingida su ausencia fué:  
Mas ha sabido que yo.

COSME.

De parte de Dios (aquí es  
Troya del diablo) nos di...

DOÑA ÁNGELA. *(Ap.)*

Mas yo disimularé.

COSME.

¿Quién eres, y qué nos quieres?

DOÑA ÁNGELA.

Generoso Don Manuel  
Enrriquez, á quien está  
Guardado un inmenso bien;  
No me toques, no me llegues  
Que llegarás á perder  
La mayor dicha que el cielo  
Te previno, por merced  
Del hado, que te apadrina  
Por decretos de su ley.  
Yo te escribí aquesta tarde  
En el último papel,  
Que nos veríamos presto,  
Y anteviendo aquesto fué.  
Y pues cumplí mi palabra,

Supuesto que ya me ves,  
En la mas humana forma  
Que he podido elegir, ve  
En paz, y déjame aquí;  
Porque aun cumplido no es  
El tiempo en que mis sucesos  
Has de alcanzar y saber.  
Mañana lo sabrás todo;  
Y mira, que á nadie des  
Parte desto, si no quieres  
Una gran suerte perder.  
Ve en paz.

COSME.

Pues que con la paz

Nos convida, señor, ¿qué  
Esperamos?

DON MANUEL.

*(Ap; Vive Dios,*

Que corrido de temer  
Vanos asombros estoy!  
Y puesto que no los cré  
Mi valor, he de apurar  
Todo el caso de una vez.)  
Mujer, quien quiera que seas,  
(Que no tengo de creer  
Que eres otra cosa nunca)  
Vive Dios, que he de saber  
Quién eres, cómo has entrado  
Aquí, con qué fin, y á qué.  
Sin esperar á mañana  
Esta dicha gozaré;  
Si demonio, por demonio,  
Y si mujer, por mujer;  
Que á mi esfuerzo no le da  
Que recelar ni temer  
Tu amenaza, cuando fueras  
Demonio; aunque yo bien sé  
Que teniendo cuerpo tú,  
Demonio no puedes ser,  
Sino mujer.

COSME.

Todo es uno.

DOÑA ÁNGELA.

No me toques, que á perder  
Echas una dicha.

COSME.

Dice

El señor diablo muy bien;  
No la toques, pues no ha sido  
Arpa, laúd ni rabel.

DON MANUEL.

Si eres espíritu, agora  
Con la espada lo verá; *(Saca la espada.)*  
Pues aunque te biera aquí,  
No he de poderte ofender.

DOÑA ÁNGELA.

¡Ay de mí! ¡deten la espada,  
Sangriento el brazo deten!  
Que no es bien que des la muerte  
A una infelice mujer.  
Yo confieso que lo soy;  
Y aunque es delito el querer,  
No delito que merezca  
Morir mal, por querer bien.  
No manches pues, no desdoras  
Con mi sangre el rosicler  
De ese acero.

DON MANUEL.

Di, ¿quién eres?

DOÑA ÁNGELA.

Fuerza el decirlo ha de ser;  
Porque no puedo llevar  
Tan al fin como pensé  
Este amor, este deseo,  
Esta verdad, esta fe.  
Pero estamos á peligro,  
Si nos oyen, ó nos ven,  
De la muerte; porque soy  
Mucho mas de lo que ves;



Y así es fuerza, por quitar  
Estorbos que puede haber,  
Cerrar, señor, esa puerta;  
Y aun la del portal también;  
Porque no puedan ver luz,  
Si acaso vienen á ver  
Quién anda aquí.

DON MANUEL.

Alumbra, Cosme,  
Cerramos las puertas. ¿Ves  
Como es mujer, y no duende?

COSME.

Yo ¿no lo dije también? (*Vanse los dos.*)

## ESCENA XX.

DOÑA ANGELA, y luego ISABEL.

DOÑA ANGELA.

Cerrada estoy por defuera.  
Ya ¡cielos! fuerza ha de ser  
Decir la verdad, supuesto  
Que me ha cerrado Isabel,  
Y que el huésped me ha cogido  
Aquí. (*Sale Isabel por la alacena.*)

ISABEL.

Ce, señora, ce.  
Tu hermano por ti pregunta.

DOÑA ANGELA.

Bien sucede. Echa el cancel  
De la alacena. ¡Ay amor!  
La duda se queda en pie,  
(*Vanse, y cierran la alacena.*)

## ESCENA XXI.

DON MANUEL, COSME.

DON MANUEL.

Ya están cerradas las puertas,  
Proseguid, señora; haced  
Relación... pero, ¿qué es esto?  
¿Dónde está?

COSME.

Pues yo ¿qué sé?

DON MANUEL.

Si se ha entrado en el alcoba?  
Ve delante.

COSME.

Yendo á pie,  
Es, señor, descortésia  
Ir yo delante.

DON MANUEL.

Veré

Todo el cuarto. Suelta, digo.

COSME.

Digo que suelto

(*Quítale Don Manuel la luz, entra en  
el cuarto y vuelve á salir.*)

DON MANUEL.

¡Cruel

Es mi suerte!

COSME.

Aun bien que agora  
Por la puerta no se fué.

DON MANUEL.

¿Pues por dónde pudo irse?

COSME.

Eso no alcanzo yo. ¿Ves  
(Siempre te lo he dicho yo)  
Cómo es diablo, y no mujer?

DON MANUEL.

¡Vive Dios, que he de mirar  
Todo este cuarto, hasta ver  
Si debajo de los cuadros  
Rota está alguna pared.

Si encubren estas alfombras  
Alguna cueva, y también  
Las bovedillas del techo!

COSME.

Solamente aquí se ve  
Esta alacena.

DON MANUEL.

Por ella

No hay que dudar ni temer,  
Siempre compuesta de vidrios.  
A mirar lo demás ven.

COSME.

Yo no soy nada mirón.

DON MANUEL.

Pues no tengo de creer  
Que es fantástica su forma,  
Puesto que llegó á temer  
La muerte.

COSME.

También llegó

A adivinar y saber  
Que, á solo verla esta noche,  
Iluminamos de volver.

DON MANUEL.

Como sombra se mostró,  
Fantástica su luz fué;  
Pero como cosa humana,  
Se dejó tocar y ver:  
Como mortal se temió,  
Receló como mujer,  
Como ilusión se deshizo,  
Como fantasma se fué.  
Si doy la rienda al discurso,  
No sé, ¡vive Dios! no sé,  
Ni qué tengo de dudar,  
Ni qué tengo de creer.

COSME.

Yo sí.

DON MANUEL.

¿Qué?

COSME.

Que es mujer-diablo;

Pues que novedad no es,  
Si la mujer es demonio  
Todo el año, que una vez,  
Por desquitarse de tantas,  
Sea el demonio mujer.

## JORNADA TERCERA.

Cuarto de Doña Angela.

### ESCENA PRIMERA.

DON MANUEL, á oscuras; ISABEL,  
guiándole.

ISABEL.

Espérame en esta sala:  
Luego saldrá á verte aquí  
Mi señora. (*Vase, cerrando.*)

DON MANUEL.

No está mala

La tramoya. ¿Cerró? Sí.

¡Qué pena á mi pena iguala!

Yo volví del Escorial,

Y este encanto peregrino,

Este pismo celestial

Que á traerme la luz vino

Y me deja en duda igual,

Me tiene escrito un papel,

Diciendo muy tierna en él:

«Si os atreveis á venir

A verme, habeis de salir

Esta noche con aquel

Criado que os acompaña.

Dos hombres esperarán

En el cementerio (¡extraña  
Parte!) de San Sebastian,  
Y una silla.» Y no me engaña.  
En ella entré y discurrí,  
Hasta que el tino perdí.  
Y al fin á un portal de horror  
Lleno, de sombra y temor,  
Solo y á oscuras salí.  
Aquí llegó una mujer,  
(Al oír y al parecer)  
Y á oscuras y por el tiento,  
De aposento en aposento,  
Sin oír, hablar, ni ver,  
Me guió. Pero ya veo  
Luz; por el resquicio es  
De una puerta. Tu deseo  
Lograste, amor, pues ya ves  
La dama; aventuras creo.

(*Acecha por la cerradura.*)

¿Qué casa tan alhajada!  
¿Qué mujeres tan lucidas!  
¿Qué sala tan adornada!  
¿Qué damas tan bien prendidas!  
¿Qué beldad tan extremada!

(*Abre la puerta, y salen varias criadas trayendo toallas, conservas y agua, haciendo reverencias todas al pasar, y detras de todas, Doña Angela, ricamente vestida.*)

## ESCENA II.

DOÑA ANGELA, CRIADAS, DOÑA BEATRIZ. — DON MANUEL.

DOÑA ANGELA. (*Ap. á Doña Beatriz.*)

Pues presumen que eres ida  
A tu casa mis hermanos!  
Quedándote aquí escondida,  
Los recelos serán vanos;  
Porque una vez recogida,  
Ya no habrá que temer nada.

DOÑA BEATRIZ.

¿Y qué ha de ser mi papel!

DOÑA ANGELA.

Agora el de mi criada;  
Luego el de ver, retirada,  
Lo que me pasa con él. —  
¿Estaréis muy disgustado? (*Don Manuel.*)  
De esperarme?

DON MANUEL.

No, señora;

Que quien espera la aurora,  
Bien sabe que su cuidado,  
En las sombras sepultado  
De la noche oscura y fría,  
Ha de tener; y así hacia  
Gusto el pesar que pasaba;  
Pues cuanto mas se alargaba,  
Tanto mas llamaba al día.  
Si bien no era menester  
Pasar noche tan oscura,  
Si el sol de vuestra hermosa  
Me habia de amanecer;  
Que para resplandecer  
Vos, soberano arrebol,  
La sombra ni el tornasol  
De la noche no os habia  
De estorbar; que sois el día  
Que amanece sin el sol.  
Huye la noche, señora,  
Y pasa á la dulce salva  
La risa bella del alba,  
Que ilumina, mas no dora;  
Después del alba la aurora,  
De rayos y luz escasa,  
Dora, mas no abrasa. Pasa  
La aurora, y tras su arrebol  
Pasa el sol; y solo el sol  
Dora, ilumina y alrasa.

El alba, para brillar,  
Quiso á la noche seguir;  
La aurora, para lucir,  
Al alba quiso imitar;  
El sol, deidad singular,  
A la aurora desafia,  
Vos al sol: luego la fria  
Noche no era menester,  
Si podeis amanecer  
Sol del sol despues del día.

DOÑA ÁNGELA.

Aunque agradecer debiera  
Discurso tan cortesano,  
Quejarme quiero (no en vano,  
De ofensa tan lisoujera;  
Pues no siendo esta la esfera,  
A cuyo noble ardimiento  
Fatigas padece el viento,  
Sino un albergue piadoso,  
Os viene á hacer sospechoso  
El mismo encarecimiento.  
No soy alba, pues la risa  
Me falta en contento tanto;  
Ni aurora, pues que mi llanto  
De mi dolor no os avisa;  
No soy sol, pues no divisa  
Mi luz la verdad que adoro,  
Y así lo que soy ignoro;  
Que solo sé que no soy  
Alba, aurora ó sol; pues hoy  
No alumbro, rio, ni lloro.  
Y así os ruego que digais,  
Señor Don Manuel, de mi  
Que una mujer soy y fui,  
Á quien vos solo obligais  
Al extremo que noais.

DON MANUEL.

Muy poco debe de ser;  
Pues aunque me llevo á ver  
Aquí, os pudiera argüir  
Que tengo mas que sentir,  
Señora, que agradecer.  
Y así, me doy por sentido.

DOÑA ÁNGELA.

¿Vos de mi sentido?

DON MANUEL.

Si,  
Pues que no fiais de mi  
Quien sois.

DOÑA ÁNGELA.

Solamente os pido  
Que eso no mandéis; que ha sido  
Imposible de contar,  
Si quereis venirme á hablar,  
Con calidad ha de ser  
Que no lo habeis de saber,  
Ni lo habeis de preguntar;  
Porque para con vos hoy  
Un enigma á ser me ofrezco,  
Que ni soy lo que parezco,  
Ni parezco lo que soy.  
Mientras encubierta estoy,  
Podreis verme y podré veros;  
Porque si á satisfaceros  
Llegais, y quien soy sabeis,  
Vos querirme no queréis,  
Aunque yo quiera quereros.  
Píncel que lo muerto informa,  
Tal vez un cuadro previene,  
Que una forma á una luz tiene,  
Y á otra luz tiene otra forma.  
Amor, que es pintor, conforma  
Dos luces, que en mí teneis;  
Si hoy á aquesta luz me veis,  
Y por eso me estimais,  
Cuando á otra luz me veais,  
Quizá me aborreceréis.  
Lo que deciros me importa  
Es en cuanto á haber creído  
Que de Don Luis dama he sido;

Que esta sospecha reporta  
Mi juramento, y la acorta.

DON MANUEL.

¿Pues qué, señora, os moviera  
A encubriros del?

DOÑA ÁNGELA.

Pudiera  
Ser tan principal mujer,  
Que tuviera que perder,  
Si Don Luis me conociera.

DON MANUEL.

Pues decidme solamente,  
¿Cómo á mi casa pasais?

DOÑA ÁNGELA.

Ni eso es tiempo que sepais;  
Que es el mismo inconveniente.

DOÑA BEATRIZ.

(Ap. Aquí entro yo lindamente.)  
Ya el agua y dulce está aquí;  
Vuezcelencia mire si..

(Llegan todas con las toallas, agua y  
algunas cajas de dulce.)

DOÑA ÁNGELA.

¿Qué error y qué impertinencia!  
Necia, ¿quién es vuezcelencia?  
¿Quiéres engañar así  
Abora al señor Don Manuel,  
Para que con eso crea  
Que yo gran señora sea?

DOÑA BEATRIZ.

Advierte...

DON MANUEL (Ap.)

De mí cruel  
Duda salí con aquel  
Descuido; agora he creído  
Que una gran señora ha sido.  
Que, por serlo, se encubrió,  
Y que con el oro vió  
Su secreto conseguido.

### ESCENA III.

DON JUAN. — Dichos.

DON JUAN. (Dentro)

Abre, Isabel, esta puerta.

DOÑA ÁNGELA. (Ap.)

¡Ay cielos! ¿qué ruido es este?

ISABEL.

¡Yo soy muerta!

DOÑA BEATRIZ. (Ap.)

¡Helada estoy!

DON MANUEL. (Ap.)

¿Aun no cesan mis cruces  
Fortunas? ¿Válgame el cielo!

DOÑA ÁNGELA.

Señor, mi padre es aqueste.

DON MANUEL.

¿Qué he de hacer?

DOÑA ÁNGELA.

Fuerza es que vais  
A esconderos á un retrete.  
Isabel, llévale tú,  
Hasta que oculto le dejes  
En aquel cuarto que sabes,  
Apartado: ya me entiendo

ISABEL.

Vamos presto.

DON JUAN. (Dentro.)

¿No acabáis  
De abrir la puerta?

DON MANUEL.

¡Valedme,  
Cielos, que vida y honor  
Van jugadas á una suerte!

(Vase Don Manuel con Isabel.)

DON JUAN. (Dentro.)

La puerta echaré en el suelo.

DOÑA ÁNGELA.

Retirate tú, pues puedes.  
En esa cuadra, Beatriz;  
No te hallen aquí.

(Vase Doña Beatriz, y sale Don Juan.)

DOÑA ÁNGELA.

¿Qué quieres  
A estas horas en mi cuarto,  
Que así á alborotarnos vienes?

DON JUAN.

Respóndeme tú primero,  
Ángela, ¿qué traje es ese?

DOÑA ÁNGELA.

De mis penas y tristezas  
Es causa el mirarme siempre  
Llena de luto, y vestime,  
Por ver si hay con qué me alegre  
Estas galas.

DON JUAN.

No lo dudo;  
Que tristezas de mujeres  
Bien con galas se remedian,  
Bien con joyas convalecen;  
Si bien me parece que es  
Tu cuidado impertinente.

DOÑA ÁNGELA.

¿Qué importa el vestirme así,  
Donde nadie llegue á verme?

DON JUAN.

Dimc, ¿volviese Beatriz  
A su casa?

DOÑA ÁNGELA.

Y cuerdamente  
Su padre, por mejor medio,  
En paz su enojo convierte.

DON JUAN.

Yo no quise saber mas.  
Para ir á ver si pudiese  
Verla y hablarla esta noche.  
Quédate con Dios, y adviérte  
Que ya no es tuyo ese traje. (Vase.)

DOÑA ÁNGELA.

Vaya Dios contigo, y véte...  
(Vase Don Juan, y vuelve Doña Beatriz.)

DOÑA ÁNGELA.

Cierra esa puerta, Beatriz.

DOÑA BEATRIZ.

Bien hemos salido deste  
Susto. A buscarme tu hermano  
Va.

DOÑA ÁNGELA.

Va hasta que se sosiegne  
Mas la casa, y Don Manuel  
Vuelva de su cuarto á verme,  
Para ser ménos sentidas,  
Entremos á este retrete.

DOÑA BEATRIZ.

Si eso te sucede bien,  
Te llaman la Dama Duénde. (Vanse)

Cuarto de Don Manuel.

### ESCENA IV.

DON MANUEL é ISABEL. que salen  
á oscuras de la alacena.

ISABEL.

Aquí has de quedarte, y mira  
Que no hagas ruido; que pueden  
Sentirte

DON MANUEL.

Un marmol seré.

ISABEL.

Quieran los cielos que acierte  
A cerrar, que estoy turbada. (Vase.)



DON MANUEL.

Oh, á cuánto, cielos, se atreve  
Quien se atreve á entrar en parte.  
Donde ni alcanza ni entiende  
Qué daños se le aperciben,  
Qué riesgos se le previenen!  
Véme aquí á mí en una casa,  
Que dueño tan noble tiene  
(De excelencia por lo ménos),  
Lleno de asombros erueles,  
Y tan lejos de la mía.  
Pero ¿que es esto? Parece  
Que á esta parte alguna puerta  
Abren. Si, y ha entrado gente.

## ESCENA V.

COSME — DON MANUEL.

COSME.

Graças á Dios que esta noche  
Entrar podré libremente (A tientas.)  
En mi aposento sin miedo,  
Aunque sin luz salga y entre;  
Porque el duende mi señor  
Puesto que á mí amo tiene,  
¿Para qué me quiere á mí?

(Enchéntrase con Don Manuel.)

Pero para algo me quiere.  
¿Quién va? ¿quién es?

DON MANUEL.

Calle, digo,  
Quien quera que es, si no quiere  
Que le mate á puñaladas.

COSME.

No hablaré mas que un pariente  
Pobre en la casa de un rico.

DON MANUEL.

(Ap. Criado sin duda es este,  
Que acaso ha entrado hasta aquí.  
Del informarme conviene  
Dónde estoy.) Dime, ¿qué casa  
Es esta, y qué dueño tiene?

COSME.

Señor, el dueño y la casa  
Son del diablo que me lleve;  
Porque aquí vive una dama,  
Que llaman la Dama Duende,  
Que es un demonio en figura  
De mujer.

DON MANUEL.

Y tú ¿quién eres?

COSME.

Soy un émullo ó criado,  
Soy un súbdito, un sirviente,  
Que, sin qué ni para qué,  
Estos encantos padece.

DON MANUEL.

Y ¿quién es tu amo?

COSME.

Es

Un loco, un impertinente,  
Un tonto, un simple, un menguado,  
Que por tal dama se pierde.

DON MANUEL.

Y ¿es su nombre?

COSME.

Don Manuel

Enriquez.

DON MANUEL.

¡Jesús mil veces!

COSME.

Yo Cosme Catiboratos  
Me llamo.

DON MANUEL.

Cosme, ¿tú eres?

¿Pues cómo has entrado aquí?  
Tu señor soy. Dime, ¿vienes

Siguiéndome tras la silla?

¿Entraste tras mí á esconderte  
También en este aposento?

COSME.

Lindo desconfado es ese!

¿Hime, ¿cómo estás aquí?

¿No te fuiste muy valiente,

Solo, donde te esperaban?

Pues ¿cómo tan presto vuelves?

¿Y cómo, en fin, has entrado

Aquí, trayendo yo siempre

La llave de aqueste cuarto?

DON MANUEL.

Pues dime, ¿qué cuarto es este?

COSME.

El tuyo, ó el del demonio.

DON MANUEL.

Viven los cielos, que mentes!

Porque lejos de mi casa,

Y en otra bien diferente

Estaba en aqueste instante.

COSME.

Pues cosas serán del duende,

Sin duda: porque te he dicho

La verdad pura.

DON MANUEL.

Tú quieres

Que pierda el juicio.

COSME.

¿Hay mas

De desengañarte? Vete

Por esa puerta, y saldrás

Al portal, adonde puedes

Desengañarte.

DON MANUEL.

Bien dices;

Iré á examinarle y verle (Vase.)

COSME.

Señores, ¿cuándo saldremos

De tanto embuste aparente?

(Sale Isabel por la alacena.)

## ESCENA VI.

ISABEL. — COSME; despues DON MANUEL.

ISABEL.

(Ap. Volvióse á salir Don Juan,  
Y porque á saber no llegue  
Don Manuel, adónde está,  
Sacarle de aquí conviene.)  
Ce, señor, ee.

COSME. (Ap.)

Esto es peor;

Ceáticas son estás cees.

ISABEL.

Ya mi señor reecogido

Queda.

COSME. (Ap.)

¿Qué señor es este?

(Vuelve Don Manuel.)

DON MANUEL.

Este es mi cuarto en efecto.

ISABEL.

¿Eres tú?

COSME.

Sí, yo soy.

ISABEL.

Vente

Conmigo.

DON MANUEL.

Tú dices bien.

ISABEL.

No hay que temer; nada esperes.

COSME.

¿Señor, que el duende me lleva!

(Toma Isabel á Cosme de la mano, y  
llevale por la alacena.)

## ESCENA VII.

DON MANUEL.

¿No sabremos finalmente  
De dónde nace este engaño?  
¿No respondes? ¿Qué meo eres!  
Cosme, Cosme! — ¡Vive el cielo,  
Que toco con las paredes!  
¿Yo no hablaba aquí con él?  
¿Dónde se desaparece  
Tan presto? ¿No estaba aquí?  
Yo he de perder dignamente  
El juicio. Mas pues es fuerza  
Que aquí otro cualquiera entre,  
He de averiguar por dónde;  
Porque tengo de esconderme  
En esta alcoba, y estar  
Esperando atentamente,  
Hasta averiguar quién es  
Esta hermosa Dama Duende. (Vase.)

Sala de Doña Angela.

## ESCENA VIII.

DOÑA ANGELA, DOÑA BEATRIZ,  
CRIADAS: despues COSME, ISABEL

DOÑA ANGELA.

Pues á buscarte ha salido

(A Doña Beatriz.)

Mi hermano, y pues Isabel

A su mismo cuarto ha ido

A traer á Don Manuel,

Esté todo apercibido:

Halle, cuando llegue aquí,

La colación prevenida.

Todas le esperad así.

DOÑA BEATRIZ

No he visto en toda mi vida

Igual cuento.

DOÑA ANGELA.

¿Viene?

CRIADA.

Sí,

Que ya siento sus pisadas.

(Sale Isabel, trayendo de la mano á

Cosme.)

COSME.

Triste de mí! ¿dónde voy?

Ya estas son burlas pesadas.

Mas no, pues mirando estoy

Bellezas tan extremadas.

¿Yo soy Cosme, ó Amadis?

¿Soy Cosmillo, ó Belianis?

ISABEL.

Ya viene aquí. Mas ¿qué veo?

¡Señor!...

COSME. (Ap.)

Ya mi engaño creo

Pues tengo el alma en mi tris.

DOÑA ANGELA.

¿Qué es esto, Isabel?

ISABEL. (Ap. á su ama.)

Donde á Don Manuel dejé,

Volviendo por él agora,

A su criado encontre.

DOÑA BEATRIZ

Mal tu descuido se dora

ISABEL.

Está sin luz.

DOÑA ANGELA.

¡Ay de mí!

Todo está ya declarado.

DOÑA BEATRIZ.

(Ap. Mas vale engañarle así.)

Cosme.

COSME

Damiana

DOÑA BEATRIZ.

A ese lado

Llegad.

COSME.

Bien estoy aquí.

DOÑA ÁNCELA.

Llegad; no tengais temor.

COSME.

¿Un hombre de mi valor,  
temor?

DOÑA ÁNCELA.

¿Pues qué es no llegar?  
(*Llégase á ellas.*)

COSME.

(*Ap. Ya no se puede excusar,  
En llegando al pundonor.*)  
Respeto no puede ser  
Sin ser espanto ni miedo,  
Porque al mismo Lucifer,  
Temerle muy poco puedo  
En hábito de mujer.  
Alguna vez lo intentó,  
Y para el ardid que fragua,  
Cota y nagua se vistió;  
Qué esto de cotilla y nagua  
El demonio lo inventó.  
En forma de una doncella  
Aseada, rica y bella  
A un pastor se apareció;  
Y él, así como la vió,  
Se encendió en amores della.  
Gozó á la diablo, y despues  
Con su forma horrible y fea  
Le dijo á voces: «¿No ves,  
Miserio de tí, cual sea,  
Desde el copete á los piés,  
La hermosura que has amado?  
Desespera, pues has sido  
Agresor de tal pecado».  
Y él, ménos arrepentido  
Que ántes de haberla gozado,  
La dijo: «Si pretendiste,  
O sombra fingida y vana,  
Que desesperase un triste,  
Vente por acá mañana  
En la forma que trajiste;  
Verásme amante y cortés  
No ménos que ántes despues;  
Y agárdate, en testimonio  
De que aun horrible no es  
En traje de hembra, un demonio.

DOÑA ÁNCELA.

Volved en vos, y tomad  
Una conserva y bebed;  
Que los sustos causan sed.

COSME.

Yo no la tengo.

DOÑA BEATRIZ.

Llegad:

Que habeis de volver, mirad,  
Doscientas leguas de aquí.

COSME.

Cielos! ¿qué oigo? (*Lllaman.*)

DOÑA ÁNCELA.

¿Lllaman?

DOÑA BEATRIZ.

Si.

ISABEL. (*Ap.*)

¿Hay tormento mas cruel!

DOÑA ÁNCELA. (*Ap.*)

¿Ay de mí triste!

## ESCENA IX.

DON LUIS. — Dichos.

DON LUIS. (*Dentro.*)

Isabel.

DOÑA BEATRIZ. (*Ap.*)

Válgame el cielo!

DON LUIS. (*Dentro.*)

Abre aquí.

DONA ÁNCELA. (*Ap.*)

Para cada susto tengo  
Un hermano.

ISABEL.

¿Trance fuerte!

DOÑA BEATRIZ.

Yo me escondo. (*Vase.*)COSME. (*Ap.*)

Este sin duda

Es el verdadero duende.

ISABEL. (*A Cosme*)

Vente conmigo.

COSME.

Si haré. (*Vanse.*)(*Abren la puerta, y sale Don Luis.*)

DOÑA ÁNCELA.

¿Qué es lo que en mi cuarto quieres?

DON LUIS.

Pesares míos me traen  
A estorbar otros placeres.  
Vi ya tarde en ese cuarto  
Una silla, donde vuelve  
Beatriz, y vi que mi hermano  
Entró.

DOÑA ÁNCELA.

Y en fin, ¿qué pretendes?

DON LUIS.

Como pisa sobre el mío,  
Me pareció que habia gente,  
Y para desengañarme  
Solo, he de mirarle y verle.  
(*Alza una antepuerta, y encuentra á  
Dona Beatriz.*)

Beatriz, ¿aquí estás?  
(*Sale Dona Beatriz.*)

DOÑA BEATRIZ.

Aquí

Estoy: que hube de volverme,  
Porque al disgusto volví  
Mi padre, enojado siempre.

DON LUIS.

Turbadas estais las dos.  
¿Qué notable estrago es este  
De platos, dulces y vidrios?

DOÑA ÁNCELA.

¿Para qué informarte quieres  
De lo en que, en estando solas,  
Se entretienen las mujeres?  
(*Hacen ruido en la alacena Isabel y  
Cosme.*)

DON LUIS.

Y aquel ruido, ¿qué es?

DOÑA ÁNCELA. (*Ap.*)

¿Yo muero!

DON LUIS.

¿Vive Dios, que allí anda gente!  
Ya no puede ser mi hermano  
Quien se guarda desta suerte.  
(*Toma una luz.*)

¿Ay de mí! ¿Cielos piadosos,  
Que queriendo neciamente  
Estorbar aquí los celos,  
Que amor en mi pecho enciende,  
Celos de honor averiguo!  
Luz tomaré, aunque imprudente,  
Pues todo se halla con luz,  
Y el honor con luz se pierde. (*Vase.*)

## ESCENA X.

DOÑA ÁNCELA, DOÑA BEATRIZ.

CRIADOS.

DOÑA ÁNCELA

¿Ay, Beatriz, perdidas somos.  
Si le encuentra!

DOÑA BEATRIZ.

Si le tiene

En su cuarto ya Isabel,

En vano dudas y temes,  
Pues te asegura el secreto  
De la alacena.

DOÑA ÁNCELA.

¿Y si fuese

Tal mi desdicha, que allí,  
Con la turbacion, no hubiese  
Cerrado bien Isabel,  
Y él entrase allá?

DOÑA BEATRIZ.

Ponerle

En salvo será importante.

DOÑA ÁNCELA.

De tu padre iré á valerme  
Como él se valió de mí;  
Porque trocava la suerte,  
Si á ti te trajo un pesar,  
A mi otro pesar nie lleve. (*Vanse*)

Cuarto de Don Manuel.

## ESCENA XI.

ISABEL, COSME, DON MANUEL;  
despues DON LUIS.

ISABEL.

Entra presto. (*Vase.*)

DON MANUEL.

Ya otra vez

En la cuadra siento gente.

(*Sale Don Luis con luz.*)DON LUIS. (*Ap.*)

Yo vi un hombre; vive Dios!

COSME.

Malo es esto.

DON LUIS.

¿Cómo tienen

Desviada esta alacena?

COSME.

Ya se veluz; un bufete,

Que he encontrado aquí, me valga.

(*Escóndese debajo del bufete*)

DON MANUEL.

Esto ha de ser desta suerte.

(*Mete mano á la espada.*)

DON LUIS.

¿Don Manuel!

DON MANUEL.

¿Don Luis! ¿qué es esto?

¿Quién vió confusion mas fuerte?

COSME. (*Ap.*)

¿Oigan por donde se entró!

Decirlo quise mil veces.

DON LUIS.

Mal caballero, villano,  
Traidor, fementido huésped,  
Que al honor de quien te estina,  
Te ampara y te favorece,  
Sin recato te aventuras,  
(*Saca la espada.*)

Y sin decoro te atreves,

Esgrime ese infame acero

DON MANUEL.

Solo para defenderme  
Le esgrimiré, tan confuso  
De oírte, escucharte y verte,  
De oírme, verme y escucharme,  
Que, aunque á matarme te ofreses,  
No podrás, porque mi vida,  
Hecha á prueba de crueles  
Fortunas, es inmortal;  
Ni podrás, aunque lo intentes,  
Darme la muerte, supuesto  
Que el dolor no me da muerte;  
Que, aunque eres valiente tú,  
Es el dolor mas valiente.

DON LUIS.

No con razones me venzas,  
Sino con obras.



DON MANUEL.

Detente,  
Solo hasta pensar si puedo  
Yo, Don Luis, satisfacerte.

DON LUIS.

¿Qué satisfacciones hay,  
Si así agraviarme pretendes?  
Si en el cuarto de esa fiera  
Por esa puerta que tiene  
Entras, ¿hay satisfacciones  
A tanto agravio?

DON MANUEL.

Mil veces  
Rompa esa espada mi pecho,  
Don Luis, si yo eternamente  
Supe desta puerta, ó supe  
Que paso á otro cuarto tiene.

DON LUIS.

¿Pues qué haces aquí encerrado  
Sin luz?

DON MANUEL.

(Ap. ¿Qué lie de responder?)  
Al criado espero.

DON LUIS.

Cuando  
Yo te he visto esconder, ¿quieres  
Que mientan mis ojos?

DON MANUEL.

Si,  
Que ellos engaño padecen  
Mas que otro sentido.

DON LUIS.

Y cuando  
Los ojos mientan, ¿pretendes  
Que tambien mienta el oido?

DON MANUEL.

Tambien.

DON LUIS.

Todos al fin mienten;  
Tú solo dices verdad,  
Y eres tú solo el que...

DON MANUEL.

Tente.  
Porque aun ántes que lo digas,  
Que lo imagines y pienses,  
Te habré quitado la vida;  
Y, ya arrestada la suerte,  
Primero soy yo. Perdonen  
De amistad honrosas leyes.  
Y pues ya es fuerza reñir,  
Reñamos como se debe:  
Parte entre los dos la luz,  
Que nos alumbre igualmente;  
Cierra despues es puerta,  
Por donde entraste imprudente  
Mientras que yo cierto estotra  
Y agora en el suelo se eche  
La llave, para que salga  
El que con la vida quede.

DON LUIS.

Yo cerraré la alacena  
Por aquí con un bufete,  
Porque no puedan abrirla  
Por allá cuando lo intenten.

(Levanta el bufete, y halla á Cosme.)

COSME. (Ap.)

Descubrióse la tramoya.

DON LUIS.

¿Quién está aquí?

DON MANUEL.

¡Dura suerte  
Es la mia!

COSME.

No está nadie.

DON LUIS.

Dime, Don Manuel, ¿no es este  
El criado que esperabas?

DON MANUEL.

Ya no es tiempo de hablar este.  
Yo sé qué tengo razon:

Créd de mí lo que quisieréis,  
Que, con la espada en la mano,  
Solo ha de vivir quien vence.

DON LUIS.

Ea pues, reñid los dos.  
¿Qué esperáis?

DON MANUEL.

Mucho me ofendes,  
Si eso presumes de mí.  
Pensando estoy qué ha de hacerse  
Del criado; porque echarle  
Es enviar quien lo cuente,  
Y tenerle aquí, ventaja,  
Pues es cierto ha de ponerse  
A mi lado

COSME.

No haré tal,  
Si ese es el inconveniente.

DON LUIS.

Puerta tiene aquesa alcoba  
A ese pequeño retrete;  
Ciérrale en él, y estarcnos  
Asi iguales.

DON MANUEL.

Bien adviertes.

COSME.

Para que yo riña; haced  
Diligencias tan urgentes;  
Que para que yo no riña,  
Ocioso cuidado es ese.

## ESCENA XII.

DON MANUEL, DON LUIS.

DON MANUEL.

Ya estamos solos los dos.

DON LUIS.

Pues nuestro duelo comience. (Reñen.)

DON MANUEL.

¡No vi mas templado pulso!

DON LUIS.

¡No vi pujanza mas fuerte!

(Desguarnécese la espada.)

Sin arrias estoy; mi espada  
Se desarma y desguarnece.

DON MANUEL.

No es defecto del valor;  
De la fortuna accidente  
Si: busca otra espada pues.

DON LUIS.

Eres cortes y valiente.  
(Ap. Fortuna, ¿qué debo hacer  
En una ocasion tan fuerte,  
Pues cuando el honor me quita  
Me da la vida y me vence?  
Yo he de buscar ocasion,  
Verdadera ó aparente,  
Para que pueda en tal duda  
Pensar lo que debe hacerse.)

DON MANUEL.

¿No vas por la espada?

DON LUIS.

Si,

Y como á que venga esperes,  
Presto volveré con ella.

DON MANUEL.

Presto ó tarde, aqui estoy siempre.

DON LUIS.

Adios, Don Manuel, que os guarde.

DON MANUEL.

Adios, que con bien os lleve.

(Vase Don Luis.)

## ESCENA XIII.

DON MANUEL; COSME, encerrado.

DON MANUEL.

Cierro la puerta, y la llave  
Quito porque no se eche  
De ver que está gente aqui.

¿Qué confusos pareceres  
Mi pensamiento combaten,  
Y mi discurso revuelven!  
¿Qué bien predije, que habia  
Puerta que paso la hiciese,  
Y que era de Don Luis dama?  
Todo, en efecto, sucede  
Como yo lo imaginé.  
¿Mas cuándo desdichas mienten?

COSME. (Dentro.)

¡Ah señor! por vida tuya,  
Que lo que solo estuvieres,  
Me echas allá, porque temo  
Que venga á buscarme el duende  
Con sus dares y tomares,  
Con sus dimes y diñetes,  
En un retrete que apénas  
Se divisan las paredes.

DON MANUEL.

Yo te abriré, porque estoy  
Tan rendido á los desdenes  
Del discurso, que no hay  
Cosa que mas me atormente.  
(Entra Don Manuel donde entró Cosme.)

## ESCENA XIV.

DOÑA ANGELA, con manto; DON  
JUAN, que se queda á la puerta del  
cuarto. — DON MANUEL, COSME,  
dentro.

DON JUAN.

Aquí quedarás en tanto  
Que me informe y me aconseje  
De la causa que á estas horas  
Te ha sacado de esta suerte  
De casa; porque no quiero  
Que en tu cuarto, ingrata, entres,  
Por informarme sin ti  
De lo que á ti te sucede.  
(Ap. De Don Manuel en el cuarto  
La dejo, y por si él viniere,  
Pondré á la puerta un criado  
Que le diga que no entre.) (Vase.)

DOÑA ANGELA.

¡Ay infelice de mí!  
Unas á otras suceden  
Mis desdichas. ¡Muerta soy!

(Salen Don Manuel y Cosme.)

COSME.

Salgamos presto.

DON MANUEL.

¿Qué temes?

COSME.

Que es demonio esta mujer,  
Y que aun allí no me deje.

DON MANUEL.

Si ya sabemos quién es,  
Y en una puerta un bufete  
Y en otra la llave está,  
¿Por dónde quieres que entre?

COSME.

Por donde se le antojare.

DON MANUEL.

Necio estás.

(Ve Cosme á Doña Angela.)

COSME.

¡Jesus mil veces!

DON MANUEL.

¿Pues que es eso?

COSME.

El verbi gratia

Encaja aquí lindamente.

DON MANUEL.

¿Eres ilusion ó sombra,  
Mujer, que á matarme vienes?  
Di, ¿cómo has entrado aqui?

DOÑA ÁNGELA.

Don Manuel...

DON MANUEL.

Di.

DOÑA ÁNGELA.

Escucha, atiende.

Llamó Don Luis turbado,  
Entró atrevido, reportóse osado,  
Prevínose prudente,  
Pensó discreto y resistió valiente;  
Miró la casa ciega,  
Recorrióla advertido. hallóte, y luego  
Ruido de cuchilladas  
Habló, siendo las lenguas las espadas.  
Yo, viendo que era fuerza  
Que dos hombres cerrados, á quien fuer-  
Su valor y su agravio, [za  
Retórico el acero, mudo el labio,  
No acaban de otra suerte,  
Que con sola una vida y una muerte;  
Sin ser vida ni alma,  
Mi casa dejó, y á la oscura calma  
De la tiniebla fría,  
Pálida imágen de la dicha mia,  
A caminar empiezo:  
Aquí yerro, allí caigo, aquí tropiezo;  
Y torpes mis sentidos,  
Prision hallan de seda en mis vestidos.  
Sola, triste y turbada,  
Llego de mi discurso mal guiada  
Al umbral de una esfera.  
Que fué mi cárcel cuando ser debiera  
Mi puerto ó mi sagrado.  
¿Mas dónde le ha de hallar un desdicha-  
Estaba á sus umbrales. [do?  
(¿Cómo eslabona el ciclo nuestros males?)  
Don Juan, Don Juan mi hermano...  
Que ya resisto, ya defiende en vano  
Decir quien soy, supuesto  
Que el haberlo callado nos ha puesto  
En riesgo tan extraño.  
¿Quién creía que el cal arme haya hecho  
Siendo mujer! Y es cierto, [daño  
Siendo mujer, que por callar me he  
En fin, él esperando [muerto  
A esta puerta estaba; ay cielo! cuando  
Yo á sus umbrales llevo,  
Hecha volcan de nieve, Alpe de fuego.  
El á la luz escasa  
Con que la luna mansamente abrasa,  
Vió brillar los adornos de mi pecho.  
(No es la primer traición que nos han he-  
Y escuchó de las ropas el ruido, [cho)  
(No es la primera que nos han vendido).  
Pensó que era su dama.  
Y llegó mariposa de su llama,  
Para abrasarse en ella,  
Y hallóme á mi por sombra de su estre-  
¿Quién de un galán creyera [lla  
Que, buscando sus celos, conociera  
Tan contrarios los celos,  
Que ya se contentara con sus celos?  
Quiso hablarme, y no pudo;  
Que siempre ha sido el sentimiento mu-  
En fin, en tristes voces, [do  
Que mal formadas anegó veloces  
Desde la lengua al labio,  
La causa solícita de su agravio  
Yo responderle intento.  
(Ya he dicho como es mudo el sentimien-  
Y aunque quise, no pude; [lo)  
Que mal al miedo la razón acude,  
Si bien busqué colores á mi culpa;  
Mas cuando anda á buscarse la disculpa,  
O tarde ó nunca llega;  
Más el delito afirma que le niega.  
«Ven, dijo, hermana fiera,  
De nuestro antiguo honor mancha pri-  
Dejaréte encerrada [mera;  
Donde segura estés y retirada,  
Hasta que cuerdo y sabio  
De la ocasión me informe de mi agravio.»  
Entré donde los cielos  
Mejoraron, con verte, mis desvelos.  
Por haberte querido,  
Fingíste sombra de mi casa he sido;

Por haberte estimado,  
Sepulcro vivo fui de mi cuidado;  
Porque no te quisiera,  
Quien el respeto á tu valor perdiera;  
Porque no te estimara,  
Quien su pasión dijera cara á cara.  
Mi intento fué el quererte,  
Mi fin amarte, mi temor perderte.  
Mi miedo asegurarte.  
Mi vida obedecerte, mi alma hallarte,  
Me deseo servirte.  
Y mi llanto en efecto persuadirte  
Que mi daño repares, [res.  
Que me valgas, me ayudes y me ampa-

DON MANUEL.

(Ap. Hidras parecen las desdichas mías  
Al renacer de sus cenizas frías.  
¿Qué haré en tan ciego abismo,  
Humano laberinto de mi mismo?  
Hermana es de Don Luis, cuando ereña  
Que era dama. Si tanto ¡ay Dios! sentía  
Ofenderle en el gusto,  
¿Qué será en el honor? Tormento injus-  
Si hermana es: si pretendo [lo!  
Librarla, y con mi sangre la defendiendo,  
Remitiendo á mi acero su disculpa,  
Es ya mayor mi culpa,  
Pues es decir que he sido  
Traidor, y que á su casa he ofendido,  
Pues en ella me halla.  
Pues querer disculparme con culpalla,  
Es decir que ella tiene  
La culpa, y á mi honor no le conviene.  
¿Pues qué es lo que pretendo,  
Si es hacerme traidor si la defiende:  
Si la dejo, villano;  
Si la guardo, mal huésped: inhumano.  
Si á su hermano la entrego?  
Soy mal amigo si á guardarla llevo;  
Ingrato, si la libero, á un noble trato;  
Si no la libero, á un noble amor ingrato  
Pues de cualquier manera [ra.)  
Mal puesto he de quedar, matando mue-  
No receles, señora: (A Doña Ángela.)  
Noble soy, y conmigo estás agora  
(Llaman á la puerta)  
COSME.

Que llaman, señor.

DON MANUEL.

Don Luis

Será, que fué por espada.

Abre pues.

DOÑA ÁNGELA.

¿Ay de mi triste!

Mi hermano es.

DON MANUEL.

No temas nada,

Pues mi valor te defiende.

Ponte luego á mis espaldas.

(Pónese Doña Ángela detras de Don  
Manuel, y abre la puerta Cosme.)

## ESCENA XV.

DON LUIS.—DOÑA ÁNGELA, DON MANUEL, COSME.

DON LUIS.

Ya vuelvo.—¿Pero qué miro?

¿Traidora...!

(Ve á Doña Ángela, y saca la espada.)

DON MANUEL.

Tened la espada.

Señor Don Luis. Yo os he estado

Esperando en esta sala

Desde que os fuisteis; y aquí

(Sin saber cómo) esta dama

Entró, que es hermana vuestra.

Segun dice; que palabra

Os doy, como caballero.

Que no la conozco; y basta

Decir que engañado pude.

Sin saber á quién, hablarla.

Yo la he de poner en salvo

A riesgo de vida y alma:  
De suerte que nuestro duelo,  
Que habia á puerta cerrada  
De acabarse entre los dos,  
A ser escándalo pasa.  
En habiéndola librado,  
Yo volveré á la demanda  
De nuestra pendencia; y pues  
En quien sienta su fama,  
Espada y honor han sido  
Armas de mas importancia,  
Dejadme ir vos por honor,  
Pues yo os dejé ir por espada.

DON LUIS.

Yo fui por ella; mas solo  
Para volver á postarla  
A vuestros piés; y cumpliendo  
Con la obligación pasada  
En que entonces me pusisteis,  
Pues que me dais nueva causa,  
Puedo ya reñir de nuevo.  
Esa mujer es mi hermana:  
No la ha de llevar ninguno  
A mis ojos de su casa,  
Sin ser su marido; así,  
Si os empeñáis á llevarla,  
Con la mano podrá ser;  
Pues con aquesta palabra  
Podeis llevarla y volver,  
Si quereis, á la demanda.

DON MANUEL.

Volveré; pero advertido  
De tu prudencia y constancia,  
A solo echarme á esos piés.

DON LUIS.

Alza del suelo; levanta.  
DON MANUEL.  
Y para cumplir mejor  
Con la obligación jurada,  
A tu hermana doy la mano.

## ESCENA XVI.

DOÑA BEATRIZ, ISABEL, DON JUAN.

—DICHOS.

DON JUAN.

Si solo el padrino falta,  
Aquí estoy yo; que viéndolo  
Adonde dejó á mi hermana,  
El oíros me detuvo  
No salir á las desgracias,  
Como he salido á los gustos.

DOÑA BEATRIZ.

Y pues con ellos se acaban,  
No se acaben sin terceros.

DON JUAN.

¿Pues tú, Beatriz, en mi casa?

DOÑA BEATRIZ.

Nunca salí della; luego  
Te podré decir la causa.

DON JUAN.

Logremos esta ocasión,  
Pues tan á voces nos llama.

COSME.

¡Gracias á Dios que ya el diende  
Se declaró! — Dime, ¿estaba  
Borracho?

(A Don Manuel.)

DON MANUEL.

Si no lo estás,

Hoy con Isabel te casas.

COSME.

Para estarlo fuera eso;  
Mas no puedo.

ISABEL.

¿Por qué causa?

COSME.

Por no malograr el tiempo  
Que en estas cosas se gasta,  
Pudiéndolo aprovechar  
En pedir de vuestras faltas  
Perdon; y humilde el autor,  
Os le pide á vuestras plantas.



# LA GRAN CENOBIA.

## PERSONAS.

AURELIANO.  
DECIO.  
LIBIO, *infante*.  
PERSIO, *soldado*.

UN CAPITAN.  
SOLDADOS ROMANOS.  
LA REINA CENOBIA.  
ASTREA, *sacerdotisa*.

IRENE.  
CROTILDA.  
SOLDADOS DE CENOBIA.  
MÚSICOS. — PUEBLO ROMANO.

*La escena es en Roma y Palmira, y en sus contornos.*

## JORNADA PRIMERA.

*Selva cercana á Roma.*

### ESCENA PRIMERA.

AURELIANO, *vestido de pieles*

AURELIANO. *(Con asombro.)*

Espera, sombra fría,  
Pálida imagen de mi fantasía,  
Ilusión animada,  
En aparentes bultos dilatada,  
No te consuma el viento:  
Si eres fantasma de mi pensamiento,  
No huyas veloz. Pero ¿qué es esto, cielo?  
En tantas confusiones, ¿duermo ó velo?  
Aunque en mí ya es lo mismo  
Cuando en tan ciego, en tan oscuro abismo  
De mi discurso incierto, [mo]  
Lo que dormido vi, sueño despierto.  
Pues otra vez (¡ay cielos!) me parece  
Que Quintilio á la vista se me ofrece  
De laurel coronado,  
El rostro ensangrentado,  
Y por varias heridas  
Vertiendo horrores, derramando vidas;  
Y con voz temerosa  
Me decía en angustia tan penosa:  
«Ves, aquí mi laurel, mi cetro toma,  
Que tú serás emperador de Roma;»  
Cuya voz, en el viento desatada,  
Sombra fué de mi dicha imaginada.  
Mas despierto ó dormido,  
¿No soy quien tantas veces atrevido,  
No sea grande misterio,  
Señor me nombro del romano imperio  
Cuya fuerte aprension, cuya porfía  
Me rinde á una mortal melancolía.  
Tanto que por no ver en las ciudades  
La pompa de soberbias majestades,  
Vengo á habitar desiertos horizontes,  
Y á ser rey de las fieras en los montes?  
Pues si este soy, ¿qué mucho, las pasiones  
Que me oprimen despierto, [nes]  
Entre las sombras del silencio muerto  
Dén cuerpo y voz á vanas ilusiones?  
Si el alma nunca duerme,  
Como inmortal, y César quiso hacerme  
Este instante pequeño,  
¿Por qué no rinde á la ambición el sueño?  
Pero ¿qué es lo que veo?  
O los ojos me mienten, ó el deseo:  
Una corona de laurel sagrado  
Está sobre estas peñas, y el dorado  
Cetro mas adelante.

*(Descúbrese sobre un peñasco la corona y el cetro entre unas ramas.)*

Enigmas son de mi discurso errante  
Tan declaradas señas, [ñas]  
Sino es que, en vez de troncos, estas pe-  
Cetros dan, y ellos, viendo mis congojas,

Me rinden fruto en coronadas hojas.  
Soberana tiara,  
Seña feliz de mi fortuna rara,  
Perdona si me atrevo  
A tu deidad; porque un aliento nuevo,  
Un espíritu altivo que me inflama  
El corazón, á tanto honor me llama.  
Salid, fieras, salid de las oscuras  
Cárceles, que os labraron peñas duras;  
Venid, venid corriendo,  
Y á mi coronación asistid, viendo  
Cómo mi honor pregono,  
Cuando rey de estos montes me coronó.  
*(Pónese la corona, y toma el cetro.)*  
Pequeño mundo soy, y en esto fundo  
Que enseñe señor de mí, lo soy del mundo  
En este lisonjero  
Espejo fugitivo mirar quiero  
Cómo el resplandeciente  
Laurel asienta en mi dichosa frente  
*(Mírase en una fuente.)*

¡Oh sagrada figura!  
Haga el original á la pintura  
Debida reverencia,  
Cuando elevado en mis discursos hallo  
Que yo doy y recibo la obediencia,  
Siendo mi emperador y mi vasallo.  
Narciso en una fuente,  
De su misma belleza enamorado,  
Rindió la vida; y yo mas dignamente,  
Dando toda la rienda á mi cuidado,  
Si no de mi belleza,  
Narciso pienso ser de mi fiereza.  
*(Quédase mirando.)*

### ESCENA II.

ASTREA, UN CAPITAN, SOLDADOS ROMANOS. — AURELIANO.

ASTREA.

Este es el que vais buscando.  
Llegad, adoradle todos;  
Pues hoy os previene el cielo  
Emperador prodigioso,  
Digno monarca de Roma,  
A cuyos valientes hombros,  
Se atreve á fiar el cielo  
La máquina de dos polos.  
Tú, que en alas de la fama  
Ocupas lo mas remoto *(A Aureliano.)*  
Del mundo, que ignora el sol  
Sulcando estrellados globos;  
Tú, que en sangrientas victorias  
Siempre altivo, siempre heroico,  
Tantas veces de la muerte  
El brazo tuviste ocioso:  
¿Cómo en desiertas campiñas  
En rústico traje, cómo  
Vive acobardado el brio,  
Está el valor temeroso?  
Vuelve al ejército; vuelve,  
Dando á los cielos asombros,  
A dar al Tiber victorias

Que harán tu nombre famoso.  
Y porque á mi voz pendiente,  
No estés confuso y absorto,  
Escucha, que yo de Roma  
Hoy emperador te nombro.  
En la sucesion de Claudio,  
Ocupó el romano solio  
Quintilio, cuya fortuna  
Subió mucho y duró poco.  
Este, afecto á los cristianos,  
Siendo cruel y ambicioso,  
Causó en los pechos del vulgo,  
En vez de obediencia, enojo;  
Porque es en su condicion  
El vulgo un disforme monstruo,  
Que no perdona á ninguno,  
Con ser compuesto de todos.  
Este, pues, alimentado  
De novedades, furioso  
Hizo que á Quintilio diesen  
Muerte sus soldados propios;  
Y huyendo por este monte,  
Herido, sangriento y solo,  
Iba diciendo: «En tus manos,  
Roma, el cetro y laurel pongo».  
Así acabó, cuya muerte  
Causó nuevos alborotos  
Al ejército alterado;  
Porque en la eleccion dudosos,  
Libertad, pidieron unos,  
Señor, aclamaron otros.  
Ya los bandos divididos  
Se amenazaban furiosos,  
Forjando rayos de acero  
En esferas de humo y polvo,  
Al tiempo que yo, inspirada  
Del oráculo de Apolo,  
Diciendo tales razones  
En medio de ellos me pongo:  
«Tened las armas, que el cielo  
Hoy os dará prodigioso  
Emperador, á quien tiemble  
El mundo en sus ejes roto.  
Este es el fuerte Aureliano;  
Y en fe de que el cielo propio  
Le elige, seguid mis pasos,  
Donde alegre y venturoso,  
Coronado le hallaréis  
De aquellos mismos despojos  
Que perdió Quintilio. Ved,  
Si queréis mas testimonio.»  
Ellos á mi voz rendidos,  
O al decreto poderoso  
Obedientes, me siguieron  
Donde lo han hallado todo.  
¡Ea pues, fuerte Aureliano,  
Deja en suspension el ocio,  
Logra el laurel que has cenido  
Divinamente! — Y vosotros  
*(A los soldados.)*

Decid, que Aureliano viva;  
Y en secretos misteriosos,  
Obedeced los efectos,  
Sin examinar el cómo  
No desconfiéis por ver

En traje rústico y tosco  
Vuestro César; que el diamante  
Mas luce engastado en plomo;  
Y no importa que entre nubes  
Guarde el sol sus rayos rojos,  
Si por troneras de nácar  
Se desata en líncas de oro.

TODOS.

¡Viva nuestro Emperador!

CAPITAN.

¡Viva mil siglos dichosos  
Aureliano!

TODOS.

¡Viva, viva!

AURELIANO. (Ap.)

¡Cielos! ¿qué prodigios toco?  
Aqueste monte parecee  
Que da, preñado de asombros,  
Espíritus á las peñas,  
Que almas infunde en los troncos,  
O que de su centro duro  
Va arrojando portentoso  
Vasallos que me obedezcan.  
En afectos tan dudosos,  
¿Pueden mentir los oídos?  
¿Pueden engañar los ojos?  
No, pues es cierto que veo;  
No, pues es verdad que oigo.  
Si me ofrece la fortuna  
El bien, ¿por qué no le gozo?  
¿Qué aguardo, pues le merezco?  
¿Qué dudo, pues le conozco?  
Sea César, aunque luego  
Despierte; que al cabo todos  
Los imperios son soñados.  
¿Qué busco ejemplos mas propios,  
Si es en su concepto rey,  
Si piensa que es rey, un loco?

ASTREA.

¿Por qué, Aureliano, suspendes  
El ánimo helicozo?  
¿Qué dudas?

AURELIANO.

Divina Astrea,  
No dudo yo de mi heroico  
Animo merecimientos  
Para el laurel que coronó;  
Antes porque le merezco,  
Quedo tenerle; que solo  
Consigue muchos trofeos,  
Quien ha pretendido pocos.  
Pero si el cielo permite  
Esta eleccion, y vosotros  
La obedecéis, desde luego  
Vuestro Emperador me nombro.  
Y por ser en la eleccion  
Extraño como en el todo,  
Ciudad este monte sea,  
Palacio este sitio umbroso;  
Sirvan de alfomhra las flores  
Y de doseles los olmos;  
De carro sirva esta peña,  
Donde alegre y venturoso  
Me adores. Y no os parezcan  
El sitio y el traje impropios,  
Que una fiera es general  
De ejércitos numerosos.

ASTREA.

Todos su César te llaman,  
Y el viento con ecos roncós  
Repite: ¡Aureliano viva!

TODOS.

¡Viva mil siglos dichosos!

AURELIANO.

Viva, para ser azote  
Sangriento y mortal asombro  
De la tierra, y para hacer

Vuestro renombre famoso;  
Pues juro no entrar en Roma,  
Hasta que en carro de oro,  
Me veáis venir triunfando  
De mas vidas que pimpollos  
En rosas rinde el abril  
Y en espigas el agosto.

(Tocan cajas.)

Pero ¿qué cajas esconden.  
Su voz en profundos huecos,  
Y repetidas en ecos  
Se llaman y se responden?

CAPITAN.

Porque en tu felice estrella  
Siempre celebrado vivas,  
Y á un mismo tiempo recibas  
La posesion y uses della,  
Al ejército ha llegado  
Decio, capitan valiente,  
Que á las partes del oriente  
Fué por Quintilio enviado.

AURELIANO.

Llegue, porque le reciba  
Donde mi vista le asombre.

### ESCENA III.

DECIO, vestido de luto, y tropa que  
sale al son de marcha militar.—  
DICHOS.

DECIO.

Nuevo César, cuyo nombre  
A pesar del tiempo viva,  
Cuya edad dé desengaños  
De lo inmortal á la gente,  
Y cuyo imperio se cuente  
Por siglos, y no por años:  
Así en mármol inmortal  
Duren eternas tus glorias;  
Así vivan tus victorias  
En láminas de metal;  
Así en jaspé y bronce fuerte  
Estátuas tengas tan bellas,  
Que yendo á matarte en ellas,  
Se halle burlada la muerte:  
Así excedan á los días  
Las hojas de tu laurel,  
Que no castigues cruel  
Las adversidades mías  
Al ejército he venido  
Donde te hallo emperador,  
Con vergüenza y sin honor  
Hoy, de Cenobia vencido:  
Y si en desdichas alguna  
Disculpa el cielo previene,  
Sin usar de euantas tiene  
En mi favor la fortuna,  
Licencia de hablar te pido,  
Para que en tanto rigor,  
Si no premio al vencedor,  
Dés disculpas al vencido.

AURELIANO.

¿Qué disculpa habrá que guarde  
Hombre que vencido viene?  
Dí, por ver si alguno tiene  
Disculpa de ser cobarde.

DECIO.

Donde en brazos del alba nace el día,  
Que en diluvios de fuego se desata,  
Y al fénix celestial la playa fria  
Es cuna de zafir, tuniba de plata:  
Donde nació, pensando que moría,  
Pues de una luz en otra se dilata,  
Siempre sol, siempre vivo, siempre ar-

[diente:

A una parte del Asia en el oriente,  
Aunque por largo tiempo despojlados,  
Fértiles campos hay, campos amenos,  
Que apenas de las fieras habitados.

Se llamaron desiertos Palmirenos.  
Estos, que ya edificios levantados,  
Sufren, de gente y poblaciones llenos,  
Sobre sus montes, cuyas pesadumbres  
Suben al cielo con doradas cumbres,  
Imperios de Cenobia son, de aquella  
Deidad, en quien los astros se miraron  
Para hacerla tan fuerte como bella;  
Que en ella los extremos se igualaron:  
Luna, Saturno y la mayor estrella  
La rindieron metales que engendraron;  
Mercurio ingenio, Júpiter ventura,  
Marte valor y Venus hermosura.  
Esta pues anazona, esta que al suelo  
Admiracion nació, y hermosa y fiera  
Monstruo fué de la tierra, y aun dei cielo  
Fuera monstruo si el cielo los tuviera,  
Con hélico furor, marcial desvelo,  
Siempre libre su patria considera.  
Diciendo vencedora que es en vano  
Que reconozca imperios del romano.  
Ofendido Quintilio, y admirado  
De su valor, la guerra determina,  
Y á mi, que de victorias coronado,  
Tantas veces ciñó batine divina,  
Fia el baston, ¿Pero qué firme estado,  
Al paso que otro erece, no declina?  
Que en la fortuna fuera accion contraria,  
Siendo mujer, no ser mudable y varia.  
Llegué, pues, con tal orden, que si diese  
Pequeña parte del rigor que encierra,  
Sin declarar la guerra me volviese,  
O no volviese hasta acabar la guerra:  
Y para que de mieste intento oyese, [ra:  
Salió á un parque, que es ciclo de la tier-  
En fragancia, hielda, vista y colores,  
Patria de rosas es, ciudad de flores.  
De un escuadron de damas coronada,  
Que á no estar á su lado fueran bellas,  
Su divina hermosura acompañada  
Salió; pero aviniéndose con ellas  
Como la primavera celebrada  
Con las flores, el sol con las estrellas,  
Con las fuentes el mar; pues mas hermosa  
De aquel coro de ninfas fué la diosa.  
Enearnado el vestido; que los ojos  
De su rigor le dieron la librea:  
Corto, porque incitase á mas enojos  
Al que pasar sus limites desca:  
Pequeño pié, por muestra ó por despojos  
De mas beldad, la vista lisonjea:  
Bien como el mercader que, para seña  
De las joyas que guarda, alguna enseña  
Plateado hueco sobre el pié guarnece  
Del vestido el extremo en que remata,  
Donde el viento sutil mover parece  
En mares de cristal ondas de plata:  
Bruñido espejo en un arnes ofrece  
Al sol, que en sus reflejos se retrata;  
Y estar sus rayos mas ó menos bellos,  
Es que no sienpre se compone en ellos.  
Manto enearnado, plateado á flores,  
Desde los hombros se derriba al suelo;  
Que si tiene, observando los colores,  
De oro la luz, por ser azul el ciclo,  
Para un cielo enearnado, ¿qué mejores?  
Pues si mudado el aparente velo,  
Fueran de nácar las cortinas bellas,  
Tambien fueran de plata las estrellas.  
Este manto, de puntas guarnecido,  
A imitacion de rayos le tenían  
Dos flores en los hombros recogido,  
Que igualmente á los dos correspondian:  
De plumas un tocado entretejido,  
Encarnadas y blancas, que subian  
Al sol, mas con tan cuerdo atrevimiento,  
Que se dejaban sujetar del viento.  
No te pinto del rostro las faceiones,  
Y no porque el amor no las advierte,  
Sino porque mujer, cuyos halosones  
Dan temor al temor, muerte á la muerte,  
Asuntos á la fama, admiraciones



A los cielos, mujer altiva y fuerte,  
Gallarda en paz, en guerra belicosa,  
Parece que la sobra el ser hermosa.  
Mi pretensión la digo, y que la vea;  
A quien responde: «Emperatriz valiente  
Soy, y Roma el tributo que desea,  
Con que no se le pida se contente».  
Rompo la guerra yo, y ella se emplea  
Guarda al vencer, al gobernar valiente,  
Por falta de Abdenato su marido,  
Del peso de los años impedido.  
El día que se dió... (Mejor dijera  
La noche, que aquel día no fué día.)  
Que se dió la batalla, considera  
A Cenobia, que á Palas parecía,  
Tan firme en un caballo, que creyera  
Que á los dos un espíritu regia;  
Porque mostraba, aunque de furia lleno,  
Que se pudiera gobernar sin freno.  
Tan obediente el céltico animado.  
Corre igual, fácil pára, y veloz sube,  
Que parece en los vientos engendrado,  
Hijo sutil de un rayo y de una nube.  
Vencióme al fin; y si al rigor del hado  
He de sentir la culpa que no tuve,  
Considera, ¿qué vida habrá segura  
Donde vencen la fuerza y la hermosura?

AURELIANO.

Necia y cobarde disculpa  
A tanto temor previenes,  
Pues una culpa que tienes,  
Enmichadas con otra culpa.  
¿Qué ejército te disculpa  
De numeroso poder?  
¿Qué gigante, al parecer  
Animado monte, ha sido  
Disculpa de ser vencido,  
Sino una hermosa mujer?  
¿Ved pues qué Circo arrogante  
Usó prodigios con él!  
¿Ved qué Medusa cruel  
Vió en escudo de diamante!  
¿Ved, qué Júpiter tonante  
Con rayos le fulminó!  
¿Una mujer te venció?

DECIO.

Si, pero mujer que á tí  
Venciera.

(Arroja Aureliano á Decio en el suelo,  
y pónale el pié encima.)

AURELIANO.

¿Cobarde! ¿A mí?  
¿Puedo ser vencido yo?  
¿Puedo yo mudanza alguna  
Padecer en tanto honor?  
Dí, ¿tiene el tiempo valor,  
Tiene poder la fortuna,  
Hay en la suerte inportuna  
Causa que incite mis daños?

DECIO.

Si, que hay en el tiempo engaños,  
Hay en la suerte venganzas,  
En la fortuna mudanzas  
Y en mi vida desengaños.  
Tú eras ayer un soldado,  
Y hoy tienes cetro real;  
Yo era ayer un general,  
Y hoy soy un hombre afrentado;  
Tú has subido, y yo he bajado:  
Y pues yo bajo, advirtiéndote  
Sube, Aureliano, y temiéndote  
El día que ha de venir,  
Pues has hallado al subir  
Otro que viene cayendo.  
Los dos extremos serémos  
De la fortuna y la suerte;  
Mas ya en la mia se advierte  
El mayor de los extremos;  
Que si en la fortuna vemos

Que no es hoy lo que era ayer,  
Yo no tengo que temer,  
Y tú tienes que sentir,  
Pues bajo para subir,  
Pues subes para caer.  
Tan confiado no estés,  
Pues no estoy desconfiado;  
Que puede ser que el estado  
Trueque la suerte que ves,  
Y que tú, puesto á mis piés,  
Por decretos soberanos,  
Dés venganza á los tiranos  
Pechos.

AURELIANO.

¿Tú vencerme á mí?  
¿Cómo puede ser, si aquí  
Está tu vida en mis manos?  
Bien pudiera darte muerte  
Y asegurar mi temor;  
Pero ¿qué muerte mayor  
Que tratarte desta suerte?  
Vive muriendo, y advierte  
Que no te mato, por ver  
De la fortuna el poder.  
Ni la temo, ni respeto;  
Témela tú; que en efeto  
Es la fortuna mujer.  
Tú, que cobarde has nacido,  
Es bien que mudanza esperes,  
Viniedo de las mujeres  
Infamemente vencido.  
Este acero que has ceñido,  
(Quítale la espada.)

Puedes dejar; que á tu lado  
Está el acero afrentado,  
Cuando limpio; y considero  
Que solamente el acero  
Parece mejor manchado.  
Y porque vea á qué estrella  
Roma sus aplausos fia,  
La primer empresa mia  
Ha de ser Cenobia bella.  
En Roma he de triunfar della:  
Marchen luego las legiones  
En formados escuadrones  
Al Asia, y con su arrebol,  
Sirvan de nubes al sol  
Mis desplegados pendones.  
Y verás, cobarde, cuando  
Con Cenobia, al carro atada,  
Humilde á mis piés postrada  
Entre por Roma triunfando,  
Si sé vencer peleando,  
A quien mirando procura  
Tener defensa segura.  
Marche al Asia desde aquí;  
Que voy á triunfar de mí,  
Del poder y la hermosura. (Vanse.)

## ESCENA IV.

DECIO.

Ve, y ruego al cielo que seas  
Despojo de todos tres;  
Porque, rendido á sus piés,  
Mi agravio y el tuyo veas:  
La corona que deseas  
De laurel, cuando ciñere  
Tu frente, la forma altere,  
Siendo maravilla fria,  
Flor que nace con el día,  
Flor que con la noche muere.  
Vivas siempre aborrecido,  
No seas en alto estado  
De tu gente respetado.  
Ni de la ajena temido  
Tus victorias el olvido  
Esconda, y entre ansias fieras,  
Rayo que de las esferas  
Caiga, á tus huesos tiranos  
Dé sepulcro, ó á mis manos

Con tus mismas armas muera.  
Mas ¡ay de mí! poco sabio  
Lloro mi suerte inportuna,  
Pues ni enmiendo la fortuna,  
Ni satisfago el agravio.  
Hable el alma y calle el labio;  
Pues la continua mudanza  
Del tiempo me da esperanza;  
Que no hay en leyes de amor,  
Ni tirano sin temor,  
Ni ofendido sin venganza. (Vase)

Palacio de Cenobia en Palmira.

## ESCENA V.

IRENE, LIBIO.

LIBIO.

Ya te dije, hermosa Irene,  
Cómo deste reino entero  
Soy legítimo heredero;  
Porque Cenobia no tiene  
Sucesion, y de mi tío  
Abdenato no la espera.

IRENE.

Hasta aquí sé.

LIBIO.

Yó quisiera...

Mira lo que de ti fio.

IRENE.

Pues ¿qué temes?

LIBIO.

El secreto.

IRENE.

¿Por qué?

LIBIO.

Porque eres mujer.

IRENE.

Bien te sabemos tener,  
Si nos importa el efeto.  
No temas, que en su favor  
Le sabe guardar cualquiera.

LIBIO.

Pues digo que yo quisiera  
Asegurar el temor,  
Que me causa el ver tan viejo  
A Abdenato; y de otra suerte,  
Tan soberbia, altiva y fuerte,  
En la guerra y el consejo  
A Cenobia; pues capaz  
De cuanto el imperio encierra,  
Es su defensa en la guerra,  
Es su consejo en la paz.  
Temo, pues, que si pasase  
Adelante lo que agora  
Vemos, despues por señora  
El pueblo la apellidase,  
Muerto Abdenato, y á mí  
Me negase la eleccion  
Que me toca por varon,  
Estimando mas que aquí  
Les gobierne una mujer.

IRENE.

Pues ¿qué intentas?

LIBIO.

Atajar

Sus pasos, sin dar lugar  
A que pueda suceder.

IRENE.

¿De qué modo?

LIBIO.

Desta suerte

Mi dicha y la tuya trato.  
Tú has de dar muerte á Abdenato.

IRENE.

Pues dar á Abdenato muerte  
No á Cenobia, es contra ti;

Que si es tu temor cruel  
Que, despues de muerto él,  
Cenobir gobierne, así  
En su favor mismo tratas  
Lo que en el tuyo aconsejas,  
Pues á quien te estorba dejas,  
Y á quien te hace espaldas matas.  
Libio, si he de ser yo juez,  
Por todo el riesgo atropella.  
¿No es mejor matarla á ella,  
Y acabamos de una vez?

LIBIO.

En un peligro cruel  
No es dificultoso entrar,  
Irene, sino mirar  
Cómo se ha de salir dél.  
Cuando á Cenobia mataran  
Tus manos, bien cierto era  
Que ninguno lo supiera,  
Mas todos lo sospecharan;  
Que un secreto, por mil modos  
Público al mundo importuno,  
Con no decirle ninguno,  
Le vienen á saber todos.  
Bien se ve que la razon  
Militará de una suerte,  
Dando á Abdenato la muerte  
Que á Cenobia; pero son  
Diferentes desengaños:  
Pues, al comun parecer,  
Un viejo no ha menester  
Mas ocasion que sus años.  
Y respondiéndote á ti,  
Que ¿por qué matar queria  
A Abdenato, pues hacia  
Dudosa mi gloria así?  
Digo que por estorbar  
No se enseñe á obedecer  
Este reino á una mujer,  
Ni una mujer á mandar;  
Pues una vez admitida,  
No hay despues fuerzas bastantes  
Para despojarla; y ántes  
Que lo esté, es razon que impida:  
Pues muerto Abdenato, á mi  
Nombrarán, y en tales modos  
Vendré á mandarlos á todos,  
Para obedecerte á ti.

IRENE.

Y yo, para que concluya  
Mi amor, desde polo á polo  
Quisiera ser reina, solo  
Para ser esclava tuya.

LIBIO.

¿Atrerveréme á pedir  
Tu mano?

IRENE.

Cenobia viene.

LIBIO.

Reinar ó morir conviene.

IRENE.

Libio, reinar ó morir.

### ESCENA VI.

LA REINA CENOBIA, SOLDADOS PALMI-  
RENOS, con memoriales — IRENE,  
LIBIO.

SOLDADO 1.º

Yo tengo una pretension  
En consulta, y solo espero  
Verla, porque volver quier  
A servirte.

SOLDADO 2.º

Aquestos son

Papeles, donde verá  
Vuestra Majestad del modo  
Que la he servido.

CENOBIA.

De todo

Estoy advertida ya.  
Tened, amigos, paciencia,  
Que es el Rey quien lo ha de ver.

SOLDADO 1.º

¿Qué gobierno!

SOLDADO 2.º

¿Qué mujer!

SOLDADO 3.º

¿Qué valor!

SOLDADO 1.º

¿Y qué prudencia!

(Vanse los soldados.)

LIBIO. (Ap.)

Y ¿qué envidia! ¿Estoy rabiando!

CENOBIA.

Libio, ¿tú estabas aquí?

LIBIO.

Que me des audiencia á mí,  
Señora, estaba esperando.

CENOBIA.

(Ap. Turbado y descolorido  
A hablarme viene; hoy llegó  
La desvergüenza, que yo  
Tantas veces he tenido.)  
¿Pues tú tienes que esperar?  
¿En qué tiempo, en qué ocasion  
No tendrá tu pretension,  
Libio, el primero lugar?

LIBIO.

Esperaba que estuvieses  
Sola.

CENOBIA.

Ya lo estoy.

LIBIO.

Yo he estado,  
Mientras la audiencia, arrimado  
A este cancel; y si oyeses  
Lo que todos van diciendo...

CENOBIA.

Ya sé que dirán aquí  
Grandezas, que no hay en mí;  
Y pues sabes que me ofendo  
De fisonjías, no repitas  
Sus alabanzas.

LIBIO.

No son...

CENOBIA.

Ya sé lo que es.

LIBIO.

La razon

Partida al hablar me quitas.

¿Piensas?...

CENOBIA.

¿Qué habia de pensar  
Que mi alahanza no fuera?  
¿Quién, donde tú estás, pudiera  
Otra cosa pronunciar?  
Pues satisfecha de tí,  
A no ser tal, pienso yo  
La riñeras allí, y no  
Me la dijeras aquí.

LIBIO.

No todo se ha de reñir  
Con la espada.

CENOBIA.

De ese modo,

Si no se ha de reñir todo,  
No todo se ha de decir.

LIBIO.

Llevan mal ver gobernando  
A una mujer cetro igual.

CENOBIA.

¿Por qué el ver no llevan mal  
A una mujer peleando?

LIBIO.

Sienten el verte sentada  
En un tribunal; y es bien...

CENOBIA.

¿Por qué no sienten tambien  
Verme en la campaña armada?

LIBIO.

No quieren sufrir sus glorias,  
Que las leyes que tuvieron,  
Les dé mujer.

CENOBIA.

¿Cómo quieren

Sufrir que les dé victorias?  
LIBIO.  
No es bien que este reino esperes  
Gobernar.

CENOBIA.

Bien es que vean,  
Pues los hombres no pelean,  
Que gobiernan las mujeres.

LIBIO.

Parece que hablas conmigo.

CENOBIA.

Tus hechos te contradicen.

LIBIO.

Yo digo lo que ellos dicen.

CENOBIA.

Lo que ellos responden digo;  
Que si yo, sin conocellos,  
De tí las quejas oí,  
Fuerza es responderte á tí,  
Tú respóndeles á ellos.  
Y en ocasion como esta,  
Si, cuando á hablarme llegaste,  
Las quejas consideraste,  
Considera la respuesta:  
Que he de dar leyes, y asomhros  
Les daré tambien y horror.  
Cuando quite á algun traidor  
La cabeza de los hombros.

LIBIO.

Pésame...

CENOBIA.

Véte de aquí.

LIBIO.

De mirarte...

CENOBIA.

Yo lo creo.

LIBIO.

Con disgusto.

CENOBIA.

Ya lo veo.

LIBIO. (Ap.)

Necio en declararme fui. (Vase.)

CENOBIA.

¿Qué ciegamente ha mostrado  
Su intento! Que le temiera  
Confieso, si no estuviera  
Tu espada, Irene, á mi lado;  
Que si en mí, por ser mujer,  
Se alientan sus pareceres,  
Solamente con mujeres  
Me tengo de defender;  
Y tú, claro está, serás  
La mas leal.

IRENE.

Solo soy

Tu esclava, (Ap. Temblando estoy.)  
Como al efecto verás.



## ESCENA VII.

PERSIO. — CENOBIA, IRENE.

PERSIO. (Ap.)

fres maneras de medrar  
Nos da la humana fortuna,  
Que son : por casar la una,  
La otra por envidiar,  
La tercera por mentir  
Con arte ; y de todas tres,  
Aquesta postrera es  
La que yo pienso seguir.  
Un soldado veníai  
Soy, que nunca mortalmente  
Reñí ; á un soldado valiente  
Muerto hallé en un arenal,  
Y estos papeles, que son  
De sus hechos testimonio,  
Quité ; llamábase Andronio,  
Y gozando la ocasión,  
A pretender le venido,  
Mudando el Persio en su nombre.  
No seré yo el primer hombre  
Que haya los frutos cogido  
De lo que otro siembra : llano  
Ejemplo algun cambio es,  
Concebido en giuoves,  
Y parido en castellano

IRENE.

Hasta tu cuarto se ha entrado.  
Señora, un soldado.

CENOBIA.

Irene,

Sola esa licencia tiene  
Para conmigo un soldado. —  
¿ Quién sois ? (A Persio.)

PERSIO.

Dirélo despues

Que hese mi sucia boca (Arreditas.)  
La breve parte que toca  
Ese enano de otros piés.  
Mis papeles dén agora  
De quén yo soy testimonio.  
(Levántase, y dale unos papeles.)

CENOBIA.

¿ Cómo os llamáis ?

PERSIO.

Persio... Andronio

Había de decir, señora.

CENOBIA.

¿ Vos sois Andronio ?

PERSIO.

Yo soy.

CENOBIA.

Mucho me huelgo de veros,  
Que deseo conoceros,  
Porque ya informada estoy  
De vuestro valor.

PERSIO.

El mío.

No es mas del que tú le das.  
(Ap. ¿ Fortunilla, buena vas !)

CENOBIA.

(Lee.) « Salí Andronio á un desafio. »  
¿ Qué desafio fué aquel  
En que te has hallado ?

PERSIO.

(Ap. Aquí

Me coge.) Antes me perdi,  
Señora, que me hallé en él.

CENOBIA.

¿ Cómo ?

PERSIO.

Guardaba un gigante

De una viña cada uva  
Tan grande como una cuba.

Contra aquel monstruo arrogante  
Quisieron que fuera yo  
A traerlas cierto dia,  
Que hambre la gente tenía.  
El gigante me sintió.  
Y yo, usando del consejo  
Mas que de la valentia,  
Una uva dejé vacia,  
Y vestime del pellejo.  
El, oliendo carne humana,  
Entre las cepas llegó,  
Y ¿ qué hizo ? El diablo le dió  
Entonces de comer gana,  
Y aquel mismo grano quita  
De la cepa, y de un bocado  
Me zampa medio mascado :  
Pensando que era pepita,  
Me arrojó tanto, que fui  
Volando, si es que volaba,  
Al ejército, que estaba  
Quinientas leguas de allí.

CENOBIA.

(Lee.) « Andronio es quien sin escala  
» Una muralla asaltó. »

PERSIO.

Era en ese tiempo yo  
Lijero como una bala.

CENOBIA.

¿ Cómo la asaltaste ?

PERSIO.

¿ Cómo ?

Junto á la muralla había  
Un ciprés que la excedía ;  
Y vengo, y ¿ qué hago ? Tomo  
Un cordel, y voy doblando  
Hasta la tierra el ciprés ;  
Y asiéndome dél despues,  
Poco á poco voy saltando  
El lazo ; y cuando se halla  
Libre, á su centro volvió  
Tan fuerte, que me arrojó  
Encima de la muralla. —  
Estos disparates digo  
Para entretenerte aquí ;  
No porque esto fuese así ;  
Que le hago al cielo testigo  
De mis hechos, y no es bien  
Que repita mis hazañas.

CENOBIA.

Bien claro me desengañas  
De tu discrecion tambien ;  
Pues gustando yo de oillas,  
Tú por no gloriarte dellas,  
No te excusas de emprendellas,  
Y te excusas de decillas  
Mayor crédito has hallado  
En victorias que has tenido  
Con no haberlas repetido,  
Que con haberlas ganado.  
Las alabanzas desdicen  
Del valor, y así me obligas ;  
Que no es menester que digas  
Lo que estos papeles dicen.  
Y porque á un tiempo me agrada  
Tu gusto y tu valentia,  
Quedará desde este dia  
En mi servicio ocupada  
Tu persona.

PERSIO.

Hónrasme así. (De rodillas.)  
Deste pié no me levantes :  
Euano le llamé ántes  
Y ahora digo Bonami.

## ESCENA VIII.

CROTILDA. — DICHOS.

CROTILDA.

Hablarte pretende un hombre  
Que ser romano declara.

Con una banda en la cara,  
Sin querer decir el nombre.  
Dice que te importa.

CENOBIA.

¿ A mí ?

Di que entre. (Vase Crotilda.)

PERSIO.

¿ Y si es del demonio

Alguna traicion ?

CENOBIA.

Andronio,

Tú no te apartes de aquí ;  
Que no sabemos qué espera,  
Y yo contigo no mas  
Estoy segura.

PERSIO. (Ap.)

No estás ;

Llama otros ciento siquiera.

## ESCENA IX.

DECIO, con una banda en el rostro. —  
CENOBIA, IRENE, PERSIO.

DECIO.

Dame, señora, tus pies. (Arrodillase.)

PERSIO. (Ap.)

Y plegue á Dios basten ciento.

CENOBIA.

Alza del suelo.

DECIO.

Mi intento

Sabrás, cuando sola estás.

PERSIO.

Pues solo quiere quedar,  
Da licencia á mi partida ;  
Que soy cortés, y en mi vida  
Amigo fui de estorbar.

CENOBIA.

Salios todos allá fuera.

PERSIO.

De buen grado.

IRENE.

Vamos pues.

CENOBIA. (Ap. á Persio.)

Mira que advertido estés,  
Y á cualquier suceso espera  
Resuelto.

PERSIO.

Si esperaré.

CENOBIA.

(Ap. á él. ¿ De qué turbado te pones ?)  
(Ap. Ya en la voz y en las acciones  
La cólera se le ve.)  
Repórtate.

PERSIO.

¿ Cómo puedo ?

CENOBIA.

Quizá por bien ha venido.

PERSIO.

Repórtome. (Ap. Ella ha creído  
Que es cólera lo que es miedo.)  
(Vanse Irene y Persio.)

## ESCENA X.

CENOBIA, DECIO.

CENOBIA.

Ya se fuéron ; ya bienpuedes,  
Descubriendo tu intencion,  
Quitar del rostro la banda  
Y dar al aire la voz.  
¿ Por qué suspensas á un tiempo  
Tienes la lengua y accion ?  
¿ Qué dudas ? que solo estás.  
¿ Qué esperas ? que sola estoy.

Atrévete, si no es  
Que conociste al temor  
Después de verme.

DECIO.

Bien dices;

Que si le conozeo yo,  
Es desnes de haberte visto.  
Mira si tengo razon. (Descúbrese.)  
¿Conocesme?

CENOBIA.

Si, conozco.

¿Tú no eres Decio?

DECIO.

No.

CENOBIA.

Pues ¿quién eres?

DECIO.

No lo sé;

Tan ajeno de mí estoy,  
Que lo dudo. Decio fui,  
El tiempo que tuve honor;  
Mas después que no le tengo,  
No sé, Cenobia, quién soy.  
Deja el acero que empuñas,  
Que cuando mi muerte atroz  
Pretendas, no has menester  
Mas armas que mi dolor.  
Este será mi homicida,  
Si no es en la ocasión  
Riguroso con piedad,  
O piadoso con rigor;  
Y en tanto escucha razones,  
Cuyo concepto veloz,  
Forman, ántes que la lengua,  
Las alas del corazón.  
Bien sabes, Cenobia bella,  
Cuando en campaña hice yo  
De tu poder experiencia,  
Y exámen de mi valor,  
Que ser vencido no fué  
Defecto de mi opinión,  
Sino fuerza de mi estrella,  
Ya que de tus hechos no.  
Pues un tirano, un cruel,  
Un bárbaro emperador,  
Que sin concierto y sin orden  
El ejército eligió,  
Usó en presencia de todos,  
En ofensa de mi honor,  
De acciones y de palabras...  
(Aquí se turba mi voz,  
Aquí enmudece mi lengua,  
Aquí falta mi razón,  
Aquí el discurso entorpece,  
Aquí me mata el dolor.)  
Palabras y acciones tales,  
Que ellas serán ocasión  
A que entre las fieras viva,  
A que me esconda del sol,  
Si con ver mayor venganza,  
No enmiendo el daño menor.  
Tal hizo, por ir vencido,  
Como si tuviera yo  
En mis manos mi fortuna,  
Sin considerar que son  
Inconstantes sus efectos,  
Y esta vida breve flor  
Que se consume á sí misma  
Gusano de su botón;  
Un almendro de hojas lleno,  
Que ufano con ambición,  
A los suspiros del austro  
Pompa y vanidad perdió;  
Un edificio, que Atlante  
De la esfera superior,  
Caduco á un rayo, resuelve  
En polvo su pretensión;  
Una flama, que las sombras  
De la noche iluminó,  
Y obediente á un fácil soplo.

Pierde luz y resplandor.  
¿Pero para qué te canso,  
Si no hay ejemplo mayor  
Que un hombre, con alma ayer  
Y helado cadáver hoy?  
¿Mas dónde voy (¡ay de mí!)  
Llevado de la pasión?  
Vuelvo al discurso: este fiero  
Y cruel emperador,  
Ofendido que de ti  
Le hiciese tal relación,  
Bien que á tus merecimientos  
Fué corta, dijo que amor  
Era quien me había vencido.  
Confieso que no mintió:  
Mas fué el amor y la fuerza,  
La hermosura y el valor;  
Porque dos veces vencido,  
Fuéron tus victorias dos.  
Este, en fin, menospreciando  
La fama de tu opinión,  
Del valor y la hermosura,  
Triunfar en Roma juró.  
Contra ti viene, ya llega,  
Porque estaba á esta ocasión  
El ejército en Numidia,  
De donde luego partió.  
El mayor que ha visto Roma  
Conduce; cada escuadrón  
Parece monte de acero,  
Y flores las plumas son;  
Los descogidos pendones  
Cubren al mundo de horror,  
Cuando sus águilas llegan  
A ver cara á cara al sol.  
Esta victoria, ó valiente  
Cenobia, importa á los dos.  
Vea Aureliano que puede  
Vencerle, quien me venció.  
A darte el aviso vengo,  
Porque con mas prevención  
Le esperes. Triunfa de Roma  
Segunda vez, y al blason  
De tus victorias añade  
La de Aureliano; que yo  
Dudoso entre dos afectos  
De tu victoria y mi honor  
A darte el aviso vengo,  
Y á lidiar contra ti voy.

CENOBIA.

Mas sentimiento ha causado  
Tu agravio en mí, que temor  
La venida de Aureliano;  
Que aquel siento, y esta no.  
Venga su ejército, y sea  
En número superior  
A las arenas del mar,  
O á los átomos del sol;  
Traigan máquinas de fuego,  
Mas que ingeniero traidor,  
Sobre los muros de Troya  
Dispuso en el Paladion;  
Vengan poblando campañas  
Los elefantes, que son  
Montes con alma, volcanes  
Vivos preñados de horror.  
Quédese desierta Roma;  
Que mas en esta ocasión  
Sintiera que no viniera,  
Vive Júpiter, gran dios,  
Donde á tu agravio y al mío  
Les diera satisfacción.  
¿Porque te venci se afrenta,  
¿Y con necia presunción,  
Da por necia á la fortuna  
Y por cobarde al temor,  
Aun sin haberle tenido?  
Pues para mas opinión,  
Con amor he de vencerle,  
Solo porque sea mayor  
Mi gloria. Y pues la victoria

Ya nos importa á los dos,  
No te vayas, Decio; aquí  
De mi ejército el baston  
Te daré.

DECIO.

¿Pues he de ser  
Contra mi patria traidor?  
Contra Aureliano bien puedo,  
Como ofendido; mas no  
Contra los míos, que fuera  
Confirmar su presunción.

CENOBIA.

Pues alto, vete, y advierte  
Que vuelvas por tu opinión;  
Y para que ocasión tengas,  
Tu mayor contrario soy.  
Vete pues.

DECIO.

Y agradecido

A la fortuna que dió  
Ocasión á tal ventura,  
Y á mi desdicha ocasión.

(Tocan cajas)

CENOBIA.

¿Qué rumor es ese?

DECIO.

Aquellas

Cajas de Aureliano son;  
Que rompida de los vientos,  
Llega cansada la voz.

CENOBIA.

Hoy ha de verme Aureliano.

DECIO.

¿Y yo no he de verte hoy?

CENOBIA.

No, pues vas á pelear  
Contra mí.

DECIO.

Si quejas son,  
No hay mas quejas; que á servirte  
Yo me quedaré.

CENOBIA.

Eso no;

Que mas quiero, aunque estimara  
Tenerte en mi campo yo,  
Verte con honra en mi agravio,  
Que sin ella en mi favor.  
Vete pues, y en la batalla  
Nos veremos.

DECIO.

¿Podré yo  
Conocerte?

CENOBIA.

Si: tú puedes,  
Porque te advierta mejor,  
Llevar esta banda. (Dale una.)

DECIO.

¡Ay cielos!

¿Podré en tan alta ocasión  
Tenerla por favor tuyo?

CENOBIA.

Tú has de tenerla, yo no  
Tenla por lo que quisieres  
Que yo por seña la doy.  
Ya de las templadas cajas  
El eco suena mayor.  
Yo voy á verme con él.

(Tocan.)

DECIO.

Y yo á verme con él voy.

CENOBIA.

Adios, y Aureliano muera  
DECIO.

Viva Cenobia, y adios.



## JORNADA SEGUNDA.

Reales de Cenobia.

## ESCENA PRIMERA.

LIBIO, IRENE.

IRENE.

Sosiégate.

LIBIO.

¿Cuando veo  
En tan ciega ejecución,  
Malograda la intención  
Y declarado el deseo,  
Pues en el veneno fuerte  
De la compuesta bebida,  
Pensando que era la vida,  
Bebió Abdenato la muerte?  
Cuando creí que alterado  
El pueblo, á mí me eligiese,  
Porque caudillo tuviese  
En tan miserable estado,  
Como está puesto por Roma;  
No solo no se logró,  
Pero á Cenobia entregó  
El baston que á cargo toma,  
Con tan mujeril belleza,  
Y varonil valentía,  
Todo para envidia mía,  
Que con tanta fortaleza  
Como has visto, ha resistido  
Tres asaltos que ha intentado  
Aureliano, y retirado,  
Por no decir que vencido,  
Está esperando el socorro  
Que envían Persia y Egipto:  
Y ella (¡que aquesto perui to!  
¡Por Júpiter que me corro!),  
Viendo que socorro espera,  
Antes que pueda llegar  
Aquí le sale á buscar.  
Pues si están desta manera  
Mis dichas sin conseguir,  
Las tuyas sin declinar,  
¿Cómo me he de sosegar?  
Déjame, Irene, morir.

IRENE.

Su industria y valor es tal,  
Que los triunfos que recibe  
De día, de noche escribe;  
Libro, que *Historia oriental*  
Llama. Pero el alto brio  
No se rinde á la fortuna:  
Mujer soy, y no hay alguna  
Que pueda vencer el mío.  
Ya determinado estás,  
Busca otra nueva traición;  
Que para su ejecución  
Estoy aquí, y tú verás  
Si doy á Cenobia muerte,  
Como se la di á Abdenato.

LIBIO.

No ha de ser así; ya trato  
Mi venganza de otra suerte:  
Aureliano ha de vengarme.

## ESCENA II.

CENOBIA, con armas negras, vestida  
de luto, leyendo en un libro; SOLDADOS.  
—DICHOS.

CENOBIA. (Ap.)

¿Que ha de vengarle Aureliano?

IRENE.

Cenobia viene.

CENOBIA.

(Ap. Es en vano,

Que yo pueda sosegar me.)

Huélgame de verte aquí,  
Libio.

F. V'L.

LIBIO.

Solo espero ver  
Qué mandas.

CENOBIA.

Deseo saber  
Qué se dice por ahí  
De Cenobia.

LIBIO.

¿Pues soy yo  
Quien ha de escribir su historia?

CENOBIA.

Quien la tome de memoria;  
Quien ha de escribirla no.

LIBIO.

Nada se dice. (Ap. Infelice  
Tormento en el alma lucha.)

CENOBIA.

Si no lo sabes, escucha  
Qué de Cenobia se dice:  
Ahora lo estaba leyendo.  
Oye. (Ap. Sospecha cruel,  
Sin declararme con él,  
Quejarme á él mismo pretendo.)  
(Lee.) «Que viendo á Decio vencido,  
Vino al Oriente Aureliano  
Con todo el poder romano,  
De su poder ofendido  
Y que habiéndola cercado  
Enemiga, la asaltó  
Tres veces, y tres volvió,  
Rompido y desbaratado,  
Tanto, que le fué forzoso  
Retirarse hasta que tenga  
Socorro; y ántes que venga,  
Con ánimo belicoso  
Ella le saldrá á buscar,  
Porque en su sangre se aneguen,  
Cuando Egipto y Persia lleguen.  
Y no tengan á quien dar  
Los socorros poderosos,  
Hallando en estos desiertos  
Murallas de cuerpos muertos.  
Llenos de sangre los fosos.  
También se dice que hoy es  
Cuando la batalla quiere  
Dar, y lo que sucediere  
Bella, se dirá despues.»

LIBIO.

Y yo lo puedo decir  
Agora.

CENOBIA.

Pues ¿qué será?

LIBIO.

Que llegará y vencerá.

CENOBIA.

Vuelvo, Libio, á proseguir.  
(Lee.) «En este tiempo enviudó;  
Y atreviéndose, por ver  
En el reino una mujer,  
No faltó quien procuró  
De secreto conjurar  
La gente, y dándole mano  
Al ejército romano,  
Y tributo, conspirar  
A la corona, y así  
Lograr su intento felice  
Uno y otro.» Esto se dice;  
No creo que será así.  
Mas vive Dios, si llegara  
Tiempo en que esto sucediera,  
Y de algun hombre creyera,  
(¿Qué es creer?) si imaginara  
Que algun cobarde traidor,  
Que algun infame, villano,  
Arrogante, loco y vano,  
Había que, sin temor  
Ni vergüenza, contra mí  
Tratase algun mal cruel,

Dijera entónces á él  
Lo que agora digo á tí.  
¿Es posible que no ves  
Que el mismo que en la ocasión  
Agradece tu traición,  
Huye del traidor despues?  
Porque aunque ella agrade, á todos  
Viene el traidor á cansar,  
Y no es posible alcanzar  
Honra por infames modos;  
Pues el que mas alto estuvo,  
A ser mas notado viene,  
Cuando el mismo honor que tiene  
Dice la infancia que tuvo.  
Yo soy tu Reina; y advierte  
Que te dejo de matar  
Con mis manos, por no dar  
A un traidor tan noble muerte;  
Y podrá ser que algun día  
A las de un verdugo muera.

LIBIO.

Señora...

CENOBIA.

Esto le dijera,  
A saber quien es.

LIBIO.

Sería  
Agraviarme responder,  
Porque no me toca á mí;  
Que yo siempre tuyo fui.

CENOBIA.

¿Pues pudiera yo creer,  
Aunque el mundo lo afirmara  
Libio, que en la sangre mía  
Tan grande mancha cabía?  
No te turbes y repara  
Que yo estoy tan confiada,  
Que si la victoria espero,  
Solo es porque considero  
Que está á mi lado tu espada.

## ESCENA III.

PERSIO. — DICHOS.

PERSIO.

Dame tus piés.

CENOBIA.

Bien venido,  
Andronio; que no esperé  
Ménos de tí.

PERSIO.

Bien se ve.

(Ap. El demonio me ha metido  
A valiente.)

CENOBIA.

¿Qué hay de nuevo?

PERSIO.

Que el de Persia viene ya,  
Y mañana llegará  
Con poder, que no me atrevo  
A pintarle, no parezca  
Que le encarece el temor.

CENOBIA.

Ahora es tiempo que el valor  
Con mas denuedo se ofrezca  
Al peligro. — Ea, soldados.  
Esta es honrosa ocasión  
De quedar en la opinión  
De la fama celebrados  
Hoy á la vista tenemos  
Al ejército romano:  
Venemos hoy á Aureliano;  
Que mañana venceremos  
Al Persa. Rompan los vientos  
Las voces siempre inquietas  
De las cajas y trompetas,  
Y á sus confusos acentos  
Responda el eco oprimido.

Suene el clarín animado,  
Gima el parche castigado,  
Brame el bronce repetido.  
Publiquen sangrienta guerra,  
Con mortales sentimientos,  
Turbados los elementos,  
Agua, fuego, viento y tierra;  
Que yo á tan divina gloria  
La primera embestiré,  
En cuyo encuentro diré,  
Antes que guerra, ¡victoria!  
(*Tocan cajas y trompetas, y éntranse todos, sacando las espadas.*)

Acampamento de Aureliano

#### ESCENA IV.

AURELIANO, ASTREA, EL CAPITAN,  
SOLDADOS.

ASTREA.

Hoy dichoso fin colijo,  
Que el dios, que en tu ayuda viene,  
La victoria te previene,  
Pues el oráculo dijo:  
« Irás y vencerás; no  
Serás vencido en la guerra. »

AURELIANO.

Ea, altiva Roma, cierra  
Hoy, que Apolo aseguró  
Triunfo, en cuya confianza  
Mi pecho al furor se entrega.  
¡Altiva Cenobia, hoy llega  
Tu castigo y mi venganza!  
(*Vanse, sacando las espadas.*)

#### ESCENA V.

DECIO, *abierto el rostro con la bandada de Cenobia.*

DECIO.

Hoy he de mostrar, valiente  
Cenobia, mi fuerza altiva.  
¡El César de Roma viva! (Vase.)

Dentro.

¡Viva la reina de Oriente!  
(*Dase la batalla.*)

Monte alto con una gruta que le cala de arriba abajo. En el proscenio un puente.

#### ESCENA VI.

AURELIANO, ASTREA, *huyendo por lo alto del monte.*

ASTREA.

¿De qué sirve la osadía,  
Cuando á tus desdichas ves  
El cielo opuesto? Que hoy es  
Para Roma infausto día.  
Rotos ya tus escuadrones,  
Te han dejado herido y solo.

AURELIANO.

Tú con engaños de Apolo  
A esta afrenta me dispones;  
Y aun el mismo es contra mí;  
Pues en una empresa igual  
Me anima y me miente.

ASTREA.

Mal

El oráculo entendí;  
Porque otro sentido encierra,  
Que entonces no alcancé yo:  
« Irás, y vencerás no:  
Serás vencido en la guerra. »

AURELIANO.

Sacerdotisa engañosa,  
Vaticinante mentida,

Sirena falsa y fingida,  
Profetisa mentirosa,  
La respuesta que entendiste  
De otra suerte, has de llorar.  
Tú la pena has de pagar,  
Pues tú la culpa tuviste.  
Muere, infame, y vengue en tí  
De aquese Apolo cruel  
Rabia, que no puedo en él.  
En esta gruta

(*Arrójala por la abertura superior de la gruta.*)

ASTREA. (*Cayendo.*)

¡Ay de mí!

AURELIANO.

Hallarás tu sepultura,  
Si en sus entrañas las fieras  
No te la dan, porque alteras  
Los sentidos que procura  
Revelarme Apolo santo;  
Y á creer que engaño fué  
Del mismo Apolo, no sé  
Si hiciera en él otro tanto.  
Huyendo mi gente vuelve:  
Delante me he de poner  
Del contrario, para ver  
Si atrevido se resuelve  
A morir. — Mujer, ¿quién eres?  
Mas con tan altos renombres,  
Di que afrenta de los hombres,  
Di qué honor de las mujeres. (Vase.)

#### ESCENA VII

CENOBIA, *con la espada desnuda y una bandada puesta en el brazo.* —  
ASTREA, dentro.

CENOBIA.

De la batalla rendida,  
Sin que me hayan conocido,  
Sola á este monte he salido  
Para curarme una herida,  
En cuya ofensa ha de ser  
Teatro este monte fuerte,  
Romanos, de vuestra muerte.  
(*Astrea se queja dentro.*)

ASTREA.

¡Ay infelice mujer!

CENOBIA.

Parece que oigo (¡ay de mí!)  
Turbada una voz que dice  
Que soy mujer infelice.

ASTREA. (*Dentro.*)

Hoy ha de triunfar de tí  
El rigor...

CENOBIA.

¿Qué escucho? ¡Ay triste!

ASTREA. (*Dentro.*)

De un alceoso traidor,  
De un tirano emperador.

CENOBIA.

De horror el alma se viste,  
Pues el eco temeroso  
Dice, triunfará inhumano  
Un emperador tirano,  
Por un traidor alceoso.

ASTREA. (*Dentro.*)

Herida y sangrienta estás.

CENOBIA.

Que herida estoy, ya lo veo,

ASTREA. (*Dentro.*)

Donde misero trofeo  
De la soberbia serás.

CENOBIA.

Sin duda que alguien procura  
Acobardarme, y ha sido  
En este monte escondido.

ASTREA. (*Dentro.*)

¡Ay desdichada hermosura!

CENOBIA.

Nada desde aquí se ve.  
Cenobia, ¿qué te acobarda,  
Cuando esta victoria aguarda  
A tu fama? Ilusión fué:  
Venza yo con el valor;  
Que nada temo ni creo,  
Hasta que sea trofeo  
De un tirano y de un traidor. (Vase.)

#### ESCENA VIII.

LIBIO. — ASTREA, dentro.

LIBIO.

Yo me perdí, porque pueda  
Llegar á hablar á Aureliano;  
Que así mis glorias allano.

ASTREA. (*Dentro.*)

Ven, traidor; y si te queda  
Mas rigor, muéstrale aquí;  
Que huyendo, tirano, desto,  
Te verás en alto puesto.

LIBIO.

Parece que hablan de mí.

ASTREA. (*Dentro.*)

Sé soberbio, sé tirano,  
Sé riguroso, sé fiero  
De una vez.

LIBIO.

¡Cielos! ¿qué espero?

Hoy nuevo espíritu gano.  
Pues me anima el cielo á ser  
Cruel, pues me ha persuadido  
Con voces, quizá ofendido  
De una soberbia mujer.  
Muera pues, que yo no falto  
A la ambición por reinar,  
Si usando esto, espero estar  
Temido en puesto mas alto. (Vase.)

#### ESCENA IX.

DECIO, *con una bandera en la mano.*  
— ASTREA. (*Tocan cajas.*)

DECIO.

Hoy he de dar la victoria  
A Roma, aunque en ella muera  
Cenobia; que esta bandera  
Ha de publicar la gloria,  
Que he conseguido en ganalla.  
Esto á mi honor corresponde.  
Monte, en tu centro la esconde,  
Mientras vuelvo á la batalla.

ASTREA. (*Dentro.*)

Basta, invicto emperador.  
La furia, perdona ya;  
Que mas fama te dará  
La clemencia que el rigor.

DECIO.

¿Qué voz es esta que sigo,  
Que, sin saber cuya es,  
Ahna, escuchas y no ves?  
¿Con quién hablaré?

ASTREA. (*Dentro.*)

Contigo

Contigo, César de Roma,  
Habla una triste mujer.  
Ven adonde puedas ser  
Piadoso; la furia doma.

DECIO.

Ella con emperador  
Habla: ¿si estará Aureliano  
Por aquí?



ASTREA. (Dentro.)

Quéjome en vano  
Por aliviar el dolor;  
Que bien sé que no me escucha.  
¡Emperador, no vendrás  
A sacarme?

DECIO.

¿Dónde estás?

ASTREA. (Dentro)

Dentro desta gruta.

DECIO.

Mucha

Es mi turbacion. — Aquí  
Se vé una profunda cueva.  
Aventura es esta nueva.  
¿Hay gente allá dentro?

ASTREA. (Dentro.)

Sí,

Sácame de aquí.

DECIO.

No soy

A quien llamas; pero advierte  
Que del horror de la muerte  
Te libraré, pues estoy  
Donde puedo entrar adentro.  
¿Dónde estás?

ASTREA. (Dentro.)

Hacia aquí llega;

Que aunque de mi sangre ciega,  
Me darán luz en el centro  
Profundo las esperanzas:  
Tanto puede quien desea  
La vida.

(Entra Decio en la cueva, sale con Astrea en brazos, llena de polvo y herida en el rostro.)

DECIO.

Divina Astrea,

¿Qué es aquesto?

ASTREA.

Las venganzas

De un emperador, con quien  
Hablaba, por aliviar  
El tormento y el pesar.  
Y puesto que por tí ven  
Mis ojos la luz del suelo,  
Déjame echar á tus piés,  
Que la tierra dellos es  
Para mí dichoso cielo.

DECIO.

Muy herida estás: procura  
Alentarte, y en mi tienda  
Te recoge.

ASTREA.

Porque entienda

Que tú de la sepultura,  
Decio, mi vida has librado.

DECIO.

Allí encubierta estarás;  
Que yo, mientras á ella vas,  
En la batalla empuñado  
Quedo; porque me es forzoso  
Asistir donde se cierra  
Segunda vez.

Dentro.

¡Guerra! guerra!

ASTREA.

Dios te saque venturoso:  
Y con venganza y honor,  
Contento, alegre y ufano,  
Libre Roma de un tirano,  
Tú seas su emperador.

(Tocan al arma.)

## ESCENA X.

DECIO, y luego AURELIANO

DECIO.

Después de haber Aureliano  
Dado valor á la gente  
Que desmayada se vió,  
Con nuevo esfuerzo acomete.  
Ahora si verá Aureliano  
Que hay una mujer que vence  
Animosa como bella.  
Y hermosa como valiente.  
Y tú, Cenobia, perdona;  
Que me es forzoso que pruebe  
En tu ofensa mi valor,  
Aunque tus glorias desec.

(Sale Aureliano.)

Voces dentro.

Este es Aureliano: ¡muera!

AURELIANO.

¡Valedme, cielos, valedme!

Ábrase la tierra aquí,  
Para que vivo me entierre  
En su eterna oscuridad,  
Donde aun yo no pueda verme.  
¿Que una mujer pueda tanto  
Por hermosa y por valiente,  
Que quite el honor á Roma?

DECIO.

¡Cielos! Aureliano es este.

(Cubrese el rostro con la banda, y toma otra vez la bandera.)

AURELIANO.

A tí, valiente soldado  
(Que en las águilas que tiene  
Ese escudo, cuyo vuelo  
A mirar el sol se atreve,  
Conozco que eres de Roma),  
A tí te pido que muestres  
En mi defensa el valor  
Que á tu misma patria debes.  
Tú César soy, Aureliano  
Soy, que en ocasion tan fuerte  
Vengo huyendo de mí mismo,  
Vencido afrentosamente:  
Dame la vida, que está  
En tus manos.

DECIO.

¿Qué previenes

Con ruegos á mi osadía,  
Si bastaba conocerte  
Para morir por tí, si es  
Que quien muere honrado, muere?  
Pon en salvo tu persona,  
Y en esta palabra advierte:  
Para llegar á tu tienda  
El paso es aquesta puente,  
Que los dos campos divide,  
Siendo con veloz corriente  
Valla de plata el Eufrates;  
Y te juro defenderle,  
Sin que le rompa ninguno.  
De los que en tu alcance vienen,  
Hasta que pierda la vida.

AURELIANO.

Cortés y animoso eres.  
Toma este baston; por él  
Te doy palabra de hacerte  
Igual en mi imperio, tanto  
Que llegué á honrarte y quererte  
Mas que le aborrezco á Decio,  
Por quien siento solamente  
Esta afrenta: pues corrido,  
Tengo por cierto que, al verme  
Vencido de una mujer,  
Será su vista mi muerte.

DECIO.

Después te diré quién soy

AURELIANO.

Pues la vida me defiendes,  
Para partir mi corona,  
No seas Decio, y seas quien fueres.  
(Va.)

## ESCENA XI.

CENOBIA, SOLDADOS. — DECIO.

SOLDADO 1.º

Esta puente nos da paso.

CENOBIA.

Yo he de matarle, ó prenderle  
En su tienda.

DECIO.

Aqueso fuera.

A no guardar yo la puente.

SOLDADO 2.º

¿Un hombre solo se opone  
A un escuadron?

CENOBIA.

O no temas

El conocido peligro  
De la vida, ó la aborreces.

DECIO.

No es, sino que en este pech  
Tal fuego el honor enciende,  
Que es un rayo cada golpe.

CENOBIA.

Pues aunque Júpiter fueses,  
Y aqueste monte tu espada,  
He de pasar. (Ap. Mas detente,  
Violento impulso; que aquel  
Es Decio, si no me miente  
Aquella banda, con que  
El rostro cubierto tiene.)

DECIO.

Esta es Cenobia. (Ap. ¡Ay de mí,  
En qué confusion tan fuerte  
Me ponen amor y honor!)

CENOBIA.

Marcio, retira esa gente,  
Que yo sola he de ganar  
Hoy el paso.

SOLDADO 1.º

Mira...

SOLDADO 2.º

Advierte..

CENOBIA.

No hay que advertir.

SOLDADO 2.º

A la vista

Estarémos. (Vanse los soldados.)

CENOBIA.

¿Tú no eres

Decio?

DECIO.

Decio soy, Cenobia;  
Que ya me huelgo de verte  
En esta ocasion, adonde  
Puedes honrarme y valerme.

CENOBIA.

Y yo de verte me huelgo,  
Adonde seguramente  
Puedes darme la victoria,  
Solo con no defenderte.  
Siguiendo vengo á Aureliano,  
Resuelta animosamente  
A que hoy en su misma tienda  
He de matarle ó prenderle.  
Nadie me estorba la entrada  
Sino tú. Y pues que te ofrece  
Esta ocasion tu venganza,  
Déjame pasar, y advierte  
Que hoy te vengo, si hoy le alcanzo:

Y quedamos igualmente,  
Yo contenta, honrado tú,  
Y él vencido; con que vienen  
Tres medios á conseguirse.

DECIO.

Pues propones de esa suerte  
En pláticas la batalla,  
Quiero obligarte á que dejes  
La pretension. Aureliano  
Agora, sin conocermé,  
Llegó á valerse de mí.  
En ocasión tan urgente,  
Palabra di de guardar  
Este paso, hasta que vieses  
Rendida el alma á los filos  
De tus acerados temples.  
;Mira si estoy obligado  
A cumplirla! Y pues tú quieres  
Convenirme con razones,  
Esta te obligue á volverte:  
Ya Aureliano está vencido;  
Ese triunfo ya le tienes;  
Déjame ganar, Cenobia,  
Agora el de defenderle  
Siendo mi contrario: así  
Quedaremos igualmente  
Tú contenta, honrado yo,  
Y él vencido; con que vienen  
Tres medios á conseguirse,  
Mas noble y mas euerdamente.

CENOBIA.

Yo tengo mayor razón.  
;Tú no fuiste á qué te diese  
Satisfacción de la ofensa  
De Aureliano? Luego tienes  
Obligación de ayudarme  
Agora, cuando pretende  
Barte mi honor la venganza  
Que me pediste.

DECIO.

Tú vienes  
A convenirme á tí misma.  
Desde el punto que á valerme  
Fui de ti, mi honor corrió  
Por tu cuenta: luego tienes  
Obligación de mirar  
Por él tanto, que si hacerte  
Dueño de Roma quisiera  
Por trato alevosamente,  
Tú no lo habías de ser,  
Porque yo traidor no fuese.

CENOBIA.

Yo pierdo en esta ocasión  
La victoria, y tú no pierdes  
La opinión.

DECIO.

Si pierdo tal.

CENOBIA.

Deja.

DECIO.

Cenobia, detente,  
O vive Dios, que te mate.  
Y puesto que mujer eres  
Con quien se pueden tratar  
Cosas de honor, cuando vienes  
A esta empresa contra mí,  
Te pido que me aconsejes.  
Considerate en mi puesto;  
Que lo mismo que tú hicieras,  
Haré yo.

CENOBIA.

Si yo me viera  
Con la obligación que tienes,  
En este puesto empeñada,  
Muriera hasta defenderle.

DECIO.

¿Y si el rendirle importara  
A un grande amigo?

CENOBIA.

No puede  
Nadie acudir á su amigo  
Mas que á su honor.

DECIO.

¿Y si fuese  
Una mujer que adorase?

CENOBIA.

Perdiera una y muchas veces  
Vida y honor. ;Pero tú  
Tan vano y loco te atreves  
A decirme que me adoras!

DECIO.

Con poca ocasión te ofendes.  
No eres tú...

CENOBIA.

Pues al primero  
Consejo quiero volverme.  
Guardar el puesto te importa:  
O morir, ó defenderte.

DECIO.

Pues si animosa aconseja  
Una mujer de esa suerte,  
¿Qué haré yo en ejecutarlo?

CENOBIA.

Tu misma acción te condene.  
Considerate en el mío:  
Que en esta ocasión se ofrece  
El fin de tan gran victoria,  
Y que el paso te defiende  
Un grande amigo, ¿qué hicieras?

DECIO.

Aunque otro yo mismo fuese,  
Le matara.

CENOBIA.

¿Y si estimaras  
Su vida?

DECIO.

Le diera muerte,  
Aunque le estimara.

CENOBIA.

Y dime,  
¿Si aquesa persona fuese  
Un hombre que yo quisiera?

DECIO.

¡Cielos! ¿luego tú me quieres?  
Perdiera cien mil victorias,  
Volviérame...

CENOBIA.

Tente, tente,  
Que no soy...

DECIO.

Pues al primero  
Consejo quiero volverme;  
Dame la muerte, que yo  
Contento, ufano y alegre,  
Moriré de ver que compro  
Tu alabanza con mi muerte.

CENOBIA.

Por no darte aquesa gloria  
No te mato; que no quiere  
Mi ambición que haya un romano,  
A quien la fama celebre  
Por tan valiente, animoso,  
Invenible, altivo y fuerte,  
Que tan tristemente viva,  
Y muera tan noblemente.  
Por tí pierdo la victoria.

DECIO.

Pues mira que si la pierdes.  
Que ya me das ocasión  
Para pensar que tú eres  
La enamorada, pues tomas  
El consejo.

CENOBIA.

Responderte  
Que no lo pienses, pudiera;  
Mas ¿qué importa que lo pienses?  
(*Vanse por distintas partes.*)

Acampamento de Aureliano.

## ESCENA XII.

AURELIANO, SOLDADOS; luego UN CAPITAN.

AURELIANO.

Júpiter soberano, [no,  
Si el gobierno del mundo está en tu ma-  
;Cómo, di, tu deidad así permíte  
Que una mujer á Roma el honor quite?  
Ni eres dios, ni eres fuerte,  
Ni son tus obras líneas de la muerte.  
Tú, Marte, que entre acero y entre ma-  
Eres sangriento dios de las batallas, [las  
;Cómo tu euello doma  
Una mujer que el lauro quita á Roma?  
Ni eres dios, ni valiente;  
Miente tu aspecto, tu semblante miente.  
;Que una mujer, que una mujer resista  
A Roma, á mí, con desigual conquista!  
Diera por cautivalla,  
Por prendella y llevalla  
A Roma, y en el carro  
Entrar pisando su ambición bizarro,  
Diera... Pero estoy loco:  
;Qué tengo yo que dar, si Roma es poco?  
(*Sale el Capitan.*)

CAPITAN.

De Cenobia un soldado  
Buscándote al ejército ha llegado.

AURELIANO.

(*Ap. Valor, disimulemos.  
No conozco mi pena en mis extremos.*)  
Entre pues. (*Ap. ¿Qué querrá en desdi-  
(Vase el Capitan.) [chas tantas?*)

## ESCENA XIII.

LIBIO. — AURELIANO, SOLDADOS.

LIBIO.

Permíteme, señor, besar tus plantas.

AURELIANO.

¿Qué quieres?

LIBIO.

Muy cruel y poco sabio  
Vengo á pedir venganza de un agravio.  
Yo soy Libio, sobrino  
De Cenobia, que á ser mi reina vino.  
Por mujer de Abdenato.  
El á su sangre ingrato,  
Siendo yo el heredero  
Unio de su Estado,  
Me dejó de la acción emancipado;  
Y el vulgo novelero,  
Que conjurado estaba,  
La corona la dió que me tocaba,  
Por lo cual mi rigor me determina  
A tan eobarde empresa.  
Yo te he de hacer señor de Palmerina  
Yo he de darte á Cenobia muerta ó pre-

AURELIANO.

¿Tú te atreves á darme  
A Palmerina?

LIBIO.

Si.

AURELIANO.

¿Tú has de entregarme  
Preso á Cenobia?



LIBIO.

Sí.

AURELIANO.

¿Qué es lo que espero?

Déjame echar á aqueos pies primero,  
Y juro aquí delante,  
Por Marte horrendo y Júpiter tonante,  
Por el sagrado Apolo,  
Por el Criador de cielo y tierra solo,  
Libio, si en mi favor consigues esto,  
Que he de ponerte en el mas alto puesto,  
Igual á mi persona,  
Poniendo en tu cabeza mi corona.

LIBIO. (Ap.)

La voz así animaba mi fortuna

AURELIANO.

Pero ¿cómo podrás?

LIBIO.

¿Pues tiene alguna

Duda mi pretension? Yo sé los nombres  
De las postas; y puedo  
Llegar sin algun miedo  
Hasta su tienda solo con cien hombres.  
Cenobia agora deseudada vive  
Con la victoria, que á este tiempo escri-  
Si yo á su tienda llevo [be.  
En las tinieblas del silencio ciego,  
¿Qué duda hay de traella,  
Antes que alguno pueda defendella?

AURELIANO.

Pues no hagan las razones  
Estorbo con sus vanas ilusiones.  
Daréte cien soldados,  
En la escuela de Marte acreditados:  
Y en fe que agora agradecido quedo,  
Toma este real anillo, que en mi dedo  
Estrella fué; y verás si he de premiarte,  
Porque pienso á los cielos levantarte.

LIBIO. (Ap.)

Alta ventura desta accion colijo:  
La prodigiosa voz así lo dijo.  
Presto, fortuna, presto,  
Pienso que me has de ver en alto puesto.  
(Vanse.)

Reales de Cenobia. — Es de noche.

## ESCENA XIV.

CENOBIA, IRENE, CROTILDA,  
PERSIO.

CENOBIA.

Dejadme un poco sola.

IRENE.

CROTILDA.

¿Qué te afige?

CENOBIA.

Una oculta tristeza  
El corazon me oprime;  
Un miedo me desmaya,  
Y una pasión me rinde.  
En el primer encuentro  
De la guerra, ¿no viste  
Muerto el caballo? Luego,  
Entre asombros terribles,  
Nacida de las peñas,  
Voz temerosa y triste  
Me dijo que sería  
Lloy trofeo infelice  
De un traidor y un tirano,  
Que conjurados viven.  
Mi tienda hallé caída;  
Y aunque al valor insigne  
Que me alienta no vencen  
Estos agüeros viles.  
Temo... No sé qué temo,

Ni el decirlo es posible;  
Porque nunca fué grande  
Tormento que se dice.

PERSIO.

Diviértete, y no dudes  
Tu honor siempre invencible.  
Tu fama siempre eterna,  
Tu patria siempre libre.

CENOBIA.

Ahora, vanos temores,  
Dejad de perseguirme.  
Escribiendo esta guerra  
Pretendo divertirme.

PERSIO.

Ya está puesta la mesa.

(Sacan un bufete con una escribanta.  
Cenobia se pone á escribir, y todos  
se van.)

## ESCENA XV.

CENOBIA.

Por no dejar que olvide  
El tiempo mi alabanza,  
Papel, que siempre finge  
A la verdad grandezas,  
Y á la envidia imposibles;  
La mujer que pelea,  
Es la misma que escribe;  
Que á un mismo tiempo iguales,  
Espada y pluma rige.  
*Historia del Oriente*  
La llamo; así prosigue: (Escribe.)  
«Retiróse á este tiempo  
Aureliano, y humilde  
Socorros poderosos  
A Egipto y Persia pide.  
En este tiempo Libio...»  
El Libio (¡ay de mi triste!)  
Eserito está con sangre,  
Y al ir á repetirlo,  
Sangre brotó la herida,  
Y mesa y papel tiñen  
Deshojados claveles,  
O líquidos rubies.  
¡Oh sangriento prodigio!  
Mas ¡ay suerte infelice!  
Abdenato, ¿qué quieres,  
Que muerto me persigues?  
Señor, esposo, tente;  
No ofendas, no castigues;  
A quien... Pero ¿qué es esto?  
Resuelta en humo finge  
Una nube la sombra,  
Dejando el aire libre. (Desmáyase.)

## ESCENA XVI.

LIBIO, EL CAPITAN, SOLDADOS. —  
CENOBIA.

LIBIO.

Esta es su tienda; aquí  
Tan deseudada asiste,  
Que en los brazos del sueño  
A un tiempo muere y vive.  
Llegad con tal secreto.  
Que el mas valiente pise  
De su temor la sombra.

CAPITAN.

Muera si se resiste.

LIBIO.

Llegad, y ojos y boca  
La tapad.

CENOBIA.

¡Qué terrible  
Aprehension! Mas ¿qué es esto?

(Cógela por detras, átanla las manos  
y échanla una banda en el rostro.)

LIBIO.

Es quien así consigue  
Su venganza.

CENOBIA.

¡Traicion!

LIBIO.

Favor en vano pides,  
Que ya tu guardia es muerta.

CENOBIA.

¡Traicion!

LIBIO.

Cuando repite  
Traicion, todos traicion  
Decid; que así se impide  
El sospechar quién somos;  
Porque ninguno pide  
Favor contra sí mismo.

CENOBIA.

¡Traicion!

TODOS.

¡Traicion!

LIBIO.

Consiguen

Los cielos mi venganza.

(Llévanla maniatada.)

## ESCENA XVII.

IRENE, LIBIO.

IRENE.

Entre las sombras tristes  
Buscandote he venido,  
De sus tinieblas lince.  
Bien se logró tu intento:  
Que como traicion dicen  
Ellos mismos, los deja  
El ejército libres.

LIBIO.

Ven donde de Aureliano  
Las honras participes,  
En cuya conliauza  
Este anillo, que imprime  
Las águilas de Roma,  
Y ya tu dedo ciñe,  
Me entregó.

IRENE.

¡Vamos, pues  
Con tu intento saliste. (Vanse.)

Acampamento de Aureliano.

## ESCENA XVIII.

AURELIANO.

A la voz presurosa  
Del sol, con dulce salva  
Sale llorando el alba,  
Y riendo el aurora,  
Que esperan en un dia  
Efectos de tristeza y alegría.  
Mi honor es el aurora,  
Cenobia el alba bella,  
Que entre amalla y vencella  
El uno y otro llora,  
Cuando triste y contento  
Mi dicha estimo, y su desdicha siento.  
(Tocan cajas y trompetas.)

Mas ya con ecos graves  
Publican dulces fines  
Los sonoros clarines,  
Las trompetas suaves,  
Cuyo compas con bajas  
Voces repiten las templadas cajas.

## ESCENA XIX.

SOLDADOS; CENOBIA, *atadas las manos, cubierto el rostro.*—AURELIANO.

AURELIANO.

Y ya á Cenobia veo, (*Descúbrenla.*)  
Que entre desdichas tantas  
Besa humilde mis plantas.  
O muera mi deseo,  
O viva mi esperanza;  
Que amor pide piedad, y honor vengana.  
La fama siempre vive, [za.  
El gusto luego muere:  
Pues mi piedad no espere;  
Que si el gusto recibe  
La gloria del trofeo,  
Viva mi honor, y muera mi deseo.

CENOBIA.

César, cuya memoria

(*Ilícase de rodillas.*)

Eterna al mundo viva,  
Cuando con sangre escriba  
El tiempo esta victoria,  
Advierte en mis enojos  
La voz del labio, el llanto de los ojos.  
No altiva, no atrevida  
Pienso hablarte quejosa;  
Sino triste y llorosa  
Mostrar quiero advertida  
Que quien en pena grave  
Supo vencer, hoy ser vencida sabe.  
A tus piés está puesta  
Quien los aplausos tuyos  
Pensó ver á los suyos;  
Porque adviertas que en esta  
Variedad importuna,  
Tragedias representa la fortuna.  
La que veloces alas  
De la fama gloriosa  
Compartió victoriosa  
A la deidad de Pálas;  
Hoy con soberbia poca,  
Dónde quitas los piés, pone la boca.  
No te pido la vida:  
Que en las glorias que heredas,  
Temo que la concedas,  
Cuando yo, agradecida  
Al llanto, decir puedo  
Que solo á las venturas tengo miedo.  
La libertad te pido  
De mi patria, si alcanza  
Piedad tanta venganza;  
Y pues yo sola he sido  
La que se opuso á Roma,  
Solo en mi vida la venganza toma  
Triunfa de mi valiente,  
Véngate en mi ofendido,  
Pon libre y atrevido  
El pié sobre mi frente,  
Llévame a Roma aprisa,  
Y en carro de oro mi arrogancia pisa.  
¿Aun sin verme me dejas?  
Pues con ecos veloces  
Daré á los vientos voces,  
Daré á los cielos quejas,  
Daré á la tierra espanto,  
A los aires suspiros, al mar llanto.

AURELIANO.

(*Ap.*) Turba los mis sentidos  
Pueden en tanta mengua  
Vencer ojos y lengua,  
Pero no los oídos;  
Que tienen por despojos  
Labios la lengua, y párpados los ojos.  
Mas ¿qué defensa espera  
La voz sonora y clara?  
Si yo al hombre enmendara,  
Para que siempre viera  
Y nunca oyera quejas  
De mujer, diera guarda á las orejas.

El que constante estubo  
Y sordo tiempo tanto  
De una mujer al llanto,  
Perfecta alma no tuvo:  
Ni es racional, ni es hombre  
A quien de la mujer no rinde el nombre.  
Mas ¿tú, Aureliano, cres  
El que en triunfo dichoso  
Juraste victorioso  
Triunfar de los placeres  
De amor, siempre constante?  
Mis reprensiones temo en mi semblante.  
Pues ¿cómo ya amoroso  
Discurso te atropella?  
Si Cenobia es tan bella,  
Si tú tan valeroso,  
Que la excedes, procura  
Que iguale tu valor á su hermosura.  
Ya al amor en su abismo  
Ningún poder le queda;  
¿Pues ha de haber quien pueda  
En mí mas que yo mismo?  
No, ni su fuego entero  
Mechará querer, si yo querer no quiero.  
Ya con mayor instancia  
Aquí mi triunfo empieza:  
Venza pues la belleza,  
Quien venció su arrogancia.)  
Cenobia, enternecido (*A Cenobia.*)  
Vuelvo á mirarte, del dolor vencido.  
Sufre, padece y siente,  
Gime, suspira y llora;  
Que no te importa agora  
Querer tocar valiente  
La esfera de la luna.  
Esto puede el valor, no la fortuna.

## ESCENA XX.

LIBIO, IRENE. — Dichos.

IRENE. (*Ap. á Libio.*)

Llégame á hablar.

LIBIO.

Yo he sido

Quien en tanta venganza,  
Cumpliendo tu esperanza,  
Su palabra ha cumplido:  
Muestra agora la tuya.

AURELIANO.

Si mostraré, porque mi fe se arguya.  
Yo he prometido hacerte  
Igual á mi persona,  
Ves aquí mi corona.

(*Pone su corona á Libio.*)

IRENE.

¿Qué venturosa suerte!

AURELIANO.

Mas con lo que hago y digo,  
Premio el favor, y la traicion castigo.  
Con ella desde el monte

(*A los soldados.*)

Que, opuesto á las estrellas,  
Es en sus luces bellas  
Término al horizonte,  
Le despeñad. Con esto  
Te vienes, Libio, á ver en alto puesto.  
Llévadle pues.

LIBIO.

¿Ay cielos!

En tan violento estrago,  
Bien lo que debo pago.

(*Llévanle algunos soldados.*)

AURELIANO.

Pierda yo los recelos;  
Que quien en tanta pena  
Su sangre vende, venderá la ajena.

IRENE. (*Ap.*)

Ya van á despeñalle.  
Mas consuelo prevengo,

Que el real anillo tengo;  
Con él he de libralle,  
Publicando atrevida  
Que Aureliano por él te da la vida.  
(*Vase.*)

AURELIANO.

A ese reino importuno  
Vida se le concede;  
Si se altera, no quede  
Con la vida ninguno.  
Sino los entregados,  
Que han de ir por fieras de mi carro ata-  
Ten, Cenobia, prudencia, [dos.  
Que esto es mundo.

CENOBIA.

Si tengo;

Y á mas rigor prevengo  
Mas valor, mas paciencia;  
Que quien tuvo soberbia en tantas dichas  
Sabrá tener paciencia en las desdichas.

## JORNADA TERCERA.

Plaza de Roma.

## ESCENA PRIMERA.

ASTREA, DECIO.

DECIO.

Rotos ya los privilegios  
De la muerte, hermosa Astrea,  
Viva por mi dicha, cuando  
Todos te tienen por muerta;  
A Roma llegas á tiempo  
De ver la mayor tragedia  
Que en el teatro del mundo  
La fortuna representa  
Hoy entra en ella Aureliano;  
No podré decir cómo entra,  
Sin que en suspiros se añegue  
La voz, pronunciada apenas.  
En un triunfal carro, á quien,  
En vez de rústicas lieras,  
Racionales brutos tiran,  
Atados cautivos llevan;  
El en lo mas eminente  
Del triunfal carro se asienta  
En un trono, á imitación  
Hermosa de algun planeta  
Lucgo va Cenobia... ¡Ay triste!  
¿Tendrá espíritu la lengua  
Para decirte que va  
Cenobia á sus plantas puesta,  
Ricamente aderezada,  
Hermosamente compuesta,  
Dónde, como en centro, viven  
Piedras, oro, plata y perlas?  
Atadas las blancas manos  
Con riquísimas cadenas  
De oro (prisiones en tin,  
¿Qué importa que ricas sean?),  
Va á sus piés, y él, profanando  
El respeto y la belleza,  
El sagrado bulto pisa,  
La imagen rica atropella.  
Mal haya, amen, mi valor;  
Pues la ventaja que muestra  
En este triunfo Aureliano,  
Es que en sus fortunas tengan  
El un leal que le guarde,  
Y ella un traidor que la venda.

ASTREA.

A tardar la relacion,  
Bien fácilmente suplieran  
Los ojos á los oídos;  
Porque ya el aviso llega  
Del triunfo.

DECIO.

El anfiteatro  
Es este, y aquí la espere



Lo mas de Roma. Aquí quiero,  
Sea atrevimiento ó sea  
Desesperacion, llegar  
A desvanecer la rueda  
De este pavon, acordando,  
En medio de sus grandezas,  
Que fui yo quien le guardó  
La vida....

ASTREA.

Gran cosa intentas.

DECIO.

Cuando en la guerra te vi  
Huyendo con tanta afrenta.

## ESCENA II.

MÚSICOS, SOLDADOS, y *detras un carro  
triumfal, en el cual viene AURELIA-  
NO, y á sus piés CENOBIA; CAUTIVOS  
Y PUEBLO.*

Voces.

¡Viva nuestro Emperador!  
¡Viva nuestro invicto César!

AURELIANO.

Atenta, ó triunfante Roma,  
A tu alabanza, y atenta  
A tus inmortales glorias,  
Mis victorias considera.  
No de laurel coronado  
Llego á verte; porque fuera  
A tanta ocasion pequeño  
Aplauso; inmortal diadema  
De oro corona mi frente;  
Que ya quiero que esta sea  
Insignia de emperadores,  
Ciñendo yo la primera.

*(Pónese una corona de oro.)*

No en triunfal carro, guiado  
De fieras que se sujetan  
A domésticas coyundas,  
Vuestro invicto César entra,  
Sino en carro á quien conducen  
V'ies esclavos, que muestran  
En su humildad mi arrogancia:  
Asíros son; ¿qué mas fieras?  
No os parecen una mujer  
Poco fin á tanta empresa;  
Que mas su victoria estimo,  
Que si en campaña venciera,  
En defensa de los dioses,  
Brazo á brazo y fuerza á fuerza,  
Los gigantes de Sicilia  
O los ciclopes de Flegra.  
Esta que veis á mis piés  
Mujer humillada, esta  
Que, á ser mortal la fortuna,  
La misma fortuna fuera,  
Asombro ha sido del Asia,  
Temor del Africa, afrenta  
De la Europa, y la que á Roma  
Se opuso con tantas fuerzas.  
Miradla agora; qué humilde!  
Mirad la ambicion depuesta,  
Rendida la vanidad,  
Y la presuncion sujeta;  
Y para mirarlo todo,  
Mirad á Cenobia presa,  
Vercis arrogancia, envidia,  
Ambicion, poder y fuerza  
Puesto á mis plantas, si está  
Cenobia á mis plantas puesta.

CENOBIA.

Aureliano, las venganzas  
De la fortuna son estas;  
Que ni son grandezas tuyas,  
Ni culpas mías. Pues llegas  
A conocer sus mudanzas.  
Valor finge, ánimo muestra:  
Que mañana es otro día,  
Y á una breve fácil vuelta,

Se truecan las monarquías  
Y los imperios se truecan.  
Venice y calla; pues yo sufro  
Y espero; para que veas  
Que, pues yo no desconfío,  
Será razon que tú temas.  
No la ambicion te levante  
Tanto, que midiendo esferas  
De tu misma vanidad,  
La altura te desvanezca.  
Sale el alba coronada  
De rayos, y el sol despliega  
Al mundo cendales de oro,  
Que enjaguen llanto de perlas,  
Sube hasta el cenit; mas luego  
Declina, y la noche negra  
Por las exequias del sol,  
Doseles de luto enlaga.  
Impelida de los vientos  
Con alas de fino vuela  
Alta nave, presumiendo  
Todo el mar pequeña esfera;  
Y en un punto, en un instante  
Brama el viento; el mar se altera;  
Que parece que sus ondas  
Van á apagar las estrellas.  
El día teme la noche,  
La seriedad espera  
La borrasca, el gusto vive  
A espaldas de la tristeza.  
La alabanza de tus glorias  
Para ajenos labios deja;  
Que mas alaban silencios  
Ajenos, que propias lenguas.  
Déjame que yo los diga,  
Para que á un tiempo se vean  
En mi lástima y valor,  
En tu lástima y modestia.—  
Romanos, yo soy Cenobia;  
Yo soy la que en tantas guerras  
Se opuso á Roma, y gané  
Tantas victorias sangrientas.  
Vendida fui de un traidor:  
Advertid, si está sujeta  
A un engaño la osadía,  
Y á una traicion la grandeza.  
Pero ya que estoy vencida,  
En tantas desdichas tengan  
Lástima los desamigos,  
Y los cobardes soberbia;  
Pues podrá ser, que cansada  
Destos aplausos la rueda,  
Dè la vuelta, y que á mis piés,  
Como me he visto, te veas.

AURELIANO.

Esta es la misma esperanza  
Inútil, cobarde y necia,  
De Decio; tambien me dijo:  
«Podrá ser que tiempo venga,  
En que yo triunfe de ti.»  
¿Cómo ese tiempo no llega?  
O no osa ya la fortuna,  
O me teme ó me respeta.  
Ni la estimo, ni la aprecio;  
¿Bueno fuera que temiera  
A una mujer y á un cobarde!

DECIO.

Pues el triunfo da licencia  
A un soldado, que gano  
Alto renombre en la guerra,  
Para que el premio reciba,  
En tanto que se celebra:  
Di que Decio es un cobarde;  
Que no importa; mas no ofendas  
Al soldado que te dió  
La vida, y en tu defensa  
Puso la suya en peligro,  
Cuando tú huyendo quisieras  
Ser espíritu de un tronco,  
Ó ser alma de una peña.  
Y si, porque me venció

Una mujer, tú me afrentas,  
Dime, ¿qué honor te dará  
Cuando tu una mujer venzas?  
O tiene valor, ó no:  
Si tiene valor, ya muestras  
Que á mi me pudo vencer;  
Si no le tiene, ¿qué empresa  
Te da alabanza, triunfando  
Con majestad y grandeza  
De una mujer sin valor?  
Luego en razones opuestas,  
O yo no merezco culpa  
Cuando una mujer me venza,  
O tú no consigues gloria,  
Cuando vas triunfando della.

AURELIANO.

Para vencer basta, Decio,  
Que cualquier contrario sea;  
Para ser vencido no.  
Mas tú, cobarde, ¿qué intentas,  
Pues en Roma te quedaste  
Con esas vanas quimeras,  
Con esos locos desprecios?  
¿Qué te importa, di, que tenga  
Digno premio aquel soldado?  
Yo lo confieso, que era  
Valiente, con que aseguro  
Que no fuiste tú.

DECIO. *(Mostrando el baston.)*

Esta seña  
Dirá, Aureliano, quién fué:  
El baston testigo sea.  
Premia mi valor, pues culpas  
Mi cobardía; y hoy vean  
Que tú en un mismo sugeto  
Tan bien honras como afrentas,  
Satisfices como agravias,  
Y como castigas premias.

AURELIANO.

Decio, tú solo á mis glorias  
Te opones, tú solo intentas  
Oscurecer la alabanza  
Que me da Roma, y tú llegas  
Loco y atrevido, donde  
Mi justicia no te premia;  
Porque un hombre sin honor  
No es capaz, con tanta afrenta,  
De honra alguna. Y por castigo  
De una libertad tan nueva,  
Prosiga el triunfo; que quiero  
Que dure, porque le veas;  
Y por mas gloria, la fama  
En su pregon diga: «Esta  
Es la justicia, que manda  
Hacer la fortuna fiera,  
A este hombre por cobarde,  
Y á esta mujer por soberbia.»

TODOS.

¡Viva nuestro emperador,  
Viva nuestro invicto César!  
*(Vanse todos, ménos Decio y Astrea.)*

## ESCENA III.

ASTREA, DECIO.

ASTREA.

Grande atrevimiento ha sido  
El haber, Decio, llegado  
Resuelto y determinado,  
Donde tus quejas ha oído.

DECIO.

Ya perdido  
El honor, el gusto, el ser,  
En ansia tan repetida,  
No hay que impida;  
Que no tengo que perder,  
Donde es lo menos la vida.  
Que así un barbaro procura  
Profanar con tal fiera

Las aras de la belleza,  
Los cultos de la hermosura!  
¡Qué locura!  
Ay Cenobia! Peno, rabio,  
Mataré al Emperador;  
Y mejor  
En venganza de tu agravio,  
Que en venganza de mi honor.

ASTREA.

Si á matarle te dispones,  
Pon el modo, y yo las manos.

DECIO.

Calla, porque dos villanos  
Vienen.

#### ESCENA IV.

LIBIO, IRENE, *vestidos de villanos*.—  
ASTREA, DECIO.

LIBIO.

Aunque te corones  
De naciones,  
Hoy, Roma, en ti determino  
Vengarme.

ASTREA. (A Decio.)

Ayudarte quiero,  
Porque espero  
Que es el impulso divino,  
Y celestial el acero.

(Vanse Astrea y Decio.)

#### ESCENA V.

LIBIO, IRENE.

IRENE.

De las manos de la muerte  
Libre quedaste, y en Roma  
Cuando ya Aureliano toma  
Satisfacción desta suerte.  
Libio, advierte  
La industria que te libró  
De tan bárbara violencia,  
Y tan prudencia;  
Que otro anillo no quedó  
Que suspenda otra sentencia.

LIBIO.

Confieso que tú me das  
La vida; y pues lo conoce  
El alma, deja que goce  
Esta que vivo me das;  
Y verás,  
Si lo llevo á conseguir,  
El fin dichoso que alcanza  
Mi venganza;  
Que menos mal es morir,  
Que vivir sin esperanza.  
Por verme con alto honor,  
La muerte á Abdenato di,  
Mi misma sangre vendi,  
A mi patria fui traidor.  
Llegó el rigor  
A castigarme, y á ser  
Mi verdugo osado y fuerte;  
Pues advierte,  
¿Qué tengo ya que perder,  
Perdido el miedo á la muerte?

IRENE.

Pues no puedo aconsejarte,  
Matemos á este cruel;  
Que yo, hasta morir fiel,  
Pienso, Libio, acompañarte;  
Y no ser parte  
Tiempo, mudanza, ni olvido  
A dejarte de querer,  
Para saber  
Cuántas cosas ha vencido  
Con amor una mujer.

LIBIO.

Los dos hemos de decir  
Que á solas le henios de hablar,  
Porque importa, para dar  
Un aviso, en él fingir  
Que á pedir  
Justicia vas, sin malicia,  
De un agravio; y si esto alcanza  
Mi esperanza,  
Tú le pedirás justicia,  
Y yo tomaré venganza.  
Pues estando divertido  
Contigo, yo llegaré  
Al tirano, y le daré  
De puñaladas.

IRENE.

Ha sido

Atrevido  
Pensamiento el que has hallado.  
¿Mas cómo de allí saldrás?

LIBIO.

Necia estás;  
Véame una vez vengado,  
Que no quiero vivir mas.— (Vanse.)

Prision de Cenobia.

#### ESCENA VI.

CENOBIA, AURELIANO.

CENOBIA. (Ap.)

En este paso procura  
Mi pecho, de amor desnudo,  
Pues con la fuerza no pudo,  
Vencer hoy con la hermosura  
Yo dije que su grandeza  
Había de ver á mis piés;  
Ayuden mi intento pues  
Amor, ingenio y belleza;  
Probaré si puedo ver  
Humillado este rigor,  
Fingiendo gusto y amor.  
¡Ahora si que soy mujer,  
Ahora si lo he parecido;  
Pues con mis armas ofendo,  
Cuando á un bárbaro pretendo  
Vencer con amor fingido!

AURELIANO. (Ap.)

Cenobia está aquí; mas ciego  
Hoy á tantos rayos vivo.  
Cuando nueva luz recibo;  
Fénix de amor en su fuego,  
Ciego estoy.

CENOBIA. (Ap.)

Turbada llevo.

AURELIANO. (Ap.)

¿Qué intenta amor?

CENOBIA. (Ap.)

Mi engaño?

AURELIANO. (Ap.)

¿Oh qué luz tan pura!

CENOBIA. (Ap.)

¿Oh qué bárbara fiera!

¿Qué semblante!

AURELIANO. (Ap.)

¿Qué belleza!

CENOBIA. (Ap.)

¿Qué fealdad!

AURELIANO. (Ap.)

¿Y qué hermosura!

CENOBIA. (Arrodillándose.)

A los piés teneis, señor,  
Esta humilde esclava vuestra  
Que segunda vez se muestra

Rendida á vuestro valor.  
Hoy el poder y el amor  
Os dén una y otra palma,  
Cuando mi sentido en calma  
Dice que sabeis vencer  
La vida con el poder,  
Y con el valor el alma.  
Si venceis con fuerza altiva,  
Obligais con dulce amor;  
Y así dos veces, señor,  
Vengo á ser vuestra cautiva.  
Para que en mi centro viva,  
Dejadme echar á esas plantas.

AURELIANO.

Así al cielo me levantas.

#### ESCENA VII.

DECIO. — CENOBIA, AURELIANO.

DECIO.

Que esta es de Cenobia creo  
La torre. Pero ¿qué veo,  
¡Cielo! entre desdichas tantas?  
(Deténese.)

AURELIANO.

Alza, Cenobia, del suelo;  
Que grande prodigio encierra,  
Cuando humildes en la tierra  
Se ven las luces del cielo:  
Mientras con nuevo desvelo  
Alteran el pecho mío  
Uno y otro desvario,  
Sin duda que no advirtió  
Tal belleza, el que pensó  
Que era libre el albedrío.  
Dos plantas hay con divina  
Virtud, que sin duda alguna  
Son veneno cada una,  
Y juntas son medicina.  
La experiencia en mi imagina,  
Pues cuando juntos los vi,  
Belleza y poder venci;  
Faltó el poder, y segura  
Sola quedó la hermosura,  
Que es veneno para mí.  
¿Quién vió tan fieros castigos?  
¿Que en tu hermosura y poder  
Tenga yo mas que vencer,  
Donde hay menos enemigos!  
Mis tormentos son testigos.  
¿Así, cohardes sentidos,  
Estais á su voz rendidos?  
Huid, huid sus enojos;  
No mireis lágrimas, ojos,  
No oigais lisonjas, oídos.  
¿Por qué con locuras tantas  
Quieres aumentar mi pena?  
Di, cocodrilo y sirena,  
Que me lloras y me cantas,  
Si á vencerme te adelantas,  
Ya al llanto, ya al canto atento,  
Vencerte con todo intento;  
Y así, sin ventura alguna,  
Llora tu corta fortuna,  
Y canta mi vencimiento.

(Vase.)

#### ESCENA VIII.

CENOBIA, DECIO.

CENOBIA. (Ap.)

Ya ningún remedio espero,  
Pues hoy fingido se ha hallado  
Un amor tan mal pagado,  
Que pareció verdadero.

DECIO. (Llegando.)

¿Podré, cuando amante muero,  
(¡Ay de mí!) vivir callando?

CENOBIA.

¿Quién estaba aquí escuchando?



DECIO.

Yo, Cenobia (¡estoy mortal!);  
Que un desdichado su mal  
¿Cuándo no le escucha? cuándo?  
Perdona mi atrevimiento,  
Si te hablare descortes;  
Que á celos y amor no es  
Bastante mi sufrimiento.  
Yo soy quien el pensamiento  
Al mismo sol levantó,  
Quién á tu luz se atrevió;  
Pero si pude sufrir  
Amar, padecer, sentir  
Con amor, con celos no.  
No puedo; cuando fiel  
A tu amor, con ansias fieras  
No siento que no le quieras,  
Sino que te olvidas del.  
Esta es mi pena cruel.

CENOBIA.

Efectos iguales son,  
Pues yo siento tu pasión,  
No la mía. (Ap. ¿Cómo pues,  
Sin decirle que lo es,  
Le daré satisfacción?)  
Si á tan altivos desvelos  
Hallar disculpa procuras,  
Dime que fueron locuras  
Esos que llamaste celos.  
Testigos hice á los cielos,  
Decio, de que habia de ver  
A mis plantas el poder  
De un soberbio emperador,  
Y valime del amor;  
Que ya parezco mujer.  
Con esto pues pretendi  
Vencer su arrogancia, y fué  
La causa porque mostré  
Las finezas que fingí.  
Esto digo porque así  
No te atrevas á los cielos,  
Porque hallarán tus desvelos  
Castigos, disculpa no;  
Porque nunca supe yo  
Qué era amor, ni qué son celos. (Vase.)

## ESCENA IX.

DECIO, después ASTREA.

DECIO.

Yo me holgara en tal rigor  
De que supiera tu fe  
Lo que son celos; por qué  
Supieras lo que es amor.  
¿Quién vió tan fiero rigor,  
Pues cuando él te ofende á ti,  
Yo el agravio padeci?  
Buscas venganza cruel,  
Y para vengarte del,  
La muerte me das á mí.  
El, de amor libre y exento,  
Negó su poder y fuése;  
Y para que él lo contiese,  
A mí me dan el tormento.  
Agravado sufrimiento,  
Muera un fiero emperador;  
No porque ofendió mi honor,  
No porque triunfó de ti;  
Porque me dió celos sí.  
Que ya es agravio mayor.

(Sale Astrea.)

ASTREA.

Desde aquí dentro he escuchado  
Tu intención, y yo he de ser  
Quien te ayude, hasta perder  
La vida que tú me has dado.  
Hoy da audiencia en el senado  
Aureliano; en él podemos,  
Como en otro traje entremos,

Llegar á hablarle, y así  
Darle la muerte; que allí  
Mil agraviados tendremos  
De nuestra parte. Los plazos  
Abrevia, porque saldrá  
De allí, ó porque muero ya  
Por mirarle hecho pedazos.

DECIO.

Dame mil veces los brazos,  
Por el valor y el deseo,  
Que de tan sangriento empleo  
Hoy muestras.

ASTREA.

No puedo yo  
Negarlos. (Se abrazan. Vase Astrea.)

## ESCENA X.

CENOBIA. — DECIO.

CENOBIA.

(Ap. Aquí quedó  
Decio. ¿Mas qué es lo que veo?  
¿Los brazos dió á una mujer,  
Y mujer que es tan hermosa?  
¡Ay de mí, que una fogosa  
Rabia empiezo á padecer,  
Que no lo sé conocer,  
Y sé sentir sus desvelos!  
¡Esta es pena, es rabia, cielos!  
Mas no, mayor daño fué;  
Pues ya imagino que sé  
Qué es amor y qué son celos.  
Pues si lo sé, mi tormento  
Rompa el pecho, salga pues;  
Que á celos y amor no es  
Bastante mi sufrimiento.)  
Decio, nuevo atrevimiento  
Ofende mi presunción.  
¿Tú en mi presencia á una acción  
Tan libre, en mi cuarto, así  
Te atreves?

DECIO.

(Ap. ¿Cómo ¡ay de mí!)  
La daré satisfacción,  
Sin ofenderla? Señora,  
La hermosa dama que ves,  
Es Astrea, que después  
Sabrás cómo vive agora.  
Ella, que mi ofensa llora,  
Dijo que hoy podía vencer  
Este bárbaro poder;  
Y abrazóla, porque espero  
Que, muerto este monstruo fiero,  
No tengas á quien querer.

CENOBIA.

¿Yo quiero?

DECIO.

Ya lo fingiste.

CENOBIA.

¿Y hasta á dar pena?

DECIO.

Sí.

CENOBIA.

¿Y yo que un abrazo vi?

DECIO.

¿Tú que el desengaño oiste?

CENOBIA.

¿En fin, los brazos la diste?

DECIO.

¿En fin, le dijiste amores?

CENOBIA.

Fueron falsos.

DECIO.

¿Qué mejores,  
Si tú lo que todas haces?

CENOBIA

¿Que en mi presencia la abracés!

DECIO.

¿Que á mis ojos le enamores!

CENOBIA.

Pues ¿qué te ha movido á ti  
A sentirlo?

DECIO.

Una pasión.

CENOBIA.

¿Tus celos?

DECIO.

Dásmelo ocasión

A que te diga que sí.

CENOBIA.

¿Qué atrevimiento!

DECIO.

¿Y á ti!

Quién, Cenobia, te obligó  
A sentir que abraza yo  
A Astrea?

CENOBIA.

Un deseo no más.

DECIO.

¿Tu amor?

CENOBIA.

Ocasión me das

A que te diga que no.  
¿No te han dicho mis desvelos  
Que estos son celos y amor?

DECIO.

¿No te ha dicho mi temor  
Que estos son amor y celos?

CENOBIA.

Mi pena saben los cielos.

DECIO.

Tú mi tormento cruel.

CENOBIA.

Muero en ella.

DECIO.

Vivo en él.

CENOBIA.

¿Pues qué esperas?

DECIO.

Que tú seas

Mi reina: y tú...

CENOBIA.

Que te veas

Coronado de laurel. (Vase.)

Palacio de Aureliano.

## ESCENA XI.

AURELIANO, sentado en un trono; EL CAPITAN, SOLDADOS.

AURELIANO.

¿Qué cansados pretendientes!  
¿Qué mas premio han de tener  
Los soldados? ¿el servirme  
No basta para interés?  
Si pelearon y vencieron,  
Yo también venci y pelé;  
Pues yo los dejo, bien pido  
En que me dejen también.  
Si son pobres, no nacieran:  
Demas de ¿qué importa á un rey  
Que haya pobres en su imperio?  
Sufran y padezcan pues;  
Que pues el cielo los hizo  
Pobres, él sabe por qué.  
¿Puedo yo enmendar al cielo?

SOLDADO 1.<sup>o</sup>  
No; (Ap. mas su piedad nos dá  
Ocasión para librarnos  
De un tirano.)  
CAPITAN.  
Aqueste es  
De Lelio.  
AURELIANO.  
¿Qué dice Lelio?  
CAPITAN.  
Dice: (Lee.) « Señor, yo me hallé  
» En Asia, donde te vi... »  
AURELIANO.  
No me digas mas: romper  
Puedes ese memorial,  
Que ya premiado se ve.  
Ya tiene mas que merece,  
Si me ha visto. ¿Qué mas bien,  
Qué mas honor, qué mas gloria  
Hay, que dejarme yo ver?  
CAPITAN.  
Este es de Canila, y dice,  
Que es una pobre mujer,  
Cuyo marido mataron  
En el Oriente.  
AURELIANO.  
¿Pues qué?  
¿Pretende que yo le pague  
Su marido? ¿Bien á fe!  
Si en Oriente le mataron,  
Pídale allá; que no es bien,  
Pues le mató el enemigo,  
Pague yo á quien no mató.  
(Vase el Capitán.)

## ESCENA XII.

LIBIO, IRENE, *vestidos de villanos*.—  
AURELIANO, SOLDADOS.

IRENE.  
Hemos de entrar, aunque todos  
Lo impidan. (Ap. á Libio. Mira que estés  
Prevenido.)

LIBIO.

No te turbes.

IRENE.

Que yo le divertiré.

SOLDADO 1.<sup>o</sup>  
Teneos, villanos.

AURELIANO.

Dejadlos.

¿Qué pretendéis? (Vanse los soldados.)

IRENE.

A tus piés,

(Arrodillase Irene, y Aureliano principi-  
a á adornecerse.)

Invicto César de Roma,  
Cuyo sagrado laurel  
En lucientes rayos de oro  
Truoca el verde rosicler,  
A tus piés pide justicia  
Una infelice mujer,  
De un tirano, de un traidor  
Sin Dios, sin honor, sin ley.  
No permitas, pues, que cuando  
Tú victorioso te ves,  
Dando alabanzas al Tíber,  
En tu mismo imperio esté  
Seguro de tí un traidor:  
Así á tu corona déu  
Parias, tributos y feudos

Del mundo las partes tres.  
Agora puedes llegar. (Ap. á Libio.)  
(Va Libio á dar con la daga á Aureliano;  
pero se suspende temeroso retirán-  
dose, y Aureliano se espereza ador-  
necido.)

AURELIANO.

(Ap. ¿Qué terrible aprension es  
Esta, que el ánimo mio  
Rinde pesada y cruel.)  
¿No prosigues? (A Irene.)

IRENE.

El dolor  
Me suspendió con poner  
Una mordaza en la lengua,  
Y en la garganta un cordel.

AURELIANO.

Prosigue. (Ap. ¿Imaginacion,  
Qué pretendes?) (Duérmese.)

IRENE.

Este, pues,  
Que de su amor incitado,  
Sombra de mi cuerpo fué,  
Sin que pudiese su amor,  
En tanto tiempo poner  
Méno fuerza en su desseo,  
Mas agrado en mi desden,  
Entró en mi casa una noche...  
(Ap. ¿Qué esperas, Libio?) \*

LIBIO.

Me determino á matarle;  
Valor mi agravio me dé.  
Pero gente es la que viene.  
(Al irle á dar, sienle ruido y se detiene.)

Esta vez

## ESCENA XIII.

ASTREA, DECIO.— Dichos.

ASTREA. (A Decio.)

En fin, cubierta llegué  
Diciendo que me importaba  
Hablar á Aureliano; y él  
Parece que está dormido.  
Efecto del ciclo fué  
El sueño: guarda la puerta,  
Decio, pues la ocasión ves  
De escaparnos; que el matarle,  
Que es mas fácil, yo lo haré.

DECIO.

Y yo paso á tu salida  
Con la espada. (Vase.)

LIBIO. (A Irene.)

Ya se fué,  
Irene, el hombre que entró;  
Retírate tú, pues ves  
Que, para darle la muerte,  
Tu brazo no es menester.

IRENE.

Libio, goza la ocasión.

(Vase Irene, y lléganse Libio y Astrea,  
cada uno por su parte á matar á Au-  
reliano.)

LIBIO.

Hoy en su muerte veré  
Satisfecho mi desseo.

ASTREA.

¡Cielos piadosos! poned  
Atrévimiento en mis manos,  
Poned valor en mis piés.  
Muera pues este tirano.

LIBIO.

Muera este bárbaro pues.  
(Al ir á darle entrambos, despierta, y  
ellos se retiran.)

AURELIANO.

¡Cielos! qué tierna aprension  
Es esta con que poneis  
Espanto...? ¿Pero qué veo?  
Deten, Libio, Astrea, deten  
La sangrienta mano.

ASTREA. (Ap.)

Inmóvil,

Estoy.

LIBIO (Ap.)

Turbado quedé.

AURELIANO.

Espíritus, que en eterna  
Carcel habitais, despues  
de dar el comun tributo  
A la tierra, que debeis  
En pálidos desencantos,  
¿Qué buscáis? ¿Qué pretendéis?  
Sombras, ¿qué me perseguís?  
Fantasmas, ¿qué me queréis?  
Libio, yo te di la muerte,  
Astrea, yo te maté,  
Por traidor, por engañosa;  
No traicion, justicia fué;  
No tiranía, piedad  
La muerte os ha dado. Pues  
¿Por qué me quitais la vida?  
¿Por qué me matais? ¿por qué?

LIBIO.

Por bárbaro.

ASTREA.

Por tirano.

LIBIO.

Por soberbio.

ASTREA.

Por cruel.

AURELIANO

¡Ah, soldados de mi guarda!  
¿No escuchais? no respondéis?

LIBIO. (Ap.)

Notable ocasión perdí.

ASTREA. (Ap.)

Notable ocasión dejé. (Vanse los dos.)

AURELIANO.

¡Ay cielos! Pero ¿qué temo,  
Si ilusión del sueño fué?

## ESCENA XIV.

DECIO, AURELIANO.

DECIO. (Ap.)

Cerrada dejó la puerta  
Que yo guardaba, despues  
Que salió Astrea, y cerrado  
Solo he quedado con él;  
Dénme mis manos venganza.

AURELIANO.

(Ap. Otro nuevo asombro ven  
Mis ojos. ¿Decio no es este?  
Sí; y cuando le llegué á ver,  
Me da mas temor su vista,  
Y una pasión, que no sé  
De qué nace, me atormenta,  
Sin saber cómo ó por qué.)  
Decio... Yo me animo en vano.—  
Decio, ¿qué osadía es  
La que te dió atrévimiento...  
¿Turbado es oy...! para laber  
Llegado aquí?



DECIO.

Mi venganza.  
Muerte mis manos te den,  
Por bárbaro, por tirano,  
Por soberbio y por cruel.

AURELIANO.

¿Qué es esto? (Ap. Atadas las manos  
Me tiene un temor.)

DECIO.

Hoy ven  
En mi ventura ó mi muerte  
La venganza que esperé.  
Mira si triunfo de tí,  
Mira si caes á mis piés  
(Da de puñaladas á Aureliano, y cae  
á los piés de Decio.)

AURELIANO.

Díoses, ¿esto permitís?  
Esto sufrís? esto haceis?  
Pero si el mundo y el cielo,  
Que tantos agravios ven,  
Lo sufren, ¿de qué me quejo?  
Con mi mano arrancaré  
Pedazos del corazón,  
Y en desdicha tan cruel,  
Para escapármela al cielo,  
De mi sangre beberé;  
Que hidrópico soy, y en ella  
Tengo de aplacar mi sed.  
Rabiando estoy y contento,  
Decio, de que no he de ver  
Tus aplausos. ¡Ay de mí!  
(Queda muerto á los piés de Decio.)

## ESCENA XV.

SOLDADOS. — DECIO; AURELIANO,  
muerto.

SOLDADO 1.º (Dentro.)

Voces da el César. Romped,  
Derribad todas las puertas.

DECIO.

Entren; que así me han de ver.

SOLDADO 2.º

Ya están en el suelo todos.

(Salen los soldados.)

SOLDADO 3.º

¿Qué es esto que vemos?

DECIO.

Es

La venganza de mi honor,  
Romanos, esta que veis.  
Dadme la muerte; que yo  
Moriré alegre de ver  
Que compro con sangre mia

Mi perdido honor; si es  
Que por haber dado muerte  
A Aureliano, y por haber  
Librado á Roma, merezco  
Morir.

SOLDADO 2.º

Pues aquesta es

Justa venganza de todos,  
No solo matarte fué  
Nuestro intento por la muerte  
De Aureliano; pero en vez  
De matarte, te nombramos  
César nuestro, por haber  
Librádonos de un tirano.  
Cíñe el sagrado laurel,  
Decio.

TODOS.

¡Viva Decio, viva!

(Corónanle, y vanle besando los piés y  
manos.)

## ESCENA XVI.

ASTREA, CENOBIA, PUEBLO. — DICHOS.

DECIO.

Pues vuestro César me haceis,  
Quiero pagaros la gloria  
De tanto honor con un bien,  
Digno de mayores premios.  
La hermosa Cenobia es  
Emperatriz: estimad  
La satisfacción que veis  
De nuestro valor. — Cenobia,  
Dame la mano; que es bien  
Que, pues que fuiste ofendida,  
Seas vengada también.

TODOS.

¡Nuestros dos Césares vivan!

ASTREA.

¡Vivan dichosos! Y en fe  
Que el cielo los favorece,  
Estos prodigios vereis. (Se descubre.)  
Astrea soy. ¿Qué os espanta?  
El invicto César es  
Quien me libró de un tirano.

## ESCENA XVII.

ELCAPITAN, IRENE, LIBIO — DICHOS.

CAPITAN.

Invicto César, yo hallé

¡Parece que falta una negacion, y que el  
orden gramatical debia ser: No solo no fué  
nuestro intento matarte por la muerte de Aure-  
liano; pero (sino que) en vez de matarte, te  
nombramos César.

Escondidos en palacio  
Estos villanos que ves,  
Que dan de alguna traicion  
Graves indicios; por qué  
Bruñidas armas de acero  
Cubre aquel tosco buriel.

DECIO.

¿A qué venisteis?

IRENE.

A dar

Muerte á Aureliano cruel,  
Por una venganza. (Ap. Así  
Pienso que perdon tendré,  
Pues fué su enemigo.)

DECIO.

Ya

No soy yo Decio, ni es bien  
Como ofendido proceda;  
Como César si, y hacer  
Justicia. Destos villanos  
Las dos cabezas poned  
En dos escarpías.

LIBIO.

Señor,

Advierte...

DECIO.

Llévalos pues.

IRENE.

Pues si habemos de morir,  
Escucha, y sabrás que bien  
Merecemos esta muerte;  
Pues somos los dos que ves  
Libio y Irene, que dimos  
Muerte á Abdenato cruel.

(Llévanlos algunos soldados.)

CENOBIA.

Si yo merezco, señor,  
Que á Libio y á Irene den  
Tus manos la vida, esta  
Pongo rendida á tus piés.

DECIO.

¿De una ingrata y de un tirano  
Pides la vida? No es bien  
Que perdone ofensas tuyas.  
Mueran, y vive, porque  
Con su muerte, y con la gloria  
De tan divino interés,  
La hermosura desdichada  
Fin á sus fortunas dé.





# LA PUENTE DE MANTIBLE.

## PERSONAS.

GUIDO DE BORGÑO.  
ROLDAN.  
OLIVEROS.  
RICARTE DE NORMANDIA.  
CARLO MAGNO.  
EL INFANTE GUARINOS.

GUARIN, *gracioso*.  
FIERABRAS.  
GALAFRE, *gigante*.  
BRUTAMONTE.  
FLORIPES.  
ARMINDA.

IRENE.  
ASTREA.  
FRANCESES Y MOROS.  
MÚSICOS.  
CRIADOS.

*La escena pasa parte en Francia y parte en Africa.*

## JORNADA PRIMERA.

Campamento de Fierabras.

### ESCENA PRIMERA.

GUIDO, OLIVEROS, *de franceses galanes, con bandas en los rostros*;  
FIERABRAS, *siguiéndolos*; algunos MOROS, *deteniéndole*; FLORIPES,  
IRENE, ARMINDA.

*(Ruido de cajas.)*

GUIDO.

Solo el valor merece  
De mi honoresta banda; y si os parece,  
Bizarros caballeros,  
Que la podeis cobrar, sean los aceros  
Arbitros del valor en la campaña.

FLORIPES.

¡Ay de mí!

IRENE.

¡Gran valor!

ARMINDA.

¡Desdicha extraña!

FIERABRAS.

¿Qué es esto? ¿en mi presencia  
Usais tomar tan bárbara licencia?  
Quién sois saber espero.

GUIDO.

No esperes saber mas, que un caballero  
A quien veloz la fama,  
Con los aplausos destas fiestas, llama.  
A verlas he venido;  
Impórtame volver desconocido.  
Por eso no te asombre  
Que encubra en tu presencia rostro y  
Pero si alguno quiere [nombre].  
Cobrar la banda, y á esto se preliere,  
Venga al campo por ella.  
Conoceráme al ver que cruza y sella  
La esfera de mi escudo,  
Si ya por astro celestial no dudo  
Que la cobren los cielos,  
Y entre líneas, coluros, paralelos,  
La lijen por estrellá,  
Como despojos de Floripes bella.

FIERABRAS.

Yo he de saber quién eres.

OLIVEROS.

Ménos que á mucho riesgo, no lo espe-  
re, á costa de mi vida, [res,  
Ha de volver la suya defendida.

FLORIPES.

(No le mates, detente!

FIERABRAS. *(A Oliveros.)*

Tu tallo y tu valor, jóven valiente,  
De suerte me aficiona,  
Viendo arriesgar á tanto tu persona  
Por librar á un amigo,  
Que quiero de piedad usar contigo:  
Caso tan prodigioso,  
Que es la primera vez que soy piadoso.  
Di quien eres, á efeto  
De estimar tu valor, y te prometo  
Desde luego la vida.

OLIVEROS.

Ya que miro la suya defendida,  
Pues un bruto veloz, y el pensamiento  
Van corriendo parejas en el viento;  
Decirte quien es quiero,  
Por si acaso algun noble caballero,  
Que honor y fama adquiere,  
Satisfacerte deste agravio quiere.  
Aquel pues, valeroso  
Jóven, que al mismo amor deja envidia-  
De perfecciones lleno [so],  
(Perdone aquí la envidia su veneno,  
La traicion su ponzoña),  
Es el ilustre Guido de Borgoña,  
Que, en la redonda mesa  
Valiente paladin, la ley profesa  
De la caballería,  
Esmalte del valor y bizarría  
Hoy pues, que nuestro rey te ha conce-  
Las treguas que has pedido, [dido]  
A efectos venturosos  
De celebrar los años generosos  
De tu Floripes bella,  
Que fué del cielo flor, del campo estre-  
del orbe sól divino, [lla],  
Hasta tu campo el de Borgoña vino,  
Con intencion no extraña  
De ejecutar alguna ilustre hazaña,  
Acompañado solo de su acero;  
Porque yo soy no mas que un escudero;  
Que no quiero engañarte  
Por adquirir en sus aplausos parte.  
Es mi nombre Guarin; y en el seguro  
De tu palabra, ya volver procuro  
Hasta el francés ejército, que es tarde.  
El cielo, Fierabras, tu vida guarde.

FIERABRAS.

No le siga ninguno de mi gente,  
Que á mi toca no mas.

FLORIPES.

¡Señor, detente!

FIERABRAS.

Por la boca (¡apartad!) y por los ojos  
Iras vierto y enojos;  
Porque es á mi despecho  
Un Etna el corazon, volcan el pecho.  
Y aunque el Cáucaso fueras,  
Que al Nilo de mi furia te opusieras,

Sierpe de siete bocas,  
Que vuelve atras los montes y las rocas,  
Mi curso no estorbaras  
Ni el paso á tanta furia sujetaras.  
Ya Fierabras te sigue (¡oh rabia fiera!)  
Aguarda, Guido de Borgoña, espera.  
*(Vase.)*

### ESCENA II.

FLORIPES, IRENE, ARMINDA, MOROS.

FLORIPES.

¡Ay de mí! ¡qué mal hice  
En dejarle partir! ¡Soy infelice!

IRENE.

¡Agora desconfias  
Tú, gallarda Floripes, que tenias  
Por festivas acciones  
Ver en campaña armados escuadrones,  
Juzgando mas hermosas  
Las flores y las rosas  
Por la púrpura humana,  
Que por las listas de carmin y grana?  
¡Hoy por un desafio  
Humillas la altivez, postras el brio?  
¡Tú, que altiva te igualas  
A competir á la deidad de Pálas,  
Y al ejército vienes,  
Donde mas gustos que en la corte tienes;  
Porque su horrible salva  
Son para tí los pájaros del alba,  
A una lid solamente  
Sujetas el espíritu valiente?  
¡Tú, que monte de acero  
Fuiste tal vez, cuando al albor primero  
Mas sangre que rocío,  
Bebieron las campañas el estío,  
Melancólica y triste,  
A un trance de armas el valor rendiste?  
Mas causa es que parece

FLORIPES.

Dices bien; y supuesto que se ofrece  
Ocasión en que pueda  
Deciros mi dolor, porque conceda  
Treguas al sentimiento,  
Prestad dos atenciones á un acento.  
Ya sabeis que de Balan,  
El almirante feliz  
De Africa, el rey soberano  
De Alejandria, el cadí  
De Berberia, el soldan  
De Persia, de Egipto el cid,  
Morabito y gran señor  
De Jerusalem, naci  
Hija segunda, y hermana  
De Fierabras el gentil.  
No fué poca admiracion  
En dos hermanos, medir  
La naturaleza tantas  
Distancias; mas si advertis  
Que en los campos de la aurora

Son flecos de oro y carmin,  
 Las que en el ocazo sombras  
 De esmeralda y de rubí;  
 Si advertís que de una planta,  
 Y casi de una raíz,  
 Nace el romero y la adelfa,  
 El clavel y el alheli;  
 Que partos de un año mismo  
 Son las pompas del abril,  
 Y las ruinas del enero;  
 Que del salado viril  
 Son abortos concha y perla;  
 Y que saben imprimir  
 Dioses y fieras las puntas  
 De un pincel y de un buril:  
 No es mucho que de una causa  
 (Calle la modestia aquí)  
 Naciésemos, para ser  
 El ocazo, yo cenit,  
 El adelfa, yo clavel,  
 El la sombra, yo el matiz,  
 El la concha, yo la perla,  
 El enero, y yo el abril.  
 Solo lo que nos ha hecho  
 Hermanos fué el varonil  
 Espíritu, el corazón  
 De que adornada me vi.  
 Siempre á su lado me hallasteis.  
 Siendo en una y otra lid  
 Trofeo de sus victorias,  
 Rayo no, cometa si.  
 El corcel ménos domado,  
 El polaco mas cerril,  
 Que á la obediencia del freno  
 Jamas dobló la cerviz,  
 Si su espalda ocupo, pierde  
 La ferocidad gentil,  
 Sin mas freno y sin mas rienda  
 Que un cabello de la crin.  
 Las músicas y alegrías  
 Mas sonoras para mí  
 Son lo horrible de la caja,  
 Son lo dulce del clarín.  
 Mas ¿por qué blasono tanto,  
 Si en efecto he de decir  
 Sentimientos que á mi misma  
 Largo tiempo me encubri?  
 Si bien es grande disculpa  
 Que no me pudo rendir  
 Ménos que un dios; si es amor,  
 Fácil está de advertir,  
 Porque es una ardiente llama,  
 Porque es un rayo sutil,  
 Que en lo mas rebelde siempre  
 Va arbolando por herir.  
 Digalo en mí su soberbia,  
 Digalo su fuerza en mí;  
 Pues por juzgarne imposible  
 Victoria, con mas ardid,  
 Con mas poder, con mas fuerza,  
 Flechó el arco de marfil,  
 Harpones de dos en dos,  
 Y plumas de mil en mil.  
 Ya dije en fin que el amor  
 Me rindió; ya dije en fin  
 Que quise bien; pues empecen  
 Mis sucesos desde aquí.  
 El almirante mi padre,  
 Que en doseses de zafir  
 Al lado de Marte asistió,  
 Envidioso que la lis  
 Francesa se coronase  
 De la diadema feliz,  
 Que los lanreles del Tiber  
 Cinen en yelmos de Olir,  
 Y codicioso tambien  
 De igualar y competir  
 Esta dignidad, salió  
 Del Africa á conseguir  
 Sus aplausos, deseoso  
 Que la grande emperatriz  
 Del orbe le coronase

Por su rey. Con él sall  
 A ser parte en sus victorias  
 (Mejor pudiera decir  
 A ser todo en mis desdichas);  
 Pues queriendo resistir  
 Carlo Magno sus intentos,  
 Le esperaba en el confín  
 De aquesta parte de Italia,  
 Donde ese olimpo gentil,  
 Valla de esmeralda y flores,  
 Tiene por espejo al Rin.  
 Tenia Carlos consigo  
 Cuantos de su sangre ois,  
 Que son asombro del mundo.  
 Tan iguales entre sí,  
 Que á tabla redonda comen,  
 Y ejércitos, que medir  
 Pudieran al sol los rayos;  
 Pues para sustituir  
 Sus luces, no deja tantas  
 Estrellas, cuando al nadir  
 Se despeña, como arneses  
 Tuvo el monte sobre sí.  
 El Emperador, queriendo  
 Con mi padre conferir  
 Sus intentos, le envió  
 Un embajador (aquí  
 Empezaron mis desdichas).  
 Estaba yo en un jardín  
 Alojada, y desde un verde  
 Mirader el campo vi,  
 Y en él un monte eminente,  
 Que acercándose hacía mí,  
 Del campo frances venía.  
 ¿Quién, retórica sutil,  
 El caballo y caballero  
 Os supiera describir!  
 Era el bruto un cisne hermoso,  
 A pesar de una telliz  
 Encarnada, tan de nieve,  
 Que la espuma que escupir  
 Le hizo el freno, parecia  
 Blancos copos que de sí  
 Iban cayendo; la cola  
 Y guedejas, que al partir  
 Veloz el viento rizaba,  
 Eran hebras de marfil:  
 Y como el cuerpo era nieve  
 Y ellas ondas, presumí  
 Que por la crin y la cola  
 Se empezaba á derretir.  
 El valiente campeón,  
 El generoso adalid,  
 El gallardo caballero,  
 El ilustre paladin,  
 Sobre arnes blanco, traía  
 De un encarnado tabí  
 Una aljuba, y á los visos  
 Del sol, os puedo decir  
 Que vi hajar por la selva  
 Todo un orbe de rubí,  
 Todo un globo de escarlata,  
 Todo un cielo de carmin,  
 Nadando en golfos de flores  
 Un escollo carmesí.  
 Dicen que la garza hermosa,  
 Rayo de pluma, que herir  
 Se atreve al sol, cuando mira  
 Al alcon noble, ó baharí,  
 Que la sigue, reconoce  
 Con temor coharde y vil  
 El pájaro á cuyas manos  
 Ha de pasar á morir.  
 Yo, en viendo á este caballero,  
 Me turbé, temblé y temí;  
 Porque sin duda ha de ser  
 De tanta garza el neblí.  
 Llegó de paz al réal,  
 Y algunos dias que allí  
 Embajador se entretuvo  
 En uno y otro festín,  
 Creció amor comunicado;

Que aunque el ver suelen decir  
 Que es el que enamora mas,  
 Mas enamora el oír.  
 Murió mi padre á este tiempo,  
 Y en este tiempo (¡ay de mí!)  
 Mi hermano y Carlos trataron  
 Que fuese árbitro la lid,  
 Que fuese juez el acero,  
 De su pretension; y así  
 Vuelto á su ejército luego  
 Este Eneas paladin,  
 El ejército africano  
 Empezó á vencer en mí,  
 Pues que me dejó sin vida.  
 ¡Mirad qué acción tan civil!  
 Desde entónces dél no supe,  
 Desde entónces no le vi.  
 Hasta hoy, que disfrazado  
 Entró al trágico festín  
 Que mis años celebraba.  
 Aquel que visteis aquí  
 Tan galan como valiente,  
 Aquel que se arrojó á asir  
 El cendal que de mis manos  
 Cayó al suelo, aquel, en fin,  
 Que volvió con trofeos míos,  
 Es del aleman país  
 Príncipe augusto; Borgoña  
 Le dió la sangre feliz  
 De Anstria. Mirad pues si tengo  
 Ocasión para sentir  
 Este duelo, este rigor,  
 Esta contienda, esta lid,  
 Esta pasión, esta furia,  
 Cuando confusa entre mí,  
 Cohardes mis pensamientos  
 Traen una guerra civil,  
 Y ha de morir mi deseo  
 O mi amor ha de morir,  
 Pues que mi hermano ó mi amante  
 Hoy tendrán trágico fin.  
 Mas dadme un caballo presto,  
 Que, si puedo, he de impedir  
 La batalla. No replique  
 Alguna; todas venid.  
 Amor, dos veces me llevas:  
 Duelete alguna de mí. (Vanse.)

Reales del Emperador.

### ESCENA III.

GUARIN, soldado.

GUARIN.

El que quisiere tener  
 Nombre en el mundo famoso,  
 Alábase; que es forzoso  
 Para darse á conocer.  
 Yo pues, con tal desengaño,  
 Alabarne á voces quiero:  
 Porque una gran dicha espero  
 Que me ha de dar este engaño.  
 En una batalla un dia  
 Un gran capitán murió,  
 Y retirándole yo,  
 Por ver si acaso tendria  
 Cualquier cosa de provecho,  
 El hato desbalié,  
 Y estos papeles hallé  
 Abrigados en su pecho.  
 Firmas son de sus hazañas.  
 Yo que hacer ninguna espero,  
 Que no soy nada hazánero,  
 Valiéndome de mis mañas,  
 Mi nombre he puesto en lugar  
 Del suyo muy valiente,  
 El hipócrita de valiente,  
 Al mundo pienso engañar.  
 Hoy que Guido, mi señor,  
 Del campo ausente se ve,  
 Sin que me riña, podré  
 Darlos al Emperador.



## ESCENA IV.

EL EMPERADOR, RICARTE, ROLDAN, GUARINOS, SOLDADOS.—GUARIN.

ROLDAN.

Con las treguas destes días  
Desvanecido se ve  
El ejército, porque  
Las galas y bizarrías  
Son sobre blancos aceros,  
Escarchas sobre claveles.

EMPERADOR.

Buenos están los cuarteles  
De mis nobles caballeros.

INFANTE.

Los Pares son los varones  
Mas claros y singulares.

GUARIN.

¿No tendrán entre esos Pares  
Su lugar algunos nonces,  
Para atreverse á besar  
Tus piés en esta ocasion?

EMPERADOR.

¿Quién sois?

GUARIN.

Un soldado non,  
Añadidura de un par.  
Escudero soy leal  
De Gui de Borgoña; pero  
No soy venial escudero,  
Sino escudero mortal:  
Estos papeles dirán  
Si soy ó no soy Guarín,  
Ni follón, ni malandrín.

EMPERADOR.

Mostrad á ver.

GUARIN. (Ap.)

Buenos van

Mis intentos, fortunilla:  
Si estas máquinas consigo,  
No se me da de tí un ligo.

EMPERADOR.

Mucho el ver me maravilla  
Tantos hechos, sin haber  
Tenido noticia dellos.

GUARIN.

Soy recatado en hacellos.

EMPERADOR.

Lo que he podido leer,  
En la certificación  
Primera que aquí me disteis,  
Es, Guarín, cómo perdisteis  
Un brazo en cierta ocasion,  
Y gran maravilla es  
Veros con los dos aquí.

GUARIN.

Es verdad que le perdí;  
Mas torné á hallar despues.

EMPERADOR.

¿Qué importa el haberle hallado  
Despues de haberle perdido?

GUARIN.

(Ap. ¡Vive Dios, que me ha cogido!)  
¿Pues no pude haber sanado?

EMPERADOR.

¿Cómo?

GUARIN.

Ese es mucho apretar.  
A una imagen me consagro,  
Y pegóse por milagro:  
Aquí no hay que replicar.

EMPERADOR.

Dice aquí, Guarín, que un día  
Reñiste con Fierabras.

GUARIN.

¿Un día dice no más?  
¿Qué corta es la dicha mía!  
Veinte batallas campales  
Son, señor, las que me vi  
Con él, y diez le vencí.

EMPERADOR.

Si son vuestros hechos tales,  
¿Cómo de tantos un día,  
Vencido, no le prendisteis  
Y á mi campo le trajisteis?

GUARIN.

Vencíale en cortesía.  
Mas yo sé que si él viniera  
Aquí, que él te confesara  
Esta verdad cara á cara,  
Y que mis hechos dijera.

EMPERADOR.

¿Dónde está vuestro señor,  
Guido de Borgoña?

GUARIN.

Fué  
Al campo contrario.

EMPERADOR.

¿A qué?

GUARIN.

A ganar fama y honor.

EMPERADOR.

¿Pues habiendo yo mandado  
Que nadie sa'ga de aquí,  
Guido de Borgoña así  
Mi precepto ha quebrantado?  
Digno castigo merece  
Tan notable atrevimiento.

ROLDAN.

Su juvenil ardimiento  
Poca sujecion padece.

## ESCENA V.

GUIDO, OLIVEROS.—Dichos.

OLIVEROS. (A Guido.)

Como os he dicho, tomé  
Nombre de vuestro escudero;  
Que parte, Guido, no quiero  
En esta hazaña.

GUIDO.

¿Por qué?

RICARTE.

Con las treguas están llenos  
Sus pechos de iras y sañas,  
Anhelando por hazañas.

GUIDO.

¿Si nos habrá echado ménos  
El Emperador?

OLIVEROS.

No habrá;

Pues hemos llegado en fin  
A tan buen tiempo.

GUIDO.

Guarín

Hablando con él está.  
¿Si habrá dicho dónde fuimos?

OLIVEROS.

¿Tal de Guarín presumis?

EMPERADOR.

¿De dónde bucho venis?

GUIDO.

Los dos, gran señor, venimos  
De hacer mal á dos caballos,  
De alma y aliento español,

Que para su carro el sol  
Con razon puede envidiallos.  
En su escuela divertido,  
Llego á salir tan tarde  
Tu vida, que el cielo guarda.

EMPERADOR.

Mas la disculpa he sentido  
Que la culpa que teneis,  
Pues con lo que me decís,  
Error á error añadís.

GUIDO.

Señor...

EMPERADOR.

No, no os disculpeis.

ROLDAN.

Señor...

EMPERADOR.

Llevad, Roldán, vos  
Luego á vuestro primo preso  
A su tienda. (Ap. Si este exceso  
No castigo, ¡vive Dios!  
Que no habra frances que luego  
Al ejército no vaya;  
E importa que estén á raya  
Con su ejemplo.)

ROLDAN.

Pues yo llego

A prenderos, presumid  
Que aqueste partido escojo  
Mientras se pasa el enojo  
Del César: primo, venid.

GUIDO.

Ya obedezco. (Ap. á Guarín. Por tí ha si-  
Todo cuanto me ha pasado.) [do

GUARIN. (A Guido.)

Si importaba haber callado,  
Hubiérame prevenido:  
Mas cuando el daño ha de ser,  
No hay prevencion acertada.

(Vase Guido con Roldán.)

OLIVEROS. (Ap.)

De mí no le ha dicho nada,  
Pues no me manda prender.

RICARTE.

(Ap. Por Guido quiero pedir.)  
Advierte, señor, que ha sido  
Valor el que le ha movido  
Hoy á tu sobrino á ir  
Al campo de Fierabras.

OLIVEROS.

Cese tu enojo por Dios.

EMPERADOR.

No pidais por nadie vos.

INFANTE.

Advierte, señor...

EMPERADOR.

No más;

Bien está.

FIERABRAS. (Dentro.)

Esperad; que no  
Dan la gloria al que la intenta.

EMPERADOR.

¿Quién da aquestas voces?

## ESCENA VI.

FIERABRAS.—EMPERADOR, INFANTE, RICARTE, OLIVEROS, ROLDAN, GUARIN

FIERABRAS.

Yo, Carlos, y bien debicras  
Conocer, por lo sonoro

Del trueno, el rayo que fué  
De tanto escándalo aborto :  
Bien pudieras inferir,  
Por la voz del eco sordo,  
Qué monte la concibió  
Entre sus cóncavos hondos :  
Bien en la region del viento  
Discurrir, qué terremoto  
Se levantó, por las ruinas  
Que dan espanto y asombro :  
Y bien conocer debieras,  
Por la tormenta, qué noto  
Respiró ; pues me ha temido,  
Cuando estas razones formo,  
Cuando estos suspiros lanzo,  
Cuando estas voces arrojo,  
Ira el fuego, rayo el viento,  
Furia el mundo, el mar asombro,  
Caducando de temor  
Mar, cielos, tierra y escollos.  
No te admirarás de verme ;  
Que un pecho, Cárlos, heróico,  
O tardé-o nunca le debe  
Admiración á sus ojos.  
A tu ejército he llegado  
En seguimiento forzoso  
De un gallardo paladín,  
Aunque en vano me dispongo  
A alcanzarle, que me lleva  
Gran ventaja, cuando noto  
Que él huye, y que yo le sigo ;  
Y así él vuela cuando corro.  
Llegó á mi campo, y volvió  
Coronado de despojos ;  
Mas si bien sabe ganarlos,  
Bien sabe ponerse en cobro.  
¿ Qué opinion me añadirá  
Haber llegado animoso  
Hasta aquí, si ahora cobarde  
En mi caballo me pongo,  
Y á espaldas vueltas me vuelvo ?  
El así, atrevido y loco,  
A mi ejército llegó ;  
Pero apenas le conozco  
Extranjero, cuando puesto  
En un caballo brioso,  
Que, por gozar dos especies  
De viento y rayo, era monstruo,  
Huyó de mí tan veloz,  
Que haciendo una esfera, un globo  
El y el caballo, formaron  
Pardas nubes de humo y polvo  
En que esconderse. Mas yo,  
Que á mas riesgos me dispongo,  
No he de volverme de aquí,  
Si no es que primero cobro  
Una banda de Floripes,  
Beldad que bárbaro adoro,  
Sol que sacrilego sigo,  
Y luz que sola conozco.  
Guido de Borgoña es  
A quien sigo, y á quien nombro  
Por adalid deste duelo.  
Salga pues, y los dos solos,  
Cuerpo á cuerpo, desmintamos  
Tantos cobardes estorbos.  
Emperador soberano  
Eres ; de tus leyes oigo,  
Que no sabes negar campo  
A quien le pide animoso.  
También de tus paladines  
Sé que no viven famosos,  
Mientras retratados viven,  
Y que hasta cinco es forzoso  
Esperar en la estacada.  
Pues si esto, Cárlos, no ignora,  
No puedes negar á Guido  
El campo á que le dispongo,  
La batalla á que le incito,  
El duelo á que le provocho,  
Y la empresa á que le llamo.  
Salga pues, y verán todos

Que esa banda, ese cendal  
Que es iris de plata y oro,  
O le compro con mi vida,  
O con mi acero le compro :  
Porque pienso en su demanda  
Hacer que este valle hermoso,  
Con los cadáveres, sea  
Un bárbaro promontorio :  
Tanto que el sol al nacer,  
Vicido monte el que era soto,  
Piense que ha errado el camino  
De sus celestiales tornos.  
Las flores se han de mirar  
En los humanos arroyos  
De sangre, y estos humildes  
Céspedes, que piso y toco,  
Compitiendo los claveles,  
Tendrán desdichas á logro ;  
Pues á pesar del aurora,  
Que con lágrimas y soplos  
Quiso que naciesen verdes.  
Querré yo que mueran rojos.

## EMPERADOR.

Grande rey de Alejandria,  
A cuyo valor heróico  
Es poca voz una fama,  
Y un clarín aplauso poco ;  
Guido de Borgoña es  
Caballero tan brioso,  
Que ya estuviera en el campo,  
Lleno de saña y enojo,  
Esperándote, si oyera  
Tus arrogancias y oprobios.  
No puede, porque está preso ;  
Y quien supo argüir el modo  
De nuestra caballería,  
También sabrá que es forzoso  
Exceptuar presos y heridos  
El retador generoso.  
Vete en paz ; que, estando libre,  
El campo aplazado otorgo.

## FIERABRAS.

Si está preso, que haya hecho  
Algun delito es forzoso ;  
Y así dale por sentencia  
Que salga al campo. Yo oigo  
Que los antiguos romanos,  
A lidiar fieras al Coso  
Condenaban á los presos :  
Usa de esa ley piadoso ;  
Y si has de echarle á las fieras,  
Echármelo á mí es lo propio.  
Y si él no puede salir  
Por esa causa que ignora,  
Amigos y deudos tiene ;  
Salga con su nombre otro.

## ROLDAN.

Ninguno, bárbaro Rey,  
Te ha escuchado de nosotros,  
Que ya no hubiera salido  
Si fuera el peligro honroso ;  
Que cuando uno de otra ley  
Nos reta en común á todos,  
Por salir todos, tenemos  
Civiles guerras y enojos ;  
Tanto, que tal vez quisimos  
Matarnos unos á otros,  
Para que despues saliera  
El que se quedase solo.  
Hoy no ha llegado este caso,  
Porque tú, soberbio y loco,  
Nombras uno, y no es razon  
Quitarle á aquel el famoso  
Vencimiento ; porque ya  
Le juzgamos por notorio.  
Entre nosotros guardamos  
Este respeto y decoro ;  
Y así ninguno ha salido.  
Vete pues vanaglorioso

De ser el hombre primero  
Que ha dado á Roldan enojo,  
Y vive un instante mas.

## FIERABRAS.

Bien sabeis guardaros todos ;  
Mas yo no pienso volverme ;  
Sin que algun hecho famoso  
Me despique de una injuria  
Que he recibido á mis ojos.  
Y pues ningún paladín  
Ha de salir, yo depongo  
El ser rey de Alejandria,  
Del Cáucaso hasta el Pcloro  
Señor : depongo que sea  
Mi vasallo aquel ruidoso  
Hipógrifo de cristal,  
Que nace en su cuna sordo,  
Y espira por siete bocas  
Con escándalo y asombro :  
Depongo el ser mi vasallo  
El fénix, pájaro solo,  
Que ascua, ceniza, gusano,  
Sacrificio, aroma y voto,  
En cuna de calambuco,  
En tumba de cinamomo,  
Nace y vive, dura y muere,  
Hijo y padre de sí propio :  
Depongo el ser de Mantible  
Alcaide, edificio honroso,  
Que el rio del agua verde  
Sustenta sobre sus hombros ;  
Y bajándome á ser hombre  
Humilde y vil, reto y nombro  
A un escudero de Guido,  
Porque su valor conozco.  
Guarin se llama ; y pues fué  
Parte en mi agravio y enojo,  
Lo ha de ser en mi venganza,  
Cuando yo me humillo y postro  
A ser un soldado humilde :  
Que aunque sea trunfo corto  
Una vida, de una vida  
He de volver victorioso.  
No hay excusas para esto ;  
Y así verás que no torno  
Huyendo. Salga Guarín,  
Donde tan menudos trozos  
Le haré, que esparcido al viento,  
No cause al sol mas estorbo  
Que los átomos que son  
Geroglíficos del ocio.

## GUARIN. (Ap.)

Y lo hará como lo dice.  
¿ Cuál Bercebú, cuál demonio  
Se le revistió en el cuerpo ?  
El viene borracho ó loco.  
¿ Yo retado ? ¿ yo retado ?

## EMPERADOR.

Guarin, agora conozco  
Quien sois, y pues vuestra fama  
Llegó á los climas remotos  
Del Africa...

## GUARIN.

No, señor ;  
Que hay mas Guarines.

## EMPERADOR.

Vos propio

Dijisteis que si viniera  
Fierabras, dijera cómo  
Sois valeroso soldado.

## GUARIN.

Soy un necio, soy un tonto.

## EMPERADOR.

Yo os armaré caballero  
Cuando volváis victoriosos :  
Empezad vuestro linaje.

(Vanse el Emperador y Ricarte.)



GUARIN.

¡Que haya en esta vida bobos  
Que mueran, por dejar fama  
A sus nietos y á sus choznos!  
¿Yo retado? ¿yo retado?

ROLDAN.

Vos me dejais envidioso.

(Vase.)

GUARIN.

Pues tomadlo por el tanto.

INFANTE.

Idos á armar, que es forzoso  
Salir

(Vase.)

GUARIN.

Ello va de veras,  
O todos me dan un como.

OLIVEROS.

Yo quiero armaros; venid  
Conmigo á mi tienda.

GUARIN.

Al rollo

Fuera mejor.

OLIVEROS.

No temais,  
Que yo os sacaré de todo,  
Pues en todo os he metido.

(Vase.)

GUARIN.

¿Tú, Guarín, menudos trozos?  
Ya fuera dicha algun tanto,  
Algun tanto, ó algun tonto,  
Si como dijo menudos,  
Hubiera dicho mondongos.

(Vase)

Línea entre los dos campamentos.

## ESCENA VII.

FLORIPES, IRENE, con espadas, arcos y flechas.

IRENE.

No le pudiste alcanzar,  
Vano fué tu pensamiento.

FLORIPES.

Un águila hiriendo el viento,  
Un delfín cortando el mar,  
Un caballo desbocado  
En medio de la carrera,  
Un rayo abriendo la esfera,  
Adonde ha sido engendrado,  
Una flecha disparada  
Del corvo marfil herido,  
Un cometa desasido  
De su fábrica estrellada,  
Se podrán volver atrás,  
Solo con quererlo yo,  
En su violencia; mas no  
La furia de Fierabras;  
Porque excede á livo y fuerte  
A águila, delfín, saeta,  
Caballo, rayo y cometa.

IRENE.

Sin duda que á ver su muerte  
Al ejército frances  
Ciego y bárbaro llegó.

FLORIPES.

Pues sabré vengarle yo.

(Suena un clarín.)

Pero ¿qué es esto?

IRENE.

¿No ves  
Tus ejércitos marchando,  
Que á los dos vienen siguiendo,  
Montes de plumas llingiendo,  
Mares de acero imitando?

T. VI.

Porque son en tornasoles

En quien el sol se retrata,  
Las armas ondas de plata,  
Las plumas selvas de flores.  
Las descogidas banderas,  
Que aves al viento parecen,  
Con colores desvanecen,  
Los cielos por las esferas;  
Porque dando al sol desmayos  
Con tornasoles sutiles,  
Le trasladan los abriles,  
Le tiranizan los mayos.  
Vuelve los ojos, y mira  
Tanto aplauso y pompa tanta,  
Que el sol de verlos se espanta,  
Que el mar de verlos se admira.  
Los montes de sustentillos  
Delirán ó se estremecen;  
Que montes vivos parecen  
Elefantes y caballos.

FLORIPES.

Yo me huelgo, porque no  
Me obligue á volver atrás.  
¿Mas no es aquel Fierabras?

## ESCENA VIII.

FIERABRAS. — FLORIPES, IRENE.

FIERABRAS.

¿Quién me ha pronunciado?

FLORIPES.

Yo;

Que siguiéndote hasta aquí,  
Hasta las tiendas llegué  
Del ejército, porque  
Si alguna desdicha en tí  
Con ventaja ó con traición  
El frances ejecutase,  
Tuvieses quien te vengase.

FIERABRAS.

¡Hermosa resolución!  
Pero que me ofende, digo,  
Quien de mí desconfiaba.

FLORIPES.

¿Estabas solo?

FIERABRAS.

Nó estaba;  
Pues yo me estaba conmigo.  
Yo no estoy solo jamas;  
Pues donde quiera que estoy,  
Tu hermano y tu amante soy,  
Y soy después Fierabras.  
Mira si tuviera en vano  
Hoy que vencer en mí mas  
Quien no solo en Fierabras,  
Sino en tu amante y hermano.

FLORIPES.

Si presumes arrogante  
Que con finezas te obligo,  
Como á mi hermano te sigo,  
Pero no como á mi amante.  
Ya sabes que no has de hablarme  
En eso, porque es perderme,  
Y es en efecto ofenderme  
Lo que pudiera obligarme.  
Dime, ¿qué te ha sucedido  
En tan heroica demanda?

FIERABRAS.

Pues que vuelvo sin tu banda,  
Desairado habré venido;  
Pero yo la cobraré.

FLORIPES.

Ven á tu ejército agora;  
Que la última línea dora  
El sol de aquel monte, en que  
Rústica pira se advierte.

FIERABRAS.

Deja que salga primero  
A este campo un escudero:  
No haré mas que darle muerte,  
E irme.

## ESCENA IX.

OLIVEROS, cubierto el rostro; después GUIDO. — Dichos.

OLIVEROS.

Si de la manera  
Que se dice se ha de hacer,  
Hoy, Fierabras, se ha de ver.  
Ya el escudero te espera;  
El que á tu campo llegó  
Con su señor, está aquí;  
Yo el que se te opuso fui,  
Y el que te espera soy yo.

FIERABRAS.

Valiente eres, bien se ve,  
Pues á salir te atreviste;  
Que en osar morir consiste  
La valentia; y porque  
Llegues con tiempo á lograr  
La victoria de morir  
A mis manos, te le de asir  
De un brazo, y echarte al mar;  
Que mi denuedo valiente  
No ha menester el acero  
Para un misero escudero.

OLIVEROS.

Llega pues.

(Sale Guido.)

GUIDO.

¿Bárbaro, tente!  
Que yo, por lidiar contigo,  
Mi prision pude quebrar;  
Que otro no te ha de matar  
Y viniendo á reñir conmigo.  
Si tú me matas aquí,  
Poco importa haber quebrado  
La prision; pues mas honrado  
Muere un caballero así  
Si por salir, Fierabras,  
A postrarte y á vencerte,  
El César me diera muerte,  
Dejaré esta hazaña mas.  
Luego de cualquier manera  
Salir es empresa activa,  
O ya victorioso viva,  
O ya desdichado muera.—  
¿Qué veo?

OLIVEROS.

A quien salió por tí. (Vase)

FLORIPES. (Ap.)

Dame industria, ciego dios,  
Para que hoy entre los dos  
Estorbe el duelo; que así  
Un temor á otro prefriere,  
Un dolor á otro aperece;  
Pues vivo, si Guido vive,  
Y muero, si Guido muere.  
(Vanse Floripes é Irene un momento.)

FIERABRAS.

Apártate de mi gente,  
Y sea de mi demanda  
Precio esa partida banda.

GUIDO.

Soy contento.— ¡Mas detente!  
(Suenan cajas.)

FIERABRAS.

¿Qué es aquesto?  
(Vuelven Floripes y damas.)

FLORIPES.

Que el frances,  
Como aquí tu gente vió,  
Hoy al paso nos salió

Con su ejército. ¿No ves  
Que, á guisa de dar batalla,  
Hacia nosotros se viene,  
Y la guerra te previene?

FIERABRAS.

Pues no pienso rehusalla.  
¡Cierra, ejército africano!  
Con valor y fuerza altiva!

*Voces dentro.*

¡Viva Francia!

*Otras.*

¡Africa viva!

FIERABRAS.

Pues tú y yo, noble cristiano,  
A los dos campos hagamos  
La salva; nuestros aceros,  
Sean anuncios primeros  
De la lid.

GUARIN.

Pues embistamos.

*(Tocan al arma, y éntranse peleando.)*

### ESCENA X.

FLORIPES, IRENE, ARMINDA.

FLORIPES.

¡Ay bella Irene! ¡ay Astrea!  
¿A mí, que fui veces tantas  
Primer trompeta, que dió  
A las huestes africanas  
Animo y valor, así  
Un recelo me acobarda,  
Una pasión me suspende,  
Y una desdicha me agravia?  
¿Yo ver puestos frente á frente  
Dos campos que se amenazan,  
Representando á los cielos  
En teatros de esmeraldas  
Mil tragedias la fortuna,  
Y con la ceñida aljaba  
No disparar una flecha?  
¿Yo ver en estas campañas  
Tan anegadas las flores,  
Que con la púrpura humana  
Se olvidan de que nacieron  
Azules, verdes y blancas,  
Y con la espada en la cinta  
Sin ser un rayo mi espada?  
¿Yo escuchar el son horrible  
De las trompetas y cajas,  
Cuya música excedió  
A los pájaros del alba,  
Y no animar á su son  
El hipógrifo, que tasca  
A compás el freno? ¿Yo,  
Tan confusa y tan turbada,  
La postrera soy que hoy  
A pelear al campo salga?  
Alguna pena me aligie,  
Algún horror me amenaza.

*Voces dentro.*

¡Viva Africa!

*Otras.*

¡Francia viva!

IRENE.

Ya se cierra la batalla.

FLORIPES.

Ya nuestras flechas al sol  
Le sirven de nubes pardas,  
Estorbando al sol los rayos;  
Y para que no hagan falta,  
Los repetidos aceros  
De los franceses abrasan  
Con centellas todo el suelo;  
De suerte ¡ay de mí! que cuanta  
Luz quitaron nuestras flechas,  
Nubes de pluma que pasan.  
Restituyen sus aceros.

ARMINDA.

Como nuestro campo estaba  
Mas prevenido, ¡oh qué infansto  
Es el día para Francia!

IRENE.

De vencida va el frances.

### ESCENA XI.

GUIDO, sin armas y herido; FIERABRAS, siguiéndole. — DICHAS.

GUIDO.

Herido estoy y sin armas;  
Darme la muerte sin ellas,  
Mas que victoria es infamia.  
Deja que las cobre, puesto  
Que noble adalid te llamas,  
O ven conmigo á los brazos.

FIERABRAS.

No ha de ser con tal infamia  
Mi victoria. Darte muerte,  
Fuera muy cobarde hazaña:  
Darte armas, necedad fuera;  
Y pues rendido te hallas,  
Mejor es que prisionero  
Me sirvas. — Floripes, guarda  
Ese preso, mientras sigo  
La victoria que me aguarda;  
Que si con estos trofeos  
Vuelvo á nuestra invicta patria.  
Una vez pasado el puente  
De Mantible, tarde aguardan  
A cobrarlos. Fierabras  
Hoy pisa, huella y arrastra  
Las lises de Clodoveo.  
¡Viva Africa, y muera Francia! *(Vase.)*

### ESCENA XII.

FLORIPES, IRENE, ARMINDA,  
GUIDO.

FLORIPES.

*(Ap. Hasta celos y desdichas  
Puede sulrirse la llama  
De amor; mas no si una vez  
Las cenizas se levantan.)*  
Noble Guido de Borgoña,  
La mano del rostro aparta.  
¿Es mucha la herida?

GUIDO.

No;  
Que hasta esa mano blanca  
A hacer lisonja el dolor,  
Dando nueva vida al alma.

FLORIPES.

Vive Alá, noble frances,  
Que una flecha de mi aljaba  
No he disparado á tu gente,  
Ni fui parte en tus desgracias.

GUIDO.

Antes, hermosa Floripes,  
Pienso que las disparabas  
Todas tú, pues todas luéron  
A mi pecho; no me hagas  
Fineza no haber tirado;  
Pues que lo fuera mas alta,  
Supuesto que he de morir,  
El saber que tú me matas.

FLORIPES.

Sabe el cielo que quisiera  
Darte libertad; mas tanta  
Es la pena de tu herida,  
Que no dejo que te vayas  
A morir en otros brazos.  
Ven conmigo, donde haga  
Finezas mi amor: que yo

Te doy la mano y palabra,  
De darte la libertad  
Que hoy no te doy.

GUIDO.

Si tú guardas

Mi vida, diré que ha sido  
Venturosa mi desgracia.

### JORNADA SEGUNDA.

Selva espesa, y en su fondo una torre

### ESCENA PRIMERA.

FLORIPES, IRENE, ARMINDA, con  
una hacha encendida.

ARMINDA.

¿Dónde desa suerte vas?  
¿Qué es lo que intentas? ¿qué buscas  
En un monte despoblado,  
Pisando la sombra oscura  
De la noche? ¿No te viste  
De horror esta selva inculta?  
¿No te calza de temor  
Esta fábrica confusa?  
¿No te da pavor el ver  
Esta soledad nocturna,  
Tanto, que no nos dispensa  
Trémulos rayos la luna,  
Y á merced de aquesta antorcha,  
Que luces cobarde pulsa,  
Vamos siguiendo tus pasos,  
Tristes, cobardes y mudas?  
¿Dónde nos llevas, Floripes?  
¿Qué pretendes, qué procuras?

FLORIPES.

Dos admiraciones son  
Las que á un tiempo dais; la una  
Es, que viniendo conmigo,  
Tengais temor; la segunda  
Es, que ignoreis á qué vengo,  
Si ya os dije á las dos juntas  
Mi amor, si las dos supisteis  
Mis penas y mis angustias.  
Si no podeis ignorar  
La gran victoria en que triunfa  
Mi hermano de Francia, dando  
A la fama eternas plumas:  
Si sabeis, que hoy con despojos  
Desta lid sangrienta y dura  
Se retiró, hasta pasar  
Las verdinegras espumas  
Del Mantible, y entre tanto  
Fué el mayor de todos (nunca  
Triunfara), Guido mi amante,  
El cual, expuesto á la injuria  
Del hado, con muchos presos  
Vive una cárcel oscura,  
Sin que yo pudiese entonces  
Darle favor, darle ayuda  
Si sabeis que un calabozo,  
Cuya bóveda profunda  
Es sepulcro donde yacen,  
De quien esa torre es tumba,  
Vive: ¿qué me preguntais?  
¿Pudo nadie formar duda  
De que vengo á darle vida?  
Esa torre, esa columna  
Excelsa, que fundación  
Fué de un gran mágico, cuya  
Eminencia no es posible  
Que el tiempo de ruinas cubra,  
Ni que en pálidas cenizas  
Voraz el fuego consuma,  
Es su prision. Llamad pues;  
Que aunque quede mal segura  
De mi hermano, con mi vida  
Tengo de comprar la suya  
¡Ah! de la torre!



## ESCENA II.

BRUTAMONTE. — DICHAS

BRUTAMONTE. (*Dentro.*)¿Quién llama  
A estas horas?

FLORÍPES.

Quien procura  
Ejecutar la sentencia  
Que el almirante pronuncia  
En esos miseros presos,  
Tregedías de la fortuna.

BRUTAMONTE.

Buenas señas son; por ellas  
Abro.

FLORÍPES

Pues ¿de qué te turbas?

(*Viendo que vuelve á cerrar.*)

BRUTAMONTE.

De haberte, señora, visto.

FLORÍPES.

¿Cuál es la cueva que oculta  
Los franceses prisioneros?

BRUTAMONTE.

Yo, Florípes...

FLORÍPES.

No hay disculpa.

Cuál es su prision me di,  
O deste acero la punta  
Pasará tu pecho.

BRUTAMONTE.

Ven

Conmigo, señora.

FLORÍPES. (*Ap.*)

Mucha

Es mi turbación. (*Vanse.*)

Prision lóbrega en la torre.

## ESCENA III.

DICHOS, y luego RICARTE.

IRENE.

¿Qué horror!

ARMINDA.

¿Qué tiniebla tan oscura!

BRUTAMONTE.

Esta es, señora, la cueva.

FLORÍPES.

¿Cuáles son las llaves tuyas?

BRUTAMONTE.

Estas. (*Dáselas.*)

FLORÍPES.

Suelta, y tenga agora  
Mi secreto sepultura.(*Dale con un puñal, y cae.*)

BRUTAMONTE.

¿Muerto soy!

FLORÍPES.

Así estará

Nuestra traición mas segura:  
Caiga despeñado al mar.  
Tú agora esas puertas junta,  
Y las tres solas rompamos  
Candados y cerraduras  
Desta bárbara prision.

ARMINDA.

Ya la losa que la ocupa  
Se abre, porque su centro  
La horrible boca descubra,  
Por donde en tristes hostezos  
Horrores la tierra escupa.(*Abren una cueva.*)

IRENE.

¿Qué oscuridad tan funesta!

FLORÍPES.

¿Qué temerosa espelunca!  
La noche sin duda nace  
De la boca desta gruta.  
De haberme asomado á ella,  
Los sentidos se me turban.  
Los piés y manos me tiemblan,  
Y el cabello se espeluzna

IRENE.

La escala esta aquí.

FLORÍPES.

Porque

El, ni los otros presuman  
Quien soy, no le he de nombrar;  
Las señas el nombre suplan.  
Rebad la escala. — ¡Ah del centro,  
Donde yace en noche oscura  
Muerta la vida mas breve,  
Viva la muerte mas dura!  
Miseros presos, oid,  
Y por esa escala suba  
El horror del africano  
A ver del sol la luz pura.RICARTE. (*Dentro.*)

Dejadme subir, franceses.

Si es la muerte quien nos busca.  
Quiebre su cólera en mí;  
Muera yo primero. (*Ap.* ¡Mucha  
Es mi turbación!)

FLORÍPES.

(*Ap.* No es este  
Guido. ¡Grande desventura!)  
¿Quién eres, galán francés?

RICARTE.

Yo soy, bellissima turca,  
Ricarte de Normandía.  
No pensando hallar ventura,  
Salí á morir el primero:  
Ya no es hazaña ninguna;  
Porque pretender morir  
Es ley sonerana y justa,  
Cuando ha de morir quien muere  
A manos de la hermosura.

FLORÍPES.

Huélgome de conocerte;  
Y aunque otro mi intento busca,  
Estimo el haberte hallado

RICARTE.

Mi vida, señora, es tuya.

FLORÍPES.

Luego sabrás quién yo soy.  
¡Ah de la cárcel profunda!  
El mas galán paladín  
Que ese oscuro centro ocupa,  
Salga á ver la luz del sol.

## ESCENA IV.

EL INFANTE. — DICHOS.

INFANTE.

Si verá, viendo la tuya.

FLORÍPES.

¿Quién eres?

INFANTE.

Soy el infante  
Guarinos, y es dicha suma,  
Como de aventuras selvas,  
Hallar cuevas de aventuras.

FLORÍPES.

(*Ap.* Tampoco es aqueste Guido.  
¡Oh rigor de mi fortuna!Pero desta vez saldrá;  
Que irán las señas seguras.)  
Salga el honor de la lis  
Francesa, á esta voz que escucha.

## ESCENA V.

OLIVEROS. — DICHOS.

OLIVEROS.

Ya el honor de la francesa  
Lis satisface á tus dudas,  
Respondiéndote Oliveros  
De Castilla.

FLORÍPES.

(*Ap.* ¡Un suerte injusta!¿No está Guido de Borgoña  
En esta cárcel inculta?

OLIVEROS.

Si.

FLORÍPES.

Pues ¿cómo no responde,  
Cuando mi voz le intitula  
Horror de Africa, y de Francia  
Honor, cuando le articula  
El mas galán paladín?

OLIVEROS.

Porque sin fuerza ninguna,  
Agonizando en su sangre,  
Yace en una Peña dura;  
Que como ha de ser despues  
De nobles cenizas urna,  
En vida se está tomando  
Medida á la sepultura.

FLORÍPES.

Calla, y el necio recato,  
Ni el necio decoro sufra  
Oir su muerte; yo misma  
Me arrojaré á esa profunda  
Bóveda á morir con él.

INFANTE.

Tente, señora, que injurias  
A nuestro valor así.

RICARTE.

Cuando no fuera ley justa  
De caballeros valerosos  
En estos trances y angustias,  
Le libráramos, señora,  
Porque tú de veric gustas.

OLIVEROS.

Yo soy su mayor amigo;  
Y así es forzoso que acuda  
En la mayor ocasion:  
Con esa antorcha me alumbra.  
Pero ¿qué es esto que veo?  
El desmayado se ayuda,  
Y por salir, con la muerte  
A brazo partido lucha.

## ESCENA VI.

GUIDO, ensangrentado. — DICHOS.

GUIDO.

Viendo que á ser sacrificios  
Del templo de la fortuna  
Salís, nobles paladines,  
No es bien que mi valor sufra  
Veros morir, sin que muera;  
Y así mi valor procura  
Que como juntas vivieron,  
Mueran nuestras vidas juntas.

FLORÍPES.

Noble Guido de Borgoña,  
Quien á estas horas te busca  
No viene á darte la muerte;  
Antes tu vida asegura.

GUIDO.

¡Oh bellisima Florípes!  
Que buscas mi bien no hay duda.

FLORÍPES.

Ya, generosos franceses,  
Que aquí la desdicha os junta,  
Quiero que sepais la causa.  
Yo soy la princesa augusta  
Del África; á Guido el alma  
Eternas prisiones jura;  
Nada le vengo á ofrecer,  
Pues le doy prenda que es suya.  
Para curar sus heridas  
Traigo mágicas unturas;  
Ya sabeis cuánto las moras  
Hechizos y encantos usan.  
Como la salud le ofrezco,  
Sabe el cielo que me escucha  
Que os quisiera dar las vidas  
De todo trance seguras;  
Mas no puedo, que mi hermano  
A la luz primera anuncia  
Vuestra muerte. ¿Quién crerá  
Que cuando Febo madruga  
A dar una vida al mundo,  
Hoy salga á quitar él muchas?  
Lo mas que os puedo ofrecer,  
Son armas; todas las suyas,  
Por ser prodigiosa tanto,  
Esta torre las oculta.  
Venid donde las heridas  
De la pasada fortuna  
Cureis, y donde os armeis,  
Para que en hermosa fuga  
Os ganeis la libertad;  
Que no es muy pequeña ayuda,  
Dar á quien tiene valor  
Su mismo valor mi industria.  
Y sea presto; porque ya  
El llanto del alba enjuga  
El sol, y doblando el manto  
De las tinieblas oscuras  
La noche, como le dobla  
Sin orden, y con arrugas,  
Mas que doblarle, parece  
O que le aja ó le arrebuja.

GUIDO.

Yo, por quien todos vivimos,  
Es bien que por todos supla  
La voz, y así...

FIERABRAS. (Dentro.)

¡Brutamonte!

OLIVEROS.

¿Cuya es la voz que se escucha?

FLORÍPES.

Mi hermano es este, ¡ay de mí!

IRENE.

¡Qué pena!

ARMINDA.

¡Qué desventura!

FLORÍPES.

No sé qué tengo de hacer;  
Que si me halla aquí, es sin duda  
Que me dé muerte.

GUIDO.

Señora,  
¿Pues no habrá por donde huyas?  
Que si con armas nos dejas,  
Hoy en la defensa tuya  
Moriremos.

FLORÍPES.

No es posible;  
Que no hay otra puerta alguna.

OLIVEROS.

¿Hay armas?

FLORÍPES.

Sí.

GUIDO.

No temais;

Que si hay armas, bien seguras  
Estais; que no ha de andar siempre  
De mala nuestra fortuna. (Vanse.)

Vista exterior de la torre.

## ESCENA VII.

FIERABRAS. (Dentro.)

Barbaro Brutamonte,  
Mira que ya la cumbre de aquel monte,  
Pirámide de nieve,  
Donde en copas de flores el sol bebe,  
De hermosa luz se baña;  
Mira que ya se riga la campaña  
Con culebras de hielo;  
Mira que ya se deja ver el cielo.  
Si es que duermes, despierta,  
Y á la infausta prision abre la puerta,  
Y ciérrala á la vida  
De esos de quien el hado es homicida.  
¿Pero qué es lo que veo? (Sale.)  
¡Oh triste horror! oh pálido trofeo!  
Brutamonte á las puertas  
De la torre, vertiendo por inciertas  
Bocas está desdichas y congojas.  
Decidme, plantas, que moristeis rojas,  
Si ha sido traicion esta.  
¿El muerto, yo llamando sin respuesta?  
Los presos han rompido  
La prision, y se han ido.  
Pero ¿cómo pudieran  
Dejar cerrado el fuerte si se fueran?  
Mas mal hay que sospecho,  
Y es verdad; que el puñal que está en su  
De Florípes ha sido. [pecho,  
Dos veces (¡ay de mí!) le he conocido;  
Una, porque las señas  
De la extraña labor no son pequeñas;  
Y otra, porque ya arguyo,  
Que, pues me da la muerte, será suyo.  
¿Florípes los socorre?  
Derribaré las puertas de la torre,  
O en mis valientes hombros  
Admiraciones dando, dando asombros  
Al cielo y á la tierra,  
Me llevare la torre y cuanto encierra  
A que el mar los sepulte,  
Y en bóvedas de nieve los oculte;  
Pareciendo arrogante  
Con su fábrica á cuevas elefante,  
Que el zafir celestial batir procuro  
Vivo horror, vivo escollo, vivo muro,  
Que no anhela con ménos sed mi fama.

## ESCENA VIII.

GUIDO, RICARTE, OLIVEROS, EL  
INFANTE GUARINOS en las almenas.  
— FIERABRAS.

GUIDO.

¿Quién á las puertas de la torre llama?

FIERABRAS. [ponde)

¿Pues quién (esto á mi miedo corres-  
De la torre á la almena me responde?

GUIDO.

¿Quién responder pudiera  
Así, que ménos que su dueño fuera?

FIERABRAS.

¿Pues quién su dueño ha sido  
Viviendo yo?

GUIDO.

El valeroso Guido  
De Borgoña. ¿Qué quieres  
Aquí? Dinos: ¿qué buscas, ó quién eres?

Porque si es que has venido  
Embajador, para pedir partido  
A la grandeza mia  
De parte del gran rey de Alejandria,  
Las puertas te abriremos,  
Y de paz en la torre trataremos;  
Que son divinas leyes  
Usar piedad con los vencidos reyes;  
Y aunque yo pretendia  
Darle la muerte en el albor del dia,  
Revocaré por hoy esta sentencia.

FIERABRAS.

(Ap. ¿Dónde á tanto rigor habrá pacien-  
Miserable cristiano, ¿cia?)  
¿Cómo pretendes defenderte en vano?  
¿Tú en mi casa, en mi tierra  
Armas empuñas y publicas guerra?  
Traígote de la tuya prisionero,  
¿Y quieres en la mia alivio y fiero  
Librarte y defenderte?  
Abre la puerta ya, ríndeme el fuerte,  
O tú y cuantos su centro  
Contiene habeis de ser ceniza dentro;  
Y la fiera, la ingrata  
Quearme muerte con tu vida trata,  
Entre mis brazos probará el castigo.

GUIDO.

Tú ignoras cuán segura está conmigo,  
Pues así la amenazas.

FIERABRAS.

Nuevos linajes de tormentos trazas.  
¿Contigo está Florípes?

GUIDO.

Si supiera

Que lo ignorabas, no te lo dijera;  
Mas con las amenazas que la hacías,  
Puede pensar que todo lo sabías.  
Mas ya está dicho.

FIERABRAS. (Ap.)

¡Cielos! [los

Esto es mas que morir, que estos son ce-  
RICARTE.

Los cuatro que aquí estamos,  
Sus vidas y las nuestras les guardamos.

FIERABRAS.

¿Cómo, si soy volcán de fuego y humo?

INFANTE.

Yo mar, que me le bebo y le consumo.

FIERABRAS.

Yo soy fuego, soy rayo.

RICARTE.

Yo viento, que con soplos le desmayo

FIERABRAS.

Yo soy rabia, soy ira.

OLIVEROS.

Yo furia, que las vence y las respira.

FIERABRAS.

Del brazo de la muerte es esta espada  
Guadaña, acicalada  
Con la sangre que vierte.

GUIDO.

Este es el mismo brazo de la muerte,  
Que manda esa guadaña.

FIERABRAS.

Presto veréis cuánto el valor engaña.

OLIVEROS.

Presto verás cuánto este nuestro ha sido,  
Que es fuego, y hoy revienta de oprimi-  
FIERABRAS. [do.

¿Y habrá partidos?

GUIDO.

Sí.



PIERABRAS.

Tu voz los pida.

GUIDO.

Dejarte que te vuelvas con la vida.  
(*Quitanse los cuatro de las almenas.*)

PIERABRAS.

Pues yo vuelvo con ella  
A ser ocaso á la mayor estrella.  
Cuatro la han defendido,  
Y agora el geroglífico he entendido,  
Pues blandida la hoja de mi espada,  
Hace cuatro en el aire duplicada;  
Y es porque vuestras vidas hoy reuidas  
No cuesten mas de un golpe cuatro vi-  
(*Vase.*) [das.

La puente de Mantible.

## ESCENA IX.

ROLDAN, GUARIN.

ROLDAN.

¿Ves esa fábrica altiva,  
Guarin, toda de madera,  
En cuyo ceño la esfera  
Del sol descansa y estriba,  
Que ni el peso la derriña,  
Ni el tiempo la hace pasible?  
¿Ves ese monstruo terrible,  
Que del agua nace? ¿Ves  
Ese prodigio? Esa es  
La gran puente de Mantible.  
El edificio eminente,  
Que, no sin fatiga suma,  
Sustenta sobre la espuma  
Esa lóbrega corriente,  
Es, Guarín, la excelsa puente;  
Y este piélago que veo  
Correr tarde, triste y feo,  
Es, si el ser de cristal pierde,  
El río del Agua Verde  
Desatado del Leteo.  
Pues ese campo profundo,  
Que en montes Genéleos yace,  
Con él del infierno nace,  
Y dando una vuelta al mundo,  
Fatal, lóbrego é inmuerto  
En el mar de Africa muere,  
Que por admitirle adquiere  
El nombre de Marmihonda,  
Nombre que decir mar honda  
En alarbe idioma quiere.

GUARIN.

Señor, otra vez me di,  
Que no lo he entendido bien:  
¿Esto que mis ojos ven,  
Nace del infierno?

ROLDAN.

Sí.

GUARIN.

¿Y quién ha de ir por ahí?

ROLDAN.

Tú y yo, que á eso venimos.

GUARIN.

Pues volvámonos, si hicimos  
Necedad de tanto exceso  
Como haber venido á eso.

ROLDAN.

La palabra á Carlos dimos  
De llegar con la embajada  
Al campo de Fierabras.

GUARIN.

Tú que esa palabra das,  
Con la tal palabra dada  
Dijiste gran palabrada:

Yo, que palabra no di,  
No pasaré; y desde aquí  
Puedo volverme, que no  
Me entiendo con agua yo  
Verde sin lipsis.

ROLDAN.

A ti,

Guarin, porque te miré  
Valiente en una ocasión,  
Para esa resolución  
Mi escudero te nombré:  
Preso tu señor se ve;  
Irle á buscar es honor,  
Y mas conmigo; el valor  
Muestra que siempre has mostrado.

GUARIN.

Ya la ocasión ha llegado  
De hablar verdades, señor:  
¿Vive Dios! que no ha nacido  
De mujer, ni hombre engendró  
Mayor gallina que yo;  
Por eso licencia pido  
De volverme.

ROLDAN.

Ya he entendido

Por qué en ese extremo das;  
Y es, que burlándote estás,  
Para darme á conocer  
Que sabes menos temer  
Adonde el peligro es mas.  
Cuando no te hubiera visto  
Hacer mas notable hazaña  
Que salir á la campaña...

GUARIN.

No era yo, ¡votado á Cristo!

ROLDAN.

¿Qué mal las burlas resisto!  
Deja las necias quimeras,  
Que es tiempo de hablar de veras

GUARIN.

Mil veces me lleve el diablo,  
Si de veras no te hablo.

ROLDAN.

Ya del río las riberas  
Piso; hacer señas es bien  
Al gigante que la guarda.

GUARIN.

Gi... ¿qué?

ROLDAN.

¿Pues qué te acobarda?

GUARIN.

¿Giganticos hay tambien,  
Sin ser día del Señor?  
Pues oyeme, plegue al cielo:  
Que mil demonios de un vuelo  
Me arrebaten con rigor  
Deste brazo y desta pierna,  
Y que me arrastren inquietos  
Por montes y vericuetos  
De la Majestad eterna,  
Si ánimo para que aguarde  
A ver el gigante tengo.

ROLDAN.

¡Con buen escudero vengo!

GUARIN.

Bueno sí, pero cobarde.

ROLDAN.

En notable tema has dado.  
¿Ves toda esa puente, di,  
Moverse á la seña?

GUARIN.

Sí.

ROLDAN.

¿Ves el ruido que ha causado?  
¿Qué ronca el agua responde,

Porque al moverse parece  
Que el peso sobre ella crece?

GUARIN.

Sí.

ROLDAN.

¿Ves el gigante donde  
Se estrecha la puente?

GUARIN.

¡Horrible

Aspecto! temblando estoy!

## ESCENA X.

EL GIGANTE GALAFRE.—DICHOS.

GALAFRE. (*Desde arriba.*)

¿Quién se atreve á pasar hoy  
La gran puente de Mantible?

GUARIN.

Yo no.

ROLDAN.

Yo soy, valeroso

Galafre, un gran mercader;  
Vengo al Africa á vender  
Todo un tesoro precioso  
De las piedras que el sol cria  
Para estrellas de su frente,  
En las Indias del oriente  
Cuna donde nace el día;  
Porque en mil reyes jamás,  
A quien su riqueza escuso,  
He hallado para ellas dueño,  
Sino el grande Fierabras.  
Aqui las traigo; mi gente  
Un poco atras se quedó,  
Y héme adelantado yo  
Para que esté abierto el puente,  
Déjame pasar á mi  
Y á este criado primero,  
Que con la gente que espero  
Viene el feudo para ti,  
Que se debe de pasar  
El puente.

GALAFRE.

¿Ya habrás sabido

Lo que es?

ROLDAN.

De todo advertido

Vengo.

GALAFRE.

Porque me has de dar  
Una gallarda doncella.

GUARIN. (*Ap.*)

No podrá, eso es cosa llana,  
Que ya cualquiera es pavana.

ROLDAN.

La que te traigo es muy hella.

GUARIN. (*Ap. á Roldan.*)

¿Tráesla en letra?

ROLDAN. (*Ap. á Guarín.*)

Calla, necio,

Que así le pienso engañar,  
Porque nos deje pasar.

GALAFRE.

Luego, por segundo precio,  
Me has de dar un bello esclavo.

GUARIN. (*Ap.*)

Huélgome que dijo bello,  
Y que yo no puedo sellar,  
Que soy feo por el cabo.

ROLDAN.

Tambien viene.

GALAFRE.

Dos quintales

Me has de dar de plata y oro.

ROLDAN.

Todo viene en el tesoro  
De mis piedras orientales.

GALAFRE.

Pues entra; que aunque el primero  
Eres que entró sin pagar,  
De ti lo sabré cobrar.

ROLDAN.

¿Ya no te digo que espero  
Mi gente?

GUARIN.

¡Lance terrible!

ROLDAN.

Sube, y no temas, Guarín;  
Que ya estamos dentro en lin  
De la puente de Mantible. *(Subiendo.)*

GALAFRE. *(A Guarín.)*

Tente tú.

GUARIN.

Ya estoy tenido.

ROLDAN.

¿Qué es esto?

GALAFRE.

Quede el criado

En el rescate empeñado.

GUARIN.

Mejor dijeras vendido.

ROLDAN.

Norabuena, allá te espero.  
*(Ap. Menos Guarín importó  
Que dejar de pasar yo.)*

*(Vase)*

## ESCENA XI.

GALAFRE, GUARIN.

GALAFRE.

Si no vienen, escudero,  
Hoy mi manjar has de ser.

GUARIN.

Aunque andes conmigo franco,  
No será tu manjar blanco:  
Pero conviene á saber,  
Si es que los gigantes son  
Moros.

GALAFRE.

Si.

GUARIN.

Pues no podré  
Ser yo tu manjar.

GALAFRE.

¿Por qué?

GUARIN.

Porque yo soy un lechón.  
Mas deja que á mi señor  
Hable, que trae dos doncellas,  
E importa saber cuál dellas  
Se te ha de dar

GALAFRE.

La mejor;

En eso no hay que dudar.

GUARIN.

*(Ap. En toda mi vida he hallado  
Gigante mas despreciado.)*  
Pues déjame preguntar  
Cuál esclavo te dará  
De dos que vienen allí.

GALAFRE.

El que me agradare á mi.

GUARIN.

*(Ap. ¡A buen gusto en buena fe!)*  
Pues fuerza es irle á buscar,  
Porque lleva del tesoro

La llave, y la plata y oro  
Que aquí se te ha de entregar  
Está cerrada:

GALAFRE.

Romper

El arca.

GUARIN. *(Ap.)*

El es con buen modo  
Gigante sánalo-todo.  
Hoy su manjar he de ser,  
Ya que mi suerte cruel  
Me trae, de escudero andante,  
A ganapan de gigante,  
Y he de eber dentro dél.

GALAFRE.

*(Ap. El cristiano está temblando;*

*Mas qué mucho, si me mirá*

*Y de mi aspecto se admira?*

*Y yo estoy imaginando*

*Que con dejarle, podré*

*Cobrar estas dos doncellas,*

*Y quedandome con ellas,*

*Una á Fierabras daré,*

*Pues ya sé que vienen dos,*

*Y la otra será mía.)*

*¡Bien quisieras este día*

*Irte de aquí?*

GUARIN.

¡Si, por Dios!

GALAFRE.

Pues vete, que yo diré  
A tu gente, cuando llegue,  
Que tu rescate me entregue.

GUARIN.

Dices bien. *(Ap. En buena fe,  
Que el gigante es conveniente.)*

GALAFRE.

Vete, el verme no te espante.

GUARIN. *(Ap.)*

¡Amóla el señor gigante  
De la puente de Mantible. *(Vase.)*

Vista exterior de la torre.

## ESCENA XII.

FIERABRAS, SOLDADOS, UN CRIADO.

FIERABRAS.

Cesen de cansar al viento  
Las músicas militares,  
Ya que á postrar esa torre  
Encantada, no es bastante  
Mi poder, porque la asisten  
Espíritus infernales,  
Que en su fábrica asistieron  
Al astuto nigromante  
Su arquitecto; y ya que veo  
Que ni el furor la combate,  
Que ni el fuego la consume,  
Ni la deshacen los aires,  
Postrar y vencer presumo  
Su defensa inexpugnable,  
Con la mas fácil conquista  
Que tal vez previno el arte:  
Para temprar lo difícil,  
El remedio dé lo fácil.  
Ni una escala mas se arrime  
A su muro de diamante,  
Ni á sus doradas almenas  
Una flecha se dispare.  
Sean prision las aljabas  
De las venenosas aves,  
Que con almas y sin vidas  
Fuéron lisonja del aire;  
Y en estas verdes alfombras,  
En quien el céfiro hace,  
Para que duerma la aurora,

Lechos de esmeralda en catres  
De cristal, y pabellones  
De las copas de esos sauces,  
Me dad de comer; que quiero  
*(Siendo mesa todo el valle,  
Aparador todo el monte,  
En cuya vista agradable  
Las copas de plata y oro,  
Y las bebidas suaves  
Han de ser fuentes y flores;  
Porque se diga que nacen  
Para servirme á mí, juntas  
Las copas y los cristales)*  
Comer hoy, porque me envidien  
Estos sitiados amantes;  
Pues su valor invencible  
Tengo de postrar al hambre.  
Aquí no llega el encanto;  
Que contra las naturales  
Pasiones, no tienen fuerza  
El conjuro ni el carácter.  
Tántalos de sus desdichas,  
Viendo la fruta delante,  
Han de ser; porque así quiero  
Hacer sus penas mas graves.  
Perdone el amor agora  
Desatinos semejantes,  
Que en llegando á estar celoso,  
Deja uno de ser amante.

*Ponen la mesa en el suelo, siéntase á  
comer Fierabras, y canta la música.)*

CRIADO.

Ya las mesas están puestas.

FIERABRAS.

Pues servídmelos manjares  
Mas costosos, y porque  
Envidien mas, se derrame  
Todo el ejército, y todos  
Coman, y músicos canten.

Música.

«La reina de Alejandria,  
«La bellísima Floripes,  
«En la torre del encanto  
«Sitiada por hambre vive.»

## ESCENA XIII.

FLORIPES, GUIDO, OLIVEROS, EL  
INFANTE, ARMINDA, IRENE, *en  
las almenas.* — FIERABRAS, SOLDADOS, UN CRIADO.

IRENE.

Todo es lisonjas el viento.

FLORIPES.

¿Qué confusas novedades  
Cajas y trompetas mudan  
En músicas agradables?

GUIDO.

Sabiendo que por las armas  
Este bárbaro no alcance  
La victoria, así pretende  
Veneernos.

CRIADO.

Ya al muro salen.

FIERABRAS.

¡Ah de la torre de amor!  
Si es verdad que los amantes  
Viven con verse no mas,  
No habréis sentido que os falten  
Estas viandas, que yo  
Estoy echando á mis cañes.

GUIDO.

Digno precio es de la vida,  
Caballeros, este intraje.  
No se diga que encerrados  
Supinios morir cobardes,



Y no morir animosos  
En campaña en duro trance;  
Pues mejor yace el frances  
Que envuelto en su sangre yace,  
Que el que en brazos de su dama  
Se deja morir de hambre.

OLIVEROS.

Salgamos pues á ganar  
De su ejército el bagaje,  
Y traer socorro á la torre.

ARMADA.

¡Dios os lo lleve adelante!

FLORIPES.

Nosotras os guardaremos.  
En vuestra ausencia, constantes  
La torre; y por si la noche  
Os cogiere en el combate,  
El nombre ha de ser *amor*,  
Y en el último remate  
De la torre estará Irene,  
Dando voces á los aires,  
Para que no la perdáis.

INFANTE.

Vamos á armarnos, que es tarde.

FLORIPES.

¡El cielo os lleve con bien!

IRENE.

¡Dios os guie!

TODOS.

¡Dios os guarde!

(*Quítanse de la torre*)

#### ESCENA XIV.

ROLDAN, *que sale por abajo*; GUARIN. — FIERABRAS, Y SU GENTE.

ROLDAN.

Dile al gran rey que está aquí  
Roldan.

CRÍADO.

Espera á esta parte.

(*Sale Guarín.*)

GUARIN.

Caminó de Fierabras,  
Tanto anda el caminante  
Cojo, como el sano.

ROLDAN.

¿Cómo

Del gigante te libraste,  
Guarín?

GUARIN.

¡Linda flema es esa!

¿Pues ahora, señor, sabes  
Que yo desde tamañito  
Soy un engaña-gigantes?  
Y doy por bien empleado  
Todo el susto de endenantes,  
Por haber llegado á ver  
En país tan agradable.  
Pues todos comen, comamos;  
Que es ser muy desconversable  
En una conversacion,  
No hacer lo que todos hacen.  
¿No aqueste es Fierabras.

CRÍADO.

Llegar, Roldan, puedes.

ROLDAN.

*Salve,*

Grande Rey de Alejandria.

GUARIN.

*Regina*, grande almirante  
De Africa.

FIERABRAS.

Vengais con bien,  
Crístidos, que el cielo guarde.

ROLDAN.

No te habrá tu mensajero  
Dicho quién soy, pues no haces  
Mas caso de mí.

FIERABRAS.

Ya sé

Que eres el señor de Anglante,  
Y que te llamas Roldan.

ROLDAN.

Pues supuesto que lo sabes,  
Convidarasme á comer;  
Quiero el trabajo excusarte,  
Y sentarme yo. (*Siéntase.*)

GUARIN.

Y también (*Siéntase.*)

Yo, que no es bien que trabajen  
En decirme que me sienten  
Los señores Fierabras.

FIERABRAS.

Por saber á lo que vienes,  
Te he sufrido que arrogante  
Te muestres en mi presencia,  
Y porque quiero que antes  
Que mueras, sepas, Roldan,  
De la suerte que los pares  
De Francia en Africa viven;  
Que fuera dicha muy grande  
Morir sin verlos morir.

ROLDAN.

¿Qué es morir?

FIERABRAS.

¿Ves ese Atlante  
De metal? ¿Ves ese monte  
De bronce, aqese arrogante  
Promontorio de madera?  
¿Ese Cáucaso de jaspe?  
¿Ese gigante de piedra,  
Que viste africano traje  
Tan al propio, que las nubes  
Son tocas de su turbante,  
Y porque insignia de rey  
En su tocado no falte,  
La media luna del cielo  
Se le pone por remate?  
¿Ves esa fábrica altiva,  
Cuyo soberbio homenaje  
Con la frente abolla el cielo,  
Con el bulto estrecha el aire?  
Pues ni es monte, ni edificio,  
Ni columna, ni gigante;  
Sepulcro sí, y monumento,  
Urna sí, y túmulo infame,  
Donde enterrados en vida  
Cuatro paladines yacen,  
Al cuchillo de madera  
De la sed y de la hambre;  
Tanto que, rendidos ya  
A sus fatigas, no saben  
Cómo con alma y sin vida  
Pueda un hombre ser cadáver.  
Pero aunque tantas desdichas  
Lloren, no podrán quejarse  
De que con ellos he sido.  
Mas cruel que con mi sangre,  
Pues también muere con ellos  
Floripes mi hermana. — ¡Dadme  
Paciencia, cielos!

ROLDAN.

¡A mí (*Levántase.*)

Me la dén para escucharte!  
Mas supuesto que he llegado  
A tiempo que puedo darlos  
Socorro, ¡por San Dionis!  
Que tu mesa he de llevarles

Como está, para que coman,  
Cogidos por cuatro partes  
Los manteles.

(*Sacan las espadas y riñen*)

FIERABRAS.

Hoy tu muerte

Has de ver.

ROLDAN.

Si mucho me haces,

Les he de llevar también  
Tus criados y tus pajes  
Que les sirvan, y también  
Los músicos que les canten.

FIERABRAS.

Tu muerte verás primero.

#### ESCENA XV.

GUIDO Y SUS COMPAÑEROS, *que salen por la puerta de la torre.* — DICHOS.

CRÍADO.

Las puertas del fuerte abren,  
Y todos los paladines  
A darte batalla salen.

GUIDO.

Cualquiera intente ganar  
Mil despojos de su parte,  
Para volver á la torre.

ROLDAN.

No temáis, que á vuestra parte  
Está Roldan.

GUIDO.

Hoy el cielo

Te trajo á que nos ampare.

Voces.

¡Viva Francia!

Otras.

¡Africa viva!

FIERABRAS.

Hoy con la francesa sangre,  
Los tesoros del abril  
Tendrán mas precioso esmalte.

GUARIN.

Jamas me vi bien sentado  
En fiesta ó banquete grande,  
Que al momento no viniese  
El demonio á alborotarme.

(*Dase la batalla, toma cada uno lo que puede de la mesa, y éntanse pe leando.*)

#### ESCENA XVI.

FLORIPES, IRENE, en la torre.

FLORIPES.

Ya la noche aborrecida  
Del sol, que su luz ofende,  
Las negras alas extiende,  
Haciendo sombra á la vida,  
De luto y horror vestida:  
Ya el sol entre luces bellas  
Muere, pareciendo en ellas  
Parasismo su arrebol,  
Y del cadáver del sol  
Cenizas son las estrellas;  
Que en sus rayos derramado,  
En sus luces dividido,  
Es un planeta partido,  
Es un dios multiplicado.  
Como un espejo quebrado  
Finge varios tornasoles,  
Así el sol entre arboles,  
Aunque exequias se celebra,  
No muere, sino se quiebra,  
Pues nos deja tantos soles.

Y para la pena mía  
La muerte treguas no hace:  
Llanto soy desde que nace  
Hasta que fenecía el día;  
Desde que la noche fría  
Baja, hasta la aurora lúcho  
Conmigo; mi esfuerzo es mucho.  
Pues tan constante peleo,  
De día con lo veo,  
De noche con lo que escucho.  
Si bien parece que ya  
Puso á la contienda fin  
La noche: solo un clarín  
Voces á los vientos da;  
Llamando á su gente está;  
Y pues la nuestra no tiene  
Clarín de metal que suene,  
Mandándoles recoger,  
Vivo clarín has de ser  
De nuestro ejército, Irene.  
Desde esa torre en que estás,  
Temerosas y veloces  
El viento lleve tus voces.  
Que le atemorizen mas.  
Un norte vocal serás,  
Pues la campaña cubierta  
De sangre ser mi concierto,  
Tu voz los atraiga á tí;  
Que yo, á quien viniere aquí,  
Le defenderé la puerta.

IRENE. (*Cantando.*)

«El manso viento que corre  
»Mi voz lleve á los confines.  
»¡A la torre, paladines!  
»Caballeros, á la torre!»

FLORÍPES.

La fortuna me socorre,  
Pues he sentido rumor.

### ESCENA XVII.

RICARTE. — DICHAS

RICARTE.

Despojos de mi valor  
Traigo; esta es la torre, sí.  
Pues la voz de Irene oí.

FLORÍPES.

¿Quién va?

RICARTE.

Sí es.

FLORÍPES.

¿El nombre?

RICARTE.

FLORÍPES.

¿Cómo le podré negar  
El paso, si á amor aguardo?  
¿Quién eres, frances gallardo,  
Que aquí pudiste llegar  
A dar vida de inatár?

RICARTE.

Soy, bella afrenta del día,  
Ricarte de Normandía:  
Por aliviar tus enojos,  
Vengo rico de despojos.

FLORÍPES.

(*Ap.* ¡Ay loca esperanza mía!)  
¿Dónde está Guido?

RICARTE.

No sé;

Aunque al principio le vi,  
En la guerra le perdí,  
Porque tan trabada fué,  
Que nos dividió.

FLORÍPES.

Porque

Mucra yo entre asombros fieros.  
Irene, con lisonjeros  
Ecos su vida socorre.

IRENE. (*Canta.*)

«¡Paladines, á la torre!  
»A la torre, caballeros!»

### ESCENA XVIII.

EL INFANTE, ROLDAN. — DICHOS.

INFANTE.

Bien la voz nos ha traído,  
Iman de nuestro valor.

FLORÍPES

¿Quién es?

INFANTE.

Amor.

FLORÍPES.

Si es amor,

El sea muy bien venido.

¿Guido?

INFANTE.

No es, señora, Guido;  
Un infante esclavo soy,  
Que desperdicios te doy  
De una mesa

FLORÍPES.

(*Ap.* ¡Pena extraña!)

¿Quién es el que te acompaña?

ROLDAN.

Un cierto cautivo, que hoy  
Te sirve.

INFANTE.

El señor de Anglante  
Roldan, el que miras es.

ROLDAN.

Y el que se pone á tus piés,  
Porque al cielo se levante.

FLORÍPES.

Fú á parar serás bastante  
De la fortuna la rueda.

ROLDAN.

Permite que te conceda  
Este don que te he traído.

FLORÍPES.

Sí; ¿mas dónde queda Guido?  
¿Dónde el de Borgoña queda?

ROLDAN.

En la guerra le perdimos  
De vista.

FLORÍPES.

Pues ¡ay de mí!

¿Eso me decís así?

### ESCENA XIX.

OLIVEROS, GUARIN. — DICHOS.

OLIVEROS.

Errados, Guarin, venimos.

GUARIN.

Y aun clavados, pues sentimos  
Los pasos.

OLIVEROS.

¿Que no termines  
De una torre los confines?

GUARIN.

No; mas voz al viento corre.

IRENE. (*Canta.*)

«¡Caballeros, á la torre!  
»A la torre, paladines!»

OLIVEROS.

Esta es la seña, ya estamos  
Cerca della.

GUARIN.

Llega pues.

FLORÍPES.

O me miente mi deseo,  
Fantasmas al parecer,  
O vienen dos.

GUARIN.

En llegando,

Te suplico que me des  
A conocer esa dama,  
Que debeis tanto.

OLIVEROS.

Si haré:

Llega conmigo, Guarin.

FLORÍPES.

¿Quién va?

OLIVEROS.

Amor.

FLORÍPES.

Pase quien es.

OLIVEROS.

Oliveros soy, señora.

FLORÍPES.

Ojos, albricias teneis,  
Que si á Ricarte, á Guarinos,  
Roldan y Oliveros veis,  
El principe de Borgoña  
Por fuerza ha de ser aquel;  
Que quien su amigo no fuera,  
No llegara aquí con él.  
Ya, Irene, no llares mas,  
Que todos juntos se ven.—  
Vos seáis muy bien venido, (*á Guarin.*)  
Mi dueño, señor y bien,  
A dar nueva vida á un alma,  
A cuya lealtad y fe  
¿Qué de lágrimas costais!  
¿Qué de suspiros debeis!

GUARIN. (*Ap.*)

Cielos, ¿qué escucho? ¡Por Dios,  
Que no he llegado otra vez  
A pais tan agradable!  
Puestas las mesas se ven  
A mediodía, y de noche  
Cama y moza. Si así es  
La tierra del Fierabras,  
Fierabras me quedo á ser.

FLORÍPES.

¿Pues no merezco respuesta?  
¿Cómo no me respondeis?  
¿Mas me quereis dilatar  
Este gusto, este placer?  
Dadme los brazos.

GUARIN.

Los brazos

Es lo ménos que os daré,  
Que pienso daros...

FLORÍPES.

¿Qué escucho?

Hombre, ¿quién eres?

GUARIN

Mujer,

Quien tú quisieres que sea.

FLORÍPES.

Dime, Oliveros: ¿quién es  
Este hombre?



OLIVEROS.

Un escudero

De Guido.

FLORIPES.

Y ¿dónde está él?

OLIVEROS.

¿No ha venido?

FLORIPES.

No ha venido.

OLIVEROS.

En la guerra me empené,  
Y aunque al principio le vi,  
No le volví á ver despues.

FLORIPES.

¡Ay infelice de mí!  
Irene, el paso deten;  
Mira que mi vida falta:  
Vuelve á llamar otra vez.

OLIVEROS.

Si á Guido habemos perdido,  
Caballeros, triste fué  
La salida; pues compramos  
Por un precio tan cruel  
La vida de cuatro dias.

FLORIPES.

¿Qué poca razon teneis  
En decir que le perdisteis!  
Paladines, no os quejeis,  
Pues yo sola le perdido.  
¡Ay de mí! cielos, ¿qué haré?  
¡Oh gallardos paladines,  
Honor del lirio frances!  
¡Buena cuenta me habeis dado  
De un alma que os entregué!  
Roldan, ¿dónde vuestro primo  
Quedó? ¡Habladme, responded!  
Óliveros, ¿dónde está  
Vuestro amigo el mas fiel?  
Ricarte, ¿dónde dejais  
Aquel vuestro deudo? ¡Aquel  
Compañero, dónde queda,  
Guarinos? ¿No respondéis?  
Haceis bien en callar todos,  
Por no engañarme otra vez;  
Pues todos me habeis mentido,  
Todos me engañasteis, pues  
Al llegar á aquesta torre,  
Cuando el nombre os pregunté,  
Todos dijisteis *amor*,  
Y ninguno dijo bien.  
Si callais, por no decirme  
Que murió, mirad que haceis  
Mayor mi pena; pues ya  
Muero de una y otra vez.  
Hidrópica de desdichas,  
Tengo dellas tanta sed,  
Que quiero agotarlas todas  
Por morirme de una vez.  
No podreis decirme todos  
Ya mas de lo que yo sé;  
Porque ya le he visto, ya  
Dentro de mí misma hacer  
Piélagos de undosa sangre,  
Siendo su acero el desden  
Del notó, cuando sacude  
Las espigas de una mies.  
Aqui derriba, allí mata,  
Y son ruinas de sus piés  
Las victorias de sus manos:  
Ya desmayado se ve;  
Despedazado el escudo,  
Mal guarnecido el arnes,  
Entre alarbes enemigos  
Vaga sin tino y sin ley:  
Ya bañado en polvo y sangre  
Cayó, dando el rosciler  
En cada gota un rubí,  
Y en cada perla un clavel.

Pues si yo le he visto ya  
En tal desdicha, ¿por qué  
Todos lo quereis negar?  
¡No es peor, franceses, que  
Esté con nuevo tormento  
Muriendo una y otra vez?  
Dadme pues por nombré *muerte*,  
Y no *amor*, y acertareis;  
Porque es muy tirana accion,  
Porque es piedad muy crúel,  
Que todos digais *amor*,  
Y ninguno diga bien.

ROLDAN.

Señora, si tu desdicha  
Y la nuestra, pues ya es  
Tan una, remedio tiene,  
Fíalo de mí; yo iré  
Al campo, y aquí te doy  
Palabra de no volver  
Sin Guido.

OLIVEROS.

Todos la damos;

Y de no volver sin él  
Vivo ó muerto, el homenaje  
Te prometemos á ley  
De Francia.

FLORIPES.

A darme la vida  
Vais; ¡Alá os lleve con bien!  
Y el nombre, cuando volvais,  
Sea *amor*, si le traeis  
Vivo; y si muerto, *fortuna*;  
Porque no escuche otra vez.  
Que todos digais *amor*,  
Y ninguno diga bien.

## JORNADA TERCERA.

## ESCENA PRIMERA.

FLORIPES, en la torre. (*Suenan trompetas y cajas destempladas.*)

FLORIPES.

No acabó con la pálida tristeza  
De la noche la injusta pena mia.  
Pues con el día á proseguir empieza:  
¡Oh! plegue á amor que acabe con el día.  
La voz primera, que la lijereza  
Del viento lleva, es fúnebre armonía  
De ronca caja y de bastarda trompa,  
Que el viento hiera y que los ciclos rom-  
[pa.  
Si estos pueños anuncios son primeros.  
Y de mal en peor van mis enojos.  
¿Cuáles serán (¡oh cielos!) los postrer-  
[os?  
Fuentes perenes llorarán mis ojos.  
Mas ya evidencias son, no son agüeros  
Los que el campo me ofrece por despo-  
[jos;  
Pues miro que un entierro en forma  
[marcha.  
Al profanar de la primera escarcha.  
¿Un cadalso en el campo? ¡triste caso!  
¿Roncós los instrumentos? ¡dura suerte!  
¿Vueltas las armas? ¡estupiendo paso!  
¿Las luces desmayadas? ¡lance fuerte!  
¿Arrastrar las banderas? ¡gran fracaso!  
¿Acercarse hácia mí? ¡tirana muerte!  
¿Evidencias no son (¡vista importuna!)  
Del postrer parasismo de fortuna?

## ESCENA II.

SOLDADOS MOROS en orden y arrastrando  
banderas; GUIDO DE BORGONA,  
atadas las manos, cubiertos los ojos  
con una banda negra; FIERABRAS.  
— FLORIPES.

(*Tocan cajas.*)

FIERABRAS.

[ma,  
¡Ah de la torre, que hoy de Amor se llama-  
Y del Encanto ayer! Si bien el nombre  
No mudó, ni el sentido ni la fama;  
Que encanto es la hermosura para el  
[hombre;  
Y si vive encantado el hombre que ama,  
No será bien que la mudanza asombre;  
Que el mismo nombré tiene, ó monta tan-  
Pues sinónimos son amor y encanto. [to,  
Decid á esa hermosura aborrecida,  
A esa luz de mi esfera desatada,  
Estrella de mis rayos desasida,  
Fuerza de mi poder tiranizada,  
Y mitad de mi alma y de mi vida,  
Si bien en ella está mal empleada:  
A Floripes decid (mi pena es mucha),  
Que me escuche á esa almena.

FLORIPES.

Ya te escucha.

No, Fierabras, la desasida estrella,  
Aborrecida luz ni despreciada,  
No aquella de tu sér mitad, no aquella  
De tu imperio deidad tiranizada:  
Aquella, sí, virtud mas pura y bella,  
Aquella, sí, beldad mas celebrada,  
Después que se ha negado á tus desde-  
[nes;

Floripes, pues, te escucha; di, ¿á qué  
FIERABRAS. [vienes?

Vengo á que scpas hoy en tus desvelos,  
Vengo á que sepas hoy en tu mal fuerte,  
Cómo mi muerte da muerte á mis celos,  
Si muerte puede haber para la muerte.  
Este que ves en tantos desconsoles  
Sacrificio del hado y de la suerte;  
Este que miras en miseria tanta,  
Ya el funesto cuchillo á la garganta,  
Es Guido de Borgoña; este es tu amante;  
Y porque mas de mi dolor se crea,  
Le traigo á que, teniendo delante,  
El suyo y tu rigor distinto sea.  
Tú has de verle, él no á tí; porque bastan-  
Será á morir felice el que te vea; [te  
Y habeis de padecer dos una muerte,  
Tú con verle morir, y él con no verle.  
Marcha al cadalso con la pompa agora  
Del entierro feliz que le apercibo,  
Que vengarse en su honor mi honor ig-  
Y las exequias le celebro vivo. [nora;  
Tú, Floripes, padece, siente y llora,  
Pues yo siento, padezco y lloro al vivo;  
Tú me das celos, yo te doy rigores,  
Diga amor cuáles son penas mayores.

FLORIPES.

¡Espera, aguarda, bárbaro homicida!  
¡Agnarda, espera, bárbaro inhumano!  
Mas de injurias no es tiempo; entene-  
[cida

Le he de obligar. ¡Ah Fierabras! ¡ah,  
[hermano!

¡Ah rey, dueño y señor de aquesta vida!  
Mira que está pendiente de tu mano  
El alma que quisiste y adoraste;  
Por lo que he sido á enternecerte baste.  
Nunca el noble que amó cubrió de olvido  
Tanto el pasado amor; que siempre deja  
El fuego señas de que fuego ha sido.  
Mis suspiros, mis lágrimas, mi queja  
Te muevan.

FIERABRAS.

Aspid soy; cerré el oído.

## FLORÍPES.

Pues tanto de mi voz tu amor se aleja,  
Eres vil, eres monstruo, eres tirano,  
Ni mi rey, ni mi dueño, ni mi hermano  
Y ántes que yo la muerte suya vea,  
Has de ver tú la mía; y pues el hado  
Tan en mi daño su dolor emplea,  
Muera con él mi amor desesperado.  
Seguidme pues, Irene, Arminda, As-  
[Ireca!]  
(*Quítase de la ventana Florípes.*)

## ESCENA III.

LOS CABALLEROS FRANCESES. — DICHOS.

OLIVEROS.

La ocasión á las manos ha llegado:  
¡Ea, fuertes franceses!

FIERABRAS.

Pues ¿qué es eso?

ROLDAN.

Nosotros, que venimos por el preso

FIERABRAS.

¿De dónde habeis salido? ¿Por ventura  
Hombres armados ese monte encierra?  
Cuando á un muerto frances doy sepul-  
¿Con cinco vivos me pagó la tierra? [tura  
Mas ya sé lo que provida procura;  
Que como vivos nunca los entierra,  
Vivos me los ofrece todos juntos  
Para que se los vuelva yo difuntos.

ROLDAN.

Discursos han sido vanos  
Los que la lengua primero  
Articula, que el acero.

FIERABRAS.

Pues hablen, frances, las manos.  
(*Entranse peleando, y dejan solo á Guido.*)

## ESCENA IV.

GUIDO.

Aunque me ciegan los ojos  
Los lazos de mi tormento,  
La luz del entendimiento  
No han cegado sus ojos.  
Por las mal distintas voces,  
Y el mal formado ruido  
De las armas, he entendido  
Que animosos y veloces,  
Sin mirar en intereses,  
Intentan librarme fieros  
Mis gallardos caballeros,  
Mis generosos franceses.  
¿Quién deste lazo inclemente  
Librarse hubiera podido,  
Y á la luz restituido,  
Desesperado y valiente  
Vendiera su vida (¡ah cielos!)  
(*Prueba á quebrar las cuerdas, y no puede.*)

A precio de muchas! No.  
Puedo desatarme yo.  
Monstruo soy de fuego y hielo;  
Vivo y muerto de una suerte,  
Voces á los vientos doy,  
Y en apelación estoy  
De una sentencia de muerte.

## ESCENA V.

FLORÍPES, ARMINDA, IRENE. — GUIDO.

FLORÍPES.

¡Ea, valerosa Astrea,  
Arminda, Irene! en tal duda,

Si á darme venís ayuda,  
Hoy vuestro valor se vea.

IRENE.

Ya nuestra gente acomete,  
Y como lid han trabado,  
Aquí el preso se han dejado  
Sin guarda alguna.

FLORÍPES.

El copete

Nos ofrece la ocasión. —  
Sígueme, Guido.

GUIDO.

¿Qué es esto?

Que en nueva duda me ha puesto  
Mi ciega imaginación.  
¿Quién me ha nombrado?

FLORÍPES.

Después

(Que no es tiempo) lo sabrás.

GUIDO.

¿Aun quieres que dude mas,  
Fortuna? Pero no es  
Cuerda duda; pues si fuera  
De mi gente, cosa es clara,  
Que tanto no dilatará  
Nueva que es tan lisonjera.  
Ya el fin de mi vida vi  
Con aquestas señas; yo  
A morir voy, pues salió  
La sentencia contra mí.

## ESCENA VI.

GUARIN, *que sale corriendo; después*  
FIERABRAS, *dentro.*

GUARIN.

¡Ah señoras! ¿Pues no habrá  
Una que quiera dolerse  
De mí? ¿Esperad! — Ya cerraron;  
Aunque vine diligente  
A retirarme con ellas,  
Tardé. ¿Qué jamas viniese  
Yo á buen tiempo, si no es  
Que se repartan cachetes!  
Trabada anda la batalla.  
¡Oh quien boleta tuviese  
Para algun balcón del cielo  
En fiesta que es tan solemne!  
Porque hay cuchillada tal,  
Que á un turco rollizo hiende  
Por la cinta, y es la espada  
De tan lindo corte y temple,  
Que se le vuelve á dejar  
Tan en pié, que no parece  
Que pasó: ¡tajo hay, que empieza  
A cortar desde la frente  
Y hasta el ombligo no para,  
Dejando al moro paciente  
Hecho un águila de Roma,  
Con un cuello y dos golletes.  
En dos mitades á un turco  
Partió Roldan por las sienes;  
Y aquí el pecho, allí la espalda,  
Sobre láminas de un césped,  
Nos dió á entender que eran dos  
Hombres de medio relieve.

FIERABRAS. (*Dentro.*)

¡A ellos, alarbes! que ya  
Cobardes la espalda vuelven.

## ESCENA VII.

LOS CABALLEROS FRANCESES. — GUARIN.

ROLDAN.

Retirarnos es forzoso,  
Porque todo el mundo viene  
Sobre nosotros.

OLIVEROS.

Llevemos

A Gui de Borgoña al fuerte,  
Y amparémonos en él.

INFANTE.

Aquí quedó, y no parece.

RICARTE.

Pues ¿qué habremos adquirido  
Si la presa se nos pierde?

GUARIN.

Mejor dijerais el preso,  
Pero eso fuera á no haberle  
Retirado yo á la torre  
Con solas cuatro mujeres  
Que salieron á ayudarme.

ROLDAN.

Eres leal y valiente.

GUARIN.

¡Mucho! mucho!

INFANTE.

¿Eso es verdad?

GUARIN.

Dentro está.

RICARTE.

¿Qué nueva alegría!

ROLDAN.

¿Mujeres le retiraron?

GUARIN.

Venid, que no será este  
El primero que retiren.  
Yo sé de alguna, que tiene  
Retirados por aldeas  
Mil príncipes excelentes,  
Pobres y llenos de pleitos;  
Que así mudra quien bien quiere.  
(*Vanse.*)

Sala en la torre.

## ESCENA VIII.

FLORÍPES, DAMAS; GUIDO, *vendado*  
*y atado.*

FLORÍPES.

Ya que del temor segura,  
Noble Guido, de perderte  
Estoy, es tiempo que aquí  
Conozcas lo que me debes.  
(*Desátale y descúbrelle.*)

GUIDO.

¡Válgame el cielo! ¿Qué miro!

FLORÍPES.

¿Qué dudas? ¿Qué te suspendes?

GUIDO.

Dudo mis dichas, señora;  
Que como tan pocas veces  
Las vi el rostro, no observé  
De su rostro las especies,  
Y suspéndome en pensar  
Si con ellas.

FLORÍPES.

¿Qué resuelves

De esa suspensión y duda?

GUIDO.

Que sí, que es fuerza que fuesen  
Mis dichas las que mis pasos  
Guiaron á hablarte y verte.  
Dame mil veces los brazos;  
Que por si es lingido este  
Bien, ántes que de mis ojos  
Desvanecido se ausente,  
Tengo de lograrle. Ahora,  
Mas que del sueño despierte,



Mas que de mis brazos huyas,  
Y mas que venga mi muerte.

FLORIPES.

¡Oh á costa de cuántos riesgos  
La vida, Guido, me debes!

GUIDO.

¿Qué es lo que me dices? ¿Yo  
Te debo la vida?

FLORIPES.

Eres

Ingrato, si aquesto niegas.

GUIDO.

No soy; pues si bien lo adviertes,  
Tú no me has dado la vida;  
Solo el modo de la muerte  
Mejoraste: esto te debo,  
Y no mas.

FLORIPES.

¿Pues de qué suerte?

GUIDO.

Yo iba á morir (es verdad)  
Entre bárbaros crueles,  
Y allí el pesar me mataba  
De morir, mi bien, sin verte;  
A darne la vida tú  
Saliste, hermosa y valiente,  
Y trajisteme á la torre  
Donde tu hermosura viese,  
Y aquí me mata el placer;  
Luego la vida no debe  
El que de pesar moria,  
Y agora de placer muere;  
Que igual muerte es la que dan  
Pesares, como placeres.

FLORIPES.

Bien sabes desobligarte,  
Guido, por no agradecerme  
Las finezas. — Mas ¿qué es esto?  
La puerta abrieron.

## ESCENA IX.

LOS CABALLEROS FRANCESES.—DICHOS.

OLIVEROS.

Mil veces

A todos nos da los brazos,  
Que nuestra amistad merece.

GUIDO.

A muchos debo la vida,  
Y he de ser forzosamente  
Ingrato, que á solo un dueño  
La he de dar.

ROLDAN.

Nada le ofreces,

Porque aunque todos pelean,  
Y todos la empresa vencen,  
Los prisioneros despues  
Solo son de quien los prende,  
Y así, aunque todos salimos  
A librarte y defenderte,  
Pues Floripes te ganó,  
Solo de Floripes eres.

GUARIN.

Y galan, en buena guerra  
Ganado, ninguno tiene  
Derecho contra tí; pues  
Cuando otra alguna te lleve,  
Te podrá sacar por pleito;  
Que si por armas te adquiere,  
Eres amante pecunio  
Castrense, ó cuasi castrense.

FLORIPES.

Ya que otra vez, paladines,  
Nos ha juntado la suerte,  
De una mujer los discursos

Escuchad atentamente,  
Siquiera por ser primeros.  
Ya veis que el hado inclemente  
Tan poco lugar permite  
A los sucesos alegres,  
Que apenas deja mirarlos  
Cuando de vista los pierde.  
Apénas darnos podemos  
De un suceso parabienes,  
Cuando pesares de otro  
Nos amenazan y advierten.  
Hidras las desdichas son;  
Mil nacen donde una muere,  
Y en parecerse á si mismas  
Son ya las desdichas fénix.  
Una es heredera de otra,  
Y tantas á una suceden,  
Que siempre de sus cenizas  
Está el sepulcro caliente.  
Tratemos de remediarnos,  
Porque vivir desta suerte  
Es imposible. Ya estamos  
Entre fortunas crueles  
Otra vez sitiados; ya  
Volvimos á la inclemente  
Ruina pasada: ¿qué alivio  
Tenemos que nos consuele?  
Qué esperanza que nos valga?  
Qué poder que nos remedie?  
El mas osado peligro  
Lo mas que ofrecernos puede  
Es un dia mas de vida;  
Y este pasado, se vuelve  
A quedar la duda en pié.  
Juntemos los pareceres  
Nuestros, y búsque un medio,  
A pesar de inconvenientes,  
Con que de una vez salgamos  
De morir de tantas veces.  
¿Quién el relámpago vió,  
Culebra de fuego, sierpe  
De vislumbres escamada,  
Que el aire ilumina y hierce,  
Que no previniere el rayo?  
Quién en montañas de nieve  
Vió levantarse huracanes,  
Gigantes de espinna débil,  
Que á la prevista tormenta  
Reparos no previniere?  
Quién vió encapotarse el sol  
Con nubes que le oscurecen,  
Que para la tempestad  
No solicitase albergue  
Cortesano de una choza,  
O de un hueco tronco huésped?  
Pues ya el relámpago vimos  
Brillante entre nubes leves,  
Pues ya vimos la tormenta  
Amenazar con desdenes,  
Y vimos la tempestad  
Prevenir iras crueles;  
Reparémonos de todos;  
Porque morir desta suerte  
A manos de nuestro miedo,  
Es flaqueza que no tiene  
Disculpa, bien como aquel  
Que huyendo de quien le viene  
A matar, se mata él mismo,  
Como si morir no fuese  
Morir uno de cobarde.  
Tanto como de valiente:  
Y quizá si se ayudara  
Del valor, diera la muerte  
A quien se la quiso dar,  
Que es la fortuna accidentes.  
Yo estoy dispuesta á seguirlos,  
Porque no hay inconveniente  
Que rinda tan firme amor,  
Que fe tan pura sujete.  
En la vuestra he de morir  
De Guido esposa, si quiere  
El cielo que con mi bien

Tantos pesares descuento.  
No quedemos sospechosos  
Con este escrúpulo, este  
Recelo de que no hicimos  
Cuanto pudimos valientes.  
Y mirad cómo ha de ser,  
Que yo altiva, osada y fuerte,  
No me he de dar á partido  
A la fortuna inclemente,  
Pues la he de esperar constante,  
Vista á vista, frente á frente,  
Cara á cara, cuerpo á cuerpo;  
Porque así viva quien vence.

ROLDAN.

Aunque yo callar pudiera  
Donde todos hablar pueden,  
Como mejor informado  
De todo lo que sucede  
En Africa y fuera della,  
Quiero, señora, atreverme  
A tomar esta licencia.  
Carlo Magno con su gente  
En Aguas Muertas está,  
Y, piadoso, no se atreve  
A combatir y postrar  
Aquel prodigioso puente,  
Porque en los presos tu hermano  
Rabia y cólera no vengue.  
A tratar partidos vine:  
El poco efecto que tiene  
Mi embajada, ya lo ves;  
Repetirle no conviene.  
Digo pues, por ir al caso,  
Que si avisar se pudiese  
Al Emperador de cómo  
Vivimos, y él emprendiese  
Ganar el puente, era fuerza  
Que el gran poder divirtiese  
De tu hermano, siendo entonces  
Mas flaco por menos fuerte.  
Esta es la razon de estado  
Mas practica; lo que tiene  
De dificultad agora,  
Es cómo avisarse puede  
A Carlos.

OLIVEROS.

Pues que tú diste

El consejo, me parece  
Que yo podré dar el modo.  
Escuchad: pues en el fuerte  
Tenemos tantos caballos,  
El mas veloz se aderece,  
Y armado de todas armas,  
Uno de nosotros muestre  
Su valor, saliendo al campo  
Y no á vencer, como suele,  
Sino á huir; porque tal vez  
Por mas victoria se tiene.  
Con industria y con valor  
Pase de Mantible el puente,  
Y avise á Carlos de todo.

INFANTE.

Pues uno el consejo ofrece,  
Y otro el arbitrio, á mí agora  
Dar algo me pertenece;  
Y así doy el caballero  
Que ha de salir.

GUIDO.

¿Pues no adviertes  
Que todos por mi arriesgasteis  
La vida, y es bien que arriesgue  
También la vida por todos?

RICARTE.

Yo es justo que á los dos medie,  
Saliedo yo.

ROLDAN.

Yo he venido

Con la embajada, y conviene  
Que vuelva con la respuesta;

Que son estilos corteses  
Que con la respuesta vuelva  
Quien con el recado viene.

OLIVEROS.

¿Y qué dijera de mí  
Quien de mi valor creyese  
Que supe dar el consejo,  
Y que no supe emprenderle?  
Bueno fuera que el hablar  
Me tocase solamente,  
Y el hacer á otro.

FLORÍPES.

Yo

Os compondré.

ROLDAN.

Cuanto intentes  
Obedecerémos todos.

OLIVEROS.

¿Quién dices?

FLORÍPES.

Que se echen suertes  
Digo; así á ninguno agravio,  
Pues que saldrá el que saliere.

ROLDAN.

Dices bien.

GUIDO.

¿Cómo ha de ser?  
Que ni aquí tinta se ofrece,  
Ni dados.

IRENE.

Yo os lo diré:  
Esta cinta partes breves  
Haced, tantas como sois,  
Y á tomar cada uno llegue  
Un cabo, estando en mis manos  
Todos, y aquel que escogiere  
Florípes, ese saldrá.

*(Parten la cinta con una daga, y cada uno da su parte á Irene.)*

GUARIN.

¿Ven todas vuestras mercedes  
Cuanto estos nobles monsiurés,  
Atrevidos y valientes,  
Intentan el salir? Sí.  
¿Ven tambien que no me meten  
En la danza, y que me estoy,  
Como un novicio obediente  
Sin hablar y sin paular?  
Sí. Pues el diablo me lleve  
Sí, sin ver la suerte yo,  
No me tocare la suerte.

INFANTE.

Llega, señora, y un lazo  
Destos toma, porque ese  
Ha de salir.

FLORÍPES.

*(Ap. ¿Ay de mí!*

Quién adivinar pudiese,  
Cuál es el de Guido, y no  
Para elegirle y tenerle;  
Sino ántes para dejarle:  
Que hay caso en que amor ordene  
Que, por haberle escogido,  
He de dejar de escogerle.)  
Este elijo.

IRENE.

¿Cuyo es?

GUIDO.

¿Qué?

FLORÍPES.

¿Ay de mí!

ROLDAN.

¿Qué fuerte

Es mi estrella!

OLIVEROS.

¿Que en mi vida

Nada bien me sucediese!

*(Vanse Roldan y Oliveros.)*

INFANTE.

¿Qué desdichado he nacido! *(Vase.)*

RICARTE.

¿Triste voy de que otro fuese! *(Vase.)*

GUIDO.

En tanto que me despido,  
Guarín...

GUARIN.

Ahora va.

GUIDO.

Prevente;

Que á las ancas del caballo  
Has de ir.

GUARIN.

¿Yo adarga viviente?

¿Pues entré en la suerte yo?

GUIDO.

No es tiempo de burlas este.

GUARIN.

Ya se ve que es muy de véras.  
Pero yo, señor, adviértete  
Que ir no puedo, porque tuve  
Con el gigante del puente  
Ciertas palabras mayores. *(Vase.)*

GUIDO.

Ya te digo que me dejes.

## ESCENA X.

GUIDO, FLORÍPES.

GUIDO.

Florípes, leyes de honor  
Son mas que divinas leyes,  
Que obligaciones del gusto  
En un noble pecho vencen.  
Sabe el cielo que mi vida  
Es tuya, y sabe que siente  
Vivir sin ti; mas sin ti  
No vive, no, sino muere.  
A darte voy libertad.

FLORÍPES.

¿Ay Guido, lo que me debes!  
¿Ay Guido, lo que me cuestas!  
Que aun de burlas no consiente  
Amor que yo elija otro.

GUIDO.

Esa es mi suerte dos veces.

FLORÍPES.

No digas que suerte ha sido  
La que mi mano te ofrece,  
Pues era fuerza que yo  
Entre todos te eligiese.  
Y lo que hubo de ser fuerza,  
No es bien que se llame suerte.

GUIDO.

Suerte con razon la llamo,  
Pues me pesara de verte  
Nombrar á otro: deo aparte  
El valor, pues me parece  
Que solo de que tu mano  
Tocara á la línea breve  
De una cinta, cuyo extremo  
Ajena mano tuviese,  
Bastara á matar de amor;  
Porque hay venenos tan fuertes,  
Que á un valle se comunican  
De hoja verde en hoja verde;  
Y pudo por el contacto  
Dilatarse y extenderse

Veneno de amor, porque es  
Tu mano un áspid de nieve.

FLORÍPES.

Correspondan las líneas  
Ausente, como presente.

GUIDO.

Siempre será tuya el alma.

FLORÍPES.

Y mi vida tuya siempre.

GUIDO.

Quédate á Dios.

FLORÍPES.

El te libre.

GUIDO.

El te guarde.

FLORÍPES.

Y él te lleve

Con bien.

GUIDO.

¿Oh qué mal se ausenta

Un hombre de lo que quiere!

FLORÍPES.

¿Oh qué bien una partida  
Dice lo que el alma siente! *(Vanse.)*

Campamento de Fierabras

## ESCENA XI.

ALGUNOS MOROS huyendo de FIERABRAS, que sale muy enojado tras ellos.

FIERABRAS.

¿No me quede aquí ninguno,  
Canalla cobarde y vil!  
Que no es blason oportuno  
Que acometan á cien mil,  
Y pelec solo uno.  
Si todos habeis de huir,  
Y dejarme en la ocasion,  
Solo me podeis servir  
De quitarme la opinion,  
Para que puedan decir  
Los franceses, que han vencido  
Un ejército arrogante;  
Y pues que yo solo he sido  
Quien los esperó constante,  
Quien los aguardó atrevido,  
Vivo yo, que he de quedar  
Solo, y que solo he de dar  
Consola mi vista guerra  
A los cielos, á la tierra,  
Al viento, al fuego y al mar.

*(Vanse los moros.)*

No ha de quedarme en el fuerte  
Piedra sobre piedra alguna,  
Aunque le pese á la suerte,  
Aunque lllore la fortuna,  
Y aunque lo sienta la muerte.  
Yo era un caudaloso río  
Que en brazos me desangraba;  
Y como del valor mio  
Valor á todos prestaba,  
No era tan grande mi brio:  
Ya mis raudales junté;  
Solo estoy, solo seré  
Corriente mas fuerte hoy.  
Y pues que tan solo estoy,  
Salid al campo, porqué  
No perdaís, nobles cristianos,  
La victoria de morir  
A tan generosas manos;  
Mas si salís para huir,  
Serán mis intentos vanos.

*(Suena dentro ruido.)*

¿Vive Alá! que me temieron  
Hoy como solo me vieron;



Que las fieras, cada día,  
No dieron en compañía  
El pavor que solas dieron.  
Bien se ve, pues quien salió  
Igual pareja corrió  
Con el aura lisonjera,  
Y en medio de la carrera  
Tan atrás se la dejó,  
Que publica sin aliento,  
Que confiesa con desmayo,  
Que aquel prodigio violento,  
Si hay rayo con alma, es rayo.  
Si hay viento con cuerpo, es viento.  
¿Quién será aquel caballero?  
¡Oh quien pudiera alcanzallo!  
En el monte se entró; pero  
De las ancas el caballo  
Ha arrojado al escudero,  
Y del monte despeñado,  
A la alfombra que en el suelo  
El abril ha matizado,  
Se cayó

## ESCENA XII.

GUARIN, rodando. — FIERABRAS.

GUARIN..

¡Válgame el cielo!

FIERABRAS.

¿Qué es aquesto?

GUARIN.

Haber rodado.

FIERABRAS.

¿Quién eres?

GUARIN.

¿Aquesto hay mas?

FIERABRAS.

Dime luego, ¿con qué fin  
Sales hoy, y dónde vas?

GUARIN.

Yo, señor Don Fierabras,  
Soy el bárbaro Guarín,  
De Gui de Borgoña soy  
Escudero. Con él voy;  
Porque pretende arrogante  
Avisar al imperante  
De las fortunas que hoy  
Padece, porque con guerra  
Entrándose por tu tierra,  
Divierta el poder, y así  
Puedan escapar de aquí  
Esos que la torre encierra.  
Y tanto en mi pecho labras,  
Que, ántes que la boca abras,  
Satisfago á tus preguntas.  
Mira qué de cosas juntas  
Te he dicho en cuatro palabras.

FIERABRAS.

Calla, no me digas mas...

GUARIN

No haré.

FIERABRAS.

Que muerte me das.  
¿Avisar á Carlos quieren  
De sus penas? Pues no esperen  
Verse sin ellas jamas.  
¿Y cómo piensa pasar  
Guido el puente?

GUARIN

¿Qué sé yo?

FIERABRAS.

¿Quién el feudo le ha de dar?

GUARIN.

Roldan pagado dejó  
Cuando aquí pudo llegar.

FIERABRAS.

Si aquí estoy, bien puede ser  
Que embista con su poder  
Carlos el puente; si voy  
A guardarle, paso doy  
A los presos. ¿Qué he de hacer?  
Mas pues estoy tan seguro  
Que ellos no salgan de aquí,  
Guardar la puente procuro  
Yo mismo, teniendo en mi  
Mejor gigante su muro:  
Pues así está defendida  
Con prevención celebrada,  
Sin que mi poder divida,  
Para los unos la entrada,  
Y á los otros la salida.—  
Aunque pudiera matarte... (A Guarín.)

GUARIN.

Hicieras mal.

FIERABRAS.

Quiero honrarte.

GUARIN.

Haces bien.

FIERABRAS.

A esto me obligo,  
Porque reñiste conmigo,  
Y mis brazos he de darte;  
Que dos, que en campo han lidiado,  
Guardan amistad sin fin.  
Vete en paz. (Vase.)

GUARIN.

Dios sea loado;  
Que ya estás, fray Juan Guarín,  
De Fierabras perdonado.  
¿Qué es lo que pasa por mí?  
Pero ya otra vez lo vi,  
Aunque en caso diferente;  
Pues hicieron eminente  
A un hombre que conocí,  
Versos que otro trabajó:  
Y mas opinión ganó  
Alguno con lo achacado,  
Que otros con lo trabajado,  
Como en mis hazañas yo.  
Y aunque el desengaño vean,  
No habrá disculpas que sean  
Bastantes á mi fatiga,  
Si hay un tonto que lo diga,  
Y dos tontos que lo crean. (Vase)

Campamento de Carlo Magno.

## ESCENA XIII.

CARLO MAGNO, SOLDADOS; despues GUIDO.

EMPERADOR.

Aquí heced alto, y aquí  
Sueñe la bastardá trómpa,  
Sucedan las cajas rotas.  
Y á los templados clarines  
Las banderas que volaron

(Estruendo de cajas.)

Con las aguilas de Roma  
A ver cara á cara al sol,  
Siendo del viento lisonjas,  
Abatan el vuelo altivo,  
Y las plumas, que coronan  
De rayos, bajen á ser  
Destos peñascos alfombra.  
Ninguna seña de gusto,  
Ninguna acción de victoria  
Se vea; que mis empresas  
Ya han de ser funestas todas.  
Cinco valerosos lirios,  
Desatados de las hojas  
De una lis Africa injusta,

En urnas de olvido gozas,  
Siendo tu abrasada arena  
Sepulcros de su memoria.  
A vengarlos viene Carlos,  
Y por mi sacra corona,  
Que un mar de sangre africana  
Ha de costar cada gota.  
Ese puente, que atrevido  
Al sol, que le mira, enoja,  
Pues puesto en mitad del mundo,  
Ver la otra mitad le estorba,  
Porque su estatura hace  
A su medio ámbito sombra,  
Has de ver cómo mi acero  
Humilla, derriba y postra,  
Convirtiéndose en cenizas,  
Troya del agua, esa Troya.  
Marche el campo derramado  
Por la margen arenosa  
Del Mantible en sus arenas,  
De sierpes engendradoras;  
Que ántes que el sol otra vez  
Rubios cabellos descoja,  
Y en espejos de cristal  
Mire mejillas de rosa,  
Tengo de dar el asalto.

GUIDO. (Dentro.)

¡Ay de mí!

EMPERADOR.

Voz temerosa.

SOLDADO 1.º

Hoy el cielo favorece  
Tu causa, ó la suya propia,  
Pues en tan profundo río  
Vado muestra. Mira agora  
Un hombre á caballo, que...

EMPERADOR.

No digas mas, que ya nota  
Mi vista el nuevo prodigio  
De que este bruto me informa.  
¿Quién será? que mal la vista  
Puede distinguir la forma,  
Porque el bulto solamente  
Se permite á la memoria.  
Atomo del agna es,  
Cuando del viento envidiosa  
Quiere que átomos tambien  
Discurran su espuma sorda.  
A los embates del río  
Hecho el caballo una roca,  
Se deja llevar, mas luego  
Que al rigor la cerviz doblá,  
Vuelve ganando mas agua  
Que perdió en la procelosa  
Furia, porque así se vencen  
Poderosos que se enojan  
Ya tomó puerto en la orilla,  
Donde mas riesgo zozobra.  
Llegad á darle favor;  
Echad al agua una sonda,  
Pero séanlo mis brazos,  
Que tantas venturas gozan.  
¡Guido! ¡Sobriño! (Sale Guido.)

GUIDO.

Señor,

Dame tus plantas heroicas.

EMPERADOR.

Pues ¿qué fortunas son estas?

GUIDO.

No es tiempo de hablar agora,  
Cuando da paso á las manos  
El oficio de la boca.  
Solo te podré decir  
Que aquesta acción generosa  
De haber pasado ese río,  
Siendo en verdinegras ola,  
Un escollo fugitivo

Que la corriente furiosa  
De sus centros arrancó,  
¡Enascos de algas y de ovas;  
Que el haber sido piloto  
Sobre las cerúleas ondas  
De un animado bajel,  
Siendo la frente la proa,  
Remos los piés, los estribos  
¡ostados, las ancas popa,  
Las guedejas jarcias, yo  
La vela que el viento azota,  
Y el timón que nos gobierna  
Sobre la espuma la cola:  
Es pequeño triunfo, hazaña  
Humilde y empresa poca,  
Para la que has de saber.  
Y pues que la priesa importa,  
Da, soberano señor,  
Asalto á esa poderosa  
Eminencia, de quien es  
Pensil el cielo, pues logra  
Por jardines sus esferas,  
Y por estrellas sus rosas.  
Darás libertad, señor,  
No digo á tus gentes todas,  
A quien bárbaro sujeta,  
A quien cruel aprisiona  
Una fiera, pues lo es  
En el nombre y en las obras;  
Sino á la bella Floripes,  
Decidad del Africa hermosa,  
En cuyo divino objeto  
La edad de los dioses torna.  
Por ella tus caballeros  
Tienen vida generosa;  
Por ella vive la lis  
De Francia en tierras remotas,  
Por ella de mi garganta  
Al cuchillo y á la soga  
Se admitió la apelacion;  
Y todo tan á su costa,  
Que en los brazos de la muerte  
La he dejado tan dudosa,  
Que teme á cada suspiro  
Si se ahoga, ó no se ahoga.  
Si soy tu sobrino, si eres  
César, cuyo nombre asombra,  
Si solicitas la vida  
De cuatro deudos que agora  
Muertos viven; contra un rey  
Bárbaro las armas toma,  
O volveréme otra vez  
A echar á esa espuma sorda,  
Volviendo á morir con ellos  
Entre mis cenizas propias,  
Fénix de amor; que esta fe  
Debo á Floripes hermosa.

EMPERADOR.

El que muertos pretendia  
Vengaros, no tendrá otras  
Albricias, Guido, que darte  
Por nuevas tan venturosas,  
Sino hacer lo que me pides.  
Hoy verás mi vencedora  
Cuchilla sobre ese puente.  
Cesen las funestas pompas;  
Cajas el aire ensordezcan,  
Clarines el cielo rompan;  
Que pues vivos tengo dentro  
Del Africa venenosa  
Mis paladines, es bien  
Haga listas; no se oigan  
Voces de amor que digan  
Guerra ya, sino victoria.

GUIDO.

A la música, que alegre  
Discorre la esfera ociosa,  
Abren el puente, y parece  
Que de la celeste bola  
Los dos polos se desquician,  
Los dos ejes se trastornan

(Tocan.)

EMPERADOR.

Vámonos llegando á ellos  
Al son de cajas y trompas.

GUIDO.

Floripes mía, á librarte  
Voy de esclavitud penosa;  
Una vida que te debo,  
He de pagarte con otra. (Vanse.)

La puente de Mantible.

## ESCENA XIV.

FIERABRAS, *sentado, y á sus piés* DOS  
GIGANTES.

FIERABRAS.

Sobre el puente de Mantible,  
Mirando á una parte y otra,  
Ejércitos se descubren:  
¡Ah qué vista tan hermosa!  
Los sitiados de mi tierra,  
Viendo que ya se corona  
El Mantible de pendones,  
Que la lis de Francia borda,  
Se han atrevido á salir,  
Y marchando en buena forma,  
Se van acercando al puente:  
Los franceses, que blasonan  
De que los han de librar,  
Osados las armas toman;  
Y en medio de todos yo  
Con ufana vanagloria  
Estoy, de ver el cuidado  
Que les da una vida sola;  
Y aun pienso que de una vida  
Por ser mía, es cierta cosa  
Que á mí de mí, para todos  
La mitad de mí me sobra.  
Ya por las dos partes llegan  
Divididas las dos tropas:  
Bien podré hablar desde aquí,  
Porque los dos campos me oigan.

## ESCENA XV.

EL EMPERADOR, GUIDO, SOLDADOS Y  
LOS CABALLEROS, LAS DAMAS, GUA-  
RIN. — FIERABRAS, LOS GIGANTES.

FIERABRAS.

Generosos paladines,  
Los de la Tabla Redonda,  
Cuya fama de dos polos  
Uno y otro extremo toca,  
Ya libres, ó ya cautivos  
Estois, escuchadme agora;  
Que quiero que os maten ántes  
Mis palabras que mis obras.  
Dentro y fuera de mi tierra  
Me haceis guerra ¡acción famosa!  
Porque no era para mí  
Bastante una empresa sola.  
Y así, porque en todos juntos  
Tenga nombre de victoria,  
Sobre el puente de Mantible  
Os espera mi persona.  
Dos gigantes me acompañan  
Que el Flegma abrasado aborta,  
Hijos del sol y la tierra,  
Para que á mis piés se pongan.  
Descendientes son de aquellos  
Que guerra al cielo pregonan,  
Ó personas de dos montes,  
Ó montes de dos personas:  
Y con todo yo os espero  
Con esta cuchilla corva,  
Que es del libro de la muerte  
Desencañada hoja.  
Llegue pues, si quiere alguno

Probar de qué suerte corta,  
Antes de dar la batalla;  
Y si uno solo no osa,  
Subid todos, que el río Verde  
En sus profundas alcobas  
Ya sepulcros os construye:  
Y su corriente espumosa  
Ya del nombre se despidе;  
Pues si fué verde hasta agora,  
Ha de ser de aquí adelante  
El río del Agua Roja.

EMPERADOR.

Ya solo, bárbaro, es tiempo  
De que las cajas respondan. —  
Toca al arma, y ¡viva Francia!

FIERABRAS.

¡Viva Africa! ¡al arma toca.

Voces dentro.

¡Viva Africa!

Otras.

¡Francia viva!

(Suben por la parte del Emperador  
y pelean en la puente.)

ROLDAN.

Ya se escucha que de esotra  
Parte se da la batalla:  
Acometamos agora  
Nosotros por este lado.

(Suben unos por una parte y otros por  
otra; dase la batalla muy renida en  
lo alto, y entranse todos por arriba.)

FLORIPES.

Retirémonos nosotras,  
Pues hasta que no ayudemos  
Nuestra patria en tal discordia,  
Sin ser tambien instrumento  
De sus pérdidas.

IRENE.

Señora,

Muy bien lo puedes decir,  
Pues ya ves las fuerzas rotas  
De las huestes africanas,  
Y el frances la puente toma.

ARMINDA.

Y de la mas alta almena  
Bárbaro un turco se arroja,  
Hasta llegar á tus piés.

(Cae desde lo alto Fierabras, sin es-  
pada y ensangrentado.)

FIERABRAS.

¡Oh, reniego de Mahoma!  
¡Agora hubo de fallarme  
Con que darme muerte? ¡agora...  
Pero yo me mataré  
Con mis manos y mi boca.

FLORIPES.

Mi hermano es.

FIERABRAS.

¿Quién está aquí?

FLORIPES.

¡Ay cielos! (Quiere huir,

FIERABRAS.

No, no te escondas;

Que quiero, ingrata, que veas  
Cómo con mi muerte logras  
Ruinas de tu propia patria,  
Muerte de tu sangre propia.  
De los cielos blasfemaba,  
Tirando con furia loca  
Pedazos del corazón...  
Pues fuiste mi cielo, toma:

(Arrójala la sangre)

Bebe de mi sangre, harta  
Bella la sed que te enoja.



ESCENA XVI.

EL EMPERADOR, LOS CABALLEROS. —  
DICHOS.

EMPERADOR.

¿Adónde está Fierabras?

FIERABRA

Aquí está; que la victoria  
Aun no es tuya, mientras vivo,  
Pues sin tiempo te coronas.  
Acábanle de matar,  
Y asegura tu persona,  
Si no es que después de muerto  
Te da la muerte mi sombra.

EMPERADOR.

Llevalle donde le curen  
Como á mi persona propia;  
Que diferencia ha de haber  
De la prision rigurosa  
De un rey bárbaro á la mía. (*Llévante.*)

ROLDAN.

Danos los brazos, que honran  
Los nuestros.

GUIDO.

Y yo merezco  
Lugar entre tantas honras,  
Siquiera por el padrino;  
Que esta es Floripes, mi esposa.

EMPERADOR.

Despacio quiero ofrecirme

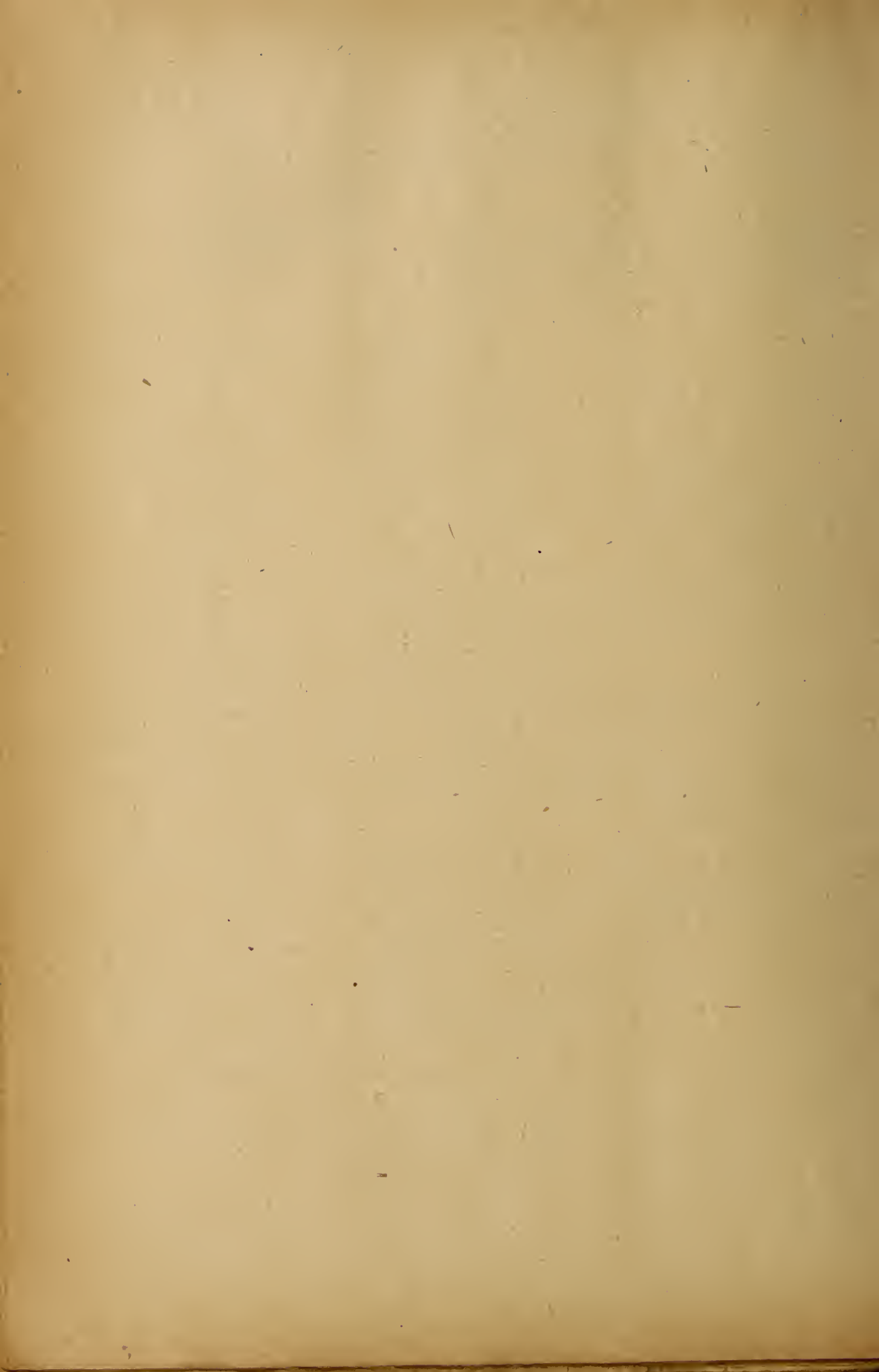
A vuestro servicio; agora  
Dadme los brazos.

FLORIPES

Yo soy  
Eu ser tu esclava dichosa.

EMPERADOR.

Pues cobré mis caballeros,  
Asegurando la gloria,  
Aquesa fábrica altiva,  
Que el paso al Africa estorba,  
En cenizas se resuelva,  
Para que de todas formas,  
Hoy *La Puente de Mantible*  
Tenga fin con tal victoria.





# MEJOR ESTÁ QUE ESTABA.

## PERSONAS.

FLORA, *dama*.  
LAURA, *dama*.  
CARLOS COLONA.  
ARNALDO.

FABIO.  
DON CESAR, *viejo*.  
SILVIA, *criada*.  
NISE, *criada*.

DINERO, *criado*.  
CELIO, *alcaide*.  
JULIO, *criado*.  
CRIADOS. — GENTE.

*La escena es en Viena.*

## JORNADA PRIMERA.

Sala en casa de Don César.

### ESCENA PRIMERA.

FLORA, *quitándose el manto y poniéndose otra ropa*; SILVIA.

FLORA.

Dame presto otro vestido;  
Quitame este traje presto.

SILVIA.

¿Qué traes, señora? ¿Qué es esto?  
¿Qué tienes? ¿Qué ha sucedido?

FLORA.

Pierdo, en pensarlo, el sentido;  
¡Mira, en decirlo, qué haré!

SILVIA.

La ropa está aquí.

FLORA.

Aun no sé

Si estoy segura.

SILVIA.

Señora,

En tu casa estás.

FLORA.

Ahora,

Lo que ha pasado diré.  
Ya sabes las grandes fiestas,  
Que Alemania, agradecida  
De su gloria á la fortuna,  
Como al cielo de sus dichas,  
Previno al recibimiento  
De la gallarda María,  
Feliz infanta de España,  
Y reina feliz de Hungría.  
Ya sabes que mas que todas  
Esta famosa provincia  
De Viena, se mostró,  
Como noble y como rica,  
A cuyo aplauso la fama,  
Con voces mil repetidas,  
Convidó al mayor teatro  
Que vió el sol, en cuantos gira  
Círculos de vidrio y nieve,  
Desde que el alba le riza  
La crespada melena de oro,  
Hasta que la noche fría  
Se la desmaraña, siendo  
Fénix de la edad de un día,  
Desde el oriente al ocaso,  
Lecho y mármol, cuna y pira.  
Esta tarde, que el Danubio  
Era el circo donde había  
De ser un torneo de agua  
La fiesta, porque de envidia  
De la tierra no muriese.

Viendo que ella merecía  
Siempre en su esfera á su  
Madama Laura, mi amiga  
Y mi vecina, con quien  
Esos jardines confinan,  
Me envió con un criado  
A decir que si quería  
Ir á hallarme disfrazada  
En las fiestas prevenidas  
(Pues por ser fiestas de agua,  
Lugar ni balcon había  
Donde verlas) que saliese  
A la española vestida;  
Y de rebozo las dos  
Podríamos divertidas  
Pasar la tarde, gozando  
La fiesta desde la orilla.  
Yo pues (que con decir yo  
No es necesario que diga  
Mas, pues diciendo mujer,  
La consecuencia es precisa)  
Sin prevenir los sucesos  
Que resultarme podrían  
De que alguien me conociese,  
Con Laura fui, donde había  
Sobre la encrespada selva,  
Sobre la campaña riza,  
Abriles fingiendo, una  
Primavera fugitiva,  
Porque de enramados barcos  
Y de toldadas barquillas,  
Portátil monte de rosas  
Era la vistosa isla.  
En una hermosa galera,  
Que desde el tope á la quilla  
Era ascua de oro, á pesar  
De tantos cristales, viva,  
En el río entro la Reina,  
A cuya agradable vista  
Hicieron salva las ondas,  
Siendo con dulce armonía  
Ruiseñores de metal  
Cañones y chirimías.  
El mantenedor... ¿Mas dónde  
Voy? pues no es bien que repita  
Juegos, quien siente pesares,  
Gustos, quien llora desdichas.  
Dejemos á los gozosos  
Las fiestas: ellos las digan;  
Y no hablemos de sus glorias,  
Adonde hay desgracias mías.  
Estábamos desde lejos  
Las dos; pero no fingidas  
Tanto, que la novedad  
No despertase la envidia.  
De los que mas nos siguieron,  
Fue uno Arnaldo, con quien iba  
Licio mi primo y mi amante,  
Con quien mi padre porfia  
Que me case á mi disgusto:  
¿Qué imprudente tiranía!  
De Arnaldo y Licio en efecto

Seguidas y perseguidas,  
A mi pesar, no de Laura,  
Fuímos, porque entretenida  
Me dió á entender que gustaba,  
Sea ó no sea malicia,  
De que Arnaldo la siguiese.  
¡Suerte injusta! ¡Pena esquivál  
Licio, que á su amigo ya  
Bien entretenido mira,  
Envidioso ó cortesano  
(Todo es una cosa misma)  
Quiso darme á mi conmigo  
Ojos; que en la corte, Silvia,  
Hay muchos hombres que aman  
Por solo hacer compañía  
Yo que vi que ya conmigo  
La plática disponía,  
Por no responderle y ser  
En el habla conocida,  
Volvi al descuido la espalda,  
Y viendo que me seguía  
(¡Oh cuánto yerra el temor!).  
A un forastero, que iba  
Con un criado...

### ESCENA II.

ARNALDO, CELIO, y luego DON CARLOS. — FLORA, SILVIA.

ARNALDO. (*Dentro.*)

Matadle.

CELIO. (*Dentro.*)

Muera.

FLORA.

¿Qué voces, qué grita  
Es esta?

(*Sale Don Carlos con la espada desnuda.*)

DON CARLOS.

Si en la hermosura  
Hay piedad, y hoy no se implican  
Piedad y hermosura, puesto  
Que siempre son enemigas,  
Vuestro sagrado le valga,  
O señoras, á una vida  
Contra quien hoy de los hados  
Se han conjurado las iras.

ARNALDO. (*Dentro.*)

Entrad No importa que sea  
Esta casa...

FLORA. (*A Don Carlos.*)

No prosigas;  
Que á mí me toca ampararte.  
Cúbrete de esta cortina.

DON CARLOS.

Paren las desdichas, cielos,  
Si saben parar desdichas. (*Escóndese.*)

### ESCENA III.

ARNALDO, CELIO, DINERO, GENTE.  
— FLORA, SILVIA; DON CARLOS,  
oculto.

FLORA.

¿Qué es esto, señor Arnaldo?

ARNALDO.

Aunque la cólera mía  
Debiera, divina Flora,  
Suspenderse euando os mira,  
Perdonadme, que esta vez  
Rompe el enojo y la ira  
El respeto á la hermosura,  
La ley á la cortesía.  
Fuera de que, como vos  
Tambien estais ofendida  
En esta parte, es forzoso  
Que dispenseis con vos misma.  
Siguiendo vengo á un traidor,  
Que deja ¡oh suerte enemiga!  
A vuestro primo y mi amigo  
Muerto...

FLORA.

¡Ay cielos!

ARNALDO.

De una herida.  
Como forastero, en lin,  
A la cárcel se retira,  
Pues se ha entrado en vuestra casa,  
De quien guardarse debía  
Dos veces, siendo, como es  
De la parte y la justicia,  
Pues sois la prima del muerto  
Y del Potestad sois hija,  
A cuyo gobierno está  
Toda aquesta monarquía.  
Decid pues dónde se esconde,  
Porque de una vez consiga  
Este acero dos venganzas,  
Una vuestra y otra mía.

DON CARLOS. (Ap.)

¡A muy buen puerto he llegado!

FLORA.

Fuerza es ¡ay de mí! que os diga,  
Pues como decís, yo soy  
La parte mas ofendida,  
La verdad. Aqueste hombre  
Entró hasta aquí...

DON CARLOS. (Ap.)

¡Ah suerte impía!

¿Qué espero?

FLORA.

Huyendo...

DON CARLOS. (Ap.)

¡Mal haya,

Quien de una mujer se fia!

FLORA.

Pero apénas escuchó  
Las voces que le seguian,  
Cuando por esa ventana,  
Que da á esos jardines vista,  
Se arrojó. Seguidle pues,  
Y con noble bizarría  
Le dad muerte; que venganzas  
Tan generosas son hijas  
De vuestro valor.

ARNALDO.

Al cielo

Juro, si no se retira  
A él mismo, de darle muerte.  
Tras él irá; no me siga  
Nadie para esta venganza;  
Que yo basto.

(Vase por la ventana.)

DINERO.

Yo malilla.

CELIO.

¿Quién sois vos?

DINERO

De esta baraja

Soy, si él basto se apellida,  
Malilla yo, y voy tras él;  
Porque si fué la espadilla  
El hombre que busca, y hoy  
Contra el hombre triunfa, sirva  
Yo de sentarle una baza;  
Que en la polla deste día,  
Todos somos matadores.

CELIO.

¿Qué locuras!

DINERO.

Como mías

CELIO.

Pues soy su amigo y alcaide  
Del fuerte, bien este día.  
Por su amistad y su oficio.  
Es fuerza que á Arnaldo siga (Vase.)

DINERO. (Ap.)

Criado de Carlos soy.  
Y así he de andar á la mira,  
A ver lo que le sucede;  
Que á esto la lealtad obliga.

(Vase, y la gente.)

FLORA.

¿Fuéronse?

SILVIA.

Si; ya se fuéron.

FLORA.

Pues cierra esas puertas, Silvia

### ESCENA IV.

DON CARLOS, FLORA, SILVIA.

DON CARLOS.

(Saliedo de donde estuvo.)

¡Hay tal valor! ¡Oh bien haya  
Quien de una mujer se fia!

FLORA.

Ya habeis visto, caballero,  
Cuán á costa del dolor,  
De la sangre y del amor,  
Daros libertad espero,  
Pues generosa y constante  
En vuestro favor me hallais.  
Siendo el que muerto dejais,  
Mi primo ¡ay Dios! y mi amante,  
Y siendo vuestra malicia  
Tan ciega, que os ha obligado  
A que tomeis por sagrado  
La casa de la justicia.  
Mas aunque todo esto aquí  
Está contra vos, está  
De vuestra parte que ya  
Os amparasteis de mí.  
Ya lo empecé, y pues en tal  
Delito soy delincuente,  
Pues quien le hace y le consiente  
Tienen pena por igual,  
Librarme á mí solicito  
Con libraros, por temer  
Que debo yo de tener  
Gran parte en vuestro delito.

DON CARLOS.

Cómo responderos dudo;  
Que como jamás traté  
Dichas, hablarlas no sé,  
Y así estoy con ellas mudo;  
Que como siempre desdichas  
En mi pecho he anosentado,

Nunca, señora, he estudiado  
El idioma de las dichas.  
Y no sé de qué manera  
Halladas conmigo estén;  
Que nadie recibe bien  
Los huéspedes que no espera.  
Dicha fuera no ofenderos,  
Desdicha fuera no hallaros,  
Dicha fuera no enojaros,  
Desdicha fuera no veros;  
Y así entre uno y otro extremo  
Oid la disculpa mía:  
Quizá la verdad podria  
Tener las dichas que temo,  
Si de la razon movida,  
Templais rigores severos;  
Que será gran dicha veros,  
Y no veros ofendida.  
Yo salí al río esta tarde  
Por ver si acaso podia,  
Entre placeres del día,  
Hacer á un pesar cobarde.  
Allí estaba pues, señora,  
Una gallarda tapada.  
Bien como suele embozada  
Entre nubes el aurora.  
Esta, á quien el traje infano,  
De que vestida venia,  
Encubria y descubria,  
Sacando una blanca mano,  
Mariposa de cristal  
De las luces de sus ojos,  
Me llamó. Yo que, entre enojos,  
Dudaba ventura igual,  
Viendo que la deidad era  
De flores blancas y rojas,  
Y oyendo de aves y hojas  
La música lisonjera,  
Creí que acciones tan graves  
No eran que á mí me llamara,  
Sino compas que llevaba  
A las flores y á las aves.  
Como forastero, en fin,  
Tantas venturas dudé,  
Bien que villano llegué  
Atrevido al serafín.  
Apénas pues pronunció:  
«Aquí me importa que esteis,  
Y que llegar estorbeis  
Aquel hombre» euando yo  
Vi que uno que la seguia,  
Y ántes me pareció acaso,  
Apresuré mas el paso  
A estorbar la suerte mía.  
Llegó diciendo: «El lugar,  
Señor, que habeis ocupado,  
Esa dama me ha negado;  
Y pues no puedo vengar  
El desaire en ella, en vos,  
Instrumento suyo, si.»  
No sé qué le respondi;  
Y ya empeñados los dos,  
Saqué la espada impaciente,  
O colérico ó furioso,  
Cuando el valiente y celoso,  
Que es ser dos veces valiente,  
Sacó la suya. Los cielos  
Saben que mi brazo fuerte  
Hizo poco en darle muerte,  
Habiéndole dado celos.  
Llegó la justicia pues,  
Y viendo, que á la justicia  
Quien no temerla codicia,  
Ni noble ni cuerdo es,  
Volvi la espalda, y huyendo  
En vuestra casa me entré,  
Porque la primera fué,  
Que sale al campo. Aquí entiendo  
El gran peligro en que estoy,  
Si vos, deidad soberana,  
Tan divinamente humana,  
No me dais la vida hoy,



Considerando la accion  
En que apenas fui culpado,  
Pues no fué caso pensado,  
Con ventaja ó con traicion.  
Una mujer me empenó.  
A quien quise obedecer;  
Y así, pues que sois mujer,  
Obligacion os corrió  
De ampararme: de manera,  
Que por mujer y ofendida,  
Teneis accion á mi vida;  
Pues si bien se considera,  
Bien la muerte mereció  
Quien, siendo primo y amante  
Vuestro, activo y arrogante  
Por otra dama riñó.  
Y así una vez enojada  
Estad, y otra agradecida;  
Pues si sois prima ofendida,  
Tambien sois dama vengada.

FLORA.

Hoy vuestra disculpa halló  
Crédito en mí, de tal modo,  
Que me parece que á todo  
Estuve presente yo.  
Y así, pues una mujer  
Tanto os empenó primero,  
Otra, infeliz caballero,  
Vuestra defensa ha de ser.  
Lo que ella erró, emiende yo  
Y quejaos desde aquí,  
De la que os empenó, sí;  
De la que os ampara, no.  
A ese camarín entrad,  
Y hasta que la noche fría  
Sea homicida del día,  
Escondido en él estad;  
Que, en habiendo anohecido,  
Seguro salir podeis.

DON CÁRLOS.

Dejadme...

FLORA.

No, no teneis  
Que decirme agradecido  
Nada, que es muy bajo indicio;  
Pues quien llega á agradecer,  
Paga, y yo no he de vender,  
Sino dar el beneficio.

SILVIA.

Gente he sentido.

FLORA.

Entrad presto  
En esa cuadra; no os vea.

DON CÁRLOS.

Ella mi sagrado sea.

(*Entrase Don Carlos, y Silvia va á cerrar la puerta con llave.*)

## ESCENA V.

DON CESAR.—FLORA, SILVIA.

DON CESAR (*Dentro.*)

Todo quede así dispuesto.

SILVIA.

Echo á la puerta mil llaves. (*Cierra.*)  
(*Sale Don César.*)

DON CESAR.

Flora.

FLORA.

Señor...

DON CESAR.

Ya el desvelo  
Me ha dicho en el desconsuelo,  
Que muestras desdichas sales.

FLORA.

Ya sé, señor, que un traidor  
Por una fácil mujer,  
(Porque ¿quién pudiera ser  
Dueño de tanto rigor?)  
Mató á Licio. Aquí se entró...

DON CESAR.

No tengas pena que pueda  
Escaparse, que ya queda  
Todo esto sitiado, y no  
Me ha de quedar, vive el cielo,  
Casa, iglesia, ni vergel,  
Que no examine cruel  
Mi cuidado y mi desvelo.  
Retirate tú de aquí,  
Que siento ruido.

FLORA.

Ya voy  
A servirte. (*Ap. ¡Muerta estoy!  
Deliéndame Dios de mí.*)

(*Vanse Flora y Silvia.*)

## ESCENA VI.

CELIO Y CRIADOS, *que traen preso á*  
DINERO.—DON CESAR.

CELIO.

Este es, señor, un criado  
Del homicida; que ha sido  
De nosotros conocido,  
Y él mismo lo ha confesado.

DINERO.

Así es la pura verdad.  
Pero ¿qué delito es  
Ser criado suyo, pues  
Yo diré toda verdad?  
Que viéndole aquesta tarde  
Sacar el acero allí,  
Otra veréda cogí.

DON CESAR.

¿Por qué?

DINERO.

Porque soy cobarde.

DON CESAR.

Mira, que el Potestad es,  
Con quien hablas.

DINERO.

Norabuena,  
Que á mi nada me da pena,  
Si he de decir verdad; pues  
Diciendo yo la verdad,  
¿Ser qué importa, en conclusion,  
El trono ó dominacion,  
Cuanto mas el Potestad.

DON CESAR.

¿Cómo te llamas?

DINERO.

Dinero,  
Por vivirme yo conmigo,  
Pues nadie vivió consigo.

DON CESAR.

¿Quién es aquel caballero,  
Amo tuyo?

DINERO.

El es, señor,  
Una muy linda persona.

DON CESAR.

¿Lláname?

DINERO.

Cárlos Coloma,  
Hijo del gobernador  
De Brandeburg.

DON CESAR.

(*Ap. ¡Ay de mí!  
Que es mi mayor enemigo  
Hijo del mayor amigo!*)  
Pues ¿á qué ha venido aquí?

DINERO.

A solo matar sobrinos  
De Potestades.

DON CESAR.

No trato  
De hurlas.

DINERO.

Soy menitecato:  
Diré dos mil desatinos.  
A ver las fiestas, señor,  
Que hace Alemania este día,  
A la divina María.

DON CESAR.

Preso id.

DINERO.

¿Por qué tal rigor?

DON CESAR.

Porque en la cárcel esteis  
Hasta que la confesion  
Se os tome y declaracion.

DINERO.

¿Qué más claro me quereis?  
Ya ser Dinero no espero;  
Que en cárcel (nadie se asombre)  
Me gastarán hasta el nombre,  
Por dejarme sin dinero.  
(*Llénanle Celio y los criados, y vanse.*)

## ESCENA VII.

DON CESAR.

¿Quién vió mayor confusion  
Jamás ¡cielos! que la mía?  
Bien decía el que decía  
Que hidras las desdichas son:  
Pues apenas muere una,  
Cuando otra á su sangre nace;  
Que esta para aquella hace  
De su sepulcro la cuna.  
Cuando como juez y parte  
Te busco, fiero homicida  
De mi honor y de mi vida,  
Quisiera ¡ay de mí! no hallarte,  
Porque si osado me atrevo  
A vengarme, mas me aflijo.  
Porque eres de un hombre hijo  
A quien vida y honor debo.  
Y es verdad á honor y vida  
De su padre recibí  
Cuando... Mas no es para aquí;  
Baste ver que no se olvida.  
Así que vida y honor  
Obligados y ofendidos,  
Hacen guerra á mis sentidos  
Con piedad y con rigor.  
Forzoso el buscarte es,  
Y forzoso el ampararte,  
Y así he de ser en buscarte  
Un hombre celoso; pues  
Entre contrarios venenos,  
No vió descanso jamás,  
Y aquello que busca mas,  
Es lo que quiere hallar ménos. (*Vase.*)

Sala en casa de Laura.

## ESCENA VIII.

ARNALDO, LAURA, NISE.

LAURA.

Y en fin ¿qué ha sucedido?

ARNALDO.

Que tras él me arrojé ; pero al ruido  
Llegó infinita gente,  
Y entre todos Don César, diligente.  
Yo que ví que ya era  
Mi venganza imposible, aunque quisiera  
Entre todos mostrarme,  
Pues habian de prenderle, y no dejarme.  
No quise que pensase quien estaba  
Allí, que con justicia le buscaba  
Cobarde mi desvelo ;  
Y así me retiré, rogando al cielo  
Que César no le halle,  
Y me quite la dicha de matarle ;  
Porque con ménos no estaré vengado,  
De quien mi amigo me mató á milado.

LAURA.

¡ Nunca yo te escribiera,  
Que disfrazada iba á la ribera !  
Mas ¿ quién jamas previno  
Las ignoradas sendas del destino ?

ARNALDO.

Aquella necia amiga  
Tuya la causa fue.

LAURA.

No sé si diga  
Que lo fué mas su estrella,  
Pues que ya quien le llora mas, es ella.

ARNALDO.

Lo que obligarla pudo  
Así á llamar á un forastero, dudo,  
Ciega y inadvertida.

LAURA.

El no ser de su primo conocida.

ARNALDO.

¿ Luego aquella era Flora ?

LAURA.

Descuido del afecto fué.

ARNALDO.

Y yo ahora  
Entro en nuevo cuidado  
Si riñendo á los dos habia dejado,  
¿ Cómo viéndole luego  
Tan turbado y tan ciego,  
El riesgo no previno  
De su primo, y dió voces ?

LAURA.

Desatino  
Es, en pena tan fiera,  
Querer que una mujer en sí estuviera.

ARNALDO.

Malicias son de un alterado pecho ;  
Mas por Dios, que no sé lo que sospecho.

NISE. (A Laura).

Fabio, tu hermano, viene.

LAURA.

Que me vea contigo no conviene ;  
Que ya está malicioso en esta parte.  
Tú aquí con él procura disculparte.  
(Vanse las dos.)

## ESCENA IX.

FABIO.—ARNALDO.

FABIO.

¡ Señor Arnaldo !

ARNALDO.

Señor

Fabio....

FABIO.

¡ Aquí pues ! ¿ qué mandais ?

ARNALDO.

Que una gran merced me hagais.

FABIO.

Decid pequeño favor.

ARNALDO.

Ya sabreis de mi dolor  
El fin.

FABIO.

El se deja ver.

ARNALDO.

Un caballo he menester....

FABIO. (Ap.)

Los cielos me den paciencia.

ARNALDO.

Para cierta diligencia,  
Que me importa mucho hacer ;  
Que me ha hallado en vuestra calle  
Una nueva, y alcanzar  
Me importa un hombre.

FABIO.

Mandar

Podeis, sin que en mí se halle  
Dificultad. (Ap. Sufrá y calle  
Hasta otro tiempo el deseo  
Mi venganza.) Yo me apeo  
Ahora de un alazan,  
Que me espera en el zaguán.  
Subid en él, qué bien creo.  
Que es para alcanzar y huir ;  
Y ved si quereis que yo  
En otro os siga.

ARNALDO

Eso no,  
Porque yo solo he de ir.

FABIO.

En todo os he de servir.

ARNALDO.

Y yo pagároslo espero.  
Quedad con Dios.

FABIO.

Oid primero,  
Aunque tan de prisa estais,  
Arnaldo, que de aquí os vais.

ARNALDO.

Decid.

FABIO.

Advertiros quiero  
Que mi hermana tiene aquí  
Su cuarto, y el mío es aquel ;  
Y así, que llaméis en él,  
Cuando me busqueis á mí.  
Digódslo, Arnaldo, por sí.  
Volveis otro día á buscallo ;  
Pues por necio lance hallo,  
Y treta falsa se llama,  
A la casa de la dama  
Ir á ganar el caballo.

ARNALDO.

Yo pregunté aquí por vos,  
Porque estaba gente aquí.

FABIO.

Claro está que sería así.  
Id con Dios.

ARNALDO.

Quedad con Dios. (Vase.)

## ESCENA X.

FABIO.

¿ Qué mal sabemos los dos  
Disimular ni fingir !  
¿ Qué mal hice en descubrir  
Mi recelo ó mi temor !

Porque celos del honor,  
Ni se han de dar ni pedir.  
Pero ¿ quién con celos : cielos !  
A quien esto dijo, viera.  
Por ver si él mismo pudiera  
Ni dar ni pedir sus celos ?  
Que tan continuos recelos,  
Agravios tan repetidos,  
Veneno de los sentidos,  
Que penetra el corazón.  
¿ Para qué son, si no son  
Para dados ni pedidos ?

## ESCENA XI.

LAURA.—FABIO.

LAURA.

¿ Con quién hablabas aquí ?

FABIO.

Connadie. (Ap. Honor, ¿ qué previenes ?)

LAURA.

¡ Así respondes ! ¿ Qué tienes ?

FABIO.

Tengo un pesar...

LAURA. (Ap.)

¡ Ay de mí !

FABIO.

De lo que hoy ha sucedido...  
Aunque no es de aquello, no.

LAURA.

¿ Qué fué ?

FABIO.

¿ No lo sabes ?

LAURA.

¿ Yo  
De quién, si tú no has venido,  
Que es de quien puedo saber  
Yo lo que en la corte pasa ?  
Pues siempre cerrada en casa,  
Ni aun el sol me llega á ver.

FABIO.

Pues... (Ap. No sé como lo diga.)  
Sabrás que mató arrogante  
Un hombre á Licio, el amante  
De Flora, tu grande amiga ;  
Sobre hablar enamorado  
Una tapada este día.

LAURA.

Si no fuera tiranta,  
Te dijera que me he bolido ;  
Porque si á Flora adoraba,  
Con quien se habia de casar,  
¿ Qué tenia pues que hablar  
Con la que tapada estaba ?  
Aquesto es lo que nos pasa  
A las mujeres ; pues cuando  
Ella se estaria llorando,  
Sola y cerrada en su casa,  
Andaba él de esa manera  
Tras mujercillas tapadas.  
Siempre á riesgo las espadas  
¡ Ay, hombres, quién os creyera !

FABIO.

Si celos á Flora dió,  
Bien ha pagado sus celos,  
Y pues tú sin desconsuelos  
Hablas, mejor podré yo,  
A quien tu amor asegura  
De una desgracia una dicha,  
Porque á veces la desdicha  
Es madre de la ventura ;  
Que por eso dijo un sábio :  
« ¿ Quién desea bienes, quién  
Sabiendo que el propio bien,



Nace del ajeno agravio?  
Hoy pues...

LAURA.

No me digas más.  
De ajena ventura alcanza  
Nueva vida tu esperanza.

FABIO.

Al fin del discurso estás:  
Pues si César empeñado  
Estaba con su sobrino,  
Antes fuera desatino  
El haberme declarado,  
Y ya no.

LAURA.

Y harás muy mal  
En no arder en tanta llama:  
Que su vida ama el que ama  
Una mujer principal;  
Que á fe que no sucediera,  
Lo que todo el lugar llora,  
Jamás á Licio por Flora.

FABIO.

Claro está que no pudiera.  
Dame un recado que quiero,  
De tu parte visitar  
Hoy á Flora.

LAURA.

Su pesar  
Es de tus dichas tercero.  
Sea el pésame el recado.

FABIO.

Que es bastante ocasion, creo.  
Adios.

LAURA.

¡Oh cuánto deseo  
Verte muy enamorado!

FABIO.

¡Pues tan mal me quieres?

LAURA.

Quien

Tu paz busca, no hace mal;  
Que esto no es quererte mal,  
Sino quererte á mí bien. (Vanse.)

Sala en casa de Don César.

## ESCENA XII.

FLORA, SILVIA; después DON  
CARLOS.

SILVIA.

Ya me parece que es hora,  
Señora, si te parece,  
Antes que se enciendan luces,  
De que se vaya este huésped.

FLORA.

Es verdad: abre esa puerta.  
(Abre Silvia, y sale Don Carlos.)

DON CARLOS.

Decid el sepulcro breve  
De un vivo cadáver; pues  
Entre la vida y la muerte  
Muere pensando que vive,  
Vive pensando que muere.

FLORA.

Ya que el ave de la noche  
Sus alas nocturnas tiende,  
Haciendo sombra á los días  
En los campos de occidente,  
Podeis irlos, caballero.  
La oscuridad os aliente:  
Que aun apenas una estrella  
A tantas nubes se atreve,  
Cuando en la hoguera del día,

Pavesas del sol se encienden.  
Id con Dios.

DON CARLOS.

El cielo os guarde,  
Deidad hermosa, á quien debe  
La vida un hombre infelice,  
Lastimado dignamente  
De que no sea un dichoso,  
Pues por esto no la ofrece;  
Que vida de un desdichado  
De nada serviros puede.

SILVIA.

Venid tras mí.

DON CARLOS.

Ciego os sigo.

(Al entrarse, oyen á Don César, y túrbanse.)

## ESCENA XIII.

DON CESAR. — Dichos.

DON CESAR. (Dentro.)

¡A estas horas no se encienden  
Luces en toda la casa!

FLORA.

¡Ay de mí! mi padre es este.

SILVIA.

Mi señor vuelve, señora.

DON CARLOS.

¿Qué haré?

FLORA. (A Don Carlos.)

A retirarte vuelve.

Cierra tú, y quita la llave.

DON CARLOS.

¡Hay piedades mas crueles!

(Entrase Don Carlos, y cierra la puerta Silvia.)

## ESCENA XIV.

DON CESAR; JULIO, con luces. —  
FLORA, SILVIA.

JULIO.

Ya están las luces aquí. (Las da, y vase.)

DON CESAR.

¡Aqui estabas, Flora!

FLORA.

A verte

Salir, como oí tu voz;  
Que cuidadosa me tienes  
De verte tan cuidadoso

DON CESAR.

Estoy de oficio dos veces.  
Y así dos veces me importa  
Que hoy á este homicida encuentre;  
Para ofenderle la uña,  
La otra para defenderle;  
Y aunque le dejo sitiado,  
Donde quiera que estuviere,  
Pues están aquestas calles  
Todas tomadas de gente,  
He de escribir á los puertos,  
Que á ninguno pasar dejen. —  
Silvia.

SILVIA.

Señor.

DON CESAR.

Traeme luces,  
Escribanía y papeles  
A este aposento...  
(Señalando á aquel donde está Don Carlos)

FLORA. (Ap.)

¡Qué escucho!

DON CESAR.

Que aquí escribir me conviene.

FLORA.

¿Por qué aquí, señor?

DON CESAR.

Porque

Los que á visitarme vienen,  
Mientras estoy escribiendo,  
En estotro cuarto esperen.  
¿Qué es de la llave de aquí?

FLORA.

Esta criada la tiene.

SILVIA.

Yo no la tengo.

DON CESAR.

Pues ¿dónde

Está?

SILVIA.

Sobre ese bufete

La puse.

DON CESAR.

Pues no está en él.

FLORA.

Notables descuidos tienes.  
No se la des. (Ap. á ella. Todo cuanto  
Tomas en la mano, pierdes.)  
(Ap. á ella. No te enojas, Silvia mía,  
Que te riña.)

DON CESAR.

¿No parece?

SILVIA.

No, señor.

DON CESAR.

La llave maestra

Ha de estar (Dios me lo acuerde)

En mi escritorio. Yo voy  
Por ella. (Toma una luz, y vase.)

FLORA.

¿Hay lance mas fuerte?

SILVIA.

¿Qué hemos de hacer?

FLORA.

Si es preciso

Que vuelva y que aquí le encuentre,  
Con la diligencia hagamos  
Lo preciso contingente.

SILVIA.

Dices bien: dejemos algo  
A la fortuna.

(Abre, y al salir Don Carlos por la  
puerta, sale por otra Fabio, y vuelven á encerrarle.)

FLORA.

Bien puede

Salir, que yo estoy mirando  
Si mi padre... Mas detente;  
Que se ha entrado un hombre aquí.  
¡Valedme, cielos, valedme!  
Que un inconveniente es  
Sombra de otro inconveniente.

## ESCENA XV.

FABIO. — FLORA, SILVIA

FABIO.

Permitid que venga á daros  
Un pésame en mal tan fuerte,  
Quien quisiera venir antes.  
A daros mil parabienes.  
Laura, mi hermana, os le envía  
Conmigo, por parecerle  
Que le dara como suyo,  
Quien como vuestro le siente.

FLORA.

Guardaos Dios. (Ap. ¿Que es esto, cielos?)  
Si sale delante de este  
Hombre, aventura mi honor;  
Y si no sale, no tiene  
Remedio el verle mi padre.  
Pero el ingenio remedie  
Las desdichas, si desdichas  
Con el ingenio se venen.  
Señor Don Fabio (¡estoy muerta!)  
Discreto sois y prudente;  
Bien saheis de las desgracias,  
Que cualquiera que sucede,  
Hace el aposento á otra;  
Que á la imitacion del lénix,  
Siempre de cenizas suyas  
Está el sepulcro caliente.  
Un hombre (¡mortal estoy!)  
Un hombre buscando viene  
A mi padre con un pliego,  
Que, segun dice, contiene  
Que un hermano suyo, ¡ay triste!  
En estas lides, valiente  
Murió en servicio del César.  
Ved, por Dios, si es pesar este  
Para contrapeso de otro.  
Quisiera ¡oh penas crueles!  
Que no hallara aquí á mi padre,  
Que dice que luego vuelve;  
Y así me importa, señor,  
Que por un instante breve,  
Mientras yo tomo las cartas,  
Le saqueis de casa. Hacedme  
Esta merced, y ella sea  
La respuesta, porque él viene.

## ESCENA XVI.

DON CESAR. — FLORA, FABIO,  
SILVIA.

DON CÉSAR.

¡Que en la última gaveta  
Hubo de estar!

FABIO. (Ap. á Flora.)

Si haré. (Ap. Deme  
lugenio amor.) Aunque vengo  
(A Don Cesar.)  
Como tan vuestro á ofrecirme  
A vuestro servicio, hay otra  
Causa hoy, que á hacerlo me mueve.  
Yo sé, señor, dónde está  
Cerrado el tirano alevé  
Que buscáis.

FLORA. (Ap.)

¿Qué es lo que escucho?

DON CÉSAR.

¿Dónde. Fabio?

FABIO.

En un retrete

Cerca de aquí.

FLORA. (Ap.)

Muerta estoy.

SILVIA. (Ap.)

Et le vió.

FLORA. (Ap.)

¡Desdicha fuerte!

DON CÉSAR,

¿Qué dices, Fabio?

FABIO.

Que aunque esta  
No es accion de un noble, puede  
Tanto un afecto, que hoy  
Permite que le atropelle.  
Venid conmigo.

SILVIA. (Ap.)

Eso sí.

FLORA. (Ap.)

De un hilo estuve pendiente.

DON CÉSAR.

Ya me espantaba que tanto  
Tiempo ocultarse pudiese.  
Vamos, y porque el rumor  
No le avise, y no le ausente,  
Vamos pocos: los demas  
En esta puerta se queden. (Vase.)

FABIO. (A Flora.)

Llevaréle á la primera  
Casa que me pareciere;  
Que cuando no le halle en ella,  
No es muy grande inconveniente;  
Pues con decir que se fué,  
Todas las dudas se absuelven. (Vase.)

FLORA.

Esto está mejor que estaba.  
Sal tú: avisa cuándo puede (A Silvia.)  
Salir.

SILVIA.

Abre tú entre tanto. (Vase.)

(Abre Flora la puerta, y sale Don Carlos.)

## ESCENA XVII.

DON CARLOS. — FLORA.

FLORA.

Hombre, que no sé quién eres.  
Y á fuerza de mis desdichas,  
Y á pesar de mis desdenes,  
Tantas linezas me cuestras,  
Tantos cuidados me debes,  
¿Qué dejas que haga por ti  
El día (¡oh tirana suerte!)  
Que me obligues, si esto hago  
Por ti el día que me ofendes?  
Si cuando me agraviás mas,  
Mas de tu parte me tienes,  
¿Qué merece una lisonja,  
Si esto un agravio merece?  
Vete, déjame por Dios  
Entre mis penas crueles;  
Que basta que tú las causes,  
Sin que tambien las aumentes.  
Mientras mi padre te busca  
En otra parte, bien puedes  
Ponerte en salvo.

DON CARLOS.

Ahi verás

Cuánto es mi estrella inclemente,  
Pues, para que aquí me libre,  
Van á otra parte á prenderme,  
Dejándome á mi por mí;  
Que mis desdichas no tienen  
Otras que espaldas les bagan  
Sino ellas mismas, de suerte  
Que es fuerza que á mí me busquen,  
Aun para que á mí me dejen.

FLORA.

Pues librate á ti contigo,  
Y vete presto.

## ESCENA XVIII.

SILVIA, FLORA, DON CARLOS.

SILVIA.

Detente,

No salgas.

FLORA.

¿Qué hay, Silvia?

SILVIA.

Hay,

Que hay fuera infinita gente,  
Que está esperando á tu padre

FLORA.

¿No podrá salir, sin verle?

SILVIA.

No, ni estar aquí tampoco;  
Que será posible que entre.

FLORA.

Ello está de Dios que este hombre  
En mi aposento se quede,  
Y aun en él no está seguro,  
Si á escribir mi padre vuelve.

DON CARLOS.

Siirme, esconderme ó estarme,  
Todo es un inconveniente,  
Mejor es que la fortuna  
Por el mas delgado quiebre.  
Yo saldré.

FLORA.

Ni eso tampoco;

Que no me está bien que llegue  
A saberse que aquí estabas.

SILVIA.

Yo daré un medio, de suerte,  
Que yendo, estando y quedando,  
Ni esté, ni vaya ni quede.  
Vente conmigo.

FLORA.

¿Qué intentas?

SILVIA.

Por la puerta, que con este  
Cuarto dice aquella torre,  
Que de caballeros suele  
Ser prision, pasarle á ella  
Y en ella oculto tenerle,  
Pues no se habita, esta noche

FLORA

¿No ves que otra puerta tiene  
Para el cuarto del alcaide,  
Y él llave de ella?

SILVIA.

¿Qué quieres

Que por fuerza sea esta noche  
La que entre allá?

FLORA.

Quien no tiene

Bien que escoger, será fuerza  
Que con el mal se contente.

SILVIA.

Sígueme.

DON CARLOS.

Ya el ser cobarde

En esta parte me debes.

FLORA.

Y tú á mi el ser atrevida.

DON CARLOS.

Mas hago yo; que mas veces  
Se vió valiente un cobarde,  
Que no cobarde un valiente.

FLORA.

¿Qué presto te desobligas  
De mi piedad!

DON CARLOS.

No la tienes,

Porque no es piedad curar  
Un mal con otro mas fuerte,  
Y esta piedad rigorosa  
Es la que á mí me sucede;  
Pues por librarme la vida,  
El alma, Flora, me prendes.

FLORA.

Esta es piedad del valor;  
No del afecto la piensas.



Porque en saliendo de aquí,  
Donde el riesgo que tuviera  
No corra por cuenta mía  
La primera que ha de borrar  
Matar será yo.

DON CARLOS.

Esa sí

Será piedad.

FLORA.

¿De qué y verte?

DON CARLOS.

Porque mandarás matarme  
Por hacer feliz mi muerte.

## JORNADA SEGUNDA.

Cuarto de la torre.

### ESCENA PRIMERA.

SILVIA, y luego DON CARLOS.

SILVIA.

¡Notables cosas mi ama  
Discurre, imagina y piensa  
Hoy, por no dar por vencida  
Su vanidad y soberbia!  
Pero ¿quién me mete á mi  
En si acierta, ó si no acierta,  
Pues que no me toca mas  
Que oír y obedecerla?  
Esta es la puerta que guarda,  
Hasta que la noche venga,  
A Don Carlos. Vaya pues  
De invención y de novela.

(Llama á la puerta, y dice.)

¡Yo soy! Bien puedes abrir.

(Abre Don Carlos la puerta y sale.)

DON CARLOS.

Silvia, bien venida seas.

SILVIA.

¿Cómo va de soledad?

DON CARLOS.

No es posible que la tenga  
Un triste, pues no está solo  
Quien está con su tristeza.

SILVIA.

Si yo dijese que hay,  
Señor, quien hacerte quiera  
En aquesta soledad  
Compañía, ¿qué dijeras?

DON CARLOS.

¿Quién?...

SILVIA.

Escúchame. Una dama  
Tapada llegó á la puerta  
Ahora, y preguntó por mí.  
Salí yo á saber quién era,  
Y no lo supe, porque  
Estuvo siempre cubierta.  
Dijome que ella sabía,  
Don Carlos, por cosa cierta,  
Cómo estabas encerrado  
Aquí, porque siempre atenta  
Estuvo á que no saliste  
Por ventana ni por puerta.  
Añadió á esto decir  
Con mil suspiros y muestras  
De dolor, que le importaba...

DON CARLOS.

¡Notables cosas me cuentas!

SILVIA.

La vida y el alma verte.  
Yo, con maña y con cautela,  
Fingiendo que me llamaba

Mi ama, dejé la respuesta  
Pendiente, y vengo á saber  
Cuál quieres, señor, que sea.  
Mira cuál te está mejor,  
Decirlo, ó negarlo.

DON CARLOS.

Deja

Que me admire de pensar  
Una confusión tan nueva.  
Yo no sé quien pueda ser,  
Pues no conozco en Viena  
Mujer alguna á quien yo  
Este enidado merezca.  
Y puesto que no es posible  
De ningún modo que pueda  
Atormentar el suceso  
Mas que la duda atormenta,  
Dile que es verdad que aquí  
Estoy, y que á verme venga.

SILVIA.

¿No hay mas de que venga á verte?  
¿No miras, no consideras  
Que si mi señora sabe  
Que alguna persona entra  
Aquí, cuánto mas mujer?...

DON CARLOS.

¡Luego lo ha de ver por fuerza?  
Y pues en bajando oscura  
La noche, me he de ir, no quieras  
Que lleve esta duda mas.

SILVIA.

De tal modo me lo ruegas..  
Ahora bien: ¡aventurarme  
Quiero por tí. Aquí me espera. (Vase.)

DON CARLOS.

¡Mujer á buscarme á mí!  
¡Válgate Dios por Viena,  
Y cuáles son tus mujeres!  
Apénas me he visto, apénas,  
En tu insigne corte, cuando  
Una me llama y me arriesga;  
Otra me ampara y me libra;  
Otra me busca y me alienta;  
Y todas tres me ocasionan  
A que mil delirios tenga.

### ESCENA II.

FLORA, tapada con manto; SILVIA.  
— DON CARLOS.

SILVIA

Este, señora, es el cuarto.  
No ha sido dicha pequeña  
Llegar aquí sin que Flora,  
Ni lo imagine ni sienta;  
Que por Dios que me matara.  
Yo voy á estarme á la puerta.  
Adios.

DON CARLOS.

Embozado soy,

Que en la oscura noche negra  
De ese manto, desmentis  
De tantos rayos la fuerza,  
Si á iluminar este espacio,  
Flechado desde otra esfera  
Venís, porque tanta noche  
Peregrina aurora tenga,  
No me recateis la luz:  
Ved que es hora que amanezca;  
Y no es bien que á tantos rayos  
Tan sutiles sombras vengán.

FLORA.

Caballero forastero,  
La primera cosa que os ruega  
Mi voz (que siendo mujer,  
Es forzoso obedecerla,  
Y nias sabiendo que sois

Tan cortésano con ellas),  
Es que no habeis de pedirme  
Que me descubra. Con esta  
Condición os diré ahora  
Lo que á buscaros me fuerza.

DON CARLOS.

Es tan grave condición,  
Que no me atrevo á ofrecerla,  
Por no atreverme á cumplirla.  
Porque ¿quién tendrá paciencia  
Para no saber quién sois?

FLORA.

Quien lo que le importa advierta,  
Pues si vos me veis aquí,  
No me queda á mí licencia  
Para hablares. Luego á vos  
Os importa.

DON CARLOS.

¿De manera

Que de veros, se me sigue  
No oíros, y por la mesma  
Razon, de oíros, no veros?  
Enigma sois; pero venza  
Un sentido á otro sentido,  
Pues hoy el precepto ordena  
Que vea porque no escuche,  
Ó escuche porque no vea.

FLORA.

Yo soy aquella tapada  
Que fué la ocasión primera  
De vuestro disgusto: bien  
Os lo habrán dicho las señas  
No pensé cuando os llamé  
Que de tanto empeño fuera  
Ocasión; pero en nosotras  
Siempre esta disculpa es necia.  
Así como las espadas  
Sacasteis, turbada y ciega  
Me ausenté; mas de un criado,  
Que os signió, la diligencia  
Supo que nunca salisteis  
De aquí. Con esta sospecha,  
A buscaros he venido,  
Fiada en que de cualquiera  
Secreto habia de ser  
El oro llave maestra;  
Y así, falseando las guardas,  
Rompi á esta torre la puerta.  
A ella vengo, á disculparme  
Con vos de mi inadvertencia,  
Y á daros, señor, las gracias  
De la resolución vuestra.  
Ya sé que sois forastero,  
Y que volveros es fuerza  
Brevemente; y por si acaso  
Hoy la justicia no os deja  
Con que podais, esta joya  
Vuestra mejor posta sea:  
Que las espuelas del oro  
Son las mejores espuelas.  
No quiero, no, que volvais,  
Publicando á vuestra tierra,  
Que son desagradecidas  
Las mujeres de Viena;  
Pues por lo ménos direis,  
Cuando mas os quejeis de ellas,  
Que si una os empenó, supo  
Desempeñarlas la mesma;  
Y de mas á mas hubo otra,  
Que os ampare y os defienda;  
De modo que trajó un daño  
Doblada la recompensa.  
Con esto, adios

DON CARLOS.

Cuando vi

Me recatada y cubierta  
Me hablabades, esperé  
Oír agravios y quejas;  
No mercedes y favores:

Y aquí deciros pudiera  
Lo que á mí me dijo Flora,  
Aunque al revés; pues si ella  
Dijo: «Si cuando me ofendes,  
Tantos cuidados me cuestas,  
¿Qué dejas que haga por ti,  
Cuando me obligues?» la opuesta  
Razon milita, pues yo  
Te digo á ti, que ¿qué dejas,  
Si te encubres, cuando obligas.  
Que hacer para cuando ofendas?  
En efecto, hermosa dama,  
(Que en fe creo tu belleza,  
Pues ya es hermosa quien es  
Agradecida y discreta),  
No he menester de engaños  
Del valor ni la nobleza,  
Ni esa joya, que estimara  
Mas que por rica, por vuestra.  
Solo lo que he menester,  
Es conoceros; si esta  
Merced de vuestro recato  
No trae, señora, licencia,  
Tambien, tambien la perdono,  
Y aun la atribuyo á clemencia;  
Pues si apenas hoy la noche  
Desplegado habrá la negra  
Sombra, cuando yo de aquí  
Salga, es piedad que en mi ausencia  
Tenga ménos que sentir,  
Quien ménos que perder tenga.

FLORA.

¿Esta noche habeis de irós?

DON CARLOS.

SI.

FLORA.

¿Por qué con tanta priesa?

DON CARLOS.

Porque para este hospedaje  
Es una vida pequeña  
Satisfaccion, y he de irme,  
Por no hacer mayor la deuda.

FLORA.

¿No os ampara Flora?

DON CARLOS.

Flora

Es de mi vida defensa.

FLORA.

Pues ¿qué temeis?

DON CARLOS.

Que por darme

Vida á mí, su opinion pierda;  
E importa ménos mi vida.

## ESCENA III.

SILVIA, DINERO. — FLORA, *tapada*;  
DON CARLOS.

SILVIA. (*Dentro.*)

Ya he dicho que se detenga.

DINERO. (*Dentro.*)

Ya he dicho yo que me escuche,  
Y tampoco lo hace ella.

FLORA.

Voces oigo, caballero.  
Ahí aquea joya os queda.  
Adios, adios: no entre alguno  
Que en aquesta parte os vea;  
Que á mí no importara tanto.

DON CARLOS.

Id con Dios, enigma bella  
De mis sentidos Amor,  
¿Qué confusiones son estas!  
(*Vase Don Carlos, cierra la puerta,  
y sale Silvia.*)

FLORA.

¿Qué era eso, Silvia?

SILVIA.

Un criado

De Carlos, que ahora sueltan  
De la cárcel, según dice,  
Quiere, señora, por fuerza  
Entrar hasta aquí, y lo cumple.

FLORA.

Pues no quiero que me vea,  
Porque cuando allá los dos  
Se den de estas cosas cuenta,  
No pueda decir que á mí  
Me vió en mi casa encubierta.

(Sale Dinero.)

DINERO

Señoras, las mis señoras,  
Estadme por Dios atentas;  
Que esto de oír á un hombre, es cosa  
Que se hace con una bestia.  
Quien hubiere visto á un amo  
De cara abultada y fresca,  
Que nunca pagó racion,  
Que son sus mejores señas,  
Perdido de ayer acá,  
A restituírle venga,  
Le darán su buen hallazgo,  
O, á quien le encubra y le tenga,  
Se le pedirán por hurto.

FLORA. (*Ap.*)

¿Quién vió locuras mas necias?

SILVIA.

¿Qué quereis?

DINERO.

Yo soy criado

De un hombre, que puso apénas  
Los piés en Viena, cuando  
Las manos puso en Viena  
En un caballero. Al caso;  
Que esta es relacion superflua.  
Dicen que cierta ventana  
Aquí le sirvió de puerta;  
Y quisiera, si es posible,  
Ver la ventana ó tronera  
Por donde salió este truco,  
Y arrojándome por ella,  
Dejarme rodar, á ver  
Si doy con él: experiencia  
Que se hace con las bolas,  
Cuando se pierde una de ellas.

FLORA. (*Ap. á ella.*)

Despide, Silvia, á ese loco;  
Que descubrirme quisiera,  
Y no me atrevo.

SILVIA.

Ya he dicho

Gentilhombre, que se vuelva;  
Que de ese hombre no sabemos.  
No haga que de otra manera  
Se lo haga decir á palos.

DINERO.

Pesárame de oír su lengua,  
Y así me voy. (*Ruido dentro.*)

SILVIA.

Gente viene.

DINERO.

Y vive Dios, que es Don César.  
¿Qué le he de decir?

FLORA.

(Ap. ¡Mi padre!)

(*A Silvia.* ¿Qué haré, porqueno me vea  
Con manto?)

SILVIA.

Hacer lo que hizo  
Una dama en la comedia.

FLORA.

¿Qué fué?

SILVIA.

Echárselo en la manga.

FLORA.

No puedo, porque ya llega.

SILVIA.

Temblando de miedo estoy.

FLORA.

Yo estoy turbada.

SILVIA.

Yo muerta.

## ESCENA IV.

DON CESAR. — FLORA, SILVIA,  
DINERO

DON CÉSAR.

Flora, ¿qué es esto? A estas horas,  
¿Dónde vas?

FLORA.

Yo no voy fuera.

DON CÉSAR.

Pues ¿de dó de vienes?

FLORA.

Yo

De ninguna parte.

DINERO. (*Ap.*)

Ella

Es Flora, tapada en casa.  
Pues, ¿qué tramoyas son estas?  
Si ello va á decir verdad,  
Toda es gente honrada y buena.  
Mas mi amo no parece.  
Quiera Dios que por bien sea.

DON CÉSAR.

Pues ¿qué haces aquí con manto,  
Si ni vas, ni vienes fuera?

FLORA.

Trájomele ahora acabado  
Ese sastre, y porque viera  
Silvia si estaba bien hecho,  
Me le probé.

SILVIA.

Es cosa cierta.

Para en casa se le puso  
Que ni va, ni viene fuera.

DINERO.

(*Ap.* Disculpa es comun de tres;  
Quiero aprovecharme de ella.)  
¡Y cómo que está excelente!  
¡Miren qué capilla esta,  
Y qué ruído! ¡Vive Dios,  
Que viene por excelencia!

FLORA.

Bueno está. Dóblale, Silvia,  
Y guárdale, hasta que sea  
Tiempo de quitarme el luto.

DINERO.

Muchos rompa tu belleza.

DON CÉSAR.

Venid acá. Vos ¿no sois  
Aquel criado, que era  
De Don Carlos de Colona?

DINERO.

Concedo la consecuencia.

FLORA. (*Ap.*)

No previne que mi padre  
A este hombre conociera.



DINERO.

Pero ántes que le sirviese,  
Oficial fui de tijera  
De sastre; mas de pecado  
(Todo es una cosa mesma)  
Me sacó, porque me vió  
Convertir una cuaresma.  
Viendo yo que me soltaste  
Niño y solo en patria ajena,  
Con el maestro entré, de quien  
Fui aprendiz allá en mi tierra.  
Mandóme traer ese manto,  
Porque allá no se estuviera,  
Puesto que estaba acabado,  
Lleno de polvo en la percha.  
Esta es la verdad en Dios,  
Mas no en Dios y mi conciencia,  
Porque no la tiene un sastre;  
Y para que tú lo veas,  
Si la tiene ó no la tiene,  
El vendrá á ajustar las cucutas. (Vase.)

DON CÉSAR.

¡Notable humor! Vos haced  
Que en mi cuarto luz enciendan.  
Y sea presto, porque tengo  
De volver á salir fuera.

FLORA.

¡A estas horas!

DON CÉSAR.

¡Sí; á estas horas.

FLORA.

¿No ves que ya el sol se acuesta?

DON CÉSAR.

¿Qué importa eso, si es preciso  
Hacer una diligencia? (Vase)

## ESCENA V.

FLORA, SILVIA.

FLORA.

Ya alentar el alma puede.

SILVIA.

Señora, pues que también  
El mal se convierte en bien,  
Cosa que nunca sucede,  
Déjame aquí discurrir  
En estas cosas, por Dios,  
Y digamos hoy las dos,  
Lo que otros han de decir.  
¿Qué quiere ser, disfrazada  
Dentro de tu casa ser  
Aventurera mujer,  
Hablando á este hombre tapada?

FLORA.

Parecerme que estará  
Toda su ropa perdida,  
Y querer agradecida  
Socorrerle.

SILVIA.

Bien está;

Pero, para remediar  
Sus daños, ¿para qué ha sido  
Disfraz de manto y vestido?  
Pues bien le pudieras dar  
La joya, y fuera mas justo,  
Si con esto te mostrabas  
Liberal; á él le pagabas.  
Y á mí me ahorrabas el susto.

FLORA.

¿Y qué dijera de mí  
Después, si ahora me viera  
Tan liberal? ¿Qué dijera,  
Sino que yo agradecí  
Dar á mi primo la muerte,  
Pues asesino mi amor  
Le pagaba su rigor?

Luego fué bien de esta suerte  
Ser generosa, sin ser  
Conocida, pues así  
Conmigo y con él cumplí.

SILVIA.

Y en fin, ¿qué habemos de hacer  
De este hombre?

FLORA.

No es justo, no,  
Que duda en aqueo haya:  
Abrir. Silvia, y que se vaya,  
Aunque quede muerta yo.  
¿Volvió á salir tu señor?

SILVIA.

Si.

FLORA.

Pues sé tú misma juez,  
Que vence honor una vez  
En las batallas de amor.  
No pues la vanidad mia  
Crea fáciles engaños;  
Que si amor de muchos años  
Sabe olvidar en un día,  
Amor de un día mejor  
En muchos años sabrá  
Olvidarse; claro está.

SILVIA.

Yo llamo pues. (Lo hace así.)

FLORA.

¡Ay amor!

No aquí me despeñes, no  
Postres mi respeto aquí;  
Que si tapada otra fui.  
Ya descubierta soy yo.

## ESCENA VI.

DON CARLOS.—FLORA, descubierta;  
SILVIA.

FLORA.

Señor Don Carlos, ya es hora  
Que de aquesta casa os vais;  
Y si es que obligado estais  
De mis servicios...

DON CARLOS.

Señora,  
De vuestras piedad soy  
Un esclavo, y lo he de ser.

FLORA.

Una cosa habeis de hacer  
Por mí.

DON CARLOS.

Esa palabra os doy.

FLORA.

Que nunca á nadie digais  
Que en mi casa habeis estado  
Escondido y retirado.

DON CARLOS.

Poco en eso me mandais;  
Que es piedad tan singular  
Como en vos llevo á advertir,  
Imposible de decir,  
Y imposible de callar.  
Luego en lo que me mandais,  
No os sirvo, pues no pudiera  
Decirlo yo, aunque quisiera,  
Del modo que vos obrais.  
Luego por mí cuenta hallo  
Que tiene vuestra piedad  
La misma dificultad  
En decillo que en callarlo;  
Y así resuelto en hablar  
Y callar, sabré sentir,  
Por ser bien tan singular,  
Imposible de decir  
Y imposible de callar.

Y en fe de este sacrificio  
Que tan á mi costa ofrezco,  
Si de piedad os merezco  
Otro género de indicio,  
Os suplico perdoneis  
Este atrevimiento necio,  
Y á esta humilde joya precio  
Immortal, señora, deis,  
Con hacerla vuestra. Enojos  
No alteren vuestros sentidos;  
Que es bien rindan los oídos  
Sus trofeos á sus ojos.  
No teneis que discurrir;  
Que hoy es recibir y dar  
Imposible de callar,  
Y imposible de decir.

FLORA.

Señor Don Carlos, yo estimo  
La joya que me ofreceis,  
Mas no quiero que penseis  
(Ap. Mal mis afectos reprimo.)  
Que con ella (Ap. Ciega lucho  
Conmigo.) ya en la posada  
No quedais á deber nada,  
Que quedais á deber mucho;  
Pues si bien considerais  
Estos extremos que haceis,  
Sin saber cómo, ofendeis  
Con lo mismo que obligais;  
Pues a mí me ofende quien  
Presume pagarme así,  
Y me ofende á mí por mí.  
Esto es enigma tambien.  
Idos con Dios, que es muy tarde,  
Y no me pagueis con nada.

DON CARLOS.

Pues dádsela á una criada;  
Y á Dios, señora, que os guarde.  
Pero ¿quién se podrá ir  
Con tal duda? Sepa pues  
Algo de ese enigma

FLORA.

Es

Imposible de decir.

DON CARLOS.

¿Pues para qué fué empezar,  
Dejando de esa manera  
Sin luz ni sentido?...

FLORA.

Era

Imposible de callar.

SILVIA.

Si tan adelante pasa  
La plática, cuando está  
Para irse, ¿cuánto va  
Que vuelve á quedarse en casa?  
Vamos.

DON CARLOS.

¿Qué sirve mirar?..

SILVIA.

Vete tú.

FLORA.

¿Qué sirve oír?...

DON CARLOS.

Si es mi mal...

FLORA.

Si es mi pesar.

DON CARLOS.

Imposible de decir.

FLORA.

Imposible de callar. (Vase.)

Jardin de casa de Laura.—Noche.

## ESCENA VII.

ARNALDO, NISE.

NISE.

En esta oculta parte  
Del jardín, escondido has de quedarte,  
Entre tanto que Fabio  
Se recoge.

ARNALDO.

Ni el pié, Nise, ni el labio  
Darán de mi señales.  
Viva estatua seré de sus cristales.

NISE.

En estando acostado,  
Bajará Laura aquí. *(Vase.)*

## ESCENA VIII.

ARNALDO.

De mi cuidado  
El suyo es digno empleo.  
¿Cuán á costa el amor vende un deseo!  
¡Oh noche, sombra fuerte  
del temor, del asombro y de la muerte!  
¡Oh noche oscura, manto  
del horror, del asombro y del espanto!  
Si emperatriz del sueño,  
De cipres coronada y de beleño  
Tienes la adusta frente  
En el lóbrego imperio de occidente,  
Triunfe tu hueste umbría  
Del mas hermoso ejército del día;  
Que, si en su sombra oscura,  
Pues sin luz deja hallarse la hermosura,  
La de Laura merezco,  
Verás que á tu deidad pálida ofrezco  
Por victorioso ejemplo.  
De ébano, bronce y jaspé negro templo,  
Atezada columna  
Del cóncavo edificio de la luna,  
Y en tus altares tu deidad ingrata  
En una estatua de azabache y plata,  
Cuyas tímidas plantas,  
Estrellas déu, en vez de flores, cuantas  
Esa inconstante esfera  
Le debe á tu nocturna primavera;  
Y no serán errores,  
Que si estrellas del día son las flores,  
Y tú las atropellas,  
Flores son de la noche las estrellas.

## ESCENA IX.

LAURA, NISE.—ARNALDO.

LAURA. *(A Nise.)*

Quédate tú á la puerta  
De Fabio. Avisarásme, si despierta.

NISE.

Allí te está esperando. *(Retrase.)*

LAURA.

¿Es Arnaldo?

ARNALDO.

No sé, que estoy dudando,  
Viéndome tan dichoso,  
Si soy otro, y dudoso,  
Tengo en tan dulce abismo  
El favor y los celos de mi mismo.

LAURA.

Pues cré el favor, y duda los celos;  
Que nadie mas que tú debe á los celos.

ARNALDO.

No sé de qué manera.

LAURA.

Si mi hermano de ti no los tuviera,  
Y necio su cuidado  
No se hubiera conmigo declarado,  
A esto no me obligara,  
Pues con verte de día consolara  
La pena, Arnaldo, mía.  
Luego, quitando este lugar al día,  
Se le han dado á la noche los celos;  
Luego terceros tuyos son sus celos.

ARNALDO.

Al que de algun veneno  
El pecho, Laura hermosa, tiene lleno  
Otro veneno cura;  
Así yo, á quien la muerte le procura  
Una pena que al llanto me condena,  
El antidoto hago de otra pena,  
Pues veneno á veneno se prefieren,  
Y vivo yo de lo que tantos mueren.

LAURA.

Poco mi amor te debe,  
Pues el dolor que tus acciones mueve,  
Desde el día funesto [to]  
De la muerte de Licio... ¡Mas qué es es  
*(Dentro ruido.)*

ARNALDO.

Un hombre se ha arrojado  
Al jardín.

LAURA.

¿Quién será?

ARNALDO.

Poco ha durado  
Un bien que dan los celos.  
Presto vienen por él.

## ESCENA X.

DON CARLOS.—DICHOS.

DON CARLOS. *(Dentro.)*

¡Valedme, cielo!

LAURA.

Sin duda que es mi hermano.

ARNALDO.

[llano.

No, que él no entrara de esta suerte es

LAURA.

Pues ¿quién quieres que sea?

ARNALDO.

Quien este lance averiguar desea.  
*(Saca la espada.)*  
Yo he de saberlo así.

LAURA.

De pena muero.  
*(Sale Don Carlos.)*

ARNALDO.

¿Quien va? Quién es? Quién viene?

DON CARLOS.

Caballero,

Merezcoas tan noble brio  
Mas ilustre vencimiento.  
No contra un hombre postrado  
Rayos esgrimaís de acero,  
Porque es inútil victoria.  
Quitarle la vida á un muerto.  
Si acaso de aquesta casa  
Sois el generoso dueño,  
Mi atrevimiento suplid,  
Si es la fuerza atrevimiento.  
Un hombre soy desdichado,  
Tanto, que mil veces creo  
Que el cuerpo de las desdichas  
Es la sombra de mi cuerpo.  
De una casa en otra he entrado.  
Hasta este jardín, huyendo  
De la razón de un marido,

*(Ap. Por deslumbrarle, le miento.)*

A quien en defensa honrosa  
De mi vida herí. Supuesto  
Que hidalgas desdichas hallan  
Lugar en hidalgos pechos,  
Solo que me deis os pido,  
Solo que me deis os ruego  
Paso á otra casa, hasta tanto  
Que tome sagrado puerto  
Este desnudo bajel,  
Este derrotado leño,  
Que va corriendo fortuna  
En un mar que todo es viento.

ARNALDO.

Hidalgo.

LAURA. *(Ap.)*

¡Ay de mí!

ARNALDO.

Qualquiera

Que seáis, á tanto estrecho  
Os trae la suerte, que aquí  
Daros, ni negaros puedo  
El paso, porque á los dos  
Nos está mal el concierto:  
A vos, porque si os le doy  
A esotra casa, os empuño  
Mas, que son del Potestad  
Los jardines, que con estos  
Confinan, y será daros  
Prision y no retraimiento;  
A mí, porque no soy parte  
Para ocultaros. No tengo  
Que declarar la ocasión.  
Esto basta, y así luego  
Podeis volver á salir,  
Por donde entrasteis, supuesto  
Que ni pasar ni quedaros  
Os está bien.

DON CARLOS.

Deteneos.

Que si es riesgo mio el pasar,  
Y el quedaros daño vuestro,  
Por excusar vuestro daño,  
Quiero atropellar mi riesgo.  
Dadme paso á esos jardines.  
Qué decís; que quizá en ellos  
Guardará la confianza  
Lo que aquí no guarda el mío!

ARNALDO.

Ya me dais mas que pensar:  
Pues delincuente que huyendo  
A la justicia no temo.  
Arguye mayor secreto;  
Y ya ni iros ni quedaros  
Ha de ser, sin conoceros.

DON CARLOS.

¿Qué os importa?

ARNALDO.

Saber s

Si esto ha sido fingimiento  
Para conocerme á mí.

DON CARLOS.

Ciego fuera, y mas que ciego,  
Quien á tanta luz no viera  
Hurto de amor y de celos.  
No queráis mas desengaño  
De que á buscaros no vengo,  
Sino que viendo á esa dama  
Me voy, y con ella os dejo;  
Pues, aunque fuera verdad,  
Mayor victoria no creo  
Que quedar con ella airoso,  
Si ella me viera ir huyendo.  
La causa de no temer  
Esa casa, es porque tengo  
Noticia de ella, y sabré  
De ella escaparme mas presto.



ARNALDO.

Pues nadie fuera cobarde  
A los ojos de sus celos,  
No quiero mas desengaño,  
Mas satisfaccion no quiero.  
Llegad, que de este empujado,  
Como yo os ayude, es cierto,  
Que pasaréis fácilmente.

DON CARLOS.

La vida diré que os debo.  
(Ap. Huyendo de mi prision,  
Flora, á tu prision me vuelvo.)  
(*Vanse los dos.*)

LAURA.

¡Quién vió mas extraño lance!  
¡Quién vió mas raro suceso!  
La primera noche que...  
(*Dan golpes dentro.*)

### ESCENA XI.

DON CESAR, y luego FABIO. — LAURA; ARNALDO, que vuelve.

DON CESAR. (*Dentro.*)

Abid estas puertas presto.

LAURA.

¡Ay de mí! ¿qué ruido es este?

ARNALDO. (*Volviendo.*)

Ya pasó. — Pero ¿qué estruendo  
Oigo?

FABIO. (*Dentro.*)

Hola, dadme una luz.  
¡Ruido en mi casa! ¿qué es esto!

DON CESAR. (*Dentro.*)

Abid aquí.

ARNALDO.

¿Qué he de hacer?

LAURA.

Sahr tú tambien.

ARNALDO.

No puedo;

Que si el otro...

LAURA.

¡Ay infelice!

ARNALDO.

Pudo, fué porque yo...

LAURA.

¡Ay cielos!

ARNALDO.

Le ayudé á salir, y quien  
A mí me ayude, no tengo.

LAURA.

Ya entra luz: procura pues,  
Retirarte á un aposento.

(*Vase Arnaldo.*)

### ESCENA XII.

FABIO; CRIADOS, con luces. — LAURA.

FABIO.

Yo sabré... ¿Quién va? ¿Quién es?

LAURA.

Yo, señor.

FABIO.

¡Pues tú (¿qué es esto?)

En el jardin á estas horas!

LAURA.

De mi cuarto sali huyendo  
A las voces.

FABIO.

Esas puertas

Abrid todas, y verémos

Quién flaura. (*Un criado va á abrir.*)

### ESCENA XIII.

DON CESAR, CELIO, GENTE. — FABIO, LAURA, CRIADOS.

DON CESAR.

Señor Don Fabio,  
Que no os alteréis os ruego  
De esta novedad; que quien  
Fué tan prevenido y cuerdo  
A avisarme que sabia,  
Si bien no tuvo allá efecto,  
Donde estaba este homicida,  
Y mostró tanto deseo  
De su prision, dará el susto  
Por bien empleado, á trueco  
De que le prendan.

FABIO.

Pues ¿dónde

Está?

DON CESAR.

Siguiéndole vengo;  
Que á las puertas de mi casa  
Le reconocí, bien cierto  
Que es él, segun dicen todos.  
Al fin, mas veloz que el viento  
Volvió la espalda, y se entró  
En una casa. En efecto,  
De una en otra llegó á echarse -  
En estos jardines vuestros.

FABIO.

Pues si él se echó en mis jardines,  
No hay duda de que esté en ellos;  
Que no hay por donde salir

DON CESAR.

Mirad pues la casa.

(*Entranse algunos criados por diferentes partes.*)

LAURA.

¡Cielos!

¡Que desdicha es esta mía!  
Si hallan á Arnaldo, yo muero,  
Pues los celos de mi hermano  
Serán agravios, no celos.

### ESCENA XIV.

ARNALDO, embozado y con la espada desnuda, retirándose de los CRIADOS.  
— LAURA, DON CESAR, FABIO.

DON CESAR.

Aquí está un hombre embozado.

FABIO.

Descubríos ya

ARNALDO.

Primero

Perderé la vida.

DON CESAR.

(*A los criados.*) Fuera,  
Apartaos. Deteneos, (*A Arnaldo*)  
Señor Don Carlos Colona.

ARNALDO. (*Ap.*)

¡Qué escucho! Viven los cielos  
Que aquel era mi enemigo.

DON CESAR.

Aunque tantas causas tengo  
Para vengarme de vos,  
Por otros justos respetos  
Os sufro esta demasia,  
Os paso este atrevimiento.  
Daos á prision.

LAURA. (*Ap.*)

Ya ¿qué aguardo?

ARNALDO.

(*Ap.*) ¿Qué he de hacer? Si aquí me en-  
Preso, dejo de decir [trego  
Que es Carlos el que va huyendo,  
Y despues de darle vida,  
Espaldas le bago yo mesmo.  
Pues tambien, si me descubro.  
A Laura infelice pierdo,  
Pues hará, en viéndome Fabio,  
Evidencia los recelos.  
Pues decir que el otro huyó,  
Es decir que ya está dentro;  
Descubrirme es villania,  
Bajeza estarme encubierto,  
Y resistirme imposible.  
En una balanza puestos  
Están mi vida y su honor.  
Pero ¿qué dudo, qué temo?  
Mas es su honor que mi vida.)  
Señor Don César...

LAURA. (*Ap.*)

Hay numero.

ARNALDO.

Solamente á vos rindiera  
Esta vida y este acero.  
Vuestro preso soy.

DON CESAR.

Volvedle

A la cinta. — Lleva, Celio,  
A Don Carlos á la torre.

ARNALDO. (*Ap. á él.*)

Celio, vamo.

CELIO. (*Ap. á Arnaldo.*)

Pues ¿qué es esto?

¡Vos sois!

ARNALDO. (*Ap. á él.*)

Calla, Celio, calla;  
Que importa mucho el secreto.

(*Vanse Celio, Arnaldo y criados.*)

DON CESAR.

Fabio, adios. — Perdonad, Laura,  
Este alboroto.

LAURA.

No puedo;

Que hay mucho que perdonar.

FABIO.

Yo tengo de iros sirviendo.

DON CESAR.

Eso no. (*Ap.*) Ya en mi poder  
Carlos está. Ya me veo  
Entre amistad y venganza,  
A dos impulsos atento.  
Ya la obligacion de juez  
Cumpli, y la de amigo espero.  
Deme la venganza ira,  
Deme la amistad consejo,  
Deme la prudencia aviso,  
Y deme paciencia el cielo.) (*Vase.*)

### ESCENA XV.

LAURA, FABIO.

LAURA. (*Ap.*)

¡Preso Arnaldo por la muerte  
Que mas flora, habiendo él mesmo  
Dado á su enemigo vida,  
Y tener yo sufrimiento,  
Para no haber dado voces!  
¡Qué es esto, cielos, qué es esto!

FABIO. (*Ap.*)

¡Laura vestida á estas horas,  
Y en el jardin encubierto  
Este hombre, este homicida!

¡Haber, en guardarme, puesto,  
El rostro, tanto cuidado!  
¡Qué es esto, cielos, qué es esto!

LAURA. (Ap.)

Pero en sabiendo quién es,  
Darle libertad, ¿no es cierto?

FABIO. (Ap.)

Pero ¿qué dudo, si César  
Aquí le vino siguiendo?

LAURA. (Ap.)

Mas ¡ay! ¿qué dirá mi hermano,  
Si mañana no hay tal preso?

FABIO. (Ap.)

Con saber quién es mañana,  
¿Todas las dudas no absuelvo?

LAURA. (Ap.)

No hay medio, no, á mis desdichas.

FABIO.

(Ap. A mi mal no hay otro medio.)  
Laura.

LAURA.

Fabio.

FABIO.

Tarde es ya.  
Recógete á tu aposento.

LAURA. (Ap.)

Asi pudiera ¡ay de mí!  
Recoger mis pensamientos.  
¡Qué cobarde es el honor!

FABIO. (Ap.)

¿Qué atrevidos son los celos!

Cuarto de la torre.

### ESCENA XVI.

SILVIA y DON CARLOS, por la puerta  
de la torre, á oscuras.

DON CARLOS.

Dicha fué de un desdichado  
Que tú á tales horas fueras,  
La que á este jardín vinieras,  
Donde ya desesperado  
Estaba.

SILVIA.

Yo me he atrevido,  
Después de pasado el susto  
De hallarte en él, aunque injusto  
Atrevimiento haya sido.  
Sin dar parte á mi señora,  
A traerte al retrainimiento.  
Quédate aquí, porque intento.  
Ir á decirselo ahora.

DON CARLOS.

Pues dila que apenas yo  
De su casa me ausenté,  
Cuando á su padre encontré,  
Que á conocerme llegó:  
Que porque no me prendiera,  
Varias fortunas corri,  
Hasta haber parado aquí,  
Como en mi centro y esfera.  
Dila que me hallaste en fin  
En su jardín, donde via  
Por aquella celosía  
La deidad de su jazmin.

SILVIA.

Todo aquesto la diré;  
Y quédate, porque ya  
Muy presto mi amo vendrá,  
Y si me siente, no sé  
Qué disculpa pueda dar  
De estar vestida á esta hora.  
(Vase, y cierra.)

DON CARLOS.

Discúlpame tú con Flora,  
Triunfarás de mi pesar.  
¿A quién habrá sucedido  
En el mundo semejante  
Caso? ¿Hay caballero andante  
Que pueda?... Pero ¿qué ruido  
Escucho hácia estotro lado  
De la torre? ¿Si por donde  
A otra casa corresponde,  
Han abierto?

### ESCENA XVII.

ARNALDO, CELIO, con una luz. —  
DON CARLOS.

(Celio abre despacio la puerta, y sale  
con Arnaldo; Don Carlos se retira á  
un lado.)

DON CARLOS.

Ya han entrado  
Con luz dos hombres. ¿Qué haré?  
Sin duda que me han seguido  
Hasta aquí, y aquí han venido  
A darme muerte, porque  
De vista conozco al uno,  
Que al lado de Licio estaba  
Riñendo. ¿Hay pena mas brava?  
Hay lance mas importuno?  
La casa miran. Lo estrecho  
De este paso he de tomar.  
Vive Dios, que han de llegar  
Cara á cara, y pecho á pecho.

CELIO.

De la torre y de mi casa,  
Esta es la pieza mejor.  
(Don Carlos tuerce la capa, y empuña  
la espada; Celio pone la luz sobre  
un bufete.)

ARNALDO.

De cualquier suerte en rigor,  
Celio, una noche se pasa.

CELIO.

Con causa admirarme puedo  
De vuestro suceso.

ARNALDO.

En fin,  
Estaba yo en el jardín  
Con Laura...

CELIO.

Hablemos mas quedo.

DON CARLOS. (Ap.)

Si vinieran á buscarme,  
No tan despacio vinieran.  
Si no me buscan, ¿qué esperan?  
¡Oh, si pudiera acercarme,  
A oír lo que hablan! Mas no:  
Mas vale estar retirado;  
Que si ellos no me han buscado,  
¿Por qué he de buscarlos yo?

ARNALDO.

En efecto, le di paso  
A quien la muerte le diera  
Donde quiera que le viera,  
Y quedé yo...

CELIO.

Hablad mas paso.

ARNALDO.

De suerte que mi piedad  
Vuelta entonces contra mí,  
Porque al otro se la di,  
Me dejó sin libertad.  
En vuestro poder estoy,  
Por lo que mas lloro, preso.

CELIO.

Bien extraño es el suceso;  
Pero ya desde aquí oí

Las gracias al desengaño,  
Pues en viéndós, claro está  
Que César os soltara  
Libremente.

ARNALDO.

No es mi daño,  
El que yo siento. ¡Pluguiera  
Al cielo en eso parara!  
Que el delito confesara,  
Porque Laura no tuviera  
Esta sospecha en su fama;  
Que es infamia conocida  
Consolarme con mi vida,  
Tan á costa de mi dama.

CELIO.

Yo bien quisiera tener,  
Arnaldo, una industria, un modo  
Para sacaros de todo.

ARNALDO.

Uno solo puede haber.

CELIO.

¿Cuál es?

ARNALDO.

Déjame salir  
A avisar y disponer  
A Laura lo que ha de hacer,  
Y lo que yo he de decir:  
No discrepemos los dos.  
Lo que hemos de hacer, sepamos  
Porque una cosa digamos.  
Yo volveré, vive Dios,  
Brevemente.

CELIO.

No quisiera  
Que os volvicran á buscar;  
Mas algo ha de aventurar,  
El que serviros espera.  
Pero ved, que de vos fia  
Mi honor su reputacion.

ARNALDO.

Yo volveré á la prison,  
Antes que declare el día.

CELIO.

Id con Dios.

ARNALDO.

Con eso alcanza  
Nuevas prisiones mi pena,  
Porque la mayor cadena  
De un noble, es la confianza.  
(Vanse los dos, y dejan la luz.)

### ESCENA XVIII.

DON CARLOS.

¿Fuéronse? Si. ¿A qué han entrado  
Estos hombres? ¡Oh, quién fuera  
Tan venturoso, que hubiera  
Oído lo que han hablado!  
Ni una palabra entendí,  
Ni una razon escuché;  
Y solo de aquesto sé  
Que ya no estoy bien aquí.  
Pues, entrando aquí esta gente,  
Es forzoso que me vean,  
Y tantos contra mí sean.  
Y en fin lo mas conveniente  
Es el irme. ¡Oh quién contar  
Pudiera á Silvia, (¡ay de mí!)  
Esto, que ha pasado aquí!  
¡Oh quien pudiera llamar  
Sin hacer ruido! ¿Mas ya

(Ruido de probar una cerradura.)

Para qué? Ella lo sabe,  
Pues vuelve á torcer la llave.  
¿Quién duda, que ella será?  
Mato la luz... pero no.  
Mejor es que sea testigo  
Que acredite lo que digo.  
¿Quién es, quien me busca?



**ESCENA XIX.**

**DON CESAR. — DON CARLOS.**

**DON CÉSAR.**

**Yo.**

Yo soy, Carlos.

**DON CARLOS.**

¡ Señor, vos!...

**DON CÉSAR.**

Dejad turbados extremos,  
Y sentaos, que tenemos  
Que hablar á solas los dos. (*Siéntanse.*)  
Señor Don Carlos Colona.  
No os admire, no os espante  
Que á estas horas os visite  
En esta torre, esta cárcel,  
Quien es en vuestros sucesos  
Abogado, juez y parte,  
Y hace un todo de desdichas,  
Compuesto de dos mitades.  
Yo quise pues esperar,  
Para hablarlos, á que nadie  
Me vea entrar en vuestro cuarto.  
Y así vengo, cuando yace  
En el sepulcro del sueño  
Toda mi casa cadáver.  
Confuso estarcis de oírme  
Tan apacible y afable  
Ahora, habiéndome visto  
Que fui tan rigoroso ántes  
Pues para que no lo estéis.  
Reportaos y escuchadme,  
Que dificultades dichas,  
Ya no son dificultades.  
Yo soy el mayor amigo  
Que ha tenido vuestro padre,  
Sin que esta amistad el tiempo,  
Ni la melle ni la gaste.  
La vida y el honor mio  
Le deho, y he de acordarme,  
Entré tan grandes ofensas,  
De obligaciones tan grandes.  
Acuérdome pues que un día,  
Siguiendo los estandartes  
Católicos, que á los cielos  
Lleva en sus alas el ave  
De dos cnellos, tuve yo  
Con dos nobles de la sangre  
De Nasau, deudos cercanos  
Del gran príncipe de Orange,  
Un desafío, y saliendo  
A campaña, porque iguales  
Estuviésemos, saqué  
Por segundo á vuestro padre.  
En fe pues de su valor,  
Sali ufano y arrogante,  
Tanto que limpio mi honor  
Fué... mas no quiero acordarme;  
Que se corre la vejez  
De esenchar sus mocedades.  
Esta obligación y muchas  
En mi pecho escritas trae  
Mi valor; que un pecho noble  
Es lámina de diamante;  
Y siéndolo, no, no es mucho,  
Que en mi dure sui borrarse,  
Cuando con huri de acero,  
Carlos, la grabó con sangre.  
Venisteis vos á Viena,  
Donde (esto en silencio pase)  
La fortuna, que no hay quien  
Mejores novelas trace,  
Por una parte me pone  
En ocasión de vengarme,  
Y de ampararos por otra:  
Y yo, en confusion tan grave,  
Conociendo que hay en mi  
Dos afectos tan iguales,  
Dos impulsos tan conformes,  
Dos deseos tan constantes

De piedades y rigores,  
Mezclándolos cada instante,  
Hago un cuerpo, en que no son  
Ni rigores ni piedades.  
Preso estais en mi poder.  
Desdicha fué que os hallase  
En aquel jardín, y bien  
Mostré de veros pesarme;  
Pues por no veros, la capa  
Nunca os quité de delante.  
No pude dejar entónces  
Entre obligaciones tales  
De estar severo, ni ahora  
Puedo dejar de mostrarme  
Piadoso, porque pretendo  
Satisfacer á ambas partes.  
Y así, si entónces fui juez,  
Ahora amigo; si allí parte,  
Aquí abogado. Ved vos  
Qué disculpa podeis darme,  
Qué descargo puedo haceros,  
Qué medio puede tomarse,  
Para que cumpla yo á un tiempo  
Con las quejas de mi sangre,  
Los ruegos de mi amistad,  
Las deudas de vuestro padre,  
La obligacion de mi oficio;  
Y esto no lo sepa nadie,  
Porque, si ahora soy amigo,  
Mañana juez. Dios os guarde.

(*Vase, cerrando la puerta.*)

**ESCENA XX.**

**DON CARLOS.**

¿Qué es lo que pasa por mi?  
¿Hay suceso mas notable?  
¿Quién vió mayor confusion!  
¿Quién vió mas extraño lance!  
¿Don César, cuando escondido  
Aquí estoy, á visitarme  
Viene, sin que el verme aquí,  
Ni le enoje, ni le agravie!  
Cuando pensé que venia  
A prenderme, ó á matarme,  
¿A contarme, viene, cielos,  
Desafíos de mi padre!  
Aquí hay algun grande engaño,  
O alguna traición hay grande;  
Porque (apuremos el caso)  
Supongo que sepa alguien  
Que aquí me escondo. ¿Es posible,  
Que con tal paciencia trate  
Sus agravios? No, pues cuando  
Quiera por su honor no darse  
Por entendido, pudiera  
Fingirlo prudente y grave  
Con la lengua y con la voz,  
Pero no con el semblante;  
Porque el semblante en un hombre  
Ni puede mentir, ni sabe.  
Pues si no puede fingirse  
Tan vivamente este lance,  
¿Qué jardín es este; cielos!  
¿Donde me prendió? ¿Dejadme,  
Confusiones; que no es  
Posible que un pecho baste,  
A resistirse de tantas,  
Sin que la menor le mate.  
A espacio, á espacio, desdichas;  
A espacio, á espacio, pesares.  
Vamos cogiendo los cabos  
A este caso, que importante  
Será recogerlos todos,  
Porque no se desculace  
Alguno; veamos, si hay  
Memoria, que tantos ate.  
Yo á un caballero di muerte  
Por un disfrazado ángel;  
Su prima y su esposa á mi  
Esta torre en que guardarme;

La tapada agradecida  
Finezas trueca á diamantes,  
Un su amigo, que me busca  
Para darme muerte, llave  
Tiene de ese cuarto, donde  
Entra libremente y sale:  
El mismo de quien yo buyo,  
Como juez y como parte,  
No habiéndome allá prendido,  
No extraña que aquí me halle.  
Pues ¿qué es lo que puedo hacer  
En confusiones tan grandes?  
Salir de aquí, es muy difícil;  
Esperar aquí, no es fácil.  
¡Oh, qué de cosas pendientes  
Se quedan para adelante!  
Pues es fuerza que mañana  
Don César se desengañe,  
Flora con él se disculpe,  
La tapada se declare,  
El enemigo se vengue.  
¡Ojalá, porque se allanen  
Tantos piélagos de penas,  
Montes de dificultades,  
Laberintos de recelos!  
Y si es que habeis de matarme,  
No vengais á espacio, agravios,  
No vengais á espacio, males;  
Aprisa, aprisa, desdichas,  
Aprisa, aprisa, pesares.

**JORNADA TERCERA.**

**ESCENA PRIMERA.**

**FLORA, SILVIA.**

**FLORA.**

¿Qué me dices?

**SILVIA.**

Lo que pasa.

En pié la duda se está,  
Pues está Don Carlos ya  
Otra vez dentro de casa.

**FLORA.**

Aunque acabas de decir  
Lo que con él te pasó,  
Me parece á mi que yo  
No lo he acabado de oír:  
Y así, ántes que el alba fria,  
Envuelta en blanco arrebol,  
Dé prisa diciendo al sol  
Que es hora que venga el día,  
Me levanto.

**SILVIA.**

Digo en fin,  
Que acostada te dejé:  
Que salí al jardín: que hallé  
A Carlos en el jardín:  
Que al principio me turbó:  
Que al cabo me aseguré:  
Que la causa pregunté,  
Y que él me respondió,  
Diciendo que habia venido  
Huyendo otra vez: que entró  
Por tal parte, y señaló  
Esas tapias que han caído.  
A los jardines de Laura:  
Que allí confesó muriera,  
Si acaso yo no saliera:  
Que su temor le restaura  
Mi piedad, pues le socorre,  
Solamente por saber  
Que tú lo has de agradecer:  
Y al fin que se está en la torre.

**FLORA.**

Lo que diera mi sentido,  
Porque Carlos no se hubiese

Ido ayer, ahora diera  
 Porque no hubiera venido.  
 ¡Oh qué mal contento amor  
 Vive siempre! ¡Quién habrá,  
 Que te agrade! ¡Quién, si está  
 Siempre flechado tu ardor!  
 Siempre se escuchan tus quejas  
 Trocando males y bienes,  
 Por dejarlos, si los tienes,  
 Por tenerlos, si los dejas.  
 Si ayer lloraste un olvido,  
 No llores hoy una fe;  
 Si sentiste que se fué,  
 No sientas que haya venido;  
 Que aunque daño pueda ser  
 Mio ver que aquí volví,  
 ¡Qué te importa á ti, si yo  
 Te lo quiero agradecer?

SILVIA.

Con el discurso, señora,  
 Hasta la puerta has llegado  
 De la torre.

FLORA.

¡Mi cuidado  
 El móvil ha sido ahora  
 De esta accion mia y no mia,  
 Pues tanto me arrebató,  
 Que me traje, sin que yo  
 Supiese donde venia.  
 Abre... ¡Pero quién se ha entrado  
 Hasta aquí?

(Ruido dentro.)

SILVIA.

El hombre que ves,  
 El sastre fingido es,  
 Que fué de Carlos criado.

FLORA.

¡Que aquí le dejen entrar!

SILVIA.

No así tus labios se quejen;  
 Que él se entra aunque no le dejen,  
 Que es de humior muy singular.

FLORA.

Pues sal ántes que aquí llegue,  
 Silvia, y dile que se vaya.

SILVIA.

¡Qué importa, si él uo ha de hacerlo?

## ESCENA II.

DINERO.—FLORA, SILVIA.

DINERO.

Flora, la que llaman casta,  
 ¡Pluguiera á Dios no lo fueras!  
 Que no es justo que las damas  
 De todo punto lo sean,  
 Porque no sirven de nada...

SILVIA.

Deje esas necias locuras,  
 Y váyase noramala.

DINERO.

¡No habrá un manto, que probar  
 Siquiera?

## ESCENA III.

ARNALDO, y luego DON CARLOS.—  
DICHOS.

ARNALDO. (Dentro.)

¡Oh infame! ¡Aquí estabas!  
 (Dentro cuchilladas.)

FLORA.

¡Qué ruido es este?

DINERO.

¡Qué ruido?  
 De muy lindas cuchilladas

FLORA.

Dentro de la torre son.  
 ¡Gran desdicha me amenaza!

ARNALDO. (Dentro.)

Donde quiera que yo hallare  
 A quien me ofende y me agravia,  
 Puedo darle muerte.

DON CÁRLOS. (Dentro.)

Y yo

Guardarme.

ARNALDO.

Estrecha es la sala,  
 Y hemos venido á los brazos.  
 (Salen riendo Arnaldo y Don Carlos.)

FLORA.

¡Qué miro!

SILVIA.

¡El cielo me valga!

FLORA.

¡Ay triste!

ARNALDO.

Ahora traidor,  
 Verás si es rayo esta espada,  
 Que sabrá hacerte pedazos.

DON CÁRLOS.

No harás poco si te guardas.

DINERO.

Para hallarle así, mejor  
 Fuera que nunca le hallara.

FLORA.

¡Qué es esto, Arnaldo?

ARNALDO.

Traiciones  
 Toyas, pues que tú le amparas;  
 Pero no es mucho, no es mucho,  
 Si tú misma fuiste causa  
 De que á tu primo matasen,  
 Tener dentro de tu casa  
 A su homicida y tu amante;  
 Que ahora me desengañas  
 De que entonces fueron celos;  
 Y que el venirse á tu casa  
 Tan sin temor, fué por esto.  
 Mas ya que á tu sangre faltas,  
 No falte yo á la amistad,  
 Tomando justa venganza.

FLORA. (Ap.)

Todo Arnaldo lo ha sabido,  
 Y que aquí Carlos estaba,  
 Y ha entrado á vengar su amigo.  
 ¡Quién vió confusiones tantas!

DON CÁRLOS.

Pues si vengarte deseas,  
 ¿Qué es lo que esperas? ¿Qué aguardas?  
 (Riñen.)

## ESCENA IV.

DON CESAR.—DICHOS.

DON CESAR.

¡Qué es esto? Afuera! ¿Qué es esto?

FLORA. (Ap.)

Esto solo me faltaba.  
 Hoy muero.

DON CESAR.

¿Cómo se pierde  
 Así el respeto á mi casa?  
 Vive Dios...

ARNALDO.

Señor Don César,  
 El que mas respeto guarda  
 A estas paredes, soy yo;  
 Pero hallando en vuestra casa...

FLORA. (Ap.)

Ya ¿qué tengo que esperar?  
 ¡Que todo aquí se declare!

ARNALDO.

Escondido ese traidor,  
 Siendo Flora quien le ampara,  
 Pues para darle la vida,  
 Fugió que por la ventana  
 Salíó, y á pesar de todos  
 En esa torre le guarda,  
 Quise...

DON CESAR.

Suspended, Arnaldo,

Razones tan mal pensadas;  
 Que es en mi honor, vive Dios,  
 Delito el imaginarlas.  
 Si está en mi casa Don Carlos,  
 Yo le he traído á mi casa  
 Preso; que tanto ha podido  
 Mi cuidado y vigilancia,  
 Que vine á prenderle anoche  
 En los jardines de Laura.  
 El traerle á aquesta torre,  
 Es, por ser determinada  
 Prisión para caballeros,  
 O porque yo tengo causas  
 Para prenderle y honrarle.  
 Y quiero cumplir con ambas.  
 Y agradece que os respondo  
 Con la lengua y no la espada  
 A tan descortes malicia  
 Y sospecha tan villana.  
 Flora es mi hija, y no pudo...  
 Idos de aquí; no me haga  
 La cólera...

ARNALDO.

(Ap. El ha pensado,  
 Como en su casa le halla,  
 Que es el que anoche prendió.  
 Pues me hace la puerta franca,  
 Y pues así se asegura  
 La reputacion de Laura,  
 Y él queda preso, y voy libre,  
 Esto está mejor que estaba.)  
 Yo, señor...

DON CESAR.

No os disculpeis.

ARNALDO

Entré.

DON CESAR.

No habéis mas palabra.

ARNALDO.

Osado...

DON CESAR.

No prosigais.

ARNALDO.

Porque fui amigo...

DON CESAR.

¿Aun no basta?

Vive Dios, que hagáis os eche  
 Desta suerte de mi casa.  
 (Echale á empujones, y vanse los dos.)

## ESCENA V

FLORA, DON CARLOS, SILVIA, DI-  
NERO.

FLORA.

¿Qué tengo ya que esperar?  
 Don Carlos, ya veis á cuántas  
 Desdichas estoy expuesta.  
 Mi padre no ignora nada  
 De la verdad, pues Arnaldo  
 Se lo ha dicho. Estoy turbada.  
 El decirle que él te traje,  
 Supuesto que tal no pasa,



Bien se ve que es fingimiento,  
Por disimular su infancia;  
Mas con nosotros, con quienes  
No puede fingir, es clara  
Cosa que ha de declararse.  
Mi vida, señor, ampara.

DON CÁRLOS.

Dices bien; aunque esperé,  
Ser algún engaño causa  
De su agrado, ya con esto  
No me queda esa esperanza;  
Mas moriré en tu defensa.

FLORA.

Todo es malo, pues que guardas  
Mi vida contra mi vida.

SILVIA.

Sin duda que aquí se matan.

## ESCENA VI.

DON CÉSAR.—Dichos.

DON CÉSAR.

Señor Don Carlos, aquella  
De vuestra prision la estancia  
Es. Retiraos y pensad  
Que esta cólera bizarra  
De Arnaldo fué obligacion  
De su amistad. Disculpadla;  
Que, pues la perdono yo,  
Bien podeis vos perdonarla.  
Esto os pido, porque quiero  
Yo que entre los dos se hagan  
Las amistades.

FLORA. (Ap.)

¿Qué es esto?  
¿Cuando su muerte esperaba  
Tan cortesmente le ruega!  
¿Tan blandamente le habla!

DON CÁRLOS.

(Ap. En César sin duda hay mucha  
Prudencia ó mucha ignorancia;  
Y de cualquiera manera,  
Será mejor no apurarlas.  
Y, pues son tales mis penas,  
Y tan grandes mis desgracias,  
Que es la menor estar preso,  
Esto está mejor que estaba.)  
En todo he de obedeceros. (Vase.)

DINERO. (Ap.)

Ahora entro yo en la danza.

DON CÉSAR.

Vos, ¿qué haceis?

DINERO.

Viendo, que aquí

La fiesta se celebraba  
Del amo perdido, al punto  
Dejó tienda, perchas, tabla,  
Bedal, hilo, seda, agujas,  
Jabón, pergamino y vara,  
Tijeras, cincel, patrones,  
Retazos, mentiras, trampas,  
Y lo demás, y aquí vine,  
No pensando que enfadara  
Dinero; mas yo me iré.  
Muy mucho de en hora mala;  
Que para tí no hay nías ruegos,  
Ya lo sé, que irse el que cansa.

DON CÉSAR.

Si á vuestro amo buskais,  
Entrad con él.

DINERO.

Lo que mandas

Está tan puesto en razon,  
Que no respondo palabra. (Vase.)

FLORA. (Ap.)

A todos ha respondido,  
Y conmigo solo trata  
Quedarse. La puerta cierra.

DON CÉSAR.

Silvia, allá fuera te aguarda.  
(Vase Silvia.)

## ESCENA VII.

DON CÉSAR, FLORA.

FLORA.

(Ap. Esto es hecho. No hay remedio  
Mejor, que echarme á sus plantas,  
Y contarle la verdad.)  
Señor...

DON CÉSAR.

¿Qué es esto! Levanta.

FLORA.

Arnaldo te ha dicho...

DON CÉSAR.

Si,  
Que tú á Carlos ocultabas  
En casa.

FLORA.

Yo soy tu hija,  
Y el valor tuyo fué causa...

DON CÉSAR.

De sentir que de tí formen  
Sospechas tan mal fundadas,  
Para disculparse á sí.  
Estarás muy enojada,  
De que tal atrevimiento,  
Sin castigarse se vaya;  
Y tines mucha razon;  
Mas como conmigo hablaba,  
Que sé la verdad de todo,  
No me dió cuidado nada.  
No estés enojada. Flora;  
Que quiero que por mí hagas  
Una fineza. De este hombre,  
Que he traído preso á casa,  
Desde hoy mandarás que tenga  
Cuidado alguna criada  
En su regalo; y no extrañes  
Que al que fiero ayer buscaba  
Para darle muerte, hoy  
Festejo: como esto pasa  
En el mundo, que es un monstruo  
Compuesto de partes varias,  
Pues lo que es agravio hoy,  
Es obligacion mañana,  
Y á ningún muerto, en efecto  
Fué sufragio la venganza.  
No puedo decirte nias;  
Que son historias muy largas.  
Adios, adios.

FLORA.

¿Santos cielos,  
Qué es esto que por mí pasa!  
Mi padre dice que traje  
Preso á Carlos, ¿cosa extraña!  
Y Silvia, que en el jardín  
Le halló, y cuando yo esperaba  
El disgusto de mi padre,  
¿Que le regale, me manda!  
¿Sueño? Si; que no es posible  
Que lance tan nuevo haya  
En el mundo que convierta  
El mal en bien; pero basta;  
Que de cualquiera manera,  
Esto está mejor que estaba.

## ESCENA VIII.

LAURA. — FLORA.

LAURA.

Flora hermosa.

FLORA.

Laura mia  
¿Qué es esto? ¿Tan de mañana  
A visitarme!

LAURA.

Si, Flora;

Que un triste nunca descansa.  
A buscarte vengo, amiga,  
Llena de penas y ansias,  
Y á depositar en tí  
Todo el tesoro del alma.  
No habré menester decirte  
De mis tristezas la causa,  
Porque tristezas de amor  
Se dicen sin pronunciarlas.  
Un hombre en tu casa está  
Preso. Vida, honor y fama,  
Verle y hablarle me importa.  
Hablando conmigo estaba  
Anoche, porque es el dueño  
De todas mis esperanzas,  
Cuando quisieron los cielos  
Que de mi casa á tu casa  
Le pasasen mis desdichas;  
Y aunque por la confianza  
Del alcaide, volvió á verme,  
No me pudo decir nada,  
Que estaba despierto Fabio.  
Por tu vida, que des traza  
Para que yo le hable, y se  
La respuesta, ejecutarla;  
Que nunca dan nias espacio  
Las penas y las desgracias.

FLORA. (Ap.)

¿Válgame el cielo! ¿Qué escucho?

LAURA.

¿Pues no me respondes nada!

FLORA.

No sé cómo responderte.  
(Ap. Y es verdad, porque palabras  
Que traen la yerba de celos,  
Son el veneno del alma.  
Apénas, de haber salido  
De un mal caba al cielo gracias,  
¿Cuando vuelvo á dar las quejas!  
¿Oh, cómo es cosa asentada  
Que son cobardes las penas,  
Pues siempre en cuadrillas andan!  
Laura es dama de Don Carlos,  
Carlos es galán de Laura.  
Anoche, cuando salió  
De aquí, se fué á visitarla;  
Desde su jardín, adonde  
Hablando con ella estaba,  
Pasó al mio. Bien lo dice  
Ella, pues dice ¡ay tirana!  
Que le pasó una desdicha  
Desde su casa á mi casa.  
Pues si á Carlos Laura quiere,  
Pues si á Laura Carlos ama,  
Volved atrás, pensamientos;  
Que aun no está mejor que estaba.)

LAURA.

¿Qué me respondes? ¿qué dices?  
¿Qué tienes?

FLORA.

No sé que haga.

(Ap. ¿Daré paso yo á mis celos,  
Tercera á sus esperanzas?  
No; que ninguno guardó  
A sus celos las espaldas.)

LAURA.  
¿Por qué con tal turbacion  
Me miras?  
FLORA.  
Porque me mandas  
Cosa en que será imposible  
Servirte. Siempre cerrada  
La puerta está, que responde  
Al cuarto, donde se guarda  
Ese hombre, y el alcaide  
Por otra calle se manda.

LAURA.  
¿Hay mas de abrir esa puerta?  
FLORA.  
Mas hay, porque está clavada.

LAURA.  
Romperla, y dejarla en falso.  
FLORA.  
Veráulo aquesas criadas.

LAURA.  
¡Oh, qué de dificultades  
Me pones!  
FLORA.  
¿De qué te causas?

LAURA.  
De que si fueras mi amiga,  
Inconvenientes no hallaras.  
FLORA.  
Yo hago...

LAURA.  
No me digas mas.  
FLORA.  
Mas que puedo.

LAURA.  
Tú te engañas.

### ESCENA IX.

DON CESAR, SILVIA. — FLORA,  
LAURA.

DON CESAR.  
¿Qué voces, Flora, son estas?  
¿Qué voces son estas, Laura?  
¡Las dos amigas así  
Se enojan!

FLORA.  
No ha sido nada.

LAURA.  
No es sino mucho, y pues traje  
Dos diligencias pensadas,  
He de intentar la segunda,  
Pues la primera me falta;  
Y en lágrimas y suspiros  
Salgan de mi pecho, salgau  
De una vez tantos pesares,  
De una vez desdichas tantas.  
Escúchame. Yo, señor,  
Vengo con'un desengaño  
A sacarte de un engaño,  
A librarte de un error.  
A un caballero le di  
Ocasión de que me viera  
En mi casa (¡oh, si pudiera  
Esto decirse sin mí!):  
Cuando un hombre que venia  
Huyendo de dos, se entró  
En el jardín, y pasó  
A esta casa de la mía.  
Vos, siguiéndole, llegastes,  
Y á mi amante (¡ay penas tristes!)  
Por el hombre que seguistes,  
Preso á una torre enviastes.  
No me pude declarar  
Por mi hermano, y ahora vengo,

Con la obligacion que tengo,  
O señor, á suplicar  
Que con generoso iudicio  
Mireis por mi fama, pues:  
Soltadle, pues que no es  
El que dió la muerte á Licio  
Con mi hermano disculpada  
Quedé yo en hallarle allí.

DON CESAR.  
En toda mi vida vi  
Mentira mas mal trazada.  
Señora, si vuestro amor  
Quiere, ostentando finezas.  
Tomar vado en sus tristezas,  
Hallar puerto á su dolor,  
No ha de ser con fingimientos  
Neciamente imaginados.  
Mejor negocian postrados  
Los ruegos y rendimientos.  
Porque si el que yo seguí,  
Y en vuestro jardín hallé,  
Don Carlos Colona fué,  
Y es el mismo, que está aquí:  
¿Qué sirven engaños?

LAURA.  
Esa  
Es mi desdicha cruel,  
El presumir vos que es él.

DON CESAR.  
Pues si él mismo lo confiesa,  
¿Puede él mismo mentir?

LAURA.  
Sí;  
Que por no formar, señor,  
Sospechas contra mi honor,  
Querrá condenarse á sí.

DON CESAR.  
Cuando en su pecho cupiera  
Una fineza tan rara,  
Que el delito confesara,  
Y él mintiera; no mintiera  
Un criado que ha venido  
Con él, le ha visto y le ha hablado.

LAURA.  
Puede mentir el criado.  
DON CESAR.  
Hareis que pierda el sentido.  
¿Y si yo mismo al instante,  
Que le envié preso aquí,  
A solas le hablé y le vi,  
Y él?...

LAURA.  
No paseis mas adelante.  
¿Vos le hablasteis? Vos le visteis?

DON CESAR.  
Yo mismo, yo mismo, yo.

LAURA.  
Pues será otro; pero no  
El que en mi casa prendisteis;  
Porque vos le conocéis,  
Al que en mi jardín hablaba.

FLORA. (Ap.)  
Esto está mejor que estaba.

DON CESAR.  
Si eso persuadir quereis,  
Dejadme, por Dios, señora,  
Que es querer que un fingimiento  
Me quite el entendimiento.  
Dile, por tu vida, Flora,  
Cómo el que anoche prendí,  
Don Carlos Colona es.

FLORA.  
¿Eso tiene duda? Pues  
El que ahora está preso aquí,

Muy bien le conozco yo,  
Y es el mismo que venia  
Huyendo aquel mismo día,  
¡Ay infelice! que dió  
La muerte en el campo á Licio.

DON CESAR.  
Diselo así, porque temo  
Que su locura y mi extremo  
Me quieren quitar el juicio. (Vase.)

FLORA.  
¿Pues qué duda puede haber  
En verdad tan asentada?

LAURA.  
Flora, no me digas nada;  
Que yo lo sabré saber. (Vase.)

FLORA.  
Como de mi mal me espanto,  
Del tuyo, Laura, también;  
Mas de mi mal, ó mi bien,  
Hoy veré el fin. Dame un manto,  
Silvia.

SILVIA.  
¿Qué quieres hacer?  
¿No ves que ya su criado,  
Que eres tú, le habrá contado,  
La tapada?

FLORA.  
Que temer  
No tengo. Venza el rigor  
De tan confusos desvelos,  
Y denme muerte mis celos,  
O deme vida su amor. (Vanse.)

### ESCENA X.

DON CARLOS, DINERO.

DINERO.  
¡Lástima es, vive el cielo,  
Si crédito he de dar á tu desvelo,  
Que un amante no seas  
De novela!

DON CARLOS.  
Pues oye, si deseas  
Saber todo el suceso.  
Estaba yo escondido, donde preso  
Ahora estoy, cuando vino  
Otra dama de ingenio peregrino  
A buscarme tapada,  
Diciendo que de mí estaba obligada,  
Porque la dama era,  
Que fué de mi rigor causa primera.  
Esta pues...

DINERO.  
Era Flora.

DON CARLOS.  
¿Que dices!

DINERO.  
La verdad: escucha ahora.  
Flora es esa tapada,  
Que á visitarte vino disfrazada:  
Yo lo sé, porque estaba  
Contigo, cuando yo, que te buscaba  
La saqué de un aprieto  
Con su padre, fingiéndome en efeto  
Sastre. ¡Al cielo pluguiera, [ra!  
Que antes que sastre, diablo me fingie-  
César, adónde iba, preguntaba,  
Y ella dijo que un manto se probaba,  
Que yo entonces traía; de manera  
Que Flora es la tapada.

DON CARLOS.  
Aguarda, espera;  
Que si vamos juntando [Cuando  
Partes, hay muchas que lo abonon.  
Riñendo Arnaldo estaba,  
Dijo que darne muerte procuraba.



Por vengar á su primo, cuya muerte  
Ella causó; de suerte,  
Que habiendo ella causado  
La muerte de su primo, con cuidado  
Ampararme obligada,  
Visitarme tapada,  
Guardarme temerosa,  
Y obligarme en efecto generosa,  
Muchas verdades son, ó yo las creo,  
Por lo que persuadir sabe el desco.  
¿Quién decirte pudiera  
Del modo que la vi, cuando mi liera  
Suerte, per la pared de esos jardines,  
Me ocasionó volverme á sus jazmines?

DINERO.

No todo sea pesar, va de pintura.

DON CARLOS.

Escúchame, aunque enoje su hermosura.  
Ya te dije cómo anoche  
De aquesta casa me fui,  
Y que en la calle Don César  
Me reconocí al salir.  
Ya te dije cómo huyendo  
De un lance en otro, caí  
A un jardín, donde un amante  
Favorecido y feliz  
Gozaba su paraíso,  
Sin temor del serafín,  
Pues le tenía en sus brazos;  
Pues escucha desde aquí.  
A los jardines de Flora  
Pasé y confuso me vi,  
Porque entre los laberintos  
De su amoroso país  
Que los arrayanes tejen  
Con los olivos, me perdí.  
Era la noche medrosa  
Monstruo tan cobarde y vil,  
Que pisando blandamente  
El clavel y el alhelí,  
No dejó á fuentes ni flores,  
Ni murmurar ni reír.  
Entre nieblas empañado  
El cristalino viril,  
Sepultó abismos de estrellas  
En túmulos de zafir.  
De esta suerte discurría,  
Cuando entre las sombras vi  
Un nocturno rayo, cuyo  
Norte me obligó á seguir.  
Su luz. Hallé pues por una  
Celosía de jazmín  
Entreabierta una ventana,  
Que el aire debió de abrir,  
Para penetrar su cielo,  
Emanorado y sutil.  
Estaba entre sus criadas  
Flora, bien como lucir  
Suele entre vasallas flores  
La rosa su emperatriz.  
Una, bincada la rodilla,  
En un azafate allí  
Recogía los despojos  
De su victoria gentil.  
Desenlazó las sortijas  
De la prision de marfil,  
Y luego acudió al cabello,  
Donde, como Flora en fin,  
Fué desperdiciando flores,  
Tan hijas suyas, que oí  
Para adornarse otra aurora,  
Se las envió el jardín;  
Porque por deshechos suyos  
Llaman galan al abril.  
De los cuidados del día  
Ya absuelto el cabello vi,  
Siendo océano de rayos,  
Donde la mano feliz,  
Bucentoro de cristal,  
Corrió tormenta de Olir.  
Tan hermoso el desaliño

T. VII.

Era, que quise decir:  
¡Mal haya el aliño, donde  
Es el desaliño así!  
Luego á mas leve precepto  
Rendido, le volvió á asir  
En una red de oro y seda,  
Labrada á colores mil.  
En cotilla y en enagua  
Quedó de un verde tabí;  
Que como es Flora, no quiso  
Ajeno color vestir.  
Una guarnición no mas  
Era el último perfil,  
Dónde en líneas de oro iba  
A rematar y morir  
Otra hermosa primavera  
De muchas flores de lis;  
Y como al jóven verano  
Sigue el cano invierno, así  
Se miró á esta verde pompa  
La blanca nieve seguir  
De otra enagua de cambray,  
Que ercipsculo sutil,  
No dejaba entre dos luces  
Ni oscurecer ni lucir.  
La estatura de otro día  
Fiada dejó al chapín.  
Quedando su perfección,  
Menos no, mas menor sí.  
Sentóse sobre la cama,  
Que era ocaso carmesí;  
¿Cuándo no se acuesta el sol  
Tras cortinas de carmín?  
Aquí cegaron mis ojos,  
Porque una criada aquí  
A descalzarla se puso,  
Las espaldas hácia mí:  
Y por mas que codicioso  
Bruñular y descubrir  
Quise, entre léjos y sombras  
Solo alcancé, solo vi  
No sé qué rasgos de nácar,  
De un ceudal de azul turquí  
Abrazados, y una caja,  
Si se pudo percibir;  
Porque era un átomo breve,  
Que nació para vivir  
Concha de la menor perla,  
Botón del mejor jazmín.  
Púsose sobre los hombros  
Otro rico faldellín,  
Porque un baño las criadas  
La empezaron á servir.  
De las lágrimas que el alba  
Llora cuando va á salir,  
Debí de ser, porque entonces  
Todo respiró ámbar gris.  
Metió los pies en el agua,  
Y trabaron entre sí  
Cristales contra cristales  
Una batalla civil;  
Y como estatua de nieve  
Era Flora, y yo la vi,  
Por ser con cristal cuajado,  
Deshecho cristal, temí,  
Que la estatua por los pies  
Se empezaba á derretir.  
En aqueste punto, Silvia,  
De gasas quitó un telliz.  
A las almohadas, y abrió  
El lecho, donde á dormir  
Se reclinó mejor sol,  
Que el que en campo de zafir  
Suele madrugar topacio,  
Suele acostarse rubí.  
Corriéronle la cortina,  
Dejándome á mí sin mí,  
En manos de mi temor,  
Venturoso é infeliz.  
Hasta que Silvia salió,  
Como ya te referí.  
Y lo que me admiró mas,

Fué, viendo esparcir así  
Sus adornos, que mañana  
Sepa volverse á vestir.

DINERO.

Con todo cuanto has gastado  
De ámbar, clavel y jazmín,  
Se te olvida lo mejor  
De su adorno.

DON CARLOS.

¿Cómo así?

DINERO.

¿No traía guarda-infante  
Flora, señor?

DON CARLOS.

Luego vi,  
Que había de ser trinidad  
La que ibas á decir.

DINERO.

Ya que tú me la has pintado,  
Puesto que yo no le vi,  
Quiero pintártelo yo.  
Va pendiente de la cin-  
tura, en enanto la enagua  
Dejó enajuladas las tri-  
pas en un enajugador,  
De alambre, esparto y de ein-  
tas; que como las enaguas  
Al humo de las pasti-  
llas se curan, no se hallan  
Sin enajugador y sin  
Perfumes; y en conclusion  
*Est custos infantis sic;*  
Que por no espantar á tantos,  
Decirlo quise en latín.

## ESCENA XI.

(ELIO.— DON CARLOS, DINERO;  
luego SILVIA.)

CELIO.

(Ap. Advertido ya de cuanto  
Pasó á Arnaldo, he que fingir,  
Que este es el preso que anoche,  
Don César me encargó á mí.)  
Una tapada mujer  
Te busca, y aunque yo aquí  
No tenga tanta licencia,  
En algo te he de servir.

DINERO. (Ap. á su amo.)

Ahora verás si es Flora.

DON CARLOS. (A Celio.)

Merced me hace. (A Dinero.) Si es así,  
Tendrán premio tus albricias,  
Tendrán mis desdichas fin. (Vase Celio.)  
(Sale Silvia por otra puerta que Celio.)

SILVIA.

Aquella dama tapada,  
Que te vino á ver, aquí  
Vuelve otra vez.

DON CARLOS.

Ya lo sé;

Mas, que puede entrar, le di.  
(Vase Silvia.)

## ESCENA XII.

CELIO y LAURA; SILVIA y FLORA.—  
DON CARLOS, DINERO.

CELIO. (A Laura, que sale tapada.)

Aquel, señora, es el preso  
Que buscáis, y que decís. (Vase.)

SILVIA. (A Flora, que sale tapada.)  
Solo está; bien llegar puedes

DON CÁRLOS.

¡Qué miro! ¿Que cuando aquí  
Una tapada esperaba,  
Vienen dos?

DINERO.

Es de sentir;  
Que á mas moros mas ganancia,  
El refrán suele decir;  
Mas á mas cristianos, no.

LAURA.

Señor...

FLORA.

Cárlos...

LAURA. (Ap.)

; Ay de mí,

Que este no es Arnaldo!

FLORA. (Ap.)

; Cielos,

Esta es Laura!

DON CÁRLOS.

Proseguid.

¿Por qué os retirais las dos?

¿Qué inaudais? ¿A qué venis?

LAURA.

Yo no tengo que deciros,  
Porque en mirándos, perdi  
La memoria. (Ap. Aquella es Flora.)

FLORA.

La voluntad yo.

DON CÁRLOS.

Advertid

Que solo el entendimiento  
Hay que perder para mí;  
Y ántes que le pierda, sepa  
Qué haceis aquí, ó qué decis.

LAURA.

Yo no tengo ya qué hacer.

FLORA.

Ni yo tengo qué decir.

DON CÁRLOS.

Embozadas hermosuras,  
Que detras de ese nublado,  
Ántes de haberme alumbrado,  
Me queréis dejar á oscuras.  
Piedades son mal seguras  
Iros sin que os haya oído;  
Que si ver el bien perdido  
Quien le tuvo, es gran desden,  
¿Qué será perder el bien,  
Ántes de haberle tenido?  
Y si de un día al arrebol,  
Sigue una noche importuna,  
Quedando á pagar la luna,  
Obligaciones del sol;  
Si un farol á otro farol  
Mas ó ménos rayos lía,  
Advertid que es tiranía,  
A que ninguna igualó  
Que pase dos noches yo  
Sin debérselas al día.

LAURA.

Yo no me he de descubrir,  
Porque no os importa á vos  
Ni á mí; porque donde hay dos,  
De nada puedo servir.

DINERO.

Por mí deben de venir.

DON CÁRLOS

Apártate.—No teneis  
Que recelaros, pues veis  
Que si tanto habeis tardado  
Que dos noches han pasado,  
Dos auroras me debeis.

## ESCENA XIII.

CELIO. — DICHOS.

CELIO. (A Don Cárlos.)

En mi cuarto mi señor  
Os espera, porque quiere  
(Tanto su fama prefiere  
Al sentimiento el valor,  
Y á la piedad el favor)  
Hacer hoy las amistades  
De Arnaldo y vuestras.

DON CÁRLOS.

Verdades

Sus ofrecimientos son.  
Rompa pues mi confusion  
Por tantas dificultades.  
Ya veis que es fuerza asistir  
Donde me llaman. Adios.

DINERO.

Yo me quedo entre las dos.

DON CÁRLOS. (Ap. á Dinero)

A ninguna dejes ir. (Vase con Celio.)

DINERO.

Ea, tiempo es de embestir.

FLORA. (Ap.)

Si muero, ¿por qué dilato  
El desengaño?

LAURA. (Ap.)

Yo trato

De averiguar mis recelos

DINERO. (Ap.)

Si aquí hay batalla de celos,  
Yo he de tener lindo rato.

FLORA. (A Silvia.)

Tú por un instante aguarda.  
Allí puedes apartarte. (Vase Silvia.)

## ESCENA XIV.

FLORA, LAURA, DINERO.

FLORA.

¿Laura?

LAURA.

Sí.

FLORA.

Pues oye aparte.

LAURA.

Escucha tú aparte, Flora.

FLORA.

Mi sentimiento no ignora...

LAURA.

Bien conoce mis extremos...

FLORA.

Que de un mal adolecemos

LAURA.

Que padecemos un daño.

FLORA.

Cúrenos un desengaño.

LAURA.

O muramos, ó sanémos.

FLORA.

¿Tú, á Cárlos, Laura, has seguido?

LAURA.

¿Yo á Cárlos! Haste engañado;  
Porque en mi vida le he hablado,  
Y apénas le he conocido.

FLORA.

Pues ¿cómo á verle has venido  
Desta suerte?

LAURA.

Yo no vengo

A ver...

FLORA.

Mayor duda tengo.

LAURA.

A Cárlos, á Arnaldo sí,  
Que preso ha de estar aquí.

FLORA.

Ya el desengaño prevengo.  
¿Arnaldo, Laura, fué á quien  
Mi padre anoche prendió!

LAURA.

Por eso le busco yo.

FLORA.

¿Y es el que tú quieres bien?

LAURA.

Sí.

FLORA.

¿Y el que anoche tambien  
En tus jardines te hablaba?

LAURA.

El era el que se ocultaba.

FLORA.

¿No Cárlos?

LAURA.

¿Con Cárlos yo!

FLORA.

¿Luego no le quieres?

LAURA.

No.

FLORA.

Pues mejor está que estaba;  
Y en albricias darte quiero  
Otra buena nueva ya.  
Arnaldo preso no está.

LAURA.

¿Cómo?

FLORA.

Como de aquí inliero  
Que Cárlos fué el prisionero,  
Y á Arnaldo dejaron fuera.

LAURA.

¿Luego de aquesa manera,  
No tengo ya que temer?

FLORA.

No, pues no se ha de saber.

LAURA.

¿Luego ya mi pena liera  
Tan felizmente se acaba,  
Que mi opinion y mi hermana  
Se asegura?

FLORA.

Eso está llano.

LAURA.

Pues mejor está que estaba.

DINERO. (Ap.)

¿Puede haber pena mas brava,  
Que no oir uno, hablando dos?  
¿Oh dueñas! decidlo vos.

LAURA.

Pues encerrados están,  
Y el paso franco me dan;  
Adios, Flora.

(Vase.)

## ESCENA XV.

FLORA, DINERO.

FLORA.

Laura, adios.

DINERO.

La una se va por aquí  
La otra por acá, y despues



Esta entra en casa : esta es,  
Y he de declararme así.

(*Detiene á Flora.*)

FLORA.

¿Que es lo que haceis?

DINERO.

Miro aquí,

Si está bien hecho este manto.  
Mal redondo un tanto cuanto  
Quedó. Quitáosle, porque  
Le vuelva al maestro.

FLORA.

No sé

Qué decis.

DINERO.

Poco me espanto ;  
Que yo tanpoco me entiendo :  
Mas suelo darme á entender.

**ESCENA XVI.**

LAURA, *que vuelve alborotada.* —  
FLORA, DINERO.

LAURA.

Flora amiga, si deseas  
Mi vida, ampara-me.

FLORA.

¿Qué

Te ha sucedido?

LAURA.

Mi hermano

Al salir, me pudo ver,  
Y me sigue. Mas ¿qué temo?  
Por esta puerta me iré,  
Y cerrándola tras mí,  
Así me aseguro del.

(*Entrase por la puerta que da paso á  
la habitación de Flora, y cierra.*)

FLORA.

No cierres, detente, espera ;  
Déjame á mí entrar también.  
La puerta cierra ; el temor  
No la aseguró. ¿Qué haré?

**ESCENA XVII.**

FABIO. — FLORA, DINERO.

FABIO.

¿Laura en aquestos umbrales,  
Y desde el amanecer  
Fuera de casa ! ¡Ay de mí !  
Mis celos dijeron bien.  
Pero ; cuándo dicen mal  
Las desdichas que han de ser !  
Embozado él, y ella  
En su prision ! Entraré,  
Aunque me lo estorbe el mundo.

(*Dirigiéndose á Flora, que sigue ta-  
pada.*)

¿Ah falsa, alevé y cruel !  
¿Piensas que de tus traiciones  
Toda la culpa no sé?

FLORA. (*Ap.*)

¿Qué haré ? Porque descubrirme  
Ni encubrirme me está bien.

FABIO.

Mas yo me sabré vengar,  
Como declararme sé ;  
Que celos de honor no mas  
Se han de pedir que una vez.

FLORA.

Detente.

DINERO.

(*Ap.* ¡Cuerpo de Cristo !

¿No tengo yo de saber,  
A qué sabe ser valiente  
En mi vida alguna vez ?  
Y quizá aqueste es gallina.)  
No es hombre noble y cortes (*A Fabio.*)  
El que tan groseramente  
Atropella una mujer.  
(*Ap.* ¿Quién me mete en esto á mí?

FABIO.

¿Queréis la vos defender?

DINERO.

Si quiero, y vuelvo á envidar.

FABIO.

Pues veamos si podeis.

(*Sacan las espadas.*)

DINERO. (*Ap.*)

Luego habrá quien meta paz.

**ESCENA XVIII.**

DON CESAR, DON CARLOS, AR-  
NALDO. — FLORA, *tapada* : FA-  
BIO, DINERO.

DON CESAR.

Las espadas suspended.

DINERO. (*Ap.*)

¿A qué buen tiempo han llegado !

FLORA. (*Ap.*)

¿Hay estrella mas cruel  
Que la mía ? Aquí es forzoso  
Que me hayan de conocer.

DON CESAR.

Pues, Señor Don Fabio, ¡aquí  
Estos extremos haceis !

DINERO. (*Ap.*)

Si tardan un poco mas,  
Vive Dios, que echo á correr.

FABIO.

Señor Don César, yo tengo  
Para el extremo que veis,  
Ocasión, y solo os ruego  
Que no me la preguntéis.  
Con esa dama en la calle  
He tenido no sé qué.  
Entróse huyendo hasta aquí ;  
Y tras ella hasta aquí entré ;  
Púsoseme ese criado  
Delante.

DINERO.

Y hice muy bien.

FABIO.

Todo importa poco. Así  
Os suplico que me déis  
Licencia para llevarla.

FLORA. (*Ap.*)

Nada me estará tan bien.

ARNALDO. (*Ap.*)

¿Quién esta mujer será?

DON CESAR. (*Ap.*)

¿Triste de mí, que esta es  
Su hermana ! Bien lo declara,  
Que á Don Carlos viene á ver.

DINERO. (*Ap.*)

¿Esto en efecto, es reñir ?  
Pues cosa bien fácil es.

FABIO. (*A Flora.*)

Venid.

DON CARLOS.

Eso no. Esta dama,  
Aunque su nombre no sé,

Ni quién es, ni lo que os mueve,  
A mí me ha venido á ver ;  
Y no ha de ir con vos, sin que ella  
Me diga que la está bien.

FLORA.

Pensando que me defiende,  
Carlos me ha echado á perder.

DON CESAR. (*Ap.*)

No hay palabra, que no sea  
Un nuevo empeño.

FABIO.

Sabré

Desempeñar lo que he dicho  
Hasta morir ó vencer.

DINERO. (*Ap.*)

No se me ha de pasar día  
Sin reñir alguna vez.

DON CESAR.

¿No mirais que estoy aquí?

¿Qué es esto ? Mas ahora bien ;  
No ha de ir con vos ni con nadie ;  
Esto, en efecto, ha de ser ;  
Y mientras que se averigua  
El caso, en mi casa esté  
En compañía de Flora.

FLORA. (*Ap.*)

Esto solo podía ser  
El remedio de mi vida.

DON CESAR.

Segura estará, qué á fe  
Que nunca aprendiera de ella  
Los lances en que se ve.  
Venid, señora ; y por cierto  
Muy poca razón teneis,  
En aventuraros, siendo  
Una principal mujer.

DINERO. (*Ap.*)

He de reñir cada día,  
Hasta que alguno me dé.

FABIO.

Señor Don César, no son  
Cosas las que llevo á ver,  
Tan fáciles de pasar,  
Que suspensas queden bien  
Esa mujer es mi hermana.  
Ya lo dije, y no me iré  
Sin que mi honor y su honor  
Queden libres

ARNALDO.

¿Laura es ?  
Pues ya aquesta obligacion  
A mí me toca, porque,  
Quien la sacó de su casa,  
Y á quien ella viene á ver,  
Soy yo.

DON CESAR.

(*Ap.* ¡Esto solo faltaba,  
Abora de suceder !)  
A veros, Arnaldo, á vos  
Aquí, ¿cómo ó para qué?

DINERO. (*Ap.*)

¿Ah, qué gusto es tirar una  
De tajo, otra de reves!

ARNALDO.

Ya me es forzoso decirlo ;  
Que si ha de ser mi mujer,  
Mejor es que lo sepaís,  
Que no que lo sospecheis.  
Yo soy el que vos prendisteis  
En su jardín, porque en él  
Estaba con Laura yo  
(Digno premio de mi fe)  
Cuando en él entró Don Carlos.  
Dile paso, y me quedé  
Yo empeñado.

DON CÉSAR.

Segun eso,

¡Ella portaba bien!

Mas ahora de mi agravio

La duda se queda en pie.

¿Cómo estabais en mi casa

Vos?

(A Don Carlos.)

DON CARLOS.

(Ap. Esto me has de deber,

Flora; que no he de culparte.)

Como á esta casa pasé,

Y llegando á aqueste cuarto,

Como tan solo le hallé,

Me pareció que estaria

Mas seguro, cuando á él

Pasasteis, y como os vi

De mi padre amigo fiel,

Fiado en vuestra amistad,

Ni me fui, ni me ausenté.

DINERO. (Ap.)

Póngome de firme á firme,

Doy el tajo; y meto piés.

FABIO.

Que seáis vos, ó sea Don Carlos,

Yo me he de satisfacer.

ARNALDO.

Yo defenderla.

DON CÉSAR.

Apartad;

Que ni uno ni otro ha de ser.

Entrad en ese aposento,

Y averigüemos despues ..

Mas ¿quién esta aquí?

(Abre, y sale Laura.)

## ESCENA XIX.

LAURA, descubierta. — Dichos.

LAURA.

Yo soy,

Que á Flora he venido á ver;

Y escuchando aquí á mi hermano,  
Vengo á saber lo que es.

DON CÉSAR.

En verdad, señor Don Fabio,

Que es muy bueno lo que veis!

Está estotra con mi hija,

Y quereis dar á entender,

Que es la que tapada está.

FABIO.

A nadie le está mas bien

Que á mi, el haberse engañado.

Confieso que engaño fué.

ARNALDO.

Pues si aquesta es Laura ¡cielos!

¿Quién esta tapada es?

DON CÉSAR.

Descubrios ya, señora,

Quien quiera que seáis, porque

Salgamos de tanto engaño.

(Flora se descubre.)

¡Qué es lo que miro! ¡Ah cruel!

DINERO.

¡Oh! qué bien hecho está el manto!

No te enojos, que esto es (A Don César.)

Probarle, que en este punto

Le acabé yo de traer.

DON CÉSAR.

Ahora conozco mi error.

Muerte, ingrata, te daré.

DON CARLOS.

Ved el empeño en que estoy,

Porque la he de defender.

DON CÉSAR.

Quien no fuere su marido,

¿Cómo, dime, ha de poder

Defenderla contra mí?

DON CARLOS.

Siéndolo, señor, podré.

DON CÉSAR.

Si yo casar á Don Carlos  
Con Flora, siempre pensé,  
Para poder perdonarle,  
Y esto vino á suceder,  
¿De qué mo puedo quejar?

FABIO. (A Arnaldo.)

Yo deseaba tanto el ver  
Empleada en vos mi hermana,  
Que me ha pesado de qu  
Ella no fuese.

ARNALDO.

Si yo

Llegar puedo á nierecer  
La mano de Laura hermosa,  
Rendida os pide mi fe  
Permitais á mi ventura  
Este favor.

FABIO.

Vuestra es

Laura; pues con tanta dicha  
Todos quedaremos bien.

LAURA.

Esta es mi mano.

ARNALDO.

Y la mia

Con toda el alma os daré.

DINERO.

Y pues tras tantos engaños  
El mal se convierte en bien,  
Si es bien casarse, las faltas  
Nos perdonad.

DON CARLOS.

Y diré

Que esta comedia, que ofrece  
El autor á vuestros piés,  
Hoy está mejor que estaba,  
Si os ha parecido bien.



# EL PRINCIPE CONSTANTE.

## PERSONAS.

DON FERNANDO, *príncipe*.  
DON ENRIQUE, *príncipe*.  
DON JUAN COUTIÑO.  
EL REY DE FEZ, *viejo*.  
MULEY, *general*.  
CELIN.

BRITO, *gracioso*.  
ALFONSO, *rey de Portugal*.  
TARUDANTE, *rey de Marruecos*.  
FÉNIX, *infanta*.  
ROSA.  
ZARA.

ESTRELLA.  
CELIMA.  
SOLDADOS PORTUGUESES.  
CAUTIVOS.  
MOROS.

*La escena es en Fez y sus contornos, y en los de Tánger.—La acción principia en el año 1437.*

## JORNADA PRIMERA.

Jardin del rey de Fez.

### ESCENA PRIMERA.

CAUTIVOS, *que salen cantando*; ZARA.

ZARA.

Cantad aquí, que ha gustado,  
Mientras toma de vestir  
Fénix hermosa, de oír  
Las canciones, que ha escuchado  
Tal vez en los baños, llenas  
De dolor y sentimiento.

CAUTIVO. 1.º

Música, cuyo instrumento  
Son los hierros y cadenas  
Que nos aprisionan, ¿puede  
Haberla alegrado?

ZARA.

Si:

Ella escucha desde aquí.  
Cantad.

CAUTIVO. 2.º

Esa pena excede,  
Zara hermosa, á cuantas son,  
Pues solo un rudo animal,  
Sin discurso racional,  
Canta alegre en la prision.

ZARA.

„No cantais vosotros?

CAUTIVO. 3.º

Es

Para divertir las penas  
Propias, mas no las ajenas.

ZARA.

Ella escucha, cantad pues

CAUTIVOS. (*Cantando.*)

*Al peso de los años  
Lo eminente se rinde;  
Que á lo fácil del tiempo  
No hay conquista difícil.*

### ESCENA II.

ROSA. — DICHOS.

ROSA.

Despedad, cautivos; dad  
A vuestras canciones fin;  
Porque sale á este jardín  
Fénix á dar vanidad  
Al campo con su hermosura,  
Segunda aurora del prado.

(*Vanse los cautivos.*)

## ESCENA III.

FÉNIX, ESTRELLA y CELIMA, *como  
acabando de vestir á la infanta*. —  
ZARA, ROSA.

ESTRELLA.

Hermosa te has levantado.

ZARA

No blasone el alba pura  
Que la debe este jardín  
La luz ni fragancia hermosa,  
Ni la púrpura la rosa,  
Ni la blanca el jazmín.

FÉNIX.

El espejo.

ESTRELLA.

Es excusado  
Querer consultar con él  
Los borrones que el pincel  
Sobre la tez no ha dejado.

(*Dándole un espejo.*)

FÉNIX.

¿De qué sirve la hermosura  
(Cuando lo fuese la mia),  
Si me falta la alegría,  
Si me falta la ventura?

CELIMA.

¿Qué sientes?

FÉNIX.

Si yo supiera,  
¡Ay Celima! lo que siento,  
De mí mismo sentimiento  
Lisonja al dolor hiciera;  
Pero de la pena mía  
No sé la naturaleza;  
Que entónces fuera tristeza  
Lo que hoy es melancolia.  
Solo sé que sé sentir;  
Lo que sé sentir no sé;  
Que ilusión del alma fué.

ZARA.

Pues no pueden divertir.  
Tu tristeza estos jardines,  
Que á la primavera hermosa  
Labran estatuas de rosa  
Sobre templos de jazmines,  
Hazte al mar: un barco sea  
Dorado carro del sol.

ROSA.

Y cuando tanto arrebol  
Errar por sus ondas vea,  
Con grande melancolla  
El jardín al mar dirá:  
«Ya el sol en su centro está»  
Muy breve ha sido este día».

FÉNIX

Pues no me puede alegrar,  
Formando sombras y léjos,  
La emulacion, que en reflejos,  
Tienen la tierra y el mar;  
Cuando con grandezas sumas  
Compiten entre esplendores  
Las espumas á las flores,  
Las flores á las espumas;  
Porque el jardín, envidioso  
De ver las ondas del mar,  
Su curso quiere imitar;  
Y así el céliro amoroso  
Matices riñe y olores,  
Que soplando en ellas bebe,  
Y hacen las hojas que mueve  
Un océano de flores;  
Cuando el mar, triste de ver  
La natural compostura  
Del jardín, también procura  
Adornar y componer  
Su playa, la pompa pierde,  
Y á segunda ley sujeto,  
Compite con dulce efecto  
Campo azul y golfo verde,  
Siendo, ya con rizas plumas,  
Ya con mezclados colores,  
El jardín un mar de flores,  
Y el mar un jardín de espumas:  
Sin duda mi pena es mucha,  
No la pueden lisonjear  
Campo, cielo, tierra y mar.

ZARA.

Gran pena contigo lucha.

## ESCENA IV.

EL REY, *con un retrato*. — DICHOS.

REY.

Si acaso permite el mal,  
Cuartana de tu belleza,  
Dar treguas á tu tristeza,  
Este bello original  
(Que no es retrato el que tiene  
Alma y vida), es del infante  
De Marruecos, Tarudante,  
Que á rendir á tus pies viene  
Su corona: embajador  
Es de su parte; y no dudo  
Que, embajador que habla mudo,  
Trae embajadas de amor.  
Favor en su amparo tengo:  
Diez mil ginets alista  
Que enviar á la conquista  
De Ceuta, que ya prevengo.  
Dó la vergüenza esta vez  
Licencia: permite amar  
A quien se ha de coronar  
Rey de tu hermosura en Fez.

FÉNIX. (Ap.)  
¡Válgame Alá!

REY.  
¿Que rigor  
Te suspende de esa suerte?

FÉNIX. (Ap.)  
La sentencia de mi muerte.

REY.  
¿Qué es lo que dices?

FÉNIX.  
Señor,  
Si sabes que siempre has sido  
Mi dueño, mi padre y rey,  
¿Qué he de decir? (Ap. ¡Ay Muley!  
Grande ocasion has perdido!)  
El silencio ¡ay infelice!)  
Hace mi humildad inmensa.  
(Ap. Miente el alma, si lo piensa,  
Miente la voz, si lo dice.)

REY.  
Toma el retrato.

FÉNIX. (Ap.)  
Forzada  
La mano le tomará;  
Pero el alma no podrá.  
(*Disparan una pieza.*)

ZARA.  
Esta salva es á la entrada  
De Muley, que hoy ha surgido  
Del mar de Fez.

REY.  
Justa es.

### ESCENA V.

MULEY, con baston de generat.—Di-  
CHOS.

MULEY.  
Dame, gran señor, los pies.

REY.  
Muley, seas bien venido.

MULEY.  
Quien penetra el arrebol  
De tan soberana esfera,  
Y á quien en el puerto espera  
Tal aurora, hija del sol,  
Fuerza es que venga con bien.  
Dame, señora, la mano,  
Que este favor soberano  
Puede mereceros quien  
Con amor, lealtad y fe  
Nuevos triunfos te previene.  
(Ap. Y fué á servirlos, y viene  
Tan amante como fué.)

FÉNIX.  
(Ap. ¡Válgame el cielo! ¿qué veo?)  
Tú, Muley (estoy mortal),  
Vengas con bien.

MULEY. (Ap.)  
No, con mal  
Será, si á mis ojos creo.

REY.  
En fin, Muley, ¿qué hay del mar?

MULEY.  
Hoy tu sufrimiento pruebas:  
De pesar te traigo nuevas,  
Porque ya todo es pesar.

REY.  
Pues cuanto supieres di;  
Que en un ánimo constante  
Siempre se halla igual semblante  
Para el bien y el mal.—Aquí  
Te sienta, Fénix.

FÉNIX.  
Si haré.  
REY.  
Todos os sentad.—Prosigue,  
Y nada á callar te obligue.  
(*Siéntase el Rey y las damas.*)

MULEY.  
(Ap. Ni hablar ni callar poore)  
Sali, como me mandaste,  
Con dos galeazas solas,  
Gran señor, á recorrer  
De Berberia las costas.  
Fué tu intento que llegase  
A aquella ciudad famosa,  
Llamada en un tiempo Elisa,  
Aquella que está en la boca  
Del Fretó Hercúleo fundada,  
Y de Ceido nombre toma;  
Que Ceido, Ceuta, en hebreo  
Vuelto el árabe idioma,  
Quiere decir, hermosura,  
Y ella es ciudad siempre hermosa.  
Aquella pues que los cielos  
Quitaron á tu corona,  
Quizá por justos enojos  
Del gran profeta Mahoma,  
Y en oprobio de las armas  
Nuestras, miramos ahora  
Que pendones portugueses  
En sus torres se enarbolan,  
Teniendo siempre á los ojos  
Un padrastró que baldona  
Nuestros aplausos, un freno  
Que nuestro orgullo reporta,  
Un Cáucaso que detiene  
Al Nilo de tus victorias  
La corriente, y puesta en medio,  
El paso á España le estorba.  
Iba con órdenes pucs  
De mirar y inquirir todas  
Sus fuerzas, para decirte  
La disposicion y forma  
Que hoy tiene, y cómo podrás  
A ménos peligro y costa  
Emprender la guerra. El ciclo  
Te conceda la victoria  
Con esta restitution,  
Aunque la dilate agora  
Mayor desdicha: pues creo  
Que está su empresa dudosa,  
Y con mas necesidad  
Te está apellidando otra;  
Pues las armas prevenidas  
Para la gran Ceuta, importa  
Que sobre Tánger acendan,  
Porque amenazada llora  
De igual pena, igual desdicha,  
Igual ruina, igual congoja.  
Yo lo sé, porque en el mar  
Una mañana vi (á la hora  
Que, medio dormido el sol,  
Atropellando las sombras  
Del ocaso, desmaraña  
Sobré jazmines y rosas  
Rubios cabellos, que enjuga  
Con paños de oro á la aurora,  
Lágrimas de fuego y nieve,  
Que el sol convirtió en aljófar),  
Que á largo trecho del agua  
Venía una gruesa tropa  
De naves; si bien entónce  
No pudo la vista absorta  
Determinarse á decir  
Si eran naos ó si eran rocas;  
Porque como en los matices  
Sutiles pineles logran  
Unos visos, unos léjos,  
Que en perspectiva dñdosa  
Parecen montes tal vez,  
Y tal ciudades famosas,

Porque la distancia siempre  
Monstruos imposibles forma;  
Así en países azules  
Hicieron luces y sombras,  
Confundiendo mar y cielo,  
Con las nubes y las ondas,  
Mil engaños á la vista:  
Pues ella entónce curiosa,  
Solo percibió los bultos  
Y no distinguió las formas.  
Primero nos pareció,  
Viendo que sus puntas tocan  
Con el cielo, que eran nubes  
De las que á la mar se arrojan  
A concebir en zafir  
Lluvias que en cristal abortan;  
Y fué bien pensado, pues  
Esta innumerable copia  
Pareció que pretendia  
Sorberse el mar gota á gota.  
Luego de marinos monstruos  
Nos pareció errante copia,  
Que á acompañar á Neptuno  
Salían de sus alcobas;  
Pues sacudiendo las velas,  
Que son del viento lisonja,  
Pensamos que sacudían  
Las alas sobre las olas.  
Ya parecia mas cerca  
Una inmensa Babilonia,  
De quien los penisles fuéron  
Flámulas que el viento azotan  
Aquí ya desengañada  
La vista, mejor se informa  
De que era armada, pues vió  
A los sulcos de las proas  
Cuando batidas espumas  
Ya se encrespan, ya se entorchan,  
Rizarse montes de plata,  
De cristal cuajarse rocas.  
Yo, que vi tanto enemigo,  
Volví á su rigor la proa:  
Que también saber huir  
Es linaje de vitoria.  
Y así, como mas experto  
En estos mares, la boca  
Tomé en una cala, adonde,  
Al abrigo y á la sombra  
De dos montecillos, pude  
Resistir la poderosa  
Furia de tan gran poder,  
Que mar, cielo y tierra asomhira.  
Pasan sin vernos, y yo  
Deseoso (¿quién lo ignora?)  
De saber dónde seguía  
Esta armada su derrota,  
A la campaña del mar  
Sallí otra vez, donde logra  
El ciclo mis esperanzas,  
En esta ocasion dichosas;  
Pues vi que de aquella armada  
Se habia quedado sola  
Una nave, y que en el mar  
Mal defendida zozobra:  
Porque, segun despues supe,  
De una tormenta, que todas  
Corrieron, habia salido  
Deshecha, rendida y rota;  
Y así llena de agua estaba,  
Sin que bastasen las bombas  
A agotarla, y titubeando,  
Ya á aquella parte, ya á estotra  
Estaba a cada vaiven  
Si se ahoga, ó no se ahoga.  
Llegué á ella, y aunque moro,  
Les di alivio en sus congojas;  
Que el tener en las desdichas  
Compañía, de tal forma  
Consuela, que el enemigo  
Suele servir de lisonja  
El desco de vivir  
Tanto á algunos les provoca,



Que haciendo al intento escalas  
De gúmenas y maromas,  
A la prision se vinieron;  
Si bien otros les baldonan,  
Diciéndoles, que el vivir  
Eterno es vivir con honra;  
- Y aun así se resistieron:  
¡Portuguesa vauagloria!  
De los que salieron, uno  
Muy por extenso me informo.  
Dice pues que aquella armada  
Ha salido de Lisboa  
Para Tânger, y que viene  
A sitiaria con herôica  
Determinacion que veas  
En sus almenas lamosas  
Las quinas que ves en Ceuta  
Cada vez que el sol se asoma.  
Duarte de Portugal,  
Cuya fama vencedora  
Ha de volar con las plumas  
De las águilas de Roma,  
Envia á sus dos hermanos  
Enrique y Fernando, gloria  
Deste siglo, que los mira  
Coronados de victorias.  
Maestres de Cristo y de Avis  
Son, los dos pechos adornan  
Crucos de perfíles blancos,  
Una verde y otra roja.  
Catorce mil portugueses  
Son, gran señor, los que cobran  
Sus sueldos, sin los que vienen  
Sirviéndolos á su costa.  
Mil son los fuertes caballos,  
Que la soberbia española  
Los vistió para ser tigres,  
Los calzó para ser onzas.  
Ya á Tânger habrán llegado,  
Y esta, señor, es la hora  
Que, si su arena no pisan,  
Al ménos sus mares cortan.  
Salgamos á defenderla:  
Tú mismo las armas toma.  
Baje en tu valiente brazo  
El azote de Mahoma,  
Y del libro de la muerte  
Desate la mejor hoja;  
Que quizá se cumple hoy  
Una profecia herôica  
De Morábitos, que dicen,  
Que en la márgen arenosa  
Del Africa ha de tener  
La portuguesa corona  
Sepulcro infeliz, y vean  
Que aquesta cachilla corva,  
Campanas verdes y azules  
Volvió, con su sangre, rojas.

REV.

Calla, no me digas mas;  
Que de mortal furia lleno.  
Cada voz es un veneno  
Con que la muerte me das.  
Yo á sus brios arrogantes  
Haré que en Africa tengan  
Sepulcro, aunque armados vengan  
Sus maestros los infantes.  
Tú, Muley, con los ginetes,  
De la costa parte luego,  
Mientras yo en tu amparo llevo:  
Que si como me prometes,  
En escaramuzas diestras  
Le ocupas, porque tan presto  
No tomen tierra, y en esto  
La sangre heredada muestras,  
Yo tan veloz llegaré  
Como tú con lo restante  
Del ejército arrogante,  
Que en esc campo se ve;  
Y así la saugre concluya  
Tantos duelos en un día,

Porque Ceuta ha de ser mia,  
Y Tânger no ha de ser suya. (Vase.)

## ESCENA VI.

FENIX, MULEY, ZARA ROSA. ES-  
TRELLA, CELIMA.

MULEY.

Aunque de paso, no quiero  
Dejar, Fénix, de decir,  
Ya que tengo de morir,  
La enfermedad de que muero:  
Que aunque pierdan mis recelos  
El respeto á tu opinion,  
Si celos mis penas son,  
Ninguno es cortés con celos  
¿Qué retrato jay enemiga!  
En tu blanca mano vi?  
¿Quién es el dichoso, di?  
¿Quién?... Mas espera, no diga  
Tu lengua tales agravios:  
Basta, sin saber quén sea,  
Que yo en tu mano le vea,  
Sin que le escuche en tus labios.

FÉNIX.

Muley, aunque mi deseo  
Licencia de amar te dió,  
De ofender y injuriar no.

MULEY.

Es verdad, Fénix, ya veo  
Que no es estilo ni moda  
De hablarte; pero los cielos  
Saben, que en habiendo celos,  
Se pierde el respeto á todo.  
Con grande recato y miedo  
Te serví, quise y amé;  
Mas si con amor callé,  
Con celos, Fénix, no puedo,  
No puedo.

FÉNIX.

No ha merecido

Tu culpa satisfaccion;  
Pero yo por mi opinion  
Satisfacerte he querido;  
Que un agravio entre los dos  
Disculpa tiene; y así,  
Te la doy.

MULEY.

¿Pues baila?

FÉNIX.

Sí.

MULEY.

¡Buenas nuevas te dé Dios!

FÉNIX.

Este retrato ha enviado...

MULEY.

¿Quién?

FÉNIX.

Tarudante el infante.

MULEY.

¿Para qué?

FÉNIX.

Porque ignorante

Mi padre de mi cuidado...

MULEY.

Bien.

FÉNIX.

Pretende que estos dos

Reinos...

MULEY.

No me digas mas.

¿Esa disculpa me das?

¡Malas nuevas te dé Dios!

FÉNIX.

Pues ¿qué culpa habré tenido  
De que mi padre lo trate?

MULEY.

De haber hoy, aunque te mate,  
El retrato recibido.

FÉNIX.

¿Puede excusarlo?

MULEY.

¿Pues no?

FÉNIX.

¿Cómo?

MULEY.

Otra cosa fingir.

FÉNIX.

Pues ¿qué puede hacer?

MULEY.

Morir:

Que por tí lo liciera yo.

FÉNIX.

Fué fuerza.

MULEY.

Mas fué mudanza.

FÉNIX.

Fue violencia.

MULEY.

No hay violencia

FÉNIX.

Pues ¿qué pudo ser?

MULEY.

Mi ausencia,

Sepulcro de mi esperanza.

Y para no asegurarme

De que te puedes mudar,

Ya me vuelvo yo á ausentar:

Vuelve, Fénix, á matarme.

FÉNIX.

Forzosa es la ausencia, parte...

MULEY.

Ya lo está el alma primero.

FÉNIX.

A Tânger, que en Fez te espero,  
Donde acabes de quejarte.

MULEY.

Si haré, si mi mal dilato.

FÉNIX.

Adios, que es fuerza el partir.

MULEY.

Oye: ¿al fin me dejas ir

Sin entregarme el retrato?

FÉNIX.

Por el Rey no le he deshecho.

MULEY.

Suelta, que no será en vano

Que saque yo de tu mano

A quien me saca del pecho. (Vanse.)

—

Playa de Tânger.

## ESCENA VII

Tocan dentro un clarín, hay ruido de  
desembarcar, y van saliendo DON-  
FERNANDO, DON ENRIQUE, DON  
JUAN COUTÍNO, Y SOLDADOS PORTU-  
GUESES.

DON FERNANDO.

Yo he de ser el primero, Africa bella,  
Que he de pisar tu márgen arenosa,  
Porque oprimida al peso de mi lucillo  
Sientas en tu cerviz la poderosa  
Fuerza que ha de rendirte.

DON ENRIQUE.

Yo en el suelo  
Africano la planta generosa (Cae)  
El segundo pondré. Válgame el cielo!  
Hasta aquí los agüeros me han seguido.

DON FERNANDO.

Pierde, Enrique, á esas cosas el recelo,  
Porque el caer agora, ántes ha sido  
Que ya, como á señor, la misma tierra  
Los brazos en albricias te ha pedido.

DON ENRIQUE.

Desierta esta campaña y esta sierra,  
Los alarbes, al vernos, han dejado.

DON JUAN.

Tánger las puertas de sus muros cierra.

DON FERNANDO.

Todos se han retirado á su sagrado.  
Don Juan Contino, conde de Miralva,  
Reconoced la tierra con cuidado:  
Antes que el sol, reconociendo el alba,  
Con mas furia nos liera y nos ofenda,  
Haced á la ciudad la primer salva  
Decid, que defenderse no pretenda,  
Porque la he de ganar á sangre y fuego,  
Que el campo inunde, el edificio encien-  
[da.]

DON JUAN.

Tú verás que á sus mismas puertas llego,  
Aunque volcan de llamas y de rayos  
Le deje al sol con pardas nubes ciego.  
(Vase.)

## ESCENA VIII.

BRITO.—DON FERNANDO, DON ENRIQUE, SOLDADOS PORTUGUESES.

BRITO.

¡Gracias á Dios que abrilés piso y mayos,  
Y en la tierra me voy por donde quiero,  
Sin sustos, sin vaiyenes ni desmayos!  
Y no en el mar, adonde, si primero  
No se consulta un monstruo de madera,  
Que es juez de palo, en fin, el mas ligero  
No se puede escapar de una carrera  
En el mayor peligro. ¡Ah tierra mía!  
No muera en agua yo, como no muera  
Tampoco en tierra hasta el postrero día.

DON ENRIQUE.

¡Que escuches este loco!

DON FERNANDO.

Y que tu pena,  
Sin razon, sin arbitrio y sin consuelo,  
¡Tanto de ti te priva y te divierte!

DON ENRIQUE.

El alma traigo de temores llena:  
Echada juzgo contra mí la suerte,  
Desde que de Lishoa, al salir, solo  
Imágenes he visto de la muerte.  
Apénas pues al berberisco polo  
Prevenimos los dos esta jornada,  
Cuando de un parasismo el mismo Apolo  
Amortajado en nubes, la dorada  
Faz escondió, y el mar sañudo y fiero  
Deshizo con tormentas nuestra armada.  
Si miro al mar, mil sombras considero;  
Si al cielo miro, sangre me parece  
Su velo azul; si al aire lisonjero,  
Aves nocturnas son las que me ofrece;  
Si á la tierra, sepulcros representa,  
Donde misero yo caiga y tropiece.

4 Verso suelto en una escena escrita en tercetos. Falta un verso que consueue con *dra*, y otra con *pena*. Es de creer que baya una laguna aquí.

DON FERNANDO.

Pues descifrarte aquí mi amor intenta  
Causa de un melancólico accidente.  
Sorbernos una nave una tormenta,  
Es decirnos que sobra aquella gente  
Para ganar la empresa á que venimos:  
Verter púrpura el cielo trasparente,  
Es gala, no es horror; que si fingimos  
Monstruos al agua y pájaros al viento,  
Nosotros hasta aquí no los trajimos;  
Pues si ellos aquí están, no es argumento  
Que á la tierra que habitan inhumanos,  
Pronostican el fin fiero y sangriento?  
Estos agüeros viles, miedos vanos,  
Para los moros vienen, que los crean,  
No para que los duden los cristianos.  
Nosotros dos lo somos; no se emplean  
Nuestras armas aquí por vanagloria  
De que en los libros inmortales lean  
Ojos humanos esta gran victoria.  
La fe de Dios á engrandecer venimos.  
Suyo será el honor, suya la gloria,  
Si vivimos dichosos, pues morimos;  
El castigo de Dios justo es temerle,  
Este no viene envuelto en miedos vanos:  
A servirle venimos, no á ofenderle:  
Cristianos sois, haced como cristianos.—  
Pero ¿qué es esto?

## ESCENA IX.

DON JUAN. — DICHOS.

DON JUAN.

Señor,

Yendo al muro á obedecerte,  
A la falda de ese monte  
Vi una tropa de ginetes,  
Que de la parte de Fez  
Corriendo á esta parte vienen  
Tan veloces, que á la vista  
Aves, no brutos, parecen.  
El viento no los sustenta,  
La tierra apénas los siente;  
Y así la tierra ni el aire  
Saben si corren ó vuelen.

DON FERNANDO.

Salgamos á recibilos,  
Haciendo primero frente  
Los arcabuceros: luego  
Los que caballos tuvieron  
Salgan tambien á su usanza,  
Con lauzas y con arneses  
¡Ea, Enrique, buen principio  
Esta ocasion nos ofrece!  
¡Animo!

DON ENRIQUE.

¡Tú hermano soy!  
No me espantan accidentes  
Del tiempo, ni me espantara  
El semblante de la muerte. (Vase.)

BRITO.

El cuartel de la salud  
Me toea á mí guardar siempre.  
¡Oh qué brava escaramuza!  
¡Ya se embisten, ya acometen.  
¡Famoso juego de cañas!  
Ponerme en cobro conviene. (Vase.)  
(Tocan dentro al arma.)

Otro punto de la playa.

## ESCENA X.

DON JUAN y DON ENRIQUE, peleando con varios moros.

DON ENRIQUE.

A ellos, que ya los moros  
Y vencidos la espalda vuelven.

DON JUAN.

Llenos de despojos quedan,  
De caballos y de gentes,  
Estos campos.

DON ENRIQUE.

¿Don Fernando  
Dónde está, que no parece?

DON JUAN.

Tanto se ha empeñado en ellos,  
Que ya de vista se pierde.

DON ENRIQUE.

Pues á buscarle, Contino.

DON JUAN.

Siempre á tu lado me tienes. (Vanse.)

ESCENA XI<sup>2</sup>.

DON FERNANDO, con la espada de Muley, y MULEY, con adarga sola.

DON FERNANDO.

En la desierta campaña,  
Que tumba comun parece  
De cuerpos muertos, si ya  
No es teatro de la muerte,  
Solo tú, moro, has quedado,  
Porque rendida tu gente  
Se retiró, y tu caballo,  
Que mares de sangre vierte,  
Envuelto en polvo y espuma,  
Que él mismo levanta y pierde  
Te dejó para despojo  
De mi brazo altivo y fuerte,  
Entre los sueltos caballos  
De los vencidos ginetes.  
Yo ufano con tal victoria,  
Que me ilustra y desvanece  
Mas que el ver esta campaña  
Coronada de clavetes;  
Pues es tanta la vertida  
Sangre con que se guardece,  
Que la piedad de los ojos  
Fué tan grande, tan veniente  
De no ver siempre desdichas,  
De no mirar ruinas siempre,  
Que por el campo buscaban  
Entre lo rojo lo verde.  
En efecto, mi valor,  
Sujetando tus valientes  
Brios, de tantos perdidos  
Un suelto caballo prende,  
Tan monstruo, que siendo hijo  
Del viento, adopeion pretende  
Del fuego, y entre los dos  
Lo desdice y lo desmiente  
El color, pues siendo blanco,  
Dice el agua: «Parto es este  
De mi esclera, sola yo  
Pude cuajarle de nieve.»  
En fin, en lo veloz, viento,  
Rayo en fin en lo eminente,  
Era por lo blanco cisne,  
Por lo saugriento era sierpe,  
Por lo hermoso era soberbio,  
Por lo atrevido valiente,  
Por los relinchos lozano  
Y por las cernejas fuerte.  
En la silla y en las ancas  
Puestos los dos juntamente,  
Mares de sangre rompimos,  
Por cuyas ondas cruces  
Este hajel animado,  
Hecho proa de la frente,  
Rompiendo el globo de nácar,  
Desde el codon al copete,  
Pareció entre espuma y sangre

<sup>2</sup> Esta escena es una especie de glosa, habilísimamente hecha, de varios romances.



(Ya que bajel quise hacerle)  
 De cuatro espuelas herido,  
 Que cuatro vientos le mueven.  
 Rindióse al fin, si luto peso  
 Que tanto Atlante oprimese;  
 Si bien el de las desdichas  
 Hasta los brutos lo sienten;  
 O ya fin, que enternecido  
 Entre su instinto dijese:  
 «Triste camina el alarbe  
 Y el español parte alegre;  
 ¿Luego yo contra mi patria  
 Soy traidor y soy alevé?»  
 No quiero pasar de aquí;  
 Y puesto que triste vienes,  
 Tanto, que aunque el corazón  
 Disimula cuanto puede,  
 Por la boca y por los ojos,  
 Volcanes que el pecho enciende,  
 Ardientes suspiros lanza  
 Y tiernas lágrimas vierte;  
 Admirado mi valor  
 De ver, cada vez que vuelve,  
 Que á un golpe de la fortuna  
 Tanto se postre y sujete  
 Tu valor, pienso que es otra  
 La causa que te entristece;  
 Porque por la libertad  
 No era justo ni decente  
 Que tan tiernamente llore  
 Quien tan duramente hiere.  
 Y así, si el comunicar  
 Los males alivio ofrece  
 Al sentimiento, entre tanto  
 Que llegamos á mi gente,  
 Mi deseo á tu cuidado,  
 Si tanto favor merece,  
 Con razones le pregunta  
 Comedidas y corteses,  
 ¿Qué sientes? pues ya he creído  
 Que el venir preso no sientes.  
 Comunicado el dolor,  
 Se aplaca si no se vence;  
 Y yo, que soy el que tuve  
 Mas parte en este accidente  
 De la fortuna, también  
 Quiero ser el que consuele  
 De tus suspiros la causa,  
 Si la causa lo consiente.

MULEY.

Valiente eres, español,  
 Y cortés como valiente;  
 Tan bien vences con la lengua,  
 Como con la espada vences.  
 Tuya fué la vida, cuando  
 Con la espada entre mi gente  
 Me venciste; pero ahora,  
 Que con la lengua me prendes.  
 Es tuya el alma, porque  
 Alma y vida se confiesen  
 Tuyas: de ambas eres dueño,  
 Pues ya cruel, ya elemento,  
 Por el trato y por las armas  
 Me has cautivado dos veces.  
 Movido de la piedad  
 De oírme, español, y verme,  
 Preguntado me has la causa  
 De mis suspiros ardientes;  
 Y aunque confieso que el mal  
 Repetido y dicho suele  
 Templarse, también confieso  
 Que quien le repite, quiere  
 Aliviarse; y es mi mal  
 Tan dueño de mis placeres,  
 Que por no hacerlos disgusto,  
 Y que aliviado me deje,  
 No quisiera repetirla;  
 Mas ya es fuerza obedecerte,  
 Y quierotela decir  
 Por quien soy y por quien eres  
 Sobrino del rey de Fez

Soy; mi nombre es Muley Jeque,  
 Familia que ilustran tantos  
 Bajos y helerbeyes.  
 Tan lijo fui de desdichas  
 Desde mi primer oriente,  
 Que en el umbral de la vida  
 Nací en brazos de la muerte.  
 Una desierta campaña,  
 Que fué sepulcro eminente  
 De españoles, fué mi cuna;  
 Pues para que lo confieses,  
 En los Gélves nací el año  
 Que os perdisteis en los Gélves.  
 A servir al rey mi tío  
 Vine infante. — Pero empecien  
 Las penas y las desdichas:  
 Cesen las venturas, cesen.  
 Vine á Fez, y una hermosura,  
 A quien he adorado siempre,  
 Junto á mi casa vivía,  
 Porque mas cerca muriese.  
 Desde mis primeros años,  
 Porque mas constante fuese  
 Este amor, mas imposible  
 De acabarse y de romperse,  
 Ambos nos criamos juntos,  
 Y amor en nuestras niñeces  
 No fué rayo, pues hirió  
 En lo humilde, tierno y débil  
 Con mas fuerza que pudiera  
 En lo augusto, altivo y fuerte;  
 Tanto, que para mostrar  
 Sus fuerzas y sus poderes,  
 Hirió nuestros corazones  
 Con arpones diferentes.  
 Pero como la porfía  
 Del agua en las piedras suele  
 Hacer señal, por la fuerza  
 No, sino cayendo siempre;  
 Así las lágrimas mías,  
 Porfiando eternamente,  
 La piedra del corazón,  
 Mas que los diamantes fuerte,  
 Labraron; y no con fuerza  
 De méritos excelentes,  
 Pero con mi mucho amor  
 Vino en fin á enternecerse.  
 En este estado viví  
 Algun tiempo, aunque fué breve,  
 Gozando en auras suaves  
 Mil amorosos deleites.  
 Ausentéme, por mi mal:  
 Harto he dicho en ausentéme,  
 Pues en mi ausencia otro amante  
 Ha venido á darme muerte.  
 El dichoso, yo infelice,  
 El asistiendo, yo ausente,  
 Yo cautivo y libre él,  
 Me contrastara mi suerte  
 Cuando tú me cautivaste:  
 Mira si es bien me lamenta.

DON FERNANDO.

Valiente moro y galán,  
 Si adoras como refieres,  
 Si idolatras como dices,  
 Si amas como eucareces,  
 Si celas como suspiras,  
 Si como recelas temes,  
 Y si como sientes amas,  
 Dichosamente padeces.  
 No quiero por tu rescate  
 Mas precio de que le aceptes.  
 Vuélvete, y dile á tu dama  
 Que por su esclavo te ofrece:  
 Un portugués caballero;  
 Y si obligada pretende  
 Pagarme el precio por tí,  
 Yo te doy lo que me debes:  
 Cobra la deuda en amor,  
 Y logra tus intercesos.  
 Ya el caballo, que rendido

Cayó en el suelo, parece  
 Con el ocio y el descanso  
 Que restituído vuelve;  
 Y porque sé qué es amor,  
 Y qué es tardanza en ausentes,  
 No te quiero detener:  
 Sube en tu caballo y vete.

MULEY.

Nada mi voz te responde;  
 Que á quien liberal ofrece,  
 Solo aceptar es lisonja.  
 Dime, portugueses, quién eres.

DON FERNANDO.

Un hombre noble, y no mas.

MULEY.

Bien lo muestras, seas quien fueres.  
 Para el bien y para el mal  
 Soy tu esclavo eternamente.

DON FERNANDO.

Toma el caballo, que es tarde.

MULEY.

Pues si á tí te lo parece,  
 ¿Qué hará á quien vino cautivo  
 Y libre á su dama vuelve? (Vase.)

DON FERNANDO.

Generosa acción es dar,  
 Y mas la vida.

MULEY. (Dentro.)

¡Valiente

DON FERNANDO.

Desde el caballo

habla. — ¿Qué es lo que me quieres?

MULEY. (Dentro.)

Espero que he de pagarte  
 Algun día tantos bienes.

DON FERNANDO.

Gózalos tú.

MULEY. (Dentro.)

Porque al fin,

hacer bien nunca se pierde.  
 Alá te guarde, español.

DON FERNANDO.

Si Alá es Dios, con bien te lleve.  
 (Suenan dentro cajas y trompetas.)  
 Mas ¿qué trompeta es esta  
 Que el aire turba y la región molesta?  
 Y por estotra parte  
 Cajas se escuchan: musica de Marte  
 Son las dos.

## ESCENA XII.

DON ENRIQUE, DON FERNANDO.

DON ENRIQUE.

¡Oh Fernando!

Tu persona, veloz vengo buscando.

DON FERNANDO.

Enrique, ¿qué hay de nuevo?

DON ENRIQUE.

Aquellos ecos,  
 Ejércitos de Fez y de Marruecos  
 Son; porque Tarudante  
 Al rey de Fez socorre, y arrogante  
 El Rey con gente viene:  
 En medio cada ejército nos tiene,  
 De modo que cercados,  
 Somos los sitiadores y sitiados.  
 Si la espada volvemos  
 Al uno, mal del otro nos podemos  
 Defender; pues por una y otra parte  
 Nos deslumbran relámpagos de Marte.  
 ¿Qué haremos, pues, de confusiones lle-

[finos?

DON FERNANDO.

¿Qué? Morir como buenos,  
Con ánimos constantes.  
No somos dos Maestres, dos Infantes,  
Cuando bastara ser dos portugueses  
Particulares, para no haber visto  
La cara al miedo? Pues *Avis y Cristo*  
A voces repitamos,  
Y por la fe muramos,  
Pues á morir venimos.

## ESCENA XIII.

DON JUAN.—DON FERNANDO, DON ENRIQUE.

DON JUAN.

Mala salida á tierra dispusimos.

DON FERNANDO.

Ya no es tiempo de medios :  
A los brazos apelen los remedios,  
Pues uno y otro ejército nos cierra  
En medio. ¡Avis y Cristo!

DON JUAN.

¡Guerra, guerra!

(*Entranse sacando las espadas, y dase la batalla.*)

## ESCENA XIV.

BRITO.

Ya nos cogen en medio,  
Un ejército y otro, sin remedio.  
¡Qué bellaca palabra!  
La llave eterna de los cielos abra  
Un resquicio siquiera,  
Que de aqueste peligro salga afuera  
Quien aquí se ha venido  
Sin qué ni para qué. Pero fingido  
Muerto estaré un instante,  
Y muerto lo tendré para adelante.  
(*Echase en el suelo.*)

## ESCENA XV.

UN MORO acuchillando á DON ENRIQUE.—BRITO en el suelo.

MORO.

¿Quién tanto se defiende,  
Siendo mi brazo rayo, que desciende  
Desde la cuarta esfera?

DON ENRIQUE.

Pues aunque yo tropiece, caiga y muera  
En cuerpos de cristianos,  
No desmaya la fuerza de las manos;  
Que ella de quien yo soy mejor avisa.  
(*Pisanle, y éntranse.*)

BRITO.

¡Cuerpo de Dios con él, y qué bien pisa!

## ESCENA XVI.

MULEY y DON JUAN COUTIÑO riendo.—BRITO.

MULEY.

Ver, portugues valiente,  
En ti fuerza tan grande, no lo siente  
Mi valor; pues quisiera  
Daros hoy la victoria.

DON JUAN.

¡Pena liera!

Sin tiento y sin aviso,  
Son cuerpos de cristianos cuantos piso.  
(*Vanse los dos.*)

BRITO.

Yo se lo perdonara,  
A trueco mi señor, que no pisara.

## ESCENA XVII.

DON FERNANDO, retirándose del REY y de otros MOROS.—BRITO.

REY.

Rinde la espada, altivo  
Portugues; que si logro el verte vivo  
En mi poder, prometo  
Ser tu amigo. ¿Quién eres?

DON FERNANDO.

Un caballero soy; saber no esperes  
Mas de mí. Dámec muerte.

## ESCENA XVIII.

DON JUAN, que se pone al lado de DON FERNANDO.—Dichos

DON JUAN.

Primero, gran señor, mi pecho fuerte,  
Que es muro de diamante,  
Tu vida guardará puesto delante.  
¡Ea, Fernando mio,  
Muéstrese ahora el heredado brio!

REY.

Si esto escucho ¿qué espero?  
Suspéndanse las armas, que no quiero  
Hoy mas felice gloria;  
Que este preso me basta por victoria.  
Si tu prision ó muerte  
Con tal sentencia decretó la suerte,  
Da la espada, Fernando,  
Al Rey de Fez.

## ESCENA XIX.

MULEY; despues DON ENRIQUE.—Dichos.

MULEY.

¿Qué es lo que estoy mirando?

DON FERNANDO.

Solo á un rey la rindiera;  
Que desesperacion negarla fuera.  
(*Sale Don Enrique.*)

DON ENRIQUE.

¡Preso mi hermano!

DON FERNANDO.

Enrique,

Tu voz mas sentimiento no publique;  
Que en la suerte importuna  
Estos son los sucesos de fortuna.

REY.

Enrique, Don Fernando [*trando*  
Está hoy en mi poder; y aunque mos-  
La ventaja que tengo,  
Pudiera daros muerte, yo no vengo  
Hoy mas que á defenderme;  
Que vuestra sangre no viniere á hacermes  
Honras tan conocidas  
Como podrán hacermes vuestras vidas.  
Y para que el rescate  
Con mas puntualidad al Rey se trate,  
Vuelve tú; que Fernando  
En mi poder se quedará, aguardando  
Que vengas á libralle.  
Pero dile á Duarte, que en llevalle  
Será su intento vano.  
Si á Ceuta no me entrega por su mano.—  
Y agora vuestra Alteza,  
A quien debo esta honra, esta grandeza,  
A Fez venga conmigo.

DON FERNANDO.

Iré á la esfera cuyos rayos sigo.

MULEY. (*Ap.*)

Porque yo tenga, ¡cielos!  
Mas que sentir entre amistad y celos.

DON FERNANDO.

Enrique, preso quedo.  
Ni al mal ni á la fortuna tengo miedo.  
Dirásle á nuestro hermano  
Que haga aquí como príncipe cristiano  
En la desdicha mia.

DON ENRIQUE.

¿Pues quién de sus grandezas desconfía?

DON FERNANDO.

Esto te encargo, y digo  
Que haga como cristiano.

DON ENRIQUE.

Yo me obligo

A volver como tal.

DON FERNANDO.

Dame esos brazos.

DON ENRIQUE.

Tú eres el preso, y pónesme á mi lazos.

DON FERNANDO.

Don Juan, adios.

DON JUAN.

Yo he de quedar contigo :  
De mí no te despidas.

DON FERNANDO.

¡Leal amigo!

DON ENRIQUE.

¡Oh infelice jornada!

DON FERNANDO.

Dirásle al Rey... Mas no le digas nada,  
Si con grande silencio el miedo vano  
Estas lágrimas lleva al Rey mi hermano.  
(*Vanse.*)

## ESCENA XX.

DOS MOROS.—BRITO.

MORO 1.º

Cristiano muerto es este.

MORO 2.º

Porque no causen peste.  
Echad al mar los muertos.

BRITO.

En dejándos los cascos bien abiertos

A tajos y á reveses;

(*Levántase, y acuchillalos.*)

Que ainda mortos somos portugueses

## JORNADA SEGUNDA.

Falda de un monte cercano á los jardines  
del rey de Fez.

## ESCENA PRIMERA.

FÉNIX, y luego MULEY.

FÉNIX.

¡Zara! Rosa! Estrella! ¿No  
Hay quien me responda?

(*Sale Muley.*)

MULEY.

Sí,

Que tú eres sol para mí  
Y para ti sombra yo.  
Y la sombra al sol siguió.  
El eco dulce escuché  
De tu voz, y apresuré  
Por esta montaña el paso.  
¿Qué sientes?

FÉNIX.

Oye, si acaso

Puedo decir lo que fué.

Lisonjera, libre, ingrata,  
Dulce y suave una fuente



Hizo apacible corriente  
De cristal y uñosa plata;  
Lisonjera se desata,  
Porque hablaba y no sentía;  
Súave porque fingía;  
Libre, porque claro hablaba;  
Dulce, porque murmuraba.  
E ingrata, porque corría.  
Aquí cansada llegué,  
Después de seguir ligera  
En ese monte una fiera,  
En cuya fresca hallé  
Ocio y descanso; porque  
De un montecillo á la espalda,  
De quien corona y guirnalda  
Fuéron clavel y jazmín,  
Sobre un catre de carmin  
Hice un foso de esmeralda.  
Apénas en él rendí  
El alma al susurro blando  
De las soledades, cuando  
Ruido en las hojas sentí.  
Atenta me puse, y vi  
Una caduca africana,  
Espíritu en forma humana,  
Ceño arrugado y esquivo,  
Que era un esqueleto vivo  
De lo que fué sombra vana,  
Cuya rústica fiera,  
Cuyo aspecto esquivo y bronco  
Fué escultura hecha de un tronco  
Sin pulirse la corteza.  
Con melancolía y tristeza,  
Pasiones siempre infelices,  
(Para que te atenorices)  
Una mano me tomó.  
Y entonces ser tronco yo  
Afirmé por las raíces.  
Híelo introdujo en mis venas  
El contacto, horror las voces,  
Que discurren veloces,  
De mortal veneno llenas.  
Articuladas apénas,  
Esto les pude entender:  
«¡Ay infelice mujer!  
¡Ay forzosa desventura!  
Que en efecto esta hermosura  
Precio de un muerto ha de ser?»  
Dijo, y yo tan triste vivo,  
Que diré mejor que muero;  
Pues por instantes espero  
De aquel tronco fugitivo  
Cumplimiento tan esquivo,  
De aquel oráculo yerto  
El presagio y fin tan cierto,  
Que mi vida ha de tener.—  
¡Ay de mí! ¡que yo he de ser  
Precio vil de un hombre muerto! (Vase)

## ESCENA II.

MULEY.

Fácil es de descifrar  
Ese sueño, esa ilusión,  
Pues las imágenes son  
De mi pena singular.  
A Tarudante has de dar  
La mano de esposa; pero  
Yo, que en pensarlo me muero,  
Estorharé mi rigor;  
Que él no ha de gozar tu amor  
Si no me mata primero.  
Perderte yo, podrá ser;  
Mas no perderte y vivir:  
Luego si es fuerza el morir  
Antes que lo llegue á ver,  
Precio mi vida ha de ser  
Con que ha de comprarte, ¡ay cielos!  
Y tú en tantos desconsuelos  
Precio de un muerto verás,  
Pues que morir me verás  
De amor, de envidia y de celos.

## ESCENA III.

DON FERNANDO, TRES CAUTIVOS. —  
MULEY.

CAUTIVO 1.º

Desde aquel jardín te vimos,  
Donde estamos trabajando,  
Andar á caza, Fernando,  
Y todos juntos venimos  
A arrojarlos á tus pies.

CAUTIVO 2.º

Solamente este consuelo  
Aquí nos ofrece el cielo.

CAUTIVO 3.º

Piedad como suya es.

DON FERNANDO.

Amigos, dadme los brazos;  
Y sabe Dios si con ellos  
Quisiera de vuestros cuellos  
Romper los nudos y lazos  
Que os aprisionan; que á fe  
Que os darían libertad  
Antes que á mí; mas pensad  
Que favor del cielo fué  
Esta piadosa sentencia;  
El mejorará la suerte,  
Que á la desdicha mas fuerte  
Sabe vencer la prudencia.  
Sufrid con ella el rigor  
Del tiempo y de la fortuna:  
Deidad bárbara, importuna,  
Hoy cadáver y ayer flor,  
No permanece jamas.  
Y así os mudará de estado.—  
¡Ay Dios! que al necesitado  
Darle consejo no mas,  
No es prudencia; y en verdad,  
Que aunque quiera regalaros,  
No tengo esta vez qué daros:  
Mis amigos, perdonad.  
Ya de Portugal espero  
Socorro, presto vendrá:  
Vuestra mi hacienda será;  
Para vosotros la quiero.  
Si me vienen á sacar  
Del cautiverio, ya digo  
Que todos iréis conmigo  
Id con Dios á trabajar,  
No disgustéis vuestros dueños.

CAUTIVO 1.º

Señor, tu vida y salud  
Hace nuestra esclavitud  
Dichosa.

CAUTIVO 2.º

Siglos pequeños  
Los del Fénix sean, señor,  
Para que vivas. (Vanse los cautivos.)

## ESCENA IV.

DON FERNANDO, MULEY.

DON FERNANDO.

El alma

Que da en lastimosa calma,  
Viendo que os vais sin favor  
De mis manos. ¡Quién pudiera  
Socorrerlos! ¡Qué dolor!

MULEY.

Aquí estoy viendo el amor  
Con que la desdicha fiera  
De esos cautivos tratais.

DON FERNANDO.

Duélome de su fortuna,  
Y en la desdicha importuna,  
Que á esos cautivos mirais,  
Aprendo á ser infelice;

Y algun día podrá ser  
Que los haya menester.

MULEY.

¿Eso vuestra Alteza dice?

DON FERNANDO.

Naciendo infante, he llegado  
A ser esclavo; y así  
Temo venir desde aquí  
A mas miserable estado;  
Que si ya en aqueste vivo.  
Mucha mas distancia tray  
De infante á cautivo, que hay  
De cautivo á mas cautivo.  
Un día llama á otro día,  
Y así llama y encadena  
Llanto á llanto y pena á pena.

MULEY.

¡No fuera mayor la mía!  
Que vuestra Alteza mañana,  
Aunque hoy cautivo está,  
A su patria volverá;  
Pero mi esperanza es vana,  
Pues no puede alguna vez  
Mejorarse mi fortuna,  
Mudable mas que la luna.

DON FERNANDO.

Cortesano soy de Fez,  
Y nunca de los amores,  
Que me contaste, te oí  
Novedad

MULEY.

Fuéron en mí  
Recatados los favores.  
El dueño juré encubrir;  
Pero á la amistad atento,  
Sin quebrar el juramento,  
Te lo tengo de decir.  
Tan solo mi mal ha sido  
Como solo mi dolor;  
Porque el Fénix y mi amor  
Sin semejante han nacido.  
En ver, oír y callar  
Fénix es mi pensamiento;  
Fénix es mi sufrimiento  
En temer, sentir y amar;  
Fénix mi desconfianza  
En llorar y padecer;  
En merecerla y temer  
Aun es Fénix mi esperanza;  
Fénix mi amor y cuidado;  
Y pues que es Fénix te digo,  
Como amante y como amigo,  
Ya lo he dicho y lo he callado. (Vase.)

DON FERNANDO.

Cuerdamente declaró  
El dueño amante y cortes:  
Si Fénix su pena es,  
No he de competirla yo;  
Que la mía es comun pena.  
No me doy por entendido;  
Que muchos la han padecido  
Y vive de enojos llena.

## ESCENA V.

EL REY.—DON FERNANDO.

REV.

Por la falda deste monte  
Vengo siguiendo á tu Alteza,  
Porque, ántes que el sol se oculte  
Entre corales y perlas,  
Te diviertas en la lucha  
De un tigre, que ahora cercan  
Mis cazadores.

DON FERNANDO.

Señor,

Gustos por puntos inventas

Para agradarme : si así  
A tus esclavos festejas,  
No echarán niénos la patria.

REY.

Cautivos de tales prendas  
Que honran al dueño, es razon  
Servirlos desta manera.

### ESCENA VI.

DON JUAN. — Dichos.

DON JUAN.

Sal, gran señor, á la orilla  
Del mar, y verás en ella  
El mas hermoso animal  
Que añadió naturaleza  
Al artificio; porque  
Una cristiana galera  
Llega al puerto, tan hermosa,  
Aunque toda oscura y negra,  
Que al verla se duda cómo  
Es alegre su tristeza.  
Las armas de Portugal  
Vienen por remate della;  
Que como tienen cautivo  
A su Infante, tristes señas  
Visten por su esclavitud,  
Y á darle libertad llegan,  
Diciendo su sentimiento.

DON FERNANDO.

Don Juan amigo, no es esa  
De su luto la razon;  
Que si á librarme vinieran,  
En fe de mi libertad,  
Fuera alegres las muestras.

### ESCENA VII.

DON ENRIQUE, *vestido de luto, con un pliego*. — Dichos.

DON ENRIQUE. (Al Rey.)

Dadme, gran señor, los brazos.

REY.

Con bien venga vuestra Alteza.

DON FERNANDO.

¡Ay Don Juan, cierta es mi muerte!

REY.

¡Ay Muley, mi dicha es cierta!

DON ENRIQUE.

Ya que de vuestra salud  
Me informa vuestra presencia,  
Para abrazar á mi hermano  
Me dad, gran señor, licencia.  
¡Ay Fernando! (Abrázanse.)

DON FERNANDO.

Enrique mío,  
¿Qué traje es ese? Mas cesa:  
Harto me han dicho tus ojos,  
Nada me diga tu lengua.  
No flores, que si es decirme  
Que es mi esclavitud eterna,  
Eso es lo que mas desco:  
Albricias pedir pudieras,  
Y en vez de dolor y luto  
Vestir galas y hacer fiestas.  
¿Cómo está el Rey mi señor?  
Porque como salud tenga,  
Nada siento. ¿Aun no respondes?

DON ENRIQUE.

Si repetidas las penas  
Se sienten dos veces, quiero  
Que sola una vez las sientas. —  
Tú escúchame, gran señor; (Al Rey.)  
Que aunque una montaña sea  
Rústico palacio, aquí

Te pido me des audiencia,  
A un preso la libertad,  
Y atencion justa á estas nuevas  
Rota y deshecha la armada,  
Que fué con vana soberbia  
Pesadumbre de las ondas,  
Dejando en Africa presa  
La persona del Infante,  
A Lisboa di la vuelta.  
Desde el punto que Duarte  
Oyó tan trágicas nuevas,  
De una tristeza cubrió  
El corazon, de manera  
Que pasando á ser letargo  
La melancolia primera,  
Muriendo, desmintió á cuantos  
Dicen que no matan penas.  
Murió el Rey, que esté en el cielo.

DON FERNANDO.

¡Ay de mí! ¿Tanta le cuesta  
Mi prision?

REY.

De esa desdicha  
Sabe Alá lo que me pesa.  
Prosigue.

DON ENRIQUE.

En su testamento

El Rey mi señor ordena  
Que luego por la persona  
Del Infante se dé á Ceuta.  
Y así yo con los poderes  
De Alfonso, que es quien le hereda,  
Porque solo este lucero  
Suplira del sol la ausencia,  
Vengo á entregar la ciudad;  
Y pues...

DON FERNANDO.

No prosigas, cesa.  
Cesa, Enrique; porque son  
Palabras indignas esas,  
No de un portuñes infante,  
De un maestro, que profesa  
De Cristo la religion,  
Pero aun de un hombre lo fueran  
Vil, de un bárbaro sin luz  
De la fe de Cristo eterna.  
Mi hermano, que está en el cielo,  
Si en su testamento deja  
Esa cláusula, no es  
Para que se cumpla y lea,  
Sino para mostrar solo  
Que mi libertad desea.  
Y esa se busque por otros  
Medios y otras conveniencias,  
O apacibles ó crueles.  
Porque decir: «Dése á Ceuta,»  
Es decir: hasta eso haced  
Prodigiosas diligencias.  
Que un rey católico y justo,  
¿Cómo fuera, cómo fuera  
Posible entregar á un moro  
Una ciudad que le cuesta  
Su sangre, pues fué el primero  
Que con sola una rodela  
Y una espada enarboló  
Las quinas en sus almenas?  
Y esto es lo que importa ménos.  
Una ciudad que confiesa  
Carólicamente á Dios,  
La que ha merecido iglesias  
Consagradas á sus cultos  
Con amor y reverencia,  
¿Fuera católica accion,  
Fuera religion expresa,  
Fuera cristiana piedad,  
Fuera hazaña portuguesa  
Que los templos soberanos,  
Atlantes de las esferas,  
En vez de doradas luces,  
Adonde el sol reverbera,  
Vieran otomanas sombras;  
Y que sus lunas opuestas  
En la iglesia, estos eclipses  
Ejecutasen tragedias?  
¿Fuera bien que sus capillas  
A ser establos vinieran,  
Sus altares á pesebres,  
Y cuando aquesto no fuera,  
Volvieran á ser mezquitas?  
Aquí enmudece la lengua,  
Aquí me falta el aliento,  
Aquí me aboga la pena;  
Porque en pensarlo no mas  
El corazon se me quiebra,  
El cabello se me eriza  
Y todo el cuerpo me tiembra.  
Porque establos y pesebres  
No fuera la vez primera  
Que hayan hospedado á Dios;  
Pero en ser mezquitas, fueran  
Un epitafio, un padron  
De nuestra inmortal afrenta,  
Diciendo: «Aquí tuvo Dios  
Posada, y hoy se la niegan  
Los cristianbs, para darla  
Al demonio.» Aun no se cuenta  
(Acá moralmente hablando)  
Que nadie en casa se atreva  
De otro á ofenderle: ¿era justo  
Que entrara en su casa misma  
A ofender á Dios el vicio,  
Y que acompañado fuera  
De nosotros, y nosotros  
Le guardáramos la puerta,  
Y para dejarle dentro  
A Dios echásemos fuera?  
Los católicos que habitan  
Con sus familias y haciendas  
Hoy, quizá previaráran  
En la fe, por no perderlas.  
¿Fuera bien ocasionar  
Nosotros la contingencia  
Deste pecado? Los niños  
Que tiernos crían en ella  
Los cristianos, ¿fuera bueno  
Que los moros indujeran  
A sus costumbres y ritos  
Para vivir en su secta?  
¿En misero cautiverio  
Fuera bueno que murieran  
Hoy tantas vidas, por una  
Que no importa que se pierda?  
¿Quién soy yo? ¿soy mas que un hombre?  
Si es número que acrecienta  
El ser infante, ya soy  
Un cautivo: de nobleza  
No es rapaz el que es esclavo;  
Yo lo soy: luego ya yerria  
El que infante me llamare.  
Sino lo soy, ¿quién ordena  
Que la vida de un esclavo  
En tanto precio se venda?  
Morir es perder el sér,  
Yo le perdí en una guerra:  
Perdi el sér, luego morí:  
Mori, luego ya no es cuerda  
Hazaña, que por mi muerto  
Hoy tantos vivos perezcan.  
Y así estos vanos poderes,  
Hoy divididos en piezas,  
Serán átomos del sol,  
Serán del fuego centellas.  
(Rompe el pliego que traia Don Enrique.)  
Mas no, yo los comeré  
Porque aun no quede una letra  
Que informe al mundo que tuvo  
La lusitana nobleza  
Este intento. — Rey, yo soy  
Tu esclavo, dispon, ordena  
De mí; libertad no quiero,  
Ni es posible que la tenga.  
Enrique, vuelve á tu patria:



Si que en Africa me dejas  
Enterrado; que mi vida  
Yo haré que muerte parezca.  
Cristianos, Fernando es muerto;  
Moros, un esclavo os queda;  
Cautivos, un compañero  
Hoy se añade á vuestras penas;  
Cielos, un hombre restaura  
Vuestras divinas iglesias;  
Mar, un misero, con llanto,  
Vuestras ondas acrecienta;  
Montes, un triste os habita,  
Igual ya de vuestras fieras.  
Viento, un pobre con sus voces  
Os duplica las esferas;  
Tierra, un cadáver hoy labra  
En tus entrañas su huesa:  
Porque rey, hermano, moros,  
Cristianos, sol, luna, estrellas,  
Cielo, tierra, mar y viento,  
Fieras, montes, todos sepan  
Que hoy un *príncipe constante*,  
Entre desdichas y penas,  
La fe católica ensalza,  
La ley de Dios reverencia;  
Pues cuando no hubiera otra  
Razon mas que tener Ceuta  
Una iglesia consagrada  
A la Concepcion eterna  
De la que es Reina y Señora  
De los cielos y la tierra,  
Perdiera, vive ella misma.  
Mil vidas en su defensa.

REY.

Desagradecido, ingrato  
A las glorias y grandezas  
De mi reino, ¿cómo así  
Hoy me quitas, hoy me niegas  
Lo que mas he deseado?  
Mas si en mi reino gobiernas  
Mas que en el tuyo, ¿qué mucho  
Que la esclavitud no sientas?  
Pero ya que esclavo mío  
Te nombras y te confiesas,  
Como á esclavo he de tratarte:  
Tu hermano y los tuyos vean  
Que ya como vil esclavo  
Los pies ahora me besas.

DON ENRIQUE.

¿Qué desdicha!

MULEY.

¿Qué dolor!

DON ENRIQUE.

¿Qué desventura!

DON JUAN.

¿Qué pena!

REY.

Mi esclavo eres.

DON FERNANDO.

Es verdad,

Y poco en eso te vengas;  
Que si para una jornada  
Salió el hombre de la tierra  
Al fin de varios caminos,  
Es para volver á ella.  
Mas tengo que agradecerte  
Que culparte, pues me enseñas  
Atajos para llegar  
A la posada mas cerca.

REY.

Siendo esclavo tú, no puedes  
Tener titulos ni rentas.  
Hoy Ceuta está en tu poder:  
Si cautivo te confiesas,  
Si me confiesas por dueño,  
¿Por qué no me das á Ceuta?

DON FERNANDO.

Porque es de Dios, y no es mia.

REY.

¿No es precepto de obediencia  
Obedecer al señor?  
Pues yo te mando con ella  
Que la entregues.

DON FERNANDO.

En lo justo

Dice el cielo que obedezca  
El esclavo á su señor;  
Porque si el señor dijera  
A su esclavo que pecara,  
Obligacion no tuviera  
De obedecerle; porque  
Quien peca mandado, peca

REY.

Daréte muerte.

DON FERNANDO.

Esa es vida.

REY.

Pues para que no lo sea,  
Vive muriendo; que yo  
Rigor tengo

DON FERNANDO.

Y yo paciencia

REY.

Pues no tendrás libertad.

DON FERNANDO.

Pues no será tuya Ceuta.

REY.

¡Hola!

## ESCENA VIII.

CELIN, MOROS.—DICHOS.

CELIN.

Señor ..

REY.

Luego al punto

Aquese cautivo sea  
Igual á todos: al cuello  
Y á los pies le echad cadenas;  
A mis caballos acuda  
Y en baño y jardin, y sea  
Abatido como todos;  
No vista ropas de seda,  
Sino sarga humilde y pobre,  
Come negro pan, y beba  
Agua salobre; en mazmorras  
Húmedas y oscuras duerma;  
Y á criados y á vasallos  
Se extienda aquesta sentencia.  
Llevadlos todos.

DON ENRIQUE.

¿Qué llanto!

MULEY.

¿Qué desdicha!

DON JUAN.

¿Qué tristeza!

REY.

Veré, bárbaro, veré  
Si llega á mas tu paciencia  
Que mi rigor.

DON FERNANDO.

Si verás;

Porque esta en mí será eterna.

(Llévante.)

REY.

Enrique, por el seguro  
De mi palabra, que vuelvas  
A Lisboa te permito;  
El mar africano deja.  
Di en tu patria que su infante,  
Su Maestre de Avis, queda

Carandome los caballos;  
Que á darle libertad vengan.

DON ENRIQUE.

Si harán, que si yo le de  
En su in felice miseria,  
Y me sufre el corazon  
El no acompañarle en ella,  
Es porque pienso volver  
Con mas poder y mas fuerza,  
Para darle libertad.

REY.

Muy bien harás, como puedas.

MULEY. (Ap.)

Ya ha llegado la ocasion  
De que mi lealtad se vea.  
La vida debo á Fernando,  
Yo le pagaré la deuda. (Vase.)

Jardin.

## ESCENA IX.

CELIN; DON FERNANDO, *de cautivo  
y con cadenas; despues CAUTIVOS.*

CELIN.

El Rey manda que asistas  
En aqueste jardin, y no resistas  
Su ley á tu obediencia. (Vase.)

DON FERNANDO.

Mayor que su rigor, es mi paciencia.  
(Salen varios cautivos, y uno canta  
mientras los otros cuecan en el jardin)

CAUTIVO 1.º (Canta)

A la conquista de Tánger,  
Contra el tirano de Fez,  
Al infante Don Fernando  
Envío su hermano el Rey.

DON FERNANDO.

¿Que un instante mi historia  
No deje de causar á la memoria!  
Triste estoy y turbado.

CAUTIVO 2.º

¿Cautivo, cómo estais tan descuidado?  
No lloreis, consolaos; que ya el Maes-  
dijo que volveremos [tre  
Presto á la patria, y libertad tendrémus.  
Ninguno ha de quedar en este suelo.

DON FERNANDO. (Ap)

¿Qué presto perderéis ese consuelo!

CAUTIVO 2.º

Consolad los rigores,  
Y ayudadme á regar aquestas flores.  
Tomad los cubos, y agua me id trayendo  
De aquel estanque.

DON FERNANDO.

Obedecer pretendo.

Buen cargo me habeis dado,  
Pues agua me pedis; que mi cuidado,  
Sembrando penas, cultivando enojos,  
Llenará en la corriente de mis ojos. (Vase.)

CAUTIVO 2.º

A este baño han echado  
Mas cautivos.

## ESCENA X.

DON JUAN Y OTRO CAUTIVO. — DICHOS.

DON JUAN.

Miremos con cuidado

Si estos jardines fueron  
Donde vino, ó si acaso estos le vieron;  
Porque en su compañía

Ménos el llanto y el dolor sería,  
Y mayor el consuelo.—  
Dígame, amigo, que te guarde el cielo,  
Si viste cultivado  
Este jardín al maestro Don Fernando.

CAUTIVO 2.<sup>o</sup>

No, amigo, no le he visto.

DON JUAN.

Mal el dolor y lágrimas resisto.

CAUTIVO 3.<sup>o</sup>

Digo que el baño abrieron,  
Y que nuevos cautivos á él vinieron.

## ESCENA XI.

DON FERNANDO, *con dos cubos de agua.*—*Dichos.*

DON FERNANDO.

Mortales, no os espante  
Ver un maestro de Avis, ver un infante  
En tan misera afrenta;  
Que el tiempo estas miserias representa.

DON JUAN.

Pues señor, ¡vuestra Alteza  
En tan misero estado! De tristeza  
Rompa el dolor el pecho.

DON FERNANDO.

¡Válgate Dios, qué gran pesar me has he-  
Don Juan, en descubrirme! [cho,  
Que quisiera ocultarme y encubrirme  
Entre mi misma gente,  
Sirviendo pobre y miserablemente.

CAUTIVO 1.<sup>o</sup>

Señor, que perdonéis humilde os ruego  
Haber andado yo tan loco y ciego.

CAUTIVO 2.<sup>o</sup>

Danos, señor, tus piés.

DON FERNANDO.

Alza, amigo,  
No hagais tal ceremonia ya conmigo.

DON JUAN.

Vuestra Alteza...

DON FERNANDO.

¿Qué Alteza

Ha de tener quien vive en tal bajeza?  
Ved que yo humilde vivo,  
Y soy entre vosotros un cautivo:  
Ninguno ya me trate  
Sino como á su igual

DON JUAN.

¿Que no desate

Un rayo el cielo para darme muerte!

DON FERNANDO.

Don Juan, no ha de quejarse de su suerte  
Un noble. ¿Quién del cielo desconfía?  
La prudencia, el valor, la bizarría  
Se ha de mostrar ahora.

## ESCENA XII.

ZARA, *con un azafate.*—*Dichos.*

ZARA.

Al jardín sale Fénix mi señora,  
Y manda que matices y colores  
Borden este azafate de sus flores.

DON FERNANDO.

Yo llevársele espero, [ro.  
Que er cuanto sea servir, seré el prime-

CAUTIVO 1.<sup>o</sup>

Ea, vamos á cogellas

ZARA.

Aquí os aguardo mientras vais por ellas.

DON FERNANDO

No me hagais cortesías:  
Iguales vuestras penas y las mías  
Son; y pues nuestra suerte,  
Si hoy no, mañana ha de igualar la  
No será acción liviana [mierte,  
No dejar hoy que hacer para mañana  
(*Vanse el Infante y todos haciéndole  
cortesías, y quédase ZARA.*)

## ESCENA XIII.

FÉNIX, ROSA, ZARA

FÉNIX.

¿Mandaste que me trajesen  
Las flores?

ZARA.

Ya lo mandé.

FÉNIX.

Sus colores deseé  
Para que me divirtiesen.

ROSA.

¿Que tales, señora, fuesen,  
Creyendo tus fantasías,  
Tus graves melancolías!

ZARA.

¿Qué te obligó á estar así?

FÉNIX.

No fué sueño lo que ví,  
Que fuéron desdichas mías.  
Cuando sueña un desdichado  
Que es dueño de algún tesoro,  
Ni dudo, Zara, ni ignoro  
Que entónces es bien soñado;  
Mas si á soñar ha llegado  
En fortuna tan incierta,  
Que desdichas le concierta,  
Ya aquello sus ojos ven,  
Pues soñando el mal y el bien,  
Halla el mal cuando despierta.  
Piedad no espero; ay de mí!  
Porque mi mal será cierto.

ZARA.

¿Y qué dejas para el muerto,  
Si tú lo sientes así?

FÉNIX.

Ya mis desdichas creí.  
¡Precio de un muerto! ¿Quién vió  
Tal pena? No hay gusto, no,  
A una infelice mujer.  
¿Qué al fin de un muerto he de ser?  
¿Quién será este muerto?

## ESCENA XIV.

DON FERNANDO, *con las flores*—FÉNIX, ZARA, ROSA.

DON FERNANDO.

Yo.

FÉNIX.

¡Ay cielos! ¿Qué es lo que veo?

DON FERNANDO.

¿Qué te admira?

FÉNIX.

De una suerte

Me admira el oírte y verte.

DON FERNANDO.

No lo jures, bien lo creo.  
Yo pues, Fénix, que deseo  
Servirte humilde, traía  
Flores, de la suerte mía  
Geroglíficos, señora,  
Pues nacieron con la aurora,  
Y murieron con el día.

FÉNIX.

A la maravilla dió  
Ese nombre al descubrilla.

DON FERNANDO.

¿Qué flor, di, no es maravilla  
Cuando te la sirvo yo?

FÉNIX.

Es verdad. Di, ¿quién causó  
Esta novedad?

DON FERNANDO.

Mi suerte.

FÉNIX.

¿Tan rigurosa es?

DON FERNANDO.

Tan fuerte.

FÉNIX.

Peña das.

DON FERNANDO.

Pues no te asombre.

FÉNIX.

¿Por qué?

DON FERNANDO.

Porque nace el hombre  
Sujeto á fortuna y muerte.

FÉNIX.

¿No eres Fernando?

DON FERNANDO.

Si soy.

FÉNIX

¿Quién te puso así?

DON FERNANDO.

La ley

De ella.

FÉNIX.

¿Quién la hizo?

DON FERNANDO.

El Rey

FÉNIX.

¿Por qué

DON FERNANDO.

Porque suyo soy.

FÉNIX.

¿Pues no te ha estimado tu rey?

DON FERNANDO.

Y también me ha aborrecido.

FÉNIX.

¿Un día posible ha sido  
A desuñir dos estrellas?

DON FERNANDO.

Para presumir por ellas,  
Las flores habrán venido.  
Estas, que fuéron pompa y alegría,  
Despertando al albor de la mañana,  
A la tarde serán lástima vana,  
Durmiendo en brazos de la noche fría.  
Este matiz, que al cielo desafia,  
Iris listado de oro, nieve y grana,  
Será escarmiento de la vida humana:  
¡Tanto se emprende en término de un  
A florecer las rosas madrugaron, [día!  
Y para envejecerse florecieron:  
Cuna y sepulcro en un botón hallaron  
Tales los hombres sus fortunas vieron.  
En un día nacieron y espiraron.  
Que pasados los siglos, horas fuéron.

FÉNIX.

Horror y miedo me has dado,  
Ni oírte ni verte quiero;  
Sé el desdichado primero  
De quien huye un desdichado.



DON FERNANDO.

¿Y las flores?

FÉNIX.

Si has hallado

Geroglíficos en ellas,  
Deslucellas y rompellas  
Sola sabrán mis rigores.

DON FERNANDO.

¿Qué culpa tienen las flores?

FÉNIX.

Parecerse á las estrellas.

DON FERNANDO.

¿Ya no las quieres?

FÉNIX.

Ninguna

Estimo en su rosicler.

DON FERNANDO.

¿Cómo?

FÉNIX.

Nace la mujer

Sujeta á muerte y fortuna;  
Y en esta estrella importuna  
Tasada mi vida vi.

DON FERNANDO.

¿Flores con estrellas?

FÉNIX.

Sí.

DON FERNANDO.

Aunque sus rigores lloro,  
Esa propiedad ignoro.

FÉNIX.

Escucha, sabráslo.

DON FERNANDO

Dí.

FÉNIX.

Esos rasgos de luz, esas centellas  
Que cobran con amagos superiores  
Alimentos del sol en resplandores,  
Aquellos viven que se duele dellas.  
Flores nocturnas son; aunque tan bellas,  
Efímeras padecen sus ardores;  
Pues si un día es el siglo de las flores,  
Una noche es la edad de las estrellas.  
De esa pues primavera fugitiva [re:  
Ya nuestro mal, ya nuestro bien se inicia-  
Registro es nuestro, ó muera el sol ó viva.  
¿Qué duración habrá que el hombre es-  
[pere.

O qué mudanza habrá, que no reciba  
De astro, que cada noche nace y muere?

(Vanse Fénix, Zara y Rosa.)

## ESCENA XV.

MULEY.—DON FERNANDO.

MULEY.

A que se ausentase Fénix  
En esta parte esperé;  
Que el águila mías amante  
Huye de la luz tal vez.  
¿Estamos solos?

DON FERNANDO.

Sí.

MULEY.

Escucha.

DON FERNANDO

¿Qué quieres, noble Muley?

MULEY.

Que sepas que hay en el pecho  
De un moro lealtad y fe.  
No sé por dónde empezar

A declararme, ni sé  
Si diga cuánto he sentido  
Este inconstante desden  
Del tiempo, este estrago injusto  
De la suerte, este cruel  
Ejemplo del mundo, y este  
De la fortuna vaiven.  
Pero á riesgo estoy, si aquí  
Hablar contigo me ven;  
Que tratarte sin respeto  
Es ya decreto del rey.  
Y así, á mi dolor dejando  
La voz, que él podrá mas bien  
Explicarse como esclavo,  
Vengo á arrojarle á esos piés.  
Yo lo soy tuyo, y así  
No vengo, infante, á ofrecer  
Mi favor, sino á pagar  
Deuda que un tiempo cobré.  
La vida que tú me diste,  
Vengo á darte; que hacer bien  
Es tesoro que se guarda  
Para cuando es menester.  
Y porque el temor me tiene  
Con grillos de miedo al pié,  
Y está mi pecho y mi cuello  
Entre el cuchillo y cordel,  
Quiero, acortando discursos,  
Declararme de una vez;  
Y así digo, que esta noche  
Tendré en el mar un bajel  
Prevenido; en las troneras  
De las mazmorras pondré  
Instrumentos, que desarmen  
Las prisiones que teneis.  
Luego, por parte de afuera,  
Los cándalos romperé:  
Tú con todos los cautivos,  
Que Fez encierra hoy en él,  
Vuelve á tu patria, seguro  
De que yo lo quedo en Fez;  
Pues es fácil el decir  
Que ellos pudieron romper  
La prisión; y así los dos  
Habríamos librado bien.  
Yo el honor y tú la vida;  
Pues es cierto que á saber  
El Rey mi intento, me diera  
Por traidor con justa ley,  
Que no sintiera el morir.  
Y porque son menester  
Para granjear voluntades  
Dineros, aquí se ve  
A estas joyas reducido  
Innumerable interés.  
Este es, Fernando, el rescate  
De mi prisión, esta es  
La obligación que te tengo;  
Que un esclavo noble y fiel  
Tan inmenso bien había  
De pagar alguna vez.

DON FERNANDO.

Agradecerte quisiera  
La libertad; pero el Rey  
Sale al jardín.

MULEY.

¿Hate visto

Conmigo?

DON FERNANDO.

No.

MULEY.

Pues no des

Que sospechar.

DON FERNANDO.

Destos ramos

Haré rústico cancel,  
Que me encubra mientras pasa.

(Escóndese.)

## ESCENA XVI.

EL REY.—MULEY.

REY.

(Ap. ¿Con tal secreto Muley  
Y Fernando? ¿Y irse el uno  
En el punto que me ve,  
Y disimular el otro?  
Algo hay aquí que temer.  
Sea cierto, ó no sea cierto,  
Mi temor procuraré  
Asegurar.) Mucho estímulo...

MULEY.

Gran señor, dame tus piés.

REY.

Hallarte aquí.

MULEY.

¿Qué me mandas?

REY.

Mucho he sentido el no ver  
A Ceuta por mía.

MULEY.

Conquista,  
Coronado de laurel,  
Sus muros; que á tu valor  
Mal se pondrá defender.

REY.

Con mas doméstica guerra  
Se ha de rendir á mis piés.

MULEY.

¿De qué suerte?

REY.

De esta suerte:

Con abatir y poner  
A Fernando en tal estado,  
Que él mismo á Ceuta me de.  
Sabrás pues, Muley amigo,  
Que yo he llegado á temer  
Que del Maestre la persona  
No está muy segura en Fez.  
Los cautivos, que en estado  
Tan abatido le ven,  
Se lastiman, y recelo  
Que se amotinen por él.  
Fuera desto, siempre ha sido  
Poderoso el interés;  
Que las guardas con el oro  
Son fáciles de romper.

MULEY.

(Ap. Yo quiero apoyar ahora  
Que todo esto puede ser,  
Porque de mí no se tenga  
Sospecha.) Tú temes bien,  
Fuerza es que quieran librarte.

REY.

Pues solo un remedio hallé,  
Porque ninguno se atreva  
A atropellar mi poder.

MULEY.

¿Y es, señor?

REY.

Muley, que tú  
Le guardes, y á cargo esté  
Tuyo; á tí no ha de torcerse  
Ni el temor ni el interés.  
Alcaide eres del Infante,  
Procura el guardarle bien;  
Porque en cualquiera ocasión  
Tú me has de dar cuenta del. (Vase.)

MULEY.

Sin duda alguna que oyó  
Nuestros conciertos el Rey.  
¡Válgame Alá!

## ESCENA XVII.

DON FERNANDO. — MULEY.

DON FERNANDO.

¿Qué te aflige?

MULEY.

¿Has escuchado?

DON FERNANDO.

Muy bien.

MULEY.

¿Pues para qué me preguntas  
 Qué me aflige, si me ves  
 En tan ciega confusión,  
 Y entre mi amigo y el Rey,  
 El amistad y el honor  
 Hoy en batalla se ven?  
 Si soy contigo leal,  
 He de ser traidor con él;  
 Ingrato seré contigo,  
 Si con él me juzgo fiel.  
 ¿Qué he de hacer (¡valedme, cielos!)  
 Pues al mismo que llegué  
 A rendir la libertad,  
 Me entrega, para que esté  
 Seguro en mi confianza?  
 ¿Qué he de hacer si ha echado el Rey  
 Llave maestra al secreto?  
 Mas para acertarlo bien,  
 Te pido que me aconsejes:  
 Dime tú qué debo hacer.

DON FERNANDO.

Muley, amor y amistad  
 En grado inferior se ven  
 Con la lealtad y el honor  
 Nadie iguala con el Rey;  
 El solo es igual consigo:  
 Y así mi consejo es  
 Que á él le sirvas y me faltes.  
 Tu amigo soy; y porque  
 Esté seguro tu honor,  
 Yo me guardaré también;  
 Y aunque otro llegue á ofrecermi  
 Libertad, no acetaré  
 La vida, porque tu honor  
 Conmigo seguro esté.

MULEY.

Fernando, no me aconsejas  
 Tan leal como cortés.  
 Sé que te debo la vida,  
 Y que pagartela es bien;  
 Y así lo que está tratado,  
 Esta noche dispondré.  
 Librate tú, que mi vida  
 Se quedará á padecer  
 Tu muerte: librate tú,  
 Que nada temo despues.

DON FERNANDO.

¿Y será justo que yo  
 Sea tirano y cruel  
 Con quien conmigo es piadoso?  
 Y mate al honor cruel  
 Que á mí me está dando vida?  
 No, y así te quiero hacer  
 Inez de mi causa y mi vida:  
 Aconsejame también.  
 ¿Tomaré la libertad  
 De quien queda á padecer  
 Por mí? ¿Dejaré que sea  
 Uno con su honor cruel,  
 Por ser liberal conmigo?  
 ¿Qué me aconsejas?

MULEY.

No sé;

Que no me atrevo á decir  
 Si ni no: et no, porque  
 Me pesará que lo diga;  
 Y el sí, porque echo de ver

Si voy á decir que sí,  
 Que no te aconsejo bien.

DON FERNANDO.

Si aconsejas, porque yo,  
 Por mi Dios y por mi ley,  
 Seré un príncipe constante  
 En la esclavitud de Fez.

## JORNADA TERCERA.

Sala de una quinta del rey moro

## ESCENA PRIMERA.

MULEY, EL REY.

MULEY.

(Ap. Ya que socorrer no espero,  
 Por tantas guardas del Rey,  
 A Don Fernando, hacer quiero  
 Sus ausencias, que esta es ley  
 De un amigo verdadero.)  
 Señor, pues yo te servi  
 En tierra y mar, como sabes,  
 Si en tu gracia mereci  
 Lugar, en penas tan graves  
 Atento me escucha.

REY.

Di.

MULEY.

Fernando...

REY.

No digas mas.

MULEY.

¿Posible es que no me oirás?

REY.

No, que diciendo Fernando,  
 Ya me ofendes.

MULEY.

¿Cómo, ó cuándo?

REY.

Como ocasion no me das  
 De hacer lo que me pidieres,  
 Cuando me ruegas por él.

MULEY.

¿Si soy su guarda, no quieres,  
 Señor, que dé cuenta dél?

REY.

Di; pero piedad no esperes.

MULEY.

Fernando, cuya importuna  
 Suerte, sin piedad alguna  
 Vive, á pesar de la fama,  
 Tanto que el mundo le llama  
 El monstruo de la fortuna,  
 Examinando el rigor,  
 Mejor dijera el poder  
 De tu corona, señor,  
 Hoy á tan misero ser  
 Le ha traído su valor,  
 Que en un lugar arrojado,  
 Tan humilde y desdichado  
 Que es indigno de tu oído,  
 Enfermo, pobre y tullido,  
 Piedad pide al que ha pasado;  
 Porque como le mandaste  
 Que en la mazmorra curmiese,  
 Que en los baños trabajase,  
 Que tus caballos curase  
 Y nadie á comer le diese,  
 A tal extremo llegó,  
 Como era su natural  
 Tan llaco, que se tullió;  
 Y así la fuerza del mal  
 Brío y majestad rindió.

Pasando la noche fria  
 En una mazmorra dura,  
 Constante en su fe porfia;  
 Y al salir la lumbre pura  
 Del sol, que es padre del día,  
 Los cautivos (¡pena fiera!)  
 En una misera estera  
 Le ponen en tal lugar,  
 Que es, ¿dirélo? un muladar;  
 Porque es su olor de manera,  
 Que nadie puede sufrille  
 Junto á su casa; y así  
 Todos dan en despedille.  
 Y ha venido á estar allí  
 Sin hablalle y sin oille,  
 Ni compadecerse dél.  
 Solo un criado y un fiel  
 Caballero en pena extraña  
 Le consuela y acompaña.  
 Estos dos parten con él  
 Su porción, tan sin provecho,  
 Que para uno solo es poca;  
 Pues cuando los labios toca,  
 Se suele pasar al pecho  
 Sin que lo sepa la boca;  
 Y aun á estos dos los castiga  
 Tu gente, por la piedad  
 Que al dueño á servir obliga;  
 Mas no hay rigor ni crueldad,  
 Por mas que ya los persiga,  
 Que dél los pueda apartar.  
 Mientras uno va á buscar  
 De comer, el otro queda  
 Con quien consolarle pueda  
 De su desdicha y pesar.  
 Acaba ya rigor tanto:  
 Ten del príncipe, señor,  
 Puesto en tan fiero quebranto,  
 Ya que no piedad, horror;  
 Asombro, ya que no llanto.

REY.

Bien está, Muley.

## ESCENA II.

FÉNIX. — Dichos.

FÉNIX.

Señor,

Si ha merecido en tu amor  
 Gracia alguna mi humildad,  
 Hoy á vuestra Majestad  
 Vengo á pedir un favor.

REY.

¿Qué podré negarte á ti?

FÉNIX.

Fernando el Macstre...

REY.

Está bien;

Ya no hay que pasar de allí.

FÉNIX.

Horror da á cuantos le ven  
 En tal estado; de ti  
 Solo merecer quisiera...

REY.

¡Detente, Fénix, espera!  
 ¿Quién á Fernando le obliga  
 Para que su muerte siga,  
 Para que infelice muera?  
 Si por ser cruel y fiel  
 A su fe, sufre castigo  
 Tan dilatado y cruel,  
 El es el cruel consigo,  
 Que yo no lo soy con él.  
 ¿No está en su mano el salir  
 De su miseria y vivir?  
 Pues eso en su mano está,  
 Entregue á Ceuta, y saldrá  
 De padecer y sentir  
 Tantas penas y rigores.



## ESCENA III.

CELIN. — Dichos.

CELIN.

Licencia aguardan que des,  
Señor, dos embajadores :  
De Tarudante uno es,  
Y el otro del portugues  
Alfonso.

FÉNIX. (Ap.)

¿Hay penas mayores?  
Sin duda que por mí envía  
Tarudante.

MULEY. (Ap.)

Hoy perdi, cielos.

La esperanza que tenía.  
Mátenme amistad y celos,  
Todo lo perdi en un día.

REY.

Entren pues. En este estrado  
(Vase Celin.)  
Conmigo te sienta, Fénix.  
(Siéntanse.)

## ESCENA IV.

DON ALFONSO y TARUDANTE, *cada uno por su parte.* — Dichos.

TARUDANTE.

Generoso rey de Fez...

DON ALFONSO.

Rey de Fez altivo y fuerte...

TARUDANTE

Cuya fama...

DON ALFONSO.

Cuya vida...

TARUDANTE.

Nunca muera...

DON ALFONSO.

Viva siempre...

TARUDANTE. (A Fénix.)

Y tú de aquel sol aurora...

DON ALFONSO.

Tú de aquel ocase oriente...

TARUDANTE.

A pesar de siglos dures...

DON ALFONSO.

A pesar de tiempos reines...

TARUDANTE.

Porque tengas...

DON ALFONSO.

Porque goces...

TARUDANTE.

Felicidades...

DON ALFONSO.

Laureles...

TARUDANTE.

Altas dichas...

DON ALFONSO.

Triunfos grandes...

TARUDANTE.

Pocos males.

DON ALFONSO.

Muchos bienes.

TARUDANTE.

¿Cómo niéntas hablo yo,  
Tú, cristiano, á hablar te atreves?

DON ALFONSO.

Porque nadie habla primero  
Que yo, donde yo estuviere.

F. VU.

TARUDANTE.

A mí, por ser de nación  
Alarbe, el lugar me deben  
Primero; que los extraños  
Bonde hay propios, no prefieren.

DON ALFONSO.

Donde saben cortesía,  
Si hacen; pues vemos siempre  
Que dan en cualquiera parte  
El mejor lugar al huésped.

TARUDANTE.

Cuando esa razón lo fuera,  
Aun no pudiera venecirme,  
Porque el primero lugar  
Solo se le debe al huésped.

REY.

Va basta, y los dos ahora  
En mis estrados se sienten.  
Hable el portugues, que en fin  
Por de otra ley se le debe  
Mas honor.

TARUDANTE. (Ap.)

Corrido estoy.

DON ALFONSO.

Ahora yo seré breve :  
Alfonso de Portugal,  
Rey famoso, á quien celebre  
La fama en lenguas de bronce.  
A pesar de envidia y muerte,  
Salud te envía, y te ruega  
Que pues libertad no quiere  
Fernando, como su vida.  
La ciudad de Ceuta cueste,  
Que reduzcas su valor  
Hoy á cuantos intereses  
El mas avaro codicie,  
El mas liberal desprecie;  
Y que dará en plata y oro  
Tanto precio como pueden  
Valer dos ciudades. Esto  
Te pide amigablemente;  
Pero si no se le entregas,  
Que ha de librarle promete  
Por armas, á cuyo efecto  
Ya sobre la espalda leve  
Del mar ciudades fabrica  
De mil armados bajeles;  
Y jura que á sangre y fuego  
Ha de librarle y vencerte,  
Dejando aquesta campaña  
Llena de sangre, de suerte.  
Que cuando el sol se levante  
Halle los matices verdes  
Esmeraldas, y los pierda  
Rubles cuando se acueste.

TARUDANTE.

Aunque como embajador  
No me toca responderte,  
En cuanto toca á mi Rey,  
Puedo, cristiano, atreverme,  
Porque ya es suyo este agravio,  
Como hijo, que obedece  
Al Rey mi señor; y así  
Decir de su parte puedes  
A Don Alfonso, que venga,  
Porque en término mas breve  
Que hay de la noche á la aurora,  
Vea en púrpura caliente  
Agonizar estos campos,  
Tanto que los cielos piensen  
Que se olvidaron de hacer  
Otras flores que claveles.

DON ALFONSO.

Si fueras, moro, mi igual,  
Pudiera ser que se viese  
Reducida esta victoria  
A dos jóvenes valientes;  
Mas dile á tu Rey que salga

Si ganar fama pretende;  
Que yo hare que salga el mio.

TARUDANTE.

Casi has dicho que lo eres,  
Y siendo así, Tarudante  
Sabrá tambien responderte.

DON ALFONSO.

Pues en campaña te espero.

TARUDANTE.

Yo haré que poco me esperes,  
Porque soy rayo.

DON ALFONSO.

Yo viento.

TARUDANTE.

Volcan soy, que llamas viento.

DON ALFONSO.

Hidra soy, que fuego arroja.

TARUDANTE.

Yo soy furia.

DON ALFONSO.

Yo soy muerte.

TARUDANTE.

¿Que no te espantes de oirme?

DON ALFONSO.

¿Que no te mueras dé verme?

REY.

Señores, vuestras Altezas  
Ya que los enojos pueden  
Correr al sol las cortinas  
Que le embozan y oscurecen,  
Adviertan que en tierra mía  
Campo aplazarse no puede  
Sin mí; y así yo le niego,  
Para que tiempo me quede  
De servirlos.

DON ALFONSO.

No recibo

Yo hospedaje ni mercedes,  
De que los enojos pesares.  
Por Fernando vengo: el verte  
Me obligó á llegar á Fez  
Disfrazado desta suerte :  
Antes de entrar en tu corte  
Supe que á esta quinta alegre  
Asistias; y así vine  
A hablarte, porque fin diese  
La esperanza que me trajo;  
Y pues tan mal me sucede,  
Advierte, señor, que solo  
La respuesta me detiene.

REY.

La respuesta, rey Alfonso,  
Será compendiosa y breve :  
Que si no me das á Ceuta,  
No hayas miedo que le llesves.

DON ALFONSO.

Pues ya he venido por él,  
Y he de llevarle: prevenite  
Para la guerra que aplazo.—  
Embajador, ó quien eres,  
Vémonos en la campaña.  
;Hoy toda el Africa tiembla! (Vase)

## ESCENA V.

EL REY, FENIX, MULEY, TARUDANTE.

TARUDANTE.

Ya que no pude lograr  
La fineza, hermosa Fénix,  
De servirlos como esclavo,  
Logre al menos la de verme  
A vuestros piés. Dad la mano  
A quien un alma es ofreece.

FÉNIX.

Vuestra Alteza, gran señor,  
Finezas y honras no amente  
A quien le estina, pues sabe  
Lo que á sí mismo se debe.

- MULEY. (Ap.)

¿Qué espera quien esto llega  
A ver, y no se da muerte?

REY.

Ya que vuestra Alteza vino  
A Fez impensadamente,  
Perdone del hospedaje  
La cortedad.

TARUDANTE.

No consiente  
Mi ausencia mas dilacion,  
Que la de un plazo muy breve;  
Y supuesto que venia  
Mi embajador con poderes  
Para llevar á mi esposa,  
Como tú dispuesto tienes,  
No, por haberlo yo sido,  
Mi fineza desmerece  
La brevedad de la dicha.

REY.

En todo, señor, me vences;  
Y así por pagar la deuda,  
Como porque se previenen  
Tantas guerras, es razon  
Que desocupado quede  
Destos enidados; y así  
Volverte luego conviene  
Antes que ocupen el paso  
Las amenazadas huestes  
De Portugal

TARUDANTE.

Poco importa,  
Porque yo vengo con gente  
Y ejército numeroso,  
Tal, que esos campos parezca  
Mas ciudades que desiertos,  
Y volveré brevemente  
Con ella á ser tu soldado.

REY.

Pues luego es bien que se apreste  
La jornada; pero en Fez  
Será bien, Fénix, que entres  
A alegrar á esa ciudad.

Muley.

MULEY.

Gran señor.

REY.

Prevente,  
Que con la gente de guerra  
Has de ir sirviendo á Fénix,  
Hasta que quede segura,  
Y con su esposo la dejes.

MULEY. (Ap.)

Esto solo me faltaba,  
Para que, estando yo ausente,  
Aun le falte mi socorro  
A Fernando, y no le quede  
Esta pequeña esperanza.

(Vanse.)

Uba calle de Fez.

## ESCENA VI.

DON JUAN, BRITO, y otros CAUTIVOS,  
que sacan á DON FERNANDO, y le  
sientan en una estera.

DON FERNANDO.

Ponedme en aquesta parte,  
Para que goce mejor

<sup>1</sup> Amenazadas significa en este lugar las  
que amenazan ó las anunciadas.

<sup>2</sup> Falta un verso para el romance

La luz que el cielo reparte. —  
¡Oh inmenso, oh dulce Señor,  
Qué de gracias debo darte!  
Cuando como yo se via  
Job, el dia maldecía;  
Mas era por el pecado  
En que habia sido engendrado;  
Pero yo bendigo el dia  
Por la gracia que nos da  
Dios en él; pues claro está,  
Que cada hermoso arbol  
Y cada rayo del sol,  
Lengua de fuego será  
Con que le alabo y bendigo.

BRITO.

Estás bien, señor, así?

DON FERNANDO.

Mejor que merezco, amigo.  
¿Qué de piedades aquí,  
O Señor, usais conmigo!  
Cuando acaban de sacarme  
De un calabozo, me dais  
Un sol para calentarme:  
Liberal, Señor, estáis.

CAUTIVO 1.º

Sabe el cielo, si quedarme  
Y acompañaros quisiera;  
Mas ya veis que nos espera  
El trabajo.

DON FERNANDO.

Hijos, adios.

CAUTIVO 2.º

¿Qué pesar!

CAUTIVO 3.º

¿Qué ansia tan fiera!  
(Vanse los cautivos.)

DON FERNANDO.

¿Quedais conmigo los dos?

DON JUAN.

Yo tambien te he de dejar.

DON FERNANDO.

¿Qué haré yo sin tu favor?

DON JUAN.

Presto volveré, señor;  
Que solo voy á buscar  
Algo que comas, porque  
Despues que Muley se fué  
De Fez, nos falta en el suelo  
Todo el humano consuelo;  
Pero con todo eso iré  
A procurar, si bien  
Imposibles solicito,  
Porque ya cuantos me ven,  
Por no ir contra el edito,  
Que manda que no te den  
Ni agua tampoco, ni á mi  
Me venden uada, señor,  
Por ver que te asisto á ti;  
Que á tanto llega el rigor  
De la suerte. Pero aquí  
Gente viene.

DON FERNANDO.

¡Oh si pudiera

Mi voz mover á piedad  
A alguno, porque siquiera  
Un instante mas viviera  
Padiendo!

## ESCENA VII.

EL REY, TARUDANTE, FÉNIX, CE-  
LIN.—DON FERNANDO, BRITO.

CELIN.

Gran señor,  
Por una calle has venido,  
Que es fuerza que visto seas  
Del Infante y advertido.

REY. (A Tarudante.)

Acompañarte he querido,  
Porque mi grandeza veas.

TARUDANTE.

Siempre mis honras deseas.

DON FERNANDO.

Dadle de limosna hoy  
A este pobre algun sustento;  
Mirad que hombre humano soy,  
Y que aligido y hambriento,  
Muriendo de hambre estoy.  
Hombres, doleos de mí,  
Que una fiera de otra fiera  
Se compadece.

BRITO.

Ya aquí  
No hay pedir de esa manera.

DON FERNANDO.

¿Cómo he de decir?

BRITO.

Así:  
Moros, tened compasion,  
Y algo que este pobre coma  
Le dad en esta ocasion,  
Por el santo zancarron  
Del gran profeta Mahoma.

REY.

Que tenga fe en este estado,  
Tan misero y desdichado,  
Mas me ofende, mas me infama  
Maestre, Infante.

BRITO.

El Rey llama  
DON FERNANDO.

¿A mí? Brito, haste engañado  
Ni Infante ni Maestre soy,  
El cadáver suyo sí;  
Y pues ya en la tierra estoy,  
Aunque Infante y Maestre fui,  
No es ese mi nombre hoy.

REY.

Pues no eres Maestre ni Infante.  
Respóndeme por Fernando.

DON FERNANDO.

Ahora, aunque me levante  
De la tierra, iré arrastrando  
A besar tu pié.

REY.

Constante  
Te muestras á mi pesar.  
¿Es humildad ó valor  
Esta obediencia?

DON FERNANDO.

Es mostrar

Cuánto debe respetar  
El esclavo á su señor.  
Y pues que tu esclavo soy,  
Y estoy en presencia tuya  
Esta vez, tengo de hablarte:  
Mi Rey y señor, eucha.  
Rey te llamé, y aunque seas  
De otra ley, es tan augusta  
De los reyes la deidad,  
Tan fuerte y tan absoluta,  
Que engendra ánimo piadoso;  
Y así es forzoso que acudas  
A la sangre generosa  
Con piedad y con cordura;  
Que aun entre brutos y fieras  
Este nombre es de tan suma  
Autoridad, que la ley  
De naturaleza ajusta  
Obediencias; y así lémos  
En repúblicas incultas,  
Al leon rey de las fieras,  
Que cuando la frente arruga



De guedejas se corona,  
Es piadoso, pues que nunca  
Hizo presa en el rendido.  
En las saladas espumas  
Del mar el delin, que es rey  
De los peces, le dibujan  
Escamas de plata y oro  
Sobre la espalda cetrúea  
Coronas, y ya se vió  
De una tormenta importuna  
Sacar los hombres á tierra,  
Porque el mar no los consume.  
El águila caudalosa,  
A quien copete de plumas  
Riza el viento en sus esferas,  
De cuantas aves saludan  
Al sol es emperatriz,  
Y con piedad noble y justa,  
Porque brindado no beba  
El hombre entre plata pura  
La muerte, que en los cristales  
Mezcló la ponzoña dura  
Del áspid, con pico y alas  
Los revuelve y los enturbia.  
Aun entre plantas y piedras  
Se dilata y se dibuja  
Este imperio: la granada,  
A quien coronan las puntas  
De una corteza, en señal  
De que es reina de las frutas,  
Envenenada marchita  
Los rubies que la ilustran,  
Y los convierte en topacios,  
Color desmayada y mustia.  
El diamante, á cuya vista  
Ni aun el iman ejecuta  
Su propiedad, que por rey  
Esta obediencia le jura,  
Tan noble es, que la traicion  
Del dueño no disimula;  
Y la dureza, imposible  
De que buriles la pulan,  
Se deshace entre sí misma,  
Vuelta en cenizas menudas.  
Pues si entre fieras y peces,  
Plantas, piedras y aves, usa  
Esta majestad de rey  
De piedad, no será injusta  
Entre los hombres, señor:  
Porque el ser no te disculpa  
De otra ley, que la crueldad  
En cualquiera ley es una.  
No quiero compadecerte  
Con mis lástimas y angustias  
Para que me des la vida,  
Que mi voz no la procura:  
Que bien sé que he de morir  
De esta enfermedad que turba  
Mis sentidos, que mis miembros  
Discurte helada y caduca.  
Bien sé que herido de muerte  
Estoy, porque no pronuncia  
Voz la lengua, cuyo aliento  
No sea una espada aguda.  
Bien sé al fin que soy mortal,  
Y que no hay hora segura;  
Y por eso dió una forma  
Con una materia en una  
Semejanza la razon  
Al ataud y á la cuna.  
Accion nuestra es natural  
Cuando recibir procura  
Algo un hombre; alzar las manos  
En esta manera juntas;  
Mas cuando quiere arrojarlo,  
De aquella misma accion usa,  
Pues las vuelve boca abajo  
Porque así las desocupa.  
El mundo, cuando nacemos,  
En señal de que nos busca,  
En la cuna nos recibe,  
Y en ella nos asegura

Boca arriba; pero cuando  
O con desden, ó con furia,  
Quiere arrojarlos de sí,  
Vuelve las manos que junta,  
Y aquel instrumento mismo  
Forma esta materia muda;  
Pues fué cuna boca arriba  
Lo que boca abajo es tumba.  
Tan cerca vivimos, pues,  
De nuestra muerte, tan juntas  
Tenemos, cuando nacemos,  
El lecho como la cuna.  
¿Qué aguarda quien esto oye?  
Quien esto sabe, ¿qué busca?  
Claro está que no será  
La vida: no admite duda;  
La muerte sí: esta te pido.  
Porque los cielos me cumplan  
Un deseo de morir  
Por la fe; que, aunque presumas  
Que esto es desesperacion,  
Porque el vivir me disgusta,  
No es sino afecto de dar  
La vida en defensa justa  
De la fe, y sacrificar  
A Dios vida y alma juntas:  
Y así aunque pida la muerte,  
El afecto me disculpa.  
Y si la piedad no puede  
Vencerte, el rigor presumo  
Obligarte. ¿Eres leon?  
Pues ya será bien que rajas,  
Y despedaces á quien  
Te ofende, agravia é injuria.  
¿Eres águila? Pues hiere  
Con el pico y con las uñas  
A quien tu nido deshace.  
¿Eres delfin? Pues anuncia  
Tormentas al marinero  
Que el mar de este mundo sulca  
¿Eres árbol real? Pues muestra  
Todas las ramas desnudas  
A la violencia del tiempo,  
Que ira de Dios ejecuta.  
¿Eres diamante? Hecho polvos  
Sé pues venenosos furia,  
Y cansate; porque yo,  
Aunque mas tormentos sufra,  
Aunque mas rigores vea,  
Aunque lllore mas angustias,  
Aunque mas miserias pase,  
Aunque balle mas desventuras,  
Aunque en mas hambre padezca,  
Aunque mis carnes no cubran  
Estas ropas, y aunque sea  
Mi esfera esta estancia sucia,  
Firme he de estar en mí fe;  
Porque es el sol que me alumbró,  
Porque es la luz que me guía,  
Es el laurel que me ilustra.  
No has de triunfar de la Iglesia;  
De mí, si quieres, triunfa:  
Dios defenderá mi causa,  
Pues yo defiendiendo la suya.

REV.

¿Posible es que en tales penas  
Blasones y te consueles,  
Siendo propias? ¿Qué condenas,  
No me duelan, siendo ajenas,  
Si tú de tí no te dueles?  
Que pues tu muerte causó  
Tu misma mano y yo no,  
No esperes piedad de mí;  
Ten tú lástima de tí,  
Fernando, y tendrála yo. (Vase.)

DON FERNANDO. (A Tarudante.)

Señor, vuestra Majestad  
Me valga.

TARUDANTE.

¿Qué desventura! (Vase.)

DON FERNANDO. (A Félix.)

Si es alma de la hermosura  
Esa divina deidad,  
Vos, señora, me amparad  
Con el Rey.

FÉLIX.

¿Qué gran dolor!

DON FERNANDO.

¿Aun no me mirais?

FÉLIX.

¿Qué horror!

DON FERNANDO.

Haceis bien; que vuestros ojos  
No son para ver enojos.

FÉLIX.

¿Qué lástima! ¿qué pavor!

DON FERNANDO.

Pues aunque no me mireis  
Y ausentáros intenteis,  
Señora, es bien que sepais,  
Aunque tan bella os juzgais,  
Que mas que yo no valeis,  
Y yo quizá valgo mas.

FÉLIX.

Horror con tu voz me das,  
Y con tu aliento me hieres.  
¿Déjame, hombre! ¿qué me quieres?  
Que no puedo sentir mas. (Vase.)

## ESCENA VIII.

DON JUAN, con un pan. — DON FERNANDO, BRITO.

DON JUAN.

Por alcanzar este pan  
Que traerte, me han seguido  
Los moros, y me han herido  
Con los palos que me dan.

DON FERNANDO.

Esa es la herencia de Adán.

DON JUAN.

Tómale.

DON FERNANDO.

Amigo real,  
Tarde llegas, que mi mal  
Es ya mortal.

DON JUAN.

Dénme el cielo  
En tantas penas consuelo.

DON FERNANDO.

Pero ¿qué mal no es mortal,  
Si mortal el hombre es.  
Y en este confuso abismo  
La enfermedad de sí mismo  
Le viene á matar despues?  
Hombre, mira que no estés  
Desencuado: la verdad  
Sigue, que hay eternidad;  
Y otra enfermedad no esperes  
Que te avise, pues tú eres  
Tu mayor enfermedad.  
Pisando la tierra dura  
De continuo el hombre está,  
Y cada paso que da  
Es sobre su sepultura.  
Triste ley, sentencia dura  
Es saber que en cualquier caso  
Cada paso (¡gran fracaso!)  
Es para andar adelante,  
Y Dios no es á hacer bastante.  
Que no haya dado aquel paso.  
Amigos, á mí fin llevo:  
Llevadme de aquí en los brazos.

DON JUAN.

Serán los últimos lazos  
De mi vida.

DON FERNANDO.

Lo que os ruego,  
Noble Don Juan, es que luego  
Que espire me desnuéis.  
En la mazmorra ballaréis  
De mi religion el manto,  
Que le traje tiempo tanto;  
Con este me enterraréis  
Descubierto, si el Rey fiero  
Ablanda la saña dura,  
Dándome la sepultura;  
Y señaladla; que espero,  
Que aunque hoy cautivo muero,  
Rescatado he de gozar  
El sufragio del altar;  
Que pues yo os he dado á vos  
Tantas iglesias, mi Dios,  
Alguna me habeis de dar.

(Llévale en brazos.)

Playa distante de la ciudad de Fez.—Es de  
noche.

## ESCENA IX.

DON ALFONSO, SOLDADOS con arcabuces.

DON ALFONSO.

Dejad á la inconstante  
Playa azul esa máquina arrogante  
De naves, que causando al cielo asom-  
[bros,  
El mar sustenta en sus nevados hom-  
[bros :  
Y en estos horizontes  
Aborren gente los perfilados montes  
Del mar, siendo con máquinas de fuego  
Cada hajel un edificio griego.

## ESCENA X.

DON ENRIQUE. — Dichos.

DON ENRIQUE.

Señor, tú no quisiste que saliera  
Nuestra gente de Fez en la ribera.  
Y este puesto escogiste  
Para desembarcar : infeliz fuiste,  
Porque por una parte  
Marchando viene el numeroso Marte.  
Cuyo ejército al viento desvanece,  
Y los cellados de los montes crece.  
Tarudante conduce gente tanta,  
Llevando á su mujer, felice Infanta  
De Fez, hácia Marruecos...  
Mas respondan las lenguas de los ecos.

DON ALFONSO.

Enrique, á eso he venido,  
A esperarle á este paso; que no ha sido  
Esta eleccion acaso; prevenida  
Estaba, y la razon está entendida :  
Si yo á desembarcar á Fez llegara,  
Esta gente y la suya en ella hallara;  
Y estando divididos,  
Hoy con ménos poder están vencidos;  
Y ántes que se prevengan,  
Toca al arma.

DON ENRIQUE.

Señor, advierte y mira  
Que es sin tiempo esta guerra.

DON ALFONSO.

Ya mi ira

Ningun consejo alcanza.  
No se dilate un punto esta venganza :  
Entre en mi brazo fuerte  
Por Africa el azote de la muerte.

DON ENRIQUE.

Mira que ya la noche,  
Envueltá en sombras, el luciente coche  
Del sol esconde entre las sombras puras.

DON ALFONSO.

Pelcarémos á oscuras;  
Que a la fe que me anima,  
Ni el tiempo ni el poder la desanima.  
Fernando, si el martirio que padeces,  
Pues es suya la causa, á Dios le ofreces,  
Cierta está la victoria :  
Mio será el honor, suya la gloria.

DON ENRIQUE.

Tu orgullo altivo yerra.

## ESCENA XI.

DON FERNANDO. — Dichos.

DON FERNANDO. (Dentro.)

[ra] Embiste, gran Alfonso! Guerra! guer-

DON ALFONSO.

Oyes confusas voces  
Romper los vientos tristes y veloces?

DON ENRIQUE.

Si, y en ellos se oyeron [ron,  
Trompetas que á embestir señal hicie-

DON ALFONSO.

[duda] Pues á embestir, Enrique! que no hay  
que el cielo ha de ayudarnos hoy.

(Aparecese el infante Don Fernando  
con manto capitular, y una hez-  
encendida.)

DON FERNANDO

Sí ayuda.

Porque obligando al cielo  
Que vió tu fe, y religion, tu celo,  
Voy tu causa defendiente.  
Librarme á mi de esclavitud pretende,  
Porque, por caro ejemplo,  
Por tantos templos, Dios me ofrece un  
Y con esta luciente [templo ;  
Antorcha desasida del oriente,  
Tu ejército arrogante  
Alumbrando he de ir siempre delante,  
Para que hoy en trofeos  
Iguales, grande Alfonso, á tus deseos,  
Llegues á Fez, no á coronarte agora,  
Sino á librar mi ocaso en el aurora.  
(Vase.)

DON ENRIQUE.

Dudando estoy, Alfonso, lo que veo.

DON ALFONSO.

Yo no, todo lo creo;  
Y si es de Dios la gloria,  
No digas guerra ya, sino victoria  
(Vase.)

Vista interior de los muros de Fez.

## ESCENA XII.

EL REY y CELIN; y en lo alto estará  
DON JUAN y un cautivo, y un ataud  
en que parezca estar el infante.

DON JUAN.

Barbaro, gózate aquí  
De que tirano quitaste  
La mejor vida.

REY.

¿Quién eres?

DON JUAN.

Un hombre, que aunque me maten,  
No he de dejar á Fernando,  
Y aunque de congoja rabie,

He de ser perro leal  
Que en muerte he de acompañarte.

REY.

Cristianos, ese es padron  
Que á las futuras edades  
Informe de mi justicia;  
Que rigor no ha de llamarse  
Venganza de agravios hechos  
Contra personas reales.  
Venga Alfonso agora, venga  
Con arrogancia á sacarle  
De esclavitud; que aunque yo  
Perdi esperanzas tan grandes  
De que Centa fuese mia;  
Porque las pierda arrogante  
De su libertad, me huelgo  
De verle en estrecha cárcel.  
Aun muerto no ha de estar libre  
De mis rigores notables;  
Y así puesto á la vergüenza  
Quiero que esté á cuantos pase.

DON JUAN.

Presto verás tu castigo,  
Que por campañas y mares  
Ya descubro desde aquí  
Mis cristianos estandartes.

REY.

Sabamos á la muralla  
A saber sus novedades.

DON JUAN

Arrastrando las banderas  
Y destemplados los parches  
Muertas las enérgidas y luces,  
Todas con tristes señales. (Vase.)

Vista exterior de los muros de Fez.

## ESCENA XIII.

Tocan cajas destempladas; sale DON  
FERNANDO delante, con una hez  
encendida, y detras DON ALFON-  
SO, DON ENRIQUE, y SOLDADOS,  
que traen presos á TARUDANTE,  
FENIX, y MULEY; despues EL REY  
y CELIN.

DON FERNANDO.

En el horror de la noche,  
Por sendas que nadie sabe,  
Te guié : ya con el sol  
Pardas mibres se deshacen.  
Victorioso, gran Alfonso,  
A Fez conmigo llegaste :  
Este es el muro de Fez,  
Trata en él de mi rescate. (Vase)

DON ALFONSO.

¡Ah de los muros! Decid  
Al Rey que salga á escucharme.  
(Salen el Rey y Celin al muro.)

REY.

¿Qué quieres, valiente jóven?

DON ALFONSO.

Que me entregues al Infante,  
Al maestro Don Fernando,  
Y te daré por rescate  
A Tarudante y á Félix,  
Que presos están delante.  
Escoge lo que quisieres :  
Morir Félix, ó entregarle.

REY.

¿Qué he de hacer, Celin amigo,  
En confusiones tan grandes?  
Fernando es muerto, y mi hija  
Está en su poder, y mudable  
Condicion de la fortuna,  
Que á tal estado me trae!



## FÉNIX.

¿Que es esto, señor? Pues viendo  
Mi persona en este trance,  
Mi vida en este peligro,  
Mi honor en este combate,  
Dudas qué bas de responder!  
¿Un minuto, ni un instante  
De dilación te permite  
El deseo de librarme?  
En tu mano está mi vida,  
¿Y consientes (¡pena grave!)  
Que la mía (¡dolor fiero!)  
Injustas prisiones aten?  
De tu voz está pendiente  
Mi vida (¡rigor notable!)  
¿Y permites que la mía  
Turbe la esfera del aire?  
A tus ojos ves mi pecho  
Rendido á un desnudo alfanje,  
¿Y consientes que los míos  
Tiernas lágrimas derramen?  
Siendo Rey, has sido fiera;  
Siendo padre, fuiste áspid;  
Siendo juez, eres verdugo:  
Ni eres Rey, ni juez, ni padre.

REY.

Fénix, no es la dilación  
De la respuesta negarte  
La vida, cuando los cielos  
Quieren que la mía acabe.  
Y puesto que ya es forzoso  
Que una ni otra se dilate,  
Sabe, Alfonso, que á la hora  
Que Fénix salió ayer tarde,  
Con el sol llegó al ocaso,  
Sepultándose en dos mares  
De la muerte, y de la espuma,  
Juntos el sol y el infante.  
Esta caja humilde y breve  
Es de su cuerpo el engaste.  
Da la muerte á Fénix bella:  
Venga tu sangre en mi sangre.

FÉNIX.

¡Ay de mí! Ya mi esperanza  
De todo punto se acabe.

REY.

Ya no me queda remedio  
Para vivir un instante.

DON ENRIQUE.

¡Válganle el cielo! ¿qué escucho?  
¿Qué tarde, cielos, qué tarde  
Le llegó la libertad!

DON ALFONSO.

No digas tal; que si ántes  
Fernando en sombras nos dijo  
Que de esclavitud le saque,  
Por su cadáver lo dijo,  
Porque goce su cadáver  
Por muchos templos un templo,  
Y á él se ha de hacer el rescate. —  
Rey de Fez, porque no rienses  
Que muerto Fernando vale  
Ménos que aquesta hermosura;  
Por él, cuando muerto yace,  
Te la trueco. Envía, pues,  
La nieve por los cristales,  
El enebro por los mayos,  
Las rosas por los diamantes,  
Y al fin, un muerto infelice  
Por una divina imagen.

REY.

¿Qué dices, invicto Alfonso?

DON ALFONSO.

Que esos cautivos le bajen.

FÉNIX.

Precio soy de un hombre muerto:  
Cumplió el cielo su homenaje.

REY.

Por el muro descolgad  
El ataúd, y entregadle;  
Que para hacer las entregas  
A sus piés voy á arrojarle.

(Quítase del muro.)

(Bajan el ataúd con cuerdas por el  
muro.)

DON ALFONSO.

En mis brazos os recibo,  
Divino Príncipe mártir.

DON ENRIQUE.

Yo, hermano, aquí te respeto.

## ESCENA XIV

EL REY, DON JUAN, CAUTIVOS. — DICHOS.

DON JUAN.

Dame, invicto Alfonso, dame  
La mano.

DON ALFONSO.

Don Juan, amigo,  
Buena cuenta del infante  
Me habeis dado!

DON JUAN.

Hasta su muerte  
Le acompañé, hasta mirarle  
Libre, vivo y muerto estuve  
Con él: mirad dónde yace.

DON ALFONSO.

Dadme, tío, vuestra mano;  
Que aunque necio é ignorante  
A sacaros del peligro  
Vine, gran señor, tan tarde,  
En la muerte, que es mayor,  
Se muestran las amistades.  
En un templo soberano  
Haré depósito grave  
De vuestro dichoso cuerpo. —  
A Fénix y á Tarudante (Al Rey)  
Te entrego, Rey, y te pido  
Que aquí con Muley la cases,  
Por la amistad que yo sé  
Que tuvo con el infante.  
Ahora llegad, cautivos.  
Vuestro infante ved, llevadle  
En hombros hasta la armada<sup>1</sup>.

REY.

Todos es bien le acompañen.

DON ALFONSO.

Al son de dulces trompetas  
Y templadas cajas marche  
El ejército con orden  
De entierro, para que acabe,  
Pidiendo perdón humilde  
Aquí de sus yerros grandes,  
El lusitano Fernando.  
Príncipe en la fe constante.

<sup>1</sup> La muerte de Don Fernando fué en el  
año 1443; el rescate de sus reliquias en 1472.





# LOA PARA LA COMEDIA

## LOS TRES MAYORES PRODIGIOS,

FIESTA QUE SE REPRESENTÓ Á SUS MAJESTADES EN EL REAL SITIO DE LA CASA DEL CAMPO <sup>1</sup>.

### PERSONAS QUE HABLAN EN ELLA.

PALES, *Ninfa*.  
FLORA, *Ninfa*.

LA NOCHE.  
JASON.

TESEO.  
HÉRCULES.

*Ha de haber tres teatros, divididos uno de otro: en el de mano derecha saldrá la ninfa PÁLES; en el de mano izquierda la ninfa FLORA, dejando desocupado el de en medio.*

PÁLES.

Noche hermosa, que con solo  
Un lucero resplandeces  
Mas que el día con el sol...

FLORA.

Noche apacible y alegre,  
Luciente honor del ocaso,  
Noble injuria del oriente...

PÁLES.

A cuyos soplos suaves...

FLORA.

A cuyos suspiros leves...

PÁLES.

Rejuvenecen los montes...

FLORA.

Los valles rejuvenecen...

PÁLES.

Tú que eres alba nocturna...

FLORA.

Tú que oscura aurora eres...

PÁLES.

Pues alumbras con las sombras...

FLORA.

Pues sin el sol amaneces...

PÁLES.

Tú á quien aquesta alqueria...

FLORA.

Tú á quien este campo fértil...

PÁLES.

Hoy toca solemnizar...

FLORA.

Hoy celebrar pertenece...

PÁLES.

Fseucha mis dulces voces...

FLORA.

A mis acentos atiende...

PÁLES.

Por amorosos...

FLORA.

Por tiernos...

PÁLES.  
Por amantes.

FLORA.

Por corteses.

*En el teatro de en medio, por lo alto,  
sale LA NOCHE.*

NOCHE.

¿Qué quieres, hermosa Páles?  
Hermosa Flora, ¿qué quieres?  
Que á las voces de las dos  
Salgo, dejando mi albergue,  
Donde de cuantas deidades  
Estos jardines contienen,  
Asistida estaba, dando  
A la luna de mi frente  
Bellas guirrialladas de flores;\*  
Porque en mí mas resplandecen,  
Que los luceros y estrellas,  
Las rosas y los claveles.

PÁLES.

Yo, que te llamé primero,  
Es bien que primero llegue  
A informarte de un enojo,  
Que á darte voces se atreve.  
Páles soy, deidad á cuyo  
Rústico estudio concede  
Júpiter el patrocinio,  
Amparo y favor silvestre  
De todas las alquerias,  
Quintas, casas de placeres  
Y apartadas poblaciones  
Que de la campaña fértil  
Son adorno; cuanto es  
Retiro á mí me compete;  
Que bucólica Tala  
Canta en mí rústicamente.  
Viendo que es *Casa de Campo*,  
Aunque es palacio eminente,  
Esta fábrica, y que á mí  
Sus festejos pertenecen;  
Viendo hoy en su hermosa esfera,  
Para tantos soles breve,  
A pesar de su estacion.  
La majestad de mis reyes,  
Corrida vengo á buscarte,  
Por ver cuán poco te debe  
Esta dicha, que no has hecho  
Previsiones excelentes,  
Con que su vista saludes,  
Con que su deidad festejes,  
Con que tu ventura aplaudas  
Y su venida celebres.

FLORA.

Yo, que soy Flora, á quien toca  
El hermoso imperio alegre  
De estanques y de jardines,  
Patria de flores y fuentes;  
Yo, cuya cultura el cielo  
Mismo envidió tantas veces,

Cuantas mis varios dibujos  
Siempre en laberintos verdes  
Excedieron los azules  
Suyos, siendo al oponerse  
El jardín un verde cielo,  
Y el cielo un jardín celeste:  
Con el mismo intento vine  
A reñirte dignamente  
El poco cuidado, pues  
Fiesta ninguna previenes  
En tu espacio, que divierta  
A quien mis jardines viene  
A enriquecer de matices  
Y colores diferentes.  
¿Cómo tú, Noche, en tu lecho  
Perezosamente duermes,  
Sin que de aqueste cuidado  
El empeño te despierte?  
Pues siendo la mas festiva  
A las mas remotas gentes,  
Para la mayor accion  
La ménos festiva eres.

NOCHE.

Bella Páles, bella Flora,  
Hermosuras á quien debe  
La florida edad del año  
La luz de sus doce meses,  
No así de mí desconfies,  
No así tú de mí te quejes:  
Que no ha sido mi desuido  
Tan grande como parece.  
Que aunque humilde fiesta sea  
(No humilde por quien pretende  
Hacerla, sino por quien  
Con poco ingenio la emprende),  
Una tengo prevenida,  
Que divierta, aunque no alegre,  
Mi noche. ¡Oh!; quieran los cielos  
Que á salir con ella acierte!

PÁLES.

¿Prevenida hay fiesta?

NOCHE.

Si.

FLORA.

¿Y qué fiesta es?

NOCHE.

La que siempre:

Una comedia.

PÁLES.

¿Hala escrito  
Algun ingenio excelente?

NOCHE.

No, sino pobre y humilde.

FLORA.

Poco importará, si tiene  
Algun teatro que haga  
Evidencia lo aparente.

<sup>1</sup> A semejanza de lo que ya hicimos en el tomo V de esta *Biblioteca*, se reimprime aquí una comedia de Calderón en la misma forma en que se publicó por primera vez, es decir, sin dividirla en escenas ni señalar los distintos lugares en que pasa la accion.

NOCHE.  
Tampoco tiene apariencias.

PÁLES.  
¡Pues buena fiesta previenes!

FLORA.  
¡Sin ingenio y sin adorno!  
¿No fuera mejor no hacerse?

NOCHE.  
No tan presto, antes de verla,  
A las dos os desconsuele.

PÁLES.  
Refiérenos de qué trata

FLORA.  
Repítenos qué contiene.

NOCHE.  
Esenchad, que el argumento  
Os quiero poner presente  
De toda la fiesta, á ver  
Lo que la fiesta os parece:  
Que esto hizo la antigüedad  
En sus fiestas muchas veces.  
Escuchad pues su argumento,  
Antes que se represente.

*Salen en el teatro de en medio* JASON y  
TESEO, *deteniendo á* HÉRCULES.

HÉRCULES.  
Dejadme dar la muerte.

JASON.  
Repara...

TESEO.  
Considera...

JASON.  
Mirá...

TESEO.  
Advierte...

HÉRCULES.  
Dejad que mi despecho,  
En ira, en rabia y en furor deshecho,  
Con los dientes, las manos y los brazos,  
El corazón sacándome á pedazos,  
Hoy la vida me quite,  
O que al mar desde aquí me precipite;  
Porque á tanta estatura  
Solo el mar es bastante sepultura

TESEO.  
Hércules valeroso,  
Tú, que siempre soberbio y animoso,  
Con heroicas victorias  
Tu fama has ilustrado de memorias,  
¡Hablas tan impaciente,  
Rendido á ningún trágico accidente!

JASON.  
Tú, que tantas fatigas padeiste,  
Con que eternos aplausos conseguiste,  
Cuyo nombre jamás será escondido  
De las borradas señas del olvido,  
¡Hoy te muestras sin seso  
Rendido á ningún trágico suceso!

TESEO.  
¿La muerte quieres darte?  
No debes, no, sin duda, de acordarte,  
Que en leyes de valor y bizarría  
La desesperación no es valentía;  
Pues la mayor, mas grande y la mas  
[fuerte]  
Es esperar, mas no buscar la muerte.

JASON.  
Si tú á tu misma rabia te condenas,  
Aqueso es permitirles á las penas  
Que salgan con su intento;  
Y aquel varón magnánimo, que atento

Vive á hacer sus trofeos inmortales,  
Ha de vivir á costa de sus males.

HÉRCULES.  
Es engaño; que un hombre  
No puede mayor fama, mayor nombre  
Adquirir, que mostrando desta suerte  
Que se puso de parte de su muerte,  
Para que ella á matarle se atreviera.  
Que á mi sin mí mi muerte me temiera.

JASON.  
La grande causa dudo  
Que á ese despecho avasallarte pudo.

TESEO.  
Que hay ocasión, no erco,  
Para tanto furor.

HÉRCULES.  
¡Ay, gran Teseo!  
¡Ay, gran Jason, cuyos valientes bríos  
Bien acredita el ser amigos míos!  
¡Ay, amigos leales,  
Hoy se hallenado el número á mis males!  
Si la causa supiérais que tengo,  
La desesperación á que prevengo  
Mi valor y mi vida,  
De los dos no estorbada, persuadida  
Fuera.

JASON.  
Ya que has llamado  
Amigos á los dos, de tu cuidado  
Haz á los dos testigos.

HÉRCULES.  
Es tal, que aun embarazan los amigos.  
Mas pues los tres en tantas ocasiones  
Tres almas, vidas tres, tres corazones  
En solo uno fundimos,  
Y con uno no mas los tres vivimos,  
Atentos escuchad mis sentimientos...  
Mas no los escuchéis, ni esteis atentos.  
Ya sabéis que soy aquel  
Racional monstruo valiente,  
Que ha coronado á su fama  
De plumas y de laureles;  
Tú hecho siempre á vencer,  
Y á matar tan hecho siempre,  
Que apenas supo mi vida,  
Cuando á alguien supo su muerte.  
Díganle á voces las fieras,  
La fama, el tiempo lo eunte,  
La memoria lo repita;  
Pues en el primer albergue  
De mi cuna, á dos sedientas.  
Dos tiranas, dos alevés  
Víboras, que de mi sangre  
Se alimentaban crueles,  
Eché las manos, sintiendo  
Que en el corazón me muerden;  
Y sin instinto y con rabia  
Las apreté de tal suerte,  
Que reventaron. ¿Qué mucho  
Que allí mis manos venciesen,  
Si eran diez áspides, y unas  
Dos víboras solamente?  
Creí prodigio, creí  
Asombro á la humana gente,  
Tan destinado á fatigas,  
A desaires y á desdenes  
De la fortuna, que toda  
Su saña junta parece  
Que contra mí amotinada  
Ó se conjura ó se mueve;  
Pero en vano, pues no hubo  
Fiera que me redimiese,  
Ni por lo veloz su piel,  
Ni su testa por lo fuerte:  
Aquella para vestirme  
Al arbitrio de sus pieles,  
Y esta para que de adorno

A mis umbrales sirviese;  
Que como rey destos montes  
En sus frisos y linteles  
Tengo guarda de animales  
Para cuando salga y entre.  
El rey de todos lo diga,  
Dígallo el signo rugiente  
De julio, á cuyo bramido  
Todo el Flegra se estremece.  
Pues tal vez que para mí  
Vino, crizando la frente,  
Escaraplando el cuello  
La melena que del pende,  
Rugando el ceño, y sacando  
De las vainas donde tiene  
Sus corvos alfanjes, yo  
Con las manos solamente  
Hice la presa en su boca,  
Donde no pudo saberse  
De sus dientes ó mis dedos,  
O cuales los dedos fuesen,  
O cuales los dientes; pues  
Competidos igualmente,  
Yo le mordi con las manos,  
Y él me tocó con los dientes.  
Sin saber uno de otro  
Quién es quien toca ó quién muere;  
Hasta que desencajados  
Los dos dentados arceses,  
Abrió de una vez la boca,  
Haciéndole que se diese  
Con esta parte en el lomo,  
Y con estotra en el vientre.  
El espin lo diga, pues,  
Aunque de sus flechas juegue,  
No le basta para mí  
El ser aljaba viviente.  
Aqueloo en formas varias  
De hombre, de toro y de sierpe,  
Cuyo trofeo es la copia  
Que Flora abundante vierte;  
Gerion con tres semblantes  
De tres rostros diferentes,  
Siendo trofeo á mis plantas,  
Cuando de mis manos...

JASON.  
Tente;  
Que para saber tus hechos,  
No importa que los acuerdes;  
Mas si, para desahogarte,  
Quiere el dolor que los cuentes,  
No repita los menores,  
Cuando los mayores puedes.  
Di que al trifauce feroz,  
Cerbera, que á cargo tiene  
El infierno, siendo guarda  
De todo el Cocito, prendes.  
Di que sus gargantas tres,  
A solo un yugo obedientes,  
Domeñaron las cervieces  
Hasta aquel punto rebeldes,  
Cuya saliva escupida  
Con las bases de la muerte,  
Fué tósigo de las yerbas,  
Que él escupe y ellas beben.  
Di que las fieras harpías  
De Fineo, aves crueles,  
Que con rostro humano y plumas,  
Monstruos de entrambas especies,  
Desterraste: que á la hidra,  
Cuerpo de gargantas siete,  
Venciste, atajando que una  
Otras tantas acreciente:  
Di...

TESEO.  
¿Para qué le embarazas  
Que él lo diga, si tú emprendes,  
Para atajar sus discursos,  
Alargar los tuyos? Cesen  
Unos y otros con decir,  
Porque sus fatigas lleguen



A su número, que Atlante,  
Monte africano, eminente  
Columna en que todo el cielo  
Descansa, llegando á verse  
Con el peso fatigado  
Desa fábrica celeste,  
Le pidió soeorro; y él  
Poniendo el hombro y la frente  
Al ya desquiciado mundo,  
Que trastornándose débil  
Hizo titubear sus polos,  
Hizo reclinarse sus ejes,  
Le aseguró, dando espacio  
Para que Atlante se aliente,  
En tanto que él sostenía  
Toda esa luz, todo ese  
Pavimento, que en la estancia  
De once globos transparentes,  
Son estrados de las diosas  
Y de los dioses doseles;  
Que no es justo, no, que tú  
Hoy sus victorias renueves,  
Cuando de sus sentimientos  
Estamos los dos pendientes

## HÉRCULES.

Pues yo, que tantas fatigas  
Venci, que tan excelentes  
Aplausos gané, á una pena  
Postrado estoy y obediente;  
Porque quiere una hermosura  
Que á su dolor me sujete,  
Que á su violencia me rienda.  
Pero ¿qué remedio tiene  
Rendirme ni sujetarme,  
Si una hermosura lo quiere?  
No ya pienses, ¡ay Jason!  
¡Ay Tesco! no ya pienses,  
Porque una hermosura dije,  
Que hoy mi desdicha procede  
De aquel linaje, de aquel  
Género, de aquella especie  
De amor, que otra vez me vió  
A su precepto obediente,  
Enamorado de Vole,  
Hilando con sus mujeres;  
Otra especie, otro linaje,  
Otro género padece  
De amor mi vida... y aun dije  
Mal, de amor, porque no puede  
Ser amor el que es agravio,  
Ser lisonja la que es muerte.  
Deyanira... Al pronunciarla,  
O se hiela ó emudece  
El labio, falta la voz,  
Duda el alma, el pecho teme,  
Y la lengua titubea,  
Tartamuda ó balbuciente;  
Porque es más decir su agravio  
Un hombre, que padecerle.  
Deyanira, niña bella  
De las cristalinas fuentes,  
Náyade destos peñascos,  
Niña de aquestos vergeles,  
Driade de aquestos montes,  
A quien la nobleza y plebe  
De las flores y cristales  
Saludaron tantas veces  
Por Vénus de sus amores,  
Por Flora de sus clavetes,  
Por Diana de sus selvás,  
Y de sus frutos por Ceres;  
Deyanira, cuyos ojos,  
Si amanece ó no amanece,  
A todas horas del día  
Eran dueños del oriente;  
Deyanira, á cuyo pié  
Se redujo en cárcel breve  
Toda la esfera del fuego  
Solo á un átomo de nieve;  
Deyanira, esposa mía,  
A quien como al alma quiere

El alma, porque es mi esposa  
Y mi dama juntamente...  
De mi lecho, de mis brazos,  
De mis ojos... ¡Oh! reviente  
El pecho ántes que lo diga;  
Aunque ya no me parece  
Que habré menester decirlo,  
Pues ello mismo se entiende  
Con nombrarla y con llorarla;  
Pues tierna y rabiosamente  
No se llora una hermosura  
Sino el día que se pierde.  
No imagineis que murió;  
Que ese mal, con ser tan fuerte,  
Fuera consuelo. Mirad  
Los dos, pues sois tan prudentes,  
¿Cuál será mi pena, euando  
Fuera consuelo su muerte!  
Un monstruo desos, á quien,  
Porque los caballos prenden,  
Medio hombres medio caballos  
Engañado el mundo erce,  
Un Centauro, cuyo nombre  
Neso ha sido, de mi albergue,  
La ha robado. ¡Ay infelice!  
Ved los dos cuán dignamente  
Quieren los hados que yo  
Me mate y me desespere,  
Pues como amante y marido  
Lloro esta afrenta dos veces;  
Y mas no habiendo esperanza  
Que mis desdichas remedie;  
Que aun la venganza es en vano;  
Porque estos Centauros tienen  
Por patria el mar y la tierra;  
Y si con ella trasciende  
Los montes, es imposible  
Seguirle; si pasar quiere  
A esotra parte del mundo  
Por esos mares, no puede  
Mi furia alcanzarle. ¡Ved,  
Ved si es desdicha bien fuerte,  
Pues hay mortal que me agravie,  
Y no hay dioses que me venguen!

## TESEO.

Hércules, no desconfies  
De la venganza, pues eres  
Africano, honor de Tébas,  
Y horror del orbe. Si tienes  
Que las malezas ineultas  
Humano pié no penetre,  
Yo me atrevo á entrar por ellas,  
Sin que el cansancio me fuerce  
A dejarle de seguir,  
Aunque corra velozmente;  
Pues sin ser Centauro, yo  
Tengo un caballo obediente  
A las leyes de la rienda,  
Y de la espuela á las leyes;  
Équite, el primero que  
Domó su cerviz rebelde,  
Me le ha presentado. En él  
Canto está al mar continente,  
Registraré.

## JASON.

Pues si tú  
El orbe á correr te atreves  
Por la tierra, yo me atrevo  
Sobre esas espumas leves  
Del mar á seguirle; que Argos,  
Docto artífice excelente,  
Ha añadido á sns espumas  
Un monstruo que velozmente  
Corre por ellas á cuantos  
Climas el aire le lleve.  
Aguila sin plumas es,  
Delfín sin escamas, este  
Prodigio, pues que nadando  
Y volando juntamente,  
A un mismo tiempo es monarca  
De las aves y los peces.

## HÉRCULES.

Pues si tres los ofendidos  
Somos, y tres partes tiene  
El mundo, en ese caballo  
Tú corre el Asia, y tú en ese  
Hipógrifo de las ondas  
Pasa á Europa; que mi suerte  
Dice, por ciertas noticias,  
Que yo en Africa me quede.  
Ni ignorado seno el mar,  
Ni seno ignorado deje  
La tierra, que no registren  
Nuestros ánimos valientes.

## TESEO.

Esa palabra te doy,  
Como me des solamente  
De plazo un año.

## JASON.

Yo el mismo  
Pido, y desde aquí promete  
Mi valor dentro de un año  
Volver á este sitio á verte.  
Y desto, Hércules, te doy  
Mano y palabra mil veces.

## TESEO.

Yo tambien.

## HÉRCULES.

Yo las acepto.

## JASON.

¡Felice aquel que trajere  
Mejor suceso á tus ojos!

## TESEO.

Pues mas mi valor no espere

## JASON.

No espere mas mi osadía.

## TESEO.

Équite ingenioso, enfrene  
Tu disciplina ese rayo.

## JASON.

Argos invencible, quichre  
Al mar la espuma ese asombro.

## TESEO.

Pensando que corre, vuele  
Domado el eéfiro.

## JASON.

El vidrio  
Salobre, ese monstruo leve,  
O con la quilla le ríe,  
O con el buco le enerespe.

## LOS DOS.

Júpiter quede contigo.

## HÉRCULES.

Júpiter con bien os lleve.

(Vanse Tesco, Jason y Hércules.)

## NOHE.

Esta division que han hecho  
Estos tres héroes valientes  
De las tres partes del mundo,  
Adonde á los tres suceden  
Tres maravillas en tres  
Teatros, por tres diferentes  
Autores, son la comedia  
Que aquesta noche ha de verse.  
Un corto ingenio la ha escrito;  
Si bien por discaipa tiene  
Sus mismos errores, pues  
Con lo que yerra obedece.  
Y pues á la novedad  
Algun aplauso se debe,  
Pedidle las dos, pues sois  
A quien festejar compete  
En retiros y jardines  
Tanto generoso huésped.

(Vase.)

|                             |                              |                                   |
|-----------------------------|------------------------------|-----------------------------------|
| PÁLES.                      | PÁLES.                       | FLORA.                            |
| Cuarto planeta de España... | En cuyo oriente...           | No habré menester decir           |
| FLORA.                      | FLORA.                       | Quién es, pues que ya se entiende |
| De Francia divina Fénix...  | En cuya infancia...          | Que es la Nise laurea la          |
| PÁLES.                      | PÁLES.                       | De virtudes excelentes.           |
| Cuya luz no acaba nunca...  | Las dichas                   | PÁLES.                            |
| FLORA.                      | Asistan...                   | Por ella el perdon merezca,       |
| Cuya edad anima siempre...  | FLORA.                       | Pues por sí no lo merece.         |
| PALES.                      | Los hados reinen...          | FLORA.                            |
| Bello Baltasar...           | PÁLES.                       | Para que el Prólogo acabe         |
| FLORA.                      | Este festejo os presenta     | Donde la Comedia empiece          |
| Hermosa                     | Quien mas serviros pretende. | FIN DE LA LOA.                    |
| Ana Antonia...              |                              |                                   |

## LA GRAN COMEDIA LOS TRES MAYORES PRODIGIOS.

### JORNADA PRIMERA.

*Representóla Tomás Fernandez en el teatro que estaba á mano derecha.*

#### PERSONAS QUE HABLAN EN ELLA.

MEDEA.  
ASTREA.  
SIRENE.

LIBIA.  
JASON.  
FRISO.

ABSIRTO.  
SABAÑON.  
UN SALVAJE.

EL REY.  
Músicos.  
CRIADOS.

*Canta la música dentro, y sale, como escuchando, MEDEA, y con ella ASTREA, SIRENA Y LIBIA.*

MÚSICA.

*Al templo altivo de Marte,  
En la grande isla de Cólcos,  
Hoy consagra un peregrino  
El vellocino de oro.*

MEDEA.

No es posible que mi furia  
Sufra las voces que oigo.  
Miente la música alevé,  
Miente el plectro, miente el tono,  
Que ajena deidad celebra  
En este monte, que solo  
Es templo de mi deidad,  
Y de mi belleza adorno.

ASTREA.

Como es consagrado á Marte  
Este ameno bosque umbroso,  
Vendrán á su templo.

MEDEA.

Eso  
Es lo que mías siento y lloro;  
Que adonde mi culto tengo,  
Se acuerden de hacerle á otro,  
Diciendo las dulces voces  
De esos repetidos coros:

MEDEA Y MÚSICA.

*Al templo altivo de Marte,  
En la grande isla de Cólcos, etc.*

*Suenan chirimías, y sale todo el acompañamiento, y detrás el REY, ABSIRTO Y FRISO, galán; y delante del traen en una fuente el vellon de oro.*

REY.

Este es el templo de Marte,  
Jóven invicto y famoso.

Donde el cielo te ha traído  
A revalidar el voto.

ABSIRTO.

Entrá en él, llega á su altar;  
Que pues yo á mi cargo tomo  
Hoy apadrinaré, atento  
A tu gran valor heroico,  
A todo he de acompañarte.

FRISO.

Y yo agradecido á todo  
Estaré mientras que viva.

MEDEA.

Detente, ignorante ó loco  
Peregrino; que primero  
Que llegue tu intento á logro,  
Y el de mi padre y mi hermano,  
Que apadrinan mis enojos,  
Quiero que sepas que ofendes,  
Aun cuando mas religioso,  
Mayor deidad que veneras;  
Pues cuando humilde y devoto  
A Marte ese vellocino  
Sacrificas por despojo  
Del mar, me ofendes á mi  
Con el sacrificio propio.  
¿A la soledad inculta,  
Que yo para mí me tomo,  
Haciéndola ruda escuela  
De tantos estudios doctos,  
Osado (¡miedo de rabia!)  
Te atreves (¡rabio de enojo!)  
A sacrificar á Marte,  
Haciéndome á mí este oprobio?

ABSIRTO.

¿No basta, injusta Medea,  
Que negando á tu decoro  
Los reales blasones, vivas  
Este inculto, este fragoso  
Monte con tus damas, donde  
Son de tus estudios locos

Libros esas once esferas,  
Encuadrados á globos;  
Sino que tambien pretendas,  
Con pensamiento ambicioso,  
Que te deban sacrificios  
Como á Marte y como á Apolo?

FRISO.

No la ofendas, yo sabré  
Responderla de otro modo. —  
Hermosísima Medea,  
Aunque advertido conozco  
Que el sacrificio te debo,  
En fe de lo cual me postro  
A tus piés, es imposible  
Dejar de hacer venturoso  
Este rendimiento á Marte,  
Que le ofrezca, escucha cómo.  
Huésped de aquestas montañas,  
Extranjero destos golfos,  
Llegué á tus plantas; verás  
Si con disculpa te enojo.  
Atamas, rey del Oriente,  
De Neíle hermosa esposo,  
Tuvo dos hijos en ella,  
A mí, que Friso me nombro,  
Y á Héles, una hermana mía,  
En cuyos divinos ojos  
Se miró con lo entendido  
Calificado lo hermoso.  
Muerta mi madre Neíle,  
Su segundo matrimonio  
Celebró, de quien tercero  
Un hechizo fué amoroso.  
¿Verida pues al instante,  
O como ambiciosa, ó como  
Cruel, ó como madrastra,  
(Que en esto lo digo todo)  
A los dos aborreció  
Con tal rencor, con tal odio,  
Que estaban de nuestra sangre  
Hidrópicos sus enojos.  
No repito los desdenes



Que ejecutó rigurosos,  
Pues hoy bastará de tantos  
Como previno, uno solo  
Para crédito: este fué.  
Que habiendo dado el agosto  
En vez de espigas aristas,  
En vez de mieses abrojos,  
Sobornó á los sacerdotes  
De Cérès (¡caso espantoso!  
; Que aun no está de una ambicion  
Lo divino sin soborno!)  
Haciéndoles que dijese  
Que del estrago penoso,  
Ofendido todo el cielo,  
Eramos causa nosotros;  
Que como nos desterrasen  
De nuestra patria, en el propio  
Instante remilitarian  
Los dioses el justo enojo,  
Porque los pecados nuestros  
Eran la afliccion de todos.  
Creyólo el reino, y el Rey  
Tambien lo creyó. ¡Ah! ¡qué poco  
Han menester contra un triste  
Las desdichas en su abono  
Para ser creidas, pues  
Los sucesos lastimosos  
Ya parece que se nacen  
Abonados ellos propios!  
Ejecutando en los dos  
El decreto mentiroso  
De los dioses, nos llevaron  
Al mas inculto y remoto  
Monte, que, del mar sitiado,  
Era un despojado escollo.  
Aquí pues ministros suyos  
A mí y á mi hermana solos  
Nos dejaron, compañeros  
De las fieras y los troncos;  
Y de aquellas acosados,  
Y no amparados de estotros,  
Aun la tierra nos faltó;  
Pues huyendo temerosos,  
Dimos con el mar, adonde  
Era el riesgo mas notorio  
Que jánanos á los dioses,  
Que nos oyeron piadosos,  
(Que implicara en aquel caso  
El ser dioses y estar sordos)  
Y respondiendo suaves,  
A los ecos lastimosos,  
A los miseros acentos  
Una nube, que el favonio  
Trajo, pendiente de un iris  
Amarillo, verde y rojo.  
Desplegó las rubias hojas.  
De cuyos senos Apolo  
Llovió luces rayo á rayo,  
Nevó rosas copo á copo.  
En ella venia Neifile,  
Nuestra madre, que del solio  
De las diosas descendió  
A darnos este socorro.  
«Hijos, dijo, perseguidos  
En vano, cuando yo tomo  
Vuestro amparo por mi cuenta;  
Júpiter, dios poderoso,  
Para que á vivir paseis  
Donde vivais mas dichosos,  
Aqueste bruto os envia,  
En cuyos seguros hombros  
Podais fíaros al mar.  
Como no volvais los ojos  
A esta tierra eternamente;  
Pues en ese instante propio  
El mar, que es vuestro sagrado,  
Será vuestro manseolo.»  
Y cerrándose otra vez  
La nube, haciendo en mil tornos  
Escarceos á suspiros  
Y caracoles á soplos,  
Se desvaneció, dejando

A orillas del mar furioso  
Un ariete, cuya lana  
De oro era. Humanos ojos  
¿Cuándo vieron que se diese  
En traje de esquilmó el oro  
Brillante? Pues parecia  
Que en casa de tan hermoso  
Signo siempre estaba el sol,  
Sin acordarse de estotros,  
Que en la faja son del cielo  
Imaginados adornos.  
En este caballo yo,  
Por gobernarle, me pongo,  
Y con Héles á las ancas  
Al salado mar me arrojo.  
Los cristales presumian,  
Mirando en tan nuevo monstruo  
Una hermosura robada,  
Que Júpiter generoso  
Se hizo carnero por Héles,  
Como por Europa toro.  
Desta suerte pues, tocando  
Ya del mar los senos hondos,  
Ya de las blancas espumas  
Los nevados promontorios,  
Los dos vagábamos, cuando  
Héles, con liviano antojo,  
Volvió á ver cuánto distaba  
La tierra ya de nosotros;  
Y desvanecida, al agua  
Cayó, cuyo inmenso golfo,  
Punto llamado hasta allí,  
Ya con Héles, de uno y otro,  
Para los siglos futuros  
Tomó el nombre de *Helesponto*.  
Huérfano segunda vez,  
Yo, que mis peligros noto,  
A Marte ofrecí el vellón,  
Si, frustrando tanto estorho,  
Amparo me diese; y luego,  
Vencido el mar proceloso,  
Y puesto yugo á las ondas,  
Puerto en tus estados tomo,  
Donde el grande Rey, tu padre,  
Y tu hermano generoso  
Me han albergado, y por quien  
Tan grandes aplausos logro.  
Mira si al templo de Marte,  
Revalidando mi voto,  
Puedo dejar de ofrecer  
El vellocino de oro.

REY.

Y no dudes que sea acepto  
A su deidad tan precioso  
Don, aunque Medea, mi hija,  
Muestre de escucharte enojo.  
Y así entra en el templo, y vuelva  
El dulce acento sonoro.  
(*Repíte la música, y vanse los hombres.*)

MEDEA.

¡Qué esto escuche! ¡qué esto vea!  
Por la boca y por los ojos  
Aspid soy, ponzoña vierto;  
Etna soy, llamas arrojo.

ASTREA.

Poca ocasion has tenido  
Para el despecho que noto.

SIRENE.

¿Qué importa que á Marte ofrezca  
Ese sagrado despojo?

MEDEA.

Si soy, bellísima Astrea,  
Si soy, Sirene divina,  
Yo la singular Medea,  
Y en la esfera cristalina  
No hay deidad que mayor sea,  
¿Por qué ha de llegar aquí  
Tan errado peregrino,

Que no me consagre á mí  
El dorado vellocino  
Y á Marte tremendo si?  
¿No le supiera ayudar  
Yo, mejor que él, en la guerra?  
¿No le supiera librar  
De las tormentas del mar  
Y los riesgos de la tierra?

LIBIA

Si fué voto que ofreció  
Cuando no te conoció...

MEDEA.

Que nunca el voto cumpliera;  
Pues Marte no le ofendiera,  
Cuando le amparara yo.

ASTREA.

No desprecies con rigor  
La deidad de Marte fuerte;  
Que castigará tu error.

SIRENE.

Que en Marte ofendes, advierte,  
A Marte, Vénus y Amor.

MEDEA.

Ni Marte con su poder,  
Ni con su hermosura pura  
Vénus, ni Amor con su sér,  
Han de humillar ni vencer  
Mi sér, poder y hermosura.  
¿Qué hará Marte?

ASTREA.

Ver postrada

Tu fuerza.

MEDEA.

¿Y Vénus?

SIRENE.

Hacer

Tu hermosura desdichada.

MEDEA.

¿Y Amor?

LIBIA.

Que llegues á ver

Tu altivez enamorada.

MEDEA.

Pues muestre Marte el furor,  
Vénus y Amor el rigor,  
Que no hayas miedo que fuerza  
Mi altivez, beldad y fuerza,  
Por Marte, Vénus ni amor.

(Dentro ruido de tiros y armas.)

¿Pero qué extraño ruido  
Es este?

ASTREA.

Que te han oído  
Las tres deidades parece,  
Y que cada una se ofrece  
Ya al castigo merecido.

MEDEA.

Contra mí no tiene, no,  
Fuerza todo el cielo. Yo  
Su fábrica singular  
Sola puedo trastornar.

SIRENE.

Dentro del templo se oyó  
El ruido.

Sale ABSIRTO alborotado.

ASTREA.

Absirto, ¿qué ha sido  
Ese alboroto? ¿qué ha habido  
Dentro de ese altivo templo?

ABSIRTO.

Un prodigio sin ejemplo  
Hasta ahora ha sucedido.

A ver el fiero semblante  
Del dios de las lides fuerte  
Llegó apenas mi inconstante  
Huésped, cuando al mismo instante  
Todo el templo se convierte  
En un confuso rumor  
De armas, de asombro y horror,  
Salva que hacia la tierra  
A la deidad de la guerra.  
Y al espantoso temblor,  
De una negra sombra impura  
Entre sangriento arrebol,  
Manifestó su estatura  
Marte, bien como entre oscura  
Niebla se descubre el sol.  
«El don (dijo al peregrino)  
Acepto con gusto tanto,  
Que guardarle determino;  
Porque de mi templo santo  
Nunca falte el vellocino.»  
La piel hermosa tomó  
En su mano soberana,  
Y sobre un roblo la echó.  
¿Quién jamás al roblo vió  
Hoja de dorada lana?  
Y para guarda de tal  
Tesoro, porque no intente  
Robarle ningún mortal,  
Puso en guarda una serpiente  
Y dos toros de metal,  
Escupiendo viva llama  
Con la vista horrible y hosca:  
Cualquiera de aquestos brama,  
Y aquella al árbol se enrosca  
Hecha corteza de escama.  
Un gran salvaje arrogante,  
De verde hiedra cubierto,  
A los tres puso delante;  
Porque con su vista espante,  
Discurriendo este desierto:  
De manera, que no ignoro  
Que, guardando este tesoro,  
Con todos ha de lidiar  
El que intentare ganar  
El vellocino de oro.

MEDEA.

Mirad si Marte temió  
Mi furia, pues que trató  
De guardar y defender  
De mi invencible poder  
Esa piel, que le ofreció  
El náufrago peregrino.

Vuelven á salir todos

FRISO.

Pues así Marte divino,  
A mis fortunas atento,  
Aceptó el ofrecimiento  
Del dorado vellocino,  
Fiestas á su nombre hagamos.

ABSIRTO.

Alabanzas le digamos.

MEDEA.

¿Qué otros que son mis extremos!

UNO.

Cantemos todos.

TODOS

Cantemos.

MEDEA.

Sintamos, alma, sintamos.

Canta la música.

MÚSICA.

Al templo altivo de Marte,  
En la grande isla de Cólcos,  
Hoy consagra un peregrino  
El vellocino de oro.

(Estando cantando, suena un clarín.)

MEDEA.

Esperad, que otro acento mas errado  
Segunda vez el viento ha suspendido.

REY.

¿Qué novedad te puede haber turbado,  
Si de un clarín no mas el eco ha sido?

MEDEA.

Ha herese clarín dentro sonado  
Del mar, donde clarín jamás se ha oído;  
Torcidos caracoles si, que apenas  
Los inspiran tritones y sirenas.

ABSIRTO.

Eco, ninfa vocal, que el aire yerra,  
Al mar se habrá llevado algun acento.

MEDEA.

En los montes no mas Eco se encierra,  
Que eco no puede haber, donde no hay  
[viento,  
En lo hueco de un monte ó de una sierra,  
Dando albergue á su misero acento;  
Fuera de que es error querer veloces  
Los ecos escuchar, y no las voces.

FRISO.

Ya son mas los asombros prevenidos  
Dentro del mar, mayores los enojos,  
Pues que la admiración de los oídos  
A admiración se pasa de los ojos.  
¿No veis estos y aquellos confundidos  
Con los nuevos fragmentos y despojos,  
Que el mar nos trac á ver nuestro ho-  
[rizonte?

¿No veis andar sobre la espuma ni mon-

ASTREA.

Nos monte aquel; porque, si monte fue-  
[ra,  
Se fuera á pique; y pues noticia tuve  
De que tal vez la nube mas lijera  
Al mar sedienta baja, y llena sube,  
Calándose hoy al mar desa manera,  
Hidrópica sin duda alguna nube,  
Del céfiro traída, que la mueve,  
Para llover el mar, el mar se bebe.

ABSIRTO.

No es nube aquella, no, que es desatino;  
Pues ni el viento ni el sol no la deshacen;  
Pájaro si, y aun pájaro marino  
De los que para asombro del mar nacen.  
El acento que oímos, ya imagino  
Que es el canto que aquestas aves hacen  
Y si acaso por tal no le señalan,  
Mirale sacudir las blancas alas.

SIRENE.

No es pájaro; que un pájaro no sabe  
Mas que volar, y este nadando viene;  
Luego es pez, pues camina tan suave  
Sobre la espuma que por patria tiene.  
No se aleja del monte tanto una ave;  
El pez si; luego pez se nos previene,  
Pues con tranquilidad, con paz tan suma,  
Como en su patria está sobre la espuma.

MEDEA.

Todos han dicho bien: montaña ha sido,  
Pues con árboles tantos ha vagueado;  
Nube, pues con el viento se ha movido  
Hidrópica á beberse el mar salado;  
Pájaro, pues las alas ha batido;  
Pez, pues sobre las ondas ha nadado;  
Y montaña, nube, ave y pez engaña,  
Pues no es pez, ave, nube, ni montaña.

REY.

Sin ver qué es, acercándose nos viene.

ASTREA.

¿Que defensa á tan fiero monstruo hare-

FRISO.

Las alas recogidas ahora tiene.

SIRENE.

Mas le admiramos, cuanto mas le vemos

ABSIRTO.

Y nuestra admiración, que nos detiene,  
Hace que aquí sus furias esperemos.  
Huyamos; que el que el mar tan veloz  
[yerra,

¿Cómo andará en llegando á tomar tier-

REY.

[ra?

Aguarda, que en las ondas se ha queda-

FRISO.

[do.

Y de su vientre á la tierra va escupiando  
De hombres ahora un escuadrón arma-  
[ABSIRTO. (A Medea.) [do.

Sin duda, que ofendido Marte horrendo,  
Contra ti aqueste ejército ha enviado.

MEDEA.

¿Qué importa, si soy yo quien os defien-  
[do?

No temais, que yo sola le haré guerra.  
Todos armas tomad.

Sacan ellas arcos, ellos espadas, y sale

JASON Y GENTE.

JASON. (Dentro.)

A tierra.

TODOS.

A tierra.

MEDEA.

Hombres, hijos de la espuma,  
Que esa marítima bestia  
Sorbíó, sin duda, en el mar,  
Para escupir en la tierra:  
Si á vengar venis acaso  
Aquella pasada ofensa  
Que á Amor, á Vénus y á Marte  
Ócasión mi soberbia,  
No esperéis mas; que yo sola  
Con este arco y estas flechas,  
Primero que del ingenio,  
Me he de valer de la fuerza

JASON.

Hermosa mujer (perdona  
Si no he dicho deidad bella,  
Que tu temor de deidad  
Ha desmentido las señas),  
Suspende el fuego á los ojos,  
Aloja al arco la cuerda,  
Y á tu imitación en vaina  
El acero su violencia;  
Que de paz vengo á tu patria.  
No vengo, no, como piensas,  
A vengar de ningún dios  
El deservicio ó la queja.  
Si te admiras de que salga  
Hoy de una selva á otra selva,  
Y que sobre las espumas  
A extranjeros climas venga;  
No es de los dioses milagro:  
Ni lo dades, ni lo creas;  
Proligio si de los hombres;  
Pues se da esta diferencia  
Cuanto es estar ó no estar  
En la gran naturaleza.  
Esa águila de lino,  
Ese delfín de madera,  
Ese peñaseo de troncos,  
Esa montaña de velas,  
Ese portátil pensil  
De flámulas y banderas,  
Esa población de jarcias  
Y república de cuerdas,  
Marítima casa es,  
Que en sus entrañas alberga  
Varios huéspedes; y errando



Con sus familias enteras,  
Extraños climas visita,  
Zonas discurre diversas,  
Remotos mares transciende,  
Y ignotos senos penetra,  
Sus pisadas en las ondas,  
Sin dejar alguna huella,  
Dejando el camino abierto  
Por donde seguros vengan  
Los que quisieren seguirle;  
Que de sus borradas sendas,  
Cuanto pisó por espumas  
Deja escrito en las esferas.  
En ellas corre liado  
El que en cetrería tan nueva  
Lleva los pies en las ondas  
Y la vista en las estrellas—  
La discrecion de los vientos  
Es quien la trae y la lleva,  
Al arbitrio del piloto  
Que la rige y la gobierna;  
Que como domado bruto,  
Sujeto á ley y obediencia,  
Con el freno del timon  
Le para á raya sin rienda;  
Si ya no es que desbocado  
O tal vez se desespera  
Chocando, ó tal vez deshecho,  
Es tumba la quilla vuelta.  
El artífice excelente  
De aquesta náutica ciencia  
Argos se llama, y Argos  
La nave tambien. En ella  
Hoy al Asia vengo, en busca  
De un traidor que hurtada lleva  
Al mayor amigo mio  
La mas estimada prenda;  
Que aunque no tuvo otra nave,  
Pues solo en el mundo hay esta,  
Pudo llegar hasta aqui  
Fiado en sus disformes fuerzas.  
La mano y palabra he dado  
De vagar desta manera  
Hasta hallarle, haciendo altivo  
Que se déu con extrañeza  
Paso Africa, Europa y Asia.  
Esta es mi venida, y esta  
La causa que me ha traído  
A tus piés. Y porque sepa  
Qué clima vivo, y á quien,  
Por mujer ó deidad, deba  
Tener en esta ocasion  
Rendimiento y obediencia,  
Dime tu nombre, y el nombre  
Desta isla. Y pues en ella  
He de buscar generoso  
Al dueño de aquesta ofensa,  
Para vivir en tu patria  
De paz, te pido licencia.

## NEDEA.

Primero, Argonauta, á cuyo  
Valor, á cuya experiencia  
El orbe deberá ser  
Ya comun toda la tierra,  
Cuando frecuentando el mar,  
De tales fábricas sean  
Poblaciones sus campañas,  
Hasta este punto desiertas:  
Tú que á la codicia abriste  
La mas anhelosa puerta,  
Pues ya no estará segura  
De la ambicion y soberbia  
Del hombre ninguna parte  
Del mundo; que hallada esa  
Portátil puente, que al mar  
Los crespos cristales quiebra,  
No habrá tan oculto seno,  
No habrá niua tan secreta,  
Que el desseo no examine  
Y que la atencion no inquiere:  
Tú pues que con tanto riesgo

Hoy el mayor monstruo enfrenas,  
Y levantando en su espuma  
Montañas de nieve y perlas,  
Tocas de aquestos umbrales  
Lo sagrado: bien se deja  
Conocer de cuán remotas  
Provincias vienes á esta,  
Pues que no me has conocido.  
Mas remitiendo esta queja,  
Te diré quien soy, si ya  
No te lo han dicho las señas.  
Este monte, á que has llegado,  
Es una region entera  
Del Asia, á quien hace sombra  
Del Cáucaso la grandeza:  
Llámanse Cólcos. Aetes,  
En cuya augusta presencia  
Agora asistes, es quien  
Su república gobierna;  
No angusto tanto, porque  
En ella absoluto reina,  
Como por ser padre mio,  
Que es mas imperio y grandeza  
Que poseer los imperios  
Del sol, pues á mi obediencia  
Está cuanto el sol abraza,  
Y cuanto la luna hiela;  
Porque yo soy... En oyendo  
Mi nombre, verás si es cierta  
Esta vanidad, aunque  
Ya el decirlo es imprudencia,  
Pues que ya te lo habrá dicho  
La fama que veloz vuela,  
Solo para hablar de mí,  
Llena de plumas y lenguas.  
Aquel pasmo soy del mundo,  
Aquel horror de las fieras,  
Eseándalo de los hombres,  
Y de las deidades bellas  
Asombro; porque yo soy  
La sabia y docta Medea,  
A cuyo mágico estudio  
Son caracteres y letras  
En la campana las flores,  
Y en el cielo las estrellas.  
De la astrologia pasando  
A la magia, el aura mesma  
Pautado libro es, que ocultos  
Secretos me manifiesta.  
La nigromancia examino  
En cadáveres que encierra  
El centro, cuando á mi voz  
Los esqueletos despiertan.  
La piromania, que en fuego  
Ejecutó su violencia,  
Me escribe en papeles de humo  
Varias cifras con centellas.  
A mis mágicos conjuros  
Todos los infiernos tiemblan;  
Y sus espíritus tristes,  
Sus lóbregas sombras negras,  
Sus profundos calabozos  
Oprimidos de la fuerza  
Del encanto, á mis preguntas  
Dan equívocas respuestas.  
A cuyo estudio entregada,  
A cuyo desvelo atenta,  
Es mi patria aqueste monte,  
Y mi palacio esta selva.  
En él tengo mis imperios,  
Y mi majestad en ella,  
Donde son vasallos míos  
Esos troncos y esas peñas  
En aquesta soledad  
Vivo siempre mas contenta;  
Que hallarme hoy acompañada  
De tantas gentes diversas,  
Ha sido acaso, porque  
Ese jóven (que á esta tierra  
Vino con no ménos pasmo  
Que tú, pues le trajo á ella  
Tambien por el mar mejor

Nave, pues la suya era  
Un ascua de oro, que nunca  
Del agua apagó la fuerza)  
Hoy le sacrificó á Marte  
En ese templo, que ostenta  
Tanta variedad, la piel  
En cuyas rubias guedejas  
Se dió el sol hilado en copos,  
Rayo á rayo, y hebra á hebra.  
A cuya causa de gentes  
Está esa campaña lieva.  
Y porque yo me quejaba  
De que sacrificio hiciera  
A otra ninguna deidad  
Quien me tuvo en su presencia,  
Pensé que Marte ofendido  
Enviaba á hacerme guerra:  
Y esta es la causa porque  
Nos pusimos en defensa.

## JASON.

Felice yo que he llegado  
Donde tu hermosa vea,  
Y donde esté humilde siempre, (Al Rey.)  
Señor, á las plantas vuestras.

## REY.

Levanta, Jason, del suelo,  
Y á mis nobles brazos llega,  
Que de tan heróico huésped  
Ya son merecida deuda.  
No solo en mi patria quiero  
Que te hospedes y detengas;  
Pero contra tu enemigo,  
Si acaso en ella le encuentras,  
Armas y favor te ofrezco.

## ADEIRTO.

En hora felice vengas,  
Donde mi valor te sirva  
En todo cuanto se ofrezca.

## FRISO.

Yo, porque en fin las fortunas  
Las amistades conciertan,  
Y, peregrinos del mar,  
Son parecidas las nuestras,  
Mi vida ofrezco á tus plantas.

## JASON.

Mis brazos son la respuesta  
Que á tales ofrecimientos  
Debo.

## REY.

Venid donde vea  
Mi corte, qué nobles héroes  
Quiere el cielo que merezca.

## NEDEA.

Eso no, que pues están  
Hoy mis palacios tan cerca,  
Quiero á honor de aquesta diosa,  
Señor, si me das licencia,  
Que los que fueron horror  
A los peregrinos, sean  
Hoy albergue, haciendo en ellos  
Saraos, convites y fiestas.

## REY.

Gracias al cielo que un día  
Tratable, Medea, te muestras!

## FRISO.

No vi mas rara beldad  
En mi vida!

## JASON.

Poco hicieran  
Sin belleza encantos, pues  
El mayor es la belleza.  
(Vanse los hombres.)

## ASTREA.

Albricias puedo pedirte  
De ver desmentir las señas,

Que en la venganza de Marte,  
Vénus y Amor juzgan cierta

MEDEA.

Pues no me pidas albricias,  
Porque voy pensando, Astrea,  
Que Vénus, Marte y Amor  
De otra manera se vengán;  
Pues ya Marte en mis sentidos  
Ha introducido otra guerra;  
Amor le ha prestado el fuego  
Para sus máquinas: quieran  
Los dioses que no haga Vénus  
Desdichada mi belleza. (Vanse)

Sacan á SABAÑON, mareado; DOS SOL-  
DADOS.

UNO.

Sacadle á tierra, quiza  
Con el aire de la tierra  
Volverá en sí.

OTRO.

Desde el día  
Primero, la hora primera  
Que entró en el mar, desta suerte  
Está sin que hable ni sienta

UNO.

Aquí le echad; que no habemos  
De estaros desta manera  
Por él, dejando de ir  
Con Jason.

OTRO.

Aquí le deja,  
Y no nos perdamos todos,  
Porque uno no se pierda.  
(Vanse los dos, y vuelve Sabañon en sí.)

SABAÑON.

¡Válgame Júpiter santo,  
Y qué notable tormenta  
Que vamos corriendo! El cielo  
Todo se anda dando vueltas.  
¡Cual demonio me metió  
Sin aviso y sin prudencia,  
En hacirme animal de agua,  
Siendo yo pece de tierra?  
¡Mal haya cabalgadura  
Que no puede apearse della  
Un hombre! Desta vez me hundo.  
Pero ¿qué digo? ni desta,  
Ni de estotra acierto en nada,  
Pues que caigo, y no en la cuenta.  
¿Dónde estoy? ¡Válgame el cielo!  
¿Es aquesto mar ó selva?  
¿Es aquesto suelo ó nave?  
¿Es aquesto espuma ó yerba?  
¿Ando ó navego? Que yo,  
Como si tomado hubiera  
Tabaco en humo, así estoy  
Borracho de la cabeza.  
Mas un tanto cuanto ya  
Cobrado; si es que las señas  
Deste sitio advierto, estoy  
En tierra: sin duda á ella  
Mis compañeros me echaron  
Por muerto. ¿Qué tierra es esta?  
Decid, dios Íaco, pues sois  
Mi abogado. Pero sea  
La que fuere, no será  
Tan ingrata como era  
El mar para mí. Aquí veo  
Ya dos fábricas inmensas.  
Hacia esta me iré, supuesto  
Que hallar piedad será fuerza  
En sus vecinos.

Sale un SALVAJE vestido de hiedra, con  
su maza.

SALVAJE.

O tú,

Que á estos umbrales llegas  
Osadamente...

SABAÑON.

No llego

Yo, sino usada.

SALVAJE.

Si intentas

Del vellocino de oro  
Llevar la rubia madeja  
Por trofeo, y eso es  
A lo que vienes, ¿qué esperas?

SABAÑON.

¿Qué rubia madeja de oro,  
Dioses míos, será esta?  
Mas si dice que á qué espero  
Si acaso vengo por ella,  
Y es en fin de oro, yo quiero  
Llevarla. — Aquesa es mi empresa:  
La rubia madeja de oro  
Tengo de llevar.

SALVAJE.

Pues llega;  
Que ya la escanada sierpe,  
Que en guarda suya está puesta,  
Se desenrosca del tronco,  
Vibra el cuello, el pecho inhiesta,  
Y las dos alas sacude.

SABAÑON.

Y diga usted, ¿no pudiera  
Volverme por donde vine,  
Sin que tocara ni viera  
La rubia madeja de oro?  
Que tiene alianza hecha  
Mi casa con toda sierpe,  
Y no puedo entrar con ellas  
En batalla.

SALVAJE.

Entrarás pues  
Si la sierpe te respeta,  
Con los toros de metal,  
Que el fuego y el humo echan  
A Cocitos por la boca.

SABAÑON.

Ménos puedo esa pendencia  
Emprender, si echan coritos;  
Que son gente de mi tierra  
Y amigos.

SALVAJE.

Ya tú dijiste  
Que á esto venías, y es fuerza  
Hacer batalla.

SABAÑON.

¿Y si yo  
No tengo batallas hechas?

SALVAJE.

Bien se vé que eres cobarde.

SABAÑON.

Concedo la consecuencia.

SALVAJE.

Huye de aquí.

SABAÑON.

¿Ve vusted?

Pues esta es la vez primera  
Que me han dicho á mi que huya

SALVAJE.

¿Qué cobardía tan necia! (Vase.)

SABAÑON.

¿Qué discreta cobardía!  
Porque ¿quién hay que se meta  
Entre sierpes ni entre toros,  
Si cuando hay circo de fieras,  
Desde dentro de mi casa  
Aun tengo miedo á las fiestas?  
Si deste alcázar me salen  
Salvajes luego á la puerta,  
¿Qué es lo que saldrá destotro?  
Con todo, he de entrar por ella.

Sale ASTREA.

ASTREA.

¿Quién sois, soldado?

SABAÑON.

Seré

Quien vos quisiéreis que sea  
(Ap. Aun de aquestos salvajitos  
Tomara media docena.)

ASTREA.

¿Sois criado de Jason?

SABAÑON.

¡Gracias á Dios que hallo nuevas  
Ya de Jason! Si, señora.

ASTREA.

Pues esteis enhorabuena.

SABAÑON.

A linda tierra he llegado.

ASTREA.

¿En qué veis que es linda tierra?

SABAÑON

En que ha hablado una mujer  
Cuatro palabras enteras  
Sin pedir algo; que allá  
En la mia no se enseña  
A hablar ya, sino á pedir.  
Cualquiera que á decir llega:  
Beso á vuesarced las manos;  
Para aloja es la respuesta;  
Si, ¿cómo está vuesarced?  
Dicen: para la comedia;  
Buenos días, — para guantes;  
Pues ¿qué hay? — para una merienda.  
Que aun el ser cortés un hombre  
Ya le ha de costar su hacienda.

ASTREA.

Buen humor teneis.

SABAÑON.

No es poco;

Que aun aquesto no nos dejan  
Las damas allá, sin que  
En malo nos le conviertan.

ASTREA.

¿Cómo os llamais?

SABAÑON.

Sabañon,

Porque cómo á costa ajena  
La mitad del año.

ASTREA.

Pues

Por esa apacible selva  
Jason fué á caza; buscadle,  
Y decidle que Medea...

SABAÑON.

¿Me... qué?

ASTREA.

Medea.

SABAÑON.

Eso es malo.

¿Luego es aquesta la selva  
De una grande encantadora.  
Que allá la fama nos cuenta?

ASTREA.

La misma.

SABAÑON.

Ya son mejores

Los salvajes que las hembras.  
¿Y es verdad, señora, que es...

ASTREA.

¿Qué?

SABAÑON.

Grandisima hechicera?



Si.

ASTREA.

SABAÑON.

No me espanto, que allá  
También hay algunas viejas  
Que hacen sus habilidades.

ASTREA.

Y direisle al fin que venga  
A su jardín esta tarde,  
Que ha de haber una academia,  
Con que quiere divertirte.

SABAÑON.

Yo no sé bien esta tierra,  
Y no sé dónde he de hallarle.

ASTREA.

No importa que no la sepas;  
Que yo haré que por el aire  
Vayas.

SABAÑON.

Quien la tierra yerra,  
Mejor el aire errará.

ASTREA.

La nube sabe la senda.

SABAÑON.

Yo no me sé tener bien  
En nubes.

ASTREA.

No te detengas;  
Que importa que vayas presto.

SABAÑON.

Yo iré, como me concedas  
Que me vaya por mi pie,  
Y no por nubes ajenas.

(Vase.)

Sale MEDEA.

MEDEA.

Dime, Astrea, ¿has avisado  
A los huéspedes ya?

ASTREA.

Sí,

Admirada en ver en ti  
Tan apacible cuidado,  
Tu festejo ni tu agrado  
Habiendo hasta ahora sido  
Risco del mar combatido,  
Roble azotado del viento,  
Donde uno y otro elemento  
Solamente hicieron ruido.

MEDEA.

¡Ay, Astrea, que no sé  
Qué letargo, qué furor,  
Qué ansia, qué pena, qué ardor  
Este que me allige fué!  
Si letargo, ¿cómo hablé?  
Si furor, ¿cómo sin ira?  
Si ansia, ¿cómo se admira?  
Si pena, ¿cómo apacible?  
Si ardor, ¿cómo arde insufrible,  
Y la llama no se mira?

ASTREA.

La llama de tus enojos,  
Que ya la he visto sospecho.

MEDEA.

Dime, ¿dónde está?

ASTREA.

En el pecho.

MEDEA.

¿En qué la ves?

ASTREA.

En los ojos.

MEDEA.

Lágrimas son los despojos  
De mis ojos; pues si llego

A ver que en llanto me anego,  
¿Cómo tu discurso fragua  
Ver el fuego por el agua,  
Cuando el agua dice fuego?

ASTREA.

Cuando se enciende, señora,  
Verde un troneo, prende tarde,  
Y por un extremo arde  
Y por otro suda y llora.  
Rebelde tu pecho ahora  
A los primeros enojos  
De amor, da agua por despojos  
Del fuego; y así sospecho  
Que está ardiendo por el pecho  
Pues que suda por los ojos.

MEDEA.

Bien te quisiera ocultar  
Que mi pecho el tronco fué  
Que arde y llora; mas ¿por qué  
La voz te lo ha de negar,  
Si te lo ha de confesar  
El silencio? Yo rendí  
Mi altivez desde que vi  
A ese jóven extranjero,  
Que, venciendo el monstruo fiero  
Del mar, tomó tierra aquí.

ASTREA.

Dos los huéspedes han sido  
Que á esta tierra el mar ha echado,  
Dos los que ese imperio helado  
Han sujetado y vencido:  
¿Cuál es el que ha merecido  
Esa dicha, ese blason?

MEDEA

Si dos los huéspedes son,  
Presto el que quiero sabrás:  
El que favorezca mas  
Esta tarde mi afición.

*Salen por una puerta JASON y los  
hombres, y por otra FRISO y las da-  
mas.*

FRISO.

Una dama me avisó...

JASON.

Un criado dijo ahora...

FRISO.

Que mandábadis, señora,  
Que viniese á veros yo.

JASON.

Que viniese, me mandó,  
A veros; que mi sentido  
Queda al miraros perdido.

FRISO.

Luego de vuestros agrados  
Ya somos dos los llamados.

JASON.

Y ninguno el escogido.

MEDEA.

Yo á los dos mandé llamados  
Porque en esta verde esfera  
Donde es siempre primavera,  
Yo, que os ofrecí hospedados,  
Quiero á los dos festejaros,  
Haciendo entre su verdor  
Una academia de amor  
Con mis damas; porque intento  
Dar algo al entendimiento:  
No todo ha de ser valor.

FRISO

Aunque no tengo lugar  
En ese ejercicio yo,  
Por aprender algo, no  
Quiero al empeño faltar.

MEDEA.

Todos os podeis sentar,  
(*Siéntanse todos, damas y galanes, y  
queda Medea en medio, sola.*)

Que en una pregunta quiero  
Empezar tan lisonjero  
Festín.

FRISO.

¿Quién á ella supiera  
Responder!

JASON.

¿Quién ahora fuera  
En tus ciencias el primero!

MEDEA.

Friso...

FRISO.

Mal en este día  
Empiezas. si yo he de ser  
El que te ha de responder.

MEDEA.

Tomad esta banda mía.

(Dale una banda.)

FRISO.

El iris, que desafia  
A colores todo el mayo,  
Y el sol padezean desmayo,  
Al ver que aqueste arbol  
Compite al iris y al sol,  
Rosa á rosa, y rayo á rayo.

ASTREA.

Sin duda que á Friso ha sido  
A quien favorece.

JASON. (Ap.)

¿Cielos!

¿Antes que baya amor, hay celos?

MEDEA.

Vos, Jason...

JASON. (Ap.)

¿Estoy perdido!

MEDEA.

Dadme esa banda que os pido.

JASON.

A ser la eclíptica bella  
Patria del sol, pues en ella  
Siempre está á esos pies rendida,  
De vos se viera excedida,  
(*Dásele.*)  
Luz á luz y estrella á estrella.

MEDEA.

A Friso una banda he dado,  
Y de Jason recibido  
Otra: si hubiera querido  
Manifestar yo un cuidado,  
Dentro del alma guardado,  
¿Cuál de los dos ahora fuera  
(Responded) el que estuviera  
Favorecido de mí?

FRISO.

¿Pues tiene duda que aquí  
Yo el favorecido fuera?

JASON.

Duda tiene, porque yo  
Soy solo el favorecido.

ASTREA.

Quien la banda ha recibido,  
Es quien el favor gozó.

SIRENA.

No es tal, sino el que la dió.

SABAÑON.

Si yo en esto puedo hablar;  
Las damas de mi lugar,  
Para dar al que apetece,

Estafan á que aborrecen :  
Mejor es tomar que dar.

FRISO.

Este cendal soberano,  
A quien mi ventura fio,  
Ahora está en el pecho mio,  
Habiendo estado en su mano :  
Luego, que es favor, es llano.

JASON.

Si, mas favor sin provecho ;  
Pues para el mio, sospecho  
Que el lugar desocupó,  
Si el que en mi mano se vió,  
Se mira ahora en su pecho.

FRISO.

El dar es ilustre accion ;  
Accion baja el recibir :  
Y pues quise prevenir  
Darne á mi en esta ocasion,  
Y tomar de tí, en razon  
Fundo que su gran belleza  
Me honra á mi, pues con grandeza  
Que quisgo que obligue á su lustre,  
Yo á hacer una accion ilustre,  
Y tú á hacer una baja.

JASON.

Si es baja el recibir  
Y es ilustre accion el dar,  
En eso puedo fundar  
Que me quiso preferir ;  
Pues al llegar yo á advertir  
Que he dado, y tú has recibido,  
Verme á mi airoso ha querido,  
Y á tí no ; luego ya en esto  
Al que deja mas bien puesto,  
Deja mas favorecido.

FRISO.

Recibir del superior  
No es desaire ; ántes arguyo  
Que ya, como esclavo suyo,  
Me viste de su color.

JASON.

Eso me está á mi mejor ;  
Que si te viste este día  
Como á suyo, en tal porfia  
Venci, pues si esta librea  
A tí te hace de Medea,  
A Medea la hace mia.

FRISO.

Eso no puede ser.

JASON.

¿ No ?

FRISO.

No, que yo no consintiera  
Que de otro ninguno fuera  
Dueño de quien fuera yo (*Levántanse.*)

JASON.

Ninguno lo consintió,  
Y milinitos lo han llorado,  
Sin que lo hayan estorbado.

FRISO.

Cuando aqueso á ser llegara,  
Yo sé que yo lo estorbara.

JASON.

No siendo yo interesado.

MEDEA.

¿ Cómo hablais los dos así ?  
Duelos del ingenio, no  
El acero los lidió.

FRISO.

¡ Pluguiera al cielo que si !

JASON.

¡ Mejor me estuviera á mí !

Eso dudo.

FRISO.

JASON.

Esotro ignoro.

MEDEA.

¿ Así ofendeis mi decoro ?  
Argüir y disputar  
No es reñir, ni conquistar  
El vellocino de oro.

JASON.

Pues porque veas que yo  
Mejor que argumento lidió,  
Ya que esto no es conquistar  
El dorado vellocino,  
Lo será ir por él, y verle  
Hoy á tus plantas rendido,  
Quitándosele animoso  
De su robe á Marte mismo :  
Que aunque no es esta aventura  
La empresa que solicito,  
Lugar se hará para todo  
Despues mi valor invicto.  
Perdone, ¡ lércales, ahora.

FRISO.

Yo á esa empresa no te sigo,  
Porque yo se la di á Marte,  
Y nunca lo-que doy quito ;  
Pero si tú le conquistas,  
En público desafío  
Te le quitaré yo á tí. (*Vase.*)

MEDEA.

No lo que yo he dicho, he dicho  
Por empeñaros á tanto ;  
Que no mas que acaso ha sido.

JASON.

Los acasos de las damas  
Son acasos muy precisos.—  
Sabañon, pues que tú sabes,  
Segun cuentas, el camino  
Del templo, llévame allá ;  
Que tú solo has de ir conmigo.

SABAÑON.

Señor, ya se me ha olvidado. (*Vase.*)

MEDEA.

Mira, Jason...

JASON.

Nada miro.

MEDEA.

Que te atreves...

JASON.

Poco importa.

MEDEA.

A mucho.

JASON.

Mas es mi brio.

MEDEA.

Advierte...

JASON.

¿ Qué he de advertir ?

MEDEA.

Que en tu vida arriesgas...

JASON.

Dilo.

MEDEA.

La mia.

JASON.

Con eso me obligas

A mas, por lo que te estimo. (*Vase.*)

MEDEA.

¡ Ay de mí ! ¿ qué es lo que escucho ?  
¡ Ay de mí ! ¿ qué es lo que miro ?  
Mas ¿ qué discurro ? ¡ ay Astrea !  
¡ Ay Sirene ! ¿ qué imagino ?

Habiendo sido Jason  
(Ya poco importa el decirlo)  
Tirano de mis potencias  
Y dueño de mi albedrío,  
Daréle ayuda, daréle  
Favor. ¿ Para cuándo han sido  
Mis estudios ? para cuándo  
Mis portentos y prodigios ?  
Dadme, dioses infernales,  
Palabras, yerbas y hechizos,  
Que esas fieras adormezcan,  
Que venzan esos vestiglos.  
No se me opongan los cielos  
Hoy á los intentos míos ;  
Porque haré que nunca el sol  
Dore sus campos de vidrio,  
Sino que padezca el día  
El último parasismo. (*Vanse.*)

*Sale JASON con escudo y espada, y*  
SABAÑON.

SABAÑON.

Tú no debes de saber  
A lo que te has atrevido.

JASON.

¿ Puede ser mas que á postrar  
Terribles monstruos esquivos  
Que le guardan ?

SABAÑON.

¿ Y eso es poco ?

¡ Ay señor ! este es el sitio.

JASON.

¡ Bárbara guarda del monte,  
Que corres este distrito !.

*Sale el SALVAJE.*

SALVAJE.

¿ Qué me quieres ?

JASON.

Que desates

Esos disformes y altivos  
Monstruos, que con esta espada  
Y este escudo he de rendirlos.

SALVAJE.

Entra pues, ¿ qué esperas ? Entra  
Dentro dese breve circo,  
Donde ya los toros braham.

JASON.

Sabañon, entra conmigo.

SABAÑON.

Soy ya muy grande, señor,  
Yo para andarme á novillos ;  
Y bien sin lacayo ir puedes,  
Pues reñones no he traído.

JASON.

No importa, solo entraré :  
Mi valor vaya conmigo. (*Vase.*)

SABAÑON.

¡ Ay que ya se va acercando !  
¡ Ay cielos, que le han sentido  
Los toros ya las pisadas !  
¡ Ay que ya van á embestirlo !  
¡ Ay que el encierro se ha errado,  
Pues dos juntos se han corrido !

SALVAJE.

Porque los dos no miremos,  
Sin reñir, tal desafío,  
Reñamos los dos.

SABAÑON.

¿ Los dos

Reñir, siendo tan amigos ?

SALVAJE.

¡ Amigos los dos ?



SABAÑON.  
¿Pues no?

SALVAJE.  
¿Qué es esto, dioses, que miro?  
¡A sus piés, sin que le ofendan,  
Los dos toros se han rendido!  
Pero no importa, no importa,  
Pues que ya la sierpe vino  
Arrastrando el medio cuerpo,  
Bramando y gimiendo á silbos.

SABAÑON.  
Si fuera mi amo comedia,  
Ya estuviera destruido.

SALVAJE.  
¿Qué es esto, divino Marte?  
Todo aquel horror esquivo  
Acobardado huye al verle.

SABAÑON.  
Luego lo hiciera conmigo.

SALVAJE.  
¿Pues cómo, cómo os dejais  
Vencer, monstruos atrevidos  
De Marte, de ningún hombre?

Voces dentro.  
Medea nos ha vencido.

SALVAJE.  
Esa traicion de Medea  
Iré publicando á gritos.

SABAÑON.  
Don de mata-sierpes tiene  
Jason.

Sale JASON con la cabeza de la sierpe  
y el vellocino.

JASON.  
Aunque hubieras sido  
Verde serpiente, la fiera

Que guarda el profundo abismo,  
A mi mano hubieras muerto.  
Ya el dorado vellocino  
Es tuyo, Medea.

Dentro MEDEA.

MEDEA.  
¡Ay de mí!

JASON.  
¿Qué lastimoso suspiro!

SABAÑON.  
¿Aun no habemos acabado?

Sale MEDEA.

MEDEA.  
Valiente Jason invicto,  
Pues de un peligro guardé  
Tu vida, de otro peligro  
Guarda la mía.

JASON.  
¿Qué es esto?  
MEDEA.

Mi padre, al ver que te libro  
Destas furias con mi encanto,  
Habiendo el rigor temido  
De Marte, contra mí viene  
Con Friso tambien, y han sido  
Exhortados de las voces  
De aquel bárbaro ministro.

JASON.  
¿Qué importa, si te defiendo  
Yo, y si te vienes conmigo,  
Volviendo á fiar al mar  
Ese veloz edificio?

REY.  
Aquí Jason y Medea  
Están.

ABSIRTO.

Matadlos.

FRISO.  
Seguidlos.

MEDEA.

Todos vienen contra mí:  
Mas podra el ingenio mio  
Hacer que todos confusos  
Peleen contra si mismos.

Salen todos riñendo unos con otros,  
sin ver á Jason.

ABSIRTO.

Escuadras la tierra aborta.

REY.

¿Qué confusion!

SALVAJE.  
¿Qué delirio!

ABSIRTO.

Tú eres Jason.

SALVAJE.  
Tú lo eres.

SABAÑON.

¿Quién tal borrachera ha visto?

JASON.

En tanto que ellos pelean,  
Ven á ese imperio de vidrio. (Vanse.)

FRISO.

Nosotros nos damos muerte,  
Mientras que Jason invicto  
Lleva á la hermosa Medea,  
Y ha librado el vellocino.

FIN DE LA PRIMER JORNADA.

## JORNADA SEGUNDA.

Representóla la compañía de Prado de la Rosa en el teatro de mano izquierda.

### PERSONAS QUE HABLAN EN ELLA.

TESEO.  
MINOS.

LIBIO.  
PANTUFLO.

FLAVIO.  
ARIADNA.

FEDRA.  
FLORA.

LIDORO.  
SOLDADOS.

Suena ruido de armas, y dicen dentro los versos siguientes.

ARIADNA.

¿No hay favor ¡cielos piadosos!  
Para una infelice?

FEDRA.

¡Eternas  
Deidades, dadnos amparo!

TESEO.

No temais, deidades bellas,  
Ningun peligro; pues yo  
Estoy en defensa vuestra.

FLORA.

¡Ay de mí!

PANTUFLO.

Bellas deidades,  
Temed, muy en hora buena;  
Que muy bien haceis, supuesto  
Que estoy yo en vuestra defensa

Salen huyendo FEDRA, ARIADNA y FLORA,  
y detras TESEO, envainando la espada,  
y PANTUFLO, criado.

FLORA.

A ampararnos al castillo  
Venid, Ariadna y Fedra.

TESEO.

Hermosísimos prodigios,  
No temais desa manera,  
Pues, ó mal, ó tarde, ó nunca  
Supo temer la belleza.  
Ya el oso, ya el torpe aborto  
De aquezas desnudas peñas,  
Que sediento á los cristales  
Bajó en que estábades, queda  
Revolcándose en su sangre  
Sobre la manchada yerba,  
Pagando en coral al prado  
Lo que al rio debió en perlas.

PANTUFLO.

¡Y como que queda el oso  
Como un atun! y lo prueba

Que yo no me voy, pues si él  
No quedara, yo me fuera.

ARIADNA.

Extranjero caballero,  
Que esto y aquello las señas  
Dicen, aquello en el traje,  
Tan extraño en esta tierra,  
Y esto en el valor, que siempre  
Prólogo es de la nobleza:  
¿Quién sois? que en esta ocasion  
Quieren los cielos que os deban  
Las vidas estas dos damas,  
Rescatadas por la fuerza  
De vuestro acero, de aquel  
Animal, que con fiereza  
Nos amenazó. Decidlo,  
Si ya no quereis que entienda  
Que sois socorro enviado  
De alguna deidad suprema,  
Que generosa tomó  
Nuestras vidas por su cuenta.

TESEO.

Bellísimas damas, no

Es vana vuestra sospecha;  
Pues bien creo que el mayor  
Dios, que sobre todo reina,  
Me envió á favoreceros  
Amor fué de aquesta empresa  
Absoluto dueño, pues  
Como de sus flechas llega,  
Por tantas como ha gastado,  
A ver la aljaba desierta,  
Asegurando la falta  
De sus armas, hoy ostenta  
Redimir vuestra hermosura  
De los riesgos, pues con ella,  
Poniendo rayos al arco,  
No le barán falta las flechas.  
Extranjero y caballero  
Soy: bien dijisteis; que fuera  
Aventurar lo divino  
Ver que lo divino mienta.  
A esta isla, que es corona  
De tantas y tan diversas  
Como el mar Mediterráneo  
En su archipiélago encierra,  
Porque no me quede parte  
De la Europa que no vea,  
Con ese criado y ese  
Caballo, cuya violencia  
Me hace Centauro noble,  
Sujeto á ley y obediencia,  
En busca de un hombre vengo;  
Mal dije, que es una fiera,  
Por ser un hombre que acaso  
Hizo la naturaleza.  
Ajena ofensa me trae  
Buscándole, si es ajena  
Aquella que ya me obliga  
A haberla llamado ofensa.  
Con esta demanda pues  
He de andar Europa entera,  
Hasta que otro amigo y yo  
Demos á Africa la vuelta,  
Que término de los dos  
Ha de ser el monte Oeta.  
Resistiendo pues ahora  
Del sol la dorada fuerza,  
En ese mi lido catre,  
Que bordó la primavera,  
Estaba, no sé si diga  
Que viendo por las espesas  
Cielos de esmeralda  
Mucho cielo en breve esfera...  
No, no turbeis el color;  
Nada vi: vuestra vergüenza  
Del empeño de los ojos  
Bien ha excusado la lengua.  
A las voces pues que disteis,  
Entré por esta maleza  
Á servirlos. Si es que acaso  
Lo conseguí, nada os queda  
Que agradecer, pues la paga  
Antes llegó que la deuda.  
Este soy. Merezca ahora  
Saber quien sois, porque sepa  
Yo qué segundo respeto  
A vuestro lustre se deba,  
Ya que el primero ignoré,  
Que debí á vuestra belleza.

PANTUFLIO.

Todo cuanto mi amo ha dicho  
Que te lo ha dicho haz cuenta  
A tontas y locas, y que  
Yo á tí te lo digo, hijuela.

FLORA.

Yo hago cuenta que lo oigo  
De aquea misma manera.

PANTUFLIO.

Y eso es lo mismo que hacer  
Sin la huésped la cuenta.

FEDRA.

Valiente, cortés, galán  
Peregrino, que á esta tierra  
Venisteis por nuestra dicha,  
Esta es la isla de Creta,  
En quien lleno de victorias  
Hoy el rey Minos gobierna.  
En esta quinta, esta casa  
De placer, cuyas almenas  
Son pulido Atlante, en quien  
Descansa la rubia esfera  
Del sol, y cuyos umbrales  
Lisonjeramente riega  
Ese arroyo, que á morir  
Camina con tanta prisa,  
Vivimos las dos, no sé  
Si festejadas, ó presas;  
Pues aquí encerradas...

*Dentro LIDORO y SOLDADOS.*

SOLDADOS.

Corre.

LIDORO.

A lo mas inculto entra  
Del monte tras ellos; y ántes  
Los mates, que se deliendan.

FLORA.

Ruido de gente y de armas  
Por todo ese campo sueña

ARIADNA.

No podemos esperar:  
Adios, señor, porque es fuerza  
Que, cualquiera que aquí llegue,  
Con vos nos halle y nos vea

FEDRA.

El cielo os pague el favor

ARIADNA.

Y no el amor os atreva  
A seguirnos, forastero;  
Porque qui entráis estas puertas,  
Teneis pena de la vida. *(Vause.)*

PANTUFLIO.

Señor, ¿qué cosas son estas?

TESEO.

¿Puedo acaso saber yo  
Pantuflo, mas que tú dellas?  
En ese cristal estaban  
Bañándose estas dos bellas  
Mujeres; salió aquel bruto:  
Llegó osado á socorrerlas:  
Hicelo, y han estorbado  
El querer decir quien eran,  
Esas voces.

LIDORO. *(Dentro.)*

Dadlos muerte  
Antes de entrar por las puertas.

PANTUFLIO.

El demonio te metió  
En venir desta manera,  
Trayéndome á mi contigo,  
Condenado á ancas ajenas,  
Buscando tú la mujer  
De un amigo, cuando fuera  
Mas al uso no buscarla.  
Su amigo, sino perderla.

TESEO.

Ya hice ese empeño, y es justo  
Que ya á sus ojos no vuelva,  
Sin haber hecho en Europa  
Exquisitas diligencias  
En su busca.

PANTUFLIO.

¿Y qué nos toca.  
Hacer ahora?

*Sale FLAVIO, atadas las manos atrás,  
huyendo.*

FLAVIO.

Si las señas

De noble, que no es posible  
Que en vos, siendo tantas, mientan,  
A dar favor os obligan  
A un infeliz...

PANTUFLIO.

Mas ¿que intenta

Aqueste que á su mujer  
Busquemos tambien?

FLAVIO.

Merezca

Vuestro amparo; honor y vida  
Me importa que no me prendan  
Los que me siguen. Si acaso  
Por aquesta parte llegan,  
Responded que no me visteis,  
Mientras yo por la maleza  
Deste monte hallo una gruta  
Que me sirva de defensa. *(Vase.)*

PANTUFLIO

Señor, dime, ¿qué es aquesto?

TESEO.

¿A quién lo preguntas?

PANTUFLIO.

Deja

Que te lo pregunte á-ti,  
Por mi consuelo siquiera,  
Y no respondas.

*Salen LIDORO y SOLDADOS.*

LIDORO.

Decidme,

Caballero, si por esta  
Parte, por dicha, unos presos,  
Que atadas las manos llevan,  
Han huido.

PANTUFLIO.

Si llevarán

Los pies atados, no huyrán.

TESEO.

Por esta parte ninguno  
Pasó.

PANTUFLIO.

Si hizo.

LIDORO.

¿Buena cuenta

Daré á Minos, del tributo  
Que á Creta traigo de Atenas!

*Sale LIBIO.*

LIBIO.

Señor.

LIDORO.

¿Qué hay, Libio?

LIBIO.

Los mas

Presos segunda vez quedan  
A su prision reducidos.

LIDORO.

Déte el cielo buenas nuevas.

LIBIO.

Dos son los que solamente  
Huyeron.

PANTUFLIO.

Pues uno era

El que pasó por aquí.

TESEO.

¿No digo que calles, bestia?

PANTUFLIO.

¿Qué criado lo que dice  
Su amo hace?



LIBORO.

A grande afrenta

Voy dispuesto.

LIBIO.

Remediarla

Antes de llegar á verla.

LIBORO.

¿Cómo?

LIBIO.

¿No son extranjeros

Estos dos que á mirar llegas?

LIBORO.

Ya te he entendido: el consejo  
Apruebo, y tomarle es fuerza.

TESEO.

Pues, señor, ¿qué ha sido aquesto,  
Si es posible que merezca  
Saberlo? (Ap. Por divertirse,  
Meter pláticas quisiera.)

LIBORO.

(Ap. Daré, por asegurarle,  
A sus preguntas respuesta  
Para lo que yo he de hacer,  
Estad vosotros alerta.)  
El generoso rey Minos,  
Que hoy en estas islas reina,  
Casó con Pasífae, hija  
De Artemidoro de Grecia.  
Pasífae, la mas hermosa  
Dama, aunque el acento yerra...  
Bella era, no era hermosa;  
Que entre hermosura y belleza  
Hay distincion, si se advierte  
Que hermosura dice entera  
Perfeccion, belleza no;  
Y Pasífae, poco honesta,  
Sin entera perfeccion,  
No era hermosa, sino bella.  
¡Oh con cuánto mas extremo  
Es torpe y liviana aquella  
Mujer, que á grandes respetos  
Ha perdido la vergüenza,  
Que aquella que por oficio  
La liviandad tuvo! Que esta  
Tal vez el vicio trató  
Como á fatiga y tarea;  
Y aquella no, sino siempre  
Como á vicio; y así ciega,  
Entregada á su apetito,  
Se desboca y se despeña  
Mas, mientras que tiene mas  
Obligaciones que pierda.  
Pasífae lo diga, pues  
Desenfrenada y resuelta...  
No sé cómo lo pronuncie;  
Porque no hay voces que sepan  
Hacer suaves las frases  
De tan áspera materia.  
¿Diré que de un torpe amor  
Poseída su belleza  
Estuvo? No, poco es torpe.  
¿Diré abominable? Aun queda  
Mas que encarecer. ¿Diré  
Bárbaro? Ya le ando cerca.  
Irracional amor digo,  
Pues sus entrañas revienta,  
Medio toro y medio hombre,  
Un monstruo, cuya fiera  
Fué castigo siendo aborto;  
Que hay delitos de manera,  
Que ellos mismos se castigan  
Aun con el fruto que engendran.  
Minos, viendo el monstruoso  
Parto, y á Pasífae muerta,  
Creyendo, advertido tarde,  
Que aquel de los dioses era  
Castigo, no se atrevió  
A matarle; y así ordena  
Solo ocultarle. Para esto,

Con recato y advertencia,  
Mandó á Dédalo, un supremo  
Artífice, que le hiciera  
Una fabrica de donde  
Eternamente pudiera  
Salir, construyendo viva  
Sepultura á una honra muerta.  
Dédalo ingenioso entonces  
Hizo de sola madera  
Una oscura horrible casa  
Donde apenas el sol entra;  
Y es verdad, pues aunque entrara  
Libremente, entrara á penas.  
Esta tiene por de dentro  
De vueltas y de revueltas  
Tantas calles, tantos senos,  
Que no es posible que pueda,  
El que por su puerta entrare,  
Volver á encontrar la puerta.  
A cuyo intrincado espacio,  
A cuya fábrica ciega  
La fama le ha dado nombre  
De el *laberinto de Creta*.  
Aquí encerró al Minotauro,  
Donde solo se sustenta  
De carne humana. Los hombres,  
Que en todo el reino sentencian  
A muerte, en vez de sacarlos  
De la cárcel á que mueran,  
Hoy á morir á la cárcel  
Los traen. Y porque no tenga  
Falta de alimento nunca,  
Habiendo Minos á Atenas  
Sujetado, por tributo  
Impuso que le trajeran  
Cada año trescientos hombres  
Sorteados, para que sean  
Pasto humano deste monstruo,  
Vianda viva desta fiera.  
Estos en el laberinto  
Sin armas algunas entran,  
Tres ó cuatro cada día,  
Y él mata al que antes encuentra.  
Yo, capitán general  
De Minos, por si en defensa  
Atenas se me ponía,  
Por el tributo fui á Atenas;  
Que aunque soy de nación griego,  
La soberana belleza  
De Ariadna, hija de Minos,  
A que le sirva me fuerza.  
Esto no es del caso; así  
Doy al discurso la vuelta.  
Es establecida ley  
A las guardas, que á cualquiera  
Que falte, se han de sortear  
Hasta el número ellas mesmas,  
Ademas de la opinion  
Mía. Mirad pues si es fuerza,  
(Pues quebrando las prisiones  
De la amarrada cadena,  
Faltan dos) si será justo  
Que á los dos (ya es tiempo) prenda,  
(*Ábranse por detras con ellos, y les  
quitan las espadas.*)

Para que así aseguremos  
Nuestras vidas con las vuestras.

TESEO.

¡Cobardes, traidores!

PANTUFOLO

¿Cómo

Los hablas desa manera?—  
Señores, príncipes, reyes...

LIBIO.

Calle, ó meteréle aquesta  
Daga.

PANTUFOLO.

¿Que vos mi corchete  
Hubisteis de ser por fuerza?

TESEO.

Las armas me habeis quitado;  
Que á mirarme yo con ellas...

PANTUFOLO.

Las mías poco importaba  
Tenerlas ó no tenerlas.

LIBIO.

Llevadlos así, y ponedlos  
Entre los otros.

PANTUFOLO.

Adviertan

Vuestas mercedes, que vamos  
Buscando de tierra en tierra  
Una mujer de mi amigo,  
Que importa no nos detengan.

TESEO.

¡Ay cielos!

LIBIO.

Venid.

PANTUFOLO

¿Adónde?

LIBIO.

Al laberinto de Creta.

PANTUFOLO.

En toda mi vida fui  
Amigo, en Dios y en conciencia  
De meterme en laberintos.

LIBORO.

Ponedlos en la cadena,  
Y aquel caballo, tambien  
Suyo, mi despojo sea.

TESEO.

¡Venganza, cielos, venganza!

PANTUFOLO.

¡Paciencia, cielos, paciencia!

*Llévanlos, y sale el REY MINOS, viejo,  
DÉDALO, Y SOLDADOS, marchando por  
otra parte.*

MINOS.

Haga alto aquí la gente;  
Porque antes que en la corte entrar in-  
Con los ricos despojos [tente  
Que traigo destas lides, á los ojos  
Quiero llegar ahora  
De Ariadna y de Fedra, á quien adora  
Mi amor, pues con tan lícitas finezas  
Padre y amante soy de sus bellezas.

DÉDALO.

Esta quinta eminente,  
Que al sol empuja la elevada frente,  
Como mandaste en el ausencia tuya,  
Retiro ha sido á la obediencia suya.  
Esta ha sido la esfera  
De sus dos soles, y la primavera,  
Comprando sus colores,  
Aprendió nuevas rosas, nuevas flores,  
Con quien ya las que fueron mas hermo-  
[sas  
Vulgares flores son, vulgares rosas.

MINOS.

Mandad, Dédalo, hacer sonora salva  
A uno y otro clarín, bien como al alba  
Los pájaros saludan; pues en suma  
Aquestos de metal, y esos de pluma,  
Se imitan los acentos,  
Y todos son lisonja de los vientos.

DÉDALO.

Ya la salva han oído,  
Y de la torre alegres han salido.  
Su guarda fui, y aqueste ameno prado  
Otra vez juraré que no han pisado.

MÍNOS.

No admire mis recelos ;  
Que tengo que tener mucho á los celos.

Salen TODAS LAS DAMAS.

ARIADNA.

¡ Mil veces victorioso ,  
Aplaudido , contento y venturoso ,  
A honrar tu patria , y á ilustrarla vengas !

FEDRA.

¡ Mil veces , ó señor , felice tengas  
Las merecidas glorias ,  
Que eterno te coronan de victorias !

MÍNOS.

¡ Y mil veces , hermosas hijas mías ,  
Con veros aumentais mis alegrías ,  
Y toma puerto entre amorosos lazos  
Alegre mi fortuna en vuestros brazos ,  
Centro de dichas tantas !

Sale LIDORO.

LIDORO.

Simerezco este honor , dame tus plantas.

MÍNOS.

¡ Oh Lidoro ! tú seas bien hallado .  
¿ Cómo te fué en Atenas ? ¿ Hate dado  
El tributo que impuse en sus almenas ?

LIDORO.

Obediente , señor , la grande Atenas  
El tributo te envía ,  
Porque yo fui , y en grande atencion mia  
Hasta aquí le he traído ,  
Sin que un hombre me falte ; aunque han  
En muchas ocasiones [querido  
Romper esos esclavos las prisiones ;  
( ¡ Gracias á mi cuidado ! )  
Y habiendo hácia esta parte hoy camina  
Con ellos , y que tú por esta parte [do  
Conducias ejércitos de Marte ,  
No he querido pasar sin que tuvieses  
Esta noticia , y los esclavos vieses

MÍNOS.

Muy bien , Lidoro , hiciste ;  
Y porque pueda de un afecto triste  
Divertir el prolijo pensamiento ;  
Con la memoria de mi bien intento  
Borrar la de mi mal : estos cautivos ,  
A quien fuéron los hados tan esquivos ,  
Delante de mi pasen alerrojados .

ARIADNA.

A compasion me mueven sus cuidados.

Salen muchos , atadas las manos , y de-  
tras TESEO y PANTUFLO.

LIDORO.

Id , cautivos , pasando ,  
Y las rodillas ante el Rey doblando ,  
Y ante Ariadna y Fedra , mis señoras ;  
Que es merced ver un sol con dos auro-

TESEO.

[ras.

¿ Habrá en el mundo alguna  
Que pueda compararse á mi fortuna ?

PANTUFLO.

¿ Pues no , señor ? La mia ,  
Que es ni ménos ni mas en este dia .

MÍNOS.

No me acuerdes , memoria , mis enojos ;  
Acuérdame no mas que son despojos .

ARIADNA.

Fedra , ¿ qué es lo que veo ?

FEDRA.

Yo , Ariadna , lo dudo , aunque lo creo

ARIADNA.

¿ No es aquel jóven el que nos ha dado  
Vida á las dos ?

FEDRA.

El es , y su criado

Es el otro.

ARIADNA.

¿ Qué es esto ?

¿ Quién á los dos eutal rigor ha puesto ?

FEDRA.

No sé.

ARIADNA.

Decir quisiera

Que las dos le debemos...

FEDRA.

Considera

Que licencia las dos nunca tuvimos  
De salir de la torre en que vivimos ,  
Y que será culparnos el libralle .

ARIADNA.

¿ Permitirá mi amor que sufra y calle ,  
Viendo al que me ha librado  
De la muerte , á la muerte condenado ?

LIDORO.

Pasad , no os detengais .

TESEO.

Pantuflo , ¿ No son aquellas ,  
Que socorri?

PANTUFLO.

No puedes engañarte .

TESEO.

Pues tengo quien se ponga de mi parte ,  
Tengo que hablar .— Gran Rey de Creta ,

[advierte:

A la mayor crueldad , á la mas fuerte  
Traicion...

MÍNOS.

Nada me digas ,

Cautivo.

TESEO.

Yo no soy...

LIDORO.

No , no prosigas .

TESEO.

De Atenas , ni cautivo .

MÍNOS.

¿ Qué ha importado ,

Si ya con el tributo te ha enviado ?

PANTUFLO.

Ni con él , ni sin él hemos venido ,  
Sino...

MÍNOS.

Envano obligarme habeis querido .

TESEO.

Hablad , señora...

MÍNOS.

No hay intercesiones .

ARIADNA.

Toda soy confusion de confusiones .

TESEO.

Pues sabeis...

FEDRA.

Disimula lo que oimos

TESEO.

La verdad...

ARIADNA.

Pues nosotras ¿ cuándo os vimos ?

MÍNOS.

Vayan de aquesta suerte

Adonde el Muotauro les dé muerte .

TESEO.

¿ Qué poco con mis lágrimas restauoro !

PANTUFLO.

¿ En fin , vamos , señor , al Niñotauro ?

TESEO.

¿ Que no me conocéis ? ¡ Grande fiera !  
Mas ¿ cuándo no fué ingrata la belleza ?  
( Llévanlos . )

MÍNOS.

Marche el campo á la corte dese modo ,  
Siendo todo trofeos , triunfo todo . —  
Hijas , adios , pues ya de aquesta quinta ,  
Que bosqueja el abril y el mayo piuta ,  
Nunca habeis de salir , que mi cuidado ,  
Aunque sea tarde , en mí me ha escar-

[mentado. ( Vase Mínos. )

LIDORO.

¡ Ay Ariadna hermosa !  
¿ Cuándo será mi suerte mas dichosa ?

ARIADNA.

Tarde , y mas hoy , si creco  
Que voy dando lugar á otro deseo .

LIDORO.

Pues si no fué mi amor merecimiento ,  
Por Dios , que lo ha de ser mi atrevi-  
[miento ;  
Que estoy del todo ya desesperado ,  
A morir ó vencer determinado . ( Vase . )

ARIADNA.

Flora , á Dédalo di , que hasta que haya  
Habládome , á la corte no se vaya .

FEDRA.

¿ Qué género de tormento...

ARIADNA.

¿ Qué linaje de dolor...

FEDRA.

¿ Qué hábito de temor...

ARIADNA.

¿ Qué especie de sentimiento...

FEDRA.

Es esta ¡ cielo ! que siento ?

ARIADNA.

Es la que lloro ofendida ?

FEDRA.

Batalla tan atrevida...

ARIADNA.

Confusion tan encantada...

FEDRA.

¿ Es estar enamorado ?

ARIADNA.

¿ O es estar agradecida ?

FEDRA.

Darle una vida quisiera  
Por la vida que él me dió ;  
Pero no me atrevo yo  
A pagar desta manera :  
Si bien , aunque él no me diera  
Vida , al verme así rendida ,  
Viviera al dolor vencida .  
De dos afectos cercada ,  
¿ Es estar enamorada ,  
Ó es estar agradecida ?

ARIADNA.

Mas ¡ ay de mí ! que aunque yo  
Su vida procuraré ,  
Y con ella pagaré  
La que él entonces me dio ,  
No estoy satisfecha , no ,  
De que no le debo nada .  
Verme entonces obligada



Y ahora reconocida,  
¿Es estar agradecida,  
O es estar enamorada?

FEDRA.

Sentir tanto su tormento...

ARIADNA.

Llorar tanto su dolor...

FEDRA.

Gran parte tiene de amor.

ARIADNA.

Mas es que agradecimiento.

FEDRA.

En vano ayudarle intento.

ARIADNA.

Yo he de ayudarle atrevida.

FEDRA.

Temer yo tan alligida...

ARIADNA.

Estar yo tan alentada...

LAS DOS.

¿Es estar enamorada,  
O es estar agradecida?

ARIADNA.

¡Fedra!

FEDRA.

¡Ariadna!

ARIADNA.

¿Qué pena

Suspende así tu fortuna?

FEDRA.

Yo no tengo pena alguna.  
(¡Pluguiera á amor!) Tú que ajena  
De placer, de pesar llena  
Estás, qué tienes, me di.

ARIADNA.

No hay tristeza alguna en mí.

FEDRA.

¡Ay, Ariadna! ¿qué importó  
Decir la lengua que no,  
Si dice al alma que sí?

(Vase.)

Sale DÉDALO.

DÉDALO.

Que me llamas, dijo Flora.  
¿Hay en que te sirva?

ARIADNA.

Si;

Hoy he de fiar de tí  
Mi vida y alma.

DÉDALO.

Señora,

Mucho encargarme recelo  
De las dos, que tan sagrado  
Don, quiere todo el agrado  
De Júpiter en el cielo.

ARIADNA.

¿Estamos solos?

DÉDALO.

Aquí

Sola y apartada estás.

ARIADNA.

Hoy, Dédalos amigo, harás  
Una fineza por mí.

DÉDALO.

Tu esclavo soy.

ARIADNA.

Mi tristeza,

Mi pena y melancolía  
Nace de ver cada día

Con cuánta costa y fiereza  
Ese monstruo (¡ay de mí triste!)  
Se conserva y se alimenta  
En esa cárcel sangrienta  
Que con tanto ingenio hiciste.  
Días ha que he deseado  
Sacar desta obligacion  
O tirana sujecion  
Al mundo, y hoy me ha obligado  
Con mas piedad ver á esos  
Presos, que con tal rigor  
Van á sus manos; mayor-  
Mente, que entre aquellos presos  
Uno, que hablar ha querido,  
Y aun hablar no le han dejado,  
A mas piedad me ha obligado,  
A mas lástima movido...  
Porque la vida le debo...  
No importa decirlo, no,  
Que en vano en un punto yo  
Me acobardo ni me atrevo.  
Hoy de la torre salí,  
Hoy á ese arroyo bajé,  
Con un bruto peligré,  
Y dél amparada fui.  
No alcanzo de qué manera  
Preso está, y pues me libró  
De una fiera, es bien que yo  
A él le libre de otra fiera.

DÉDALO.

Aunque tu justa esperanza  
Que es peligrosa sospecho,  
Hoy no en vano has de haber hecho  
De mí tan gran confianza.  
Difíciloso será  
Librarle; mas un famoso  
Valor lo difíciloso  
Ha de emprender.

ARIADNA.

Claro está.

DÉDALO.

Yo no le podré excusar  
Ya del laberinto en que  
Ha de entrar; pero diré  
Cómo se podrá librar.  
Dándole la contraeifra  
Dese caos oseuro y ciego;  
Y si yo á descubrir llevo  
Cómo esa enigma, esa eifra  
Se descata, bien podrá  
Salir despues, aunque entre  
Ahora, como no encuentre  
Con la fiera; pues si da  
Con él, es fuerza matarle  
Primero que salga.

ARIADNA.

Quien

Da un favor, quien hace un bien,  
Ha de hacerle y ha de darle  
Del todo: él no ha de morir,  
Ni eso se ha de aventurar.

DÉDALO.

Tambien le supiera dar  
Veneno, con que rendir  
Pudiera ese monstruo, á efeto  
De servirte; pero el ver...

ARIADNA.

No temas; que aunque mujer,  
Yo sabré tener secreto:  
Esto se ha de hacer por mí.  
Viva este extranjero, y muera  
Ese escándalo, esa fiera.

DÉDALO.

¿Qué habrá que no haga por tí,  
Quien mas servirte desea?  
Yo instrumentos le daré,  
Y venenos, para que  
El grande afecto se vea

De servirte: pues que ya  
Tú te has fiado de mí,  
Y yo el favor te ofrecí,  
Nada recelo me da.  
Pues enando se sepa, y cuando  
El Rey me quiera prender,  
Alas me sabré poner  
Para escaparme volando  
Por esas etéreas salas,  
Y huyendo de su castigo,  
Llevarme á Icaro conmigo,  
Si él usa bien de las alas.

(Vase.)

ARIADNA.

Pues que yo tan atrevida  
De darte la vida trato,  
Huésped, no me seas ingrato,  
Que me costarás la vida.

(Vase.)

Salen TESEO y PANTUFLO.

PANTUFLO.

Al fin, ya estamos, señor,  
En esta pequeña cárcel,  
Cocina del Minotauro,  
Esperando por instantes  
Que, para vianda suya,  
O nos cuezan ó nos asen,  
O nos frian ó nos tuesten,  
Nos perdiguen, nos empauen,  
Nos hagan albondiguillas  
En gigote ó pepianes;  
Pues para todo guisado  
Ya está mauida la carne.

TESEO.

¿Ves, Pantuflo, tan terrible,  
Tan duro, tan fuerte trance?

PANTUFLO.

Pues ¡y cómo que le veo!  
Y le viera aunque cegase.

TESEO.

Pues no siento tanto, no,  
Aquella traicion notable  
Con que á los dos nos prendieron,  
Ni haber de entrar en la grave  
Fábrica del laberinto  
Dónde esa fiera me mate,  
Como ver la ingratitud  
De aquellas raras beldades,  
Que despues desconocieron  
A quien las dió vida ántes.

PANTUFLO.

¿Qué mujer no da ese pago  
A quien mas servirle trate?

TESEO.

Y si apuro mas mi pena,  
No siento que me negasen  
Esta obligacion las dos,  
Sino la una sola. Baste  
Que esto digan mis desdichas.

PANTUFLO.

¿Qué tiene (así Dios te guarde)  
Mas la una que la otra?

TESEO.

Hay un género de males  
Dónde no se siente el mal,  
Sino el dueño que le hace.  
La ingratitud de la una  
Que es la que yo miré ántes,  
Y la que me dió al mirarla  
Veneno entre los cristales,  
Siento solo.

PANTUFLO.

¿Que te acuerdes  
Ahora de esos disparates?  
Que no sabré yo decir,  
Cómo se llamó mi padre;  
Qué señas tenía una inoza,

Que queriéndome de balde,  
En su compañía me dió  
Los graciosos y galanes;  
A quién le di unos dineros  
Un día que me guardase,  
Ni quién me dió un bofetón,  
Que guardase yo. Mas ¡tate!

TESEO

¿Qué tienes?

PANTUFLO.

Estoy con piedra,  
Pues que siento que me abren.

*Salen DÉDALO y LIBIO, habiendo antes  
hablado dentro.*

DÉDALO.

Abrid aquesta prision.

LIBIO.

¿A qué fin, Dédaló, entraste  
En esta prision?

DÉDALO.

Ahora

Un soldado fué á avisarme  
De que esta cárcel está  
Minada por una parte,  
Y vengo á reconocerla,  
Pues que está á mi cargo, sahes,  
El repararla.

LIBIO.

Aquí están

Dos, que mandó estar aparte  
Lidoro.

DÉDALO.

(Ap. Y los que yo busco.)  
Mientras mi cuidado trate  
De mirar este aposento,  
Ten abierto el de adelante. (Vase Libio.)

TESEO.

Sin duda que por nosotros  
Vienen ya.

PANTUFLO.

¡Lindo potaje,  
Guisados los dos, haremos  
De garbanzos racionales!

DÉDALO.

Caballero, cierta dama,  
Que siente vuestros pesares,  
Aqueste ovillo os envía  
De hilo. (Dale un ovillo de hilo de oro.)

PANTUFLO.

¿Para que devane?

La Parca es, pues nos regala  
Con hilado.

DÉDALO.

Con atarle

A una pua de la puerta  
Cuando en ese caos entrareis,  
Volviéndole á recoger,  
Será la salida fácil.  
Y por si antes que salgais  
Al Minotauro encontrareis,  
Con estos polvos, que vais

(Dale una caja.)

Derramando á todas partes,  
Perderá el sentido. Luego  
Con este acero matadle;

(Dale un punal.)

Que ya no os verán las armas.  
Pues os las quitaron antes.  
Con esto dice que os paga  
La vida que la guardasteis;  
Que calleis, y adios, pues no  
Es bien que este sepa nadie.

TESEO.

No sé cómo responderos;  
Que como felicidades

Nunca traté, nunca supe  
Hablarlas en su lenguaje.

DÉDALO.

Disimulad, porque vuelve  
La guarda.

TESEO.

¿Hay dicha mas grande?

PANTUFLO.

¿No lo dije yo? ¡Ah mujeres,  
Y qué lindos animales!  
¡Oh cómo saben pagar!  
¡Oh cómo agradecer saben!  
¡Apolo las lleve á todas,  
Júpiter á todas guarde!

TESEO.

¡Oh si fuese este favor  
De aquella!...

PANTUFLO.

En eso no hables.  
Mas que sea de la otra.

Sale LIBIO.

LIBIO.

¿Tanto te detienes? ¿qué haces?

DÉDALO.

Ya he visto en este aposento  
Todo lo que es importante. (Vase.)

LIBIO.

Cuando este fuera el del riesgo,  
De remediar era fácil.

PANTUFLO.

¿Y por qué?

LIBIO.

Porque vosotros  
Sois los que esta propia tarde  
He de echar al laberinto.

PANTUFLO.

¡Miren, si un poco tardase  
La señora!

LIBIO.

Venid pues,  
Extranjeros miserables.

TESEO.

Obedezcamos al hado,  
Pantuflo.

PANTUFLO.

En el mundo nadie  
Es señor tan bien servido  
Como él: nada hay que mande  
Que no le obedezcan todos.

LIBIO.

Esta puerta que mirasteis,  
La puerta es deste sepulcro  
De vivos.

TESEO.

¿Qué horror tan grande!

LIBIO.

Entrad pues por ella.

PANTUFLO.

¿No

Me dirá (así Dios le guarde),  
Señor guarda-Minotauro,  
Qué le importa á usasted darme  
Tanta prisa?

LIBIO.

Está bramando  
El Minotauro de hambre.

PANTUFLO.

Pues ¿y qué le importa á usted  
Que brame el otro ó no brame?

LIBIO.

Entra ya.

PANTUFLO.

Yo soy criado:  
Mi amo ha de pasar delante.

TESEO.

Recibe, tumba funesta,  
Aqueste vivo cadáver. (Vase.)

LIBIO.

Ya entró.

PANTUFLO.

Yo no acierto á entrar.

LIBIO.

Pues ¿qué duda?

PANTUFLO.

¿Ahora sabe  
Que se hacen muy mal las cosas  
Cuando sin gusto se hacen? (Vase.)

LIBIO.

¡Infelices de vosotros,  
Que, en fortuna semejante,  
A nunca mas ver la luz  
Por ese sepulcro entrasteis,  
Y felice yo, pues ya  
Aseguré en esta parte  
La falta de los que huyeron!  
Echo á la puerta la llave. (Vase.)

*Vuelven á salir á oscuras TESEO y PANTUFLO, siguiéndose por el hilo de oro.*

TESEO.

¿Hay abismo mas confuso?

PANTUFLO.

Mucho temo...

TESEO.

¿Qué?

PANTUFLO.

Quedarme

Aquí, donde mis suspiros  
Pueblan estas soledades.

TESEO.

La lóbrega noche aquí  
Pavorosamente yace.

PANTUFLO.

¿Crérasme que tengo miedo?

TESEO.

El ánimo mas constante  
Temiera en la confusion  
De espectáculo tan grande.

PANTUFLO.

Angostas las calles son.

TESEO.

Son ataudes las calles,  
Angostas y de madera.

PANTUFLO.

Oyes, señor, no te apartes.

TESEO.

¿Qué temes?

PANTUFLO.

Que no me pierdas,  
Y el Minotauro me halle.

TESEO.

En sintiendo sus pisadas,  
Este veneno he de echarle.

PANTUFLO.

He aquí, señor, que es muy duro  
De estómago, y no le hace  
Operacion esa purga;  
¿Qué habemos de hacer?

TESEO.

Matarle

Con este puñal.



PANTUFLO.

He aquí  
Que no le matan puñales.

TESEO.

Dejarnos matar dél.

PANTUFLO.

No es  
Buen remedio; pero es fácil.  
¡Ay!

TESEO.

¿Qué es eso?  
(Con el espantopierde el hilo Pantuflo.)

PANTUFLO.

He tropezado

No sé en qué.

TESEO.

Nada te espante :  
Huesos de difuntos son  
Cuantos pisas; que estas calles  
Gementeros pavorosos  
Son de uno y otro cadáver.

PANTUFLO.

¿Y que no me espante dices?  
¿Pues cuándo, di, he de espantarme,  
Si ahora no?

TESEO.

Ven tras mí. (Entrase Teseo.)

PANTUFLO.

Ya lo procuro, aunque en balde;  
Porque no estoy por ahora  
Para ir atrás ni adelante.  
El hilo con el espanto  
Perdí: no sé si he de hallarle;  
Que una vez perdido el hilo  
De la dicha, no es muy fácil  
De hallar despues. — ¡Ah, señor!  
Por Júpiter, que me hables,  
Por Apolo, que me escuches.  
Ya, si estas son burlas, basten  
Hilo pido, no me des  
Cordelejo. ¡Ay! ¡que me asen!  
¡Por el supremo dios Momo,  
Que no me responde nadie!  
Aquestos señores muertos,  
Muertos muy desconvensables  
Son. ¡Tanto en decir hicieran  
Por dónde se va á la calle  
Siquiera? Mas, ¡santos cielos!  
¿Bramiditos... y acercarse?  
¿Mas que del banquete de hoy  
Vengo yo á servirlos antes?  
Mas luego, para los postres,  
Mas que el veneno no masque.  
¡Ay! que siento unas pisadas  
Que temblar la tierra hacen.  
Si por estar esto oscuro,  
Por el olor ha de hallarme,  
Aunque sea romo, hartó olor  
Dejo para que me saque.  
¡Ay! ¡que se anda el laberinto  
Hacia... como que se cae!  
¡Qué gran ruido!

Dentro TESEO.

TESEO.

¡Favor, dioses,  
En tau afligido trance!

PANTUFLO.

Esta es la voz de Teseo.

TESEO.

¡Piedad, supremas deidades!

PANTUFLO.

¡Que sean tan descorteses  
Estos muertos, que no saquen

Una luz, oyendo ruido  
En la vecindad! Mal hacen.

TESEO.

Venci el horror, el prodigio  
Mayor del mundo, y mas grave.

Sale TESEO, ensangrentado.

PANTUFLO.

Esto es hecho: pisaditas  
Mayores que las de antes  
Hacia mí siento: sin duda  
Que viene, para pescarme,  
Pisando quedo.

TESEO.

¿Quién es?

PANTUFLO.

Morí sin decir: Dios valme. —  
Señor Minotauro, un plato,  
Que hoy se le sirve hambre:  
No le pruebe, que cchará  
Las entrañas al probarle,  
Que no huele bien.

TESEO.

¡Pantuflo!

PANTUFLO.

¿Quién es?

TESEO.

Quien del mas notable  
Monstruo triunfó, atropellando  
Extrañas dificultades.  
Sentí el ruido, eché el veneno,  
Y volviendo á retirarme,  
Sentí que se detenía,  
Y que entorpeciendo el aire  
Que aquí está preso tambien.  
Pues que ni entra ni sale,  
A bramidos se quejaba  
Con ménos fuerza que antes.  
Aleanzóme, y yo teniendo  
Aqueste puñal delante,  
Se hirió en él; volvió hacia atrás.  
Yo entonces mas arrogante  
Embestí con él; á brazos  
Venimos, y en tantas partes  
Le herí, que él muerto quedó,  
Y yo bañado en su sangre.  
El hilo voy recogiendo  
Para que de aquí nos saque.

PANTUFLO.

Si aquí me dejaste, aquí  
Era fuerza que me hallases.

TESEO.

Sígueme, pues, ven conmigo.

PANTUFLO.

Ya no admire, ya no espante  
Ver que por una maroma  
Varios volatines anden;  
Pues andamos por un hilo  
Nosotros, y sin quebrarle.

TESEO.

Esta es la puerta: verás  
Cómo á mis golpes se abre,  
Aunque sus láminas fueran  
De pórfido ú de diamante.

Entranse: sale LIBIO, y vuelven TESEO  
y PANTUFLO á salir por otra puerta.

LIBIO.

¿Qué es esto? ¿quién esta puerta  
Osa derribar?

TESEO.

Quien sale.

Del oscuro laberinto  
Hoy victorioso y triunfante

PANTUFLO.

Triunfante yo, y victorioso,  
Salgo tambien.

LIBIO.

¡Traicion grande!  
¿Armas aquí? ¡Ah de las guardas!

TESEO.

Antes que tu voz las llame...

LIBIO.

¡Traicion en el laberinto!

TESEO.

Te faltará la voz.

PANTUFLO.

Dale,

Que en estando muerto, yo  
Le daré tambien.

LIBIO.

¡Ah infame!

Voces dentro.

¡Traicion!

(Dándole de puñaladas Teseo, se en-  
tran todos.)

TESEO. (Dentro.)

Gente viene, vamos  
Donde el monte nos ampare.

PANTUFLO. (Dentro.)

¿Na parece que hemos muerto  
Alguna cosa importante?

Salen ARIADNA y FLORA.

ARIADNA.

Huyendo de Fedra hermosa,  
Me vengo á esta soledad,  
Por dar á mi voluntad  
Esfera mas anchurosa;  
Que porque á solas me deje  
Llorar, padecer, sentir,  
Quise á este campo salir,  
Adonde á solas me queje.  
¿En qué habrá, Flora, para lo  
Ó qué efecto habrá tenido  
El favor que mi sentido  
A la prison ha enviado  
A aquel infeliz? ¿Si habrá  
Sido despojo sangriento  
De aqueste monstruo violento?  
¿O si habrá logrado ya  
El socorro mio? Que yo,  
Llena de asombro y de miedo,  
Dudar solamente puedo;  
Mas saberlo, Flora, no.

FLORA.

Extraño es tu sentimiento,  
Pues que no te da lugar  
De vivir.

ARIADNA.

¿Cuándo un pesar  
Aflige ménos violento?

FLORA.

¿Podrá divertirse, di,  
Hoy alguna cosa?

ARIADNA.

No.

FLORA.

¿Quieres que algo cante yo?

ARIADNA.

Como sea triste, si:  
Eso solo mi extrañeza  
Divierte: pues la armonía,  
Como al alegre alegría,  
Así da al triste tristeza.  
(Canta Flora, y quédase Ariadna dormida.)

FLORA.

*Solo á un olvido mortal  
Está mi amor de por medio;  
Y siendo el remedio tal,  
Que ha de matarme el remedio,  
Mas quiero morir del mal.  
Parece que se ha dormido.  
Sola aquesta pasión fuerte,  
Como imagen de lo muerte,  
Sus tristezas ha vencido.  
Sola la quiero dejar:  
Durmiendo alivie su queja;  
Pues solo durmiendo deja  
El pesar de ser pesar.*

*Salen LIDORO y SOLDADOS.*

LIDORO.

Amigos, pues ya mi amor  
Llegó á su extremo, y pues corre  
Tan deshecha mi fortuna,  
Hoy la violencia la logre.  
Ese caballo, despojo  
De aquel infelice hombre,  
Que el hado trajo arrastrando  
A tan miserables prisiones.  
Me ha de valer; pues fiado  
En sus alientos veloces,  
Me he de atrever á romper  
El coto de aquesta torre,  
Y el respeto á la hermosura  
De Ariadna bella. Donde  
No puede el amor, consiga  
La osadía los favores. —  
¡Cielos! Ariadna es esta,  
Que duerme dando lecciones  
A la primavera hermosa  
De cómo han de ser las flores.  
Hoy ha de ser mía. — Avudame  
A que en mis brazos la robe;  
Y que ninguno me siga  
Vuestros aceros estorben,  
En tanto que yo con ella  
En ese Belerofonte  
Veloz me esconda, pasando  
A extrañas jurisdicciones.

*Uno.*

Contigo venimos, y hemos  
De vivir siempre á tu orden.

*(Vanse los soldados.)*

LIDORO.

Yo llego, hermosa Ariadna:  
Tu respeto me perdona.

ARIADNA.

¡Ay de mí! ¿qué es esto?

LIDORO.

Es

Un traidor afecto noble;  
Que son nobles los afectos  
De amor, cuando son traidores.

ARIADNA.

¡Hola! ¿Qué es esto? ¿No hay  
Nadie? ¿ninguno me oye?

LIDORO.

No, que suspendido el viento,  
Aun en casa no responde.

ARIADNA.

¡Traidor! ¿cómo lo sagrado  
De aquestas paredes rompes?

LIDORO.

Amor es dios, y no teme  
Que lo sagrado le estorbe.  
Dél te he de sacar huyendo  
A mas remotas regiones,  
Y hacer que agravios consigan  
Lo que no pueden favores.

*(Llegándose á Ariadna, ella le saca la  
espada de la cinta.)*

ARIADNA.

Primero con este acero  
Te he de dar la muerte.

*Uno dentro.*

Rompe

Su pecho al traidor, que así  
Del Rey á la ley se opone.

LIDORO.

¡Ay de mí! conmigo hablan.

ARIADNA.

La fortuna me socorre.

*Otro dentro.*

No se escape sin castigo.

LIDORO.

A mí me han buscado.

TESEO. *(Dentro.)*

Corre,

Hasta que amparo nos dé  
Lo intrinseco deste monte.

PANTUFLO.

No puedo ya correr mas.

LIDORO.

Vanos fueron mis temores;  
Que con otro hablaron.

ARIADNA.

Mira

Que se atreven tus traiciones  
A mucho.

LIDORO.

¿Ya de mis brazos

Quién te ha de librar?

*Sale TESEO y PANTUFLO, como cayendo.*

TESEO.

¡Los dioses

Me valgan!

LIDORO.

¿Qué es esto?

TESEO.

Es

Un infeliz que se acoge  
Donde le amparen. — ¡Qué veo!

ARIADNA.

¡Qué miro!

LIDORO.

¿No dirás dónde

Te maten? ¿Cómo, traidor,  
La prision que te di, rompes?

TESEO.

Como vengo á darte muerte  
Donde quiera que te tope.

PANTUFLO.

¿Dónde iré yo que no halle  
Siempre peligros mayores?

TESEO.

Muere manchando la yerba  
Con tu vil púrpura inmorte.

*(Dale Teseo de puñaladas, y cae dentro.)*

LIDORO.

¡Ay de mí! que me has hallado  
Sin armas.

PANTUFLO.

Siempre así tope

Yo á quien haya de matar.

ARIADNA.

¿Qué notables confusiones!  
¿Cómo?... Aquí la voz me falta.

Sale FEDRA.

FEDRA.

¿Qué ruido este? ¿qué voces,  
Ariadna? ¿Extraño asombro!  
¿Fui en este jardín (¡qué horrores!)  
Con un hombre hablando estás,  
Y muerto (¡ay de mí!) otro hombre?  
¿Qué ha sido aquesto?

TESEO.

Dar muerte

A ese abismo de traiciones.

FEDRA.

¿Quién eres?

TESEO.

¿Cómo, señora,

¿Tan presto me desconoces?  
Yo soy aquel que di vida  
A las dos en este bosque,  
Y á quien una de las dos  
Se la ha dado; y mi honor noble,  
Si reconoce la deuda,  
Al dueño no reconoce.  
Muerto ya en el laberinto  
Dejo aquel bruto disforme,  
Huyendo venia á ampararme  
De los ministros feroces  
Que me siguieron, y aquí  
Me arrojé sin saber dónde.  
Ya que sabéis que yo vivo,  
Y que mis altos blasones  
Antes y despues os pagan  
Las dichas y los favores,  
Quedad con Dios, pues el cielo  
Ha querido que yo cobre  
Aqueste caballo mío,  
En cuyas alas veloces  
Podré huir seguramente.

ARIADNA.

Pues sin otras suspensiones,  
No te detengas.

FEDRA.

Canina.

ARIADNA.

Huye.

FEDRA.

Escapa.

ARIADNA.

Vuela.

FEDRA.

Corre.

Sale FLORA.

FLORA.

Señoras, de vuestro padre  
No esperéis mas los rigores;  
Que preso bédalo, sabe  
Que una envió á las prisiones  
Favor á Teseo, y á entrambas  
Amenazan sus rigores.

TESEO.

Ya yo no me puedo ir.

PANTUFLO.

Yo sí.

TESEO

Tú el caballo coge. *(A Pantuflo)*

FEDRA.

Señor, ampara mi vida.

ARIADNA.

Señor, mi vida socorre.

TESEO.

Si os quiero llevar conmigo,  
No es posible que lo logre.  
Pues han de alcanzarme luego  
Huyendo con dos prisiones.



Tomad las dos ese bruto,  
Que ya mi criado coge :  
Huid en él, mientras que a mí  
Me dan muerte mis blasones.

ARIADNA.

Eso es morir todos tres,  
Sin que á ninguno perdone  
El rigor ; pues tú te quedas  
A morir sin dilaciones,  
Y nosotras á morir  
Vamos también ; que pasiones  
Arrastradas de un caballo,  
¿ En qué poder será dócil ?

TESEO.

Pues no perezamos todos :  
Lo que pueden mis acciones  
Es llevar una.

FEDRA.

Pues tú  
La que has de librar escoge.

TESEO.

Si ello es fuerza el escoger,  
Y no está en manos de un hombre  
El querer ni el olvidar.  
Tu hermosura me perdona ;  
Que esto es fuerza, no elección.  
Ven conmigo.

(Toma á Fedra la mano.)

ARIADNA.

¿ Escucha, oye !

Yo fui la que te envié  
A Dédalos á las prisiones.  
Por mí vives ; yo te di  
La vida ; la mía socorre.

TESEO.

Dices bien : primero son  
Precisas obligaciones,  
Que las pasiones del gusto :  
Librarte mi honor dispone.

(Toma á Ariadna, y deja á Fedra.)

FEDRA.

¿ Y es justo que á mí me dejes  
En el riesgo que conoces ?  
Si, aunque me adoras, me pierdes,  
¿ De qué sirve que me adores ?

TESEO.

Tú también has dicho bien.  
¿ Quién lo que ama no socorre ?

ARIADNA.

Ese es gusto, y este honor,  
Y podrá vivir un hombre  
Bien en el mundo, sin ser  
Amante ; no sin ser noble.

FEDRA.

Nobleza es aventurar  
Trofeos, falias y honores  
Por su dama, porque amando  
No hay yerro que no se dore.

ARIADNA.

Eso es dejarse vencer  
Un hombre de sus pasiones ;  
Estotro vencerlas. Mira  
¿ Cuál trae aplausos mayores,  
Ser vencido ó vencedor !

FEDRA.

Di, ¿ qué piensas ?

ARIADNA.

¿ Qué respondes ?

FEDRA.

¿ Tú me quieres ?

ARIADNA.

Yo te quiero.

FEDRA.

¿ Cual eliges ?

ARIADNA.

¿ Cual escoges ?

FEDRA.

¿ Ser amante ?

ARIADNA.

¿ Ser honrado ?

TESEO.

¿ Qué dudo ? que aunque me noten  
De ingrato, he de ser amante.  
Todo el pundonor perdona ;  
Que las pasiones de amor  
Son soberanas pasiones.  
Acúsenme los atentos ;  
Que á mí me basta que tomen  
Mi disculpa los que, amando,  
Dejan sus obligaciones.

(Vase, y llévase á Fedra.)

ARIADNA.

¡ Ay de mí ! No siento, no,  
Ver que ingrato correspondes  
A mis finezas, porque  
Las olvidas ó las borres ;  
Sino porque entre tus brazos  
Con tanto gusto recoges  
A esa liera, á esa enemiga ;  
Que mas siento en tus baldones  
Mis celos que mis agravios ;  
Pero ¿ qué agravios mayores ?

Ya abatidos los ijares  
Del veloz bruto á los golpes,  
Corre pensando que vuela,  
Vuela pensando que corre.  
¡ Oh quién fuera tigre osado,  
Que las bueltas que conoce,  
Sigue sin que sus desdichas  
Le embaracen ni le estorben !  
Aun de verle así me huelgo.  
Mas miento ; que otros favores  
Gozando verle me pesa ;

Y á entrambas luces conformes.  
Por hacerme este pesar  
Y aqueso gusto, los robles  
Unas veces me le enseñan,  
Y otras veces me le esconden.  
¡ Oh ! á los dioses ruego, bruto,  
Que con plantas tan veloces  
Te vas alejando, que

Con algun peñasco choques  
Desbocado, y que perdiendo  
El atributo de noble,

Quede en tí mas poderoso  
El resabio, que lo dócil.

Ni el freno obedecezas, ni

La espuela sientas inmóvil,

Ni aquella al tacto te avise,

Ni al tacto esotra te informe ;

Sino que sin ley te rijas,

Te despeñes y desboques.

Y á tí, ingrato, y á tí, alevé,

El mas traidor de los hombres.

Tu mismo bruto te arrastre

Antes que salga del bosque.

Aunque le llames, no pare.

Mas ¡ ay ! que estas maldiciones

Son contra mí ; pues ya estás

Mas lejos mientras mas corres.

A lo mas alto te suba

De la cumbre dese monte.

No lo digo porque allí

Te verá sin que lo estorben

Los troncos, sino porque

Desde allí al valle te arroje,

Donde con tanta luz sea

Desesperado Faetonte.

A la raya de los mares

Llegu desbocado, y sobre

Sus espumas bajel sea

Que á poco tiempo zozobre,

Yéndose á pique contigo ;

Y desde la quilla al tope

Hecho pedazos, te dé

Hoy monumento salobre.

Y cuando al mar y á la tierra

La yerba y la espuma cortes,

Si llegares á tomar

Puerto en extrañas regiones,

Nunca en brazos desahiera

Te mires, nunca los logres.

Si la quieres, te aborrezca ;

Si te quiere, la baldones ;

Con tus linczas la canses,

Y con las tuyas te enoje ;

Si tú la halagas, te olvide ;

Si ella te halaga, la arrojes

De tus brazos ; y al fin nunca

Os mireis los dos conformes.

En otros brazos la veas,

Contenta de otros amores.

Mas ¡ ay de mí ! ¿ para qué

Doy al cielo tristes voces,

Que perdidas en el viento,

Se gastan y no le rompen ?

Que tú no tienes la culpa

De lo que el hado dispone.

Si no mereci agradarte,

Y tú á tu amor correspondes.

¿ Qué culpa tienes ? No lleguen

Nunca á tí mis maldiciones.

Feliz corras, feliz pares ;

Hágante paso las flores ;

Hágante sombra las copas ;

Bien mandado á cualquier orden,

Ese bruto te obedezca,

El menor tiento le dome.

Y llegues, feliz amante.

Seguro á otro reino, donde

Ajeno rey te reciba ;

De espacio tus dichas goces,

Correspondido y amante

De una beldad con dos soles.

Sus finezas te diviertan,

Sus halagos te enamoren,

Y cuando tú la quisieres,

Tus pensamientos adore.

Los trofeos que de Marte

Consigas, galan Adónis,

A su regazo los rindas,

A su hermosura los postres,

Envidiando eternamente

Las tórtolas tus amores.

Pero ¿ qué digo ? Mintieron

Como alevos mis razones,

Como infames mis piedades,

Mis celos como traidores ;

Que no he de ser noble amante

Con quien no es amante noble.

Yo te seguiré, yo misma

Vengaré tus sinrazones.

Diréle á mi padre el Rey,

Que Fedra te dió favores,

Que te sigue y que se vengue.

Yo haré que las armas tome,

Y contra quien te amparare.

Fieras deste inculto monte,

Aves desos blandos aires,

Troneos dese verde bosque,

Ondas dese claro río,

Deste ameno jardín flores,

Luces desa azul esfera,

Estrellas dese alto móvil,

Espumas dese ancho mar,

Partes que haceis todo el orbe :

A la venganza os convido

De mis celos y rigores,

Para que escarmiento sean

Mis vengativos blasones

De las mujeres burladas,

Y de los ingratos hombres ! (Vase.)

FIN DE LA SEGUNDA JORNADA.

## JORNADA TERCERA.

*Representóla Sebastian de Prado en el teatro de en medio.*

## PERSONAS QUE HABLAN EN ELLA.

HÉRCULES.  
NESO.  
FLORO, príncipe.

ANFRISO.  
DANTEO.  
LICAS.

CLARIN.  
DEVANIRA.  
NARCISA.

CLORINDA  
NISE.  
LAURA.

CRÍADO 1.º  
CRÍADO 2.º

*Dentro voces, y salen huyendo DAN-  
TEO, ANFRISO, LICAS, NARCISA, LAURA,  
NISE, CLARIN Y CLORINDA; villanos,  
y tras ellos HÉRCULES.*

DANTEO.

Huye, Anfriso.

ANFRISO.

Huye, Clarin.

CLARIN.

Escóndete dél, Danteo.

CLORINDA.

Narcisa.

NARCISA.

Nise.

NISE.

Clorinda,

¡Huid todas!

NARCISA.

¡Santos ciclos!

Monstruos de á pié y de á caballo  
Hoy nos persiguen.

HÉRCULES.

Teneos,

Esperad, no huyais, amigos:

Mirad que no soy tan fiero

Monstruo como dice el traje:

Tan bruto, como os parezco:

Humano soy, hombre soy;

No vuestra muerte pretendo,

Sino mi vida.

DANTEO.

Alcanzónos.

CLARIN.

Destá vez quedamos muertos.

NARCISA.

Por verme sin ti, me pesa.

ANFRISO.

Por verme sin ti, me huelgo.

HÉRCULES.

Moradores del Oeta,

Monte que altivo y soberbio,

Es, empuñando la frente,

Verde columna del cielo:

Vecinos de las riberas

Dese cristalino Etnio.

Que lleva en vez de tributos

Batalla al salado imperio,

¡Deteneos, esperaos!

De paz hablaros intento;

Que la guerra que yo traigo,

Toda me cabe en el pecho:

No he de partirla con nadie,

Que yo para mí la quiero,

Porque soy en mis desdichas

La confusión de mí mismo.

No temáis ver mi semblante

Tan horrible; que yo creo

Que temeréis mas, á verme

El del alma por de dentro.

Escuchad, sabreis la causa

Con que á estas montañas vengo:  
Vereis que os pido piedades  
Cuando horrores os ofrezco.

CLARIN.

Su merced no desá suerte  
Nos pida que le escuchemos,  
Porque no somos nosotros,  
Gente tan vil, no por cierto,  
Que ha de hacer por cortesía  
Lo que pudiera por miedo.

NARCISA.

Pregunte lo que quisiere,  
Que á todo responderémos,  
Lo que sabemos es poco,  
Pero aun lo que no sabemos.

HÉRCULES.

Desde el Flegra, aquel robusto  
Peñasco que fué en un tiempo  
Campana de hombres y dioses,  
Cuando gigantes soberbios  
Intentaron escalar  
La majestad de los cielos,  
Siendo despues su edilecio  
Su caduco monumento:  
Al Oeta, ese gigante  
De hiedra, que á Atlante opuesto,  
Le ayuda en ausencia mia  
A sostener el gran peso  
De once globos: despechado,  
Altivo, cruel, resuelto,  
Desesperado y confuso,  
Con una demanda llevo.  
Decídmela, por vida vuestra,  
Si por dicha (mal empiezo),  
Si por desdicha (bien digo),  
Visteis por estos desiertos  
Veloz un Centauro, que  
De dos especies compuesto,  
El medio parece hombre,  
Y caballo el otro medio;  
Siendo así que no es mitad  
De uno y otro, pues dos cuerpos  
Son, aunque los juzgue uno  
El accion y el movimiento.  
Este pues (¡ay infelice!),  
Fiado en el bruto ligero,  
Trae una dama robada.  
¿Cómo pronunciarlo puedo,  
¡Ay de mí! sin que mi vida  
Salga deshecha en mi aliento?  
En busca suya he corrido  
Toda el Africa, teniendo  
Por cuanto término el sol  
Va delineando y midiendo  
Con el curso natural  
La edad de un círculo entero,  
Siempre de los dos noticias,  
Pero nunca avisos ciertos.  
Ayer unos labradores  
De aquestos vecinos pueblos,  
Que á lo intrincado del monte  
Entró con ella, dijeron.  
Y así hoy en alcance suyo  
Estas malezas penetro,

Estas selvas solicito,  
Estos peñascos inquiere  
Tronco á tronco, rama á rama,  
Piedra á piedra, y seno á seno.  
Decídmela si le habeis visto;  
Que en albricias os prometo  
Ricos dones... ¿Quién dió albricias  
Jamás de sus sentimientos?  
O si sabeis de los dos,  
Y callais, por los eternos  
Dioses, que aquesta montaña,  
Arrancada de su asiento,  
Sea hoy la tumba vuestra,  
O breves pedazos hechos,  
Seais átomos ociosos  
De la vanidad del viento;  
Porque si Hércules con dichas  
Fué horror, fué pascmo estupendo  
De los hombres y las fieras,  
¿Qué será Hércules con celos?

ANFRISO.

Señor Miércoles, si yo  
Algo supiera de aqueso,  
Por decirlo, lo dijera;  
Y aun no es poco, le prometo,  
Por el gusto de decirlo,  
No decirlo sin saberlo.  
Narcisa, que es tan curiosa,  
Que nada pasa en el pueblo  
Que ella no sepa, es quien vió,  
Poco habrá, á ese caballero,  
Y de espanto nos dió voces  
A todos nosotros.

HÉRCULES

¡Cielos,

Dadme luz de mis desdichas!  
Poco os pido, poco os ruego,  
Pues poca costa os tendrá  
Darme á mí lo que ya tengo. —  
¿Quién es Narcisa?

NISE.

Esta es.

HÉRCULES.

Dime, ¿qué has visto?

NARCISA.

Si puedo

Hablar, lo diré.

DANTEO.

¿De cuando

Acá dificultades tú eso,

Y hablar no puedes?

NARCISA.

Ahora,

Que á Hércules delante tengo.

CLARIN.

¿Quién un Hércules tuviera  
Con que ponerte silencio!

HÉRCULES.

Di pues villana.



NARCISA.

Señor,  
Yó estaba, si bien me acuerdo,  
A la falda dese monte,  
Cuando extraño ruido siento  
Entre las hojas y ramas.  
A ver quien le causa vuelvo  
Los ojos, y á ese Centauros  
Penetrar lo inculto veo  
De sus entrañas, llevando  
Entre sus brazos soberbios  
Una mujer.

HÉRCULES.

¡Calla, calla,  
Que con esa voz me has muerto!

NARCISA.

¿Pues por qué sabello quiere,  
Si ha de sentir el sabello?

HÉRCULES.

Porque son celos, y son  
Desa condicion los celos:  
Morir por saberlos ántes,  
Y despues por no saberlos.

NARCISA.

Pues yo, que ya el ántes dije  
Callaré el despues.

HÉRCULES.

No quiero  
Que lo calles, sino que  
Prosigas.

NARCISA.

No sé mas que esto,  
Porque quedé desmayada  
Con el espanto y el miedo.  
Pero á las voces que di,  
Llegó Danteo el primero:  
El te dirá lo demas.

HÉRCULES.

¿Quién es Danteo?

DANTEO.

Yo mesmo.

HÉRCULES.

¿Llegaste á este tiempo?

DANTEO.

Si,  
Que siempre llevo á mal tiempo.

HÉRCULES.

¿Y vistele al fin?

DANTEO.

Señor,  
Si es que la verdad le cuento,  
Yo quiero bien á Narcisa:  
Mire qué mal gusto tengo!  
En busca suya iba, cuando  
Oí sus voces, y al acento  
Dellas corrí, y llegué á punto.  
Si no ha de enfadarte esto,  
Diré lo demas.

HÉRCULES.

Prosigue.

DANTEO.

Que iba hácia el bosque corriendo  
Con una dama en los brazos;  
Y al aire el cabello suelto,  
Volaba ya, y no corría,  
El Pegaso pareciendo,  
Que era caballo con alas,  
Distinguiéndolas el viento  
En ser aquellas de pluma,  
Y ser estas de cabello.

HÉRCULES.

¡Maldigite el cielo, amen!

DANTEO.

¿Yo no te pedi primero  
Licencia para decillo?

HÉRCULES.

¿Ahora sabes que es necio  
Quien usa de las licencias  
Que le están mal á su dueño?  
Pero prosigue, prosigue:  
Apuremos el veneno  
De una vez. ¡Oh fuera tanto,  
Que me matara sediento!  
¿Por dónde fué? ¿Qué camino  
Tomó? ¿qué vereda?

DANTEO.

Eso

Clarín es el que lo sabe.

CLARÍN.

¿Yo?

LAURA.

Si señor; que él, al tiempo  
Que estábamos con Narcisa,  
Salía del monte huyendo.

HÉRCULES.

Di, ¿por dónde fué?

CLARÍN.

Señor,

Su merced escuche atento  
Por esa parte que Oeta  
Resiste constante el eño  
Del mar, volviendo deshechas  
Las olas, que sus cimientos  
Con pólvora de cristal  
Baten, burlando su estruendo  
Un embate y otro embate,  
Un encuentro y otro encuentro,  
Hay una intrincada selva,  
Que para en un bosque ameno,  
Donde desangrado brazo  
Del mar, neutral corre el Etmo  
Ya hácia abajo, y ya hácia arriba:  
Porque siempre obedeciendo  
Las crecientes y menguantes,  
Ni alcanzamos ni sabemos  
Cuál es su corriente, pues  
Corre, menguando y creciendo,  
Hacia abajo el medio día,  
Y hácia arriba el otro medio.  
A la márgen deste bosque,  
De varias resacas puesto,  
Paró el desboeado bruto,  
Móvil de un hermoso cielo,  
Nube de un ardiente rayo,  
Y esfera de un dulce fuego.  
Yo, cuando le vi venir,  
Entre unas hojas cubierto  
Estuve, mientras pasaba:  
Cuando él, reconociendo  
Antes el sitio, y despues  
Ocupándole, en lo ameno  
Dél puso á la hermosa dama,  
Que, sollozando y gimiendo,  
Le dijo aquestas razones:  
«¿Hasta cuándo, monstruo fiero,  
Has de tener por tarea  
Apurar mi sufrimiento,  
Si sabes que es imposible  
Que agradezca tus deseos,  
Y que en tu poder adoro  
Las memorias de otro dueño?»

HÉRCULES.

¡Buenas nuevas te dé Dios!  
Prosigue, di mucho deso.

CLARÍN.

«¿Si sabes que si me das  
Mil muertes con ese acero,  
Abriendo en mi pecho puertas,  
No ha de salir de mi pecho?

Si sabes que no ha bastado  
A mudarme todo el tiempo  
Que, cortes amante mío,  
Me has respetado, creyendo  
Que podrás con tal decoro  
Hacer favor del desprecio,  
¿Qué quieres de mí? ¡Al arbitrio  
Me deja de mi tormento!»  
Dijo, y apelando al llanto,  
Volvió á eclipsar dos luceros.  
Yo, que los vi divertidos,  
A ella llorando, á él sintiendo,  
Me vine; y así, señor,  
En este valle los dejo,  
Orillas dese cristal,  
Que fué dos veces su espejo,  
Pues medio mar, medio río,  
Es un Centauro de hielo.

HÉRCULES.

Extraño linaje es  
De ansia, de pena y tormento  
Este, que ofendido lloro,  
Este, que triste padezco.  
Hijos, villanos, de aquí:  
Huid, huid de mí fuego;  
Que basta un suspiro mío  
Para volver en incendio  
Este monte; porque el Etua,  
El Vesubio, el Mongibelo,  
Afeitados de la nieve,  
No ocultan, no guardan dentro  
De su vientre tanta llama.  
Como el volcan de mi pecho  
Respira con cada soplo,  
Aborta con cada aliento.

NISE.

Huyamos todos.

TODOS.

Huyamos.

HÉRCULES.

Detencos, deteneos,  
No os vais. Mas idos, que tú  
Solo...

(Vanse todos, y detiene Hércules á  
Clarín.)

CLARÍN.

¡Ay de mí! ¡yo soy muerto!

HÉRCULES.

Basta que quedés conmigo,  
Porque me guies al puesto  
Donde los dejaste.

CLARÍN.

¿Yo

Hube de ser, en efecto,  
El escogido y cogido  
Para aquese ministerio?

HÉRCULES.

Si; pues tú sabes adonde  
Están, ven presto, ven presto.

CLARÍN.

Yo iré, señor, bien á bien;  
No apriete, que aprieta recio.

HÉRCULES.

¡Viven los sagrados dioses,  
Cuantos contienen los cielos,  
Que si en ese inculto monte  
Hoy á mí enemigo encuentro,  
Que he de lograr la venganza  
Que piden mis sentimientos!  
Esta hecha de mi aljaba,  
Que tiene mortal veneno,  
Pues teñida está en la sangre  
De la hidra que yo he muerto,  
Cuya ponzoña convierte  
La sangre que toca en fuego,  
Será de aquesta venganza

El venenoso instrumento  
; Oh quieran los dioses todos  
Que consiga este trofeo  
Yo por mis manos; porqué  
No quedara satisfecho,  
Si, siendo el agravio mio,  
Fuera el desagravio ajeno,  
Siendo en Asia ó en Europa  
De Jason u de Teseo!

(Vanse.)

Vase HÉRCULES y CLARIN, y sale NESO,  
vestido de pieles, y DEYANIRA.

NESO.

Hermosa Deyanira,  
A quien el sol tan envidioso mira,  
Que con ansias, con penas, con desmayos  
Sacó á lucir ante tu luz sus rayos,  
; Hasta cuándo, hasta cuando tus porfías  
Han de vencer las presunciones mías?  
No soy monstruo tan fiero  
Como á tu amor le pareci primero;  
Que si por haber sido  
Tan osado, valiente y atrevido,  
Medio hombre, medio bruto me has juz-  
Ya estás desengañada [gado,  
De que fué presunción ciega y errada;  
Pues ves aqúeste bruto  
De los prados cobrar verde tributo,  
Que da la primavera por despojos,  
Y á mi postrado ante tus bellos ojos,  
Adonde referir mis penas quiero.  
Por acabarlás de una vez. Primero  
Que estuvieses casada  
Con Hércules, amada  
Fuiste de mí. Tú sabes  
Cuántos nobles deseos, cuántos graves  
Afectos me has debido...

Mas no sabes, que toda eres olvido.  
Casada te he adorado,  
Hasta que ya mi amor desesperado  
Te robó. En poder mio,  
Dueño has sido tambien de mi albedrío;  
Pues desde el primer día  
Que la violencia pudo hacerte mia,  
Viendo tu sentimiento,  
A robarte tambien el alma atento,  
Te di palabra (bien te la he cumplido)  
De adorarte rendido,  
Por ver si mi fineza  
Merecia un favor de tu belleza.  
Viendo que de las horas las porfías  
Cueñtan cabal el término á los días,  
De los días las tardes y mañanas  
Cabal cuentan la edad de las semanas.  
De las semanas varios intereses  
Cueñtan cabal la vida de los meses.  
Y que ya de los meses el engaño  
Cabal cuenta la errada luz de un año,  
De tu rigor cansado y ofendido,  
No quiero dar mis dichas á partido:  
Sino, pues ya no puedo  
Con halagos vencer, vencer con miedo:  
Pues tu rigor me fuerza,  
Que, cansado el respeto, de la fuerza  
Me aproveche. Si es mucha  
Esta temeridad, atiende, escucha.

Apénas el invierno helado y cano  
Este monte con nieblas desvanece,  
Cuando la primavera le florece,  
Y el que helado se vió, se mira ufano.  
Pasa la primavera, y el verano  
Los desprecios del sol sufre y padece;  
Llega alegre el otoño y enriquece  
El monte de verdor, de fruta el llano.  
Todo vive sujeto á la mudanza:  
De un día y otro día los engaños  
Cumplen un año, y este al otro alcanza  
Con esperanza sufre desengaños  
Un monte; que á faltarle la esperanza,  
Ya se rindiera al peso de los años.

DEYANIRA.

Bárbaro, monstruo fiero,  
Aun mas despues que imaginé primero;  
Que si medio caballo y hombre fueras,  
Media alma generosa al fin tuvieras;  
Si en tu poder robada  
He sido de tu furia respetada,  
El tiempo que conmigo,  
Huyendo del poder de tu enemigo  
Por varios horizontes,  
Han sido tu defensa incultos montes,  
A mi me lo he debido,  
Pues sabes que mi espíritu atrevido  
Dispuso (cosa es cierta)  
Primero que ofendida, verme muerta;  
A cuyo fin, con hechos inhumanos,  
Me diera yo la muerte con mis manos.  
Con mi aliento me ahogara,  
O al Etmo desde aquí me despeñara  
Varias diversas veces  
Hice á los montes y á los cielos jueces  
Beste despecho mio,  
Y hoy de nuevo te advierte mi albedrío.  
; Ves el monte que dices, ó el Atlante,  
Que atalaya del sol, al sol se atreve,  
Dando batalla en derretida nieve  
Al mar, que espera ménos arrogante?  
Pues ya sobre las nubes se levante,  
O ya se atreva al que sus ondas bebe,  
Comparado al honor, que á mi me mue-  
Ménos firme sera, ménos constante. [ve,  
La cuenta de las horas y los días,  
De semanas y meses los engaños,  
De los años y siglos las porfías,  
No te han de mejorar de desengaños;  
Porque no han de vencer las ansias mías  
Horas, días, semanas, meses y años.

NESO.

Pues arrastre mi tormento  
Tu ambicion, llegue en rigor  
A su término el amor,  
A su linea el sufrimiento.

DEYANIRA

En mi este puñal sangriento  
Verás, si ofenderme tratas.  
(Saca un puñal, y amenzase á sí misma)

NESO.

Hoy he de ver si rescatas,  
Siendo tú de ti homicida,  
Tu deshonra con tu vida,  
Si te rindes ó te matas;  
Porque en repetidos lazos  
Tengo de ver de una suerte,  
O entre mis brazos tu muerte,  
O mi vida entre tus brazos.

DEYANIRA.

Abrevia, leve. los plazos,  
No torpe y cobarde estés;  
Átrévete, llega pues,  
Verás, que ántes que ofendida  
Este, nie dé á mí una herida  
Cada paso que tú des.

NESO.

Temblando de verte estoy,  
Y una vez fiera, otra amante,  
Cuando pienso ir adelante  
Atras caminando voy.  
A cada paso que doy,  
Otra duda se concierta.  
Si tu muerte ha de ser cierta,  
Y cierta ha de ser mi muerte,  
Ten que mas quiero perderle  
Viva, que llorarte muerta.  
Deja las ansias esquivas,  
No hieras tu pecho, no;  
Que no importa morir yo,

A precio de que tú vivas.

No tu honor con sangre escribas;  
Quita del pecho el puñal;  
Que aunque es pedernal, y en tal  
Lance a verle herido llego  
Con acero, aun no da fuego  
Herido ese pedernal.

DEYANIRA.

Esta suerte me has de ver,  
Siempre que ofenderme trates.

NESO.

No te hieras, no te mates,  
Que yo volveré á tener  
Esperanza de vencer  
Con amor, con fuerza no.

Salen HÉRCULES y CLARIN

CLARIN.

En esta parte quedó.

DEYANIRA.

O tarde ó nunca podrás.

NESO.

Pues ¿quién fia que jamas  
Podré conseguirte?

HÉRCULES.

Yo.

NESO.

; Ay de mí!

DEYANIRA.

; Yo estoy perdida

HÉRCULES.

Que abortado desta suerte  
De la tierra, con tu muerte  
He de rescatar su vida.

NESO.

Aunque tu saña atrevida  
Dé á mi esfuerzo que temer,  
Mi vida he de defender.

HÉRCULES.

; Cómo podrás de mi ira?

NESO.

Abrazando á Deyanira:  
Ella mi escudo ha de ser.  
(Abraza á Deyanira, y pónela decante.)

DEYANIRA.

Resistirme puedo en vano;  
De mármol helado soy.

CLARIN.

; Buenos están los dos hoy!

NESO.

Y si aqueste puñal gano...

(Quítala el puñal.)

HÉRCULES.

; Qué es lo que intentas, traidor?

NESO.

En defensa hacer...

HÉRCULES.

; Qué horror!

NESO.

Yo de mi vida contigo,  
Lo mismo que ella conmigo  
En defensa de su honor.  
Cuando fuerza al arco des  
Para darme á mí la muerte,  
Que tengo de darla, advierte,  
Muerte á ella. ; Átrévete pues!

HÉRCULES.

Cobardes tengo los piés,  
Atadas las manos tengo;  
Pues si vengarme prevengo,



Librarla y matarte trato,  
Por su vida, ni te mato,  
Ni la libro, ni me vengo.

DEYANIRA.

¿Qué dudas, esposo mío,  
Si ves á quien te ofendió?  
¿Qué importa que muera yo?  
Tuyo es todo mi albedrío.  
Venga con valiente brio  
Tu agravio prudente y sabio.  
El pié, la mano y el labio  
Mueve: sé tú mi homicida,  
Pues importará mi vida  
Mucho ménos que tu agravio.  
Si á mi misma me mataba  
Yo, porque á ti te adoré,  
¿Qué importa que otro me dé  
La muerte que yo me daba?

HÉRCULES.

Esa es mi pena mas brava;  
Porque si tú altiva y fuerte  
A ti te-dabas la muerte  
Por mi honor, en tanto abismo,  
No te ha de matar lo mismo  
Que tengo que agradecerte.  
Porque si de tu valor  
Esa fué accion conocida,  
No ha de quitarte la vida  
Lo que me ha dado el honor.

DEYANIRA.

Pues ¿cómo tienes valor  
De verme en tantos desvelos  
En otros brazos?

HÉRCULES.

¡Ay ciclos!

¡Calla! que en tanto rigor  
Me olvidaré de tu amor,  
Si me acuerdo de mis celos.

NESO.

De darme muerte no trates:  
Flechado aquece arco, mira  
Que das muerte á Deyanira.

HÉRCULES.

No la hieras, no la mates.

DEYANIRA.

¿Que así tu ofensa dilates?

HÉRCULES.

Si, que en pena tan inmensa,  
Todo cuanto el rigor piensa,  
Lo deshace la piedad:  
Que hallo la seguridad  
Dentro de la misma ofensa. —  
Hijo de la Libia ardiente,  
Si como agravias, traidor,  
Acaso tienes valor  
Para sustentar valiente  
El agravio, libremente  
Deja esa mujer: testigo  
Haz al sol de que conmigo  
Lidiaste, á ver si me vengo  
Deste agravio.

NESO.

Yo no tengo  
De hacer batalla contigo.  
No el darme muerte procura,  
Dilatar mi vida intenta,  
Si no quieres ver sangrienta  
Esta infelice hermosura.

DEYANIRA.

Hércules, ¡en lid tan dura,  
Tu ofensa tú has permitido,  
Que yo hasta aquí he defendido!

HÉRCULES.

Eso mis alientos pára;  
Pues tu vida no guardara  
Si me hubieras ofendido.

*Dentro el príncipe FLORO y gente.*

FLORO.

Por acá.

LÍCAS.

Por acá.

CLARIN.

Mucha

Gente por el monte asoma.

HÉRCULES.

Para que mas se embaracen  
Mis dudas unas con otras.

FLORO.

Corre, Licas, que en el monte  
Hay una liera espantosa  
De las que yo busco.

DEYANIRA.

¿A qué

Se resuelven tus congojas?

HÉRCULES.

No sé, no sé, Deyanira;  
Porque en confusion dudosa,  
Tu honra guarda tu vida,  
Y es tu vida mi deshonra.

FLORO.

Ataja, ataja, no entren  
A ampararse de las rocas.

NESO.

En esta confusion quiero  
Irme acercando á las ondas.

DEYANIRA.

Esposo, señor, ¿qué aguardas?  
Qué dudas?

HÉRCULES.

Tu vida sola  
Acobardara mis flechas.

DEYANIRA.

Dispáralas, que no importa.

NESO.

¡Oh si pudiese cobrar  
El caballo, y á las olas  
Arrojarme dese río!

HÉRCULES.

Yo te seguiré, aunque corras  
Ya determinado al agua.

*Neso coge á Deyanira en brazos, y se  
entra, y al seguirlos Hércules, salen  
el príncipe FLORO, LÍCAS y CRIADOS.*

FLORO.

Detente, fiera espantosa.

HÉRCULES.

Si Deyanira no está  
En vuestros brazos, ¿qué importan  
Dardos ni flechas? Que yo  
Sabré deshacerlas todas.

CLARIN.

¡Vive Dios, que se va urdiendo  
Una linda carambola!

LÍCAS.

¡Hércules!

HÉRCULES.

Si.

FLORO.

¿Qué he escuchado?

LÍCAS

Licas á tus piés se arroja.

FLORO.

¿Tú eres, Hércules?

HÉRCULES.

No sé

Quién soy, porque en esta hora,  
Ajeno yo de mí mismo,  
Aun no sé si soy ni sombra.

FLORO.

Floro soy, de Africa infante,  
Que aquestas selvas unibrosas  
Discurro; á caza de fieras  
Ando; y esas pieles toscas  
Las señas equivocaron  
De hombre y fiera. ¿Qué te ahoga?  
¿Qué has menester? ¿qué te aflige?  
Aquí estoy, ¿qué te congoja?  
¿Qué es lo que tienes?

HÉRCULES.

Aquel

Monstruo, que al agua se arroja,  
Es mi enemigo, y aquella  
Mujer que en sus brazos roba,  
Sin culpa suya, es el dueño  
De mi pena rigurosa.

LÍCAS.

¡Ay de mí! que es Deyanira,  
Que fué un tiempo mi señora.

HÉRCULES.

La espalda vuelve á la tierra,  
Ulano por ver que logra  
Su fuga á los ojos míos.  
Mas aunque el mar le socorra,  
Aunque el Etmo le dé paso,  
Aunque el cielo se me oponga,  
Y aunque la hermosura pierda.  
Que mis aplausos estorba,  
Vea el cielo, el mar y el mundo,  
Que hoy me vengo, aunque sea á costa  
De mi amor. Aquesta flecha,  
Que de la hidra venenosa  
Está teñida en la sangre,  
Cometa de pluma y rosa,  
Le alcance, pues que no puede  
Alcanzarle mi persona.  
Bellísima Deyanira,  
Aquesta crueldad perdona:  
Harto dilaté tu muerte;  
Mas ya tu vida ¿qué importa?  
Ponzoña la flecha lleva:  
Iguales las armas nota,  
Bárbaro delfín, supuesto  
Que si en lid tan rigurosa  
Tú me mataste con celos,  
Yo te mato con ponzoña.  
(Tira adentro la flecha, y vase luego.)

NESO. (Dentro.)

¡Ay de mí!

DEYANIRA. (Dentro.)

¡Cielos piadosos,  
Dad favor á mis congojas!

LÍCAS.

Por las espaldas la flecha  
Pasó al monstruo.

FLORO.

Y ya en las ondas

El animado bajel,  
Que á imitacion generosa  
De la nave de Argos, iba  
Andando sobre las olas,  
Perdido el piloto suyo,  
A todas partes zozobra.

Uno.

Los verdinegros cristales  
Teñidos en la espumosa  
Sangre, sendas de carmin  
Dejan.

Otro.

Y los troncos y hojas  
De los corales, que nacen  
Blancos antes que les ponga  
Color el sol, aprovechaban  
La ocasión, y se la toman,  
Viendo que la azul campaña,  
Se hace ya campaña roja.

LÍCAS.

Con el natural instinto  
El bruto, al ver que se ahoga,  
Pone la vista en la tierra.

FLORO.

Animosamente boga,  
Siendo los remos los pies,  
Siendo la frente la proa,  
Vela el manto de la ninfa.  
Arbol Neso, el áncora popa,  
Buce el pecho, y el timón,  
Sobre la espuma, la cola.

CLARIN.

¡Oh quieran los dioses, que  
Tomen puerto sus congojas!

LÍCAS.

A socorrerla lleguemos,  
Por si á alguna parte aborda. (Vanse.)

*Sale NESO herido, con DEYANIRA en los brazos.*

NESO.

Hermosa mujer, no temas  
Que he de dejar que las ondas,  
Aunque son patria de Vénus,  
Hoy en su centro te escondan;  
Que, hasta volverte á la tierra,  
Se alentará mi congoja.  
Ya estás en ella, y en ella  
Muero alegre; pues que logra  
Mi muerte morir á vista  
De quien mi muerte ocasiona.  
La vida tu amor me cuesta;  
Y entre mi furia rabiosa,  
Solo que me debas quiero  
La última línea. Toma  
Esta túnica que visto.  
¡Vesla, que en mi sangre toda  
Bañada está? Pues en ella  
El mayor tesoro logras,  
Si Hércules, considerando  
Que eu mi poder tan á costa  
De sus celos has vivido,  
Te desdena ó te baldona,  
O te quisiere dar muerte,  
Haz que aquesta piel se ponga;  
Que la que no me sirvió  
A mí de defensa ahora,  
Te servirá de defensa  
A ti; pues en ella sola  
Está el hechizo con que  
Te adoré. (Ap. ¡Oh si mi penosa  
Fortuna, después de muerto,  
Me vengara! pues no ignoran  
Mis desdichas, que esta flecha  
Con la sangre venenosa  
De la hidra, dejará  
Avenenadas mis ropas.)  
En el punto que la vista,  
Le verás cómo te adora  
Y te busca. Este secreto  
Que nadie le sepa importa  
No tengo mas que dejarte:  
Con esto te galardona  
Mi amor cuánto te ha querido  
Tu amor venturoso goza,  
Y muera yo desdichado  
Porque tú vivas dichosa.

(Cae dentro muerto.)

DEYANIRA.

¡Cielos! ¿qué estrella de cuantas  
Aquese azul manto bordan,  
Desperdiciadas cenizas  
De la mas luciente antorcha,  
Es la mía? ¿A cuyo cargo  
Está mi infelice historia:  
Que acrisolar mis desdichas  
Tan á pechos suyos toma?  
Murió Neso, y yo en aquesta  
Desierta desnuda roca,  
Que con tanta furia el Etmo  
Siempre repetido azota,  
Con un cadáver estoy.  
¿Qué pena mas rigurosa  
Pudiera darme el delito,  
Si le cometiera loca,  
Que me da la virtud? pues  
A las adúlteras Roma  
Vida las dió, tal vez siendo  
En esta parte piadosa.  
¿A quién pediré socorro;  
Si no hay nadie que me oiga?  
Que á quejas de mi infelice,  
Aun la deidad está sorda.  
Aunque sean sin provecho,  
Mis voces el aire rompan.  
¡Hércules, señor, esposo!

Sale HÉRCULES.

HÉRCULES.

¿Quién me llama, quien me nombra?

DEYANIRA.

Quien, para subir al sol,  
Hoy á tus plantas se postra.

HÉRCULES.

Cuando, huyendo de las gentes,  
En lo mas oculto lloran  
Mis ojos tu muerte, cuando  
Afligida mi memoria  
Ya te imaginó deidad  
Del mar, y que en sus alcobas  
Tétis te albergaba, haciendo  
De coral, cristal y aljófar  
Nicho á tu belleza, cu grutas  
De caracoles y conchas,  
¡Te hablo, te escucho y te veo!

DEYANIRA.

Si, que la deidad piadosa  
De Vénus me dió la vida,  
Para que á tus pies la ponga.  
A ese sangriento cadáver,  
Que en su púrpura se ahoga,  
Y á mí, á tierra nos echó  
Aquel bruto; porque hay cosas  
Adonde son mas corteses  
Los brutos que las personas.  
Viva estoy, y tuya soy. —  
Pero ¿qué es esto? ¿tú lloras  
Al mirarme? ¿tú suspiras?  
¿Tú de tus brazos me arrojas?  
Cuando pensé celebrar  
En ellos de tus victorias  
Y de mi vida el efecto,  
¡Tantos aplausos malogras!  
Si es que ahora, por ventura,  
O por desventura ahora  
De tu agravio breve asomo,  
De tu ofensa breve sombra,  
Vil delirio, infame acaso.  
Poco indicio, seña corta  
Contra tu honor te persuade,  
Contra mi fama te informa,  
Miente la seña, el indicio  
Miente; porque no estas rocas  
A las ráfagas del viento,  
Las resacas de las olas  
Exentas se miran tanto,

Resistiendo unas á otras,  
Cuanto mi honor al embate  
De agua y viento burla y postra,  
Quedando á vista del cielo  
Siempre altiva y siempre heroica  
Si has sentido que ese golfo  
En su centro no me esconda,  
Yo me arrojaré, señor,  
Desde aquí á la procelosa  
Saña del mar; porque meños  
Mi vida infeliz me importa,  
Que tu gusto. Sepa yo  
Que lo es: verás cuán poca  
Duda me pone el asombro.  
El corazón desahoga,  
Habla.

HÉRCULES.

Hermosa Deyanira,  
Y infelice cuanto hermosa,  
Porque dicha y hermosura  
Siempre enemigas se nombran:  
Tu vida en el alma estimo,  
Porque tu vida es la cosa  
Que mas mi vida venera,  
Y que mas el alma adora.  
No temo, no, de mi agravio  
La ejecucion rigurosa;  
Que bien conozco que al sol  
No le embarazan las sombras;  
Mas como en el mundo nadie  
Consigno se vive á solas,  
Y es menester que uno viva  
A los demas, es forzosa  
Desdicha satisfacer  
Con alguna accion ahora  
Mas las malicias ajenas,  
Que las desventuras propias.  
Hasta matar á esa fiera,  
Y hasta cobrar tu persona,  
Toda el Africa he corrido.  
Un año ha ya, ¡qué congoja!  
Que te perdí; y donde acaba  
Una duda, empieza otra.  
En el poder has estado  
De una tierra rigurosa;  
El mundo sabe mis ansias;  
Pues hasta en Asia y Europa  
Mi opinion están perdiendo  
Los que piensan que la cobran;  
Y ya espero que vendrán  
De publicar mi deshonra.  
Y siendo así que en la duda  
Y en la verdad hay dos cosas,  
La una mi satisfacción,  
Y la de todos la otra,  
Yo quiero cumplir con ambas,  
Y ha de ser de aquesta forma.  
Por mi parte, pues yo soy  
Quien creo tu fama heroica,  
Yo te concedo la vida;  
Por parte de quien pregona  
Mis desdichas, te la quito.  
¿Cómo podrá ser ahora  
Quitarte y darte la vida,  
Deyanira, una accion sola?  
Pues fácil es. Todos piensan  
Que moriste entre las ondas,  
Y yo solo sé que vives:  
La voz de tu muerte corra,  
Y vive para mí solo;  
Con lo cual á un tiempo logra  
Mi desengaño tu vida,  
Y tu muerte mi congoja.  
En todos aquestos montes  
No hay nadie que te conozca:  
Y así en ellos estarás  
En traje de labradora.  
Vive, mas yo no te vea;  
Vive, mas yo no te oiga,  
Pues con otro nombre...



DEYANIRA.

Espera,  
Que es necia, es injusta, es loca  
Esta determinacion  
Que contra ti mismo tomas.  
¿Por qué has de pensar de ti  
Tan vilmente, que antepongas  
La satisfaccion ajena,  
Mi bien, á la tuya propia?  
¿Por qué has de pensar que al verme  
Contigo, siendo tu esposa,  
Te han de murmurar, pues ántes  
Cierras con esto la boca  
A la malicia? ¿Tan poco  
Fias tú de ti, que pongas  
Duda en tu honor, fomentando  
Malicias escrupulosas?  
¿Por qué has de pensar de ti  
Que habrá en el mundo persona  
Que piense de ti, que has dado  
Ensanchas á tu deshonra?  
Ten de ti satisfaccion,  
Tendránla las gentes todas;  
Porque si tú tu honra dudas,  
¿Quién ha de creer tu honra?  
O me imaginas culpada  
O inocente (aquesto nota):  
Si culpada, aqueso acero  
Mi pecho infelice rompa;  
Si inocente, aquesos brazos  
Mansamente me recojan;  
Que esto no tiene mas medio  
Que el castigo ó la lisonja;  
Porque en efecto, señor,  
Sentencia tan rigurosa,  
Para estar sin culpa, es mucha,  
Para estar con culpa, es poca.

HÉRCULES.

Bien dices; mas yo tambien  
Digo bien: que en fin hay cosas  
Donde á todos la razon  
Falta, porque á todos sobra.

DEYANIRA.

Advierte...

HÉRCULES.

Nada me digas.

DEYANIRA.

Mira...

HÉRCULES.

Nada me propongas.

DEYANIRA.

Considera...

HÉRCULES.

Nada me hables.

DEYANIRA.

Oye...

HÉRCULES.

Nada me respondas;

Que no seré yo el primero,  
Deyanira, que conozca  
Que no esté agraviado, y tome  
Satisfaccion; porque importa  
La satisfaccion ajena  
A veces mas que la propia.

DEYANIRA.

Ni yo seré la primera  
Que use inadvertida y loca  
De hechizos, para traer  
A sus brazos lo que adora.

Dentro FLORO, LÍCAS y gente.

LÍCAS.

Hácia aquí están.

FLORO.

Pues entrad,  
Descabellando las copas  
Desos árboles.

HÉRCULES.

¿Qué mal  
Mis pretensiones se logran!  
Salen todos.

FLORO.

¡Felice mil veces sea,  
Hércules, el día en que cobras  
Tanta dicha!

HÉRCULES.

¿Cómo puede  
Dejar de serlo el que adora  
La virtud de Deyanira,  
Con quien todo el sol es sombra?—  
Vergüenza tengo de que  
Me vean. ¿Qué escrupulosa  
La conciencia es del honor!

FLORO.

Y felice el día, señora,  
En que mi patria os merece  
Por amanecida aurora!

DEYANIRA.

El cielo os guarde mil años  
Por tantos favores y honras.

LÍCAS.

Dame, señora, tu mano.

DEYANIRA.

Lícas, estés en buen hora;  
Qué, en hallarte aquí, parece  
Que alivio mis penas toman.

LÍCAS.

Si espera servirme en algo,  
Será mi vida dichosa.

FLORO.

Pues ha sido dicha mía  
Hallarme en el monte ahora,  
Venid conmigo; qué quiero  
Ver mi corte venturosa  
Con tales huéspedes.

HÉRCULES.

Yo

Ofrecí á la poderosa  
Deidad de Júpiter santo,  
Que el día (¡mi mal me ahoga!)  
Que alcanzase esa fiera  
Tan conocida victoria,  
(Cuanto me ven, me parece  
Que me culpan y baldonan)  
Había de sacrificarle;  
Y pues tanto me ocasiona  
El ser este el monte Oeta,  
Cuyos vecinos le adoran,  
Y donde estoy esperando  
A dos amigos por horas,  
En él quiero, ántes de entrar  
En las cortes populosas,  
Cumplir el voto.

FLORO.

Y yo quiero

Asistir á él, y dar todas  
Las víctimas.—Avisad  
A cuantos el monte moran,  
Que con bailes, danzas, juegos,  
Y con músicas sonoras  
Acudan al sacrificio;  
Y vamos, que entre esas rocas  
El templo está soberano.

HÉRCULES.

Vamos, Deyanira hermosa,  
Cielo mío (Ap. infierno es mío)  
Gloria mía (y mi deshonra). (Vase.)

DEYANIRA.

¿Qué mal Hércules desmiente  
Con halagos las congojas!  
Pero yo veré si tantas

Penas, hechizos mejoran.—  
Lícas, pues quieren los hados,  
Que mi vida á tus piés ponga,  
A ese sangriento cadáver  
De sus vestidos despoja,  
Y sin que nadie lo entienda,  
Con gran secreto los toma,  
Y llévalos donde vo  
Estuviere, que me importa.

Vanse todos, y salen TODOS LOS VI-  
LLANOS y VILLANAS.

DANTEO.

Floro ha mandado que todos  
Los rústicos moradores  
De Oeta, llenos de flores,  
Y bizarros de mil modos,  
Asistan al sacrificio  
Que á Júpiter soberano  
Hoy ha de hacer por su mano  
El gran Hércules, indicio  
Dando de agradecimiento  
De que al Centauro mató.

NARCISA.

¿Y tú has de ir allá?

DANTEO.

¿Pues no?

¿Pues un día de contento  
Es hoy para despreciar?  
Y, con notable placer,  
Tengo el primero de ser  
Que ha de bailar y cantar.

NISE.

¿No habemos de ir todas?

CLORINDA.

Sí.

LAURA.

Para vestirnos, las flores  
Se desnudan de colores,  
Hasta el morado alhelí.

NISE.

Todas guirnaldas hagamos.

DANTEO.

Vivas las podeis llevar,  
Que muertas no hay que tratar.

NARCISA.

¿Por qué?

DANTEO.

Ved adonde estamos,  
Y no preguntéis por qué.

CLORINDA.

Ya tu malicia condeno.

Sale CLARIN.

CLARIN.

Cansado vengo; ¡no es bueno  
Que cansa el andar á pié!

NARCISA.

Clarín, seas bien venido.

CLARIN.

Tú, Narcisa, mal hallada.

NARCISA.

¿Qué te ha sucedido?

CLARIN.

Nada  
Es lo que me ha sucedido.

Sale ANFRISO.

ANFRISO.

Ved que es hora de empezar  
Ya el sacrificio.

NISE.

Cojamos  
Del monte flores y ramos.

*Vanse los villanos. y salen DEYANIRA y LICAS.*

DEYANIRA.

De ti sola he de fiar,  
Licas, aqueste secreto.  
Hércules, que á hacer acude  
Sacrificio, que desnude  
Sus picles es fuerza, á efeto  
De lavarse el cuerpo, pues  
No llega á sacrificarle  
A Júpiter, sin lavarle,  
Quien sacerdote no es.  
Sus pieles has de quitar  
Sin que lo eche de ver,  
Y con recato poner  
Esotras en su lugar;  
Que como son parecidos  
En desaliño y fealdad  
Y en poca curiosidad  
Todos aquestos vestidos,  
No llegará á conocellos;  
Y estar con sangre, no es  
Objecion tampoco, pues  
Siempre él gusta de traerlos  
Maachados por vanagloria;  
Que como á fieras los quita,  
Con su sangre solicita  
Hacer del trofeo memoria.

LICAS.

Solo trato obedecerte,  
Y cuanto mandes haré,  
Ya que mi ventura fué  
El traerte desta suerte  
Donde te pueda servir.

(Vase)

DEYANIRA.

Si en sus vestidos tenia  
Neso hechizo, que le hacia  
Amar, querer y sentir,  
Sienta Hércules: ame y quiera:  
Que no mi suerte ha de hacer  
Que me llegue á aborrecer  
Hércules desta manera.  
Ya Licas á él ha llegado,  
Y hace lo que le ordeué:  
Ya con aquesto se ve  
Mi amor mas asegurado,

(Ruido dentro de música)

Y todos los moradores  
De aqueste monte, adornados  
De galas, y coronados  
De varios ramos y flores,  
Con diversos instrumentos  
Cantando y bailando vienen,  
A cuyos acentos tienen  
Enamorados los vientos.  
Detras Hércules, vestida  
La piel de Neso cruel.  
Viene allí, y Floro con él.  
Quiero pues introducida  
Con todas, disimular,  
Ayudando á su alegría,  
Por ver si la pena mia  
Con algo puedo engañar.

*Sale toda la compañía con guirnaldas y ramos, y con instrumentos, y detras FLORO, y HÉRCULES, que trae puesto el vestido de pieles de Neso.*

MUSICA.

*En hora dichosa venga  
A estas incultas montañas  
El escudado del tiempo  
Y el asombro de la fama.  
En hora dichosa venga,*

*Donde sacrificios haga  
De Júpiter en su templo  
A la deidad soberana.*

FLORO.

Ese supremo edificio,  
Que entre aquesas peñas altas  
A igualarse con el cielo  
Ambicioso se levanta,  
Templo de Júpiter es,  
En cuyas divinas aras  
Ya las víctimas te esperan.

HÉRCULES.

Llegaré á darle las gracias  
De la pasada victoria  
A Júpiter. El me valga;  
Que no sé lo que en el pecho  
Siento, que me aflige el alma.

MUSICA.

*En hora dichosa venga  
A estas incultas montañas, etc.*

DEYANIRA.

¡Con cuanto contento escucho  
Repetir tus alabanzas!

HÉRCULES.

Y con cuánta pena yo  
(¡ay de mí!) llego á escucharlas!  
Por salirse el corazon  
Del pecho, con golpes llama  
Al pecho

DEYANIRA.

¿Qué es lo que sientes,  
Que estás sin color?

HÉRCULES.

¿Yo? Nada.

MUSICA.

*En hora dichosa venga  
A estas incultas...*

(*Suenan, mientras cantan, un clarín en el teatro de mar, y cajas en el de la tierra.*)

FLORO.

Aguarda,  
Que otras repetidas voces  
De trompetas y de cajas  
Las cláusulas lisonjeras  
De la música acompañan.

DEYANIRA.

Sin duda que te hacen liestas  
En la tierra y en el agua  
Brutos y peces.

HÉRCULES.

A mal  
Tiempo llegan; que no basta  
Ya todo mi sufrimiento  
A resistir hoy mis ansias.

FLORO.

Mayor es la admiracion  
De lo que yo imaginaba.  
¿No veis venir por el mar,  
Cubierto de velas blancas,  
Un bajel?

DEYANIRA.

Y por la tierra  
¿No veis cubrir la campaña  
Ejércitos numerosos?

HÉRCULES.

Sin duda son los que aguarda  
Mi amistad; que aquella nave  
Argos es; y aquellas blancas  
Banderas que el dragon griego  
Trae tremolando por armas,  
A no estar yo sin sosiego,  
¡A qué buen tiempo llegarán!

FLORO.

Pues con salva nos saludan,  
Respondámosles con salva.

*Cantan en el teatro de en medio, y por los otros dos van saliendo en órden las dos compañías, hombre y mujer, cada uno en el teatro donde representó, al son de cajas y de trompetas.*

MUSICA.

*En hora dichosa venga  
A estas incultas montañas, etc.*

JASON.

Altas cumbres del Oeta...

TESEO.

Noble columna africana...

JASON.

Que sois descanso del sol...

TESEO.

Que sois de la luna basa...

JASON.

Decidme si en vuestro centro...

TESEO.

Decid si en vuestras montañas...

JASON.

Vive el mas noble caudillo.

TESEO.

El mejor varon se guarda.

SABAÑON.

Montes de Oeta famosos...

PANTUFLO.

Meritísimas montañas...

SABAÑON.

Decid si hay vino en vosotros,  
Porque yo vengo harto de agua.

PANTUFLO.

Decid si para un viandante  
Habrá en vosotras yñanda,  
Y si sufren ancas, que  
Yo harto estoy de sufrir ancas.

JASON.

Por Hércules os pregunto,  
Moradores desta playa.

TESEO.

Hércules es el que digo,  
Vecinos destas campañas.

JASON.

Que, aunque vengo en busca suya.  
Sin conseguir la demanda  
Que dél me apartó, porqué  
No ha sido mi dicha tanta,  
Triunfo traigo que rendir  
A sus generosas plantas.

TESEO.

Que, aunque conseguir no pude  
El efecto de la causa  
Que me llevó á penetrar  
Diversas provincias varias,  
Coronado de trofeos  
Vuelvo á cumplir la palabra  
De volver hoy á sus ojos.

HÉRCULES.

No les respondas, aguarda,  
Que yo les responderé,  
Si antes no me falta el habla. —  
Valientes amigos míos,  
Cuyo valor, cuya fama  
Os ha hecho árbitros nobles  
De toda la tierra y agua;  
Pues os han obedecido



Los gelfos y las campañas;  
No el venir sin Deyanira  
Os cause desconfianza;  
Que ya la satisfaccion  
Del que me ofende y agravia  
Guardó el cielo para mí,  
Porque fuese la venganza  
Cuyo fué el agravio. — ¡Cielos!  
¡El corazon se me arranca!  
Llegad, llegad á mis brazos,  
Y á los suyos que os aguardan.

JASON.

Solo esta dicha de hallarte  
Con ella, Hércules, faltaba  
A mis aplausos; y ya  
Que está tu ofensa vengada,  
Podré ofrecerte mis triunfos  
Con segura confianza.  
El vellocino de oro,  
Que varios monstruos guardaban,  
Es mío. Las gracias desto  
Debo á la docta, á la sabia  
Medea, que es la que miras;  
Porque á ella y todas sus damas,  
Friso y Absirto, que en busca  
Suya dejaron su patria,  
Y vinieron donde pudo  
Sujetarlos mi arrogancia,  
Con el vellocino de oro  
Traigo ganados del Asia.

TESEO.

No son mis triunfos menores.  
De Europa traigo la rara  
Beldad de Fedra conmigo;  
Y aunque en un monte á Ariadna  
Dejé, por Fedra divina,  
Quejosa y desesperada,  
Viene aquí tambien; porque  
Siguiéndome su venganza,  
Con Minos, en Calidonia  
Fué mi triunfo: que estas armas  
Me dió su rey. Y así vengo  
Con los despojos que arrastran  
Al Minotauro, aqúel monstruo,  
Que en el laberinto estaba  
De Creta. Muerto le dejó,  
Y vencidas y frustradas  
De Dédalo las prisiones,  
Que eran desté monstruo guarda,  
Por no hacer á mi promesa,  
Y á mis sentimientos falta,  
Y á quien debo este favor.

ARIADNA.

Es la que ahora veis esclava  
Suya, porque son las penas  
Cobardes, que siempre andan  
De cuadrilla, y nunca vino  
Una sola á la desgracia.

HÉRCULES.

Llegad los dos á mis brazos,  
Aunque primero á las plantas  
De Floro es bien que lleguéis,  
Príncipe destas montañas.

JASON.

Haced paso hasta llegar  
Donde Hércules nos aguarda.

TESEO.

Abrid sendas á ese monte.

JASON.

Tú, Medea, me acompaña.

TESEO.

Tú, Fedra, conmigo ven.

MEDEA.

Tuya es la vida y el alma.

FEDRA.

Siempre tengo de seguirte.

T. VII.

JASON.

Marcha y toca.

TESEO.

Toca y marcha.

*(Aquí se juntan los tres teatros, y pasan marchando al son de trompetos y cajas, y al mismo tiempo cantan.)*

FLORO.

Pues que con salvas se acercan,  
Recibámoslos con salva.

MÚSICA.

*En hora dichosa venga  
A estas incultas montañas, etc.*

FLORO.

¡Oh qué alegre es para mí  
Un día de dichas tantas!

HÉRCULES.

Para mí tambien lo fuera,  
Si un dolor no me matara.  
¡Ay de mí! que ya no puedo  
Disimular mas mis ansias.

ABSIRTO.

Dadme la mano, señor.

ARIADNA.

A mí me ofreced las plantas.

FLORO.

En habiendo á Fedra hermosa,  
A Medea y Ariadna  
Pedido las suyas, si es  
Que merezco gloria tanta,  
A todos daré los brazos.

MEDEA.

Venturosa es quien alcanza  
Tanta dicha.

FEDRA.

¡Feliz yo,  
Que toco esfera tan alta!

ARIADNA.

Y vo que todo esto veo,  
¡Infelice y desdichada!

PANTUFLO.

En tanto que en cumplimientos  
Allá estos señores andan,  
Andémoslo acá nosotros  
Dadme, señor, vuestras patas.

SARAÑON.

A mí los brazos me dad.

CLARIN.

En abrazando á estas damas:  
Bien venidas, bien venidas.

PANTUFLO.

Bien halladas, bien halladas.

JASON.

Hércules, dame los brazos,  
Preudas de amistad mas rara.

TESEO.

Y á mí, pues para el mayor  
Bien solo eso me faltaba.

HÉRCULES.

Vengais con bien. — Mas ¡ay cielos!  
Ya el sufrimiento no basta.

No llegues á mí, Jason;  
Teseo, de mí te aparta;  
Que temo que han de obligarme  
A deshaceros mis ansias  
Entre mis brazos.

JASON.

¿Qué es esto?

TESEO.

¿Qué te aflige?

FLORO.

¡Qué te causa?

DEYANIRA.

¿Qué á tal extremo te fuerza?

MEDEA.

¿Qué, accion tan furiosa, causa?

HÉRCULES.

No sé, no sé lo que ha sido,  
Que mi sentido arrebató;  
Ni tan inmenso dolor  
No sé ¡ay de mí! de qué nazca.  
Solo sé que el corazon  
A pedazos se me arranca  
Del pecho, y que pavorosa  
No me cabe dentro el alma.  
¡Ay de mí! ¡todo soy fuego!  
¡Ay de mí! ¡todo soy rabia!

JASON.

¿Qué sientes?

HÉRCULES.

Siento un ardor,  
Que me aflige y que me abrasa.  
Todas mis voces son rayos,  
Todos mis alientos llamas,  
Fuego vierto por los ojos.

DEYANIRA.

¡Oh infelice y desdichada,  
Que pienso que he dado muerte  
A quien mas mi vida ama!

TESEO.

¿Dónde sientes el dolor  
Desa congoja?

HÉRCULES.

En el alma.

Los vestidos me parece  
Que me aprietan.

FLORO.

Pues desata

La cinta.

TESEO.

Quita esa piel.

JASON.

Veamos qué tienes.

HÉRCULES.

Aguarda,  
Que con el toco vestido,  
Pedazos de carne arrancas.  
Teseo, que me atormentas;  
Jason, que me despedazas.

MEDEA.

Sangre de la hidra tienen  
Esas pieles, que con tanta  
Fuerza se pegan al cuerpo,  
Abrazando hasta que matan.

DEYANIRA.

La culpa tuvo mi amor,  
La pena tendrá mi alma.

HÉRCULES.

¡Huid de mí todos, huid!

PANTUFLO.

Eso haré de buena gana.

HÉRCULES.

¡Ay de mí! ¡todo soy fuego!

¡Ay de mí! ¡todo soy rabia!

¡Pero á mi ningun dolor

De mi sentido me saca?

Noble Floro, amigos míos,

Grandes héroes, bellas damas,

Hércules muere rabiando,

Sin saber quién su mal cause.

Soberbias cumbres de Oeta,

Hoy para eterna alabanza

Sercis monumento suyo :  
 Dejad , dejad que esas altas  
 Cumbres caigan sobre mí ,  
 O sobre mí el cielo caiga ,  
 Para ver si tanto peso  
 Con tanta fatiga acaba.  
 Áspides tengo en el pecho ,  
 Y lazos en la garganta.  
 ¿ Mas para qué pido á nadie  
 Mi muerte ? Esa viva llama ,  
 Esa hoguera , que encendida  
 Para el sacrificio estaba ,  
 Será mi pira. Recibe ,  
 Sagrado fuego , en tus aras ,  
 Ardiendo en fuego mayor ,  
 Aquesta víctima humana  
 Que á Júpiter le dedico.  
 A poco me atrevo , ó nada ,  
 Pues no teme un fuego á otro ,  
 Y es mayor el que me abrasa.  
 ¡ Ay de mí ! ¡ todo soy fuego !  
 ¡ Ay de mí ! ¡ todo soy rabia ! (Vase.)

TESEO.

No pudimos detenerle ,  
 Porque con el tacto abrasa.

JASON.

¿ Con qué denuedo se echó  
 En la hoguera !

DEYANIRA.

Pues ¿ qué aguarda  
 Mi amor ? Acendrado el oro  
 De mí fe en su fuego salga.  
 Yo á mi esposo di la muerte  
 Por dar vida á mi esperanza ;  
 Pero yo me vengaré  
 Con la mas noble venganza —  
 Hércules , señor , esposo ,  
 Espera , detente , aguarda ,  
 Y la que en vida te amó ,  
 Verás si en muerte te ama ,  
 Ofreciéndote la vida  
 A tí , á Júpiter el alma. (Vase.)

FLORO.

Detenedla.

JASON.

Fué imposible.

TESEO.

Fénix será de su fama.

PANTUFLO.

¡ Lindo par de chicharrones  
 Para mi hambre se asan !

SABAÑON.

¡ Lindas gallinas se queman !

CLARIN.

¿ Qué aguardas , Narcisa , para  
 Echarte al fuego ?

NARCISA.

Que tú

Te echas ántes.

LOS TRES.

Bien aguardas

JASON.

¡ Qué trágico fin tuvieron  
 De Hércules las alabanzas !

ABSIRTO.

Aqui acabaron sus hechos.

FRISO.

Aqui dan fin sus bazañas.

MEDEA.

Y en ellas fin el poeta  
 A la comedia , que llama  
*Los tres mayores prodigios*  
 De Africa , de Europa y Asia .  
 Por el deseo , siquiera ,  
 Que humilde tiene , sus faltas  
 Perdonad , pues no pretende  
 Dicha ni merced mas alta  
 Que el perdon : ese merceda ,  
 Por pedirle á vuestras plantas

FIN DE LA ÚLTIMA JORNADA.



# EL GALAN FANTASMA.

## PERSONAS.

ASTOLFO, *galan*.  
CARLOS, *galan*.  
EL DUQUE DE SAJONIA.  
ENRIQUE, *viejo*.

CANDIL, *gracioso*.  
OCTAVIO, *criado*.  
JULIA, *dama*.  
LAURA, *dama*.

PORCIA, *criada*.  
LUCRECIA, *criada*.  
LEONEL, *criado*.  
CRIADOS.

*La escena es en Sajonia, en la residencia del Soberano.*

## JORNADA PRIMERA.

*Campo.*

### ESCENA PRIMERA.

JULIA y PORCIA, *con mantos*; ASTOLFO, *siguiéndolas*.

ASTOLFO.

De vuestras señas llamado,  
De vuestra voz advertido,  
Hasta el campo os he seguido  
Ciego, confuso y turbado.  
Sacad pues deste cuidado:  
Señora, el discurso mío:  
Si es por dicha desafío,  
Ya estamos en buen lugar;  
Bien podéis descaminar  
El garbo, el donaire, el brio,  
Que son las armas que vos  
Habeis contra mí desvelo.  
De esgrimir en este duelo.  
Solos estamos los dos:  
Descubrios ya, por Dios:  
Sepa quien sois; que no es bien  
Matar con ventaja á quien  
De vos se ha fiado hoy.

*(Destápase Julia.)*

JULIA.

Pues no dudeis mas, y soy.

ASTOLFO.

Julia, señora, mi bien,  
¡Tú en este traje! ¡tú aquí!  
¿Qué dicha ó desdicha es mía?  
Que si una duda tenia  
Sin verte, cuando te vi  
Son infinitas ¡Tú así  
Has salido de tu casa!  
El corazón se me abrasa:  
¡Dime, por Dios, lo que ha sido!  
¿Qué es esto? ¿Qué ha sucedido?

JULIA.

Oye, y sabrás lo que pasa.  
Astolfo, en quien la fortuna  
Y el amor vieron iguales,  
Por descubrirse uno á otro  
Los gustos y los pesares,  
No la novedad te admire,  
No la extrañeza te espante  
De verme, siendo quien soy,  
Venir en aqueste traje;  
Porque importando á tu vida,  
El verte ¡ay de mí! y hablarte,  
No hay respeto que no venza,  
No hay decoro que no allane.  
Tu vida importa, tu vida,  
Que hoy te vea y hoy te hable;  
Y así pasando al oído  
La admiración del semblante.

Oye el peligro en que vives,  
Aunque mezcle en un instante  
Las desventuras que ignoras,  
Con las venturas que sabes.  
Dos años há, Astolfo mío,  
Que firme y rendido amante  
De mi hermosura (que quiero  
Confesarla en esta parte),  
Fuiste de día y de noche  
La estatua de mis umbrales,  
El girasol de mis rayos  
Y la sombra de mi imagen,  
Tanto que yo agradecida  
Y que obligada á las partes  
De lo sutil de tu ingenio,  
De lo galán de tu talle,  
De lo airoso de tu brio,  
De lo ilustre de tu sangre,  
Respondí ménos ingrata  
Que debiera aconsejarme  
El decoro de mi honor  
Y el respeto de mi padre;  
Si bien decoro y respeto  
No pudieron agravarse  
De que torpes sacrificios  
Sus sagradas aras manchen,  
Siendo yo tu esposa; pues  
La causa de dilatarse  
Nuestra boda fué el rigor  
De aquellas enemistades,  
Que á mi padre le costaron  
Tanto, que largas edades  
Enterrado ántes que muerto,  
Tuvo su casa por cárcel.  
Adonde preso murió.  
Pero esto en silencio pase,  
Y volvamos á enlazar  
Discursos de amor; no hallen  
Digresiones mis desdichas,  
Que su remedio embaracen.  
Agradecida en efecto  
De tus finezas constantes,  
Cómplice á la noche hice  
De hurtos de amor agradables,  
Y cómplice hice á un jardín;  
Que á los dos quise fiarme,  
Porque al jardín y á la noche,  
Que son el vistoso alarde,  
Ya de estrellas, ya de flores,  
Hiciera mal en negarles  
A las unas lo que influyen,  
Y á las otras lo que saben.  
Viento en popa nuestro amor  
Navegaba hermosos mares  
De rayos y de matices,  
Quieto el golfo y manso el aire.  
¿Quién duda, quién, que han de ser  
Los celos los huracanes  
Que la tormenta despierten,  
Que la marcta levanten?  
El gran duque Federico  
De Sajonia, que Dios guarde,  
(O que no le guarde Dios,

Si ha de ser para quitarme  
Mi media vida en la tuya)  
Acaso me vió una tarde  
Que al prado á verte sali:  
Barbarismo de amor grande,  
Salir á ver, y ser vista;  
Pues, mal gramático, sabe  
Persona hacer que padece  
De la persona que hace.  
Vióme en fin, y desde entónces  
Firme, rendido y constante,  
Si de día me visita,  
De noche ronda mi calle.  
Hartos enojos te cuesta  
Su cuidado vigilante;  
Mas como querido, en fe  
De mis disculpas, trocaste  
Tus celos á mis favores:  
No es mucho, si otros galanes,  
Por llegar al desenojo,  
Pasaron por el desafío.  
Viendo el Duque que mi pecho  
A los continuos embates  
De lágrimas y suspiros  
Era roca de diamante;  
Pasando de enamorados  
A celosos sus pesares,  
Averiguó que te quiero.  
No sé á quien la culpa darle,  
A sus celos ó á mi amor,  
Pues ellos dos fueron parte  
A decirlo: que no hay  
Amor ni celos que callen.  
En fin, sabiendo (¡ay de mí!)  
Que eres tú (¡desdicha grande!)  
La ocasión de sus desprecios,  
La causa de mis desaires;  
Para vengarse de mí  
En tí pretende vengarse,  
Matándome á mí en tu pecho.  
¡Oh duelo de amor cobarde,  
Disponer que un hombre muera,  
Porque una mujer no agravie!  
Poderoso y ofendido,  
¿Quién ignora, quién no sahe,  
Que es rayo oprimido, que es  
Pólvara encerrada, que hace  
En la mayor resistencia  
La batería mas grande?  
Los avisos destos días,  
Que tan confuso te traen,  
Diciéndote que te ausentes,  
Diciéndote que te guardes,  
Suyos son; pero sabiendo  
Que Jellos desprecios haces,  
Esta misma noche, esta,  
Te espera para matarte.  
Y así te ruego que no  
Vayas á verme, ni pases  
Cubierto ni descubierto,  
La esfera de mis umbrales.  
Deja que por unos días,  
Sin que allí puedan hallarte,

Se desmienta en la sospecha,  
Salga su recelo en balde.  
Y pues que yo vengo así  
A persuadarte, á rogarte,  
Astolfo, que no me veas.  
Esposo, que no me hables,  
Menos harás tú en hacerlo;  
Y pues en extremos tales  
Yo ruego lo mas difícil,  
Concede tú lo mas fácil.

ASTOLFO.

No sé cómo responder;  
Que no sé en acciones tales  
Si tengo que agradecerme,  
O tengo de que quejarme.  
De una venenosa yerba  
Escriben los naturales  
Que donde hay llaga, la cura,  
Y donde no hay, la hace.  
Este mismo efecto, este  
Quieres que en mi pecho cause  
Tu voz; pues si cuando estoy  
Herido de tantos males,  
Suele curarme el dolor  
Solamente el escucharte;  
Hoy que tuve sano el pecho,  
Le hieres, para que labre  
Tu voz ahora la herida  
Que hubieras curado antes;  
Pues donde hay celos, las curan,  
Donde no los hay, las hacen.  
Y si quieres darme vida,  
No de darme celos trates;  
Pues son piadosos rigores,  
O rigurosas piedades,  
Darme tú misma la muerte  
Porque otro no me mate.  
Dejárame morir, Julia,  
A su acero penetrante;  
No á tu penetrante voz:  
Viviera mas el instante  
Que hay de tu voz á su acero;  
Que no es, no, piedad afable,  
Porque su espada no llegue,  
Que la tuya se adelante.  
Fuera de que no remedias  
Nada tú en aconsejarme  
Que no te vea, supuesto  
Que el decirme que no pase  
De noche por tus jardines,  
Ni de día por tu calle,  
Es decirme que no salga  
Dellas un punto, un instante.  
¡Vive Dios, que he de saber  
Si el cuidado que te trae  
A que tu casa no vea,  
Y á que tu jardín no ande  
Es porque de tu jardín  
Y de tu casa las llaves  
Rendiste á mayor poder,  
Y á mayor fuerza entregaste!  
Perdona desconfianza,  
Julia mía, tan cobarde,  
Siendo quien eres, y siendo  
Yo quien soy; y no te espante.  
Que esto de andar desvalido  
Lo augusto, Julia, lo grande,  
Es bueno para las farsas  
Españolas, donde nadie  
Vió querido al poderoso.  
Nada llega á aventurarse  
En esto; pues ó es mentira  
O es verdad dolor tan grave:  
Si es mentira, ¿qué aventuras  
Tú en que yo me desengañe?  
Y si es verdad, ¿qué aventuro  
Yo en que allí el buque me halle,  
Pues el que me dice celos  
No importará que me mate?

JULIA.

Astolfo, señor, bien mío,

¡Que desa manera agravies  
Las finezas de mi amor!

ASTOLFO.

Quererte no es agraviarte.

JULIA.

¿Quién te ha dicho que es quererme  
El querer aventurarte?

ASTOLFO.

Quien dice que no hay peligro  
Que á los celos acobarde.

JULIA.

Pues ¿qué viene esta fineza  
A deberte?

ASTOLFO.

No olvidarte.

JULIA.

Cuanto mas me obligas, mas  
Me obligas á que te guarde,  
Y aquesto has de hacer por mí. (Llora.)

ASTOLFO.

Detente, Julia, y no en balde  
Tantas perlas desperdicies,  
Y tanto aljólar derrames:  
Que yo quiero obedecerte.  
Digo que saldré esta tarde  
De Sajonia, ántes que el sol,  
Que ya entre pardos celajes  
Se desvanece, en las ondas  
Su dorado coche bañe.  
Será la mayor fineza  
Volver la espalda, pues nadie  
Es mas valiente que aquel  
Que con celos es cobarde.  
¿Quieres mas, Julia?

JULIA.

Ni tanto;

Que no quiero yo que pase  
De extremo á extremo tu amor.

## ESCENA II.

CARLOS. — JULIA, ASTOLFO, PORCIA.

CÁRLOS. (Dentro.)

Echa por aquesta parte.

JULIA.

¡Ay de mí, que viene gente,  
Y no es bien que aquí me ballen!

ASTOLFO.

Pues vete, que yo me quedo  
A que no te siga nadie.  
Pero dime, ¿en qué quedamos?

JULIA.

En quererte mis pesares  
Retirado, mas no ausente.  
(Vase con Porcia.)

ASTOLFO.

¡Habrá quien nivele y tase  
Las acciones de un celoso,  
Los discursos de un amante?

## ESCENA III.

CARLOS, CANDIL. — ASTOLFO.

CANDIL.

Aquí está mi señor.

CÁRLOS.

Dadme los brazos,  
Que de eterna amistad han de ser lazos  
Que ciñan nuestros cuellos.

ASTOLFO.

Y el alma y vida en ellos.

CARLOS.

Dijome ese eriado,  
Preguntando por vos, cómo llamado  
De una tapada luisteis,  
Y que tras ella á este lugar salisteis:  
Y como receloso  
Estoy de vuestra vida y cuidadoso,  
Por las necias porfías  
De los muchos avisos destos dias,  
Loco buscándos vengo.

ASTOLFO.

[tengo;

Es nueva obligacion, Carlos, que os  
Masaunque os trae tras mí vuestro eni-

[dado

Con tanta priesa, tarde habeis llegado  
A este verde desierto  
A darme vida, porque ya estoy muerto.

CANDIL.

¿Estás por dicha herido?

ASTOLFO.

¡Pluguiera á Dios!

CARLOS.

Pues ¿qué os ha sucedido?

ASTOLFO.

Haber, Carlos, llegado  
A estar de mi temor desengañado;  
Haber sabido mi infelice suerte  
Quién es quien solicita ¡ay Dios! mi

[muerte.

CÁRLOS.

Mas debiera, si llega á descubrirse,  
Aqueso agradecerse, que sentirse.

ASTOLFO.

¡Ay Carlos! no debiera.  
Si es tal el golpe que mi pecho espera,  
Que sin defensa alguna  
Se ha de dejar llevar de su fortuna.

CÁRLOS.

Ahora estoy mas dudoso.

¿Quién es el enemigo?

ASTOLFO.

Un poderoso.

CÁRLOS.

Y al rigor que procura,  
¿Quién le ha dado ocasion?

ASTOLFO.

Una hermosura.

CÁRLOS.

O mienten mis recelos,  
O esto es de Julia amor, del Duque celos.

ASTOLFO.

Fácil era el sentido  
De mi confuso enigma: el Duque ha sido  
Quien de Julia celoso,  
Y quien de mí envidioso,  
Desta suerte ausentarme ha procurado  
Y Julia temerosa me ha mandado  
Que los avisos de mi muerte crea,  
Que ni la hable ni vea,  
Porque ya es imposible  
Que entre en su casa yo (¡pena terrible!)  
Sin que entre (¡trance fuerte!) [te.  
Trozando en las sombras de mi muerte.

CÁRLOS.

¿Pues quién le ha descubierto  
Amor tan recatado y encubierto,  
Que solo ese eriado  
Y yo le hemos sabido?

ASTOLFO.

¿A un desdichado,  
¡Ay Carlos! quién averiguarle puede  
Por dónde la desdicha le sucede?

¡ Por acaso.



CÁRLOS.

Una pregunta quiero  
Haceros.

ASTOLFO.

Yo satisfacerla espero.

CÁRLOS.

Julia, ¿qué os ha mandado?

ASTOLFO.

Que no la vaya á ver, por el cuidado  
Que ya á sus puertas Federico tiene.

CÁRLOS.

Quedar solos los dos aquí conviene,  
Porque quiero fiaros un secreto  
Que me habeis de guardar.

ASTOLFO.

Yo lo prometo.—

Candil, vuélvete á casa,  
Y en ella esperarás.

CANDIL. (Ap.)

¿Qué es lo que pasa?

¿De mí se han recatado  
El día que está el Duque declarado?  
Sin duda que han sabido  
Que yo quien le contó su amor he sido;  
Mas no, que no estuvieran.  
Tan apacibles hoy, si lo supieran.

(Vase.)

## ESCENA IV.

ASTOLFO, CÁRLOS.

ASTOLFO.

En fin, todas mis penas y recelos  
Son que el paso han tomado ya los celos  
Del buque.

CÁRLOS.

De manera,

Que si de ver á Julia modo hubiera,  
Y pudiérais entrar á hablalla y vella,  
Y de día y de noche estar con ella,  
Sin que el Duque celoso,  
Aunque siempre ofendido y cuidadoso  
A la puerta estuviera,  
Ni os viera ni os sintiera,  
¿Aquí nuestro cuidado  
Tuviera fin?

ASTOLFO.

Confuso y admirado

Esa proposición, Carlos, me tiene,  
Y divertir á un triste no conviene  
Así con lo imposible, [ble.  
Pues no es posible hacerme á mi invis-

CÁRLOS.

¡Díme, Astolfo, y veréis la amistad mía,  
Cuánto de vos por daros vida fía.  
Ya sabeis los grandes bandos,  
Astolfo, que largo tiempo  
Todo el orbe alborotaron  
Con civiles guerras, siendo  
Huelfo y Gebelino, dos  
Hermanos, cabezas dellos,  
Por quien dividida Italia  
En domésticos encuentros,  
Fuéron todos los linajes  
Ya Gebelinos, ya Huelfos.  
Ya sabeis cómo á Sajonia  
Llegó este marcial incendio,  
Inficionando las casas  
Mas nobles, á cuyo efecto  
La heredad enemistad  
Aun hoy dura en nuestros pechos,  
Por ruina de aquel estrago,  
Por ceniza de aquel fuego.  
Crotaldo, padre de Julia,  
Que es el divino sugeto  
Que adorais, en quien juraron,

Si de otros bandos me acuerdo,  
Aun mas imposibles paces  
La herinosura y el ingenio,  
Tomó la voz de una parte,  
Y de la otra parte Arnesto,  
Un deudo mio. No dudo  
Que sepais á cuánto extremo  
Llegó este enojo en los dos;  
Mas aunque lo sepais, quiero  
Referirlo, porque todo  
Importa para el suceso.  
El día que á Federico,  
Generoso duque nuestro,  
Juró Sajonia por duque;  
Sobre el ocupar los puestos  
De aquel acto, procurando  
Ser cada uno el primero,  
En esa eminente plaza  
Se encontraron, cuyo extremo  
Llegó á ser publico agravio  
De uno de los dos; y puesto  
Que yo tiemblo de decirlo,  
Y aun de imaginarlo tiemblo,  
Bien se deja ver que fué  
El agraviado mi deudo.  
¿Para qué lo disimulo,  
Si balbuciente el afecto,  
Lo que callare la voz  
Lo diré con el silencio?  
Dióle un bofetón Crotaldo  
(¡Ay de mí!) al anciano Arnesto.  
En cuya gran confusión,  
En cuyo notable estruendo,  
Aunque cumplió por entónces  
Desesperado y resuelto,  
No quedó, á su parecer,  
Para despues satislecho:  
Necedad que hizo el valor  
Mal entendido, pues vemos  
Que no hay agravio delante  
Del que es soberano dueño,  
Y ya se sabe, que adonde  
Está el príncipe, no hay duelo  
Que á satisfaccion obligue;  
Mas vive el honor compuesto  
De una condicion tan fácil,  
Que en su opinion, su concepto,  
Bastó haber imaginado  
Que fué agravio, para serlo.  
El Duque, que aun no tenia  
Bien fundado su derecho,  
Disimuló, porque ha sido  
Política de los reinos  
Entrar en ellos piadoso  
Para conservarse en ellos.  
Y así, por quietar no mas  
Las opiniones del pueblo,  
Envió á su casa á Crotaldo,  
Adonde le tuvo preso  
Con tantas guardas, que nadie  
Le vió mas desde el suceso  
Deste día, ó porque fué  
La prision con tanto aprieto,  
O porque el temor le tuvo  
Tan guardado y tan secreto.  
De cuantas desdichas, cuantas  
Miserias, cuantos tormentos  
Padece un hombre infelice,  
A ninguno, Astolfo, tengo  
Mayor lástima, que á un noble  
Ofendido, en quien contemplot  
Amancillado el honor,  
Mal valido del esfuerzo.  
Por Arnesto en fin lo digo,  
Pues imaginando Arnesto  
Varios modos de venganzas,  
Entró en mil trajes diversos  
Dentro de su misma casa;  
Pero nunca con efecto.  
Y para que admireis cuánto  
Dicta un agravio, dispuesto  
Se vió á hacer paso á su honor,

O penetrando ó rompiendo  
Las entrañas de la tierra  
Por conseguir su deseo,  
A pesar de las murallas  
Que se le ponian en medio.  
Un ingeniero buscó,  
Que, en minar la tierra diestro,  
Facilitase á su agravio  
Lo imposible de su acero.  
Y liándose de mí,  
Por estar mi casa en puesto  
Mas vecino á su esperanza,  
Mas conveniente á su intento,  
El hombre empezó desde ella  
A delinear los modelos,  
Con que tocaba una mina  
A su mismo cuarto; que este  
Era en él fácil, porque  
Era de nacion flamenco,  
Escuela donde el valor  
Pelea con el ingenio.  
Y nivelando de día  
Las líneas y los tanteos,  
Las cavábamos de noche  
Con recato y con secreto.  
¿Quién crerá que trabajando  
En el mas oscuro centro,  
Se enterrase el ofendido  
Por ver á su ofensor muerto?  
Llegó la mina á su fin,  
Pero no llegó á su efecto;  
Pues el día de la noche  
Que este horrible monstruo griego,  
Para abortarlos en rayos  
Proñado estaba de aceros,  
Por las calles y las plazas  
Confusamente se oyeron.  
Todos hablando en Crotaldo,  
Nuevas de que se habia muerto.  
Quedaron con este caso  
Frustrados nuestros intentos,  
Malogradas nuestras suñas,  
Postrados nuestros deseos;  
Porque el ofendido, ya  
Sin ofensor, conociendo  
Que en una hija no era  
La venganza de provecho,  
Murió de melancolía  
Dentro de muy poco tiempo:  
De muerte, que sin que nadie  
Pueda llegar á saberlo,  
Desde mi casa á la casa  
De Julia una mina tengo,  
Tan fácil hoy de romperse,  
Que como avisada dello  
Esté Julia y sus criadas,  
Y con recato y secreto  
La boca della se oculte,  
Que podréis entrar es cierto  
Y salir desde mi casa  
Hasta su mismo aposento,  
Que es adonde va á tocar,  
Sin que el amor ni los celos  
Del buque causen temor.  
Pero ha de ser, advirtiéndolo,  
Que ha de ser esto con gusto  
De Julia: porque no quiero  
Que se diga que en su honor  
Infamemente me vengo  
Dando paso á su deshonra.  
Que como allaneis vos esto,  
Aquí está mi casa, aquí  
Mi vida. Astolfo, y mi pecho,  
Pues para todo es quien es  
Amigo tan verdadero.

ASTOLFO.

Dadme mil veces los brazos;  
Y si mudo os agradezco  
Tanto bien, es porque el caso  
Mudo me tiene y suspenso.  
Yo hablaré á Julia, y de Julia

Fraer licencia os ofrezco;  
Y pues ya la noche oscura  
Extiende su manto negro,  
Iré á avisarla.

CÁRLOS.

Mirad

Lo que os aventurais.

ASTOLFO.

¿ Luego

Han de matarme esta noche,  
Siendo la última que espero  
Ponerme en esta ocasión?

CÁRLOS.

¿Cómo?

ASTOLFO.

Como si yo llego  
A pedir licencia á Julia  
De abrir esa mina, es cierto  
Que ha de darla ó no ha de darla:  
Si la da, ¿para qué efecto  
He de volver á arriesgarme,  
Teniendo seguro el riesgo?  
Si no la da, pensaré  
Que está su amor de concierto  
Con el Duque, pues me quita  
Esta ocasión, y iré huyendo  
De mis celos, si es que hay donde  
No sepan de mi mis celos.

CÁRLOS.

A todo he de acompañaros.  
(Ap. Y estas finezas y extremos  
Tome por su cuenta amor;  
Pues el que yo á Laura tengo,  
Hermana de Astolfo, es  
El que ha franqueado en mi pecho  
Secreto que tantos días  
Tuvo el honor en silencio.) (Vanse)

Sala en casa de Enrique.

### ESCENA V.

ENRIQUE, leyendo un papel; LAURA.

ENRIQUE.

¿Quién te dió aqueste papel?

LAURA.

Una mujer me le dió  
Tapada, que aquí llegó.

ENRIQUE.

¿Hay desdicha mas cruel!  
¿No preguntaras quién era?

LAURA.

Ya, señor, lo pregunté;  
Mas solo me dijo que  
En tu mano te le diera,  
Que una limosna pedía  
Y volvería al instante.

ENRIQUE.

¿Quién ha visto semejante  
Confusion como la mía?

LAURA.

Parece que te ha traído  
El papel algun cuidado.

ENRIQUE.

Y tan grande, que ha causado  
Mil penas á mi sentido,  
Y habré de morir en ellas.

LAURA.

¿No sabré yo la ocasión?

ENRIQUE.

Cosas de tu hermano son:  
¿Para qué quieres sabellas?

LAURA.

Para sentirlas fiel,  
Ya que no puedo servir  
Mas, señor, que de sentir.

ENRIQUE.

Pues oye, Laura, el papel.  
(Lee.) «Importa que esta noche con  
»prudencia estorbeis á Astolfo que no  
»salga de casa, porque le va no ménos  
»que la vida.»

LAURA.

Justos fuéron tus enojos:  
Bien, compuesto de cruel  
Rejalgar, es el papel  
El veneno de los ojos.

ENRIQUE.

Días há que desvelado  
La tristeza me ha traído  
De Astolfo, y sin duda ha sido  
Nacida deste cuidado.  
Y no siento, no, ni es bien,  
Su riesgo ni mi pesar,  
Sino que se ha de guardar  
Sin que le digan de quién.  
Que, vive Dios, si supiera  
Quién es, que se le sacara  
Yo al campo, y que cara á cara  
El disgusto concluyera.  
Mas decirme que le guarde,  
Sin que de quién se me diga,  
Bien á presumir me obliga  
Que es su enemigo cobarde.  
Y esto mas mi pecho siente  
Que lo que ha de suceder,  
Porque mas se ha de temer  
A un cobarde que á un valiente.  
¿Oh quién supiera, ay de mí,  
De quién se debe guardar!

### ESCENA VI.

CANDIL. — ENRIQUE, LAURA.

CANDIL. (Ap.)

Aquí me manda esperar  
Mi amo, en tanto... Mas aquí  
Está el viejo; fruncir quiero  
El semblante, dando indicio  
De heato y de novicio.

LAURA.

Bien de ese criado espero  
Que te informes; él quizá  
Advertirá tu dolor.

ENRIQUE.

Dices bien — Candil.

CANDIL.

Señor.

ENRIQUE.

¿Dónde vuestro amo está?

CANDIL.

Hácia el parque le he dejado  
Con Carlos, su grande amigo.

ENRIQUE.

Siempre, el cielo me es testigo,  
Os tuve por leal criado.

CANDIL.

El *fidus Achates* fué,  
Puesto conmigo, un Vellido.

ENRIQUE.

Decidme pues, ¿qué ha tenido  
Astolfo? Que yo no sé  
Qué humor inquieto y severo  
Andar tan triste le hace.

CANDIL.

Yo lo diré: todo nace  
De tener poco dinero.  
Perdió ayer el que tenía;  
Que, á imitación de las gentes,  
Hay barajas mal-dicientes  
Y dicen mal cada día.  
Si bien ya cosas se ven,  
Que esto no es lo principal,  
Pues á las que dicen mal  
Hay quien las haga hablar bien.  
Yo me acuerdo cuando era  
Agravió el decirle á un hombre  
Fullero, porque era nombre  
Que escucharse no debiera  
Sin mentis; pero despues  
Que á ser llegó habilidad,  
Agravió es con mas verdad  
Decirle que no lo es.  
Flores se descubren hartas,  
Sin ser mayo, cada día:  
¿Qué mas que haber fullería  
Al juego de sacar cartas?

ENRIQUE.

Decidme pues: ¿ha tenido  
Por el juego algun disgusto?

CANDIL.

Si, señor, muy grande y justo.

ENRIQUE.

¿Pues qué fué?

CANDIL.

El haber perdido;

Que otro no le supe yo:  
Y si á él le sucediera,  
Es cierto que le supiera;  
Que en fin de nadie fió  
Con mas razon que de mí  
Sus disgustos, por saber  
Cuánto le suelo valer  
En ellos.

ENRIQUE.

¿Cómo, si oí

Que alguna vez que riñó,  
Y que presente estuvisteis  
Vos, las espaldas volvisteis?

CANDIL.

Por eso lo digo yo;  
Pues corrió tras mí un tropel  
Con que la vida le di,  
Pues los que fuéron tras mí,  
No le tiraron á él.

ENRIQUE.

Decidme (¡oh! quieran los cielos  
Que este desengaño vea!)  
¿Sirve Astolfo ó galantea  
A alguna dama? ¿Son celos  
Los que triste le han tenido  
Estos días?

CANDIL.

¿Qué sutil!

Viendo que yo soy Candil,  
De mí alumbrarte has querido.  
Y así oye cuanto pasa,  
Si á callarlo te reduces;  
Porque quiero hacer dos luces  
A la calle y á la casa.  
Astolfo una dama ama,  
Y tiene un competidor  
Poderoso, y en rigor  
Hoy la calle de la dama  
Con uno y con otro amante  
Ya moro, ya paladín,  
La esfera de su jardín  
Hizo campo de Agramante.  
Traidor fuera, si callara,  
Sabiendo el riesgo en que está  
Mi señor.



ENRIQUE.

Llévame alla ,  
Pues ya de luces avara  
Y triste la noche fria,  
En eclipsado arrebol ,  
Las exequias hace al sol ,  
Alma y corazon del dia.  
Th. Laura , si aqui viniere ,  
Mientras yo le busco , di  
Que no se salga de aqui ,  
Que mando yo que se espere.

LAURA.

Si haré. (A Candil. Si á Carlos hallais  
Con él, decid que me vea.)

ENRIQUE.

¡Ay hijos, quien os desea,  
No sabe lo que costais! (Vanse.)

Calle.

## ESCENA VII.

EL DUQUE, LEONELO, OCTAVIO.

DUQUE.

En esta noche fria ,  
Émula hermosa de la luz del dia,  
De mi venganza espero  
Ver el fin: muera Astolfo, pues yo muero.

LEONELO.

Mal hace vuestra Alteza  
En dar tanto lugar á una tristeza.

DUQUE.

¡Es mejor que ofendido  
Yo de un vasallo, llore aborrecido?

LEONELO.

Quien una hermosa dama  
Sin estrella, señor, festeja y ama,  
No porfie en querella;  
Que no hay ventura donde falta estrella.

DUQUE.

¡Qué error tan recibido  
De la opinion comun, Leonele, ha sido  
Decir que las estrellas  
De amor terceras son, y que están en ellas  
(¡Oh necio desvario!)  
La primera eleccion del albedrio!

OCTAVIO.

Pues ¿quién puede negallo?

DUQUE.

Yo, que razones y aun ejemplos hallo  
Contra aqueste concepto.

LEONELO.

Di uno solo.

DUQUE.

Despreciado de Dafnes hable Apolo:  
Si estrella fuera amor, si en él viviera,  
¿Cómo del sol aborrecido fuera,  
De las estrellas soberano dueño?  
Luego bien claro enseño  
Que amor no vive en ellas,  
Pues el sol se quejó de las estrellas.

LEONELO.

Y en fin di, ¿qué has pensado?

DUQUE.

No fiar de mi estrella mi cuidado,  
Sino de mi poder y el valor mio;  
Que ellos los polos son de mi albedrio.  
Y así tengo ganada,  
Como el criado de Astolfo, una criada  
De Julia, que ha de abrir aquesta puerta,  
Que para Astolfo suele estar abierta.  
Y ya que es hora creo

De que la seña hurtada á mi deseo  
Haga seguro el paso  
A este ardor, á este fuego en que me  
(Hace la seña en la reja.) [abraso.

LEONELO.

La puerta ahren, señor.

## ESCENA VIII.

PORCIA. — Dichos.

PORCIA.

¿Quién es?

DUQUE.

Yo he sido.

PORCIA.

Y vuestra Alteza sea bien venido;  
Que Julia, conociendo  
La seña de su amante, presumiendo  
Que él fuese, me ha mandado  
Abrir la puerta, con que se ha cerrado  
El temor de tu intento y de mi culpa,  
Pues su mismo precepto me disculpa.

DUQUE.

Los dos os retirad, y con cuidado  
Esta calle guardad.

LEONELO.

Bien has fiado

De los dos tu deseo.

(Entrause por la puerta el Duque y  
Porcia, y retiranse por una calle  
Leonele y Octavio.)

## ESCENA IX.

ASTOLFO, CARLOS.

ASTOLFO.

¡Ay Carlos, si es verdad esto que veo!  
¿Por la puerta no ha entrado  
Un hombre, y otros dos se han retirado?

CÁRLOS.

No sé si engaño ha sido;  
Pero á mí que es verdad me ha parecido.

ASTOLFO.

¿Para esto, ingrata fiera,  
Fué decirme que á verte no viniera?  
Vive Dios, que he de entrar, y...

CÁRLOS.

Deteneos,

Que eso es embarazar vuestros deseos:  
Pues siéndolo estorbar vuestros agra-

[vios.

No lo han de hacer las manos ni los la-  
[bios

Desde aqui; pues no es medioní es ven-  
[ganza,  
Si otro el favor en el jardin alcanza,  
Refir los dos con estos dos afuera.

ASTOLFO.

[fiera!

¿Pues qué he de hacer en ocasion tan  
Mas ya sé qué he de hacer. Allí una reja  
Paso á un balcon me deja,  
Que es de una galería  
Del jardin: guardad vos la espalda mia,  
Mientras me arrojó á él desesperado.

CÁRLOS.

[trado.

Advertid no sea el Duque ese que ha en-

ASTOLFO.

Pues eso, ¿qué remedia mis desvelos?  
¿Los duques no dan celos?

Fuera de que si yo lo he presumido,  
De oírlo á Julia ha sido,  
Y puedo presumir, y justamente,  
Que quien miente el amor, el galan  
[miente.

CÁRLOS

Con vos vengo, y despues de preveniros  
El riesgo, á todo trance he de seguiros

ASTOLFO.

Pues yo en el jardin entro.

CÁRLOS.

Nadie entrará mientras estais vos den-  
(Vanse.) [tro

Jardin de la casa de Julia.

## ESCENA X.

EL DUQUE, PORCIA; luego JULIA.

PORCIA.

Ponte, señor, sobre el rostro  
El rebozo de la capa,  
Porque pueda hacer mejor  
El papel de la turbada.  
(Embózase el Duque, y sale Julia)

PORCIA.

Aquí, señora, está Astolfo.

JULIA

¿Cómo es posible que haya,  
Astolfo, en un pecho noble  
Tan necia desconfianza?  
¿A mi casa apenas vuelvo  
De pedirte que á mi casa  
No vengas por el temor  
Del Duque, cuando á ella llamas?  
¿Qué necios celos!

DUQUE.

No son

Muy necios, Julia. (Descúbrese

JULIA.

¿Turbada

Estoy!; Ay Porcia! ¿qué es esto?

PORCIA.

Yo, señora, no sé nada.  
A la seña abrió la puerta;  
Si á ti la seña te engaña,  
¿Qué mucho que á mí me engañe?

JULIA.

¡Ay de mí! ¿qué he de hacer?

DUQUE.

Basta,

O Julia, la turbacion;  
Que yo solo he sido causa  
A este engaño, porque amor  
Todo es ardid y trazas  
No quise mas que saber  
Si puerta que tan cerrada  
Está á una te verdadera,  
Se abrió á una seña falsa.  
Ya no me podreis negar  
(Testigos son estas plantas)  
Que, sobre tantos avisos,  
Astolfo mi gusto agravía

JULIA.

Señor, señor, esa culpa,  
Aunque hoy esté averiguada,  
Mia es, que no es de Astolfo,  
Pues creyendo que él llamaba,  
Yo le mandé abrir la puerta:  
Luego en los dos, cosa es clara,  
Si fuera el llamar su culpa,  
Y mia hacer que le abran,  
Yo estoy culpada y él no,  
Pues yo le abro y él no llama;  
Que desde el primero día,  
Señor, que por mi desgracia  
Me visitasteis, no ha entrado  
Mas aquí. (Cae Astolfo al jardín.)

## ESCENA XI.

ASTOLFO. — JULIA, EL DUQUE,  
PORCIA.

ASTOLFO.

¡El cielo me valga!

DUQUE.

Pues ¿qué es esto?

JULIA.

Muerta estoy.

PORCIA.

¡Qué desdicha!

ASTOLFO. (Ap.)

Vida y alma,

Perdámouos de una vez,  
Y no muramos de tantas.

DUQUE.

¿Quién va?

ASTOLFO

Un hombre solo.

DUQUE.

¿Cómo

Desta suerte eu esta casa  
Entráis?

ASTOLFO.

Como vos de esotra.

DUQUE.

¿Sabes quién soy?

ASTOLFO.

No sé nada;

Que á estas horas y á estos celos  
Todas las sombras son pardas.

DUQUE.

Pues vuelve por donde entraste

ASTOLFO.

Celos no vuelven la espalda.

DUQUE.

Yo haré que las vuelvas, y...

(Sacan las espadas y riñen)

JULIA.

¡Señor, señor!

DUQUE.

Suelta, aparta.

(Dentro ruido de espadas.)

PORCIA.

Eu la calle al mismo tiempo  
Se oyen también cuchilladas.

## ESCENA XII.

ENRIQUE, CARLOS Y LEONELO,  
dentro. — DICHOS.

ENRIQUE. (Dentro.)

Yo he de entrar en el jardín

CÁRLOS. (Dentro.)

Mi brazo esta puerta guarda.

JULIA.

Da voces, Porcia.

DUQUE.

Hoy verás

Que es rayo ardiente mi espada.

ASTOLFO.

¡Oh! que estás favorecido,  
Y riñes con gran ventaja

ENRIQUE. (Dentro.)

La puerta echaré en el suelo.

CÁRLOS. (Dentro.)

La guardo yo.

JULIA.

¡Pena rara!

LEONELO. (Dentro.)

Yo te sabré hacer pedazos.

PORCIA.

Luces traeré desta sala.

(Vase.)

JULIA.

¡Acudid todos!

ASTOLFO.

¡Ay cielos!

Muerto soy.

(Cae en el suelo herido y desmayado.)

PORCIA.

¡Desdicha extraña!

DUQUE. (Ap.)

Que aquí no me conocieran  
Fuera de grande importancia

## ESCENA XIII.

ENRIQUE, CARLOS, LEONELO, OCTAVIO Y CANDIL, que vienen de la calle; PORCIA, que saca luz. — JULIA, EL DUQUE; ASTOLFO, caído en tierra.

ENRIQUE.

Julia, ¿qué es esto?

JULIA.

No sé:

Tu desgracia y mi desgracia.

Tu hijo Astolfo (¡muerta estoy!)

Es (¡qué pena tan tirana!)

El que (¡rigurosa estrella!)

Sobre (¡el aliento me falta!)

Estas flores (¡qué rigor!)

Caducas ya (¡qué desgracia!)

Ilizo (¡terrible desdicha!)

Que con su púrpura y nácar

Se conviertan en rubies

Las que fueron esmeraldas.

El hrazo (¡ay Dios!) que te ofende,

El acero que te agravia,

No le sepas, no le sepas;

Que será doblar las ansias,

Ver posible la desdicha

E imposible la venganza.

ENRIQUE.

¿Cómo imposible (¡ay de mí!)

Si este acero y estas canas

Etna de fuego y de nieve

Serán...? (Acomete al Duque.)

JULIA.

Tente, espera, aguarda,

No le ofendas, que es el Duque.

DUQUE.

Enrique, Enrique, ya basta.

ENRIQUE.

Pues vuestra Alteza, señor,

¿Tanto enojo, furia tanta?

DUQUE.

Así mi valor castiga

A quien mi valor agravia;

Y si mil veces viviera,

Le diera muerte otras tantas. (Vase.)

LEONELO.

¡Qué lastimosa tragedia!

(Vase.)

OCTAVIO.

¡Qué rigurosa desgracia!

(Vase.)

CÁRLOS.

¡Qué amigo tan infeliz!

(Vase.)

JULIA.

¡Qué mujer tan desdichada!

(Vase.)

CANDIL.

De todo tuve la culpa,  
Tener la pena me falta.

(Vase.)

PORCIA.

Temblando estoy de temor,  
Por ser de su muerte causa.

(Vase.)

ENRIQUE.

¡Ay infelice de mí!

En pena, en desdicha tanta,

Pues que me falta en la tierra,

Denme los cielos venganza.

(Llévase á su hijo.)

## JORNADA SEGUNDA.

Sala en casa de Enrique.

## ESCENA PRIMERA.

ENRIQUE, LAURA.

LAURA.

Hasta que te vi, señor,  
Turbada estuve y suspensa,  
Pendiente el alma de un hilo,  
Ni bien viva, ni bien muerta.  
¿Cómo vienes? ¿Cómo fué  
Este prodigio? ¿Qué intentas?  
¿Qué pasó? ¿Qué sucedió?  
No con tal duda me tengas,  
Porque es otra pena aparte  
Vivir dudando una pena.

ENRIQUE.

¿Estás sola?

LAURA.

Sola estoy;

Pero cerraré la puerta.

ENRIQUE.

No la cierres, que podrán  
Escucharnos detras della;  
Que el que quiere decir, Laura,  
Cosas, y mas como estas,  
Adonde importa el secreto  
Tanto, hace mal si la cierra,  
Pues no sabe quién le escucha:  
Mejor es dejarla abierta;  
Que yo veo desde aquí  
A quien sale y á quien entra.  
Ya te acuerdas de la noche  
Que, tantas veces funesta  
Para mí, desde la casa  
De miadama Julia bella  
Traje á la mia á tu hermano  
En mis hombros; ya te acuerdas  
Que bañado entre su sangre,  
Volvió del desmayo apenas,  
Cuando... Mas ¿por qué mi voz  
Repetirte, Laura, intenta  
Lo que es justo que no olvides,  
Lo que es preciso que sepas?  
Pues dijo un sabio que solo  
Arte de memoria era,  
Estudiar uno desdichas,  
Que, como una vez se aprendan,  
Nunca saben olvidarse.  
Y pues acordarte es fuerza,  
Paso ahora á lo que ignoras,  
Porque todas las adviertas.  
Apénas el sol anoche  
Vencido de las tinieblas,  
Caer se dejó en el mar,  
Sustituyendo su ausencia  
Las estrellas y la luna  
(Porque abrasadas vireinas  
De la majestad del sol  
Son la luna y las estrellas),  
Cuando, poniendo reparos  
A la sagrada violencia



Del rayo del poderoso,  
Dispuse contra su fuerza  
Mi ingenio; bien como aquel  
Geroglífico lo enseña  
De la encina y de la caña,  
Que una fácil, y otra opuesta  
A las ráfagas del viento,  
Del raudal á las violencias,  
Coronaron la humildad,  
A vista de la soberbia.  
Al tiempo pues que Sajonia  
Celebraba las exequias  
De Astolfo, salimos yo  
Y... Mas turbada la lengua  
No se atreve á pronunciarlo,  
Que aun de imaginarlo tiembla.

LAURA.

No importa, ya sé quién dices.

ENRIQUE.

En una oculta maleza  
De ese monte, tan guardada  
De las hojas y las peñas,  
Que no echó méuos el día;  
(Porque siempre para ella  
Es noche, pues no ve al sol  
Que amanezca ó no amanezca)  
Prevenidos dos caballos  
Tuve, cuya lijereza  
El viento calzó de pluma:  
Tan hijos suyos, que fuera  
La espuela manchar en ellos.  
Desprecio, y no diligencia.  
Aquí pues, la voz, aquí  
En mil suspiros enuelta,  
En mil lágrimas bañada:  
Dije... Pero gente llega:  
Luego, Laura, lo sabrás.

## ESCENA II.

LUCRECIA, CANDIL. — ENRIQUE,  
LAURA.

LUCRECIA.

Don Carlos está á la puerta.

CANDIL.

Dice, si para besar  
Tus manos le das licencia.

ENRIQUE.

Amigo de Astolfo fué.

LAURA. (Ap.)

Y enemigo mio, pues llega  
A darme tantos cuidados.

ENRIQUE.

Decid que entre en hora buena.

(Hace Candil como que se va, y vuel-  
ve á quedarse.)

Pero decidme primero,  
Candil. ¿qué venida es esta?  
¿Servís á Carlos?

CANDIL.

Señor,

Desde aquella noche mesma  
Que trajiste herido á Astolfo  
A casa, y como si fuera  
Tu familia su homicida,  
Con enojo y con afrenta  
A todos nos despediste,  
Sirvo á Carlos.

ENRIQUE.

No me pesa.

Decid que entre. — Mira, Laura,  
(Vase Candil.)

Que importa que nada entienda.

LAURA. (Ap.)

Eso díselo á mis ojos,  
Porque, si son mudas lenguas  
Del alma, no callarán  
A Carlos nada que sepan.

## ESCENA III.

CARLOS, CANDIL. — ENRIQUE,  
LAURA, LUCRECIA.

CÁRLOS.

Aunque fuera desta casa,  
Dando de mi amistad muestra,  
Recibo el pésame yo,  
El darle aquí será fuerza.  
Si bien de una circunstancia  
Hoy mis ojos me reservan,  
Que es encareceros cuánto  
Siento la infeliz tragedia  
De Astolfo, pues si perdisteis  
Un hijo y hermano en ella,  
Yo perdí un amigo, y no  
Es pérdida mas pequeña;  
Que es parentesco sin sangre  
Una amistad verdadera.

ENRIQUE.

Bésos, Don Carlos, las manos;  
Que bien tenemos por ciertas  
De vuestra noble amistad  
Tantas generosas muestras.  
Bien lo dice mi cuidado:  
Pues el no dejar que os viera  
Astolfo en su enfermedad,  
Por excusarle la pena  
Fué que llevé de perderso.

CÁRLOS.

Mis lágrimas solo sean  
Hoy testigos de la mia.

LAURA.

Mal en tratarlas hiciera  
Como ajenas, siendo propias.

CÁRLOS.

Nunca estas fuéron ajenas.

CANDIL.

¡Ay! (Hace que llora)

LUCRECIA.

¿Pues tú lloras también?

CANDIL.

¿Y cómo? ¿No consideras  
Estás lágrimas de tinta?

LUCRECIA.

Pues ¿hay cosa que tú sientas?

CANDIL.

No.

LUCRECIA.

Pues, necio, ¿por qué lloras?

CANDIL.

Por hacer compañía, necia.

## ESCENA IV.

UN CRIADO. — DICHOS

CRIADO.

Aquel hombre que te habló  
Poco há, te aguarda ahí afuera.

ENRIQUE.

Un negocio es, yo saldré  
A hablarle. Tú aquí me espera,  
Carlos; que quiero despues  
Besar la mano á su Alteza,

Y que me acompañes quiero,  
Porque notes, porque adviertas  
Que dar gracias por agravios  
Es la mayor diligencia.  
(Vase, y con él el criado.)

## ESCENA V.

LAURA, CARLOS, LUCRECIA,  
CANDIL.

CÁRLOS.

¿Atravesaran mis voces,  
Pidiendo al llanto licencia,  
Validas de la ocasion  
Que ningún tiempo desprecia,  
A mezclar, hermosa Laura,  
Amores á un tiempo y penas?  
Pues entre penas y amores  
Hay tan poca diferencia,  
Que no salgo del concepto  
Pues son una cosa mesma.

LAURA.

Bien podrás, Carlos, y bien  
Podré yo decir, atenta  
A tus labios y á mis ojos,  
Que no es posible que sea  
Buen cortesano el amor,  
Pues de ninguna manera  
Habla mas que en una cosa,  
Mezclando gusto y tristeza.

CÁRLOS.

Por no distinguir los tiempos  
Ni las personas, se cuenta  
Que de un árbol mismo cortan  
La muerte y amor sus flechas;  
Y así, pues amor y muerte  
Quiere el cielo que me hieran  
Tan á un tiempo, que podrán  
(Cuando ir á cobrar pretendan  
Las saetas de mi pecho)  
Equivocar las saetas,  
Bien podré, herido dos veces,  
Decir...

LUCRECIA.

Ya mi señor entra

CÁRLOS.

Pues ya no podré decirlo.

LAURA.

Si podrás por una reja  
De mi jardín esta noche.

## ESCENA VI.

ENRIQUE. — DICHOS.

ENRIQUE.

Perdonad, por vida vuestra,  
La tardanza.

CANDIL. (Ap.)

Mas tendrá

Que perdonar en la prisa.

ENRIQUE.

Y vamos á ver al Duque.

CÁRLOS.

Vamos.

ENRIQUE.

Laura, adios te queda

LAURA.

El cielo, señor, te guarde.

CÁRLOS. (Ap. á ella.)

No te olvides, Laura bella,  
De que en la reja tu sol  
Esta noche me amanezca.

LAURA. (Ap. á él.)

No haré, Carlos, que me va  
La vida en que tú la tengas. (Vase.)

CÁRLOS.

Tú, vete á casa, y preven (*A Candil.*)  
Espada, capa y rodela.  
(*Ap.*) ¡Oh, quién de un suspiro al día  
La luz apagar pudiera,  
Pues está, que viva un dios,  
En que sola una luz muera!  
(*Vase Carlos con Enrique.*)

CÁNDIL.

Fuera razonable el soplo.  
¿Oyes qué digo, Lucrecia?  
Está avisada, que mi amo  
Hablar á tu ama concierta,  
Porque estés tú á hablarme á mí.

LUCRECIA.

¿De cuándo acá esa fineza?  
Habiendo vivido en casa  
Tantos días, ¿hoy te acuerdas  
De enamorarme?

CÁNDIL.

Es porque es  
Costumbre inmemorial esta,  
*Ad perpetuam rei memoriam*  
Entre los criados hecha;  
Que no es porque yo te quiero.  
Mas podrá ser que te quiera,  
Por solo hacer compañía.

LUCRECIA.

Allá con Porcia se avenga:  
No es Lucrecia para burlas. (*Vase.*)

CÁNDIL.

Dos romanas de la legua  
Enamoro, y vive Dios,  
Que he de ser en medio dellas,  
Pues fui de la Porcia Bruto,  
Tarquino de la Lucrecia. (*Vase.*)

Sala en el palacio del Duque.

## ESCENA VII.

EL DUQUE, LEONELO y OCTAVIO,  
*en traje de noche.*

DUQUE.

Esta pena, esta furia,  
Doméstico enemigo que me injuria,  
Esta ansia, este veneno,  
Aspid ingrato que abrigué en mi seno,  
Esta ira, esta rabia,  
Que el corazón, que es dueño suyo, agra-  
No es posible que sea (*vía,*)  
Amor; deidad en mí mayor emplea,  
Con enojo mas fuerte,  
Pena, furia, veneno, rabia y muerte;  
Pues son tantos desvelos  
Las cabezas de la hidra de los celos.

LEONELO.

Yo no sé de qué suerte los previenes,  
Pues tienes celos, y de quién, no tienes.

DUQUE.

Por respuesta, que puedo te prevengo,  
Tenertos, pues de quien tenerlos tengo.  
Tú mismo á un hombre viste  
Que en un jardín aquella noche ¡ay tris-  
Ciego y desesperado (*¡le!*)  
Entró, á quien yo ofendido y enojado  
Quité la vida, sin quitar la vida;  
Pues primero murió, que de la herida,  
De los celos que tuvo.  
¿Qué fino amante, qué cortes anduvo!  
Pues murió, averiguados sus recelos,  
A vista de su dama y de sus celos.

OCTAVIO.

Si tú mismo confiesas de esos modos  
Que murió, ¿verdad que anoche todos

Su entierro vimos, ¿cómo en esta parte  
Un muerto puede darte  
Celos?

DUQUE.

Como no mueren con la muerte  
Los celos.

LEONELO.

¿De qué suerte?

DUQUE.

De esta suerte:  
De contrarios afectos esta llama,  
De contraria razon esta centella  
De celos, nace en una causa bella,  
O bien porque es amada, ó porque ama.  
Niser amada pues, ni amar la dama  
Consiente amor, tasándole su estrella;  
Mas entre ser amada, ó amar ella,  
Lo uno disgusta, pero lo otro infama.  
Luego si ya de Astolfo ser querida  
No puede Julia, y yo en su llanto advierto  
Que ella puede quererle sin la vida,  
De los dos daños el mayor es cierto:  
Y pues Julia de un muerto no se olvida,  
Bien puedo yo tener celos de un muerto.

OCTAVIO.

¿Sutil sofisteria  
De amor!

DUQUE.

Pues mi mortal melancolía  
Della nace, y yo muero  
Porque remedio á mi dolor no espero.

LEONELO.

Como tenerle quiera  
Tu Alteza, le tendrá.

DUQUE.

¿De qué manera?

LEONELO.

Ovidio dice, hablando del remedio  
De amor, cuál es el medio:  
Oye el verso.

DUQUE.

Holgaréme de saberle.

LEONELO.

«Para vencer á amor, querer vencerle.»

DUQUE.

Pues yo quiero y no puedo: luego niente  
Ovidio, ó aconseja neciamente.  
Y pues la pena mía  
Tan obstinada en mi dolor porfia,  
Con otra industria he de poder vencella.

OCTAVIO.

¿Qué pretendes hacer?

DUQUE.

Fiarme della  
Sin resistirme, á ver lo que hacer quiere  
De mí: lléveme pues donde quisiere.  
Prevenios los dos para esta noche;  
Que el sol apenas hoy desde su coche  
Lid de rayos y olas  
Verá sobre las ondas españolas,  
Cuando á la calle yo de Julia vaya,  
Solo á ver sus umbrales, porque haya  
Méenos entre mi amor y su belleza.

## ESCENA VIII.

ENRIQUE, CARLOS.—DICHOS.

ENRIQUE.

Déme á besar las plantas vuestra Alteza.

DUQUE. (*Ap.*)

Solo esto le faltaba á mi castigo, [go,  
Quejas de un padre, y quejas de un ami

ENRIQUE.

Si algun día os mereció

Mercedes, señor, mi fe,  
Dadme hoy albricias.

DUQUE.

¿De qué?

ENRIQUE.

De que ya Astolfo murió.  
Aunque pido mal; que yo  
Y mi honor al gusto vuestro  
Las debemos: bien lo muestro  
Con tan alegre albedrio,  
Pues fué el muerto un lijo mio,  
Que no fué un esclavo vuestro.  
De aquella infelice herida  
La ocasion aprovechó;  
Porque hiciera mal, si no  
Muriera á tal homicida.  
Su muerte pues y su vida,  
Que en mí son uno, es muy cierto,  
Pues si ya vengado advierto,  
Señor, vuestro enojo esquivo,  
Para mí está Astolfo vivo,  
Cuando está para vos muerto.

DUQUE.

Bien, Enrique, han hecho alarde  
Los esfuerzos del dolor  
De la sangre y del valor.  
Dios os guarde, Dios os guarde.  
(*Vanse el Duque y los criados.*)

CÁRLOS.

Confuso el Duque, cobarde  
Y turbado ha respondido.

ENRIQUE.

Piedad de su pecho ha sido.  
Adios, adios, Carlos.

CÁRLOS.

Yo

He de ir con vos.

ENRIQUE.

Eso no.

(*Ap.* Bien hasta aquí ha sucedido.)  
(*Vase.*)

## ESCENA IX.

CARLOS.

Si decir uno el dolor  
Que padece, no entenece  
Sino al que el dolor padece,  
Bien podrá decir mi amor  
Al sol, pues su bello ardor  
Un laurel siguió fiel;  
Y no dudo yo que él  
Con sombras el yerro dore  
De que yo una Laura adore,  
Pues él adoró un laurel.  
¡Oh tú, planeta luciente,  
Mide en tu pena la mía,  
Y haz hoy sincopa del día  
El ocaso y el oriente!  
¡Apague el azul tridente  
Tu luz, arder no presuma,  
Y nazca mi amor en suma  
De espuma y sombra entre horror,  
Pues siempre nace el amor  
De la sombra y de la espuma! (*Vase.*)

Sala en casa de Carlos.

## ESCENA X.

CARLOS.

Va parece que obediente  
A mi voz noble y bizarro  
Guia el pértigo del carro  
Por los campos de occidente:  
Sombra y luz confusamente



Hacen que el atado broche  
De sombra y luz desabroche  
El sueño, ya perezoso,  
Equivocando el dudoso  
Crepúsculo de la noche  
Y pues ya se ha declarado  
Triunfante la niebla fría  
De las campañas del día,  
Y yo á mi casa he llegado,  
Quiero, de traje mudado,  
Ir donde Laura me espera,  
Luciente sol desta esfera.

## ESCENA XI.

CANDIL. — CARLOS.

CANDIL.  
¡Vive Dios, no pare aquí  
Un instante!

CARLOS.

¿Candil?

CANDIL.

Sí.

CARLOS.

¿Dónde vas desta manera?

CANDIL.

Huyendo.

CARLOS.

Loco pareces.

¿Qué hay?

CANDIL.

No lo sabré decir.

Ni aun pienso que sabré huir,  
Con haberlo hecho mas veces.

CARLOS.

Nuevas sospechas me ofresces.

¿Qué es lo que te ha sucedido?

CANDIL.

Yo...

CARLOS.

Prosigue.

CANDIL.

¡Estoy perdido!

¿Viene alguien?

CARLOS.

No.

CANDIL.

Te esperaba,  
Cuando sentí que á la aldaba  
De las puertas hacen ruido.  
Fui á ver quién era, y hallé  
Un hombre, que rebozado  
Me mató la luz. Turbado,  
Quién era, le pregunté;  
Y muy quedo dijo que  
Te buscaba; y mas no habló.  
Dentro de casa se entró,  
Y del último aposento  
Cerró las puertas, atento  
A que no le viera yo.  
Allí está, en fin, encerrado.  
Ni sé quién es, ni qué quiere.

CARLOS.

Calla, y mas tiempo no espere.  
Trae luz, que determinado  
Yo haré que de ese cuidado  
Salgas.

(Entra Candil, y saca luz.)

CANDIL.

Aquí tienes ya

La luz.

CARLOS.

Dime dónde está.

CANDIL.

Aquí.

CARLOS.

La puerta abriré.

(Abren la puerta sin verse quién.)

Pero ella abrir se ve.

¿Quién quiera que es, salga acá! —

¿No sale? — Entra tú.

CANDIL.

Si fueras

A caballo, me tocara  
Ir delante; mas repara  
Yendo á pié, ¡cuán mal hicieras  
Si delante me trajeras!

CARLOS.

Suelta la luz.

CANDIL.

Eso haré

Fácilmente.

CARLOS.

Yo veré

Quién está dentro.

(Entra Carlos con la luz y espada desnuda, y vuelven á cerrar.)

## ESCENA XII.

CANDIL.

Cerró

La puerta, así como entró  
Carlos, quien quiera que fué.  
¿Qué me toca hacer aquí  
Por la ley del duelo, siendo  
Criado? Criado dije? Entiendo  
Que solo mirar por mí.  
Y pues tanto ha que no vi  
A Porcia, á verla iré en tal  
buda: afectos de leal  
Ningun cuidado me den,  
Porque nunca me hará bien,  
Si yo no le sirvo mal.

(Vase.)

Jardín.

## ESCENA XIII.

PORCIA, con luz; JULIA, vestida de luto.

JULIA.

Pon en ese cenador  
Las luces sobre un bufete,  
Porque no estemos á oscuras  
En este trágico albergue  
Las dos solas.

PORCIA.

Ya están puestas,

Y en él prevenido tienes  
Un tapete, y una almohada,  
Para que al fresco te sientes,  
Ya que de estar aquí gustas.

JULIA.

Ningun descanso apetece  
Mi vida, en tanto que triste,  
Entre laberintos verdes,  
Circos va de la fortuna  
Y teatros de la muerte.  
Lloro, Porcia, mis desdichas,  
Imitadoras del fénix  
Tanto, que en cuna y sepulcro  
Unas nacen y otras mueren:  
Que á las desdichas siempre  
Otras desdichas hay que las hereden.  
Triste, funesto jardín,  
Tú, que un tiempo mas alegre,  
Sí pompa del amor fuiste,  
Ruina ya del amor eres,  
Donde al cielo que lo mira,  
Y á la tierra que lo atiende,

Representó la fortuna  
Tragedias de amor, que pueden  
Tanto mover á las flores,  
Tanto ahlandar á las fuentes,  
Que las fuentes y las flores,  
De piadosas y corteses,  
Corran por perlas corales,  
Dén por jazmines claveles:  
Oye mis desdichas, pues  
Lugar á mis dichas deben  
Tus cristales y tus rosas  
Por lo que se les parecen;  
Que mis dichas son flores y son fuentes,  
Ó por lo fugitivo, ó por lo breve.  
Yo vi, yo vi coronado,  
En este jardín alegre,  
De victorias al amor.  
¡Cuánto engaña, cuánto miente,  
Quien deidad le llama, pues  
Una desdicha le vence!  
Dígalo á voces el aura  
Que en estas hojas se mueve  
Quejosa, porque mis voces  
Con sus cláusulas concierte;  
Díganlo á señas las plantas  
Manchadas, que en este albergue,  
Para ser tálamo nacen,  
Y siendo tálamo mueren:  
Pues el aura, y pues las plantas  
De tratarme á mí y de verme,  
Solo suspiros estudian;  
Solo lágrimas aprenden;  
Y podrán mejor que yo,  
A quien turban y enmudecen  
Las penas, porque en efecto  
Las padezca y no las cuente:  
Que el que decirlas puede,  
Mas las alivia, Porcia, que las siente.

PORCIA.

El campo de la fortuna  
Dejas correr de esa suerte  
Al discurso? No podrás  
Pararle cuando le intentes?  
Haz treguas, señora, un rato  
Con las lágrimas que viertes;  
Que así morirás de triste.

JULIA.

¿Pues qué dicha mas alegre?  
Déjame, Porcia, llorar;  
Pues todos dicen que es este  
El mejor bien de los males,  
Y el mejor mal de los bienes.—  
¿Pero quién se entra hasta aquí?

## ESCENA XIV.

CANDIL. — JULIA, PORCIA.

CANDIL.

Un muerto Candil, que viene  
A las lúces de tus ojos  
A quemarse, y no á encenderse.

JULIA.

Desde que Astolfo murió,  
Candil, no has venido á verme.

CANDIL.

Don Carlos, mi nuevo dueño,  
Tan ocupado me tiene,  
Que no he tenido lugar.

PORCIA.

Muy anciano chiste es ese,  
Dar por disculpa á los amos  
De la culpa que no tienen.  
Di que Lucrecia, y dirás  
Bien.

CANDIL.

El diablo me enlucresce  
(Que es mucho mas. Porcia mira.)

Que decirle que me lleve),  
Si yo...

JULIA.

¿Qué es eso?

CANDIL.

Pregunto :

¿Y qué haces desta suerte?  
¿No te da miedo este sitio?

JULIA.

No, que quien ama no teme.  
Como el can que de su dueño  
Sobre el sepulcro fallece,  
De la lealtad y el amor  
Geroglífico excelente,  
Yo sobre aquestas caducas  
Plantas, monumento débil  
De Astolfo, pues aquí fué  
Adonde cayó, estoy siempre  
Con voces y con suspiros  
Gimiendo y llorando á veces.

PORCIA.

¿Quieres que, por divertirme,  
Cante?

JULIA.

Solo eso consiente  
Mi dolor, por ser así  
Que la música entristece.

(Suenan golpes debajo de tierra)

Oye, detente. ¿Ay, Candil!

¿Ay Porcia! ¿qué ruido es este?

CANDIL.

Yo no entiendo bien de ruidos.

PORCIA.

Ni yo tampoco.

JULIA.

Parece

Que en el centro de la tierra  
Sepulcros se abren crueles.  
Vuelve á escuchar...

(Vuelven á sonar golpes.)

PORCIA.

¿Tan buen son

Es?

JULIA.

A ver si el ruido vuelve.

CANDIL.

Si vuelve, porque es un ruido  
Muy puntual.

JULIA.

Ya es bien me acerque.

PORCIA.

Yo no, que temiendo estoy  
Desde el perico<sup>1</sup> al juanete.

CANDIL.

Yo, que no tengo perico,  
Temo desde el pié á la frente.

(Suenan golpes otra vez.)

JULIA.

Dad voces.

PORCIA.

Yo no... no puedo.

CANDIL.

Ni yo, que fuera indecente  
Dar voces en casa ajena.

JULIA.

Preñada la tierra, quiere,  
Rasgándose las entrañas,  
Que nazcan ó que revíen  
Prodigios. ¿No veis, no veis  
Cómo toda se estremece?

<sup>1</sup> Especie de tocado.

¿No veis las plantas y ramos  
Ó sacudirse ó moverse?

PORCIA.

¿Pluguiera á Dios no lo viera!

CANDIL.

¿Qué es esto que hoy me sucede?

¿Allá embozados, y aquí

Dan golpecitos?

(Abrese una trampa en el suelo, y sale  
por ella Astolfo lleno de tierra.)

### ESCENA XV.

ASTOLFO.—Dichos.

JULIA.

¡Valedme,  
Cielos, que ya no hay valor,  
Pues Astolfo (¡ay de mí!) es este,  
Que aborto del centro nace  
En la parte donde muere!

PORCIA.

¡Válgame San Verbum caro!

CANDIL.

¡San Dios, San Jesus mil veces!

PORCIA.

¿Adónde estaré segura? (Vase.)

CANDIL.

Tratar quiero de esconderme.  
(Escóndese.)

ASTOLFO.

Quédate, Carlos, aquí,  
(Dirigiéndose á la boca de la mina.)

Por lo que me sucediere;  
Que hasta recorrer la casa,  
Yo entraré solo.

JULIA.

¡Detente,

Astolfo!

ASTOLFO.

Julia, no temas.

JULIA.

¿Qué me afliges? ¿qué me quieres?  
¡Déjame, déjame! (Desmáyase.)

ASTOLFO.

Oye, escucha, mira, advierte...  
Sobre las flores cayó,

Donde, rendida, parece  
La deidad que en este templo

Aras de púrpura y nieve  
Dan á estatua de jazmines,  
Dan á imagen de claveles.  
¡Oh qué mal hice (¡ay de mí!)

En romper, sin que estuviese  
Julia avisada, esta niña!

Pero ¿qué habrá que yo acierte?

¿Y quién pudo prevenir  
Que aquí á estas horas la vieses?

¡Mira, ó cielo, que no es justo,  
Ya que por muerto me tiene,  
Que siendo yo el muerto, sea  
Julia el cadáver! Advierte  
Que espira en su luz el día:  
De tantas flores te duele,  
Huérfanas sin su hermosura.

PORCIA. (Dentro.)

¡Al jardín, Fabricio, Félix!

CANDIL. (Dentro.)

¡Id á socorrer á Julia!

### ESCENA XVI.

EL DUQUE, dentro.—ASTOLFO, JULIA, desmayada.

DUQUE. (Dentro.)

Nada, Leonelo, receles.  
Voces dan: rompe esas puertas

ASTOLFO.

Ya en el jardín entra gente.  
¿Qué he de hacer, que unos de otros  
Nacen los inconvenientes?

(Dan golpes dentro.)

Si me echo á la mina, dejo  
Abierta la puerta, y pueden  
Averiguar contra Carlos  
Y contra mí fácilmente

El intento; si la cierro

Con ramas, porque no lleguen

A verla, no tengo luego

Por donde salir: de suerte

Que en irme, Carlos y yo

Padecemos igualmente;

Y en quedarme y ocultarme,

Yo solo; pues yo me quede

Empeñado, y asegure

A Carlos. Mas, pues me ofrece

Tan casual instrumento

Esta almohada, ella cierre,

(Cubre la mina con la almohada.)

Y fiando á la fortuna

Algo en desdicha tan fuerte,

Me encerraré en esta cuadra.

¡Valedme, cielos, valedme! (Éntrase.)

### ESCENA XVII.

EL DUQUE, PORCIA, CANDIL, CRUADOS.—JULIA, desmayada.

DUQUE.

A tu voz rompí esas puertas.

¿Qué es esto, Porcia? ¿qué tienes?

PORCIA

No sé, señor.

DUQUE.

Dí, Candil,

¿Qué es lo que á los dos sucede?

Pero no me lo digais:

Ya veo que á un accidente,

En el mismo sitio adonde

A Astolfo le di la muerte,

Julia yace desmayada.—

¡Julia hermosa!

JULIA. (Volviendo en sí.)

¿Qué me quieres?

¡Déjame, Astolfo!

DUQUE.

No soy,

Sino yo. ¿Qué es esto?

JULIA.

Atiende. [to]

En este (¡ay Dios!), no sé (no tengo alien-

Cómo diga, jardín, ó monumento, [ra])

En este (¡ay Dios!), no sé (¡desdicha du-

Como diga, sepulcro de hermosura...

Mas ¿qué dudo, luchando yo conmigo?

Monumento, señor, y jardín digo.

Mas ¿qué digo, conmigo batallando?

Hermosura y sepulcro digo, dando

La rienda á mis enojos,

Apostaban los labios y los ojos

A lágrimas y voces,

Que igualmente veloces

Corrían cada cual á su elemento.

El llanto al agua, y el suspiro al viento;

Si no es que desatados



Iban todos al fuego; que abrasados  
Tanto salian de mi helado pecho  
Lágrimas y suspiros, que sospecho  
Que monstruo el fuego sea,  
Cuando compuesta de contrarios vea  
Su esfera, porque luego  
Cuanto gemí y lloré, todo era fuego;  
Pues por donde el suspiro y llanto pasa,  
El llanto quema, y el suspiro abraza.  
Aquí en mis fantasías,  
Crueldades tuyas, ó desdichas mías,  
Estaba pues llorando,  
Cuando ¡ay infeliz! cuando  
Alterada la tierra,  
Que los tesoros pálidos encierra  
De muertos, con extrañas  
Lides rasgar quería las entrañas,  
Echando de su centro  
Los prodigios que ya no caben dentro  
De mudos golpes pues flores y plantas,  
Informadas ¡ay Dios! en penas tantas,  
A temblar principiaron.  
Que tiemblen las raíces que miraron  
Del céfiro las hojas sacudidas,  
No es mucho; mas que tiemblen hoy he-  
Las hojas con empujes infelices [ridas  
Al céfiro que hierre las raíces,  
Son iras, son congojas  
Que ignoran las raíces y las hojas.  
En efecto, al gemido, que no pudo  
Articular el viento, porque mudo  
Dentro del seno estaba,  
Cuando solo por señas se quejaba,  
Tembló el jardín, y tanto le provoca,  
Que para respirar abrió la boca.  
No así el Vesubio fiero,  
Que baluarte rústico de acero,  
Contra los cielos vomitar presume  
Bombas de fuego y pólvora de humo,  
Comunero del sol, al sol se atreve,  
De cuyo incendio es la ceniza nieve;  
Como esta tierra, esta que ves, herida,  
De sus mismas entrañas desasida,  
A las estrellas estrellada sube  
Pirámide de polvo, densa nube,  
A empuñar importuna  
Los trémulos cristales de la luna.  
Yo vi aquí... Desmayada  
La voz, torpe la acción, la lengua helada,  
Erizado el cabello,  
En el pecho un puñal, un nudo al cuello,  
Equivoca la vida,  
Al corazón la sangre retraída,  
Embargado el aliento,  
Muerto el sentido, vivo el sentimiento...  
No puedo hablar... yo vi, yo vi hñado  
En sangre y polvo á Astolfo, que abortado  
De su sangre nacia.

DUQUE.

Detente, que tu gran melancolía,  
Que tus ranos desvelos  
En tí fueron temores, y en mí celos;  
Pues cuanto causa ha sido  
De que tú esa ilusión hayas tenido,  
Con el mismo argumento  
Lo es de que tenga yo ese sentimiento.  
¿Adónde está esa boca que te asomhra?  
¿Adónde, que te aflige, está esa sombra,  
Si no es en tu deseo?  
Y pues que vivo en tu memoria veo  
A quien muerto me ofende,  
Vengarse dél aquí mi amor pretende.  
No hablarte imaginaba  
Jamás, aunque tus prendas adoraba;  
Mas pues un muerto á mí me da desvelos,  
Vivo yo, á él le tengo de dar celos.  
Y no será la pena, no, fingida;  
Que si el alma no muere con la vida,  
Bastarle en tal calma,  
Para que tenga celos, tener alma.  
Salios todos afuera. (Vanse los criados.)

JULIA.

Mira, señor, advierte, considera...

DUQUE.

No llores, que es en vano.

JULIA.

Que á los cielos ofendes.

DUQUE.

Soy tirano.

JULIA.

Manchadas estas flores,  
¿No te ponen horror?

DUQUE.

Desprecio horrores;  
Y ántes, que has de ver, piensa,  
Que con su sangre se manchó tu ofensa.

## ESCENA XVIII.

ASTOLFO, que sale al paño.—JULIA,  
EL DUQUE.

ASTOLFO. (Ap.)

No veré, que primero  
Moriré yo otra vez. ¡Cielos! ¿qué espero?  
Pero si á verme llega,  
El paso á mi esperanza se le niega; [bre,  
Que querer que de verme aquí se asom-  
Es temor de mujer, no es temor de hom-  
Pues el remedio sea [bre.  
Que estorbe la ocasión, y él no me vea.

DUQUE.

Pues viste á Astolfo, di que á defenderte  
Llegue.

ASTOLFO

Si llegará, y de aquesta suerte.  
(Apaga la luz.)

DUQUE.

La luz han muerto, y una voz escuchó.

JULIA.

De Astolfo es esta voz.

DUQUE.

Cobarde luego  
(Saca la espada.)  
Con mi asombro y contigo.

JULIA.

¿Mira si fué temor cuanto yo digo!

DUQUE.

Temor fué, que primero  
Que al espanto me rinda, hacer espero  
De mi valor alarde;  
Que nada á mí me puede hacer cobarde.

ASTOLFO. (Ap.)

Ya ¡cielos! que sin verme  
Estorbé su rigor, vuelvo á esconderme.  
(Vuelve á esconderse donde estaba.)

DUQUE.

¿Adónde, voz, te escondes?  
Si me llamas, ¿por qué no me respondes?

## ESCENA XIX.

CARLOS, que sale por la mina.—  
JULIA, EL DUQUE.

CÁRLOS. (Ap.)

A las voces, espadas y ruido,  
Del puesto en que aguardaba me he sa-  
Que, ya Astolfo empeñado, [lido;  
Con él he de morir puesto á su lado,  
Que es lo que á mí me toca,  
Y como estaba dejaré esta boca.

(Vuelve á poner la almohada en la  
mina.)

JULIA.

¡Muerta soy, cielos!

DUQUE.

Ilusión, ó sombra,  
Ni tu aspecto me espanta ni me asomhra.  
¡Hola, Leonelo, Octavio!

## ESCENA XX.

LEONELO, OCTAVIO; CRIADOS, con  
luz; PORCIA, CANDIL.—CARLOS,  
JULIA, ASTOLFO, oculto.

LEONELO.

¿Qué es aquesto?

CÁRLOS. (Ap.)

En grandes confusiones estoy puesto.

DUQUE.

¿Qué miro? ¿Carlos?

CÁRLOS.

Sí.

DUQUE.

¿Cómo has entrado

Aquí?

CÁRLOS.

Del ruido entré, señor, llamado.

LEONELO.

¿Por dónde, si la puerta  
Guardamos?

CÁRLOS.

Por las tapias de la buerta.

CANDIL.

Pues muy presto has venido,  
Para dejarte en casa y escondido.

DUQUE.

¿Viste, Carlos, Leonelo, Octavio, viste  
A Astolfo?—¡Pena triste!

CÁRLOS.

¿A Astolfo? Considera que sería  
Ilusión de tu ciega fantasía.

DUQUE.

Si el miedo engaña, ¿puedo  
Yo engañarme, si yo no tengo miedo?  
Yo he escuchado su voz, su forma he visto  
Al matarme esas luces. ¡Mal resisto  
La cólera!

JULIA.

¡Y es cierto!

CANDIL.

El anda en pena aquí después de muerto.

LEONELO.

Pues para asegurar tales extremos,  
Todo aqueste jardín examinemos.

CÁRLOS. (Ap.)

¡Ay de mí, si por dicha  
Le hallan!

ASTOLFO. (Al paño.)

¿Qué cierta es, cielos, mi desdicha!

DUQUE.

Abierta está esta cuadra.

CÁRLOS.

Yo á miralla

El primero entraré.

(Llega donde está Astolfo.)

ASTOLFO.

Pues, Carlos, calla.

<sup>1</sup> No quiere decir por fortuna, pues sería una desgracia: equivale á por casualidad, por acaso.

CÁRLOS.  
Si haré.—Nadie hay aquí.

OCTAVIO.  
Ni aquí tampoco.

DUQUE.  
Pues no fué sueño lo que miro y toco.  
Yo le he visto y oído,  
Verdad, Leonelo, ha sido  
(¡Qué desdicha tan fuerte!)  
En el lugar donde le di la muerte.

(Vase.)

PORCIA.  
Este galán fantasma, ¿qué pretende?

CANDIL.  
Que tenga esposo...

PORCIA.  
¿Quién?

CANDIL.  
La Dama Duende.  
(Vanse todos, menos Carlos, Astolfo y Julia.)

### ESCENA XXI.

JULIA, CARLOS; ASTOLFO, *oculto*.

ASTOLFO. (Al paño.)

¿Quién mis penas ignora?

CÁRLOS. [ahora]  
Julia, escucha: aunque á ver vuelvas  
A Astolfo, no te espantes, porque vivo  
Esta, y á verte viene. Esto apercibo  
De paso á tu belleza;  
Que no puedo dejar de ir con su Alteza.  
(Ap. Y no es sino ir á ver si amor restaura  
Tan tarde la ocasión de ver á Laura.)  
(Vase.)

### ESCENA XXII.

JULIA; ASTOLFO, *oculto*.

JULIA.

Cárlos, escucha, detente;  
No dejes tan presuroso  
Por virey en mis sentidos  
Un asombro de otro asombro  
¿Astolfo cómo es posible  
Que viva? ¿cómo, di, Astolfo  
Viene á verme? ¿cómo puede  
Ser verdad?

(Sale Astolfo.)

ASTOLFO.

Escucha cómo,  
Ya que avisada de Cárlos,  
Imposible dueño hermoso,  
Estás, y el temor nos deja  
En aqueste jardín solos.  
Bien te acuerdas que á esta esfera,  
Y aun á aqueste sitio propio,  
Celoso una noche entré  
Y salí muerto. No toco  
Si fué lo mismo el salir  
Muerto que el entrar celoso,  
Puesto que celos y muerte  
Dicen muchos que es lo propio.  
En los brazos de mi padre,  
Que me lloraba piadoso,  
A pesar de mi dolor  
El perdido aliento cobro,  
De la derramada sangre  
Bañado cabello y rostro,  
Tanto, que corriendo al pecho  
En dos humanos arroyos  
Los ojos y las heridas  
Equivocaron lo rojo;  
Porque para que dudase

Si la vierto ó si la lloro,  
De envidia de las heridas  
Lloraban sangre los ojos.  
En el último aposento,  
Donde apenas temeroso  
Entró el sol deshecho en rayos,  
Entró el aire envuelto en soplos,  
Me encerraron; y la cura  
De la herida fue de modo,  
Que mi amigo mi criado  
Entró á verme; porque solos  
Mi padre y mi hermana fueron,  
Asistiendo cuidadosos  
Los prácticos obedientes  
De un grande físico docto,  
Que entraba á verme á deshora  
Recatado y temeroso.  
Con este estudio en mi padre,  
En mi hermana estos ahogos,  
Este silencio en mi casa,  
Y esta ceremonia en todos,  
Convalecí, por hacer  
A mis celos este oprobio  
De no morir de mis celos,  
O por darles este enojo  
A mis dichas; pues vivir  
Un desdichado, no es poco.  
Apénas pues nueva vida  
Mal restituído cobro,  
Cuando mi padre de aquel  
Voluntario calabozo  
Me saca una noche á obscuras,  
Al mismo tiempo que oigo  
En otro cuarto en mi casa  
Tristes exequias y llosos.  
Los umbrales de una puerta  
Pavorosamente toco,  
Cuando de la otra sale  
Un entierro suntuoso.  
«¿Quién es el muerto?» pregunto  
A mi padre, y él dudoso:  
«Tú eres aquel mismo», dijo.  
Y aunque de escucharle absorto,  
Conoci un gozo entre penas,  
Y vi una pena entre gozos:  
De suerte, que en un instante  
Breve, en un espacio corto,  
Vivo y muerto por dos puertas  
Me miré sacar yo propio.  
Era la estación que ya  
El planeta luminoso,  
Dejándonos en la noche,  
Llevaba el día á otro polo  
Seguí á mi padre hasta un monte,  
De cuyo seno medroso  
Disfornemente nació  
El hurto, el sueño y el ocio.  
Aquí púes en una oculta  
Parte, murada de troncos,  
Tanto que aun no penetraba  
El inculto sitio umbroso  
El aire que por defuera  
Le andaba acechando, solo  
Como para hacer silencio,  
Ceceando en suspiros roncós,  
Mi padre con lengua muda  
Mal desatada en sollozos,  
Me dijo: «Yo he pretendido  
No ver ni llorar, Astolfo.  
Tu muerte segunda vez;  
Porque dolor tan penoso  
No es dolor para dos veces,  
Sin osar ponerle estorbos.  
Ofendido al Duque tienes:  
Violencias de un poderoso  
Venzalas, hijo, la industria,  
Cuando el valor puede poco  
Al ravo que de la nube  
Preñada es fatal aborto,  
No le burla aquella torre  
Que cimera de un escollo,  
Rebellin contra los rayos,

Está al reparo de todos;  
Aquella cabaña, aquella  
Que, en lo ignorado del soto,  
Apénas el sol la sabe,  
Si que burla los enojos;  
Porque lo ignorado mias  
Seguro está del destrozó  
Que lo altivo; que está cerca  
Lo eminente de ser polvo.  
Hurtale el cuerpo á la ira;  
Pues hoy el medio dispongo  
Tan nuevo, que abrazo vivo  
Al que muerto lloran todos.  
Desfigurado cadáver  
Es el que por ti supongo,  
En quien el Duque la ira  
Quiebre, y llegue el desenojo;  
Que mas allá de la muerte  
No sabe pasar lo heroico.  
De lo mejor de mi hacienda,  
Reducida á joyas y oro,  
La mayor parte te entrego:  
El cénitro es perezooso  
Con ese caballo; en él  
Sube, y pon tu vida en cobro.  
Bijo, y callando la lengua,  
Y solo hablando los ojos,  
Dió de los pies al caballo,  
Dejándose puesto en otro.  
Yo, que en medio de tan nuevos,  
Tan raros, tan portentosos  
Sucesos, dejé lugar  
Para ti (que fuera impropio  
Defecto que las desdichas  
Se levantasen con todo),  
Me acordé de que tenía  
Cárlos hecha para otro  
Fui una mina en tu casa....  
(Tu enemigo fué, no ignoro  
Que adivines el intento):  
Pues valiéndome animoso  
De su amistad y mi amor,  
Sin tu licencia la rompo;  
Que es esta, por cuya boca

(Abre la mina)

Bosteza la tierra asombros.  
Por ella he venido, Julia,  
A desengañarte solo  
He que vivo, si es que vivo  
Hoy en tu pecho amoroso.  
Y pues tu riesgo es mi riesgo;  
Si me estimas, lugar propio  
Te da el carro del amor  
Entre sus triunfos famoso.  
Yo no puedo ya vivir  
Aquí; ausentarme es forzoso,  
Y mas habiendo causado  
Ya en tu casa este alboroto.  
Vente conmigo: vivamos  
Libres del rayo; que como  
Viva yo contigo, Julia,  
Tendré á la fortuna en poco.  
No desprecies la ocasión,  
Que á Dios te ignora en un modo,  
Pues está en tu mano hacer  
De un desdichado un dichoso.  
Y si no, desengañado  
De que han valido tan poco  
Contigo, ó hermosa Julia,  
Estas lágrimas que lloro,  
Estos suspiros que lanzo,  
Y estas razones que formo,  
Me iré donde nunca tengas  
Noticia de mí; pues solo  
Habrá servido el venir  
A verte de un breve, un corto  
Paréntesis de mi muerte;  
Y de tu rigor quejoso,  
Dejándote á que del Duque  
Seas sagrado despojo,  
Volveré á cerrarle, haciendo  
Verdad mi fin lastimoso,



Que si de una vez la muerte  
El suyo ha acertado á todos,  
A mí ya de dos la una  
¿Cómo podrá errarme, cómo?

JULIA.

Astolfo, señor, mi bien,  
Dulce dueño, amado esposo,  
Y... Pero todo lo he dicho  
Solo con decir Astolfo:  
A mis ojos las albricias  
De tu vida no perdono;  
Si bien no te pueden dar  
Mas que lágrimas mis ojos.  
Asombro tuve y temor  
De verte tan prodigioso;  
Y aunque el temor he perdido,  
Aun no he perdido el asombro;  
Que no es posible que sean  
Verdad las dichas que toco;  
Que cuanto las sé, por verlas,  
Por ser dichas, las ignoro.  
Tú vivas feliz los años  
Que vive el pájaro solo,  
Que es en hoguera de pluma  
Hijo y padre de sí propio;  
Y si para que los vivas  
Algo á tu lado te importo,  
Llévame contigo, y sea  
Patria mía el mas remoto  
Clima, donde el sol apenas,  
Nudo luciente del globo,  
Se deja acechar del día,  
O adonde con rayos rojos  
No deja triunfar la noche;  
Que ya en estos, ya en esotros,  
Viviré siempre contenta;  
Que no quiero mas abono  
Para la felicidad,  
Que poder llamarte esposo.  
Y así, en tanto que animosa  
Mi hacienda y joyas dispongo,  
Vive en la casa de Carlos;  
Que aunque por casos honrosos  
Es mi enemigo, también  
Es tu amigo, y bien conozco  
Que si en balanzas iguales  
Aclaman un pecho heroico  
Venganza y piedad, ira  
A la piedad generoso,  
Y no á la venganza. ¿Quién  
Fuera ya imprudente y loco  
A lo infame, cuando está  
Al paraje de lo heroico?  
Y yo, para asegurarte  
Tiempo, que será tan poco  
Que aun á ti te lo parezca,  
Hoy con estudio ingenioso  
Haré cubrir esta boca  
Con una trampa, de modo  
Que con las plantas y flores  
Continuando los adornos  
Del jardín, engañar puedan  
Al austro, al cierzo y al noto.  
Por aquí á hablarme vendrás  
De noche, sabiendo solo  
Un jardinero el secreto,  
A quien fiarle dispongo.  
Con esto, y con el temor,  
Que ya publicado noto,  
Tendré cerrado el jardín  
Todo el día, porque solo  
Para ti de noche abierto  
Esté. — Pero ruido oigo:  
Vete, Astolfo, no te vuelvan  
A ver.

ASTOLFO.

Pésame, que el poco  
Tiempo no me da lugar  
De agradecerle dichoso  
Estas finezas.

JULIA.

No esperes

Mas.

ASTOLFO.

A la mina me arrojo.

JULIA.

Ya no me da espanto el verla.

ASTOLFO.

Viéndote á ti, á mí tampoco.

JULIA.

Y es justo...

ASTOLFO.

¿Qué?

JULIA.

Que antes ya

La venere.

ASTOLFO.

¿Por qué modo?

JULIA.

• Porque es bien que de prodigios  
Use amor tan portentoso.

ASTOLFO.

¿Eslo el tuyo?

JULIA.

Y lo será.

ASTOLFO.

Digno es de lo que te adoro  
Ese extremo.

JULIA.

El ruido vuelve.

ASTOLFO.

Adios, Julia.

JULIA.

Adios, Astolfo.

## JORNADA TERCERA.

Sala en el palacio del Duque.

### ESCENA PRIMERA.

LEONELO, ENRIQUE.

LEONELO.

Presto saldrá aquí su Alteza:  
Aquí podeis esperar;  
Que tiene á solas que hablar  
Con vos.

ENRIQUE.

¡Extraña tristeza  
Es la mía! ¿No diréis,  
Si vuestra atención lo infiere,  
Qué es lo que el Duque me quiere?

LEONELO

De su boca lo sabréis (Vase.)

### ESCENA II.

ENRIQUE.

¡En notable confusion  
Este recato me ha puesto!  
¿Qué puede ser, cielos, esto,  
Que con tanta prevención  
Le obliga al Duque á llamarme?  
¡Oh! ¿cómo siempre el temor  
Camina hácia lo peor!  
Mas no hay de qué recelarme.  
Si quejoso me imagina  
De su rigor, ¿no será  
Mas cierto pensar que ya  
Hacerme horas determina  
Que disculpen su rigor?  
Sí, pues que no puede ser

Otra cosa, cuando á ver  
Llego que de mí temor  
El reparo he conseguido  
Tan cuerda y secretamente,  
Que de Astolfo ¡ay de mí! ausente  
Aun yo propio no he sabido.  
Pues si ya en salvo su vida  
Con su muerte está en mi extremo,  
¿Qué recelo ni qué temo?  
Nada á mi valor impida.

### ESCENA III.

EL DUQUE, LEONELO, OCTAVIO.—  
ENRIQUE.

ENRIQUE.

A tus piés estoy: llamado  
De ti, á servirte he venido.

DUQUE.

Es verdad, que yo he querido,  
Enrique, de un gran cuidado  
Con vos á solas hablar.

ENRIQUE.

¡Cuidado, y conmigo!

DUQUE.

Sí,

Y tan extraño.

ENRIQUE. (Ap.)

¡Ay de mí!

DUQUE.

Que si le llego á pensar,  
Decirle, Enrique, no puedo,  
Bien que le puedo sentir,  
Ni vos le podréis ya oír  
O sin asombro ó sin miedo;  
Y así, previniendo el pecho  
De que me habeis de escuchar  
Un suceso singular,  
Oid.

ENRIQUE.

Mil cosas sospecho,  
Y ya, aunque mal, las resisto.

DUQUE.

Pues de una vez las publique.  
Yo he visto á Astolfo, yo, Enrique.

ENRIQUE.

¿Qué decis?

DUQUE.

Que yo le he visto.

ENRIQUE.

(Ap. ¿Esta fué ¡ay cielos! ¿qué haré?)  
La ausencia, Astolfo, que hiciste?)  
¿Dónde fué donde le viste?

DUQUE.

En casa de Julia fué,  
Donde cada noche va;  
Que desde la que le vi,  
Ninguna falta de allí,  
Y toda Sajonia está  
Llena desto; que si vos  
No lo sabeis, habrá sido  
Porque á vos nadie ha querido  
Decirlo.

ENRIQUE.

¡Válgame Dios!

(Ap. Mas ¿qué me acobarda tanto?  
Todo mi delito fué  
Que dar vida procuré  
A un hijo. ¿Pues qué me espanto,  
Si el estilo y el secreto  
Con que lo dispuse, ha sido  
Haber guardado y tenido  
Temor al Duque y respeto?  
Pues siendo así, ¿qué me admira  
Su enojo? Lo mejor es

Decir, echado á sus piés,  
La verdad desta mentira.)  
Grande es el pesar, señor,  
Y tan grande, qué no sé  
Qué disculpa; ay de mí! os dé  
Que os pueda sonar mejor  
Que la verdad. Padre soy  
Y vasallo vuestro: así  
Como todo procedí  
Entre los dos; mas ya estoy  
A vuestros piés.

DUQUE.

No me espanto  
Que esos extremos hagais,  
Si á hablar en esto llegais.

ENRIQUE.

Pues si no os espanta el llanto,  
Muévaos tambien, y el perdon  
De Astolfo, para que tenga  
Quietud, de esas manos venga.

DUQUE.

Solo con esa ocasion,  
Enrique, os envié á llamar,  
Porque su quietud deseo.

ENRIQUE.

Dame tus piés, que bien creo  
De tí un bien tan singular.

DUQUE.

Y así, para que proceda  
Hoy cuerda y piadosamente  
Como príncipe prudente.  
Decidme vos en qué pueda  
Mostrar mi piedad. ¿Dejó  
Deudas Astolfo? ¿ha tenido  
Obligaciones, que han sido  
De restitucion? Que yo  
A todo quiero salir:  
Todas las quiero pagar,  
Porque vaya á descansar.

ENRIQUE. (Ap.)

¿Qué es esto que llevo á oír?  
De un recelo á otro mas grave  
Discurro. Pues habla así,  
Solo sabe que anda allí;  
Pero que vive no sabe.  
Pues quédese tan secreto  
Como estaba mi cuidado;  
Que ya, de todo avisado,  
Enmendarlo me prometo  
Segunda vez, si es que alguna  
Consejo admite el amor.

DUQUE.

¿Qué decis?

ENRIQUE.

Digo, señor,  
Que es infeliz mi fortuna;  
Pero ya que generoso  
Su quietud solicitais,  
Ved que palabra me dais,  
Como príncipe piadoso,  
De hacer prudente y discreto  
Cuanto á ella convenga hoy.

DUQUE.

Una y mil veces la doy.

ENRIQUE.

Una y mil veces la aceto.

DUQUE.

Quietud, descanso y perdon  
Tendrá Astolfo. Decid, ¿qué  
He de hacer?

ENRIQUE.

Yo os lo diré

En llegando la ocasion;  
Que la quiero examinar,  
Por no embarazaros, no,  
Sino solo en lo que yo  
No pudiere remediar.

## ESCENA IV.

EL DUQUE, LEONELO. OCTAVIO,  
y luego CANDIL.

LEONELO.

No sé si lo has acertado,  
Señor, en haber creído  
Tan fácilmente una sombra,  
Tan vanamente un delirio,  
Que te obligue á que des parte  
A Enrique; pues yo imagino  
Que de sola una ilusion  
Este escándalo ha nacido.

DUQUE.

¡Oh qué necio estás, Leonelo!  
Si es verdad que yo le he visto,  
Si es verdad que los criados  
De Julia dicen lo mismo;  
Porque desde aquella noche  
Del espanto, repetido  
Todas las noches, le ven  
Venir á aquel propio sitio,  
¿Cómo es posible que sea  
Ilusion?

(Sale Candil.)

CANDIL.

Y yo testigo,

Que á la primera pregunta  
De las generales, digo  
Que no me tocan, por cuanto  
Ni soy muerto ni lo he sido,  
Ni quisiera jamas serlo.  
Y á la segunda confirmo,  
Que vi á Astolfo ocularmente,  
Cuando el dicho Astolfo vino  
Al dicho jardín, que estaba  
La dicha Julia, y el dicho  
Candil lo firmó, so cargo  
Del juramento que hizo.

DUQUE.

¡Oh necio! con tus frialdades  
¿A qué mal tiempo has venido!

CANDIL.

Siempre vengo yo á mal tiempo,  
Pues ha tanto que te sirvo  
De *parlier*, y nunca medro.

DUQUE.

Prosigue pues.

CANDIL.

Ya prosigo,  
Que en materia de fantasmas  
Nada en mi vida he creído,  
Y para no serlo esta,  
Escucha un discurso mio.  
Todas las noches que viene  
Aquesta sombra ó vestigio,  
Dicen que Julia al jardín  
Baja, habiendo recogido  
Su casa, donde hasta el alba  
Está; que aquesto he sabido  
De Porcia y de otros que están  
En su casa á tu servicio.

Pues ¿cómo es, señor, posible  
Que el amor haya rotpido  
Al mas femenino temor  
Las prisiones y los grillos,  
Tanto que hable una mujer  
Con un muerto? Doy que ha habido  
Muertos que pidan sufragios:  
¿Es de sufragios camino  
Irse á hablar con su dama  
Un muerto enamorado?  
¡Vive Dios, que aqui hay engaño!

DUQUE.

Bien á tus razones rindo

(Vase.) Entiéndase en que.

La razon; pero no puedo  
Los ojos con que le he visto.

LEONELO.

Pues doy que vino á buscarte.  
¿Cómo solamente vino  
Al jardín, y no á palacio?  
Que si por el homicidio  
Te asombrara, él estuviera  
En cualquier parte contigo.

DUQUE.

No, sino porque allí es donde  
Repetir quise el delito,  
Y allí se me apareció.

LEONELO.

Y las noches que ha venido,  
Sin que el delito repitas,  
¿A qué vino? Yo te digo  
Que si tú á Julia tuvieras  
Fuera de su jardín mismo,  
Que nunca el muerto viniera.

DUQUE.

Ya que estás tan discursivo,  
Deste horror que miran todos,  
¿Qué imaginas?

LEONELO.

Imagino

Que, por ponerte pavor,  
Julia este asombro ha fingido  
Dentro, señor, de su casa;  
Pues con esto ha conseguido  
Que tú la dejes en ella.  
Y si no, haz que escondido  
Me tenga en el jardín Porcia;  
Que yo solo á entrar me obligo  
A averiguarlo; y haz tú  
Que en aqueste tiempo mismo  
Falte Julia del jardín;  
Verás si es cierto ó fingido;  
Pues ni él vendrá, si ella falta,  
Ni irá donde yo hubiere ido.

DUQUE.

Yo puedo formar discursos;  
Pero no temer peligros;  
Y viendo tú que es engaño  
En mi ofensa concebido,  
Nadie le ha de examinar.  
Leonelo, siro yo mismo. —  
Ve tú á Porcia, y dile á Porcia

(A Candil.)

Que del jardín el postigo  
Me tenga abierto á la noche.

CANDIL.

¿Y con quién hablais?

DUQUE.

Contigo.

CANDIL.

Yo no puedo entrar en casa  
De Julia.

DUQUE.

¿Por qué?

CANDIL.

Reñido

Estoy, señor, con un muerto,  
Porque á no sé que me dijo  
Le puse en la calavera  
Estos mandamientos cinco:  
Jirónela con un hueso,  
Y temo que haya venido  
Este muerto, rev de armas,  
A aplazarme el desafío.

DUQUE.

Tú has de hacer lo que te manda  
Yo me quedaré escondido,  
Y mientras que planta á planta  
Todo el jardín examino,  
Los dos me retiraréis



A Julia. á ver si atrevido  
Desprecia mi amor portentoso,  
Arrastra mi amor prodigios.

OCTAVIO.

Porque lo mas importante  
No se nos olvide, diños,  
Si acaso á Julia sacamos  
Deste hermoso laberinto,  
¿Dónde la hemos de llevar?

DUQUE.

¿Dónde? A algun jardín vecino  
De su casa, porque ménos  
Sea el escándalo y ruido,  
Y este será el de Florencio,  
El de Carlos ó Fabricio. (Vanse.)

Sala en casa de Enrique.

### ESCENA V.

LAURA, CARLOS, LUCRECIA; *des-  
pues ENRIQUE.*

LUCRECIA.

Mi señor sube, señora.

LAURA.

¡Ay de mí!

CÁRLOS.

¡Yo estoy perdido!

¿Que una vez, que me atreví  
A verte, haya sucedido  
Tan mal! ¿Qué haré?

LAURA.

Retírate

A aqueste retrete mío.

CÁRLOS.

¡Ay cielos! ¿qué juntos andan  
La ventura y el peligro! (Escóndese.)  
(Sale Enrique.)

ENRIQUE.

Laura.

LAURA.

Señor.

ENRIQUE.

¿Quién está

Aquí?

LAURA.

Solo está conmigo

Lucrecia.

ENRIQUE.

Salte allá fuera.

LUCRECIA. (Ap.)

¡Ay de todos, si le ha visto! (Vase.)

### ESCENA VI.

ENRIQUE, LAURA; CARLOS, *escon-  
dido.*

LAURA.

(Ap. ¡En qué ciega confusión  
Están todos mis sentidos!  
¡Mi padre llorando (¡ay triste!),  
Cuando Carlos escondido!  
Por no morir de coharde,  
A hablarle me determino.)  
Señor, ¿qué tristeza es esta?  
¿Tú con dolor repetido  
Das lágrimas á la tierra,  
Das á los vientos suspiros?  
¿Qué es esto, señor? ¿qué tienes?

ENRIQUE.

Tengo penas, tengo un hijo,  
Y cada uno para un padre  
Sois cuidados infinitos.  
Cuando juzgá que de todos

T. VII.

Con Astolfo habia salido,  
Vuelvo á padecer de nuevo  
Cuidados de padre dignos.

LAURA.

¿Qué cuidados?

ENRIQUE.

¿Pues no basta  
Saber, Laura, que escondido...?  
Déjame, que hablar no puedo.

LAURA. (Ap.)

A declararse conmigo  
Iba, y al decir que sabe  
Que Carlos está escondido,  
Le volvió á atajar el llanto.

CÁRLOS. (Ap.)

¿Qué he de hacer, cielo benigno?

ENRIQUE.

En fin, Laura, ¿no es hastante  
A que amor haya podido  
Traer en casa de su dama  
Un traidor, que me ha ofendido  
En la vida y el honor?

LAURA. (Ap.)

¡Cielos! ¿qué escucho?

CÁRLOS. (Ap.)

¿Qué miro?

LAURA.

Señor, tu honor siempre está  
Mas que el sol luciente y limpio;  
Que nadie pudo atreverse  
A turbarle el menor viso.

ENRIQUE.

No está, Laura, pues Astolfo  
Me pone á tanto peligro.

LAURA.

¿Quién, señor?

ENRIQUE.

Astolfo, que

Enamorado ha venido  
A la corte, y en su casa  
Le tiene Julia escondido,  
Donde le han visto mil gentes,  
Y el Duque propio le ha visto.

LAURA. (Ap.)

Eso sí, vuelva mi aliento  
Otra vez al pecho mío.

CÁRLOS. (Ap.)

¡Gracias, ó cielo, te doy,  
Que ya sin temor respiro!

ENRIQUE.

Aunque es verdad que por muerto  
Los que le ven le han tenido,  
Es fuerza desengañarse  
De tan ciego destino.  
Y así aquesta noche á hablar  
A Julia me determino,  
Y decir que si le quiere,  
Que le excuse del peligro;  
Que restar lo que se ama,  
Mas que fineza, es delirio;  
Pues quien quiso para el daño  
Muy groseramente quiso.

LAURA.

Aunque yo no te aconsejo,  
Lo que me parece digo,  
Y es que no es, señor, razón  
Que enojado y ofendido  
Llegues á hablar á una dama  
En cosas de amor tú mismo;  
Pues la vergüenza podrá  
Negarte lo que has sabido;  
Que hay delito que el decirle  
Mas que el hacerle es delito.

ENRIQUE.

¿Qué he de hacer? ¿dejarlo así?

LAURA.

Las mujeres nos decimos  
Mas fácilmente á nosotras  
Todo aquello que sentimos.  
Yo iré á visitar á Julia,  
Y á darle de todo aviso;  
Que no dudo que ella quiera  
Mas tenerle ausente vivo,  
Que verle presente muerto  
Otra vez.

ENRIQUE.

Muy bien has dicho.

Vé á visitarla, y sea luego;  
Pues aunque ya ha anochecido,  
No importa ir á estas horas;  
Que será tiempo perdido  
Todo lo que se dilate:  
Y yo, Laura, iré contigo  
Por estar siempre á la mira.  
En tanto que yo apereibo  
La silla, ponte tú el manto. (Vase.)

### ESCENA VII.

LAURA, CARLOS, *que sale de donde  
se escondió; después LUCRECIA.*

LAURA.

¡De buena habemos salido!

CÁRLOS.

¿Cómo, que era vivo Astolfo,  
Nunca, Laura, me habias dicho?

LAURA.

Porque nunca hubo ocasion.  
(Sale Lucrecia.)

LUCRECIA.

Señor! está divertido:  
Ahora podrás salir.

CÁRLOS.

Adios.

LAURA.

Adios, dueño mío.

CÁRLOS.

De todo aquesto conviene  
Ir á dar á Astolfo aviso. (Vanse.)

Sala en casa de Julia.

### ESCENA VIII.

PORCIA, CANDIL.

CANDIL.

Porcia, que todo este nombre  
No sé como cabe en tí,  
Porque el cuerpo es muy cristiano  
Para nombre tan gentil...

PORCIA.

Candil, tan sin garahato  
En el hacer y el decir,  
Que siendo Candil, no eres  
De garabato candil:  
¿A estas horas á esta casa,  
A qué vienes?

CANDIL.

Oye.

PORCIA.

Di

CANDIL.

Ya tú sabes que sirviendo  
Soy neutral, como pais

1 Señor en lugar de mi señor ó el señor: se  
usó mucho hasta el siglo pasado.

De esgúzaros, pues estoy  
A devocion de cien mil.  
A Carlos sirvo, porqué  
Se quiso servir de mí  
Por Laura, de quien criado  
Por concomitancia fui :  
Al Duque sirvo por Julia,  
U de espía, ú de adalid :  
Y á Julia porque en efecto  
A Astolfo un tiempo servi,  
Quando éramos desta casa,  
El Beltran, y yo el mastin.  
Pues siendo así que á los cuatro  
Servil soy, y siendo así  
Que en siendo servil un hombre,  
Ello se dice, es servil,  
De parte del Duque vengo  
Solamente á te decir  
(Que es lo mismo que á decirte)  
Que tengas deste jardín  
La puerta abierta esta noche,  
Porque pretende venir  
A examinar el encanto  
Que le dicen que anda aquí.

PORCIA.

Pues dile, Candil, al Duque  
Que en cuanto á falsear y abrir  
La puerta, que soy criada,  
Conque te digo que sí.  
Pero en cuanto á venir, dile  
Que es venir á repetir  
Aquel asombro; porqué  
Desde la noche infeliz  
Que vimos todos á Astolfo,  
A la misma hora en fin  
Todas las demas le vemos  
Pasear en el jardín

CANDIL.

Debe de cenar cazuela  
En la otra vida, y así  
Se pasea en acabando  
De cenar. Adios, que aquí  
Yo cumplo con avisarte :  
Tú cumplirás con abrir ;  
Que no quiero á sus cazuelas  
Echarlas yo el peregil.

### ESCENA IX.

JULIA. — PORCIA, CANDIL.

JULIA. (Dentro.)

Porcia.

PORCIA.

Mi señora llama.

CANDIL.

Pues yo me voy, porque aquí  
No nie vea ; que no quiero,  
Pues el Duque ha de venir,  
Que en ningún tiempo presume,  
De veros hablar así,  
La malicia.

PORCIA.

Has dicho bien ;

Mas no podrás por ahí  
Irte sin verte.

CANDIL.

¿Qué haré ?

PORCIA.

Así podrás....

CANDIL.

¿Cómo así ?

PORCIA.

Detras desta puerta estando,  
Y volviéndote á salir  
En pasando ella

CANDIL.

Me place.

¿Pero dónde va, me di,  
Esta puerta ?

PORCIA.

Al jardín va  
Donde Astolfo ha de venir.  
(Entra Candil, y ciérrate Porcia.)

CANDIL. (Dentro.)

Oye, escucha...

PORCIA.

Desta suerte  
Hoy me he de vengar de tí,  
Por los celos que me has dado  
Con Lucrecia

(Sale Julia.)

JULIA.

¿Porcia ?

PORCIA.

Si.

JULIA.

Apaga esa luz, que quiero  
Mis tristezas divertir  
En el jardín, pues ya es hora  
Que Astolfo esté en el jardín.

PORCIA.

Rehilándome las piernas  
Están de oírtelo decir.  
¿Cómo es posible que tengas  
Esfuerzo tan varonil,  
Que enamorada de un muerto,  
Le vayas á hablar ?

JULIA

En mí

No hay temor, porque hay amor.

PORCIA.

Pues el mí, señora, sí,  
No hay amor, porque hay temor.  
Mas solo aquesto me di :  
¿Son cariñosos los muertos ?

JULIA.

(Ap. Como á nadie descubrí  
El secreto de la mina,  
Todos se admiran de mí,  
Y cuanto es ahora espanto,  
Si se llega á descubrir,  
Será risa ; que así todas  
Las fantasmas son en fin.)  
Vete, Porcia ; que yo quedo  
Bien segura en el jardín  
Con un muerto, porque vive  
Con el alma que le di.

PORCIA.

La puerta cierro, dejando  
Entre puertas á Candil,  
Y voy por esotro cuarto  
La de esotra calle á abrir  
Al Duque. Pero ¿qué veo ?  
¿Quién en casa se entra así  
A visita á aquestas horas ?

### ESCENA X.

LAURA, ENRIQUE.—PORCIA.

LAURA.

A quien le importa venir  
A estas horas, Porcia amiga.

ENRIQUE.

Porque no me vean á mí,  
En la calle, Laura, espero.  
No tengo que te advertir :  
Ya sabes lo que has de hacer. (Vase.)

### ESCENA XI.

LAURA, PORCIA.

PORCIA.

¿Tú eres, mi señora ?

LAURA.

Si.

¿Adónde está Julia ?

PORCIA.

No

Te lo quisiera decir.

LAURA.

Pues sin que lo digas basta :  
Dila que yo estoy aquí.

PORCIA.

Eso es mas dificultoso,  
El decirselo yo : en fin,  
En el jardín entró ahora.

LAURA.

Pues entra tú en el jardín,  
Y dila que yo la espero :  
Que la importa mucho, di.

PORCIA.

No sabes lo que allí anda,  
Pues quieres que yo ande allí.

LAURA.

Antes porque lo sé, vengo  
A ver á Julia. (¿Ay de mí !)

PORCIA.

Pues si tú vienes á eso,  
Mejor es ver y advertir  
Por lo que vienes, señora.  
Entra tú, y déjanle á mí.

LAURA.

Dices bien. (Ap. Mejor sucede  
Que yo pude prevenir,  
Pues no me podrá negar,  
Si yo llevo á verle allí,  
La verdad, con que pondré  
A tantos temores fin.)  
Yo entraré, Porcia.

PORCIA.

Esta es

La puerta, y aunque de aquí  
Al cenador hay buen trecho,

(Entra Laura.)

La llamarás.—Voy ahora á abrir  
La de esotra calle al Duque.

A fe que he de descubrir  
De aqueste jardín ahora  
Lo que hay en este jardín,  
Hallándose Julia y Laura,  
Leonelo, el Duque y Candil. (Vase.)

—

Jardín.

### ESCENA XII.

JULIA.

Flores y estrellas, que hermosas  
Rayo á rayo competeis,  
De noche para alumbrar,  
De día para lucir ;  
Pues sois del amor mas raro  
Mudos testigos, decid,  
Ya que sola el temor deja  
La esfera de este jardín,  
Si aquel venturoso amante,  
Fénix vuestro, pues le visteis  
Todas morir y vivir,  
Me está esperando á que haga  
La seña para salir



Deste sepulcro, que cubre  
Una losa de jazmin,  
Con tan buen arte dispuesta,  
Que se ha engañado el abril,  
Creyendo que él le engendró  
El sobrepuerto matiz,  
Que sobre la tierra es cuadro,  
Y sobre el viento es pensil.  
Decídme, flores, si oyó  
Esa muda seña.

## ESCENA XIII.

ASTOLFO, *que sale por la mina.* —  
JULIA.

ASTOLFO.

Si,

Que yo respondo por ellas;  
Que puesto que las debí  
A estas flores alma y voz,  
Bien, hermoso serafín  
Destos jardines, por ellas  
Podré hablar, podré sentir.

JULIA.

¡Oh, nunca, señor! oh, nunca  
Las cortinas de carmin  
Corriera la aurora al sol  
Del pabellon de zafir,  
Porque nunca hubiera día!  
¡Fuera noche para mí  
Todo el año, pues las sombras  
Son mi estación mas feliz!

ASTOLFO.

No dicen, ó dueño hermoso,  
Esas finezas que oí,  
Con los descuidos que veo.

JULIA.

¿Qué descuidos?

ASTOLFO.

Oye.

JULIA.

Di.

ASTOLFO.

Yo, Julia hermosa, por verte,  
Una muerte ya vencida,  
Tal pesar hice á mi vida,  
Que la dispuse á otra muerte.  
No repito de qué suerte  
Te vi y te desengañé:  
De mí fe milagro fué  
Que ya á tu deidad consagro,  
Porque fuese este milagro  
De tu deidad y mi fe.  
Allí á las lágrimas mías,  
Que pudieron obligarte,  
Dijiste que á cualquier parte  
Del mundo me seguirías:  
Pasan noches, pasan días  
Sin que este vea llegar.  
Si es que pudiste olvidar  
Verme llorando pedir,  
Vuelve tú, Julia, á sentir,  
Que yo volveré á llorar.

JULIA.

No importa, ¡ay Astolfo! no,  
Que en pesar, en rigor tanto,  
Tú me repitas el llanto,  
Para que le acuerde yo.  
¡Oíste que el cielo dotó  
Un peñasco de tan fuerte  
Seno, que el cristal que vierte,  
Dando en una peña, es tal  
Que apartándose cristal,  
Luego en piedra se convierte?  
Pues este, cuyos despojos  
La experiencia nos enseña,  
Mi pecho tuvo por peña,

Cuando por fuentes, tus ojos;  
Porque si lloras enojos,  
Bien de mi llanto sospecho  
Que en mí el mismo efecto ha hecho  
Para que dure inmortal,  
Pues tú le lloras cristal,  
Y es de diamante en mi pecho.

ASTOLFO.

No es, pues no puede durar,  
Segun á mí amor parece,  
Pues ya el escándalo crece,  
Y nos le han de averiguar.  
Si arrepentido de dar  
Esta palabra se ve  
Tu honor, no recelos que  
Yo la palabra te pida;  
Que muerto toda mi vida,  
Desta suerte te querré.  
Por mí no ha de faltar, no,  
Mi amor; por tí, Julia, sí:  
Vénzate el peligro á tí,  
Para que le venza yo.  
Si en tí el afecto faltó,  
En mí eterno persevera.  
¿Quieres ver de qué manera  
En los dos un fuego es?  
Pues persuádete á que ves  
Una antorcha y una hoguera.  
Un mismo fuego las prende,  
Arden las dos en su abismo,  
Y luego un suspiro mismo  
Una apaga y otra enciende;  
Que una antorcha no defiende  
Lo que defendió una hoguera.  
Si breve luz tu amor era,  
El mío una llama altiva,  
No es mucho que el mío viva  
Del soplo que el tuyo muera.

JULIA.

El haberte dilatado  
Esa palabra, no ha sido  
Haber tu llama crecido  
Ni haber la mia espirado;  
Que como me ha asegurado  
El ver al Duque tan quieto,  
El verte á tí tan secreto,  
Sin que esta mina se entienda,  
No he querido de mí hacienda  
Atropellar el efeto.

ASTOLFO.

¿Luego el Duque no ha venido  
Desde aquella noche?

JULIA.

No,

Ni papel, ni criado yo  
Mas de su parte he tenido.

(*Salen por distintas partes Candil y Laura.*)

## ESCENA XIII.

LAURA y CANDIL, *que van uno hacia otro, sin ver á JULIA y ASTOLFO, ni estos á aquellos.*

LAURA. (Ap.)

El jardín he discurrido...

CANDIL. (Ap.)

Por todo el jardín he andado ..

LAURA. (Ap.)

Y á Julia en él no encontrado.

CANDIL. (Ap.)

Y hallar puerta difícil.

LAURA. (Ap.)

Aquí hay gente.

CANDIL. (Ap.)

Un negro bulto

Viene por esotro lado.

LAURA.

(Ap. Un hombre es este que veo:  
Informarme dél me importa;  
Que pues está aquí, sabrá  
De Julia, á quien busco absorta.)  
¿Quién va?

CANDIL.

(Ap. Sin duda que viene  
Esta fantasma de ronda.)  
Gente de paz.

LAURA.

¿Hacia donde

Está Julia?

CANDIL. (Ap.)

Cierta cosa,  
Que esta es el alma de Astolfo,  
Pues que de Julia se informa.

LAURA.

¿No respondeis?

CANDIL.

Nunca he sido  
Respondon á tales horas.

LAURA.

Oid...

CANDIL.

Tampoco fui oidor.

LAURA

Mirad...

CANDIL.

Ni miron, señora.

## ESCENA XIV.

EL DUQUE, LEONELO, OCTAVIO.—  
DICHOS.

DUQUE.

Ya está abierto: entrad, pisando  
Con plantas tan temerosas,  
Que aun las sombras no nos sientan,  
Con ir pisando las sombras.

ASTOLFO. (Ap. *d ella.*)

Escucha, Julia.

JULIA.

¿Qué tienes,  
Que te turba y te alborota?

ASTOLFO.

¡Vive Dios, que en el jardín,  
Por una parte y por otra,  
Ha entrado gente!

JULIA.

¿Qué esperas?  
A aquesa mina te arroja.

ASTOLFO.

Yo no me tengo de ir,  
Dejándote, Julia, sola.

JULIA.

No importa que á mí me vean,  
Y á tí sí.

ASTOLFO.

¿Cómo no importa?  
Si es el Duque, y si pretende...

JULIA.

Mira...

ASTOLFO.

Nada me propongas;  
Que he de esperar, vive Dios,  
Con resolución heroica  
Cara á cara á la fortuna;  
Antes que te deje. Toma  
Por sagrado mis espaldas.

JULIA.

Estas ramas y estas hojas  
Nos oculten, hasta ver  
Con qué intento se ocasionan.  
(*Retranse los dos al paño.*)

LAURA.

¿No me respondeis?

CANDIL.

Dejadme,  
Fantasma preguntadora.  
(Ap. ¡Qué diera yo por estar  
Cautivo en Constantinopla!)

DUQUE. (Ap. á sus criadas.)

A la escasa luz que apenas  
Nos da esa trémula antorcha,  
Veo acercarse dos bultos;  
Y si bien la vista informa,  
Son una mujer y un hombre.  
No hay que esperar otra cosa:  
Del modo que está trazado,  
Todo al punto se disponga.  
Retirad los dos á Julia,  
Mientras que yo reconozca  
Al hombre. Ya sabeis dónde  
La habeis de llevar.

LEONELO.

Ahora

Asistiremos á ti.

DUQUE.

Solo obedecer os toca.—  
Encanto de este jardín... (A Laura.)

LAURA. (Ap.)

¡Ay de mí!

ASTOLFO. (Ap.)

Julia, oye, y nota.

DUQUE.

Vive Dios que he de saber  
Si eres cuerpo ó si eres sombra.

CANDIL. (Ap.)

Ni soy sombra, ni soy cuerpo.

OCTAVIO. (Ap. los dos)

Lleguemos los dos ahora.

LEONELO.

Ven tú tras nosotros.

(Cagen los dos á Laura.)

LAURA.

¡Cielos

Piadosos!...

OCTAVIO.

Ponla en la boca

Un lienzo, porque no pueda

Dar voces.

DUQUE.

Muy bien se logra,

Pues ya se llevan á Julia.

ASTOLFO. (Ap.)

No llevan.

(Vanse Octavio y Leonelo con Laura.)

CANDIL.

A mí me importa

Escaparme.

DUQUE.

No podrás,

Aunque en el centro te escondas.

(Lluye Candil, y cae en la cueva.)

CANDIL.

¡Ay que me llevan los diablos,  
O se ha errado la tramoya!

DUQUE.

¡Válgame el cielo!

ASTOLFO. (Ap.)

En la mina

Ha caído una persona.

DUQUE.

Tragóle la tierra, y puedo  
Distinguir mal una boca.—

¡Hola, traed una luz!

¡No hay nadie que me responda?  
Yo iré por ella, y vendré

A ver qué es lo que me asombra.

(Vase.)

## ESCENA XV.

JULIA, ASTOLFO.

ASTOLFO.

Mira si hubicra hecho bien  
En dejarte, Julia, sola,  
Pues de aquí alguna criada,  
Que quizás entro curiosa,  
Presumiendo que eras tú,  
De nuestros ojos la roban,  
Y un hombre ha de descubrir  
La mina.

JULIA.

Estoy temerosa.

ASTOLFO.

Es fuerza en tanto peligro,  
Pues si el engaño tocan,  
Volverán por ti.

JULIA.

Yo iré

Donde un retrete me esconda.  
Vete tú, y cierra tras ti  
Con esa trampa esa boca,  
Y al que cayó, con el ruego  
Haz que el secreto no rompa

ASTOLFO.

Yo no tengo de dejarte.

JULIA.

¿Pues qué has de hacer?

ASTOLFO.

Cuando importa

Poner en salvo tu vida,  
Piérdase la hacienda toda.  
Vente conmigo.

JULIA.

¿Por dónde,

Si yá los pasos nos toman?

ASTOLFO.

Por esta mina.

JULIA.

¿Yo?

ASTOLFO.

Sí.

¡Mal haya acción tan medrosa!

Perdona que las desdichas

No saben de ceremonias.

Ajese todo tu aseo,

Tu adorno se desconponga.

Ya vuelve gente, entra apriesa,

Y esta violencia perdona,

Julia, porque no hay respeto

Adonde hay peligro.—Ahora

Que yo saqué mis reliquias,

Quédese abrasando Troya.

(Entra ella primero, y él tras ella, y

se cierra la mina con la trampa)

## ESCENA XVI.

Salé por una parte ENRIQUE, y por  
la otra el DUQUE, con una luz.

DUQUE.

¿Quién va? ¿quién es?

ENRIQUE.

Yo, señor.

DUQUE.

¿Qué buscáis aquí á estas horas?

ENRIQUE.

Busco el prodigio que buscas,

Toco el encanto que tocas.

DUQUE.

¿Viste un hombre que en la tierra,  
Desvaneciéndose la sombra,  
Se escondió, dejando abierta  
Una gruta temerosa?

ENRIQUE.

No, señor: ilusión fué

Cuanto de Astolfo pregonas.

(Ap. ¡Quién divertirse pudiera!)

DUQUE. (Ap.)

Bien de la verdad me informa  
Ver que nadie á Julia ampara,  
Cuando mis gentes la roban;  
Y pues que ya en mí poder  
Está Julia, y mi amor logra  
Tal engaño y desengaño,  
Cante el amor la victoria. (Vase.)

ENRIQUE.

Ni á Julia ni á Laura veo,  
Ni en casa quedó persona.  
Pues para salir de tantas  
Penas, de tantas congojas,  
Buscando á Laura, ¡ay de mí!  
Seguir al Duque me importa. (Vase.)

Sala en casa de Cárlos.

## ESCENA XVII.

CARLOS, y luego CANDIL.

CÁRLOS.

Por presto que he venido  
A avisar de cuanto hoy me ha sucedido  
A Astolfo, habrá pasado  
Al jardín de su dama enamorado.  
Mas ya está en su aposento,  
Supuesto que ya en él el ruido siento. —  
(Al entrar Cárlos, sale Candil.)  
Vos seáis bien hallado ...

CANDIL.

Mejor fuera decirme, mal llegado.

CÁRLOS.

¿Candil!

CANDIL.

¡Señor!

CÁRLOS.

De verte aquí me espanto.

CANDIL.

También me espanto yo, tanto por tanto,  
De entrar á este aposento.

CÁRLOS.

¿Cómo, loco, has tenido atrevimiento,  
Habiendo dicho yo que en él no entrarás,  
Ni quién estaba en él examinaras?

CANDIL.

Solo que ahora me riñas me ha faltado.  
Yo, aunque déi he salido, en él no he en-

[trado,

Porque no sé por dónde aquí he venido,  
Y no sé cómo he entrado ni salido,  
Porque en aqueste instante ¡pena brava!  
En el jardín de Julia ¡ay Dios! estaba,  
Y con trabajo supe aqueste atajo;  
Porque en fin, no hay atajo sin trabajo,  
Pues la vida me cuesta la venida.

CÁRLOS.

Y si lo dices, costará otra vida.

CANDIL.

Yo callaré.

CÁRLOS.

(Ap. ¿Qué habrá allá sucedido?)

¿Pero qué ruido es este que se ha oído?  
(Llaman por dos partes á un tiempo.)

CANDIL.

[do,

A un tiempo á las dos puertas han llama-

CÁRLOS.

¿Cuál, cielos, he de abrir? ¡Estoy turbado!  
Pero esta sea primero, [ro,  
Porque Astolfo, que llame aquí, no quie-  
Cuando hay gente de fuera.—  
A cuanto viéres, calla. (A Candil.)

CANDIL.

¿Quién pudiera!

(Abre Cárlos la puerta donde llama  
Astolfo.)



## ESCENA XVIII.

ASTOLFO, JULIA. — CARLOS, CANDIL.

ASTOLFO.

¡Carlos!

CÁRLOS.

Astolfo. ¿qué hay? ¿qué ha sucedido?

ASTOLFO.

Vengo, amigo, mortal, vengo perdido.

¿Algun hombre, por dicha, aquí ha pasa-

CÁRLOS.

[do?]

Sí: Candil

ASTOLFO.

Si era él, perdi mi cuidado.

CANDIL. (Ap.)

Y yo hallé dos.

ASTOLFO.

Ahora detenerme [verme,  
No puedo; que es preciso, ¡ay Dios! vol-  
Por si he dejado mal cerrada acaso  
La mina, que á mi vida ha dado paso,  
Y ver si á quien me sigue,  
Porque á poner en cobro á Julia obligue.  
En tanto que á inquirirlo me resuelvo,  
Tened á Julia aquí, que luego vuelvo

(Vase.)

CANDIL. (Ap.)

Ellos, para pasar, solo imaginó  
Que esperaron que abriera yo el camino.

CÁRLOS.

¿Pues qué es esto, señora?

JULIA.

Cárls, desdichas mías (¿quién lo igno-  
Que mi estrella concierta.

[ra?])

(Llaman dentro.)

Yo... Mas mirad quién llama á aquella

CÁRLOS.

[puerta]

No os receleis de nada.

CANDIL.

Recelaos de todo.

CÁRLOS.

Retirada

Estad. — ¿Quién ha llamado  
Así?(Escóndese Julia: abre Carlos la otra  
puerta, y sale Leonelo, que trae á  
Laura con manto y tapada.)

## ESCENA XIX.

LEONELO, LAURA. — CARLOS, CAN-  
DIL; despues JULIA.

LEONELO.

Cárls, yo soy, con un cuidado  
Que conmigo os envía  
El Duque, que de vos no mas le fia;  
Porque habiéndome dicho que trajera  
A Julia, á quien robó, donde estuviera  
Mas segura y mejor, mientras que pasa  
El ruido; yo he elegido vuestra casa,  
Entre las que nombró, por ser soltero,  
Su criado, mi amigo y caballero.  
Y mientras á buscarle me resuelvo,  
Tened á Julia aquí, que luego vuelvo.

CÁRLOS.

Oid.

LEONELO.

No puedo. (Vase.)

JULIA. (Sale al paño.)

¿A Julia dijo? ¡Cielos!

CANDIL.

¿Dos Julias hay?

LAURA. (Ap.)

En tantos desconsuelos [ro.  
No puedo hablar, y aun con temor respi-

CÁRLOS.

[miro,

(Ap. ¡En qué gran confusion ¡ay Dios! me  
A un tiempo de dos Julias entregado.)  
Mudo estoy, ciego estoy.

CANDIL.

Y endemoniado.

CÁRLOS.

(Ap. Una de mi amistad Astolfo fia,  
Otra Leonelo de la lealtad mia;  
Y cuando con las dos así me veo,  
La una á mis ojos solamente creo,  
Que es la que manifiesta su hermosura;  
No la que oculta aquella nube oscura:  
Y viendo así á las dos, bien he creído  
Que el cuerpo con la sombra me han traí

[do;]

Pues si esta es Julia, y esta se lo nombra,  
Este es el cuerpo, si, y esta es la sombra.)  
¿Quién eres tú, que á darme temor vie-

[nes?]

LAURA. (Descúbrese.)

Yo, Cárls, soy la que en tu casa tienes.

CÁRLOS.

¿Laura?

LAURA.

Sí. Si eres noble, eres amante,  
Sócórreme en desdicha semejante;  
Pues debes á tu fama  
En todo trance socorrer tu dama.

JULIA.

¿Quién aquella será? ¡Pierdo el sentido!

LAURA.

Por yerro, de la casa me han traído  
De Julia: hablar no pude, mnda estaba.  
Lo que has de hacer, de discurrir acaba.

CÁRLOS. (Ap.)

¡Mal mi pena resisto!

¿Quién en tal confusion jamas se ha visto?

Si á Julia al Duque entrego,  
A Astolfo la que él mismo me dió niego.  
Pues Laura, á quien yo quiero,  
No la he de dar, ó he de morir primero.

JULIA. (Llégase á Carlos.)

¿Qué es lo que estás pensando?

LAURA.

¿Qué estás imaginando?

JULIA.

Con mi esposo he venido,  
Con él he de volver.

LAURA.

¡Mi amante has sido,  
Contigo he de librarme.

JULIA.

Al Duque tú no puedes entregarme.

LAURA.

Al Duque tú no puedes ofrecerme.

CÁRLOS.

[me]

¡Vive Dios, que no sé lo que he de hacer-

## ESCENA XX.

ASTOLFO. — DICHOS.

ASTOLFO.

Cárls, seguro está todo,  
Ninguno en el jardín anda.

LAURA. (Ap.)

¡Cielos! ¿este no es mi hermano?

Penas á penas se llaman.

CANDIL. (Ap.)

Él desde esta á la otra vida  
Va y viene como á su casa.

ASTOLFO.

Nadie nos sigue. Y pues es  
La presteza de importancia,  
Haznos poner dos caballos:  
Que antes que amanezca el alba,

Con Julia he de estar en tierra  
Del gran César de Alemania;  
Y Candil ha de ir conmigo.

CANDIL.

Antes me iré noramala.

ASTOLFO.

No hay noche, no, mas segura.  
Ven presto.

CÁRLOS.

Detente, aguarda,  
Porque empiezan tus desdichas  
En el término que acaban,  
Y hay nuevos pesares ya  
En un instante que faltas.

LAURA. (Ap. á Carlos.)

¿Cómo nunca me dijiste  
Que estaba Astolfo en tu casa?

CÁRLOS.

Como nunca hubo ocasion.

ASTOLFO.

¿Pues cómo en decirlo tardas?

CÁRLOS.

Criados del Duque, al tiempo  
Que tú llamaste, llamaban  
A otra puerta, pará un fin  
Con dos acciones contrarias.  
Te fuiste, y entraron ellos  
A entregarme aquesta dama,  
Diciéndome que era Julia,  
Que la trajeron robada.  
No quisieron escucharme,  
Y sin mirarla á la cara,  
Me hicieron depositario  
De otra Julia duplica ta.  
¿Cómo es posible que yo  
De tan gran empeño salga?

ASTOLFO.

Con darles la que te dieron,  
No estás obligado á nada  
Y pues yo solo te pido  
La que te entregué, así basta  
Dar á ellos la que te entregan.  
Llore engaños quien se engaña;  
Mas no los llore quien trajo  
Desengaños á tu casa.

CÁRLOS.

Rien pensarás que con eso  
Todas tus desdichas paran.  
Yo lo haré; mas considera,  
Astolfo, lo que me mandas,  
Pues por reservar á Julia,  
Quieres que le entregue á Laura.

(Descúbrese Laura.)

Mira ahora si te está bien  
Que le dé al Duque á tu hermana.

ASTOLFO.

¡Caiga el cielo sobre mí,  
Pues ya la tierra me falta!  
Laura, ¡tú aquí!

LAURA.

Yo, viniendo  
A buscarte, hermano, en casa  
De Julia.. (Llaman á la puerta.)

CÁRLOS.

¿Qué hemos de hacer,  
Porque ya á la puerta llaman?

ASTOLFO.

Morir ántes que yo entregue,  
Cárls, á Julia ni á Laura;  
Que una hermana; y otra esposa,  
Son dos mitades del alma,  
Son dos todos del honor,  
Y he de defender á entrambas.

CÁRLOS.

¿Qué disculpa he de dar yo,  
Si aun la que me dan les falta,

Y es añadir riesgo á riesgo  
Defenderlas tú en mi casa?

ASTOLFO.

¡Oh cuánto, Carlos, tu vida  
Aquí las manos me ata!  
Pero dime, ¿qué he de hacer  
En ocasion tan extraña?

CÁRLOS.

Dejar á Laura, en quien hoy  
No está la ofensa tan clara;  
Pues desengañado el Duque,  
Supuesto que no la ama,  
La dejará; y si quisiere,  
Por tomar de tí venganza,  
Ofender tu honor, entóuces  
Muramos en la demanda:  
De suerte que en esto vamos  
A vivir con esperanza,  
Y en esotro desde luego  
A morir.

ASTOLFO.

¡Que un lance haya  
Tal, que es el menor peligro  
Aventurar una hermana!  
Mas cuando bien nos suceda,  
Damos término á las ansias,  
Pues de ahora para luego  
Remitimos la desgracia.

(*Escóndense Julia y Astolfo.*)

CANDIL.

Yo estoy hecho treinta bobos,  
Que uno solo no me basta.

(*Abre Carlos la puerta.*)

### ESCENA XXI.

EL DUQUE, LEONELO, OCTAVIO,  
CRIADOS. — CÁRLOS; LAURA, *ta-  
pada*; CANDIL.

LEONELO

¿Ves, señor, ves como era  
Todo engaño la fantasma,  
Pues nadie á Julia defiende?

DUQUE.

De haberla traído á casa  
De Carlos, ¿qué bien hiciste!

CÁRLOS.

Yo estoy, señor, á tus plantas.

DUQUE.

¿Dónde, Carlos, está Julia?

CÁRLOS.

A quien le dan una carta,  
Dicen que no ha de saber  
Si está escrita, ó si está blanca.  
Esta dama me entregaron,  
Y pago con esta dama.  
Si es Julia ó no, no lo sé;  
Que no osó romper mi fama  
La sutil nema del manto,  
Que la ha cubierto la cara.

DUQUE.

Ni yo te pregunto mas,  
Pues tú con esta me pagas. —  
¡Ya, Julia, de tus rigores  
Ha llegado la venganza!  
¿Dónde está el muerto fingido,  
Que te defiende y te guarda?

LAURA. (*Descúbrese.*)

Antes que hable mas tú Alteza,  
Sepa, señor, con quién habla,  
Porque no soy Julia yo.

DUQUE.

¡Hay confusiones mas raras!  
Pues ¿que nuevo engaño es este,  
Leonelo?

LEONELO.

Carlos te engaña;  
Que yo á Julia le entregué,  
A quien traje de su casa.  
Porque fué amigo de Astolfo,  
Por esconderla y librarla,  
Otra mujer ha supuesto.

LAURA.

No ha supuesto, que yo estaba  
En los jardines de Julia.

CÁRLOS.

Tu malicia ó tu ignorancia  
Te convenza; pues si dices  
Que mi amistad eso traza,  
Dime si fuera amistad,  
Por reservarle la dama,  
Leonelo, á un amigo muerto,  
No reservarle la hermana.

LEONELO.

Sí, pues en ella no hay riesgo,  
Porque el Duque no la ama.  
En fin, yo te entregué á Julia,  
Y tú la escondes y guardas.

OCTAVIO.

El la esconde, porque yo,  
Mientras tú al Duque buscabas,  
Guardé la puerta, y ninguno  
Salió.

DUQUE.

Pues mirad la casa.

CÁRLOS.

Señor, yo...

DUQUE.

Tu turbacion

Es la evidencia mas clara.

LEONELO.

Yo entraré á verla.

(*Vase.*)

CÁRLOS. (*Ap.*)

¡Ay de mí!

LAURA. (*Ap.*)

¡Sin duda que á Astolfo hallan!

CANDIL. (*Ap.*)

¡Cuál han de salir, si encuentran  
Adentro con la fantasma!

### ESCENA XXII.

ENRIQUE, y luego LEONELO. —  
DICHOS.

ENRIQUE. (*Ap.*)

Siempre á la mira del Duque,  
Llena de asombros el alma,  
He andado, y no puedo ya  
Vivir sin ver lo que pasa;  
Que tengo el alma pendiente  
De un hilo, hasta ver á Laura.

LEONELO. (*Dentro.*)

¡Válgame el cielo!

DUQUE.

¿Qué es esto?

LEONELO. (*Sale.*)

¡Ay, señor! mi vida ampara.

DUQUE.

¿Qué tienes?

LEONELO.

Julia (¡ay de mí!)

Está dentro desta sala.

DUQUE.

¡Teniendo á Julia escondida, (*A Carlos.*)  
Tú con esotra me engañas?  
Mas ¿qué os asombra? (*A Leonelo.*)

LEONELO.

Detente,

No entres, no entres á mirarla;  
Porque á su lado, señor,  
Está Astolfo que la guarda.  
Verdad es que el cielo quiere  
De tí, señor, ampararla,  
Pues aquí no puede ser  
Fingimiento la amenaza.

ENRIQUE. (*Ap.*)

Aquí está Astolfo. ¿Qué haré,  
Si el Duque de verle trata?

DUQUE.

¡Vive Dios, que yo he de verlo;  
Que nada á mí me acobarda!

CÁRLOS.

No entres, señor, no examines  
Secretos que el cielo guarda.

DUQUE.

¿Cómo no, si á mi valor  
Nada le admira ni espanta?

### ESCENA XXIII.

ASTOLFO; JULIA, *deteniéndole y ar-  
rollándose despues al DUQUE.* —  
DICHOS.

ASTOLFO.

No me detengas, que ya  
No hay que reparar en nada. —  
Detente, señor, y mira  
Que soberbio al cielo agravias.

DUQUE.

Absorto de verte, apénas  
Puedo ya mover las plantas.  
¿Qué nie quieres, qué me quieres?

ENRIQUE.

Que le cumplas la palabra  
Que me has dado, que es hacer  
Diligencias con que vaya  
Perdonado ya de tí.

DUQUE.

Ya la di, y no he de quebrarla.

ENRIQUE.

Pues, señor, sabe que yo,  
Por reservarle á tu saña,  
Fingí la muerte de Astolfo,  
Y oculto le tuve en casa.

DUQUE.

Aunque ofendido pudiera  
Quejarme de injurias tantas  
Como de vuestra osadía  
Me advierten y desengañan,  
Válgo yo mas que yo mismo.  
Del suelo, Astolfo, levanta;  
Y porque siempre que vea  
Tu persona, es fuerza que haga  
La memoria deste caso  
En el semblante mudanza,  
Con Julia casado quiero  
Que de mi corte te vayas.

CÁRLOS.

Yo, que hice por un amigo,  
Gran señor, finezas tantas,  
Que para su amor di paso  
Desde mi casa á su casa,  
Merezca de tí perdon.

DUQUE.

Dándole la mano á Laura.

CANDIL.

Yo, que pasé tantos sustos,  
No quiero de nadie nada,  
Sino de los mosqueteros  
El perdon de vuestras faltas,  
Para que con esto fin  
Demos al *Galan Fantasma*.



# JUDAS MACABEO.

## PERSONAS.

JUDAS MACABEO.  
SIMEON.  
JONATAS.  
MATATIAS, *viejo*.

LISIAS.  
TOLOMEO.  
ZARES, *dama*.  
CLORIQUEA, *dama*.

JOSEF, *soldado*.  
GORGIAS.  
UN CAPITAN.  
CHATO, *villano*. — SOLDADOS, *etc.*

*La escena es en Jerusalem y otros puntos*

## JORNADA PRIMERA.

*Campo.*

### ESCENA PRIMERA.

*Tocan cajas y trompetas, y salen por un lado JONATAS, SIMEON, JUDAS y SOLDADOS JUDIOS; y por otro MATATIAS, ZARES, MÚSICOS y GENTE.*

MÚSICOS.

*Cuando alegre viene  
Judas vencedor,  
Su frente coronan  
Los rayos del sol.*

MATATIAS.

Valerosos macabeos,  
Legítima sucesión  
De palestinos hebreos,  
Cuya gloriosa opinión  
Vence al tiempo en los trofeos,  
Triunfad dichosos; y vos,  
Judas valiente, á quien Dios  
Fió venganza y castigo  
Del idólatra enemigo,  
Sujetad las Asias dos.  
Simeon, á quien el tierno  
Pecho ocupa dignamente  
Prudencia y valor eterno,  
En la conquista valiente  
Y prudente en el gobierno:  
Jóven Jonatas, que alcanzas  
Victoriosas alabanzas,  
Y coronado de glorias,  
A las mayores victorias  
Exceden tus esperanzas:  
Hijos, de quien merecí  
Estas glorias, á quien di  
El sér que yo he recibido,  
¿Quedó el <sup>1</sup> asirio vencido?

JUDAS.

Escucha, y sabráslo.

MATATIAS.

Di.

JUDAS.

Después, señor, que tu espada  
Fué con trofeos mayores  
Admiración á la envidia,  
Miedo al hado, horror al orbe;  
Después que tu diestra santa.  
Ambiciosamente noble,  
Libró religiosa el templo  
De infames adoraciones;  
Y después que yo, supliendo  
Tu esfuerzo, al baston conforme,  
Admiré con mi obediencia  
Tus heredados blasones:  
Deseoso de victorias  
Partí á Bezacar, á donde

<sup>1</sup> Siria debía decir.

Venci á Górgias y Apolonio,  
Rayos de la <sup>2</sup> Asiria: entonces  
Murió el soberbio Epifanes;  
Que lo que el hado dispone,  
Ni lo previene la ciencia  
Ni el estudio lo conoce.  
No ménos altivo y liero  
Antico corresponde  
A su inelemencia, heredando  
El imperio y las acciones.  
En Betsuria me alojé,  
Cuyo asiento sobre montes  
Al mismo sol se levanta,  
Digno de que al cielo toque;  
Y disponiendo mi gente  
Para alguna hazaña noble,  
Llegué á la ciudad famosa  
Del Jebuseo, renombre  
De aquel divino profeta,  
De aquel sumo sacerdote,  
Que ardió en religioso aroma  
A Dios piadosos olores.  
Aquí mi brazo valiente  
Pensó ser castigo enorme  
Del que idólatra la habita,  
Dando culto á falsos dioses.  
Sábado fué, cuyo día  
Venerara: aquí rompe  
A la costumbre la fuerza;  
Que no hay ley que ella no borre.  
De cien mil infantes fuertes  
Y de veinte mil veloces  
Caballos formó su campo  
Apolonio, aquel que pone  
A Samaria y Palestina  
Terror con solo su nombre;  
Pues hijo de la soberbia,  
Engendró efectos mayores.  
Este pues llegó el primero,  
A quien Simeon con doce  
Mil infantes animoso  
Dichosamente se opone.  
Seiscientas vidas trofeo  
Fuéron de su ardiente estoque;  
Que ministro de la muerte,  
Era un rayo cada golpe.

SIMEON.

Cesa, valeroso hebreo,  
Para cuyo eterno nombre  
Es de la divina fama  
Mudo el labio, sordo el bronce;  
Cesa de dar alabanzas  
A mi honor con dulces voces;  
Porque ante las glorias tuyas  
Son ningunos mis blasones.  
Cántate á tí; que á tu fama  
Otro estilo será torpe.  
Porque tu memoria, solo  
Quien la alcanza la conoce;  
O ya que, por mas valor,  
Tu mismo honor no pregones,  
Por ser la propia alabanza

<sup>2</sup> Siria.

Tan vil en los pechos nobles,  
Di que el sol rayaba apenas  
Con su luz nuestro horizonte,  
Y la mas vecina punta  
Coronaba de esplendores,  
Cuando Jonatas valiente,  
Atropellando temores,  
Por el enemigo campo,  
Palestino Marte, rompe;  
Di, cómo llegó animoso  
Hasta el elefante, adonde  
Triunfaba Apolonio... ¡Ah cielo!  
Bien es que el estilo corte  
A mi voz el sentimiento,  
Porque cuando el bruto nombre,  
Bárbara pira que ha sido  
De Eleazaro, el mundo florece.

JONATAS.

Llore el sol, y á tanta ruina  
Haga sentimiento el orbe,  
Pues con tal pérdida miras  
Levantados tus pendones.  
El llanto y la pena son  
De la fortuna peñones;  
Porque no hay victoria alguna  
Que sin desdichas se logre.  
Al sol que en temprano oriente  
Se corona de arreboles,  
En términos del ocaso  
Pardas nubes se le oponen;  
Descortés el viento al prado  
Roba hermosura y colores,  
Y las que hoy lucientes son,  
Mañana caducas flores;  
A la primavera sigue  
El invierno, al día la noche,  
A glorias penas, á agradados  
Llantos, á dichas rigores.  
¡Oh venganzas de fortuna!  
¡Mil veces felice el hombre  
Que ni teme tus amagos  
Ni se sujeta á tus golpes!  
Yo, que de victorias mías  
No será bien que te informe,  
Porque habiendo visto tantas,  
Son mis empresas menores,  
De nuestro hermano Eleazaro  
Diré el fin, para que goce  
En su muerte su alabanza:  
Sus trágicas glorias oye.  
Formó el valiente Apolonio  
De veinte y cuatro disformes  
Elefantes vago un muro,  
Poblada ciudad de montes.  
¿Nunca has visto desatados  
De un ejército de flores,  
De rosas bellas y varias,  
Divididos escuadrones.  
Que de sus ricos matices  
Verdes alfombras componen,  
Donde alivien su cansancio,  
Donde su descanso logren?  
Tal las plumas parecían,

Que desatando colores,  
Desde las puntas soberbias,  
Que entre las nubes se esconden  
De vagas selvas, de errantes  
Campos, de pensiles bosques,  
En confusion rebozaban  
Varias imaginaciones.  
Sin temer á tanto exceso,  
Júdas el campo dispone;  
Que lo que al número falta,  
Le sobra en los corazones.  
Apénas pues fatigados  
Vieron los vientos veloces  
Con tanto fuego su esfera,  
Sus ecos con tantas voces,  
Cuando Eicazaro valiente  
Atrevido reconoce  
Las insignias de Apolonio  
En aquel bruto diforme,  
Y ambicioso de alabanzas,  
Contra la fiera se opone.  
¿Quién vió asaltar vivo muro?  
¿Quién vió estremecerse un monte?  
El fiero animal rendido,  
Aun mas al temor que al golpe,  
Disimulado trofeo,  
La máquina descompone;  
Baja ofendido, y en vez  
De que á las plantas se postre  
De aquel, cuyos brazos fuéron  
Para su mal vencedores,  
Bárbara losa le oprime.  
Rústica tumba le acoge,  
Bruta pira le fatiga  
Y urna funesta le esconde.  
Halló, vencedor vencido.  
En sus desdichas sus lóres,  
Sus victorias en sus ruinas  
Y su muerte en sus blasones.  
Górgias pnes se retiró  
A Jerusalem, adonde  
Piensa defenderse en vano,  
Si el cielo no le socorre;  
Que ántes que el sol con sus rayos  
Las crespas guedejas dore  
Del rugiente signo, y ántes  
Que otra vez visite el orbe,  
De Jerusalem verás  
Temblar las soberbias torres,  
Temiendo en manos de Júdas  
De Dios el divino azote;  
Y castigando del templo  
Tantos sacrificios torpes,  
Que á mentidos bultos hacen  
Idólatras intenciones,  
Hará que del Testamento  
Otra vez al templo tornen  
Arca, ley, vara y maná  
Del Jehová, Dios de los dioses.

MATATÍAS.

En mi ciego pensamiento  
Tienen confusa porfía  
Con el gusto el sentimiento,  
Con la pena la alegría,  
Con el dolor el contento.  
¡Oh llanto desconocido!  
¿Que no igualan mis temores  
El contento que he tenido  
Con tres hijos vencedores,  
Al dolor de uno vencido!  
¡Oh notable desconcierto!  
¿Que en tormentos tan esquivos,  
Cuando gusto y pena advierto,  
No horren tres hijos vivos  
El dolor de un hijo muerto!  
Mas vengo á considerar  
Hoy de nuestro ingrato sér,  
Que no se sabe estimar  
Tanto en el mundo un placer,  
Como sentirse un pesar.  
Y así, cuando el alma escucha

Este dolor que en mi lucha,  
Advierto en el bien que toco,  
Que el mucho contento es poco,  
Y la poca pena es mucha.  
Confieso que ingrato he sido  
A vuestro favor, mi Dios.  
Con la pena que he tenido;  
Mas ¿qué hiciera yo por vos,  
Si no lo hubiera sentido?  
Todo es vuestro, nada es  
Mío, Señor. Si prevengo  
Algun consuelo en los tres,  
Es porque pienso que tengo  
Con que serviros despues. (Vase.)

## ESCENA II.

JUDAS, SIMEON, JONATAS, ZARES,  
SOLDADOS JUDÍOS, MÚSICOS, GENTE.

ZARES. (A Júdas.)

Vencedor divino y fuerte,  
Cuyas victorias han sido  
El término del olvido,  
El límite de la muerte:  
Macabeo, en quien advierte  
La fama mayor trofeo,  
Defensor del pueblo hebreo,  
De Sabaot esperanza,  
Del falso Dagon venganza,  
Castigo del Idumeo:  
De la pasada victoria  
No te he dado el parabien,  
Porque dártele no es bien  
Pues era dudar tu gloria;  
Que para mayor memoria  
De tu valor y poder,  
De las que esperas tener  
Te la puede el mundo dar;  
Pues en quererlo intentar,  
Tienes seguro el vencer.  
Vence, y mira agradecido  
Deste campo la belleza,  
Que, indigna de tu cabeza,  
A tus plantas se ha rendido.  
A recibirte han salido  
Las aves cantando amores,  
El campo vertiendo flores,  
Y con tonos diferentes,  
Dando música las fuentes,  
El viento espirando olores.  
No á recibirte triunfante  
Salgo con regalos mil,  
Bellísima Abigail,  
Aunque Abigail amante.  
No el pequeño don te espante  
Si la voluntad lo es,  
Que puesta humilde á tus piés,  
Alma y vida te ofreciera,  
Si dueño del alma fuera.

JUDAS.

Guárdete el cielo, Zares. (Vase.)

## ESCENA III.

ZARES, SIMEON, JONATAS, SOLDADOS  
JUDÍOS, MÚSICOS, GENTE.

ZARES. (Ap.)

En vano al cielo fatigo  
Cuando tus desprecios lloro,  
Si es lo mas con que te adoro,  
Lo ménos con que te obligo.

SIMEON. (Ap.)

Difícil empresa sigo;  
Pero á mi justa porfía  
Mayor pena y fuego fia  
Con amoroso rigor  
El desprecio y el amor.

JONATAS (Ap.)

¡Ay Zares del alma mía!

SIMEON.

Si los presentes trofeos,  
Si las merecidas glorias  
De conseguir las victorias,  
De pretendidos empleos,  
Igualasen mis deseos,  
Y todos, bella Zares,  
Se redujeran despues  
Al imperio de mis manos,  
Mas dichosos, mas ufanos  
Salieran luego á tus piés.

JONATAS.

Yo, Zares, que siempre he sido  
Humilde y descoufiado,  
Por ser quien mas te ha adorado  
Quien ménos te ha merecido,  
No quisiera haber venido  
Con victoriosa alabanza;  
Que tal gusto amor alcanza  
De sufrir y padecer,  
Que no quiero merecer  
Por no tener esperanza.  
Quien en méritos se emplea,  
Zares, para merecer,  
No te obliga con querer;  
Que su mismo bien desea;  
Y porque de mí se crea  
Que te he sabido estimar,  
Sin esperanza he de amar;  
Que el que satisfecho espera,  
El llanto y la pena fiera  
Facilita al esperar  
Y tanto gusto recibo  
Deste pensamiento injusto,  
Que solo vivo con gusto  
Cuando con desprecio vivo.  
Gloria es tu tormento esquivo,  
Mi pretension es quererte,  
Y así pienso agradecerte  
Esta pena que me das,  
Porque estimo tu honor mas  
Que estimara mereerte.

ZARES.

Bien en tan locos desvelos,  
Conociendo vuestro amor,  
Podiera dar á un rigor  
Dos géneros de consuelos;  
Pero permiten los cielos  
Que no me pueda alegrar;  
Pues que me quisieron dar  
En mi honesto parecer  
La fuerza para ofender,  
Pero no para obligar.  
Si no creyera de mí  
Causas para ser amada,  
Viviera mas consolada  
Con que no lo merecí;  
Mas considerando aquí  
Que dos me ofrecen su vida,  
Y que uno solo me olvida,  
Mas me ofendo de su trato.  
Y soy, por un hombre ingrato,  
A dos desagradecida.  
Y ya que el extremo veis  
Los dos de mi desengaño,  
Remedial ahora el daño,  
Que fácilmente podeis.  
Yo os pido que me olvideis;  
Que mi deseo ofendido  
Está, de verse, corrido,  
Probando ajeno rigor:  
Dadle á Júdas vuestro amor,  
Pedidle á Júdas su olvido.

SIMEON.

A un mismo tiempo me das  
Desprecios y desengaños;  
Y si se agradecen daños,  
No sé qué agradezca mas.  
En el desprecio verás



Mi amor; pero cuando tocas  
El olvido, me provocas  
A agradecerle, si escuchas  
Que son las que engañan muchas,  
Las que desengañan pocas. (Vase.)

## ESCENA IV.

ZARES, JONATAS, SOLDADOS JUDÍOS,  
MÚSICOS, GENTE.

JONATAS.

De ingratitud ha nacido  
Olvido, y el que prevengo  
No sé de qué; pues no tengo  
De qué estar agradecido  
Usa el mundo que al olvido  
Los beneficios se den,  
Y las ofensas estén  
Vivas en cualquiera parte;  
Pues ¿cómo podré olvidarte,  
Si nunca me hiciste bien?  
Estima, Zares, mi fe,  
Agradece mi cuidado;  
Que yo, en viéndome obligado,  
Al punto te olvidaré.  
Pero de mí mismo sé  
Que dejara perdonar  
Verme querer y estimar,  
Por no llegar á ofenderte;  
Que no quiero merecerte,  
Si te tengo de olvidar. (Vase.)

## ESCENA V.

ZARES, SOLDADOS JUDÍOS, MÚSICOS,  
GENTE.

ZARES.

Amorosa confusión,  
No aumentes mi pena mas,  
Viendo humilde á Jonatas  
Y rendido á Simeon.  
Y si sus extremos son  
Causa de mi sentimiento,  
Con un nuevo pensamiento  
A Judas quiero obligar;  
Aunque en pensar que ha de amar  
Un grande imposible intento.  
Yo, Judas, para obligarte,  
Pues en las armas te empleas,  
Pues solo guerras deseas,  
Pues solo te agrada Marte,  
En todo pienso imitarte.  
Casta Pálas he de ser  
En sujetar y vencer:  
Desde hoy la guerra sigo,  
Por ver si acaso te obligo  
Mas diamante que mujer.

## ESCENA VI.

CHATO.—DICHOS.

CHATO.

¡Ay desdichado de mí!  
En este punto he quedado  
Huérfano y desconsolado.

ZARES.

¿Quién es quien se queja aquí?

CHATO.

¡Hoy dan fin las glorias mías!

ZARES.

¿Qué tienes, Chato?

CHATO.

Señora,

Muriéndose queda ahora...

ZARES.

¿Quién?

CHATO.

Tu tío Matatías.  
No escapará desta vez;

Que, para mas desventura,  
Tiene un mal que no se cura.

ZARES.

¿Pues qué mal tiene?

CHATO.

Vejez.

Un grande enojo le dió  
(¡Qué justamente me aliño!)  
Cuando supo que su hijo  
Era muerto, y se quedó  
Poco ménos.

ZARES.

De esa suerte,  
Aun no está muerto.

CHATO.

Si tal,

Ya camina en este mal,  
Que es la posta de la muerte.  
¿Quién de ponderarlo deja,  
Que con ser cosa la vida  
Mas estimada y querida,  
Enfada en llegando á vieja?  
Negra vejez, ¡oh! ¡qué bien  
Te llaman negra en rigor,  
Pues nunca tomas color,  
Por mas tinta que te den!

ZARES.

¿Y dónde, Chato, le dejas?

CHATO.

Si rey ahora me hallara,  
Luego al instante mandara  
Degollar todas las viejas.

ZARES.

¡Hay suerte mas importuna!  
¿Qué es lo que habemos de hacer?

CHATO.

¡Oh, lo que fuera de ver  
Un reino sin vieja alguna!  
Y si quieres ver, Zares,  
Si el ser vieja es cosa fea,  
No hay mujer, que aunque lo sea,  
Te confiese que lo es.  
¡Que las canas, que honor dan,  
Se tiña una loca vieja,  
Y no tiña una bermeja  
Sus hilachas de azafran!  
¡Que la doncella, que en ella  
Se enseña el signo á fingir,  
Mienta, y se atreva á decir  
Sin vergüenza: «¡soy doncella!»  
¡Y á quién la edad la aconseja  
Y da en tiempo desengaños,  
Al cabo de tantos años  
Nunca ha dicho: «yo soy vieja!»—  
¿No oyes el llanto que suena?

ZARES.

Campos, montes, cielo y vientos,  
Todos hacen sentimientos.

CHATO.

De dolor el alma llena  
Tengo.

ZARES.

La muerte le deja  
Sin dnda alguna rendido.

CHATO.

Pues ¿quién hubiera podido  
Rendirle, sino una vieja?

## ESCENA VII.

JUDAS, SIMEON, JONATAS.—DICHOS.

JUDAS.

Aneguen mis enojos  
Este campo con llanto de mis ojos.

SIMEON.

Este monte, que ha sido  
Aspero monumento,  
Aumente el sentimiento,  
O sin tener sentido  
Y enternecido el suelo,  
Muestre en su llanto eterno desconsuelo.

JONATAS.

Este campo no vea  
Con diversos colores  
Hermosura en las flores,  
Fragancia en Amaltea;  
Y para mas enojos,  
Espinas sean su flor, su fruto abrojos.

JUDAS.

Arrastren por la tierra,  
Con pálidas congojas,  
Los árboles sus hojas,  
Y en abrasada guerra  
Desvanezca avariento  
El fuego su beldad, su pompa el viento.

ZARES.

Nunca se vió en el mundo  
Tan común sentimiento.  
¡Oh natural portento!  
¡Oh llanto sin segundo!  
Que en fin es el mas fuerte  
Sacrificio en las aras de la muerte:

CHATO.

Todo es desdicha y llanto.  
¡Oh natural temor! Oh fiero espanto!  
¿Quién no pondera y siente  
Ver que ninguno deja  
De morir en las manos de una vieja?  
(Tocan cajas.)

## ESCENA VIII.

TOLOMEO.—DICHOS.

TOLOMEO.

Valiente Macabeo,  
Dichoso defensor del pueblo hebreo,  
Después que los asirios en Betsuria  
Conocieron tu furia,  
Y con trágicas penas  
Mancharon con su sangre sus arenas;  
Después que retirado  
Vive Górgias vencido,  
De Antioco enviado  
Aquel fiero Lisias ha venido,  
Aquel del cielo guerra,  
Aquel horrible parto de la tierra,  
Cuyas soberbias glorias  
Piensan borrar con sangre tus victorias.  
Este en Jerusalem ahora queda,  
Porque en sus muros defenderse pueda  
Del templo los altares,  
Los sagrados lugares  
Con profana ambicion ha poseído.  
Sacrificios que han sido [ra,  
Del gran Dios de Israel que el cielo ado-  
Al mentido Dagon sirven ahora.  
Piadosa accion á su deidad obliga:  
Las ofensas de Dios venga y castiga.

JUDAS.

Espera, Tolomeo,  
No prosigas, detente.  
Al punto, Simeon, junta la gente,  
Y en formadas hileras  
Hoy del Jordan ocupen las riberas.  
No á los vientos veloces  
Lleve el clarín con apacibles voces,  
Sino bastarda trompa  
Con horrisono son su esfera rompa.  
El parche mas suave  
Ni claro aníme ni suspenda grave,  
Sino con eco bronco

Torpe entrístezca, compadezca ronco.  
A vengar voy agravios,  
Con religioso celo,  
Del alto Dios que rige tierra y cielo.  
Publicad dura guerra,  
Vengad al cielo y ofended la tierra.

SIMEON.

Tú verás, imitando tus trofeos,  
Los fuertes macabeos  
Con mayores aciertos  
Dejar ciudades y poblar desiertos.

JUDAS.

Tú, Jonatas, mientras la guerra ordeno,  
Parte á Jerusalem, y di á Lisias  
El noble fin de las empresas mías.

JONATAS.

Yo parto deseoso  
De volver con tu nombre victorioso;  
Que en el honor eterno que te llama,  
Veré el mundo sujeto con tu fama.

ZARES.

Y yo, que entre los viles  
Adornos vanos, galas mujoriles,  
En los campos he dado  
A la hacienda doméstico euidado,  
Hoy en la guerra quiero,  
Vistiendo mallas y tocando acero,  
Publicar lo que intenta  
Mujer determinada.  
(Ap. Y dijera mejor enamorada.)  
Ya en mi difunto tío  
Caro abrigo le falta al honor mio:  
Este de ti se espera... (ra.)  
(Ap. Dijera bien, cuando mi amor dije-  
Conozca el mundo, que si á ti me igualas,  
Competiré con la deidad de Pálas.

JUDAS.

Suenen los instrumentos,  
Poniendo en confusion los elementos.  
El fuego de su esfera  
Rayos le preste á la region primera:  
El viento en varios huecos  
Su horror duplique en repetidos ecos,  
Y el número feliz de pechos tales  
Hoy al Jordán limite los cristales,  
Y oprimida la tierra  
Guerra solo sustente.

TODOS.

¡Guerra, guerra!  
(Vase.)

Palacio de Jerusalem.

## ESCENA IX.

Salen por una puerta LISIAS y SOLDADOS SIRIOS, y por otra GORGAS, con baston y corona de cipres, y lucan cajas destempladas.

GORGAS.

Fuerte Lisias, si es  
Infamia quedar vencido,  
Yo, que de Judas lo he sido,  
Infame llego á tus piés.  
Por Antiocho Eupator  
Vienes á Jerusalem:  
Justa eleccion, porque estén  
Seguros con tu valor  
Aquestos muros, que son  
Fuerzas del asirio imperio.

Es de presumir que el verbo *tocar* no significará aquí *tentar*, sino  *cubrirse la cabeza*. Tocando acero no querrá decir *tentando*, tomando una espada; sino *tomando*, poniéndome un casco de acero.

Y pues que no sin misterio  
Hoy sucedes al baston,  
Advierte que ruina ha sido  
De la fortuna mi honor,  
Y que ganas vencedor  
Lo que yo pierdo veneido.  
No castigues con venganzas,  
Lisias, adversidades;  
Que á no haber prosperidades,  
No se temieran mudanzas.

LISIAS.

Disculpa tu infamia aguarde  
En la fortuna importuna:  
Porque siempre la fortuna  
Fue sagrado del cobarde.  
No de su inconstancia arguyas  
La pérdida ó la ganancia;  
Que no es culpa de inconstancia  
Las que son infamias tuyas.  
Y cuando vengas á ser  
De la fortuna vencido,  
¿Es honor haberlo sido  
De una inconstante mujer?

¿Es esta fortuna, alguna  
Deidad santa y eminente?  
No, pues un hombre valiente  
Sabe vencer la fortuna.  
Dí, ¿cómo nunca ha ofendido  
A mis fuerzas su poder?  
No se debe de atrever,  
O su poder es fingido.  
Conozcan de mis tiranos  
Hechos la fiera amenaza.—  
Ponedle en pública plaza,  
(A unos soldados.)

Atadas atrás las manos,  
Porque digan que así yo  
Castigo cobardes culpas:  
Y él ofrezca por disculpas:  
«La fortuna lo causó.»

GORGAS.

Soberbiamente has mostrado  
El castigo que proeuro;  
Pero tú no estés seguro,  
Pues no estoy deseñado.

LISIAS.

Llévadle pues.

GORGAS.

¡Oh importuna  
Suerte, que á la muerte excedes!  
¡Ah fortuna, lo que puedes!

(Llévante soldados.)

LISIAS.

Mas puedo que la fortuna.—  
No son estos macabeos  
Tan arrogantes y vanos,  
Judíos, samaritanos,  
Israelitas, galileos?  
¿No es este el pueblo que ha sido,  
Con justas persecuciones  
En desiertos y prisiones,  
De su Dios mal defendido?  
¿Quién es el Jehová invisible,  
Que la voz sola lo advierte?  
¿Este es el que llaman fuerte?  
¿Este es el Dios invencible?  
Presto con llanto importuno  
Conocerán sus extremos  
Que los asirios tenemos  
Dos mil dioses para uno.

## ESCENA X.

CLORIQUEA. — DICHOS.

CLORIQUEA.

Teniendo tantos enojos,  
Con temor llego á tus piés.  
¿Qué rigor es este?

LISIAS.

Es

Gloria en mirando tus ojos.  
Soberbio estaba; ya estoy  
Humilde: vime furioso;  
Y ya me miro amoroso:  
No era mio, y tuyo soy.  
De la fortuna decia,  
Viéndome siempre triunfante,  
Que su poder inconstante  
Para cobardes tenia;  
Y mi engaño llego á ver,  
Pues ahora he conocido,  
Viéndome á tus piés rendido,  
Que tú lo debes de ser.  
Desengañarme procura:  
Dime pues si estos secretos  
Son de la fortuna efetos,  
O efetos de la hermosura.  
No eras que era el poder  
De la fortuna tan fiero;  
Y ya sí, si considero  
Que es la fortuna mujer.

CLORIQUEA.

Si como mujer amante  
La misma fortuna fuera,  
En mi firmeza perdiera  
La imperfeccion de inconstante.  
No me parara hasta verte  
Rieo de inmortal honor,  
Con mas poder que el amor,  
Con mas triunfos que la muerte  
Mas que la fama memorias,  
Mas que el olvido trofeos,  
Mas que la ambicion deseos  
Y mas que el tiempo victorias;  
Y entonces al golpe queda,  
Porque con tanto poder  
No tuvieras que temer,  
Pusiera un clavo á la rueda.  
Y solo serlo quisiera  
Mi amoroso pensamiento,  
Por parar el movimiento  
Cuando en tus brazos me viera;  
Pues allí con mayor gloria  
Te ofreciera mi desco  
Poder, amor y trofeo,  
Aplauso, triunfo y victoria.  
Y ahora con alegrarte  
Quiero templar tu rigor,  
Para ver si puede Amor  
Suspender un poco á Marte. —  
(A algun soldado, el cual se va.)  
Llamad músicos. — Procura  
Treguas al marcial cuidado.

LISIAS.

Las mas suaves he hallado,  
Cloriquea, en tu hermosura.  
Con mirarte he suspendido  
El furor que me incitaba:  
Todo con verte se acaba.

## ESCENA XI.

Músicos. — DICHOS.

MÚSICO 1.º

Los músicos han venido.

CLORIQUEA.

Cantad de amor: todo sea  
Amorosas armonías,  
Porque mi amado Lisias  
Solo amor escuche y vea.

LISIAS.

Que es amor, es cosa clara,  
Mirándote á tí, mi bien.

MÚSICO 2.º

Oye aquesta letra.



CLORIQUEA.

¡Quién  
Cantando te enamorara!  
músicos. (Cantan.)

*Si te agradan suspiros,  
Bellísima Zares,  
Y merecen verdades  
La gloria de una fe,  
Ya basta tu desprecio,  
Ya sobra tu desden.  
Mas ¡ay! que nunca es mucho  
Rigor que tuyo es.  
¡Ay, divina Zares!  
Apacible no seas,  
Pues me agradas cruel.*

LISÍAS.

¡Qué bien siente! ¿Cuya es  
Esa canción?

músico 1.º

De un hebreo.

LISÍAS.

¡Qué bien dice su deseo!

CLORIQUEA.

Mucho le dehe Zares.

LISÍAS.

¿Quién es Zares?

músico 2.º

Una hebrea,  
A quien él significaba  
Que con grande extremo amaba.

músico 1.º

La fama en decir se emplea  
Sus alabanzas.

músico 2.º

Y mas  
Es muda que silenciosa.

LISÍAS.

¿Que Zares es tan hermosa?

CLORIQUEA.

De la canción lo sabrás.

músicos. (Cantan.)

*No quiero que me quieras;  
Solo quiero querer,  
Y por sentir tus males,  
No busco ajeno bien.  
Si te ofendo, condena  
A tu hermosura, en quien  
Naturaleza puso  
Lo extremo del poder.  
¡Ay, divina Zares!  
Apacible no seas,  
Pues me agradas cruel.*

LISÍAS.

¡Qué rendido que la amaba!

CLORIQUEA.

No tuve gusto mayor  
En mi vida.

LISÍAS.

¡Con qué amor  
Tan honesto la adoraba!  
Gana me ha dado de ver  
Esta hebrea.

CLORIQUEA.

¿Qué cuidado  
Aquesta canción te ha dado?

LISÍAS.

Que tan perfecta mujer,  
Por Dagon y por los cielos,  
Me pesa de que no sea  
Esclava de Cloriquea.

CLORIQUEA.

Va bastan, mi bien, los celos.

LISÍAS.

¿Tú tienes celos? ¿De quién?

CLORIQUEA.

De que cause ese rigor  
Zares: pienso que es amor.

LISÍAS. (Ap.)

Yo pienso que piensas bien.

## ESCENA XII.

UN SOLDADO SIRIO. — DICHOS.

SOLDADO.

Un embajador hebreo  
Te quiere hablar.

LISÍAS.

Entre pues.

SOLDADO.

Dale asiento, porque es  
Hermano del Macabeo.

LISÍAS.

No te quites, Cloriquea,  
De aquí, porque no ha de hallar  
Desocupado lugar.  
Hable en pie.

## ESCENA XIII.

JONATAS. — LISÍAS, CLORIQUEA,  
SOLDADOS SIRIOS, MÚSICOS.

JONATAS.

El cielo sea

Con vosotros.

LISÍAS.

El te guarde.

Di á lo que vienes, hebreo,  
Con brevedad.

JONATAS.

Yo seré

Muy breve, en tomando asiento.

LISÍAS.

A ningún embajador  
Le doy, porque considero  
Que de mis nobles pasados  
Esclavos los tuyos fuéron.

JONATAS.

Pues yo le suelo tomar;  
Pero aquí que no le veo,  
Por no quitarte á tí,  
De mi manto hacerle quiero.  
Ya estoy sentado.

LISÍAS.

Prosigue

A lo que vienes.

JONATAS.

Primero

Te diré de tus engaños  
El error: estáme atento.  
Aquesta antigua ciudad,  
Que sobre montes soberbios  
Está fundada y triunfante,  
Es de tres Atlantes peso.  
Salem se llamó al principio,  
De Salem, que fué el primero  
Que para sus edificios  
Halló en los montes cimientos.  
Este sacrificios justos  
Hizo á nuestro verdadero  
Dios, encendiendo en sus aras  
Mil olorosos incienso.  
Los jebuseos despues  
Gran tiempo la poseyeron,

Y de sus dos fundadores,  
Los dos nombres confundiendo,  
Se llamó Jerusalem,  
De Salem y Jebuseo.  
Con Jeru quiere decir  
Cosa excelente el hebreo;  
Por esto Jerusalem  
Ha sido el nombre postrero.  
Siempre ha ostentado grandezas,  
Y aun ahora en ella vemos  
El alcázar de David  
Y de Salomon el templo.  
Dirásme que para qué  
Tantas cosas te refiero:  
Pues escucha, y las sabrás

LISÍAS.

Prosigue pues.

JONATAS.

Está atento.

Si siempre aquesta ciudad  
Al Dios justo, al Dios eterno  
Ha tenido por amparo;  
Si siempre ha sido su dueño,  
¿Por qué ofendes sus lugares  
Con sacrificios diversos  
De falsos dioses? Escucha  
Los que adoras torpe y ciego.  
Bronce adoras en Moloc,  
Plomo en Astarot, y hierro  
En Belcebub; en Dagon  
Oro, y en Bémol madero;  
Barro estimas en Baab,  
Sin otros dioses perversos,  
De pequeñas estaturas,  
Que llamais dioses caseros.  
Pues ¿cómo quieres que sean  
Tantos dioses?

LISÍAS.

Macabeo,

Poco prometiste hablar.

JONATAS.

Aun no he dicho á lo que vengo.  
Júdas pues, á quien vosotros  
Llamais el judío sin miedo,  
Os dice que le entreguéis  
Esta ciudad, ó que luego  
Vendrá furioso á vengar  
Tantos agravios del cielo.—  
Con esto me voy.

LISÍAS.

Espera.

JONATAS.

Ninguna respuesta espero,  
Porque ya sé que respondes....

LISÍAS.

No mas de que la defendiendo,  
Y que cuando la faltaran  
Aquestos murcs soberbios  
Que la aseguran, tuviera  
Mas resistencia en mi pecho.  
Solo te quiero decir,  
Si turbado con el miedo  
Te dejas el manto.

JONATAS.

No,

Que de industria me le dejo.

LISÍAS.

¿Por qué no quieres llevarle?

JONATAS.

Porque nunca yo me llevo,  
Cuando doy una embajada,  
La silla donde me siento.

CLORIQUEA. (Ap.)

¡Gallarda resolucion!

LISIAS.

Bien, con el manto me quedo;  
Pues dejándole en mis manos,  
Me dices que vas huyendo.  
(Vase Jonatas.)

## ESCENA XIV.

LISIAS, CLORIQUEA, SOLDADOS. MÚSICOS.

LISIAS.

Estos hebreos no advierten  
Que de gigantes desciendo,  
Que soberbios levantaron  
Torres contra Dios un blasono.  
(Ap. ¿Pero para qué blasono,  
Si rendido me confieso  
A una divina hermosura  
Que imaginada la temo?)  
(Suenan trompetas.)  
¿Mas qué trompetas son estas  
Que suenan?

## ESCENA XV.

UN SOLDADO SIRIO. — DICHOS.

SOLDADO.

El Macabeo,  
Que á la vista de los muros  
Armadas tiendas ha puesto...

LISIAS.

¿Viene en el campo Zares?

CLORIQUEA.

Pues qué te importa el saberlo?

LISIAS.

Porque como ella no venga,  
Segura victoria tengo.  
De un deseo he de morir.

CLORIQUEA. (Ap.)

Yo he de morir de un desprecio.

LISIAS. (Ap.)

¡Ay Zares, si esto es amor!

CLORIQUEA. (Ap.)

¡Ay Lisias, si estos son celos!

## JORNADA SEGUNDA.

/ campamento de Júdas á vista de Jerusalem.

## ESCENA PRIMERA.

LISIAS, con el manto de Jonatas;  
JOSEF.

LISIAS.

¿Dónde está Zares?

JOSEF.

Aquí.  
Llega, que seguro puedes;  
Pues mi amistad y tu traje  
Te disimulan.

LISIAS.

No tiene  
imposibles el amor;  
Que ningún peligro teme  
El corazón en un noble  
Enamorado y valiente.  
La hermosura de Zares,  
Disfrazado desta suerte,  
Al campo de mi enemigo  
Me ha traído, sin que llegue  
A ver la sombra del miedo.

JOSEF.

Puesto que fiado vienes  
En mi amistad, mal hicieras  
En recelarte.

LISIAS.

Si fuese  
Tal mi ventura, que aquí  
Llegasen á conocerme,  
Mas de mi mismo me fio  
Que de tu amistad.  
(Tocan una caja á marchar.)

## ESCENA II.

ZARES, armada, y con una bandera  
al hombro. — LISIAS, JOSEF.

JOSEF.

Ya tienes  
Presente lo que deseas.

LISIAS.

¿Pues á quién tengo presente?

JOSEF.

Zares es esta, que armada  
Al compas del parche viene.

LISIAS.

Mejor dijeras que Pálas  
A deidad mas eminente  
Hoy se rinde, pues en vano  
A competirla se atreve.  
Oí decir que el amor  
Con llama de fuego ardiente  
Libres voluntades rinde.  
Fuertes corazones vence;  
Pero ¿qué mucho que á mi  
A su imperio me sujete,  
Si para un hombre rendido  
Hoy tantas armas previene?  
(Tocan otra vez.)

ZARES.

Josef.

JOSEF.

Señora.

ZARES.

Ve á Júdas,  
Y dile que venga á verme  
Competidora de Juno,  
Méenos hermosa y mas fuerte;  
Que porque bien le parezca,  
Determina amor que espere  
Armada, por ver si puedo  
Obligarle desta suerte.

JOSEF.

Yo voy á llamarle. (Vase)

LISIAS. (Ap.)

¡Ay cielos!  
Depuesto el rigor, parece  
Que entre los brazos de Venus,  
Rendido Marte se duerme,  
Y que, guardándole el sueño,  
Vigilante Amor se ofrece,  
Vestido del fiero Marte  
El arnes, que tantas veces  
Causó al mismo cielo horrores.  
¿Cómo podré defenderme,  
Si son de Marte las armas,  
Y es el Amor quien las tiene?

## ESCENA III.

CHATO, vestido de soldado ridícula-  
mente, y cargado de armas. — ZA-  
RES, LISIAS.

CHATO.

Yo vengo muy bien cargado.  
¿Qué horrico habrá que lleve  
Mas armas y municiones?

ZARES.

¡Ay Chato! el amor, que sienpre  
Con regalos y delicias  
Mas que con rigores vence,  
Determina que hoy á Júdas  
Hable así, por ver si puede  
Agradarle con acero  
Mas que con galas alegres.

CHATO.

Si para agradar á Júdas,  
Te vistes de acero fuerte,  
Yo traigo para agradarte  
Tantas armas diferentes.  
Si todos dicen que armada  
La diosa Pálas pareces,  
Yo pareceré al dios Pálos.

ZARES.

Presumo que viene gente.  
Con esta bandera es bien  
Que el veloz viento sujete,  
Porque, movida su esfera,  
Mi esperanza al viento entregue.  
(Tocan la caja, y arbolan la bandera.)

LISIAS. (Ap.)

Rendido el viento á sus manos,  
Diosa del viento parece,  
Aura, por quien hoy de Prócris  
Llora Céfalo la muerte.

CHATO.

¿Qué dominio sobre el aire  
Todas las mujeres tienen!

LISIAS. (Ap.)

¿Qué bien el viento la ayuda!

ZARES.

¿No viene Júdas?

CHATO.

No viene.

ZARES.

Dame el escudo y la espada.

CHATO.

Espada y escudo tienes.

ZARES.

¡Ay, Júdas, poco te debo!

LISIAS. (Ap.)

¡Ay, Zares, mucho me debes!

CHATO.

¿Qué bien el escudo embranzas!  
Mas no es mucho; porque siempre  
A las armas de un escudo  
Se aplican bien las mujeres,  
Y son armas que las mandan.

ZARES.

¡Oh Júdas, si ya vinieses,  
Porque me vieras regir  
Esta espada!

CHATO.

¿Qué pretendes?

ZARES.

Saca tu espada.

CHATO.

La mía  
Es muy recatada, y teme  
El parecer deshonesto  
Delante de tanta gente.

ZARES.

Desnúdala ya.

CHATO.

Es donecilla,  
Y porque mejor lo pruebe,  
Jamás sangrienta se ha visto;  
Y tanto, que por no verse  
Con tal mancha, su costumbre



Es no reñir; pero á veces  
Vienen al hombre ocasiones  
Donde excusarse no puede.  
Pero ya que la ves, quiero  
(*Saca la espada.*)  
Decir las gracias que tiene.  
Esta espada no se queda...

ZARES.

¿De qué modo?

CHATO.

De esta suerte:

No se queda, pero vase;  
Que cuando ocasion se ofrece,  
Huyo; y así no se queda,  
Porque conmigo se viene.—  
No tiene vuelta tampoco  
Mi espada; que eternamente  
Al lugar donde riñó  
O pudo reñir, se vuelve.

ZARES.

Riñe conmigo.

CHATO.

¿Contigo?

Yo reñiré. Impertinente,  
Necia, loca, marimacho,  
¿Qué es lo que armada pretendes?  
—¿No riñen así las viejas?

ZARES.

En rabia mi enojo vuelves.

LISÍAS. (Ap.)

Rayo de Júpiter es  
Esta espada que vemente,  
Sin hacer ofensa al cuerpo,  
El alma en su fuego enciende,  
Y el corazón en cenizas,  
Fénix nace, y cisne muere.

ZARES.

¡Oh Júdas, lo que te tardas!

CHATO

¡Oh lo que te desvaneces!

ZARES.

Ni el alma tiene sosiego,  
Ni viene Júdas.

## ESCENA IV.

JOSEF. — DICHOS.

JOSEF.

No viene,

Ni vendrá, porque ordenando  
Estaba ahora la gente.  
De su campo; que mañana  
Asaltar la ciudad quiere. (Vase.)

ZARES.

Locas imaginaciones  
En vano el alma previene;  
Que lo que niegan estrellas,  
Industria no lo concede.  
Ciega estoy.

LISÍAS. (Ap.)

¿Que aquesto escucho!

¿Es posible que yo intente  
De tan valiente enemigo  
Sin prevención defenderme?  
Porque es valiente enemigo  
El poder con que me ofende.—  
¿Que cuando de amores trato,  
Trate solo de ofenderme,  
Y por la guerra que olvido,  
La que yo busco desprecie!

ZARES.

Loca, burlada y confusa,  
Daré voces, porque lleguen  
A sus orejas, haré  
Extremos de amor.

CHATO.

¿Qué tienes?

ZARES.

¿Quién me lo pregunta?

CHATO.

Yo.

¿No me conoces?

ZARES.

¿Quién eres?

CHATO.

Chato, que ahora cargado  
De espadas, lanzas, broqueles,  
Arcos, flechas y banderas,  
Montantes y brazaletes,  
Dardos, baquetas y cajas,  
Era entre tantos arneses  
El dios Chato de las armas.  
(*Llega Zares donde está Lisías.*)

ZARES.

¿Y tú, villano, quién eres?

LISÍAS.

Pues me preguntas quién soy,  
Escucha, y dirélo en breve.  
Yo soy Lisías.

ZARES.

¿Lisías?

LISÍAS.

Sí.

ZARES.

Pues ¿qué es lo que pretendes,  
Siendo enemigo de Júdas,  
En mi tienda?

LISÍAS.

Solo verte.

La fama de tu hermosura,  
Divina Zares, que tiene  
Ocupada en tu alabanza  
La voz que el viento suspende,  
A Jerusalem llegó,  
Donde oí diversas veces  
Con mil lenguas alabarle...  
Mejor dijera ofenderle.  
A Júdas, Zares, adoras,  
¡Ay de mí! y á Júdas quieres:  
Yo te busco y él te olvida.

¿Es posible que no sientes  
Que deje por tí la guerra,  
Y él por la guerra te deje?  
Si buscas hombres robustos,  
Mira á quien tienes presente;  
Mira quien te adora humilde,  
Si buscas hombres valientes.

ZARES.

Lisías, yo te agradezco  
La voluntad que me ofreces;  
Que á lo menos, si no paga,  
Estima quien agradece.  
El pagarte es imposible.  
Y porque seguro quedes,  
Que tu deseo cortes  
Agradezco honestamente,  
Te suplico que te vayas;  
Porque si Júdas viniere  
A verme á mí, no te mate.  
Hazme aquesto gusto, vete.  
Mas que mi opinion sintiera  
Ahora en sus manos verte  
Muerto por mi causa.

LISÍAS.

¡Ay cielos.

¿Qué poco mi amor te debe!  
¿Qué mal mi vida aseguras!  
¿Qué bien mi peligro temes,  
Pues solo Júdas con celos  
Pudiera darme la muerte!

¿Qué bien dices que vendrá  
A matarme, y á ofenderme,  
Pues solo viene á matarme  
El que á darme celos viene!  
Pero por darte este gusto,  
Yo me iré, como me entregues  
Una prenda de tu mano:  
Con esta podré volverme,  
Y sin ella no me iré.

ZARES.

¿Es posible que eso intentes?

LISÍAS.

Si no me la das, perdona;  
Que me es forzoso ofenderte.

ZARES.

¿Qué puedo darte?

LISÍAS.

Esa banda.

Que, de tus hombros pendiente,  
Es zodiaco que parte  
De tu luz la esfera breve.

## ESCENA V.

JONATAS y SIMEON, que salen por  
lados distintos y se quedan al pa-  
ño. — DICHOS.

JONATAS. (Ap.)

¡Cielos! ¿qué es esto que miro?

SIMEON. (Ap.)

¿Qué rigor, fortuna, es este  
Con que me quitas la vida?

ZARES.

Tú la tendrás; pero advierte  
Que ni la doy, ni la niego.  
Y porque confuso pienses  
Que ni es favor ni rigor,  
Aquí es justo que la deje.  
Tú con aquesto aseguras  
La alabanza que pretendes;  
Yo el decoro que me debo.  
Alzala del suelo, y vete.

(*Ercha la banda en el suelo, y llegan  
Jonatas y Simeon, y asen todos de  
la banda.*)

JONATAS.

Eso será, si la deja  
Alzar este brazo fuerte,  
Que, exhalado de mi fuego,  
Rayo del cielo descende.

SIMEON.

En vano llevarla intentas:  
Que cuando Júpiter fueses,  
Fuera poco tu poder,  
Si mi valor la pretende.

ZARES.

¿Qué confusion es aquesta?

JONATAS.

Suéltala ya.

LISÍAS.

Cuando intentes

Quitarle la luz al sol,  
Aun podrás mas fácilmente  
Que la banda.

JONATAS.

Simeon,

Suéltala tú.

SIMEON.

¿Que la suelte,

Me dices, cuando yo solo  
Pretendo llevarla?

JONATAS.

Advierte...

(*Hacen la banda pedazos, y queda sin  
banda Jonatas.*)

LISIAS.

Ya está la banda partida.

JONATAS.

¿Posible es que los dos lleven  
Dividido el cielo, y yo  
Sin una parte me quede?

ZARES.

¿Qué desdicha es esta, cielos!  
¿Qué confusiones me ofrece  
Mi desgracia!

CHATO.

Yo me quedo  
Sin banda tambien.

JONATAS.

¿Que fuese  
Tan avara mi fortuna!  
Pero mi fortuna quiere  
Que con su sangre la compren,  
Porque mas cara les cueste.

SIMEON.

El cobrar la otra mitad  
Solo á mí me pertenece;  
Porque me importa juntarla  
A estotra.

LISIAS.

¿Qué te detienes?  
¿Qué esperas? ¿por qué no llegas?  
Pero será porque adviertes  
Que es la banda de Zares,  
Y que Lisias la defiende.

SIMEON.

¿Tú eres Lisias?

LISIAS.

Yo soy.

SIMEON.

Harto fué no conocerte  
Por tus hechos; que tú solo  
Pudieras ser tan valiente.

JONATAS.

El enojo me has quitado  
Tanto, Lisias, con verte,  
Que si yo de aquesta banda  
Absoluto dueño fuese,  
Hoy la partiera contigo;  
Que tú solo la mereces.

CHATO. (Ap.)

¿Qué bien de toda pendencia  
Se excusaron los cortesés!

JONATAS.

Yo no pretendo tu parte:  
Vete con la banda, vete,  
Porque el premio desta hazaña  
Con ella á tu campo llesves;  
Y yo me veré contigo  
A solas, porque no pienses  
Que la pretendo ganar  
Porque estás entre mi gente.

LISIAS.

Pues yo me llevo la banda:  
Al que cobrarla quisiere,  
Aquesta tarde le espero  
Con ella en el campo.

SIMEON.

Vete.

(Vase Lisias.)

## ESCENA VI.

ZARES, SIMEON, JONATAS, CHATO.

ZARES.

¿Qué fué vuestro pensamiento?  
Que las licencias de amor  
No se dan para el rigor

De tan loco atrevimiento.

¿En mi tienda habeis tenido  
Licencia de que esto pase?

JONATAS.

¿Que yo sin banda quedase,  
Habiendo el primero sido!

ZARES.

No sé qué furor os mueve  
Para tan grande locura.

SIMEON.

¿Que fuese tal su ventura,  
Que la otra parte se lleve!

ZARES.

¿Qué ocasiones os he dado  
Para atreveros así?

CHATO.

¿Que la partiesen, y á mí  
Me hayan sin banda dejado!

ZARES.

Ni sé qué favor, ni sé  
Qué causa pudo obligarte.

SIMEON.

Cuando tenga la otra parte  
De la banda, lo diré;  
Que cuando tu prenda dejo  
En su poder por testigo  
Del valor de mi enemigo,  
Injustamente me quejo;  
Que no es razon que se entienda  
Que yo he tenido valor  
Para sentir tu rigor,  
No para cobrar tu prenda.

JONATAS.

Yo ¿cómo podré decir  
Mi pena, pues he de hallar  
Dos causas para callar  
Y dos mil para sentir?  
Y así, cuando llevo á ver  
De horror mis sentidos llenos,  
A mí me importa hablar ménos,  
Porque tengo mas que hacer.  
Y ya es forzoso empezar  
A que mi valor se entienda;  
Pues si no me das tu prenda,  
Habrétela de quitar.  
Y así verá el mundo llano  
Que en el honor que procuro,  
Está de mí mas seguro  
Mi enemigo que mi hermano;  
Y porque de mi poder  
Mejor la fuerza se arguya,  
Tengo de llevar la tuya.

SIMEON.

Sabréla yo defender. (Riñen los dos.)

## ESCENA VII.

JUDAS, TOLOMEO.—DICHOS.

JUDAS.

¿Qué es lo que mis ojos ven!

CHATO.

Bien estoy sin banda yo,  
Si he de reñir: eso no.

JUDAS.

Pues cuando Jerusalem  
Ofrece á vuestras espadas  
De sus tiranos los cuellos,  
¿Cómo podreis ofendellos,  
De vuestra sangre manchados?  
¿Qué injusta causa os obliga?  
¿Qué tirana envidia lucha  
En vuestros pechos?

ZARES.

Escucha;

Que yo es justo que lo diga.  
Dando á la fama lenguas,  
Y asombros á la envidia,  
Fuerte y enamorado  
Aquí llegó Lisias.  
Pidióme honestamente  
Alguna prenda mia,  
Para que de su hazaña  
Diera clara noticia.  
Una banda en el suelo  
Se cayó, y cuando iba  
A tomarla, llegaron  
Tus hermanos á asirla.  
Y, la banda á este tiempo,  
De los tres dividida,  
Se quedó satisfecho  
Con su parte Lisias.  
Ahora tus hermanos,  
Que furiosos se incitan,  
Lo que ingrato desprecias,  
Amorosos envidian.  
Mira lo que les debo:  
Lo que me debes mira,  
Pues por solo agradarte  
Quiere amor que me vista  
El acero y la malla.  
¿Oh qué necia conquista!  
Pues el amor sin armas  
Voluntades cautiva.

JUDAS.

¿Que loco y arrogante  
Aquí llegó Lisias,  
Y enamorado ahora,  
De mi valor se olvida?  
Yo he de hacer una hazaña,  
Cuya memoria, digna  
De mármoles y bronce,  
El mismo tiempo escriba.—  
Envainad las espadas,  
Y aquel que en la conquista  
De la ciudad ganare  
Honor y fama altiva,  
De Zares será dueño:  
Mostrad la valentía  
Por ella en los contrarios.

SIMEON.

Eternos siglos vivas.

(Vase.)

## ESCENA VIII.

ZARES, JUDAS, JONATAS, TOLOMEO, CHATO.

JONATAS.

Hoy quisiera que fuera  
De todo el mundo cifra  
La ciudad, porque el mundo  
Viera á las plantas mías.

ZARES.

¿Pues cómo, ingrato, ofreces  
Mi amor, y desestimas  
La fe con que te adoro?

JUDAS.

¿Tarde, Zares, suspiras!

ZARES.

Si para dar un hombre  
Alguna prenda rica,  
Importa que sea suya,  
¿Cómo á darme te animas,  
Si tú mismo no quieres  
Que sea tuya? ¿No miras  
Que lo que tú desprecias,  
Es lo que á dar te obligas?

(Vanse Zares y Chato.)



## ESCENA IX.

JUDAS, JONATAS, TOLOMEU.

JUDAS.

¡ Ah Jonatas !

JONATAS.

Señor.

JUDAS.

Dispon con esa firma  
El campo, que mañana,  
Antes que el claro día  
De nueva luz los campos  
Lúcido adorne y vista,  
He de asaltar el muro.

JONATAS.

De mí, señor, confía. *(Vase Júdas.)*

## ESCENA X.

JONATAS, TOLOMEU.

JONATAS.

¡ Ay esperanzas locas !  
Ay necias fantasías !  
Ay vanas conlanzas !

TOLOMEU.

¿ Qué tienes ? qué suspiras ?

JONATAS.

Hoy muero. Tolomeo.  
Amor, celos, envidia,  
Rigores me atormentan.

TOLOMEU.

Remedia tus desdichas  
Con industria ; que amor  
Tal vez sufriendo anima.

JONATAS.

No hay industria que pueda  
Aliviar mis fatigas.

TOLOMEU.

Pues escucha, que puede  
Ayudarte una mia.  
Ese papel de Júdas  
Tiene en blanco la firma.

JONATAS.

Es verdad.

TOLOMEU.

Pues advierte  
Que como en él escribas  
Que esta noche le espere,  
Podrás con sus insignias  
Gozar disimulado  
De Zares las caricias.  
Yo le hurtaré la vara  
Y el escudo.

JONATAS.

¡ Divina  
Industria, si permite  
Amor que se consiga !

TOLOMEU.

Armado allí en su tienda  
Siempre al sueño se inclina,  
Y de allí podré hurtarle  
Vara y escudo.

JONATAS.

Hoy libras

Del fuego mis congojas,  
Y amor se determina  
A que niegue verdades  
Y acredite mentiras.

*(Vanse.)*

Tienda de Lisias y Cloriquea, dentro de los  
muros de Jerusalem.

## ESCENA XI.

LISIAS, CLORIQUEA.

CLORIQUEA.

Sosíégate.

LISIAS.

¿ Cómo puedo ?

CLORIQUEA.

¿ Que te atormenta ?

LISIAS.

Un mal fuerte.

CLORIQUEA.

¿ Qué es lo que temes ?

LISIAS.

Mi muerte.

CLORIQUEA.

Loca estoy.

LISIAS.

Confuso quedo.

CLORIQUEA.

¿ Que sientes ?

LISIAS.

Dos penas juntas.

CLORIQUEA.

¿ Qué son ?

LISIAS.

Amor y rigor.

CLORIQUEA.

¿ Qué te desvela ?

LISIAS.

El amor.

CLORIQUEA.

¿ Qué te cansa ?

LISIAS.

Tus preguntas.

CLORIQUEA.

Escúchame.

LISIAS.

¿ Qué pretende

Tu porfía ?

CLORIQUEA.

Considero

Que eres el hombre primero  
Que ser querido le ofende.  
Hoy de la ciudad saliste  
Manso, alegre y amoroso ;  
Vuelves airado y furioso :  
Dime, ¿ á qué Tesalia fuiste ?  
¿ No era yo tu vida y bien ?  
¿ Cómo, cuando á verme llegas,  
Tu vista y brazos me niegas ?  
Sobre esta Jerusalem  
Antiocho te ha de hacer  
Su igual, como se resista  
A Júdas esta conquista :  
¿ Qué te aflige ?

LISIAS.

Una mujer.

CLORIQUEA.

Suspiros al aire envía  
Rendido tu corazón.  
*(Ap. Del amor extremos son.)*

LISIAS. *(Ap.)*

¡ Ay Zares del alma mía !

## ESCENA XII.

UN CAPITAN Y SOLDADOS SIRIOS, *qu<sup>a</sup>*  
*traen preso á* CHATO. — LISIAS,  
CLORIQUEA.

CAPITAN.

Tus soldados han ganado  
Al enemigo esta espía,  
Que disfrazado venia.

CHATO.

Mejor diréis, engañado.

LISIAS.

¿ Es hebreo ?

CAPITAN.

Sí señor.

LISIAS.

Pues ahorcadle.

CHATO.

¿ Pues ahorcalde ?

¿ Es de golpe aqueste alcalde ?

LISIAS.

Ejército así el rigor

De mi deseo.

CHATO.

Inclemencia

Que á mi temor no se debe,  
Aunque disculpa lo breve  
Lo cruel de la sentencia.  
Pero gran rigor ha sido  
El que á mi inocencia das,  
Puesto que castigas mas  
A quien ménos te ha ofendido.

LISIAS.

Llévadle.

SOLDADOS.

Vamos de aquí.

CHATO.

¿ Aquesta la paga es  
De haber servido á Zares ?

LISIAS.

¿ Quién nombró á Zares aquí ?

CHATO.

Quien, por haberla servido,  
A tal extremo ha llegado.

LISIAS.

Pues válgate ese sagrado  
Adonde te has retraído. —  
Soldadle, soldadle pues,  
Enfrenad el rigor fuerte,  
Que es incapaz de la muerte  
El que ha nombrado á Zares.  
*(Vanse el Capitan y los soldados.)*  
Y al cielo causara agravios  
El que ofenderle intentara ;  
Que aun la muerte respetara  
Aquella voz en sus labios. —  
Vete libre.

CHATO.

No hay tratar.

LISIAS.

¿ Qué esperas ?

CHATO.

Yo he de morir.

LISIAS.

Vete.

CHATO.

No me quiero ir.

LISIAS.

¿ Por qué ?

CHATO.

Porque me han de ahorcar.  
Y despues de ahorcado, yo  
Diré á Zares de la suerte  
Que á sus criados dan muerte.

Sin decirles si ni no  
Y cuando la vuelva á ver!  
De la suerte que hoy ha ido  
(Que ahora le he conocido),  
Ella le dará á entender  
Si estoy bien ó mal ahorcado.

CLORIQUEA. (Ap.)

¿Qué es esto que escucho, cielos?  
Agravios son, que no celos,  
Los que me daban cuidado.

LISIAS.

¿Qué esperas?

CHATO.

¿Qué he de esperar?

Que me ahorquen parairme.

LISIAS.

Partete.

CHATO.

No he de partirme;  
Entero me han de colgar.  
Bueno es andarme engañando  
Con—ya te ahoro y ya no—  
Como si fuera hombre yo  
Con quien se han de andar burlando!  
(Vase.)

### ESCENA XIII.

LISIAS, CLORIQUEA, y luego el  
CAPITAN.

CLORIQUEA.

¿Que toda la pena ha sido  
Haber á Zares mirado,  
Y que tan enamorado  
A su misma tienda has ido?  
¿Aquesto ha sido el llorar?  
Esto el temer y sentir?  
Esto el callar y sufrir?  
Y esto ha sido el suspirar?

LISIAS.

Cloriquea, si pudiera,  
Por mi diosa te adorara,  
Y en altares que labrara,  
Vida y alma te ofreciera;  
Mas determinan los cielos  
Que tenga por mas rigor,  
De Cloriquea el amor,  
Pero de Zares los celos.  
Y así entre confusas dudas  
No puedo ofender tu fe.

(Sale el Capitan.)

CAPITAN.

(Ap. El nombre le pediré.)  
¿Quién vive esta noche?

LISIAS.

Júdas.

CLORIQUEA.

Hoy de pena moriré.

CAPITAN.

Ya no hay temor que te asombre.  
(Vase.)

### ESCENA XIV.

JUDAS, y despues CLORIQUEA.

JUDAS.

Con solo decir mi nombre  
Hasta la tienda llegué  
De Lisias. Mas ha sido  
El valor que yo he mostrado;  
Pues si él llegó disfrazado,  
Yo descubierto he venido;  
Que así quiero que se vea  
Que no hay temor que me impida.  
(Descubre dormida á Cloriquea.)

1 El, Lisias

Esta, que está aquí dormida,  
Es sin duda Cloriquea;  
Que su hermosura asegura  
Que solo puede haber sido;  
Pues aunque duernia el sentido,  
Está en vela la hermosura.  
Esta la venganza es  
Que toman las manos mías  
(Llega Júdas á Cloriquea, y ella des-  
pierta.)

CLORIQUEA.

Deja mis brazos, Lisias,  
Y busca los de Zares.  
Mas ¿qué es esto? ¿A quién provoca  
Tal furor?

JUDAS.

Con esto gano  
Mi honor: perdona la mano,  
Que he de taparte la boca.  
Y aunque sea con violencia,  
Que presumo será bien  
Que empieze Jerusalem  
En tí á darme la obediencia.  
(Llévala en brazos.)

Campo á vista de Jerusalem

### ESCENA XV.

JONATAS, SIMEON.

JONATAS.

Vuélvete ya, Simcon;  
Que aquí tengo de esperar  
Al asirio, y será dar  
A mi honor mala opinion  
El llegar acompañado;  
No venga, y viéndote aquí,  
Piensen que riñen así  
Los hebreos.

SIMEON.

Excusado

Ese recelo sería,  
Si ahora consideraras  
Que el temor en que reparas,  
Viene á ser ofensa mía;  
Pues yo solo he de reñir  
Con el asirio.

JONATAS.

Eso fuera

A faltar yo.

### ESCENA XVI.

LISIAS, que sale escuchando.—JONA-  
TAS, SIMEON.

LISIAS. (Ap.)

No pudiera  
A mejor tiempo venir.

SIMEON.

Déjame esta empresa á mi,  
Porque mi fuerza le asombre;  
Que es vencer á solo un hombre  
Poca gloria para ti.  
Si él me venciere, tendrás  
Mayor victoria este día;  
Pues aquesta prenda mía  
En su poder hallarás.  
Y con aquesto sospecho  
Que quedará conocido  
Tu valor, yo agradecido,  
Y Lisias satisfecho.

LISIAS. (Ap.)

Valor tienen los hebreos:  
Ver su discordia quisiera.

JONATAS.

Si aquesta victoria fuera  
Solo por ganar trofeos,

Yo te la dejara á ti  
Y sin ella me quedara;  
Que en mi brazo asegurara  
Mas que aseguro de ti;  
Mas tú tienes esa parte  
Con que consolarte puedes,  
Y cuando sin otra quedas,  
Podrás con ella gloriarte.  
Si me vence, llegarás  
A mas levantada gloria,  
Pues con sola una victoria,  
Las dos mitades tendrás.  
Con esto las penas mías  
Satisfaré consolado,  
Tú quedarás bien premiado,  
Y satisfecho Lisias.

LISIAS. (Ap.)

Que les envidio, por Dios,  
Confieso.

JONATAS.

¿Cómo ha de ser?

SIMEON.

¿Qué es lo que habemos de hacer,  
Si viene?

LISIAS. (Llegando á ellos.)

Reñir los dos.

Y supuesto que he llegado,  
Sacad las espadas ya,  
Que aquí espero.

JONATAS.

Eso será  
Poniéndome yo á tu lado.

SIMEON.

Lisias, ya has conocido,  
En desengaño tan llano,  
Que el salir yo con mi hermano  
Culpa, y no traicion ha sido.  
Escoge, que el que escogieres  
Ese reñirá contigo,  
Y tendrás un buen amigo,  
Entre tanto que riñeres,  
Eu el otro.

LISIAS.

Pues ya escojo...

JONATAS.

¡Ay cielos!

SIMEON.

¡Confuso estoy!

LISIAS.

Al que es mayor.

JONATAS.

Pues yo soy.

SIMEON.

Rabiando quedo de enojo.

LISIAS.

Y en justa razon lo fundo;  
Porque es bien que de una suerte  
Vayan llegando á la muerte  
Como llegaron al mundo.

JONATAS.

A esa parte te retira  
Mientras que mi suerte advierto.  
Y hasta que me mires muerto,  
Oye y calla, advierte y mira.

LISIAS.

Saca la espada.

(Riñen Lisias y Jonatas.)

SIMEON.

Valiente

Es el asirio.

LISIAS.

¡Ay de mí!

(Cae.)

Inadvertido caí.



JONATAS

Suelta la banda.

SIMEON. (A Jonatas.)

Detente,  
Que no le has de dar caído,  
Que es villano proceder;  
Que el tropezar y caer  
Desdicha, y no culpa, ha sido.  
Y si en el suelo se ve,  
Y allí muestras tu rigor,  
Dirán que faltó valor  
Cuando le tuviste en pie.  
Y yo tu fama y tu gloria  
En aquesto solicito;  
Pues una infamia te quito,  
Y te ofrezco una victoria.—  
Y así quiero defender (A Lisias)  
Tu vida; porque si aquí  
Te vence mi hermano, á mí  
No me deja que vencer.

JONATAS.

Poco te debe mi honor,  
Cuando arrogante porías,  
No en dar la vida á Lisias,  
Sino en dudar mi valor;  
Pues al cielo le hago juez,  
Que si en el suelo le hallara,  
Su misma vida guardara,  
Por quitársela otra vez.  
Aunque quiero agradecer  
Lo que piensas que le das,  
Pues con ella tendré mas  
Que quitar y que vencer.—  
No fué de tu valentía (A Lisias)  
Mengua despeñarte al suelo;  
Pero atrevido, recelo  
Que ha sido ventura mía,  
Pues felice me asegura  
Mi fortuna, que el bajar  
A la tierra, fué á tomar  
Medida á tu sepultura.

LISIAS.

No porque en el suelo veas  
Al que ofendido entretienes,  
Pienses, Jonatas, que tienes  
La victoria que deseas.  
No hagas agüeros felices  
De verme caído aquí,  
Pues no mido para mí  
La sepultura que dices.  
Vuelve á reñir.

(Reñen.)

## ESCENA XVII.

EL CAPITAN, SOLDADOS SIRIOS.—DICHOS.

CAPITAN.

¡Cierra presto,  
Que los macabeos son!

JONATAS.

Aquesta ha sido traicion.

CAPITAN.

¡Cierra, Asiria!

LISIAS.

¿Qué es aquesto?

CAPITAN.

Como ahora desde el muro  
Pelear, señor, te vimos,  
A darte ayuda salimos.

LISIAS.

(Ap. Hoy satisfacer procuro  
De los dos la cortesía)  
Ninguno pase de aquí. (A los soldados.)  
O habrá de matarme á mí  
Quien llegare.

CAPITAN.

Si este día  
Con estas vidas alcanzas  
La victoria que deseas,  
¿Por qué en defender te empleas  
Tus contrarios?

LISIAS.

Las venganzas  
Son viles, y yo pretendo  
Victorias, venganzas no.—  
Seguros estáis; que yo

(A los Macabeos.)

Hoy vuestras vidas defiendo.  
(Lisias mete á los suyos á cuchilladas,  
y los dos hermanos se van.)

Acampamiento de Judas.

## ESCENA XVIII.

ZARES, con un papel; TOLOMEO.

TOLOMEO.

¿Qué es lo que miras y dudas?

ZARES.

Como en tanto bien me veo,  
Lo mismo que dudo creo.

TOLOMEO.

Papel y firma es de Judas:  
El á dártele me envía,  
Y yo hago lo que debo.

ZARES.

A creerte no me atrevo,  
Por ser la ventura mía.  
Dile que en mi tienda espero  
Esta noche, pues codicias  
El bien mío.

TOLOMEO. (Ap.)

Las albricias  
A Jonatas pedir quiero  
De aqueste engaño, pues es  
El que amoroso desea. (Vase.)

## ESCENA XIX.

JUDAS, CLORIQUEA.—ZARES.

JUDAS.

Llega, hermosa Cloriquea,  
Besa la mano á Zares.

CLORIQUEA.

Dichosa diré que he sido,  
Pues mas que he perdido gano;  
Que á besar tan blanca mano  
Sin fuerza hubiera venido.—  
Dame tu mano.

ZARES.

Los brazos  
Darte mi aficion espera  
Con el alma.

CLORIQUEA. (Ap.)

¡Quién pudiera  
Hacerte en ellos pedazos!

ZARES.

(Ap. ¿Qué celosa pasión lucha  
En mis sentidos, de ver  
Con Judas esta mujer?)  
¿Cómo la trajiste? (A Judas.)

JUDAS.

Escucha.  
Solo á la ciudad llegué,  
Dije mi nombre, temieron  
Las centinelas, abrieron  
Todas las puertas, entré  
Donde estaba Cloriquea,  
Robéla y trájela aquí

Para que te sirva á D.,  
Y tu prisionera sea;  
Porque de las glorias mías  
Así quiere que se entienda  
Que pago con mejor prenda  
La que te llevo Lisias.

ZARES.

La cortesía agradezco,  
Aunque el sentimiento sea  
Ver que alcance Cloriquea  
Mas finezas que merezco;  
Pues veo que cuando tienes  
El mismo honor que me das,  
Por ella á su campo vas,  
Por mí á mi tienda no vienes.

Y si has de venir á ella  
El día que ella está aquí,  
No sé si vienes por mí,  
O si has de venir por vella:  
Aunque á condicion tan fiera  
Bien sé, Judas, que no ha sido  
Aficion quien te ha movido:  
¡Plugüera á Dios que lo fuera!  
Que con finezas tan raras  
Obligara tu rigor,  
Que a ser yo capaz de amor,  
Por obligacion me amaras.

CLORIQUEA.

Consuelo tu queja tiene  
En la pena que me da,  
Pues Judas por mí no va,  
Y Lisias por ti viene;  
Y ya de las penas mías  
No siento el tormento injusto,  
Pues no es prision, sino gusto,  
Donde ha de venir Lisias.

ZARES.

Que Judas hubiese ido  
Por tu aficion, no lo sé;  
Pero bien claro se ve  
Que tú con él has venido.  
Si Lisias con cruel  
Pasión ha llegado aquí,  
No debió de ser por mí.  
Y al fin, no fui yo con él

JUDAS.

Dejadme solo, que hoy  
Dar quiero á Dios alabanza  
Porque cumpla mi esperanza. (Vase.)

CLORIQUEA.

Triste quedo...

ZARES.

Alegre voy...

CLORIQUEA.

Porque el amor mis desvelos  
Poner ante mí procura.

ZARES.

Porque ya estoy mas segura  
Con la causa de mis celos.

## JORNADA TERCERA.

Acampamiento de Judas, y en él la tienda de Zares.

## ESCENA PRIMERA.

TOLOMEO, JONATAS, que trae un baston y un escudo pequeño.

TOLOMEO.

Llega con silencio.

\* Expresion impropia, ó por lo ménos equivoca, pues Zares quiere decir: á tener yo la dicha de ser amada, á poder ser amada yo, por obligacion me amaras. Calderon solia expresar la posibilidad por la capacidad, lo cual no siempre es conveniente ni claro.

JONATAS.

Apénas

Muevo la planta.

TOLOMEO.

Ya ves

De Zares la tienda.

JONATAS.

Di

Que del sol la esfera es.

TOLOMEO.

El silencio de la noche,  
Que autor del engaño fué,  
Con el mayor te convida :  
Entra, que no hay que temer.  
La luna, escasa de luz,  
Horror nos previene en vez  
De sus rayos : ni una estrella  
En todo el cielo se ve ;  
El viento apénas se mueve ;  
Que parece que cortés  
No murmura de tu engaño.  
¿ Qué esperas ?

JONATAS.

Hoy llevo á ver

De amor la mayor victoria,  
De la industria el mayor bien,  
El triunfo de una esperauza  
Y la gloria de una fe.  
Hoy de un deseo imposible  
Gozo el mayor interes :  
Hoy tengo el cielo en mis brazos,  
Hoy la fortuna á mis piés ;  
Que amor, industria y gloria en mí se ven,  
Si gozo la hermosura de Zares

TOLOMEO.

Prevenida de tu engaño,  
Aquí te espera : no estés  
Perezoso en la ocasion.  
Llega, ¿ qué temes ?

JONATAS.

No sé.

Cobarde teme el pesar,  
Duda atrevido el plaecer ;  
Y así estoy en confusiones  
Entre el amar y el temer.  
Noche, si de mis suspiros  
Estás obligada, ten  
Tu curso, quitale al día  
De su beldad el poder ;  
No obedezcas á la luz  
Del sol, y á mi amor fiel,  
Sepulta en oscuridad  
Su dorado rosicler.  
Mas si de Zares la luz  
Entre mis brazos se ve,  
Bien podrá la vista tuya  
Mas que el sol resplandecer.  
Estatuas de eterno mármol  
Pienso á tu memoria haer,  
Y por sacrificio tuyo  
En tus altares pondré  
Estatuas, mármol, luz y rosicler,  
Si gozo la hermosura de Zares. —  
Tolomeo, aquí me aguarda...

TOLOMEO.

Inmóvil monte seré.

JONATAS.

Mientras deo al mismo amor  
Envidioso de mi bien. —

(Tocan dentro al arma)

Mas ¿ qué es esto ?

TOLOMEO.

Al arma tocan.

JONATAS.

¿ Al arma ?

TOLOMEO.

Sí : ¿ no lo ves ?

Voces dentro.

¿ Arma, arma !

JONATAS.

Alguna seña

Fingida debe de ser :

Quiero entrar.

(Tocan.)

TOLOMEO.

De la ciudad

Sale un confuso tropel.

Algun ardid habrá sido

De Lisias.

JONATAS.

¿ Qué he de hacer ?

Aquí del Amor me llama

El delicioso plaecer ;

Allí de Marte me incita

El estrépito cruel.

Aquí el amor me da voces ;

Pero allí el honor tambien

Me llama. ¿ Ay amor y honor !

¿ A quién he de responder ?

Aquí pierdo la victoria

De un invencible desden ;

Y allí pierdo la esperanza

Del mas honroso laurel.

Aquí gano del amor

Glorias que tanto esperé ;

Allí gano eterna fama,

Con que inmortal he de ser.

¿ Ciegos y confuso me veo !

¿ Amor, honor ! ¿ qué quereis ?

Rendido estoy á los dos :

Dejadme ya, que bien sé

Que la fama y la gloria he de perder.

Si pierdo la hermosura de Zares.

Pero ¿ qué es esto ? ¿ Yo soy

Descendiente de Israel ?

Yo del Macabeo hermano ?

Yo de Judas ? Yo, de quien

Con apasos, con trofeos

Y con triunfos piensa ver,

Coronado de victorias,

Glorioso Jerusalem ?

¿ Yo soy Jonatas ? Yo soy

Quien puso de amor la ley

En el honor contigencia,

Por una hermosa mujer ?

¿ Afuera, vanos deseos !

¿ Fingidas señas, haced

En el viento vuestro centro,

Porque venganzas me deis !

(Arroja el escudo y vara)

No quiero falsos engaños :

Al campo voy, porque en él

Vuelva por mi honor. ¿ Lisias,

Solo á mí me has de temer !

A vengerte voy yo solo,

Y pienso que poco haré,

Pues empezando en mí mismo,

Voy enseñado á vencer (Vase.)

## ESCENA II.

TOLOMEO.

Honrada victoria ha sido ;

Que la de mas gloria es

Vencerse un hombre á sí mismo

¿ Fuése ya ? Si, ya se fué.

Aquí dejó las insignias

De Judas, que habian de ser

Para Zares dulce engaño.

Cuanto enojoso despues.

La ocasion es poderosa.

Yo di la industria, yo hurté

A Judas vara y escudo ;

¿ Vive Dios que he de vencer

Esta imposible beldad !

Su hermosura gozaré ;

Que quien pierde una ocasion,

Ni estima ni quiere bien.

(Toma las insignias, y vase.)

## ESCENA III.

LISIAS, EL CAPITAN, SOLDADOS SIRIOS.

CAPITAN.

¿ Adónde vas ?

LISIAS.

A morir.

Por Júpiter, que ha de ser

Testigo de mi venganza

Todo el campo de Israel.

¿Cuál es la tienda que tiene

A Cloriquea ?

SOLDADO 1.º

Esta es.

LISIAS.

Si de bronce ú de diamante

Fuera muro, que romper

No pudiera incontrastable

De Júpiter el poder,

Y sus vencedores rayos

Hallaran defensa en él ;

De mi fuego combatida

Hoy, verás que sin tener

Reparo á mi ardiente furia,

Se pone humilde á mis piés.

CAPITAN.

Cuando cajas y trompetas

Han tocado á recoger,

Y retirada en el muro

Toda tu gente se ve ;

Cuando á manos del soberbio

Macabeo, que cruel

Tu poder destruye, ha muerto

Górgias, soldado fiel ;

¿ En el campo del contrario

Te has quedado, sin temer

Sus engaños y traicioncs !

¿ Qué es lo que esperas ?

LISIAS.

No sé.

Yo salí de la ciudad

Con ánimo de volver

A Cloriquea conmigo,

Y sin ella no podre.

Aquesta es la tienda, donde

Con mil trofeos miré

Triunfando de Amor y Marte

La hermosura de Zares.

De dos soles considero

Que depositaria es,

Y de los dos abrasado,

Me siento confuso arder.

Bien me quiere Cloriquea :

Pero á Zares quiero bien ;

Y amante y agradecido,

Un imposible he de haer.

¿ Ah Judas ! ¿ ah Macabeo !

¿ Ah defensor de la ley

De Israel, judío sin miedo !

¿ Dónde estás, que no me ves ?

A Cloriquea trajiste

Robada ; mas por tener

Mas fama, sobre mis brazos

Tienda y todo llevaré.

CAPITAN.

Lisias, ¿ qué es lo que intentas ?

LISIAS.

Esperadme aquí : entraré

En la tienda, á ver si veo

A Cloriquea.



CAPITAN.  
¿De quien  
Se ha contado tal hazaña?

LISIAS.  
Un hombre viene.

#### ESCENA IV.

TOLOME0, *que sale de la tienda de Zares* — Dichos.

TOLOME0 (Ap.)  
Yo hallé  
De amor la gloria mayor  
En el mayor interés.  
Denme la tierra y cielo el parabién,  
Pues gocé la hermosura de Zares.  
Un hombre á la puerta veo;  
No hay temor que me acobarde.  
Este es Jonatas. ¿Qué tarde  
Vuelve á gozar su deseo!

LISIAS. (Ap.)  
¿Qué es esto que dudo y creo?  
Fortuna en mi mal se emplea.  
¿Posible es que un hombre vea  
Salir con turbados piés  
De la tienda de Zares,  
Donde vive Cloriquea?  
La vida y alma ofendida  
Tienen mi sentido en calma:  
Cloriquea tiene el alma,  
Y Zares tiene la vida.

TOLOME0. (Ap.)  
Con una industria fingida,  
Mis engaños será bien  
Que satisfaccion le déu,  
Porque mi traicion no crea.

LISIAS. (Ap.)  
Bien me quiere Cloriquea;  
Pero á Zares quiero bien,  
Y entre confusos desvelos,  
Lo que es mi bien es mi daño.  
Yo me animo, y yo me engaño:  
¿Qué desdicha es esta, cielos?  
¡Dejadme, confusos celos,  
Ya que en tormento tan fiero  
Juntas dos muertes espero,  
Pues hoy tan claro se infiere  
Que me olvida, quien me quiere,  
Ó me ofende á quien yo quiero!

TOLOME0.  
(Ap. ¿Cómo empezaré á fingir  
Mi engaño? Quiero llegar  
A hablarle, y asegurar  
Lo que podrá presumir.)  
¿Es Jonatas?

LISIAS.  
Si, yo soy.  
(Ap. Fingiréme Jonatas;  
Que este es Simeon.)

TOLOME0.  
Sabrás,  
Hermano amigo, que estoy  
Loco de contento hoy:  
Propicio amor me asegura  
La mayor gloria y ventura.  
Hoy en mi su gusto emplea.

LISIAS. (Ap.)  
¡Ay Zares! ¡Ay Cloriquea!

TOLOME0.  
Un asombro de hermosura.  
Hoy he llegado á mirar  
El mismo cielo en mis brazos  
Fingiendo amorosos lazos,  
Que amor no supo imitar.  
Hoy he llegado á gozar,

#### JUDAS MACABEO.

Puesta la envidia á mis piés,  
Beldad que de un ángel es,  
Luz que la del sol afrenta,  
Fuego que abrasarme intenta.

LISIAS. (Ap.)  
Esta, sin duda, es Zares.

TOLOME0.  
Hoy en mi suerte dichosa  
Noté con afecto igual  
Una hermosura leal  
En una lealtad hermosa,  
Y con gracia milagrosa.  
¿Quién hay que mis dichas crea?  
¿Quién que en tal gloria se vea?  
En mis brazos considero  
Un firme amor verdadero.

LISIAS. (Ap.)  
Sin duda esta es Cloriquea.

TOLOME0.  
Y en fin, porque mas no esté  
De mi contento dudoso,  
Mi bien y mi dueño hermoso,  
Para que me envidies, es...

LISIAS. (Ap.)  
¡Oh si dijese Zares!

TOLOME0.  
Quien este campo hermo sea  
Con mas luz que la febea,  
Pues á sus plantas se ven  
Los rayos del sol; es quien...

LISIAS. (Ap.)  
¡Oh si fuese Cloriquea!

TOLOME0.  
Tiene á sus hermosas plantas  
Amor, gracia y hermosura;  
Y yo, quien en tal ventura  
Gozó maravillas tantas...  
¿Qué recelas? ¿qué te espantas?  
¿Qué suspiras? que no es  
Zares; y por que no esté  
Con tal concepto en la idea,  
Yo he gozado á Cloriquea:  
Entra tú, y goza á Zares. (Vase.)

#### ESCENA V.

LISIAS, EL CAPITAN, SOLDADOS.

LISIAS. (Para sí.)  
¿Qué es esto que escucho, cielos?  
¿Hay mas pena? ¿hay mas rigor?  
¿Quién vió jamas un amor  
Con dos géneros de celos?  
En mis confusos recelos  
Un amor solo creí;  
Mas tal pena vive en mí,  
Que, para mayores daños,  
He visto dos desengaños,  
Y solo el uno temí.  
Y tal me llevo á mirar,  
Que sospecho que perdiera  
La vida, si no viniera  
Duplicado este pesar;  
Pues cuando á considerar  
Me pongo una fe ofendida,  
Una esperanza perdida,  
Son dos contrarios tan fuertes,  
Que, por no darme dos muertes,  
Me dejan con una vida.  
¿Cloriquea no conoce  
Ya mi lealtad ofendida?  
Zares, fácil y rendida,  
¿Espera que otro la goce?  
¿Que tal pena reconoce  
Mi pensamiento? ¿Que es  
Verdad, alma, lo que ves?

¿Que yo mismo escuche y crea  
«Yo he gozado á Cloriquea»,  
Entra tú, y goza á Zares?»  
(Llega el Capitan á Lisias.)

CAPITAN.  
A los aires veloces  
Llenas de horror con lastimosas voces.  
¿Qué suspiras? ¿Qué tienes?  
¿Qué es lo que ha sucedido?  
Por quién de amor á tal extremo vienes?  
No hay quien tu pena crea.

LISIAS.  
Perdí á Zares, perdióme Cloriquea.  
En Cloriquea ha sido  
Verdadera mi fe, su amor fingido;  
Y de Zares callado,  
Sin lealtad su desden, mi amor burlado  
Esta, en ajenos brazos,  
Nudos da á mi garganta, á su amor lazos;  
Y aquella, ingrata y liera,  
Ajeno dueño en su beldad espera.  
Y porque el mundo mis desdichas crea,  
Perdí á Zares, perdióme Cloriquea.

CAPITAN.  
No des voces, señor: mira que estamos  
En campos del contrario. Al muro va-  
Que ya del sol luciente [mos;  
Pregona la venida.  
Coronado de luz, el claro oriente.

LISIAS.  
¡Pierda mi libertad, pierda mi vida,  
Y el sangriento deseo  
Ejecute en mi sangre el Macabeo!  
¡Entre por la ciudad, y victorioso  
Tale y rompa furioso  
Los ejércitos míos,  
Haciendo de su sangre undosos rios.  
Que no quiero victorias,  
Triunfos no quiero ya, no espero glorias!

CAPITAN.  
Si haces tantos extremos,  
Por fuerza á la ciudad te llevaremos.

LISIAS.  
Solo quiero mi muerte;  
Que no quiero vivir de aquesta suerte,  
Cuando entre confusiones y desvelos,  
Abrasado de amor muero de celos.  
Y porque el mundo mis desdichas crea,  
Perdí á Zares, perdióme Cloriquea.  
(Vanse.)

#### ESCENA VI.

CLORIQUEA, y luego LISIAS, dentro.

CLORIQUEA.  
Con lastimosas voces  
Parece que conserva  
En repetidos ecos  
El viento á Cloriquea.  
Imágenes confusas  
Son, que me representa  
El amor de Lisias  
En esta triste ausencia.  
Engañarme á mí misma  
Amorosa quisiera,  
Respondiendo á sus voces.  
¡Lisias!

LISIAS. (Dentro.)  
¡Cloriquea!

CLORIQUEA.  
No son vanas fantasmas  
De mi turbada idea;  
Que en el aire mi nombre  
Articulado suena.  
(Tocan cajas destempladas.)  
¿Qué funebres rumores,  
Ó qué voces funestas,

Al pronunciar mi nombre,  
Ofenden mis orejas?  
Oprimidos los vientos,  
Parece que se quejan,  
Y bramando publican  
Entre sí dura guerra.  
Pero ¿á quién con aplausos  
En su muerte violenta  
El ejército hace  
Funerales exequias?

### ESCENA VII.

TOLOMEU. — CLORIQUEA.

CLORIQUEA.

Soldado, así del muro  
Victorioso te veas,  
Que me digas quién es  
A quien muerto respetan,  
Y acercándose al muro,  
Sobre los hombros llevau.

TOLOMEU.

Un capitán asirio,  
A quien por sus grandezas,  
En muerte el Macabeo  
Honra desta manera.

(Vase.)

CLORIQUEA.

Sin duda que es Lisias,  
Y su espíritu era  
Quien triste me llamaba.  
¡Aguarda, esposo, espera!

(Vase.)

Vista exterior de los muros de Jerusalem.

### ESCENA VIII.

Salen JUDAS, SIMEON, JONATAS y  
TOLOMEU, al son de cajas destem-  
pladas, y traen otros en hombros un  
ataúd, y en el muro aparecen LISIAS,  
EL CAPITAN, SOLDADOS Y GENTE.

CAPITAN.

A las puertas han llegado  
De la ciudad.

JUDAS.

¡Ah del muro!  
Decid á Lisias que oiga.

LISIAS.

Di, general: ya te escucho.

JUDAS.

Después de varias victorias  
Que dieron por tantos lustrous  
Admiraciones y espantos  
A las tres partes del mundo,  
A Jerusalem llegué,  
Y puse cerco á sus muros,  
Donde en su defensa hice  
Exámen del valor tuyo.  
Anoche al campo saliste,  
Cuando el silencio nocturno,  
Por mortales, los causancios  
Sepultó en sueño profundo.  
Si fué ó no temeridad,  
Ni lo afirmo ni lo dudo;  
Que yo siempre en el contrario  
Animo y valor presumo.  
Górgias, este á quien la muerte  
Apénas rendirle pudo,  
Pues á pesar de su olvido,  
Vivirá siglos futuros;  
Este á que, aunque mi contrario,  
Doy alabanzas, y cuyo  
Valor tanto envidié vivo  
Cuanto venero difunto;  
Después de haber animoso  
Rendido en el campo á muchos

Enemigos, nos hallamos  
Cuerpo á cuerpo los dos juntos.  
Mas de dos horas refilimos,  
Sin conocer en ninguno  
Ventaja, midiendo siempre  
Iguales brazos y pulsos.  
Muerto al fin, y no rendido,  
Cayó en tierra. Ni le culpo  
Ni me alabo; porque solo  
A mas dicha lo atribuyo.  
Murió al fin, y sabe el cielo  
Si me pesa, porque juzgo  
Que fuera inmortal, teniendo  
De aquestos contrarios muchos.  
Y porque conozco igual  
A mi valor con el suyo,  
Conservaré sus cenizas  
En inmortales sepulcros.  
Así á mis contrarios honro  
Y su memoria aseguro,  
Porque con aqueste ejemplo  
Aprendas á honrar los tuyos.  
Y si luego la ciudad  
No me rindieres, te juro  
Por el gran Dios de Israel,  
Verdadero, eterno y sumo,  
De asaltarla, derribando  
Sus alcázares y muros,  
Hasta ver en sus altares,  
A pesar de los injustos  
Idolos que ciego adoras,  
Sacrificios del que puso  
A su pueblo en libertad  
Entre tantos infortunios:  
Sino, aunque sábado sea,  
Día que mi ley dispuso  
Solo para hacer á Dios  
Sacrificio limpio y puro,  
Tengo de dar la batalla  
Mas sangrienta, y á los tuyos  
He de pasar á cuchillo,  
Sin perdonar á ninguno.  
Verás la ciudad fundada  
Sobre un sangriento diluvio,  
O que oprimida la tierra  
Parezca la sangre jugo.  
Los elementos verás  
Mezclarse entre sí confusos,  
Juntando en un breve caos  
Tierra, sangre, viento y humo  
Horror á la misma muerte  
Daré el lastimoso insulto,  
Viendo que tantos la ofrecen  
Mas batalla que tributo.

LISIAS.

Calla, Jûdas; que el valiente  
Habla poco, y obra mucho.  
Quien retórico amenaza,  
Jamás ejecuta mudo.  
No hagas las honras de Górgias  
En ti piadoso atributo,  
Si no temor; que un asirio  
Aun se hace temer difunto.  
Si has de asaltar la ciudad,  
¿Qué aguardas? Que no te excuso  
El asalto; no dilates  
La victoria que procuro;  
Que á ti y á tus dos hermanos,  
Cuerpo á cuerpo á cada uno,  
En la batalla os aguardo  
Y reto, ó á todos juntos.  
A ti te reto primero,  
Por el engaño ó el hurto  
De Cloriquea, pues muestras  
Con mujer el valor tuyo;  
A Simeon, porque fué  
Quien falso, alevé y perjuro  
A Cloriquea gozó,  
De toda lealtad desnudo;  
A Jonatas, por galán  
De Zares; y así no dudo

De todos tres la victoria,  
Y de tres muertes un triunfo

JUDAS.

Ya, por hallarme contigo,  
Tengo tan vivos impulsos,  
Que serán las horas años,  
Siglos serán los minutos.  
Y porque creas que yo  
Solos alabanzas busco,  
Sin tener de mis hazañas  
Mas que la opinion por fruto,  
Traeré luego á Cloriquea;  
Porque si en esto aventuro  
Mi opinion, pienso robarla  
De los mismos brazos tuyos.

JONATAS.

Yo te buscaré el primero,  
Listas, porque seguro  
Esté, habiéndote vencido,  
El que llegare segundo.  
No te doy satisfacciones  
A tus celosos discursos,  
Porque no parezca en ellas  
Que la batalla rehusa;  
Que ántes, por verme contigo,  
Quisiera al tiempo caduco  
Tener en mis brazos hoy,  
Para apresurar su curso.

SIMEON.

Y yo quisiera poder  
Parar del sol rubicundo  
Con estos brazos los ojos  
De sus celestiales rumbos,  
Porque testigo á las fuerzas  
De mi valor siempre augusto,  
Para eterna fama mia  
Me consagrara coluros.  
Y no estaré satisfecho  
Si á mí no me restituyo  
De aquella partida banda  
Una parte que te cupo.

JUDAS.

¡Al arma, al arma, soldados!  
Suene en los ecos confusos  
Del parche la voz horrible,  
Del bronce el metal robusto;  
Que hoy al gran Dios de Israel  
Sacrificarle presumo  
En altares de Dagou,  
De incienso olorosos humos.

SIMEON.

¡Hoy, Jerusalem, triunfante  
En tus palacios me juzgo!

JONATAS.

¡Hoy, gran ciudad de David,  
Los alcázares destruyo!

JUDAS.

¡Hoy, santa Sion, quisiera  
Mi honor que fueras dos mundos,  
Y por ganarte otra vez,  
Volviera á Lisias el uno.  
(Vanse los Macabeos y su acompañamiento.)

### ESCENA IX.

LISIAS, EL CAPITAN, SOLDADOS Y  
GENTE en el muro.

LISIAS.

Aquí espero, y mis victorias  
Solo en mis brazos asiendo;  
Que hoy vuestros dioses serán  
Tapete de mis coturnos.  
Descendiente soy, hebreos,  
De aquel soberbio Nabuco,  
Que por ser dios, sus estatuas  
Sobre los altares uso



CAPITAN.

De paz un soldado llega,  
Y una mujer.

LISÍAS.

Ya me turbó,  
Que esta es Cloriquea.

## ESCENA X.

TOLOMEO Y CLORIQUEA, en el campo. — DICHOS, en el muro.

CLORIQUEA.

En verle

Se acabaron mis disgustos.

TOLOMEO.

Hoy Júdas á Cloriquea  
Te da, y dice que seguro  
Estés de su gran lealtad;  
Que lo que es fuerza, no es gusto;  
Y que de tu misma tienda  
El la robó, porque supo  
Que con esta hazaña daba  
A la fama eterno asunto.

(Vase.)

CLORIQUEA.

¿Es posible que he llegado  
A tu presencia, mi bien,  
Y que los ojos te ven,  
Que por muerto te han llorado?  
Aun lo miro y no lo creo;  
Que me parece que son  
Lisonjas de la ilusión,  
O fantasmas del deseo.  
Aunque el alma me decía  
Que no era su daño cierto;  
Que mal pudieras ser muerto,  
Supuesto que yo vivía.

LISÍAS.

¿Por qué con locuras tantas  
Quieres aumentar mi pena?  
¿Bi, cocodrilo y sirena,  
Que me lloras y me cantas,  
¿Por qué con lisonjas doras  
Aqueste tormento esquivo?  
Y si me desprecias vivo,  
¿Para qué muerto me lloras?  
Muerto estoy; no ha sido incierto  
El rigor que imaginabas:  
Bien mi muerte adivinabas,  
Que tus locuras me han muerto.

CLORIQUEA.

Escucha mi voz ahora.

LISÍAS.

Vete, ingrata, vete, fiera.

CLORIQUEA.

No ofendas de esa manera,  
Lisías, á quien te adora.

LISÍAS.

Una ausencia no consiente  
Lealtad en tan breves días;  
Que bien muerto me fingías,  
Supuesto que estaba ausente.  
Que de tu inconstante ser  
Tan grande parte te alcanza,  
Que eres mujer y mudanza,  
Por ser dos veces mujer.  
Vete donde en dulces lazos  
Hagas de tu amor empeño,  
Vete donde nuevo dueño  
Te goce en ajenos brazos.  
Todo, ingrata, lo he sabido  
Del mismo que te gozó:  
Simeon me lo contó,  
Galan y favorecido.  
Ya no hay valor que resista  
El veneno de que muero.  
Vete, basilisco fiero,

Que me matas con tu vista.  
Que si tuviera en mis brazos  
Aquesos despojos bellos,  
Hoy te despenara dellos  
Donde te hiciera pedazos.  
(Vanse Lisías, el Capitán, los soldados  
y gente.)

## ESCENA XI.

CLORIQUEA.

Aguarda un poco, Lisías,  
Y si aqueste rigor es  
Obediencia de Zares,  
No ofendas las ansias mías,  
Y no disculpes conmigo  
Cobardías que has usado,  
Pues de temor me has dejado  
En poder de tu enemigo.  
Pues para que yo volviera  
Otra vez á tu poder,  
Piadoso fué menester  
Que él la libertad me diera.

(Tocan al arma.)

Ya el muro escalar intenta  
En orden el campo hebreo,  
Y el valiente Macabeo  
Al mundo temor ostenta.  
El sol con su luz ardiente  
Está previniendo horrores;  
Que parece, con mayores  
Llamas, que el incendio siente.  
El viento confuso y ciego  
Con movimientos se altera;  
Que parece que en su esfera  
Está la región del fuego.  
La tierra pues oprimida  
Monumentos mil levanta,  
Porque de cualquiera planta  
Teme perder una vida,  
Y ya los campos rompidos  
Procuran eterna fama;  
Gime el bronce, el parche brama,  
Y en los ecos repetidos  
Todo es ciega confusion,  
Todo grita lastimosa:  
Y por todo voy furiosa  
A buscar á Simeon.

(Vase.)

Acampamento de Júdas.

## ESCENA XII.

SIMEON, JONATAS, TOLOMEO Y SOLDADOS de Júdas y de Lisías, dentro;  
después, CHATO.

(Tocan al arma, y dicen dentro.)

SIMEON. (Dentro.)

¿Rompe el viento!

TOLOMEO. (Dentro.)

¿Asalta el muro!

JONATAS. (Dentro.)

¿Yo solo ganarle puedo!

SOLDADOS. (Dentro.)

¿Guerra, guerra!

(Sale Chato.)

CHATO.

¿Miedo, miedo!

¿Adonde estaré seguro?

¡Oh triste Jerusalem,  
Que eternamente asolada,  
Destruída y conquistada  
Estos lugares te ven!  
Siempre con fieros espantos

<sup>1</sup> Verso viciado, ó expres on viciosa. El valiente Macabeo no debe ostentar temor al mundo; debe infundírselo.

Se hace en tu conquista instancia,  
Sin mirar que otra ganancia  
Fué la pérdida de tantos,  
Que Trabuco de Alazor  
Destruyó aqnel triste día.  
Cuando Alma-en-viérnes venía  
Con tanta rabia y rigor.  
Hoy Júdas, después de dos  
Asaltos que en ti ha tenido,  
Conquistarte ha pretendido  
Al tercero, y plegue á Dios  
Que te gane bien ganada;  
Que tu conquista famosa  
Siempre ha sido peligrosa  
En la tercera jornada.  
Aqui retirarme puedo,  
Porque el coronista sea.

(Vocean dentro)

Unos.

¡Aquí Asiria!

Otros.

¡Aquí Judea!

Todos.

¿Guerra, guerra!

CHATO.

¿Miedo, miedo!

(Escóndese.)

## ESCENA XIII.

ZARES, armada, JONATAS.—CHATO.

JONATAS.

¿Dónde vas?

ZARES.

A ganar fama

JONATAS.

Detente.

ZARES.

Mi honor afrentas.

Suelta, Jonatas.

JONATAS.

¿Qué intentas?

ZARES.

Quando de Marte me llama  
El horror, y cuando ven  
Mis ojos que el Macabeo  
Con animoso deseo  
Asalta á Jerusalem;  
Quando la muralla fuerte,  
De su valor defendida,  
Guarda al asirio la vida  
Y da al palestino muerte;  
Quando en esas arrogantes  
Máquinas contemplo luego  
Mudarse montes de fuego  
En espaldas de elefantes;  
(O si no, á mirarlo ponte;  
Que mas parece que el suelo  
Intenta tocar al cielo,  
Puesto monte sobre monte);  
Quando los fuertes arietes  
Quieren con encuentros duros  
Rendir los soberbios muros  
A sus armados copetes,  
Y á cuyo golpe parece,  
Sonando el bronce oprimido,  
Que asombrado del ruido  
Todo el mundo se estremece;  
Y al fin, cuando llega Júdas  
A la ciudad, ¿me detienes!  
En poco mi valor tienes.  
Pues que mis victorias dudas.

JONATAS.

Ni te detengo ni dudo  
Tu valor; temo tu muerte.  
Y pues vas armada y fuerte,  
Llévame á mí por escudo;

Porque si un golpe cruel  
Perdiere ingrato el respeto  
A tu hermosura, el efeto  
Haga en mi pecho; que en él,  
De tu rigor satisfecho,  
Después de roto, verás  
Con el decoro que estás  
Idolatrada en el pecho;  
O si no, atenta al valor  
De mi brazo, considera,  
O Zares, de la manera  
Que por el marcial furor  
Con un ánimo arrogante  
Acometo loco y ciego,  
Rompiendo abismos de fuego  
Y montañas de diamante.  
Que si tus ojos me ven  
Con tal gloria victorioso,  
Podré yo solo dichoso  
Ganar á Jerusalem;  
Que si me mira Zares,  
No habrá mundos que no allane.

CHATO.

¡Plegue á Dios que bien la gane!  
No nos perdamos después.

JONATAS.

Hoy escribe su tragedia  
Con sangre Jerusalem.

CHATO.

Y si no la escribe bien,  
Se perderá la comedia.

JONATAS.

Hoy entre sus tiros fieros  
Verás como rompo yo.

(Vase.)

## ESCENA XIV.

ZARES, CHATO; después SOLDADOS  
JUDÍOS, dentro.

CHATO.

Y no le harán mal, si no  
La acierta, los mosqueteros.  
(Dentro se da el asalto, con mucho ruido de armas.)

ZARES.

Ya á la ciudad han entrado  
Los invencibles hebreos,  
Y con gloriosos trofeos  
Envidia á la fama han dado;  
Y yo entre confusas dudas,  
De amor temeroso llenas,  
Entre desdichas y penas,  
No acierto á vivir sin Judas;  
Y mas cuando todo puedo  
Decir que es rabia y furor,  
Todo voces, todo horror.

CHATO.

Todo miedo, todo miedo.  
Basta, que á mis ojos ya  
Miedo solamente veo;  
Miedo digo, miedo creo,  
Miedo viene y miedo va,  
Miedo el aire, miedo el suelo.  
Con miedo y conmigo lucho;  
Miedo digo, miedo escucho,  
Miedo toco y miedo huelo.

Voces dentro.

¡Victoria!

CHATO.

¡Qué dulce gloria!  
¿Cuyos serán los trofeos?

Voces dentro.

Victoria por los hebreos!

CHATO.

Ya no hay mas miedo. ¡Victoria!

(Vase.)

Vista interior de los muros de Jerusalem.

## ESCENA XV.

JUDAS, TOLOMEO, SOLDADOS Y GENTE.

TOLOMEO.

Ya la santa Sion, ciudad triunfante,  
Adonde el arrogante  
Asirio daba, engrandecido tanto,  
Al ciclo admiración, al mundo espanto,  
De sus armas en vano defendida,  
A tu valor rendida.  
Después de glorias tantas,  
Se pone humilde á tus heroicas plantas.

JUDAS.

Desta dichosa gloria  
Solo al gran Dios se debe la victoria.  
Bajen pues ofendidos  
De los altares idolos mentidos;  
Y ese falso dagon, que veneraba  
El asirio, y á quien altares daba,  
Segunda vez, para mayor grandeza,  
Incline la cabeza  
Con milagroso intento  
Ante el arca del sacro Testamento.

## ESCENA XVI.

ZARES, con el escudo y la vara de  
Judas. — Dichos.

ZARES.

Valiente Macabeo,  
Pues fué del pueblo hebreo  
Hereditaria noticia  
Que mientras se cantase la victoria,  
Se administrase recta la justicia,  
A pedir la he venido,  
Y hoy á tí de tí mismo te la pido.  
Estas son tus insignias.

JUDAS.

¿Quién te ha dado, Zares, mi escudo y va-  
¿Cómo con ella á mi presencia llegas?

ZARES.

O dudas tu valor, ó mi honor niegas.  
Tú mismo me las diste.

JUDAS.

¡Yo, Zares!

ZARES.

Tú, señor, y me dijiste  
Muy dulce y amoroso:  
«En ganando á Sion, seré tu esposo.»  
Y pues ya llegó el día,  
Premia con tu valor la humildad mía;  
Que el fuego que en mi pecho el honor  
[labra,  
Da voces que me cumplas tu palabra.

JUDAS.

¿Qué caos de confusiones  
Es aqueste, Zares, en que me pones?  
¡Yo, Zares, yo te he dado  
Mis prendas!

TOLOMEO.

Tus hermanos han llegado.  
(Ap. Y yo estoy temeroso  
De ver mi atrevimiento [to.  
No hay gusto á quien no siga el sentimiento.  
Mas quién resistirá, con amorosa  
Pasión, una ocasión tan poderosa?)  
(Tocan cajas.)

## ESCENA XVII.

SIMEON, con una bandera, JONATAS,  
con la cabeza de LISIAS, SOLDADOS  
JUDÍOS. — Dichos.

SIMEON.

Ya el asirio <sup>4</sup> vencido,  
De tu poder la fuerza ha conocido.

JONATAS.

Lisias castigado,  
De tu valor la fuerza ha confesado.

SIMEON.

Ya la ciudad te dejan,  
Y de su patria tímidos se alejan.

JONATAS.

Y huyendo de tu intento,  
Se visten alas, y se calzan viento.

SIMEON.

Esta insigue bandera...

JONATAS.

Este trasunto de soberbia fiero...

SIMEON.

Que está á tus plantas puesta,  
Es de Lisias.

JONATAS.

Su cabeza es esta.  
(Descúbrela.)

SIMEON.

Yo entré el primero al muro,  
Porque solo conmigo iba seguro.

JONATAS.

Yo en la conquista fuerte [te.  
Le busqué, y cuerpo á cuerpo le di muer-

SIMEON.

Si yo al muro no entrara,  
Mal desde el campo tu furor le hallara

JONATAS.

Si yo no le venciera,  
Mal la victoria tu valor te diera.

JUDAS.

Basta, no mas.

SIMEON.

Hoy ha de ser el día  
Que has de dar premio á la victoria mía.

JONATAS.

Que es el día, confío,  
Hoy, en que has de premiar el valor mío.

SIMEON.

Hoy darme determina  
A la hella Zares.

JONATAS.

Zares divina  
Es el bien que yo gano.

SIMEON.

¡Ah Judas...!

JONATAS.

Macabeo...

SIMEON.

Hermano...

JONATAS.

Hermano...

JUDAS.

¡En qué gran confusion estoy metido!

JONATAS.

Tu palabra...

SIMEON.

Tu fe...

<sup>4</sup> En toda la comedia se dice *asirios* en lugar de *sirios*.



ZARES.

Mi honor te pido.

JUDAS.

¿Qué confusos desvelos  
 Son estos en que estoy, piadosos cielos?  
 ¿Quién vió tan ciego abismo?  
 ¿Qué enredos me enajenau de mi mismo?  
 Y, de admirado y mudo,  
 Creo mentiras, y verdades dudo.  
 (Suena un clarín.)

## ESCENA XVIII.

CLORIQUEA, en un caballo, con lanza  
 y adarga. — Dichos.

CLORIQUEA.

Oíd, cobardes hebreos,  
 Abatida sucesion  
 De la nias humilde sangre  
 Que Palestina crió.  
 Infames samaritanos,  
 Pues la descendencia sois  
 De aquel peregrino pueblo  
 Que Egipto tuvo en prision:  
 Estadme atentos, infames,  
 Si no os espanta mi voz:  
 Que á retar vengo ofendida  
 De vuestro ejército á dos.  
 ¡Simeon y Jonatas,  
 Oídme! Reto á Simeon  
 De cobarde, de villano,  
 Infame, vil y traidor;  
 Y en cuanto dijo á Lisias  
 En agravio de mi honor,  
 Sustento en aqueste campo  
 Que una y mil veces mintió.  
 A Jonatas, porque fiero,  
 Con engaño y con traicion,  
 En la sangrienta batalla  
 Hoy á Lisias mató.  
 Y yo sola cuerpo á cuerpo,  
 Espero de sol á sol;  
 Y por si acaso llegaren  
 A un mismo tiempo los dos,  
 Scrá el que riña primero,  
 Aquel que con mas valor  
 Primero tome esta lanza,  
 Que arrojo al aire veloz. (Tira la lanza.)  
 ¿Cómo, no llega ninguno?  
 ¿Es respeto, ó es temor?  
 Mirad que, aunque soy mujer,  
 Yo soy Cloriquea, yo  
 De Lisias soy esposa,  
 Y quien es bastante soy  
 A quitaros el laurel,  
 Aun apénas vencedor.

SIMEON.

Por ser mujer no me toca  
 Responderte, y porque son  
 Engaños tuyos; que nunca  
 Tu honor mi lengua ofendió.  
 Y rendido sin reñir  
 Desde aqueste punto estoy;

Porque solo á una mujer  
 Pudiera rendirme yo.

JONATAS.

Hoy cuerpo á cuerpo á Lisias  
 Muerte mi brazo le dió  
 En la sangrienta batalla,  
 Sin engaño y sin traicion  
 Por esto, y por ser mujer  
 Esta respuesta te doy;  
 Porque solo á una mujer  
 Diera yo satisfaccion.

ZARES.

Pues á mi sola me toca  
 Responderte, quiero yo  
 Tomar la lanza, y decir  
 Que fué loca presuncion  
 Y villano atrevimiento  
 Que llegases sin temor,  
 Tan arrogante y cruel,  
 Al lugar donde yo estoy.  
 ¿Tú sabes que soy Zares?

CLORIQUEA.

¿Y tú no sabes que yo  
 Soy Cloriquea?

ZARES.

Pues mira  
 Que aqui te aguardo.

CLORIQUEA.

Yo voy  
 Solo á dejar el caballo,  
 Que luego vuelvo. (Vase.)

ZARES.

Si honor  
 Te fuerza, tambien á mi  
 Me obliga á tanta pasion;  
 Y por no poder vengar  
 Mi rabia en el ofensor,  
 En tí, Cloriquea, quicro  
 Satisfacer mi furor.  
 Si eres mujer ofendida,  
 Mujer ofendida soy.

JONATAS.

Pues ¿quién te ofendió, Zares?

SIMEON.

¿Pues, Zares, quién te ofendió?

ZARES.

Esta vara y este escudo  
 Los vivos testigos son  
 De mi infamia y de mi agravio.

JUDAS. (Ap.)

Ya vuelve mi confusion.

JONATAS.

(Ap. ¿Qué es esto, cielos, que veo?  
 Sin dada que otro gozó,  
 Mientras á la guerra fui,  
 Con la industria la ocasion.  
 ¡Mal haya mi cobardía!)  
 ¡Ah Tolomeo!

TOLOMEO.

Señor,  
 Humilde á tus plantas puesto.  
 Llego á pedirte perdon.

JUDAS.

¿Pues qué es aquesto?

TOLOMEO.

Yo fui  
 El que á Zares engañó  
 Con tus insignias; que solo  
 Pudiera intentarlo amor.

## ESCENA XIX.

CLORIQUEA. — Dichos.

CLORIQUEA.

Ea, Zares, ¿dónde estás?

TOLOMEO.

Y yo fui el que contó  
 A Lisias el engaño  
 De Cloriquea.

CLORIQUEA.

¡Ah traidor!  
 ¡Vive Dios que he de matarte!

JONATAS.

No matarás, porque yo  
 Le daré muerte.

SIMEON.

Primero  
 He de matarle.

ZARES.

Eso no.

JUDAS.

¿Pues tú le defiendes?

ZARES.

Si,  
 Que aunque ofendida, es mejor  
 El peor marido vivo,  
 Que muerto el mejor honor.

JUDAS.

Si tú, Zares, le perdonas,  
 Yo tambien le doy perdon.

CLORIQUEA.

Y yo quiero en vuestra ley  
 Seguir de hoy mas vuestro Dios.

TOLOMEO. (A Zares.)

A ti te debo la vida:  
 Tuyo eternamente soy.

SIMEON.

Aqui dió fin mi esperanza.

JONATAS.

Aqui dió fin mi pasion.

ZARES.

Y del fuerte Macabeo  
 A la primer parte dió  
 El autor dichoso fin,  
 Por quien os pido perdon.





# ORÍGEN, PÉRDIDA Y RESTAURACION DE LA VIRGEN DEL SAGRARIO.

## JORNADA PRIMERA.

### PERSONAS.

SAN ILDEFONSO.  
SANTA LEOCADIA.  
RECISUNDO, *rey*.  
LA REINA.  
PELAGIO.

TEUDIO.  
ALARICO.  
ATAULFO.  
PAYO.  
UN CRIADO.

UNA FIERA.  
ANGELES.  
MÚSICOS.  
TOLEDANOS, ACOMPAÑAMIENTO.

*La escena es en Toledo y sus cercanías.*

Monte con una gruta.

### ESCENA PRIMERA.

*Suena dentro ruido de caza, y sale por arriba huyendo UNA FIERA, que en llegando abajo, se convierte en un hombre; detras sale EL REY RECISUNDO.*

*Voces dentro.*

¡Por acá, por acá!

REY.

Vestiglo fiero,

Tras tu velocidad mi aliento lleva.

FIERA.

Pues eres Rey magnánimo y severo,  
Osate entrar conmigo en esta cueva:  
Cuerpo á cuerpo en su oscuro centro es-

REY.

[pero.

¡Qué nuevo horror, qué admiracion tan

FIERA.

[nueva!

Atrévete, valiente Recisundo,  
Y serás, si te atreves, rey del mundo.

REY.

Espera, Fiera, espera: ya te sigo.

En la cueva he de entrar, y entre mis

[brazos,

Haciendo campo desigual contigo,  
Atomos he de verte, hecha pedazos.

(*Vanse.*)

### ESCENA II.

ALARICO, ATAULFO.

ALARICO.

Corrió el Rey tras la Fiera: no me obligo  
A alcanzarle, que pone al viento lazos  
Su gran velocidad.

ATAULFO.

Su pensamiento

Va corriendo parejas con el viento.

(*Vanse.*)

Interior de la gruta.

### ESCENA III.

EL REY, LA FIERA.

FIERA.

Llega, gran Recisundo, ya te aguardo  
Entre mis brazos para darte muerte.

REY.

Ni de tus amenazas me acobardo,  
Ni desespéro, Fiera, de vencerte.

(*Luchan.*)

FIERA.

¿Cómo en matarte tanto tiempo tardo?

REY.

Yo también ¿cómo tardo en deshacerte?

FIERA.

Valiente eres.

REY.

Un rey siempre lo ha sido.

FIERA.

Vete: que pues vencerte no he podido,  
No eres tú el godo rey que ha de librar-

[me

De una pension, de un cautiverio fiero.

Donde intrépido llegas á mirarme, [ro.

Y há muchos siglos que encantado espe-

No eres tú el infeliz que ha de sacarme

Esta cadena en que rabiando muero.

Ve libre, y ¡ay de aquel que yo cogiere

En la cueva, y á brazos le venciére!

¡Ay de España, si llega el triste día

Que un rey qude vencido en la estaca-

Ay de su religion devota y pia! [da!

Cuánto ha de verse entónces profanada!

Ay del cielo también, pues la voz mia

Ha de turbar su máquina estrellada!

Y ay de mí, que vencerte, Rey, no puedo,

Porque seguro vivas en Toledo!

(*Húndese.*)

REY.

¡Válgame el cielo, qué confuso espanto!

¡Válgame el cielo, qué rigor funesto!

Salga yo desta cueva, deste encanto!

Que en tantas confusiones hoy me ha

[puesto.

¡Oh clara luz, cuánto te estimo, cuánto!

### ESCENA IV.

ALARICO, ATAULFO.—EL REY.

ALARICO.

Señor, danos tus piés. Pero ¿qué es esto?  
¿Tú lloras?

ATAULFO.

Pues, señor, ¿qué ha sucedido?

REY.

Una melancolía me ha vencido.  
Poned una señal en esta boca,

Por donde melancólico bosteza  
El monte: sea mordaza dura roca,  
Que enmudezca este horror, esta triste-  
Pero defensa no ha de ser tan poca. [za.  
La tronera que veis, cuya pereza  
La boca tiene para sienpre abierta:  
Ciérrese desde aquí con una puerta.  
Y sea institucion y ley sagrada  
Que ningun godo rey mi descendiente  
Se atreva á averiguar por ella nada,  
Y de Dios sea maldito el que lo intente.  
Antes cualquiera rey quiero que añada  
Uncandado, en señal de que obediente  
Guarda el precepto justo, y no severo;  
Y yo con mas razon pondré el primero.  
Un caballo me dad, porque me importa  
Volver á la ciudad, donde me espera  
Ildefonso, quien hoy el cuello corta  
De la herejía á la serpiente fiera,  
Cuya cabeza otra cabeza aborta,  
Hidra arrogante que mi reino altera,  
Aliento que es veneno y es contagio,  
Con que Teudio inficionan y Pelagio.  
(*Vanse.*)

Entrada á la iglesia de Santa Leocadia en Toledo.

### ESCENA V.

*Sale huyendo PELAGIO, y detras PAYO y TOLEDANOS.*

TOLEDANO 1.º

¡Viva Ildefonso!

TODOS LOS TOLEDANOS.

¡Viva!

TOLEDANO 2.º

Sacro laurel por tal honor reciba.

TOLEDANO 1.º

Muera Pelagio...

TODOS LOS TOLEDANOS.

Muera.

TOLEDANO 2.º

Pues nuestra paz y religion altera.

PELAGIO.

¿Dónde voy desta suerte  
Trozando en la sombra de la muerte?

PAYO.

Perrero soy: no es yerro  
Arrojar de la iglesia tan vil perro,

¡Cada rey.

Que el respeto la pierde,  
Y en la pureza no manchada muere.  
Sal de aquí.

PELAGIO

¡Oh arrogante  
Furor de un pueblo ciego é ignorante!

PATO.

Blasfema tu voz miente;  
Tú eres el ignorante solamente,  
Pues has puesto este día  
Defecto en la pureza de María:  
Y nuestro gran prelado,  
Arguyendo, vencido te ha dejado  
En acto tan solene,  
Que hasta la Reina á presidirle viene,  
Siendo, porque te asombres,  
Tú el Luzbel de María entre los hom-  
Y Ildefonso sagrado [hres,  
Miguel, que de su cielo te ha arrojado,  
Diciendo con voz pia  
Al despeñarte: «¿Quién como María?»

PELAGIO.

Si en forma me arguyera,  
Ni Ildefonso ni Pablo me venciera.  
Arguyó falsamente;  
Y el pueblo, que con él está presente,  
Por complacerle, quiso  
Darle el lauro sin causa y sin aviso.

PATO.

Otra y mil veces mientes;  
Y pues no te reduces ni arrepientes,  
Yo vencerte pretendo.  
No entiendo de argumentos; pero entien-  
de estacas, y con esta [do  
Tengo de dar á tu opinion respuesta.  
María quedó virgen, siendo Madre  
Y Esposa, Hija del Eterno Padre.  
Esto se . y ¡vive Cristo!  
Que há mucho que la cólera resisto.  
Muera el hereje fiero.

PELAGIO.

Matadme, pues que yo rabiando muero.

TOLEDANO 2.º

Déjale, porque sale  
El Rey.

PELAGIO.

¿Quién hay que mi tormento ignale?  
Iré de furia lleno  
Derramando en el mundo mi veneno  
(Vase.)

PATO.

¿Sabeis lo que he sentido [do  
Mas? Que este hereje vil se haya atrevi-  
A mostrarse contrario  
Delante de la Virgen del Sagrario:  
Y que á su casa misma  
Viniese á introducir tan baja cisma  
¿Que viendo (¡oh justa pena!)  
La faz de esta bellissima morena,  
No enmudeciera luego?  
Aqui en mi llanto mi dolor anego.

TOLEDANO 2.º

Causa tus penas tienen;  
Pero callemos, que los reyes vienen.

## ESCENA VI.

Suena música, y salen los REYES, y  
SAN ILDEFONSO, en traje de car-  
denal; ACOMPAÑAMIENTO. — DICHOS,  
ménos Pelagio.

REY.

¡Oh tú, divino Atlante,  
Del cielo de la Iglesia militante,  
En cuyos fuertes hombros  
El peso de fatigas y de asombros,

Con que el hereje intenta  
Perturbar nuestra fe, firme se asienta!  
Dame, dame los brazos,  
Si merecen los míos tales lazos.

ILDEFONSO.

Valiente Recisundo,  
Ilustre godo, á quien adore el mundo  
Por su rey dignamente,  
L'ando el Tiber laureles á tu frente,  
Sin que nadie lo estorbe,  
Como romano emperador del orbe:  
Dame á besar tus plantas,  
Si mi humildad merece dichas tantas.  
Y vos, bella señora,  
Que sois de tanto sol divina aurora,  
Dadme á besar la mano.

REINA.

Levantad, Ildefonso, porque en vano  
Esta humildad consiento, [tento;  
Cuando arrojarne á vuestros piés in-  
Que quien ha merecido en este día  
Ser defensor del nombre de María,  
Y con tal sutileza  
Sacó á luz el candor de su pureza  
De la tiniebla oscura  
En que el hereje sepultar procura  
Su resplendor, hallando en vos presidio  
Contra este vil discípulo de Ilvidio,  
Merece que por fin de glorias tantas,  
Reinas godas se pongan á sus plantas;  
Pues viene á ser la majestad humana  
Sombra de aquella Reina soberana.

ILDEFONSO.

¿Qué mucho que dé el cielo  
Fertilidad de bienes á este suelo,  
Si tales reyes tiene,  
Por quien Toledo á tales glorias viene?  
Y pues he merecido  
Hoy tanto honor, una merced os pido.

REY.

Ofendeis mi deseo  
Cuanto en pedir tardais.

ILDEFONSO.

Así lo creo.

REY.

¿Qué pedis?

ILDEFONSO.

Que pues hoy he defendido  
Que doncella, señor, ha concebido,  
Y parido doncella, [lla,  
La que es del campo flor, del cielo estre-  
A esta pureza suya  
Una perpetua fiesta se instituya  
A quien el mundo aclame  
Sagrada Expectacion: así se llame,  
Cuando su parto espera  
Quien concibió y parió quedando entera;  
Y porque mas asombre,  
La Virgen de la O sea su nombre,  
Por ser la O una letra  
Que duracion é integridad penetra,  
Geroglífico siendo á su pureza  
Letra que nunca acaba y nunca empieza.  
Y aquesta iglesia santa  
De Leocadia, que á Dios himnos le canta,  
Y con fe fervorosa  
La imagen del Sagrario milagrosa  
Mereció, en honra suya, y dicha mia,  
Por fiesta principal tenga este día.

REY.

Yo escribiré con el fervor que pueda,  
Porque el Papa esta fiesta me conceda.

REINA.

Ildefonso, hoy es día  
De vencer ignorancias: á una mia  
Me responded, en tanto  
Que de la misa el sacrificio santo

El altar de Leocadia nos previene.  
¿Qué origen esta santa imagen tiene?  
Que habiendo vos tan su devoto sido,  
¿Quién duda que el principio habreis sa-  
Que este pueblo ha ignorado? [bido  
Alunbrad mi ignorancia y mi cuidado

ILDEFONSO

No os parezca, señora,  
Que es ignorancia lo que el mundo igno-  
Porque ninguno sabe [ra,  
Su origen, obra al fin divina y grave;  
Pues yo, que penetrarlo he pretendido,  
De su origen no mas que esto he sabido.  
La docta cosmografía,  
Que midió la tierra y cielo,  
En cuatro partes divide  
El globo del universo.  
Africa, América y Asia  
Son las tres, de que no tengo  
Necesidad: Herodoto  
Las describe con su ingenio.  
La cuarta parte es Enropa  
(Este clima, cenit nuestro),  
Por sus abundancias rica,  
Saludable por su asiento,  
Generosa por sus frutos,  
Divina por sus ingenios,  
Respetada por sus hijos  
Y temida por sus hechos.  
Esta gran madre de tantos  
Hijos, cuyo aborto fuéron  
Los montes, que á ser se atreven  
Pardas columnas del cielo,  
Nació un peñasco eminente  
En el mas seguro puerto,  
Por gozar del enarrio clima  
La templanza de los vientos.  
Este pues un tiempo fué,  
De verdes hiedras cubierto,  
Correspondencia de Atlante,  
Puesto el hombro al mismo peso:  
Hoy es fábrica gallarda,  
Y tanto que en el espejo  
Del río ve su hermosa dura  
Con tal desvanecimiento,  
Que enamorada de sí,  
Sobre las ondas del Tejo,  
No sin gran fatiga, há tantos  
Siglos que se está cayendo.  
Su ignorada poblacion  
Algunos atribuyeron  
A Telamon, aunque Bruto  
Se dice que fué el primero;  
Rocas Rey, dijeron otros;  
Y en parecerle en extremo  
El sitio y la fortaleza,  
El nigromante Ferencio,  
Hay quien diga; pero yo  
Por mas cierta opinion tengo  
Que Nabucodonosor,  
Aquel asirio soberbio  
Que se hizo adorar por Dios,  
La fundó; y convienc en esto  
El nombre; que *Toletot*  
Quiere decir en hebreo  
Fundacion de muchos, y él  
Trajo en su ejército, al tiempo  
Que la fundó, egipcios, persas,  
Medos, partos y caldeos.  
Y así el nombre corrompido,  
Pasando de uno á otro dueño,  
Del hebreo *Toletot*  
Vino á pronunciar *Toledo*.  
Varias gentes la habitaron;  
Mas no nos importa esto;  
Que su corónica pide  
Mas dilatado progreso.  
Pasaron á ella los godos,  
Cuyos gallardos esfuerzos  
En breve tiempo señores  
De toda España se hicieron,



Siendo siempre imperial silla  
Esta ciudad, cuyo templo  
Fué la basilica santa,  
Que es decir, casa y cimiento  
De la fe. Diganlo tantos  
Mártires como rindieron  
La vida al fiero cuchillo:  
Una Leocadia, un Eugenio,  
Cuyas sagradas cenizas  
En urnas y monumentos,  
Pórfidos y jaspes guardan  
Para blasones eternos.  
En esta divina iglesia,  
Desde el miserable asedio.  
De la Iglesia primitiva,  
Se sabe y tiene por cierto,  
Que la imagen del Sagrario  
Está en aquel mismo asiento  
Que hoy se ve: auténticas letras  
Lo escriben, doctos sugetos  
Lo aseguran, y no hay  
Que buscar lugar mas cierto  
Que la opinion heredada  
De nuestros padres y abuelos;  
Pues la voz de unos en otros  
Son los anales del tiempo,  
Sin que de ninguna suerte  
Nos relieva alguno de ellos  
Quién fué el primero que allí  
La colocó. Y yo sospecho  
Que el encubrir sus principios  
Arguye grandes misterios;  
Pues da á entender que no es obra  
De mortal mano, y que bellos  
Ángeles la fabricaron  
Para ser refugio nuestro.  
Pues, hablando moralmente,  
Por mas ilustre tenemos  
La nobleza cuyo origen  
Se duda, que la de aquellos  
Que con solar conocido  
La califican; pues estos  
Parece que la dudaron,  
Supuesto que la creyeron  
De otros, que en la informacion  
Sus dichos, señor, dijeron.  
Y así esta divina imagen  
Aun del solar de los cielos  
No quiere probar nobleza,  
Puesto que desciende dellos;  
Porque los hombres mortales  
No se alaben que supieron  
Un origen, que ha de ser  
Antes y despues eterno.  
Y supuesto que esta, ó Reina,  
Es la opinion que debemos  
Observar, escucha ahora  
Lo que de su origen puedo  
Decir, solo porque vea  
Un pueblo, que escucha atento,  
Que me ha costado cuidado  
El mirarlo y el saberlo.  
Aquel docto Areopagita  
(Filósofo, cuyo ingenio  
Por las causas de la luna  
Y del sol por los efectos,  
El mundo desahució  
En una sentencia, viendo  
Aquel mortal parasismo,  
Cuando, cerrados los cielos,  
La tierra se estremeció  
Y se turbaron los vientos,  
Y él dijo: «Hoy el mundo espira,  
Hoy fenece el universo,  
O padece su Criador;»  
Cuyo gran conocimiento  
Se le dió de nuestra fe,  
Solicitando y siguiendo  
Desde entónces la doctrina  
De los apóstoles buenos)  
Fué, despues de muchos años,  
Luz y sagrado maestro

De Eugenio, que llegó á ser  
Arzobispo de Toledo,  
Y hoy nuestro patron, y así  
Se piensa que fué el primero  
Que la trajo á esta ciudad,  
Heredada desde el tiempo  
De Dionisio, y que él la hubo  
De los apóstoles; que ellos  
Siempre llevaron consigo  
A las partes donde fueron  
Imágenes de la Virgen,  
Por el original mesmo  
Fabricadas, y tocadas  
A ella misma en alma y cuerpo.  
Acredita esta opinion  
No conocerse el madero  
De que es labrada, y el ser  
Obra antigua de otros tiempos.  
Sentada está en una silla,  
Todo el vestido cubierto  
De un sutil baño de plata.  
Y estas señas convinieron  
Con otras, de quien se sabe  
Que apóstoles las trajeron;  
Porque la Virgen de Atocla,  
Que está en Madrid, noble centro  
De Castilla, está sentada  
Del mismo modo, y es cierto  
Que de Antioquia la trajo  
Un discípulo de Pedro,  
Como la de la Almudena,  
Que la trajo el mayor Diego.  
En Astorga hay otra imagen,  
Venerada con respeto,  
De la misma forma; otra  
En la ciudad de Lamego  
En Portugal, y en Tuy  
Un crucifijo, compuesto  
De los mismos materiales,  
Y de todas se supieron  
Sus principios. Pero desta  
Solo saber merecemos,  
Que se llama *del Sagrario*,  
Por reliquias que este templo  
Guarda de mártires santos;  
Y los demas son consejos  
Dudosos, y conjeturas  
Sin notorio fundamento.  
Pero bástenos saber  
Que en ella tiene Toledo  
Un sagrado de sus penas,  
De sus tormentas un puerto,  
De sus desdichas amparo,  
De sus fatigas consuelo;  
Pues en ella halla igualmente  
Su medicina el enfermo,  
Su alegría el afligido,  
El misero su remedio.  
El sediento su agua viva,  
Su dulce maná el hambriento.  
El pecador su refugio:  
Pues es su blason eterno  
Ser Madre de pecadores,  
Honor suyo y favor nuestro.

REY.

Con admiracion ha oído  
El alma vuestra opinion,  
Mudo y absorto el sentido,  
Que ménos admiracion  
Ignorancia hubiera sido. —  
¡Oh Virgen hermosa y bella,  
Oh aurora, madre del día,  
De la noche elara estrella!  
¿Quién duda que vos, Maria,  
Pariendo quedais doncella?  
Dios siempre os reservó á vos,  
Flor del nuevo paraíso,  
Igualándos á los dos,  
Porque pudo hacerlo y quiso  
Como Hijo y como Dios.  
Y cuando en la fe no hubiera

Noticia mas verdadera  
Que esta luz me hubiera dado,  
Deste divino traslado  
Su perfeccion entendiera.  
Que quien de belleza igual,  
Ya por mano celestial,  
Ya humana, su santa forma  
De perfecciones informa,  
¿Qué hiciera al original?

REINA.

Que se ignore la verdad  
De principio tan seguro  
Es suma felicidad,  
Para que al ángel mas puro  
Se atribuya su deidad;  
Pues que tal vez mereció  
El hombre un bien singular  
Mas que el ángel, pues llegó  
A consagrar en su altar  
Lo que el ángel adoró;  
Y así el ángel envidioso,  
(Que hay envidia soberana)  
Viendo al hombre tan dichoso,  
Labró esta belleza humana,  
Arquitecto milagroso:  
De cuyo efecto colijo  
Que al labrarla, al hombre dijo:  
«Deja que á su Madre casta  
Labre yo, pues que te basta  
A mí consagrar el Hijo.»

PAYO.

Aunque no me toca á mí,  
Señores, hablar aquí,  
Como á otros no les tocó  
Hablar y hablaron, y yo  
De infinitos lo aprendí,  
Páreceme pues (supuesto  
Que he de dar mi parecer,  
Pues le dan todos en esto)  
Que allá debo de tener  
El cielo su presupuesto  
Para habernos ocultado  
El origen y verdad  
Deste divino traslado.  
En fin, ¿vuestra Majestad  
Hasta ahora lo ha ignorado?

REY.

Sí.

PAYO.

Pues yo, aunque necio, toco  
Tal vez misterio tan grave,  
Y aunque les parezca loco,  
Digo que esto que no sabe  
Todo el mundo, yo tampoco.

REY.

¿Quién sois vos?

PAYO.

¿Quién he de ser?

Pues ¿no se me echa de ver  
En lo alegre y placentero?  
Payo, excelente perrero: —  
La perrera es mi mujer.  
Y á fe, que he arrojado hoy  
De la iglesia donde estoy  
Un perrazo, que por yerro  
Llevó lindo pan de perro,  
Que es la colacion que doy  
A Pelagio; que yo fui  
Quien de véras le venció,  
No Ildefonso.

REINA.

¿Cómo así?

PAYO.

Como si él le concluyó,  
Yo despues le concluí.  
Silogismo en *dari* ha sido  
El mejor y mas cumplido;  
*Ergo, Reges mei præclari,*

Mi silogismo fué en *dari*,  
Supuesto que le ha dolido.

REV.

Decis bien.

(*Pasan á la iglesia todos.*)

Interior de la iglesia, y en ella el sepulcro  
de Santa Leocadia.

### ESCENA VII.

SAN ILDEFONSO, EL REY, LA REI-  
NA, PAYO, TOLEDANOS, ACOMPAÑA-  
MIENTO de los reyes.

ILDEFONSO.

Este es, señor,  
El sagrado monumento  
De Leocadia, cuyo amor  
Dejó el sepulcro sangriento  
Lleno de inmortal honor;  
Que como el sol, cuando yace  
A nosotros, á otros nace,  
Así este sol sin segundo,  
Desde el ocaño del mundo,  
Sol en el cielo renace.

REY.

¡Salve, Virgen azucena,  
Cuya blancura serena  
Convirtió en cárdeno lirio  
El invierno del martirio!

REINA.

¡Salve, de alabanzas llena,  
O rosa, cuyo candor  
Salpica sangre divina,  
No de la espina en rigor  
Que hirió á Vénus; de la espina,  
Sí, que ha herido al mismo Amor!

ILDEFONSO.

¡Salve, Virgen bella! y di  
Si el cielo todo por tí  
Nuestras preces escuchó?  
¡Sí contra el hereje oyó  
Nuestras peticiones?

*Canta una voz.*

SÍ.

ILDEFONSO.

¡Válgame el cielo, qué escucho!

REY.

¡Válgame el cielo, qué veo!

REINA.

Con gozo y espanto lucho.

PAVO.

Si á mis ojos y oídos creo,  
Mi temor y miedo es mucho.

REV.

Llena de asombros la tierra  
Con maravillas extrañas,  
Parece que desentierra  
Tesoros muertos, que encierra  
En avarientas entrañas.

REINA.

En el sepulcro parece  
Que aquel acento se oyó.

ILDEFONSO.

Y aun la piedra se estremece.  
¡Cielos! ¿es castigo?

Voz.

No.

### ESCENA VIII.

*Suenan chirimitas, y abriéndose el se-  
pulcro, sale SANTA LEOCADIA, con  
una cinta encarnada en la gargan-  
ta y en la mano una palma. — Di-  
chos.*

LEOCADIA

No, que esto tu amor merece.

ILDEFONSO.

Yo he visto salir la aurora  
Del mar, cuando Febo intonso  
Cumbres baña y montes dora,  
No de la tierra.

LEOCADIA.

Ildefonso,

Por tí vive mi Señora.  
Por tí da la palma fruto,  
Por tí está verde la oliva,  
Por tí corre en su conduto  
La fuente del agua viva  
Que es de los cielos tributo.  
Por tí está el buerto cerrado,  
Por tí el pozo de agua lleno,  
El espejo no manchado;  
Por tí el sol está sereno.  
Y la luna no ha menguado.  
Por tí la torre eminente  
Toca al cielo con la frente,  
Y de su salir la puerta  
Por tí está, Ildefonso, abierta,  
Y lo estará eternamente.  
Por tí la nevada aurora,  
Diluvios de aljófar llora;  
El lirio y el alhelí  
Todos florecen por tí,  
Por tí vive mi Señora.  
Y en tanto que ella previene  
La palma y triunfo solene  
Con que has de verte algún día,  
A mí en su nombre me envía,  
A decirte como tiene  
En su divina memoria  
Escrito con letras de oro  
El libro, felice gloria,  
Que á su pureza y decoro  
Canta eterna la victoria.  
Este se guarda en su erario  
Libre del comun contrario,  
Y ella misma ha de bajar  
A vestirme, y á abrazar  
A la Virgen del Sagrario.

ILDEFONSO.

Espera, mártir hermosa;  
Y si mi mano piadosa  
Se puede atrever al cielo,  
He de tenerle del velo  
Que vistes. (*Tiénela del velo.*)

REV.

Por milagrosa

Reliquia se ha de quedar  
Con él; y aunque yo al altar  
Me atreva, con justo celo  
Aquel milagroso velo  
Con la daga he de cortar.  
Un cuchillo se atrevió  
A ese marfil de tu cuello,  
Cuando con vida te vió;  
Y hoy en espíritu bello  
Me atrevo al vestido yo.  
(*Córtale el volante, quedando el Rey con  
un pedazo y con otro Ildefonso.*)

ILDEFONSO.

Vete á los cielos ahora,  
Dejando el rico cendal  
Que en tu iglesia se atesora.

LEOCADIA

Ildefonso celestial,  
Por tí vive mi Señora.  
(*Tocan chirimitas, y vueta la Santa.*)

ILDEFONSO.

Celebremos este día,  
Al compas de su armonía,  
Tanta gloria, gozo tanto.

Uno.

¡Qué maravilla!

Otro.

¡Qué espanto!

REY.

¡Qué placer!

REINA.

¡Y qué alegría! (*Vanse.*)

Calle.

### ESCENA IX.

TEUDIO, PELAGIO.

TEUDIO.

¿No hay consuelo?

PELAGIO.

Para mí

Ni le tengo ni le quiero:  
Baste que rabiando muero.  
Con todo, oye.

TEUDIO.

Amigo, di.

PELAGIO.

Este Ildefonso, pastor  
Severo, prudente y justo  
Del católico rebaño,  
Tan grande cuidado tuvo  
En defenderle, que él solo  
De los dos guardarle pudo.  
Yo, viendo que un hombre solo  
No bastara á esto, discurro  
En que la gran devoción  
Deste soberano bulto  
De la Virgen del Sagrario,  
Que es de la viva un trasunto,  
Es quien mas tiene la fe  
Labrada en el bronce duro  
De sus pechos, que es buril  
Que hace con sangre dibujos.  
Y de un pensamiento á otro,  
De un discurso á otro discurso,  
Veo que el día que venga  
A verse en un pozo obscuro  
Esta imagen, faltará  
La fe en España, y arguyo  
Desto que ella es solamente  
De los católicos muro.  
Pues si es cierto que ha de verse  
En calabozo profundo  
Cantiva esta imagen bella  
En algún tiempo, no dudo  
Que por nosotros lo dijo  
El cielo, porque no pudo  
Prevenir tanto valor  
En otros. Si yo le infundo  
En tu pecho, acometamos  
A tan sacrilego insulto.  
Esta noche, cuando el sol  
En el silencio nocturno  
Ausente su faz hermosa,  
Dejando á obscuras el mundo,  
Lleguemos hasta el Sagrario,  
Y haciendo divino hurto  
La imagen, la arrojarémos  
En un pozo; pues ya juzgo  
Que se cumplirán con esto  
Tantos fatales anuncios;

4 Para representar la degolladura.



Que en faltándoles la imagen  
A los cristianos, no dudo  
Que venga a menos la fe;  
Que así el cielo lo dispuso,  
Pues que de mis ciencias, Teudio,  
Tales cosas conjeturo.  
Caiga en un pozo la basa  
Que sobre sus hombros tuvo  
Esta máquina; que yo  
Ya por cierto lo aseguro.  
Entrémonos en el templo,  
Y escondidos en lo oculto,  
Esperemos la ocasión  
Para lograr bien tan sumo.

TEUDIO.

Entra en él, que si una vez  
La imagen al pueblo hurto,  
Y llego á verla en el pozo,  
Nuestro honor ha de ser mucho.  
(*Vanse.*)

—  
Capilla de la Virgen.

## ESCENA X.

PAYO; *después*, TEUDIO y PELAGIO.

PAYO.

Mientras que los maitinantes  
Van viniendo de uno en uno,  
Mis sueños de dos en dos.  
Basta, que en pie como grullo  
Me estoy durmiendo.  
(*Salen Teudio y Pelagio.*)

TEUDIO.

Este sitio,  
Que está apartado y obscuro,  
Nos guardará, haciendo espaldas  
La tumba deste sepulcro.  
(*Se ocultan.*)

PAYO.

Cierto, sueño, mi señor,  
Que estais cansado; y no es justo  
Venir á casa de nadie  
A hacer pesar y disgusto  
¿Yo por ventura os llamé?  
Si bien que os llamé presumo,  
Porque á tantas cabezadas,  
Hubiera entendido un mudo.  
Ahora bien, ello ha de ser.  
Por esta parte me oscuro,  
Que está oscura y solitaria;  
Pues, para dormir, ninguno  
Buscó luz ni compañía.

PELAGIO. (*Ap. á Teudio.*)

Hacia aquí se acerca un bulto.

TEUDIO.

Calla, y apénas el aire,  
Que corre con tardo curso,  
Nos sienta.

PAYO. (*Ap.*)

¡Válgame Dios!

Voces y pasos escucho  
Detras de una tumba, y yo  
No puedo ya dar un tumbó,  
No hay sepulcro que no quiera  
Hacer de las suyas. Mucho  
Es mi temor: á esta parte  
Me retiraré.—Abernuncio:  
Ya no dormiré en mi vida.  
Sepa usted, señor difunto,  
Que viene á mí muy errado;  
Que Ildefonso y Recisundo  
Son personas que se entienden  
Con cosas del otro mundo;  
Yo no.

## ESCENA XI.

ILDEFONSO, CRIADOS.—*Dichos.*

UN CRIADO.

Señor, ¿á estas horas  
Sales de casa?

ILDEFONSO.

Procuró

Asistir á los maitines  
Esta noche, que la juzgo  
De la Expectación, y es fiesta  
Que yo introducir presumo.

PAYO. (*Ap.*)

Ya hay mas gente, ya bien puedo  
Hablar alto; que me tuvo  
El tenor la voz helada.  
Estos eran, no lo dudo.

ILDEFONSO.

Idos todos, porque quiero,  
Mientras el coro está junto,  
A la Virgen del Sagrario  
Orar un rato.

(*Vanse Payo y los criados.*)TEUDIO. (*Ap. á Pelagio.*)

¿Qué augusto,  
Qué vigilante pastor!

PELAGIO.

No sé, Teudio, cómo sufro  
Esta humildad religiosa  
De un varón tan docto y justo,  
Sin que el volcan de mi pecho  
Exhale entre fuego y humo  
Iras que esta iglesia abrasen.

TEUDIO.

Presto verás el fin suyo.

(*Descubre San Ildefonso el altar de la  
Virgen del Sagrario, é hincado de  
rodillas, va subiendo hasta que iguala  
con ella.*)

ILDEFONSO.

Si el instrumento de mis labios templo  
Para cantaros, Virgen especiosa,  
Obra de Dios tan única y dichosa,  
Que sola vos de vos sois vivo ejemplo,  
Enmudece la voz porque os contemplo  
La Madre de Dios Hijo, la Hija hermosa  
Del Padre, del Espíritu la Esposa,  
Y de los tres sagrario, claustro y templo.  
Toda la Trinidad os perficiona,  
Tanto que si en los tres haber pudiera  
Persona cuarta, universal persona,  
Vuestra deidad cuarta persona fuera;  
Mas si no os pudo hacer cuarta persona  
Después de Dios os hizo la primera.  
(*Suena música de pájaros y clarines.*)

PELAGIO. (*Ap. á Teudio.*)

Teudio, no sé qué temblor  
Discurrir helado y caduco  
Por mis venas, que parece  
Que todos los cielos juntos  
Se despeñan sobre mí.

TEUDIO.

Yo he visto (que no lo dudo)  
Deste edificio temblar  
Las columnas, y los duros  
Artesones de sus techos  
Abrirse, dando los unos  
Con los otros. ¿Y no ves  
La puerta, que sin impulso  
Violento se abrió, y por ella  
(¿Yo de mirarlo me turbo!)

Entra en un carro triunfante  
Armado escuadron, á cuyo  
Arnes da luces el sol,  
Repetido en los escudos?

PELAGIO.

No lo veo, porque yo  
A tanta luz me deslumbró

TEUDIO.

Yo sí, aunque de verlo quedo  
Absorto, helado y confuso.  
Huyamos de aquí; que viene  
En su amparo todo junto  
El cielo, y para otros guarda  
Este soberano hurto.  
(*Vanse.*)

## ESCENA XII.

*Sale en un carro triunfal, y rodeada de  
ángeles, la VIRGEN, de suerte que  
quede entre la imagen de bulto y SAN  
ILDEFONSO, y que pueda tocar á  
uno y á otro, y trae una casulla.—  
Al fin, PAYO.*

VIRGEN.

Ildefonso.

ILDEFONSO.

¡Gran Señora!

Desate con fuego puro  
Mi voz un ángel; que estoy  
En vuestra presencia mudo.

VIRGEN.

Ildefonso, desta suerte  
Agradece mi juzgo  
A tu devoción y celo.  
Con real aparato y triunfo  
Vengo á premiar de mi mano  
De mi pureza el estudio.  
Este vestido, en quien es  
Todo el sol un astro obscuro,  
Recibe, porque á mi fiesta  
Salgas galán; que procuro,  
Como dama celebrada,  
Que te vistas á mi gusto.—  
(*Pónete la casulla.*)

Y vos, ó retrato mío,  
En quien, como en cristal puro  
Me estoy mirando á mi misma,  
Que sois mi mejor trasunto,  
Dadme los brazos, pensando  
Que son presagios y anuncios  
De despedida; que aunque  
Siempre en mi presencia os juzgo,  
Conviene, retrato mío,  
Estar algún tiempo oculto,  
Y también me parezcáis  
En padecer en el mundo  
Miserias, necesidades  
De destierros é infortunios;  
Que tiempo vendrá de veros  
En mas reverente culto,  
Siendo vuestra gran capilla  
Un milagro sin segundo.

(*Tocan chirimitas, y cubrense todas las  
apariencias.*)

(*Sale Payo.*)

PAYO.

Y aquí el poeta, señores,  
A cuanto en su origen supo  
Da fin; y pasando años  
El sol por dorados rumbos,  
Con otras gentes y tiempos,  
Otros trajes y otros usos,  
A su pérdida infelice  
Convida al acto segundo.

## JORNADA SEGUNDA.

## PERSONAS.

ABEN TARIF, *moro*.  
TEODOSIO, *viejo*.  
IÑIGO.  
RODRIGO

GODMAN, *alcaide*.  
ALI, *gracioso*.  
MUZA.  
DOÑA SANCHÁ.

ELVIRA.  
LUNA, *mora*.  
SOLDADOS GODO, MUJERES, TOLEDANOS.  
MOROS, MÚSICOS Y ACOMPAÑAMIENTO.

Vista exterior de los muros de Toledo.

## ESCENA PRIMERA.

*Aparecen en lo alto* IÑIGO, RODRIGO.  
TEODOSIO y GODMAN; *suenan un clarín, y por lo bajo sale* ABEN TARIF, *con acompañamiento de moros*.

TEODOSIO.

Hacia el muro va llegando.

IÑIGO.

¡Notable resolución!

RODRIGO.

De paz levanta pendón.

GODMAN.

Pues respondedle, mostrando  
Igual valor.

TARIF.

¡Ab del muro!

GODMAN.

¿Qué quieres?

TARIF.

Si hablarte puedo,  
Escucha, imperial Toledo,  
Que tu bien y honor procuro.  
Ya sabes. inmortal ciudad de España,  
Vivo solar de su mejor nobleza,  
A quien el Tajo, que tus plantas baña,  
Granos de oro tributa por grandeza;  
Ya sabes, ó católica montaña,  
Deste imperio metrópoli y cabeza,  
Que buyendo de mis manos el castigo,  
En campos de Jerez murió Rodrigo:  
Rodrigo, vuestro Rey, aquel valiente  
Godo, que sin primero ni segundo,  
Los candados abrió intrépidamente  
A la cueva fatal de Recisundo,  
Donde vió los prodigios claramente, [do  
Que en diluvios de sangre llora el mun-  
Con tanto horror, que el sol entre sus  
[rayos

Eclipses padeció, temió desmayos.  
Ya sabéis que la cansa lastimosa  
De la tragedia que llorais en vano,  
Fué de Florida la deidad hermosa,  
A quien Cava ha llamado el africano;  
Porque ofendida de la rigurosa  
Fuerza del Rey, á tanto honor tirano,  
Hizo que Don Julian favor pidiese  
Al Miramamolín, y él se le diese.  
Hecha la liga pues, y dando paso [ces  
A nuestros escuadrones, cuando en lu-  
Trémulas muerto el sol, llega al ocase,  
Entramos por los campos andaluces.  
Desprevenida España del fracaso,  
Sobre las torres de doradas cruces  
Nuestros pendones vió, con tal fortuna,  
Que estuvo llena su menguante luna.  
Admirado Rodrigo de la nueva,  
Jura arrogante, hárbalo blasona  
Que ha de vencer los hados de la cueva,  
Y sale con su ejército en persona.

El misero escuadron, que á morir lleva,  
Pasando por los campos de Archidona,  
Llega á Jerez, y albergue les promete  
La orilla del sagrado Guadalquivir.  
Aquí, puestos los campos frente á frente  
La señal cada uno ha deseado,  
Bien así como el can, cuando impaciente  
Viendo la presa, gime si está atado.  
Suenan el clarín, y el ánimo valiente  
Sale de las prisiones en que ha estado,  
Tan veloz, que del golpe al horror fuerte  
Tembló la vida y desmayó la muerte.  
Trabada dura la campal batalla,  
No desde que del carro de Faetonte  
Sale el sol de zafir á la muralla,  
Y entra el sol de zafir al horizonte;  
Mas ocho veces al salir los halla,  
Y ocho los deja fatigando el monte,  
Sin que haga treguas la mortal porfía  
Naciendo el alba ni muriendo el día.  
En fin, cansado ya Marte sangriento  
De partir igualmente la victoria,  
Hizo el río cristiano monumento,  
Donde cadauca yace su memoria. [to,  
De humana sangre vuestro Rey sedien-  
Por no ver celebrár tan alta gloria,  
Pica el bridon, y en él desaparece,  
Donde la humana pompa desvanece.  
Porque se dice que desesperado,  
Con rabia, con rigor y con despecho,  
En vida en una tumba sepultado,  
Viboras se alimentan en su pecho.  
Dellas el corazón despedazado,  
Tarde llora con causa y sin provecho:  
Que no hay miseria ó lástima ninguna  
Que pueda enternecer á la fortuna  
Los moros victoriosos dignamente.  
Y yo, mas que los moros, victorioso,  
Por ser Tarif, etiope valiente,  
Compañero de Muza valeroso,  
De laurel coroné mi austera frente.  
Porque en tantas conquistas animoso  
Llegando hasta el alcázar de Toledo,  
No vi el semblante pálido del miedo.  
Donde, si no os rendís á buen partido  
(Cual os esté mejor), pues necesita  
Del el valor, y á mi poder rendido,  
No me entregais vuestra mayor me-  
[quita

(Porque en ella mi luna he prometido  
Coronar), probareis cómo os la quita  
Mi brazo altivo. Mi venida es esta,  
Y solo hacerlo espero por respuesta.

GODMAN.

Escucha, Aben Tarif, hijo arrogante  
Del sol, cuya soberbia, cuyo nombre  
En la tostada zona de Levante  
Nació de alguna liera, porque asombre  
Ver la naturaleza, que inconstante  
Quiso hacer una liera y hizo un hombre:  
Oye y sabras que con mis voces puedo  
Darte horror, si hablo en nombre de To-  
[ledo.

No digo yo que no podrás vencernos;  
Pues con tan numeroso campo vienes,

Que si llegases en la vega á vernos. [nes;  
Mil hombres para solo un hombre tie-  
No digo que podremos defendernos,  
Puesto que con el hambre nos previe-

Cuchillo, que al romper vida tan corta,  
Parece que se afila en lo que corta.  
No digo que no estamos de manera,  
Que llegando á los últimos extremos,  
Luchando á brazos con la muerte fiera,  
Nosotros á nosotros nos vencemos;  
No digo, Aben Tarif, que no te espera  
La gloria que lloramos y perdemos;  
Mas solo digo que en Toledo solo [pelo.  
Tienes mas que vencer que en todo un  
Que así como con armas ó con fuego  
Dando una herida á un cuerpo, retraida  
La sangre que huye della, acude luego  
Al corazón, que es centro de la vida;  
Así, sintiendo España el golpe ciego  
De vuestra mano, huyendo de la herida  
Su mejor sangre, acude á esta campaña.  
Porque es Toledo el corazón de España  
En ella estamos sin defensa alguna;  
Y porque no blasones que has vencido,  
(Cuando sólo nos vence la fortuna)  
Porque brazo de Dios derecho has sido,  
Sabe que no hallarás arma ninguna  
Que el paso te defienda: que advertido  
El traidor que nos vende, osado y fiero,  
Todas las armas nos quitó primero.  
Entra, asuela, destruye, quema, talas  
Ciudad, campañas, montes, valles, riscos;  
Derriba, postra, humilla, mide, ignala  
Muros, torres, almenas y obeliscos;  
Arroja, vierte, vibra, escupe, exhala  
Rayos, iras y azotes berberiscos;  
Que ántes sabrán morir á vuestras ma-  
Que se sepan vencer los toledanos. [nos

TARIF.

¡Grande valor! ¡resolución extraña!

GODMAN.

Por animarte, asegurarte puedo [ña,  
Que el Miramamolín no es rey de Espa-  
Hasta que llegue á serlo de Toledo.

TARIF.

[gaña?

¿Pues qué esperanza vuestro orgullo en-

GODMAN.

No conocer nosotros lo que es miedo.

TARIF.

¿Y no hay partido?

GODMAN.

SI.

TARIF.

¿Cuál es?

GODMAN.

La muerte

TARIF.

Pues, Toledo, ya vuelvo á obedecerte  
(Vase Tarif y los suyos.)



## ESCENA II.

ELVIRA, dentro. — GODMAN, TEODOSIO, RODRIGO, INIGO.  
(*Tocan dentro cajas.*)

ELVIRA. (*Dentro.*)

Acéptense los partidos.

GODMAN.

¿Qué nuevo rumor es este?

INIGO.

Acude á saber lo que es.

(*Quítanse del muro.*)

Una plaza de Toledo.

## ESCENA III.

DOÑA SANCHÁ, ELVIRA y otras MUJERES; luego GODMAN, INIGO, RODRIGO, SOLDADOS GODO, TOLEDANOS.

DOÑA SANCHÁ.

Las condiciones se acepten.

ELVIRA.

En esta pública plaza  
Sola, Doña Sancha, puedes  
Hablar en nombre de todas.

DOÑA SANCHÁ.

Oid, toledanos fuertes.

(*Salen Godman, Inigo, Rodrigo, toledanos y soldados godos.*)

GODMAN.

¿Qué es esto?

DOÑA SANCHÁ.

Ilustre Godman,  
Generoso descendiente  
De aquellos primeros godos  
Conquistadores valientes  
De España, noble caudillo  
De Toledo, pues hoy eres,  
Por ausencia de Rodrigo,  
Virey, alcaide y teniente:  
Valerosos toledanos,  
Sobre cuyos hombros fuertes  
El grave peso de un cielo  
Ya declina, ya fallece:  
Caballeros, ciudadanos,  
Ilustre nobleza y plebe:  
Piadosamente escuchad,  
Atended piadosamente;  
Que por mí en nombre de todas  
Os hablan vuestras mujeres.  
La sentencia de los cielos,  
Ya decretada, no tiene  
Apelación; que no es  
Justo tribunal la muerte.  
Y siendo así que ellos mismos  
Nos castigan (pues no puede,  
Sino la mano de Dios,  
Destruir tan brevemente  
La corona mas altiva,  
La fuerza mas eminente,  
La mas defendida plaza,  
Y la provincia mas fuerte),  
El rehusar este castigo  
Parece (es verdad), parece  
Que es quitarle de la mano  
El poder con que nos vence,  
Vara con que nos castiga  
Y azote con que nos hiere.  
Direis que no lo es, supuesto  
Que ya rendis obedientes  
A sus venganzas las vidas,  
Victimas llegando alegres,  
Tropezando unas en otras,  
A las aras de la muerte;  
Sin atender á que es

Desesperacion valiente,  
Y no es católico quien,  
Porque quiere morir, muere:  
Determinarse á morir  
Es valor, mas no es prudente;  
Y en esta parte el honor  
Ni os perdona ni os absuelve.  
¿Qué honor será, con morir,  
Dejar tan infamemente,  
(¡Qué gran desdicha!) en poder  
Del moro vuestras mujeres?  
¿Será bien, por estorbar  
Que esta mano me dé muerte,  
Matarme yo con estotra?  
Pues esto mismo os sucede,  
Si por adquirir honor  
Os desesperais de suerte,  
Que por defender el vuestro,  
Cobardes y descorteses,  
Perdeis el nuestro, que es  
Perder vuestro honor dos veces.  
¿Qué infamia á los venideros  
Siglos la fama os previene,  
Porque os rendisteis? Toledo  
¿Tiene por ventura, tiene  
Privilegios de fortuna  
Para haber de vencer siempre?  
De cuantas veces sus hijos  
Se adornaron de laureles,  
¿Perderá el lustre, por ver  
Trocada una vez la suerte?  
¿Cuánto es mejor cruzar hoy  
Los brazos al inclemente  
Golpe del hado, dejando  
Que nos doble y no nos quiebre,  
Que no que arrancando todas  
Las raíces, no nos quede  
Valor para sacudir  
Otra vez la altiva frente?  
Si al moro le entregais hoy  
La ciudad y los haberes,  
No le entregais el honor,  
Que son los mejores bienes.  
Apodérese de todos,  
Como á nosotros nos deje  
Vivir entre ellos, cautivos,  
Pobre y miserablemente.  
Con esto la religion  
Durará en nosotros siempre;  
Y por dicha vendrá tiempo  
En que nuestros descendientes  
Vuelvan á poner la silla  
Católica en sus doseles.  
Que teniendo cada día  
Sus mismas ruinas presentes,  
Serán un despertador  
Que sus desdichas acuerden:  
Lo cual no sucederá,  
Si de todo punto viene  
A faltar la sangre goda.  
Y otro argumento mas fuerte:  
Morir hoy, por no mirarse  
En cautiverio, parece  
Que es faltarnos el valor,  
Coléricos é impacientes,  
Para sufrir las desdichas.  
¡Ea, cristianos valientes!  
¡Ea, fuertes toledanos!  
La fe en nuestros pechos reine.  
Venzamos nuestra fortuna,  
Desmintamos nuestra suerte;  
Abrase el rayo las torres  
Que á sus esferas se atreven,  
No los lirios que se humillan:  
Arraigue el raudal valiente  
La encina, que se resiste;  
No el junco, que se le ofrece.  
Mezclados con los alarbes,  
Aunque miserablemente,  
Viviremos sin salir  
De nuestras mismas paredes;  
Que como juntos vivamos,

No hay mal que nos atormente,  
Desdicha que nos persiga,  
Daño que nos desconsuele,  
Calamidad que nos vengza,  
Ira que nos atropelle:  
Advirtiéndolo toledanos,  
Que tiempo tras tiempo viene.

ELVIRA.

¿Qué respondeis? ¿Qué decis?

TODOS.

Que los partidos se acepten.

GODMAN.

Escuchadme á mí.

DOÑA SANCHÁ.

Di presto.

GODMAN.

¿Si los alarbes no quieren  
Dejarnos en nuestra ley?

DOÑA SANCHÁ.

Entonces será la muerte  
Mas dichosa, pues será  
Por la fe, que ha de estar siempre  
En nuestros pechos, que es alma  
De la toledana gente.

GODMAN.

Pue con esta condicion  
Saldre al campo brevemente  
A tratar de los partidos.—

(*Tocan cajas rancas.*)

Pero ¿qué rumor es este?

DOÑA SANCHÁ.

Cajas destempladas suenan,  
Y detras de mucha gente,  
Vestido de un saco, Urbano,  
Nuestro arzobispo, se ofrece.  
Descalzos los pies, y en hombros  
Un ataúd: desta suerte  
Va, marchando sobre el muro,  
Hasta llegar á la puente.

## ESCENA IV.

TOLEDANOS, TEODOSIO. — DICHOS

(*Toledanos, dentro.*)

UNOS.

¡Adios, padres de la patria!

OTROS.

¡Adios, patrones valientes!

OTROS.

¡Adios, desterrados hijos!

TEODOSIO. (*Dentro.*)

¡Adios, capitanes fuertes!

GODMAN. (*Sale.*)

Teodosio, señor, ¿qué es esto,  
Que dando suspiros vienes,  
Regando esas nobles canas?

TEODOSIO.

Escucha, señor, si quieres  
Saber la mayor desdicha  
Que eleva, admira y suspende.  
Nuestro gran prelado Urbano,  
Mirando ya tan presente  
Nuestra desdicha, previno,  
Religioso, activo y fuerte,  
Desta Troya castellana  
Escapar con celo ardiente  
Los verdaderos penates,  
Reliquias que en ella tiene.  
Y hecho un Enéas de Dios,  
Sobre sus bombros valientes

¡ Salvar, libertar.

A la imágen del Sagrario  
Llevaba seeretamente,  
Porque en tan grande desdicha  
A las manos no viniese  
De los moros. Y al tocar  
La puerta, que comunmente  
Llamamos de los Perdones,  
Por infinitos que tiene  
Desde el día venturoso  
Que entró por ella la Fénix  
De la graeia á visitar  
A su capellan, y á verse  
En su espejo y su retrato,  
Que tanto se le parecee...  
En fin, al llegar aquí,  
Helado el pié se suspende,  
Inmóvil el cuerpo queda,  
Y dar un paso no puede;  
Porque la Virgen divina  
Desamparados no quiere  
Dejarnos, sino quedarse  
A padecer igualmente  
Nuestras penas; que hasta en esto  
Toledana se parecee.  
Viendo Urbano este milagro,  
A su misino altar la vuelve;  
Y poniendo en una caja  
Los cuerpos, que no resuelve  
La tierra en primer materia  
De ceniza y polvo leve,  
De una Leocadia, y de dos  
Eugenios, y de un prudente  
Hdefonso, para Oviedo  
Sale; y la confusa gente  
Con afectos significa  
Lo que sus auseneias siente.

GODMAN.

Ya en un bareo por el río  
Va el pastor con ellos. ¡Plegue  
A los cielos, que seguro  
De las venganzas alevés  
De los bárbaros, á Oviedo  
El piadoso Urbano llegue!

DOÑA SANCHIA.

Aquí solamente el llanto  
Es quien explicarse puede. (Vase.)

ELVIRA.

No es retórico el valor,  
Cuando el dolor emudece. (Vase.)

RODRIGO.

¡Qué desdicha! (Vase.)

ÍÑIGO.

¡Qué rigor! (Vase.)

TEODOSIO.

¡Qué sentimiento! (Vase.)

GODMAN.

¡Y qué muerte!  
—¿Cómo, padres de la patria,  
Es posible que la dejen  
Vuestras personas desnuda  
Del bien que en vosotros tiene?  
Mas vos, Virgen soberana,  
A quien tal fineza debe  
Toledo, dadme licencia  
Para que pueda atreverme  
A decir que he de ocultaros  
De aquesta bárbara gente;  
Y hasta entouees, en mis penas,  
¡Valedme, Virgen, valedme! (Vase.)

Acampamento moro.

## ESCENA V.

ALI. (Como recatándose, trae una bota.)

En hora bona, venir  
Ali á conquistar el terra  
Que tan bon licor encerra,  
Porque beber es vivir.  
Ahora darne un crestianilio  
Cativo, porque le diera  
Pan, aquesta bota entera  
Desto que llamar vinilio;  
Y ando buseando un lugar  
Que colto y secreto sea,  
Porque Mahoma no vea  
Beber á Ali; que mandar  
En su Alcoran que ningun  
Beber vino; y yo no sé  
Por qué mandar, si no fué  
Por lo que ha pensado algun,  
Con que yo Ali me acomodo,  
Y es que Mahoma querer  
Que nadie vino beber,  
Por beherlo Mahoma todo.  
Y así borlarle imagino;  
E si no poder, es liano  
Que Ali tornarse crestiano,  
Por no mas que hartar de vino.  
Ahora solo verte aquí;  
Que cerrada el porta está  
De la tienda, y no podrá  
Aeehear Mahoma alli.  
¡Oh qué lieor! Que un sarmento (Bebe.)  
Secc, fraeo y solo, sepa  
Haeerse á un anilio eepa,  
E una eepa haeerse eento!  
Cento eepa á mirar liego  
Poblar un campo gentil,  
Hacer á otro anilio mil,  
Cen mil á otro anilio luego.  
Con causa venir hambrento  
El moro de su poder,  
Si el crestianilio tener  
Tanta hacienda en un sarmento.  
(Cae en el suelo.)

## ESCENA VI.

LUNA, TARIF. — ALÍ.

TARIF.

Al muro de la ciudad,  
Como te digo llegué,  
Y con el aleaide hablé.

LUNA.

¡Qué loca temeridad!

TARIF.

No fué, que la majestad  
De tu beldad soberana  
Busco, Vénus africana;  
Y por esto quise ir  
A Toledo á prevenir  
Cómo entrar á la mañana.  
Otras ciudades gané,  
Y en ellas, Luna, pudiera  
Coronarte; pero fuera  
Poea gloria á tanta fe.  
Sola esta silla, que fué  
El dosel y la fortuna  
Castellana, es oportuna  
Para tí, Centro español,  
Eclipsese vuestro sol,  
Que va á presidir mi Luna!

LUNA.

No quiero mas majestad  
Que reinar en tu albedrio;

Como ese imperio sea mio,  
Corte de la voluntad,  
Mas bien, mas felicidad  
No estimo: en esto recelo  
Que tengo un cielo en el suelo  
Y en justa razon lo fundo;  
Pues si el cuerpo es breve mundo,  
El alma es pequeño eielo.

ALÍ.

¡Valedme, Mahoma, amen!  
¡Que de luces se divisan!  
Los piés pisan y no pisan,  
Los ojos ven y no ven.

TARIF.

¿Quién está aquí?

ALÍ.

ALÍ, sinior.

TARIF.

¿Qué es esto, Ali?

ALÍ.

Alá saber.

Canto mí alcanzar á ver,  
Se me andar al rededor;  
Canto mí ir á habrar, lo yerro;  
Me huir eanto el mano toea,  
Margarme mueho la boea,  
E saberme todo á lierro:  
El léngoa gorda tener,  
E mil arrobos pesar;  
Mí no la poder mandar,  
Ni elia pode obedecer.  
Esto es esto; bon despacho  
He, para decirlo en breve:  
Me parece que esto debe  
De ser que Ali estar borracho.

TARIF.

¿Has bebido vino?

ALÍ.

SI.

TARIF.

Pues di, ¿cómo lo bebiste?

ALÍ.

Así. (Bebe.)

TARIF.

¿Y dónde el vino viste?

ALÍ.

En esta bota lo vi.

TARIF.

¿Cuándo lo ballaste?

ALÍ.

Responde

Mi voz que aquesta mañana;  
Que es decir de bona gana  
El cómo, el cómo y el dónde.

TARIF.

¿Quién te lo dió?

ALÍ.

Un bon crestiano.

TARIF.

Tú ¿para qué lo tomaste?

ALÍ.

Para heber, y esto baste

TARIF.

¿Por qué?

ALÍ.

Aquesto estar mas liano,  
Porque me saber rebien:  
Con lo cual mí ha respondido,  
Porque saberlo has querido,  
Por qué, para qué y con quién.

TARIF.

¿Si Mahoma se ofende?



ALI.

Ofenda;

Que como el vino no comia,  
Mas que se ofenda Mahoma.

TARIF.

Blasfemo, sal de la tienda.

LUNA.

¿De escucharle no te ries?

TARIF.

Perro Ali...

ALI.

¿Ser perro Ali?

Pues muchos están aquí  
Que se holgaran ser Alios.

(Suena caja y trompeta.)

TARIF.

¿Qué bastarda trompeta  
Y ronca caja temerosa inquieta  
Nuestro ejército altivo y victorioso?

### ESCENA VII.

MUZA, MOROS. — DICHOS.

MUZA.

Aben Tarif.

TARIF.

¡Oh Muza valeroso!

¿Qué es esto?

MUZA.

Que han abierto

La ciudad, y marchando con concierto,  
Una tropa ha salido  
Al son de las trompetas.

TARIF.

A partido

Se quieren dar sin duda;  
Que la desdicha los consejos muda.

MUZA.

Una blanca bandera,  
Que es nube de los vientos lisonjera,  
De paz hizo señal primero al muro,  
Y llegan con la fe deste seguro.

TARIF.

En mi tienda esperemos;  
Y porque iguales hoy no nos miremos,  
Sentémonos los tres, y quitad, ¡hola!  
(A los moros.)  
Las almohadas que sobran. — Bella Lu-  
Ya se va mejorando mi fortuna. [na,

### ESCENA VIII.

GODMAN, SOLDADOS. — DICHOS.

GODMAN.

Aben Tarif dichoso,  
Hermosa Luna, Muza valeroso,  
Salud os den los cielos soberanos.

TARIF.

Salud tengais tambien, godos cristianos.

GODMAN.

De parte de Toledo  
De paz te vengo á hablar.

TARIF.

Atento quedo.

Ya tu voz no hay que espere.

GODMAN.

Si hay, que Toledo, mientras estuviere  
En pié, no puede hablar; porque es de-  
[bido

Honor que mensajeros han tenido:  
Y hoy á mí, por ciudad y mensajero,  
Asiento se me debe lo primero.

TARIF.

Pues aquí no le tienes,  
En pié podrás decir á lo que vienes.

GODMAN.

Si tengo, ¡vive el cielo!

TARIF.

¿Asiento tienes?

GODMAN.

Si.

TARIF.

¿Cuál?

GODMAN.

Este suelo;

Que como esté sentado,  
De ventaja la alfombra del estrado  
Te doy.

TARIF.

Y poco yerra

Esa resolucion, pues á la tierra  
Te arrojas para hablarme;  
Que es decir que ya vienes á adorarne,  
Y confesarte á mi poder rendido;  
Si ya, godo, no ha sido  
Que muerto de temor, viéndome airado,  
De ti mismo cadáver, te has tomado  
En esa tierra dura  
Medida para hacer la sepultura.

GODMAN.

Es verdad, solo eso  
A tu rigor y á mi valor confieso,  
Pues á mi sepultura me he arrojado,  
Diciendo así que moriré de honrado  
Antes que ver mi autoridad perdida;  
Que el honor es otra alma de otra vida.  
Por infinitas leyes  
Tiene Toledo asiento entre los reyes;  
Y yo...

TARIF.

Detente, espera.

¿Tu rey te diera asiento?

GODMAN.

Si le diera.

TARIF.

¡Hola!

LUNA.

No le des muerte.

MUZA.

Modera el rigor fuerte.

TARIF.

¡Hola!

LUNA.

¡Señor!

TARIF.

¿Qué mal habeis juzgado!

(Salen moros.) [do

Traed aquí mas almohadas. En miestra-  
Te asienta, ilustre godo;  
Que si tu mismo Rey te diera asiento,  
Como él bonarte intento,  
Por parecer desde hoy tu Rey en todo;  
Que tu ciudad no ha de perder por mia  
El lustre, honor y gloria que tenia.

LUNA.

Mi sospecha fué mucha.

TARIF.

Siéntate.

GODMAN.

Ya lo estoy.

TARIF.

Prosigue.

GODMAN.

Escucha.

Toledo, ciudad fuerte,  
Atenta á los umbrales de la muerte,

Sus ruinas pretendia;  
Mas viendo que en archivos de la fama  
La desesperacion no es valentía,  
Y una desdicha otra desdicha llama;  
Por esperar constante  
Cuántas han de venir en adelante,  
Sin esconder la cara á la primera  
(Pues rostro á rostro todas las espera),  
Ya, su orgullo rendido,  
Por mí se viene á dar á buen partido,  
Si á guardar te dispones,  
Tarif, deste papel las condiciones.

TARIF.

Ve leyendo, que nada  
Pienso negarte; que por ver postrada  
Esa iusticia esfera,  
Mi muerte, vive Alá, te concediera.

GODMAN.

Piden primeramente,  
Que en su fe han de vivir seguramente.

TARIF.

Prosigue: no te turbes ni alborotes.

GODMAN.

Que han de tener iglesias, sacerdotes,  
Con divinos oficios  
Donde han de celebrar sus sacrificios.

TARIF.

Todo selo concedo. ¿Qué mas quieres?

GODMAN.

Tras la fe va el honor: de sus mujeres  
Nunca se han de apartar, y mano ó labio  
No ha de hacerles jamas en la honra  
[agravio.

TARIF.

Tampoco te lo niego.

GODMAN.

Tras la fe y el honor se sigue luego  
La hacienda.

TARIF.

Sus haberes [quieres?  
Tengan tambien. Cristiano, ¿qué mas  
Pide mas, que eso es poco  
Para darme á Toledo. ¡Ya estoy loco  
De contento! Mezclados  
Los cristianos vivid, nobles y honrados,  
Con árabes, guardando sin ultraje  
La antigüedad de vuestro gran linaje.

GODMAN.

Pues porque al mundo asombre,  
Publicarán su honor con este nombre,  
Mistiárabes, Tarif, que decir quiere  
Mezclados con los árabes.

TARIF.

Y espere

La fama, que han de ser los toledanos  
Nobles, por ser mistiárabes cristianos.

GODMAN.

Deja pues que mi boca  
Bese la tierra que tu planta toca,  
Y, ya por mí postrada,  
La ciudad. A la aurora harás la entrada;  
Que ya la noche baja,  
Envuelta en esa lóbrega mortaja,  
Llorando mi fortuna,  
Y vireina del sol sale luna.

TARIF.

Levántate, cristiano.

GODMAN.

A tus piés puesto,  
Tu mano he de besar.

TARIF.

Pues ¿cómo es esto?  
¿No veniste arrogante?  
¿Cómo vuelves humilde?

GODMAN.

No te espante  
Ver, Tarif, las mudanzas con que vivo,  
Pues vine libre aquí, y vuelvo cautivo.  
(*Vanse Godman y los soldados godos.*)

## ESCENA IX.

TARIF, MUZA, LUNA, ALÍ, MOROS.

LUNA.

Llorando va el cristiano,  
Consuélate, Tarif.

TARIF.

Consuelo vano  
Será cualquiera ahora,  
Que ya él tiene consuelo, pues que llora.  
Y pues que la fortuna determina  
Sacar una victoria de una ruina,  
Gócese el africano  
Del llanto y el dolor del toledano.  
En esas tiendas varias  
Se enciendan repetidas luminarias,  
Llenas de luces bellas,  
Hermosa emulación de las estrellas,  
Tanto, que la humillada  
Toledo, á tantos rayos deslumbrada,  
A cada luz ardiente  
Juzgue cometa vil, fatal serpiente  
Que los vientos describe,  
Donde con fuego su tragedia escribe.  
Trompetas y clarines  
Llenen de dulces ecos los confines  
Adonoe el austro inspira, el noto sopla,  
Y baga espantos la gran Constantinopla.  
Mas ¿para qué prevengo  
Mas fiestas que las mismas que yo tengo?  
Salga mi Luna bella.  
Y no hará falta la mayor estrella:  
Abrase con sus ojos:  
Serán las luminarias sus despojos.  
Hable, y serán sus voces  
Suspension de los céfiros veloces;  
Pues no hay deidad alguna  
Que no se esconda al resplandor de Lu-  
(*Varse.*) [na.

Capilla de la Virgen.

## ESCENA X.

GODMAN, TEODOSIO, IÑIGO, RODRIGO Y TOLEDANOS, uno de ellos  
con una hacha encendida.

GODMAN.

En el horror de la noche,  
Pisando sombras llegué,  
De los tres acompañado,  
Hasta el templo. Entrad en él,  
(*A los que aun están fuera*)

Y con tan grande secreto  
Poned en tierra los piés,  
Que aun el viento no nos sienta,  
Porque noticia no dé  
De que aquí nos escondemos.  
Cerrad las puertas despues,  
Y quedemos aquí solos.

TEODOSIO.

¿Qué es lo que quieres hacer?

GODMAN.

La mas piadosa crueldad,  
Y la piedad mas cruel,  
Que en un católico pecho  
Pudo introducir la fe;  
La mas temeraria accion  
Que me ha dictado la ley  
De cristiano y caballero.  
(*Descubre el altar de Nuestra Señora.*)

Y ántes que sepais lo que es,  
En estas divinas aras  
Juramento habeis de bacer,  
Que en ningun tiempo el secreto  
Deste caso reveleis.

TODOS.

Si juramos.

GODMAN.

Pues ahora

Escuchadme. Ya sabeis,  
Ilustres ducos y amigos,  
Que mañana el moro infiel  
Nos pone soberbiamente  
Sobre la cerviz el pié;  
Ya sabeis, que esta divina  
Patrona quiso tambien,  
Como Madre de la patria,  
Quedarse aquí á padecer  
Nuestras penas y desdichas.  
Yo quiero piadoso pues  
Corresponder á su amparo,  
Agradecido y cortes;  
Porque la que mereció  
Entre sus brazos tener  
Su original, de otros brazos  
No llegue á verse romper.  
Porque ¿qué fuera (¿ay de mí!)  
Ver su rostro hermoso, y fiel  
Retrato de la hermosura,  
De quien fué el cielo pincel,  
Roto, herido? ¿Aquí el dolor  
Me anega, aquí el llanto fué  
Para mi pecho un cuchillo,  
Para mi cuello un cordel!  
Y pues que no ha de salir  
Del templo, amigos, en él  
Escondamos á la Virgen  
Del Sagrario, sin temer,  
Pues juramos el secreto,  
Que el moro llegue á saber  
Jamás el rico tesoro  
De que ya es dueño tambien.  
Esta iglesia tiene un pozo,  
Y un arco labrado en él  
De ladrillo (que ántes de ahora  
Lo previne y registre  
Con cuidado), donde puede  
Ocultarse, y luego bacer  
Que tierra y iosas la boca  
Disimulen, hasta que  
Los cielos, compadecidos  
Beste destierro cruel,  
Rompan la mina del fuego  
Que oculto en su centro ve  
La tierra, nunca mas rica  
Que con tesoros de fe.

TEODOSIO.

Ilustre Godman, ¿aquí  
Qué te podrá responder  
Quién solo en tan justa accion  
Ha sabido obedecer?  
Sube al altar, y descende  
La imagen, pues que ya ves  
Que secreto y prisa importan.

GODMAN.

¿Y quién se podrá atrever  
A poner desvanecido  
Sobre aquella ara los piés?  
A los brazos que en sus brazos  
Han merecido tener  
La Emperatriz de los cielos,  
¿Quién ha de atreverse, quién?

TEODOSIO.

La fe de un godo español.

GODMAN.

Pues atrevase mi fe.  
(*Va subiendo.*)  
Perdonad, Virgen divina,  
Si atrevido y descortés,

Mientras arde, y no se quema,  
Llega á la zarza Moises.  
Dadme licencia que os toque;  
Humano Atlante seré  
De dos cielos, pues llevais  
En los brazos esta vez.  
Vos el uno y yo los dos,  
Porque se mire en los tres,  
Que siendo Madre de Dios,  
De pecadores tambien  
Lo sois. Y si, como Madre  
De Dios, acudis á él  
A sacarle del peligro,  
Y como Madre despues  
De pecadores, dejáis  
Que hoy os libre el que lo es,  
Recibiendo como de hijo  
Este servicio, en que ven  
Los cielos al pecador  
Tan honrado á vuestros piés,  
Que recibis su favor  
(Si bien, indigno esta vez,  
Pues yo os libro á vos, Señora,  
Y vos le librais á él);

(Va bajando la imagen.)

Venid, venid á mis brazos:  
Ved, Virgen hermosa, ved  
Que importa que vais huyendo  
De otro Faraon cruel.  
Otro Nabuco ha venido,  
Divina y hermosa Ester,  
Y hoy á Babilonia vais,  
Cautiva con Israel.  
Pero no, que aun mas rigor  
Hoy habeis de padecer.  
Pues cautiva á un calabozo  
Vais, que es nube y es cancel,  
Que los rayos de la luz  
A la luz no deja ver.  
A un pozo, señora, vais:  
¿Ved, Virgen hermosa, ved  
Qué hospedaje os da la tierra!  
¿Vos empozada, mi bien!  
¿Vos empozada, Señora!  
Mas ¿qué mucho, si tenéis  
En vuestros brazos pendiente  
Al inocente Josef?  
Sepulcro que no tuvisteis  
En vuestro tránsito, ¿es bien  
Que hoy le tengais? ¿Ay de mí!  
Hable con enmudecer  
El alma, porque no puede  
Hablar la lengua mas bien.

TEODOSIO.

A todos vuestros devotos  
Nos dad á besar los piés.

RODRIGO.

Aunque estuviera de mármol  
Fabricado nuestro sér,  
Para imprimirse en el mármol  
El dolor fuera cincel.

IÑIGO.

Y no fuera, Reina hermosa,  
Esta la primera vez;  
Pues en mármol vuestras plantas  
Hacen señales tambien.

TEODOSIO.

Yo os tengo de ir alumbrando.  
Vamos de esta suerte pues,  
Arrastrando por la tierra.

GODMAN.

¿Para cuándo ¡cielo! fué  
Eclipsar de vuestros astros  
Uno y otro rosiel?  
¿Para cuándo, para cuándo  
Es el rasgar y romper  
Con rayos vuestras esferas?  
Enlutad, oscureced



Vuestros orbes cristalinós;  
Atronad, gemid, haced  
Sentimientos. Serafines,  
¿Cómo ahora enmudeceis,  
Que al entierro de la Virgen  
Mas sentimiento no haceis?

*(Van todos con la imágen en procesion,  
y tocan dentro cajas destempladas,  
y despues canta la musica.)*

MÚSICA.

*¡Oh cómo está la ciudad  
Sin consuelo y sin placer!*

*Oh cómo yace postrada  
La altiva Jerusalem;*

GODMAN.

Voces de los cielos son.  
¡Qué justamente, qué bien  
Suena agora Jeremías,  
Llorando á Jerusalem!—  
Esperad, mortales, que esta  
Divina tragedia veis,  
El tiempo en que ha de triunfar  
De Babilonia Israel;  
Que al gran teatro del mundo  
Convida para despues

La fama, donde gloriosa  
El postrer acto ha de ver  
Esta Reina. Pero en tanto  
Lloren los ojos que ven  
Tanta ruina. Dulces voces,  
Llorad cantando otra vez.

*(Vuelven á cantar.)*

MÚSICA.

*¡Oh cómo está la ciudad  
Sin consuelo y sin placer!  
Oh cómo yace postrada  
La altiva Jerusalem!*

## JORNADA TERCERA.

### PERSONAS.

EL REY DON ALFONSO EL VI.  
DON BERNARDO, arzobispo.  
DON NUÑO.  
DON VELA.  
JUAN RUIZ.

DOMINGO, asturiano.  
LA REINA DOÑA CONSTANZA.  
SELIN, moro.  
RAMIRO.  
CUATRO PAJES.

DAMAS.  
MUSICOS.  
ACOMPAÑAMIENTO DEL REY.  
GENTE.

### ESCENA PRIMERA.

*Descúbrese el teatro, que será todo de  
tafetanes; tocan atabalillos y chirri-  
mías, y debajo de un dosel estará  
EL REY DON ALFONSO y LA REI-  
NA DOÑA CONSTANZA, con coronas  
y cetros; á un lado DAMAS, y al otro  
RAMIRO, NUÑO, DON VELA, JUAN  
RUIZ, y detrás de la silla del Rey  
estará DON BERNARDO, arzobispo,  
y á los piés SELIN, moro, con una  
fuente, y en ella unas llaves; ACOM-  
PAÑAMIENTO, GENTE.*

REY.

Vasallos, deudos y amigos,  
Que fuisteis, siempre leales,  
Testigos de tantos males,  
Sed de tanto bien testigos.  
Yo, que ayer fui desterrado  
De mi patria y perseguido,  
Hoy á mirarme he venido  
En la ajena coronado.  
Ayer Don Sancho, mi hermano,  
De Castilla me arrojó;  
Y hoy vengo á adornarme yo  
De su laurel soberano.  
Ayer esta ciudad fuerte  
Fué mi retiro y prision;  
Y hoy á mi coronacion  
Teatro con mejor suerte.  
Ayer partidos pedi  
Para estar en su poder;  
Y hoy vengo yo á conceder  
Los que me piden á mí.  
Ayer taladró mi mano  
El moro con dolor grave;  
Y hoy pone en ella la llave  
De su alcázar toledano.  
Ved en una historia, en una  
Vida, y en sola una accion,  
Lo que han sido y lo que son  
Las cosas de la fortuna.

SELIN.

Rey Alfonso, que Alá guarde,  
Como ha menester Castilla,  
Para que pongas tu silla  
obre la cerviz cobarde  
I africano, y su miedo,

Postre á tu invencible espada  
El Alhambra de Granada  
Como el muro de Toledo,  
Porque riñiéndose todo  
A tu poder soberano,  
Gane un leon asturiano  
Lo que perdió un tigre godo:  
No te quejes de tu suerte,  
Si el moro te taladró  
Pues por él tienes hoy cierto  
Este imperio, si despierto  
Nuestras ruinas escuchaste.  
Ya somos eautivos: poco  
Este imperio nos duró.  
Ayer fue cuando llegó  
Tarif, arrogante y loco  
Aqui; ayer los toledanos,  
Que hoy se aunan á vosotros,  
Vivieron entre nosotros  
Mistiárabes cristianos,  
O mozárabes (que así  
El tiempo, que corrompió  
El lenguaje, los llamó):  
Ayer, en fin, tuvo aqui  
El moro las condiciones  
En su mano; y hoy te pide  
Las mismas, porque así mide  
El cielo nuestras acciones;  
Porque en mi suerte importuna  
Adviertas, y tu blason,  
Lo que ha sido y lo que son  
Las cosas de la fortuna.

REY.

Selin, de los reyes fué  
Ley la palabra; así hoy  
La que á los moros les doy,  
Firmemente cumpliré.  
Así lo juro, y la mano  
Puesta en la espada otra vez,  
Hago al mismo cielo juez  
De que no os seré tirano;  
Porque mi poder no os quita  
Ley ni hacienda, aunque os sujeta;  
Y así para vuestra seta  
Os doy la mejor mezcuita.

SELIN.

¡Vivas mil años!

*(Vase.)*

### ESCENA II.

*Dichos, menos Selin.*

DOÑA CONSTANZA. *(Ap.)*

¡Ay triste!

¡Cuánto siente el corazón  
Oír esta condicion!

DON BERNARDO.

Ya, señor, que conseguiste  
El fin de tan gran victoria,  
Reconozca un rey humano,  
Como príncipe cristiano,  
Que á Dios se debe la gloria;  
Y acude hoy á reparar  
En esta parte la fe.

JUAN.

¡Quién os ha dicho que fué  
Forzoso en este lugar  
Reparar la fe, si es claro  
Que sangre goda le habita,  
Y en ella no necesita  
La fe de ningun reparo?  
Si repararla es llegar  
A aprender, la enseñaré.

DON VELA.

Cuando la pérdida fué  
Deste reino, solia usar  
La Iglesia un rezo, que ya  
Los papas han reformado.  
Los cristianos que han estado  
Mozárabes, claro está  
Que el antiguo habrán tenido  
En su cautiverio; así,  
Que reciban desde aquí  
El nuevo rezo ha querido.

JUAN.

No es bien nuestra sangre pierda  
Divinas ejecutorias,  
Que su honor en las historias  
Inmortaliza y acuerda.  
El asedio de los moros  
Nuestra fe no perturbó,  
Nuestra sangre no manchó.  
No son estos dos tesoros  
Para olvidar; que asturianos...

DON VELA.

¡Qué mozárobe atrevido!

JUAN.

Digan que ellos han venido  
A hacernos buenos cristianos,  
No lo habemos de admitir;  
Porque no digan que fué  
Esto reparar la fe  
En nosotros.

DON VELA.

Ya sufrir

Tus arrogancias no puedo.  
Pues, cuando asturianos vengán  
A repararla, y prevengan  
Enseñársela á Toledo,  
Podrán, pues no se han mezclado  
Con moros. De estar con ellos,  
Servirlos y obedecerlos,  
Algo se os habrá pegado.

JUAN.

No habrá, que Toledo ha sido  
Basílica de la fe:  
Bastante el tiempo no fué  
Para haberla consumido;  
Y el servir son sus hazañas,  
Pues es cierto que Toledo  
No sirviera, si de miedo  
Se hubiera ido á las montañas.

DON VELA.

El montañés nunca sabe  
Qué es miedo, pues que salió  
Dellas, y recuperó  
Con trabajo eterno y grave  
La corona deste imperio.  
¡Ved qué miedo habrá tenido,  
Si á sacaros ha venido  
Hoy de vuestro cautiverio!  
Y si tiene miedo, es llano  
Que vale (decirlo puedo)  
Mas de un montañés el miedo,  
Que el valor de un toledano.

JUAN.

Acertaste por error,  
Pues confiesas y previenes  
Que miedo, asturiano, tienes,  
Y que yo tengo valor.  
Y hablando con el respeto  
Que debe un noble á la ley  
De la presencia de un rey,  
A cualquier montañés refo,  
Que quisiere defender  
Que el mozárabe no ha sido  
Rezo también permitido.  
Sal, si te atreves, á haer  
Batalla: en la vega espero;  
Será la muerte feliz  
Del valiente Juan Ruíz,  
Mozárabe caballero.

(Vase.)

## ESCENA III.

EL REY, DOÑA CONSTANZA. DON  
BERNARDO, DON VELA, RAMIRO,  
NUÑO, DAMAS, MÚSICOS, ACOMPAÑA-  
MIENTO, GENTE.

DON VELA.

Yo...

REY.

Don Vela, bien está:  
Advertid que estoy aquí.

DON VELA.

¡Hemos de dejar que así  
Nuestro honor perezca ya?

REY.

Don Bernardo, de Toledo  
Arzobispo, acudirá  
A vuestro honor; él hará  
Lo que importe; que no puedo  
Quedarme yo á resolver

Cosas que excusadas son,  
Cuando al reino de León  
Con prisa importa volver.

DON VELA. (Ap.)

Mi vida es el honor mío.  
No hay por qué el morir dilate;  
Aunque el Rey despues me mate,  
Tengo de ir al desafío. (Vase.)

## ESCENA IV.

DICHOS, ménos DON VELA.

REY.

En Toledo quedais hoy,  
Reina, mi bien. Yo quisiera  
Que Toledo un mundo fuera;  
Pero todo un reino os doy.  
Mirad en ausencia mía  
Por el montañés y el godo,  
Y, Constanza, sobre todo,  
Por la fe, que es luz y guía  
Del rey; y esto con instancia,  
Como reina que heredó  
El sér de quien se llamó  
Cristianísimo de Francia.  
Y adios.

DOÑA CONSTANZA.

Y él, César gallardo,  
Con bien os vuelva á Toledo.  
(Vanse todos, ménos la Reina y el  
Arzobispo.)

## ESCENA V.

DOÑA CONSTANZA, DON BERNARDO.

DOÑA CONSTANZA.

Ya se fué el Rey, ya bien puedo  
Decir, illustre Bernardo,  
Un deseo que he tenido  
De que se ausente.

DON BERNARDO.

¿Pues vos  
Deseais su ausencia?

DOÑA CONSTANZA.

Dios

Primero que todo ha sido.  
Sabreis, illustre frances,  
Que cuando el Rey aceptó  
Estas condieiones, yo  
Sentí que hubiese interes  
Humano para dejar  
En poder del fiero moro  
El mayor bien y tesoro  
Que pudiera conquistar  
Para alabanza infinita  
Y para infinito honor.

DON BERNARDO.

¿Cuál es?

DOÑA CONSTANZA.

La iglesia mayor,  
Que llaman mayor mezquita.  
En ella un tiempo tuvieron  
Una imágen que adoraban  
Los cristianos, y llamaban  
Del Sagrado: en ella vieron  
Humanos ojos bajar  
Entre nubes y entre velos  
A la Reina de los cielos,  
Y su retrato abrazar.  
Perdiéronle ¡pena grave!  
Con la ciudad ¡qué dolor!  
De manera ¡oh qué rigor!  
Que ya de ella nadie sabe.  
Yo, en venganza y desagravio  
De la Virgen singular,  
Su templo he de restaurar;  
Que es afrenta y es agravio

Que á nuestros ojos este  
En poder del moro el suelo  
Que dió que envidiar al cielo.  
Para engrandecer la fe  
El Rey su poder me dió:  
Así la fe engrandecemos.  
Esta iglesia les quitemos  
A los alarbes.

DON BERNARDO.

(Ap. ¿Quién vió

Igual celo y cristiandad?)  
Ganemos este tesoro  
Los dos, quitemos al moro  
Esta murada ciudad,  
Que es la iglesia. Y pues está  
Los soldados todavía  
Con las armas, Reina mía,  
No hay que esperar. Capitan  
Tengo de ser desta guerra  
Católica.

DOÑA CONSTANZA.

Pues lleguemos.  
Los soldados animemos  
Que ahora Toledo encierra;  
Y pierda el fiero contrario  
La basa de nuestra fe,  
Ganando el templo que fué  
De la Virgen del Sagrado. (Vanse.)

Soto á orillas de un camino.

## ESCENA VI.

JUAN RUIZ, DON VELA.

JUAN.

No hay que pasar adelante;  
Que este oculto sitio umbrroso  
Es, gallardo montañés,  
Para nuestro intento propio.  
Yo te reté, y me ha toreado  
Venir desarmado y solo;  
Mi pecho es este y mi espada:  
De otras armas no me adorno.

DON VELA.

Y esta es mi espada y mi pecho;  
Que aunque retado, no tomo  
Mas ventaja, porque supe  
Que eras noble y valeroso,  
Y habías de salir así.

JUAN.

La obligacion reconozco;  
Pero es fuerza sustentar  
Lo que he dicho.

DON VELA.

Siempre ignoro  
En el campo lo que he dicho;  
Y así con obras respondo.

(Ríen.)

JUAN.

Valiente eres: bien conviene  
Lo entendido y lo brioso.

DON VELA.

Para quien riñe contigo,  
Cualquiera valor es poco.  
¡Ay de mí! (Cae en el suelo.)

JUAN.

En tierra estas: ríndete  
Las armas, ó riguroso  
Verás mi acero teñido  
Desde la punta hasta el pomo.

DON VELA.

El que es noble nunca ríndete  
Las armas. Dame piadoso  
La muerte, y no tan cruel  
La vida.



## ESCENA VII.

EL REY, RAMIRO, NUÑO, ACOMPAÑAMIENTO.—DICHOS.

REY. (*Dentro.*)

A esta parte oigo  
El ruido. Ramiro, Nuño,  
Apeaos, y llegad todos.

JUAN.

Gente siento. Antes que lleguen  
A ser de mi accion estorbo,  
Escoge : dame las armas,  
O morir.

DON VELA.

Morir escojo

(*Vale Juan á herir. — Salen el Rey,  
Ramiro, Nuño y caballeros de acompañamiento.*)

REY.

Espérate, no le mates.

JUAN.

Por tí, señor, le perdono,  
Y por esta accion te pido  
Una merced.

REY.

Yo la otorgo.

JUAN.

Que ilustrando nuestra sangre,  
No nos quites de los godos  
La antigüedad que tenemos,  
Obligando poderoso  
A innovar los sacrificios.  
Tendremos así dichosos  
En la iglesia de Toledo  
Una ejecutoria, honroso  
Solar, por esta victoria  
Adquirido.

REY.

No sé cómo;  
Mas pues que lo prometí,  
Lo he de cumplir, y d'spongo  
Que en la iglesia de Toledo  
Entre sus cultos piadosos,  
De los mozarabes haya  
Una capilla; y la dote  
En rentas de las mejores  
Que tengo en mi patrimonio,  
Para que con ceremonias  
Antiguas, siempre á su modo,  
Viva la memoria eterna  
De los mozarabes godos.—  
Vos, que rendir no quisisteis

(*A Don Vela.*)

Las armas, y tan brioso  
Las defendisteis estando  
En la tierra, donde noto  
Que no fué el caer defecto,  
Honrado estais, y yo tomo  
Sobre mí vuestra opinion.  
Dad los brazos valerosos  
A Juan Blasco Ruiz.

DON VELA.

En ser

Su amigo será dichoso;  
Que conozco su valor,  
Pues por mí mal le conozco.

REY.

Ya sois amigos los dos;  
Y aunque ahora falta mi enojo,  
En albricias del suceso  
Vuestro delito perdono.  
Mozarabes y asturianos  
Con estas paces conformo.  
Volvamos á caminar.

## ESCENA VIII.

SELIN.—DICHOS.

SELIN. (*Dentro.*)

¡Valedme, cielos piadosos!

REY.

¿Qué voz es esta que escucho?

RAMIRO.

En el campo miro solo  
Un alarbe en una yegua  
Acercándose á nosotros.

NUÑO.

Ya se apea, y me parece  
Que, en sangre bañado el rostro,  
Viene, y desnudo el acero.

REY.

¿Qué puede ser?

SELIN. (*Sale, herido.*)

Rey Alfonso,

Sexto en nombre, y en valor  
Primero á tus pies me postro.  
La tierra que pisas beso,  
Y con la sangre que lloro  
La riego; que aunque parece  
Que por heridas la arrojo,  
De envidia de las heridas  
Hoy lloran sangre los ojos.  
No fué en vano detenerte  
En lo oculto deste soto,  
Que mi fortuna lo hizo,  
Rémorra siendo en el golfo  
De mis desdichas, adonde  
Tan grande tormenta corro,  
Que con el mar de mí llanto  
Y el viento de mis sollozos,  
Llorando mares me anego,  
Bebiendo sangre me ahogo.  
Apénas, señor, volviste  
La espalda, apénas el oro  
De tus rayos nos dejó  
A oscuras, ciegos y solos,  
Cuando la Reina tu esposa  
(Perdóname si la nombro  
En ocasion donde es fuerza  
Que incite tu ardiente enojo),  
Constanza pues y Bernardo,  
Vuestro alfaquí, atlante rojo,  
De nuestra mayor mezquita  
Nos despojan rigorosos.  
Fué la causa de sentir  
Tanto este nuevo despojo,  
(Ya no importa publicarlo)  
Que los morábitos doctos  
Nos dicen que allí se encierra  
Un encantado tesoro,  
Y que está cercano el tiempo  
En que le hallareis vosotros.  
Cohtra mí, como su alcaide,  
Amotinados los moros,  
Dijeron que yo había sido  
Quien tirano y alveoso  
Vendió la hacienda y las vidas.  
Rey Alfonso, rey Alfonso,  
Vuelve por tu honor, y mira  
Que quedan diciendo todos  
Que has faltado á tu palabra,  
Dejando orden cauteloso,  
Para que en ausencia tuya  
Nos den mortales asombros.  
Los mozarabes quedaron  
En nuestro poder, los propios  
Conciertos se les hicieron,  
Y vivieron con nosotros  
Sin ofensa y sin agravio;  
Y hoy, tus juramentos rotos,  
Podrán decir que han tenido  
Mas fe y palabra los moros  
Que los cristianos. supuesto

Que ellos no cumplieron todo,  
Y tú no has cumplido nada.  
Hoy á tus plantas me arrojo.  
Justicia, señor, justicia  
Desta afrenta, deste oprobio,  
Deste agravio, desta injuria:  
Vénganos de tí tu propio.

REY.

Selin, á los cielos juro,  
Cuya luz hermosa adoro,  
Y á Dios, que los vive y reina  
Sentado en su eterno solio,  
A la Virgen soberana,  
Su santa Madre, y á todos  
Cuatro evangelios, y en fin,  
Cuanto juré temeroso  
En Santa Gadea, en la jura  
Del ballestón, donde otorgo  
Que no fui parte en la fiera  
Traicion de Vellido Dolfos:  
Que la misma culpa tengo  
En lo uno que en lo otro.  
Y vuelvo á jurar de nuevo  
Estos juramentos propios,  
De vengaros y de hacer,  
Con castigos rigurosos,  
Pública vuestra venganza.  
La Reina, á quien reconozco  
Por alma del alma mía,  
(Tanto la estimo y la adoro)  
Hoy, vive Dios, morirá  
A mis manos. No conozco  
Ya sino solo á mi honor.  
Dadme un caballo vosotros;  
Que no ha de decir el mundo  
Que ha tenido mas fe un moro  
Alarbe en guardar palabras,  
Que un rey cristiano. De enojo  
Voy rabiando, y ¡vive Dios!  
Que hoy tengo de ser asombro  
Del mundo. ¿Traicion en mí?  
Ni un átomo, ni rasgo solo  
Ha de quedar de sospecha.  
Por la boca y por los ojos  
Volcan soy, llamas escupo,  
Hidra soy, veneno arrojo. (*Vause.*)

Patio de la Iglesia Mayor.

## ESCENA IX.

Suenan chirimías, y sale escuchando  
el arzobispo DON BERNARDO, y en  
acabando de tocar, cantan dentro.

MÚSICA.

En el pozo está el tesoro,  
Mas rico que la plata y mas que el oro:  
Bebed, bebed, que nativa  
Está la mina en él del agua viva.

DON BERNARDO.

¡Válgame el cielo! ¿Qué voces  
Tan amorosas y dulces,  
Llenas de un alegre horror,  
Por estos aires discurren?  
Dando estaba al cielo gracias,  
Después que labrado hube  
En esta iglesia el altar,  
Por los favores comunes  
Con que en sagradas victorias  
A la cristiandad acude,  
Cuando en acentos sonoros  
Quieren los cielos que escuche  
Que en el pozo está el tesoro,  
Porque agua viva produce,  
Mas rico que el oro y plata.  
Misterio la letra incluye.—  
¡Hola!

## ESCENA X.

Cuatro PAJES.—DON BERNARDO.

PAJE 1.º

Señor.

PAJE 2.º

¿Qué nos mandas?

DON BERNARDO.

¿Adónde estás, que no acude  
Vuestro descuido á prodigios  
Que yo ignoro, aunque los supe?

PAJE 3.º

Aquí estábamos.

DON BERNARDO.

¡No oísteis  
Alegres voces?

PAJE 4.º

No acuses  
Nuestro descuido, supuesto  
Que ninguno hay que lo escuche.

DON BERNARDO.

Pues yo he visto (no es decir  
Patañas) de las azules  
Esferas bajar estrellas,  
Subir llamas, voces dulces,  
Y en procesion á la Virgen  
En un trono, donde triunfe  
Eternamente. Este sitio,  
Que grave misterio incluye,  
Señalaré. No, no fué  
Ilusion, ni es bien que excuse  
El avisar á la Reina,  
Y que su celo procure  
Averiguar qué misterio  
De aquesta vision se arguye. (Vase.)

## ESCENA XI.

LOS PAJES.

PAJE 1.º

¿Qué es esto que el Arzobispo  
Tiene? Que aunque disimule,  
Da á entender algun cuidado.

PAJE 3.º

Pensiones que siempre acuden  
Al gobierno.

PAJE 2.º

O son vejeces,  
Que ya es tiempo que caduque.

PAJE 4.º

Si os queréis entretener,  
Sabed qué he hallado escondido  
En una parte y dormido  
A aquel montañas que ayer  
En casa se recibió  
Por criado. Ya sabeis  
Que es figura, y que teneis  
Con él gran fiesta. Pues yo,  
Como dormido le vi,  
De un hacha luego tomé  
Pábilo y cera, y formé  
Una vela y la encendí.  
Lleguéme, y sobre un zapato  
Se la pugué. Ya vereis,  
Gastándose, que teneis  
Linda fiesta de aquí á un rato.

PAJE 1.º

¿Y dónde está?

PAJE 4.º

Vesle allí  
Con la candelilla puesta.

4 No están bien aquí colocadas las palabras  
voces dulces, porque rige desde arriba el  
verbo ver.

PAJE 2.º

Burla de pages es esta.

PAJE 4.º

Ya la ha sentido.

## ESCENA XII.

DOMINGO. — LOS PAJES.

DOMINGO.

¡Ay de mí!

Muerto soy!

PAJE 2.º

¿Qué pudo ser?

DOMINGO.

¡Ay, ay!

PAJE 2.º

¿Qué es eso?

PAJE 1.º

¿Qué ha sido?

DOMINGO.

Un gran mal me ha sucedido.

PAJE 4.º

¿No lo podemos saber?

DOMINGO.

¡Ay que me muero! ¡Ay de mí!  
Que un gran mal me sucedió.

PAJE 4.º

Cuéntanos lo que pasó.

DOMINGO.

Sabréis que yo me dormí  
Sobre ese suelo, y estando  
Durmiendo, un áspid llegó,  
Y deste pié me mordió.  
Yo, con el dolor, pensando  
Que era otra cosa...

PAJE 2.º (Ap.)

Muy bien.

DOMINGO.

La mano eché por mi mal,  
Y el áspid...

PAJE 4.º (Ap.)

¿Hay cosa igual?

DOMINGO.

Della me mordió también.  
Mirad la ponzoña aquí,  
Y agujerado el zapato.

PAJE 3.º

¿No es cera esa, mentecato?

PAJE 1.º

Bobos se burlan así. (Le golpean.)

PAJE 2.º

No le dés mas.

PAJE 3.º

No le ultrajes;  
Que es hombre honrado el corito.

DOMINGO.

Señores, ¿por qué delito  
Me habrán echado á mí á pajes,  
Como á otros á galeras?

PAJE 1.º

No le piques.

DOMINGO.

Poco á poco,  
Lampíños; que no soy loco,  
Sino hombre de muchas véras.

PAJE 4.º (Ap. á los otros pajes.)

No hay cosa que sienta mas,

1 Montañas, asturiano.

Que decirle que vendió  
El cogote.

DOMINGO.

¿Qué hago yo,  
Ciclones de Barrabás?  
¿Por qué no quereis dejarme?

PAJE 3.º

Pues diga, y le dejaremos,  
Y muy amigos seremos...

DOMINGO.

Mas ¿qué vienes á engañarme?  
Pero en fin, ¿qué es lo que dices?

PAJE 3.º

¿Cuánto, sin que le alborote,  
Le dieron por el cogote?

DOMINGO.

Cuanto á tí por las narices  
(Ap. ¿Que estos se burlen de mí,  
Y esto solo les desvele!)

PAJE 4.º

¿Mas que sé donde le duele,  
Montañas?

DOMINGO.

¿Adónde?

PAJE 4.º

Aquí. (Picale.)

DOMINGO.

Es verdad, y muy dolido,  
Que era grande el afiligr; (Dales.)  
Pero en llegando á doler,  
El negocio va perdido.  
Descíñhome la pretina,  
Y sacudiendo muy bien,  
¿Que adivino yo también  
Dónde le duele al gallina?  
Paguen así ¡pese á tal!  
Los buenos ratos que tienen.

PAJE 4.º

Mesnémonos, que viene  
La Reina por nuestro mal.

## ESCENA XIII.

DOÑA CONSTANZA, con una azada.  
DON BERNARDO. — Diehos.

DON BERNARDO.

Este es, señora, el lugar  
Que cielo un instante fué,  
Y señalado dejó.

DOÑA CONSTANZA.

Pues aquí se ha de cavar;  
Que no hay duda de que aquí  
Alto misterio se encierra.  
Tesoros guarda la tierra;  
Mas no me mueven á mí.  
El gran tesoro del cielo  
Hallar mi piedad espera,  
Y yo he de ser la primera  
Que cave.

DON BERNARDO.

¿Qué justo celo!

DOÑA CONSTANZA.

Señor, si Elena cavó  
Una Peña por hallar  
El tesoro singular  
De la cruz, merezca yo,  
Aunque reina pecadora,  
Y no, como Elena, santa,  
Halar maravilla tanta  
Como este centro atesora.

(Cava, y levanta una piedra.)

DON BERNARDO.

Una piedra has levantado.



DOÑA CONSTANZA.

Y esta desdobre una boca  
Que á espanto y horror provoca.

DON BERNARDO.

¿Qué ves dentro?

DOÑA CONSTANZA.

Un centro helado.

DON BERNARDO.

Pues yo mas dichoso fui,  
Que veo un gran resplandor.

DOÑA CONSTANZA.

Del cielo es esc favor.

DON BERNARDO.

Escucha.

DOÑA CONSTANZA.

¿Pues cantan?

DON BERNARDO.

Si.

(Cantan dentro.)

MÚSICA.

*En el centro está el tesoro  
Mas rico que la plata y mas que el oro:  
Bebed, bebed, que nativa  
Está la mina en él del agua viva.*

ESCENA XIV.

NUÑO. — DICHOS.

NUÑO.

Hasta llegar á tus piés,  
A morir vine dispuesto,  
Señora.

DOÑA CONSTANZA.

Nuño, ¿qué es esto?

NUÑO.

Mi muerte y la tuya es.  
Sabiendo el Rey mi señor,  
Como á Selin has quitado  
Esta iglesia, y que has quebrado  
De su palabra el valor;  
Indignado contra tí,  
Solemnemente juró  
Que ha de darte muerte; y yo,  
Que su enojo entonces ví,  
En un caballo volé,  
Tan veloz hijo del viento,  
Que del mismo pensamiento  
Concepto le imaginé.  
Siente la queja que del  
Los moros habrán formado.  
Huye, que viene enojado;  
Huye, mira que es cruel.

DOÑA CONSTANZA.

Estoy, Nuño, agradecida  
A tu lealtad; pero no  
A tu consejo; que yo,  
Por interés de la vida,  
No he de huir de la presencia  
Del Rey, mi señor: salir  
Quiero ántes á recibir  
De su enojo la violencia.

DON BERNARDO.

Mira, señora, que haces  
Una gran temeridad.

DOÑA CONSTANZA.

De mi pecho la humildad  
Solo ha de hacer estas paces. (Vase.)

NUÑO.

¡Gran valor!

DON BERNARDO.

¡No le ví igual!

Osada á un altar llegó  
Y del un Cristo tomó,

Y en otra mano un puñal.  
Desta suerte á recibir  
Sale al Rey.

NUÑO.

Si bien supieras

Su enojo, mejor dijeras,  
Señor, que sale á morir.

ESCENA XV.

EL REY, SELIN, JUAN RUIZ, DON  
VELA, RAMIRO, ACOMPAÑAMIENTO,  
PUEBLO.—DON BERNARDO, NUÑO,  
DOMINGO. PAJES; después, DOÑA  
CONSTANZA.

REY.

¡Si á verla en el templo llego,  
En él la he de dar la muerte.

JUAN.

Mira...

DON VELA.

Considera...

JUAN.

Advierte ..

REY.

Todo soy rabia, soy fuego.  
Nadie el llegar me dilate,  
Puesto á mi venganza en medio;  
Que á mi enojo no es remedio,  
Y ¡vive Dios! que la mate.

(Sale la Reina, suelto el cabello, en  
una mano un Cristo, y en la otra  
un puñal.)

DOÑA CONSTANZA.

Apartaos, ninguno trate  
De estorbar ni resistir  
La muerte, que á recibir  
Salgo yo misma al lugar;  
Pues si el Rey me ha de matar,  
Méno's haré yo en morir. —  
Llega pues, ¿qué te detienes? (Al Rey.)  
Prueba en mi pecho el furor.

REY.

¡Válgame Dios, qué favor,  
Mujer, al alma previenes!  
De quién amparada vienes  
Que tu resplandor me ciega?  
Un mar de fuego me anega.  
¡Ay de mí! el valor perdí.  
Muerto he quedado. ¡Ay de mí!

DOÑA CONSTANZA.

Rey, esposo, señor, llega  
A darme muerte sañudo,  
Donde aliento el corazón,  
Que atento siempre á tu accion,  
Te está sirviendo de escudo.  
No dudo, mi bien, no dudo  
Que al mirarme defendida  
Desta cruz, tu brazo impida;  
Mas quise llegar á verte,  
En una mano la muerte,  
Y en otra mano la vida.  
Mátame con este acero,  
Que á tu venganza aperebo;  
Verás que con este vivo

(Con el crucifijo.)

Si ves que con este muero.

(Con el puñal.)

Vida y muerte á un tiempo espero;  
Muerte, á tu poder rendida;  
Vida, de Dios defendida:  
Luego entre estas causas dos,  
Tanto como hay de tí á Dios,  
Hay de mi muerte á mi vida.  
Llega á esa profunda boca,

¡Aunque llegue á verla en el templo. Si,  
por aunque.

Y verás que cuando llegas,  
En ondas de luz te anegas:  
Sus santos umbrales toca,  
Y verás que te provoca  
Un temor que el alma lleva...  
Una voz que dulce eleva,  
—Y permíteme tener  
Vida, hasta llegar á ver  
El prodigio desta cueva.

REY.

Alza del suelo, Constanza,  
Dame mil veces los brazos;  
Que estos amorosos lazos  
Son centro de mi esperanza.

DON BERNARDO. (Ap.)

¡Qué milagrosa mudanza!

REY.

Y humilde á tus piés rendido,  
De mi enojo perdon pido.

DOMINGO. (Ap.)

Este súbito remedio  
Se llamó, ponerse en medio  
La de la paz.

REY.

Ofendido

Vine; pero ya nias quiero  
Tu vida, que honor ni estado. —  
Los moros que se han quejado,  
Selin, contentar espero  
Con mas honras que primero.

DOÑA CONSTANZA.

Ya que tan dichosa fui  
Que tu gracia merecí,  
Lo oculto intenta mirar  
Deste pozo.

REY.

Hay que pensar

Mucho en eso.

DOÑA CONSTANZA.

¿Cómo así?

REY.

Constanza, cuando este moro  
De su agravio se quejó,  
Me dijo que no sintió  
Ver postrado mi decoro,  
Sino perder un tesoro  
Que sabios moros dijeron  
Que aquí estaba, y escribieron  
Que era tesoro encantado;  
Y esta boca que has hallado,  
Y que tus manos abrieron,  
Puede ser que tenga encantos,  
Y que moros hechiceros  
Intenten vengarse fieros.

SELIN.

Pues eso no os cause espantos.  
Y si recelo tencis,  
Porque no penseis de mí  
Que el encanto os advertí  
Para que del os guardéis,  
Os pido que me dejéis,  
Que yo bajaré á la cueva.

REY.

Espera, Selin, y lleva  
Una cuerda, y luz tambien  
Para mirarlo mas bien,  
Y esta maravilla prueba.  
¡Hola! dadle una hacha.

NUÑO.

Aquí

La tiene, que de un altar  
Fácil la pude alcanzar.

DOMINGO.

Cuerda hay tambien.

(Atan la cuerda á Selin.)

SELIN.

Pues así

He de bajar. Advertid :  
A la señal del cordel,  
Tirad todos juntos dél.

JUAN.

Baja, bien seguro vas.

(Van bajando á Selin por el pozo.)

DON VELA

Profundo está.

SELIN. (*Bajando dentro del pozo.*)

Venga mas.

JUAN.

Miedo pone la cruel  
Profundidad.

NUÑO.

¡Qué temor!

SELIN. (*Bajando.*)

Venga mas.

JUAN.

Aun no ha llegado,  
Y la cuerda se ha acabado.

DOMINGO.

Pues aquí está otra mayor

SELIN. (*Bajando.*)

Venga mas.

JUAN.

Nos pone horror  
La voz. ¡Qué lejos se escucha!

SELIN. (*Bajando.*)

Mas.

DON VELA.

La oscuridad es mucha,  
Y la hondura mucho mas.

NUÑO.

Ya llegó al suelo.

SELIN. (*Abajo.*)

No mas.

REY.

¡Qué temor conmigo lucha!

JUAN.

Ya el peso en la tierra estriba,  
Y el hielo, con que bosteza  
Esta rústica tristeza,  
De los sentidos nos priva.—  
Señas hace.

SELIN. (*Abajo.*)

Arriba, arriba.

JUAN.

Arriba, diciendo está.

REY.

Tirad de la cuerda ya,  
Salga ese monstruo á admirarnos.

DOMINGO.

Mejor fuera no cansarnos,  
Sino dejárnosle allá.

(Sacan á Selin enlodado, y trae en las manos una lámina.)

DON VELA.

Ya de la luz llegó al puerto,  
Sin luz, mudo, helado y yerto.

DOÑA CONSTANZA.

De la cueva se retira.

DON VELA.

Absorto á todos nos mira.

DOMINGO.

Silencio, que ya habla un muerto.

SELIN.

Rey Alfonso de Castilla,  
Constanza, que el cielo guarde,  
Porque lises y leones  
En perpetuas amistades,  
Siendo ejemplo á los futuros  
Siglos, este nudo enlacen;  
Bernardo, ilustre frances,  
Patron de la armada nave,  
Que á ser llegues su piloto  
Dentro de Roma triunfante :  
Mozarabes y leoneses,  
Dadme atento oído, dadme  
Silencio para deciros  
El prodigio mas notable,  
Y el mas extraño suceso  
Y la novedad mas grave,  
Que el tiempo, archivo confuso,  
Calificó en sus anales.  
Bajé á ese profundo pozo,  
Que es prision y estrecha cárcel  
De una gallarda mujer,  
Cuyos rayos celestiales,  
Siendo como es centro oscuro,  
Esfera del sol la hacen.  
Hay en sus profundos senos  
Una concavidad grande,  
Cubierta de poca agua;  
Si ya no es que la que nace  
No tiene de Alá licencia  
Para pasar adelante,  
Y como el mar, tiene freno  
De arena que la acobarde.  
En este lóbrego sitio  
Mil caducas ruinas yacen  
De edificios y de nombres;  
Porque entre huesos y jaspes,  
Como en pintados países,  
Se ven confusos celajes  
De las tragedias del tiempo.  
Luego vi un nicho á una parte,  
Fabricado de ladrillo,  
Sin arquitectura, ni arte  
Mejor, que afecto no mas  
De ocultar tesoros grandes.  
Llegué con la luz á él,  
Y bien pudiera excusarme  
De la luz, porque bastaba  
La que los ojos esparcen  
De una divina Señora,  
De aspecto tan venerable,  
De semblante tan severo,  
Y de hermosura tan grave,  
Que lleno de horror, jamas  
Que la miré, el alma sabe  
Si es aquella hieldad misma  
Que miré un minuto ántes :  
Tal mudanza mis sentidos  
Hicieron, que á cada instante,  
O yo olvidé las especies  
Que comprendí, por ser fácil,  
Ó ella mudó (y es mas cierto)  
Beldad, aspecto y semblante.  
Por esta causa no puedo  
Ahora determinarme  
A pintarla; y voz humana,  
Cuando á tanto se levante,  
Será carbon que la borre.  
No matiz que la retrate.  
Pero al fin, lo que en su rostro  
Observé entre dudas tales,  
Es una frente espaciosa,  
Sobre cuyo campo caen  
Rubias trenzas, que el aseo  
Con los dos hombros reparte :  
Cejas dos arcos de amor,  
Ojos serenos y graves;  
Boca risueña y honesta,  
Rubí partido en dos partes;  
El color todo es moreno,  
Y por serlo, mas amable.  
Al lado del corazón

Tiene en el brazo un infante,  
Si no es el corazón mismo,  
Que allí á acompañarla sale;  
Porque ella muestra tenerle  
Dividido en dos mitades.  
Dijera que era su hijo,  
Si no temiera injuriarles;  
Porque aquella honestidad  
Era de Virgen amante;  
Y si es su hijo, él es Dios,  
Porque ella es de Dios la Madre.  
Sentada está en una silla  
De madera, y es su traje  
Extraño y antiguo; yo  
No le vi hasta ahora en nadie :  
Una tunicela blanca,  
Y manto, y todo el ropaje  
Sobre una tela de plata,  
Muy lúcida y muy brillante,  
Hechas algunas labores  
De perlas y de diamantes.  
Las manos son del color  
Del rostro, y el tierno infante,  
Mirando á su Madre, está  
Risueño; que no hay pesares  
Donde se gozan los dos  
Como dos tiernos amantes.  
Quise tocarla, y aquí  
Un miedo el alma combate :  
Perdí la luz, y dos veces  
Quedé ciego en un instante.  
Con el asombro me así  
A ese pedazo de jaspe,  
Y sin saber cómo, llevo  
A besar tus plantas reales,  
Donde es bien que absorto pida  
El bautismo, y que ya ame  
Esta divina Señora,  
Que sin duda es de Dios Madre.

DON BERNARDO.

Muestra esa lámina, á ver.

REY.

Aquí en gótico carácter  
Dice...

DOÑA CONSTANZA.

¡Qué placer espero!

REY.

(Lee.) «Aquesta divina imagen  
Es la Virgen del Sagrario,  
Que hoy en este pozo yace,  
Oculta por los cristianos  
Y huida por los alarbes.  
¡Infelice el que la esconde,  
Y felice el que la halle!»

RAMIRO.

¡Qué dicha!

REY.

¡Qué gran ventura!

NUÑO.

¡Qué placer!

REY.

¡Qué bien tan grande!

DOÑA CONSTANZA.

¡Mira, si no hubiera yo  
Quitado el templo al cobarde  
Moro, el bien de que era dueño!

REY.

No me acuerdes, no me trates  
Accion de mí tan indigna :  
Muy bien bichiste en ganarle.

DON BERNARDO.

Prevéngase la capilla,  
Que mil alabanzas cante,  
Mientras yo saco la Virgen.

REY.

No me estorbeis que yo baje.



DOÑA CONSTANZA.

Excusado es vuestro celo;  
Que sobre las ondas sale  
Ella misma, que han crecido  
Para basas sus cristales.

DON BERNARDO.

Pues procesion se prevenga,  
Y en un altar se consagre,  
Hasta que varon devoto  
Mayor templo la levante.

(*Sube la imagen, tómalala el Arzobispo, arrodillándose todos los demás, y después va en procesion, cantando los músicos, con sobrepellices.*)

DOÑA CONSTANZA.

Yo la llevaré en mis hombros.  
Las voces mis dichas canten.

CANTANTE 1.º

*Salve, Regina.*

TODOS.

Precursora del sol, alba del día.

CANTANTE 2.º

*Mater Misericordiae.*

TODOS.

Estrella de la mar, luz de la noche.

REY.

Alabanzas de Maria  
Merezca el alma escuchar.

DON BERNARDO.

Oye, volved á cantar.

DOÑA CONSTANZA.

¡Qué piacer!

REY.

¡Y qué alegría!

CANTANTE 3.º

*Vita, dulcedo.*

TÓDOS.

Gran torre de David, puerta del cielo.

CANTANTE 4.º

*Spes nostra.*

TODOS.

Cedro, lirio, clavel, cipres y rosa.

(*Prosigue la procesion, y tocan chirimías.*)

DOMINGO.

Y perdonad al poeta,  
Si sus defectos son grandes,  
Y en esta parte la fe  
Y la devocion le salve.





# EL MÉDICO DE SU HONRA.

## PERSONAS.

EL REY DON PEDRO.  
EL INFANTE DON ENRIQUE.  
DON GUTIERRE ALFONSO.  
DON ARIAS.  
DON DIEGO.  
COQUIN, lacayo.

DOÑA MENCIA DE ACUÑA.  
DOÑA LEONOR.  
INES, criada.  
TEODORA, criada.  
JACINTA, esclava herrada.  
LUDOVICO, sangrador.

UN SOLDADO.  
UN VIEJO.  
PRETENDIENTES.  
ACOMPAÑAMIENTO.  
MÚSICA.  
CRIADOS, CRIADAS.

## JORNADA PRIMERA.

Vista exterior de una quinta de Don Gutierre, inmediata á Sevilla.

### ESCENA PRIMERA.

*Suena ruido de caza, y sale cayendo el INFANTE DON ENRIQUE, y algo despues salen DON ARIAS y DON DIEGO, y el último EL REY DON PEDRO.*

DON ENRIQUE.

¡Jesus mil veces! (*Cae sin sentido.*)

DON ARIAS.

¡El cielo

Te valga!

REV.

¿Qué fué?

DON ARIAS.

Cayó

El caballo, y arrojó  
Desde él el Infante al suelo.

REV.

Si las torres de Sevilla  
Saluda de esa manera,  
¡Nunca á Sevilla viniera,  
Nunca dejara á Castilla!—  
¡Enrique, hermano!

DON DIEGO.

¡Señor!

REV.

¿No vuelve?

DON ARIAS.

A un tiempo ha perdido

Pulso, color y sentido.

¿Qué desdicha!

DON DIEGO.

¡Qué dolor!

REV.

Llegad á esa quinta bella  
Que está del camino al paso,  
Don Arias, á ver si acaso,  
Recogido un poco en ella,  
Cobra salud el Infante.  
Todos os quedad aquí,  
Y dadme un caballo á mí,  
Que he de pasar adelante;  
Que aunque este horror y maucilla  
Mi remora pudo ser,  
No me quiero detener  
Hasta llegar á Sevilla.  
Allá llegará la nueva  
Del suceso.

(*Vase.*)

## ESCENA II.

DON ENRIQUE, *desmayado*; DON ARIAS, DON DIEGO.

DON ARIAS.

Esta ocasion

De su fiera condicion

Ha sido bastante prueba.

¿Quién á un hermano dejara,

Tropezando desta suerte

En los brazos de la muerte?

¡Vive Dios!...

DON DIEGO.

Calla, y repara

En que, si oyen las paredes,  
Los troncos, Don Arias, ven,  
Y nada nos está bien.

DON ARIAS.

Tú, Don Diego, llegar puedes

A esa quinta: di que aquí

El Infante mi señor

Cayó. — Pero no; mejor

Será que los dos así

Le llevemos donde pueda

Descausar.

DON DIEGO.

Has dicho bien.

DON ARIAS.

Viva Enrique, y otro bien

La suerte no me conceda.

(*Llevan al Infante.*)

Sala en la quinta de Don Gutierre.

## ESCENA III.

DOÑA MENCIA, JACINTA

DOÑA MENCIA

Desde la torre le vi,

Y aunque quién son no podré

Distinguir, Jacinta, sé

Que una gran desdicha allí

Ha sucedido. Venia

Un bizarro caballero

En un bruto tan ligero,

Que en el viento parecia

Un pájaro que volaba;

Y es razon que lo presumas,

Porque un penacho de plumas

Matices al aire daba.

El campo y el sol en ellas

Compitieron resplandores;

Que el campo le dió sus flores,

Y el sol le dió sus estrellas;

Porque cambiaban de modo,

Y de modo relucian,

Que en todo al sol parecian,

Y á la primavera en todo.

Corrió pues y tropezó

El caballo, de manera

Que lo que ave entónces era,  
Cuando en la tierra cayó  
Fué rosa; y así en rigor  
Imitó su lucimiento  
En sol, cielo, tierra y viento,  
Ave, bruto, estrella y flor.

JACINTA.

¡Ay señora! en casa ha entrado...

DOÑA MENCIA.

¿Quién?

JACINTA.

Un confuso tropel

De gente.

DOÑA MENCIA.

¿Mas que con él

A nuestra quinta han ilegado?

## ESCENA IV.

DON ARIAS y DON DIEGO, *que sacan en brazos al INFANTE, y siéntale en una silla.* — DOÑA MENCIA, JACINTA.

DON DIEGO.

En las casas de los nobles

Tiene tan divino imperio

La sangre del Rey, que ha dado

En la vuestra atrevimiento

Para entrar desta manera.

DOÑA MENCIA. (*Ap.*)

¿Qué es esto que miro, ciclos!

DON DIEGO.

El infante Don Enrique,

Hermano del rey Don Pedro,

A vuestras puertas cayó,

Y llega aquí medio muerto.

DOÑA MENCIA.

¡Válgame Dios, qué desdicha!

DON ARIAS.

Decidnos á qué aposento

Podrá retirarse, en tanto

Que vuelva al primero aliento

Su vida. — Pero ¡qué miro!

¡Señora!

DOÑA MENCIA.

¡Don Arias!

DON ARIAS.

Creo

Que es sueño ó fingido cuanto

Estoy escuchando y viendo.

¿Que el infante Don Enrique,

Mas amante que primero,

Vuelva á Sevilla, y te halle

Con tan infeliz encuentro,

Puede ser verdad?

DOÑA MENCIA.

Si es:

¡Ojalá que fuera sueño!

DON ARIAS.

Pues ¿qué haces aquí?

DOÑA MENCIA.

Despacio  
Lo sabrás; que ahora no es tiempo  
Sino sólo de acudir  
A la vida de tu dueño.

DON ARIAS.

¿Quién le dijera que así  
Llegara á verte!

DOÑA MENCIA.

Silencio,  
Que importa mucho, Don Arias.

DON ARIAS.

¿Por qué?

DOÑA MENCIA.

Va mi honor en ello. —

Entrad en ese retrete,  
Donde está un catre cubierto  
De un cuero turco y de flores;  
Y en él, aunque humilde lecho,  
Podrá descansar. — Jacinta,  
Saca tu ropa al momento,  
Aguas y olores que sean  
Dignos de tan alto empleo.

(Vase Jacinta.)

DON ARIAS.

Los dos, miéntras se adereza,  
Aquí al infante dejemos,  
Y á su remedio acudamos,  
Si hay en desdichas remedio.

(Vause los dos.)

## ESCENA V.

DOÑA MENCIA; DON ENRIQUE, sin conocimiento, en una silla.

DOÑA MENCIA.

¿Se fuéron; ya he quedado  
Sola. ¡Oh! quién pudiera, cielos,  
Con licencia de su honor  
Hacer aquí sentimientos!  
¿Oh! quién pudiera dar voces,  
Y romper con el silencio  
Cárceles de nieve, donde  
Está aprisionado el fuego,  
Que ya, resuelto en cenizas,  
Es ruina que está diciendo:  
«¡Aquí fué amor!» — Mas ¿qué digo?  
¿Qué es esto, cielos, qué es esto?  
Yo soy quien soy. Vuelva el aire  
Los repetidos acentos  
Que llevé; porque aun perdidos,  
No es bien que publiquen ellos  
Lo que yo debo callar;  
Porque ya, con mas acuerdo,  
Ni para sentir soy mía;  
Y solamente me huelgo  
De tener hoy que sentir,  
Por tener en mis deseos  
Que vencer; pues no hay virtud  
Sin experiencia. Perfecto  
Está el oro en el crisol,  
El iman en el acero,  
El diamante en el diamante,  
Los metales en el fuego;  
Y así mi honor en sí mismo  
Se acrisola, cuando llevo  
A vencerme; pues no fuera  
Sin experiencias perfecto.  
¡Piedad, divinos cielos!  
¡Viva callando, pues callando muero!  
¡Enrique! Señor!

DON ENRIQUE. (Volviendo en sí.)

¿Quién llama?

DOÑA MENCIA.

Albricias...

DON ENRIQUE.

¿Válgame el cielo!

DOÑA MENCIA.

Que vive tu Alteza.

DON ENRIQUE.

¿Dónde

Estoy?

DOÑA MENCIA.

En parte, á lo ménos,  
Donde de vuestra salud  
Hay quien se huelgue.

DON ENRIQUE.

Lo creo,

Si esta dicha, por ser mía,  
No se deshace en el viento;  
Pues consultando conmigo  
Estoy, si despierto sueño,  
O si dormido discurro,  
Pues á un tiempo duermo y velo.  
¿Pero para qué averiguo,  
Poniendo á mayores riesgos  
La verdad? Nunca despierte,  
Si es verdad que ahora duermo;  
Y nunca duerma en mi vida,  
Si es verdad que estoy despierto.

DOÑA MENCIA.

Vuestra Alteza, gran señor,  
Trate, prevenido y cuerdo,  
De su salud, cuya vida  
Dilate siglos eternos,  
Fénix de su misma fama,  
Imitando al que en el fuego  
Ave, llama, ascua y gusano,  
Urna, pira, voz é incendio,  
Nace, vive, dura y muere,  
Hijo y padre de sí mismo;  
Que despues sabrá de mí  
Dónde está.

DON ENRIQUE.

No lo deseo;

Que si estoy vivo y te miro,  
Ya mayor dicha no espero;  
Ni mayor dicha tampoco,  
Si te miro estando muerto;  
Pues es fuerza que sea gloria  
Donde vive ángel tan bello.  
Y así no quiero saber  
Qué acaso ni qué sucesos  
Aquí mi vida guiaron,  
Ni aquí la tuya trajeron;  
Pues con saber que estoy donde  
Estás tú, vivo contento;  
Y así ni tú que decirme,  
Ni yo que escucharte tengo.

DOÑA MENCIA.

(Ap. Presto de tantos favores  
Será desengaño el tiempo.)  
Dígame ahora, ¿cómo está  
Vuestra Alteza?

DON ENRIQUE.

Estoy tan bueno,

Que nunca estuve mejor;  
Solo en esta pierna siento  
Un dolor.

DOÑA MENCIA.

Fué gran caída;

Pero en descansando, pienso  
Que cobraréis la salud;  
Y ya os están previniendo  
Cama donde descanséis.  
Que me perdoneis, os ruego,  
La humildad de la posada;  
Aunque disculpada quedo...

DON ENRIQUE.

Muy como señora habéis,  
Mencia. ¿Sois vos el dueño  
De esta casa?

DOÑA MENCIA.

No, señor;

Pero de quien lo es, sospecho  
Que lo soy.

DON ENRIQUE.

¿Y quién lo es?

DOÑA MENCIA.

Un ilustre caballero,  
Gutierre Alfonso Solís,  
Mi esposo y esclavo vuestro.

DON ENRIQUE.

¡Vuestro esposo! (Levantase.)

DOÑA MENCIA.

Sí, señor.

No os levanteis, deteneos;  
Ved que no podeis estar  
En pié.

DON ENRIQUE.

Si puedo, si puedo.

## ESCENA VI.

DON ARIAS, DON DIEGO.—Dichos.

DON ARIAS.

Dame, gran señor, las plantas  
Que mil veces toco y beso,  
Agradecido á la dicha  
Que en tu salud nos ha vuelto  
La vida á todos.

DON DIEGO.

Ya puede

Vuestra Alteza á este aposento  
Retirarse, donde está  
Prevenido todo aquello  
Que pndo en la fantasía  
Bosquejar el pensamiento.

DON ENRIQUE.

Don Arias, dadme un caballo,  
Dadme un caballo, Don Diego.  
Salgamos presto de aquí.

DON ARIAS.

¿Qué decis?

DON ENRIQUE.

Que me deis presto

Un caballo.

DON DIEGO.

Pues, señor...

DON ARIAS.

Mira...

DON ENRIQUE.

Estáse Troya ardiendo,  
Y enéas de mis sentidos,  
He de librarlos del fuego.

(Vase Don Diego.)

## ESCENA VII.

DON ENRIQUE, DOÑA MENCIA,  
DON ARIAS.

DON ENRIQUE.

¡Ay, Don Arias, la caída  
No fué acaso, sino agüero  
De mi muerte! Y con razon,  
Pues fué divino decreto  
Que viniese á morir yo,  
Con tan justo sentimiento,  
Donde tú estabas casada,  
Porque nos dicen á un tiempo  
Pésames y parabienes  
De tu boda y de mi entierro.  
De verse el bruto á tu sombra,  
Pensé que altivo y soberbio  
Engendró con osadía  
Bizartos atrevimientos,  
Cuando presumiendo de ave,



Con reflnchos cuerpo á cuerpo  
Desafiaba los rayos,  
Despues que venció los vientos.  
Y no fué, sino que al ver  
Tu casa, montes de celos  
Se le pusieron delante  
Porque tropezase en ellos;  
Que aun un bruto se desboca  
Con celos; y no hay tan diestro  
Ginete, que allí no pierda  
Los estribos al correrlos.  
Milagro de tu hermosura  
Presumí el feliz suceso  
De mi vida; pero ya,  
Mas desengañado, pienso  
Que no fué sino venganza  
De mi muerte, pues es cierto  
Que muero, y que no hay milagros  
Que se examinen muriendo.

DOÑA MENCIA.

Quien oyere á vuestra Alteza  
Quejas, agravios, desprecios,  
Podrá formar de mi honor  
Presunciones y conceptos  
Indignos dél. Y yo ahora,  
Por si acaso llevó el viento  
Cabal alguna razon,  
Sin que en partidos acentos  
La troncase, responder  
A tantos agravios quiero,  
Porque donde fueron quejas,  
Vayan con el mismo aliento  
Desengaños. Vuestra Alteza,  
Liberal de sus deseos,  
Generoso de sus gustos,  
Pródigo de sus afectos,  
Puso los ojos en mí:  
Es verdad, yo lo confieso.  
Bien sabe, de tantos años  
De experiencias, el respeto  
Con que constante mi honor  
Fué una montaña de hielo,  
Conquistada de las flores,  
Escuadrones que arma el tiempo.  
Si me casé, ¿de qué engaño  
Se queja, siendo sugeto  
Imposible á sus pasiones,  
Reservado á sus intentos,  
Pues soy para dama mas,  
Lo que para esposa ménos?  
Y así, en esta parte ya  
Disculpada, en la que tengo  
De mujer, á vuestros piés  
Humilde, señor, os ruego  
No os ausenteis desta casa,  
Poniendo á tan claro riesgo  
La salud.

DON ENRIQUE.

¿Cuánto mayor  
En esta casa le tengo?

## ESCENA VIII.

DON GUTIERRE, COQUIN. -- DICHOS.

DON GUTIERRE.

Déme los piés vuestra Alteza,  
Si puedo de tanto sol  
Tocar joh rayo español!  
La majestad y grandeza.  
Con alegría y tristeza  
Hoy á vuestras plantas llevo,  
Y mi aliento, lince y ciego,  
Entre asombros y desmayos,  
Es águila á tantos rayos,  
Mariposa á tanto fuego.  
Tristeza de la caída  
Que puso con triste efeto  
A Castilla en tanto aprieto,  
Y alegría de la vida  
Que vuelve restituida

A su pompa, á su belleza,  
Cuando en gusto vuestra Alteza  
Trucca ya la pena mía:  
¿Quién vió triste la alegría?  
¿Quién vió alegre la tristeza?  
Honrad por tan breve espacio  
Esta esfera, aunque pequeña;  
Porque el sol no se desdena,  
Despues que ilustró un palacio,  
De iluminar el topacio  
De algun pajizo arrebol.  
Y pues sois rayo español,  
Descansad aquí; que es ley  
Hacer el palacio el rey  
Tambien, si hace esfera el sol.

DON ENRIQUE.

El gusto y pesar estimo  
Del modo que le sentis,  
Gutierre Alfonso Solis;  
Y así en el alma le imprimo,  
Donde á tenerle me animo  
Guardado.

DON GUTIERRE.

Sabe tu Alteza

Honrar.

DON ENRIQUE.

Y aunque la grandeza  
Desta casa fuera aquí  
Grande esfera para mí,  
Pues lo fué de una belleza;  
No me puedo detener;  
Que pienso que esta caída  
Ha de costarme la vida;  
Y no solo por caer,  
Sino tambien por hacer  
Que no pasase adelante  
Mi intento... Y es importante  
Irme; que hasta un desengaño  
Cada minuto es un año,  
Es un siglo cada instante.

DON GUTIERRE.

Señor, ¿vuestra Alteza tiene  
Causa tal, que su inquietud  
Aventure la salud  
De una vida que previene  
Tantos aplausos?

DON ENRIQUE.

Conviene

Llegar á Sevilla hoy.

DON GUTIERRE.

Necio en apurar estoy  
Vuestro intento; pero creo  
Que mi lealtad y deseo...

DON ENRIQUE.

Y si yo la causa os doy,  
¿Qué diréis?

DON GUTIERRE.

Yo no os la pido;

Que á vos, señor, no es bien hecho  
Examinaros el pecho.

DON ENRIQUE.

Pues escuchad. Yo he tenido  
Un amigo tal, que ha sido  
Otro yo.

DON GUTIERRE.

Dichoso fué.

DON ENRIQUE.

A este en ausencia fié  
El alma, la vida, el gusto  
En una mujer. ¿Fué justo  
Que atropellando la fe  
Que debió al respeto mio,  
Faltase en ausencia?

DON GUTIERRE.

No.

DON ENRIQUE.

Pues á otro dueño le dió  
Llaves de aquel albedrio:  
Al pecho que yo le fió,  
Introdujo otro señor:  
Otro goza su favor:  
¿Podrá un hombre enamorado  
Sosegar con tal cuidado,  
Descansar con tal dolor?

DON GUTIERRE.

No, señor.

DON ENRIQUE.

Cuando los cielos

Tanto me fatigan hoy,  
Que en cualquier parte que estoy,  
Estoy mirando mis celos,  
Tan presentes mis desvelos  
Están delante de mí,  
Que aquí los miro, y así  
De aquí ausentarme deseo;  
Que aunque van conmigo, creo  
Que se han de quedar aquí.

DOÑA MENCIA.

Dicen que el primer consejo  
Ha de ser de la mujer;  
Y así, señor, quiero ser  
(Perdonad si os aconsejo)  
Quien os dé consuelo. Dejo  
Aparte celos, y digo  
Que aguardéis á vuestro amigo  
Hasta ver si se disculpa;  
Que hay calidades de culpa  
Que no merecen castigo.  
No os despené vuestro brio:  
Mirad, aunque esteis celoso,  
Que ninguno es poderoso  
En el ajeno albedrio.  
Cuanto al amigo, confío  
Que os he respondido ya;  
Cuanto á la dama, quizá  
Fuerza, y no mudanza fué:  
Oídla vos, que yo sé  
Que ella se disculpará.

DON ENRIQUE.

No es posible.

## ESCENA IX.

DON DIEGO. -- DICHOS.

DON DIEGO.

Ya está allí

El caballo apercebido.

DON GUTIERRE.

Si es del que hoy habéis caído,  
No subáis en él, y aquí  
Recibid, señor, de mí  
Una pia hermosa y hella,  
A quien una palma sella,  
Signo que vuestra la hace;  
Que tambien un bruto nace  
Con mala ó con buena estrella.  
Es este prodigio pues  
Proporcionado y bien hecho,  
Dilatado de anca y pecho,  
De cabeza y cuello es  
Corto, de brazos y piés  
Fuerte, á uno y otro elemento  
Les da en sí lugar y asiento,  
Siendo el bruto de la palma  
Tierra el cuerpo, fuego el alma,  
Mar la espuma, y todo viento.

DON ENRIQUE.

El alma aquí no podría  
Distinguir lo que procura,  
La pia de la pintura,  
O por mejor bizarria,  
La pintura de la pia.

COQUIN.

Aquí entro yo. A mí me le  
Vuestra Alteza mano ó pié,  
Lo que está (que esto es mas llano)  
Ó mas á pié ó mas á mano.

DON GUTIERRE.

Aparta, necio.

DON ENRIQUE.

¿Por qué?

Dejadle, su humor le abona.

COQUIN.

En hablando de la pia,  
Entra la persona mia,  
Que es su segunda persona.

DON ENRIQUE.

Pues ¿quién sois?

COQUIN.

¿No lo pregona

Mi estilo? Yo soy, en fin,  
Coquin, hijo de Coquin,  
De aquesta casa escudero,  
De la pia dispensero,  
Pues la siso al celemin  
La mitad de la comida:  
Y eu efecto, señor, hoy,  
Por ser vuestro día, os doy  
Nerabuena muy cumplida.

DON ENRIQUE.

¿M' día?

COQUIN.

Es cosa sabida.

DON ENRIQUE.

Su día llama uno aquel  
Que es á sus gustos fiel;  
Si lo fué á la pena mia,  
¿Cómo pudo ser mi día?

COQUIN.

Cayendo, señor, en él;  
Y para que se publique  
En cuantos lunarios hay,  
Desde hoy diré: »A tantos cay  
»San Infante Don Enrique.»

DON GUTIERRE.

Tu Alteza, señor, aplique  
La espuela al ijar; que el día  
Ya en la tumba helada y fria,  
Huésped del undoso dios,  
Hace noche.

DON ENRIQUE.

Guárdeos Dios,

Hermosísima Mencía.  
Y porque veais que estimo  
El consejo, buscaré  
A esta dama, y della oiré  
La disculpa. (Ap. Mal reprimo  
El dolor, cuando me animo  
A no decir lo que callo.  
Lo que en este lance hallo,  
Ganar y perder se llama;  
Pues él me ganó la dama,  
Y yo le gané el caballo.)

(Vase el Infante, Don Arias, Don  
Diego y Coquin.)

## ESCENA X.

DON GUTIERRE, DOÑA MENCIA.

DON GUTIERRE.

Bellísimo dueño mio,  
Ya que vive tan unida  
A dos almas una vida,  
Dos vidas á un albedrío,  
De tu amor y ingenio fio  
Hoy, que licencia me des

Para ir á besar los piés  
Al Rey mi señor, que viene  
De Castilla; y le conviene  
A quien caballero es,  
Irle á dar la bienvenida.  
Y fuera desto, ir sirviendo  
Al infante Enrique, entiendo  
Que es acción justa y debida,  
Ya que debí á su caída  
El honor que hoy ha ganado  
Nuestra casa.

DOÑA MENCIA.

¿Qué cuidado

Mas te lleva á darme enojos?

DON GUTIERRE.

No otra cosa, ¡por tus ojos!

DOÑA MENCIA.

¿Quién duda que haya causado  
Agun deseo Leonor?

DON GUTIERRE.

¿Eso dices? No la nombres.

DOÑA MENCIA.

¡Oh qué tales sois los hombres!  
¡Hoy olvido, ayer amor,  
Ayer gusto, y hoy rigor!

DON GUTIERRE.

Ayer, como al sol no vía,  
Hermosa me parecia  
La luna; mas hoy, que adoro  
Al sol, ni dudo ni ignoro  
Lo que hay de la noche al día.  
Escúchame un argumento.  
Una llama en noche oscura  
Arde hermosa, luce pura,  
Cuyos rayos, cuyo aliento  
Dulce ilumina del viento  
La esfera; sale el farol  
Del cielo, y á su arrebol  
Todo á sombra se reduce,  
Ni arde, ni alumbra, ni luce;  
Que es mar de rayos el sol.  
Aplicolo ahora: yo aníaba  
Una luz, cuyo esplendor  
Vivió planeta mayor,  
Que sus rayos sepultaba:  
Una llama me alumbraba;  
Pero era una llama aquella,  
Que eclipsas divina y bella,  
Siendo de luces crisol;  
Porque hasta que sale el sol,  
Parece hermosa una estrella.

DOÑA MENCIA.

¿Qué lisonjero os escucho!  
Muy metafísico estáis.

DON GUTIERRE.

En fin, ¿licencia me dais?

DOÑA MENCIA.

Pienso que la deseais mucho,  
Por eso cobarde luchó  
Conmigo.

DON GUTIERRE.

¿Puede en los dos

Haber engaño, si en vos  
Quedo yo, y vos vais en mí?

DOÑA MENCIA.

Pues como os quedeis aquí,  
Adios, Don Gutierre.

DON GUTIERRE.

Adios. (Vase.)

## ESCENA XI.

JACINTA — DOÑA MENCIA.

JACINTA.

Triste, señora, has quedado.

DOÑA MENCIA.

Si, Jacinta, y con razón.

JACINTA.

No sé qué nueva ocasion  
Te ha suspendido y turbado,  
Que una inquietud, un cuidado  
Te ha divertido.

DOÑA MENCIA.

Es así.

JACINTA.

Bien puedes fiar de mí.

DOÑA MENCIA.

¿Quieres ver si de tí fio  
Mi vida y el honor mio?  
Pues escucha atenta.

JACINTA.

Di.

DOÑA MENCIA.

Nací en Sevilla, y en ella  
Me vió Enrique, festejó  
Mis desdenes, celebró  
Mi nombre... ¡felicé estrella!  
Fuése, y mi padre atropella  
La libertad que hubo en mí:  
La mano á Gutierre di,  
Volvió Enrique, y en rigor,  
Tuve amor, y tengo honor.  
Esto es cuanto sé de mí. (Vase.)

Sala en el alcázar de Sevilla.

## ESCENA XII.

DOÑA LEONOR é INES, con mantos

INES,

Ya sale para eñtrar en la capilla:  
Aquí le espera, y á sus piés te humilla

DOÑA LEONOR.

Lograré mi esperanza,  
Si recibe mi agravio la venganza.

## ESCENA XIII.

EL REY, CRIADOS, UN SOLDADO, UN VIEJO, PRETENDIENTES. — DICHAS.

Voces. (Dentro.)

¡Plaza!

PRETENDIENTE 1.º

Tu Majestad aqueste lea.

REY.

Yo le haré ver.

PRETENDIENTE 2.º

Tu Alteza, señor, vea

Este.

REY.

Está bien.

PRETENDIENTE 2.º (Ap.)

Pocas palabras gasta.

PRETENDIENTE 3.º

Yo soy...

REY.

El memorial solo me basta.

UN SOLDADO. (Ap.)

¡Turbado estoy! Mal el temor resisto.

REY.

¿De qué os turbáis?



SOLDADO.

¿No basta haberos visto?

REY.

Sí basta. ¿Qué pedís?

SOLDADO.

Yo soy soldado.

Una ventaja.

REY.

Poco habéis pedido

Para haberos turbado.

Una gineta os doy.

SOLDADO.

¿Felice he sido!

UN VIEJO.

Un pobre viejo soy, limosna os pido.

REY.

Tomad este diamante.

VIEJO.

¿Para mí os le quitáis?

REY.

Y no os espante;

Que, para darle de una vez, quisiera,  
Solo un diamante todo el mundo fuera.

DOÑA LEONOR.

Señor, á vuestras plantas

Mis piés turbados llegan.

De parte de mi honor vengo á pedirlos

Con voces que se anegan en suspiros,

Con suspiros que en lágrimas se anegan,

Justicia: para vos y Dios apelo.

REY.

Sosegaos, señora, alzad del suelo.

DOÑA LEONOR. *(Levántase.)*

Yo soy...

REY.

No prosigais de esa manera.

Salios todos afuera.

*(Vanse todos menos la dama.)*

## ESCENA XIV.

EL REY, DOÑA LEONOR.

REY.

Hablad ahora, porque si venisteis

De parte del honor, como dijisteis,

Indigna cosa fuera

Que en público el honor sus quejas diera,

Y que á tan bella cara

Vergüenza la justicia le costara.

DOÑA LEONOR.

Pedro, á quien llama el mundo Justicia-

Planeta soberano de Castilla. [ro,

A cuya luz se alumbra este hemisfero,

Júpiter español, cuya cuchilla

Rayos esgrime de templado acero,

Cuando blandida al aire alumbra y brilla,

Sangriento giro, que entre nubes de oro

Corta los cuellos de uno y otro moro:

Yo soy Leonor, á quien Andalucía

Llama (lisonja fué) Leonor la bella;

No porque fuese la hermosura mia

Quien el nombre adquirió, sino la estre-

Que quien decia bella, ya decia [lla;

Infelice; que el nombre incluye y sella

A la sombra no mas de la hermosura

Poca dicha, señor, poca ventura.

Puso los ojos, para darme enojos,

Un caballero en mí, que ¡ojalá fuera

Basilisco de amor á mis despojos,

Aspid de celos á mi primavera!

Luego el deseo sucedió á los ojos,

El amor al deseo, y de manera

Mi calle festejó, que en ella via

Morir la noche y espirar el día.

¿Con qué razones, gran señor, herida  
La voz, diré que á tanto amor postrada,  
Aunque el desden me publicó ofendida,  
La voluntad me confesó obligada?  
De obligada pasé á agradecida,  
Luego de agradecida á apasionada;  
Que en la universidad de enamorados  
Dignidades de amor se dan por grados.  
Poca centella incita mucho fuego,  
Poca viento movió mucha tormenta,  
Poca nube al principio arroja luego  
Mucho diluvio, poca luz alienta  
Mucho rayo despues, poco amor ciego  
Descubre mucho engaño; y así intenta,  
Siendo centella, viento, nube, ensayo.  
Ser tormenta, diluvio, incendio y rayo  
Dióme palabra que sería mi esposo;  
Que ese de las mujeres es el cebo  
Con que engaña al honor el cauteloso  
Pescador, cuya pasta es el Erebo,  
Que aduerme los sentidos temeroso.  
El labio aquí fallece, y no me atrevo  
A decir que mintió. No es maravilla.  
¿Qué palabra se dió para cumplilla?  
Con esta libertad entró en mi casa;  
Si bien siempre el honor fué reservado,  
Porque yo, liberal de amor, y escasa  
De honor, me atuve siempre á este sa-  
Mas la publicidad á tanto pasa, [grado  
Y tanto esta opinión se ha dilatado,  
Que en secreto quisiera mas perderla,  
Que con público escándalo tenerla.  
Pedi justicia; pero soy muy pobre:  
Quejéme dél; pero es muy poderoso:  
Y ya que es imposible que yo cobre,  
Pues se casó, mi honor, Pedro famoso,  
Si sobre tu piedad divina, sobre  
Tu justicia me admites generoso,  
Que me sustente en un convento pido.  
Gutierre Alfonso de Solís ha sido.

REY.

Señora, vuestros enojos  
Siento con razon, por ser  
Un Atlante, en quien descansa  
Todo el peso de la ley.  
Si Gutierre está casado,  
No podrá satisfacer,  
Como decis, por entero  
Vuestro honor; pero yo haré  
Justicia como convenga  
En esta parte; si bien  
No os debe restituir  
Honor que vos os teneis.  
Oigamos á la otra parte  
Disculpas suyas; que es bien  
Guardar el segundo oído  
Para quien llegue despues;  
Y fiad, Leonor, de mí,  
Que vuestra causa veré  
De suerte, que no os obligue  
A que digais otra vez  
Que sois pobre, él poderoso,  
Siendo yo en Castilla rey.  
Mas Gutierre viene allí.  
Podrá, si conmigo os ve,  
Conocer que me informasteis  
Primero. Aque se cancel  
Os encubra: aquí aguardad,  
Hasta que salgais despues.

DOÑA LEONOR.

En todo he de obedeceros.

*(Escóndese.)*

## ESCENA XV.

COQUIN. — EL REY.

COQUIN. *(Para sí)*

De sala en sala, par diez,  
A la sombra de mi amo.  
Que allí se quedó, llegué

Hasta aquí. ¡El cielo me valga!  
Vive Dios, que está aquí el Rey!  
El me ha visto, y se mesura.  
Plegue al cielo, que no este  
Muy alto a questo balcon,  
Por si me arroja por él.

REY.

¿Quién sois?

COQUIN.

¿Yo, señor?

REY.

Vos.

COQUIN.

Yo

*(Válgame el cielo!)* soy quien  
Vuestra Majestad quisiere,  
Sin quitar y sin poner;  
Porque un hombre muy discreto  
Me dió por consejo ayer,  
No fuese quien en mi vida  
Vos no quisieseis; y fué  
De manera la lición,  
Que ántes, ahora y despues,  
Quien vos quisiéredes solo  
Ful, quien gustareis seré,  
Quien os place soy; y en esto,  
¡Mirad con quién y sin quien!  
Y así, con vuestra licencia,  
Por donde vine me irá  
Hoy con mis piés de compas,  
Si no con compas de piés.

REY.

Aunque me habeis respondido  
Cuanto pudièra saber,  
Quién sois os he preguntado.

COQUIN.

Y yo os hubiera tambien,  
Al tenor de la pregunta  
Respondido, á no temer  
Que en diciéndós quien soy, luego  
Por un balcon me arrojeis,  
Por haberme entrado aquí  
Tan sin qué ni para qué,  
Teniendo un oficio yo  
Que vos no habeis menester.

REY.

¿Qué oficio teneis?

COQUIN.

Yo soy

Cierto correo de á pié.  
Portador de todas nuevas,  
Huron de todo interés,  
Sin que se me haya escapado  
Señor profeso ó novel;  
Y del que me ha dado mas,  
Digo mas, digo mas bien.  
Todas las casas son mias.  
Y aunque lo son, esta vez  
La de bon Gutierre Alfonso  
Es mi accesorio, en quien fué  
Mi pasto meridiano  
Un andaluz cordobes.  
Soy cofrade del contento;  
El pesar no sé quien es,  
Ni aun para servirle. En lin,  
Soy, aquí donde me veis,  
Mayordomo de la risa,  
Gentilhombre del placer  
Y camarero del gusto.  
Pues que me visto con él.  
Y por ser esto, he temido  
El darne aquí á conocer;  
Porque un Rey que no se rie,  
Temo que me libre cien  
Esportillas batanadas,  
Con pespunte al enves,  
Por vagamundo.

REY.

¿En fin, sois  
Hombre que á cargo teneis  
La risa?

COQUIN.

Sí, mi señor;  
Y porque lo echéis de ver,  
Esto es jugar de gracioso  
En palacio. (Cúbrese.)

REY.

Está muy bien;  
Y pues sé quien sois, hagamos  
Los dos un concierto.

COQUIN.

¿Y es?

REY.

¿Hacer reir profesais?

COQUIN.

Es verdad.

REY.

Pues cada vez  
Que me hiciéredes reir,  
Cien escudos os daré;  
Y si no me hubiéreis hecho  
Reir en término de un mes,  
Os han de sacar los dientes.

COQUIN.

Testigo falso me haceis,  
Y es ilícito contrato  
De enorme lesión.

REY.

¿Por qué?

COQUIN.

Porque quedaré lisiado  
Si le acepto, ¿no se ve?  
Dicen, cuando uno se rie,  
Que enseña los dientes; pues  
Enseñarlos yo llorando,  
Será reirme al reves.  
Dicen que sois tan severo,  
Que á todos dientes haceis;  
¿Qué os lico yo, que á mí solo  
Desahacérmelos quereis?  
Pero vengo en el partido;  
Que porque ahora me dejeis  
Ir libre, no lo rehuso;  
Pues por lo ménos un mes  
Me hallo aquí, como en la calle,  
De vida; y al cabo dél,  
No es mucho que tome postas  
En mi boca la vejez.  
Y así voy á examinarme  
De cosquillas. Voto á diez,  
Que os habeis de reir. Adios.  
Y veámonos despues. (Vase.)

### ESCENA XVI.

DON ENRIQUE, DON GUTIERRE, DON  
DIEGO, DON ARIAS, GRIADOS.—EL  
REY.

DON ENRIQUE.

Déme vuestra Majestad  
La mano.

REY.

Vengais con bien,  
Enrique. ¿Cómo os sentis?

DON ENRIQUE.

Más, señor, el susto fué  
Que el golpe: estoy bueno.

DON GUTIERRE.

A mí

Vuestra Majestad me dé  
La mano, si mi humildad  
Merece tan alto bien,

Porque el suelo que pisais,  
Es soberano dosel,  
Que ilumina de los vientos  
Uno y otro rosicler.  
Y vengais con la salud  
Que este reino ha menester,  
Para que os adore España  
Coronado de laurel.

REY.

De vos, Don Gutierre Alfonso...

DON GUTIERRE.

¿Las espaldas me volveis?

REY.

Grandes querellas me dan.

DON GUTIERRE.

Injustas deben de ser.

REY.

¿Quién es, decidme, Leonor,  
Una principal mujer  
De Sevilla?

DON GUTIERRE.

Una señora  
Bella, ilustre y noble es,  
De lo mejor de esta tierra.

REY.

¿Qué obligacion la teneis,  
A que habeis correspondido  
Necio, ingrato y descortés?

DON GUTIERRE.

No os he de mentir en nada;  
Que el hombre, señor, de nien  
No sabe mentir jamas,  
Y mas delante del Rey.  
Servila, y mi intento entonces  
Casarme con ella fué,  
Si no mudara las cosas  
De los tiempos el vaiven.  
Visitéla, entré en su casa  
Públicamente; si bien  
No le debo á su opinion  
De una mano el interés.  
Viéndome desobligado,  
Pude mudarme despues,  
Y así, libre de este amor,  
En Sevilla me casé  
Con Doña Mencía de Acuña,  
Dama principal, con quien  
Vivo, fuera de Sevilla,  
Una casa de placer.  
Leonor, mal aconsejada  
(Que no la aconseja bien  
Quien destruye su opinion),  
Pleitos intentó poner  
A mi desposorio, donde  
El mas riguroso juez  
No halló causa contra mí,  
Aunque ella dice que fué  
Diligencia del favor.

¿Mirad vos si á una mujer  
Hermosa favor faltara,  
Si le hubiera menester!  
Con este engaño pretende,  
Puesto que vos lo sabeis,  
Valerse de vos; y así  
Yo me pongo á vuestros piés,  
Donde á la justicia vuestra  
Daré la espada mi fe,  
Y mi lealtad la cabeza.

REY.

¿Qué causa tuvisteis pues  
Para tan grande mudanza?

DON GUTIERRE.

¿Novedad tan grande es  
Mudarse un hombre? ¿No es cosa  
Que cada día se ve?

REY.

Sí, pero de extremo á extremo  
Pasar el que quiso bien,  
No fué sin grande ocasion.

DON GUTIERRE.

Suplicós no me apreteis;  
Que soy hombre, que, en ausencia  
De las mujeres, daré  
La vida por no decir  
Cosa indigna de su ser.

REY.

¿Luego vos causa tuvisteis?

DON GUTIERRE.

Sí, señor; pero creed  
Que si para mi descargo  
Hoy hubiera menester  
Decirlo, cuando importara  
Vida y alma, amante fiel  
De su honor, no lo dijera.

REY.

Pues yo lo quiero saber.

DON GUTIERRE.

Señor...

REY.

Es curiosidad.

DON GUTIERRE.

Mirad...

REY.

No me repliqueis;  
Que me enojaré, por vida...

DON GUTIERRE.

Señor, señor, no jureis;  
Que mucho niénos importa  
Que yo deje aquí de ser  
Quien soy, que veros airado.

REY.

(Ap. Que dijese, le apuré,  
El suceso en alta voz,  
Porque pueda responder  
Leonor, si aqueste me engaña  
Y si habla verdad, porque  
Convencida con su culpa,  
Sepa Leonor que lo sé.)  
Decid pues.

DON GUTIERRE.

A mi pesar

Lo digo. Una noche entré  
En su casa, sentí ruido  
En una cuadra, llegué,  
Y al mismo tiempo que fui  
A entrar, pude el bulto ver  
De un hombre, que se arrojó  
Del balcon; bajé tras él,  
Y sin conocerle, al fin  
Pudo escaparse por piés.

DON ARIAS. (Ap.)

¿Válgame el cielo! ¿qué es esto  
Que miro?

DON GUTIERRE.

Y aunque escuché  
Satisfacciones, y nunca  
Di á mi agravio entera fe,  
Fué bastante esta aprension  
A no casarme; porque  
Si amor y honor son pasiones  
Del ánimo, á mi entender,  
Quien hizo al amor ofensa,  
Se le hace al honor en él;  
Porque el agravio del gusto  
Al alma toca tambien.



## ESCENA XVII.

DOÑA LEONOR.—DICHOS.

DOÑA LEONOR.

Vuestra Majestad perdone:  
Que no puedo detener  
El golpe á tantas desdichas  
Que han llegado de tropel.

REY. (Ap.)

¡Vive Dios, que me engañaba!  
La prueba sucedió bien.

DOÑA LEONOR.

Y oyendo contra mi honor  
Presunciones, fuera ley  
Injusta que yo cobarde  
Dejara de responder;  
Que ménos perder importa  
La vida, cuando me dé  
Este atrevimiento muerte,  
Que vida y honor perder.  
Don Arias entró en mi casa...

DON ARIAS.

Señora, espera, detén  
La voz. Vuestra Majestad  
Licencia, señor, me dé,  
Porque el honor desta dama  
Me toca á mi defender.  
Esa noche estaba en casa  
De Leonor una mujer  
Con quien me hubiera casado,  
Si de la parca el cruel  
Golpe no cortara fiero  
Su vida. Yo, amante fiel  
De su hermosura, seguí  
Sus pasos, y en casa entré  
De Leonor (atrevimiento  
De enamorado), sin ser  
Parte á estorbarlo Leonor.  
Llegó Don Gutierre pues;  
Temerosa Leonor dijo  
Que me retirase á aquel  
Aposento, yo lo hice.  
¡Mil veces mal haya, amén,  
Quien de una mujer se rinde  
A admitir el parecer!  
Sintíome, entró, y á la voz  
De marido, me arrojé  
Por el balcón. Y si entonces  
Volví el rostro á su poder  
Porque era marido, hoy  
Que dice que no lo es,  
Vuelvo á ponerme delante.  
Vuestra Majestad me dé  
Campo, en quien defienda activo  
Que no ha faltado á quien es  
Leonor, pues á un caballero  
Se le concede la ley.

DON GUTIERRE.

Yo saldré donde... (Empuñan.)

REY.

¿Qué es esto?

¿Cómo las manos teneis  
En las espadas, delante  
De mí? ¿No tembláis de ver  
Mi semblante? Donde estoy,  
¿Hay soberbia ni altivez?—  
Presos los llevad al punto:  
En dos torres los poned;  
Y agradeced que no os ponga  
Las cabezas á los piés.

(Vase.)

DON ARIAS.

Si perdió Leonor por mi  
Su opinión, por mi también  
La tendrá; que esto se debe  
Al honor de una mujer.

DON GUTIERRE. (Ap.)

No siento en desdicha tal

T. VII.

Ver riguroso y cruel  
Al Rey; solo siento que hoy,  
Mencia, no te he de ver.  
(Llévanlos presos.)

DON ENRIQUE:

(Ap. Con ocasion de la caza,  
Preso Gutierre, podré  
Ver esta tarde á Mencia.)  
Don Diego, conmigo ven;  
Que tengo de portiar  
Hasta morir, ó vencer.

(Vanse.)

DOÑA LEONOR.

¡Muerta quedo! ¡Plegue á Dios,  
Ingrato, alevé y cruel,  
Falso, engañador, fingido,  
Sin fe, sin Dios y sin ley,  
Que como inocente pierdo  
Mi honor, venganza me dé  
El cielo! ¡El mismo dolor  
Sientas, que siento, y á ver  
Llegues, bañado en tu sangre.  
Deshonras tuyas, porque  
Mueras con las mismas armas  
Que matas, amén, amén!  
¡Ay de mí! mi honor perdí.  
¡Ay de mí! mi muerte hallé.

## JORNADA SEGUNDA.

Jardin de la quinta.

## ESCENA PRIMERA.

JACINTA Y DON ENRIQUE, á oscuras.

JACINTA.

Llega con silencio.

DON ENRIQUE.

Apénas

Los piés en la tierra puse.

JACINTA.

Este es el jardín, y aquí  
Pues de la noche te encubre  
El manto, y pues Don Gutierre  
Está preso, no hay que dudes.  
Sino que conseguirás  
Victorias de amor tan dulces.

DON ENRIQUE.

Si la libertad, Jacinta,  
Que te prometí, presumes  
Poco premio á bien tan grande,  
Píde mas, y no te excuses  
Por cortedad: vida y alma  
Es bien que por tuyas juzgues.

JACINTA.

Aquí mi señora siempre  
Viene, y tiene por costumbre  
Pasar un poco la noche.

DON ENRIQUE.

Calla, calla, no pronuncies  
Otra razon, porque temo  
Que los vientos nos escuchen.

JACINTA.

Yo, para que tanta ausencia  
No me indicie ó no me culpe  
Deste delito, no quiero  
Faltar de allí.

(Vase.)

DON ENRIQUE.

Amor ayude

Mi intento. Estas verdes hojas  
Me escondan y disimulen;  
Que no seré yo el primero  
Que á vuestras espaldas hurte  
Rayos al sol. Acteon  
Con Diana me disculpe.

(Vase.)

## ESCENA II.

DOÑA MENCIA, JACINTA, TEODORA,  
RA, CRIADAS.

DOÑA MENCIA.

¡Silvia, Teodora, Jacinta!

JACINTA.

¿Qué mandas?

DOÑA MENCIA.

Que traigas luces,  
Y venid todas conmigo  
A divertir pesadumbres  
De la ausencia de Gutierre,  
Donde el natural presume  
Vencer hermosos países  
Que el arte dibuja y pule.—  
Teodora.

TEODORA.

Señora mia.

DOÑA MENCIA.

Divierte con voces dulces  
Esta tristeza.

TEODORA.

Holgáreme

Que de letra y tono gustes.

(Han puesto luz sobre un bufetillo,  
y sientase Doña Mencia en unas al-  
mohadas. Canta Teodora.)

Ruiseñor, que con tu canta  
Alegres este recinto,  
No te ausentes tan aprisa,  
Que me das pena y martirio.  
(Se queda dormida Doña Mencia.)

JACINTA.

No cantes mas; que parece  
Que ya el sueño al alma infunde  
Sosiego y descanso. Y pues  
Hallaron sus inquietudes  
En el sagrado, nosotras  
No la despertemos.

TEODORA.

Huye

Con silencio la ocasion.

JACINTA. (Ap.)

Yo lo haré, porque la busque  
Quien la deseó. ¡O criadas,  
Y cuántas honras ilustres  
Se han perdido por vosotras!  
(Vanse todos las criadas.)

## ESCENA III.

DON ENRIQUE, — DOÑA MENCIA,  
dormida.

DON ENRIQUE.

Sola se quedó. No duden  
Mis sentidos tanta dicha.  
Y ya que á esto me dispuse,  
Pues la ventura me falta,  
Tiempo y lugar me aseguren. —  
¡Hermosísima Mencia!

DOÑA MENCIA. (Despierta.)

¡Válgame Dios!

DON ENRIQUE.

No te asustes.

DOÑA MENCIA.

¿Qué es esto?

DON ENRIQUE.

Un atrevimiento,

A quien es bien que disculpen  
Tantos años de esperanza.

DOÑA MENCIA.

¡Pues, señor, vos...

DON ENRIQUE.

No te turbes.

DOÑA MENCIA.

Desta suerte...

DON ENRIQUE.

No te alteres.

DOÑA MENCIA.

Entrásteis...

DON ENRIQUE.

No te disgustes.

DOÑA MENCIA.

En mi casa, sin temer

Que así á una mujer destruye,  
Y que así ofende á un vasallo  
Tan generoso y ilustre?

DON ENRIQUE.

Esto es tomar tu consejo.  
Tú me aconsejas que escuche  
Disculpas de aquella dama,  
Y vengo á que te disculpes  
Conmigo de mis agravios.

DOÑA MENCIA.

Es verdad, la culpa tuve;  
Pero si he de disculparme,  
Tu Alteza, señor, no dude  
Que es en orden á mi honor.

DON ENRIQUE.

¿Que ignoro, acaso presumes,  
El respeto que les debo  
A tu sangre y tus costumbres?  
El achaque de la caza,  
Que en estos campos dispuse,  
No fué fatigar la caza,  
Estorbando que salude  
A la venida del día,  
Sino á ti, garza, que subes  
Tan remontada, que tocas  
Por las campañas azules  
De los palacios del sol  
Los dorados balaustrés.

DOÑA MENCIA.

Muy bien, señor, vuestra Alteza  
A las garzas atribuye  
Esta lucha; pues la garza  
De tal instinto presume,  
Que volando hasta los cielos,  
Rayo de pluma sin lumbre,  
Ave de fuego con alma,  
Con instinto alada nube,  
Pardo cometa sin fuego,  
Quieren que su intento burlen  
Azores reales; y aun dicen  
Que, cuando de todos huye,  
Conoce al que ha de matarla;  
Y así antes que con él luce,  
El temor la hace que tiemble,  
Se estremezca y se espeluce.  
Así yo, viendo á tu Alteza,  
Quedé muda, absorta estuve,  
Conoci el riesgo, y temblé,  
Tuve miedo y horror tuve;  
Porque mi temor no ignore,  
Porque mi espanto no dude  
Que es quien me ha de dar la muerte.

DON ENRIQUE.

Ya llegué á hablarte, ya tuve  
Ocasión, no he de perderla.

DOÑA MENCIA.

¿Cómo esto los cielos sufren?  
Daré voces.

DON ENRIQUE.

A ti misma

Te infamas.

DOÑA MENCIA.

¿Cómo no acuden  
A darme favor las fieras?

DON ENRIQUE.

Porque de enojarme huyen.

## ESCENA IV.

DON GUTIERRE. — DICHOS.

DON GUTIERRE. (Dentro.)

Ten ese estribo, Coquin,  
Y llama á esa puerta.

DOÑA MENCIA.

¡Cielos!

No mintieron mis recelos,  
Llegó de mi vida el fin.  
Don Gutierre es este, ¡ay Dios!

DON ENRIQUE.

¡Oh qué infelice nací!

DOÑA MENCIA.

¿Qué ha de ser, señor, de mí,  
Si os halla conmigo á vos?

DON ENRIQUE.

¿Pues qué he de hacer?

DOÑA MENCIA.

Retíraros.

DON ENRIQUE

¿Yo me tengo de esconder?

DOÑA MENCIA.

El honor de una mujer  
A mas que esto ha de obligaros.  
No podéis salir (¡soy muerta!);  
Que como allá no sabían  
Mis criadas lo que hacían,  
Abrieron luego la puerta.  
Aun salir no podéis ya.

DON ENRIQUE.

¿Qué haré en tanta confusion?

DOÑA MENCIA.

Detrás de ese pabellón,  
Que en mi misma cuadra está,  
Os esconded.

DON ENRIQUE.

No he sabido,

Hasta la ocasión presente,  
Qué es temor. ¡Oh qué valiente  
Debe de ser un marido! (Vase.)

DOÑA MENCIA.

Si inocente una mujer,  
No hay desdicha que no aguarde,  
¡Válgame Dios, qué cobarde  
La culpa debe de ser!

## ESCENA V.

DON GUTIERRE, COQUIN, JACINTA. — DOÑA MENCIA

DON GUTIERRE.

Mi bien, señora, los brazos  
Darme una y mil veces puedes.

DOÑA MENCIA.

Con envidia de estas redes,  
Que en tan amorosos lazos  
Están inventando abrazos.

DON GUTIERRE.

No dirás que no he venido  
A verte.

DOÑA MENCIA.

Fineza ha sido

De amante firme y constante.

DON GUTIERRE

No dejo de ser amante  
Yo, mi bien, por ser marido;  
Que por propia la hermosura  
No desmerece jamas  
Las finezas; antes mas  
Las alienta y asegura,  
Y así á su riesgo procura  
Los medios, las ocasiones.

DOÑA MENCIA.

En obligación me pones.

DON GUTIERRE.

El alcaide que conmigo  
Está, es mi deudo y amigo,  
Y quitándose prisiones  
Al cuerpo, me las echó  
Al alma, porque me ha dado  
Ocasión de haber llegado  
A tan grande dicha yo,  
Como es á verte.

DOÑA MENCIA.

¿Quién vió

Mayor gloria...?

DON GUTIERRE.

Que la mía;

Aunque, si bien advertía,  
Hizo muy poco por mí  
En dejarme que hasta aquí  
Viniese; pues si vivía  
Yo sin alma en la prisión  
Por estar en ti, mi bien,  
Darme libertad fué bien,  
Para que en esta ocasión  
Alma y vida con razón  
Otra vez se viese unida;  
Porque estaba dividida,  
Teniendo prolija calma,  
En una prisión el alma  
Y en otra prisión la vida.

DOÑA MENCIA.

Dicen que dos instrumentos  
Conformemente templados,  
Por los ecos dilatados  
Comunican los acentos:  
Tocan el uno, y los vientos  
Hiere el otro, sin que allí  
Nadie le toque; y en mí  
Esta experiencia se viera;  
Pues si el golpe allá te hiriera,  
Muriera yo desde aquí.

COQUIN.

¿Y no le darás, señora,  
Tu mano por un momento  
A un preso de cumplimiento,  
Pues llora, siente y ignora  
Por qué siente y por qué llora,  
Y está su muerte esperando  
Sin saber por qué ni cuándo?  
Pero...

DOÑA MENCIA.

Coquin, ¿qué hay en lin?

COQUIN.

Fin al principio en Coquin  
Hay, que eso estoy contando.  
Mucho el Rey me quiere; pero  
Si el rigor pasa adelante,  
Mi amo será muerto andante,  
Pues irá con escudero.

DOÑA MENCIA. (A Don Gutierre.)

Poco regalarte espero,  
Porque como no aguardaba  
Huésped, descuidada estaba.  
Cena os quiero aperebir.

DON GUTIERRE.

Una esclava puede ir.



DOÑA MENCIA.

Ya, señor, ¿no va una esclava?  
Yo lo soy, y lo he de ser.  
Jacinta, venme á ayudar.  
(Ap. En salud me he de curar:  
Ved, honor, cómo ha de ser,  
Porque me he de resolver  
A una temeraria accion.)  
(*Vanse las dos.*)

## ESCENA VI.

DON GUTIERRE, COQUIN.

DON GUTIERRE.  
Fú, Coquin, á esta ocasion  
Aquí te queda, y extremos  
Olvida, y mira que habemos  
De volver á la prision  
Antes del día, y ya falta  
Poco: aquí puedes quedarte.

COQUIN.

Yo quisiera aconsejarte  
Una industria, la mas alta  
Que el ingenio humano esmalta:  
En ella tu vida está.  
¡Oh qué industria!...

DON GUTIERRE.

Díla ya.

COQUIN.

Para salir sin lesion  
Sano y bueno de prision!

DON GUTIERRE.

¿Cuál es?

COQUIN.

No volver allá.  
¿No estás bueno? No estás sano?  
Con no volver, claro ha sido  
Que sano y bueno has salido.

DON GUTIERRE.

¡Vive Dios, necio, villano,  
Que te mate por mi mano!  
¿Pues tú me has de aconsejar  
Tan vil accion, sin mirar  
La confianza que aquí  
Hizo el alcaide de mí?

COQUIN.

Señor, yo llevo á dudar  
(Que soy mas desconfiado)  
De la condicion del Rey;  
Y así el honor de esa ley  
No se entiende en el criado,  
Y hoy estoy determinado  
A dejarte y no volver.

DON GUTIERRE.

¿Dejarme tú?

COQUIN.

¿Qué he de hacer?

DON GUTIERRE.

Y de tí, ¿qué han de decir?

COQUIN.

¡Y heme de dejar morir,  
Por solo bien parecer?  
Si el morir, señor, tuviera  
Descarte ó enmienda alguna,  
Cosa, que de dos la una,  
Un hombre hacerla pudiera,  
Yo probarla la primera  
Por servirte; mas ¿no ves  
Que rifa la vida es?  
Entró en ella, vengo y tomo  
Cartas, y piérdola: ¿cómo  
Me desquitaré despues?  
Perdida se quedará,  
Si la pierdo por tu engaño,  
Desde aquí á ciento y un año.

## ESCENA VII.

DOÑA MENCIA, muy alborotada. — DICHOS.

DOÑA MENCIA.

Señor, tu favor me da.

DON GUTIERRE.

¡Válgame Dios! ¿qué será?  
¿Qué puede haber sucedido?

DOÑA MENCIA.

Un hombre...

DON GUTIERRE.

¡Presto!

DOÑA MENCIA.

Escondido

En mi aposento he encontrado,  
Encubierto y rebozado.  
Favor, Gutierre, te pido.

DON GUTIERRE.

¿Qué dices? ¡Válgame el cielo!  
Ya es forzoso que me asombre.  
¿Embozado en casa un hombre?

DOÑA MENCIA.

Yo le vi.

DON GUTIERRE.

Todo soy hielo.

Toma esa luz.

COQUIN.

¿Yo?

DON GUTIERRE.

El recelo

Pierde, pues conmigo vas.

DOÑA MENCIA.

Villano, ¿cobarde estás?  
Saca tú la espada, y yo  
Iré. — La luz se cayó.

(Al tomar la luz, la mata disimulada-  
mente.)

## ESCENA VIII.

JACINTA y DON ENRIQUE, siguiéndola. — DICHOS.

DON GUTIERRE.

Esto me faltaba mas;  
Pero á obscuras entraré. (Vase.)

JACINTA. (Ap. á Don Enrique.)

Síguete, señor, por mí.  
Seguro vas por aquí,  
Que toda la casa sé.

(Mientras Don Gutierre ha entrado  
dentro por una puerta, lleva Jacinta  
á Don Enrique por otro lado. Vuelve  
á salir Don Gutierre, y encuentra á  
Coquin.)

COQUIN.

¿Dónde iré yo?

DON GUTIERRE. (Ap.)

Ya encontré

El hombre.

COQUIN.

Señor, advierte...

DON GUTIERRE. (Ap.)

¡Vive Dios, que desta suerte,  
Hasta que sepa quién es,  
Le he de tener! Que despues  
Le darán mis manos muerte.

COQUIN.

Mira que yo...

DOÑA MENCIA. (Ap.)

¿Qué rigor!

Si es que con él ha encontrado,  
¡Ay de mí!

(Vuelve Jacinta con luz.)

DON GUTIERRE.

Luz han sacado. —

¿Quién eres, hombre?

COQUIN.

Señor,

Yo soy.

DON GUTIERRE.

¿Qué engaño! qué error!

COQUIN.

Pues yo ¿no te lo decia?

DON GUTIERRE.

Que me hablabas presumia,  
Pero no que eras el mismo  
Que tenia. ¡Oh ciego abismo  
Del alma y paciencia mia!

DOÑA MENCIA.

¿Salió ya, Jacinta? (Ap. á ella.)

JACINTA.

Sí.

DOÑA MENCIA.

¿Cómo esto en tu ausencia pasa?  
Mira bien toda la casa;  
Que como saben que aquí  
No estás, se atreven así  
Ladrones.

DON GUTIERRE.

A verla voy.

Suspiros al cielo doy  
Que mis sentimientos lleven,  
Si es que á mi casa se atreven,  
Por ver que en ella no estoy.  
(Vase él y Coquin.)

## ESCENA IX.

DOÑA MENCIA, JACINTA.

JACINTA.

Grande atrevimiento fué  
Determinarse, señora,  
A tan grande accion ahora.

DOÑA MENCIA.

En ella mi vida hallé.

JACINTA.

¿Por qué lo hiciste?

DOÑA MENCIA.

Porqué

Si yo no se lo dijera,  
Y Gutierre lo sintiera,  
La presuncion era clara,  
Pues no se desengañara  
De que yo cómplice era;  
Y no fué dificultad  
En ocasion tan cruel,  
Haciendo del ladron fiel,  
Engañar con la verdad.

## ESCENA X.

DON GUTIERRE, que debajo de la capa trae una daga. — DOÑA MENCIA, JACINTA.

DON GUTIERRE. (A Doña Mencia.)

¿Qué ilusion, qué vanidad  
Desta suerte te burló?  
Toda la casa vi yo;  
Pero en ella no encontré  
Sombra de que verdad fué

Lo que a ti te pareció.  
 (Ap. Mas engáñome ¡ay de mí!  
 Que esta daga que hallé ¡cielos!  
 Con sospechas y recclos  
 Previene mi muerte en sí.  
 Mas no es esto para aquí.)  
 Mi bien, mi esposa, Mencía,  
 Ya la noche en sombra fría  
 Su manto va recogiendo,  
 Y cobardemente huyendo  
 De la hermosa luz del día.  
 Mucho siento, claro está,  
 El dejarte en esta parte,  
 Por dejarte, y por dejarte  
 Con este temor; mas ya  
 Es hora.

DOÑA MENCIA.

Los brazos da  
 A quien te adora.

DON GUTIERRE.

El favor

Estimo.

(Al ir á abrazarle Doña Mencía, ve  
 daga.)

DOÑA MENCIA.

Tente, señor!

¿Tú la daga para mí?

En mi vida te ofendí,

Deten la mano al rigor,

¡Deten...

DON GUTIERRE.

¿De qué estás turbada.  
 Mi bien, mi esposa, Mencía?

DOÑA MENCIA.

Al verte así, presumía  
 Que ya en mi sangre bañada,  
 Hoy moría desangrada.

DON GUTIERRE.

Como á ver la casa entré,  
 Así esta daga saqué.

DOÑA MENCIA.

Toda soy una ilusión.

DON GUTIERRE.

¡Jesus, qué imaginación!

DOÑA MENCIA.

En mi vida te he ofendido.

DON GUTIERRE.

¿Qué necia disculpa ha sido!

Pero suele una aprensión

<sup>2</sup> Tales miedos prevenir.

DOÑA MENCIA.

Mis tristezas, mis enojos,  
 Vanas quimeras y antojos,  
 Suelen mi engaño fingir.

DON GUTIERRE.

Si yo pudiere venir,  
 Vendré á la noche, y adios.

DOÑA MENCIA.

Él vaya, señor, con vos.— [mos!]  
 (Ap. ¡Oh qué asombros! oh qué extre-

DON GUTIERRE. (Ap.)

¡Ay honor, mucho tenemos  
 Que hablar á solas los dos! (Vanse.)

<sup>4</sup> \* Esta escena x y las cinco anteriores  
 están escritas en décimas regulares; pero  
 aquí, entre dos de ellas, hay una combinación  
 varticular que consta de doce versos.

Cámara real en el Alcázar.

## ESCENA XI.

DON DIEGO, y EL REY *con broquel y  
 capa de color, y mientras habla, se  
 muda en traje de negro.*

REY.

Ten, Don Diego, esa rodela.

DON DIEGO.

Tarde vienes á acostarte.

REY.

Toda la noche rondé  
 De aquesta ciudad las calles,  
 Que quiero saber así  
 Sucesos y novedades  
 De Sevilla, que es lugar  
 Donde cada noche salen  
 Cuentos nuevos; y desco  
 Desta manera informarme  
 De todo, para saber  
 Lo que convenga.

DON DIEGO.

Bien haces,  
 Que el rey debe ser un Argos  
 En su reino, vigilante:  
 El emblema de aquel cetro  
 Con dos ojos lo declare.  
 Mas ¿qué vió tu Majestad?

REY.

Vi recatados galanes,  
 Danzas desveladas vi,  
 Músicas, liestas y bailes,  
 Muchos garitos, de quien  
 Eran siempre voces grandes  
 La tablilla, que decía:  
 «Aquí hay juego, caminante».  
 Vi valientes infinitos:  
 Y no hay cosa que me cause  
 Tanto como ver valientes,  
 Y que por olicio pase  
 Ser uno valiente aquí.  
 Mas porque no se me alaben  
 Que no doy exámen yo  
 A oficio tan importante,  
 A una tropa de valientes  
 Probé solo en una calle.

DON DIEGO.

Mal lizo tu Majestad.

REY.

Antes bien, pues con su sangre  
 Llevaron iluminada...

DON DIEGO.

¿Qué?

REY.

La carta del exámen.

## ESCENA XII.

COQUIN.—DICHOS.

COQUIN. (Ap.)

No quise entrar en la torre  
 Con mi amo, por quedarme  
 A saber lo que se dice  
 De su prision. Pero ¡tate!  
 (Que es un pero muy honrado  
 Del celebrado linaje  
 De los tates de Castilla),  
 Porque el Rey está delante.

REY.

Coquin.

COQUIN.

Señor.

REY.

¿Cómo va?

COQUIN.

Responderé á lo estudiante.

REY.

COQUIN.

*De corpore bene,  
 Pero de pecuniis male.*

REY.

Decid algo, pues sabeis,  
 Coquin, que como me agrade,  
 Teneis aquí cien escudos.

COQUIN.

Fuera hacer tú aquesta tarde  
 El papel de una comedia  
 Que se intitula: *El Rey Angel*.  
 Pero con todo eso traigo  
 Hoy un cuento que contarte,  
 Que remata en epigrama.

REY.

Si es vuestra, será elegante.  
 Vaya el cuento.

COQUIN.

Yo vi ayer

De la cama levantarse  
 Un capon con bigotera.  
 ¿No te ries de pensarle  
 Curándose sobre sano  
 Con tan vagamundo parche?  
 A esto un epigrama hice.  
 (No te pido, Pedro el Grande,  
 Casas ni viñas; que solo  
 Risa pido: en este guante  
 Dad vuestra bendita risa  
 A un gracioso vergonzante.)  
 «Floro, casa muy desierta  
 La tuya debe de ser,  
 Porque eso nos da á entender  
 La cédula de la puerta:  
 Donde no hay carta, ¿hay cubierta?  
 ¿Cáscara sin fruta? No,  
 No pierdas tiempo; que yo,  
 Esperando los provechos,  
 He visto labrar barbechos,  
 Mas barbi-deshechos no».

REY.

¿Qué frialdad!

COQUIN.

No es mas caliente.

## ESCENA XIII.

DON ENRIQUE.—DICHOS.

DON ENRIQUE.

Dadme vuestra mano.

REY.

Infante,

¿Cómo estais?

DON ENRIQUE.

Tengo salud,

Contento de que se halle  
 Vuestra Majestad con ella;  
 Y esto, señor, á una parte:  
 Don Arias...

REY.

Don Arias es  
 Vuestra privanza: sacadle  
 De la prision, y haced vos,  
 Enrique, esas amistades,  
 Que á vos os deben las vidas.

DON ENRIQUE.

La tuya los cielos guarden,  
 Y heredero de tí mismo,  
 Apuestes eternidades  
 Con el tiempo.

(Vase el Rey.)



## ESCENA XIV.

DON ENRIQUE. DON DIEGO,  
COQUIN.

DON ENRIQUE.

Iréis, Don Diego,

A la torre, y al Alcaide

Le diréis que traiga aquí

Los dos presos. (Ap. ¡Cielos! dadme

(Vase Don Diego.)

Paciencia en tales desdichas

Y prudencia en tantos males.)

Coquin, ¿tú estabas aquí?

COQUIN.

Y mas me valiera en Flándes.

DON ENRIQUE.

¿Cómo?

COQUIN.

Es el Rey un prodigio

De todos los animales.

DON ENRIQUE.

¿Por qué?

COQUIN.

La naturaleza

Permite que el toro brame,

Ruja el león, muja el bucy,

El asno rebuzne, el ave

Cante, el caballo relinche,

Ladre el perro, el gato maye,

Aulle el lobo, el león gruña,

Y solo permitió darle

Risa al hombre, y Aristóteles

Risible animal le hace

Por definición perfecta;

Y el Rey, contra el orden y arte,

No quiere reirse. Déme

El cielo para sacarle

Risa, todas las tenazas

Del buen gusto y del donaire. (Vase.)

## ESCENA XV.

DON GUTIERRE, DON ARIAS, DON  
DIEGO.—DON ENRIQUE.

DON DIEGO.

Ya, señor, están aquí

Los presos.

DON GUTIERRE.

Danos tus plantas.

DON ARIAS.

Hoy al cielo nos levantas.

DON ENRIQUE.

El Rey mi señor de mí

(Porque humilde le pedí

Vuestras vidas este día)

Estas amistades fía.

DON GUTIERRE.

El honor es dado á vos.—

(Coteja la daga que se halló, con la  
espada del Infante.)

(Ap. ¿Qué es esto que miro? ¡Ay Dios!)

DON ENRIQUE.

Las manos os dad.

DON ARIAS.

La mía

Es esta.

DON GUTIERRE.

Y estos mis brazos,

Cuyo lazo y nudo fuerte

No desatará la muerte,

Sin que los haga pedazos.

DON ARIAS.

Confirmen estos abrazos

Firme amistad desde aquí.

DON ENRIQUE.

Esto queda bien así.

Entrambos sois caballeros,

En acudir los primeros

A su obligacion; y así

Está bien el ser amigo

Uno y otro; y quien pensare

Que no queda bien, repare

En que ha de reñir conmigo.

DON GUTIERRE.

A cumplir, señor, me obligo

Las amistades que juro:

Obedeceros procuró,

Y pienso que me honraris

Tanto, que de mí creéis

Lo que de mí estais seguro.

Sois fuerte enemigo vos,

Y cuando lealtad no fuera,

Por temor no me atreviera

A romperlas, vive Dios.

Vos y yo para otros dos:

Me estuviera á mí muy bien

Mostrar entónces tambien

Que sé cumplir lo que digo;

Mas con vos por enemigo,

¿Quién ha de atreverse? ¿quién?

Tanto enojaros temiera

El alma cuerda y prudente,

Que á miraros solamente

Tal vez aun no me atreviera;

Y si en ocasion me viera

De probar vuestros aceros,

Cuando yo sin conoceros

A tal extremo llegara,

Que se muriera estimara

La luz del sol por no veros.

DON ENRIQUE.

(Ap. De sus quejas y suspiros

Grandes sospechas prevengo.)

Venid conmigo, que tengo

Muchas cosas que deciros,

Don Arias.

DON ARIAS.

Iré á servirlos.

(Vanse Don Enrique, Don Diego y Don  
Arias.)

## ESCENA XVI.

DON GUTIERRE.

Nada Enrique respondió,

Sin duda se convenció

De mi razon ¡Ay de mí!

¿Podré ya quejarme? Sí;

Pero consolarme, no.

Ya estoy solo, ya bien puedo

Hablar. ¡Ay Dios! quién pudiera

Reducir solo á un discurso,

Medir con sola una idea

Tantos géneros de agravios,

Tantos linajes de penas

Como cobardes me asaltan,

Como atrevidos me cerean!

¡Ahora, ahora, valor.

Salga repetido en quejas,

Salga en lágrimas envuelto

El corazón á las puertas

Del alma, que son los ojos!

Y en ocasion como esta,

Bien podeis, ojos, llorar:

No lo deis de vergüenza.

¡Ahora, valor, ahora

Es tiempo de que se vea

Que sabeis medir iguales

El valor y la prudencia!

Pero cese el sentimiento,

Y á fuerza de honor, y á fuerza

De valor, aun no me dé

Para quejarme licencia;

Porque adula sus penas

El que pide á la voz justicia dellas.

Pero vengamos al caso,

Quizá hallarémus respuesta.

¡Oh! ruego á Dios que la haya!

¡Oh! plegue á Dios que la tenga!—

Anoche llegué á mi casa,

Es verdad; pero las puertas

Me abrieron luego, y mi esposa

Estaba segura y quieta.

En cuanto á que me avisaron

De que estaba un hombre en ella,

Tengo disculpa en que fué

La que me avisó ella mesma.

En cuanto á que se mató

La luz, ¿qué testigo prueba

Aquí que no pudo ser

Un caso de contingencia?

En cuanto á que hallé esta daga,

Hay criados de quien pueda

Ser. En cuanto (¡ay dolor mio!)

Que con la espada convenga

Del Infante, puede ser

Otra espada como ella;

Que no es labor tan extraña,

Que no hay mil que la parezcan.

Y apurando mas el caso,

Confieso (¡ay de mí!) que sea

Del Infante, y mas confieso,

Que estaba allí, aunque no fuera

Posible dejar de verle;

Mas siéndolo, ¿no pudiera

No estar culpada Mencia?

Que el oro es llave maestra,

Que las guardas de criadas

Por instantes nos falsea.

¡Oh! ¿cuánto me estimo haber

Hallado esta sutileza!

Y así acortemos discursos,

Pues todos juntos se cierran

En que Mencia es quien es,

Y soy quien soy. No hay quien pueda

Borrar de tanto esplendor

La hermosura y la pureza.

—Pero si puede, mal digo;

Que al sol una nube negra,

Si no le mancha, le turba,

Si no le eclipsa, le hiela.

¿Qué injusta ley condena,

Que muera el inocente y que padezca?

A peligro estáis, honor.

No hay hora en vos que no sea

Crítica, en vuestro sepulcro

Vivis, puesto que os alienta

La mujer, en ella estais

Pisando siempre la huesa.

Yo os he de curar, honor,

Y pues al principio muestra

Este primero accidente

Tan grave peligro, sea

La primera medicina

Cerrar al daño las puertas,

Atajar al mal los pasos.

Y así os feceta y ordena

El Médico de su honra

Primariamente la dieta

Del silencio, que es guardar

La boca, tener paciencia:

Luego dice que apliquéis

A vuestra mujer finezas,

Agrados, gustos, amores,

Lisonjas, que son las fuerzas

Defensibles, porque el mal

Con el despeso no crezca;

Que sentimientos, disgustos,

Celos, agravios, sospechas

Con la mujer, y mas propia,

Aun mas que sanan, enferman.

Esta noche iré á mi casa,

De secreto entraré en ella

Por ver qué malicia tiene

El mal; y hasta apurar esta,

Disimularé, si puedo,

Esta desticha, esta pena,  
Este rigor, este agravio,  
Este dolor, esta ofensa,  
Este asombro, este delirio,  
Este cuidado, esta afrenta,  
Estos celos... ¿Celos dije?  
¡Qué mal hice! Vuelva, vuelva  
Al pecho, la voz. Mas no,  
Que si es ponzoña que engendra  
Mi pecho, si no me dió  
La muerte ¡ay de mí! al verterla,  
Al volverla á mi podrá;  
Que de la vibora cuentan,  
Que la mata su ponzoña,  
Si fuera de si la encuentra.  
¿Celos dije? ¿Celos dije?  
Pues basta; que cuando llega  
Un marido á saber que hay  
Celos, faltará la ciencia;  
Y es la cura postrera  
Que el médico de honor hacer intenta.  
(Vase.)

### ESCENA XVII.

DON ARIAS, DOÑA LEONOR.

DON ARIAS.

No penseis, bella Leonor,  
Que el no haberos visto fué  
Porque negar intenté  
Las deudas que á vuestro honor  
Tengo; y acreedor á quien  
Tanta deuda se previene,  
El deudor buscando viene,  
No á pagar, porque no es bien  
Que necio y loco presumia  
Que pueda jamas llegar  
A satisfacer y dar  
Cantidad que fué tan suma;  
Pero en fin, ya que no pago,  
Que soy el deudor confieso:  
No os vuelvo el rostro; y con eso  
La obligacion satisfago.

DOÑA LEONOR.

Señor Don Arias, yo he sido  
La que obligada de vos,  
En las cuentas de los dos  
Mas interes ha tenido.  
Confieso que me quitásteis  
Un esposo á quien queria;  
Mas quizá la suerte mia  
Por ventura mejorásteis;  
Pues es mejor que sin vida,  
Sin opinion, sin honor  
Viva, que no sin amor,  
De un marido aborrecida.  
Yo tuve la culpa, yo  
La pena siento, y así  
Solo me quejo de mí  
Y de mi estrella.

DON ARIAS.

Esó no:  
Quitarme, Leonor hermosa,  
La culpa, es querer negar  
A mis deseos lugar;  
Pues si mi pena amorosa  
Os significo, ella diga  
En cifra sucinta y breve  
Que es vuestro amor quien me mueve,  
Mi deseo quien me obliga  
A deciros, que pues fui  
Causa de penas tan tristes,  
Si esposo por mi perdistes,  
Tengais esposo por mí.

DOÑA LEONOR.

Señor Don Arias, estimo,  
Como es razon, la eleccion;  
Y aunque con tanta razon  
Dentro del alma la imprimo,

Licencia me habeis de dar  
De responderos tambien  
Que no puede estarme bien,  
No, señor, porque á ganar  
No llegaba yo infinito;  
Sino porque si vos fuisteis  
Quien á Gutierrez le disteis  
De un mal formado delito  
La ocasion, y ahora viera  
Que me casaba con vos,  
Fácilmente entre los dos  
De aquella sospecha hiciera  
Evidencia; y disculpado,  
Con demostracion tan clara,  
Con todo el mundo quedara  
De haberme á mi despreciado.  
Y yo estimo de manera  
El quejarme con razon,  
Que no he de darle ocasion  
A la disculpa primera;  
Porque, si en un lance tal  
Le culpan cuantos le ven,  
No han de pensar que hizo bien  
Quien yo pienso que hizo mal.

DON ARIAS.

Frivola respuesta ha sido  
La vuestra, bella Leonor;  
Pues cuando de antiguo amor  
Os hubiera convencido  
La experiencia, ella tambien  
Disculpa en la enmienda os da.  
¿Cuanto peor os estará  
Que tenga por cierto, quien  
Le imaginó, vuestro agravio,  
Y no le constó despues  
La satisfaccion?

DOÑA LEONOR.

No es  
Amante prudente y sabio,  
Don Arias, quien aconseja  
Lo que en mi daño se ve.  
Pues si agravio entónces fué,  
No por eso ahora deja  
De ser agravio tambien;  
Y peor, cuanto haber sido  
De imaginado á creído:  
Y á vos no os estará bien  
Tampoco.

DON ARIAS.

Como yo sé  
La inocencia de ese pecho  
En la ocasion, satisfecho  
Siempre de vos estaré.  
En mi vida he conocido  
Galan necio, escrupuloso  
Y con extremo celoso,  
Que en llegando á ser marido  
No le castiguen los cielos.  
Gutierrez pudiera bien  
Decirlo, Leonor; pues quien  
Levantó tantos desvelos  
De un hombre en la ajena casa,  
Extremos pudiera hacer  
Mayores, pues llega á ver  
Lo que en la propia le pasa.

DOÑA LEONOR.

Señor Don Arias, no quiero  
Escuchar lo que decís,  
Que os engañais, ó mentís.  
Don Gutierrez es caballero,  
Que en todas las ocasiones  
Con obrar y con decir  
Sabrá, vive Dios, cumplir  
Muy bien sus obligaciones;  
Y es hombre cuya cuchilla,  
O cuyo consejo sabio,  
Sabrá no sufrir su agravio  
Ni á un infante de Castilla.  
Si pensais vos que con eso

Mis enojos adulaís,  
Muy mal, Don Arias, pensais:  
Y si la verdad confieso,  
Mucho perdisteis conmigo;  
Pues si fuerais noble vos,  
No hablárades, vive Dios,  
Así de vuestro enemigo.  
Y yo, aunque ofendida estoy,  
Y aunque la muerte le dicra  
Con mis manos si pudiera,  
No le murmurara hoy  
En el honor, desleal.  
Sabad, Don Arias, que quien  
Una vez le quiso bien,  
No se vengará en su mal. (Vase.)

DON ARIAS.

No supe qué responder.  
Muy grande ha sido mi error,  
Pues en escuelas de honor  
Arguyendo una mujer  
Me convence. Iré al infante,  
Y humilde le rogaré  
Que de estos cuidados dé  
Parte ya de aqui adelante  
A otro; y porque no lo yerre,  
Ya que el día va á morir,  
Me ha de matar, ó no he de ir  
En casa de Don Gutierrez. (Vase.)

Jardin.

### ESCENA XVIII.

DON GUTIERRE, que sale como saliendo unas tapias.—DOÑA MENCIA, durmiendo.

DON GUTIERRE.

En el mudo silencio  
De la noche, que adoro y reverencio,  
Por sombra aborrecida,  
Como sepulcro de la humana vida,  
De secreto he venido  
Hasta mi casa, sin haber querido  
Avisar á Mencía  
De que ya libertad del Rey tenia,  
Para que descuidada  
Estuviese ¡ay de mí! desta jornada.  
Médico de mi honra  
Me llamo, pues procuro mi deshonra  
Curar; y así he venido  
A visitar mi enfermo á hora que ha sido  
De ayer la misma, ¡ay cielos!  
A ver si el accidente de mis celos  
A su tiempo repite:  
El dolor mis intentos facilita.  
Las tapias de la huerta  
Salté, porque no quise por la puerta  
Entrar. ¡Ay Dios! qué introducido enga-  
Es en el mundo, no querer su daño [no  
Examinar un hombre,  
Sin que el recelo ni el temor le asombre!  
Dice mal quien lo dice;  
Que no es posible, no, que mi infelice  
No lllore sus desvelos:  
Mintió quien dijo que calló con celos,  
O confiésemme aqui que no los siente.  
Mas ¡sentir y callar! otra vez miente.  
Este es el sitio donde  
Suele de noche estar: aun no responde  
El eco entre estos ramos.  
Vamos pasito, honor, que ya llegamos;  
Que en estas ocasiones

Querrá decir aunque aborrecida de otros; porque si Gutierrez la adora y reverencia, no cabe que la aborrezca tambien. Acaso esté errado el verso, y deba leerse, puesto que aborrecida. Mas abajo, en vez de es en el mundo no querer su daño, yo sustituiria es en el mundo el de querer su daño.



Tienen los celos pasos de ladrones. —

(*Ve á Doña Mencía.*)

¡Ay, hermosa Mencía,  
Qué mal tratas mi amor y la se mía!  
Volverme otra vez quiero.  
Bueno he hallado mi honor, hacer no  
Por ahora otra cura, [quiero  
Pues la salud en él está segura.  
Pero ¿ni una criada  
La acompaña? ¿Si acaso retirada  
Aguarda?... — ¡Oh pensamiento,  
Injusto! oh vil temor! oh infame aliento!  
Ya con esta sospecha  
No he de volverme; y pues que no apro-  
Tan grave desengaño, [vecha  
Apuremos de todo en todo el daño.  
Mato la luz, y llego, (*Apaga la luz.*)  
Sin luz y sin razón, dos veces ciego;  
Pues bien encubrir puedo  
El metal de la voz, hablando quedo —  
¡Mencía! (*Despiértala.*)

DOÑA MENCIA.

¡Ay Dios! ¿que es esto?

DON GUTIERRE.

No des voces.

DOÑA MENCIA.

¿Quién es?

DON GUTIERRE.

Mi bien, yo soy: ¿no me conoces?

DOÑA MENCIA.

Sí, señor; que no fuera  
Otro tan atrevido...

DON GUTIERRE. (*Ap.*)

Ella me ha conocido.

DOÑA MENCIA.

Que así hasta aquí viniera.  
¿Quién hasta aquí llegara,  
Que no linéades vos, que no dejara  
En mis manos la vida,  
Con valor y con honra defendida?

DON GUTIERRE.

(*Ap.* ¿Qué dulce desengaño!  
Bien haya, amen, el que apuró su daño!)  
Mencía, no te espantes de haber visto  
Tal extremo.

DOÑA MENCIA.

¿Qué mal, temor, resisto  
El sentimiento!

DON GUTIERRE.

Mucha razón tiene

Tu valor.

DOÑA MENCIA.

¿Qué disculpa me previene...

DON GUTIERRE.

Ninguna.

DOÑA MENCIA.

De venir así tu Alteza?

DON GUTIERRE. (*Ap.*)

¡Tu Alteza! No es conmigo. ¡Ay Dios!  
Con nuevas dudas lucho. ¿Qué esueño!  
¿Qué pesar! qué desdicha! qué tristeza!

DOÑA MENCIA.

¿Segunda vez pretende ver mi muerte?  
¿Piensa que cada noche...

DON GUTIERRE. (*Ap.*)

¡Oh trance fuerte!

DOÑA MENCIA.

Puede esesudarse...

DON GUTIERRE. (*Ap.*)

¡Cielos!

DOÑA MENCIA.

Y matando la luz...

DON GUTIERRE. (*Ap.*)

¡Matadme, celos!

DOÑA MENCIA.

Salir á riesgo mío  
Delante de Gutierre?

DON GUTIERRE. (*Ap.*)

Desconfío

De mí, pues que dilato  
Morir, y con mi aliento no la mato.  
El venir no ha extrañado  
El infante, ni del se ha reatado;  
Sino solo ha sentido  
Que en ocasión se ponga (¡estoy perdi-  
De que otra vez se esconda. [do!]  
¡Mi venganza á mi agravio corresponda!

DOÑA MENCIA.

Señor, vuélvase luego.

DON GUTIERRE. (*Ap.*)

¡Ay Dios! todo soy rabia, todo fuego.

DOÑA MENCIA.

Tu Alteza así otra vez no llegue á verse.

DON GUTIERRE.

¿Quién por eso no mas ha de volverse?

DOÑA MENCIA.

Mirad que es hora que Gutierre venga.

DON GUTIERRE.

(*Ap.* Habrá en el mundo quien paciencia  
Sí, si prudente alcanza [tenga?  
Oportuna ocasión á su venganza.)  
No vendrá, yo le dejo  
Entretenido; y guárdame un amigo  
Las espaldas el tiempo que conmigo  
Estais: él no vendrá, yo estoy seguro.

## ESCENA XIX.

JACINTA. — Dichos.

JACINTA. (*Ap.*)

Temerosa procuro  
Ver quién hablaba aquí.

DOÑA MENCIA.

Gente he sentido.

DON GUTIERRE.

¿Qué haré?

DOÑA MENCIA.

¿Qué? Retirarte,

No á mi aposento, sino á otra parte.  
(*Retírase Don Gutierre al paño.*)

¡Hola!

JACINTA.

Señora...

DOÑA MENCIA.

El aire que corria  
Entre esos ramos, mientras yo dormía,  
La luz ha muerto: luego  
Traed luces. (*Vase Jacinta.*)

DON GUTIERRE.

(*Ap.* Encendidas en mi fuego.  
Si aquí estoy escondido,  
Han de verme, y de todos conocido,  
Podrá saber Mencía  
Que he llegado á entender la pena mía.  
Y porque no lo entienda,  
Y dos veces ofenda,  
Una con tal intento,  
Y otra pensando que losé y consiento,  
Dilatando su muerte,  
He de hacer la deshecha desta suerte.)  
(*Entrase, y dice en voz alta:*)  
¡Hola! ¿Cómo está aquí desta manera?

DOÑA MENCIA.

Este es Gutierre: otra desdicha espera.  
Mi espíritu cobarde.

DON GUTIERRE.

¡No han encendido luces, y es tan tarde!  
(*Sale Jacinta con luz, y Don Gutierre  
por otra puerta de donde se escondió.*)

JACINTA.

Ya la luz está aquí.

DON GUTIERRE.

¡Bella Mencía!

DONA MENCIA.

¡Oh mi esposo, mi bien y gloria mía!

DON GUTIERRE. (*Ap.*)

¡Qué fingidos extremos!  
Mas, alma y corazón, disimulemos.

DOÑA MENCIA.

Señor, ¿por dónde entrásteis?

DON GUTIERRE.

De esa huerta,

Con la llave que tengo, abrí la puerta.

¡En qué te entretenías?

DOÑA MENCIA.

Vine ahora

A este jardín, y entre estas fuentes puras  
Me dejó el aire á obscuras.

DON GUTIERRE.

No me espanto, bien mío;  
Que el aire que mató la luz, tan frío  
Corre, que es un aliento  
Respirado del céfiro violento,  
Y que no solo advierte  
Muerte á las luces, á las vidas muerte,  
Y pudieras dormida  
A sus soplos perder también la vida.

DOÑA MENCIA.

Entenderte pretendo,  
Yaunque mas lo procuro, no te entiendo.

DON GUTIERRE.

¿No has visto ardiente llama  
Perder la luz al aire que la hiere,  
Y que á este tiempo de otra luz inflama  
La pavesa? Una vive y otra muere  
A solo un soplo. Así, desta manera,  
La lengua de los vientos lisonjera  
Matarte la luz pudo,  
Y darme luz á mí.

DOÑA MENCIA.

(*Ap.* El sentido dando.)

Parece que celoso  
Hablas en dos sentidos.

DON GUTIERRE.

(*Ap.* Riguroso

Es el dolor de agravios;  
Mas con celos ningunos fuéron sabios.)  
¡Celoso! ¿Sabes tú lo que son celos?  
Que yo no sé qué son ¡viven los cielos!  
Porque si lo supiera,  
Y celos...

DOÑA MENCIA. (*Ap.*)

¡Ay de mí!

DON GUTIERRE.

Llegar pudiera

A tener... ¿qué son celos?  
Átomos, ilusiones y desvelos,  
No mas que de una esclava, una criada,  
Por sombra imaginada,  
Con heebos inhumanos  
A pedazos sacara con mis manos  
El corazón, y luego  
Envuelto en sangre, desatado en fuego,  
El corazón comiera

A bocados, la sangre me bebiere,  
El alma le sacara,  
Y el alma ¡vive Dios! despedazara,  
Si capaz de dolor el alma fuera.  
—Pero ¿cómo hablo yo desta manera?

DOÑA MENCIA.

Terror al alma ofreces.

DON GUTIERRE.

¡Jesus, Jesus mil veces!  
Mi bien, mi esposa, cielo, gloria mia,  
Ah mi ducio, ah Mencía,  
Perdona, por tus ojos,  
Esta descompostura, estos enojos;  
Que tanto un fingimiento  
Fuera de mí llevó mi pensamiento:  
Y vete por tu vida; que prometo  
Que te miro con miedo y con respeto,  
Corrido deste exceso.  
¡Jesus! No estuve en mí, no tuve seso.

DOÑA MENCIA. (Ap.)

Miedo, espanto, terror y horror tan fuer-  
Parasismos han sido de mi muerte. [te

DON GUTIERRE. (Ap.)

Pues médico me llamo de mi honra,  
Yo cubriré con tierra mi deshonra

## JORNADA TERCERA.

Alcázar de Sevilla.

### ESCENA PRIMERA.

EL REY, DON GUTIERRE, Y TODO EL  
ACOMPAÑAMIENTO.

DON GUTIERRE.

Pedro, á quien el indio polo  
Coronar de luz espera,  
Hablarle á solas quisiera.

REY.

Idos todos.—Ya estoy solo.

(Vase el acompañamiento.)

DON GUTIERRE.

Pues á ti, español Apolo,  
A tí, castellano Atlante,  
En cuyos hombros constante  
Se ve durar y vivir  
Todo un orbe de zafir,  
Todo un globo de diamante:  
A tí pues rindo en despojos  
La vida, mal defendida  
De tantas penas, si es vida  
Vida con tantos enojos.  
No te espantes que los ojos  
También se quejen, señor;  
Que dicen que amor y honor  
Pueden, sin que á nadie asombre,  
Permitir que lllore un hombre;  
Y yo tengo honor y amor.  
Honor, que siempre he guardado  
Como noble y bien nacido,  
Y amor, que siempre he tenido  
Como esposo enamorado:  
Adquirido y heredado  
Uno y otro en mí se ve,  
Hasta que tirana fué  
La nube que turbar osa  
Tanto esplendor en mi esposa,  
Y tanto lustre en mí fe.  
No sé cómo signifique  
Mi pena... Turbado estoy...  
Y mas cuando á decir voy  
Que fué vuestro hermano Enrique  
Contra quien pido se aplique  
Desta justicia el rigor:  
No porque sepa, señor,  
Que el poder mi honor contrasta,

Pero imaginarlo basta  
Quien sabe que tiene honor.  
La vida de vos espero  
De mi honra: así la curo  
Con prevención, y procuro  
Que esta la sane primero;  
Porque si en rigor tan fiero  
Maficia en el mal hubiera,  
Junta de agravios hiciera,  
A mi honor desahuciara,  
Con la sangre le lavara,  
Con la tierra le cubriera.—  
No os turbeis: con sangre digo  
Solamente de mi pecho;  
Que Enrique, estad satisfecho,  
Está seguro conmigo.  
Y para esto hable un testigo:  
Esta daga, esta brillante  
Lengua de acero elegante,  
Suya fué; ved este día  
Si está seguro, pues fía  
De mi su daga el Infante.

REY.

Don Gutierre, bien está;  
Y quien de tan invencible  
Honor corona las sienes,  
Que con los rayos compiten  
Del sol, satisfecho viva  
De que su honor.

DON GUTIERRE.

No me obligue  
Vuestra Majestad, señor,  
A que piense que imagine  
Que yo he menester consuelos  
Que mi opinion acrediten.  
¡Vive Dios, que tengo esposa  
Tan honesta, casta y firme,  
Que deja atras las romanas  
Lucrecia y Porcia, y Tomiris!  
Esta ha sido prevención  
Solamente.

REY.

Pues decidme:  
Para tantas prevenciones,  
Gutierre, ¿qué es lo que visteis?

DON GUTIERRE.

Nada: que hombres como yo  
No ven; basta que imaginen,  
Que sospechen, que prevengan,  
Que recelen, que adivinen,  
Que... No sé cómo lo diga;  
Que no hay voz que signifique  
Una cosa, que aun no sea  
Un átomo indivisible.  
Solo á vuestra Majestad  
Di parte, para que evite  
El daño que no hay; porqué  
Si le hubiera, de mí fie  
Que yo le diera el remedio  
En vez, señor, de pedirle.

REY.

Pues ya que de vuestro honor  
Médico os llamais, decidme,  
Don Gutierre, ¿qué remedios  
Antes del último hicisteis?

DON GUTIERRE.

No pedí á mi mujer celos,  
Y desde entonces la quise  
Mas: vivía en una quinta  
Deleitosa y apacible;  
Y para que no estuviera  
En las soledades triste,  
Traje á Sevilla mi casa,  
Y á vivir en ella vine,  
Adonde todo lo goza  
Sin que nada á nadie envidie;  
Porque malos tratamientos  
Son para maridos viles

Que pierden a sus agravios  
El miedo, cuando los dicen.

REY.

El Infante viene allí,  
Y si aquí os ve, no es posible  
Que deje de conocer  
Las quejas que del me disteis.  
Mas acuérdomos que un día  
Me dieron con voces tristes  
Quejas de vos, y yo entonces  
Detras de aquellos tapices  
Escondí á quien se quejaba;  
Y en el mismo caso pide  
El daño el propio remedio,  
Pues al revés lo repite.  
Y así quiero hacer con vos  
Lo mismo que entonces hice;  
Pero con un orden mas,  
Y es que nada aquí os obligue  
A descubriros. Callad  
A cuanto viéreis.

DON GUTIERRE.

Humilde  
Estoy, señor, á tus piés  
Seré el pájaro que lingen  
Con una piedra en la boca.  
(Escóndese.)

## ESCENA II.

DON ENRIQUE.—EL REY; DON GU-  
TIERRE, *oculto*.

REY.

Vengais norabuena, Enrique,  
Aunque mala habrá de ser,  
Pues me hallais...

DON ENRIQUE.

¡Ay de mí triste!

REY.

Enojado.

DON ENRIQUE.

¿Pues, señor,  
Con quien lo estais, que os obligue?

REY.

Con vos, Infante, con vos.

DON ENRIQUE.

Será mi vida infelice.  
Si enojado tengo al sol,  
Veré mi mortal eclipse.

REY.

¿Vos, Enrique, no sabeis  
Que mas de un acero tñe  
El agravio en sangre real?

DON ENRIQUE.

¿Pues por quién, señor, lo dice  
Vuestra Majestad?

REY.

Por vos  
Lo digo, por vos, Enrique.  
El honor es reservado  
Lugar, donde el alma asiste.  
Yo no soy Rey de las almas:  
Harto en esto solo os dije.

DON ENRIQUE.

No os entiendo.

REY.

Si á la enmienda  
Vuestro amor no se apercebe,  
Dejando vanos intentos  
De bellezas imposibles,  
Donde el alma de mi vasallo  
Con ley soberana vive,  
Podrá ser de mi justicia  
Que aun mi sangre no se libre.



DON ENRIQUE.

Señor, aunque tu precepto  
Es ley que tu lengua imprime  
En mi corazón, y en él  
Como en el bronce se escribe,  
Eseucha disculpas mías;  
Que no será bien que olvides  
Que con iguales orejas  
Ambas partes han de oírse.  
Yo, señor, quise á una dama  
(Que ya sé por quién lo dices,  
Si bien, con poca ocasión):  
En efecto, yo la quise  
Tanto...

REY.

¿Qué importa, si ella  
Es beldad tan imposible...?

DON ENRIQUE.

Es verdad, pero...

REY.

Callad.

DON ENRIQUE.

Pues, señor, ¿no me permites  
Disculparme?

REY.

No hay disculpa;  
Que es belleza que no admite  
Objecion.

DON ENRIQUE.

Es cierto, pero  
El tiempo todo lo rinde,  
El amor todo lo puede.

REY.

(Ap. ¡Válgame Dios! qué mal hice  
En esconder á Gutierre!)  
Callad, callad.

DON ENRIQUE.

No te incites  
Tanto contra mí, ignorando  
La causa que á esto me obligue.

REY.

Yo lo sé todo muy bien.  
(Ap. ¡Oh qué lance tan terrible!)

DON ENRIQUE.

Pues yo, señor, he de hablar:  
En fin, doncella la quise.  
¿Quién, decid, agravía á quién?  
¿Yo á un vasallo...

DON GUTIERRE. (Ap.)

¡Ay infelice!

DON ENRIQUE.

Que ántes que fuese su esposa,  
Fué?...

REY.

No teneis qué decirme.  
Callad, callad, que ya sé  
Que por disculpa lingisteis  
Tal quimera. Infante, infante,  
Vamos mediando los fines.  
¿Conoceis aquesta daga?

DON ENRIQUE.

Sin ella á palacio vine  
Una noche.

REY.

¿Y no sabeis  
Dónde la daga perdisteis?

DON ENRIQUE.

No, señor.

REY.

Yo sí, pues fué  
Adonde fuera posible  
Mancharse con sangre vuestra,  
A no ser el que la rige

Tan notable y leal vasallo.  
¿No veis que venganza pide  
El hombre que aun ofendido,  
El pecho y las armas rinde?  
¿Veis este puñal dorado?  
Geroglífico es que dice  
Vuestro delito: á quejarse  
Viene de vos, y he de oírle.  
Tomad su acero, y en él  
Os mirad: veréis Enrique,  
Vuestros defectos.

DON ENRIQUE.

Señor,

Considera que me riñes  
Tan severo, que turbado...

REY.

Toma la daga.—¿Qué hiciste,  
(Dale la daga, y al tomarla, turbado  
el Infante corta al Rey en la mano.)  
Traidor?

DON ENRIQUE.

¿Yo?

REY.

¿Desta manera  
Tu acero en mi sangre tiñes?  
¿Tú la daga que te di,  
Hoy contra mí pecho esgrimes?  
¿Tú me quieres dar la muerte?

DON ENRIQUE.

Mira, señor, lo que dices;  
Que yo turbado...

REY.

¿Tú á mí  
Te atreves?; Enrique, Enrique!  
Deten el puñal, ya muero.

DON ENRIQUE.

¿Hay confusiones mas tristes!  
Mejor es volver la espalda,  
Y aun ausentarme y partirme  
Donde en mi vida te vea,  
(Cáesele la daga.)

Porque de mi no imagines  
Que puedo verter tu sangre  
Yo ¡mil veces infelice! (Vase.)

REY.

¿Válgame el cielo! ¿qué es esto?  
¿Oh qué aprension insufrible!  
Bañado me vi en mi sangre,  
Muerto estuve. ¿Qué infelice  
Imaginacion me correa,  
Que con espantos horribles  
Y con helados temores  
El pecho y el alma oprime?  
Ruego á Dios que estos principios  
No lleguen á tales fines,  
Que con diluvios de sangre  
El mundo se escandalice. (Vase.)

### ESCENA III.

DON GUTIERRE.

¿Todo es prodigios el día!  
Con asombros tan terribles,  
De que yo estaba escondido  
No es mucho que el Rey se olvide.  
¿Válgame Dios! ¿qué escuché?  
Mas ¿para qué lo repite  
La lengua, cuando mi agravio  
Con mi desdicha se mide?  
Arranquemos de una vez  
De tanto mal las raíces.  
Muera Mencia, su sangre  
Bañe el pecho donde asiste;  
Y pues aqueste puñal  
Hoy segunda vez me rinde  
El infante, con él muera.

(Levanta la daga.)

Mas no es bien que lo publique;  
Porque si sé que el secreto  
Altas victorias consigue,  
Y que agravio que es oculto  
Oculta venganza pide,  
Muera Mencia de suerte  
Que ninguno lo imagine.  
Pero ántes que llegue á esto,  
La vida el cielo me quite,  
Porque no vea tragedias  
De un amor tan infelice.  
¿Para cuándo, para cuándo  
Esos azules viriles  
Guardan un rayo? ¿No es tiempo  
De que sus puntas se vibren,  
Preciando de tan piadosos?  
¿No hay, claros cielos, decidme,  
Para un desdichado muerte?  
¿No hay un rayo para un triste? (Vase.)

Sala en la casa de Don Gutierre, en Sevilla.

### ESCENA IV.

DOÑA MENCIA, JACINTA.

JACINTA.

Señora, ¿qué tristeza  
Turba la admiracion á tu belleza,  
Que la noche y el día  
No haces sino llorar?

DOÑA MENCIA.

La pena mia  
No se rinde á razones.  
En una confusion de confusiones,  
Ni medidas, ni cuerdas,  
Desde la noche triste, si te acuerdas,  
Que viviendo en la quinta,  
Te dije que conmigo habia, Jacinta,  
Hablado Don Enrique  
(No sé cómo mi mal te signifique),  
Y tú despues dijiste que no era  
Posible, porque afuera  
A aquella misma hora que yo digo,  
El infante tambien habló contigo,  
Estoy triste y dudosa,  
Confusa, divertida y temerosa,  
Pensando que no liese  
Gutierre quien conmigo habló.

JACINTA.

¿Pues ese  
Es engaño que pudo  
Suceder?

DOÑA MENCIA.

Si, Jacinta, que no dudo  
Que de noche, y hablando  
Quedo, y yo tan turbada, imaginando  
En él mismo, vendría,  
Bien tal engaño suceder podria.  
Con esto el verle agora  
Conmigo alegre, y que consigo llora  
(Porque al fin los enojos,  
Que son grandes amigos de los ojos,  
No les encubren nada),  
Me tiene en tantas penas anegada.

### ESCENA V.

COQUIN. — DICHAS.

COQUIN.

Señora.

DOÑA MENCIA.

¿Qué hay de nuevo?

COQUIN.

Apénas á contártelo me atrevo.  
Don Enrique, el infante..

DOÑA MENCIA.

Tente, Coquin, no pases adelante.

Que su nombre no mas me causa espanto.

Tanto le temo, ó le aborrezco tanto.

COQUIN.

No es de amor el suceso,  
Y por eso lo digo.

DOÑA MENCIA.

Y yo por eso

Lo escucharé.

COQUIN.

El Infante

Que fué, señora, tu imposible amante,  
Con Don Pedro su hermano  
Hoy un lance ha tenido. Pero en vano  
Contártele pretendo,  
Por no saberle bien, ó porque entiendo  
Que no son justas leyes  
Que hombres de burlas hablen de los re-  
Esto aparte, en efecto [Yes.  
Enrique me llamó, y con gran secreto  
Dijo: «A Doña Mencía  
Este recado da de parte mía.  
Que su desden tirano  
Me ha quitado la gracia de mi hermano,  
Y huyendo desta tierra,  
Hoy á la ajena patria me destierra,  
Donde vivir no espero,  
Pues de Mencía aborrecido muero.»

DOÑA MENCIA.

¿Por mi el Infante ausente,  
Sin la gracia del Rey? ¿Cosa que intente,  
Con novedad tan grande,  
Que mi opinión en voz del vulgo ande!  
¿Qué haré? ¿cielos!

JACINTA

Ahora

El remedio mejor será, señora,  
Prevenir este daño.

COQUIN.

¿Cómo puede?

JACINTA.

Rogándole al Infante que se quede;  
Pues si una vez se ausenta,  
Como dicen, por ti, será tu afrenta  
Pública; que no es cosa  
La ausencia de un Infante tan dudosa,  
Que no se diga luego  
Cómo y por qué.

COQUIN.

¿Pues cuándo oírás ese ruego,  
Si, calzada la espuela,  
Ya en su imaginación Enrique vuelva?

JACINTA.

Escribiéndole ahora  
Un papel en que diga mi señora  
Que á su opinión conviene  
Que no se ausente; pues para eso tiene  
Lugar, si tú le llevas.

DOÑA MENCIA.

Pruebas de honor son peligrosas prue-  
Pero con todo quiero [has;  
Escribir el papel, pues considero,  
Y no con necio engaño,  
Que es de dos daños este el menor daño.  
Si hay menor en los daños que recibo.  
Quedaos aquí los dos, mientras yo escri-  
(Vase.) [bo.

## ESCENA VI.

COQUIN, JACINTA

JACINTA.

¿Qué tienes estos días,  
Coquin, que andas tan triste? ¿No solías  
Ser alegre? ¿Qué efecto  
Te tiene así?

COQUIN.

Metíme á ser discreto

Por mi mal, y lame dado  
Tan grande hipocondria en este lado,  
Que me muero.

JACINTA.

¿Y qué es hipocondria?

COQUIN.

Es una enfermedad que no la había  
Habrá dos años, ni en el mundo era.  
Úsase poco há, y de manera  
Lo que se usa, amiga, no se excusa,  
Que una dama, sabiendo que se usa,  
Le dijo á su galán muy triste un día:  
«Traígame un poco uced de hipocon-  
Mas Señor entra ahora [dria.»

JACINTA.

¿Ay Dios! Voy á avisar á mi señora.

## ESCENA VIII.

DON GUTIERRE.—COQUIN,  
JACINTA.

DON GUTIERRE.

Tente, Jacinta, espera.  
¿Dónde corriendo vas de esa manera?

JACINTA.

Avisar pretendía  
A mi señora de que ya venía  
Tu persona.

DON GUTIERRE.

(Ap.) ¡Oh criados,

En efecto, enemigos no excusados! [to  
Turbados de temor los dos se han pues-  
Ven acá, dime tú lo que hay en esto:  
Dime por qué corrias. (A Jacinta.)

JACINTA.

Solo por avisar de que venias,  
Señor, á mi señora.

DON GUTIERRE.

El labio sella.

(Ap. Mas destelo sabré mejor que della.)  
Coquin, tú me has servido  
Noble siempre, en mi casa te has criado:  
A ti vuelvo rendido,  
Dime, dime por Dios lo que ha pasado.

COQUIN.

Señor, si algo supiera,  
De lástima no mas te lo dijera.  
¡Plegue á Dios! mi señor...

DON GUTIERRE.

¿No, no dás voces!

¿De qué aquí te turbaste?

COQUIN.

Somos de buen turbar; mas esto baste

DON GUTIERRE.

(Ap. Señas los dos se han hecho.  
Ya no son cobardías de provecho.)  
Idos de aquí los dos — Solos estamos,  
(Vanse los dos.)

Honor, lleguemos ya, desdicha, vamos.  
¿Quién vió en tantos enojos  
Matar las manos y llorar los ojos?

(Alza una cortina, y descubre á Doña  
Mencia escribiendo.)

## ESCENA IX.

DOÑA MENCIA. — DON GUTIERRE.

DON GUTIERRE. (Ap.)

Escribiendo Mencía  
Está: ya es fuerza ver lo que escribía.  
(Llega á ella y quítale el papel)

DOÑA MENCIA.

¿Ay Dios! Válgame el cielo!

(Se desmaya.)

DON GUTIERRE.

Estatua viva se quedó de hielo. [Alteza  
(Lee.) Vuestra Alteza, señor... ¡Que por  
Vino mi honor á dar á tal baja!  
No se ausente... Detente, [te,  
Voz; pues le ruega aquí que nose ausen-  
A tanto mal me ofrezco,  
Que casitas desdichas me agradezco.--  
¿Si aquí la doy la muerte...?  
Mas esto ha de pensarse desta suerte.  
Despediré criadas y criados:  
Solos han de quedarse mis cuidados  
Conmigo; y ya que ha sido  
Mencia la mujer que yo he querido  
Mas en mi vida, quiero  
Que en el último vale, en el postrero  
Parasismo, me deba [nueva.  
La mas nueva piedad, la acción mas  
Ya que la cura he de aplicar postrera,  
No muera el alma, aunque la vida muer-  
[ra.

(Escribe y vase. — Vuelve en si Doña  
Mencia.)

## ESCENA X.

DOÑA MENCIA.

¿Señor, detén la espada,  
No me juzgues culpada,  
El cielo sabe que inocente muero!  
¿Qué fiero mano, qué sangriento acero  
En mi pecho ejecutas? ¡Tente, tente!  
¿Una mujer no mates inocente! — [agora  
Mas, ¿qué es esto? ¡ay de mí! ¿no estaba  
Gutierre aquí? ¿No via [quien lo igno-  
Que en mi sangre bañada, [ra?  
Moria en rubias ondas anegada?  
¡Ay Dios, este desmayo  
Fué de mi vida aquí mortal ensayo!  
¿Qué ilusión! Por verdad lo dudo y creo.  
El papel romperé. — ¡Pero qué veo!  
De mi esposo la leticia, y desta suerte  
La sentencia me intina de mi muerte:  
(Lee.) El amor te adora, el honor te  
aborrece; y así el uno te mata y el  
otro te avisa. Dos horas tienes de vida:  
cristiana eres, salva el alma, que la  
vida es imposible. [esto?  
¡Válgame Dios! ¡Jacinta, hola! ¿Qué es  
Nadie responde? ¿Otro temor funesto!  
¿No hay alguna criada?  
Mas ¡ay de mí! la puerta está cerrada,  
Nadie en casa me escucha. [cha.  
Mucha es mi turbación, mi pena es mu-  
Destas ventanas son los lieros rejas,  
Y en vano á nadie le diré mis quejas.  
Que caen á unos jardines, donde apenas  
Habrá quien oiga repetidas penas.  
¿Dónde irá desta suerte,  
Trozando en la sombra de mi muerte?  
(Vase.)



Calle.

## ESCENA XI.

EL REY, DON DIEGO.

REY.

En fin, ¿Enrique se fué?

DON DIEGO.

Sí, señor : aquesta tarde  
Salió de Sevilla.

REY.

Creo

Que ha presumido arrogante  
Que él solamente de mí  
Podrá en el mundo librarse.  
¿Y dónde va?

DON DIEGO.

Yo presumo

Que á Consuegra.

REY.

Esta el Infante

Maestre allí, y querrán los dos  
A mis espaldas vengarse  
De mí.

DON DIEGO.

Tus hermanos son,  
Y es forzoso que te amen  
Como hermano, y como á rey  
Te adoren : dos naturales  
Obediencias son.

REY.

Y Enrique

¿Quién lleva que le acompañe?

DON DIEGO.

Don Arias.

REY.

Es su privanza.

DON DIEGO.

Música hay en esta calle.

REY.

Vámonos llegando á ellos :  
Quizá con lo que cantaren,  
Me templaré.

DON DIEGO.

La armonía

Es antidoto á los males.

CANTAN DENTRO.

*El infante don Enrique  
Hoy se despidió del Rey;  
Su pesadumbre y su ausencia  
Quiera Dios que pare en bien.*

REY.

¿Qué triste voz! Vos, Don Diego,  
Echad por aquesta calle,  
No se nos escape quien  
Canta desatinos tales.

(Vase cada uno por su parte.)

Sala en casa de Don Gutierre.

## ESCENA XII.

DONGUTIERRE; LUDOVICO, cubierto  
el rostro.

DON GUTIERRE.

Entra, no tengas temor;  
Que ya es tiempo que destape  
Tu rostro y encubra el mío. (Tápas.)

LUDOVICO.

¿Válgame Dios!

DON GUTIERRE.

No te espante

Nada que vieres.

LUDOVICO.

Señor,

De mi casa me sacásteis  
Esta noche; pero apenas  
Me tuvisteis en la calle,  
Cuando un puñal me pusisteis  
Al pecho, sin que cobarde  
Vuestro intento resistiese,  
Que fué cubrirme y vendarme  
El rostro, y darme mil vueltas  
Lugco á mis propios umbrales  
Dijisteisme que mi vida  
Estaba en no destaparme;  
Una hora he andado con vos,  
Sin saber por donde ande.  
Y con ser la admiracion  
De aqueste caso tan grave,  
Mas me turba y me suspende  
Impensadamente hallarme  
En una casa tan rica,  
Sin ver que la habite nadie  
Sino vos, habiéndos visto  
Siempre ese embozo delante.  
¿Qué me queréis?

DON GUTIERRE.

Que te esperes

Aquí solo un breve instante. (Vase.)

LUDOVICO.

¿Qué confusiones son estas  
Que á tal extremo me traen!  
¿Válgame Dios!

(Vuelve Don Gutierre.)

DON GUTIERRE.

Tiempo es ya

De que entres aquí; mas ántes  
Escúchame : aqueste acero  
Será de tu pecho esmalte,  
Si resistes lo que yo  
Tengo ahora de mandarte.  
Asómate á ese aposento  
¿Qué ves en él?

LUDOVICO.

Una imagen

De la muerte, un bulto veo  
Que sobre una cama yace :  
Dos velas tiene á los lados,  
Y un crucifijo delante.  
Quién es, no puedo decir;  
Que con unos taletanes  
El rostro tiene cubierto.

DON GUTIERRE.

Pues á ese vivo cadáver  
Que ves, has de dar la muerte.

LUDOVICO.

Pues ¿qué quieres?

DON GUTIERRE.

Que la sangres,

Y la dejes que rendida  
A su violencia, desnaye  
La fuerza, y que en tanto horror  
Tú atrevido la acompañes,  
Hasta que por breve herida  
Ella espire y se desangre.  
No tienes que replicar,  
Si buscas en mí piedades;  
Sino obedecer, si quieres  
Vivir.

LUDOVICO.

Señor, tan cobarde  
Te escucho, que no podré  
Obedecerte.

DON GUTIERRE.

Quien hace

Por consejos rigurosos  
Mayores temeridades,  
Darte la muerte sabra.

LUDOVICO.

Fuerza es que mi vida guarde.

DON GUTIERRE.

Haces bien; que ya en el mundo  
Hay quien viva porque mate.  
Desde aquí te estoy mirando,  
Ludovico : entra adelante.

(Entrase Ludovico.)

## ESCENA XIII.

DON GUTIERRE.

Este fué el mas sutil medio  
Para que mi afrenta acabe  
Disimulada, supuesto  
Que el veneno fuera fácil  
De averiguar, las heridas  
Imposibles de ocultarse.  
Y así, contando la muerte,  
Y diciendo que fué lance  
Forzoso hacer la sangría,  
Ninguno podrá probarme  
Lo contrario, si es posible  
Que una venda se desate.  
Haber traído á este hombre  
Con recato semejante,  
Fué bien; pues si descubierta  
Viniera, y viera sangrarse  
Una mujer, y por fuerza,  
Fuera presuncion notable.  
Este no podrá decir,  
Cuando refiera este trance,  
Quién fué la mujer; demas,  
Que cuando de aquí le saque,  
Muy lejos ya de mi casa  
Estoy dispuesto á matarle.  
Médico soy de mi honor :  
La vida pretendo darle  
Con una sangría; que todos  
Curan á costa de sangre. (Vase.)

Calle.

## ESCENA XIV.

EL REY y DON DIEGO, que vuelven á  
salir cada uno por su parte; música,  
dentro.

Cantan dentro.

*Para Consuegra camina,  
Donde piensa que han de ser  
Teatros de mil tragedias  
Las montañas de Montiel.*

REY.

¿Don Diego!

DON DIEGO.

Señor...

REY.

Supuesto  
Que cantan en esta calle,  
¿No hemos de saber quién es?  
¿Habla por ventura el aire?

DON DIEGO.

No te desvele, señor,  
Oír estas necedades;  
Porque á vuestro enojo ya  
Versos en Sevilla se hacen.

REY.

Dos hombres vienen aquí.

DON DIEGO.

Es verdad : no hay que esperarles  
Respuesta. Hoy el conocerlos  
Importa.

## ESCENA XV.

DON GUTIERRE, *que trae á* LUDOVICO  
CO *con los ojos vendados.*—*Dichos.*

DON GUTIERRE. (Ap.)

¡Que así me ataje.  
El cielo, que con la muerte  
Deste hombre eche otra llave  
Al secreto!—Ya me es fuerza  
De aquestos dos retirarme;  
Que nada me está peor  
Que conocerme en tal parte.  
Dejaré en este puesto. (Vase.)

## ESCENA XVI.

EL REY, DON DIEGO, LUDOVICO,  
*con los ojos vendados.*

DON DIEGO.

De los dos, señor, que ántes  
Venian, se volvió el uno,  
Y el otro se quedó.

REY.

A darme  
Confusion; que si le veo  
A la poca luz que esparce  
La luna, no tiene forma  
Su rostro : confusa imagen  
El hulto, mal acabado,  
Parece de un blanco jaspé.

DON DIEGO.

Téngase tu Majestad,  
Que yo llegaré.

REY.

Dejadme,  
Don Diego.—¿Quién eres, hombre?

LUDOVICO.

Dos confusiones son parte,  
Señor, á no responderos: (*Descúbrese.*)  
La una, la humildad que trae  
Consigo un pobre oficial,  
Para que con reyes hable  
(Que ya os conocí en la voz,  
Luz que tan notorio os hace),  
La otra, la novedad  
Del suceso mas notable,  
Que el vulgo, archivo confuso,  
Califica en sus anales.

REY.

¿Qué os ha sucedido?

LUDOVICO.

A vos  
Lo diré, escuchadme aparte.

REY.

Retiraos allí, Don Diego.

DON DIEGO. (Ap.)

Sucesos son admirables  
Cuantos esta noche veo :  
Dios con bien della me saque.

LUDOVICO.

No la vi el rostro, mas solo  
Entre repetidos ayes  
Escuché : «Inocente muero;  
El cielo no te demande  
Mi muerte.» Esto dijo, y luego  
Espiró; y en este instante  
El hombre mató la luz,  
Y por los pasos, que ántes  
Entré, sali. Sintió ruido  
Al llegar á aquesta calle,

Y dejéme en ella solo.  
Fáltame ahora de avisarte,  
Señor, que saqué bañadas  
Las manos en roja sangre,  
Y que fui por las paredes,  
Como que quise arrimarme,  
Manchando todas las puertas,  
Por si pueden las señas  
Descubrir la casa.

REY.

¡Bien  
Hicistes! Venid á hablarme  
Con lo que hubiereis sabido,  
Y tomad este diamante,  
Y decid que por las señas  
Délos permitian hablarme  
A cualquier hora que vais.

LUDOVICO.

El cielo, señor, os guarde. (Vase.)

REY.

Vamos, Don Diego.

DON DIEGO.

¿Qué es eso?

REY.

El suceso mas notable  
Del mundo.

DON DIEGO.

Triste has quedado.

REY.

Forzoso ha sido asombrarme.

DON DIEGO.

Vente á acostar, que ya el día  
Entre dorados celajes  
Asoma.

REY.

No he de poder  
Sosegar, hasta que halle  
Una cosa cosa que deseo.

DON DIEGO.

¿No miras que ya el sol sale,  
Y que podrán conocerte  
Desta suerte?

## ESCENA XVII.

COQUIN.—EL REY, DON DIEGO.

COQUIN.

Aunque me mates,  
Habiéndote conocido,  
¡Oh señor! tengo de hablarte :  
Escúchame.

REY.

Pues, Coquin,  
¿De qué los extremos son?

COQUIN.

Esta es una honrada accion,  
De hombre bien nacido en tin;  
Que aunque hombre me consideras  
De burlas con loco humor,  
Llegando á veras, señor,  
Soy hombre de muchas veras.  
Oye lo que he de decir,  
Pues de veras vengo á hablar :  
Que quiero hacerte llorar,  
Ya que no puedo reir.  
Gutierre, mal informado  
Por aparentes celos,  
Llegó á tener viles celos  
De su honor; y hoy obligado  
A tal sospecha, que halló  
Escribiendo (¡error cruel!)  
Para el infante un papel  
A su esposa, que intentó  
Con él que no se ausentase,

Porque ella causa no fuese  
De que en Sevilla se viese  
La novedad que causase  
Pensar que ella le ausentaba...  
Con esta inocencia pues  
(Que á mi me consta), con piés  
Cobardes, adonde estaba  
Llegó, y el papel tomó,  
Y, sus celos declarados,  
Despidiendo á los criados,  
Todas las puertas cerró,  
Solo se quedó con ella.  
Yo enternecido de ver  
Una infelice mujer  
Perseguida de su estrella,  
Vengo, señor, á avisarte  
Que tu brazo altivo y fuerte  
Hoy la libre de la muerte.

REY.

¿Con qué he de poder pagarte  
Tal piedad?

COQUIN.

Con darme aprisa  
Libre, sin mas accidentes,  
De la accion contra mis dientes.

REY.

No es ahora tiempo de risa.

COQUIN.

¿Cuándo lo fué?

REY.

Y pues el día  
Aun no se muestra, lleguemos,  
Don Diego. (Vase.)

Otra calle, y en ella la casa de Don Gutierre.  
En la puerta se ve la señal de una mano  
sangrienta.

## ESCENA XVIII.

LOS MISMOS.

REY.

Asi pues darémos  
Color á una industria mia,  
De entrar en casa mejor.  
Diciendo que me ha cogido  
Cerca el día, y he querido  
Disimular el color  
Del vestido; y una vez  
Allá, el estado verémos  
Del suceso; y así barémos  
Como Rey, supremo juez.

DON DIEGO.

No hubiera industria mejor.

COQUIN.

De su casa lo has tratado  
Tan cerca, que ya has llegado;  
Que esta es su casa, señor.

REY.

Don Diego, espera.

DON DIEGO.

¿Qué ves?

REY.

¿No ves sangrienta una mano  
Impresa en la puerta?

DON DIEGO.

Es llano.

REY. (Ap.)

Gutierre sin duda es  
El cruel que anoche hizo  
Una accion tan inclemente.  
No sé qué hacer. Cuerdamente  
Sus agravios satisfizo.



## ESCENA XIX.

DOÑA LEONOR, INES, *con mantos.*—  
DICHOS.

DOÑA LEONOR.

Salgo á misa ántes del día,  
Porque ninguno me vea  
En Sevilla, donde crea  
Que olvido la pena mía.  
Mas gente hay aquí. ¡Ay Ines!  
¿El Rey qué hará en esta casa?

INES.

Tápate en tanto qué pasa.

REY.

Accion excusada es,  
Porque ya estáis conocida.

DOÑA LEONOR.

No fué encubrirme, señor,  
Por excusar el honor  
De dar á tus piés la vida.

REY.

Esa accion es para mí,  
De recatarme de vos,  
Pnes sois acrédor, por Dios,  
De mis honras; que yo os di  
Palabra, y con gran razon,  
De que he de satisfacer  
Vuestro honor; y lo he de hacer  
En la primera ocasion.

## ESCENA XX.

DON GUTIERRE. — DICHOS.

DON GUTIERRE. *(Dentro)*

Hoy me ne de desesperar  
Cielo airado, si no baja  
Un rayo de esas esferas  
Y en cenizas me desata!

REY.

¿Qué es esto?

DON DIEGO.

Loco furioso

Don Gutierre de su casa  
Sale.

REY.

¿Dónde vais, Gutierre?

DON GUTIERRE. *(Sale.)*

A besar, señor, tus plantas;  
Y de la mayor desdicha,  
De la tragedia mas rara,  
Escucha la admiracion,  
Que eleva, admira y espanta.  
Mencia, mi amada esposa,  
Tan hermosa como casta,  
Virtuosa como bella  
*(Digalo á voces la fama):*  
Mencia, á quien adoré  
Con la vida y con el alma,  
Añoche á un grave accidente  
Vió su perfeccion postrada,  
Por desmentirla divina  
Este accidente de humana.  
Un médico, que lo es  
El de mayor nombre y fama,  
Y el que en el mundo merece  
Inmortales alabanzas.  
La recetó una sangría,  
Porque con ella esperaba  
Restituir la salud  
A un mal de tanta importancia.  
Sangróse en fin; que yo mismo,  
Por estar sola la casa,  
Llamé al sangrador, no habiendo  
Ni criados ni criadas.  
A verla en su cuarto pues  
Quise entrar esta mañana...  
—Aquí la lengua emudece,

Aquí el aliento me falta.

Veó de funesta sangre

Teñida toda la cama,

Toda la ropa cubierta,

Y que en ella ¡ay Dios! estaba

Mencia, que se había muerto

Esta noche desangrada.

Ya se ve cuán fácilmente

Una venda se desata.

¿Pero para qué presumo

Reducir hoy á palabras

Tan lastimosas desdichas?

Vuelve á esta parte la cara,

Y verás sangriento el sol,

Veras la luna eclipsada,

Deslucidas las estrellas

Y las esferas horradas;

Y verás á la hermosura

Mas triste y mas desdichada.

Que, por darme mayor muerte,

No me ha dejado sin alma.

*(Descúbrese á Doña Mencia*

*en la cama <sup>1</sup>.)*

REY.

¡Notable suceso! *(Ap. Aquí*

La prudencia es de importancia.

Mucho en reportarme haré.

Tomó notable venganza.)

Cubrid ese horror que asombra,

Ese prodigio que espanta,

Espectáculo que admira,

Símbolo de la desgracia.

Gutierre, menester es

Consuelo; y porque le haya

En pérdida que es tan grande

Con otra tanta ganancia,

Dadle la mano á Leonor;

Que es tiempo que satisfaga

Vuestro valor lo que debe,

Y yo cúmpla la palabra

De volver en la ocasion

Por su valor y su fama.

DON GUTIERRE.

Señor, si de tanto fuego

Aun las cenizas se hallan

Calientes, dadme lugar

Para que lllore mis ansias.

¿No queréis que escarmentado

Quede?

REY.

Esto ha de ser, y basta.

DON GUTIERRE.

Señor, ¿queréis que otra vez,

No libre de la borrasca,

Vuelva al mar? Con qué disculpa?

REY.

Con que vuestro Rey lo manda.

DON GUTIERRE.

Señor, escuchad aparte

Disculpas.

REY.

Son excusadas.

¿Cuáles son?

DON GUTIERRE.

¿Si vuelvo á verme

En desdichas tan extrañas,

Que de noche halle embozado

A vuestro hermano en mi casa...?

REY.

No dar crédito á sospechas.

DON GUTIERRE.

¿Y si detras de mi cama

Hallase tal vez, señor,

De Don Enrique la daga?

<sup>1</sup> Esto se haria en tiempo de Calderon descorriendo una cortina, suponiéndose que era de una ventana correspondiente á la alcoba de Doña Mencia.

REY.

Presumir que hay en el mundo  
Mil sobornadas criadas,  
Y apelar á la cordura.

DON GUTIERRE.

A veces, señor, no basta.  
¿Si veo rondar despues  
De noche y de dia mi casa?

REY.

Quejarse á mí.

DON GUTIERRE.

¿Y si cuando

Llego á quejarme, me aguarda  
Mayor desdicha escuchando?

REY.

¿Qué importa, si él desengaña,  
Que fué siempre su hermosura  
Una constante muralla  
De los vientos defendida?

DON GUTIERRE.

¿Y si volviendo á mi casa,  
Hallo algun papel que pide  
Que el infante no se vaya?

REY.

Para todo habrá remedio.

DON GUTIERRE.

¿Posible es que a esto le haya?

REY.

Sí, Gutierre.

DON GUTIERRE.

¿Cuál, señor?

REY.

Uno vuestro.

DON GUTIERRE.

¿Qué es?

REY.

Sangrarla.

DON GUTIERRE.

¿Qué decis?

REY.

Que hagais horrar

Las puertas de vuestra casa;  
Que hay mano sangrienta en ellas.

DON GUTIERRE.

Los que de un oficio tratan,  
Ponen, señor, á las puertas  
Un escudo de sus armas;  
Trato en honor, y así pongo  
Mi mano en sangre bañada  
A la puerta; que el honor  
Con sangre, señor, se lava.

REY.

Dádsela pues á Leonor;

Que yo sé que su alabanza

La merece.

DON GUTIERRE.

Sí la doy. *(Dale la mano.)*

Mas mira que va bañada

En sangre, Leonor.

DOÑA LEONOR.

No importa;

Que no me admira ni espanta.

DON GUTIERRE.

Mira que médico he sido

De mi honra: no está olvidada

La ciencia.

DOÑA LEONOR.

Cura con ella

Mi vida, en estando mala

DON GUTIERRE.

Pues con esa condicion

Te la doy. Con esto acaba

*El Médico de su honra.*

Perdonad sus muchas faltas.





# AMOR, HONOR Y PODER.

## PERSONAS.

EL REY DE INGLATERRA, EDUARDO III.  
ENRICO.  
LUDOVICO.

TEOBALDO.  
EL CONDE DE SALVERIC, *viejo*.  
ESTELA, *dama*.  
FLERIDA, *infanta*.

TOSCO, *villano gracioso*.  
UN CAZADOR.  
CRIADOS Y ACOMPAÑAMIENTO.

*La escena es en el castillo del Conde, en el palacio del Rey y parajes inmediatos.*

## JORNADA PRIMERA.

*Campo y vista exterior del castillo de Salveric.*

### ESCENA PRIMERA.

ENRICO, ESTELA.

ENRICO.

No salgas, Estela, al monte,  
Vuélvete al castillo, hermana;  
Que por estos campos hoy  
Ha salido el Rey á caza.  
No te vea de la suerte  
Que en las soledades andas,  
Causando desprecio á Vénus,  
Dando envidias á Diana,  
Cuando diosa de estos montes,  
Que mide veloz tu planta,  
Ó son las cumbres de Chipre,  
Ó son las selvas de Arcadia.  
Por tu gusto, Estela, vives  
En Salveric, retirada,  
Del aplauso de la corte,  
Del adorno de sus galas.  
Aquí un hermano te sirve,  
Aquí un padre te acompaña,  
Y aquí un monte te obedece,  
Que reina suya te llama.  
No te vea el Rey, y piense,  
Viendo la humildad que trañas,  
Que lo que es sobra del gusto,  
Viene á ser del honor falta.  
Por tu vida, que te quedes  
En Salveric, y no salgas  
Hoy al monte.

ESTELA.

No seldré;

Que ser gusto tuyo basta.  
Desde aquí al castillo vuelvo  
A obedecer lo que mandas.

ENRICO.

Yo, hermana, te lo suplico.  
Queda adios.

*Una voz. (Dentro.)*

¡Aparta, aparta!

ENRICO.

¿Qué voz es esta?

*Voz. (Dentro.)*

Poned  
Delante dél las espadas.  
Tente, indómito caballo.

ESTELA.

Desde aquellas cumbres altas  
Un caballo se despeña  
Con una mujer.

ENRICO.

Hoy baja  
Despeñado otro Faetonte.

### ESCENA II.

ESTELA.

En el viento

Apénas pone las plantas,  
Porque un volante que al sol  
Le vuelve otro sol de plata,  
Lleno del viento que deja,  
Le va sirviendo de alas.  
Tan igualmente lijeros  
Los piés y manos levanta,  
Que parece que á los cielos  
Tira la yerba que arranca,  
Tan bañado en sus espumas,  
Que parece que un mar pasa,  
Y que pegado en los pechos  
El mar á pedazos saca.  
Firme la dama le oprime;  
Y aunque sean tan contrarias  
La de un bruto y la de un sol,  
Son dos cuerpos con un alma.  
Ella cobarde se anima,  
Y animosa se desmaya;  
Que es el peligro forzoso  
Donde la fuerza es tan flaca.  
Pero ya Enrico, mi hermano,  
Saliendo al paso le aguarda,  
Aunque un monte es imposible  
Esperarle cara á cara.  
Atravesado se arroja,  
Y el tiro al bocado agarra,  
Y asiendo el freno en la mano,  
Se le pone á su arrogancia.  
Con la izquierda en un sugeto  
El viento y el fuego para,  
Y con la derecha á un punto  
Por el arzon mismo saca  
A la dama, que en los brazos,  
Sin aliento y desmayada,  
El sobresalto al peligro  
Lo que le debe le paga;  
Y tirando el freno, cuando  
A la silla el brazo alarga,  
Volvió el caballo (parece  
Que á mirar lo que llevaba),  
Porque envidioso de verse  
Dueño de gloria tan alta,  
Quiso con bárbaro intento,  
Si no perderla, robarla.  
Mas ya con ella en los brazos  
Al valle mi hermano baja,  
Que parece que del sol  
Hurtó su esplendor la llama.

(Vase.)

### ESCENA III.

ENRICO, con la INFANTA FLERIDA  
en los brazos.—ESTELA.

ENRICO.

¡Hermana, Estela! Volando  
Trae de aquesa fuente agua,  
O entra por ella al castillo.

ESTELA.

Yo voy presto: aquí me aguarda. (Vase.)

### ESCENA IV.

ENRICO, LA INFANTA.

ENRICO.

Trae el agua, que mis ojos  
No me darán la que basta;  
Porque será breve el mar  
Para vencer fuerza tanta.  
¿Qué muelo, si el mismo cielo,  
Aunque con luz eclipsada,  
Hoy en sus rayos me quema,  
Hoy en sus rayos me abrasa?  
¿Quién ha visto, quién ha visto,  
Aunque por suertes contrarias,  
Desgraciada la ventura,  
Venturosa la desgracia?  
¿Señora! señora! Apénas  
Oye mi voz, y turbada  
La color, en un compuesto  
Mezcló la nieve y el nácar;  
Y dichosamente unida  
Nieve roja y rosa blanca,  
Se vió púrpura la nieve,  
Y la púrpura nevada.  
No sé qué deidad oculta  
A su adoracion me llama,  
Que de tan forzoso efecto  
No determina la causa.—  
¡Señora!

INFANTA.

¡Válgame el cielo!

ENRICO.

¡Albricias, cielos, que habla!  
¡Alma, albricias!

INFANTA.

¿Dónde estoy?

ENRICO.

¡Ah señora!

INFANTA.

¿Quién me llama?

ENRICO.

Quien del alma la mitad  
Hoy á tu vida consagra,  
Y por no dejar de verte,  
No te ofrece toda el alma.  
Aquel caballo, sin duda,  
Es el dios Júpiter que anda

Enamorado, y toinó  
Forma en apariencia rara,  
Para que tú fueras, cuando  
Le oprimieras las espaldas,  
Europa de Inglaterra,  
Y él el caballo de España.  
¿Cómo te sientes?

INFANTA.

Mejor.

Mas ¿quién eres tú, que amparas  
Mi vida?

ENRICO.

Soy quien la suya  
Tambien ofrece á tus plantas.

INFANTA.

La vida te debo.

ENRICO.

Es cierto;  
Mas procedes tan tirana,  
Que cuando te doy la vida,  
En satisfacción me matas.

INFANTA.

(Ap. Agradecida le escucho;  
Que del honor fuera falta  
La ingratitud á quien debo  
La vida.) ¿Cómo te llamas?

ENRICO.

Enrico de Salveric,  
Que vivo en estas montañas,  
En el castillo famoso  
Que es mi apellido y mi casa.  
Aquí podrás descansar.  
Yo quisiera que el aleazar  
Fuera del sol. Mas ¿quién eres?

INFANTA.

Yo soy ..

### ESCENA V.

EL REY, LUDOVICO, TEOBALDO,  
ACOMPAÑAMIENTO.—ENRICO. LA INFANTA.

LUDOVICO.

Aquí está la Infanta.

REY.

Hermana, dame tus brazos.  
¿Cómo te sientes?

INFANTA.

No es nada  
El dolor, aunque no puedo  
Estar en pié.

REY.

Pues llevadla  
A este castillo, y en él  
Descanse lo que le falta  
Al día; que ya con sombras  
Negras la noche amenaza.

TEOBALDO.

Dichoso quien llega á verte  
Con vida, porque presaga  
El alma de tus desdichas.  
Temió tu muerte temprana.  
Vida te dió mi desseo.

INFANTA.

Yo procuraré pagarla;  
Que á quien me ha dado la vida,  
No es mucho que le dé el alma.

(Vanse la Infanta, Teobaldo y el Acompañamiento.)

### ESCENA VI.

EL REY, ENRICO, LUDOVICO.

ENRICO.

(Ap. ¡Ay arrogantes deseos!  
¡Ay humildes confianzas!  
¡Ay cobardes presunciones!  
¡Ay satisfacciones falsas!  
¡Ay esperanzas perdidas!  
La Infanta, cielos, la Infanta  
Es á la que di la vida  
Y la que me quita el alma.)  
Vuestra majestad me dé  
A besar sus reales plantas,  
Si de la tierra que pisa,  
Merezco tocar la estampa.

REY.

¿Quién eres?

ENRICO.

Enrico soy  
De Salveric; que mi casa  
Es hoy, pues á honrarla vienes,  
Venturosa en tal desgracia.

REY.

¿Cómo retirado vives  
De la corte?

ENRICO.

Porque halla  
Mi padre en la soledad  
Mas quietud á su edad larga.

REY.

¿Vive todavía el Conde?

ENRICO.

Sí, señor.

REY.

Fué la privanza  
De mi padre. ¿Y solo tú  
Su soledad acompañas,  
O vive tambien Estela  
Con vosotros?

ENRICO.

(Ap. ¡Cosa extraña!  
¡Que no pudiese enuebrirlo!)  
Aquí está, señor, mi hermana,  
Que tambien del campo gusta

REY.

Mucho le debe á la fama,  
Que dice que es muy hermosa.

ENRICO.

Siempre la opinion se alarga;  
Que no es muy hermosa Estela:  
El no ser fea le basta.

REY.

Dícenme que es muy discreta.

ENRICO.

Sabe, señor (cosa es clara),  
Lo que tiene obligación  
Una mujer en su casa.

REY.

Mucho me holgara de verla.

ENRICO.

No es el traje en que ella anda  
Digno, señor, de tus ojos;  
Y esta sola fué la causa  
Para exear de que tú  
La vieras.

### ESCENA VII.

ESTELA, con un barro de agua.—  
Dichos.

ESTELA.

Aquí está el agua.—  
Mas ¿qué miro?

ENRICO.

Estela es esta,  
Que cuando cayó la Infanta,  
Fué por agua, y viene ahora.

REY.

Mejor dijeras que el alba  
Vestida de resplandores,  
O de rayos coronada,  
Otra vez al campo sale,  
Y que entre sus manos blancas  
Trae congelado el rocío  
Que por lágrimas derrama.

ESTELA. (Arrodillase.)

Vuestra Majestad, señor,  
Disculpando la ignorancia  
Que me permite este traje,  
Me dé sus manos.

REY.

Levanta:

No me acuse la soberbia  
Que tuve un cielo á mis plantas,  
Porque si á otras hermosuras  
Un mundo pequeño llaman,  
Tú eres un cielo pequeño.

ENRICO.

¡Qué bien la humildad ensalzas!  
El cielo aumiente tu vida.

REY.

(Ap. ¡Oh, lo que este hermano habla!)  
¡Ah Ludovico! (Háblale aparte.)

LUDOVICO.

Señor.

REY.

No sé que siento en el alma,  
Que con decirme que es mía,  
Ya como ajena me trata.

LUDOVICO.

(Ap. ¡Ay Estela! ¿quién creyera  
Que, cuando á verte llegara,  
Veneieran celos de un rey  
El contento que me causas?)  
¿Qué sientes? (Ap. al Rey.)

REY.

Siento temor

Con el amor en hatalla;  
Y cuanto el amor me anima,  
Tanto el temor me acobarda.  
Estela me da contento,  
Y aqueste hermano me cansa.

LUDOVICO.

Échale de aquí; que todo  
Es invenciones quien ama.

REY.

Bien me aconsejas.

LUDOVICO. (Ap.)

¡Ay cielo!

¡Oh mal haya, amor, mal haya  
El que contra sí aconseja!

ENRICO.

Su Alteza, Estela, está en casa,  
Y pues ha sido ventura  
Nuestra tan grande desgracia,  
Aunque como en monte sea,  
Ve á servir y regalarla.—  
Vuestra Majestad, señor,  
Dé licencia.—Vete, hermana;  
Que el agua no es menester.

REY.

Mejor será que tú vayas;  
Que, aunque yo no haya caído,  
Aquí es menester el agua.  
El cansancio y el calor,  
Pension propia de la caza,



Me tienen con sed, y quiero  
Beher. Vete pues, ¿qué aguardas?

ENRICO. (Ap.)

Mi muerte decir pudiera;  
Pues voy, por suertes contrarias,  
De tu hermana enamorado.  
Y celoso de mi hermana. (Vase.)

### ESCENA VIII.

EL REY, ESTELA, LUDOVICO.

REY.

Turbado á tu vista llevo;  
Que cuando amor me provoca,  
Teniendo el agua en la boca,  
Bebo por los ojos fuego.  
Si entre sus rayos me anego,  
¿Cómo en sus ondas me abraso?  
De un extremo al otro paso.  
¿Quién ha visto efecto igual,  
Que esté en la mano el cristal,  
Y esté la llama en el vaso?  
Cuando el sol sobre la nieve  
Su rubio esplendor desata,  
Hace una nube de plata  
Que del monte al valle llueve:  
Uno corre, y otro bebe;  
Y así, en efectos tan llanos,  
De tus ojos soberanos  
La luz en las manos dió,  
Y ese cristal desató  
De la nieve de tus manos.  
Yo, á tu luz turbado y ciego,  
Busco el agua; pero ya  
Mal mi fuego templará.  
Si está en el agua mi fuego.  
Abrásome; pero luego  
Que el cristal hermoso pruebo,  
El agua á los ojos llevo;  
Que en tan confusos enojos  
Tienen sed labios y ojos.

ESTELA.

Bebed ya.

REY.

Pues ya ¿no bebo?

ESTELA

Lisonjera, libre, ingrata,  
Dulce y suave una fuente  
Hace apacible corriente  
De cristal y undosa plata:  
Lisonjera se dilata  
Porque hablaba y no sentía,  
Suave, porque fingía,  
Libre, porque murmuraba,  
Dulce, porque lisonjeaba,  
Y ingrata, porque corría.  
Aquí vuestra Majestad  
Podrá templar el rigor  
De tanto fuego mejor,  
Porque tanta claridad  
Quizá ofende por verdad;  
Y si este cristal deshecho  
Abrasa y quema, sospecho  
Que en mi pecho se ha de hallar  
El hielo, para templar  
El fuego de vuestro pecho.  
Bebed, templad los enojos  
De tan sedientos agravios.

REY.

Ya doy el agua á los labios,  
Teniendo el fuego en los ojos.

ESTELA.

De tan contrarios despojos  
La causa á decir me atrevo.

REY.

A la boca el agua llevo,  
Y mis ojos me la dan,  
Que ya con mas sed están.

T. VII.

Bebed ya.

ESTELA.

REY.

Pues ya ¿no bebo?  
Pero este cristal pretende  
Acabarme con cautela:  
Si fuego, ¿cómo me hiela?  
Si hielo, ¿cómo me enciende?  
Si libre, ¿cómo me prende?  
Si apacible, ¿cómo daña?  
¿O cómo me desengaña  
El agua, si es lisonjera?  
¿O cómo, en pena tan fiera,  
Siendo tan clara, me engaña?

ESTELA.

Clara y ardiente pretende  
Experiencia tan extraña:  
Como clara desengaña,  
Y desengañada enciende.  
Si vuestra intencion me ofende,  
Dándome el cristal consejo,  
En él la respuesta dejo,  
Y es fuerza desengañar,  
Si para hacerlo ha de estar  
En mis manos un espejo.  
Vuestra Majestad me dé  
Licencia.

REY.

Un instante espera.—

¡Ay Ludovico! quisiera.. (Ap. á él.)

LUDOVICO.

¿Qué quisieras?

REY.

No lo sé.

Toda mi vida pensé  
Que amor, cuando á un rey se atreve,  
Flechas de oro y rayos mueve;  
¿Mas qué resistencia aguardo,  
Si para el fuego en que ardo,  
Hoy vibra rayos de nieve?  
Mil cosas decir quisiera  
De mi desdicha importuna,  
Y apenas he dicho alguna,  
Cuando vuelvo á la primera.  
Mis extremos considera;  
Pues cuando llevo á sentir  
El fuego en que he de morir,  
Y le pretendo contar,  
Me contento con mirar,  
Y se queda sin decir.  
Tú eres discreto y saoras  
La ocasion de mi cuidado;  
Y al fin, desapasionado,  
Mucho mejor le dirás,  
Que no puedo sufrir mas  
El incendio que senti.  
Di que libre vine aquí;  
Di que ya rendido lloro.  
Di que su rigor adoro,  
Y al fin dila que la vi. (Vase.)

### ESCENA IX.

ESTELA, LUDOVICO.

LUDOVICO.

(Ap. Yo le diré tus desvelos,  
Y seré, mas ofendido,  
El primero que haya sido  
El tercero de sus celos.)  
Estela, oye: el Rey (¡ah cielos!),  
Como desapasionado,  
Aqueste amor me ha fiado.  
¿Qué mal su daño advirtió,  
Si está enamorado, y yo  
Celoso y enamorado!  
Que te diga, me mandó,  
Lo que yo mismo dijera,  
Si enamorado me viera.  
No tengo la culpa yo

(Pues él la ocasion me dió),  
Si cuando á mirarte llevo,  
Me abraso en el mismo fuego:  
No es nuevo el mal que resisto;  
Que ya en el mundo se ha visto  
Guiar un ciego á otro ciego.  
Dijome que no sabía  
Encarecerte su pena,  
Que la diga como ajena...  
Y dígola como mía.  
Estela, si te quería,  
Pregúntaselo á los cielos,  
Testigos de mis desvelos;  
Pero en confusion tan brava,  
Si otro en los celos acaba,  
Mi amor empieza en los celos.

ESTELA.

El Rey de una misma suerte  
A ti te ha dado ocasion  
Para decir tu pasión.  
Y á mí para responderte.  
Dile al Rey cuán mal advierte  
En mi honor siempre fiel.  
Ser noble no es ser cruel:  
Pues dices lo que á él le obliga,  
Dirásle al Rey que te diga  
Lo que le respondí á él. (Vase.)

LUDOVICO.

¿Quién en el mundo se ha hallado,  
Cuando tal rigor me ofrees,  
Enamorado dos veces,  
Y dos veces despreciado?  
Celoso y enamorado,  
Con propio y ajeno amor.  
Llegué á pedirte un favor;  
Si el desprecio solicitas,  
Por los celos que me quitas,  
Yo te perdono el rigor. (Vase.)

Monte.

### ESCENA X.

UN CAZADOR, por un lado, y TOSCO, por otro.

CAZADOR. (Dentro.)

¡Hola, aho, pastor!

TOSCO. (Dentro.)

¿A quién

Dan estas voces?

CAZADOR. (Dentro.)

A VOS.

TOSCO. (Dentro.)

Yo no so hola, juro á ños,  
Y avísale que habre bien.

CAZADOR. (Dentro.)

¡Hola! ¿Una palabra sola  
A un cazador no dirás? (Salen.)

TOSCO.

El es el hola no mas,  
Porque aquí no hay otro hola.  
¿Piensa el lacayo que está  
Con otro hola como él,  
Que solo es su nombre aquel  
De hola acá y hola acullá?  
¿Que no hay de aquestos erizados  
(¡Mirad qué dichosa gente!)  
Quien muera sópitamente,  
Pues todos mueren oleados?  
No debe de habrar conmigo.

CAZADOR.

Dime el camino en que estoy;  
Que ni sé por dónde voy,  
Ni sé la senda que sigo.  
Corriendo el monte venia

Con otros moneros yo,  
Y en el monte me cogió  
El crepúsculo del día.

TOSCO.

¡Lleve Barrabas el nombre!  
¿El qué le cogió, señor?

CAZADOR.

El crepúsculo.

TOSCO.

¿Es traidor,  
O es encantado ese hombre?  
¿Y cómo le cogió? ¡Hay tal!  
¿Aquesto en el monte había?  
¿Crepúsculo tiene el día?  
—Y diga, ¿no le hizo mal?

CAZADOR.

(Ap. El villano se ha creído  
Que es alguno que hace daño,  
Y ha de quedar con su engaño.)  
En fin, hasta aquí he venido,  
Huyendo de aqueso hombre.

TOSCO.

Diga, ¿los hechos son buenos  
De aqueso? Que por lo ménos  
Tiene peligroso nombre.

CAZADOR.

(Ap. Con esto engañarle puedo,  
Pues con esta industria mía,  
Lo que no la cortesía,  
Habrá de obligarle el miedo.)  
Un hombre se traga entero,  
Y si está con hambre, dos  
Juntos.

TOSCO.

¡Oh fuego de Dios!  
¿Tan fuerte tiene el guarguero?  
Yo le llevaré, par diez,  
Hasta el castillo; que allí  
El Rey está (¡pese a mí!  
¿Dos se zampa de una vez?),  
Que esta noche se ha quedado  
En Salveric, como digo. —  
Yo apostaré que conmigo  
No tiene para un bocado.  
—Yo vine por leña, y vo  
Sin ella: hablalle no puedo.

CAZADOR. (Ap.)

El va temblando de miedo.

TOSCO.

Si él me agarra, muerto so. (Vanse.)

Sala del castillo.

## ESCENA XI.

TEOBALDO, LA INFANTA.

TEOBALDO.

No salga vuestra Alteza;  
Que un bárbaro accidente,  
Descortes, no consiente  
Respeto á la belleza,  
Cuando en muertos colores  
Halló el campo la vida de las flores.

INFANTA.

El riesgo mas que el daño  
Amenazó mi vida,  
Y al peligro rendida  
Temí el rigor extraño.  
Ya estoy mas descansada. [da.]  
Menos mortal... (Ap. Y mas enamora-

TEOBALDO.

Descansen vuestra Alteza.

INFANTA.

(Ap. Pero ¿qué es lo que veo?  
Llévome mi deseo.  
Otra al caer tropieza;  
Pero al reves ha sido,  
Yo tropecé despues de haber caído.)  
Muy bien podré ir en coche.

TEOBALDO.

Porque tu Alteza pueda  
Descansar, aquí queda  
El Rey aquesta noche.

INFANTA.

Debó á Enrico la vida.  
(Ap. Enamorada estoy y agradecida.)

TEOBALDO. (Ap.)

¡Oh quién fuera el dichoso  
Que la vida te diera!  
¡Oh quién Enrico fuera!  
¡Mil veces venturoso,  
Quién, por extraños modos,  
Hoy da la vida á quien la quita á todos!

## ESCENA XII.

EL REY, EL CONDE, LUDOVICO,  
ENRICO, ACOMPAÑAMIENTO. — TEO-  
BALDO, LA INFANTA.

CONDE.

De la suerte que sale  
El sol resplandeciente,  
Que con su luz ardiente  
No hay cosa que no iguale,  
Cuando con rayos baña  
Ya el techo, ya la rústica cabaña:  
Así, noble Rey mío,  
Alégrese esta casa  
Que á serlo del sol pasa,  
De cuya luz confío,  
Que será en este día (Arradillase.)  
Por tuya celestial, noble por mía.

REY.

Alzad, Conde, del suelo:  
Dadme, dadme los brazos.

CONDE.

Será, con tales lazos,  
Poco llegar al cielo.

REY.

Mirad que, porque tardan,  
Envidiosos los mios los aguardan

CONDE.

De tu padre heredaste  
Honrar la humildad mía.  
¿Cuántas veces solía  
El Rey, mi señor...!

REY.

Baste;

Que, como los blasones,  
Heredé de mi padre obligaciones.  
Ya sois de mi consejo  
De Estado.

CONDE.

Señor, mira...

REY.

Vuestra razon me admira.

CONDE.

Que estoy cansado y viejo.

REY.

Conde, yo sé que tengo  
Necesidad de vos.

CONDE.

Ya no prevengo

Disculpa, aunque pudiera.

Que suplas, te suplico,  
Esta ignorancia.

REY.

Enrico,

Agradecer quisiera  
De la Infanta la vida.

ENRICO.

Con dársela ha quedado agradecida,  
Y no hay en mi cuidado  
Cosa que satisfaga;  
Solo quiero por paga  
El habérsela dado,  
Y de nuevo la mía;  
Que el monte no gastó la cortesía.

REY.

Galan andais, Enrico;  
Y aunque en esto no os pago,  
De mi cámara os hago ..

ENRICO.

Ya los labios aplico  
A la tierra que doras

REY.

Porque entreis donde estoy á todas ho-  
La Infanta hará mercedes [ras.]  
A Estela de su mano...

CONDE.

Tantos honores gano,  
Que ya á Alejandro excedes.

REY. (Ap.)

Pues en un mismo día  
Su vida halló donde perdi la mía.

INFANTA.

¿Qué merced hacer puedo  
A Estela, ó qué favores,  
Si ya con los mayores  
Corta y corrida quedo?  
Por la de Enrico beso  
Tus piés.

ENRICO. (Ap.)

¿Amor, yo he de perder el seso!  
No te despoñes, tente.  
¿Hasta dónde has llegado?  
No mueras abrasado,  
Pues solo es bien que intente  
Estar viendo y amando,  
Vivir muriendo, por morir callando.

REY (Ap á él.)

Hoy, Ludovico, muero  
Amante desdichado:  
Amé desesperado,  
Y amando desespero.  
En fin, ¿qué te responde?

LUDOVICO

[de  
Al honor, mas que al gusto, correspon-

REY.

Esta noche he quedado  
Aquí, por ver si puedo,  
Atropellando el miedo,  
Ciego y desesperado  
Entrar donde está Estela.

LUDOVICO.

Haces bien, que el amor todo es cautela.

REY.

Por esto, sin que haya  
Razon de haberle honrado,  
Hoy al Conde he obligado  
A que á la corte vaya.

LUDOVICO.

(Ap. ¿Cuántas honras hay dadas,  
Que van con sus infamias disfrazadas!)  
La industria solo ha sido  
Hija de la fortuna.  
(Ap. Ya no espero ninguna.)



CONDE. (Al Rey.)

Como no prevenido,  
Hoy á tener disponte  
Cama de campo, y cena como en monte.

REY.

A aquesto solo vengo;  
Que si gustos quisiera,  
En palacio estuviera.  
Ya, Conde, me prevengo...  
(Ap. A penas y desvelos.)

ENRICO. (Ap.)

Y yo muero de amor, rabio de celos.  
(Vanse todos, y queda sola la Infanta.)

## ESCENA XIII.

LA INFANTA.

Determinad, pensamiento;  
Si tan confuso rigor  
Ha nacido del amor  
O del agradecimiento.  
Con dos afectos me siento  
A una inclinacion rendida:  
Si Enrico me dió la vida,  
Si ver á Enrico me agrada,  
¿Es estar enamorada,  
O es estar agradecida?  
Quisiera darle un favor  
Que al darme vida excediera,  
Porque de mi pecho fuera  
La satisfaccion mayor:  
En pagándole el valor.  
No estuviera tan rendida;  
Mi voluntad es fingida,  
Satisfacer no es amar:  
Luego tanto desear  
Es estar agradecida.  
Pero aunque no me ofreciera  
Vida, pienso, y con razon,  
Que lo que es obligacion,  
Voluntad entónces fuera.  
Determinarme quisiera:  
Yo estoy á Enrico inclinada,  
Mas rendida que obligada,  
Amar no es satisfacer:  
Luego tanto padecer  
Es estar enamorada.  
Animame un noble intento,  
Acóbardame un temor.  
Alma, ¿qué es aquesto? Amor.  
¿Y aquello? Agradecimiento.  
Defenderme en vano intento;  
Deseo, ya estoy vencida;  
Respeto, ya estoy rendida:  
Luego estar tan obligada  
Es estar enamorada  
Y es estar agradecida

## ESCENA XIV.

ENRICO.—LA INFANTA.

ENRICO.

(Ap. ¿Qué bien la gentilidad  
Llamaba dios al amor,  
Pues el mas humilde honor  
Iguala á la majestad!  
¿Para cuándo es la lealtad,  
Sino cuando es menester  
Saberse un hombre vencer?  
Yo moriré sin hablar.  
¿Mas cómo podrá callar  
Quien habla solo con ver?  
¿Ay Flérída! ¿no tuviera  
Yo tan venturosa suerte,  
Que dándome á mi la muerte,  
A tí la vida te diera?  
Dichoso mil veces fuera;  
Pero mi felice estrella

Me ofrece gloria tan bella;  
Porque es muy cierto (¡ay de mí!)  
Que yo la ocasion perdi,  
Pues yo me quedé sin ella.  
A su preseneia he llegado,  
Y como el alma la vió,  
Para hablar se me olvidó  
Cuanto tuve imaginado.)  
En este enarito ha mandado  
Su Majestad que tu Alteza  
Esté. (Ap. ¿Qué rara belleza!  
Ojos, lengua, deteneos:  
Basta la ocasion, deseos;  
Que hay lealtad donde hay nobleza.)

INFANTA.

(Ap. Disimular me conviene.  
Sin mirarle le hablaré;  
Porque de los ojos sé  
El daño que al alma viene.)  
Grande es y capaz, y tiene  
Majestad que al sol admira.  
(Ap. Cobarde el alma suspira.)

ENRICO. (Ap.)

¿Mal mi deseo se entabla!

INFANTA. (Ap.)

¿Ay cielos! aun no me habla.

ENRICO. (Ap.)

¿Ay cielos! aun no me mira.

INFANTA. (Ap.)

Quiero apurar el temor,  
Haciendo á los celos jueces;  
Que son los ojos á veces  
Intérpretes del amor.

ENRICO. (Ap.)

Ya va faltando el valor.

INFANTA.

¿Adónde Teobaldo está?

ENRICO.

(Ap. Faltó el sufrimiento ya.)  
Con el Rey quedó. (Ap. ¡Cruel hado!  
Callar pude enamorado;  
Mas celoso, ¿quién podrá?)  
Eternos años aumente  
El cielo la sucesion  
De tan generosa union.  
(Ap. No la pesa.)

INFANTA. (Ap.)

No lo siento.

ENRICO.

De un siglo á otro siglo eniente,  
Pues el cielo la previene,  
Aquesta gloria que tiene  
Por suya Teobaldo. (Ap. ¡Ay cielos!  
No estima quien me da celos.)

INFANTA.

(Ap. No ama quien celos no tiene.)  
Enrico, Enrico, no des  
(Ap. Declarándome voy mucho.)  
Parabien...

ENRICO. (Ap.)

¿Qué es lo que escucho?

INFANTA.

A quien casada no ves.

ENRICO.

Mas que en tu vida lo estés,  
Si no ha de ser con tu gusto.  
(Ap. ¿Qué es esto, tormento injusto?)

INFANTA

Basta, Enrico, bien está;  
Que con mi gusto será,  
Pues sabes que deo gusto.

ENRICO.

Si del parabien te ofendes,  
Yo lo que todos publico.

INFANTA. (Ap.)

¿Qué mal me entiendes, Enrico

ENRICO. (Ap.)

Flérída, ¿qué mal me entiendes!

INFANTA.

¿Darme parabien pretendes?  
Pésame fuera mejor.

ENRICO.

Declárate.

INFANTA.

Tengo honor.

ENRICO.

Habla.

INFANTA.

Prometi secreto.

ENRICO. (Ap.)

¿Mal haya tanto respeto!

INFANTA. (Ap.)

¿Mal haya tanto valor! (Vanse)

Habitacion de Estela en el castillo.

## ESCENA XV.

ESTELA; TOSCO, con luz.

ESTELA

¿Cerraste la puerta?

TOSCO.

Sí,

Con dos trancas la cerré.

ESTELA.

Ten cuenta della.

TOSCO.

Si haré.

ESTELA.

Y pon esa luz aqui.

TOSCO.

Mándasme que della tengo  
Cuenta: á mi cargo lo tengo.  
El cerrar la puerta, como  
El crepusculo no venga

ESTELA.

Antes que venga te irás.

TOSCO.

¿Antes que venga me he de ir?  
(Ap. El sin duda ha de venir:  
¿Qué tengo que saber mas?)

ESTELA. (Ap.)

Alerta está el enemigo:  
Honor, velar me conviene.

TOSCO. (Ap.)

Yo apostaré que si viene,  
Topa primero conmigo.

ESTELA. (Ap.)

Entremos en cuenta, honor:  
¿Cómo podré defenderme?

TOSCO. (Ap.)

No es lo peor el comerme;  
El mascarme es lo peor.

ESTELA. (Ap.)

El poder de un rey es rayo  
Que lo mas alto abrasó.

TOSCO. (Ap.)

Si aquesto supiera yo,  
Me pusiera el otro sayo...

ESTELA. (Ap.)

La industria esta vez me valga.  
Pues no hay resistencia ya.

TOSCO. (Ap.)

Que este es el nuevo, y saldrá  
Muy manchado cuando salga.

ESTELA. (Ap.)

Diré que he de pagar  
Lo que á mi mismo honor debo.

TOSCO. (Ap.)

Diré que es el sayo nuevo,  
Que me deje desnudar.

ESTELA. (Ap.)

Si en su apetito se ciega,  
Me dará muerte.

TOSCO. (Ap.)

No hay mas :  
Seré un segundo Juan Bras  
Del viento de la Gallega.  
Pero mejor será ir  
Donde no me lialle jamas.

ESTELA.

Pues, Tosco, ¿dónde te vas?

TOSCO.

Tengo un poco que dormir :  
Duerme tú, por vida mia.

ESTELA.

Yo no dormiré, ¡ay de mí!  
Porque me ha de hallar así  
El crepúsculo del día.

TOSCO.

¡Pésete quien me parió!  
¿Qué es lo que dices, señora?  
¿Con eso sales ahora?  
(Ap. No en vano le temo yo.)

ESTELA.

Soy de mi honor centinela,  
Y á no dormirme hoy me obligo;  
Que está cerca el enemigo,  
Y importa pasarla en vela.

(Llamán á la puerta.)

TOSCO.

A la puerta siento ruido.

ESTELA.

No abras sin saber á quién.

TOSCO. (Ap.)

El crepúsculo es sin duda

ESTELA.

Enrico debe de ser.

(Vuelven á llamar.)

TOSCO.

Otra vez vuelve á llamar.

ESTELA.

Abre la puerta.

TOSCO.

Voy pues (Va.)  
(Ap. Pero si este es el ladrón,  
Y me zampa, ¿qué he de her?  
Porque hoy so Tosco, y mañana  
Dios sabe lo que seré.)

## ESCENA XVI.

EL REY y LUDOVICO, embozados.—  
ESTELA, TOSCO.

TOSCO.

¡Señora! Estela! Señora!  
El es, y tan descortes,  
Que se ha entrado sin licencia.

\* Tosco probablemente queria decir :  
Seré un segundo Jonas  
Del vientre de la ballena.

LUDOVICO.

(Ap. ¡Qué atrevido es el poder!  
Ni pone límite al miedo.  
Ni guarda al respeto ley.)  
Aquí está Estela. (Al Rey.)

ESTELA.

¡Ay de mí!  
¿Qué es lo que miro? ¿Quién es  
Quien desta suerte se atreve...?—  
Hombre, ¿quién eres?

REV.

El Rey.

ESTELA.

¿Qué mal hice en preguntarlo!  
Que, si no fueras tú, ¿quién  
Tuviera este atrevimiento?

REV.

Óyeme, Estela.

ESTELA.

Deten

El paso, y mira que ofendes  
El vasallo nias fiel,  
El honor mas invencible  
Y la mas constante fe.

TOSCO. (Ap.)

Acercándose va á ella:  
El la zampa desta vez,  
Antes de haberme comido.  
Pienso que no huelo bien.  
¿Por dónde podré escaparme.  
Mientras la come? pues sé  
Que en mí, por diferenciar,  
Hará lo mismo despues. (Vase.)

## ESCENA XVII.

EL REY, ESTELA, LUDOVICO.

REV.

Estela, nunca he querido  
Con imperios ofender  
De tu hermosa el respeto,  
De quien nago al cielo juez.  
Obligarte y persuadirte  
Siempre mi desco fué,  
Mas amante con finezas,  
Que tirano con poder.  
De amor es mi atrevimiento;  
Que mas atrevido es  
Un humilde enamorado,  
Que no poderoso un rey.  
Y porque veas que soy  
(Pues todo lo vengo á ser)  
Como señor generoso,  
Y como galán cortés,  
Dispon de todos mis reinos;  
Que solamente ha de ser  
El poder para servirte :  
Usa generosa dél.  
El cetro y corona de oro,  
Que con bello rosieler  
Ciñe mis dichosas sienas  
En el supremo dosel,  
Y cuando en campaña armado  
Envidia del sol tal vez  
Es marcial cetro un baston,  
Rica corona un laurel,  
Todo á tus piés lo consagro.  
Y porque veas tambien  
Que soy Rey y soy amante,  
Mirame humilde á tus piés.

LUDOVICO. (Ap.)

Temiendo estoy y dudando.  
¿Quién ha padecido, quién,  
Mayor tormento de celos?  
¿O quién ha llegado á ver  
Mas claramente su engaño?  
Hablando, hablando está el Rey,  
Y ella oyéndolo. ¡Ay de mí!

Amor, no considere  
Que es, si quiere, que se  
El señor y ella mujer.

ESTELA.

Señor, vuestra Majestad  
Mire quien soy y quién es;  
Pues lo que por sí se del.a,  
Me debe por mí tambien.  
No se atreva poderoso;  
Que si en un vasallo fiel  
No hay contra el poder esp.  
Hay honor contra el poder.

LUDOVICO.

(Ap. Dejadme, celos, un ra  
No apreteis tanto el cordel;  
Que en el tormento de amor  
Confieso que quiero bien  
¿Quién supiera lo que dicen.  
¿Qué amigos son de saber  
Los celos! No puedo mas.)  
¡Señor!

R+Y

¿Qué quieres?

LUDOVICO

(Ap. No sé.)

¿Cómo Estela te responde? (Al Rey.)

REV.

¿No lo supir, as despues?  
Con desprecio á mis regalos.  
A mis ruegos con desden,  
Con rigor á mis amores,  
Con honor á mi poder.

LUDOVICO.

(Ap. ¡Buenas nuevas te dé Dios )  
¿Eso responde? ¿Quién creé (Al Rey.)  
Tal rigor... (Ap. Ni tal ventura?)  
Vuelve á hablarla. (Ap. Y volveré,  
Aunque mas desesperado,  
A sufrir y padecer.)

REV.

Estela.

ESTELA.

Señor, advierte  
Que soy...

REV.

Estela, mi bien,  
Quien me da la muerte, y puede  
Darme la vida. ¿Por qué  
A un rey desprecias, que humilde  
Te adora?

ESTELA.

(Ap. ¡Cielos! ¿qué haré?)  
Porque al mas leal vasallo  
Ofendes, que tuvo rey.

REV.

No tiene término amor.

ESTELA.

Ni el honor tiene interes.

LUDOVICO.

(Ap. ¿Qué mal sosiega un celoso!  
¿Quién vió encontrados el ver  
Y el oír en un sugeto?  
Y pues que los ojos ven  
Su agravio, supla el oído  
Su pesar con su placer.)  
Señor, ¿cómo va? (Al Rey)

REV.

Muy mal.

LUDOVICO. (Ap.)

Mejor dijeras muy bien.

REV.

Nunca ha sido mas ingrata.



LUDOVICO. (Ap.)  
Nunca mas hermosa fué.

REY.

Porque no preguntes mas,  
Mas ingrata y mas cruel,  
Dice que aunque su rey soy,  
En honor no hay interes.

LUDOVICO.

(Ap. Eso sí, partid, oídos,  
Con los ojos este bien,  
Y disimulad, amor.  
¡Hay nias constante mujer!)  
No la obligues ya con rucgos: (Al Rey.)  
Mézclete el decir y hacer,  
Pon desprecio en los favores,  
Y enfádate.

REY.

(Ap. á Ludovico. Dices bien;  
Pero en mirando sus ojos,  
No sé cómo puede ser.)  
Mira, Estela, ya faltó  
El sufrimiento, porque  
Un poderoso ofendido  
Es ira, si favor fué. —  
Cierra, Ludovico, luego  
Esa puerta.

LUDOVICO. (Ap.)

Y cerraré  
Los ojos á mis desdichas

ESTELA.

(Ap. ¡Piadosos cielos! ¿qué haré?  
Si doy voces y despiertan  
A Enrico, será poner  
En contingencia su vida.  
Venza la industria al poder.)  
¡Qué presto, señor, te ofendes  
De la esperanza! ¡Qué bien  
Sufrieras, amante firme,  
Las dilaciones de un mes!  
Presto del honor te ofendes.  
Todos los hombres quereis  
Fáciles mujeres ántes,  
Pero Lucrecias despues.  
Obligarte con honor  
Siempre mi deseo fué;  
Pero si fácil te obligo,  
Espérame aquí: veré  
Qué gente hay en esta sala,  
Para que tú entres despues  
Adonde mi amor te espera

REY.

Aquí espero, porque dé  
Esta breve dilacion  
Por pensión á tanto bien. (Vase Estela.)  
¡Ah Ludovico!

LUDOVICO.

Señor,  
¿Qué hay de nuevo?

REY.

Que llegue,  
Vi y venci. Ya Estela hermosa  
Se ha declarado.

LUDOVICO. (Ap.)

¡Ah cruel!

REY.

Por no disgustarme fácil,  
Todo su desprecio fué;  
Pero ya me espera.

LUDOVICO. (Ap.)

¡Ay cielos!  
Mas ¿qué me espanto? Es mujer  
(Golpes dentro.)

REY.

¡Cerraron la puerta?

LUDOVICO.

Si.

ESTELA. (Dentro.)

¡Eduardo!

REY.

Llegaré  
A ver quien me llama.

ESTELA.

Entra

REY.

Está cerrado.

ESTELA

Esta es  
La industria contra la fuerza,  
Y el honor contra el poder.

REY.

Vengóse de mi porfia.  
Hoy con mis ojos pondré  
Fuego al castillo.

LUDOVICO.

(Ap. Volvió  
El alma á su propio sér.)  
Sosiégate.

REY.

¿Cómo puedo?

¿De qué me sirve el ser rey.  
Si hay contra la fuerza industria,  
Y hay honor contra el poder?

## JORNADA SEGUNDA.

Sala en el palacio del Rey.

### ESCENA PRIMERA.

EL REY, LUDÓVICO, TEOBALDO  
ENRICO.

TEOBALDO.

La esperanza en el amor  
Es un dorado veneno,  
Puñal de hermosuras lleno,  
Que hiere y mata en rigor:  
Es en los dulces engaños  
Edad de las fantasías,  
Donde son las horas días,  
Donde son los meses años;  
Un martirio del deseo,  
Y una imaginada gloria,  
Verdugo de la memoria.

REY.

Basta, Teobaldo: yo creo  
Que es, amando, la esperanza  
Luz que de noche se ofrece,  
Que desde lejos parece  
Que á cada paso se alcanza;  
Cuando engañado de vella  
Aquel que la va buscando,  
Piensa que él se va ausentando,  
O que se va huyendo ella.

TEOBALDO.

Pues siendo así que el que espera  
Muere en el mismo favor,  
Como tú sabes mejor...

REY.

¡Pluguiera á Dios no supiera!

TEOBALDO.

Mira el tiempo que he vivido  
Del pensamiento engañado,  
De mil deseos burlado,  
Y en mi amor desvanecido.  
Llamado desta esperanza,  
Vine, señor, desde Hungría,  
Por ver si la suerte nia

Tan grande ventura alcanza.  
Tú despues me has ofrecido.  
Efectuar el coucierto,  
Y de la esperanza muerto,  
Con la esperanza he vivido.  
No es bien que mas tiempo aguarde,  
Ni de esperar me entretenga;  
Que el bien, por presto que venga,  
No dejará de ser tarde.

REY.

Que yo he tratado, es verdad,  
Este casamiento justo,  
Y yo te ofreci mi gusto,  
Pero no su voluntad.  
A la Infanta dije yo  
Mi intencion, y en ella vi,  
Ni bien concedido el sí,  
Ni bien declarado el no.  
Desta manera han pasado  
Muchos días, y te dan,  
Con favores de galan,  
Licencias de desposado.  
Hoy quiero verla y hablarla,  
Y aunque su obediencia sé,  
Aconsejarla podré;  
Pero no podré forzarla.

TEOBALDO.

Pues si tú has de hablarla, es vano  
El favor que me prometo;  
Pues te ha de tener respeto  
Por su Rey y por su hermano;  
Y aunque tenga voluntad,  
Ha de negártela á ti;  
Que fuera el decirte si,  
Al parecer, libertad.  
Que la hable, te suplico,  
De mi parte y con tu intento,  
Quien sepa mi pensamiento.

REY.

Presente está Ludovico  
Y Enrico; en los dos advierte  
Quién puede hablarla mejor.

TEOBALDO.

Uno de los dos, señor.

LUDOVICO. (Al Rey.)

Su Alteza ha venido á verte.

REY.

Pues quédese así; y despues  
Se verá mejor.

ENRICO. (Ap.)

¡Ay cielos,  
¡Tan adelantados celos!  
¡Qué cierto mi daño es!

### ESCENA II.

LA INFANTA. — Dichos.

INFANTA.

Oi decir que no tenia  
Salud vuestra Majestad,  
Y vine á verle.

REY.

Es verdad.  
Una gran melancolia  
Me aflige.

INFANTA.

¡Qué injusta ley!  
En qué la pena consiste?  
¿De que un rey puede estar triste?

REY.

¿No es hombre tambien el Rey?  
¡Ay, hermana, si quisieras,  
Cuando en tus manos me ofrezco,  
Templar el mal que padezco,  
Qué fácilmente pudieras!

INFANTA.

¿Pues eso dudas, señor?  
Si importa á tu bien mi vida,  
Mírala á tus piés rendida.

REY.

Retiraos todos: mejor  
Se remedia mi mortal  
Pena. *(Retiranse los caballeros.)*

INFANTA.

Contarla procura;  
Que ningun médico cura,  
Sin informarse del mal.

REY.

Ya sabes, Flérída bella,  
Que á caza al monte salí  
El día que, despenada,  
Para todos fue infeliz.  
Donde tú hallaste la vida,  
Yo la libertad perdí;  
Y mil veces la perdiera,  
Si la rescatara mil.  
Si pretendiera pintarte  
Lo que en el monte advertí,  
Fuera contar las estrellas  
En el celestial zafir.  
No dieran á su hermosura  
Varias colores matiz,  
A tantas orejas tabla,  
Ni lengua pincel sutil.  
No hubiera en el campo flores,  
Porque el clavel su carmin  
Oscureciera en sus labios,  
Bello engaste de marfil.  
Quien pintar quiera su aliento,  
Le pintará en el jazmín;  
Azucenas de cinco hojas  
Eran sus manos. Yo al fin  
Vi al alba hermosa, vi al sol..  
¿Pero qué mucho, si vi,  
(¡Ay hermana!) si vi á Estela,  
Condesa de Salveric?  
Por deidad de aquestos montes  
La veneré, y la ofrecí  
El alma por sacrificio,  
Que amor hasta hoy es gentil.  
Llegué á hablarla, tan turbado,  
Que yo pude presumir  
Que era mudo, y que los ojos  
Sin duda hablaron por mí.

Pero no los entendió;  
Que su lenguaje sutil  
No le sabe, hermana, hablar  
Quien no le sabe sentir.  
A su padre y á su hermano  
Cargos y oficios les di,  
Porque á la corte vinieran;  
Mas poco importa el venir,  
Pues despues que en ella vive,  
Mas cruel, sin advertir  
En mi poder, me desprecia,  
Tiranamente feliz.  
En su cuarto entré de noche,  
Sin temer, sin advertir  
Ni rigor ni honor; mas fué  
Mi atrevimiento infeliz.  
No tengo lugar de hablarla;  
Y pues hoy ha de venir  
A verte, dile las penas  
Que por su causa sentí;  
Que yo turbado y rendido  
Solo te sabré decir  
Que al principio de mi amor,  
Estoy de mi vida al fin.

INFANTA.

Agradecida te escucho,  
Y pues te fías de mí,  
Aunque ignorante de amor,  
En él te quiero servir.  
Dando tu tristeza causa,

Baja esta tarde al jardín,  
Y escóndete entre la fuente  
De Vénus, donde el buril  
Quiso, dando al mármol alma,  
Los primores descubrir;  
Y escondido en la belleza  
De la pared del jazmín,  
Al descuido con Estela  
Pasaré yo por allí,  
Y la dejaré en la fuente.  
Tú entonces podrás salir,  
Y hablarla; que, si te oye,  
Tendrá lástima de ti;  
Porque á lágrimas de amor,  
¿Quién se podrá resistir?

REY.

¿Qué divino entendimiento  
Iguala al tuyo sutil?  
Déjame besar tus manos.  
Tuyo he de ser: hoy por ti  
Vivo, tú me das la vida.  
Quédate, Flérída, aquí,  
Mientras á la fuente voy:  
No demos que presumir  
A su hermano. *(Ap. Si hoy me vengo,  
Poco importa prevenir  
La industria contra la fuerza:  
Tambien hay industria en mí;  
Porque si contra el honor  
No hay poder, industria si.)*

*(Vanse el Rey y Ludovico.)*

## ESCENA III.

LA INFANTA, TEOBALDO, ENRICO.

TEOBALDO.

Hoy, Flérída, si pudiera  
Hacer lengua el corazón,  
Mejor mi pena dijera,  
Si ya sus alas no son  
A tantos rayos de cera;  
Que si al mismo sol te iguales,  
Casta Vénus, bella Pálas,  
De esperanza y favor falto,  
Quien ha de volar tan alto,  
Forzoso es prevenir alas.  
En mí un esclavo teneis,  
De quien servida seréis,  
Si yo os merezco.

INFANTA.

Mirad  
Que se va su Majestad.

TEOBALDO.

¿Y aquesto me respondeis?  
Pero no ha sido en mi daño  
El fin de tan dulce engaño.  
Tu desprecio no es rigor;  
Que ya merecc un favor  
Quien alcanza un desengaño. *(Vase.)*

## ESCENA IV.

LA INFANTA, ENRICO.

INFANTA. *(Ap.)*

Remedio me pide á mí  
Mi hermano, y yo le doy medio  
A sus desdichas aquí;  
Que es muy propio el dar remedio  
Quien no le halla para sí.  
Aquí Enrico se ha quedado:  
¿Quién pudiera hablarle, quién  
Manifestarle un cuidado,  
Y revelar también  
Celos que á mi amor ha dado!

ENRICO. *(Ap.)*

¿Qué miro! Ya el Rey se ha ido,  
Y yo en mis dulces autojos

He quedado divertido;  
Que puesta el alma en los ojos,  
Son imanes del sentido  
Mal hago en quedarme así,  
Pues no es razon que se sientan  
Mis deseos (¡ay de mí!);  
Mas ellos de mí se ausentan,  
Y ellos me tienen aquí.  
Amor, ¡tanto os atreveis!  
Esta suerte os vencereis.  
*(Hace que se va.)*

INFANTA.

Espera, Enrico.

ENRICO.

Mirad  
Que se va su Majestad.

INFANTA.

¿Y aquesto me respondeis?

ENRICO.

Yo, señora, he respondido  
Lo que...

INFANTA.

Ya tengo entendido.

ENRICO.

*(Ap. No tengo esperanza ya.)*  
Voyme, porque el Rey se va.

INFANTA.

No se va, que ya se ha ido.  
Y supuesto que llegais  
Ahora á buena ocasion,  
Quiero que me deshalagais,  
Enrico, una confusion  
Que á todo palacio dais.  
Mis damas han reparado  
En que sois siempre el primero,  
Que con mas firme cuidado  
Os mostrais en el terrero  
Mas galan y enamorado.  
Siempre divertido os ven,  
Y en las acciones mostrais  
Efectos de querer bien;  
Y como no os declarais,  
Desean saber á quién.  
No se os conocen colores,  
Nunca pretendéis lugar,  
Siempre publicais rigores,  
Solo salis á danzar,  
A nadie pedis favores.  
Todas quisieran que fuera  
Quien el secreto supiera  
Bien podeis decirme quién;  
Que si yo quisiera bien,  
Esta suerte lo dijera.

ENRICO.

Al sol, con vanos autojos  
Y con arrogancia loca,  
Ofrecí el alma en despojos;  
Que no negará la boca  
Lo que confiesan los ojos.  
Ambicioso de mi bien,  
Hasta el cielo me atreví.  
Verdad es que quiero bien;  
¿Pero qué fuera de mí,  
Si tú supieras á quién?  
No lo diré; que si fuera  
Posible que el mundo hallara  
Otro yo, no lo dijera;  
Que aun á mí me lo negara,  
Porque yo no lo supiera.  
El que satisfecho adora,  
Contando su mal mejora;  
Porque algun placer alcanza;  
Quien quiere sin esperanza,  
Presto el desengaño llora.  
Si yo te quisiera á ti,  
*(Pongo el caso.)* y lo dijera,  
¿No te ofendieras de mí,



Y en aquel punto perdiera  
Lo que estoy gozando aquí?  
Pues no he de buscar mi daño,  
Sino vivir con mi engaño:  
Yo he de morir y callar,  
Porque mas quiero esperar  
La muerte, que un desengaño.  
Callando el alma, procura  
Una gloria tan segura;  
Pero ahora solo siento  
Mi pequeño atrevimiento,  
No mi pequeña ventura.  
Pues si yo dijera aquí  
Esta desdicha importuna,  
Dos culpas hubiera en mí:  
El decirlo fuera una,  
Y otra el decírtelo á ti.  
Pues cuando supiera ella  
Tanto querer, tanto amar,  
Siendo tercera tan bella,  
Pienso que fuera á buscar  
Con todo el sol una estrella.

INFANTA.

Mal á estos tiempos conviene  
Vuestro amoroso rigor,  
Pues el galán que á ellos viene,  
No solo dice su amor,  
Pero dice el que no tiene.  
No digo que os declareis,  
Pero que no la negueis,  
Si es la dama que sospecho

ENRICO.

Yo lo diré, satisfecho  
De que no la nombraréis.

INFANTA.

¿Es Belisarda?

ENRICO.

No es ella,  
Ni de sus lúes centella.

INFANTA.

¿Y Celia?

ENRICO.

Es mas su hermosura.

INFANTA.

¿Es Jacinta por ventura?

ENRICO.

Es mas discreta y mas bella.

INFANTA.

¿Es Flora, ó Laura?

ENRICO.

¡Por Dios!

No es ninguna de las dos.

INFANTA.

¿Es Arminda?

ENRICO.

No os canseis;

Porque no la nombrareis,  
Si no es que os nombra á vos;  
Que entónces, aunque sería,  
Tan grande mi atrevimiento,  
Presumo que él se diría,  
Y no por el sentimiento,  
Sino por la cortesía.

INFANTA.

Yo quiero hacer un favor  
A quien tan bien sabe amar:  
Tomad, Enrico, esta flor;  
Con ella habeis de enseñar  
A quien teneis tanto amor.  
Con aquesta seña bella  
Vuestro dueño me diréis;  
Porque en quien llegare á vella,  
Es señal que la quereis.

ENRICO.

Pues vos os quedad con ella;  
Que si tanta gloria gano.

Y aquesta rosa me obliga  
Para que mi dueño diga,  
Muy bien está en vuestra mano.  
No la quiero, por huir  
La ocasión que viene á vella;  
En vuestra mano ha de ir;  
Que si ha de volver á ella,  
Mejor será no salir;  
Porque si yo os la volviera  
Después de haberla tomado,  
Grande atrevimiento fuera;  
Pues con habérsela dado,  
Quién es mi dueño dijera.  
Si tan desdichado soy,  
Que de aquesto os ofendeis,  
Disculpado en todo estoy,  
Pues vos la rosa teneis,  
Que yo mismo no os la doy.

INFANTA.

Tomad la rosa, por ver  
A quién la vais á ofrecer.

ENRICO.

Pues vos no os habeis de ir,  
Que ya lo quiero decir.

INFANTA.

Ya no lo quiero saber.

(Vase)

## ESCENA V.

ENRICO.

Oye, Flérida.—Ya es ida,  
Ya me determiné tarde:  
La ocasión perdí y la vida.  
Mas; qué propio es del cobarde  
Llorar la ocasión perdida!  
Si en ventura tan segura  
El tiempo y lugar me sobran,  
Y los pierdo, ¿qué procura  
Mi amor, si nunca se cobran  
Tiempo, lugar y ventura?  
¿No estaba Flérida aquí?  
¿Y ella no me preguntó  
A quién adoraba? Si.  
¿Pues de qué me quejo yo,  
Si yo la ocasión perdí?  
Ninguno tan necio ha sido,  
Que, para haberla perdido,  
La ocasión ha procurado;  
Que para haberla gozado,  
Muchos hay que la han tenido.  
Vuelve, Flérida, y sabrás  
De mi amor las penas fieras;  
Mas dígaslas si te vas,  
Y pienso que si volvieras,  
No acertara á decir mas.  
Mira lo que me has debido:  
Yo solo amando he callado,  
Yo solo amando he sufrido;  
Que amar, muchos han amado,  
Pero pocos han sabido.  
Toma tú la rosa bella,  
Que en tus manos está bien;  
Vuelva á tu cielo esta estrella:  
Tú eres á quien quiero bien,  
Pues mi amor digo con ella.  
Mas ¿qué es esto?; hay tal locura!  
¿Mis penas la digo, cuando  
No las oye su hermosura?  
Muera quien no sabe amando  
Gozar de la coyuntura.

(Vase.)

Jardín del palacio.

## ESCENA VI.

ENRICO; TOSCO, *en traje de lacayo*  
*ridículo.*

TOSCO.

(Ap. ¿No es Enrico aquel que está  
Habrándole consigo? Si.)  
¡Señor!

ENRICO.

¿Cómo entraste aquí?

TOSCO.

Todos estamos acá,  
Por Dios: hasta acá me he entrado,  
A pesar de los porteros,  
De las bardas y albarderos.

ENRICO.

¿Y hasta el jardín has llegado?  
¿Pues qué tengo de decir,  
Si te ven adonde estás?

TOSCO.

¿Pueden obligarme á mas  
De á que me vuelva á salir?  
Pasé por los aposentos,  
Que estaban todos vestidos,  
Tan galanes, tan polidos,  
Que el verlos daba contentos,  
Y de imaginarlo alegría.

ENRICO.

Salte del jardín, acaba.

TOSCO.

En uno vi un reis que estaba  
Habrándole con una negra;  
Que uno que á la puerta está,  
Dijo: «Estos tapices son  
La historia del rey Salomon,  
Y la reina que se va.»

ENRICO.

Sabá y Salomon.

TOSCO.

«No es justo

Tener tal conversacion,  
Dije, y el reis Salmeron  
Tiene muy beilaco gusto»

ENRICO.

¿Hay ignorancia mayor?

TOSCO.

Mire: estaba el Rey sentado,  
Y vestida de brocado  
Toda la reina, señor.  
Y cuando á mirar me pongo  
Un rey de aquella manera.  
Le pregunté que si era  
Aquel rey de Monicongo.  
El dijo: «Rey es tambien;»  
Aunque al reves lo decía  
Del fin del Ave Maria.

ENRICO.

¿Cómo?

TOSCO.

De Jesus, amen.

ENRICO.

De Jerusalem dirás.

TOSCO.

¡Bueno es aqueso, par diez!  
¿Es mucho errarse una vez?  
Pero en el jardín vi mas.

ENRICO.

Vete de aquí.

TOSCO.

He de decillo,  
Y en diciéndolo, me iré.  
En una fuente miré  
Una flauta de oவில்lo.

ENRICO.

Fábula de Ovidio.

TOSCO.

Si,  
Fábula de olvido era,  
Y pasó desta manera.

ENRICO. (Ap.)

Diviértete, amor, así  
Suspende tanto pesar.

TOSCO.

Yo te dije al hortelano:  
«Contadme lo que es, hermano,  
Que yo os lo quiero pagar.»  
El dijo: «De buena gana:  
Destos dos que miras, son  
La historia del rey Anton,  
Y de la diosa doña Ana.

ENRICO.

La diosa Diana diría,  
Y el rey Anteon.

TOSCO.

¿Par diez!  
¿Es mucho errarse una vez?  
Eso ó esotro sería.

ENRICO.

El Rey es este.

TOSCO.

¿Ay de mí!

ENRICO.

Hoy has de echarme á perder.

TOSCO.

¿Qué es lo que tengo de her?

ENRICO.

Escóndete, Tosco, allí,  
Y mira que no te vca.

TOSCO.

Eso de ver ó no ver,  
El es el que lo ha de hacer.

(Escóndese.)

## ESCENA VII.

EL REY, LUDOVICO.—ENRICO.

TOSCO, escondido.

LUDOVICO. (Ap.)

¿Quién bay que mi intento crea?

REY.

Alguna esperanza gano.—

¿Enrico!

ENRICO.

A tus piés estoy.

REY. (Ap.)

¿Que á ninguna parte voy,  
Donde no encuentre este hermano!

LUDOVICO. (Ap. los dos.)

¿Qué haras?

REY.

Echarle de aquí.

LUDOVICO.

Será darle mas sospechas.

REY.

Causa habrá.

LUDOVICO.

¿Bien te aprovechas  
De la lección que te di!

REY.

Mucho, Enrico, me he alegrado  
De hallarte ahora.

ENRICO.

Señor,

¿En qué te sirvo?

REY.

Mi amor  
Parece que te ha llamado.

ENRICO.

El mio me trajo aquí.  
(Ap. Bien digo, amor me obligó.)

REY. (Ap.)

Bien digo, amor te llamó,  
Para apartarte de mí.

ENRICO.

¿Qué me mandas?

REY.

Hoy confío  
De tu cordura un secreto,  
Y de mi gusto el efeto  
De tu entendimiento fio.  
Teobaldo y la Infanta... Agora  
La ocasion has de notar.

ENRICO.

¿En fin, él se ha de casar  
Con la Infanta mi señora?

REY.

Tratado está el casamiento,  
Y no efectuado, en rigor.

ENRICO.

¿Y será cierto, señor,  
El fin de tan justo intento?

REY.

Yo tuviera gusto en esto,  
Y pienso que le tendrá.

ENRICO.

Si, ¿mas sabes si se hará  
El casamiento tan presto?

REY.

Si me dejases decir,  
El preguntar te excusara.

ENRICO.

Yo tambien, señor, callara,  
Si me dejaras sentir.

REY.

Por quitarte la ocasion  
De tantas preguntas fieras,  
Quise Enrico, que supieras  
De la Infanta la intencion.  
Ve á hablarla, y dila el intento  
Que para aquesto me obliga,  
Que su voluntad te diga;  
Su gusto y su pensamiento,  
Que solo su gusto sigo  
En lo que quiero intentar,  
Y que si se ha de casar,  
Que me responda contigo.  
Tú con aquesto sabrás  
El fin de lo que procuro,  
Y yo estaré mas seguro  
Que no lo preguntarás.

ENRICO.

Bien el intento has fiado,  
Señor, de mi amor fiel,  
Porque ninguno mas que él  
El saberlo ha deseado.  
Y así de la lealtad mia  
Solo se puede fiar,  
Que era solo preguntar  
Lo mismo que yo sabia;  
Y como al alma le toca,

Como tan propio tu gusto,  
Por no preguntarlo, es justo  
Que lo sepa de su boca.  
Yo iré á saberlo, y me obligo  
Ser feliz, si al preguntar,  
Si se pretende casar,  
Te respondiere conmigo. (Vase.)

## ESCENA VIII.

EL REY, LUDOVICO; TOSCO,  
escondido.

REY.

¿Fuése ya?

LUDOVICO.

Si; ya se ha ido.  
Bien le supiste engañar.

REY.

Vete; que aqui he de esperar  
En esta fuente escondido.

LUDOVICO.

Mira.

REY.

Ya mi gusto es ley,  
Y no hay temor que me asombre.  
(Vase Ludovico, y al ocultarse el Rey,  
repara en Tosco.)

Mas; qué miro! ¿no es un hombre?

## ESCENA IX.

EL REY, TOSCO.

TOSCO. (Ap.)

Mirame de zaino el Rey.

REY.

¿Quién eres?

TOSCO.

Tosco, señor.

REY.

¿Y el nombre?

TOSCO.

Tosco.

REY.

¿Qué quieres?

TOSCO.

Quiero lo que tú quisieres.

REY.

Traidor...

TOSCO.

So Tosco traidor.

REY.

¿Qué haces?

TOSCO.

(Ap. ¡Muerto so! ¡Ay de mí!)  
Irme, que á esto he venido.

REY.

Y ¿por qué te has escondido?

¿Cómo aqui has entrado?

TOSCO.

Hoy vi

El palacio, y engañado  
De los ojos, he venido  
Hasta aquí, y me he escondido  
Porque mi amo me ha mandado  
Que me escondiera de ti;  
Y fué porque no me vieras  
Con aquestas pedrerreras.

REY.

¿Quién es tu amo?

TOSCO.

(Ap. ¡Ay de mí!  
Solo en verle me desmayo.)  
Enrico; que allá, señor,



Era Tosco labrador,  
Y aca só Tosco lacayo.  
¿No me ve que no me tapa  
Esta capa la calcilla?  
Si otra es capa de capilla,  
Esta es capilla de capa;  
Y siempre tan cortes hue,  
Que á ninguna se igualó,  
Pues aunqu me siento yo,  
Ella se me queda en pié.

REY.

¿De Enrico eres?

TOSCO.

Lo seré,

Si no te disgustas desto.

REY.

¿Dónde está Estela?

TOSCO.

Muy presto  
Con la respuesta vendré.

REY.

No te has de ir sin que me digas  
En qué está agora ocupada.

TOSCO.

Dirélo sin faltar nada;  
Que eres Rey, y á mucho obligas.  
Estela es coja y mulata,  
Aunque tan branca la ves;  
Zurda y tuerta, porque es  
El ojo izquierdo de prata;  
Seis dedos en una mano  
Tiene; y con tormento eterno  
Sabañones el invierno,  
Y suda mucho el verano.  
Una sarna la acompaña  
Tanto, que nunca la deja;  
Y aunque aquesta es tacha vieja,  
Tiene una pata tamaño.  
Los dientes, aunque esto pasa,  
Señor, como cosa poca,  
Son vecinos de su boca,  
Que se mudan á otra casa.  
Estar trópica no es nada,  
Tepiendo tan gran barriga;  
Que no hay nadie que no diga:  
«Doña Estela está preñada.»  
Levantada una costilla  
Hacia la mano derecha  
Ha, que poco le aprovecha  
El ponerse una almohadilla.  
Con que llevará una cruz;  
Pues queda sin cabellera,  
Que parece la mollera  
El huevo de un avestruz.  
Y cuando por su trabajo  
El moño se está poniendo,  
Pienso que le está diciendo  
El cabello que hay debajo:  
«Tú que me miras á mí  
Mártir de rizado aseo,  
No te caigas, tente en ti;  
Que cual tú te ves me vi,  
Veráste como me veo.»  
Y con esto, si me das  
Licencia, me quiero ir;  
Que yo volveré á decir  
Cuatrocientas cosas mas.

(Vase.)

## ESCENA V.

EL REY.

Vete, que ya el alba hermosa,  
Entre azucenas y lirios,  
Baja á dar vida á las flores  
Coronada de jacintos.  
Diosa de amor, Vénus bella,  
Si con mis quejas te obligo,  
Por amante me socorre,

Ayúdame por rendido,  
Escóndeme entre tus jaspes,  
Y acuérdate cuando hizo  
Trofeos á tu hermosura  
Bello Adónis, Marte altivo.  
(Escóndese entre los ramos.)

## ESCENA XI.

LA INFANTA, ESTELA. — EL REY,  
escondido.

INFANTA.

¿Qué te parece el jardín?

ESTELA.

Que adelantarse en él quiso  
El arte á lo natural,  
A lo propio el artificio.  
¿Qué hermosamente se ofrece  
A la vista un laberinto  
De rosas, donde confuso,  
Vario se pierde el sentido!  
¿Qué bien cruzan en las flores  
Los arroyos cristalinos,  
Que a las galas del abril  
Son guarniciones de vidrio!  
Cuando de las fuentes bajan,  
Hacen verdes pasadizos  
De los cuadros, siendo espejos,  
De esmeraldas guarnecidos.  
A Diana en esta fuente  
Me parece que la miro,  
Bañándose en los cristales,  
De su perfeccion testigos.  
Y cuando inquietas las ondas  
De su movimiento miro,  
Imaginandola viva,  
Que ella las mueve imagino.  
Tan vivo el mármol parece,  
Que si ya no se ha movido.  
Pienso que es porque en las ondas  
Se está contemplando él mismo.

INFANTA

No es la mejor esta fuente,  
Aunque el cincel peregrino  
Se esmeró en su perfeccion

ESTELA.

Como nunca la había visto...

INFANTA.

Vesme tan de tarde en tarde...

ESTELA.

Que disculpes te suplico,  
Esta culpa, si la tengo.

INFANTA.

Ven poco á poco conmigo  
Hacia la fuente de Vénus.

ESTELA.

Los ojos tan divertidos  
Están en la variedad  
De la belleza que admiro,  
Que en cada cuadro quisiera  
Entretenerme: el ruido  
De esta fuente me llevó  
El alma tras el oldo.

INFANTA.

Parece melancollia.

ESTELA.

Triste estoy.

INFANTA.

Ese es indicio  
De amor. ¿Quieres bien, Estela?  
Bien puedes hablar conmigo.

ESTELA.

Dijéralo á ser verdad;  
Mas ni quiero, ni he querido  
Bien en mi vida.

INFANTA.

¿Ay Estela!  
¿Tan neciamente has vivido?  
Ven á la fuente de Vénus,  
Quizá, viendo su artificio,  
Te obligará á querer bien  
Un Adónis escondido.

REY. (Ap.)

Ya Estela llega á la fuente,  
Y yo turbado imagino  
Varias máquinas; mas luego  
Unas con otras olvido.

## ESCENA XII.

ENRICO. — Dichos.

ENRICO.

(Ap. Si mis labios, si mis ojos  
Con lágrimas y suspiros  
No doblan la esfera al viento,  
Y no hacen mares los ríos,  
Poco sentimiento tengo,  
Poco mi mal significo;  
Mas mi sentimiento es tanto  
Que me deja sin sentido.  
¿Ay Flérida! ¿Yo he de ser  
Quien oiga de ti, yo mismo,  
La sentencia de mi muerte?  
¿Cuándo en el mundo se ha visto  
Al inocente culpado  
Dar sentencia sin delito?  
Mas es por darme en tu boca  
Disimulado el castigo.)  
Buscándote vengo. (A la Infanta.)

REV. (1.ª p.)

¿Ay cielos!

Al paso la salió Enrico.  
Con lo que pensé ausentarle,  
Es la causa con que vino.

ENRICO.

Escucha.

INFANTA. (Ap.)

¿Ay de mí! ¿Si acaso  
Este mi amor ha entendido,  
Y se declarase agora,  
Estando el Rey escondido?

ENRICO.

Si no te han dicho mis ojos,  
Flérida, si no te ha dicho  
Mi turbacion lo que siento...

INFANTA. (Ap.)

El se declara conmigo.

ENRICO.

Escúchame atenta un rato.

El Rey...

ESTELA. (Ap.)

¿Ay cielo divino!  
Por el Rey turbado empieza.  
¿Qué puede haber sucedido?

ENRICO.

El Rey trata de casarte,  
Y por hourarme á mí, quiso  
(Ap. O por matarme) que yo  
Te diese el dichoso aviso.  
Dijome que yo supiese  
De tu gusto. (Ap. Que impío  
El cielo quiere que sea  
De mis desdichas testigo.)

INFANTA.

(Ap. El se declara; ¿qué haré?  
Si donde está el Rey le digo,  
Será darle mas sospechas,  
Y es fuerza atajarle.) Enrico,  
Si el Rey pretende casarme...

ENRICO.

Oyeme.

INFANTA.

Va te he entendido. —  
Dirásle al Rey que no tengo  
Mas gusto que su albedrío.

ENRICO.

¿Eso respondes? (Ap. ¡Ay cielos!  
¿Cómo no pierdo el sentido?)  
¿Y sabes ya que es Teobaldo  
El que te dan por marido?

INFANTA.

Ya lo sé.

ENRICO.

Pues ya, señora,  
Del Rey el recado he dicho,  
Y soy otro del que era,  
Escucha un recado mío.  
Esta flor...

INFANTA.

(Ap. El Rey lo escucha:  
¿Qué he de hacer?) Vente conmigo,  
Enrico, si hablarme quieres.

ENRICO.

Pues, Estela, yo te pido,  
Por ser negocio que importa,  
Te quedas aquí.

ESTELA.

En el rico  
Adorna de aquesta fuente,  
Que con bellos artificios  
De cristal, baña las rosas  
En crespas ondas de vidrio,  
Me hallarás entretenida. (¡pártanse.)

REY. (Ap.)

Ninguna cosa he entendido,  
Sino Rey y casamiento:  
Que la está hablando, imagino,  
En lo que yo le mandé.  
Mas ya con discreto aviso  
Se va apartando la Infanta,  
Llevándole divertido,  
Y deja á Estela. ¿Qué ingenio  
Iguala al suyo divino?

INFANTA.

Aquí me puedes hablar,  
Que estamos solos.

ENRICO.

Pues digo  
Que esta flor, á quien abrí  
Dió color, aunque marchito  
Con el fuego de mis ojos  
Y el llanto de mis suspiros,  
Es tuya, y será razón  
Que prenda que tuya ha sido,  
Solamente la merezca  
El que es de tu mano digno.  
Dada á Teobaldo; que yo  
No soy tan desvanecido  
Que me juzgue digno della  
Y pues de tu boca he oído  
Que quieres casarte, toma  
La flor, en cuyos hechizos  
El alma bebió el veneno  
Que ha de quitarme el juicio.

INFANTA.

Esta flor te di, es verdad.  
Por señas de que ella ha sido  
Quien claramente mi agravio  
Y tu atrevimiento ha dicho.  
¿No te dije que la dieras  
A aquella en cuyo servicio  
Te mostrabas tan amante?  
Pues ¿cómo te has atrevido  
A darme á mí, si della  
Tu atrevimiento advino?  
Si báliz de verla tu dama,  
¿Cómo en mis manos la miro?

¿Qué buena ocasión te ha dado  
El casamiento fingido  
Para volvérmela!

ENRICO.

Mira.  
Señora, que nada finjo.

INFANTA.

¿Tú me dices que me quieres?

ENRICO.

Yo, Flérida, no lo digo;  
Pero si así lo entendiste.  
Señora, lo dicho dicho. (Vanse los dos.)

## ESCENA XIII.

ESTELA; EL REY, escondido.

REY. (Ap.)

Ya se perdieron de vista.  
¡Oh! qué bien la Infanta hizo  
En apartarle de aquí!

ESTELA

Sobre molduras y frisos  
Hermosas basas se asientan  
De mármol y jaspes lisos.  
(Ap. Allí entre aquellos laureles  
Parece que hacen ruido...—  
Y es el Rey, que por las redes  
De los jazmines le he visto.  
Disimular me conviene;  
Y pues me escucha ofendido,  
Diréle mi sentimiento,  
Como que á Venus le digo.)  
Hermosa madre de amor,  
Que aun entre mármoles fríos  
Gozas de Adónis los brazos  
Con tantos nudos lascivos,  
Dile a aqueese niño dios,  
Si te obedece por hijo,  
Que yo sola, á su pesar,  
De sus engaños me libro;  
Porque si fuera posible  
Que me quisiera el Rey mismo,  
Si el Rey quisiera intentar  
Cosa contra el honor mío  
(Que no es posible que ofenda  
Al honor mas claro y limpio),  
Al mismo Rey le dijera  
Que en mas que su reino estimo,  
Y mas que el mundo, mi honor.

REY

(Ap. Parece que habla conmigo,  
Y no parece la Infanta.)

(Sale y llégase á Estela.)

Si á un mármol helado y frío  
Cuentas tus males, escucha,  
Pues eres mármol, los mios.  
Escucha, Estela, mis quejas;  
No diga el amor que has sido  
Tú conmigo mas ingrata  
Que lo es un mármol contigo.  
¿No tienen amor las flores?  
¿No es este cárdeno lirio  
El que en las selvas de Arcadia  
Fue enamorado Jacinto?  
¿No es Clície esta flor del sol,  
Y este ciprés Cipariso?  
¿No es esta anémoma Adónis,  
Y aquel narciso Narciso?  
Pues si en la tierra las flores,  
Si los peces en los rios  
Aman, ¿para qué te precias  
De libre con pecho altivo?  
Mira que es en el soberbio  
Siempre mayor el castigo.

ESTELA.

Porque de mí no se queje,  
Ni culpe el intento mío

Vuestra Majestad, señor,  
Que me escuche le suplico.

REY.

Si es culparme, ya bastan tus enojos.  
No culpes, no, mi amor; culpa tus ojos.  
E los la causa han sido;  
Solo por adorarlos me he perdido.

ESTELA.

Si vuestra Majestad verme queria,  
¿Por qué mas descubierto no venia?  
No se encubriera, si mi amor buscara;  
Que nunca el que hizo bien, huyó la cara;  
Que ningun bien ha habido  
Que no guste de ser agradecido.

REY.

Tu gusto solo es (¡qué blanca mano!),  
(Tómase la.)

Estela, el que desco.

ESTELA.

Suelta la mano.

REY.

Si en mis labios veo  
Su nieve hermosa y bella.

ESTELA.

Suéltame ya.

REY.

Pues lápame con ella  
La boca, y callaré.

## ESCENA XIV.

ENRICO. — EL REY, ESTELA

ENRICO. (Ap.)

Fuése ofendida  
Flérida bella, y yo quedé sin vida.  
Y si alguna tuviera,  
Pienso que en este instante la perdiera.  
¿Qué es lo que miro? ¡cielos!  
Sin los celos de amor, ¿da el honor celos?  
Pero erraron los labios;  
Que estos ya no son celos, sino agravios.

ESTELA.

Suelta, suelta la mano, [mano.  
Que viene (¡ay de mi triste!) allí mi her-

REY.

Mal mi pena resisto.

ENRICO. (Ap.)

¡Oh quién no hubiera visto  
Su agravio! Mas si es grave  
Infamia en el honor que no la sabe,  
Pues tan injustamente  
Culpa el mundo tambien al inocente,  
(¡Tirana ley!) doblada infamia hallara,  
Si, mirando mi agravio, me tornara.

ESTELA.

Tu Majestad se esconda.

REY.

Yo no puedo.  
Amor pudo esconderme, mas no el mie-

ESTELA.

Escondete por mí.

REY.

Solo pudiera  
Ese ruego alcanzar que me escondiera.  
(Escóndese.)

ENRICO.

(Ap. El Rey se ha retirado:  
Confesóse culpado,  
Y aqui de la razon la fuerza hallo,  
Pues teme el Rey á tan leal vasallo.  
¿Que el Rey, que el Rey ha sido?  
¿Que otro no fuera! Pero ¿soy marido?  
Si, que no está casada.



Corte la lengua donde no la espada.)  
Hermana, ¿qué mirabas en las fuentes  
(A Estela)  
Con tantos artificios diferentes?  
Mármoles y figuras?

ESTELA.

Estaba contemplando sus pinturas.

ENRICO.

Es propio de los reyes  
Tener grandezas tales;  
Bultos hay que parecen naturales.  
Uno vi, que quisiera...  
Mas no quisiera nada. (Ap. Mal resisto.)  
Yo pienso, hermana, que el mejor no has  
Llega, y verásle. [visto]

ESTELA. (Ap.)

¡Ay cielos! ¿se atreve  
A descubrir al Rey, y él no se niegue.

ENRICO.

Este es del Rey tan natural retrato,  
Que siempre que su imagen considero,  
Llego á verle quitándome el sombrero,  
Con la rodilla en tierra<sup>1</sup>: así le acato.  
Y si el Rey me ofendiera  
De suerte que en la honra me tocara,  
Viniera á este retrato y me quejara,  
Y entonces le dijera  
Que tan cristianos reyes  
No han de romper el límite á las leyes;  
Que mirase que tiene sus estados  
Quizá por mis mayores conservados,  
Con su sangre adquiridos,  
Tan bien ganados como defendidos.  
(Sale de entre las ramas el Rey,  
y vase Estela.)

REY.

¡Qué arrogante y soberbio atrevimiento!  
Ya á mi cólera falta sufrimiento.

## ESCENA XV.

TEOBALDO, LUDOVICO. — Dichos.

TEOBALDO.

Aquí está el Rey.

LUDOVICO. (Ap.)

¡Ay cielos!  
Vengo á morir donde me matan celos.

ENRICO.

Aqueste atrevimiento tuyo ha sido.

REY.

Fuiste desvergonzado y atrevido.  
(Dale un bofetón.)

ENRICO.

Ofenderme pudiste, no afrentarme.  
Y pues en tí no puedo,  
Que eres mi Rey, vengarme.  
Satisfaré mi ofensa en los testigos.

TEOBALDO.

Todos somos, Enrico, tus amigos  
¡Oye, Enrico, detente! ¡Ay de mi triste!  
(Saca Enrico la espada, y hiere á Teobaldo.)

ENRICO.

¡Muere, infeliz, pues mi desdicha viste!

REY.

¿Tú para mí la espada?

ENRICO.

Rendida está á tus plantas y arrojada.  
No quiera el cielo que en tu ofensa sea,  
Ni que infame se vea  
Con tu sangre manchada.

Si ofenderme pudieras,  
Mi agravio hubiera sido  
Solamente el haberme defendido.  
Un rayo he sido, de arrogancia lleno  
(Que en mi rostro causó tu mano el trueno),

Y respondiendo el fuego de mi pecho,  
Le dejé en otra parte satisfecho.  
Un arcabuz, cuando la llama toca,  
El fuego le responde por la boca.  
Diste á mi rostro el fuego,  
Y reventó por los sentidos luego.  
No pudo, al golpe bárbaro, inhumano,  
Detenerse la mano;  
Mas ya que tales mis desdichas fuéron,  
Pude hacer atrevido  
Que no las digan ya los que las vieron;  
Que si la sangre lava  
Esta desdicha brava,  
Eres mi rey, no puedo con la tuya,  
Y fué fuerza lavarla con la suya.  
No puedes afrentarme, y esto ha sido,  
Señor, haberme dado  
Mas honor; que si haberle defendido,  
A ejecución tan bárbara ha obligado,  
Ninguno mi desdicha habrá sabido,  
Que no sepa primero por qué ha sido,  
Y que á aquesto me obliga el ser honra-  
do.

## ESCENA XVI.

EL CONDE. — Dichos.

CONDE.

¿Quién á Teobaldo hirió? Señor, ¿qué es  
[esto]  
¿Pues vuestra Majestad tan descompues-  
Con la mano en la espada, [to]  
Y la de Enrico toda ensangrentada?

REY.

Enrico hirió á Teobaldo.  
Susteneid el delito, y castigadlo.  
(Vase.)

CONDE.

Pues, Enrico, ¿qué es esto?

ENRICO. [puesto.

Es la desdicha en que el honor me ha

CONDE.

Yo, Enrico, he de prenderte.

ENRICO.

¡Piadoso juez serás en darme muerte.

CONDE.

No he de saber qué ha sido ni ha pasado,  
Que no quiero escucharte apasionado.  
Ven preso.

ENRICO.

Ya lo estoy.

CONDE.

Y yo estoy loco.

ENRICO

Contra el poder, honor importa poco.

## JORNADA TERCERA.

Sala de prision en un castillo.

### ESCENA PRIMERA.

LUDOVICO, ENRICO, TOSCO.

LUDOVICO.

El obedecer es ley;  
Por su mandado he venido.

ENRICO.

¡Gracias al cielo que ha sido  
En algo piadoso el Rey!

LUDOVICO.

Mandóme que yo asistiese,  
Y no sé con qué ocasión,  
A vuestra injusta prision,  
Y que vuestro alcaide fuese.  
Sabe Dios si me ha pesado  
El daros este pesar;  
Mas no me puedo excusar  
Su Majestad ha mandado  
Que, mientras esteis así,  
Ninguna persona os vea;  
Que solo un criado sea  
Quien os acompañe aquí,  
Y que este no salga fuera;  
Sino que, juntos los dos,  
Tan preso esté como vos.

TOSCO.

Preguntar, señor, quisiera  
¿Qué delito cometi  
Para que su Jamestá,  
Con tanta regulidá,  
Se acuerde también de mí?  
¿Para qué me quiere preso?  
A ser mi hermana muy bella,  
Yo sirviera al Rey con ella,  
Sin enojarme por eso.  
Si Enrico le descubrió  
Estado escondido allí,  
También me descubrió á mí,  
Y no tomé enojo yo.

LUDOVICO.

Pues no es bien que desuerte  
Vos mismo os quiteis la vida.

ENRICO.

Ella fuera bien perdida,  
Y bien hallada mi muerte,  
Cuando á este punto viviera.  
Que el temor no me acobarda  
Pero presumo que tarda  
Por no serme lisonjera.

LUDOVICO.

El juez mas riguroso  
Que habeis, Enrico, tenido,  
Es vuestro padre.

ENRICO.

Y ha sido  
En eso padre piadoso.

LUDOVICO.

Ya Teobaldo de la herida  
Convaleció, y ha quedado  
Con salud.

ENRICO.

Huiera dado,  
En albricias de su vida,  
La que no tengo.

LUDOVICO.

Con esto,  
Y con que mañana ha de ir  
Estela misma á pedir  
Vuestra vida al Rey, supuesta  
Que sin riesgo alguno está,  
Será fácil el perdón.—  
¿De qué los extremos son?

ENRICO.

Faltó el sufrimiento ya.  
¿A pedir mi vida ha de ir  
Estela al Rey, sin mirar  
Lo que se obliga á pagar  
Quien facilita el pedir?  
¡Ay Ludovico! ¡ay amigo!  
Quien estorbarla pudiera  
Que ni le hablara ni viera!

LUDOVICO.

Si hay remedio, yo me obligo  
A ayudar tan justo intento.

<sup>1</sup> Suplido para dar consonante á retrato.

ENRICO.

¿Qué remedio puede haber,  
Si no es?... Mas no puede ser.

LUDOVICO.

¿Por qué? Yo tambien lo siento.  
Pedit: ¿qué quereis? que os doy  
Palabra de hacer aquí  
Cuanto quisierais de mí.

ENRICO.

Pues que tan dichoso soy  
Que aqueste consuelo gana  
La pena mia, tomad  
Aquesta llave, y entrad  
En el cuarto de mi hermana:  
Ella os abrirá la puerta;  
Y mirad que de vos fio  
No ménos que el honor mio.  
Con esperanza muy cierta  
De que miraréis por él;  
Y decid que no le pida  
Mi vida al Rey; que mi vida  
Será muerte mas cruel  
Si ella á pedir la ha de ir;  
Que no sé cómo ha de hallar  
Dificultad para dar,  
Quien facilita el pedir.  
No os cause injusto temor  
El de mi seguridad:  
Fiad pues la libertad  
De quien os fia el honor.  
Pues no es mucho, cuando pasa  
Doblada la obligacion,  
Que vos abrais la prision  
A quien os abre la casa.  
¿De qué os habeis suspendido?  
¿En qué estáis imaginando?  
Sin duda que estáis pensando  
Que es mucho lo que he pedido:  
Pues no lo hagais, y no estéis  
Triste.

TOSCO.

Mientras Ludovico

Piensa y repiensa, os suplico,  
Señor, que á mi me escuchéis.  
Si con tan necia porfia  
Te cansa tu vida á tí,  
Déjame vivir á mí,  
Que aun no me cansa la mia  
Si ya en tu vida perdida  
No quiercs que medio haya,  
Déjala á Estela que vaya  
A pedir al Rey mi vida.  
Diga Estela al Rey que yo  
So Tosco de buena ley;  
Si tú descubriste al Rey,  
El á mi me descubrió.  
Que esto por aquello sea,  
Y estemos en paz.

LUDOVICO.

(Ap. ¿Hay cosa

En amar mas venturosa?  
¿Quién hay que mis dichas crea?  
Hoy no solamente gano  
La ocasion que he pretendido;  
Pero tan dichoso he sido,  
Que me la ofrece su hermano.  
Y en tanta gloria me veo  
Cuando él me llega á rogar,  
Que le tengo de obligar  
Con lo mismo que deseo.)  
Enrico, lo que he pensado,  
No es haberos ofendido;  
Que ni mi daño he temido,  
Ni vuestro honor he dudado  
Yo iré, y porque no penseis  
Que fué temer ó dudar,  
Las guardas he de quitar.

ENRICO.

Con eso me las poneis:

Que la confianza es  
Prision del alma.

LUDOVICO.

Las puertas  
Todas se quedan abiertas.

ENRICO.

Tomad esta llave pues,  
Y decid que si rendida  
A pedir mi vida ha de ir,  
Porque no haya que pedir,  
Yo me quitaré la vida.

LUDOVICO.

Yo le diré que el honor  
Mas que la vida, estimais.

ENRICO.

Vos pienso que me la dais.  
(Vase Ludovico.)

## ESCENA II.

ENRICO, TOSCO.

TOSCO.

Señor, Enrico, señor,  
Ya se fué, solos estamos,  
Y de par en par las puertas  
Sin guardas están y abiertas

ENRICO.

Pues ¿qué quiercs?

TOSCO.

Que nos vamos.

ENRICO.

¿Viven los cielos, villano,  
Bajo, vil, que si no fuera  
Afrenta mia, te diera  
Hoy la muerte con mi mano!  
¿Yo ofender (siendo testigo  
El mundo) tanto valor,  
La conlianza, el honor  
Y la lealtad de un amigo?  
¿Ese consuelo me ofreces?  
¿Aqueso me has de decir?

TOSCO.

Si, señor, porque el morir  
No es burla para dos veces.

## ESCENA III.

LA INFANTA, con hábito de hombre, en  
traje de noche y embozada. — Dueno.

INFANTA. (Ap.)

Pasos de un amor cobarde  
Y de un ánimo valiente,  
Sin luz guiados, ¿adónde  
Me llevais de aquesta suerte?  
Así imposibles se allanan?  
Así respetos se pierden?  
¿Así horas se atropellan  
Y obligaciones se vencen?  
Mas ¡ay, que el amor veneido  
Tan ajeno de sí viene  
A dar á un cuerpo dos vidas,  
Que una es suya y otra debe!  
¿Sin guardas están las puertas  
Y abiertas todas! ¿Qué puede  
Haber sucedido? Aquí  
Hay luz, y con ella gente.  
¿Quiero llegar.—¿Es Enrico?

ENRICO.

Hélo sido; que el que muere  
Ya no es, porque la vida  
No es vida cuando es tan breve.

INFANTA.

Enrico.

TOSCO. (Ap.)

No habla conmigo,  
Porque Enrico solamente  
Ha dicho. ¡Plegue á los cielos  
Que nunca de mí se acuerde!

INFANTA.

Lo primero que has de hacer,  
Es que no has de responderme,  
Ni preguntarme mi nombre.

TOSCO. (Ap.)

Castillo encantado es este.

INFANTA.

Si esta palabra me das,  
Diré á lo que vengo.

ENRICO.

Excede  
Mi confusion á mi espanto.  
¿Pues qué puede haber que intenes,  
Callando el nombre y guardando  
El rostro? Si acaso vienes  
A darme muerte, y te encubres  
Por blasonar de clemente,  
Palabra te doy aquí  
De no querer conocerte,  
Aunque me importe la vida.

TOSCO. (Ap.)

¡Por San Pito, que parecen  
Aventuras que en los montes  
A los andantes suceden!  
Mas no va hasta aquí muy malo,  
Pues no hay quien de mí se acuerde

INFANTA.

Ya, Enrico, que del valor  
Estoy satisfecho, advierte  
De una amistad el ejemplo  
En el peligro mas fuerte.  
Toma dineros y joyas,  
Bastantes para ponerte  
En el reino mas extraño  
Que ve el sol desde el oriente.  
A la puerta del castillo  
Está un caballo que excede  
Al viento en la lijereza,  
Y el temor hará que vuele  
Sin guardas están las puertas,  
Y cuando muchas tuvieses,  
No temas, que al son del oro  
Las mas vigilantes duermen.  
Vete pues, y plegue al cielo,  
Que algun dia mas alegre,  
Pues pago lo que te debo,  
Me pagues lo que me debes.

TOSCO. (Ap.)

¡Vive Cristo, que el mancebo  
El tiple á la voz suspende  
Sin acordarse de mí!  
Yo apostaré que no tiene  
Ni un borrico para Tosco.  
Ya Enrico del sueño vuelve,  
Veamos qué le responde  
Mas ¿que dice que no quiere?

ENRICO.

Si supiera á qué venias.  
No ofreciera neciamente  
La palabra, porque solo  
Desee saber quién eres;  
Que arguye poca nobleza,  
Y casi infame procede,  
Quien satisfecho no obliga,  
Y obligado no agradece.  
¿Cuándo en el mundo se usa  
Encubrirse? Quien ofende  
Se encubre; quien hace bien,  
Casi imposible parece.  
Pero respondiendo agota.  
Perdóname si se atreve



Mi respeto á tu amistad,  
Porque es forzoso ofenderte.  
Con seguras confianzas  
Preso un amigo me tiene;  
Que la libertad del alma  
Son las prisiones mas fuertes.  
No puedo romper la fe;  
Y aun es bien que consideres  
Que no puede ser traidor  
Quien tiene amigos tan fieles.  
El la libertad me fia;  
Tú la libertad me ofreces,  
Y acudir al mayor daño  
Es menor inconveniente.  
Vete y déjame rendido  
En las manos de la muerte;  
Que ya me sobran los males,  
Cuando no acepto los bienes.  
Pero si noble y piadoso  
Darme la vida pretendes  
Con mas licitos favores,  
Y con medios mas decentes,  
Busca á Teobaldo, y dirásle  
Que noble y piadosamente  
Le pida mi vida al Rey;  
Que mire, que considere  
Que fué error quien me obligó,  
Regido el brazo dos veces  
Del agravio y de los celos.  
Que si este rigor suspendes,  
Harás que el tiempo te alabe,  
Que la fama te celebre,  
Que la memoria te tenga,  
Y el olvido te respete.

TOSCO. (Ap.)

¿No lo dije yo? ¿Que haya  
Hombre tan impertinente,  
Que no tan solo la vida,  
Pero que el oro desprecie!

INFANTA.

Enrico, si tú supieras  
Lo que á pedirme te atreves,  
Sospecho que te pesara;  
Mas ya que tan noble quieres  
Corresponder al honor,  
Pues sabes lo que me debes,  
Una palabra has de darme.

ENRICO.

Ya mi discurso previene  
Imposibles, y el mayor  
Llano y fácil me parece.  
¿Pero qué puedes pedir  
A un hombre que apenas tiene  
Vida?

TOSCO. (Ap.)

¿Y á un hombre que está,  
Sin tabardillo, á la muerte?

INFANTA.

Que si acaso te perdona  
El Rey, y libre te vieres,  
No has de serme nunca ingrato.

ENRICO.

Mas que me obligas me ofendes.

INFANTA.

¿Esa palabra me das  
Con la mano?

ENRICO.

Y si rompiere  
La fe que te juro, el cielo  
Me falte. Mas tú...

INFANTA.

¿Qué sientes?

ENRICO.

No sé, no sé qué blandura,  
Qué suavidad diferente  
De la mia está en tu mano,

Con que los sentidos mueves;  
Pues siendo de luego al tacto,  
Es á la vista de nieve.  
Tu presencia me enamora,  
Tus razones me suspenden.  
Tu entendimiento me alegra,  
Y me regocaja el verte.  
Si no temiera enojarte,  
Dijera que eres...

INFANTA.

¿Detente!

¿Conóceme ya?

ENRICO.

Si, y no;  
Que no sé qué responderte.

INFANTA.

Enrico, Flérida soy,  
Que ahora vengo á ofrecerte  
El fruto de aquella flor,  
Siempre en mi esperanza alegre.  
No te espantes deste extremo;  
Que si un amor se resuelve,  
No hay respeto que no venza,  
Temores que no atropelle.  
Mira lo que quieres mas,  
O que á Teobaldo le ruegue  
Que pida tu vida al Rey,  
O...

ENRICO.

Cuánto ántes que te viese  
No conocerte sentia,  
Siento ahora conocerte.  
Ya no paga mi lealtad  
La que á Ludovico debe,  
Sino la que debe al Rey,  
Siempre leal, noble siempre.  
Si al servir al Rey mi hermana  
En tal peligro me tiene,  
¿Con qué razones pudiera  
A la del Rey atreverme?  
¿Bueno fuera que quisiera  
Tan en mi favor las leyes,  
Que las observase el Rey  
Para que yo las rompiera!  
Vete, Flérida, y el cielo  
Tanto tus gustos aumente,  
Que pensiones de tu gusto  
Sean mayores placeres.  
Teobaldo te goce, ¡ay cielos!  
Pues él solo te merece.  
Cuando envidioso en tus drazos.  
Con mi regalo alegre,  
Como marido te estime,  
Como galán te requiebre;  
Que yo envidioso y contento,  
Mientras espero mi muerte,  
Solamente lloraré  
Hallarte para perderte.

INFANTA.

No te arrepientas despues:  
Mira, Enrico, que no vuelve  
La ocasion á quien la deja,  
Ni la halla quien la pierde.  
Quien desprecia enamorado,  
Es que no estima, o no quiere.  
No hagas del favor desprecio:  
Mira que me voy.

ENRICO.

Pues vete.

INFANTA.

Enrico, adios.

ENRICO.

El te guarde.

TOSCO.

¡Ah, señor! que no hay, advierte,  
Dos infantas ni dos vidas.

INFANTA

¿Que no me llamas?

ENRICO.

¿Que vuelves?

INFANTA.

Pues aunque me llames ya,  
No tengo de responderte.

ENRICO.

Yo nunca te llamaré. (Vase la Infanta.)  
¿Fuése ya Flérida?

TOSCO.

Fuése.

ENRICO.

¡Flérida, oye!

TOSCO.

A buena hora.

ENRICO.

¡Ay, honor, lo que me debes!  
Dos vidas quisiste darme,  
Porque dos vidas me cuestes. (Vanse.)

Habitacion de Estela en palacio.

#### ESCENA IV.

EL CONDE, ESTELA.

CONDE.

Solo tu quietud procuro;  
Pues viéndote el Rey casada,  
Estarás mas respetada,  
Y tu valor mas seguro;  
Porque si tu hermano ha sido  
Quien guardó tu honor, es llano  
Que la ausencia de un hermano,  
Podrá suplirla un marido.  
Su padre he sido y su juez,  
Porque en confusion tan fiera,  
Primero mil veces muera  
Para matarle una vez.

ESTELA.

Aumente mi pena el llanto,  
Pues él aumenta el dolor:  
La vida costais, honor,  
No sé yo si valeis tanto.  
Un nuevo aliento me llama  
Para dar con mayor gloria,  
Dilatando mi memoria,  
Eterno asunto á mi fama.  
Íréme á los pies del Rey,  
A ver si puedo, ofendida,  
Romper, pidiendo su vida,  
Los límites á la ley;  
Mas si el Rey airado y fuerte  
Rompiera los de la fe,  
Con mis manos me daré  
En su presencia la muerte.

CONDE.

De tu valor satisfecho,  
Solo puedo en trance tal  
Dar la sangre y el puñal,  
Pero tú la vida y pecho  
Y estos extremos no son  
Contra el valor que en ti veo,  
Que la justicia deseo,  
Pero no la ejecucion. (Vase.)

#### ESCENA V.

ESTELA.

Afligido pensamiento,  
Que en tan confusos enojos,  
Haciendo lenguas los ojos,  
Decís vuestro sentimiento,  
¿Qué es lo que busco? ¿Qué intento

Quando, del Rey ofendida,  
Me quita el llanto la vida?  
¡Cielos! ¿Cómo puede ser  
Que haya en el mundo mujer  
Que llore el verse querida?  
Casarme mi padre intenta  
Para resistir mejor  
Al Rey, y porque el honor,  
Con mayores fuerzas, sienta  
Menos el peso á la afrenta;  
Pero no ha considerado  
Que en tan infelice estado  
Son sus deseos perdidos;  
Porque muchos ofendidos  
Son ménos que un agraviado.  
A Ludovico quisiera,  
Sin saber cómo, avisar  
Que me pretenden casar,  
Porque él el primero fuera  
Que á mi padre me pidiera;  
Que si tanto amor ha sido  
Verdadero y no fingido,  
Las finezas que él hacia,  
Cuanto amante me ofendia,  
Podrá obligarme marido.

**ESCENA VI**

LUDOVICO. — ESTELA.

LUDOVICO. (Ap.)

Hasta su cuarto he llegado,  
Segun las señas que veo,  
Guiado de mi deseo  
Y de la noche ayudado.  
Hoy mi amor se ha levantado  
A la mayor esperanza.  
Mas siento en mi una mudanza,  
Que quisiera haber venido  
Si amor me hubiera traído,  
Pero no la confianza.  
La ocasion que en mi se emplea  
Ya me acobarda y anima,  
Y pienso que no se estima  
Porque ya no se desea.  
Mi valor es bien se vea.  
Estela es esta.

ESTELA.

¡Ay de mí!

¡Ay cielos! ¿quién está aquí?

LUDOVICO.

No te alborotes.

ESTELA.

¿Quién eres?

LUDOVICO.

¿No me conoces?

ESTELA.

¿Qué quieres?

¿No eres Ludovico?

LUDOVICO.

Sí.

ESTELA.

Sin duda que te ofrece  
Formado el pensamiento,  
Puesto que imaginado,  
Parece que te veo.  
¿Pues cómo te atreviste  
A entrar aquí, rompiendo  
Las puertas á mi cuarto,  
Y á la noche el silencio?

LUDOVICO

Escucha, Estela, escucha,  
Sabrás a lo que vengo,  
Y verás que te obligo,  
Si piensas que te ofendo.  
Tu hermano me ha traído;  
Que aqueste atrevimiento

Dice la confianza  
Que á su amistad le debo.  
El hizo que viniera  
A decir que primero.  
Que le pidas su vida  
Al Rey airado y fiero,  
Dará á su cuello un lazo  
Y un puñal á su pecho.  
Que jamás al Rey hables,  
Que él morirá contento.  
Sin que su vida compres  
Con tu honor. Y con esto  
Quédate satisfecha  
De que me voy huyendo,  
Porque el amor no venza  
La lealtad y el respeto.

ESTELA.

Escucha, Ludovico.

LUDOVICO.

Perdona, que no puedo,  
Que no vengo á escucharte,  
A hablarte solo vengo.  
Sabe amor si me pesa  
De la ocasion que pierdo;  
Mas donde honor es mas,  
El amor es lo ménos.

(Vase.)

**ESCENA VII.**

ESTELA.

Ludovico, no hagas  
De la ocasion desprecio;  
Que nunca, á quien la deja,  
Volvió el suelto cabello.  
Mujer es la ocasion,  
Y así nos parecemos;  
Rogadas, despreciamos,  
Despreciadas, queremos.  
En estas confusiones  
No sé lo que sospecho.  
Que á lo que amor no pndo,  
Me obliga el sentimiento.  
¡Qué villanas que somos,  
Pues para hacer extremos  
No alcanzaron finezas  
Lo que pudo un desprecio!  
Mas temeroso Enrico  
De mi valor, ha puesto  
Duda en la confianza,  
Y en la constancia miedo.  
Iré á los piés del Rey,  
Porque vea que tengo  
Valor para intentar  
El mas heroico hecho  
Que la fama publique,  
Que solemnice el tiempo,  
Que respete el olvido,  
Que siempre juzgue el suelo,  
Que la tierra sustente,  
Que alumbre ardiente el cielo,  
Que comunique el mar.  
Y que suspenda el viento.

(Vase.)

Sala del palacio.

**ESCENA VIII.**

LA INFANTA, TEOBALDO.

INFANTA.

Aquesto has de hacer por mí.

TEOBALDO.

Verás como al Rey suplico  
Que le dé la vida á Enrico,  
Pues ha de vivir por ti;  
Que si el perdonar ha sido  
Debida y piadosa ley,  
Y solo á pedirlo al Rey

De aquesta suerie he venido,  
En confusiones tan licras  
Como mi amor advirtió,  
Quisiera pedirla yo  
Y que tú no la pidieras.

INFANTA.

Débole á Enrico la vida.

TEOBALDO.

Pues bien es que satisfagas,  
Si lo que debes le pagas.

INFANTA.

Ha de ser encarecida  
Con el Rey la peticion.

TEOBALDO.

Y tú misma lo verás,  
Puesto que presente estás.

INFANTA.

El llega á buena ocasion.

TEOBALDO. (Ap.)

No sé qué llevo á sentir;  
Que, si mi temor repara,  
Quisiera que el Rey negara  
Lo que le llevo á pedir.

**ESCENA IX.**

EL REY. — LA INFANTA, TEOBALDO.

TEOBALDO.

Vuestra Majestad, señor,  
Me dé por ventura tanta  
A besar los piés.

REY.

¿Cómo te sientes?  
Levanta.

TEOBALDO.

Mejor

Que pensé he convalécido,  
Y por solo haber llegado  
A tus piés, se ha adelantado  
La salud.

REY.

¿Qué ha sucedido?

Alzate del suelo, y di,  
¿Qué quieres?

TEOBALDO.

Hasta tener  
Lo que pido, me has de ver  
Rendido á tus piés así.  
Una cólera, señor,  
Nunca previene razones,  
Ni son tuyas las acciones,  
Y nias tocando al honor.  
Cuando está mas disciplinado,  
Si de sentimiento lleno,  
Vive á la razon ajeno  
Y á la prevencion negado;  
Y pues te suplica ya  
Quien nias agraviado es,  
Señor, que la vida des  
Hoy á Enrico...

REY.

Bien está.

INFANTA.

Yo, señor, agradecida,  
En tan trágicos enojos,  
Con lágrimas de mis ojos  
Vengo á pedirte una vida.  
Testigo fuiste, señor,  
Cuando con valientes modos,  
Desemparándome todos,  
Me dió vida su valor.  
Justo será que le dé,  
Teniendo por mí el perdon,  
La suya en satisfaccion  
Hoy á Enrico.



REY.

Ya lo sé.

TEOBALDO.

Licencia el honor te dió,  
Si no es que de tí te olvidas,  
Para que su vida pidas;  
Para que la llores no.

## ESCENA X.

LUDOVICO.—Dichos.

LUDOVICO.

Una dama, á quien el manto  
Cubre el rostro, y cuya voz,  
Con suspiros divididos,  
Rompe el viento con temor.  
A solas te quiere hablar.

REY.

Dejadme solo.

INFANTA. (Ap.)

¡Ay amor!

Lo que me debes me pagas. (Vase.)

TEOBALDO. (Ap.)

Amorosa confusion,  
Si ya creiste los celos,  
¿Por qué dudas el rigor?

LUDOVICO.

Ya en la sala entra la dama.

(Vanse todos, y queda el Rey.)

## ESCENA XI.

ESTELA, con manto.—EL REY.

REY.

Sombra, que de luz vistió  
Este cuarto, aunque eclipsado  
Su divino resplandor,  
¿Quién eres? Que el alma alegre,  
Palpitando el corazón,  
Ella se viene á la boca,  
Y él se previene á la voz.  
¿Qué quieres? ¿á qué veniste?  
Que viendo por nube el sol,  
Su tristeza me entristece,  
Me da dolor su dolor.  
¿Por qué los rayos escondes?  
Dime, ¿quién eres?

ESTELA.

Yo soy. (Descúbrese.)

REY.

Tú solamente pudieras  
Causar tal admiración  
Al alma, que, como tuya,  
Sin verte te conocí;  
Y como la imagen eres  
A quien se rinde el amor,  
Por la fe, detras del velo,  
Como deidad te adoro.  
¡Ay Estela! ¿Mas que el ruego,  
Pudo vencerte el rigor?  
¿La amenaza mas que el llanto?  
¿Mas que el alma la pasión?  
¿Tanto luto para un vivo?  
Sino es que yo el muerto soy,  
Que de tus ojos, Estela,  
Es el milagro mayor  
Por la vida de tu hermano  
Vienes; que es justa razon  
Que se la dé humilde quien  
Soberbia se la quitó.  
En tu mano está su vida,  
Escoge; pues tengo yo  
La justicia en la una mano.  
Y en la otra mano el perdón.  
No soy rey de Inglaterra:

Tu rey y tu amante soy,  
Y he de vencer con rigores  
Lo que con regalos no.  
¿Cómo podrás defenderte?  
Solos estamos los dos:  
Hasta aquí el rigor fué cuerdo,  
Pero ya es necio el rigor.

ESTELA.

Edúardo generoso,  
Tercero de Inglaterra,  
De las tres lucientes rosas  
Luz, norte, amparo y defensa,  
Tú, que en alas de la fama  
Siempre celebrado vuelas  
Ocupando en tus memorias  
Voz, aplauso, trompa y lengua.  
Yo soy Estela infelice,  
Y de Salveric condesa,  
Por heredar de mi casa  
Nombre, honor, lustre y nobleza.  
En Salveric retirada  
Vivi, donde la aspereza  
En la soledad me dieron  
Prados, montes, valles, selvas.  
Visteme en el campo un día:  
¿Pluguiera á Dios no me vieras.  
O que allí fuera á tus ojos  
Aspid, bruto, tigre ó fiera!  
¿Negárame el sol la luz,  
Y sepultándome en ella,  
Fuera el claro día noche  
Parda, oscura, triste y negra!  
Desde aquel punto empezaste  
A hacer amorosas muestras,  
Resistiendo con honor  
Gusto, amor, poder y fuerza.  
¿Qué pena en el viento sorda,  
Qué roca en el mar opuesta  
A soplos y olas, que libres  
Baten, gimen, braman, sucunan  
Como yo á suspiros tuyos,  
Como yo á lágrimas tiernas  
He sido al agua y al viento  
Risco, monte, roca y Peña?  
¿Qué esperanzas tienes mías,  
Para que así te prometas  
Menos rigor? Pues porque  
Veas, oigas, notes, sepas  
Que la vida de mi hermano  
No es bastante á que yo pierda  
Un átomo de honor, siendo  
Pasma, horror, miedo y tragedia,  
Con este acero que miras

(Saca un punal.)

Me daré muerte yo misma,  
Si acaso la afrenta mía  
Buscas, quieres, ves ó intentas.  
Si tienes hoy en tus manos  
La justicia y la clemencia,  
Y buscas para su agravio  
Muerte, horror, miedo y afrenta;  
Yo también tengo en las mías,  
Con resolución mas cierta,  
Viviendo y muriendo honrada,  
Vida, honor, lauro y defensa.  
Yo por la vida de Enrico  
Vine, ó á volver sin ella,  
Puesto que ha sido la mia  
Culpa, causa, miedo y pena,  
Para que el alma infelice  
En su misma sangre envuelta,  
Pida justicia, bañando  
Fuego, viento, mar y tierra.  
Y conmoviendo á piedad,  
Siendo sola su inocencia,  
Y en cada gota mezclando  
Voz, gemido, llanto y pena;  
Porque en poblado los hombres,  
Porque en el monte las fieras,  
Porque en el aire las aves,  
Cielo, sol, luna y estrellas.

Aves, peces, brutos, plantas  
Astros, signos y planetas,  
Digan, vean y publiquen,  
Oigan, miren, noten, sepan.  
Que hay honor contra el poder,  
Que hay industria contra fuerza,  
Y que hay en mujeres nobles  
Vida, honor, lauro y defensa.

REY.

Esconde, Estela, el riguroso acero:  
No te vean con él, que hacer espero  
Immortal esta hazaña.—  
(Llamando.)  
Que entren aquí.

ESTELA.

¡Severidad extraña!

## ESCENA XII.

LUDOVICO, LA INFANTA, TEOBALDO.—EL REY, ESTELA.

TODOS.

¿Qué mandas?

REY.

Ludovico, [rico.  
Llámame al Conde, y tú Teobaldo á En-  
(Vanse Ludovico y Teobaldo.)

INFANTA. (Ap.)

¡Estela con el Rey! Ya sus enojos  
Claros se ven en los airados ojos.

REY. (Ap.)

¡Que una mujer ha sido  
Tan noble, que el poder haya vencido!  
Callen Porcia y Lucrecia, que ofendi-  
Despreciaron las vidas; [das  
Pero no desta suerte  
Por honor se atrevieron á la muerte.  
Yo solamente he sido  
Quien vencedor se coronó vencido.

## ESCENA XIII.

LUDOVICO y EL CONDE, por una puerta; y por otra, TEOBALDO, ENRICO y TOSCO.—EL REY, LA INFANTA, ESTELA.

ENRICO.

¿Vos, Teobaldo, venis por mí?

TEOBALDO.

Ser quicn la vida y libertad os diera.

LUDOVICO.

Llama el Rey.

CONDE.

¿Qué hay de nuevo, Ludovico?

LUDOVICO.

Aqui está el Conde ya.

TEOBALDO

Y aquí está Enrico.

ENRICO.

Si á escuchar mi sentencia me has traído,  
Habiéndote de ver, piadosa ha sido;  
Pues la piedad declara [ra.  
Que nadie muere en viendo al Rey la ca-

TOSCO.

Yo también quiero vella [lla.  
Por no morir; por cierto que es muy be-  
(Siéntanse el Rey y la Infanta.)

LUDOVICO. (Ap.)

Su Majestad se sienta,  
Y á su lado la Infanta.

ENRICO. (Ap.)

¿Pues qué intenta  
El Rey, que airado admira,  
Y con severo aspecto á todos mira?

REY.

Caballeros, mis deudos y vasallos,  
Leales, nobles y amigos,  
A vuestro bien habeis de ser testigos;  
Pues por satisfaceros  
Tantas bazañas, que en el mundo han  
Término al tiempo, límite al olvido, [sido  
Hoy quiero lisonjearos  
Con una Reina que pretendo daros.  
Estela es quien merece  
Partir conmigo la imperial corona  
Que luciente en mis sienes resplandece,  
Porque veais en tan felice estado [ce,  
Vencido mi poder, su honor laurcado.  
No repliqueis. (A Estela.) Sentáos en  
[esta silla;  
Pues solo merecisteis ocupalla,  
Sendo del mundo espanto y maravilla.

ESTELA.

No merezco esos piés

REY.

Y cuando fuera  
Del mundo emperador, lo mismo hicie-  
CONDE. [ra.

Pues á mi Reina quiero  
Besar la mano, siendo yo el primero  
Que la dé la obediencia.

TEOBALDO.

Y todos esperamos tu licencia,  
Para deciros ya con voz altiva,  
¡Viva Eduardo con Estela!

TODOS.

¡Viva!

REY.

¿Pues no llegais, Enrico?

ENRICO.

No he llegado;  
Que ninguno á su Rey mira culpado.  
Pero sin culpa, mi inocencia abonas,  
Pues, con dar mi licencia, me perdonas.

REY.

En dias de mis bodas

Quiero que sean alegrias todas.  
Dé Flérida la mano  
A Teobaldo.

TEOBALDO.

Yo soy, señor, quien gano.

INFANTA.

¿Pues no es bien que te asombre  
Mano de quien lloró por otro hombre?

TEOBALDO

Yo la culpa he tenido.

INFANTA.

Yo licencia te pido  
Para darla, señor, á quien me ha dado  
Causa de que por él haya llorado.

REY.

Yo la doy, y contento  
De que así queda satisfecho Enrico

ENRICO.

Que me dejes besar tus piés suplico;  
Porque á tus plantas puesto,  
Poder, Amor y Honor den fin con esto



# EL MAYOR ENCANTO AMOR.

*Este drama de espectáculo es el que tanta celebridad adquirió por haber sido representado sobre el estanque grande del BUEN RETIRO, y por los azarcs que tuvo su estreno. Don José Pellicer y Tovar da acerca de la funcion las siguientes noticias en sus AVISOS HISTÓRICOS, que prineipian en el tomo XXXI del SEMANARIO ERUDITO, publicado por Don Antonio Valladares y Solomayor.*

## « AVISOS DE 14 DE JUNIO DE 1639.

Tenian hechas en el Buen Retiro grandes prevenciones de fiesta para la noche del primer dia de Pascua : muchas tramoyas de Cosme Lotti, ingeniero ; mas de tres mil luces ; comedia dentro del estanque grande, en teatro que navegase ; Su Majestad y señores de palacio, todo al rededor irian en góndolas, oyendo la representacion ; y cena tambien dentro de la agua. Todo, segun dicen, por cuenta del señor Duque, virey de Nápoles. Apénas se empezó, cuando se levantó tal aire, borrasca y torbellino, que muerta mucha parte de las luces y tiestos, desbaratadas las góndolas y á peligro de hundirse, asustado el Príncipe, fué fuerza retirarse y cesar la fiesta.

## AVISOS DE 21 DE JUNIO DE 1639.

La solemnísima fiesta del Buen Retiro, que fué una imitacion de aquellas Naumáquias de los romanos, se representó el juéves á Sus Majestades y Alteza, que Dios guarde ; viérnes se volvió á repetir al Consejo real de Castilla ; y lúnes al convento de San Gerónimo, religiones y todo el pueblo, estando francas las puertas á todos los que quisieron entrar al espectáculo. Espérase relacion cumplida de todo.»

Don Casiano Pellicer trae por apéndice á su *Tratado histórico sobre el origen y progresos de la comedia en España*, el curioso papel que mas adelante va inserto, y que es muy á propósito para que se aprecie el trabajo que hizo Calderon sobre la traza del maquinista. En el título de dicho papel se expresa que el drama fué representado en la noche de San Juan, error en que tambien incurrió Don Antonio Leon Pinelo, en sus *Anales de Madrid*, todavía inéditos, de donde quizá tomaria la especie el que puso al plan de Lotti el encabezamiento con que está publicado. La noche de San Juan del año 1639 no se celebró funcion alguna en el estanque del Buen Retiro, como se prueba por esto que escribia Don José Pellicer cuatro dias despues :

## « AVISOS DE 28 DE JUNIO DE 1639.

« La noche del Corpus, que lo fué de San Juan, no tuvieron los Reyes otro festejo que el de los autos de la Villa, ordinarios. Representáronse cuatro : dos de Don Pedro Calderon, uno de Don Antonio Coello y otro de Don Francisco de Rojas.»

Se saca en limpio de los datos que suministran los dos Pelliceres, que la obra escénica titulada *El mayor encanto amor* (ó sea *La Circe*, porque tambien así pudo llamarse) fué principiada á representar, y no acabada, en la noche del domingo, primer dia de Pascua de Pentecostés, que en el año 1639 cayó á 12 de junio, como puede averiguarse por cualquier calendario perpétuo. Interrumpida la primera repre-

sentacion del drama, volvió á ejecutarse íntegro en la noche del juéves 16, repitiéndolo al otro día, viérnes 17, y el lúnes de la siguiente semana, 20 de junio. La fiesta del Corpus fué aquel año á 23 de junio : por consiguiente la noche del mismo 23, hubo de celebrarse la velada de San Juan, en la cual nada ocurrió notable, ó si ocurrió, Pellicer no lo dijo. No obstante, Leon Pinelo refiere este acontecimiento, que es de alguna entidad :

«La noche de San Juan (dice) estando los Reyes en el Retiro, y dispuesto el balcon bajo que sale al Prado, frontero de la calle Alcalá (que hoy es reja cerrada), para asistír con músicas y festines, poco ántes que llegasen á sentarse en él, se rompió un estanque que estaba detras, y en mas altura, y arrojó tanta agua y tan furiosa por el balcon, que á estar ya los Reyes sentados, diera mucho cuidado su peligro, y por lo ménos el susto fuera grandísimo.»

De pensar es que Pellicer no callara tal ocurrencia; pero si realmente la hubo, de ahí naceria el poner en la noche de San Juan el naufragio de la comedia, confundiéndolo con la rotura del estanque. Sin embargo, la cláusula aquella *que hoy es reja*, manifiesta que Leon Pinelo extendia sus noticias con posterioridad al año 1639, por lo cual su testimonio no merece la fe que el de Pellicer y Tovar, que llevaba una especie de registro diario. Pinelo se equivocó tambien escribiendo las noticias del siguiente año 1640, donde dice así :

«La noche de San Juan hubo en el Retiro muchos festines, y entre ellos una comedia representada sobre el estanque grande, con máquinas, tramoyas, luces y toldos : todo fundado sobre barks. Estándose representando, se levantó un torbellino de viento tan furioso, que lo desbarató todo, y algunas personas peligraron de golpes y caidas.»

Don José Pellicer se expresa de este modo :

#### AVISOS DE 3 DE JULIO DE 1640.

«Ayer, día de Santa Isabel, que cumplió años la Reina nuestra Señora, se representó en el estanque del Buen Retiro la comedia que estaba destinada para la noche de San Juan, compuesta por Don Antonio de Solís, Don Francisco de Rojas y Don Pedro Calderon : fué acto de gran celebridad.»

No hubo pues comedia en el estanque la noche de San Juan de 1640, ni la noche del 22 de julio hubo desgracia. Pinelo transfirió al año 40 el incidente del año anterior.

El documento que Don Casiano Pellicer incluyó en el tomo II de su *Tratado histórico sobre la comedia*, es el que sigue :

#### LA CIRCE :

*Fiesta que se representó en el estanque grande del Retiro, invencion de Cosme Lotti, á peticion de la Excelentísima Señora condesa de Olivares, Duquesa de San Lúcar La Mayor, la noche de San Juan.*

Formarase en medio del estanque una isla fija, levantada de la superficie del agua siete piés, con una subida culebreante que vaya á parar á la entrada de la isla, la cual ha de tener un parapeto, lleno de desgajadas piedras, y adornado de corales y otras curiosidades de la mar, como son



perlas y conchas diferentes, con precipicios de aguas y otras cosas semejantes. En medio de esta isla ha de estar situado un monte altísimo de áspera subida, con despeñaderos y cavernas, cercado de un espeso y oscuro bosque de árboles altísimos, en el cual se verán algunos de los dichos árboles con figura humana, cubiertos de una corteza tosea; y de sus cabezas y brazos saldrán entretreídos y verdes ramos, de los cuales han de estar pendientes diversos trofeos de caza y guerra, quedando esta forma de teatro alumbrado de luces ocultas, en poca cantidad: y dando principio á la fiesta, en la cual se oirá un estrepitoso murmurio y ruido, causado de las aguas, se verá venir por el estanque un grande y soberbio earro plateado y argentado, el cual han de tirar dos monstruosos pescados, de cuyas bocas saldrá continuamente gran cantidad de agua, creciendo la luz del teatro como se fuere acercando; y en la superficie de él ha de venir sentada con majestad y bizarría la diosa Agua, de cuya cabeza y curioso vestido saldrán infinita copia de cañitos de ella; y asimismo se verá salir otra gran cantidad de una urna en que la diosa ha de ir inclinada, que caerá mezclada con diversidad de peees, que jugando y saltando en el precipicio de la misma agua, y culebreando por todo el carro, vendrán á caer en el estanque. Esta máquina admirable ha de venir acompañada de un coro de veinte ninfas de rios y fuentes, las cuales han de ir cantando y tañendo á pié enjuto por encima de la superficie del agua en el estanque; y euando pare esta hermosa máquina en presencia de Su Magestad, la diosa Agua dará principio á la escena representando la Loa; y acabada esta, se oirán diversidad de instrumentos, volviéndose á salir del teatro con el mismo acompañamiento y música. Y apénas habrá desaparecido, cuando se oirá un estrepitoso son de clarines y trompetas bárbaras; y haciendo salva de mosquetes y artillería, se oirá decir, *tierra, tierra*, y se descubrirá una grande, hermosa y dorada nave adornada de flámulas, gallardetes, estandartes y banderolas, que con hinchadas velas llegará á tomar puerto recogiénolas y echando las áncoras y amarras, donde se descubrirán Ulises y sus compañeros, que rindiendo gracias á los dioses por la descubierta tierra, tratarán de los infortunios pasados y de las presentes necesidades, no habiendo alguno de ellos que se atreva á desembarcar, aun para busear refreseo, temerosos de los peligros sucedidos; por cuya causa, echando suertes, diez y ocho serán constreñidos, por tocarles, á entrar en la chalupa; y saltando temerosos en la isla, se les pondrán delante infinidad de diferentes animales, como leones, tigres, dragones, osos y otros diferentes, con que espantados y llenos de terror se aunarán en forma de escuadron para defenderse; mas los animales, con humano entendimiento, se les acercarán haciéndoles caricias: en cuyo instante se oirá una triste música y cancion, que saldrá de entre los árboles y plantas, que con forma humana se hallan transformados, á cuyo sonoro ruido los animales, parte de ellos en pié, y parte en sus mismas formas, harán un extraordinario baile; y mientras le prosiguen y continúan, se oirá un espantoso terremoto con alteracion del aire, que despidiendo relámpagos con un temeroso trueno, arrojará un rayo volveisimo, que herirá en la cumbre y superficie del monte, arruinándole de forma que desgajado y desunido en muchas piezas, vendrán á caer en diferentes partes del teatro, con cuyo suceso se desaparecerán los animales y cesará la música, y quedarán llenos de terror los caballeros, viendo en el sitio y lugar donde estaba el monte situado aparecer un riquísimo palacio, adornado de entretreídos de diversos colores y piedras preciosas, con bizarra y bien entendida arquitectura, con columnas de ágatas y cristales, y basas, capiteles y cornisas de oro, con diferentes estatuas de bronce y mármol, colocadas segun la obra en sus debidos lugares. Y el espantoso y horrible bosque en el mismo tiempo se ha de transformar en un jardin delicioso y ameno, cercado de una fábrica soberbia en forma esférica, con corredores y lonja; y en medio de los deleitables repartimientos ha de tener fuentes de agua viva, cenadores, calles encubiertas y diversidad de animales domésticos, que por el delicioso jardin se han de ir paseando; y al aparecer de esta nueva maravilla, se verá con prodigio notable alumbrar el teatro con claridad tan grande, como si el sol le ministrase su luz, la cual ha de proceder y resultar de la reverberacion que harán las joyas del rico y suntuoso palacio, y por dos grandiosas estrellas que con singular y notable luz han de salir de entre las ondas y aguas del estanque; y en el plano de las lonjas y corredores de palacio, en el arreo de en medio, se ha de ver sentada en un trono de grande majestad Circe, compuesta con un bizarro y rico vestido á la persiana, asistida de muchas damas y doncellas, de las cuales unas han de andar cogiendo yerbas y flores, que han

de colocar en dorados cestillos, y otras han de recoger en vasos de cristal aguas diferentes para el ejercicio y uso de la maga y de sus encantos : y Circe con el semblante grave y compuesto, teniendo una dorada vara en la mano, y en la otra un libro en que lea, estando presentes y admirados de tanto suceso los tímidos compañeros de Ulises, hará que asegurados de una de aquellas damas, sean llevados á su trono y presencia, donde con el semblante agradable y engañoso, les preguntará quién son y qué fin los ha traído á aquella isla. A que ellos responderán, refiriéndole los sucesos de la guerra de Troya y los demas que les han acaecido hasta aquel día, y le pedirán merced y socorro para la desmantelada y desproveída nave : y ella, fingiendo compadecerse de su desgracia y miseria, se le prometerá ; y bajando del trono donde hasta entónces estará colocada, herirá la tierra con la dorada vara, y al instantese levantará de ella una espléndida mesa, en cuyo convite les hará ministrar una bebida en una copa dorada, que los transforme en cochinos, exceptuando á uno de ellos que, huyendo semejante transformacion y los engaños de la maga, se entrará en la chalupa que con los demas dejó en la playa, y irá á dar la nueva del suceso á Ulises : y ella con rabia enojosa por la fuga del compañero, herirá los transformados en cochinos con la vara, haciéndolos llevar á la caballeriza, con gracioso entretenimiento, resultado de su gruñir ; y hará que uno de ellos, que le parece de lindo humor, ande en pié y hable naturalmente como hombre ; y sirviendo este de gracioso, hará entretenidas burlas y graciosos juguetes con las damas, recostándoseles en sus regazos, y ofreciéndolas servir de perrillo de falda ; y aficionado de una de ellas, se enamorará, á la cual despues hará Circe que se transforme en figura de mona, celosa y enfadada de que al puerco le pareciese mas agradable y hermosa la presencia de ella que la suya : de lo cual resultará una alegoría gustosa y entretenida, pues la dama, viéndose transformada en mona, y teniendo por ésta causa gran discordia con el cochino, le reprehenderá debajo de esta metáfora los vicios y torpezas de los hombres ; y el cochino con otra alegoría semejante, debajo de la metáfora y transformacion de mona, reprehenderá los de las mujeres. En cuyo intermedio, habiendo llegado á la presencia de Ulises el caballero que huyó los peligros y engaños de Circe, y referídole el suceso lastimoso de sus compañeros, le moverá á piedad tan grande, que le obligue á ir á buscar socorro ; y tomando tierra en la chalupa, se oirá llamar sin saber de quién ; y buscando la causa de esta voz, reparará en que la pronuncia uno de aquellos caballeros, que vestidos de rústica corteza, están en árboles transformados, el cual le exhortará á que no pase adelante, ni se exponga á la evidencia del peligro que le amenaza. sino que huya de los encantos de aquella isla, originados de los engaños de Circe, de su magia y amores libidinosos : de que admirado Ulises le preguntará quién es y por qué causa con forma tan inhumana se halla encantado. A que él, con sentimientos grandes, le referirá que es uno de los compañeros del rey Pico, y las tragedias y sucesos lastimosos que por ellos y su Rey han pasado, quedando todos, por última desdicha, unos transformados en árboles, y otros vagando en figura de diversos animales por el bosque. Por lo cual Ulises, compasivo y confuso, se resolverá á intentar la restauracion de todos en la conquista de aquella empresa, á cuya ejecucion apenas se moverá, cuando vea venir por el aire con hermosos cambiantes y reflejos á Mercurio, el cual como embajador de Júpiter le traerá una flor para que salga bien de la aventura en que se halla empeñado y de los engaños y encantos de Circe : á que apenas Ulises le habrá rendido las gracias, cuando en su presencia, rompiendo los aires, se volverá al cielo ; y Ulises cobrado el aliento, y asegurado del suceso, con nuevo ánimo llegará á dar vista al admirable palacio, en el cual se verán nuevos prodigios, pues al desaparecerse el trono en que Circe estaba sentada debajo del arco de en medio de las lonjas y corredores, se descubrirá una hermosísima portada, por la cual se representarán á la vista unos léjos opacos, que causen notable admiracion ; y mientras Ulises, dejándose llevar de la que le causa tanto prodigio, está suspenso, se le ha de poner delante el compañero transformado en cochino gracioso, el cual conociéndole, ha de llegar á abrazarle, y con su sucio hocico le ha de procurar oscular, llamando á sus compañeros, los cuales gruñendo con gracioso modo le cercarán haciendo una fiesta ridicula ; y él compadecido de su miseria, los acariciará, pidiendo al hablante puerco que le introduzca con la maga Circe ; y haciéndolo, los demas, temerosos de mayor daño, sintiendo su presencia, huirán dejando solo á Ulises, á quien con agradable forma recibirá la maga, convidándole á beber, y haciendo le traigan la misma copa que á sus compañeros. Se excusará Ulises, amenazándola para



que los ponga en libertad; y negándolo ella, provocará el enojo y furia de Ulises para poner mano á la espada; pero viendo que sus amenazas no son de provecho, ni el acero, trocará la ira y el furor en halagos y caricias; y fingiéndosele muy enamorado, le ofrecerá quedarse con ella, siguiendo su voluntad y gustos, con que le vuelva á su primera forma los compañeros, lo cual le ofrece Circe, y enamorada de él le acaricia; y llevándose consigo los compañeros, les hará lavar en una hermosa fuente, con cuyas aguas quedarán vueltos en su primer figura de hombres, exceptuando al gracioso, que por su gusto y entretenimiento ha de quedarse transformado, sacando por efecto de su fatiga y lavatorio que se le ha de alargar el hocico, y le crecerán y nacerán de repente orejas como de jumento: con lo cual fatigado y rabioso dirá graciosos y entretenidos dichos, y pedirá á Circe le vuelva á su forma humana, y á Ulises que se lo ruegue, y á sus compañeros de la misma forma; y ella le ofrecerá hacerlo, cuando haya hecho penitencia, en aquella figura, de haberle parecido mas bien la hermosura de la dania transformada en mona, que la suya. Y estando en esto se aparecerán en el estanque seis barcos ó chalupas, gobernados y guiados por seis cupidillos, en los cuales hará Circe que entren los compañeros de Ulises, señalando á cada uno una dama con quien se entretengan, y al cochino gracioso la transformada en mona, y ella entrará con Ulises en el suyo; y cantando al son de diversos instrumentos, andarán por el estanque pescando con cañas peces frescos, que siempre que arrojen el sedal, picarán en el cebo, y presos del anzuelo los sacarán saltando y bullendo; solo el gracioso transformado en cochino, en lugar de sacar peces frescos sacará pescado muerto y salado, como es abadejo y tolló; y con este entretenimiento gracioso han de fornar los barquillos una media luna, en cuyo centro se ha de hallar el de Ulises y Circe, que estando en esta forma ha de mandar al mar, por dar gusto á su nuevo amante, que haga salir y aparecer sobre sus ondas la diversidad de peces y mónstruos marinos que tiene en sus entrañas. A cuyo precepto y órden se verá hinchar el estanque de diversidad de peces grandes y pequeños, los cuales jugando entre sí, han de arrojar por boca y narices gran cantidad de rocios de aguas odoríferas, que esparcidas por los circunstantes les cause fragancia y suavidad al olfato. Y estando en esto ha de venir y aparecer de repente por el estanque la Virtud en forma y figura de maga, sentada sobre una gran tortuga marina; y vista de Circe, por venir transformada en la figura de una maga, grande amiga suya, se alegrará con ella, y le dará el parabien de su venida: con lo cual desembarcarán todos en un florido prado delante del palacio, donde se sentarán; y allí confabulando de diversas cosas, y agradeciendo mucho la venida de la amiga, por festejarla hará Circe que por el estanque venga un gracioso escuadron de sirenas y tritones, los cuales harán en el agua un extravagante, admirable y jamas visto ni oido baile, al fin del cual, desapareciendo estos, y vueltos Circe, la Virtud y Ulises á su confabulacion y entretenimiento, le preguntará Circe á la Virtud la causa que le ha movido á dejar sus estudios y entretenimientos mágicos. por venir á visitar; y ella le responderá que el fin de su venida han sido los amores de Ulises, á quien desde que nació le tiene destinado para sí, habiendo logrado en él muchos respetos y ternezas amorosas, las cuales le obligan á buscarle y á venir por él, sacándole de entre sus manos, porque su grande amor no la permite reposo, ni reparos de amistades antiguas con Circe. Y oyendo estas razones los compañeros de Ulises, admirados del suceso y confusos, le extrañarán, y por no conocer á la Virtud con el disfraz de maga, la tendrán por loca. Mas Circe, riéndose, y teniendo por cosa de entretenimiento lo que su amiga decia, se burla de ella, no obstante que recelosa, por asegurarse, hará que Ulises y sus compañeros formen un torneo de á pié, apareciendo de repente la valla. A que apenas darán principio, cuando la Virtud celebrando el talle, la gallardía y las acciones y valor de Ulises, causará tan grandes celos en Circe, que hará suspender el torneo, y desaparecerá la valla, mandándole á la Virtud que luego al punto se salga de la isla; mas ella no querrá, sino es llevándose consigo á Ulises: con lo cual Circe rabiosa y enojada hará grandes conjüros, caractéres, figuras y encantos para vencerla y echarla de allí, los cuales obrarán en el aire y en la isla grandes portentos y vistas prodigiosas, que no podrán hacer daño alguno á la Virtud, la cual lo vencerá todo; y hallándose Circe sin poder para vencerla, se irá enojada, dejándose á la Virtud sola con Ulises, la cual se le descubrirá y dirá quién es, reprehendiéndole su modo de vida, y afeándole su femeníl trato le dirá si es aquel el que le habia sacado de Grecia y hecho vencer á los troyanos, con los demas sucesos gloriosos de Ulises. El cual

reconocido y vuelto en su acuerdo, se arrepentirá, y le prometerá seguirla, apartándose de los vicios, que hasta allí le han tenido olvidado, con lo cual ella le llevará á una fuente, donde mirándose como en un espejo, y viéndose tan otro de su antiguo valor y sér, con fija resolución se determinará á dejar á Circe. Con lo cual se aparecerá en el teatro, viniéndose hácia Ulises, un disforme gigante muy viejo, y de venerable barba, en hábito de ermitaño, con un baston en la mano, cuya presencia le obligará á preguntarle á la Virtud quién es, y lo que debe hacer con él; á que ella le responderá: «Este es á quien debes seguir, y con quien te debes congratular para salir de una vez de los abismos de vicios en que has estado metido.» Con lo cual Ulises se volverá al gigante, y le pedirá le ampare, y diga quién es, y él se le ofrecerá diciéndole que es el Buen Retiro, y que lo que le conviene para colocarse en el templo de la eternidad y hacerse famoso, ilustrando su nombre con grandes glorias, es seguir el Buen Retiro; porque ménos que siguiéndole, no podrá apartarse de los vicios y amar la virtud, que solo se puede hallar retirándose de todo lo que le pudiere divertir de ella. Con que Ulises determinado de seguir el Buen Retiro, se abrazará de la Virtud; y estando abrazado con ella, volverá Circe desesperada, mesados sus cabellos, y haciendo extremos lastimosos; y viendo á Ulises abrazado de la Virtud, se volverá á él, y le dirá, si eran aquellas las finezas, los amores, las promesas y los halagos con que asistiéndola y enamorándola, le aseguraba de su firmeza y puntualidad; y le pedirá no la deje, y se valdrá para esto de grandes halagos, y asimismo de amenazas, de las cuales, burlándose la Virtud, le dirá que no solo á su pesar ha de sujetar á Ulises; pero que por hacer mayor su trofeo, se ha de llevar todo lo que tiene encantado en la isla, en cuya ejecucion hará que se desgajen los árboles, y que de sus troncos y concavidades salgan aquellos.

## PERSONAS.

ULISES.  
ANTISTES.  
ARQUELAO.  
POLIDORO.  
ARSIDAS.  
TIMANTES.  
LISIDAS.  
FLORO.  
LEBREL.

CLARIN.  
TISBE.  
SIRENE.  
GALATEA.  
CASANDRA.  
CIRCE.  
FLERIDA.  
ASTREA.  
LICIA.  
CLORI.

LA NINFA IRIS.  
BRUTAMONTE, *gigante*.  
AQUILES.  
UNA DUEÑA.  
UN ENANO.  
GRIEGOS.  
SOLDADOS DE ARSIDAS.  
TRITONES.  
SIRENAS.

*La escena es en Trinacria ó Sicilia.*

## JORNADA PRIMERA.

Mar y costa de Trinacria.

## ESCENA PRIMERA.

*Suena un clarín, y descúbrese un navío, y en él ULISES, ANTISTES, ARQUELAO, LEBREL, POLIDORO, TIMANTES, FLORO, CLARIN, y OTROS GRIEGOS.*

ANTISTES.

En vano forcejamos,  
Cuando rendidos á la suerte estamos,  
Contra los elementos.

ARQUELAO.

Homicidas los mares y los vientos,  
Hoy serán nuestra ruina.

TIMANTES.

Iza el trinquete.

POLIDORO.

Larga la bolina

FLORO.

Grande tormenta el huracan promete.

¡Hola, iza!

ANTISTES.

LEBREL.

¡A la escota!

CLARIN.

¡Al chafaldete!

ULISES.

Júpiter soberano,  
Que este golfo en espumas dejas cao,  
Yo voto á tu deidad aras y altares,  
Si la cólera templas destes mares.

ANTISTES.

Sagrado dios Neptuno,  
¿Griegos ofendes á pesar de Juno?

ARQUELAO.

Causando está desmayos  
El cielo con relámpagos y rayos.

CLARIN.

¡Piedad, Baco divino! [no.  
No muera en agua el que ha vivido en vi-

LEBREL.

¡Piedad, Momo sagrado!  
No el que carne vivió, muera pescado.

TIMANTES.

Monumentos de hielos  
Hoy serán estas ondas.

TODOS.

¡Piedad, cielos!

POLIDORO.

Paréc que han oído  
Nuestro lamento y misero gemido,  
Pues calmaron los vientos.

ARQUELAO.

Paces publican ya los elementos.

ANTISTES

Y para mas fortuna,  
(Que la buena y la mala nunca es una)  
Ya en aqueste horizonte  
Tierra enseña la cima de aquel monte  
Corona de esa sierra.

TIMANTES.

Celajes se descubren.

TODOS.

¡Tierra, tierra!

ULISES.

Pon en aquella punta,  
Que el mar y el cielo, hecho bisagra, jun-  
La proa. fia.



POLIDORO.

Ya toca el espolón la playa.

ANTÍSTES.

Vaya toda la gente á tierra.

TODOS.

Vaya.

ANTÍSTES.

Del mar cesó la guerra.

ULISES.

Vencimos el naufragio.

TODOS.

¡A tierra, a tierra!

(Llega el bajel, y desembarcan todos.)

ULISES.

Saluda el peregrino,  
Que en salado cristal abrió camino,  
La tierra donde llega,  
Cuando inconstante y náufrago se niega  
Del mar á la inconstancia procelsosa.

ANTÍSTES.

¡Salve y salve otra vez, madre piadosa!

ARQUELAO.

Con rendidos despojos  
Los labios te apellidan y los ojos.

CLARIN.

Del mar vengo enfadado, [lado.  
Que no es gracioso el mar, aunque essa

LEBREL.

No es aqueso forzoso;  
Que yo no soy salado, y soy gracioso

ULISES.

¿Qué tierra será esta?

TIMANTES.

¿Quién quieres que á tu duda dé res-  
Si siempre derrotados, [puesta,  
Mares remotos, climas apartados  
Habemos tantos años discurrido,  
El rumbo, el norte y el imán perdido?

POLIDORO.

Pues no nuestras desdichas han cesado;  
Que el monte donde ahora has arribado,  
No parece habitable  
En lo ineulto, y intrincado y formidable

ANTÍSTES.

En él las mas pequeñas  
Ruínas, de gente humana no dan señas.

ARQUELAO.

Solo se ve de arroyos mil surcado,  
Cuyo turbio cristal descontentado  
Parece, á lo que creo,  
Desperdiciado aborto del Leteo.

LEBREL.

Que habemos dado temo  
En otro mayor mal que Polifemo.

FLORO.

Quejas son lastimosas y severas,  
Cuantas se escuchan, de robustas fieras.

TIMANTES.

Y si las copas rústicas miramos  
Destos funestos ramos,  
No pájaros súaves  
Vemos, nocturnas sí, agoreras aves.

ARQUELAO.

Y entre sus ramos rotos y quebrados  
Troveos de guerra y caza están colga-

POLIDORO.

[dos.

Todo el sitio es rigor.

FLORO.

Todo es espanto

ANTÍSTES.

Todo horror.

ARQUELAO.

Todo asombro.

TIMANTES.

Todo encanto.

LEBREL.

Absorto de mirar sus señas quedo. [do?  
¿Crérásme una verdad, que tengo mie-

CLARIN.

Si crére, si es que arguyo  
Que por mi corazon se juzga el tuyo.  
(Vanse todos, y quedan Ulises y Cla-  
rin.)

## ESCENA II.

ULISES, CLARIN.

ULISES.

Pues los dos nos quedamos,  
Por esta parte penetrando vamos.  
¡Qué bosque es de confusion tan rara  
Aqueste que pisamos!

CLARIN.

Y aun no para

En eso, pues del triste oscuro centro  
Suyo, miro salimos al enencentro  
Un escuadron de fieras,  
Bárbara inculta bestia, que en hileras  
Mal formadas emboste  
A los dos.

(Salen animales, y hacen lo que se va  
diciendo.)

ULISES.

Defendámonos (¡ay triste!)

El uno al otro.—Pero ¿cómo es esto?  
No solo á nuestra ofensa se han dispues-

[to,

Mas humildes, postrados y vencidos,  
Los pechos por la tierra, están rendidos.

Y el rey de todos ellos,

El león, coronado de cabellos,

En pié puesto, una vez hácia las peñas,  
Y otra hácia el mar, cortés nos hace se-

¡Oh generoso bruto,

[ñas.  
Rey de tanta república absoluto!

¿Qué me quieres decir cuando á la playa  
Señalas? ¿Que me vaya,

Y que no tale mas el bosque donde

Tienes tu imperio? A todo me responde,

Inclinada la testa,

Con halagos firmando la respuesta.

Creamos pues al hado;

Que un bruto no mintiera coronado. —

Convoca á gritos fieros

A nuestros compañeros,

Para que al mar volvamos,

Y agradecidos el peligro huyamos.

CLARIN.

Compañeros de Ulises, (A voces.)

Que discurras los bárbaros países

Deste encantado monte,

Desamparad su bárbaro horizonte.

ULISES.

Al mar, volved al mar, que tristemente

Con halago las fieras obediente [man,

Cuando sus voces nuestras gentes lla-

Quieren quejarse, y por quejarse bra-

CLARIN.

[man

Todas con manso estruendo,

Repitiendo las señas, van huyendo.

ULISES.

Mucho es mi asombro.

CLARIN.

Y mi tristeza es mucha  
Ulises.

Dioses, ¿que tierra es esta?

## ESCENA III.

ANTÍSTES, que sale huyendo. —  
ULISES, CLARIN.

ANTÍSTES.

Atiende, escucha:

Entramos en ese monte,  
Ulises, tus compañeros,  
A examinar sus entrañas,  
A solicitar su centro,  
Cuando á las varias fortunas  
Del mar pensamos que el cielo  
Nos habia dado amparo,  
Nos habia dado puerto;  
Mas ¡ay triste! que el peligro  
Es de mar y tierra dueño,  
Porque en la tierra y el mar  
Tiene el peligro su imperio.  
Digalo allí, coronado  
De tantos naufragios ciertos,  
Y aquí lo diga, ceñido  
De tantos precisos riesgos,  
Aunque ni el mar ni la tierra  
No tienen la culpa dellos,  
Pues el hombre en tierra y mar  
Lleva el peligro en sí mismo.  
Por diversos laberintos  
Que labró (artífice diestro,  
Sin estudio y sin cuidado)  
El desaliño del tiempo,  
Discurrirnos ese monte;  
Hasta que hallándonos dentro,  
Vimos un rico palacio,  
Tan vanamente solitario,  
Que embarazando los aires  
Y los montes afligiendo,  
Era para aquellos mube  
Y peñasco para estos,  
Porque se daba la mano  
Con uno y con otro extremo;  
Pero aunque viciosos eran,  
La virtud no estaba en medio.  
Saludamos sus umbrales  
Cortesamente atentos,  
Y apenas de nuestras voces  
La mitad nos hurtó el eco,  
Cuando de niñas hermosas  
Un tejido coro bello  
Las puertas abrió, mostrando  
Apacible y lisonjero,  
Que habia de ser su agasajo  
De nuestros males consuelo,  
De nuestras penas alivio,  
De nuestras tormentas puerto.  
Murió el deseo; mas ¿cuándo  
Dijo verdad el deseo?  
Detras de todas venia.  
Bien como el dorado Fábulo,  
Acompañado de estrellas  
Y cercado de luceros,  
Una mujer tan hermosa,  
Que nos persuadimos ciegos  
Que era, á envidia de Diana,  
La diosa destos desiertos.  
Esta pues nos preguntó  
Quiénes éramos; y habiendo  
Informádose de paso  
De los infortunios nuestros,  
Cautelosamente humana,  
Mandó servir al momento  
A sus damas las bebidas  
Mas generosas, haciendo  
Con urbanas ceremonias

1 Falta un no. En otra comedia queda ya  
señalado otro caso igual.

2 Aquí no hacia falta la negacion.

Político el cumplimiento.  
 Apénas de sus lícores  
 El veneno admitió el pecho,  
 Cuando corrió al corazon;  
 Y en un instante, un momento,  
 A delirar empezaron,  
 De todos los que bebieron,  
 Los sentidos, tan mudados  
 De lo que fueron primero,  
 Que no solo la embriaguez  
 Entorpeció el sentimiento  
 Del juicio, porción del alma,  
 Sino también la del cuerpo;  
 Pues poco á poco extinguidos  
 Los proporcionados miembros,  
 Fueron inudando las formas.  
 ¿Quién vió tan raro portento?  
 Quién vió tan extraño hechizo?  
 Quién vió prodigio tan nuevo?  
 Y quién vió que, siendo hermosa  
 Una mujer con extremo,  
 Para hacer los hombres brutos  
 Usase de otros remedios,  
 Pues destas transformaciones  
 Es la hermosura el veneno?  
 Cuál era ya racional  
 Bruto, de pieles cubierto;  
 Cuál, de manchas salpicado,  
 Fiera con entendimiento;  
 Cuál sierpe armada de conchas,  
 Cual de agudas puntas lleno,  
 Cuál animal mas inmundado;  
 Y todos al fin á un tiempo  
 Articulaban gemidos,  
 Pensando que eran acentos.  
 La mágica entónces dijo:  
 «Hoy veréis, cobardes griegos,  
 De la manera que Circe  
 Trata cuantos pasajeros  
 Aquestos umbrales tocan.»  
 Yo, que por ser el que haciendo  
 Estaba la ración  
 De nuestros varios sucesos,  
 Aun no habia al labio dado  
 El vaso, el peligro viendo,  
 Sin que reparara en mi  
 Circe, corré; que en efecto,  
 El que se sabe librar  
 De los venenos mas fieros  
 De una hermosura, es quien solo  
 Niega los labios á ellos.  
 Esto en fin me ha sucedido,  
 Y vengo á avisarte dello,  
 Porque desta esfinge luyamos.  
 Pero ¿dónde podrá el cielo  
 Librarnos de una mujer.  
 Con belleza y con ingenio?

ULISES.

¿Cuándo vengada estarás,  
 Ó injusta deidad de Vénus,  
 De Grecia? ¿Cuándo tendrán  
 Divinas cóleras medio?

ANTISTES.

No en lastimosos gemidos  
 La ocasión embarcemos,  
 Que tenemos de librarnos:  
 Al mar volvamos huyendo.

ULISES.

¿Cómo habemos de dejar  
 Así á nuestros compañeros?

CLARIN.

Perdernos, señor, nosotros,  
 No es alivio para ellos.

ULISES.

Juno, si en desprecio tuyo  
 Vénus ofende á los griegos,  
 ¿Cómo tú no los deliendes,  
 Que á tu desprecio?  
 Acuérdate que ofendida

De París, á nuestro acero  
 Le fiaste tu venganza;  
 Acuérdate que sangrientos  
 Por ti abrasamos á Troya,  
 Cuyo no apagado incendio  
 Hoy en padrones de humo  
 Está en cenizas ardiendo.  
 Si por haberte vengado,  
 Tantos males padecemos,  
 Remédianos, Juno bella,  
 Contra la deidad de Vénus.

(Tocan chirrimías, y sale en un arco  
 la ninfa Iris, y canta la música dentro.)

## ESCENA IV.

IRIS, MÚSICOS. — DICHOS.

MÚSICOS. (Dentro.)

Iris, ninfa de los aires,  
 El arco despliega bello,  
 Y mensajera de Juno,  
 Rasga los azules velos.

IRIS. (Canta.)

Ya la obedezco,  
 Y batiendo las alas,  
 Rompo los vientos

ULISES.

Línea de púrpura y nieve,  
 Nube de rosa y de fuego,  
 Verde, roja y amarilla,  
 Nos deslumbra á sus reflejos.

ANTISTES.

¿Qué hermoso rasgo corrido  
 En el papel de los cielos,  
 Bandera es de paz?

ULISES.

Y en él

Está la ninfa pendiendo,  
 Embajatriz de las diosas,  
 Reina de dos elementos. —  
 Iris, bellísima ninfa,  
 Si tu respuesta merezco,  
 ¿Qué, dichosa, vas buscando?  
 ¿Qué, infelice, vas huyendo?

IRIS. (Canta.)

A tus fortunas atenta,  
 ¡Oh nunca vencido griego!  
 Juxto tu amparo dispone,  
 Y yo de su parte vengo.  
 Este ramo que te traigo,  
 De varias flores cubierto,  
 Hoy contra Circe será  
 Triaca de sus venenos.

(Deja caer un ramillete.)

Toca con él sus hechizos,  
 Desvaneceránse luego,  
 Como al amor no te rindas;  
 Que con avisarte desto,  
 Ya la obedezco,  
 Y batiendo las alas,  
 Rompo los vientos.

TODA LA MÚSICA.

Y batiendo las alas,  
 Rompe los vientos.  
 (Tocan chirrimías, y desaparece el arco  
 y la ninfa.)

## ESCENA V.

ULISES, ANTISTES, CLARIN.

ULISES.

Hermoso aliento de Juno,  
 No desvanezcas tan presto  
 Tanto aparato de estrellas,  
 Tanta pompa de luceros.

Espera, detente, aguarda,  
 Que te sacrifique el pecho  
 Estas lágrimas, que llesves  
 En señal de rendimiento.

CLARIN.

Ya las esparcidas luces  
 Va doblando y recogiendo,  
 Hasta perderse de vista  
 Por las campañas del viento.

ULISES.

Ya no hay que temer de Circe.  
 Los eucantos, pues ya veo  
 Tan de mi parte los hados,  
 Tan en mi favor los cielos.  
 A sus palacios me guía,  
 Verasme vencer en ellos  
 Sus hechizos, y librar  
 A todos mis compañeros.

ANTISTES.

No es menester que te guice  
 A sus ojos; que ella, haciendo  
 Salva á tus peligros, sale  
 Al son de mil instrumentos.

Aparece el palacio de Circe.

## ESCENA VI.

Salen los músicos, cantando, y despues  
 CIRCE, CASANDRA, TISBE, CLO-  
 RI Y ASTREA, que trae un vaso en  
 una saltrilla, y LIBIA una tohalla. —  
 DICHOS.

MÚSICOS.

En hora dichosa venga  
 A los palacios de Circe  
 El siempre invencible griego,  
 El nunca vencido Ulises.

CIRCE.

En hora dichosa venga  
 Hoy á este palacio hermoso  
 El griego mas generoso  
 Que vio el sol, donde prevenga  
 Blando albergue, y donde tenga  
 Ulise hospedaje, y atento  
 A sus fortunas, contento  
 Pueda en la tierra triunfar  
 De la cólera del mar  
 Y de la saña del viento.  
 ¡Felice pues fuese el día  
 Que estos piélagos sulcó,  
 Felice fuese el que halló  
 Abrigo en la patria mia,  
 Y felice la osadia  
 Con que ya vencer presuma  
 En tranquila paz, en suma  
 Felicidad inmortal,  
 Ese monstruo de cristal,  
 Sierpe escamada de espuma!  
 Que yo al cielo agradecida  
 Pues ya mis venturas sé,  
 De tanto luésped daré  
 Parabienes á mi vida;  
 Y así, á tus plantas rendida,  
 Con aplausos diferentes,  
 Vengo á recibir tus gentes,  
 Hurtando en ecos suaves  
 Las cláusulas á las aves,  
 Los compases á las fuentes.  
 Y porque al que en mar vivió,  
 Lo que mas en él le obliga  
 A sentir, es la fatiga  
 De la sed que padeció  
 (¿Quién sed en tanta agua vió?),  
 A traerle aquí se atreven  
 Los aplausos que me mueven  
 (En señal de cuán piadoso  
 Es mi afecto) el generoso



Néctar que los dioses beben.  
Bebe, y sin pavor alguno  
Brinda á la gran majestad  
De Júpiter, la beldad  
De Vénus, ciencias de Juno,  
De Marte armas, de Neptuno  
Ondas, de Diana honor,  
Flores de Flora, esplendor  
De Apolo; y por varios modos,  
Porque en uno asisten todos,  
Bebe y brinda al dios de amor.

ULISES.

Bellísima cazadora,  
Que en este opaco horizonte  
Siendo noche todo el monte,  
Todo el monte haces aurora,  
Pues no amaneció hasta ahora  
Que te vi, la luz en él,  
Admíte rendido y fiel  
Un peregrino del mar,  
Que halló pia'oso al pesar,  
Que halló á la dicha cruel.  
Ésa nave derrotada,  
Que con tanta sed anhela,  
Pez que por las ondas vuela  
Ave que en los aires nada,  
A tu deidad consagrada,  
Víctima ya sin ejemplo  
De tus aras la contemplo,  
Pues aquí se ha de quedar  
Por trofeo de tu altar,  
Por despojo de tu templo.

(Llegan Licia y Astrea.)

El néctar, con que has brindado  
Mi feliz venida, aceto;  
Aunque temor y respeto  
Me han suspendido y turbado  
Tanto, que de recalcado  
No me atrevo á tus favores,  
Sin que otros labios mejores  
Lisonjeeen tus agravios;  
Y así antes que con los labios,  
Haré la salva con flores.

(Mete el ramillete en el vaso, y sale fuego.)

ASTREA.

En fuego el agua encendió.

LICIA.

¿Qué es lo que mis ojos ven!

CIRCE.

¿Quién, cielos airados, quién  
Mas ha sabido que yo?

ULISES.

Quien tus encantos venció,  
Deidad superior ha sido;  
Y pues á tiempo he venido,  
Que á tantos vengar espero,  
Verás, mágica, este acero  
En tu púrpura teñido.

(Saca la espada.)

CIRCE.

Aunque llevo á merecer  
La muerte, es bien que te asombre,  
Que no es victoria de un hombre  
El matar á una mujer.  
Valor tan hecho á vencer  
No ha de ser, no, mi homicida.  
Rendida tienes mi vida:  
Luego de tu acero hoy  
Dos veces segura estoy,  
Por mujer y por rendida.

ULISES.

Por rendida y por mujer  
Darte la muerte no quiero  
Vida tienes; mas primero  
Que la vaina vuelva á ver

La cuchilla, has de traer  
Mis compañeros aquí

CIRCE.

Eso y mas haré por ti.—  
Oíd, racionales fieras,  
En vuestras formas primeras  
Trocad las formas que os di.

## ESCENA VII.

TIMANTES, POLIDORO, FLORO.  
ARQUELAO, LEBREL.—DICHOS.

TIMANTES.

¿Qué es lo que me ha sucedido  
Este rato que he soñado?

POLIDORO.

En un leon transformado  
Mi letargo me ha teñido.

FLORO.

¿Qué ajeno de mi sentido  
Me ha usurpado un fitnesi!

ARQUELAO.

¡Gracias á Dios que te vi,  
Oh campo azul cristalino!

LEBREL.

Vive Dios, que fui cochino,  
Y aun me soy lo que me fui.

CIRCE.

Ya libres tus gentes ves

ULISES.

Y ya aquí no hay que esperar.—  
¡Alto, amigos, á embarcar!

TIMANTES.

A todos nos da tus piés  
Por esta ventura.

CIRCE.

Pues

Tan seguro estás de mí,  
No te ansentes, no, de aquí,  
Sin que llegue á saber yo  
Mas despacio, quién venció  
Mis encantos.

ULISES.

Oye.

CIRCE.

Dí.

ULISES.

Si caben tantos sucesos  
En el coto de unas voces,  
La fértil Grecia es mi patria,  
Y Ulises mi propio nombre.  
Aunque inclinado á las letras,  
Militares escuadrones  
Seguí: que en mí se admiraron  
Espada y pluma conformes.  
Cerqué á Troya, y rendí á Troya:  
No me permitas que torne  
A la memoria sus ruinas,  
Basta que Vénus las lllore.  
Heredero de las armas  
De Aquiles fui, porque logren,  
Si dueño no tan valiente,  
Dueño a lo ménos tan noble.  
Al mar me entregué, pensando  
Volver á mi patria, donde  
Trocará el bélico estruendo  
A regalados favores.  
Engañóme mi esperanza,  
Mintióme mi amor, burlón  
Mi deseo. ¡Oh cuánto fácil  
Su dicha imagina el hombre!  
Vénus, del griego ofendida,  
Mis venturas descomponc;  
Que es, aunque diosa, mujer,

En quien duran los rencores.  
La cárcel abrió á los vientos,  
Para mi agravio veloces;  
Que para mis esperanzas  
Aun fueran los vientos torpes.  
Ellos, que airados embisten,  
La frágil armada rompen,  
Y yo turbado perdí  
Con la confusión el norte.  
Huésped viví de Neptuno  
Seis años, y por sañobres  
Campañas de agua, sospecho  
Que he dado una vuelta al orbe.  
Entre Caribdis y Scila  
Me vi, y á las dulces voces  
Del golfo de las Sirenas  
Basilisco fui de bronce.  
Llegué al pié del Lilibeo,  
Ese gigante que opone  
Al cielo sus puntas, siendo  
Excelsa pira de flores,  
Donde fui de Polifemo  
Miseró cautivo, y donde  
Con su muerte rescaté  
Mi vida de sus prisiones,  
El trágico fin vengando  
De Acis, generoso jóven,  
Y la hermosa Galatea,  
Hija de Nereo y Dóris,  
Qué, lágrimas de un peñasco,  
Al mar en dos fuentes corren,  
Cuando... Mas deber no quiero  
Tan poco á hazaña tan noble,  
Que la desluzca en contarla,  
Presumiendo que la ignores.  
Basta decir que seguro  
De sus castigos atroces,  
Tuvimos por agradables  
De los vientos los rigores,  
Porque tan airados fueron,  
Que nos trajeron adonde  
El rigor de una mujer  
Venciese al rigor de un hombre  
Pues venimos donde tú  
Mágicas transformaciones  
Usas: llorando lo digan  
Esas fieras y esos robles.  
Y así, pues tan generosas  
Deidades mas superiores  
Me aseguran, volveré,  
Huyendo de tus rigores,  
A quebrantar los cristales  
De ese piélagos, que sobre  
Sus espaldas tantos años  
Huésped me admitió. — Descoge,  
O surto del fin que vuelas,  
Varado neblí que corres,  
Las alas, porque otra vez  
La plata del agua cortes,  
O con la quilla la rices,  
O con el buque la entorches.  
Torne pues al albedrío  
De aire y mar la nave, y torne  
A llevarme donde fuere  
La voluntad de los dioses

CIRCE.

Retórico griego, á quien  
Ese escollo cristalino,  
Ese peñasco de nieve,  
Esa campaña de vilirio  
Naufrago huésped te tuvo  
Tantos años, pues vencidos  
Los hados, ilegales trayendo  
Aquesas flores contigo,  
Que son antídoto hermoso,  
Que son conjuro divino  
Contra mortales venenos,  
Contra mágicos hechizos:  
No tan presto á peinar vuelvas  
Al mar los cabellos rizos,  
Que canos y ajados son

Hermosos con desalino:  
 Deja descansar las ondas,  
 Y ese bajel, que al abrigo  
 De dos montes surto yace,  
 Permite que agradecido  
 A la piedad de los cielos,  
 De los hados al arbitrio,  
 Blanda, y no penosamente,  
 Bata las alas de lino,  
 En tanto que te reparas  
 De aquel pasado peligro,  
 Que derrotado te trajo  
 A aquestos montes altivos.  
 Y para que sepas cuanto  
 Asombro es el que has vencido,  
 Darte relacion de mí  
 Este instante solicito.  
 Esa luminar antorcha,  
 Que desde su planstro rico  
 El cielo ilumina á rayos,  
 El mundo describe á giros;  
 Ese planeta, que corre  
 Siempre hermoso, siempre vivo  
 Llevándose tras sí el día,  
 Fué el luciente padre mío.  
 Prima nací de Medea  
 En Tesalia, donde fuimos  
 Asombro de sus estudios,  
 Y de sus ciencias prodigio;  
 Porque enseñadas las dos  
 De un gran mágico, nos hizo  
 Docto escándalo del mundo,  
 Salio portentoso del siglo;  
 Que en fin las mujeres, cuando  
 Tal vez aplicar se han visto  
 A las letras ó á las armas,  
 Los hombres han excedido.  
 Y así, ellos envidiosos,  
 Viendo nuestro ánimo invicto,  
 Viendo agudo nuestro ingenio;  
 Porque no fuera el dominio  
 Todo nuestro, nos vedaron  
 Las espadas y los libros.  
 No te digo que estudié  
 Con generoso motivo  
 Matemáticas, de quien  
 La filosofía principio  
 Fué; no te digo que al cielo  
 Los dos movimientos mudo,  
 Natural y raptó, siendo  
 Ambos á un tiempo continuos;  
 No te digo que del sol  
 Los veloces cursos sigo,  
 Siendo cambiante cuaderno  
 De tornasoles y visos;  
 No que de la luna observo  
 Los resplandores mendigos,  
 Pues una dádiva suya  
 Los hace pobres ó ricos;  
 No te digo que los astros,  
 Bien errantes ó bien lijos,  
 En ese papel azul  
 Son mis letras; solo digo  
 Que esto, aunque es estudio noble,  
 Fué para mí ingenio indigno;  
 Pues pasando á mas empeños  
 La ambicion de mi albedrío,  
 El canto entiendo á las aves  
 Y á las fieras los bramidos,  
 Siendo para mí patentes  
 Agüeros ó vaticinios.  
 Cuantos pájaros al aire  
 Vuelan, ramilletes vivos,  
 Dando á entender que se llevan  
 La primavera consigo,  
 Reñolones son para mí  
 Ni señalados ni escritos.  
 La armonía de las flores,  
 Que en hermosos laberintos  
 Parece que es natural,  
 Sé yo bien que es artificio;  
 Pues son planas, en que el cielo

Estampa raros avisos.  
 Por las rayas de la mano  
 La quíromancia examino,  
 Cuando en ajadas arrugas  
 De la piel, el fin admiro  
 Del hombre; la geomancia  
 En la tierra, cuando escribo  
 Mis caractéres en ella;  
 Y en ella tambien consigo  
 La piromancia, cuando  
 De su centro, de su abismo,  
 Hago abrirse las entrañas,  
 Y abortar á mis genidos  
 Los difuntos, que responden,  
 De mi conjuro oprimidos.  
 Mas qué mucho, si al infierno  
 Tal vez obediente he visto  
 Temblar de mí, si tal vez  
 Sus espíritus alijo?  
 Pero para qué te canso?  
 Pero para qué repito  
 Grandezas mías, si todas  
 En esta sola las cifro?  
 Para que mejor pudiese  
 Entregarme á mis designios,  
 A Trinacria vine, donde  
 En este apartado sitio  
 Del Etna y del Lilibeo,  
 Estos palacios fabrico,  
 Deliciosas selvas fundo,  
 Y montes incultos finjo.  
 Aquí pues siendo bandida  
 Emperatriz de sus riscos,  
 La vida cobro en tributo  
 De todos los peregrinos,  
 Que naufragos en el mar,  
 A la ley de su destino,  
 Cerrado puerto de nieve,  
 Osaron abrir caminos.  
 Y porque fuese mi imperio  
 Mas raro y mas exquisito,  
 Esas fieras y esos troncos  
 Todos son vasallos míos;  
 Que los troncos y las fieras  
 Viven aquí con instinto;  
 Pues, árboles racionales,  
 Son hombres vegetativos.  
 Esta soy, y con mirar  
 El sol á mi voz rendido,  
 La luna á mi accion atenta,  
 Obediente á mi suspiro  
 Toda la caterva hermosa  
 De los astros y los signos;  
 Con saber que, cuando quiero,  
 El cielo empañó, que vibro  
 Los rayos, que de las nubes  
 Aborto piedra y granizo.  
 Que hago estremecer los montes,  
 Caducar los edificios,  
 Titubear todo ese mar  
 Y penetrar los abismos,  
 Y finalmente trocarse  
 Los hombres sin albedrío  
 En varias formas, teniendo  
 Ya en las peñas obeliscos,  
 Ya en las cortezas sepulcro,  
 Y ya en las grutas asilo:  
 Hoy á tus plantas me postro,  
 Hoy á tu valor me rindo,  
 Y como mujer te ruego,  
 Como señora te pido,  
 Como emperatriz te mando,  
 Como sabia te suplico  
 No te ansentes hasta tanto  
 Que hayas del hado vencido  
 El rigor con que te trajo  
 Derrotado y perseguido  
 A sulcar aquestos mares.  
 Quédate unos dias conmigo:  
 Verás trocado mi extremo  
 De riguroso en benigno,  
 Con el gusto que te hospedo,

Con la atencion que te sirvo;  
 Siendo el Flegra desde hoy,  
 No ya liero, no ya esquivo  
 Hospedaje de Saturno,  
 Siempre en roja sangre tinto;  
 Selva si de Amor y Vénus,  
 Delitoso paraíso,  
 Donde sea todo gusto,  
 Todo aplauso, todo alivio,  
 Todo paz, todo descanso.  
 Y no quieras mas indicio  
 De mi piedad, que ser hoy  
 El primero que ha venido  
 A aquestos montes, á quien  
 Con algun afecto miro,  
 Con algun agrado escucho.  
 Con algun cuidado asisto,  
 Con algun gusto desseo  
 Y con toda el alma estimo

ULISES. (Ap.)

No fuera Ulises, si ya  
 Que á estos montes he venido.  
 La libertad no trajera  
 A cuantos aqui cautivos  
 Tiene el encanto. Hoy seré  
 De aquesta Estlinge el Edipo.

ANTISTES. (Ap. á él.)

Señor, no de sus lisonjas  
 Te creas, porque es fingido  
 Su halago.

LEBEL.

Huyamos de aqui

CIRCE.

¿Qué dices, Ulises?

ULISES.

Digo

Que ac pudiera ser noble  
 Quien no fuese agradecido,  
 Y que conmigo he de ser  
 Cruel, por ser cortés contigo

CASANDRA. (Ap.)

¡Ay de ti! porque no sabes  
 A lo que te has atrevido.

CIRCE.

Pídeme pues en albricias  
 Una merced.

ULISES.

Solo pido

Que estos dos árboles, que hoy  
 A lástima nie han movido,  
 Porque fné mi acero causa  
 De aumentarles su martirio,  
 En pago de aquesto, sean  
 A la luz restituidos.

CIRCE.

Este árbol, Flérída, una  
 Divina hermosura ha sido,  
 Dama mia y mi privanza.  
 Rindió al amor su albedrío,  
 Enamorada de un jóven,  
 Lisidas en su apellido,  
 Heredero de Toscana,  
 Que de ese mar peregrino  
 Salíó á tierra; y porque osados  
 Profanaron el retiro  
 De mi palacio, así yacen  
 En árboles convertidos;

1 No se explica esto: no se dice en toda la comedia cosa de donde se infiera cómo la espada de Ulises aumentó el martirio que padecían Flérída y Lisidas, convertidos en troncos. Acaso en algun pasaje, que se suprimió, habría algun juego de teatro, al cual se haría alusion aquí: verbi gracia, si Ulises hubiese acuchillado aquellos árboles, y hubiese salido sangre de ellos.



Porque aunque yo fiera y monstruo  
Tan dada soy á los vicios,  
Solos delitos de amor  
Fuéron para mí delitos:  
Tanto, que Arsidas, valiente  
Joven y príncipe invicto  
De Trinacria, á cuyo imperio  
Estos montes tiranizo,  
Con saber que enamorado  
De mi hermosura ha venido,  
No ha merecido tener  
Mas favor que volver vivo.  
Pero ya que es la primera  
Cosa que tú me has pedido,  
Flérída y Lisidas rompan  
Las prisiones que han tenido.  
(Abrense dos árboles, y salen Flérída  
y Lisidas.)

## ESCENA VIII.

FLERIDA, LISIDAS.—Dichos.

LISIDAS.

Torpe el discurso, atado el pensamiento  
La razón ciega, el ánimo oprimido, [to,  
Sin uso el alma, el corazón rendido,  
Muda la voz y tímido el aliento, [to,  
Sin voluntad, memoria, entendimiento  
Vivo cadáver de este tronco he sido.  
Ya pues que me quitabas el sentido,  
Quitárasme también el sentimiento. [lla,  
Si de amar (¡ay de mí!) á Flérída be-  
castigo fué esta forma, en vano quieres  
Que yo me olvide, porque vivo en ella.  
Los troncos aman: luego mal infieres  
Que, por ser tronco, venceré mi estre-  
[lla,  
Pues no la vences tú, y mas sabia eres.

FLÉRIDA.

Racional, vegetable y sensitiva  
Alma el cielo le dió al sujeto humano;  
Vegetable y sensible al bruto ufano,  
Al tronco y á la flor vegetativa.

Tres almas son: si de las dos me priva  
Tu voz, porque amo á Lisidas, en vano  
Solicitas mi olvido, pues es llano [viva.  
Que, aun tronco, alma me dejas con que  
No de todo mi amor tendrá la palma  
La parte en que has querido conservar-  
[me;  
De aquella sí, que permitió esta calma  
Luego mudarme en tronco no es mudar-  
[me,  
Porque si no me quitas toda el alma,  
Todo el amor no has de poder quitarme.

CIRCE.

Agradece vuestras vidas  
Al huésped que me ha venido,  
Y vivid los dos seguros  
Por el ya de mis castigos,  
Como de vuestros amores  
No deis el mas leve indicio.

LISIDAS.

Siempre, Ulises, me tendrás  
A tus piés agradecido.

FLÉRIDA.

Y siempre confesaré  
Que por cuenta tuya vivo.

CIRCE.

Pues porque empecen á ser  
Desde hoy aplausos festivos  
Todo el monte, todo el valle,  
Todo el mar y todo el sitio,  
Volved á cantar, y todos  
Con él volved y conmigo

MÚSICA.

En hora dichosa venga

A los palacios de Circe  
El rayo de los troyanos,  
El discreto y fuerte Ulises:  
En hora dichosa venga...

## ESCENA IX.

ARSIDAS.—Dichos.

ABSIDAS.

No venga en hora dichosa,  
Félice en desprecio mío,  
Ni el que fué sepulcro á tantos,  
Hoy á uno solo sea a'ivio.  
Peligre en la tierra quien  
Por aquecos mares vino,  
En su sombra tropezando,  
De un peligro á otro peligro.  
Ese acento armonioso,  
Que le saluda benigno,  
Airado trueque en endechas  
Tristes, fúnebres caistros,  
Las cláusulas, porque sean  
De sus tragedias aviso;  
Que no es justo, no, que un griego  
Extranjero, advenedizo,  
De tanto usado rigor  
Venga á mudar el estilo  
¿Desde cuándo, Circe bella,  
Con tanto aplauso festivo,  
Con tan alegre aparato,  
Tanto noble regocijo,  
Al forastero saludas,  
Recibes al peregrino,  
Sin que este mar ó estas peñas  
Le sirvan de precipicio,  
O ya convertido en fiera,  
O ya en árbol convertido,  
Tenga en las peñas su estancia  
Tenga en las grutas su asilo?  
Príncipe soy de Trinacria:  
No derrotado y perdido  
Llegué á este puerto, pues vine  
De mis afectos traído,  
Porque aun aquesto también  
Debíes á mi albedrío;  
Que no quise, no, el que solo  
Porque le fué fuerza quise,  
Ni es sacrificio, no siendo  
Voluntario el sacrificio  
Y en cuanto tiempo estos montes,  
Por solo mirarte vivo,  
No he debido á tu rigor,  
Ni á tu crueldad he debido  
Una acción á quien me muestre  
Gustoso ni agradecido:  
Tanto, que aun de tus encantos  
Libre, estos campos asisto.  
Porque en tantos sentimientos  
No me faltasen sentidos.  
Pues dos hombres solamente  
Los que nos libramos fuimos,  
Ulises y yo, porqué  
Todo hoy en desprecio mío  
Resulte; pues si los dos  
Nos reservamos, ha sido  
Ulises para gozarlo,  
Y Arsidas para sentirlo.

ULISES.

Si de mi dicha envidioso,  
Si de mi suerte ofendido.

CIRCE.

Calla, Arsidas: si conoces  
Que la vida te permito  
Porque es la mayor venganza  
Que tomo, como tú has dicho.  
Dejarte vivir, teniendo  
Sentimientos y sentidos,  
Quejarte de mí es decirme  
Que lo que busco consigo;  
Y así, porque tú te quejes,

Yo la causa no te quito.—  
Cantad, cantad, y tú ven,  
Ulises, al lado mío.

LEBEL. (A Clarín.)

No son muy malas las dos  
Circeillas de poquito.

CLARIN. (A Lebel.)

No hay que volver á dar cartas,  
Que yo las tomo, y no miro.

ASTREA. (Ap.)

Habíame dicho que eran  
Los griegos feos y esquivos;  
Y mi esquivos son, ni feos,  
Tanto como me habían dicho.

LISIDAS.

¡Gracias á Amor, que otra vez,  
Flérída hermosa, te miro!

FLÉRIDA.

¡Gracias, Lisidas, á Amor,  
Que otra vez á amarte vivo!

CIRCE. (Ap.)

Vencerá mi hermosura,  
Pues mi ciencia no ha podido.

ULISES (Ap.)

Libraré de aquesta fiera  
A Trinacria, si amor flujó.

ARSIDAS. (Ap.)

Solo celos me faltaban,  
Ya está todo el mal cumplido.

MÚSICA.

En hora dichosa venga, etc.

## JORNADA SEGUNDA.

Palacio de Circe.

## ESCENA PRIMERA.

CIRCE, llorando; LICIA, ASTREA,  
CLORI, FLERIDA, CASANDRA.

LICIA.

Señora, ¿qué llanto es este?

ASTREA.

¿Qué pena, señora, es esta?

CLORI.

¿Tú lágrimas en los ojos?

FLÉRIDA.

¿Tú suspiros, y tú quejas?

TISEE.

¿Qué ocasión pudo moverte  
A que sentimientos tengas?

CASANDRA.

Los males comunicados,  
Si no se vencen, se templan.

CIRCE.

Quien tiene de que quejarse,  
¡Oh, cuánto en quejarse yerra!  
Que la justicia del llanto  
Hace apacibles las penas.  
Yo así mi tristeza quiero  
Que tan poco no me deba,  
Que en repetirla procure  
Hacer menor mi tristeza.  
Dejadme sola.

ASTREA. (Ap. las dos.)

¿Oyes, Licia?

LICIA.

Razonablemente, Astrea.

ASTREA.

¡Plegue á Amor que estos extremos  
Lo que yo pienso no sean!

LICIA.

¡Plegue al amor que si haga!  
Qué es lo que plegamos piensa;  
Pues si es amor la ocasion  
Dellos, y ella á verse llega  
Enamorada, dará...

ASTREA.

¿Qué?

LICIA.

Libertad de conciencia.

ASTREA.

Holgaréme de salir  
De religion tan estrecha  
Como es el honor. Vestales  
Virgenes Diana celebra  
Entre gentes, mas nosotras  
Entre animales y fieras  
Somos virgenes bestiales.

LICIA.

Calla, porque no lo entienda.  
(*Vanse las damas, ménos Flérída.*)

## ESCENA II.

CIRCE, FLÉRIDA.

CIRCE.

Flérída, tú no te ausentes:  
Sola conmigo te queda,  
Que tengo que hablarte sola

FLÉRIDA. (Ap.)

Sin duda, cielos, que intenta  
Darme castigo mayor  
Que el que en la dura corteza  
Tuve, porque hablé esta tarde  
A Lisidas.

CIRCE.

Oye atenta.

Este Ulises, este griego,  
Que esa marítima bestia  
Sorbió sin duda en el mar,  
Para escupirle en la tierra;  
Este, que á la discrecion  
De los vientos, con deshecha  
Fortuna, tan derrotado  
Llegó á tocar estas selvas;  
Este, que trajo deidad  
Superior en su defensa,  
Pues, burlando mis encantos,  
Les tiraniza la fuerza;  
Este pues que mi hospedaje  
Cortesantemente acepta,  
Adonde hoy tan divertido  
Vive olvidado de Grecia;  
Como si fuera mi vida  
Troya, ha introducido en ella  
Tanto fuego, que en cenizas  
No dudo que se resuelva;  
Y con razon, porque ya  
En callado fuego envuelta,  
Cada aliento es un volcan,  
Cada suspiro es un Etna.  
Quisiera... ¿quisiera dije?  
Mal empecé, pues si es fuerza  
Querer, Flérída, y ya quiero,  
Erré en decir que quisiera.  
Quiero, digo; pero quiero  
Tanto, á mi ambicion atenta,  
Que quiero á Ulises, y no  
Quiero que Ulises lo entienda.  
Ahora te admirarás  
De que yo, que tan soberbia  
Tu amor reñí, te fie el mio;  
Pero admirarás necia;  
Porque la causa mayor,

Porque la ocasion mas cierta  
De incurrir en una culpa,  
Es haber dicho mal della.  
Y porque el contar delitos  
A quien es cómplice, cuesta  
Ménos vergüenza, yo quise  
Recatear esta vergüenza,  
Y porque me cueste ménos,  
Ocírlas á quien los sepa  
Yo amo en fin, Flérída mia:  
Vengada estás de mi ofensa.  
¡Pluguiera á Júpiter santo,  
Tú trasformarme pudieras  
A mi en insensible planta,  
Que yo te lo agradeciera!  
Porque si supiera entónces  
Lo que es amor, mas quisiera  
Verte enamorada y viva,  
Que no enamorada y muerta.  
Enamorada en efecto  
Llego, y pues tú á saber llegas  
Qué es amor, de ti pretendo  
Ayudar una cautela;  
Y es, que para poder yo  
Hablar con él, sin que él sepa  
Que soy yo la que le habla,  
Tú con ruegos y finzas  
Le has de enamorar de dia,  
Y diciéndole que venga  
De noche á hablarte, estaré  
Yo con tu nombre encubierta,  
Donde mi altivez, mi honor,  
Mi vanidad, mi soberbia,  
Mi respeto, mi decoro  
No se rindan, y...

FLÉRIDA.

Oye, espera,

Que quieres hacer en mí  
Dos costosas experiencias.  
Yo amo á Lisidas; y tú  
Cruel, señora, me ordenas  
Que disimule el amarle;  
Yo no amo á Ulises, é intentas  
Que finja amarle. ¿Pues cómo,  
A dos afectos atenta,  
Quieres que olvide á quien quiero,  
Y que á quien olvido quiera?  
Damas tícnes con quien hoy  
Partir los afectos puedas:  
A una alma basta un enaidado.

CIRCE.

Y aun la misma causa es esa.  
Yo sé que quien llega á estar  
Enamorada, no deja  
Lugar para otro cuidado  
En el alma: luego acierta  
Quien á ella el suyo le fia,  
Porque no pelagra en ella  
El riesgo de enamorarse,  
Pues ya lo está; de manera  
Que tú no me darás celos,  
Y otra si, cuando te vea  
Con Ulises; pues tu amor  
Sanea la contingencia.  
Esto ha de ser en efecto. —  
Mas ¿qué ruido es ese?

FLÉRIDA.

Llegan

Dos criados aquí, y traen  
Sin duda alguna pendencia.

CIRCE.

Retírate, que no quiero  
Que á todas horas me vean,  
Y escuchemos desde aquí  
Lo que tratan en mi ausencia.

(Retiranse.)

## ESCENA III.

LEBREL, CLARIN. — CIRCE y FLÉRIDA, retiradas.

LEBREL.

Digo que es la mejor vida  
Que tuve en mi vida aquesta.

CLARIN.

¿Eso dices?

LEBREL.

Esto digo,  
Y que en el mundo no hay tierra  
Como Trinacria, y que Circe  
Es un ángel en belleza  
Y condicion.

CLARIN.

¿Estás loco?

LEBREL.

Dime, ¿ella no nos hospeda  
Como á unos reyes?

CLARIN.

Es cierto;  
Mas mucho mejor nos fuera,  
Que en sus palacios, estar  
En un bodegon de Grecia.

LEBREL.

¿No comemos lindamente?

CLARIN.

No, que no hay comida buena  
Adonde no hoy bocado  
Que no piense que me deja  
Hecho un cochino.

LEBREL.

No es eso  
Tan malo como tú piensas;  
Que yo lo fui, y no me hallaba  
Mal con serlo; de manera,  
Que á cuantos cochinos hay  
Sin aliño y sin limpieza,  
Disculpo, porque se ahorran  
De muchas impertinencias.  
Y al caso, ¿dónde hallarás  
Una cama tan conpuesta?

CLARIN.

No está el descanso en la cama;  
Ni hay pícaro á que no duerma  
Sin penas en un pajar,  
Mejor que un señor con ellas  
En una cama dorada.

LEBREL.

¿Dónde estos jardines vieras?

CLARIN.

¿Para qué quiero jardines?

LEBREL.

Cogite: ¿dónde tuvieras  
Dos mozas de tan buen aire  
Como son Licia y Astrea?

CLARIN.

Daréme por concludido  
En tocándome esa tecla;  
Pero no confesaré  
Que Circe no es una fiera,  
Nigromante, encantadora,  
Energúmena, hechicera,  
Súcuba, inculha; y en fin  
Es, por acabar el tema,  
Con los demonios demonia,  
Como con los duendes duenda.

CIRCE. (Ap. á Flérída.)

No puedo sufrir ya mas  
El escuchar mis ofensas.

1 Pobre, miserable.



FLÉRIDA.

No te des por entendida.

CLARIN.

Y es Circe...

*(Salen Circe y Flérída de donde estaban.)*

CIRCE.

¿Qué es?

CLARIN.

Una reina,

Y á quien dijere otra cosa  
Le daré, porque no mienta,  
Dos mil palos, como uno. —  
Y á tí, porque no te atrevas *(A Lebre).*  
A hablar mal de las señoras  
Doñas Círces en su ausencia,  
Yo te haré...

LEBREL.

¿Pues quién hablaba

Mal sino tú?

CLARIN.

¿Buena es esa!

¿A mí por los filos?

CIRCE.

Basta.

LEBREL.

Yo...

CIRCE.

Bien está.

CLARIN. *(Ap.)*

El cielo quiera,  
Que no oyese lo demás.

LEBREL.

¿Que tan gran mentira creas!

CIRCE.

Yo sé bien lo que es verdad.  
Vos os salid allá fuera,  
Que yo haré que mi castigo  
Hoy escarmiente la lengua  
Que habló mal de mí.

CLARIN.

Y será

Muy justo.

LEBREL.

¿Qué esto sucede! *(Vase.)*

CIRCE.

A tí, en pago de que así  
Hoy mis acciones defiendas,  
Te quiero dar un tesoro  
Con que á Grecia rico vuelvas.  
De ese monte en lo intrincado  
Llamarás con voces fieras  
Tres veces á Brutamonte;  
Que él te dará la respuesta.

CLARIN.

Mil veces tus plantas beso.  
¿Qué bien tu gran valor muestras!  
A toda ley, hablar bien.  
¿Que haya hombres de mala lengua!

*(Vase.)*

FLÉRIDA.

¿Cómo castigas, señora,  
Al que te defiende, y premia  
Al que te ofende?

CIRCE.

A su tiempo

Verás el premio que lleva.

## ESCENA IV

ASTREA.—CIRCE, FLÉRIDA.

ASTREA.

Ulises desde su cuarto  
Al tuyo pasa.

CIRCE.

Aquí empieza

Del amor y la altivez  
La mas cautelosa guerra.  
Pues no he de dar por vencida  
La que quiero que se venza. *(Vase.)*

Jardin.

## ESCENA V.

ULISES, CIRCE, FLÉRIDA, LISIDAS,  
ANTISTES, ARQUELAO, LEBREL.  
CLARIN, CASANDRA, DAMAS, GRIE-  
GOS, MÚSICOS.

ULISES. *(Ap.)*

Temeroso vengo ¡ay triste!  
A ver á Circe, si es fuerza  
Que como sabia la admire,  
Y la admire como bella.  
¿Quién no se hubiera fiado  
Tanto de sí! ¿Quién no hubiera  
Hecho cautela el quedarse!  
Pues ya contra su cautela  
Es imposible olvidarla,  
Y es imposible quererla.

CIRCE.

En este hermoso jardin,  
Adonde la primavera  
Llamó las flores á cortes,  
Para jurar por su reina  
A la rosa, que teñida  
En sangre de Venus bella,  
Púrpura viste real;  
Generoso honor de Grecia,  
En tanto que de una caza  
Boreal el término llega,  
Que será luego que el sol  
Vaya perdiendo la fuerza;  
Con músicas y festines  
Te espero, porque la ausencia  
Y memorias de tu patria  
Entretenido diviertas.

ULISES.

Bellísima Circe, en quien  
Por lo hermosa y lo discreta  
O está de mas el ingenio,  
O esta de mas la belleza:  
No es menester que mi vida  
Tantas lisonjas te deba,  
Para que rendido siempre  
A tus plantas la agradezca;  
Que el merecer adorar  
Tu hermosura...

CIRCE.

Aguarda, espera;

Que este cortés cumplimiento  
No quiero, Ulises, que sea  
Carta de favor, con que  
A mi respeto te atrevas;  
Que una cosa es hospedar,  
Agradezca á tus prendas,  
Y otra es escucharte amores.

ULISES.

Ni yo, Circe, me atreviera  
A decirlos; que una cosa  
Es cortesana fineza,  
Y otra fineza amorosa.

CIRCE.

*(Ap. ¡Pluguiera á Dios que lo fuera!)*  
En esta tejida alfombra,  
Que de colores diversas  
Labró el abril, á quien sirve  
De dosel la copa anena  
De un laurel, al sol hagamos  
Apacible resistencia.  
Vayan tomando lugares  
Todos, y tú aquí te sienta

ULISES.

Temo chojarte otra vez.

CIRCE. *(Ap. á ella.)*

Flérída, á entablar empieza  
Lo que has de fingir.  
*(Van tomando lugares las damas y lisonjeras, y Ulises se sienta en medio de Circe y Flérída.)*

FLÉRIDA. *(Ap. á Ulises.)*

Aquí

Me siento, porque quisiera  
Daros á entender, Ulises,  
Lo que me debeis.

LISIDAS. *(Ap.)*

¿Qué llegan

A ver mis ojos? ¡ay cielos!  
¿Flérída al lado se sienta  
De Ulises, y con él habla?  
¿Denme los cielos paciencia!

ANTISTES. *(Ap.)*

¡Infelices de nosotros,  
Si á estas lisonjas se entrega  
Ulises, pues tarde, ó nunca  
Daremos la vuelta á Grecia. *(Vase.)*

MÚSICOS. *(Cantan.)*

*Solo el silencio testigo  
Ha de ser de mi tormento,  
Y aun no cabe lo que siento  
En todo lo que no digo.*

## ESCENA VI.

ARSIDAS. — Dichos, menos Antistes

ARSIDAS. *(A Circe.)*

Si para-ver sus desdichas  
Siempre ha tenido licencia  
Un triste, porque el pesar  
A nadie cerró las puertas,  
No te admires que la tonie  
Yo, y que á tus jardines venga,  
Pues he de mirar mis celos,  
A mirarlos de mas cerca.

CIRCE.

Yo no doy satisfacciones;  
Pero huélgome que seas  
Testigo de esto, porque  
Sin que yo las dé, las tengas.

ARSIDAS.

Pues siendo así, y que ya Ulises  
Está á la mano derecha,  
Como escogido; yo tomo,  
Como dejado, la izquierda.

CIRCE.

Pues habienos de pasar  
Aquí el ardor de la siesta,  
Porque una aguda cuestión  
Mas á todos entretenga,  
Haz, Flérída, una pregunta,  
Y cada uno la defienda.

FLÉRIDA.

*(Ap. Diré lo que á mí me pasa,  
Porque Lisidas lo entienda.)*  
Danteo ama á Lisis bella,  
Y Lisis manda á Danteo  
Disimular su deseo;  
Silvio olvida á Clori, y ella  
Manda que finja querella;  
Danteo, amando, ha de callar;  
Silvio, no amando, mostrar  
Que ama: siendo esto forzoso,  
¿Cuál es mas dificultoso?  
¿Fingir, ó disimular?

ULISES.

Disimular el que amó  
Lo mas difícil ha sido.

ARSIDAS.

Fingir el que no ha querido,  
Mas dilid juzgo yo.

CASANDRA.

Esta opinion me agradó.

ARQUELAO.

Yo estotra pieuso seguir.

CLARIN.

¿Quién disimula el sentir?

LISIDAS.

¿Y quién fingirá el amar?

LFREEL.

Lo mas es disimular.

ARSIDAS.

Lo menos es el fingir.

ULISES.

El hombre que enamorado  
Está (quien lo está no ignora  
Que esto es así), á cualquier hora  
Trae consigo su enidado;  
El que linge no : olvidado  
Puede estar, hasta llegar  
De linge tiempo y lugar :  
Luego, si su afecto es juez,  
Uno siempre, otro tal vez,  
Mas cuesta el disimular.

ARSIDAS.

La misma razon ha sido  
La que me da la victoria.  
Consigo trae su memoria  
Quien ama; quien finge, olvido :  
Luego el que ama no ha podido  
Olvidarse de sentir;  
Quien finge si, pues ha de ir  
Tras la ocasion que se pierde.  
Sin que nadie se lo acuerde :  
Luego mas cuesta el fingir.

ULISES.

El fingir se trae consigo  
Un cuidado tambien, pues  
Batalla es fingir; mas es  
Batalla sin enemigo :  
La del que ama no, testigo  
Es uno y otro pesar :  
Este tiene que triunfar  
De muchos afectos ciegos;  
Aquel de uno solo : luego  
Mas es el disimular.

ARSIDAS.

Mayores afectos miente,  
Que el que siente un mal cruel  
Y le disimula, aquel  
Que le dice y no le siente.  
Pruébase esto claramente,  
Si un representante á oír  
Vamos, porque persuadir  
Nos hace entónces que amo.  
Y un enamorado no :  
Luego mas es el fingir.

ULISES.

Yo siento esto.

ARSIDAS.

Estotro yo.

(Meten mano á la espada.)

CIRCE.

¿Qué es esto? ¿Pues cómo así  
Hablaís delante de mí?  
Duclos del ingenio no  
El acero los lidió :  
Y así para que salgamos  
De la cuestion en que estamos.  
Desde el empuñado acero  
Hay á la experiencia quiero  
Que la duda remitamos.

Ulises no ama, y defiende  
Que es mas celar un ardor :  
Arsidas ama en rigor,  
Y que es mas fingirle entiende;  
Y así mi ingenio pretende  
La cuestion averiguar.  
Los dos la habeis de mostrar  
Hoy conmigo; y sin reñir,  
Tú, Ulises, has de fingir,  
Tú, Arsidas, disimular.  
Y el que en la experiencia hiciere  
Primera demostracion,  
Por primo de la cuestion  
Una rica joya espere.

ARSIDAS.

Mi amor aceptar no quiere  
El partido, pues la llama  
Ha de ocultar que le inflama;  
Y Ulises no ha de fingir.  
Pues nada finge en decir  
Que te ama, si te ama.

CIRCE.

Sospechas son de tus celos,  
Y esto ha de ser.

ULISES.

Desde aqui  
Fingo ser tu amante.

CIRCE. (Ap.)

Así  
Abran camino los cielos  
Para explicar mis desvelos.

ARSIDAS.

Yo disimulo, que no  
Te quiero, pues me obligó  
Tu precepto.

CIRCE. (Ap.)

Besta suerte  
Al uno y al otro advierte  
Mi amor lo que deseó.

FLÉRIDA. (Ap. á Circe.)

Si te das á cada uno  
Un cuidado, ¿cómo, ¡ay Dios!  
Quieres que yo tenga dos?  
Pues en mal tan importuno  
Son muchos enidados uno.

CIRCE.

Si ambos los has de tener,  
¿Quién te metió, di, en saber  
Cual de los dos en rigor  
Era cuidado mayor,  
Pues no habias de esoger?

(Quiere irse.)

ARSIDAS. (Ap.)

Circe se va, ingrata y bella,  
Y aunque su ausencia senti,  
No la seguiré, que así  
Disimularé el querella.

ULISES. (Ap.)

Circe se ausenta : tras ella  
Iré, aunque mi mal infero,  
Por mostrarla que la quiero.

CIRCE.

¿Dónde, Ulises, vas?

ULISES.

Tras ti,  
Que eres el sol de quien fui  
Girasol : vida no espero,  
Ausente tu rosicler;  
Y así tus reflejos sigo.

CIRCE.

Arsidas, ven tú conmigo.

ARSIDAS.

Tengo otra cosa que hacer :  
Perdona, no puede ser.

(Vase.)

CIRCE. (Ap.)

Bien á los dos considero  
En el combate primero.  
¡Oh si este amor, si este olvido,  
Uno no fuera lingo,  
Y otro fuera verdadero!  
(Vanse todos, y Flérída detiene á Uli-  
ses.)

## ESCENA VII.

ULISES, FLÉRIDA.

FLÉRIDA

Oye, Ulises.

ULISES.

¿Qué me quieres?

FLÉRIDA.

Estoy tan agradecida  
A la deuda de mi vida,  
Que hasta decirte que eres  
Quien hoy en ella prelires  
Sus sentidos, no tendré  
Sosiego en ellos; porque  
Es el agradecimiento  
El mas preciso argumento  
Para probar una fe.

ULISES.

De tus penas obligado,  
Decir puedo y affigido,  
Que ántes de haberlas sabido  
Ya me habian lastimado.  
No debes á mi cuidado  
Lo que por ti no hice allí,  
Cuando á la luz te volví;  
Porque tú no tienes, no,  
Que agradecer lo que yo  
No supe que hacia por ti.  
Agora si que debieras  
Mi deseo agradecer,  
Pues almas quisiera ser  
Para que tú las tuvieras.

FLÉRIDA.

Aunque acciones lisonjeras,  
Agradezca sin trofeo  
Con mis brazos mi deseo. (Abrazale.)  
(Ap. Yo misma de mí me admiro.)  
(Alir á darse los brazos, salen por  
partes distintas Circe y Lisidas.)

## ESCENA VIII.

CIRCE, LISIDAS. — ULISES, FLÉRIDA.

LISIDAS. (Ap.)

¿Qué es esto, cielos, que miro?

CIRCE. (Ap.)

¿Qué es esto, dioses, que veo?

LISIDAS. (Ap.)

El griego Ulises es quien  
Darme vida y muerte espera.

CIRCE. (Ap.)

Bien que fingiese quisiera,  
No que fingiese tan bien.

LISIDAS. (Ap.)

Muerte mis celos me dén.

CIRCE. (Ap.)

Mas ¿de qué debo quejarme?

LISIDAS. (Ap.)

La vida intenta quitarme,  
Que me ha dado Ulises, ¡cielos!  
Porque darme vida y celos  
No deja de ser matarme.



FLÉRIDA. (A Ulises.)

Estaré, como te digo,  
De noche en ese jardín  
Que cae sobre el mar, á fin  
De que él solo sea testigo  
Del afecto á que me obligo.

ULISES.

Flérída, no es grosería  
Que responda la voz mía  
Que no te ha de obedecer,  
Pues es mas desaire ser  
Amada por cortesia.  
Ya he de fingir ser amante  
De Circe, y á lo lo fingiera  
Si otro favor admitiera,  
Tan poco firme y constante.  
No el desengaño te espante;  
Que aunque de mi pensamiento  
Otro haya sido el intento,  
Cesó; que en el mal que sigo,  
*Solo el silencio testigo*  
*Ha de ser de mi tormento.* (Vase.)

## ESCENA IX.

CIRCE, FLÉRIDA, LISIDAS.

FLÉRIDA.

No pudiera responder  
Mas á mi contento nada;  
Pues de verme despreciada  
Soy la primera mujer  
Que gusto llegó á tener.

LISIDAS. (Ap.)

¿Qué espero? Mas ¡ay de mí!  
Que está Circe ingrata allí.  
Ocasión esperaré  
De quejarme, si podré.

FLÉRIDA.

¿Aquí estás, señora?

CIRCE.

Si.

FLÉRIDA.

¿Luego ya bien entablado  
Lo que me has mandado habrás  
Visto?

CIRCE.

Si, Flérída, y mas  
De lo que te habia mandado.

FLÉRIDA.

Encarecí mi cuidado  
Con afecto; ay de mí! cuanto  
Supe.

CIRCE.

Deja afecto tanto,  
Flérída; que amando muero,  
Y bien que lo finjas quiero,  
Mas no que lo finjas tanto.  
Demas, que si en los primeros  
Lances pierdo los sentidos,  
No quiero celos fingidos  
Que sepan á verdaderos.  
Tus afectos lisonjeros  
Cesen, pues que su castigo  
Fingido fué tal conmigo,  
Que no digo su tormento,  
*Y aun no cabe lo que siento*  
*En todo lo que no digo.* (Vase.)

## ESCENA X.

FLÉRIDA, LISIDAS.

FLÉRIDA.

¿Quién mas necio extremo vió?  
¿Hay mas penas que por mí  
Paseen este instante?

LISIDAS.

Si,

Que aun ahora lallo yo.  
No, Flérída hermosa, no  
Porque á quejarme me obligo.  
Porque para mi castigo,  
Que esto hable, que esto vea,  
No quiero mas de que sea  
*Solo el silencio testigo.*

FLÉRIDA.

Lisidas, si has escuchado  
Lo que á Ulises dije aquí,  
Tambien lo que Circe á mí,  
Es fuerza que hayas notado.  
No lince para el cuidado  
Y ciego para el contento  
Estés; que este fingimiento,  
Si fué causa de mi engaño,  
Tambien, tambien desengaño  
*Ha de ser de mi tormento.*

LISIDAS.

De un triste el rigor es tal;  
Que aunque mal y bien estén  
Iguales, duda del bien  
El crédito que da al mal.  
Uno y otro en mí es mortal,  
Y así, al bien y al mal atento,  
Flérída, ausentarme intento  
De aqueste monte cruel;  
Que con ser tan grande, en él  
*Aun no cabe lo que siento.* (Vase.)

## ESCENA XI.

FLÉRIDA.

Oye, escucha. — Mas ¡ay cielos!  
¿Con qué podrán mis enojos  
Detenerle, si los ojos  
No pueden, que en sus desvelos  
Rémoras son de los celos?  
En vano ¡ay de mí! le sigo;  
No á explicar mi mal me obligo,  
Pues que no cabe, no ignoro,  
Aun nada de lo que lloro  
*En todo lo que no digo.* (Vase.)

Monte.

## ESCENA XII

CLARIN.

Engañada Circe bella  
(Que en efecto las mujeres,  
Que saben mas en el mundo,  
Se engañan mas fácilmente),  
Agradecida me dijo  
Que á este monte me viniese,  
Y que en ballándole solo,  
A Brutamonte le diese  
Voces; que al instante el tal  
Brutamonte, sea quien fuere,  
Me traeria un gran tesoro.  
Solo estoy, ya no hay que espere.  
¿Brutamonte! — No responde.  
¿Brutamonte! — No me entiende.  
A tres irá la vencida.  
¿Brutamonte!

## ESCENA XIII.

BRUTAMONTE, GIGANTE. — CLARIN.

BRUTAMONTE.

¿Qué me quieres?

CLARIN.

Nada, si fuere posible,  
Es cuanto puedo quererte

BRUTAMONTE.

Ya me has llamado, y ya se  
A lo que vengo; que es este  
Recado que traigo.

CLARIN.

¿Y no

La señora Circe tiene  
Otros papeicos mas  
Mañeros que le trajesen?  
Porque para mi bastara  
Menor seis varas ó siete.

BRUTAMONTE.

De mí se sirve, que soy  
De Ciclopes descendiente,  
Por mas majestad, y espero,  
Antes que de aquí se ausenten  
Los griegos, vengar en todos  
De Polilemo la muerte.

(Sacan una arca dos animales.)

CLARIN.

Poco hay que vengar en mí;  
Que yo no le toqué, y siempre  
Le tuve, viven los cielos,  
Tanto miedo como este;  
Que otro hipérbole no sé  
Con que mas encarecerle.

BRUTAMONTE.

Toma esta caja que traigo  
Para ti.

CLARIN.

Bien.

BRUTAMONTE.

Y agradece  
A Circe, que su ohediencia  
Atadas mis manos tiene,  
Para que no te arrebate  
De un brazo, y contigo diese  
Desotra parte del mar.

CLARIN.

Lindo saque fuera ese;  
Pero, aunque hiciera buen bote,  
¿Quién de allá habia de volverme?

BRUTAMONTE.

Y si esto no hiciera, biciera  
Otra cosa.

CLARIN.

¿Cuál?

BRUTAMONTE.  
Comerte

De un bocado.

CLARIN.

Y aun no hubiera  
Harto para untar un diente.

BRUTAMONTE.

¡Oh! llegue el día en que tenga  
Esta licencia.

CLARIN.

¡Oh! no llegu.  
Nunca, sino despeado  
En el camino se quede.

BRUTAMONTE.

Toma la caja, y en ella  
Hallarás mas que quisieres.

CLARIN.

Un modo de despedirte  
Quisiera hallar solamente.

BRUTAMONTE.

Pues yo me voy.

CLARIN.

Haces bien. —  
¿Qué gigantes tan corteses  
En esta tierra se usan!

¿Qué poquito se detienen  
En conversaciones donde  
Estorban!

BRUTAMONTE

Y cuantas veces

Me nombrases...

CLARIN.

¿Qué?

BRUTAMONTE.

Vendré

A estos países á verte.

CLARIN.

Yo le ahorraré ese trabajo  
Cuantas veces yo pudiere.

(Vase el Gigante.)

#### ESCENA XIV.

CLARIN.

¿Fuése? Parece que sí,  
Aunque aquí no lo parece.  
Pero ¿de qué tengo miedo  
Si es, humilde y obediente,  
Un novicio de gigantes?  
Y pues el tesoro viene,  
¿Quién me mete en ocurrir?  
Traigale quien le trajere.  
¿Alto pues! Abro la caja,  
Que la llave en ella tiene.  
¿Quién dada que habrá diamantes  
Como el puño, como nueces  
Perlas, y como las bolas  
De los bolos, los claveques?  
(Abre la caja, y sale una Dueña.)

#### ESCENA XV.

UNA DUEÑA. — CLARIN.

CLARIN.

Mas ¡cielos! ¿qué miro?

DUEÑA.

Miras

A una misera sirvienta,  
Que para servir de escucha,  
Y parlar cuanto dijeres  
De Circe, me manda que ande  
Contigo acechando siempre.  
Por eso en traje de dueña  
Me envía para que acceche.

CLARIN.

¿Lindo tesoro de chismes  
En la tal arca me viene!  
¿Yo dueña, tras un gigante?  
Aquí falta solamente,  
Para que el triunfador  
De caballeros noveles  
Esté cabal, un enano.

DUEÑA.

Pues no faltará, si es ese  
El defecto. — ¡Brunelillo!  
Sal al punto.

(Sale un Enano.)

#### ESCENA XVI.

UN ENANO. — DICHOS.

ENANO.

¿Qué me quieres,  
Doña Brianda?

CLARIN.

¿De dónde  
Sales, átomo viviente?

ENANO.

De mi casa, que lo es  
Esta caja, donde siempre  
Acuéstas me has de traer.

CLARIN.

¿Pues cómo aquí caber pueden  
Un enano y una dueña,  
Si cualquiera de ellos suele  
No caber en todo el mundo?

DUEÑA.

Brunelillo, gente viene,  
Y no es justo que nos vean. —  
Oye, dóblenos, y cierre  
La caja.

ENANO.

Circe lo manda,  
Que siempre al hombro nos lleve,  
Y lo que dijere oigamos.

DUEÑA.

Y aun mas de lo que dijere.  
(Métense en la caja, y cierran.)

#### ESCENA XVII.

CLARIN.

Señores, ¿qué es lo que pasa  
Por mí? ¿qué tesoro es este?  
—Vive Júpiter, que juntos  
A su cáscara se vuelven.  
Aquí hay trampa, ¡vive Dios!  
Mas no, en la caja no tienen  
Por donde haberse salido.  
¿Qué haré en confusion tan fuerte?  
Si de Circe no obedezco  
El castigo que me ofrece,  
Otro mayor me dara,  
Si es que otro ser mayor puede  
Que llevar la caja. Pues  
Ahora veo claramente,  
Por qué el gigante la trajo,  
Y los animales fuertes;  
Porque cosa tan pesada,  
Como una dueña, no puede  
Sufrirla sino un gigante.  
Y dos bestias solamente. —  
¿Quién compra dueñas y enanos....  
Como peines y alfileres?

#### ESCENA XVIII.

LEBREL. — CLARIN.

LEBREL. (Para sí.)

¿Que tal pensase de mí  
Circe, y que á Clarin creyese!  
Huyendo vengo á este monte.  
Donde á los dioses pluguiese  
Que, al castigo que me espera,  
Hallase donde esconderme.  
Pondré que aquesta es la hora  
Que está trazando de hacerme  
Sabandija de estos montes,  
Gusarapo destas fuentes.  
Este es Clarin, y aquí dél  
Será razon que me vengue. —  
Huélgome de haberte hallado,  
Clarin....

CLARIN.

Por mas que te huelgues,  
No tanto como me pesa.

LEBREL.

Que vengo á darte la muerte.

CLARIN.

Yo vengo á darte la vida.

LEBREL.

¿De qué suerte?

CLARIN.

Destá suerte.  
Circe, obligada de mí,  
En esta caja me ofrece

Un tesoro, y yo con él  
Pretendo satisfacerte;  
Porque sí del bien hablar  
El premio. Lebrél, es este,  
Con dártele á ti, tendrás  
El premio que tú mereces.  
¿Puedes obligarme á mas  
De que todo te lo entregue?  
Toma la caja.

LEBREL.

No quiero  
Que todo á dárme lo llegues,  
Sino, pues me desenojas,  
Que partamos igualmente.

CLARIN.

Pues llevaráste la dueña,  
Y yo el enano.

LEBREL.

¿Qué quieres  
Decir en eso?

CLARIN.

No sé;  
Tú lo verás si la abrieres.

(Pone la caja en otra parte, y ábrela  
Lebrél.)

LEBREL.

Ponla aquí. Ya abierta está.

(Saca Lebrél todo lo que dice)

¿Qué joyas tan excelentes!

CLARIN.

Son muy excelentes joyas....  
(Ap. Para el diablo que las lleve.)

LEBREL.

Aquesta cadena escojo,  
Y esta para ti se quede.

CLARIN.

¿Ca... qué?

LEBREL.

Cadena; y ahora  
De diamantes este fénix  
Para mí, y esta sirena,  
Toda de esmeraldas verdes,  
Te dejo.

CLARIN. (Ap.)

¿Viven los cielos,  
Que es imposible que hubiese  
Diamantes donde hubo dueñas!

LEBREL.

Yo no quiero parecerme  
Codicioso; esto me basta,  
Lo demas es bien te deje.  
(Ap. ¿Quién no se desenojara  
Con tesoro como este?  
A buscar á Licia voy,  
Y á darla cuanto quisiere.) (Vase)

#### ESCENA XIX.

CLARIN, y luego LA DUEÑA  
Y EL ENANO.

CLARIN.

O yo estoy borracho, ó yo  
Sueño cosas diferentes,  
O he perdido mi juicio,  
O tengo un grande accidente,  
O de Circe he hablado mal.  
¿Que joyas hallar pudiese,  
Donde yo dueñas y enanos!  
Mas yo las vi claramente,  
Y supuesto que las hay,  
Tomaré las que pudiere.  
(Sale la Dueña, sacando no mas del  
medio cuerpo)



PUENA.

Señor, diga á Brunelillo  
Vuesa merced que me deje  
Hacer mi labor.

(Sale el Enano.)

ENANO.

Señor,  
Díjala usted que no llegue  
A lamerme la merienda.

DUEÑA.

Tú mientes.

ENANO.

Tú eres quien miente.

(Aporréanse y hundense.)

CLARIN.

¿Qué es lo que pasa por mí?  
¡Valedme, dioses, valedme!  
¿Esto trajo Brutamonte?

**ESCENA XX.**

BRUTAMONTE.—CLARIN.

BRUTAMONTE.

¿Qué me mandas?

CLARIN.

(Ap. ¿Qué obediente

Es toda aquesta familia!  
¿Con la presteza que vienen  
En llamándolos!) Señor  
Brutamonte, á quien prospere  
Júpiter con la salud  
Que su gigantex merece,  
Yo he visto la caja, y yo  
Le ruego que se la lleve.  
Quédese para señores  
Esto de trastos vivientes,  
Que no he menester alhajas  
Que coman y no aprovechen.

BRUTAMONTE.

¿Para eso se llama á un hombre  
Como yo? Estoy por hacerle...

CLARIN.

Por deshacerme dirá.

BRUTAMONTE.

Piezas; y si le sucede  
Llamarme otra vez...

CLARIN.

No hará.

BRUTAMONTE.

Por Júpiter, que le eche  
Tan alto de un puntapié,  
Que cuando á los cielos llegue,  
Ya llegue muerto de hambre;  
Y vuelva, si acaso vuelve,  
De los pájaros comido. (Vase.)

CLARIN.

¿Puntapié bien excelente!  
¿Dónde le hacen puntapiés?  
No sé, vive Dios, qué haceme  
Entre los tres enemigos  
Del cuerpo.

**ESCENA XXI.**

ASTREA, LICIA y LEBREL.—CLARIN.

LEBREL.

Un instante breve  
Habrá que le dejé aquí  
Con las joyas.

ASTREA.

Tiempo es este  
De buscarle, que está rico.  
Ven, Licia, conmigo á verle.

T. VII.

LICIA.

Aquí está —Clarín, ¿qué hay?

LEBREL.

¿De qué suspiras?

ASTREA.

¿Qué tienes?

CLARIN.

Tengo dueña, tengo enano  
Y tengo gigante.

ASTREA.

Vuelve,

Y dinos qué es eso.

CLARIN.

Es

La dueña que me atormenta,  
El enano que me valga,  
Y el gigante que me lleve.

ASTREA.

¿Estás loco?

CLARIN.

¡A Dios pluguiera!

ASTREA.

¿Qué modo de hablarme es ese?  
De otra manera Lebel  
A Licia habla, adora y quiere,  
Pues una joya la ha dado,  
Y tú ninguna me ofreces  
De tantas.

CLARIN.

Déjame, Astrea,

Y no de joyas me tientes,  
Que me harás desesperar  
Si á hablar mas en eso vuelves.

Voces. (Dentro.)

Por acá, por acá.

**ESCENA XXII.**

CIRCE, dentro.—Dichos.

CIRCE.

Sube,

Remontada garza, á hacerte  
Estrella viva de pluma.

ASTREA.

Circe es esta, que aquí viene:  
Yo no quiero que me vea.

LEBREL.

¿A Júpiter para siempre!

(Vanse Licia, Astrea y Lebel.)

**ESCENA XXIII.**

CIRCE.—CLARIN.

CIRCE.

Por ver si Ulises me sigue,  
Me he perdido de mi gente,  
Y dejando á un tronco atado  
Ese céfiro obediente  
Que fatigué, he de esperar  
Entre estos álamos verdes.—  
¿Quién está aquí?

CLARIN.

Un mentecato,

Un sucio, un impertinente,  
Un necio, un loco, un menguado,  
Y un cuanto vusted quisiera.  
Sáqueme, por Dios, de dueñas,  
De hombres largos y hombres breves,  
Aunque me convierta en mona.

CIRCE.

Yo lo haré, si eso pretendes.

CLARIN.

No me tome la palabra  
Tan presto, si le parece.

CIRCE.

Y porque me debas mas  
Que otros que mi voz convierte,  
Haré que tengas tu voz  
Y tu entendimiento. Vete  
De aquí.

CLARIN.

No lo dije yo

Por tanto.

CIRCE.

Un punto no esperes.

(Ap. Hasta mirarse á un espejo,  
Ya en su forma no ha de verse.)

CLARIN.

Si es que mona me has de hacer,  
Solo quiero mereerte  
Que sea mona de lo caro,  
Mas que dormilona, alegre.  
¡Hombres monas! presto habrá  
Otro mas de vuestra especie. (Vase.)

**ESCENA XXIV.**

ULISES.—CIRCE.

ULISES.

Por mas que te he seguido,  
Corto el aliento de ese bruto ha sido;  
Si bien con harto rastro te seguía  
Pues llevabas por señas todo el día.

CIRCE.

De la caza cansada,  
A este apacible sitio retirada,  
Me vine. ¿Qué has volado?

ULISES.

Un deseo ¡ay de mí! tan remontado,  
Que osó con alto vuelo  
Calarse entre las nubes de algun cielo,  
Donde al fuego vecino,  
Con lijereza suma,  
Abrasada la pluma,  
Subió deseo y mariposa vino.

CIRCE.

De la caza pregunto: ¿qué has volado?

ULISES.

En ella te respondo que un cuidado.

CIRCE.

¿Pues cómo á mí en sentido  
Equivoco respondes atrevido?

ULISES.

Como pienso que sabes que esta culpa  
Antiepada tiene la disculpa.

CIRCE.

Ah, sí, no me acordaba...

ULISES. (Ap.)

Yo estoy loco.

CIRCE.

De la porfia de hoy.

ULISES. (Ap.)

Ni yo tampoco.

CIRCE.

¿Qué dices?

ULISES.

Que por ella me atrevía

CIRCE.

¿Por ella?

ULISES.

Sí.

CIRCE. (Ap.)

¡Oh mal haya la porfía!  
Mas pues fingidos son esos extremos,  
Hablemos en la caza sola.

ULISES.

Hablemos.

Luego que tú te retiraste de una  
Guamecida laguna,  
Espejo de la hermosa primavera,  
Se remontó una garza, que altanera  
Tanto á los cielos sube,  
Que fué á un tiempo aquí pájaro, allí nu-  
Y entre el fuego y el viento [be;  
Arbitro igual (¡oh, válgame su aliento!);  
De suerte se interpuso, que las alas  
En la diáfana esfera, en la suprema,  
O las hieló ó las quema,  
Cuando las enarboló ó las abate:  
Tan á compas entre las dos las bate,  
Que aquí elevadas é inclinadas luego,  
Aquí dan en el aire, allí en el fuego.  
Geroglífico era  
La garza entre la una y otra esfera,  
De alguno que aquí osado, allí cobarde,  
Se hieló á un tiempo y arde,  
Y entre el aire y el fuego se embaraza.

CIRCE.

Eso no es de la caza.

ULISES.

Es de la pena mía,  
Que es en parte también volateria.

CIRCE.

Habiérame ofendido  
Si no supiera, Ulises, que es fingido.

ULISES. (Ap.)

A Júpiter pluguiera!

CIRCE.

(¡no lo fuera!)

(Ap. ¡Pluguiera al cielo, ¡ay Dios! que  
Y pues que solo estás aquí conmigo,  
No finjas, y prosigue.

ULISES.

Ya prosigo.

Atomo ya la garza apenas era,  
Cuando, desenhetrada la cimera  
Que el capirote enlaza,  
Mi mano un gerifalte desembraza,  
A quien, porque en prision no se presu-  
La pluma le halagaba con la pluma, [ma,  
Y él como hambriento estaba,  
Duro el latón del cascabel picaba.  
Apénas á la luz restituidos  
Se vieron otro y él, cuando atrevidos,  
Cuanta esta íon vacía  
Palestra es de los átomos del día,  
Corren los dos por páramos del viento,  
Y en una y otra punta  
Este se aleja enando aquel se junta;  
Y el bajel ceniciento  
(Que bajel ceniciento entónces era  
La garza, que velera  
Los píelagos suleó de otro elemento)  
Librarse determina diligente,  
Aunque navega sola,  
Hechos remos los pies, proa la frente,  
La vela el ala y el timón la cola.  
¡Misa-ra garza, dije, combatida  
De dos contrarios! bien, bien de mi vi-  
Imágen eres, pues sitiar la veo [da  
De uno y otro deseo.

CIRCE.

Ahora disculparte no has podido,  
Pues yerras si es fingido ó no es fingido.

ULISES.

Sí puedo: ser tu amante no fingiera,  
Si á la primera vez te obedeciera.  
A uno pues y otro embate

Coge las alas, ó las velas bate,  
Y poniendo debajo de la una  
La cabeza, se deja á su fortuna  
Venir á pique, cuando  
Nos pareció caer revoloteando  
Una encarnada estrella,  
Y los dos gerifaltes siempre en ella.  
Si ejemplo eres, ó tú, á mi pensamiento,  
Sé también escarmiento,  
Y no me ofrezcas esperanza alguna,  
Si ha de desengañarme tu fortuna.

CIRCE.

Aunque sea fingido, todavía  
Es ya en ofensa mía,  
Pues si te había mandado  
Fingir antes de ahora tu cuidado,  
También te mandé ahora  
A solas no fingirle.

ULISES.

Pues, señora,

Si tu castigo espero  
Siendo fingido y siendo verdadero  
De verdadero ya el castigo pido,  
Pues solo esto es fingido en ser fingido.

CIRCE.

¿Cómo, di, tan osado  
Respondes?

ULISES.

Como estoy desesperado.

CIRCE.

¿Cómo tan atrevido  
Te desvaneces...

ULISES.

Como estoy perdido.

CIRCE.

¿A hablarme desta suerte?

ULISES.

Como finjo quererte.

CIRCE.

¿Luego aquesto es fingido todavía?

ULISES.

No, señora.

CIRCE.

(Ap. ¡Oh, bien haya la porfía!)

Ulises, aunque fuera  
Justo que de escarmiento te sirviera  
Tu osadía, conviene  
Disimular, porque la gente viene,  
Que hasta aquí me ha seguido.  
En su fuerza se quede lo fingido.

## ESCENA XXV.

ARSIDAS, LISIDAS, ANTISTES, AR-  
QUELÃO, TIMANTES, POLIDORO,  
FLORO, LEBREL, FLERIDA, CA-  
SANDRA, CLORI Y OTRAS DAMAS DE  
CIRCE, MUSICOS - CIRCE, ULISES.

ARSIDAS.

(Ap. Aunque en tantos desvelos  
Mis agravios se valgan de mis celos,  
No darne intentaré por entendido.  
¿Mas cómo disimula un ofendido?  
Volvermees ya mostrar mi sentimiento:  
Despejo quiero hacer de mi tormento.)  
Siguiéndote, señora, con tu gente  
Por la florida márgen desta fuente  
Vine; que ella pautada de colores,  
Las señas de tu pie daba con flores.

CIRCE.

Hácia esta parte vine,  
Porque es donde la cena ahora previne.

LEBREL.

¡Qué bien, qué bien me suena  
Esta palabra, cena!  
Mas no veo entre ramas ni entre flores  
Mesas ni aparadores,  
Ni ocupada en doméstico trabajo  
A la familia de escalera abajo  
Cruzar muy diligente.

CIRCE.

Todos os id sentando brevemente,  
Porque en el campo todos  
Cenemos juntos, y de varios modos  
Se sirvan las viandas.—  
¡Hola, la mesa!

LEBREL.

Dime, ¿á quién lo mandas?

CIRCE.

A quien ya me ha entendido.  
(*Por debajo del tablado sale una mesa  
muy compuesta y con luces, y sien-  
tanse Ulises, Circe y Arsidas, y los  
demás en el suelo.*)

LEBREL.

¡Linda mesa, par diez, nos ha venido!  
¿No me dirás, si desto no te pesa,  
Cuánto habrá que sembraron esta mesa?

CIRCE.

¡Hola, cantad! cantad, y divertido  
Uno y otro sentido  
Esté con las viandas y las voces,  
Que suenen en los céfiros veloces.  
(*Canta la música.*)

MUSICOS.

*Olvidado de su patria,  
En los palacios de Circe  
Vive el mas valiente griego,  
Si, quien vive amando, vive.  
(Tocan dentro cajas, y sale Licia.)*

CIRCE.

¿Pero qué es esto que escucho?

ULISES.

¿Pero qué es esto que oigo?

FLERIDA.

¿Que es esto, cielos, que veo?

ARSIDAS.

¿Qué es esto, cielos, que noto?

CIRCE.

¿Qué hélico estruendo, qué  
Marcial ruido, qué alboroto  
Deja la luz del sol ciega,  
Y el eco del aire sordo?

LICIA.

Ese fiero Brutamonte,  
Ese gigante furioso  
Que preso, señora, tienes  
Por guarda de tus hermosos  
Jardines, porque no robe  
Nadie sus manzanas de oro,  
Ofendido que á los griegos  
Blanda paz y suave ocio  
En tus palacios divierte,  
Olvidados de si propios,  
Habiendo sido homicidas  
De Polifemo, que asombro  
Era monstruo de los hombres,  
Y era hombre de los monstruos:  
Comunero de tu imperio,  
Para vengarse de todos,  
Convocó del Lilibeo  
Cuantos Ciclopes famosos,  
Espurios hijos del sol,  
Hoy viven de darle enojos;  
Y dándoles paso al Flegra



Brutamonte cauteloso,  
Vienen contra ti en escuadras  
Mal ordenadas: de modo,  
Que viendo vagar los riscos,  
Discurrir los promontorios,  
Parece que áquestos montes  
Descienden unos de otros,  
A cuyo estrépito, á cuyas  
Voces y suspiros roncous,  
El sol se turba, y del cielo  
Caducan los ejes retos.

CIRCE.

¡Ay de mí! en qué gran peligro  
Estoy! en qué grande ahogo!

ULÍSES.

Dadme mis armas, que yo  
Saldré á recibirlos solo...

ARSIDAS.

No temas, que yo á tu lado  
Te defenderé de todo...

ULÍSES.

Porque para mi valor  
Son tantos Cíclopes pocos.

(*Ulises va hacia afuera, y Arsidas acude á Circe.*)

ARSIDAS.

Porque no quiero mas vida,  
No, que morir á tus ojos.

LEBREL.

Cómo! y cordelejo, dicen  
Que es en el mundo uno propio;  
Mas la cena que esperaba,  
Es cordelejo, y no como.

CIRCE.

Deteneos, deteneos,  
Que este aparato ruidoso  
Solo ha sido una experiencia:  
Exámen ha sido solo  
Para ver cuál de los dos  
En un peligro notorio  
Acudía á sus afectos  
Mas noble y mas generoso,  
Y así en campañas del aire  
Fantásticas huestes formo.

ARSIDAS.

Pues si ha sido esto experiencia,  
Yo soy el que me coronó  
Vencedor, y el que merezco,  
Circe, tu favor bermoso,  
Ya que Ulises, acudiendo  
A sus armas tan heroico,  
Dejó de mostrarse amante,  
Pues en riesgo tan forzoso  
No acudió luego á su dama;  
Que en un amante es impropio.

ULÍSES.

Que acudí á las armas mías  
No niego; pero tampoco  
Niego que de amante ha sido  
El afecto mas forzoso;  
Porque si tomo mis armas,  
Para defensa las tomo  
Suya.

ARSIDAS.

Nunca en un acaso  
Está el discurso tan pronto,  
Que espere á causa segunda:  
Lo primero es lo mas propio.  
A las armas fuiste, luego  
Ya perdiste.

ULÍSES.

De ese modo

Tú tambien; pues si me acensas  
De poco amante, de poco  
Fino porque no acudí  
A Circe, con eso propio  
Te convenzo, pues que tú  
Acudiste á sus cnajos,  
Y ya te mostraste amante.

ARSIDAS.

Si las nobles leyes noto  
De caballería, acudir  
A las damas es forzoso;  
Y así como caballero,  
No como amante, socorro  
A Circe.

ULÍSES.

En las de milicia  
Es ley, siempre que armas oigo,  
Acudir á tomar armas;  
Y así con valor heroico,  
Yo, soldado, caballero  
Y amante, he acudido á todo.

ARSIDAS.

Ya sé que por la elocuencia  
Has de quedar siempre airoso;  
Que no heredas de Aquiles  
El grabado arnes de oro,  
Si por el valor hubiera  
De dársele á Telamónio.

ULÍSES.

El valor le mereció;  
Y ahora verás si es forzoso,  
(*Saca la espada.*)  
Pues de esa voz en ofensa  
El Flegra volará en polvo.

ARSIDAS.

Primero arderá en cenizas  
(*Saca la espada.*)  
Con el fuego de mis ojos,  
Porque á los dos de Trinacria  
Volcanes, se añadan otros.

CIRCE.

Pues ¿qué es esto? ¿En mi presencia  
Sacáis el acero? ¿Cómo...?

ARSIDAS.

Tu respeto me perdone...  
Ulises.  
Perdóneme tu decoro...

ARSIDAS.

Que no hay respeto con celos.  
Ulises.  
Ni decoro con oprobios.

LEBREL.

En mi vida me hallé en cena  
Que no parase en lo propio.

ULÍSES.

¡Aquí de Grecia!

ARSIDAS.

Y aquí

De Trinacria! Que aunque solo  
Me ves, mis vasallos son  
Esos brutos y esos troncos.—  
¡Fieras de Trinacria humanas,  
Dad á vuestro Rey socorro!  
(*Salen todas las fieras, y pónense al lado de Arsidas, y los griegos al lado de Ulises.*)

ULÍSES.

Aunque á tus voces se muevan,  
Mejor que al eco sonoro

De Orleo, troncos y lieras,  
Haciendo en ellas destrozó,  
Apuraré estas montañas  
Bruto á bruto, y tronco á tronco.  
(*Riñen.*)

## ESCENA XXVI.

CLARIN, de mona.—Dichos

CLARIN.

Entre griegos y animales  
Mal trabadas lides noto.  
No sé á cuál debo acudir;  
Porque obligado de todos,  
Soy por una parte griego,  
Y por otra parte mono.

CIRCE.

Pues no puedo reportaros  
Con mis voces, con mi asombro  
Podré.— Los aires cubiertos  
De vapor caliginoso,  
Segunda noche parezca,  
Y á tanto irracaso abortos,  
Del embrion de las nubes  
Sean los rayos abortos,  
Y el sol y la luna hoy,  
Viéndose vivir tan poco,  
Piensen que el camino erraron  
De sus celestiales tornos,  
O que yo desde la tierra  
Apagué su luz de un soplo.  
(*Truenos y relámpagos; oscúrese el teatro, y riñen á oscuras.*)

ARSIDAS.

¿Adónde, Ulises, estás?

ULÍSES.

Con mi acero te respondo.

(Pelean todos.)

FLÉRIDA.

¡Qué pena!

CASANDRA.

¡Qué ciego abismo!

ARQUELAO.

¡Qué espanto!

CLORI.

¡Qué triste cnajo!

ANTISTES.

¡Qué obscura noche!

CLARIN.

¡Ah, señores!

¿Somos griegos, ó qué somos?

LEBREL.

En tanto que todos andan  
Trozando unos con otros...

CLARIN.

En tanto que cada uno  
Busca de escaparse modo...

LEBREL.

Yo á la mesa me remito.

CLARIN.

Y yo á la cena me acojo.

(*Suben sobre la mesa, y abrázanse uno con otro.*)

LEBREL.

Pero ¿qué es esto? Un león  
Dió conmigo.

CLARIN.

¿Mas qué toco?  
Conmigo ha dado un gigante.

CIRCE.

Húndase este suelo todo,  
Y ponga paz la distancia.

<sup>1</sup> Chasco, burla, mal rato que se da á una persona.

CLARIN.

Todo se hunde con nosotros.

*(Húndese la mesa, y los dos graciosos sobre ella, y con la batalla y la tempestad se van todos.)*

### JORNADA TERCERA.

Marina, é inmediatos á ella los jardines de Circe.

#### ESCENA PRIMERA.

ANTISTES, ARQUELAO, POLIDORO,  
FLORO, TIMANTES, LEBREL.

ANTISTES.

Aunque ya todos sepais  
Lo que repetiros trata  
Mi voz, oídme, que tal vez  
En pena, en desdicha tanta,  
Aun mas que noticias propias  
Mueven ajenas palabras,  
Porque en efecto ninguno  
Es juez en su misma causa.  
Siempre á la cólera expuestos,  
Siempre expuestos á la saña  
De los hados rigurosos,  
Después de fortunas varias,  
Arrastrados del destino,  
Dimos en aquesta playa  
Del Flegra, exentos vasallos  
Del imperio de Trinacria.  
Aquí, contra los venenos  
De esa fiera, esa tirana,  
Antídoto nos dió Juno  
En las flores de oro y nácar  
Que Iris trajo, desplegando  
Arcos de carmin y gualda.  
Libres pues de sus prisiones  
Nos vimos; y cuando trata  
Ulises volver al mar,  
Que ya tuvimos por patria,  
El blando halago de Circe,  
Que cuando ve que no bastan  
Mortales venenos, usa  
De mas venenosas trazas,  
Persuadió á Ulises que aquí  
Unos dias se quedara  
A reparar de los vientos  
La repetida inconstancia.  
El, fiado en sus cautelas,  
Persuadido á que quedaba  
A dar libertad á cuantos  
En estas rudas montañas  
Bárbara prision padecen,  
Se quedó, donde á la rara  
Beldad de Circe rendido,  
Vive sin mas esperanzas.  
¿Quién crerá, que no bastando  
Tantos encantos, ni tantas  
Ciencias á vencer sus hados,  
Una hermosura bastara?  
Mas todos lo crerán, todos,  
Pues todos á ver alcanzan  
Que un amor y una hermosura  
Son el veneno del alma.  
Rendidos pues al amor,  
Tanto los dos se declaran,  
Desde la noche que fueron  
Argumentos las espadas,  
Y pusieron paz las nubes  
Densas, oscuras y pardas,  
Que Arsidas, celoso y triste,  
Lleno de celosa rabia,  
Se fué á su corte, quizá  
A disponer su venganza.  
Ulises pues sin recelo,  
Solo de sus gustos trata,  
Siempre en los brazos de Circe,

Y asistido de sus damas,  
En academias de amores,  
Saraos, festines y danzas.  
Yo pues viéndonos perdidos,  
Hoy he pensado una traza  
Con que á su olvido le acuerde  
De su honor y de su fama:  
Y es, que pues el otro dia  
Cuando oyó tocar al arma  
Se olvidó de amor, y fué  
Tras la trompeta y la caja,  
A todas horas estemos  
Desde el bajel, que en el agua  
Surto está, tocando á guerra;  
Como que á Circe hacen salva;  
Cuya voz noble recuerdo  
Será de su olvido, clara  
Sirena que tras su acento  
Los sentidos arrebató.

POLIDORO.

Dices bien, y yo el primero  
Seré que esta tarde haga  
La experiencia.

TIMANTES.

Pues ahora  
Es tiempo; que Ulises anda  
Estos jardines, que hermosos  
Narcisos son de esmeralda,  
Y enamorados de sí,  
Se están mirando en las aguas

ARQUELAO.

Yo seré el que desde el mar  
Haré que toquen al arma.  
Antistes aquí se quede,  
Para prevenir que es salva  
Que á Circe hace nuestra gente.

LEBREL.

Si entre tantos votos halla  
Lugar un juro, yo juro  
A la deidad soberana  
De Júpiter, que haceis mal  
En prevenir esta traza.

FLORO.

¿Por qué?

LEBREL.

Porque Circe sabe  
Mejor lo que aquí se habla,  
Que nosotros, y podrá  
Tomar de todos venganza.  
Escarmentad en Clarín,  
Que habló mal della, y airada  
Se vengó, pues no sabemos  
Qué hay del, ni por dónde anda.

FLORO.

Todo eso es temor.

LEBREL.

Es cierto.

ARQUELAO.

Dejadle, no le creais nada,  
Y vamos á nuestro intento.

TODOS.

Vamos.

LEBREL.

Vuesarcedes vayan,  
Que yo me quedo á tratar  
Cosas de mas importancia. *(Vause.)*

#### ESCENA II.

LEBREL.

De todos los animales  
Que por estos campos andan,  
Quisiera coger alguno,  
Que á Grecia después llevara,  
Cuando quisieren los dioses

Escaparnos de Trinacria,  
Porque fuera para allá  
Importantísima alhaja  
Uno dellos; pues á verle  
Solamente se juntara  
Toda Grecia, y yo tuviera  
Con él segura ganancia.  
Cierta mona aquestos dias  
Siempre cocándome anda  
Con gestos y con visajes,  
Y á esta quisiera pescarla:  
Para cuyo efecto traigo  
Este cordel con que atarla  
Luego que la vea, porque  
Es juguetona y es mansa.

#### ESCENA III.

CLARIN, de mona. — LEBREL.

CLARIN.

Hácia aquí, si no me engaño,  
Mis compañeros estaban,  
Aunque, después que soy mona,  
Por donde quiera que vaya  
Hallaré mis compañeros  
Por señas les diré que hagan  
Que me dé libertad Circe,  
Pues ya lo enmonado basta.

LEBREL.

Vela aquí: yo quiero echarle  
Este lazo á la garganta.  
Ahora es tiempo. ¿Qué me estorba,  
Qué me turba, ó qué me espanta,  
Si una mona diz que es fácil  
De coger? Díganlo tantas  
Como cogidas me escuchan.  
No escaparéis de mis garras.  
*(Echale un cordel al cuello.)*

CLARIN. *(Hablando para sí.)*

¡Ay, que me ahogas, Lebel!  
No en el pescuezo me hagas  
La presa.

LEBREL.

Por mas que coques,  
No te irás.

CLARIN.

¿No es cosa extraña  
Que hable para mí, y discurra  
Con sentidos, vida y alma,  
Y con los otros no pueda  
Articular las palabras?  
Lebel, mira que soy yo.

LEBREL.

¿Cómo brinca, y cómo salta!  
No puedo llevar á Grecia  
Cosa de mas importancia.  
Señora mona, desde hoy  
Hemos de ser camaradas:  
No hay sino tener paciencia,  
Y venir conmigo.

CLARIN.

Basta,  
Que no me entiende.

LEBREL.

¿Qué gestos  
Hace, y con qué linda gracia!

#### ESCENA IV.

ASTREA, LICIA. — DICROS.

LICIA.

En todo el dia no hay verte,  
Lebel: dime, ¿dónde andas?

LEBREL.

He andado á caza de monas.



Y á fe que no es mala caza,  
Y esta he cogido.

LICIA.

¡Ay, qué linda

Monica!

LEBREL.

Cócala, Marta<sup>1</sup>.

LICIA.

¿Qué piensas hacer con ella?

LEBREL.

Pienso, Licia mía, llevarla  
A Grecia, enseñarla allá  
A tocar una guitarra,  
A andar por una maroma,  
Y hacer vueltas en las tablas.

CLARIN.

¿Yo por maroma, yo vueltas?  
¡Esto solo me faltaba!

ASTREA.

Dime, Lebel: ¿y Clarin,  
Dónde está?

CLARIN.

Aquí. (*Acercándose á ella.*)

ASTREA.

Allá te aparta.

LEBREL.

Desde el día que quedó  
Cargado de joyas tantas...

CLARIN.

¡Tal tengas tú la salud!

LEBREL.

No le vi, ni sé qué se haya  
Hecho.

CLARIN.

Yo sí.

ASTREA.

Su codicia

Le ha escondido.

CLARIN.

¡Hay mayor rabia!

LICIA.

Circe hácia esta parte viene.

LEBREL.

Pues por si acaso se enfada  
De que cogiese esta mona,  
Me voy. Ven conmigo, Marta<sup>2</sup>.

CLARIN.

Si me aboga, ¿qué he de hacer?

LEBREL.

¡Oh cómo he de regalarla! (*Vanse.*)

## ESCENA V.

ULISES, CIRCE, DAMAS.

CIRCE.

En esta florida márgen,  
Desde cuya verde estancia  
Se juzgan de tierra y mar  
Las dos vistosas campañas,  
Tan contrariamente hermosas,  
Y hermosamente contrarias,  
Que neutral la vista duda  
Cuál es la yerba ó el agua,  
Porque aquí en golfos de flores,  
Y allí en selvas de esmeraldas,  
Unas mismas ondas hacen  
Las espumas y las matas,  
A los suspiros del nudo,

<sup>1</sup> <sup>2</sup> Marta, es nombre que se solia dar á las monas.

Y á los alientos del aura,  
Puedes descansar, Ulises,  
Las fatigas de la caza  
En mis brazos.

ULISES.

Dices bien;

Pues solo en ellos descansa  
El alma, porque ellos solos  
El centro han sido del alma.

CIRCE.

Con todas estas finezas  
Temo, Ulises, que me engañas.

ULISES.

¿Por qué?

CIRCE.

Por pensar que dura  
Aquella ficcion pasada.

ULISES.

Nunca lo fué para mí.

CIRCE.

¿Quién lo asegura?

ULISES.

Mis ansias.

CIRCE.

¿Quién lo dice?

ULISES.

Mis descos.

CIRCE.

Es engaño.

ULISES.

Es verdad clara.

CIRCE.

¿Quién, Ulises, la supiera!

ULISES.

Escucha, Circe, y sabrás.

Vengativa deidad, deidad ingrata,  
Que á la de Juno y Júpiter se atreve,  
Huésped de esa república de nieve,  
Vecino de ese piélago de plata,  
Tantos años la patria me dilata,  
Y tantos contra mí peligros mueve.  
Que, porque fuese mi vivir mas breve,  
A tus umbrales derrotarme trata.

A ellos llegué, seguro y defendido  
De escándalo, de horror, de asombro

Como has en tierra y mar introducido.

Tus encantos vencí, mas no tu llanto:  
Pudo el amor lo que ellos no han podi-  
Luego el amor es el mayor encanto [do:

CIRCE.

Con toda aquesa fineza  
La que me debes no pagas,  
Porque fué mayor la mia.

ULISES.

¿De qué suerte?

CIRCE.

Oye, y sabrás.

Vengativa y cruel, porque te asom-  
A pesar de deidades lisonjeras, [bres,  
Reina desta república de fieras,  
Señora deste piélago de hombres, [bres,  
Vivi; y porque mas bárbara me nom-  
Ninguno abortó el mar á estas riberas.  
Que á mi sangrienta mágica no vieras  
Trocarlas formas y mudar los nombres.

Llegaste tú, y queriendo tu homicida  
Ser, burlaste mis ciencias: con espanto,  
Queriéndote vencer, quedé vencida.

Sí, mi encanto al mirar asombro tanto  
Al encanto de amor rindió mi vida:

Luego el amor es el mayor encanto.  
(*Duérmese Ulises.*)

## ESCENA VI.

LICIA. — Dichos.

LICIA.

La música que has mandado  
Prevenir está, señora,  
Esperando.

CIRCE.

Por ahora

No canteis; que desvelado  
Se da Ulises por vencido  
A la deidad de Morfeo,  
A cuyo letal trofeo  
Las potencias han rendido,  
Haciendo de todas dueño  
Esta macilenta sombra,  
Que á un tiempo halaga y asombra,  
Pues es descanso y es sueño.  
Infundid, aves y flores,  
Para aliviar sus congojas,  
Silencio en templadas hojas,  
Suspended vuestros amores.  
No hagan ruido los cristales  
De los arroyos, callando  
Corran las fuentes, mostrando  
Obedientes y leales  
El amor que en mí se encierra,  
Y en retórico silencio  
Digan cuánto reverencio  
Su descanso.

Voces. (*Dentro.*)

¡Guerra, guerra!

(*Tocan dentro cajas hácia un lado.*)

CIRCE.

¿Qué es esto? ¿Cuando pretendo  
Silencio, hay quien le interrompa?  
(*Despierta Ulises.*)

ULISES.

Guerra publica esta trompa,  
Guerra publica este estruendo.  
¿Pues cómo ¡ay dioses! así  
Es hoy perezoso el sueño,  
De nobles sentidos dueño?  
No soy sin duda el que fui,  
Pues á delicias sùaves  
Entregado ¡ay de mí! estoy,  
Y tras los ecos no voy  
Mas belicosos y graves. —  
Perdona, Circe; que así,  
Habiendo guerra y furor,  
No me ha de tener tu amor.

CIRCE.

Detente, escucha: ¡ay de mí!  
¿Quién ese clarín tocó?

## ESCENA VII.

ANTISTES, y luego, músicos y GRIEGOS,  
dentro. — Dichos.

ANTISTES.

Quien, pensando que sería  
Lisonja, la salva hácia  
Cuando desde el mar te vió.

ULISES.

Aquí no hay ya que esperar:  
La guerra me ha despertado,  
Porque en el alma ha tocado  
La sirena militar.

CIRCE.

Para templar el furor,  
Cantad de amor, cantad pues.  
(*Dice esto á la música que está al otro lado.*)

música. (*Dentro.*)

¿Dónde vas, Ulises, si es  
El mayor encanto amor?

ULISES.

¿Qué blandas voces sùaves,  
Repetidas en los vientos,  
Son con sonoros acentos  
Dulce envidia de las aves?  
¿Qué bien el amor me sueña!  
¿Cómo tu amor me ha podido,  
Circe hermosa, haber vencido  
Aquella pasada pena?  
Ya me vuelvo á tu favor.

GRIEGOS. (Dentro.)

¡Guerra, guerra!

ULISES.

Mas ¿qué espero?  
Las armas me llaman, quiero  
Seguirlas.

MÚSICA. (Dentro.)

¡Amor, amor!

ULISES.

¿Qué blanda, qué dulcemente  
Sueña esta voz repetida!

ANTÍSTES.

(Ap. Aunque me cueste la vida,  
Tengo de hablar claramente.)  
Ulises, invicto griego,  
¿Cómo cuando así te llama  
La trompeta de la fama,  
En delicioso sosiego,  
Sordo yaces? ¿Cuánto yerra,  
No sabes, el que rendido  
A su amor, labra su olvido?  
¡Oye esta voz!

GRIEGOS. (Dentro.)

¡Guerra, guerra!

ULISES.

Tienes, Antistes razon:  
Torpes mis sentidos tuve,  
Ciego estuve, sordo estuve,  
Mas ya que estas voces son  
Recuerdos de mi osadía,  
Las prisiones romperé.

CIRCE.

¿Tan ingrata prision fué,  
Ulises, la prision mía?  
¿Cómo, cuando entre mis brazos  
Envidia á las flores das,  
Tras otro afecto te vas?  
¿Tan fáciles son mis lazos  
De romper? ¿Tanto rigor  
Premio es de tantos favores?  
Escucha en hojas y en flores  
Esta voz.

MÚSICA. (Dentro.)

¡Amor, amor!

ANTÍSTES.

No calle el marcial furor.

CIRCE.

Amor digan mar y tierra.

MÚSICA. (Dentro.)

¡Amor, amor!

GRIEGOS. (Dentro.)

¡Guerra, guerra!  
¡Guerra, guerra!

MÚSICA.

¡Amor, amor!

ULISES.

Aquí guerra, amor aquí  
Oigo, y cuando así me veo,  
Conmigo mismo peleo:  
Defiéndame yo de mí.

ANTÍSTES.

Esto es honor.

ULISES.

Dices bien,

Todo el honor lo atropelia.

CIRCE.

Esto es gloria.

ULISES.

¡Ay Circe bella!

¿Qué bien dices tú también!

CIRCE.

El gusto es dulce pasión.

ULISES.

Razon tienes.

ANTÍSTES.

La victoria

Es mas aplauso, mas gloria.

ULISES.

Tú también tienes razon.

ANTÍSTES.

Guerra y amor en rigor  
Te llaman, miedos destierra.

MÚSICA.

¡Amor, amor!

GRIEGOS. (Dentro.)

¡Guerra, guerra!

CIRCE.

¿Quién ha vencido?

ULISES.

El amor,  
Que, ¿cómo pudiera ser  
Que otro afecto me venciera,  
Donde tu hermosura viera?  
Esclavo tuyo he de ser.  
No hay mas fama para mí  
Que adorarte, no hay mas gloria  
Que vivir en tu memoria.  
Dichoso mil veces fui  
El día que tu favor  
Mereció mi voluntad.

CIRCE.

Venid todas, y cantad:  
«El mayor encanto amor». —  
Entra tú; y vosotros, griegos,  
Mas pesares no me deis,  
Y agradeced que no os veis,  
Entre volcanes y fuegos,  
De mi cólera abrasados.

ANTÍSTES.

¡Ay de nosotros! que así  
Ya morirémos aquí  
Cautivos y desterrados.  
Sepulcro será esta tierra  
De tanto griego valor.

(Vase.)

MÚSICA,

¡El mayor encanto amor!

(Vanse todos cantando.)

Palacio de Circe.

## ESCENA VIII.

ARSIDAS, dentro; y luego, CIRCE, AS-  
TREA, LICIA, CASANDRA, CLORI,  
TISBE, SIRENE.

(Tocan armas dentro.)

ARSIDAS. (Dentro.)

¡Arma, arma! Guerra, guerra!  
(Salen Circe y sus damas.)

CIRCE.

¿Qué es esto? Habiendo mandado  
Yo que temerosos callen  
Los repetidos acentos

De baquetas y metales,  
¿Otra vez osáis, villanos,  
Otra vez osáis, cobardes,  
Que oprimido el bronce gima,  
Que herido se queje el parche!

## ESCENA IX

FLERIDA.—CIRCE, Y SUS DAMAS.

FLÉRIDA.

No este repetido acento,  
Que con idiomas marciales  
Estremeciendo los montes,  
Titubear los ejes hace,  
Cautela ha sido de griegos;  
Mas desdichas, mas pesares,  
Mas penas, mas confusiones,  
Mas tormentos y mas males  
Son los que quieren los cielos  
Que estos aparatos causen.  
Arsidas, que tantos días  
Fué de tu hermosura amante,  
A tus desdenes quejoso,  
Ofendido á tus desaires,  
Desde que ya enamorada  
De Ulises te declaraste,  
Cuando de aquella cuestión  
Pusieron los rayos paces,  
A su corte se fué, donde,  
Queriendo el amor que pasen  
De extremo á extremo sus penas  
(Que esto en los hombres es fácil),  
Amenazando estos montes  
Viene, infestando esos mares;  
Y con razon, pues las ondas,  
Gimiendo del peso grave,  
Con ambicion de peñascos  
Blasonan, cuando arrogantes  
Ven por la campaña azul  
De sus salobres cristales  
Vagar un volcan deshecho,  
Mover un Flegra portátil,  
Correr un Etna movible,  
Y ir una Trinacria errante.  
Lisidas, de mí ofendido,  
Creyendo que yo mudable  
Amaba á Ulises (la causa  
Con que yo lo fingi sabes),  
Le acompaña, porque así  
Pretende de aquí sacarme;  
Que agravios de amor y celos  
No guardan respeto á nadie.  
Yo lo sé, porque sentada  
Sobre esa punta, que hace  
Corona al mar y á la tierra,  
Arbitro de ondas y valles,  
Vi (como entre oseuros léjos  
De unos pintados celajes,  
Suelen pintarnos las sombras  
Ya jardines, ya ciudades)  
Una confusa apariencia,  
Que era, al perspicaz exámen  
De la vista, neutral duda,  
Mezcla de nubes y naves.  
Luego al acercarse al puerto  
La gruesa armada que traen,  
A los sulcos de las proas  
Rizarse vi y encreparse  
Blanca espuma, que al azul  
Camelote de aguas hace  
Bella guarnición de plata,  
Que sin que al dibujo guarde  
El órden, es mas hermoso  
Por ser dibujo sin arte.  
Llegaron á nuestro puerto,  
Donde sin faenas baten  
Las blancas alas de lino;  
Negándose al mar ó al aire  
Esos peces, si son peces,  
O esas aves, si son aves.  
Sin salva á tierra saltaron,



Y fueron en un instante  
Griegos caballos, preñados  
De aparatos militares,  
Pues abortaron sus vientres,  
Siendo del agua volcanes,  
Iras y rayos, que luego  
Fueron poblando la márgen.  
Bien á los dos conoci,  
Que armados á tierra salen,  
Y en mal pronunciadas voces,  
Que embarazó lo distante,  
Oí á Arsidas que dijo:  
«Hoy desta mágica acaben  
Los encantos, y este monte,  
Que es tiranizado Atlante  
De Trinacria, á mi valor  
Se postre. — Yo, viendo el grande  
Peligro que te amenaza,  
Volando vine á avisarte.  
Preven la defensa pues,  
Si es que hay defensa que baste,  
A la sangrienta venganza  
De dos celosos amantes.

CIRCE.

¡Calla, calla, no prosigas,  
Ni lleguen ecos marciales  
A los oídos de Ulises!  
Aquí tengo de dejarle  
Sepulta lo en blando sueño,  
Porque el helicoso alarde  
No pueda de mi amor nunca  
Dividirle ni olvidarle;  
Que yo con vosotras solas  
Saldré á vencer arrogante.  
Tú mi caudillo serás,  
Y no temas que te falten  
Gentes; que aunque son tan pocos  
Los soldados de mi parte,  
Yo armadas buesres pondré  
En las campañas del aire,  
Que con tropas de caballos,  
Con escuadrones de infantes,  
Fantásticamente lidien  
Y fingidamente marchen.  
Y porque entre tantas sombras  
Vivas escuadras no falten,  
Todas vosotras, armadas  
Con escudos de diamante,  
Galas desnudad de Vénus,  
Túnicas vestid de Marte.

CASANDRA.

Esta vida y este pecho  
Te ofrezco yo de mi parte.

CLORI.

Yo, que conozcan los hombres  
Cuánto las mujeres valen.

SIRENE.

Hoy el sol será testigo  
De mi valor arrogante.

TISBE.

De nuestro poder haré  
Que el mundo se desengañe

ASTREA.

A Pálas verás armada  
Cada vez que me mirares.

LICIA.

A mí á Vénus, pues verás  
A mis pies rendido á Marte.

CIRCE.

Pues con esa confianza,  
Toca al arma.

CASANDRA.

Suene el parche.

CLORI.

Hiera la trompeta el eco.

SIRENE.

El hronce oprimido brame.

TISBE.

El fuego reviente.

ASTREA.

Sea  
Toda Trinacria volcanes.

LICIA.

El duro horror de las armas  
Cielo, mar y tierra espante.

FLÉRIDA.

Y viva Circe, prodigio  
Destos montes y estos mares.

CIRCE.

Porque á los brazos de Ulises.  
Que en mudo letargo yace,  
Vuelva rica de despojos,  
Enamorada y constante. (Vanse.)

Monte.

## ESCENA X.

ARSIDAS, LISIDAS Y SOLDADOS.

ARSIDAS.

Desde esta excelsa cumbre  
Que del sol se atrevió á tocar la lumbre,  
Y altiva y emiaente,  
Coronada de rayos la alta frente,  
Es inmensa columna  
De ese cóncavo alcázar de la luna,  
Entre celajes de rubí y topacio  
De Circe se descubre el real palacio.  
¡Ea pues, mis soldados,  
Que valientes, intrépidos y osados,  
En favor de los cielos  
Manteneis la milicia de mis celos!  
Hoy este asombro muera,  
Perezca hoy la memoria desta fiera,  
Que á Trinacria estos campos tiraniza,  
Siendo el Flegra su hoguera y su ceniza.  
Libremos pues á tantos  
Como tienen sus mágicos encantos  
Presos aquí y cautivos;  
Queden pues, ó bien muertos ó bien vi-  
Rescatemos valientes [vos.  
Nuestra patria de tantos accidentes,  
Y dejemos seguro este camino  
Al naufrago piloto, al peregrino, [das,  
Que halló, cadáver de estas grutas hon-  
Mas tormenta en las peñas que en las  
[ondas,  
Cuando pisó por estos horizontes  
Montes de agua y piélagos de montes.  
Y tú, Lisidas fuerte,  
A cuya voz se retiró la muerte,  
Hoy á Flérída libra soberana  
De la injusta prision de una tirana,  
O véngate hoy en ella,  
Si tus celos te olvidan de querella.

LISIDAS.

Arsidas, valeroso  
Príncipe de Trinacria, no celoso  
Mi venganza prevengo;  
Que no tengo los celos que no tengo,  
Porque ya sé que ha sido  
Un cauteloso amor, amor fingido,  
El que Flérída á Ulises le mostraba.  
Porque esa esfinge así se lo mandaba.  
No celoso en efecto, enamorado  
Sí que vengo, atrevido y despechado,  
A rescatar á Flérída, que bella  
Es de los cielos flor, del campo estrella.  
Y así á tu lado juro  
Por ese hermoso rosicler, que puro  
Miráco nos deslumbra,

Y no mirado á todos nos alumbra,  
De no dejarte hasta mirar postrada  
Al fuego de tu enojo esta encantada  
Selva de amor, donde por mas espanto,  
Es el amor hoy su mayor encanto, [huya,  
Aunque en sus campos, que el abril di-  
O brame el austro, ó la arboleda cruja.

ARSIDAS.

Guerra de amor y celos.  
Pavor pondrá á los cielos.

Voces. (Dentro.)

¡Cierra, Trinacria, cierra! (Cajas.)

LISIDAS.

Ya de allá nos responden.

Dentro.

¡Guerra, guerra!

## ESCENA XI.

UN SOLDADO.—DICHOS.

SOLDADO.

¡Ay Arsidas, advierte  
Que á morir nos trajiste!

ARSIDAS.

¿De qué suerte?

SOLDADO.

Dijiste que no había  
Armas ni gente en esta selva umbría;  
Y apenas tus soldados  
Han salido del mar, cuando emboscados  
En esta selva vieron  
Infantes y caballos que salieron  
A defender la entrada  
Del monte.

ARSIDAS.

No temais, no temais nada;  
Que esos monstruos incultos  
Son fantásticas formas, que no bultos  
No hay que temer estragos;  
Que sus heridas solo son amagos  
Que tarde ejecutadas,  
Se quedan en el aire señaladas

LISIDAS.

Y tan cobardes fueron, [ron.  
Que amenazando siempre, nunca hirie-

SOLDADO.

¿Cómo, si ya, causando al sol desmayos,  
Truenos abortan y despiden rayos?

ARSIDAS.

Yo he de ser el primero  
Que ese pavor os quite: altivo y fiero  
Penetraré la sierra.

LISIDAS

Todos te seguirémos.

TODOS.

¡Guerra, guerra!

ARSIDAS.

¡Ah cauteloso griego,  
Salá apagar retórico este fuego!

## ESCENA XII.

CIRCE Y SUS DAMAS, con espadas. — DICHOS.

CIRCE.

No saldrá, sino yo; que la memoria  
No le ha de embarazar tan breve gloria.

ASTREA.

Ninguno quede vivo.

FLÉRIDA.

Ni un amante, que vuelve vengativo,  
Sin celos.

LISIDAS.

Tu me ofendes, yo te ofendo;  
Que mas ni fama que tu amor pretendo.

CIRCE.

Segur de vuestros cuellos  
Hoy serán nuestras armas. ¡A ellos!

TODAS.

¡A ellos!

ARGIDAS.

En batalla tan dura [ra.  
No atiende hoy el respeto á la hermosu-  
Presto, Circe, serás tú mi trofeo.

LIEIA.

¡Oh qué bonitamente lo peleo!  
(*Dase la batalla, y retiranse los hom-  
bres*)

Palacio.

## ESCENA XIII.

LEBREL; CLARIN, de mona.

LEBREL.

Pues nos dejó Circe, y pues  
A puerta cerrada estamos,  
Y tan solos nos hallamos,  
Tiempo, Doña Marta, es  
De tomar una lición.  
Ya la vuelta os enseñé  
Del rodezno: ¿cómo fué?

(Voltea Clarin.)

¡Así! Bien! Teneis razon.

CLARIN.

¡Que aquesto pase por mí!  
¡Y que en fin haya de ser,  
O voltear ó no comer!  
Desdichado hablador fui.

LEBREL.

Ahora, Marta, ponte en pié.

CLARIN.

Ello en fin no hay replicar:  
O no comer ó voltear. (*Voltea.*)

LEBREL.

¡Lindamente por mi fe!  
Ahora (porque si yo  
No tengo quien de vestir  
Me dé, uced me ha de servir)  
Tome aqueste espejo, y no  
Le quiebre, porque es azar,  
Y véngase tras mí en pié.

CLARIN.

Que cara tengo veré  
De mona. ¿Hay mayor pesar?  
¡Válgame Júpiter santo!  
¡Qué hocieo!  
(*En mirándose al espejo, pierde la fi-  
gura de mona.*)

LEBREL.

¿Quién aquí habló?

CLARIN.

¿Quién ha de ser sino yo?

LEBREL.

De verte. Clarin, me espanto.

CLARIN.

¿Yo Clarin? ¡Muy bueno es eso!  
Mona soy.

LEBREL.

¿Dónde escondido?...  
Mas la mona se me ha ido.

CLARIN.

Ya otra admiracion confieso.

LEBREL.

¿Sabes por dónde se fué  
La mona que aquí tema?

CLARIN.

Yo soy.

LEBREL.

¡Linda bobería!  
Por la mona pregunté.

CLARIN.

Pues yo soy.

## ESCENA XIV.

ANTISTES, Y LOS GRIEGOS, con unas armas. — DICHOS.

ANTISTES.

¿Quién está aquí?

CLARIN.

Los dos.

LEBREL.

¡Que, porque viniese  
Clarin, la mona se fuese!  
Tiempo y trabajo perdí.

ANTISTES.

Dime, Lebel, ¿dónde está?...  
LEBREL.

¿La mona? No sé: ¡ay de mí!  
ANTISTES.

Ulises, te digo.

CLARIN.

Allí.

(*Descúbrese un trono, donde está Ulises durmiendo.*)

ANTISTES.

Entrar podeis todos ya;  
Que pues aquí retirado  
A Ulises Circe dejó,  
Cuando al mar á ver salió  
Las naves que habian llegado,  
Este es el tiempo mejor  
Para vencer sus extremos;  
Y puesto que no podemos  
Avisarle con rumor  
De armus, hoy de Aquiles sea  
El armus su trompa. Aquí  
Le dejemos, porque así  
Cuando despierte le vea.

TIMANTES.

Acuérdale mudo él  
Las batallas que venció,  
Cuando en campaña se vió  
Coronado de laurel,  
Para que despertador  
De tantos olvidos sea.

ARQUELAO.

Quien no creyó la voz, crea  
Las insignias del valor.  
(*Pónete á los piés las armas.*)

POLIDORO.

Trofeos que soberanos  
Troja entre cenizas llora,  
Y aun estais sudando ahora  
La sangre de los troyanos,  
Volved por vos, y entre viles  
Amores no os permitais  
Empañar, pues aun guardais  
El muerto calor de Aquiles.  
(*Vanse, y despierta Ulises.*)

## ESCENA XV.

ULISES.

Pesado letargo ha sido  
Este á que rendido estuve,

Ni bien vida, ni bien sueño,  
Sino letal pesadumbre  
De los sentidos, que torpes,  
Ni deseanzan ni discurren:  
Crepúsculos son del alma,  
Pues obran entre dos luces.  
¿Quién está aquí? Solo estoy.  
¿Pues cómo sin Circe pude  
Vivir un instante? Bien  
Que estaban sin luz presumen  
Mis sentidos, pues sin sol  
Aun todo el cielo no luce.  
¡Ciree! ¡Ciree! ¡mi señora!  
¿Qué mal tanta ausencia supla  
Tu memoria! — Mas ¿qué veo?  
El grabado arnes ilustre  
De Aquiles á mis piés yace,  
Torpe, olvidado é inútil.  
Bien está á mis piés, porqué  
Rendido á mi amor se juzgue,  
Y segunda vez en mi  
Amor de Marte se burle.  
Tarde, olvidado trofeo  
Del valor, á darme acudes  
Socorro contra mí mismo;  
Que aunque contra mí me ayudes,  
Hoy colgado en este templo  
Quedarás, donde sepulten  
Sus olvidos tus memorias.

## ESCENA XVI.

EL ESPIRITU DE AQUILES, desde el centro de la tierra. — ULISES.

AQUÍES. (*Debajo de tierra.*)

¡No le ofendas, no le injuríes!

ULISES.

¿Qué voz es esta que en mí  
Tan nuevo pavor infunde?

(*Tocau dentro cajas destempladas  
una sordina.*)

¿A quién destempladas trompas,  
Exequias fingen lugubres?  
¿Quién causa este efecto?

AQUÍES. (*Debajo de tierra.*)

Quien

A sus venganzas acude.

ULISES.

Si ojos tengo con que mire,  
Si oídos tengo con que escuche,  
En el centro de la tierra  
Sonó la voz, y no sufre  
Ella aun de su grave faz  
La arrugada pesadumbre;  
Pues abre para quejarse  
Una boca, y de ella escupe  
Pardas nubes de humo y fuego.  
¿Cuándo, contra la costumbre,  
En el centro de la tierra  
Forjan sus rayos las nubes?

(Abrese una boca, y sale fuego.)

A mas el asombro pasa:  
Triste un monumento sube  
De su abismo haciendo un caos  
De vapores y vislumbres.

(*Va subiendo un sepulcro, y en él Aquiles, cubierto de un velo.*)

O tú, que en leves cenizas,  
Que aun el viento no sacude,  
En ese sepulcro yaces,  
¿Quién eres?

AQUÍES.

Porque no dudes  
Quien soy, este negro velo  
Corre, y mi aspecto deseebre.

(Descúbrele Ulises.)

¿Conóceme?



ULISES.

Si me deja  
Especies con que te juzgue  
Lo pálido de tu faz,  
Que no hay vista que no turbe,  
Lo yerto de tu esqueleto,  
Que aun desfigurado luce,  
Aquiles, Aquiles eres.

AQUILES.

Su espíritu soy ilustre,  
Que de los elisios campos,  
Donde eterna mansion tuve,  
Volvi á pasar de Aqueronte  
Las verdinegras y azules  
Ondas, derretidas gomas  
Del salitre y del azufre.  
A cobrar vengo mis armas,  
Porque el amor no las juzgue  
Ya de su templo despojo,  
Torpe, olvidado é inútil;  
Porque no quieren los dioses  
Que otro dueño las injurie,  
Sino que en mi sepultura  
A par de los siglos duren.  
Y tú, afeminado griego,  
Que entre las delicias dulces  
Del amor, de negras sombras  
Tantos esplendores cubres;  
No entre amorosos encantos  
Las tengas y las deslustres;  
Sino rompiendo de amor  
Las magicas inquietudes,  
Sal de Trinacria, y hollando  
Al mar los vidrios azules,  
A discrecion de los vientos  
Sus pavimentos discurre;  
Que en la curia de los dioses  
Quieren que otra vez los sulques,  
Hasta que de mi sepulcro  
Las muertas aras saludes,  
Y en él esas armas cuelgues.  
No lo ignores, no lo dudes,  
O harás que un rayo, con voces  
Que horrible un trueno pronuncie,  
Segunda vez te lo mande,  
Cuando en abortada lumbre  
Desatadas sus cenizas,  
Aun, antes que ardan, ahumen.

(Húndese.)

ULISES.

Espera, helado cadáver,  
Que asombro y horror infundes,  
Que yo postrado te doy  
Palabra... Todo se hunde.  
Pesada imaginacion  
Fué la que en mis sueños tuve;  
Pero, aunque soñada, es bien  
Que la crea y no la dude.

## ESCENA XVII.

ULISES.—LOS GRIEGOS.

ANTÍSTES.

Señor, ¿qué es esto?

TIMANTES.

¿Qué tienes?

POLIDORO.

¿Qué accidente hay que te turbe?

ARQUELAO.

¿De qué das voces al aire?

FLORO.

¿Qué temor hay que te ocupe?

LEBREL.

¿Que no parezca la mona,  
Aunque todo el monte anduve!

ANTÍSTES.

¿De qué te asombras?

CLARIN.

¿De qué

Te recelas?

LEBREL.

¿De quién huyes?

ULISES.

De mi mismo.

ANTÍSTES.

Pues ¿qué tienes?

ULISES.

Nada tengo, mucho tuve.  
¡Ay amigos! tiempo es ya  
Que á los engaños me usurpe  
Del mayor encanto, y hoy  
El valor, del amor triunfó.  
¿Dónde está, dónde se ha ido  
Circe?

ANTÍSTES.

A esa ribera acude,  
Después que aquí nos dejó,  
A ver qué bajeles surgen  
A este golfo.

ULISES.

Pues en tanto

Que descuidada presume  
Que los encantos de amor  
Firmes en mi pecho duren,  
Por esta parte, que el mar  
Siempre repetido surte  
Altas montañas, de quien  
Turbaute han sido las nubes,  
Salgamos, y por no hacer  
Ruido, y que ella nos escuche,  
No el bajel, sino el esquife  
Tomemos, y en él...

ANTÍSTES.

No dudes.

ULISES.

Huyamos de aquí; que hoy  
Es huir accion ilustre,  
Pues los encantos de amor  
Los vence aquel que los huye.

ANTÍSTES.

Las lágrimas te respondan.

ULISES.

Hermosa Juno, no culpes  
El mayor encanto, amor;  
Pues, aunque tus flores tuve,  
Pude vencer mil encantos,  
Y aqueste solo no pude.

LEBREL.

Al fin me voy sin mi mona.

CLARIN.

¿Que hasta ahora, qué fui, dudes?

(Vanse.)

Orillas del mar, frente al palacio de Circe.

## ESCENA XVIII.

CIRCE, Y SUS DAMAS, marchando, que traen presos á ARSIDAS Y LISIDAS.

CIRCE.

Hagan salva á mis palacios  
Los animados clarines,  
Las cajas y las trompetas,  
Porque sus voces publiquen  
Que de Arsidas victoriosa  
Hoy, y de Lisidas, Circe,  
Coronada de troleos,  
Vuelve á los brazos de Ulises.

ARSIDAS.

Bien, Circe, podré negarte  
Que valiente me venciste,  
Mágica no, que mis gentes  
A tus apariencias rindes,  
Pues huyeron de las huestes  
Que aparentemente finges.

LISIDAS.

A sacar de tu poder  
A Flérída hermosa vine:  
¿Cómo pude defenderme,  
Si ella misma es quien me rinde?

CIRCE.

Pues si preso estás por ella,  
Tambien por ella estás libre.—  
Ulises, invicto griego,  
Sal de esos ricos jardines,  
Porque de celos y amor  
Las caducas pompas pises.  
Advierte que victoriosa,  
Llena de aplausos insignes,  
Vuelvo á tus brazos, porque  
Triunfe en ellos.—Mas ¡ay triste!

(Suena un clarín.)

¿Qué bastarda trompa es esta,  
Aspid de metal, que gime  
Al aire?

FLÉRIDA.

En el mar, señora,  
Sonó la voz.

LICIA.

Y el esquife  
De ese griego bajel, hecho  
Al mar, sus campanas mide.

ASTREA.

Ulises desde él te habla;  
Escucha lo que te dice.

## ESCENA XIX.

ULISES, dentro.—DICHOS.

ULISES.

Asperos montes del Flegra,  
Cuya eminencia compite  
Con el cielo, pues sus puntas  
Con las estrellas se miden,  
Yo fui de vuestros venenos  
Triunfador, Teseo felice  
Fuí de vuestros laberintos,  
Y Edipo de vuestra esfinge.  
Del mayor encanto, amor,  
La razon me sacó libre,  
Trasladando esos palacios  
A los campos de Anfitrite.

Voces. (dentro.)

¡Buen viaje!

FLÉRIDA

Buen viaje,  
Todos los vientos repiten.

CIRCE.

Escucha, tirano griego,  
Espera, engañoso Ulises,  
Pues te habla, no cruel,  
Sino enamorada Circe.  
Cuando victoriosa yo  
Triunfos arrastro que pises,  
¿Quieres que vencida lllore?  
¿Quieres que me queje humilde?  
Escucha.—Mas ¡ay triste!  
No lllore quien te pierde, ni suspire,  
Si te dan, para hacer mejor camino  
Agua mis ojos, viento mis suspiros

FLÉRIDA.

Señora, en vano te quejas;  
Que sordo el ingrato Ulises,  
Deshogado bruto, corre  
A vela y remo el esquife.

LICIA.

Ya, perdiéndose de vista,  
Un átomo es invisible.

ASTREA.

Y ya entre el agua y las nubes  
Un pájaro apenas luce.

CIRCE.

Ya estás, Arsidas, vengado.  
Pero mal dije, mal dije;  
Que nunca se venga un noble  
En mirar un infelice.  
Si lo eres, ese accoro  
En mi roja sangre tiñe;  
Que no es venganza, piedad  
Si, darle la muerte á un triste.  
Y sea ántes que traspuesto  
Ese nebli que describe  
Las ondas, ese delfin  
Que el campo del aire mide,  
Ese caballo que corre,  
Ese escollo que se rige,  
Ese peñasco que nada,  
Se escouda y no se divide;  
Porque perdido de vista,  
Tardará tu acero insigue,  
Y no será menester  
Mas muerte que no seguirle.  
¡Escucha! Mas ¡ay triste!  
No llore quien te pierde, ni suspire,  
Pues te dan, para hacer mejor camino,  
Agua mis ojos, viento mis suspiros.—  
¿Mas qué me quejo á los ciclos?  
¿No soy la mágica Circe?  
¿No puedo tomar venganza  
En quien me ofende y me rinde?  
Alterados estos mares,  
A ser pedazos aspiren  
De los cielos; que si lleva,  
Porque de encantos se libre,  
El ramillete de Juno,  
Que trajo del cielo Iris,  
No de tormentas del mar  
Le librarán sus matices.  
Llamas las ondas arrojen,  
Fuego las aguas espiren.

(Sale fuego del agua.)

Arda el azul pavimento,  
Y sus campañas turquies  
Mieses de rayos parezcan,  
Que cañas de fuego vibren,  
A ver si hay deidad que tanta  
Tormenta le facilite.

## ESCENA XX.

*Serénase el mar, y sale por él, en un  
carro triunfal tirado de dos delfi-  
nes, GALATEA, y alrededor muchos  
TRITONES y SIRENAS, con instrumentos.*  
—DICHOS.

GALATEA.

Si habrá, y quien, sereno el mar,  
Manso, quieto y apacible,  
Le dé paso en sus esferas.

CIRCE.

¿Quién eres tú, que saliste  
De esas húmidas alcobas  
En triunfal carro sublime,  
A serenar de mi enojo  
Las iras desapacibles?

GALATEA.

Yo, que en este hermoso carro,  
A quien tiran dos delphinés,  
De sirenas y tritones  
Tan acompañada vinc,  
Galatea soy, de Dóris  
Hija y de Nereo, invencible  
Dios marino, y la que amante  
De Acis, jóven infelice,  
Murió á los bárbaros celos  
De Polifemo, terrible  
Monstruo, que el tálamo dulce  
De nuestras bodas felices  
Cubrió de un peñasco que hoy  
Túmulos es que nos aflige:  
Cuya pirámide, cuanta  
Sangre de los dos esprime,  
Cristal es, que desatado  
Nuestro fin llorando dice.  
Deste rústico jayan  
Vengada me dejó Ulises,  
A cuya causa mi voz  
Al aniparo suyo asiste;  
Y pidiendo á las deidades  
De Neptuno y de Anfitrite,  
Que serenasen los mares,  
Y que sus claros viriles  
Espejos fuesen del sol  
Mientras los griegos los pisen;  
Como á ninfa de sus ondas,  
Que discurra me permiten  
El mar, apagando cuanto  
Fuego en él introdujiste;  
Y así ondas de plata y vidrio  
Veloz mi carro describe,  
Haciendo á su hermosa espuma  
Que á las rodadas sutiles,  
Ó como plata se entorchen,  
Ó como vidrio se ricen.

CIRCE.

Si deidad eres del mar,

Cuando en él mis fuerzas quites,  
No en la tierra: y si no puedo  
Vengarme en quien huye libre,  
En mí podré. Estos palacios,  
Que mágico el arte linge,  
Desvanecidos en polvo  
Sola una voz los derribe.  
Su hermosa fábrica caiga  
Deshecha, rota y humilde:  
Sean páramos de nieve  
Sus montes y sus jardines.  
Un Mongibelo suceda  
En su lugar, que vomite  
Fuego, que á la luna abraze,  
Entre humo que al sol eclipse.  
(*Húndese el palacio de Circe, y apa-  
rece un volcán arrojando llamas.*)

ASTREA.

¿Qué confusión tan notable!

LICIA.

¿Oh qué asombro tan terrible!

FLÉRIDA.

¡Huyamos, Licia! (Vanse.)

LICIA.

¡Huye, Astrea! (Vase.)

ASTREA.

¿Dónde estar podemos libres?

CIRCE.

Cuantos espíritus tuve  
Presos, sujetos y humildes,  
Inficionando los aires  
Huyan á su centro horrible,  
Y yo, pues de mis encantos  
A saber que es mayor vine  
El amor, pues el amor,  
A quien no rindieron, rinde,  
Muera también, y suceda  
A mi fin la noche triste. (Húndese.)

GALATEA.

Pues seguro el mar, por donde  
Venturoso corre Ulises,  
Tormentas ve de la tierra,  
El mar con fiestas publique  
Su vencimiento, y haciendo  
Regocijos y festines,  
Sus tritones y sirenas  
Lazos formen apacibles;  
Pues fué el agua tan dichosa  
En esta noche felice,  
Que me creció ser teatro  
De soles, á quien humilde  
El poeta, entre otras honras.  
Perdon de las faltas pide.  
(*Hicieron un bailete tritones y sirenas.*)



# EL SECRETO A VOCES.

## PERSONAS.

FLERIDA, duquesa de Parma.  
LAURA, dama.  
FLORA. } Criadas.  
LIVIA. }  
FEDERICO.

ENRIQUE, duque de Mantua.  
LISARDO.  
ARNESTO, viejo.  
FABIO, criado, gracioso.  
UN CRIADO.

DAMAS.  
MÚSICOS.  
ACOMPAÑAMIENTO.  
GUARDAS.

*La escena es en Parma.*

## JORNADA PRIMERA.

Parque del jardin contiguo al palacio de la Duquesa.

### ESCENA PRIMERA.

Salen LOS MÚSICOS en cuerpo, FLORA, LIVIA, LAURA Y DAMAS, con mulettillas y sombreros; detras FLERIDA, ARNESTO, trayéndola de la mano, y ACOMPAÑAMIENTO. Van todos cruzando la escena.

MÚSICOS.

Razon tienes, corazon :  
Lágrimas el pecho exhale.  
Mas ¡ay, que inútiles son!  
Que á quien la razon amando no vale,  
¿Qué vale tener amando razon?

FLORA. (Canta.)

Al cabo de tantos años,  
Tus atrevimientos necios  
¿Qué sacan de ver desprecios?  
¿Qué de escuchar desengaños?  
Da tus pasados engaños  
Al olvido, corazon,  
Sin querer que á tu passion  
Tanto tu queja se ignale...

MÚSICOS.

Que á quien la razon amando no vale,  
¿Qué vale tener amando razon?  
(Vanse.)

### ESCENA II.

ENRIQUE, FEDERICO Y FABIO, como siguiendo la música.

FEDERICO.

Ya que de mí te has fiado  
Para venir con secreto  
A ver á Flérída bella,  
Podrás, desde aqueste puesto  
Retirado...

ENRIQUE.

¡Ay Federico,  
Cuánto á tus finezas debo!

FEDERICO.

Mas debo yo á tus favores;  
Pues tal confianza has hecho  
De mí.

ENRIQUE.

Es verdad, que de nadie  
La hiciera

FEDERICO.

No hablemos desto,  
No entienda aqueso criado  
Quién eres.

FABIO. (Ap.)

Por mas que intento  
Saber qué huésped es este  
Que nos ha venido haciendo  
Misterios sin ser rosario,  
Sin ser cura sacramentos,  
No es posible.

FEDERICO.

¿Qué os parece  
Deste parque?

ENRIQUE.

Decir puedo  
Que en cuantas fábulas varias  
Lei por divertimento,  
Ociosamente ocupado,  
Federico, el pensamiento,  
No fué posible jamas  
Percibir en el concepto  
Que acá en la idea formaron  
Agentes entendimientos,  
Selva tan hermosa, aunque  
Se me ofrezcan por objeto,  
O las selvas de Diana,  
O los jardines de Vénus.

FEDERICO.

Es tal de Flérída bella  
La tristeza con que el cielo  
Castiga sus perfecciones,  
Que todo es buscarla medios  
De divertirla; y así,  
Señor, ha sido uno dellos  
Que estas mañanas de mayo  
Baje á este apacible puesto,  
Festejada y aplaudida  
De voces y de instrumentos.

ENRIQUE.

Mucho extraño que en sus años,  
En su hermosura, en su ingenio,  
Haya una passion tenido  
Tan absoluto el imperio,  
Que á la que nació duquesa  
De Parma, y á la que el cielo  
De tantas ilustres prendas  
Dotó, no el grave, el severo  
Arpon reserve, flechado  
De la fortuna y el tiempo.  
¿Y es posible que ninguno  
La causa halle á sus extremos?

FEDERICO.

No.

FABIO.

¿Cómo que no? Pues yo  
La sé.

FEDERICO.

¿Tú?

FABIO.

¡Sí, y bien de cierto.  
Dila. ¿Qué aguardas?

ENRIQUE.

¿Qué esperas?

FABIO.

¿Habeis de tener secreto?

LOS DOS.

Sí.

FABIO.

Pues sabed que su mal  
Es...

FEDERICO.

No dudes.

ENRIQUE.

Dilo presto.

FABIO.

Que está de mi enamorada,  
Y mis desaires temiendo,  
No se atreve á declararse.

FEDERICO.

Quita, loco.

ENRIQUE.

Aparta, necio.

FABIO.

Pues oid; si esto no es,  
Es otra cosa.

(Suenan los instrumentos.)

ENRIQUE.

Volviendo

Viene la tropa á nosotros.

FEDERICO.

Retiraos pues, que quiero  
Introducirme yo en ella,  
O porque no me echen ménos  
O porque pierdo la vida,  
Si la ocasion de ver pierdo  
A alguna de aquellas damas.

ENRIQUE.

Embarazaros no intento,  
Sino ántes irme y volver  
A hablarla, porque deseo,  
Ya que he visto su hermosura,  
Gozar de su entendimiento.  
Con la industria que tratamos  
Esta noche, á cuyo efecto  
Aquella carta escribí,  
Secretario de mí mismo,  
He de hablarla; y ya que vine  
A verla, saber deseo  
Si es verdad que la fortuna  
Ayuda al atrevimiento.

(Vase.)

### ESCENA III.

FEDERICO, FABIO.

FEDERICO. (Ap.)

En notable confusion  
Estoy; porque si revelo

Quién es, al secreto falto  
Que ha fiado de mi pecho  
El Duque; si no lo digo,  
A la fe falto que debo  
A Flérída, de quien soy  
Criado, vasallo y deudo.  
¿Qué he de hacer? Pero ¿qué dudo?  
Mi obligacion es primero  
Que toda su confianza.  
Mas ¡ay de mí! que si pierdo  
Al Duque, pierdo con él  
Las esperanzas que tengo  
De que ha de ser de mi amor  
Su casa seguro puerto,  
Cuando Laura... Mas ¿qué digo?  
Vuélvase la voz al pecho;  
Que en solo haberla nombrado,  
Me parece que la ofendo.

FABIO.

Señor, ¿qué huésped es este,  
Que anoche vino encubiertó,  
Y hoy se retira y se esconde?

FEDERICO.

Es un amigo, á quien debo  
Obligaciones.

FABIO.

¿Le hubiste  
Doncel? Mas ¿qué hablo yo en esto?  
Sea quien fuere, él sea muy bien  
Venido; pues por lo menos  
Comeremos estos dias  
Mejor, porque el cumplimiento,  
Cuanto en la capa es pesado,  
Es en la mesa discreto,  
Sazonado y de buen gusto.

FEDERICO.

Va vuelven. Fabio, silencio.

## ESCENA IV.

*Vuelven como antes FLERIDA, AR-  
NESTO, LAURA, LIVIA, FLORA,  
DAMAS, MÚSICOS Y ACOMPAÑAMIENTO.—  
FEDERICO, FABIO.*

FLORA. (Canta.)

*Si adoras á Antandra bella  
Sin méritos, sufre y calla,  
Pues la causa que hay de amalla,  
Hay para no aborrecella.  
Culpa tu infelice estrella,  
No su esquivia condicion,  
Sin alegar, corazan,  
La razon que al paso sale...*

MÚSICOS.

*Que á quien la razon amando no vale,  
¿Qué vale tener amando razon?*

FLÉRIDA.

¿Cuya aquesta letra es?

FEDERICO.

Mia, señora.

FLÉRIDA.

Siempre adviérto  
Que en los tonos que me cantan,  
Y me dicen que son vuestros,  
Os quejais de amor.

FEDERICO.

Soy pobre.

FLÉRIDA.

Para amar, ¿qué importa serlo?

FEDERICO.

Para merecer importa;  
Y así veis que no me quejo,  
Señora, de que no amo,  
Sino de que no merezco.

FLÉRIDA.

¿Tan bajo sugeto amais,  
Federico, que está atento  
Al interés?

FEDERICO.

No está en ella  
Dese defecto el efecto.

FLÉRIDA.

Pues ¿en quién?

FEDERICO.

En mí.

FLÉRIDA.

¿Por qué?

FEDERICO.

Porque á decir no me atrevo  
Mi amor, no digo yo á ella,  
A sus padres ni á sus deudos,  
Pero á una humilde criada,  
A una esclava suya, viendo  
Que amante que no entra dando,  
Puede mal entrar pidiendo.

FLÉRIDA.

Amor que tan desvalido  
Se confiesa, bien el dueño  
Publicar puede; pues no  
Ofende al mayor respeto  
El que se júzga tan mal  
Tratado de sus desprecios;  
Y así extraño, Federico,  
Que amando y no mercediendo,  
Nadie sepa á quien amais.

FEDERICO.

Está tan en mi silencio  
Mi amor guardado, señora,  
Que mil veces he resuelto  
Enmudecer, porque alguno  
De mis callados afectos,  
Disfrazado no se salga  
Entre las voces envuelto.  
Tan sagrado en mi atencion  
Mi amor vive, que mi aliento  
Examino, cuando entra  
En las cárceles del pecho,  
De adonde viene; porqué  
Juzgo sospechoso al viento,  
Y no quiero que ni aun él  
Sepa quien vive acá dentro  
Tan oculto

FLÉRIDA.

Basta, basta;

Que estais muy culto y muy necio.  
Pues cómo, hablando conmigo,  
Hablais con tantos afectos  
En vuestro amor? ¿Olvidais  
Quién soy?

FEDERICO.

¿Pues quién tiene deso  
La culpa? ¿Vos preguntando,  
Señora, ó yo respondiendo?

FLÉRIDA.

Vos, respondiéndome mas  
De lo que pregunto.—Arnesto.

ARNESTO.

Señora.

FLÉRIDA.

Haced que le lleven  
Luego á Federico...

FEDERICO. (Ap.)

¡Hoy muero!

FLÉRIDA.

Dos mil ducados de ayuda  
De costa, porque con ellos  
Granjear pueda las criadas  
De su dama; que no quiero  
Que, en fe de su cobardia,

Me hable otra vez poco cuerdo,  
Y teniendo allá el temor,  
Tenga aquí el atrevimiento.

FLORA. (Ap.)

¡Notables desigualdades  
Tiene su tristeza!

LIVIA. (Ap. á Laura.)

¡Extremos  
Bien extraños son!

LAURA. (Ap.)

¡Ay triste  
De quien llega á conocerlos,  
Cuando todos á ignorarlos!

FEDERICO.

Mil veces humilde beso  
La tierra que pisas, donde,  
Al breve contacto bello,  
Mas flores sin tiempo nacen  
Que abril produce con tiempo.

FABIO.

Yo no la tierra que pisas  
Besaré (que no me atrevo),  
Ni la que has pisado, pues  
Ya no es tierra, sino cielo;  
La que has de pisar me basta.  
¿Por dónde has de echar? Que quiero  
Irte besando el camino.

## ESCENA V.

LISARDO. — DICHOS.

LISARDO.

Un bizarro caballero,  
A lo que há dado á entender,  
Del duque de Mantua deudo,  
Dice que le dé licencia,  
Señora, de darte un pliego.

FLÉRIDA.

¡Oh cuánto el duque de Mantua  
Me causa con mensajeros!

ARNESTO.

¿Por qué, si el Duque es, señora,  
Tu mas igual casamiento?

FLÉRIDA.

Por la opuesta condicion  
Con que el casarme aborrezco.  
Decid, Lisardo, que llegue.

FEDERICO. (Ap.)

Quien es callaré, supuesto  
Que el ser su amigo me importa.

## ESCENA VI.

ENRIQUE. — DICHOS.

ENRIQUE.

Turbado, señora, y ciego  
Llego á tus plantas, que son  
Ya de mis fortunas puerto.

(Arrodillase.)

FLÉRIDA.

De la tierra alzado.

ENRIQUE.

El Duque,  
Mi señor, con este pliego  
A vos me envía.

(Dásele.)

FLÉRIDA.

Su Alteza

¿Cómo está?

ENRIQUE.

Dijera muerto  
De amor, á no darle vida  
La esperanza.



FLÉRIDA.

Mientras leo,  
No esteis vos así. *(Lee para sí.)*

ENRIQUE. *(Ap. y cubriéndose.)*

Mintió  
El pincel que fué bosquejo  
De su hermosura, dejando  
Corto el encarecimiento.

LISARDO. *(A Arnesto.)*

Ya, señor, envió mi padre  
Los poderes.

ARNESTO.

Yo me huelgo  
Que hayan venido.

FLORA. *(Ap. á Laura.)*

¡Qué airoso

Ha llegado el forastero!  
Laura, á dar la carta!

LAURA.

Yo

Aun no he reparado en eso.

FLORA.

No me espanto, porque estando  
Allí tu primo, y sabiendo  
Cuánto te adora rendido,  
Y que ya tu padre Arnesto  
Con él trata de casarte,  
Fuera especie de desprecio  
Que repararas en otro.

LAURA.

Ni aun él me ha debido, cierto,  
Ese descuido ó cuidado.

FEDERICO.

*(Ap. La Duquesa está leyendo,  
Arnesto y Lisardo hablando :  
¡Déme amor atrevimiento!)*  
¿Y el papel? Di. *(A Laura al oído.)*

LAURA.

Ya está escrito

FEDERICO.

¿Cómo recibirle puedo?

LAURA.

¿No traes el guante?

FEDERICO.

Sí.

LAURA.

Pues

Con él podrás...

FEDERICO.

Ya te entiendo.

ARNESTO. *(A Lisardo.)*

Todo está muy bien.

LISARDO.

A siglos

Contará amor los momentos,  
Laura hermosa, á mi esperanza.

FLÉRIDA.

Dice el Duque en este pliego  
Cuán cercano deudo suyo  
Sois, y le importa teneros  
De Mantua ausente unos días,  
Mientras que compone el duelo  
De no sé qué desafío  
En que el amor os ha puesto.

ENRIQUE.

Es verdad que mi delito  
Es de amor, y por él vengo.

FLÉRIDA.

Que os ampare en Parma : yo  
Por él y por vos lo ofrezco ;  
Y así desde hoy en mi corte ,

Podeis quedaros. Yo luego  
Al Duque responderé  
Y enviaré la carta.

ENRIQUE.

El cielo

Tu vida guarde, señora,  
Felices siglos eternos,  
Y de Mantua merezcamos  
Los nobles vasallos vernos  
Tan felices, que...

FLÉRIDA.

No mas,

Y mirad lo que os advierto :  
Que, mientras fuéreis mi huésped,  
No me habeis de hablar en esto.  
Sino cuando yo os hablare.

ENRIQUE.

Vos veréis que os obedezco.

FLÉRIDA.

Y porque escribir podais  
Al Duque en qué me divierto,  
*(Que no dudo que traeréis  
Alguna instruccion de hacerlo)*  
Sentaos todos, ya que el sol,  
De pardas nubes cubierto,  
Hoy parece que acechando  
Sale mas que amaneciendo.  
Vosotras tomad lugares  
A esta parte; y vos, Arnesto,  
Proponed una pregunta.  
*(Siéntanse las damas á un lado, y los  
galanes están en pie á otro.)*

ARNESTO.

Aunque mis canas pudieron  
Excusarme, no lo harán  
Por ver que así te divierto.—  
¿Cuál es mayor pena amando?

FLÉRIDA. *(A Enrique.)*

Responded vos el primero.

ENRIQUE.

¿Yo?

FLÉRIDA.

Sí; por huésped os toca.

ENRIQUE.

Dos grandes ventajas llevo,  
Y así, por cumplir con amhas.  
Escojo la que padezco.—  
El ser uno aborrecido.

FLORA.

Yo, que es mayor pena siento,  
La del mismo aborrecer.

LISARDO.

Yo digo que son los celos.

LIVIA.

Yo la ausencia.

FEDERICO.

Yo el amor

Sin esperar el remedio.

FLÉRIDA.

Yo, sin poder explicarse,  
Amar callando y sufriendo.

LAURA.

Yo, que el amar, siendo amado.

FLÉRIDA.

Argumento será nuevo  
Defender que es pena, Laura,  
Amar siendo amado.

LAURA.

Eso

Han de decir las razones.

ARNESTO.

Pruebe cada uno su intento.

ENRIQUE.

Pues el del aborrecido  
Me ha tocado á mí, yo empiezo.

FABIO. *(Ap.)*

Aquí es donde dice mas  
Necedades el mas cuerdo.

ENRIQUE.

El amor es una estrella  
Que influye dicha ó rigor :  
Luego la pena mayor  
De amor, es amar sin ella.  
Quien de una hermosura bella  
Aborrecido ha vivido,  
Contra su estrella ha querido  
Luego es el mayor desvelo ;  
Pues lo que no quiere el ciclo,  
Quiere el que es aborrecido.

FLORA.

Cuando uno á sentir se ofrece  
Aborrecido, ya es  
Mérito para despues ;  
Pues por lo que ama padece.  
Quien sin amar aborrece,  
Padece sin merecer  
Finezas, que puedan ser  
Mérito : luego no ha sido  
Tanto el ser aborrecido,  
Como el mismo aborrecer.

LISARDO.

El que aborrecido amó,  
Y el que aborreció, tuvieron  
Un mal, que ellos padecieron  
Porque el cielo se le dió ;  
El que ama celoso no,  
Pues se le causa un dichoso,  
De quien él vive envidioso :  
Luego es mas su descousuelo,  
Pues lo que hay de un hombre al cielo  
Hay de los dos á un celoso.

LIVIA.

Mil veces el mundo vió  
Los amorosos desvelos  
Sazonarse con los celos ;  
Pero con la ausencia no.  
Muerte de amor se llamó :  
Luego es su pena mas fuerte ;  
Pues si con celos se advierte  
Avivarse su violencia  
Y morir con el ausencia,  
Uno es vida y otro es muerte.

FEDERICO.

El que aborrecido adora,  
La que adorada aborrece.  
El que los celos padece  
Y la que la ausencia flora,  
Cada uno su mal mejora  
Con la esperanza que alcanza  
De que puede haber mudanza :  
Luego á estar probado viene  
Que mayor tormento tiene  
El que no tiene esperanza.

FLÉRIDA.

Quien sin esperanza vive,  
Ya por lo menos declara  
No tenerla, y cosa es clara  
Que, hablando, alivio recibe.  
Quien á callar se apercibe,  
Y solo á su amor previene  
Un silencio donde pene,  
Mas dolor, mas pena alcanza  
Pues que ni tiene esperanza,  
Ni dice que no la tiene.

LAURA.

El que ama y es amado  
Siempre vive temeroso :  
Tal vez discurre dichoso

Cuando será desdichado :  
 Tal se juzga despojado  
 De las dichas que merece ,  
 Y á aborrecerlas se ofrece :  
 Luego tiene el que es querido  
 Despechos de aborrecido  
 Y iras de quien aborrece.  
 Si <sup>1</sup> tiene celos , los celos  
 Lo digan ; pues el que amó ,  
 Siendo amado , ya se vió  
 De sí mismo tener celos.  
 Un punto que sus desvelos  
 No tengan su bien presente ,  
 Como por siglos lo siente :  
 Luego tiene el mas dichoso  
 Escrupulos de celoso  
 Y sobresaltos de ausente.  
 Si <sup>2</sup> desesperado está ,  
 Sus dichas lo dicen bien :  
 ¿ Qué tendrá que esperar , quien  
 No tiene que esperar ya ?  
 El callar pena le da ,  
 Porque en su gloria se halla  
 Razones con que explicalla :  
 Luego al querido le altera  
 El dolor de quien espera  
 Y la pena de quien calla.  
 Decir que no es desdichado  
 Porque se mira querido ,  
 Es error , pues que ha tenido  
 Siempre el riesgo amenazado :  
 Luego el que ama y es amado .  
 De aborrecido padece  
 El mal , el del que aborrece ,  
 Del ausente , el temeroso ,  
 Desesperado y celoso ,  
 Del que habla y el que enmudece .  
*(Levántanse todas.)*

FLÉRIDA.

Esas son sofisterías  
 Con que ha querido tu ingenio ,  
 Laura , ostentarse ; que no  
 Razones de fundamento .

LAURA.

Claro está ; que mal pudiera ,  
 Siendo el principal objeto  
 De amor , ser amado .

FLÉRIDA

El guante...

*(Cásele á Laura el guante , levántale  
 Federico , y truécale con otro pare-  
 cido.)*

FEDERICO.

Yo le alzaré.

ARNESTO.

Deteneos.

LISARDO.

Yo he de llevarle.

FEDERICO.

Si yo

Llevarle intentara , pienso  
 Que supiera conseguirlo ;  
 Pero como no lo intento ,  
 No hay que hacer duelo , Lisardo.  
 Y pues el llegar mas presto  
 No es mérito , sino dicha ,  
 Ved cómo á Laura le vuelvo .  
 Tomad , señora , que yo  
 Para lo que llegué , pienso  
 Que lo he conseguido ya ,  
 Pues os sirvo y no os ofendo .

LISARDO.

Discretamente me habeis ,  
 Federico , del empeño  
 Sacado .

FLÉRIDA.

A mí no , él ni vos ;

Que es sobrado atrevimiento  
 Que , estando yo aquí , ninguno  
 Ose levantar del suelo  
 El desperdicio mas fácil  
 El mas casual trofeo  
 De ninguna de mis damas .  
 Y agradeced que no os muestro  
 Mi enojo mas que en decirlo  
 Esta vez . *(Ap. ; Valedme , celos !  
 Que soy la primer mujer  
 A quien el callar ha muerto.)*  
*(Vase con sus damas , con el acompa-  
 ñamiento y los músicos.)*

## ESCENA VII.

ENRIQUE , FEDERICO , ARNESTO ,  
LAURA , LISARDO , FABIO.

ARNESTO.

Enojada va su Alteza ,  
 Y bien sin razon por cierto .  
 No entres ahora en su cuarto ,  
 Sino vamos , Laura , al nuestro ,  
 Ya que por los accidentes  
 De su condicion , teniendo  
 Cuarto en palacio , y gozando ,  
 De aqueste estado el gobierno ,  
 No quise que la sirvieras  
 Mas que por el cumplimiento .

LAURA.

En todo he de obedecerte .  
*(Ap. Mucho dicen los extremos  
 De Flérída . ¡ Quiera amor  
 No sea lo que sospecho !)*

ARNESTO.

Caballeros , ¿ dónde vais ?

FEDERICO.

Todos os vamos sirviendo .

ARNESTO.

No habeis de pasar de aquí .  
 Y vos , sobrino , el primero  
 Habeis de quedaros .

LISARDO.

Bien

A mí pesar obedezco .

ENRIQUE.

*(Ap. Yo bien á mi gusto , pues  
 A tantas luces atento ,  
 Seré girasol humano.)*  
 Federico , al punto vuelvo .

*(Vanse Arnesto , Laura y Enrique.)*

LISARDO.

Hasta que pierda de vista ,  
 Laura , tus rayos , no puedo  
 Dejarte ; que es tu hermosura  
 Imán de mi pensamiento .

## ESCENA VIII.

FEDERICO , FABIO.

FEDERICO.

¡ Oh cuánto que me dejasen  
 Solo conmigo agradezco ,  
 Pues tendré lugar de lêr  
 Este papel !

FABIO.

Si no pierdo

Mi entendimiento aquí . es por  
 No tener entendimiento .

FEDERICO.

¿ De qué te admiras ?

FABIO.

¿ De qué ?

De tu fuma , pues teniendo  
 Este papel desde anoche ,  
 Hasta ahora no le has abierto .

FEDERICO.

¿ Sabes qué papel es este ?

FABIO.

Sea el que fuere , ¿ no es cierto  
 Que desde ayer le has tenido  
 Cerrado ?

FEDERICO.

En este momento  
 Le acabo de recibir .

FABIO.

Harásme perder el seso .  
 Si desde que amaneció ,  
 Ninguno te ha hablado ; en vieno  
 Debí de traerle sin duda .

FEDERICO.

No le traje sino el fuego  
 Donde me abraso y consumo .

FABIO.

¿ El fuego ?

FEDERICO.

Si.

FABIO.

Ahora creo  
 Que es verdad...

FEDERICO.

¿ Qué ?

FABIO.

Que estás loco ,  
 Y Galán Fantasma , has hecho  
 Una Dama Duende allá  
 Dentro de tu pensamiento ,  
 A quien amas mentalmente .  
 Y así suplicarte quiero  
 Una merced .

FEDERICO.

¿ Qué merced ?

FABIO.

Que , pues vive en tu concepto  
 Imaginada esa dama ,  
 Sin mas alma ni mas cuerpo  
 Que el que tú has querido darla :  
 Vengan sus papeles llenos  
 De amores y de ternezas ;  
 Que es notable desacierto ,  
 Pudiendo hacerte favores ,  
 Hacerte , señor , desprecios .

FEDERICO.

Retírate .

FABIO.

Pues la letra  
 ¿ Qué importa ?

FEDERICO.

Nada , si advierto  
 Que aun la letra es disfrazada .  
 Mas apártate .

FABIO.

Escudero  
 Del limbo debo de ser ,  
 Pues que ni glorio ni peno .

FEDERICO.

*(Lec para sí.)* « Señor y dueño mio ,  
 » Mucho se va acercando mi tormento ,  
 » Pues forzando mi padre mi albedrio ,  
 » Trata mi casamiento  
 » Con violencia tirana ,  
 » Y los conciertos firmará mañana . »  
 ¡ Ay infelice de mí !  
 ¡ Y qué breve plazo tengo

1 2 Si equivale á que en estos dos lugares.



De vida! De aquí á mañana,  
Fabio...

FABIO.  
¿Qué?

FEDERICO.  
Me verás muerto.

FABIO.  
Harás muy mal, si excusarlo  
Puedes, porque te prometo  
Que no es cosa de buen aire.

FEDERICO.  
¿Cómo puedo, cómo puedo,  
Si este papel es sentencia  
De mi muerte?

FABIO.  
¿Cómo? Haciendo  
Otra nota á ese papel  
Mas apacible, supuesto  
Que está en tu mano.

FEDERICO.  
Sin vida,  
Sin alma á proseguir vuelvo.  
(*Lee para sí.*) «Y así, aunque se aventure  
De nuestro amor el infeliz secreto, [re]  
En lo que hemos de hacer es bien procu-  
Hablaros esta noche, á cuyo efecto  
Tendrá el jardín la reja prevenida.  
Y ántes que os pierda, perderé la vida:  
En cuya fe pediros solo trato [to...]  
Las ferias me pagueis de aquel retra-  
Hay hombre mas venturoso?  
¿Fabio! Fabio!

FABIO.  
¿Qué tenemos?  
¿No te mueres ya?

FEDERICO.  
Ya vivo.  
FABIO.  
¿Ves si fué bueno el consejo?  
No hay cosa como quererse  
Uno á sí mismo.

FEDERICO.  
Contento,  
Desvanecido y ufano  
Hablar esta noche puedo  
Con la hermosura que adoro.  
Luciente campeón del cielo,  
Que á tornos su campo corres,  
Que sítias su plaza á cercos,  
Abrevia de tu tarea  
Hoy los números, sabiendo  
Cuánto con la luz ofendes  
Y vosotros, astros bellos,  
Pues influís los amores,  
Levantaos con su imperio:  
Trocad á comunidades  
Las repúblicas del cielo;  
Que os quita el sol vuestras leyes,  
Que os rompe el sol vuestros fueros.  
(*Vase.*)

FABIO.  
Loco está como los locos,  
Y no me admiro de verlo  
Tan loco á él, como de verme  
Tan demasiado y tan necio  
A mí, que...

### ESCENA IX.

FLORA. — FABIO.

FLORA.

FABIO.

FABIO.

Señora,  
¿Qué me mandais?

FLORA.

Que siguiendo  
Vengais mis pasos.

FABIO.

Sepámos  
Si es desafío, que quiero  
Llamar cuatro ó cinco amigos.

FLORA.

Seguidme.

FABIO.

Pues ¿á qué efecto  
He de seguirlos? ¿Sois vos  
La dama que me da celos,  
Yo el galán que no os da un cuarto,  
Para que os ande siguiendo?

FLORA.

Su Alteza es quien quiere hablaros.  
Estando ahora escribiendo,  
Que os llamase me mandó.

FABIO.

¿Su Alteza á mí? ¿Santo cielo!  
¿Qué fuera, si se atreviese  
A decir su pensamiento? (*Vanse.*)

Sala en el palacio de la Duquesa.

### ESCENA X.

FLERIDA, con una carta; FLORA, y  
después, FABIO.

FLERIDA.

Flora, ¿llamaste al criado?

FLORA.

Aquí, señora, te espera.

FLERIDA.

Pues aguarda tú allá fuera.  
(*Vase Flora, y sale Fabio.*)  
Ya conmigo habeis quedado.

FABIO.

Sí, señora; y nada ingrato  
Me hallaréis. Sepa en qué puedo  
Serviros, y hablad sin miedo,  
Que fácil soy, y barato.  
Muy poco habeis menester  
Cansaros en conseguirme.

FLERIDA.

Vos, Fabio, habeis de decirme  
Una cosa que saber  
Pretende mi autoridad;  
Porque importa á su decoro,  
De una sospecha que ignoro  
Averiguar la verdad.

FABIO.

Si es hablar yo el conseguirlo,  
Hecha está la gracia dello,  
Pues mas que vos por sabello,  
Me muero yo por decirlo.

FLERIDA.

Tomad aquesta cadena.

FABIO.

Sí haré por cierto; y no ignoro  
Que, por ser vuestra y de oro,  
Será por extremo buena.  
Por hablar rabiando estoy.  
Preguntad.

FLERIDA.

¿Quién es la dama  
A quien Federico ama?

FABIO.

Desdichado hablador soy,  
Pues una cosa no mas,  
Señora, que yo he ignorado,  
Es la que habeis preguntado

FLERIDA.

Si no le dejais jamas,  
¿Cómo es posible que no  
Lo sepais? (*Ap. Tormento grave!*)

FABIO.

Pues si él mismo no lo sabe,  
¿Cómo he de saberlo yo?

FLERIDA.

Tan oculta estar su pena  
No pndo.

FABIO.

Pues siendo así,  
Contádmela vos á mí,  
Y tomad vuestra cadena.  
Porque en efecto, señora,  
Sin que á nadie su amor fie,  
El á sus solas se rie,  
Y él á sus solas se llora.  
Si recibe algun papel,  
No vemos quién se le da,  
Ni sabemos á quién va,  
Si acaso le escribe él.  
Solo hoy es el día que mas  
De su amor llegué á entender,  
Pues acabando de lér  
Un papel, que Barrabas  
Debí de darle, «hoy me espera,  
Dijo, en la tiniebla oscura  
Una divina hermosura  
Para hablarme.»

FLERIDA.

¿De manera,  
Que esta noche se han de hablar?

FABIO.

Si amor pendencias no entabla  
Con que se quiten el habla.

FLERIDA.

¿Y es posible (*Ap.* ¿Qué pesar!)  
Que la casa ó calle (*Ap.* ¡Hoy muero!)  
De la dama no has sabido?

FABIO.

Eso sí: en palacio ha sido.

FLERIDA.

¿De qué lo sabes?

FABIO.

Lo infiero  
De que siente sin mudanza,  
De que goza sin empleo,  
De que adora sin deseo,  
De que ama sin esperanza,  
Y de que noches y dias  
Escribe un gran cartapacio;  
Y solo son de palacio  
Tan discretas boherias.

FLERIDA.

Pues mirad lo que ahora os mando.  
Vos habeis de procurar  
Con cuidado averiguar  
Quién es la dama, notando  
Desde hoy todas sus acciones;  
Y con cualquier novedad  
Que hiciere su voluntad,  
En todas las ocasiones  
Que la haya, venidme á ver;  
Que desde aquí os doy licencia  
Para entrar en mi presencia.

FABIO.

Gentil hombre de placer  
Se llama, si no me engaño,  
Esa merced que me haceis.

FLERIDA.

Y porque nunca dudeis  
De dónde el provecho ó daño  
Os viene: todo es de mí,

Si servís, Fabio, el provecho;  
Y el daño, si vuestro pecho  
Dice á nadie lo que aquí  
Hemos hablado los dos.

FABIO.

Un mudo mirón no dudo  
Que será, si hay mirón mudo.

FLÉRIDA.

Id con Dios.

FABIO.

Quedad con Dios. (Vase.)

### ESCENA IX.

FLÉRIDA.

Loco pensamiento mío,  
¿Qué tirano imperio tienes  
En mí, que á quitarme vienes  
Los fueros del albedrío?  
¿Tanto de mí desconfío,  
Que ha de postrarme un temor?  
¡Aquí, aquí de mi valor,  
Aquí de mi misma, cielos!  
Mas ¡ay! que callar no puedo con celos;  
Basta que pueda callar con amor.  
¿Esta noche (estoy dudando)  
Ha de ser (estoy muriendo)  
Quedarme yo padeciendo  
Lo que ellos están gozando?  
Pues no ha de ser. Logren, cuando  
Yo no lo sepa, el favor;  
Que sabido, será error  
No estorbarle. ¡Piedad, cielos!  
Mas ¡ay! que callar no puedo con celos;  
Basta que pueda callar con amor.  
Con este pliego, que había  
A otro propósito escrito...  
El viene. Mal solícito  
Encubrir la pena mía.

### ESCENA XII.

FEDERICO, con cartera y papeles. —  
FLÉRIDA.

FEDERICO.

Estas cartas, gran señora,  
Tiene que firmar tu Alteza.

FLÉRIDA.

(Ap. Valor, ingenio y grandeza,  
Todo es menester ahora.)  
Poned las cartas ahí,  
Federico, que despues  
Las firmaré; que ahora es  
Mas necesario (¡ay de mí!)  
Que á mi servicio acudais  
En otra cosa, que importa  
Mas que eso.

FEDERICO.

¿Qué es?

FLÉRIDA.

Que una corta  
Jornada esta noche hagais.

FEDERICO.

¿Esta noche?

FLÉRIDA.

Si: aquí os doy

La carta...

FEDERICO. (Ap.)

¡Fuerte pesar!

FLÉRIDA.

Que vos habeis de llevar.

FEDERICO.

Va conocéis cuánto estoy  
Con suma solicitud  
Siempre deseando el eniplo

De vuestro servicio. Hoy creo  
Que de mí poca salud  
La ocasion, darme podrá  
Disculpa para pedirlos  
Que...

FLÉRIDA.

Ninguna he de admitiros.  
Breve la ausencia será:  
Mañana estaréis aquí.  
Y advertid que de vos fio  
No ménos que el honor mío.  
No hay que excusaros; y así  
Tomad, y ved que al instante  
Os tengo de ver partir.  
Y otra vez vuelvo á decir  
Que á quien soy es importante  
Que vais á llevarla vos.  
El sobrescrito dirá  
Para quién y adónde va.  
Traedme respuesta, y adios. (Vase.)

FEDERICO.

¡La noche que Laura bella  
Me da licencia de hablalla,  
En toda ella no se halla  
Para mí sola una estrella!  
¿Qué haré? que mi amor no debe  
Deslucir la lealtad mía.

### ESCENA XIII.

FABIO. — FEDERICO.

FABIO.

Señor, ¿es muy largo el día?

FEDERICO.

Es el diablo que te lleve.  
Al punto (¡pena cruel!)  
De aquí parte (¡liero agravio!),  
Y preven dos postas, Fabio.

FABIO.

¿Ha venido otro papel  
Por el fuego ó por el viento?

FEDERICO.

Una carta vino.

FABIO.

¿Hay mas  
De enmendarla, y quedarás  
Como una pascua contento?  
Vuélvela otra vez á ver,  
Y mejora tu querella.

FEDERICO.

Aun el sobrescrito della  
No me he atrevido á leer.

FABIO.

Léle, á ver si contradice  
A lo que primero fué.

FEDERICO.

Adónde me envía veré.  
Al duque de Mantua, dice.  
(Ap. Ya es otra mi confusion.  
Sin duda que ha conocido  
Al Duque, y que así ha querido  
De la especie de traicion,  
Con que en casa le he ocultado,  
Dárseme por entendida,  
Pues me previene ofendida  
Que esto á su honor ha importado.  
De un riesgo en otro cayendo,  
Loco pensamiento, vas.)

FABIO.

¿Enmendóse?

FEDERICO.

Cuanto mas  
Lo miro, ménos lo entiendo.

FABIO.

¿Viene en cifra.

FEDERICO

¿Que tormento!

FABIO.

Como la que uno escribió  
En guarismo?

FEDERICO.

¿Qué sé yo?

FABIO.

Si no lo sabes, va el cuento.  
De una dama era galán  
Un vidriero, que vivía  
En Tremecen, y tenía  
Un grande amigo en Tetuan.  
Pidióle un día la dama  
Que á su amigo le escribiera  
Que una mona remitiera;  
Y como siempre quien ama  
Se desvela en conseguir  
Lo que su dama le ordena,  
Por escoger una buena,  
Tres ó cuatro envió á pedir.  
El tres ó cuatro escribió  
En guarismo el majadero:  
Y como es allí la o cero,  
El de Tetuan leyó:  
«Amigo, para personas  
A quien tengo voluntad,  
Luego al punto me enviad  
Trescientas y cuatro monas.»  
Hallóse afligido el tal;  
Pero mucho mas se halló  
El vidriero cuando vió  
Contra su frágil caudal,  
Dentro de muy pocos días,  
Apearse con estruendo  
Trescientas monas, haciendo  
Trescientas mil monerías.  
Si te sucede lo mismo.  
Lé sin ceros, pues es llano  
Que una mona en castellano  
Son cien monas en guarismo.

FEDERICO.

Darme á mí estas cartas, bien  
Dicen por qué en mí se emplean.

FABIO.

¿No hay remedio de que sean  
Ménos las monas?

FEDERICO.

¿Quién, quién

En el mundo se habrá visto  
En igual duda? ¿Qué haré?

### ESCENA XIV.

ENRIQUE. — FEDERICO, FABIO.

ENRIQUE.

¿Qué es lo que teneis?

FEDERICO.

No sé

Cómo mis dudas resisto.  
Oíd aparte.

FABIO. (Ap.)

Esto no puedo  
Sufrir. ¡Guardarse de mí!  
En toda mi vida oí  
Huésped que hablase mas quedo.

FEDERICO.

¿Qué es lo que hemos de hacer?

ENRIQUE.

Vamos

A casa; aquí no lo hablemos,  
Pues en la carta verémos  
La obligacion en que estamos.  
Si se da por entendida,  
El descubrirme será



La respuesta; y si no está  
De quién yo soy advertida,  
(Que puede ser, ser aquésta,  
Ignorando que aquí estoy,  
Otra cosa) escribiendo hoy,  
Dar mañana la respuesta.

FEDERICO.

Decis bien. Y cuando yo  
(Que lo diga ó no lo diga)  
Otra cosa no consiga  
Por ahora mas que no  
Hacer ausencia este día,  
Daré por bien empleado  
Todo el disgusto pasado,  
No faltando á la fe mía;  
Porque si para vos fué  
La carta, no hay culpa en mí,  
Puesto que á vos os la di,  
Donde quiera que os hallé.

ENRIQUE.

Sus designios manifiestos  
En esta carta vendrán.  
Vamos á casa.

(Vase.)

## ESCENA XV.

FEDERICO, FABIO.

FABIO.

¿Estarán,

Señor, los caballos puestos?

FEDERICO.

Sí, Fabio, porque aunque ya  
No me ausente, importa hacer  
La deshecha.

FABIO.

¿Qué placer

Es este?

FEDERICO.

Amor lo dirá.

FABIO.

¿Ya alegre?

FEDERICO.

¿De qué te espantas?

FABIO.

De nada, pues sé que ha sido...

FEDERICO.

¿Qué?

FABIO.

Haber la cifra entendido,

Y no ser las monas tantas. (Vanse.)

## ESCENA XVI.

LAURA.

¿Qué perezoso es el día  
De una esperanza! Parece  
Que se te olvida á la noche  
La jurisdicción que tiene,  
Pues tan á espacio las sombras,  
Funestos pájaros leves,  
Las nocturnas alas baten,  
Las lóbregas plumas tienden  
¡Ay Federico! si ya  
Llegase la hora de verme  
Donde contigo mis ansias  
Se alivien y se consuelen!  
Y ¡ay Flérida! ¿qué han querido  
Decir tantos pareceres,  
Con que el desden disimulas,  
Con que el favor desvaneces?  
Pasar á su cuarto quiero,  
Antes que al jardín me lleve  
Anticipada la pena  
De mi zozobrada suerte;  
Pues con aquesto dos cosas  
Consigo: una, que no llegue

T. VII.

A preguntar por mí; y otra,  
Ver si hablando se divierte  
El deseo, que tal vez  
Hacer ocupadas suele,  
Si no mas breves las horas,  
Que nos parezcan mas breves.

## ESCENA XVII.

FLERIDA, FLORA, con luces. —  
LAURA.

FLÉRIDA.

Laura, prima, ¿en qué mi amor  
Tanta ausencia te merece,  
Que en todo hoy no me has visto?

LAURA.

Estimo el favor de haberme  
Echado ménos, señora;  
Pero un pequeño accidente  
Me retiró, y aunque dél  
Mal el alma convalece,  
Sin besar ántes tu mano  
No he querido recogerme;  
Y así vengo á saber solo  
Cómo, señora, te sientes.

FLÉRIDA.

Pésame que de tu ausencia  
Tu salud la causa fuese,  
Y huélgome de que hayas  
Venido, aunque tarde, á verme,  
Porque te he menester, Laura,  
Esta noche; y así puedes  
Avisar de que conmigo  
Te quedas.

LAURA.

Señora, advierte...

FLÉRIDA.

¿Qué he de advertir? ¿No lo ha hecho  
Esto el cariño mil veces?  
Hágalo la conveniencia  
Una; que á ti solamente  
Puedo fiar un secreto.

LAURA. (Ap.)

¿Quién vió confusion mas fuerte?  
Si replico, sospechosa  
Me he de hacer (¡cielos, valedme!);  
Si no, he de perder...

FLÉRIDA.

¿Qué dices?

LAURA.

Que a tu servicio me tienes.  
Tuya soy.

FLÉRIDA.

Déjanos solas. (Vase Flora.)

## ESCENA XVIII.

FLERIDA, LAURA.

FLÉRIDA.

Ahora tú, Laura, atiende.  
Yo he sabido que un amante  
(No sé cómo te lo cuente)  
Ha recibido un papel  
En que una dama le ofrece  
Hablarle esta noche...

LAURA. (Ap.)

¿Qué oigo!

FLÉRIDA.

Y aunque sé el galán quién fuese  
Quién fuese la dama ignoro...

LAURA. (Ap.)

Eso sí.

FLÉRIDA.

Y saber conviene  
Cuál dellas por esas rejas,

Que al terrero caen, se atreve  
A profanar del decoro,  
Las únicas violadas leyes.

LAURA.

Harás muy bien, porque es  
Grande atrevimiento ese.

FLÉRIDA.

No es justo por mi persona  
Bajar yo, ni era decente;  
Y así de ti, hermosa Laura,  
Me he de fiar, pues tú eres  
En quien mi imaginación,  
Por mas que discurra y piense,  
No ha osado poner la sombra  
Del escrúpulo mas leve.

LAURA.

Pues ¿qué mandas?

FLÉRIDA.

Has de ser,

Bajando una y muchas veces  
Al jardín aquesta noche,  
Centinela diligente  
De mi honor, reconociendo  
A la que en su esfera encuentres.  
Y no te parezca, Laura,  
Que es decoro solamente;  
Que conocer quiero á quien  
A Federico (imprudente  
La lengua su nombre dijo;  
Poco importa) favorece.  
Aquesto, prima, te encargo.

LAURA.

En vano me lo encareces,  
Porque yo, atenta á tu gusto,  
Y á tu servicio obediente,  
No solo iré, como mandas,  
Al jardín una y mil veces,  
Pero hasta el amanecer  
Estaré en él muy alegre,  
Por ver que en eso te sirvo.

FLÉRIDA.

Mi prima y mi amiga eres,  
Mi honor y gusto te fio,  
Cordura y ingenio tienes.  
Entiéndelo, Laura mía,  
Tú allá como tú quisieres,  
Y yo diré que lo siento  
Del modo que tú lo sientes. (Vase.)

## ESCENA XIX.

LAURA.

¡Válgame Dios! ¿Qué de cosas  
A mi discurso se ofrecen,  
Tan atropelladas, que  
Las unas de otras pendientes,  
Queriendo acabar con todas,  
No hallo una por donde empiece!  
Mas ¿qué me añaño? Mejor  
Será que todo lo deje  
De una vez al desengaño;  
Y para reconocerle,  
El mejor medio tambien  
Es callar hasta que llegue  
A hablarlas con Federico;  
Pues es preciso que muestre  
O su voz ó su semblante,  
Si me obliga ó si me ofende. (Vase.)

Jardín del palacio ducal. A un lado pared con  
una ventana, postigos y reja.

## ESCENA XX.

LAURA.

¡Oh tú, hermoso jardín bello,  
Cuya república verde

Patria es del abril, pues solo  
Al abril conoce y tiene  
Por dios de su primavera,  
Por rey de sus doce meses :  
Quien voluntaria venia  
A 'u ameno sitio fértil,  
A repetir los amores  
De tus flores y tus fuentes,  
A tus fuentes y á tus flores  
Forzada y mandada viene,  
Con cuidado y con desvelo,  
A ver cuál es la que aleve  
Esconde el áspid de celos  
Que en el corazon me ofende!

(Dentro ruido.)

La seña han hecho en la calle :  
Fuerza es que dude y que tiemble  
El corazon. Mas ¿de qué,  
Si nadie en el mundo tiene  
Mas seguras las espaldas,  
Pues celos me las defienden? -  
¿Quién es?

(Abre los postigos de la ventana.)

### ESCENA XXI.

FEDERICO, á la reja.—LAURA.

FEDERICO.

No me lo preguntes.

Bella Laura, si no quieres  
Que ya mis seguridades  
A desconfianzas trueque.

¿Quién puede ser sino yo?

LAURA.

No te admires, no te quejes  
De que yo te desconozca,  
Puesto que tan otro eres  
Del que yo te imaginaba.

FEDERICO.

De qué suerte?

LAURA.

De esta suerte

La Duquesa, Federico,  
A aquestas rejas me tiene  
Para ver quien te ha llamado,  
De que bien claro se infiere  
Que tú dices mis favores,  
Y que ella tambien lo siente.

FEDERICO.

¡Plegue al cielo, Laura mia  
(Mia dije, no me alegues  
Que, yendo á decir verdades,  
Por una mentira empiece),  
Que los cielos me destruyan,  
Que un rayo me dé la muerte  
Si de mi pecho ha salido  
Ni aun el acento mas leve  
Que mi secreto profane!  
¿Qué mas desengaña quieres  
Que ser tú de quien se fie?  
Fuera de que ¿cómo puede  
Decir que aquí estés por mí,  
Si ella ahora me juzga ausente?  
Que esto es largo de contar.

LAURA.

Quando en esta parte quedas  
Disculpado, ¿quedaráslo  
En el cuidado que tiene  
En saber quién, Federico,  
Es la que te favorece?

FEDERICO.

Quando ella, que yo lo dudo,  
Ese cuidado tuviese  
Por sí, y no por mi respeto,  
¿No fuera, Laura, ofrecerte  
Mas gloriosa la victoria  
Que á mis rendimientos debes,

Pues quien vence sin contrario,  
No puede decir que vence?  
No me barajes mis quejas,  
Pues mas fundamento tienen  
En Lisardo, cuanto va  
De verdadero á aparente.  
¿En fin, ¡ay Laura! te casas?

LAURA.

No me caso; pero quieren  
Que me case mis desdichas.

FEDERICO.

Quien ama, todo lo vence.

LAURA.

Es verdad; pero tambien  
Todo quien ama lo teme.

FEDERICO.

¿Pues para qué me escribiste,  
Laura, que ántes que perderme  
Habias de perder la vida,  
Que mi retrato trajese  
A que el tuyo me escribieras?

LAURA.

No habia el inconveniente,  
Federico, que hay ahora.

FEDERICO.

¡A buen sagrado te atienes  
Para disculparte! ¡Ay Laura!  
Si ya resolucion tienes,  
¿Para qué ahora conmigo  
Tiempo ni palabras pierdes?  
Este es el retrato mio:  
Solo á ser testigo viene  
Ya de mis celos ¿qué miras?  
En el engaste parece  
Al de un retrato que tú  
Me enviaste, cuando alegre  
Me miraba la fortuna,  
Porque en esta parte fuese,  
Si no igual la joya, igual  
La caja que la guarnece.  
Tómale, y solo te pido,  
Si llegas casada á verte,  
Te guardes dél; que aun pintado,  
No sufrirá que le afrentes.

LAURA.

Yo, Federico... Mas mira  
Que siento en la calle gente.

FEDERICO.

¿Qué va que ibas á decirme  
Algo que bien me estuviese,  
Pues que viene quien lo estorbe?

LAURA.

Que soy tuya eternamente  
Iba á decir, y lo digo.

FEDERICO.

Pues venga ahora quien viniere.—  
Mas ya la esquina doblaron.

LAURA.

Con todo, es fuerza que cierre  
La reja hasta asegurarme;  
Y solo es lo que te advierte  
Mi voz, Federico, ahora,  
Que hay muchos que nos atienden.

FEDERICO.

¿Habrás mas que desvelarlos  
A todos?

LAURA.

Pues ¿de qué suerte?

FEDERICO.

Yo te escribiré mañana  
Una cifra, con que puedes  
Hablir delante de todos  
Conmigo solo, sin que entren

En sospecha ni la tengan  
Cuantos se hallaren presentes.

LAURA.

Paréceme que será  
El secreto á voces ese.

FEDERICO.

Pon cuidado en abrir sola  
La carta que te trajere.

LAURA.

Si haré; y á Dios, que te guarde.

FEDERICO.

El cielo tu vida aumente.

LAURA.

¡Ay, amor, lo que me cuestas!

FEDERICO.

¡Ay, Laura, lo que me debes!

### JORNADA SEGUNDA.

Sala del palacio ducal.

### ESCENA PRIMERA.

FEDERICO y FABIO, en traje de camina; ENRIQUE.

ENRIQUE.

Puesto, Federico, que  
La carta de la Duquesa  
Segunda intención no tuvo,  
Mas que ser cortés respuesta  
De la que habia recibido  
De mí; y enviarnos con ella  
A vos darla autoridad,  
Pareciéndola que era  
Justo, habiendo yo venido,  
Que deudo del Duque piensa,  
Que yendo vos allá, fuese  
Igual la correspondencia;  
No hay que temer de que sabe  
Quien soy; y así la mas cuerda  
Determinacion ahora  
Es que, haciendo la deshecha  
De que de Mantua venis,  
Mi carta le deis, que es esta:  
Con que estará mas segura,  
Viendo mi firma y mi letra,  
De que á Mantua fuisteis.

FEDERICO.

Bien

Reconozco todas esas  
Razones; y aunque ninguna  
Duda la carta me deja  
En razon de que os conozca;  
En razon de que pretenda  
Ausentarme á mi la noche  
Que alguna dama me espera  
Para hablarme, y que la dama  
Me diga que está su Alteza  
Advertida de que yo  
Favores suyos merezca,  
Y que por su estimacion  
Es forzoso que lo sienta,  
No puede, Enrique, dejar  
De darme alguna tristeza.

ENRIQUE.

Discurrir en eso es  
Para mas despacio. Esta  
Es la carta. Procuremos  
Sanear la duda primera;  
Que despues, á la segunda,  
Tiempo, Federico, queda.  
Tomad, y adios. (Dásete.)

FEDERICO.

¿No daréis

Despues á palacio vuelta?



ENRIQUE.

Claro está; que si es del alma  
La patria, el centro y la esfera,  
Cualquier instante que viva  
Fuera dél, vive violenta. (Vase.)

## ESCENA II.

FEDERICO, FABIO.

FABIO.

¡Que esto un hombre honrado sufra!

FEDERICO.

Pues, Fabio, ¿de qué te quejas?

FABIO.

Yo no me quejo de nada.  
Pero hagamos, señor, cuentas  
Del tiempo que te he servido;  
Que, si cada hora me dieras  
Lo que no me das cada año,  
Juro á Dios no te serviría  
Una hora mas.

FEDERICO.

Pues ¿por qué?

FABIO.

Porque traigo esta cabeza  
Mareada de discurrir;  
Y no hay en el mundo hacienda  
Para pagar un criado  
Que discurre, y mas en temas  
Tan varias como tú tienes.

FEDERICO.

¿Cómo así?

FABIO.

Destá manera.

«Fabio, yo me muero, Fabio,  
Solo este día le queda —  
Ya de vida á mi esperanza. —  
Voy á que el entierro venga  
Por tí. — No vayas, que ya  
No me muero; que esta negra  
Noche es día para mí. —  
Sea muy en hora buena. —  
¡Fabio! — Señor... — Luego al punto  
Me he de ausentar; adereza  
Dos caballos. — Ya lo están. —  
Ya no me ausento; mas vengán.  
Ponte en uno. — Ya lo estoy. —  
¿Qué hemos andado? — Una legua. —  
Pues volvamos. — Pues volvamos.  
¿No hay ausencia? — No hay ausencia.  
Vete á casa; no me sigas...» —  
Y tantas impertinencias  
De chismes y secretillos,  
Que el demonio que te entienda.  
Y en fin, yo no quiero dueño  
Que, no siendo papa, tenga  
Casos á sí reservados.

FEDERICO.

Calla, que viene su Alteza;  
Y mira que otra vez digo  
Que de ninguna manera  
Nadie sepa que esta noche  
Yo no hice de Parma ausencia.

FABIO.

Claro está. (Ap. Rabiando estoy,  
Porque Flérida lo sepa,  
Por tres razones: la una,  
Regalar aquesta lengua;  
La dos, vengarme de tí;  
Y la tres, servirla á ella.)  
(Retranse á un lado.)

## ESCENA III.

FLERIDA, LAURA. — FEDERICO y  
FABIO, retirados.

FLÉRIDA.

¿En fin, Laura, no bajó  
Nadie á la apacible esfera  
Dese jardín?

LAURA.

¿Cuántas veces  
Quieres que te lo reliera?

FLÉRIDA.

Esta vez sola.

LAURA.

Pues digo  
Que en su hermosa estancia amena  
Estuve, hasta que riendo  
El alba de mi obediencia,  
Convirtió la risa en llanto,  
Una flores y otro perlas,  
Y nadie bajó al jardín;  
De suerte que tus sospechas,  
Si no es contra mí, señora,  
No hay otra de quien las tengas.

FLÉRIDA.

Si hay, Laura, porque es muy fácil...

LAURA.

¿Qué?

FLÉRIDA.

Que la dama supiera  
Que á Federico tenía  
Ausente á una diligencia,  
Y no bajase al jardín.  
Mas por lo ménos me queda  
El gusto de que estorbé  
Que no se hablasen y vieran  
Esta noche.

LAURA.

Claro está.

(Ap. ¡Si bien supieses cuán necia,  
Tercera tú de tus celos,  
Los has juntado tú mesma!)

(Llegan Federico y Fabio)

FEDERICO.

Dame, señora, á besar  
Tu mano.

FLÉRIDA.

¿Con tanta priesa,  
Federico, habeis venido?

FEDERICO.

Es veloz la diligencia  
Del que sirve con deseo.

FABIO.

Si, señora; y una legua,  
Que hay de aquí á Mantua...

FEDERICO.

FABIO.

Decir quise una docena.

FLÉRIDA.

¿Traeis carta del Duque?

FEDERICO.

Habia de venir sin ella?

FABIO. (Ap.)

En mi vida vi mentir  
Con mas gentil desvergüenza.

FEDERICO.

Esta, señora, es la carta. (Dásela.)

FLÉRIDA.

Suya es. (Ap. Mi venganza es cierta.)

FABIO. (Ap. á su amo.)

¿Qué carta es esta?

FEDERICO.

Del Duque.

FABIO.

¿A mí tambien me la pegas?

FLÉRIDA.

¿Y cómo os ha ido?

FEDERICO.

Tan bien

(Segun, señora, desea  
El amor con que yo os sirvo  
Emplicarse en vuestra obediencia),  
Que os prometo que en mi vida  
Noche he tenido mas buena.

FLÉRIDA.

Yo lo creo así. (Ap. Por mas  
Que disimular pretenda,  
No puede.)

LAURA. (Ap.)

Bien su semblante,  
Que habla en dos sentidos, muestra

FLÉRIDA.

(Lee.) «De las honras y mercedes  
»Que hace á Enrique vuestra Alteza,  
»Y á mi en que su secretario  
»Me trajese la respuesta,  
»Estoy tan agradecido,  
»Que no es posible que pueda  
»El alma desempeñarse  
»Jamás de una y otra deuda;  
»Y mas cuando se halla el alma  
»A la obligacion atenta  
»De una esclavitud...» No mas.  
Esto es ya de otra materia. —  
Bien servida. Federico,  
Estoy de la diligencia  
Que habeis hecho.

FEDERICO.

Y yo muy vano  
De haber acertado á hacerla.

FLÉRIDA.

Cansado vendréis: id pues  
A descansar, y dad vuelta,  
Firmaré aquellos despachos.

FEDERICO.

Primero, con tu licencia,  
Daré á la señora Laura  
Esta carta en tu presencia;  
Porque quien tocar no debe  
La mas descuidada prenda  
Suya, no es justo que aguarde  
A darla cuando te ofenda. (Dásela.)

FLÉRIDA.

¿Cuya es la carta?

FEDERICO.

No sé.  
Del cuarto de la Duquesa,  
Madre del Duque, una dama  
Me llamó, pienso que deuda  
O amiga suya.

FABIO. (Ap.)

Yo estoy,  
Oyéndole, hecho una bestia.

LAURA.

Ya, señora, he conocido  
La letra. Madama Celia  
Es, y con licencia tuya  
Allí me retiro á lérla. —  
(Ap. Hasta perderla de vista,  
Iré de temores muerta.)

FEDERICO.

Abrela presto.

LAURA.

Si haré.

(Vase.)

FLÉRIDA. (A Federico.)

Id con Dios.

FEDERICO.

Vivas eternas  
Edades, que cuente el sol. (Vase.)

## ESCENA IV.

FLERIDA, FABIO.

FLÉRIDA.

Oh cuánto quedo contenta  
he haber á su amor quitado  
La ocasion! que, aunque se queda  
En pié la duda, tambien  
Se queda en pié la advertencia  
Para estorbarlo otras muchas.

FABIO. (Ap.)

Si todas son como aquesta  
Por cierto que tú habrás hecho.  
Bonísima diligencia.

FLÉRIDA.

Fabio.

FABIO.

Para hablarte, estaba  
Esperando que se fuera,  
Haciendo, en esas pinturas  
Divertido, la deshecha.

FLÉRIDA.

Dime si por el camino  
Sentía mucho esta ausencia.

FABIO.

¿Qué ausencia?

FLÉRIDA.

La desta noche.

FABIO.

¿Luego tú, señora, piensas  
Que él ha salido de aquí?

FLÉRIDA.

¿Cómo es posible que sea  
Lo contrario, si del Duque  
Trae, no solo la respuesta  
Firmada, pero la carta  
Toda escrita de su letra?

FABIO.

¿Qué sé yo? El salió conmigo;  
Pero á ménos de una legua,  
Conmigo volví.

FLÉRIDA.

¿Qué dices?

FABIO.

La verdad tan manifesta,  
Que no hay mas verdad. Dejéme  
En casa con la advertencia  
Ordinaria de que habia  
De estar encerrado en ella,  
Y él se fué á sus pitos flautos.

FLÉRIDA.

No es posible eso ser pueda.

FABIO.

Pues iría á sus flautos pitos.

FLÉRIDA.

Oye, y dime lo que resta.

FABIO.

Al amanecer volvió  
Dando mil alegres muestras  
De venir favorecido.

FLÉRIDA.

Miente tu atrevida lengua.

FABIO.

Quien miente, miente en buen duelo.

FLÉRIDA.

¿Pues á quién mandó que fuera?

FABIO.

A nadie.

FLÉRIDA.

¿Cómo trae cartas?

FABIO.

¿Qué dificultad es esa?  
Pues quien un demonio tiene  
Que billetes trae y lleva,  
Hacerle podrá tambien  
Que con cartas vaya y venga.  
Infaliblemente aqui  
Hay familiar; que esta tema  
Mía no miente.

FLÉRIDA.

Pensar

Es fuerza que mientes.

FABIO.

¿Buena....!

Juro á Dios, señora mía,  
Que la verdad es aquesta,  
Que no ha ido, y que se ha estado  
Toda aquesta noche entera  
Con su dama.

FLÉRIDA.

Calla, y vete;

Que vuelve Laura, y quisiera  
Saber, para salir yo  
De las dudas que me cercan,  
Qué carta para ella trajo.

FABIO. (Ap.)

¡Válgate Dios por Buena,  
El cuidado en que le ha puesto  
Saber á quien galantea  
Federico! El, vive Dios,  
Hace mal en no entenderla.  
No lo hubiera ella conmigo,  
Que yo lo hubiera con ella. (Vase.)

## ESCENA V.

LAURA. — FLERIDA.

LAURA. (Ap.)

Ya que la cifra quité,  
Vuelvo á ver á la Duquesa,  
Para que de mi retiro  
Ningun escrúpulo tenga.

FLÉRIDA.

Laura, ¿qué es lo que te escribe  
Celia?

LAURA.

Mil impertinencias.

Aquesta, señora, es  
La carta, si quieres verla. — (Sacala.)  
(Ap. Daréla la que venia  
Dentro, para la deshecha,  
Quitada la cifra ya.)

FLÉRIDA.

No, Laura, no quiero verla;  
Que yo solamente quiero  
Que mi sentimiento entiendas.  
Ya te dije ayer que habia  
Sabido por cosa cierta,  
Que á Federico una dama  
Le habia escrito que viniera  
A hablarla de noche.

LAURA.

Si.

FLÉRIDA.

Que al principio lo hice ofensa  
De mi decoro, despues  
Curiosidad, luego tema,  
Y que por saber la dama,  
A él le mandé hacer ausencia,

Y á ti que el jardin guardases.  
Pues sabrás que ahora me cuenta  
Una espía, que á su lado  
Anda, que anoche (¡qué pena!)  
No se ausentó Federico,  
Y toda la noche entera  
Con su dama ba estado hablando.

LAURA.

¿Hay tan grande desvergüenza?  
¿Y dice la dama?

FLÉRIDA.

No.

LAURA.

Pues, señora, no lo creas;  
Que cuando á ti te engañase  
Con esa carta supuesta,  
¿A qué propósito habia  
De engañarme á mí con esta?

FLÉRIDA.

¿Estás cierta que esa carta,  
De tu prima es?

LAURA.

Y bien cierta.

FLÉRIDA.

Pues él debió de enviar  
Otra persona por ellas,  
Y eso no sabe la espía.

LAURA.

Eso es sin duda.

FLÉRIDA.

Ahora resta

Otra duda. Tú estuviste  
En el jardin, y á sus rejas  
Ninguna dama salió:  
Luego es cierto (según cuenta  
Este hombre, que con su dama  
Estuvo hasta que amanezca.)  
Que no es su amor en palacio.

LAURA.

No lo dudes, y que sea  
En la ciudad es mas fácil.

FLÉRIDA.

Pues yo he de hacer experiencias  
Extrañas, hasta saber  
Aquesta dama quién sea.

LAURA.

¿Qué te va, señora, en eso?

FLÉRIDA.

No te hagas, Laura, tan necia:  
Porque habiendo ya llegado  
Contigo y conmigo mesma  
A declarar lo que siento,  
¿Qué importa que él no lo sepa?  
Que es tan grande mi altivez,  
Es tan vana mi soberbia,  
Que no debe consentir  
Ni aun ignorada la ofensa. (Vase.)

## ESCENA VI.

LAURA.

Avisar á Federico  
Importa de todas estas  
Celosas curiosidades.  
Mas ¡ay de mí! que la mesma  
Razon de avisarle yo  
Lo será de que él entienda  
Los celos que tiene dél  
Flérída; y no es accion cuerda  
Dar á entender al amante  
Mas firme, que hay quien le quiera;  
Porque el mas humilde cobra,  
Querido, tanta soberbia,  
Que la dádiva del gusto



Ya desde allí la hace denda.  
Pero ménos esto importa,  
Que no que él (¡ay Dios!) no sepa  
Las espías que le siguen  
Y los daños que le cercan.  
Para avisárselo quiero  
Repasar primero esta  
Contracifra que me envía;  
Que es bien que mejor la entienda.  
(Guarda la carta, saca otra, y lee.)

«Siempre que quieras, señora,  
»Que de algo tu voz me advierta,  
»Lo primero será hacerme  
»Con el pañuelo una seña  
»Para que esté atento yo.  
»Luego, en cualquiera materia  
»Que hables, la primera voz  
»Con que empieces razón nueva,  
»Será para mí, y las otras  
»Para todos; de manera  
»Que pueda yo juntar luego  
»Todas las voces primeras.  
»Y saber lo que me has dicho;  
»Y aquesto mismo se entienda  
»Cuando yo la seña hiciere.»  
Fácil es la cifra y cuerda;  
Pero la dificultad  
Está en saber entenderla,  
Y saber jugar las voces  
De modo que á todo vengan.  
Por no errarlo, vuelvo á lér.

## ESCENA VII.

LISARDO. — LAURA.

LISARDO. (Ap.)

Tan divertida y suspensa  
Laura en un papel está,  
Que aunque es verdad que no puedan  
A tan sagrado respeto  
Llegar las viles sospechas  
De los celos, es forzoso  
Que puedan llegar las necias  
Curiosidades de ver  
Qué hay que tanto la divierta.  
¡Oh si lér pudiera yo  
El papel, sin que me viera!

LAURA.

¿Quién aquí?...

LISARDO.

Yo, Laura.

LAURA (Ap.)

¡Ay triste!

LISARDO.

¿De qué te turbas y alteras?

LAURA.

Yo ni me altero ni turbo.

LISARDO.

Ajado el papel lo muestra,  
Turbado el color lo dice.

LAURA.

Entiende mejor las señas  
Del color y del papel,  
Verás que no son auestas  
De la turbación efectos,  
Sino efectos de la ofensa,  
Con que tu desconfianza  
A mi estimación afrenta.  
¿Tú á traición, tú á hurto conmigo,  
Cauteloso? (Ap. El mundo vea  
Que el remedio de la culpa  
Es apelar a la queja.)

LISARDO.

Yo, Laura, no desconfío;  
Y para que mejor veas  
Cuán confiado mi amor  
Está de tus nobles prendas,

Sin temor de que lo encubras,  
Te ha de preguntar mi lengua,  
¿Qué papel es ese?

LAURA.

Este

Es un papel, que se lleva  
Ya el aire en breves pedazos;  
Porque á pregunta tan necia,  
Que es hija del viento, es bien  
Que al viento dé la respuesta.

(Rásgalo.)

LISARDO.

Yo la cobraré del viento,  
Que es á quien tú se la entregas.

LAURA.

No harás tal; que, aunque no importe  
Que le juntes y le leas,  
Es ya reputación mia  
Castigar viles sospechas  
Que de mí á tener llegaste.

LISARDO.

Mia también...

LAURA.

Ya le lleva

El viento, y no eres mi esposo  
Para que á tanto te atrevas.

LISARDO.

Soy tu primo y soy tu amante,  
Cuando tu esposo no sea,  
Y he de juntar los pedazos  
Desta vilhora deshecha,  
Que en su carácter escrito  
Todo el veneno conserva.

LAURA.

No has de hacer; que esta, que tú  
Vibora llamas sangrienta,  
Ya es áspid de mi pisado.

LISARDO.

Aunque en sus flores nie muerda,  
Le he de coger.

LAURA.

No harás tal.

LISARDO.

Suelta, Laura.

LAURA.

Ingrato, suelta.

## ESCENA VIII.

ARNESTO, que sale por una puerta;  
FLÉRIDA, por otra, y luego, FE-  
DERICO y FABIO.—DICHOS.

ARNESTO.

Lisardo, ¿qué ruido es este?

FLÉRIDA.

Laura, ¿qué voces son estas?

LISARDO.

No es nada.

LAURA.

No es sino mucho.  
(Ap. ¡Aquí, amor, de mi cautela!)

LISARDO. (Ap.)

¡Aquí de mi valor, celos!

ARNESTO. (A Lisardo.)

¿Tú libre...

FLÉRIDA. (A Laura.)

¿Tú desatenta...

ARNESTO.

Con tu prima?

FLÉRIDA.

Con tu esposo?

ARNESTO.

¿Pues qué novedad es esta?

FLÉRIDA.

¿Qué causa hay entre los dos?

LISARDO.

No hay ninguna que yo sepa.

LAURA.

Si hay, y muchas. ¿A este instante  
Con una carta de Celis  
No me dejaste, señora,  
Aquí en la mano tú mesma?

FLÉRIDA.

Sí

LAURA.

¿Pues sentado eso, á tí  
Han de apelar mis ofensas  
De atrevimientos de quien  
Mis altiveces desprecia.  
Y porque sepas la causa,  
Escúchala, señora, atenta;  
Escúchela también mi padre  
Y enantos contigo llegan;  
Que me importa que no haya  
Ninguno que no lo entienda,  
Cuando ya el secreto á voces  
Digo que mi pecho encierra.

(Saca un pañuelo.)

FEDERICO. (Ap. á Fabio.)

¿Qué habrá sucedido, Fabio?

FABIO.

No sé. (Ap. Mas como no sea  
En razón de lo que yo  
He hablado á la Duquesa,  
Mas que sea lo que fuere.)

FEDERICO. (Ap.)

A su voz el alma atenta,  
Pues vi la seña, juntando  
Iré las voces primeras.

ARNESTO.

Prosigue, Laura: ¿qué aguardas?

FLÉRIDA.

Dí, Laura: no te detengas.

LAURA.

Flérída, cuya beldad  
Ha con tu ingenio igualado,  
Sabido es cuánto ha mostrado  
Ya mi afecto mi humildad.

FLÉRIDA.

Es verdad. ¿Mas dónde va  
Tu voz, que eso advertir quieras?

FEDERICO. (Ap.)

Las voces dicen primeras:  
Flérída ha sabido ya...

LAURA.

Que intente saear, señora,  
De aquí mi alivio, ¡ay de mí!  
No te admire; pues de aquí  
Te ausentaste apenas ahora... (Llora.)

ARNESTO.

La voz que lo diga baste;  
¿Lágrimas para qué fueron?

FEDERICO. (Ap.)

Claras las voces dijeron:  
Que de aquí no te ausentaste...

LAURA

¿Y qué importa llanto tal  
Con quien ofenderme osa?  
Tu dama soy, no tu esposa.  
Hablaste, Lisardo, mal.

LISARDO.

Tú fuiste quien agravíaste  
El justo amor de los dos.

FLÉRIDA.

Prosigue tú.—Callad vos.

FEDERICO. (Ap.)

*Y que con tu dama hablaste.*

LAURA.

*De que se me haya atrevido,  
Muy descortés, con accion  
Celosa y sin atencion,  
Está mi honor ofendido.*

LISARDO.

*Si un papel leyendo va,  
Y le rompe al querer verle...*

ARNESTO.

*Hizo muy bien en romperle.*

FEDERICO. (Ap.)

*De que muy celosa está.*

LAURA. (A su padre.)

*Mira lo que te apercibo :  
Bien puedo aqui morir yo ;  
En no casarme, y en no  
Nombrarme su esposa, vivo.*

ARNESTO.

*¿Cómo podréis disculparme  
Deste enojo ?*

LISARDO.

*Bien me añijo...*

ARNESTO.

*Ea, callad.*

FEDERICO. (Ap.)

*Ahora dijo :**Mira bien en no nombrarme...*

LAURA.

*Porque necio, descortés,  
Quien antes de ser marido,  
Anda conmigo atrevido, (A Arnesto.)  
Contigo ¿qué hará despues ?*

LISARDO.

*Que erré, hermosa Laura, digo ;  
Mas mis celos me disculpan.*

ARNESTO.

*¿Celos ? Ellos mas os culpan.*

FEDERICO. (Ap.)

*Porque quien anda contigo...*

LAURA.

*¿Es justo atreverse, di  
(Tú lo juzga), á pedir celos ?  
Mayor no puede haber, cielos,  
Enemigo para mí.  
Y ven, señor, porque mas  
Esta pasion no te ciegue :  
Noche ni dia no llegue  
A hablarme ó verme jamas.*

ARNESTO.

*En tu enojo ha de alcanzarme  
Mayor parte á su castigo.  
(Vase Laura y Arnesto.)*

FEDERICO. (Ap.)

*Es tu mayor enemigo...  
Y ven esta noche á hablarme.*

FLÉRIDA.

*Vos, Lisardo, habeis andado  
Con Laura muy desatento ;  
Pero de su sentimiento  
Yo os dejaré disculpado,  
Ya que contra vos han sido  
Hoy los celos en los dos,  
Porque los pedisteis vos.  
(Ap. Y yo porque no los pido.) (Vase.)*

## ESCENA IX.

FEDERICO, LISARDO, FABIO.

FABIO. (Ap.)

*¡Gracias á Dios que se fué,  
Sin hablar Flérída en mí,  
Quedando seguro aqui  
Del chisme que la parlé !*

LISARDO.

*¡Válgame el cielo ! ¿Tan raro  
Delito ha sido intentar,  
Federico, averiguar,  
Cuando en un papel reparo,  
Lo que contiene el papel,  
Para mostrarse ofendida  
Laura, Flérída sentida,  
Y su padre tan cruel ?  
Decidme, ¿habeis entendido  
La ocasion que ha habido aqui  
Para tanto extremo ?*

FEDERICO.

Sí,

*Para mí bien claro ha sido.  
Laura de vos se ofendió  
Por vuestra desconfianza.*

LISARDO.

*¡Ay de mi loca esperanza,  
Qué neciamente murió !* (Vase.)

## ESCENA X.

FEDERICO, FABIO

FEDERICO. (Ap.)

*¡Ay de la mía tambien !* (Vase.)

FABIO. (Ap.)

*Seguro me considero.*

FEDERICO. (Ap.)

*Juntar lo que dijo quiero,  
Si puedo acordarme bien ;  
Para cuyo efecto trato,  
Por engañar á mi estrella,  
Y pensar que lo oigo della,  
Preguntarlo á su retrato.  
(Saca un retrato.)**Bella imágen singular,  
Lo que dijiste, ¿qué fué ?*

FABIO. (Ap.)

*¿Retrato ? Ahora lo sé.  
Ya tengo mas que hablar.*

FEDERICO. (Repitiendo.)

*Flérída ha sabido ya  
Que de aquí no te ausentaste,  
Y que con tu dama hablaste,  
De que muy celosa está.  
Mira bien en no nombrarme,  
Porque quien anda contigo  
Es tu mayor enemigo ;  
Y ven esta noche á hablarme  
(A Fabio.) ; Viven los cielos, traidor,  
Que tú eres quien me ha vendido,  
Tú quien ha contado has sido  
Que no me ausenté !* (Castigale.)

FABIO.

Señor,

*¿Qué cólera repentina  
Te ha tomado ? ¿Pues por qué  
Me tratas así ?*

FEDERICO.

Yo sé

*Por qué, traidor.*

FABIO.

*Tu molina  
¿Qué ocasion tiene ? ¿No entraste  
Aquí gustoso conmigo ?**¿Pues qué indicio, qué testigo  
En aquesta sala hallaste,  
No habiéndote nadie hablado ?  
¿Quién te ha dicho mal de mí ?*

FEDERICO.

*Despues, villano, que aqui  
Entré, supe que has contado  
Que anoche no me ausenté,  
Que á ver á mi dama fui.*

FABIO.

*¿Despues que aqui entraste ?*

FEDERICO.

Sí.

FABIO.

*Señor, advierte...*

FEDERICO.

*Yo haré  
Que quedes escarmentado.*

FABIO.

*¿De quién aquí lo supiste ?*

FEDERICO.

*Mira tú á quien lo dijiste ;  
Que ese me lo habrá contado.*

FABIO.

*Yo á nadie. (Ap. A morir dispuesto,  
La verdad no he de decir.)*

FEDERICO. (Saca la daga.)

*¡Vive Dios, que has de morir  
Hoy á mis manos !*

## ESCENA XI.

ENRIQUE. — Dichos.

ENRIQUE.

*¿Qué es esto ?*

FEDERICO.

*Es dar la muerte á un infame.*

FABIO.

*Detente, señor.*

ENRIQUE.

Mirad

*Que en palacio estáis.*

FEDERICO.

Dejad

*Que su vil sangre derrame.*

ENRIQUE

*Huye.*

FABIO.

*Eso haré con presteza  
Muy bien, si el paso me ofreces,  
Porque lo he hecho muchas veces.  
(Ap. ¿Parlerita me es su Alteza ?)* (Vase.)

## ESCENA XII.

ENRIQUE, FEDERICO.

ENRIQUE.

*¿Cómo aquí tan descompuesto  
Así os mostrais ? Sepa pues  
La causa.*

FEDERICO.

La causa es

*En la que un traidor me ha puesto  
Flérída, Enrique, ha entendido  
Que de aquí no me he ausentado.*

ENRIQUE.

*¿De quién ?*

FEDERICO.

*Solo ese criado,  
Vos y yo lo hemos sabido.*



ENRIQUE.

Ella os lo ha dicho?

FEDERICO.

Ella no,  
Porque, cuerda y advertida,  
No se da por entendida.

ENRIQUE.

Quizá quien os lo contó  
Lo inventa.

FEDERICO.

Eso no, porque  
Es la mas interesada

ENRIQUE.

Bien puede estar engañada

FEDERICO.

No puede, y así no sé  
Otro medio de que usar,  
Sino en pena tan cruel  
Hacer del ladrón fiel,  
Y llegarla á confesar  
La verdad.

ENRIQUE.

Aunque yo fuera  
Entonces el mas culpado,  
Por veros asegurado  
A vos, en ello viniera,  
Si de su efecto pensara  
Que ser acierto podía.

FEDERICO.

Pues en la confusion mia,  
¿Qué hiciérais vos?

ENRIQUE.

Callar  
Hasta ver lo que le da ella,  
Y entonces obrara yo;  
Porque, ó lo ha sabido, ó no.  
Si lo ha sabido, y su bella  
Discrecion pasa por ello,  
¿Contra vos no es ir obrando  
Hacer que lo sepa, cuando  
Ella no quiere sabello?  
Si no lo ha sabido, ha sido  
Obrando ir contra los dos;  
Pues vendrá á saber de vos  
Lo que de otro no ha sabido.  
Y así lo que hiciera yo  
Fuera balagar al criado:  
Si calló, porque irritado  
No lo diga ahora; y si no,  
Porque si lo dijo ya,  
Con la queja no volviera,  
Y ella obligada se viera  
A declararse.

FEDERICO.

Aunque está  
De otra parte mi opinion,  
La vuestra quiero seguir,  
Soló por poder decir  
Que no erré por mi eleccion.  
Al criado buscaré,  
Y hablaré á Flérída bella,  
Sin disculparme, hasta que ella  
Por entendida se dé. (Vase.)

## ESCENA XIII.

ENRIQUE.

De su confusion heredo  
Las dudas en que ahora estoy;  
Pues aunque él de mí se asienta,  
Deja en mí su confusion.  
A ver á Flérída vine  
Pensando entonces que no  
Aspirara mi deseo  
A empeño (¡ay de mí!) mayor:  
De un día pasando en otro,

Dentro de su corte estoy  
Disimulado, á peligro  
De ofender la estimacion;  
Pues es fuerza que haya muchos  
Que me conozcan, y voy  
Neciamente haciendo ofensa  
La que fué en mi obligacion.  
Pues si mi intencion la sido  
Solo hacer mis partes yo,  
¿Qué aguardo? ¿Por qué no empiezo  
A ejecutar mi intencion? (Vase.)

Jardin.

## ESCENA XIV.

FLERIDA, *por un lado*; ENRIQUE, *per otro*.

FLERIDA.

¿En fin me traes otra vez,  
Ciega, tirana pasion,  
Adónde...? Enrique, ¿qué haceis?

ENRIQUE.

Dando, gran señora, estoy  
A estas flores y á estas fuentes,  
De quien vos aurora sois,  
Quejas del amor.

FLERIDA.

¿Por qué?

ENRIQUE.

Porque al miraros á vos,  
Hermosísima deidad  
De su florida estacion,  
Matar, como el sol, á rayos,  
Y á flechas como el amor,  
Le dije: «No desperdiciéis  
Tantas municiones hoy;  
Pues si solo un rayo, sola  
Una flecha te bastó,  
¿Para qué es, amor tirano,  
Tanta flecha y tanto sol?»

FLERIDA.

Dos veces extraño, Enrique,  
La plática; y son las dos,  
Una, que así vos me habéis,  
Y otra, que os lo suita yo.  
Idos de aquí; que si el Duque  
A mi corte os envió,  
Para que fueseis no fué  
Al Duque y á mi traidor.

ENRIQUE.

Ni á vos, señora, ni á él  
Imagino que lo soy,  
Pues el Duque es el que siente  
Todo lo que digo yo.

FLERIDA.

Casar por poderes muchas  
Veces el mundo lo vió;  
No enamorar por poderes.  
Y cuando aquesta razon  
Admita, y por él me habéis,  
¿Mi lengua no os advirtió  
Que en él no me habiais de hablar  
Si no cuando os hable yo?

ENRIQUE.

Sí, señora; pero fué  
Ninguna la condicion  
De haber yo de callar siempre,  
No hablándome nunca vos.

FLERIDA.

Pues si os he de hablar, Enrique,  
Alguna vez, será hoy,  
Para decir cuán en vano  
El Duque sulcar pensó  
Con remos de pluma el fuego.

Con alas de cera el sol;  
Y retiraos, antes que  
Responda mi indignacion  
Con mas declaradas iras  
Al Duque, Enrique, y á vos.

ENRIQUE.

Ya os obedezco, temiendo  
Mayor pena, si mayor  
Que dejar vuestra hermosura,  
Puede haberla. (Ap. ¡Muerto voy!)  
(Vase.)

FLERIDA.

Mucho que pensar me ha dado  
Este atrevimiento. Amor,  
Déjame un rato siquiera  
Libre la imaginacion  
Para discurrir... Mas ¿quién  
Hasta aquí se ha entrado?

## ESCENA XV.

FABIO. — FLERIDA.

FABIO.

Yo,

Parlerisima Duquesa,  
Que enojadísimo vengo,  
Por muchas causas que tengo,  
Para decir que me pesa  
De haber tan chismoso estado;  
Aunque ya no es civil cosa  
Serlo, puesto que en chismosa  
Tambien vuestra Alteza ha dado.

FLERIDA.

¿Qué quieres decirme en eso?

FABIO.

¿Qué quisiste, tú, señora,  
Decir en esoto?

FLERIDA.

Ahora

Ménos te entiendo.

FABIO.

El sucesso

Que yo te habia contado  
De mi señor, ¿se pudriera  
Porque en tu pecho estuviera  
Siquiera un hora guardado?

FLERIDA.

¿Pues á quién le he dicho yo?

FABIO.

A nadie, sino es á él,  
Que colérico y cruel,  
En yéndote tú, embistió  
Conmigo con tal fiereza,  
Que á no llegarle á tener,  
Me mata.

FLERIDA.

¿Por qué?

FABIO.

Por ser

Parlerita vuestra Alteza.

FLERIDA.

Pues si yo con él no he hablado,  
¿Cómo decírselo yo  
He podido?

FABIO.

Pues sí no,

El demonio lo ha contado:  
Esta es cosa declarada.  
Y á fe que tenía de nuevo  
Que decir; mas no me atrevo.

FLERIDA.

Dí, ¿qué ha sido

4 Vil, ruin.

FABIO.

No sé nada

FLÉRIDA.

¿Ha tenido algun papel?

FABIO.

No sé nada.

FLÉRIDA.

¿Dónde ha ido?

FABIO.

No sé nada.

FLÉRIDA.

Dí, ¿ha venido

Alguno que hable con él  
En secreto?

FABIO.

No sé nada.

FLÉRIDA.

Casi á presumir me das  
Que ya arrepentido estás  
De servirme, y que te agrada  
El servir con mas fineza,  
Que á mí, á Federico.

FABIO.

Pues

No es eso

FLÉRIDA

¿Pues qué?

FABIO.

Que es

Parlerita vuestra Alteza,  
Y él me ha de matar, si á oïllo  
Llega otra vez.

FLÉRIDA.

Lo que advierto

Es, que hasta ahora no te ha muerto.

FABIO.

No, mas vaya un cuentecillo.  
Con una dama tenia  
Un galan conversacion;  
Y gozando la ocasion  
Un piojo entre sí decía:  
«Ahora no se raseará,  
Bien sin zozobra ni miedo  
Comer á mi salvo puedo.»

El galan, cansado ya  
Del encarnizado enojo,  
A hurto de la tal belleza,  
Metió con gran lijereza  
Los dedos, y hizo al piojo  
Prisionero de aquel saco.  
Volvió la dama al instante,  
Y halló la mano á su amante  
A fuer de tomar tabaco;  
Y preguntó con severo  
Semblante, porque no hubiera  
Otro alli que lo entendiera.

«¿Murio ya aquel caballero?»  
Y él muy desembarazado,  
La mano así, respondió:  
«No, señora: aun no murió;  
Pero está muy apretado.»

Y esta respuesta te doy  
Cuando cogido me advierto,  
Pues no importa no haber muerto,  
Si muy apretado estoy,  
Para no poder decir,  
Por tu falso aleva trato,  
Que hoy vi que traía un retrato,  
De quien podrás descunhrir  
Quién es esta dama bella  
A quien tiene tanto amor;  
Pues ella misma mejor  
Lo dirá, si para vella  
Tienes industria. Esto y mas  
Mi voz, señora, dijera,  
Si tu lengua no temiera;

Mas no esperes que jamas  
Te diga esto, ni otra cosa;  
Y mas cuando considero  
Que él es mi anio, y yo parlero,  
Y vuestra Alteza chismosa. (Vase.)

FLÉRIDA

¿Retrato tiene consigo?  
Aqui de mi ingenio, aqui  
De mi industria para hallar  
Decente modo sutil  
De obligarle á que le enseñe!  
Esto se ha de prevenir  
En ménos público puesto.

## ESCENA XVI.

FEDERICO.—FLÉRIDA.

FEDERICO.

(Ap. El mejor remedio en fin  
Es no hablarla en ello yo,  
Mientras no me hablare á mí.)  
¿Querrá, señora, tu Alteza,  
Pues que me mandó venir  
Para este efecto, firmar  
Aquellos despachos?

FLÉRIDA.

Sí;

Pero para eso no es  
Buena estancia este jardin,  
Y mas cuando ya va el sol  
Declinando en el zafir,  
Que es cuna para nacer  
Y tumba para morir.  
Llevadlos luego á mi cuarto,  
Y ántes que entreis, advertid  
Que teneis aquesta noche  
Muchas cosas que escribir.  
Si os espera aquella dama,  
A quien tan fino servis,  
Que no os espere por hoy  
Podeis enviarla á decir,  
Que aunque es mas breve jornada  
Donde esta noche habeis de ir,  
Es mas segura la ausencia.

FEDERICO. (Ap.)

¿Qué escucho, cielos?

## ESCENA XVII.

LAURA.—FLÉRIDA, FEDERICO.

LAURA.

(Ap. Aqui

Flérída está, y Federico.  
Pues ella me quita á mí  
Las ocasiones, yo quiero  
Quitárselas á ella.) ¿En fin,  
Vuestra Alteza compañía  
Tiene hecha con el Abril  
Para empleos á ganancia  
Sin pérdida?

FLÉRIDA.

¿Cómo así?

LAURA.

Como en todo el dia no sale  
De aqueste hermoso pensil,  
Dando púrpura á la rosa,  
Dando candor al jazmin.

FLÉRIDA.

Ya recogerme queria.  
Vamos, Laura; y vos venid  
Con los despachos despues;  
Y pues vais por ellos, id  
De camino á dar tambien  
Aquel aviso que os di.

FEDERICO.

No estoy tan favorecido

Como vos me presumis;  
(Saca el pañuelo.)

Y ese aviso pienso que  
Podré darle desde aquí,  
Porque...

LAURA. (Ap.)

La seña hizo: quiero  
A sus voces advertir.

FEDERICO.

Mi bien es muy imposible,  
Señora, de conseguir;  
Alma es mía el padecer,  
Y vida mía el morir.

LAURA. (Ap.)

Mi bien, señora, alma y vida...  
De sus voces entendi.

FEDERICO.

Está mi amor tan tirano,  
Cruel tanto mi sentir,  
Fiera tanto mi esperanza,  
Infeliz tanto mi fin...

LAURA. (Ap.)

Lo que dijo ahora fué:  
Esta cruel fiera infeliz...

FEDERICO.

Hoy, que á costa de la vida  
Me tiene fuera de mí,  
Embaraza mi temor  
El hablarte en esto á ti.

LAURA. (Ap.)

Hoy me embaraza el hablarte.

FLÉRIDA.

Pues ¿para qué lo decís?

FEDERICO.

No me culpes, ni conmigo  
Vayas enojada así;  
Pues será mi muerte, haciendo  
Al jardin sepulcro vil.

FLÉRIDA.

Está bien.

LAURA. (Ap.)

En todo dijo,

Si lo puedo repetir:  
Mi bien, señora, alma y vida,  
Esta cruel fiera infeliz  
Hoy me embaraza el hablarte:  
No vayas pues al jardin.

FLÉRIDA.

Ven, Laura, conmigo; y vos  
Tambien al punto venid.

FEDERICO. (Ap.)

¿Hay amor mas desdichado!

FLÉRIDA. (Ap.)

¿Hay sentimiento mas vil! (Vase.)

LAURA. (Ap.)

¿Hay mas declarados celos! (Vase.)

## ESCENA XVIII.

FABIO. — FEDERICO.

FABIO. (Ap.)

¿Hay por adónde salir  
Sin encontrar con mi amo?  
Mas dicho y hecho, hèle aqui.

FEDERICO.

FABIO.

No me dés de caso  
Pensado.



FEDERICO.

¿Por qué de mí  
Huyes? (Ap. ¿Que en efecto tengo  
Mi sentimiento encubrir  
Con un pícaro!)

FABIO.

Porqué  
Este demonio civil,  
Que te habla al oído, no haya  
Dicho otra cosa de mí  
Tan falsa como la otra.

FEDERICO.

Ya he llegado á descubrir  
La verdad, y sé que tú  
Fuiste fiel.

FABIO.

Tanto lo fui,  
Que así lo fueran algunos  
Con la villa de Madrid.

FEDERICO.

Un vestido en desuso  
Te he de dar.

FABIO.

¿Vestido?

FEDERICO.

Sí.

FABIO.

Vestida tengas el alma  
Con un ropón carmesí,  
Una calza de cristal,  
Y una cuera de anihar gris  
En la vida perdurable.

FEDERICO.

Mas esto me has de decir...

FABIO.

Y esotro.

FEDERICO.

Mientras es fuerza  
Por unos papeles ir... —

FABIO. (Ap.)

Dios ponga tiento en mi lengua.

FEDERICO.

¿Flérída hate dicho á tí  
Algo de mi amor?

FABIO.

No, cierto.

Mas yo he llegado á inferir  
Que eres bobo en no entenderla.

FEDERICO.

Pues ¿dice ella algo?

FABIO.

Sí,

Y mucho.

FEDERICO.

Mientes, villano;  
Que su hermosura gentil,  
Que es garza que vuela al sol,  
No se había de abatir  
Al cobarde vuelo de  
Tan destemplado neblí.

FABIO.

¡Ay, señor! prueba unos días,  
Ya que no á amar, á fingir,  
Y verás...

FEDERICO.

Cuando tuviera  
Algun indicio esa ruin  
Villana malicia tuya,  
No pudiera hallar en mí  
Resquicio por donde entrar,  
Porque, si no mas feliz,  
Mas igual otro amor tiene  
La posesion que le di.

FABIO.

¿Luego tú nunca has amado  
Dos?

FEDERICO.

No.

FABIO.

Pues haz cuenta...

FEDERICO.

Di.

FABIO.

Que en tu vida te has holgado.

FEDERICO.

No es amar eso, es mentir.

FABIO.

Tanto y mas gusto.

FEDERICO.

Pues ¿cómo  
Se ama en dos partes?

FABIO.

Así.

(Federico se pasea distraído mientras  
Fabio cuenta.)

Hay cerca de Ratishona  
Dos lugares de gran fama,  
Que el uno *Agere* se llama,  
Y el otro *Macarandona*.  
Un solo cura servía,  
Humilde siervo de Dios,  
A los dos, y así á los dos  
Misas las liestas decía.  
Un vecino del lugar

De *Macarandona* fué

A *Agere*, y oyendo que

El cura empezó á cantar

El prefacio, reparó

En que á voces aquel día

*Gratias agere* decía,

Y á *Macarandona* no.

Con lo cual muy enojado

Dijo: « El cura gracias da

A *Agere*, como si acá

No le hubiéramos pagado

Sus diezmos ». Cuando escucharon

Tan bien sentidas razones

Los nobles *macarandones*,

Los *hodigos* le sisaron.

Viéndose desbodigar,

Al sacristan preguntó

La causa. El se la contó,

Y él dió desde allí en cantar,

Siempre que el prefacio entona,

Porque la ofrenda se aplique,

*Tibi semper et ubique*

*Gratias* á *Macarandona*. —

Si tú dos feligresías

Tienes de amor, ciego dios,

Cumple con ambas á dos,

Y verás que á pocos días

Tu persona y mi persona

De *hodigos* nos comemos,

Como á *Flérída* cantemos,

Algo de *Macarandona*.

FEDERICO.

¿Pensarás que te he escuchado?

FABIO.

¿Pues no, si has venido atento?

FEDERICO.

No, que mi divertimento

Todo fué de mi cuidado.

FABIO.

Pues el *Agere* te olvida

De *Macarandona*, digo

Que no tendrás un *hodigo*

De amor en toda tu vida.

(Vanse.)

Sala del palacio.

## ESCENA XIX.

FLERIDA, LAURA; LIVIA y FLORA.  
con luces.

FLÉRIDA.

Dejad las luces aquí,  
Y allá fuera todas idos;  
Que mas compañía no quiero  
Que vivir sin mí conmigo.

LIVIA (Ap. las dos.)

¡Extraña tristeza!

FLORA.

Ya,

Mas que tristeza, es delirio  
El suyo.

(Vanse.)

FLÉRIDA.

Tú, Laura, no

Te vayas.

LAURA.

¿En qué te sirvo?

FLÉRIDA.

En hacer una fineza  
Por mí, pues solo me fio  
De tu amistad.

LAURA.

¿Qué me mandas?

FLÉRIDA.

Que en viniendo Federico,  
Te pongas á agursá puerta,  
Y con cauteloso aviso  
No dejes que escuche nadie  
Lo que le dijere.

LAURA.

Digo

Que lo haré con el cuidado  
Que tú verás. ¿Mas qué ha habido  
Ahora de nuevo?

FLÉRIDA.

Yo he

De saber por raro estilo  
Quién es su dama.

LAURA.

¿Quién es

Su dama?

FLÉRIDA.

Sí.

LAURA.

No imagino

De qué manera. (Ap. ¿Oh si yo  
La ocasionase á decirlo,  
Para que, en viniendo él,  
Pudiera darle el aviso!

FLÉRIDA

Sahrás, Laura.

LAURA.

Ya te escucho.

FLÉRIDA.

Que se que tiene consigo...  
Mas ya viene; ya no puedo.  
Sin que él lo oiga, descubrirlo.  
Pero licencia te doy  
De que escuches lo que finjo.  
Retírate allí.

LAURA.

Si haré.

(Ap. Poco la licencia estimo;  
Que aunque tú no me la dieras.  
La tomara yo de oírlo.) (Escóndese.)

## ESCENA XX.

FEDERICO, *con cartera y papeles.*—  
FLÉRIDA; LAURA, *al paño*

FEDERICO.

Aquí están las cartas ya.

FLÉRIDA.

Ahl las poned; que es indigno  
Que en vuestra mano las firme,  
Ni que los secretos míos  
Os tengan por instrumento  
De confianza, habiendo sido  
A mi respeto traidor,  
Y á mi decoro enemigo.

FEDERICO.

Señora, ¿en qué mi lealtad  
Ha faltado? ¿En qué os desirvo,  
Para que con ese nombre  
Infameis tantos servicios?

FLÉRIDA.

¿En qué, preguntais, teniendo  
Contra vos tantos testigos  
Que os acusen?

FEDERICO.

Sepa yo  
Dese cargo los indicios...

LAURA. *(Al paño, aparte.)*

¿Qué tiene aquesto que ver  
Con saber qué dama quiso?

FEDERICO.

Para disculparme dellos.

FLÉRIDA.

Yo os lo diré. Yo he sabido  
Que trato doble teneis  
Con mi mayor enemigo.

FEDERICO.

Señora, oid; que si yo  
Tuve en mi casa escondido  
Al duque de Mantua, fué  
Sola la noche que vino  
Disfrazado.

FLÉRIDA.

*(Ap. ¿Cómo es esto?)*

¿El Duque! *(Ap. ¿Cielos divinos!*  
Yo acabé cierto el enojo  
Que ha empezado por lingido!)

FEDERICO.

En palacio estubo, en tanto  
Que no te habló.

FLÉRIDA.

¿Luego ha sido

El Duque ese caballero  
Que yo en mi palacio admito?

FEDERICO.

Sí, señora.

FLÉRIDA. *(Ap.)*

¿Oh cuántas veces

Sacó verdad el que dijo  
Mentira!

LAURA. *(Ap.)*

De un riesgo en otro  
Trozepando, no apercibo  
Su intento.

FLÉRIDA.

¿Pues cómo vos  
Callado lo habeis tenido?

FEDERICO.

Como habiendo de casarse  
Con vos, señora, hice juicio  
Que de amor delitos nobles  
No son traidores delitos.

FLÉRIDA.

Ahora entiendo cómo fué  
Fácil haberme traído  
Carta suya.

FEDERICO.

Sí, señora;

Porque, partiendo el camino,  
El no llevársela yo  
Fué porque él por ella vino,  
Y yo en dársela cumplí.

FLÉRIDA.

Con él sí, mas no conmigo.  
Pero la carta de Laura...

FEDERICO.

Fué carta que trajo él mismo.

LAURA. *(Ap.)*

Bien se disculpá. Mas ¡cielos!  
¿Adónde van sus designios?  
Esto ¿qué tiene que ver  
Con quien su dama haya sido?

FLÉRIDA.

Pensaréis que es este solo  
De vuestra culpa el aviso  
Que tuve. Dadme unas cartas  
Que sé que habeis recibido  
Hoy del duque de Florencia,  
En razon de aquel antiguo  
Derecho que aqueste estado  
Pretende.

FEDERICO.

Humilde os suplico

Os acordéis de quien soy,  
Y que un casual delito  
De honesto amor, que os adora,  
No ha podido ser ni ha sido  
Consecuencia para otro  
Tan ajeno, tan indigno  
De mi valor y mi sangre.

FLÉRIDA.

Quien halla uno en los principios,  
Muchos hallará en los medios.  
Dadme las cartas que os pido.

FEDERICO.

¿Yo cartas? Tomad, tomad  
Cuantos papeles conmigo  
Traigo, y la llave de cuantos  
Tengo en casa, y si un resquicio  
Hallaredes de traicion,  
En mi ensangrientante sus filos  
Un cuchillo.

*(Saca el pañuelo, llaves y una caja de  
un retrato, y escóndele.)*

FLÉRIDA.

¿Qué es aquello

Que ocultar habeis querido?

FEDERICO.

Una caja.

FLÉRIDA.

Esa tambien

He de ver.

FEDERICO.

*(Ap. Ya he conocido*

Dónde llevó la intencion  
Su enojo.) Ni este es indicio  
De traicion, ni puede serlo;  
Y así, señora, os suplico  
No le pidais.

LAURA. *(Ap.)*

Aquel es

¡Cielos! el retrato mio.

FLÉRIDA.

Saber tengo qué esa caja  
Contiene.

LAURA. *(Ap.)*

Esto va perdido.

FEDERICO.

Un retrato es, y si solo  
Saberlo habeis pretendido,  
Ya lo sabeis.

FLÉRIDA.

Hasta verle,  
No he de creerlo. Mostrad, diga

FEDERICO.

Si esta, señora...

LAURA. *(Ap.)*

¿Qué pena!

FEDERICO.

La causa fué...

LAURA. *(Ap.)*

¿Qué peligro!

FEDERICO.

De hacerme...

LAURA. *(Ap.)*

¿Qué sentimiento!

FEDERICO.

Traidor...

LAURA. *(Ap.)*

¿Que extraño conflicto.

FEDERICO.

Muy bien...

LAURA. *(Ap.)*

¿Riguroso empeño!

FEDERICO.

Dijisteis...

LAURA. *(Ap.)*

¿Cruel martirio!

FEDERICO.

Que lo soy...

LAURA. *(Ap.)*

¿Qué confusion!

FEDERICO.

Pues primero...

LAURA. *(Ap.)*

¿Qué castigo!

FEDERICO.

Que yo llegue...

LAURA. *(Ap.)*

¿Qué desdicha!

FEDERICO.

A entregarle...

LAURA. *(Ap.)*

¿Qué delirio!

FEDERICO.

Me habeis de dar muerte.

*(Sale Laura, quita á Federico el re-  
trato, truécalle con el que tenia ello  
de él, y dásele á la Duquesa.)*

LAURA.

¿Cómo.

Traidor, podrás resistirlo?

FEDERICO.

Laura, ¿qué haces?

LAURA.

Esto hago,

Habiendo escuchado y visto  
La plática; pues bastó  
Haber su Alteza querido  
Verle, para que grosero  
No intentases impedirlo.—  
Toma, señora.



FLÉRIDA.

En tu vida  
Me hiciste mayor servicio.

FEDERICO. (Ap.)

Sin duda que de una vez  
Laura declararse quiso.

FLÉRIDA.

Alumbra, Laura : veamos  
(Toma Laura la luz, y opártanse de  
Federico.)

Este encantado prodigio  
De amor. (Ap. Sabré por lo ménos  
Quién causa los celos míos.)

FEDERICO. (Ap.)

¿Qué hará al conocer de Laura  
El retrato ?

FLÉRIDA.

Mas ; qué miro !

LAURA.

Poco hay que dudar en eso,  
Pues es su retrato mismo.

FLÉRIDA. (A Federico.)

¿Y esto ocultábades tanto ?

FEDERICO.

¿Qué hay que espantar, siesta ha sido  
La cosa que yo mas quiero  
En el mundo ?

FLÉRIDA.

Yo lo fio,  
Pues le queréis como á vos.—  
Laura, ¿qué me ha sucedido ?

(Ap. á ella.)

¿Qué puede ser esto, Laura ?

LAURA.

¿Sé yo mas de lo que has visto  
Tú misma ?

FLÉRIDA.—

(Ap. Corrida estoy.  
Mal mi cólera reprimo.)  
Toma, que yo por no hacer (A Laura.)  
Un extremo, me retiro.  
Dale su retrato á ese  
Enamorado Narciso,  
Y dile... Mas no le digas  
Nada. (Ap. Volcanes respiro,  
Un áspid llevo en el pecho  
Y en el alma un basilisco.) (Vase.)

## ESCENA XXI.

LAURA, FEDERICO.

FEDERICO.

¿Cómo, habiendo la Duquesa,  
Laura, tu retrato visto,  
No se da por ofendida  
Ni contigo ni conmigo ?

LAURA.

Como troqué los retratos.  
Dile el tuyo, y guardé el mio.

FEDERICO.

Solo pudiera tu ingenio  
Sacarnos de tal peligro.

LAURA.

Si, pero siempre se queda  
Tan cabal como al principio.

FEDERICO

Remediarlo de una vez.

LAURA.

Mañana te daré aviso  
De cómo lo dispongamos.  
Toma, y adios. (Dale el retrato.)

FEDERICO.

¿Cuál ha sido  
De los dos este retrato ?

LAURA.

El tuyo, por si á pedirlo  
Vuelve. (Vase.)

FEDERICO.

Dices bien. ¿Quién, cielos,  
Se ha visto en mayor peligro ?  
Ni ¿quién pudiera... ?

## ESCENA XXII.

FABIO.—FEDERICO.

FABIO.

Señor,

¿Cuál de aquellos dos vestidos  
He de ponerme ?

FEDERICO.

Villano,  
Infame, vil, mal nacido...

FABIO.

¿Eso tenemos ahora ?

FEDERICO.

Si, pues que por ti, enemigo,  
Me he visto para perderme.

FABIO.

Y yo por tí no me visto.

FEDERICO.

¿Pensaste que este retrato  
Era de dama, y no mio ?

FABIO.

No, señor; que yo bien sé  
Que te quieres á ti mismo.

FEDERICO.

¡Vive Dios, que has de morir  
A mis manos !

FABIO.

¡Jesucristo !

FEDERICO.

(Ap. Pero mal hago, supuesto  
Que bien del lance he salido.  
Mejor es no hacer extremos.)  
Fabio.

FABIO.

Señor.

FEDERICO

Ven conmigo,  
Y el mejor vestido toma;  
Que ya sé que no has tenido  
La culpa, y que eres leal.

FABIO.

¿Hay mas extraños caprichos ?  
¡Vive Dios, si le tuviera,  
Que habia de perder el juicio !

## JORNADA TERCERA.

Sala en casa de Federico.

## ESCENA PRIMERA.

FABIO.

Quien hubiere visto el juicio  
De un miserable criado,  
Que le perdió solamente  
Porque le perdió su amo  
(Por señas de que era poco),  
Véngale manifestando;  
Pues no sirve allá de nada,  
Y acá le darán hallazgo.—  
No hay nadie que diga del

Por mas que voy pregonando.

Pero ¿qué juicio se halló,  
Perdido una vez ? Volvamos,  
Memoria, á hacer, si os parece,  
Soliloquios otro rato.

¿Qué hay de nuevo ?—¿Qué sé yo ?

—¿Qué significa que, cuando  
De mi amo mas seguro

A mi parecer me hallo,  
Repentinamente cmbliste  
A darme dos mil porrazos ?

—Significa que está loco.

—Y cuando yo mas culpado

Huyo del, darme un vestido  
Y hacerme dos mil halagos,  
Memoria, ¿qué significa ?

—Significa estar borracho

Fortísimas conclusiones  
Son entrambas... Y no paso  
A la tercera, porque

Con Enrique viene hablando

Submissa voce ; y si ellos

Se han de guardar, en entrando

En esta sala, de mí,

Ganarles quiero por mano.

Y guardarme dellos yo :

Así por si escucho algo,

Como porque si una vez

Ha de estar conmigo airado

Y otra afable, la iracundia

Se sigue ahora ; y acertado

Será el dejarla pasar

En vacío. Pero en vano

Será, si no solicito

Esconderme. Si debajo

Deste bufete no me entro,

Otra parte no hay. ¿Qué aguardo ?

Pues no es la primera vez

Que yo me habré embufetado.

(Escóndese debajo del bufete.)

## ESCENA II.

FEDERICO, ENRIQUE.—FABIO,  
debajo del bufete.

ENRIQUE.

¿Qué miras ?

FEDERICO.

Si alguien nos oye.

ENRIQUE.

Allá fuera los criados

Se quedan todos.

FABIO. (Ap.)

No todos,

Que yo de allá fuera fallo.

FEDERICO.

A este último aposento  
No sin ocasion os traigo,  
Donde no hay otro testigo.

FABIO. (Ap.)

Así es, que uno que hay es falso.

ENRIQUE.

Decid.

FEDERICO.

Cerraré primero ;

Y ya que solos estamos,  
Escúcheme vuestra Alteza,  
Que es tiempo de hablarle claro

FABIO. (Ap.)

¿Alteza ? ¡ Bueno !

ENRIQUE.

¿Pues qué

Accidente os ha obligado  
A tratarme así ?

FEDERICO.

Son dos,  
Y bien principales ambos,  
Uno mio, y otro vuestro.  
El vuestro, aunque sé que agravio  
En parte á mi lealtad, es  
(Perdone el precepto, dando  
La necesidad disculpa)  
Deciros y revelaros  
Como estais ya conocido  
De Flérída, y es en vano  
Afectar entre nosotros  
Secreto que saben tantos.  
El mio...

ENRIQUE.

Antes que á él paseis.  
Decidme, ¿cómo ha llegado  
Flérída á saber quien soy?

FEDERICO.

El cómo es el que no alcanzo;  
Que lo sabe sé...

FABIO. (Ap.)

¡Oigan, oigan!  
¿Aleahuético es mi amo?

FEDERICO.

Que ella misma me lo dijo.

ENRIQUE.

A vuestro suceso vamos;  
Que en el mio proseguir  
El disfraz presuno, en tanto  
Que ella mas no se declare.

FEDERICO.

Pues si en el mio he de hablaros,  
Palabra, como quien sois,  
Me habeis de dar que guardado  
Ha de estar en vuestro pecho.

ENRIQUE.

Si haré; y homenaje os hago  
De que en cera le imprimis.  
Para conservarle en mármol.

FEDERICO.

Va teneis, ilustre Enrique  
Gonzaga, famoso y claro  
Duque de Mantua, noticia  
De que á una hermosura amo.  
Pues este humano portento,  
Pues este divino encanto,  
Este bellissimo asombro,  
Este dulseisimo pasmo,  
Hoy á pesar de imposibles,  
De sustos y sobresaltos,  
Constante triunfa venciendo,  
Leal atropella logrando  
De su firmeza y mis dichas  
Los dos mayores aplausos.  
Aqueste papel, que el viento  
Trajo sin duda á mis manos  
(Pues para llegar á ellas,  
Desde su cielo mas alto  
Al abismo de mis ansias  
Hubo de bajar volando)  
Carta es de mi libertad;  
Pero mal así la llamo;  
Que antes de mi esclavitud  
Es carta, pues su contrato  
Contiene que eternamente  
Haya de vivir esclavo  
De un firme amor, cuyos hierros  
Asidos y estabonados,  
Del tiempo la sorda lima  
Aun no ha de poder gastar.  
Dicc pues... Pero mejor  
El lo dirá, disculpando  
La verdad con que ella escribe,  
La fe con que yo idolatro.  
(Lee.) «Mi bien, mi señor, mi dueño,  
Mucho se va declarando

»Contra los dos la fortuna;  
»Atajémosla los pasos.  
»Tened para aquesta noche  
»Prevenidos dos caballos  
»En la surtida del puente  
»Que hay entre el parque y palacio;  
»Que yo saldré á vuestra seña,  
»Porque de los celos vamos  
»Huyendo, si hay donde huir dellos.  
»Y á Dios, que os guarde mil años.»  
Esto escribe, y de vos solo  
Puede, gran señor, fiarlo,  
Porque sé que me debeis  
Favores anticipados;  
Pues si vos de mí os valisteis  
Para vuestro amor, y yo hago  
Hoy de vos la confianza  
Que de mi hicisteis, es claro  
Que lo que me debeis cobro,  
O lo que yo os debo os pago.  
Para Mantua habeis de darme  
Cartas vuestras, y empeñaros  
En mi defensa, hasta que  
Ponga yo esta dama en salvo.

ENRIQUE.

Tan agradecido estoy  
Al cielo, que me haya dado  
Ocasión en que yo pueda  
Vuestras finezas pagaros  
Con las mismas, que no solo  
El favor tengo de daros  
Que me pedis, pero tengo,  
Agradecido y ufano,  
De acompañaros yo mismo,  
Hasta que de mis estados  
Las rayas piseis, adonde  
Teneros por dueño aguardo.

FEDERICO.

No, señor, yo solo tengo  
De ausentarme. Más al caso  
Me habeis quedándos en Parma,  
Teniendo yo vuestro amparo,  
Allá para mi defensa,  
Y aquí para mi resguardo.

ENRIQUE.

En todo he de obedeceros

FEDERICO.

Pues escribid vos, en tanto  
Que á palacio voy á hacer,  
Atento y disimulado,  
La deshecha, y á buscar  
A este demonio de Fabio,  
Que no le he visto en todo hoy...

FABIO. (Ap.)

Pues cerca le tienes harto.

FEDERICO.

Que aun él no ha de saber nada.

FABIO. (Ap.)

No por cierto.

FEDERICO.

Los caballos  
Ha de tener prevenidos.

ENRIQUE.

Bien decís; y yo entre tanto  
Seguir pienso las fortunas  
De mis infelices hados.

FEDERICO.

Pues aquí á buscaros vuelvo.

ENRIQUE.

Allá escribiendo os aguardo.

FEDERICO.

¡Amor, dame tu favor!

ENRIQUE.

¡Amor, dueñate mi llanto! (Vanse.)

## ESCENA III

FABIO.

Quién escucha, su mal oye,  
Suele decir el adagio;  
Pero muchas veces miente,  
Pues yo mi bien he escuchado.  
Puesto que del cuatro cosas  
Importantísimas saco:  
Saber quién es este huésped,  
Una; saber el estado  
Del amor de mi señor,  
Dos; ir ahora á contarle  
A Flérída, tres; y darme  
Ella cualque alhaja, cuatro. (Vase.)

Sala del Palacio.

## ESCENA IV.

LAURA, ARNESTO.

ARNESTO.

No fué tan grave culpa  
La de Lisardo, Laura,  
Que ya no se resta  
Con la cortés disculpa  
De que amor nunca piensa  
Que los extremos pueden ser ofensa;  
Y así, que le hables mas humana quiero,  
Pues la dispensacion que ya se aguarda,  
Tan por instantes tarda.

LAURA.

Obedecerte espero;  
Que una cosa (¡mal fuerte!)  
Es disgustarte, y otra obedecerte.  
Y así, obediente digo  
Que tomaré el estado  
Que mi suerte me ha dado;  
Y desde aquí me obligo  
A disponer de parte mia, que sea  
Mi esposo quien hoy mas serlo desca.

ARNESTO.

Tu obediencia agradezco. —  
Llegar podeis, Lisardo. —  
Laura, espera.

## ESCENA V.

LISARDO.—ARNESTO, LAURA.

LISARDO.

¿Qué aguardo,  
Señora, que no ofrezco  
A esas plantas rendido  
La vida, en precio del perdon que pido?

LAURA.

Lisardo, esta licencia  
A mi padre se debe:  
El mis acciones mueve.  
No eleccion, obediencia  
Hay en mí; y así en vano [no.  
Mano me agradeceis que es de otra ma-

LISARDO.

Bástete á mi alegría  
El saber que la tengo,  
Señora, sin saber por dónde venga,  
Como venga á ser mia;  
Que el mas feliz destino  
No averigua á las dichas el camino.  
¡Oh perezoso y tardo  
Curso del sol, abrevia en tu carrera  
Los términos prolijos del que espera!



## ESCENA VI.

FLERIDA. — Dichos.

FLÉRIDA.

¡Laura, Arnesto!

ARNESTO.

A tu cuarto, gran señora,  
Laura pasaba con los dos ahora.

FLÉRIDA.

Mucho veros estimo,  
Lisardo, ya de Laura perdonado.

LISARDO.

Con tal favor ya mi esperanza animo.

ARNESTO.

Laura es muy hija mia.

LAURA.

¿Y cómo ha estado,  
Señora, vuestra Alteza?

FLÉRIDA.

Tú sabes cuánta ha sido mi tristeza.

LAURA.

Divertirla procura.

FLÉRIDA.

Cualquier divertimento  
Crece su sentimiento  
Que es dolor que se aumenta con la cura;  
Mas porque no se diga  
Que á dejarme morir mi mal me obliga,  
Los dos para mañana  
Convidad la belleza  
De Parma y la nobleza  
Para un festín. (Ap. Veré si esta tirana  
Pasión en él descubre su homicida.)

ARNESTO.

Tuya es mi voluntad. (Vase.)

LISARDO.

Tuya es mi vida. (Vase.)

## ESCENA VII.

FLERIDA, LAURA.

FLÉRIDA.

¡Dichosa, Laura mia,  
Tú, que serás esposa  
De quien te amó!

LAURA.

Dichosa

Me juzga mi alegría,  
Si la verdad te digo, [migo.  
Pues quien me amó se ha de casar con-

FLÉRIDA.

¡Infelice de aquella,  
Que á imposibles rendida,  
Ha de perder la vida!  
Si bien ya de mi estrella  
Vencer el desvario  
Piensa la libertad de mi albedrío.

LAURA.

Y es el mejor remedio.  
Mas dime, ¿de qué suerte?

FLÉRIDA.

Buscando á un mal tan fuerte  
El mas suave medio.

LAURA.

¿Y cuál es?

FLÉRIDA.

Declararme.

LAURA.

¿Eso es vencerle?

FLÉRIDA.

Sí.

LAURA. (Ap.)

Eso es matarme.

FLÉRIDA.

Obedecer al hado  
Victoria es lisonjera.  
¿Seré yo la primera,  
Laura, que haya casado  
Desigualmente?

LAURA. (Ap.)

¡Hoy muero!

FLÉRIDA.

Federico es ilustre caballero.

LAURA.

Que es verdad te confieso.

FLÉRIDA.

Pues ya que en esto hablamos,  
¡Ay, Laura! discurremos  
En el raro suceso  
De aquel retrato suyo.  
Dime, ¿qué arguyes dél?

LAURA.

Yo nada arguyo;

Que como no me toca,  
No ocupo en eso la memoria mia.  
(Ap. ¡De celos estoy loca!)

FLÉRIDA.

¿Por qué, di, su retrato guardaria  
Con tan grande recato?

LAURA.

No sé. Mas no le diera su retrato  
Yo, sin mirar primero  
La caja; que no dudo  
Que estar secreto pudo  
Con él el de su dama.

FLÉRIDA.

Así lo infiero.

Mas ¿qué discurre quien con celos ama?

LAURA.

Pues no dudes que allí estaba su dama.

## ESCENA VIII.

FEDERICO, FABIO.—FLERIDA,  
LAURA.

FEDERICO.

¿Era hora, Fabio, de hallarte?

FABIO.

Tu misma pregunta es  
Mi respuesta, pues todo hoy  
Te ando á buscar yo tambien.

FEDERICO. (Ap. á Fabio.)

¡La Duquesa! No te vayas,  
Que te he menester despues.

FABIO.

No haré... (Ap. Aunque despues ni antes  
Yo á tí no te he menester.)

FEDERICO.

Temeroso de sus iras,  
A hablarla llego.

FABIO.

¿Por qué?

FEDERICO.

Por cierto extraño suceso.

FABIO.

Acuérdate tú de aquel  
Cuentecillo, y verás cómo  
Sales de todo muy bien.

FEDERICO.

¿Con qué?

FABIO.

Con que algunas gracias  
A Macarandona des.

LAURA.

Mira...

FLÉRIDA.

Yo he de declarar

Mi pena.

LAURA. (Ap.)

Yo padecer.

FLÉRIDA

¡Federico!

FEDERICO.

Gran señora...

FLÉRIDA.

¿Cómo en todo el día no habeis  
Parcido, y á palacio  
Venis al anochecer?

FEDERICO.

Como en su mejor edad  
Siempre el sol con vos se ve  
Coronado de esplendor,  
Ceñido de rosicler,  
No pensé que era tan tarde,  
Señora, porque pensé  
Que á cualquier hora que os viese,  
Sería el amanecer.

FLÉRIDA.

¡Lisonjas á mí!

FEDERICO.

No son

Lisonjas estas.

FLÉRIDA.

¿Pues qué?

FABIO.

Macarandonas, señora.

FLÉRIDA.

¡Ay, Laura mia! ¿no ves (Ap. á ella.)  
Que se da por entendido  
Ya de mi agrado?

LAURA.

Hace bien.

FEDERICO.

Fuera de que otra disculpa  
Valerme puede.

FLÉRIDA.

¿Y cuál es?

FEDERICO.

Como ofendida os juzgaba  
Conmigo, así dilaté  
Llegar á vuestra presencia.

FLÉRIDA.

¿Ofendida yo? ¿De qué?

FEDERICO.

Muy necio fuera en decirlo,  
Si ya vos no lo sabeis.

FLÉRIDA.

Aquesto no es no saberlo.

FEDERICO.

¿Qué es?

FLÉRIDA.

No quererlo saber.

FEDERICO.

Tanta fué mas mi ventura  
Cuanta mas la piedad fué  
De vuestro olvido, supuesto  
Que solo en las quejas es  
Liberal el que las guarda.

FLÉRIDA.

No entiendo el concepto bien.

LAURA.

Si me das licencia, erco  
Que yo explicarle sabré.

FLÉRIDA.

Si doy. (*Ap. A ella. De suerte le explica,  
Que él entienda algo.*)

LAURA.

Si haré. (*Saca el pañuelo.*)  
*Yo* (que ánimo es generoso)  
*Estoy* persuadida, el que  
*Muriendo* calle el dolor  
*De celos*, pena ó desden.

FEDERICO.

(*Ap. Yo estoy muriendo de celos,  
Dijo, y la he de responder.*)(*Saca el pañuelo.*)No lo dudo. La mayor  
Tienes entendida bien,  
Laura; la menor prosigue,  
De que respuesta te dé.

LAURA.

Si haré. (*Ap. ¡Oh si fuese verdad  
No tienes, Laura, de qué!*)  
Luego, si ánimo es callar,  
Saldré del concepto bien.

FEDERICO.

Si tú sales, como dices,  
Yo espero darte el lauro.

LAURA.

Sentado esto así, al contrario  
Pruebo ahora, que avaro es,  
Puesto que ánimo no tiene  
Quien se queja; en que se ve,  
Que solo quien quejas guarda,  
Es liberal al revés.

FEDERICO.

Tuyo es el lauro, y yo, Laura,  
Soy quien le rinde á tus pies.

LAURA.

Tuya es la alabanza, y yo  
Seré la que te la dé.  
(*Ap. ¡Qué dicha! Tuyo soy, dijo.*)FEDERICO. (*Ap.*)¡Qué favor! Tuya seré,  
Oí.FABIO. (*Ap.*)Maestros son ellos:  
Bien se deben de entender.

FLÉRIDA.

De toda vuestra cuestion  
Solo he llegado á saber  
Que es liberal quien no gasta  
Su sentimiento.

LOS DOS.

Así es.

FLÉRIDA.

Pues supuesto, Federico,  
Que digo que no lo sé;  
Que lo sé, sabiendo vos;  
No temais venirme á ver,  
Sino vedme á todas horas,  
Asegurado de que  
Ni yo tengo que sentir,  
Ni vos teneis que temer.  
Harto digo y hartó callo.  
Esto basta. — Laura, ven. (*Vase.*)

LAURA.

¡Federico!

FEDERICO.

¡Laura hermosa!

LAURA.

Lo dicho dicho. (*Vase.*)

FEDERICO.

Está bien.

## ESCENA IX.

FEDERICO, FABIO.

FEDERICO.

Fabio, ¿qué será, que cuando  
Hallar enojos pensé  
En Flérída, hallo favores?

FABIO.

Mira lo que quiere ser  
Hallar yo un pesar en tí  
Cuando pensaba un placer,  
Que es lo mismo; aunque si doy  
Otra razon, ya lo sé.

FEDERICO.

Dila.

FABIO.

La Macarandona  
Del sol y del rosicler,  
Con que la diste.

FEDERICO.

Dejemos  
Las burlas, y al punto ten  
Dos caballos prevenidos.

FABIO.

Eso me parece bien.  
Ya que celebrado has  
En Macarandona, ve,  
Celebra en Ágrec.

FEDERICO.

Calla,  
Y en la salida los ten  
Del parque. (*Ap. Flérída bella,  
Perdóneme tu altivez,  
Perdóname tú, señora,  
Que á csto se expone mujer  
Que se declara á quien sabe  
Que quiere á otra dama bien.*) (*Vase.*)

## ESCENA X.

FABIO.

Hoy que tengo mas que hablar,  
¿Ocasión he de tener  
De hablar ménos? Eso no,  
Que será piedad cruel  
Dejar pudrir un secreto  
Que á nadie sirva despues.  
Que corrompida la vena,  
Como dijo el cordobes,  
Del secreto, hecha secreta,  
Huele mal y no hace bien.  
Tras Flérída quiero ir.  
Pero ya no hay para qué,  
Que ella vuelve.

## ESCENA XI.

FLÉRIDA. — FABIO.

FLÉRIDA.

(*Ap. Aunque me fio  
De Laura, ya la dejé,  
Por seguir á solas esta  
Victoria de amor cruel.*)  
Mas ya no está Federico  
Aquí.

FABIO.

¿Tú quieres saber  
La causa por qué no está?

FLÉRIDA.

Sí. ¿Por qué es?

FABIO.

Porque se fué.

FLÉRIDA.

¿Adónde?

FABIO.

A Ágrec presumo.

FLÉRIDA.

No te entiendo.

FABIO.

Yo hablaré  
Claro en tu Macarandona,  
Como me dés algo qué.

FLÉRIDA.

Ya no quiero saber nada,  
Pues solo sirve el saber  
De tener mas que sentir.

FABIO.

¿Cómo que no? ¿Pues de qué  
Me habrá servido el estar  
Mas de dos horas ó tres  
De gato en espera?

FLÉRIDA.

Digo

Que me dejes.

FABIO.

No me dés  
Alhaja; escúchanie solo  
De balde.

FLÉRIDA.

No hay para qué.

FABIO.

Pues yo no he de reventar.  
Adios; que yo buscaré  
A quien decir que esta noche  
Las afufa mi amo.

FLÉRIDA.

Ten

El paso. ¿Qué es eso?

FABIO.

Nada.

FLÉRIDA.

Espera, y dime lo que es.

FABIO.

No quiero.

FLÉRIDA.

Aqueste diamante

Toma, y dilo.

FABIO.

¿Para qué

Andamos haciendo puntas,  
Si yo criado, y tú mujer,  
Uno muere por hablar,  
Y otro muere por saber?  
Mi amo y su dama tratado  
Tienen esta noche...

FLÉRIDA.

¿Qué?

FABIO.

Irse por novillos.

FLÉRIDA.

¿Cómo?

FABIO.

Andando, pero no á pié;  
Que dos caballos me mandan  
Que al puente del parque estén

FLÉRIDA.

¿Al puente del parque?

FABIO.

Sí.

FLÉRIDA.

A pensar vuelvo otra vez,



# EL SECRETO A VOCES.

Que es dama mia su dama.  
¿No te lo dijo tambien?

FABIO.

Este huésped, que es el duque  
De Mantua, es, señora, quien  
Los ampara en sus estados. —  
¿Gloria á Dios, que descausé!  
Venga ahora lo que viniere;  
Que primero soy yo que él. (Vase.)

FLÉRIDA.

¿Válgame el cielo! ¿Qué escucho?  
¿Quién vió pena mas cruel?

## ESCENA XII

ARNESTO. — FLÉRIDA.

ARNESTO.

Ya en damas y caballeros  
De tu parte convidé  
La nobleza y la hermosura  
Para mañana.

FLÉRIDA.

Está bien,  
Y seais muy bien venido,  
Arnesto; que he menester  
Vuestra persona esta noche.

ARNESTO.

Siempre estoy á vuestros piés.  
¿Qué me mandais?

FLÉRIDA.

Federico  
Acalia ahora de tener  
Un disgusto muy pesado.

ARNESTO.

¿Con quién?

FLÉRIDA. —

No han dicho con quien;  
Que solo lo que me han dicho,  
Es que trance de amor fué,  
Y que el ofendido ahora  
Le llama por un papel,  
En que dice que le espera  
No se dónde. Ya sabeis  
Cuánto le estimo.

ARNESTO.

Y las causas  
Con que le estimais, las sé.

FLÉRIDA.

Pues darme por entendida  
Del disgusto, fuera hacer  
Público el agravio.

ARNESTO.

Es cierto.

¿Qué mandais?

FLÉRIDA.

Que le busqueis,  
Y sin decir que os envió  
Yo, que dél no os apartéis  
Esta noche, y donde quiera  
Que vaya, vais vos con él.  
Y si por dicha su brio  
Lo excusare, le prended,  
Llevando para este efecto  
Los que fueren menester;  
De suerte que hasta mañana  
Seguro esta noche esté.

ARNESTO.

Digo que luego al instante,  
Señora, le buscaré,  
Y no le dejaré un punto. (Vase.)

FLÉRIDA.

Hoy, ingrato, has de saber  
Dónde los extremos llegan  
De una celosa mujer. (Vase.)

Sala en casa de Federico.

## ESCENA XIII.

ENRIQUE, FEDERICO, y UN CRIADO,  
*con luces, que luego se va.*

FEDERICO.

¿Habeis ya escrito?

ENRIQUE.

Estas son  
Las cartas, y en ellas llo  
Que hallois en el favor mio  
Igual la satisfaccion  
Que á vuestros favores debo.

FEDERICO.

Sois principe soberano,  
Y á fiar de vos, no en vano  
Vida, ser y honor me atrevo.  
Quedad con Dios, que mas quiero,  
Pues la noche llegué á ver.  
Esperar, que no perder  
La ocasion.

ENRIQUE.

Bien decís. Pero  
En parte me habeis de dar  
Licencia de acompañaros,  
Hasta que llegue á dejaros  
Solo fuera del lugar.

FEDERICO.

Perdonadme; que ir, por Dios.  
Acompañado no puedo:  
Que aun tengo á mi sombra miedo.  
Y pues recato de vos  
Mi amor, créed, que si de mi  
Hoy recatarle pudiera,  
Aun de mi mismo lo hiciera.

ENRIQUE.

Pues ¿habeis de ir solo?

FEDERICO.

Sí.

Adiós.

ENRIQUE.

Id con Dios, que no  
A entendederos hoy acierta  
Mi voluntad. (Lllaman.)

FEDERICO.

A la puerta

¿No llaman?

ENRIQUE.

Sí.

FEDERICO.

¿Quién es?

## ESCENA XIV.

ARNESTO. — ENRIQUE, FEDERICO.

ARNESTO.

Yo.

FEDERICO.

¿Pues á estas horas, señor,  
Vos fuera de casa?

ARNESTO.

Sí,

Que buscándos vengo.

FEDERICO.

¿A mi?

Pues ¿qué mandais? (Ap. ¿Qué temor!)

ARNESTO.

Dijéronme que venido  
Habiais á casa no bueno,  
Y yo, de cuidado lleno,  
(Que ya sabeis cuánto he sido

Siempre vuestro servidor)  
No me quise recoger  
Sin veros, y sin saber  
Cómo estais.

FEDERICO.

Guárdeos, señor,  
El cielo por el cuidado;  
Pero la palabra os doy,  
Que nunca mejor que hoy  
Me he sentido. Haos engañado  
Quien dijo que yo tenia  
Indisposicion alguna.

ARNESTO.

Yo agradezco á mi fortuna  
Esta diligencia mia,  
Por llevar tal desengaño.  
¿Qué haciais? qué se trataba?

FEDERICO.

Con Enrique haciendo estaba  
Al tiempo aquel dulce engaño  
De pasarle, divertido  
En buena conversacion.

ARNESTO.

Los cuerdos amigos son  
El libro mas entendido  
De la vida, sí, porque  
Deleitan aprovechando.

FEDERICO. (Ap.)

Despacio lo va tomando.

ENRIQUE.

(Ap. La plática atajaré  
Yendo me yo, porque así  
Haya ménos de que hablar.)  
Licencia me habeis de dar.

ARNESTO.

Por venir yo ¿os vais?

ENRIQUE.

No y sí.

No, porque ya yo queria  
Irme antes de ahora, por Dios;  
Y sí, porque estando vos,  
No falta mi compañía.

ARNESTO.

Id con Dios. (Vase Enrique.)

## ESCENA XV.

FEDERICO, ARNESTO.

FEDERICO.

Ya hemos quedado  
Solos. ¿Teneis que mandarme?  
¿Qué mirais?

ARNESTO.

Donde sentarme,  
Porque vengo muy cansado.  
Sentaos, sentaos. (Siéntanse.)

FEDERICO. (Ap.)

¿Bien conviene,  
Cielos, en mis penas hoy  
La prisa con que yo estoy,  
A la flemma con que él viene!

ARNESTO.

¿En qué sois divertiros  
Estas noches?

FEDERICO.

(Ap. En morir.)  
A palacio suelo ir, (Levantándose.)  
Y ahora lo haré por servirlos.  
Vamos, que dejaros quiero  
En vuestro cuarto.

ARNESTO.

Después,  
Que ahora temprano es. (Siéntanse.)

FEDERICO.

¿Temprano es ahora? (Ap. ¡Hoy muero!)  
 ¡Ay Laura! bien mi cuidado  
 Dice, que perderte tema.)

ARNESTO.

¿Jugais cientos?

FEDERICO.

(Ap. ¡Linda flemma  
 Para un buen desesperado.)  
 No, señor.

ARNESTO.

Porque dispuesto  
 A salir de casa hoy,  
 Ya que fuera della estoy,  
 No quiero volver tan presto.

FEDERICO.

(Ap. ¿Presto le parece ahora?)  
 Yo lo hacia por volver;  
 Que me ha mandado hoy hacer  
 La Duquesa, mi señora,  
 Un despacho, á que asistir  
 Toda aquesta noche habré.  
 (Vase á levantar, y detiènele Arnesto.)

ARNESTO.

Venga, yo os ayudaré;  
 Que yo tambien sé escribir.

FEDERICO.

¿En eso habia de ocuparos?

ARNESTO.

¿Por qué no, si dello gusto?

FEDERICO.

Fuera de que fuera injusto,  
 Cuando vos me honrais, cansaros.  
 La causa porque queria  
 Dejaros en casa, era  
 Que á un amigo ver quisiera.

ARNESTO.

Yo iré en vuestra compañía.  
 ¿Qué visita puede haber  
 En que yo os pueda estorbar?  
 Y si importare esperar,  
 Lo haré hasta el amanecer.  
 Y si es por dicha de amor  
 La visita, bien sabré  
 La calle guardar: si, á fe.

FEDERICO.

Créolo de vuestro valor. (Levántanse.)  
 Mas solo he de ir. Guardaos Dios.

ARNESTO.

Acabaos de persuadir  
 A que vos no habeis de ir,  
 O tengo yo de ir con vos.

FEDERICO.

¿Pues qué, señor, os obliga?

ARNESTO.

¿Por qué no lo preguntais  
 Al cuidado con que estais?

FEDERICO.

No sé (¡ay de mí!) lo que os diga,  
 Que yo no tengo cuidado.

ARNESTO.

Yo sé bien el que teneis.  
 Y ir adonde vais no habeis  
 Si no es de mi acompañado.

FEDERICO. (Ap.)

¿Quién se vió en lance mas raro?

ARNESTO.

Confuso estais.

FEDERICO.

Así es,  
 Y mas que confuso.

ARNESTO.

Pues,  
 Federico, hablemos claro.  
 Yo sé que álguien os espera,  
 Llamado por un papel.

FEDERICO. (Ap.)

¿Quién vió pena mas cruel?  
 ¿Quién vió confusion mas fiera?

ARNESTO.

A mi fama y á mi honor  
 (Habiéndolo yo sabido)  
 Importa, puesto que he sido  
 De Parma gobernador,  
 Estorbarlo. Ved con esto  
 Cómo os puedo yo dejar.  
 Declarado, ir á agraviar  
 Mi honor y fama, supuesto  
 Que si ya dejaros quiero,  
 Ofendo una y otra vez,  
 O la dignidad de juez,  
 O la ley de caballero.  
 Y uno y otro, vive Dios,  
 Me obliga (otra vez lo digo)  
 O que aqui os tenga conmigo,  
 O que allá vaya con vos;  
 Porque llegando á alcanzar  
 El agravio que hecho habeis,  
 ¿Cómo que os deje quereis?

FEDERICO.

(Ap. ¿Qué mas se ha de declarar?)  
 Bien os confieso, señor,  
 Las razones que teneis;  
 Mas seguro estar podeis,  
 Que vuestra fama y honor  
 No se desluzcan por mí.

ARNESTO.

¿Cómo puede ser que no?

FEDERICO.

¿Daisme licencia que yo  
 Tambien hable claro?

ARNESTO.

Si.

FEDERICO.

¿Sabeis que soy caballero?

ARNESTO.

Sé que vuestra gran nobleza  
 Es sol, es lustre, es limpieza.

FEDERICO.

En esto fiado espero  
 Que hagais que quien me escribió,  
 La mano tambien me dé.

ARNESTO.

Eso, Federico, haré  
 De muy buena gana yo.  
 Al punto os dará la mano...

FEDERICO.

Mil veces beso tus piés.

ARNESTO.

En diciéndome quién es  
 El competidor...

FEDERICO. (Ap.)

En vano

Mi dicha creí.

ARNESTO.

Porque yo  
 Le busque donde os espera.

FEDERICO.

¿Luego vos desa manera  
 No supisteis quién es?

ARNESTO.

No.

Solo sé que habeis reñido,  
 Y que os han desafiado.

FEDERICO.

¿No estais de mas informado?

ARNESTO.

No.

FEDERICO.

Pues ya...

ARNESTO.

¿Qué?

FEDERICO.

Nada os pido.  
 Que tambien ser yo el primero  
 Que aquí su nombre dijera,  
 No sabiendo vos quién era,  
 No fuera ser caballero.  
 Y sin vos sabré yo ir  
 A cumplir mi obligacion.

ARNESTO.

¿Y no sabrá mi opinion  
 La suya tambien cumplir?

FEDERICO.

Si sabrá; mas quien me espera  
 Mi ausencia no ha de culpar.

ARNESTO.

Eso sabré yo estorbar.

FEDERICO.

¿Cómo?

ARNESTO.

De aquesta manera. —  
 ¡Hola!

## ESCENA XVI.

GUARDAS. — DICHOS.

GUARDAS.

Señor.

ARNESTO.

Esas puertas  
 Todos al punto tomad. —  
 Daos á prision, ó mirad (A Federico)  
 En qué os empeñais.

FEDERICO.

(Ap. ¡Qué ciertas  
 Fuéron siempre mis desdichas!)  
 Con ménos guardas estoy  
 Seguro yo. (Ap. ¡Cielos, hoy  
 Han espirado mis dichas!)

ARNESTO.

Yo lo creo desa suerte;  
 Pero me importa impedir  
 El que no intenteis salir,  
 Porque os han de dar la muerte.  
 (Vanse todos, y quedase solo Federico.)

## ESCENA XVII.

FEDERICO.

¿Qué poco ¡ay de mí! ella fuera  
 La que á mi me reportara,  
 Si otro riesgo no mirara,  
 Si otro daño no temiera;  
 Porque es ¡cielos! el hacer  
 En ofensa de mi amor  
 Otro escándalo mayor.  
 Pero dejar de ir á ver  
 Lo que allá á Laura le pasa,  
 ¿Cómo lo podré sufrir?  
 Ya sé por donde salir  
 Desde esta casa á otra casa.  
 Laura, espera, y no dilate  
 Verse mi amor con tal prenda,  
 Aunque tu padre me prenda,  
 Y aunque Flérida me mate. (Vase.)



Jardín un lado pared con ventana, postigos y reja.

### ESCENA XVIII.

LAURA.

Funesta sombra fria,  
Cuna y sepulcro de la luz del día,  
Si amorosos delitos  
En tu negro papel, tienen, escritos  
Tantas hoy líneas bellas,  
Cuántas contiene tu zafir estrellas,  
No extrañes este ahora,  
Sino escríbele, ántes que la aurora  
A borrrátele venga,  
Porque lugar en tus anales tenga  
Un ciego amor que en tantos desconue-  
Pisando va la sombra de sus celos. [los  
Tirano el padre mío,  
Esclavo hacer pretende mi albedrío;  
Lisardo enamorado  
Avasallar desea mi cuidado;  
Y Flérída violenta  
Tirarizar mi voluntad intenta.  
¿Mas por qué, honor, me culpas,  
Si te doy á un delito tres disculpas?  
Mucho ¡ay de mí!) ya Federico tarda.  
¿Cuánto aligie el discurso del que aguar- [da!  
¿Qué le habrá sucedido?  
¿Qué presto, penas, presumis que ha [sido  
El haberse mudado,  
Porque Flérída se haya declarado!  
¿No era mejor decirme  
Que no era culpa de un amor tan firme,  
Sino que otro accidente,  
Venir donde le aguardo, no consiente?  
Mas no es tan fácil, en sospechas tales,  
A los bienes creer como á los males.  
¿Por qué, pregunto yo, nació el disgusto  
Mas hourado que el gusto?  
No porque alguna vez amor le afrente.  
Se ha de pensar que siempre el gusto  
[miente.  
Y que el disgusto siempre verdad diga.  
El lo hace; yo no sé lo que le obliga.

### ESCENA XIX.

FLERIDA.—LAURA.

FLÉRIDA.

(Para sí. Dijo Fabio que en el puente  
Del parque esperar le manda  
Federico: con que es fuerza  
Que repetidas mis ansias  
Vuelvan á pensar que ha sido  
Su amor en palacio. Laura  
Tan presto se recogió,  
Que no he podido encargarla  
Que al jardín baje; y así,  
Por no fiarme de otra en tanta  
Pena, echando á mis tristezas  
Deste delirio la causa,  
No me he recogido, y sola  
Bajo al jardín, porque hagan  
A un tiempo mis sentimientos  
Dos diligencias tan raras,  
Como lo que aquí ejecutan,  
Y lo que allá á Arnesto encargan.  
Y si la trémula luz  
De las estrellas, que anda  
Entre bosquejos azules  
Brujuleando nubes pardas  
No me miente, un bulto veo.  
Ya he cumplido mi esperanza.) —  
¿Quién es?

LAURA.

(Ap. ¡Flérída! ¡Ay de mí!  
Pero el ingenio me valga.)  
Quien aquí esperando está,

Porque Flérída lo manda,  
Para conocer quién es  
Quien, de la noche amparada,  
Tantos respetos ofende.  
Tantos pundoueros...

FLÉRIDA.

Laura,

No dés voces.

LAURA.

¿Quién es?

FLÉRIDA.

Yo.

LAURA.

¿Tú, señora, al jardín bajas  
A estas horas sola?

FLÉRIDA.

Sí,

Que como hoy...

LAURA. (Ap.)

¡Estoy turbada!

FLÉRIDA.

No te dije que vinieras,  
Quise...

LAURA.

Mi cuidado agravias.  
¿He menester yo, señora,  
Lo que una vez se me encarga,  
Escucharlo cada día?  
Fuera de que ha habido causa,  
Que me ha obligado á venir,  
Demas de tu confianza.

FLÉRIDA.

Pues ¿qué ha habido?

LAURA.

Estando ahor-  
(Ap. ¡Oh amor, hoy veré si sacas  
De la culpa la disculpa!)  
Estando en esas ventanas,  
Que ean sobre el parque, oí  
Que unos caballos pasaban;  
Y como vi novedad  
Afuera, quise apurarla  
Reconociendo el jardín.

FLÉRIDA.

Las señas que das son tantas,  
Y tan unas con las señas  
Que yo tengo, que doy gracias  
A tu cuidado. Di ahora,  
¿Qué has visto en el jardín?

LAURA.

Nada.

Pues no ha habido hasta ahora seña  
De lo que mi afecto aguarda.  
Pero bien te puedes ir;  
Que estando yo, no harás falta.

FLÉRIDA.

Es así. Quédate pues.

LAURA.

Sí haré. (Llaman á la ventana.)

FLÉRIDA.

Mas oye, ¿no llaman?

LAURA.

El viento engaña mil veces. (Llaman.)

FLÉRIDA.

Pues ahora el viento no engaña.  
Abre y responde.

LAURA

¿Yo?

FLÉRIDA.

Sí.

Llegaré yo á tus espaldas:  
Verémos quién es, y á quién  
Busca, si llega á nombrarla.

LAURA.

Mi voz es muy conocida.

FLÉRIDA.

¿Hay mas que disimularla?  
Llega, digo.

LAURA. (Ap.)

¿Habrá precepto  
Mas rignoso? ¿Que haga  
Yo el verdadero y fingido  
Papel hoy de aquesta farsa  
De noche, donde aun la seña  
De la cifra no me valga!

FLÉRIDA.

¿Qué temes? (Llaman.)

LAURA.

Que me conozcan

En oyéndome.

FLÉRIDA

¿Qué extraña

Estás! Llega ya.

LAURA.

¿Quién es?

(Abre los postigos de la ventana.)

### ESCENA XX.

FEDERICO, á la reja.—DICHAS.

FEDERICO.

Quien muerto, divina Laura...

LAURA. (A Flérída.)

¿No lo dije yo, que habían  
De conocerme en el habla?  
Mira si salió verdad  
A la primera palabra.

FLÉRIDA.

Así es, y aun yo tambien pienso  
Que te he conocido, Laura.

LAURA.

Caballero, pues sabeis  
Quién soy, tambien, cosa es clara,  
Sabréis que no soy á quien  
Buscan vuestras esperanzas.  
Id con Dios, y agradececd  
Que no toma mas venganza  
Hoy mi decoro ofendido,  
Que daros con la ventana. (Cierra.)

FEDERICO. (Dentro.)

Laura, señora, mi bien,  
No fué culpa la tardanza.  
Escucha, y márame luego,  
O harás que á matarme vaya.

LAURA.

¿Que hayas querido que aquí  
Me hayan conocido!

FLÉRIDA.

Calla.

LAURA.

Si mi padre ó si Lisardo  
Supiesen que en esto andaba...

FLÉRIDA.

No dés voces, no dés voces.

LAURA. (Ap.)

¿Quién vió pena mas extraña?

FEDERICO.

Óyeme, y márame luego,  
Vuelve á abrir, hermosa Laura  
(Abre Flérída.)

FLÉRIDA.

¿Qué quieres decirme?

FEDERICO.

Que  
Esa fiera, esa tirana

De Flérída me ha enviado  
A tu padre, porque haga  
Diversión á mis deseos;  
Y prendiéndome en mi casa,  
Me ha estorbado, dueño mio,  
Venir á esta hora. ¿Qué aguardas?  
En el parque los caballos  
Esperan. Va tengo cartas  
Del Duque, que me aseguran  
El vivir contigo en Mantua  
Ven conmigo; que aunque ya  
Se va declarando el alba,  
No importa, como una vez  
Contigo al camino salga.

LAURA. (Ap.)

Si mas que decir tuviera,  
Mas dijera. ¡Estoy sin alma!

FLÉRIDA.

Federico, tarde es ya  
Para que hoy contigo vaya.  
Mejor es que á la prision  
Te vuelvas hoy, y mañana  
Se disponga de otra suerte.

FEDERICO.

Tuya es la vida y el alma,  
Y yo te obedeceré.  
Pero ¿quedas enojada?

FLÉRIDA.

Con mi estrella, no contigo.  
Adios. (Cierra.)

FEDERICO. (Dentro.)

Adios.

### ESCENA XXI.

FLÉRIDA, LAURA.

FLÉRIDA.

¡Pues bien, Laura!...

LAURA.

Señora...

FLÉRIDA.

Nada me digas,  
Pues yo no te digo nada.  
(Ap. Muriéndome voy de celos.)

LAURA.

Advierte...

FLÉRIDA.

Adelante pasa;  
Que no has de quedarte aquí.

LAURA. (Ap.)

Mucho temo su venganza.

FLÉRIDA.

(Ap. Mostraré al mundo que soy  
Quien soy.) Vamos, vamos, Laura

LAURA. (Ap.)

¡Ay infeliz! Hoy murieron  
De una vez mis esperanzas.

FLÉRIDA.

¿Mas quién del jardín ha abierto  
Ahora la puerta falsa?

LAURA.

Si la luz, que ya se muestra  
Temerosamente clara,  
Deja ver, mi padre ha sido.

FLÉRIDA.

El es. A esta parte aguarda;  
Sabrémos con qué intencion  
La puerta á estas horas abra  
Del jardín.

LAURA. (Ap.)

¡Valedme, cielos!  
No pierda honor, vida y fama.  
(Retíranse.)

### ESCENA XXII.

ARNESTO, FABIO, GUARDAS. — FLÉRIDA, LAURA.

ARNESTO.

Tú, Fabio, me has de decir  
A qué propósito estabas  
En el parque con aquellos  
Caballos.

FABIO.

Señor, repara  
En que yo en mi vida estuve  
A propósito de nada.  
Porque soy hombre muy fuera  
De propósito.

ARNESTO.

¿Qué causa  
Te llevó allí?

FABIO.

Yo, señor,  
Tengo de sentarme gana  
A la mesa con mi amo,  
Y así hago lo que me manda.

ARNESTO.

¿Con quién Federico, dime,  
Ayer riñó?

FABIO.

Con su dama  
Debió de ser, pues no vió  
La hora de echarla de casa.

ARNESTO.

Yo te haré que la verdad  
Digas de todo. No hayas  
Miedo que te escapes.

FABIO.

Eso  
Dijo un doctor yendo á caza;  
Que viniendo uno á decirle:  
«Allí está una liebre echada  
En su cama, deme usted  
Su arcabuz para tirarla,  
Primero que se levante»;  
Le respondió en voces altas:  
«Que se levante no temia,  
Porque estando ella en la cama,  
Y siendo yo quien va á verla,  
¿Qué va que no se levanta?»

ARNESTO.

Mucho me huelgo que estéis  
Ahora, Fabio, de gracias.

FABIO.

Son naturales.

ARNESTO.

¡Señora!

¿Aquí estáis?

FLÉRIDA.

Mi pena rara  
Me sacó al jardín. ¿Qué es esto?

ARNESTO.

Yendo á hacer lo que me mandas,  
Prendí á Federico anoche,  
Porque no bastaron trazas  
Ningunas á detenerte;  
Y dejándole con guardas  
En su casa, porque él  
No saliese de su casa...

FLÉRIDA.

¡Y cierto que le guardaron  
Muy bien!

ARNESTO.

Corri la campaña,  
Por ver si hallaba en el campo  
Al hombre que le esperaba;  
Y solo junto á la puente  
Fabio su criado estaba

Con dos caballos. Queriendo  
Que no corriese la fama  
De su prision, en mi cuarto,  
Por aquesta puerta falsa,  
De quien llave maestra tengo,  
Quise encerrarle.

FABIO.

¿En qué agravia  
A nadie tener caballos  
Un hombre?

ARNESTO.

Mira qué mandas  
Hacer dél y del criado.

FLÉRIDA.

Que aquí á Federico traigas  
(Pues solo mi intencion fué  
Excusar una desgracia,  
Y ya, poco mas ó menos,  
Sé del disgusto la causa),  
Y que sueltas al criado.

FABIO.

Beso mil veces tus plantas.

ARNESTO.

Al instante con él vuelvo.  
(Vase con los guardas.)

LAURA.

Señora, mira qué trazas.  
Duélete de mi opinion.

FLÉRIDA.

Déjame, Laura.

### ESCENA XXIII.

ENRIQUE. — FLÉRIDA, LAURA, FABIO.

ENRIQUE.

Si alcanzan  
Por forastero mis dichas  
Algun lugar en tu gracia,  
Que des libertad te pido  
Hoy á Federico.

FLÉRIDA.

Nada  
Me pedís en eso, puesto  
Que él tiene libertad tanta.  
Mas decidme vos, Enrique,  
¿Habeis hoy tenido carta  
Del Duque?

ENRIQUE.

¿Yo? No, señora.

FLÉRIDA.

Pues yo sí.

ENRIQUE. (Ap.)

¡Ficción extraña!

FLÉRIDA.

Y en ella me escribe el Duque,  
Como tiene ya acabadas  
Vuestras cosas y compuestas;  
Y así desde aquí á mañana  
De Parma salid, pues no  
Teneis ya que hacer en Parma.

ENRIQUE.

Aunque del Duque, señora,  
Dije que no tuve carta,  
La tuve de un grande amigo,  
En que me dice, no vaya  
Tan presto, porque aun no están  
Cumplidas mis esperanzas.

FLÉRIDA.

Eso os dice vuestro amigo,  
Y esto os digo yo. Mañana  
Salid de aquí, pues aquí  
Nada haceis, y allá haceis falta



ENRIQUE. (Ap.)

Con bien cuerdo estilo ¡ay cielos!  
Me ausenta y me desengaña  
Flérída.

## ESCENA XXIII.

LISARDO.— Dichos.

LISARDO.

Dame tu mano,  
Y permite, ó soberana,  
Deidad desta verde esfera,  
Que bese la suya á Laura  
En albricias de mis dichas;  
Pucs ahora en estas cartas  
Tuve la dispensacion  
Que há tantos siglos que aguarda  
Mi deseo.

FLÉRIDA.

A muy buen tiempo  
Ha venido...

LAURA. (Ap.)

¡Pena extraña!

FLÉRIDA.

Que hoy ha de ser...

## ESCENA XXIV.

ARNESTO, FEDERICO. — Dichos.

ARNESTO.

Federico

Está aquí.

FEDERICO.

¿Qué es lo que manda  
Vuestra Alteza?

FLÉRIDA.

Que le deis

La mano de esposo á Laura;  
Que yo valgo mas que yo...  
Y note el mundo esta causa.

ARNESTO Y LISARDO.

¿Qué dices?

FLÉRIDA.

Que soy quien soy.

ARNESTO.

Pucs, señora, ¿no reparas  
Que olcudes mi honor?

LISARDO.

• ¿No miras

Que mis finezas agravias?

FLÉRIDA.

Esto, Lisardo, esto, Arnesto,  
Importa á los dos.

ARNESTO.

Ya halla

Nuevas razones mi honor,  
En sola aquesa palabra,  
Para que no lo consienta;  
Que no ha de decir la fama  
Que por oculta razon  
Diste á Federico á Laura.

FEDERICO.

Que sea pública ú oculta,  
¿Qué pierdes conmigo?

ARNESTO.

Nada;

Mas basta ser sin mi gusto.

FEDERICO.

Para sentirlo sí basta,  
Pero no para ofenderte:  
Fuera de que la palabra  
De darme á Laura me has dado.

ARNESTO.

¿Yo á ti?

FEDERICO.

Sí.

ARNESTO.

¿Dónde?

FEDERICO.

En mi casa

Anoche, cuando dijiste  
Que harías que quien me esperaba,  
Llamado por un papel,  
Me diese la mano. Laura  
Fué quien me llamó; y así  
Para contigo esto basta.

LISARDO.

Sí; mas no para conmigo,  
Que sabré en esta demanda  
Perder la vida.

FLÉRIDA.

¿Qué es esto?

FEDERICO.

Y yo sabré sustentarla.

ARNESTO.

Lisardo, á tu lado estoy.

ENRIQUE. (A Federico.)

Y yo al tuyo.

FLÉRIDA.

(Ap. ¡Pena extraña!

Mas si el amor supo hacerla,  
Sepa el honor remediarla.)  
Si el ser esto gusto mio  
Y el mandarlo yo no basta,  
Baste saber que á su lado  
Se pone el duque de Mantua.

ARNESTO.

¿Quién?

ENRIQUE.

Yo, que á Flérída bella

Sirviendo estoy en su casa,  
Y tengo de defender  
A Federico y á Laura.

FLÉRIDA.

Y yo tambien, porque vea  
El mundo que mi templanza  
Es mayor que mi pasión.

ARNESTO.

Si los defienden y guardan  
Los dos, Lisardo, no queda  
A mi honor otra esperanza  
Que ampararlos yo tambien.

LISARDO.

Aunque es la pérdida tanta,  
Igual á ella es el consuelo,  
Viendo que á voces declara  
Sus favores Federico.

ENRIQUE.

Y yo, rendido á tus plantas,  
Te suplico, mis finezas  
Logren sus desconfianzas

FLÉRIDA.

Esta es mi mano; que quiero  
Ya, de lo que fui, olvidada,  
Acordarme lo que soy.

LAURA.

Cumplió el cielo mi esperanza.

FEDERICO.

Cumplió mi ventura el cielo.

FABIO.

¡Oh cuántas veces, oh cuántas  
La dama de Federico,  
Quise decir que era Laura!  
Pero ya *el Secreto á voces*  
Lo ha dicho. De nuestras faltas  
Dad el perdon, que pedimos  
Humildes á vuestras plantas.





# ARGENIS Y POLIARCO.

## PERSONAS.

MELEANDRO, *rey de Sicilia.*  
ARGENIS, *su hija.*  
TIMOCLEA, *dama.*  
SELENISA, *dama.*  
HIANISBE, *reina de Africa.*  
DOS DAMAS *suyas*

POLIARCO.  
ARCOMBROTO.  
ARSIDAS.  
ERISTENES.  
LIDORO.  
TIMONIDES.

GELANOR, *criado de Poliarco.*  
MARINEROS.  
CRIADOS.  
ACOMPAÑAMIENTO  
SOLDADOS.  
MÚSICOS.

*La escena es en Sicilia y en Africa.*

## JORNADA PRIMERA.

Marina.

### ESCENA PRIMERA.

ARCOMBROTO, MARINEROS.

UN MARINERO. (*Dentro.*)

De el esquite á la playa,  
Y en él á tierra el africano vaya.

ARCOMBROTO. (*Dentro.*)

Dejadme en ella solo;  
Que en esta selva, consagrada á Apolo,  
Quiero quedarme, libre del ultraje  
Del viento.

MARINEROS. (*Dentro.*)

En paz te queda.

ARCOMBROTO.

¡Buen viaje. (*Sale.*)

Salude el peregrino,  
Que en salado cristal abrió camino,  
La tierra donde llega,  
Cuando misero naufrago de niega  
Del mar á la inclemencia procelosa.  
¡Salve, y salve otra vez, madre piadosa!  
En rendidos despojos  
Los labios te apelliden y los ojos.  
Y tú, Sicilia bella,  
A quien corona la mayor estrella  
Por cabeza del mundo,  
Fénix de las ciudades sin segundo,  
Sin segundo y primero,  
¡Salve también! y admite á un forastero,  
A quien tu nombre llama  
A conseguir honor, á ganar fama  
En el trinacrio suelo.  
Un africano soy...

### ESCENA II.

TIMOCLEA.—ARCOMBROTO.

TIMOCLEA. (*Dentro.*)

¡Válgame el cielo!

ARCOMBROTO.

¡Qué voz tan triste ha sido,  
Que lengua y accion ha suspendido  
Con ecos lastimosos?

TIMOCLEA. (*Dentro.*)

¡Dadme vuestro favor, cielos piadosos!

ARCOMBROTO.

Una mujer huyendo  
Sale del monte: socorrer pretendo  
Su violenta fatiga;  
Que una mujer, con ser mujer, obliga  
Al hombre mas cobarde.

Tarde la sirvo, y la socorro tarde,  
Si alus no calzo.

(*Sale Timoclea.*)

TIMOCLEA.

Ampara, ó caballero,  
(Que el traje te acredita, aunque extran-  
Ampara generoso [jero)  
El pecho mas bizarro y mas brioso  
Del mundo, cuya vida  
Yace de tres contrarios combatida,  
De tres prodigios fieros,  
Partos destas montañas, bandoleros,  
Que por tirana suerte  
Su vida compran con la ajena muerte.  
Vuélveme los ojos á esa parte, y mira  
Cómo el gallardo jóven los retira,  
Y la victoria de los tres pretende:  
¡Con tal maña los lidia y se defiende!

ARCOMBROTO.

Hermosa dama, sea  
La respuesta servirme, porque vea  
Sicilia mi valor, el primer día  
Que á ella me consagró la estrella mia.  
(*Vase.*)

• TIMOCLEA.

Valiente el forastero  
Rayos esgrime en el templado acero.  
Ya la sangre del uno el campo baña,  
Y los dos desamparan la campaña,  
Huyendo infamemente.

### ESCENA III.

ERISTENES y LIDORO, y luego POLIARCO y ARCOMBROTO.—TIMOCLEA.

LIDORO. (*Dentro.*)

Huye, Eristenes, ya que en tan valiente  
Accion los dos tan infelices fuimos.

ERISTENES. (*Dentro.*)

Vivo quedó: grande ocasion perdimos  
(*Salen con las espadas desnudas, y pasan huyendo; tras ellos salen Poliarco y Arcombroto.*)

POLIARCO.

Esperad, no los sigais:  
Dejadlos pues van huyendo;  
Porque de tanto valor  
Es poca victoria el miedo;  
Y dadme lugar en que,  
Agradecido al esfuerzo  
De vuestra valiente mano,  
Saber merezca á quién debo  
La vida: y en esta parte  
Perdonad no conoceros,  
Cuando pudiera informarme  
De la fania.

ARCOMBROTO.

No os merezco

Tan grandes favores, cuando  
Mas que os obligo, os ofendo.  
Agravió fué, no lisonja,  
El llegar á socorreros;  
Y así esperaba de vos  
Quejas, no agradecimientos,  
Por haber entrado á parte  
En ese triunfo pequeño,  
Sobrando vuestro valor  
A mayores vencimientos.  
De que no me conozcáis  
No me admiro: soy tan nuevo  
En esta tierra, que hoy  
Pisé el siciliano suelo  
El patron de aquella nave  
Que á vista pasó, á mis ruegos  
Me arrojó en aquesta playa.  
Lo que de mí decir puedo  
Es, que soy un africano  
Que á gauar opinion venge,  
Llamado de mi valor,  
Cuyas voces, cuyo aliento  
El corazon me arrebatan,  
Que ya no cabe en el pecho.  
Las guerras que hoy á Sicilia  
En tanto peligro han puesto  
(Que allá lo dijo la fama),  
Deseoso me trajeron  
De ver si en la ajena patria  
Soy mas dichoso; que el cielo  
A ninguno favorece  
En la propia. Llegué á tiempo  
Que esta dama me avisó  
De vuestro peligro; y puesto  
A vuestro lado, os servi,  
Compañero en vuestros riesgos.  
Es Arcombroto mi nombre.  
Esto sé de mí; y si puedo  
Saber de vos el estado  
De las cosas deste reino,  
Y quién sois, será favor  
Digno de un heroico pecho.  
A cuyo servicio ya  
La vida y el alma ofrezco.

TIMOCLEA.

Para urbana ceremonia  
De amistad y cumplimientos  
Rústico palacio es  
La soledad de un desierto;  
En él, detras de esos montes,  
Una hermosa quinta tengo,  
Bonde podéis albergaros,  
Aunque es álevar pequeño  
A huéspedes tan ilustres.  
Y pues ya el dorado Febo  
En ondas de plata y nieve  
Baña los rubios cabellos,  
Quando llegaba á la noche  
Que baje entre oscuros velos,

Infundiendo á los mortales  
Miedo, espanto, horror y sueño;  
Y pues es fuerza admitirlos,  
Por ser de mujer, mis ruegos;  
No espero mejor respuesta  
Que deciros que os espero. (Vase.)

#### ESCENA IV.

GELANOR. *en cuerpo.*—POLIARCO,  
ARCOMBROTO.

GELANOR. (A Poliarco.)

¡Gracias á Dios que te hallé!  
¿Dónde están los bandoleros?  
Vamos á prisa: á buscarlos;  
Que ya con cólera vengo,  
Que entónces no la tenía,  
Y solamente por eso  
Les dejé que me llevaran  
Espada, capa y sombrero.  
No teneis que prevenir  
Armas, porque ya yo llevo  
Esta pistola, que entónces  
Se me quedó en los gregüescos,  
Con que podemos matarlos.

POLIARCO.

Pues ¿por qué, di, á mejor tiempo  
No la sacaste, y con ella  
Defendiste todo aquello  
Que te llevaron?

GELANOR.

Porqué  
Este es, señor, un secreto  
Notable.

POLIARCO.

¿Mejor no fuera?

GELANOR.

Si fuera; pero no puedo  
Decirlo, porque el guardarla  
Entónces tuvo misterio.

POLIARCO.

¿Y qué fué?

GELANOR.

Pues que ya es fuerza  
Decirlo, esécheame atento.  
Como vi que me quitaban  
Cuanto llevaba, prevengo  
El no sacar la pistola  
Entónces....

POLIARCO.

Pues ¿por qué efecto?

GELANOR.

Porque no me la llevaran  
Tambien. ¡Mira si soy necio!

POLIARCO.

Eres cobarde.

GELANOR.

Es verdad.

ARCOMBROTO.

Ya pues que los dos nos vemos  
A vista de ese palacio,  
Que hospedaje ha de ser nuestro,  
Por el camino podeis  
Ir, señor, satisfaciendo  
A las deudas en que os puse  
Cuando os conté mi suceso.

POLIARCO.

De las cosas de Sicilia  
Muy poco informaros puedo,  
Porque tambien, como vos,  
Soy, Arcombroto, extranjerio;  
Pero en efecto la curia  
De la corte, en poco tiempo  
Que la asistí, me habrá dado

Mas noticia: Estadme atento.

Yo, generoso africano,  
Soy un frances caballero.  
A quien destierran y arrojan  
De su patria los sucesos  
Del amor y la fortuna.  
Mirad, si cualquiera destes  
Dos contrarios ha postrado,  
Ha sujetado y deshecho  
Tantos triunfos, majestades,  
Coronas, timbres é imperios,  
Que en los teatros del mundo  
Fuéron fábulas del tiempo,  
¿Cómo pudo resistirse,  
Acometido mi pecho  
De dos violencias, dos golpes,  
Dos venganzas? Aunque pienso  
Que el haberme acometido  
Los dos, en mi vida han puesto  
Mas seguras confianzas;  
Pues á dos muertes sujeto,  
Muero, pensando que vivo,  
Vivo, pensando que muero.  
Vine á Sicilia, no sé  
Si con el designio vuestro;  
Pero sé que he conseguido  
Sus causas y sus efectos,  
Pues he mostrado en las lides  
Que se han ofrecido, y hecho  
Hazañas, que ellas pudieran  
Haberme dado... Mas dejo  
Al silencio mi alabanza,  
Si la merece el silencio,  
Y paso, ya que os he dado  
Noticia de mí, á sucesos  
De Sicilia, y esto baste,  
Que aun no pensé decir-esto.  
Meleandro, de Sicilia  
Rey único, á quien el cielo,  
Mas que de ánimo gallardo  
Dotó de su entendimiento,  
Largo tiempo gobernó  
Entre el ocio y el sosiego  
De la paz, sin que á la guerra  
Diese el militar gobierno,  
Por ser de ánimo apacible,  
Espíritu manso y quieto,  
Y al fin, inclinado, mas  
Que á la milicia, al consejo:  
Cuya condiccion afable,  
Cuyo semblante modesto  
En los ánimos altivos,  
En los alterados pechos  
De traidores, engendró  
Osados atrevimientos.  
¡Oh á cuántos reyes, oh á cuántos  
Les hizo mal el ser buenos!  
Que el temor sobre el amor  
Da estimacion y respeto.  
Lidógenes pues, un hombre  
Que fué en su gracia el primero,  
Fué el primero en su desgracia;  
Pues arrogante y soberbio,  
Mezclando pompas de Marte  
Entre regalos de Venus,  
Al sol se atrevió sin alas,  
Trepando torres de viento.  
Arroyo fué, que del mar  
Salió humilde, y adquiriendo  
Caudal y pompa, volvió.  
No á darle tributo y feudo,  
Sino á presentar batalla  
Al mismo que fué su centro,  
Y de quien él recibió  
La majestad y el aumento.  
Este pues desvanecido  
Con los favores supremos  
Del Rey, llegó á levantar  
Tan altos los pensamientos,  
Que enamorado de Argénis,  
Hija suya... Mas ¡ay, cielo!  
¿Cómo viviendo la nombro?

¿Cómo sin morir me acuerdo?

Argénis, Argénis digo,  
En quien liberal el cielo  
Logró, á pesar de la envidia,  
Belleza y entendimiento.  
En efecto, es un milagro,  
Es un asombro en efecto  
De la gran naturaleza,  
En cuyos rasgos se vieron,  
Con la discrecion del alma  
Y la hermosura del cuerpo,  
Admirados los pinceles  
Del Artifice supremo.  
Este pues desesperado  
De conseguir tanto empleo,  
Por la paz movió la guerra;  
Y convocando los pueblos,  
Cuya fe siempre dudosa  
Quiere sacudir el peso  
De la lealtad, aspiró  
A la corona y al cetro.  
La primera vez que dió  
Escándalo tanto intento,  
Fué una noche, que entregado  
A las lisonjas del sueño  
Meleandro, descansaba,  
Por mas gusto ó mas sosiego,  
En una quinta, á quien hizo  
Cárcel voluntaria el cielo  
De la belleza de Argénis,  
Porque doctos agoreros,  
Que al oriente de su vida  
Juzgaron su nacimiento,  
Dijeron que su hermosura  
Sería asombro, espanto y miedo  
Del mundo, siendo discordia  
De príncipes extranjerios.  
Y previniendo este daño  
El Rey, advertido y cuerdo,  
En aquella fortaleza  
Que dije, con sabio intento  
La dió guarda de mujeres;  
Siendo inviolable precepto  
Que ningun hombre llegase  
A profanar el silencio  
De sus muros. ¿Mas qué importa  
Que el hombre vele, si es cierto  
Que no bastan prevenciones  
Contra fatales decretos?  
Allí retirado estaba,  
O logrando ó discuriendo  
Los cuidados de la corte,  
Cuando, en el mudo silencio  
De la noche, de improviso  
Todos asaltados fuéron.  
Solo yo que le asistía,  
Mientras estaha durmiendo  
(El cómo entré á lo vedado  
Del jardín y en lo encubierto,  
Vivir me importa el callarlo  
Y no os importa el saberlo),  
En fin, solo yo atrevido  
Me concedí á tanto riesgo,  
Me opuse á tanto valor,  
Porque solo...

Voces dentro.

¡Al fuego, al fuego!

ARCOMBROTO.

¡Válgame el cielo! ¿qué voces  
Robaron y deshiciéron  
De entre tu labio y mi oído  
La admiracion y el acento?

POLIARCO.

Ya no solo lo que escucho,  
Sino tambien lo que veo,  
Me admira. ¿No ves el campo  
Todo poblado de fuegos,  
Cuya vista nos declara  
Que no fué acaso su incendio;



Porque con orden se van  
Unos á otros sucediendo?

*Voces dentro.*

¡Al fuego, al fuego!

**ESCENA V.**

**TIMOCLEA, alborotada.**—Dichos.

**TIMOCLEA.**

¡Ay de mí!

**POLIARCO.**

Pues, Timoclea, ¿qué es esto?

**TIMOCLEA.**

¡Ay huéspedes! grande daño  
Hay en Sicilia. De nuevo  
Alguna grande traicion  
Sin duda se ha desenhierdo.  
Esas llamas, de quien veis  
Todos los campos cubiertos,  
Esas voces que escuchais,  
Lenguas son, lenguas de fuego,  
Que dicen nuestras desdichas.  
Si no es en notables riesgos  
De crímenes y delitos  
Contra el Rey, nunca se vieron  
Encendidas; porque así  
Se avisa á todos los puertos,  
Que ninguna nave pueda  
Salir por entónces dellos.  
Luego se nombra el traidor;  
Y es tan grave, es tan severo  
Este rigor, que ninguno  
Puede ampararle, ó es cierto  
Que, cómplice en su delito,  
Muere con él.

**POLIARCO.**

¿Pues qué harémos

Para saberlo? Que ya  
El corazon en el pecho  
No cabe sobresaltado,  
Y un grave temor, un hiello  
Me cubre, y he de saber  
La causa destes extremos

**TIMOCLEA.**

No vayas tú, Poliarco,  
Pues ya el daño descubierta,  
En vano te sobresalta  
El temor. Mejor acuerdo  
Es que vaya Gelanor  
A la ciudad, y sabiendo  
El daño, vuelva á avisarnos.

**GELANOR.**

A mi pesar te obedezco.

**POLIARCO.**

Parte, Gelanor, y vuelve  
A darme la vida presto;  
Pues tú solamente sabes  
La confusion en que quedo.

**GELANOR.**

El viento, si le comparas  
Conmigo, es corto elemento;  
El pensamiento es pesado;  
Porque á todos los excedo  
En la lijereza; en fin,  
Compararme á nadie puedo,  
Sino solamente...

**POLIARCO.**

¿A quién?

**GELANOR.**

A mí, cuando voy huyendo. (Vase.)

**ESCENA VI.**

**TIMOCLEA, POLIARCO, ARCOM  
BROTO.**

**POLIARCO.**

Yo en tanto, por divertir  
Discursos y sentimientos,  
Arcombroto, á la empezada  
Historia de Argénis vuelvo.  
A este alcázar de mujeres  
(Aquí acabé, y aquí empiezo  
Mayores admiraciones:  
Escucha, africano, atento.)  
Por una parte, que el mar  
Combatía sus éimicentos,  
Arrojaron cantamente  
Las escaleas, y subieron.  
Yo, que á sentencia de muerte,  
Por hallarme allí encubierto,  
Estaba ya condenado,  
Que á mi me buscaban pienso;  
Y así recatado, huyo  
Secretamente á lo espeso  
De un montecillo, sitiado  
Del mar; pero cuando veo  
Que llegan hacia la torre,  
Y con máquinas de hierro  
Rompen la puerta y la asaltan,  
Con mayor cólera vuelvo.  
A tiempo llegué que ya  
Meleandro estaba preso,  
Porque imágen de la muerte  
Lo fué dos veces el sueño.  
Asombrada del horror,  
Temerosa del estruendo,  
Argénis, medio dormida,  
Salíó de su cuarto huyendo;  
Y como en el mar se ve,  
Volcan de espumas, ardiendo  
Una nave, y el soldado  
En peligros de agua y fuego,  
Por huir de uno da en otro;  
Así Argénis, pretendiendo  
Escapar de sus desdichas,  
Tropezó en ellas mas presto,  
Pues se entregó á sus contrarios.  
Yo, que en aquel punto llego,  
Osado á morir me arrojo  
Entre las armas y el fuego,  
Siempre cubierta la cara.  
¡Oh qué valiente, qué diestro  
Es cuando riñe, restado  
A vender su vida á precio  
De muchas, el que no riñe  
Por vivir! No te encarezco  
Lo que hice; pero basta  
Decir que solo mi esfuerso  
Al Rey le dió libertad,  
Quietud á Argénis, recelo  
De mas armas al contrario,  
Pues se volvió al mar huyendo.  
Yo, en mayores confusiones,  
En mayores dudas puesto,  
Gozoso de la victoria,  
Temeroso del decreto  
Rompido, ignoré si habia  
De conseguir descubierta  
La gracia del Rey, óirme,  
Temeroso á sus preceptos.  
Pero entre una y otra pena  
Parto la duda, y me atrevo  
A decir mi nombre á Argénis  
Y callarlo al Rey. Con esto  
Me ausento de su palacio,  
Y de mi vida me ausento.  
En fin, para no cansaros,  
Ya declarados los pechos  
De la traicion, el tirano  
Puso en armas todo el reino.  
Ardese en guerras Sicilia,  
En cuyos duros encuentros

Partió fortuna las suertes;  
Que tambien la guerra es juego.  
En este estado el traidor  
Quiso venir á concierto,  
Y en oprobrio de sus armas,  
Meleandro á concederlo;  
Que no se atreviera un hombre  
Particular á un imperio  
Soberano, á no saber  
Que cuando á su atrevimiento  
Llegue el castigo, ha de estar  
Puesta la piedad en medio.  
Yo corrido, yo afrentado,  
Siquiera por haber pnesto  
En defensa de Sicilia  
Mis armas, no vengo en ello;  
Y así de la eorte salgo  
(No sé si diga que huyendo)  
Hoy que sus embajadores  
Entran en ella; y viniendo  
En servicio desta dama,  
Que lo es de Argénis, salieron  
Los bandoleros que viste,  
Porque le deba á ese esfuerso  
La vida, y á mi ventura  
La ocasion de conocerlos,  
Para que tengais en mí  
Un amigo verdadero.

**ESCENA VII.**

**GELANOR.**—Dichos.

**GELANOR.**

Nunca la desdicha fue  
Pensada ni prevenida,  
Tanto como sucedida.

**POLIARCO.**

¿Qué es lo que dices?

**GELANOR.**

No sé.

Contra ti ha sido, señor,  
Todo este fuego encendido.  
Contra ti la voz ha sido,  
Que te publica traidor.  
Un hombre me dijo el caso;  
Que la pena sule ser  
Bandolera del placer,  
Que te está esperando al paso.  
Contóme pues que hoy habias  
Muerto tu un embajador  
De Lidógenes, señor;  
Y como en público habias  
Resistido este concierto,  
De tu gran valor disculpa,  
Todos creyeron tu culpa,  
Todos lo tienen por cierto,  
Diciendo que tú has quitado  
La paz de Sicilia, y puesto  
En peligro manifiesto  
El bien comun del Estado,  
Y en sospecha la palabra  
Del Rey, pues contra derecho  
A un embajador se ha hecho  
Tal traicion; y tanto labra  
En el vulgo aqueste error,  
Que te buscan desta suerte  
Todos, para darte muerte,  
Como á público traidor.

**POLIARCO.**

¡Válgame el cielo! ¿qué escucho?  
¡Válgame el cielo! ¿qué veo?  
Siendo mi mal, no lo creo:  
Sin duda mi mal es mucho.  
¿Cuándo yo rompí la fe  
Al Rey? ¿Cuándo fui traidor?  
¿Cuándo yo al embajador  
De Lidógenes maté?

GELANOR.

Dicen que esta tarde, aquí,  
En esta selva de Apolo.

POLIARCO.

Yo en aquesta selva solo  
Murió á un bandolero di,  
Que con otros dos salió.  
Mas sin duda ellos han sido  
Los que matarme han querido  
Esta tarde; y como yo  
Me defendí, han publicado  
Que matarlos pretendí.  
Pero volverá por mí  
La verdad. Desesperado  
Iré al Rey... y su rigor  
Se vengue; que en caso tal  
Mas quiero morir leal,  
¡Cielos! que vivir traidor.

ARCOMBROTO.

Poliarco, aguarda, deja  
La cólera; y aunque es mucha  
La ocasión, atínde, escucha  
A un hombre que te aconseja  
Sin pasión. Aunque no estés  
Culpado en esta traición,  
La autoridad, la opinión  
Común en tu daño es.  
Iluir el primer furor  
A un juez apasionado,  
Fué siempre muy acertado;  
Y mas á un Rey, que en rigor  
Se querrá satisfacer.  
Mas la quietud importó  
De todo un reino, que no  
Una vida; y el poder  
Tal vez, siendo interesado  
El bien de su reino entero,  
Con capa de justiciero  
Mata por razon de Estado.

POLIARCO.

Confieso que me aconsejas.  
Mi bien; mas ¿qué solicitas  
Si una confusion me quitas,  
Cuando con otra me dejas?  
¿Qué he de hacer? ¿Dónde he de ir,  
Si nadie puede ampararme?  
¿O quién, por querer guardarme,  
Ha de arrojarle á morir  
Porque yo viva?

ARCOMBROTO.

¿Pues no?

POLIARCO.

¿Habrà quien muera por mí  
Con tan grande infamia?

TIMOCLEA Y ARCOMBROTO.

Si.

POLIARCO.

¿Quién querrá ampararme?

TIMOCLEA Y ARCOMBROTO.

Yo.

POLIARCO.

Dudoso de haber oído  
Vuestras voces, considero  
A quién debía primero  
Responder agradecido,  
Al favor de tu hermosura  
O de tu esfuerzo al favor.

TIMOCLEA.

A nadie, porque el valor  
Por sí solo se asegura  
Esta gloria. Y pues aquí  
Te da en los dos la fortuna  
Valor é ingenio, ninguna  
Tendrá fuerza contra ti;  
Que el eje á su rueda roto  
Has de ver, si en ti se emplea

La industria de Timoclea  
Y el esfuerzo de Arcombroto.  
Y pues que me toca á mí  
La industria, haced lo que mando,  
Que yo obedeceré cuando  
Te toque el vencer á ti.  
Tú, Gelanor, parte luego,  
Y espárese que tu señor,  
Temeroso del rigor  
Que le busca á sangre y fuego,  
A nado quiso pasar  
El Himera, undoso río,  
Y que el caudaloso brio  
De su curso sujetar  
No pudo el caballo, y tal  
Sepulcro á su fama debe;  
Que tiene en urnas de nieve  
Monumentos de cristal.—  
Tú, por si alguien te vió acaso

(A Poliarco.)

Llegar aquí, la sospecha  
Desmiente, y haz la deshecha  
De irte, y encamina el paso  
Por la vereda que enseña  
Esa amena poblacion  
De los árboles, que son  
Doseles, y en una peña,  
Que está al fin, atento mira,  
Hasta tanto que la roca  
Abra una fuesta boca,  
Tronera por quien respira  
Una cueva, que esta casa  
Tiene para tal efecto  
Labrada con tal secreto,  
Que nadie sabe que pasa  
Hasta allí. Y si entras por ella  
Una vez, fia de mí  
Que no ha de saber de ti  
Ni aun la luminar estrella  
Del sol. En tanto ir podemos  
Los dos á tenerla abierta,  
Que es un peñasco la puerta.  
Una antorcha sacaremos  
Para que sirva de guía:  
Bien seguro estarás dentro,  
Que es un abismo su centro,  
Triste oposicion del día.

(Vanse Timoclea y Arcombroto.)

## ESCENA VIII.

POLIARCO, GELANOR.

POLIARCO.

Que no me dejes, te ruego,  
Tú, Gelanor, entre tanto  
Que entre suspiros y llanto  
Vivo á mi sepulcro llevo.  
Diréte por el abismo  
Esta umbrrosa competencia  
Lo que has de hacer en mi ausencia,  
O en mi muerte, que es lo mismo.  
Lo primero es avisar  
A Arsidás; y solamente  
A él, Gelanor, cuerdamente  
El aviso le has de dar  
De mi vida, porque luego  
Avisé prudente y sabio  
A Argénis... ¿Mas cómo el labio,  
Cuando en mi llanto me anego,  
Pudo pronunciar su nombre  
Sin que me aborrezca aquí  
Mi propia vida? Ay de mí!

GELANOR.

Justo será que me asombre  
Tu pensamiento. ¿A qué fin  
Verte perseguido quieres,  
Pues con solo decir que eres,  
Señor, el frances del lin,  
Pudieras?...

POLIARCO

Necio, villano,  
¿Tal pronuncias? ¡Vive Dios,  
Que, á no estar solos los dos,  
Te matara con mi mano!

(Vase.)

## ESCENA IX.

GELANOR.

Al tiempo que ya la salva  
Del sol estos montes dora,  
Sale riendo la aurora,  
Y sale llorando el alba:  
Risa y lágrimas envía  
El día al amanecer,  
Para darnos á entender  
Que amanece cada día  
Entre lirios y azucenas,  
Entre rosas y jazmines,  
Para dos contrarios fines,  
De contentos y de penas.

## ESCENA X.

ARSIDAS, TIMONIDES.—GELANOR.

TIMONIDES.

No hay rastro ninguno del.

GELANOR.

(Ap. Gentes de palacio son,  
Empiece aquí la invencion.)  
¡Hado severo y cruel,  
Fortuna inconstante y varia,  
Suerte injusta y enemiga,  
Muerte, nunca al hombre amiga,  
Y estrella siempre contraria!...

ARSIDAS.

Gelanor, ¿con qué dolor  
Te acompañas y aconejas,  
Que de los cielos te quejas?

TIMONIDES.

¿Adónde está tu señor?

GELANOR.

Los dos me habeis preguntado  
Una misma cosa, y ya  
Una respuesta será  
La que os dé mi pecho helado;  
Pues con deciros que dejo  
(¡Hado injusto y enemigo!)  
Muerto á Poliarco, digo  
Dónde está, y de qué me quejo.

ARSIDAS.

¿Qué es lo que dices?

GELANOR.

Que luego

Que aquella nueva escuchó,  
Que traidor le publicó,  
Y que supo de aquel fuego  
La ceremonia y la ley,  
Que le excluye del favor  
De los hombres, al rigor  
Quiso ausentarse del Rey;  
Y por no fiarse á alguno,  
Que por cómplice en su ausencia  
Padeciese la sentencia  
De rigor tan importuno,  
Se lió de su valor,  
Y quiso desesperado  
Pasar el Himera á nado  
Y despreciando el temor,  
Puso los pies á una alfana,  
Rayo, si hay rayo de nieve,  
Que con la espuma se atreve  
A vivir dos veces cana;  
Y diciendo: «Sabe el cielo  
Que al Rey he sido leal,  
Átomos hizo el cristal,



# ARGENIS Y POLIARCO.

Pedazos deshizo el hiello.  
El bruto, que ya no es  
Sino bajel eminente,  
Hizo proa de la frente,  
Remos hizo de los piés;  
Y como una y otra ola  
La helada chiu erizaban  
Era vela, á quien linceaban  
Los vientos, timon la cola;  
Y monstruo confuso en lin  
De dos especies, tal vez  
Era bruto y era pez,  
Siendo caballo y delphin.  
Pero cansado el aliento,  
Por boca y ojos vertió  
Fuego: una batalla yo  
Vi de elemento á elemento.  
Pensó venerla; mas luego,  
Aunque su valor le esfuerza,  
Se rindió, porque era fuerza  
Que venciese el agua al fuego;  
Y yendo á su discrecion,  
Donde en el mar se desagua,  
Vivió en fuego y murió en agua  
Con envidia de Faeton.

ARSÍDAS.

¿Qué desdicha!

GELANOR.

Justamente  
Sientes las penas que digo;  
Que yo sé que era tu amigo.

TIMÓNIDES.

Importa que brevemente  
Llegue á palacio la nueva.

ARSÍDAS.

Tú, Timónides, podrás,  
Porque yo es justo que mas  
Pena y sentimiento deba  
A la muerte de un amigo.  
Dejadme hacer entre tanto  
Las exequias con mi llanto.

TIMÓNIDES.

Hoy veloz al viento sigo.

ARSÍDAS.

No pongas cuidado en esto.

TIMÓNIDES.

¿Por qué, Arsidas?

ARSÍDAS.

Porque llevas,  
Timónides, malas nuevas,  
Y es fuerza que llegues presto.  
(Vase Timónides.)

## ESCENA XI.

ARSÍDAS, GELANOR.

GELANOR.

Huélgome que aquí te quedes,  
Para que sepas que ha sido  
Cuanto te he dicho fingido.

ARSÍDAS.

¿Qué es lo que dices?

GELANOR.

Que puedes  
Darme albricias de la vida  
Que te estima y te desea.  
En casa de Timoclea,  
En una cueva escondido,  
Vive Poliarco, y dice  
Que á ti solamente dé  
Noticia de donde esté.

ARSÍDAS.

¿Hay suceso mas felice?  
Toma un diamante, lucero

Que no hay llama que le iguale,  
Y medio talento vale.

GELANOR.

Como quisiera el platero;  
Que como esto no se entiende  
Y es su precio estimacion,  
Lo que compra en un doblon,  
Vale diez cuando lo vende.  
Pero parte luego á dar  
Estas nuevas...

ARSÍDAS.

Ya te entiendo.

Volar sin alas pretendo,  
Por si ántes puedo llegar  
Yo, que el Mercurio cruel  
De Timónides.

GELANOR.

Aquí

Puedo yo decirte á ti  
Lo que tú dijiste á él:  
No harás de veloz alarde,  
Aunque á los vientos te atrevas,  
Porque llevas buenas nuevas,  
Y es fuerza que llegues tarde. (Vanse.)

Sala en el palacio del rey Meleandro.

## ESCENA XII.

ARGENIS, SELENISA.

SELENISA.

Pena mal resistida,  
Muerte será forzosa.

ARGENIS.

No hay pena tan diebosa  
Que acabe con la vida;  
Porque en ser la postrera,  
No fuera pena, que lisonja fuera.  
¿Quieres ver si prevengo  
Remedio á un mal injusto?  
Solo conozco el gusto  
En ver que no le tengo;  
Y si en sentir tuviera  
Gusto, por no tenerle, no sintiera.

SELENISA.

Si; mas resista al llanto  
La fingida alegría.

ARGENIS.

¿Ay Selenisa mia!  
Mas me admiro y espanto  
De que en penas tan graves  
Tú me consueles, que la causa sabes.

SELENISA.

Quizá mentira ha sido  
Que Poliarco ha dado  
Muerte al embajador.

ARGENIS.

¿Y mi cuidado  
Podrá ser mentiroso ni fingido,  
Cuando el vulgo le aclama  
Traidor, y como tal el Rey le llama?

SELENISA.

El á tu cuarto viene,  
No respondo por eso.

ARGENIS.

Que estoy muerta confieso.

SELENISA.

Disimular conviene.

ARGENIS.

¿Quién podrá, Selenisa,  
Mezclar pena y contento, llanto y risa?

## ESCENA XIII.

MELEANDRO, LIDORO; ERISTENES,  
con una caja y una banda en ella.—  
ARGENIS, SELENISA.

REY.

Como padre y amante  
De tu hermosura, vengo  
A darte parte de mi dolor que tengo.  
Ya habrás sabido tú, cómo arrogante  
Poliarco en campañas y desiertos,  
Mató al embajador, que á los conecierto  
De secreto venia,  
Y que rompió la fe y palabra mia.  
Eristenes lo diga, que, del muerto  
Embajador amigo,  
Allí le acompañaba.

ERISTENES.

De su traicion, señor, fui yo testigo.  
Poliarco en el monte oculto estaba  
Con emboscada gente,  
Y al paso nos salió improvisamente.

REY.

Un presente enviaba,  
Para testigo de que confirmaba  
La paz, y de sus joyas he elegido  
Para ti aquesta banda, porque ha sido  
Pasma con su belleza  
Del artificio y la naturaleza.

ERISTENES.

Esa banda, señor, que á Argenis diste,  
Es prenda de soldado [¿ay triste!  
Mas que de dama. (Ap. ¿Quién pudiera  
El daño descubrir que está encerrado  
En la banda, supuesto que el secreto  
De su traicion no tuvo buen efecto!)

REY.

He mandado buscarle,  
Para que con su muerte  
Me libre del delito, y publicarle  
Traidor, pues desta suerte  
Ha de quedar mi fama satisfecha.

ARGENIS. [aprovecha

Y es justa ley que muera. (Ap. ¿Qué  
Disimular, fingir la lengua enojos,  
Si lenguas de cristal hablan los ojos,  
Y el alma, que no miente,  
Dice una cosa, y otra cosa siente?)

## ESCENA XIV.

TIMONIDES.—DICHOS.

TIMÓNIDES.

Dame tus piés.

REY.

¿Qué hay de nuevo,

Timónides?

TIMÓNIDES.

Que ya pide  
Tu cuidado mas quietud  
Que tuvo hasta aquí.

REY.

¿Qué dices?

TIMÓNIDES.

Que ya vives disculpado,  
Y ya Lidógenes vive  
Satisfecho.

REY.

¿De qué suerte?

TIMÓNIDES.

Murió Poliarco.

ARGENIS. (Ap.)

¿Ay triste!

## TIMÓNIDES.

Huyelo de tu rigor  
(Para que mas se acredite  
Que no fué de tí mandado)  
Quiso ausentarse y partirse;  
Y como todos los puertos  
Estaban tomados, mide  
Con la desdicha el valor,  
Y se atrevió al invencible  
Curso del Hímera á nado,  
Donde el caballo se rinde,  
Y él, piloto de un bajel  
Animado, se fué á pique.  
Así lo dice un criado,  
Y así villanos lo dicen,  
Ciudadanos de su orilla,  
Que oyeron las voces tristes.

## REY.

Ya Lidógenes está  
Vagando; pártete y dile  
Cómo he castigado ofensas  
Suyas yo, sin que él castigue  
Las mías.

## ERISTENES. (Ap.)

Bien sucedió:  
Murió el frances invencible,  
Porque consiga la lengua  
Lo que el brazo no consigue.  
(*Vanse todos, quedan Argénis y Selenisa.*)

## ESCENA XV.

ARGENIS, SELENISA.

## SELENISA.

Ya se fuéron, ya has quedado  
Sola: no quiero pedirte,  
Mi princesa, mi señora,  
Que diviertas ni que alivies  
Tu dolor, sino que ántes  
Sientas, llores y suspires.

## ARGÉNIS.

¡Ay, Selenisa! ¡ay, amiga!  
Mal me aconsejas, mal dices.  
¿Cómo he de poder quejarme?  
¿Cómo he de poder decirte  
Desdichas, que conocerlas  
No puedo? Y es tan terrible,  
Tan tirano este dolor,  
Que entre los labios oprime  
La voz, la lengua aprisiona,  
Negándome que respire;  
Porque, si es gusto quejarme,  
Aun este no me permite.  
¡Ay de mí otra vez! ¡ay cielos!  
¿Cómo á la lengua le disteis  
Tantas guardas, que encerrada  
En cárcel estrecha vive,  
Con muralla y con cancelos  
De corales y marfiles,  
Si es instrumento por cuya  
Consonancia se repiten  
Dulces acentos? Y ya  
Que vive guardada (¡ay triste!),  
¿Por qué, por qué á los oídos  
También no los defendisteis  
Con mas guardas? ¿Es razon  
Que sin defensa posible  
Escuche mi mal, y luego  
Cuando quiera divertirle  
Con publicarle, no pueda,  
Y tenga en mi pecho humilde  
La pena fácil la entrada,  
Y la salida difícil?

## ESCENA XVI

ARSIDAS.—ARGENIS, SELENISA.

## ARSIDAS.

Dame, señora, tu mano,  
Si esta dicha se permite  
A quien por llegar á verte  
Plumas calza y alas viste.

## ARGÉNIS.

¡Ay, Arsidas! ¡buena cuenta  
De aquel vuestro amigo disteis!  
¿Adónde está Poliarco?

## ARSIDAS.

Arguyo, por lo que dices,  
Que ya la nueva engañosa  
De Timónides oiste.

## ARGÉNIS.

¿Cómo engañosa?

## ARSIDAS.

No quiero  
Con pinturas divertirte,  
Sino decir de una vez...

## ARGÉNIS.

¿Qué?

## ARSIDAS.

Que Poliarco vive.  
La nueva, que delatada  
Por Timónides oiste,  
Fué industria con que asegura  
Que de buscarle se olviden.  
En casa de Timoclea  
Está escondido; allí asiste  
Poliarco en una cueva,  
Albergue lóbrego y triste,  
Ilasta que el descuido pueda  
Dar lugar á que camine,  
Y en los brazos de los vientos  
Del Rey tu padre se libre.

## ARGÉNIS.

Arsidas, si de esa suerte  
Consolarme pretendiste,  
Mira que doblas el llanto,  
Mira que el dolor repites,  
Pues quieres que de dos veces  
Muera.

## ARSIDAS.

La verdad te dije.

## ARGÉNIS.

No sé cuál de las dos nuevas,  
La cruel ó la apacible,  
A mi discurso me niega,  
Que ignora á quien deba humilde  
Declararme agradecida:  
O á Timónides que dice  
Desdichas que ya son glorias,  
O á ti que me dijiste  
Glorias que fuéron desdichas;  
Que es tal efecto el que pide  
Este gusto, que ya es fuerza  
Que el dolor pasado olvide.  
Pues no me quitó la vida  
El pesar, no me le quite  
El placer: viva un dichoso  
Lo que un desdichado vive.

## Voces dentro.

¡Muera Poliarco, muera!

## ARSIDAS.

¡Cielos! ¿qué voces describen  
Los vientos, que mal formadas,  
Muera Poliarco dicen?

## ARGÉNIS.

¿Otro temor, otra pena  
Ya me atormenta y aflige?

Apénas en el diluvio  
De mi llanto asomó el iris,  
Cuando otra vez se cerro  
El cielo.

## ESCENA XVII.

EL REY.—DICHOS; despues TIMONIDES.

## REY.

Confuso y triste,  
Argénis, me traen las voces  
Que escuché. ¿No las oiste?  
(*Sale Timónides.*)

## TIMÓNIDES.

Señor, porque no presumas  
Que sospechoso te dije  
La muerte de Poliarco,  
La verdad vengo á decirte.

## ARGÉNIS. (Ap.)

¡Ay de mí! ¿Si quiso el cielo,  
Que la verdad se publique?

## TIMÓNIDES.

En casa de Timoclea...

## ARGÉNIS. (Ap. á Arsidas.)

No hay que esperar, que él le dice  
La verdad.

## ARSIDAS. (Ap.)

¡Sí, que las señas  
Que nos mientan no es posible.

## TIMÓNIDES.

Escondido estaba...

## ARGÉNIS. (Ap.)

Cierta  
Es mi pena. ¡Ay de mí triste!

## TIMÓNIDES.

Y la gente de su casa,  
Por librarse y eximirse  
De la opinion de traidores...

## ARGÉNIS. (Ap.)

¡Cobardes, traidores, viles!

## TIMÓNIDES.

Preso le traen, y por ser  
Tan amado, no permiten  
Que nadie el rostro le vea;  
Porque su vista no obligue  
A algun alboroto.

## REY.

El entre  
Contigo solo, y retiren  
A la gente que le trae.  
(*Vase Timónides.*)

## ARGÉNIS. (Ap.)

No hay prevenciones que avisen  
La sentencia de los hados.  
Su vida quiero pedirle.

## ESCENA XVIII.

TIMONIDES; ARCOMBROTO, cubierto el rostro. — DICHOS.

## TIMÓNIDES.

Aqueste es el preso. ¿Quieres  
Que la banda al rostro quite?

## REY.

No, porque mirando el mio,  
No quede de muerte libre.

## ARCOMBROTO.

Ya, señor, que me condenas  
A muerte, ántes que examines  
Mi culpa... (*Descubrese.*)

¡Falso, engañoso.



ARGÉNIS. (Ap.)

¡Válgame el cielo!

REV.

¿Qué es esto que miro?

ARCOMBROTO.

Dime

Por qué muero, ya que muero.

¿Son por ventura de Circe

Estos palacios? ¿O son

Tus entrañas de Caribdis,

Que con sangre de tu huésped

Las aras injustas tiñes?

¿Así premias á quien viene

Désde su patria á servirte,

Pensando volver á ella

Coronado de invencibles

Trofeos, con que adornar

Los follajes de sus tímbrs?

REV.

¿Quién eres?

ARCOMBROTO.

Un hombre soy,

Que ayer á Sicilia vine:

En casa de Timoclea

Me hospedé, donde me afligen

Tantas penas, sin saber

La causa; solo me dicen

Que buscas un extranjero

Jóven; y si el serlo pide

Tan gran venganza, mi muerte

Dichosa será y felice,

Como por tu gusto muera,

Sujeto á tus piés humilde.

REV.

Las señas, jóven gallardo,

Que generosas compiten

Con el que busco, engañaron

Los que te prenden y siguen;

Pero válgate el sagrado

De tu inocencia. Ahora dime

¿De dónde eres?

ARCOMBROTO.

Africano.

REV.

¿Qué provincia?

ARCOMBROTO.

La que ciñe

REV.

¿Qué tierra?

ARCOMBROTO.

Mauritania.

REV.

¿Y tú naciste

Noble en ella?

ARCOMBROTO.

Si lo soy.

REV.

Bien tu presencia lo dice.

(Ap. No vi mas gallardo jóven)

¿Quién eres?

ARCOMBROTO.

No me permiten

El decirlo, y mas á ti.

REV.

¿Por qué?

ARCOMBROTO.

Juramento hice

De no decirte quien soy,

Y ha de ser fuerza cumplirle;

Que con estas condiciones,

Señor, á Sicilia vine.

REV.

¿Conociste por ventura

A vuestra reina Hianishe?

ARCOMBROTO.

Y soy su criado yo.

REV.

¿Y Ana, hermana suya, vive?

ARCOMBROTO.

Si, señor.

REV.

¿Qué buenas nuevas

Me has dado! Mas ¿de qué sirven

Pasadas memorias? Baste

Que esto sepa; que me aflige

El acordarme de mi tiempo

Que yo, peregrino Ulises,

Vivi en Africa, y en ella

Dejé (; ay memorias felices!)

Alguna prenda del alma.

Y en ti, porque me repites

Estos gustos, mostrar quiero

Mi piedad. Desde hoy me sirve;

Que quiero premiar desde hoy

El intento que trajiste.

(Ap. ¡Válgate el cielo por jóven!

¿Que es lo que al alma le dices?)

(Vanse el Rey, Timónides y Arstidas.)

## ESCENA XIX.

ARCOMBROTO, ARGENIS, SELENISA.

SELENISA. (Ap.)

Gallardo es el africano.

ARCOMBROTO.

Vos, señora, permitidme

Que llegue á tocar la esfera

De vuestras plantas humilde,

Quien solo á serviros viene.

ARGÉNIS.

En obligacion os vive

El alma.

ARCOMBROTO.

Será dichoso

Mi valor, como os obligue:

Que hasta ahora no ha mostrado

Que á vuestra deidad se rinde.

ARGÉNIS.

Vos seais muy bien venido;

Que si decir se permite,

Me holgué en veros, y que hoy

Fueseis vos el que venisteis. (Vase.)

ARCOMBROTO.

Guárdeos el cielo.—Descos,

Mentira fué enanto oisteis;

En las láminas mintieron

Las pinturas y matices,

En las lenguas de los hombres

Lisonjas y aplausos viles,

Porque es mas hermosa Argénis

Que cuanto la fama dió.

## JORNADA SEGUNDA.

Selva.

## ESCENA PRIMERA.

ARGENIS, TIMOCLEA, SELENISA.

ARGÉNIS.

Por las apacibles sombras

De estas amorosas selvas,

A divertir pensamientos,

Ven conmigo, Timoclea.

Tú, Selenisa, este rato

O te adelanta ó te queda,

Que despues podrás buscarnos.

SELENISA. (Ap.)

¿Qué novedad es aquesta?

¿Argénis de mi recata

Sus gustos? ¿A mi me niega

Sus secretos, y ya fia

De otro pecho sus tristezas?

¿Pues en qué la he deservido?

¿Qué ha visto en mí que no sea

Lealtad y amor? Triste voy:

¡Quiera Dios que por bien sea! (Vase.)

## ESCENA II.

ARGENIS, TIMOCLEA.

TIMOCLEA.

Como te digo, salió

Poliarco de la cueva

En hábito de villano.

ARGÉNIS.

No te espante de que quiera

Escucharlo muchas veces,

Para que muchas lo sienta.

Vuelve al principio de todo.

TIMOCLEA.

Si sabes de la manera

Que él y el africano hicieron

Amistades, y que dellas

Resultó que se dejó

Prender para que pudiera

Escaparse Poliarco,

Porque algunos, por las señas,

Le siguieron y trajeron

A Arcombroto á tu presencia,

¿Por qué quieres que lo diga

Tantas veces?

ARGÉNIS.

Timoclea,

No te canses, porque yo

Ni hablar ni escuchar quisiera

Cosa que de Poliarco

No fuese; y asi no tengas

Por prolijo este cuidado;

Que para que no lo sea,

Yo no te he de preguntar

Otra cosa sino esta:

¿Iba muy desconocido?

TIMOCLEA.

El hábito diferencia

Las personas. ¿Mas qué mucho,

Si un diamante hermoso apénas

Se reconoce engastado

En bajo metal?

ARGÉNIS.

Quisiera

Preguntarte, y no me atrevo,

Una cosa; sola esta

Me has de decir: ¿Iba triste?

TIMOCLEA.

Y de su grave tristeza

Dieron los ojos señales.

ARGÉNIS.

¿Lloraba?

TIMOCLEA.

Lágrimas tiernas.

ARGÉNIS.

¿Y qué decia?

TIMOCLEA.

Del cielo

Y de la fortuna quejas.

ARGÉNIS.

¿Y de mí?

TIMOCLEA.

No te nombraba.

ARGÉNIS.

¿Y parecete que era  
No acordarse de mí?

TIMOCLEA.

No,

Sino respeto.

ARGÉNIS.

¿Estás cierta  
De que lo fuese, y no olvido?

TIMOCLEA.

Sí, señora.

ARGÉNIS.

¡Buenas nuevas  
Te dé Dios! Dame los brazos,  
Y dime ahora...

TIMOCLEA.

¿Aun te quedan  
Mas preguntas? Para una  
Sola pediste licencia.

ARGÉNIS.

Es verdad, tienes razón,  
No me acordé; mas no seas,  
A quien con gusto pregunta,  
Avara de una respuesta.

TIMOCLEA.

Arcombroto viene.

ARGÉNIS.

Calla

Y disimula; no vea  
Mi cuidado en tu semblante.

TIMOCLEA.

No es tan atento, que pueda  
Por semblantes conocer,  
Porque yo sé, que pudiera  
Haber en alguno visto...

ARGÉNIS.

Prosigue.

TIMOCLEA.

Amorosas muestras.

## ESCENA III.

ARCOMBROTO. — ARGÉNIS, TIMOCLEA.

ARCOMBROTO.

Ya vuestra Alteza, señora,  
Podrá, porque el sol empieza  
A desvanecer reflejos  
Entre corales y perlas,  
Dejar sin luz esos montes,  
Sin lisonja esas riberas,  
Sin hermosura ese valle  
Y sin deidad esas selvas.  
Una dorada carroza  
En ese márgen espera;  
No tan hermosos caballos  
El aurora hermosa ostenta  
Cuando el alba antes que el sol  
Sombras viste y umbes huella,  
Y él en ondas de zafiro  
Sepulta abismos de estrellas,  
Como los que deste carro  
Son hipógrifos, que llegan  
A competir con las aves;  
Pues en su veloz carrera,  
Ni flor malogran sus plantas,  
Ni surco imprimen sus ruedas;  
Que siendo brutos del viento,  
Siendo aves de la tierra,  
Vuelan, pensando que corren,  
Corren, pensando que vuelan.

ARGÉNIS.

La retórica pintura

Se mira en vos tan perfecta,  
Que ha de faltar á la vista  
Tan hermoso objeto.

ARCOMBROTO.

En ella

Antes se verán, señora,  
De mi ignorancia las señas;  
Porque yo soy tan cobarde  
En hablar, que, aunque quisiera  
Alguna vez declararme,  
No acierto, y la voz se queda  
En aquel breve camino  
Que hay desde el pecho á la lengua.

ARGÉNIS.

Muchas veces el concepto,  
Que se previene en la idea,  
No se permite á los labios  
Tan sutil como se piensa;  
Mayormente en las pasiones  
Del ánimo.

ARCOMBROTO.

Fuera de esa  
Razón, hay muchas en mí  
Para que la voz suspenda.

ARGÉNIS.

¿Cuáles son?

ARCOMBROTO.

Soy extranjero,  
Y el idioma desta tierra  
No sé tan bien, que con él  
Me explique; que si estuviera  
En mi tierra, en ella hablara  
Con mas libertad, y en ella  
Hablara mejor, porque  
Me oyeran mejor.

ARGÉNIS.

¿Qué esencia  
Es, que otro me escuche bien,  
De hablar yo bien?

ARCOMBROTO.

Porque lleva  
Gran crédito de su parte  
Quien habla, si sabe, ó piensa  
Que el teatro que le escucha,  
Le solemniza y celebra  
Y si no, vos escuchadme  
Con gusto, y dadme licencia  
Para hablar: veréis, señora,  
Que ni me turba ni eleva  
Lo confuso del concepto,  
Lo ignorado de la lengua,  
La novedad del idioma,  
Ni lo sutil de la idea,  
Ni lo ajeno de la patria,  
Sino...

ARGÉNIS.

¿Qué?

ARCOMBROTO.

Vuestra belleza.

ARGÉNIS.

Pues ¿qué atrevimiento?...

ARCOMBROTO.

Yo

He dicho lo que dijera  
De mi sentimiento, cuando  
Vos me diérais licencia.  
Si ha de enojaros el darla,  
No me la déis, y suspensa  
El alma, vuelva á dudar  
Idioma, concepto y lengua.

ARGÉNIS.

Pues volved á dudar tanto,  
Que el pensamiento aun no vuelva  
A crear...

TIMOCLEA.

¿Qué gran desdicha!

ARGÉNIS.

¿Qué es eso?

TIMOCLEA.

Que se despeña  
Un coche, y en lo profundo  
De esa laguna se anega.

ARGÉNIS.

¡Ay Dios, que ese es el del Rey  
Mi padre! ¿No hay quien se atreva  
A sus ondas, y se arroje  
Tras él?

ARCOMBROTO.

Si : cuando no fuera  
Por ti, que me ves, por él  
Me arrojara; que secretas  
Causas mi espíritu mueven,  
Y mis acciones gobiernan. (Vase)

ARGÉNIS.

Todo lleno de agua, ya  
Se va á pique. ¡Qué tragedia  
Tan lastimosa!

TIMOCLEA.

Mejor,

¿Qué felice acción! dijeras;  
Pues al rigor de las ondas  
El Rey ha hallado defensa,  
Y en los brazos de Arcombroto  
Llega vivo á tu presencia.

## ESCENA IV.

ARCOMBROTO, con EL REY en brazos, mojado. — ARGÉNIS, TIMOCLEA

ARCOMBROTO.

Si otro Enéas de las llamas,  
Yo de las ondas Enéas,  
Mejor Anquises libre,  
Será mi alabanza eterna.

ARGÉNIS.

Dame, gran señor, tus brazos  
En albricias lisonjeras  
De tu vida.

REY.

Hermosa Argénis,  
¿Quién duda de que tú seas  
La deidad deste milagro,  
Que ha dado á Arcombroto fuerzas  
Para tal acción, porque  
A los dos la vida deba?

## ESCENA V.

ARSIDAS, TIMONIDES, LIDORO, ERISTENES y CRIBADOS. — Dichos

ARSIDAS.

Señor...

TIMONIDES.

Señor...

REY.

Deteneos.

¿A quien haceis reverencia?

ARSIDAS.

A nuestro Rey.

REY.

No lo soy  
Yo; porque si yo lo fuera  
Os arrojarais tras mí  
Al agua: vuestra nobleza  
Os llamara á socorrerme.  
¡Buena fuera, que yo fuera  
Vuestro rey, y de un peligro  
En vuestra misma presencia  
Me librara un extranjero!

ARCOMBROTO

Yo estaba, señor, mas cerca  
Por eso llegar pude antes.



REY.

Y ahora á mis brazos llega.  
Llega al corazon, pues él  
Diciendo está que agradezca  
Mi desgracia, pues me ha dado  
Ocasión para que pueda  
Sin envidia levantarte  
A mi privanza y grandeza.  
Pídemle mercedes, pide  
Cuanto imaginas y piensas.

ARCOMBROTO.

La vida de Poliarco  
Es todo cuanto desea  
Mi amistad : esa te pido.

REY.

Pues ¿no murió?

ARCOMBROTO.

Porque sepas.  
La verdad, ántes quisieron  
Matarle á él : Timoclea  
Y yo somos los testigos  
De esta verdad. De tu tierra  
Se ausentó, en Africa vive.

REY.

Pues luego á Sicilia venga.  
Tú, Arsidas, que eres su amigo,  
Búscale, y dile que vuelva  
A mi reino y á mi gracia. —  
Y dadme un caballo apriesa,  
Que he menester descansar.  
Ocasión habrá en que veas

(A Arcombroto.)

Cuanto tu persona estimo,  
Cuanto estimo tu nobleza.

ARGÉNIS.

Arsidas, pues ya los cielos  
Suspendieron la sentencia  
Que contra mí decretó  
La fortuna, parte y lleva  
A Poliarco una banda  
De mi parte, que es aquella  
Que Lidógenes le dió  
A mi padre, donde apenas  
Se sabe cuál pudo mas,  
El arte ó naturaleza.

(Vanse el Rey, Arsidas, Timónides  
y los criados.)

## ESCENA VI.

ARGENIS, ARCOMBROTO, TIMOCLEA, ERISTENES, LIDORO.

ARGÉNIS. (A Arcombroto.)

Cada día me pones  
En obligaciones nuevas;  
Cada día os debo mas,  
Arcombroto.

ARCOMBROTO.

Si por esta  
Acción merecí, señora,  
Tal favor, dicha es pequeña  
No haber perdido la vida  
En generosa defensa  
Del Rey mi señor.

ARGÉNIS.

Mas que eso  
Quieren los cielos que os deba.  
Muy agradecida estoy  
A vuestro valor y fuerzas;  
Mucho os debo.

ARCOMBROTO.

Pues pagadme,  
Ya que conocéis la deuda.

ARGÉNIS.

¿Qué merced pedís?

ARCOMBROTO.

Si aquí  
De un discurso se me acuerda  
Pasado, en él me faltó  
Solamente una licencia  
Para no ser ignorante.

ARGÉNIS.

Tomad esa joya bella,  
Y estimadla, porque vale  
Una ciudad.

ARCOMBROTO.

Por ser prenda  
De vuestras manos la estimo,  
Que es cada rayo una estrella  
Pero ¿qué me respondeis  
En esto de la licencia?

ARGÉNIS.

Que sois un desvanecido,  
Pues que con alas de cera  
Queréis penetrar los rayos  
Del sol en dorada esfera.  
Y que sí, porque me veis  
Agradecida, os alienta  
Vuestro favor, eso mismo  
Os castiga, pues no fuera  
Yo agradecida, si yo  
El favor agradeciera  
Con la licencia; porque  
La causa, Arcombroto, mesma  
Que me fuerza á agradeceros  
Lo que habeis hecho, me fuerza  
A que esa licencia os niegue;  
Porque en dos causas opuestas,  
La misma que me acobarda,  
Es la misma que me alienta.  
(Vanse Argénis y Timoclea.)

ARCOMBROTO.

¿Válgame el cielo! ¿Qué enigmas,  
Qué confusiones son estas?  
¿Juntos favor y rigor,  
Risita y llanto, gloria y pena,  
Gusto y pesar, vida y muerte,  
Solo en Argénis se engendran!  
Pues si el bien y el mal tan juntos  
Andan, y el uno se templa  
Con el otro, yo confuso  
Entre alegría y tristeza,  
Porfiaré, porque tambien  
Entre dos causas opuestas,  
La misma que me acobarda,  
Es la misma que me alienta. (Vase.)

## ESCENA VII.

ERISTENES, LIDORO.

LIDORO.

¿Oíste, señor, aquello  
De la banda?

ERISTENES.

Y es la mesma  
Que al Rey traje presentada,  
Lidoro, la vez primera  
Que le vine á divertir  
Con estas fingidas treguas;  
Y tambien es la que tiene  
En su hermosura cubierta  
La muerte, como entre flores  
El áspid, porque está llena  
De veneno.

LIDORO.

De esa suerte,  
Si ella á Poliarco llega,  
Conseguirás el deseo  
De darle muerte en la selva.

ERISTENES.

Es verdad; mas si por dicha  
Arsidas, que se la lleva,

No le halla, ó si le halla  
El no la estima ni acepta,  
Quejoso del Rey, y en fin  
No se la pone, ¿qué fuerza  
Habrá tenido el veneno?

LIDORO.

¿Que harás para que le tenga?

ERISTENES.

Oye una industria. Tú has de ir  
Tambien á buscarle, y sea  
Con tal orden, que á la acción  
De Arsidas atento, veas  
Si se la da, y él la toma;  
Y si se la pone, deja  
De decir á lo que vas,  
Y da á Sicilia la vuelta.  
Mas si Arsidas no le halla,  
O él no la estima ó la aprecia,  
Harás del ladrón fiel,  
Dándole una carta : en ella  
Le diré como el Rey quiere  
Matarle, y así que tema  
De ponerse aquella banda,  
Que va de veneno llena :  
De suerte, que ya perdidos  
Todos los efectos della,  
Que fué dar la muerte al Rey  
Ó á Poliarco, no pierda  
El último, que es hacerle  
Traidor; con cuya cautela  
Poliarco no vendrá  
A servirle en nuestra ofensa.  
¿Haslo entendido?

LIDORO.

¿Qué industria  
Tan sutil, si no tuviera  
Tanto de traición!

ERISTENES.

Te engañas;  
Que la industria, ó la cautela,  
Que traición fuera en la paz,  
Se llama ardid en la guerra. (Vanse.)

Sala en el palacio de Hianisbe en un puerto  
de Africa.

## ESCENA VIII.

HIANISBE, UNA DAMA.

DAMA.

Triste estás.

HIANISBE.

¿No tengo causa?

DAMA.

Bastante fuera, señora,  
Si de tu hijo lloraras  
La ausencia, ó la rigurosa  
Muerte de Ana, tu hermana,  
Como suspiras y lloras  
De un hurto, un robo el efecto.  
¿Tú, Reina, invicta señora  
Del Africa, á un sentimiento  
Tanto te rindes y postras?  
Reina eres.

HIANISBE.

Es verdad;

Pero ya que me provocas  
A que te diga secretos  
Que mi mismo aliento ignora,  
¿Tu lealtad la justa causa  
De mis sentimientos oiga.  
¿Tú, Reina, que tú y todo el reino  
Mi hijo heredero nombra)  
Ausente (porque su brio  
Le dió alas generosas  
Para volar á la esfera  
Del sol, y en tierras remotas

Quiso ganar por su esfuerzo  
Aplauso, honor, fama y honra),  
Aunque es mi heredero, y es  
Príncipe vuestro, y le toca  
Este reino, no es mi hijo.  
Novedad dificultosa  
Te habrá parecido; pues  
Atiende al suceso ahora.  
Casé con Túshal de Persia.  
Rey cuyas partes heroicas  
Diga en la paz su consejo,  
Y en la guerra sus victorias.  
Casada y enamorada,  
Vivi la edad nias dichosa,  
Si no trajera la dicha  
Esta pensión de ser corta.  
Porque no queriendo el cielo  
Que yo gozase la gloria  
Que llaman paz de casados,  
Cuya fe estiman y adoran  
El bruto, el ave y la planta,  
(Pues con muestras generosas,  
Amantes de sus especies,  
Sus semejantes informan)  
Túshal, cansado de mí,  
Ya de sus brazos me arroja,  
Ya mis finezas le causan,  
Ya mis regalos le enojan.  
No sé cómo se consuela,  
Cómo se desapasiona  
Una mujer, que escuchó  
Mil finezas amorosas,  
Y ya desprecios, desvios  
Oye de la misma boca,  
Porque hay hombres que los digan,  
Si hay mujeres que los oigan.  
En este estado vivía,  
Cuando nuestros mares corta  
Una nave de Sicilia,  
Que á nuestros puertos arroja  
Un bello, un gallardo jóven,  
Peregrino. Poco importa  
Aqui el callarte un traidor,  
Pues á este caso no toca  
Mas que saber, que galan  
De Ana, mi hermana, se nombra.  
Liberal de hacienda y vida,  
En secreto se desposa:  
¿Qué mucho? Estaba al principio  
De su amor, donde no hay cosa  
Que el deseo de gozar  
No facilite y disponga.  
Para no cansarte, en fin,  
Ana, puesta en cinta, llora  
Que á ella le haga desdichada  
Lo que me hiciera dichosa;  
Porque ser ingrato el huésped  
Es ya uso. Con las proas  
De sus armados bajeles  
Volvió á atormentar las ondas,  
Y en la despedida dió  
A Ana en un cofre una joya,  
Que había de ser la seña  
Por donde á su hijo conozca.  
Y como tal le asegure  
No méuos que una corona.  
Volvió á su patria con esto,  
Donde pasadas memorias  
El tiempo cubrió de olvidó  
En los brazos de otra esposa.  
Declaróse Ana conmigo,  
Ofendíla y vergonzosa,  
Y aconsejándola cuerda,  
«Ana (le dije), no pongas  
En pretensiones tu honor;  
Que quien le pide, pregoná  
Su desdicha, y la secreta  
Hace pública deshonra.  
Quéjate de tí, y padece  
Tus liviandades tu propia,  
Sin que sepan el camino  
Que hay desde el pecho á la boca.

Y para que se remedie  
El daño que esperas, oiga  
Tu atención de mi una industria,  
Cuerda, sutil é ingeniosa.  
Yo publicaré que estoy  
Prenada, y cuando la hora  
Llegue de tu parto, yo,  
Prevenida y cautelosa,  
Lo fingiré; y así haremos  
Que tu hijo se suponga  
En mi lugar. Tú estarás  
Segura de la afrentosa  
Opinion; yo viviré  
Mejor casada: de forma,  
Que se sigan dos efectos  
Juntos de una causa sola.»  
Sucedió así. Ahora, pues,  
Dobla á este caso la hoja,  
Y vamos á los cosarios  
Que mis palacios despojan.  
Entre otras prendas llevaron  
Una arquilla que atesora  
De Túshal hados y señas,  
Por donde el reino le toca  
De su padre. Mira, pues,  
Si la pérdida me importa  
Poco, y es razon que sienta  
Una pena tan forzosa,  
Una desdicha tan clara,  
Una ofensa tan notoria,  
Una pérdida tan grande,  
Y suerte tan rigurosa.

### ESCENA IX.

OTRA D<sup>a</sup> MA. — DICHAS

DAMA.

Señora, un bajel llegó  
De paz al puerto, y en él,  
Desde su vientre, el bajel  
A nuestro puerto arrojó,  
Con un escudero, un bello,  
Un gallardo jóven, tal,  
Que fuera á Narciso igual  
Desde la planta al cabello.  
Este pregunta por tí,  
Y humilde pide licencia  
De llegar á tu presencia.

HIANISBE.

¿Qué puede querermé á mí?  
Dile que entre solo. — ¡Mucha  
Es mi pena, triste estoy!

(Vase la Dama.)

### ESCENA X.

POLIARCO; GELANOR, con un cofre-  
cillo; UNA DAMA. — HIANISBE, OTRA  
DAMA.

POLIARCO.

¿Eres Hianisbe?

HIANISBE.

Yo soy.

POLIARCO.

Pues á tí te busco. escucha.  
Yo soy, deidad del Africa, un soldado  
Frances, un noble que á Sicilia vino,  
Ya por obedecer la ley del hado,  
O ya por quebrantar la del destino.  
De mi patria y la ajena desterrado,  
En el mar inconstante peregrino  
Vivo violento, y soy en tanta guerra  
Hijo del agua mas que de la tierra.  
Errando pues por la salada espuma,  
Ciudadano del mar, y de una nave  
Huésped, que ha sido, sin escama y plu-  
del viento pez y de las ondas ave. [Ana,  
Misericias vi tambien, porque presunta

Que hallar el mal á un desdichado sabe  
En la tierra y el agua, pues violento  
Para enemigo basta y sobra el viento.  
A su enojada saña nos rendimos  
Cuando la nave en un escollo choca,  
Y arribando (¿qué horror!) los que pudi-

[mos

A los desnudos hombros de una roca,  
Tres tardes, tres auroras estuvimos  
(Como dicen) el agua hasta la boca;  
Y como una bebia, otra lloraba,  
La vida entre dos aguas zozobraha.  
Pasó á vista un bajel, y á los veloces  
Acentos, por el aire derramados,  
Vinieron por el norte de las voces,  
Mas de rigor que de piedad armados,  
Porque eran unos bárbaros atroces,  
Cosarios deste mar. ¡Ay desdichados! [na  
; Temed, temed, que no hay miseria algu-  
donde no haga otra suerte la fortuna!  
Codiciosos del precio de las vidas,  
Puente de cabos al bajel hicieron,  
Y ya las fuerzas al poder rendidas,  
Eran prisiones las que vidas fuéron.  
Pero cuando sus manos atrevidas  
A mí llegaron, y ligar quisieron,  
Así dije, á morir determinado:  
(Que vive á su pesar el desdichado).  
¿Es posible, soldados, que no os llama  
Vuestro valor y espíritu valiente  
A morir con honor, aplauso y fama,  
Antes pues qué vivir miserablemente?  
A si mismo se ofende, á si se infamia  
Quien esta injuria bárbaro consiente.  
Si nuestras vidas han de ser vendidas,  
Compreñonos nosotros nuestras vidas.  
Tales razones pronunciaba apénas,  
Cuando un rumor confuso se levanta,  
Y discurriendo por heladas venas,  
Nuevo furor el ánimo adelanta,  
Los forzados con remos y cadenas,  
Nosotros con las manos; al fin tanta  
Fué la naval tragedia de aquel día,  
Que el bajel Troya de agua parecía.  
Muertos unos en fin, y otros vencidos,  
De esclavos nos hicimos los señores,  
Y todos á mi esfuerzo agradecidos,  
Su candillo me acañan vencedores.  
Yo les ofrezco que restituidos  
A sus patrias y haciendas, los rigores  
Han de vencer del bado mas perplejo,  
Y así me dijo un venerable viejo:  
«Deste bajel, ó jóven, soy el dueño,  
Que dél y de mi hacienda despojado,  
Vivi cautivo; pero si te enseño  
Un tesoro que en él está guardado,  
Rescate vendrá á ser, y no pequeño.  
Tómale pues, y sabe que encerrado  
Está en diamantes, perlas, plata y oro  
De la reina del Africa el tesoro,  
Porque estos le robaron.» — Yo, que solo  
Fama pretendo, porque no se hallase  
En mi poder, al africano polo  
Mandé que nuestra proa enderezase.  
Este te restituyo: sabe Apolo  
Que no dejé que nadie le tocasse.  
Tómale, pues; y porque espira el día  
Quédate en paz. Esta es la empresa mía

HIANISBE.

Bien, generoso frances,  
Muestras que eres principal;  
Porque quien es liberal,  
Ya dice que noble es.  
No estimo, no, que me des  
Con tu dichosa venida  
Gusto, hacienda, honor y vida;  
Porque mas me has dado en darme  
Esta ocasion de mostrarme  
Liberal y agradecida.  
De todo el presente aceto  
Una joya rica y bella,



Y esta tomo, porque en ella  
Vive el alma de un secreto.  
Y pues altivo y discreto  
Sabes dar, sabe pedir  
En qué te pueda servir;  
Que aquí, en la ignorancia nuestra,  
Tanto el ánimo se muestra  
En dar, como en recibir.  
No me niegues este bien,  
Y putes en mi reino estás,  
Descansar en él podrás,  
Y repararte también  
De ese continuo desden.  
Mi huésped aquí has de ser  
Noble eres, agradecer  
Debes mis preceptos hoy,  
Y no porque noble soy,  
Sino porque soy mujer.

POLIARCO.

Tú, Reina, me has enseñado  
A recibir del favor  
Una parte, y fuera error  
No haberte en esto estimado.  
Tú me has ofrecido y dado  
Joyas y hospedaje, altivo  
Valor: yo, que atento vivo,  
A imitarte me resuelvo,  
Y así las joyas te vuelvo,  
Y el hospedaje recibo.

MIANISBE.

Pues en tanto que dispones  
Tu gente, yo dispondré  
El cuarto.

POLIARCO.

Feliz seré,  
Si entre triunfos y blasones  
Esta obligación me pones. (Vanse.)

Playa del puerto de Africa, que es residencia  
de Mianisbe.

## ESCENA XI.

POLIARCO, GELANOR, y luego LI-  
DORO, dentro.

POLIARCO.

Gelanor.

GELANOR.

Adum.

POLIARCO.

A ti

¿Qué te ha parecido, di,  
De mis sucesos?

GELANOR.

Señor,

Unos mal, y otros peor.  
¿Quién te ha metido ahora, di,  
En, por ajenas querellas,  
Por los mares y desiertos  
Ir enderezando tuertos  
Y desforzando doncellas?  
Vida, honor, sér atropellas,  
Reino y patria.

POLIARCO.

Quando toco  
Esa verdad, que estoy loco  
Conlieso; mas si me acuerdo  
Que por Argénis me pierdo,  
Todo me parece poco.—  
Bajel se perdió; que el mar,  
Por despojos de la guerra,  
Cuerpos y tablas á tierra  
Arroja.

LIDORO. (Dentro.)

Dadme lugar

Para que pueda llegar,  
¡Cielos! á la tierra amada.

POLIARCO.

¿Qué es eso?

GELANOR.

Un hombre, no es nada.

POLIARCO.

¿Qué lastima! qué mancha!

GELANOR.

Que nadó y murió á la orilla.

POLIARCO.

El alma tengo turbada.

Mira si murió. (Vase Gelanor.)

GELANOR. (Dentro.)

Señor,

Muerto está; mas miraré

Otra cosa que yo sé.

POLIARCO.

¿Qué?

GELANOR. (Dentro.)

Qué cosa de valor  
Quiso escapar del rigor  
De las ondas, que un fardel  
Trae al cuello. ¿Mas que en él  
Hay oro, plata ó diamante?

POLIARCO.

¿Posible es que no te espante  
Esa tragedia cruel?  
Déjale.

(Vuelve Gelanor con un papel.)

GELANOR.

¡Gracias á Apolo,  
Que ya en la ocasion presente  
Vengo yo á ser el valiente;  
Y tú el cobarde! Mas solo  
Una carta viene aquí.  
Nunca mejor lance tiene  
Mi fortuna. ¡Oigan! y viene  
La cubierta para ti.

POLIARCO.

¿Qué dices?

GELANOR.

Lo que ella dice.

Cosas los ojos ofreceu,  
Que imaginacion parecen.  
¿Hay suceso mas felice?

POLIARCO.

Sin duda es de Argénis, si:  
Porque ninguno pudiera  
Buscarme desta manera  
En tierra remota á mí,  
Sino solo su cuidado.  
Muestra pues, y la abriré.

GELANOR.

Llega con tiento, porque  
El papel está mojado.  
Sobre la arena mejor  
La podrás abrir y ver.

POLIARCO.

¿Quién ¡cielos! pudiera hacer  
Tal milagro sino amor?

(Lee.) «Un hombre de los muchos que  
»tenéis obligados (porque nunca el bien  
»se pierde) os avisa que Arsidas va á  
»buscaros de parte del Rey, que abor-  
»rece vuestra vida; y para mataros mas  
»seguramente, Argénis os envía una  
»banda con veneno. No os la pongais,  
»sino haced la experiencia: veréis que  
»dama amais, y que Rey servís. Júpiter  
»os guarde.»

¡Válgame el cielo! ¿qué veo?

Con justa razon me admiro;

Ni bien dudo ni bien creo,

Si es verdad esto que miro,

Si es mentira esto que leo.

GELANOR.

Señor, aquese suceso  
Que llamas de amor milagro,  
Yo (si la verdad conlieso)  
A tu fortuna consagro;  
Que es de la fortuna exceso  
Que un hombre muerto llegase  
Hasta aquí, y que te entregase  
La carta que te traía,  
Por piedad del cielo y mia.

POLIARCO.

No es posible que tal pase.  
¿Oh si alguno aquí saliese  
Que mas claras muestras diese!

## ESCENA XII.

ARSIDAS. — Dichos.

GELANOR.

Si es eso cuanto desear,  
Este es Arsidas.

POLIARCO.

No creas  
Que tal mi ventura fuese.—  
¡Arsidas!

ARSIDAS.

Dame los brazos

Que busco.

POLIARCO.

Y con tales lazos  
De amistad y nudo fuerte,  
No los deshace la muerte,  
Aunque los haga pedazos.

ARSIDAS.

Dicha ha sido haber llegado  
A tus pies, porque alterado  
El mar, la nave sorbió  
En que navegaba, y yo  
En su esquife me he librado.

POLIARCO.

¿Y qué hay, Arsidas, de nuevo?

ARSIDAS.

Que ya tu pena acabó.  
Que aquel gallardo mancebo  
Africano le pidió  
Tu vida al Rey.

POLIARCO.

¿Tanto debo  
A su amistad?

ARSIDAS.

El envía

Por tí: el enojo destierra  
En que su engaño vivía,  
O es porque vuelve la guerra  
Al estado que tenía.  
Esto te diré despues  
Mas de espacio; ahora escucha,  
Que Argénis bella... despues  
Que vives ausente... mucha  
Su tristeza y pena es.

GELANOR. (Ap. á su amo.)

Si habla en la banda este día,  
El aviso fué verdad.

POLIARCO. (Ap.)

Fuera gran desdicha mia.

ARSIDAS.

Y en prendas de voluntad  
Aquesta banda te envía.  
¿Cómo tal tristeza lucha  
En tu pecho? ¿No respondes?  
Sin duda la causa es mucha,  
Pues tan mal la correspondest.

POLIARCO.

Arslas amigo, escucha.  
Escribieron un papel  
A Alejandro que decía  
Que un médico, de quien él  
Se fiaba, pretendía  
Darle un veneno cruel.  
Cuando el médico llegó  
Con una póeima, así  
El César le recibió:  
«Mira si fio de ti,  
Y lé mientras bebo yo.»  
Esta noble confianza  
Se mira en mi repetida;  
Pues tanto poder aleanza,  
Que hoy á costa de mi vida  
Examino una mudanza.  
Mira pues lo que fio  
De Argénis bella y de ti  
Mi amistad, mi dicha no,  
Y lé tú, mientras aquí  
Me pongo la banda yo.  
El rigor ó la piedad  
Hoy me dén la muerte.

GELANOR.

Mira

Que es loca temeridad.

POLIARCO.

Si es verdad, porque es verdad,  
Y si no, porque es mentira.

ARSLAS.

Poliarco, no aseguro  
Hoy de la banda el veneno;  
Pero asegurar procuro  
Que vive su pecho lleno  
De amor firme, honesto y puro,  
Y que no pudo...

POLIARCO.

Detente:

Tu lengua injusta no afrente  
Sus soberanas acciones;  
Que en oír satisfacciones,  
Me ofendiera claramente.

ARSLAS.

Pues ahora, sin que pida  
Mas experiencia tu suerte,  
Vuelva el alma agradecida  
A ver quien busea su muerte,  
O á quien le debe la vida.  
Irás á ver la piedad  
Del Rey, del pueblo el favor,  
De Arcombroto la amistad,  
De mi pecho la lealtad,  
Y de Argénis el amor.

POLIARCO.

Dices bien; pues todo ya  
Con ver á Argénis tendrá  
Dulce efecto, alegre fin.  
Ese sediento delin,  
Que harto en el mar no está,  
Volar no, nadar presume,  
Las velas al viento erice,  
Y con lijereza suma,  
Escarchada plata rice,  
Entorche nevada espuma.  
¡Ea, Gelanor, preven  
La nave, en tanto que voy  
A despedirme tambien  
Desta deidad, á quien hoy  
Debe el alma tanto bien!  
Aunque es despedirse en vano  
Del Africa: el alma yerra,  
Pues con discurso tan llano  
Del Africa me destierra  
La amistad de un africano. (Vase.)

Parque del palacio de Meleandro.

## ESCENA XIII.

ARCOMBROTO.

Yo he visto que quien amó  
Alta prenda, encareciese  
Sus partes, y aun que añadiese  
Mas de las que mereció;  
Pero que quitase no  
De su poder infinito:  
Yo solo, que solicito  
Un bien, soy tan desdichado,  
Que el mérito que me añado,  
Son los muchos que me quito.  
No sé qué camino siga,  
Ni seguro puerto halle,  
Pues ya es forzoso que calle  
Lo que es forzoso que diga;  
Mas para que se consiga  
Hablar y callar, haré  
Acciones con que se dé  
A entender mi calidad:  
Callaré así la verdad,  
Y la sospecha diré.  
Selenisa es esta: quiero  
Asegurar la esperanza,  
Pues que siendo la privanza,  
De Argénis, seguro espero  
En su favor lisonjero.  
Por dar tengo de empezar  
Mi valor á declarar;  
Porque, en juegos y en amores,  
Los que dan son los señores,  
No los que tienen que dar.

## ESCENA XIV.

SELENISA. — ARCOMBROTO.

ARCOMBROTO.

Selenisa, ¿qué tristeza  
Cubre tu hermoso arrebol?  
¿Eclipses padece el sol  
Y accidentes la belleza?  
¿Tú lloras? Naturaleza  
Queda de verte admirada  
A un sentimiento postrada.

SELENISA.

Es mi estrella rigurosa.

ARCOMBROTO.

¿Qué tienes?

SELENISA.

Que fui dichosa,

Que es mas que ser desdichada.

Á la privanza subí  
De Argénis, y mi fortuna  
En la esfera de la luna  
Colocada entónces vi.  
Era fortuna, caí.

ARCOMBROTO.

Tambien yo en alto lugar  
Me vi. Testigo he de dar  
De mi privanza. ¿No ves  
Esta joya?

SELENISA.

Sí.

ARCOMBROTO.

¿Y no es  
Para ver, para admirar?

SELENISA.

Es rica, costosa y bella.

ARCOMBROTO.

¿Y en fin, su valor no abona  
Que era su dueño persona  
De alto estado?

SELENISA.

Sí; en ella

Se conoce.

ARCOMBROTO.

Llega á vella,

Toma.

SELENISA.

Toda es un topacio,  
Rayo del sol.

ARCOMBROTO.

De palacio

Sale el Rey, y aquí á los dos  
No es bien que nos halle. Adios:  
Y mirala muy de espacio. (Vase.)

## ESCENA XV.

SELENISA.

¿Qué quiere decirme en esto?  
Liberal el africano,  
Apénas dejó en mi mano  
La joya, cuando tan presto  
Se ausentó. En dudas ha puesto  
De mi secreto el decoro;  
Porque n. dudo ni ignoro  
Que quiere, como discreto,  
Ser ladron de algun secreto  
Quien abre con llave de oro.  
Y á tiempo llega que yo  
Desengañe su esperanza,  
Por solo tomar venganza.  
El tiempo que se fio  
De mi Argénis, en mi halló  
Lealtad; y pues desconfia  
De mi quien de otra se fia,  
A un agravio, una venganza.  
¿No faltó su confianza?  
Pues falte tambien la mia.

## ESCENA XVI.

ARCOMBROTO. — SELENISA.

ARCOMBROTO.

¡Oh Selenisa!

SELENISA.

¡Oh señor!

Ya muy de espacio mire  
La joya, y en ella hallé  
Arte, hermosura y valor.  
Tómala pues.

ARCOMBROTO.

Fuera error,

Pues lo que dices estoy  
Dudando.

SELENISA.

Yo viendo voy  
Que eres liberal y cuerdo.

ARCOMBROTO.

Yo, si recibo, me acuerdo;  
No, Selenisa, si doy.  
Esa joya fué favor  
De una dama, un tiempo, bella;  
Mas como suele una estrella  
Deshacerse al resplandor  
Del sol, planeta mayor;  
Así esta joya hizo ausencia  
De mi vista y mi presencia,  
Temiendo el mortal desmayo,  
Que esta le da rayo á rayo,  
Segura la competencia.

SELENISA.

Pues da sepulcro de olvido  
A una esperanza, que yace  
En la cuna donde nace;  
Porque tu intento atrevido  
Conquista imposible ha sido  
De una hermosura sin fe...



ARCOMBROTO.

Prosigue presto, porque  
Dispare la flecha el arco.

SELENISA.

Porque viene Poliarco.

ARCOMBROTO.

¿Qué es lo que dices?

SELENISA.

No sé;

Pero sé que en tanto daño  
Ignoro cuál hizo mas,  
Tú, que una joya me das,  
O yo, que por mas extraño  
Favor doy un desengaño,  
Siendo mujer : grande espacio  
Hay de uno á otro. — De palacio  
Sale Argénis, y los dos  
No estamos bien aquí. Adios,  
Y miralo mas de espacio. (Vase.)

### ESCENA XVII.

ARCOMBROTO.

¿Qué es lo que pasa por mí?  
¿Válgame el cielo! ¿qué escucho?  
¿Tanto pudo una razón?  
¿Tanto un desengaño pudo?  
Pero son celos, y son  
Vivos rayos, fuego puro,  
Que sin abrasar el cuerpo,  
Penetran hasta lo oculto  
Del alma, donde la vida  
Suele convertirse en humo.  
¿Habrá entre cuantos amaron  
Un hombre tal en el mundo,  
Tan alevé, tan cobarde,  
Tan infame, tan perjuro,  
Que haya sido de su dama  
Tercero? No; pues si alguno  
Vendió su honor, este tal...  
(Que lo niego, y que lo dudo;  
Pero en fin, si la malicia  
Tan gran delito propuso  
En alguno), digo que era  
(Dado caso que le hubo)  
Tercero de su mujer,  
Mas de su dama ninguno.  
Yo sí, yo sí que lo he sido;  
Pues solícito y procuro  
Con Poliarco ocasiones  
Para mi muerte y su gusto.  
Esta joya, que favor  
Juzgué un tiempo, y en los rumbos  
Celestiales pretendí  
Fijarla por astro puro,  
Colocarla por imagen,  
Ya la juzgo, ya la juzgo  
Precio vil, merced infame,  
Con que pagarme propuso  
La intercesión : claro esta,  
Pues me dijo entónces : «Mucho  
Os tengo que agradecer, »  
Palabra que entónces pudo  
Darme la vida, y ahora  
La muerte. No, ¿tal pronuncio?  
Que jornalero de celos  
Me paguen el precio justo  
Que valgo, y aun el valor  
Ponga á mi afrenta, es lo sumo  
De la infamia, pues parece  
Que por interés lo sufro.

### ESCENA XVIII.

POLIARCO, ARSIDAS, GELANOR. —  
ARCOMBROTO.

POLIARCO

¿Oja esta vez para mí  
El inconstante Neptuno

1. VII.

Fué piadoso, pues pudimos  
Llegar á Sicilia ocultos.  
Avisa á Argénis, que quiero  
(Si puedo antes que ninguno  
Me vea) en el parque hablarla,  
Donde en matices confusos  
Admira la primavera  
El natural y el estudio.

ARSIDAS.

Esperame aquí.

(Vase.)

### ESCENA XIX.

POLIARCO, ARCOMBROTO, GELANOR.

POLIARCO.

Allí he visto

A Arcombroto. ¿Qué mal sufro  
La dilación! Muy ingrato  
Seré, si no me descubro  
Y llevo á darle los brazos,  
Pues á su amistad presumo  
Que debo la vida.

GELANOR.

Es cierto,

Y dos vidas, si es que juzgo  
Esta y la de los traidores  
De marras, lenguaje culto.

POLIARCO.

Dame, Arcombroto, los brazos,  
Cuyo lazo será nudo  
Tan inviolable en mi pecho,  
Que nunca el acero duro  
De la muerte le desate,  
Y aun en los siglos futuros  
Vivirá eterno en los bronces  
Que á la amistad labren bultos.

ARCOMBROTO (Ap.)

¿Qué presto llegó, qué presto,  
A Sicilia! ¿Mas qué mucho,  
Si navega ondas de fuego  
El piloto que le trujo?

POLIARCO.

¿Pues cómo, Arcombroto, cómo  
Triste, suspeso y confuso  
Me recibes? Quien finezas  
Merecer ausente pudo,  
¿Presente no ha merecido  
Los brazos? ¿Qué agravio injusto  
Me niega de tu amistad  
Ni aun los primeros anuncios?

ARCOMBROTO.

Poliarco, lo que siento,  
Lo que callo y lo que dudo,  
No se permite á los labios,  
Que siempre el dolor es mudo.  
Mas ya que rompo el silencio  
A mi pesar, lo que juro  
A Júpiter soberano  
Lo primero, es que procuro  
Tu amistad, y que en mi vida  
El pensamiento, el discurso  
Te ofendió, porque ignorante  
Se ha rendido; lo segundo  
Es, que seas bien venido  
A coger el dulce fruto,  
Que te ha dado una esperanza  
De tantos pasados lustros :  
Y gócesla, ruego al cielo.  
Iba á decirte que muchos;  
Mas ruego á Dios no la gores  
Ni un instante, ni un minuto.  
Pero en efecto, esta prenda  
Te toca; pues quien la puso  
Aquí, debió de ponerla  
En depósito, presumo,  
Para que tú la cobrases :

Que no fuera caso justo  
Ver en ajeno poder  
Lo que de derecho es tuyo.  
Y así te advierto que yo  
La tengo, y la restituí  
A tu dicha, porque tú  
La mereces; mas te anuncio  
Que soy yo quien la deliende ;  
Y que también fuera injusto,  
Que quien me la dió, la viera  
En tu poder, sin que el rubio  
Esmalte valor la diera  
Mas acrisolado y puro.  
Atrévete, pues te importa,  
(Y con aquesto concluyo)  
A cobrarla; pero mira...

POLIARCO.

¿Qué?

ARCOMBROTO.

Que te atreves á mucho.

POLIARCO.

Pues esperame.

(Vase Arcombroto, Poliarco quiere ir  
tras él, y detiéndole Arsidus, que sale  
á este tiempo.)

### ESCENA XX.

ARSIDAS — POLIARCO, GELANOR  
después, ARGÉNIS.

ARSIDAS.

Al instante

Que Argénis hermosa supo  
Que estabas aquí, bajo  
Al parque.

POLIARCO. (Ap.)

Mal disimulo

El enojo; pero es fuerza  
Que por ahora esté oculto.  
¿Oh qué bien mis penas siento!  
¿Oh qué mal mis celos sufro!

(Sale Argénis.)

ARGÉNIS.

Tú seas tan bien venido,  
Como recibido bien  
De los ojos que te ven.

(Apartase Poliarco.)

¿Mas cómo tan divertido!  
Los brazos me has defendido?  
¿Tú sentimientos? tú enojos?  
Tú lágrimas en despojos?  
Tú desvíos, y tú agravios?  
Haz contra-cifra los labios  
De las cifras de los ojos;  
Que no te entiendo, aunque aquí  
Quejarme de ti pudiera,  
Pues cuando tu amor tuviera  
Alguna queja de mí,  
No fuera justo que así  
Me recibieras. Advierte  
Que vengo en secreto á verte :  
Si perder el tiempo dejas,  
Y si le gastas en quejas,  
Vendrá á suceder de suerte,  
Que despues no habrá lugar  
Para el gusto; y así es justo  
Que empecemos por el gusto;  
Y si nos ha de faltar  
Tiempo, fáltele al pesar.  
Mas si dudando verdades,  
Contra mí te persuades,  
Olvidalas, pues sospecho  
Que faltas del tiempo han hecho  
Infinitas amistades.

1 Preocupado, enajenado ó distraído.

POLIARCO.  
Argénis, nunca creí  
Que un pecho de piedad lleno  
Condicionara el veneno  
De una banda para mí;  
Mas despues que vine aquí,  
Mis desdichas, mis recelos,  
Mis penas y mis desvelos  
Creyeron tu tiranía;  
Que veneno nie daría  
Mujer que me ha dado celos.  
¿Qué gloria adquiere, qué palma,  
De piedad tu pecho ajeno?  
¿Para la vida un veneno,  
Y otro, Argénis, para el alma!  
Si en esta dudosa calma  
No fuera en sus desconsuelos  
Eterna como los cielos,  
El alma, y morir pudiera  
Pienso que el alma muriera  
Desta enfermedad de celos.  
Tu rigor está bien llano,  
Dueño ingrato, pues así  
Me dará el veneno á mí,  
Y la joya al africano;  
Pero...

ARGÉNIS.

Poliarco, en vano  
Formas de mi amor recelo:  
Para mi inocencia apelo.

POLIARCO.

Y estos efectos ¿qué son?

ARGÉNIS.

Oye la satisfacción.

POLIARCO.

Pues ¿hayla?

ARGÉNIS.

Sí.

POLIARCO.

¿Plegue al cielo!

Y una palabra te doy...

ARGÉNIS.

¿Y es?

POLIARCO.

Que, aunque imposible sea  
La satisfacción, la crea.

ARGÉNIS.

¿Qué dices?

POLIARCO.

Que tal estoy

Rendido á mis penas hoy,  
Que cualquiera que me des,  
He de creer.

ARGÉNIS.

Oye pues.

Aquella banda envió...

POLIARCO.

¿Quién?

ARGÉNIS.

Lidógenes, y yo

Te la he dado á ti despues:

Se averiguará el veneno

Y el alma de la traicion.

¿Es buena satisfacción?

POLIARCO.

Ya aquel enojo condono.

Pero tu joya, ¿fué bueno

Verla en otro poder yo?

¿Quién á Arcombroto la dió?

¿Lidógenes?

ARGÉNIS.

Yo la di.

POLIARCO.

Pues ¿tú lo confiesas?

ARGÉNIS.

Sí.

POLIARCO.

¿Y qué no lo niegas?

ARGÉNIS.

No,

Que por sette amigo fiel,  
La di en muestras de mi amor.

POLIARCO.

Y si él la trae por favor,  
¿Quien me asegura á mi dél?

ARGÉNIS.

Ser quien soy.

POLIARCO.

¿Y no es cruel

Rigor saber que te quiera

Otro?

ARGÉNIS.

No, pues si no fuera  
Para ser querida yo,  
Nada hiciera por ti.

POLIARCO.

¿No?

ARGÉNIS.

No; pues no te prefiriera  
A otros méritos.

POLIARCO.

¿Pues quién

Podrá el discurso parar  
De aquel que te llega á amar,  
Para que á mi no me den  
Celos sus penas tambien?  
Pues si la imaginacion  
Hace efecto, ciertos son  
Mis temores, pues ya habrá  
Imaginádose allá  
Deutro de la posesion.

ARGÉNIS.

Esas son sofisterias  
Del viento en el pensamiento.

POLIARCO.

¿Y no da celos el viento?  
Mas ya que las penas mias  
Conviertes en alegrías,  
Da los brazos á un ausente.

ARGÉNIS.

¿Quita, detente, detente!

POLIARCO.

Pues ¿tú te retiras?

ARGÉNIS.

Sí,

Que á quien sospecha de mí  
Tan baja y groseramente,  
Castigo.

POLIARCO.

Advierte que vienes  
Para tan dichoso efeto  
A hablarme ahora en secreto;  
Y si al enojo previenes  
Tiempo, despues no le tienes  
Para decir las verdades.  
De conformes voluntades  
Deja mi amor satisfecho,  
Que faltas del tiempo han hecho  
Infinitas amistades.

ARGÉNIS.

¿De mi se forman recelos  
Tan bajos! ¿veneno yo!

POLIARCO.

Nunca el alma lo creyó.

ARGÉNIS.

Hasta ver otros desvelos

POLIARCO

¿Qué mas veneno que celos?

ARGÉNIS.

¿Yo habia de dar favores  
A otro dueño?

POLIARCO.

Mis temores

Fuéron de amor.

ARGÉNIS.

Ver no esperes

En principales mujeres  
Dos gustos ni dos amores;  
Uno sí.

POLIARCO.

¿Y ese quién fué

En tu elección?

ARGÉNIS.

Quién amó

Siempre firme.

POLIARCO.

Ese soy yo.

ARGÉNIS.

¿Por qué lo entiendes?

POLIARCO.

Porqué

Es firme mi altiva fe.

ARGÉNIS.

¿Quién lo asegura?

POLIARCO.

Los cielos.

ARGÉNIS.

¿Y has de tener mas recelos  
De mi lealtad?

POLIARCO.

No de ti;

Mas de mi desdicha sí,  
Cuantas veces me des celos.

ARGÉNIS.

¿Pues en qué has escarmentado?

POLIARCO.

En andar mas atrevido.

ARGÉNIS.

Pues de mí, ¿por qué has temido?

POLIARCO.

Porque estoy enamorado.

ARGÉNIS.

Pues ¿no quiere el confiado?

POLIARCO.

No, pues no teme el perder  
El bien que llega á tener;  
Que son los celos crisol,  
Y cuando te mira el sol,  
Celos tengo de tener,  
Mientras no soy tu marido.

ARGÉNIS.

¿Y en siéndolo?

POLIARCO.

Satisfecho...

ARGÉNIS.

Prosigue

POLIARCO.

Vivirá el pecho  
A tu amor agradecido...

ARGÉNIS.

Esa palabra te pido.

POLIARCO.

Si tú esa mano me das.

ARGÉNIS.

¿Qué dulces paces!



POLIARCO.

Jamas  
Vieron tal dicha mis ojos.  
Sobre nublados y enojos  
Amor y el sol lucen mas.

## JORNADA TERCERA.

Sala en el palacio de Meleandro

### ESCENA PRIMERA.

ARGENIS, TIMOCLEA

TIMOCLEA.

¿Qué novedad atormenta  
Tu discurso?

ARGÉNIS.

Dasme causa  
A repetirlo mil veces:

TIMOCLEA.

Atenta te escucha el alma,  
Porque tragedias de amor  
Es lisonja el escucharlas.

ARGÉNIS.

Vino Poliarco, y dióme  
Quejas de que en una banda  
Yo quise darle veneno<sup>1</sup>;  
Mas Eristenes declara  
Que de Lidógenes era  
Intento, con muestras falsas  
De amistad, dar muerte al Rey,  
Cuya ligada embajada  
Vino á costarle la vida  
Públicamente en la plaza.  
Después de aquesto, celoso  
De Arcombroto (porque basta  
Para dar celos el viento),  
Apelaron á las armas;  
Y siendo tales amigos,  
Que prometieron estatuas  
A la amistad, se midieron  
Cuerpo á cuerpo en la campaña;  
Que no hay segura amistad  
Donde interviene una dama,  
Y en celos aver guados  
Las amistades se acaban.  
Supo el Rey el desafío,  
Y al parque en persona baja,  
Y ya de todo informado,  
De esta manera les habla:  
«Extranjeros, que á mi reino  
Venisteis á ganar fama,  
Porque os adopte dichosa  
Por hijos la ajena patria,  
Aunque yo no sé quién sois,  
Vuestros alientos declaran  
Sangre generosa. Hoy pues  
Mayores aplausos llaman  
Vuestras victorias. Sicilia  
Otra vez se pone en armas.  
A los dos he menester  
Para mi defensa y guarda.  
Yo no tengo mas de un premio,  
Si bien es tal que aventaja  
Los imperios que el sol mira  
Desde la cuna de nácar,  
Hasta la tumba de nieve,  
Que son la noche y el alba.  
Este daré, como sea  
Sangre real, ilustre y clara  
Quien le merezca, después  
Del valor.» Con esto manda,  
Que en busca del enemigo

<sup>1</sup> No se explica en la comedia cómo fue que el veneno de la banda no hizo daño á Poliarco, que se la puso: algun trozo debe faltar en este acto ó en el anterior.

Con dos ejércitos salgan.  
Segun los avisos vienen,  
Ayer se dió la batalla,  
Y hoy han de entrar en la corte.  
Mira tú si tengo causa  
De sentir, pues he de ser  
El laurel de su alabanza,  
El premio de sus victorias,  
El palio de sus hazañas,  
Trofeo de su valor  
Y fin de sus esperanzas.

### ESCENA II.

EL REY. ACOMPAÑAMIENTO.—ARGENIS,  
TIMOCLEA; después ARSIDAS.

REY.

Felice, Argénis, el día  
En que los dioses amparan  
Mi piedad. De dos victorias  
Te doy el laurel y palma.  
Venció el africano.

ARGÉNIS. (Ap.)

¡Ay cielo!

¿Y Poliarco?

REY.

Hoy alcanza  
Igual victoria.

ARGÉNIS.

Los cielos  
Te den vida y edad larga,  
Para que laureles de oro  
Cifien tus sienes de plata.

(Sale Arsidas.)

ARSIDAS.

Ya de la ciudad, señor,  
Con la helicosa salva  
Los ejércitos saludan  
Las trompetas y las cajas.

### ESCENA III.

*Tocan cajas, y salen por ambas puertas de la sala dos alardes de soldados, y al fin de cada uno, POLIARCO y ARCOMBROTO: van pasando y haciendo cortesía al REY y á la PRINCESA.—Dichos.*

ARCOMBROTO.

¡Salve, invictísimo Rey...

POLIARCO.

¡Salve, felice Monarca...

ARCOMBROTO.

Para blasones del tiempo!

POLIARCO.

Para triunfos de la fama!

ARCOMBROTO.

¡Y tú, estrella de aquel sol...

POLIARCO.

¡Y tú, rayo de aquella alba...

ARCOMBROTO.

Salve tambien...

POLIARCO.

Tambien salve...

ARCOMBROTO.

Y goce tu edad dorada...

POLIARCO.

Y tu edad florida goce...

ARCOMBROTO.

Triunfos...

POLIARCO.

Glorias ..

ARCOMBROTO.

Dichas...

POLIARCO.

Fama

ARCOMBROTO.

Aplausos...

POLIARCO.

Honras...

ARCOMBROTO.

Troleos...

POLIARCO.

Vencimientos!

ARCOMBROTO.

Y alabanzas!

Ya tu rebelde enemigo  
Vuelve la cobarde espada.

POLIARCO

Ya Lidógenes te deja  
La tierra desocupada.

ARCOMBROTO.

De la lid sangrienta fué,  
Señor, la tragedia tanta,  
Que el sol tuvo por claveles  
Las hojas de la campaña,  
Porque murieron corales  
Si nacieron esmeraldas.

POLIARCO.

El sol, mirando su faz  
En espejos de escarlata,  
Dudó cómo ballaba mar  
La que dejó tierra: tanta  
Era la vertida sangre,  
Que los cuerpos navegaban,  
Siendo bajeles de hueso,  
Sobre las ondas de nácar.

ARCOMBROTO.

Los cuerpos muertos pudieran  
Hacer defensa á su infamia,  
Pues cadáveres y montes  
Les fabricaron murallas.

POLIARCO.

Aquí no, porque si juntos  
Estuvieran, levantarán  
Promontorios hasta el cielo;  
Mas fué urna cada planta,  
Pirámide cada hoja  
Y sepulcro cada mata.

ARCOMBROTO.

Este estandarte real  
Es alfombra de tus plantas.

POLIARCO.

Esta sangrienta cabeza,  
De tus pies columna y basa.

ARCOMBROTO.

Poliarco, tu valor,  
Tus empresas, tus hazañas  
Y tus victorias merecen  
Inmortales alabanzas;  
No lo niego, pero yo,  
Igual contigo en las armas,  
En los méritos te excedo,  
Pues en iguales balanzas,  
El Rey me debe la vida,  
Y ha de ser fuerza pagarla.

POLIARCO.

Si ya es forzoso que á luz  
Guardados méritos salgan,  
No solo al Rey se la he dado,  
Sino tambien á la Infanta;  
Pues fui quien libré á los dos  
De una encubierta celada:  
De modo que tambien di  
Vida al Rey, y de ventaja

Llevo la vida de Argénis,  
Y ha de ser fuerza pagarla.

ARCOMBROTO.

Tú me la debes á mí,  
Y en obligacion me estabas  
De cedermé tu derecho.

POLIARCO.

En esa opinion te engañas.  
Que te la debo es verdad;  
Pero quien hace una gracia  
Y despues se satisface,  
Descubre intencion villana.  
¿Qué importa que allí me dices  
La vida, si aquí me matas?  
Si vida y muerte me has dado,  
No vengo á deberte nada.

ARCOMBROTO.

Eres ingrato.

POLIARCO.

Tú fuiste

Amigo doble.

ARCOMBROTO.

Quien habla

Con libertad...

REY.

Pues ¿qué es esto?

¿Aquí empuñais las espadas?

POLIARCO.

Señor...

ARCOMBROTO.

Señor...

REY.

¡Por la vida

De Argénis...

ARGÉNIS. (Ap.)

¡Ay de mí!

REY.

Que haga

demonstracion, que escarmiente

Altíveres y arrogancias!

Y pues méritos iguales

Me hacen árbitro en la causa,

Yo veré lo que conviene. —

Arcombroto.

ARCOMBROTO.

Señor.

ARGÉNIS. (Ap.)

¡Vana

Fué mi esperanza!

POLIARCO. (Ap.)

¡Ay de mí,

Que á él le nombra!

ARCOMBROTO.

¿Qué me mandas?

REY.

Venid conmigo, que es tiempo

De saber quien sois.

ARCOMBROTO. (Ap.)

¡Mal haya,

Pues da lugar á mis celos,

Este honor, esta privanza!

(Vanse todos, y quedan solos Poliarco  
y Argénis.)

#### ESCENA IV.

POLIARCO, ARGÉNIS.

POLIARCO.

¿Quién, Argénis, tuviera  
Tiempo para quejarse en mal tan fuerte?  
¿Quién quejarse pudiera?  
Porque es mi pena y mi dolor desuerte,  
Que para tanto agravio,  
Falta la voz desde la lengua al labio.

De tí, perdido dueño...

— ¡Iba á decir (¡qué necio desvario!)

Perdido dueño mio;

Aunque error fué pequeño,

Porque suele tal vez entre rigores,

Por costumbre decir la lengua amores.

— De tí, de tí me quejo,

Porque ingrata has querido

Tantas memorias sepultar de olvido.

La mas honesta dama

Piensa que no la ofende

Quien la sirve galán, adora y ama;

Y no mira, no atiende,

Que dice aquel con esperanza vana:

«Quien se deja hoy querer, querrá mañana»

Míralo en tí, pues llega [na.]

A tanto de Arcombroto la esperanza,

Que en tus rayos se anega:

Tu favor despertó su confianza,

Y persuadido á que le merecía,

(Que nadie de sí mismo desconfía)

Por tu amante (¡ay de mí!) se ha declara-

do que quizá no lo hiciera, [do];

Cuando al principio tus enojos viera

El valido del Rey, yo despreciado,

El alegre, yo triste, él declarado.

Amante, yo celoso, él lince, y ciego

Yo, ¡ten piedad de mí, por dios te ruego!

ARGÉNIS.

Poliarco, pudiera

Tener queja de tí, pues que creiste

Que mudarse pudiera

Mujer en quien tan grande extremo vis-

pero en rigor tan fiero, [te];

Ni disculparme ni culparte quiero;

Amarte sí, y ponerte

Por freno á tus livianas presunciones

Tantas obligaciones...

— Y para que se acuda

Al daño y á la queja,

La presuncion, la duda,

Al Rey dile quien eres,

Verás lo que á Areombroto te prefieres.

POLIARCO.

Si sabes que encubierto

Vine á Sicilia, Argénis, desde el día

Primero que te vi, por estar cierto

De que mi sangre el Rey aborrecia

(Que suelen entre sacras majestades

Los reyes heredar enemistades);

Si sabes que esta ha sido

La causa de no haberme declarado,

Y de haber tantas penas padecido,

¿Cómo quieres que ya desesperado

Al Rey diga mi nombre, [sombre];

Sin que el temor de ser quien soy me

#### ESCENA V.

GELANOR. — ARGÉNIS, POLIARCO.

GELANOR.

Perdona, que no puedo

Excusar esta vez las necedades

De dividir amantes voluntades.

POLIARCO.

¡Triste estoy!

ARGÉNIS.

¡Muerta quedo!

POLIARCO.

Prosigue pues: ¿qué novedad es esta?

GELANOR.

El africano...

POLIARCO.

¿Qué?

GELANOR.

Un bajel apresta,

Y en los brazos del viento

Al Africa camina,

Porque el Rey determina

(Así lo dice el vulgo) el casamiento,

Y que veloz te ido

A su tierra á hacer pruebas de marido.

POLIARCO.

Ya es tiempo, si ha dejado la memoria

De pasada alegría,

O de perdida gloria,

De tu verdad, hermosa Argénis mia.

Llama ó ceniza alguna,

De que venza el amor á la fortuna.

¿Cómo quieres que viva

Victorioso el amor con los despojos

De deidad tan ingrata y vengativa?

Pues es mudable, ciérrala los ojos

Con firmeza y constancia,

Y pues vas con tu esposo, vente á Fran-

cia. Allí estarás segura, [cia].

Alí servida, allí serás...

ARGÉNIS.

Detente,

Que tu lengua procura

Seguir un imposible inconveniente.

POLIARCO.

Pues si posible fuera,

¿Qué hiciera la fortuna? amor ¿qué hicie-

imposible fué amante [ra?]

Sin verte, Argénis, imposible el verte,

Imposible el hablarte,

Y todo fué posible con quercerte.

Pues hazle tú posible,

Y venza un imposible otro imposible.

ARGÉNIS.

Poliarco, acortemos

Discursos. Yo soy tuya;

Mas ahora probemos

A ver si quiere amor que se concluya

Esta paz por buen medio;

Que si no, ya sabemos el remedio.

Si en Sicilia no quieres declararte,

Vete á Francia tu solo, y vuelve luego

Con bajales, que Marte

Admire por volcanes de agua y fuego,

Y entre estos horizontes

Temán el parto á tus preñados montes

Mí padre temeroso

De tu poder y fuerzas, ha de hacerte

(¡Quíralo el cielo!) mi feliz esposo.

Verás que desta suerte

Un imposible otro imposible allana,

No siendo tú traidor ni yo liviana.

POLIARCO.

Yo quiero obedecerte.

Hoy á Francia me iré; porque no quiero

(Por si llego á perderte)

Tener queja de mí; que solo espero

De tí, de tí quejarme.

Que solo este consuelo has de dejarme

Solo una cosa (si atrevirme puedo

A pedirte) te pido,

Y es...

ARGÉNIS.

No la digas, yo te la concedo

POLIARCO.

Que si alguno ha de ser...

ARGÉNIS.

¿Qué?

POLIARCO.

Tu marido..

¿Hay quien mis penas crea?

ARGÉNIS.

¿No lo sea Arcombroto?

POLIARCO.

Que él lo sea,

Esto te pido y ruego,

Otro no.



ARGÉNIS.

Pues ¿qué alcanza  
De alivio tu esperanza?

POLIARCO.

Porque, si á verte en otros brazos llevo,  
Será pena mas lieva  
Saber que uno te goce, otro te quiera,  
Y yo lo siento todo:  
Mejor es que los cielos  
Juntén todos mis celos  
En un sugeto singular, de modo  
Que uno solo te quiera,  
Uno te goce, y uno solo muera.

ARGÉNIS.

Pues yo á los dioses juro,  
Y por Júpiter, dios mas soberano,  
Que te ausentas seguro,  
No solo del amor del africano,  
Sino del mismo amor, porque fué mucha  
Mi firmeza.

POLIARCO.

Dí como.

ARGÉNIS.

Atiende, escucha.  
¿No miras ese monte, ó nuevo Atlante,  
Que, columna del sol, al sol se atreve,  
Dando batalla en derretida nieve [te?  
Al mar, que espera aun menos arrogan-

Pues ya sobre las nubes se levante,  
O ya se atreva al que sus ondas bebe;  
Comparado al amor que el alma debe,  
Menos firme será, menos constante.

Haré leyes de amor para obligarte,  
Preceptos buscaré de obedecerte,  
Los dioses negaré por adorarte.

Y si el alma inmortal pudo ofrecerte  
Después de muerto, el alma he de entre-

[garte,  
Porque muerto aun no deje de quererte.

POLIARCO.

[ermie,  
¿Porque muerto aun no dejes de que-  
Después de muerto el amabas de entre-  
[garme?  
Pudiera, Argénis, de tu amor quejarme  
Y de mis esperanzas ofenderte.

Pues si el alma inmortal has de ofre-  
No me das lo que dices que has de darme:  
Luego poder el alma reservarme  
Para otro tiempo, ahora no es querermé.

Yo no solo te doy el alma; pero  
Antes que el cielo nuestras almas bellas  
Formase, te la di; pues considero

Que entónces se quisieron las estrellas;  
Y así antes y después mi amor espero,  
Que ha de durar lo que duraren ellas.

(*Vanse.*)

Sala de una quinta de Hianisbe.

## ESCENA VI.

HIANISBE, UNA DAMA.

DAMA.

¿Gusto en esta quinta tienes?

HIANISBE.

Diviérteme su belleza.

DAMA.

¿Aquí á templar la tristeza  
De tus pensamientos vienes?

HIANISBE.

Está de Sicilia cerca  
Por esta parte <sup>1</sup>, que ufano

Este piélago oceano  
Estas dos provincias cerca  
Y vengome á consolar,  
Pensando tal vez que vco  
A Sicilia; que un deseo  
Es lince que penetrar  
Los mares sabe, y lingir  
A los ojos el objeto  
Mas apartado y secreto.

DAMA.

Pues bien ¿qué quicres decir?

HIANISBE.

Que está en Sicilia Arcombrotó  
Sospecho, y engaño así  
La esperanza, y desde aquí,  
Aunque esté en lo mas remoto  
Del mundo, pienso que está  
En esa provincia bella,  
Y consuélome con vella.

DAMA.

Gusto mar y tierra da.

## ESCENA VII.

ARCOMBROTO.—HIANISBE, LA DAMA.

ARCOMBROTO.

No quise que otro viniera,  
Hermosa Hianisbe, á dar  
Estas nuevas, y á ganar  
Las albricias tuyas.

HIANISBE.

Fuera  
Prevención y aviso injusto,  
Pues todo lo que tardara  
Prevenido el bien, quitara  
De valor el gusto al gusto.  
Dame los brazos mil veces.

ARCOMBROTO.

Tu favor mas soberano  
Será, si la blanca mano  
Para besarla me ofreces.  
No te pregunto si tienes  
Salud, porque tu hermosura  
Della informa y asegura.

HIANISBE.

Galan lisonjero vienes:  
En la corte habrás estado.

ARCOMBROTO.

Y en corte á que he de volver  
Presto.

HIANISBE.

¿Luego viene á ser  
Este bien solo prestado?

ARCOMBROTO.

Después de venir á verte,  
A cosas que importan vengo,  
Y á solas que hablarte tengo.

HIANISBE.

Vete tú. (*Vase la dama.*)

## ESCENA VIII.

ARCOMBROTO, HIANISBE.

ARCOMBROTO.

Pues ahora advierte.  
Yo, señora, me ausenté,  
Llamado de mi valor,  
A ganar fama y honor.  
Llegué á Sicilia, y llegué,

ritania, cuyas costas baña en parte el Océano,  
hasta la provincia cartaginense, ya muy dentro  
del Mediterráneo. *Pielago oceano*, está  
usado aquí en el sentido de *espacio de mar grande*.

Por mejor decir, al cielo,  
Que es dosel y que es esfera  
De un sol que causar pudiera  
Diluvios de luz al suelo.  
No es tan comun hermosura  
La que mi vida desca,  
Que Argénis misma no sca,  
Argénis, imágen pura  
Del templo de Vénus bella,  
De las aras del amor,  
Del cielo divina flor,  
Y del campo humana estrella.  
En fin, para conseguir  
Tan altas victorias hoy,  
Me falta decir quien soy;  
Que no lo quise decir,  
Por cumplirte la palabra,  
Ni á Argénis ni al Rey, que estima  
Mi persona; ántes te anima  
Amor, que su pecho labra,  
A decirme que si soy  
Noble, su esposo seré  
De Argénis (¿qué dulce fe!)  
¡Mira qué nueva te doy!  
No me niegues la licencia  
Que humilde te pido ahora,  
Hianisbe, reina, señora,  
O con mas prolija ausencia  
El alma destituida  
Del cuerpo verás: de suerte,  
Que en tu mano está mi muerte,  
Y en tu mano está mi vida.

HIANISBE. (*Ap.*)

¡Oh quién pudiera decir,  
Cielos, á Arcombrotó ahora  
Secretos que el alma ignora!  
Pero callar y fingir  
Importa; porque si aquí  
De improviso desengañó  
Su amor, temo mayor daño.  
No sé qué hacer.

ARCOMBROTO.

¿Cómo así  
Me recibes, cuando yo  
En los brazos esperé  
La respuesta? Porque fué  
Tal mi valor, que llegó  
A levantarse en los rayos  
Del sol, ¿tú suspensa estás,  
Que respuesta no me das?

HIANISBE.

Fuéron avisos y ensayos  
Estos temores que en mí  
Has visto, de no saber  
Cómo debo agradecer  
El valor que vive en ti.  
Mas descansa sin cuidado  
Solo un día, y fia de mí  
Que has de volver desde aquí  
A Sicilia tan honrado,  
Que en sabiendo el Rey quien eres,  
Con mas gusto te reciba  
Del que piensas, porque viva  
Entre agrados y placeres  
Tu persona tan honrada  
Del Rey y Argénis, que sea  
Un asombro, que se lea  
Por historia celebrada.

ARCOMBROTO.

Si soy de Argénis esposo,  
Es llano...

HIANISBE.

En él lo verás.

ARCOMBROTO.

¿Luego licencia me das?

HIANISBE.

Si.

<sup>1</sup> Segun esto y lo que dijo Arcombrotó en la escena XVII del acto primero, el imaginario reino de Hianisbe se entenderia desde la Mau-

ARCOMBROTO.

¡No hay hombre mas dichoso!

(Vase.)

## ESCENA IX.

UNA DAMA.—HIANISBE.

DAMA.

Un extranjero ha llegado,  
Sin qucrer decir quien es,  
En traje y lengua frances,  
A estos puertos derrotado,  
Y dice que si le das,  
Para que te hable, licencia,  
Se atreverá á tu presencia.

HIANISBE.

Si es frances, no espere mas.

(Vase la Dama.)

## ESCENA X.

POLIARCO, HIANISBE

POLIARCO.

Dos veces, señora, al suelo  
Que piso, el alma adoró:  
Una, porque quise yo,  
Y otra, porque quise el cielo.  
Una vez llegué á tus piés  
Victorioso y atrevido:  
Y esta, cobarde y rendido,  
Te pido que me los dés.

HIANISBE.

Eso no, llega á los brazos;  
Que del favor recibido  
No has de pensar que me olvido.

POLIARCO.

Haránme tan dulces lazos  
Dichoso; y en tan penoso  
Estado me llevo á ver,  
Que los dejo, por no ser  
Solo un instante dichoso.  
Yo he perdido á las desdichas  
El temor con tanto extremo,  
Que ya solamente temo  
El veneno de las dichas.

HIANISBE.

Aunque es fuerza que me pese  
Del rigor de tu fortuna,  
Tambien me holgara que alguna  
Tanto á ti te persiguiese,  
Que me hubieses menester,  
Para que en mi pecho vieras,  
O frances, con cuántas véras  
Espero satisfacer  
La obligación en que estoy.

POLIARCO.

¿Es por no deberme nada?

HIANISBE.

No, sino porque obligada,  
Cuanto agradecida estoy.  
En fin, ¿qué me quieres?

POLIARCO.

Solo  
Que me escuches, y despues  
Favor y amparo me dés.

HIANISBE.

Si prometo, por Apolo.

POLIARCO.

Yo soy, hermosa Hianisbe,  
(Que ya es forzoso decir  
Secretos que en tanto tiempo  
A mi mismo me encubri:  
No te espantes de escucharme.)  
Manfredo, frances del fin,  
Que sujeto á la fortuna

Llega á tus piés, ya feliz.  
Amor (¿quién duda que habian  
De empezarse por aqui  
De un principe las fortunas,  
Porque es un rayo sutil  
Que con arrogancia sabe  
Lo mas eminente herir?),  
El amor pues de mi patria  
Me ausentó: della sali  
A vencer un imposible;  
Y pues no importa decir  
Quién fuese, pase en silencio  
Por su respeto y por mi.  
Por no cansaros, señora,  
Aunque con gusto me ois,  
Os diré solo, que César  
De amor, llegué, vi y vencí.  
Llegué á la imposible empresa  
De un reservado jardin;  
Vi en él reducido cielo  
De una hermosura feliz,  
Y vencí la mas constante  
Belleza, que ha de vivir  
En lienzo y mármol, por alma  
Del piñel y del buril.  
Mereci alguna fineza,  
Y alguna noche (¡ay de mí!)  
Lloré en mis brazos un alba  
Porque otra empezó á reir;  
Y al despedirnos los dos,  
Yo y el céfiro sutil  
Bebimos mas de un clavel,  
Lamimos mas de un jazmin.  
En esta paz fué forzoso  
Ausentarme. Discurrí  
Las desdichas de un amante,  
Que todas juntas las vi,  
Pues hallé (¡válgame el cielo!),  
Cuando á sus ojos volví,  
Un fuerte competidor  
Que me pudo preferir.  
Si no en el agrado della,  
En el de su padre si,  
Para ganar por las armas  
Lo que por trato perdi.  
A Francia quise volverme,  
Solo para conseguir,  
Como su principe, el logro  
Del premio que merecí.  
Embarquéme, pero apenas  
En el salado zafir  
Abrió la quilla los senos  
Del pavimento turquí,  
Cuando rizadas espumas,  
Combatidas entre sí,  
Imitaban con las ondas  
Un verdinegro tabi.  
Sacó la escamosa espalda  
El agorero del fin,  
Sacó Triton el torcido  
Caracol, acento vil,  
Que es trompeta de los vientos,  
Y hizo señal de embestir.  
Aqui en montes se levanta  
Al mar hasta competir  
Con las estrellas, y juntos  
Luces y fanales vi,  
Que parecieron errados  
Cometas, que del cenit  
Del cielo se despeñaban  
A dar guerra y á morir.  
Gime el viento, brama el mar,  
Y en su bramar y gemir,  
De dulces sirenas era  
La música para mí,  
Por pensar que estaba cerca  
La muerte que pretendí;  
Que aun la muerte tiene dias  
Para quien cansa el vivir.  
Cúbrese el cielo de luto,  
Y el sol, bajando al nadir,  
Apercibiendo tragedias,

Vistió púrpura y carmin.

No pudiendo á los decretos  
De los cielos resistir,  
Nos dejamos á los vientos,  
Que, piadosos, hasta aqui,  
Nos derrotaron, adonde  
Supe, Reina, que vivís  
Por vuestro gusto esta quinta,  
Narciso que en el viril  
Del mar mira su hermosa,  
Enamorado de sí.  
Y pues los cielos quisieron  
Conducirme á este país,  
Halle en él piedad y amparo,  
Pues ya no es posible ir  
A Francia, y volver á tiempo  
De estorbar esta infeliz  
Boda, gloria para ellos,  
Y tragedia para mí.  
Por reina, por poderosa,  
Por obligada, y en fin,  
Por vos misma, os toca, ya  
Que mis desdichas ois,  
Anipararme. Dadme gente  
Y armada con que salir  
Otra vez á la campaña  
Del mar, ó ya desde aqui  
Serán sepulcros las ondas  
De aqueste frances del fin,  
Que á vuestras plantas se arroja  
Dando á sus desdichas fin.

HIANISBE.

Vuestras desdichas, señor,  
Se pudieran imprimir,  
Por amorosas y vuestras,  
No en un pecho lemenil  
De mujer, sino en el brouce  
Mas rebelde; porque así  
Arrebatan y suspenden  
Con lo heroico y lo sutil  
De lo dulce y lo cruel,  
Que me han llevado tras sí  
El alma. No solo quiero  
Daros gente con que ir  
A conquistar esa dama  
Que adoráis y que servís,  
Sino daros un amigo,  
Con cuyo valor medir  
Podais los rayos al sol;  
Porque en la edad juvenil  
Nació para hacer verdades  
Cuantas fábulas fingir  
Supo la encantada selva  
De Esplandian y de Amadis;  
Y sobre estas partes tiene  
Otra mas alta y feliz  
Para el propósito vuestro;  
Porque ama tambien, y oir  
Sabrá las fortunas vuestras;  
Que es tambien suerte decir  
Uno sus penas, y hallar  
A quien las sepa sentir.  
Este es Túshal, hijo mío,  
Que estaba ausente de aqui  
Cuando esotra vez llegasteis  
A estos puertos; y venir  
Hoy á tan buen tiempo pudo,  
Que con pecho varonil  
Irá á esta amorosa empresa  
A acompañar y servir  
Vuestra persona. Eusanchad  
El corazon, y vivid  
Confiado, pues el cielo  
Hoy os ofrece por mí,  
Señor, de vuestras fortunas  
El mas imposible fin.

POLIARCO.

Deja que mil veces bese  
Esa tierra, que el marfil  
De tus piés convierte en nieve.



HIANISBE.

Yo le voy á prevenir  
De vuestro suceso, y él  
Vendrá agradecido aquí  
A ofreceros alma y vida.

POLIARCO.

La mia será feliz  
Con tal amigo. *(Vase la Reina.)*

ESCENA XI.

POLIARCO.

Los cielos,  
Ansados de perseguir  
Mi vida, ya favorables  
Se muestran, pues que ya vi  
Tras el diluvio de ausencia  
Resplandecer y lucir  
El arco de paz morado,  
Verde, azul y carmesí.  
Bien Africa me recibe.  
Si un africano... (¡Ay de mí!  
Que si repito mis celos,  
Muero y vivo.) Pero en fin,  
Si un africano me dió  
La muerte, otro me da aquí  
La vida; que desta suerte  
El Africa para mí  
Salud produjo y veneno.  
César soy de amor, venci.

ESCENA XII.

HIANISBE, ARCOMBROTO.—  
POLIARCO.

HIANISBE. *(Hablando con Arcombroto,  
lejos de Poliarco.)*

Esta fué mi fortuna,  
Y mi dicha también; pues que ninguno  
A mis ojos pudiera  
Ser mas dulce, apacible y lisonjera.  
Vida y alma le debo  
En un tesoro; pero no me muevo  
Por eso solamente,  
Sino porque de mí y de ti valiente  
Y rendido se ampara.

ARCOMBROTO.

¿Y qué, es del fin de Francia?

HIANISBE.

Lo declara

Su pecho generoso,  
Su persona y su trato.

ARCOMBROTO.

Deseoso

De llegar á sus brazos,  
Los instantes parecen largos plazos;  
Que si en esto te obligo,  
Tengo de ser su verdadero amigo;  
Porque en la tierra mia  
Se debe á huésped tal, tal cortesía.  
Con un dellín de Francia  
En mi favor, segura la ganancia  
Tengo de Argénis bella  
Y de Sicilia, pues si llevo á ella  
Por quien soy declarado,  
Y de un príncipe tal acompañado,  
Poliarco no puede  
Igualar mi valor, porque le excede  
Como excede á una estrella el sol her-  
moso.

Con este amigo solo soy dichoso.

HIANISBE.

Ya vuestra Alteza tiene *(A Poliarco.)*  
A Túbal á sus pies, que humilde viene  
A servirle.

POLIARCO.

¿Qué veo!

ARCOMBROTO.

¿Qué miro!

POLIARCO.

No lo dudo.

ARCOMBROTO.

No lo creo.

HIANISBE. *(Ap.)*

Los dos se han admirado  
De verse

POLIARCO. *(Ap.)*

Estoy suspenso.

ARCOMBROTO. *(Ap.)*

Estoy turbado.

HIANISBE.

Confirмен dulces lazos  
Esta amistad. Da al Príncipe los brazos,  
Túbal, y vos, señor...

POLIARCO. *(Ap.)*

¿Que aquesto miro!

Segunda vez de mi rigor me admiro.

HIANISBE.

Nudos de amor enlacen vuestros cuellos

POLIARCO.

Si le daré, para matarle en ellos;  
Porque quien llega á verse  
Ofendido, podrá satisfacerse [go  
Donde quiera que encuentre su enemi  
*(Acométense con las dagas desnudas,  
y la Reina se pone en medio.)*

ARCOMBROTO.

Y yo tus arrogancias no castigo  
Porque estás en mi tierra.  
No presumas que en ella te bago guerra,  
Ni que aquí con ventaja he de matarte;  
Que cres mi huésped, y he de respetarte  
Todo el tiempo que en ella  
Estuvieres. Mas yo de Africa bella  
Saldré luego al instante,  
Porque me busques fiero y arrogante.

POLIARCO.

Hazte al mar, que primero  
Saldré de Africa yo.

ARCOMBROTO.

Y en él te espero.

HIANISBE.

Pues ¿cómo desta suerte,  
Con venganzas y amagos de la muerte,  
Príncipes se saludan  
Cuando llegan á hablarse? ¿Cómo dudan  
Los generosos pechos,  
A tantos triunfos y victorias hechos,  
Al trato y cortesía,  
Esmalte del valor y bizarría?  
Tú, Túbal, ¿cómo admites enojado  
Tal huésped?

ARCOMBROTO.

Como estoy enamorado.

HIANISBE.

Vos, ¿cómo entráis, ó príncipe famoso,  
Tan arrogante?

POLIARCO.

Porque estoy celoso.

HIANISBE.

¿Cómo á romper te atreves  
La cortesía que en tu patria dehes  
A un príncipe extranjero  
De tanta fama?

ARCOMBROTO.

Como amando muero.

HIANISBE.

Vos, ¿cómo vengativo  
Llegáis aquí?

POLIARCO.

Como rabiando vivo.

HIANISBE.

Y los dos, en efecto,  
¿Cómo contra el decoro y el respeto  
Ofendéis á los cielos?

ARCOMBROTO.

Como yo tengo amor.

POLIARCO.

Yo amor y celos.

HIANISBE.

Bien se dejan mirar vuestros rigores,  
Y que de Argénis sois competidores.  
Pues yo premiaros quiero, [ro.  
Remitiendo á mi industria vuestro aco-  
dadme palabra aquí con prometido  
Homenaje, á los príncipes debido,  
De volver á Sicilia los dos luego.  
Llevando cada uno al Rey un pliego,  
Haciéndome testigos  
A los dioses de hablaros como amigos  
Hasta que el Rey le vea.  
Y si en el punto que las cartas lea  
No os diéredes los brazos,  
Haciendo la amistad eternos lazos,  
Y quedarais contentos,  
Logrados de los dos los pensamientos.  
Tenedme por fingida,  
Falsa y aleve, y quiteme la vida  
Con mortales desmayos  
El Dios de los relámpagos y rayos.

ARCOMBROTO.

A cosas nos persuades  
De fabulosos extremos,  
Y das causa á que dudemos  
El crédito á tus verdades.  
¿Que donde hay dos voluntades,  
Y una Argénis solamente,  
Eso tu discurso intente!  
Una es sola Argénis bella;  
Pues ¿cómo el que ha de perdella,  
Posible es que se contente?

POLIARCO.

Perdona si desconfía  
De tu crédito un temor,  
Porque el cetro y el amor  
No permiten compañía.  
Si Argénis ha de ser mia,  
¿Cómo otro dueño procura  
Merecer igual ventura?  
Y puesto que á uno ha de darse  
¿Cómo podrá consolarse  
Quien perdiere su hermosura?  
Y apurado el caso mas,  
Cuando tu ingenio te ofrezca  
Que ninguno la merezca;  
Si eso imaginando estás,  
Igual tormento aos das,  
No igual premio, como dices  
Y cuando lo sutilices,  
Dejando el premio dudoso,  
Dejas de hacer nn dichoso  
Por haer dos infelices.

ARCOMBROTO.

Quando ese tu intento fuera,  
En pié la duda quedara,  
Porque de nuevo empezara  
La competencia; pues fuera  
Imposible que viviera,  
Sin amar á Argénis yo.  
Mi amor conmigo nació,  
Conmigo ha de fenecer;  
No gozarla, puede ser,  
Mas quedar contento, no.

HIANISBE.

Las dudas tengo entendidas,  
Y vuelvo á decir que en viendo  
El Rey las cartas, entiendo  
Que han de quedar concluidas.  
Yo estimo vuestras dos vidas  
Por ley y naturaleza,  
Y sé que la sutileza  
De mi ingenio pudo hacer  
Esta paz, aunque ha de ser  
De uno solo su belleza.

ARCOMBROTO.

Pues yo digo que de ti  
Me fio.

POLIARCO.

Lo mismo yo.

HIANISBE.

¿Reñiréis hasta allá?

LOS DOS.

No.

HIANISBE.

Seréis muy amigos?

LOS DOS.

Sí.

HIANISBE.

Pues fiad los dos de mí,  
Porque vuestra paz intento.

POLIARCO.

Yo digo que la consiento

ARCOMBROTO.

Si pierdo bien tan dichoso,  
Yo seré el primer celoso  
Que haya quedado contento. (Vanse.)

Sala de una quinta del rey Meleandro.

## ESCENA XIII.

ARGENIS, TIMOCLEA, SELENISA,  
GELANOR, MÚSICOS.

TIMOCLEA.

Sereno el cielo y el mar,  
Agradable vista ofrecen  
Cuando espejos de sí mismos  
A competirse se atreven.

ARGÉNIS.

Y la tierra con los dos,  
Pues con tornasoles vence  
Al cielo en sombras azules,  
Y al mar en celajes verdes.

GELANOR.

Si fuera el mar de hipocras,  
Como á partes lo parece,  
¿Qué lindo monstruo que fuera.  
Y mas si pudiera hacerse  
De todo una limonada!  
Pudieran bajar á verle  
Los dioses, y dar dos ligas  
Al sacro néctar que beben.

ARGÉNIS.

Sola esta apacible quinta  
Con soledad me divierte,  
Ausente de Poliarco,  
O por decir bien, ausente  
De mí misma; pues la vida  
A mí misma me aborrece;  
Que quien vive ausente, vive  
Por morir, y nunca muere.

GELANOR.

Yo espero que presto vea  
Ese cristal transparente  
República de sus naves,

Poblacion de sus bajeles;  
Y conociéndole el Rey,  
Luego á sus brazos te entregue,  
Y él, como dice Ganasa,  
Te reciba alegremente.

ARGÉNIS.

Selenisa.

SELENISA.

Mi señora.

ARGÉNIS.

Canta una letra, suspende  
Agua, tierra, mar y viento  
Con tu voz.

SELENISA.

¿Triste, ó alegre?

ARGÉNIS.

Canta de amor, porque sea  
Todo amor cuanto yo oyere.

SELENISA. (Canta.)

Si no me dejan hablar;  
Yo moriré de temor.

SELENISA Y MÚSICOS.

*Que no hay tristeza en amor  
Como sufrir y callar.*

GELANOR.

¡Oh filomena con saya!  
¡Jilguero con perendengues!  
¡Oh ruiseñor con perico!  
¡Oh calandria con afeite!  
¡Oh Orfeo con enaguas!  
¡Oh chirimita de nieve!  
¡Oh corneta sin aullido!  
¡Oh monacordio sin fuelles!  
Vuelve á cantar otra vez,  
Y otras cuatrocientas veces;  
Que quiere hacerte un favor  
De escucharte. Vuelve, vuelve.

SELENISA. (Canta.)

*¡Qué tarde remedio espera  
Quien ama y no se declara!  
Que yo pienso que si hablara,  
Hasta las piedras moviera.  
El callar me ha de matar,  
Sufriendo tanto rigor.*

SELENISA Y MÚSICOS

*Que no hay tristeza en amor  
Como sufrir y callar.*

GELANOR.

Mucho mejor que yo cantas.

## ESCENA XIV.

EL REY. — Dichos.

REV. (Ap.)

La música la divierte,  
Y yo, por no interrumpir  
Su voz, entre estos laureles  
La escuché.

ARGÉNIS.

Música y agua  
Son dos sugetos alegres.

REV.

¿Siempre has de estar triste?

ARGÉNIS.

Que soy infelice siempre.

REV.

Ya serás presto dichosa,  
Pues dueño y esposo tienes.  
Ya le espero.

\* Autor ó jefe de una compañía de cómicos, contemporáneo de Calderon.

ARGÉNIS.

Y yo tambien.

REV.

Huélgome de que le esperes.  
Yo espero que presto venga,  
Porque ese piélagro breve  
Por esa parte divide  
El Africa, y solamente  
Hay un pequeño viaje,  
Y mas si en sus pinos verdes  
El viento sopla feliz.

ARGÉNIS.

No sé cómo responderte.  
Ruego al cielo, que el esposo  
Que espero, felice llegue  
A tus piés.

REV.

¿Cuánto me obligas,  
Cuando humilde me obedeces!  
Pero ¿qué salva es aquella?

## ESCENA XV.

ARSIDAS. — Dichos.

ARSIDAS.

De un edificio eminente  
Del mar, alcázar con piés  
Y ciudad con alas, vienen  
A tierra dos hombres solos,  
Y el número solamente  
La vista nos los permite,  
No las señas.

REV.

Pues que lleguen  
Donde estoy.

ARGÉNIS. (Ap.)

¿Válgame el cielo!  
¿Cómo tan conformes vienen  
Arcombroto y Poliarco?

REV.

Estos dos jóvenes fuertes  
Poliarco y Arcombroto  
Son. ¿Qué intentan? ¿Qué pretenden  
Tan conformes?

ARGÉNIS.

Si salieron  
De aquí á partes diferentes  
Enenigos, ¿cómo ahora  
Juntos los dos nos prometen  
Amistades?

REV.

Confusion

Dan.

SELENISA.

Admiracion ofrecen.

REV.

Hija, ya viene tu esposo.

ARGÉNIS.

Ya veo, señor, que viene.

## ESCENA XVI.

POLIARCO, ARCOMBROTO. — Dichos

ARCOMBROTO.

No dudo yo que te admires,  
Invicto señor, de verme  
Con Poliarco, jurada  
La paz, que enojo valiente  
Fué otra vez en tu presencia;  
Pero despues que leyeres  
Esta, sabrás el suceso  
Que tan conformes nos tiene.

(Le da una carta.)



ARGÉNIS. (Ap.)

¡Válgame el cielo! ¿qué encanto,  
Qué hechizo puede ser este?  
En mas confusiones vivo  
Que tuvo el caos.

POLIARCO. (Ap.)

El Rey vuelve,  
Leyendo, á ver á Arcombroto,  
Y con el semblante alegre  
Le mira. ¡Qué mal anduve  
En liarme neciamente  
De mi enemigo!

REY.

Los brazos,  
O Túbal, me da mil veces.

ARSLHAS. (Ap.)

Túbal le llamó.

ARCOMBROTO. (Ap.)

¿Qué es esto?  
Enigma mi amor parece.

POLIARCO. (Ap.)

El Rey le abraza, y despues  
A leer la carta vuelve,  
Y á mirarle con mas gusto.  
¡Oh, mal haya aquel que quiere  
Una dama, y llega á trato,  
Sino que viva quien vence!

REY.

¿Qué encomienda de Hianisbe  
Traes?

ARCOMBROTO.

Esta joya excelente.

REY.

Ella es. ¡Hijo del alma!  
Deja que tu cuello apriete.

POLIARCO. (Ap.)

¿Qué enigmas, cielos, son estas?  
Aquella joya que tiene  
El Rey, volví yo á Hianisbe,  
Y por ella le agradece  
Su venida: yo le he dado  
Al contrario armas. ¡Que fuese  
Yo el tercero de su amor!  
¡Valedme, cielos, valedme!

REY.

Túbal.

ARCOMBROTO.

Señor.

REY.

Llega, llega,  
Y da los brazos á Argénis.

ARGÉNIS. (Ap.)

¡Muerta soy!

ARCOMBROTO. (Ap.)

¡Dichoso soy!

POLIARCO.

Eso no, Túbal, detente;  
Que si yo he sido engañado  
De mujer que no me debe  
Agravios, sino alabanzas,  
No es bien que aquí me sujete  
A sus engaños.— Señor, (Al Rey.)  
Oye ahora atentamente  
Mi parte, pues has oido  
La de Túbal, excelente  
Príncipe de Africa.

REY.

Di.

POLIARCO.

Para ti esta carta viene  
De Hianisbe: sabe della  
(Le da una carta.)

Antes su engaño, y advierte  
Despues á la justa causa  
Que á tal enojo me mueve.

(El Rey lee la carta.)

ARCOMBROTO. (Ap.)

Bien el Rey me ha recibido.  
Coronaré de laureles  
Hoy las victorias de amor,  
Pues soy esposo de Argénis.  
Pero leyendo la carta  
De Poliarco, suspende  
El Rey el rostro, y le mira  
Agradecido.

ARGÉNIS. (Ap.)

¿Qué puede  
Contener aquella carta,  
Que así á los dos enmudece?

REY.

Vuestra Alteza, gran señor,  
(A Poliarco)

Hoy á mi ventura deje  
Tocar los indignos brazos,  
Y perdóneme que fuese  
Tan necio, que en tanto tiempo  
Su valor no conociese.

POLIARCO.

Por no dejar de serviros,  
No permití conocerme;  
Porque ser criado vuestro  
Mas me ilustra y ennoblece  
Que ser de Francia dellin.

REY.

Pues sé desta que merece  
Vuestra persona y valor  
Premio tan divino, déle,  
Para fin de sus fortunas,  
La mano de esposo á Argénis.

1 Pues sé por esta carta.

ARCOMBROTO.

Eso no; que si engañado  
Fui de la Reina, no debe  
Mi valor obedecer  
La fe jurada.

REY.

Detente,  
Túbal; que si tú pudieras  
Ser su esposo, solamente  
Lo fueras tú.

ARCOMBROTO.

¿Pues no puedo?

REY.

No, porque su hermano eres.  
Hijo mio, aquestas señas  
Tal desengaño no ofrecen.  
Jóven al Africa fui,  
Y entre agrados y placeres  
Rendí con la fe de esposo  
Los amorosos desdenes  
De Ana, hermana de Hianisbe;  
Porque ya que á Argénis pierdes,  
Gané á Sicilia.

ARCOMBROTO.

Solo

Tener sangre tuya puede  
Consolarne deste daño,  
Y hacer que contento quede  
De una pérdida tan grande.  
Dame los brazos, pues puedes

(A Argénis.)

Sin celos de Poliarco.  
Y por pagar lo que debe  
Mi amor, doy á Timoclea  
La mano.

TIMOCLEA.

¡Dichosa suerte,  
Pues logró amor con tu empleo  
Su dicha!  
(Danse las manos.)

POLIARCO.

Pues ya fenecen  
Las competencias, volvamos  
A la amistad que se deben  
Dos que fuéron tan amigos.

REY.

Si el amor la culpa tiene  
De la enemistad, tambien  
La disculpa.

ARGÉNIS.

Bien merece  
Mi amor tan dichoso fin.

GELANOR.

Con cuyas paces le tienen  
Las amorosas fortunas  
De Poliarco y Argénis.





# EL ESCONDIDO Y LA TAPADA.

## PERSONAS.

DON CESAR, *galán*.  
DON FELIX, *galán*.  
DON JUAN, *galán*.  
DON DIEGO, *viejo*.  
MOSQUITO, *criado*.  
CASTAÑO, *criado*.

OTAVIO, *viejo*.  
LISARDA, *dama*.  
CELIA, *dama*.  
BEATRIZ, *criada*.  
INES, *criada*.  
GONZALO, *cochero*.

OTAÑEZ, *escudero*.  
UN ESCRIBANO.  
ALGUACILES.  
MÚSICA.  
CRIADOS, GENTE.

*La escena es en Madrid y extramuros.*

## JORNADA PRIMERA.

Un trozo de arboleda de la Casa de campo.

### ESCENA PRIMERA.

DON CESAR, y luego MOSQUITO, *vestidos de camino, con botas y espuelas*.

DON CÉSAR.

*(Dirigiéndose á Mosquito que está entre los árboles.)*

Pues no podemos entrar  
En Madrid, hasta que sea  
De noche, ata las mulas  
A esos troncos, y sobre esta  
Tejada alfombra de flores,  
Que bordó la primavera  
Entre estos estanques, donde  
La Casa del campo ostenta  
Tanta variedad, podemos  
Esperar á que anochezca.

*(Sale Mosquito.)*

MOSQUITO.

Ya están las mulas atadas;  
Y aun fuera mas justo que ellas  
Nos ataran á nosotros.

DON CÉSAR.

¿Por qué?

MOSQUITO.

Porque son mas cuerdas.

DON CÉSAR.

¿Luego los dos somos locos?

MOSQUITO.

Concedo la consecuencia;  
Mas con una distincion.

DON CÉSAR.

¿Cuál?

MOSQUITO.

Tú por naturaleza,  
Y yo por concomitancia,  
Que es por lo que se me pega  
De andar contigo.

DON CÉSAR.

Aquí, pues,  
¿Qué hay que locura sea?

MOSQUITO.

¿Cuerpo de Cristo conmigo!  
Habrá tres meses apenas  
Que salimos de Madrid  
Por haber dejado en ella  
Muerto á un noble caballero,  
Que era hermano, por mas señas,  
De una de aquellas dos damas,

Que á un mismo tiempo festejas,  
Y por celos de la otra;  
Que como autor de comedias,  
Tienes en tu compañía  
Segunda dama y primera.  
Pasamos á Portugal,  
Y porque en una estafeta  
Nos vino un pliego (que yo  
Aun no sé lo que contenga),  
Sin mirar inconvenientes,  
Dimos á Madrid la vuelta;  
Y dices que ¿qué locura  
Hay aquí? ¿No consideras  
Que no hay alcalde de corte,  
Que no esté echando centellas  
Por aquella boca, y que  
Juran que hemos de ver puestas  
Tú la cabeza á tus plantas,  
Las plantas yo á otras cabezas?

DON CÉSAR.

Confieso que dices bien  
En que mi vida se arriesga  
Hoy en Madrid; pero cuando  
Mi vida trae una pena  
Misma, habiendo de morir  
En Lisboa de una ausencia,  
O en Madrid de mis desdichas;  
Ya que dos muertes me cercan,  
Y que me dan á escoger  
El modo de morir, deja  
Que muera contento, donde  
Lisarda hermosa lo vea.

MOSQUITO.

Pues aunque el martirologio  
Romano á mí me trajeran,  
Para que escogiera muerte  
A mi propósito, fuera,  
Sin agradarme ninguna,  
Vanísima diligencia,  
Porque no hay tan bien preudida  
Muerte, que bien me parezca.  
¿Qué culpa tengo de qué  
Tú á morir contento vengas,  
Para traerme de arreata?

DON CÉSAR.

Pues dime, tú ¿qué recetas,  
Si tú en nada estás culpado,  
Ni te hallaste en la pendencia?

MOSQUITO.

Pues si un triunfo matador  
Arrastra los que se encuentra,  
¿Un amo matador, dime,  
No arrastrará (cosa es cierta)  
Cualquiera triunfo criado?

DON CÉSAR.

No vi locura mas necia.

MOSQUITO.

Y esto á una parte, señor,

¿Qué razon hay de que sea  
Tú cerrado tu capicho,  
Que ya que me traes, no sepa  
A qué me traes? Dime pues,  
¿Qué es lo que en Madrid intentas?

DON CÉSAR

Eso te diré, no tanto,  
Mosquito, porque lo sepas,  
Como por descansar yo  
Con decirlo; que las penas  
No tienen otro consuelo,  
Sino el rato que se cuentan;  
Que como mujeres son,  
Se despican con la lengua.  
Lisarda, raro milagro,  
Donde la naturaleza  
Para modelo compuso  
De una hermosa perfecta  
La belleza y el ingenio,  
Haciendo paces en ella  
(Que hasta allí estaban reñidos)  
El ingenio y la belleza,  
Fué (ya lo sabes) del templo  
De amor la deidad mas bella,  
A cuyas aras no hay  
Vida y alma que no sea  
Mudo sacrificio: bien  
Tantas victimas lo muestran  
Como yacen á sus ojos,  
Rendidas, si no sangrientas.  
Yo, que entre el mortal consuelo  
De sus victorias apenas  
La ví, cuando con la mía  
Hizo número, y no cuenta,  
Idolatrando su imagen  
Viví, sin que mereciera  
Perdon por el sacrificio,  
Ni mérito por la ofrenda.  
Desvalido amante pues  
Deste hermoso he bizo, desta  
Hermosa mujer, mi vida  
A tanto esplendor atenta,  
La Clice fué de sus rayos  
Y el iman de sus estrellas.  
Viendo pues que á todo un sol  
Alas daba de cera,  
Y que al generoso vuelo  
Solo monumento era  
El mar de mi llanto, donde  
Se apagaban sus centellas,  
Dispuse olvidarla, como  
(¿Qué error!) como si estuviera  
El olvidarla en la mano  
De quien no estuvo el quererla;  
Y por hacerme, en efecto,  
Contraveneno á mis penas  
Venciendo amor con amor,  
Puse los ojos en Celia:  
Celia, que á ra milagro  
De hermosura, si no fuera  
Porque Lisarda se alzo

Con todo el imperio della.  
Si donde amé fui infelice,  
Y los afectos se truecan,  
Donde no amé, ¿qué sería?  
Saca tú la consecuencia.  
¡Oh Amor! si te llaman dios,  
¿Cómo de Dios desemejas  
tanto, que los fingimientos,  
Y no las verdades, premias?  
¿O deja, Amor, de ser dios,  
O de ser ingrato deja;  
Porque decir dios, é ingrato,  
O suena mal, ó no suena.  
De Celia, en fin, admitido,  
Estaba siempre con Celia  
Como extranjero mi amor,  
Dejando á Lisarda bella  
Acá en lo mejor del alma,  
Donde adorada estuviera,  
Cierto lugar reservado:  
Escucha de qué manera.  
Tiene un príncipe, un señor  
Léjos de sí un gran palacio,  
Y en el suntuoso espacio  
Cerrado el cuarto mejor:  
Este se guarda en rigor,  
Y aunque igual huésped por él  
Pase, el alcaide fiel  
Dice: «Este cuarto oportuno  
Es de mi Rey, y ninguno  
Ha de aposentarse en él.»  
Así el alma toda, que era  
El palacio de mi amor,  
Dejó á Lisarda el mejor  
Cuarto, aunque no le viviera:  
Este guarda de manera  
El corazon, que nombró  
Su alcaide, que aunque hospedó  
Dentro á Celia, considero  
Que fué en otro cuarto, pero  
En el de Lisarda no.  
De aquella pues despreciado,  
Y favorecido desta,  
Engañado en esta el gusto  
Con la memoria de aquella,  
Neutral estaba mi vida,  
Cuando en esta competencia  
Sucedió que Don Alonso,  
Hermano infeliz de aquella  
Bellísima ingratitud  
Que no ablandaron mis quejas,  
Á Celia sirvió. ¿Habrá dicho  
Algun hombre que es la fuerza  
De los celos tal, que donde  
No hubo amor, haber pudiera  
Celos? Sí, porque los celos  
Son un género de ofensa,  
Que se hace á quien se dan,  
Y no es menester que sean  
Hijos de amor; que tal vez  
El pundonor los engendra;  
Si bien estos dos linajes  
Son con una diferencia:  
Que el alma en los del amor  
Anda por saber la pena,  
Y en los del pundonor anda  
El alma por no saberla.  
Dígoles porque mil veces,  
Aunque vi acciones y señas  
Solo de parte dél, yo  
Cuidé poco de entenderlas;  
Hasta que sabiendo un día  
De la hermosa primavera  
Celia al Parque, Don Alonso  
Al Parque bajó con Celia.  
Yo, que en el sitio esperaba,  
Y le vi venir con ella,  
Por ella y por él no pude  
Disimular mas, sin mengua  
De mi valor; y llegando  
A los dos, pronuncie apénas  
La primera razon, cuando

Celia dijo: «Seais, Don César,  
Bien venido; que os desco,  
Porque con vuestra prescucia  
Me dejará Don Alonso.  
Ya que á hacerlo no le fuerzan  
Tantos desengaños.» El,  
Mal pensada la respuesta,  
Dijo: Mas no sé qué dijo;  
Que nunca un noble se acuerda  
De palabras que el enojo  
Pronuncia desde la lengua  
A las espadas; mas luego  
Sacamos los dos las nuestras.  
De una estocada cayó  
En el suelo: entónces Celia,  
Abrigada con la gente  
Que acudia á la pendencia,  
Pudo, sin ser conocida,  
Dar á su casa la vuelta;  
Y yo libre, fui á tomar  
En la Encarnacion iglesia,  
Donde estuve hasta que fuimos  
A Portugal. Todas estas  
Cosas sabes; desde aquí  
Las que no sabes empiezan.  
Estando pues en Lisboa,  
Recibí por la estafeta,  
De Celia una carta, en que  
Dice... Mas la carta es esta.  
(Lee.) «Si no estuviera satisfecha de  
que vos lo estáis de la poca culpa que  
túve en vuestra desgracia, fuera mi  
vida la segunda que hubiérais qui-  
tado. Mi hermano, como sabeis, está  
ausente, y no podeis tener retrai-  
miento mejor que mi casa; que en ella  
no os han de buscar: y así para tratar  
mas cerca de vuestros negocios, os  
podeis venir á ella; donde estaréis  
seguro como deseais, si no servido  
como mereceis.—Celia.»  
Esta carta me ha obligado  
A que hoy á Madrid me venga;  
Pues no hay retraimiento donde  
Seguro un hombre estar pueda,  
Mosquito, como una casa  
Particular; y desde ella  
Podré de noche salir  
A las cosas de mi hacienda  
Y de mi composicion,  
Pues no negocia en ausencia  
El pariente ni el amigo  
Lo que el mismo dueño: fuera  
De que si he de hablar verdad,  
Ni esto ni aquello me fucrza  
Tanto, como parecerme  
Que podré adorar las rejas  
De Lisarda alguna noche,  
Ya que dispuso mi estrella  
Que dando muerte á su hermano,  
Toda la esperanza pierda  
De merecer su hermosura:  
Pues la que adorada era  
Cruel conmigo, ¿qué será  
Ofendida? La que liera  
Procedía á los halagos,  
¿Qué ha de hacer á las ofensas?  
Esto á Madrid me ha traído,  
Pues para adorar en ella  
Las paredes de Lisarda,  
Estare en casa de Celia.

MOSQUITO.

Siempre fui de paretter  
Que por lo ménos, tuviera  
Dos damas un hombre; porque  
De dos la una, como apuesta,  
No se puede errar el tiro.  
Beatricilla é lnes sean  
Testigos tambien; pues siendo  
Las dos de Lisarda y Celia  
Un algo mas que fregonas,

Y algo ménos que doncellas,  
Las traigo en el corazon  
Duplicadas como letras,  
Por si se pierde la una,  
Que la otra no se pierda.  
Pero dime, ¿qué papel  
Me toca en esta comedia  
Del caballero escondido?

DON CÉSAR.

Pues no estás culpado, fuera  
Te quedarás á avisarme  
De todo lo que suceda.

MOSQUITO.

¿Y si mientras se averigua  
Si lo estoy ó no, me pescan  
El colete?

(Suena dentro ruido de carruaje.)

## ESCENA II.

LISARDA; BEATRIZ, dentro. — DON CÉSAR, MOSQUITO.

LISARDA. (Dentro.)

Pára.

BEATRIZ. (Dentro.)

Tente,  
Borracho, ¿qué haces?

DON CÉSAR.

Espera...

MOSQUITO.

Por mi nombre me llamaron.

DON CÉSAR.

Que en una zanja de aquellas  
Se ha atacado un coche.

MOSQUITO.

Y todo

Sobre el arroyo se vuelca.

DON CÉSAR.

Mujeres son, fuerza es  
Acudir á socorrerlas.

(Vase.)

MOSQUITO.

Dios te haga caballero  
Parante, por su clemencia;  
Que harto tiempo has sido andante.  
Ya la cerrada ballena,  
Para escupir sus Jonases,  
Por un costado revienta.  
¡Beatricilla es, vive Dios,  
La que sacaron primera!  
Sin duda está aquí su ama. (Escóndese)

## ESCENA III.

GONZALO, trayendo en brazos á BEATRIZ; OTÁÑEZ.—MOSQUITO, oculto.

BEATRIZ.

¡Ay de mí! yo salgo muerta,  
Roto el manto, la basquiña  
Manchada, y en la cabeza  
Mas de cuatro mil chichones.

GONZALO.

¡Vive Dios!

BEATRIZ.

Gonzalo, ¡buena  
Cuenta has dado de nosotras!

GONZALO.

Aquesta es la vez primera  
Que me ha sucedido.

OTÁÑEZ.

Cierto

Que si desta suerte empieza,  
Que dentro de un año puede,



A mi ver, poner escuela.  
De volcar coches.

BEATRIZ.  
Parece

Que toda su vida entera  
No ha hecho otra cosa, según  
El primer con que los vuelca.

OTÁÑEZ.  
¿Y señora?

GONZALO.  
Un caballero  
La ha sacado medio muerta

OTÁÑEZ.  
Voy á avisar á mi amo,  
Que allá en los jardines queda. (*Vase.*)

GONZALO.  
Yo á la torre de las guardas,  
Para que á ayudarme vengan. (*Vase.*)

**ESCENA IV.**

MOSQUITO, *que sale de donde estaba.*  
— BEATRIZ.

BEATRIZ.  
MOSQUITO.  
Beatriz.  
BEATRIZ.  
¿Mosquito! ¿qué es esto?

MOSQUITO.  
Breve será la respuesta:  
«Vengo de léjas tierras, niña por verte,  
Hállote volcada, quiero volverme.»

BEATRIZ.  
¿Y tu señor?  
MOSQUITO.  
Vesle allí.  
BEATRIZ.  
Pues ¿cómo desta manera...?

MOSQUITO.  
¿Qué sé yo? Mas lo que importa  
Es, Beatriz, atar la lengua.  
BEATRIZ.

Haz cuenta que deslenguada  
Estoy.

MOSQUITO.  
Pues no es buena cuenta,  
Que las deslenguadas hablan.  
Mas que las lenguadas mismas.

**ESCENA V.**

DON CÉSAR, *que saca á LISARDA,*  
*desmayada.* — MOSQUITO, BEATRIZ.

DON CÉSAR.  
Bien de Océano español  
Blasonar podrá esta esfera,  
Pues acaba su carrera,  
Despachado en ella, el sol:  
Cobre su bello arrebol  
El nácar, no triunfe así  
Lloy de tan bello rubí.  
¿Ay Lisarda! y ¿quién pensara  
Que yo en mis brazos llegara  
A verte? Mas ¡ay de mí!  
Que como estás sin sentido,  
Estoy con ventura yo,  
Pues tú con sentido, no  
Me la hubieras consentido.  
¿Desdichada dicha ha sido  
La que tanto bien me ha dado,  
Pues ya me cuesta el cuidado  
De verte así! que es forzoso  
Que esté, aun cuando mas dichoso,  
Desdichado el desdichado.  
Hermosísimo desvelo,

A cuyo desmayo pierde  
El suelo su pompa verde,  
Y su pompa azul el cielo,  
Desentumeced el líulo  
Al fuego de vuestro ardor:  
Ved que lloran el rigor  
De tanto mortal desmayo,  
Todo el cielo rayo á rayo,  
Todo el suelo flor á flor.  
Aquestas campañas bellas  
Sin luz están ni arrebol:  
Anochece, si sois sol;  
Pero dejadnos estrellas.

LISARDA.  
¿Ay de mi infeliz!  
DON CÉSAR.  
Ya en ellas  
Hay nueva luz, pues volvió  
En sí: mi dicha acabó...  
Mi desdicha, digo, esquivo;  
Que á precio de que ella viva,  
No importa que muera yo.

LISARDA.  
¿Qué es lo que pasa por mí?  
DON CÉSAR. (*Ap.*)  
¿Cielos! pues se ha de ofender  
De verme, no me ha de ver.  
(*Cúbrese el rostro.*)

LISARDA.  
¿Qué es esto? ¿Quién está aquí?  
DON CÉSAR.

Quien viendo, señora, allí,  
Que su vereda el sol ciego  
Errada llevaba, luego  
Llegó á enmendar el acaso,  
Porque no era digno ocaso  
Tan poca agna á tanto fuego.

LISARDA.  
Pues ¿cómo habiendo vos sido  
Quien mi vida ha restaurado.  
La voz habeis recatado,  
El rostro habeis escondido?  
Lo que decís no he creído,  
O son medios poco sabios;  
Que esconder semblante y labios  
Ni han sido ni son oficios  
De quien hace beneficios,  
Sino de quien hace agravios

DON CÉSAR.  
Quien sirve por merecer,  
No merece por servir,  
Pues ya se da á presumir  
Que se lo han de agradecer.

LISARDA.  
Tan hidalgo proceder  
Ya es otro mérito, en quien  
Hace suspension el bien.  
Decid quién sois.

DON CÉSAR.  
No haré tal.  
LISARDA.

¿Y he de proceder yo mal,  
Porque vos procedais bien?  
No, y así he de ver ahora  
Quién sois.

DON CÉSAR.  
Pues no lo veais,  
Si agradecer deseais  
Este secreto, señora.

LISARDA.  
Duda el alma, el pecho ignora  
Por qué.

DON CÉSAR.  
Porque, si me veis,  
De verme os ofenderéis;  
Y así el decirlo dilato,  
Por no perder este rato,  
Que en duda lo agradeceis.

LISARDA.  
¿Ofenderme yo de veros?  
DON CÉSAR.  
Como holgarne yo de hablarlos.

LISARDA.  
¿Pesarme á mí de miraros?  
DON CÉSAR.

Sí, como á mí de perderos.

LISARDA.  
¿Yo sentir el conoceros?  
DON CÉSAR.  
Como yo el riesgo en que estoy.

LISARDA.  
Pues yo tengo de ver hoy  
Por qué el pesar há de ser,  
El sentir y el ofender.

DON CÉSAR.  
Porque yo, señora, soy. (*Descúbrese*)  
LISARDA.

Bien dijisteis, si, que habia  
De ofenderme el veros; bien  
Que el conoceros tambien  
Pesar para mí sería;  
Bien que la ventura mia  
Habia de sentir hablaros;  
Pues ya, solo por sacaros  
Verdadero, siento veros,  
Me pesa de conoceros,  
Y me ofendo de miraros.  
¿Cómo, cómo habeis tenido  
Atrevimiento de estar  
En tan público lugar?

DON CÉSAR.  
¿Cuándo no fui yo atrevido?  
LISARDA.  
¿Cómo hasta aquí habeis venido?

DON CÉSAR.  
Como igualando á los dos,  
Si por darle muerte (¡ay Dios!)  
A vuestro hermano, me fui,  
Bien volví, pues que volví  
Por daros la vida á vos.

LISARDA.  
Tanto á sentir he llegado  
Verla de vos defendida,  
Que he de aborrecer mi vida,  
Por habérmela vos dado.

DON CÉSAR.  
Lisonja de mi cuidado  
Será ver tratar así  
Vuestra vida desde aquí,  
Pues consuelo me parece;  
Que quien su vida aborrece,  
¿Por qué ha de quererme á mí?

BEATRIZ.  
Mi señor, que se quedó  
En esos jardines, viene  
Hacia acá.

DON CÉSAR.  
¿Qué haré?  
LISARDA.  
(*Ap. Conviene*  
Proceder yo como yo.)  
Don César, no penseis, no,  
Que en mí mas poder alcanza  
De mi enojo la esperanza

Que la de mi rendimi nto :  
Obre el agradecimier o  
Primero que la venga za.  
Yo le tendré : idos de aquí.

DON CÉS R.

Si haré , pues vos lo i andais.

LISARD .

Y si una vida me dais  
Ya mi obligacion cum li ;  
Pero advertid desde ? pui  
Que no estáis libre en ligar  
Ninguno.

DON CÉS R.

Considerar

Debeis , que aqueso e decir...

LISARD .

¿ Qué ?

DON CÉS R.

Que os busque.

LISARDA

¿ El despedir

¿ Cómo puede ser llam : r ?

DON CÉS R.

Piérdese una noche obscura  
En un monte un eamin : te,  
Y cuando con planta er ante  
Hallar la senda procura .  
Mas se ofusca en la espe : ura :  
El ean , que despierto es á ,  
Siente el ruido , y á haec : va  
Que huya del con piés v : oces,  
Llamándole con las voces  
Que para que huya le da .  
Yo así , confuso y perdido ,  
Camino ni senda sé :  
Bien , que no ven , se ve ,  
Pues á tus piés he venido  
Tú , despierta siempre , al ruido  
Del desden velando estás :  
Voces , porque huya , me : as ;  
Mas como perdido estoy ,  
Donde oyendo la voz voy ,  
Me voy acercando mas .

(Vase , y Mosq : ito con él.)

#### ESCENA VI.

DON DIEGO, GONZALO. — LISARDA,  
BEATRIZ.

DON DIEGO.

Lisarda , ¿ qué ha sido aques : o ?

LISARDA.

Que ese coche se cayó .

DON DIEGO.

¿ Hizote mucho mal ?

LISARDA.

No.

DON DIEGO.

Volvamos á casa presto.

LISARDA.

Volvamos , si está dispuesto  
El coche.

DON DIEGO. (A Gonzalo.)

Vos , majadero ,  
Mirad lo que haceis.

GONZALO.

No quiero

Que presumas...

DON DIEGO.

No seais , pues ,  
Desvergonzado.

BEATRIZ.

Eso es

Decir que no sea coelero. (Van e.)

Sala en casa de Don Félix y Celia.

#### ESCENA VII.

DON FELIX, CELIA, INES.

CELIA.

Extraña es tu condicion.

DON FÉLIX.

¿ Por qué no ha de ser extraña ,  
Si tú para que lo sea ,  
Celia , me has dado la causa ?

CELIA.

¿ Yo la causa , para que  
De la guerra , donde estabas ,  
Te hayas venido á Madrid  
A solo hacer en la casa ,  
Donde me mata tu ausencia ,  
Y donde viviendo me hallas ,  
Prevenciones de cerrar  
Las puertas y las ventanas ,  
De modo que en los tejados  
Aun no has dejado una guarda ?  
Sin reja ? ¿ Pues á qué efecto  
(Siendo yo , Félix , tu hermana).  
Sin mirar que en mi respeto  
Tu mismo respeto agravias ,  
Tan neciamente me celas ,  
Tan locamente me guardas ?

DON FÉLIX.

Celia , no puedo negar  
Que es necesidad asentada  
La desconfianza , es cierto ;  
Pero no habiendo ventanas ,  
Es menor , pues en efecto ,  
Si no asegura , descansa .

CELIA.

¿ Buena disculpa has hallado  
De haber dado desde Italia  
Vuelta á Madrid , tan á costa  
De tu opinion y tu fama !  
Partistete de la corte ,  
Lleno de plumas y galas ,  
No te debió de sonar  
Bien el ruido de las cajas ,  
Ni oler la pólvora bien ,  
Echaudo ménos el ámbar ,  
Y vienes diciendo extremos ,  
Por dar disculpa á tu...

DON FÉLIX.

Basta ,

Celia . Salte tú allá fuera ,  
Ines .

INES. (Ap.)

Destá vez descansa  
Su corazon .

(Vase.)

#### ESCENA VIII.

CELIA, DON FELIX.

DON FÉLIX.

Pues baldonas

Mi honor con soberbia tanta ,  
Diré lo que he pretendido  
Disimular ; aunque es baja  
Accion que celos de honor  
Se pidan tan á cara á cara  
En Italia estaba , Celia ,  
Cuando la loca arrogancia  
Del frances sobre Valencia  
Del Po... Pero ; qué ignorancia ,  
Ponirme contigo á hablar  
Yo de guerras , ni de armas !  
En Italia estaba (digo)  
Cuando recibí una carta

De alguno que interesado  
En el honor desta casa ,  
Me escribió , Celia , que un día  
De los que el abril traslada  
Al Parque toda la corte .  
Tú saliste disfrazada ,  
Y Don Alonso tras tí ;  
Y que habiendo (¡ suerte ingrata !)  
Llegado al Parque con él ,  
Saeó otro galán la espada ,  
Y le dió la muerte , siendo  
Dicha entónces (¡ pena extraña !)  
No ser conocida . pues  
A serlo allí , cosa es clara  
Que tu honor en opiniones  
Con la justicia quedara .  
Estas censas y otras , Celia ,  
Causa han sido de que haya  
Vuelto ; porque ¿ qué me importa  
Que yo gane honor y fama ,  
Si tú en mi ausencia los pierdes ?  
¿ Qué me importa que yo haga  
Acciones , que generosas  
Soliciten mi alabanza ,  
Si me las deslucen tú  
Con acciones tan villanas ?  
No decir pensé mis penas ,  
Callar presumí mis ansias ;  
Pero ya que tú me obligas  
A que de los labios salgan  
Advierte , Celia , que solo  
Una diligencia falta ,  
Y es enmendar con las obras  
Lo que erraron las palabras

CELIA.

Pensarás que convencida  
Me dejan tus amenazas ;  
Pues no , Félix , porque donde  
La proposicion es falsa ,  
No se sigue el argumento .  
¿ Yo he salido al Parque al alba ?  
¿ Yo seguida de ninguno ?  
¿ Yo ocasion de enchilladas ?  
Quien dices que lo escribió ,  
Te mintió , y yo...

#### ESCENA IX.

INES. — DICHO

INES.

Aquí te llama

Don Juan de Silva tu amigo .

DON FÉLIX. (Ap. á ella.)

Celia , no entienda Ines nada  
Desto , que no es mcncster  
Que lo que entre los dos pasa ,  
Lo sepan de ningun modo ,  
Ni criados , ni criadas ;  
Y retirate á tu cuarto ,  
Porque entre en aquesta sala  
Don Juan conmigo .

(Vase.)

INES

Señora ,

¿ Que una plática tan larga  
Hayais tenido !

CELIA.

Don Félix

Ha sabido cuanto pasa .

INES.

¿ Y lo del tabique ?

CELIA.

No ,

Eso solo se le escapa .  
Por si hablan los dos en mi ,  
Escuchemos lo que hablan .  
(Escóndense las dos.)

¿ Buharda , ahora bohardilla ó guardilla.



## ESCENA X.

DON JUAN, *alborotado*; CASTAÑO,  
DON FÉLIX.

DON JUAN.

Seáis, Don Félix, bien hallado.

DON FÉLIX.

Y vos, Don Juan, bien venido.

DON JUAN.

¡Gran dicha hallaros ha sido!

DON FÉLIX.

¿De qué venis tan turbado?

DON JUAN.

Ya sabéis que de Lisarda,  
Amante y primo, adoré  
La hermosura, mientras que  
La dispensación, que hoy <sup>1</sup> tarda,  
Viene á hacerme tan dichoso,  
Que premiando mi constante  
Amor, de primo y amante,  
Me llega á llamar esposo.  
Ya sabéis cómo mató  
A su hermano, y primo mío,  
Don César en desafío,  
Por una mujer, que yo  
Nunca conocí. Pues hoy,  
Por vencer esta tristeza,  
Salió al campo su belleza:  
Yo que de sus luces soy  
Flor, que la vive adorando,  
A la Casa la seguía  
Del campo, donde ella había  
Con su padre ido; mas cuando  
Iba la puente á bajar,  
El coche encontré en la puente;  
Porque no sé qué accidente  
Tan presto la hizo tornar.  
Llegando al sol que conquisto,  
A sacrificar mi vida.  
De mi primo al homicida  
Me pareció que había visto  
Entrar de camino: yo  
Le quise reconocer;  
Mas siendo al anochecer,  
No fué posible. Y por no  
Errarlo, si no era él,  
Todo el lugar le seguimos  
Ese criado y yo, y vimos  
Apear (¡pena cruel!)  
Adonde a ver si es ó no es,  
Quiero que vamos los dos,  
Y que entreis delante vos,  
Porque no se esconda, pues  
De vos no se ha de guardar.  
Esto habeis de hacer por mí,  
Ya que de vos me valí.  
Pues es forzoso amparar  
Un amigo á un caballero,  
Cuando no lo fuera yo,  
A cualquiera que...

DON FÉLIX.

No, no  
Digais mas. Si; (Ap. Considero,  
Aunque hoy no es mucho el error,  
Que si esta la muerte fué  
Por Celia, así vengaré  
Con otra causa mi honor.)  
Que ya sé que es recibida  
Necedad, que sin dudar,  
Ni saber, ni preguntar,  
Ofrezca un hombre su vida  
A quien le llama; y así,  
Ahorrad pláticas conmigo,  
Y guiad, que ya yo os sigo.

DON JUAN.

Ménos de vos no creí.  
Vamos: veréis, vive el cielo,  
Si el venir mi honor castiga.

DON FÉLIX. (Ap.)

¡Oh á qué de cosas obliga  
Esta necia ley del duelo! (Vanse.)

## ESCENA XI.

CELIA, INES.

CELIA.

¡Ay Ines! ¿has escuchado?

INES.

¿De qué me hubiera servido  
Servir, si no hubiera sido  
De saber cuanto han hablado?

CELIA.

A César van á buscar  
(¡Pena injusta! dura suerte!),  
Para darle los dos muerte.  
¿Quién pudiera imaginar,  
Que yo á Don César llamara  
A que en mi casa viviera,  
Que antes mi hermano viniera  
Que él, y él mismo le buscara  
Para matarle, y así  
Satisficiera <sup>2</sup> mi hermano  
Sus celos, pues es tan llano  
Que fué la muerte por mí?

INES.

No dés por hecho, señora,  
Lo que para haber de ser,  
Aun faltan por suceder  
Mas de mil cosas ahora:  
El ser verdad su venida,  
Que los dos le hayan de hallar  
Luego, y luego le han de dar  
Por la tetilla la herida.

CELIA.

Bien mi temor desconfía,  
Porque es tirana mi estrella.  
(Hacen ruido dentro.)

INES.

Aguárdate: ¿no es aquella  
La seña que antes solía  
Don César hacer?

CELIA.

SÍ.

INES.

Dios

Mejora los dias.

CELIA.

Pues

Métele tú en casa, Ines,  
Mientrasle buscan los dos. (Vase Ines)  
Que hoy verá César, es llano,  
Cómo mi ingenio le guarda  
De su padre, de Lisarda,  
De su primo y de mi hermano.

## ESCENA XII.

DON CESAR, MOSQUITO, INES. —  
CELIA.

DON CÉSAR.

Hasta llegar á tus brazos,  
Hermosa Celia, no sé  
Si tuve vida; y así,  
Pues que mis ojos te ven,  
Dame, señora, á besar  
Todo el chapin de tus pies.

MOSQUITO.

Y á mí todo el ponlevis  
De tus zapatos, Ines.

CELIA.

Seas, Don César, bien venido  
A aquesta casa; que aunque,  
No pueda servirte en ella  
Hoy como yo imaginé,  
Por causa de haber venido  
Mi hermano...

DON CÉSAR.

La voz deten.

¿Qué dices? ¡tu hermano está  
Hoy en Madrid!

CELIA.

El día que  
Escribí que tú vinieras,  
Supe cómo venía él;  
Que no te enviara á llamar,  
A no saberlo despues.

DON CÉSAR.

¿No estaba en la guerra?

CELIA.

Si,  
Y lo que le hizo volver  
Tan presto, fué haberle escrito  
El suceso tuyo.

DON CÉSAR.

Pues  
Segun eso, en mayor riesgo  
En tu casa estoy.

CELIA.

¿Por qué?

DON CÉSAR.

Porque no es posible estar  
Un punto en ella.

CELIA.

Si es;  
Que pueden, Don César, mucho  
Amor, ingenio y mujer.  
Yo en casa, Don César, tengo  
Prevenido donde estás,  
Si no bien acomodado,  
Seguro, á lo ménos, bien.

DON CÉSAR.

¿De qué suerte?

CELIA.

Destá suerte.

Aquesta casa que ves,  
Tiene dos cuartos: el bajo,  
Y el alto, que es este en que  
Yo vivo, porque en esotro  
Vive un extranjero, á quien  
Vienen despachos de Roma:  
Esto convino saber.  
Por si acaso el dueño hallaba  
Para toda ella alquiler,  
Por de dentro della tiene  
Secreta escalera, que  
Comunica los dos cuartos,  
Aunque condenada esté,  
Por ser los huéspedes dos.  
Aquesta tabique pues,  
Por la parte está de abajo;  
De suerte, Don César, que  
Yo por la parte de arriba  
Con mil trastos le ocupé.  
El día que por mi carta  
A mi casa te llamé,  
Y de que venía mi hermano  
Aviso tuve tambien,  
Me hallé confusa, sitiada  
De los dos, por no saber  
Qué hacer con los dos; y así,  
Escucha lo que pensé.  
Cerrar hice la escalera

<sup>1</sup> Ya. Calderon empleaba las voces hoy, este día, ahora, ayer, aquí y otros adverbios en un sentido muy diferente del recto.

<sup>2</sup> La edicion de Don Juan Fernandez de Apóntes dice *satisficiera*.

Por acá arriba muy bien,  
 Tabicando sobre tabla  
 Una puerta (que no fué  
 Difícil tomar el yeso  
 Sobre tomiza ó cordel),  
 De suerte que no quedó  
 Ni aun señal en la pared;  
 Mayormente que la cuadra  
 Donde cae, sirve también  
 De tocador mío, y la tengo  
 Colgada toda, con que  
 Está mas disimulada.  
 Aquí estarás, César, bien  
 Todo el tiempo que mi hermano  
 Dentro de casa no esté,  
 Y en estando en casa, dentro  
 Desta escalera.

MOSQUITO.

¡Par diez,

Que hará lindo San Alejo!

CELIA.

¿Qué dices?

DON CÉSAR.

Que hay que temer

Mil inconvenientes, Celia.

CELIA.

Di. ¿cuáles son?

DON CÉSAR.

Vamos pues,

Salvando dificultades.

¿Es posible no saber

Tu hermano que esta escalera

Estaba aquí?

CELIA.

Sí, porque

En ausencia suya, yo

Aqueste cuarto alquilé;

Y así no sabe Don Félix

Todos los secretos del.

DON CÉSAR.

¿Cómo, si vino celoso

Tu hermano, te dejó hacer

Esta pared?

CELIA.

Un criado,

Viendo su cuidado, fiel

Me avisó; y así, ya estaba

Hecha cuando llegó él.

DON CÉSAR.

Yo estimo, Celia, en el alma

El cuidado y la mereced;

Mas ya que vino tu hermano

A este tiempo, ¿para qué

Hemos de estar con cuidado

Tan grande? Y así, me iré

Contento de haberte visto.

Quédate con Dios.

CELIA.

Deten

Los pasos, César; que no

De aquí has de salir, ni es bien;

Que está á gran riesgo tu vida.

DON CÉSAR.

¿De qué suerte?

CELIA.

Has de saber

Que en la posada que estás,

Te van á matar.

DON CÉSAR.

Pues quién,

Quisiera saber.

CELIA.

Don Félix;

Que aquí se lo dijo á él

(Llamán dentro.)

Don Juan. Pero ¿qué! ¿llamaron?

INES.

Sí, y mi señor mismo es.

CELIA.

Pues ya no puedes salir:

Por fuerza te has de esconder.

INES.

El tabique sirva ahora,

Ya que no sirva despues.

DON CÉSAR.

Por tu opinion solamente

Me escondo ahora; mas despues

Que se haya acostado, Celia,

He de salir.

CELIA.

Presto ve,

Mientras allá abren la puerta,

Y en esa escalera, Ines,

Encierra á los dos.

MOSQUITO.

¿A mí

Han de encerrarme también?

INES.

Claro está, y no abras, en tanto

Que recogida no esté

La casa; y en lo mas bajo

Estad sin ruido.

DON CÉSAR.

¡Ah poder

De la fortuna! mi vida

Acabe ya de una vez.

(Vanse los dos con Ines.)

### ESCENA XIII.

DON JUAN, DON FELIX. — CELIA;

despues, UN CRIADO.

DON FELIX.

Ya estoy en mi casa, idos,

Don Juan.

DON JUAN.

Pues della os saqué,

Y os conocieron á vos

Y á mí no, hasta que quedeis

Seguro, no he de dejaros.

CELIA. (Ap.)

Pues viene Don Juan con él,

Sin duda, á buscar á César

Vienen los dos.

DON FELIX.

Sí lia de ser,

¡Hola! (Sale un criado.)

CRÍADO.

Señor.

DON FELIX.

Esta hacienda

Toda en salvo la poned

Abajo en el cuarto de ese

Caballero milanes,

En tanto que hablo á mi hermana.

DON JUAN.

Yo el primero á todo iré

(Vanse Don Juan y el criado.)

### ESCENA XIV.

DON FELIX, CELIA.

CELIA. (Ap.)

La casa van despojando:

Buscarle sin duda es.

DON FELIX.

Hermana.

CELIA.

Félix, ¿qué traes?

DON FELIX.

Traigo una pena cruel.

CELIA. (Ap.)

Los dos han sabido allá

Que aquí Don César está.

DON FELIX.

Llamóme Don Juan de Silva

Para que fuera con él

A buscar á su enemigo.

(Ap. Dijera al mío mas bien,

Al fin, llegué á la posada,

Y al huésped le pregunté

Dónde un forastero estaba,

Que hoy, despues de anohecer,

Llegó á su casa. Que no

Habla hecho mas que haber

Dejóle allí dos mulas,

Dijo, y idose despues

Esperándole estuvimos

Mas de dos horas ó tres,

Hasta que un hombre llegó,

De color; y al parecer

De Don Juan (que yo jamas

Le vi), dijo que era él.

Embestimosle los dos,

Desembarazóse bien,

Y al ruido de las espadas

Llegó justicia á querer

Conocerlos, y Don Juan

Dió con el uno á sus piés.

Resistimonos, en fin,

Hasta que no faltó quien

Entre las voces decía:

«Don Félix de Acuña es.»

Habiéndome conocido,

Apelamos á los piés.

A riesgo traigo la vida,

Por ser una muerte, y ser

Con resistencia; y así

Pues ausentarme ha de ser

Fuerza, no has de quedar,

Donde me escriban despues

Alguna cosa de tí,

Que no le esté á mi honor bien.

Y así, conmigo al instante

En casa de mi tío ven,

Donde quedarás guardada

De su cuidado, porque

No he de ausentarme yo, en tanta

Que tú segura no estés.

CELIA

Don Félix...

DON FELIX.

No hay que decirme.

CELIA.

Advierte.

DON FELIX.

Aquesto ha de ser:

No hay, Celia, que replicar.

### ESCENA XV.

INES. — DON FELIX, CELIA: despues,

CRÍADOS; al fin, DON JUAN

INES.

En un instante se ve

Mudada toda la casa.

¿Qué es lo que intentan hacer?

(Salen algunos criados.)

CRÍADO 1.º

Baja tú aqueste escritorio.

CRÍADO 2.º

Tira deste brocatel;

Que hasta las camas están

Ya desarmadas también



Abajo, y no queda aquí  
Solo un clavo en la pared.

*(Quitan las colgaduras, y quedan debajo las paredes blancas, con dos puertas á los lados, y en medio una blanqueada, disimulada.)*

DON FÉLIX.

Celia, vamos, que esto es fuerza.  
Vente con tu ama, pues.

CELIA. (Ap.)

¿A quién, cielos, en el mundo  
Esto pudo suceder?

INES. (Ap.)

¿Mas que á los de la escalera  
Los han de mudar también?

(Sale Don Juan.)

DON JUAN.

No se quede aquí ninguno.  
Salid, y cerrad despues.

(Vanse)

### ESCENA XVI.

DON CESAR Y MOSQUITO, *que salen por la puerta de enmedio.*

DON CESAR.

Mas de media noche es ya.

MOSQUITO.

¿Si se habrá olvidado Ines  
De que nos tiene escondidos?

DON CESAR.

Pues ya tan quieta se ve  
La casa, abre aquesa puerta.  
Despega un poco el cancel;  
Que teniendo colgadura  
Encima de la pared,  
No nos podrán ver. Sahrémos  
Qué ruido el que han hecho es.

MOSQUITO.

¿Dónde está la colgadura?

DON CESAR.

Llama á Ines.

MOSQUITO.

Ines, ce, ce.

DON CESAR.

Quedo, no te vean ni oigan.

MOSQUITO.

¿Quién nos ha de oír ni ver,  
Si estamos en el desierto?  
Por Dios, que á mi parecier,  
Alemanes han entrado  
En esta casa.

DON CESAR.

¿Por qué

Lo dices?

MOSQUITO.

Porque ha quedado  
Desbalijada.

DON CESAR.

¿Que estés  
Tan loco, que digas eso?

MOSQUITO.

Mas lo estás tú en buena fe,  
Si dices esotro. Sal,  
Y verás que no hay que ver;  
Pues para que tú lo veas,  
Sin dudar si es ó no es,  
Solo han dejado una luz  
Por descuido ó por merced.  
Ni una silla, ni un bufete,  
Ni un cuadro, ni un escabel,  
Ni un baul, ni un escritorio,  
Ni una cama, ni un cordel,  
Ni un jergon, ni una cortina,

Ni una Celia, ni una lues  
Nos han dejado

DON CESAR.

¿Qué es esto?

Que aunque yo el ruido escuché,  
Los golpes sin las palabras  
No se daban á entender.  
Gran novedad habrá sido  
La que á esto ha obligado.

MOSQUITO.

Aun bien

Que vivirémos mas anchos.  
Pero pudieran haber  
Lues y Celia dejado  
Siquiera un pan que comer.

DON CESAR.

¿Que estés ahora de gracias!

MOSQUITO.

Esto de desgracias es.

DON CESAR.

Y así, viendo lo que ha sido,  
Y lo que aquí importa hacer,  
Es irnos, porque si Félix  
Ha llegado ya á entender  
Que por causa de su hermana  
A Don Alonso maté,  
Y que hoy estoy en Madrid,  
¿Quién duda que aquesto es  
Por vengarse?

MOSQUITO.

Pues ¿por dónde

Hemos de salir? ¿No ves  
Cerradas todas las puertas?

DON CESAR.

Por las ventanas.

MOSQUITO.

Tambien

Son todas rejas.

DON CESAR.

Por una

Guarda del tejado. Ven  
Conmigo.

MOSQUITO.

Yo ruego á Dios  
Que una gatada no dé.

DON CESAR.

¿Cielos! semejante caso  
¿A quién pudo suceoer?

## JORNADA SEGUNDA.

### ESCENA PRIMERA.

DON CESAR, MOSQUITO.

MOSQUITO.

Esta es la casa, sin duda,  
Que aquel famoso extremeño  
Carrizales fabricó  
A medida de sus celos,  
Pues no hay puerta ni ventana,  
Guarda, patio, ni agujero  
Por donde salga un mosquito:  
Digalo yo.

DON CESAR.

Si el ingenio  
Quisiera inventar un caso  
Extraño, ¿pudiera hacerlo  
Con mayores requisitos  
Fingidos, que verdaderos  
Están presentes? ¿Habrá  
Quien crea que es verdad esto?  
Venir llamado de Celia,  
Tener aviso á este tiempo  
De que su hermano venia,

hacer con tanto secreto  
Este tabique, llegar  
Félix á Madrid primero  
Que yo, esconderme por fuerza,  
Y en estando una vez dentro,  
Mudarse toda la casa,  
Dejarme aquí, y en efecto  
No haber por donde salir,  
Cosas son, viven los cielos,  
Que han menester mas paciencia  
Que la mia.

MOSQUITO.

Pues no es esto

Lo peor.

DON CESAR.

Pues ¿qué será,  
Si esto no es?

MOSQUITO.

Que no tenemos  
Que comer, porque el gigote  
Que se olvidó en un puchero  
A la lumbre, el medio pan  
De la alacena, ya dieron  
Fin; y así es fuerza rendirnos  
Por hambre, porque no hay dentro  
Del sitio para dos horas  
Municion ni bastimento.

DON CESAR.

¿Que inviese yo una llave  
Maestra de casa, al tiempo  
Que, ausente su hermano, entraba  
A hablar á Celia, y que luego  
Se la volviese el día que  
De aquí me ausenté! Mas esto  
¿Quién lo pudo prevenir  
Con humano entendimiento?

MOSQUITO.

Va mal distinta la luz  
En los distintos reflejos  
Se va declarando. En fin,  
¿Qué piensas hacer?

DON CESAR.

Un medio

Solamente se me ofrece.

MOSQUITO.

¿Y es, señor?

DON CESAR.

Escucha atento.

En este cuarto de abajo,  
A Celia oí que un extranjero,  
Hombre de negocios, vive.  
A este declararme pienso;  
Que ménos importará  
Que sepa uno mas aquesto,  
Que dejarme matar; pues  
No dudo que es el intento  
Este de haberse mudado  
Don Félix.

MOSQUITO.

¿Y cómo harémos  
Para llamarle?

DON CESAR.

Dar golpes  
Por la escalera.

MOSQUITO.

Yo apuesto  
Que piensan que andan ladrones  
Al primer golpe que demos,  
Y que nos matan á palos  
Antes de oírnos.

DON CESAR.

No creo  
Que hay otra cosa que hacer.  
Voy á llamar.—Mas ¿qué es esto?  
(Al ir á llamar él, llaman de dentro.)

MOSQUITO.

El extranjero de abajo,  
Que llama ántes que llamemos  
Nosotros. Mas ¿cuánto va  
Que nos mudaron á un tiempo,  
Y estando una vez cerrado,  
Ha pensado allá lo mismo?

(Llaman otra vez.)

DON CÉSAR.

Esto es llamar á la puerta.

MOSQUITO.

¿Quién es?

DON CÉSAR.

Tente : ¿qué haces, necio?

MOSQUITO.

Responder á quien nos llama,  
Que la llave no tenemos,  
Que vaya por ella.

DON CÉSAR.

Espera,

Que responder no es cierto.

MOSQUITO.

Déjame solo llegar  
A ver por el agujero  
De la llave quién es.

DON CÉSAR.

Mira.

MOSQUITO.

¡Buena hacienda habemos hecho!  
¡Ay, señores!

DON CÉSAR.

¿Qué hay, Mosquito?

MOSQUITO.

La justicia, por lo ménos,  
Es quien llama.

DON CÉSAR.

¿La justicia?

MOSQUITO.

Sí, señor.

(Va Don César á mirar.)

DON CÉSAR.

¡Por Dios, que es cierto!

¿Quién presumiera que así  
Se vengara un caballero?

MOSQUITO.

Celia, señor, te ha vendido.

(Golpes con martillo dentro.)

DON CÉSAR.

Vive Dios, que no lo creo  
De Celia.

MOSQUITO.

Yo sí. Ya escampa.

DON CÉSAR.

¿No es descerrajar aquello?

MOSQUITO.

Sí, ya conozco los golpes,  
Que estos son los golpes mismos  
Que al empezar las comedias,  
Se dan en los aposentos.

DON CÉSAR.

¿Qué hemos de hacer?

MOSQUITO.

Confesarnos

Es el mas útil remedio.

DON CÉSAR.

Por si acaso es otra cosa,  
Lo mejor es escondernos,  
Y no sea lo de anoche,  
Oír el ruido, y no el suceso

(Entranse en la escalera.)

## ESCENA II.

OTAVIO, EN ESCRIBANO, ALGUACILES,  
GENTE.

OTAVIO. (Dentro.)

¿Para qué es romper la puerta?

Que pues yo las llaves tengo,  
Yo abriré, y ya que lo está, (Salen.)

Diganme sobre qué es esto,  
Vuestas mercedes, que yo,  
A los golpes que he oído, vengo  
Desde ese cuarto en que vivo.

ALGUACIL 1.º

Buscamos un caballero  
(Don Félix de Acuña es  
Su nombre), por haber muerto  
Anoche un hombre en mi calle.

OTAVIO

(Ap. Aquí importa el fingimiento.)

¿Don Félix de Acuña?

ALGUACIL 1.º

Sí.

OTAVIO.

Pues ya há mas de mes y medio,  
Que no vive en esta casa,  
Y que yo las llaves tengo  
Del cuarto, para alquilarle,  
Con poderes de su dueño,  
Bien lo muestra el verle así.

ALGUACIL 1.º

Tarde venimos.

ALGUACIL 2.º

¿Qué haremos?

ESCRIBANO.

Poner esta diligencia  
Por escrito.

## ESCENA III.

OTAÑEZ.—DICHOS.

OTAÑEZ.

Aquí Don Diego  
Mi señor viene á saber  
Qué hay de aquel despacho.

OTAVIO.

Necio,

¿Que estoy ahora, no veis,  
Con estos señores? Luego  
Bajaré : que en mi escritorio  
Me espere.

(Vase Otañez.)

ALGUACIL 1.º

Aquí no tenemos  
Que hacer: vuestas se quede  
Con Dios.

ESCRIBANO.

Si hubiéramos hecho  
Anoche la diligencia,  
Quizás no se hubiera puesto  
En salvo.

ALGUACIL 2.º

Nadie nos dijo,  
Aunque se anduvo inquiriendo  
Anoche, adonde vivía.

(Vanse los Alguaciles, el Escribano y la gente que salió con ellos.)

## ESCENA IV.

DON DIEGO, OTAÑEZ.—OTAVIO.

DON DIEGO.

Señor Otavio, viniendo  
Tan de mañana á saber  
Si había venido en el pliego,  
Que anoche llegó de Italia,

La dispensación que espero  
Para casar á mi hija  
Con su primo (que deseo  
Salir ya deste cuidado),  
Y esperando, por saberlo,  
Allá abajo, vi bajar  
Justicia; y así me atrevo  
A subir acá, por ver  
Si en algo serviros puedo.

OTAVIO.

En cuanto á vuestros despachos,  
Muy bien las albricias puedo  
Pediros, que ya han venido.

DON DIEGO.

Mil años os guarde el cielo.

OTAVIO.

En esto de la justicia,  
Es que un noble caballero  
Aseguró su persona  
Y su hacienda; que él, atento  
A su honor, dejar no quiso  
Sola á su hermana, y diciendo  
Estaba que no vivían  
Ya aquí.

DON DIEGO.

¡Ay de mí! ¿lo que siento

El traer á la memoria,  
A vista deste suceso  
Mis penas! Siempre son muchas,  
Cada instante que me acuerdo  
De la muerte de mi hijo,  
Y que el que le mató, huyendo  
También se libró de mí;  
Que yo le hiciera ..

OTAVIO.

En efecto,

¿Nunca dél habeis sabido?

DON DIEGO.

Hásele tragado el centro  
De la tierra. Mas dejadme,  
Y no hablemos mas en esto.

OTAVIO

Yo hablo porque hablabaís vos.  
Vamos. — Mas ¿qué tan atento  
Miráis en aqueste cuarto?

DON DIEGO.

En que he venido á hacer pienso,  
De un camino, como dicen  
Los mandados; porque habiendo  
La dispensación venido,  
He de traer desde luego  
A mi sobrino á mi casa;  
Y la que yo ahora tengo  
No es capaz: demas que há un mes  
Que ando buscándola, y creo  
Que este cuarto, por el barrio  
Y vecindad, será bueno

OTAVIO.

Yo me holgaré que os agrade,  
Por lo mucho que interese.

DON DIEGO.

¿Qué mas vivienda que aquesta  
Tiene?

OTAVIO.

No sé, que os prometo  
Que aunque días há que vivo  
En él, es hoy el primero  
Que en él he entrado.

(Vanse por una puerta, y salen por otra.)

DON DIEGO.

En verdad

Que me agrada, si por cierto,  
Mayormente por tener  
Estos dos cuartos diversos;  
Pues en este, hasta casarse,



Estará Don Juan, y luego  
Yo estaré, dejando estotro,  
Que es el mayor, para ellos.  
¿Qué gana este cuarto?

OTAVIO.

Gana

Dos mil reales.

OTÁÑEZ.

Es gran precio;  
Que están baratas las casas.

DON DIEGO.

Decidme quién es el dueño,  
Porque lo vaya con él  
A concertar.

OTAVIO.

Para esto  
Haced cuenta que yo soy;  
Pues de un amigo es, que á un pleito  
Está en Granada, y poder  
Para sus negocios tengo.  
Y así, conmigo no mas  
Se ha de tratar.

DON DIEGO.

Segun eso,  
Ya queda el cuarto por mí,  
Porque yo con vos no tengo  
De recatear; y así haced,  
Porque vengan al momento  
A colgarle, que las llaves  
Se den.

OTAVIO.

Si ha de ser tan presto,  
Mejor es que os las lleveis,  
Porque hoy una holgura tengo  
En el campo, y en mi casa  
No queda nadie. Bajemos  
Donde la dispensación  
Os dé, y las llaves.

DON DIEGO.

Contento

Voy del cuarto.

OTAVIO.

No crêreis  
Cuánto en que lo estéis me huelgo.

DON DIEGO.

Tendréis un criado en mí.  
Y en Lisarda un ángel bello  
Por vuestra, que es muy hermosa.

(Vanse, cerrando.)

## ESCENA V.

DON CESAR, MOSQUITO.

DON CÉSAR.

¿Hásto entendido?

MOSQUITO.

Algo dello.

DON CÉSAR.

¿Habrá mas y mas acasos?  
¿Habrá mas y mas sucesos,  
Que estabonen mis desdichas,  
Que logren mis sentimientos?  
Un hombre mató Don Félix;  
El mudarse nació desto;  
Y buscando los despachos  
Para hacer el casamiento  
De Lisarda y de su primo,  
Su padre (¡muero de celos!)  
A Otavio subió á buscar  
A este cuarto, y al momento  
Se contentó dél, y dél  
Llevó las llaves él mismo;  
Y por remate de todo  
(Porque aun solo este remedio  
De llamar abajo falte),

Todos se van fuera. ¡Cielos!  
¿Hasta dónde echada está  
La línea á mi sufrimiento?

MOSQUITO.

Alquilar un hombre un cuarto  
Con ropa y servicio, vemos  
En la corte cada día;  
Pero el alquiler mas nuevo  
Es alquilar uno un cuarto  
Con amo y criado dentro.  
Mas bien, que en estos acasos  
De pesar, hay de consuelo  
Otros.

DON CÉSAR.

¿Cuáles son?

MOSQUITO.

No haber

Otavio visto ántes desto  
Esta escalera, y estar  
Destá casa ausente el dueño;  
Pues si él viniera á alquilarla,  
Su escalera echara ménos,  
Y fuera fuerza el hallarnos  
Escaleros Don Diego.

DON CÉSAR.

En fin, para haber de ser  
Un tan extraño suceso,  
No hay inconveniente alguno,  
Segun todo se ha dispuesto;  
Pero no se ha de rendir  
Hoy el valor de mi pecho  
A fáciles imposibles.  
(Saca la daga para abrir la puerta.)

MOSQUITO.

¿Qué haces?

DON CÉSAR.

Descalvar pretendo

Con esta daga la puerta,  
Y salir de aquí primero  
Que mi enemigo me cierre  
Hoy el paso, aunque sea al riesgo  
De que en la primera calle  
Me prendan; que ya no quiero  
Vida, casada Lisarda  
Con Don Juan: no quiero (¡ay cielos!)  
Esperar á ser testigo  
Yo del daño que me ha muerto.

MOSQUITO.

Dices bien, señor: salgamos  
De aquí, aunque descerrajemos  
La puerta.

DON CÉSAR.

No he de esperar  
Mas desdichas. Mas ¿qué veo!  
Por la parte de allá fuera  
Abren.

MOSQUITO.

Pues al retraimiento.

DON CÉSAR.

Por si es Don Diego, es forzoso.

MOSQUITO.

Mucho nos quiere Don Diego,  
Pues que nos guarda con llave.

DON CÉSAR.

¿Que viniese á tan mal tiempo?

MOSQUITO.

Segun todo se hace apriesa,  
Que sea él adrede pienso.

(Escúdense los dos.)

## ESCENA VI.

BEATRIZ, OTÁÑEZ.

BEATRIZ. (Dentro.)

¿Aquesta es la casa?

OTÁÑEZ. (Dentro.)

Si.

BEATRIZ. (Dentro.)

Santiguome, y entro á vella  
Con el pié derecho en ella.

(Salen los dos.)

Malo es abrirse hácia aquí  
La puerta, y los escalones  
Tomán la vuelta al revés.  
(Mira al techo, y cuenta en silencio.)

Bien ó mal... una, dos, tres...  
Y las vigas no son nones.  
Otáñez, vueiva á señor,  
Y diga que si no ha dado  
El dinero adelantado  
Destá casa, será error,  
Si el dueño no se le obliga  
A mudar la puerta (es llano),  
La escalera hácia esta mano,  
Y añadir aquí una viga.

OTÁÑEZ.

¡Mala mano te dé Dios,  
Y mala viga también!  
Mas esto del mal y el bien,  
Esto de la una y las dos,  
El pié derecho por guía,  
Mirar puertas y escalones,  
¿Son por tu vida lecciones  
De la dueña de tu tía?

BEATRIZ.

Claro está: ¿qué pensais vos?  
Como esto, cuando acá estaba,  
Cada día me enseñaba,  
Porque era un alma de Dios.

OTÁÑEZ.

¡Y se le echa bien de ver  
En la cristiana doctrina,  
Que enseñaba á su sobrina!  
Mas, Beatriz, lo que has de hacer,  
Es solamente tratar  
De barrer la casa, y no  
Contar sus vigas; que yo  
Tengo un chozno familiar,  
Que da de mí testimonio.

BEATRIZ.

Si él es familiar, y está  
Con vos...

OTÁÑEZ.

Dilo.

BEATRIZ.

No será  
Familiar, sino demonio.

OTÁÑEZ.

Picudita, bachillera,  
Que desde vuestra niñez  
Teneis para la vejez  
Hecho el gasto de hechicera,  
Hablad como habeis de hablar.

BEATRIZ

Arrendajo de Don Bueso.  
Autonomía de hueso,  
Almanac particular:  
Vos, que sois en el abismo  
De esa calcilla neutral,  
De vos mismo el orinal,  
Y el músico de vos mismo,  
Flaca cecina de yegua,  
Baul de tabla y pellejo,  
Ne recorderis de viejo,  
Parce mihi de la legua,  
Puerto seco de la tos,

Quitoteca de Caifas,  
Y trecientas cosas mas,  
¿Cómo se ha de hablar con vos?

OTÁÑEZ.

Relamidilla, embustera,  
Agradeced que ha llegado  
El coche, y que se ha apeado  
Señora; que yo os hiciera  
Llevar á la Inquisición.

### ESCENA VII.

LISARDA, con manto. — BEATRIZ,  
OTÁÑEZ.

LISARDA.

Notable pricsa ha tenido  
Mi padre, pues ha querido  
Mudarse sin dilacion,  
Y que venga la primera  
Yo á ver la casa y mandar  
Cómo se ha de aderezar.

OTÁÑEZ.

Tal huésped en ella espera.

BEATRIZ.

Muy cuerdo mi señor anda  
En que tú vengas ahora,  
Pues no agrada á una señora,  
Sino solo lo que manda;  
Que si yo hubiera empezado  
A poner algo, sospecho  
Que de cuanto hubiera hecho,  
Nada te hubiera agradado.

LISARDA.

Buena la casa parece.

OTÁÑEZ.

En este cuarto ha de estar  
Don Juan, hasta efectuar  
Las dichas que amor ofrece.

BEATRIZ.

Acudid, Otáñez, vos  
A ver apea la ropa  
Del carro.

OTÁÑEZ.

Si en esto topa,  
Ya acuden. ¡Válgame Dios!

LISARDA.

No me traigan nada aquí.—  
Pues esta pieza ha de ser  
Tocador, no es menester  
Colgarla. (Vase Otáñez.)

BEATRIZ.

Guárdate allí

Del polvo.

LISARDA.

¡Oh qué triste estoy!

BEATRIZ.

Hoy que pedirte quisiera  
Albricias, ¡de esa manera  
Suspiras!

LISARDA.

Sí, porque hoy  
Mirando mis penas voy.

BEATRIZ.

¿Quién, señora, las causó?

LISARDA.

O ve. Don Juan ..

### ESCENA VIII.

DON JUAN. — LISARDA.

DON JUAN.

¡Feliz yo,  
Que á tan buen tiempo llegué  
Que en tus labios escuché  
Mi nombre!

LISARDA.

¿Y no pudo no  
Ser dicha, y desdicha sí,  
El acordarme de vos?

DON JUAN.

No, que siempre es dicha...

LISARDA. (Ap.)

¡Ay Dios!

DON JUAN.

Que tú te acuerdes de mí;  
Pues aunque haya sido aquí  
En daño mio, sospecho  
Que en el pecho satisfecho  
Estoy; que el reloj veloz  
Obedece con la voz  
Al artificio del pecho.

LISARDA.

Sí, pero ninguno ignora  
Que con otro tal indicio  
Muestra un hora el artificio,  
Y da la voz otra hora.

DON JUAN.

Pues ¿por qué, prima y señora,  
Hoy tanto rigor?

LISARDA.

No sé;

Que á vos os lo callaré,  
Por el autoridad mia:  
Yo á Beatriz se lo decia,  
Y á Beatriz se lo diré.—  
Beatriz, mi primo Don Juan  
Sin duda alguna ha creído  
Que el entrar á ser marido  
Es salir de ser galán:  
Poco cuidado le dan  
Finezas, poco cuidado  
Festejos, pues olvidado  
Está ya; de que se infiere  
Que no quiere el que no quiere  
Un poco desconfiado.

Ayer al campo salí,  
Y á Don Juan en él no hallé;  
En el campo peligré,  
Y de otro amparada fui;  
Y si á aquel agradecí  
La fineza de mi vida,  
A este, que de mí se olvida,  
Castigarle puedo, pues  
No es con este cruel, quien es  
Con aquel agradecida.

Vine á casa, como viste,  
Y Don Juan no pareció  
En toda la noche: yo,  
Que ya sé que esto consiste  
En ese festejo, triste,  
No celosa, estoy, por ver  
Que Don Juan, antes de ser  
Mi esposo, verme dilata,  
Y que desde ahora me trata  
Ya como propia mujer.

DON JUAN.

Si supieras la razon,  
Tú me disculpas ya:  
Buenos testigos quizá  
Aquestas paredes son.  
Digan ellas la ocasion.  
Digan ellas...

LISARDA.

¿Para qué,

Si yo con Beatriz hablé,  
Me respondeis?

DON JUAN.

Culpa es mia:

Yo á Beatriz se lo decia,  
Y á Beatriz se lo diré.  
Bajando anoche á buscar  
A mi prima, vi al que dió  
Muerte á Don Alonso, y yo  
Con ánimo de vengar  
Mi pena, le fui á buscar,  
Llevando en mi compañía  
A Félix, el que vivia  
En esta casa. Llegamos  
Donde á César esperamos,  
Hasta que la rabia mia  
Me hizo embestir á otro hombre  
Por él. Justicia llegó,  
Conocernos pretendió,  
Y uno quedó (no te asombre)  
Muerto, cuando oímos el nombre  
De Don Félix repetido;  
Y viéndose conocido,  
Fuerza el ausentarse fué.  
Esta es la causa por qué,  
De hourado y de agradecido,  
Yo no le pude dejar  
Hasta que en salvo estuviese  
El y su casa, y hiciese  
Diligencias de alcanzar  
Si de mí llegaba á hablar  
La justicia. Se ha sabido  
Que yo no fui conocido,  
Con lo cual me he asegurado;  
Que mal pudo otro cuidado  
Tenerme á mí divertido.

BEATRIZ.

Pues yo, que he sido la oidora  
En sala de competencia,  
Fallo por mí la sentencia,  
Que pues el uno á otro adora,  
Os deis por buenos ahora.

DON JUAN.

Yo obedezco, y si hay disculpa,  
Cese el rigor que me culpa.

LISARDA.

Yo creo que así será;  
Que para nada me está  
Bien, que vos tengais mas culpa.

DON JUAN.

Ya que estás desenojada,  
De la caída de ayer  
La sangría...

LISARDA.

Eso es querer  
Volver á verme enojada. (Vase.)

DON JUAN.

Será para una criada.—  
Castaño. (Llamando.)

### ESCENA IX.

CASTAÑO.—DON JUAN, BEATRIZ

DON JUAN.

Dale á guardar  
Aquello á Beatriz.

BEATRIZ.

El dar

Tanto el ánimo recrea,  
Que aunque para mí no sea  
Lo tomaré, por tomar.

(Vase)



## ESCENA X.

BEATRIZ, CASTAÑO.

BEATRIZ.

Y pues tan revuelta está  
La casa toda, en aqueste  
Aposento, que ha de ser  
O tocador ó retrete  
De mi señora, poniendo  
Ve, Castaño, sutilmente  
No sé qué, que á mi ama traes.

CASTAÑO.

Son mas de mil no-sé-queés  
Espera, irélos trayendo,  
Que aquí unos mozos los tienen.

BEATRIZ.

Para ponerlos mejor,  
Pongamos aquí un bufete.

*(Saca un bufete, y pónelo delante de la puerta secreta, y desde la de entrada van tomando Castaño y Beatriz unos azafates cubiertos.)*

CASTAÑO.

Estos son de Portugal  
Dulces.

BEATRIZ.

Di dulces dos veces,  
Pues dos veces lo serán  
Por dulces y portugueses.

CASTAÑO.

Chocolate de Guajaca  
Esto, y estos que aquí vienen  
Tocados, cintas y medias,  
Guantes, pastillas, pebetes,  
Faldriqueras, zapatillas,  
Y bolsos estos.

BEATRIZ.

Bien huelen.

CASTAÑO.

Toda esta salsa, Beatriz,  
Han menester las mujeres,  
Para que no huelan mal,  
Y mas las propias.

BEATRIZ.

Tú mientes.

CASTAÑO.

Esto es cuanto á esto, que aquí  
Vienen joyas excelentes  
En este contador, que hoy  
Es contador de mercedes.

BEATRIZ.

Bien está; pero aquí falta  
Una alhaja.

CASTAÑO.

¿Qué es?

BEATRIZ.

Atiende:

Un cierto vestido mío,  
Que destas bodas alegres  
De ribete se me da.

CASTAÑO.

Forzoso era que lo fuese,  
Porque ya, Beatriz, di ¿cuál  
Vestido no es de ribete?  
Mas no le quise traer,  
Que hay un grande inconveniente.

BEATRIZ.

Di ¿cuál?

CASTAÑO.

A mí me han hablado  
Que de un bergantón ausente,  
Que por colada y tizona  
Era Mosquito dos veces,  
Fuiste (sin ser la violada

Violante de Navarrete)  
De sus botones ojal,  
Y de sus cintas ojele.  
Hame dado pesadumbre  
El caso, y no me parece  
Que será puesto en razon  
Que de Castaño se cuente  
Que con él te vistes, con  
Ótro te desnudas.

BEATRIZ.

Tente.

¿Pues dasme el vestido tú?

CASTAÑO.

No, però basta el traerle,  
Que es como dar por tablilla  
A la bola que está enfrente.

BEATRIZ.

Aun siendo esto, no hay razon;  
Que Mosquito solamente  
Fué, en hacer faltas con él,  
Pelota de mi trinquete.  
Y si va á decir verdad,  
Tu solamente me dches,  
Mas lágrimas en un hora  
Que Mosquito en treinta meses;  
Que de lástima le quise,  
Solo por ser buen pobrete,  
Mientras hallaba otra cosa.

CASTAÑO.

Tanto cuanto me enterneces.  
Este es, Beatriz, el vestido  
Hecho y derecho, y aqueste  
El manto.

BEATRIZ.

Y este un abrazo.

CASTAÑO.

En fin, ¿solo á mí me quieres?

BEATRIZ.

No está en uso querer solo  
A nadie; basta quererte.  
Y pues con tu amo hoy  
En casa vives, advierte  
Que si hay dares y tomares,  
Habrás dimes y diretes.  
Y adios por ahora, que es bien  
Que aqueste aposento cierre  
Con llave, porque ninguno  
Aquí no salga ni entre.

CASTAÑO.

Adios.

*(Vase.)*

BEATRIZ.

Quédese el vestido  
Con lo demas. ¿Quién sirviese  
Una ama que fuera novia,  
Cada mes una ú dos veces!

*(Vase.)*

## ESCENA XI.

DON CESAR, MOSQUITO.

*(Entreabren la puerta de la escalera, lo que permite el bufete que está delante.)*

MOSQUITO. *(Dentro.)*

Vive Dios, que he de salir.

DON CESAR. *(Dentro.)*

¿Dónde has de salir? Detente.

MOSQUITO. *(Dentro.)*

Si hemos oido cerrar  
La puerta deste retrete,  
Y que han dejado en él dulces,  
¿Cómo podrás detenerme,  
Cuando (aunque fueran amargos)  
Me supieran lindamente?

DON CESAR. *(Dentro.)*

No hagas ruido

MOSQUITO. *(Dentro.)*

¿Cómo no,  
Sino me deja el bufete  
Abrir la trampa?

*(Saca la mano por entre la puerta.)*

Ya alcanzo

Un azafate: ¡oh si fuese  
El de los dulces! Los guantes  
Son, el demonio los lleve.  
A echar vuelvo la redada.

*(Derriba un azafate.)*DON CESAR. *(Dentro.)*

¿Qué has hecho?

MOSQUITO. *(Dentro.)*

Ruido.

DON CESAR. *(Dentro.)*

¿Tú quieres

Destruirme?

MOSQUITO. *(Dentro.)*

Comer quiero,

Conio tú.

DON CESAR. *(Dentro.)*

Daréte muerte;  
Que es veneno para mi  
Todo lo que está presente.

MOSQUITO. *(Dentro.)*

Morir de veneno ó hambre,  
Muere á lo mas conveniente.

DON CESAR. *(Dentro.)*

Harásme que todo junto  
Lo arroje, lo rompa y queme  
*(Derriba el bufete, ábrese la puerta y salen los dos.)*

Con el fuego de mi pecho,  
O que lo inunde y anegue  
Con el llanto de mis ojos.

MOSQUITO.

Si tanto fuego tuvieses,  
Y si tanta agua llorases,  
Que hacer pudiéramos este  
Chocolate, ¡oh Jesus mío!

DON CESAR.

¿Que darse quejas oyese  
Don Juan y Lisarda, cielos,  
Ella con dulces desdenes,  
El con amantes finezas,  
Y yo escucharlo pudiese!

MOSQUITO.

Pues si a eso va, yo tambien  
He escuchado claramente  
Pisar al Frison Castaño  
Y al Haca Morcilla en este  
Pesebre de amor; empero  
Digan lo que se dijeren,  
Que de lástima me quiso,  
Sea buen pobrete ó riquete,  
Y coma yo lo que él trae;  
Que otro despique no tienen  
Celos, sino valer algo,  
Porque sabe lindamente  
Lo que otro compra.

DON CESAR.

En efecto.

Ya aquí lo mas conveniente  
Es dejar anochecer,  
Y despedido ó valiente  
Determinarme á salir.

MOSQUITO.

Si tú en la calle tuvieses  
Prevenidos para todo  
Tus amigos y parientes,  
Fuera seguro el empeño.

DON CÉSAR.

Tú, Mosquito, que no eres  
Conocido, bien pudieras  
(Pues hoy anda tanta gente  
Revuelta en aquesta casa)  
A salir de aquí atreverte.

MOSQUITO.

Por salir á beber algo,  
No habrá cosa que no intente.

DON CÉSAR.

Tú has de salir y avisar  
Desto á quien yo te dijere.

MOSQUITO.

Yo sí hiciera, pero temo...

DON CÉSAR.

Tú, aunque te vean, ¿qué temes?

MOSQUITO.

Ser tan Rey, que en la capilla  
Me diga misa un bonete.  
Pero algo he de hacer por ti,  
Y una cosa se me ofrece  
Para salir encubierto,  
Que no puedan conocerme.  
El vestido de Beatriz  
Me disfrazará: á ponerle  
Ayuda.

DON CÉSAR.

La puerta abren.

MOSQUITO.

Va, por mal que nos sucede,  
Hay que comer y vestir,  
Venga ahora lo que viniere.  
(*Entranse los dos en la escalera.*)

## ESCENA XII.

LISARDA, BEATRIZ.

BEATRIZ.

Digo que en toda mi vida  
No he visto tan excelentes  
Y aliñados azafates.

LISARDA.

Verelos, porque no piense  
Don Juan que no los estimo.  
Pero ¿qué estrago es aqueste?

BEATRIZ.

Esto ya es hecho, porque es  
Paso de la Dama Duende,  
Y no he de pasar por él.

LISARDA.

¿Quién entró, que desta suerte  
Lo ha puesto, Beatriz?

BEATRIZ.

Ninguno  
Pudo entrar, porque yo siempre  
Tuve la llave conmigo.

LISARDA.

Pues siendo esto así, tú tienes  
La culpa, que lo dejaste  
De modo que se cayese.

BEATRIZ.

¿Cómo puedo...?

LISARDA.

¿Quién querías  
Que para esto solo abriese?

BEATRIZ.

Quien no abrió para esto solo.  
¿Hay mas desdichada suerte,  
Señores?

LISARDA.

Pues ¿qué mas falta?

BEATRIZ.

Mi vestido, ¡y sin ponerle!

LISARDA.

¿Qué vestido?

BEATRIZ. (*Llorando.*)

El que me dió

Don Juan.

## ESCENA XIII.

DON DIEGO, OTAÑEZ. — LISARDA,  
BEATRIZ.

DON DIEGO.

¿Qué ruido es aqueste?

BEATRIZ.

Y el manto también.

LISARDA.

Aquí

Puso Beatriz todo este  
Regalo que envió Don Juan,  
Y le hallamos desta suerte,  
Y falta un vestido suyo.

BEATRIZ.

¡Ay señor, y sin ponerle!

OTAÑEZ.

Sí, pero no sin quitarle.  
Si una viga mas tuviese  
Esta casa, no faltara,  
Beatriz, tu vestido.

DON DIEGO.

Siempre

En las mudanzas de casas  
Aquestas cosas suceden.  
Id cogiendo todo eso,  
Y tú trata recogerte  
En tu cuarto, porque el tiempo  
Que aquí Don Juan estuviere  
Sin desposarse, ha de ser  
El que ménos ha de verte.

LISARDA.

Tanto obedecerte estimo,  
Que porque á verme no entre  
De noche en mi cuarto, quiero  
Estar recogida. Venme  
A desnudar, Beatriz.

BEATRIZ.

Quien

Me ha desnudado á mí, puede,  
Que sabrá mejor que yo.

LISARDA.

No llores, que fácilmente  
Se remediará. (*Ap.* Aunque he dicho  
Que tengo de recogerme,  
No lo he de hacer, hasta ver  
A qué hora Don Juan viene.)  
Trae luz, Beatriz.

BEATRIZ.

¡Ay, señores,

Mi vestido, y sin ponerle!  
¡Notable descuido ha sido! (*Vase.*)

## ESCENA XIV.

DON DIEGO, OTAÑEZ.

OTAÑEZ.

Ha estado aquí tanta gente  
Hoy, que no es mucho que falte  
Aun mas que esto.

DON DIEGO.

Otañez, ¿tiene  
Prevenido ya su cuarto  
Don Juan?

OTAÑEZ.

Y curiosamente

Aderezado.

DON DIEGO.

Id á ver

Si en él falta algo, y ponedle  
Luces, porque ya la noche  
Cerrando baja. ¡Oh qué alegre  
Día fuera para mí, (*Vase Otañez*)  
Si mi hijo viviera, este!  
¡Oh si me viera vengado  
Del traidor que le dió muerte!  
Mas no quiso mi fortuna  
Tantas dichas concederme,  
Que llegase...

## ESCENA XV.

CELIA, con manto. — DON DIEGO.

CELIA.

Caballero,

Si el amparar las mujeres  
Heredada obligacion  
Es de todos los que tienen  
Noble sangre, pues con ella  
Nacieron á ser cortesces,  
Amparad una mujer,  
Ya que la trajo su suerte  
A vuestros piés; que no en vano  
Esta dicha he de deberles.  
Un hombre, que de mi honor  
Le hicieron dueño las leyes  
Bárbaras que dispusieron  
Que padezca el inocente  
Los delitos del culpado,  
Siguiéndome (¡ay de mí!) viene,  
Y está en que no me conozca  
El honor suyo y mi muerte.  
Haced, por quien sois, señor,  
Que hasta aquí (¡ay cielos!) no entre,  
Porque yo sí no...

DON DIEGO.

Callad,

No digáis mas, que no deben  
Escuchar los caballeros  
Mas razon á las mujeres,  
Para ampararlas, que verlas  
Afligidas. A tenerle  
Saldré, y aun á desvelarle  
Las sospechas que trajere;  
Y á no poder con razones,  
Podré con la espada; que este  
~~Pecho~~ volcan es que ostenta  
Un ~~gran~~ fuego, y fuera nieve.  
Aquí esperad; mas de aquí  
No habeis de pasar; que en este  
Cuarto una hija mía vive.  
Y no quiero yo que llegue  
A saber que hoy en el mundo  
Aquestas cosas suceden. (*Vase.*)

CELIA.

Bien hasta aquí ha sucedido  
Este atrevimiento: deme  
Fortuna amor, si es que amor  
Fortuna para sí tiene.  
Acercaréme al tabique  
De la escalera.

## ESCENA XVI.

DON CÉSAR, y MOSQUITO, vestido  
de mujer, que salen por la puerta de  
la escalera — CELIA.(*La sala está oscura.*)DON CÉSAR. (*A la puerta.*)

Ahora puedes  
Salir mejor, porque siendo  
Ahora enando anohece,



Antes que se enciendan luces,  
Podrá ser salir sin verte;  
Que yo, hasta que eche de ver  
Que estás fuera, por si vuelves,  
No me quitaré de aquí,  
A todo trance valiente.

MOSQUITO.

¡Dios vaya conmigo, amen!

DON CÉSAR.

La seña, Mosquito, advierte  
Que ha de ser, cuando en la calle  
Estés con armas y gente,  
Disparar una pistola,  
Porque á mi noticia llegue,  
Para que yo salga.

MOSQUITO.

Salga

Yo ahora, que es lo que conviene.

CELIA. (Ap.)

Un bulto se va acercando  
A mí.

MOSQUITO. (Ap.)

Un bulto hacía mi viene.

CELIA. (Ap.)

No podré llamar á César,  
En tanto que no se fuere.

(*Truecan lugares Celia y Mosquito.*)

MOSQUITO. (Ap.)

El no me ha visto, pues no  
Me habla nada.

CELIA. (Ap.)

¡Oh si se fuese!

MOSQUITO. (Ap.)

¡Oh si encontrase la puerta!

## ESCENA XVII.

DON DIEGO.—DICHOS.

DON DIEGO. (*Llegándose á Mosquito.*)

Señora, seguramente  
Podréis salir; que en la calle  
No hay un hombre que os espere.

MOSQUITO. (Ap.)

Es grande merced que me hacen.

DON DIEGO.

Ese portal, el de enfrente  
Y todos están seguros.

MOSQUITO. (Ap.)

Lindamente me parece.  
Si hay ángeles entre canos,  
El de mi guarda es aqueste.

DON DIEGO.

Venid conmigo, que yo  
Hasta donde vos quisieréis  
Iré con vos.

MOSQUITO. (Ap.)

Que me place.

Si esto ahora me sucede,  
Por un vestido inhumano  
Que á media pierna me viene,  
Yo juro de no traer  
Otro traje eternamente.  
¡Bien hayan los tres poetas,  
Que piadosos y corteses  
Sacaron á luz los *Privilegios de las mujeres!*

DON DIEGO. (Ap.)

¡Pobre señora! Aflicida,  
Aun á hablarme no se atreve.

(*Vanse Don Diego y Mosquito.*)

## ESCENA XVIII.

CELIA, DON CÉSAR.

CELIA.

Ya se van los que allí hablaban:  
Razon no pude entenderles.  
Ahora, por la noticia  
De esta casa, en pasos breves  
Llegaré hasta la escalera. (*Llega.*)  
—César, señor

DON CÉSAR.

¿Por qué vuelves,

Mosquito?

CELIA.

No soy quien juzgas,

Don César.

DON CÉSAR.

¿No? Pues ¿quién eres?

CELIA.

Detente, no te alborotes:  
Celia soy.

DON CÉSAR.

¿Celia?

CELIA.

Sí, que este

Extremo de amor, no mas  
Que Celia supiera hacerle.  
Dejéte anoche (fué fuerza)  
Cerrado (¡raro accidente!),  
Y he enviado esta mañana  
A Ines para que te diese  
Aquella llave maestra  
Con que tú salir pudieses  
De aquí, donde á tus desdichas  
Les fuera mas conveniente  
Halló la justicia aquí,  
Volvió despues (¡dura suerte!),  
Y halló alquilada la casa  
A tu enemigo en tan breve  
Tiempo; mas ¿cuándo desdichas  
Gastaron mas tiempo que este?  
No se atrevió á entrar en ella:  
Yo, viéndote en tan urgente  
Peligro, aunque en casa estoy  
De quien guardada me tiene,  
Della he salido, no importa  
El cómo; basta que puede  
Mi ingenio haber hecho que  
El mismo Don Diego fuese  
Quien me trajese hasta aquí;  
Y á esta causa, detenerme  
No puedo. La llave es esta:  
Con ella, cuando pudieres,  
Saldrás; y adios César, que  
Si donde me dejó vuelve  
Don Diego, y no me halla allí,  
Podrá ser que algo sospeche.

DON CÉSAR.

Oye, escucha.

CELIA.

No es posible;

Y mas ahora, que vienen  
Con luz. Cierra tú esa puerta,  
Porque á ti no puedan verte;  
Que á mí no importa, supuesto,  
Que aquí Don Diego me tiene,  
Pues el llegar hasta aquí,  
Disculpará fácilmente  
Mi mismo temor.

DON CÉSAR.

¡Ay Celia!

Mucho mi vida te debe.  
Amor, déjame pagar  
Obligaciones tan fuertes.

(*Entrase Don César por la puerta de la escalera, y Celia se queda cerca de una de las laterales.*)

## ESCENA XIX.

OTÁÑEZ, *con luz*, DON JUAN, DON DIEGO. — CELIA, *al piano.*

DON DIEGO.

No quiso, en fin, la mujer  
Que acompañándola fuese  
Mas que á esa primera calle

DON JUAN.

¡Extrañas cosas suceden!

CELIA. (Ap.)

No llevo á hablar á Don Diego  
Hasta que solo se quede.

DON DIEGO.

Llevar esa luz al cuarto  
De Don Juan, ya que merece  
Mi casa desde este día  
Tan noble y honrado luésped...

DON JUAN.

La dicha, señor, es mía.

DON DIEGO.

Que yo he de quedarme en este.  
(*Señala el suyo, y éntrase en él.*)

## ESCENA XX.

CELIA, *sin ser vista* de DON JUAN ni OTÁÑEZ.

CELIA. (Ap.)

Pues ¿cómo sin acordarse  
Don Diego de que me tiene.  
Aquí, en su cuarto se ha entrado?  
Sin duda, volviendo á verme  
Adonde me dejó, y viendo  
Que faltaba, le parece  
Que me fui sin esperarle.

DON JUAN.

Hoy tengo de recogerme  
Temprano, porque Lisarda  
No se enoje.

CELIA. (Ap.)

Si ha de verme  
Don Juan, mejor es contarle  
Lo que ha pasado; no lleguen  
A echarme ménos en casa,  
Que es ya muy tarde.

## ESCENA XXI.

CASTAÑO, *y luego*, DON FELIX.—  
DON JUAN, CELIA.

CASTAÑO.

Aquí viene  
Un cahallero á buscarte.

DON JUAN.

¡A estas horas! Dile que entre.

CASTAÑO.

Entrad.

(*Sale Don Félix.*)

DON FÉLIX.

A solas importa

Hablaros.

CELIA. (Ap.)

Mi hermano es este.

DON JUAN.

Salíos los dos, y dejad  
La luz sobre ese bufete.  
(*Vanse Otáñez y Castaño.*)

## ESCENA XXII.

CELIA, DON FELIX, DON JUAN.

CELIA (Ap.)

En extraño aprieto estoy.  
Ni á salir puedo atreverme.  
Ni estar aquí. Aquí me escondo  
Hasta que se vaya Félix.  
(*Entrase por una puerta lateral, quedándose detras de ella.*)

DON JUAN.

Ya estais solo. ¿Qué traeis?  
Hablad.

DON FELIX.

Si haré, si pudiere.

DON JUAN.

Apasionado venís.  
Mejor estaréis en este  
Cuarto; entrad donde os sentéis.

CELIA. (*Al paño*)

¡Ay de mí, si llega á verme!

DON FELIX.

No he venido tan despacio:  
Escuchad, yo seré breve.  
Don Juan, si sois mi amigo,  
Y si, de que lo soy vuestro, es testigo  
Aquesta casa, donde (voz no tengo)  
Vos me buscasteis, y á buscaros vengo  
(Que en un diano mas están trocados  
En los dos con la casa los cuidados),  
Oídme, aunque parezca villanía  
Venir tan puntual la pena mía  
A cobrar una deuda á que obligado  
Estais.

DON JUAN.

A todo estoy determinado.  
Decidme, ¿qué mandais?

DON FELIX

Una fineza

Digna de ese valor y esa nobleza.

DON JUAN.

Decid pues qué queréis.

DON FELIX.

Que si habeis hecho  
Mas diligencias, como yo sospecho,  
De saber de Don César, homicida  
Que á vuestro primo le quitó la vida:  
Si habeis rastreado (¡ay cie' os!) ó sabido  
Dónde en todo Madrid está escondido,  
Pues le habeis de buscar determinado...

DON JUAN.

¿Qué?

DON FELIX.

Que habeis de llevarme á vuestro lado.

DON JUAN.

Eso, Félix, yo habia  
De pediróslo á vos

DON FELIX.

La pena mía [te!]  
Esto os ruega, porque (¡desdicha fuer-  
Me importa mas que á vos darle la muer-  
DON JUAN. [te.

Pues ¿qué os ha sucedido  
Con él de anoche acá, que os ha movido  
A salir solo á esto?

DON FELIX.

Yo os dijera

La causa, si la causa lo sufriera;  
Que pronuncian de un noble (¡ay Dios!)  
[los labios,  
O mal ó tarde ó nunca los agravios.

DON JUAN.

¡Agravios, Félix?

DON FELIX.

Si

DON JUAN.

No sois mi amigo,  
Si mas claro no hablais aquí conmigo.

DON FELIX.

[lucha.

Si hablaré, aunque el honor con la voz

DON JUAN.

Hablad, pues otro vos solo os escucha.

DON FELIX.

Yo tengo (dudo ¡ay Dios! como lo diga)  
Una aleva, una liera, una enemiga,  
Una injusta tirana,  
Una (¿qué sirven frases?), una hermana:  
Ya lo dije, y en la ansia que me allige,  
Solo es consuelo ver que á vos lo dije.  
Esta, pues, causa liera  
De que yo desde Italia me viniera,  
En Madrid me ha tenido,  
Hermano con cuidado de marido:  
¡Mal haya parentesco tan injusto, [to!  
Que es tan todo al pesar, tan nada al gus-  
Que otros celosos tienen ocasiones  
De engañar con halagos sus pasiones:  
Mas no un hermano, que entre sus des-

Halagos no halla en que engañar sus ce-  
[los.

En fin, anoche á Celia (ya lo visteis)  
Llevé á una casa: vos testigo fuisteis.  
Pues hoy de ella ha faltado (¡ay enem-  
[ga!)

Diciendo que iba á ver á cierta amiga,  
Y volviendo por ella,  
No estaba de visita ya con ella.

La amiga pues turbada  
Dijo que de su casa disfrazada  
Salió, porque la dijo ser su intento  
El irme á ver á mí al retraimiento;  
Y que importaba mucho sola fuese,  
Porque al verla, de mí nadie supiese.  
Diréis que esta desdicha ¿en qué ha to-  
[cado

A César? Pues del nace mi cuidado.  
Cuando en la guerra yo de paz gozaba,  
El dueño de la casa en que yo estaba,  
Me escribió que la muerte, [te  
Cuerdo solicitud é inquirid sabio  
Dónde está. Deudos tiene, amigos tiene,  
Y buscarle entre todos nos conviene;  
Que yo desesperado, [do,  
Ya que tan claramente aquí os he habla-  
Me voy huyendo, porque en tanto abis-  
[mo,

Aun yo tengo vergüenza de mí mismo

DON JUAN.

Esperad, que no tengo de dejaros  
Ir solo, y es preciso acompañaros.  
(*Vanse los dos, y dice Don Juan dentro:*)  
Cerrad, ¡hola, esta puerta, [ta.  
Y hasta que vuelva yo, á nadie esté abier-

## ESCENA XXIII.

CELIA, y luego LISARDA y BEATRIZ.

CELIA. (*Saliendo tapada.*)

¿Habrà, cielos, mas desdichas?

¿Habrà, cielos, mas temores

Que en mí agravio se conjuren,

Que en mí daño se convoquen?

¿Qué he de hacer aquí?

(Salen medio vestidas Lisarda y Beatriz.)

LISARDA.

¿Qué dices,

Beatriz?

BEATRIZ.

Digo lo que oyes.

LISARDA.

¿Don Juan ha vuelto á salir  
De casa á la media noche?

BEATRIZ.

Sí, señora.

CELIA. (*Ap.*)

Mas ¿qué dudo  
Estas ciegas confusiones,  
Si no...? Mas ¡ay de mí!

LISARDA. (*Repara en Celia.*)

Aguarda.

BEATRIZ.

Pues ¿qué hay que así te alborote?

LISARDA.

¿Quién ercs?

CELIA.

Una mujer.

LISARDA.

¿A quién buscas aquí?

CELIA.

A un hombre

LISARDA.

Descúbrete.

CELIA.

No haré.

BEATRIZ. (*A voces.*)

Esta

Es sin duda...

LISARDA.

No dés voces.

BEATRIZ.

La que me hurtó mi vestido.

(Celia huye)

LISARDA.

Huyendo de mí se esconde.

BEATRIZ.

No entres allá, sin llamar  
Gente.

LISARDA.

¿Qué poco conoces  
De celos! Toma esa luz.  
Donde hay celos, no hay temores.  
(*Entranse las dos tras Celia.*)

## ESCENA XXIV.

DON CESAR. (*A oscuras.*)

Ya que, tan quieta la casa,  
Ruido ninguno se oye,  
Saldré, pues que tengo llave  
Con que abrir, para ir adonde  
Repare el daño de Celia,  
Que escuché. ¿Ahora estáis torpes,  
Piés? Mirad, que las desdichas  
Tienen pasos de ladrones.  
La puerta hallé ya. ¡Adios, pues,  
Infelices confusiones  
De un desdichado! ¡Ay Lisarda!  
Goza feliz tus amores,  
Sin verlo yo.  
(*Al abrir la puerta Don César. entra Don Juan.*)



## ESCENA XXV.

DON JUAN.—DON CESAR, *embozado.*

DON JUAN.

¿Quién va allá?

DON CESAR. (Ap.)

¡Ay de mí!

DON JUAN.

¿Quién es?

DON CESAR.

Un hombre.

DON JUAN.

¿Qué hombre en esta casa?

DON CESAR.

Uno,

Que si el mundo se le opona,  
Ha de salir, sin que nadie  
Le conozca, ni lo estorbe.

DON JUAN.

Si hiciera, á no ser yo quien  
A estorbarlo se dispone.

## ESCENA XXVI.

CELIA, *que vuelve á salir, seguida de LISARDA.* — DON CESAR, DON JUAN; *después, BEATRIZ.*

LISARDA.

Tengo de verte la cara.

CELIA.

No harás, aunque á eso te arrojes.

LISARDA Y DON JUAN.

¿Cómo has de estorbarlo?

DON CESAR Y CELIA.

Así.

(*Mata Celia la luz, y sacan Don César  
y Don Juan las espadas, y riñen.*)

BEATRIZ. (Dentro.)

Ruido de espadas se oye.

DON CESAR. (Ap.)

Alhorotada la casa  
Está : vuelvo á entrarme donde  
No me vean.

LISARDA.

¡Hola! luces.

CELIA. (Ap.)

El mismo secreto logre,  
Escondiéndome en él.

DON JUAN.

No

Te siguen mis pies veloces  
Por no dejar esta puerta.

(Colócase á una.)

LISARDA.

Porque la puerta no tomes,  
Bella no me he de apartar.

(Pónese en la otra.)

DON JUAN.

Traed luces.

LISARDA.

¿Nadie me oye?

DON CESAR. (Bajo.)

¿Quién va?

CELIA.

¿César?

(*Entranse Lisarda y Don Juan por las  
puertas de los lados, y Don César.  
y Celia por la de la escalera.*)

DON CESAR.

Si. Entra, Celia,  
Y en la escalera te esconde.

## JORNADA TERCERA.

## ESCENA PRIMERA.

DON CESAR, *que sale de la escalera,  
y saca á CELIA, desmayada.*

DON CESAR.

Apénas...—Sin reparar

Mis desdichas en la ociosa

Murmuración del que diga

Que no está bien á la honra

De Celia haberse ocultado,

Iré pasando por todas

Estas calumnias injustas,

Atento á su vida sola.—

Desmayada ó muerta, en fin,

Ha estado apénas un hora

Aquí, rendida, ya al susto

De que á su hermano le oiga

Que le ha de dar muerte, ya

A la pasión rigurosa

De verse en ajena casa,

Donde sus peligros nota.

¿Ay amor! ¿qué medio pueden

Darme mis ansias dudosas?

Llamar á quien con piedad

La vida á Celia socorra.

No es posible. Pues dejarla

Morir sin remedio y sola,

Será crueldad. Si de cuantos

Oyeren después mi historia,

Alguno ha de haber que diga

Qué tuve que hacer, no esconda

Su ingenio, sino anticipe

El consejo á la congoja.

Irme y dejarla es bajeza,

Y mas habiendo ella propia

Venido á darme la vida.

Declararme, es acción loca.

Si á darme la libertad

Has venido, ó Celia hermosa,

¿Cómo eres tú misma, cómo,

La que me la quita ahora?

¿En quién hallaré consuelo?

Mas á una persona sola

Me puedo fiar. Beatriz,

En quien mi pena amorosa

Halló favor, ó le hallaron

Mis dádivas generosas,

Valerla podrá; que en fin

Cualquier mujer es piadosa,

Y de la que está afligida,

El mejor médico es otra.

Yerre ó acierte, á ella quiero

Declararme; que aunque ponga

A riesgo todo el secreto,

¿A qué mas riesgo que ahora,

Puede estar entónce? Haga

Leal á mi pena traidora:

Este medio elijo, pues

No me dan otro que escoja;

Y pues aclarando el día

Viene en brazos de la aurora,

A buscar voy un remedio.

Ya vuelvo, Celia, perdona.

(Déjala sentada, vase, y vuelve ella en st.)

## ESCENA II.

CELIA.

¡Ay de mí! mi propio aliento

Es el que hoy mas me ahoga,

Pues aun para respirar

Le niega al pecho la boca.

Sin vida estoy y con alma,

Toda viva y muerta toda:

¿A quién dieron sus desdichas

En aire á beber ponzoña?—

César... ¿Si acaso...? ¿qué es esto?

Fuera del tabique y sola

Estoy sin hablar con nadie,

Que me escuche y me responda.

¿César, César me ha dejado!

¡Hase ido, es cierta cosa;

Pues él de aquí no saliera,

Con tal riesgo su persona,

Sino para irse. ¿Qué dudan

Mis desdichas, ó que ignoran,

Pues dos veces serán ciertas,

Por ser desdichas y propias?

¿Ay ingrato! ¿Qué, primero

Que á mí, tú en salvo te pongas?

¿Qué he de hacer? Si hablo á Lisarda,

Estando de mí celosa,

Es error: si á Don Juan hablo,

Sieudo Don Juan quien hoy toma

A cargo el honor de Félix,

Es aventurarme loca:

Solo á Don Diego pudiera

Decir ménos temerosa

Todo el suceso; que al fin

Es noble, y solo á la sombra

De las canas, el honor

Seguramente reposa.

Esto es, si no lo mejor,

Lo ménos malo... aunque ahora

Ejecutarse no pueda,

Porque ya una puerta y otra,

De Lisarda y de Don Juan,

Abren. Otra vez me esconda

Este sepulcro, que yo,

Al rigor de mis congojas,

Como gusano de seda,

Fabriqué para mi propia.

(Éntrase en la escalera.)

## ESCENA III.

LISARDA, y BEATRIZ, DON JUAN  
y CASTAÑO, *por las puertas de los  
lados.*

LISARDA. (A Beatriz)

Mira si está ya vestido

Mi padre. (Ap. ¡Triste cuidado!)

DON JUAN. (A Castaño)

Mira si está levantado

Don Diego. (Ap. ¡Pierdo el sentido!)

BEATRIZ.

En su aposento hay ruido.

CASTAÑO.

Ruido en su cuarto sentí.

LISARDA. (Ap.)

Contaréle lo que vi.

DON JUAN. (Ap.)

Sin declararle por qué,  
Licencia le pediré.

LISARDA.

¿Es Don Juan?

DON JUAN.

¿Lisarda?

LISARDA.

Si.

DON JUAN.

¿Qué es esto? ¿tan desvelada  
Te tiene aquel embozado...

LISARDA.

¿Tan necio á tí te ha dejado  
Aquella dama tapada...

DON JUAN.

Que á estas horas levantada  
Estás?

LISARDA.

Que me hables así?

DON JUAN.

Yo digo lo que yo vi.

LISARDA.

Yo digo lo que vi yo.

DON JUAN.

Y esto ¿no es mentira?

LISARDA.

No.

Pero esotro ¿es verdad?

DON JUAN.

Sí.

LISARDA.

Mira no me bagas, Don Juan,  
Perder el juicio, por Dios.

DON JUAN.

Perderémosle los dos,  
Si en eso tus cosas dan.

LISARDA.

Pues que presentes están  
Solo los que han entendido  
Todo lo que ha sucedido,  
Hablemos con mas acuerdo.

DON JUAN.

¿Cómo he de hablar, cuando pierdo  
De imaginarlo el sentido?

LISARDA.

Pues ¿qué viste?

DON JUAN.

Un hombre vi;

Que deste cuarto salia,  
Y con una llave abría.

LISARDA.

Pues escucha ahora.

DON JUAN.

Dí.

LISARDA.

Si ayer, Don Juan, vine aquí,  
¿Qué tiempo tuve, Don Juan,  
Para dar á ese galán  
Llave del cuarto? ¿No ves  
Cuánto mejor pensar es  
Que son ladrones, que están  
Mas hechos á esos excesos?

DON JUAN.

No son en las ocasiones  
Tan valientes los ladrones.

LISARDA.

Valientes hacen sucesos,  
Y ayuda tambien á esos  
Discursos haber habido  
Un hurto, si ya no ha sido,  
Que quieres decir tambien  
Que mi galán era quien  
Hurtó á Beatriz el vestido.

BEATRIZ.

Y nuevo.

LISARDA.

Mas fundamento  
Hubiera en lo que vi aquí.

DON JUAN.

¿Qué viste?

LISARDA.

Una mujer vi

Recogida en tu aposento.

DON JUAN.

¿Fuera tal mi atrevimiento,  
Que yo á tu casa trajera  
Mujer la noche primera  
Que era huésped?

LISARDA.

Quien le tiene  
Tal, que á media noche viene,  
Tenerle en todo pudiera.

DON JUAN.

Si de una á otra queja pasa,  
Ambas las he de amparar.  
¿Qué habia de ir á buscar,  
Si estaba mi dama en casa?  
Luego suerte tan escasa  
Bien claro te da á entender  
El que yo tuve que hacer  
Otra cosa, ó que no ha sido  
Mi dama la que he escondido,  
Pues que fuera la iba á ver,  
Si no soy tan infeliz,  
Y tengo tan mala fama,  
Que presumas que mi dama  
Le hurtó el vestido á Beatriz.

BEATRIZ.

Y sin ponerle.

LISARDA.

Un matiz

Viste con igual porfia  
Tu queja y la mia este dia:  
¿Por qué dirá quien arguya:  
«Para creida la tuya,  
Para dudada la mia?»

DON JUAN.

Porque no tiene en la ira  
Tan grande facilidad  
El decir una verdad,  
Como oír una mentira:  
Fuera de que si se mira  
Igual la queja al dolor,  
Aun en lo igual es mayor  
La mia, y apurar es justo  
Que la tuya toca al gusto,  
Lisarda, y la mia al honor.

LISARDA.

Bien sabe mi vanidad  
Que de tal hombre no sé.

DON JUAN.

Verdad cuanto dije fué.

LISARDA.

Será de otra calidad  
Tu verdad de mi verdad.

DON JUAN.

Sí, que en mi duda el honor.

LISARDA.

En mi acredita el valor.

DON JUAN.

Yo sé que un hombre he encontrado.

LISARDA.

Yo que una tapada he hablado.

## ESCENA IV.

DON DIEGO.—Dichos.

DON DIEGO.

¿Qué es esto?

LOS DOS.

Nada, señor.

DON DIEGO.

¿Tan presto los dos (¡ay Dios!)  
Levantados? Don Juan ¿Pues  
Tan mal hospedaje es  
Esta casa para vos,  
Y aun para ti, que los dos  
Estais á esta hora vestidos?

DON JUAN.

(Ap. Disimulen mis sentidos.)  
¿No miras que, desvelados,  
Mal amorosos enuidados  
Consienten ojos dormidos?

LISARDA.

Si á mí me estuviera bien,  
La misma respuesta diera.

DON JUAN. (Ap.)

¡Oh! quién creerla pudiera!

LISARDA. (Ap.)

¡Oh! quién no dudarla, quien!

DON DIEGO.

La disculpa está muy bien  
Fundada, y porque veais  
Si en obligacion me estais,  
Para sacar, madrugué,  
Una licencia con que  
Hoy desposaros podais,  
De las amonestaciones  
Supliendo la dilacion.

DON JUAN.

Yo estimo como es razon  
Las muchas obligaciones  
En que cada dia me pones;  
Pero basta haber traído  
La dispensa que ha suplido  
El parentesco, y no es bien  
Hacer dispensar tambien  
El tiempo que...

LISARDA.

Y yo te pido  
Que lo dilates, señor,  
Todo cuanto tú pudieres.

DON DIEGO.

Si esto pides, y esto quieres,  
Aun nunca será mejor.  
Pero pareceme error  
Madrugar para tan vana,  
Tan inútil, tan liviana  
Pretension; y en fin, si no  
Quereis hoy casaros, yo  
Quizá no querré mañana.

DON JUAN.

Yo, señor, siempre...

LISARDA. (Ap.)

¡Ay de mí!

DON JUAN.

Me tendré por muy dichoso  
En ser de mi prima esposo.  
Excusarte pretendi  
Nuevos cuidados, y así...

DON DIEGO.

Claro está, que no habrásido  
Otra la causa que ha habido,  
(Ap. á él. Porque, aquí para los dos,  
Ni me la dijerais vos,  
No, ni yo la hubiera oído.) (Vase.)

## ESCENA V.

CASTAÑO.—LISARDA, DON JUAN,  
BEATRIZ.

LISARDA.

Bien ves cuán necio has estado.

DON JUAN.

¿Has tú acaso, por tu yida,  
Estado mas entendida?

LISARDA.

Sí, pues he disimulado  
Tanta parte á mi cuidado.

DON JUAN.

Yo no sé disimular  
A mi costa mi pesar.  
Y hasta que sepa despues  
Quién el embozado es,  
No me tengo de casar.

(Vanse Don Juan y Castaño.)



## ESCENA VI.

LISARDA, BEATRIZ.

LISARDA.

Cielos, ¿habrá sufrimiento  
Para tanta sinrazon?  
¿Sospechas en mi opinion!  
¿En mi fe deslucimiento,  
Cuando mi honor, siempre atento  
A su vanidad, ha sido  
Risco del mar combatido,  
Roble del viento azotado,  
Donde uno y otro euidado  
Se quedaron con el ruido!  
Digalo aquel que, sitiada<sup>1</sup>,  
Por agua y viento movida,  
De lágrimas combatida,  
De suspiros asaltada,  
En vano solicitada,  
La admiró sin titubear;  
Que al temer y al suspirar.  
No la hicieron movimiento,  
Ni las ráfagas del viento,  
Ni las ondas de la mar.

BEATRIZ.

Sentir, señora, es error,  
Las cosas con tanto extremo.

LISARDA.

A nadie mas que á mi temo.

BEATRIZ.

Entra en este tocador  
A aderezarte mejor,  
Que ya de ir á misa es hora.

LISARDA.

Poco gusto tengo ahora  
De toearme: así me iré.  
Dame tú el manto, porque  
No he de ir tarde así.

BEATRIZ.

Señora,  
El manto está aquí, que yo  
Limpiándole ahora estaba.

LISARDA.

Poule, y ponte el tuyo: acaba,  
Y llama á Otáñez.

(*Pónle Beatriz el manto, y vase.*)

## ESCENA VII.

LISARDA, y luego, DON CESAR.

LISARDA.

¿Quién vió  
Mas pesares? ¿En mi halló  
Entrada indio tan grave?  
Mas ¡ay! que no hay quien se alabe  
De que se libró á esta ofensa,  
Donde es viejo que se piensa,  
Mas que virtud que se sabe.  
¿Hombre en mi casa escondido,  
Que pudo dar tal euidado!

(*Siéntase en una silla, quedase suspensa, y sale Don César.*)

DON CESAR.

Ocasión de hablar no he hallado  
A Beatriz; pero harto ha sido  
No ser de nadie sentido,  
Y vuelvo (¡ay Dios!) porque no  
A Celia, que aquí quedó  
Desmayada, hallen aquí —  
¿Todavía estás así,  
Mi bien?

LISARDA.

¿Quién me habla así?

<sup>1</sup> Ni fe.

DON CESAR.

Yo.

LISARDA.

¿Pues tú, Don César...

DON CESAR.

¿Qué azar!

LISARDA.

¿En mi casa?

DON CESAR.

¿Qué temor!

LISARDA.

¿Tú en mi cuarto?

DON CESAR.

¿Qué rigor!

LISARDA.

Responde.

DON CESAR.

No acierto á hablar,

Porque helado...

LISARDA.

¿Qué pesar!

DON CESAR.

El labio...

LISARDA.

¿Qué sinrazon!

DON CESAR.

Enmudece...

LISARDA.

¿Qué traicion!

DON CESAR.

Y al verte...

LISARDA.

¿Qué atrevimiento!

DON CESAR.

Le falta aliento al aliento,  
Y razon á la razon.

LISARDA.

¿Cómo, di, el rostro encubierto  
Tuviste (¡ay cielos!) tuviste,  
Cuando la vida me diste,  
Y no ahora que me has muerto?  
Erradas, César, advierto  
Tus acciones, por indicios  
De trocados ejercicios,  
Pues hacen tu voz, tus labios,  
Cara á cara los agravios,  
Pero no los beneficios.  
Si cuando mas me adoraste,  
De mí mas dejado fuiste;  
Si del todo me perdiste  
Cuando á mi hermano malaste,  
Baste ya, Don César, baste  
La porfia; que esta fué  
Tu estrella: ya me ease,  
Ya no te queda esperanza.  
Si no vienes por venganza,  
Di, ¿por qué vienes, por qué?  
Hable tu temeridad.

DON CESAR. (Ap.)

¿Cómo la he de responder?  
Pues euando yo quiera haer  
Virtud la necesidad,  
Eehando á su voluntad  
La culpa para moverla,  
Celia, (pues no llegó á verla)  
Cobrada al desmayo, está  
Sin duda oyéndome ya.  
¿Oh qué tirana es mi estrella!

LISARDA.

¿Qué diées?

DON CESAR.

Si yo supiera  
Decir á lo que he venido,  
Mi discurso enmudecido,

¿Qué buen retórico fuera!  
Solamente considera,  
Pues que yo mismo lo ignoro,  
Pues no lo digo y lo lloro,  
Que vendré en mal tan severo,  
O á vivir con lo que quiero,  
O á morir con lo que adoro.  
Si está en esta casa el bien  
Que yo adoré, y yo perdí...

LISARDA.

César, no me hables así,  
Que ya no es justo, ni es bien:  
Cobarde la voz deten,  
Y dime si anoche fuiste  
El que á esta casa veniste  
A darme la muerte.

DON CESAR.

No.

LISARDA.

Pues déte dos vidas yo  
Por una que tú me diste.  
Vete ya de aquí, porque  
Si mi padre, ó si mi primo,  
A quien como esposo estimo,  
Ya uno ó ya otro te ve,  
Es fuerza que yo les dé  
Satisfacción.

DON CESAR. (Ap.)

¿Qué esto haya!

Parad, desdichas, á raya.

LISARDA.

Véte ántes que á verte lleguen.

DON CESAR. (Ap.)

¿Quién crerá que ya me rueguen  
Que me vaya, y no me vaya,  
Pues no he de dejar en tal  
Peligro á Celia?

## ESCENA VIII.

BEATRIZ, alborotada. — LISARDA,  
DON CESAR.

BEATRIZ.

¿Ay señora!

¿Esto tenemos ahora?

LISARDA.

¿Qué hay, Beatriz? ¿es otro mal?

BEATRIZ.

Pendencia hay en el portal,  
Y en las voces y el rumor  
Es...

LISARDA.

¿Quién?

BEATRIZ.

Don Juan mi señor,  
Con un hombre que ha encontrado  
En la calle.

DON CESAR. (Ap.)

Mi cuidado

Siempre viene á ser mayor.

LISARDA. (Ap.)

¿Ay de mí! Si ve salir  
De aquí á Don César Don Juan,  
A evidencia pasarán  
Sus sospechas. Pues decir  
Que él se ha atrevido á venir,  
Sin mí, á estar aquí conmigo,  
Haciendo á mi honor testigo,  
Otra sospecha es cruel,  
Pues no se viniera él,  
En casa de su enemigo,  
A no tener ocasión  
Mayor, que á esto le obligara.

DON CESAR.

Déjame salir.

LISARDA.

Repara

Que estoy en gran confusion.  
— Mi opinion por mi opinion  
Hoy aventurar intento.—  
Llévate tú á tu aposento.

DON CÉSAR.

Mas seguro aqui estaré.  
Déjanle aqui.

LISARDA.

¿Para qué?

Que esto es público á mi intento.

DON CÉSAR. (Ap.)

Si le descubro el secreto,  
No sé despues lo que hará  
Por librarse; y pues está  
Libre Celia deste aprieto,  
Callarle quiero en efeto.

BEATRIZ.

Ya sube por la escalera  
Don Juan con otros.

LISARDA.

¿Qué espera

Tu vida? Escóndete pues  
Por mi honor, hasta despues.

DON CÉSAR.

Solo por tu honor lo hiciere.  
(Vase con Beatriz Don César.)

## ESCENA IX.

OTAÑEZ y CASTAÑO, que traen agarrado á MOSQUITO; detras, DON JUAN. — LISARDA.

DON JUAN.

Traedle los dos desta suerte,  
Hasta que en este aposento  
Diga dónde está su amo.

MOSQUITO.

Séame testigo el cielo  
De que se han hecho justicia  
Sin vara y sin mandamiento.  
¿Cómo me pueden prender  
Vuestras mercedes?

LISARDA.

¿Qué es esto?

MOSQUITO.

Dos alguaciles, señora,  
Porfian, á lo que entiendo  
(Por no decir que hacen punta,  
Pues á estirones me han muerto),  
En traerme aquí, sin saber  
Por qué.

LISARDA. (Ap.)

¡Ay de mí! ya sospecho

La causa. Aqueste es criado  
De César: cuando aqui dentro  
Entró, se quedó en la calle,  
Adonde le conocieron.

DON JUAN.

Yo te diré lo que ha sido.  
Este hombre que traemos,  
Es de Don César criado.

LISARDA. (Ap.)

Bien discurri yo en lo cierto.

DON JUAN.

Pasaba por esta calle  
Mirando y reconociendo  
Esta casa; y es sin duda,  
Que estando aquí de secreto  
César, y habiendo sabido,  
Que yo le busco resuelto,  
Envía á saber mi casa  
Para matarme; y yo quiero

Que este criado me diga  
Dónde está su amo...

LISARDA. (Ap.)

Hoy muero,

Si él lo dice.

DON JUAN.

Porque yo  
Madrugue y mate primero.  
Metile en este portal,  
Donde amenazas y ruegos  
No han torcido su lealtad,  
Y así, por fuerza pretendo  
Que me lo diga, pues hoy  
He de matarle, si luego  
No dice dónde esta César.

MOSQUITO. (Ap.)

Yo lo dijera bien presto,  
Si no me hubieran traído  
Donde él mismo me está oyendo.

DON JUAN.

¿Dónde está tu amo? Dilo.

MOSQUITO.

Sí diré.

LISARDA. (Ap.)

¡Válgame el cielo!

Hoy acabará mi vida,  
Si dice que está aqui dentro.

MOSQUITO.

No está muy léjos de aquí.  
(Ap. Y es verdad.)

LISARDA. (Ap.)

¡Ay de mí!

DON JUAN.

Ea, presto:

Dilo pues.

MOSQUITO.

En Portugal

Entretenido le dejó  
En ver unos folijones,  
Que le dan mucho contento.

DON JUAN.

Si yo sé que está en Madrid,  
Y que ha venido encubierto  
Tres dias há, que se apeó  
En una posada, y luego  
Sé que Celia está con él,  
¿Cómo solicitas, necio,  
Encubrirlo?

MOSQUITO.

Pues ¿hay mas

De que me dé un tormento?  
¿Quién querrá hacerse verdugo,  
Ya que lo demas se han hecho,  
Sin más títulos?

DON JUAN.

Yo sé

Lo que se ha de hacer en esto.  
Palabra á Félix he dado,  
Que en público ni en secreto  
No haré diligencia alguna,  
Sin darle cuenta primero,  
Como mas interesado  
En la venganza que emprendo;  
Y así me importa avisarle  
De que á este criado tengo  
En mi poder: y entre tanto  
Que aqui con Don Félix vuelvo  
(Que en un coche será fácil),  
Quedará en este aposento,  
Ó retrete, que al fin es  
Mas recogido y secreto,  
Pues que solo tiene paso  
A mi cuarto; y así, cierra,

Un baile.

Porque hasta hablar á mi ango,  
El larce apurar no puedo.

(Cierra la puerta de su cuarto.)

LISARDA.

(Ap. ¿Quiera el cielo que se vaya,  
Porque pueda en este tiempo  
Echar á Cesar de casa!)  
Don Juan, en todo obedezco.

DON JUAN.

Dejadle solo los dos.  
Y a que nadie salga atentos,  
No os quitéis de ese portal.

CASTAÑO.

En él, señor, estaremos,  
Para que ninguno entre,  
Ni el bergante salga.

MOSQUITO.

Quedo;

Que prender pueden ustedes,  
Mas no hablar mal, caballeros.

DON JUAN.

Tú, si la verdad no dices,  
Morirás: solo te dejo  
A que pienses lo mejor:  
Aconséjate á ti mismo.  
O el secreto descubrir,  
O dar la vida á este acero.  
(Vanse todos, cerrando la otra puerta.)

## ESCENA X.

MOSQUITO.

¡Dar á este acero la vida,  
O descubrir el secreto!  
¡Y aconséjate contigo!  
Aqueste es, viven los cielos,  
Un lance muy apretado.  
Pero ¿qué dudo, ni temo,  
Si la cárcel donde estoy,  
Es la misma que le dieron  
A mi amo sus desdichas?  
Y que él lo sabe ya es cierto,  
Pues esperando estará  
La diligencia que dejó  
Hecha, para aventurarse  
A salir. Llamarle quiero. —  
¡Ah de la escalera! Bien  
Puedes salir sin recelo,  
Que yo solo estoy aqui,  
Porque no es nadie mi miedo.

## ESCENA XI.

CELIA, que sale tapada por la puerta  
de la escalera. — MOSQUITO.

CELIA. (Ap.)

Fuerza es abrir, porque no  
Dé mas golpes este necio,  
Y porque razon me falta.

MOSQUITO.

Señor, ¿pues qué ha sido esto?  
¿Has hurtado otro vestido  
Para salir encubierto  
Como yo? Has hecho muy bien;  
Que vive aqui un señor viejo  
Que anda sacando mujeres  
Con grandísimo respeto.  
Ni una mano me tomó  
Pero las burlas dejemos:  
¿Has sabido lo que pasa?  
Habla. ¡Vive Dios! ¿qué es esto?

CELIA.

¡Ay de mí!

MOSQUITO.

La voz tambien

Has hurtado, á lo que entiendo,



Con el vestido. ¿Has estado  
Acaso en munda este tiempo?  
Porque yo te dejé bajo,  
Y tiple, señor, te encuentro.  
Mas ¿cuánto va que Lisarda  
Agradecida á aquel tiempo  
Que la quisiste, te ha dado?...  
CELIA.

Calla, que aqueso me ha muerto.

MOSQUITO.

¡Santo Dios! ¡Mujer es esta!  
Yo mil veces he oído un cuento  
De una monja, á quien salió  
Una escupidura, haciendo  
Una fuerza, y que de monja  
Quedó monjo en un momento;  
Pero de un galán hacerse  
Una dama, no me acuerdo  
Haberlo visto en mi vida.

CELIA.

Calla, si no quieres, necio,  
Que te dé muerte mi rabia.

MOSQUITO.

¿Celia?

Si.

CELIA.

MOSQUITO.

Pues ¿qué es aquesto?

CELIA.

Es haber venido á ver,  
De mi honor y vida al riesgo,  
La mayor traición de un hombre:  
Harto así te lo encarezco.  
César á quien vine á dar  
La vida, en pago me ha muerto;  
Que sabiendo que yo estaba  
En tan riguroso aprieto,  
Me dejó por declararse  
Con Lisarda, donde ¡ay cielos!  
Le oí decir que era su amor  
El que le trajo á este puesto.  
Salir quise, cuando oí  
Las gentes que te trajeron,  
Y disimulé, á pesar  
De mi amor y de mis celos,  
Hasta que tú me llamaste.

MOSQUITO.

¿Y mi amo?

CELIA.

Estará á este tiempo  
Dando quejas á Lisarda.

MOSQUITO.

¿De qué?

CELIA.

De su casamiento.  
Mas porque no se dilaten  
Los inconvenientes nuestros,  
He de decir la verdad  
A voces, porque con esto,  
Desengañado Don Juan  
De sus bien fundados celos,  
Y asegurada Lisarda,  
Los mire César mas presto.

MOSQUITO.

¿Ahora de celos te acuerdas  
Ni de amor, cuando tenemos  
Mas cosas á que acudir,  
Que agentes con muchos pleitos?

CELIA.

Pues dime tú, ¿cómo fué  
El venir tú aquí?

MOSQUITO.

Encubierto  
Salí de aquí: á Don Rodrigo,  
De César amigo y deudo,  
Avisé de todo el caso,

Porque viniese resuelto  
A guardarle las espaldas  
Esta noche; él para hacerlo  
Me dijo que le enseñase  
La casa en que estaba; pero  
Que no pasásemos juntos  
Por ella los dos. Con esto  
Venimos por las dos ceras,  
Y yo quedémola viendo,  
Porque él reparara en ella.  
Pasó adelante; á este tiempo  
Don Juan venia á su casa;  
Conocióme, y muy soberbio  
En su portal me metió.  
Negar quise, y en efecto  
El y todos sus criados  
A esta parte me trajeron,  
Donde pensé que él estaba  
Todavía, y donde al juego  
Desta escalera he jugado  
Mete-ruin, y saca-bueno.

CELIA.

¿Y qué hemos de hacer ahora  
Los dos aquí?

MOSQUITO.

¿Qué sé de eso?

CELIA.

Antes que mi hermano venga,  
Llamar á esta puerta quiero,  
Y descubrirme á Lisarda  
De una vez, porque Don Diego  
En casa no está á estas horas;  
Que Lisarda por lo ménos  
Es mujer noble, y será  
Piadosa.

MOSQUITO.

Y es lo mas cierto

(Llama Celia á la puerta, y responde  
Beatriz.)

## ESCENA XII

BEATRIZ, *adentro* — CELIA, MOS-  
QUITO.

BEATRIZ.

Mosquito, no puedo abrirte  
(Sabe Dios si lo deseo).  
Porque se llevó Don Juan  
La llave; mas lo que puedo  
Asegurarte, es que César,  
Que ahora está en mi aposento  
Con mi ama hablando, no quiere  
Irse, dejándote dentro.

MOSQUITO.

Esta es Beatriz, la criada  
De Lisarda.

CELIA.

¡Nada, cielos,  
He de escuchar y he de ver,  
Que no sea otro tormento!

MOSQUITO.

Mira si puedes abrimme.—  
Que estoy con piedra sospecho,  
Pues es el abrimme cura.

BEATRIZ. (*Dentro*.)

Ya te he dicho que no puedo.  
Mucho me pesa de verte  
En tan riguroso aprieto;  
Pero no puedo llorar.

MOSQUITO.

Y yo, pícara, lo creo,  
Porque yo soy un pobrete  
A quien de lástima un tiempo  
Quisiste

BEATRIZ. (*Dentro*.)

A eso responderia;  
Pero no me toca hacerlo  
A quien encerrado garla.

CELIA.

Cerró el paso á mi remedio  
Llevarse Don Juan la llave,  
Y abríóle á mi sentimiento.

BEATRIZ. (*Dentro*.)

Encomiéndate, Mosquito  
A Dios; que Don Juan ha vuelto  
Con aquel amigo suyo,  
Que le buscó anoche.

CELIA.

¡Cielos!

Mi hermano es.

MOSQUITO.

Aquí, señora,  
Lo mejor es escondernos.  
Vivamos un rato mas,  
Mientras buscan el secreto.

CELIA.

Dices bien. Mas ¡ay de mí,  
Que tropezando, y cayendo  
Voy!

MOSQUITO.

Cerraré yo la trampa,  
Pues que no llegas á tiempo.

CELIA.

Hombre ruin, en fin.

(*Éntrase Mosquito, dejando á Celia  
fuera.*)

## ESCENA XIII

DON JUAN, DON FELIX.—CELIA.

DON JUAN.

Aquí.

Como os he dicho, le tengo  
Encerrado.

DON FÉLIX.

Pues cerrad

La puerta ahora por de dentro,  
Y quedémonos con él  
Solos; que viven los cielos;  
Que ha de decir de su amo,  
O hemos de dejarle muerto.

DON JUAN.

Ya veis el riesgo en que estáis,  
Hidalgo... Pero ¿qué es esto?  
¿Donde un criado dejé,  
Tapada una dama encuentro!

DON FÉLIX.

¿No me dijisteis, que estaba  
Cerrado en un aposento  
El criado, y que no habia  
Por donde salir?

DON JUAN.

Y es cierto.

DON FÉLIX.

No mucho, pues él se ha ido,  
Y una dama es la que vemos.  
DON JUAN.  
¡Vive el cielo, que la llave  
Llevé conmigo!

DON FÉLIX.

Apuremos

De una vez el desengaño.

(*Don Félix se queda junto á la puerta,  
y llega Don Juan á hablar á Celia.*)

DON JUAN.

Señora, aunque es el respeto  
Alma de un noble, tal vez

Rompe á las leyes el fuero  
La necesidad.

CELIA. (Ap.)

¡Ay triste!

DON JUAN.

Hoy es fuerza conoceros,  
Saber como estais aqui,  
Con qué fin, ó con qué intento;  
Que me costais dos pesáres  
Ya, si sois la que sospecho.  
Y he de saber, de un criado  
Que aqui quedó, qué se ha hecho,  
Cómo se hié y vos entrasteis.  
Descubrios, ó grosero  
Me haréis ser con vos.

CELIA. (Ap.)

Huir

Ya no puedo. Deteneos,  
Señor Don Juan, y advertid  
Que me debeis mas respeto  
Por quien sois, y por quien soy.

DON JUAN.

Ni os conozco, ni os entiendo.  
¿Quién sois? ¿Cómo estais aqui?  
¿Dónde el criado? ¿Qué es esto?

CELIA.

Tres cosas me preguntais,  
Y á dos he de responderos.  
Yo he venido á buscaros, [hablaros.  
Don Juan, porque me importa mucho  
Entrando en esta casa, vi que habia  
En este cuarto un hombre, y del salia.  
Presumiendo que fuera algun criado  
Vuestro, le pregunté por vos: turbado  
Me dijo el tal: «Aquí vendrá al momento.  
Si le habeis de esperar, á este aposento  
Entrad.» Dejéme en él, y por defuera  
Volvió á cerrar la puerta; de manera,  
Que la llave que él tuvo, acaso ha sido  
Causa de quedaryo, y haberse el ido.  
Con que respuesta le dado  
Al cómo estoy aqui, y él ha faltado.  
Quién soy y á lo que vengo,  
No lo puedo decir.

DON JUAN.

Pues de eso tengo  
Mas deseo, y es tanto, [bido  
Que no he de ir á buscarle, aunque es sa-  
que de casa no puede haber salido.  
Y así, quitad el manto  
Del rostro.

CELIA.

Ved, Don Juan...

DON JUAN.

Quitad el velo.

CELIA.

Lo que haceis, que soy yo.  
(Descúbrese.)

DON JUAN.

¡Válgame el cielo!

CELIA.

Para haceros hoy dueño [peño  
De mi honor os busqué; de aqueste em-  
Me sacad; que ya veis que si he venido  
Aqui, solo en confianza vuestra ha sido.  
Nada deciros quiero; [ro.  
Mi hermano es, mujer yo, y vos caballe-

DON JUAN.

¡Cielos! ¡en qué me miro!

DON FÉLIX. (Ap.)

Nuevo semblante ya en Don Juan admi-  
¿Quién será esta embozada, [ro.  
Que le asombra tapada y destapada?

DON JUAN. (Ap.)

¿Qué debo yo hacer aqui

En tan fiera, en tan tirana  
Ocasión como me vi?  
Celia, de Félix hermana,  
Viene á valerse de mí:  
Félix buscando á un traidor,  
Para alentar con valor  
Su venganza y mi venganza,  
Puso en mi la confianza  
De su vida y de su honor.

DON FÉLIX.

Grande confusion ha sido  
La que hoy en vos ha infundido  
Esa dama.

DON JUAN.

Si lo es,

Y tan grande, que despues  
De haberla vos prevenido,  
La habeis de hallar, os prometo,  
Mayor que la imaginais,  
Porque no cabe en conceto  
Humano lo que mirais,  
Que solo cabe en su efeto.

DON FÉLIX.

Pueda yo, Don Juan, tener  
Parte en tal pena, por ver  
Si en ella os puedo servir.

DON JUAN.

Ni yo os lo puedo decir,  
Ni vos lo podeis saber.

DON FÉLIX.

¿No soy vuestro amigo?

DON JUAN.

Si.

DON FÉLIX.

¿Y no soy noble?

DON JUAN.

Tambien.

DON FÉLIX.

Pues fíaos, Don Juan, de mí.

CELIA.

Don Juan, mirad que no es bien  
Que yo... (Habla aparte con él.)

#### ESCENA XIV.

DON DIEGO.—DON JUAN, DON FÉLIX.

DON DIEGO. (Dentro.)

Abrid, Don Juan, aqui,

DON JUAN.

Este es Don Diego.

DON DIEGO. (Dentro.)

Abrid, pues.

DON JUAN.

(Ap. Fuerza es preguntar quién es  
Esta dama, y si la mira,  
Lisarda hará su mentira  
Verdad: con esto despues,  
Si satisfacerla quiero  
Con decir quién es (hoy muero),  
Que está su hermano delante,  
Seré por ser buen amante,  
Ahora mal caballero.

Y así, nadie la ha de ver.)  
Don Félix, ¿esta mujer  
He de encubrir de Lisarda.  
Que este aposento la guarda,  
A nadie deis á entender.  
Entraos, mi señora, ahí.

CELIA. (Ap.)

Duélase el cielo de mí. (Éntrase.)

DON FÉLIX.

¿Quereis que entre á estarme yo  
Con ella?

DON JUAN.

No, por Dios, no,  
Don Félix.

DON DIEGO. (Dentro.)

¿No abris aqui?

DON JUAN.

Ya está abierto.

#### ESCENA XV.

DON DIEGO, CRIADOS.—DON JUAN,  
DON FÉLIX.

DON DIEGO.

¿Qué es aquesto,  
Don Juan? ¿Qué! ¿todavía andas  
Lleno de locos discursos,  
De imaginaciones varias?  
¿Dónde está aqueste criado?

DON JUAN.

Señor, cuando le buscaba  
Aqui, se habia ya salido  
Con alguna llave falsa.

DON DIEGO.

Tú te disculpas con eso  
Por no empañarme á mí en nada,  
Y haces mal, porque de nadie  
Puedes fiarte con tanta  
Satisfaccion. Perdonad,  
Caballero, que aunque haya  
De fiarse de vos Don Juan,  
Puedo con tal confianza  
Hablar.

DON FÉLIX.

Podeis con razon,  
Y nadie verdad tan clara  
Negará; pero el buscarne  
Don Juan es por otras causas,  
Que á mí en hallar á Don César  
Tambien, hoy, señor, me alcanzan.

DON DIEGO.

Pues decid, ¿qué habeis salido  
Los dos? que ya es excusada  
Diligencia aqui encubrirme  
El criado.

DON JUAN.

Si mi palabra  
Te doy de que cuando entré  
A buscarle aqui, no estaba...

DON DIEGO.

¿Cómo, si aquestos criados  
Nunca de la puerta faltan,  
Pudo salir? Id á ver  
Si se oculta dentro en casa,  
Por esa puerta, y nosotros  
Por esotra.

(Vanse los criados.)

#### ESCENA XVI.

LISARDA, BEATRIZ.—DON DIEGO,  
DON JUAN, DON FÉLIX.

(Don Diego se encamina á la puerta  
por donde se fué Celia; Don Juan y  
Don Félix le detienen. Mientrastanto,  
salen Lisarda y Beatriz, y hablan  
junto á la puerta.)

DON FÉLIX.

Tente.

DON JUAN.

Aguarda.

LISARDA. (Ap. á Beatriz.)

En fin, ¿no pudo salir?



BEATRIZ.

No, señora, porque estaban  
Los criados á la puerta  
Con mil prevenciones y armas.

LISARDA.

¡Oh! permita la fortuna,  
Que bien de este empeño salga.  
Si así teme una inocente,  
¿Cómo teme una culpada?

DON DIEGO.

Vive Dios, que he de ser yo  
Aquí el primero que haga  
Diligencia de saber...

DON JUAN.

¿Quién dice que no las hagas?  
Mas ya este cuarto está visto,  
Miremos toda la casa.

LISARDA.

(Ap. ¿Mirar la casa? ¡Ay de mí!  
Sin duda á saber alcanza  
Algo, apuremos el caso.)  
Señor, ¿tú das voces tantas?

DON DIEGO.

¿A qué has venido tú aquí?

LISARDA.

A ver qué es esto en que andas.

DON DIEGO.

En busca de un hombre.

LISARDA. (Ap.)

¡Ay cielos!

DON DIEGO.

Y este aposento me guardan  
Mas que todos, y he de verle.

DON JUAN.

No has de entrar aquí.

DON FÉLIX.

Repara

Que...

DON DIEGO.

Los dos me lo estorbais,  
Por conseguir la venganza  
Sin mí: apartaos, por Dios.  
¿Qué resistencia tan vana!  
¿Quién está aquí?

(Va á entrar, y sale Celia.)

## ESCENA XVII.

CELIA.—DICHOS.

CELIA.

Una mujer

Infeliz y desdichada.

(Ap. Aquí, cielos soberanos,  
Echó el resto mi desgracia.)

DON FÉLIX. (Ap.)

Muriendo estoy por saber  
Quién es aquesta tapada.

DON DIEGO.

¡Por cierto, señor Don Juan,  
Que no os merece mi casa  
Tan poco respeto como  
Guardais en ella á Lisarda!  
¿Una mujercilla dentro  
De su cuarto! En hora mala,  
¿Harto Madrid no teneis?

DON JUAN.

¿Yo, mujer? Señor, repara.

LISARDA.

¡Mira, Don Juan, si fué todo  
Cuanto dije verdad clara!

Tú no has visto, por lo ménos,  
(Ap. En vano se alienta el alma.)  
Al escondido que dices,  
Y yo he visto la tapada.

DON JUAN. (Ap.)

Ni hablar puedo ni callar.

LISARDA.

Señora, de embozo basta,  
Que he de saber quién me hace  
Este pesar en mi casa.

DON JUAN.

(Ap. Pues no lo perdamos todo.)  
Tente, que no has de mirarla.

LISARDA.

¿Tú la defiendes?

DON JUAN.

Es fuerza.

CELIA. (Ap.)

¡Hay mujer mas desgraciada!

## ESCENA XVIII.

CASTAÑO, y luego OTÁÑEZ y DON CÉSAR.—DICHOS.

CASTAÑO. (Dentro.)

Toma esa puerta, porque  
Por ella, Otáñez, no salga.

DON CÉSAR. (Dentro.)

Si saldré.

DON JUAN.

¿Qué ruido es este  
En el cuarto de Lisarda?

DON DIEGO.

Con un empeño se olvida  
Otro, según los que andan  
(Sale Otáñez.)

OTÁÑEZ.

Señor, el hombre que buscas,  
Hallamos: sacó la espada  
Para hacer paso con ella  
Por donde á la calle salga...

(Sale Don César, cubierto el rostro con  
la capa, y la espada desnuda.)

DON DIEGO.

Dime, ¿es aqueste, Don Juan,  
El criado que buscabas?

DON JUAN.

No, señor, otro hombre es este.  
Bien el talle, el brio, las galas,  
Dan á entender que no es el  
Que encerrado quedó en casa.

CELIA.

(Ap. Este es Don César.) Señor,  
(Ap. á él. Mi vida y la tuya ampara.)

DON DIEGO.

Hombre, que de tanto honor  
La reputación agravias,  
¿Quién eres?

DON CÉSAR.

Un hombre soy.

DON DIEGO.

Quita del rostro la capa.

DON CÉSAR.

No puedo, porque encubierto,  
Sin que me veas la cara,  
Me has de dar la muerte aquí,  
En la defensa bizarra

Desta mujer: ella y yo  
Habemos de aquesta casa  
De salir, si con mi muerte  
Mis intentos no se atajan.

DON DIEGO.

¿Qué mujer?

DON CÉSAR.

Esta mujer,

Que yo no digo Lisarda,  
Ni la conozco, ni sé  
Quién es; y si esto no basta  
Para que segura quede,  
Habré de llevarme á entrambas.

DON DIEGO.

Hombre, demonio, ó quien eres,  
Aunque en algo satisfagas  
Esta sospecha, conviene,  
Para que quede asentada,  
El que sepamos quién eres.

DON CÉSAR.

Aquesa es pretension vana  
Por ahora.

DON JUAN.

También lo es

Que sea tal tu arrogancia,  
Que pienses que entre nosotros  
Te has de llevar esa dama,  
Sin que sepamos por qué  
Y cómo en aquesta casa  
Estais tú y ella.

DON CÉSAR.

No puedo

Decirlo.

DON FÉLIX.

Pues las espadas  
Harán bocas en tu pecho,  
Por donde la verdad salga.  
(Disparan dentro un tiro.)

LISARDA.

¿Qué pistola es esta, cielos?  
¿Aun los sustos no se acaban?

DON CÉSAR. (Ap.)

Esta es la seña que espero.

DON DIEGO.

Ninguno allá fuera salga.  
Deteneos, caballeros.  
Hombre, yo te doy palabra  
De ampararte y de valerte,  
Si de estas dudas me sacas.

DON CÉSAR.

¿Dasme esa palabra?

DON DIEGO.

Si.

DON CÉSAR.

Don César soy: ¿qué os espanta?

DON DIEGO.

Tú diste muerte á mi hijo.

DON CÉSAR.

Tú me robaste á mi hermana.

DON JUAN.

Tú en casa estás de mi prima.

DON CÉSAR.

Si, pero á ninguno agravia  
Mi valor. Si á Don Alonso  
Dí muerte, fué cara á cara,  
Riñendo solo con él.  
Si en casa estoy de Lisarda,  
Es porque me dejó Celia  
Oculto en aquesta sala.  
Y si esto de Celia digo,  
Es porque no importa nada;  
Que casado estoy con ella.

Que es esta misma tapada.  
Y si estas satisfacciones  
Para tus quejas no bastan,  
Yo he de salir; que ya tengo  
Quien me guarde las espaldas;  
Que esa pistola es la seña  
De la gente que me aguarda.

? DON FÉLIX.

Cuando no hubiera ninguno.  
César, yo solo bastara;  
Que siendo mi hermano ya,  
Es obligacion hidalga.

DON JUAN.

Yo soy, Don Félix, tu amigo,  
Mas de Don Diego mi espada.

DON DIEGO.

Yo la palabra le di,

Y he de cumplir mi palabra.  
Mas decid, ¿dónde estuvisteis  
Escondido en esta casa?

### ESCENA XIX.

MOSQUITO, *que sale de la escalera.*—

Dichos.

MOSQUITO.

Eso yo lo he de decir.

Aquí estuvo.

DON DIEGO.

¿Cosa extraña!

BEATRIZ.

¿Hurtáste me tú el vestido?

MOSQUITO.

Y el azafate y las cajas.

DON DIEGO.

Con cuyo gran desengaño,  
Aquí la comedia....

MOSQUITO.

Aguarda,

Que falta el decir ahora

A todos una palabra;

Y es, porque nada se ignore,

Que Don Félix, concertada

La parte de aquella muerte

Que fué de tanta importancia,

A pagar de su dinero

Quedo libre: con que acaba,

Por empeño escrita, *El*

*Escondido y la Tapada*



# EL MAYOR MONSTRUO LOS CELOS.

## PERSONAS.

EL TETRARCA HERODES.  
OTAVIANO.  
ARISTOBOLO.  
FILIPPO, *viejo*.  
TOLOMEO.  
UN CAPITAN

POLIDORO, *gracioso*.  
MARIENE.  
SIRENE.  
LIBIA.  
ARMINDA.  
SOLDADOS ROMANOS.

SOLDADOS JUDÍOS  
MÚSICOS.  
CRIADOS.  
JUDÍOS, DAMAS.  
ACOMPAÑAMIENTO

*La escena es en las cercanías de Joppe, en Ménfis y en Jerusalem.*

## JORNADA PRIMERA.

Sala de una quinta á orillas del mar en la  
playa de Joppe (ó Jafa).

### ESCENA PRIMERA.

EL TETRARCA, MARIENE, LIBIA,  
SIRENE, FILIPPO, CRIADOS, MÚSICOS.

#### MÚSICA.

*La divina Mariene,  
El sol de Jerusalem,  
Por divertir sus tristezas,  
Vió el campo al amanecer  
Las aves, fuentes y flores  
La dan dulce paraben,  
Repetiendo, por serviria,  
Al aire una y otra vez :  
Sea triunfo de sus manos  
Lo que es pompa de sus pies  
Fuentes, sus espejos sed,  
Corred, corred, corred :  
Aves, su luz salud,  
Volad volad :  
Flores, paso prevenid,  
Vivid, vivid.*

#### TETRARCA.

Hermosa Mariene,  
A quien el orbe de zahir previene  
Ya soberano asiento,  
Como estrella añadida al firmamento :  
No con tanta tristeza  
Turbes al rosicler de tu belleza.  
¿Qué deseas? ¿Qué quieres?  
¿Qué envidias? ¿Qué te falta? ¿Tú no eres,  
Amada gloria mía,  
Reina en Jerusalem? Su monarquía,  
En cuanto cñe el sol, el mar abarca,  
¿No me aclama su inclito monarca,  
Como dan testimonio  
Letras de Marco Antonio  
Y firmas de Otaviano,  
Porque los dos intentan, aunque en va  
Repartir el imperio [no,  
Que dilata y extiende su hemisferio  
Desde el Tiber al Nilo?  
Y yo, con cauto pecho y doble estilo,  
¿De Antonio no deliendo  
La parte, porque así turbar pretendo  
La paz, y que la guerra  
Dure, porque después cuando la tierra  
De sus lúestres padexca atormentada  
Y el mar causado de una y otra armada,  
Pueda yo declararme,  
Y en Roma, tú á mi lado, coronarme?  
Tu hermano y Tolomeo,  
¿No son á quién les fio mi desco  
Y ley de mi albedrio, [vío?  
Pues con los dos socorro á Antonio en-

Y en tanto ¡oh cielo hermoso!  
Que al triunfo llega el día venturoso,  
¿No estás de mí adorada?  
¿De mis gentes no estás idolatrada?  
¿No habitas esta quinta,  
Que sobre el mar de Joppe el cielo pinta?  
Pues no tan fácilmente  
Se postre todo el sol á un accidente;  
Liberal restituya tu alegría  
Su luz al alba, su esplendor al día,  
Su fragancia á las flores,  
Al campo sus colores,  
Sus matices á Flora,  
Sus perlas á la aurora,  
Su música á las aves,  
Mi vida á mí, pues con discursos graves  
A celos me ocasionan tus desvelos.—  
No sé qué mas decir, ya dije celos.

#### MARIENE.

Tetrarca generoso,  
Mi dueño amante y mi galán esposo,  
Ingrata al cielo fuera  
Y á mi ventura ingrata, si rindiera  
El sentimiento mio  
A pequeño accidente su albedrio.  
La pena que me aflige,  
De causa ¡ay cielos! superior se rige,  
Tanto, que es todo el cielo  
Depósito infeliz de mi desvelo,  
Pues todo el cielo escribe  
Mi desdicha, que en él grabada vive  
En papel de cristal con letras de oro.  
No con causa menor mi muerte lloro.

#### TETRARCA.

Ménos entiendo ahora yo y mas dudo  
El mio y tu dolor; y si es que pudo  
Tanto mi amor contigo,  
Hazme ya de tu mal, mi bien, testigo.  
Sepa tu pena yo, porque la llore,  
Y mas tiempo no ignore  
Muerte, que ya con mis sentidos lucha.

#### MARIENE.

Nunca pensé decirlo; pero escucha.  
Un doctísimo hebreo  
Tiene Jerusalem, cuyo deseo  
Siempre ha sido, estudioso  
Apresurar al tiempo presuroso  
La edad, como si fuera  
Menester acordarle que corriera.  
Este pues vigilante,  
En láminas leyendo de diamante  
Caractères de estrellas,  
Hoy los futuros contingentes dellas  
A todos adelanta :  
Tanta es la fuerza de su estudio, tanta,  
Que es oráculo vivo  
De todo ese cuaderno fugitivo,  
Que en círculos de nieve  
Un soplo inspira, y un aliento bebe.  
Yo, que mujer nací (con esto digo

Que amiga de saber), docto testigo  
Le hice de tu fortuna y mi fortuna,  
Porque viendo que al orbe de la luna  
Hoy empinas la frente,  
El futuro previne contingente.  
Con el mio juzgó tu nacimiento,  
Y á los delirios de la suerte atento,  
Halló... Aquí el labio mio  
Torpe, muda la voz, el pecho frio,  
Se desmayó, se causa y desfallece,  
Y aquí todo mi cuerpo se extremece.  
Halló, en fin, que sería  
Trofeo injusto yo ¡qué tiranía! [muerte  
De un monstruo el mas cruel, horrible y  
Del mundo : halló tambien, que daría

[muerte  
(¿Qué daño no se teme prevenido?)  
Ese puñal, que ahora traes ceñido,  
A lo que mas en este mundo amares.  
¡Mira si tales penas, si pesares  
Tan grandes, que ahora traes ceñido,  
Que tengan mi discurso temeroso,  
Muerta la vida y vivo el sentimiento!  
Pues infaustos los dos, con fin sangrien-  
Por ley de nuestros hados, [to,  
Vivimos á desdichas destinados :  
Tú, porque ese puñal será homicida  
De lo que mas amares en tu vida;  
Y yo, siendo con llanto tan profundo,  
Trofeo del mayor monstruo del mundo.

#### TETRARCA.

Bellísima Mariene,  
Aunque ese libro inmortal  
En once hojas de cristal  
Nuestros discursos contiene,  
Dar crédito no conviene  
A los secretos que encierra,  
Que es ciencia que tanto yerra,  
Que en un punto solamente  
Mayores distancias miente,  
Que hay desde el cielo á la tierra.  
De esa ciencia singular  
Solo se debe saber  
El mal que se ha de temer,  
Mas no el que se ha de esperar  
Sentir, padecer, llorar  
Desdichas que no han llegado,  
Ya lo son; pues tu cuidado  
No puede haberte oprimido,  
Después de haber sucedido,  
A mas que haberlas llorado.  
Y si ahora tu desvelo  
Lo que ha de suceder llora,  
Tú haces tu desdicha ahora  
Mucho primero que el cielo;  
Que llorar con desconcielo,  
Por imaginada ó dicha,  
Una distante desdicha,  
Ya es acercarla en rigor;

1 Predicha, vaticinada.

Y no hay desdicha mayor  
Que el esperar la desdicha.  
Con otro argumento yo  
Vencer tu dolor quisiera :  
Si ventura acaso fuera  
La que el astrólogo vió,  
¿Dierasta crédito? No,  
Ni la estimaras ni oyeras;  
¿Pues por qué en nuestras quimeras  
Han de ser escrupulosas,  
Las venturas mentirosas,  
Las desdichas verdaderas?  
Dé crédito el cauto igual  
Al favor como al desden :  
Ni aquel dudes porque es bien,  
Ni este creas porque es mal :  
Y si en argumento tal  
No estás satisfecha, mira  
Otro que al discurso admira.  
Esta prevista crueldad,  
O es mentira ó es verdad :  
Dejémosla si es mentira  
Pues nada nos asegura,  
Y á que sea verdad vamos,  
Porque siéndolo, arguyamos  
Que es el saberla ventura.  
Ninguna vida hay segura  
Un instante : cuantos viven,  
En su principio perciben  
Tan contados los alientos,  
Que se cumplen por momentos  
Los números que reciben.  
Yo en aqueste instante no  
Sé si mi cuenta cumplí,  
Ni si la debo : tú sí,  
A quien el cielo guardó  
Para un monstruo : luego yo  
Llorar debiera ignorante  
Mi fin; tú no, si este instante  
A ser tan dichosa vienes,  
Que seguro el vivir tienes,  
Pues no está el monstruo delante.  
Y pasando al fundamento  
De lo que sabes de mí,  
¿Cómo es compatible, di,  
Que aqueste puñal sangriento  
Hé en ningún tiempo violento  
Muerte á lo que yo mas quiero,  
Y á ti un monstruo? Ver no espero  
Cosa de mi mas querida;  
Luego amenazan tu vida  
Aquel monstruo y este acero.  
Pues si hoy el hado importuno,  
Que es de los gentiles dios,  
Te ha amenazado con dos  
Fines, no temas ninguno.  
No hay mas rigor para el uno  
Que para el otro piedad :  
Luego será necesidad  
Temer, al rigor atenta,  
Cuando es fuerza que uno mienta,  
Que el otro diga verdad.  
Y porque veas aquí  
Cómo mienten las estrellas,  
Y que triunfar puedo dellas,  
Mira el puñal... (*Desenvuénale.*)

MARIENE.

¿Ay de mí!

Tente, señor.

TETRARCA.

¿De qué así

Tiemblas, di?

MARIENE.

Mi muerte advierte

Mirarle en tu mano fuerte.

TETRARCA.

Pues porque no temas mas,  
Desde hoy inmortal serás,  
Yo haré imposible tu muerte.  
Sea el mar, campo de hiel,

Seá el orbe de cristal,  
Deste funesto puñal,  
Monstruo acerado del suelo,  
Sepulcro.  
(*Arroja el puñal por una ventana.*)

## ESCENA II.

TOLOME0, dentro.—DICHOS.

TOLOME0. (*Dentro.*)

¿Válgame el cielo!

MARIENE.

¿Oh qué voz tan triste he oído!

FILIPO.

Aire y agua han respondido  
Con asombro ó con desmayo.

LIBIA.

El trueno fué de aquel rayo  
Un lastimoso gemido.

MARIENE.

¿Qué mucho que á mi me asombre  
Acero tan penetrante,  
Que hace heridas en las ondas,  
Y impresiones en los aires?

TETRARCA.

Los pequeños accidentes  
Nunca son prodigios grandes.  
Acaso la voz se queja...  
Y porque te desengañes,  
Iré á saber lo que ha sido,  
Penetrando á todas partes  
Las entrañas de los montes,  
Los cóncavos de los mares.  
(*Vanse todos, ménos Mariene y sus  
dos damas.*)

## ESCENA III.

MARIENE, LIBIA, SIRENE.

MARIENE.

Toda soy horror.

LIBIA.

El mar

Es monumento inconstante  
De un mlsero, que rendido  
Entre sus espumas trae.

SIRENE.

Ya tu esposo, el gran Tetrarca,  
Con generosas piedades  
Movido, al bajel humano  
Ha dado puerto en la margen.

MARIENE.

El puñal que fué cometa  
De dos esferas errante,  
Arpon del arco del cielo,  
Clavado en un hombro trae.

LIBIA.

Tolomeo es. ¿Ay de mí!  
(*Ap. Mas bastaba ser mi amante  
Para ser tan infelice.*)  
¿Qué prodigio tan notable!  
¿Qué espectáculo tan triste!

MARIENE.

¿Qué asombro tan admirable!  
Vamos de aquí, que no tengo  
Animo para mirarle.

(Vase con sus damas.)

## ESCENA IV.

EL TETRARCA, FILIPO, Y LOS CRIA-  
dos, que traen á TOLOME0, con el  
puñal clavado en un hombro.

TETRARCA.

Va del mar estáis seguro,  
Infelice navegante.  
¿Así la mortal herida  
Diera treguas á mis males!

TOLOME0.

Detente, señor, detente :  
Este puñal no me saques,  
Porque al ver la puerta abierta,  
Sus espíritus no exhale  
El alma. Ya que los cielos  
Solamente en esta parte  
Son piadosos, pues me dan  
Para verte y para hablarte  
Tiempo, no se pierda el tiempo.  
Mi muerte y la tuya sabe.

TETRARCA.

¿Tolomeo?

TOLOME0.

Sí, señor.

TETRARCA.

Llevalde de aquí, llevadde  
A curar.

TOLOME0.

Aqueso no;

Que cuando el riesgo es tan grande,  
Méno importa mi vida  
Que la tuya; y así, ántes )  
(  
Que acaben mi poco aliento  
Desdichas que son tan grandes,  
Oye las tuyas, señor;  
Y cuando helado cadáver,  
Me falte tiempo al decir las,  
Al saberlas no te falte.  
Otaviano en tierra y mar,  
Ondas ocupando y valles,  
Llegó á Egipto : salió Antonio  
Con tu socorro á buscarle,  
De Cleopatra acompañado  
En el Bucentoro, nave  
Que labró para él Cleopatra  
De marfiles y corales.  
A los principios fué nuestra  
(¡Fuerte pena, injusto trance!)  
La fortuna; pero ¿cuándo  
Estuvo firme un instante?  
Enojárouse las ondas,  
Y el mar, Nemhrot de los aires,  
Montes puso sobre montes,  
Ciudades sobre ciudades.  
La armada del enemigo,  
Como estaba hácia la parte  
Del puerto abrigada, en él  
Quiso el cielo que se ampare.  
Mas la nuestra dividida,  
Deshecha y sin órden, sale  
A la campaña del mar,  
Donde impelida mi nave,  
Caballo fué desbocado,  
Que no hay freno que le pare.  
Atormetada en efecto,  
Desmantelado el velámen,  
Los arboles destroncados,  
Enmarañados los cables,  
Y trayendo, finalmente,  
Arená y agua por lastre,  
A vista ya de las torres  
De Jerusalem la grande,  
Fué rúina en un escollo,  
Y aquí una tabla á los ayes  
Repetidos fué del fin

4 En esta composicion se hace á Jerusalem  
y á Ménts puertos de mar.



Enseñarlo á sus piedades.  
¿Quién crerá que la fortuna,  
En un hombre que se vale  
De la piedad de un fragmento,  
Pudiera hacer otro lance?  
Yo lo alirimo, pues yo vi  
De acero un cometa errante  
Contra este humano bajel,  
Correr la esfera del aire.  
Este pues que de mi vida  
Tasando está los instantes,  
Solo el decir me permite  
Que tu enemigo triunfante  
Queda en Egipto, y Antonio  
O rendido ó muerto yace;  
que de Aristóbolo, hermano  
De tu esposa, no se sabe;  
Y en fin, que tus esperanzas  
Como el humo se deshacen.  
Y ya que de tus desdidas,  
Siendo el todo, no soy parte,  
Dales sepulcro á las mías;  
Aunque las mías son tales,  
Que estas se harán su sepulcro,  
Pues tienen para labrarle  
Sangre y acero, y podrán  
Enternecer un diamante;  
Que aun los diamantes se rinden  
Al acero y á la sangre.

TETRARCA.

Ser un hombre desdichado  
Todos han dicho que es fácil,  
Y yo digo que es difícil,  
Porque es estudio tan grande  
Aqueste de las desdichas,  
Que no le ha alcanzado nadie.—  
Quitadme ese asombro, ese  
Funesto horror de delante.  
Llevalle donde le euren...  
Y aquesa puñal... guardadle,  
Que importa saber qué debo  
Hacer dél; que ya él me hace  
Tenerle por prodigioso.—  
Ay Filipo! hagan alarde  
Mis suspiros de mis penas,  
Mis lágrimas de mis males.

(Llévanse los criados á Tolomeo.)

## ESCENA V

EL TETRARCA, FILOPO.

FILOPO.

Señor, los grandes sucesos  
Para los sujetos grandes  
Se hicieron, porque el valor  
Es de la fortuna exámen.  
Eusancha el pecho, que en él  
Cabrán todos tus pesares,  
Sin que á la voz ni á los ojos  
Se asomen.

TETRARCA.

¡Ay! que no sabes,  
Filipo, cuál es mi pena,  
Pues quieres darla esa cárcel.

FILOPO.

Si sé, pues sé que has perdido  
Tal república de naves.

TETRARCA.

No es su pérdida la mía.

FILOPO.

Serálo el mirar triunfante  
A tu enemigo.

TETRARCA.

No tengo  
Miedo á las adversidades.

FILOPO.

De Aristóbolo tu hermano,  
Ni de Marco Antonio sabes.

TETRARCA.

Cuando sepa que murieron,  
Tendré envidia á bien tan grande.

FILOPO.

Los prodigios del puñal  
Preñeces son admirables.

TETRARCA.

Al magnánimo varón  
No hay prodigio que le espante.

FILOPO.

Pues si prodigios, fortunas,  
Pérdidas y adversidades  
No te rinden, ¿qué te rinde?

TETRARCA.

¡Ay, Filipo! no te causes  
En adivinarlo, puesto  
Que mientras no adivinares  
El amor de Mariene,  
Todo es discurrir en balde.  
Todos mis intentos son  
Entrar con ella triunfante  
En Roma, porque no tenga  
Que envidiar mi esposa á nadie.  
¿Por qué ha de gozar belleza,  
Que no hay otra que la iguale,  
(Error del mérito) un hombre,  
Que hay otro que le aventaje?  
Piérdase la armada, muera  
El César Antonio, falte  
Aristóbolo, Otaviano  
De un polo á otro polo mande,  
Con trágicas prevenciones  
Lloy los cielos me amenacen,  
Vuelva el prodigioso acero  
A mi poder; que á postrarme  
Nada basta, nada importa,  
Siempre con igual semblante;  
Sino solamente el ver  
Que yo no he sido bastante  
A hacer reina á Mariene  
Del mundo; y en esta parte  
Dirás, y diráulo todos,  
Que es locura: no te espantes,  
Que cuando amor no es locura,  
No es amor; y el mío es tan grande,  
Que temo (advierte, Filipo)  
Que pasando los umbrales  
De la vida, y que llegando  
De la muerte á esotra parte,  
Ila de quedar en el mundo  
Por un prodigio admirable  
De las fortunas de amor  
A las futuras edades.

(Vanse.)

Sala de un palacio de Ménfis.

## ESCENA VI.

OTAVIANO, SOLDADOS ROMANOS.

OTAVIANO.

Felice es la suerte mía,  
Pues de Egipto victorioso,  
Dilato la monarquía  
De Roma, dueño famoso  
De los términos del día.  
Cante pues victoria tanta  
La fama, y eu testimonio  
De que á todas se adelanta,  
Sean triunfo de mi planta  
Hoy Cleopatra y Marco Antonio.  
Presos á los dos procura  
Llevar mi heroica ventura,  
Porque, lidiador bizarro,  
Sean fieras de mi carro  
El poder y la hermosura.

\* Misterios.

## ESCENA VII.

POLIDORO, ARISTOBOLO, UN CAPITAN.—OTAVIANO, SOLDADOS.

CAPITAN.

Aunque habemos discurrido  
De Cleopatra el gran palacio,  
Hallarla no hemos podido,  
Ni á Antonio, porque su espacio  
Laherinto de oro ha sido.  
Solamente hemos hallado  
A Aristóbolo, enñado  
Del que hoy en Jerusalem  
Tetrarca asiste, de quien  
Nos informo este eriado.

(Señalando á Aristóbolo.)

Tu contrario fué; y así,  
Porque averigües aquí  
Sus designios, le traemos  
De la parte en que le habemos  
Hallado. Llego. (A Polidoro.)

POLIDORO.

(Ap. ¡Ay de mí!)

(Ap. á Aristóbolo.)

¿Cuál diablo me metió, cuál,  
Cielos, en engaño igual?  
¿No son notables errores  
Que otros vivan de traídores,  
Y yo muera de leal?

ARISTOBOLO. (Ap. á Polidoro.)

Si así la vida me das,  
No temas: seguro estás,  
Que yo á ti te la daré.  
Disimula.

POLIDORO.

Yo lo haré

Hasta que no pueda mas.

ARISTOBOLO.

Grande César Otaviano,  
Cuyo renombre inmortal  
El tiempo asegure ufano  
En láminas de metal,  
Que intente borrar en vano:  
No manches, no, riguroso  
Los aplausos que has tenido  
Con sangre; que es ser piadoso  
Vencedor con el vencido,  
Ser dos veces victorioso.

OTAVIANO. (A Polidoro.)

Aunque pudiera ¡oh valiente  
Aristóbolo! vengarme  
En tu vida dignamente  
De ti y tu hermano, mostrarme  
Quiero piadoso y elemental.  
Alzate del suelo, y pues  
El fin de mis glorias es  
Entrar en Roma triunfante  
Con Marco Antonio delante,  
Y con Cleopatra á los piés,  
Dime dónde están; que no  
He sabido de ellos yo  
Desde que aquel Bucentoro,  
Armada nave de oro,  
De la batalla salió.

POLIDORO.

Yo de los dos te dijera,  
Si yo de los dos supiera;  
Pues por mis discursos hallo  
Que hiciera mas en callarlo  
Yo, que en decirte lo hiciera;  
Mas desde que llegué aquí,  
Nunca mas á los dos vi.

OTAVIANO.

Eso no es agradecer  
Mi piedad. Yo he de saber  
Dellos, y ha de ser así.—  
¡Hola!

CAPITAN.

Señor.

OTAVIANO.

Al infante

Aristóbolo llevad

A una torre, y ni un instante

Goce de la claridad

Del sol : la noche le espante

Por eterna.

POLIDORO.

Aquí llegó,

Señor, de tu engaño el fin. (Ap. á él.)

ARISTÓBOLO. (Ap. á Polidoro.)

Sufre.

POLIDORO.

Torre obscura yo?

OTAVIANO.

Llevalde.

POLIDORO.

(Ap. El demonio sin

Duda me Aristoboló.)

Que yo...

CAPITAN.

Calla.

POLIDORO.

¿Qué es callar?

Vive Baco, que he de hablar!

¿Yo príncipe? Muy errado,

Muy cerrado y muy culpado

Soy...

OTAVIANO.

¿Qué teneis que esperar?

Y ese criado, primero

Padezca un tormento fiero,

O muera en él de leal.

POLIDORO.

¿Qué es tormento? (Ap. Mal por mal,

Torre pido, noche quiero.)

Vamos á la torre : yo

Soy Aristóbolo, no

Príncipe errado, según

Decía. (Ap. Sin duda que algu

Angel me Aristoboló.)

ARISTÓBOLO.

Enfrena un poco el rigor,

Sabrás de los dos, señor;

Y de mi voz advertido,

Oírás que los dos han sido

Funestos triunfos de amor.

Apénas rota su armada

Vió Antonio, cuando la alada

Nave, haciéndose á la vela,

Nada pensando que vuela,

Vuela pensando que nada;

Pues con lijereza suma,

Pez sin escama nadaba,

Ave volaba sin pluma,

Tan veloz, que no le ajaba

Un solo rizo á su espuma.

A Ménfis en fin llegó,

Donde relacerse pensó

De la pérdida y tornar

A la campaña del mar,

Que tantas desdichas vió;

Mas viendo que le seguías

A Ménfis, y que traías

De tu parte á la fortuna,

Pues al orbe de la luna

Con alas tuyas subías;

Lamentando mal y tarde

La pérdida de su gente,

Sin que á ser despojo aguarde,

Del extremo de valiente

Dió al extremo de cobarde;

Pues ciego y desesperado,

Al Panteon, colocado

Engido.

A egipcios reyes, entró

Y una sepultura abrió,

Donde vivo y enterrado,

Dijo, sacando el acero :

« Nadie ha de triunfar primero

De mí que yo mismo : así

Triunfo yo mismo de mí,

Pues yo mismo mato y muero »

Cleopatra que le seguía,

Viendo que ya agonizaba,

Bañado en su sangre fría,

Cuyo aliento pronunciaba

Mas, cuanto ménos decía :

« Muera (dijo) yo tambien;

Pues por piedad ó por ira.

No cumple con ménos quien

Llega á querer bien, y mira

Muerto á lo que quiso bien ».

Y asiendo un áspid mortal

De las flores de un jardin,

Dijo : « Si otro de metal

Dió á Antonio trágico fin,

Tú serás vivo puñal

De mi pecho ; aunque sospecho

Que no moriré, á despecho

De un áspid, pues en rigor

No hay áspid como el amor,

Y lá dias que está en mi pecho. »

Y él con la sed venenosa

Hidrópicamente bebe,

Cebado en Cleopatra hermosa,

Cristal que exprimió la nieve,

Sangre que vertió la rosa.

Yo lo vi todo, porqué

Así como aquí llegué,

El palacio examinando,

A Aristóbolo buscando,

Hasta el sepulcro me entré,

Donde él rendido al valor,

Y ella postrada al dolor

Yacen, porque de esta suerte

Aun no dividía la muerte

A dos que junta el amor.

OTAVIANO.

Aquí dió fin mi esperanza,

Aquí murió mi alabanza,

Pues por asombro tan fuerte,

No ha de pasar mi venganza

Los umbrales de la muerte.

Ya triunfar de ellos no espero;

Que yo solamente quiero

Saber qué intento ha obligado

Al Tetrarca tu cuñado

Para que sañudo y fiero

Te enviase contra mí.

POLIDORO.

Si tú estás diciendo aquí

Que es cuñado, ¿no es error

Preguntarme qué es, señor,

Su intento? Pues digo así

Que lo que á esto le ha obligado,

Es el verme de esta suerte,

Pues solo me habrá enviado

A que tú me des la muerte,

Propia alhaja de un cuñado.

CAPITAN.

Si examinar su intencion

Quieres, yo te la diré,

Pues con aquesta ocasion

Este cofre les quité.

Joyas y papeles son

Las que hay en él.

OTAVIANO.

Muestra á ver,

—Cifra es del mayor poder

Su inestimable riqueza;

Mas la pintada belleza

De una extranjera mujer

(Saca del cofrecillo un retrato.)

Es la mas noble y mejor

Joya, y la de mas valor.

No vi mas viva hermosura.

Que el alma de la pintura.

ARISTÓBOLO. (Ap.)

Atento el Emperador

Mira el retrato fiel;

Mas ¡ay fortuna cruel!

Ver los papeles porfia.

¡Mal haya el hombre que fia

Sus secretos á un papel!

(Saca Otaviano del cofrecillo una carta.)

OTAVIANO.

(Lee.) « En esta faccion está el fin de

mis deseos, pues no espero para de

clararme emperador de Roma, sino

que Otaviano, rendido ó preso... »

¿Qué tengo que saber mas?

Y pues sospechoso estás,

Y aun convencido conmigo,

Mientras pienso tu castigo,

En una torre estarás.

POLIDORO.

No son buenos pensamientos

Andar pensando tormentos.

¿No será mucho mejor,

Que no castigos, señor,

Pensar gustos y contentos?

OTAVIANO.

Llevalde de aquí.

POLIDORO.

Escuchar

Debes que...

OTAVIANO.

No hay que aguardar.

POLIDORO.

Si hay.

OTAVIANO.

Di.

POLIDORO.

Solamente digo

Que no hay que esperar castigo,

Pues no me dejas hablar.

(Los soldados se llevan á Polidoro.)

## ESCENA VIII.

OTAVIANO, ARISTÓBOLO, EL CAPITAN.

OTAVIANO. (Al Capitan.)

Tú partirás al momento

Con gente y armas, y atento

A mi cesárea obediencia.

Traerás preso á mi presencia

Al Tetrarca ; que es mi intento

Que como á César me dé

Del tiempo que ha gobernado

Residencia : y tú, porqué

En efecto eres criado,

En quien tal lealtad se ve,

Darte libertad espero;

Pero por rescate quiero

Que ya liberal me des

El decirme cuyo es

Este retrato.

ARISTÓBOLO.

(Ap. Aquí muero

De confusion : si le digo

Quien es, á amarle le obligo ;

Desesperarle es mejor.

Halle imposible su amor

Al principio : así consigo

Su quietud.) Esa pintura,

Sombra ya de una escultura,

Ceniza de un rayo ardiente.



Es memoria solamente  
De una difunta hermosura

OTAVIANO.

¿Muerta es esta mujer?

ARISTÓBOLO.

Si.

OTAVIANO. (Ap.)

¿Para qué, amor ¡ay de mí!  
Sin esperanzas la veo?

ARISTÓBOLO. (Ap.)

Bien se logró mi deseo.

OTAVIANO.

Libre estás, vete de aquí.

(Vase Aristóbolo.)

### ESCENA IX

OTAVIANO.

La muerte y el amor una lid dura  
Tuvieron sobre cuál era mas fuerte,  
Viendo que á sus arpones de una suerte  
Vida ni libertad vivió segura.

Una hermosura amor divina y pura  
Perficionó, donde su triunfo advierte;  
Pero borrando tanto sol la muerte,  
Triunfó así del amor y la hermosura.

Viéndose amor entonces excedido,  
La deidad de una lámina apercibe,  
A quien borrar la muerte no ha podido.

Luego bien el laurel amor recibe, (do,  
Pues de quien vive y muere dueño ha si-  
Y la muerte lo es solo de quien vive.

(Vase.)

Campo en las inmediaciones de Jafa.

### ESCENA X.

LIRIA.

Por las faldas lisonjeras  
De estos elevados riscos,  
Que son del puerto de Jafa  
Enamorado Narciso,  
A divertir mis pesares  
Melancólica he salido,  
Por no escuchar los ajenos,  
Pudiendo llorar los míos.  
Sola estoy, salga del pecho  
En acentos repetidos  
Mi dolor. ¡Ay Tolomeo!  
En tanto que lloro y gimo  
Desdichas tuyas, admite  
Este llanto que te envío.  
Bastaba quererte bien,  
Para que (¡rigor impío!)  
Te sucedies mal todo,  
Tropezando en tus peligros.  
Cuando victorioso (¡ay triste!)  
Te esperaba el pecho mío,  
Dulce fin de tus amores,  
¡Muerto has llegado y vencido!

### ESCENA XI.

MARIENE, SIRENE. — LIBIA.

SIRENE.

Casta Vénus de estos montes,  
Si á divertir has venido  
Con la música y las flores  
Los ojos y los oídos,  
La atención vuelve y la vista  
A ese bruto cristalino,  
Pues son flores sus celajes  
Y música sus bramidos.

MARIENE.

Nada puede para mí  
Servir, Sirene, de alivio.

### ESCENA XII.

EL TETRARCA, FILIPO. — DICHO.

FILIPO.

Este es, señor, el puñal,  
Que ya una vez despedido  
De tu mano, vuelve á ella.

TETRARCA.

Ya con asombro le miro  
Como á fatal instrumento.  
Mas di, ¿cómo se ha sentido  
Tolomeo?

FILIPO.

No es la herida,  
Señor, de tanto peligro,  
Como la falta de sangre.

TETRARCA.

Mariene.

MARIENE.

Esposo mío.

TETRARCA.

Girasol de tu hermosura,  
La luz de tus rayos sigo,  
Bien como la flor del sol,  
Cuyos celajes y visos,  
Iluminados á rayos,  
Tornasolados á giros,  
Le van siguiendo, porque  
Iman del fuego atractivo,  
Le hallan su vista ó su ausencia,  
Ya luciente, y ya marchito.

MARIENE.

Ya que del fuego te vales,  
Sea amor ó sea artificio,  
Yo también; pues como aquella  
Ave que tuvo por nido  
Y por sepulcro la llama,  
Enamorado el peligro,  
Bajel de púrpura y oro,  
Bate los remos de vidrio;  
Así yo que á tantos rayos  
Vida muriendo recibo,  
Hasta que abrasada muera,  
Me parece que no vivo.

TETRARCA.

Dejadnos solos.

(Vanse Filipo, Libia y Sirene.)

### ESCENA XIII

EL TETRARCA, MARIENE.

TETRARCA.

Ya pues  
Que serán mudos testigos  
De mis lágrimas y voces  
Estos mares y estos riscos,  
Salgan, Mariene hermosa,  
Afectos del pecho mío  
En lágrimas á las ondas,  
Y á las penas en suspiros.  
Este sangriento puñal,  
Sacre de acero bruñido,  
(Que no con poca razon  
Sacre de acero le digo,  
Pues cuando desenlazado  
De mi mano le despidió,  
Con la presa vuelve á ella,  
En sangre y horror teñido)  
Es aquel que la dndosa  
Ciencia de un astro previno  
Para homicida de quien  
Mas adoro y mas estimo.  
Y aunque es verdad que constante  
A peligrosos juicios  
No doy crédito, y desprecio  
Los contingentes delirios  
Del hado y de la fortuna

(Dioses que coloca el vicio),  
No sé qué nuevo temor  
En mi pecho ha introducido  
Verle volver á mi mano,  
Que ya le temo y le admiro;  
Y entre el miedo y el valor,  
Ya cobarde, ya atrevido,  
Sitiado dentro de mí,  
Me quiero dar á partido.  
Porque aunque bien yo no creo  
Los acasos prevenidos.  
No los dudo; que no ignoro  
Que ese estrellado zafiro,  
República de luceros,  
Vulgo de astros y de signos,  
A quien le sabe leer  
Es encuadrado libro,  
Donde están nuestros alientos  
Asentados por registro.  
Y así, ni dudando bien,  
Ni bien creyendo, imagino  
Que debe el varon perfecto  
A los sucesos previstos  
Darlos al crédito en una  
Parte, y en otra al olvido:  
Aquí para no esperarlos,  
Y allí para prevenirlos;  
Pues señor de las estrellas,  
Por leyes de su albedrio,  
Preveniéndose á los riesgos.  
Puede hacer virtud del vicio.  
Yo pues, entre dos afectos  
Vacilante y discursivo,  
Ni creyendo ni dudando,  
El puñal á tus piés rindo.  
Tú eres, bellísima hebrea,  
La luz hermosa que sigo,  
La beldad que sola adoro,  
La imagen que sola admiro.  
No es posible que yo quiera,  
Si inmortal al tiempo vivo,  
Otra cosa mas que á ti:  
Tanto que mil veces digo  
Que el mayor monstruo del mundo  
Que te amenaza á prodigios,  
Es mi amor, pues por quererte,  
A tantas cosas aspiro,  
Que temo que él ha de ser  
Ruina tuya y blason mío.  
Pues si lo que yo mas quiero  
Eres tú, y el cielo mismo  
No puede hacer que no seas,  
Sin borrar lo que ya hizo:  
Tú eres á quien amenaza  
Ese hermoso basilisco.  
Que en tus piés se disimula  
Entre dos cándidos lirios.  
Yo quise hacer imposible  
Tu muerte, cuando atrevido  
Arrojé al mar el puñal;  
Pero habiendo una vez visto  
Que aun en él no está seguro,  
Pues por casos exquisitos  
Podrá llegar donde estés  
Siempre ignorando el peligro;  
Para mas seguridad  
Tuya, cuerdo he prevenido  
Que tú, árbitro de tu vida,  
Traigas tu muerte contigo;  
Que mayor felicidad  
Nadie en el mundo ha tenido,  
Que ser, á pesar del hado,  
El juez de su vida él mismo  
La parca, que nuestras vidas  
Tiene pendientes de un hilo,  
Para que el tuyo no corte  
Pone en tu mano el cuchillo.  
En tu mano está tu suerte:  
Vive tú sola á tu arbitrio,  
Pues si acercas el aliento,

Podrás embotarle el filo.  
Si es verdad ó si es mentira  
El hado, no lo averiguo;  
Mas prevengo los dos males;  
Pues prudente y advertido,  
Si es mentira la sospecha,  
De que la temas te alivio;  
Si es verdad, con la razon  
A hacerla mentira aspiro.  
Luego, mentira ó verdad,  
Para todo prevenido,  
Yo no puedo darte mas  
Que tu vida: esta te rindo  
Este acero y este amor  
Son hoy tus dos enemigos:  
Pues mientras yo te coronó  
De mil laureles invictos,  
Trinfa tú dese, y al fin  
Dueño tú de tu albedrío,  
Guárdate tu vida tú,  
Huye tú de tu peligro,  
Hazte tú tu duracion,  
Lábrate tú tus desiguos.  
Cuéntate tú tus alientos,  
Y vive al fin tantos siglos,  
Que este amor y este puñal  
Triunfen de muerte y olvido.

MARIENE.

Oye, señor, oye, espera;  
Que aunque agradezco y estimo  
El don que á mis plantas pones,  
Ni le acepto ni le admito;  
Que de púrpura manchado  
Y entre flores escondido,  
Tanto me estremezco, tanto  
En verle me atemorizo,  
Que muda y helada creo,  
Torpe el labio, el pecho frio,  
Que soy de aquecos jardines  
Estatua de mármol vivo.  
Mas rompiendo a mi silencio  
Las prisiones y los grillos  
Con que en cárceles de hielo  
El temor los ha tenido,  
Quiero declararme, y quiero  
Argüirte que no ha sido  
Cuerda determinacion  
(Si bien de tu amor indicio)  
La que contigo has tomado  
Y ejecutado conmigo.  
Dejo á una parte si es bien  
El darse por entendido  
Hoy mi amor de que yo sea  
Del tuyo sugeto digno;  
Y creyéndote cortés  
(Pues por amante y marido  
Me está tan bien el creerlo),  
En mi argumento prosigo,  
Sin tocar si es bien ó mal  
Tampoco haberlo creído;  
Pues por verdad ó mentira.  
Ya tú en esta parte has dicho  
Que el prevenirlo es cordura,  
Esperarlo desatino,  
Y providencia discreta  
No esperarlo y prevenirlo.  
Y así, esto aparte dejando,  
Vuelvo á mi argumento y digo:  
Si ese sangriento puñal  
Es el que cruel y esquivo  
El hado esquivo y cruel  
Contra mi pecho previno,  
¿Quién te persuadió, Tetarca,  
Quién te informó, quién te dijo  
Que era la seguridad  
De mi vida traer conmigo  
La ejecución de mi muerte,  
Y que podrán ser amigos,  
Ni hacer buena compañía  
La vida y el homicidio?  
Si este mi suerte amenaza

Con asombros, ¿es arbitrio  
Para excusar que se encuentren,  
Hacer que anden mi camino  
Los dos, siguiéndose siempre  
El acaso y el peligro?  
¿Fuera buena prevencion  
En el humano sentido,  
Para estorbar que se abraze  
Este supremo edificio,  
Acompañarle del fuego?  
¿Fuera acierto conocido  
Para excusar que un espejo  
No se quiebre, junto á él mismo  
Poner piedras en que encuentre?  
Pues piensa que es esto mismo  
Lo que intentas, pues intentas  
Que nunca estén divididos  
Ese puñal y este pecho:  
Y han de ser siempre enemigos,  
Por mas que juntos los vea,  
Seguridad y peligro,  
Vida, muerte y impiedad,  
Sombra y luz, virtud y vicio,  
Homicidio y homicida.  
Torre y fuego, piedra y vidrio.  
Confieso que la razon  
Es fuerte, cuando advertido  
Dices que no es ocultarle  
Remedio, cuando le vimos  
Volver del mar á tus manos;  
Y que será gran martirio,  
Confieso tambien, estar  
Dudando siempre afligido  
Un pecho, «¿quién será ahora  
Dueño de los hados míos?»  
Pero entre apartarle tanto  
Que ignore quién habrá sido,  
Y acercarle tanto, que  
Sepa que viene conmigo,  
Hay un medio, que es ponerle  
Con tal dueño y en tal sitio,  
Que lo sepa y no lo tema.  
Tú lo has de traer ceñido;  
Pues si del juicio me acuerdo,  
El mágico no me dijo  
Que tú darías la muerte  
A lo que mas has querido  
Con él, sino que con él  
Moriría; y pues colijo  
Que otro podrá aborrecer  
Lo que tú quieres, delito  
Fuera, echándole de ti,  
Dar armas á tu enemigo.  
Pues podrá venir á manos  
De quien me haya aborrecido.  
Y así, señor, yo te ruego,  
Y así, señor, te suplico  
Que tú, alcaide de mi vida,  
Traigas el puñal contigo.  
Con eso seguramente  
Sabré que aquel tiempo vivo  
Que tú le tienes. Que escuches  
El argumento te pido  
O tú me quieres ó no:  
Si me quieres, no peligro,  
Pues á lo que tú mas quieres  
No has de dar muerte tú mismo.  
Si no me quieres, no soy  
A quien arrastra el destino  
De tu amor, y al mismo instante  
De la amenaza me libero.  
Luego olvidada ó querida,  
Mi seguridad te pido,  
Mis temores desvanzco,  
Mis quietudes facilito,  
Mis deseos aseguro.  
Mis contentos solicito,  
Mis recelos acobardo,  
Mis esperanzas animo,  
Cuando tu amor y mi vida.  
Triunfen de muerte y olvido.

TETRARCA.

Tanto tu vida deseo,  
Que á ser tu alcaide me obligo.  
¡Ojalá fuera verdad,  
No prevencion, este estilo,  
Para que nunca murieras!  
Y así á tus voces movido,  
En tu nombre, dulce esposa,  
Segunda vez me te ciño.

(Tocan dentro cajas.)

Pero; válganme los cielos!  
¿Qué alboroto, qué ruido  
Es este?

MARIENE.

El cielo parece  
Que se hunde de sus quicios.

TETRARCA.

¿Qué asombro!

MARIENE.

¿Qué confusion!

## ESCENA XIV.

FILIPPO Y LIBIA, cada uno por su lado  
— EL TETRARCA, MARIENE.

FILIPPO.

Señor.

LIBIA.

Señora.

TETRARCA.

Filipo,

¿Qué es esto?

MARIENE.

¿Qué es esto, Libia?

LIBIA.

No sé si sabré decirlo.

FILIPPO.

Gente del emperador  
Otaviano, tu enemigo,  
A Jerusalem ocupa;  
Y va todos sus vecinos,  
Sabiendo que Antonio es muerto,  
Parciales y divididos  
Te buscan para prenderte,  
Diciendo á voces que has sido  
La causa de sus traiciones.

MARIENE.

¡Ay de mí!

TETRARCA.

¿Pierdo el sentido!

MARIENE.

Huye, señor: esc monte  
Sea tu sagrado asilo,  
Porque mejor las desdichas  
Se vencen en los principios.

TETRARCA.

¿Qué es huir? Viven los cielos,  
Que tengo de recibirlos.

MARIENE.

Mira, señor...

TETRARCA.

¿Qué he de ver?

MARIENE.

Que es un vulgo...

TETRARCA.

Ya lo miro.

MARIENE.

Alborotado.

TETRARCA.

¿Qué importa?

MARIENE.

Tu vida...



TETRARCA.

Mi vida libro...

MARIENE.

¿Cómo?

TETRARCA.

Poniéndome...

MARIENE.

¿Dónde?

TETRARCA.

Delante dél.

MARIENE.

Es delirio.

TETRARCA.

No es.

MARIENE.

¿Por qué?

TETRARCA.

Porque con verme,  
Verás que su orgullo rindo.*(Vuelven á tocar.)*Adios, esposa, que ya  
Segunda vez dan aviso  
Las cajas.

MARIENE.

Tente.

TETRARCA.

¿Qué temes?

MARIENE.

Temo, señor, tu peligro,  
Que vas solo.

TETRARCA.

No voy tal:

Tú vas, señora, conmigo,  
Y este acero, que me basta  
(Si es de la muerte ministro)  
A ser asombro del mundo,  
A ser rayo, á ser prodigio.

## JORNADA SEGUNDA.

Sala del palacio de Ménfis.

## ESCENA PRIMERA.

DOS SOLDADOS ROMANOS, con un retrato  
grande de Mariene.

SOLDADO 1.º

Ya que en sus melancolías  
No hay cosa que le divierta  
Mas, que en varios trajes ver  
Repetida esta belleza,  
Y este es el primer retrato  
De cuantos de la pequeña  
Lámina al lienzo pasó  
Del noble arte la excelencia,  
Pongámosle de su cuarto  
Sobre el marco de esa puerta,  
Para que cuando entre y salga  
A todas horas le vea.

SOLDADO 2.º

Bien has prevenido.

SOLDADO 1.º

Pues

Sea presto, que ya llega. *(Cuélganle.)*

SOLDADO 2.º

Con la prisa que me das,  
No sé si bien puesto queda.  
¿Quiera Dios que no se caiga,  
Vencido el clavo ó la cuerda!

## ESCENA II.

OTAVIANO.—DICHOS.

*(OTAVIANO. (Para sí.)*Pasión tan desesperada,  
Que al primer paso tropieza  
En un imposible, y cae  
En otro, queriendo ciega  
Dar una esperanza viva  
En una hermosura muerta,  
Bien se ve que no es pasión,  
Sino locura, y de tema  
Tan invencible, que triunfos,  
Aplausos, lauros y empresas  
No la alivian, puesto que  
Ni todo ni parte sean  
A echar de mí una aprensión  
Tan rebeldemente necia.

SOLDADO 1.º

Como mandaste, señor,  
Que en todo Ménfis se hicieran  
De este pequeño retrato*(Vuélvele el pequeño.)*

Varias copias, traje esta,

*(Señala el grande.)*

Por ser la mas parecida.

OTAVIANO.

Dices bien, pues no pudiera  
Haberla mejor sacado  
El pincel, cuando corriera  
Las líneas y los bosquejos  
Al lienzo desde mi idea.  
¿Que nunca me hayas sabido,  
Ó con maña ó con cautela,  
De Aristóbolo, quién fuese  
Alma de deidad tan bella?

SOLDADO 1.º

Con ese intento mil veces  
A la torre que le encierra  
De guarda entré; pero nunca  
Lo supe; que de manera  
Aristóbolo ha perdido  
El juicio desde que en ella  
Está, que es en vano ya  
Que á nada en razon atienda.

OTAVIANO.

¿Qué dices?

SOLDADO 1.º

Que solamente  
Desatinos dice y piensa.

OTAVIANO.

No me espanto ¡ay infelice!  
Si la causa que le fuerza  
A perder el juicio ha sido  
Perder esta hermosa prenda.  
¿Cómo es compatible, ¡oh rara  
Beldad! que un delirio sientan  
Dos, el uno porque te halle,  
Y el otro porque te pierda?  
¿Qué mal hice cuando necio,  
De amor y de su violencia,  
Culpé á Antonio que adorase  
A aquella gitana, á aquella  
Que en los teatros del mundo  
Hizo la mayor tragedia!  
¿Oh qué bien vengado está  
De mi altivez y soberbia!  
Pues para mayor trofeo,  
Con instrumento se venga  
Tan fácil como un retrato,  
Y ese de una beldad muerta.*(Tocan dentro cajas destempladas.)*¿Pero qué es aquesto? Cuando  
Triste pronuncia mi lengua

1 Egitana (de Egipto ó Egipto), egipcia.

Muerta beldad, me responden  
Las cajas y las trompetas  
Destempladas ¿Si los cielos  
Si los montes, si las selvas,  
Si los vientos, si los mares,  
Cuando mi voz les acuerda  
De igual pérdida la ruina,  
Compadecidos celebran  
De esa difunta hermosura  
Repetidas las exequias?*(Vuelven á sonar las cajas.)*Otra vez ¡piadosos cielos!  
Suenan el rumor de mas cerca.  
Ved quién ese pavor causa.

SOLDADO 1.º

Mucho extraño que las señas  
No te lo digan, pues es  
Ceremonia usada esta  
De los bárbaros gitanos,  
Siempre que rendida ó presa  
Alguna persona real  
En su corte sale y entra.

OTAVIANO.

¿Pues quién entra ó sale hoy,  
Ó preso ó rendido en ella?

## ESCENA III.

UN CAPITAN.—DICHOS.

CAPITAN.

*(Que ha oído la pregunta de Otaviano)*El Tetrarca, á quien tú diste  
Orden de que yo le prenda.  
Y viendo cuánto supone  
Virey que por ti gobierna,  
Usando la ceremonia  
De que con sus armas venga,  
Y con salva se reciba,  
Bien que trágica y funesta,  
Llega á tus piés.  
*(Vuelven á tocar cajas destempladas.)*

## ESCENA IV.

EL TETRARCA, en medio de SOLDADOS.—DICHOS.

OTAVIANO.

Mas estimo  
Ver postrada esa soberbia,  
Que el alto triunfo con que  
Roma recibirme espera.  
Quede él solo, y los demas  
Salgan, Patricio, allá fuera;  
Que por si acaso mi enojo  
Tras si mis acciones lleva,  
No quiero que nadie airado  
Con un rendido me vea.  
Templad vos, pues sois mi espejo,  
Mi cólera.*(Mira el retrato que tiene en la mano.)*

TETRARCA.

*(Ap. ¡Suerte adversa*¿A qué mas pudo llegar  
De tus ceños la influencia?)  
Invicto Otaviano, cuyo  
Nombre en láminas eternas  
El tiempo escriba, dictado  
De las plumas y las lenguas,  
A tus piés llevo ofendido,  
Porque para que vinieran  
Mi lealtad y mi valor  
A rendirte esta obediencia,  
No era menester que fuesen  
Por mí; que el que se respeta  
Por fuerza cuando por gusto  
Puede, á sí mismo se afrenta,  
Pues quita á la voluntad

Lo que le añade á la fuerza,  
Dame tu mano. (Ap. Mas ¡cielos  
(*Otaviano le alargó una, y el Tetrarca al ir á besársela repara en el retrato que Otaviano tiene en la otra.*)

Divinos! al besar esta,  
¿Qué es lo que en la otra miro?  
¿Habrá en el mundo quien beba  
Dos venenos á dos manos,  
Y á un mismo tiempo los sienta  
En los labios y en los ojos?)  
(*Vuelve Otaviano la espalda, y Heródes le sigue de rodillas.*)

OTAVIANO.

Si informado no estuviera  
De mi razón, á la tuya  
Bastante crédito diera;  
Pero si son destempladas  
Cláusulas, que no concuerdan,  
Esa afectada humildad  
Con tu traidora soberbia;  
No violencia, no rigor  
La prevención te parezca;  
Que con vasallos que son  
De los de viva quien venza,  
Fuerza es que la voluntad  
Se aproveche de la fuerza.

TETRARCA.

(Ap. ¡Mortal estoy! Dame, dioses,  
Valor, que quizá no es ella —  
(*Que agora me la ocultase!*)  
Si contra mí te aconseja  
Quien pretende...

OTAVIANO.

No presumas  
Que mal advertido hiciera  
Extremos tales; de ti  
Sé la ambición con que intentas  
Conspirar al sacro imperio,  
A cuyo efecto la guerra  
Manténias, dando á Antonio  
Los socorros para ella.  
Estas firmas te convencer:  
De ellas lo sé. Llega, llega,  
Míralas bien, tuyas son.  
Míralas.

(*Saca unas cartas, y preséntaselas puestas encima del retrato.*)

TETRARCA.

Ya miro, al verlas,  
Mi muerte mas declarada  
De lo que aun tú mismo piensas,  
Pues... yo... sí...

OTAVIANO.

Esa turbación  
Es ya segunda evidencia.  
Pero quien á un Idumeo  
Honró, baja estirpe hebrea,  
Rebelada de sus nobles  
Tribus, esto y mas merezca.  
Y así, mientras el castigo  
A los demas escarmienta,  
Sabe que soy Otaviano,  
Que soy el único César  
De Roma, y el Nilo y Tiber  
Inútiles mis plantas besan;  
Y que á cuantos contra mí  
Con traiciones, con cautelas  
Quieran conspirar, negando  
A mi poder la obediencia,  
Seré yo quien los corone  
De laurel, para que sean,  
Con un impulso á mis plantas  
Con una acción á mis huellas,  
Dos trofeos de una vez,  
Mi laurel y su cabeza.

(*Vase Otaviano hacia la puerta sobre la cual está el retrato.*)

TETRARCA. (Ap.)

¿Qué esto escuchan mis oídos,  
Y aquesto mis ojos vean,  
Sin que el dolor me despeñe!  
Yo he de morir, cosa es cierta,  
A sus manos, ó á mis celos:  
Pues él á mis celos muera,  
Y á mis manos; que una vida  
Tan grande, no es bien se venda  
A menor precio.  
(*Al entrarse Otaviano, va á herirle Heródes; cae el retrato en medio de los dos, y se queda clavado en el puñal.*)

OTAVIANO. (Volviendo.)

¿Qué es esto?

TETRARCA.

Desesperada impaciencia,  
Que ha de costarme el decirla  
Aun mucho mas que el hacerla.

OTAVIANO.

¿Tú con el desnudo acero,  
Cuando yo la espalda vuelta,  
Y entre tu acero y mi espalda  
Esta hermosa imagen puesta!  
¿Turbado tú, yo seguro,  
Y ella herida! ¿Tú con muestras  
De venganzas, yo de agravios,  
Y ella de piedades! ¿Muerta  
Tú la acción, yo vivo al riesgo,  
Y ella ofendida! Vive ella  
(*Que como á deidad que adoro,  
Bien puedo este obsequio hacerla.*)  
Que este sacrilego acero,  
Ya que horrores representa,  
El instrumento ha de ser,  
Pues lo fué de tu violencia,

(*Quita el puñal del retrato*)

De tu castigo: vea el mundo  
Que el que me agravia, me venga.  
¡Hola!

## ESCENA V.

EL CAPITAN, SOLDADOS.—OTAVIANO,  
EL TETRARCA.

CAPITAN.

Señor.

OTAVIANO.

A la torre,  
Donde su hermano se encierra,  
Llevar también al Tetrarca,  
Donde solo un criado tenga  
De los que le hayan seguido.

TETRARCA.

Cuando mi sepulcro sea,  
La vida debo á un puñal,  
Yo le pagaré con ella.

OTAVIANO.

Y yo la vida á un retrato;  
Y pues que de otra manera  
No puedo, con adorarle  
También pagaré mi deuda. (Vanse.)

Prisión en una torre de Méfis.

## ESCENA VI.

DOS SOLDADOS, Y POLIDORO, paseándose.

SOLDADO 1.º

Grande es tu melancolía.

POLIDORO.

¿Melancolía decís,  
Bergantouzazo? Mentís.

SOLDADO 1.º

Pues ¿qué es eso?

POLIDORO.

Hipocondría.

Que un principe como yo  
No había de adolecer  
Vulgarmente, ni tener  
Mal que tiene un sastre.

SOLDADO 1.º

No

Te enojas de eso.

POLIDORO.

Si quiero,  
Que estar triste solamente,  
No es achaque competente  
De un principe prisionero:  
Y mas si se considera  
La grande supercheria  
Con que de noche y de día  
Me tratan.

SOLDADO 2.º

¿De qué manera?

POLIDORO.

¿De qué manera, picaño?  
¿Qué principe se perdiera,  
Donde una infanta no hubiera  
Que condolidá á su daño  
Con músicas le avisara  
Desde el cubo del terrero,  
Y á pagar de su dinero  
Las guardas le sobornara.  
Para que una noche oscura,  
En dos caballos los dos,  
Por parque, á la paz de Dios  
Se fuesen á su ventura?

SOLDADO 1.º

Si estuviera por acá  
(Ap. Así saber algo trato)  
La dama de aquel retrato,  
Quizá ella...

POLIDORO.

Claro está

Que mirara por su honor;  
Y caso que allá estuviera  
Preso un infante, y no hubiera  
Tenidole mucho amor;  
Las desdichas acabadas  
De esta mi prision cruel,  
Por no haberse ido con él  
La matara yo á patadas,  
Segun la adoro; y sospecho  
Que si donde estoy supiera,  
Estrafalaria viniera  
Por mí.

SOLDADO 2.º

Lo medio está hecho,  
Porque yo compadecido  
Adrezco te traeré  
De escribir. (Vase.)

SOLDADO 1.º

Yo un proprio haré,  
Al punto que haya sabido  
Dónde se ha de encaminar  
La carta.

POLIDORO.

¿Qué dices?

SOLDADO 1.º

Digo

Lo que por ti á hacer me obligo.

POLIDORO.

Mil abrazos te he de dar  
Mientras, habiendo avisado  
Y librádome mi dama,  
Te hago el hombre de mas fama



SOLDADO 1.º

No es aquese ni cuidado ;  
(Ap. Que mas que espero de tí,  
De Otaviano espero, pues  
Con eso sabrá quien es  
Dueño del retrato.)

Sale el Soldado 2.º

SOLDADO 2.º

Aqui

Hay ya de escribir recado.

POLIDORO.

¿Con su tinta y pluma?

SOLDADO 2.º

En él

Se dice todo.

POLIDORO.

¿Hay papel?

SOLDADO 2.º

Tambien.

POLIDORO.

¿Batido y cortado?

SOLDADO 2.º

No, pero el que bastará.

POLIDORO.

¿Polvos?

SOLDADO 2.º

Polvos hay!

POLIDORO.

¿Oblea,

Lacre y sello?

SOLDADO 2.º

Si.

POLIDORO.

Pues ca,

Llegadme el bufete acá. *(Légansele.)*La silla. *(La llegan.)*

SOLDADO 2.º

Ya está llegada.

POLIDORO.

¿Papel, tinta y pluma aqui

No hay? ¿Polvos y sello?

LOS DOS.

Si.

POLIDORO.

Pues aun no tenemos nada.

SOLDADO 1.º

¿Qué falta que prevenir?

POLIDORO.

Lo mejor.

SOLDADO 2.º

Sepa qué fué,

Volando por ello irá.

POLIDORO.

El que yo no sé escribir.

SOLDADO 1.º

¿Ahora sale con eso

El tonto...?

SOLDADO 2.º

El loco...

SOLDADO 1.º

El menguado?

*(Maltratante, y echanle á rodar la capa y el sombrero.)*

POLIDORO.

¿Quién vió principe aporreado?

## ESCENA VII.

EL TETRARCA, EL CAPITAN — POLIDORO, LOS DOS SOLDADOS.

CAPITAN.

Esta es la torre en que preso  
Aristóbolo está: en ella  
Dejarte el César mandó.

SOLDADO 2.º *(Ap. á su compañero.)*

Gente en la prision entró.

SOLDADO 1.º

No vean que le atropella  
Nuestro enojo; que han mandado  
Con respeto le tratemos.

SOLDADO 2.º

Que le servimos mostremos.

*(Vuelven á poner á Polidoro la capa y el sombrero, fingiendo que le sirven.)*

CAPITAN.

¿Cómo tu Alteza ha pasado  
La noche?

POLIDORO.

Mal, y peor

La mañana; que á porrazos

Aquestos picaronazos

Me han muerto. *(Da tras ellos.)*

CAPITAN.

Tente, señor;

POLIDORO.

Recuir, vive Apolo,

A manera de valiente

Al uso, que habla si hay gente.

Y calla cuando está solo.

CAPITAN.

Advierte que á estar contigo  
Viene el Tetrarca tu hermano

POLIDORO.

¿El Te... qué?

CAPITAN.

El Tetrarca.

POLIDORO. *(Ap.)*

En vano

Es ya excusarse el castigo  
De haber tal engaño hecho.

CAPITAN. *(A Heródes.)*

Llegad: bien podeis llegar  
Con Aristóbolo á hablar.

*(Adelántase Heródes.)*

TETRARCA.

*(Ap. ¿Qué miro! Mas ya sospecho**Que hay algun secreto aqui,**Pues con su nombre no ignero**Que esté preso Polidoro**Para grande fin; y así,**Disimular me conviene.)*

Dame, en mis últimos plazos,

Aristóbolo, los brazos ..

POLIDORO. *(Ap.)*

Borracho el Tetrarca viene:

¿Aristóbolo me llama!

TETRARCA.

Ya que en mis penas el cielo

No me deja otro consuelo

Que ver mentida la fama

Que de tu muerte corrió.

POLIDORO. *(Ap.)*

Vive Dios, que insiste en ello!

¿Qué fuéra que sin sabello  
Fuese Aristóbolo yo?

CAPITAN. *(Ap. á los soldados.)*

Dejarlos solos es bien,

Que hablen los dos, pues es llano

Que á algun efecto Otaviano

Quiso que juntos estén.

*(Vanse el Capitan y soldados.)*

## ESCENA VIII.

EL TETRARCA, POLIDORO.

TETRARCA.

¿Estamos ya solos?

POLIDORO.

Si.

TETRARCA.

¿Qué es aquesto, Polidoro?

POLIDORO.

Un fingimiento que lloro

TETRARCA

¿De qué suerte?

POLIDORO.

Escucha.

TETRARCA.

Di.

POLIDORO.

Porque este traje lucido

Me dió mi amo, es lo primero;

Que parece caballero

Un picaro bien vestido.

Lo segundo, porque el día

Que el César triunfante entró,

Y á Antonio y Cleopatra halló

En su fatal boberia,

Prisioneros nos hicieron,

Y como iba galán yo,

Con la caja en que guardó

Cartas y joyas, creyeron

Que era Aristóbolo. El

El engaño prosiguió,

Con que él me Aristoboló,

Y yo le Polidoré.

Qué fué del, no sé; que están

Mis ansias con luz tan ciega,

Sin ver si vienen ni van,

En un callejon Noruega,

Aprendiendo á gaviilan.

TETRARCA.

Ya que de aquesto informado

Estoy, á un lado te aparta:

Que tengo que nablir conmigo.

POLIDORO.

Esa es la dicha mas rara

De un buen hablador, hallarse

Con quien no le diga nada,

Y le oiga cuanto él diga. *(Vase.)*

## ESCENA IX.

EL TETRARCA.

Ya que solo me vco, salgan

En lágrimas y suspiros,

Sin estruendo de palabras,

A los labios y á los ojos

Tan cautelosas mis ansias,

Que saliendo de ella, aun no

Las eche menos el alma.

¿Qué es esto, cielos, qué es esto,

*‘ Seroit-ce bien moi qui me tromperois, et seroit-ce devenu médecin sans m'en être aperçu? (¿ Si seré yo médico, y no habré reparado en ello?) Muchos años antes que Molière escribiera este chiste, corria ya impreso en España el de Calderon, que hoy apenas es conocido, cuando todos repiten el del escritor francés.*

¡Ay de mí! que por mí pasa?  
Que bien será menester  
Que vuestra autoridad valga  
Mi crédito, porque es tal  
El tropel de mis desgracias,  
Que aun pasando á la experiencia,  
Se me queda en la ignorancia.  
Dejo aparte que del sacro  
Laurel pierda la esperanza;  
Dejo habermne convencido  
De mis designios mis cartas;  
Dejo el castigo forzoso  
De accion tan desesperada  
Como que á morir matando  
Me despeñase mi saña;  
Pues la desesperacion,  
Designios y ambicion paran  
Solo en pensar que ya tengo  
El cuchillo á la garganta;  
Y voy á que otro dolor  
Es tal, que el morir no basta  
Para acabar con él, puesto  
Que en mí el frase se adelanta  
De *á la garganta el cuchillo*;  
Pues dirá desde hoy mi patria  
Que, *el cuchillo al corazon*,  
Murió su infeliz Tetrarca  
Al corazon dije, y dije  
Bien; que él es á quien traspasa  
Ver en poder de Otaviano  
A Mariene retratada,  
Y en dos partes, como quien  
Dice que la luna clara  
De un espejo, si está entera,  
Hace un rostro, y si quebrada,  
Dos; mostrando que en abusos  
De supersticiones varias,  
El espejo que se quiebra  
Siempre agüeros amenaza;  
Y es el mayor haber visto  
A Mariene con dos caras.  
Bien discurre yo que en una  
Hermosura soberana,  
Por soberana hermosa  
Solamente la retratan,  
Sin mas intencion que el serlo,  
O la excelencia ó la gala  
Del artifice; bien creo  
Que al verla, el no recatarla  
De mí, es ignorar quien sea;  
Que ser mi esposa y mostrarla  
Era cosa muy indigna  
Para hecha cara á cara,  
Cuando no por mí, por ella;  
Pero todo esto no salva  
El que no tenga interior  
Afecto ¡ay de mí! de amarla  
Quien no contento con una  
En la mano, otra en la sala,  
Jura por ella el haber  
De tomar de mi venganza.  
Y pasando á que el puñal  
En su pecho...

(Tocan cajas dentro.)

¿Mas qué cajas  
A marchar tocan? ¿Habrá  
Quien en esta triste estancia  
Me diga qué marcha es esta?

### ESCENA X.

FILIPO. — EL TETRARCA.

FILIPO.  
¿Quien?  
Yo, á quien adelanta  
Su lealtad á ser, señor,  
El criado que se manda  
Que solo te asista.

TETRARCA.  
¡Oh, cuánto  
El ser tú quien me acompaña,  
Estimo!

FILIPO.  
No es leal el que  
No lo es hasta las aras;  
Y así, aqueste breve tiempo  
Que le queda á tu esperanza  
De vida (pues se presume  
Que ántes que de Egipto salga  
Otaviano, su rigor  
En ti ejecute), mis canas,  
Mi amor, mi fe, mi alma y vida  
Vienen á ver qué me encargas.

TETRARCA.  
¿Tan hreve y tan cierta es  
Mi muerte?

FILIPO.  
El que su jornada  
Apresure, lo adelina.

TETRARCA.  
¿Cómo?

FILIPO.  
Como hace la marcha  
A Jerusalem, por si hay,  
Muerto tú, novedad.

TETRARCA.  
Cállate,  
Filipo, no me lo digas;  
Que tú eres el que me matas  
Antes que él.

FILIPO.  
¿Yo, señor?

TETRARCA.  
Si,  
Pues tú el morir me adelantas.  
¡A Jerusalem el César,  
Donde (¡los cielos me valgan!)  
Halle á Mariene viva,  
Quien la idolatró pintada!  
¡El victorioso, yo muerto,  
Y ella querida! ¿Qué aguarda  
Mi desesperado amor?

(Quiere quitar la espada á Filipo.)

FILIPO.  
¿Qué haces?  
TETRARCA.  
Quitarte la espada  
Para arrojarla sobre ella,  
Que mas valor y mas causa  
Tengo yo que Antonio.

FILIPO.  
Mira...  
TETRARCA.  
Si haré, si me das palabra  
De hacer por mí una fineza.

FILIPO.  
No habrá cosa que no haga  
Yo por ti.

TETRARCA.  
¿Si es prodigiosa?  
FILIPO.  
Ningun prodigio me espanta.

TETRARCA.  
¿Si es terrible?  
FILIPO.  
Que lo sea.  
TETRARCA.  
¿Crnel?

FILIPO.  
¿Qué importa?

TETRARCA.  
¿Temeraria?  
FILIPO.  
Valor tengo para todo.

TETRARCA.  
¿Fiera?  
FILIPO.  
Nada me acobarda.

TETRARCA.  
¿Y si es bárbara?  
FILIPO.  
Tampoco.

TETRARCA.  
Pues escucha. Pero aguarda,  
Que es tal la resolucion,  
Que para representarla  
A los teatros del mundo,  
Como al fin trágica farsa,  
Pues hay recado, quiero ántes,  
Con escribirla ensayarla.  
(Pónese á escribir.)

FILIPO. (Ap.)  
¿Qué será resolucion,  
Que con prevenciones tantas  
Piensa? Apenas dos renglones  
Escribe y cierra la carta,  
Cuando á mí vuelve.

TETRARCA.  
Oye agora.  
FILIPO.  
Si haré con vida y con alma.

TETRARCA.  
Si todas cuantas desdichas,  
Si todas cuantas desgracias  
Ha inventado la fortuna,  
Deidad de los hombres varia,  
Se perdieran, todas juntas  
Llo en ni solo se llullaran,  
Que soy epilogo y cifra  
De las miserias humanas.  
Yo que ayer de Mariene  
Esposo y galan, con raras  
Muestras de amor coroné  
Dé victorias mi esperanza;  
Hoy lloro agravios, sospechas,  
Temores, desconfianzas  
Y... celos iba á decir;  
Pero imaginarlos basta.  
Yo que ayer de Palestina  
Gobernador y monarca,  
No cupe ambicioso en cuanto  
El sol dora, y el mar baña;  
Hoy pobre, triste y rendido,  
Entre dos fuertes murallas  
Aprisionándome el vuelo,  
Tengo abatidas las alas.  
Yo que del laurel sagrado  
Ayer pretendi las ramas  
Siempre verdes, á pesar  
De los rayos que las guardan;  
Hoy, segur suya mi acero,  
Veo que sus pompas tala,  
Solamente por llegar  
Embotado á mi garganta.  
¡Pluguiera al bado! ¡pluguiera  
Al ciclo que aquí pararan  
Sus presagios, y que en mí  
Se desmintiera la ingrata  
Indignacion de un destino!  
Pues muriendo yo á la saña  
Del temple infausto, pudiera  
Persuadir á la ignorancia,  
Que va de lo que mas quise  
Ejecutó la amenaza.  
Mas ¡ay triste! ¡ay infelice!  
Que no soy yo á quien mas ama  
Mi misma vida, supuesto



Que tambien ella tirana  
Me aborrece por ser mia;  
Y no con morir acaban  
Mis desdichas, que inmortales  
Mas allá de morir pasan.  
Otaviano... Al pronunciarlo,  
Valor y aliento me faltan..  
Otaviano adora... ¿Cómo  
Lo diré sin que me añada  
Dolor á dolor?—Adora  
A Mariene; pintada  
Dos veces la vi, y dos veces  
A él gentil, pues idolatra  
Una vez á un sol sin luz,  
Y otra á una deidad sin alma.  
¡Mal haya el hombre infeliz,  
Otra y mil veces mal haya  
El hombre que con mujer  
Hermosa en extremo casa!  
Que no ha de tener la propia  
De nada opinion; pues basta  
Ser perfecta un poco en todo,  
Pero con extremo en nada;  
Que es armiño la hermosura,  
Que siempre á riesgo se guarda:  
Si no se defiende, muere;  
Si se defiende, se mancha.  
No pues mi ambicion, Filipo,  
No mi atrevida arrogancia,  
No el ser parcial con Antonio,  
No mi poder, no mis armas,  
Me alijs, me desespera,  
Me precipita y me arrastra;  
Sino el ser de Mariene  
Esposo. ¡Oh caigan, oh caigan  
Sobre mi mares y montes!  
Aunque si de ofensas tantas  
El peso no me derriba,  
No me rinde, no me agrava,  
El de los montes y mares  
No me agobiara la espalda.  
Y así, viendo cuánto á instantes  
Mi vida cuenta la parca,  
Y cuánto á brazo partido  
En esta lóbrega estancia  
Luchando estoy de mi muerte  
Con las sombras y fantasmas;  
Viendo, en fin, que apenas hoy  
En una pública plaza  
Seré horror de la fortuna,  
Seré del amor venganza,  
Cuando él sea ¡ay infeliz!  
(Pues á Jerusalem marcha,  
Donde es fuerza que la vea)  
En tálamos de oro y grana,  
Herederó de mis dichas,  
Dueño de mis esperanzas;  
Muero de agravios y celos,  
Que matan, porque no matan.  
Dirásme que ¿qué me importa,  
Pues con la vida se acaban  
Las desdichas? ¡Ay Filipo,  
Cuanto esa opinion engaña!  
Que amor en el alma vive;  
Y si ella á otra vida pasa,  
No muere el amor, sin duda,  
Puesto que no muere el alma.  
El ¿no nace de una estrella,  
Ya propicia ó ya contraria?  
¿Pues cómo faltará amor.  
Mientras la estrella no falta?  
¿Quiéres ver cuál es la mia?  
Pues si pudiera apagarla  
Hoy con el último aliento,  
Lo hiciera, porque faltara  
Del cielo, y otro ninguno  
En su gracia ó su desgracia  
No naciera como yo,  
Porque como yo no amara.  
Y en fin, ¿para qué discurre  
Mi voz? ¿para qué se cansa?  
Otra pena, otro dolor,

Otro tormento, otra ansia  
En el corazon no llevo,  
Sino solo ver que aguarda  
Mariene á ser empleo  
De otro amor, de otra esperanza.  
Sea barbaridad, sea  
Locura, sea inconstancia,  
Sea desesperacion,  
Sea frenesi, sea rabia,  
Sea ira, sea letargo,  
O cuanto despues mis ansias  
Quisierén; que todo quiero  
Que sea, pues todo es nada,  
Como no sean mis celos:  
Y así, pues que la palabra  
Me has dado de obedecerme,  
Ilaz lo que mi amor te encarga.  
Vuelve á Jerusalem, vuelve  
A la eslera soberana  
Del mejor sol de Judea;  
Y en diciéndote la fama  
Que he muerto, en el mismo instante  
Con mortal eclipse apaga  
A la tierra el mejor rayo,  
Al cielo la mejor llama,  
Al campo la mejor flor,  
La mejor estrella al alba.  
Tolomeo, que quedé  
Por capitán de mis guardas,  
Y siempre á Mariene asiste  
Sin poder seguirme, á causa  
De quedar convaliente  
De aquella herida pasada,  
Dará la ocasion, á cuyo  
Fin, para él es esta carta: (Dásela.)  
Dél te fia, pues no dudo,  
Previstas las circunstancias  
De un veneno ó de un dogal,  
Que él te guarde las espaldas.  
Muera yo, y muera sabiendo  
Que Mariene soberana  
Muere conmigo, y que á un tiempo  
Mi vida y la suya acaban;  
Pero no sepa que yo  
Soy el que morir la manda:  
No me aborrezca el instante  
Que pida al cielo venganza.  
No te acobarde lo horrible  
De una historia tan extraña;  
Que cuando murmuren unos  
Que hubo quien dejó por manda  
Un homicidio, creyendo  
Que así sus penas engaña,  
Que así sus quejas desmiente,  
Que así desdice sus ansias,  
Y que así enmienda sus celos,  
Otros habrá que le aplaudan;  
Pues no hay amante ó marido  
(Salgan todos á esta causa)  
Que no quisiera ver ántes  
Muerta, que ajena su dama.

FILIPO.

Bien quisiera responderte;  
Mas no es posible, que baja  
Mucha gente á la prision.

TETRARCA.

Por si vienen por mí, salga  
Mi valor á recibirlos.  
Tú, cobrando la ventaja  
Que puedas, parte, Filipo,  
Al instante.

FILIPO.

Señor...

TETRARCA.

Calla,  
Que sé que tienes razon;  
Pero no puedo escucharla.

FILIPO.

Ni yo decirle, que llega  
Ya la gente.

TETRARCA.

Esferas altas,  
Cielo, sol, luna y estrellas,  
Nubes, granizos y escarchas,  
¿No hay un rayo para un triste?  
Pues si ahora no los gastas,  
¿Para cuándo, para cuándo  
Son, Júpiter, tus venganzas? (Vanse.)

Playa de Jafa.

## ESCENA XI.

ARISTOBOLO, MARIENE, LIBIA,  
DAMAS Y SOLDADOS JUDIOS. (Tocan cajas.)

ARISTOBOLO.

Dañe otra vez los brazos,  
Porque coronen tan hermosos lazos  
Hoy la esperanza mia.

MARIENE.

Mi vida, hermano, á tu valor se fia:  
Publiquen pues tus glorias,  
Que victorias de amor son mis victorias.

ARISTOBOLO.

Ya que por la lealtad de Polidoro  
(Como te dije) con mi nombre preso,  
De un infeliz á otro infeliz suceso,  
Pude llegar donde tu luz adoro,  
Y donde á tu obediencia y tu decoro  
Atenta dignamente  
Nuestra nacion, de su alistada gente  
General me ha nombrado,  
Cumpliré la palabra que te he dado  
De morir animoso,  
O traerte libre á tu adorado esposo.

MARIENE.

¡Oh, cúmplamela el cielo!  
Y pues el campo de cristal y hielo  
De aquí á Egipto es tan breve  
Por ese pasadizo que de nieve,  
O se encrespa ó se eriza,  
Cuando el copete de su frente riza,  
Presto la nueva espero  
De que mi amor desempeñó tu acero.

ARISTOBOLO.

Si tu amor va conmigo,  
Fácil empresa, fácil triunfo sigo.  
(Vuelven á tocar cajas.)

## ESCENA XII.

TOLOMEO.—DICHOS.

TOLOMEO.

Ya el campo cristalino  
Tanto pez de madera, ave de lino,  
Admite en sus esleras,  
Que parecen las ondas lisonjeras,  
Ocupando horizontes,  
Una vaga república de montes.  
Y pues noble no queda,  
Que excusarse á tan alta faccion pueda,  
Que me des te suplico  
Licencia..

MARIENE.

Antes de oirla, la replico  
Capitan de mis guardas te ha dejado  
Mi esposo; su palacio te ha fiado.  
No es asistirme á mí ménos ufana  
Faccion que esotra.

ARISTOBOLO.

Dice bien mi hermana;  
Y pues el cargo, que os quedeis abona,  
Mirad que nie mireis por su persona.

TOLOMEO.

Obedecerte espero.

MARIENE.

Y yo veros partir á todos quiero,  
Porque os den para iros.  
Agua mis ojos, viento mis suspiros.  
(*Vuelven á tocar la caja, y vanse Mariene, Aristóbolo, las damas y los soldados.*)

## ESCENA XIII.

TOLOME0, LIBIA.

LIBIA.

Permita la ocaion á mi deseo  
El que de tu salud ¡oh Tolomeo!  
El parahien te dé; si bien pudiera  
Dármele á mí mejor de que no hubiera  
Mariene admitido  
La fineza de ir; que hubiera sido  
Doblada la dolencia  
Consolar un dolor con una ausencia.

TOLOME0.

Agradezca, señora,  
El favor toda una alma que te adora;  
Y pues como á milagro  
Suyo, mi vida á tu deidad consagro,  
Cré que el morir sentia,  
No, Libia hermosa, no porque moria,  
Sino porque sin verte,  
Pagaba con dos vidas una muerte.

LIBIA.

Responderte quisiera;  
Mas la Reina, que ocupa la ribera,  
Me celará ménos: solo te prevengo  
Que ya falseada para vernos tengo  
Del jardín esta llave.

TOLOME0.

Si ser amor ladrón de casa sabe,  
Dame la llave ahora,  
Y apenas desdoblar verás, señora,  
La falda que arrugó la noche fria,  
Sobre la hermosa variedad del día,  
Cuando entre en el jardín, y sean sus flo-  
Los testigos no mas de tus favores, ¡res  
Siendo sus pompas bellas,  
Si flores para tí, para mí estrellas.

LIBIA.

Toma, y advierte no entres (que quejosa  
De tí Sirene, y de mi amor celosa  
Anda) hasta... Mas no puedo  
Proseguir: adiós, pues.

TOLOME0.

Confuso quedo.

Oye, espera.

LIBIA.

No faltes desta parte;  
Que yo, si puedo, volveré á informarte.  
(*Vase.*)

## ESCENA XIV.

TOLOME0, y despues, FILIPO.

TOLOME0.

Aunque en la paz me quedo, [do  
Temer mas guerra en mis sentidos pue-  
Que tienen mar y tierra,  
Pues incluyen mas guerra  
Que tierra y mar el ansia y el euidado  
Del que aquí aborrecido y allí amado,  
Libia con su deseo,  
Siendo Sirene y Libia...

FILIPO. (*Dentro.*)

Tolomeo.

TOLOME0.

¡Cielos! ¿Llamáronme?

FILIPO.

Si.

TOLOME0.

¿Quién?

(*Sale Filipo con una banda en el rostro.*)

FILIPO.

Un hombre que ha llegado  
En un barco que ha volado  
Desde el mar de Egipto aquí,  
Y que sin ser conocido  
De otro (á cuyo fin cubierto  
El rostro, ha tomado puerto  
En sitio mas escondido),  
A solas tiene que hablarlos.  
Seguidme.

TOLOME0.

¿No me diréis

Quién sois?

FILIPO.

Despues lo sabréis.

TOLOME0.

(*Ap. ¿Quién vió sucesos mas raros?*)  
Guiad, pues.

FILIPO.

Si haré, que ninguno  
Me ha de ver hablar con vos. (*Vanse.*)

—

Otro punto de la costa, mas retirado.

## ESCENA XV.

TOLOME0, FILIPO.

TOLOME0.

Ya estamos solos los dos,  
Y el sitio es tan oportuno  
Que es apartado lugar.

FILIPO.

Pues leed ese papel;  
Que en viendo lo que hay en él,  
Tenemos mucho que hablar.

TOLOME0.

Cada punto, cada instante  
Añadís al corazon  
Otra nueva confusion.

FILIPO.

Aun mas quedan adelante.  
Léd, que mas duda os espera  
Por piadoso ó por cruel.

TOLOME0.

Del Tetrarca es el papel,  
Y dice... (*Lee para sí.*)

FILIPO. (*Ap.*)

Desta manera,  
Descubriendo su intencion,  
Lo que hay en él he de ver,  
Para ver qué debo hacer.

TOLOME0.

Notable es mi confusion.  
(*Lee.*) «A mi servicio conviene,  
»A mi honor y á mi respeto,  
»Que muerto yo, con secreto  
»Deis la muerte á Mariene». Hombre, que de asombros lleno  
Traes en carta tan sucinta,  
Del rejalgar de su tinta,  
Confeccionado el veneno;  
Si conjuración ha sido  
La desta temeridad,  
Y á examinar mi lealtad  
De parte suya has venido;  
No solo en lo que contiene

Mi honor convendrá; mas piensa  
Que he de morir en defensa  
De mi reina Mariene.  
Y pues traidor, vive Dios,  
Eres (que no te enebriaras  
El rostro, si noble fueras),  
Y estamos solos los dos,  
Te tengo de haer pedazos  
Entre mis brazos.

FILIPO.

No harás,  
Que yo no esperaba mas  
Para darte mil abrazos. (*Descúbrese.*)

TOLOME0.

¡Filipo! (¡qué es lo que veo!)  
¡Tú sospechoso! (¡qué miro!)  
Ya con mas causa me admitió,  
Con mas razon no lo ereo.

FILIPO.

El Tetrarca para tí  
Con esta carta me envía;  
Que de los dos solos fia  
La accion que contiene en sí.  
Muerto él, nos manda que muera  
Mariene; pero ya  
Que de tu valor está  
Vista la fe verdadera,  
Quédese el caso enebuido;  
Que si él vive, estarlo es bien,  
Y si acaso muere, ¿quién,  
Ha de obedecer á un muerto?

TOLOME0.

Dices bien; pero aun es mucha  
Mi duda: sepa qué es esto.  
¿Quién en tal furor le ha puesto?

FILIPO.

Si quieres saberlo, escucha.  
Otaviano enamorado  
De un retrato que...

TOLOME0.

Detente,  
Que por aquí viene gente.

FILIPO.

A los dos nos ha importado  
Que no me vean, y así,  
Por desmentir la sospecha,  
Quédate á haer la deshecha,  
Y vente despues tras mí;  
Que en ese monte te espero,  
Y mil prodigios sabrás. (*Vase.*)

## ESCENA XVI.

TOLOME0.

¿Qué tengo que saber mas,  
Si ya de lo que sé muero?  
Mariene era, ya toreó  
A los jardines el paso;  
Y yo suspenso del caso  
Que me ha sucedido, no  
Sé de una accion tan cruel  
Cuántas cosas anticipo.  
Vuelvo á seguir á Filipo,  
Volviendo á lêr el papel.

## ESCENA XVII.

SIRENE.—TOLOME0

SIRENE.

Decidme si por aquí  
Ha pasado Mariene;  
Que en su seguimiento... Pero

1 Si el verbo *contiene* hace relacion, como parece, á la carta, falta una negacion para que diga Filipo: *No solo no convendra mi honor en lo que contiene*, en lo que me previene, esa carta, sino que moriré en defensa de la Reina.



Si hubiera visto quién eres,  
Ni aun esto te preguntara,  
Por no hablarte, por no verte.

TOLOMEO.

Espera, Sirene, aguarda.

SIRENE.

¿Para qué, tirano aleve,  
Ingrato, falso, inconstante?

TOLOMEO.

Para que sepas, Sirene,  
Que los hombres como yo,  
Con principales mujeres  
Bien pueden no ser amantes,  
Pero no el no ser cortesés.  
Yo, por soldado, no tuve  
Lucinacion...

SIRENE.

Cese, cese

Tu voz, que aun satisfacciones  
De tí no quiero.

### ESCENA XVIII.

*LIBIA, que se queda retirada, escuchando á TOLOMEO y SIRENE.*

LIBIA. (Ap.)

¡Valedme,  
Cielos! ¿Qué escucho! Mas ¿cómo  
Lo dudo? pues claramente  
Dice que la satisface  
La que dice que no quiere  
Oír satisfacciones.

TOLOMEO.

Ya

Que aquesta ocasion ofrece  
El acaso de encontrarme,  
Por mi mismo has de oírme : atiende

SIRENE.

No haré tal; que cortesana  
Yo tambien, no quiero hacerte  
El pesar de que no leas  
El papel que te divierte  
Tan á solas; y así es bien  
(Porque él sea el que me venga,  
Mostrando cuán poco ó nada  
Mis vanidades lo sienten)  
Que pues leyéndole te hallo,  
Que leyéndole te deje. (Vase.)

### ESCENA XIX.

TOLOMEO, LIBIA.

LIBIA. (Ap.)

¿Qué papel, cielos, será,  
El que la venga y la ofende?

TOLOMEO.

Haces bien, pues aunque vuelva  
A fírtela una y muchas veces,  
Una y muchas volveré  
A dudar lo que contiene.

LIBIA. (Ap.)

Mi sufrimiento, ¿qué aguarda?

TOLOMEO.

(Lee) « A mi servicio conviene... »

LIBIA. (Adelantándose y asiendo á Tolomeo el papel.)

Suelta, ingrato.

TOLOMEO.

¿Qué es aquesto?

LIBIA.

Saber qué papel es este.

TOLOMEO.

Pues no lo has de saber, Libia.

LIBIA.

¿Cómo no?

TOLOMEO.

Si es que merece

Algo contigo mi honor,  
Si me estimas, si me quieres,  
Débatc yo la fineza  
De no verle.

LIBIA.

¿Qué es no verle?

Si lo que á decirte vuelvo  
Es que en el jardín no entres,  
De cuya puerta la llave  
Mi amor te entregó imprudente,  
Hasta que una seña mia  
Te asegure de Sirene,  
Porque quejosa de tí,  
Y de mi celosa, suele  
Estar en él á deshoras;  
¿Cómo, di, ingrato, pretendes  
Hallándote con la misma  
De quien recatarte debes,  
Dándola satisfacciones,  
Y diciéndola que aqueste  
Papel la venga de tí,  
Que sin mirarle le deje?

TOLOMEO.

Aunque tienes razon, Libia,  
Vive Dios, que no la tienes.  
El papel ni á ella ni á tí  
Toca, y en fin no has de verle.

LIBIA

He de verle.

TOLOMEO.

Mira...

LIBIA.

Aparta.

TOLOMEO.

Considera...

LIBIA.

Quita.

TOLOMEO.

Advierte,

No desatento...

LIBIA.

¿Tú?

TOLOMEO.

Sí;

LIBIA.

¿De qué suerte?

TOLOMEO.

Destá suerte.

LIBIA.

¿Tú conmigo tan grosero?

TOLOMEO.

¿Tú conmigo tan aleve?

LOS DOS.

Suelta el papel.

(Parten entre los dos el papel.)

### ESCENA XX.

MARIENE. — TOLOMEO, LIBIA.

MARIENE.

¿Qué papel?

TOLOMEO. (Ap.)

¡Grave mal!

LIBIA. (Ap.)

¡Desdicha fuerte!

TOLOMEO.

¿Qué pudiste engendrar, Libia,  
Sino áspides y serpientes?

LIBIA.

¿Qué mas áspides que celos?

MARIENE.

¿Pues qué atrevimiento es este?

¿Así mi esplendor se agravia?

¿Así mi sombra se ofende?

¿Mi decoro se aventura,

Y mi respeto se pierde?

¿En mi casa, y á mis ojos,

Vuestras acciones se atreven

A profanar un palacio,

Templo de honor tal, que á verle

El sol no entrara, á no entrar

Con disculpa de que viene

A darle la luz; que el sol

Aun no entrara de otra suerte?

Dame esa parte tú, y tú

Esotra : de ellas conviene

Informar á mi recato.

TOLOMEO.

Que es una vibora advierte,  
Que dividida en mitades,  
Con cualquier extremo muerde.

MARIENE.

Vete tú, Libia, de aquí.

LIBIA. (Ap.)

Piedad es el que me ausente,  
Por no verla tan airada. (Vase.)

### ESCENA XXI.

MARIENE, TOLOMEO.

MARIENE.

Tú tambien, ¿qué aguardas? Vete

TOLOMEO.

Si por ventura han podido  
Mis servicios merecerte  
Sola una merced que sea  
Capaz de muchas mercedes,  
Rompe esc papel, y no  
Le leas, señora : atiende  
Que cuanto por verle ahora,  
Darás despues por no verle.

MARIENE.

¿Qué deseo de mujer  
Se rindió al inconveniente?

TOLOMEO.

El que advertido de mí  
Sepa que, á fin diferente  
De que llegase á tus manos,  
Está inficionado ese  
Papel de un mortal veneno,  
Tan rigoroso y tan fuerte,  
Que matará á quien le mire,  
Que es la causa porque el lèrte  
A Libia le defendia,  
Viendo que entre estos laureles  
Era ella quien le habia hallado.  
No siendo ella á quien previene  
Matar mi fe en tu servicio;  
Que hay en él algun aleve,  
Con quien se escribe Otaviano.  
Y así, que de tí le echas,  
Con lágrimas á tus piés,  
Te suplico humildemente.

MARIENE.

Quien advierte de un peligro  
Nunca suplicando advierte,  
Porque el beneficio manda,  
Y no ruega : luego mientes;  
Que si estos extremos haces  
Cuando me acuerdas los bienes,  
¿Qué dejas que hacer, qué dejas  
Cuando los males acuerdes?  
Letra del Tetrarca es.

Con que ya se desvanecce  
El que fuese tuyo, y ya,  
Que viva ó muera, he de lêrle.

TOLOMEO.

¡Ay infelice de ti!

MARIENE.

Dice á partes desta suerte:  
Muerte es la primer razon  
Que he hallado: *honor* contiene  
Esta, *Mariene* aqui  
Se escribe. ¡Cielos, valedme!  
Que dice mucho en tres voces  
*Mariene*, *honor* y *muerte*.  
*Secreto* aqui, aqui *respeto*,  
*Servicio* aqui, aqui *conviene*,  
Y aqui, *muerto yo*, prosigue.  
Mas ¿qué dudo? ya me advierten  
Los dobles del papel  
Adonde están los dobles,  
Llamándose unos á otros.  
Sé, ó prado, lámina verde,  
En que ajustándolos lea.

(Pone los pedaz. s en el suelo, y junta-  
los.)

(Lee.) A mi servicio conviene,  
A mi honor y á mi respeto,  
Que muerto yo, ¡hados crueles!  
Déis... ¡con qué temor respiro!  
Déis la muerte á *Mariene*.  
B en dijiste que era fiero  
Tósig y veneno fuerte,  
Puesto que si no me mata,  
Por lo ménos lo pretende.—  
¿Quién este papel te dió?

TOLOMEO.

Filipo, que con él viene  
De Egipto. Pero, señora,  
Estar satisfecha puedes  
De su lealtad y la mia,  
Pues los dos...

MARIENE.

Otra vez mientes;

Que ni él ni tú sois leales,  
Pues cobardes, pues alevés,  
O viva ó muera, no sois  
Como debeis, obedientes  
Al precepto de mi esposo.  
¿Quién mas es cómplice en este  
Secreto?

TOLOMEO.

Nadie, señora.

MARIENE.

Pues mira lo que te advierte  
Mi voz, que ninguno sepa.  
Ni aun Filipo, que á entenderle  
Llegué yo.

TOLOMEO.

Un mármol será. (Vase.)

## ESCENA XXII.

MARIENE

¡Oh infeliz una y mil veces  
La que se ve aborrecida  
De la cosa que mas quiere!  
¿En qué, anado esposo mio,  
En qué mi vida te ofende,  
Que te pesa de que viva  
La que de adorarte muere?  
Cuando yo tu libertad  
Trato, y á imperios de nieve  
Doy, Semiramis de ondas,  
Babilonias de bajelos;  
Cuando en mi imaginacion,  
Después que vives ausente,  
Adorando estoy tu sombra,  
Y á mis ojos aparente,

Por burlar mi fantasía,  
Abraé el aire mil veces;  
¿Tú en una obscura prison,  
Funesto misero albergue,  
En vez de abrazar mi imagen,  
Estás trazando mi muerte?  
O te quiero ó no. Si no  
Te quiero, ¿no es mas decente  
A un noble, que de mujer  
Que le olvida no se acuerde?  
Y si te quiero, ¿por qué,  
Después de muerto, pretendes  
Que muera? ¿No sabré yo.  
Sin mandarlo, obedecerte?  
Luego olvidando ¡ay de mí!  
O queriendo, de una suerte  
Ofendes tu vanidad.  
O mi gratitud ofendes.  
Si del mundo el mayor monstruo  
Me está amenazando en ese  
Encañernado volumen,  
Mentira azul de las gentes,  
Y tú me matas, será  
Bien decirse de ti que eres  
El mayor monstruo del mundo.  
¿Mas ay! que en llegando á este  
Término, no sé qué nuevo  
Espiritu me enfurece;  
Y pues me tocan al alma  
Afectos tan diferentes  
De los míos, ¡plegue al cielo,  
Fementido esposo alevé,  
Que el socorro que te envío  
Nunca á tomar puerto llegue!  
Entre las Sirtes y Scilas  
De Egipto á pique le echen  
Los zozobrados embates,  
Los contrastados vaivenes  
De las raiagas de Eolo,  
O los sepulcros de Tétis.  
No solo en tu libertad  
Milite, que por de suerte  
Irrite á Otaviano, que  
Apresurando tu... ¡Tente,  
Lengua! no su muerte digas;  
Basta que él diga mi muerte;  
Que una cosa es ser quien soy,  
Y otra ofenderme él. ¡Oh plegue  
Al cielo que victoriosa  
Tan en su lavor navegue  
La armada de tu socorro.  
Que sobre el puerto de Mênfis  
En tan grande estrecho ponga  
La confusion de sus gentes,  
Que temerosa de que  
Las mias sus muros entren  
A sangre y fuego, á partido  
Reducidas, me le entreguen  
Vivo, para que á mis brazos...  
Pero ¿qué digo? Suspende,  
Lengua, otra vez el acento,  
Sino es que decir intentes:  
«A mis brazos, para que  
Vengativa é impaciente  
En ellos le haga pedazos.»  
— ¡Ay de mí! ¡qué fácilmente  
De un extremo á otro se pasan  
En afectos de mujeres  
Las lástimas á ser iras,  
Y los favores desdenes!  
De mujeres dije; pero  
Dije mal, que excluirse deben  
Las mujeres como yo  
De lo común de las leyes.  
Y pues piadosas en una  
Parte, y en otra erucles  
Mis ansias lidian, en tanto  
Tropel como me acomete  
De divididos afectos,  
De encontrados pareceres  
Y opuestas obligaciones;  
¿Déme el cielo industria; déme

Medio el hado, para que  
Tanto mas como otras temple,  
Que como esposa ofendida,  
Y como reina prudente,  
Cumpla con el mundo, y cumpla  
Conmigo, cuando á ver lleguen  
Cielo, sol, luna y estrellas,  
Astros y signos celestes,  
Montes, mares, troncos, plantas,  
Hombres, lieiras, aves, peces,  
Que como reina perdone,  
Y como mujer me venga!

## JORNADA TERCERA.

### ESCENA PRIMERA.

JUDIOS, MÚSICOS, y luego, MARIENE,  
SOLDADOS ROMANOS, EL CAPITAN, y  
OTAVIANO.

JUDIOS. (Dentro.)

Viva Otaviano.

MÚSICOS. (Dentro.)

Viva.

JUDIOS. (Dentro.)

Y en los campos de Oriente...

MÚSICOS. (Dentro.)

Y en los campos de Oriente...

JUDIOS. (Dentro.)

Ciñan su angusta frente...

MÚSICOS. (Dentro.)

Ciñan su angusta frente...

JUDIOS.

Sacro el laurel, pacífica la oliva.

(Tocan cajas destempladas.)

MARIENE (Dentro.)

La aclamacion festiva

Se oye en lamento

De misero contento,

Siga en mi pena liera

Que muera yo donde mi esposo muera

SOLDADOS ROMANOS. (Dentro.)

A tierra, á tierra

(Salva y chirrimias dentro.)

CAPITAN. (Dentro.)

Marche,

Inspirado el clarín, herido el parehe,

A la ciudad en órden nuestra gente.

(Salen Otaviano, el Capitan y solda-  
dos romanos.)

OTAVIANO.

Salve, tú, ó gran metrópoli de Oriente,

Jerusalén divina.

Salve, ó tú, emperatriz de Palestina

Y del Asia señora,

Que en el rosado imperio del aurera,

Con luciente voz munda

El sol en su primera edad saluda.

Salve otra vez, y admite

Tu César, cuyo nombre, que compute

Al tiempo y al olvido,

Dos veces al laurel restituido,

Pisa tu arena: una

En favor del poder y la fortuna;

Y otra, por mas blasones,

A pesar de traidoras sediciones;

Pues cuando presumias

Que del romano yugo saeudias

La cerviz con haber hoy enviado

A Aristóbolo tanto leñic alado

A librar tu Tetrarca,

Yo como en fin caudillo de la parca,  
Habiéndole encontrado en el camino,  
Y á fuerza del destino



Dejóale su armada  
En las costas de Jafa derrotada,  
Llegó á tí, donde intento  
Que el primer escarmiento  
Que tu muralla vea,  
De tu Tetrarea la cabeza sea;  
A cuyo fin, por mas infeliz suerte,  
Su muerte dilaté, porque su muerte  
Le dé terror mas fiero,  
Y mas al filo de este infausto acero,  
Desagráviando de camino aquella  
Que ofendió, soberana deidad bella.  
De ese pues bajel donde  
Mas le sepulta el buque que le esconde,  
A tierra le saad con el eriado.  
Que tambien, por haberme á mi enga-  
ñá que él era Aristóhelo fingido, [ñado,  
Ila de morir. ¿Mas qué confuso ruido  
(*Vanse los soldados. y suenan á un ta-  
do cajas y á otro música.*)

De músicas en una [guia  
Parte se esneha? ¿Quién (en otra al-  
Sedición) cajas toea destempladas,  
Repitiendo encontradas,  
Allí con voz altiva...

JUDÍOS Y MÚSICOS. (Dentro)

Viva Otaviano, viva.

OTAVIANO.

Y allí con voz severa...

MARIENE. (Dentro.)

Y muera yo donde mi esposo muera.

CAPITAN.

De la ciudad abiertas  
A tu salva, señor, miro dos puertas  
Que de aquí se divisan,  
Y varias de un extremo en otro avisan;  
Que por una de hombres el festivo  
Vulgo, aclamando tu renombre altivo,  
A recibirte sale:  
Y porque el llanto al regocijo iguale,  
Por otra, negros lutos arrastrando,  
Y haciendo las mujeres nuevo bando,  
Salen tambien diciendo,  
En ambos coros uno y otro estruendo...

JUDÍOS Y MÚSICOS.

Viva Otaviano, viva;  
Y en los campos de Oriente  
Cíñan su augusta frente  
Sacro el laurel, pacífica la oliva.

MARIENE. (Dentro.)

La aclamación festiva,  
Convertida en lamento  
De misero contento,  
Diga de otra manera,  
Que muera yo donde mi esposo muera

## ESCENA II.

Salen, por un lado, FILIPO, con una  
fuente y en ella unas llaves, y TO-  
LONEO con otra, y en ella un laurel;  
y por el lado opuesto, MARIENE y DA-  
MAS, vestidas de luto, con un velo en  
el rostro; JUDÍOS, MÚSICOS. — Dichos.

TOLOMEO.

Pues la ciudad no tiene  
Mas medio, aunque lo sienta Mariene,  
Fuerza es rendirnos. Llega,  
Y tú las llaves y el laurel entrega.

FILIPO. (A Otaviano.)

En albricias del fin de penas tantas,  
Jerusalén, señor, hoy á tus plantas  
Sus llaves rinde...

TOLOMEO.

Y su laurel y oliva...

LOS DOS.

Diciendo á voces...

TODOS.

Otaviano viva.

MARIENE.

A tus piés infelice  
Que agradeceeros tengo y que estimaros  
A vosotros; — mas no que agradeceeros  
(A Mariene.)

OTAVIANO.

En extremos tan raros,  
Que agradeceeros tengo y que estimaros  
A vosotros; — mas no que agradeceeros  
(A Mariene.)

Ni estimaros á vos, llegando á veros  
Con señas tan funestas,  
De mis aplausos perturbar las fiestas —  
Marche el campo.  
(*Vuelve la espalda, y ella le detiene.*)

MARIENE.

Primero

Me has de esnechar.

OTAVIANO.

Si enternecer no espero

Mis iras, ¿para qué con ellas luchas?

MARIENE.

¿Para qué tú gobiernas si no escuchas?

OTAVIANO.

Dices bien, oírte quiero; mas no ignoro  
Que tampoco es respeto ni decoro  
Que tapada escucharte haya, sin verte.

MARIENE.

Tambien tú dices bien: ahora advierte.  
(*Quítase el velo.*)

OTAVIANO. (Ap.)

¿Cielos! ¿qué es lo que veo?

¿De cuándo acá tomó cuerpo el deseo?

MARIENE. (Ap.)

¿Cielos! ¿qué es lo que miro?

Todo el aliento al corazón retiro  
Al verme en su presencia descubierta.

OTAVIANO. (Ap.)

¿No es esta la beldad que adoré muerta?

MARIENE. (Ap.)

Suspensa al verle quedo.

OTAVIANO. (Ap.)

Al mirarla, ni ereré ni dudar puedo.

TOLOMEO. (Ap.)

[duda  
¿Qué extremo es este? ¿Ay infeliz! sin  
Viene á que el César á vengarla acuda  
De aquel rigor. ¿No basta, pena mia,  
Presá á Libia tener desde aquel día,  
Sino querer ahora  
Deseubrir el secreto?

FILIPO. (Ap.)

Pues ignora

A qué fué mi venida,  
No hay que temer, segura está mi vida.

MARIENE. (Ap.)

Mal cobarde me aliento.

OTAVIANO. (Ap.)

Mal osado me animo.

MARIENE. (Ap.)

Mas ¿por qué me reprimo?

OTAVIANO.

(Ap. ¿Pero por qué lo que he de estimar  
Mujer, ¿qué quieres? [siento?])

MARIENE.

Que me estés atento.

OTAVIANO.

¿Qué aguardas pues?

MARIENE.

Escneba.

(Ap. Mueha es mi turbación.)

OTAVIANO. (Ap.)

Mi pena es mueha,  
Pues la muerta ceniza es viva llama.

MARIENE.

Ínelito César, cuya heróica fama...

## ESCENA III.

SOLDADOS que traen al TETRARCA y á  
POLIDORO. — Dichos.

UN SOLDADO.

Con el eriado aquí el Tetrarea viene.

TETRARCA. (Ap. á Polidoro.)

¿Qué miro! ¿con el César Mariene?

¿Pues no bastaba ¡cielos!

Ir á morir, sino á morir de celos?

POLIDORO.

¿Qué son celos? ¡pluguiera

A Baco, para mi celos hubiera,

Y no hubiera un garrote

Que anda desde la nuez hasta el cogote,

Ya haciéndome cosquillas!

OTAVIANO.

Su castigo

Dire despues: prosigue.

MARIENE.

Ya prosigo.

Ínelito César, cuya heróica fama  
Al aleazar se eleva de la luna,  
Cuando con labios de metal te aclama  
Su Júpiter, y dios de la fortuna:  
Si cuando él á relámpagos se inflama,  
El iris le serena, en mi importuna  
Suerte que eres mi Júpiter se vea,  
Y el iris de mi paz tu laurel sea.  
Y pues tu nombre en láminas se escribe,  
Que el tiempo que mas vucla, que mas  
Nieon las torpes alas le derribe, ¡teorre,  
Ni con las plantas trágicas le borre;  
Vive piadoso, generoso vive,  
Y del sol coronada la alta torre  
Que al águila de Roma le dió nido,  
Verás triunfar del tiempo y del olvido.  
Yo soy la desdichada Mariene...  
Dijera bien la desdichada esposa  
De ese, contra quien ya tu ceño tiene  
Blandida la cuelilla rigorosa.  
Si una línea de púrpura deteque  
Del mas noble animal la mas furiosa  
Accion, deten tú el paso á tus enojos,  
Pues son líneas de púrpura mis ojos.  
Mas ¡ay! que en vano á tus piedades pido  
La vida que has de darme generoso;  
Que eres Rey, y has de ser compadecido;  
Que eres valiente, y has de ser piadoso;  
Que eres noble, has de ser agradecido;  
Que eres tú, y has de ser tan victorioso  
Que conozcas que aleanza menos gloria  
El que con sangre mancha la victoria.  
No pues el que te espera heróico asiento  
Construyas en eadalo duro y fuerte,  
No el triunfal carro entriste monumento,  
No el fausto en ceremonias de la muerte,  
No la música en misero lamento,  
No la felicidad en triste suerte,  
La gala en luto, en pena la alegría.  
No echés á mal tan venturoso día.  
Entra triunfando, pero no venciendo.  
Entra venciendo, pero no vengando;  
Que mas aplauso has de ganar, entiendo,

4 El puñal de Heródes, que trae ceñido.

Perdonando, señor, que castigando :  
Halle piedad la que lloró pidiendo,  
Halle piedad la que pidió llorando;  
Y pues son dos, siquiera una reciba,  
O que yo muera, ó que mi esposo viva.

TETRARCA. (Ap.)

¿Quién de dos muertes sitiada  
Vió su vida tan á un tiempo,  
Que negada ó concedida,  
De cualquiera suerte muero?

POLIDORO. (Ap.)

¡Hay tal infamia! ¡que llore  
Por su marido, pudiendo  
Llorar por mí, que á estas horas  
Mas de sentenciado tengo  
La cara que él!

OTAVIANO.

(Ap. Bien se deja  
Ver que Arisóbolo al trueco  
Del eriado, y ver que estaba  
En el retrato suspenso,  
Fingiéndose ser muerta, quiso  
Desvanecer mis afectos.  
Por mí, por ella y por él  
Importa que satislecho  
Viva, pues ha de vivir.  
¿Adónde hallará el ingenio  
Disculpas para un marido,  
Que es plática de tal riesgo,  
Que aun satisfaciendo agravia?  
Mas no hablando con él, puedo  
Darle á él la satisfacció.)  
Alzad, señora, del suelo.  
Una vida me pedis,  
Y aunque es verdad que lo siento,  
Enmiendo el pesar de otros  
El gusto de obedeceros.  
Mas no me lo agradezeais;  
Que si una vida os ofrezco,  
Es porque os debó una vida,  
Sin saber á quien la debo.  
Vuestro hermano, entre otras joyas,  
Perdió este retrato vuestro,  
Y sin saber cuyo fuese  
(De que hago testigo al cielo,  
Y á cuantos dioses adoro),  
Solo por ser tan perfecto,  
Mandé á un pintor que me hiciese  
Dél una imágen de Vénus.  
Esta pues constituida  
Ya una vez en edad, viendo  
Un peligro en que me hallaba  
(Decir cual fuese no quiero,  
Porque olvidaré el perdón  
Si del delito me acuerdo),  
Dél me libró; de manera  
Que aunque Vénus fuese el dueño  
Del acaso, fuisteis vos  
Del acaso el instrumento;  
Y así en términos pagando  
El haberos interpuesto  
Entre otro acero y mi vida,  
He de hacer con vos lo mismo.  
Hoy que os advierto interpuesta  
Entre otra vida y mi acero.  
Viva vuestro esposo, y no  
Solamente viva, pero  
A su honor restituído;  
Y por no dejar á riesgo  
Vuestros ojos de que lloreu  
Otra vez, ni ciros ni veros  
En mi vida... (Ap. La voz miente,  
No el alma.) Perdon concedo  
A vuestro hermano, y á cuantos  
En este levantamiento  
Cómplices fueron; y en fin,  
Porque ni al llanto ni al ruego  
Quede nada que pedirme,  
Aun vuestro retrato os vuelva;  
Que no es decoro ser mio.

El día que sé que es vuestro.  
Tomad, pues.

(Dásele.)

MARIENE.

Vivas los siglos

Del Fénix.

TETRARCA.

Y tan eternos

Como deseará esta vida,  
Que ya como tuya ofrezco,  
Porque el ser dádiva tuya  
Le crezca el merecimiento  
A Mariene.

MARIENE.

¡Felice,

Dulce esposo, amado dueño,  
El día que vuelvo á verte  
En mis brazos! Quien en ellos...  
(Ap. Mas no, que el de mi decoro  
No es el de mi sentimiento.)

TETRARCA. (Ap.)

¿Qué diehosos desengaños!  
Haber sabido, el primero,  
El acaso del retrato,  
Y el segundo hallar secreto  
Aquel rigor que lié  
De Filipo y Tolomeo.

TOLOMEO. (Ap.)

Ya ¿qué tengo que temer?  
Pues anda tan fina, es cierto  
Que tener quiere su enojo  
En la cárcel del silencio.  
¡Y luego dirán que no hay  
Mujer que guarde secreto!  
Así me sucedan bien  
Los medios que tengo puestos  
En la libertad de Libia,  
De que avisada la tengo  
Con el mismo que está noche  
Ha de abrir el aposento,  
Para que pueda librarla.

OTAVIANO.

Mi tienda armad; que no quiero  
Entrar en Jerusalem  
Hasta que el recibimiento  
De imperial triunfo aperciha.  
(Ap. Hermoso prodigio bello,  
¿Qué me sirve haberte hallado,  
Si cuando te hallo te pierdo?)

MARIENE.

Hasta dejarle en su tienda,  
Vamos todos.

TETRARCA.

Yo el primero,

Como el mas interesado,  
Seré quien vaya diciendo :  
¡Viva Otaviano!

TODOS Y MÚSICA.

Viva,

Y en los campos de Oriente  
Ciñan su augusta frente  
Sacro el laurel, pacífica la oliva.  
¡Viva Otaviano, viva!

(Vanse todos, ménos Polidoro y unos  
soldados.)

#### ESCENA IV.

POLIDORO, SOLDADOS.

SOLDADO 1.º

¿Por qué vos, pues perdonado  
Estais, en su seguimiento  
No vais, dándole con todos  
Las gracias?

POLIDORO

Porque no quiero;  
Que tan gran superchería

Como conmigo se ha hecho,  
No se hiciera, vive Apolo,  
No digo yo con un negro,  
Pero ni con un capon,  
Que aun es muchísimo ménos,  
Cuanto va desde ser hombre,  
A solo empezar á serlo.

SOLDADO 1.º

¿Qué superchería?

POLIDORO.

¿No fuisteis

Vos quien me dijo, viniendo,  
Que venia á ser ahorcado?

SOLDADO 1.º

Yo lo dije.

POLIDORO

¿Pues qué es dello?

¿Es bien hacerme caer  
En falta con todo un pueblo,  
Que estaba ya convidado?  
¿Es juego de niños esto?  
— Venga usted á ser ahorcado.  
— Vaya usted, que ya está absuelto.  
¿Qué ha de decirse de mí,  
Sino que soy un grosero,  
Y no valgo cuatro cuartos  
Para ahorcado? Y fuera desto,  
¿Qué ahorcado no es como un pino  
De oro, en el comun lazento  
De las virjas que le lloran?  
¿Está por ventura el tiempo  
Para no ser pino de oro,  
Siquiera por un momento?  
La costa que tenia hecha,  
De mas de cuatro mil gestos,  
Para escoger los que habia  
De ir por el camino haciendo,  
¿Qué he de hacer della? Y después  
¿Qué dirán de mí los ciegos,  
Que la jácara tendrán  
Escrita ya de mis hechos?  
Ello, he de morir ahorcado;  
Que mi honra es lo primero:  
Y así, ustedes no se cansen,  
Que aunque les pese, he de hacerlo.  
Pues luego ¡es bobo el delito,  
Sino oír alregonero:  
«Esta es la justicia, á este hombre  
Por principe contrahecho!»

SOLDADO 1.º

Ande el menguado.

SOLDADO 2.º

Este es loco.

POLIDORO.

Hablemos bien, caballeros;  
Que no es loco ni menguado  
Quien tiene mi entendimiento.

SOLDADO 1.º

Dejarle para quien es.

POLIDORO.

Han de aborcarme, ó sobre eso  
Me mataré con mi padre,  
Con mi tío y con mi abuelo:  
Y para satisfacer  
Hoy á todo el universo  
De que no queda por mí,  
A voces irá diciendo:

«Esta es la justicia, á este hombre  
Por principe contrahecho.»

SOLDADO 1.º

Pues por vida...

POLIDORO.

¿Qué me jura?



## ESCENA V.

ARISTÓBOLO. — Dichos.

ARISTÓBOLO.

Polidoro, pues ¿qué es esto?

SOLDADO 2.º

No es nada.

POLIDORO.

No sino mucho.

ARISTÓBOLO.

¿Qué es, di?

POLIDORO.

Un atrevimiento,  
Y un desacato muy grande,  
Que aquí contigo se ha hecho;  
Pues siendo yo tu persona  
Ahorcarme quisieron estos,  
Y no pudo ser á mi  
Cuando yo no era yo mesmo,  
Porque hacia tu papel.

ARISTÓBOLO.

Pues si conmigo es el duelo,  
Satisfecho te perdono,  
Porque no te qujes dellos.  
¿Dónde está el Emperador?

SOLDADO 1.º

En su tienda.

ARISTÓBOLO.

Pues yo quiero  
Irle á agradecer la vida  
A la piedad de su pecho.

POLIDORO.

Yo sabré de aquí adelante  
El papel que represento.

(Vause.)

Aposento retirado en el palacio de Heródes,  
en Jerusalem.

## ESCENA VI.

EL TETRARCA, MARIENE, ACOMPANAMIENTO.

TETRARCA.

Después de darme la vida,  
Que yo tan á costa compro  
De los agravios que callo,  
De las desdichas que lloro,  
Torciendo las blancas manos,  
Humedeciendo los ojos,  
Turbada la voz del pecho,  
Palido el color del rostro,  
Hasta el palacio has llegado,  
Y en él á lo mas remoto  
De sus cuartos. Pues ¿qué es esto?  
Mira que es afecto impropio  
Del beneficio cobrarle.  
Tan presto: no rigoroso  
Tu pecho aquel bruto sea,  
Que viendo el veloz arroyo  
De una fuente inficiado  
Del áspid, noble y piadoso  
La enturbia porque no beba  
El camibante, que absorto  
De ver enturbiar la plata,  
Que le brindó con sonoro  
Acento á beber cristal  
En penada copa de oro,  
Maldice al bruto, ignorando  
El favor: yo así dudoso,  
No agradeceré la vida,  
Si con agravios la logro;  
Que es turbar los beneficios  
Embozarlos con enojos.

MARIENE.

Ya hemos llegado hasta el cuarto

Prevenido. Salios todos.

(Vase el acompañamiento.)

Tú tenme abierta esa puerta,  
En tanto que yo dispongo  
Cerrar esotra.

TETRARCA. (lp.)

¿Fortuna,

¿Qué es esto?

MARIENE.

Ya estamos solos.

TETRARCA.

¿Qué miras?

MARIENE.

Miro el puñal,  
Que del reloj presuroso  
De mi vida fué el volante.

TETRARCA.

En un peligro notorio  
De mi vida, le perdí.

MARIENE.

Pues escucha.

TETRARCA.

Ya te oigo.

MARIENE.

Bien pensarás, ó cobarde  
Amante, ó tirano esposo,  
Alevé, cruel, sangriento,  
Bárbaro, atrevido y loco,  
Bien pensarás que pedir  
A aquel monarca famoso,  
A aquel valiente romano,  
A aquel capitán heróico,  
Cuya vida el ave sea,  
Que en sagrado mausoleo  
Nace, vive, dura y muere,  
Hijo y padre de sí propio.  
La tuya, comprada á precio  
De suspiros y sollozos,  
Ha sido piedad y amor  
De mi pecho generoso;  
Pues no ha sido; no, piedad,  
Ni amor; afecto rabioso  
Y venganza sí, porque  
No hay otro estilo, no hay otro  
Camino de castigar  
Un ingrato pecho, como  
Pagarle con beneficios,  
Cuando ofende con enojos;  
Que merced hecha á un ingrato,  
Mas que merced es oprobio.  
No pues por librarte, no,  
Del veneno riguroso  
Turbé el cristal, aprendiendo  
Piedades del unicornio;  
Antes, para que le bebas,  
Te le enturbie con embozos;  
Y al revés de la piedad  
De aquel animal piadoso  
Procedí, pues él cubrió  
El beneficio de polvo,  
Y yo de halagos la ofensa;  
Mira lo que hay de uno á otro,  
Que él desdora las piedades,  
Y yo las crueldades doro!  
No me diera, no, venganza  
Verte morir, cuando noto  
Que es la muerte en los afanes  
Última línea de todos;  
Verte vivir, sí, ofendido,  
Aborrecido y quejoso;  
Porque en el mundo no hay  
Castigo mas riguroso  
Para un ingrato, que verse  
Olvidado de lo propio  
Que se vió amado: el que llega  
A esto, ¿cómo vive? ¿cómo?  
Fuera desto, por mi misma.  
Por mi honor, por mi decoro,

Pedí tu vida, encubriendo  
Las causas con que me enojo,  
Que saben todos quien soy,  
Y quien eres uno solo;  
Y no por ganar con uno,  
Había de perder con todos.  
Tu vida pedí en efecto,  
Porque sepas que no ignoro  
Que has vivido en esta ausencia  
De mi muerte cuidadoso.  
Este papel, esta firma  
Te convenza. ¿Con qué asombró  
Le miras, quedando viva  
Estatua de nieve y plomo!  
En mi mano está: no tienes  
Que examinar estudioso  
Cómo vino á ella, porque  
La tierra, viendo el adorno  
Y la hermosura que debe  
A ese cristalino globo.  
Que parte la luna á giros,  
Que el sol ilumina á tornos,  
Le ofreció de no encubrirle  
Nada en su centro mas hondo,  
Que aun los cielos, con ser cielos,  
Dan las mercedes á logro.  
¿Tú eres (¿aquí de mi aliento!)  
Tú (desmayo al primer soplo,  
Con mis lágrimas me anego,  
Con mis suspiros me ahogo)  
De Jerusalem Tetarca?  
¿Tú eres rama de aquel tronco?  
¿Qué bien dice aquel que dice  
Que eres bajo y alrentoso  
Idumeo, cuya cuna  
Bárbara es! ¿Qué mas apoyo  
Desta opinion, que tus celos,  
Infames como alevosos?  
¿Qué fiero la mas cruel,  
Qué bruto el mas riguroso,  
Que pájaro el mas alevé.  
¿Qué bárbaro el mas ignoto  
Mató muriendo? pues antes  
De hombres, fieras y aves oigo  
Que mueren dando la vida.  
Dígalos en bramidos roncicos  
La vibora, que mordiéndolo  
Sus entrañas, poco á poco  
Se despedaza, sacando  
Muchas vidas de un aborto.  
Dígalos el ave que muestra  
El pecho en mil partes roto,  
Y por dar la vida, muere  
Desangrada entre sus pollas.  
Dígalos el bárbaro, pues  
Que el peligro mas notorio  
Expuesto el pecho, á su espalda  
Pone á su esposa, y piadoso  
Es escudo de su vida  
Contra la pluma y el plomo.  
Mas tú, mas que todos liero;  
Mas tú, mas bruto que todos;  
Mas tú, mas bárbaro, en fin,  
No solo apénas, no solo  
Favoreces lo que amas;  
Pero avaro de los gozos,  
Aun muriendo no los dejas:  
Bien como el que codicioso  
Amante de sus riquezas,  
Porque no las goce otro,  
Manda que después de muerto  
Le entierren con su tesoro.  
Supongo que fué línea  
Este decreto, supongo  
Que fué con celos; que nada  
Quiero dejar en tu abono;  
¿Quién muriendo pues previno  
Avariento ó cauteloso,  
Llevar desde aqueste mundo  
Prevenciones para el otro?  
Si es nuestra vida una flor  
Sujeta al mas fácil soplo

De los alientos del austro,  
De los suspiros del noto,  
Que en espirando ella, espira  
Todo cuanto vemos, todo  
Cuanto gozamos; ¿qué error  
Dispuso que tú celoso  
Preventas para el sepulcro  
Las riquezas y los gozos?  
¿Qué hazaña de amor es esta?  
Y pues examino y toco  
Que podrá vivir mi pecho  
Mas seguro y mas dichoso  
Aborrecido que amado,  
Desde aquí á mi cargo tomo  
El hacer que me aborrezcas;  
Que aunque pudiera con otro  
Medio huir de ti, y vivir  
En el clima mas remoto  
(Donde el sol avaramente  
Dispensa sus rayos rojos,  
U donde pródigo abrasa  
Menudas arenas de oro)  
Mas feliz sin ti y conmigo,  
No he de dar con tal divorcio  
Que decir al mundo, y esto  
Se quedará entre nosotros.  
En tu vida, ni en mi vida  
Me has de mirar sin enojos,  
Me has de hablar sin sentimientos,  
Me has de escuchar sin oprobios,  
Ver sin suspiros los labios,  
Ver sin lágrimas los ojos;  
Y este obscuro velo puesto  
Siempre delante del rostro,  
Estorbará el que te vea,  
Siendo mis reales adornos  
Eternamente este luto;  
Y en aqueste cuarto solo  
Viviré con mis mujeres,  
Guardando viudez en todo.  
Y nunca me entres en él,  
Que por los dioses que adoro,  
Que de la mas alta almena  
Me arroje al sepulcro undoso  
Del mar, donde infelizmente  
Me oculte en su centro hondo.  
Y no me sigas, porqué  
Te miro con tanto asombro,  
Con tanto temor te hablo,  
Con tanto pavor te oigo,  
Que pienso que ya se cumple  
De aquel judiciario docto  
El hado; pues si él me dijo  
Que tu acero prodigioso,  
Y el mayor monstruo del mundo  
Me amenazan, hoy conozco  
La verdad, pues si entras dentro,  
Huyendo del uno al otro,  
O me ha de matar tu acero,  
O el mar, que es el mayor monstruo.  
(Vase, y cierra la puerta.)

### ESCENA VII.

#### EL TETRARCA.

¡Hasta aquí pudo, hasta aquí  
Llegar un hado cruel!  
El papel mismo, el papel  
Que con Filipo escribí  
A Tolomeo ¡ay de mí!  
¿Tiene Mariene? ¡fuerte  
Dolor! Y ella ¡injusta suerte!  
De mi rigor ofendida,  
Me ha dilatado la vida,  
Por dilatarme la muerte.  
No me quejo del rigor  
Con que se queja á los cielos:  
Bien lo merecen mis celos,  
Bien lo merece mi amor.  
Mas quejome de un traidor  
Tan alevé y tan cruel...

Mas ¡ay de mí! que no es dél  
La culpa, que solo es mía,  
Que esto merece quien fia  
Sus secretos de un papel.  
Ni sé qué hacer, ni decir:  
Que entre uno y otro pesar,  
Ya ni me puedo quejar,  
Ni dejarlo de sentir.  
Desenajarla es mentir,  
Porque es mi amor de manera,  
Mi pasión tan dura y fiera,  
Que si en tanta confusión  
Hoy volviera á la prisión,  
Hoy al delito volviera.  
Porque ella, al fin, no ha de ser,  
Ni vivo, ni muerto yo,  
De otro nuevo dueño, no;  
Que mi amor se ha de ofender,  
Aunque no lo llegue á ver.  
En parte gusto me ha dado  
El que se haya declarado,  
Pues en esta ocasión ya,  
Sin escándalo estará  
Siempre este cuarto cerrado.  
Cerraréle por de fuera,  
Y yo mismo no entraré  
En él, porque aun yo no sé  
Si á mí otros celos me dicra.  
Y si hiciera, si, si hiciera,  
Pues si á mirarme llegara  
En sus brazos, y pensara  
Que era tan dichoso, allí  
Me desconociera á mí,  
Y que era otro imaginara.  
De suerte que mis desvelos,  
Enseñados á desdichas,  
Tuvieran mico á mis dichas,  
Pues ellas me dieran celos.  
¿Quién son estos desconsuelos,  
Quién es aqueste rigor,  
Cuya pena, cuyo horror,  
Que no es, discurso prolijo,  
Ni envidia, ni amor, es hijo  
De la envidia y del amor?  
Hecho de heridos despojos,  
Tiene de sirena el canto,  
Y de cocodrilo el llanto,  
De basilisco los ojos,  
Los oídos, para enojos,  
Del áspid: luego bien fundo,  
Siendo monstruo sin segundo  
Esta rabia, esta pasión  
De celos, que celos son  
El mayor monstruo del mundo.

### ESCENA VIII.

FILIPO, TOLOMEIO.—EL TETRARCA.

FILIPO.

¿Cómo te daré, señor,  
El parabien de tu vida?

TETRARCA.

Viendo la tuya rendida  
A manos de mi rigor.

FILIPO.

¿En qué te ofendí?

TETRARCA.

Traidor,  
Poco leal, menos fiel,  
¿Qué hiciste, di, de un papel  
Que...?

TOLOMEIO. (Ap.)

Ya mis desdichas creo.

FILIPO.

¿No era para Tolomeo?

TETRARCA.

Si.

FILIPO.

Pues él te dirá dél.

TOLOMEIO. (Ap.)

¿Qué poco duró (¡ay de mí!)  
El secreto en la mujer!

TETRARCA.

Di tú, traidor.

TOLOMEIO. (Ap.)

¿Qué he de hacer?

TETRARCA.

Un papel que te escribí,  
¿Qué es dél?

TOLOMEIO.

(Ap. La verdad aquí  
Es la disculpa mejor.)  
Una dama...

TETRARCA.

Di.

TOLOMEIO.

Señor,  
A quien sirvo para esposa...

TETRARCA.

Prosigue.

TOLOMEIO.

De mí celosa  
(Necios delitos de amor),  
Me le quitó de la mano,  
Y ella...

TETRARCA.

No prosigas, no,  
Y castigue ese error yo...

FILIPO.

Tente, señor

TETRARCA.

Por mi mano.

TOLOMEIO.

Ya esperar aquí es en vano.  
La fuga mi vida guarde.

FILIPO.

Huid, Tolomeo.

TETRARCA.

¡Ah cobarde!  
Si al mismo cielo te subes,  
Campana serán las nubes  
Que hagan de mi honor alarde.  
(Huye Tolomeo, y sigue Heródes, quien procura detener Filipo.)

Campo, y en él la tienda de Otaviano

### ESCENA IX.

TOLOMEIO, huyendo, y FILIPO, deteniendo al TETRARCA.

TOLOMEIO.

¿Dónde de tanto rigor  
Estaré seguro? (Entra en la tienda.)

FILIPO.

Advierte

Que huyendo tu acero fuerte,  
Al campo salió, señor,  
Y ya del Emperador  
Hasta la tienda ha llegado.

TETRARCA.

Pues válgale ese sagrado  
Por ahora; aunque no sé  
Cómo un punto viviré  
Ofendido y no vengado.

(Vase.)



## ESCENA X.

OTAVIANO y TOLOMEU, *saliendo de la tienda.*

OTAVIANO.

Hombre, que turbado y ciego,  
Robado el color, y puesta  
La mano en la espada, osas  
Haber entrado en mi tienda,  
Cuando he mandado que todos  
Solo me dejen en ella  
Con mis pesares: si acaso  
Alguna traición intentas,  
Buena ocasión has hallado.  
¿Qué aguardas?

TOLOMEU.

Detente, espera,  
Que es lealtad, y no traición,  
La que á este trance me fuerza.

OTAVIANO.

¿Quién eres?

TOLOMEU.

Soy un soldado,  
Hijo infeliz de la guerra,  
Que llegué por mis servicios  
A ser capitán en ella  
De las guardias del Tetrarca,  
Y de Sion en su ausencia  
Gobernador.

OTAVIANO.

¿Qué pretendes?

TOLOMEU.

No mi vida, aunque pudiera,  
La de Mariene sí,  
Que es mi señora y mi Reina.

OTAVIANO.

Buenas cartas de favor  
Traes. Di, y lo que fuere sea.

TOLOMEU.

(Ap. ¡Oh Libia, cuánto el empeño  
De tu libertad me arriesga,  
Pues por ti de una verdad  
He de hacer una cautela!)  
El Tetrarca enamorado  
Tanto de su esposa bella  
Vivió, que intentó pasar  
A la práctica experiencia,  
De que á amores y privanzas,  
Cuando sus aumentos llegau,  
Es de la felicidad  
Declinación la tragedia.  
Viendo pues que de su muerte  
Pronunciada la sentencia  
Estaba; y viendo que tú,  
Enamorado de verla,  
En dos retratos la amabas  
(Que todo aquesto me cuenta  
Quien trajo una carta), alevé  
Dispuso mandarme en ella  
Que yo, como quien aquí  
La asistía de mas cerca,  
La atosigase y matase:  
Cuyos celos de manera,  
Al verla hoy viva y contigo,  
Crecieron con la sospecha  
De que por ella tomaste  
A Jerusalén la vuelta;  
Que en vez de que agradeciese  
El que su vida pidiera  
Con tantas ansias, llegó  
Con ella á palacio apenas,  
Cuando en un obscuro cuarto  
La encerró, y con saña fiera  
Conmigo embistió á matarme,  
Por no haberla hallado muerta.

1 2 Falta algo aquí.

Bél es de quien vengo huyendo  
A darte la infeliz nueva  
De que Mariene está  
Por ti en tanto riesgo puesta,  
Que no tiene de su vida,  
Seguridad; pues es fuerza,  
Quien en ausencia lo manda,  
Que lo ejecute en presencia.  
Pues eres César, señor,  
Y tan generoso César,  
Que para victorias tuyas  
Faltan plumas, faltan lenguas,  
Del poder deste tirano  
La saca, porque tñ deba  
El sol su mejor aurora,  
La aurora su mejor perla,  
La tierra su mejor sol,  
Y el cielo su...

OTAVIANO.

Cesa, cesa;  
Calla, calla, no prosigas,  
No en la persuasión me ofendas.  
¡Expuesta Mariene, cielos!  
¿Y por mi ocasión expuesta  
A tanto riesgo? ¿Qué aguardo?  
No soy quien soy, si por ella  
No pierdo la vida. Iré  
Donde... (Ap. Mas con mas prudencia  
Lo he de mirar, que no es bien  
Que la información primera  
Me lleve tras sí, y mas cuando  
No es cobarde la sospecha  
De todos estos.) Soldado,  
Mira si verdad me cuentas.

TOLOMEU.

Tanto, que á la misma torre  
Adonde encerrada, presa  
Y afligida está, señor,  
Te llevare á que la veas,  
Luego que baje la noche  
De pardas sombras cubierta.

OTAVIANO.

¿A la misma torre?

TOLOMEU.

Sí,

Porque yo tengo...

OTAVIANO.

Di apriesa.

TOLOMEU.

(Ap. ¡Para qué de cosas sirve  
Hoy mi amor!) Llave maestra  
De sus jardines. Si acaso  
De mi lealtad te recelas,  
Lleva tus guardas contigo  
Y todo el palacio cerca,  
Para que en cualquiera trance,  
Llegando una vez á verla,  
Como he dicho, en su socorro,  
Asegures su defensa.  
(Ap. Y yo la vida de Libia,  
Pues que no dudo que puesta  
La ciudad en confusión,  
Podré ir á favorecerla.)

OTAVIANO.

Tan á los reparos sales,  
Que ya nada dudo; y sea  
En fin lealtad ó traición,  
Por verte, Mariene bella,  
Iré, y si es á darte vida,  
Quiera amor que lo agradezcas (Vanse.)

Habitación de Mariene.

## ESCENA XI.

MARIENE, SIRENE; DAMAS, *unas con luces, que pondrán en un bufete, y otras con azafates*

MARIENE.

Dejadme morir.

SIRENE.

Advierte  
Que esa pena, ese dolor,  
Mas que tristeza es furor,  
Y mas que furor es muerte.

MARIENE.

Es tan fuerte  
Mi mal, es tan riguroso,  
Que no me mata de fiel,  
Sin ver él  
Que ser conmigo piadoso,  
No es dejar de ser cruel.

DAMA 1.<sup>a</sup>

Ya que aborreciendo el lecho,  
En el jardín te has estado  
Hasta esta hora, de el cuidado  
Blandas treguas al despecho.

MARIENE.

Mal sospecho  
Que pueda el sueño aliviar  
Mi pesar;  
Pero, porque no pagueis  
La culpa que no teneis,  
Empezadme á destocar.  
(*Recogen las damas en los azafates los adornos que se quita Mariene.*)

SIRENE.

¿Quieres, mientras desafia  
Al sol esplendor tan bello,  
Desobligado el cabello  
De los adornos del día,  
La voz mía  
Algo te advierta?

MARIENE.

No,

Porque yo  
No quiero que me mejore  
Quien cante, sino quien lllore.

SIRENE.

Filósofo hubo que halló  
Causa en la naturaleza  
Para aumentar la armonía  
Al alegre la alegría,  
Como al triste la tristeza.

MARIENE.

Pues empieza,  
Con calidad que el dolor  
Hagas mayor.

SIRENE.

Con una letra será,  
Que aunque es antigua, podrá  
Conseguir eso mejor.  
(Canta.) Ven, muerte, tan escondida,  
Que no te sienta venir,  
Porque el placer del morir  
No me vuelva á dar la vida.

MARIENE.

¡Bien sentida  
Y declarada pasión!  
¿Cuyos son  
Esos versos?

SIRENE.

No lo sé,  
Porque acaso los hallé,  
Estudiando otra canción.

MARIENE.

Vuélvelos á repetir,  
Porque yo con ellos pida...

LAS DOS.

*Ven, muerte, tan escondida  
Que no te sienta venir.*

MARIENE.

Mas si á advertir  
Llego mi ansia entretenida,  
El canto impida,  
Que ya no los quiero oir.

LAS DOS.

*Porque el placer del morir  
No me vuelva á dar la vida.*

**ESCENA XII.**

OTAVIANO y TOLOME0, á la puerta,  
embozados.—DICHAS.

TOLOME0. (Ap. á Otaviano.)

Pisando las negras sombras  
En el silencio nocturno,  
El jardin has penetrado,  
Al tiempo que al cuarto suyo  
Se iba retirando ella.

OTAVIANO. (Ap. á Tolomeo.)

Ya tus verdades no dudo,  
Ni su prision, pues tan sola  
Está, y vestida de luto  
Todavía. Tú á la puerta,  
En tanto que me aseguro  
De si es acaso ó malicia,  
Pues ménos ruido hará uno,  
Me espera.

TOLOME0.

Si haré, teniendo  
La gente que has traído, á punto  
Para cualquier accidente. (Vase.)

**ESCENA XIII.**

DICHOS, ménos Tolomeo.

OTAVIANO. (Ap.)

Tanto de verla me turbo,  
Que no sabré discurrir  
Si esto es ya pesar ó gusto.

MARIENE.

Vuelve, Sirene, pues es  
Tan á mi intento el asunto.—  
Tú, Laura, cierra esas puertas.

SIRENE.

Obedecerte procuro.  
(Canta.) *Ven, muerte, tan escondida...*

DAMA 1.<sup>a</sup>

Y yo tambien, pues acudo  
A cerrar las puertas.

(Al ir hácia donde está Otaviano,  
él la detiene.)

OTAVIANO.

No  
Lo intentes, que es dolor sumo,  
Sin luz y sol quedar ciego  
Dos veces.

DAMA 1.<sup>a</sup>

¡Qué veo y escucho!  
¡Ay de mí infeliz!

MARIENE.

¿Qué es eso?

DAMA 1.<sup>a</sup>

El mal embozado hulto  
De un hombre, que ha entrado aquí.

MARIENE.

¡Hombre aquí!

OTAVIANO. (Ap.)

Ya hablar no excuso.

MARIENE.

Dad voces.

SIRENE.

Yo no podré.  
Que aun cómo respirar dudo.

DAMA 1.<sup>a</sup>

Ni yo, que apenas aliento.

DAMA 2.<sup>a</sup>

Ni yo, que medrosa huyo.  
(Huyen las damas, dejando caer los  
azafates y adornos.)

**ESCENA XIV.**

MARIENE, OTAVIANO.

MARIENE.

Huya tambien yo.

OTAVIANO. (Desembozándose.)

Tenéos,  
Yos, y reparad el susto;  
Que mas que para enojaros,  
Para serviros os busco.

MARIENE.

¡Vos, señor! pues... cómo... si...  
Aquí .. yo... cuando...

OTAVIANO.

Quien pudo  
Antes de veros amaros,  
Despues de veros, mal dudo  
Que dejar de amaros pueda.

MARIENE.

No son de César Augusto  
Esas razones.

OTAVIANO.

Si son,  
Pues mas á veros me indujo  
Vuestro daño que mi afecto,  
Vuestro riesgo que mi gusto.  
Yo he sabido que, en poder  
De tirano dueño injusto,  
Estais espuesta al peligro  
De tan sacrilego insulto  
Como que obre por su mano  
Lo que á la ajena dispuso.  
A poner en salvo vengo  
Vuestra vida.

MARIENE.

El labio mudo  
Que lo al veros, y al oiros  
Su aliento le restituí,  
Animada para solo  
Deciros que algun perjurio,  
Alevé y traidor, en tanto  
Malquistó concepto os puso.  
Mi esposo es mi esposo, y cuando  
Me mate algun error suyo,  
No me matará mi error,  
Y lo será si dél huyo.

Yo estoy segura, y vos mal  
Informado en mis disgustos;  
Y cuando no lo estuviera,  
Matándome un puñal duro,  
Mi error no me diera muerte,  
Sino mi fatal influjo;  
Con que viene á importar ménos  
Morir inocente, juzgo,  
Que vivir culpada a vista  
De las malicias del vulgo.  
Y así si alguna fineza  
He de deberos, presumo  
Que la mayor es volveros.

OTAVIANO.

Si haré, si vuestro discurso,  
Como salva mi primero  
Motivo, salva el segundo.  
Un retrato tenia vuestro,  
A cuyo hermoso dibujo,  
Sin saber cuyo era, daba  
Mi humana adoracion culto.  
Por sanear sospechas (ya  
Lo visteis) sabiendo cuyo  
Fuese, os le di; y pues sirvió  
Ya en vuestro ahono, no dudo  
Que con justicia le pido.

MARIENE.

No baceis; que tenerle es uno  
Por acaso, y otro es  
Por voluntad; y á este puro  
Fuego abrasara mi mano,  
(Haciendo ademán de acercarla á una  
de las hachas que alumbra el cuarto.)  
Si en ella el menor impulso  
Reconociera de que  
Para volvérosle tuvo.

OTAVIANO.

No hicierais, porque impidiera  
Yo llegar al ardor suyo,  
Estorbando así la accion.  
(Quiere tomarla la mano, y ella lo resiste.)

MARIENE.

Es atrevimiento injusto.

OTAVIANO.

No es sino justo deseo.

MARIENE.

Antes a los cielos juro,  
Que con vuestro mismo acero,  
(Quita á Otaviano el puñal que trae,  
que es el de Heródes)

Que ya en mi mano desnudo  
Está, me atraviere el pecho.

OTAVIANO.

Tente, mujer; que confundo  
Mis sentidos al mirar  
No sé qué fatal trasunto,  
Que vi otra vez.

MARIENE.

De ese pasmo,  
De ese pavor que en ti infundo,  
El contratiempo gozando,  
Huiré, puesto el iracundo  
Acero al pecho. Mas ¡cielos!  
(Conociéndole.)

¿No es el que fiero y sañudo  
Me amenaza? Con mas causa  
Ya de dos contrarios huyo.  
(Arroja el puñal, huye, y séguela Otaviano.)

OTAVIANO.

Oye, espera. (Vanse.)

**ESCENA XV.**

EL TETRARCA.

¿Quién, ladrón  
Del mismo tesoro suyo,  
Dentro de su misma casa  
Buscó sus bienes por hurto?  
Hasta ahora la esclava no  
Abrió. ¿Qué triste discurró  
El cuarto á la media luz  
De escaso esplendor nocturno,  
Que allí horrores late, y mas  
Si á sus reflejos descubro  
De mujerieles adornos,  
Ajadamente difusos,



Sembrado el suelo! ¿Qué es esto?  
No me propongas, discurso,  
Que bajel que echa la ropa  
Al mar, padece infortunios;  
Que casa que se despoja  
De las alhajas que tuvo,  
Estragos de luego corre;  
Pues ni la tormenta dudo  
Ni el incendio ignoro, cuando  
Entre dos aguas fluctuo,  
Entre dos fuegos me hielo,  
Viendo que me embisten juntos,  
Para zozobrar, suspiros,  
Para hacerme llorar, humos.  
Estas arrojadas señas,  
¿No son de ilustres, de augustos  
Faustos despojos? ¿Aqueste  
No es el fiero puñal duro,

(Levantándolo.)

Que registro de los astros  
Es aguja de sus rumbos?  
¿No este el que yo á Otaviano  
Dejé? Si. ¿Pues quién le trujo  
Aquí entre arrastradas pompas?  
Pero ¿para qué lo apuro,  
Si es de los desconchados  
La imaginación verdugo?  
¿Tarde hemos llegado, celos,  
Tarde, tarde! Pues no dudo  
Que quien arrastra despojos,  
Habrá celebrado triunfos.  
Si es dichoso el desdichado,  
Que siéndolo no lo supo;  
¿Desdichado del dichoso,  
Que ya sin serlo lo tuvo  
Por cierto! Y pues que me ponen  
En mi mano mis influjos,  
A ellos muera, ántes que...

#### ESCENA XVI.

OTAVIANO, MARIENE.—EL TETRARCA.

OTAVIANO. (Dentro.)

Espera,

Aguarda.

TETRARCA.

Pero ¿qué escucho!

¿Sale Mariene huyendo, y Otaviano  
tras ella.)

MARIENE.

Será en vano, pues primero  
Que logres... Mas ¿cielos justos!  
¿Qué es lo que miro?

TETRARCA.

Turbado

He quedado.

OTAVIANO.

Yo confuso.

MARIENE.

Y yo confusa y turbada,  
Pues entre dos daños, de uno  
Doy en otro, y ya no sé  
Cuál dejo, ni cuál procuro,  
Cuál pierdo, ó cuál solicito,  
Cuál hallo al fin, ó cuál buseo;

Pues siempre tengo peligro,  
Cuando paro, y cuando huyo.

TETRARCA.

Vista tu fuga, á tu honor  
Este pecho será muro.

OTAVIANO.

No temas, que de tu vida  
Este pecho será eseudo.

TETRARCA.

Cumple pues lo que prometes

OCTAVIANO.

Así verás si lo cumplo.  
(Sacan las espadas.)

MARIENE.

¡Ay de mí! Para salir  
De tan justo ó tan injusto  
Duelo, estas luces apague.

(Apaga las luces.)

TETRARCA.

¿Adónde, César perjuro,  
Te escondes?

OTAVIANO.

Yo no me escondo.

TETRARCA.

No te encuentro, aunque te buseo.

MARIENE.

Tente, esposo. ¡Ay infelice  
De mí! (Encuétranse los dos, y riñen.)

OTAVIANO.

A mi violento impulso

Muere, aleve.

TETRARCA.

Aunque la espada

Perdí, con aqueste agudo  
Puñal morirás.

(Encuentra con Mariene, y la hiere.)

MARIENE.

¡Ay triste!

Tened piedad, dioses justos,  
Pues aquí muero inocente. (Cae.)

OTAVIANO.

¿Qué es lo que oigo!

TETRARCA.

¿Qué escucho!

OTAVIANO.

Vengaré su muerte.

#### ESCENA XVII.

TOLOMEO, SOLDADOS, DAMAS, con lu-  
ces; y despues, LIBIA, ARISTOBO-  
LO, FILIPO y POLIDORO.—EL TE-  
TRARCA, OTAVIANO.

SOLDADOS.

Entrad

Todos, que es grande el tumulto.

DAMAS.

Llegad todas.

LIBIA.

A tan grande  
Estruendo, romper no excuso  
Mi prision.

ARISTÓBOLO y FILIPO.

Señor, ¿qué es esto?

POLIDORO.

No haber gozado el indulto  
Mariene como yo.

OTAVIANO.

Dar muerte al hombre mas bruto,  
Mas bárbaro, mas sangriento,  
Que ha eclipsado el sol mas puro.

TETRARCA.

Yo no la he dado la muerte.

TODOS.

¿Pues quién?

TETRARCA.

El destino suyo,  
Pues que muriendo á mis celos,  
Que son sangrientos verdugos,  
Vino á morir á las manos  
Del mayor monstruo del mundo.

ARISTÓBOLO.

El mayor monstruo los celos  
Son siempre.

TETRARCA.

Porque ninguno

De mí la venganza tome,  
Vengarme de mí procuro,  
Buscando desde esa torre  
En el ancho mar sepulcro. (Vase.)

OTAVIANO.

Seguidle todos, seguidle.

TOLOMEO.

Desesperado y confuso  
Se arrojó al mar.

OTAVIANO.

Retirad

Aquese cielo caduco,  
Y diga en su monumento  
Para los siglos futuros  
El epitafio: «Aquí yace,  
Desfigurado su vulto,  
La beldad mas milagrosa,  
Muerta por celos injustos.»

TOLOMEO.

Libia, tu mano merezca  
Quien al peligro se expuso  
De libertarte.

LIBIA.

En llorando

De Mariene el infortunio.

FILIPO.

En que acaba la tragedia,  
Donde se cumplió su influjo.

POLIDORO.

Como la escribió su autor;  
No como la imprimió el hurto  
De quien es su estudio echar  
A perder otros estudios.





# HOMBRE POBRE TODO ES TRAZAS.

## PERSONAS.

DON DIEGO OSORIO.  
DON JUAN.  
DON FELIX.  
LEONELO.

RODRIGO, *criado*.  
DOÑA BEATRIZ.  
DOÑA CLARA.

INES.  
ISABEL. { *Criadas*.  
UN ALGUACIL.  
GENTE.

*La escena es en Madrid.*

## JORNADA PRIMERA.

Calle.

### ESCENA PRIMERA.

DON DIEGO; RODRIGO, *en traje de color*.

DON DIEGO.

Tú seas tan bien venido,  
Como has sido deseado.

RODRIGO.

Tú seas tan bien hallado,  
Como bien buscado has sido;  
Que há tres horas que llegué,  
Y tres mil que ando buscando  
Esta posada.

DON DIEGO.

Pues cuando

Tc escribí, ¿no te avisé  
De la calle?

RODRIGO.

¡Lindo talle!

En Madrid ¿no es cosa llana,  
Señor, que de hoy á mañana  
Suele perderse una calle?  
Porque, segun cada día  
Se hacen nuevas, imagino  
Que desconoce un vecino  
Hoy adonde ayer vivia.  
Y dado caso que hallé  
La calle, ¿qué me importó,  
Si en tu misma casa yo  
Por tí mismo pregunté,  
Y me dijeron que allí  
No estaba tal caballero?  
Adonde mas considero  
La confusion que hay aquí,  
Pues la huésped ignoraba  
Quién en su casa vivia,  
La criada á quién servia  
Y el huésped quién le pagaba.

DON DIEGO.

Aquí á cualquiera condena  
El ignorar lo que pasa  
Dentro de su misma casa,  
Y saber lo de la ajena;  
Fuera de que causa ha habido  
Para que desconociesen  
Mi nombre, y no respondiesen  
A tu pregunta

RODRIGO.

¿Y qué ha sido?

DON DIEGO.

¿No has visto en una comedia  
Verse dos, y en dos razones  
Hacerse mil relaciones

De su gusto y su tragedia?  
Pues imitemos aquí  
Su estilo; que en esta parte  
Tengo mucho que contarte.

RODRIGO.

Pues yo empiezo, escucha.

DON DIEGO.

Di.

RODRIGO.

Despues que por Doña Ulana,  
Aquella doncella bella,  
(Aunque aquesto de doncella  
Se escucha de mala gana)  
Tu amante filateria,  
De necias finezas llena,  
Fué de noche una alma en pena  
Y un cuerpo en gloria de día;  
Despues que por los crueles  
Celos, de uñas cuchilladas  
Fuimos danzantes de espadas  
Y bailantes de broquiles;  
Despues en fin que reiniste  
Con tanto brio y destreza,  
Que á Don Juan en la cabeza  
Una cuchillada diste  
Tal, que si no hubiera hallado  
Un hombre que le curó  
Por ensalmo, pienso yo  
Que ántes hubiera sanado;  
Te ausentaste de Granada.  
Donde me quedé aquel día,  
Para que fuese tu espía,  
Mal perdida y bien ganada.  
Veniste á la corte, donde  
Seguro, señor, estás  
De que te busquen, pues mas  
Esta confusion esconde  
A un delincuente, que el miedo  
De embajador reservado,  
O el respeto del sagrado.  
Yo pues que en Granada quedo  
Viendo que Don Juan está  
Mejor, porque ha declarado  
Un cirujano pagado  
Que está sin peligro ya,  
Vengo á buscarte con nuevas  
De que tu padre está bueno,  
Aunque de cólera lleno.  
Y para que mas me debas,  
Esta traigo en conclusion,

(*Le da una carta*)

Y pienso que hay, señor mio,  
Capítulo de *ahí envío*.  
Aquesta es mi relacion.

DON DIEGO.

Despues que por la pendencia  
Que refieres, yo salí  
De Granada, y vine á ver  
La gran villa de Madrid,  
Esta nueva Babilonia,

Donde verás confundir  
En variedades y lenguas  
El ingenio mas sutil,  
Esta esfera soberana,  
Trono, dosel y cenit  
De un sol español, que viva  
Eternos siglos feliz;  
Despues que ciego admiré,  
Despues que admirado vi  
Todo el mundo en breve mapa,  
Rasgos de mejor buril,  
Porque en sus hermosas damas  
Consideré y advertí  
El ingenio en el hablar,  
El asco en el vestir,  
Y en sus nobles cortesanos  
(De quien tambien recibí  
Mil honras) ingenio, gala,  
Valor y cordura; en fin,  
Despues que á Madrid llegué,  
Y despues que vi en Madrid  
Damas y galanes, oye  
Lo que ha pasado por mí.  
Traje, Rodrigo, una carta  
De mi padre á un Don Luis  
De Toledo, amigo suyo;  
Y visitándole aqui  
Para entregarle la carta,  
En su casa un cielo vi;  
Que cielo era el que incluía  
Tan hermoso seralín,  
Y aun él era el cielo mismo,  
Pues si has oido decir  
Que es pequeño mundo el hombre,  
Yo pienso que será así  
La mujer pequeño cielo,  
Cuando llega á competir  
Con verdadera hermosura  
La aparente del zafir.  
Dejo aparte locuciones  
Poéticas, aunque aqui  
Pudiera decir que fué  
Su cabello oro de Ofir,  
Su frente campo de nieve,  
Sus cejas sobre marfil  
Línea de ébano, y mezclando  
Rojo y cándido matiz  
Sus mejillas, rosa helada  
En los campos del abril,  
Su boca joya de perlas  
Guarnecida de rubis,  
Su aliento el aura por quien  
Flora respira ámbar gris,  
Sus manos dos azucenas,  
Y dos ramos de jazmín,  
Que en partidas hojas hacen  
Una blanca flor de lis.  
Nada desto digo, aunque  
Todo lo puedo decir;  
Pues demas de ser hermosa,  
Lo que me parece á mí  
Mejor, es tener de renta  
Largamente doce mil

Ducados. Esta hermosura  
Enamoro tan feliz,  
Que escuché alguna fineza,  
Y algún favor merecí.  
Ház aquí un punto, y pasemos  
A otro suceso. Yo vi  
Que en la corte era muy fácil  
Que me pudiesen seguir.  
Más por la patria y el nombre,  
Que por las señas; y así,  
Previniendo aqueste daño,  
Todo lo quise encubrir.  
Callé el nombre de Don Diego  
Osorio, y llaméme aquí  
Don Dionis Vela, un soldado,  
Que en el flamenco país  
Sirvió al rey. Por esta causa  
No te dijeron de mí  
En la posada. Con esto  
Pude libre ocurrir  
La corte, y así á cualquiera  
Conversación acudí,  
Donde liberal, cortés  
Y afable, gané y perdí:  
Perdí el dinero, y gané  
Amigos, candal, en fin,  
El mejor. Con uno, pues,  
A quien yo me descubrí  
Por tener satisfacción,  
Una hermosa noche fui  
A visitar una dama,  
Tan bella, airosa y gentil.  
Que aquí viniera bien cuanto  
Dije que no dije allí.  
Es de las que diserteaban,  
Dama crítica y sutil,  
Hace versos, canta, juega,  
Con que acabo de decir  
Que es pobre; porque á estas gracias  
No se les sigue un cuatrín.  
Desta estoy enamorado:  
De suerte, que hoy ves en mí  
Dos nombres y dos amores;  
Porque no pude fingir  
El propio con Doña Clara.  
Que este es el nombre feliz  
De la dama del dinero;  
Pero con Doña Beatriz  
De Córdoba, que es la otra,  
Soy capitán, porque así,  
Atento al provecho y gusto  
Que se me puede seguir,  
Soy Don Diego con la una,  
Con la otra Don Dionis.  
Desta manera me hallas.  
No será trato ruin  
Que yo engañe á dos, si una  
Suele engañar á dos mil.

RODRIGO.

Suele decirse de aquellos,  
Que muy poco han estudiado,  
Que en Salamanca han entrado.  
Mas no Salamanca en ellos.  
Yo digo al reves aquí;  
Pues si engañar es tu norte,  
Tú no has entrado en la corte,  
Mas la corte ha entrado en ti.  
Suceso notable ha sido  
Que un hombre pobre haya estado  
De ninguna enamorado,  
Y de dos favorecido  
Tan presto.

DON DIEGO.

Si yo quisiera  
Bien, Rodrigo, si yo amara,  
Ni mi pena se estimara,  
Ni mi amor se agradeciera.  
Finjo, engaño, y es forzoso  
Tener dicha semejante,  
Porque ya el mas firme amante  
Es el menos venturoso.

Si bien, no porque me ves  
Con uno y otro favor.  
Dejo de tener amor;  
Porque Beatriz bella es  
A quien estimo y adoro;  
Que esta traza me asegura  
Hoy de Beatriz la hermosura,  
Mañana de Clara el oro.  
Ahora el pliego abriré  
De mi padre. Carta tiene  
Don Luis, y una letra viene  
Aquí.

RODRIGO.

Aguárdate, y veré  
De cuánto.

DON DIEGO.

En sucesos tales  
No acudirá á mis cuidados.  
Ménos que con mil ducados.

RODRIGO.

Pues son cuatrocientos reales.

DON DIEGO.

¿Qué dices!

RODRIGO.

¿Pues no son hartos  
Para quien somos los dos?  
Y aun no son tantos, por Dios.

DON DIEGO.

¿Cómo?

RODRIGO.

Como son en cuartos.

DON DIEGO.

¿Que esto mi padre me envía,  
Cuando yo á la corte vengo!  
Sin los que debo, no tengo  
Para gastar en un día.  
(Lee.) «Hijo, yo no tengo hacienda pa-  
»ra sustentar vuestras travesuras y be-  
»laquerías. Ahí va una letra de cua-  
»trocientos reales; mirad cómo gas-  
»tais, que quizá no podré enviáros otra.  
»En la corte estáis, dad alguna traza  
»de vivir honradamente, y ved que el  
»pobre todo es trazas.»  
¿Vive Dios!...

## ESCENA II.

DON JUAN.—DON DIEGO, RODRIGO.

DON JUAN.

Pues, Don Dionis,  
¿Qué pesadumbre tenéis  
Que tan grande extremo haceis?

DON DIEGO.

A tiempo, Don Juan, venís,  
Que me hallareis muy mohino.

DON JUAN.

¿Con quién?

DON DIEGO.

Con ese criado,  
Que de Granada ha llegado.  
Con una letra se vino  
De solo cuatro mil reales.

RODRIGO.

(Ap. ¡Pluguiera á Dios!) ¿Tengo yo  
La culpa deso?

DON DIEGO.

¿Pues no?  
¿Por qué de Granada sales  
Con ella?

RODRIGO.

Pues si me envía  
Tu padre...

DON JUAN.

¿Qué culpa tiene...?

DON DIEGO.

¿Con cuatro mil reales viene!

RODRIGO. (Ap.)

¡Pluguiera á Dios!

DON DIEGO.

Yo querria,  
Don Juan, esta noche dar  
A Beatriz alguna joya...

RODRIGO. (Ap.)

Aquí, señores, fué Troya

DON DIEGO.

De cien escudos...

RODRIGO. (Ap.)

Andar.

DON DIEGO.

Y téngola por mujer  
Tan loca y desvanecida,  
Que ha de quedarse corrida.  
Y así quisiera tener  
Algun modo de obligarla.  
Que galante y cortés fuese,  
Con que yo darla pudiese,  
Sin que llegase á enojarla.

RODRIGO.

¿Qué hay que estudiar ese modo?  
Lleva la joya, y si no  
La tomare, aquí estoy yo,  
Que salgo á pagarlo todo.

DON DIEGO.

¿Sabeis lo que he imaginado?  
Pues nos solemos juntar  
Estas noches á jugar,  
Llevará aqueste criado,  
Que no conoce por mío,  
Una cadena, y jugando  
Conmigo, se ira dejando  
Perder.

RODRIGO. (Ap.)

Si gana me rio  
Destos embustes.

DON DIEGO.

Y yo,  
Ganándola entónces, puedo  
Llevarla á ofrecer sin miedo.

DON JUAN.

¿Quién tan linda industria vió?  
¿Quién en el mundo pensara  
Tan buen modo? Así será:  
Conmigo el criado irá;  
Que allá una vez, cosa es clara  
Que sabrá disimular  
No haberos visto ni hablado.

DON DIEGO.

Mal conocéis al criado:  
A mí me puede enseñar  
A hacer un enredo.

RODRIGO.

Ha sido  
Notable encarecimiento.

DON DIEGO.

Ahora, porque dar intento  
Estas cartas que han venido  
Para Don Luis, id con Dios;  
Que á la noche nos veremos,  
Donde efectuar podremos  
Lo tratado.

DON JUAN.

Adios.

DON DIEGO.

Adios.

(Vase Don Juan.)



## ESCENA III.

DON DIEGO, RODRIGO.

RODRIGO.

Yo no pienso que he venido  
A la corte celebrada,  
Sino á una selva encantada,  
Donde todo sueño ha sido.  
¿Tú letra de cuatro mil?  
¿Tú joya de cien escudos?  
Mis labios dejaste mudos,  
Advirtiéndome cuán sutil  
Ni te turbas ni embarazas.

DON DIEGO.

Como mi padre me escribe,  
Esta manera se vive,  
Porque el pobre todo es trazas.  
Esta cadena que ves, (Sácala.)  
Solo un doblon me costó,  
Y en el contraste sufrió  
Dos experiencias ó tres:  
De modo, que esta ha de ser  
La que yo te he de ganar. (Dásela.)  
Por esto quise estorbar  
El darla, no por temer  
Que se disguste; que así,  
Si llega á desengañarse,  
De mí no podrá quejarse,  
Pues la ve ganar allí.  
De modo, que en la ocasión  
Hago la galantería,  
Sin que sea á costa mía  
Del dinero ni opinión. (Vanse.)

Sala en casa de Doña Clara.

## ESCENA IV.

DON DIEGO y RODRIGO, y luego  
DOÑA CLARA é ISABEL.

DON DIEGO

Aquí vive Doña Clara.

RODRIGO.

¿Y es esta que á vernos viene?

DON DIEGO.

Sí.

(Salen Doña Clara é Isabel.)

RODRIGO. (Ap.)

¿Qué linda hacienda tiene!  
Que no quiero decir cara.

DON DIEGO.

Mi dicha fuera segura, (A Doña Clara.)  
Sí, como me pudo dar  
El cielo tiempo y lugar  
Para adorar tu hermosura,  
Tú me dieras la ventura  
Para lograr tanto empleo.  
Tuviera, por mas troteo,  
Tiempo mi altiva pasión,  
Lugar mi imaginación  
Y ventura mi deseo.

DOÑA CLARA.

Cuando agradecida quedo  
A vuestro amor, podré dar,  
Don Diego, tiempo y lugar,  
Pero ventura no puedo.  
Esta solo no os concedo,  
Por faltarme á mí.

DON DIEGO.

Procura

Hacer mi dicha segura  
Vuestro argumento. pues ya  
Quien os mira, claro está  
Que se tiene la ventura.

DOÑA CLARA.

Esos favores sospecho  
Que os sobraron del amor  
Que os tiene ausente.

DON DIEGO.

Es error  
Presumir tal de mi pecho.

DOÑA CLARA.

Y por dejar satisfecho  
Vuestro afecto, aquí venís  
A sentir lo que decís;  
Que los hombres con mas arte  
Sentís en sola una parte  
Lo que en cualquiera decís.

DON DIEGO.

Bien convenceros pudiera  
La razón. Si es cosa clara  
Que en ninguna parte hablara  
El que en alguna quisiera,  
¿Cómo se satisficiera  
Deseo de un gusto lleno  
Con otro manjar, ajeno  
Del mismo que apetecía?  
En tal caso, ¿no sería  
Cualquiera manjar veneno?

DOÑA CLARA.

¿Luego no habeis dicho á dos  
Lo que me decís á mí  
En vuestra vida?

DON DIEGO.

Eso sí;  
Mas entónces, vive Dios,  
Que estaba hablando con vos.

DOÑA CLARA.

¿Sin conocerme? Mirad  
Que decís mucho.

DON DIEGO.

Escuchad,  
Vereis cómo pudo ser,  
Antes que os llegase á ver,  
Amaros la voluntad.  
Si con discurso naciera  
Algun hombre, y en el cielo  
Tachonado el azul velo  
De rubias estrellas viera,  
Cuando adorara y quisiera  
Su luz, prestado arrebol  
Del luminoso farol,  
¿No adorara en las estrellas  
Al sol mismo? Sí, pues ellas  
Son claras sombras del sol.  
Yo con esta misma fe,  
En amorosos ensayos  
Adoré al sol en sus rayos,  
Hasta que al sol adoré.  
Mil hermosuras amé;  
Pero en ninguna luz pura:  
Luego mi amor me asegura  
Que os amaba entónces, pues  
Cualquiera hermosura es  
Sombra de vuestra hermosura

DOÑA CLARA.

Con sofístico argumento  
Quereis vencer mi opinión;  
Pues si á las luces, que son  
Del sol un rasgo, un aliento  
Que ilumina el firmamento,  
Adorase el que ha nacido  
Capaz, ya hubiera querido  
En muchas un resplandor,  
Que es lo mismo que un amor  
En dos partes dividido.  
Y cuando hubiese adorado  
Al sol mismo en las estrellas,  
Puesto que la noche en ellas  
Su luz ha depositado,

¿Quién á mí me ha asegurado  
Ser el sol resplandeciente,  
Que esas bellezas á frente?  
Pues este mismo arrebol,  
Que estando presente es sol,  
Será estrella estando ausente.  
Mas decidme ahora, ¿qué ha sido,  
Pues no fué la voluntad,  
Don Diego, la novedad  
Que á esta casa os ha traído?  
No sin causa habeis venido.

DON DIEGO.

Y decís bien: la mayor,  
Pues amantes al rigor,  
Del amor están sujetos,  
Y de todos sus efectos  
Es causa primera amor;  
Si bien la segunda ha sido  
Esta carta que advertís,  
Que para el señor Don Luis  
Hoy en mi pliego he tenido.

DOÑA CLARA.

Pues mi padre no ha venido,  
Dejad la carta.

DON DIEGO.

Eso no,  
Que si ella ocasion me dió  
Para llegaros á ver,  
En una quiero tener  
Muchas ocasiones yo.

DOÑA CLARA.

Ocioso es ese cuidado,  
Pues tiene sombras la noche,  
Rejas mi casa, yo coche,  
Y hay calle Mayor y Prado.

DON DIEGO.

Yo quedo bien avisado.

DOÑA CLARA.

Sois forastero, y querría  
Avisaros la voz mía  
De lo que debeis hacer.

DON DIEGO.

Ya sé que tengo de ser  
Argos la noche y el día.  
Por la mañana estaré  
En la iglesia á que acudís;  
Por la tarde, si salís,  
En la carrera os veré;  
Al anochecer iré  
Al Prado, al coche arrimado;  
Luego en la calle embozado.  
Ved si advierte bien mi amor  
Horas de calle Mayor,  
Misa, reja, coche y Prado.

(Vanse Don Diego y Doña Clara.)

## ESCENA V.

RODRIGO, ISABEL.

RODRIGO.

Y dígame usted, señora,  
¿Tiene, para oír mi queja,  
Calle Mayor, coche ó reja,  
Para que sepa la hora  
Este amante que la adora?

ISABEL.

¿Tan presto?

RODRIGO.

No es maravilla;  
Que si mi estrella me humilla,  
Tan antiguo mi amor es  
Como las cabrillas, pues  
Mi estrella es siete-cabrilla.

ISABEL.

Aunque advertirle pudiera,  
Al fin, como á forastero;

Solamente decir quiero  
Que hay tienda y hay carbonera,  
Compro, limpio y salgo fuera.

RODRIGO.

Yo quedo bien advertido;  
Y porque veas si ha sido  
Ruda la memoria mía,  
Argos la noche y el día,  
Así estaré repartido.  
Por la mañana estaré  
En la tal carbonería,  
En la tienda al mediodía,  
Y luego á la tarde iré  
Al Rastro; de allí vendré,  
Ya anochecido, al portal;  
Y á las once, pese á tal,  
En la calle; si es que hay quien  
A una mujer quiera bien  
El rato que huele mal. (Vanse.)

Sala en casa de Doña Beatriz.

### ESCENA VI.

DOÑA BEATRIZ, DON FÉLIX, INES.

DON FÉLIX.

No fuéron esas razones  
Las que en otro tiempo oí.

DOÑA BEATRIZ.

¿Qué queréis? Múdanse así  
Tiempos, gustos y ocasiones.

DON FÉLIX.

En desengaño forzoso,  
Ofendido y despreciado,  
No siento el ser desdichado;  
Siento haber sido dicho.

DOÑA BEATRIZ.

Cuando dicha hubiera sido  
Merecer algun favor,  
Yo tuviera por mejor  
El haberle merecido.

DON FÉLIX.

Estaba un almendro ufano  
De ver que su pompa era  
Alba de la primavera  
Y mañana del verano;  
Y viendo su sombra vana,  
Que el viento en penachos mueve,  
Hojas de púrpura y nieve,  
Aves de carmín y grana,  
Tanto se desvaneció,  
Que, Narciso de las flores,  
Empezó á decirse amores;  
Cuando un lirio humilde vió,  
A quien vano dijo así:  
«Flor, que majestad no quieres,  
¿No te desmayas y mueres  
De envidia de verme á mí?»  
Sopló en esto el austro fiero,  
Y desvaneció cruel  
Toda la pompa que á él  
Le desvaneció primero.  
Vió que caduco y helado  
D luvios de hojas derrama,  
Seco tronco, inútil rama,  
Yerto cadáver del prado.  
Volvió al lirio, que guardaba  
Aquel verdor que tenía,  
Y contra la tiranía  
Del tiempo se conservaba,  
Y díjole: «¿Venturoso  
Tú, que en un estado estás  
Permaneciente, jamas  
Envidiado ni envidioso!  
Tu vivir solo es vivir:  
No llegues á florecer,

Porque tener que perder  
Solo es tener que sentir.»

DOÑA BEATRIZ.

Aplicado el cuento, yo  
Prosigo con otro tal:  
Oíd lo que á una caudal  
Aguila, le sucedió.  
Esta, que con muestras graves  
Es, sin fatigado aliento,  
En los imperios del viento  
Reina de todas las aves,  
Quiso que la esfera octava  
Hija del sol la presuma;  
Y siendo bajel de pluma,  
Ondas de fuego sulcaba.  
Llegó á la region dorada,  
Y con sedientos desmayos,  
Anhelandos por los rayos  
Del sol, medio desmayada  
Se volvió á la tierra, y vió  
Que ninguna ave podia  
Seguir el vuelo que habia  
Intentado, y dijo: «Yo  
Sola penetré la esfera  
De diamantes guarnecida;  
Que muriendo de atrevida,  
No moriré, cuando muera:  
Pues cuando rayo deshecho  
Y cometa desasido,  
Fénix del sol, baje herido  
De rayos de luz mi pecho;  
El despeñarme, el morir,  
El abrasarme, el caer,  
Todos no podrán hacer  
Que ahora deje de subir:  
Pues á este aliento atrevido  
Que hasta el sol pudo llegar,  
El caer no ha de quitar  
La gloria de haber subido.»  
En el ave y en la flor  
Ved lo que á los dos nos pasa.

DON FÉLIX.

Ya yo sé que vuestra casa  
Es academia de amor,  
Donde todo es argumentos,  
Todo gusto y opiniones;  
Pero no admiten cuestiones  
Mis penas y mis tormentos.  
Sé que quiero, sé que adoro,  
Sé que mi desdicha fué:  
Esto solamente sé;  
Todo lo demás ignoro.

DOÑA BEATRIZ.

Eso está bien á los dos.  
(Al irse Don Félix, sale Leonelo, y  
detiéndole.)

### ESCENA VII.

LEONELO.—DOÑA BEATRIZ, DON  
FÉLIX, INES.

LEONELO.

Como á vuestro centro, vengo  
Buscándos aquí, que tengo,  
Don Félix, que hablar con vos.

DON FÉLIX.

Engañado pensamiento  
Os trajo esa manera;  
Porque, si mi centro fuera,  
No estuviera en él violento.

LEONELO.

¿Cómo?

DON FÉLIX.

Ya no es centro mío.

LEONELO.

¿Y vos qué decís á esto?

(A Doña Beatriz.)

DOÑA BEATRIZ.

Que en este estado me ha puesto  
Un forzoso desvario  
Que algun día le diré.  
Ruégole que no entre aquí,  
Sin que se queje de mí  
Que por otro le dejé.

LEONELO.

¡Tales fueran mis desvelos!  
Estuviera despreciado,  
Aborrecido, olvidado,  
Como no tuviera celos.  
Ya sabéis con cuánto gusto,  
Siempre constante mi amor,  
Sufrí de Clara el rigor,  
El desprecio y el disgusto:  
Pues ahora una criada  
(Porque es el oro en efeto  
Maestra llave de un secreto)  
Me dijo que de Granada  
Un Don Diego Osorio vino  
A su padre encomendado,  
Tan galán y enamorado,  
Que á nuestros pechos previno,  
A ella agrado, á mi desvelos,  
A ella gusto, á mi rigor,  
A ella finalmente amor,  
A mi finalmente celos.  
Quiero que vamos los dos  
Donde este galán busquemos.

DON FÉLIX.

Pues si no le conocemos...

DOÑA BEATRIZ.

Lo que podré hacer por vos  
Será ver á Doña Clara,  
Y saber, Leonelo, della,  
Quién es este forastero  
Que tanto cuidado os cuesta,  
Y aun hablarla en vuestro amor.

LEONELO.

Fuera darme vida, fuera  
Comprar un esclavo en mí.  
Hazme tanto bien, y sella  
Mi rostro, Beatriz hermosa.

DOÑA BEATRIZ.

Leonelo, no me agradezcas  
Esto; que no hago por tí  
Tan curiosa diligencia,  
Sino por mí; que este, dicen,  
Que es oficio de discretas.  
Mañana lo sabré todo;  
Que mujeres, cuando llegan  
A hablar á solas, se dicen  
Cuanto imaginan y piensan.

DON FÉLIX.

Y yo hablaré á Doña Clara  
Mañana para que venga  
Otro día á visitaros,  
Y con la misma cautela,  
Por quién me dejáis á mí,  
Y quién os agrada, sepa,  
Si ya es cierto que en la corte,  
A título de discretas,  
Son terceras las hermosas;  
Porque como en la experiencia  
Diamante labra el diamante,  
Rinde belleza á belleza.

### ESCENA VIII.

DON JUAN.—DICHOS.

DON JUAN.

La fama, que á vuestra casa  
Llama amorosa academia,  
Disculpa el atrevimiento  
De no aguardar mas licencia.



DOÑA BEATRIZ.

Vos sabéis, señor Don Juan,  
Que podeis entrar en ella  
A mandarme con los mismos  
Privilegios que en la vuestra.  
(*Hablan aparte Leonelo y Don Félix.*)

DON FÉLIX.

Leonelo, si es que los celos  
Son lince, y que penetran  
Lo mas secreto, he de ver,  
Con la vista y alma atentas,  
Si hay novedad en Beatriz,  
Examinando hoy en ella  
El semblante y las acciones  
Que hace á todos los que entran.

LEONELO.

Por lo ménos en Don Juan  
No ha dado ninguna muestra.

DON FÉLIX.

No, que ni en él vi temor,  
Ni hallé novedad en ella.

DON JUAN.

Permitid que un forastero,  
Que se ha quedado allá fuera,  
Entre á besaros la mano.

DOÑA BEATRIZ.

Pues ¿quién negarle pudiera  
Al forastero y amigo  
Vuestro tan cortés licencia?—  
(*Vase Don Juan.*)

Este es Don Dionis, Inés. (*Ap. á ella.*)

INÉS.

Sin duda que no te pesa  
De verle. Oigo y aun pienso...

DOÑA BEATRIZ.

Si es el que el alma desea,  
Si es el que la vida estima,  
¡Qué bien dices, qué bien piensas!

DON FÉLIX. (*Ap. á Leonelo.*)

Al hablar del forastero,  
¿No miras, no consideras  
Mas alegre su semblante?

## ESCENA IX.

DON JUAN; RODRIGO, *que trae puesta la cadena.*—DICHOS.

RODRIGO.

Pues me permites que pueda  
Besar tus manos, señora,  
Tan discreta como bella,  
Permite que pueda el alma  
Solo adorarte suspensa,  
Porque en tu alabanza es  
Torpe instrumento la lengua;  
O alábrate tú á ti misma,  
Pues quiere el dios de las ciencias  
Que, siendo la cuarta gracia,  
La décima musa seas.

DOÑA BEATRIZ.

Tan prevenida, señor,  
Ha sido la entrada vuestra.  
Que habré menester lugar  
Para estudiar la respuesta.

LEONELO. (*Ap. á Don Félix*)  
¿Qué sientes del forastero?

DON FÉLIX.

¿Qué es lo que quieres que sienta.  
Si al principio su semblante  
Estuvo alegre, y ya muestra  
Que le ha pesado de verle?  
Donde hay mudanzas opuestas,

Hay secreto, y no son vanas  
Su alegría y su tristeza.

DOÑA BEATRIZ.

Llega unas sillas, Inés.

DON FÉLIX. (*Ap.*)

Cuando merecer no pueda  
Favores, podrá estorbarlos.  
Aquí, Leonelo, te sienta.  
(*Siéntanse.*)

## ESCENA X.

DON DIEGO.—DICHOS

DON DIEGO.

No llega á mala ocasión  
Un forastero que llega  
Al repartir los lugares,  
Si es que hay alguno que sea.  
Asiento de un ignorante  
En esta divina escuela,  
En cuya esfera cifradas  
Se miran las once esferas.

DOÑA BEATRIZ.

(*Ap.* Disimular me conviene,  
Porque Don Félix no vea  
En mis ojos la alegría  
Que me causa su presencia.)  
Llega al señor Don Dionis (*A Inés.*)  
Una silla.

RODRIGO.

Aquí está esta.

DON DIEGO.

Vos, señor, estáis muy bien;  
Pues cuando yo la tuviera.  
Fuera dichoso en que vos  
Os sirviéades con ella. (*Siéntase*)

DON FÉLIX. (*Ap.*)

Solo con el forastero  
De la cruzada cadena  
Hizo novedad Beatriz:  
Sin duda por él me deja.

DON JUAN. (*Ap. á Don Diego.*)

¿Qué bien ha disimulado  
Vuestro criado!

DOÑA BEATRIZ.

Si es fuerza  
Que amor de cualquier discurso  
Principal asunto sea,  
Al que á una pregunta mía  
Me diere mejor respuesta.  
Daré esta flor.

DON DIEGO.

Ya envidiosos  
Todos la pregunta esperan.

DOÑA BEATRIZ.

¿Cuál es mayor pena amando?

LEONELO.

Yo, que padezco esa pena,  
Llevo gran ventaja á todos,  
Pues es forzoso que sea  
Mayor mal amar con celos.

DON FÉLIX.

El que tiene un dolor, piensa  
Que ninguno á aquel iguala,  
Y solo de aquel se queja.  
Yo dijera de mi mal,  
Cuando no le padeciera.  
Esto mismo, que el mayor  
Es amar contra su estrella,  
Siendo un hombre aborrecido.

DON DIEGO.

Yo digo que es mayor pena  
El amar sin esperanza.

DOÑA BEATRIZ.

Pues un argumento sea  
El que pruebe la verdad.

LEONELO.

Oye, que el celoso empieza.  
Si yo fuera aborrecido  
Con tanta desconfianza,  
Que no tuviera esperanza  
De ser jamas admitido,  
Consuelo hubiera tenido  
En ver que la pena mía  
Tan alta gloria perdía  
Porque al cielo se atrevió,  
Y al fin, perdiéndola yo,  
Ninguno la merecía;  
Mas si esta misma que allí  
A mi amor hallé imposible,  
Fuese para otro apacible  
Siendo ingrata para mí;  
Si el bien que no merecí  
Viese que otro mereció,  
Di, ¿qué pena se igualó,  
Beatriz, á esta pena amando,  
De ver que otro esté gozando  
Lo que estoy queriendo yo?

DON FÉLIX.

Bien puede un celoso estar  
Sin esperanza de ser  
Admitido, con tener  
Dama que se deje amar:  
Mas quien se llega á mirar  
Aborrecido, no puede;  
Que aun amar no le concede:  
Luego ofender mi porfía  
Con lo que obligar podía,  
La mayor desdicha excede.  
Tenga amor mi dama bella,  
No tenga esperanza yo,  
Y no me aborrezca, no,  
Pues me basta á mi el querella;  
Mas contra mi propia estrella  
Porfiar, es desconsuelo  
El mas tirano del suelo;  
Que el celoso ha menester  
Vencer solo á una mujer,  
Y el aborrecido al cielo.

DON DIEGO.

Ni celos ni olvido temo,  
Si constante llevo á amar,  
Porque es fácil de pasar  
La mujer de extremo á extremo.  
Mayor pena, mas supremo  
Es mi llanto, es mi dolor;  
Pues padece mi temor  
Eterna desconfianza:  
Luego amar sin esperanza  
Es el infierno de amor.  
El que celoso vivió,  
El que vivió aborrecido,  
Con esperanza han sufrido  
El mal que el amor causó;  
El desesperado no,  
Pues aun rigores no espera.  
Si celos darme pudiera  
Mi dama, ya la costara  
Cuidado, ya se acordara  
De mí, si me aborreciera.  
Y como es nso pasar  
La condicion de mujer  
Desde amar á aborrecer,  
Tambien se sucle trocar  
Desde aborrecer á amar:  
Con esta esperanza asido,  
Contento hubiera vivido:  
Luego mi mal es mas fiero.  
Pues verme jamas espero  
Celoso ni aborrecido.

DOÑA BEATRIZ.

Dudosamente podré

Decir quién merezca aquí  
La flor.

RODRIGO.

Escúchame á mí,  
Señora, y te sacaré  
besa duda, porque sé  
Que la flor ha de ser mía,  
Probándote en este día  
Con un argumento tal,  
Que padece mayor mal  
Quien ama pobre y porfia.  
¿Quién al pobre no aborrece?  
¿Quién al pobre no da celos?  
¿Quién al pobre en sus desvelos  
Alguna esperanza ofrece?  
Luego solo este padece  
De todos el mal penoso,  
Porque siempre temeroso,  
Favor ni desden alcanza,  
Y quiere sin esperanza,  
Aborrecido y celoso.  
Y porque no la razon,  
Sino tambien la experiencia  
Me dén la flor, por sentencia  
Que no tenga apelacion,  
Vengan los naipes, que son  
Jueces; y jugando todos,  
Veras que en tan varios modos  
Tiene, cuando argumentare,  
Mas razon quien se quedare  
Con el dinero de todos.  
*(Llegan un bufete en que habrá naipes;  
Juegan Don Diego y Rodrigo, y ven-  
los jugar Leonelo y Don Juan, y Don  
Félix se queda hablando con Bea-  
triz.)*

INES.

Ya están los naipes allí.

DON DIEGO.

Yo jugará, si tuviera  
Cobrada una letra que hoy  
Acepté.

RODRIGO.

Venga la letra;  
Que como vos la aboneis,  
Tambien jugaré sobre ella,  
Como vos queráis, señor,  
Jugar sobre esta cadena  
Cien escudos, que mañana  
Se han de pagar.

DON DIEGO.

Norabuena.  
*(Juegan.)*

DON FÉLIX.

¿Qué mal han disimulado  
Tus ojos, Beatriz! pues, lenguas  
Del alma, me han dicho ya  
Tu sentimiento y mis quejas.  
Apénas el forastero  
Entró en la sala, y apénas  
Le viste, cuando mudaste  
El semblante hermoso, y muerta  
La color, trocaste entónces  
Claveles por azucenas.

RODRIGO.

¡Plegue al cielo que en mi vida  
Gané una vez!

DOÑA BEATRIZ.

Bien pudiera  
Satisfacerte; mas quiero  
Callar, Félix, porque entiendas  
Que no es tiempo de que yo  
Satisfacciones te deba.

DON DIEGO.

Diez pintas gano.

RODRIGO.

¡Demonios!  
Vuestros rigores, ¿qué esperan  
De mi paciencia ofendidos?

INES.

Por cierto, ¡linda encomienda!

DON FÉLIX.

¿Pues pudieras tú negar  
Tan costosas experiencias,  
Si el rostro es reloj, adonde  
El corazon hace muestra?

RODRIGO.

¿Que no haya yo de ganar  
Una suerte, y que me vengan,  
La que es derecha trocada,  
Y la trocada derecha!

DON FÉLIX.

Desprecios, Beatriz, se sufren  
En voluntades que empiezan,  
Pero en las que acaban, pasan  
De ser desprecios, y llegan  
A agravios.—Vamos, Leonelo,  
Porque no quiero que tenga  
Ocasión Beatriz, de ser  
Descortes conmigo y necia,  
Porque son muy insufribles  
Necedades de discretas.

LEONELO.

¿No veréis á Doña Clara?

DOÑA BEATRIZ.

Mañana os tendré respuesta.

LEONELO.

¿Quién solicitó jamas  
Con todo el sol una estrella,  
Sino yo?

*(Vanse Don Félix y Leonelo.)*

RODRIGO.

No juego más.  
Usted guardada me tenga  
La cadena, que mañana  
Tengo de enviar por ella.

DON DIEGO.

Aquí la hallaréis mañana.

RODRIGO.

¿Que un hombre cristiano pierda  
Diez pintas! ¿Qué deja el naipe  
Para un moro? No hay paciencia.  
*(Vase Rodrigo como tropezando.)*

## ESCENA XI

DON DIEGO, DOÑA BEATRIZ, DON  
JUAN, INES.

INES.

El se ha quebrado al salir  
Las narices en la puerta.  
Y para enmendarlo ahora,  
Ha rodado la escalera

DOÑA BEATRIZ.

Saca una luz.

INES.

Eso no,  
Que ha perdido. Si él hubiera  
Ganado, yo le alumbrara,  
Y llegar hasta la puerta  
De la calle muy humilde  
Haciéndole reverencias;  
Pero hombre que ha perdido,  
Ruede y quíebrese una pierna.

DON DIEGO.

Esta cadena he ganado:  
Cien escudos, en que queda,  
Dejo librados, señora,  
Para los naipes y velas.

Perdonad mi atrevimiento:  
Que, vive Dios, que quisiera  
Que fueran diamantes cuantos  
Eslabones hay en ella,  
Para servirlos; aunque  
Presuncion fuera muy necia  
Llevar diamantes al sol,  
Siendo el sol quien los engendra.  
Esto es harato, y así.  
Disculpa tengo y licencia  
Para tal descortesía.

DOÑA BEATRIZ.

No es sino merced aquesta;  
Pues cuando no fuera tal  
Por su estimacion la prenda,  
Por ser vuestra la estimara,  
Y la tomo por ser vuestra.

DON DIEGO.

El cielo os guarde.—¿Qué bien  
*(Ap. á Don Juan.)*

Que sucedió!

DON JUAN.

De manera,  
Que yo he querido creerlo.  
¿Qué bien engañada queda!  
*(Vanse Don Diego y Don Juan.)*

DOÑA BEATRIZ.

¿Has visto, Ines, en tu vida  
Mas cortesana fineza?

INES.

Aguárdate, iré á alumbrarles;  
Que tiempo despues nos queda  
Para que le alabes. *(Vase.)*

DOÑA BEATRIZ.

¿Cuánto  
Se estima, agradece y precia  
La cortesía! Más es  
El modo, que la cadena.

## JORNADA SEGUNDA.

Sala en casa de Doña Clara.

### ESCENA PRIMERA.

DOÑA BEATRIZ É INES, con mantos;  
CLARA É ISABEL, sin ellos

DOÑA CLARA.

¿Posible es que llegó el día  
En que tan dichosa fuese,  
O Beatriz, que mereciese  
Esta humilde casa mía  
Tanto honor? Vuélveme á dar  
Los brazos.

DOÑA BEATRIZ.

Y el alma en celos,  
Lazos que de nuestros cuellos  
La muerte podrá cortar,  
Pero dividirlos no.

DOÑA CLARA.

De mí te ofrezco otro tanto.—  
Isabel, quitale el manto  
A Beatriz.

DOÑA BEATRIZ.

No vengo yo  
Con tanto espacio y sosiego.

DOÑA CLARA.

¿Ya querrás irte tambien?  
Propia condicion del bien,  
Llegar tarde y faltar luego.  
¿Quieres venir al estrado?

DOÑA BEATRIZ.

No, bien estamos así.



DOÑA CLARA.

Siéntate el rato que aquí  
has de estar, y derribado  
El manto puedes tener.  
Porque me afliges tapada.  
¡A fe, que estás bien tocada!  
Pudierasme agradecer  
El haberte descubierto.

DOÑA BEATRIZ.

¿Es lisonja, ó burla?

DOÑA CLARA.

No,

Solo tengo envidia yo  
Cuando tu hermosura advierto.

DOÑA BEATRIZ.

Si tuvieras que envidiar,  
No me alabaras, amiga,  
Buena estás, Dios te bendiga!

DOÑA CLARA.

¡Mira cómo puede estar  
Quien tantas penas recibe,  
Que no tiene gusto en nada,  
Y siempre desazonada  
Y melancólica vive;  
Quien de sí misma enemiga,  
A sí misma se aborrece;  
Quien una pena padece  
Incapaz de que se diga;  
Quien con eternos enojos  
Ha de celar sus agravios  
Del aliento de los labios  
Y las lenguas de los ojos!

DOÑA BEATRIZ.

Mal, que es fuerza que se calle,  
Y que te trae disgustada,  
De tus ojos descuidada  
Y enemiga de tu talle;  
Mal que á entristecer te obliga,  
Y te obliga á enmudecer;  
Cuyo efecto puede hacer  
Que se sienta y no se diga;  
Mal que es mi propio dolor,  
Pues repite satisfecho  
Sus efectos en mi pecho,  
Sin duda, Clara, es amor.

DOÑA CLARA.

Bien tu discurso sacó  
Por las centellas el fuego.  
Amor tengo, no lo niego.

DOÑA BEATRIZ.

¿Y ha sido á Leonelo?

DOÑA CLARA.

No

DOÑA BEATRIZ.

Mi alegría fuera mucha  
(Si yo tenerla pudiera),  
Si tus pasiones oyera.

DOÑA CLARA.

Porque hagas lo mismo, escucha.  
Los afectos humanos, Beatriz bella,  
Tal vez arrebató fuerza divina,  
Porque viven atentos á una estrella  
Que superior ilustra y predomina: [della,  
Y aunque es verdad que no se vencen  
Con tal poder, ya que no fuerza, inclina;  
Que pierden libertad, discurso y brio  
El alma, la razón y el albedrío.  
No es amor elección, pues si lo fuera,  
Nadie en el mundo aborrecido amara:  
No es voluntad, que nadie la rindiera  
Donde con voluntad no se pagara:  
No es razón, pues con ella se rigiera:  
No es gusto, pues sin él no se entregara:  
¿Qué será donde falta (¡cielo injusto!)  
Elección, voluntad, razón y gusto?

¿Qué será pues violencia semejante,  
Sino fuerza, rigor y tiranía [tante  
De amor? Pues la que vió firme y cons-  
Leonelo tanto tiempo á su porfía,  
En un punto veloz, en un instante  
Breve, que son los átomos del día,  
Se rindió fácil, se postró liviana  
De un forastero á la lisonja vana.  
Un forastero, amiga, un forastero  
Que de Granada encomendado vino  
A mi padre, es la causa porque muero:  
Este á mi pecho tal dolor previno,  
Este á mi vida tal veneno fiero,  
Este al alma tal pena, que imagino  
Que á solo ver mi vanidad burlada  
Vino Don Diego Osorio de Granada.  
¿No has visto hermosa fuente que risue-  
Por piedades del sol ó por rigores [ña,  
Instrumento de plata, se despeña,  
Con quien cantan las aves sus amores,  
Sepultarse en la falda de una Peña,  
Donde estaban sedientas cuantas flores,  
Llamadas de su música, venían,  
Y por ver sus aljófares, bebían?  
¿Y esta fuente, que allí dejó burlada  
La beldad de las flores peregrina,  
Por venas de la tierra dilatada,  
Siendo de plata ya líquida mina,  
Nacer segunda vez tan desdichada,  
Que entre rústicos céspedes camina,  
Sin que á su inútil nacimiento deba  
Que noble flor de sus cristales beba?  
Así el amor, que en mí se despeñaba,  
Llegar al valle ameno resistía,  
Donde tanta fineza me esperaba,  
Y donde tanto amor me merecía.  
Y el mismo, que soberbia me miraba,  
Quiso, por castigar la ofensa mía,  
Que huyendo agrados, y burlando amo-  
Lograse penas, celos y rigores. [res,  
No porque este gallardo forastero [te,  
Mi amor no estime y mi esperanza alien-  
Pues siempre es á mi gusto lisonjero;  
Mas ¿cuál hombre no fuge, engaña y  
[miente?

Sino porque otro amor, que fué prime-  
Aqui le trajo, temo que le ausente. [ro  
Estos son mis temores, mis recelos,  
Que no hay bien sin amor, ni amor sin  
DOÑA BEATRIZ. [celos.

¿Qué parecidas que son  
Nuestras penas, Clara bella!  
Un mismo amor, una estrella  
Rige nuestra inclinación.  
Pensarás que mi afición  
Es á Don Félix, á quien  
Debo finezas también;  
Mas como ninguna amó  
Siendo amada, también yo  
Quiero á un forastero bien.  
En tu fuente á mirar llevo  
De amor un cifra breve;  
Pero, como tú á la nieve,  
Quiero yo aplicarla al fuego.  
El rayo abrasado y ciego,  
Que es un húmedo vapor  
De la tierra, que al ardor  
Del sol se ilustra y acendra,  
En la parte que se engendra  
Ejecuta su rigor.

Que como el viento recibe  
Saca exhalación que sube,  
A donde preñada nube  
Humo pálido concibe,  
Errando fácil, describe  
Las esferas, hasta que  
Herida del sol se ve,  
Y en trueno y rayo veloz  
Da aquí el golpe, allí la voz,  
Que aviso y castigo fué:  
Así el forastero ha sido  
Rayo en su esfera engendrado;

Pero della desatado,  
En ajena parte ha herido.  
Desde Flandes ha venido  
Este á turbar mi sosiego.  
No sé cómo el amor ciego  
Puede con violencia sumia,  
Siendo meto de la espuma,  
Hijo del Norte, ser luego.  
Una apacible mañana  
Del mayo cuando la aurora  
Con prestados rayos dera  
Nubes de púrpura y grana,  
Tan hermosa, tan blana,  
Que decía lisonjera:  
«¡Quién coronarte pudiera  
Mayo, de flores y mieses,  
Por rey de los doce meses,  
Por dios de la primavera!»  
Sali al Prado; desde él fui  
Por la calle, donde en lazos  
De los olmos darse abrazos  
Copas y raíces vi,  
A quien triste dije así:  
«¿No os bastaba, álamos bellos,  
Enmarañar los cabellos  
Por la tierra ligitivos,  
Sino que también lascivos  
Quereis enlazar los cuellos?  
Pero me responderéis,  
Con verdad desvanecidos,  
Que como en corte nacidos,  
Cortesano amor teneis,  
Y así ocultar no quereis  
Vuestro contento suave;  
Porque ya el amor mas grave,  
Y ya el favor mas felice,  
No es amor, si no se dice,  
No es favor, si no se sabe.»  
Con esta imaginación  
Llegué á sentarme cansada,  
Cuando por verme tapada,  
Gozando de la ocasión,  
Llegó con airosa acción,  
Y con galán desenfado,  
El mas bizarro soldado  
Que vi jamás, te prometo,  
Y despues el mas discreto  
Que en toda mi vida he hablado.  
Desde entonces no le vi  
Mucho tiempo; pero no  
Por eso se sosegó  
Aquel fuego que senti.  
En mi casa permiti  
Visitas, conversacion,  
Juego y música, que son  
Lazos de amor cada día,  
Por solo ver si podia  
Verle con esta ocasión.  
Cumplíome amor mi deseo;  
Pues una noche, llevado  
De un amigo, ó mi cuidado,  
Dentro de casa le veo.  
Miro el bien, y no lo creo  
Por serlo; y sucede así,  
Que constante desde allí  
Me sirve, enamora y ama.  
Don Dionis Vela se llama.  
Esto sé del y de mí.

ISABEL. (A Doña Clara.)

A hablarte Don Diego viene.

DOÑA CLARA.

Mucho me huelgo que estés  
Aqui para que le veas,  
Porque me digas despues  
Si tengo buen gusto yo,  
Si le he encarecido bien.

DOÑA BEATRIZ.

¿Es aquel que viene allí?

## ESCENA II.

DON DIEGO. — DOÑA CLARA, DOÑA BEATRIZ, INES, ISABEL.

DOÑA CLARA.

Sí, Beatriz, el mismo es.

DOÑA BEATRIZ. (Ap.)

¡Válgame el cielo! ¿qué veo?

DOÑA CLARA.

¿Qué te parece?

DOÑA BEATRIZ.

Muy bien

Me ha parecido... (Ap. Y muy mal,

Pudiera decir.) Ines, (Ap. á ella.)

¿No es Don Dionis?

INES.

Sí, señora.

¿Quién puede negar que es él?

DOÑA BEATRIZ.

¿Qué he de hacer?

INES.

Disimular.

DON DIEGO.

(Ap. ¿Qué es esto que llevo á ver, Cielos? Clara y Beatriz son Las dos. Amor, de una vez, Cuanto adquirimos de muchas, Hemos echado á perder.)

Mirando al sol, Clara hermosa, ¿Quién no se ha turbado? ¿Quién, Viendo á un mismo tiempo dos, No ha de suspenderse, pues Esta sala, esfera breve De uno y otro rosciel, Con divina imitación Cielo de hermosura es?

DOÑA CLARA.

La lisonja os agradezco, No por mí, pues cuando veis A Doña Beatriz, cualquiera Lisonja la viene bien.

DON DIEGO.

¿Quién es esta mi señora?

Que yo, por no conocer A su merced (culpa en fin De forastero), no sé Ofrecerme á su servicio. ¿Es deuda vuestra ó es Amiga?

INES. (Ap. á Doña Beatriz.)

¿No oyes aquello?

Quién eres, pregunta.

DON DIEGO.

Aunque

Para que conozca en mí Un criado su merced, No es menester saber mas Que mirarla.

DOÑA CLARA,

Beatriz es

La amiga que yo mas quiero. Señor Don Diego, y con quien...

INES. (Ap.)

Don Diego le llamó.

DOÑA CLARA.

(Ap. Amor,

Consulta tu parecer.)

En este punto las dos En vos hablabamos.

DOÑA BEATRIZ.

Bien

Os lo puede asegurar

Su pecho constante y fiel;  
 Porque es muy cierto que en vos  
 Las dos hablabamos, pues  
 Ella hablaba en vos conmigo,  
 Y yo con ella tambien.  
 De que no me conozcais  
 Queja pudiera tener;  
 Pues viviendo yo en el pecho  
 De Clara, y estando en él,  
 Vos pudierais por fineza  
 Habermelo visto tal vez.  
 Yo á lo ménos no llegara  
 A confesarlo, porque  
 Quiero que Clara me deba  
 Solo decir, que estimé  
 Tanto el dueño de su gusto,  
 Que le conocí por fe;  
 Porque yo os conozco, ya  
 Que vos no me conocéis.

DON DIEGO.

Yo conozco mi ignorancia,  
 Y aunque pudiera tener  
 Disculpa, quiero rendirme,  
 Agradecido y cortés.

INES. (Ap. á Doña Beatriz.)

Señora, ¿qué dices desto?

DOÑA CLARA. (A Doña Beatriz.)

¿Qué te parece? ¿No es  
 Galán y discreto? Di,  
 ¿No te parece muy bien?

DOÑA BEATRIZ.

Digo que me ha parecido  
 Tan bien, Clara hermosa... (Ap. Que  
 Ha de pesarte algun día  
 Que me parezca tan bien.)

INES. (Ap. á su ama.)

Mal disimulas.

DOÑA BEATRIZ.

No puedo  
 Sufrir mas celos, Ines:  
 Estoy por dar voces.

(Beatriz le hace señas por detras, y él hace como que no la entiende.)

INES.

Mira

Cómo disimula él,  
 Y aprende tú.

DOÑA BEATRIZ.

Si él engaña,

Y yo siento, no podré  
 Igualarle; que me lleva  
 Mucha ventaja. ¡Ah cruel!

CLARA. (A Doña Beatriz.)

Al fin, ¿yo tengo buen gusto?  
 Alabámele otra vez.

INES. (Ap.)

Parece que la tal Clara  
 Nos está dando cordel.

DOÑA CLARA.

¿Qué tienes, que disgustada  
 Parece que estás?

DOÑA BEATRIZ.

No sé

Qué es lo que me ha dado. — Tráeme  
 Un barro de agua, Isabel. —  
 (Ap. Por desmentir una pena,  
 Otra pena lingiré.  
 Agua pido, y es en vano,  
 Porque es de fuego mi sed.)

DOÑA CLARA. (A Isabel.)

Ve tú por el agua, y yo  
 Uños dulces sacaré. (Vase Isabel.)

Dame licencia á que sea

(A Doña Beatriz.)

Hoy contigo descortes.

DOÑA BEATRIZ.

No vayas, no, por tu vida.  
 Conmigo exeuasado fué  
 El cumplimiento

DOÑA CLARA.

Pues este

¿Quién te ha dicho que lo es?  
 ¿Es cumplimiento dejarte  
 Con la visita? Aunque bien  
 El dejarte acompañada  
 Pudieras agradecer. (Vase.)

## ESCENA III.

DOÑA BEATRIZ, DON DIEGO, INES

DOÑA BEATRIZ.

Y es verdad, pues que me ha dado  
 Ocasión, ingrato, en que  
 Pueda hablar, pueda quejarme  
 Porque el silencio cruel,  
 Hecho ponzoña en el alma,  
 Mil veces quiso romper  
 La cárcel, y reprimido,  
 Hizo con mayor poder  
 Un cuchillo al corazón  
 Y á la garganta un cordel.

DON DIEGO. (Disimulando.)

¿Vos con tanto sentimiento  
 Conmigo? ¿Cómo ó por qué?  
 ¿Quién dió causa á tanta pena?  
 A tanta desdicha, ¿quién?

DOÑA BEATRIZ.

¿Esta es, ingrato amante,  
 Vil caballero, esta es  
 La prometida firmeza  
 De lealtad, amor y fe?  
 Si sois de Granada, ¿cómo  
 Sois de Flándes? Y si os veis  
 Ausente por una dama,  
 ¿Cómo decís que tenéis  
 Pretensiones? Si os llamais  
 Don Diego, ¿cómo os haceis  
 Don Dionis? ¿Es gran victoria  
 Engañar á una mujer?

DON DIEGO.

Viven los cielos, señora,  
 Que no os entiendo, ni sé  
 Qué decís, pues jurar puedo  
 No haberos visto otra vez.

DOÑA BEATRIZ.

¿Vos lo que oyen los oídos,  
 Vos lo que los ojos ven,  
 Quereis negar? ¿Vos no sois  
 Quien liberal y cortés  
 Me dió anoche esta cadena?

DON DIEGO.

No, señora.

DOÑA BEATRIZ.

¿No?

DON DIEGO.

¿Por qué

Lo negara, si el serviros  
 Fuera mayor interés?  
 ¿Bueno fuera negar yo  
 Dádivas, cuando uso es,  
 No solo negar aquello  
 Que se da, pero tambien  
 Con vanidad y arrogancia  
 Decirlo sin que se dé!  
 Advertid que en una estar,  
 Suele duplicar y hacer  
 Dos formas naturaleza  
 Con repetido pincel.



DOÑA BEATRIZ.

¿Luego intentais todavía  
Deseconocerlos?

DON DIEGO.

No sé  
Qué responderos.

DOÑA BEATRIZ.

¿No sois

Don Dionis Vela?

DON DIEGO.

¿Por qué  
Negara mi nombre?

DOÑA BEATRIZ.

¿Cuándo

Venisteis?

DON DIEGO.

Aun no habrá un mes.

DOÑA BEATRIZ.

¿Dónde vivis?

DON DIEGO.

En la calle

Del Príncipe.

DOÑA BEATRIZ.

¿En qué entendéis?

DON DIEGO.

En ver la corte.

DOÑA BEATRIZ.

¿Y el nombre?

DON DIEGO.

¿Ya no os han dicho que es  
Don Diego Osorio?

DOÑA BEATRIZ.

¿Qué amigos

Hoy en la corte teneis?

DON DIEGO.

Muchos.

DOÑA BEATRIZ.

Y Don Juan de Torres,

¿No lo es vuestro?

DON DIEGO.

No escuehé

Aquese nombre en mi vida.

DOÑA BEATRIZ.

¿Visitais una mujer

Junto á las Descalzas?

DON DIEGO.

No.

DOÑA BEATRIZ.

Mentis, mentis, que sí haceis.

DON DIEGO. (Ap.)

Por mas preguntas que ha hecho,  
No me ha podido coger.

## ESCENA IV.

DOÑA CLARA é ISABEL, *con agua y  
dulces.*—DON DIEGO, DOÑA BEA-  
TRIZ, INES.

DOÑA CLARA.

Aquí está el agua y el dulce.  
Mas ¿qué es esto?

DON DIEGO.

No lo sé.

Beatriz, que me lo preguntó,  
Podrá decir lo que es. (Vase.)

DOÑA CLARA.

¿Qué es esto, Beatriz? ¿Pues tanto  
Pudo el accidente ser,  
Que te obliga á que des voces?

DOÑA BEATRIZ.

Es una rabia cruel.

DOÑA CLARA.

Bebe el agua que pediste :  
Quizá así podrás vencer  
Esa pena que te allige.

DOÑA BEATRIZ.

Yo sé bien que no podré,  
Aunque mas beba. Adios, Clara.

DOÑA CLARA.

¿De esa suerte has de ir á pié?  
Aguarda, pondrán el coche.

DOÑA BEATRIZ.

No puedo.—Vamos, Ines.

DOÑA CLARA.

Pésame que de mi casa  
Vuelvas enferma, una vez  
Que, al cabo de tantos días,  
Vienes á hacerme merced,  
Sin querer decir qué sientes,  
Ni qué tienes.

DOÑA BEATRIZ.

Mal podré

Decírtelo, Clara, á ti,

Si yo misma no lo sé. (Vanse.)

Calle.

## ESCENA V.

DON JUAN y RODRIGO, *que salen por  
una parte*; DON DIEGO, *por otra.*

DON JUAN.

¿Dónde estará Don Dionis?

DON DIEGO.

Mucho estimo, vive Dios,  
Hallar juntos á los dos.

DON JUAN.

¿De qué turhado venis?

DON DIEGO.

Hame, Don Juan, sucedido  
El suceso mas extraño,  
Que vió el mayor desengaño.

RODRIGO.

Cuéntanos pues lo que ha sido.

DON DIEGO.

Entré á ver á Doña Clara,  
Y estaba, Don Juan, con ella  
De visita Beatriz bella.  
Cuando mi vista repara  
En las dos, ciego quedé,  
Turbado me suspendí.

DON JUAN.

Y al fin, ¿qué hicisteis?

DON DIEGO.

Allí,

Tan de improviso, no hallé  
Otro camino, otro modo  
De enmendar la culpa mía,  
Que hacer que no conocia  
A Beatriz, negando en todo  
No haberla hablado, ni haberla  
Visto otra vez en mi vida;  
Pero, airada y ofendida,  
No pude satisfacerla,  
Aunque allí ella misma vió  
Que Don Diego me llamaban  
Todos, y que la contaban  
Que era de Granada yo.  
En fin, si vos acudis  
A acreditar este enredo,  
Hacer los papeles puedo

De Don Diego y Don Dionis;  
Porque asegurando vos.  
Lo mismo, decir no temo  
Que es otro, y que con extremo  
Nos parecemos los dos.

DON JUAN.

¿Y es tan necia, que ererà  
Beatriz ese engaño?

DON DIEGO.

Sí,

Que yo parecidos vi  
Muchos hombres; y no está  
La dificultad en ser  
Beatriz necia ó entendida;  
Que al fin la mas presumida  
Tiene ingenio de mujer.  
Yo conocí á dos hermanos,  
Que nadie determinaba  
Con cuál de los dos hablaba.

RODRIGO.

Es verdad, los Valencianos !

DON JUAN.

Yo por mi parte me obligo  
A disimular muy bien.

DON DIEGO. (A Rodrigo.)

Y tú has de ayudar tambien.  
Desde hoy no has de andar conmigo;  
Porque siendo conocidos  
Los dos por amo y criado,  
Fuera descuido extremado  
El ser los dos parecidos.

RODRIGO.

Dices bien; y yo podré  
Con mayor fuerza ayudar  
Este engaño, pues entrar  
Puedo en su casa, y haré,  
Con retóricas, que crea  
(Tanta eficacia en mi ves)  
Hoy un necio que lo es,  
Y una fea como es fea,  
Una vieja con amor,  
Que es vieja la haré ercer,  
Que es lo mas que puede hacer  
Un retórico hablador.

DON DIEGO.

Pues dejadme á mi llegar  
Primero, y mientras los dos  
Reñimos, llegaréis vos.

DON JUAN.

No me teneis que avisar. (Vase.)

## ESCENA VI.

DON DIEGO, RODRIGO.

RODRIGO.

¿Qué de máquinas enlazas!

DON DIEGO.

Esto entre dos damas es  
Lograr amor é interes,  
Porque el pobre todo es trazas.

RODRIGO.

Sí, pero trazas de pobre  
No sé qué efectos tendrán.  
Pues por ser suyas, serán  
Infelices.

DON DIEGO.

Quando obre  
Esta pension la fortuna,  
Y una pierda, otra me quicia;  
Pues no es posible que pueda  
De las dos faltarme una.

4 Dos actores célebres.

RODRIGO.

Por eso debe tener  
Cualquiera amante discreto  
Una dama de respeto,  
Por lo que ha de suceder.  
Pero voime, porque vienen,  
No hallen juntos á los dos.

(Vase.)

## ESCENA VII.

DOÑA BEATRIZ É INES, con mantos;  
DON FELIX, LEONELO.—DON DIEGO, retirado.

DON DIEGO. (Ap.)

Y los que vienen con ellas  
Félix y Leonele son.  
De celos maté, y de celos  
Muero. Vengativo amor,  
Sé dios, ó no seas tirano,  
Sé tirano, ó no seas dios.

LEONELO.

Al paso, Beatriz hermosa,  
Esperando á oír estoy  
La sentencia de mi muerte.  
¿Qué has sabido?

DOÑA BEATRIZ.

Tal estoy,  
Que no acertaré á decir  
Lo que he sabido.

LEONELO.

A tu voz  
Atenta el alma, resiste  
Una y otra confusion.

DON FÉLIX. (Ap. á ella.)

Ines, yo tengo que hablarte.

INES.

Después tendrás ocasion.

DOÑA BEATRIZ.

No has de quejarte de mí,  
Si desengañas te doy;  
Porque si esos tengo, darte  
No puedo otra cosa yo.  
Can soy con rabia, que muero  
Y comunica el dolor  
Por la herida, y así ahora  
Te pegaré mi pasión,  
Basilisco por la vista,  
Y sirena por la voz.  
Clara vive enamorada:  
Quien te lo dijo, contó  
La verdad. Don Diego Osorio  
Ha merecido el favor  
Que te negó. Siente tú,  
Y tendré consuelo yo,  
Compañera en tus desdichas,  
Si es que las lisonjas son  
Una pena de otra pena,  
Y un dolor de otro dolor.

DON FÉLIX.

Segun eso, vos venís  
Celosa tambien.

DOÑA BEATRIZ.

No os doy  
Desengaños, que llamais  
Agravios; pero si vos  
Me argüís la consecuencia,  
No quiero negarla yo.

DON FÉLIX.

Ni yo la quiero creer;  
Que fuera imposible error  
Pensar que en el mundo hubiese  
Quien diese celos al sol;  
Y no dudando si puede  
Eso ser verdad ó no,

Lo sentiré, por haceros  
Aquesa lisonja á vos.

LEONELO.

Vive Dios, que he de buscar  
A este granadino yo.  
¿El cielo, Beatriz, os guarde!  
¡Ay, Don Félix! muerto voy.

(Vanse Leonele y Don Félix.)

## ESCENA VIII.

DON DIEGO, BEATRIZ, INES.

DON DIEGO.

(Ap. Ahora podré llegar  
A hablar, empezando yo  
A quejarme; que esta es  
La estratagemá mayor;  
Pues si yo empiezo primero,  
No le dejaré razon  
Con que ella pueda quejarse.  
¡Ayude mi industria amor!)  
Quien tan bien acompañada  
Hasta su casa llegó,  
No pensará que ha tardado;  
Pero quien aquí esperó  
Toda la tarde, adorando  
Los hierros dese halcon,  
No podrá pensar que ha sido  
Ménos que un siglo.

DOÑA BEATRIZ.

(Ap. ¡Mejor  
Es esto!—Ines, este hombre (A ella.)  
Pretende quitarme hoy  
La luz al entendimiento,  
O al discurso la razon.)  
¿Qué decis, por Dios, Don Diego,  
Don Dionis, ó lo que soís?  
Si quereis volverme loca,  
Confieso que ya lo estoy.  
Dejadme, señor, dejadme:  
Ved que muchas pruebas son,  
Apurando un sufrimiento.

DON DIEGO.

Pues ¿en qué os ofendo yo?  
Si mi pensamiento activo  
Merece vuestro rigor,  
Castigadme con desprecios,  
Pero con engaños no.  
¿En qué os enoja un deseo?  
¿Eu qué os agravia un amor,  
Que solo aspira á serviros?  
Si mudanzas, Beatriz, son,  
Que en vuestro pecho ha causado  
La breve conversacion  
De Don Félix, bien haceis.

INES.

Quejarse él es lo mejor.

DOÑA BEATRIZ.

Pues si en este mismo instante  
Vengo de escuchar de vos  
Que á mi no me conocéis;  
Si vengo de oír que sois  
Don Diego, y no Don Dionis,  
¿No quereis que sienta, no,  
Tantos engaños y enredos?

DON DIEGO.

No os entiendo, vive Dios.  
¿Yo os he visto, yo os he hablado  
En alguna parte hoy?  
Enigmas son que no entiendo.  
Yos habeis dicho que yo  
Quiero quitaros el juicio;  
Y así, con este temor,  
Ganándome por la mano,  
Queréis quitármele vos.

INES.

¿No pensará quien le oyere,  
Que él solo tiene razon?

DOÑA BEATRIZ. (A Ines)

¿Qué es lo que dices?

INES.

Señora,

Que tan admirada estoy  
De escuchar con cuántas veras  
Haberte visto negro,  
Que me da á entender que aquí  
Hay alguna confusion,  
O por lo ménos secreto  
Que no entendemos las dos;  
Que nadie negar pudiera  
Aquí y allí la razon  
Con tantas veras.

## ESCENA IX.

DON JUAN, alborotado.—Dichos

DON JUAN.

¡Jesus!

¿Aquí estáis?

DON DIEGO.

¿Qué admiracion

Es esta?

DON JUAN.

Hame sucedido  
Una cosa, que por Dios,  
Que ahora la estoy dudando.

DOÑA BEATRIZ.

¿Qué ha sido?

DON JUAN.

Palabra os doy,  
Que en mi vida me he admirado  
De cuanto he visto, hasta hoy.  
Pasaba por una calle,  
Cuando á la misma ocasion  
Un hombre la atravesaba,  
A quien, engañado yo,  
Por Don Dionis llegué á hablar:  
Tanto se le pareció,  
Que no le desmiente el talle  
Ni el rostro, y hasta en la voz  
Le parece y en el traje;  
Que como el día de hoy  
Están los precios tan caros,  
Y todas las galas son  
O ha yeta ó tafetan,  
Poco le diferenció.  
El vestido que trae, casi  
El mismo es que traeis vos;  
Y tanto, que si no hubiera  
Esta misma confusion  
Ejemplares en el mundo  
(Pues muchas veces se vió  
Parecerse un hombre á otro),  
Afirmara, vive Dios,  
Ser vos mismo.

DON DIEGO.

Y eso mismo,

Sin duda, le sucedió  
Tambien á Beatriz, pues piensa  
Que pulte en otra ocasion  
Negar que la conocia.

DOÑA BEATRIZ.

Bien ensayados los dos  
Venis. ¿Cuánto estudio os cuesta,  
Don Juan, la tal relacion?  
¿Por tan necia me teneis,  
Que imaginásteis que yo  
Greyera tal?

DON JUAN.

Esto es cierto.



INES.

¿Pues no lo has creído?

DOÑA BEATRIZ.

No.

INES.

Yo sí, que he visto otra vez  
Mil, que parecidos son.  
Si no, dime: ¿con qué intento  
Estos dos nombres fingió  
Don Dionis? ¿Pudiera nadie  
Prevenir esta ocasión?  
¿Sabía si eras amiga  
De Doña Clara, ó si no?  
¿Sabía que había de hallarte  
Con ella en conversacion?  
No, pues no entrara, si fuera  
El mismo. Demas, que estoy  
Mirándole con cuidado,  
Y ahora me pareció  
Que el otro de aquesta tarde  
Era dos dedos mayor.

DON JUAN.

Sí, un poco era mas robusto.

DON DIEGO.

Beatriz lo advierte mejor;  
Mas ella quiere quejarse,  
Porque no me queje yo.

DOÑA BEATRIZ.

Pues ¿de qué podeis quejaros?

DON DIEGO.

De ver á Félix con vos.

DOÑA BEATRIZ.

Es verdad, que como á Clara  
Vos no habeis hablado hoy,  
Podeis quejaros de mí.

DON DIEGO.

¿Quién es Clara? Que, por Dios,  
Que no la conozco.

INES.

Mira

Que ha sido, señora, error  
De naturaleza.

DON JUAN.

Advierte

Que á mí mismo me engañó.

DOÑA BEATRIZ.

Todos bien podeis decirme  
Que esto cabe en la razon,  
Que esto se ha visto otra vez,  
Mas no he de rendirme, no,  
Hasta que mis propios ojos  
Miren juntos á los dos.

INES.

No habrá quien la desengañe,  
Que es mujer de su opinion,  
Aunque tan claro lo vea.

DON JUAN. (Ap.)

Bien la traza sucedió.

DON DIEGO. (Ap.)

¿Qué no intenta un hombre pobre  
Con ingenio y con amor!

(Vanse los dos por una calle, y al entrar Ines en su casa, la detiene Don Félix.)

## ESCENA X.

DON FELIX, INES.

DON FELIX.

Ventura notable fué  
Que ahora pudiese hablarte,  
Ines, y llegar á darte  
Esta vida que hoy se ve

T. vii.

En tus manos. Tuyo soy;

Y en fe de que el alma mia,  
Que lia de servirme confia,  
Esta sortija te doy,  
Que solo un diamante della  
Doscientos escudos vale,  
Porque no hay luz que le iguale  
¡Ojalá fuera una estrella!

INES.

Bien está siendo diamante,  
Que embarazada me viera,  
Si mia una estrella fuera.

DON FELIX.

Dime, ¿quién es el amante,  
Ines, por quien tu señora  
Vive, y yo de celos muero?  
Que aunque sé que á un forastero  
Estima, quiere y adora,  
No me he atrevido á creer  
Que así cegarse pudiese,  
Y que á hombre tal se rindiese  
Tan presumida mujer.  
Todo lo sé, mas no quiero  
Sino estar asegurado.

INES.

¿Qué gran gusto me ha quitado  
Quien te lo contó primero!  
Pues tal condicion me dió  
El cielo, que no quisiera  
Que otro ninguno supiera  
Los secretos sino yo,  
Porque otro ninguno fuese,  
Cuando secretos guardase,  
Quien á todos los contase,  
Quien á todos los dijese;  
Porque, aunque es santo, prometo,  
El secreto singular,  
Yo nunca pude guardar  
La fiesta de mi Secreto.  
¿Porque te le diga aquí  
Me das prendas lisonjeras,  
Cuando, porque me lo oyeras,  
Yo te diera el alma á ti?  
Que he estado enferma en la cama  
Muchas veces, por no hallar  
Con quien poder descansar,  
Murmurando de mi ama.  
Anoche ese forastero  
Una cadena le dió  
Que en cien escudos ganó.

DON FELIX.

Ya vi la cadena.

INES.

Quiero

Decir mas, cómo esta tarde  
Vino de verle celosa,  
Con otra dama, y dudosa  
De si es él, se abrasa y arde  
En celos.

DON FELIX.

Déjame á mí,

Que tambien me abraso y ardo.  
¿Qué es lo que espero? qué aguardo?  
Si yo la cadena vi,  
Si de tu boca escuché  
Que porque hablando le vió  
Con otra, tanto sintió;  
Si esto he visto, y si esto sé,  
¿Por qué de mi necio amor  
No agradezco el desengaño?  
Mi remedio está en mi daño;  
Que no hay cura sin dolor.

INES.

Advierte, Félix, que estás  
Dando voces.

DON FELIX.

Pierdo el seso.  
Déjame, Ines

INES.

¿Segun eso,

Ya no quieres saber mas?

DON FELIX.

¿Qué mas, si esto me provoca.

INES.

¿Y es buen término empeñarme  
En hablar, para dejarme  
Con la palabra en la boca?  
Pues no has de irte sin que diga  
Cuanto de mí ama sé;  
Porque lo que yo empecé  
No es bien que otro lo prosiga:  
Porque es la murmuracion  
Sarna empezada á rascar,  
Que no se puede dejar;  
Y así, señor, no es razon  
Que mis labios queden mudos  
Porque me oigas un instante.  
Toma, que solo un diamante  
Vale doscientos escudos.

DON FELIX.

Déjame, que ya no quiero  
Saber mas. ¿Quién, sino yo,  
Curioso solicité  
Contra si el veneno fiero?  
¿Quién, sino yo, desta suerte  
Pretendió su perdicion?  
Verdugos los celos son,  
Que cobran el dar la muerte.  
¿Oh nunca hubiera yo oído  
Lo mismo que he deseado!  
Oh siempre hubiera ignorado  
Lo mismo que he pretendido!  
Pues si el que su pena sabe  
Muere, y muere el que la ignora,  
Morir dudándola ahora  
Fuera muerte mas suave.  
Cuando á un hombre en su fortuna  
Siguen dos contrarios fuertes,  
Por querer darle dos muertes  
Suelen no darle ninguna.  
Si á mí el dudar ó el saber  
Dos muertes me pueden dar,  
Quiero al saber y al dudar  
Por enemigos tener;  
Pues cuando mi pena allanes,  
Sin ver si vivo ó si muero,  
Estaré como el acero  
Suspenso entre dos imanes.

INES.

¿Oh nunca yo hubiera hablado!  
Pero no será el disgusto  
Tan grande como fué el gusto  
Del haberlo publicado. (Vase.)

## ESCENA XI.

RODRIGO. — DON FELIX.

RODRIGO. (Ap.)

¿Con qué linda industria vengo  
Prevenido, para hacer  
Que Beatriz llegue á creer  
Cuanto imaginado tengo  
Cerca del galán de á dos  
Que la engaña y enamora!

DON FELIX.

(Ap. Llegaré á hablar ahora:  
Ya estoy resuelto.) Con vos  
Tengo que hablar, caballero,  
Una palabra no mas,  
Y para aquesto detras  
De San Jerónimo espero.

RODRIGO.

Vos venis muy engañado:  
No soy yo el buscado, no,  
Porque no soy hombre yo

Que detras de nadie he hablado  
En mi vida, sea el que fuere,  
Cuanto mas detras de un santo  
Que quiero y estimo tanto.  
Lo que decirle quisiere,  
Delante se lo diré;  
A las espaldas jamas:  
No han de decir que detras  
De San Jerónimo hablé.  
Vuestras penas declaraldas;  
No diga el santo, quejoso,  
Que por ser tan poderoso  
Le murmuro á las espaldas.

DON FÉLIX.

Puesto que quereis que aqui  
Hablemos, decid, ¿no fuisteis  
Vos el que anoche vinisteis  
A esta casa?

RODRIGO.

Señor, sí;

Y ¡nunca hubiera venido...

DON FÉLIX. (Ap.)

Hay mas rigurosa pena?

RODRIGO.

Pues me costó una cadena  
La visita!

DON FÉLIX.

(Ap. Cierito ha sido

Mi temor: este es sin duda  
El que sospechaba yo;  
Este es del que lnes habló;  
Ni lo niega, ni lo duda.)  
Pues yo, caballero, soy  
Un hombre...

RODRIGO.

Sed norabuena.

DON FÉLIX.

Que tiene de veros pena.

RODRIGO.

Pues no verime.

DON FÉLIX.

Y tal estoy

De colérico, que aquí  
Palabra me habeis de dar  
De no entrar, de no pasar  
Por esta calle, ó aquí  
Hoy el uno de los dos  
Ha de morir.

RODRIGO.

Si estuviera

En mi mano, yo lo hiciera,  
Con tal que fuérades vos.  
Pero yo tengo de entrar;  
Que no he de dejar perdida  
Mi hacienda.

DON FÉLIX.

Y yo con mi vida  
Así lo sabré estorbar.

(Empuña la espada)

RODRIGO.

Detened, señor, la espada,  
Y mirad que no es razon,  
Con tan minima ocasion,  
Dejarla en sangre bañada.  
Advertid que nuestra vida  
Es una, y tan mal hallada  
Con nosotros, que enojada,  
Apénas ve una salida,  
Cuando escapa por allí:  
Pues es decir (aunque viejo)  
Que es de ante nuestro pellejo.  
Como una breva le vi  
Pasarse, porque se advierta  
Su frágil sér; y así os doy  
Una y mil palabras hoy  
De no llegar á esta puerta...

¿Qué es á esta puerta? á esta calle  
A este barrio, á este cuartel.  
Palabra os doy, como fiel  
Católico, no se halle  
Eserito que me verán,  
Si esto vuestro amor desea,  
En la parroquia, aunque sea  
En la de San Sebastian,  
Que es bien grande.

DON FÉLIX.

Has procedido,  
Como villano cobarde.

RODRIGO.

Así moriré mas tarde.

DON FÉLIX.

Pues otra palabra os pido.

RODRIGO.

No hay cosa que ya no pueda  
Vuestro mando entre los dos,  
Pues no me pediréis vos  
Cosa que yo no os conceda.  
Imaginad este día  
Todo cuanto vos quereis;  
Y eso otorgo, que no habeis  
De vencerme en cortesia.

DON FÉLIX.

Y cuando no, ciego y loco  
Yo os lo hiciera hacer...

RODRIGO.

Confieso

Si hiciérades, que por eso  
No hemos de reñir tampoco.

DON FÉLIX.

A estocadas.

RODRIGO.

¿A estocadas?

Son favores y regalos,  
Porque yo pensé que á palos,  
A coces y á bofetadas;  
Que espero, porque os asombre,  
Procediendo siempre así,  
Que no han de decir por mí:  
«Aquí mataron á un hombre;»  
Sino: «Aquí como un lebrele  
(Desta suerte han de decir)  
A un hombre hicieron huir:  
Rueguen al miedo por él.»

## JORNADA TERCERA.

Sala en casa de Doña Clara.

### ESCENA PRIMERA.

DON DIEGO, DOÑA CLARA.

DON DIEGO.

Por no encontrar un criado,  
Sin que os avisasen, llevo  
Hasta aquí.

DOÑA CLARA.

Señor Don Diego

Osorio...

DON DIEGO. (Ap.)

Bien lo he trazado.

DOÑA CLARA.

Sabed que hoy tuve un recado  
De Beatriz, la amiga mia  
Que aquí estuvo el otro día,  
Don Diego, en que me ha enviado  
Para hacer otra, á pedir  
Que aquesta joya la envíe;  
Y para que no la lleve  
De su criada, á decir  
Me envié que la llevaseis

Vos mismo, y que la hora es  
Aquesta tarde á las tres;  
Para que en casa la hallascis;  
Porque si vos la llevais,  
No quede lnes enojada,  
Viendo que de mi criada  
Fio mas.

DON DIEGO.

Vos me mandais

Cosa, que quien estimara  
Mi deseo, no la hiciera;  
Pues celosa, no quisiera  
Que á otra dama visitara.  
La que no cela, no diga  
Que quiere, porque el temor  
Es una sombra de amor.

DOÑA CLARA.

Yo soy de Beatriz amiga,  
¿Qué he de temer ni dudar?

DON DIEGO.

El serlo Beatriz tambien;  
Que de la amiga es de quien  
Hay ménos hoy que fiar.

DOÑA CLARA.

Por lo ménos vos liais  
De vos poco en la ocasion,  
Pues en mi satisfaccion  
Temor y recelo hallais.  
Y huélgome de tener  
Ocasión en que la ausencia  
Hoy me sirva de experiencia,  
Para tocar y saber  
Si tengo que agradeceros;  
Que en la oposicion del día,  
Es la noche obscura y fria.  
Y así quiero yo ponerlos  
En la ocasion, porque diga  
Experiencia semejante,  
La fineza de un amante,  
La falsedad de una amiga;  
Porque el rigor de mi estrella  
Hoy se conozca en los dos,  
Viendo lo que tengo en vos,  
O lo que no tengo en ella.  
(Da una joya á Don Diego, y vanse.)

Calle.

### ESCENA II.

RODRIGO, DON DIEGO, cada uno por su lado.

RODRIGO.

Dime si puedo llegar  
A hablarte, señor, y puedo  
Darte dos recados.

DON DIEGO.

¿Cuyos?

RODRIGO.

Uno es mio, y otro ajeno.

DON DIEGO

¿Y qué son?

RODRIGO.

Empezaré

Por el mio; que es muy necio  
Quien tiene propios negocios,  
Y hace los de otro primero.  
Yo, señor Don Diego, digo  
(Que para mí eres Don Diego)  
Que me hagais saber si soy  
Criado apócrifo, si tengo  
Cuerpo fantástico, ó si  
Soy mortal, y cómo y bebo;  
Porque ya todos los días  
En el filósofo leo  
Ni-comedes, y á las noches



En el Concilio Ni-ceno.

Esto es cuanto á mi; y en cuanto  
Al liberal luésped nuestro,  
Dice, señor Don Dionis,  
Que nos vamos ó paguemos.

DON DIEGO.

¿Hay mas de irnos y pagarle?

RODRIGO.

¿Cómo ha de ser sin dineros?  
Que ya pienso que espiraron  
Los pasados cuatrocientos.

DON DIEGO.

Es verdad; pero ¿qué importa?  
¿Faltará un arbitrio nuevo  
Para buscarlos?

RODRIGO.

¿En quién,

Si á todos debes?

DON DIEGO.

Consejo

De mi padre es. *Sé el que debes,*  
Me dijo, y soy el que *debo*.  
Pero en los mismos á que hoy  
Debo tanto, hallar espero  
Mas dineros.

RODRIGO.

¿Pues no quieres  
Que tengan de ti escarmiento?

DON DIEGO.

¿Qué poco sabes! No hay banco  
Que esté mas seguro y cierto,  
Que aquel que una vez prestó;  
Pues por no perder aquello  
Prestado, va dando mas  
Sobre su mismo dinero. —  
Mas, por Dios, que nos ha visto  
Ines hablando.

### ESCENA III.

INES. — DON DIEGO, RODRIGO.

RODRIGO.

Mudemos

La platica. — La cadena,  
Que vos me ganasteis, tengo  
De quitar aquesta noche.

DON DIEGO.

Allí la tendreis.

RODRIGO.

El cielo

Os guarde.

(Vase.)

### ESCENA IV.

DON DIEGO, INES.

INES.

A grande ventura  
Haberos hallado tengo,  
Porque iba á vuestra posada,  
Y aborro del camino el medio.

DON DIEGO.

¿Pues qué me quieres, Ines?

INES.

Decidme ántes: ¿qué era aquello  
Que ahora hablabades, señor,  
Con aquel grande embustero?

DON DIEGO.

Yo no le conozco mas  
Que aquella noche del juego.  
Dijome que hoy llevaria  
De la cadena el dinero.

INES.

¡Plugiera á Dios que él hiciera  
Esa necedad! que vengo

De la platería de ver  
Cuánto pesa, y es muy cierto  
Que es falsa.

DON DIEGO.

¿Qué dices?

INES.

Digo

Lo que dicen los plateros.

DON DIEGO.

¡No llegaras cuando estaba  
Aquí! que viven los cielos.  
Que le matara. No importa  
El interes del dinero.  
Pues yo le enviaré á Beatriz  
Esos cien escudos luego.  
Sino el término. ¿Que fácil  
Es de engañar (caso es cierto)  
Un hombre de bien! Ines,  
Di, por dónde fué, que quiero  
Seguirle.

INES.

Escúchame ahora,  
Que tiempo te queda luego.  
Dice mi señora que hoy  
A las tres...

DON DIEGO. (Ap.)

Aun peor es esto.

INES.

Vayas á casa, que tiene  
Que hablarte, y que estés muy cierto  
A las tres en punto.

DON DIEGO.

Dile,

Ines, que sus manos beso,  
Y iré muy alegre en ver  
Que su memoria merezco.

INES.

Quédate con Dios.

DON DIEGO.

Quisiera

Darte algo, mas no me atrevo,  
Por no tener una joya  
Muy buena; mas te prometo...  
Esto basta, porque soy  
Muy enemigo de aquellos  
Que prometen, porque al fin  
Da dos veces quien da luego.  
Vete con Dios.

INES.

El te guarde,

Que yo otra cosa no quiero.  
(Ap. Ya no dormiré en mi vida,  
Pensando en qué será esto  
Que me ha de dar. Desta vez  
Salir de laceria pienso.)  
(Vase, y queda Don Diego suspenso.)

### ESCENA V.

RODRIGO. — DON DIEGO.

RODRIGO.

Ya se fué.—¿De que has quedado  
Tan elevado y suspenso?

DON DIEGO.

¡Ay Rodrigo! dicen fin  
Mis esperanzas, cayeron  
En tierra las presunciones  
Que levanté sobre el viento.  
Beatriz supo mas que yo,  
Y hoy en ocasion me ha puesto,  
De donde con mis engaños  
Salir vencedor no puedo.  
Para su casa me llama  
Hoy á las tres, y ha dispuesto  
Su desengaño tan bien,

Que para esta hora ha hecho  
Que Clara me envíe á su casa  
Con una joya que llevo.  
Si voy como Don Dionis,  
Galan suyo, faltar luego  
Como Don Diego galan  
De Clara, y tendra por cierto  
Ser uno solo. Si voy  
Con esta joya primero,  
Haréle falta despues,  
Que es el desengaño mesmo.  
Aconsejame, Rodrigo.

RODRIGO.

Si has de tomar mi consejo,  
Contentate con la una,  
Y sea Clara, pues sabemos  
Que es la que dineros tiene;  
Que entre el amor y el dinero,  
Si tuviera dos galanes  
Beatriz, hiciera lo mesmo.

DON DIEGO.

¿Cómo perderé á Beatriz,  
Si en ella la vida pierdo?

RODRIGO.

Pues deja á Clara.

DON DIEGO.

Eso no,

Que aspiro á su casamiento.

RODRIGO.

Pues cástate con entrambas;  
Aunque yo tengo por cierto  
Que has de quedar sin ninguna.

### ESCENA VI.

DON JUAN. — DON DIEGO, RODRIGO

DON JUAN.

Don Dionis, buscándos vengo.

DON DIEGO.

Pues, Don Juan, ¿qué me mandais?

DON JUAN.

Sabed que un hombre, á quien debo  
Ochocientos reales, hoy  
Me aprieta mucho por ellos.  
Seis dias me da de plazo,  
Y aunque es verdad que yo tengo  
Los cuatrocientos aquí  
En plata, pedirlos quiero  
Que para cumplir con él  
Me déis otros cuatrocientos,  
Pues que teneis una letra  
De cuatro mil.

DON DIEGO.

¿Para eso

Era menester hacerme  
Preveniciones, siendo vuestro  
Todo cuanto fuere mio?  
Que os lo dé teneis por cierto;  
Mas no podré hasta de hoy  
En cuatro dias, al tiempo  
Que la letra cumple. Aquel  
Está Rodrigo, que en esto  
No me dejará mentir.

RODRIGO. (Ap.)

Si dejaré yo por cierto.

DON DIEGO.

Yo estaba diciendo ahora  
Que estoy tambien sin dineros.  
Lo que podemos hacer,  
Porque nos acomodemos  
Entrambos, es que me déis  
Ahora esos cuatrocientos  
Que traeis; que á los seis dias  
Y ántes mucho yo me ofrezco,

Don Juan, á que a vuestra casa  
Se os lleven los ochocientos.

DON JUAN.

Decis bien : veislos aquí  
Atados en este lienzo.

RODRIGO. (Ap.)

Dióle con la camarguina.

DON DIEGO.

Toma, Rodrigo, y con estos  
Paga el huésped, ve gastando,  
Y no te alijas tan presto,  
Que no desampara Dios  
A nadie.

RODRIGO.

Por fe lo tengo.

(Ap. Pero si en esta materia  
Desampara á alguno, creo  
Que es Don Juan.)

DON DIEGO.

De aquí á seis días  
Hay un sin fin. Ahora quiero  
Deciros, Don Juan, que estoy  
Con un grande sentimiento.

DON JUAN.

¿Cómo?

DON DIEGO.

Beatriz me ha citado  
Para dos partes á un tiempo.

DON JUAN.

Y ¿qué habeis de hacer?

DON DIEGO.

No sé,  
Si bien prevenido tengo  
Un engaño, que si sale  
Como le imaginó, creo  
Que le habeis de celebrar.

DON JUAN.

Yo no imagino ni pienso  
Que haya industria para hacer  
Que un hombre en un mismo tiempo  
Esté en dos partes, ó en una  
Parte sola con dos cuerpos.

DON DIEGO.

¿No habeis oído decir  
Que para todo hay remedio?  
¿Vos teneis un alguacil  
Amigo?

DON JUAN.

Sí, muchos tengo.

DON DIEGO.

Pues habeis de hacer que esté  
Esta tarde, al mismo tiempo  
Que yo vaya á entrar en casa,  
De Beatriz : yo os diré luego  
Para qué fin, cuando estéis  
Con él en la calle puesto.

DON JUAN.

¿Pues qué se consigue así?

DON DIEGO.

Lo que os toca, es ponerlos  
En la calle, y que esté en ella  
El alguacil encubierto;  
Lo demás sabreis despues.

DON JUAN.

Mirad, ; unos pensamientos  
Los mas notables teneis!  
¿Quién imaginara esto  
Sino vos? No vi en mi vida  
Tan sutil entendimiento.

(Vase.)

## ESCENA VII.

DON DIEGO, RODRIGO.

RODRIGO.

Pues aunque mas le alabeis,  
No vereis los cuatrocientos.

DON DIEGO.

Ahora, Rodrigo, entra aquí  
La cadena.

RODRIGO.

¿Y á qué efecto?

DON DIEGO.

Tu has de ir á su casa un poco  
Antes que yo.

RODRIGO.

Yo no puedo

Entrar en su casa.

DON DIEGO.

¿Cómo?

RODRIGO.

Como hay grande impedimento.

DON DIEGO.

¿De qué suerte?

RODRIGO.

Yo, señor,

Soy liberal, y no tengo  
Palabra mia.

DON DIEGO.

Prosigue.

RODRIGO.

Pidiómela un caballero  
De que no entre en esa casa,  
Y concedisela luego;  
Porque, como tengo dicho,  
Soy liberal en extremo.

DON DIEGO.

Deja esas burlas, y acaba...

RODRIGO.

¿Cómo acabar, si ahora empiezo?

DON DIEGO.

Que has de ir en cas de Beatriz.

RODRIGO.

¿Qué dirá la ley del duelo,  
Si yo rompo mi palabra,  
Sino que el tal caballero  
Me rompa á mí la cabeza?

DON DIEGO.

Vamos, iréte diciendo  
Lo que has de hacer. Si esta vez  
Con industria y arte venzo  
Amor, ingenio y mujer  
En la ocasion que me ha puesto,  
No habrá que temer á amor;  
Pues seguramente puedo  
Atreverme á conseguir  
En dos divinos sugetos  
Belleza y hacienda, gusto  
E interés, honra y provecho. (Vanse.)

Calle en que tiene su casa Doña Beatriz.

## ESCENA VIII.

DOÑA BEATRIZ é INES, á la ventana.  
— Despues, RODRIGO.

DOÑA BEATRIZ

Ines, no me han sufrido  
Mis celos, que temores me previenen,  
Dejar de haber salido  
A la ventana á ver si acaso vienen

Don Dionis y Don Diego,  
Que al templo así del desengaño llevo.

(Sale Rodrigo.)

RODRIGO.

(Ap. Bien sé que yo no puedo  
Escapar, cosa es clara,  
Con bien desta aventura; y otomara  
En paz, de buen partido,  
Media cabeza abierta. A la ventana  
Beatriz está: atrevido  
Quiero llegar, pero de mala gana.  
A empezar lo tratado.  
¡Sáqueme Dios de cómico criado!)  
Porque no penseis, señora  
Doña Beatriz, que pasando  
Por esta calle, y mirando  
En esa reja la aurora,  
Puedo inadvertido yo  
Huir el rostro, por no haber  
Hecho hasta ahora traer  
El dinero en que quedó  
Empeñada la cadena,  
Llego á hablarlos: el intento  
Disculpe mi atrevimiento.

DOÑA BEATRIZ.

La disculpa fuera buena,  
A no haberse ya sabido  
El engaño, caballero,  
Del oro; pero no quiero  
Que de mi hayais presumido  
Que eso me pudo tener  
Quejosa. Lo que ahora os ruego  
Es que el puesto dejeis luego,  
Porque no os acierte á ver  
Aquí el caballero á quien  
Se hizo entónces el engaño;  
Porque ningun hombre, en daño  
De su opinion, sufre bien  
Demasias; y no fuera  
Bien que á mi puerta os hallara,  
Donde de ofensa tan clara  
Satisfacerse quisiera;  
Que sé que os anda buscando  
Con solo este fin. Y así  
Os pido que os vais de aquí,  
Porque puede venir.

RODRIGO.

Cuando

Ese caballero venga,  
Sabré con cuerdas razones  
Dar tantas satisfacciones,  
Que por disculpado tenga  
El engaño; y si no fuere  
Bastante mi cortesía,  
Y con mayor gallardía  
Satisfacerse quisiera.  
Sabré remitir, es llano,  
Culpa tan averiguada,  
Desde la lengua á la espada,  
Desde la voz á la mano.  
Y mal licisteis, por Dios,  
En decirme que me fuera,  
Si eso quereis, pues lo hiciera,  
A no mandármelo vos;  
Que amenazado, no puedo  
En todo hoy irme de aquí,  
Porque no penseis de mí  
Que puede ausentarme el miedo.  
Venga ese galán, á ver  
Si ejecuta en mi presencia  
Cuanto os prometió en ausencia.  
Aunque me llega á tener  
Grande ventaja, si os ama,  
Y le mirais esta tarde;  
Porque nadie fué cobarde  
A los ojos de su dama.



## ESCENA IX.

DON DIEGO.—DOÑA BEATRIZ É INES,  
á la ventana; RODRIGO.

DON DIEGO.

(Ap. Todo queda prevenido  
Para mi engaño feliz,  
Y estar ahora Beatriz  
Aquí, graú ventura ha sido.)  
(A Rodrigo.) A mi el parabien me doy  
De haberos hallado aquí,  
Adonde sepais de mí,  
Caballero...

DOÑA BEATRIZ. (Ap.)

¡ Muerta estoy !

DON DIEGO.

Que no estoy hecho á sufrir  
(Dejo aparte el interes)  
Sinrazon, que ofensa es.

DOÑA BEATRIZ. (Ap.)

Cuanto llegó á prevenir  
Mi temor, ha sucedido.

INES. (Ap.)

Si riñen, no pienso dar  
Por un reino este lugar.

RODRIGO.

Vos, señor, habeis venido  
En ocasion, que aunque yo  
Satisfaceros quisiera;  
Por mi opinion no lo hiciera;  
Porque ningun hombre dió  
Satisfaccion que se pide  
Delante de una mujer;  
Y así ved cómo ha de ser.

DON DIEGO

Cuando igual en mí se mide  
La razon y el valor, no  
Es justo que blasoneis,  
Ni quiero que vos me deis  
Satisfacciones que yo  
Puedo tomar. Perdonad,  
Beatriz, si pierdo indiscreto  
A vuestra casa el respeto.—  
La espada, hidalgo, sacad;  
Que desta suerte pretendo  
Castigar engaños, no  
Satisfaceros.

RODRIGO.

Y yo  
Desta suerte me defiendo.

(Sacan las espadas y riñen.)

DOÑA BEATRIZ.

No me ha dejado el temor  
Aliento.

INES. (Ap.)

¡ Qué gusto ofrece !

RODRIGO. (Ap.)

Tira quedo, que parece  
Que va de veras, señor.

DON DIEGO.

Cobarde, así tu malicia  
Mi espada ha de castigar.

RODRIGO. (Ap.)

Eso es tirar á matar.

## ESCENA X.

UN ALGUACIL Y GENTE.—DICHOS.

ALGUACIL.

¡ Favor aquí á la justicia !

RODRIGO.

(Ap. Lo que me toca es huir.)  
¡ Muerto soy ! (Ap. Aquesto haré

Muy propiamente, porqué  
Tengo poco que fingir.)

(Vase, fingiendo que va herido.)

## ESCENA XI.

DOÑA BEATRIZ É INES, á la ventana;  
DON DIEGO, EL ALGUACIL Y LA  
GENTE, en la calle.

ALGUACIL.

Deteneos al Rey, y dadme  
La espada.

DON DIEGO.

La espada no,  
Porque un hombre como yo  
No la ha de entregar. Llevadme  
Con ella donde gustéis;  
Que yo no resisto aquí  
El ir preso; solo así  
Resisto que me lleveis  
Sin espada, pues es cierto  
Que yo no tengo que hacer  
Resistencia, por haber  
A un hombre tan bajo muerto.  
Mi palabra bastará.  
Si digo que preso voy.

(Vanse todos los de la calle.)

DOÑA BEATRIZ.

¡ Ay Ines, temblando estoy !  
Baja, y mira donde va  
Preso Don Dionis. ¡ Ay cielos !  
Yo tuviera por mejor  
Que no hubiera hecho mi amor  
Esta experiencia de celos.

(Quítanse de la ventana.)

## ESCENA XII.

DON FELIX, LEONELO.

LEONELO.

¡ Cuchilladas á la puerta  
De Beatriz ? ¿ Qué puede ser ?

DON FÉLIX.

Poco me da que temer  
El tener por cosa cierta  
Que su galan no seria,  
Que es en extremo cobarde.

LEONELO.

No hay hombre que no haga alarde  
Del esfuerzo y valentía  
Cuando su dama le ve  
Llenas están las historias  
De mil sangrientas victorias  
Que dió el amor.

DON FÉLIX.

Ya yo sé  
Que hay ejemplos diferentes  
De muchos hombres famosos,  
Que siendo muy temerosos,  
El amor hizo valientes.

LEONELO.

Ines viene aquí, y podrás  
Della saber lo que es.

## ESCENA XIII.

INES, con manto.—DON FELIX,  
LEONELO.

DON FÉLIX.

Dime por tu vida, Ines,  
¿ Qué es esto ?

INES.

Tú lo sabrás.

Don Dionis, el forastero  
De quien otra vez hablé

Contigo, no sé por qué  
Riño con un caballero  
Llévanle preso, y yo vengo  
De seguirle adonde va,  
Y supe que en casa está  
De un algnail.

DON FÉLIX.

Y yo tengo  
Mayor confusion de oír  
Tus razones. ¿ Cuándo fué  
Cuando yo contigo hablé  
De Don Dionis ?

INES.

¿ Desmentir

Quieres mi voz, siendo yo,  
Quien por templar los rigores  
De tus celos, los amores  
De Don Dionis te conté ?  
¿ Que esto olvidarse pudiese ?

DON FÉLIX.

No lo olvidé; pero allí  
Otro galan entendí  
Que el favorecido fuese,  
Porque en la cadena yo  
Causa hallé de sospechar.

INES.

¿ Y no la pudo ganar  
Quien á Beatriz se la dió ?

LEONELO.

Desa suerte ya es forzoso  
Que ardamos á un mismo fuego,  
Yo celoso de Don Diego,  
Vos de Don Dionis celoso,  
Siendo cierto que uno ha sido  
Con dos nombres: yo te hablé  
En casa de Clara.

INES.

Fué

Un engaño en que han caído  
Muchas personas: al verlos,  
Esa confusion padecí;  
Que en extremo se pafecen.  
Tanto, que no hay conocerlos.

LEONELO.

No me puedo yo engañar  
Tanto, Ines, que allí creyese  
Que Don Dionis mismo fuese.

INES.

¿ Pues esto puede faltar,  
Si yo lo he visto y lo sé ?  
La verdad es la que digo. (Vase.)

DON FÉLIX.

Ahora bien, venid conmigo;  
Que aunque esté preso, hoy sabré  
Quién es; pues de dos quejosos  
Juntos no se ha de escapar;  
Pues cuando quiera negar  
Con engaños cautelosos  
Ser el que me ofende á mí,  
No podrá negar que ha sido  
El que á vos os ha ofendido;  
Y convenciéndole así,  
Sabremos si es uno ó dos,  
Riñendo, como advertís,  
Conmigo, si es Don Dionis;  
Y si es Don Diego, con vos. (Vanse.)

Sala en casa de Doña Beatriz.

## ESCENA XIV.

DOÑA BEATRIZ, INES.

DOÑA BEATRIZ.

¿ Dónde llevaron preso  
A Don Dionis, Ines ? ¡ Triste suceso  
De mi fortuna escasa !

INES.

Yo les seguí, señora, hasta una casa  
Que me dijeron que era  
Delaguacil; y en ella, aunque quisiera,  
No pude hablarle ó verle;  
Que pusieron cuidado en esconderle,  
Porque todos, señora, de una suerte  
Decían que dejaba hecha una muerte;  
Y aun no faltó quien dijo  
Que él había visto al muerto.

DOÑA BEATRIZ.

Ya me asijo

Con mayor causa, ¡cielos!  
¡Oh! nunca examinara yo mis celos!  
¡Oh! nunca le dijera  
Que á tal hora á esta casa, Ines, viniera!  
Pues su disgusto hubiera así excusado,  
Y no me hubiera yo desengañado;  
Pues ya es hora, y no viene  
Don Diego Osorio.

INES.

Dime tú, ¿quién tiene  
El reloj tan atento, [to?  
Que un instante no mienta ó un moimen-  
Las tres dieron ahora,  
Aun no tarda. (Lllaman.)

DOÑA BEATRIZ.

¿Llamaron?

INES.

Tu desengaño tiene  
Efecto. Si, señora:

DOÑA BEATRIZ.

¿Cómo, Ines?

INES.

Don Diego viene.

(Vase Ines, y vuelve á salir con Don  
Diego, que trae otro vestido.)

## ESCENA XV

DON DIEGO.—DOÑA BEATRIZ, INES.

DON DIEGO. (Ap.)

Hasta aquí felizmente ha sucedido,  
Pues preso me imagina, y el vestido,  
En algo disfrazado,  
Mejor color á mi fortuna ha dado.

DOÑA BEATRIZ. (Ap. á ella)

Ines.

INES.

Señora.

DOÑA BEATRIZ.

¡Ay triste!

¿Don Dionis está preso?

INES.

Tú le viste

Llevar.

DOÑA BEATRIZ.

Así es verdad, ya de otra suerte  
Hoy mi discurso la razón advierte,  
Pues que conozco, cuando á verle llego,  
Que aquel es Don Dionis y este Don Die-

DON DIEGO.

[go.

La bellísima Clara,  
Con cuya luz es la del sol avara,  
Beatriz hermosa, os besa  
La mano, y obligada se confiesa  
Á su feliz fortuna,  
Por pensar que la dió ocasión alguna  
En que serviros pueda;  
Y en tanto que ella agradecida os queda,  
Esta joya os envía,  
Cuyos diamantes son hijos del día;  
Y dice que si ha sido  
La joya tan feliz, que ha merecido

Agradaros, no hagais otra tan bella,  
Pues os podéis servir desde hoy con ella.

DOÑA BEATRIZ.

No sé qué responderos,  
Pues no sé lo que debo agradeceros,  
O el haber vos venido  
A honrar mi casa así, ó el haber sido  
Enviado de Clara;  
Pero si en todo mi afición repara,  
Por todo os agradezco  
Esta dicha y honor que no merezco.

INES. (Ap. á su ama.)

¿Qué te parece?

DOÑA BEATRIZ. (Ap. á ella.)

Estoile, Ines, mirando  
De espacio, y voime así desengañando;  
Porque, aunque es parecido,  
No es tanto como había yo aprendido;  
Que este mil cosas tiene  
En que con Don Dionis no se conviene.

INES. (Ap. á su ama.)

No fué la luz mas clara.

DOÑA BEATRIZ.

Y ¿cómo está, Don Diego, Doña Clara?

DON DIEGO.

Para serviros, tiene [ne  
Salud. (Ap. Grandes recelos me previe-  
La atención al mirarme;  
Muchobaré; vive Dios! en no turbarme.)

DOÑA BEATRIZ.

Curiosidad es esta, no cuidado:  
¿Estáis de Clara muy enamorado?

DON DIEGO.

¿Cómo negar pudiera  
Cosa que confesarla me estuviera,  
Tan bien? Yo á Clara quiero  
Con firme amor, constante y verdadero  
Tanto, sin ser la lengua lisoujera,  
Como merece Clara que la quiera.  
Con esto á decir llego  
Que es mucho.

DOÑA BEATRIZ.

Bien está, señor Don Diego.

INES. (Ap. á Beatriz.)

¿De qué te has ofendido?  
No es tu galan, aunque es su parecido.

DOÑA BEATRIZ. (Ap. á ella.)

No, ni aquestos desvelos  
Son mis celos; parécense á mis celos.

DON DIEGO.

Deste enojo el remedio es el ausencia.  
Por no cansaros mas, dadme licencia.

DOÑA BEATRIZ.

Vos la teneis. Decid cuánto he estimado  
A Doña Clara tan galan criado:  
Que yo estimo la joya, aunque no aceto  
Tan generoso término y discreto:  
Y á vos os guarde el cielo.

DON DIEGO.

Bésos las manos. (Ap. Con mayor recelo  
De mi visita queda: [da.  
No hay quien á una mujer burlar no pue-  
Damas, las mas discretas y entendidas,  
Críticas presumidas, [maña,  
Las de mas arte, ingenio, industria y  
Quien no quiere engañaros, no os enga-  
(Vase.) [tra.

## ESCENA XVI.

DOÑA BEATRIZ, INES; luego ISABEL.

INES.

¿Ya cesaron tus enojos?

DOÑA BEATRIZ.

¿Pues no habían de cesar,  
Si llego á considerar  
Cómo se engañan los ojos?  
(Sale Isabel con manto.)  
¿Qué hay, Isabel?

ISABEL.

Mi señora  
Dice que si quieres ir  
Hacia el Prado á divertir  
Tus pensamientos, que ahora  
Ella vendrá por aquí  
En el coche.

DOÑA BEATRIZ.

Di que espero  
Muy gustosa, porque quiero  
Contarla un caso que á mí  
Me ha sucedido.

ISABEL.

Pues luego

Vendrá.

DOÑA BEATRIZ.

Dame, Ines, el manto,  
Que hoy salimos deste encanto.  
¡Válgate Dios por Don Diego! (Vase.)

—

Calle.

## ESCENA XVII.

DON FELIX y LEONELO por una parte, y por otra DON DIEGO, DON JUAN y RODRIGO.

DON FELIX.

En todo el lugar no ha habido  
Ni aun noticia de tal preso.

LEONELO.

Yo no entiendo este suceso  
Cómo tan secreto ha sido.

DON JUAN.

En fin, sucedió muy bien.

RODRIGO.

La parte que me tocó,  
Lindamente fingí yo.

DON FÉLIX.

¿No es aquel, Leonelo, á quien  
Vamos buscando yo y vos?

LEONELO.

Si, pues como vos decís,  
U Don Diego, u Don Dionis,  
Mal el uno de las dos  
Puede escapar.

DON FÉLIX.

Pues yo llego

A hablarle: quedáos aquí,  
Que si no me toca á mí,  
Podeis declararos luego.  
(Llega á Don Diego, y Rodrigo empuja la espada.)  
¡Caballero!

RODRIGO.

Yo he cumplido  
Mi palabra, y ¡vive Dios!...

DON FÉLIX.

Yo no hablo, hidalgo, con vos,  
Ni ya esa palabra os pido.



DON DIEGO.

Pues, ¿con quién?

DON FÉLIX.

A vos, señor,  
En el campo hablaros quiero.

RODRIGO.

¿Es aqueste caballero  
El infante vengador,  
Que temerario y terrible  
A todos los desafía?  
Así la guarda sería  
De la puente de Mantible.

DON DIEGO.

Pues guíad donde elegís  
Que os siga.

DON JUAN. (A Leonelo.)

Si venís vos  
Con ese hidalgo, los dos  
Los sigamos.

LEONELO.

Bien decid.

RODRIGO.

¿Para qué? Con prometerle,  
Mientras su locura pasa,  
De no entrar en esa casa,  
Podréis hoy satisfacerle,  
Como yo hice, vosotros;  
Mientras que con turba vana  
Desafíe á otros mañana,  
Y se olvide de nosotros. (Vanse.)

Campo, y tapias de San Jerónimo.

## ESCENA XVIII.

DOÑA BEATRIZ, DOÑA CLARA, ISABEL É INES, con mantos.

DOÑA CLARA. (A Isabel.)

Dí que se retire el coche,  
En tanto que aquí apartadas  
Con mas libertad gozamos  
De las lisonjas del aura.

DOÑA BEATRIZ.

Por lo ménos no serémos  
Tan conocidas, y agrada  
El campo cuando en él  
Un rato se vive y anda.

DOÑA CLARA.

Aquí puedes proseguir  
Ahora la comenzada  
Historia. ¿Que se parecen  
Nuestros galanes?

DOÑA BEATRIZ.

Con tanta  
Perfección, que he presumido,  
Clara amiga, que la sabía  
Naturaleza, perdiendo  
Las excelencias de varia,  
U olvidada de sí misma,  
Segunda vez se retrata,  
Copiando en uno y en otro  
El ejemplar de una estampa.  
Yo no lo creí hasta hoy,  
Que el verlos me desengaña  
A uno preso, y á otro libre;  
Que esta sola fué la causa  
De decir que me enviases  
Aquella joya prestada.

DOÑA CLARA.

Cosas notables me cuentas.

INES.

Mucha gente viene.

DOÑA BEATRIZ.

Aguárda;  
Que hácia esta parte parece  
Que personas retiradas  
Se encaminan.

DOÑA CLARA.

Y entre ellas,  
Si la vista no me engaña.  
Viene Don Diego.

DOÑA BEATRIZ.

El será,  
Porque el otro, cosa es clara  
Que está preso.

DOÑA CLARA.

Con él viene  
Leonelo.

DOÑA BEATRIZ.

Y los acompaña  
Félix y Don Juan, y el otro,  
Ines, de las cuchilladas  
Desta tarde.

INES.

¿Cómo está  
Tan sano, si me afirmaban  
Muchos que quedaba muerto?

DOÑA BEATRIZ.

Pues no han venido sin causa.

DOÑA CLARA.

¿Qué harémos? que si nos ven,  
No querrán decirnos nada.

DOÑA BEATRIZ.

Lo mejor es escondernos  
Detras destas rotas tapias.

(Escóndense las dos damas.)

INES.

Estéril poeta es este,  
Pues en un campo le falta  
Hiedra, jazmín ó arrayán  
Para esconder unas damas.

ISABEL.

¿No ves que estamos detras  
De San Jerónimo, y basta  
Que finja tapias? Y aun esas  
Plegue al cielo que las haya.(Escóndense las criadas donde están  
sus amas.)

## ESCENA XIX.

DON DIEGO, DON FÉLIX, DON JUAN,  
LEONELO, RODRIGO.

DON FÉLIX.

Retírese ahora el uno  
De los dos que os acompañan  
Y quedaremos iguales.

DON DIEGO.

Yo remito la ventaja.—  
Vuélvete, Rodrigo, tú (Ap. á él.)  
Al lugar.

RODRIGO.

De buena gana.  
(Ap. Con todo eso desde aquí  
Tengo de ver en qué pára.)  
(Escóndese Rodrigo hácia otro lado.)

## ESCENA XX.

DON DIEGO, DON FÉLIX, DON JUAN,  
LEONELO.

DON FÉLIX.

Ahora, para saber  
Con quién riño, pues se hallan  
En vos uno de dos nombres,  
Decid quién sois

DON DIEGO.

Temeraria  
Acción ha sido sacarme  
Al campo con ignorancia,  
Dudando. Si no sabéis  
Quién yo soy, ¿cómo con tanta  
Satisfacción me llamastis?  
Yo soy el que soy, y basta  
Haber al campo salido  
Para reñir.

DON FÉLIX.

Tengo causa,  
Siendo cualquiera persona  
De las dos que lingis, para  
Hacer esto; y así quiero  
Saber cuál sois.

DON DIEGO.

Porque haga  
Mi lengua ahora, y después,  
Mi acero igual la venganza,  
Digo que yo soy Don Diego  
Osorio, y soy de Granada.

LEONELO.

Pues á mí me toca ahora  
El reñir. Félix, aparta.  
Yo soy quien habrá dos años  
Que he servido á Doña Clara;  
Y siendo Don Diego vos,  
Como habeis dicho, me agravia  
Vuestra pretension; y así  
Viene a ser mia esta causa.

DON DIEGO.

Pues escuchadme, supuesto  
Que habeis querido que haga  
Esta prevencion; que luego  
Dirán lo demás las armas.  
Vine de Granada aquí,  
Por disgustos que disfrazan  
Mi nombre; esta es la razon  
Por qué en la corte me llaman  
Comunmente Don Dionis  
Vela.

DON FÉLIX.

Pues, Leonelo, aparta;  
Porque siendo Don Dionis,  
Viene á ser mia esta causa.

DON DIEGO.

Escuchadme pues los dos,  
De una vez dejando tantas  
Disensiones, hasta que  
Diga verdades mas claras;  
Porque un hombre principal  
Puede mentir con las damas  
(Que engañarlas con industria  
Es mas buen gusto que infamia,  
Y los mayores señores  
Lo suelen tener por gala);  
Pero con los hombres no.  
Y así ahora en la campaña  
Digo que soy Don Dionis  
Y Don Diego, y que con trazas  
De hombre pobre he pretendido  
Juntas á Beatriz y á Clara,  
A esta por su hacienda, á aquella  
Por su hermosura y su gracia;  
Si bien con tanto respeto  
A las dos, que mi esperanza  
No se atrevió ni aun á solo  
Un átomo de su fama.  
Abreviad quién ha de ser  
Quien ántes se satisfacía  
De mí, pues tengo á los dos  
Quejosos; que aquí os aguarda  
El valor, que ya remito  
Desde la lengua á la espada.

DON FÉLIX.

Yo seré el primero que  
Castigue vuestra arrogancia.

LEONELO.

Eso no, que yo he de ser.  
(*Quieren acometerse.*)

## ESCENA XXI.

DOÑA BEATRIZ, INES.—DICHOS.

DOÑA BEATRIZ.

Aparta, Félix, aparta,  
Leonelo; porque tambien  
Viene á ser mia esta causa.  
Yo, Don Félix, he de ser  
Quien ántes se satisfacía,  
Pues me trajo mi ventura  
Adonde, desengañada,  
Premio tu amor con mi mano  
Y castigo su ignorancia,  
Para que vea cuán poco  
Le aprovecharon sus trazas,  
Y cuente de aquesta suerte,  
Cuando volviere á Granada,  
Si el engañar á mujeres  
Se tiene en Madrid por gala.

DON FÉLIX

Leonelo, reñid ahora  
Vos. Libre está la campaña,  
Que yo estoy ya satisfecho  
De mis celos y mis ansias.  
(*Vanse Don Félix, Doña Beatriz é Ines.*)

DON DIEGO.

Por lo ménos, si he perdido  
Su hermosura soberana,  
Las esperanzas me quedan  
De no haber perdido en Clara  
La riqueza

LEONELO.

Yo, que estimo  
Mas su virtud y su fama.  
Lo estorbaré. (*Vuelven á acometerse.*)

## ESCENA XXII

DOÑA CLARA, ISABEL. — DON DIEGO, DON JUAN, LEONELO.

DOÑA CLARA.

Ahora me toca  
A mí el defender mi causa.  
Porque veáis que no son  
Mal seguras esperanzas,  
Esta es, Leonelo, mi mano;  
Que á vuestro amor obligada,  
Debo toda esta fineza.  
Ved si el mentir con las damas,  
(*A Don Diego.*)

Y engañarlas con ingenio,  
Es mas buen gusto que infamia

LEONELO.

Si es forzoso que el efecto  
Cese en cesando la causa,  
Mi desafío acabó.  
Libre os queda la campaña.  
(*Vanse Leonelo, Doña Clara é Isabel.*)

DON JUAN<sup>1</sup>. (*Ap.*)

Corrido estoy, vive Dios,

<sup>1</sup> El lector habrá observado que este Don Juan es personaje distinto de aquel otro á quien dejó herido en Granada Don Diego. Véase la primera escena del primer acto.

De considerar que haya  
Valido yo sus engaños,  
Siendo tantos, que me alcanzan  
A mí tambien. Hasta ahora  
No conocí mi ignorancia. (*Vase.*)

## ESCENA XXIII.

RODRIGO, que sale de donde estaba escandido.—DON DIEGO.

RODRIGO.

¡Buenos habemos quedado!  
Aquí no hay otra esperanza  
Ni otro remedio, señor.  
Sino el de sacar las dagas,  
Y los dos desesperados  
Andar aquí á puñaladas.  
¿De qué, di, te habrá servido  
Ser el hombre pobre trazas,  
Si al fin te dejamos todos? (*Vase.*)

DON DIEGO.

De mucho, si en ellas halla  
Desengaños el que es cuerdo.  
Mirando en mí castigadas  
Estas costumbres, porque  
Escarmentando en mis faltas,  
Perdonen las del autor,  
Que con mayor esperanza  
Hoy á serviros empieza  
Donde la comedia acaba.



# MAÑANA SERÁ OTRO DÍA.

## PERSONAS.

DON FERNANDO; *galán*.  
DON JUAN, *galán*.  
DON DIEGO.  
DON LUIS, *viejo*.  
EL CAPITAN CLAVIJO.  
ROQUE, *gracioso*.

DOÑA BEATRIZ, *dama*.  
JUANA, *criada*.  
INES, *criada*.  
ISABEL, *criada*.  
DOÑA LEONOR, *dama*.  
DOÑA ELVIRA, *dama*.

FABIO.  
ALGUACILES.  
UN ESCRIBANO.  
UN ESCUDERO.  
GENTE.

*La escena es en Madrid.*

## JORNADA PRIMERA.

*Salta en casa de Don Luis.*

### ESCENA PRIMERA.

DON LUIS; DOÑA BEATRIZ, JUANA.

DOÑA BEATRIZ.

En fin, señor, ¿que contigo  
Nada han de poder mis penas?

DON LUIS.

Tu, Beatriz, tienes la culpa;  
Porque quien á pedir llega  
Lo injusto, para negarlo  
Ya entra dando la licencia.

DOÑA BEATRIZ.

¿Y es injusto que tu hijo  
Y mi hermano á casa venga?

DON LUIS.

Si, Beatriz: y porque hoy  
Le pongamos fin á esta  
Plática tan repetida,  
Escúchame un rato atenta.  
Tu hermano, muerta tu madre,  
Fué con mi gusto á las guerras  
Del Monferrato, en servicio  
Del Señor duque de Lerma<sup>1</sup>,  
A cuya sombira sirvió  
A su Majestad en ellas,  
Hasta que pasando á Flándes,  
Que es de la milicia escuela,  
Murió el Duque. — ¡Oh! quién aquí  
Tocar de paso pudiera  
Tal lástima, sin que el llanto  
Embarazase á la lengua! —  
En aqueste desamparo,  
Aunque le hizo su Alteza  
Merced, la mayor de todas  
Fué dar á Don Juan licencia  
Para venir á la corte,  
Atento á tener en ella  
Dos causas tan justas, como  
Su pretension y su hacienda.  
Vino á Madrid, y en mi casa  
Le recibí con mil muestras  
De amor; que aunque esté enojado,  
Decir que le quiero es fuerza.  
El, pues, apenas se vió  
En la corte, cuando llena  
Su vanidad de arrogancias  
Que le dió la soldadesca,  
Dejando sus pretensiones  
Al necio descuido, y puesta  
La atención toda en sus galas,

Sus solaces y sus fiestas,  
Trató solo de sus gustos;  
Y esto con tanta indecencia,  
Que sin respetar mis canas,  
Ni tu estado y tu belleza,  
Hizo de sus travesuras  
Testigo á mi casa mesma;  
Ya buscándole tapadas  
Mil mujercillas en ella,  
Ya mil soldados amigos  
Con libertad descompuesta  
Hablando en su cuarto á voces  
De sus travesuras necias,  
Y ya finalmente entrando  
Y saliendo sin prudencia  
A mil excusadas horas,  
Como si mi casa fuera  
Alojamiento y no casa  
A quien respetar debiera  
Como al fin de viejo padre,  
Con una hermana doncella.  
Refíselo muchas veces,  
A cuya reprensión cuerda  
La enmienda me prometió;  
Mas nunca me dió la enmienda.  
Causeme un día con-él,  
Y dióme en fin por respuesta  
Que él era muy grande ya  
Para estar á mi obediencia  
Tan subordinado; yo  
Con la cólera que ciega,  
Y á veces dice mil cosas  
De que despues no se acuerda,  
Le dije que si pensaba  
Vivir de aquella manera,  
Mil cuerpos de guardia habia  
En Madrid: que á uno se fuera. —  
Que si haria, respondió,  
Y fué, segun me cuentan,  
Con un capitán Clavijo,  
Su camarada: ¡así fuera!  
Su cordura, como son  
Sus hazañas manifestas!  
En fin, Don Juan, no contento  
Con haber hecho esta ausencia,  
Me puso pleito á otro día.  
Pidiendo que le dé cuenta  
De un mayorazgo, que á él  
Le toca, su madre muerta,  
A quien yo usufructuaba,  
Como esposo suyo. Esta  
Demanda importara poco;  
Pero para nias ofensa,  
En todas las peticiones  
Que da en el pleito que intenta,  
No se firma mi apellido  
De Ayala, sino el de Leyva,  
Materno. Yo le confieso  
Que el mayorazgo que hereda  
Por ella, tiene gravámen  
De nombre y armas; y á esta  
Razon, en otra ocasion

Yo mismo el primero fuera  
Que así se lo aconsejara;  
Mas sobre disgustos, muestra  
Que es por hacerme pesar,  
Puesto que poner pudiera  
Un nombre y otro, Beatriz;  
Y pensar que se desdefia  
De sangre tan generosa,  
Que refrán antiguo era  
Decir: « Quien no tiene Ayala,  
No tiene nada », mi fiera  
Cólera aumentado ha tanto,  
Que si mil siglos viviera,  
En mil siglos no me habia  
De entrar por aquestas puertas.  
Y así, en tu vida, Beatriz,  
A aquesta plática vuelvas;  
Sino, pues tienes ya cosas  
De que cuidar, no te metas  
En las cosas de tu hermano.  
Por puntos mi amor espera  
A Don Fernando Cardona,  
Tu esposo, con quien ya hechas  
Están capitulaciones,  
Por poderes, en ausencia.  
Trata de galas y joyas,  
Y de Don Juan no te acuerda.  
Estése él donde quisiere.  
Yo le entregaré su hacienda;  
Pero mire lo que hace,  
Y á mi casa no me venga;  
Que le echaré, vive Dios,  
Por un balcon, si entra en ella.

DOÑA BEATRIZ.

Espera, señor, aguarda.  
(*Vase Don Luis.*)

### ESCENA II.

DOÑA BEATRIZ, JUANA.

DOÑA BEATRIZ.

Fuése, sin que yo le diera  
De todos aquellos cargos  
Por mi hermano la respuesta.

JUANA

A mi parecer, señora,  
De tener razon no deja.

DOÑA BEATRIZ.

Si hace, pues la mayor que él  
Tiene, es, que mudarse emprenda  
Su apellido, sin mirar  
Cuán vana pretension fuera  
El pedir un mayorazgo  
Con una cláusula expresa,  
Faltando en los pedimentos  
A las condiciones della.  
Mas ¡ay de mí! bien me dijo.  
Que yo en esto no me meta,  
Pues tengo de qué cuidar;

<sup>1</sup> Don Francisco Gomez de Sandoval, segundo duque de Lerma, nieto del célebre ministro de Felipe III. Murió á 11 de noviembre de 1635.

Y es verdad, que de manera  
Sicuto el ver cuánto es forzoso  
Tomar estado, que muerta  
Estoy de confusas ansias;  
No porque yo causa tenga  
Que en un átomo se oponga  
De mi padre á la obediencia,  
Sino porque mi altivez,  
Mi vanidad y soberbia,  
Sentir entregarse á un hombre,  
Que nunca le he visto, es fuerza,

(Ruido dentro.)

Pues... Mas mira qué es aquello.

JUANA.

En casa, por esa puerta,  
Que á la calle cae del Carmen,  
Señora, una silla entra.

DOÑA BEATRIZ.

Pues yo no estoy avisada  
Hay de visita: quién sea  
No sé.

JUANA.

Quizá pasará  
A esa otra calle. ¿No echas  
De ver, que hay de los Preciados  
Al Carmen correspondencia?

DOÑA BEATRIZ.

¡Cuántas veces á mi padre  
Le he dicho clave esta puerta  
De enmedio, y cierre este paso!

JUANA.

Pues ya la dama se apea  
De la silla.

DOÑA BEATRIZ.

¿Quién será?

JUANA.

Paréceme que es aquella  
Que ayer queria alquilar,  
Señora, esta casa nuestra  
Del lado, que está vacia;  
Y ella lo dirá, pues entra.

### ESCENA III.

DOÑA ELVIRA.—DOÑA BEATRIZ,  
JUANA.

DOÑA ELVIRA.

Amiga, dame los brazos.

DOÑA BEATRIZ.

¡Oh Elvira hermosa! tú seas  
Muy bien venida.

DOÑA ELVIRA.

Mal puede,  
Aunque á verte, Beatriz, venga,  
Ser hoy, Beatriz, bien venida  
Quien á verte viene muerta.

DOÑA BEATRIZ.

La hora, el no haberme avisado,  
Y el hablar desa manera,  
Ya de algun disgusto son.  
Mas que iudicios, evidencias.  
¿Qué traes?

DOÑA ELVIRA.

Yo te lo diré,  
Pues solo á eso vengo.

DOÑA BEATRIZ.

Entra

Al estrado.

DOÑA ELVIRA.

Bien estamos

Aquí.

DOÑA BEATRIZ.

Aquesas sillas llega,  
Juana.—Prosigue.

DOÑA ELVIRA.

Quedemos

A solas.

DOÑA BEATRIZ.

Salte allá fuera. (Vase Juana.)

### ESCENA IV.

DOÑA ELVIRA, DOÑA BEATRIZ.

DOÑA ELVIRA.

Ya te acuerdas, Beatriz mia,  
De un día que mis tristezas  
Se consolaron contigo,  
Franqueándote las puertas  
A todo el murado alcázar  
De mi pecho: ya te acuerdas  
Que te dije que la causa  
De mis sentimientos era  
Amor, porque agradecida  
A las continuas finezas  
De un caballero, les di  
A mis ojos mas licencia  
De la que debieran darles  
Ó mi estado ó mi nobleza.  
No te dije el nombre entónçes,  
Ni ahora importa que le sepas;  
Que no le conocerás,  
Aunque nombrártele quiera;  
Que es soldado, que há muy poco  
Que vino á Madrid. Mi estrella  
(Que aunque no fuerza, Beatriz,  
Inclina con tal violencia,  
Que en mi apénas se distingue  
La inclinacion de la fuerza)  
Me rindió á sus muchas partes;  
Que aunque defenderse quiera  
Una mujer, cuando amor  
Poner sitio á un alma intenta,  
Volando minas de fuego,  
Se burla de las defensas  
Dile ocasion que me hablase,  
Siendo la noche tercera  
De mis yerros, añadidos  
A los lieros de una reja.—  
Dejemos en este estado  
Nuestra igual correspondencia  
Y vamos á la ocasion  
Que la turba y que la altera.  
Un caballero que há días  
Que me sirve y me festeja,  
A quien yo desobligada  
Respondí con aspereza,  
Vino una noche á la calle,  
Y hurtando (¡ay de mí!) la seña  
A mi amante (que un celoso  
No hay cosa, en fin, que no emprenda),  
Hizo la seña en la calle.  
Abri yo, engañada, á ella  
La celosia; y aun ántes  
Que desengañar pudiera  
Los ojos y los oídos,  
El otro vino; y como estas  
Cuestiones son Alcoran,  
Que la espada las sustenta,  
Y no la razon, al punto  
Que á reconocerse llegán,  
Con las espadas se dan  
La pregunta y la respuesta.  
Yo, que confusa y turbada,  
Aun para cerrar la reja  
No tuve ánimo, advertí  
Que, al mucho ruido, diversas  
Gentes con luz acudieron  
A embarazar la pendencia.  
Si ellos despues se buscaron,  
No sé; solo sé que atonta  
A darle satisfacciones

Con mil rendidas finezas,  
A otro día le escribí  
Un papel; él, con la ciega  
Informacion de sus ojos,  
Ni le estima ni le precia.  
Volvió á la calle otras noches,  
Pero no volvió á la reja;  
Que con el duelo y los celos  
Quiso cumplir, porque vea  
Aquel, que de allí no falta,  
Y yo, que á mí no se acerca.  
Yo pues viendo en mis desdichas  
Tan culpada la inocencia,  
Que tiene razon, y no  
Tiene razon de tenerla,  
Hoy un papel le he enviado,  
Diciéndole que esta mesma  
Tarde en Atocha me espere.  
Ahora tu papel entra.  
Yo no puedo (ya tú sabes  
Cuánto mi tia me ceta)  
Salir de mi casa sola;  
Y aun esta venida, piensa  
Que es tan á burto, que imagina  
Que en el cuarto de Marcela  
Estoy haciendo labor:  
Allí aqueste manto, y esa  
Silla tomé. Lo que vengo  
A pedirte, Beatriz bella,  
Es que esta tarde por mi  
Vayas en tu coche: ella  
No puede salir de casa,  
Porque se siente indispueta;  
Y solamente contigo  
Me dejará ir. Beatriz, esta  
Fineza te he de deber.  
Mis sentimientos consuela,  
Mis venturas facilita,  
Mi desgracia lisonjea,  
Mis desventuras mejora,  
Y mis ahogos alienta:  
Así no tengas amores,  
O con ventura los tengas.

DOÑA BEATRIZ.

Mucho me ha pesado, Elvira,  
Que tan ciegamente veigas  
A pedirme á mí una cosa,  
En que servirme no pueda.  
¿Cómo quieres que en mi coche  
Nadie hable? ¿No consideras  
Cuánto soy yo conocida,  
Y mas en parte, que es fuerza  
Que haya tanta gente?

DOÑA ELVIRA.

A eso

Es muy fácil la respuesta.  
Apearémonos del coche,  
Y dando á las tapias vuelta,  
Por el portillo saldremos  
Al ir á entrar en la iglesia.

DOÑA BEATRIZ.

¿Quieres tú que dos mujeres  
En este traje, que es fuerza  
Llevar, salgan por portillo?

DOÑA ELVIRA.

Disfrazarnos de manera,  
Que nadie el traje repare.

DOÑA BEATRIZ.

Tú nada miras ni piensas.

DOÑA ELVIRA.

Yo hablo como enamorada;  
Tú oyes libre.

DOÑA BEATRIZ.

Considera  
Cómo podemos salir  
Las dos de las casas nuestras  
Disfrazadas.



DOÑA ELVIRA.

Para eso  
demedio hoy.

DOÑA BEATRIZ.

No sé cuál sea.

DOÑA ELVIRA.

Leonor, una amiga mía,  
Y de mucha confianza.  
Pasaremos por su casa,  
Como que vamos por ella,  
Y allí podremos dejar,  
Apeándonos á verla,  
Estos vestidos y mantos,  
Tomando otros; pues es fuerza  
Que de su criada ó suyos  
A propósito los tenga;  
Que aun para esto viene bien  
El vivir, Beatriz, muy cerca,  
Pues del Olivo en la calle.  
Vive, que es aquí á la vuelta.

DOÑA BEATRIZ.

Tú lo facilitas todo  
Con tu dolor de manera,  
Que aunque de muy mala gana,  
Contigo iré, como adviertas  
Que ha de ser aquesta vez  
La primera y la postrera  
Que de mí, Elvira, te acuerdes  
Para cosas como estas.

DOÑA ELVIRA.

Hazme hoy aquesta merced;  
Que despues cuanto tú quieras  
Será.

DOÑA BEATRIZ.

Ahora bien, por tí iré  
Esta tarde.

DOÑA ELVIRA.

Adios te queda.

DOÑA BEATRIZ.

El te guarde.

ELVIRA. (Ap.)

¡Ay, ciego amor!

Alguna piedad te deban  
Mis ansias.

BEATRIZ. (Ap.)

¡Oh! á cuánto obliga

Tener una amiga necia! (Vanse.)

Calle.

## ESCENA V.

DOÑA LEONOR é ISABEL, con mantos;  
DON JUAN.

DON JUAN.

Licencia me habeis de dar  
Para que os vaya sirviendo.

DOÑA LEONOR.

Antes rogaros pretendo  
Que os quedeis, por excusar  
El que no demos los dos  
Que decir.

DON JUAN

Grosero fuera,  
Leonor, si no me ofreciera  
(Habiendo visto que vos  
Tan sola y á pié venis)  
A cumplir mi obligacion,  
Hallándome á esta ocasion:  
Y el reparo que advertis  
En quien nos ve, es excusado,  
Pues esta justa asistencia  
Es de criado licencia,  
Y yo soy vuestro criado.

DOÑA LEONOR.

¡Oh qué de cosas, Don Juan,  
Si tan de paso no fuera,  
A eso mi voz respondiera!  
Baste decir que no están  
De vuestros divertimientos  
Tan ignorantes mis penas,  
Que no sepan, de ansias llenas,  
Hasta vuestros pensamientos.  
Si hoy de mi casa sali  
Tapada, á pié y sola, fué  
Porque fui cerca, y porqué  
No habia mas gusto en mí  
De vestirme y de tocarme:  
Si vos acaso os hallais  
A esta ocasion, mal pensais,  
Don Juan, en acompañarme;  
Porque, si bien lo advertis,  
Mucho mas justo sería...

DON JUAN.

¿Qué?

DOÑA LEONOR.

Que acompañeis de día  
Donde de noche reñis.

DON JUAN.

Yo no os entiendo (¡ay de mí!)  
Si mas claro no me hablais.

DOÑA LEONOR.

¿No me entendeis?

DON JUAN.

No.

DOÑA LEONOR.

¿Y gustais

De que hable mas claro?

DON JUAN.

Si.

DOÑA LEONOR.

Pues esta noche os espero  
En mi casa: allá podré  
Hablar mas claro, porqué  
Ahora en la calle no quiero  
Que al repetir la razon,  
Que de vuestros fingimientos  
Tienen hoy mis sentimientos,  
La cólera ó la pasion  
Algo me obligue á decir.  
Esta noche lo sabreis,  
Si esta noche no teneis  
Otros celos que reñir.

(Vanse las dos.)

## ESCENA VI.

EL CAPITAN CLAVIJO.— DON JUAN.

DON JUAN (Para sí.)

¿Quién le habrá dicho á Leonor  
Todo lo que ha sucedido?

CAPITAN.

¿De qué estáis tan divertido?  
¿Son celos, pleito ó amor?  
Que como todo esto junto  
En vos está, por no errar  
La causa de ese pesar  
De una vez os la pregunto.

DON JUAN.

Son tan grandes mis desvelos,  
Que con sentir el rigor  
De celos, pleitos y amor.  
Ni es pleito ni amor ni celos  
Lo que me entristece. ¿Hay cosa  
Como que ya haya sabido  
El disgusto que he tenido,  
Leonor? Aquí, muy celosa,  
En él, capitan, me ha hablado.

CAPITAN.

Si amar á dos no tuviera  
Esas pensiones, ¿hubiera  
Tan felicísimo estado  
Como amar, Don Juan, á dos,  
Sin que llegara á saber  
Una de otra? ¿Queriais ser  
El primer amante vos,  
Que gozase sin recelos  
Tan envidiable fortuna,  
Como dar favores una  
Sin que otra pidiese celos?  
Quitad de ahí, y persuadido  
Os consolad, juro á Dios,  
Con que el don de tener á dos  
En paz, nadie le ha tenido.

DON JUAN.

Yo amo á Elvira, porque della  
Me ha rendido la hermosura;  
Yo sirvo, no sin ventura,  
A Leonor, que no es tan bella,  
Porque es pobre Doña Elvira  
Y casar con ella temo.  
Leonor es rica en extremo,  
Y á eso mi atencion aspira;  
De modo que en competencia  
Sirve á las dos mi aficion,  
La una por inclinacion,  
La otra por conveniencia;  
Y así, no mi voluntad  
Admira que una supiese  
De otra, mas quién lo dijese.

CAPITAN.

Esa es otra necesidad.  
Pues habiendo vos reñido  
En una calle, y llegado  
Tanta gente allí, ¿admirado  
Estáis de que se ha sabido?  
Alguno que os conoció  
Acaso se lo diria.  
Mas ¿dijo ella que sabia  
Quien era la dama?

DON JUAN.

No.

CAPITAN.

¿Ni el hombre?

DON JUAN.

Tampoco, que  
No era hablar aquí decencia.

CAPITAN.

¿De modo que la pendencia  
Sabe, y no mas?

DON JUAN

No lo sé.

Que á la noche lo dirá,  
Dijo; y no sé, tal me veo,  
Cómo esperar mi deseo  
De aquí á la noche podrá.

CAPITAN.

Mirad, aunque convencido  
Os veais, negad osado,  
Don Juan; que lo bien negado  
Nunca ha sido bien creído.  
Dejad que hable ella primero,  
No os coja á palabras, que es  
Grande ignorancia; y despues  
Que os haya hecho el cargo entero,  
Bad en hacerla entender  
Que la pendencia y pesar  
Fué por quereros capear,  
Que hoy es fácil de creer.  
Y ahora, por poder mejor  
Vencer ese cuño ciego.  
Vamos á ver dónde hay juego,  
Que es el desquite de amor.

DON JUAN.

Tengo un negocio que hacer.

¿Qué es?

CAPITAN.

DON JUAN.

Aquí esperando estoy  
De un amigo el coche; que hoy  
Ir á Atocha he menester.  
Doña Elvira allí me espera,  
Que en disculpase porfia,  
Y yo la dije que iría.

CAPITAN.

Siendo de aquea manera,  
Yo también tengo que hacer.

DON JUAN.

Pues, ¿y qué es?

CAPITAN.

Irme con vos,  
Porque viviendo los dos,  
Juntos, no ha de suceder  
Otra vez reñir sin mí.  
De vuestra casa os salistes,  
A mi posada os veuistes:  
No ha de decirse que fui  
Amigo como el broquel,  
Que anda todo el año al lado,  
Y solo el día ha faltado  
Que quieren servirse dél.

DON JUAN.

Yo no he de ir acompañado.

CAPITAN.

Aquea atención tuviera  
Su justo lugar, si él fuera  
El que os hubiera llamado;  
Pero ella ¿por qué? Supuesto  
Que vos sois llamado á oír  
Disculpas, y no á reñir...

DON JUAN.

Con todo, yo estoy dispuesto  
A irme solo.

CAPITAN.

Aquí no hay duelo.  
Y si le hay, es solo mío,  
Pues lo reparé, y mi brio  
No consiente, vive el cielo,  
Con escrúpulo quedarme.

DON JUAN.

Vamos, ya que en eso dais,  
Que el coche es el que mirais.  
Aunque temo ha de culparme  
Elvira.

CAPITAN.

Que os culpe ó no,  
Podeis tener por consuelo  
Que ninguna Elvira el duelo  
Sabe tan bien como yo. (Vanse.)

Huerta inmediata al convento de Atocha.

### ESCENA VII.

DOÑA ELVIRA Y DOÑA BEATRIZ,  
disfrazadas y tapadas.

DOÑA ELVIRA.

¿Ves cómo no ha tenido  
Ningun inconveniente haber venido  
Hasta aquí disfrazadas?  
Pues saliendo de casa bien tapadas,  
Con habernos entrado  
En casa de Leonor, á quien fiado  
Habemos el secreto,  
Mudamos traje. ¿Ves cómo en efeto,  
Dejando del convento en esa puerta  
El coche, hemos llegado hasta esta huerta  
Que es donde yo le dije que estaría [ta,  
Sin riesgo alguno?

DOÑA BEATRIZ.

Aun no es pasado el día.

DOÑA ELVIRA.

Grande desconfianza  
Es la tuya.

DOÑA BEATRIZ.

Es verdad: como no alcanza  
Mi recato estos lances, aun no puedo  
En el primero haber perdido el miedo.

DOÑA ELVIRA.

¿Que en tu vida has tenido  
Pasión de amor?

DOÑA BEATRIZ.

Su nombre no he sabido,  
Y cuando le supiera, [ra.  
No me obligará á que este exceso licie-

DOÑA ELVIRA.

No hables tan libremente, [siente  
Beatriz; que aunque tu pecho ahora no  
Este mortal, este rabioso efeto  
De amor, está sujeto  
A sentirle y llorarle; que al fin eres  
De la pasta de todas las mujeres.

DOÑA BEATRIZ.

No soy, pues que no creo  
Que mi alíve arrastre mi deseo.—  
Y esto aparte dejado,  
Lo que mi amor, Elvira, te ha encargado,  
Pues por ti se aventura en semejante  
Trance, has de hacer.

DOÑA ELVIRA.

¿Qué es? di.

DOÑA BEATRIZ.

Que ese tu amante  
No sepa quien yo soy, pues que de nada  
Te servirá.

DOÑA ELVIRA.

Dire que eres criada  
De la amiga de quien yo me he fiado.

DOÑA BEATRIZ.

Y á ella di, ¿quién soy, no la has llamado?

DOÑA ELVIRA.

Claro está. (Ap. Si supiera  
Que yo á Leonor la dije que ella era  
La que á mí me traía,  
Si bien callé su nombre, ¿qué diría?  
¡Oh cuánto la pesará!)

DOÑA BEATRIZ.

Muy tarde es, y no viene.

Voz dentro.

Pára, pára.

DOÑA BEATRIZ.

Un coche que ha llegado  
Por fuera de las tapias, ha parado  
Allí.

DOÑA ELVIRA.

Y el que se apea,  
Es mi amante.

DOÑA BEATRIZ.

(Ap. ¿Quién hay que mi mal crea?  
Que este es Don Juan.) Por Dios, Elvira,  
[amiga...

DOÑA ELVIRA.

¿Qué tienes?

DOÑA BEATRIZ.

Que quien soy, tu voz no diga.

DOÑA ELVIRA.

¿Qué turbación tan rara!

### ESCENA VIII.

DON JUAN Y EL CAPITAN. — DOÑA  
ELVIRA; DOÑA BEATRIZ, que se  
retira á un lado.

DON JUAN.

Aunque pequeñas  
Luces de vos da el traje, por las señas  
Os conozco, y atento el pecho mío  
Viene á cumplir con vos el desalio  
A que he sido llamado.

CAPITAN.

Perdonad el venir acompañado,  
Que es porque sus temores le avisaban  
Que eran, señora, dos las que esperaban

DOÑA ELVIRA.

Yo, señor capitán, que hayais venido  
Con Don Juan agradezco; que si ha sido  
Preciso que sepais las ocasiones  
De sus quejas, de mis satisfacciones  
Es justo que seais participante.

CAPITAN.

Para saber quién sois no es importante  
Satisfacerme á mi vuestro cuidado;  
Que bien sabe Don Juan cuánto le cul-  
El que él, señora, os culpe, [pado  
Y que á vos con vos misma no os disculpe.  
Yo estoy bien satisfecho;  
Satisfacedle á él; y pues sospecho  
Que juega amor, en fin como fullero,  
Mano á mano mejor que con tercero,  
Hacia allí me retiro.

DOÑA ELVIRA.

Discreto sois.

DOÑA BEATRIZ. (Ap.)

¿Ay cielos! ¿que esto miro?  
Pero disimular será forzoso.

DOÑA ELVIRA.

La razón que tenéis de estar quejoso,  
No os la puedo negar, Don Juan; mas  
[puedo

Quejarme yo de tan injusto miedo  
Como de mí tenéis. Imaginando  
Que esté culpada, cuando  
Debeis á mis tristezas  
Tan rendidas finezas  
Como vos mismo veis.

DON JUAN.

Ingrata Elvira,  
¿Pudo, decidme, nunca ser mentira  
La comprobada causa de mi queja?  
¿Yo no vi un hombre hablando á vuestra  
Con vos misma? [reja

DOÑA ELVIRA.

Es verdad; pero pensaba  
Que érais vos, Don Juan, con quien ha-  
[blaba.

DON JUAN.

Yo siempre, Elvira, creo,  
Aun mas que á lo que escucho, á lo que  
Aquello vi, esto escucho: [veo.  
Con evidencias, no sospechas, lucho;  
Y así, desengañarme (¡ay Dios!) no pue-

DOÑA ELVIRA.

[do.  
No déis voces, Don Juan, hablad mas  
[quedo.

### ESCENA IX.

DON DIEGO, FABIO. — DICHA.

DON DIEGO.

Dejadme, Fabio.

FABIO.

Mirándos  
Esta manera, Don Diego,



A pié, solo y sin color,  
En el campo, ¿cómo puedo  
Dejaros? Desde el caballo  
Os vi, y á seguirsos vengo,  
Porque me he de hallar con vos  
Hoy en cualquiera suceso.  
¿Qué teneis?

DON DIEGO.

¿Qué he de tener,  
Sino desdichas y celos?  
Disfrazada sigo á Elvira,  
Porque del distras infiero  
El último desengaño  
De mi vida; y mas si advierto  
Ahora (¡ay de mí!), Fabio amigo,  
En que es aquel caballero  
El que en su calle me ha dado  
Tantos pesares, y el mismo  
Con quien reñí la otra noche.  
Ya os conté todo el suceso.

FABIO.

Sí, ¿mas qué pensais hacer?

DON DIEGO.

Pues ¿cómo preguntais eso?  
¿Qué he de querer hacer, cuando  
Estoy á mi dama viendo  
Disfrazada hablar con otro,  
Sino morir? Pues no creo  
Que nadie que honrado fuere,  
A la vista de sus celos  
Pudiera tener jamas  
Cordura ni sufrimiento.

FABIO.

Pues haced lo que quisiereis,  
Que con vos á todo vengo.

DON DIEGO.

Sois mi amigo.

DOÑA ELVIRA.

En fin, ¿no hay  
Modo de satisfaceros?

DON JUAN.

No, mientras que yo no sepa  
Que de vos esc Don Diego  
Está muy desengañado.

DON DIEGO. (Llegando á los amantes.)  
De mí lo sabréis mas presto.

DOÑA ELVIRA.

¡Ay infelice!

DON DIEGO.

Y de hallaros  
Hoy en el campo me huelgo,  
Dende mejor que en la calle  
Vea esa dama que puedo  
Vengar en vos sus ofensas.  
Sacad la espada: otro medio  
No hay en celos declarados,  
Que quedar vengado ó muerto.

DON JUAN.

Ni yo...

DOÑA ELVIRA.

¡Ay de mí!

DON JUAN.

Supé nunca  
A tales atrevimientos  
Responder de otra manera.

DOÑA ELVIRA.

¡Falte á mi vida el aliento!

(Desmáysase.)

DON JUAN.

¡Cayó desmayada Elvira!

DOÑA BEATRIZ.

¡Ay infeliz!

CAPITAN.

¿Qué es aquello?

—Don Juan, á tu lado estoy.

¡Mira si el venir fué bueno!

(Vanse riñendo Don Juan y el Capitan,  
con Don Diego y Fabio.)

### ESCENA X.

ALGUACILES, UN ESCRIBANO. — DOÑA  
BEATRIZ, tapada; DOÑA ELVIRA,  
desmayada; DON DIEGO Y EL CA-  
PITAN, dentro.

UN ALGUACIL. (Dentro.)

¡Cuchilladas, cuchilladas!

Señor Ortiz, corra presto.

Ya que en aquesta ocasion

En estas luertas nos vemos,

Venga, escribirá la causa.

(Cruzan la huerta unos alguaciles y  
un escribano.)

ESCRIBANO.

Que me place, voy corriendo (Vanse.)

DOÑA BEATRIZ.

¡Quién esconderse pudiera

En el mas oscuro centro!

Sin saber adonde, voy

De mis desdichas huyendo. (Vase.)

DON DIEGO. (Dentro.)

Muerto soy. ¡Ay de mí!

CAPITAN. (Dentro.)

Uno

Ya dió consigo en el suelo.

### ESCENA XI

DON FERNANDO, ROQUE, PEDRO. —  
DON JUAN, FABIO, UN ALGUACIL,  
todos dentro; DOÑA ELVIRA, caída  
en el suelo.

DON FERNANDO. (Dentro.)

Apéate, Roque; y tú,

Cuenta con las mulas, Pedro.

ROQUE. (Dentro.)

No te apées tú, señor,

Pues ¿quién te mete á tí en eso?

DON JUAN. (Dentro.)

Muera este otro.

DON FERNANDO. (Dentro.)

Aqueso fuera,

A no haber llegado á tiempo

Yo, que viendo esa ventaja,

Le defenderé.

Voces dentro.

¿Qué es esto?

ALGUACIL. (Dentro.)

¡Favor aquí á la justicia!

DON FERNANDO. (Dentro.)

Retiraos, caballero,

A esa iglesia.

ROQUE. (Saliendo.)

¡Que en mi vida

Llegase yo á mejor tiempo!

FABIO. (Dentro.)

¿Cómo me he de retirar.

Un amigo herido ó muerto?

Vive Dios, que he de morir

En venganza.

TODOS.

Deteneos

A la justicia.

FABIO. (Saliendo.)

Forzoso

Es ya retirarme, habiendo

Justicia ó gente llegado. (Vase.)

ALGUACIL.

Sigamos al que va huyendo.

(Vase tras Fabio.)

DON FERNANDO. (Saliendo.)

Acudamos al herido

Los dos, Roque.

ROQUE.

¡Bueno es eso!

¿Quién mete á los dos en ser

Los Tobías destos tiempos?

(Vanse Don Fernando y Roque.)

### ESCENA XII.

EL CAPITAN, DON JUAN. — DOÑA  
ELVIRA, caída.

CAPITAN.

Don Juan, estando nno herido,

Y tanta gente acudiendo,

Mal en esperar aquí

Haremos ya; y pues que vemos

Que la justicia al que huyó

Sigue, vámonos.

DON JUAN.

No puedo,

Que está desmayada Elvira.

CAPITAN.

En aqueso coche nuestro

La llevemos á su casa,

Alguna causa fingiendo.

DON JUAN.

Decis bien; mas ¿la criada?

CAPITAN.

Por el campo se fué huyendo.

DON JUAN.

Busquémosla, no por ella

Nos descubran.

(Toma á Doña Elvira en brazos.)

CAPITAN.

Ya no es tiempo,

Llévesela el diablo. — Corre

A toda priesa, cochero. (Vanse.)

### ESCENA XIII.

DON FERNANDO, ROQUE.

ROQUE.

Señor, pues que ya al herido

Han metido en el convento,

Y el delincuente tambien,

Segun dicen, está dentro,

Volvámonos con las mulas.

Pues que venimos contentos

A bodas, y no á pendencias.

DON FERNANDO.

¿Cuánto haber llegado siento

A Madrid, en ocasion

Que lo primero que encuentro

Es una desdicha!

### ESCENA XIV.

ALGUACILES. — DON FERNANDO, RO-  
QUE; despues, DOÑA BEATRIZ.

ALGUACIL.

Pues

Prender ninguno podemos.

Una mujer, que esconderse

Ví, cuando venia corriendo,

Y ahora por allí viene,  
Dira quién son.

(Sale Doña Beatriz huyendo, y rodean-  
la los alguaciles.)

DOÑA BEATRIZ. (Amparándose de Don  
Fernando.)

Caballero  
(Que vuestro valor y señas  
Dan claras muestras de-serlo),  
Una mujer infelice  
Soy, que aunque en esto me veo  
Tengo mucho que perder :  
Mas soy de lo que parezco.  
No permitais que me prendan,  
Porque se aventura en esto  
Mucho honor y muchas vidas.  
Que me déis lugar, os ruego,  
Para que pueda tomar  
Un coche (¡ay de mí!) que tengo  
Cerca de aquí.

DON FERNANDO.

Así lo haré —

(A los alguaciles.)

Hacedme merced, os ruego,  
De que no la prendais.

ALGUACIL.

¿Cómo,

Con un desafío y un muerto,  
Quereis que en eso os sirvamos?

ROQUE.

Muy en la razon se han puesto.  
Llévenla ustedes, que es justo,  
Y guarda tu tu dinero.

DOÑA BEATRIZ.

Mirad que me va la vida,  
Y aun la vida es de lo ménos.

DON FERNANDO.

Ahora bien, si no quereis  
Por la conveniencia hacerlo,  
Será de otra suerte.

ALGUACIL.

¿Cómo?

DON FERNANDO.

Destá suerte. — Escapad presto;  
Que ninguno irá tras vos,  
Si yo este paso defiendo.

ROQUE.

Enquijotóse mi amo.

DOÑA BEATRIZ.

Dadme ánimo y valor, cielos,  
Hasta que tome mi coche. (Vase.)

### ESCENA XV.

DON FERNANDO, ROQUE, ALGUACI-  
LES; PEDRO, dentro.

ALGUACIL.

Vaya uno y embargue luego  
Las mulas y las maletas.

PEDRO. (Dentro.)

Eso será si yo quiero.  
Mas que ellas ha de correr  
Quien me alcance.

ROQUE.

El mozo, huyendo  
Con ellas, vuelve al camino. —  
¿Venir á bodas es esto?

ALGUACILES.

¡Favor aquí á la justicia!

ROQUE.

Iglesia me llamo, perros.  
(Vanse acuchillándose.)

Sala en casa de Doña Leonor.

### ESCENA XVI

DOÑA LEONOR, ISABEL, con luces.

DOÑA LEONOR.

Isabelilla.

ISABEL. (Dentro.)

Señora.

DOÑA LEONOR.

Pon unas luces ahí.

ISABEL.

Ya están las luces aquí. (Sale.)

DOÑA LEONOR.

Pues salte allá fuera ahora,  
Y advierte lo que te mando.  
Si antes que Elvira volviere  
Por sus vestidos, viniere  
Don Juan, dile que entre; y cuando  
Venga Elvira, por la puerta  
Del corredor entrará;  
No vea quien aquí está.  
Tendrás la puerta abierta  
Desde luego, y dila que es  
Un deudo el que está conmigo.  
¿Entiendes bien lo que digo?

ISABEL.

Sí, señora.

DOÑA LEONOR.

Vete pues,  
Que yo con mi pensamiento  
Quiero un rato descansar,  
Por ver si puedo apurar  
Lo que lloro y lo que siento  
(Vase Isabel.)

### ESCENA XVII.

DOÑA LEONOR.

Dos noches há que un criado,  
Que tarde á casa venia;  
Me contó cómo se había  
En una pendencia hallado  
De Don Juan, y que escuchó  
A un hombre que la contaba,  
Que Don Juan se acuchillaba  
Por una dama; aunque no  
Dijo la dama quien era.  
Pero yo, para apurar  
Toda el alma á mi pesar,  
He de fingir de manera  
Que sé la dama quien es,  
Que él á confesarlo venga,  
Si no es que salida tenga  
Su ingenio á todo despues.  
Mal hice hoy en prevenir  
Mi enojo; que es haber dado  
Tiempo para haber pensado  
Lo que ahora ha de decir.

### ESCENA XVIII.

DON JUAN. — DOÑA LEONOR.

DON JUAN. (Ap.)

Llevó el Capitan á Elvira  
A su casa, previniendo  
Que había de entrar diciendola  
A su tia esta mentira :  
Que su coche se volcó,  
Y que siendo conocida  
Dél, ballándola sin vida,  
A ampararla se ofreció.  
Sus razones cortesanias,  
Y el ir desmayada ella,  
Pudieron satisfacella;

Y yo, aunque penas tiranas  
Me afligen, disimulando  
De igual suceso el rigor,  
Me atrevo á hablar á Leonor;  
Que estoy temiendo y dudando  
Hasta saber si ella sabe  
Que Elvira es por quien reñí;  
Y por desmentir así  
Culpas de empeño tan grave  
Como hoy me han sucedido,  
Vengo...

DOÑA LEONOR.

¿Quién es?

DON JUAN.

Yo, Leonor,

Soy; que no pudo mi amor  
Mas tiempo haber suspendido  
Venir á veros; y así,  
Apénas anocheció,  
Cuando en vuestra casa yo  
A entrar, Leonor, me atreví.  
Y aunque pudiera traerme  
Solo el gusto de miraros;  
El deseo de escucharos  
Es el que hoy pudo moverme  
A venir tan presto, pues  
De las quejas que hoy me disteis  
Y para ahora remististeis,  
No sé cuál la ocasion es.

DOÑA LEONOR.

Si vos, Don Juan, la ignorais,  
Yo, Don Juan, os la diré,  
Porque pienso que la sé.  
¿Qué dama es una que amais,  
Por quien la pasada noche  
Reñisteis?

### ESCENA XIX.

DOÑA BEATRIZ, dentro. — DON JUAN,  
DOÑA LEONOR.

DOÑA BEATRIZ. (Dentro.)

Pára.

DON JUAN.

A eso diera

Disculpas, si no sintiera  
Que á vuestras puertas mi coche  
Ha parado. Decid vos  
Quién viene á veros, diré  
Yo qué disgusto ese fué.

DOÑA LEONOR.

¡Oh! qué distante en los dos  
De la queja es la razon!  
¡Pluguiera Don Juan, al cielo,  
Que tuviera mi desvelo  
Tan fácil satisfaccion  
Como el nuestro le tendrá!

DON JUAN.

No muy fácil, si es que advierto  
Que habiendo la puerta abierto  
Que cae al corredor, ya  
Gente entra por ella. Ver  
Tengo quién es.

DOÑA LEONOR.

Detenéos,  
Que sin verla, los descos  
Vuestros yo satisfacer  
Puede.

DON JUAN.

¿Para esto, tirana,  
Me dijiste que viniera  
A verte esta noche?

DOÑA LEONOR.

Espera,  
Que tu presuncion es vana.



DON JUAN.

¿Cómo, si habiendo parado  
En coche á tu puerta, ya  
Dentro de esa cuadra está  
La gente que se ha apeado?

DOÑA LEONOR.

Escucha, y despues podrás  
Hacer cuanto tu quisieres.

DON JUAN.

Pues dilo presto, si quieres  
Que yo te escuché.

DOÑA LEONOR.

Sabrás

Que hoy una amiga ha venido  
A mí muy enamorada  
De un galán: ir disfrazada  
La importó, y á mí un vestido  
Me pidió; yo amiga fiel  
Se le di, y así estará  
Deshaciendo el trueco, ya  
Que viene de hablar con él.

DON JUAN.

Si no la veo, no creo  
Que sea verdad.

DOÑA LEONOR.

Desde aquí,

*(Lleándole á una puerta.)*

Sin que te vea ella á tí,  
Sabrás si es verdad.

DON JUAN. *(Ap.)*

¿Qué veo!

¡Vive el cielo, que es Beatriz,  
Mi hermana! Pues ¿cómo, cielos,  
Los celos de amor á celos  
De honor pasan? ¿Qué infeliz  
Soy! Mal resistir podré  
Desdicha tan inhumana,  
Mirando que ande mi hermana  
En estos lances.

DOÑA LEONOR.

¿De qué,

Don Juan, es la turbación?  
No es mujer esa que ves?

DON JUAN.

Y cómo que mujer es!

DOÑA LEONOR.

Pues ¿de qué es la suspensión?

DON JUAN.

De que lo sea. *(Ap. ¡Ay fortuna  
Cruel!)*

DOÑA LEONOR. *(Ap.)*

No veo á Elvira.

DON JUAN. *(Ap.)*

¿Qué haré?  
¡Ay Dios!

DOÑA LEONOR. *(Ap.)*

¿Cómo yendo dos,  
No ha vuelto mas que la una?

DON JUAN. *(Ap.)*

Mas ¿qué discurro?

DOÑA LEONOR.

El color

Perdido, la voz turbada,  
Me deja mal informada  
De que...

DON JUAN.

Déjame, Leonor.

DOÑA LEONOR.

¿Que te va á tí que haya ido  
A ver, Don Juan, á su amante  
Esa mujer?

DON JUAN.

*(Ap. Semejante*

Lance ¿á quien ha sucedido?)  
¿Cómo con tal sufrimiento  
Estoy?

DOÑA LEONOR.

¿Qué es esto?

DON JUAN.

No sé;

Pero yo te lo diré,  
Cuando esta vil escarmiento  
Sea del mundo.

DOÑA LEONOR.

Considera....

DON JUAN.

Ya me declaró el dolor.  
Morir matando es mejor.  
Infame, afrenta mía...  
*(Entra con la daga desnuda, y sale por  
otra parte huyendo Beatriz, y él  
tras ella.)*

DOÑA LEONOR.

Espera.

DOÑA BEATRIZ.

Don Juan, mira que engañado  
Por un accidente estás.

DON JUAN.

A mis manos morirás.  
¿Tú disfrazada...

DOÑA BEATRIZ.

¿Qué airado

Hoy el cielo contra mí  
Se muestra!

DON JUAN.

¿A ver á tu amante!

DOÑA BEATRIZ.

Poneos, señora, delante.

DOÑA LEONOR.

Pues ¿cómo estando yo aquí,  
Así á mis ojos, Don Juan,  
Con tan públicos desvelos  
Tienes de otra dama celos?

DON JUAN.

Para responder no están  
Ahora mis ansias.

DOÑA LEONOR.

Señora,

Huid, que no le dejaré.

DOÑA BEATRIZ.

Si puedo huir, yo lo haré.  
*(Ap. No entraré en el coche ahora,  
Porque en él, ¡ay desdichada!  
Me hallara mas fácilmente.  
Si así teme una inocente,  
¿Cómo teme una culpada?)* *(Vase.)*

DON JUAN.

En vano me deteneis.

DOÑA LEONOR.

Cierra, Isabel, esa puerta.

DON JUAN.

Veréla á mi luego abierta.

DOÑA LEONOR.

¿Pues delante de mí haceis  
Tales extremos?

DON JUAN.

Leonor,

Esto importa mas que piensas.  
No son celos, sino ofensas. *(Vanse.)*

Calle á que da la casa de Doña Leonor.

## ESCENA XX.

DON FERNANDO y ROQUE; despues.  
DON JUAN, dentro.

ROQUE.

Y ahora, ¿qué harémos, señor,  
Ya que, habiéndose pasado  
Aquel turbion, te saliste  
De la iglesia, y no quisiste  
Parar allí?

DON FERNANDO.

Mi cuidado

Buscando, Roque, me lleva  
De Leonor, que es prima mía,  
La casa, porque á ella fia  
Mi fe que el reparo deba  
De tan extraño suceso,  
Yá que el mozo se asentó  
Con las mulas, y llevó  
Ropa y papeles.

ROQUE.

Aun eso

Muy malo, señor, no fuera,  
Si mi sisa no llevara.

DON FERNANDO.

¿Quién creyera, quién pensara  
Que esto á los dos sucediera,  
Roque, en el primero día  
Que á Madrid mi amor me tray?  
¿Ay de mis deseos!

ROQUE.

¿Ay

Negra ropa blanca mía!

DON FERNANDO.

¿Sabrás tú cuál es la calle  
Del Olivo?

ROQUE.

Sí sabré,

Si me la dice álguien.

DON FERNANDO.

¿Que

Noticia ninguna halle  
Della!

ROQUE.

Serán desatinos,

Si yo no te llevo allá.

DON FERNANDO.

¿Cómo?

ROQUE.

Como en ella está  
La casa de los Cien-vinos.

DON JUAN. *(Dentro.)*

La puerta derribaré.

DON FERNANDO.

¿Qué es esto?

ROQUE.

Por solo un Dios,

No nos metamos los dos  
En lo que es, será, ni fué,  
Pues basta una quijotada  
En un día.

## ESCENA XXI.

DOÑA BEATRIZ.—DON FERNANDO,  
ROQUE.

DOÑA BEATRIZ.

Caballero,

Si acaso lo sois, yo espero  
Que una mujer desdichada  
En vos ampara ha de hallar,  
Siquiera por ser mujer.

Ahora acabad de hacer  
Otro tanto : de lo de pagar  
Vuestra prestatión, señora,  
Porque no hay maletas ya  
Que perder.

DOÑA BEATRIZ.

Mi vida está  
Perdiente de vos. Si ahora  
Un hombre tras mí saliere  
De esta casa, haced, por Dios,  
No me siga.

ROQUE.

Ya van dos.

DON FERNANDO.

Para cuanto sucediere,  
Señora, en mí habeis hallado  
Favor, que soy caballero.

ROQUE.

Tanto como majadero.

### ESCENA XXII.

DON JUAN.—DOÑA BEATRIZ, DON  
FERNANDO, ROQUE.

DON JUAN. (Ap.)

Ya la puerta he derribado,  
Siguiendo á esta fiera que,  
Porque la valga la noche,  
No quiso entrar en su coche.  
Por dónde iría, no sé.

DOÑA BEATRIZ. (Ap. á Don Fernando.)  
Este es, ¡ay de mí! de quien  
Me importa ocultar.

DON FERNANDO.

Aquí

Hallareis amparo en mí.

ROQUE.

En mí, señora, también.  
No lo ha de hacer el acero  
Todo : ven entre los dos,  
Como que es acaso.

DOÑA BEATRIZ.

¡Ay Dios!

¡Qué infeliz soy!

ROQUE.

Caballero...

DON FERNANDO.

¿Llámasle? ¿Qué desatinos?..

DOÑA BEATRIZ. (Ap.)

¡Buen socorro hallé!

ROQUE.

Deci

Si es acaso por aquí  
La casa de los Cien-vinos;  
Que va esta dama preñada,  
Y ya presumo que mueve,  
Si en la tal casa no bebe  
Un poco de limonada.

DON JUAN.

No lo sé. (Ap. ¿Qué está dudando  
La confusa suerte mía?  
Pues ella á casa no iría,  
Por aquí irá.)

(Vase.)

### ESCENA XXIII.

DOÑA BEATRIZ, DON FERNANDO,  
ROQUE

ROQUE.

Ya doblando

La escuma va.

DON FERNANDO.

Ved ahora

Qué es lo que quereis hacer;  
Que hasta llegaros á ver  
Asegurada, señora,  
Sirviéndos irá.

DOÑA BEATRIZ.

Los cielos

Os paguen tanta piedad,  
Y que aumenten. perdonad,  
Esa merced mis recelos.  
Bien pensareis que ha nacido  
El huir de ser culpada;  
Mas solo ser desdichada  
Es la culpa que he tenido.  
Yo huyo porque no me dan  
Lugar para disculparme;  
Y así, si llego á mirarme  
En mi casa, donde habrán  
De oírme, segura estaré.  
Que allá me lleveis, os pido,  
Que cerca está.

DON FERNANDO.

Agradecido

A mi fortuna de que  
Esta ocasion darme quiera,  
Iré donde vos querais.

ROQUE.

Y no se lo agradezcáis;  
Que esto lo hace por cualquiera.  
Aquesta tarde llegó,  
Y antes de entrar en Madrid,  
Desde la mula, advertid,  
A otra mujer amparó  
De la justicia; y por Dios,  
Que pienso que ha de buscar  
Otra luego que amparar,  
En quedando en salvo vos.  
Amparar son sus cuidados,  
Y si aquí se llega á ver  
Cuatro días, no ha de haber  
Casa de desamparados.

DOÑA BEATRIZ.

¿Que esta tarde habeis tenido  
Otro empeño?

DON FERNANDO.

Aqueste necio

Miente, que yo no me precio  
Nunca de haber procedido  
Bien. Vi una dama afligida,  
Con la justicia empeñada,  
Y rescatóla mi espada.

ROQUE.

Si, mas contar se le olvida  
Que dos maletas dejó  
En prendas de una maleta,  
Pues entre la bulla inquieta  
Con ellas el mozo huyó.

DON FERNANDO.

¿Quiéres callar?

ROQUE.

No, señor.

DON FERNANDO.

A este loco no escuchéis. (Vanse.)

Otra calle.

### ESCENA XXIV.

DOÑA BEATRIZ, DON FERNANDO,  
ROQUE.

DOÑA BEATRIZ

En esta calle que veis,  
Me dejad; que mi temor  
Seguro está, como aquí

Os quedeis, por si escucháis  
Voces.

DON FERNANDO.

Cuanto me mandáis,  
Me toca observar á mí.

DOÑA BEATRIZ.

(Ap. Pues mi hermano por aquella  
Calle fué, presumiría  
Que yo á mi casa no iría :  
Mi verdad me lleve á ella.  
Que hallarme importara allí  
Poco, si la verdad digo,  
Pues él mismo fué testigo  
De la parte donde fui;  
Que el haber huido yo  
Fué, porque con la primera  
Cólera mal atendiera  
Mis disculpas.) De aquí no  
Paseis.

DON FERNANDO.

Bien segura vais  
De que no seréis seguida,  
Señora, ni conocida  
De mí.

DOÑA BEATRIZ

No solo obligais  
Con lo que hacéis; mas el modo  
Es segunda obligacion.  
Esto no es satisfaccion;  
Deudora quedo de todo;  
Pero esta joya podrá  
De la maleta perdida...

ROQUE. (Ap.)

¡Qué dama tan entendida!

DOÑA BEATRIZ.

Suplir la falta.

DON FERNANDO.

No está

Enseñado mi valor  
Nunca á dejarse pagar,  
Y yo no la he de tomar.

ROQUE.

Yo la tomaré, señor.

DON FERNANDO.

Aparta, loco, desvía.

ROQUE.

Si por tu maleta no  
La quieréis tomar tú, yo  
La tomaré por la mía. (Tómala.)

DON FERNANDO.

Idos, señora, y llevad  
La joya, y que aquí estará  
Créd, hasta que entienda que  
Estáis segura.

DOÑA BEATRIZ.

Quedad

Con Dios, y de mi fortuna  
Créd finezas tan rendidas,  
Que os busquen, si es que dos vidas  
Se pueden pagar con una. (Vase.)

DON FERNANDO.

¿Adónde vas?

ROQUE.

Voy á ver

Dónde entra, por saber ya  
Casa de mujer que da  
Joyas.

DON FERNANDO.

No la has de saber;  
Que si en aquesta ocasion  
Vida la di, y conocida  
Es, no la habré dado vida,  
Si la quito la opinion.



ROQUE.

Ya no se mira, señor,  
Y quieta la calle está.

DON FERNANDO.

Pues bien podrénos ir ya  
La posada de Leonor  
Otra vez buscando.

ROQUE.

Vamos.

¿Hay acaso otra mujer  
Que se quiera defender,  
Antes que nos recojamos?

## JORNADA SEGUNDA.

Calle en que está la casa de Don Luis.

### ESCENA PRIMERA.

DON JUAN, EL CAPITAN

CAPITAN.

Terrible estáis!

DON JUAN.

¿No os parece

Que tanto bastante causa,  
Habiéndos dicho?... Mas no  
Queréis que vuelvan mis ansias  
A afligirme; que estas cosas,  
Decirlas una vez basta,  
Y aun esa, si á vos no fuera,  
A nadie se las contara.

CAPITAN.

Sí, mas ¿para qué es, decid,  
El venir ántes del alba  
De vuestro padre á las puertas?

DON JUAN.

Mi hermana, si es que es mi hermana  
Quien mal sus respetos mira,  
Quien mal sus decoros guarda,  
Lluyó anoche...

CAPITAN.

Ya lo sé.

DON JUAN.

Sali á la calle á buscarla.  
Pensando que no tuviera  
Osadía (¡ay de mí!) tanta  
Que á su casa se viniese,  
Fué lo postrero su casa  
Donde vine: halléla toda  
Quieta, y las puertas cerradas;  
De que inferí claramente..

CAPITAN.

¿Que?

DON JUAN.

Que della no faltaba.  
No llamé, porque mi padre  
Jamás á entender llegara  
Que sé saber mi desdichas  
Y no sé saber vengarlas;  
Y así, ántes que él nada entienda,  
Vengo aquí tan de mañana,  
Porque en abriendo, he de entrar  
En el cuarto desta ingrata,  
Para que á un tiempo se sepa  
Su desdicha y mi venganza.

CAPITAN.

Mirad, Don Juan: si allí hicierais  
Cualquiera acción, disculpada  
Fuera, porque lo improviso  
No dió lugar de pensarla;  
Pero ya que los sucesos  
Tiempo han dado á vuestras ansias,  
Pensadlo, Don Juan, mejor.

T. VII.

DON JUAN.

La puerta abren: allí aguarda.

CAPITAN.

Si haré; mas quiero primero  
Deciros una palabra.  
Estas cosas, advertid,  
Del honor (la frase es baja,  
Pero no importa) mejor  
Se descosen que se rasgan.  
No tircis dellas, sino  
Poco á poco examinadlas.  
Alentad viendo; que el peor  
Medio es la mejor venganza.

DON JUAN.

No lo dudo, mas no tienen  
Mis penas cordura tanta.  
De Beatriz entraré al cuarto. (*Vanse.*)

Sala en casa de Don Luis.

### ESCENA II.

DOÑA BEATRIZ, JUANA, y despues,  
DON JUAN.

JUANA.

¿Tan aprisa te levantas?

DOÑA BEATRIZ.

Si, que no hay potro peor  
Que el lecho, á quien no descansa.

JUANA.

Pues ¿qué tienes?

DOÑA BEATRIZ.

Si te he dicho  
Cuanto ayer... Pero quién anda,  
Mira, allí afuera.

(*Sale Don Juan.*)

DON JUAN.

Yo soy,  
Y solo el tiempo que tarda  
En hallarte mi desdicha,  
Tarda en matarte mi rabia.

DOÑA BEATRIZ.

Don Juan, hermano, señor.  
No te arrojes (tente, aguarda).  
Sintírmeme: que si yo  
Huí de tí, fué porque estabas  
Ciego, y no era allí posible  
Vencer la primera instancia  
De tu enojo; no por verme  
En un átomo culpada.  
Mas ya que el tiempo da tiempo  
Escúchame una palabra;  
Y si no me disculpares  
Contigo mismo, me mata.

DON JUAN.

Tanto deseo, cruel,  
Que disculpa alguna haya  
A tu error, que quiero oírte.  
Entrate allá dentro, Juana.  
No hácia el cuarto de mi padre.—  
Di ahora. (*Vase Juana.*)

### ESCENA III.

DON JUAN, DOÑA BEATRIZ.

DOÑA BEATRIZ.

Elvira, á quien amas,  
Es mi amiga; ella no sabe,  
Don Juan, que yo soy tu hermana;  
Que el llamarte otro apellido  
Y el vivir fuera de casa  
La tienen en ese error.  
Vino pues ayer mañana  
A contarme que por ella

Tuviste unas cuchilladas,  
Si bien no dijo tu nombre,  
(Que aun esta fué mi ignorancia);  
Que celoso, no querias  
Ni verla, Don Juan, ni hablarla;  
Que la llevase yo á Atocha,  
Adonde tú la esperabas,  
Porque de otra Doña Elvira  
No hiciera tal conlianza.  
Puse mil inconvenientes;  
Dijome que disrazadas  
Habíamos de salir  
Por defuera de las tapias.  
Repliqué; facilitólo  
Con que una amiga en su casa  
Nos daria otros vestidos;  
Venciéronme, al fin, sus ansias.  
Fui con ella; por mas señas  
De que con tu camarada  
Llegaste tú al mismo instante  
Que otro vino; las espadas  
Sacasteis, hubo un herido,  
Trajiste tú desmayada  
A Elvira, quedé yo sola...  
No cuento otras circunstancias  
Tomé mi coche, volví,  
Para destrocarme mis galas,  
En casa de Leonor, donde  
Me hallaste; que mis desgracias  
Pudieron hacerlo todo:  
De suerte, que si indiciada  
Estoy en algo, es no mas  
Porque hice á una amiga espaldas.  
Si este, Don Juan, es error,  
Ríñele, mas con templanza,  
Como error, y no delito;  
Pues cuando yo esté culpada,  
No en lo principal lo estoy,  
Sino en una circunstancia.

DON JUAN.

Dicha has tenido, Beatriz,  
En que los cielos me hayan  
Dado espera para oírte;  
Y aunque razon no me falta  
Para que de tí me queje  
Al ver que por nadie hagas  
Finezas mal parecidas,  
Mi alegría ha sido tanta,  
Que pues no lo ríño todo,  
No quiero reñirte nada.  
Don Fernando de Cardona,  
Con quien ya capitulada  
Estás, vendrá presto, y él  
Sabrás mirar por su casa.  
Quédate adios, no me vea  
Mi padre aquí... aunque ya es vana  
Diligencia.

DOÑA BEATRIZ.

Nada entienda.

DON JUAN.

No hará.

### ESCENA IV.

DON LUIS.—DOÑA BEATRIZ, DON  
JUAN.

DON LUIS.

Beatriz, ¿con quién hablas?

DOÑA BEATRIZ.

Con mi hermano.

DON JUAN.

Yo, señor,  
Soy el que estoy á tus plantas.

DON LUIS.

Pues, señor Don Juan de Leyva,  
¿Qué mandáis en esta casa?

DON JUAN.

No me hables, señor, así,  
Pues entre quien de honor trata,  
«Pleitear y comer juntos,»  
Dice un adagio en España.  
A saber de tu salud  
Y á visitar á mi hermana  
He venido.

DON LUIS.

No creyera  
Ser vos, porque no pensaba  
Que los Leyvas se dignasen  
De visitar los Ayalas.

DON JUAN.

De esa queja la disculpa  
Tú la sabes.

DON LUIS.

Basta, basta,  
Don Juan, no hablemos en esto.  
Bien estuviera excusada  
Esta visita, y Beatriz  
También pudiera estorbarla.

DOÑA BEATRIZ.

A mi hermano, cuantas veces  
El venga á verme, yo tantas  
Le le de recibir, señor,  
Con la vida y con el alma.

DON LUIS.

¿No he dicho yo que no entre -  
Por estas puertas?

DON JUAN.

Repara  
En que yo en mi vida hice  
Contra mi honor ni mi fama  
Indigna acción por que pueda  
Desmerecer esta entrada.  
Si tú de tu casa me echas,  
Para vivir yo en mi casa,  
¿Mi hacienda no he de pedirte?

DON LUIS.

¿Hablo yo en eso palabra?  
Que la pidais desde lejos  
Solo os digo.

DON JUAN.

Es tan extraña  
Tu condicion, que estorbar  
Quiero á tu enojo la causa. (Vase.)

## ESCENA V.

DON LUIS, DOÑA BEATRIZ

DOÑA BEATRIZ.

¿Es posible que á tu hijo  
Con tal despego le hablas?

DON LUIS.

Yo tengo razon, Beatriz,  
Aunque si verdad se trata,  
Mi amor...

DOÑA BEATRIZ.

Dilo.

DON LUIS.

Bien quisiera  
Que á casa Don Juan tornara;  
Que de Barcelona ayer  
Tuvy, Beatriz, una carta,  
Y Don Fernando Cardona  
Vendrá aquí de hoy á mañana.  
No quisiera que á los dos  
Desavenidos hallara,  
Pues no es bien que sin tu hermano  
El desposorio se haga.  
Toma tú la mano en esto  
Con él, y vuélvase á casa,  
Sin que parezca que yo

Le ruego: tú allá lo traza  
Como á tí te pareciere.

DOÑA BEATRIZ.

Yo haré, señor, lo que mandas.  
(Vase Don Luis.)

## ESCENA VI.

DOÑA BEATRIZ.

Y agora que mi fortuna  
De tan deshecha borrasca  
Puerto ha tomado, volvamos  
Desde la orilla á mirarla,  
Pues al naufrago piloto,  
Que escapó sobre una tabla,  
Desde el primero peñasco,  
Templo á quien se la consagra,  
No hay lisonja como ver  
En las salobres montañas,  
Cómo las ráfagas gimen  
Y cómo los vientos braham.  
Mas ¡ay de mí! que si allí  
Nuevos bandidos le asaltan,  
Y da en tormentas de fuego,  
Huyendo traiciones de agua,  
Poco á su fortuna debe,  
Pues, la tierra y mar contrarias,  
Convalenciendo á un peligro,  
Dan en otro sus desgracias.  
Tal de una desdicha en otra  
Tropezando van mis ansias,  
Pues cuando de dos tormentas  
Ha parecido que escapan,  
En el puerto donde llego  
Nuevos peligros me aguardan.  
Armadas de fuego están  
Bandidas mis esperanzas,  
Y así huyendo lo que ahoga,  
Vengo á dar en lo que abrasa.  
¿Qué Santelmo, cielos, fué  
Aquel que puesto en la gavia  
En dos deshechas fortunas,  
Se vió favorable á entrambas?  
Mas ¡ay de mí! ¿para qué  
Doy con tan loca ignorancia  
A mi discurso la rienda,  
En una cosa tan vana  
Como discurrir agora  
En obligaciones tantas?  
Ni sé quién es, ni á qué viene  
A Madrid, y aunque obligada  
Huya dél, pues él ignora  
Quién yo soy, no seré ingrata  
Solicitando un olvido,  
Pues no puedo una esperanza.  
A Don Fernando Cardona  
Mi padre de hoy á mañana  
Espera: suya he de ser.  
Déjame, memoria, hasta:  
No me acuerdes mis desdichas,  
No me digas mis desgracias,  
No me cuentes mis pesares,  
No me repitas mis ansias;  
Pues ya sé que la mayor  
Que á nadie en el mundo pasa,  
Es que una mujer, por ser  
Principal, de admitir haya  
Esposo á elección ajena;  
Y mas día en que se halla  
De otro muy agradecida,  
Y dél poco enamorada. (Vase.)

Sala en casa de Doña Leonor.

## ESCENA VII.

DOÑA LEONOR, DON FERNANDO.

DOÑA LEONOR.

Huésped que sin avisar,  
Tarde y á deshora viene,

Si mala posada tiene,  
De sí se podrá quejar.

DON FERNANDO.

Esfera es tan singular  
Vuestra casa, Leonor bella,  
Que el sol fuera huésped della.  
Sin menguar de su arrebol,  
Si ya no temiera el sol  
Con vos parecer estrella.

DOÑA LEONOR.

No con lisonjas penseis  
Que habeis de dejar pagada,  
Don Fernando, la posada.

DON FERNANDO.

La merced que vos me haceis,  
Tarde cobrarla podeis,  
Que no hay precio; solo os pide  
Humilde y agradecido,  
Suplais el atrevimiento  
Del haber tan desatento  
A vuestra casa venido  
A aquella hora; y advertid  
Que aquesto lo ocasionó  
Un lance que sucedió  
A la entrada de Madrid.  
Mi ropa perdi en la lid;  
La justicia me seguia;  
Sabiendo que aquí vivia  
Vuestra beldad celebrada,  
Por no irme á una posada  
Con tal riesgo, prima mia,  
Aquí me vine, porqué  
Habiendo en lo sucedido  
Letras y cartas perdido,  
Es fuerza esperar á que  
Otras vengan; y así, fué  
Preciso parte buscar  
Donde de secreto estar  
Unos dias; que no es bien  
Llegar desairado quien,  
Leonor, se viene á casar.

DOÑA LEONOR.

Aunque nuevas he tenido  
De venida y casamiento.  
Con tan poco fundamento  
Dello lo uno y otro ha sido.  
Que la feliz no he sabido  
Que merece tal estado,  
Para haberla visitado,  
Cumpliendo mi obligacion.

DON FERNANDO.

Sangre, hermosura, opinion  
Y hacienda me ha asegurado  
La fama, y mi padre es  
De todo el mejor testigo,  
Porque ha sido muy amigo  
Del suyo: él, señora, pues,  
Atento á tanto interes,  
Lo ha tratado.

DOÑA LEONOR.

Si os iguala  
Ella en gentileza y gala,  
Será su beldad feliz.  
¿Cómo se llama?

DON FERNANDO.

Beatriz,  
Hija de Don Luis de Ayala.

DOÑA LEONOR.

Por el nombre, no á saber  
Quién es puedo discurrir.

DON FERNANDO.

Pues por aquí ha de vivir.

DOÑA LEONOR.

De vista, bien podrá ser  
Que la llegue á conocer.



DON FERNANDO.

No es difícil.

DOÑA LEONOR.

Ahora dad

Vos licencia, y perdonad,  
Porque voy á una novena.  
(Ap. Mejor diré que mi pena  
Me lleva, ó mi voluntad,  
A saber de Doña Elvira  
Qué amiga suya es aquella.  
Que desde anoche por ella  
Tanto el corazón suspira.)

DON FERNANDO.

Mucho, que pidaís, me admira,  
La licencia que teneis.

DOÑA LEONOR.

¿Vos de casa no saldréis?

DON FERNANDO.

No sé.

DOÑA LEONOR.

Guarden-os los cielos.  
(Ap. No déis tanta priesa, celos,  
Que presto quién es sabréis.) (Vase.)

### ESCENA VIII.

ROQUE, con una maleta — DON  
FERNANDO.

ROQUE.

Tan grande supercheria  
Solo pudiera conmigo  
La vil fortunilla hacerla.

DON FERNANDO.

Después de no haberte visto  
En todo el día, ¡es muy bueno  
Venir ahora tan mohino!  
¿Qué traes?

ROQUE.

Tu maleta traigo

DON FERNANDO.

Pues esa, ¿qué causa ha sido  
De enfado?

ROQUE.

No traer la mía.

DON FERNANDO.

¿Cómo, dime, ha parecido  
Una sin otra?

ROQUE.

Como una

Era tuya que eres rico,  
Y otra mía que soy pobre.

DON FERNANDO.

¿De qué suerte lo has sabido?

ROQUE.

Pues si tengo de contarlo,  
Escucha desde el principio.  
Después que de amparador  
Juraste ayer el oficio,  
Don Quijote de prestado,  
Don Esplandian de poquito.  
Y después que aquella dama  
Segunda en salvo pusinos,  
Pues fué dejarla en la calle  
Dejarla donde ella dijo,  
Buscando los dos la casa  
De Leonor tu prima fuimos,  
Y quiso Dios que la hallamos,  
Porque un vecino lo quiso;  
Que nadie supiera nada  
Si callaran los vecinos.  
Dicha fué, porque si tarda  
Solo un instante, imagino  
Que á la calle de los Negros  
Vamos á media con limpio.

Entraste, y por abreviar  
Los episodios prolifjos,  
Tú te recogiste, y yo  
Ni desnudo ni vestido,  
Sino arrojado no mas,  
Sobre mi cansancio mismo  
Me dormí. Desperté, oi,  
Y viéndote á ti rendido  
Al sueño, salí de casa  
Con ánimo ambulativo  
Contra todos los mesones,  
Para ver si algo averiguo  
De nuestro Pedro de Mulos.  
Lleguéme pues á un corrillo,  
Que hacía la Puerta del Sol  
Siempre hacen, y uno me dijo  
Que en un mesón de la calle  
De Alcalá, anoche habia visto  
Entrar tres mulas. Las señas  
Tomo, voy, y á Pedro miro  
En el portal, de una silla  
Cosiendo los entresijos.  
Pregunté por nuestra ropa,  
Y él muy hosco y muy esquivo.  
Con un alma de demonio  
Y con un cuerpo de Cristo,  
Me respondió. «La maléta  
Del amo yo la he tenido;  
Pero la suya, perdón;  
Que como no tuvo aliño  
De ponerla mas cordeles  
En todo aqueste camino,  
Se cayó en los trigos, cuando  
Huyendo fui del peligro  
Del embargo.» Yo le dije:  
«Mi maleta, Pedro amigo,  
No era tan disparatada,  
Que echase por esos trigos.»  
Amohinéme y amohínóse,  
Dí voces, sacó un cuchillo,  
Llegaron mas de mil mozos,  
Viejos en tales delitos;  
Y teniendo por desaire  
El verme hablar con hocico,  
Trataron de deshacerle  
De suerte, que por partido  
Tomé el volver sin maleta.  
Esta es la falta que gimo,  
Esta es la pena que lloro,  
Esta es la ansia que suspiro,  
Esta la causa que siento,  
La ocasion en que me aliño,  
La ira en que me enfurezco,  
Y esto llago y esto digo,  
Porque si de carretilla  
No lo acabo, no habrá vitor.

DON FERNANDO.

Esa pérdida no sientas,  
Pues habiendo parecido  
Letras y cartas, que eran  
Lo que me tenia escondido,  
Todo lo demas es fácil  
De remediar; y pues miro  
Que ya que esperar no tengo,  
Ir á verme determino  
A Don Luis de Ayala, padre  
De Beatriz, bello prodigio  
De amor, á cuya hermosura  
Desde aquí por fe me rindo.  
Abre esa maleta, saca  
Todos los papeles míos.  
Esta es la de Don Luis,  
Y esta al capitán Clavijo. (Vase.)

Calle con puerta de casa de Don Luis.

### ESCENA IX.

DON FERNANDO, ROQUE.

ROQUE.

La cosa que mas extraño,  
De que con razón me admiro,  
Es que en el mundo, señor,  
Haya hombre tan atrevido  
Que se case por concierto  
Con quien nunca vió ni quiso.  
Qué la dice á una mujer,  
Saber quisiera, un marido,  
Que sin haberla mirado,  
Ni hablado, señor, ni escrito,  
Se entra en la cama con ella.

DON FERNANDO.

Deja aqueos desatinos,  
Y la casa de Don Luis  
Pregunta, pues los vecinos  
Dicen que vive en la calle  
Del Cármen, y yo imagino  
Que es esta.

ROQUE.

Espera, entre tanto

Que aquel barbero examino;  
Que ellos de todo su barrio  
Suelen tener los registros. (Vase.)

DON FERNANDO.

Por aquí fué donde anoche  
A mi aquella mujer vino.  
Como era á oscuras, no pude  
Ver de dónde habia salido.  
No debe de vivir lejos,  
Pues que la dejase quiso  
A la vuelta desta calle.

(Vuelve Roque.)

ROQUE.

No solamente he sabido  
Cuál es de Don Luis la casa,  
Pero á sus umbrales mismos  
Estás.

DON FERNANDO.

Agora conozco

Que dijo bien el que dijo  
Que adivina el corazón.

ROQUE.

Pues es el tuyo adivino,  
Dile que haga una figura  
Donde me diga en qué sitio  
Mi maleta se cayó.

DON FERNANDO.

Entra ya, loco, conmigo.

ROQUE.

Persinaréme primero.

DON FERNANDO.

¿Entras en un laberinto?

ROQUE.

Pues ¿qué mayor que en la casa  
De amo suegro? (Vase.)

Sala en casa de Don Luis.

### ESCENA X.

DOÑA BEATRIZ, JUANA.

DOÑA BEATRIZ.

Aquel que miro,  
El forastero es, de quien  
Hablabas, Juana, contigo.

JUANA.

Hasta aquí, señora, se entra.

DOÑA BEATRIZ.

Sin duda me ha conocido,  
Y viene á pedir las gracias  
De las finezas que hizo  
Por mí.

JUANA.

Necedad, señora,  
Era el haber presumido  
Que anoche no te siguiese.

DOÑA BEATRIZ.

Ya no lo dudo, aunque admiro  
Que entrando yo por esotra  
Puerta anoche, haya venido  
Hoy á buscarme por esta.

JUANA.

¿Tan dificultoso ha sido  
Saber que en casa hay dos puertas?

DOÑA BEATRIZ.

Con todo has de ver que finjo  
No ser yo, en tanto que él  
No se da por entendido;  
Que si va á decir verdad,  
No siento el haberle visto.

JUANA.

Si tú finges, finja yo.

## ESCENA XI.

DON FERNANDO, ROQUE. — DOÑA BEATRIZ, JUANA.

JUANA.

Pues ¿cómo tan atrevido  
Así os entráis, caballero?

(A Doña Beatriz.)

Perdonad, si inadvertido  
Hasta aquí entré, porque como  
Os vi, juzgué por mas digno  
El hablaros que el llamar.

DOÑA BEATRIZ.

Muy vana disculpa ha sido;  
Que el llamar, fuera á una puerta;  
Pero el hablar, es conmigo.  
¿Qué mandáis?

DON FERNANDO.

(Ap. Ya de turbado  
Apenas sabré decirlo.)  
Al señor Don Luis de Ayala  
Busco; que digáis, suplico,  
Si está en casa.

DOÑA BEATRIZ.

No está en casa;  
Que ahora fuera ha salido.  
(Ap. ¿A mi padre husca, cielos!  
¿Quién crerá que á un tiempo mismo  
Sentí que vino á buscarme,  
Y que á buscarme no vino?)  
¿Qué le queréis?

DON FERNANDO.

Unas cartas  
Le traigo. (Ap. á él. Roque, tú, ¿has  
Igual hermosura?) [visto]

ROQUE.

Sí,

Muchas veces.

DOÑA BEATRIZ.

Ya os he dicho  
Que no está en casa; si á mí  
Queréis dejarlas, yo fio  
Que queden seguras.

DON FERNANDO.

¿Sois [do. ¿A qué volveis? Declaradlo  
Vossu hija? (Ap. á Roque.) Estoy perdi-

ROQUE.

Debes de ser mi maleta.

DOÑA BEATRIZ.

Su hija soy.

DON FERNANDO. (Ap. á Roque.)

Hallé el sentido.

ROQUE. (Ap.)

Así hallara yo mi bolsa.

DON FERNANDO.

El saber quién sois estimo;  
Pero yo tengo que hablarle.

DOÑA BEATRIZ.

Siendo así, que os vais os pido,  
Y volved cuando esté aquí.

DON FERNANDO.

Yo me iré, si en eso os sirvo;  
Y aunque no os sirva en esotro,  
Volveré. Pero mal digo,  
Ni me iré ni volveré,  
Pues desde instante asisto  
Con vos; que ya vivo mas  
Donde amo que donde animo.

DOÑA BEATRIZ.

Ese estilo, caballero,  
Es tan nuevo en mis oídos,  
Que no lo entiendo. (Ap. ¿A los cielos  
Pluguiera!) En efecto, idos  
Y volved, si os importare.  
(Ap. ¿Qué á mí pesar le despido!)

DON FERNANDO. (Ap.)

¿Qué á mí costa la ohedezco!  
¿Por qué no me determino  
A...? ¿Cómo decir quien soy?

DOÑA BEATRIZ. (Ap.)

Sufrid, pensamientos míos.

DON FERNANDO. (Ap.)

Alentad, mis esperanzas.

DOÑA BEATRIZ.

¿No os vais?

DON FERNANDO.

No acierto el camino.

Quedad con Dios.

DOÑA BEATRIZ.

El os guarde.

ROQUE.

¿Por qué quién eres no has dicho?

JUANA.

¿Por qué quién es no preguntas?

DON FERNANDO.

De turbado no he sabido  
Hablar.

DOÑA BEATRIZ.

De confusa no  
Sé lo que callo ni digo,  
DON FERNANDO.  
Pero bien dices, diré  
Quién soy, pues á eso he venido.

DOÑA BEATRIZ.

Pero bien dices, sabré  
Quién es, ya que á ello me animo. —  
¿Ah caballero!

DON FERNANDO.

Señora.

DOÑA BEATRIZ.

¿Pues á qué volveis? Decidlo.

DON FERNANDO.

¿A qué volveis? Declaradlo

DOÑA BEATRIZ.

Yo vuelvo para deciros  
Que porque mi padre sepa  
Quién á buscarle ha venido  
Vuestro nombre me digáis.

DON FERNANDO.

Yo volví á aqueso mismo.

DOÑA BEATRIZ.

Pues decid quién sois.

DON FERNANDO.

No sé

Quién soy ya.

DOÑA BEATRIZ.

¿Tan grande olvido

De vos tenéis?

DON FERNANDO.

Sí, que otro

Soy del que fui.

DOÑA BEATRIZ.

No imagino

Que pueda un hombre jamás  
Ser otro del que había sido.

DON FERNANDO.

¿Quieres ver si puede serlo?

Oye este argumento mío. [to,

El cadáver del hombre, cosa es, ciertamente,  
Que no es hombre; que aquel grande re-

[nombre

Se debe al alma; luego si no es hombre

El que sin alma yace helado y yerto,

Y yo sin alma vivo cuando advierto

Una rara hermosura, no os asombre

El no ser lo que fui, pues de hombre el

[nombre

No le puedo tener despues de muerto.

Al veros os di el alma en que vivia,

Al oiros otra alma he recibido:

Luego soy otro ya del que solia:

Porque si al alma el ser hemos debi-

Y yo no tengo el alma que tenia, [do,

Es preciso ser otro del que he sido.

DOÑA BEATRIZ. [tado;

Que el alma informa al hombre es ascu-

Mas cuando á oir vuestro argumento lle-

Estaros obligada es lo que niego, [go,

Pues me habeis con lisonjas agraviado.

Porque si yo de un alma os he priva-

[do,

Y de otra nueva os he informado luego,

No habeis mucho en pintaros de amor cie-

[go,

Si me amais con el alma que os he dado.

¿No fuera mayor fe, mayor fineza,

Ser el que érades ántes al mirarme?

Debiérais ese afecto mi belleza;

Si, porque es ofenderme, y no obligar-

El haber de mudar naturaleza, [me,

Y no ser lo que insistis para amarme.

Esto, porque no quedeis

Muy vano y desvanecido

Del argumento, respondo;

No porque sé los estilos

De amor. Y volviendo al caso, [do,

O decid quien sois, ó idos

Sin decirlo, porque á mí...

DON FERNANDO.

De todas suertes, señora,

Quedo de vos convencido,

Y así decid al señor

Don Luis...



**ESCENA XII.**

**DON LUIS.** — **DON FERNANDO, DOÑA BEATRIZ, JUANA.**

**DON LUIS.** (Ap.)

¿Qué es esto que miro?  
¿Quién con Beatriz está hablando?

**DON FERNANDO.**

Que es el que á buscarle vino  
Don Fernando de Cardona.

**DON LUIS.**

Yo habrá menester decirlo  
Ella, que yo con los brazos  
Y con el alma os recibo.

**DOÑA BEATRIZ.**

Don Fernando! (Ap. ¿Hay mayor dicha  
Que ser el esposo mio  
A quien la vida le debo,  
Y á quien el alma le rindo?)

**DON FERNANDO.**

Ya, señor, que mi fortuna  
A vuestros piés me ha traído,  
En tanto que aquestas cartas  
De mi padre leís, os pido  
Me deis licencia de que  
Postrado, humilde y rendido,  
Idólatramente adore,  
De amor extranjero indio,  
El sol de tanta hermosura.

**DOÑA BEATRIZ.**

Ese rendimiento es mio.  
Muy bien venido seáis.

**DON FERNANDO.**

Forzoso es ser bien venido  
Quien viene á ser vuestro esclavo.

**ROQUE.**

Yo habré de decir lo mismo;  
Que fuera gran disparate  
Perder por inadvertido  
Esta ocasion de besar  
Este terso, claro y limpio  
Copo de animada nieve.

**DOÑA BEATRIZ.**

Levantad del suelo, os digo.

**ROQUE.**

En dándome vos la mano.

**DON FERNANDO.**

Quita, necio.

**ROQUE.**

¿Este es delito,  
U obligacion?

**DON LUIS.**

Juana, al punto  
El cuarto que prevenido  
Está al señor Don Fernando,  
Se aderece. — Del camino  
Vendréis cansado. (Vase Juana.)

**DON FERNANDO.**

Ya hallé  
A todo el causancio alivio.

**DON LUIS.**

¿Cómo queda vuestro padre?

**DON FERNANDO.**

Bueno, y á vuestro servicio.

**DON LUIS.**

¡Oh, allá en vuestras mocedades,  
Y qué amigos los dos fuimos!  
Y ahora mas, pues que con vos  
Deudo la amistad se hizo.

**DON FERNANDO.**

El señor Don Juan... ?

**DON LUIS.**

No debe  
De haber tal dicha sabido.  
Mas todo esto es cumplimiento.  
Entrad, señor, á serviros  
Desta casa.

**DON FERNANDO.**

Aunque de vos  
Tan grande merced admito,  
Es fuerza que á despedirme  
Vuelva (Ap. ¡Ay bello dueño mio!)  
De una deuda, en cuya casa  
Me apeé.

**DON LUIS.**

¿Luego delito  
Tan grande contra mi amor  
Habeis hecho, como iros  
Antes á otra casa?

**DON FERNANDO.**

Fué  
Entonces, señor, preciso.

**DON LUIS.**

¿Preciso, siendo esta vuestra?  
Mal disculparos conmigo  
Podreis: agravio me hicisteis.

**ROQUE.**

Yo juraré que no hizo,  
Porque no se habia de entrar  
En casa de un suegro rico  
Un yerno á pié, sin camisas,  
Cartas, letras y vestidos.

**DON FERNANDO.**

No le oigais, que este es un loco.  
Dirá dos mil desatinos,

**ROQUE.**

Si diré; pero tendré  
Mucha ocasion de decirlos.

**DON LUIS.**

Pues ¿qué es esto de camisas  
Y cartas?

**ROQUE.**

¿Pues no venimos  
En ocasion, que á dos damas.  
Sacamos de dos peligros...?  
Pero tales eran ellas,  
¡Oh puercas, fuego de Cristo!  
Y aunque vencimos, con todo,  
¿El bagaje no perdimos  
En la demanda?

**DON FERNANDO.**

No, oigais,  
Señor, tan grandes delirios.

**DOÑA BEATRIZ.**

Bien me entra aqueste criado.  
(Ap. ¿Si supiera que yo he sido!)

**DON LUIS.**

Ahora bien, si habeis de ir  
De esa casa á despediros,  
Mirad que á comer espero.

**DON FERNANDO.**

Volveré al instante mismo.  
(Ap. ¿Hay hombre mas venturoso  
Que yo?)

**DOÑA BEATRIZ.** (Ap.)

¿Hay mujer, ni la ha habido,  
Mas felice?

**DON FERNANDO.** (Ap.)

¿Qué hermosura!

**DOÑA BEATRIZ.** (Ap.)

¿Qué tal!

**DON FERNANDO.** (Ap.)

¿Qué ingenio y brio!

**ROQUE.** (Ap.)

¿Que sisa tan mal lograda!  
Perdí todo el caudal mio.

**DON FERNANDO.** (Ap.)

¡Albricias, cielos! Beatriz  
Es de amor hermoso hechizo.

**DOÑA BEATRIZ.** (Ap.)

¡Cielo, albricias! Don Fernando  
Es a quien el alma rindo. (Vase.)

Sala en casa de Doña Elvira.

**ESCENA XIII.**

**DOÑA ELVIRA, DOÑA LEONOR, con manto.**

**DOÑA ELVIRA.**

Dime, Leonor, la ocasion  
Con que hoy á verme has venido,  
Que parece que has traído  
Alguna grave pasion.

**DOÑA LEONOR.**

Yo vengo á saber quien es  
Aquella gallarda dama  
Tu amiga.

**DOÑA ELVIRA.**

Beatriz se llama  
De Ayala. ¿Qué tienes pues  
Con ella?

**DOÑA LEONOR.** (Ap.)

¿Qué escucho? ¡Ay Dios!

**DOÑA ELVIRA.**

Don Luis de Ayala...

**DOÑA LEONOR.** (Ap.)

¿Hay fortuna

Tal?

**DOÑA ELVIRA.**

Su padre es.

**DOÑA LEONOR.**

(Ap. Truje una

Ocasion, y ya son dos.)  
Eso sabido, me di,  
¿Cómo anoche no volviste  
A mi casa, y te veniste  
A la tuya, sin que alli  
Te vistieses?

**DOÑA ELVIRA.**

Como fué

Un suceso bien extraño,  
Ocasionado á un gran daño

**DOÑA LEONOR.**

Pnes ¿qué hubo?

**DOÑA ELVIRA.**

Ya te conté

Cómo aquella amiga mia  
De mi casa me sacó,  
Y cuán á mi pesar yo  
Ayer con ella salía.  
Fuimos, como viste, pues  
A tu casa: alli dejamos  
Los vestidos y tomamos  
Otros. Llegamos despues  
Al campo; y un caballero  
Su amante, á quien iba á hablar,  
Quiso apenas entablar  
Sus quejas, cuando al primero  
Discurso llegó celoso  
Otro. Sacaron la espada,  
Y yo entonces desmayada  
A un lance tan peligroso,  
Caí en tierra. Desde alli  
En un coche me trajeron  
Gentes que me conocieron,  
Y por eso no volví.

DOÑA LEONOR.

Pues sabe, Elvira, que aquella  
Dama amiga tuya (¡ay Dios!),  
No solo tiene esos dos  
Caballeros, que por ella  
Allá en el campo riñeron;  
Pero tiene otro, que es quien  
Riñó con ella también  
En mi casa: tales fueron  
Sus engaños.

DOÑA ELVIRA

¡En tu casa!

DOÑA LEONOR.

Esa es la rabia que tengo,  
Y en lo que yo á hablarte vengo.

DOÑA ELVIRA.

Pues ¿cómo?

DOÑA LEONOR.

Oye lo que pasa.

Yo, Elvira amiga, he querido,  
(Mal dije, he querido) quiero  
A un gallardo caballero,  
De quien, habiendo tenido  
Celos, anoche (¡ay de mí!)  
Supe que esa dama era  
Su dama.

DOÑA ELVIRA.

¿De qué manera

Lo averiguaste?

DOÑA LEONOR.

Oye.

DOÑA ELVIRA.

Di.

DOÑA LEONOR.

Díjole que anoche fuese  
A verme, y á tiempo entró  
Que esa tu amiga llegó,  
Para que se deshiciera  
El truco de los vestidos.  
Oyó desde el corredor  
Coche, pasos y rumor,  
Que encendieron los sentidos  
De mi amante en viva llama,  
Soplada mal de los celos.  
Yo, por quietar sus recelos,  
Dije como era una dama  
La que á mi casa venía,  
Y el suceso le conté.  
No satisfecho de que  
Verdad aquello sería,  
Quiso verla. Llegó pues  
A la cuadra, cuando al verla,  
Tanto sintió el conocerla,  
Sin ver que yo estaba allí,  
Desatinado y furioso  
Hizo extremos de celoso.

DOÑA ELVIRA

¿Delante, Leonor, de tí?

DOÑA LEONOR.

Tan rabioso, que no dudo  
Que allí la diera la muerte.  
Yo le detuve de suerte  
Que ella, en fin, escapar pudo.  
Con esto me traen á hablarte  
Dos causas: una, saber  
Quién es aquesta mujer:  
Ya lo sé; la otra, rogarte  
Que pases las dos amigas,  
A la mira, Elvira, estés  
De su amor, porque despues  
Cuanto pasare me digas.

DOÑA ELVIRA.

Yo, Leonor, procuraré  
Saber desde aquí adelante  
Cuanto á Beatriz con su amante

Pase; pero no podré  
Cuidadosa y advertida  
Hablar con ella despues,  
Si de quien el galán es  
No me doy por entendida.

DOÑA LEONOR.

Don Juan de Leyva se llama.  
Tú no le conocerás,  
Porque habrá un año no mas  
Que vino aquí.

DOÑA ELVIRA.

Que es su dama  
Beatriz, que tú estás celosa  
Della me basta saber,  
Para lo que yo he de hacer.

DOÑA LEONOR.

Débate yo, Elvira hermosa,  
Saber eu qué estado está  
Este amor.

DOÑA ELVIRA.

Digo que haré  
Mil diligencias, porqué  
Es empeño propio ya.

DOÑA LEONOR.

Pues la palabra me das  
De lo que por mí has de hacer,  
Quiero á Doña Elena ver,  
Tu tía.

DOÑA ELVIRA.

Muy bien harás,  
Que sabe que estás aquí.

DOÑA LEONOR.

¿No entras?

DOÑA ELVIRA.

(Ap. ¿Hay quien mi mal crea?)  
Para que mas breve sea  
La visita, entra sin mí.

DOÑA LEONOR.

A mí tambien me ha importado,  
Porque tengo un huésped.

DOÑA ELVIRA.

¿Quién?

DOÑA LEONOR.

Cierto primo, que es tambien  
En todo esto interesado. (Vase.)

DOÑA ELVIRA.

Yo lo soy en que el dolor  
Reviente, en voces deshecho.  
Esto que me aflige el pecho,  
No es posible que sea amor;  
Celos sí, pues (¡dura estrella!)  
Esa pasión, que infeliz  
Tiene Leonor con Beatriz,  
Tengo yo con Beatriz y ella.

## ESCENA XIII.

DON JUAN, EL CAPITAN. — DOÑA ELVIRA.

DON JUAN.

Pues ya de mí se retira  
El cuidado del honor,  
Y no está en casa Leonor,  
Sepamos de Doña Elvira  
Con la ocasion de saber  
En qué el desmayo paró  
Con que la trujisteis. No  
Hay, Capitan, que temer  
El entrar en cortesía  
A verla.

CAPITAN.

Mucho me espanto,  
Don Juan, que no sepáis cuánto  
Es de temer una tía.

DON JUAN.

Entrad, y de mis descos  
Entienda ella las porfias.

CAPITAN.

Voy. ¡Vágame Matatías,  
Padre de los Macabeos!  
Pero esperad, que aquí Elvira  
En esta cuadra se ve  
Primera.

DON JUAN.

Yo llegaré  
A hablarla, pues no se mira  
Aquí nadie.—Elvira hermosa,  
Tanto ha sido el sentimiento  
De tu desmayo, que atento  
A tu salud, no reposa  
Mi deseo, hasta saber,  
Entrando aquí, cómo estás.

DOÑA ELVIRA.

Traidor, no me digas mas;  
Que hombre que pudo tener  
Anoche, cuando sin vida  
Me trujo aquí desmayada,  
La pasión tan desahogada,  
La pena tan divertida,  
Que le quedó gusto (¡ay cielos!)  
Para ver á su Leonor,  
Donde buscando un favor,  
Tropezó con otros celos,  
No me hará creer ahora  
Que aquí á venir le ha obligado  
De mi salud el cuidado.

CAPITAN. (Ap.)

¡Vive Dios, que nada ignora!

DON JUAN. (Ap.)

¿Hay hombre mas infeliz?

DOÑA ELVIRA.

Di, ¿á qué has venido, traidor?  
¿A dar disculpa á Leonor  
De los celos de Beatriz?

DON JUAN.

Escucha, Elvira, sabrás...

DOÑA ELVIRA.

¿Qué he de escuchar ni saber,  
Si esto he llegado á entender?

DON JUAN.

El grande engaño en que estás.  
¿Tú sabes quién es aquesta  
Beatriz que has nombrado?

DOÑA ELVIRA.

Sé

Que es una beata que  
Grande clausura profesa;  
Pues para ir conmigo ayer  
Grandes escrúpulos hizo,  
Y nada la satisfizo  
De mi amante proceder;  
Siendo así, que fué celosa  
A averiguar nuestro amor,  
Y luego en cas de Leonor  
La halló tu pena amorosa.

DON JUAN.

Aunque aquí mi voluntad  
Sentir, Elvira, debiera  
Ese enojo, es de manera  
El gusto de esa verdad,  
Que antes que llegue del daño  
La queja á satisfacer,  
Te tengo de agradecer  
Tan felice desengaño,  
Porque Beatriz es...

DOÑA ELVIRA.

No quiero

Escucharte.



DON JUAN.

Elvira, mira.

DOÑA ELVIRA.

Ya sé que será mentira  
Cuanto digas: tarde espero  
Satisfacerme de aquestas  
Quejas. No hables, vete presto.

DON JUAN.

Yo he de hablar.

DOÑA ELVIRA.

Yo no oir.

**ESCENA XIV.**

DOÑA LEONOR — DON JUAN, DOÑA  
— ELVIRA, EL CAPITAN.

DOÑA LEONOR.

¿Qué es esto?

CAPITAN. (Ap.)

Cayóse la casa á cuestras.  
¿Esto estaba acá escondido?

DOÑA ELVIRA.

(Ap. ¿Cómo pudiera ¡ay de mí!)  
Desvelar ahora que aquí  
Por mí Don Juan ha venido?)  
Pues ¿qué ha de ser, sino que  
Te viene ese hombre á buscar,  
Y porfia que ha de entrar  
En mi casa?

DOÑA LEONOR.

¿Tanta fué,

Don Juan, vuestra demasia,  
Que de atrevimiento llena,  
Dais voces en casa ajena?  
¿Pues no bastaba en la mía?  
Lo que anoche sucedió  
En ella, bien excusaros  
Pudo de buscarme, y daros  
Desengaños de que yo  
En mi vida os he de oír,  
Ni os he de hablar, ni he de ver,  
Y así pudierais tener  
Bien excusado el venir  
Buscándome, y pues que vos,  
Siguiendo á otra me dejais,  
Ni me busqueis, ni sigais. —  
Detenle, Elvira, por Dios. (Ap. á ella.)

CAPITAN. (Ap.)

Aun queda la duda en pié.

ELVIRA.

(Ap. á Doña Leonor, que se va.)

Si haré, yo le detendré. (A Don Juan.)  
¿Veis cuán declarada está  
La traición de vuestra fe?  
Leonor se queja de vos,  
Y si ella en tales desvelos  
Siente tener unos celos,  
¿Qué haré yo, Don Juan, con dos?  
Ni me habéis, ni me veáis,  
Ni estos umbrales piseis,  
Ni á mis balcones mireis,  
Ni disculpas me escribais,  
Porque siempre habeis de ballarme  
Con la razón que hoy me ofendo. (Vase.)

**ESCENA XV.**

DON JUAN, EL CAPITAN.

CAPITAN.

«Ni preguntes en qué entiendo,  
Ni quién viene á visitarme.»  
Se le olvidó

DON JUAN.

¿Habrá paciencia

Para tanta confusión?

¿Qué haré?

CAPITAN.

Amar por elección  
Una, otra por conveniencia.

DON JUAN.

¿Ahora os burláis, cuando veis  
Lo que sucediendo está  
Por mí desde ayer acá?

CAPITAN.

¿Pues no, Don Juan? Qué ¿queréis  
Que yo me aflija por eso?  
Aflijase el que está herido.  
En fin, dél no hemos sabido.

DON JUAN.

¿Que os acordeis de suceso,  
Sino el que agora ha pasado?

CAPITAN.

Pues en lo que os importó  
Mas, Don Juan, siempre, quedó  
Vuestro honor asegurado.  
Que es en cuanto á vuestra hermana,  
No os dé lo demás desvelos;  
Que damas que piden celos,  
Darán favores mañana. (Vanse.)

Sala en casa de Doña Leonor.

**ESCENA XVI.**

DON FERNANDO, DOÑA LEONOR.

DON FERNANDO.

No te sabré encarecer,  
Sin que toque en grosería  
Que delante de una dama,  
De otra alabanzas se digan,  
Cuánto estoy desvanecido,  
Leonor bella, prima mía,  
De haber ya visto á mi esposa;  
Porque es una docta cifra,  
Donde la naturaleza  
Redujo á copia sucinta  
De su estudio los designios,  
Y de su pincel las líneas.  
¿Qué beldad! ¿Qué entendimiento!

DOÑA LEONOR.

Mucho siento que me digas  
Apasionadas finezas  
Desa beldad peregrina;  
Porque no fuera quien soy,  
Ni tu ilustre sangre antigua  
Generosamente noble  
Ardiera en las venas mías,  
Fernando si te callara,  
Viendo que tu honor peligraba,  
Que no es Beatriz tan perfecta  
Como tú ahora la pintas;  
Pues no hay perfecta hermosura,  
Si bien el alma examinas,  
Donde perfecta virtud  
Falta, y...

DON FERNANDO.

Calla, no prosigas;  
Que si hoy, Leonor, ignorabas  
Quién era Beatriz divina,  
Desde una hora acá no puedes  
Saber, si no es de la envidia,  
Tan maliciosas sospechas,  
Tan sospechosas malicias.

DOÑA LEONOR.

Desde una hora acá he podido  
Saber lo que no sabía;

Y Beatriz de Ayala, que es  
De Don Luis de Ayala hija  
A ser quien es ha acudido  
Tan mal, que yo, que yo misma  
Testigo, sin conocerla,  
He sido de alguna indigna  
Acción, para ser tu esposa,  
Y basta que esto te diga.  
Sino quisieres creerlo,  
Esta es obligación mía:  
Tú sabrás cuál es la tuya;  
Y ántes que te cases, mira  
Lo que haces, y no me apures  
A que mas señas repito,  
Porque te enviaré á Don Juan  
De Leyva, que te lo diga. (Vase.)

**ESCENA XVII.**

DON FERNANDO.

¿Habrá rayo mas violento,  
Ponzoña habrá mas impía,  
Mas riguroso puñal,  
Pistola mas vengativa  
Que una palabra? No, que es  
Rayo que centellas vibra,  
Ponzoña que asombros vierte,  
Puñal que el alieno quita,  
Pistola que escupe horrores.  
Leonor ¡ay Dios! no diría  
Lo que no supiese, no,  
Fuera que en cosas tan vivas  
No es necesario que sea.  
Pues que basta que se diga.  
¿Oh nunca viera á Beatriz,  
Nunca su beldad divina  
Se hubiera tanto lugar  
Hecho en mí! Mas si venía  
Con nombre de dueño, ¿quién  
Se resistía á su vista?  
¿Oh nunca á Don Luis hablara,  
Ni supiera mi venida!  
Llegárame el desengaño  
A tiempo; mas no sería,  
No, si á tiempo me llegara,  
Desengaño, sino dicha.  
¿Qué mal de uno de dos daños,  
Hoy mi pundonor se libra!  
O casarme con sospechas,  
Cosa á quien soy tan indigna,  
O haber de decirle yo  
A Don Luis ¡rara osadía!  
Que no me quiero casar,  
Ni me está bien, con su hija.  
Uno y otro es imposible.  
Pues medio el ingenio finja  
Para que lo uno no haga,  
Para que lo otro no diga,  
¿Cuál será?

**ESCENA XVIII.**

ROQUE. — DON FERNANDO.

ROQUE.

Señor, ¿agora  
En suspension tan prolíja  
Estás? ¿Sabes que tu suegro  
Te espera con la comida?

DON FERNANDO.

Solo sé, Roque, que soy  
Desdichado.

ROQUE.

¿Qué desdicha  
Te ha sucedido?

DON FERNANDO.

No sé.  
Pero luego, muy aprisa,  
Vuelve a poner las maletas.

ROQUE.

Pondré la tuya; la mía  
¿Cómo la pondré? que no  
Se pone lo que se quita.

DON FERNANDO.

Pues pon la mía; que solo  
El tiempo en que me despida  
De Don Luis, tengo de estar  
En Madrid.

ROQUE.

Pues...

DON FERNANDO.

Nada digas.

ROQUE.

¿No te pareció Beatriz  
hermosa?

DON FERNANDO.

¿Qué me replicas?

ROQUE.

No replico, sino alabo,  
Que vive Dios que es muy linda.

DON FERNANDO.

Es verdad; mas yo he de irme.

ROQUE.

Vamos.

—

Calle.

**ESCENA XIX.**

DON FERNANDO, ROQUE.

ROQUE.

Pero, señor, mira  
Que ahora vamos por la calle.  
No vayas con tanta prisa;  
Que echan de ver los que pasan,  
Que'negros umbrales pisas.  
Vé despacio.

DON FERNANDO.

¿Cómo puedo,

Que no es mi voluntad mía? (Vanse.)

Sala en casa de Don Luis.

**ESCENA XX.**

DON LUIS, DOÑA BEATRIZ Y JUANA,  
por una puerta. — DON FERNANDO  
Y ROQUE, por otra.

DON LUIS.

Ya os acusaba, Fernando,  
Mi amistad la rebeldía.  
¿Cómo habeis tardado tanto?

DON FERNANDO.

Aun ahora no querría,  
Señor, haber vuelto á veros,  
Porque por mí no se diga  
Que del día del pesar  
Es vispera la alegría.

DON LUIS.

Pues ¿qué ha sucedido?

DOÑA BEATRIZ. (Ap.)

Ya

Su daño el alma adivina.

DON FERNANDO.

De un pariente me alcanzó  
Un propio, con quien me avisa  
Que está acabando mi padre  
De un accidente, y que asista  
Es fuerza á vida y hacienda;  
Y así habré hoy á toda prisa  
De volverme á Barcelona.

DON LUIS.

Del señor Don Juan la vida  
Mucho importa; pero ya  
A violencia tan impía  
Tarde llegaréis; y en cuanto  
A la hacienda, no peligra,  
Veinte días mas ó ménos.  
Y así, mi voto sería  
Que espereis segundo aviso,  
Y entre tanto...

DOÑA BEATRIZ. (Ap.)

¿Oh suerte impla!

DON LUIS.

Os desposeis.

DON FERNANDO.

No, señor.

Para ausentarme, sería  
Excusado el desposarime.  
Yo volveré á toda prisa.

DON LUIS.

Si eso os parece mejor,  
Nada mi voz os replica.  
Solo os advierto que usamos,  
Don Fernando, acá en Castilla,  
Que un novio, hasta que se case,  
Dentro de casa no viva. —  
Vén, Beatriz, yuada desto (Ap. á ella)  
A Don Juan tu hermano digas,  
Porque de otra suerte no  
Lo tomen sus bizarrías. (Vase.)

DOÑA BEATRIZ

En fin, ¿os vais?

DON FERNANDO.

Sí, señora.

DOÑA BEATRIZ.

¿Qué os obliga?

DON FERNANDO.

Esto me obliga

DOÑA BEATRIZ.

¿No mas?

DON FERNANDO.

No sé.

DOÑA BEATRIZ.

Pues no os vais,

Si no lo sabeis.

DON FERNANDO.

Sería

Por saberlo.

DOÑA BEATRIZ.

Quizá no.

DON FERNANDO.

Todos hablamos enigmas.  
Yo he de irme.

DOÑA BEATRIZ.

Idos con Dios.

(Vanse Don Fernando y Roque.)

**ESCENA XXI.**

DOÑA BEATRIZ, JUANA.

DOÑA BEATRIZ.

Desagradóme mi vista.  
¿Aquí de mi presuncion,  
Y de la vanidad mía!  
¿Hombre que me vió se ausenta? —  
Juana, en tanto que yo escriba  
Dos papeles, ponte el manto. —  
Disfrazar sabré mi firma  
Y letra de dos maneras. —  
Y envuélveme seis camisas  
De las que están para él hechas,

En una tohalla muy limpia.  
Lláname á Ginés.

JUANA.

¿Qué intentas?

DOÑA BEATRIZ.

Desagraviar, Juana mía,  
La opinion de mi hermosura,  
Obligando á quien me olvida  
A que se muera de amor.

JUANA.

¿Cómo?

DOÑA BEATRIZ.

El suceso lo diga. (Vanse.)

Calle.

**ESCENA XXII.**

DON FERNANDO, ROQUE.

ROQUE.

Señor, ¿qué propio es aqueste  
Que nos ha venido en cifra?

DON FERNANDO.

No has menester tú saberlo.

ROQUE.

¿Oh bien haya la poesia  
Cómica, que á los criados  
Nada calla! Pero mira,  
Que nos vamos sin comer,  
Y que en casa de tu prima  
Ya habrán comido.

DON FERNANDO.

¿Qué importa

ROQUE.

Ser lo del perro de Olias,  
Que por hallarse en dos hodas,  
Fué á Cabañas con gran prisa,  
Y en llegando habian comido,  
Y volviéndose á su villa,  
Habian comido tambien.  
Comamos pues.

DON FERNANDO.

¿Qué porfia

Tan de hombre hajo!

ROQUE.

Los reyes

Son altos y comen.

DON FERNANDO.

¡tra

De honrados celos, no tanto  
Me atormentes ni me allijas!  
A tiempo has llegado: pues  
Te obedezco, ¿qué porfias?  
Ya voy huyendo: ¿qué quieres  
De un alma que tan rendida  
Al torpe altar de tu bulto,  
Su esperanza sacrifica?

**ESCENA XXIII.**

Por un lado, un ESCUDERO, con un  
papel, y por otro, JUANA, con un  
azafate cubierto y un papel. — Di-  
chos.

ESCUDERO.

Caballero...

DON FERNANDO.

¿Qué mandais?

ESCUDERO.

Aparte hablaros querria.

JUANA.

Hidalgo.



ROQUE.

¿Es á mi?

JUANA.

Sí, a vos.

ROQUE.

Pues ¿qué mandais, reina mía?

ESCUDERO.

Tomad este, y la respuesta  
Es lo que en él se os avisa.

JUANA.

A vuestro amo este papel  
Dad, y aquesta niñería.

DON FERNANDO.

¿Cuyo es el papel?

ESCUDERO.

No sé.

ROQUE.

Pues ¿quién es la que lo envía?

JUANA.

El papel lo dirá.

ESCUDERO.

Nada

Pregunteis.

JUANA.

Nadie me siga.

(Vase muy apriesa.)

#### ESCENA XXIV.

DON FERNANDO, ROQUE.

ROQUE.

Hay semejante novela!

DON FERNANDO.

¿Qué es esto, Roque?

ROQUE.

Un enigma.

Aqueste papel me han dado,  
Y en esta bandeja india  
Para ti no sé qué albaja.

DON FERNANDO.

Y aquí otro papel me envían  
De otra parte, y yo no sé  
Que haya en Madrid quien me escriba.  
Este leo. (Lee.) *Los deseos  
De un alma que agradecida  
Se reconoce, manana  
Os ruegan que vais á misa  
A la Merced. Dios os guarde.—  
La Dama de la Justicia.*

ROQUE.

¡Ay, señor! ¡Ya sé lo que es  
Lo que aquesta solicita?

DON FERNANDO.

¿Qué es?

ROQUE.

Como te vió sacar  
Doblones en la bolsilla,  
Está muy enamorada.  
Siempre vi yo que debía  
De ser aquella mujer  
De guisa baja. Ahora mira  
Esotro papel, que pienso,  
Que es de mujer de alta guisa.

DON FERNANDO.

(Lee.) *Ya que anoche no quisisteis  
Tomar una joya mía,  
La falta de la maleta  
Suplan ahora esas camisas,  
En tanto que se hacen otras,  
Y doy lugar á la vista.—  
La Dama de los Cien-vinos.*

ROQUE.

Siempre vi yo que sería  
Aquella grande señora;  
Que esa es una gran familia.  
Mas ¿sabes lo que imagino?  
Que viene errada esa firma  
La Dama de la Piedad  
Es lo que decir debía,  
Pues que se firma la otra  
La Dama de la Justicia.  
Pero aun bien, que ese regalo  
Para mí es.

DON FERNANDO.

¿De qué lo indicias?

ROQUE.

La falta de la maleta  
Dice que supla, y lo envía  
A ese fin; luego á mi viene,  
Pues en aquesta obra pia,  
No hay que suplir en la tuya,  
Y hay que suplir en la mía.

DON FERNANDO.

¿Quién vió mas raro suceso?

ROQUE.

Y ¿qué es lo que determinas?

DON FERNANDO.

No sé, que son muchas cosas  
Las que hoy me pasan. Camina  
A casa: salgamos hoy  
De pesares y desdichas,  
De disgustos y lisonjas,  
De agravios y de caricias,  
Pensando qué hemos de hacer  
Mañana; pues en la enigma  
De mi fortuna no hay  
Mas consuelo ni mas dicha,  
Que pensar que á bien ó mal,  
*Mañana será otro día.*

### JORNADA TERCERA.

Calle.

#### ESCENA PRIMERA.

DOÑA BEATRIZ, JUANA é INES, con  
mantos.

JUANA.

¿No me dirás, qué es, señora,  
Tu pensamiento?

DOÑA BEATRIZ.

Sí haré,

Aunque él es tal que hay muy poco;  
Juana, que decir en él.  
Con Don Fernando Cardona  
(¡Ay Dios!) me capitulé  
Por poderes, ya lo sabes,  
En su ausencia. Vino pues  
A Madrid en ocasión  
Que pudo una y otra vez  
Darme y quitarme la vida...  
Mas esto sabes tambien:  
Vamos acertando lances.  
Vióme y hablóme: y aunque  
Al principio se mostró  
Galante, fino y cortés,  
Volvió de un instante á otro  
Mudado, dando á entender  
Que le importaba volverse  
A su tierra. No dudé  
Que podría ser verdad  
La causa que dió, si bien  
Ni propio ni carta vimos.  
Toda aquella prisa, pues,  
Pudo en mi padre y en mi

(Viendo que no queria hacer  
El desposorio) engendrar  
Claros sospechas de que  
Mi persona, Juana, no  
Le habia parecido bien.  
A esta primera malicia  
Yo añadí la de temer  
Si es que le han dicho de mí,  
O lo ha sospechado él,  
Que fui la que socorrió;  
Y en estas dos cosas es  
Fuerza estar interesados  
O mi honor ó mi altivez.  
Si por sospechas me deja,  
Que de mí llegó á tener,  
En que fui la que libró,  
Conviene á mi honor que dé  
Tiempo en que pueda su engaño  
Llegarse á satisfacer  
De la verdad; que no ha de irse  
Con sospecha tan cruel.  
Si de mí desagrado  
Se va, conviene tambien  
A mi vanidad hacerle  
Que á mi amor rendido esté;  
Y para lo uno y lo otro  
Me ha importado suspender  
Su partida; y ya no quiero  
Llegarme, Juana, á valer  
De otra razon, sino solo  
De que agradecida dél,  
He pasado á enamorada,  
Y le quiero detener,  
Por ver si puede un engaño  
Lo que no puede una fe.  
Tres cosas hay que á los hombres  
Enamoran: esto es,  
La hermosura, ó el ingenio,  
O el alto empleo; porqué  
La hermosura rinde al gusto,  
La alma al ingenio, y despues  
Lo ilustre á la vanidad:  
Y así, desde hoy he de ser  
Quien soy dentro de mi casa,  
Procurando disponer  
Que me vuelva á ver en ella;  
Tapada, como me ves,  
En la calle una entendida,  
Que con arte bachiller  
Le divierta; y en fin, una  
Grande señora despues  
De noche, con una traza  
Que he de dar, porque ya que  
Mi hermosura no le agrade,  
Mi ingenio lo pueda hacer  
A su vanidad; y así,  
He de doblar mi papel  
Con esta farsa de amor,  
Siendo una, y haciendo tres.

JUANA.

¿Cómo puede durar eso?

DOÑA BEATRIZ.

Como dure hasta saber  
Yo en que topa el irse, basta.

JUANA.

Pues ya viene hácia aquí él,  
Que es donde tú le dijiste.

DOÑA BEATRIZ.

Pues retírate tú, Ines,  
Y estando hablando conmigo,  
Llega á darle ese papel. (Vase Ines)

#### ESCENA II.

DON FERNANDO, ROQUE.—DOÑA  
BEATRIZ, JUANA.

ROQUE.

En fin, ¿que nuestra partida  
Se suspendió?

DON FERNANDO.

Por saber

Quién es, Roque, aquella dama  
Que me busca, y para qué,  
La he dilatado por hoy.

ROQUE.

Ya me he dicho yo quién es,  
Y para lo que te busca.

DON FERNANDO.

¿Tú?

ROQUE.

¿Pues no te dije ayer  
Que es una pataratera,  
Que se enamoró por ver  
Que eres hombre de bolsillo?

DON FERNANDO.

¿Que siempre en la tema estés  
De ese humor?

ROQUE.

¿Quieres ver cuánto  
Lo estoy? El alma pondré  
Que eran fingidas aquellas  
Cuchilladas de antiyer,  
Por agarrar mi maleta,  
Y que está ya en su poder.  
Y aquesto aparte dejado,  
Si nuestro sugro nos ve,  
¿Qué le hemos de decir?

DON FERNANDO.

¿Luego

Nos ha de topar?

DOÑA BEATRIZ.

Ce, ce,

Caballero...

ROQUE.

Con G llaman,  
Grande amiga de la D,  
Que siempre vivieron juntas.

DON FERNANDO.

Puntual vengo á saber  
En qué os sirvo; que no dudo  
Ser, pues llamado me habeis  
Vos, la que venir aquí  
Me ha mandado.

DOÑA BEATRIZ.

Ciertos es

Ser yo la que os suplicó  
Vinierais aquí, porque  
De vos muy agradecida,  
Quisiera satisfacer  
En parte la obligacion.  
Y el mejor estilo fué  
Del acabar de pagar,  
Empezar á agradecer.

DON FERNANDO.

En obligacion ninguna  
Me estais, y así no me deis  
Gracias; que no hice por vos  
Ninguna fineza, pues  
No os conocí: por mí mismo  
Hice lo que hice.

DOÑA BEATRIZ.

Ya sé

Que quien por sí obra, no obliga,  
Porque es premio el obrar bien  
Del valor; pero no dudo  
Tampoco que si despues  
Aquel obrar bien resulta  
En mi provecho, ya es  
Mía la denda; y así,  
Cuando vos por vos obreis,  
Y no por mí, á mí por mí,  
Y no por vos, hoy tambien  
Conocida y obligada,  
Obrar me toca: con que

Vos por vos, y yo por mí,  
Quedaremos todos bien.

ROQUE.

Y pregunto, reina mía,  
¿Es muy discreta vusted?

JUANA.

Y vuesa merced, pregunto,  
¿Es muy valiente, mi rey?

ROQUE.

¿Por qué lo dice?

JUANA.

Lo digo

Porque si es querer saber  
Si soy discreta al mirar  
Cuanto mi ama lo es,  
Al ver yo cuanto es valiente  
Su amo, pregunto tambien  
Si lo es uced.

ROQUE.

¿No me viste

En la ocasion?

JUANA.

Sí, correr.

ROQUE.

Distingo: ¿atras, ó adelante?

DOÑA BEATRIZ.

A esto me obligó el saber  
Quién sois, ¿Y á qué habeis venido  
A Madrid?

DON FERNANDO.

Yo os lo diré.

Don Fernando de Cardona  
Soy, un caballero.

DOÑA BEATRIZ.

Bien

El apellido lo dice.

DON FERNANDO.

A lo que aquí vine, fue  
A una pretension, y apenas  
Con ella á Madrid llegué,  
Cuando volverme ha importado.

DOÑA BEATRIZ.

¿Tan presto! Novedad es;  
Que suele estar muy despacio  
El que viene á pretender.

DON FERNANDO.

Ese es el que á conseguir  
Espera; pero yo hallé  
El desengaño tan presto,  
Que no he de esperar.

DOÑA BEATRIZ.

¿Por qué?

DON FERNANDO.

Porque he sabido que hay  
Otro pretendiente, á quien  
Favorece mas la dicha.

DOÑA BEATRIZ.

¿Visteislo vos?

DON FERNANDO.

Lo escuché  
De alguno que no me miente.

DOÑA BEATRIZ.

Pues no así desconfiéis;  
Que hay desengaños que son  
Engaños, y puede ser  
Que el desengaño os engañe;  
Que aun aquello que se ve,  
Cuanto y mas lo que se oye,  
Nos suele mentir tal vez.

DON FERNANDO.

Lo que se ve, ¿mentir puede?

DOÑA BEATRIZ.

SI

DON FERNANDO.

¿De qué suerte?

DOÑA BEATRIZ.

Atended.

Nada á nuestra vista ha sido  
Mas claro que el agua bella,  
Siendo así que dentro della  
La claridad ha mentido.  
Muchos ejemplos ha habido:  
Baste un remo, el mas igual  
De corvo nos da señal,  
Como en su esfera se bañe:  
¿Qué habrá que no nos engañe,  
Si nos engaña un cristal?  
Nada más distintamente  
Se ve que la luz del sol,  
Siendo así que su arrebol  
Con cada viso nos miente.  
En púrpura es diferente  
Que en nieve, y pues á portía  
Varios reflejos envia  
En que su color se extrañe;  
¿Qué habrá que no nos engañe,  
Si engaña la luz del día?  
Nada se deja ver mas  
Que ese azul cielo que ves,  
Siendo así que cielo no es,  
Sino un objeto no mas  
De la vista, á quien jamas  
Su color halló el desvelo:  
Pues si á ese claro azul velo  
No hay verdad que le acompañe,  
¿Qué habrá que no nos engañe,  
Engañándonos el ciclo?  
Y así si informado mal  
Estáis, ántes que se crea  
El aviso, ejemplo sea  
El ciclo, el sol y el cristal.  
Tocad de apariencia igual  
La verdad; que si hoy impía,  
En hacer creer portía,  
Como hoy la desecheis,  
Para que os desengañéis  
Mañana será otro día.

DON FERNANDO.

Si supierais la ocasion  
Que tiene para temer  
Mi desconfianza, no  
Me aconsejarais; mas bien...

DOÑA BEATRIZ.

Pues sirvaos de algo el consejo.

ROQUE.

Y en fin, ¿no sabremos quién  
Es esta dama?

JUANA.

No tengo

Yo licencia de hablar.

ROQUE.

Pues

Habla sin ella. ¿Qué moza  
Aguarda á que se la dén?

JUANA.

Dices bien, esta mi ama  
Es...

ROQUE.

Prosigue.

JUANA.

Una mujer

Soltera.

ROQUE.

Y llámase... ¿cómo...?

JUANA.

Doña Brianda



ROQUE.

¿De qué?

JUANA.

De Bentivolli.

ROQUE.

¿Qué escucho!

Vuelve á decirlo otra vez,  
Que es tan extraño apellido,  
Que no le he entendido bien.

JUANA.

De Bentivolli.

ROQUE.

Mil dias

De estudio habré menester.

¿Dónde vive?

JUANA.

A Leganitos.

DON FERNANDO.

¿No saliré yo si tal vez  
Hay beldad donde hay ingenio,  
Y como hablais, pareceis?

DOÑA BEATRIZ.

Yo me descubriera; pero  
Si os habeis de ir, ¿para qué?

DON FERNANDO.

De suerte vuestros avisos  
Me han trocado, que no sé  
Si me iré tan presto ya.

DOÑA BEATRIZ.

Pues como ocho dias estéis  
En Madrid, sabréis quien soy.

DON FERNANDO.

Digo que los estaré,  
Como ahora os descubrais.

DOÑA BEATRIZ.

Ahora no puede ser.  
¿Son algun siglo ocho dias?

DON FERNANDO.

Ocho siglos son á quien  
Desea; pero en efecto,  
Ocho y mas esperaré.

DOÑA BEATRIZ.

¿Es aqueso asegurarme  
Para irós?

DON FERNANDO.

Vos lo vereis.

DOÑA BEATRIZ.

Dadme un fiador.

DON FERNANDO.

¿Qué fiador

Puedo dar mas que mi fe?

DOÑA BEATRIZ

En prendas esa sortija.

(*Está Roque hablando aparte con Juana, y al nombrar la sortija, vuelve aprisa.*)

ROQUE.

La voz sortija escuché,  
Si no me engaño.

DON FERNANDO.

Tomad,

Si á ella, mas que á mi, creéis.

ROQUE.

Aquí entra el tate, tate.  
Espera, no se la dés.

DOÑA BEATRIZ.

¿Es ayo vuestro, ó criado,  
Ese hidalgo?

DON FERNANDO.

Un necio es.

JUANA. (*Ap. á Doña Beatriz.*)

¿Tú pides nada?

DOÑA BEATRIZ.

Si, Juana,  
Que como voy á coger  
A su amor todos los pasos,  
Aquí por el interes  
Le prendo, y en otra parte  
Por lo liberal, porqué  
El que da ó recibe queda  
Esclavo de una mujer.

ROQUE.

¿No basta que mi mialea  
Por ella llegue á perder,  
Sino tu sortija? ¿Miren  
Qué modo de enviarnos seis  
Camisas, como la otra!

DOÑA BEATRIZ.

¿Qué otra?

DON FERNANDO.

Es loco, no escuchéis.

DOÑA BEATRIZ.

Si es loco, no le traigais  
Con vos, señor, otra vez  
Que á verme venga; que soy  
Muy enemiga de ver  
Un criado entremetido,  
Consejero y bachiller.

ROQUE.

Señora Doña Brianda...

DOÑA BEATRIZ.

¿Mi nombre has dicho, Isabel?

JUANA.

Señora...

### ESCENA III.

INES, con un papel. — DOÑA BEATRIZ, DON FERNANDO, ROQUE, JUANA.

INES.

Al cielo gracias,  
Caballero, que os hallé.  
Perdone esa mi señora,  
Y tomad ese papel.

(*Dale el papel y vase.*)

DOÑA BEATRIZ.

Pues hay otra que os escriba,  
Ya no será menester  
Que sepais mas de mí. Adios,  
Señor Don Fernando.

ROQUE.

Pues

Si son cosas acabadas,  
Volved la sortija.

DON FERNANDO.

Ved

Que es sin tiempo vuestro enojo,  
Pues quien me escribie no sé.

DOÑA BEATRIZ.

Para que lo sepais, quiero  
Dar lugar.

DON FERNANDO.

Mirad...

DOÑA BEATRIZ.

Ya es (*Mirando adentro.*)

Otra ¡ay de mí! la ocasión  
Con queirme me importa Aquel  
Caballero que allí viene  
No me llegue á conocer.  
(*Ap. ¿Qué hubiese mi hermano, cielos,*

De venir aquí! ¡Así haced  
Que no me siga, y adios.

(*Vanse las dos.*)

DON FERNANDO.

¿Quién vió mas rara mujer?

ROQUE.

En correr sortijas puede  
Apostárselas al Rey  
Y á mí, y será á Rey y Roque.

DON FERNANDO.

Fingido no puede ser;  
Que aquel hombre, de quien hoy  
Se recata, el mismo es  
De la pendencia. Procura  
De algun criado saber,  
En tanto que yo me quedo  
Si acaso la sigue á ver,  
Dél el nombre.

ROQUE.

Aquí me espera,  
Que yo, señor, lo sabré. (*Vase.*)

DON FERNANDO.

Por no perderle de vista,  
No leo aqueste papel.

### ESCENA IV.

DON JUAN, EL CAPITAN, y luego, ROQUE. — DON FERNANDO.

DON JUAN.

¿No es el forastero este,  
Decid, Capitan, por quien  
Dejé de vengar mis celos?

CAPITAN.

El mismo que llegó es  
A la pendencia.

DON JUAN.

Yo estoy  
Tal de llegar á saber  
Que ya está Don Diego bueno,  
Que porque él estorbo fué  
Para acabar de vengarme,  
Riñera agora con él.

CAPITAN.

El al lado del caído  
Se puso. Mucha merced  
Nos hizo, si bien se mira,  
De estorbar su muerte; pues  
Por no ser nada la herida,  
No nos llegamos á ver  
Agora presos ó ausentes.

DON JUAN.

Tanto he sentido perder  
Por ese lance á Leonor  
Y á Elvira, Capitan, que  
Hiciera cualquier locura.

CAPITAN.

Pues no la bagais, y atended,  
Que quien riñe sin razon  
Queda mal, aunque ande bien.  
(*Vuelve Roque.*)

ROQUE.

Por desvelar al criado,  
Por los dos le pregunté.  
El mozo es Don Juan de Leyva.

DON FERNANDO.

¿Qué dices?

ROQUE.

Digo lo que  
Me dijo. ¿De qué te admiras?

DON FERNANDO.

Don Juan de Leyva es por quien  
Yo, segun Leonor me dijo,

Dichoso dejo de ser,  
Y de quien se guarda estotra.  
¿Adónde; cielos! iré,  
Que aqueste Don Juan de Leyva  
Pesadumbre no me dé?

ROQUE.

El viejo es el capitán  
Clavijo.

DON FERNANDO.

Y es para quien  
Traigo una carta. Yo quiero  
Trabar plática con él,  
Pues es suerte hallar camino  
Uno para enochar  
Su enemigo. De un eriado

(*Llegándose al Capitán.*)

Quién sois, señor, me informé,  
Y por las señas os busco.

CAPITAN.

Pues decid, ¿qué me quereis?

DON FERNANDO.

Esta carta es para vos.

CAPITAN.

Del mayor amigo es  
Que tuve jamás.

DON FERNANDO.

Yo estimo

La mereed que á Otavio haceis,  
Que por su deudo me toca.

CAPITAN.

Dadme licencia de lér.  
(*Lee.*) «Don Fernando de Cardona va  
á esa corte á efectuar un casamiento,  
»en que ya está capitulado: sabiendo  
»que vos estáis en ella, mal hiciera en  
»no escribiros, suplicándoos que en  
»cuanto se le ofreciere le asistais con-  
»mo á deudo y amigo mio.»—  
No leo mas. En mucho estimo  
La ocasión de conocer  
Hoy vuestra persona.

DON FERNANDO.

En mí

Siempre un criado tendreis,  
Que os sirva.

DON JUAN. (*Ap.*)

¡Cielos! ¿qué escucho?

Este Don Fernando es  
De Cardona, que á casarse  
Viene con Beatriz; que bien  
Nombre y señas lo publican.  
¡Que tan enojado esté  
Mi padre, que en su venida  
Cuenta della no me dé!

¿Hay tal rigor?  
(*Repara Don Fernando en el semblante  
de Don Juan.*)

DON FERNANDO. (*Ap.*)

¡Vive Dios,

Que se ha turbado de ver  
Don Juan quién soy! Mas ¿qué mucho.  
Si amante de Beatriz es,  
Y es fuerza saberlo todo?

DON JUAN.

(*Ap.* Pero aquí hay mas que atender.  
Cuando mi padre de mí  
Caso no quisiera hacer,  
Beatriz ¿no me lo avisara?  
Lo que hay en esto veré.)  
Capitán, quedad con Dios

CAPITAN.

¿Dónde vais?

DON JUAN.

Tengo que hacer.

CAPITAN.

Esperad, iremos juntos.  
Señor Don Fernando, ved  
En qué os sirvo. mi posada  
En aquella calle es  
De Barrio-Nuevo; serviros.  
Hoy della y de mí podreis.

DON FERNANDO.

Yo os buscaré.

CAPITAN.

Dios os guarde.

(*Vanse Don Juan y el Capitán.*)

## ESCENA V.

DON FERNANDO, ROQUE.

DON FERNANDO.

¿Hay estrella mas cruel  
Que la mía?

ROQUE.

¿De qué ahora

Te lamentas?

DON FERNANDO.

Yo lo sé.

ROQUE.

¿Es de la sortija?

DON FERNANDO.

Deso

Antes vauo estoy, porque  
En toda mi vida vi  
Mas entendida mujer.  
¿Dijo la criada el nombre?

ROQUE.

Si, señor.

DON FERNANDO.

¿Y cómo es?

ROQUE.

En verdad que no haré poco.  
Señor, si me acuerdo del.  
Doña Brianda Bentivolli.

DON FERNANDO.

Extranjero el nombre es.

ROQUE.

Si, pero ella es natural.  
Mas ¿has leído el papel  
Que la otra te trajo?

DON FERNANDO.

No;

Ahora, Roque, lo léré.  
(*Lee.*) «Los empeños de ser mas de lo  
»que puedo decir, y no menos de lo que  
»podeis imaginar, me obligan á que,  
»si os atreveis a hablarme, sea con  
»todo recato. A las diez de la noche  
»estará un coche en lo bajo de la Vi-  
»toria; y porque no vengais solo, venga  
»vuestro criado con vos. Dios os guar-  
»de.»

¿Hay mas extraño sucesos  
En el mundo?

ROQUE.

¿Y qué has de hacer

Ahora, di?

DON FERNANDO.

Si el papel eutra

Por lo de si os atreveis,  
¿Cómo puedo dejar de ir?

ROQUE.

Eso yo te lo diré.  
Como dejara de ir yo,  
Que es no haciendo caso del.

DON FERNANDO.

El empleo y la ventura  
De tan principal mujer,  
Como la prevencion dice,  
No sou, Roque, de perder.

ROQUE.

Siempre vi yo que era esta  
Gran señora (el proceder  
Lo dice bien); pero estotra  
Es una picaña.

DON FERNANDO.

¿Quién,

Roque, se ha visto en el mundo  
En mas confusion?

ROQUE.

¿De qué?

DON FERNANDO.

Beatriz es la mas hermosa  
Beldad, que el sol llegó á ver:  
Su belleza es el iman  
De mis ojos; porque aunque  
Huya della, va conmigo  
Acrédora de mí fe.  
Aquesta mujer tapada,  
Por lo discreto, tambien  
Es iman de mis oídos;  
Que no ménos fuerza es  
La que dió amor al oír;  
Que la que dió amor al ver.  
Estotra que ahora me llama,  
Con la extrañeza de hacer  
Misterios, y el pensamiento  
De llegar á merecer  
Un alto empleo, me tiene  
Vano de tal suerte, que  
He de seguir la aventura.  
Pues ¿cómo, di, me saldré  
Del empeño que me ofrecen  
El pensar, oír y ver?

ROQUE.

Eso es fácil, viendo á una  
Ahora, y oyendo despues  
A otra, y otra ohedeciendo;  
Y enando las tres estén  
Conseguidas...

DON FERNANDO.

¿Qué?

ROQUE.

Apeldarlas,  
Riéndonos de las tres. (*Vanse.*)

Sala en casa de Don Luis.

## ESCENA VI.

DOÑA ELVIRA, con manto; DOÑA  
BEATRIZ, JUANA.

DOÑA BEATRIZ.

Desde el punto que te vi,  
Elvira, en mi casa entrar,  
Te vengo á notificar  
Que nada he de hacer por tí,  
Aunque hoy te valgas de mí,  
Y de mi amistad te am pares;  
Porque es justo que repares  
Que otra entrada como esta,  
En cuatro dias me cuesta  
Muchos siglos de pesares.

DOÑA ELVIRA.

Ya lo sé; por eso vengo,  
Hoy, no á valermé de tí;  
A quejarme, Beatriz, si,  
Pues tantas razones tengo.

1 Huirlas, escapar de ellas.



DOÑA BEATRIZ.

Ya para oír me prevengo  
De tantas una razón.

DOÑA ELVIRA.

¿Qué mayor que la traición  
Con que mi pecho has tratado,  
Tus celos averiguado,  
Y sabido mi pasión?  
Si á Don Juan, Beatriz, querías,  
Si de mi celosa estabas,  
¿Para qué disimulabas  
Y ir conmigo resistías?  
¿Para qué, Beatriz, fingías  
Con recato tus desvelos,  
Con decoro tus recelos,  
Si de hipócrita lo hiciste,  
Pues ya que conmigo fuiste?  
Fuiste á averiguar tus celos?  
Todo lo sabe mi amor,  
Pues aun secreto no estuvo  
El lance que después hubo  
En la casa de Leonor:  
Mira si es trato traidor  
El tuyo.

DOÑA BEATRIZ.

¿Quéjaste en vano.  
Oye, y verás cómo allano  
El fuego que en ti amor labra,  
Solo con una palabra.

DOÑA ELVIRA.

Dila.

DOÑA BEATRIZ.

Don Juan es mi hermano.  
A esta causa pretendi  
Que en el campo no me viera,  
Y después su pena fiero  
De amor no fué, de honor sí.

DOÑA ELVIRA

¿Cómo eso ha de crerse, di,  
Si otro apellido tomó,  
Y en una casa vivió  
De posadas?

DOÑA BEATRIZ.

No te asombre.  
Llamarse otro sobrenombre,  
Fué que una hacienda heredó  
Por él; y el haber estado  
Fuera desta casa, ha sido  
Que por un pleito ha vivido  
Con mi padre disgustado.  
Y en fin como él se ha criado  
En la guerra, no le agrada  
Esta sujeción cansada  
De hijo de familias.

ELVIRA.

Bien

Me has respondido; mas ¿quién  
Celoso y enamorada,  
La primera información  
Crerá? Licencia has de darme,  
Beatriz, para asegurarme.  
Y puesto que mi pasión  
Ya puede en esta ocasión  
La mitad haber vencido  
De los celos que he tenido,  
Ayúdeme tu amistad  
A vencer la otra mitad.  
Para uno y otro te pido  
Maudes á Juana me dé  
Recado aquí de escribir.  
Que me vea he de decir  
En mi casa, para que  
Me desengañe.

DOÑA BEATRIZ.

Sí haré.

Saca aquella escribanía,  
Juana.

JUANA.

¿Mejor no sería  
Entrarse á escribir allá?

DOÑA ELVIRA.

Dices bien, mejor será.  
Si es verdad la dicha mía  
De ser tu hermano, los cielos  
Harán felice mi amor;  
Que á ti temí; que Leonor  
No puede darme á mi celos.

DOÑA BEATRIZ.

Fáciles son tus recelos  
De averiguar, pues aquí  
Para que le escribas di  
Licencia: si Don Juan fuera  
Mi amante, no le escribiría  
Nadie delante de mí.

(Vase Doña Elvira.)

### ESCENA VII.

DOÑA LEONOR, con manto. — DOÑA  
BEATRIZ, JUANA.

DOÑA LEONOR. (Para sí.)

Ha andado tan poco fina  
Elvira con mi amistad,  
Que de aquella voluntad  
Que fíarla determina  
Mi dolor cuando imagina  
Averiguar sus recelos  
Por tal medio, á mis desvelos  
Ninguna cosa avisó;  
Y así cara á cara yo  
He de averiguar mis celos.  
Hablar á Beatriz intento,  
Por ver si en esta ocasión,  
Desabogada la pasión,  
Recata al entendimiento;  
Que aunque impedi el casamiento  
De Don Fernando, no fué  
Impedir yo de mí fe  
Los temores con que estoy.

DOÑA BEATRIZ.

¿Quién se entra hasta aquí?

DOÑA LEONOR.

Yo soy,

Señora Beatriz; que aunque  
La dicha no merecí  
Hasta ahora de visitaros,  
Traigo un negocio en que hablaros.  
Ya me conocéis.

DOÑA BEATRIZ.

Sí,

Porque en vuestra casa os vi,  
Donde un lance bien tirano  
Me sucedió.

DOÑA LEONOR.

Y ese, es llano  
Que aquí me obliga á venir.

DOÑA BEATRIZ. (Ap.)

¿Mas que me viene á pedir  
Otros celos de mi hermano?

DOÑA LEONOR.

Don Juan de Leyva, que fué  
El que en mi casa os halló,  
Beatriz...

DOÑA BEATRIZ. (Ap.)

¿No lo dije yo?

DOÑA LEONOR.

Es á quien yo le entregué  
Una mal pagada fe,  
A cuyo empleo feliz  
Su mudanza hizo infeliz.  
Celoso de vos (¡ay Dios!)  
Le vi, y quisiera de vos  
Saber si Don Juan...

### ESCENA VIII.

DON JUAN. — DOÑA BEATRIZ, DO-  
ÑA LEONOR, JUANA.

DON JUAN.

Beatriz,  
Quejoso vengo... Mas ¿quién  
Contigo está?

DOÑA LEONOR.

Yo, tirano...

DOÑA BEATRIZ. (Ap.)

¿Qué favorecido hermano!

DOÑA LEONOR.

Que para saber mas bien  
Las traiciones que hoy se ven  
En tu pecho, aquí he venido.  
Averiguar he querido  
Si entrabas adonde te hallo;  
Pero al ir á preguntallo,  
Tú mismo me has respondido.  
Y así, pues no tengo ya  
Que saber, yo moriré  
Callando desde hoy.

DON JUAN.

No sé

Cómo agradecer podrá  
Esta ocasión, que hoy me da  
Tu pena, Leonor, mi suerte.  
Oye, que satisfacerte  
Quiero.

DOÑA LEONOR.

¿Qué satisfacción  
Habrá, si en esta ocasión  
Llego en esta casa á verte?

DON JUAN.

Esa misma es la mas llana,  
Que puedo darte, Leonor.

DOÑA LEONOR.

¿Buscar á Beatriz, traidor!

DON JUAN.

Sí, que Beatriz es mi hermana.

DOÑA BEATRIZ.

Templad, Leonor, la tirana  
Pasión, advirtiéndome aquí  
Que todo aquello es así;  
Pues no os diera, á ser mi amante,  
Satisfacción semejante  
Don Juan, delante de mí.

DOÑA LEONOR.

¿Qué escuchó! ¡Válgame el cielo!

DOÑA BEATRIZ. (Ap.)

¡Oh, quién estorbar pudiera  
Que agora Elvira saliera!

DON JUAN.

Y porque nunca el desvelo  
Vuestro quede con recelo,  
(No digo de vuestro amor,  
Que agora hablo de mi honor)  
Sabad que si me enojé  
Con Beatriz, fué porque fué  
Con Elvira disfrazada,  
Una amiga suya, á quien  
Acompañó; y sé tambien  
Que Beatriz no está culpada;  
Que esta Elvira enamorada  
Fué de un hombre... Bien sabreis,  
Pues que vos la conocéis,  
Y yo no, todo el suceso.

## ESCENA IX.

DOÑA ELVIRA. — DICHOS.

DOÑA ELVIRA.

Señor Don Juan, ¿cómo es eso  
De que no me conocéis?  
¿Vos no sois á quien á hablar,  
De Beatriz acompañada,  
Yo fui? Decid, que ya nada  
Mi dolor ha de callar.

DOÑA LEONOR.

¿Apénas yo de un pesar  
Salgo, cuando ya me ha puesto  
Vuestro trato en otro?

DON JUAN. (Ap.)

Presto

Elvira me desmintió.

DOÑA ELVIRA.

Yo fui quien á hablar salió.

DOÑA LEONOR.

Yo soy quien...

DOÑA BEATRIZ.

Mirad...

## ESCENA X.

DON LUIS. — DICHOS.

DON LUIS.

¿Qué es esto?

¿Aquí voces? ¿Quién dirá  
Qué ocasiona este rumor?

DOÑA LEONOR.

Don Juan lo dirá, señor. (Vase.)

DOÑA ELVIRA.

Señor, Don Juan lo dirá. (Vase.)

## ESCENA XI.

DON LUIS, DOÑA BEATRIZ, DON JUAN, JUANA.

DON LUIS.

¡Buena la deshecha está!  
¿Fuera no os basta vivir  
De casa, para venir  
Hoy á alborotarla? Pues  
¿Qué es esto, Beatriz, di, qué es?

DOÑA BEATRIZ.

Yo no lo puedo decir.

DON JUAN.

A hablarte, señor, venia  
Con una queja; y aquí  
Esas mujeres tras mí  
Entraron á una porfia.

DON LUIS.

¡Buena disculpa á fe mía!  
Ruégame, Beatriz, por él  
Muy lina, constante y fiel,  
Que á casa vuelva, si vemos  
Que aun de fuera no podemos  
Averiguarnos con él.

DON JUAN.

A cuanto quieras reñir  
No he de responderte, no.  
Acaba, empezaré yo  
Mi sentimiento á decir.

DON LUIS.

Por llegar, Don Juan, á oír  
El sentimiento que tienes,  
Callaré. Dime, ¿á qué vienes?

DON JUAN.

De tí á quejarme, señor,

Pues en las cosas de honor  
No darne parte previenes.  
Está Don Fernando aquí,  
Que con Beatriz á casar  
Viene, sábelo el lugar  
Todo, ¡y negásmelo á mí!  
Si es justo, señor, me di,  
Que conozcan los de afuera  
Los disgustos...

DON LUIS.

Considera

Que Don Fernando llegó,  
Y al instante recibí  
Unas cartas, de manera  
Que á volverse le obligaron.  
Yo, á Beatriz, es cosa clara,  
Dije que te lo avisara;  
Mas como se dilataron  
Las bodas, te lo callaron  
Sus labios.

DON JUAN.

Pues, señor, no  
Don Fernando se ausentó:  
Yo le vi, en Madrid está,  
Y ese sentimiento ya  
Apurar me toca: yo  
Sabré presto la intencion  
Que en fingir eso ha tenido.  
(Ap. Perdóne lo sucedido,  
Amor, en esta ocasion,  
Que primer es la opinion.) (Vase.)

DON LUIS.

Siempre yo, Beatriz, temí  
Segunda intencion aquí;  
Y ¡plegue á Dios no proceda  
De causa por quien yo pueda  
Quejarme, Beatriz, de tí! (Vase.)

## ESCENA XII.

DOÑA BEATRIZ, JUANA.

JUANA.

Muy malo se va poniendo  
Todo esto, señora.

DOÑA BEATRIZ.

Pues

Todo esto, Juana, que ves,  
A estorbar lo que pretendo  
No basta: así te encomiendo  
Que por la puerta que había  
Condenada, que salía  
A esotra casa, pues ya  
La rompimos, y ella está  
Muchos días ha vacía,  
Tú pases á abrir la puerta  
De la calle, para que  
Cuando llegue el coche, esté,  
Como hemos tratado, abierta.  
Por la reja, cosa es cierta,  
Del patio, que sin cuidado  
Podré hablarle; y dónde ha entrado  
El nunca saber podrá,  
Puesto que el cobero va  
En esta parte avisado  
De que dé vuelta al lugar  
Primero que llegue aquí,  
Para que pierdan así  
El tino.

JUANA.

Nada dudar  
Te ha dejado tu pesar.

DOÑA BEATRIZ.

Es verdad. ¡Ay Juana mía!  
Esta amorosa porfia,  
Que hoy afligiendo me está,  
Sigámosla hoy, que quizá  
Mañana será otro día. (Vase.)

Calle.

## ESCENA XIII.

ROQUE, DON FERNANDO

DON FERNANDO.

¿Retiróse el coche?

ROQUE.

Sí.

DON FERNANDO.

¿Qué dijo el cobero?

ROQUE.

Que ambos

En este umbral embebidos  
(Que es lo mismo que menguados),  
Esperemos que nos abran...  
Las cabezas, temo harto,  
Mas la puerta dijo él:  
Y que al tiempo que salgamos,  
Si es que habemos de salir,  
Vendrá á una señal volando.

DON FERNANDO.

¿Qué calle, Roque, será  
Aquesta en que agora estamos?

ROQUE.

¿Quién ha de saber la calle,  
Si ha mas de un hora que andamos  
Antes de llegar aquí?  
¿No es harto saber el barrio?

DON FERNANDO.

¿Qué harrio es?

ROQUE.

De la Vitoria

Salimos; la calle abajo  
Fuimos primero, despues  
La calle arriba; á esta mano  
Dejamos á Anton Martín,  
A estotra á San Andres: yo hallo  
Por mi cuenta, que es la Cruz  
De Moran adonde estamos.

DON FERNANDO.

¿Qué locuras!

ROQUE.

Yo las digo,

Y tú las haces: sepamos  
¿Cuál de los dos es mas loco?

DON FERNANDO.

Pues yo, ¿qué locuras hago?

ROQUE.

Ningunas. — Roque, á casarme  
Voy. — Roque, ya no me caso.  
— Roque, al punto he de partirme.  
— Roque, por hoy no me parto.  
— ¡Qué hermosa, Roque, es Beatriz!  
— ¡Qué ingenio tan extremado  
Tiene Doña Brianda, Roque!  
— Roque, ¡oh qué empleo tan alto  
Hoy me ofrece mi fortuna! —  
Pateta no hizo otro tanto,  
Y traía capirote;  
Pero hay locos desdichados,  
Que se cae aprisa en ellos,  
Y en los dichosos despacio.

DON FERNANDO.

¿Sientes abrir esa puerta?

ROQUE.

No sienta así abrir los cascos.



ESCENA XIV.

JUANA. — DON FERNANDO, ROQUE.

JUANA.

¿Sois vos, caballero?

DON FERNANDO.

Yo

Soy el que vengo llamado...

ROQUE.

Yo traído; y por mas señas,  
Es la dama que buscamos  
La dama de los Cien-vinos

JUANA.

Entrad conmigo.

ROQUE.

Ya entramos.

Pero si es el inocente  
De los dos solo mi amo,  
¿A qué efecto, ángel, á oscuras  
Al limbo nos traes á entrambos?  
¿Siquiera un candil no hubiera  
Encendido? (Vanse.)

Sala de un cuarto desalquilado.

ESCENA XV.

DON FERNANDO y ROQUE, guiados  
por JUANA.

JUANA.

Aquí esperando  
Estad los dos, y no hagais  
Ruido, que os va en el recato  
La vida, mientras aviso  
A mi señora.

DON FERNANDO.

Aquí aguardo.

JUANA. (Ap.)

No tropezarán en nada,  
Que no hay nada en todo el cuarto. (Vase.)

ROQUE.

Señor.

DON FERNANDO.

Calla, Roque, mira  
En el peligro que estamos.

ROQUE.

Por eso quisiera hablar;  
Que es muy propio, en cualquier caso,  
Hablar mas el que mas teme.

DON FERNANDO.

¿Qué es adesso?

ROQUE.

Es mi rosario.

DON FERNANDO.

¿Ahora rezas?

ROQUE.

En los riesgos  
Me acuerdo yo de los santos.

DON FERNANDO.

Acércate; mas no hablemos,  
Si hablar se ofeciere, alto.

ROQUE.

No me atrevo á rehullir,  
Por no tropezar en algo;  
Que este camarín (que fuera  
No ser camarín agravio)  
Lleno estará de escritorios,  
Espejos, vidrios y barros,  
Todo quebradizo, y yo  
Soy torpe de piés y manos.

ESCENA XVI.

DOÑA BEATRIZ, á una reja. —  
DON FERNANDO, ROQUE.

DOÑA BEATRIZ.

Don Fernando...

ROQUE.

Allí á una reja  
Que se divisa en un patio,  
Oí la voz.

DON FERNANDO.

(Llegándose á la reja.)

Dos cosas son,  
Señora, las que yo extraño:  
Una, oír mi nombre; y otra,  
Dentro en vuestra casa hablaros  
Por reja.

DOÑA BEATRIZ.

La una importó  
A mi preciso recato.  
Y la otra á mi deseo;  
Que no tan poco cuidado  
Me debeis, que yo no sepa  
Quién sois, señor; y si paso  
Mas adelante, diré  
A qué y cómo habeis llegado  
A Madrid. (Ap. Así quisiera  
Obligarle á hablar mas claro  
De mi conmigo, por ver  
Si puedo averiguar algo.)

DON FERNANDO.

Si todo eso habeis sabido,  
También sabreis que me parto,  
Y la causa.

DOÑA BEATRIZ.

Eso no sé,

Decidla.

DON FERNANDO.

Yo siempre hablo  
Bien de las damas, y así,  
Lo primero es suplicaros  
Que en esto no hablemos mas:  
Lo que os obedezco, tardo  
A una diligencia.

DOÑA BEATRIZ.

Ya

Que con vos no puedo tanto  
Yo, que pueda deteneros,  
Aquella dama que hablando  
Estabais, cuando llegó  
Hoy mi criada, ¿obligaros  
No podrá á que no os volvais  
Tan presto?

DON FERNANDO.

Aquel fué un acaso.

DOÑA BEATRIZ.

Pues ¿quién era?

DON FERNANDO.

No lo sé.

ROQUE.

Yo sí, y si licencia alcanzá  
De hablar, lo diré.

DOÑA BEATRIZ.

Decid.

ROQUE.

Era, si yo no me engaño,  
Una arrebatá-sortijas,  
Que con la nena de un manto  
Anda embustiendo la corte.  
Allá en Atocha la hallamos  
Cargada de cuchilladas,  
Calza de obra de los campos:  
Buscónos, agradecida  
A cierto socorro, y tanto,  
Que una sortija pescó:

Ved; qué modo de pagarnos!  
En fin, es una huscona,  
Cuyo gran desembarazo,  
Bien puede ser que sea feo,  
Pero tiene garabato.

DOÑA BEATRIZ.

Si porque la socorristeis  
A ella en algun sobresalto,  
Della ese concepto hacedis,  
De mí direis otro tanto,  
Pues yo también me vall  
De vos.

ROQUE.

El recelo es vano;  
Que luego se ve quien es  
Cada una.

DOÑA BEATRIZ.

Gusto me ha dado.—  
Si hubiérais de venir  
Muchas veces á este cuarto,  
Y no os fuérais tan presto,  
Pidiera que este criado  
Trujerais siempre con vos.

ROQUE.

La otra te pidió al contrario.

DOÑA BEATRIZ.

Y dad licencia, que tome  
Una prenda de mi mano.

DON FERNANDO.

Será con erme.

ROQUE.

Será

Remediarine.

DON FERNANDO.

Antes te mando

No la tomes.

DOÑA BEATRIZ.

Por mi vida.

DON FERNANDO.

Si esa vida habeis jurado,  
Obedeceré.

DOÑA BEATRIZ.

Tomad.

ROQUE.

¡Cadena! Alhaja es de esclavo  
Tuyo lo será, señora,  
Eternamente.

DOÑA BEATRIZ.

Volvamos.

A vuestra partida. ¿Os vais  
Mañana?

DON FERNANDO.

Si os sirvo en algo,  
En mi vida no me iré.

DOÑA BEATRIZ.

A eso no podré obligaros.

ROQUE. (Ap.)

¿Cuánto querrán los plateros  
Que esta pese? Pues es claro,  
Que lo que ellos quieren vale  
Lo que á vender les llevamos.

DON FERNANDO.

Mandadme vos que me quede,  
Para que se estime en algo  
El pequeño sacrificio  
De quedarme; pues es llano  
Que no hago nada, si no es  
Que por precepto lo hago.

ROQUE. (Ap.)

Quien me viere hoy con cadena,  
¿Qué dirá? Pero extremado

Descarte es decir que hoy  
Cumple mi malaeta años.

DOÑA BEATRIZ.

Si eso es así, yo os suplico  
No os vais, para que despacio  
Sepais...

### ESCENA XVII.

INES, dentro. — Dichos.

INES.

Señora.

DOÑA BEATRIZ.

¿Qué hay?

INES.

Venga usiria volando,  
Que el Conde mi señor llama.

ROQUE. (Ap.)

¡Gran palabra!

DOÑA BEATRIZ.

Necia, ¿cuándo

Me suelen hablar á mi  
Pesa suerte? Don Fernando,  
Id con Dios: mañana ira  
Por vos el coche.

DON FERNANDO.

Contando

Los puntos á horas, las horas  
A días, los días á años  
Estaré. Pero quisiera...

ROQUE.

Hablar mañana mas claro,  
Va á decir.

DOÑA BEATRIZ.

¿Luz? no es posible

haberla en aqueste cuarto

DON FERNANDO.

¿Pues no he de saber quien sois?

ROQUE.

Quien da cadenas: ¿no es barto?

DOÑA BEATRIZ.

No por agora, hasta ver  
Experiencias de callarlo.

DON FERNANDO.

¿Ni el veros será posible?

DOÑA BEATRIZ.

El verme sí.

DON FERNANDO.

¿Dónde, ó cuándo?

DOÑA BEATRIZ.

¿Dónde? A la Victoria en misa  
¿Cuándo? Mañana.

DON FERNANDO.

¿Informado

No he de estar de alguna seña?

DOÑA BEATRIZ.

Dadme vos alguna.

ROQUE. (Ap.)

¡Malo!

¿También las condesas piden?

DON FERNANDO.

No sé aqui cual pueda daros.

Estos guantes, aunque no  
Sean para vuestra mano,  
Llevad en ella; que ellos,  
Por la labor del bordado,  
Me darán señas de vos.

DOÑA BEATRIZ.

Pues aquesta basta.

(Quítase de la reja)

JUANA.

Vamos

De aqui, que importa el salir  
Apriesa.

DON FERNANDO.

Ya vuestros pasos

Sigo.

ROQUE.

¡Oh si fuera de día,  
Para ir á un lapidario!  
Que aun llevo ciertos recelos  
De si es oro fino ó falso. (Vanse.)

### ESCENA XVIII.

DOÑA BEATRIZ É INES, ambas á la reja.

DOÑA BEATRIZ.

¿Por qué con tan grande prisa  
Llamaste?

INES.

Porque enfadado  
Mi señor, volvió á salir  
Fuera de casa.

DOÑA BEATRIZ.

Eso extraño.

INES.

Y aun no es sola esta la causa,  
Que Doña Elvira ha llegado  
Buscándote.

DOÑA BEATRIZ.

¿A esta hora?

INES.

Sí.

DOÑA BEATRIZ.

¡Gran necesidad! ¡Cielos santos!  
¿En que oscuro laberinto,  
En que peligroso caos  
Me teneis? Pero no importa  
Cuanto siento, sufro y paso,  
Pues por lo ménos consigo  
No ausentarse Don Fernando. (Vanse)

### ESCENA XIX.

DON FERNANDO Y ROQUE, á quienes  
JUANA abre la puerta de la casa des-  
alquilada.

JUANA.

Id presto.

DON FERNANDO.

Quedad con Dios.

(Entrase Juana y cierra.)

Roque, ¿has visto mas extraño  
Suceso jamas?

ROQUE.

Señor,  
Jamás le he visto tan raro  
Como verme con cadena.

DON FERNANDO.

Esta dicha que hoy alcanzo,  
Hasta el fin he de seguir.

ROQUE.

Sí, señor, esta sigamos.  
No mas Beatriz ni Brianda:  
Váyanse á espulgar un galgo.  
Esta dama solamente  
Hemos de querer. ¡Qué agrado!  
Qué blandura! Qué nobleza!  
Qué bondad, y qué agasajo!

DON FERNANDO.

Haz la seña al cochero.

ROQUE.

Si haré.

### ESCENA XX.

GENTE. — DON FERNANDO, ROQUE.

Voces dentro.

Prendedlos, matadlos.

DON FERNANDO.

¿Qué es aquello?

ROQUE.

Una pendencia,  
Y por esta calle abajo  
Dos hombres, con las espadas  
Desnudas, pasan volando.

DON FERNANDO.

Una gran trepa los sigue.

ROQUE.

Pues en nada nos metamos.  
(Sale gente con espadas desnudas)

Todos los que salen.

Estos son: ¿Qué esperais? Muerau.

ROQUE.

Si es que quereis que seamos,  
Seremos; pero no somos.

DON FERNANDO.

Ténganse ucedes, hidalgos;  
Que no somos los que buscan.

UNO.

¡No es el disimulo malo,  
Despues que han quitado aqui  
Dos capas!

ROQUE.

¿Vienen borrachos?

UNO.

O darse luego, ó morir.

DON FERNANDO.

Será así. Ponte á mi lado.

ROQUE.

Si haré, que yo con cadena  
Reñiré como un hennardo.  
(Entranse riñendo.)

Sala en casa de Don Luis.

### ESCENA XXI.

DOÑA BEATRIZ, DOÑA ELVIRA,  
JUANA.

DOÑA BEATRIZ.

¿Elvira, amiga! ¿á estas horas?

DOÑA ELVIRA.

Es tal el dolor que paso,  
Que por descansar contigo,  
En las cosas de tu hermano  
Hablando, Beatriz, á solas,  
Fingi en mi casa un recado  
Tuyo, diciéndome en él,  
Amiga, que te habia dado  
Un accidente, y que así,  
Viniese á cuidar volando  
De tu salud.

DOÑA BEATRIZ.

Yo agradezco  
Poder aliviar en algo  
Tus tristezas.

Una voz dentro.

Por aqui  
Los dos se nos ocultaron.

DOÑA ELVIRA.

¿Qué es aquesto?



JUANA.

Cuchilladas

Oigo.

DOÑA BEATRIZ. (Ap.)

Gran desdicha aguardo.

¡Mi padre fuera de casa,  
Cielos, y en el mismo espacio  
Que falta della, y que della  
Sale (¡ay de mí!) Don Fernando,  
Tal rumor!

JUANA.

Dos hombres entran

Hasta aquí.

DOÑA BEATRIZ.

Descuido extraño

Fué estar abierto.

JUANA.

Los mozos

De Elvira así lo dejaron.

## ESCENA XXII.

DON FERNANDO, ROQUE. — DICHAS.

DON FERNANDO.

Señora, si la piedad...  
(Ap. Mas ¡qué miro!)

ROQUE. (Ap.)

¡Cielo santo!

¿Adónde habemos venido?  
¿Esto ha sido huir del rayo?

DOÑA BEATRIZ.

Decid, hablad, que admirada  
(Si la verdad he de hablaros)  
Estoy tanto á un tiempo en veros,  
Como en veros tan turbado.

DON FERNANDO.

Aunque de vos (estoy muerto)  
Me despedí (estoy turbado)  
Ayer (no sé lo que digo),  
No hallé (no sé lo que hablo)  
Postas: (¡qué necia disculpa!)  
Quedéme por hoy (¡qué extraño  
Suceso!); y aquesta noche,  
Por esta calle pasando,  
Una cuadrilla de gente  
Me ha embestido, imaginando  
Ser otro; que la mayor  
Desdicha sucede acaso.  
Sospecho que un hombre he muerto:  
Buscando el primer amparo,  
Di con vos; mas yo me iré.

DOÑA BEATRIZ.

Aqueso no, que aunque extraño  
Que aquí os estéis, y pudiera  
De todo formar agravio,  
Ahora no lo he de hacer;  
Por veros necesitado  
De mi favor. A esa cuadra  
Os entrad, mientras yo mando  
Que á aseguráros la calle  
Bajen algunos criados.

DON FERNANDO.

No, señora: habiendo sido  
Aquí donde yo he llegado,  
Mi seguridad no quiero  
Que os cueste á vos sobresalto.  
Yo me volveré

DOÑA BEATRIZ.

Tenéos,

Que ántes, señor Don Fernando,  
Estimo al cielo la dicha  
De darne ocasion de hablaros.

## ESCENA XXIII.

DON LUIS. — DICHOS.

DON LUIS. (Dentro.)

¿Cómo está todo esto abierto?

ROQUE. (Ap.)

¡Nuestro suegro malogrado!

DOÑA BEATRIZ.

¡Mi padre! Escondéos ahí;  
Que á él y á vos excusar trato  
El enojo que de veros  
Causarán vuestros engaños.

DON FERNANDO.

Ya es preciso. Roque, ven.

ROQUE.

No acierto á mover los pasos.  
(*Entranse en un cuarto, quedándose  
á escuchar detras de la puerta*)

DOÑA ELVIRA.

¿Qué hombre es este, Beatriz?

DOÑA BEATRIZ.

(*Sale Don Luis.*)

Lo sabrás.

DON LUIS.

¿Hasta tu cuarto  
Abierto está?

DOÑA BEATRIZ.

Vino agora  
Elvira, señor, contando  
Que con su tia un disgusto  
Tuvo tal, que la ha obligado  
A venir á estar conmigo:  
Volviéronse los criados,  
Y por eso estaba así.

DON LUIS.

Bésos, señora, las manos;  
Que yo estimo que os sirvais  
Desta casa.

DOÑA ELVIRA.

Siglos largos  
Vivais.

DOÑA BEATRIZ.

Señor, ¿no sabré  
La causa que te ha obligado  
A salir fuera esta noche?

DON LUIS.

¿Para qué...  
DON FERNANDO. (*Al paño.*)  
¡Rigor extraño!

DON LUIS.

¿Quieres, Beatriz, que te diga  
Que habiéndome ya informado  
De que está aquí...

ROQUE. (*Al paño.*)

¿Escuchas?

DON FERNANDO. (*Al paño.*)

Si.

DON LUIS.

Escondido Don Fernando...

DON FERNANDO. (Ap.)

¡Válgame el cielo!

DOÑA BEATRIZ. (Ap.)

El le vió

Entrar.

ROQUE. (Ap.)

Aquesto va malo.

DON LUIS.

Muerto de rabia y de pena,  
Yendo á buscar á tu hermano,  
Ya que saber se encargó  
Dónde está, que no descanso,  
Hasta saberlo.

DON FERNANDO. (Ap.)

Eso sí.

ROQUE. (Ap.)

Esto es bueno.

DOÑA BEATRIZ.

¿Y dijo algo?

DON LUIS.

No le hallé, que para él  
Debe ahora de ser temprano.—  
Llevad, hola, á mi aposento  
Una luz.

DOÑA BEATRIZ. (*A Doña Elvira.*)

Con él nos vamos

A divertírle; porqué  
Vuelva, estando asegurado,  
A hablar á este hombre.

DOÑA ELVIRA.

¿Mejor

No es que salga él entre tanto?

DOÑA BEATRIZ.

No, que hay mas aquí que piensas.  
Y una fineza que trazo,  
Por mí has de hacer.

DOÑA ELVIRA.

Muchas debo.

DOÑA BEATRIZ.

Pues no te quites el manto.  
Ponte tú el tuyo... (*A Juana.*) Mas esto  
Acá lo sabreis despacio. (*Vanse.*)

## ESCENA XXIV.

DON FERNANDO y ROQUE, *que salen  
del cuarto donde estaban.*

DON FERNANDO.

¿Fuéronse?

ROQUE.

Y tras sí la puerta

Por de fuera nos cerraron.

¿Mas si dijese ahora,  
Viendo el lance en que hoy estamos,  
*Mañana será otro día?*

DON FERNANDO.

Si diré, porque no hallo  
A las desdichas de hoy  
Otro alivio, en ningún caso,  
Que el esperar á mañana.

ROQUE.

Y si nos matan á palos,  
¿Mañana no dolerán?

DON FERNANDO.

¿Que hubiesen, Roque, mis hados  
De traerme aquí!

ROQUE.

Siempre dije

Que vivia en este barrio  
La Condesa.

DON FERNANDO.

Si en él fué

Donde yo la hallé, está claro.

Quédate aquí, mientras yo  
Destos aposentos ando  
Mirando si son balcones  
O rejas, porque si hallo  
Por donde salir, no tengo  
De esperar.

(*Vase.*)

ROQUE.

Ni yo dar salto;  
Que, cuando me hallen aquí,  
Todo es romperme los cascós,  
Que tiene cura; y no la hay,  
Si es que de una vez me mato.

**ESCENA XXV**

DOÑA BEATRIZ.—ROQUE.

DOÑA BEATRIZ.

(Ap. Amor, imposible mío,  
Este es el lance postrero,  
Pues ya que dure no espero  
El engaño en que porfio.  
De una vez he de apurar  
De don Fernando el intento,  
Para cuyo atrevimiento  
Industrias supe buscar,  
Ya que á casa le han traído.)  
¿Dónde tu señor está?

ROQUE.

De todo tu cuarto va  
Las piezas viendo: he entendido  
Que las debe de tasar,  
Segun, señora, el cuidado  
Que en mirárlas ha mostrado.

DOÑA BEATRIZ.

Mucho este breve lugar  
De hablarte estimo.

ROQUE.

¿Qué quieres?

DOÑA BEATRIZ.

Dime, así te guarde el cielo,  
¿De qué ha nacido el recelo,  
Las dudas y pareceres  
De tu señor?

ROQUE.

No sé nada.

DOÑA BEATRIZ.

¿Por qué ausentarse trató....

ROQUE.

No sé nada.

DOÑA BEATRIZ.

Y se quedó

En la corte?

ROQUE.

No sé nada.

DOÑA BEATRIZ.

En fin, ¿no lo has de decir?

ROQUE.

No sé nada.

DOÑA BEATRIZ.

Pues yo haré  
Que él entienda que lo sé,  
Y que lo he llegado á oír  
De ti.

ROQUE.

¡Muy bien lo sabrás,  
Si no te lo he dicho yo!

**ESCENA XXVI.**DON FERNANDO.—DOÑA BEATRIZ,  
ROQUE.

DON FERNANDO.

Todas son rejas, y no  
Hay sino un balcón no mas.

DOÑA BEATRIZ.

En buscar balcón no acierta  
Vuestro cuidado, porque,  
Para que salgais, yo haré  
Que os abran toda la puerta;

Que aunque es verdad que he deseado  
Saber qué causa tuvisteis  
Para el extremo que hicisteis;  
Habiendo dese criado  
Ahora la causa sabido,  
No tengo que hablar con vos;  
Y así idos, señor con Dios.

DON FERNANDO.

Infame, tú me has vendido.

ROQUE.

Tu cólera me atropella  
Sin tiempo; mal me castiga...  
Y si no, di que te diga  
Lo que yo la he dicho á ella.

DOÑA BEATRIZ.

Si baré. Pues ¿no me has contado  
Que la carta y la partida,  
Una y otra fué lingüida,  
Por estar enamorado  
De una dama, á quien él vió  
En Atocha; que fué á vella,  
A la Merced, porque ella  
Luego un papel le escribió,  
Y que esta, por entendida,  
Le tiene muy satisfecho?

DON FERNANDO.

¿Ves, picaro, lo que has hecho?

ROQUE.

¿Yo he dicho tal en mi vida?

DOÑA BEATRIZ.

Oid, que no para aquí.  
También me contó despues  
Que cierta señora...

DON FERNANDO.

¿Ves?

ROQUE.

¿Yo te he contado tal?

DOÑA BEATRIZ.

Si.

Un regalo os envié  
De ropa blanca. ¿Pudiera,  
Si él aquí no lo dijera,  
Saberlo en mi casa yo?

DON FERNANDO.

¿Pudo estas señas fingir?

ROQUE.

Ellas son tales, que no  
Sin duda alguna que yo  
Se lo debí de decir.

DON FERNANDO.

Vive Dios que he de matarte.

ROQUE.

Y seré el primer criado  
Que mucra de haber callado

DOÑA BEATRIZ.

Ved que estáis en esta parte...

DON FERNANDO.

La cólera que he tomado.  
No es porque verdad ha sido  
Nada de lo que atrevido  
Este infame os ha contado,  
Sino porque quiera así  
Con mentiras disculpar  
El disgusto ó el pesar  
Con que yo me voy de aquí;  
Pues no nace de otro amor,  
Ingrata, sino de que...  
—Pero no te lo diré.  
Que las cosas del honor  
Están en mi muy seguras.

DOÑA BEATRIZ.

Si enamorado lo haceis.

De otras damas, no culpeis  
Del sol las luces mas puras.  
¡Vive Dios, que os ha mentido  
Vuestro mismo pensamiento!  
Pero mal mi sentimiento  
De escucharos se ha ofendido;  
Pues ya sé que todo vos  
Sois engaños, pues lo haceis  
Porque á dos damas quereis,  
Si quiere quien quiere á dos.

DON FERNANDO.

No me obligueis á decir  
Lo que en mi vida pensé,  
Pues basta deciros que  
De vos me ha importado huir,  
No porque otro amor me aflija,  
Ni porque haya hablado yo  
Con ninguna...

**ESCENA XXVII.**DOÑA ELVIRA, con manto y tapada.—  
DOÑA BEATRIZ, DON FERNANDO,  
ROQUE; despues, JUANA.

DOÑA ELVIRA.

¿Cómo no?

¿Conoceis esta sortija?

ROQUE.

¡Hay sucesos semejantes!

DON FERNANDO.

No, señora. ¿Qué quereis?

(Sale Juana tapada.)

JUANA.

Si á ella no la conoceis,  
¿Conocereis estos gigantes?

DOÑA BEATRIZ.

Bien veis, señor don Fernando,  
Que están dentro de mi casa  
Mi señora la Condesa  
Y la discreta Brianda.  
Bien veis que es cuidado mío  
Todo aquesto. Pues la causa  
Sabed, que ha sido no mas  
Que con industrias y trazas  
Deteneros, hasta que  
Salga á luz la verdad clara  
Que á tantas obligaciones,  
Os hace volver la espalda.  
Dos cosas hay aquí: una  
Que porque á saber alcanza  
Vuestro recelo que yo  
Fui...

**ESCENA XXVIII.**

DON LUIS.—DICHOS.

DON LUIS. (Dentro.)

¿De qué das voces tantas,  
Beatriz?

ROQUE.

No sea esta comedia  
De Peor está que estaba.

DOÑA BEATRIZ.

La pasión me arrebató.

DON LUIS. (Dentro)

Dadme una luz.

DOÑA ELVIRA.

¡Pena extraña!

ROQUE.

¿No hay donde escondernos?

JUANA.

No.

Sin que por su cuarto salgais.



DON FERNANDO. (*Embozándose.*)

No temais, que á todo...

JUANA.

Ya

Mal vestido se levanta.

(*Sale Don Luis, con la espada desnuda.*)

DON LUIS.

Beatriz, ¿qué tienes? Mas ¡cielos,  
Qué miro! ¡Hombres en mi casa  
A estas horas! Yo sabré  
De mi honor tomar venganza.

DON FERNANDO.

Yo os defenderé, señora.  
No temais.

ESCENA XXIX.

DON JUAN.—Dichos; *luego*, EL CAPITÁN.

DON JUAN. (*Dentro.*)

Abre aquí, Juana,  
O las puertas en el suelo  
Echaré.

DOÑA BEATRIZ.

¡Desdicha extraña!  
Que éste es mi hermano.

DON LUIS.

Don Juan  
Es. Abre presto : ¿qué tardas?  
(*Abre Juana, y salen Don Juan y el Capitán.*)

DON JUAN.

Sabiendo que me has buscado,  
(*A su padre.*)

Vine á saber qué mandabas ;  
Viendo cerradas las puertas ,  
Me iba , cuando las espadas  
Y las voces me llamaron.  
Pues á tu lado nos hallas  
A mí y al Capitán , muera  
Los que aquesta casa agravian

DON FERNANDO. (*Ap.*)

Don Juan de Leyva es aqueste.  
Pues ¿ cómo , si á Beatriz ama ,

Se ofrece á vengar sus celos  
Delante de Don Luis?

CAPITÁN.

Nada

Repares : pues que los dos  
Llegamos , muera : ¿ qué aguardas ?  
(*Desembózase Don Fernando.*)

DON LUIS. (*A Don Fernando.*)

¿ Tú eres ? Ya es mayor ofensa ,  
Pues me desprecias y agravias ,  
Si pudiendo como esposo ,  
Como amante aquí te hallas.

DON FERNANDO

Como esposo nunca pude  
Entrar yo aquí. ¿ Pues es tanta  
La ceguedad de tu honor ,  
Que no ves que el que te ampara  
Es (mas celoso que lino ,  
Pues es quien á Beatriz ama)  
Don Juan de Leyva , que agora  
Equivoca su venganza ?  
Ya lo dije : ved si puedo ,  
A estas cosas declaradas ,  
Ni ser esposo ni amante.

DON LUIS.

Mira quién es quien se engaña ,  
Que Don Juan es mi hijo , hermano  
De Beatriz , á cuya causa  
Se empeña por mí y por ella ;  
Que si otro nombre se llama ,  
Es porque le obliga á eso  
Un mayorazgo.

DON FERNANDO.

A mí no basta

Aquesta satisfacción ,  
Con ser evidente y clara ,  
Pues á Beatriz hallé yo  
En dos lances empeñada.

DOÑA ELVIRA.

Entrambos fueron por mí ,  
Que siendo de Don Juan dania ,  
Fué conmigo : esto lo diga  
Verle á él en las cuchilladas.

DON FERNANDO.

Con tales satisfacciones ,  
Rendido estoy á tus plantas ,

Y pues nació de mi honor  
Mi recelo , no te agravia.

DON LUIS.

Alzad , señor Don Fernando ,  
Del suelo ; que como haya  
Conseguido mi deseo ,  
Nada á mi vida le falta.

DON FERNANDO.

Dadme , señora , la mano ,  
Y perdonad mi ignorancia.

DOÑA BEATRIZ.

Dichosa fui , pues al fin  
Conseguí mis esperanzas.

ROQUE.

Grande ánimo tienes , pues  
Con tres mujeres te casas.

DON JUAN. (*A su padre*)

Pues Elvira de tu honor  
A luz las tinieblas saca ,  
Prémiala , señor , con que  
Hoy nuestra boda se haga.

ROQUE.

Esperen vuestras mercedes ,  
Que decir tres cosas falta.  
Ya se acordarán que hubo  
En la primera jornada  
Un Don Diego : y que le dieron  
En ella una cuchillada :  
El se la ha estado curando ,  
Y por eso de aquí falta.  
También hubo una Leonor  
Introducida en la farsa ,  
Y no está aquí , porque fuera  
Malo el salir de su casa  
A estas horas : de estos dos  
Cuentan mil historias largas  
Que se casaron. También  
Se acuerdan que entró en la danza  
Una maleta perdida :  
Esta sola no se halla  
Tradición. Aquesto he dicho  
Porque no me quede nada  
Que decir : si vuestrasces  
De la comedia se agradan ,  
*Mañana será otro día* ,  
Para que vengan á honrarla.





# NO HAY COSA COMO CALLAR.

## PERSONAS.

DON JUAN, *galán.*  
DON DIEGO, *galán.*  
DON LUIS, *galán.*  
DON PEDRO, *viejo.*  
ENRIQUE, *criado.*

BARZOQUE, *gracioso.*  
LEONOR, *dama.*  
MARCELA, *dama.*  
INES, *criada.*  
JUANA, *criada.*

ALVAREZ, *escudero.*  
CELIO, *criado.*  
UN ESCRIBANO.  
ALGUACILES.

*La escena es en Madrid y en un camino.*

## JORNADA PRIMERA.

Calle.

### ESCENA PRIMERA.

DON JUAN, *con hábito de Santiago en la capa y con venera, vestido de negro, BARZOQUE, de color*

BARZOQUE.

Señor, ¿qué melancolía,  
O qué suspension es esta  
Con que te halló? ¿Tú tienes  
Sentimientos, ni tristezas?  
¿Tú suspiras? Ahora digo  
Que hace bien el que se ausenta,  
Que halla muchas novedades  
En pocos días de ausencia.  
¿Qué es esto, señor?

DON JUAN.

No sé,

Y la causa de mi pena  
Es no saber quién la causa.

BARZOQUE.

¿Pues cómo?

DON JUAN.

De esta manera.  
Después que fuiste, Barzoque,  
A hacer unas diligencias,  
A que te envió mi padre,  
De cobranzas de su hacienda,  
Tan trocado me hallarás,  
Que de toda la soberbia  
Con que de Vénus y Amor  
Traté los rayos y flechas,  
Aun las ruinas no han quedado;  
Porque, postrada y deshecha,  
De una y otra tiranía  
Solo en mí quedó por seña  
El padrón que dice: «Así  
Amor y Vénus se vengán.»  
Oyendo en San Jorge misa  
El pasado día de fiesta,  
Vi una mujer... Dije mal,  
Vi una deidad lisonjera,  
Tan hermosa, que no hizo  
Cosa la naturaleza  
En tantos estudios docta,  
Sabia en tantas experiencias,  
Con mas perfección: parece  
Que quiso esmerarse en ella  
Su inmenso poder, sacando  
Del ejemplar de su idea  
Logrado todo el concepto,  
Como en desengaño ó muestra  
De que ella misma tal vez  
Sabe excederse á sí misma.  
Todas cuantas hermosuras,

O nuestra vista celebra,  
O nuestro gusto apetece,  
Fuéron borradores desta;  
Porque así como un ingenio  
Cuidadoso se desvela,  
Cuando á públicas censuras  
Dar algun estudio piensa,  
Que hecho fiscal de sí mismo,  
Un pliego rasga, otro quema,  
Y mal contento de todo,  
Esto borra, aquello emienda,  
Hasta que ya satisfecho  
Del cuidado que le cuesta,  
Da el borrador al traslado,  
Y da el traslado á la imprenta;  
La naturaleza así,  
Viendo las varias bellezas  
Que hasta entónces hizo, todas  
Las emendó sabia y diestra,  
Borrando desta el defecto,  
Y la imperfección de aquella,  
Hasta que en limpio sacó  
Una hermosura tan bella,  
Que mas que todas divina,  
Y mas que todas perfecta,  
Fue una impresión sin errata,  
Y un traslado sin emienda.

BARZOQUE.

Bastante hipóbole ha sido;  
Pero aunque mas la encarezcas,  
Hasta ahora no me has dado  
Ninguna gana de verla.

DON JUAN.

¿Por qué?

BARZOQUE.

Porque tú conmigo  
Tienes en esta materia  
Perdido el crédito.

DON JUAN.

¿Cómo?

BARZOQUE.

Como en siendo cara nueva,  
Siempre es superior: que en ti  
La mejor es la postrera.

DON JUAN.

Yo te confieso que he sido  
Tan señor de mis potencias,  
De mi albedrío tan dueño,  
La que á mí me dura mas,  
Es la que ménos me cuesta  
Pero no hay regla, Barzoque,  
Tan general, que no tenga  
Excepción; y esta mujer  
Que digo, temo que sea  
Desta re

BARZOQUE.

Dime ya quién es.

DON JUAN.

Aquesa

Es mi pena, que no pude  
Saberlo.

BARZOQUE.

¿No la siguieras?

No estaba yo aquí, que á fe  
Que al instante te trajera  
Sabido, no solo el nombre,  
La calidad y la hacienda,  
Pero la fe del bautismo.

DON JUAN.

No quedó por diligencia.

BARZOQUE.

Pues ¿por qué?

DON JUAN.

Por un acaso.

BARZOQUE.

¿Y qué fue?

DON JUAN.

Yendo tras ella

Con deseo de saber  
Su casa, al tomar la vuelta  
Que hace la calle del Prado,  
Vi trabada una pendencia.  
Eran tres hombres á uno,  
Que con brio y con destreza  
De los tres se defendía,  
Si para tres hay defensa.  
No dudo que le mataran,  
Aunque tan valiente era,  
Si yo, cumpliendo animoso  
De mi obligación la deuda,  
No me pusiera á su lado.  
Vióse socorrido apénas,  
Cuando con mayor esfuerzo  
Los embistió de manera,  
Que dió con uno en el suelo.  
Llegó gente, fuéle fuerza  
Retirarse, y yo con él,  
Hasta dejarle en la iglesia;  
De suerte, que por dar vida  
A otro, quedé yo sin ella,  
Pues no seguí á la mujer.

BARZOQUE.

Y el caballero ¿quién era?

DON JUAN.

Tampoco le conocí;  
Que aunque dello me dió muestras  
De agradecido, al instante  
Hicé de la calle ausencia.  
Por no hacerme yo en la herida  
Cómplice.

BARZOQUE.

¡Prevencion cuerda!

Y volviendo á la mujer,  
Me he holgado saber que sea  
Principio de amor tan libio  
La causa de tu tristeza.

DON JUAN.

¿Por qué?

BARZOQUE.

Porque tú sabrás  
Divertirla, pues apenas  
Habrás visto otra mañana,  
Cuando no te acuerdes desa.

DON JUAN.

Podrá ser; pero yo dudo  
Que haya cosa que divierta  
Afecto tan poderoso,  
Tan rigurosa violencia,  
Como ahora siento en el alma.

BARZOQUE.

¿Sola una vez que se deja  
Ver una hermosura, puede  
Enamorar con tal fuerza?

DON JUAN.

La muerte da un basilisco  
De sola una vez que vea;  
La vibora da la muerte  
De sola una vez que muerda;  
La espada quita la vida  
De sola una vez que hiera,  
Y de una vez sola el rayo  
Mata aun ántes que se sienta  
Luego siendo basilisco  
Amor, vibora sangrienta,  
Blanca espada y vivo rayo,  
Bien puede dar muerte fiera  
De sola una vez que mire,  
De una vez que haga la presa,  
De una vez que se desnude,  
Y de una vez que se encienda.

BARZOQUE.

Y Marcela á todo esto  
¿Qué dice, señor?

DON JUAN.

Es dama de cada día:  
Ni entra ni sale en la cuenta.  
Todo ocioso cortesano,  
Dice un adagio, que tenga  
Una dania de respeto,  
Que sin estorbar, divierta;  
Y esta se llame la fija,  
Porque á todas horas sea  
Quien de las otras errantes  
Pague las impertinencias.

BARZOQUE.

¡Bueno es eso, para estar  
Ella tan vana, que piensa  
Que no hay hombre hoy en el mundo  
Mas enamorado!

DON JUAN.

Esa

La maña es, que ella lo piense,  
Y que á mi no me acontezca.  
Y porque mejor lo digas,  
Sabe que, como me es fuerza,  
Por haber sido soldado  
(Pues con el duque de Lermia  
A Italia pasé y á Flandes),  
Ir á esta jornada<sup>1</sup>, ella  
Muy dama, por hacer todas  
Las ceremonias de ausencia,

<sup>1</sup> Parece, por lo que se dice despues, que es la que se hizo á fin de socorrer á Fuerterrabia, sitiada por los franceses, en el año de 1658.

Esta venera me ha dado  
Para que memoria tenga,  
Y dentro un retrato suyo.

BARZOQUE.

Dame para reir licencia.

DON JUAN.

Pues ¿de qué te has de reir?

BARZOQUE.

De que las Marcelas tengan  
Vanidad de retratadas.  
¿Qué deja, señor, qué deja  
A una infanta de Catay,  
Tratada casar en Persia?  
Mas ¿dónde vamos ahora?

DON JUAN.

A hacer una diligencia  
Perdida, por ver si puedo  
Saber quién la dama sea.

BARZOQUE.

¿Cuál es?

DON JUAN.

Ir al puesto mismo  
Donde la vi la primera  
Vez, por si por dicha hoy,  
Que tambien es dia de fiesta  
Vuelve á él; que yo no dudo  
Que vive por aquí cerca.

BARZOQUE.

¿De qué lo infieres?

DON JUAN.

De que  
Una mujer como aquella,  
A pié no fuera muy lejos.

BARZOQUE.

Si en este barrio viviera,  
Donde vivimos nosotros,  
¿No era fuerza conocerla?

DON JUAN.

No, que puede haber muy poco  
Que á él se haya mudado; fuera  
De que aquí nada se sabe.

BARZOQUE.

Dices bien, si consideras  
Que en Madrid partos y medos  
Viven una casa mesma,  
Sin saber unos de otros.

## ESCENA II.

MARCELA, INES.—DON JUAN, BARZOQUE.

(Dama y criada se quedan en una esquina acechando á Don Juan.)

MARCELA.

Tápate, porque no pueda  
Conocernos.

INES.

No podrá,  
Aunque nos hable y nos vea.

MARCELA.

Es tal su divertimento  
Estos dias, que me fuerza  
A seguirle, por saber  
Dónde sale y dónde entra.

INES.

A la puerta de San Jorge  
Se ha parado. (Entranse.)

MARCELA.

Pues en esta  
Deste portal nos entremos  
Nosotras.

DON JUAN.

Barzoque, espera,  
No entres en la iglesia.

BARZOQUE.

¿Estoy  
Yo excomulgado?

INES.

El se acerca.  
¿Si nos conoció?

MARCELA.

No sé.  
Ponte detras desta puerta,  
Por si no nos vió.

DON JUAN.

A este umbral  
Nos paremos.

BARZOQUE.

Pues ¿qué intentas?

DON JUAN.

He visto, si no me engañan  
Los delirios de mi idea,  
Todo el sol cifrado á un rayo,  
Y todo el cielo á una esfera.  
Aquella que sale (¡ay cielos!)  
Del templo ahora, es la mesma  
Que vi: repetido el daño,  
No es posible que me mienta.  
Y para que no repare  
Alguien que vamos tras ella,  
Dejándola ántes pasar,  
Es mejor que no nos vea.  
(Entranse en otro portal Don Juan y Barzoque.)

MARCELA.

Ines, ¿oístelo?

INES.

Sí.

MARCELA.

No fué vana mi sospecha.

## ESCENA III.

LEONOR, JUANA, ALVAREZ.—MARCELA é INES, en un portal; DON JUAN y BARZOQUE, en otro.

LEONOR.

Alvarez.

ÁLVAREZ.

Señora.

LEONOR.

Haced

Traer la silla.

ÁLVAREZ.

Voy por ella.

JUANA.

Para ir á casa, ¿has mandado,  
Señora, estando tan cerca,  
Traer silla?

LEONOR.

No voy á casa,  
Juana, ahora; que aunque sea  
Contra el gusto de mi hermano  
Tomarme aquesta licencia,  
A verle á su retraimiento  
Voy: tú da á casa la vuelta.

ÁLVAREZ.

Ya está aquí la silla.

LEONOR.

Abridla.

BARZOQUE. (A su amo.)

En una silla se entra.



LEONOR. (*Para sí.*)

Amor y honor, ¿qué queréis?  
Dejadme, que ya estoy muerta,  
Pues de mi amante y mi hermano  
Lloro á un tiempo dos ausencias.

(*Vanse Leonor, Juana y Alvarez; Don Juan y Barzoque salen del portal; Marcela é Ines permanecen en el otro acechando.*)

ESCENA IV.

DON JUAN, BARZOUQUE, MARCELA, INES.

DON JUAN.

¿No es, Barzoque, mas hermosa,  
Que yo supe encarecerla?

BARZOUQUE.

Las cosas que no me tañen,  
Nunca me detengo en verlas.  
Déjame ver la criada.—  
Vaya, ni es mala, ni buena:  
Medioce es.

DON JUAN.

Dicha he tenido.

BARZOUQUE.

¿Qué aguardas? Vamos tras ella,  
No haya otra pendencia ántes  
De saber su casa.

DON JUAN.

Es fuerza;  
Que iman de rayos, tras sí  
Arrebatado me lleva,  
Girasol de su hermosura.

(*Al irse, le detiene Marcela.*)

MARCELA.

Pues vuesaerced se detenga;  
Que el girasol, con la vista  
Sola sigue la belleza  
Del sol; pero no se mueve.

DON JUAN. (*Ap.*)

¡Vive el cielo, que es Marcela!

BARZOUQUE. (*Ap.*)

¿No lo dije yo? Peor  
Es esto que la pendencia.

DON JUAN.

Marcela, pues; ¿qué venida  
Por estos barrios es esta?

MARCELA.

Es venir á averiguar  
La causa de las tristezas  
Destos dias, y hela hallado  
A precio de una experiencia.

DON JUAN.

Huélgome, porque hasta ahora  
Yo no he sabido cuál sea,  
Y diciéndomela tú,  
Será mas fácil vencerla.

MARCELA.

Pues si no lo sabes, es,  
Don Juan, para que lo sepas,  
Haber visto el sol cifrado  
A un rayo, el cielo á una esfera.

BARZOUQUE. (*Ap.*)

¡Muertos somos, si oyó aquello  
Del retrato y la venera!

DON JUAN.

Barzoque, mira si dije  
Yo bien.—¿Que seas tan necia,  
Que no echas de ver que habla  
Conocidote, y que á esta  
Puerta me puse á hablar eso,  
En venganza de que vengas

Siguiendo en aqueese traje  
Mis pasos!

BARZOUQUE.

Y por mas señas

Del haberos conocido,  
Desde que entrasteis en esta  
Calle, venisteis andando  
Hasta aquí.

MARCELA.

¿Hay tal desvergüenza?

Pues tú, picaro, ¿tambien  
Te burlas de mí?

DON JUAN.

No seas

Terrible, que por tu vida...

MARCELA.

Di la tuya.

DON JUAN.

¿No es la mesma?

Que te habia conocido.

MARCELA.

¡No está mala la deshecha!

DON JUAN.

En tanto, Barzoque, que  
Yo desenojo á Marcela,  
Ve á ver si hallas aquel hombre  
Que ha de aceptar esa letra.

BARZOUQUE.

Yo voy.

MARCELA.

No quiero que vayas.

DON JUAN.

Importa la diligencia.

MARCELA.

No le dejes ir, Ines.

INES.

Yo le tendré. — Infame, espera.  
¿Y aquello de la medioce,  
Y no ser mala ni buena  
La criada?

BARZOUQUE.

Todo eso

¿En la disculpa no entra?  
Por tu vida, que es la mía  
(Así en mal fuego la vea  
Arder), que te conocí.

MARCELA.

Don Juan, aunque mas pretendas  
Persuadirme, es imposible:  
Yo sé bien que las tibiezas  
Destos dias han nacido  
De nueva pasión, que fuerza  
Tu voluntad á que faltes  
A tantas nobles finezas  
Como me debes.

DON JUAN.

No sé

Que haya razones que puedan  
Satisfacerte; y es cosa  
Muy temeraria que quieras  
Hacer verdad tu mentira  
A costa de mi paciencia.

MARCELA.

¿Que es mi mentira verdad?  
Si es la que miente tu lengua.

DON JUAN.

Mira que estás en la calle.  
No des voces. Esas quejas  
Suenan en casa mejor:  
Vete por tu vida á ella,  
Que yo voy tras ti.

MARCELA.

Si es

Despedirme con tal priesa

Por ir siguiendo el iman  
Que arrebatado te lleva,  
Vete, vete; que no quiero  
Que imagines ni que entiendas  
Que he de sentir el desaire.

BARZOUQUE. (*Ap. á su amo.*)

Cuidado con la venera,  
Que este es paso de pedirla.

DON JUAN.

Pues como tú no lo sientas,  
Yo me iré; no porque tengo  
Que sentir, mas porque veas  
Que no he de sentir el tuyo  
Tampoco yo.

MARCELA.

Pues espera,

Que por sí ó por no, no quiero  
Que por ahí te vayas.

DON JUAN.

Suelta,

Marcela.

MARCELA.

Ingrato...

ESCENA V.

DON PEDRO. — DON JUAN, MARCELA, INES, BARZOUQUE.

DON PEDRO.

Don Juan

DON JUAN.

Señor.

DON PEDRO.

Pídcele licencia

A esa dama, porque importa  
El que conmigo te vengas.

MARCELA.

Ya, sin pedir la, la tiene.

(*Ap. á Don Juan*)

En tu vida no me veas,  
Ni me hables. — Vamos, Ines.  
(*Ap. De rabia y celos voy muerta.*)

DON JUAN. (*Ap. al criado.*)

¡Qué buena ocasion perdí!

BARZOUQUE.

Pues ¿qué importa que se pierda,  
Como no se haya perdido  
El oro de la venera?

(*Vanse Marcela é Ines.*)

ESCENA VI.

DON PEDRO, DON JUAN, BARZOUQUE.

DON JUAN.

¿Qué es, señor, lo que me mandas?

DON PEDRO.

Aunque reñirte pudiera  
Haberte hallado, Don Juan,  
Sin recato ni prudencia  
Hablando en la calle á voces,  
Lo que te quiero es, que sepas  
Que ya el señor Almirante  
Partió á Vizcaya, y es fuerza  
Que salgas hoy de Madrid,  
Y aun por la posta quisiera,  
Porque en el sitio te halle,  
Cuando llegue, su Excelencia.  
Lo que habia detenido  
Tu partida, solo era  
Esperar á que Barzoque  
Viniese; ya está la letra  
Socorrida, nada falta;  
Y así á toda diligencia  
Es menester salir hoy;  
Que no es justo, estando puesta

Pena de traidor á quien,  
Hablendo servido, deja  
De salir, que comprendido  
Tú en el bando, te detengas  
Ni un instante.

DON JUAN.

Ya tú sabes  
Cuánto estoy á tu obediencia  
Sujeto siempre; y aunque  
Te parece que me encuentras  
Mal divertido, una cosa  
Son cortesanías licencias,  
Y otra obligaciones justas.

DON PEDRO.

¡Cuánto estimo esa respuesta!  
Vente pues conmigo, donde  
Una cantidad me truécen  
De dinero, porque tú  
Lo recibas. — Las maletas  
Puedes poner tú entre tanto,  
Barzoque.

BARZOQUE.

Voy á ponerlas.

DON JUAN.

Pues, si vas á casa, toma:  
Estos papeles te lleva,  
Que son los de mis servicios,  
(Que por descuido ó pereza,  
Desde que fui á registrarme,  
Andan en la faldriquera)  
Y ponlos entre la ropa.

BARZOQUE.

Harélo como lo ordenas. (Vase.)

DON PEDRO.

Ven, Don Juan, porque á vestirme  
Luego de camino vuelvas.

DON JUAN. (Ap.)

Ignorado amor, perdona  
Si ántes de saber quién seas,  
Me ausento de ti; que no  
Será tu olvido mi ausencia. (Vanse.)

Sala en casa de un embajador.

### ESCENA VII.

DON DIEGO, ENRIQUE.

ENRIQUE.

Si desas manera das  
Lugar á tu pensamiento,  
Aunque quieras no podrás  
Pararle; que el sentimiento  
Discurrido crece mas.

DON DIEGO.

El mas recibido error  
Que hay en el mundo, en rigor,  
Ser ese consuelo suele,  
Que es decir á quien le duele,  
Que no piense en su dolor.  
No es lo mas que yo he sentido,  
El haber á un hombre herido,  
Pues suya la culpa fué.  
Ni que él de peligro esté,  
Estando yo retraído;  
Pues con ausentarme, hallado  
Estaba el medio al cuidado.  
Mi pena es mas inhumana  
Tener, Enrique, una hermana  
Mozza, hermosa y sin estado.  
Esta es toda mi pasión  
Que no, Enrique, la ocasión  
Que en este trance me ha puesto.

ENRIQUE.

Yo espero en Dios que muy presto  
Mejore tu confusion;

Que ese hombre sanará,  
Con que muy fácil será  
Las amistades hacer.

DON DIEGO.

Don Luis se ofreció á saber  
Qué declaró y cómo está;  
Mas como anda de partida,  
Lugar quizá no ha tenido:  
Con que mi pena atrevida  
Hoy me tiene suspendido  
Entre su muerte y su vida

ENRIQUE.

Don Luis es tu amigo: espera  
En su amistad verdadera  
Que aunque de partida está,  
Con la respuesta vendrá.

DON DIEGO.

En esa sala de afuera  
Ruido siento: sal á ver,  
Enrique, quien puede ser.

ENRIQUE.

Ya serán intentos vanos;  
Que de una silla de manos  
Ha salido una mujer  
Tapada, y entra hasta aquí.

DON DIEGO.

¡Qué es lo que mis ojos ven!  
¿Mujer á buscarme á mí?

### ESCENA VIII.

LEONOR.—DON DIEGO, ENRIQUE.

LEONOR.

Y inujer que os quiere bien.

DON DIEGO.

¡Leonor, hermana! ¿tú así  
Vienes? Pues no te he rogado  
En papeles que he enviado,  
Que esta fineza no hicieses,  
Ni á verme, Leonor, viñeses?

LEONOR.

¿Cuándo obedeció el cuidado,  
Y mas cuidado de amor?  
Y viniendo desta suerte,  
¿Qué importa?

DON DIEGO.

Nada, en rigor,  
Mas de poder á quien verte  
En cas de un embajador;  
Y no sabiendo que he sido  
Yo el que á ver hayas venido...

LEONOR.

De todo estoy avisada,  
Y en una silla y tapada.  
Nadie me habrá conocido.  
¿Cómo estás?

DON DIEGO.

¿Cómo he de estar?  
Con mil cuidados, Leonor,  
Que tras sí trae un pesar.

LEONOR.

Ya sucedió, ya es error  
Que en él me quieras hablar,  
Aunque vengo á hablar yo en él,  
No fiando mi pasión  
A un papel; porque el mas fiel  
Es, en efecto, un papel,  
Que habla sin alma ni acción;  
Y así, á la voz se remita  
Lo que mi amor solicita.  
Una mierda á pedirte  
Vengo; que no ha de salirte  
Muy de balde la visita.

DON DIEGO.

Pues ¿qué me quieres?

LEONOR.

He oído

Que ese hombre que has herido,  
Hoy muy de peligro está:  
Fuerza ausentarte será;  
Y así, lo que yo te pido.  
Es que de toda mi hacienda  
Te socorras, ó se venda,  
O se abrasc, porque no  
Te vea en una cárcel yo.  
Y porque mejor se entienda  
El fin de mi pensamiento,  
Es pedirte que te alejes,  
Con ser lo que yo mas siento,  
Y solamente me dejes  
Con que viva en un convento.

DON DIEGO.

¡Sahe Dios que no he tenido,  
Leonor, cuidado mayor  
Que tú en lo que ha sucedido;  
Pero oyéndote, Leonor,  
Mi mayor consuelo has sido.  
Mira tú dónde estarás  
Mas á tu gusto y mejor;  
Porque yo no quiero mas  
Hacienda, vida ni honor,  
Que saber que quedarás  
En un convento sin mí,  
Ya que tan infeliz fui  
En lo que me sucedió.

Pero, vive Dios, que no  
Lo pude excusar, pues vi  
Que por muy leve porfia,  
Que jugando habia tenido  
Con un hombre el mismo día,  
Siguiéndome habia venido  
Con otros en compañía.  
Paréme, y cuando llegaron,  
Tres las espadas sacaron:  
Saqué la mía. No sé  
Cómo tal mi dicha fué,  
Leonor, que no me mataron;  
Y no dudo que logrado  
Su intento hubieran, primero  
Que yo me hubiera librado,  
Si á este tiempo un caballero  
No se pusiera á mi lado.  
Jamás, hermana, sospecho  
Que vi igual valor. ¿Qué airado,  
Qué en sí, de sí satisfecho,  
Desempeñó generoso  
La roja insignia del pecho!  
Yo cuando me vi valido,  
Con aquel que habia reñido  
Cerré sin ningún recelo,  
Y di con él en el suelo  
Llegando mas gente al ruido,  
Me entré en San Jorge, amparado  
Siempre de aquel caballero,  
Que nunca dejó mi lado,  
Hasta que dijo: «No quiero  
Pues vos estáis ya en sagrado,  
Hacerme cómplice yo:  
Adios quedad.» Y salió  
De la iglesia. Agradecido  
Al socorro recibido,  
Saber quise el nombre, y no  
Pude, porque llegó en esto  
Justicia. Queriendo entrar,  
Cerraron las puertas presto:  
Y yo, por no me quedar  
A alguna violencia expuesto,  
No quise parar allí;  
Y así, á la noche sali,  
Y vine donde ahora estoy  
Con tantas desdichas boy,  
Que...

ENRIQUE.

Don Luis entra hasta aquí.



DON DIEGO.

Tápate, Leonor, la cara,  
No te vea.

(Vase Enrique.)

ESCENA IX.

DON LUIS, *de camino*.—LEONOR,  
DON DIEGO.

DON LUIS.

Si pensara  
Hallaros entretenido,  
Tan necio y inadvertido,  
Antes de llamar, no entrara  
A daros cuenta venia  
De lo que vos me mandais;  
Pero necedad sería  
Divertiros, cuando estáis  
Con tan buena compañía.  
Pesante de que no sé  
Si dar la vuelta podré;  
Que puesta á caballo ya  
Está la gente que va  
Conmigo; solo os diré  
Que con el herido he estado,  
Y que está mucho mejor:  
Que el escribano, obligado  
De mí tambien, me ha enseñado  
La causa...

ESCENA X.

ENRIQUE.—DICHOS.

ENRIQUE.

El embajador  
Mismo á la puerta llegó  
Deste cuarto, preguntando  
Por tí.

DON DIEGO

Pues justo es que no  
Vea mujer aquí, cuando  
Tal merced me hace: así yo  
A ver qué manda saldré  
A esotra pieza. No os vais,  
Don Luis amigo, sin que  
Todo aqueo me digais.

DON LUIS.

Vamos los dos.

DON DIEGO.

¿Para qué?  
Si él quiere hablarme, es error.  
Aquí os estad.

ENRIQUE.

Ya él te espera.

DON DIEGO.

Agradecedme el favor.—  
Y de ninguna manera  
Tú te descubras, Leonor. (*Ap. á ella.*)  
(Vase Don Diego y Enrique.)

ESCENA XI.

LEONOR, DON LUIS.

LEONOR.

(*Ap.* A obedecer no me obligo  
El precepto que me das.)  
¿No hablais mas que eso conmigo?

DON LUIS.

Nunca yo suelo hablar mas  
Con la dama de mi amigo.

LEONOR.

Es muy justo proceder,  
Muy conforme á vuestra fama;  
Pero hablad, llegando á ver

Que no solo soy su dama,  
Pero no lo puedo ser.  
(*Descúbrese, y habla con priesa, mi-  
rando adentro.*)

DON LUIS.

Señora, mi bien, Leonor,  
Contigo sí; que mi amor  
Tan digno es como tú sabes,  
Y es fuerza que mas le alabes  
De fino que de traidor.  
Parecerá error, primero  
Guardar á su amor decoro,  
Que á su honor; no así lo infero  
Del fin con que yo te quiero,  
Y la fe con que te adoro.  
Pues no haber hasta ahora dado  
Parte de nuestro deseo  
A Don Diego, lo ha causado  
No ser dueño de un honrado  
Mayorazgo que pleiteo.  
Con que la disculpa es llana;  
Pues si se atiende al efeto,  
No ha sido intencion villana  
El hablar con mas respeto  
A su dama que á su hermana.

LEONOR.

¿Ya en fin de camino estás?

DON LUIS.

Sí, pues tú ocasion me das.

LEONOR.

¿Acaso te he dicho yo,  
Don Luis, que te ausentes?

DON LUIS.

Pero eso me obliga mas.

LEONOR.

¿Cómo así?

DON LUIS.

Como mi amor,  
Atento solo á quererte,  
Se ha valido del honor;  
Porque para merecerte,  
No hallo tercero mejor.  
El es el que me ha mandado  
Que acuda á la obligacion  
De caballero y soldado;  
Que al fin, servicios de honrado,  
Méritos de amante son.  
Mal sin opinion pudiera  
Servirte yo.

LEONOR.

Dices bien;  
Pero yo, Don Luis, quisiera  
Que esa fineza tambien  
Menos á mí costara fuera.  
Y por no gastar en vano  
Este pequeño lugar  
(Pues aunque te estimo, es llano  
Que en mi casa no has de entrar,  
No estando en ella mi hermano),  
Solo decirte es mi intento  
Que tal fe mi pecho encierra,  
Que cuando, al honor atento,  
Tú, Don Luis, vas á la guerra,  
Yo me quedo en un convento.  
Solo tú la causa has sido  
Con que á pedirlo he venido;  
Y puesto que á mí tristeza  
Tú debes esta fineza  
Mas que al lance sucedido  
A mi hermano en la pendencia  
De que el mismo amor es juez,  
Haya igual correspondencia:  
Vuelva siquiera una vez.  
Por su opinion el ausencia.

DON LUIS.

Yo haré que el mundo repare  
Que hay ausencia que se ampare

De olvido en mi retraida,  
Pues Dios me quite la vida  
El día que te olvidare.

LEONOR.

La misma palabra dió  
Mí fe; y si tan grande dicha  
No la mereciere yo...

DON LUIS.

¿Qué?

LEONOR.

Será por mi desdicha,  
Pero por mi culpa no.

ESCENA XII.

DON DIEGO.—LEONOR, DON LUIS.

DON DIEGO.

Venia el embajador  
A decirme que ha tenido  
Un papel de un gran señor,  
Que siempre ha favorecido  
Mis fortunas su valor,  
En quien le dice quién soy  
Y como en su casa estoy,  
Que me favorezca; y él,  
A su obligacion fiel,  
Vino á ofrecérseme hoy.  
Esto es lo que me ha querido.  
Decid vos, ¿qué habeis sabido  
De mis desdichas?

DON LUIS.

Hablé

A un amigo, que lo fué  
Tambien de ese hidalgo herido;  
Y acompañándole yo,  
A su casa me llevé:  
Vile en extremo alentado.  
Despues, habiendo buscado  
Al escribano, me dió  
La causa; y en conclusion,  
Calla en su declaracion  
Quién le hirió, diciendo que  
Sobre el encontrarse fué  
Muy acaso la cuestion.  
Con esto, Don Diego, adios,  
Y creed, que aunque me alejo,  
El amistad de los dos  
Es tal, que al dejaros, deo  
Mi vida y alma con vos.

(Vase.)

ESCENA XIII.

LEONOR, DON DIEGO.

DON DIEGO.

¿Qué amigo tan verdadero!

LEONOR.

Bien lo muestra su fineza.

DON DIEGO.

Leonor, pues que considero  
Mejorada mi tristeza,  
Que no hagas novedad quiero.

LEONOR.

Yo no tengo voluntad.  
(*Ap.* ¿Oh si esto fuera verdad!)

DON DIEGO.

Yo te lo estimo, y ahora  
Vete, hermana, que ya es hora.  
Prevenirte es necesidad,  
De que con recato estés:  
Que tus ventanas y puertas  
A todas horas...

1 Ahora se diria: cuyo valor, cuya hon-  
dad ha favorecido siempre mis fortunas.

LEONOR.

No es  
Menester que tú me adviertas;  
Que soy quien soy. Dame pues  
Los brazos, y cré de mí  
Que en mi vida he recibido  
Pesar como el que ahora aquí  
Despidiéndome he tenido.

DON DIEGO.

Todo lo creo de tí. (Vanse)

Sala en casa de Don Pedro.

#### ESCENA XIV.

DON PEDRO, DON JUAN, BARZOQUE; CELIO, con luces.

DON JUAN.

¿Está todo puesto ya?

BARZOQUE.

Ya, señor, todo está puesto;  
Solo falta de ponerte  
Tú á caballo.

DON PEDRO.

Mira, necio,  
Si se olvida algo.

BARZOQUE.

Ahora iré  
La memoria recorriendo.  
Mi amo aquí está, yo aquí estoy,  
Las malas allí están: bueno.  
Cabaletas hasta aquí estamos,  
Tantas mulas como dueños.  
Las maletas allí están,  
La sombrerera y el fieltro.

DON JUAN.

¿Fieltro llevas en verano?

BARZOQUE.

Quizá volveré en invierno.—  
El quitasol...

DON PEDRO.

¿Quitasol,  
Yendo de noche?

BARZOQUE.

Por eso,  
Que quien de noche camina,  
Le ha menester, pues es cierto  
Que hace calor, y no están  
Las posadas tan á tiempo,  
Que no dé un poco de sol;  
Y cuando no sirva desto,  
¿Hay mas de hacer del que fué  
Quitasol, quita-sereno?—  
Las botas grandes.

DON JUAN.

¡En julio  
Botas!

BARZOQUE.

Estas que yo llevo,  
Yo he de calzarlas.

DON PEDRO.

¿Ahora?

BARZOQUE.

Pues ¿para cuándo se hicieron  
Ellas, sino para cuando  
Hay mayores sedes?

DON JUAN.

¡Luego  
Son de vino?

BARZOQUE.

Pues.

DON PEDRO.

Y ¿cuántas?

BARZOQUE.

Bos, por igualar el peso.

DON PEDRO.

Si escuchamos este loco,  
No saldrás, á lo que entiendo,  
De aquí hasta el amanecer.

BARZOQUE.

Nada se olvida en efecto.  
Vamos... si bien no sé qué  
Escrúpulo acá me tengo  
De que se me olvida algo,  
Que dudando y discuriendo,  
Me acuerdo de cierta cosa,  
Y qué cosa es no me acuerdo.

DON JUAN.

Dame tu mano, señor.

DON PEDRO.

De nada, Don Juan, te advierto:  
Tus obligaciones sabes.  
Adios pues, y ¡plegue al cielo  
Te traiga con bien!

DON JUAN.

No sé  
Si te lo otorgue, que temo  
No volver vivo. (Ap. ¿Qué mucho  
Si antes de partir voy muerto?  
Ausencia, pues te llamaron  
Remedio de amor y celos,  
Pues me ves morir de amor,  
Dame, ausencia, tu remedio.) (Vase.)

DON PEDRO.

Alumbrad.

BARZOQUE.

Dame los pies.

DON PEDRO.

Barzoque, solo te ruego  
Cuides mucho de tu amo.

BARZOQUE.

Una y mil veces lo olrezco.  
(Ap. ¿Qué quieres de mí, memoria?  
Déjame, todo lo llevo.  
Nada deo de importancia,  
Pues las dos botas no deo.) (Vase.)

#### ESCENA XV.

DON PEDRO, CELIO.

DON PEDRO.

Obligaciones de honor,  
Mucho me debeis, pues tengo  
Valor para ver partir  
A tan conocido riesgo  
Un hijo; y siendo yo mismo  
Quien mas su peligro temo,  
Fui quien mas para el peligro  
Le animo que le detengo.  
Pero vaya, mozo es,  
Sirva al Rey; pues es tan cierto  
Que es la sangre de los nobles,  
Por justicia y por derecho,  
Patrimonio de los reyes.—  
Hola.

CELIO.

Señor.

DON PEDRO.

Vamos, Celio,  
Con luz recorriendo ahora  
De Don Juan el aposento  
Por esa puerta que cae  
A mi cuarto, y á ver luego  
Si la que cae á la calle  
Cerrada está.

CELIO.

De eso vengo,  
Y está cerrada; si bien  
Que layas de reñirme temo  
Un descuido.

DON PEDRO.

Pues ¿qué ha habido?  
¿Qué se ha olvidado? Di presto.

CELIO.

Pedir, señor, á Barzoque  
La llave della.

DON PEDRO.

Pues ¿eso  
Qué importa, que él se la lleve,  
Si yo llave maestra tengo?  
Y pues hay aquí recado  
De escribir, escribir quiero.  
Llégame bufete, silla  
Y luces.

CELIO.

¿Ahora, siendo  
Mas de media noche ya,  
Quieres escribir?

DON PEDRO.

No puedo  
Excusarlo, porque son  
Unas cuentas... Mas ¡qué veo!  
Los papeles de Don Juan  
(¡Qué gran descuido!) son estos  
Mira si alcanzarle puedes.

CELIO.

¿Cómo he de alcanzarle, habiendo  
Tanto tiempo que partió?

DON PEDRO.

Pues luego al punto, al momento  
Busca en que ir hasta alcanzarle,  
Y dáselos, porque es cierto  
Que sin ellos no podrá  
Cobrar su ventaja y sueldo.

CELIO.

Hasta la mañana, ¿quién  
Me dará en que ir?

#### ESCENA XVI.

LEONOR, JUANA. — Dichos.

Voces dentro.

¡Fuego, fuego!

DON PEDRO.

Mira qué voces son esas  
Tan cerca...

LEONOR. (Dentro.)

¡Válgame el cielo!

DON PEDRO.

De casa.

CELIO.

Yo voy á ver  
Dónde son.

JUANA. (Dentro.)

¡Huyamos presto,  
Señora: piérdase todo,  
Pero no las vidas.

Voces dentro.

¡Fuego!

DON PEDRO.

¿Dónde será?

LEONOR. (Dentro.)

Pues abierta  
Esta casa está...

DON PEDRO.

¿Qué es esto?  
(Sale Leonor medio vestida.)



LEONOR.

Una mujer infelice,  
A quien esta luz (mi pecho  
Me ahoga) trajo hasta aquí,  
De sus desdichas huyendo.  
Si sois, señor (¡muerta estoy!),  
Como mostráis, caballero,  
Amparadla (¡qué desdicha!),  
Pues basta saber (no puedo  
Hablar) que de vos se vale  
En ocasión que (el aliento  
Me falta) su misma casa  
La echa de sí.

DON PEDRO.

Detenéos,  
Sosegad, que habeis llegado  
Donde halleis, yo os lo prometo,  
Amparo y favor. ¿Qué ha habido?

LEONOR.

Que estando ahora...

*Voces dentro.*

¡Fuego, fuego!

LEONOR.

Esas voces os respondan.  
En mi casa, en mi aposento  
Soir.

DON PEDRO.

¿Qué casa es?

LEONOR.

La frontera.

DON PEDRO.

A ella acudiré, y ofrezco  
Poner cuanto yo pudiere  
En salvo. Vamos corriendo.—  
Llama todos los criados.— (A Celio.)  
Vos aquí estad, mientras vuelvo.  
(Vanse Don Pedro y Celio, y sale  
Juana.)

## ESCENA XVII.

JUANA. — LEONOR.

JUANA.

¡Ay, señora, qué desdicha!  
Todo se nos queda ardiendo.  
Como me cogió salí.

LEONOR.

Mayor pudo sucedernos,  
Si dormidas nos hallara.  
Ya que agradecerle tengo  
A mi fortuna, que tantas  
Penas me haya dado á un tiempo;  
Pues la ausencia de Don Luis,  
De mi hermano el retraimiento,  
Desvelada me tenían  
Para que pudiese (¡ay cielos!)  
La vida escapar, quizá  
Para mayores tormentos.

JUANA.

No sé como el fuego pudo  
Encenderse.

LEONOR.

No apuremos  
Cómo pudo suceder,  
Pues ya sucedió; y no quiero  
Ser ingrata á mi ventura,  
Acordándome en suceso  
Tan infelice de nada,  
Ni cómo pudo ser, puesto  
Que no perdiendo la vida,  
Todo es poco cuanto pierdo.

JUANA.

No dudo que nada pierdas,  
e á lo que desde aquí veo,

Todo á esta casa lo traen;  
Y si no me engaño, pienso  
Que es ménos el fuego, pues  
Ya el ruido, señora, es ménos.

## ESCENA XVIII.

DON PEDRO. — LEONOR, JUANA.

DON PEDRO. (*Hablando con sus criados  
que están dentro.*)

Entrad á ese cuarto toda  
La ropa.— ¡Gracias al cielo,  
Señora, que ha sucedido  
Felizmente! Todo el fuego  
Queda apagado; que fue  
Dicha socorrerle presto:  
Toda la hacienda también  
Está en salvo.

LEONOR.

Agradeceros

Tan grande merced quisiera;  
Pero á empezar no me atrevo,  
Por no dejar desairado  
Tan noble agradecimiento.  
Guárdeos el cielo mil años;  
Y supuesto que ya os debo  
Tal merced, dadme licencia  
Para recibirla, yendo  
Acompañada de vos  
A mi casa.

DON PEDRO.

Detenéos,

Y considerad, señora,  
Que aunque ya cesó el incendio,  
No el humo, y á ahogaros basta  
El que hay en vuestro aposento.  
Demás, de que fué forzoso  
Para cortarle, en el suelo  
El tabique derribar  
De la alcoba; y fuera desto,  
Toda vuestra ropa está  
En mi casa; y así, es cierto  
Que en la vuestra no podeis  
Entrar, señora, tan presto.

LEONOR.

Pues ¿qué he de hacer ¡infelice  
De mí! que una amiga, un deudo,  
Donde pudiera albergarme,  
Ambos viven de aquí léjos?  
Y á estas horas y desnuda  
Ir yo...

DON PEDRO.

Si el ser caballero

Os asegura, señora,  
De mi proceder, saliendo,  
Sobre la sangre, las canas  
Fiadoras de mi respeto;  
Y para decirlo todo  
De una vez, si el ser Don Pedro  
De Mendoza os asegura;  
Lo que yo ofreceros puedo,  
Este cuarto es, donde entrasteis,  
Tan apartado y tan léjos  
Del mio, que nadie tiene  
Que hacer en él. No está puesto  
Como merecéis; mas hay  
Una cama, por lo ménos,  
Para pasar lo que falta  
De la noche, hasta que siendo  
De día, á la casa vais  
Desa amiga y dese deudo.  
Y por mas seguridad,  
Si no basta todo esto,  
Tomad la llave vos misma,  
Y cerrareis por adentro.

LEONOR.

La seguridad mayor,  
Señor, que yo tener debo,  
Es ser quien sois; pero no

Quisiera yo, porque tengo  
Mucho que perder, que alguno,  
Por objeción de suceso  
Tan extraño, me pusiera,  
O bien malicioso ó necio,  
El que me quedé una noche  
Fuera de mi casa.

DON PEDRO.

Un riesgo

Tan preciso y tan forzoso  
Disculpa un atrevimiento,  
Y mas tan lícito y justo.  
Quedaos aquí, y yo os ofrezco  
Del menor inconveniente,  
Que de esto os resulte, haceros  
Satisfecho.

LEONOR.

¿Esa palabra

Me dais?

DON PEDRO.

Sí.

LEONOR.

Pues yo la acepto.—

Juana, vete á casa tú,  
Para que cuides de aquello  
Que allí quedó.

JUANA.

¿A casa yo?

LEONOR.

Sí, pues yo segura quedo.

DON PEDRO.

Esta es la llave. (*Le da la maestra*)

LEONOR.

Señor,

No la tomo por recelo,  
Sino por poder decir,  
Que me cerré por adentro.

(*Vanse Don Pedro y Juana, Leonor  
echa la llave.*)

## ESCENA XIX.

LEONOR.

¿Qué quieres de mí, fortuna,  
Que en tantos lances me has puesto?  
Dame mas valor, ó no  
Me des tantos sentimientos.  
¿Quién creará que en cuatro dias  
Caben tan raros sucesos,  
Como me han acontecido?  
Y aun con todo no me quejo  
De ti, fortuna, porque  
Para adelante te quiero  
Por amiga; que aun te queda  
Cabal el poder, y temo  
Lo que puedo padecer,  
Aun mas de lo que padezco.

(*Siéntase en una silla.*)

Rendida, dudo si diga  
De mis desdichas al peso,  
O á las señas de mortal,  
En esta silla me siento,  
Tan dudosa, que no sé  
Si podrá el entendimiento  
Distinguir si el que me rinde  
Es el desmayo ó el sueño.  
¡Cielos! no descanso os pido,  
Paciencia sí.

(*Quédase dormida.*)

## ESCENA XX.

DON JUAN y BARZOQUE. *abriendo quedito una puerta.*—LEONOR, *dormida.*

DON JUAN.

Abre mas quedo,  
No alhorotemos la casa,  
Si está mi padre durmiendo,  
Ya que habiéndote dejado  
Todos mis papeles puestos  
Sobre el bufete, la llave  
Llevaste de mi aposento;  
Porque en un descuido, otro  
Pueda servir de remedio.

BARZOQUE.

¡Vive Dios, que no he tenido  
Tal pesadilla y desvelo,  
Como el que llevaba, hasta  
Acordarme que eran ellos  
Lo que se olvidaba! Bien  
Que fué dicha ser tan presto.

DON JUAN.

¡Oh! ¡qué feliz fuera yo,  
Si como á Madrid me vuelvo  
A buscar unos papeles,  
Volvierá alegre y contento  
A buscar una hermosura  
Que dentro del alma tengo!

BARZOQUE.

¿Qué dieras, señor, por verla?

DON JUAN.

Diera el alma.

BARZOQUE.

¡Caro precio!

DON JUAN.

Entra en la sala.

BARZOQUE.

¡A esta hora

Hay luz en ella! ¿á qué efecto?

DON JUAN.

Algun criado quizá  
Estará... Mas ¡santos cielos!  
¡Qué miro! *(Repara en Leonor.)*

BARZOQUE.

¡Jesus mil veces!

DON JUAN.

¿De qué tiembblas?

BARZOQUE.

De algo tiemblo,

Pues es la mujer que está  
Sobre esa silla durmiendo,  
La misma que adoras.

DON JUAN.

Bien

La extrañeza del suceso  
Puede dar admiracion,  
Miedo no.

BARZOQUE.

¿Cómo no miedo,

Si cuando ofresces el alma,  
Te la hallas en tu aposento,  
En fe de que te aceptó  
La palabra el diablo?

DON JUAN.

Necio,

¿Tan bien mandado es el diablo?

BARZOQUE.

No lo es; pero puede serlo.  
¿Quién querías tú que aquí  
Te la tuviese?

DON JUAN.

Sucesos

Que ahora no se ofrecen.

BARZOQUE.

Pacto

Ha sido explicito, es cierto.

DON JUAN.

Llega esa luz.

BARZOQUE.

¿Yo llegar?

DON JUAN.

¿Adónde te vas?

BARZOQUE.

Huyendo

Della y de tí. Con las mulas  
Y el mozo, señor, te espero,  
Si bien un diablo y un mozo  
De mulas, todo es lo mismo. *(Vase)*

## ESCENA XXI.

DON JUAN; LEONOR, *dormida.*

DON JUAN.

Ignorada deidad mia,  
Si eres en esta ocasion  
El cuerpo de mi ilusion,  
La alma de mi fantasia,  
Si sombra que helada y fria  
Mi imaginacion formó,  
¿Cómo hizo en quien no te amó  
Mi imaginacion efeto?  
Luego no eres mi conecto,  
Pues te ve otro mas que yo.  
Pues siendo en mi devaneo  
Cuerpo con alma y sentido,  
¿Quién pudo haberte traído  
Al lugar donde te veo?  
Conjuró de amor, no creo  
Haberle tal, que pudiera  
Atraerte aquí: de manera,  
Que aunque aquí te llevo á ver,  
No hallo razones de ser  
Fingida ni verdadera.  
Pues ¿qué serás? que rendido  
A una duda y otra duda,  
No hay desengaño que acuda,  
Sino á quitarme el sentido.  
Sueño debe de haber sido  
Cuanto estoy viendo y tocando;  
Aunque tampoco, mirando  
Que fuera impropiedad, siendo  
Tú la que aquí estás durmiendo,  
Ser yo el que aquí está soñando.  
Aunque bien puede ser, si;  
Que si de ser innortal  
El alma, es clara señal  
El sueño, y yo te la di,  
Cierto es que aunque anime en mí,  
En él vive; y así, cuando  
Duermes tú, estoy delirando  
Yo: con que ser puede *(¡ay Dios!)*  
Con un alma estar los dos,  
Tú durmiendo y yo soñando.  
Y puesto que sueños son  
Las dichas y los contentos,  
Soñémoslos de una vez.  
Hermosa deidad...

*(Despierta Leonor.)*

LEONOR.

¿Qué es esto?

DON JUAN.

Es un efecto de amor,  
No hallado acaso, aunque serlo  
Parece, pues es buscado  
Del mismo amor.

LEONOR.

¿Cómo, cielos!

Así se rompe una fe  
Jurada? Ved...

DON JUAN.

Nada veo.

LEONOR.

Que yo en confianza vuestra...

DON JUAN.

Ninguna es la que yo os debo.

LEONOR.

Aquí me quedé.

DON JUAN.

Es en vano

Disuadirme de mi intento.

LEONOR.

¿Vos sois noble?

DON JUAN.

No lo sé.

LEONOR.

Mirad que soy...

DON JUAN.

Nada advierto.

LEONOR.

Mas que pensais.

DON JUAN.

Poco importa.

LEONOR.

No, sino mucho; y primero  
Que logreis tan gran traicion,  
Yo sabré romperme el pecho  
Con mis mismas manos.

DON JUAN.

Yo

Estorbarlo.

LEONOR.

¿Cómo, cielos!

Tan grande traicion sufris?

DON JUAN.

Como es de amor, no te oyeron,  
Porque traiciones de amor  
Nacen con disculpa.

LEONOR.

Al viento

Daré voces.

DON JUAN.

Taparéte

Yo la boca.

LEONOR.

¡Piedad, cielos,

Y no permitais que venga  
A dar de un fuego á otro fuego!

## JORNADA SEGUNDA.

Sala en casa de Don Diego.

## ESCENA PRIMERA.

DON DIEGO, JUANA.

DON DIEGO.

¿Y qué hace tu señora?

JUANA.

¡Ya no lo sabes tú? Suspira y llora,  
Que es lo mismo que todos estos dias  
La divierte, señor.

† La ocupa.



DON DIEGO.

Tú que debías  
Saber (como que siempre acompañada  
De ti está, aun mas amiga que criada).  
La causa de que hace su tristeza,  
¿También la ignoras?

JUANA.

Si, que la extrañeza  
Con que á mi me ha tratado  
También en esta parte, su cuidado  
Saber no ha permitido  
De qué causa, señor, haya nacido.

DON DIEGO. [sumas,  
¿Pues no es fuerza, al mirar sus ansias  
Que cuando no la sepas, la presumas?

JUANA.

Mi pecho solo sabe  
Que la ocasion, señor, penosa y grave  
De su melancolia,  
Dos meses ha que dura, pues el día  
Nació, que á verte fué á tu retrainimiento.

DON DIEGO.

Aquese sentimiento,  
Cuando deso naciera,  
Ya al verme libre á mí, cesado hubiera;  
Pues habiendo sanado  
Aquel hombre que herí, y efectuado  
Con él las amistades,  
Trocar los rigores en piedades;  
Pues en cualquier aprieto,  
Cesando la ocasion, cesa el efeto.

JUANA.

Lo que en el mismo día también pudo  
Su sentimiento ocasionar, no dudo  
Que fué, señor, el fuego  
Que en casa se encendió.

DON DIEGO.

También lo niego

Que si deso naciera,  
Muriendo el fuego, la pasión viviera.  
La hacienda ni la vida  
No peligró, una y otra defendida  
Por la piedad y estilo lisonjero  
De aquel anciano y noble caballero,  
Que en su casa hospedada  
La tuvo aquella noche: luego en nada  
Esas dos ocasiones han causado  
Su mal; y mas habiéndose mudado  
De la casa á otro día,  
Por el azar que dice que tenía  
Con ella.

JUANA.

Pues en vano  
Decir mas que eso puedo yo.

## ESCENA II.

LEONOR.—DON DIEGO, JUANA.

LEONOR. (Ap.)

Mi hermano  
Aquí está. ¡Oh! ¿quién pudiera  
De sus ojos faltar! pues de manera  
Me acusan mis desdichas, que no puedo  
Verle la cara sin vergüenza y miedo.  
Propio temor de un pecho delincuente,  
Pensar que todos saben lo que élsiente.

DON DIEGO.

Leonor, hermana mía,  
Pues ¿por qué sin hablarme se volvía  
Tu divina belleza?

LEONOR.

Por no darte pesar con mi tristeza.

DON DIEGO.

Eso no es excusarle,  
Sino ántes aumentarle.

Añadiendo á tu gran melancolia  
El rigor con que tratas la fe mia.  
Merezca, por tus ojos,  
Saber la causa yo de tus enojos.

LEONOR.

Si de cansa naciera,  
¿A quién con mas cariño la dijera?  
¿Toda melancolia  
Nace sin ocasion, y así es la mia;  
Que aquesta distincion naturaleza  
Dió á la melancolia y la tristeza;  
Y para ella, los medios son mas sabios  
Llorar los ojos y callar los labios.

DON DIEGO.

Otros hay.

LEONOR.

¿Qué?

DON DIEGO.

Aliviarla,  
Y ya que no vencerla, desecharla.  
¿Quieres aquesta noche  
Salir á ver la máscara, en un coche,  
Que hace Madrid, en generosas pruebas  
De cuánto estima las felices nuevas  
De la mayor victoria,  
Que ha de durar eterna á la memoria  
Del tiempo, en duras láminas grabada?

LEONOR.

No, que no puede divertirme nada  
La común alegría;  
Que ántes la pena mia  
Halló para alligirme nuevos modos,  
Viéndome triste, estando alegres todos.

DON DIEGO.

Pues ¿qué podrá alegrarte?  
¿Qué podrá divertirme? ¿qué aliviar?  
No me trates ahora como hermano.  
Trátame como amante, pues es llorar  
Que lo soy, ya que no de tu belleza.  
De tu virtud. ¿Qué singular fineza  
No haré por tí?

LEONOR.

¿Tú quieres hacer una  
Que es la que mas te estime mi fortuna?

DON DIEGO.

Mi amor con imposibles acrisola.

LEONOR.

Pues la mayor será dejarme sola.

DON DIEGO.

¿Qué pasión tan tirana!  
Mas si en eso te sirvo, adios, hermana.  
(Vase.)

## ESCENA III.

LEONOR, JUANA.

JUANA.

¡Gracias, señora, al cielo,  
Que presto cesará tu desconsuelo,  
Pues ya vendrá Don Luis!

LEONOR.

Está advertido:  
Que á Don Luis no me nombres en tu vi-  
[da] que ya espiró en mi pecho  
Todo cuanto ántes fué. Nada sospecho  
Que en mi pecho ha quedado,  
Porque hasta las cenizas han volado  
De aque-se ardor violento:  
Búscalas, y hallarás-las en el viento.

JUANA.

Siempre creí...

LEONOR.

No creas  
Nada, sino la pena que en mi veas;

Y si quieres saber cuánto es severa,  
Haz una cosa.

JUANA.

¿Qué es?

LEONOR.

Irte allá fuera,  
Que estorbas á la grave pena mia  
La soledad, y no haces compañía.

JUANA.

Fuerza es obedecerte. (Vase.)

## ESCENA IV

LEONOR.

¡Oh! ¿cuánto estimo verme desta suerte,  
Pues pueden sin testigos mis enojos  
Desallogarse! Hablad, labios; ¡llorad,  
[ojos].

Solos estáis, decid vuestros agravios.  
Quejaos al cielo pues, ojos y labios;  
Que aunque juré callar, siendo testigo  
El cielo, no es hablar hablar conmigo  
—De un fuego huyendo á otro fuego  
Fui... — Tente, memoria, tente;  
Que pues que yo no lo olvido,  
No es bien que tú me lo acuerdes  
Pensé al principio que fuera  
El fiero agresor alevé  
De mi honor, mi huésped, ya  
Persuadida inútilmente  
A que el ser traidor es injusto  
Fuese conjunto al ser huésped.  
Quise dar voces; no pude,  
Que á un mismo tiempo fallecen  
Mi aliento y mis fuerzas. Dudo  
A cuál de los accidentes  
Desmayada entre sus brazos...

— ¿Qué frase habrá mas decente  
Que lo refiera? Ninguna,  
Porque la mas elocuente  
Es la que, sin decir nada,  
El mas rústico la entiende.  
Volví del desmayo, cuando  
El que (aquí el dolor se anmente)  
Mas osado estuvo, mas  
Cobarde la espalda vuelve.  
¡Oh infames lides de amor,  
Bonde el cobarde es valiente,  
Pues el vencido se queda  
Mirando huir al que vence!  
Mas animosa yo entónces,  
(Propia accion de los que tienen  
Poco valor, alentarse  
En sintiendo que los temen)  
Por conocer mi enemigo,  
Quise (¡ay de mí!) detenerle,  
Y echando la mano al cuello,  
Diciendo: «Traidor, detente,»  
Así una banda, de quien  
Estaba esta cruz pendiente.  
Abrióse el asa, y dejéme  
Con ella, á tiempo que sienten  
Ruido en el cuarto, y á él llaman.  
A abrir fui, porque me diesen  
Favor, cuando á un tiempo mismo  
El que huye y el que viene,  
Aquel se va y este se entra  
Por dos puertas diferentes.  
Desengañéme yo entónces  
De que Don Pedro no fuese  
Cómplice en traicion tan grande,  
Al verle entrar; y de suerte  
La vergüenza me trocó  
La accion, que estimando que entre  
Porque venga mis agravios,  
No le dije que los venga;  
Porque viendo al agresor  
Ya de mis ojos ausente,  
Y que no era entónces fácil  
Alcanzarle y conocerle,  
Quise mas callar, porqué

Si yo una vez lo dijese  
Y ninguna lo vengase,  
Era afrentarme dos veces.  
Volví á mi casa, porque  
No vi la hora de verme  
Sola, para preguntarle  
A este testigo quién fuese  
Su dueño; y cuando pensé  
Que debiera responderme:  
«Noble es, conocer sabrá  
La obligacion que te tiene,»  
No solo ¡ay de mí! es aquesto  
Lo que me dice y me advierte;  
Mas tan al contrario es,  
Que me dice claramente:  
«Noble es, pero tan traidor,  
Que no á ti sola te ofende.»  
Y es verdad, pues un retrato  
Que la venera contiene,  
Me da á entender que no he sido  
Yo sola ¡oh traidor, alevé!  
La quejosa. ¡Oh muda imagen!  
Dime quién es y quién cres,  
Que yo por las dos, venganza  
Tomaré, y...

### ESCENA V.

MARCELA, INES, DON DIEGO, ENRIQUE, JUANA.—LEONOR.

MARCELA. (Dentro.)

¡Jesus mil veces!

INES. (Dentro.)

¡Válgame el cielo!

LEONOR.

¡Qué escucho!

¿Qué voces? ¿qué ruido es este?

ENRIQUE. (Dentro.)

¡Qué desdicha!

DON DIEGO. (Dentro.)

Acude, Enrique:  
Basta estar dentro mujeres.

(Sale Juana.)

LEONOR.

¿Qué es eso, Juana?

JUANA.

Es un coche,

Que sin cochero y con gente,  
Mas que de paso ha venido  
La calle abajo, y en ese  
Hoyo, que á la puerta está  
Abierto para una fuente,  
Se volcó; y no dudo que  
Cuantos van dentro se hiciesen  
Mucho daño. Mi señor,  
Que á la puerta estaba, al verle,  
Acudió á favorecer...  
—Mas no hay para qué lo cuente,  
Pues con una dama en brazos,  
El y Enrique hasta aquí vienen.  
(Saca Don Diego en brazos á Marcela desmayada.)

DON DIEGO.

Hermana, dón tus pesares,  
Si es que hay pesares corteses,  
Treguas al dolor, y acude  
Piadosa, noble y prudente  
A favorecer la vida  
De una hermosura; pues debes,  
Por hermosa y desdichada,  
Favorecerla dos veces.

LEONOR.

En vano, hermano, me pides  
Que acuda piadosamente,

Pues quien sabe de pesares,  
Mas fácil se compadece.

(Sale Ines.)

INES.

Ninguna criada honrada  
Caer donde cae su ama puede,  
Pues todos se duelen della,  
Y nadie de mí se duele.

LEONOR.

Juana, entra á prevenir  
Un catre donde se acueste.

(Vase Juana.)

DON DIEGO.

Enrique, acude tú al coche.

(Vase Enrique.)

LEONOR.

Tú, hermano, pues no hay mas gente,  
Dese camarín alcanza  
Agua de azar, por si vuelve,  
Rociándola el rostro.

DON DIEGO.

¡Cielos!

No malogre un accidente  
Tanta copia de jazmines,  
Pues ya huyó la de claveles.

INES. (Ap.)

¿Que esté yo descalabrada,  
Y nadie de mí se acuerde?

(Vase Don Diego.)

### ESCENA VI.

LEONOR; MARCELA, desmayada;  
INES.

LEONOR.

Hermosa dama, si acaso  
El acaso que sucede  
Os dejó... (Ap. Pero ¡qué miro!  
O mi discurso aparentes  
Formas á mis ojos finge,  
O el original es este  
Esta copia. Si, y no solo  
En la beldad se parecen,  
Pero en el estar sin vida  
Es su retrato dos veces.  
Ella es la que...)

### ESCENA VII.

DON DIEGO.—LEONOR, MARCELA,  
INES.

DON DIEGO.

Ya está aquí

El agua.

MARCELA.

¡Cielos, valedme!

LEONOR.

Ya no es menester, pues ya,  
Hermano, en su acuerdo vuelve.

INES.

Así volviera en el mio  
Yo.

DON DIEGO.

Si albricias me pidieses,  
La vida diera en albricias.

MARCELA.

¡Admirada dignamente  
De hallarme aquí, no sé cómo  
Mi agradecimiento empiece;  
Y así, entre los dos habré  
De repartirle igualmente;  
Mas con una distincion,  
Que si mi vida se debe

A algún valor, será vuestra  
La accion; y si acaso fuese  
Milagro el mirarme viva,  
Vuestro el milagro: de suerte,  
Que hallándome entre los dos,  
Mi vida á los dos se ofrece,  
Como á noble á vos, y á vos  
Como á deidad excelente.

LEONOR.

De los agradecimientos  
Que vuestra voz nos promete,  
No es justo que yo, señora,  
Por entendida me muestre,  
Pues no soy yo la deidad;  
Y así, á mi hermano se deben  
Como á quien os socorrió,  
Esos favores corteses.

MARCELA.

Guárdeos el cielo mil años;  
Que ya gozosa de verme  
Merecedora de tales  
Dichas, mi vida agradece  
El peligro en que me he visto.

DON DIEGO.

No agradezcais desa suerte  
Accion que, sin conoceros,  
Hice por vos; pues no tiene  
Que agradecer quien acaso  
Obligada llega á verse.  
Si bien, por no malograr  
A quien tan bien encarece  
La obligacion, os suplico  
Deis lugar para que en este  
Breve cielo á tanta luz,  
Y esfera, á tanto sol, breve,  
Se os sirva.

### ESCENA VIII.

JUANA.—DICHOS.

JUANA.

Ya está, señora,  
Prevenido donde puede  
Descansar.

MARCELA.

Dadme licencia  
De que tal merced no acepte;  
Que no es posible quedarme  
A recibirla; que tiene  
En mi estado tanta dicha  
Algunos inconvenientes.

LEONOR.

Pues merezcamos saber  
Quién sois, para que no queden  
Dudas de vuestra salud,  
Sin mas noticias de quienes  
Informarnos; que no dudo,  
Segun lo que mi alma siente  
Vuestros sucesos, que ya  
Me importa precisamente  
Saber quién sois.

MARCELA.

Pues yo soy  
La obligada, á mí compete  
Saber de la vuestra; así,  
Porque en ningún tiempo llegue  
Tanta nobleza á ganarme  
De mano en tantos corteses  
Cumplimientos, perdonadme  
Callar quién soy.

### ESCENA IX.

ENRIQUE.—DICHOS.

ENRIQUE.

Ya allí tienes  
El coche puesto, señora.



INES.

El demonio que en él entre.

DON DIEGO.

No váis en él, esperad.

MARCELA.

No es posible detenerme.

Quedad con Dios.

LEONOR.

El os guarde :

Y creedme que de suerte  
Me he holgado veros con mas  
Vida que os vi, que parece  
Que retratada quedais  
A vivir conmigo siempre.

MARCELA.

Y yo siempre agradecida  
A tan piadosas mercedes,  
Esclava vuestra seré. —  
Y vos, caballero, hacedme  
Merced de quedaros.

DON DIEGO.

Yo

He de ir sirviéndoos.

MARCELA.

De aquese

Cuarto no habeis de salir.

DON DIEGO.

A mi pesar, obediente,  
Me quedo.

MARCELA.

Vamos, Ines.

(Vanse Marcela é Ines.)

## ESCENA X.

LEONOR, DON DIEGO, ENRIQUE,  
JUANA.

LEONOR.

Enrique

ENRIQUE.

Señora.

LEONOR.

Hacedme

Gusto de saber quién es,  
Y en qué parte vive.

ENRIQUE.

En breve

Lo traeré sabido.

DON DIEGO.

Enrique.

LEONOR. (Ap.)

Si mi hermano le detiene,  
La ocasion he de perder  
De saber quién es.

ENRIQUE.

¿Qué quieres?

DON DIEGO.

Sabe quién es esta dama,  
Su casa y qué nombre tiene.

ENRIQUE.

Si haré. (Ap. El servir á dos amos  
Fácil fuera desta suerte,  
Mandando una misma cosa  
Los dos.)

LEONOR. (Ap.)

¡Cielos, concededme

Alguna luz de saber  
Quién aquel tirano fuese  
De mi bonor!

DON DIEGO. (Ap.)

Permitid, cielos,  
Que yo á saber quién es llegue  
Aquesta hermosa homicida.

LEONOR. (Ap.)

Y hasta entónces, alma, vuelve  
A padecer y callar.

DON DIEGO.

(Ap. Y, amor, hasta entónces, cesen  
Los labios.) Adios, Leonor.

LEONOR.

El te guarde.

DON DIEGO. (Ap.)

Amor, concede

Alivio á mi pena.

LEONOR. (Ap.)

Honor,

Treguas á mi llanto ofrece. (Vanse.)

—  
Inmediaciones de una venta ó posada en el  
camino de Madrid á las provincias del  
Norte, á media jornada de dicha capital.

## ESCENA XI.

DON LUIS, DON JUAN, BARZOQUE.

DON LUIS.

Aquí no hemos de parar  
Mas que solo á dar cebada.

DON JUAN.

Que no se perdió jornada,  
Dijo un adagio vulgar,  
Por dar cebada y oír misa.

BARZOQUE.

Al contrario digo yo;  
Pues cuando mas me importó  
El caminar mas aprisa,  
Siempre perdi la jornada  
Por esas dos cosas; pues  
Lo que mas detiene, es  
El oír misa y dar cebada.

DON LUIS.

Barzoque, al mozo decid  
Que acabe: que es tarde, veis.

DON JUAN.

Notable prisa teneis  
Por entrar hoy en Madrid.

DON LUIS.

¿Quién (después de haber cumplido,  
Don Juan, con su obligacion,  
Hallándose en la ocasion  
Mayor que España ha tenido! ;  
Y habiendo alcanzado ya  
Licencia para volver;  
Y al fin, llegándose á ver  
Que media jornada está  
De Madrid) no deseo  
Verse entre deudos y amigos,  
Haciendo á todos testigos  
De tantas venturas?

DON JUAN.

Yo,

Que amigos y deudos tengo,  
Y no se me dicra nada  
Que empezara la jornada  
Ahora.

DON LUIS.

Pues yo, aunque vengo  
Tan gustoso, por traer,  
Don Juan, vuestra compañía,  
Volar, no correr, querria.

‘ El socorro de Fuenterrabla.

DON JUAN.

Yo ni volar ni correr.

DON LUIS.

¿Estáis, por dicha, olvidado  
De lo que es Madrid?

DON JUAN.

No estoy;  
Mas no tengo en Madrid hoy  
Cosa que me dé cuidado.

DON LUIS.

Pues cuando no le tengais  
En lo particular supuesto,  
Por lo general (supuesto  
Que en él tan bien visto estáis  
De damas y caballeros),  
¿No os da gana á volver?

DON JUAN.

No,

Porque de uno y otro yo  
No necesito; y haceros  
Un argumento podré.  
Si por caballeros, ¿dónde  
Mayor nobleza se esconde,  
Que la que en Irún dejé?  
Si por damas, cosa es llana  
Que á mí lo mismo me inclina  
Angosta una vizcaina,  
Que ancha una castellana.

DON LUIS.

¡Oh! ; quién se ballara, Don Juan,  
Tan libre, que hacer pudiera  
Donaire de la severa  
Ira de amor! No me dan  
Mi deseo y mi cuidado  
Licencia á mí para hablar  
De burlas.

DON JUAN.

Eso es mostrar  
Que estáis muy enamorado.

DON LUIS.

Tanto lo estoy, que quisiera  
Poder volar con las alas  
De amor; y no fueran malas  
Para llegar á la esfera  
Adonde apenas llegó  
Pensamiento que rendido  
No volviese, porque ha sido  
Del mejor sol que ilustró  
El día de luces bellas,  
El mundo de resplandores,  
La primavera de flores,  
Y todo el cielo de estrellas.

DON JUAN.

Una pregunta hacer quiero.  
¿Esa dama que adorais,  
Poseeis ó deseais?

DON LUIS.

Deseo, sirvo y espero.  
Deseo un dulce favor,  
Sirvo un hermoso desden,  
Y espero lograr un bici,  
Premio de mi firme amor;  
Porque es el alto sugeto  
Que idólatramente adoro,  
Beldad de inmenso decoro,  
Deidad de sumo respeto.  
Para casarme he servido  
Una dama, cuya pura  
Perfeccion de la hermosura  
Honesta Vénus ha sido.  
Iman de tan alta estrella,  
A verla vuelvo, y constante  
Es un siglo cada instante  
Que tardo en volver á vella.

DON JUAN.

Aunque tan finó os hallais,  
¿Queréis olvidarla?

DON LUIS.

No,

Ni que haya, presumo yo,  
Tal remedio.

DON JUAN.

¡Oh cuánto estais

templado á lo antiguo!

DON LUIS.

Pues

¿Qué medio hay para olvidar  
Una hermosura?

DON JUAN.

Alcanzar

Esa hermosura. Esta es  
La cura, Don Luis, mas cuerda;  
Porque ¿quién tan importuna  
Pasión tuvo, que de una  
Lograda ocasión se acuerda?  
¿Por qué pensais que Macias  
Enamorado murió?  
Porque nunca consiguió.  
Yo quise bien ocho dias,  
Y sané luego al momento;  
Porque aun antes que supiera  
Casa, nombre, ni quién era  
La tal dama, en mi aposento  
La hallé una noche dormida,  
Sin saber quién la llevase  
Allí, ni qué la obligase  
A ser tan agradecida:  
Donde, entregando al olvido  
De mi memoria el cuidado,  
Yendo muy enamorado,  
Sali muy arrepentido.

DON LUIS.

Pues ¿cómo sin saber que  
Vos la amábais, os buscó  
Esta dama?

DON JUAN.

¿Qué sé yo?

DON LUIS.

¿Quién la trajo?

DON JUAN.

Yo ¿qué sé?

Ni de saberlo he cuidado.

BARZOQUE.

¿Cómo es posible, señor,  
Que eso cuentes sin temor?  
Que yo, de haberlo escuchado  
Ahora, aunque lo temblé  
Entonces, vuelvo á temblarlo.

DON LUIS.

¿Por qué?

BARZOQUE.

Porque, sin dudarlo,  
Un diablo súcubo fué.

DON JUAN.

Calla, necio.

BARZOQUE.

¿Quién pudiera

Ser quien en casa se hallara  
Al tiempo que él en voz clara  
Dijo que por verla diera  
El alma, y luego la vió,  
Sino el demonio vestido  
De mujer?

DON LUIS.

Tan suspendido

El suceso me dejó,  
Que os tengo de suplicar,  
Muy despacio me conteis  
Cómo fué esto.

DON JUAN.

Si teneis

Gusto, volveré á empezar

Todo el caso. Estadme atento.  
Que estimaré divertiros.

DON LUIS.

Mucho me holgaré de oiros,  
Porque es extremado el cuento.

DON JUAN.

Yo vi cierta dama, cuya  
Beldad me agradó fiel.

BARZOQUE.

Que para agradarse él,  
Bastó que no fuese suya.

DON JUAN.

Seguirla quise, y no pude  
Por un grande impedimento.

BARZOQUE.

Aqueso no importa al cuento.

DON JUAN.

Volvi á ver si al templo acude,  
Donde la vi la primera  
Vez.

BARZOQUE.

Volvió, que aunque sagrado,  
Era diablo bautizado.

DON JUAN.

Siguiéndola, á ver quien era,  
Otro acaso sucedió,  
Que lo embarazó tambien.

BARZOQUE.

Por quien se dijo mas bien:  
«Otro diablo que llegó.»

DON JUAN.

Llegó en esto mi partida:  
Ausentarme determino;  
Cuando, yendo mi camino,  
Este, que siempre se olvida  
De lo que mas importó,  
Se acordó que habia dejado  
Mis papeles. Enfadado  
Volvi á Madrid, y por no  
Alborotar, quise entrar,  
Con llave que yo tenia,  
En mi cuarto: luz habia;  
Y apenas volví á mirar  
Quién estaba allí, cuando á ella  
La vi en mi cuarto dormir.

BARZOQUE.

Acabando de decir  
Que daría el alma por ella.

DON LUIS.

¿Cómo en tan raro suceso,  
No preguntasteis quién fuese,  
Ni quién allí la trajese?

DON JUAN.

¿Quién me metía á mi en eso?  
Si ella se queria ocultar,  
¿Preguntarla, no sería,  
Quién era, descortesía?

DON LUIS.

Pues ¿qué hicisteis?

DON JUAN.

Sin hablar.

Maté la luz.

DON LUIS.

¿Para qué?

DON JUAN.

Para que ella no supiera  
Tampoco allí quien yo era.

DON LUIS.

Pues ¿por qué, Don Juan?

DON JUAN.

Porqué

No se pudiera alabar  
Jamás de que me gozó;  
Que tambien tengo honor yo,  
Y soy mozo por casar.  
Fuera de que el principal  
Intento fué, que esto hiciese,  
Que mi padre no supiese  
Que yo habia vuelto, pues tal  
Prevención me aseguraba  
De la queja que podia  
Tener la libertad mia,  
Si allí por su orden estaba;  
Pues ahora podré negar  
En todo tiempo que fui  
El hombre que entró hasta allí.

DON LUIS.

Eso no quiero apurar,  
Sino saber si despues  
Supisteis quién era.

DON JUAN.

¿Yo?

DON LUIS.

¿Ni quién la llevó allí?

DON JUAN.

No.

DON LUIS.

¿Y ahora no os mueve, pues,  
La curiosidad siquiera  
De saber quién es, y allí  
La tuvo?

DON JUAN.

En mi vida fui  
Curioso; y antes quisiera  
No preguntarlo jamás.  
Ni que nadie me llegara  
A decirlo; que estimara  
El no saber della mas,  
Porque estoy ya muy cansado  
De saber cómo se llama  
Y dónde vive mi dama,  
Qué porte tiene y qué estado;  
Y así, solo me desvela  
Pensar que lo he de saber,  
Porque me muero por ser  
Caballero de novela,  
Y que se cuente de mí  
Que una infanta me adoró  
Encantada, de quien yo  
No supe mas.

BARZOQUE.

Y yo sí.

DON LUIS.

Y ella ¿qué porte tenia?

DON JUAN.

Tal, que si algo en este estado  
Me hubiera de dar cuidado,  
Su ofendido honor sería.

DON LUIS.

Y en fin, ¿en qué paró?

DON JUAN.

En que

Antes que me conociera,  
Volvi á cerrar por defuera,  
Y en el cuarto la dejé.

DON LUIS.

Y ¿no sacasteis, decid,  
Los papeles vuestros?

DON JUAN.

No,

Porque para negar yo  
El haber vuelto á Madrid,  
Fué importante no traerlos,



Que pudiera ser que ya  
Los hubiesen visto allá.  
Y no importó, pues con ellos  
Un criado me alcanzó,  
A quien mi padre enviaba.

DON LUIS.

Y ese criado ¿contaba  
Algo deso dama?

DON JUAN.

No,  
Ni yo se lo pregunté,  
Porque en malicia no entrara  
De haber vuelto.

DON LUIS.

¿Cosa rara!  
Y ahora ¿qué habeis de hacer?

DON JUAN.

Entrar muy disimulado  
En casa.

DON LUIS.

¿Pues ella ya  
De esc lance no se habrá  
A vuestro padre quejado?

DON JUAN.

¿Para cuándo es el negar,  
Sino para ahora? Si bien  
Hay un testigo con quien  
El delito comprobar  
Pueden.

DON LUIS.

¿Cuál?

DON JUAN.

Una venera,  
Que del cuello me arrancó,  
Con un retrato. Mas no  
Importa, pues cuando quiera,  
En tales señas fundada,  
Convencerme, yo diré  
Que es mentira, porque fué  
Dejármela allí olvidada.

DON LUIS.

¡Buen desenfado teneis!  
Y la dama retratada,  
Viendo que de la jornada  
Sin el retrato volveis,  
¿No se quejará?

DON JUAN.

Eso es cosa  
Que ha de darme mas placer.  
¿Hay cosa como tener  
Uno á su dama quejosa?  
Fuera de que ¿ha de faltar  
Una compuesta mentira,  
Que ablande toda esa ira?

BARZOQUE.

¿Luego tú piensas tornar  
A hablar á Marcela?

DON JUAN.

Sí.

BARZOQUE.

¿No te acuerdas que quedó  
Muy desairada, y que no  
Querrá ella hablarte á tí?

DON JUAN.

Ríete de eso, que nada  
Hay que tenga á una hermosura  
Mas rendida y mas segura,  
Que tenerla desairada.  
Esta noche me verás  
Ir á visitarla y vella.

BARZOQUE.

¿Cómo?

T. VII.

DON JUAN.

Como si con ella  
Reñido hubiese jamas.

DON LUIS.

En toda mi vida he estado,  
Don Juan, mas entretenido,  
Que este rato que os he oído.

DON JUAN.

¿No es raro cuento?

DON LUIS.

Extremado.

BARZOQUE.

Ya el mozo allí nos espera.

DON LUIS.

Vamos, Don Juan; que no veo  
La hora que mi deseo  
Llegue á abrazarse en la esfera  
Del sol que adoro.

DON JUAN.

Ni yo  
La hora de vernie en mi cama,  
Que es la mas hermosa dama  
Y mas cómoda, pues no  
Pide pollera ni coche,  
Y en un rincón encerrada  
Todo el día está, y no enfada  
Con gozarla cada noche. (Vanse.)

Sala en casa de Marcela.

## ESCENA XII.

MARCELA, INES; y luego, ENRIQUE.

INES.

Aquel criado, señora,  
Que nuestro coche siguió  
Desde el sitio en que cayó  
Hasta casa, vuelve ahora  
Con un recado.

MARCELA.

Pues di

Que entre. (Sale Enrique.)

ENRIQUE.

Mi señor Don Diego  
De Silva con este pliego  
Me envía.

MARCELA.

Mostrad. Dice así:

(Lee.) *El deseo de saber de vuestra salud sea disculpa de mi atrevimiento, para lograr la dicha de haberla yo amparado, con la certeza de haberla vos conseguido. Yo fuera á saber de ella, si me juzgara merecedor de oírlo de vuestra boca. Suplicoos me respondáis, ó me deis esta licencia. Dios os guarde.*

Diréis al señor Don Diego,  
Hidalgo, cuánto he estimado  
De mi salud el cuidado;  
Y que está de mas el ruego  
Con que me pide licencia  
De vernie en mi casa, pues  
A término tan cortés  
Debo igual correspondencia,  
Que yo seré la dichosa  
En que quiera honrarla y vella,  
Para que se sirva della.

ENRIQUE.

Guárdeos Dios. (Ap. Extraña cosa  
Fué la afición que coharon  
Mi amo y mi ama á esta mujer,  
Pues los dos, hasta saber  
Sala y nombre, no pararon.) (Vase.)

## ESCENA XIII

MARCELA, INES.

INES.

¿Cuánto, señora, estimara  
Que aqueste Don Diego fuera  
El que venganza te diera  
De Don Juan, y que te hallara  
Vengada de su desden!

MARCELA.

No esperes ventura igual;  
Que hasta tratarme mal  
Para que le quiera bien.  
Y aunque tan justo sería  
Que hallase en mi novedad,  
Una cosa es voluntad,  
Y otra cosa cortesía.  
¿Cómo puedo á un caballero,  
Que la vida, lues, me dió,  
Dejar de admitirle yo  
A visita?

INES.

Pues primero  
Que esa nos venga, ya ahora  
Otra tenemos.

MARCELA.

¿Quién es?

INES.

¿Una tapada no ves  
Entrarse hasta aquí, señora?

MARCELA.

¿Quién será?

INES.

Ella lo dirá.

## ESCENA XIV

LEONOR, tapada.—MARCELA, INES.

LEONOR. (Ap.)

Cielos, á mucho me atrevo;  
Mas buena disculpa llevo  
En mi favor, que es que ya  
Tengo poco que perder,  
Perdido lo mas; y así,  
Sola y disfrazada aquí  
Vengo, á si puedo saber  
El nombre de aquel traidor.  
Animo, agravios, pues puedo  
Perder á mi honor el miedo  
Que ántes me diera mi honor.

MARCELA.

¿Qué es, señora, lo que aquí  
Buscáis, que deso manera  
Entráis?

LEONOR.

¿Sois, saber quisiera,  
Vos Doña Marcela?

MARCELA.

Sí,

Que á nadie jamas negué  
Mi nombre.

LEONOR.

¿Airoso desvelo!  
Y pues estáis en el duelo  
Tan bien vista, sabed que  
Tengo un negocio con vos  
A solas.

MARCELA.

Salte tú, Ines,  
Allá fuera.—Decid, pues (Vase Ines.)  
Ya estamos solas las dos.

## ESCENA XV.

LEONOR, MARCELA.

LEONOR.

A mí me importa...

MARCELA.

Primero

Que la importancia digais,  
Es justo que os descubrais;  
Que si es desafío, no quiero  
Daros ventaja, y es cierto  
Que en vos será acción indina  
Tirar detras de cortina,  
Estando yo en descubierto

LEONOR.

Ventaja en mí no se halla,  
Que os pueda dar temor tanto,  
Que la cortina de un manto  
No es cortina de muralla.  
Y la que signió tan bien  
La metáfora, no dudo  
Que sepa también que pudo  
Entrar de rebozo quien  
Aventurero es; y así,  
Descubrirme yo no quiero.  
Pues la ley de aventurero  
Me comprende.

MARCELA.

Pues decid.

LEONOR.

A mí me importa saber  
De un galán muy desta casa  
(Que aunque su amor no me abrasa,  
Me ofende su proceder),  
Qué tanto ha que no entra en ella,  
Por saber si habla verdad  
En algo su voluntad.

MARCELA.

Mi reina, mal respondella  
Puedo á eso; que hay á ese umbral  
Muertos de amor cada día  
Tantos hombres, que sería  
Imposible saber cuál  
Es el que á usared ha dado  
Satisfacción de que ya  
No me ve; y puesto que está  
Aquel discurso pasado  
Tan fresco, vuélvome á él.  
Si entrar buscando á ese hombre  
Quiere en la fuerza, dé el nombre,  
Porque no ha de entrar sin él.

LEONOR.

Aunque nombrarle pudiera,  
No le hago tanto favor  
Como nombrarle, y mejor  
Lo dirá aquesta venera.  
¿Conoceisla?

MARCELA.

Sí, y si tiene

Un retrato, será ella.

LEONOR.

En mi mano habeis de vella,  
Que en la vuestra no conviene  
¿Es este?

MARCELA.

¿Quién os le dió?

LEONOR.

El galán que le traía.  
Y decid, por vida mía,  
(Ap. ¿Qué hable desta suerte yo!)  
¿Qué tanto habrá que no os ve,  
Y cómo os ha dicho á vos  
Que se llama? ¿Que á las dos  
Nos engaña (yo lo sé  
Muy bien sabido). Mordiendo

El nombre por disfrazar  
Sus traiciones.

MARCELA.

Si apurar

Quereis mi paciencia, cuando  
Me estáis matando de celos,  
Contadme de aqueso ingrato  
Que os entregó ese retrato,  
Cómo á vos os dijo...

LEONOR. (Ap.)

¡Cielos!

Sálgame esta industria bien.

MARCELA.

Que se llamaba. ¿Qué ira!

LEONOR.

Don Alonso de Altamira.

MARCELA.

Pues mintió.

LEONOR.

Es traidor.

MARCELA.

Que á quien

Le di esa venera yo  
Por favor con mi retrato,  
Aunque me mintió su trato,  
Su nombre no me mintió.

LEONOR.

¿De qué lo inferís?

MARCELA.

De que

Le conozco bien; y así  
No pudo engañarme á mí  
O decidme, ¿cuándo fué  
Cuando ese retrato os dió?

LEONOR.

Ayer.

MARCELA.

Pues ¿cómo, si está  
Fuera de Madrid?

LEONOR.

Quizá

De donde estaba volvió  
A verme á mí de secreto.  
(Ap. Bien deste aprieto salí,  
Y ya sé que no está aquí.)

MARCELA.

El os engaña, en efecto.

LEONOR.

Quizá sois vos la engañada.  
¿Quién os dijo á vos que era?

MARCELA.

Hasta cobrar la venera,  
No tengo de hablar en nada.

LEONOR.

¿Qué es cobrarla?

MARCELA.

¿Pues había

De haber yo llegado á vella  
En vuestra mano, y sin ella  
Quedar? Desaire sería  
Notable; y no solo ya  
El retrato, cosa es clara,  
Me habeis de dar; mas la cara  
Os he de ver.

LEONOR.

No será

Fácil vuestra pretensión.  
Y reportaos, porque  
A sola una voz que dé,  
Vendrá quien por un balcón  
Os eche; que soy quien soy,  
Y en efecto, tengo de irme

Con él, y sin descubrirme.  
(Ap. Temblando de miedo estoy.)

MARCELA.

¿Veis todo eso? Pues en vano  
El miedo es que me habeis puesto,  
Y he de ver...

LEONOR.

Mirad...

(Quiere descubrirla, y estando asidas  
las dos, sale Don Diego.)

## ESCENA XVI.

DON DIEGO.—LEONOR, MARCELA

DON DIEGO.

¿Qué es esto?

MARCELA.

¿Señor Don Diego!

LEONOR. (Ap.)

¡Mi hermano!

DON DIEGO.

Con la licencia, señora,  
Que me disteis, he venido  
A veros, porque sin ella  
No fuera tan atrevido.

MARCELA.

Pésame, señor Don Diego,  
Que haya á tan mal tiempo sido,  
Que un enojo no me dé  
Licencia de recibirlos  
Con el agrado que debo.

DON DIEGO.

También es fuerza sentirlo  
Yo, no tanto por la falta  
De esa merced á que aspiro,  
Cuanto porque vos estéis  
Disgustada. Pues ¿qué ha sido?

LEONOR. (Ap.)

¡Cielos, doleros de mí,  
Que en tanto empeño me miro!

MARCELA.

Esta señora tapada  
A mi casa se ha venido  
A decirme mil pesares,  
Trayendo un retrato mío  
Para blason de sus celos.  
No me embarazo en decirlo,  
Porque no os debo hasta ahora  
Ningun respeto. — He la dicho  
Que me deje mi retrato;  
A que ella me ha respondido,  
Que llamará á quien me eche  
Por un balcón.

DON DIEGO.

Aunque ha sido  
Culpado siempre en un hombre  
El meterse inadvertido  
En disgustos de mujeres,  
No cuando con este estilo  
Habla, fiada quizá  
En alguien que trae consigo  
A reñirla sus pendencias;  
Y así, puesto que he venido  
A tan mal tiempo, partamos  
En los dos el desafío.  
Averiguad vos con ella  
Vuestras cosas; que advertido  
Yo callaré, hasta que haya  
Con quien pueda hablar; pues se hizo  
Para damas el respeto,  
Y para hombres el castigo.

MARCELA.

Pues perdonadme, si os pongo  
En empeño tan preciso,  
Que no lo puedo excusar



LEONOR. (Ap.)  
¿Quién en tal riesgo se ha visto!

MARCELA.  
Señora, la del balleon,  
O al instante descubrios,  
Porque he de saber quién sois,  
O aquesse retrato mio  
Me habeis de dar.

LEONOR. (Ap.)  
¿Cómo, cielos,  
Saldré de tanto peligro?  
¿Daré el retrato? ¿Cómo,  
Si no tengo otro testigo  
De abono? Pues ¿qué he de hacer?  
Que tambien, si lo resisto,  
Mi hermano ha de conocerme.  
¿En qué confusion me miro!

MARCELA.  
¿Qué discurreis? ¿Qué pensais?  
¿El retrato, ó descubrios.

DON DIEGO.  
Yo no os digo que le deis,  
Ni que os descubrais os digo;  
Mas que si habeis de llamar  
Esa gente que habeis dicho,  
Sea presto.

MARCELA.  
¿Qué esperais?  
LEONOR. (Ap.)  
Aquí hay solos dos caminos,  
O decir quién soy, ó dar  
El retrato: esto es preciso.  
Pues piérdase por ahora  
Lo que ya se está perdido;  
No lo que por perder resta.

LOS DOS.  
¿Qué elegís pues?

LEONOR.  
Esto elfjo.  
(Da el retrato á Marcela, y vase.)

ESCENA XVII.

MARCELA, DON DIEGO.

DON DIEGO.

¿Extraña mujer!

MARCELA.  
No puedo  
Encarceer cuánto estimo  
Aquesta merced.

DON DIEGO.  
Ni yo  
El desengaño que he visto;  
Que ha sido ventura hallarle,  
Y hallarle tan al principio.  
Yo me huelgo haber llegado  
En ocasion que serviros  
Pude; y aunque fué mi intento  
Algun cuidado deciros  
Que ya me debeis, habré  
De callarle, cuando os miro  
Tan empeñada en cobrar  
Un retrato, que ha tenido,  
Segun se deja ver, dueño  
Mas venturoso que fino.  
Quedad con Dios, y mirad  
Si es que en otra cosa os sirvo.

MARCELA.  
Esperad.

DON DIEGO.  
Perdonad, que es  
El estado en que me miro,

Presto para pedir celos,  
Y tarde para sentirlos. (Vase.)

MARCELA.  
¿A quién en el mundo, cielos,  
Esto hubiera sucedido?

ESCENA XVIII.

DON JUAN, BARZOQUE. — MARCELA, y luego INES.

DON JUAN. (Dentro.)  
No me detengas, Barzoque.

BARZOQUE. (Dentro.)  
El seguirle es desatinó.

DON JUAN. (Dentro.)  
Vive el cielo que te mate.

BARZOQUE. (Dentro.)  
Ya es tarde.

(Sale Ines.)  
MARCELA.  
Ines, ¿qué ruido

Es ese?  
INES.  
Al tiempo, señora,  
Que Don Diego se iba, vino  
Don Juan.

MARCELA.  
¿Qué Don Juan?  
(Salen Don Juan y Barzoque.)  
DON JUAN.

Yo soy,  
Que sabré mejor decirlo.  
Pues ¿somos tantos Don Juanes,  
Que dudas cuál haya sido?

MARCELA. (Ap.)  
Si él viene pidiendo celos,  
¿A muy buen tiempo ha venido!

DON JUAN.  
Yo, pues que llegando ahora  
A Madrid, sin haber visto  
Mi casa, vine á la tuya,  
(¡Oh mal haya amor tan fino  
Y tan mal pagado amor!)  
Cuando salir della miro  
En caballero. No pude  
Verle el rostro, ni él el mio,  
Porque le cogí de espaldas.  
Seguirle pues determino  
Para saber á qué fin  
Entra aquí, cuando conmigo  
Este borracho se abraza,  
Y no me deja seguirlo.  
Volvió la calle: de suerte,  
Que ya de vista perdido,  
Lo que no pude con él,  
He de averignar contigo.

MARCELA. (Ap.)  
Esto es bueno para estar  
Yo como estoy.

BARZOQUE. (Ap.)  
Esto mismo  
Hacen las mozas gallegas,  
Entrar riñendo al principio,  
Porque no las riñan.

DON JUAN.  
¿Quién,  
En ausencia mia, ha tenido  
Licencia de visitarte?

MARCELA.  
(Ap. Mucho he de hacer, si resisto  
La cólera; pero importa.)  
Ese hombre no ha salido,  
Don Juan, de mi cuarto: y bien

Pudieras con otro estilo  
Desengañarte primero,  
Que entrar tan inadvertido  
Barajando el alborozo  
De verte.

DON JUAN.  
¿Cuándo han tenido  
Los celos paciencia?

MARCELA.  
Chando  
Son á tan poca híz vistos.  
DON JUAN.  
Siempre el que ama teme. Dañe  
Los brazos, que aunque haya sido  
La satisfaccion tan tibia,  
En fin, es tuya y la estimo.—  
¿Ahora te retiras!

MARCELA.  
Sí,  
Porque echo ménos...

DON JUAN.  
¿Qué? dilo.

MARCELA.  
En tu pecho la venera,  
Que con un retrato mio  
Te di. ¿Qué es della, Don Juan?

DON JUAN.  
Yo te diré qué se hizo;  
Que si no fuera por ella,  
No volviera á Madrid vivo.

MARCELA.  
¿Cómo?  
BARZOQUE. (Ap.)  
Va de elredo.

DON JUAN.  
Estando  
En la jornada, hácia el sitio  
Que ocupabamos salió  
De emboscada el enenigo.  
Avanzámonos á él,  
Y en el encuentro, preciso  
Fué el quedar yo prisionero,  
Que es lo mismo que cautivo.  
Al principe de Condé  
Me llevaron, y el previno  
Que pues era caballero,  
Tratase el rescate mio,  
Haciendo trueque con otro  
Caballero muy su amigo,  
Que habia prendido un navarro.

MARCELA.  
Algo deso acá se dijo.

DON JUAN.  
Ahi verás tú que no miento.  
Díjale que los partidos  
Se tratarian mejor,  
Volviendo á hacernos yo mismo:  
Que me diese pues licencia,  
Habiendo ántes recibido  
Homeraje de volver  
A la prision; y él lo hizo,  
Como en prendas le dejase  
Banda y venera, testigos  
De mi nobleza, y de que  
Le cumpliria lo dicho.  
Húbesela de dejar;  
Vine al tiempo que se hizo  
La rota: con que no fué  
Posible entónces cumplirlo.  
De suerte, que tu retrato  
Le tiene en rescate mio  
El principe de Condé.

MARCELA.  
Yo pensara que habia sido  
La princesa, segun fué

La soberbia con que vino  
A traérmcle. ¿Es aqueste,  
Señor Don Juan?

BARZOQUE.  
¡Jesucristo!

DON JUAN. (Ap. á él.)

¿Qué es esto, Barzoque?

BARZOQUE.  
Es

El demonio que anda listo.

MARCELA.

¿Veis que sois un embustero,  
Y que encubierto y fingido,  
Disimulando quién sois,  
Habeis á Madrid venido  
A ver una dama ántes  
De ahora?

BARZOQUE. (Ap.)

El diablo se lo dijo.

MARCELA.

A esto no hay satisfaccion;  
Y así, de mi casa idos,  
Que en mi vida no he de veros.

DON JUAN.

Oye, escucha.

MARCELA.

No he de oiros,  
Hasta vengarme, Don Juan,  
De vos, por los propios filos. (Vase.)

BARZOQUE.

Todo se sabe, señor.

DON JUAN.

¿Quién puede habérselo dicho?

BARZOQUE.

Tu demonio, que es sin duda,  
Chisimoso, sobre lascivo.

DON JUAN.

¿Quién será aquella mujer  
Que conto que yo había sido  
El que había vuelto encubierto.  
Y á Marcela se lo dijo,  
Callándose á mi padre?

BARZOQUE.

Yo bien sé quién será.

DON JUAN.

Dilo

BARZOQUE.

Es el diablo.

DON JUAN.

Que te lleve,  
Por tan grandes desatinos.

## JORNADA TERCERA.

Sala en casa de Don Diego.

### ESCENA PRIMERA.

LEONOR, con manto; JUANA, sin él.

LEONOR.

Juana, quitame este manto,  
Quitame aqueste vestido  
Presto.

JUANA.

¿Qué te ha sucedido,  
Que á casa con temor tanto  
Vuelves, y aun con mayor llanto  
Que saliste?

LEONOR.

No lo sé.

Solo te prevengo, que

No digas, Juana (¡ay de mí!),  
Que hoy disfrazada salí,  
Ni un punto de aquí falté,  
A nadie, y mas á mi hermano,  
Porque me puede costar  
La vida.

JUANA.

En cuanto á callar,  
Ya sabes tú que es en vano  
Prevenirme, pues es llano  
Que soy la primer criada  
Pitagórica, enseñada  
Solo a callar; mas de modo,  
Que nada en callarlo todo  
Hago, porque no sé nada.  
Y así, si quieres saber  
Cuánto secreto hay en mí,  
Dame que callar, y di:  
¿Qué es lo que ha querido ser,  
Disfrazada una mujer  
Como tú, haber hoy salido,  
Con tan humilde vestido,  
En una silla alquilada,  
Sin criado ni criada?  
¿Adónde, señora, has ido  
Destá suerte?

LEONOR.

¡Ay, Juana mía!

Tanto mi mal se acrisola,  
Que he ido á perder una sola  
Esperanza que tenía  
Mi grave melancolia,  
Para poderse aliviar.

JUANA.

Bien me la puedes fiar.

LEONOR.

No puedo.

JUANA.

¡Extraño rigor

El tuyo es!

LEONOR. (Ap.)

Ya, en fin, honor,  
No tenemos que esperar  
Remedio en nuestro cuidado;  
Pues no solo hemos perdido  
La ocasion, que habia ofrecido  
Quizá por descuido el hado,  
Para habernos informado  
De un traidor; mas (¡qué rigor!)  
Perdido hemos (¡qué dolor!)  
De una vez (¡qué tiranía!)  
Solo un testigo que habia  
De hablar en nuestro favor.  
Y pues que ya la desdicha  
Tan deshecha sucedió,  
Callemos, honor, tú y yo;  
Que no ser de nadie dicha  
Una desdicha, ya es dicha;  
Y para obligarte á dar  
El sepulcro singular  
De mi pecho á mi dolor,  
Honor, en trances de honor,  
No hay cosa como callar.  
Calle yo, y calle mi pena,  
Pues ignorada...

JUANA.

Aunque ahora

Te enojas, tengo, señora,  
De darte una norabuena.

LEONOR.

¿Norabuena á mí? ¡qué ajena  
Bella, Juana, vivo yo!

JUANA.

Don Luis...

LEONOR.

Calla, y si pensó  
Tu voz con eso alegrarme.  
El pésame puedes darme,

Que la norabuena no,  
Que es otro acrédor á quien  
Mi llanto ha de graduár.

### ESCENA II.

DON LUIS.—LEONOR, INES.

DON LUIS.

Si el mayor gusto es llegar  
Uno donde quiere bien,  
El mayor pesar tambien,  
Aunque el llegar haya sido  
Donde bien haya querido,  
Si mal allí le han tratado;  
Que ninguno es bien llegado  
Donde no es bien recibido.  
¿Qué es esto, Leonor? ¿Qué enojos  
Te da mi nombre al oírle,  
Que salen á recibirle  
Las lágrimas de tus ojos?  
Otros fuéron los despojos  
Que mi amor imaginó  
De albricias; pues siempre vió  
Amor ser deuda debida  
El llanto de una partida,  
Pero de una vuelta no  
Desde el punto que llegué,  
A verte á otra casa fui,  
Y el breve tiempo (¡ay de mí!)  
Que en hallar esta gasteé,  
El mayor término fué  
De mi ausencia; ya estimara  
No haberla hallado; durara  
Toda mi vida mi ausencia,  
Pues me mata hoy tu presencia,  
Y ella nunca me matara.  
Que si llanto y brazos vi  
Cuando de tí me ausenté,  
Y sin los brazos hallé  
El llanto cuando volví,  
Mejor la ausencia es; y así,  
O ignala en tan breves plazos  
Leonor, lágrimas y brazos;  
O porque yo vivir pueda,  
Con las lágrimas te queda,  
Pues te quedas con los brazos.

LEONOR.

Señor Don Luis, mis sentidos,  
Si tienen hoy admirados,  
Los brazos tan recatados,  
Los ojos tan atrevidos,  
De efectos tan confundidos,  
No tengo la culpa yo;  
Que si el llanto se ofreció,  
Y con los brazos me quedo,  
Es que á ellos mandarlos puedo,  
Pero á las lágrimas no.  
Que si en pena, en dolor tanto,  
Dominio en el llanto hubiera,  
Lo mismo, Don Luis, hiciera  
Que de los brazos, del llanto  
Por declarar mejor cuánto  
Otros he sentido y veros;  
No porque en males tan fieros  
Yo de quereros dejé;  
Que quizá es esto porqué  
Nunca dejé de quereros.  
Enigma parecerá  
Confesar que os quiero, y ver  
Que el veros siento: esto es ser  
Confusion mi pecho ya;  
Y puesto que no se da  
A entender, solo quisiera  
Que una fineza os debiera,  
Y es á creer obligaros  
Que hago por vos en no amaros  
Mas que en amaros hiciera.  
Y así, os suplico me bagais  
Merced de que me olvideis,  
Que en vuestra vida me habéis,



Que jamas no me veáis :  
Y porque no presumáis  
Que es mudanza, sabe Dios  
Que este apartarnos los dos  
Es constancia y es firmeza,  
Y es..

DON LUIS.

¿Qué?

LEONOR.

La mayor fineza

Que yo puedo hacer por vos. (Vase.)

**ESCENA III.**

DON LUIS, JUANA.

DON LUIS.

Si tú, divina Leonor,  
Enigma á tu pecho llamas,  
Siendo tú quien de tu pecho  
Hoy los secretos alcanza;  
¿Qué haré yo que los ignoro,  
Viendo acciones tan contrarias,  
Como hacer favor la pena,  
Y fineza la mudanza?—  
Juana, ¿qué es esto?

JUANA.

¿Qué diera

Por respondértelo, Juana,  
Pues lo supiera!

DON LUIS.

Tu voz

Ann mas que la suya engaña.

JUANA.

Engañada me vea yo,  
Si tal engaño.

DON LUIS.

¿Ay tirana!

No has de poder persuadirme  
Que otro amor desto no es causa.

JUANA.

Mi señor.

DON LUIS.

Pues disimula.

JUANA.

Ya digo que no está en casa.

**ESCENA IV**

DON DIEGO.—DON LUIS, JUANA.

DON DIEGO.

¿Don Luis!

DON LUIS.

¡Oh amigo!

DON DIEGO.

Los brazos

Me dad.

DON LUIS.

Y en ellos el alma;  
Que hasta veros, no creía  
Que en Madrid, Don Diego, estaba.  
Y así, por cumplir mejor  
Con la ley de amistad tanta,  
Vine al instante á buscaros,  
Informado en la otra casa  
De donde os habíais mudado;  
Y preguntándole á Juana  
Por vos estaba.

DON DIEGO.

Los cielos

Os guarden; que aunque me pagan  
Esas finezas las que  
Debeis á amistad tan rara,  
Quedo obligado de nuevo.

JUANA. (Ap.)

Voy á decir á mi ama  
Cómo le halló aquí su hermano,  
Para que ella esté avisada  
De decir que no le ha visto. (Vase.)

**ESCENA V.**

DON DIEGO, DON LUIS.

DON LUIS.

Como os dejé en la desgracia,  
Porque estábais retraído,  
Cuando yo me ausenté, el ansia  
De saber el fin me trajo  
Tan puntual.

DON DIEGO

Ya, á Dios gracias,

Se acabó todo, porqué  
Sana la herida y firmadas  
Las paces, libre salí;  
Solo lo que al lance falta,  
Para que esté cabal, es  
Conocer á quien con tanta  
Nobleza me socorrió;  
Que aunque diligencias varias  
Hice, nunca quien fué supe.  
Vos ¿cómo de la jornada  
Venís?

DON LUIS.

Como quien se ha hallado  
En la mejor, la mas alta,  
Mas heroica y mas lucida  
Faccion que ha tenido España.  
Decid vos, ¿qué hay en Madrid  
De nuevo?

DON DIEGO.

Bien poco, ó nada.

**ESCENA VI.**

LEONOR, que se queda escuchando,  
al paño.—DON DIEGO, DON LUIS.

LEONOR. (Ap.)

Temerosa que mi hermano  
A Don Luis en esta sala  
Hallase, por si algo oyó,  
Vengo á escuchar lo que hablan.

DON DIEGO.

Todo como lo dejasteis,  
Lo hallaréis.

DON LUIS.

Propuesta es falsa.

Porque nadie que se ausenta,  
Las cosas que deja, halla  
Como las deja.

DON DIEGO.

Por eso

Lo digo, que es cosa clara  
Que hallar mudanza un ausente,  
Ha sido no hallar mudanza,  
Porque no hay cosa mas firme  
En Madrid.

**ESCENA VII.**

JUANA.—DICHOS.

JUANA.

Una tapada

Por tí pregunta, señor.

DON LUIS.

No quiero estorbaros nada.  
Dadme licencia, Don Diego,  
Y adios os quedad.

DON DIEGO.

Mañana

Yo os buscaré, y hablaremos  
Despacio.

DON LUIS. (Ap.)

¡Ay Leonor tirana!

¿Qué mudanza ha sido esta?  
Mas ¿qué me admira ni espanta,  
Si quien va á decir mujer,  
Ya empieza á decir mudanza? (Vase.)

DON DIEGO.

¿Adónde mi hermana está?

JUANA.

En su cuarto retirada.

DON DIEGO.

Pues di á esa dama que entre.

(Vase Juana.)

LEONOR. (Ap.)

Ver tengo quién es, que el alma  
Recela, no sea resulta  
De aquella historia pasada  
Del retrato.

DON DIEGO.

¿Quién será

Quien me busca?

**ESCENA VIII.**

MARCELA.—DON DIEGO; LEONOR,  
al paño.

MARCELA.

Una criada

Vuestra.

DON DIEGO.

Señora Marcela,

¿Tanto favor! ¿merced tanta!  
¿Vos en mi casa?

MARCELA.

A ella vengo

A hablaros una palabra  
Que os importa...

LEONOR. (Ap.)

¿Quiera el cielo

No sea de mí (estoy turbada!),  
Si acaso me siguió y supo  
Quién era.

MARCELA.

Porque obligada

De vos tantas veces, no  
Quiero parecer ingrata.  
(Ap. No es, sino porque así espero  
Tomar de Don Juan venganza.)

DON DIEGO.

Pues ¿qué mandais?

LEONOR. (Ap.)

Ella viene

De todo (¡ay de mí!) informada.

MARCELA.

Yo, señor Don Diego, os debo  
La vida en una desgracia,  
Y la libertad en otra,  
Deudas bien precisas ambas,  
Para que al precio de alguna  
Fineza intente pagarlas:  
La vida, cuando del coche  
Me entrasteis en vuestra casa;  
La libertad, cuando...

LEONOR. (Ap.)

¡Ay cielos!

MARCELA.

De vos en la mia amparada,  
Cobré aquel retrato mio

De aquella encubierta dama,  
Que ha sido carta de aborreo  
De una voluntad esclava.  
Habiendo pues advertido  
En el retrato la causa  
Que para no visitarme  
Teneis; y habiendo en el alma  
Sentido que la tengais,  
He intentado remediaria,  
Con pediros por merced  
Me vais en ella á cuantas  
Horas del día quisiereis;  
Y porque disculpa no haya  
En el dueño del retrato  
Para no hacerlo, esta banda  
Pendiente le trac, porqué  
El mejor os satisfaga  
De que no tiene mas dueño.  
Cuerto sois: cosas pasadas,  
Aunque disgustan, no ofenden.  
Quedad con Dios, que esto basta.

DON DIEGO.

Espera, hermosa Marcela:  
No satisfecha te vayas,  
Persuadida á que me obligas  
Con lo mismo que me agravias.  
Yo confieso que agradezco  
La accion, en cuanto á que traigas  
El retrato por testigo  
Que para otro no le guardas;  
Pero confieso tambien  
Que darle en tan rica banda  
Es dádiva, y no favor,  
Dauda á entender que me pagas  
El jornal de mis servicios,  
Accion en un noble baja.  
Las prendas de estimacion  
No han de venir engastadas,  
Y quien ha de pedir celos,  
No ha de recibir alhajas.  
Y así, la banda, señora,  
Vuelve, porque á mi me basta  
El retrato sin el oro.

MARCELA.

Yo no tengo de llevarla.

DON DIEGO.

Yo no he de quedar con ella.

MARCELA.

Obligaréisme á dejarla  
Sobre esa silla. *(Déjala, y vase.)*

DON DIEGO.

Detente.

Espera, Marcela, aguarda  
*(Vase tras ella, queda la banda sobre  
una silla, sale Leonor y tómalala.)*

LEONOR.

¡Cielos! La venera es esta,  
Testigo de mi desgracia:  
Vuelva á mi poder, pues no  
Hago delito en tomarla;  
Que su hacienda cada uno,  
Donde quiera que la halla,  
La puede quitar.

*(Vase, y sale Don Diego.)*

## ESCENA IX.

DON DIEGO, y luego, JUANA.

DON DIEGO.

No quiso  
Aguardar que la bajara;  
Llevarésla esta noche.  
Pero, cómo de aquí falta?  
¿Quién la quitó desta silla?  
¡Hola!

*(Sale Juana.)*

JUANA.

Señor.

DON DIEGO

¿Fuiste, Juana,  
Quien una banda de aquí  
Quitó?

JUANA.

No, ni en esta sala  
Entré.

DON DIEGO.

Pues falta de aquí.

JUANA

Aquella tapada infanta  
Se la llevaria, que á eso  
Solo vienen las tapadas  
En cas de los hombres mozos.

DON DIEGO.

Esa es disculpa extremada  
¡Si ella á darla vino!

JUANA.

Pues  
Arrepentida de darla,  
La quitaria ella misma;  
Que no se da mas distancia  
Entre el dar, y arrepentirse  
De lo que da, cualquier dama.

DON DIEGO.

¡Vive Dios, que la has tomado!

JUANA.

Yo soy mujer muy bonrada,  
Con un primo familiar,  
Y en tres años que aquí en casa  
Estoy, no se ha echado menos  
Un alfiler, ni una paja.  
Mirenme toda, señores.

DON DIEGO.

Tantos extremos no hagas,  
Que todos son contra ti.  
Y ¡vive Dios!... *(Saca la daga.)*

## ESCENA X.

LEONOR.—DON DIEGO, JUANA.

LEONOR.

¡Tú la daga  
Para una criada!

DON DIEGO.

Sí,

Sí es ladrona una criada.

JUANA.

¡Justicia del cielo! ¡yo  
Ladrona!

LEONOR.

Pues ¿qué te falta?

DON DIEGO.

Una banda de oro y una  
Venera, que ahora estaba  
Sobre esta silla.

LEONOR.

No creas  
Que la haya tomado Juana.

DON DIEGO.

Pues ¿quién pudo ser, si ella  
Sola entró aquí?

LEONOR.

Antes pensara  
Que yo la pude tomar,  
Que ella.

JUANA.

El diablo lleve mi alma,  
Si yo la he visto, señora.

LEONOR.

No llores por eso, calla,  
Y éntrate allá dentro.

JUANA.

¡Yo

*(Vase.)*

Ladrona!

DON DIEGO.

Con esas alas,  
Tus criadas son señoras.  
Si no entró persona en casa  
*(Que estaba á la puerta yo),*  
¿Quién de aquí pudo quitarla  
Del brazo de aquesta silla?  
*(Vuelve Juana.)*

JUANA.

Maldita y excomulgada  
Yo muera...

LEONOR.

Calla, te digo,  
Y éntrate allá dentro, Juana.—  
Una destas mujercillas  
Que á verte vienen....

*(Vase Juana.)*

DON DIEGO.

Repara,  
Ya que lo has sabido, en que  
Antes la mujer tapada  
Que aquí estuvo, me la dió;  
Y no queriendo tomarla,  
La dejó sobre esta silla.  
Fui tras ella, y mientras, falta.  
*(Vuelve Juana.)*

JUANA.

Pues con un sapo en la boca  
Y un canto á los pechos vaya...

LEONOR

Ya te digo que te estés  
Allá dentro.

*(Vase Juana.)*

## ESCENA XI.

DON DIEGO, LEONOR.

DON DIEGO.

Y no, hermana,  
Siento la banda perdida,  
Sino un retrato que estaba  
En la venera.

LEONOR.

Pues ¿cómo  
A ti en venera te daban  
Retrato? Nunca él se hizo  
Para ti.

DON DIEGO.

Es historia larga,  
Porque yendo á visitar  
A aquella que desmayada  
Yo saqué del coche...

LEONOR.

Bien

Me acuerdo.

DON DIEGO.

La hallé empeñada  
En cobrar cierto retrato  
Suyo, de una oculta dama,  
Que habia ido á darle celos.

LEONOR.

¿Que hay mujeres en quien pasan  
Esas cosas?

DON DIEGO.

Viendo pues  
Que la habia hecho amenaza  
De que gente llamaría,



Yo me dispuse á ampararla,  
Por no ser partido. En fin,  
Dió el retrato la tapada;  
Y yo viendo en los principios  
De mi amor y mi esperanza  
El desengaño, me vine,  
Si verdad te digo, hermana,  
Despedido de servirla;  
No puedo decir de amarla  
Ella obligada á mi trato,  
O á mi término inclinada,  
(Que si inclinaciones fueran  
Méritos, no lo contara)  
Me buscó; y satisfaciendo  
La queja, en una extremada  
Bandilla de oro el retrato  
Me trajo.

LEONOR.

No ha sido tanta  
La pérdida, que te obligue  
A esos extremos; que dama  
Que ayer á uno se le dió  
Y hoy te le dió á tí, mañana  
Para otro te le pidiera;  
Y así, que hurtado le hayan,  
Quizá es conveniencia tuya.

DON DIEGO.

¿Qué buenos consuelos halla  
Mi pena, cuando por él  
Biera la vida y el alma!

LEONOR. (Ap.)

No fuera la vez primera  
Que tanto precio costara,  
Pues yo las perdi por él,  
Y por él pienso cobrarlas. (Vanse.)

Calle.

## ESCENA XII.

DON JUAN, BARZOQUE.

BARZOQUE.

Toda la corte está llena  
De que eres muy entendido,  
Y yo en mi vida te he oído  
Decir una cosa buena.

DON JUAN.

¿Por qué lo dices ahora?

BARZOQUE.

Porque acabas de decir,  
Que á ver á Marcela has de ir.

DON JUAN.

Y ¿eso es malo?

BARZOQUE.

¿Quién lo ignora?  
Porque ¿hay mayor necedad,  
Ni es posible, que ir á ver  
Enojada una mujer?

DON JUAN.

No hay ley en la voluntad.  
¿Qué bien el Fénix de España  
Dijo: «En mi pena se infiere  
Que el que piensa que no quiere,  
El ser querido le engaña!»  
Todo el tiempo que viví,  
Barzoque, correspondido  
De Marcela, el ser querido  
Me engañó; nunca creí  
Que la amaba enamorado,  
Hasta que probé su olvido.

BARZOQUE.

Nunca ama un favorecido  
Tanto como un despreciado.

DON JUAN.

No es eso, sino que quien  
Seguro el favor alcanza,  
No sabe que quiere bien  
Hasta que viene á faltar,  
Y introducido el temor  
Una vez, se ve el amor.  
Y ¿quién me ha metido en dar  
Sofísticas agudezas?  
Yo pensé que no quería  
A Marcela, cuando via  
En ella tantas finezas;  
Y hoy que su retiro veo,  
La quiero; y hasta querella,  
Sin que ande á caza por ella  
De razones mi desecho.

BARZOQUE.

Y esa es la mayor, si infiero  
Que otra el amor no ha tenido,  
Que «yo olvido porque olvido,  
Y yo quiero porque quiero.»  
Y así, dejada por llana;  
Pues querer pudiste ayer  
Y olvidar hoy, y querer  
Hoy para olvidar mañana,  
Vamos á cómo hablarás  
A mujer que te cogió  
En tal mentira.

DON JUAN.

Eso no  
Es lo que yo siento mas,  
Sino pensar que mujer  
Que su retrato la ha dado,  
Barzoque, y que la ha contado  
El que yo la volví á ver,  
Ya me tiene conocido.

BARZOQUE.

¿Eso dudas? ¿Bueno fuera  
Que el diablo no conociera  
A quien tanto le ha servido!

DON JUAN.

¿Hasta cuándo ¿quesa vana  
Necedad has de creer?

BARZOQUE.

Hasta que la vuelva á ver  
En tratable carne humana.

DON JUAN.

¿Qué intento sería, en efecto,  
Dime, el de aquella mujer,  
Que á Marcela hizo saber  
De mi venida el efecto,  
Y su retrato la dió,  
Sin que á mi padre dijera  
Nada, ni á mí verme quiera,  
Puesto que me conoció?

BARZOQUE.

¿Quieres pagarme, señor,  
Todo cuanto te he servido  
Mal ó bien? Pues solo pido  
Que no hables mas deste amor.  
Vamos á ver á Marcela,  
Aunque ella enojada esté,  
Y aunque á uno y otro nos dé  
Cualquiera alhaja que duela,  
Y no hablemos mas en esto;  
Que tiemblo de discurrir  
En ello.

DON JUAN.

En fin, á morir  
Estoy, Barzoque, dispuesto,  
Antes que consienta que  
Marcela, aunque la ofendi,  
Para vengarse de mí,  
Celos con otro me dé.  
Y aquel hombre que salía,  
Cuando á su casa llegué,  
Me da pesar. No apuré

El lance, porque creía  
La verdad de la disculpa,  
Pero habiendo visto ya  
Que ella tan resuelta está  
A no hablarme, de su culpa  
Me persuadido; y así, juez  
He de ser de su enidad.

BARZOQUE.

Di que estás enamorado,  
Y acabemos de una vez.

DON JUAN.

Ya lo he dicho.

BARZOQUE.

Ella y Ines  
¿No son aquellas dos?

DON JUAN.

Si.

BARZOQUE.

A su casa por aquí  
Vendrán.

## ESCENA XIII.

MARCELA É INES, con mantos. —  
DON JUAN, BARZOQUE.

MARCELA.

¿No es Don Juan?

INES.

Si.

DON JUAN.

Pues,

¿Señora Marcela...

MARCELA.

Vamos,

Ines.

DON JUAN.

Vos fuera á estas horas!

MARCELA.

Si, que las grandes señoras  
De noche nos visitamos.

DON JUAN.

¿De dónde venis?

MARCELA.

No sé.

DON JUAN.

Pues ¿o saberlo he querido.

MARCELA.

Una visita á hacer he ido  
Al príncipe de Condé,  
Y pedirle aquel retrato  
Que vos le dejasteis.

DON JUAN.

Bien

Se venga vuestro desden.

MARCELA.

Mas merece vuestro trato.

DON JUAN.

No es tan malo como vos  
Queréis que el amor le crea.

MARCELA.

Que lo sea ó no lo sea,  
Importa poco á los dos:  
A vos, porque una tapada,  
Que fué quien me le dió aquí,  
Os quiere mucho; y á mí,  
Porque no se me da nada.—  
Ven, Ines.

DON JUAN.

Barzoque, vén.

MARCELA.

¿Dónde vais?

BARZOQUE.

Ved lo que pasa.

DON JUAN.

Y ¿dónde vos?

MARCELA.

Yo á mi casa.

DON JUAN.

Pues yo voy allá tambien.

MARCELA.

¿A qué?

DON JUAN.

A que gran grosería  
Fuera el dejaros.

MARCELA.

Mirad

Que uncion de la voluntad  
Llaman á la cortesía  
En sus últimos alientos.

DON JUAN.

Por eso es justo que quiera  
Que ya que se muere, muera  
Con todos sus sacramentos.

MARCELA.

No habeis de pasar de aquí.

DON JUAN.

Tengo de hablaros, que espero  
Desenjojaros.

MARCELA.

No quiero

Desenjojarme.

DON JUAN.

Yo sí,

Que hecho un yerro, disculpalle  
Es justicia, y es razon.  
Oid mi satisfaccion.

MARCELA.

Mirad que estáis en la calle,  
Señor Don Juan.

DON JUAN.

Algun día

Os dije yo aqueso á vos.

MARCELA.

Barajósc entre los dos  
La suerte, y llegó la mía.

BARZOQUE.

Desierta la boca y tuerta  
Tenia un rico mercader,  
Y un sastre acertó á tener  
Tuerta la boca y desierta.  
Buscando iba bocael  
El sastre, y cuando llegó  
Al mercader, preguntó:  
«Tiene usarced bocael?»  
El, presumiendo que aquello  
Burla era, con gran rigor  
Dijo: «Boca-así, señor,  
Tengo; ¿qué quiere para ello?»  
El sastre muy indignado  
Creyó que le remedaba,  
Y en tuertas voces le daba  
Quejas de su desenfado.  
En tuertas voces tambien  
El mercader se ofendia:  
Uno y otro presumia  
Que el defecto era desden,  
Hasta que gente, que allí  
A despartirlos llegó,  
Los dos igualmente vió  
Que tenían boca-así.  
Si entrambos de una manera

Tuerto el corazon teneis,  
Si un defecto padeceis,  
No haya vara ni tijera,  
Sino consolaos los dos  
Uno á otro, haciendo aquí  
Amistades ante mí.  
Y entraos en casa con Dios.

MARCELA.

Yo no be de entrar en la mía,  
Si la calle no dejais.

DON JUAN.

Si en eso resuelta estáis,  
Ya se cansó mi porfia.  
Id con Dios, que no entraré  
En ella en toda mi vida.

MARCELA.

Yo voy muy agradecida  
A tanto favor.

INES.

No sé

Para qué le dejais ir,  
Si lo has de sentir despues.

MARCELA.

Aunque su rigor, Ines,  
Tanto me has visto sentir,  
Ya cesó el dolor cruel  
Al punto que él me buscó,  
Porque á él le buscara yo,  
Si no me buscara él. *(Vanse las dos.)*

## ESCENA XIV.

DON JUAN, BARZOQUE.

DON JUAN.

¿Has visto, Barzoque, igual  
Rigor en tu vida?

BARZOQUE.

Sí.

En<sup>2</sup> Diocleciano lei  
Otro, que debió ser tal  
Como este, cuando mató  
A un presbítero inocente...

DON JUAN.

¿Qué humor tan impertinente,  
Cuando estoy muriendo yo!

BARZOQUE.

Ya ella á su casa ha llegado.

DON JUAN.

Si el día, que en sombras va  
Muriendo, alguna luz da,  
Dos hombres dentro han entrado.

BARZOQUE.

De que doy fe.

DON JUAN.

A vistos celos

Callar, infamia sería.

BARZOQUE.

Mira que no es cortesía  
Estorbar.

DON JUAN.

¡Viveu los cielos,

Te mate!...

BARZOQUE.

Mira primero  
Que son dos.

DON JUAN.

¿No somos dos

Nosotros?

BARZOQUE.

No, vive Dios,

Que yo soy humano cero.

2 Equivale á de.

DON JUAN.

Por Dios, que está ya la puerta  
Cerrada.

BARZOQUE.

A crér te resuelve

Que el diablo mismo se vuelve,  
Si la halla así.

DON JUAN.

Pues yo abierta

La veré.

BARZOQUE.

Pues ¿has de hacer

Tú lo que el diablo no hiciera?

*(Entrase Don Juan, y da golpes.)*

## ESCENA XV.

DON DIEGO, MARCELA, ENRIQUE  
— DON JUAN, BARZOQUE.DON DIEGO. *(Dentro.)*A quien de aquella manera  
Llama, yo he de responder.MARCELA. *(Dentro.)*

Salir no habeis.

DON DIEGO. *(Dentro.)*

¿Cómo no,

Y mas si llaman así  
Por saber que entré yo aquí?

¿Quién llama á esta puerta?

*(Salen Don Diego, Enrique, y Marcela,  
que se queda junto á su casa.)*

DON JUAN.

Yo,

Que á saber vengo quién es  
Quien tanta licencia tiene,  
Que aquí de visita viene.

MARCELA.

Baja unas luces, Ines.

DON DIEGO.

No las bajen; que si ha sido  
Su intento saber quién soy,  
Yo así la respuesta doy.

DON JUAN.

Y es lo que yo he pretendido.  
*(Sacan las espadas, y riñen los cuatro.)*

MARCELA.

¡Ay de mí infeliz!

BARZOQUE. *(Ap.)*

¿Qué diera

Yo, porque alguno llegara!

ENRIQUE.

¡Muerto soy!

*(Cae.)*

DON DIEGO

¡Desdicha rara!

## ESCENA XVI.

UN ESCRIBANO, ALGUACILES.— DICHOS.

ALGUACIL 1.º *(Dentro.)*

Llegad todos.

DON JUAN.

¡Pena fiera!

*(Salen alguaciles y un Escribano.)*

ALGUACIL 2.º

La justicia.

BARZOQUE.

Huye, señor.

DON JUAN.

Fuerza es, habiendo uno herido.

Y la justicia venido. *(Vase.)*

1 Como tenia la boca torcida, pronunciaba mal, seseaba. El bocael era un lienzo basto engomado.



BARZOQUE.

A ver cuál corre mejor. (Vase.)

ESCRIBANO.

Seguid aquel, que aquel fué,  
Pues que corre, el delincuente.  
(Vase la justicia.)

DON DIEGO.

Yo he de alcanzarle.

MARCELA.

Detente,

Don Diego.

DON DIEGO.

Suelta.

MARCELA.

Porqué

Habiendo un muerto ó herido  
A estos umbrales, dejar  
A una mujer, es laltar  
A quien eres.

DON DIEGO.

Atrevido

Te pondré en salvo, despues  
Que haya, Marcela, vengado  
La muerte dese criado.

MARCELA.

Contigo he de ir, que no es  
Justo que yo quede aquí  
A una violencia dispuesta.  
(Ap. ¡Ay Don Juan, lo que me cuesta  
Querer vengarme de tí!) (Vause.)

Salen en casa de Doña Leonor.

## ESCENA XVII.

DON LUIS, JUANA.

DON LUIS.

Juana, esto has de hacer por mí.

JUANA.

Si liciera, mas no me atrevo,  
Que es cruel su condicion.

DON LUIS.

Solamente hablarla intento,  
Por apurar de una vez  
De aquel enigma el secreto.  
Ve presto, avísala, Juana.

JUANA.

No es posible que yo á eso  
Me atrevá, sin una industria.

DON LUIS.

¿Cuál ha de ser?

JUANA.

Ya la pienso.

Ve á dar por ahí una vuelta;  
Que estarle en la calle quedo,  
Podrá ser que se repare.  
Yo me dejaré ahora abierto  
Este cuarto, y me estaré  
Con ella en el suyo, haciendo  
La deshecha: tú podrás  
Entrarte entónecs resuelto  
A hablarla, y yo disculparme  
Con que no sé nada, siendo  
Un descuido el que me riña,  
Y no una traicion.

DON LUIS.

Tu ingenio

Lo ha trazado bien. Yo voy.

JUANA.

Y yo lo tendré dispuesto.

DON LUIS. (Ap.)

Saber tengo cómo vienen  
Juntos favor y desprecio. (Vase.)

JUANA.

Ve aquí por lo que no puede  
Hacer una en este tiempo  
Una obra buena. ¿No habia  
Siquiera un diamante viejo,  
Con que decir: «Toma, Juana?»  
Mas ya el Dante no hace versos.

## ESCENA XVIII.

LEONOR.—JUANA.

LEONOR.

¿Con quién hablabas?

JUANA.

Conmigo,

Señora, que tambien tengo  
Yo mi don de soliloquios.

LEONOR.

Trae luces.

JUANA.

Allí las dejo,  
(Entrándose por ellas, y sacándolas.)  
Y ya están aquí.

LEONOR.

¿Qué hablabas?

JUANA.

Estaba un discurso haciendo  
Sobre quién sería el ladrón  
De aquella banda. ¡En mal fuego  
De San Anton vea la mano  
Abrasada!

LEONOR.

Quedo, quedo,

Juana, que las maldiciones  
Para nada son remedio.

## ESCENA XIX.

ALGUACILES, dentro, y luego DON JUAN  
Y BARZOQUE.—LEONOR, JUANA.

ALGUACILES. (Dentro.)

Por aquí fué.

UN ALGUACIL. (Dentro.)

En esta vuelta

Se perdió.

LEONOR.

¿Qué será aquello?

JUANA.

Ruido en la calle, señora.

LEONOR

Abiertas las puertas veo.

¿Qué es esto, Juana?

JUANA.

Un descuido.

DON JUAN. (Dentro.)

Pues correr mas no podemos,  
Ni resistirnos de tantos  
Como nos siguen, y abierto  
Está aquí, Barzoque, aquí  
Nos cñtremos.

(Salen Don Juan y Barzoque.)

LEONOR.

¿Qué es aquesto?

DON JUAN. (Ap.)

Un desdichado es, señora.

BARZOQUE.

No son sino dos.

DON JUAN. (Ap.)

¿Qué veo!

BARZOQUE.

¡Jesucristo!

LEONOR.

Prosegnid.

DON JUAN.

No podré, porque... (Ap. Estoy muerto.)

JUANA. (Ap.)

Si ahora se entra Don Luis,  
¡Buena hacienda habemos hecho!

LEONOR.

¿Qué ha sido?

DON JUAN. (Ap.)

No tengo vida.

LEONOR.

Hablad.

DON JUAN. (Ap.)

Fáltame el aliento...

BARZOQUE. (Ap. á él.)

Disimula tú, pues ella  
Disimula.

DON JUAN. (Ap. á Barzoque.)

Ya lo intento.

Un gran disgusto dos calles  
De aquí he tenido... sospecho  
Que queda un hombre (no sé  
Lo que digo) herido ó muerto.  
De la justicia seguido,  
(Mortal estoy) venia huyendo  
Cuando, al volver desta calle,  
Vi luz, y...

## ESCENA XX.

DON DIEGO, y luego, MARCELA.—  
LEONOR, DON JUAN, BARZOQUE  
JUANA.

DON DIEGO. (Dentro.)

Entrad aquí dentro;  
Que en quedando vos en salvo,  
Le buscaré.

MARCELA. (Dentro.)

¡Muerta vengo!

DON JUAN.

Estos son los que me siguen.

LEONOR.

Retiraos á ese aposento;  
Que yo les diré que aquí  
No entrasteis; que daros debo  
Favor, ya que por sagrado  
Mi casa toinasteis.

DON JUAN. (Ap. al criado)

¡Cielos!

De un peligro he dado en otro.

BARZOQUE.

Yo y todo.

(Escóndense los dos, quedándose de-  
tras de una puerta. Salen Don Diego  
y Marcela.)

DON DIEGO.

Hernana.

LEONOR.

¿Qué es esto?

DON DIEGO.

Desdichas mías; qué apénas  
Hoy libre de una me veo,  
Cuando he tropezado en otra.  
Mal herido á Enrique dejo,  
Sin haber podido dar  
Muerte al agresor, que huyendo  
Se escapó por esta misina  
Calle.

JUANA. (*Ap. á Leonor.*)

¿Si es el que tenemos?

LEONOR.

Calla, Juana, que no es bien  
Añadir empeño á empeño.BARZOQUE. (*Ap. al paño.*)

Hermano dijo.

DON JUAN.

Sin duda

Nos descubre.

DON DIEGO.

Y en efecto,

Como es siempre obligacion  
De un noble en cualquier empeño  
La dama, aquí la he traído.  
Tenla aquí, mientras yo vuelvo  
Así por cuidar de Enrique,  
Como por mirar si puedo  
Vengarle.—Marcela, ya  
En salvo estás.

MARCELA.

Detenéos.

LEONOR.

No salgas, señor.

DON DIEGO.

Dejadme.

## ESCENA XXI

DON LUIS.—Dichos.

DON LUIS

Déme amor atrevimiento  
Para llegar. Mas ¿qué miro?

DON DIEGO.

¿Quién va? ¿quién es?

DON LUIS.

Yo, Don Diego.

DON DIEGO.

¿Don Luis?

DON LUIS.

Sí.

DON DIEGO.

¿Pues á estas horas

Aquí?

DON LUIS. (*Ap.*)

Dadme industria, cielos,  
Que me disculpe.

DON JUAN. (*Ap.*)

Don Luis

Aquel es.

DON LUIS.

Buscándos vengo,  
Porque en la conversacion  
Se dijo ahora del juego,  
Que habiais tenido un disgusto  
(*Ap. Decir que allá lo dijeron  
Es disculpa sin peligro.*)

DON DIEGO.

¿Ya se supo allá tan presto?

DON LUIS.

Sí. ¿Qué ha sido?

DON DIEGO.

Pues habeis  
Venido aquí á tan buen tiempo,  
Venid conmigo, que allá  
Lo sabreis.

DON LUIS.

Siempre fui vuestro.

(*Vanse Don Diego y Don Luis.*)

## ESCENA XXII.

LEONOR, MARCELA; DON JUAN,  
BARZOQUE, *ocultos.*

DON JUAN.

Hasta las mentiras tienen  
Buena ó mala estrella.

LEONOR. (*Ap.*)

¿Cielos!

¿Qué es lo que pasa por mí?  
Escondido un hombre tengo,  
En quien concurren las señas  
Del hábito de su pecho  
Y el ser de Marcela amante,  
Pues por ella ha sido el riesgo:  
Apuremos de una vez  
Al vaso todo el veneno.

DON JUAN. (*Al paño.*)

¿Has visto, Barzoque, igual  
Lance en tu vida?

BARZOQUE

No, cierto.

DON JUAN.

En casa estoy de una dama,  
A quien ofendida tengo,  
Enemigo de su hermano,  
Y la causa de todo esto,  
Que es Marcela, por testigo.

LEONOR.

Decidme vos, ¿qué suceso  
Ha sido este?

MARCELA.

De turbada,  
No os he hablado en tanto tiempo.  
Estando ahora en mi casa  
Vuestro hermano, un caballero,  
A quien ha dias que di  
La libertad de mi pecho,  
Llamó con celosos golpes;  
Que no saben llamar quedo.  
Salió Don Diego á la calle,  
Y sucedió todo esto  
Que él ha contado: la causa  
De tan infeliz suceso,  
Aunque he sido yo, no he sido  
Yo sola.

LEONOR.

Pues ¿quién en ello

Tuvo mas parte?

MARCELA.

Una dama,

Que abraza un rayo del cielo.

LEONOR. (*Ap.*)

¿Buena ando yo en maldiciones!

MARCELA.

Que á mi casa á pedir celos  
Con un retrato, que yo  
Le di á aquel ingrato mesmo,  
Fué. Yo ofendida intenté  
Vengarme de su desprecio.

LEONOR.

¿Y él quién es?

MARCELA.

El es Don Juan

De Mendoza, de Don Pedro  
De Mendoza hijo: ¡así fuera  
Leal como es caballero,  
Constante como es ilustre!

BARZOQUE. (*Ap.*)

Ya me holgara, según pienso,  
Que fuera diablo, y no dama.

LEONOR.

(*Ap. Ya, honor, todo lo sabemos,  
Pues solo quien hijo fuera*

De Don Pedro, entrara dentro  
De aquel cuarto aquella noche.  
¿Qué he de hacer? Si aquí le tengo,  
Podrá mi hermano venir,  
Y no es remediar el riesgo  
Si le dejo ir, no tendré  
Ocasión, como ahora tengo,  
Para vengarme despues.  
Mas ¿qué es vengarme? que en esto  
Mi honor no pide venganza.  
En esto al fin me resuelvo.)  
Marcela, aquí no estáis bien.  
Retiráos allá dentro;  
Que si álguien viene, mejor  
Es que yo esté sola.

MARCELA.

Eso

Quise suplicaros.

LEONOR:

Juana,

Ve con ella, y ni un momento  
Te apartes della.

JUANA.

No haré.

MARCELA.

Fortuna, ¿qué ha de ser esto?  
(*Vanse Marcela y Juana.*)

## ESCENA XXIII.

LEONOR; DON JUAN Y BARZOQUE,  
*al paño.*LEONOR. (*Ap.*)

Llevemos por bien el daño  
En los principios, y luego,  
Si no basta, honor, muramos.

DON JUAN. (*Ap.*)

En gran peligro estoy puesto.

BARZOQUE.

Pues que sola ella ha quedado,  
Sal ahora.

DON JUAN.

Eso resuelvo.

Salgamos de aquí una vez.  
(*Salen los dos.*)

BARZOQUE.

Dices bien.

DON JUAN.

Yo os agradezco  
La vida que me habeis dado.  
Quedad con Dios.

LEONOR.

Detenéos,  
Que aunque deseo que os vais,  
Tambien que no os vais deseo.

BARZOQUE. (*Ap.*)

Pues á mi no me detienen,  
Saldré á la calle, y corriendo  
Iré á avisar á mi amo  
Del lance en que á Don Juan dejo.  
(*Vase.*)

## ESCENA XXIV.

LEONOR, DON JUAN.

DON JUAN.

Cuanto quisierais decirme  
Oiré despues, que no es tiempo  
Ahora.

LEONOR.

Si es, por si despues  
No hay ocasión.

DON JUAN.

Decid presto.



LEONOR.  
¿Sabeis quién soy?  
DON JUAN.  
Sé que sois  
Una deidau, á quien debo  
La vida en esta ocasion.

LEONOR.  
Y ¿no me debeis mas que eso?

DON JUAN.  
No, porque aunque en mi memoria  
Varios discursos revuelvo,  
Y algo quiera confesar,  
Bien á negarlo me atrevo,  
Pues un testigo que solo  
Podeis tener, ya no es vuestro.

LEONOR.  
Si es, Don Juan, que esta venera  
Y retrato, yo le tengo.

DON JUAN. (Ap.)  
¿Dónde iré yo, que no halle,  
Aquesta venera, cielos?

LEONOR.  
Fuera de que el ciclo mismo...

DON JUAN.  
Cuanto á decir vais entiendo.

LEONOR.  
Pues, señor Don Juan, que os deis  
Por entendido agradezco,  
Ahorrándome la vergüenza,  
Para haceros un acuerdo.  
La vida vuestra y mi honor  
En dos balanzas á un tienpo  
Puestas están. Pues yo miro  
Por vuestra vida en tal riesgo,  
Mirad por el honor mio,  
Vos igualmente; advirtiendo  
Que soy mujer que pudiera  
Vengarme, y que no me vengo,  
Porque á escándalo no pase  
Lo que hasta aquí fué silencio.  
Yo no soy mujer que andar  
Tengo con mi honor en pleito;  
Yo no tengo de dar parte  
A mi hermano, ni á mis deudos;  
Yo soy mujer, finalmente,  
Que moriré de un secreto,  
Por no vivir de una voz;  
Que en fin hablar no es remedio.  
Vida y honor me debeis:  
Pues dos deudas son, bien puedo  
Pedir dos satisfacciones...  
Una solamente quiero,  
Y es que si á pagarlo todo  
No os disponeis, noble y cuerdo  
Pagueis la parte en callarlo;  
Que una clausura, un convento  
Sabrá sepultarme viva,  
Quedándome por consuelo  
Solamente, que cayó  
Mi desdicha en vuestro pecho.  
Con esto, idos; no mi hermano  
Vuelva, donde solo temo  
Un lance que á hablar me obligue,  
Siendo mi honor mi silencio.

DON JUAN.  
Vuestra cordura, señora,  
Vuestro gran entendimiento,  
El mayor consuelo hallaron  
En callar; y yo os lo ofrezco,  
Porque no puedo ofrecer  
Mas; que claro es que no tengo  
De casarme porque pude  
Hallaros en mi aposento  
Una noche, habiendo sido  
Quizá causa del suceso

Que á dejar os obligó  
Vuestra casa...  
LEONOR.  
Deteneos,  
No digais mas; que en pensarlo  
Miente vuestro pensamiento;  
Que el honor que me debeis,  
Tan terso y claro...

ESCENA XXV.

DON DIEGO, DON LUIS. — LEONOR,  
DON JUAN.

DON DIEGO.  
¿Qué es esto?  
DON JUAN. (Ap.)  
¡Ah, quién pudiera encubrirse!  
(Embózase.)

LEONOR. (Ap.)  
¿Otra desdicha? otro aprieto?  
DON DIEGO.  
¡Hombre embozado en mi casa!  
DON LUIS.  
¡Hombre con Leonor riñendo!  
DON DIEGO.  
¿Qué aguardo, que no le doy  
Muerte?

DON JUAN.  
No temais, primero  
(Poniéndose delante de Leonor.)  
Moriré yo, que os ofendan.  
DON LUIS. (A Don Diego.)  
A vuestro lado estoy puesto,  
(Ap. Cumpliendo con la de amigo  
La obligacion de mis celos.)

DON JUAN.  
Don Luis, mirad que soy yo  
Con quien reñis; y si vuestro  
Valor, por venir con él,  
Os obliga á que á Don Diego  
(Que á mí me debe la vida,  
Si de otra ocasion me acuerdo)  
Valgaís, primero acrédor  
Soy yo de vuestros esfuerzos;  
Pues de algun suceso mio  
Parte os he dado primero;  
Y quien lo fió de vos  
Entonces, ya os hizo empeño  
De que le valgaís ahora. (Desembózase.)

DON DIEGO.  
¡Qué es lo que miro!  
DON LUIS.  
¡Qué veo!  
DON DIEGO. (Ap.)  
¿Este es quien me dió la vida?  
DON LUIS. (Ap.)  
¡Don Juan es el que me ha muerto!  
¿Qué he de hacer en tan extraño  
Lance de amistad y celos,  
De amor y honor?

ESCENA XXVI.

MARCELA, JUANA. — DICHOS.

MARCELA.  
Nuevo ruido  
Hay, ¿qué será?  
DON DIEGO.  
Caballero.  
Yo confieso que me disteis  
La vida, y que yo os la debo;  
Pero nadie pagar debe

Mas que recibió: con esto  
Os digo que si os hallara  
Hoy en ocasion que hacerlo  
Pudiera, mi misma vida  
Os diera; pero no es precio  
Para una vida un honor;  
Y aqueste yo no os le deho.  
En mi casa os he hallado,  
Y he de saber á qué efecto  
Entrais en ella á estas horas.

DON JUAN.  
Aunque no es ley de buen duelo  
Dar, con la espada en la mano,  
Satisfaccion, darla quiero;  
Que donde honor es lo mas,  
Todo lo demas es ménos.  
Con quien en cas de Marcela  
Reñisteis, soy yo. De aquesto  
Testigo es Marcela misma.  
En esta casa entré huyendo  
De la justicia.

DON DIEGO.  
Aunque sea  
Eso verdad, que lo creo  
Porque vos lo decís, yo  
No me doy por satisfecho;  
Que entrarse á ampararse un hombre  
No es entrarse á hacer extremos  
Que obliguen á una mujer  
A decir «que es puro y terso  
El honor que la debeis.»

DON LUIS.  
Decís bien, y con vos vengo.  
Sin matarle no cumplis.  
(Ap. Por matarle yo, le aliento.)

DON JUAN.  
¿Es eso haberos yo dicho  
Mi secreto?  
DON LUIS.  
Sí, y por eso  
A Don Diego he de amparar.

ESCENA XXVII.

DON PEDRO, BARZOQUE. —  
DICHOS.

DON PEDRO. (A la puerta.)  
¿Dónde quedó?  
BARZOQUE.  
Aquí.  
DON PEDRO.  
Entra dentro. —  
Don Juan, á tu lado estoy  
DON JUAN.  
Ya contigo nada temo.  
MARCELA.  
¡Qué pena!  
LEONOR.  
¿Qué confusion!  
JUANA  
¿En qué ha de parar aquesto?

DON PEDRO.  
Caballeros, yo y mi hijo  
Hemos de salir resueltos,  
Si se nos pone delante  
Todo el mundo; aunque primero  
Quisiera saber qué causa  
Ha dado para un extremo  
Tan grande como obligaros,  
Siendo los dos caballeros,  
A que ambos riñais con él  
Encerrados; porque pienso  
(Segun ese criado ha dicho)  
Que ha sido acaso el suceso;  
Y por sucesos acaso

No riñen ilustres pechos  
Con uno en su misma casa,  
Entre mujeres, habiendo  
Campo. Dos á dos estámos.  
Hagamos cabal el duelo.

DON DIEGO.

Señor Don Pedro, que sea  
Vuestro hijo ese caballero,  
Con ser vos á quien mi hermano  
Y yo obligacion tenemos,  
Y que vos querais hacer  
Desafio cuerpo á cuerpo,  
No es bastante á dejar yo  
De darle la muerte, habiendo  
Sido el hallarle embozado  
En mi casa...

DON PEDRO.

Si él huyendo  
De la justicia, entró aquí,  
Ya vos no reñis por eso,  
Sino por la primer causa;  
Y esta mas debiera, es cierto,  
Remitirse, cuando en vuestra  
Casa le hallais, si es que infiero  
Que haberla tomado él  
Por sagrado, habia de haceros  
Que al que allá fuera matarais,  
Le ampararais aquí dentro.

DON DIEGO.

Hay mas causas, que Leonor,  
Mi hermana, es....

LEONOR.

Yo diré eso,  
Que aunque el silencio adoré,  
Ya no es deidad el silencio;  
Que hablar en tiempo es virtud,  
Si es vicio el hablar sin tiempo.

Y no solo, si me oís,  
Vos habeis de defenderlo.  
Pero aun contra vuestro hijo  
Habeis de ser.

DON PEDRO.

¿Cómo puedo?

LEONOR.

¿Os acordais?...

DON PEDRO.

¿De qué?

LEONOR.

De una

Palabra....

DON PEDRO.

Si, bien me acuerdo,  
Y daré muerte á Don Juan,  
Puesto al lado de Don Diego,  
Como importe á vuestro honor.

LEONOR.

Pues estad todos atentos.  
Aquella infelice noche  
Que hubo en mi casa un incendio,  
Y que por estar en frente...

DON JUAN. (Ap. á ella.)

Tente, aguarda, que no quiero  
Saber mas. Porque si yo  
Cobarde estuve, temiendo  
La ocasion que allí te tuvo,  
Ya la sé, y así pretendo  
Que ninguno sepa mas  
Que yo. Todo ese suceso,  
Ni mi padre, ni tu hermano,  
Ni ninguno ha de saberlo,  
Porque si en trances de honor  
Dice un discreto proverbio:

No hay cosa como callar,  
De lo que hablé me arrepiento,  
Y no quiero saber mas,  
Pues que no puedo hacer ménos.—  
(Alto.)

Esta es mi mano, Leonor.

DON LUIS. (Ap.)

Supuesto que á Leonor pierdo,  
Y ya es mujer de un amigo,  
Callemos, celos; que en esto  
No hay cosa como callar.

DON DIEGO. (Ap.)

No alcanzo nada al secreto;  
Mas pues está remediado  
Mi honor, que es lo que pretendo,  
No hay cosa como callar.

DON PEDRO.

Yo he pagado lo que debo,  
Leonor, á mi obligacion.

MARCELA. (Ap.)

Y yo escarmentada, viendo  
Casado á Don Juan, callar  
Solo ha de ser mi consuelo.

BARZOQUE.

Cada uno á su negocio  
Está solamente atento,  
Olvidados de un criado  
Que está herido, porque desto  
Se saque cuán malo es  
Ser criado pendenciero.  
Y pues que yo soy criado  
De paz, solamente os ruego  
Que considereis, señores,  
Que de los yerros ajenos  
No hay cosa como callar;  
Y así, perdonad los nuestros



# EL ASTROLOGO FINGIDO.

## PERSONAS.

DON JUAN.  
DON ANTONIO.  
DON DIEGO.  
DON CARLOS.

LEONARDO, *viejo*.  
MORON.  
DOÑA MARIA.  
DOÑA VIOLANTE.

BEATRIZ, *criada*.  
QUITERIA, *criada*.  
OTAÑEZ, *escudero*.

*La escena es en Madrid.*

## JORNADA PRIMERA.

Sala en casa de Leonardo.

### ESCENA PRIMERA.

DOÑA MARIA, BEATRIZ.

DOÑA MARIA.

¿Y que pasó tan galán?

BEATRIZ.

A todos cuantos miraba,  
A un mismo tiempo causaba  
Amor y envidia Don Juan.  
Llevaba un vestido airoso  
Sin guarnicion ni bordado;  
Que con lo bien sazonado,  
No hizo falta lo costoso.  
Cabos blancos sin cuidado,  
Valona y vueltas muy grandes  
Con muchas puntas de Flandes:  
En fin, muy á lo soldado.  
Varias plumas, que llevadas  
Del viento, me parecia  
Que volar Don Juan queria:  
Botas y espuelas calzadas.  
Con esto y con su buen talle,  
Sin quitar de tu ventana  
La vista, aquesta mañana  
Dos veces pasó la calle.

DOÑA MARIA.

Por la pintura que has hecho,  
Beatriz, toma este diamante.

BEATRIZ.

Razon será que me espante  
De ver terniza en tu pecho  
Tratando cosas de amor,  
Si no son albricias ya  
De ver que Don Juan se va.

DOÑA MARIA.

Diferente es el rigor  
Que tengo.

BEATRIZ.

Pues tu hermosura,

Porque amor se satisfaga,  
Tan bien las pinturas paga,  
Escúchame otra pintura.  
Al tiempo que ya dejaba  
La calle Don Juan, entró  
En ella Don Diego; y yo,  
Como en la ventana estaba,  
Le vi en un caballo tal.  
Que, informado dél el viento,  
Dejó de ser elemento,  
Por ser tan bello animal.  
Con el freno conformaba  
Los piés con tanta armonia,  
Que el son con la boca hacia,

A cuyo compas danzaba.  
Saltaron centellas puras  
De las piedras; que el castizo  
Bruto, por llamarte, hizo  
Aldabas las herraduras.  
Cuando Don Diego el sombrero  
Quitó, sus piés se doblaron;  
Que tu puerta respetaron  
El caballo y caballero.  
¿Si le vieras, qué brioso  
Sacó el brazo, qué galán  
Partió!...

DOÑA MARIA.

Hablemos de Don Juan  
Y deja aqueso enfadoso.  
¿Sabes si se partió ya?  
¿Sabes, Beatriz, dónde fué?  
¿Si vendrá presto?

BEATRIZ.

No sé;  
Mas ¿qué cuidado te da  
Que se vaya, si ha dos años,  
Señora, que te ha servido,  
Y que solo ha mercedido  
Desprecios y desengaños?  
Váyase, y á sus desvelos  
Podrá hacerles resistencia;  
Que es muerte de amor la ausencia  
Adonde faltan los celos.

DOÑA MARIA.

Pésame que los enojos,  
Que hasta agora he resistido,  
No los hayas conocido  
En el llanto de mis ojos.  
¡Ay Beatriz! ¡Ay Beatriz mia!

No sé como hablar, no sé  
Cómo decir que yo amé  
A Don Juan desde aquel dia  
Que conocí su aficion;  
Aunque constante venci  
Mi pena, porque temí  
La opinion de mi opinion.  
Don Juan, aunque es cuerdo, es  
Mozo, y si á saber llegara  
Mi amor, no sé si callara;  
Que en este tiempo que ves,  
Hay mil galanes que viven  
Rendidos y enamorados,  
Por publicar confiados  
Los favores que reciben.  
Y un hombre, con solo hablar,  
(¡Tan fácil es la deshonra!)  
Es bastante á quitar la honra,  
Que muchos no pueden dar.  
¡Oh! ¡qué desigual fortuna!  
¡Que una lengua ponga menguas  
En mil honras, y mil lenguas  
No puedan dar sola una!  
Yo, temerosa de ver  
Público mi deshonra,

Puse silencio en mi amor;  
Mas fué silencio en mujer,  
Pues hoy la ausencia provoca  
A que salgan mis enojos  
En lágrimas por los ojos  
Y en suspiros por la boca.

BEATRIZ.

Si hoy con Don Juan te declaras,  
Lo mismo te sucediera  
Con Don Diego, si él se fuera.

DOÑA MARIA.

Mal en mi daño reparas;  
Pues cuanto la pretension  
De Don Juan mi pecho enciende  
Tanto Don Diego me ofende.

BEATRIZ.

En tu amor y en tu eleccion  
Dos novedades me ofrees.  
¿Querer al de ménos fama,  
Hacienda y nobleza! Dama  
De comedia me pareces;  
Que toda mi vida vi  
En ellas aborrecido  
Al rico, y favorecido  
Al pobre, donde advertí  
Su notable impropiedad;  
Pues si las comedias son  
Una viva imitacion  
Que retrata la verdad  
De lo mismo que sucede,  
¿A un pobre verle estimar,  
Cómo se puede imitar,  
Si ya suceder no puede?

DOÑA MARIA.

Antes con mayor razon  
Hallan su verdad en mí  
Las comedias, pues que fui  
De ese defecto excepcion.

### ESCENA II.

OTAÑEZ.—DOÑA MARIA, BEATRIZ,  
*luego*, DON JUAN.

OTAÑEZ.

Don Juan de Medrano pide  
Licencia para besarte  
Las manos.

BEATRIZ.

Ya viene á hablarte  
Antes de irse.

DOÑA MARIA.

¿Quién lo impide?

(*Vase Otáñez, y sale Don Juan.*)

DON JUAN.

Con licencia me atreví.  
Señora, á entrar donde están  
Tus soles.

DOÑA MARÍA.

Señor Don Juan,  
;Espuelas y plumas!

DON JUAN.

Si,

Que no me bastó llevar  
Espuelas para correr,  
Y así huhe menester  
Las plumas para volar;  
Que quien ausentarse intenta  
Del sol, bien es que presumas  
Que ha de valerse de plumas.

DOÑA MARÍA.

¿Qué mandais?

DON JUAN.

Eseucha atenta.

Si á quien se ausenta y se muere  
Licencia se le permite  
De hablar, por ausente y muerto  
Licencia Don Juan te pide:  
Muerto, porque vive ausente  
De ti: ausente, porque vive  
Muerto en tu gracia; que juntas  
En mi vida y muerte asisten.  
En fin, por última vez  
Que he de hablarte y has de oírme,  
Mis libertades perdona  
Y mis disculpas admite.  
Que te quise habrás dos años.  
(Si me muero, no te admires,  
Pues fué mi culpa el quererte,  
Que confiese que te quise.)  
Tantos há que á tus dos soles  
Alas de cera previne;  
Mas si á tu nieve se hielan,  
Si á tus rayos se derriren,  
¿Qué mucho que tanto fuego  
Abrasado me derribe  
A las ondas de mi llanto,  
Que un mar de lágrimas finge?  
Dos papeles te escribí,  
Bien sabes tú cuán humildes,  
Porque, á no serlo, no fueran  
Hijos de un amor tan firme.  
Engañada los tomaste;  
Pero tú, que iguales mides  
Ingratitud y belleza,  
Callando me respondiste.  
Un día que hasta un jardín  
Pude atrevido seguirte  
Y entrar en él, porque el campo  
Tales licencias admite,  
Entre sus flores te vi  
Con tal belleza, que hiciste  
Competencia á su hermosura  
Y ventaja á sus matiees.  
Corrida naturaleza  
De sus pinceles sutiles,  
Perdió la esperanza, viendo  
Que imitarte era imposible,  
Y dijo: «Pues ya no puedo  
Excederme, no me estimen;  
Que ya no tengo que hacer,  
Después que este asombro hice.»  
Un jazmín tu mano hermosa  
Robaba, y él apacible  
Rindió sus flores al suelo  
Porque tus plantas las pisen;  
Y dijo, viendo que ufanos  
Blancura y olor compiten:  
«Quita á mis hojas las flores,  
Y tus manos no me quites;  
Pues es lo mismo tener  
Tus manos, que mis jazmines.»  
Aquí me acuerdo que yo  
Llegué turbado á decirte  
Que estimases mis deseos.  
No sé bien qué mas te dije  
De un firme amor: pero sé  
Lo que tú me respondiste,

Que fué que nunca te viera.  
;Brava respuesta! ;terrible  
Sentencia! ; ingrato precepto!  
;Cruel rigor! ;hado infelice!  
Y viendo al fin que es en vano  
Que un desdichado porfie  
Contra su estrella, y que es bien  
Que te obedezca, y me prive  
De verte, pues tú lo quieres;  
Porque en mis desdichas mires  
El extremo de obediencia  
A que llega un amor firme,  
Mañana á Fláudes me parto  
A servir al gran Felipe,  
Que el ciclo mil años guarde,  
Donde mi valor imite  
De mis nobles ascendientes  
Tantas victorias insignes.  
Don Vicente Pimentel,  
Mi señor, hoy apereibe  
Su jornada: con él voy,  
Y muy honrado en servirle.  
Bien sé que imposible es  
Vivir sin ti; mas previne  
Un imposible de amor  
Venecer con otro imposible.  
Quédate con Dios, y al cielo  
Le ruego que apenas pise  
De Fláudes la tierra, cuando  
La primer bala que tire  
El enemigo, me acierte,  
Si quien desdichado vive  
Puede morir, y hay alguna  
Muerte para el infelice.  
Mas yo te doy mi palabra  
Que si el cielo me permite  
Dicha, y por ella merezco  
Algun lugar que acredite  
La sangre que me acompaña,  
Que ha de ser para servirte.  
Y si en tanto, nuevo dueño  
Te merece mas felice,  
Ruego al cielo que le goces  
Por tantos siglos, que imites  
La edad del sol, sin que tengas  
Solo un instante de eclipse.  
Tú le quieras, y él te adore,  
Para que en los dos envidie,  
En tus gustos los que quiero,  
Y en los suyos los que quise.  
Y cuando mas fácilmente  
De aquesta verdad te olvides,  
Habrá quien mas te merezca,  
Pero no quien mas te estime.  
Con esto, señora, adios;  
Que mi libertad no pide,  
Por saber que ya la tiene,  
Licencia para partirse.

DOÑA MARÍA.

Don Juan, espera, detente,  
Mientras procuro romper  
Las prisiones á un secreto  
Que tantos años guardé;  
Aunque es tanta la vergüenza  
Que tengo, que al parecer  
Un lazo la lengua oprime,  
Y la garganta un cordel.  
Muda la voz, torpe el labio,  
Temo y dudo... ;Mas por qué  
Temo y dudo, si al fin somos  
El secreto y yo mujer?  
;Ay de mí! que no sé cómo  
Empiece á hablarte; no sé  
Cómo decir que te quise,  
Don Juan, que te quise bien  
Desde el día que engañada  
(;Ay de mí! digo otra vez,  
Que la vergüenza me turba)  
Tomé el primero papel.  
;Mas qué victoria me diera  
Lo que amé, sufrí y callé,

Si yo en mis propios deseos  
No tuviera que vencer? /  
Mas hoy que amor en mi pecho  
Mina de pólvora es,  
Que mientras mas oprimida.  
Revienta con mas poder,  
Por la boca y por los ojos  
Sale, porque mas no estés  
De mi ingratitud quejoso,  
Ni dudoso de mi le.  
No está el amor en el laho;  
En el pecho si, y en el  
Vives; que el querer callando  
Es de amor mas justa ley.  
La que con extremos dice  
Su amor, tiene otro interes;  
Que son muchas las que quieren,  
Y pocas saben querer.  
No fué el alma tan ingrata  
Como la apariencia fué;  
Que en tu amor he parecido,  
Pero no he sido cruel.  
De mi silencio la causa  
Ha sido, Don Juan, temer  
(Perdóname este temor,  
Si es que te ofendo con él)  
Que tengo honor, que soy noble,  
Y que ya la opinion es  
Tan difícil de ganar,  
Cuanto fácil de perder;  
Y no hay desdicha mayor  
Que rendir una mujer  
El santo honor que la ilustra  
A la lengua descortés,  
No de aquel que ha merecido  
Su gracia, sino de aquel  
Amigo poco leal  
Y criado nada fiel.  
;Hay en materia de honor  
Desdicha, como tener  
En la iglesia, en la visita,  
Si sabrán que yo te hablé,  
Si sabrán que te escribí,  
Y al fin que te quiero bien;  
Y con este pensamiento,  
Encogida, no poder  
Alabarse, que es honrada,  
Una mujer que lo es?  
Porque si acaso blasona  
De serlo, teme que esté  
Desmintiéndola por señas,  
El que lo sabe mas bien.  
En fin, este recelar,  
Este dudar y temer  
Hizo llave de mi amor  
Aquel pasado desden;  
Mas ya que rompo el silencio,  
Como palabra me des  
Como noble que ni amigo  
Ni criado ha de saber  
Aqueste amor, para hablarnos  
Ocasiones buscaré,  
Si es que la partida tuya  
Puedes, Don Juan, suspender.  
Será única secretaria  
Deste amor Beatriz, de quien  
Fio lo que de mí misma,  
Porque su silencio sé.  
Y sino, viéndote ir,  
Ya por consuelo tendré  
Haberte dicho mi amor,  
Porque te vayas con él.  
Y no me agradezcas, no,  
Don Juan, el quererte bien,  
Porque solo el declararme  
Me tienes que agradecer

DON JUAN

Déjame que venturoso  
El alma ponga á tus piés,  
Que responda con callar,  
Porque empiece á obedecr.



¡Y plegue á Dios, que con este  
Acero que al lado ves,  
Y en cuya cruz pongo ahora  
La mano, muerte me dé  
A traición el mas amigo,  
Si quebrantare la ley  
Del secreto, y ofendiere  
De tu amor la firme fe.  
Las espuelas y las plumas  
Dejo : que fueron, diré,  
Las espuelas para ir,  
Las plumas para volver.  
Mas con todo, por cerrar  
La boca al vulgo cruel,  
Que de todo piensa mal  
Y de nada juzga bien,  
En la casa de un amigo  
Con gran secreto estaré  
Unos dias ; luego pleitos  
O enfermedad fingiré,  
Por dar color á la vuelta,  
Si mi dicha puede hacer  
Que hoy se acuerden en Madrid  
De lo que vieron ayer.

DOÑA MARÍA.

Pues con aquesta palabra,  
A hablarme esta noche ven,  
Y sin pararte en la calle,  
Entra en el portal; que á él  
Beatriz bajará advertida,  
Don Juan, de lo que has de hacer.  
No reparen los vecinos  
De verte en la calle, que es  
Uno mal intencionado  
De toda la vida juez.  
Todo lo saben; ¿qué mucho,  
Si hay vecino que por ver  
Lo que pasa en una noche,  
No se acuesta en todo un mes?  
En la reja estará un lienzo.  
Esta la seña ha de ser  
Si hay ocasion; pero advierte  
Que vengas solo.

DON JUAN.

Vendré

Sin mí. ¿Qué mucho, si ya  
Sin mí me tiene el placer?

DOÑA MARÍA.

Espera, Don Juan. Advierte  
Que has de callar.

DON JUAN.

Yo seré

El ave que el viento rompe  
Con una piedra en el pié  
Y otra en el pico, advirtiendo  
Que soy vigilante y fiel.

(Vase.)

## ESCENA III.

DOÑA MARÍA, BEATRIZ

DOÑA MARÍA.

Deste concertado amor,  
Di, Beatriz, ¿qué te parece?

BEATRIZ.

Que justamente merece  
Tanta fineza y favor  
Don Juan, que es noble y discreto  
Como galán.

DOÑA MARÍA.

Tú has de ser,  
Beatriz, la que has de tener  
La llave deste secreto.  
Mi vida y alma te fio.  
Bien sé que segura puedo.

BEATRIZ.

Desecha, señora, el miedo,  
Que ofendes el honor mío.

## ESCENA IV.

DON DIEGO, MORON. — DOÑA MARÍA, BEATRIZ.

MORON. (Ap. á su amo.)

¡Aquí llegas! ¿Qué procura  
Tu amor? ¿qué intentas?

DON DIEGO.

(Ap. á Moron. Intento

Saber si al atrevimiento  
Se le sigue la ventura.)  
Perdóneme tu hermosura,  
Si atrevido y descortés  
Pongo en tu casa los piés;  
Que yo en esta contingencia  
No quise pedir licencia,  
Porque tú no me la des.  
Que estimando tu rigor,  
No quiso la suerte mia  
Que lo que era cortesía,  
Me pareciese favor.  
Bien sé que mi firme amor  
Con tus desprecios no alcanza  
Un átomo de esperanza;  
Pero yo viendo tu fuerte  
Rigor, tengo de quererte  
Por solo tomar venganza.  
Más la venganza me das  
Cuanto menos gusto esfuerzas,  
Pues cuanto mas me aborrezcas,  
Tengo de quererte mas.  
Si de esto quejosa estás,  
Porque con solo un querer  
Los dos vengamos á ser  
Entre el placer y el pesar  
Extremos, aprende á amar,  
O enseñame á aborrecer.  
Yo aprenderé tus rigores,  
Aprende tú mis firmezas,  
Enseñame tú asperezas,  
Yo te enseñaré favores:  
Tú desprecias, y yo amores,  
Tú olvido, yo firme fe;  
Aunque es mejor, porque dé  
Gloria al amor, pues es dios,  
Que le deis rigores vos,  
Pues yo por los dos querré.

DOÑA MARÍA.

El haberos escuchado,  
Señor Don Diego, no ha sido  
Por solo haberos oído,  
Sino por haber pensado  
Qué responderos, y he estado  
Dudosos, mirando esta  
Retórica tan molesta;  
Porque como no temia  
Tal libertad, no tenia  
Prevenida la respuesta.  
Decisme que en mis rigores  
Mayor gusto y gloria hallais;  
Y porque no lo tengais,  
Estoy por daros favores.  
Si los desprecios mayores  
Hoy son los mas lisonjeros,  
Dejaré de aborreceros;  
Pues solo por no agradaros,  
No os dejaré por dejaros.  
Y os querré por no quereros. (Vase.)

## ESCENA V.

DON DIEGO, BEATRIZ, MORON.

MORON.

¿Esto sufres? ¡Vive Cristo,  
Señor, que no lo sufriera,  
Si la diosa Venus fuera!

DON DIEGO.

En vano el dolor resisto.  
¿Has visto, Beatriz, has visto

La ciega resolución  
De una libre condición?

BEATRIZ.

Harto hago yo de mi parte;  
Mas es imposible amarte.

DON DIEGO.

¿Pues no sabré la ocasion?

BEATRIZ.

El haber nacido así  
Con tan natural desden,  
Activa y ingrata.

DON DIEGO.

¿A quién

Se le trata como á mi?  
Ya no bé de volver aquí  
En mi vida : esta verdad  
Prometo : mi voluntad  
Hoy acaba.

MORON.

Si codicias

Tu propio bien, dame albricias.

DON DIEGO.

¿De qué?

MORON.

De tu libertad.

En tu vida no has tenido  
Mejor pensamiento que este.

DON DIEGO.

Aunque la vida me cueste,  
Pondré mi amor en olvido.  
Tú, Beatriz, que al fin has sido  
A quien he debido mas,  
Toma esta cadena.

BEATRIZ.

Das

Las prisiones... (Ap. ¿En qué aprieto  
Se va poniendo el secreto!)  
Como ves que libre estás.

MORON.

Una república habia  
Que al médico no pagaba,  
Señor, hasta que sanaba  
El enfermo; y si moria,  
Tiempo y cuidado perdia.  
Y, esta ley tan bien fundada,  
A nuestro intento aplicada,  
Digo que de amor qué muere  
El alcahuete no espere  
Tener de derechos nada.  
¡La cadena la das!

DON DIEGO.

Si.

BEATRIZ.

Quitándote las prisiones,  
En el alma me las pones.  
Mas poco podré...

DON DIEGO.

¿Ay de mí!

Ya no es tiempo, porque aquí  
Se despide mi mudanza  
De una loca confianza.  
¡Adios, malogrado empleo,  
Necio amor, loco deseo,  
Que hoy moris con la esperanza! (Vase.)

## ESCENA VI.

MORON, BEATRIZ.

MORON.

Yo ¿qué tengo de decir?  
¿Despedirme tambien?

BEATRIZ.

Si ya no me quieres bien,  
Bien te puedes despedir.

MORON.

Yo tras mi amo he de ir :  
 Cuando él amare, amaré ;  
 Que un criado siempre fué  
 En la tabla del amor  
 Contrapeso del señor.  
 Adios.

BEATRIZ.

¡Bien pagas la fe  
 Que me debes!

MORON.

Si quisieras,  
 Beatriz, que asistiera á verte,  
 Tu hubieras hecho de suerte  
 Que este imposible vencieses.  
 Entónces tú me tuvieras  
 Aquí de noche y de día.

BEATRIZ.

No quiso la suerte mía,  
 Porque mi desdicha excede...

MORON.

Yo sé que una criada puede  
 A veces mas que una tia.  
 Yo sé que ni una razon  
 Dijiste.

BEATRIZ.

Yo sé que si.  
 Y aun tú lo vieras, si aquí  
 Te dijera la ocasion  
 Que estorba la pretension ;  
 Pero por ser fuerza, calló.

MORON.

Pues yo no quiero apurarlo ;  
 Que tú por decirlo mueres  
 Tan liberal, que aun no quieres  
 Que me cueste el preguntallo.  
 — Dime, ¿qué causa la obliga ?...

BEATRIZ.

Mi señor es el que viene.  
 Basta decir que la tiene,  
 Sin que la causa te diga.

MORON.

¿Luego en vano es que prosiga  
 Aqueste intento ?

BEATRIZ.

¡Jamás  
 De mi boca lo sabrás.

MORON.

Pues de ti lo he de saber.  
 ¿No sirves y eres mujer ?

BEATRIZ.

Sí.

MORON.

Pues tú me lo dirás. (Vanse.)

—

Calle.

## ESCENA VII.

DON JUAN y DON CARLOS, en traje  
 de noche.

DON JUAN.

Importa al fin para un honroso efeto  
 El quedarme en Madrid con tal secreto,  
 Que si á vos no os hallara,  
 Por no fiarme de otro no quedara.  
 La voz ha de correr que ya he partido,  
 Y en vuestra casa quedará escondido.

DON CARLOS.

¿Soy celos de Violante ?

DON JUAN.

No, por Dios ; más altivo y arrogante  
 Sube mi pensamiento :

De Violante, ni amor ni celos siento.  
 Basta decir, cuando de vos me fio,  
 Don Carlos, que le importa al honor mio  
 Esta resolucion.

DON CARLOS.

Yo os agradezco  
 La confianza, y desde aquí os ofrezco  
 Con pecho noble y alma agradecida  
 Mi casa, hacienda, espada, pecho y vida,  
 Sin saber qué os obliga ;  
 Que un amigo no quiero que me diga  
 Sino lo que él quisiere.

DON JUAN.

Ahora falta, porque no me espere,  
 Que entreis en casa de Violante bella,  
 Y le digais que yo me fui sin vella,  
 Porque viendo la priesa del partirme,  
 Alma no tuve para despedirme ;  
 Que yo la escribiré. Su casa es esta :  
 Entrad ; que por ir solo, he de dejaros.

DON CARLOS.

Dadme licencia para acompañaros.

DON JUAN.

Impórtame el ir solo.

DON CARLOS.

Pues no quiero

Porliaros.

DON JUAN.

Adios.

— (Vase.)

## ESCENA VIII.

DON CARLOS.

Jamás espero  
 Entender tan notables confusiones.  
 Todo es diversas imaginaciones  
 Si bien no es ménos la memoria mia,  
 Ocupándola amor de una porfia  
 Rigurosa y cruel. Bella Violante,  
 ¿Cuándo seré tu declarado amante ?  
 Cuando pensé que ya Don Juan me daba  
 La ocasion con su ausencia que esperaba  
 A declararme, mi fortuna escasa  
 Le tiene ausente dentro de mi casa.  
 Mas ella me dirá, si á hablarla llego,  
 Lo que tengo de hacer, que amor es  
 (Vase.) [ciego].

Sala en casa de Doña Violante.

## ESCENA IX.

DON CARLOS, DOÑA VIOLANTE,  
 QUITERIA.

DON CARLOS.

Ménos que con un recado  
 De Don Juan, no me atreviera  
 A haber llegado hasta aquí  
 Antes de pedir licencia

DOÑA VIOLANTE.

Vos la tenéis para entrar,  
 Señor Don Carlos, sin ella  
 En esta casa. Mas ¿dónde  
 Queda Don Juan ?

DON CARLOS.

¿Dónde queda?  
 Preguntad adónde va.

DOÑA VIOLANTE.

¡Ay de mí ! ¿Luego ya es cierta  
 Su partida ?

DON CARLOS.

Aquesta tarde  
 Me mandó que yo viniera  
 A despedirle de vos ;

Que fué tan grande la priesa  
 De partirse, que no tuvo  
 Lugar. Aunque no es aquesta  
 La mejor disculpa suya ;  
 Pues no veros á la ausencia,  
 Fué por no ver atrevido  
 La gloria de que se ausenta.  
 Que al despedirse de vos,  
 Cerrar los ojos es fuerza ;  
 Que no os viera si os dejara,  
 Ó no os dejara si os viera.

DOÑA VIOLANTE.

Es posible que tuviese  
 Tan mala correspondencia  
 Don Juan, que aun palabras solas  
 No quiso que le debiera ?  
 Si esto hiciera una mujer  
 Con un hombre, ¿qué dijera,  
 Sino que era fácil, vana,  
 Mudable, inconstante y necia ?  
 Pues ¿qué hemos de ser nosotras,  
 Si ellos mismos nos enseñan ?  
 Siempre la ocasion es suya,  
 Y siempre es la culpa nuestra.—  
 Perdonadme que hable así.

DON CARLOS.

Son tan justas vuestras quejas,  
 Que ellas propias os disculpan,  
 Cuando pensais que os condenan.  
 ¿Que haya hombre tan desecortés,  
 Ó tan necio, que se atreva  
 A hacer agravio á este amor,  
 Y desprecie á esta belleza ?  
 ¡Vive Dios, que si Don Juan  
 No fuera mi amigo, fuera  
 Donde está, solo á decirle,  
 Violante, de la manera  
 Que os habia de estimar !  
 Mas creed que en esta ausencia  
 Quedo yo para servirlos ;  
 Que en mi la amistad es deuda.  
 Y mirad qué me mandais.

DOÑA VIOLANTE.

Que os dejéis ver, porque tenga  
 Con quien hablar de Don Juan.

DON CARLOS.

Yo agradezco la licencia,  
 Y por servirlos, la acepto.  
 (Ap. Poderoso amor, ¿qué intentas ?  
 Don Juan ausente es mi amigo,  
 Violante presente es bella :  
 No sé que han de hacer de mí  
 La amistad y la belleza.) (Vase.)

## ESCENA X.

DOÑA VIOLANTE, QUITERIA.

DOÑA VIOLANTE.

Quitertia, ¿qué dices desto ?

QUITERIA.

Que me huelgo de que veas  
 De tu amor el desengaño,  
 Y del suyo la experiencia.  
 No tomaste mis consejos ;  
 Que á fe que agora tuvieras  
 Mas oro y ménos amor,  
 Mas joyas y ménos quejas.  
 ¿Qué va que estás tan perdida,  
 Que te vas de tierra en tierra  
 Como mujer desdichada ?

DOÑA VIOLANTE.

Aquí has de ver mi firmeza,  
 Que ha de hacer que yo le espere  
 Libre y suya hasta que vuelva,  
 Porque hallen crédito en mi  
 La lealtad y la nobleza.



## QUITERIA.

Templada estás á lo antiguo.  
Pues ¿qué juros y qué rentas  
Te deja el señor Don Juan  
Con que sustentarte puedas?

## VIOLANTE.

Pues ¿qué mas ha de dejarme,  
Si tanto tiempo me deja? (Vase.)

Calle.

## ESCENA XI.

DON JUAN y BEATRIZ, *que salen de casa de Leonardo.*

## BEATRIZ.

Vete, porque ya amanece,  
Y no hay nadie que te vea.

## DON JUAN.

¿Que tan veloz, Beatriz, sea  
El tiempo! No me parece  
Que há una hora que anocheó,  
Y presumo que envidioso  
De mi gloria el sol hermoso,  
Mas temprano descubrió  
Entre nubes de oro y grana  
Los reflejos en quien dora  
Sus lágrimas el aurora.

## BEATRIZ.

¿Requiebro á la mañana?

## DON JUAN.

Sus maravillas celebro.

## BEATRIZ.

Cuando tan rico te ves  
De ellos, no es mucho que des  
De barato algun requiebro.  
Vete presto.

## DON JUAN.

¿Ay suerte mia!  
¿Quién crerá en tanta ventura  
Que es la noche mas oscura  
Para mi el mas claro dia? (Vase.)

## ESCENA XII.

BEATRIZ, y luego DON DIEGO  
y MORON.

## BEATRIZ.

¿Ved lo que en el mundo pasa,  
Y qué es honor! Por no hablalle  
Con escándalo en la calle,  
Le entramos dentro de casa.  
Cuando niño estas honradas,  
Pienso que sus fantasías  
Vuelven las caballerías  
De las historias pasadas.  
Dama, que tus vanidades  
Te hicieron impertinente,  
Ama al uso de la gente,  
Deja singularidades.

(Salen Don Diego y Moron.)

## DON DIEGO. (Ap. los dos.)

¿Aqueso Beatriz te dijo?  
¿Que hay de olvidarme ocasion?  
De aquesta causa, Moron,  
Varios efectos colijo.  
¿No lo pudieras saber?

<sup>1</sup> En la Parte veinte y cinco de Comedias recopiladas de diferentes autores, impresa en Zaragoza, año de 1655, se halla otra redondilla en lugar de la que se ha preferido por mas clara. La redondilla es:

Notables discursos son  
Estos, que el honor previno!  
¿Que por quitarla á un vecino  
Le da al galán la ocasion!

T. VII.

## MORON.

Si su amo no viniera,  
Pienso que me lo dijera;  
Que Beatriz es muy mujer.  
Y nada me negará,  
Porque es ley en las mujeres  
Contárselo cuanto supieres.

## DON DIEGO.

A la puerta suya está.

## MORON.

¿Tan de mañana! Por Dios,  
Que á decirlo ha madrugado.

## DON DIEGO.

Llégate allá descuidado;  
Y pues no nos vió á los dos,  
Yo te esperaré en la esquina  
Desta calle.

## MORON.

Allí te esconde  
Mientras voy. (Retírase Don Juan.)

## BEATRIZ.

¿Galan! ¿adónde  
Tan de mañana camina?

## MORON.

A buscar el arrebol  
Que en esos ojos perdí;  
Pues por solo hallarte á tí,  
Me levanté con el sol.  
¿Qué hay de nuevo?

## BEATRIZ.

Todo es viejo  
Cuanto pasa por acá.

## MORON.

Y tu señora ¿está ya  
Tomando mejor consejo,  
O estase honrada y terrible?

## BEATRIZ.

Tú ¿viénesme á perseguir?  
¿Cómo tengo de decir  
Que el quererle es imposible?

## MORON.

Callando tú, en conclusion,  
Llego, Beatriz, á pensar  
Que yo no soy de liar,  
O ella no tiene ocasion;  
Porque si ocasion tuviera,  
¿Qué ocasion pudiera ser  
Imposible de saber?

## BEATRIZ.

Yo, Moron, te lo dijera,  
Si me juraras aquí  
Tenerme siempre secreto.

## MORON.

Y yo, Beatriz, lo prometo  
A fe de gallego. Di.

## BEATRIZ.

Ni á tu señor....

## MORON.

¿Cómo, qué?  
Pierde de aqueso el cuidado;  
Que á fe de gallego honrado,  
Que jamas se lo diré.

## BEATRIZ.

Pues has de saber ahora...

## MORON.

¿Con preámbulo también?

## BEATRIZ.

Que mi ama quiere bien,  
Y mejor diré que adora,  
A un caballero, á un Don Juan  
De Medrano, gentil hombre  
De cierto señor, un hombre

Tan pobre como galán.  
Aqueste agora ha fingido  
Que á Flandes va á ser soldado;  
Y es mentira, que ha quedado  
En una casa escondido  
De un Don Carlos de Toledo;  
Que todo me lo contó  
Esta noche, porque yo  
Ser su secretaria puedo.  
Este al fin de noche pasa,  
Y si en la ventana está  
Un paño blanco, que da  
La seña, se mete en casa.  
Bajo yo, y por una puerta,  
Que piensa que está clavada  
El viejo, le doy entrada,  
A tales horas abierta.  
Llega al jardín, donde tiene  
Una reja el aposento  
De mi señora, y contento  
Muchas noches la entretiene  
Con bachillerías; despues  
Vuelve á salir muy quedito;  
Y solo deste delito  
Somos cómplices los tres:  
De modo, que si tú das  
Noticia desto á cualquiera,  
Y se sabe luego...

## MORON.

Espera,  
Que no quiero saber mas.  
De algun músico civil  
Tu relacion me parece,  
Que le dan mil porque empiece,  
Y porque acabe cien mil.  
Mas la honrada, ¿vive Dios,  
Que ha caído!

## BEATRIZ.

Quiero entrar,  
No tenga que sospechar.  
Esto para entre los dos. (Vase.)

## ESCENA XIII.

DON DIEGO, retirado, MORON.

## MORON. (Para sí.)

¿Aqueste es el santo honor  
Que tan caro nos vendía?  
¿Cuántas con honor de dia,  
Y de noche con amor  
Habrá! Con puerta cerrada,  
Pañuelo, Beatriz, zagan,  
Jardín, ventana y Don Juan,  
La Chirinos fuera honrada.  
Mas ¿qué fuerte es un secreto!  
Mucho es no haber reventado  
Del tiempo que le he callado.  
Mi vida está en grande aprieto.  
Si no lo digo. Advertid:  
Estó que me han dicho agora,  
Mátenme si de aquí á un bora  
No se supiere en Madrid.  
Porque trompa de metal  
La voz de un criado es,  
Que hablando en el Lavapiés  
Le han de oír en Foncarral.  
(Vuelve Don Diego.)

## DON DIEGO.

A que se fuese esperaba,  
A tus acciones atento,  
Por solo hacer á los ojos  
Adivinos del suceso.  
¿Qué tienes? ¿qué ha sucedido?  
¿Qué te dijo? ¿qué hay de nuevo?

## MORON.

(Ap. Beatriz, ya pruebo á callar;  
Mas vive Dios, que no puedo.)  
Señor, gran mal hay.

DON DIEGO.

Pues ¿cómo?  
¿Qué ha sucedido? ¿qué es esto?

MORON.

No te lo puedo decir,  
Y por decirlo reviento;  
Que aunque el secreto sea santo,  
Yo no guardo á San Secreto.  
Aquí para entre los dos,  
Aquel pobre caballero,  
Don Juan de Medrano, aquel  
Que apenas te daba celos,  
Aquel que dijo que á Flándes  
Iba, se quedó encubierto  
En la corte, y en la casa  
De Don Carlos de Toledo  
Es llamado y escogido.  
No puedo decir que un licenzo,  
Puesto en la reja de noche,  
Es señal que está diciendo  
Que entre en el portal, adonde  
Le espera Beatriz; y luego,  
Por una pequeña puerta  
De un patio, que sale á un huerto,  
Entra hasta una reja baja;  
Que allí cae el aposento  
De Doña María de Ayala;  
Que parlan hasta el lucero.  
Debe de haber mas de un año...

DON DIEGO.

No digas mas, calla ¡Cielos!  
¿Alguno crerá que son  
Tales las penas que siento,  
Que la menor viene á ser  
En mí desdicha los celos?  
No siento que á Don Juan quiera,  
Ni le hable; solo siento  
Que hiciese Doña María  
De mí tan loco desprecio.  
Si curdamente culpára  
Mi atrevido pensamiento,  
Y con cortés hizarria  
Castigara mis deseos,  
Yo callara, yo suhiera;  
Pero ¡con tantos extremos  
De honrosas estimaciones,  
De arrogantes devaneos,  
De soberbias fantasías!  
Ni sufrir ni callar puedo.

MORON.

Pues, señor, ya que yo he sido,  
Del desengaño instrumento,  
No publiques de esa suerte  
De aqueste amor el efecto,  
Que no ha de vengar la lengua  
Sus agravios.

DON DIEGO.

Solo siento  
Estar tal, que tú le des  
A mi término preceptos.  
Claro está que he de callar;  
Mas no puede el sentimiento  
Tal vez dejar de mostrarse.

MORON.

Y qué piensas hacer?

DON DIEGO.

Pienso,

Sin darme por entendido,  
Volver á mi amor primero,  
Y llegar á hablarla ahora  
Con mayor atrevimiento;  
Que á mujer de quien se sabe  
Alguna flaqueza, es cierto  
Que llega á hablarla el galán  
Sin aquel cortés respeto  
Que ántes tuvo; porque piensa,  
Teniendo su honor en ménos,

Que el favor que al otro hizo,  
Se le debe de derecho.

MORON.

Don Antonio es este.

DON DIEGO.

Mira  
Si sale á misa, que quiero  
Irla siguiendo á la iglesia.

(Vase Moron.)

## ESCENA XIV.

DON ANTONIO.—DON DIEGO.

DON ANTONIO.

Besós las manos, Don Diego.

DON DIEGO.

Yo las vuestras.

DON ANTONIO.

¿Qué teneis,  
Que estáis tan triste y suspensio?

DON DIEGO.

No sé qué tengo.

DON ANTONIO.

Mal hice  
En preguntároslo, viendo  
Esta calle y estas rejas.  
¿Hay algo, amigo, de nuevo?  
Decídmelo.

DON DIEGO.

¿Qué ha de haber?  
Penas mías, que por serlo,  
Ya no es nuevo, aunque lo sea  
La causa.

DON ANTONIO.

¿Qué fué?

DON DIEGO.

No puedo

Decirlo.

DON ANTONIO.

Pues ¡á mí!...

DON DIEGO.

A vos

Lo dijera, si el secreto  
No viniera encomendado.

DON ANTONIO.

Muy seguro está en mi pecho,  
Y él no decírmelo ya  
Será ofensa, y ¡vive el cielo!  
De no hablaros en mi vida.

DON DIEGO.

Pues, Don Antonio, es aquesto,  
Aquí para entre los dos...

DON ANTONIO.

Decid, que yo os lo prometo.

DON DIEGO.

Que aquel Don Juan de Medrano  
No fué á Flándes, como dieron  
Muestras plumas y colores,  
Pues se ha quedado encubierto  
En casa de vuestro amigo  
Don Carlos. La causa desto  
Ha sido, porque de noche,  
Dos años ha, ó poco ménos,  
Entra embozado en la casa  
De Doña María. No puedo  
Pasar de aquí.

DON ANTONIO.

Yo sabré

Si aquesto es verdad muy presto;

Que Don Carlos viene allí  
Y él me lo dirá.

DON DIEGO.

Yo espero  
A esta parte retirado. (Retrase.)

## ESCENA XV.

DON CARLOS.—DON ANTONIO.

DON ANTONIO.

Don Carlos, buscándos vengo  
Para un negocio que importa.

DON CARLOS.

¿Qué mandáis?

DON ANTONIO.

Saher si es cierto  
(Y esto para entre los dos,  
Porque me importa el saberlo)  
Que está Don Juan de Medrano  
En vuestra casa encubierto,  
Y que va para tres años  
Que con muy grande secreto  
Entra á hablar todas las noches  
En el nocturno silencio  
Con Doña María de Ayala.

DON CARLOS.

(Ap. ¡Miren por dónde yo llego  
A saber quién estorbó  
Su partida!) Aunque no tengo  
Licencia para decirlo,  
Con vos no se entiende eso;  
Y aquí para entre los dos,  
Cuanto habeis pensado es cierto,  
Que no se fué, que quedó  
En mi casa, y que encubierto  
Entra de noche en su casa  
Habrá cuatro años y medio.

DON ANTONIO.

Quedad con Dios.

DON CARLOS.

El os guarde. (Vase.)

## ESCENA XVI.

DON DIEGO, y luego MORON.—DON ANTONIO.

DON ANTONIO.

Verdad ha sido, Don Diego,  
Cuanto pensais. Ya él sabía  
Tambien su amor.

(Sale Moron.)

MORON.

Esto es hecho:

Ya va á misa.

DON DIEGO.

Idos con Dios;  
Que hablarla en la calle quiero.  
Por solo ver en qué para  
Su favor y mi desprecio.

MORON.

¿En eso te determinas?

DON DIEGO.

Sí: ven conmigo.

MORON.

Yo pienso  
Que ha de nacer deste amor,  
Señor, un notable cuento.



## JORNADA SEGUNDA.

## ESCENA PRIMERA.

DOÑA MARIA y BEATRIZ, *con mantos*;  
DON DIEGO, MORON, OTÁÑEZ.

DON DIEGO.

Pues no puedo por amante,  
Mereceré por criado  
Aqueste lugar.

DOÑA MARIA.

¡Qué enfado!  
No he de pasar adelante,  
Si no os volvéis.

DON DIEGO.

Cuando hiere  
La llama el viento, se hace  
En ave que della nace,  
Un fénix que en ella muere;  
Y sin que su riesgo tema,  
Mariposa iluminada,  
De aquel luego euamorada,  
Cercos hace, hasta que quema  
Las alas de tornasol:  
Así anda mi amor ciego,  
Como sombra deste fugo,  
Haciendo cercos al sol;  
Que hasta abrasarme porfia  
Esta pena; este rigor.

DOÑA MARIA.

Mirad que es necio el amor  
Que para en descortesía.  
¿Cuándo de aquesta amorosa  
Luzca que estoy mirando,  
Dejareis el tema?

DON DIEGO.

Cuando  
Dejeis vos de ser hermosa.

DOÑA MARIA.

No está en mi el haber nacido  
De esta suerte, si es así  
Que os lo parezco....

DON DIEGO.

Ni en mi  
Dejar de ser atrevido.

DOÑA MARIA.

Mas pudicrá en tal locura  
Quitáros, con escarmiento,  
Mi honor el atrevimiento  
Que os ha dado mi hermosura.

MORON. (Ap.)

Este honor me ha de matar.  
¿Mas qué cosa tan causada  
Es una mujer honrada!

DOÑA MARIA.

Aquí os habeis de quedar;  
Pues cuando el sol mismo fuera  
El que seguirme intentara,  
Solo en pensarlo, eclipsara  
Su luz, y no se atreviera  
A mirarme sin desden....

MORON. (Ap.)

El sol no; pero la luna  
Sí, entre las doce y la una.

DOÑA MARIA.

Cuanto mas un hombre, á quien  
De ningún modo estimara,  
Aunque mas altivo fuera,  
No para que me sirviera,  
Mas para que descalzara  
Aun un chapín de mis piés.

DON DIEGO. (Ap.)

Mucho mi paciencia temo,  
Oyendo tan loco extremo.

DOÑA MARIA.

No me hagais ser descortés;  
Que será mas que desprecio  
El castigo.—Beatriz, vamos.

DON DIEGO.

Poco importa que seamos  
Vos descortés y yo necio.  
Escuchad, si no quereis...

DOÑA MARIA.

Ya pasa de necesidad,  
Y llega á ser libertad.

DON DIEGO.

Va quiero que me escuchéis;  
Que siendo pleito de amor,  
Es fuerza darne un oído  
A mí, pues habeis oído  
De espacio al competidor;  
Que si en la justicia mia  
Bien enterada no estáis,  
Será hieu que nos oigais,  
A él de noche, á mí de día.  
No quiero yo que á este fin  
Haya llenos por señal,  
Beatriz que baje al portal,  
Reja que caiga al jardín,  
Puerta al parecer cerrada,  
Galan que está ausente y viene..

MORON. (Ap.)

¡Qué linda memoria tiene!  
No se le ha olvidado nada.

DON DIEGO.

Pero quiero, pues se humana  
El honor que encareceis  
Tan alto, que desprecieis  
Mas honrada y ménos vana.  
No me ofendieron, por Dios,  
Los desprecios de honor llenos;  
Mas no le echara yo ménos,  
A no encarecerle vos.  
No es honra la vaudad;  
Que no está en encarecerla  
La virtud, sino en tenerla.  
Y en lo que he dicho, culpád  
Vuestra lengua, la mía no,  
Si lo dicho se os acuerda;  
Pues si vos fuerais mas cuerda,  
No fuera tan necio yo.  
De vuestros desprecios fué  
La culpa, no de mis celos.

DOÑA MARIA. (Ap.)

¿Qué es esto que escucho? ¡cielos!

MORON. (Ap. á Don Diego.)

Señor, ¿qué has hecho?

DON DIEGO.

No sé.

BEATRIZ. (Ap.)

¡Ay de mí! ¿qué es lo que he oído?

DOÑA MARIA.

(Ap. ¿Ya qué tengo que esperar,  
Si esto he llegado á escuchar?)  
Tú, Beatriz, tú me has vendido.

BEATRIZ.

¿Yo, señora? No hice tal.  
(Ap. ¿Qué bien aquesto temia!)

DOÑA MARIA.

¡Mal haya, amen, quien se fia  
De criadas!

OTÁÑEZ. (Ap.)

¡Pesia tal!

Esto va como ha de ir.

MORON. (Ap. á Don Diego.)

¿Qué la has dicho?

DON DIEGO.

Despreciado.

Celoso y desesperado,  
Ya no la pude sufrir.

MORON.

La pobre Beatriz lo paga.

DOÑA MARIA. (Ap. á Beatriz.)

Si solo tú lo has sabido,  
¿Quién decirselo ha podido?

MORON. (Ap.)

No sé, por Dios, cómo haga  
Para disculparla aquí.

DON DIEGO.

Sácame, por Dios, Moron,  
De tan grande confusion,  
Con alguna industria.

MORON. (Ap.)

¿A mí  
Me falta hoy una mentira,  
No sobrandome otra cosa  
Todo el año?

BEATRIZ. (A Doña Marta.)

Rigurosa

Estás.

DOÑA MARIA.

¡Por tí, infame!

BEATRIZ.

Mira  
Que te mintió quien te ha dicho  
Que yo se lo fui á contar,  
Y he de morir y negar.

MORON. (Ap. á su amo.)

No es muy seguro capricho,  
Mas por Dios, que por ahora...

DON DIEGO. (Ap. á Moron.)

Yo te ayudaré á mentir.

MORON. (Alzando la voz.)

Yo lo tengo de decir,  
Aunque me mates.—Señora,  
No tiene Beatriz la culpa  
Desta celosa licencia;  
Porque, en Dios y en mi conciencia,  
Su ignorancia la disculpa.  
Y si á hablar verdades llego...  
—No hay que hacerme señas, no:  
Todo he de decirlo yo,  
Aunque me despidas luego.—  
Sabe pues que mi señor,  
Este que presente ves,  
Un grande astrólogo es...  
Puedo decir el mejor  
Que se conoce en España.

DON DIEGO.

(Ap. El dirá mil disparates.)

¡Ah Moron!

MORON.

Aunque me mates.—  
Desta ciencia tan extraña  
Tuvo en Italia maestro  
El tiempo que en ella estuvo,  
Que en jugar de manos no huho  
Ótro mas sutil y diestro.  
¡Pues qué andar por la maroma,  
Aunque estuvieses mas alta!  
No le hizo el camino falta.  
Dicen que en una redoma  
Tenia un familiar amigo  
Que todo se lo contaba...  
—Porque con el diablo hablaba  
Como budiera conmigo.

DON DIEGO.

Mira, Moron, lo que dices.

MORON.

Siempre la verdad enfada;  
Mas no ha de quedar culpada  
La Beatriz de las Beatrices.  
Aqueste, en fin, le enseñó  
De los planetas y signos...

DON DIEGO.

El dirá mil desatinos.

MORON.

Y á mí anoche me mostró  
Un hombre, y me dijo: «Ahora  
Va á hablar con Doña María  
Este; que la astrología  
Lo mas oculto no ignora».   
Luego en el espejo vi  
Un jardín adonde estaba,  
Y allí una mujer hablaba  
Con él, aunque no la oí  
Lo que dijo. Esto es verdad.

DON DIEGO.

Pues que ya me ha descubierto  
Aqueste loco, lo cierto  
De aquesta ciencia escuehad.  
En la corte de Filipo,  
Villa insigne de Madrid,  
Gran metrópoli de España,  
De nobles padres naci,  
A quien dió naturaleza  
Tan liberal y feliz.  
La hacienda como la sangre,  
Indignas de hallarse en mí.  
Crecí inclinado á las armas  
Y letras, sin preferir  
Nunca el valor al ingenio;  
Que uno activo, otro sutil,  
Con la espada y con la pluma  
Competieron entre sí,  
Midiéndose siempre iguales  
Al vencer y al escribir.  
Apénas pues sobre el labio  
Tuve el primero perfil,  
Cuando en el armada, vuelta  
Al Mediterráneo di.  
Si hice algo, lo que hice  
Podrá la fama decir;  
Porque en la mas noble lengua  
La propia alabanza es vil.  
Llegué á Nápoles, adonde  
Por mi dicha conocí  
A Porta<sup>1</sup>, de quien la fama  
Contaba alabanzas mil;  
Ese, á quien no reservó  
Dudoso suceso el fin,  
Porque su ciencia tenía  
Presente lo porvenir;  
A quien planetas y signos  
En sus astrolabios vi  
Tan obedientes, que nunca  
Le pudieron encubrir  
El mas inconstante efecto...  
¿Qué mucho si desde allí  
Contaba cuantas estrellas  
Tiene el celestial zafir?  
De aquesto tomó ocasion  
El vulgo para decir  
Que tenía familiar  
Secreto; mas no es así;  
Que el vulgo ninguna accion  
Admira sin añadir;  
Que la verdad mas desnuda  
Viste de ajeno matiz.

<sup>1</sup> Juan Bautista Porta, célebre físico napolitano, que murió en 1615. Compuso varias obras científicas en latín y otras dramáticas en italiano, una de ellas titulada *El Astrólogo*.

Aquí le conocí (¡nunca  
Le conociera!) y aquí,  
O fué fuerza de algun astro,  
Para mi suerte infeliz,  
O fué mi desdicha sola,  
Tan inclinado me vi  
A su estudio, como él  
A mi inclinacion; y así  
Fuimos los dos tan amigos,  
Que no acertaba á vivir  
Uno sin otro. Duró  
Dos años, que estuve allí,  
Aquesta amistad, y en ellos,  
Con estudiar y asistir,  
Llegué, no sé si á saber  
(Estoy por decir que sí)  
La astrología tan bien,  
Que pudiera competir  
Con él mismo, á quien mil veces  
Envidia y espanto di.  
En este tiempo, envidiosos  
Que quisieron deslucir  
Su opinion, le denunciaron,  
Diciendo dél y de mí  
Esto de los familiares;  
Y aunque salimos al fin  
Libres de aquella afliccion,  
No lo pudimos salir  
De la sospecha comun;  
Pues por quitar desde allí  
El escándalo, mandaron  
No pudiésemos decir  
Nada que nos preguntasen.  
Yo, que entonces advertí  
El poco fruto y la mucha  
Sospecha que conseguir  
Puede, por no verme en otra  
Ocasión, siempre encubri  
Lo que sabía. Por esto  
Nunca has oído decir  
Que era astrólogo hasta ahora,  
Que despreciado de ti  
Como pudo el mas humilde  
Hombre, el mas bajo, el mas vil,  
De tus desprecios la causa  
Y de mi desdicha el fin,  
Por no preguntarla á otro,  
La quise saber de mí.  
Y anoche con ese loco,  
Que se atrevió á descubrir  
Tan gran secreto (¡mal haya  
Quien se fia de hombre ruin!),  
Hallé el paño, hallé la reja,  
Hallé la puerta, el jardín,  
Y hallé... Pero ya no puedo,  
No puedo pasar de aquí.  
Si llegué á hablarte celoso,  
¿Cómo pude resistir  
Tus desprecios y mis celos?  
Perdona, si me atreví  
A tu honor y á tu respeto;  
Que mal se pueden sufrir  
Desdenes de enamorada.  
Y pues que fio de ti  
Este secreto, aunque seas  
Mujer, sabe desmentir  
La opinion que las acusa  
De fáciles; pues aquí,  
Por verme ya descubierto  
Y disculpada á Beatriz...  
Ha sido fuerza contarte  
Cómo lo supe y lo vi.

MORON.

Esta es la verdad.

BEATRIZ.

Señora,  
¿Jamás oiste decir  
Que era astrólogo Don Diego,  
Otras veces? Pues yo sí.  
DOÑA MARÍA.  
¿Ay Beatriz! ¿qué puedo hacer?

BEATRIZ.

Quéjate ahora de mí,  
Y dí que yo te he vendido.

OTÁÑEZ. (Ap.)

¡No he visto, por San Crispín,  
Hombre mas sabio en mi vida!

DON DIEGO. (Ap. á Moron)

¿Qué te parece?

MORON. (Ap. á su amo.)

Que así  
Lo has fingido, que yo mismo  
Casi casi lo creí.

DOÑA MARÍA.

Señor Don Diego, no quiero  
Tener de vos que temer,  
Si el respeto considero  
Que á una principal mujer  
Debe un noble caballero.  
Y quien tan bien conoció  
La fuerza de las estrellas,  
Bien verá en sus luces bellas  
Que no pude torcer yo  
Lo que dispusieron ellas.  
Solo un consuelo me dais,  
Que es ser tan noble y discreto,  
Pues con esto asegurarais  
Mi honor y vuestro secreto:  
Y mirad qué me mandais.

DON DIEGO.

Quién no pudo suplicar,  
¿Cómo ha de poder mandar?  
El cielo os guarde.

DOÑA MARÍA.

Y á vos

Dé vida.

MORON.

¿Cuerpo de Dios!  
Aqueste es modo de hablar.

BEATRIZ.

Si él no te dijera aquí  
La verdad tan claramente...

DOÑA MARÍA.

Nunca de ti lo creí.

BEATRIZ.

Estaba al fin inocente:  
Volvió la verdad por mí.

## ESCENA II.

LEONARDO. — DOÑA MARÍA, DON DIEGO, MORON, BEATRIZ, OTÁÑEZ.

LEONARDO. (Ap.)

Hablando en la calle está  
Con un hombre. ¿Quién será  
Que en la calle la detiene?

DOÑA MARÍA.

Mi padre, Don Diego, viene.

DON DIEGO.

¿Iréme?

DOÑA MARÍA.

No importa ya,  
Pues nos ha visto.

LEONARDO.

(Ap. Yo llevo  
Dudoso.) ¿Qué haces aquí?  
(A Doña María.)

DOÑA MARÍA.

Nunca la verdad te niego;  
Y aunque te rias de mí,  
Habla al señor Don Diego,  
Que un recado me traía  
De mi prima, porque estando



En su casa el otro día  
De varias cosas tratando,  
Me dijo que conocía  
Un grande astrólogo, á quien  
Preguntó su nacimiento;  
Y aunque creerlos no es bien,  
Quise de mi casamiento  
Ver el efecto tambien.  
En este punto decia  
Como mi prima le envía  
A verme.

DON DIEGO.

Esta es la verdad.

BEATRIZ. (Ap.)

¿Quién vió tal facilidad  
De mentir?

MORON. (Ap.)

Mi astrología  
Pendanga es, si bien se mira,  
En tan intrincado juego,  
A donde á mentir se tira;  
Pues con ella se hace luego  
La quíñola, ó la mentira.

LEONARDO.

¿Y de qué estás tan llorosa?

DON DIEGO.

Yo no sé qué la decia  
Agora de cierta cosa  
Que vi por la astrología,  
Que aunque es ciencia muy dudosa,  
Ha hecho algun sentimiento.

LEONARDO.

¿Pues qué pudistes saber  
En un instante, un momento?

DON DIEGO.

Dijela que habia de ser  
Muy pobre su casamiento;  
Y su merced lo ha creído  
Tanto, que en llanto infelice  
Solamente ha respondido.

LEONARDO.

Lo que un astrólogo dice,  
¿Lo das ya por sucedido?  
¿Es causa para que así  
Hayau los ojos llegado  
A tales extremos? di.

DOÑA MARÍA.

Dióme el pensarlo cuidado...

LEONARDO. (Ap.)

Tambien me lo ha dado á mi.

DOÑA MARÍA.

Que el señor Don Diego es  
El astrólogo mejor  
Que se conoce.

DON DIEGO.

Tus piés

Beso por tanto favor;  
Que no es justo que me des  
Tal nombre.

LEONARDO.

Muchos ha habido  
Que en estudio tan dudoso  
Aquese nombre han tenido;  
Mas es tan dificultoso,  
Que pocos le han merecido:  
Pocos al fin han llegado  
De estudios tan peligrosos.  
Vos tenedme por criado;  
Que á los hombres ingeniosos  
Les soy muy aficionado.  
Tambien yo en mi mocedad,  
Si he de deciros verdad,  
Alguna cosa estudié,  
Y con deseos peque

En esta curiosidad.  
Don Ginés de Rocamora  
Me enseñó, tiempos atras.

MORON.

Por Dios, que el viejo no ignora.

(Ap. á Don Diego.)

Y no te faltaba mas  
Que te examinase ahora.

DON DIEGO. (Ap.)

Si él me pregunta, atropella  
Mi intencion, porque no sé  
Nombre de signo ni estrella,  
Y mil locuras diré.

LEONARDO.

Esta es mi casa, y en ella  
Os suplico me veais.

DON DIEGO.

Mirad vos qué me mandais;  
Que yo os he de obedecer.

LEONARDO.

Suplicós, que os dejeis ver;  
Que quiero que me digais  
Algo de la suerte mia,  
Y que tratemos los dos  
Un poco de astrología.

DON DIEGO.

Yo vendré á veros.

LEONARDO. (Yéndose.)

¡Ay Dios!

¡Pobre has de casar, María!  
(Vanse Leonardo, Doña Marta y Bea-  
triz.)

### ESCENA III.

DON DIEGO, MORON.

DON DIEGO.

¿Fuéronse? Dame tus brazos,  
Pues de tanta confusion  
Hoy me has librado, Moron.  
Por ti vivo.

MORON.

Los abrazos

Estimo; pero quisiera,  
Agradeciendo el favor,  
Que me donaras, señor,  
Algo que abrazo no fuera.

DON DIEGO.

Toma este diamante, tal  
Que hace de la luz desden,  
Por que fingiste tan bien.

MORON.

No lo ayudaste tú mal;  
Que de suerte lo pintaste  
Todo, que si no estuviera  
Advertido, lo creyera.  
¿Adónde á Porta te hallaste,  
Y con tanta brevedad,  
Que aun imaginarlo admira?

DON DIEGO.

Moron, la buena mentira  
Está en parecer verdad.

MORON.

¡Y luego haber encontrado  
A quien tan presto la crea!

DON DIEGO.

No hay cosa como que sea  
Tambien el viejo engañado.  
Por astrólogo me tiene.

MORON.

¡Sí; mas si el viejo supiera  
Algo, ¡buena burla fuera!  
Aquí Don Antonio viene.

### ESCENA IV.

DON ANTONIO.-DON DIEGO, MORON.

DON DIEGO.

Antes que me preguntéis  
Qué ha habido, lo he de contar;  
Que sé que os habeis de holgar  
De la burla que sabreis.  
Hablando á Doña María  
Soberbia me respondió  
Como siempre; pero yo  
Con la celosa porfia  
Que hizo en mi tan bajo efeto,  
No pudiéndola sufrir,  
Me determiné á decir  
De su amor todo el secreto.  
Y porque ella no supiese  
Quién me lo ha contado á mí,  
Le dije á Moron que allí  
Una mentira fingiese.  
El dijo que yo sabia,  
Siendo en esto sin segundo,  
Cuanto pasaba en el mundo;  
Y que por la astrología  
Pude llegar á saber  
El secreto que la admira.  
Mala ó buena la mentira,  
Ella la llegó á creer,  
Porque yo le di color  
Tambien á su fingimiento.

DON ANTONIO.

¡Por Dios, extremado cuento!

DON DIEGO.

Falta agora lo mejor.  
Llegó luego el padre, á quien,  
Por disculparse, contó  
Como era astrólogo yo.

DON ANTONIO.

¿Creyólo el viejo?

DON DIEGO.

Tambien.

Él queda mas engañado,  
Pues me dijo que le viera  
Muy despacio, porque era  
A hombres de ingenio inclinado.  
Lo que falta agora es  
Que en toda conversacion  
Se dilate esta opinion;  
Porque si acaso despues  
De alguna persona sabe  
Que he merecido alcanzar  
Este nombre, será echar  
A la mentira otra llave.  
Publicadlo vos, y así,  
Sin temer el desengaño,  
Tendrá mas fuerza el engaño.

DON ANTONIO.

Eso dejádmelo á mi  
Y á Moron; que vive Dios,  
Que para hacerlo erer  
Al mundo, no es menester  
Mas que contarlos los dos.

MORON.

¡Sí; que en barrios divididos,  
Como los demandaderos,  
Seremos dos pregoneros;  
Y yo iré dando alaridos,  
Como un médico que iba  
Diciendo por el lugar:  
«¿Hay enfermos que curar?»  
Así pucs, con voz altiva  
Diré: «¿No hay algo perdido?  
Que para hacer parecer  
Cuanto se puede perder,  
Un astrólogo ha venido.»

DON DIEGO.

Pero luego ¿qué he de hacer

Si todos esos se juntan  
Y mil cosas me preguntan?

MORON.

Lo que todos, responder  
Una vez sí y otra no,  
Sea de gusto ó de pena:  
Dios se la depare hueua.  
Pues ¿qué astrólogo acertó  
Cosa ninguna?

DON DIEGO.

Advertid

Que os espero.

DON ANTONIO.

Yo seré

Vuestra fama.

MORON.

Y yo daré

Papilla á medio Madrid.  
Pregonaré, si pregonas,  
Tú en salas, yo en los zaguanes,  
Yo á lacayos, tú á gañanes,  
Tú á damas, y yo á fregonas.

(Vanse Don Diego y Moron.)

### ESCENA V.

DON CARLOS, con un pliego de cartas.—DON ANTONIO.

DON CARLOS. (Para sí.)

¿Habrá en el mundo nacido  
Quien quiera como yo quiero,  
Que soy galán y tercero,  
Ni amado ni aborrecido?  
Entre Don Juan y Violante,  
Si varios discursos sigo,  
Por ser amante y amigo,  
Ni soy amigo ni amante.  
Estas cartas que él escribe  
Desde casa, he de fingir  
Que acabo de recibir  
De Zaragoza. Si él vive  
En su memoria veré,  
Si al leerlas, en despojos  
El alma sale á los ojos;  
Y mas cuerdo callaré  
Mi amor. Pero sí al tomar  
Las cartas, se tarda en vellas,  
Miraré su olvido en ellas,  
Y me podré declarar.  
Ayude amor mi osadía,  
Pues determinado estoy.

DON ANTONIO.

(Ap. ¿No es Don Carlos? Sí; aquí don  
Principio á la industria mia.)  
¡Jesus! ¡Jesus! No creyera  
Que un hombre pudiera haber  
Que tal llegara á saber.

DON CARLOS.

Tente, Don Antonio, espera.  
¿Qué tienes?

DON ANTONIO.

No sé, por Dios.

Vengo confuso, elevado  
Y absorto.

DON CARLOS.

¿Qué te ha pasado?

DON ANTONIO.

¿Estamos solos los dos?

DON CARLOS.

Sí

DON ANTONIO.

Pues habrás de saber  
Que en Don Diego, aquel amigo,  
El que suele andar conmigo,  
Acabo ahora de ver  
El prodigio mas extraño

Que se puede (no hay que hablar)  
En el mundo imaginar.

DON CARLOS.

Ya deseo el desengaño.

DON ANTONIO.

Este hombre, que aquí ves  
Tan humilde, tan modesto,  
Tan reportado y compuesto,  
El hombre mas docto es  
Que tiene la astrología.  
En este punto lo vi...  
Aunque él tiene para mí  
Gran ramo de hechicería.—  
Conmigo se declaró  
Esta tarde, y me ha contado  
Cosas que á mí me han pasado,  
Que Dios (esto es cierto) y yo  
Sabíamos solamente.  
No sé cómo pudo ser  
Que él lo llegase á saber.  
En dos rasgos de repente  
Hizo la figura allí,  
Teniéndome á mi delante...  
¿Cómo? en ménos de un instante.

DON CARLOS.

¿Don Diego de Luna?

DON ANTONIO.

Sí.

DON CARLOS.

En mi vida no le he hablado  
Sino es una vez ó dos,  
Y en esas solas, por Dios,  
No sé bien qué aire me ha dado;  
Que aunque no de astrología  
(Que eso era mucho saber),  
En él he echado de ver  
Que era hombre que sabía.—  
Pero ¿que es tan eminente?

DON ANTONIO.

Un día te he de llevar,  
Que dice me ha de enseñar  
Una mujer que está ausente  
Y esto es lo ménos que él hace;  
Porque, si verdad te trato,  
He visto hablar un retrato;  
Que de aquesto, Carlos, nace  
Tanta confusion.

DON CARLOS.

¿Qué escucho!

¿Aqueso es cierto?

DON ANTONIO.

Y tan cierto,

Que fuera lo mismo un muerto.

DON CARLOS.

Holgaréme en verle mucho.

DON ANTONIO.

Tú le hablarás, y verás  
Que es verdad lo que te digo.

DON CARLOS.

Don Antonio, hazme su amigo.

DON ANTONIO.

Sí, y en él conocerás  
Un muy cortés caballero.  
Pero callar te conviene,  
Por el peligro que tiene  
Aquesto de lo hechicero.

DON CARLOS.

De todo quedo advertido,  
Porque en mas su amistad precio.

DON ANTONIO.

Pues adios. (Ap. Este es el necio  
Primero que me ha creído.) (Vase.)

DON CARLOS.

¿Qué cosas Madrid encierra!  
¿Que los mismos que tratamos  
Aquí, no los conocamos!  
¿Cuánto la ignorancia yerra!  
Quien le viere tan compuesto  
A él con su capa y espada,  
Dirá que no sabe nada,  
Y es un rayo, despues desto. (Vase.)

Sala en casa de Doña Violante.

### ESCENA VI.

DOÑA VIOLANTE, QUITERIA,  
y despues DON CARLOS.

QUITERIA.

Digo que Don Carlos es,  
Señora, el que en casa entró.  
(Sale Don Carlos.)

DON CARLOS.

Dame tus manos, si yo  
Merezco que me las des  
Por porte desta, que agora  
Para ti la he recibido.  
En un pliego que he tenido.

DOÑA VIOLANTE.

¿Es de Don Juan?

DON CARLOS.

Sí, señora.

DOÑA VIOLANTE.

¿De dónde escribe Don Juan?

DON CARLOS.

De Zaragoza.

DOÑA VIOLANTE. (Ap.)

¡Ay de mí!

DON CARLOS.

No sé qué esperará allí;  
Mas las cartas lo dirán

(Le da un pliego.)

Mejor. (Ap. No se holgó al tomar  
El pliego, ni con deseo  
Rompió la nema; ya creo  
Que me puedo declarar.)

DOÑA VIOLANTE.

(Lee.) No me despedí, bien mio,  
De tus ojos, porque al vellos,  
El alma que vive en ellos  
No usase de mi albedrío;  
Que viendo que era tan fuerte  
La ocasion, por resistirme  
No quise verte al partirme,  
Por enseñarme á no verte.  
(Ap. Ni yo quisiera acordarme  
De tí.)

DON CARLOS.

(Ap. Lágrimas ofrece  
Al papel; ya me parece  
Que me voy sin declararme.)

DOÑA VIOLANTE.

(Lee.) Que te lloré ausente es bien,  
Y presente no te goce;  
Porque nunca se conoce,  
Hasta que se pierde, el bien.  
(Ap. No leo mas, porque pasar  
No puedo de aquí.) (Rompe el papel.)

DON CARLOS.

(Ap. Leyendo

Rasgó el papel; ya voy viendo  
Que me puedo declarar.)  
Si acanhando de leer  
Tantas perlas derramais,  
Dichosamente mostrais  
Que hav lágrimas de blacer.



Suspende el llanto agora,  
No deis sobresalto al día;  
Que sin que el alba se ría,  
No es bien que llore el aurora.  
¿Qué causa turbó la gloria,  
Que en tan luminoso empleo  
Partida en dos soles veo?

DOÑA VIOLANTE.

Una pasada memoria  
Pudo, Carlos, obligarme

DON CARLOS.

¿La memoria te entristece?  
(Ap. Segunda vez me parece  
Que me voy sin declararme.)  
Pues muy justo ha sido el llanto  
De que están tus ojos llenos,  
Porque quien sintiera menos,  
No pudiera querer tanto.  
Pero como el necio he sido,  
Que pensando lisonjear,  
Suele decir un pesar,  
Y yo un pesar he traido,  
Y pensé que te traía  
Una lisonja.—¿Tan vivo  
Está tu amor?

DOÑA VIOLANTE.

No recibo,  
Carlos, mayor alegría,  
Que cuando su ausencia siento.  
Por ver á Don Juan, no hubiera  
Cosa que yo no emprendiera.

DON CARLOS.

No es muy difícil intento.

DOÑA VIOLANTE.

¿Pues cómo?

DON CARLOS.

Alguno pudiera  
Enseñarte á Don Juan hoy  
De la suerte que yo estoy

DOÑA VIOLANTE.

¿Oh cuánto lo agradecería!

DON CARLOS. (Ap.)

Mal camino mis desvelos  
Han tomado de olvidar;  
Que no la tengo de dar  
Gusto que me pague en celos.  
Neciamente me arrojé.

DOÑA VIOLANTE.

¿Es verdad lo que me dice,  
Carlos, tu lengua?

DON CARLOS.

(Ap. Mal hice;

Pero yo lo enmendaré.  
Válgame la ciencia aquí  
Del otro que me contó  
Don Antonio.) Sí, pues yo  
Hoy á un hombre conocí,  
Que en tu casa te hará ver  
Al mismo Don Juan presente,  
Aunque Don Juan esté ausente.

DOÑA VIOLANTE.

Eso ¿cómo puede ser?

DON CARLOS.

Como es de ciencia un abismo,  
Y á Don Juan te enseñará  
De la suerte que allá está.

DOÑA VIOLANTE.

¿Al mismo Don Juan?

DON CARLOS

Al mismo

¿Cómo es posible que sea?  
Que el que desta suerte ves,  
Cuerpo fantástico es

Que se retrata en la idea.  
Mas verásle de la suerte  
Que está, si le quieres ver.

DOÑA VIOLANTE.

(Ap. Del modo que pueda ser,  
Don Juan, me holgaré de verte )  
¿Quién es ese hombre?

DON CARLOS.

Es...

(Ap. Ya con la verdad espero  
Engañarla.) Un caballero,  
Que no hace por interes  
Aquesto, sino por gusto.  
(Ap. Lindamente lo he enmendado.)  
Vive en la calle del Prado.  
Mas no es pensamiento justo  
El verle así, porque asombra,  
Aunque tan fácil parece,  
Pensar que despues se ofrece  
Una fantasma, una sombra.

DOÑA VIOLANTE.

Animo tendré, si llevo  
A examinar en su ausencia  
Tan peligrosa experiencia.  
¿Cómo se llama?

DON CARLOS.

Don Diego

De Luna.

DOÑA VIOLANTE.

Eso ¿puede ser?

DON CARLOS.

Sí. Agora os podeis quedar,  
Que yo os quiero dar lugar  
Para que acabeis de lêr.

(Vase.)

## ESCENA VII.

DOÑA VIOLANTE, QUITERIA.

DOÑA VIOLANTE.

Dame, sin tardanza alguna,  
El manto.

QUITERIA.

¿Pues qué has de hacer

Con él?

DOÑA VIOLANTE.

Yo tengo de ver

Hoy á Don Diego de Luna.

QUITERIA.

¿Sin conocerle?

DOÑA VIOLANTE.

¿Qué importa?

Que, si caballero es,  
Por fuerza será cortés.

QUITERIA.

Mira...

DOÑA VIOLANTE.

Discursos acorta

QUITERIA.

Tus desengaños verán  
Que todo es mentira y juego.

DOÑA VIOLANTE.

¿Bueno es eso! Si Don Diego  
Quiere, yo veré á Don Juan. (Vanse.)

—

Sala en casa de Don Diego.

## ESCENA VIII.

DON ANTONIO, DON DIEGO.

DON ANTONIO.

Astrólogo excelente  
Sois, divulgado ya de gente en gente.

En Madrid no he hallado [tado  
Hombre ninguno, á quien no haya con-  
Mil cosas: sea justo, ó no sea justo,  
¡Por Dios, Don Diego, que el mentir es  
gusto!

Al punto que de vos me aparté, luego  
Fui á la casa de juego;  
Dijelo á dos mirones,  
Que es lo mismo llamarnos á pregones  
Sali de allí, y entréme en los corrales  
De las comedias, donde  
La mas oculta cosa no se esconde.  
Pasé adelante, á aquellas cuatro esqui-  
De la calle del Lobo y la del Prado, [vas  
A quien por nombre ha dado  
Una discreta dama *mentidero*  
*De varones ilustres*. Lo primero  
Fué hablar de vos; ya habia  
Allí quien por astrólogo os tenia,  
Y como si no fuera  
Yo quien mejor que todos lo supiera,  
(¿A quién esto no admira?)  
Por verdad me contaron mi mentira.  
Mas lo mejor de todo no fué esto,  
Sino que entré en los trucos, donde es-  
Un hombre que contaba [taha  
Cosas que os habia visto  
Hacer. Nosé, por Dios, cómo resisto  
La risa. No pudiendo [do,  
Sufrirlo, empecé á hablar contradicien-  
De tantos disparates enfadado.  
Levantóse enojado,  
Diciéndome: «Si usted no le conoce,  
Yo sí muy bien, y sé lo que aquí digo  
De buen original, porque es mi amigo.»  
Tanto una novedad Madrid esfuerza,  
Que mi mentira la creí por fuerza.

DON DIEGO.

Bien lo habeis ponderado.

## ESCENA IX.

MORON.—DON DIEGO, DON ANTO-  
NIO. Despues, DOÑA VIOLANTE y  
QUITERIA.

MORON.

Una señora

De angosto talle y de caderas ancha,  
Con mas cañas que carro de la Mancha,  
A quien el manto solo deja fuera  
Un ojo que le sirve de lumbrera,  
Dice que hablarte quiere.

DON DIEGO.

¡Mujer! ¿quién puede ser?

DON ANTONIO.

Sea quien fuere,

Di que entre.

MORON.

Ya está dentro de la sala.

DON DIEGO.

Por Dios, que la fachada no es muy mala.  
(Salen Doña Violante y Quiteria.)

DOÑA VIOLANTE.

¿Quién es de ustedes el señor Don Diego?

DON DIEGO.

Yo soy, señora, que á ofrecerme llevo  
A esos piés, si merecen obligaros  
Tan súbditos deseos.

DOÑA VIOLANTE.

Solo quisiera hablaros.

DON ANTONIO.

Pues yo despejaré. (Ap. Desde allí quie-  
Saber qué encanto es este.) [ro  
(Vanse Don Antonio y Moron.)

## ESCENA X.

DOÑA VIOLANTE, DON DIEGO, QUI-  
TERIA.

DON DIEGO.

Lo primero  
Sentaros ha de ser y descubiertos.

DOÑA VIOLANTE.

Por cansada me siento, y por serviros  
Me descubro.

DON DIEGO.

No es bien que cielo tanto  
Tenga oculto la noche dese nanto;  
Aunque en luces tan bellas [llas  
Suplió un ojo, que es sol, por las estre-  
No sé cuál de las mías levantarme  
Pudo á tanto favor.

DOÑA VIOLANTE.

Con escucharme  
Sabréis mi pensamiento.

DON DIEGO.

Ya os escucho, decid.

DOÑA VIOLANTE.

Estadme atento.

Amorosos extremos  
No será bien que causen  
Vanas admiraciones  
A hombres que tanto saben;  
Mayormente quien pudo,  
Con ingenio tan grande,  
Merecer que la fama  
En dulce voz le alabe.  
Así pues confiada  
Que puedo declararme,  
Como mujer á un noble,  
Y á un cuerdo como amante,  
Me atreveré á deciros  
La causa de mis males,  
Que en lágrimas y quejas  
Rompiendo el pecho salen.  
Yo quise bien, yo quiero,  
Diré mejor; que tarde  
Olvida quien bien quiere:  
Ni es posible que pasen  
Por el amor los días,  
Los años, las edades;  
Que si el amor es gloria,  
Los siglos son instantes.  
Yo quiero á un caballero.  
No os alabo sus partes;  
Que no importa saber  
Mas de que supe amarle.  
Al fin de muchos días  
Me dejó y se fué á Flándes,  
Que son de un firme amor  
Siempre los premios tales.  
Esta carta que veis  
He tenido esta tarde,  
Mensajero y testigo  
De su ausencia, bastante  
A defender la vida,  
Que quisieron quitarme  
Pasados gustos, siendo  
Ya presentes pesares.  
Nació desto un deseo  
De verle. No os espanten,  
Pues sois cuerdo y discreto,  
Los extremos que hace  
Una mujer que quiere;  
Que en las antigüedades  
Me previenen disculpas  
Hechos mas admirables.  
Supe que sois tan sabio,  
Que con ingenio y arte  
Esta dificultad  
Es para vos muy fácil.  
Así pues, si os obligan  
Los extremos que esparcen

Lágrimas por la tierra,  
Suspiros por el aire,  
Por triste, por rendida,  
Por mujer, por amante,  
Merezca ver, señor,  
A Don Juan esta tarde.

DON DIEGO.

(Ap. ¡Quién en el mundo ha visto  
Suceso semejante!  
¡Yo quiere que la enseñe  
Su galán, que está en Flándes!  
No sé qué hacer.) Señora.  
No es razón que os engañe  
Quien serviros desea.  
Aqueso no es tan fácil  
Como á vos os parece,  
Ni astrólogos lo hacen;  
Porque representar  
A la vista la imágen  
De un hombre que está ausente,  
Es magia, y castigarle  
Podrán á quien lo hicierc.  
Si alguno hay que lo alcance,  
Porque esa es una ciencia  
Que no la sabe nadie.

DOÑA VIOLANTE.

No llegara yo á hablarlos,  
Señor, sin informarme  
De que sabéis hacer  
Cosas mas admirables.  
Si teméis el secreto,  
Muy bien sabré guardarle,  
Aunque mujer.

DON DIEGO.

Señora,  
Por Dios, que el excusarme  
No es sino no saber.

DOÑA VIOLANTE.

Otras dificultades  
Habeis hecho mayores;  
Que yo he estado esta tarde  
Con hombre que os ha visto  
Hacer prodigios grandes.

DON DIEGO.

(Ap. ¿Hay cosa como esta?  
Así habré de librarme,  
Porque aquí yo no pierda  
La opinión, y ella calle.)  
Pues, señora, la causa  
De no determinarme  
Ha sido por estar  
Esa persona en Flándes;  
Y si hay mar de por medio,  
No es posible alcanzarse  
El encanto, porque él  
No penetra los mares.  
Si por acá estuviera,  
Aun pudiera enseñarle;  
Pero en Flándes no puedo.  
Con esto, perdonadme.

DOÑA VIOLANTE.

Si advertís las razones  
Que tengo dichas ántes,  
Fuéron que á Flándes iba;  
Mas no que estaba en Flándes.  
El está en Zaragoza.  
No hay como disculparse  
Ahora.

DON DIEGO. (Ap.)

¡Vive Dios,  
Que es apretado el lance!

DOÑA VIOLANTE.

Si saber para esto  
El nombre es importante.  
Es Don Juan de Medrano.

DON DIEGO

(Ap. ¿Aun otra?... Enmendaráse  
Mi confusion agora.)  
No paseis adelante,  
Que ya sé que ese hombre  
Es de mediano talle,  
Algo rubio de rostro,  
Blanco, los ojos grandes,  
Va vestido de verde...  
(Ap. Así he de asegurarme,  
Si es el que yo imagino.)  
No há dos meses cabales  
Que se ausentó.

QUITERIA.

¡Jesus!

¿Y quién pudo contalle  
Todo aquello?

DOÑA VIOLANTE.

Quiteria,  
¿Ves cómo son verdades?—  
El mismo es que decís.

DON DIEGO.

Como jureis guardarme  
El secreto, me atrevo  
Esta noche á llevarle  
A vuestra casa.

DOÑA VIOLANTE.

Y yo

Os juro de guardarle,  
Siendo mi obligación  
De mi silencio llave.

DON DIEGO.

MORON.

## ESCENA XI.

MORON. — DICHOS.

MORON.

Señor. (Ap. á él. ¿Qué es esto?)

DON DIEGO.

(Ap. á Moron. Un lindo cuento.) Trainie  
Tinta y papel.—¿Tendrás (A Violante.)  
Animo para hablarle?

(Vase Moron, y vuelve á salir.)

DOÑA VIOLANTE.

Animo tengo.

MORON.

Aquí  
Está el recado.

DON DIEGO.

Dame

Esa cartera, y vete.— (Vase Moron.)  
Ahora es importante (A Doña Violante.)  
Que escribais.

DOÑA VIOLANTE.

Notad vos.

DON DIEGO.

Don Juan, ya sé... (Escribe Violante.)

DOÑA VIOLANTE.

Adelante.

DON DIEGO.

Adónde estáis: venid  
Aquesta noche á hablarme.

DOÑA VIOLANTE

Ya está puesto.

DON DIEGO.

Firmad

Vuestro nombre.

DOÑA VIOLANTE.

Violante. (Firma.)



DON DIEGO.

Con esto podeis iros,  
Y esta noche esperadle;  
Que yo sé que irá a veros.

DOÑA VIOLANTE.

Don Diego, el cielo os guarde.—  
(Ap. ¡Que hoy, Don Juan, he de verte!  
¿Hay dicha semejante?)

(Vase con Beatriz.)

## ESCENA XII.

DON ANTONIO, MORON.—DON  
DIEGO.

DON DIEGO.

¿Habeislo escuchado?

DON ANTONIO.

Sí.

DON DIEGO.

¿Y habeis visto otro suceso  
Mas gracioso?

DON ANTONIO.

Yo os confieso

Que ya perdido me vi  
De risa, cuando os cogió  
En lo del mar.

DON DIEGO.

¿Qué segura

Vino de mí!

MORON.

La ventura

Toda estuvo en que nombró

A Don Juan. ¿Y qué has de hacer?

DON DIEGO.

Por la reja de la calle  
Este papel has de echalle;  
Porque, si le llega a ver,  
Siendo público el secreto,  
Por fuerza a su casa irá  
Aquesta noche, y tendrá  
Nuestra burla lindo efeto

MORON.

¿Piensas que comedia es,  
Que en ella de cualquier modo  
Que se piense, sale todo?  
¿Si él le, y no va despues?...

DON DIEGO.

Excusas habrá. Entre tanto  
Mudarnos los dos podemos,  
Para que a la vista estemos  
De en lo que pára el encanto. (Vanse.)

Sala en casa de Don Carlos.

## ESCENA XIII.

DON CARLOS, DON JUAN.

DON CARLOS.

Dile la carta, y mostró  
Al tomarla un sentimiento  
De tristeza y de contento,  
De adonde conozco yo  
Que os quiere bien, y pagais  
Mal una fe tan segura  
En tan perfecta hermosura.

DON JUAN.

Vos, Don Carlos, no mirais  
Que las perfecciones bellas  
En la hermosura mayor  
No dan lugar al amor,  
Si le niegan las estrellas.  
En vano Violante espera  
Premio á linaza tan rara.

DON CARLOS.

Segun eso, no os pesara  
Que un amigo la quisiera.

DON JUAN.

No sé qué hiciera en rigor,  
Ni si me diera desvelos;  
Que suelen soplar los celos  
Las cenizas de un amor.

DON CARLOS.

¿No os causa melancolia  
Pasar tanta soledad?

DON JUAN.

Esta soledad, pensad  
Que es mi mejor compañía.

DON CARLOS.

¿Que al fin nadie ha de saber  
La causa que preso os tiene?

DON JUAN.

El callarla me conviene.  
Créd que si pudiera ser,  
Rompiendo tan gran secreto,  
Saberlo en el mundo dos,  
El uno fuérades vos.  
Mas como amigo os prometo  
Que no lo puedo contar.

DON CARLOS.

(Ap. La confianza es graciosa,  
Cuando no anda otra cosa  
Tan pública en el lugar.)  
Par daros la compañía  
Que estimais, quiero dejaros  
Solo.

DON JUAN.

¿Con qué he de pagaros  
Tal favor? (Vase Don Carlos.)

## ESCENA XIV.

DON JUAN.

Ven, noche fria,

Extiende el velo que dió  
En triste, funesto empeño  
Breves sepulcros al sueño:  
Muera el sol y viva yo.  
(Echante un papel por una ventana.)  
Mas ¿qué es esto? ¿No es papel  
El que está en el suelo? Si.  
¿Quién pudo traerle aqui?  
Veré lo que dice en él.

(Lee.) Don Juan, ya sé adónde estáis:  
Venid esta noche á hablarme.—

Aun no acabo de admirarme.

Ojos, ¿qué es lo que mirais?

Violante, la firma dice.

Carlos, Carlos la contó

Que estaba en su casa yo.

¿Hay suerte mas infelice?

¿Que Carlos me ha descubierto?

Sí, pues claro me ha mostrado

Que está muy enamorado

De Violante. Esto es lo cierto,

Y aun él me trujo el papel

(¿Qué pena á mi pena iguala?),

Porque dentro desta sala

Nadie ha entrado sino es él.

¿Qué puedo hacer? Si no voy

A vella, mas atrevida,

De mi silencio ofendida,

Publicará donde estoy.

Pues si ya se ha de saber

Que estoy encubierto aqui

Mejor lo sabrá de mí;

Que de modo sabré hacer

Que quede mas obligada

Con lo que la he de contar;

Que es muy fácil de engañar

La mujer enamorada.

(Vase.)

Sala en casa de Doña Violante.

## ESCENA XV.

DOÑA VIOLANTE, y QUITERIA, con  
luz en una bujía.

QUITERIA.

¿Es posible que has creído  
Que haya de venir á casa  
En esta noche Don Juan,  
Y no veas que te engaña  
Tu desco? ¿Cómo puede  
Venir quien de leguas tantas  
Hoy te ha escrito?

DOÑA VIOLANTE.

Necia estás.

¿Quieres tú con tu ignorancia  
Poner límite á las ciencias,  
Que tanto poder alcanzan?  
Como no haya mar en medio,  
Es ya cosa averiguada  
Que vendrá; mas no Don Juan,  
Sino sombra que retrata  
A él mismo de la manera  
Que allá estuviere.

QUITERIA.

¿Y qué sacas  
De verle así?

DOÑA VIOLANTE.

Solo verle.

Y no me preguntes nada,  
Si no sabes qué es amor.  
Yo sé bien que hay muchas damas  
Que se holgarán de saber  
En qué los ausentes pasan.

QUITERIA.

Y cuando fuera posible  
El venir, ¿no te causara  
Miedo pensar que era sombra?

DOÑA VIOLANTE.

Ningun temor me acobarda:  
Animo tengo.

QUITERIA.

Yo no.

DOÑA VIOLANTE.

Mira que á la puerta llaman.  
Toma esa luz y abre presto.

QUITERIA.

La color tienes turbada.  
¿Has creído que es Don Juan?

DOÑA VIOLANTE.

No lo creo; pero acaba.

QUITERIA.

Ya voy á abrir. (Vase.)

DOÑA VIOLANTE.

¿Qué no intenta,

Quejosa y desesperada,  
Una mujer! ¿Qué de cosas  
Sabe prevenir quien ama!  
No hay al amor imposibles;  
Todo lo vence y lo allana.  
No hay fuerza...

(Vuelve Quitéria.)

QUITERIA.

¡Jesus mil veces!

Señora, verdad es clara  
El encanto. ¡Muerta vengo!  
Don Juan era el que llamaba  
A nuestra puerta.

DOÑA VIOLANTE.

¡Ay de mí!

QUITERIA.

Ya está dentro de la sala.

DOÑA VIOLANTE.

Hasta ahora mas valiente  
Y mas animosa estaba,  
Y ya de ver que es verdad,  
Está sin sentido el alma.

## ESCENA XVI.

DON JUAN.—DOÑA VIOLANTE, QUI-  
TERIA.

DON JUAN.

Violante, dame tus brazos.

DOÑA VIOLANTE.

Espera, Don Juan, aguarda.  
Detente, Don Juan, espera.  
(Ap. Ya todo el valor me falta.)

DON JUAN.

Violante, escucha ¿Qué tienes?  
Después de ausencia tan larga,  
¿Esta suerte me recibes,  
Y desta suerte me pagas  
Venir á verte no mas?

QUITERIA. (Ap.)

Bien claro me desengaña,  
Que viene desde allá á verla.

DON JUAN.

Escúchame.

DOÑA VIOLANTE.

(Ap. ¡Estoy turbada!  
El cuerpo me cubre un hielo,  
Y el corazón se desmaya.)  
Don Juan, ya veo que vienes  
A verme de donde estabas...  
—Vuélvete presto, que á mi  
Haberte visto me basta.

DON JUAN.

Si por el ausencia mía  
Estás, Violante, enojada,  
Escúchame las disculpas.

DOÑA VIOLANTE.

Yo creo que tienes hartas.  
Vete, y déjame.

DON JUAN.

Si estoy  
En Madrid por ciertas causas...

DOÑA VIOLANTE.

Ya sé las causas que son.

DON JUAN.

Si en este papel me llamas...

QUITERIA. (Ap.)

¿Quién se le llevó tan presto?  
Aquí alguu demonio anda.

DOÑA VIOLANTE.

Yo te llamé, por pensar  
Poderte hablar; mas es tanta  
Mi turbación, que no puedo.  
Bien verás que no fué falsa  
Mi voluntad, pues que hizo  
Diligencias tan extrañas.

DON JUAN.

Ya sé que tus diligencias  
Han sabido cuanto pasa.  
Por eso vengo yo á á verte.

QUITERIA. (Ap. á su ama.)

¿Qué bien dice que la causa  
Del haber venido fué  
Tu diligencia!

DOÑA VIOLANTE.

Fantasma,  
Vuélvete, y déjanos ya.

DON JUAN.

Mi bien, los baldones bastan.  
Dame los brazos.

DOÑA VIOLANTE. (Huyendo.)

¿Los brazos?

¡Ay de mí!

DON JUAN.

Violante, aguarda.

DOÑA VIOLANTE.

Cerrada en este aposento  
Estaré hasta que te vayas.  
(Éntrese, y cierra la puerta.)

DON JUAN.

Quiteria.

QUITERIA.

¡Señor, detente!

¡Esto solo me faltaba!  
¿Mas que he de pagarlo yo?

DON JUAN.

¿Qué ha sido?

QUITERIA.

Yo no sé nada.

Violante te lo dirá.

(Éntrese huyendo.)

DON JUAN.

¿Hay confusion mas extraña?  
Tambien Quiteria me deja.  
¿Quién vió confusiones tantas?  
Escucha, Violante, escucha.  
Espera, Quiteria, aguarda.  
¿A quién he de dar disculpas.  
Si á un mismo tiempo me llaman  
Con la traicion de un amigo  
Unos celos de una dama?

## JORNADA TERCERA.

Sala en casa de Leonardo.

## ESCENA PRIMERA.

DOÑA MARIA, DON JUAN, BEATRIZ.

DON JUAN.

Pues ¿no me darás los brazos  
Siquiera por bien venido?

DOÑA MARIA.

Sí, Don Juan, puesto que han sido  
Del alma y la vida lazos.

DON JUAN.

Dichosa la ausencia fué,  
Si por fin de su rigor  
Merezco tanto favor.

DOÑA MARIA.

Mas mereces tú.

DON JUAN.

No sé  
Cómo me atreva á pedir,  
Soberbio con tal licencia,  
Otro que sufra esta ausencia.

DOÑA MARIA.

¿Cómo, Don Juan? Con decir  
Lo que te agrada.

DON JUAN.

Señora,  
Dame esa cinta pendiente  
De tu cuello, porque afrente  
Al iris que el cielo dora.

DOÑA MARIA

La joya darte imagino.

DON JUAN

La cinta pido no mas.

DOÑA MARIA.

Tómala así, que vendrás (Dásela.)  
Empeñado del camino.

BEATRIZ.

¿Es tiempo, señor, de verte?

DON JUAN.

Muy bien, Beatriz, preguntaste.  
No me viste, aunque nie hablaste  
Todas las noches.

DOÑA MARIA.

Advierte

Bien en lo que has de fingir,  
Y en la salida que tiene,  
Porque ya mi padre viene.

DON JUAN.

Yo sé lo que he de decir.

## ESCENA II.

LEONARDO.—DOÑA MARIA, DON  
JUAN, BEATRIZ.

DON JUAN.

Dame mil veces tus piés.

LEONARDO.

Los brazos será mejor.—  
(Ap. No le conozco.)

DON JUAN.

Señor,

Estos quiero que me des,  
Por la obligación que tengo  
A esta casa; y porque mas  
No estés dudoso, sabrás  
Que de Zaragoza vengo,  
Donde muchos dias fui  
Huésped, señor, de tu hermano,  
De cuya liberal mano  
Mil mercedes recibí.  
Unas cartas que traía  
Para abono desto yo,  
Entre otras cosas me hurtó  
Un criado que tenía;  
Y ya, señor, que la culpa  
De aquella falta no tengo,  
Si á dar las cartas no vengo,  
Vengo á darte la disculpa.

LEONARDO.

Siento en extremo no vellas,  
Y no por lo que os aboua,  
Que basta vuestra persona  
Para mas crédito.

DON JUAN.

En ellas

Lo que Don Pedro os decía  
Es que con vuestro favor  
Aqui me ayudeis, señor,  
En una pretension mía,  
Causa de pleitos muy grandes  
Que hoy á la corte me han vuelto,  
Cuando ya estaba resuelto  
De pasar sirviendo á Flándes.

LEONARDO.

Esta es mi casa, y en ella  
No os falta la de mi hermano.

DON JUAN.

El estilo cortesano  
Estimo.—Vos, dama bella...

LEONARDO.

Advierte que habla contigo,  
Maria.



DOÑA MARÍA. (Ap.)

Por no turballe,  
No me he atrevido á miralle.

DON JUAN.

Pues á serviros me obligo,  
Buscad alguna ocasion  
En que yo os pueda decir  
Mi deseo, por cumplir  
Ansí con mi obligacion.  
Aquesto no es fingimiento,  
Porque ya habré conocido  
Lo que es ó no es fingido  
Tan sutil entendimiento:  
Y mirad qué me mandais.

LEONARDO. (A Doña María.)

Respóndele.

DOÑA MARÍA.

(Ap. Ya no temo.)

Yo me he holgado con extremo  
De que con salud vengaís.  
En esta casa, pensad  
Que os servirán sin alguna  
Falta; que sé que en ninguna  
Hallareis mas voluntad.  
Venid á vernos, (Ap. Turbada  
Estoy.) pues entre los dos,  
Ya sabeis que para vos  
No ha de haber puerta cerrada.

LEONARDO. (Ap. á Beatriz.)

¿Qué bien respondió María!

BEATRIZ. (Ap.)

Y ¡qué bien Don Juan fingió!

LEONARDO.

Yo he de ir con vos.

DON JUAN.

Eso no. (Vase.)

## ESCENA III.

LEONARDO, DOÑA MARÍA, BEATRIZ.

LEONARDO.

Hija, ¿qué melancolía  
Es esta?

DOÑA MARÍA.

Con causa he estado  
Divertida en mis enojos.  
Pues delante de los ojos  
Una joya me ha faltado,  
Que era la que mas queria.  
¿He de tener alegría?  
Que pienso qué fué el perdella  
Por tener el gusto en ella.

LEONARDO.

¿Tales extremos, María,  
Has de hacer?

DOÑA MARÍA.

¿Pues no he de hacer

Extremos, si yo me vi  
Con ella, señor, aquí,  
Y aquí se pudo perder?

LEONARDO.

¿Y cuál era?

DOÑA MARÍA.

Era el Cupido

De diamantes.

LEONARDO.

¿Eso pasa?

Búsquese en toda la casa;  
Y si se hubiere perdido,  
Mas joyas tienes, en quien  
Valor y arte se acrisola,  
Porque no estaba esta sola.

DOÑA MARÍA.

Esta sola quise bien.

LEONARDO.

¿Qué medio así se previene?...

DOÑA MARÍA.

No sé qué llegara á hacer  
Por ver la joya... (Ap. Y por ver  
De camino á quien la tiene.)

LEONARDO.

Tanto tu pecho sintió  
Que te llegase á faltar,  
Que no me has dado lugar  
Para que lo sienta yo.  
Y á tanto tu llanto obliga,  
Que por darte gusto luego,  
He de buscar á Don Diego  
Que de la joya me diga. (Vase.)

BEATRIZ.

¿Ves lo que ha querido hacer  
Con los extremos que has hecho?  
Si él va á Don Diego, sospecho  
Que todo se ha de saber.  
¿Qué hicistes?

DOÑA MARÍA.

¡Ay, crueldad  
De estrella siempre enemiga!  
¡Que solo en mi agravio diga  
Un astrólogo verdad!  
(Vuelve Leonardo.)

LEONARDO.

Aquesto se me olvidó...

BEATRIZ.

Tu padre vuelve, señora.

LEONARDO.

Dime, María, ¿á qué hora  
Esta joya te faltó?

DOÑA MARÍA.

Entre once y doce.

LEONARDO.

Así goce

Tu edad, y te llegue á ver  
Casada, que he de saber  
Quién la tiene. Entre once y doce.  
(Vanse padre é hija.)

## ESCENA IV.

MORON.—BEATRIZ.

MORON.

Aquí esperaba, Beatriz, (Deteniéndola.)  
Para saber cuanto pasa  
A Don Juan en esta casa;  
Que es dar mas vivo matiz  
A mi engaño y tu disculpa  
Con que lo sepa Don Diego;  
Pues esto acredita luego  
Que tú no tuviste culpa.

BEATRIZ.

Has de saber que ha venido  
Don Juan á casa, y por dar  
A entrar en casa lugar,  
Unas cartas ha fingido.  
Y una joya, que le dió  
Doña María á Don Juan  
Por favor, á saber van  
De Don Diego quién la hurtó.  
No hay mas que esto.

MORON.

Y esto ¿es poco?

¿Cuánto mejor es tener  
Por esfera una mujer.

Que volverse un nombre loco  
Pensando en los celestiales  
Orbes, culebras, dragones,  
Osos, tigres y leones  
Y otras imágenes tales?  
Pues sin observar los puntos  
De aquella esférica bola,  
Hoy en una mujer sola  
Se pueden ver todos juntos.  
Y pues que somos los dos  
Quien levanta la figura  
De este astrólogo, procura  
Saber lo demas, y adios. (Vanse.)

Sala en casa de Don Diego.

## ESCENA V.

DON DIEGO, DON ANTONIO.

DON DIEGO.

Huyendo vengo de mí;  
Que no sé en qué confusion  
Me habeis puesto, Don Antonio.

DON ANTONIO.

En la que os pusisteis vos.  
¿Vos mismo no me dijisteis  
Que extendiese aquella voz?

DON DIEGO.

Si; mas no que publicarais  
Que era mago encantador,  
Sino astrólogo no mas.

DON ANTONIO.

La fama crece veloz.  
Mas sepamos de qué os pesa.

DON DIEGO.

De que no hay hombre á quien dió  
Duda cualquiera suceso,  
Que por ruego ó por favor  
No me venga á preguntar  
El fin de su pretension.

DON ANTONIO.

¿Y eso os da tanto cuidado?

DON DIEGO.

Como sin certeza doy  
La respuesta, temo luego  
Que eu sucediendo un error,  
Han de quejarse de mí.

DON ANTONIO.

¿Pues qué astrólogo acertó  
Cosa que dijo? Pensad  
Que el mejor del mundo sois,  
Que vos os saldreis con ello,  
Y alegraos.

DON DIEGO.

No puedo yo,  
Cuando á un punto me atormentan  
Desprecios, celos, y amor.

DON ANTONIO.

¿Agora salis con eso?  
Pues si de vuestra pasion  
Aun no vivis olvidado,  
¿Cómo en tan forzoso amor  
No hablais á Doña María?  
Desde que ella os confesó,  
Por el engaño, que amaha  
A ese Don Juan, hasta hoy,  
No la habeis visto.

DON DIEGO.

Es verdad;  
Pero escuchad la ocasion.  
Don Antonio, en el amante  
Los celos causan amor,  
Como en el marido agravios;  
Y siendo su galán yo

La servi con pensamiento  
De esposo, eu euya intencion  
Pude, resistiendo rayos,  
Mirar eara á cara al sol.  
Cuanto á galan, ya he sentido  
En mi su fuego. mas hoy,  
Cuanto á marido, ya siento  
Como agraviado el rigor.  
Así la adoro y la olvido,  
Siendo los efetos dos,  
Supuesto que en mi concepto  
Galan y marido soy.  
Si eomo galan no pude  
Servirla, ¿fuera razon  
Sirviera como marido  
A mujer que eonfeso  
A mis ojos que á otro quiere?  
No fuera lieito, no,  
Pues llevaba ya perdida  
La vergüenza y el temor.

DON ANTONIO.

Muy bien habeis satisfecho  
A la duda; mas quedó  
Otra no menor.

DON DIEGO.

Decid.

DON ANTONIO.

Decidme, ¿de qué os sirvió  
El fingir la astrología?

DON DIEGO.

De salir de una ocaasion  
Tan forzosa.

DON ANTONIO.

Yo pensé,  
Viéndós eon tanta opinion,  
Que fuera para estorbar  
El casarse.

DON DIEGO.

Quando yo  
De propósito me hiciera  
Sabio, tuviera razon  
De pensarlo; pero fué  
Por un accidente, y yo  
No tan solo no he de ser  
Estorbo para su amor,  
Pero tengo de ser parte  
A que se easen los dos.  
Yo quedaré satisfecho  
Con esto, pues la ocaasion  
Que no les puedo quitar,  
Pensaré que se la doy.

### ESCENA VI.

DOÑA VIOLANTE y QUITERIA, *con mantos*. — DON DIEGO, DON ANTONIO.

QUITERIA.

Señor Don Diego, una dama  
Hablarnos quiere.

DON ANTONIO. *(Ap. á Don Diego.)*

Por Dios,  
Que si viene á consultaros,  
Que viene á buena ocaasion.  
Id, astrólogo, que os llaman.

DON DIEGO.

Dejad las burlas.

DOÑA VIOLANTE.

Yo soy  
La que os busca, y la que viene  
Solo á quejarse de vos.

DON DIEGO.

¿Vos teneis queja de mí?

DOÑA VIOLANTE.

Si Don Juan no se ausentó,  
Si estaba en Madrid Don Juan,

Decidme, ¿por qué razon  
Vos no me desengañásteis?

DON DIEGO.

Pues ¿pude saberlo yo?  
Si dije que á vuestra easa  
Iria como en vision,  
Y despucs os llevé á él mismo,  
Señal es que fué mayor  
Y mas poderosa fuerza  
La del eueanto.

DOÑA VIOLANTE.

Razon

Es esa á que yo no hallo  
Respuesta. Y puesto que estoy  
Desengañada, os suplico  
Deis remedio á mi dolor.  
Don Juan está enamorado  
De una dama, que ocaasion  
Fué de quedarse en Madrid.  
Un su amigo me contó  
Esto, y dice que en seereto  
Casados están los dos.

DON DIEGO. *(Ap.)*

Esta mujer ¿qué pretende?

DOÑA VIOLANTE.

Pues vuestro estudio aleanzó  
Tal fuerza, que se aborrezcan  
Puede hacer.

DON DIEGO. *(Ap.)*

¿Pluguiera á Dios!

DOÑA VIOLANTE.

Haced que mas no se quieran,  
Que se olviden, y el rigor  
De los celos los abrase.  
Mueran eomo muero yo.

DON DIEGO.

*(Ap. ¿ Bueno es poner en mi mano  
La cura de mi dolor,  
Y pedirme á mi el remedio  
Del mal que teniendo estoy!  
Porque me deje, me importa  
Engañarla; que si doy  
Otra respuesta, en su vida  
Ha de dejarme.)* Mintió,  
Violante, tu amor, tus celos  
Mintieron; que la ocaasion  
De estar Don Juan en Madrid  
Fuiste tú, y él se quedó  
Por celos que de tí tuvo.  
Si un amigo te contó  
Otro amor, mintió el amigo:  
Concierto fué de los dos.  
Vete, y vive satisfecha  
Que te adora.

DOÑA VIOLANTE.

Yo lo voy

Con tu respuesta feliz.  
¿Quién mayor ventura vió?  
Quitiera, el mayor desprecio  
De Don Juan, es un favor.

*(Vanse las dos.)*

### ESCENA VII.

DON DIEGO, DON ANTONIO.

DON ANTONIO.

Pues ¿qué la habeis respondido  
A su pregunta molesta?

DON DIEGO.

Con equívoca respuesta  
Oráeulo suyo he sido.  
Dijela que la quería  
Don Juan, y la desprecia,  
Por solo ver si le amaba,  
Y aquella experiencia hacia.

Con esto, si la desprecia,  
Ha de pensar que la quiere;  
Y si algun favor le hiciere,  
Mas engañada y mas nueia,  
Ha de pensar que es amor;  
Y eon esto no vendrá  
A darme la muerte.

DON ANTONIO.

Ya

Tenemos otra mejor.  
Quando á Cárlos nuevamente  
Conté vuestra astrología,  
Le dije que le traeria  
A ver una dama ausente  
A vuestra casa; y de suerte  
Desea, Don Diego, veros,  
Que él muere por coneeros;  
Pero á mí me da la muerte.

DON DIEGO.

Mirad, si uno solo así  
Os eansa, lo que serán  
Tantos juntos.

### ESCENA VIII.

DON CARLOS.—DON DIEGO, DON ANTONIO.

DON CÁRLOS.

*(Ap. Allí están  
Los dos: venturoso fui.)*  
Señor Don Diego, yo soy  
Un muy grande afieionado  
Vuestro, y quien mas ha deseado  
Serviros.

DON DIEGO.

Muy cierto estoy  
Que tengo esa obligaeion.

DON CÁRLOS.

Aunque pudiera valerme  
De amigos, quiero atreverme,  
Fiado solo en razon.  
Un día la dama vi  
De un amigo, en que hiee mal,  
Y rendime, aunque leal  
Mi misma pasion venci.  
Los ojos fuéron despojos  
Del alma, sin gusto mio;  
Porque es un cierto albedrio  
De por sí este de los ojos.  
No fué amistad verdadera  
La suya; y yo, por tener  
Venganza, quisiera haer  
Que le olvide y que me quiera.  
Aquesto vengo á pedir, aquí:  
Tendreis un esclavo en mí  
Eterno.

DON DIEGO.

Yo he de serviros,  
Y haré de suerte que os quiera  
Esa dama. Proseguid  
Vuestros amores, servid;  
Que aunque altiva, ingrata y fiera  
Esté los primeros días,  
A muy pocos, os prometo  
Que, yendo haciendo su efeto,  
Le tendrán vuestras porfias.

DON CÁRLOS.

Yo esperaré, hasta vneer  
Este imposible de amor. *(Vase.)*

### ESCENA IX.

DON DIEGO, DON ANTONIO.

DON DIEGO.

¿Hay ignoraneia mayor?  
¿Que esto se llegue á ereer,



Sin mirar que es fingimiento  
Todo?

DON ANTONIO.

¿Qué le respondistes  
A Don Carlos?

DON DIEGO.

¿No lo oistes?

Pues hice el mismo argumento  
Con Carlos que con Violante.  
Díjale que su porfía  
Siguiere; que yo le haría  
Después venturoso amante.

DON ANTONIO.

¿Y cómo saldréis de aquí?

DON DIEGO.

Porfiando vencerá  
Él, y luego me dará  
Todas las gracias á mí.  
¿Qué mujer no se rindió  
A las amantes porfías?  
Quien mas resiste, es tres días,  
Al cuarto ninguna llega.  
Pero; bendito sea Dios,  
Que libre un rato me veo  
De necios! Aun no lo creo.

### ESCENA X.

LEONARDO. — DICHOS.

LEONARDO.

(Ap. Aunque estén juntos los dos,  
Hablarle aquí solicito.)  
Buscándos vengo.

DON DIEGO. (Ap.)

¡Qué presto

Se cansó...

DON ANTONIO. (Ap.)

¿Mas que por esto  
Se dijo: «No muy bendito?»

DON DIEGO. (A Leonardo.)

Señor, ¿pues qué me mandais?  
¿Hay en que pueda serviros?

LEONARDO.

Yo he de hacer eso, y dejando  
Los cumplimientos proljos,  
Pues que están bien excusados  
Entre tan grandes amigos,  
Sabréis, Don Diego, que hoy  
Una joya se ha perdido  
En mi casa, que por gusto,  
Mas que por valor, la estimo.  
Quisiera que me dijerais  
Dónde está; y así os suplico  
Que me estudiéis con cuidado  
Esta figura.

DON DIEGO. (Ap.)

¿Hase visto  
Confusion como la mía?

DON ANTONIO. (Ap.)

A buen tiempo el viejo vino.

LEONARDO.

Joya perdida es muy fácil.

DON DIEGO.

Si alguna mentira finjo,  
Será imposible que deje  
De averiguarse. ¡Perdido  
Estoy, que el lance es forzoso!  
Pero sin causa me aflijo,  
Pues con nadie importa menos  
La opinion que he pretendido,  
Que con Leonardo, pues él  
Nunca sabrá que yo he sido  
Astrólogo por su hija.

Y si la verdad le digo  
Y que no sé ciencia alguna,  
Él quedará agradecido  
Al desengaño. Más quiero  
Perder del crédito mio,  
Que engañar á un viejo noble.  
En esto me determino.)  
Señor Leonardo, escuchadme.  
Yo tuve algunos principios  
De astrologia, es verdad,  
De donde tuve motivo  
Para tener opinion,  
Acreditada de amigos.  
Todos dicen que la sé;  
Pero ninguno lo ha visto:  
Y es verdad, pues no sé tanto  
Como alguna vez he dicho,  
Porque entonces no importó  
Con poca causa fingirlo;  
Mas hoy, que llega á mas veras,  
Porque no penseis que estimo  
Mas la opinion que el trataros  
Verdad, la verdad os digo.  
Yo no sé de astrologia  
Tanto, que pueda deciros  
Desa joya.

LEONARDO.

Cuando yo  
Jamás hubiera tenido  
Noticia de que vos sois  
Hombre docto, haberos visto  
Hablar con tanta humildad,  
Basta para haber creído  
Que sabéis mucho.

DON DIEGO.

Por Dios,

Que no sé nada.

LEONARDO.

Eso mismo  
Que decís, es lo que mas  
Os acredita conmigo.  
Así han de ser los que saben,  
Muy modestos y encogidos:  
Vuelva por ellos su ciencia,  
No su soberbia.

DON ANTONIO. (Ap.)

¡Por Cristo

Que le da cordel el viejo!

DON DIEGO.

Si yo hubiera merecido  
Ese nombre, yo os dijera  
La verdad.

LEONARDO

Otra vez digo

Que si fuerais ignorante,  
Os alaharais; y estimo  
Esa humildad por mas ciencia;  
Que el hombre que de sí dijo  
Que sabe, ese es el que ignora.  
Pues llega á haberlo creído.  
Prudente quiero yo al sabio,  
Y no como otros mocitos,  
Que diciendo que son sabios,  
Los da por necios el siglo.  
Y volviendo á nuestro caso,  
Era la joya un Cupido  
De diamantes.

DON DIEGO

(Ap. ¡Vive Dios,

Que quiere quitarme el juicio!)  
¿Cómo tengo de decir  
Que en mi vida no he sabido  
Si son los planetas siete,  
Ni si son doce los signos,  
Si el zodiaco guarnece,  
Si anda el sol por su epíclero,  
Por la ecliptica, ó por dónde?

LEONARDO.

Don Diego, aunque habeis querido  
De propósito ignorar,  
Verdad en todo habeis dicho;  
Que tambien yo alcanzo un poco.

DON DIEGO. (Ap.)

El en efeto ha creído  
Que lo que hago de ignorante,  
Hago de bien entendido.

LEONARDO.

Olvidóscme deciros  
Que faltó entre once y doce  
La joya.

DON DIEGO. (Ap. á él.)

¿En qué laberinto  
Me pusisteis, Don Antonio?

### ESCENA XI.

MORON. — DICHOS.

MORON.

(Ap. Importante es el aviso:  
Yo llego.) Señor, escucha.  
(Ap. á él. Todo cuanto ha sucedido,  
Después que no voy allá,  
Es que esta mañana vino  
Don Juan á su casa, y ella  
Por favor le dió un Cupido  
De diamantes. Con su padre  
Fingió habérsele perdido;  
Y él tambien fingió venir  
A buscarle de camino,  
Con unas cartas.)

DON DIEGO.

(Ap. á él. Moron,

¿Antes no hubieras venido  
Porque me hubieras sacado  
De aqueste confuso abismo?)  
(Ap. Pero ya con un secreto  
Hoy dos intentos consigo:  
El uno, el crédito; el otro,  
Que el viejo quede advertido  
De su amor, porque después  
Yo llegue á ser el marido  
De su hija.)—Perdonad, (A Leonardo)  
Que un criado me ha traído  
Un recado que me importa.

LEONARDO.

Disculpado estáis conmigo.  
Pero ¿qué me respondeis  
De esotro?

DON DIEGO.

Yo he pretendido  
Disimular hoy con vos  
Mi ciencia, por no deciros  
Cosas que os han de pesar;  
Mas puesto que habeis querido  
Apremiarme, esta mañana  
La misma figura he visto;  
Que su prima me avisó  
De cómo se había perdido.  
Un hombre, que en vuestra casa  
Hoy vestido de camino  
Ha entrado, tiene la joya.  
Por aquesto me he fingido  
Ignorante: perdonadme,  
Si os pesare de lo dicho.

LEONARDO.

(Ap. ¡Lo que la necesidad  
Hace! ¿Aquel hombre, que vino  
De Zaragoza, ese tiene  
La joya? Mas ¡qué mal hizo  
Naturaleza en poner  
En aquel talle aquel vicio!)  
¿Veis, Don Diego, cómo yo

Nunca me engaño? Si digo  
Una vez: «Este hombre sabe»,  
Es cierto. Ahora os suplico  
Que vais á verme esta noche,  
Que habeis de cenar conmigo.

DON DIEGO.

Bésos las manos.

LEONARDO.

Adios.

(Vase.)

### ESCENA XII.

DON DIEGO, DON ANTONIO,  
MORON.

DON DIEGO.

Don Antonio, ¿habeis oido  
Otro cuento como este?

DON ANTONIO.

A tiempo llegó el aviso;  
Que si no, el viejo apretaba  
Lindamente.

DON DIEGO.

¿Si ha tenido  
Pensamiento de pedirle  
La joya?

DON ANTONIO.

Pues yo imagino  
Que va á buscarle con ese  
Intento.

MORON.

El enredo es lindo,  
Si él le prende por ladron,  
O por yerno, que es lo mismo;  
Pues de la hacienda y la vida  
Entrambos son enemigos.

DON DIEGO.

¿De bravo aprieto salí!

DON ANTONIO.

Que era imposible imaginó,  
Desengañarle.

### ESCENA XIII.

OTÁÑEZ. — Dichos.

OTÁÑEZ.

Señor

Don Diego, por quien se dijo  
Lo de; *oh qué lindo Don Diego!*  
Pues sois el Don Diego lindo,  
A suplicaros me atrevo  
Un poco, por haber sido  
Criado de una señora  
Que vos amais y yo sirvo.

DON DIEGO.

Ya os conozco. ¿Qué quereis,  
Buen Otáñez?

OTÁÑEZ.

Yo he vivido  
Mucho tiempo muy reglado,  
Con cuya cuenta he podido,  
Para pasar mi vejez,  
Juntar algun dinerillo.  
Quisiera irme á la montaña,  
Y por temer los peligros  
Que á un hombre, y mas con dineros,  
Sucedan en los caminos,  
Y por aborramme la costa,  
Humildemente os suplico  
Que me enviéis á mi tierra  
Por encanto; pues yo he oido  
Que llegaré, si quereis,  
En un instante muy chico.

DON DIEGO. (Ap.)

¿Puede haber llegado á mas?...

MORON

Este encanto ó este hechizo  
A mí me toca, señor;  
Y así por merced te pido  
Me le remitas á mí.

DON DIEGO.

Otáñez, en mucho estimo  
El hacer algo por vos.  
Id al punto á preveniros;  
Que esta noche habeis de ir.  
Moron estará advertido  
De lo que ha de hacer.

OTÁÑEZ

Señor,

Deste Moron no me fio.

DON DIEGO.

¿Pues atreveráse á hacer  
Mas de lo que yo le digo?  
(Vanse Don Antonio y Don Diego.)

### ESCENA XIV.

MORON, OTÁÑEZ.

MORON.

Mucho me pesa por vos  
Hacer nada; mas ya ha visto  
Que he de obedecer por fuerza  
A mi amo.

OTÁÑEZ.

Pues yo afirmo  
Que no lo habeis de perder.

MORON.

¿Ea pues, seamos amigos!  
Y lo que ahora habeis de hacer,  
Es poneros de camino  
Botas y espuelas. Si acaso  
Teneis algun papahigo,  
Ponéosle; que es menester  
Que lleveis muy grande abrigo,  
Porque en las sierras de Aspa  
Hace temerario frio;  
Aunque vos en esta vida  
Mas veces hahreis temido  
Aspa y fuego, que aspa y nieve.

OTÁÑEZ.

Mentis, que no soy judío.

MORON.

En fin, si aquesto ha de ser  
Del modo que os significo,  
Habeis de estar á la puerta  
De vuestro jardin en hilo  
De las ocho.

OTÁÑEZ.

Pues yo voy

A prevenirme.

MORON. (Ap.)

¿Por Cristo,  
Viejo del gato encerrado,  
Que en la trampa habeis caido!  
(Vanse.)

—  
Calle.

### ESCENA XV.

DON JUAN, y luego LEONARDO.

DON JUAN.

Llegó el felice dia  
Del fin dichoso de la pena mia;  
Que fué, por mi obediencia,

Montera con una vuelta, que echada hácia  
abajo cubría cuello y barba.

Verdadera prision, fingida ausencia.  
Con este engaño, ya seguro puedo  
Ver á mi bien sin que me causen miedo  
Rccelos de Leonardo,  
Cuya amistad hacer eterna aguardo.  
(Sale Leonardo.)

LEONARDO.

(Ap. El es: tiemblo de hablalle.  
¿Que un mozo desta cara y deste talle  
Hiciese tal! A no tener Maria  
Su gusto aquí, por vida suya y mia,  
Que no se la pidiera... y he tenido  
Vergüenza de miralle.  
Pero no me daré por entendido  
De que él la hurtó.) Yo vengo,  
Don Juan, buscándos.

DON JUAN.

Desde aquí me tengo  
Por dichoso, si ha sido  
Para mandarme; porque agradecido  
Al favor, el deseado  
Serviros.

LEONARDO.

(Ap. ¿Qué cortés! ¿qué bien hablado!  
¿Gran lástima es, por cierto,  
Que veneno tan vil esté encubierto  
En tan hermoso vaso.)  
Yo he venido, Don Juan, vamos al caso,  
A vos porque he sabido  
Que una joya teneis, que hoy se ha per-  
En mi casa. [dido]

DON JUAN.

¿Señor...! ¿Cómo?

LEONARDO. (Ap.)

Turbado,  
¿Qué presto su delito ha confesado!

DON JUAN. (Ap.)

¿Cielos! ¿qué es lo que he oido!

LEONARDO.

No digo yo que vos habeis tenido  
La culpa, si no aquella  
Mano de quien la bulisteis.

DON JUAN. (Ap.)

¡Fuerte estrellá

Es la mia!

LEONARDO.

Ni dudo,

Don Juan, que quien la dió, darla no pu-  
Vos estais disculpado, [do.  
Pues al fin la tomasteis engañado.  
(Ap. Así un error tan grave  
Le pretendo dorar.)

DON JUAN.

(Ap. Todo lo sabe.

Pero, por Dios, Maria,  
Que aquí toda la culpa ha de ser mia.)  
Señor...

LEONARDO.

Yo no pretendo,  
Don Juan, satisfaccion.

DON JUAN.

Dártela entiendo,  
Para que de tu engaño [ño  
Llegues con mi vergüenza al dcsenga-  
La joya yo la tengo:  
Vesla aquí. La disculpa, que prevengo,  
No es para mí. Yo he sido  
Solamente, señor, quien ha tenido  
Culpa; que te ha engañado  
Quien te dijo que nadie me la ha dado

LEONARDO. (Ap.)

Tanto su error le ciega,  
Que se le encubro yo, y él no lo niega



Yo solo...

DON JUAN.

LEONARDO.

Don Juan, mira  
Que yo sé la verdad.

DON JUAN.

Pues fué mentira.

(Ap. ¡Que esté un hombre tan ciego,  
Que cuando de su honor á darle llevo  
Satisfacción, se culpa  
Tanto, que aunno me admite la disculpa!  
Y pues me da ocasion con disculparme,  
El camino mejor es declararme.)  
Señor, pues se ha sabido  
Quién la joya me dió...

LEONARDO. (Ap.)

Mas advertido

Don Juan se ha reparado  
Con la misma disculpa que le he dado.

DON JUAN.

Sabrás que há muchos dias,  
Que con piedad oyó las quejas mías.

LEONARDO.

(Ap. Ya se va disculpando.)  
Don Juan...

DON JUAN.

(Ap. Ya se va holgando.

De que su agravio diga,  
Como lo sabe y el honor le obliga.)  
Yo, como habrás sabido,  
Aunque pobre, señor, soy bien nacido.  
Disculpas son forzosas...

LEONARDO.

Mozo fui, no me espanto de esas cosas.

DON JUAN.

Pues que mi bien dispones,  
Por quitarme de estas ocasiones  
Houura la humildad mia  
Hoy con la celestial Doña Maria,  
Y cesará con esto  
Causa que en tal peligro nos ha puesto.  
Advierte...

LEONARDO.

¡Poco á poco,

Don Juan. (Ap. Este hombre es loco.  
Porque el ladrón no sea,  
Quiere que yo le case (¿hay quien tal  
Con mi hija. ¡Y qué presto [crea?]  
Dijo que la ocasion cesa con esto!  
Hurte cuanto quisiere;  
Mas casar con mi hija, no lo espere.  
No sin causa Don Diego le avisaba.  
Que un casamiento tal la amenazaba.)  
Don Juan, yo te prometo...

DON JUAN.

¿A tu hija, señor?

LEONARDO.

Basta el secreto. (Vase.)

DON JUAN.

¿Pues cómo me ha dejado  
Leonardo así, despues de haberme da-  
Ocasión que pudiese...? [do  
¿Disela yo para que así se fuese?  
¿Como, si ya sabia  
Quién la joya me dió, y quién la tenia,  
No remedió sus daños?  
De un engaño salieron mil engaños.

## ESCENA XVI.

DOÑA VIOLANTE, QUITERIA.—DON JUAN.

DOÑA VIOLANTE.

Señor Don Juan, no creia  
Que, aunque pudo en tal violencia

Faltar la correspondencia,  
Pudiese la cortesla.  
Tambien la voluntad mia  
Se acabó; mas no por eso  
Os olvido, pues confieso  
Que os quise.

DON JUAN.

(Ap. Eso me faltó

Ahora, para que yo  
De una vez perdiese el seso.)  
Dijistes que en vuestra casa  
No entrase: yo he obedecido,  
Por estar mas encendido  
Otro fuego que me abrasa.  
Corrió el tiempo, el gusto pasa:  
Si vos mismo me mandais,  
Que no os vea, ¿qué os quejais,  
Si os obedezco?

DOÑA VIOLANTE. (Ap.)

¡Qué bien

Sabe fingir el desden!

DON JUAN.

Mirad, pues, qué me mandais.

DOÑA VIOLANTE.

(Ap. ¡Qué bien su amor encubrió!)  
Que mil años os goceis  
Con la dama que quereis.  
(Ap. Bien digo, pues que soy yo.)  
¿Veréisme esta noche?

DON JUAN.

No.

DOÑA VIOLANTE.

No os reñirá esa señora  
A quien vuestro pecho adora,  
Que yo sé que se holgará.  
(Ap. Pues que soy yo, claro está  
Que he de holgarme.)

DON JUAN.

Dadme agora

Licencia...

DOÑA VIOLANTE.

¿Por qué mostrais  
Estar aquí con disgusto,  
Si yo sé que teneis gusto,  
Don Juan, de estar donde estais?  
Si me quereis, si me amais,  
Ya es la entereza sobrada.

DON JUAN.

Estais, por Dios, engañada;  
Que despues que otro sol vi,  
Sois, Violante, para mi  
La cosa mas olvidada.

(Vase.)

## ESCENA XVII.

DOÑA VIOLANTE, QUITERIA.

DOÑA VIOLANTE.

¿Hase visto ni se ha oido  
En un hombre enamorado  
Desprecio tan mal fundado  
Ni desden tan bien fingido?

QUITERIA.

Antes presumo que ha sido  
Verdad, cuando á mirar llevo  
Que en un engaño tan ciego  
Te quieries asegurar.

DOÑA VIOLANTE.

¿Pues esto puede faltar,  
Si me lo ha dicho Don Diego?

QUITERIA.

Lo que yo he visto es que aquí  
Hizo tan notable exceso.

DOÑA VIOLANTE.

Pues ¿vesle? con todo eso  
Se va muriendo por mí.

QUITERIA

¿A eso te persuades?

DOÑA VIOLANTE.

Si.

Con aquel desden prolijo,  
Mas me alegro que me aflijo.

QUITERIA.

Mira que el tiempo se muda.

DOÑA VIOLANTE.

¿Esto puede tener duda,  
Si Don Diego me lo dijo?

ESCENA XXVIII<sup>1</sup>.

DON CARLOS. — DOÑA VIOLANTE, QUITERIA.

DON CARLOS.

Si tu luz hermosa sigo,  
Escucha, hermosa Violante,  
Oye un declarado amante  
Que ha sido encubierto amigo.  
Aunque hoy mis penas te digo,  
Testigos fueron los cielos  
De que lloré sus desvelos.

DOÑA VIOLANTE. (Ap.)

Don Juan, con venganza extraña,  
Engañese quien engaña,  
Tenga celos quien da celos.  
A Carlos he de lingir  
Que quiero, para probar  
Si celos se saben dar  
Como se saben pedir.

DON CARLOS.

Si no me atrevi á decir  
Mi afición, fué por temer...

DOÑA VIOLANTE.

Bien la supe conocer,  
Si pagarla no he sabido,  
Porque no le es permitido  
Declararse á una mujer.  
Carlos, vergüenza y respeto  
Tuvieron la lengua muda.

DON CARLOS. (Ap.)

Ya del hechizo, sin duda,  
Se va mostrando el efeto.

DOÑA VIOLANTE.

La vida y alma os prometo,  
Carlos, cuando á tanto fuego  
Turbada á abrasarme llevo.

(Vase con Quiteria.)

DON CARLOS.

Al fin la supe obligar.  
Mas ¿esto pudo faltar,  
Si me lo dijo Don Diego?

Jardin en casa de Leonardo.

## ESCENA XIX.

OTÁÑEZ, muy galan, con botas y espuelas; despues MORON.

OTÁÑEZ.

¡Adios, Madrid! desta vez  
No pienso volver á verte,  
Que va á buscar buena muerte  
Quien tuvo mala vejez.  
¿Habra cosa mas extraña,  
Que viéndome anohecer  
En Madrid, amanecer  
En medio de la montaña?  
Este fuera buen estilo,  
Aunque costara dineros,

<sup>1</sup> Esta escena falta en la edicion de 1133

Por no tratar con venteros.  
¿Si serán las ocho en hilo?  
¿Cómo no viene Moron?

(Sale Moron.)

MORON.

Yo estoy aquí. ¿Venís ya  
Prevenido?

OTÁÑEZ.

Todo está,  
Amigo, puesto en razón.

MORON.

¡Qué cabalgadura os tengo!

OTÁÑEZ.

No entendi que hasta este día  
Mozos de diablos habia,  
Como de mulas.

MORON.

Prevengo

Que aunque mucho ruido oigais  
De voces muy lastimosas,  
Confusiones ú otras cosas,  
Ni os turbeis ni lo temais.  
En llegando, os quitarán  
Los cordeles con extraña  
Presteza, y en la montaña  
Muy contento os dejarán,  
Muy alegre y descansado.

OTÁÑEZ.

No me suceda un desastre.  
¿Qué mula tendré?

MORON.

Es un sastre

Antiguo, que ha profesado  
Ya de demonio. Tapaos  
Con esa capa muy bien,  
Y yo los ojos tambien

(Le venda los ojos.)

Os vendaré. Arrebozaos  
Con mucho brio, eso sí.  
Ya está aquí el diablo: saltad.

OTÁÑEZ.

¡Jo, demonio!

(Moron hace á Otáñez ponerse á caballo en un banco, en el fondo del jardín.)

MORON.

Ahora tomad (Dale una cuerda.)

Esa rienda, y porque así  
Vais mas seguro, yo quiero  
Ataros contra la silla. (Lo hace.)

OTÁÑEZ.

Tened de un pobre manilla,  
No atéis tan fuerte.

MORON. (Apartándose.)

Escudero,

Que por esos aires vas...

OTÁÑEZ.

Ya siento que voy volando;  
Que la voz se va quedando.

MORON.

Camina con Barrabas. (Vase.)

## ESCENA XX.

DON JUAN, DOÑA MARIA.—OTÁÑEZ.

DOÑA MARIA.

¿Que mi padre te pidió  
La joya?

DON JUAN.

A enojo tan fuerte  
Mil disculpas te previne,  
Todas á efecto de hacermie

Culpado, porque quedases  
En su concepto inocente.

DOÑA MARIA.

Don Juan, yo tuve la culpa  
Pues que por satisfacerle,  
Hice por la joya extremos,  
Que obligaron á que fuese  
Á un astrólogo, que ha sido  
Contrario de tu amor siempre.  
Pero aunque planetas, signos  
Y estrellas en sus celestes  
Globos influyan rigores,  
Y contra tí se concierten,  
No ha de dejar de ser tuya  
La que por suyo te tiene,  
Y la que te da su mano.

DON JUAN.

Deja que infinitas veces  
En ella ponga la boca,  
Para que en su hermosa nieve  
Ocupado el labio, tenga  
Disculpa el no responderte.

OTÁÑEZ. (Para sí.)

Que paso sin duda ahora  
Por algun lugar parece,  
Porque en el aire he escuchado  
Hablar á diversas gentes.

## ESCENA XXI.

BEATRIZ, asustada. — Dichos.

BEATRIZ.

¡Ay señora! mi señor  
Con el convidado viene.  
¿Qué hemos de hacer?

DOÑA MARIA.

¿No podrás

Llevarle tú á mi retrete?

BEATRIZ.

No, que ya está en el jardín.

DOÑA MARIA.

Mi señor la llave tiene  
De esta puerta.

DON JUAN.

¿Qué he de hacer

Pues?

DOÑA MARIA.

Fuerza será esconderte  
Detras de aquellos jazmines.  
(Escóndese Don Juan.)

## ESCENA XXII.

DON DIEGO, DON ANTONIO, LEONARDO, MORON. — DOÑA MARIA, BEATRIZ, OTÁÑEZ.

DON DIEGO.

¿Qué agradable vista ofrece  
Este jardín! Bien le adorna  
Con su hermosura esta fuente;  
Buena es esta galería.

OTÁÑEZ. (Para sí.)

Ya es otro lugar aqueste,  
Pues, de las que oí no há mucho,  
Son las voces diferentes.  
O están los lugares cerca,  
O yo ando mucho.

DON ANTONIO. (A Doña Maria.)

Tenedme

Por vuestro humilde criado.

LEONARDO.

Esta es tu joya.

DOÑA MARIA

Advierte

Que yo no tuve...

LEONARDO.

Ya sé

La poca culpa que tienes.

## ESCENA XXIII.

DOÑA VIOLANTE, DON CARLOS. — Dichos.

DOÑA VIOLANTE.

He de entrar hasta su cuarto.

DON CARLOS.

Violante, aguarda, detente.

LEONARDO.

¿Qué es esto?

DON CARLOS.

Escucha, Violante.

DOÑA VIOLANTE.

No te espantes de que entre  
Así, Leonardo, en tu casa;  
Que tales licencias tiene  
En los hombres el engaño  
Y el desprecio en las mujeres.  
Yo vengo siguiendo á un hombre,  
Que es el que á tu hija quiere,  
Y está escondido en tu casa.

LEONARDO.

¡En mi casa! ¡Injusta suerte!

OTÁÑEZ. (Para sí.)

Las voces son lastimosas,  
Que prevenidas me tiene  
Moron: no hay de qué espantarme.

DON DIEGO.

Escucha, señor, advierte...

DOÑA VIOLANTE.

No creas á este embustero,  
Porque en cuanto dice miente.

DOÑA MARIA. (Ap.)

¡Cielos! ¿qué ha de ser de mí?

LEONARDO.

¿Qué es esto, ingrata? ¡Así ofendes  
A la sangre mas honrada!  
¿Qué es de ese hombre?

DOÑA MARIA.

¿Qué puede

Responder á quien á un tiempo  
Celos y desdichas vienen,  
Si es que celos y desdichas  
Ser cosas distintas suelen?

LEONARDO.

No ha de quedar en mi casa  
Un átomo que no queme.

DON ANTONIO.

Un hombre está atado aquí.

LEONARDO.

¡Atado! ¿qué encanto es este?  
¿Pues es el de Falerina  
Mi jardín?

MORON.

Aquí parece  
El pobre Otáñez. (Ap. Mi burla  
Vino á salir excelente.)

LEONARDO.

¡Hombre aquí! ¿Quién puede ser?

DON CARLOS.

Ya están rotos los cordeles.



OTÁÑEZ.

Ya he llegado. ¡Oh patria mia,  
Deja que tu tierra bese  
Agradecido! Qué bien  
Conozco yo estas paredes!  
En fin, nací aquí.

LEONARDO.

¿Qué miro?  
¡Cielos! ¿No es Otáñez este?  
¿Qué es esto, Otáñez?

OTÁÑEZ.

¡Jesus!  
Pues tú, señor, ¿también vienes  
A las montañas? ¿A qué?

LEONARDO.

¡Muy á propósito ofreces  
Una burla á tantas véras!

OTÁÑEZ.

Mucho me huelgo de verte  
Donde sepas mi hidalguía.

MORON.

Figurilla de bufete,  
En Madrid estais.

OTÁÑEZ.

Por Dios  
Que es verdad. ¡Jesus mil veces!  
(*Éntrase Doña Violante, y vuelve á salir  
con Don Juan.*)

## ESCENA XXIV.

DOÑA VIOLANTE, DON JUAN. —  
DICHOS.

DOÑA VIOLANTE.

Este es el hombre.

LEONARDO.

¿Qué dices?  
¿El hombre?... Aun mas daño es ese.  
¿Un ladrón habia de ser  
El que á mi hija pretende?

DON JUAN.

No soy ladrón; que ella misma,

Que mi humildad favorece,  
Me dió la joya, y yo quise,  
Por disculparla, ofenderme.  
Pobre soy; pero mi sangre,  
Por mayor lustre, merece  
En tu enojo mas piedad.  
Si ya es cierto que previene  
Su estrella pobre marido,  
Dime, señor, ¿con quien puedes  
Cumplir el hado mejor?

LEONARDO.

(*Ap.* ¡Honor, otro caso es este!  
Y para templar el daño,  
Consejo muda el prudente.)  
Dale la mano á Maria;  
Porque quiero desta suerte,  
Que de mi honor las sospechas  
Todas satisfechas queden.

DON JUAN.

¡Dichoso soy!

DOÑA MARÍA.

¿Ves, Don Diego,  
Como, aunque fingidamente,  
Descubriendo mis secretos,  
Quisiste estorbar mil veces  
Mi casamiento, en efecto  
No pudiste? Luego miente  
Tu ciencia.

DOÑA VIOLANTE.

¿Ves cómo á mi  
Me dijiste que estuviere  
Segura que me quería  
Don Juan, y al llegar á verle,  
Le hallo casado con otra?  
¡Mal haya, amen, quien os creó,  
Astrologos mentirosos!

DON CARLOS.

¿Ves, Don Diego, cómo hacirme  
De Violante firme amante  
Prometiste, y locamente  
Viene á buscar á Don Juan,  
Celosa de sus desdenes,  
Sin acordarse de mí?  
Luego no hay cosa en que aciertes.

OTÁÑEZ.

¿Ves como á mi me dijiste  
Que iria muy brevemente  
A la montaña, y me estoy  
En Madrid?

BEATRIZ.

Señores, cesen  
Los baldones; que harto ha hecho  
Hasta ahora en defenderse,  
No siendo astrólogo.

LEONARDO.

¿No?

BEATRIZ.

Ya mi señora no pierde,  
Supuesto que está casada,  
En cuanto llegue á saberse. —  
Yo le dije tus amores (*A su ama.*)  
A Moron.

MORON.

Y brevemente  
Yo se los dije á Don Diego.

DON ANTONIO.

Y él á mi.

DON CARLOS.

Yo estoy presente,  
A quien vos se lo dijisteis,  
Porque yo estaba inocente,  
Y se lo dije á Violante.

MORON.

¡Muy lindo secreto es este!

DON ANTONIO.

¡Qué frío os habeis quedado!

DON DIEGO.

¿Alguno obligarme puede  
A mas que á no adivinar?  
Pues yo juro eternamente  
De dejar mi astrología.  
Esta boda se celebre,  
Para que con su contento  
Supla las faltas que tiene  
Un *Astrólogo fingido*.  
Si tantas perdon merecen





# A SECRETO AGRAVIO SECRETA VENGANZA.

## PERSONAS.

EL REY DON SEBASTIAN.  
DON LOPE DE ALMEIDA.  
DON JUAN DE SILVA.  
DON LUIS DE BENAVIDES.  
DON BERNARDINO, *viejo*.

EL DUQUE DE BERGANZA.  
DOÑA LEONOR, *dama*.  
SIRENA, *criada*.  
MANRIQUE, *criado*.

CELIO, *criado*.  
UN BARQUERO.  
ACOMPAÑAMIENTO.  
SOLDADOS.

*La escena es en Lisboa, en las cercanías de Aldea Gallega y en otros puntos.*

## JORNADA PRIMERA.

Vista exterior de una quinta del Rey.

### ESCENA PRIMERA.

EL REY DON SEBASTIAN, DON LOPE DE ALMEIDA, MANRIQUE, ACOMPAÑAMIENTO.

DON LOPE.

Otra vez, gran señor, os he pedido  
Esta licencia, y otra habeis tenido  
Por bien mi casamiento;  
Mas yo que siempre, á tanta luz atento,  
Vivo en vuestro semblante, vengo á da-

[ros  
Cuenta de mi eleccion, y á suplicaros  
Que en vuestra gracia pueda  
Colgar las armas, y que Marte ceda  
A Amor la gloria, cuando en paz reciba,  
En vez de alto laurel, sagrada oliva.  
Yo os he servido, y solamente espero  
Esta merced por galardón postrero,  
Pues con esta licencia venturosa  
Hoy saldré á recibir mi amada esposa

REY.

[mento,

Yo estimo vuestro gusto y vuestro au-  
Y me alegro de vuestro casamiento;  
Y á no estar ocupado  
En la guerra que en Africa he intentado,  
Fuera vuestro padrino.

DON LOPE.

Eterno dure ese laurel divino  
Que tus sienas corona.

REY.

Estimo en mucho yo vuestra persona.  
(*Vase el Rey y acompañamiento.*)

### ESCENA II.

DON LOPE, MANRIQUE.

MANRIQUE.

Contento estás.

DON LOPE.

Mal supiera

La dicha y la gloria mía  
Disimular su alegría.  
¡Felice yo, si pudiera  
Volar hoy!

MANRIQUE.

Al viento iguales.

DON LOPE.

Poco aprovecha; que el viento  
Es perezoso elemento.  
Diérame el amor sus alas,  
Volara abrasado y ciego;

Pues quien al viento se entrega,  
Olas de viento navega,  
Y las de amor son de fuego.

MANRIQUE.

Para que desengañarme  
Pueda, creyendo que tienes  
Causa, dime á lo que vienes  
Con tanta prisa.

DON LOPE.

A casarme.

MANRIQUE.

¿Y no miras que es error,  
Digno de que al mundo asombre,  
Que vaya á casarse un hombre  
Con tanta prisa, señor?  
Si hoy, que te vas á casar,  
Del mismo viento te quejas,  
¿Qué dejas que hacer, qué dejas  
Cuando vayas á enviudar?

### ESCENA III.

DON JUAN DE SILVA, *en traje po-*  
*bre.*—DON LOPE, MANRIQUE.

DON JUAN. (*Para sí.*)

¿Cuán diferente pensé  
Volver á ti, patria mía,  
Aquel infelice día  
Que tus umbrales dejé!  
¿Quién no te hubiera pisado!  
Pues siempre mejor ha sido,  
Adonde no es conocido,  
Vivir el que es desdichado.  
Gente hay aquí, no es razón  
Verme en el mal que me veo.

DON LOPE.

Aguárdate. No lo creo.  
¿Si es verdad? ¿Si es ilusion?  
¿Don Juan!

DON JUAN.

¿Don Lope!

DON LOPE.

Dudoso

De tanta dicha, mis brazos  
Han suspendido sus lazos.

DON JUAN.

Deteneos, que es forzoso  
Que me defienda de quien  
Tanto honor y valor tiene;  
Que hombre que tan pobre viene,  
Don Lope amigo, no es bien  
Que toque (¡oh suerte importuna!)  
Pecho de riquezas lleno.

DON LOPE.

Vuestras razones condeno,  
Porque si da la fortuna  
Humanos bienes del suelo.

El cielo un amigo da  
Como vos: ¡ved lo que va  
Desde la fortuna al cielo!

DON JUAN.

Aunque hacéis que ajetado cobre,  
En mí mayor mal está:  
¡Mirad cuán grande será  
Mal que es mayor que ser pobre!  
Y porque mi sentimiento  
Algun alivio prevenga,  
Si es posible que le tenga,  
Escuchad, Don Lope, atento.  
A la conquista famosa  
De la India, que eligió  
Para su tumba la noche  
Y para su cuna el sol,  
Amigos, y tan amigos,  
Pasamos juntos los dos,  
Que asistieron en dos cuerpos  
Un alma y mi corazón.  
No codicia de riqueza,  
Sino codicia de honor  
Obligó nuestros deseos  
A tan atrevida acción,  
Como tocar con bajeles  
La provincia que ignoró  
Por tantos años la ciencia,  
Nunca creída hasta hoy.  
La nobleza lusitana  
De su fortuna fió  
Naves, que ciertas exceden  
Las fingidas de Jason.  
Dejo esta alabanza á quien  
Pueda con mas dulce voz  
Contar los famosos hechos  
Desta invencible nación;  
Porque el gran Luis de Camocns,  
Escribiendo lo que obró,  
Con pluma y espada muestra  
Ya el ingenio y ya el valor  
En esta parte. Después,  
Don Lope invicto, que vos,  
Por muerte de vuestro padre,  
Volvisteis, me quedé yo,  
Bien sabéis con cuánta fama  
De amigos y de opinión,  
Que ahora perdidos hacen  
El sentimiento mayor.  
Pero en efecto es consuelo:  
¡Ved si desgraciado soy,  
Que nunca le di, malquisto,  
A la fortuna ocasion!  
Había en Goa una señora,  
Hija de un hombre á quien dió  
Grande cantidad de hacienda  
Codicia y contratación.  
Era hermosa, era discreta;  
Que, aunque enemigas las dos  
En ella hicieron las paces  
Hermosura y discreción.  
Servíla tan venturoso,  
Que merecí algun favor:

Pero ¿quién ganó al principio,  
Que á la postre no perdió?  
¿Quién fué ántes tan felice,  
Que despues no declinó?  
Porque son muy parecidos  
Juego, fortuna y amor.  
Don Manuel de Sosa, un hombre  
(Hijo del gobernador  
Manuel de Sosa) por sí  
De mucha resolucion,  
Muy valiente, muy cortés,  
Bizarro y cuerdo (que yo,  
Aunque le quité la vida,  
No he de quitarle el honor),  
De Violante enamorado,  
(Que este es el nombre que dió  
Ocasión á mi ventura  
Y á mi desdicha ocasion)  
En Goa públicamente  
Era mi competidor.  
Poco cuidado me daba  
Su amorosa pretension;  
Porque siendo, como era,  
El favorecido yo,  
La pena del despreciado  
Hizo mi dicha mayor.  
Un dia, que el sol hermoso  
Saliera (¡piuguiera á Dios,  
Sepultara eterna noche  
Su continuo resplandor!),  
Salió con el sol Violante:  
Bastaba pedirle yo  
Que aun el uno no saliera,  
Para que salieran dos.  
De criados rodeada  
A la marina llegó,  
Donde estaba mucha gente,  
Porque en aquella ocasion  
Habia llegado una nave  
Al puerto, y su admiracion  
Dió causa á aqueste concurso,  
Y á mi desdicha la dió.  
Estábamos en un corro  
De mucha gente los dos,  
Todos soldados y amigos,  
Cuando á la vista pasó  
Violante. Iba tan airosa,  
Que allí ninguno dejó  
De poner el alma en ella,  
Porque su planta veloz  
Era el móvil que llevaba  
Tras sí la imaginacion.  
Dijo un capitán: — ¡Qué bella  
Mujer! — A quien respondió  
Don Manuel: — Y como tal  
Ha sido la condicion.  
— Será cruel. — No por eso  
Lo digo (le replicó),  
Sino por ver que ha escogido,  
Como hermosa, lo peor. —  
Yo entonces dije: Ninguno  
Sus favores mereció,  
Porque no hay quien los merezca;  
Y si hay alguno, soy yo.  
— Mentís, dijo. Aquí no puedo  
Proseguir, porque la voz  
Muda, la lengua turbada,  
Frio el cuerpo, el corazon  
Palpitante, los sentidos  
Muertos y vivo el dolor,  
Quedan repitiendo aquella  
Afrenta. ¡Oh tirano error  
De los hombres! ¡Oh vil ley  
Del mundo! ¡Que una razon,  
O que una sinrazon pueda  
Manchar el altivo honor  
Tantos años adquirido,  
Y que la antigua opinion  
De honrado quede postrada  
A lo fácil de una voz!  
¡Que el honor, siendo un diamante,  
Pueda un frágil soplo (¡ay Dios!)

Abrasarle y consumirle,  
Y que siendo su esplendor  
Mas que el sol puro, un aliento  
Sirva de nube á este sol!  
Mucho del caso me aparto,  
Llevado de la pasion.  
Perdonad, vuelvo al suceso.  
Apenas él pronunció  
Tales razones, Don Lope,  
Cuando mi espada veloz  
Pasó de la vaina al pecho,  
Tal que á todos pareció  
Que imitaron trueno y rayo  
Juntas mi espada y su voz.  
Bañado en su misma sangre,  
Muerto en la arena cayó,  
Cuando para mi defensa  
Tomé una iglesia, á quien dió  
En aquel sitio lugar  
La sagrada religion.  
De Francisco; que por ser  
Su padre el gobernador,  
Me fué forzoso esconderme  
Con tanto asombro y temor,  
Que tres dias un sepulcro  
Habité vivo. ¿Quién vió  
Que siendo el contrario el muerto,  
Fuese el sepultado yo?  
Al cabo de los tres dias,  
Por amistad y favor,  
El capitán de la nave  
Que á nuestro puerto llegó,  
Y que á Lisboa venia,  
En ella me recibió  
Una noche, cuyo manto  
Fué de mi vida ocasion.  
En esta nave escondido  
Estuve, hasta que el veloz  
Monstruo del viento y del agua  
Los piélagos dividió  
De Neptuno. ¡Injusto engaño  
De la vida! O su pasion  
No dé por infame al hombre  
Que sufre su deshonor,  
O le dé por disculpado  
Si se venga; que es error  
Dar á la afrenta castigo,  
Y no al castigo perdon.  
Hoy he llegado á Lisboa,  
Adonde tan pobre estoy,  
Que no osaba entrar en ella.  
Estas mis fortunas son,  
Ya no tristes, sino alegres,  
Pues me dieron ocasion  
De llegar á vuestros brazos.  
Estos mil veces os doy,  
Si un hombre tan infelice  
Puede merecer de vos,  
O gran Don Lope de Almeida,  
Tal merced, honra y favor.

## DON LOPE.

Atentamente escuché,  
Don Juan de Silva, las quejas,  
Que en lágrimas anegadas  
Dais desde el pecho á la lengua,  
Y atentamente he pensado  
Que no hay opinion que pueda,  
Por mas sutil que discurra,  
Tener dudosa la vuestra.  
¿Quién, en naciendo, no vive  
Sujeto á las inclemencias  
Del tiempo y de la fortuna?  
¿Quién se libra, quien se excepta  
De una intencion mal segura,  
De un pecho doble, que alienta  
La ponzoña de una mano  
Y el veneno de una lengua?  
Ninguno. Solo dichoso  
Puede llamarse el que deja,  
Como vos, limpio su honor  
Y castigada su ofensa

Honrado estáis: negras sombras  
No deslustren, no oscurezcan  
Vuestro honor antiguo, y hoy  
En nuestra amistad se vea  
La virtud de aquellas plantas,  
Tan conlormemente opuestas,  
Que una con calor consume,  
Y otra con frialdad penetra,  
Siendo veneno las dos,  
Y estando juntas, se templan.  
De suerte, que son entonces  
Salud mas segura y cierta.  
Vos estáis triste, yo alegre:  
Parlamos la diferencia  
Entre los dos, y templando  
El contento y la tristeza,  
Queden en igual balanza  
Mi alegría y vuestra pena,  
Mi gusto y vuestro dolor,  
Mi ventura y vuestra queja,  
Porque el pesar ó el placer  
Matar á ninguno pueda.  
Yo me he casado en Castilla,  
Por poder, con la mas bella  
Mujer... (Mas para ser propia  
Es lo ménos la belleza.)  
Con la mas noble, mas rica,  
Mas virtuosa y mas cuerda  
Que pudo en el pensamiento  
Hacer dibujos la idea.  
Doña Leonor de Mendoza  
Es su nombre, y hoy con ella  
Don Bernardino mi tío  
Llegará á Altea Gallega,  
Donde salgo á recibirla  
Con tan venturosas muestras  
Como veis; y un bello barco  
Tan venturoso la espera,  
Que juzga por perezosas  
Hoy del tiempo las ligeras  
Alas; porque el bien que tarda,  
No llega bien cuando llega.  
Esta es mi dicha, mayor  
Por ver cuánto la acrecienta  
Vuestra ventura, Don Juan.  
No os dé temor, no os dé pena  
Venir pobre; rico soy:  
Mi casa, amigo, mi mesa,  
Mis caballos, mis criados,  
Mi honor, mi vida, mi hacienda,  
Todo es vuestro. Consolaos  
De que la fortuna os deja  
Un amigo verdadero,  
Y que no ha tenido fuerza  
Contra vos quien no os quitó  
Ese valor que os alienta,  
Esa alma que os anima,  
Y este brazo que os defiende.  
No me respondais, dejad  
Las cortesanas linezas,  
Entre amigos excusadas,  
Y venid adonde sea  
Testigo vuestra persona  
De la dicha que me espera;  
Que hoy en Lisboa ha de entrar  
Mi esposa, y estas tres leguas  
De mar (para mí de fuego)  
Hemos de venir con ella;  
Que de esotra parte está  
Sin duda.

## DON JUAN.

Pues no pretenda  
Con mi humildad deslucirse,  
Don Lope, vuestra nobleza,  
Porque el mundo, no la sangre,  
Sino el vestido, respeta.

## DON LOPE.

Ese es engaño del mundo,  
Que no ve ni considera  
Que al cuerpo le viste el oro,  
Pero al alma la nobleza.



Venid conmigo. (Ap. Suspiros,  
Ofreced viento á las velas,  
Si es que en los mares del fuego  
Bajeles de amor navegan.)

(Vanse los dos.)

MANRIQUE.

Yo me quiero adelantar  
En alguna barca destas,  
Que llaman muletes, y hoy  
Siendo cojo con muletas,  
Pediré á mi nueva ama  
Las albricias de que llega  
Su esposo; que el primer día  
Da las albricias cualquiera,  
Porque sale de forzada,  
Si es lo mismo que doncella. (Vase.)

Campo cercano á Aldea Gallega.

#### ESCENA IV

DON BERNARDINO, DOÑA LEONOR,  
SIRENA.

DON BERNARDINO.

En la falda lisonjera  
Deste monte coronado  
De flores, donde ha llamado  
A cortes la primavera,  
Puedes descansar, en tanto,  
Bella Leonor, que dichoso  
Llega Don Lope tu esposo.  
Y perdona al dulce llanto,  
Aunque no es gran maravilla  
Que con sentimiento igual,  
A vista de Portugal  
Te despidas de Castilla.

DOÑA LEONOR.

Hlustre Don Bernardino  
De Almeida, mi tierno llanto  
No es ingratitud á tanto  
Honor como me previno  
La suerte y la dicha mia.  
Viendo tan cercano el bien,  
Gusto ha sido; que tambien  
Hay lágrimas de alegría.

DON BERNARDINO.

Cuerdamente te disculpa  
La discrecion lisonjera;  
Y aunque por disculpa fuera,  
Te agradeciera la culpa.  
Yo quiero dar mas lugar  
A divertir la porfia  
De aquesta melancolia.  
Aqui puedes descansar,  
Venciendo el rigor aqui  
Del sol, que en sus rayos arde.  
El cielo tu vida guarde. (Vase.)

#### ESCENA V.

DOÑA LEONOR, SIRENA.

DOÑA LEONOR.

¿Fuése ya, Sirena?

SIRENA.

SÍ.

DOÑA LEONOR.

¿Oyenos álguien?

SIRENA.

Sospecho

Que estamos solas las dos.

DOÑA LEONOR.

Pues salga mi pena (¡ay Dios!)  
De mi vida y de mi pecho.  
Salga en lágrimas deshecho  
El dolor que me provoca,

El fuego que al alma toca,  
Remitiendo sus enojos  
En lágrimas á los ojos,  
Y en suspiros á la boca.  
Y sin paz y sin sosiego  
Todo lo abrasen veloces,  
Pues son de fuego mis voces  
Y mis lágrimas de fuego.  
Abrasen, cuando navego  
Tanto mar y viento tanto,  
Mi vida y mi fuego cuanto  
Consuma el fuego violento,  
Pues mi voz es fuego y viento,  
Mis lágrimas fuego y llanto.

SIRENA.

¿Qué dices, señora? Advierte  
En tu peligro y tu honor.

DOÑA LEONOR.

¿Tú que sabes mi dolor,  
Tú que conoces mi muerte,  
Me reportas desta suerte?  
¿Tú de mi llanto me alejas?  
¿Tú que calle me aconsejas?

SIRENA.

Tu inútil queja escuchando  
Estoy.

DOÑA LEONOR.

¡Ay Sirena! ¿cuándo  
Son inútiles las quejas?  
Quéjase una flor constante  
Si el aura sus hojas hiere,  
Cuando el sol caduco muere  
En tómulos de diamante;  
Quéjase un monte arrogante  
De las injurias del viento,  
Cuando le ofende violento;  
Y el eco, niña vocal,  
Quejándose de su mal,  
Responde el último acento.  
Quéjase, porque amar sabe,  
Una hiedra, si perdió  
El duro escollo que amó;  
Y con acento suave  
Se queja una simple ave  
Del qué la cogió á traición,  
Y en la dorada prision  
Así aliviarse pretende,  
Que al fin la queja se entiende,  
Si se ignora la cancion.  
Quéjase el mar á la tierra,  
Cuando en lenguas de agua toca  
Los labios de opuesta roca.  
Quéjase el fuego, si encierra  
Rayos, que al mundo hacen guerra:  
¿Qué mucho pues que mi aliento  
Se rinda al dolor violento,  
Si se quejan monte, piedra,  
Ave, flor, eco, sol, hiedra,  
Tronco, rayo, mar y viento?

SIRENA.

Sí, mas ¿qué remedio as:  
Consígues desesperada?  
Don Luis muerto y tú casa-la,  
¿Qué pretendes?

DOÑA LEONOR.

¡Ay de mí!

Di, Sirena amiga, di,  
Don Luis muerto y muerta yo.  
Pues si el cielo me forzó,  
Me verás en esta calma,  
Sin gusto, sin sér, sin alma,  
Muerta sí, casada no.  
Lo que yo una vez amé,  
Lo que una vez aprendí,  
Podré perderlo, ¡ay de mí!  
Olvidarlo no podré.  
¿Olvido donde hubo fe?

¡Suplió

Miente amor. ¿Como se hallara  
Burlada verdad tan clara?  
Pues la que constante fuera,  
No olvidara, si quisiera,  
No quisiera, si olvidara.  
¡Mira tú lo que senti  
Cuando su muerte escuché,  
Pues forzada me casé  
Solo por vengarme en mí!  
Ya la vez última aquí  
Se despidió mi dolor.  
Hasta las aras, amor,  
Te acompañe; aquí te quedas,  
Porque atreverte no puedas  
A las aras del honor

#### ESCENA VI.

MANRIQUE. — DOÑA LEONOR, SI-  
RENA.

MANRIQUE.

¡Dichoso yo que he llegado  
Venturoso yo que he sido,  
Felice yo que he venido,  
Refelice yo que he dado  
El primero labio mio  
A la estampa desc pié,  
Que, lleno de flores, fué  
Primavera del estío!  
Y pues he llegado á vos,  
Beso y vuelvo á rebesar  
Cuanto se puede besar,  
Sin ofender á mi Dios.

DOÑA LEONOR.

¿Quién sois?

MANRIQUE.

El menor criado

De Don Lope, mi señor  
(Mas no el hablador menor),  
Que veloz me he adelantado  
Por albricias de que viene.

DOÑA LEONOR.

Descuido fué, bien decís,  
Tomad. Y ¿de qué servís  
A Don Lope?

MANRIQUE.

Hombre que tiene

Este humor, ¿ya no os avisa  
Que es gentil-hombre su nombre?

DOÑA LEONOR.

¿Y de qué sois gentil-hombre?

MANRIQUE.

De la boca de la risa.  
Criado, á quien le prefieren  
A los mayores cuidados,  
Y es pendanga de criados,  
Hecha del palo que quieren:  
Cuando guardo, mayordomo;  
Cuando algun vestido espero  
De mi amo, camarero;  
Maestresala, cuando tomo  
Para mi el mejor bocado;  
Secretario, poco amigo.  
Cuando sus secretos digo:  
Caballerizo extremado,  
Cuando por no andar á pié,  
Con achaque de pasalle,  
Salgo á caballo á la calle;  
Cuando alguna cosa fué  
Tal que se guarda de mí,  
Soy entónces su vedor,  
Y despues su contador;  
Pues á todos desde allí  
Lo cuento, á todos lo aviso;  
Cuando hurto lo que quiero

Manrique nada ha hablado de descuido en el razonamiento que ha dicho. Deben faltar algunos versos.

De la plaza, repostero;  
 Despensero, cuando siso;  
 Soy valiente cuando huyo;  
 Y soy su cochero el día  
 Que sus amores me fia;  
 Y así claramente arguyo  
 Que soy por tan varios modos.  
 Sirviéndole siempre así,  
 Cada oficio de por sí,  
 Y murmurándole, todos.  
 (Hablan aparte Doña Leonor y Sirena.)

### ESCENA VII.

DON BERNARDINO, DON LUIS Y CELIO,  
*que se quedan lejos de—* DOÑA  
 LEONOR, SIRENA, MANRIQUE.

DON LUIS.

Soy mercader, y trato en los diamantes,  
 Que hoy son piedras, y rayos fueron an-  
 del sol, que perficiona y ilumina [tes  
 Rústico grano en la abrasada mina.  
 Paso desde Lisboa hasta Castilla,  
 Y en esta aldea vi la maravilla  
 Del cielo, reducida en una dama  
 Que acompañais; y luego de la fama  
 Supe que va casada ó á casarse.  
 Y como suele en todas emplearse  
 Este caudal mas bien, porque las bodas  
 En la gala y la joya empiezan todas,  
 Enseñarnos quisiera algunas dellas,  
 Que no son mas lucientes las estrellas,  
 Por ver si la ocasion con el deseo  
 Hacen en el camino algun empleo.

DON BERNARDINO.

La prevencion y la advertencia ha sido  
 Acertada. A buen tiempo habeis venido,  
 Pues yo, por divertirla y alegrarla  
 (Que está triste), una joya he de ferirla.  
 Aquí esperaré, y llegaré primero  
 A prevenirla.

DON LUIS.

Pues ahora quiero  
 Que la lleveis, señor, para bastante  
 Prueba de mi verdad, este diamante;  
 (Dásele.)

Que visto su valor y su excelencia,  
 No dudo yo, señor, que os dé licencia  
 De llegar á sus piés.

DON BERNARDINO.

¡Es piedra rara! ¡ra!  
 ¡Qué fondo! qué caudal! qué limpia y cla-  
 Aquí, divina Leonor, (Llégase á ella.)  
 Ha llegado un mercader,  
 En cuya mano has de ver  
 Joyas de grande valor,  
 Ricas, costosas y bellas.  
 Divierte un poco el pesar;  
 Que yo te quiero leriar  
 Lo que te agrade de ellas.  
 Este diamante, farol  
 Que con luz hermosa y nueva,  
 Para su limpieza prueba  
 Ser luciente hijo del sol,  
 Viene por testigo aquí.  
 Toma el diamante. (Dásele.)

DOÑA LEONOR. (Ap.)

¿Qué veo?

Cielos!

DON BERNARDINO.

Dime...

DOÑA LEONOR. (Ap.)

Aun no lo creo.

DON BERNARDINO.

Si ha de llegar.

DOÑA LEONOR.

(Ap. ¡Ay de mí!  
 Este diamante es el mismo...) Dile que llegue. — ¡Sirena!  
 (Apártase Don Bernardino.)  
 (Ap. Sáqueme amor desta pena,  
 Deste encanto, deste abismo.)  
 Este diamante que ves,  
 Luz que con el sol la mides,  
 Di á Don Luis de Benavides.  
 Prenda mia y suya es.  
 O mis lágrimas me ciegan,  
 O es el mismo. ¡Loy sabré yo  
 Como á mis manos volvió.

SIRENA.

Disimula, que ya llegan.  
 (Llega Don Luis.)

DON LUIS.

Yo soy, hermosa señora...

DOÑA LEONOR. (Ap.)

Alma de la pena mia,  
 Cuerpo de mi fantasía

SIRENA. (Ap. á ella.)

Disimula y calla ahora;  
 Que ya veo la razon  
 Que tienes para admirarte.

DON LUIS

Yo soy quien en esta parte  
 Piensa lograr la ocasion,  
 Habiendo á tiempo llegado  
 En que pueda mi deseo  
 Hacer el feliz empleo  
 Tantos años esperado.  
 Traigo joyas que vender  
 De innumerable riqueza;  
 Y entre otras, una firmeza  
 Sé que os ha de parecer  
 Bien; porque della sospecho  
 Que adorne esa bizarria,  
 Si es que la firmeza mia  
 Llega á verse en vuestro pecho.  
 Un Cupido de diamantes  
 Traigo de grande valor;  
 Que quise hacer al amor  
 Yo de piedras semejantes.  
 Porque labrándole así,  
 Cuando alguno le culpase  
 De vario y fácil, le hallase  
 Firme solamente en mí.

Un corazon traigo, en quien  
 No hay piedra falsa ninguna.  
 Sortijas bellas, y en una  
 Unas memorias se ven.  
 Una esmeralda que habia,  
 Me hurtaron en el camino,  
 Por el color, imagino,  
 Que perfecto le tenia.  
 Estaba con un zaliro;  
 Mas la esmeralda llevaron  
 Solamente, y me dejaron  
 Esta azul piedra que miro;  
 Y así dije en mis desvelos:  
 «¿Cómo con tanta vengauza  
 Me llevasteis la esperanza  
 Para dejarme los celos?»  
 Si gusta vuestra belleza,  
 Descubriré; por mas glorias,  
 El corazon, las memorias,  
 El amor y la firmeza.

DON BERNARDINO.

El mercader es discreto.  
 ¡Qué bien á las joyas bellas,  
 Para dar gusto de velas,  
 Las fué aplicando su efecto!

DOÑA LEONOR.

Aunque vuestras joyas son  
 Tales como encareceis.

Para mostrarlas habeis  
 Llegado á mala ocasion.  
 Y yo, en ver su hermoso alarde,  
 Contento hubiera tenido,  
 Si ántes hubierais venido;  
 Pero habeis venido tarde.  
 ¿Qué se dijera de mí,  
 Si cuando casada estoy,  
 Si cuando esperando estoy  
 A mi noble esposo, aquí  
 Pusiera, no mi tristeza,  
 Sino mi imaginacion  
 En ver ese corazon  
 Ese amor y esa firmeza?  
 No los mostreis; que no es bien  
 Que, tan sin tiempo miradas  
 Agora, desestimadas  
 Memorias vuestras esten.  
 Y tomad vuestro diamante;  
 Que ya sé que pierdo en él  
 Una luz hermosa y liel.  
 Al mismo sol semejante.  
 No culpeis la condicion  
 Que en mi tan esquivia hallasteis;  
 Culpaos a vos, que llegasteis  
 Sin tiempo y sin ocasion.

(Ruido dentro.)

MANRIQUE. (Mirando dentro.)

Ya Don Lope mi señor  
 Llega.

DON LUIS. (Ap.)

¿Habrá en desdicha igual  
 Mal que compita á mi mal.  
 Ni dolor á mi dolor?

DOÑA LEONOR. (Ap.)

¿Qué veneno!

DON LUIS. (Ap.)

¿Qué crueldad!

DON BERNARDINO.

A recibirle lleguemos. (Vase.)

MANRIQUE.

Callen todos, y esenchemos  
 La primera necesidad;  
 Porque un novio á quien le place  
 La dama y á verla llega,  
 Como necesidades juega,  
 Es talur que dice y hace. (Vase.)

### ESCENA VIII.

DOÑA LEONOR, DON LUIS, SIRENA,  
 CELIO.

DON LUIS

¿Qué me podrás responder,  
 Mujer tan fácil, liviana,  
 Mudable, inconstante y vana,  
 Y mujer, en fin, mujer,  
 Que pueda satisfacer  
 A tu mudanza y tu olvido?

DOÑA LEONOR.

Haber tu muerte creído,  
 Haber tu vida llorado  
 Causa á mi mudanza ha dado,  
 Que á mi olvido no ha podido.  
 Pues cuando te llevo á ver,  
 A no estar ya desposada,  
 Vieras hoy determinada  
 Si soy mudable ó mujer.  
 Desposéme por poder.

DON LUIS.

Y bien por poder se advierte:  
 Por poder borrar mi snerte,  
 Por poder dejarne en calma,

1 En postracion, en abatimiento, en soledad y desamparo.



Por poder quitarme el alma,  
Por poder darme la muerte.  
Esta diées que creiste,  
Y no lué vana apariencia;  
Que si creiste mi auseneia,  
Es lo mismo: bien dijiste.

DOÑA LEONOR.

No puedo, no puedo ¡ay triste!  
Responder; que está conmigo,  
No mi esposo, mi enemigo.  
Mas porque me culpas liél,  
Lo que le dijere á él,  
Tambien hablaré contigo.

(Retírase Don Luis á un lado.)

### ESCENA IX.

DON LOPE, DON BERNARDINO, MANRIQUE.—DOÑA LEONOR, SIRENA;  
DON LUIS y CELIO, retirados.

DON LOPE.

Cuando la fama en lenguas dilatada  
Vuestra rara hermosura enareceia,  
Por fe os amaba yo, por fe os tenia,  
Leonor, dentro del alma idolatrada.

Cuando os mira, suspensa y elevada  
El alma que os amaba y os queria,  
Culpa la imágen de su fantasía,  
Que sois vista mayor que imaginada.

Vos sois á vos podeis acreditaros;  
¡Dichoso aquel que llega á mereceros,  
Y mas dichoso si acertó á estimaros!

Mas ¿cómo ha de olvidaros ni ofende-  
[ros?  
Que quien ántes de veros pudo amaros,  
Mal os podrá olvidar despues de veros.

DOÑA LEONOR.

[se,

Yo me firmé rendida ántes que os vie-  
Y vivo y muerto solo en vos estaba,  
Porque sola una sombra vuestra amaba;  
Pero bastó que sombra vuestra fuese.

¡Dichosa yo mil veces, si pudiese  
Amaros como el alma imaginaba!  
Que la deuda comun así pagaba

La vida, cuando humilde me rindiese.  
Disculpa tengo, cuando temeroso  
Y colarde mi amor, llevo á miraros,  
Si no pago un amor tan generoso.

De vos, y no de mí, podeis quejaros,  
Pues, aunque yo os estime como á espo-  
Es imposible, como sois, amaros. [so,

DON LOPE,

Ahora, tío y señor,  
Me dad los inuietos brazos.

DON BERNARDINO.

Y serán eternos lazos  
De deudo, amistad y amor.  
Y porque no enlpe ahora  
La dilación, á embearar  
Nos lleguemos.

DON LOPE.

Hoy el mar  
Segunda Vénus adora.

MANRIQUE.

Y pues que con tanta gloria  
Bana y galan se han casado,  
Perdonad, noble Senado,  
Que aquí se acaba la historia.  
(Vanse Don Lope, Doña Leonor, Don  
Bernardino, Manrique y Sirena.)

### ESCENA X.

DON LUIS, CELIO.

CELIO.

Señor, pues que desta suerte  
Hallaste tu desengaño,

Vuelve en tí, repara el daño  
De tu vida y de tu muerte.  
Ya no hay estilo ni medio  
Que tú debas elegir.

DON LUIS.

Si hay, Celio.

CELIO.

¿Cuál es?

DON LUIS.

Morir,

Que es el último remedio.  
Muera yo, pues vi casada  
A Leonor, pues que Leonor  
Dejó hurlado mi amor  
Y mi esperanza burlada  
Mas ¿qué me podrá matar,  
Si los celos me han dejado  
Con vida? Aunque mi euidade  
Me pretende consolar  
Dándome alguna esperanza;  
Pues cuando á su esposo habló,  
Conmige se disculpó  
De su olvido y su mudanza.

CELIO.

¿Cómo disculpar contigo?  
A mil locuras te pones.

DON LUIS.

Estas fueron sus razones,  
Mira si hablaban conmigo: [se,

Yo me firmé rendida ántes que os vie-  
Y vivo y muerto solo en vos estaba,  
Porque sola una sombra vuestra amaba;  
Pero bastó que sombra vuestra fuese.

¡Dichosa yo mil veces, si pudiese  
Amaros como el alma imaginaba!  
La vida, cuando humilde me rindiese.

Disculpa tengo, cuando temeroso  
Y colarde mi amor, llevo á miraros,  
Si no pago un amor tan generoso.

De vos, y no de mí, podeis quejaros,  
Pues, aunque yo os estime como á espo-  
Es imposible, como sois, amaros. [so,

Y puesto que así me ha dado  
Disculpa de su mudanza,  
Sea mi lea esperanza  
Veneno y puñal dorado.  
Si ha de matarme el dolor,  
Mejor es el gusto ¡cielos!  
Y si he de morir de celos,  
Mejor es morir de amor.  
Siga mi suerte atrevida  
Su fin contra tanto honor,  
Porque he de amar á Leonor,  
Aunque me eueste la vida.

### JORNADA SEGUNDA.

Sala en casa de Don Lope en Lisboa.

### ESCENA PRIMERA.

SIRENA, MANRIQUE.

MANRIQUE.

Sirena de mis entrañas,  
Que para aumentar mi pena  
Eres la misma Sirena,  
Pues enamoras y engañas.  
Duélate ver el rigor  
Con que tratas mis euidados;  
Que también á los eridos  
Iliere de barato amor.  
Dame un favor de tu mano.

SIRENA.

Pues ¿qué puedo darte yo?

MANRIQUE.

Mucho puedes; pero no  
Quiero bien mas soberano  
Que aquece verde listón,  
Coff que yaces declarada  
Por Jama de la lazada  
O fregona del tusón.

SIRENA.

¿Una cinta quieres?

MANRIQUE.

Si.

SIRENA.

Ya aquece tiempo pasó,  
Que un galán se contentó  
Con una cinta.

MANRIQUE.

Es así;

Pero si yo la tuviera,  
Desparramando concetos,  
Mil y eiento y un sonetos  
Lloy en tu alabanza hiciera.

SIRENA.

Por verme tan soneteada  
Te la doy; y vete ahora,  
Porque viene mi señora.

(Vase Manrique.)

### ESCENA II.

DOÑA LEONOR.—SIRENA

DOÑA LEONOR.

Ya vuelvo determinada.  
Esto, Sirena, es forzoso  
Declárese mi rigor,  
Porque mi vida y mi honor  
Ya no es mio, es de mi espo:  
Dile á Don Luis, que pues es  
Príncipe, noble y honrado,  
Por español y soldado  
Obligado á ser cortés,  
Que una mujer (no Leonor,  
Porque le basta saber  
A un noble que una mujer)  
Le suplica que su amor  
Olvide; que maravilla  
Cuidado en la ealle tal,  
Y no sufre Portugal  
Galanteos de Castilla:  
Que con lágrimas bañada  
Vuelvo á pedirle se vuelva  
A Castilla, y se resuelva  
A no haceme mal casada;  
Porque liera y ofendida,  
Si no lo haee, vive Dios,  
Que podra ser que á los dos  
Nos venga á costar la vida.

SIRENA.

Desa suerte lo diré,  
Si puedo verle y hablalle.

DOÑA LEONOR.

¿Cuándo falta de la ealle?  
Mas no hables en ella, ve  
A busearle á la posada.

SIRENA.

Mucho, señora, te atreves. (Vase.)

### ESCENA III.

DON LOPE, DON JUAN, MANRIQUE.  
—DOÑA LEONOR.

DON LOPE. (Ap.)

¡Ay honor, mucho me debes!

DON JUAN.

Ya se acrea la jornada.

DON LOPE.

No queda en toda Lisboa  
Fidalgo ni caballero,  
Que ser no piense el primero  
Que merezca eterna loa  
Con su muerte.

MANRIQUE.

Justo es;  
Mas no pienso desa suerte  
Tener yo loa en mi muerte,  
Ni comedia ni entremes.

DON LOPE.

¿Luego tú no piensas ir  
Al Africa?

MANRIQUE.

Podrá ser  
Que vaya; mas será á ver,  
Por tener; mas que decir;  
No á matar, quebrando en vano  
La ley en que vivo y creo;  
Pues allí explicar no veo  
Que sea moro ni cristiano.  
*No matar, dice.* Y los dos  
Esto me veréis guardar;  
Que yo no he de interpretar  
Los mandamientos de Dios.

DON LOPE.

¡Mi Leonor!

DOÑA LEONOR.

¡Esposo mío!

¿Vos tanto tiempo sin verme?  
Quecoso vive el amor  
De los instantes que pierde.

DON LOPE.

Qué castellana que estáis!  
Cesen las lisonjas, cesen  
Las repetidas finezas.  
Mirad que los portugueses  
Al sentimiento dejamos  
La razon, porque el que quiere,  
Todo lo que dice quita  
De valor á lo que siente.  
Si en vos es ciego el amor,  
En mí es mudo.

MANRIQUE.

Y desa suerte

En mí endemoniado ha sido.

DON LOPE.

Siempre, Manrique, parece,  
Que al paso que yo estoy triste,  
Tú estás contento y alegre.

MANRIQUE.

Y dime, ¿cuál es mejor,  
En pasiones diferentes,  
La alegría ó la tristeza?

DON LOPE.

La alegría.

MANRIQUE.

Pues ¿qué quieres?

¿Que deje yo lo mejor  
Por lo peor? Tú, que tienes  
La tristeza, que es la mala,  
Eres quien mudarte debes,  
Y pasaré á la alegría;  
Pues será mas conveniente,  
Que el ir yo de alegre á triste,  
Venir tú de triste á alegre. *(Vase.)*

## ESCENA IV.

DON LOPE, DOÑA LEONOR, DON JUAN.

DOÑA LEONOR.

¿Vos estáis triste, señor?  
Muy poco me hecho os debe

O yo le debo muy poco  
Pues vuestro dolor no siente.

DON LOPE.

Forzosas obligaciones,  
Heredadas dignamente  
Con la sangre, á quien obligan  
Divinas y humanas leyes,  
Me dan voces y recuerdan  
Esta blanda paz y deste  
Olvido, en que yacen hoy  
Mis beredados lanreles.  
El famoso Sebastian,  
Nuestro rey, que viva siempre,  
Herederio de los siglos  
A la imitacion del Iénix,  
Hoy al Africa hace guerra.  
No hay caballero que quede  
En Portugal; que á las voces  
De la fama nadie duerma.  
Quisiera acompañar  
A la jornada; y por verme  
Casado, no me he ofrecido  
Hasta que licencia lleve  
De tu boca, Leonor mía.  
Esta merced has de hacermé,  
En este caso has de honrarme,  
Y este gusto he de deberte.

DOÑA LEONOR.

Bien con esas prevenciones  
Fué menester que me hicieseis  
Oraciones que me animen,  
Y discursos que me alienten.  
Vos ausente, dueño mío,  
Y por mi consejo ausente,  
Fuera pronunciar yo misma  
La sentencia de mi muerte.  
Idos vos sin que lo diga  
Mi lengua; pues que no puede  
Negaros la voluntad  
Lo que la vida os concede.  
Mas porque veais que estimo  
Vuestra inclinacion valiente,  
Ya no quiero que el amor  
Sino el valor me aconseje.  
Servid hoy á Sebastian,  
Cuya vida el cielo aumente;  
Que es la sangre de los nobles  
Patrimonio de los reyes;  
Que no quiero que se diga  
Que las cobardes mujeres  
Quitán el valor á un hombre,  
Cuando es razon que le aumenten  
Esto el alma os aconseja,  
Aunque como el alma os quiere;  
Mas como ajena lo dice,  
Si como propia lo siente *(Vase.)*

## ESCENA V.

DON LOPE, DON JUAN.

DON LOPE.

¿Habcis visto en vuestra vida  
Igual valor?

DON JUAN.

Dignamente

Es bien que lenguas y plumas  
De la fama la celebren.

DON LOPE.

Y vos ¿qué me aconsejais?

DON JUAN.

Yo, Don Lope, de otra suerte  
Os respondiera.

DON LOPE.

Decid.

DON JUAN.

Quien ya colgó los laureles  
De Marte, y en blanda paz

Ciñe de palma las sienés.  
¿Para qué otra vez, decidme,  
Ha de limpiar los paveses  
Tomados de orin y polvo  
En que hora yacen y duermen?  
Yo fuera justo que fuera,  
A no estar por esta muerte  
Retirado y escondido;  
Y no es razon ofrecermé,  
Porque á los ojos del rey  
Llega mal un delincuente.  
Si esto me disculpa á mí,  
Bastante disculpa tiene  
Quien soldado fué soldado.  
No os vais, amigo (y creedme),  
Aunque un hombre os acoharde,  
Y una mujer os aliente. *(Vase.)*

## ESCENA VI.

DON LOPE.

¡Válgame Dios! ¿quién pudiera  
Aconsejarse prudente,  
Si en la ocasion hay alguno  
Que á sí mismo se aconseje!  
¿Quién hiciera de sí otra  
Mitad, con quien él pudiese  
Deseausar? Pero mal digo:  
¿Quién hiciera cuerdamente  
De sí mismo otra mitad,  
Porque en partes diferentes,  
Pudiera la voz quejarse  
Sin que el pecho lo supiese?  
¿Pudiera sentir el pecho  
Sin que la voz lo dijese!  
¿Pudiera yo, sin que yo  
Llegara á oirme ni á verme,  
Conmigo mismo culparme,  
Y conmigo defendermé!  
Porque unas veces coharde,  
Como atrevido otras veces,  
Tengo vergüenza de mí.  
¿Que tal diga! ¿que tal piense!  
¿Que tenga el honor mil ojos  
Para ver lo que le pese.  
Mil oídos para oirlo,  
Y una lengua solamente  
Para quejarse de todo!  
Fuera todo lenguas, fuese  
Nada oídos, nada ojos,  
Porque oprimido de verse  
Guardado, no rompa el pecho,  
Y como mina revienté.  
Ahora bien, fuerza es quejarme;  
Mas no sé por dónde empiéc;  
Que, como en guerra y en paz  
Vivi tan honrado siempre.  
Para quejarme ofendido,  
No es mucho que no aprendiese  
Razones; porque ninguno  
Previno lo que no teme.  
¿Osará decir la lengua  
Qué tengo?... Lengua, detente,  
No pronuncies, no articules  
Mi afrenta; que si me ofendes,  
Podrá ser que castigada,  
Con mi vida ó con mi muerte,  
Siendo ofensor y ofendido,  
Yo me agravie y yo me vengue.  
No digas que tengo celos...  
—Ya lo dije, ya no puede  
Volverse al pecho la voz.  
¿Posible es que tal dijese  
Sin que, desde el corazon  
Al labio, consuma y queme  
El pecho este aliento, esta  
Respiracion fácil, este  
Veneno infame, de todos  
Tan distinto y diferente,  
Que otros desde el labio al pecho  
Hacer sus efectos suelen,



Y este desde el pecho al labio?  
 ¿A qué áspid, á qué serpiente  
 Mató su propio veneno?  
 A mí; cielos! solamente,  
 Porque quiere mi dolor  
 Que él me mate y yo le engendre.  
 Cielos tengo, ya lo dije.  
 ¡Valgame Dios! ¿Quién es este  
 Caballero castellano,  
 Que á mis puertas, á mis redes  
 Y á mis umbrales clavado,  
 Estatua viva parece?  
 En la calle, en la visita,  
 En la iglesia atentamente  
 Es girasol de mi honor,  
 Bebiendo sus rayos siempre.  
 ¡Valgame Dios! ¿Qué será  
 Darme Leonor fácilmente  
 Licencia para ansentarme,  
 Y con un semblante alegre,  
 No solo darme licencia,  
 Sino decirme y hacerme  
 Discursos tales, que aun ellos  
 Me obligaran á que fuese,  
 Cuando yo no lo intentara?  
 Y ¿qué será, finalmente,  
 Decirme Don Juan de Silva  
 Que ni me vaya ni ausente?  
 ¿En mas razon no estuviera  
 Que aquí mudados viniesen  
 De mi amigo y de mi esposa  
 Consejos y pareceres?  
 ¿No fuera mejor, si fuera  
 Que se mudaran las suertes,  
 Y que Don Juan me animase  
 Y Leonor me detuviese?  
 Si, mejor fuera, mejor.  
 Pero ya que el cargo es este,  
 Haglémos en el descargo:  
 Vaya, que el honor no quiere  
 Por tan sutiles discursos  
 Condenar injustamente.  
 ¿No puede ser que Leonor  
 Tales consejos me diese,  
 Por ser noble como es,  
 Varonil, sagaz, prudente,  
 Porque quedándome yo,  
 Mi opinion no padeciese?  
 Bien puede ser, pues que dice  
 Que da el consejo, y lo siente.  
 ¿No puede ser que Don Juan,  
 Que me quedase dijese  
 Por parecerle que estaba  
 Excusado, y parecerle  
 Que es dar disgusto á Leonor?  
 Si, puede ser. Y ¿no puede  
 Ser tambien que este galán  
 Mire á parte diferente?  
 Y apretando mas el caso,  
 Cuando sirva, cuando espere,  
 Cuando mire, cuando quiera,  
 ¿En qué me agravia ni ofende?  
 Leonor es quien es y yo  
 Soy quien soy, y nadie puede  
 Borrar fama tan segura  
 Ni opinion tan excelente.  
 Pero si puede ¡ay de mí!;  
 Que al sol claro y limpio siempre,  
 Si una nube no le eclipsa,  
 Por lo ménos se le atreve,  
 Si no le mancha, le turba,  
 Y al fin, al fin le oscurece.  
 ¿Hay, honor, mas sutilezas  
 Que decirme y proponerme?  
 ¿Mas tormentos que me aflijan,  
 Mas penas que me atormenten,  
 Mas sospechas que me maten,  
 Mas temores que me cerquen,  
 Mas agravios que me ahoguen  
 Y mas celos que me afrenten?  
 No. Pues no podrás matarme,  
 Si mayor poder no tienes:

Que yo sabré proceder  
 Callado, cuerdo, prudente,  
 Advertido, cuidadoso,  
 Solicito y asistente,  
 Hasta tocar la ocasion  
 De mi vida y de mi muerte:  
 Y en tanto que esta se llega,  
 ¡Valedme, cielos, valedme! (Vase.)

Calle con puerta de casa de Don Lope.

ESCENA VII.

SIRENA, con manto; MANRIQUE, tras ella.

SIRENA. (Ap.)

Escaparme no he podido  
 De Maurique, para entrar  
 En casa; todo el lugar  
 Hoy siguiéndome ha venido.  
 ¿Qué haré?

MANRIQUE.

Tapada de azar,  
 Que mira, camina y calla,  
 Con el arte de batalla  
 Y el tallazo de picar,  
 La de entrecano picote,  
 Que con viento en popa vuelas,  
 Con el manto de tres suelas  
 Y chinelas de anascote,  
 Habla ó descúbrete, y sea  
 Desengaño tu fachada;  
 Porque callando y tapada,  
 Dice boba sobre fea.  
 Aunque en tu brio, confieso  
 Que indicio de todo das.

SIRENA.

¿No dice mas?

MANRIQUE.

No sé mas.

SIRENA.

¿Y á cuántas há dicho eso?

MANRIQUE.

Antes soy muy recatado.  
 No he hablado, á fe de quien soy,  
 Sino cinco en todo hoy;  
 Que ya estoy muy reformado.

SIRENA.

Gracias al cielo, que veo  
 Un hombre firme y constante!  
 Yo tampoco soy amante  
 De mas que nueve.

MANRIQUE.

Si creo;

Y porque me creas á mí,  
 De todas mostrarte quiero  
 Un favor. Sea el primero (Sácalos.)  
 El moño que sale aquí.  
 Este moño pecador  
 Su papel un tiempo hizo,  
 Y de rizado y postizo  
 Fué mártir y confesor.  
 No es de aljofar lo ensartado;  
 Liendres son con que me alegro,  
 Que desde lejos mirado,  
 Parece un penacho negro  
 De blancas moscas nevado.  
 Aquesta sutil varilla  
 Es barba de la ballena,  
 Sacada de una cotilla,  
 Que fué entregar á mi pena  
 Lo mismo que una costilla.  
 Vara es de virtudes llena,  
 Que hace bueno el pecho y buena  
 La espalda mas eminente;  
 Que ya todo talle miente  
 Por la barba de ballena.

La zapatilla que estás  
 Mirando ahora en mis manos,  
 Casa fué, donde sabrás  
 Que vivieron dos enanos!  
 Sin encontrarse jamas.  
 Este es un guante, y no hay duda  
 De que, como ruiseñor,  
 Mucho tiempo estubo en muda:  
 Pregúntaselo al olor:  
 Sebo de cabrito suda.  
 Esta cinta es de una dama  
 De gran porte; pero yo  
 No la quiero.

SIRENA.

¿Por qué no?

MANRIQUE.

Porque sé que ella me ama.  
 ¿No es causa bastante?

SIRENA.

Si.

MANRIQUE.

La que yo tengo de amar,  
 Me ha de mentir, engañar,  
 Y se ha de burlar de mí,  
 Dar celos cada momento,  
 Maltratarme, despedirme,  
 Y en efecto ha de pedirme,  
 Que es la cosa que mas siento;  
 Porque si al fin es costumbre  
 En ellas, tengo por justo  
 Hacer desde luego gusto  
 Lo que ha de ser pesadumbre.

SIRENA.

¿Y es hermosa esa señora?

MANRIQUE.

No, pero es puerca.

SIRENA.

En verdad

Qué es muy buena calidad.

MANRIQUE.

Arroje un ojo la llora,  
 Y otro aceite.

SIRENA.

¿Es entendida?

MANRIQUE.

Cuanto dice entiendo yo;  
 Mas cuanto la dicen, no,  
 Que es entendida, entendida.

SIRENA.

Por muestra de que es verdad,  
 Que amarle á su gusto espero,  
 Este liston solo quiero.

MANRIQUE.

De muy buena voluntad.

SIRENA.

¿Ay triste de mí!

MANRIQUE.

¿Qué ha sido?

SIRENA.

Mi marido viene allí;  
 Váyase presto de aquí,  
 Que es un diablo mi marido.  
 Dé vuelta á la calle presto,  
 Que en tanto, señor, que él pasa,  
 Le esperaré en esta casa.

MANRIQUE.

En buen sagrado te has puesto;  
 Que aquí vivo yo, y vendré  
 En estando asegurada. (Vase)

SIRENA.

A un bellaco, una taimada (Vase.)

Sala en casa de Don Lope.

### ESCENA VIII.

SIRENA.

Bien dentro de casa entré  
Sin que fuese conocida.  
Lindamente le he engañado,  
Aunque él mas, pues me ha dejado  
Tan afrentada y corrida.  
Que dijera que era lea!  
No importaba, aunque lo fuese,  
Ni importaba que dijese  
Que necia y que sucia sea;  
Pero ¿aceite un ojo á mi,  
Y otro arroje! No, por Dios.  
Y aun si lloraran los dos  
Una cosa, entónces si  
Que callara; ¿mas que tope  
Un picaron, un taimado,  
Que mis ojos han llorado  
Uno aceite y otro arroje?

### ESCENA IX.

DOÑA LEONOR. — SIRENA.

DOÑA LEONOR.

Sirena.

SIRENA.

Señora mia.

DOÑA LEONOR.

¿Cuánto tu ausencia me cuesta!  
¿Hablaste?

SIRENA.

Y la respuesta

En este papel te envía;  
Y de palabra me dijo,  
Que si él una vez te hablara,  
El se fiera y te dejara.

DOÑA LEONOR.

Con mayor causa me aflijo.  
¿Para qué el papel tomaste?

SIRENA.

Para traerte el papel.

DOÑA LEONOR. (Ap.)

¡Ay, pensamiento cruel,  
Qué fácil entrada hallaste  
En mi pecho!

SIRENA.

Pues ¿qué importa  
Que le tomes y le leas?

DOÑA LEONOR.

¿Eso es bien que de mí ercas?  
La voz, Sirena, reporta,  
Con abrasarle y romperle.  
(Ap. Entiéndeme, necia, y sea  
Rogándome que le vea;  
Que estoy muerta por leerle.)

SIRENA.

¿Qué culpa tiene el papel  
Que viene mandado aquí,  
Señora, para que así  
Vengues tu cólera en él?

DOÑA LEONOR.

Pues si te tomo, verás  
Que es solo para rompelle

SIRENA.

Rómpele despues de lêlle.

DOÑA LEONOR.

(Ap. Eso sí, riégame mas.)  
Pesada estas, y por ti  
Rompo la nema y le leo,  
Por tí sola

SIRENA.

Va lo veo.

Abrele pues.

DOÑA LEONOR.

Dice así:

(Abre el papel Doña Leonor, y lee.)

«Leonor, si yo pudiera obedecerte,  
»Y pudiera olvidar, vivir pudiera:  
»Fuera contigo liberal, si fuera  
»Bastante yo conmigo á no quererte.  
»Mi muerte injusta tu rigor me advier-  
»Si mi vida en amarte persevera, [te,  
»Pluguiera á Dios! y de una vez muriera  
»Quien de tantas no acierta con su muert-  
[te.  
»¿Que te olvide pretendes? ¿Cómo pue-  
»Despreciado olvidar y aborrecido? [do  
»¿No ha de quejarse del dolor el labio?  
»¿Quiéreme tú; que si obligado quedo,  
»Yo olvidaré despues, favorecido; [vio.  
»Que el bien puede olvidarse, no el agra-

SIRENA.

¿Lloras, leyendo el papel?  
Son, en fin, pasadas glorias.

DOÑA LEONOR.

Lloro unas tristes memorias  
Que vienen vivas en él.

SIRENA.

Quien bien quiere, tarde olvida.

DOÑA LEONOR.

Como el que muerte me dió  
Está presente, brotó  
Reciente sangre la herida.  
Este hombre ha de obligarme,  
Con seguirme y ofenderme,  
A matarme y á perderme  
(Que aun fuera ménos matarme),  
Si no se ausenta de aquí.

SIRENA.

Pues tú lo puedes hacer.

DOÑA LEONOR.

¿Cómo?

SIRENA.

Oyéndole, que él dice

Que en oyéndole una vez,  
Se ausentará de Lisboa.

DOÑA LEONOR.

¿Cómo, Sirena, podré?

Que á truco de que se vaya,  
Imposibles sábré hacer.  
¿Cómo vendrá?

SIRENA.

Escucha atenta:

Ahora es al anochecer,  
Que es la hora mas segura,  
Porque ni temprano es  
Para que á un hombre conozean,  
Ni tarde para temer  
Que la vecindad lo note.  
De mi señor, ya tú ves  
Que nunca viene á esta hora.  
Don Luis, no dudo que esté  
En la calle: podrá entrar  
A esta sala, donde habéis  
Los dos, y entónces podrá  
Decirle tu parecer.  
Oyele lo que dijere,  
Y obre fortuna despues.

DOÑA LEONOR.

Tan fácilmente lo dices,  
Que no le dejas que hacer  
Al temor, ni aun al honor  
Que dudar ni que temer.  
Ve ya por Don Luis. (Vase Sirena.)

### ESCENA X.

DOÑA LEONOR.

Amor,

Aunque en la ocasion esté,  
Soy quien soy, vencerme puedo  
No es liviandad, honra es  
La que á esta ocasion me puso:  
Ella me ha de defender;  
Que cuando ella me faltara,  
Quedara yo, que tambien  
Supiera darme la muerte,  
Si no supiera vencer.—  
Temblando estoy; cada paso  
Que siento, pienso que es  
Don Lope, y el viento mismo  
Se me figura que es él.  
¿Si me escucha? ¿si me oye?  
¿Qué propio del miedo fué!  
Que á tales riesgos se ponga  
Una principal mujer!

### ESCENA XI.

SIRENA Y DON LUIS. — DOÑA LEONOR.

SIRENA.

Esta es Leonor.

DON LUIS.

¡Ay de mí!

¿Cuántas veces esperé  
Esta ocasion! Ya quisiera  
No haberla llegado á ver.

DOÑA LEONOR.

Ya, señor Don Luis, estás  
En mi casa, ya tenéis  
La ocasion que habéis deseado.  
Hablad aprisa, porque  
Os volváis; que temerosa  
De mi misma, tengo al pié  
Grillos de hielo; y el alma  
De mi aliento puede hacer  
Al corazon un cuchillo.  
Y á la garganta un cordel.

DON LUIS.

Ya sabéis, Leonor hermosa,  
(Si es que olvidado no habéis  
Pasados gustos, y ya  
Ignorais lo que sabéis)  
Que en Toledo, nuestra patria,  
(Perdonadme) os quise bien,  
Desde que en la Vega os vi  
Un dia al amanecer,  
Que aumentado nuevas flores  
Al campo hermoso, tal vez  
Lo que las manos robaron,  
Restituyeron los piés.  
Ya sabéis...

DOÑA LEONOR.

Esperad, yo

Seré mas breve. Ya sé  
Que muchos dias rondastis  
Mi calle, y á mi desden  
Constante siempre, tuvisteis  
Amor firme y firme fe,  
Hasta que os favorecí.  
¿Qué no han llegado á vencer  
Lágrimas de amor, que lloran  
Los hombres que quieren bien?  
Y favorecido ya,  
Siendo tereera fic!  
La noche, (¿qué no consiguen  
Una reja y un papel?)  
Tratábamos de casarnos.  
Cuando os hicieron merced  
De una ginta, y fué fuerza  
Iros á servir al Rey.  
Fuisteis á Flandes.



DON LUIS.

Sí ful

(Que aqueso yo lo diré),  
Donde dimos un asalto,  
Y murió valiente en él  
Un Don Juan de Benavides,  
— Caballero aragones.  
La equivocación del nombre  
Dio causa para entender  
Que fuese yo el muerto : ¡ enáuto  
Una mentira se creó !  
Llegó la nueva á Toledo...

DOÑA LEONOR

Eso oiré yo mas bien,  
Que sin vida la sentí,  
Y con la vida lloré;  
Pero calló aquí, aunque aquí  
Os pudiera encarecer  
Los sentimientos que hice,  
Las tristezas que pasé.  
En efecto, persuasiones  
De muchas pudieron ser  
Bastantes á que en Toledo  
Me casase por poder.

DON LUIS.

Yo lo supe en el camino,  
Y pensando deshacer  
El casamiento, corri  
Hasta que os vi y os hablé,  
Con equivocadas razones,  
En traje de mercader.

DOÑA LEONOR.

Estaba casada ya;  
Y pues os desengañé,  
¿ A qué habeis venido aquí ?

DON LUIS.

Solo he venido por ver  
Si hay ocasion de quejarme;  
Que si culpando tu fe  
Descanso, iré luego á Flándes,  
Donde una bala me dé,  
Porque la pólvora cumpla  
Lo que me ofreció otra vez.

SIRENA

Gente sube la escalera.

DOÑA LEONOR.

¡ Ay cielos ! ¿ qué puedo hacer ?  
Oscura está aquesta sala :  
Que aquí te quedes es bien,  
Porque á tí solo te hallen ;  
Y habiendo entrado quien es,  
Podrás irte, no á Castilla;  
Que ocasion habrá despues  
Para acabar de quejarte.

SIRENA.

Yo voy contigo tambien.  
(*Vanse las dos.*)

## ESCENA XII.

DON LUIS.

¿ Qué confusion es esta.  
Que á mí desdicha iguala ?  
Oscura está la sala,  
Y la noche finesta  
Ya de sombra cubierta  
Baja. No sé la casa ni la puerta;  
Que otra vez no he llegado  
Aquí. ¡ Forzosa pena !  
Temerosa Sirena  
Y Leonor, me han dejado  
Confuso y sin sentido.

## ESCENA XIII.

DON JUAN, *que andando á oscuras,  
encuentra con* — DON LUIS.

DON JUAN.

¿ A estas horas, no hubieran encendido  
Una luz ? — Mas ¿ qué es esto ?  
¿ Quién es ? ¿ No me responde ?

DON LUIS. (Ap.)

¡ Hállale puerta por donde  
Salir !

DON JUAN.

Responda presto,  
O ya desenvainada,  
Lengua de acero, lo dirá mi espada.  
(*Al entrarse Don Luis por la puerta que  
va al cuarto de Doña Leonor, alcan-  
zado por Don Juan, soca la espada y  
la cruza con él, retirándose luego.*)

## ESCENA XIV.

DON LOPE y MANRIQUE. — DON JUAN.

DON LOPE.

¡ Ruido de cuchilladas,  
Y oscuro el aposento !

DON JUAN.

Aquí los pasos siento.

MANRIQUE.

Voy por luz. (Vase)

DON LOPE.

¡ Aquí espadas !  
Ya es fuerza que me asombre.

DON JUAN.

Ya le he dicho otra vez que diga el nom-

DON LOPE.

¿ Quién mi nombre pregunta ?

DON JUAN.

Quien, porque habéis, sospecho  
Que abrirá en vuestro pecho  
Mil bocas con la punta  
Deste acero.

## ESCENA XV.

DOÑA LEONOR, SIRENA y MANRIQUE. — DON LOPE, DON JUAN.

DOÑA LEONOR. (Dentro.)

¡ Luz, presto !

(Solen Doña Leonor y Sirena, y Manrique con luz.)

DON LOPE.

¡ Don Juan !

DON JUAN.

¡ Don Lope !

DOÑA LEONOR.

¡ Ay cielos !

DON LOPE.

¿ Pues qué es esto ?

DON JUAN.

En esta cuadra entraba,  
Cuando un hombre salía.

DOÑA LEONOR.

Algun hombre sería.  
Que robarla intentaba.

DON LOPE.

¡ Hombre !

DON JUAN.

Si, y preguntando  
Quién era, la respuesta dió callando

DON LOPE.

(Ap. Disimular conviene,  
No crea que yo puedo  
Tener tan bajo miedo,  
(Que mi valor condene.)  
¡ Bueno fuera, á le mía,  
Mataros ! Yo era el mismo que salía ;  
Que (tan desconocida  
La voz) viendo que un hombre  
Me preguntaba el nombre  
En mi casa, ofendida  
La paciencia y turbada,  
Callando doy respuesta con la espada.

SIRENA.

¡ Por cuánto aquí se viera  
Un infeliz suceso !

DON JUAN.

¿ Cómo puede ser eso,  
Si el que yo digo que era  
Dentro esta, cosa es cierta,  
Pues no pudo salir por esta puerta,  
Que vos entrasteis ?

DON LOPE.

Digo

Que era yo.

DON JUAN.

Es cosa extraña.

DON LOPE.

(Ap. ¡ Oh cuánto á un hombre daña  
Un ignorante amigo ! [bios,  
¡ Que no puedan los cuerdos, los mas sa-  
celar de mi necio amigo los agravios !)  
Pues si por cosa cierta  
Teneis que dentro ha entrado,  
Fuerte y determinado  
Guardadme aquella puerta,  
En tanto, si eso pasa,  
Que yo examino toda aquesta casa.

DON JUAN.

Pues no saldrá por ella.  
Mirar seguro puedes.

DON LOPE.

Mira que en ella quedes,  
Y no te apartes della. —

(Vase Don Juan.)

(Ap. Hoy seré cuerdateamente,  
Sies que ofendido soy, el mas prudente,  
Y en la venganza mía  
Tendrá ejemplos el mundo,  
Porque en callar la fundo.)  
Ea, Manrique, guía  
Con esa luz.

MANRIQUE.

No oso,

Que yo de duendes soy poco goloso.  
(Quiere Don Lope entrar en un apo-  
sento, y detiéndole Doña Leonor.)

DOÑA LEONOR.

No entreis, señor, aquí yo soy testigo  
Que aseguraros este cuarto puedo.

DON LOPE. (A Manrique.)

Pues ¿ de qué tienes miedo ?

MANRIQUE.

De todo.

DON LOPE. (A Doña Leonor.)

Suelta, digo. — (A Manrique.)  
Y tú véte de aquí... (Ap. Que ántes es di-  
[cha  
Que falte otro testigo á mi desdicha.)  
(Toma la luz y entrase, y Manrique  
se va por otra puerta.)

## ESCENA XVI.

DOÑA LEONOR, SIRENA.

DOÑA LEONOR.

¡Ay Sirena! ¿qué suerte  
Es esta tan airada?  
Estoy, desesperada,  
Por darme aquí la muerte;  
Pues ya es fuerza que tope  
A Don Luis escondido ¡ay Dios! Don Lo-  
El pensó que salía [pe.  
Por la puerta que entraba  
A mi cuarto: allí estaba.  
¿Mas por qué mi porfía  
Duda lo que ha pasado?  
Vale ha visto Don Lope, ya le ha habla-  
¿Qué haré? ¡Irme no puedo; [do.  
Porque en desdichas tantas,  
Oprimidas las plantas,  
Cadenas pone el miedo  
De cobardes prisiones.  
Toda soy confusión de confusiones.

## ESCENA XVII.

DON LUIS, *que sale con la espada  
desnuda y embozada, y tras él* DON  
LOPE, *con la espada desnuda y luz.*  
—DOÑA LEONOR, SIRENA.

DON LOPE.

No os enuebrais, caballero.

DON LUIS.

Detened, señor, la espada;  
Que en la sangre de un rendido  
Mas que se ilustra se mancha.  
Yo soy de Castilla, donde  
Por los celos de una dama,  
Di á un caballero la muerte  
Cuerpo á cuerpo en la campaña.  
Vine á ampararme á Lisboa,  
Donde estoy por esta causa  
De Castilla desterrado.  
He sabido esta mañana  
Que aquí un hermano del muerto  
Cautelosamente anda  
Eneubierto, por vengarse  
Con traición y con ventaja.  
Con este cuidado, pues,  
Por esta calle pasaba,  
Cuando tres hombres me embisten  
A las puertas desta casa.  
Viendo que (aunque el corazón  
Algunas veces engaña)  
Era imposible defensa  
Contra tres de mano armada,  
Subí por la escalera;  
Y ellos, ó por ver que estaba  
En sagrado, ó por no hacer  
Tan dudosa la venganza,  
No me siguieron, y estuve  
En esa primera sala  
Esperando á que se fuesen,  
Y sintiendo sosegada  
La calle, bajarme quise;  
Pero al salir de la cuadra,  
Hallé un hombre que me dijo:  
«¿Quién va?» Yo, que imaginaba  
Que eran mis propios contrarios,  
No le respondí palabra.  
De una sala en otra, entré  
Hasta aquí. Esta es la causa  
De haberme hallado, señor,  
Escondido en vuestra casa.  
Ahora dadme la muerte;  
Que como yo dicho haya  
La verdad, y no padezca  
Alguna virtud sin causa,  
Moriré alegre, rindiendo  
El ser, la vida y el alma

A un honrado sentimiento,  
Y no á una infame venganza.

DON LOPE.

(Ap.) ¿Pueden juntarse en un hombre  
Conclusiones mas extrañas?  
¿Tantos asombros y miedos,  
Penas y desdichas tantas?  
Si en la calle este hombre ¡cielos!  
Tantos pesares me daba,  
¿Qué vendrá á darme escondido  
Dentro de mi misma casa?  
Basta, basta, pensamiento;  
Sufrimiento, basta, basta,  
Que verdad puede ser todo;  
Y cuando no, aquí no hay causa  
Para mayores extremos:  
Sufrir, disimula y calla.)  
Caballero castellano,  
Yo me alegro de que haya  
Sido contra una traición  
Sagrado vuestro mi casa.  
En ella, á ser hoy soltero,  
Os sirviera y hospedara;  
Porque un caballero debe  
Amparar nobles desgracias.  
Lo que podré hacer por vos,  
Será acudiros en cuantas  
Ocasiones se os ofrezcan.  
Porque á ese lado mi espada,  
Contra tres mil, no os suceda  
Otra vez volver la espalda.  
Y ahora, porque salgais  
Mas secreto de mi casa,  
Podreis salir del jardín  
Por aquella puerta falsa...  
Yo la abriré.... y también hago  
Prevenzion tan reatada,  
Porque erizados, que al fin  
Son enemigos de casa,  
No euenten que os hallé en ella.  
Y sea fuerza que vaya  
A todos satisfaciendo  
De cuál ha sido la causa.  
Porque aunque es cierto que nadie  
Dude una verdad tan clara,  
Y yo de mi mismo tengo  
La satisfaccion que basta,  
¿Quién de una malicia huye?  
¿Quién de una sospecha escapa?  
¿Quién de una lengua se libra?  
¿Quién de una intencion se guarda?  
Y si llegara á creer...  
¿Qué es á creer? si llegara  
A imaginar, á pensar  
Que alguien pudo poner mancha  
En mi honor... ¿qué es mi honor?  
En mi opinion y en mi fama,  
Y en la voz tan solamente  
De una erizada, una esclava,  
No tuviera, ¡vive Dios!  
Vida que no le quitara,  
Sangre que no le vertiera,  
Almas que no le sacara;  
Y estas rompiera despues,  
A ser visibles las almas.  
Venid, iréos alumbrando  
Hasta que salgais.

DON LUIS. (Ap.)

Helada

Tengo la voz en el pecho.

¿Qué portuguesa arrogancia!

(Vanse los dos.)

## ESCENA XVIII.

DOÑA LEONOR, SIRENA; despues  
DON LOPE.

DOÑA LEONOR.

Aun mejor ha sucedido,  
Sirena, que yo esperaba

Sola una vez vino el mal  
Menor que el que se esperaba  
Ya puedo hablar, y ya puedo  
Mover las heladas plantas.  
¡Ay, Sirena, en qué me vi!  
Vuelva á respirar el alma.

(Vuelve Don Lope.)

DON LOPE.

Leonor.

DOÑA LEONOR.

Señor, ¿pues qué intentas?  
¿Ya no supiste la causa  
Con que él entró? Ya supiste  
Que yo no he sido culpada.

DON LOPE.

¿Tal pudiera imaginar  
Quien te estima y quien te ama?  
No, Leonor, solo te digo  
Que ya que aquí se declara  
Con nosotros...

DOÑA LEONOR.

¿Ya él no dijo  
Que aquí de Castilla estaba  
Ausente por una muerte?  
Pues yo, señor, no sé nada.

DON LOPE.

No te disculpes, Leonor.  
Mira... mira que me matas  
Tú, Leonor, ¿pues de qué habías  
De saberlo? Pero basta  
Que él se fie de nosotros,  
Para que de aquí no salga.  
Y tú, Sirena, no digas  
Lo que entre los tres nos pasa  
A ninguno, ni á Don Juan.

## ESCENA XIX.

DON JUAN.—DICHOS.

DON JUAN. (Ap.)

Tanto Don Lope se tarda,  
Que me ha dado algun cuidado.

DON LOPE.

¡Por Dios, Don Juan, linda gracia  
Es hacerme andar así  
Mirando toda la casa,  
Siendo cierto que fui yo!  
Tomad otro poco el bache,  
Y andadla vos.

DON JUAN.

¿Para qué,

Si ya aquí me desengaña  
El saber que fuisteis vos?  
Ya conozco mi ignorancia.

DON LOPE.

Con todo hacemos los dos  
Segunda vez de mirarla.

DOÑA LEONOR. (Ap.)

¿Qué prudencia tan notable!

DON JUAN. (Ap.)

¿Qué valor y qué arrogancia!

SIRENA. (Ap.)

¿Qué temor!

DON LOPE. (Ap.)

Destá manera,

El que de vengarse trata,  
Hasta mejor ocasion,  
Sufrir, disimula y calla



## JORNADA TERCERA.

Atrio de un palacio del Rey en Lisboa.

## ESCENA PRIMERA.

DON JUAN, MANRIQUE.

DON JUAN.

¿Dónde está Don Lope?

MANRIQUE.

Cuando

Entró en palacio, yo aquí  
Me quedé.

DON JUAN.

Búscale, y di  
Que yo le estoy esperando.  
(Vase Manrique.)

## ESCENA II.

DON JUAN.

Quedaréme imaginando  
A solas, sin mí y conmigo,  
El dudoso lin que sigo,  
Y la obligacion que tiene  
Quien á hacer discursos viene  
En la opinion de un amigo.  
Yo de Don Lope lo soy  
Tanto, que no ha celebrado  
Amigo mas obligado  
La antigüedad hasta hoy.  
Huésped en su casa estoy,  
Su hacienda gasto, y es mia,  
Su vida y alma me lia:  
¿Pues cómo ¡cielos! podré  
Ser ingrato á tanta fe,  
Amistad y cortesia?  
¿Podré yo ver y callar  
Que su limpio honor padezca,  
Sin que mi vida le ofrezca  
Para ayudarle á vengar?  
¿Podré yo ver murmurar  
Que este castellano adore  
Á Leonor, que la enamore,  
Y le dé lugar Leonor,  
Y padeciendo su honor,  
Yo lo sepa y él lo ignore?  
No podré; pues si él quedara  
Satisfecho, siendo mia  
La venganza, en este di.  
Al castellano matara.  
A él sin él yo le vengara,  
Prudente, advertido y sabio;  
Mas de la intencion del labio  
Satisfaccion no se alcanza,  
Si el brazo de la venganza  
No es del cuerpo del agravio.  
Yo á Don Lope le diré  
Clara y descubiertamente  
Que no hable al rey ni se ausente.  
Mas si me dice por qué,  
¿Cómo le responderé  
La causa? Duda mayor  
Es esta; que al que el valor  
Eterno honor le previene,  
Quien dice que no le tiene  
Es quien le quita el honor.  
¿Qué debe hacer un amigo  
En tal caso, pues entiendo  
Que si le callo, le ofendo  
Y le ofendo si lo digo,  
Oféndole si castigo  
Su agravio? Yo fui su espejo:  
¿Por qué bien no le aconsejo?—  
Mas él mismo viene allí.  
No ha de quejarse de mí.  
El me ha de dar el consejo.

## ESCENA III.

DON LOPE, MANRIQUE.—DON JUAN.

DON LOPE.

Vuélvete, Manrique, y di  
Que luego á la quinta voy;  
Que esperando á hablar estoy  
Al rey.

MANRIQUE.

Don Juan está allí,  
Y viene á hablarte.

(Vase.)

DON LOPE.

(Ap. ¡Ay de mí!

¿Qué puede haber sucedido?

¿A qué puede haber venido?)

Don Juan, ¿pues qué hay por acá?—

(Ap. ¡Oh, cómo un cobarde está  
Siempre á su temor rendido!)

DON JUAN.

Don Lope, amigo, yo vengo  
(Si estamos solos los dos)  
A aconsejarme con vos  
En una duda que tengo.

DON LOPE.

(Ap. Ya para oír me preveugo  
Alguna desdicha mia.)  
Decid.

DON JUAN.

Un caso me envía  
Un amigo á preguntar,  
Y quierole consultar  
Con vos.

DON LOPE.

¿Y es?

DON JUAN.

Jugando un día

Dos hidalgos, se ofreció  
Una duda, en caso tal  
Forzosa, sobre la cual  
Uno á otro desmintió.  
Con las voces, no lo oyó  
Entónces el desmentido;  
Un amigo lo ha sabido,  
Y que se murmura dél;  
Y por serlo tan fiel,  
Esta duda se ha ofrecido:  
¿Si este tendrá obligacion  
De decirlo claramente  
Al otro, que está inocente;  
O si dejar es razon  
Que padezca su opinion,  
Pues él no basta á vengalle?  
Si lo calla es agravialle,  
Y si lo dice es error  
De amigo. ¿Cuál es mejor,  
Que lo diga, ó que lo calle?

DON LOPE.

Dejadme pensar un poco.  
(Ap. Honor, mucho te adelantas:  
Que una duda sobre tantas  
Bastará á volverme loco.  
En otro sugeto toco  
Lo que ha pasado por mí.  
Don Juan pregunta por si:  
Luego alguna cosa vió.  
¿Haré que la diga? no;  
Pero que la calle, si.)  
Don Juan, yo he considerado,  
Si es que mi voto he de dar,  
Que no puede un hombre estar  
Ignorante y agraviado.  
Aquel que ha disimulado  
Su ofensa por no vengalla,  
Es quien culpado se halla;  
Porque en un caso tan grave,  
No yerra el que no lo sabe,  
Sino el que lo sabe y calla.

Y yo de mí sé decir  
Que si un amigo cual vos  
(Siendo quien somos los dos)  
Tal me llegara á decir,  
Tal pudiera presunir  
De mí, tal imaginara,  
Que el primero en quien vengara  
Mi desdicha, fuera en él;  
Porque es cosa muy cruel  
Para dicha cara á cara.  
Y no sé que en tal rigor  
Haya razon que no asombre,  
Y que se le pueda á un hombre  
Decir: «No teneis honor.»  
¿Darme el amigo mayor  
El mayor pesar!—Testigo  
Es Dios (otra vez lo digo),  
Que si yo me lo dijera,  
A mi la muerte me diera,  
Y soy mi mayor amigo.

DON JUAN.

Ya quede ahora de vos  
Enseñado. Eso diré,  
Y á este amigo avisaré  
Que calle. Quedad con Dios. (Vase.)

## ESCENA IV.

DON LOPE.

¿Quién duda que entre los dos  
Pasa el caso que ponía  
En tercero, y que sabía  
Que Leonor matarme intenta?  
—Pues el que supo mi afrenta,  
Sabrá la venganza mia.  
Y el mundo la ha de saber.  
Basta, honor: no hay que esperar;  
Que quien llega á sospechar,  
No ha de llegar á creer,  
Ni esperar á suceder  
El mal; y pues su mudanza  
Logra tan haja esperanza,  
Volveré donde contemplo  
Que dé su traicion ejemplo,  
Y escarmiento mi venganza.

## ESCENA V.

EL REY, ACOMPAÑAMIENTO.—DON LOPE.

REY.

[ma

Aunque en la quinta, que *del Rey* la lla-  
El vulgo, aquesta noche duerma, digo  
Que no me he de quedar hoy en Lisboa.  
Esté la gente toda prevenida,  
Que desde allí saldrá la mas lucida  
A competir con plumas y colores  
Del sol los rayos, del abril las flores.

DON LOPE.

(Ap. Cobarde al Rey me llevo;  
Que esta pena, está rabia y este fuego  
Tan cobarde me tiene, que sospecho,  
Con vergüenza, dolor y cobardia,  
Que todos saben la desdicha mia.)  
Dame tus piés: será feliz mi boca,  
Si con su aliento esas esferas toca.

REY.

¡Ah Don Lope de Almeida! Si tuviera  
En Africa esa espada, yo venciera  
La morisca arrogante bazarria.

DON LOPE.

¿Pues pudiera quedar la espada mia  
En la paz, en la vaina que se os muestra,

† Hoy no usaria Calderon este segundo *que*:  
en su tiempo era bastante comun esa innecesaria repeticion de la particula

Cuando vos, gran señor, sacais la vuest-  
[tra]  
Con vos voy á morir. ¿Qué causa hubie-  
[ra]  
Que en Portugal, señor, me detuviera  
En aquesta ocasion?

REY.

¿No estáis casado?

DON LOPE.

[Hado]

Sí, señor; mas no el serlo me ha estor-  
El ser quien soy; porque ántes hoy me lla-  
Tener mayor honor á mayor fama. [ma]

REY.

¿Cómo, recién casada,  
Quedará vuestra esposa?

DON LOPE.

Muy honrada

En ver que os ha ofrecido [do];  
A esta empresa un soldado en su mari-  
Que es noble, es varonil, y mas sintiera  
Que á vuestro lado, gran señor, no fue-  
[ra];

Pues si ántes por mi fama os acudia,  
Ahora por la suya y por la mía.  
Y no es inconveniente á mi deseo  
El ausentarme della.

REY.

Así lo creo;

Que yo lo dije porque no era justo  
Descasáros tan presto, y desto gusto;  
Que en vuestra casa, aunque la empresa

[es alta,

Podréis haer, Don Lope, mayor falta.

(Vase el Rey y acompañamiento.)

## ESCENA VI.

DON LOPE.

¡Válgame el cielo! ¿qué es esto  
Por que pasan mis sentidos?  
Alma, ¿qué habeis escuchado?  
Ojos, ¿qué es lo que habeis visto?  
¿Tan pública es ya mi afrenta,  
Que ha llegado á los oídos  
Del Rey? ¿Qué mucho, si es fuerza  
Ser los postreros los míos?  
¿Hay hombre mas infeliz?  
¿No fuera mejor castigo  
¡Cielos! desatar un rayo,  
Que con mortal precipicio  
Me abrasara, viendo ántes  
El incendio que el aviso,  
Que la palabra del Rey,  
Que grave y severo dijo  
Que yo haré falta en mi casa?  
¿Pero qué rayo mas vivo,  
Si fénix de las desdichas,  
Fui ceniza de mí mismo?  
Cayeran sobre mis hombros  
Esos montes y obeliscos  
De hiedra, fueran sepulcros  
Que me sepultaran vivo.  
Menos peso fueran, menos,  
Que esta afrenta en que he caído.  
A cuya gran pesadumbre  
Ya desmayado me rindo.  
¡Ay honor, mucho me debes!  
Júntate á cuentas conmigo.  
¿Qué quejas tienes de mí?  
¿En qué, dime, te he ofendido?  
Al heredado valor,  
¿No he juntado el adquirido,  
Haciendo la vida en mí  
Desprecio al mayor peligro?  
¿Yo, por no ponerte á riesgo,  
Toda mi vida no he sido  
Con el humilde, cortés,  
Con el caballero, amigo,

Con el pobre, liberal,  
Con el soldado, bienquisto?  
Casado (¡ay de mí!), casado,  
¿En qué he faltado? ¿en qué he sido  
Culpado? ¿No hice elección  
De noble sangre, de antiguo  
Valor? Y ahora á mi esposa,  
¿No la quiero? ¿no la estimo?  
Pues si yo en nada he faltado,  
Si en mis costumbres no ha habido  
Acciones que te ocasionen,  
Con ignorancia ó con vicio,  
¿Por qué me afrentas? ¿por qué?  
¿En qué tribunal se ha visto  
Condenar al inocente?  
¿Sentencias hay sin delito?  
¿Informaciones sin cargo?  
Y sin culpas ¿hay castigo?  
¿Oh locas leyes del mundo!  
¿Que un hombre, que por sí hizo  
Cuanto pudo para honrado,  
No sepa si está ofendido?  
¿Que de ajena causa ahora  
Venga el efecto á ser mío  
Para el mal, no para el bien,  
Pues nunca el mundo ha tenido  
Por las virtudes de aquel  
A este en mas! ¿Pues por qué (digo  
Otra vez) han de tener  
A este en menos, por los vicios  
De aquella que fácilmente  
Rindió alcázar tan altivo  
A las fáciles lisonjas  
De su liviano apetito?  
¿Quién puso el honor en vago  
Que es tan frágil? ¿Y quién hizo  
Experiencias en redoma,  
No habiendo experiencia en vidrio?  
Pero acortemos discursos;  
Porque será un ofendido  
Culpar las costumbres necias,  
Proceder en infinito.  
Yo no basto á reducir las,  
(Con tal condicion nacimos)  
Yo vivo para vengarlas,  
No para enmendarlas vivo  
Iré con el Rey, y luego  
Volviéndome del camino,  
(Que ocasion habrá) también  
La tendré para el castigo.  
La mas pública venganza  
Será, que el mundo haya visto.  
Sabrá el Rey, sabrá Don Juan,  
Sabrá el mundo, y aun los siglos  
Futuros ¡cielos! quién es  
Un portugués ofendido.

(Vase.)

Orillas del mar.

## ESCENA VII.

Óyese ruido de cuchilladas, y sale DON  
JUAN, riñendo con unos SOLDADOS;  
después, DON LOPE.

DON JUAN.

Cobardes, el satisfecho  
Soy yo, que no el desmentido.

UN SOLDADO.

Huye, que es rayo su espada.  
(Entranse Don Juan y sus contrarios.)

DON LOPE. (Dentro.)

¿No es Don Juan aquel que miro?  
A vuestro lado me hallais. (Sale.)

OTRO. (Dentro.)

¡Muerto soy!

DON JUAN. (Volviendo.)

Si estáis conmigo,  
Poco fuera el mundo.

DON LOPE.

Ya

fluyeron. Decid qué ha sido,  
Si la ocasion que teneis  
No nos obliga á seguirlos.

DON JUAN.

¡Ay Don Lope, muerto estoy  
Hoy nuevamente recibo  
La afrenta, que en la venganza  
Pensé que estaba en su olvido  
Mas ¡ay de mí! ha sido engaño  
Porque bastante no ha sido  
La venganza á sepultar  
Un agravo recibido.

Cuando me aparté de vos,  
Llegué hasta este propio sitio  
Que bate el mar, con el fin  
Que vos propio habeis venido,  
Que es de volver á la quinta  
Adonde habeis reducido  
Vuestra casa, previniendo  
Vuestra ausencia. Divertido  
Llegué pues, y en esta parte  
Estaban en un corrillo  
Unos hombres, y al pasar  
El uno á los otros dijo:

«Aqueste es Don Juan de Silva.»  
Yo, oyendo mi nombre mismo,  
Que es lo que se oye mas fácil,  
Apliqué entrambos oídos.

Otro preguntó: «¿Y quién es  
Este Don Juan?—¿No has oído  
(De respondi) su suceso?

Pues este fué desmentido  
De Manuel de Sosa.»—Yo,  
Que ya no pude sufrirlo,  
Saco la espada, y á un tiempo  
Tales razones le digo:

«Yo soy aquel que maté  
A Don Manuel, mi enemigo,  
Tan presto, que de mí agravo  
La última razon no dijo.

Yo soy el desagraviado,  
Que no soy el desmentido,  
Pues con su sangre quedé  
Lavado mi honor y limpio.

Dije, y cerrando con todos,  
Siguiéndolos he venido  
Hasta aquí, porque me huyeron  
Luego; que es usado estulo  
Ser cobarde el maldeciente;

Y así ninguno se ha visto  
Valiente, que todos hacen  
A las espaldas su oficio.

Esta es mi pena, Don Lope,  
Y ¡vive Dios! que atrevido,  
Que loco y desesperado,  
De aquí no me precipito  
Al mar, ó con esta espada  
Mi propia vida me quito,  
Porque me mate el dolor.

«¿Este es aquel desmentido?»  
Dijo, no «aquel satisfecho!»  
¿Quién en el mundo previno  
Su desdicha? ¿No hizo barto  
Aquel que la satisfizo?

¿Aquel que puso su vida  
Desesperado al peligro,  
Por quedar muerto y honrado  
Auto que alreñado y vivo?

Mas no es así; que mil veces,  
Por vengarse uno atrevido,  
Por satisfacerse honrado  
Publicó su agravio mismo.

Porque dijo la venganza  
Lo que la ofensa no dijo.

(Vase.)



ESCENA VIII.

DON LOPE.

«Porque dijo la venganza  
Lo que la ofensa no dijo.»  
Luego si me vengo yo  
De aquella que me ofendió,  
La publico: claro está  
Que la venganza dirá  
Lo que la desdicha no.  
Y despues de haber vengado  
Mis ofensas atrevido,  
El vulgo dirá engañado:  
«Este es aquel ofendido.»  
Y no «aquel desagraviado».  
Y cuando la mano mia  
Se bañe en sangre este dia,  
Ella mi agravio dirá,  
Pues la venganza sabrá  
Quien la ofensa no sabía.  
Pues ya no quiero buscalla  
(¡Ay cielos!) públicamente,  
Sino encubrilla y calla;  
Que un ofendido prudente  
Sufré, disimula y calla.  
Que del secreto colijo  
Mas honra, mas alabanza  
Callando mi intento rijo,  
Porque dijo la venganza  
Lo que el agravio no dijo.  
Pues de Don Juan, que atrevido  
Su honor ha restituido,  
No dijo el otro soldado:  
«Este es el desagraviado»,  
Sino: «este es el desmentido».  
Pues tal mi venganza sea,  
Obrando discreto y sabio,  
Que apénas el sol la vea,  
Porque el que creyó mi agravio,  
Me bastará que la crea.  
Y hasta que pueda logralla  
Con mas secreta ocasion,  
Ofendido corazon,  
Sufré, disimula y calla.—  
¡Barquero!

ESCENA IX.

UN BARQUERO. — DON LOPE.

BARQUERO.

Señor.

DON LOPE.

¿No tienes

Un barco aprestado?

BARQUERO.

Sí,

No faltará para tí;  
Aunque en una ocasion vienes,  
Que siguiendo á Sebastian,  
Nuestro rey, que el cielo guarde,  
Hasta su quinta esta tarde  
Los barcos vienen y van.

DON LOPE.

Pues prevenle, porque tengo  
De ir hasta mi quinta yo.

BARQUERO.

¿Ha de ser luego?

En el *Celos prudente* de Tirso, acto ter-  
cero, escena vi, se leen estos versos en una  
situacion igual:

El que me viere vengado,  
No dirá cuando me vea:  
«Este es Don Sancho de Urrea»  
Sino: «Este es el afrentado.»

Calderon, que imitó á Tirso en el pensamiento  
en muchos pasajes de esta comedia, aven-  
tajo en essi todos á su original.

DON LOPE.

¿Pues no?

BARQUERO.

Al momento le prevengo.

(Vase.)

ESCENA X.

DON LUIS, que sale leyendo un pa-  
pel. — DON LOPE.

DON LUIS. (Para sí.)

Otra vez quiero leer  
Letras de mi vida jueces;  
Porque ya es placer dos veces  
El repetido placer.

(Lee.) «Esta noche va el Rey á la quin-  
ta: entre la gente podeis venir disi-  
mulado, donde habrá ocasion para  
que acabemos, vos de quejaros, y yo  
de disculparme. — Dios os guarde. —  
»Leonor.»

¿Qué no haya un barco en que pueda  
Pasar! ¡Oh suerte importuna!  
¡Plegue á Dios que la fortuna  
Nunca un gusto me conceda!

DON LOPE. (Ap.)

Leyendo viene un papel  
Quien mi venganza previene,  
¿Y quién dudará que viene  
Leyendo mi afrenta en él?  
¿Qué cobarde es el honor!  
Nada escucho, nada veo  
Que ser mi pena no creco.

DON LUIS. (Ap.)

Don Lope es este.

DON LOPE

(Ap. Rigor,

Disimulemos, y dando  
Rienda á toda la passion,  
Esperemos ocasion  
Sufriendo y disimulando;  
Y pues la serpiente halaga  
Con pecho de ofensas lleno,  
Yo, hasta verter mi veneno,  
Es bien que lo mismo haga.)  
En muy poco, caballero,  
Mi ofrecimiento estimais.  
Pues que nada me mandais,  
Cuando serviros espero.  
Yo quedé tan obligado  
De vuestra gran cortesía.  
Discrecion y valentia,  
Que en Lisboa os he buscado  
Para que á vuestro valor  
Servir mi espada pudiera,  
Cuando otra vez pretendiera  
Vengarse el competidor,  
Que aqui os busca aventajado,  
Y tanto, que desta suerte  
Pretende daros la muerte  
Cuando esteis mas descuidado.

DON LUIS.

Yo, señor Don Lope, estimo  
Merced que pagar espero;  
Mas hoy, como forastero,  
A pediros no me animo  
Que en esta ocasion me honreis,  
Por no empeñaros, señor,  
Con ese competidor  
De quien vos me defendeis:  
Fuera de que ya los dos  
Que estamos amigos creo;  
Pues ya le hablo y le veo  
Del modo que estoy con vos

DON LOPE.

Créolo; pero mirad  
Vuestro riesgo con cuidado;

Que amistad de hombre agraviado  
No es muy segura amistad.

DON LUIS.

Yo, al contrario, siento y digo  
Cuando su amistad procuro,  
¿De quién no estaré seguro,  
Si lo estoy de mi enemigo?

DON LOPE.

Aunque argüiros podia  
Con razon ó sin razon,  
Seguid vos vuestra opinion,  
Que yo seguiré la mia.  
Y decidme, ¿qué buscais  
Por aqui?

DON LUIS.

Un barco quisiera;  
En que hasta la quinta fuera  
Del Rey.

DON LOPE.

A tiempo llegais:  
Que os podré servir creed,  
Que ya le tengo fletado.

DON LUIS.

Ocasion la gente ha dado  
A recibir tal merced,  
Que siendo tanta, no ha habido  
En qué pasar; y yo quiero  
Ver faccion que considero  
Que otra vez no ha sucedido.

DON LOPE.

Pues conmigo iréis. (Ap. Llegó  
La ocasion de mi venganza.)

DON LUIS. (Ap.)

¿Cuál hombre en el mundo alcanza  
Mayor ventura que yo?

DON LOPE. (Ap.)

A mis manos ha venido,  
Y en ellas ha de morir.

DON LUIS. (Ap.)

¿Que me viniese á servir  
De tercero su marido!

ESCENA XI.

EL BARQUERO. — DON LOPE, DON  
LUIS.

BARQUERO.

Ya el barco ha llegado.

DON LOPE. (Al Barquero.)

Entrad

Vos en el barco primero,  
Poque yo á un criado espero.  
Pero no, vos le esperad,  
Pues conoceis al criado;  
Que al barco nos vamos ya.

BARQUERO.

No entreis en él, porque está  
Solo y á una cuerda atado,  
Que no estará muy segura.

DON LOPE.

Buscad al criado vos,  
Que allí esperamos los dos.

DON LUIS. (Ap.)

¿Quién ha visto igual ventura?  
El me lleva desta suerte  
Adonde á su honor me atrevo.

DON LOPE. (Ap.)

Yo desta suerte le llevo.  
Donde le daré la muerte.

(Vanse los dos.)

BARQUERO.

El criado no vendrá  
En mil horas, según creo.  
Mas ¿qué es aquello que veo?  
¡Desasido el barco está,  
Rompió la cuerda! Dios  
Solo los puede librar;  
Que sin duda que en el mar  
Tendrán sepulcro los dos.

(Vase.)

Otro punto de la playa á vista de la quinta  
de Don Lope.

## ESCENA XII.

MANRIQUE, SIRENA.

MANRIQUE.

Sirena, cuyo mirar  
Suspende, enamora, encanta,  
¿Vienes acaso á escuchar  
A su orilla como canta  
La sirena de la mar?  
Oye un soneto oportuno.  
Heróico, grave y discreto:  
No te parezca importuno,  
Porque este es el un soneto  
De los mil y ciento y uno.

(Saca Manrique un papel y lee.)

«Cinta verde, que en término sucinta,  
Su cinta pudo hacerte aquel Dios tinto  
Ensangre, que gobierna el globo quinto,  
Para que Venus estuviese en cinta:

La primavera tus colores pinta,  
Por quien yo traigo en este laberinto,  
Tamaño como pasa de Corinto,  
El corazón, mas negro que la tinta.

Hoy tu esperanza á mi temor se junte,  
Porque en su verde y amarillo tinte  
Amor llenas y cóleras barrunte;

Que como á mi de su color me pinte,  
No podrá hacer, aunque en arpon me [apunte,  
Que mi esperanza no se encaraminte.»

SIRENA.

¡Qué lindo soneto has hecho!  
Pero enseña a ver si es verde  
La cinta.

MANRIQUE.

(Ap. En bien se me acuerde  
Lo que la cinta se ha hecho.  
¡Ah! si.) Estaba cierto día  
Junto al Tajo, en su frescura  
Contemplando tu hermosura,  
Sirena, y la dicha mía.  
Saqué aquella cinta bella  
Para aliviar mi esperanza,  
Y culpando tu mudanza,  
Empecé á llorar con ella.  
Besábala con placer.  
Y un águila que me vió  
Llegarla al labio, pensó  
Que era cosa de comer.  
Bajó de una piedra viva,  
Y con gran resolución  
Arrebatóme el listón,  
Y volvió á subir arriba.  
Yo, aunque con gran lijereza  
Subir á su nido quiero,  
No pude hallar un caldero  
Que ponerme en la cabeza.  
Con esta ocasión se pierde  
De tu listón la memoria.  
Esta es, Sirena, la historia  
Llamada la cinta verde.

SIRENA.

Pues oyeme lo que á mi  
Después acá me pasó.  
Estando en el campo yo,

Volar una águila ví,  
Que era la misma; pues viendo  
No ser cosa de comer,  
La cinta dejó caer  
Junto á mi; y yo, acudiendo  
A ver lo que había caído,  
Hallé entre las flores puesta  
La cinta: mira si es esta.

MANRIQUE.

¡Notable suceso ha sido!

SIRENA.

Mas notable será ahora  
La venganza.

MANRIQUE.

Mejor es  
Dejarlo para despues,  
Que sale al campo señora (Vase.)

## ESCENA XIII.

DOÑA LEONOR. — SIRENA.

DOÑA LEONOR.

Sirena.

SIRENA.

Señora.

DOÑA LEONOR.

Mucha

Es mi tristeza.

SIRENA.

¿Pues no

Sabré qué es la causa yo?

DOÑA LEONOR.

Ya la sabes; pero escucha.

Desde la noche triste

Que en tantas confusiones, abrasada

Troya á mi casa viste,

Quedando yo de todos disculpada,

Don Juan mas engañado,

Libre Don Luis, Don Lope asegurado;

Despues que por la ausencia

Que quiere hacer, en esta hermosa quin-

Adonde la excelencia

[ta

De la naturaleza borda y pinta

Campaña y monte altivo,

Mas estimada de Don Lope vivo;

Perdi, Sirena, el miedo

Que á mi propio respeto le tenia;

Pues si escaparme puedo

De lance tan forzoso, la osadía

Ya sin freno me alienta;

Que peligro pasado no escarmienta.

A aquesto se ha llegado

Ver a Don Lope mas amante ahora;

Porque desengañado,

Si algo temió, su desengaño adora,

Y en amor le convierte.

¡Oh cuántos han amado desta suerte!

¡Oh cuántos han querido,

Recibiendo por gracias los agravios!

Deste error no han podido

Librarse los mas doctos, los mas sabios;

Que la mujer mas cuerda,

De haber amado, amada no se acuerda.

Cuando Don Luis me amaba,

Pareció que á Don Luis aborrecia;

Cuando sin culpa estaba,

Pareció que temia;

Y ya ¡qué loco extremo!

Ni amo querida, ni culpada temo;

Antes amo olvidada y ofendida,

Antes me atrevo, cuando estoy culpada,

Y pues para mi vida

Hoy sigue al Rey Don Lope en la jornada.

Escribo que Don Luis á verme venga,

Y tenga fin mi amor, porque él le tenga.

## ESCENA XIV.

DON JUAN. — DICHAS.

DON JUAN. (Ap.)

¡No sé cómo el corazón  
Tan grandes rigores sufre,  
Sin que se rinda á los golpes  
De una y otra pesadumbre!

DOÑA LEONOR.

Señor Don Juan, ¿pues no viene  
Con vos Don Lope?

DON JUAN.

No pude  
Esperarle, aunque él me dijo  
Que antes que en el mar sepulte  
El sol sus rayos, vendrá.

DOÑA LEONOR.

¿Cómo puede, si ya cubren  
Al mundo pálidas sombras,  
Y al cielo lóbregas nubes?

DON JUAN.

A mi me tuvo violento  
Un gran disgusto que tuve,  
Y esperar no puede á nadie  
El que de si mismo huye.

DON LUIS. (Dentro.)

¡Válgame el cielo!

DOÑA LEONOR.

¿Qué voz

Tan lastimosa discurre  
El viento?

DON JUAN.

En tierra no hay nadie.

DOÑA LEONOR.

En las ondas se descubre  
Del mar un bulto, que ya  
Siendo trémulas las luces  
Del día, no se determina  
Quién es.

DON JUAN.

Osado presume  
Escaparse; pues parece  
Que hácia nosotros le induce  
Piedad del cielo. Lleguemos  
Donde valientes le ayuden  
Nuestros brazos.

(Vase.)

## ESCENA XV.

DON LOPE. — DICHO.

DON LOPE. (Dentro.)

¡Ay de mí!

DON JUAN. (Dentro.)

¡Llega!

DON LOPE. (Dentro.)

¡Oh tierra, patria dulce  
Del hombre!

(Vuelve Don Juan y con él sale Don  
Lope, mojado y con una daga en la  
mano.)

DON JUAN.

¡Qué es lo que veo!

¡Don Lope!

DOÑA LEONOR.

¡Esposo!

DON LOPE.

No pude  
Hallar puerto mas piadoso,  
Que el que en tal lavor acude  
A mi fatiga. ¡Oh Leonor!  
¡Oh mi bien! no es bien que duere



Que el cielo me ha prevenido  
Con sus favores comunes  
Tan grande dicha, en descuento  
De tan grande pesadumbre.  
¡Amigo!

DON JUAN

¿Qué ha sido esto?

DON LOPE.

La mayor lástima incluye  
Aquesta ventura mía,  
Que vió el mundo.

DOÑA LEONOR.

Conio ayude

El cielo mis esperanzas,  
Y vivo esteis, no hay quien culpe  
A la fortuna, aunque usase  
De su trágica costumbre.

DON LOPE.

Hablé al Rey, busquéos á vos,  
Y como hallaros no pude,  
Fleté un barco. Estando ya  
Para hacer que el agua sulque,  
A mi un galán caballero,  
Cuyo nombre apenas supe,  
(Que pienso que era un Don Luis  
De Benavides) acude  
Diciéndome que por ser  
Forastero, á quien se suple  
Un cortés atrevimiento,  
Me ruga que no le culpe  
El pedirme que en el barco  
Le traiga; que es bien procure  
Ver en la quinta del Rey  
La gente cuando se junte.  
Obligóme á que le diese  
Un lugar; y apenas hubo  
Entrado con él, y el barco  
De los dos el peso sufre  
(Que el barquero aun no había entrado),  
Cuando el cabo, á quien le prenden  
Las mismas aguas del mar,  
Falta, porque le recude  
Una onda reciamente,  
A cuyo golpe no pude  
Resistir, aunque tomé  
Los remos. Al fin no tuve  
Fuerza, y los dos en el barco  
Entrando por las azules  
Ondas del mar, padecemos  
Mil saladas inquietudes.  
Ya de los montes de agua  
Ocupé las altas cumbres,  
Ya en bóveda de zafir  
Sepulcro en sus arcos tuve;  
Al fin guiado á esta parte,  
A vista ya de las luces  
De tierra, chocando el barco,  
De arena y agua se cubre.  
El gallardo caballero,  
A quien yo librar no pude,  
Por apartarnos la fuerza  
Del golpe, sin que se ayude  
A sí mismo, se rindió  
Al mar, donde le sepulte  
Su olvido.

DOÑA LEONOR.

¡Ay de mí! (*Cae desmayada.*)

DON LOPE.

¡Leonor,  
Mi bien, mi esposa, no turbes  
Tu hermosura! ¡Ay cielo mío!  
Un hielo manso discurre  
Por el cristal de sus manos.  
¡Ay, Don Juan! la pesadumbre  
De verne así, no fué mucho  
Que la rindiese: no sufren  
Corazones de mujer

T. VII.

Que estas lástimas escuchan. —  
Llevadla al lecho los dos.  
(*Llévanla entre Don Juan y Sirena.*)

## ESCENA XVI.

DON LOPE.

¡Qué bien en un hombre luce  
Que callando sus agravios,  
Aun las venganzas sepulte!  
Desta suerte ha de vengarse  
Quien espera, calla y sufre.  
Bien habemos aplicado,  
Honor, con cuerda esperanza,  
Disimulada venganza  
A agravio disimulado.  
¡Bien la ocasión advertí  
Cuando la cuerda corté,  
Cuando los remos tomé  
Para apartarme de allí,  
Haciendo que pretendía  
Acercarme! Y ¡bien logré  
Mi intento, pues que maté  
Al que ofenderme quería,  
(Testigo es este puñal)  
Al agresor de mi afrenta,  
A quien di en una violenta  
Monumento de cristal!  
¡Bien en la tierra rompi  
El barco, dando á entender  
Que esto pudo suceder  
Sin sospecharse de mí!  
Pues ya que conforme á ley  
De honrado, maté primero  
Al galán, matar espero  
A Leonor: no diga el Rey,  
Viendo que su sangre esmalta  
El lecho que aun no violó,  
Que no vaya, porque yo  
En mi casa no haga falta.  
Pues esta noche ha de ver  
El fin de mi desagravio,  
Medio mas prudente y sabio  
Para acabarlo de hacer.  
Leonor (¡ay de mí!), Leonor,  
Bella como licenciosa,  
Tan infeliz como hermosa,  
Ruina fatal de mi honor;  
Leonor, que al dolor rendida,  
Y al sentimiento postrada,  
Dejó la muerte burlada  
En las manos de la vida,  
Ha de morir. Mis intentos  
Solo los he de fiar,  
Porque los sabrán callar,  
De todos cuatro elementos.  
Allí al agua y viento entrego  
La media venganza mía;  
Y aquí la otra mitad fia  
Mi dolor de tierra y fuego;  
Pues esta noche mi casa  
Pienso intrépido abrasar.  
Fuego al cuarto he de pegar,  
Y yo, en tanto que se abrasa,  
Osado, atrevido y ciego  
La muerte á Leonor daré,  
Porque presumian que fué  
Sangriento verdugo el fuego.  
Sacaré acendrado dél  
El honor que me ilustró,  
Ya que la liga ensució  
Una mancha tan cruel;  
Y en una experiencia tal,  
Por los crisoles no ignoro  
Que salga acendrado el oro  
Sin aquel bajo metal  
De la liga que tenía  
Y su valor deslustraba.  
Así el mar las manchas lava  
De la gran desdicha mía:  
El viento la lleve luego

Donde no se sepa della:  
La tierra ande por no vella,  
Y cenizas la haga el fuego;  
Porque así el mortal aliento,  
Que á turbar el sol se atreve,  
Consuma, lave, arda y lleve  
Tierra, agua, fuego y viento. (*Vase.*)

## ESCENA XVII.

EL REY, EL DUQUE DE BERGANZA  
ACOMPANAMIENTO.

DUQUE.

Pensando el mar que dormía  
Segundo sol en su esfera,  
Mansamente retrató  
A sus ondas las estrellas.

REY.

Vine, Duque, por el mar;  
Que aunque pude por la tierra,  
Me pareció que tardaba,  
Cuanto por aquí es mas cerca.  
Y habiendo estado las aguas  
Tan dulces y lisonjeras,  
Que el cielo, Narciso azul,  
Se vió contemplando en ellas,  
Ha sido justo venir  
Donde tantos barcos vea,  
Cuyos fanales parecen  
Mil abrasados cometas,  
Mil alados cisnes, pues  
Formando esta competencia,  
Uuos con las alas corren,  
Y otros con los remos vuelan.

DUQUE.

A todo ofrece ocasión  
La noche apacible y fresca.

REY.

Entre la tierra y el mar  
Deleitosa vista es esta;  
Porque mirar tantas quintas,  
Cuyas plantas lisonjean  
Ninlas del mar, que obedientes  
Con tanta quietud las cercan,  
Es ver un monte portátil,  
Es ver una errante selva;  
Pues vistas dentro del mar,  
Parece que se menean.  
Adios, dulce patria mía,  
Que en él espero que vuelva  
(Puesto que es la causa suya),  
Donde cenido me veas  
De laurel entrar triunfante  
De mil victorias sangrientas,  
Dando á mi honor nueva fama,  
Nuevos triunfos á la Iglesia,  
Que espero ver...

Voces dentro.

¡Fuego, fuego!

REY.

¿Qué voces, Duque, son esas?

DUQUE.

Fuego, dicen; y hácia allí  
La quinta, que está mas cerca.  
Y si no me engaño, es  
La de Don Lope de Almeida,  
Se está abrasando.

REY.

Ya veo

En ímpetu salir della,  
Hecha un volcán de humo y fuego,  
Las nubes y las centellas.  
Grande incendio, al parecer,  
De todas partes la cerca:  
Parece imposible cosa  
Que nadie escaparse pueda.

Acerquémonos á ver  
Si hay contra el fuego defensa.

DUQUE.

¡Señor! ¿Tal temeridad?

REY.

Duque, accion piadosa es esta,  
o temeridad.

### ESCENA XVIII.

DON JUAN, *medio desnudo*.—DICHOS.

DON JUAN.

Aunque

Cenizas mi vida sea,  
He de sacar á Don Lope,  
Que es su cuarto el que se quema.

REY.

Detened aqese hombre.

DUQUE.

Desesperado, ¿qué intentas?

DON JUAN.

Dejar en el mundo fama  
De una amistad verdadera.  
Y pues que presente estás,  
Es bien que la causa sepas.  
Apénas, ó gran señor,  
Nos recogimos, apénas,  
Cuando en un punto, un instante,  
Creció el fuego de manera,  
Que parece que toinaba  
Venganza de su violencia.  
Don Lope de Almeida está  
Con su esposa, y yo quisiera  
Librarlos.

### ESCENA XIX.

MANRIQUE. — DICHOS.

MANRIQUE.

Echando chispas,  
Como diablo de comedia,

Salgo huyendo de mi casa,  
Que soy desta Trova Eneas.  
Al mar me voy á arrojar,  
Aunque menor daño fuera  
Quemarme, que beber agua.

### ESCENA XX.

DON LOPE, *medio desnudo*, que saca  
á DOÑA LEONOR, muerta.—DICHOS.

DON LOPE.

¡Piadosos cielos, clemencia,  
Porque, aunque arriesgue mi vida,  
Escapar la suya pueda! —  
¡Leonor!

REY.

¿Es Don Lope?

DON LOPE.

Yo  
Soy, señor, si es que me deja  
El sentimiento, no el fuego,  
Alma y vida, con que pueda  
Conoceros, para hablaros,  
Cuando vida y alma atentas  
A esta desdicha, á este asombro,  
A este horror, á esta tragedia,  
Yacen postradas y mudas.  
Esta muerta hieldad, esta  
Flor en tanto fuego helada,  
Que solo el fuego pudiera  
Abrasarla, que de envidia  
Quiso que no resplandezca,  
Esta, señor, fué mi esposa,  
Noble, altiva, honrada, honesta,  
Que en los labios de la fama  
Deja esta alabanza eterna  
Esta es mi esposa, á quien yo  
Quise con tanta ternera  
De amor, porque sienta mas  
El no verla y el perderla  
Con una tan gran desdicha,  
Como en vivo fuego envuelta,  
En humo denso anegada;  
Pues cuando librarla intenta  
Mi valor, rindió la vida

En mis brazos. ¡Data para!  
¡Triste horror! ¡fuerte suceso!  
Aunque un consuelo me deja,  
Y es, que ya podré serviros;  
Pues libre desta manera,  
En mi casa no haré falta.  
Con vos iré, donde pueda  
Tener mi vida su fin,  
Si hay desdicha que fin tenga. —  
Y vos, valiente Don Juan, (*Ap. á él.*)  
Decid á quien se aconseja  
Con vos, cómo ha de vengarse  
Sin que ninguno lo sepa;  
Y no dirá la venganza  
Lo que no dijo la afrenta.

REY.

¡Notable desdicha ha sido!

DON JUAN.

Pues óigame vuestra Alteza  
A parte; porque es razon  
Que solo este caso sepa  
Don Lope sospechas tuvo,  
Que pasaron de sospechas  
Y llegaron á verdades;  
Y en resolucion tan cuerda,  
Por dar á secreto agravio  
Tambien venganza secreta,  
Al galán mató en el mar,  
Porque en un barco se entra  
Con él solo: así el secreto  
Al agua y fuego le entrega,  
Porque el que supo el agravio  
Solo la venganza sepa

REY.

Es el caso mas notable  
Que la antigüedad celebra  
Porque secreta venganza  
Requiere secreta ofensa.

DON JUAN.

Esta es verdadera historia  
Del gran Don Lope de Almida,  
Dando con su admiracion  
Fin á la tragicomedia.



# INDICE.

|                                                                                                          | Páginas. |                                                                   | Páginas. |
|----------------------------------------------------------------------------------------------------------|----------|-------------------------------------------------------------------|----------|
| PRÓLOGO DE ESTA EDICION. . . . .                                                                         | V        | Saber del mal y del bien. . . . .                                 | 26       |
| ADVERTENCIAS. . . . .                                                                                    | XXI      | Lancea de amor y fortuna. . . . .                                 | 56       |
| APROBACIONES, ADVERTENCIAS, PRÓLOGOS Y LICENCIAS DE LAS EDICIONES ANTIGUAS. . . . .                      | XXII     | La devocion de la Cruz. . . . .                                   | 54       |
| ARTÍCULOS BIOGRAFICOS Y CRITICOS DE VARIOS AUTORES ACERCA DE DON PEDRO CALDERON DE LA BARCA Y SU TEATRO. |          | ¿Cuál es mayor perfeccion? . . . . .                              | 69       |
| I. De Don Juan de Vera Tasis y Villarroel. . . . .                                                       | XXIX     | Peor está que estaba. . . . .                                     | 92       |
| II. De Don Antonio de Iza Zamácola. . . . .                                                              | XXXII    | El sitio de Bredá. . . . .                                        | 101      |
| III. De Don Gaspar Agustín de Lara. . . . .                                                              | XXXVII   | Casa con dos puertas mala es de guardar. . . . .                  | 129      |
| IV. Del Reverendísimo Padre Maestro Fray Manuel de Guerra y Ribera. . . . .                              | XLIV     | El purgatorio de San Patricio. . . . .                            | 149      |
| V. De Don Ignacio de Luzan. . . . .                                                                      | XLV      | La dama duende. . . . .                                           | 167      |
| VI. De Don Blas Nasarre. . . . .                                                                         | XLIX     | La gran Cenobia. . . . .                                          | 187      |
| VII. De Don Nicolas Fernandez de Moratin. . . . .                                                        | XLV      | La puente de Mantible. . . . .                                    | 205      |
| VIII. Del mismo. . . . .                                                                                 | XLIX     | Mejor está que estaba. . . . .                                    | 225      |
| IX. Del mismo. . . . .                                                                                   | L        | El príncipe constante. . . . .                                    | 245      |
| X. De Don Vicente Garcia de la Huerta. . . . .                                                           | LI       | Loa para la comedia Los tres mayores prodigios. . . . .           | 265      |
| XI. De Don Leandro Fernandez de Moratin. . . . .                                                         | LII      | La gran comedia Los tres mayores prodigios. . . . .               | 266      |
| XII. De Don Pedro Estala. . . . .                                                                        | LII      | El galan fantasma. . . . .                                        | 291      |
| XIII. De Don José Luis Munárriz. . . . .                                                                 | LIII     | Juças Macabeo. . . . .                                            | 311      |
| XIV. De Don Francisco Martinez de la Rosa. . . . .                                                       | LV       | Origen, pérdida y restauracion de la Virgen del Sagrario. . . . . | 329      |
| XV. De Don Francisco Javier de Burgos. . . . .                                                           | LVIII    | El médico de su honra. . . . .                                    | 348      |
| XVI. De Don Fermin Gonzalo Moron. . . . .                                                                | LXI      | Amor, honor y poder. . . . .                                      | 368      |
| XVII. De Don Ramon Mesonero Romanos. . . . .                                                             | LVII     | El mayor encanto amor. . . . .                                    | 385      |
| XVIII. De Don Antonio Gil de Zárate. . . . .                                                             | LXVIII   | El secreto á voces. . . . .                                       | 411      |
| XIX. De Don Antonio Alcalá Galiano. . . . .                                                              | LXXV     | Argénis y Poliarco. . . . .                                       | 557      |
| XX. De Don Mannel José Quintana. . . . .                                                                 | LXXVI    | El esecondido y la tapada. . . . .                                | 439      |
|                                                                                                          |          | El mayor monstruo los celos. . . . .                              | 481      |
|                                                                                                          |          | Hombre pobre todo es trazas. . . . .                              | 505      |
|                                                                                                          |          | Mañana será otro dia. . . . .                                     | 521      |
|                                                                                                          |          | No hay cosa como callar. . . . .                                  | 549      |
|                                                                                                          |          | El astrólogo fingido. . . . .                                     | 575      |
|                                                                                                          |          | A secreto agravio secreta venganza. . . . .                       | 595      |
| <b>COMEDIAS.</b>                                                                                         |          |                                                                   |          |
| La vida es sueño. . . . .                                                                                | 1        |                                                                   |          |

















